Aleksandr Solzhenitsyn

ARCHIPIÉLAGO GULAG



Archipiélago gulag era el nombre de la red de campos de internamiento y de castigo soviéticos donde fueron recluidos millones de personas durante la segunda mitad del siglo XX. En este monumental documento, Solzhenitsyn, que estuvo confinado en uno de esos campos, reconstruye minuciosamente la vida en el interior de la industria penitenciaria en tiempos de la Unión Soviética, y su disección se convierte en un viaje a través del miedo, el dolor, el frío, el hambre y la muerte, con los que el régimen totalitario acalló toda disidencia.

Aleksandr Solzhenitsyn

Archipiélago Gulag

1918-1956

ePub r1.3
Titivillus 25.08.2020

Título original: *Архипелаг ГУЛАГ*
Aleksandr Solzhenitsyn, 1973
Traducción: L. R. Martínez & Lucía Gabriel & Vladimir Lamsdorff

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



SOLZHENTSYN Y SU OBRA

Aleksandr Isaióvich Solzhenitsin nació en el 11 de diciembre de 1918 en Kislovodsk, a orillas del mar Negro. Era muy niño cuando quedó huérfano de padre, y su niñez transcurrió en plena guerra civil rusa, sin más meta que la de sobrevivir. En 1924 se trasladó, con su madre, a la ciudad de Rostov, a orillas del Don, y el pequeño escolar no tardó en destacar en dos de sus peculiaridades. Es un niño prodigio para la literatura y un investigador tan escéptico de la verdad, que coteja todas las frases de sus libros de texto atribuidas a Lenin, con las que figuran en los libros de la biblioteca, lo cual le permitió descubrir las tergiversaciones y engaños, convirtiéndose desde entonces en un prematuro enemigo de Stalin. Al ser admitido a los estudios superiores y estar muy desacreditada la Literatura en la Universidad de la URSS, de decidió por las Matemáticas y la Física. Durante la guerra se distinguió como capitán de Artillería y obtuvo altas condecoraciones militares.

Pero su sinceridad fue su perdición. Interceptada su correspondencia con su amigo X, en la que criticaba a Stalin, fue detenido, degradado, acusado de derrotismo y condenado a trabajos forzados en un campo de concentración de Ekibastuz, en los Urales. Fueron años de terribles penalidades, que quedan reflejados en su novela *El primer círculo*. Padeció cáncer, del que fue curado en el hospital de Taschkent.

Tras cumplir los doce años de condena, siguió desterrado y obtuvo una plaza de maestro en la escuela municipal de aquella población. Pese a su vida retirada, era muy querido por sus alumnos y apreciado por sus compañeros. En aquel retiro daba cima a una de sus novelas más famosas y que mejor retratan la vida en los campos de trabajos de la URSS: *Un día en la vida de Iván Denísovich*. Un amigo suyo, director de *Novy Mir*, leyó el manuscrito y quedó entusiasmado, por lo que empezó a dar los pasos necesarios para su publicación. La ocasión se presentó después del XXII Congreso del Partido Comunista de la URSS, en que Kruschev denunció los crímenes de Stalin. La obra tuvo un extraordinario éxito. En 1962 se imprimieron veintidós ejemplares expresamente para el Kremlin. La edición alcanzó los 750 000 ejemplares en 1963. Solzhenitsin aprovechó aquel breve deshielo para publicar otras obras cortas, como *Cirio en el viento, La casa de Matriona* y *Un suceso en la estación de Krechétkova*, así como la comedia *La cortesana y el inocente*.

Solzhenitsin fue admitido en la Unión de Escritores Soviéticos y propuesto para el Premio Lenin. Pero tanto las intrigas como el declive del antiestalinismo lo privaron del galardón. Entretanto, Solzhenitsin consiguió que le levantaran el exilio y fijó su residencia en Riazán, junto al idílico río Oka. Entonces abandonó su labor docente y dedicó doce horas del día a su labor literaria, rehuyendo toda publicidad y trato.

Solzhenitsin y sus amigos seguían luchando para que se publicaran sus otras grandes obras, *El primer círculo* y *Pabellón de cáncer*. No pudieron conseguirlo, pero tampoco pudieron evitar que se filtraran al extranjero algunas copias, que fueron publicadas, primero, en Praga, en ruso, y luego traducidas a los distintos idiomas europeos. Ello no hizo más que aumentar la animadversión del Kremlin contra el escritor, y el furor llegó al rojo vivo cuando se le concedió el Premio Nobel de Literatura.

Actualmente (1979) vive fuera de Rusia con una mujer joven, con la que no puede casarse mientras no se solucione el divorcio de su legítima esposa, trámite sobre el que se van acumulando cada vez más dificultades.

Cuando, en 1962, fue publicada por primera vez una obra de Alexandr Solzhenitsin, un escritor soviético de primera fila declaró que, «simplemente, no podemos seguir escribiendo como hasta hoy». Desde aquella fecha se ha convertido no sólo en el más importante de los escritores rusos actuales, sino también en lo que un grupo de admiradores suyos ha calificado, recientemente, de «opinión y conciencia de nuestra nación». Porque, en efecto, rompiendo con todos los moldes, constantes y condicionamientos de la literatura clásica rusa, Solzhenitsin ha «impuesto» una nueva forma de escribir, tanto por su enfoque de los temas como, sobre todo, por su forma de «jugar» con el idioma, por su replanteamiento sintáctico, por sus figuras y por la carga de intención de voces que tradicionalmente tenían sólo ciertos significados. En resumidas cuentas, que es un auténtico creador del idioma.

Solzhenitsin nos da su creación más personal y monumental —tal vez la obra de su vida— con *Archipiélago Gulag* (siglas de Dirección General de Campos de Concentración), inmenso fresco del sistema que rigió en estos campos de la URSS entre 1918 y 1956. Solzhenitsin tenía ya acabada esta obra en 1968, pero —según nos dice en el frontispicio del libro, en una nota fechada en septiembre de 1973— «con el corazón oprimido, durante años me abstuve de publicar este libro. El deber para los que aún vivían, podía más que el deber para con los muertos. Pero ahora en que, pese a todo, ha caído en manos de la Seguridad del Estado, no me queda más remedio que publicarlo inmediatamente».

Y lo dedica «a todos aquellos a los que no les alcanzó la vida para contar todo esto», y pide perdón «porque no lo vi todo, no lo recordé todo, no lo intuí todo». Divide en tres tomos su monumental obra-denuncia: 1.º El arresto. 2.º La deportación y la vida en el «Archipiélago» y la convivencia hombre-mujer. 3.º La resistencia.

Siguiendo el *plannning*, en el tomo I describe no sólo su propio arresto, sino el de muchos de los millones de sus compañeros de cautiverio, tipificados en algunos casos, de acuerdo con las técnicas seguidas por la GPU para «quitar de la circulación» a los individuos que, de una u otra forma, no comulgaban con el régimen soviético. En el tomo II nos relata la deportación y la vida cotidiana en los campos. Y en el III nos explica la resistencia, cada vez más activa, opuesta por los detenidos.

El tomo I puede considerarse como un inmenso prólogo a los dos restantes, y en él nos hablan las frías cifras de los datos elocuentes. Tal vez sea la parte más árida, mas no por ello menos impresionante, de este grandioso tríptico.

En el tomo II, la fluidez de la narración adquiere ya las características de una novela, aunque sin abandonar ni por un momento el carácter histórico-testimonial. En este tomo, Solzhenitsin, en cierta forma, deja de ser el cronista frío e implacable del tomo I, para convertirse en el escritor que aporta a la Historia esa necesaria carga de anécdota y humanidad, de ironía y humor —«humor heroico», como alguien lo ha llamado—, que da a esta parte de su inmenso fresco no sólo la fluidez de una gran novela, sino también la amenidad de un cuidado ensayo.

Y todo ello sin dejar de seguir poniendo al descubierto el funcionamiento del más vasto y perfeccionado sistema de terror que haya podido montar jamás un régimen político. Nos narra, con un lenguaje nuevo, la creación y posterior desarrollo del «Archipiélago»; lo que él mismo vivió y lo que le explicaron quienes lo vivieron. Nos habla de la cifra de deportados (¡cuarenta millones!); nos dice que en aquellos campos de trabajos forzados se aplicaba la pena de muerte a partir de los doce años de edad; nos relata la construcción del Belomorcanal, empresa de titanes llevada a cabo en el siglo XX con medios técnicos de la época de los faraones…

Pero, sobre todo, estudia por primera vez la vida de las mujeres en el «Archipiélago», el cual va formando metástasis, extendiéndose cada vez más. Con magistrales pinceladas, con serenidad y sorprendente ausencia de ira, nos describe la vida de aquellos seres desgraciados, de «aquellas mujeres desnudas, examinadas como si se tratara de una mercancía». «La revisión antipiojos y el rasurado de axilas y pubis permite a los peluqueros (miembros prominentes de la aristocracia del campo) echar un vistazo a las nuevas mujeres». Las únicas que no tienen problemas, que encuentran todos los caminos abiertos, son aquellas «que, por su naturaleza misma, no son demasiado exigentes en cuanto a sexo opuesto se refiere, y están dispuestas a ir con el primero que llegue». Mas, para muchas de ellas, «dar ese paso es algo más horrible que la muerte. Otras vacilan, se avergüenzan, pierden tiempo sopesando los pros y los contras, y cuando se deciden, es demasiado tarde, han dejado de cotizarse en la bolsa del campo».

Finalmente, el tomo III nos expone la formación y desarrollo del BUR, el grupo de resistencia en el interior del Gulag. Eminentemente anecdótico —una constante anécdota vívidamente humana—, es el desenlace lógico de un drama que sigue latiendo a través de sus páginas, aunque ya con el horizonte claro de una próxima liberación, con más serenidad creadora.

Alguien ha dicho que Solzhenitsin será recordado en la Historia de la Literatura Universal sólo gracias a su «Archipiélago Gulag», y que sus restantes obras vivirán en virtud de los méritos y forma de esta. Sin llegar a tanto, podríamos afirmar que es, sin duda, su obra más importante, y no sólo por su monumentalidad y por su índole histórica, sino también porque refleja el carácter de una época —de una dramática

época— del pueblo ruso, a la vez que recoge el anhelo de unos seres que sólo reclaman algo tan lógico y simple —aunque no parece serlo tanto— como la libertad.

Con el corazón oprimido, durante años me abstuve de publicar este libro, ya terminado. El deber para con los que aún vivían, podía más que el deber para con los muertos. Pero ahora, cuando, pese a todo, ha caído en manos de la Seguridad del Estado, no me queda más remedio que publicarlo inmediatamente.

A. SOLJENITSIN.

Septiembre de 1973.

En este libro no hay personajes ni hechos imaginarios. Las gentes y los lugares aparecen con sus propios nombres. Cuando se emplean iniciales, ello obedece únicamente a razones de índole personal. Y cuando falta algún nombre, se debe a un fallo de la memoria humana, aunque todo ocurrió tal como se describe aquí.

Allá por el año 1949, unos cuantos amigos encontramos una curiosa noticia en la revista *Priroda (La Naturaleza)*, publicada por la Academia de Ciencias. Decía —en letra menuda— que en unas excavaciones realizadas en el río Kolyma, se descubrió un filón de hielo subterráneo (una prehistórica corriente congelada), y en él, también congelados, ejemplares de fauna fósil (de varias decenas de miles de años de antigüedad). Estos peces o tritones se habían conservado tan frescos —atestiguaba el docto corresponsal—, que los allí presentes rompieron el hielo y se los comieron CON FRUICIÓN.

Probablemente los escasos lectores de la revista quedaron asombrados de que la carne de pescado pudiera conservarse tanto tiempo en el hielo. Pero fueron, sin duda, muy pocos los que captaron el extraordinario sentido del imprudente despacho.

Nosotros lo comprendimos en seguida. Vimos la escena en todos sus detalles: cómo los presentes, con nerviosismo y rapidez, rompían el hielo; cómo, perjudicando los altos intereses de la Ictiología y propinándose codazos, arrancaban a pedazos la carne milenaria, la arrastraban hasta la hoguera, la descongelaban y saciaban su hambre.

Y lo comprendimos porque figurábamos entre los PRESENTES, pertenecíamos a la poderosa raza de los *zekos*[a], única en la tierra capaz de comerse *CON FRUICIÓN* unos tritones.

Kolyma era la mayor y más famosa de las islas, el polo de la crueldad del asombroso país de GULAG[b], fraccionado en archipiélago por la geografía, pero fundido, por la psicología, en un continente, un país casi invisible, casi impalpable, poblado precisamente por los zekos.

Este archipiélago —país que moteó otro país, en cuyo interior se halla—, penetró en las ciudades, llegó hasta sus calles… Sin embargo, unos ni siquiera sospechaban su existencia; muchísimos, tenían de él una vaga noción, y sólo los que allí estuvieron lo sabían todo.

Pero guardaban silencio, como si en las islas del Archipiélago se hubieran privado de la palabra.

Gracias a un giro inesperado en nuestra historia, salió a la luz algo —poquísimo — sobre este Archipiélago. Pero las mismas manos que nos habían puesto las esposas, mostraban ahora las palmas en ademán conciliador: «No conviene… No conviene remover el pasado… Al que recuerde lo viejo, que le saquen un ojo». Pero el proverbio acaba así: «Y al que lo olvide, que le saquen los dos».

Pasan los decenios, que indefectiblemente cicatrizan las heridas y las llagas del pasado. Entretanto, algunas islas se estremecieron y se desintegraron, cubiertas por el mar polar del olvido. Y, así, un día de una época futura, este Archipiélago, su atmósfera y los huesos de sus habitantes, incrustados en un filón de hielo, se les antojarán a nuestros descendientes quiméricos tritones.

No me atrevo a escribir la historia del Archipiélago: no tuve ocasión de leer sus documentos. Pero ¿tendrá alguien esa ocasión…? Aquéllos, los que no desean

RECORDAR, han tenido y tendrán tiempo suficiente para destruir hasta el último documento.

Tras haber pasado allí once años; después de haber vivido aquel mundo deforme, pero no como una ignominia, no como una pesadilla maldita, sino casi con cariño, ahora, convertido, por un giro feliz, en depositario de muchos relatos y cartas posteriores, ¿podré revitalizarlo, convertirlo en algo de carne y hueso, de carne viva? (Carne de un tritón que, por así decirlo, aún sigue vivo).

LO DEDICO

a todos aquellos a los que no les alcanzó la vida para contar esto.
Perdonadme porque no lo vi todo,
no lo recordé todo,
no lo intuí todo.

Este libro habría sido una empresa imposible para uno solo. Aparte lo que yo mismo extraje del Archipiélago en mi cuerpo, en mi memoria, en mis oídos y en mis ojos, me proporcionó datos para este libro, en forma de relatos, memorias y cartas

una lista de 227 nombres.

No les expreso aquí mi reconocimiento personal, ya que es el monumento que, juntos, levantamos a todos los torturados y asesinados.

Quisiera destacar en esta lista a los que tanto se esforzaron por ayudarme, para que la obra tuviese puntos de apoyo bibliográficos tomados de las bibliotecas de hoy, o hace tiempo retirados y destruidos, ya que para hallar un ejemplar íntegro se requería mucho tesón; y aún más a los que me ayudaron a esconder este manuscrito en unos momentos difíciles y, posteriormente, a multicopiarlo.

Pero aún no ha llegado la hora en que pueda revelar sus nombres.

Este libro tenía que haber sido redactado por Dmitri Petrovich Vitkovski, viejo recluso de las islas Solovki. Pero media vida pasada *allí* (así se titulan sus Memorias del campo: *Media vida*) fue causa de una parálisis prematura. Privado ya del habla, logró leer sólo algunos capítulos acabados y comprobar que TODO SERÍA CONTADO.

Y aunque la libertad tarde en brillar en mi país y la circulación de este libro constituya un grave riesgo, saludaré también agradecido a los futuros lectores, en nombre de *aquéllos*, de los que murieron.

Cuando empecé este libro, en 1958, no conocía Memorias ni obras literarias dedicadas a los campos de concentración. En los años que pasé trabajando en él, hasta 1967, fui conociendo poco a poco los *Relatos de Kolyma*, de Varlam Shalamov, y las Memorias de D. Vitkovski, E. Guinzburg y O. Adamova-Sliozberg, a los que me refiero como si se tratara de obras literarias de todos conocidas (y así será, al fin y al cabo).

Pese a sus deseos, y contra su voluntad, aportaron datos inestimables a este libro y conservaron muchos hechos importantes, cifras y hasta el aire que respiraban, M. J. Sudrab-Lacis, N. V. Krylenko —Fiscal General durante muchos años—, su heredero, A. J. Vichinski, y sus juristas-cómplices, entre los cuales hay que destacar a I. L. Averbaj.

También proporcionaron material TREINTA Y SEIS escritores soviéticos, con MÁXIMO GORKI a la cabeza, autores de un ignominioso libro sobre el BELOMORKANAL[c] que, por vez primera en la literatura rusa, ensalza el trabajo de los esclavos.

Primera parte

La industria carcelaria

En una época de dictadura,
de enemigos por todas partes,
a veces dimos muestra de una delicadeza
y compasión innecesarias.

KRYLENKO, discurso en el proceso contra el Partido Industrial

I
El arresto

¿Cómo se llega a este misterioso Archipiélago? Continuamente vuelan hacia él aviones, navegan barcos, se arrastran ruidosamente los trenes, pero no llevan ningún letrero que indique el lugar de destino. Los empleados de las taquillas y los agentes del «Sovturist» o del «Inturist» quedarían asombrados si se les pidiera un billete para el Archipiélago. No han oído hablar de él ni de ninguno de sus muchos islotes.

Los que van al Archipiélago a gobernar, llegan a través de las escuelas del MVD[d].

Los que van a vigilar, son reclutados por los comisariados militares.

Y para los que van allí a morir, como usted y yo, querido lector, hay una sola y obligatoria forma de llegar: a través del arresto.

¡¡El arresto!! ¿Será necesario decir que da un vuelco a toda nuestra vida? ¿Que es un rayo que descarga sobre uno? ¿Que es una sacudida moral tan terrible, que no todos la encajan y que, a menudo, lleva a la locura?

El Universo tiene tantos centros como seres vivientes. Cada uno de nosotros es el centro de un mundo, y el Universo se resquebraja cuando le mascullan a uno: «*Queda usted detenido*».

Y cuando queda *usted* detenido, ¿podrá verdaderamente permanecer algo en pie ante este terremoto?

Con el cerebro embotado, incapaces de comprender estas deformaciones tectónicas del Universo, en ese momento, tanto los más agudos como los más lerdos sólo son capaces de extraer, de toda su experiencia, un:

¿¿Yo?? ¿¡¿Por qué?!?

Pregunta que antes de nosotros se ha repetido millones y millones de veces y que jamás obtuvo respuesta.

El arresto es una manera fulminante y sorprendente de arrojar, precipitar, trasplantar de un estado a otro.

Corriendo felices o arrastrándose desdichados por la larga y tortuosa calle de nuestra vida, pasamos junto a vallas, vallas y más vallas de madera podrida, tapias de arcilla, cercas de ladrillo, de hormigón, de hierro. No nos paramos a pensar qué podía haber detrás de ellas. No intentamos elevar la mirada ni el pensamiento por encima de las mismas, pese a que, precisamente allí, empezaba el país de GULAG, tan cerquita, a dos metros de nosotros. Y tampoco nos percatamos del sinfín de puertas y

portezuelas, bien ajustadas y disimuladas, que había en aquellas vallas. Todas aquellas puertas estaban preparadas para nosotros, y he aquí que, de pronto, se abrió rápidamente una, la fatal, y cuatro blancas manos masculinas, que no sabían de trabajo físico, pero llenas de energía, nos agarraron por las piernas, por las manos, por el cuello, por la gorra, por las orejas…, nos arrastraron como un fardo y se cerró para siempre, detrás de nosotros, la puerta, la puerta de nuestra vida anterior.

Y nada más. Queda usted detenido.

Y, por toda respuesta, só… ó… ó… lo se le ocurrirá balar como un borrego:

—¿¿Yo… o?? ¿¿Por qué…??

Esto es el arresto: un fogonazo cegador y un golpe que relegan el presente al pasado, mientras lo imposible se hace totalmente presente.

Y eso es todo. Y no logrará usted entender nada más ni en la primera hora ni en el primer día.

Y en su desesperación, incluso verá resplandecer una luna parecida a un juguete de niño, a un decorado de circo: «¡Es un error! ¡Se aclarará!».

Todo lo demás, lo que constituye la imagen tradicional y hasta literaria del arresto, se acumulará y ordenará no en su memoria turbada, sino en la memoria de su familia y sus vecinos.

Es un estridente timbrazo nocturno o un violento repicar en la puerta. Es la arrogante entrada de los agentes[e], que penetran en su casa sin limpiarse las botas. Es el testigo ocular, que, asustado, permanece tras ellos.

(¿Para qué se necesita el testigo? La víctima no se atreve a plantear preguntas, y los agentes no recuerdan para lo que sirve, pero su presencia está prevista en las instrucciones; y él permanecerá en vela toda la noche, para firmar a la madrugada. El testigo, arrancado de la cama, también sufre: una noche sí y otra también, ha de colaborar en la detención de sus vecinos y conocidos).

El arresto tradicional es, además, las temblorosas manos que preparan las cosas del detenido: una muda de ropa, una pastilla de jabón, algo de comer; pero nadie sabe qué debe ni qué puede llevarse; y mientras, los agentes dan prisas y cortan los preparativos: «No hace falta nada. Allí le darán de comer. Allí hace calor». (Todo es mentira. Dan prisa para meter miedo).

El arresto tradicional es también, cuando se han llevado al pobre hombre, la brutalidad, durante muchas horas, en la casa, de una fuerza intrusa, ruda y aplastante. Es arrancar, tirar y apartar violentamente de las paredes los armarios, abrir cajones, desparramar su contenido, apilarlo, pisotearlo. Durante el registro no hay nada sagrado. Cuando detuvieron a Inoshin, maquinista de tren, había en la habitación un ataúd con un pequeñín, que había acabado de morir. Era su hijo. Los *juristas* volcaron el féretro, apartaron el cadáver y buscaron también en el interior de la caja. Sacan a los enfermos de las camas y les quitan las vendas de las heridas[1]. Durante el registro, nada puede considerarse absurdo. A Chetverujin, coleccionista de antigüedades, le confiscaron «muchos papeles de edictos imperiales», a saber: los

ucases sobre el final de la guerra contra Napoleón, sobre la formación de la Santa Alianza y el texto de las rogativas celebradas, en 1830, con motivo de la epidemia de cólera. A Vostrikov, nuestro mejor conocedor del Tibet, le requisaron valiosos códices tibetanos, y, con muchas dificultades, los discípulos del fallecido lograron arrancarlos de manos de la KGB treinta años después. Cuando detuvieron al orientalista Nevski, se llevaron manuscritos tangutos (por haberlos descifrado, a este sabio le fue concedido, veinticinco años después, el premio Lenin a título póstumo). De casa de Karguer se llevaron los archivos de los ostiacos del Yeniséi, prohibieron el alfabeto creado por Karguer, y el pueblo en cuestión se quedó sin idioma escrito. Llevaría mucho tiempo describir todo esto en lenguaje intelectual. El pueblo, refiriéndose al registro, dice simplemente: «*buscan lo que no existe*».

Se llevan lo requisado, y a veces obligan al detenido a cargar con ello: Nina Alexandrovna Palchinskaya llevó a cuestas un saco con los papeles y cartas de su laborioso marido —un gran ingeniero ruso—, hasta las fauces de ELLOS, para siempre, sin retorno.

Y para aquellos que deja el arrestado, empieza una larga vida desolada y deshecha. Tratan de que les lleguen paquetes, pero en todas las ventanillas les ladran: «Ese no está en la lista», «No se encuentra aquí». En los días malos de Leningrado había que estar hasta cinco días en cola ante esta ventanilla. Y es posible que al cabo de medio año o de un año, el detenido dé señales de vida o eructen en los oídos de quien pregunta por él: «Sin derecho a correspondencia», lo cual significa, casi con toda seguridad, que ha sido jubilado[2].

Es así como nos imaginamos el arresto.

Efectivamente, las detenciones nocturnas semejantes a la descrita, son las preferidas en nuestro país, porque ofrecen importantes ventajas. Todos los que viven en el apartamento se estremecen de temor al oír el primer golpe en la puerta. Sacan al arrestado del calor del lecho; éste se muestra torpe a causa de la modorra, está entontecido. En la detención nocturna, los agentes cuentan con superioridad de fuerzas: son varios hombres armados contra uno con el pantalón a medio abrochar; mientras se viste y hacen el registro no se apiñará en el portal una multitud de eventuales partidarios de la víctima. La visita calmosa y espaciada a un apartamento, después a otro, mañana al tercero, y pasado al cuarto, permite utilizar de manera racional la plantilla de agentes y encarcelar a una cantidad de personas muchas veces superior al número de agentes.

Los arrestos nocturnos ofrecen también la ventaja de que ni los habitantes de las casas vecinas ni de las calles de la ciudad saben a cuántos se han llevado en una noche. Alborotan a los vecinos próximos, pero los lejanos ni se enteran, como si no hubieran estado. Sobre el mismo asfalto por el que, de noche, circularon los furgones celulares, durante el día marcha la nueva generación con banderas y flores, entonando cantos venturosos.

Pero los agentes que sólo se dedican a detener. Para quienes el horror de los arrestados resulta desagradable y embarazoso, tienen un concepto mucho más amplio de su misión. Poseen una gran teoría; no seamos ingenuos pensando que no la tienen. La «arrestonomía» es parte importante del curso de «carcelología» y se asienta en una sólida teoría social. Según distintos conceptos, los arrestos se clasifican en: nocturnos y diurnos, en su domicilio, en el trabajo y en viaje; por primera y segunda vez; por separado y en grupo. Los arrestos se distinguen según el grado de sorpresa requerido para llevarlos a cabo, según el grado de eventual resistencia (pero, en decenas de millones de casos, la resistencia no se esperaba y no la hubo). Las detenciones se diferencian por la seriedad del registro[3]; según se requiera o no hacer una lista de lo confiscado, sellar las habitaciones, detener después del marido a la mujer y meter a los niños en una guardería, deportar al resto de la familia, o mandar a los viejos también a un campo de concentración.

No se crea, los arrestos son muy variados en sus formas. La húngara Irma Mendel, en una ocasión consiguió en la Komintern (en 1926), dos entradas para el «Teatro Bolshoi». La cortejaba el juez de instrucción Kleguel y ella lo invitó. Disfrutaron muy cariñosamente del espectáculo y, al final, él la llevó… derechito a la Lubianka. Y si un soleado día de junio de 1927, en la calle Kuznetski Most, la bella Ana Skripnikova, de rostro carnoso y rubia trenza, cuando acababa de comprar tela azul para un vestido, un joven petimetre la subió a un coche (el chófer ya sabía de lo que iba y se enfurruñó: estos *Órganos* no pagan), sepan que no es una cita amorosa, sino un arresto: sólo les queda torcer hacia la Lubianka y entrar en las negras fauces del portón. Y si (veintidós primaveras después) el capitán de fragata Boris Burkovski, de punta en blanco, oliendo a colonia cara, compra una tarta para su novia, no juren que la tarta llegará a poder de la novia y que no será rajada por las navajas de los que registran y que el capitán de fragata no se la llevará a su primera celda. No, en nuestro país jamás fue desdeñado ningún tipo de arresto: el diurno, en viaje, y en un hervidero humano. Pero, eso sí, se hace con limpieza; lo más asombroso es que las víctimas, de común acuerdo con los agentes, se portan con extremada nobleza, para que nadie se percate de la desaparición del «predestinado».

No a todos conviene arrestarlos en casa, llamando previamente a la puerta (el que llama es el administrador de la finca o el cartero), ni tampoco conviene detenerlos a todos en su lugar de trabajo. Si el que se va a arrestar es malévolo, conviene agarrarlo *fuera* de su ambiente cotidiano: de su familia, de los compañeros de trabajo, de sus correligionarios, de sus escondrijos: no hay que darle tiempo a que destruya, oculte o transmita algo. A algunos altos cargos, militares o políticos, a veces les asignaban un nuevo destino, les destinaban un coche especial y, en el camino, los arrestaban. Pero un simple mortal, acoquinado por los arrestos al por mayor, que lleva una semana entera abatido ante las miradas ceñudas de su jefe, es invitado de pronto al comité sindical, donde le entregan risueños una plaza para un sanatorio de Sochi. El conejo se enternece; entonces considera que su miedo era infundado. Él lo agradece y,

jubiloso, corre a casa a hacer la maleta. Faltan dos horas para el tren, regaña a su desmañada esposa. Por fin llega a la estación. Aún le queda tiempo. En la sala de espera, o en el bar, un joven simpatiquísimo lo llama: «¿Se acuerda de mí, Piotr Ivanich?». Piotr Ivanich siente embarazo: «Me parece que no, aunque»… El joven se muestra amistoso en grado sumo: «Hombre, hombre, permítame que le haga recordar»…, y saluda muy respetuosamente a la esposa de Piotr Ivanich: «Perdón, debo hablar con su esposo, es un *minuto*»… La esposa se lo permite y el desconocido se lleva a Piotr Ivanich, con confianza, del brazo, para siempre o para diez años.

Alrededor bulle la masa de viajeros que, sin percatarse de nada, aguardan en la estación… Ciudadano aficionado a los viajes: no olvides que en cada estación hay una sección de la GPU y varias celdas.

Estos presuntos conocidos son tan pegajosos, que si un hombre no se ha curtido en un campo de concentración no logra deshacerse de ellos. No se crea que si usted es funcionario de la Embajada americana, y su nombre, por ejemplo, es Al-r D., no se atreverán a arrestarlo en pleno día en la calle Gorki, junto a la Central de Telégrafos. Un amigo desconocido se abrirá paso entre la muchedumbre para llegar hasta usted y, extendiendo sus manazas: «*Sa… cha!* —no se oculta, sino grita—: ¡Golfo! ¡Dichosos los ojos que te ven…! Pasa a este lado, para no molestar». Y a este lado, rozando el bordillo de la acera, llegará en ese preciso instante un coche «Poveda»… (Días después la agencia «TASS» manifestará indignada que las esferas competentes no saben nada sobre la desaparición de Al-r D). Pero eso no entraña ninguna dificultad. Nuestros mozarrones arrestaban hasta en Bruselas (así cogieron a Zhora Blednov), que es más difícil que en Moscú.

Demos a los *Órganos* su merecido: en este siglo, cuando los discursos, las piezas teatrales y las modas femeninas parecen fabricadas en cadena, los arrestos son variados. Al entrar en la fábrica después de enseñar el pase, te apartan y te llevan; con 39 grados de fiebre te sacan de un hospital militar (Hans Bernstein) y el médico no se opone (¡y que no se le ocurra!); te levantan de la mesa de operaciones, después de operarte una úlcera de estómago (N. M. Vorobiov, inspector regional de escuelas, 1936) y entre la vida y la muerte, sangrando, te trasladan a la celda (recuérdese a Karpunich); pides (Nadia Levitskaya) visitar a tu madre presa, y lo logras, pero resulta que se trataba de un careo y te arrestan. En una tienda de ultramarinos te invitan al departamento de encargos y allí te arrestan; te detiene un vagabundo al que, por amor de Dios, le diste cama en tu casa; te arresta el electricista, que viene a tomar los datos del contador eléctrico; te detiene un ciclista que te arrolló en la calle, el maquinista de un tren, un taxista, el empleado de una caja de ahorros y el administrador de un cine… todos ellos te detienen y, cuando ya es demasiado tarde, ves el carnet de pastas rojas que llevaban muy escondido.

A veces los arrestos se efectúan con un lujo tal de inventiva, con un despliegue de energías tan excesivo, que el arresto parece un juego, porque, de todas formas, la víctima no habría ofrecido resistencia. ¿No será porque, así, los agentes quieren

justificar su labor y su abundancia? Probablemente bastaría con enviar una citación a todos los «conejos» señalados y ellos mismos, a la hora y minuto indicados, acudirían con su hatillo a las negras puertas de hierro de la Seguridad del Estado para ocupar en el calabozo el trozo de suelo que les indiquen. (A los koljosianos los detienen así; estaría bueno que hubiese que ir a por ellos a su casa, de noche y cruzando los campos. Lo citan al soviet rural y allí lo agarran. Al peón lo llaman a la oficina).

Claro, cada máquina tiene su capacidad, más de la cual no puede tragar. En los abundantes años de 1945-1946, cuando de Europa llegaban convoyes que había que tragar de un golpe y mandarlos a GULAG, el juego ya no era tan excesivo, la propia teoría quedó bastante desdibujada, las plumas rituales se desprendieron y el arresto de decenas de miles tenía más bien aspecto de un mezquino pase de lista: venían con las listas, llamaban a los de un tren, los montaban en otro y en eso consistía el arresto.

En nuestro país, los arrestos políticos de varios decenios tenían la particularidad de que los detenidos eran unos inocentes no preparados para la resistencia. Se creó un ambiente general de perdición irremediable, la idea de que (con nuestro sistema de pasaportes, bastante justa por cierto) era imposible escapar de la GPU-NKVD. Y aún en plena epidemia de arrestos, cuando la gente al salir para el trabajo todos los días se despedía de los familiares porque no sabía si regresaría por la noche, apenas se escapaban (los casos de suicidio eran muy raros). Era lo que se necesitaba. De la oveja mansa se aprovecha el lobo.

Ello también se debía a que la gente desconocía el mecanismo de las epidemias de arrestos. Los *Órganos* casi nunca tenían sólidas razones para preferir el arresto de alguien en concreto; lo que les importaba era alcanzar las cifras establecidas. Estas cifras podían lograrse mediante un proceso lógico, pero también fortuito. En 1937, en la NKVD de Novocherkassk se presentó una mujer para preguntar qué hacer con un niño de pecho hambriento, que su madre, al ser arrestada, había dejado abandonado. «Espere —le dijeron—; ahora lo aclararemos». Estuvo esperando unas dos horas y, de la sala de recepción, la llevaron a la celda: había que alcanzar rápidamente una cifra y no había agentes disponibles para enviar a la ciudad, mientras que la mujer ya estaba allí. Por el contrario, al letón Andrei Pavel, de Orsha, fue a detenerlo la NKVD; Pavel no les abrió la puerta, saltó por la ventana y se marchó directamente a Siberia. Allí vivió con su nombre y con los documentos que decían que era de Orsha, pero JAMAS fue detenido, ni llamado por los *Órganos*, ni objeto de sospechas. Es que hay tres tipos de búsqueda: a escala nacional, a escala republicana y a escala regional, y una buena mitad de los detenidos en aquellas epidemias no habrían sido buscados fuera de su región. Alguien a punto de ser arrestado por circunstancias casuales, como es la denuncia de un vecino, podía muy bien ser sustituido por otro vecino. Los que como A. Pavel cayeron por casualidad en una redada, o fueron buscados en su casa y tuvieron el valor para escapar en esas primeras horas, antes del primer interrogatorio, nunca más fueron buscados ni llamados a juicio, pero los que se quedaban a la espera de que se les hiciera justicia, ésos fueron condenados. Y casi

todos, la inmensa mayoría, se comportaban como cobardes, impotentes, desorientados.

También es cierto que la NKVD, si no encontraba la persona que buscaba, obligaba a sus familiares a no ausentarse de la localidad; aunque tampoco les costaba mucho arreglar los papeles y llevarse a los demás en sustitución del escapado.

La inculpabilidad general determina la inacción general. *A lo mejor no me cogen a mí.* A *lo mejor me salvo.* A. I. Ladyzhenski era profesor en una escuela del remoto Kologriv. En 1937 se le acercó un campesino en el mercado y le dijo, de parte de alguien: «Alexandr Ivanich, márchate; estás *en las listas*». Pero él se quedó: «Soy el que llevo toda la escuela y doy clase a sus hijos; ¿cómo van a detenerme…?». (Días después, le detuvieron). No todos son como Vania Levitski, que a los catorce años ya lo entendía: «Todas las personas honradas tienen que ir a la cárcel. Ahora está preso mi padre y cuando yo crezca, también me detendrán a mí». (En efecto, fue detenida a los veintitrés años). La mayoría se agazapa en una ingenua esperanza. Soy inocente, ¿por qué me van a detener? ¡ES UN ERROR! Te llevan por el cuello y aún sigues diciéndote: «¡Es un error! *¡Lo averiguarán y me soltarán!*». Cuando encarcelan a mansalva en torno a uno, también es absurdo, pero en cada uno de esos casos no todo anda muy claro: «¿Quién sabe si *ése* es…?». Pero tú, tú eres inocente, seguro. Sigues aún creyendo que los *Órganos* tienen una lógica humana: lo averiguarán y me soltarán.

Entonces, ¿qué necesidad tienes de escapar…? Entonces, ¿para qué vas a ofrecer resistencia…? Sólo lograrás empeorar tu situación, entorpecer la aclaración de error. Y nada de resistir: bajas la escalera de puntillas, como está mandado, para que los vecinos no lo oigan[4].

Y, además, ¿resistirte a qué? ¿A que te despojen del cinturón? ¿A la orden de que te retires a aquel rincón o de que cruces el umbral? El arresto se compone de diminutos circunloquios, de incontables minucias, cada una de las cuales, por separado, no parece digna de discusión (cuando la mente del arrestado se mueve en torno a la gran pregunta de «¿¡Por qué!?»), y todos estos circunloquios son los que, a fin de cuentas, componen el arresto.

El recién detenido lleva tantas cosas en el alma, que bien valdrían un libro. Se cobijan en ella sentimientos que ni siquiera sospechamos. Cuando, en 1921, detuvieron a Eugenia Doyarenko, de diecinueve años, y tres jóvenes chequistas hurgaban en su lecho y en la cómoda de la ropa, se mantuvo tranquila: no tenía nada, y nada hallarían. Pero de pronto tocaron su Diario íntimo, que no podía enseñar ni a su madre, y la lectura de sus páginas por aquellos muchachos extraños y hostiles, la impresionó más que toda la Lubianka con sus rejas y sótanos. En muchas personas, estos sentimientos y apegos personales, dañados por el arresto, pueden ser mucho más fuertes que el miedo a la cárcel o las razones políticas. El que interiormente no está preparado para la violencia, siempre es más débil que el que violenta. Son pocos los inteligentes y valerosos que calculan al instante. Grigoriev, director del Instituto

Geológico de la Academia de Ciencias, cuando fueron a detenerlo, en 1948, se parapetó, y durante dos horas estuvo quemando papeles.

A veces el sentimiento predominante en el detenido es de alivio y hasta de… ALEGRÍA; pero esto ocurría sólo en las epidemias de arrestos: a tu alrededor se llevaban a gente como tú, y no iban por ti, tardaban, y la extenuación, el sufrimiento, era peor que el arresto, y no sólo en los pobres de espíritu. Vasili Vlasov, un comunista sin miedo —al que recordaremos en otras ocasiones—, se negó a escapar, como le proponían sus ayudantes no comunistas, y se sentía desfallecer porque toda la administración del distrito de Kady había sido detenida (año 1937), y ¡no iban por él, no iban! Era de los que ponen el pecho a los golpes: recibió el golpe, y en los días posteriores al arresto, se sintió estupendamente. En 1934, el reverendo padre Iraklii fue a Alma-Ata a visitar a unos creyentes desterrados; mientras, en su casa de Moscú se presentaron tres veces a arrestarle. Cuando regresó, los feligreses le esperaban en la estación y no le dejaron marchar a casa. Ocho años le ocultaron, trasladándole de una casa a otra. Aquella vida de acoso lo extenuó de tal manera, que en 1942, cuando, por fin, lo arrestaron, el sacerdote entonó un cántico de alegría a Dios.

En este capítulo hemos hablado sólo de la masa, de los conejos, de los encarcelados sin saber por qué. Pero a lo largo del libro hablaremos de los que también en la nueva época siguieron siendo *políticos* de verdad. Vera Rybakova, una estudiante socialdemócrata, cuando estaba en libertad *soñaba* con la cárcel de Suzdal, en la que confiaba en reunirse con sus compañeros mayores (ya no quedaba ninguno en la calle) para formarse allí ideológicamente. En 1924, la social-revolucionaria Ekaterina Olitskaya se consideraba *indigna* de la cárcel: por la cárcel habían pasado los mejores hombres de Rusia; ella aún era joven y no había hecho nada en favor de Rusia. Pero la *calle* la expulsaba ya de sí. Y, de esta forma, fueron a la cárcel las dos, orgullosas y alegres.

«¡Resistencia! ¿Qué fue de vuestra resistencia?», increpan ahora a las víctimas aquellos que se libraron del arresto.

Sí, la resistencia tenía que haber empezado aquí, en el momento del arresto.

Y no empezó.

Así, pues, se lo *llevan* a uno. En el arresto diurno se da siempre ese breve instante irrepetible en que, de forma imprecisa, según un acuerdo cobarde, o totalmente al descubierto, con las pistolas desenfundadas, se lo *llevan* a uno en medio de centenares de personas tan inocentes y sentenciadas como uno. Y nadie nos tapa la boca, ¡y se puede, se debe GRITAR! ¡Gritar que te han detenido, que criminales disfrazados andan a la caza de la gente, que arrestan por denuncias falsas, que se está realizando una sorda matanza de millones de seres! ¿Y no habrían llegado a indignarse nuestros ciudadanos si hubiesen oído tales gritos muchas veces al día y en todas partes de la ciudad? ¿¡Habrían sido tan fáciles los arrestos!?

En 1927, cuando la sumisión no había reblandecido aún a tal punto nuestro cerebro, en la plaza Serpujovskaya, en pleno día, dos chequistas trataron de arrestar a

una mujer. Ella se abrazó a una farola, gritó y ofreció resistencia. Se reunió el gentío. (Claro, se requería una mujer así, pero también una multitud así. No todos los transeúntes bajaron la vista, no todos escurrieron el bulto). Aquellos apresurados mozarrones quedaron cortados. No podían *trabajar* a la luz del día. Subieron a un coche y escaparon. Lo mejor que podría haber hecho aquella mujer habría sido ir inmediatamente a la estación y largarse. Pero se fue a dormir a casa. Y de noche se la llevaron a la Lubianka[f].

Pero de *nuestros* labios resecos no escapa ni un sonido, y la muchedumbre que pasa nos toma, despreocupadamente, a nosotros y a nuestros verdugos, por unos amigos que pasean.

Yo mismo tuve muchas ocasiones de *gritar*.

A los diez días de mi arresto, tres parásitos del SMERSH, más agobiados por las cuatro maletas de trofeos que por mi persona —en mí, después de un largo camino, ya tenían confianza—, me llevaron a la estación Belorusskaya, de Moscú. Se llamaban *escolta especial*, y, en realidad, las metralletas les molestaban más que otra cosa, ya que les impedían llevar bien las cuatro pesadísimas maletas: las riquezas robadas en Alemania por ellos y por sus jefes del contraespionaje SMERSH, del Segundo Frente de Bielorrusia y que ahora, con el pretexto de escoltarme, se las llevaban a sus familias, a su patria. Yo llevaba, sin placer alguno, la quinta maleta, en la cual iban mis Diarios y mis creaciones, las pruebas contra mí.

Ninguno de los tres sabía el camino, por lo cual yo tenía que elegir la ruta más corta hasta mi cárcel, yo mismo tenía que conducirles a la Lubianka, en la que nunca había estado (y que confundí con el Ministerio de Asuntos Exteriores).

Después de un día en la Sección de Contraespionaje del Ejército y de tres días en el Contraespionaje del Frente —donde mis compañeros de celda ya me instruyeron acerca de las trampas, amenazas y palizas que daban los jueces de instrucción, y me dijeron también que, una vez arrestado, jamás te sueltan, y que una decena de años no te la quitaba nadie—, logré escapar de milagro, y llevaba ya cuatro días como un *hombre libre* entre *libres*, aunque mis costados habían yacido ya sobre la podrida paja junto al barril donde se depositaban las materias fecales, y mis ojos ya habían visto a seres apaleados e insomnes, y mis oídos habían escuchado la verdad, y mi boca había probado el rancho carcelario… Entonces, ¿por qué callaba?, ¿por qué, en mi última oportunidad de hablar, no ilustraba a la multitud engañada?

Callé en la ciudad polaca de Brodnitsy, aunque probablemente allí no entendían el ruso. No grité una sola palabra en las calles de Bialystok, pero quizás a los polacos eso les tuviera sin cuidado. Tampoco dije nada en la estación de Volkovysk, aunque en ella había poca gente. Como si tal cosa, marchaba con aquellos bandidos por el andén de Minsk, pero la estación estaba aún en ruinas. Y ahora llevaba conmigo a los del SMERSH hacia la cúpula blanca y redonda del vestíbulo superior de la estación del Metro de Belorusskaya Radial, inundado de luz artificial; de abajo arriba parecía subir a nuestro encuentro —en dos escaleras mecánicas paralelas a la nuestra— una

multitud de moscovitas. ¡Parecía que me miraban! En una interminable cinta salían de allí, de la profundidad del desconocimiento hacia la radiante cúpula, hacia mí, en busca de una palabra de verdad; entonces, ¡¿¿por qué callaba…??!

Cada uno tiene siempre una docena de buenos motivos para demostrar que no debe inmolarse.

Los unos aún confían en un desenlace feliz y temen, si gritan, comprometer su suerte (hasta nosotros no llegan las noticias del otro mundo; por eso no sabemos que desde el primer instante de la detención, nuestro destino casi nos ha reservado lo peor, y que empeorarlo es imposible). Otros han madurado aún hasta los conceptos que se expresan en un grito a la muchedumbre. Sólo los revolucionarios tienen las consignas a flor de labios, tanto, que pugnan por salir; pero ¿de dónde puede sacarlas el pequeñoburgués dócil, no implicado en nada?; simplemente, NO SABE QUÉ GRITAR. En fin, hay otro tipo de personas cuyo pecho está ya demasiado lleno, cuyos ojos han visto excesivas cosas para poder agotar en unos cuantos gritos incongruentes todo el lazo que llevan.

Yo callo, además, por otra razón: porque aquellos moscovitas que suben elevados por las dos escaleras mecánicas, son pocos para mí, *pocos*. Aquí oirían mi grito sólo doscientas o trescientas personas; pero ¿y los doscientos millones de mis compatriotas…? Presiento vagamente que alguna vez podré gritar ante esos doscientos millones reunidos…

Mas, por ahora, no abro la boca, y la escalera me arrastra, irresistiblemente, hacia el infierno.

Y también callaré en el Ojotny Riad.

Tampoco gritaré ante el «Hotel Metropol».

No agitaré los brazos en el Gólgota de la plaza de la Lubianka.

Probablemente mi arresto fue del tipo más suave que imaginarse pueda. No me arrancaron de los brazos de los familiares, ni de nuestra vida doméstica, tan entrañable para nosotros. Un lánguido día de febrero europeo me arrancaron de un estrecho cabo que se adentra en el mar Báltico; donde habíamos rodeado a los alemanes o los alemanes a nosotros —no lo sé bien—, lo cual me privó del familiar grupo de artillería y del espectáculo de los últimos tres meses de la guerra.

El jefe de la brigada me llamó al Puesto de Mando y, sin saber para qué, me pidió mi pistola; se la entregué, sin sospechar nada malo, y, de pronto, del grupo de oficiales que en una tensa inmovilidad, se hallaban en un rincón, se adelantaron dos oficiales del contraespionaje, en pocos saltos cruzaron la habitación, me arrancaron la estrella de la gorra, los galones, la correa, la bolsa de campaña… y gritaron con dramática voz:

—¡¡Queda usted detenido!!

Abrasado y traspasado de los pies a la cabeza, no se me ocurrió frase más genial que:

—¿Yo? ¡¿Por qué…?!

Es una pregunta sin respuesta, pero yo, asombrosamente, la recibí. Debo mencionarlo, pues supuso algo extraño en nuestras costumbres. Cuando los del SMERSH acabaron de cachearme, junto con la bolsa, me quitaron mis reflexiones políticas escritas. Atormentados por el temblor que en los cristales producían las explosiones alemanas, apresuradamente me empujaron hacia la salida. De pronto sonó una voz firme que se dirigía a mí ¡sí! a través de aquel tajo sordo que me separaba de los que quedaban, el tajo que produjo, al caer pesadamente, la palabra «arrestado», sobre este límite pestífero, que ya no rebasaría ni el sonido, pasaron las palabras inconcebibles, mágicas del jefe de la Brigada.

—Solzhenitsin, vuélvase.

Con un movimiento brusco me deshice de los del SMERSH y di un paso atrás, hacia el jefe de la Brigada. Yo apenas lo conocía. Él jamás había condescendido a hablar conmigo. Para mí, la expresión de su cara siempre era una orden, una disposición, un reproche. Pero ahora en su rostro brillaba la reflexión, no sé si era la vergüenza por su forzada participación en un asunto sucio, o el afán de sacudirse la deplorable subordinación de toda su vida. Hacía diez días, en una bolsa, había caído uno de sus grupos de Artillería: doce piezas pesadas; logré rescatar mi batería de exploración casi completa. Ahora, ¿tenía que renunciar aquel hombre a mí por un trozo de papel sellado?

—¿Usted… —preguntó con firmeza— tiene un amigo en el Primer Frente Ucraniano?

—Eso no está permitido… ¡No tiene derecho! —gritaron al coronel el capitán y el comandante del contraespionaje.

En la esquina se acurrucó asustado el cortejo de oficiales de la jefatura, como si temieran hacerse cómplices del inusitado desvarío del jefe de la Brigada (los de la Sección política ya se preparaban para proporcionar *material* contra él). A mí me bastaba: en seguida comprendí que había sido arrestado por cartearme con un amigo de la escuela y comprendí de qué lado debía esperar el peligro.

Zajar Georgievich Travkin podía no decir más. ¡Pero no! Siguió dignificándose e irguiéndose ante sí mismo, se levantó de la mesa (antes jamás se había levantado para acudir a mi encuentro) y a través del límite pestífero me tendió la mano (cuando yo era libre nunca me la había tendido) y al estrechármela en medio del mudo horror del séquito, con un poco de calor en su cara siempre severa, dijo sin miedo y con claridad:

—¡Que tenga suerte, capitán!

Yo no sólo había dejado de ser capitán, sino que ya había pasado a ser enemigo desenmascarado del pueblo (porque aquí todo el que es detenido queda desenmascarado totalmente desde el momento del arresto). ¿Deseaba suerte a un enemigo…?

Temblaban los cristales. Las explosiones alemanas azotaban la tierra a unos doscientos metros de allí, recordando que *eso* no habría podido ocurrir dentro de nuestro territorio, bajo la campana de una existencia establecida, sino sólo aquí, sintiendo el hálito de la muerte próxima, que es con todos igual[5].

En este libro no hago referencia a mis Memorias. Por eso no contaré detalles muy jugosos de mi arresto, que fue algo único. Aquella noche, los del SMERSH estaban desesperados porque no entendían el mapa (jamás lo habían entendido) y cortésmente me lo dieron, rogándome que le fuera indicando al chófer cómo llegar a la Sección de contraespionaje del Ejército. Me conduje a mí y a ellos hasta la cárcel y, como recompensa, fui inmediatamente metido no en una celda corriente, sino de castigo. Pero aquella despensa de una granja alemana, que servía de celda de castigo provisional, sí que no la pasaré por alto.

De largo tendría la altura de un hombre, de ancho, lo justo para que cupiesen tres individuos no muy gruesos y el cuarto con esfuerzo. Yo era precisamente el cuarto; me embutieron allí pasada la medianoche, los tres acostados arrugaron la cara somnolienta ante la luz de una mariposa y me hicieron sitio. Sobre la paja triturada del suelo éramos ya ocho botas en dirección a la puerta y cuatro capotes. Ellos dormían; yo, ardía. En la misma medida en que había sido un presuntuoso capitán, así me dolía verme apretujado en el fondo de aquel tabuco. En un par de ocasiones, los jóvenes se despertaron con el costado entumecido y nos volvimos todos a una.

Por la mañana, ya sin sueño, bostezaron, carraspearon, encogieron las piernas, se acurrucaron cada uno en su esquina y empezaron las presentaciones:

—¿Y tú, por qué?

Pero yo ya había sentido la incierta brisa de la desconfianza bajo el techo ponzoñoso del SMERSH, y mostré un cándido asombro:

—No tengo ni idea. ¿Acaso te lo dicen los cabrones?

Sin embargo, mis compañeros de celda, tanquistas con cascos negros y mullidos, no lo ocultaban. Eran tres corazones honrados de soldados, sin picardía —un tipo de hombres con los que me encariñé en los años de la guerra, a pesar de ser yo más tortuoso y peor que ellos—. Los tres eran oficiales. También les habían arrancado los galones con rabia, en algunos sitios quedaban las hilachas. Las manchas claras en las sucias guerreras eran huellas de las quitadas condecoraciones, las cicatrices oscuras y rojas en las caras y en las manos recordaban las heridas y las quemaduras. Por desgracia para ellos, su grupo de tanques se quedó para que le efectuaran reparaciones en el pueblo donde acampó el servicio de contraespionaje, el SMERSH, del 48 Ejército. Ayer, para desquitarse del combate de anteayer, bebieron y en las afueras del pueblo se metieron en un baño, en el que habían visto entrar dos mozas cachondas. Las muchachas, a medio vestir, lograron huir de los ágiles pies de los tanquistas. Pero resultó que una de ellas no pertenecía a un cualquiera, sino al mismísimo jefe del contraespionaje del Ejército.

Sí, la guerra llevaba tres semanas en territorio alemán y todos sabíamos bien que, de ser muchachas alemanas, se las hubiera podido violar y después fusilar, lo que casi hubiera tenido su mérito de guerra; a las polacas o a nuestras rusas desplazadas, por lo menos se las hubiese podido perseguir en cueros por el huerto, dándoles golpes en las nalgas; la cosa no hubiera pasado del regodeo. Pero era la «esposa de campaña» del jefe del contraespionaje. A tres oficiales veteranos, un sargento de retaguardia les arrancó inmediatamente y con odio los galones concedidos por orden del Frente, les quitó las condecoraciones otorgadas por el Presidium del Soviet Supremo; ahora a estos soldados, que habían peleado durante toda la guerra y, probablemente, aplastaron muchas trincheras enemigas, les esperaba un tribunal de guerra, que, de no haber sido por su tanque, no habría llegado de ningún modo a este pueblo.

Apagamos la mariposa, que consumió lo poco que allí había para respirar. La puerta tenía una *mirilla* del tamaño de una tarjeta postal, por la que llegaba la luz indirecta del pasillo. Como si temieran que de día nos sintiéramos demasiado anchos, nos metieron al quinto. Entró con un flamante capote de soldado, con un gorro nuevo también y cuando se acercó a la mirilla nos mostró su cara chata y fresca, con rosetas en las mejillas.

—¿De dónde vienes, hermano? ¿Quién eres?

—Vengo del *otro* lado —respondió sin vacilar—. Soy espía.

—¡Anda, déjate de bromas! —quedamos atónitos. (¡Que un espía confesara que lo era…! ¡Eso jamás lo habían escrito Sheinin y los hermanos Tur!).

—¿Quién bromea estando en guerra? —preguntó razonablemente el muchacho al tiempo que exhalaba un suspiro—. Vamos a ver, ¿cómo se las arregla un prisionero para volver a casa? ¿Qué decís?

Empezó a contar que, hacía veinticuatro horas, los alemanes lo habían enviado a través de las líneas del frente, para que espiara y volara puentes, pero él inmediatamente se presentó en el batallón más próximo para entregarse, y el jefe del batallón, extenuado, insomne, no podía creerlo y lo mandó a la enfermería, a que tomara unas pastillas. De pronto irrumpieron nuevas impresiones en nuestro calabozo:

—¡A hacer las necesidades! ¡Manos atrás! —exclamó el brigada que se hallaba junto a la puerta abierta; éste era un cipote capaz de hacer girar él solo la cureña de un cañón del 122.

Por todo el patio de la granja habían situado a soldados con metralletas, que guardaban el sendero que conducía al otro lado de un chamizo. A mí me ponía frenético que un brigada ignorante se atreviera a ordenarnos, a nosotros, que éramos oficiales: «manos atrás». Pero los tanquistas pusieron las manos atrás y yo les seguí.

Tras el cobertizo había un pequeño redil cuadrado, con la nieve apelmazada y lleno de excrementos humanos, tan juntos, que no era fácil hallar dónde colocar los pies y agacharse. Al fin, nos orientamos y en lugares distintos nos agachamos los cinco. Dos ceñudos soldados, encorvados hacia delante, nos apuntaban con las

metralletas y apenas había transcurrido un minuto escaso cuando el brigada ya nos estaba arreando con voz chillona:

—Venga, de prisa, que donde nosotros las necesidades se hacen rápido.

No lejos de mí se había agachado un tanquista de Rostov, un teniente alto y sombrío. Tenía la cara ennegrecida por una capa de polvo o de humo, aunque se veía con toda claridad la cicatriz larga y roja que le cruzaba la cara.

—¿Eso *de donde nosotros*, dónde es? —preguntó tranquilo, sin mostrar ninguna prisa por volver al calabozo, que olía a queroseno.

—¡En el contraespionaje SMERSH! —le cortó el brigada orgulloso y con voz un poco más sonora de lo requerido. (Los agentes del contraespionaje adoraban esa palabra compuesta con muy poco gusto de *smert shpionam!* «Muerte a los espías». La encontraban aterradora).

—Pues donde nosotros se hace despacio —le respondió el teniente como pensándolo. Se le había desplazado el casco hacia atrás, mostrando los pelos aún sin rapar. Una brisa agradable enfriaba su endurecido trasero de veterano.

—¿Dónde, dónde vosotros? —preguntó con una voz más elevada de lo debido el brigada.

—En el Ejército Rojo —le respondió muy tranquilo el teniente, midiendo con la mirada, desde su posición en cuclillas, al cureñero malogrado.

Éstas fueron las primeras bocanadas carcelarias que respiré.

II
La historia de nuestro alcantarillado

Ahora, cuando todos echan pestes contra los *abusos del culto a la personalidad*, repiten con machaconería los años 1937 y 1938. Y se dice como si no se hubiera encarcelado a nadie ANTES ni DESPUÉS, sino sólo en los años 1937-1938. Aunque no tengo a mano ninguna estadística, no creo equivocarme al afirmar que la *riada* del 37-38 no fue la única ni la principal, aunque quizás una de las tres más importantes riadas que atascaron las hediondas y tenebrosas tuberías de nuestro alcantarillado carcelario.

ANTES de ella se produjo la riada de los años 29-30, un buen río Obi, que arrastró a la tundra y a la taiga a unos millones de campesinos. Pero los campesinos, gente taciturna, iletrada, no dejaron escritas reclamaciones ni memorias. Los jueces de instrucción no pasaban con ellos las noches en vela, no gastaban en ellos pliegos de declaraciones, bastaba la disposición del soviet rural. Se derramó la riada, la empapó la congelación perpetua. Y ya apenas la recuerdan los cerebros más calenturientos. Como si no hubiera herido en absoluto las conciencias rusas. Y, sin embargo, Stalin (y ustedes y yo también) no cometió crimen mayor que ése.

Y DESPUÉS hubo la riada del 44-46, un buen Yenisei: las tuberías del alcantarillado arrastraron *naciones* enteras y a millones y millones de prisioneros (¡por culpa nuestra!) que fueron llevados a Alemania y regresaron después. Era Stalin, que cauterizaba las llagas para convertirlas en una escara y no dar tiempo al cuerpo del pueblo para descansar, para tomar aliento, para reponerse. Pero aquella riada era de gente sencilla, de la que no escribe memorias.

La riada del año 1937 agarró y se llevó al Archipiélago también a mucha gente importante, a personas con un historial en el partido, a gente con estudios, además en torno a ellos quedaron muchos heridos en las ciudades y mucha gente de letras, y todos ellos juntos ahora escriben, hablan, recuerdan: ¡¡el año treinta y siete!! Todo un Volga de dolor popular.

Pero si se le habla al tártaro de Crimea, al kalmuko o al checheno acerca del «treinta y siete», se encogerá de hombros. ¿Y qué es para Leningrado el treinta y siete, si antes pasó el treinta y cinco? ¿Y los que *repitieron*, y los del Báltico, acaso no lo pasaron peor en el 48 y en el 49? Que los paladines del estilo y de la geografía no me reprochen el olvido de otros ríos de Rusia; aún me faltan riadas por nombrar, dadme páginas: con las riadas vendrán todas las demás.

Ya se sabe que el *Órgano* sin ejercicio se atrofia.

Así pues, si sabemos que los *órganos* (ellos mismos eligieron para denominarse esta ruin palabra), cantados y ensalzados sobre todo lo viviente, lejos de perder un solo tentáculo, acrecentaban y fortalecían su musculatura, es fácil intuir que se ejercitaban CONSTANTEMENTE.

En las tuberías se producían pulsaciones, la presión unas veces era más alta de lo que se había proyectado, otras más baja, pero jamás quedaron vacíos los conductos carcelarios. Por ellos corrieron constantemente los chorros de sangre, sudor y orina que producían nuestros cuerpos. La historia de este alcantarillado consiste en un constante tragar y fluir, aunque a las riadas les sucedían los estiajes y a éstos las riadas, se formaban torrentes unos más grandes otros más pequeños, y de todas partes acudían a tributar regueros, riachuelos, chorros de los canalones y, simplemente, gotas aisladas.

La enumeración cronológica que sigue, en la que por igual se enumeran las riadas compuestas por millones de arrestados y por riachuelos de simples e imperceptibles decenas, dista mucho de estar completa, es pobre, limitada por mi capacidad para penetrar en el pasado. Se requieren muchas agregaciones de los que lo conocieron y pudieron supervivir.

En esta enumeración, lo más difícil es EMPEZAR. Porque cuanto más nos adentramos en los decenios, menor es la cantidad de testigos que hallamos, los relatos se apagaron y se nublaron y no quedan crónicas, o están bajo llave. Y porque no es del todo justo examinar aquí, en la misma línea, los años de máxima crueldad (la guerra civil) y los primeros años pacíficos, cuando cabía esperar misericordia.

Pero aún antes de la guerra civil se veía que Rusia, con su composición etnográfica, tal como era, no servía para ninguna clase de socialismo; estaba toda ella emporcada. Uno de los primeros golpes de la dictadura fue contra los cadetes**[g]** (bajo el zar eran la peste extrema de la revolución; bajo el poder del proletario, la peste extrema de la reacción). A fines de noviembre de 1917, en la primera convocatoria fallida de la Asamblea Constituyente, el partido cadete fue puesto fuera de la ley y comenzaron los arrestos de sus miembros. Por esas fechas se llevaron a cabo detenciones en la «Liga de la Asamblea Constituyente», y dentro del sistema de «las universidades de soldados».

Por el sentido y el espíritu de la revolución, es fácil adivinar que, en esos meses, se llenaban los Kresty, Butyrki y muchas otras cárceles provinciales, con poseedores de grandes fortunas, destacadas figuras sociales, generales y oficiales, amén de los funcionarios de Ministerios y del aparato estatal en general, que no cumplían las disposiciones del nuevo régimen. Una de las primeras operaciones de la Checa fue la detención del Comité de huelga del Sindicato de funcionarios de Rusia. Una de las primeras circulares de la NKVD, distribuida en diciembre de 1917, dice: «En vista

del sabotaje de los funcionarios… tómense al máximo *in situ*, iniciativas propias SIN RENUNCIAR a las confiscaciones, coacciones y arrestos[6]».

V. I. Lenin, a fines de 1917, con el fin de implantar «un riguroso orden revolucionario» exigió «aplastar sin misericordia los brotes de anarquía entre los borrachos, gamberros, contrarrevolucionarios y otros individuos[7]», o sea, esperaba que el mayor peligro para la Revolución de Octubre lo constituirían los borrachos, mientras los contrarrevolucionarios iban en tercer lugar. Si bien efectuó un más amplio planteamiento del problema. En el artículo «Cómo organizar la emulación» (7 y 10 de enero de 1918) V. I. Lenin proclamó objetivo único general «*limpiar* la tierra rusa de todo bicho nocivo[8]». Bajo el nombre de *bichos* incluía no sólo a todos los pertenecientes a clases ajenas, sino también a «los obreros que rehúyen el trabajo», como los cajistas en las imprentas del partido, en Petrogrado. (Este es el efecto de la lejanía en el tiempo. Ahora hasta nos cuesta trabajo comprender cómo los obreros, transformados en *dictadores*, inmediatamente se mostraron reacios a trabajar para ellos mismos). Algo más: «… ¿en qué barrio de gran ciudad, en qué fábrica, en qué aldea… no hay… saboteadores que se autodenominan intelectuales?»[9]. Cierto que en este artículo, para quitarse de encima los bichos, Lenin preveía una gran variedad de formas: unas veces detenerlos, otras ponerlos a limpiar retretes, otras, «cumplida la condena en el calabozo, darles billete amarillo[h]», en otras *fusilar al vago*; o elegir entre la cárcel y «la condena a los trabajos forzados más duros[10]». Aunque estudiaba y sugería las directrices fundamentales del castigo, Vladimir Ilich proponía convertir la búsqueda de las mejores formas de limpieza en objeto de emulación de las «comunas».

Ya no podremos investigar a fondo quién entraba en el concepto de *bicho*: la población rusa era muy multiforme y en ella había pequeños grupos aislados, totalmente inservibles y ahora olvidados. Eran bichos, por supuesto, los funcionarios de la Administración local. Eran bichos los cooperativistas. Todos los propietarios de casas. No pocos bichos había entre los profesores de colegio. Bichos consumados eran los que se apiñaban en los consejos parroquiales, los bichos cantaban en los coros de las iglesias. Eran bichos todos los sacerdotes y mucho más todos los monjes y monjas. Los tolstoianos, que al ingresar en la Administración soviética o en los ferrocarriles, por ejemplo, no se comprometían por escrito a defender el poder soviético con las *armas* en la mano, también se revelaban como bichos (y aún veremos algunos juicios contra ellos). Los ferrocarriles vienen a cuento: muchísimos bichos se camuflaban con el uniforme ferroviario y a algunos hubo que *arrancarlos* y a otros *darles el paseo*. Los telegrafistas, inexplicablemente, eran en su casi totalidad bichos redomados, que no simpatizaban con los soviets. Tampoco se puede hablar bien del VIKZHEL[i] y de otros sindicatos, con frecuencia atestados de bichos enemigos de la clase obrera.

Tan sólo estos grupos enumerados, sumaban una cifra enorme, para varios años de limpieza.

¿Y cuántos intelectuales malditos, estudiantes inquietos, excéntricos de toda laya, buscadores de la verdad y chiflados de los que ya Pedro I quiso limpiar Rusia y que siempre son molestos para un régimen armonioso y severo?

Esta limpieza sanitaria, más en situación de guerra, habría sido imposible si se hubieran observado las desfasadas formas procesales y normas jurídicas. Adoptaron una forma totalmente nueva: *la represión extrajudicial*, y con este trabajo tan ingrato cargó abnegadamente la Checa, la Centinela de la Revolución, el único órgano represivo de la Historia que concentró en una sola mano la busca, la detención, la instrucción del sumario, el ministerio público y el control por el cumplimiento de la *sentencia*.

En 1918, para adelantar el triunfo cultural de la revolución, se pusieron a destrozar y revolver las reliquias de los santos y a requisar los vasos sagrados. Estallaron insurrecciones populares en defensa de las iglesias y monasterios despojados. Aquí y allí las campanas tocaban a rebato y los ortodoxos acudían, a veces con estacas. Naturalmente, hubo que *despachar* a algunos allí mismo y arrestar a otros.

Ahora, al pensar en los años 1918-20, nos vemos en un aprieto: ¿considerar integrantes de las riadas carcelarias a todos aquellos a los que les *dieron el paseo* antes de llegar a la cárcel? ¿Y en qué casilla registrar a los que fueron *despabilados* en el patio del soviet rural o a las afueras del pueblo por los comités de campesinos pobres? ¿Les dio tiempo a desembarcar en el Archipiélago a los participantes en aquellos complots que se descubrían en racimos, teniendo cada provincia el suyo (dos en Riazán, Kostroma, Vyshni Volochok, Velizh, varios en Kiev, varios en Moscú, el de Saratov, de Chernigov, de Tambov, de Astraján, de Seliguer, Smolensko, Bobruisk, de la Caballería de Tambov, en Chembary, Velikie Luki, Mstislavl y otros), o no les dio tiempo y, en tal caso, no entran en el tema de nuestro estudio? Además de los aplastamientos de insurrecciones famosas (Yaroslavl, Murom, Rybinsk, Arzamas), de algunos acontecimientos sólo sabemos el nombre; por ejemplo, el fusilamiento de Kolpino en junio de 1918. ¿Qué fue? ¿A quién…? ¿Dónde registrarlo?

También es difícil determinar si deben figurar aquí, entre las riadas de presos o en la cuenta de la guerra civil, las decenas de miles de *rehenes*, ciudadanos pacíficos que no fueron acusados personalmente de nada, ni siquiera anotados a lápiz en ningún sitio, pero que se les dio el paseo para amedrentar o vengarse del enemigo en la guerra o de las masas insurrectas. Después del 30-VIII-1918, la NKVD dio a las provincias indicaciones de «arrestar inmediatamente *a todos* los eseristas[j] de derecha y tomar un *número considerable de rehenes* de la burguesía y de la oficialidad[11]». (Algo así como, si después del atentado llevado a cabo por el grupo de Alexandr Ulianov[k] hubieran arrestado a *todos* los estudiantes de Rusia y a *un número considerable de funcionarios locales)*. Una disposición del Consejo de Defensa del 15-II-1918 (probablemente presidido por Lenin) propuso a la Checa y a la NKVD tomar como rehenes a los *campesinos* de aquellos lugares donde limpiaban

la nieve de las vías férreas «no muy satisfactoriamente», para que «si no se lleva a cabo la limpieza de la nieve, sean fusilados[12]». Por disposición del Consejo de Comisarios del Pueblo, publicada a fines de 1920 se permitió tomar como rehenes a los socialdemócratas.

Pero si nos ceñimos únicamente a los arrestos corrientes notaremos que ya desde la primavera de 1918, y por gran número de años, fluyó una incesante riada de socialistas traidores. Todos estos partidos: eserista, menchevique, anarquista, socialistas populares, durante decenios no hicieron más que dárselas de revolucionarios, cuando en realidad llevaban una careta, e iban a presidio también para eso, para despistar. Y sólo con el avance impetuoso de la revolución se descubrió inmediatamente la médula burguesa de esos socialtraidores. ¡Era totalmente natural que empezaran a arrestarlos! A poco de agarrar a los cadetes, de dispersar la Asamblea Constituyente, de desarmar al regimiento Preobrajenski y a otros, comenzaron a coger poco a poco, con mucho tino al principio, a los eseristas y mencheviques. Desde el 14 de junio de 1918, día en que los antes citados fueron expulsados de todos los soviets, estos arrestos se hicieron más frecuentes e impetuosos. Desde el 6 de julio enviaron por ese mismo camino a los eseristas de izquierda, los que por más tiempo y más alevosamente se hicieron pasar por aliados del único partido consecuente del proletariado. Desde entonces bastaba con que en una fábrica o población cualquiera se produjera un disturbio obrero, un descontento, una huelga (ya se produjeron muchas en el verano de 1918 y, en marzo de 1921, conmovieron Petrogrado y Moscú, después Kronstadt, y forzaron la NEP), para que a la vez que tranquilizaban, cedían, satisfacían las justas demandas obreras, la Checa, sin ruido y de noche, fue echando el guante a los mencheviques y eseristas, como verdaderos culpables de aquellos disturbios. En el verano de 1918, en abril y octubre de 1919 encarcelaban a anarquistas a porrillo. En el año 1919 fue encarcelada toda aquella parte del Comité Central del partido eserista que se hallaba a mano, y permaneció presa en la Butyrki hasta 1922, año en que fue procesada. Ese mismo año de 1919, Lacis, un destacado chequista, decía de los mencheviques: «Es una gente más que molesta. Por eso los quitamos del camino para que no se enreden entre las piernas… Les metemos en un lugar recoleto, en la Butyrki y los obligamos a permanecer en la cárcel hasta que termine la lucha entre el trabajo y el capital[13]». Ese mismo año de 1919 también encarcelaron a los delegados de un congreso de obreros sin partido (por lo cual no se celebró tal congreso[14]).

Ya en 1919 se vio que nuestros rusos que regresaban del extranjero eran sospechosos (¿para qué?, ¿qué misión traían?). Así, pues, fueron encarcelados a su llegada los oficiales del Cuerpo expedicionario ruso (que había combatido en Francia). En 1919, barriendo muy ampliamente en torno a los complots falsos y verdaderos (el «Centro Nacional», el Complot Militar), en Moscú, en Petrogrado y en otras ciudades fusilaban *por lista* (cogían directamente a la gente en la calle y la fusilaban) y, simplemente, metían en la cárcel a la llamada intelectualidad *allegada a*

los cadetes. ¿Qué significa «allegada a los cadetes»? Quiere decir *no* monárquica y *no* socialista, o sea: todo el mundo de la Ciencia, universitario, del arte, de la literatura y de la ingeniería. Excluidos los escritores extremistas, excluidos los teólogos y los teóricos del socialismo, el resto de la inteligencia, el 80 % era «allegada a los cadetes». Entre éstos, por ejemplo, en opinión de Lenin figuraba Korolenko[l] «un filisteo mezquino, prisionero de los prejuicios burgueses[15]», «a estos "talentos" no les vendrá mal una semanita en la cárcel[16]». Nos hemos podido enterar del arresto de algunos grupos gracias a las protestas de Gorki. El 15-IX-1919 Lenin le respondió: «… tenemos conciencia clara de que en esto también se han cometido errores», pero «Mira tú, ¡qué desastre! Mira tú, ¡qué injusticia!» y aconsejó a Gorki no «consumirse en gimoteos por unos intelectuales podridos[17]».

En enero de 1919 se estableció el sistema de contingentación y, para requisar los productos se formaron los destacamentos encargados de dicha contingentación. Éstos chocaban por doquier con la resistencia de la población, unas veces terca y evasiva y otras violenta. Al aplastar esta resistencia, también se produjo (sin contar los fusilados en el acto) una gran riada de arrestados que duró dos años.

Eludimos aquí intencionadamente la labor de la mayor parte de los Destacamentos juveniles de la Checa, de las Secciones especiales y de los Tribunales revolucionarios, que se empleaban durante el avance del frente y al ocupar ciudades y regiones. La misma directriz de la NKVD del 30-VIII-1918 orientaba los esfuerzos hacia el «fusilamiento incondicional de todos los implicados en actividades de los guardias blancos». Pero, a veces, quedas desorientado: ¿Cómo diferenciarlo correctamente? En el verano de 1920, la guerra civil no había terminado por completo, pero en el Don sí. De allí, de Rostov y de Novocherkassk, enviaron un gran número de oficiales a Arjangelsk y de allí, en gabarras, a las islas Solovki (dicen que varias gabarras fueron hundidas en el mar Blanco), lo mismo, por cierto, que en el Caspio. Entonces, ¿atribuir todo esto a la guerra civil o al comienzo de la construcción pacífica? Si ese mismo año, en Novocherkassk, fusilaron a la esposa embarazada de un oficial por ocultar a su marido, ¿por qué concepto debe dársele de baja?

En mayo de 1920 se dio a conocer la disposición del Comité Central «sobre las actividades subversivas en la retaguardia». Sabemos, por experiencia, que cada disposición da impulso a una nueva y universal riada de arrestados, es la señal exterior de la riada.

Una dificultad especial (pero también un mérito especial) para formar semejantes riadas suponía la ausencia hasta 1922 de un Código Penal, de una legislación penal. Sólo la conciencia de justicia revolucionaria (siempre infalible) ayudaba a los apioladores y canalizadores en la decisión de a quién *agarrar* y qué hacer con el preso.

En este recuento no seguiremos las riadas de delincuentes por crímenes y delitos comunes; nos limitaremos a recordar que las calamidades y deficiencias generales

debidas a la reorganización de la Administración, de las entidades y de todas las leyes, no hicieron más que incrementar el número de robos, atracos, violaciones, sobornos y reventas (especulaciones). Aunque menos peligrosos para la República, estos delitos comunes también eran perseguidos en parte, y sus riadas de arrestados engrosaban las que formaban los contrarrevolucionarios. Pero también existía una *especulación* de carácter netamente político, como señalaba el decreto del Sovnarkom, firmado por Lenin, del 22-VII-1918: «Los culpables de vender, comprar o almacenar —con miras a venderlos como negocio— los productos alimenticios, monopolizados por la República [el campesino almacena el trigo para venderlo; ¿¿no es éste su negocio?? —A. S.]…privación de libertad *no inferior* a los 10 años, acompañada de *rigurosísimos* trabajos forzados y confiscación de *todos* los bienes».

Desde aquel verano, la gente del campo, que trabajaba a reventar, fue entregando cosechas a fondo perdido. Esto dio lugar a insurrecciones campesinas**[18]**, a su aplastamiento y a nuevos arrestos. De 1920 tenemos noticia (aunque sin información) … del proceso contra la «Alianza campesina siberiana», a fines de 1920 también se produjo el aplastamiento parcial de la insurrección campesina de Tambov. (Aquí no hubo proceso judicial).

Pero los más cuantiosos «achiques» de las aldeas de Tambor se produjeron en junio de 1921. Por la región de Tambov fueron instalados campos de concentración para familias de los campesinos rebeldes. Cercaban una parcela de campo abierto con postes y alambre de púa y allí mantenían durante tres semanas a cada familia sospechosa de tener algún varón entre los insurrectos. Si a las tres semanas no se presentaba el hombre para rescatar con su vida a la familia, ésta era deportada**[19]**.

Ya antes, en marzo de 1921, a través del bastión Trubetskoi, en la fortaleza de Pedro y Pablo, fueron enviados a las islas del Archipiélago, a excepción de los marinos del insurrecto *Kronstadt*, que fueron fusilados.

Aquel año de 1921 inicióse con la orden número 10 de la Checa (del 8-I-1921): «Respecto a la burguesía, intensificar la represión de la misma». Ahora, terminada la guerra civil, ¡no suavizar la presión, sino *intensificarla*! Voloshin nos cuenta en algunos de sus versos cómo fue lo de Crimea.

En el verano de 1921 fueron detenidos algunos miembros del Comité Social de Ayuda a los Hambrientos (Kuskova, Prokopovich, Kishkin y otros), que intentaban frenar la marcha sobre Rusia de un hambre sin precedentes. Las manos que daban de comer no eran las *adecuadas*; no se podía permitir que tales manos dieran de comer al hambriento. Korolenko, presidente del Comité —y que no fue detenido—, ya moribundo, calificó la eliminación de dicho Comité como «politiquería oficial, la peor de las politiquerías» (Carta a Gorki del 14-IX-1921; Korolenko nos recuerda una importante particularidad de la cárcel en 1921**[20]**: «está saturada de tifus», lo cual confirman Skripnikova y otros que estuvieron presos por aquella época).

Ya en 1921 detenían a los *estudiantes* (por ejemplo, el grupo de E. Doyarenko, en la «Academia Timiriazev») por «críticas al orden establecido» no en público, sino en

conversaciones privadas. (Probablemente se trataba aún de casos aislados, porque el citado grupo fue interrogado personalmente por Menzhinski y Yagoda).

Aquel mismo año de 1921 se ampliaron y sistematizaron los arrestos de los miembros de otros partidos. En realidad, ya habían acabado con todos los partidos políticos de Rusia, aparte el vencedor. («¡Oh, no le caves una fosa al prójimo!»). Y para que la descomposición de los partidos fuera irreversible, tenían que descomponer a los propios miembros de los partidos, cuerpos de esos miembros.

No escapó a su destino ni un solo ciudadano del Estado ruso afiliado alguna vez a un partido que no fuera el bolchevique. Con ello quedaban sentenciados (si no se las arreglaban para huir de la quema y pasarse a los comunistas, como Maiski y Vichinski). O fueron arrestados en la «primera hornada», o lograron vivir (según el grado de su peligrosidad) hasta 1922, 1933 o, quizá, 1937, pero al guardar las listas, les llegaba el turno; les detenían o les hacían amablemente una sola pregunta: «¿Has militado desde… hasta…?». (Otras preguntas se referían a actividades hostiles, pero la primera ya lo decidía todo; ahora, decenios después, lo vemos claro). De aquí en adelante podían tener diferente destino. Unos iban directamente a una de las famosas cárceles centrales de la época zarista (por suerte, todas las «centrales» se conservaban bien, y algunos socialistas fueron a parar a la misma celda y con los mismos carceleros que ya conocían). A algunos les proponían un breve destierro, por un par de años o tres. O, más suave aún: sólo un *menos* (¡hay tantas ciudades!), tú mismo eliges el lugar de residencia, pero haz el favor de vivir aquí sin moverte, en espera de lo que decida la GPU.

Esta operación se prolongó durante muchos años, porque la condición primordial era actuar «en silencio». Había que limpiar minuciosamente de socialistas de todo tipo las ciudades de Moscú y Petrogrado, los puertos de mar, los centros industriales y, posteriormente, las capitales de provincia. Aquello fue un enorme y silencioso solitario de naipes, cuyas reglas no comprendieron en absoluto los contemporáneos y cuyas proporciones sólo ahora podemos valorar. Algún sagaz cerebro planeó esto, algunas manos cuidadosas cogían, sin demora, una ficha que había permanecido tres años en un montón, y la pasaba tranquilamente a otro montón. El que estuvo en la cárcel central pasaba al destierro (lo más lejos posible); el que cumplió un *menos*, también al destierro (pero fuera del límite de visibilidad del *menos*), de un destierro a otro destierro; de allí, nuevamente, a la cárcel (pero a otra); tenían mucha paciencia los que hacían el solitario. Y sin ruidos, sin clamores, poco a poco desaparecían los de otros partidos, perdían todo vínculo con los lugares y las gentes que los conocieron y sabían de sus actividades revolucionarias, y así, de manera imperceptible y constante, se tramó la eliminación de todos los que antaño vibraron en los mítines estudiantiles, los que llevaron con orgullo las cadenas zaristas.

En esta operación del «gran solitario de naipes» fue aniquilada la mayoría de los antiguos presos políticos, porque precisamente los eseristas y los anarquistas —no los

socialdemócratas— fueron los más castigados por la justicia zarista, y precisamente eran ellos los que integraban la población del viejo presidio.

El turno de aniquilamiento se llevaba con rigurosa equidad: en los años 20 les proponían renunciar por escrito a sus partidos y a su ideología. Algunos se negaban y, naturalmente, entraban en el primer turno de aniquilamiento; otros presentaban la renuncia y ganaban unos años de vida. Pero implacablemente les llegaba su turno, e implacablemente la cabeza rodaba de sus hombros[21].

En la primavera de 1922, la comisión extraordinaria para combatir la contrarrevolución y la especulación —rebautizada luego con el nombre de GPU— decidió intervenir en los asuntos de la Iglesia. Aún quedaba por hacer la «revolución eclesiástica»: destituir a la vieja jerarquía y poner a otra que dirigiese una oreja hacia el cielo y la otra hacia la Lubianka. Eso prometían los de la Iglesia viva, pero sin la ayuda exterior no podían apoderarse del aparato eclesiástico. Con tal fin, detuvieron al patriarca Tijon y montaron dos sonados procesos, con fusilamientos: en Moscú, contra los que difundían una homilía del patriarca, y en Petrogrado, contra el metropolitano Benjamín, que impedía el paso del poder *eclesiástico* a manos de la Iglesia viva. En regiones y provincias, acá y allá, fueron arrestados los metropolitanos y los prelados. Como siempre, tras los peces grandes siguieron cardúmenes y peces menores: arciprestes, monjes y diáconos, de los cuales no dijeron nada los periódicos. Encarcelaron a los que no se unieron al ímpetu renovador de la Iglesia viva.

Los sacerdotes se hallaban infaliblemente presentes en cada captura diaria; sus canas plateadas veíanse en cada convoy con destino a las Solovki.

A principio de los años veinte cayeron también grupos de teósofos, místicos y espiritistas —el grupo del conde Palen levantaba actas de sus conversaciones con los espíritus—, sociedades religiosas y filósofos del círculo de Berdiaev. De paso desarticularon y encarcelaron a los «católicos orientales» (seguidores de Vladimir Soloviov), al grupo de A. I. Abrikosova. Y los católicos «romanos», los curas polacos, iban a la cárcel «porque sí».

Para erradicar la religión en este país —una de las tareas principales de la GPU-NKVD a lo largo de los años veinte y treinta— había que encarcelar a las masas de creyentes ortodoxos. De forma intensiva fueron retirados de la circulación, encarcelados y deportados, los monjes y monjas, que tanto «ennegrecieron» en el pasado la vida rusa. Arrestaban y juzgaban a los activistas de la Iglesia. Las ondas se iban ensanchando: «enjaulaban» a los seglares, simplemente porque creían: a los ancianos, sobre todo a las mujeres —cuya fe era más fuerte—, a las que en las cárceles de expedición y en los campos se las llamó durante muchos años *monjitas*.

Desde luego, se afirmaba que no los juzgaban por creer, sino por expresar su fe en voz alta y por educar a sus hijos en tal espíritu. Como escribía Tania Jodkevich:

> *«Puedes rezar* libremente,
> *pero… que sólo te oiga Dios»*.

(Esos versos le valieron diez años). ¡¡¡El hombre que se cree en poder de una verdad espiritual, tiene que ocultarla a… sus hijos!!! En los años veinte, la educación religiosa de los hijos empezó a calificarse, de acuerdo con el artículo 58-10, como ¡propaganda contrarrevolucionaria! Verdad es que durante el juicio aún tenían oportunidad de abjurar de la religión. Se dieron casos —no muy frecuentes— en que el padre abjuraba y se quedaba en casa a cuidar de los hijos, mientras que la madre iba a las Solovki (durante estos decenios, las mujeres mostraron mayor firmeza religiosa). A todos los creyentes les «colgaban» una *decena*, que era la pena más grave prevista en el Código.

Con «objeto» de limpiar las grandes ciudades para la futura sociedad, por aquellos años, sobre todo en 1927, mezcladas con las *monjitas* enviaban a las Solovki a las prostitutas. A las aficionadas a lo pecaminoso en la vida terrenal les aplicaban un artículo suave y les echaban *tres años*. Las limitaciones en las etapas y en las cárceles de tránsito y de expedición, e incluso en las mismas islas de Solovki, no les impedían ejercer su alegre oficio entre los jefes y los guardianes, para retornar, tres años después, con las maletas repletas, al punto de partida. Las mujeres religiosas tenían cerrado el camino de regreso a sus hogares, al lado de sus hijos.

Ya al iniciarse la década de los veinte aparecieron riadas íntegramente nacionales que, si aún eran exiguas para las regiones periféricas, lo eran mucho más a escala rusa: los mussavatistas de Azerbaiján, los damascos de Armenia, los mencheviques georgianos y los turkmenos —*basmaches*—, que se resistían a la implantación del poder soviético en Asia Central (los primeros soviets centroasiáticos tenían una gran mayoría de rusos y se consideraban un poder ruso). En 1926 fue encarcelada, en su totalidad, la «Hejaluts», sociedad sionista, que no supo compartir el arrollador entusiasmo internacionalista.

Entre muchas generaciones posteriores cundió la imagen de unos años veinte en los cuales reinó una libertad sin trabas. En este libro encontraremos a gente que interpretó aquellos años veinte de manera distinta. Por aquel tiempo, los estudiantes no comunistas abogaban por la «autonomía de la Escuela Superior», por el derecho a reuniones, por aligerar el programa de su sobrecarga de adoctrinamiento político. En respuesta llegaron los arrestos, que aumentaban en las fiestas (por ejemplo, en el 1.º de mayo de 1924). En 1925, unos estudiantes de Leningrado (cerca de un centenar) fueron condenados a tres años de aislamiento político por haber leído el *Sotsialisticheski vestnik* y estudiado a Plejanov (el propio Plejanov, que en sus años mozos se manifestó contra el Gobierno ante la catedral de la Virgen de Kazán, salió de ello mucho mejor parado). En el mismo año empezaron a encarcelar a los primeros trosquistas. (Dos ingenuos soldados rojos, recordando la tradición rusa, se pusieron a recaudar dinero para los trosquistas detenidos y también fueron aislados).

Y, por supuesto, también les tocó la china a las clases explotadoras. Todos los años veinte siguieron incordiando a los exoficiales que aún quedaban con vida: a los blancos (que no merecieron ser fusilados durante la guerra civil), a los blanquirrojos,

que tuvieron tiempo para luchar acá y allá, y a los zarerrojos, que no todo el tiempo sirvieron en el Ejército Rojo o había intervalos que no podían justificar con documentos. Los incordiaban porque no les condenaban a la primera, sino que eran sometidos —otro «solitario»— a infinitos controles, les ponían cortapisas para trabajar, para residir; los detenían y los soltaban, para volver a detenerlos, y sólo poco a poco fueron entrando en los campos de concentración, para no regresar nunca más de ellos.

Pero con la deportación al Archipiélago, el problema, lejos de terminar, no hizo más que empezar, aún quedaban las madres, las esposas y los hijos de los oficiales. Era fácil imaginarse su estado de ánimo tras la detención del cabeza de familia. Y, naturalmente, ellos mismos «obligaban» a que los metieran en la cárcel. Otra riada que fluía…

En los años veinte fueron amnistiados los cosacos que participaron en la guerra civil. Muchos regresaron de la isla de Lemnos al Kubán, donde les concedieron tierras. Posteriormente, todos ellos fueron encarcelados.

Los funcionarios públicos antiguos se hallaban agazapados, y había que echarles el guante. Estaban muy bien emboscados, valiéndose de que en el país no existía aún el sistema de pasaportes ni la libreta de trabajo única, y se infiltraban en las oficinas soviéticas. Ayudaba a pescarlos un desliz, alguien que los reconocía por casualidad, el clásico chivatazo…, mejor dicho, los «partes de combate» de algún vecino. (A veces, una pura casualidad. Un tal Mova, por una simple afición al orden, guardaba la lista de todos los exjuristas provinciales; los cogieron y los fusilaron a todos).

Así corrían las riadas «por ocultación de la procedencia social», por la «posición social en el pasado». A esto se le daba una interpretación muy amplia. Cogían a los nobles como estamento social. Detenían a las familias nobles. Finalmente —y sin saber bien por qué— cogían a los nobles privados, o sea, a los graduados universitarios. Y al que cogían, *ése* ya no regresaba; lo hecho, hecho estaba. El Centinela de la Revolución no yerra.

Aunque, a veces, también regresan… Son las escuálidas *contrarriadas*, que a veces logran abrirse camino. Aquí mencionaremos la primera. Entre las esposas e hijas de los nobles y oficiales había muchas mujeres excepcionales por sus cualidades personales y sus atractivos físicos. Algunas de ellas lograron nadar en una pequeña *contrarriada*. Eran las que sabían que sólo se vive una vez, y que si hay algo que merezca la pena, es *nuestra* vida. Se ofrecieron a la Checa-GPU para trabajar como confidentes, como colaboradoras, de cualquier cosa, y las que gustaban eran aceptadas. Eran unas confidentes muy útiles. Ayudaron mucho a la GPU, pues con ellas se confiaban los «ex». Figuraron entre las mismas la última princesa Viazemskaya, destacadísima confidente posrevolucionaria (también su hijo fue confidente en las Solovki); Concordia Nikolaievna Iosse —una mujer, según parece, de brillantes cualidades—. A su marido, un oficial, lo fusilaron en su presencia; a ella la enviaron a las Solovki, pero pudo regresar; cerca de la calle Bolshaya Lubianka

regentaba un salón que gustaban visitar los altos cargos de aquella Casa. En 1937 fue encarcelada por segunda vez con unos clientes japoneses.

Esto es de risa: la Cruz Roja Política, una ridícula tradición de la vieja Rusia, logró sobrevivir. Constaba de tres secciones: la de Moscú (E. Peshkova[m], Vinaver), la de Jarkov (Sandomirskaya) y la de Petrogrado. La sección de Moscú se portaba bastante bien, y hasta 1937 no fue disuelta. Pero la de Petrogrado (Shevtsov, un viejo populista, el cojo Gartman, Kocherovski) llegó a hacerse insoportable: era arrogante, se entremetía en asuntos políticos, buscaba el apoyo de los expresos de Slishelburg (Novorruski fue juzgado con Alexandr Ulianov) y ayudaba no sólo a los socialistas, sino también a los *coerres* —contrarrevolucionarios—. En 1926, la sección fue disuelta, y sus activistas, desterrados.

Los años pasan, y lo que no se refresca, se va borrando de nuestra memoria. En la velada lejanía, el año 1927 se nos antoja como una época despreocupada y ahíta de la NEP, no desmochada aún. Pero fue un año tenso, estremecido por las explosiones en los periódicos y se interpretaba aquí, se sugería aquí como la víspera de la batalla por la revolución mundial. Mayakovski dedicó cuatro vibrantes poesías al asesinato del embajador soviético en Varsovia, que llenó páginas de los periódicos de junio.

Pero hubo mala suerte, pues Polonia se disculpó, y el asesino[n] de Voikov[22] fue detenido. Así, pues, ¿cómo y contra quién dirigir el llamamiento del poeta?:

«Cohesionados,
con obras,
con entereza
y ensañamiento,
a la jauría desatada
retorcedles el cuello».

¿Ensañarse en quién? ¿A quién retorcer el cuello? Y aquí comienza la *hornada voikoviana*. Como siempre que estallan el nerviosismo y la tensión, meten en la cárcel a los *ex*, encarcelan a los anarquistas, a los mencheviques y a los *intelectuales a secas*. ¿A quién se encarcelará en las ciudades?

No a la clase obrera, ¿verdad? Pero la intelectualidad «próxima a los cadetes» ya había sufrido lo suyo desde 1919. Entonces ¿habría llegado la hora de atrapar a la *intelligentsia* que se las daba de «progre»? Pasemos lista a los estudiantes. Mayakovski también es muy oportuno aquí:

¡Piensa en el komsomol días y semanas!
Pasa atentamente revista a tus filas.
Trata de comprobar si todos son de verdad komsomoles.
¿O sólo se las dan de komsomoles?

Una ideología cómoda determina un cómodo término jurídico: *profilaxis social*. Fue introducido, aceptado e inmediatamente entendido por todo el mundo. (Lazar Kogan, uno de los dirigentes de la construcción del canal que une el mar Blanco con el Báltico, decía: «¡Creo que usted, personalmente, no tiene ninguna culpa. Pero usted es un hombre instruido, y debe comprender que se llevaba a cabo una amplia labor de profilaxis social!»). Mirándolo bien, nunca mejor ocasión que en vísperas de la batalla por la revolución mundial, para encarcelar a estos veleidosos compañeros de viaje, a toda esta pandilla, a esta carroña de intelectuales. Cuando empiece la guerra grande, será tarde.

Y en Moscú se inicia un metódico tamizado, barrio por barrio. En todas partes hay que arrestar a alguien. La consigna es: «¡El mundo temblará de terror al oír nuestro puñetazo sobre la mesa!». Hacia la Lubianka y hacia la Butyrki llegan, hasta de día, furgones, coches, camiones entoldados y carruajes descubiertos. Se producen embotellamientos en la puerta y en el patio. No dan abasto a descargar y registrar a los detenidos. (Lo mismo ocurre en otras ciudades. En Rostov del Don se halla tan hacinado por aquellos días el sótano de la casa número 33, que la recién llegada Boiko apenas encuentra un sitio en que sentarse).

Un ejemplo típico de aquella riada: varias decenas de muchachos celebran veladas musicales sin pedir autorización a la GPU. Escuchan música y toman té. Para comprar té hacen una colecta, cada uno pone unos copecs. Está más que claro: la música les sirve para disimular sus intenciones contrarrevolucionarias; el dinero que se reúne no es para té ni mucho menos, sino para ayudar a la tambaleante burguesía mundial. Y los detienen a TODOS y les «cuelgan» de tres a diez años (a Anna Skripnikova, cinco), y a los promotores, que no reconocieron su delito (Iván Nikolaievich Varentsov y otros), los FUSILAN.

Aquel mismo año se reúnen en París los liceístas emigrados para celebrar la tradicional fiesta del liceo «pushkiniano[o]». La Prensa publica la noticia. No cabe duda de que lo ha tramado el imperialismo, herido ya de muerte. Y arrestan a TODOS los liceístas que aún quedaban en la URSS y, de paso, a todos los «juristas» (otra escuela privilegiada).

Sólo las dimensiones del CDES (Campo de Destino Especial de Solovki) limitan la hornada voikoviana. Pero el Archipiélago GULAG ya ha iniciado su metástasis, y pronto sembrará sus neoplasmas por todo el cuerpo de la nación.

Con el nuevo gusto surge un nuevo apetito. Llega la hora de arrollar a la intelectualidad técnica, que se cree demasiado insustituible y no está acostumbrada a obedecer con rapidez las voces de mando.

No, aquí jamás hemos confiado en los ingenieros: a estos lacayos y espoliques de los exdueños capitalistas los sometimos a una sana desconfianza y al control obrero, ya desde los primeros años de la Revolución. No obstante, en el período de reconstrucción les permitíamos trabajar en nuestra industria, mientras descargábamos mazazos clasistas sobre la otra intelectualidad. Pero a medida que maduraba nuestra

Administración, el Consejo de la Economía Nacional y el Gosplán, y aumentaba el número de planes, y estos planes chocaban y se repelían entre sí, tanto más se ponía de manifiesto la esencia saboteadora de los viejos ingenieros, su falsedad, astucia y venalidad. El Centinela de la Revolución agudizó aún más la vista, y allí donde ponía su ojo, se descubría inmediatamente un nido de saboteadores.

Esta labor de saneamiento se desarrolló rápidamente desde 1927, y en seguida demostró con claridad al proletariado dónde estaban todas las causas de nuestros descalabros y errores económicos: En el Comisariado de Vías de Comunicación (Ferrocarriles). El sabotaje es claro; por eso resulta tan difícil viajar en tren, por eso hay irregularidades en los servicios; en la Red de centrales eléctricas de Moscú: sabotaje (apagones); en la industria petrolífera: sabotaje (no hay forma de conseguir queroseno); en la industria textil: sabotaje (el obrero no tiene qué ponerse); en la industria hullera: un sabotaje colosal (¡por eso pasamos frío!), en las industrias del metal, de guerra, de maquinaria, naviera, química, minera, de extracción de oro y platino, en el regadío…, ¡por doquier aparecen los purulentos abscesos del sabotaje! ¡Estamos rodeados de enemigos provistos de reglas de cálculo! La GPU se cansa de detener y encarcelar a saboteadores. En las capitales y en sus provincias funcionaban colegios de la GPU y tribunales proletarios, que se dedicaban a eliminar esos desechos viscosos. A través de la Prensa, los trabajadores —emitiendo exclamaciones de asombro— se enteraban (o no) cada día de las nuevas canalladas. Se enteraban de Palchinski, de Von Meck, de Velichko[23]; pero ¡cuántos anónimos hubo! Cada rama, cada fábrica y taller de artesanía tenían que buscar en su interior sabotajes, y tan pronto como empezaban a investigar, los descubrían (asesorados por la GPU). Si un ingeniero graduado antes de la Revolución no era todavía un traidor desenmascarado, cabía sospechar que lo fuere.

¡Qué criminales más refinados eran aquellos viejos ingenieros! ¡De qué formas tan variadas y satánicas sabían sabotear! Nikolai Karlovich von Meck, del Comisariado de Vías de Comunicación, mostraba, al parecer, mucho interés por la organización de la nueva economía, se pasaba mucho tiempo hablando animadamente de los problemas económicos relativos a la construcción del socialismo, y era amigo de dar consejos. Su más pernicioso consejo fue el de agregar más vagones a los trenes de mercancías, el no temer cargarlos mucho. Por medio de la GPU, fue desenmascarado (y fusilado). Se proponía desgastar las vías, los vagones y las locomotoras, para dejar a Rusia sin ferrocarriles, en caso de una intervención extranjera. Cuando, algo más tarde, el nuevo Comisario de Ferrocarriles, camarada Kaganovich, dispuso formar sólo trenes sobrecargados, hasta dos y tres veces más pesados (descubrimiento por el cual, él y otros dirigentes fueron condecorados con la Orden de Lenin), los perversos ingenieros se manifestaron entonces partidarios de la *restricción*: a voz en cuello dijeron que era demasiado, que resultaría fatal para el material rodante, y fueron fusilados precisamente por desconfiar de las posibilidades de los Ferrocarriles socialistas.

Estos partidarios de la restricción fueron eliminados a través de los años, pues se habían filtrado en todas las ramas, esgrimían sus cálculos matemáticos y no querían comprender que el entusiasmo del personal suponía un gran alivio para los puentes y las locomotoras. Por aquellos años trataron de subvertir toda la psicología nacional: ridiculizaron esa sabiduría popular según la cual lo que se hace deprisa nunca es bueno, y tergiversaron el viejo proverbio de «Marcha despacio y llegarás lejos». Lo que a veces frena el arresto de los viejos ingenieros es el relevo, que aún no está preparado. Nikolai Ivanovich Ladyzhenski, ingeniero jefe de las fábricas de guerra de Izhevsk, fue arrestado, primero, por sus «teorías restrictivas», por su «fe ciega en los márgenes de seguridad» (apoyándose en los cuales, estimaba insuficientes las sumas adjudicadas por Ordzhonikidze[p] para la ampliación de las fábricas[24]. Luego fue sometido a arresto domiciliario y enviado a trabajar al mismo sitio de antes (ya que sin él se venía abajo la producción). Arregló la situación. Pero como las sumas seguían siendo insuficientes, lo metieron en la cárcel «por empleo indebido de tales sumas»: ¡no alcanzaron porque el ingeniero-jefe las había distribuido mal! Un año después murió Ladyzhenski, cuando trabajaba como talador.

Así, en varios años aniquilaron la flor y nata de la vieja ingeniería rusa, la gloria de nuestra patria, los personajes preferidos de Garin-Mijailovski y de Zamiatin.

Por supuesto que esta riada, igual que cualquier otra, arrastró a otras personas íntimas de los malditos o ligadas a ellos, como, por ejemplo —no quisiera empañar el preclaro rostro broncíneo del Centinela[q], pero no tengo más remedio—, los soplones que no llegaron a serlo. Rogamos al lector que tenga siempre en la memoria esta riada totalmente secreta, que no trascendió al público y que es característica del primer decenio posrevolucionario: todavía quedaba gente orgullosa, muchos no tenían aún el concepto de que la moral es relativa y poseían un estricto carácter clasista, y, así, la gente se atrevía a rechazar lo que les proponían, y todos eran castigados sin clemencia. A Magdalina Edzhubova le propusieron espiar a un círculo de ingenieros; ella se negó y se lo contó a su tutor (que precisamente había de ser uno de los espiados): no obstante, él fue detenido poco después, y en el sumario lo reconoció todo. A la Edzhubova, que estaba encinta, la condenaron a muerte «por divulgar un secreto policial». (Pero todo quedó en varias condenas de veinticinco años en total). Por aquel tiempo (1927), aunque en un ambiente totalmente distinto, entre destacados comunistas de Jarkov, Nadezhda Vitalievna Surovets se negó también a espiar y a informar sobre los miembros del Gobierno ucraniano: la GPU le echó el guante, y sólo un cuarto de siglo después, casi moribunda, emergió en Kolyma. Pero de los que no emergieron no sabemos nada.

(En los años treinta baja a cero la riada: si te piden que informes, debes informar; ¿qué remedio te queda? «Es dar coces contra el aguijón». «Si no soy yo, será otro». «Más vale que el soplón sea yo, que soy bueno, que lo sea otro, que sea malo». En fin, ahora los chivatos voluntarios se presentan en bandadas: es provechoso y heroico).

En 1928 se ve en Moscú la clamorosa causa de Shajty. Es clamorosa por la publicidad que le dan, por las desconcertantes revelaciones y la tortura a que se somete a los acusados (no todos aún). Dos años después, en Septiembre de 1930, son juzgados, con mayor orquestación aún, los *organizadores* del hambre (¡ésos, ésos, ésos son!): 48 saboteadores de la industria alimentaria. A fines de 1930 se celebra, con más bombo y platillo si cabe, el proceso contra el Partido Industrial, montado a la perfección. Aquí los acusados, todos a una, se hacen responsables de las más absurdas ignominias, y ante los ojos de los trabajadores, como el monumento despojado del velo, aparece una fabulosa e ingeniosa unión de todos los sabotajes, hasta entonces desenmascarados aisladamente, formando un diabólico nudo con Miliukov, Riabushinski, Deterding y Poincaré.

Cuando empezamos a estudiar nuestra práctica judicial, advertimos que los procesos que se celebran a la vista de todos no son más que los montones exteriores de las toperas, y que la socava principal se produce bajo la superficie. En estos procesos vemos sólo un pequeño número de detenidos: únicamente los dispuestos contranaturalmente a calumniarse a sí mismos y a los demás, con la esperanza de obtener una indulgencia. Pero la mayoría de los ingenieros, que tuvieron valor e inteligencia para rechazar los despropósitos del juez de instrucción, fueron juzgados a la chita callando, aunque también a ellos, a los que no se declararon culpables, la GPU les «colgó» los mismos *diez* años que a los otros.

Las riadas fluyen bajo tierra, por el alcantarillado, que recibe la floreciente vida de la superficie.

Precisamente desde este momento se da un paso importante hacia la participación de todo el pueblo en las obras de alcantarillado, hacia el reparto, entre todo el pueblo, de la responsabilidad del alcantarillado: los que aún no habían dado con sus cuerpos en la alcantarilla, los que aún no habían sido arrastrados hasta el Archipiélago por las tuberías, tenían que andar por la superficie con banderas, ensalzar a los tribunales y alegrarse de las represiones judiciales. (¡Eso es muy previsor! ¡Pasarán decenios, la Historia hará abrir los ojos, pero los jueces y fiscales no resultarán más culpables que usted y que yo, conciudadano! Blanquean nuestra cabeza decorosas caras, porque en su hora votamos decorosamente: ¡SÍ!).

Stalin realizó la primera prueba con los *organizadores del hambre*, prueba que había de ser un exitazo, porque todos pasaban hambre en la abundante Rusia, porque todo el mundo no hacía más que mirar alrededor: ¿dónde se habrá metido nuestro trigo? Y ya en las fábricas y oficinas, adelantándose al fallo del tribunal, los obreros y empleados votan airadamente por el fusilamiento de los viles procesados. Y cuando llega el juicio contra el Partido Industrial, se celebran mítines multitudinarios, manifestaciones (en las cuales participan los escolares); son millones los seres que marcan el paso, y es un rugir tras las ventanas del juzgado: «¡Paredón! ¡Paredón! ¡Paredón!».

En este vericueto de nuestra historia se oyeron voces solitarias de protesta o de abstención. Se requería muchísimo valor para, en medio de ese coro y de ese rugir, gritar: «¡No!». No puede compararse con la facilidad de hoy (aunque tampoco hoy replican mucho). Y, por lo que sabemos, las voces eran también de aquellos mismos intelectuales invertebrados y blandengues. En la reunión del Instituto Politécnico de Leningrado, el catedrático Dmitri Apollinarievich Rozhanski, SE ABSTUVO —es que, verán ustedes, se opone abiertamente a la pena de muerte, y eso, como ustedes comprenderán, se llama, en el lenguaje científico, proceso *irreversible*— y allí mismo fue encarcelado. El estudiante Dima Olitski se abstuvo, y allí mismo fue encarcelado. Y así estas protestas fueron ahogadas ya en sus comienzos.

Según nuestras noticias, la clase obrera de canos mostachos aprobaba esas ejecuciones. Según nuestras noticias, tanto los apasionados komsomoles como los dirigentes del partido, del mismo modo que los invictos capitanes (toda la vanguardia), aprobaba unánimemente aquellas ejecuciones. Famosos revolucionarios, teóricos y profetas, siete años antes de su propia poco gloriosa muerte, aplaudían el rugido de la multitud, y no caían en la cuenta de que su día estaba al llegar y que pronto sus nombres serían víctimas de la vorágine y motejados de «hez» y de «basura».

Para los ingenieros, el aniquilamiento terminó precisamente aquí. A comienzos de 1931, Josif Vissarionovich dictó las «Seis condiciones» para la construcción, y a Su Autocracia le plugo señalar como quinta condición: la de pasar de una política de aniquilamiento de la vieja intelectualidad técnica, a otra política para atraerla y mimarla.

¡Y mimarla! ¿Dónde está vuestra justa indignación? ¿Y en qué quedaron vuestras terribles acusaciones? Precisamente por aquellas fechas se celebraba el proceso contra los saboteadores de la industria de la porcelana (también allí hicieron de las suyas): todos los acusados a una se denigraron, todos se declararon culpables y de pronto, también todos a una, exclamaron: ¡¡No somos culpables!! ¡Y los pusieron en libertad!

Aquel año incluso se produjo, en pequeña medida, una riada en sentido contrario: a los ingenieros condenados o perseguidos les devolvieron a la vida. Así regresó D. A. Rozhanski (¿Decir que le ganó a Stalin el desafío? ¿Que un pueblo con valor ciudadano no hubiera dado la oportunidad de escribir este libro?).

Los mencheviques, eliminados desde tiempo atrás, volvieron a recibir en ese año los golpes de Stalin: el juicio público contra el «Buró unido de los mencheviques, contra Groman-Sujanov[25]» (Yakubovich en marzo de 1931, y después, cierto número de mencheviques dispersos, de menor importancia, cogidos en secreto), aunque de improviso reflexionó.

La gente del mar Blanco dice del flujo: «El agua *reflexiona*». Eso es, antes de iniciarse el reflujo. Bueno, no vayamos a comparar el alma turbia de Stalin con el agua del mar Blanco. Probablemente no reflexionó en absoluto. Además, no hubo

reflujo. Pero ese año ocurrió otro milagro. Tras el proceso contra el Partido Industrial, se estaba preparando, en 1931, un apoteósico proceso contra el Partido Campesino Trabajador, una supuesta enorme fuerza organizada, clandestina (jamás existió), compuesta por intelectuales rurales, por activistas de las cooperativas de consumo y agrícolas y por la vanguardia culta del campesinado, que preparaba el derrocamiento de la dictadura del proletariado. En el proceso contra el Partido Industrial, ese PCT salió a relucir como fichado, como sobradamente conocido. El aparato de investigación de la GPU funcionaba sin fallos: MILES ya habían *confesado* plenamente que militaban en el PCT y sus designios criminales. Fue prometido un total de DOSCIENTOS MIL «miembros». «Al frente» del partido figuraban el economista agrario Alexandr Vas. Chayanov; el futuro «primer ministro» N. D. Kondratiev; L. N. Yurovski; Makarov; Alexei Doyarenko, profesor de la Academia Agrícola «Timiriazev» (futuro «ministro de agricultura[26]»). Y, de pronto, una buena noche Stalin DIO MARCHA ATRÁS. Probablemente, jamás sabremos por qué. ¿Quería obtener el perdón?: demasiado pronto. ¿Se despertó en él el sentido del humor?: era un individuo demasiado monótono. ¿Le dio dentera?: así nadie se atrevería a acusar a Stalin de que tenía sentido del humor. Lo más probable era lo siguiente: echó cuentas y advirtió que pronto todo el campo empezaría a morir de hambre, que no serían sólo doscientos mil y decidió que no valía la pena esforzarse. Se prescindió del PCT, a todos los que se «habían confesado» les propusieron *desdecirse* de sus propias confesiones (¡imagínense su alegría!) y en su lugar llevaron a juicio al grupo de Kondratiev-Chayanov[27]. (En 1941, a Vavilov, extenuado, lo acusaron de que el PCT había existido y que él, Vavilov, era su jefe secreto).

Se acumulan los párrafos y los años y no nos sentimos capaces de establecer un orden en todo eso. (¡Pero la GPU cumplía a las mil maravillas! ¡Pero la GPU no descuidaba nada!). Mas tengamos siempre presente:

- que a los creyentes los meten en la cárcel sin parar, y sin más ni más. (Aquí aparecen unas fechas y unas crestas. Como la «noche de la lucha contra la religión» en 1929, en Leningrado, por Nochebuena, cuando encarcelaron a muchos intelectuales creyentes, mas no para soltarlos a la mañana siguiente, como sucede en los cuentos navideños. Allí mismo, en febrero de 1932, fueron cerradas muchas iglesias a la vez y arrestado gran número de sacerdotes. Pero hay más fechas y lugares de los que nadie nos dio noticias).
- que tampoco se olvidan de aniquilar *sectas*, hasta las que simpatizaban con el comunismo. (En 1929, por ejemplo, encarcelaron a todos los miembros de una *comuna* entre Sochi y Josta. Allí todo se hacía según los principios comunistas: la producción y la distribución, y con una honradez que el país no alcanzará ni en cien años, pero lamentablemente, eran demasiado cultos e instruidos en lecturas religiosas y su filosofía no era el ateísmo, sino una mezcla de baptismo, tolstoísmo y yoguismo. Por tanto, aquella COMUNA era delictiva y no podía hacer feliz al pueblo).

En esos mismos años veinte, un grupo considerable de tolstoístas fue desterrado a las estribaciones del Altai y allí crearon pueblos-comunas junto con los baptistas. Cuando se inició la construcción de la siderúrgica de Kuznetsk, le suministraban productos. Después comenzaron a arrestar, primero a los maestros (no se ajustaban a los programas estatales), los niños corrían gritando tras los coches, y después a los dirigentes de las comunas.

- que el Gran Solitario de los socialistas se hacía constantemente, por sí mismo;
- que en 1929 encarcelaron a los historiadores no expulsados en su tiempo al extranjero (Platonov, Tarle, Liutovski, Gotie, Lijanov, Izmailov), al notable crítico literio M. M. Bajtin;
- que también fluyen las nacionalidades de todos los confines.

Encarcelan a los yakutos después de la insurrección de 1928. Encarcelan a los buriato-mogoles después de la insurrección de 1929. (Se dice que fueron fusilados unos 35 000, aunque no nos es posible comprobarlo). Encarcelan a los kazajos, después de que los aplastara heroicamente la Caballería de Budionny en 1930-1931. A comienzos de 1930 juzgan a la Alianza de Liberación de Ucrania (profesor Efremov, Chejovski, Nikovski y otros) y conociendo nuestras proporciones entre lo publicado y lo ocultado, ¿cuántos habría detrás de ellos?, ¿a cuántos de forma tácita…?

¡Y les llegó, lentamente, pero les llegó el turno de entrar en chirona a los miembros del partido dirigente! Al principio (1927-1929) fue la «oposición obrera» o los trosquistas, que no habían tenido suerte en la elección del líder. Al principio fueron centenares, pronto serían miles. El comer y el rascar todo es empezar. Igual que los trosquistas veían indiferentes cómo encarcelaban a los de otros partidos, así después el resto del partido veía con buenos ojos el encarcelamiento de los trosquistas. A todos les llegó su turno. Más adelante fluiría la inexistente oposición «derechista». Las fauces iban comiéndose por la cola un miembro tras otro, hasta llegar a su propia cabeza.

En 1928 llegó la hora de ajustarles las cuentas a los nepmanes, arrendajos de la burguesía. A la mayoría los gravaron con impuestos crecientes e insoportables, hasta que se negaron a pagar y fue cuando los encarcelaron por insolventes y les confiscaron sus bienes. (A los pequeños artesanos: barberos, sastres y a los que arreglaban infiernillos, sólo les retiraron el permiso).

Tras el fomento de la riada nepmanista, existía un interés económico: el Estado necesitaba bienes, necesitaba oro, pero aún no existía ningún Kolyma. Desde fines de 1929, comenzó la famosa *fiebre del oro*, pero padecían la fiebre no los que buscaban oro, sino los que se rascaban el bolsillo. La particularidad de esta riada del «oro» consistía en que la GPU no acusaba de nada a estos conejos y estaba dispuesto a no mandarlos al país del GULAG; sólo les quería quitar el oro basándose en la ley del más fuerte. Por eso, aunque las cárceles estaban atestadas y los jueces de instrucción

se agotaban, las cárceles de expedición, las etapas y los campos de concentración recibían contingentes en mucha menor proporción.

¿A quién encarcelaban en la riada del «oro»? A todo el que hacía quince años tuvo un «negocio», comerciaba, vivía de la artesanía y acaso, según sospechas de la GPU, guardaba oro. Pero, precisamente, muchos no tenían oro: habían invertido en bienes muebles e inmuebles, pero todo se esfumó, fue requisado para la revolución, no les quedó nada. Con grandes esperanzas, naturalmente, encarcelaron a joyeros y a relojeros. Mediante chivatazos se enteraron de que había oro en las manos más inesperadas: «un obrero puro» cogió en algún sitio sesenta monedas de cinco rublos de oro de Nicolás II y las tenía guardadas; Muraviov, famoso guerrillero siberiano, vino a Odesa con una saca de oro; todos los carreteros tártaros de Petersburgo tenían oro escondido. Si era verdad o no, eso sólo se podría saber en las mazmorras. Aquel sobre quien cayó la sombra de un chivatazo dorado no lograría defenderse con nada, ni con su procedencia proletaria, ni con sus méritos revolucionarios. Todos fueron arrestados y embutidos en las celdas de la GPU en cantidades hasta entonces inimaginables: tanto mejor, antes lo *soltarían*. Se llegó a producir la escandalosa situación de que las mujeres y los hombres compartían la misma celda y unos en presencia de otros hacían sus necesidades: ¿A quién le podían importar tales minucias? ¡Venga el oro, cabrones! Los jueces de instrucción no escribían las declaraciones porque ese papel ya no hacía falta a nadie y a nadie le interesaría si te impondrían una pena o no, lo principal era eso: «¡Venga el oro, cabrón! Al Estado le hace falta oro. ¿Tú para qué lo quieres?». A los jueces de instrucción ya no les quedaba voz ni fuerzas para amenazar y atormentar, pero había un método general: dar a los presos comida salada, pero sin permitirles beber agua. El que entregara el oro, ése bebería. ¡Diez rublos por una taza de agua pura!

El hombre perecía por el oro…

Esta corriente se diferenció de las anteriores y de las posteriores en que el destino, si no de la mitad por lo menos de una parte, se estremeció en sus propias manos. Si es verdad que no tenías oro, tu situación era desesperada, te pegarían, te quemarían, te atormentarían, te vaporizarían hasta la muerte o hasta que te creyeran de verdad. Pero si tenías oro, tú mismo determinarías la medida del tormento, la medida del aguante y tu futuro destino. Psicológicamente no era mejor, sino peor, porque si te equivocabas serías para siempre culpable ante ti mismo. Claro que quien entendió las costumbres de esta institución, cedió y entregó el oro, aliviándose con ello. Pero tampoco se podía entregar con demasiada facilidad: no te creerían que lo habías entregado todo y te mantendrían preso. Pero tampoco se debía entregar cuando fuera ya demasiado tarde: al expirar o cuando, por despecho, te endilgaran una condena. Un carretero tártaro aguantó todas las torturas: «¡No tengo oro!». Entonces metieron en la cárcel a la mujer, pero el tártaro seguía en sus trece: «¡Que no tengo oro!». Encarcelaron a su hija y el tártaro no lo soportó: entregó cien mil rublos. Entonces soltaron a la familia

y a él lo condenaron. (Las más necias novelas y óperas de forajidos fueron montadas en serio en el gran Estado).

La implantación de los documentos de identidad en vísperas de los años treinta también contribuyó grandemente a aumentar el censo de los campos de concentración. Igual que Pedro I simplificó la clasificación del pueblo, agrandando las distancias que separaban a los estamentos, del mismo modo funcionó nuestro sistema socialista de documentos: este sistema expulsaba precisamente a los «bichos» intermedios, daba caza a esa parte de la población cimarrona, volante, que vagabundeaba. Al comienzo se equivocaba mucho la gente con aquellos documentos: los que no se daban de alta y los que no se daban de baja de su residencia iban a parar al Archipiélago, aunque fuera por un año.

Así se producían las riadas, pero la que saltó sobre todas y se desbordó en 1929-30 fue la multimillonaria de los *kulaks* expropiados. Era de un tamaño desmesurado y para ella habría sido insuficiente hasta la extensa red de prisiones preventivas (atestadas además por la riada del «oro»), pero esa riada pasó de largo y fue encauzada directamente hacia las cárceles de expedición, hacia las etapas, hacia el país del GULAG. Con su hinchazón simultánea, esta riada (¡este océano!) desbordaba todos los cauces que podía ofrecer el sistema carcelario y judicial del enorme Estado. En toda la historia de Rusia no hubo nada comparable a él. Era un éxodo, una catástrofe étnica. Pero los canales de la GPU-GULAG habían sido construidos con tanta inteligencia, que las ciudades no se hubieran percatado de no ser por la conmoción que supusieron tres años de un hambre extraña: un hambre sin sequía y sin guerra.

Esta riada se distinguía de las anteriores, además, porque en este caso no anduvieron con eso de agarrar primero al padre para después ver qué hacer con el resto de la familia. Por el contrario, esta vez arrasaban el nido entero, cogían a familias completas y hasta vigilaban con celo que no se extraviaran los niños de catorce, de diez o de seis arios: había que atraparlos a todos para llevarlos al mismo sitio, al mismo exterminio común. (Era la PRIMERA experiencia, por lo menos en la Historia contemporánea. Después la repetiría Hitler con los judíos y otra vez Stalin, con las etnias infieles o sospechosas).

Esta riada contenía una ínfima cantidad de *kulaks*, por los que recibió su nombre. En ruso se llama *kulak* al traficante rural tacaño y deshonesto, que no medra con su trabajo, sino con el ajeno, por medio de la usura y de la venta como intermediario. Si antes de la revolución eran contadísimos en cada pueblo, la revolución les privó totalmente de campo de acción. Más tarde, después de 1917, por extensión empezaron a llamar *kulak* (en la literatura oficial y propagandística, y de aquí pasó al lenguaje de la calle) al que se valía del trabajo ajeno, aunque fuera por falta temporal de manos en la familia. Pero no olvidemos que después de la revolución hubiera sido imposible abonar por éste una paga injusta: en defensa de los temporeros estaban el comité de campesinos pobres y el soviet rural y ¡que no se le ocurriese a nadie

regatearle el precio al temporero! Por otra parte, el trabajo asalariado justo está permitido en nuestro país hasta hoy.

Pero seguía desorbitándose inconteniblemente el fustigante término de *kulak*, y en 1930 daban ese nombre a TODOS LOS CAMPESINOS FUERTES EN GENERAL: fuertes por su economía, fuertes en el trabajo y hasta por sus convicciones. El mote de *kulak* fue utilizado para machacar en el campesinado esa FUERZA. Recordemos y despertemos: habían pasado tan solo doce años desde que se promulgó el gran Decreto sobre la tierra, sin el cual el campesinado no hubiera seguido a los bolcheviques y la Revolución de Octubre no hubiera triunfado. La tierra fue repartida según el número de bocas, de manera EQUITATIVA. Hacía tan sólo nueve años que los campesinos regresaron del Ejército Rojo y se volcaron a laborar su tierra conquistada. Y de pronto: los *kulaks*, los pobres. ¿Por qué razón? Unas veces por una composición favorable o desfavorable de la familia. Pero ¿no dependía principalmente del amor al trabajo y del tesón? Y ahora esos campesinos, cuyo pan comía Rusia en 1928, eran extirpados por los fracasados del pueblo y por gentes llegadas de la ciudad. Como fieras, perdiendo todo el concepto de «humanismo», perdiendo todos los valores humanos —acumulados durante milenios—, agarraban a los mejores labradores junto con sus familias y, sin propiedad alguna, desnudos, los echaban al norte desértico, a la tundra y a la taiga.

Este movimiento masivo por fuerza tenía que complicarse. Había que limpiar también la aldea de aquellos campesinos a quienes no les daba la gana ingresar en el koljós, que se mostraban reacios a la vida colectiva que jamás había visto y de la que sospechaban (ahora sabemos con cuánto fundamento), que estaría sometida a la administración de los vagos, y en la que se debería trabajar mucho y pasar mucha hambre. También había que deshacerse de los campesinos (algunos, de ricos, no tenían nada) que, por su audacia, su fuerza física, su decisión, su franca forma de expresarse en las asambleas de vecinos, su amor a la justicia eran queridos por el pueblo y que, por su independencia, se hacían peligrosos a la administración del koljós[28]. Además, en cada aldea, había gente a la que PERSONALMENTE tenían ojeriza los *activistas* locales. Por celos, por envidia, por agravios, ésa era la mejor ocasión de ajustarles las cuentas. Para todas estas víctimas se requería una palabra nueva: ésta nació. Ya no había en ella ningún contenido «social», económico, pero sonaba estupendamente: *podkulachnik* (secuaz del *kulak*, «akulakado»). O sea, yo a ti te considero cómplice del enemigo. ¡Con eso bastaba! Al bracero más desharrapado se le podía incluir entre los «akulakados[29]».

Así quedaron abarcados, con dos palabras, los que componían la esencia del campo, su energía, su inventiva y laboriosidad, su resistencia y conciencia. Los sacaron y se llevó a cabo la colectivización.

Pero también de la aldea colectivizada fluyeron nuevas riadas:

- La riada de los saboteadores de la agricultura. En todas partes desenmascaraban a *agrónomos-saboteadores* que hasta ese año habían sido toda su vida trabajadores honrados y que ahora contaminaban adrede de malas hierbas el campo ruso (naturalmente, por indicación de un instituto de Moscú, ya completamente desenmascarado. Claro, eran los doscientos mil miembros no encarcelados del PCT). Unos agrónomos no cumplían las sapientísimas directrices de Lysenko (en esa riada fue enviado al Kazajstán, en 1931, Lorj, el «rey» de la patata). Otros las cumplían demasiado al pie de la letra, y con ello descubrían que eran un disparate (en 1934, los agrónomos de Pskov sembraron lino en la nieve, tal como mandaba Lysenko. Las semillas se hincharon, se enmohecieron y se echaron a perder. Grandes superficies quedaron baldías todo el año. Lysenko no podía decir que la nieve era un *kulak*, o que él era idiota. Acusó a los agrónomos de *kulaks*, de haber tergiversado su tecnología. Y los agrónomos fueron a parar a Siberia). Además, en casi todos los depósitos de máquinas y tractores fueron descubiertos sabotajes, cometidos al reparar los tractores. (¡Mira tú, por dónde venía a descubrirse la razón de los fracasos en los primeros años de existencia de los koljoses!)
- La riada «por pérdidas en las cosechas» («pérdidas» valoradas a base de la arbitraria cifra que en la primavera fijaba una «comisión para tantear la cosecha»).
- «Por no entregar al Estado la cantidad de trigo estipulada» (el regional del partido lo prometió, pero el koljós no lo cumplió: ¡a la cárcel!)
- La riada de los «segadores». La «siega» manual nocturna era una ocupación completamente nueva en la población rural y una nueva forma de obtener la cosecha. Fue una riada nada despreciable, de muchas decenas de miles de campesinos; con frecuencia no eran adultos, sino muchachos, niños, a quienes los mayores enviaban de noche a «segar», porque no confiaban en que el koljós les pagara su trabajo realizado de día. Por esta ocupación, dura y poco rentable —¡bajo el sistema de servidumbre, los campesinos no llegaron a tal extremo de pobreza!—, los tribunales «daban», ni más ni menos, *diez* años, al considerar el crédito como un peligrosísimo robo contra la propiedad socialista, de acuerdo con la famosa ley del 7 de agosto de 1932 (en el lenguaje carcelario, llamada *Ley de los siete octavos*).

Esta ley del día «siete del ocho» desencadenó también una enorme riada, procedente de las obras de los planes quinquenales primero y segundo, de los transportes, del comercio y de las fábricas. De los grandes robos se ocuparía la NKVD. En lo sucesivo deberá tenerse en cuenta también esta riada, pues fluyó sin cesar y fue especialmente caudalosa durante la guerra: condenaban a quince años (hasta 1947, cuando esta ley se amplió y se hizo más rigurosa).

Pero ¡al fin podemos tomarnos un respiro! ¡Por fin, desde ahora, cesarán las grandes riadas! El camarada Molotov dijo, el 17 de mayo de 1933: «Vemos nuestra

misión no en las represalias masivas». ¡Uf!, ya era hora, hombre. ¡No más terror nocturno! Pero ¿qué ladridos de perros son ésos? ¡Sus! ¡Sus!

¡An… da! Es la riada Kirov procedente de Leningrado, donde la tensión se estima tan grave, que se han creado Estados Mayores de la NKVD en cada distrito de la ciudad y se aplica un procedimiento judicial «acelerado» (aunque antes tampoco destacaba por su lentitud) y sin derecho a apelación (aunque antes tampoco apelaban). Se calcula que una cuarta parte de la población de Leningrado fue *depurada* entre 1934 y 1935. Que refute este cálculo quien está en poder de la cifra y la facilite. (Cierto que la riada no era sólo leningradesa, pues repercutió bastante por todo el país en la forma acostumbrada, aunque incoherente: expulsaron de la Administración a los hijos de sacerdotes que aún se mantenían en ella, a las exnobles y a todos los que tenían algún familiar en el extranjero).

En riadas arrolladoras se perdían siempre los modestos riachuelos que, aunque sin estrépito, no cesaban de fluir:

- Los del Schuzbund, que perdieron la lucha de clases en Viena y buscaron la salvación en la patria del proletariado mundial.
- Los esperantistas (Stalin aplastó a esta perniciosa gentuza hacia los mismos años en que lo hizo Hitler).
- Lo que aún quedaba por machacar de la «Sociedad Filosófica Libre», los círculos filosóficos clandestinos.
- Los maestros disconformes con el avanzado método de estudio en laboratorios por brigadas. (En 1933, Natalia Ivanovna Bugaenko fue encarcelada en la GPU de Rostov, pero al tercer mes del sumario se supo, por decreto estatal, que el método era pernicioso. Y la pusieron en libertad).
- Los funcionarios de la Cruz Roja Política que, gracias a los esfuerzos de Ekaterina Peshkova, seguía defendiendo su derecho a existir.
- Los montañeses del Cáucaso Norte, por insurrectos (1935); de aquí y de allí siguen llegando miembros de distintas nacionalidades. (En el canal del Volga se editan periódicos en cuatro idiomas: tártaro, turco, uzbeco y kazaj. ¡Había quien los leyera!)
- Y, de nuevo, los creyentes; ahora los que se oponen a trabajar los domingos (se estableció primero la semana de cinco días, y luego se volvió a la de seis días); los koljosianos, que saboteaban el trabajo en las fiestas religiosas, como acostumbraban hacerlo en la Era individualista.
- Y siempre los que se negaban a ser confidentes de la NKVD. (Entre éstos también caían sacerdotes, que se negaban a violar el sigilo sacramental; los ÓRGANOS comprendieron en seguida la utilidad de conocer el contenido de la confesión, que era lo único para lo que servía la religión).
- A los sectarios los detienen en cantidades crecientes.
- En el gran solitario de naipes siguen barajándose los socialistas.

Y, en fin, una riada no citada aún, pero que fluye también constantemente: es la del Punto Décimo, llamado también PCR (Propaganda Contrarrevolucionaria),

también llamado PAS (Propaganda Antisoviética). La riada del Punto Décimo probablemente era la más constante; jamás se cortó, y al producirse otras grandes riadas, como en los años 37, 45 y 49, alcanzaba su máximo caudal[30].

Es paradójico: todas las actividades que durante muchos años realizaron los *Órganos* penetrantes y vigilantes, se apoyaron tan sólo en UNO de los ciento cuarenta y ocho artículos de la parte no general del Código Penal de 1926. En elogio de este artículo se requieren más epítetos que los empleados por Turgueniev para ensalzar la lengua rusa o por Nekrasov para la Madre Rusia: el Cincuenta y Ocho grande, potente, abundante, ramificado, variado, barrelotodo, que abarca el mundo entero no tanto a través de las definiciones de sus puntos como a través de su interpretación dialéctica y generosa.

¿Quién de nosotros no sintió sus abrazos que lo abarcan todo? Cierto, bajo los cielos no hay contravención, designio, acción o inacción que no sean condenables por el artículo Cincuenta y Ocho.

Fue imposible definirlo con tanta amplitud, pero se hizo posible interpretarlo con tanta amplitud.

El artículo 58 no constituyó en el Código un capítulo sobre delitos políticos y en ninguna parte consta que es «político». No, con los delitos contra la Administración y el bandidaje integra el capítulo de «delitos contra el Estado». Así, el Código Penal se inicia con la negativa a considerar en su territorio a nadie delincuente político: sólo común.

El artículo 58 constaba de catorce puntos.

Por el primer punto nos enteramos que es contrarrevolucionaria toda acción (según el art. 6 del CP, también la inacción) tendente a… debilitar el poder…

> Mediante una amplia interpretación, resulta que la negativa en el campo de concentración a trabajar cuando estás hambriento y desfallecido es debilitar el poder. Y conduce al fusilamiento. (Los fusilamientos de los *renunciantes* durante la guerra).
>
> En 1934, cuando nos devolvieron la palabra Patria, aquí fueron también intercalados los apartados 1-a, 1-b, 1-c, 1-d de *traición a la Patria*. Según estos puntos, los actos que dañen el poderío militar de la URSS son castigados con la pena capital (1-b), y sólo en circunstancias atenuantes y sólo para personas civiles (1-a) con diez años.
>
> Leyendo con amplitud: cuando a nuestros soldados, por rendirse (¡daño al poderío militar!), les condenaban sólo a diez años, era humano hasta rayar lo ilegal. De acuerdo al código estaliniano, tenían que ser fusilados uno por uno, según el orden en que iban llegando a la patria.
>
> (Otro ejemplo de amplia lectura: Recuerdo muy bien un encuentro en la Butyrki, en el verano de 1946. Un polaco había nacido en Lemberg, cuando la

ciudad pertenecía al Imperio austrohúngaro. Hasta la Segunda Guerra Mundial vivió en su ciudad natal, en Polonia, después pasó a Austria, allí servía y allí, en 1945, fue arrestado por los nuestros. Y condenado a un *decenio*, de acuerdo al artículo 54-1-a del código ucraniano, ¡por traición a Ucrania, su patria!, porque, para entonces, la ciudad de Lemberg se había convertido en la ucraniana Lvov. ¡El pobre no logró demostrar en la instrucción del sumario que si se había mudado a Viena no fue para traicionar a Ucrania! Tenía que ser traidor por narices).

Otra importante ampliación del punto sobre traición se logró aplicándolo «a través del artículo 19 del CP»: «mediante el dolo». En fin, no había habido tal traición, pero el juez de instrucción apreciaba *intenciones* de traicionar, y eso bastaba para aplicar el castigo máximo, como si se tratara de una traición cometida. Es cierto, el artículo 19 propone castigar no la malicia, sino los *preparativos*, pero una lectura dialéctica permite interpretar las intenciones como preparativos. Y «los preparativos son igual de punibles (o sea, se castigan igual) que el delito consumado» (CP). Resumiendo, no hacemos distinción entre la *intención* y el propio *delito*, ¡y en eso consiste la superioridad de la legislación soviética sobre las burguesas[31]!

El punto segundo se refiere a la rebelión, a la usurpación del poder en el centro y en la periferia y, en particular, al arrebato violento de una parte cualquiera de la Unión de Repúblicas. Esto era castigado hasta con la pena capital, igual que CADA UNO de los puntos siguientes.

Con amplitud (como no se habría podido escribir en el artículo, pero como dicta el sentido revolucionario de la justicia): aquí se contempla todo intento de una República a ejercer su derecho a abandonar la Unión. En lo de «violento» no se precisa a *quién* se refiere. Si toda la población de una república quisiera separarse y en Moscú no lo quisieran, la separación ya sería *violenta*. De esta forma, todos los nacionalistas estonios, letones, lituanos, ucranianos y turcomanos, de acuerdo a este punto, obtenían muy fácilmente *sus diez* y *sus veinticinco*.

El tercer punto: «cualquier tipo de ayuda a una potencia extranjera, que se hallare en guerra con la URSS».

Este punto permitía juzgar a CUALQUIER ciudadano que hubiera permanecido en territorio ocupado y hubiera puesto medias suelas a un militar alemán, o hubiera vendido un manojo de rabanillos, así como a cualquier ciudadana que hubiera elevado la moral combativa de un ocupante bailando y

pasando la noche con él. No todos FUERON condenados de acuerdo a este punto (por la enorme cantidad de personas que se quedaron en territorios ocupados), pero todos PUDIERON serlo.

El cuarto punto se refería a la ayuda (fantasmagórica) prestada a la burguesía internacional.

Se podría preguntar: ¿Quién iba a entrar en esa categoría? Pero leyendo con amplitud, auxiliados por la conciencia revolucionaria, encontraron fácilmente la categoría: a todos los emigrados que abandonaron el país antes de 1920, o sea, años antes de que se redactara el citado código, y que fueron atrapados en Europa por nuestras tropas un cuarto de siglo después (1944-45), se les aplicó el 58-4: diez años o pena de muerte. ¿Qué hacían en el extranjero más que ayudar a la burguesía mundial? (El ejemplo de la sociedad de amigos de la música muestra que también se podía ayudar desde dentro de la URSS). También favorecían a la burguesía todos los eseristas, todos los mencheviques (para ellos precisamente fue inventado el artículo), y después los ingenieros del Gosplán y del Consejo de Economía Nacional.

Quinto punto: inducir a un Estado extranjero a declarar la guerra a la URSS.

Una ocasión perdida: aplicar este punto a Stalin y a los diplomáticos y militares que lo rodeaban en 1941-1942. Su ceguera y su locura condujeron a eso. ¿Quién sino ellos sumieron a Rusia en unas derrotas ignominiosas jamás vistas, sin punto de comparación con los descalabros de la Rusia zarista en 1904 o en 1915? ¿Derrotas como las que Rusia no conocía desde el siglo XIII?

El sexto punto: espionaje.

Se le dio una interpretación tan amplia, que si hiciéramos un recuento de todos los condenados por este motivo, llegaríamos a la conclusión de que en la época estaliniana, nuestro pueblo no vivía de la tierra, ni de la industria, ni de cosas por el estilo, sino del espionaje para el extranjero, del dinero de los servicios de inteligencia. El espionaje era una cosa muy cómoda por su sencillez, asequible al delincuente ignorante, al jurista, al periodista y a la opinión pública[32].

La lectura ampliada consistía en que no castigaban por espiar, sino por:

SE sospecha de espionaje (o END - Espionaje no demostrado, ¡por lo que aplicaban el máximo de la pena!).

Y hasta por:

RISE-relaciones que inducen (¡!) a sospechar de espionaje.

Por ejemplo: la conocida de una conocida de tu esposa encargó un vestido a la misma modista (agente de la NKVD, por supuesto), que cose para la esposa de un diplomático extranjero.

Esos 58-b, SE y RISE eran puntos muy pegajosos, requerían un encarcelamiento riguroso, una constante vigilancia porque el espionaje extranjero es capaz de extender sus tentáculos y llegar hasta su criatura en el campo de concentración, y prohibían los trabajos sin escolta. En general, todos estos *artículos de letras*, no ellos en sí, sino esta apabullante combinación de mayúsculas (en este capítulo encontraremos más) siempre aparecían envueltos en un velo enigmático, nunca se sabía si eran retoños del artículo 58, o algo independiente y sumamente peligroso. Los confinados en los campos de concentración con artículos de letras estaban más oprimidos aún que los del 58.

Punto séptimo: daños a la industria, a los transportes, al comercio, a la circulación y al cooperativismo.

En los años treinta, este punto ganó mucho terreno y absorbió completamente a las masas, las cuales llegaron a llamarlo, simplemente, con el nombre de *sabotaje*. Ciertamente, todo lo enumerado en el punto Siete sufría todos los días un deterioro claro e indudable. (¡Tenía que haber culpables!). El pueblo construyó durante siglos y siempre honradamente, aun para los señores. Desde los Rurikidas jamás se oyó hablar de *sabotaje*. Y he aquí que, cuando por primera vez los bienes pasaron a manos del pueblo, centenares de miles de los mejores hijos del pueblo se pusieron a *sabotear*. (El sabotaje no estaba previsto por ningún punto, pero como sin él no se podía explicar lógicamente por qué las malas hierbas invadían los campos, las cosechas eran peores y la maquinaria se averiaba, el olfato dialéctico introdujo tal punto).

El punto octavo era el terror (no el terror que el Código Penal Soviético tenía que «justificar y legitimar[33]», sino el terror desde *abajo)*.

El terror recibía una interpretación amplísima: por terror no se entendía eso de colocar una bomba en el coche de un gobernador, pero sacudir el polvo a tu enemigo personal, si era activista del partido, del komsomol o de la

milicia, eso ya era terror. El *asesinato* de un activista jamás era equiparable al asesinato de un hombre corriente (igual que en el código de Hammurabi, del siglo XVIII antes de nuestra Era). Si el marido mataba al amante de su esposa y éste no pertenecía al partido, el marido podía sentirse feliz, se le aplicaba el artículo 136, era un delincuente común, socialmente afín y podía andar sin escolta. Pero si el amante era miembro del partido, el marido se convertía en enemigo del pueblo, según el 58-8.

Una aplicación de conceptos más importantes aún se lograba aplicando el punto 8 a través del ya citado artículo 19, o sea *preparación* en el sentido de intención. No sólo una amenaza directa en el bar: «¡ya verás!», sino las palabras de una rabanera excitada «¡así te parta un rayo!», se calificaba como IT, *intenciones terroristas*, y daba pábulo para aplicar el artículo con toda su rigidez**[34]**.

El punto noveno: destrucción o deterioro… por explosión o incendio (infaliblemente, con móviles contrarrevolucionarios), llamado brevemente *diversión*.

La ampliación consistía en que se achacaban los móviles contrarrevolucionarios (¡el juez de instrucción sabía mejor lo que había en la conciencia del delincuente!) y que toda equivocación, error o fracaso en el trabajo no se perdonaba y se consideraba diversión.

Pero ningún punto del artículo 58 se interpretaba con tanta amplitud y ardor revolucionario como el Décimo. Sonaba así: «La propaganda o agitación que incitara a derrocar, minar o debilitar el poder Soviético… así como la difusión, impresión o conservación de publicaciones de ese mismo contenido». Este punto en tiempo de PAZ sólo establecía el límite *inferior* del castigo (¡no rebajéis mucho!, ¡no suavicéis demasiado!), pero el superior ¡NO SE LIMITABA!

Así de valiente se mostraba la Gran Potencia ante la PALABRA de un súbdito.

Las famosas ampliaciones de este famoso punto eran: podía calificarse de «agitación, que incitara» una charla amistosa (o conyugal) a solas, o una carta particular, y la *incitación* podía ser un consejo particular. (Sabemos que «podía ser», PORQUE ASI ERA).

- «minar o debilitar» el poder era toda idea que no coincidiera o que no llegara al punto de incandescencia de las ideas de la Prensa diaria. ¡No cabe duda que *debilita* todo lo que *no fortalece*! ¡No cabe duda de que *mina* todo lo que no coincide plenamente!

Y el que hoy no canta con nosotros,

ése, está en contra de nosotros

(Mayakovski)

- por «impresión de publicaciones» se entendía todo lo escrito en un solo ejemplar: cartas, apuntes, Diario íntimo.

Al quedar tan felizmente ampliado, ¿había IDEA pensada, pronunciada o escrita que no encajara en el Punto Décimo?

El punto undécimo tenía un carácter especial: sin contenido propio, era un agravante de cada uno de los puntos anteriores, si la acción era preparada de forma organizada o los delincuentes ingresaban en una organización.

En realidad, el punto se ampliaba de tal forma, que no se necesitaba organización alguna. En mis carnes sufrí esta elegante aplicación del punto. Éramos *dos*, los que en voz baja intercambiábamos opiniones, *por lo tanto* era un germen de organización, *por lo tanto* era una organización.

El punto duodécimo era el que más incidía en la conciencia ciudadana: era el punto sobre la *no denuncia* de cualquiera de los hechos enumerados. El castigo por el grave pecado de la no denuncia ¡¡NO TENÍA LIMITE SUPERIOR!!

Este punto de por sí era una ampliación tan inabarcable que no requería mayor ampliación. LO SABÍAS Y NO LO DIJISTE, ¡era lo mismo que si lo hubieras hecho tú!

El punto decimotercero, por lo visto hacía tiempo agotado, era: haber servido en la Policía secreta del Zar[35]. (El servicio análogo posterior era, por el contrario, catalogado de proeza patriótica).

El punto decimocuarto castigaba «el incumplimiento» consciente de determinados deberes o su cumplimiento con incuria premeditada; el castigo, por supuesto, podía ser el fusilamiento. Brevemente eso se llamaba sabotaje o «contrarrevolución económica».

Separar lo premeditado de lo no premeditado estaba sólo en manos del juez de instrucción, basándose en su interpretación revolucionaria de la Ley. Este punto se aplicaba a los campesinos que no hacían las entregas obligatorias, así como a los koljosianos que no cumplían el número estipulado de jornadas laborales. Los cautivos que no cumplían la norma de trabajo eran acusados de lo mismo, y, de rebote, después de la guerra, aplicaron este punto

a los presos por evasión del campo de concentración, interpretando por extensión la evasión no como un afán de recobrar la preciosa libertad, sino como un daño causado al sistema de campos de concentración.

Esa era la última varilla del abanico denominado artículo 58, un abanico que cubría toda la existencia del hombre.

Después de este repaso al sublime ARTÍCULO, más adelante nos asombraremos menos. Quien hizo la ley hizo el delito.

El acero damasquino del artículo 58 —estrenado en 1927, inmediatamente después de su forja, y templado en todas las riadas del decenio siguiente— fue empleado, de forma tajante, en el ataque desatado por la Ley contra el pueblo en los años 1937-1938.

Precisemos que la operación de 1937 no fue espontánea, sino planeada; que, en la primera mitad de aquel año, se renovaron las instalaciones en muchas cárceles de la Unión Soviética: retiraron las camas de las celdas, y a todo lo largo de las paredes colocaron literas individuales y dobles[36]. Los viejos presos recuerdan que el primer golpe fue masivo y que, por lo visto, se dio en una noche de agosto en todo el país (pero, sabiendo nuestra torpeza, no le doy mucho crédito). En el otoño, cuando, para el vigésimo aniversario de la Revolución de Octubre, se esperaba con ilusión una gran amnistía general, Stalin, el muy gracioso, añadió al Código nuevas penas: de 15 a 20 años[37].

No creo necesario repetir aquí lo que ha sido profusamente descrito del año 1937, y en lo cual se seguirá insistiendo mucho: que se asestó un golpe demoledor a la cúspide del partido, a la Administración soviética, a los mandos militares y a las altas esferas de la mismísima GPU-NKVD[38]. Es poco probable que a nivel regional se mantuviera el primer secretario del partido o el presidente del Soviet, porque Stalin quería para sí a los acomodaticios.

Olga Chavchavadze cuenta cómo ocurrió en Tbilisi: en 1938 detuvieron al presidente del soviet urbano, a todos los jefes de departamento (once), a todos los jefes de contabilidad y a todos los jefes de habilitación. Designaron a otros. Pasaron dos meses. Y otra vez volvieron a detener: al presidente, al vicepresidente, a todos los jefes de departamento (once), a todos los jefes de contabilidad y a todos los jefes de habilitación. Quedaron en libertad los contadores simples, las mecanógrafas, las mujeres de la limpieza y los recaderos…

En cuanto al encarcelamiento de los miembros de fila del partido, por lo visto existía una razón que no figura en los sumarios ni en las sentencias: arrestaban con preferencia a los que ingresaron en el partido antes de 1924. Esto, sobre todo, se efectuó a rajatabla en Leningrado, precisamente con los firmantes de la «plataforma»

de la Nueva oposición[r]. (¿Cómo no iban a firmarla?, ¿cómo podían «no confiar» en su comité regional de Leningrado?).

Veamos cómo ocurría entonces, y ello constituirá una imagen de aquellos años. Se celebró (en la región de Moscú) la conferencia del partido de un distrito. Presidió el nuevo secretario del distrito, que sustituía al recién encarcelado. Al final de la conferencia se adoptó una resolución de fidelidad al camarada Stalin. Naturalmente, todos se levantaron (además, mientras duró la conferencia, todos saltaban cada vez que se mencionaba su nombre). En la pequeña sala estallaron «los aplausos torrenciales, que desembocaron en una ovación». Tres minutos, cuatro minutos, cinco minutos seguían siendo torrenciales y seguían desembocando en una ovación. Pero ya dolían las manos; los brazos en alto ya se habían dormido; a los viejos ya les faltaba aire. La cosa ya se convertía en una estupidez insoportable; hasta para los que sinceramente adoraban a Stalin. Pero ¿quién iba a ser *el primero* que se atreviera a dejar de aplaudir? Podría ser el secretario del distrito, que estaba en la tribuna y que acababa de dar lectura a la resolución: ¡pero había sido designado hacía poco, en lugar del encarcelado, y tenía miedo! En la sala estaban y aplaudían a los de la NKVD, y observaban para comprobar *quién* sería el primero en abandonar… Y los aplausos en una pequeña sala ignorada, ignorándolo el jefe, duraban ¡seis minutos! ¡Siete minutos! ¡Ocho minutos…! ¡Eran hombres muertos! ¡Estaban perdidos! ¡Ya no pararían hasta caer con el corazón reventado! En la profundidad de la sala, entre los apretujones, aún se podía hacer trampa, aplaudir con menos frecuencia, sin tanta fuerza, sin tanta furia, ¿pero en la presidencia, a la vista de todos? ¡El director de la fábrica local de papel, un hombre independiente y recio, de pie en la presidencia, comprendió toda la falsedad, todo lo desesperado de la situación, pero aplaudió! ¡Nueve minutos! ¡Diez! ¡Él lanzó una mirada angustiosa al secretario del partido, pero éste no se atrevía a cesar! ¡¡Era la locura!! ¡Contagiosa! Mirándose de reojo, con una remota esperanza, pero poniendo cara de entusiasmo, los dirigentes del distrito aplaudirían hasta caer, hasta que los sacaran en camilla. ¡Pero, así y todo, de todos modos, los que quedaban no vacilarían! Y el director de la fábrica de papel, en el minuto once, puso cara de diligente y retornó a su silla de la presidencia. ¡Y se produjo el milagro! ¿Qué se hizo de aquel entusiasmo general, incontenible, inenarrable? Todos a una dejaron de aplaudir y se sentaron. ¡Estaban salvados! ¡La ardilla se las había ingeniado para salir de la rueda…!

De esta forma se conoce a los hombres independientes. Y de esta forma los cazan. Aquella misma noche, el director de la fábrica de papel fue arrestado. Con una facilidad extraordinaria le echaron diez años, alegando un motivo totalmente distinto. Pero cuándo hubo firmado el 206 (el sumario), el juez instructor le recordó:

—Y nunca sea el primero en dejar de aplaudir.

(¿Y qué hacer? ¿Cómo detenerse…?)[39].

Es la llamada selección según Darwin. Eso se llama agotamiento por idiotez.

Pero hoy se crea un nuevo mito. Todo relato publicado, toda mención impresa del año 1937 describe sin falta la tragedia de los dirigentes del partido comunista. Y ya nos han convencido, y sin quererlo nos dejamos embaucar, de que en el año penal de 1937-1938 fueron encarcelados los líderes comunistas y nadie más. Pero entre los *millones* que entonces cogieron, los altos cargos del partido y del Gobierno no constituirían más del 10 %. Hasta en las cárceles de Leningrado, en la cola de los paquetes, la mayoría eran mujeres sencillas, del tipo lechera.

La composición de los arrastrados por aquella poderosa riada, y llevados medio muertos al Archipiélago, era tan abigarrada, tan fantástica, que quien buscara una lógica científica debería devanarse mucho los sesos. (Menos aún entendían los contemporáneos).

La única ley por la que se regían entonces los encarcelamientos era la de las *cifras asignadas*, las facturas, el amillaramiento… Cada ciudad, cada distrito, cada unidad militar recibía unas cifras que debían cumplir en una fecha determinada. Todo lo demás dependía de la agilidad de los agentes.

Alexandr Kalganov, un exchequista, recuerda que a Tashkent llegó un telegrama: «Manden doscientos». Ellos acababan de hacer una limpieza y no sabían de dónde sacar «más». De los distritos trajeron a medio centenar. ¡Idea! A los detenidos por la milicia por delitos comunes, transferirlos al artículo 58. Dicho y hecho. Pero la cifra no se había alcanzado aún. Llamaron de la milicia: «¿Qué hacemos?». En una plaza de la ciudad los gitanos montaron descaradamente su campamento. ¡Idea! Los rodearon y a todos los varones entre los diecisiete y los sesenta los mandaron como si fueran del artículo Cincuenta y Ocho. Y cumplieron el plan.

También ocurría así: a los chequistas de Osetia (lo cuenta Zabolovski, jefe de milicias) les encomendaron fusilar en la República a 500 personas, ellos pidieron un aumento y les agregaron otros 230.

Este telegrama, ligeramente camuflado, fue transmitido por telégrafo corriente. En Temriuk la telegrafista, con toda candidez, transmitió a la centralita de la NKVD: «Que mañana envíen a Krasnodar 240 cajones de jabón». ¡Al día siguiente se enteró de los grandes arrestos y cayó en la cuenta!, y dijo a una amiga que habían recibido tal telegrama. Fue detenida inmediatamente.

(Esta forma clave de llamar a las personas cajones de jabón, ¿era casualidad o conocían la tecnología del jabón…?).

En ciertos casos se puede descubrir alguna lógica, por supuesto. Son encarcelados:

- Los nuestros que permanecen en el extranjero, son espías consumados. Muchas veces son los más fieles a la Komintern o chequistas, hay muchas mujeres agraciadas. Los llaman a la patria, en la frontera los detienen y después los conducen a un careo con su exjefe en la Komintern, por ejemplo con Mirov-Korona. Este confirma que él mismo trabajaba para un servicio de

espionaje, por lo tanto, sus subordinados son condenados automáticamente, y cuando más honrados, más nocivos.

- Los del FOCH[s]. (Los empleados soviéticos del FOCH son todos sin excepción, incluidas las esposas, hijos y abuelas, espías japoneses. Hay que reconocer que los habían empezado a detener años antes).
- Los coreanos del Extremo Oriente (deportados al Kazajstán): el primer experimento de perseguir por pertenecer a una raza determinada.
- Los estonios de Leningrado (se los llevan a todos sólo por el apellido, como espías de la Estonia blanca).
- Todos los fusileros y chequistas letones. Sí, los letones, los parteros de la Revolución, hasta hacía poco espina dorsal y orgullo de la Checa. Y hasta a los comunistas de la Letonia burguesa, canjeados en 1921 para liberarlos de las terribles condenas letonas de dos y tres años. (En Leningrado, clausuraron: la Facultad letona del Instituto «Hertzen»; la Casa de la cultura de los letones; el club estonio; la escuela de peritaje letona; los periódicos letón y estonio).

En medio de la algazara general se acaba de barajar el Gran Solitario, agarran a los que aún quedan por agarrar. Ya no hace falta ocultarse, ya es hora de acabar este juego. Ahora, a los socialistas se los llevan para formar con ellos campos enteros (por ejemplo, Ufa y Saratov), los juzgan a todos juntos y, en rebaños los conducen a los mataderos del Archipiélago.

No se ha anunciado especialmente que se debe encarcelar el mayor número posible de la intelectualidad, pero ésta jamás fue omitida en las corrientes anteriores y ahora tampoco la descuidan. Basta el chivatazo de un estudiante (la combinación de estas dos palabras hace tiempo que no suena de un modo raro), acerca de que el profesor cita mucho a Lenin y a Marx y no se refiere a Stalin, y el profesor en la clase siguiente ya no aparecerá. ¿Y si *no cita a nadie*?: entonces van a la cárcel todos los orientalistas de Leningrado, la generación intermedia y la joven. Va a la cárcel el Instituto del Norte en pleno (menos los soplones). Tampoco desdeñan a los maestros de escuela. En Sverdlovsk fue fabricada la *causa* contra treinta profesores de enseñanza media, encabezados por Perel, jefe del departamento regional de enseñanza; una de las terribles acusaciones era que instalaban árboles de Navidad en las escuelas *¡para quemarlas*[40]! Y sobre las cabezas de los ingenieros (de la generación soviética, no los «burgueses») la estaca cae con la regularidad del péndulo. Al agrimensor de minas Nikolai Merkurevich Mikov, por una anomalía en las capas, no le coincidieron dos galerías. Artículo 58-7, veinte años. Seis geólogos (el grupo de Kotovich) «por ocultación intencionada de las reservas de estaño en el subsuelo (¡es decir, por no descubrirlas!) en espera de los alemanes» (un chivatazo) el 58-7, diez años a cada uno.

A las riadas principales les siguió la riada *especial*: las *esposas*, los eMe-eFe (miembros de la familia). ¡Las esposas de encumbrados miembros del partido y, en algunos lugares (Leningrado) de todos a quienes se impusieron «10 años sin derecho

a correspondencia», de los que dejaron de existir! A los eMe-eFe, por lo general les caían *ocho* años. (Más suave que a los *kulaks* expropiados, además los hijos se quedaron en el continente).

¡Montones de víctimas! ¡Cúmulos de víctimas! Un ataque frontal de la NKVD sobre la ciudad: en la misma oleada, pero por «causas» DISTINTAS a S. P. Matveyeva le arrestaron el marido y a tres hermanos (tres de los cuatro no retornarían jamás).

- Se desprendió un cable de alta tensión y al jefe del sector le aplicaron el 58-7, veinte años.
- El obrero Novikov, de Perm fue acusado de preparar la voladura del puente sobre el Kama.
- A Yuzhakov (también de Perm) lo arrestaron de día, y de noche fueron a por su mujer. Le presentaron una lista de personas, exigiéndole que firmara que todas ellas celebraban en su casa reuniones mencheviques-eseristas (no había nada de eso, por supuesto). En cambio, le prometieron que le devolverían a sus tres hijos. Firmó, perdió a sus hijos y ella, claro, permaneció presa.
- Nadezhda Yudenich fue arrestada por su apellido. Bien es cierto que a los nueve meses establecieron que no era pariente del general y la soltaron (cosa de poca importancia: en este tiempo su madre murió de los disgustos).
- En Staraya Russa proyectaban la película *Lenin en Octubre*. Alguien prestó atención a la frase: «Eso debe saberlo Palchinski», y Palchinski era de los que defendían el Palacio de Invierno. Un momento, en este lugar trabajaba la enfermera Palchinskaya. A por ella. Y se la llevaron. Efectivamente, resultó que era su mujer, que cuando fusilaron al marido se ocultó en un sitio apartado.
- Los hermanos Borusko (Pavel, Iván y Stepan) vinieron en 1930 de Polonia, siendo unos NIÑOS, a vivir con sus familiares. Más tarde, ya de jóvenes, son SE (sospechosos de espionaje), diez años.
- Una conductora de tranvía de Krasnodar regresaba a pie de madrugada del parque a casa y, para su desdicha, en las afueras pasó junto a un camión, en torno al cual se movía gente. Resultó que estaba lleno de cadáveres, bajo la lona asomaban manos y pies. Tomaron su nombre y, al día siguiente, la arrestaron. El juez de instrucción le preguntó qué había visto. Fue sincera y lo dijo (la selección darwiniana). Propaganda anti-soviética, 10 años.
- Un fontanero desconectaba en su habitación la radio cuando transmitían las interminables cartas a Stalin[41]. El vecino lo denunció. (¡Ay! ¿Dónde estará ahora aquel vecino?), ESP (elemento socialmente peligroso), ocho años.
- Un estufista semianalfabeto, en los ratos libres se deleitaba *ensayando su firma*: así se crecía a sus propios ojos. No tenía papel blanco y firmaba en periódicos. Su periódico con rúbricas sobre la imagen del Padre y Preceptor fue descubierto por los vecinos en el retrete de la comunidad. ASA, diez años.

Stalin y sus adláteres amaban sus retratos, plagaban de ellos los periódicos, los multiplicaban por millones. Las moscas no tenían muy en cuenta su santidad, además era una lástima desaprovechar los periódicos: ¡Cuántos desdichados fueron condenados por eso!

Los arrestos se propagaban por las calles y las casas como una epidemia. De la misma forma que unos contagian a otros sin sospecharlo a través de un apretón de manos, con el aliento, al entregar un objeto, de igual modo: con un apretón de manos, con el aliento, al encontrarse en la calle se contagiaban unos a otros la peste del arresto inminente. Si tú mañana vas a tener que reconocer que estabas creando un grupo clandestino para envenenar el agua de la ciudad y hoy te di la mano en la calle, entonces también yo estoy sentenciado.

Siete años antes, la ciudad había observado cómo azotaban a la aldea y lo encontró natural. Ahora la aldea podía ver cómo azotaban a la ciudad, pero era demasiado ignorante para ello, además también la aldea recibía los últimos estacazos.

- El agrimensor (¡!) Saunin fue condenado a 15 años porque en su distrito perecía el ganado (¡!) y las cosechas eran malas (¡!). (Los dirigentes del distrito fueron fusilados por lo mismo).
- Llegó al campo el secretario del partido del distrito a dar prisa con la labranza y un viejo campesino le preguntó si el secretario *sabía* que, en *siete años*, los koljosianos no habían recibido por su trabajo ni un gramo de trigo, sólo *paja*, y poca. Por esta pregunta, el campesino fue condenado como ASA, a diez años.
- Otra fue la suerte de *un* campesino con seis hijos. Por estas seis bocas no escatimaba esfuerzos cuando trabajaba en el koljós, no perdía las esperanzas de recibir algo. Así fue: le concedieron una condecoración. Se la entregaron en una reunión y se pronunciaron discursos. En sus palabras de respuesta el campesino se emocionó y dijo: «¡Ay, en vez de esta condecoración hubiera preferido una arroba de harina! ¿Sería posible?». La reunión estalló en una carcajada lobuna y el flamante condecorado se fue con sus seis bocas al destierro.

¿Reunir ahora todo esto para explicar que encarcelaban a gente *sin culpa*? Pero se nos olvidaba decir que el propio concepto de *culpa* fue anulado por la revolución proletaria y, al comienzo de los años treinta, fue proclamado ¡*oportunismo de derechas*[42]! Así, pues, ya no podemos hacer especulaciones en torno a esos dos conceptos anticuados de culpa e inocencia.

El excarcelamiento de 1939 es un caso increíble, es una mácula en su historia de los *Órganos*. Pero fue una exigua contrarriada, el 1 % o 2 % de los detenidos anteriormente, que aún no habían sido condenados, ni enviados lejos, ni muertos. Fue exigua, pero muy bien aprovechada. Fue devolver un copec por un rublo, fue

necesario para cargar toda la culpa al sucio Ezhov, para fortalecer al entrante Beria y para mayor esplendor del Jefe. Con este copec fue muy astutamente enterrado el resto del rublo. «Lo examinaron bien y lo soltaron» (hasta los periódicos se referían impávidos a *algunos* calumniados): ¡entonces los demás encarcelados eran canallas seguros! Y los que retornaban se callaron. Estaban comprometidos. Quedaron mudos del miedo. Y sólo unos pocos se enteraron de algunos misterios del Archipiélago. La distribución seguía siendo la misma: de noche, los furgones y de día, las manifestaciones.

Pero ese mismo copec muy pronto se lo embolsaron de nuevo: en aquel tiempo y basándose en los mismos puntos del inconmensurable artículo. ¿Quién se percató, en 1940, de la riada de mujeres que no *renunciaron* a sus maridos? ¿Quién recuerda en Tambov que ese mismo año tranquilo encarcelaron a toda la orquesta de *jazz* del cine «Modern» por ser todos enemigos del pueblo? ¿Y quién vio a los 30 000 checoslovacos que, en 1939, de la Checoslovaquia ocupada pasaron a la URSS, al fraternal país eslavo? No había seguridad de que entre ellos no hubiera algún espía. Los mandaron a todos a los campos del Norte (y de allí, en la guerra, surgió el «Cuerpo checoslovaco»). Alto, ¿no fue en 1939 cuando tendimos nuestra mano para ayudar a los ucranianos occidentales y a los bielorrusos occidentales y después, en el 40, a los baltos y a los moldavos? Nuestros hermanos estaban totalmente sin purgar y de allí fluyeron riadas de profilaxis social. Cogían a los muy pudientes, a los influyentes, con ellos a los demasiado independientes, a los demasiado inteligentes, a los demasiado sobresalientes; en las que fueron regiones polacas se ensañaron sobre todo con los polacos (entonces se supo de la fatídica Katyn, entonces en los campos de concentración del Norte ensilaron el forraje del futuro ejército de Sikorski-Anders). En todas partes cogían a los oficiales. De esta forma, la población quedaba conmocionada, callada, sin los eventuales líderes de la resistencia. Así se les imponía la cordura, se aniquilaban las viejas relaciones, las viejas amistades.

Finlandia nos dejó el istmo sin habitantes, pero, en 1940, en Carelia y en Leningrado fueron segregados y deportados los que tenían sangre finlandesa. No nos habíamos percatado de aquel riachuelo: nuestra sangre no es finlandesa.

También fue en la guerra de Finlandia donde se llevó a cabo el primer experimento: juzgar como traidores a la patria a aquellos de los nuestros que caían prisioneros. El primer experimento en la historia de la Humanidad y, ya ven, no nos dimos cuenta.

Tras el ensayo se desencadenó la guerra, y con ella, la descomunal retirada. En sólo unos días, había que apresurarse a purgar el mayor número posible de ciudadanos de las Repúblicas occidentales que se dejaban en poder del enemigo. Con las prisas, fueron abandonadas, en Lituania, unidades militares enteras, regimientos, grupos de artillería antiaérea y de campaña, mas se las ingeniaron para sacar a varios millares de familias lituanas sospechosas (después, en el campo de concentración de Krasnoyarsk, cuatro mil de ellos fueron entregados al pillaje de los bandidos que se

hallaban presos). A partir del 28 de junio empezaron las prisas —en Letonia y Estonia — para practicar arrestos, pero la cosa olía a chamusquina y tuvieron que retroceder más apresuradamente aún. Se olvidaron de evacuar fortalezas enteras, como la de Brest, mas no se olvidaron de fusilar a los presos políticos en las celdas y patios de las cárceles de Lvov, Kovno, Tallin y de muchas otras prisiones occidentales. En la cárcel de Tartu se ejecutó a 192 personas, cuyos despojos fueron arrojados a un pozo.

¿Cómo podérselo imaginar? No sabes nada de nada, se abre la puerta de la celda y hacen fuego sobre ti. Lanzas un grito en la agonía, y nadie, como no sean las piedras de la cárcel, te oirá y lo contará. Aunque, según dicen, algunos no fueron rematados. Quizás algún día leamos un libro sobre ello.

En la retaguardia, la primera riada de los años de la guerra la integraron los *propaladores de bulos y los sembradores de pánico*, según un Decreto —al margen del Código— dictado en los primeros días de la guerra[43]. Se trataba de una sangría, a título de experimento, para mantener la disciplina general. A todos les colgaban diez años, pero no se consideraba artículo 58 (y los pocos que soportaron los campos de concentración en la guerra fueron amnistiados en 1945).

Después estaba la riada de los que *no entregaban los aparatos* o las piezas de *radio*. Una válvula de radio encontrada (en virtud de denuncia) implicaba diez años de reclusión.

También aquí se hallaba la riada de los *alemanes*: los alemanes de la región del Volga, los colonos de Ucrania y del Cáucaso Norte y, en general, cualquier alemán de cualquier región de la Unión Soviética. La señal determinante era la *sangre*, y hasta los héroes de la guerra civil y los veteranos del partido, si eran alemanes, iban al destierro[44].

El destierro de los alemanes, en esencia, era igual que el despojo de los *kulaks*, aunque más suave: les permitían llevar más cosas, y no los enviaban a aquellos lugares de ruina. Pero tampoco obedecía a ninguna norma jurídica, igual que pasó con los *kulaks*. El Código penal era una cosa, y otra muy distinta, el destierro de centenares de miles de personas. Eso era una disposición personal del «monarca». Además, como se trataba del primer experimento nacional de esta envergadura, la cosa sólo tenía para él un interés teórico[v].

Desde fines del verano de 1941, y con mayor intensidad desde el otoño, brotó la riada de los *cercados*. Se trataba de defensores de la patria, de aquellos mismos a los cuales meses atrás despidieron nuestras ciudades con música y flores y que después de eso tuvieron que aguantar los terribles ataques de los tanques alemanes, y en medio del caos general, y de ninguna manera por culpa propia, permanecieron, no cautivos, ¡no!, sino integrados en grupos de combate aislados, estuvieron cierto tiempo bloqueados por los alemanes y escaparon del cerco. En lugar de darles un abrazo fraternal al regresar (como haría cualquier Ejército del mundo), ofrecerles un descanso, un permiso para ver a la familia y reincorporarlos, los llevaban, bajo sospechas, bajo dudas, en grupos desarmados, privados de sus derechos, a los puntos

de control y selección, donde, oficiales de las Secciones Especiales, comenzaban recelando totalmente de cada palabra suya y hasta de si, efectivamente, eran aquellos que decían ser. En la comprobación utilizaban el careo, la confrontación, las declaraciones de unos contra los otros. Pasado el control, a una parte de los *cercados* les restituían los nombres, los grados y la confianza y los reintegraban a las unidades. Otra parte, por ahora la menor, constituyó la primera riada de *traidores a la patria*. Les colgaban el 58-1-b, pero, al principio, antes de establecerse el estándar, menos de diez años.

Así se depuraba el Ejército en Operaciones. Pero, además, había un enorme Ejército Inoperante en el Lejano Oriente y en Mongolia. Impedir que ese Ejército criase herrumbre era la noble misión de las Secciones Especiales. En la inacción se les desataba la lengua a los héroes del Jaljin-gol y Jasá,[w] tanto más cuanto que sólo ahora se les permitió estudiar las metralletas «Degtiariov» y los morteros de regimiento, que habían mantenido en secreto hasta de los propios soldados. Con tales armas en las manos, les costaba trabajo comprender por qué en Occidente retrocedíamos. Hallándose más allá de los Urales y de Siberia, no podían hacerse cargo de que si retrocedíamos 120 kilómetros al día, era para repetir la maniobra envolvente de Kutuzov[x]. Para ayudar a comprenderlo se necesitaba una riada del Ejército Oriental. Y las bocas se cerraron, y la fe se hizo férrea.

Por supuesto, en las altas esferas también corría una amplia riada de culpables de la retirada (¡el culpable no podía ser el Gran Estratega!). Era una pequeña riada de *generales*, medio centenar, que en el verano de 1941 se hallaba en las cárceles de Moscú, y en octubre de 1941 partió en etapas. Entre los generales predominaban los de Aviación: el jefe de las Fuerzas Aéreas Smushkevich, el general E. S. Ptujin (éste decía: «¡Si lo llego a saber, primero suelto las bombas sobre nuestro Padre Querido, y después, a la cárcel!») y otros.

La victoria en los accesos a Moscú dio ocasión a una nueva riada de moscovitas culpables. Ahora que la cosa podía estudiarse con calma, se veía que aquellos moscovitas que no escaparon, no se evacuaron y permanecieron sin temor en la capital amenazada y abandonada por las autoridades, se habían vuelto sospechosos: o de minar el prestigio de la autoridad (58-10), o de haber esperado a los alemanes (58-1-a). A través del artículo 19, esta riada estuvo dando de comer a los jueces de instrucción de Moscú y Leningrado hasta el año 1945.

Huelga decir que el 58-10, ASA, nunca se interrumpió, y que durante toda la guerra gravitó sobre la retaguardia y el frente. Lo colgaban a los evacuados que contaban los horrores de la retirada (por los periódicos se veía claramente que era una retirada programada); lo colgaban en la retaguardia a los difamadores que estimaban escaso el racionamiento; lo colgaban en el frente a los que *mentían* que los alemanes tenían buen armamento; en 1942 lo colgaban a todos los que se inventaban que en Leningrado se moría la gente de hambre.

Ese mismo año, después de los fracasos de Kerch (120 000 prisioneros) y de Jarkov (más aún), en la gran retirada del sur hacia el Cáucaso y el Volga, fue bombeada una importante riada de oficiales y soldados que, no queriendo resistir hasta la muerte, retrocedían sin permiso —eran aquellos a los que, según la inmortal orden número 227 de Stalin, la Patria no les perdonaría su ignominia—. No obstante, esta riada no llegó al GULAG: vista a toda velocidad por los tribunales divisionarios, fue desviada totalmente a las compañías de castigo y quedó empapada sin dejar huellas en la arena roja de las trincheras. Era el cemento que afirmó la victoria de Stalingrado, pero no pasó a la historia general de Rusia: quedó en la historia parcial del alcantarillado.

(Digamos que aquí sólo intentamos establecer las riadas que llegaban al GULAG desde fuera. En el GULAG, el bombeo interno, de un depósito a otro, las llamadas *condenas del campo*, que, sobre todo, causaron estragos en los años de la guerra, no son examinadas en este capítulo).

La escrupulosidad nos obliga a recordar las contrarriadas en tiempo de guerra: los ya mencionados checos, los polacos, los comunes que recibían permiso para ir al frente.

Iniciada en 1943 —cuando la guerra dio un giro a nuestro favor—, fue creciendo de año en año, hasta 1946, una riada multimillonaria procedente de los territorios ocupados y de Europa. Sus dos partes principales eran:

- los ciudadanos que permanecieron bajo dominio alemán o en Alemania (les colgaban una *decena* con la letra «a»: 58-1-a);
- los militares que estuvieron prisioneros (les colgaban una *decena* con la letra «b»: 58-1-b).

Todo el que estuvo bajo la ocupación quería vivir; por tanto, hacía algo; y por ello, en teoría, junto con el alimento diario se estaba proporcionando un futuro cuerpo del delito: por traición a la patria o, cuando menos, por complicidad con el enemigo. Mas, en la práctica, bastaba con marcar en el número del pasaporte que su dueño había estado en territorio ocupado, ya que arrestarlos hubiera sido antieconómico: despoblar unas zonas tan extensas. Para elevar la conciencia general bastaba encarcelar sólo a un determinado tanto por ciento: a los culpables, a los semiculpables, a los cuarto de culpables y a los que habían puesto a secar los calcetines en la misma valla que ellos.

Y sólo el uno por ciento de sólo un millón, da una docena de campos pletóricos.

Tampoco debe pensarse que una participación honrada en alguna organización clandestina antialemana fuese garantía de no caer en esa riada. Desde luego, hubo más de un caso, como el de aquel komsomol de Kiev, al que la organización clandestina destinó, como informante, a servir en la Policía de dicha ciudad. El muchacho, honradamente, informaba de todo a los komsomoles, pero con la llegada

de los nuestros le colgaron su *decena*, porque, sirviendo en la Policía, ¿cómo no pudo evitar las influencias enemigas y el cumplimiento de misiones del enemigo?

Más amarga y despiadada era la condena de los que estuvieron en Europa, aunque hubieran sido esclavos, *ost*, porque habían visto un trocito de vida europea y podían hablar de ella, y esos relatos, que siempre nos desagradan (excluidos, por supuesto, los apuntes de viaje de los escritores bien intencionados), sentaban mal, sobre todo, en los años de la posguerra, años de ruina y de privaciones. Y contar que en Europa todo andaba mal y no se podía vivir, no todos sabían hacerlo.

Por esa razón, que no por la simple rendición, juzgaron a la mayoría de los *prisioneros de guerra*, especialmente a los que vieron en Occidente algo más que los campos de exterminio alemanes[45]. Eso lo demuestra bien el hecho de que a los *internados* los juzgaban, infaliblemente, como prisioneros. Así, en los primeros días de la guerra fue arrastrado a las costas suecas un grupo de marinos nuestros. Mientras duró la guerra vivieron libremente en Suecia, llevando una vida cómoda y confortable como nunca antes ni después. La Unión Soviética retrocedía, avanzaba, atacaba, moría y pasaba hambre, mientras aquellos sinvergüenzas echaban mofletes neutralistas. Después de la guerra, Suecia nos los devolvió. Indudablemente se trataba de una traición a la Patria, pero no pegaba mucho. Los dejaron irse a sus casas, y a todos les endilgaron propaganda antisoviética por sus relatos cautivadores sobre la libertad y la suculencia en la Suecia capitalista (el grupo de Kadenko[46]).

Entre la riada general de los liberados de la ocupación, uno tras otro pasaron rápidos y en buen orden las riadas de las nacionalidades pecadoras:

- en 1943, los kalmucos, chechenos, ingushos y cabardinos;
- en 1944, los tártaros de Crimea.

No hubieran llegado con tanta energía y rapidez a su eterno destierro de no ser por la ayuda que prestaron a los *Órganos* las tropas regulares y los camiones militares. Las unidades bélicas tendían un valiente cerco en torno a las aldeas de montaña, y los que allí habían anidado para vivir durante siglos, en 24 horas, con la rapidez de un desembarco, eran conducidos a la estación, cargados en convoyes e inmediatamente partían para Siberia, Kazajstán, Asia Central, el norte de Rusia. A las veinticuatro horas justas, sus tierras y sus bienes inmuebles pasaban a manos de los sucesores.

Igual que a los alemanes al principio de la guerra, estas nacionalidades eran deportadas únicamente por razones de sangre y sin cumplimentar formularios: los miembros del partido, los héroes del trabajo y los héroes de una guerra que aún no había acabado, iban a parar al mismo sitio.

En los últimos años de la guerra marchaba a su aire la riada de *criminales de guerra* alemanes, que eran segregados de los campos para prisioneros y, a través de un tribunal, pasaban al sistema de GULAG.

En 1945, aunque la guerra contra el Japón no duró ni tres semanas, se hicieron

muchísimos prisioneros, que destinaron a efectuar trabajos inaplazables en Siberia y Asia Central, y ya allí se llevó a cabo la operación de selección de *criminales de guerra* para el GULAG[47].

Desde fines de 1944, cuando nuestro Ejército penetró en los Balcanes, y, sobre todo, en 1945, cuando llegó a Europa Central, por los canales de GULAG fluyó también una riada de *emigrados* rusos: de viejos que se fueron con la revolución, y de jóvenes que crecieron allí. Por regla general, arrastraban hacia la patria a los hombres, y dejaban en el exilio a las mujeres y los niños. (Es verdad que no los cogían a todos, sino a los que en 25 años expusieron —aunque lo hubieran hecho muy tenuemente— sus opiniones políticas o las expusieron antes, durante la revolución. A los que vegetaban, a ésos no los tocaban). Las riadas principales afluían de Bulgaria, Yugoslavia, Checoslovaquia y, en menor número, de Austria y de Alemania; en los otros países de Europa Oriental apenas había rusos.

De Manchuria también se produjo, en 1945, una riada de emigrados. (A algunos no los arrestaban inmediatamente: a familias enteras las invitaban a regresar a la patria como libres, y ya aquí los separaban y los enviaban al destierro o a la cárcel).

Durante los años 1945 y 1946 estuvo avanzando hacia el Archipiélago una riada que, por fin, era de verdaderos adversarios del régimen (los vlasovistas, los cosacos de Krasnov, musulmanes de unidades nacionales, formadas en la Alemania de Hitler), unas veces convencidos, otras, involuntarios.

Con ellos fue capturado un *millón por lo menos de escapados del régimen soviético*: civiles de todas las edades y de uno y otro sexo, que felizmente se habían refugiado en territorio aliado, pero que en 1946-1947 las autoridades aliadas los pusieron alevosamente en manos de los soviéticos[48].

Cierto número de *polacos*, miembros del ejército Kraiova, partidarios de Mikolaicik, pasaron por nuestras cárceles hacia el GULAG.

También hubo cierto número de *rumanos y húngaros*.

Desde el final de la guerra, y después, ininterrumpidamente durante muchos años, corrió una abundante riada de nacionalistas ucranianos (benderos).

Después de la guerra, con este enorme desplazamiento de millones como telón de fondo, fueron pocos los que vieron pequeñas riadas como:

- *las muchachas por los extranjeros* (1946-1947), que permitieron que las cortejaran extranjeros. A estas muchachas las estigmatizaban con el artículo 7-35 (socialmente peligrosas);
- los niños españoles, aquellos que fueron evacuados durante su guerra civil y llegaron a adultos después de la Segunda Guerra Mundial. Educados en nuestros internados, se aclimataban mal a nuestra vida. Muchos pugnaban por regresar a «casa». También les daban el 7-35 de socialmente peligrosos, y a los más tenaces, el 58-6, espionaje en favor… de América.

(A fin de ser justos, no pasaremos por alto una breve —en 1947— contrarriada de… sacerdotes. Sí, ¡fue milagroso!: por primera vez en 30 años ponían en libertad a los sacerdotes. No es que fueran a buscarlos a los campos de concentración: si los que estaban en libertad podían facilitar nombres y lugares exactos, a aquéllos, a los nombrados, los reintegraban a la libertad, con objeto de reforzar la iglesia reconstituida).

Conste que este capítulo no pretende en absoluto enumerar TODAS las riadas que abonaron el GULAG, sino sólo aquellas que tuvieron un matiz político. De la misma forma que en un curso de anatomía, tras la detallada descripción de la circulación de la sangre, cabe volver a empezar para describir minuciosamente el sistema linfático, pueden seguirse, de 1918 a 1953, las riadas de condenados por delitos *menores* y de los *criminales*. Esta descripción también ocuparía no poco lugar. En ella serían expuestos muchos decretos famosos, olvidados hoy en parte (aunque jamás derogados por ley), que suministraron copioso material humano al insaciable Archipiélago. El Decreto sobre el absentismo laboral. El Decreto sobre la fabricación de artículos defectuosos. El Decreto sobre la destilación clandestina de aguardiente (su desenfreno fue en 1922, pero a todo lo largo de los veinte encarcelaron con generosidad). El Decreto que castigaba a los koljosianos que no cumplían la norma obligatoria de jornadas de trabajo. El Decreto sobre la militarización de los ferrocarriles (abril de 1943, que ya no era el comienzo de la guerra, sino el giro hacia una mejoría).

Esos Decretos, según una antiquísima tradición que comienza con Pedro I, surgían siempre como lo más importante en materia legislativa y sin tener en cuenta ni acordarse siquiera de la legislación anterior. A los juristas teóricos les proponían armonizar ambas ramas, pero éstos se ocupaban de ello sin excesivo celo y sin mucho éxito.

Esta pulsación de Decretos producía una imagen muy extraña de los delitos comunes y penales en el país. Se observaba que los robos, los asesinatos, la destilación clandestina, las violaciones, se originaban en tal o cual lugar del país no debido a las debilidades humanas, a la concupiscencia o a las pasiones desatadas, ¡no! Los delitos se producían por todo el país con una asombrosa unanimidad y uniformidad. Hoy, el país era un enjambre de violadores; mañana, de asesinos; pasado, de destiladores, como un eco atento del último Decreto oficial. Daba la impresión de que cada delito hincaba el pico ante el Decreto, para desaparecer lo más rápidamente posible. El delito que se manifestaba inmediatamente y por doquier era precisamente el recién previsto y recrudecido por la sabia legislación.

El Decreto de militarización de los ferrocarriles llevó a los tribunales a muchedumbres de mujeres campesinas y de adolescentes, quienes principalmente trabajaban durante la guerra en el ferrocarril y que por no haber adquirido previamente una formación cuartelaria eran los que más tardaban y más infringían. El

Decreto sobre el incumplimiento de la norma obligatoria de jornadas de trabajo simplificó sumamente los trámites para deportar a los koljosianos indolentes, que querían recibir algo más que *palotes*[y]. Eso requería antes un juicio y el calificativo de «contrarrevolución económica», mientras que ahora bastaba una decisión del koljós, corroborada por el comité ejecutivo del distrito; los koljosianos también deberían sentirse aliviados al reconocer que los deportaban, pero no como enemigos del pueblo. (La norma obligatoria de jornadas variaba según las regiones: la más ventajosa era para los caucasianos: 75 jornadas, pero no pocos de ellos fueron por ocho años a la región de Krasnoyarsk).

Pero en este capítulo no nos proponemos un estudio exhaustivo y fructífero de las corrientes de comunes y penales. Pero al llegar al año 1947 no podemos silenciar uno de los más grandiosos Decretos estalinianos. Ya cuando nos referíamos al año 1932 citamos oportunamente la famosa Ley de «siete-ocho» o «siete octavos», una ley, apoyándose en la cual encarcelaban pródigamente: por una espiga, un pepino, dos patatas, una astilla, un carrete de hilo[49], y para diez años.

Pero las demandas del tiempo, según las entendía Stalin, cambiaban, y aquella *decena* que pareció suficiente a la vista de una guerra cruel, ahora, tras el triunfo histórico de alcance universal, parecía poca cosa. Y desdeñando el código, o perdiendo la memoria de numerosos artículos y decretos sobre hurtos y robos, el 4 de junio de 1947 se anunció un Decreto que sobrepujaba a todos los demás y que inmediatamente fue bautizado por los hilarantes presos como el Decreto de los «cuatro sextos».

En primer lugar, la ventaja del Decreto estribaba en su frescor: con la aparición del Decreto brotarían esos delitos y asegurarían una abundante riada de recién condenados. Pero su mayor ventaja estaba en las *condenas*: si para tener menos miedo iban a cortar espigas no una muchacha, sino tres («banda organizada»), y por pepinos o manzanas, unos cuantos chavales de doce años, entonces les colgaban hasta *veinte* años en un campo de concentración; en las fábricas la condena tope fue elevada a *veinticinco* (esta condena, el *cuarto* se impuso días antes de que fuera abolida, por razones humanitarias, la pena capital[50]). Por fin se ponía término a una vieja injusticia cuando sólo era considerado delito de Estado la no denuncia política; ahora, por no denunciar un robo de bienes estatales o koljosianos, endilgaban tres años de campos o siete de destierro.

En los años inmediatamente posteriores al Decreto, divisiones enteras de gentes de la ciudad y del campo fueron enviadas a trabajar a las islas del GULAG, para relevar a los aborígenes muertos. Verdad es que estas riadas fluían a través de la milicia y de los tribunales corrientes, y no atascaban el alcantarillado de la Seguridad del Estado, lleno a rebosar en los años de la posguerra.

Esta nueva línea de Stalin, según la cual tras la victoria sobre el fascismo había que ENCARCELAR con más energía que nunca a muchos y por mucho tiempo, repercutió inmediatamente, claro está, en los políticos.

Los años 1948-1949, que en toda la vida social se caracterizaron por una creciente persecución y vigilancia, destacaron por una tragicomedia que no tuvo precedentes ni siquiera en la misma justicia estaliniana: la de los *repetidores*.

Así distinguía el lenguaje del GULAG a los desdichados supervivientes del año 1937, quienes soportaron diez años imposibles, invivibles, y que ahora, en 1947-1948, maltrechos y aplastados, se disponían a poner su vacilante pie en la tierra de la *libertad*, con la esperanza de consumir en silencio lo poco que les quedaba de vida. Pero una vandálica imaginación (una maldad permanente o una sed de venganza insatisfecha) sugirió al Generalísimo-Vencedor la orden: a la cárcel otra vez todos estos disminuidos, sin nueva culpa. Para él era desventajoso, política y económicamente, atascar la máquina tragadora con sus propios escamochos. Pero Stalin lo dispuso así. Era un caso en que el personaje histórico mete en cintura a la necesidad histórica.

Y a todos ellos, que apenas se habían hecho un hueco en los nuevos sitios o en las nuevas familias, venían a *cogerlos*. Los cogían con el mismo cansancio indolente con que ellos mismos caminaban. Ellos ya lo conocían todo de antemano, el Viacrucis. Ellos no preguntaban «¿por qué?» y no decían a los familiares «volveré»: se ponían la ropa más sucia, llenaban de tabaco la petaca del presidio y se iban a firmar el sumario. (Contenía una sola pregunta: «¿Usted estuvo preso?». «Sí». «Pues tenga otros *diez*»).

Y en esto cayó el Monarca en la cuenta de que eso de meter a los supervivientes del año 37 ¡era poco! ¡Había que meter también a los hijos de sus enemigos acérrimos! ¡Estaban creciendo, y si se les ocurría vengarse…! (O quizá fue que cenó fuerte y tuvo en sueños una pesadilla relacionada con esos chicos). Hicieron un recuento, echaron números: habían encarcelado a hijos, pero pocos. Encarcelaban a los hijos de los altos mandos militares, pero no a todos los de los trosquistas. Y corrió la riada de los *hijos-vengadores*. (Entre estos niños también figuraban Lena Kosareva, de 17 años, y Elena Rakovskaya, de 35).

Después de la gran mezcolanza europea, allá por el año 1948, Stalin logró echar otra vez la tranca, hacer el techo más bajo, y crear, en este hermético espacio, la misma atmósfera enrarecida del año 1937.

Y fluyeron en 1948, en 1949 y en 1950:

- espías imaginarios (10 años atrás fueron germano-nipones; ahora, angloamericanos);
- creyentes (esta vez abundaban los sectarios);
- los genetistas y seleccionadores supervivientes, partidarios de Vavilov y de Mendel;
- simples intelectuales pensantes (con mayor severidad los estudiantes), a los que Occidente no asustaba demasiado. Estaba muy en boga colgarles:

ETA: elogio de la técnica americana,

EDA: elogio de la democracia americana,
AO: admiración por Occidente.

Eran riadas semejantes a las del 37, pero la duración de las condenas era distinta: desde ahora, el estándar no era ya la patriarcal *decena*, sino los estalinianos *veinticinco*. Ahora la decena se consideraba pena para menores.

Tampoco fue nada insignificante la riada que tomó origen en el nuevo Decreto relativo a los divulgadores de secretos de Estado (se consideraban secretos: las cosechas del distrito; las estadísticas sobre epidemias; la producción de cualquier taller o fabricucha; hablar de un aeródromo civil; los itinerarios del transporte urbano; el nombre de un preso en un campo de concentración). Por este Decreto colgaban quince años.

Tampoco fueron olvidadas las riadas nacionales. Constantemente fluía la riada de benderos[z], que llegaban, aún calentitos, de los campos de batalla. Al mismo tiempo era condenada a diez y cinco años de campo de concentración —o destierro— la población rural de Ucrania Occidental que mantuviera alguna relación con los guerrilleros: éste los albergó una noche; ése les dio una vez de comer; aquél no los delató. Aproximadamente en 1950 se puso en marcha la riada de ESPOSAS DE LOS BENDEROS: les indilgaban diez años por no denunciar, para exterminar más pronto, a los maridos.

Por esas fechas cedió la resistencia en Lituania y Estonia. Pero de allí manaron, en 1949, poderosas riadas de nueva profilaxis social y de garantía de la colectivización del agro. De las tres Repúblicas, trenes enteros transportaban a gentes de la ciudad y del campo al destierro siberiano. (En estas Repúblicas fue alterado el ritmo histórico. Ahora, en plazos muy apretujados, deberían repetir el camino de todo el país).

En el año 1948 pasó al destierro otra riada nacional: la de los *griegos* del Azov, Kubán y Sujumi. Durante la guerra no habían contraído ninguna mancha ante el Padre, pero ahora se vengaba en ellos, quizá por el fracaso en Grecia. Al parecer, esa riada fue también fruto de su demencia personal. La mayoría de los griegos fue al destierro a las Repúblicas centroasiáticas; los descontentos, a aisladores políticos.

Y cerca del año 1950, dentro de la misma venganza por la guerra perdida, o para equilibrarlos con los ya desterrados, pasaron al Archipiélago los insurrectos del ejército de Markos que nos entregó Bulgaria.

En los últimos años de la vida de Stalin se hizo ya notar la riada de *judíos* (desde 1950 habían estado fluyendo poco a poco como *cosmopolitas*). Para eso mismo fue montado el caso de los *médicos*. Por lo visto, se proponían organizar una gran matanza judía[51].

Pero por primera vez en su vida fracasaron sus designios. Dios —parece que por medio de manos humanas— le ordenó salirse de las costillas.

Lo anteriormente expuesto demuestra, creo yo, que en la matanza de millones y en la población del GULAG había una coherencia pensada con sangre fría y una tenacidad persistente.

Que en nuestro país, las cárceles jamás estuvieron VACÍAS, sino llenas o atascadas.

Que mientras ustedes desentrañaban alegremente los inocuos enigmas del núcleo atómico; estudiaban el influjo de Heidegger en Sartre y coleccionaban reproducciones de Picasso; viajaban en coches-cama al balneario o construían su dacha en las afueras de Moscú, los furgones celulares recorrían, incesantes, las calles, y los de la KGB daban golpes o timbrazos en las puertas.

Y creo que, con lo expuesto, queda demostrado que los *órganos* jamás comieron la sopa boba.

III
Instrucción del sumario

Si a los intelectuales de Chejov, que especulaban sobre qué pasaría dentro de veinte, treinta o cuarenta años, les hubieran dicho que en Rusia, dentro de cuarenta años, al reo le darían tormento; le oprimirían la cabeza con un aro de hierro[52]; lo sumergirían en una bañera llena de ácido[53]; que, desnudo y atado, lo torturarían con hormigas y chinches; le meterían en el conducto anal una baqueta calentada en un infiernillo (el «hierro secretor»); que con la bota le aplastarían poco a poco las partes sexuales y que el más suave de los tormentos sería no dejarlo dormir en una semana, sediento, dándole palizas hasta despellejarlo, los dramas de Chejov no hubieran llegado al final: todos los personajes, habrían ido a parar al manicomio.

Y no sólo los personajes de Chejov. ¿Qué hombre ruso, incluidos los miembros del Partido Obrero socialdemócrata, sería capaz de admitir que se calumniara así el radiante futuro? Lo que aún encajaba con Alexei Mijailovich; lo que con Pedro I parecía ya una salvajada; lo que con Byron podía ser aplicado a diez o veinte personas; lo que era inconcebible con Catalina II, en pleno auge del gran siglo XX, en una sociedad concebida sobre principios socialistas, en los años en que ya volaban los aviones, apareció el cine sonoro y la radio, lo cometía no un criminal, y no en un lugar oculto, sino decenas de miles de hombres-fieras especialmente entrenados para ello, en millones de víctimas indefensas.

¿Acaso ese estallido de atavismo, que ahora llaman, esquivamente, «culto a la personalidad», es horrendo sólo por eso? ¿O lo terrible es que en aquellos mismos años celebrábamos el centenario de Pushkin? ¿Que interpretábamos con cinismo aquellas mismas piezas de Chejov, aunque ya se había obtenido la respuesta a ellas? ¿O más horrible aún es que treinta años después nos digan: ¡no es necesario que se hable de eso!?, ¡rememorizando los padecimientos de millones, tergiversaremos la perspectiva histórica!, ¡si buscamos la médula de nuestras costumbres, podemos empañar el progreso material! Más vale que os acordéis de los altos hornos puestos en acción, de los trenes de laminación, de los canales construidos… no, los canales es mejor dejarlos… entonces del oro de Kolyma, no, de eso tampoco… Se puede hablar de todo, pero con mucho tino, pero ensalzando…

No se comprende por qué condenamos la Inquisición. ¿Acaso además de las hogueras no celebraba misas solemnes? No se comprende por qué nos disgusta tanto el régimen de servidumbre. Al campesino no se le prohibía trabajar a diario. Y en

Navidad podía cantar villancicos, y en la fiesta de la Trinidad las muchachas hacían ramos…

El carácter excepcional que la leyenda escrita y oral atribuye al año 1937, se debe a que entonces fueron supuestamente inventadas las culpas y las torturas.

Eso no es cierto, no es exacto. A lo largo de los años y decenios, el sumario basado en el artículo 58 CASI NUNCA pretendía aclarar la verdad, sino que era tan sólo un sucio procedimiento inevitable para aplastar al hombre que hacía poco era libre, a veces orgulloso, siempre desprevenido, pasándolo a través de un tubo estrecho, donde los ganchos de la armadura le arañaba los costados, donde no tenía qué respirar —para que anhelara llegar al otro extremo—, pero del otro extremo ya salía hecho un legítimo aborigen del Archipiélago y ya en la tierra prometida. (Los ingenuos siempre se resisten: creen que del tubo puede salir marchando hacia atrás).

Cuantos más son los años sin escritura, tanto más difícil es reunir los testimonios diseminados de los supervivientes. Y éstos nos dicen que el *abultamiento de los sumarios* empezó ya en los primeros años de los *Órganos*, para que se percibiera su labor constante, insustituible y salvadora, porque si, por mala suerte, fuesen menguando los enemigos, los *Órganos* llegarían a *atrofiarse*. Según consta en el sumario de Kosyrev[54], la posición de la Checa se tambaleaba ya a comienzos del año 1919. Leyendo los periódicos de 1918 tropecé con un comunicado oficial sobre el descubrimiento de una terrible confabulación de diez personas que querían (sólo QUERÍAN) instalar cañones en el tejado de la Casa de la Educación (fíjense en su altura) para, desde allí, bombardear el Kremlin. Eran *diez* (de ellas, quizás algunas mujeres y adolescentes); no se sabe cuántos cañones; ¿de dónde salieron aquellos cañones?, ¿de qué calibre eran?, ¿cómo subirlos por la escalera hasta el desván? ¿Y cómo emplazarlos en el tejado inclinado?, ¡y que no retrocedieran al disparar! ¿Por qué los policías de Petrogrado, para combatir la revolución de febrero, no subían al tejado armas más pesadas que una ametralladora…? Pues esa fantasía, que se anticipaba a los montajes de 1937, ¡la leían!, ¡y se lo creían…! Quizá con el tiempo se demuestre que el asunto «Gumiliov[aa]» de 1921[55] también se lo sacaron de la manga. Ese mismo año, en la Checa de Riazán se inventó una «conjura» de la intelectualidad local (pero las protestas de gente valiente llegaron a Moscú y se dio marcha atrás al asunto). Ese mismo año de 1921 fue fusilado todo el Comité del Sapropel, integrado en la Comisión de ayuda a las fuerzas de la Naturaleza. Si conocemos bien el carácter y los ánimos de los círculos científicos en aquella época, y si no nos sentimos aislados de aquellos años por una cortina de humo de fanatismo, podemos calcular lo que valía aquel ASUNTO, sin necesidad de recurrir a excavaciones.

E. Doyarenko recuerda el año 1921: la sala de recepción de arrestados de la Lubianka; hay unos 40 o 50 catres; toda la noche están trayendo mujeres. Nadie conoce su delito, todos tienen la sensación de que las agarran por nada. De toda la

celda sólo una lo sabe: es una eserista. La primera pregunta de Yagoda: «Bueno, ¿y *por qué* han caído aquí?», o sea: dilo tú mismo, ayúdanos a condenarte. EXACTAMENTE LO MISMO cuentan de la GPU de Riazán en 1930. La sensación general es que están presos por nada. A tal punto carecen de motivos, que a I. D. Tv. le acusan… de llevar apellido falso. (El apellido era legítimo, pero la CES[ab] le endilgó el artículo 58-10, tres años). No sabiendo a qué agarrarse, el juez de instrucción le preguntaba: «¿En qué trabajaba?». «Era economista». «Escriba una nota explicando "la planificación en la fábrica y cómo se realiza". Después sabrá por qué ha sido arrestado». (En la nota hallará a qué agarrarse).

Ocurrió algo así como con la fortaleza de Kovno, en 1912: decidieron desmantelarla por inservible; ya no tenía aplicación militar. Entonces el mando de la fortaleza, asustado, organizó un «bombardeo nocturno» de la plaza: para demostrar que era útil y los dejaran en su sitio…

También es cierto que desde un principio se dio una interpretación teórica, muy libre, al concepto de CULPA del procesado. En las instrucciones sobre el terror rojo, el chequista M. I. Lacis escribía: «… en la instrucción del sumario no os propongáis buscar materiales o pruebas de que el acusado atentó de palabra o de hecho contra el poder soviético. Vuestra primera pregunta será: ¿a qué clase pertenece, de dónde procede, sus estudios (¡ahí está el Comité del Sapropel! —A. S.), educación? Estas son las preguntas que deben determinar la suerte del acusado». El 13 de noviembre de 1920, Dzerzhinski, en una carta a la Checa, señala que en la Checa «con frecuencia daban curso a denuncias calumniosas».

¿Acaso después de tantos decenios no nos han acostumbrado a que de ALLÍ no se regresa? Después de un movimiento de retroceso de una brevedad consciente, en 1939, sólo se sabe de contadísimos casos en que alguien era puesto en libertad como resultado de la instrucción del sumario. Pero si se producía, esa persona volvía a ser encarcelada poco después, o bien, si la soltaban, era para seguirle los pasos. Así surgió la tradición de que los *Órganos* no se *equivocan en su labor*. Entonces, ¿qué pasa con los inocentes…?

El «Diccionario de la Lengua» de Dahl hace esta distinción: «La *pesquisa* se distingue del sumario en que se realiza para averiguar previamente si hay razones para la instrucción del *sumario*».

¡Oh, santa simplicidad! Los *Órganos* jamás supieron de ninguna pesquisa. ¡Una lista venida de arriba, o la primera sospecha, o un chivatazo, o hasta una denuncia anónima[56] ocasionaban el arresto y, después, la acusación inevitable! El tiempo asignado a la instrucción del sumario no se invertía en desentrañar el delito, sino, en noventa y cinco casos de cada cien, a cansar, agotar, extenuar al procesado, con lo que éste sólo deseaba acabar de un hachazo, con tal de llegar pronto al final.

Ya en el año diecinueve, el método principal del juez de instrucción era: *el revólver sobre la mesa*.

Procedían así no sólo con los políticos; lo mismo hacían en los delitos de «administración». En el proceso del Departamento de Combustible (1921) la acusada Majrovskaya se quejó de que durante el sumario le daban cocaína. El fiscal[57] repele: «Si ella hubiera manifestado que le dieron un trato grosero o que la *amenazaron con fusilarla*, aún se hubiera *podido creer a medias*». El revólver es para asustar; a veces te apunta, y el juez de instrucción no se molesta en inventar tu delito, sino que dice: «Anda, cuenta, tú ya sabes». Así lo hzo, en 1927, el juez de instrucción Jaikin con Skripnikova; así, en 1929, se lo exigieron a Vitkovski. Un cuarto de siglo después, nada había cambiado. En 1952, a la misma Anna Skripnikova, en su QUINTO encarcelamiento, Sivakov, jefe de la sección de investigación de la MGB de Ordzhonikidze, le dice: «El médico de la cárcel nos manda un parte, según el cual tienes 240/120 de tensión. Eso es poco, cabrona (ella va para los sesenta), te la haremos subir hasta trescientos cuarenta para que estires la pata, víbora, sin moraduras, sin palizas, sin roturas. ¡Basta con no dejarte dormir!». Y si Skripnikova, después de una noche de interrogatorio en la celda, cerraba de día los ojos, irrumpía el carcelero y le gritaba: «Abre los ojos o te saco del catre, por las patas, y te pongo amarrada a la pared, de pie».

Los interrogatorios nocturnos también prevalecieron en 1921. Ya entonces cegaban con faros de automóvil (la Checa de Riazán, Stelmaj). Y en la Lubianka, en 1926 (testimonio de Berta Gandal), utilizaban la calefacción por aire para introducir en la celda aire frío o pestilente. Y existía una celda de corcho, en la que no había aire, y además abrasaba. Al parecer, el poeta Kliuev estuvo en una de esas celdas; Berta Gandal, también. Vasili Alexandrovich Kasianov, que tomó parte en la insurrección de Yaroslavl en 1918, contaba que le calentaban la celda hasta que los poros de su cuerpo rezumaban sangre; cuando por la mirilla veían eso, acostaban al detenido en la camilla y lo llevaban a firmar el sumario. En el período del «oro» también aplicaban métodos «calientes» (y «salados»). En Georgia, en 1926, a los procesados les quemaban las manos con un cigarrillo; en la cárcel de Metej, en la oscuridad los empujaban a un pozo de aguas fecales.

Estas cosas guardan entre sí una relación muy simple: si hay que acusar cueste lo que cueste, se hacen inevitables las amenazas, los abusos, los tormentos, y cuanto más descabellada es la acusación, tanto más cruel debe ser el interrogatorio, para arrancar las declaraciones. Y como siempre hubo causas abultadas, también los abusos y los tormentos son de siempre, no es algo que pertenezca al año 1937, sino una característica duradera y general. Por eso ahora extraña leer en algunas Memorias de exzekos que «las torturas fueron permitidas desde la primavera de 1938[58]». Jamás los *Órganos* conocieron obstáculos espirituales y morales que les impidieran torturar. En los años inmediatamente posteriores a la revolución, en el *Semanario de la Checa,* en *La espada roja* y *El terror rojo* se discutía abiertamente la aplicación de torturas desde el punto de vista del marxismo. A juzgar por los resultados, la respuesta fue positiva, aunque no universal.

Del año 1938 sería más exacto decir así: hasta ese año, para torturar eran precisos ciertos requisitos, un permiso para cada sumario (aunque se obtuviera fácilmente); en 1937-1938, a causa de la situación excepcional (los millones que según el programa deberían ingresar en el Archipiélago tenían que someterse a un sumario individual en breves plazos, fijados de antemano, cosa que no se dio en las riadas masivas «de los *kulaks*» y «de las nacionalidades»), la violencia y los tormentos fueron permitidos, sin limitaciones, a los jueces de instrucción, según su propio criterio, de acuerdo con las exigencias de su trabajo y la fecha establecida. Pero no se especificaba el tipo de tortura, y estaba permitido introducir innovaciones de cualquier especie.

En 1939, este permiso amplio y general fue retirado, y otra vez se requirió una autorización oficial para torturar, y probablemente no se lograba con tanta facilidad (las simples amenazas, el chantaje, el engaño, el desgaste por insomnio y el calabozo no estuvieron nunca prohibidos). Pero ya desde el final de la guerra, y en los años posteriores a ella, fueron fijadas categorías de presos a los cuales estaba permitido aplicar una amplia gama de torturas. Estas categorías abarcaban a los nacionalistas, sobre todo a los ucranianos y lituanos, y muy especialmente, si había, o se suponía, la existencia de una cadena clandestina que querían desenmascarar por completo, sonsacando todos los nombres a los que ya estaban detenidos. Por ejemplo, en el grupo de Skirius Rolnualdas Prano había unos cincuenta lituanos. En 1945 los acusaron de colocar pasquines antisoviéticos. En aquel tiempo, por escasez de cárceles en Lituania los enviaron a un campo próximo a Velsk, en la región de Arjanguelsk. Unos fueron torturados; otros no soportaron el doble régimen de interrogatorios y trabajos y, como resultado, los cincuenta *cantaron* como un solo hombre. Pasó algún tiempo, y de Lituania llegó la noticia de que habían detenido a los verdaderos culpables de la colocación de pasquines, ¡Y NINGUNO DE ESTOS TENÍA NADA QUE VER! En 1950 encontré, en la cárcel de expedición de Kuibyshev, a un ucraniano de Dnepropetrovsk, al que para sacarle «conexiones» y nombres, le torturaron de muchas maneras, incluido el calabozo de pie, en el cual introducían una pértiga para que se apoyara (y durmiera) durante cuatro horas diarias. Después de la guerra torturaron también a Levin, miembro correspondiente de la Academia de Ciencias, porque tenía amigos comunes con los Alliluev**[ac]**. Tampoco sería justo anotar en la cuenta del año 1937 el «descubrimiento» de que la confesión del acusado pesa más que todas las pruebas y hechos. Eso ya se perfiló en los años veinte. Lo que ocurre es que, en 1937, maduró la brillante teoría de Vichinski. Cierto es que la tal teoría la conocieron los jueces de instrucción y los fiscales para su firmeza moral, pues todos los demás nos enteramos de ella veinte años después, cuando en las oraciones subordinadas y en los párrafos secundarios de los artículos periodísticos empezaron a criticarla como algo sobradamente conocido desde hacía mucho.

Resulta que aquel año —de horrenda memoria—, en un informe que adquirió fama en las esferas de los especialistas, Andrei Januarevich (dan ganas de llamarlo

Jaguarevich) Vichinski, dentro de un espíritu de la más flexible dialéctica (que no está permitido a los súbditos del Estado, ni ahora a los cerebros electrónicos, pues para ellos *si* es *sí* y *no* es *no*), recordó que la Humanidad no lograra nunca establecer la verdad absoluta, sólo la relativa. De ahí dio un paso, que los juristas metafísicos estuvieron dos mil años sin atreverse a dar: por tanto, la verdad establecida en el sumario y en el juicio no podía ser absoluta, sino relativa. Por eso, cuando condenamos a la pena capital, jamás podremos estar *absolutamente* seguros de que aquel a quien ajusticiamos es *culpable*, sino sólo con cierto grado de aproximación, en alguna medida, en determinado sentido[59]. De aquí, la conclusión más práctica es: que sería una pérdida innecesaria de tiempo la búsqueda de pruebas (todas las pruebas son relativas), los testigos indudables (pueden contradecirse). Las muestras de culpabilidad *relativas*, aproximadas, pueden ser descubiertas por el juez de instrucción sin pruebas y sin testigos, sin necesidad de abandonar el despacho, «basándose no sólo en su inteligencia», sino también en su olfato de comunista, en sus *fuerzas espirituales* (o sea, en las ventajas del que ha dormido estupendamente, está bien comido y no recibe palizas) y «en su *carácter*» (o sea, en el deseo de ser cruel).

No cabe duda: el estilo es mucho más elegante que el de las instrucciones de Lacis. Pero la esencia es la misma.

Sólo en una cosa se quedó corto Vichinski, se apartó de la lógica dialéctica: inexplicablemente dejó que la BALA fuera ABSOLUTA…

Así, progresando en espiral, la jurisprudencia progresista llegó a las conclusiones de la preantigüedad o del Medievo. Igual que los atormentadores medievales, nuestros fiscales y jueces acordaron que la principal prueba de culpabilidad eran las confesiones del procesado[60].

Pero el candoroso Medievo, para arrancar la confesión deseada, hacía mucho teatro, recurriendo al potro, a la rueda, al brasero, al peine, a la picota. En el siglo XX, con el desarrollo de la Medicina y las grandes experiencias carceleras (ya habrá por ahí alguno que con toda la seriedad del mundo haya hecho tesis doctorales), consideraron excesiva tal prodigalidad de medios y, en caso de aplicación masiva, engorrosa. Además…

Además, estaba clara otra circunstancia: como siempre, Stalin no acababa la frase, los subordinados tenían que intuirlo, y él dejaba para sí una escapatoria chacalina, a fin de escabullirse y escribir «Los éxitos subidos a la cabeza[ad]». Como quiera que fuese, la tortura metódica de millones se estaba practicando por primera vez en la historia de la Humanidad, y Stalin, aun con todo su poder, no podía estar absolutamente seguro de su éxito. El experimento sobre un material enorme podía tener repercusiones distintas a las del pequeño. Podía producirse un estallido imprevisto, una falla geológica o, cuando menos, una divulgación universal. En todos los casos, Stalin tenía que mantener su orla de pureza.

Por eso cabe suponer que no había tal lista de torturas y abusos que se entregara impresa a los jueces de instrucción. Simplemente se exigía de cada sección de instrucción, para una fecha determinada y en un plazo determinado, el suministro al tribunal de un número determinado de conejos convictos y confesos. *Simplemente se decía* de palabra, pero a menudo, que todas las medidas y medios eran buenos, por cuanto iban encaminados a un objetivo tan sublime; que nadie pediría al juez de instrucción responsabilidades por la muerte de un procesado; que el médico de la cárcel debería intervenir lo menos posible en la instrucción. Es probable que tuvieran intercambios camaderiles y experiencias, «aprendieran de los vanguardistas»; por supuesto, se establecían «incentivos materiales»: pagas extraordinarias por las horas de trabajo nocturnas, primas por reducción de tiempo del sumario; y, por supuesto, les advertían que el juez instructor que no cumpliera… Ahora, si en una delegación regional de la NKVD hubiera un fallo, su jefe surgiría limpio ante Stalin: ¡él no había hecho indicaciones directas de que torturaran! Pero al mismo tiempo aseguraba la aplicación de torturas.

Comprendiendo que los superiores se curan en salud, algunos jueces de instrucción de fila (no los que se dejaban embriagar por la ferocidad) procuraban también comenzar por los métodos más suaves, y al ir aumentando, evitar aquellos que dejan señales demasiado indudables: un ojo vaciado, una oreja cortada, la espina dorsal fracturada o una equimosis total del cuerpo.

Por eso precisamente, en 1937 no observamos —aparte el insomnio— la unanimidad completa en cuanto a los métodos empleados por las distintas delegaciones regionales y los jueces de una misma delegación**[61]**. Lo único común era la preferencia por los métodos, por así decir, *suaves* (ahora lo veremos), y ése era el camino acertado. El equilibrio humano se mantiene dentro de unos límites muy estrechos y no hay necesidad de recurrir al potro o al brasero para trastornar al hombre corriente.

Intentaremos enumerar algunos recursos elementales que quebrantan la voluntad y la personalidad del arrestado sin dejar huellas en su cuerpo.

Empecemos por los métodos *psíquicos*. En cuanto a los conejos que jamás se prepararon para padecer prisión, son métodos de una fuerza enorme y hasta destructora. Pero, aunque seas un convencido, tampoco la cosa es fácil.

1. Empecemos por las *madrugadas*. ¿Por qué a la madrugada se produce el quebrantamiento principal de los espíritus? ¿Por qué desde sus años más tempranos eligieron los *Órganos* la noche? Porque de madrugada, arrancado del sueño (aunque no se le haya castigado con el insomnio), el arrestado no puede tener el mismo equilibrio y sensatez que de día; es más maleable.

2. La *persuasión* en tono sincero. Es lo más fácil. ¿Para qué jugar al ratón y al gato? Después de haber permanecido encarcelado un poco entre otros procesados, el arrestado ya captó el ambiente general. Y el juez de instrucción le dice con amistosa indolencia: «Tú mismo sabes que te van a condenar igual. Pero si ofreces resistencia,

vas a *torcer la cabeza* antes que salgas de esta cárcel; perderás la salud. Y en el campo de concentración verás el aire y la luz… Así, que es mejor que firmes sin darle vueltas». Muy lógico. Y son prudentes los que acceden y firman, sí… Si se trata sólo de ellos. Pero rara vez ocurre así. Y el forcejeo se hace inevitable.

Otra variante de persuasión se emplea con los miembros del partido. «Si en el país hay deficiencias y hasta hambre, usted, como bolchevique, deberá decidir para sí: ¿concibe usted que la culpa de todo la tiene el partido? ¿O el poder soviético?». «¡No, por supuesto!», se apresura a responder el director de un centro de acopio de lino. «¡Entonces sea valiente y cargue con la culpa!». ¡Y carga con ella!

3. Las palabras *soeces*. El método es elemental, pero con la gente educada, delicada, refinada, suele dar resultados estupendos. Conozco dos casos de sacerdotes que cedieron a simples blasfemias. El sumario de uno de ellos (Butyrki, 1944) lo llevaba una mujer. Al principio, él, en la celda, se deshacía en elogios acerca de lo educada que era. Pero una vez llegó abatido, y durante mucho rato se negó a repetir los exquisitos juramentos y los tacos que soltaba aquella mujer. (Lamento no poder citar aquí una de sus frasecitas).

4. La sacudida mediante *el contraste psicológico*. Los cambios bruscos: a lo largo de un interrogatorio o en una parte de él, mostrarse sumamente cortés, llamar por el nombre y el patronímico, prometer el oro y el moro. Y de pronto agarrar el pisapapeles: «¡Ah, canalla! ¡Nueve gramos en la nuca!», y con las manos extendidas, como queriendo agarrarlo por los pelos, y como si las uñas fueran pinchos, echarse sobre él (este método da muy buen resultado contra las mujeres).

Una variante: se turnan dos jueces: uno sacude y atormenta, y el otro es simpático, casi cordial. El procesado tiembla cada vez que tiene que entrar en el despacho: ¿con quién de los dos me tocará? Por contraste, dan ganas de firmar al segundo todo, hasta lo que no hubo.

5. *Humillación* previa. En los famosos sótanos de la GPU de Rostov («el número treinta y tres»), bajo los gruesos cristales de la acera de la calle (había sido un almacén), a los presos que esperaban el interrogatorio los tumbaban boca abajo en el pasillo, prohibiéndoles levantar la cabeza y decir una sola palabra. Yacían como los mahometanos en el rezo, hasta que el carcelero les tocaba en el hombro y se los llevaba al interrogatorio. —Alexandra O-va, en la Lubianka, no hizo las declaraciones necesarias. La trasladaron a Lefortovo. En la sala de espera, la celadora le dijo que se desnudara para someterla a un supuesto tratamiento; se llevó la ropa, y la encerró desnuda en la cámara. En esto llegaron los celadores varones, se pusieron a contemplarla a través de la mirilla y a comentar su estampa—. Mediante una encuesta, probablemente se llegaría a obtener más ejemplos. El objetivo es el mismo: crear un estado depresivo.

6. Todo método que *perturbe* al procesado. Así interrogaron a F. I. V., de Krasnogorsk, región de Moscú (lo comunicó I. A. P-ev). Una juez de instrucción, durante el interrogatorio, se desnudaba ante él en varias etapas (*strip-tease*), pero

continuaba interrogándole, como si no pasara nada; paseaba por la habitación, se acercaba a él y pretendía hacerle declarar. Quizá se tratara de una necesidad personal o de un cálculo frío: ¡el procesado perdería la razón y firmaría! Ella no se exponía a nada: tenía la pistola y el timbre.

7. *La intimidación*. El método más usado, muy variado. Con frecuencia se utiliza junto con la *seducción* y la *promesa,* falsa, por supuesto. Año 1924: «¿No confesáis? Pues tendréis que ir a las Solovki. Al que confiese, lo soltamos». Año 1944: «De mi depende a qué campo vayáis. Hay campos y campos. Ahora tenemos hasta trabajos forzados. Si eres sincero, caerás en un sitio suave; si te obstinas, ¡veinticinco años encadenado en trabajos subterráneos!». Intimidando con otra cárcel aún peor: «Si te obstinas en negar, te mandamos a Lefortovo (si estás en la Lubianka), a Sujanovka (si estás en Lefortovo); allí emplearán contigo otro lenguaje». Y tú ya estás acostumbrado: en esta cárcel el régimen ES SOPORTABLE. ¿Qué torturas me esperan ALLI? Además, el camino… ¿Cedo…?

La intimidación causa un efecto estupendo en los que aún no han sido arrestados, sino citados, por ahora, a la Casa Grande. A él (a ella) aún le queda mucho que perder; él (ella) teme que no lo suelten hoy, teme que le confisquen sus bienes, la casa. Él está dispuesto a hacer muchas declaraciones y concesiones para evitar esos peligros. Ella, claro, no conoce el Código penal y, para empezar el interrogatorio, lo menos que le hacen es enseñarle una hoja con una cita falsa del Código: «He sido advertido de que por declarar en falso… 5 (cinco) años de cárcel», (en realidad —artículo 95— son hasta dos años)… por negarme a hacer declaraciones 5 (cinco) años… (en realidad —artículo 92— hasta tres meses). Con esto entra y seguirá entrando continuamente otro método de la instrucción:

8. *La mentira*. Los que no tenemos derecho a mentir somos los borregos, pero el juez de instrucción miente continuamente, y para él no cuentan todos esos artículos. No estamos acostumbrados a preguntar: ¿qué castigos le pondrán por mentir? Él puede presentarnos todos los interrogatorios escritos que le dé la gana, y con las firmas de nuestros familiares y amigos, falseadas, y eso no es más que un método fino de llevar a cabo la instrucción.

La intimidación por el engatusamiento y la mentira es el método principal para impresionar a los *familiares* del arrestado llamados a declarar. «Si usted no declara tal cosa (lo que se necesita), será peor para *él*… Usted acabará hundiéndolo del todo… (¿qué siente una madre al escuchar eso?).**[62]** Sólo firmando este papel (que te someten) usted puede salvarle (perderle)».

9. *Especular con el cariño* familiar también da estupendos resultados con los procesados. Esta es la más eficaz de las coerciones (oh, ¡qué bien previsto: los enemigos del hombre son sus familiares!). Recuerdan a aquel tártaro que lo soportó todo: sus torturas y las de su mujer, pero que no soportó las torturas infligidas a su hija… En 1930 la juez de instrucción Rimalis amenazaba así: «Vamos a arrestar a su hija y a meterla en una celda de sifilíticas». Lo decía una mujer…

«Amenazan con encarcelar a todos los que usted quiere. A veces con acompañamiento sonoro: tu mujer ya está presa, pero su destino depende de tu sinceridad. La están interrogando en la habitación de al lado; escucha. En efecto, al otro lado de la pared se oye llorar y chillar a una mujer; como todas se parecen… Además, con el tabique por medio; además, tú estás nervioso; además, no has venido aquí en plan de experto; algunas veces ponen un disco con la voz de una esposa estándar» soprano o contralto (a alguien se le ocurrió esta racionalización). Pero ahora sin trampas, a través de la puerta de cristal, te muestran cómo ella camina silenciosa, con la cabeza agachada por el dolor: sí, ¡tu esposa!, ¡por los pasillos de la Seguridad del Estado!, ¡la has perdido tú por tozudo!, ¡ella ya está presa! (a ella la han citado para un asunto sin importancia, y en el momento acordado la hicieron pasar por el pasillo, pero le dijeron: ¡no levante la cabeza si quiere salir de aquí!). O te dan a leer su carta, con su letra: ¡reniego de ti!, ¡después de todo lo abominable que me han contado de ti, ya no te necesito! (Y como en nuestro país puede haber mujeres así y cartas así, no te queda más salida que preguntárselo a tu alma: ¿será así mi mujer?).

El juez de instrucción Goldman (1944) obligaba a V. A. Korneeva a acusar a otros con estas amenazas: «Te vamos a confiscar la casa y echar a la calle a tus viejas». Korneeva, convencida y firme en su fe, no temía por ellas, estaba dispuesta a sufrir. Pero las amenazas de Goldman estaban a tono con nuestras leyes, y ella sufría por los familiares. Cuando a la mañana, después de una noche de folios rechazados y rasgados, Goldman redactó la cuarta variante, en que la única acusada era ella, Korneeva la firmó con alegría y sintiéndose moralmente vencedora. Un instinto humano tan simple, como es justificarse y rechazar las acusaciones falsas, es algo que no conservamos, ¡qué va! Somos felices si logramos cargar con toda la culpa**[63]**.

Igual que en la naturaleza entre las clases no hay rígidos tabiques, aquí tampoco podremos separar claramente los métodos psíquicos de los *físicos*. Por ejemplo, ¿dónde calificar esta broma?

10. El método *sonoro*. Se sienta al procesado a unos seis u ochos metros de distancia, obligándole a decirlo todo en voz alta y a repetirlo. A un hombre agotado le cuesta. O se hacen dos trompetas de cartón, y, con otro instructor, se acercan al arrestado y le gritan en los oídos: «¡Confiesa, canalla!». El detenido queda aturdido; a veces, sordo. Pero es un método antieconómico. Claro, los jueces se aburren con un trabajo tan monótono y quieren divertirse. Por eso cada uno inventa lo que puede.

11. Las *cosquillas*. Es otra broma. Atan o aplastan las manos y los pies del arrestado, y le hacen cosquillas en la nariz con una pluma de ave. El arrestado se pone frenético: parécele que le están taladrando el cerebro.

12. *Apagar el cigarrillo* en la piel del procesado (ya fue citado antes).

13. El método de la luz. Durante las veinticuatro horas del día, un foco de luz hiriente en la celda o en el calabozo del arrestado, una lámpara muy potente para un cuarto pequeño de paredes blancas; es la electricidad que ahorran los escolares y las

amas de casa. Los párpados se irritan, y es muy doloroso. Y en la habitación del juez de instrucción vuelven a enfocarle con luz concentrada.

14. Otra ocurrencia. A Chebotariov, la noche del 1.º de mayo de 1933, en la GPU de Jabarovsk, estuvieron toda la noche, durante *doce* horas, no interrogándole, no, sino llevándole a declarar. Fulano de tal, las manos atrás. Lo sacan de la celda, lo llevan rápidamente escaleras arriba hasta el juez de instrucción. El carcelero se va. Pero el juez, sin hacerle una sola pregunta, y a veces sin darle tiempo a sentarse, coge el teléfono: llévense al de la 107. Lo cogen y lo llevan a la celda. Apenas se acuesta en la litera, suena la llave: Chebotariov, al interrogatorio. Las manos atrás. Y allí: llévense al de la 107.

En general, los métodos coercitivos pueden aplicarse desde mucho antes de que te presentes al instructor.

15. La cárcel empieza en la *cámara*, que puede ser una caja o un armario. El hombre recién arrebatado a la libertad, que aún conserva todo su movimiento interior, dispuesto a esclarecer, a discutir, a luchar, al dar su primer paso por la cárcel, es enjaulado en una caja, unas veces con luz, y donde puede sentarse, otras veces a oscuras y donde sólo puede permanecer de pie, aplastado por la puerta. Aquí lo mantienen unas horas, medio día o un día entero. Son horas de completa incertidumbre: ¿no habrá quedado emparedado para el resto de sus días? Él jamás se vio en una situación así, no puede hacerse una idea. Son esas primeras horas cuando todo él es fuego, producido por el torbellino espiritual no frenado. Unos se desmoralizan, y es cuando les hacen el primer interrogatorio. Otros se enfurecen: tanto mejor, insultarán al juez de instrucción, cometerán una imprudencia y serán más fáciles de acusar.

16. Si faltan cámaras obraban así: a Elena Strutinskaya, en la NKVD de Novocherkassk, la tuvieron seis días en un pasillo sentada en una banqueta, sin poder recostarse, ni dormir, ni caer, ni incorporarse. Seis días enteros. Pruebe usted, aunque sea por seis horas.

Otra variante es sentar al preso en una banqueta alta, como las de laboratorio, pero obligándole a que no ponga los pies en el suelo: es cuando se entumecen bien. Tenerle sentado 8 o 10 horas.

O durante el interrogatorio, cuando el arrestado está totalmente a la vista, sentarlo en una silla corriente, pero así: en un extremo, en el borde mismo del asiento (¡un poquito más adelante, un poco ma… ás!), pero que no caiga hacia delante y que sienta cómo se le clava el borde mientras dura el interrogatorio. Y no dejarle que se mueva durante algunas horas. ¿Sólo eso? Sí, sólo eso. Pruebe.

17. Según las condiciones del lugar, la cámara puede ser sustituida por un *foso divisionario*, como en los campamentos militares de Gorojovets durante la Gran Guerra patria. Metían a los arrestados en un foso de tres metros de profundidad por unos dos de diámetro, y allí los tenían varios días a la intemperie, a veces bajo la lluvia; el foso era celda y retrete. Y los trescientos gramos de pan y el agua se lo

bajaban con una cuerda. Imagínese usted esa situación, además recién arrestados, cuando eres todo nervios. No sé si la amplia difusión de ese método se debe a unas instrucciones comunes a todas las, Secciones Especiales del Ejército Rojo o han surgido como consecuencia de una situación afín de vivaque. Así, en la 36 División de infantería motorizada, que participó en el Jaljin-Gol y que en el año 1941 se hallaba en el desierto de Mongolia, a un recién arrestado, sin darle explicaciones, le ponían (el jefe de la Sección Especial era Samuliov) en la mano una pala y le mandaban cavar una *tumba* de sus dimensiones exactas (se combina con el método psicológico). Cuando el arrestado había profundizado hasta la cintura, detenían el trabajo y le mandaban echarse en el fondo: la cabeza del arrestado no sobresalía. Varias fosas de ésas estaban guardadas por un centinela, y daba la impresión de que en torno estaba todo vacío**[64]**. En este desierto permanecían los procesados descubiertos bajo el calor mongol y sin abrigar en el relente de la noche, pero sin torturas. ¿Para qué gastar energías en torturas? La ración diaria era de *cien gramos de pan y un vaso de agua*. El teniente Chulpeniov, fortachón, boxeador, de veintiún años, estuvo así UN MES. A los diez días estaba plagado de piojos. A los quince días lo llamaron por primera vez a declarar.

18. Poner al procesado *de rodillas,* pero no en el sentido figurado, sino en el más directo: de rodillas, pero sin recostarse sobre los talones y con la espalda recta. En el despacho del juez de instrucción o en el pasillo pueden mantenerlos así doce horas, y veinticuatro y cuarenta y ocho. (El instructor puede marcharse a casa, dormir, divertirse; el sistema está bien elaborado: cerca del arrodillado establecen un puesto de guardia, y se relevan los centinelas**[65]**). ¿Quién es el más apropiado para ser puesto así? El que está deshecho moralmente, el dispuesto a rendirse. Para eso son muy propicias las mujeres… Ivanov-Razumnik describe una variante de este método: el instructor puso al joven Lordkipanidze de rodillas y le meó en la cara. ¿Y qué? Lordkipanidze había aguantado todo lo demás, pero esto lo aplastó. Así que también da buenos resultados con los orgullosos…

19. O simplemente obligar al arrestado a *estar de pie*. Se le puede mantener de pie sólo en los interrogatorios, que también cansa y deshace (se monta una guardia, el carcelero observa para que no se recueste sobre la pared, y si se duerme y cae, levantarlo a puntapiés). A veces basta con mantenerlo veinticuatro horas en posición de firmes para que el hombre desfallezca y *declare* todo lo que sea necesario.

20. En todas estas estancias de pie *no dan de beber* durante tres, cuatro o cinco días.

Se va entendiendo mejor ese carácter *sintético* de los métodos psicológicos y físicos. Se entiende también que todas las medidas anteriores se combinan con:

21. El insomnio, que el Medievo no supo valorar: no sabía que los márgenes dentro de los cuales conserva el hombre su personalidad son muy estrechos. El insomnio (combinado con la posición de firmes, la sed, la luz fuerte, el miedo y la incertidumbre, deja chiquita a cualquier tortura) nubla la razón, mina la voluntad, el

hombre pierde su «yo». (Es el «Quiero dormir» de Chejov, pero aquello era mucho más suave, allí la niña podía recostarse, reflexionar a ratos, reflexiones que, aunque sea por un instante, constituyen un refresco para el cerebro). El hombre actúa medio inconsciente o completamente inconsciente, así que no nos sintamos enojados por sus declaraciones[66]…

Eso mismo decían: «Sus declaraciones *no son sinceras, por lo tanto* no se permite dormir». A veces, afinaban más: no ponían de pie, sino *sentaban* en un diván *blando*, que tanto invita a dormir (el guardián tomaba asiento al lado, en el mismo diván, y propinaba una patada a cada parpadeo). Una víctima (que anteriormente a esto se pasó veinticuatro horas en una cámara con chinches) describe así sus sensaciones después de esa tortura: «Siento escalofríos porque perdí mucha sangre. Tengo seca la membrana mucosa de los ojos, es como si me colocaran ante éstos un hierro candente. La lengua se me hincha de sed y raspa como un erizo al menor movimiento. Unos espasmos de la glotis me atragantan[67]».

El insomnio es un gran medio de tortura y no deja huellas visibles, ni siquiera motivos para las quejas, si al día siguiente se descolgase una inspección jamás vista[68]. «¿Que no le dejaban dormir? ¿Se ha creído usted que está en un *sanatorio*? Los oficiales también estuvieron con usted sin dormir». (Pero durmieron de día). Puede decirse que el insomnio se ha convertido en método universal de los *Órganos*, y de la categoría de torturas pasó a ser *reglamento interior* de la Seguridad del Estado y por eso se lograba de la manera más barata, sin centinelas especiales. En todas las prevenciones no permiten dormir un solo instante entre el toque de diana y el de retreta (en Sujanovka y en otras, de día levantaban los catres y los apoyan contra la pared; en otras simplemente no dejan acostarse, ni cerrar los ojos cuando estás sentado). Y todos los interrogatorios principales se efectúan de noche. Y ocurre automáticamente: durante la instrucción del sumario, el imputado no duerme por falta de tiempo, por lo menos cinco días a la semana. (La noche del sábado y del domingo los jueces de instrucción procuran descansar).

22. A cargo de lo anterior está la *cadena de instructores*. Además de que no duermes, durante tres o cuatro días te interrogan *instructores que se turnan sin cesar*.

23. La cámara de chinches, ya citada. En un oscuro armario de tablas hay centenares o miles de chinches. Le quitan la chaqueta o la guerrera al arrestado, e inmediatamente, de las paredes y del techo caen sobre él chinches hambrientas. Primero lucha enérgicamente contra ellas, las aplasta en su cuerpo, le asfixia el olor, pero horas después desfallece y, sin un quejido, se deja chupar la sangre.

24. *Los calabozos*. Por muy mal que se esté en la celda, el calabozo siempre es peor y desde aquí la celda se antoja un paraíso. En el calabozo te desgastan por hambre y con frecuencia, por *frío* (en Sujanovka también hay calabozos que *arden*). Los calabozos de Lefortovo no tienen calefacción, las baterías sólo calientan el pasillo y, por éste, los guardianes ANDAN con botas de fieltro y chaquetón enguatado. Pero al arrestado lo dejan en ropa interior, algunas veces en calzoncillos, y

debe permanecer inmóvil en el calabozo (es muy estrecho) un día, tres, cinco (dan un caldibache caliente una vez cada tres días). En el primer instante piensas: no podré resistir una hora. Pero, milagrosamente, el hombre pasa allí sus cinco días, aunque a veces contrae una enfermedad para toda la vida.

Hay también calabozos húmedos y con agua. Ya después de la guerra, Masha G. estuvo en la cárcel de Chernovitsi más de dos horas descalza y con el *agua helada hasta el tobillo*: ¡Confiesa! (Tenía dieciocho años. ¡Cuánto sufría por sus pies, con lo mucho que aún le quedaba por andar con ellos!).

25. Cuando *encierran de pie en un nicho*, ¿es eso una variante de calabozo? Ya en 1933, en la GPU de Jabarovsk torturaron así a S. A. Chebotariov: lo encerraron desnudo en un nicho de hormigón, de forma que no podía doblar las rodillas, mover las manos, ni volver la cabeza. ¡Eso no es todo! Una gota fría empezó a caerle en la nuca (¡Es antológico…!) y a correrle por todo el cuerpo. No le dijeron, por supuesto, que era por veinticuatro horas. Ustedes dirán si es terrible o no: perdió el conocimiento, al día siguiente lo sacaron como muerto y se recuperó en el hospital. Le hicieron recobrar el sentido con amoníaco, cafeína y masajes. Tardó en recordar de dónde había salido y qué le había pasado la víspera. Por un mes quedó incapacitado hasta para declarar. (Nos inclinamos a pensar que este nicho y el dispositivo de goteo no fue hecho exclusivamente para Chebotariov. En 1949, mi amigo de Dnepropetrovsk estuvo metido en un nicho parecido, cierto que sin goteo. Teniendo en cuenta la distancia entre Jabarovsk y Dnepropetrovsk, y los dieciséis años de diferencia, podemos suponer que hubo nichos en otros sitios).

26. El *hambre* fue ya citada al describir la acción combinada. El método no tiene nada de raro: hacer confesar al preso a fuerza de hambre. El hambre, igual que la noche, ya son parte del sistema general de coerción. La mísera ración de la cárcel: en el año 1933, sin guerra, era de 300 g; en 1945, en la Lubianka, era de 450 g, el juego de permitir y prohibir los paquetes o la cantina se emplea en todas partes, es universal. Pero, a veces, imponen el hambre aguda, como a Chulpeniov, a quien mantuvieron un mes a base de 100 g diarios y después ante él, sacado del foso, el instructor Sokol ponía una cazuela de *borsch* con carne, y media hogaza de pan cortada al sesgo (qué más da cómo estuviera cortada, ¿verdad?, pero Chulpeniov sigue hoy insistiendo: ¡Era un corte tan apetitoso!). Pero nunca le dio de comer. ¡Todo eso es tan viejo, feudal y cavernícola! La única novedad es que se empleaba en una sociedad socialista. Otros describen métodos parecidos, que eran frecuentes. Aquí contaremos el caso de Chebotariov, por lo que tiene de combinado. Lo tuvieron durante setenta y dos horas en el despacho del juez de instrucción y sólo le permitían ir al retrete. Pero no le dejaban comer, ni beber (tenía una jarra de agua al lado), ni dormir. En el despacho se hallaban constantemente tres instructores. Trabajaban en tres turnos. Uno (¡callado, sin molestar en absoluto al procesado!) estaba escribiendo algo, el segundo dormía en el diván y el tercero paseaba por la habitación y cuando Chebotariov se dormía le pegaba. Después cambiaban de obligaciones. (¿No sería

que los mantenían acuartelados por negligentes?). Y, de pronto, le sirvieron a Chebotariov la comida: un buen plato de *borsch* ucraniano, una chuleta con patatas fritas y una jarra de cristal con vino tinto. Chebotariov, que toda su vida detestó el alcohol, no tocó el vino, por mucho que insistió el instructor (tampoco lo podía forzar mucho, eso hubiera estropeado el juego). Después de la comida le dijeron: «Y ahora firma lo que *has declarado en presencia de dos testigos*»: lo que un instructor había inventado mientras el segundo dormía y el tercero velaba. Ya desde la primera página Chebotariov supo que estaba a partir un piñón con los generales japoneses más destacados y que, de cada uno de ellos, había recibido una misión de espionaje. Empezó a tachar los folios. Entonces le dieron una paliza y lo echaron. Blaguinin, también empleado del Ferrocarril Chino Oriental, detenido con Chebotariov, después de pasar por lo mismo, bebió el vino y con la alegría de la borrachera firmó y fue fusilado. (Con tres días sin comer basta una copa, él se bebió una jarra).

27. Las *palizas* que no dejan huella. Golpean con tubos de goma, con porras y con saquitos de arena. Son muy dolorosos los golpes en los huesos, sobre todo las patadas en la espinilla, donde el hueso está a flor de piel. Al jefe de brigada Karpunich-Braven le pegaron durante veintiún días consecutivos. (Ahora dice: «Han pasado treinta años y aún me duelen los huesos y la cabeza»). Con los que le aplicaron a él y los que le refirieron, contó cincuenta y dos tipos de tormentos. También hacían esto: oprimían las manos con un aparato especial, de tal forma que las palmas quedasen aplastadas contra la mesa, y pegaban con el canto de una regla en los nudillos: ¡Es para gritar! ¿Es necesario destacar de forma especial la extracción de muelas? (A Karpunich le sacaron ocho[69]). Ya se sabe que un puñetazo en el plexo solar corta la respiración y no deja huella. El coronel Sidorov, de Lefortovo, después de la guerra empleaba un golpe franco: un chancletazo en los órganos genitales masculinos (el futbolista que haya recibido un balonazo en la ingle apreciará lo que es semejante golpe). No hay dolor comparable a éste: casi siempre se pierde el conocimiento[70].

28. En la NKVD de Novorrosiisk inventaron un instrumento para aplastar las uñas. En las cárceles de expedición se veían a muchos de Novorrosiisk sin uñas.

29. ¿Y la *camisa de fuerza*?

30. ¿Y la *fractura de la espina dorsal*? (También en la GPU de Jabarovsk, 1933).

31. ¿O *la brida «la golondrina»*? Es un método de Supanovka, pero también se conoce en la cárcel de Arjanguelsk (el juez instructor Ivkov, 1940). Te pasan una toalla larga por la boca (la brida) y por la espalda atan los extremos de la toalla a los talones. Hecho una rueda, tumbado sobre la barriga, con la espalda crujiente, sin agua, pásense así un par de días[71].

¿Seguir enumerando? ¿Queda mucho por enumerar? ¡Pueden inventar tantas cosas los ociosos, los cebados, los insensibles…!

¡Hermano mío! No censures a los que en esa situación fueron débiles y firmaron más de la cuenta… No les arrojes la piedra.

Pero, bueno. Es que no son necesarias ni estas torturas ni los métodos más «suaves» para conseguir que la mayoría declare, para atenazar con las mandíbulas de hierro a los borregos no preparados, que están rabiando por regresar a su casita caliente. Demasiado desiguales la correlación de fuerzas y de posiciones.

¡Oh, bajo qué nuevo aspecto, plagada de peligros (como una legítima selva africana), se nos antoja desde el despacho del instructor nuestra vida interior! ¡Y nosotros la considerábamos tan simple!

Tú, *A*, y tu amigo *B*, os conocíais desde hacía años y teníais plena confianza uno en el otro; al encontraros hablabais sin tapujos tanto de las pequeñas como de las grandes cuestiones públicas. Y no había ningún testigo. Y nadie podía escucharos. Y uno no denunció al otro, por supuesto.

Pero a ti, *A*, te ficharon por algo, te sacaron por las orejas del rebaño y te metieron en la cárcel. Y por una razón, bien porque alguien te delató, o porque temes por tus familiares, o por un pequeño insomnio, o por haber estado en el calabozo, has decidido sacrificarte, pero, eso sí, no delatar a otros por nada del mundo. Y en los cuatro interrogatorios tú reconociste y firmaste que eres enemigo jurado del poder soviético, porque contabas chistes sobre el Guía, pedías elecciones con dos candidatos y entrabas en la cabina para tachar al único, aunque el tintero estuviera sin tinta, además tu receptor tenía una radio con banda de 16 metros y procurabas, a pesar de las interferencias, captar algo de las emisiones extranjeras. Y ya tienes la *decena* asegurada. Pero conservas enteras las costillas, aún no has cogido una pulmonía, no has vendido a nadie y, al parecer, saliste airoso del asunto. Tú en la celda ya opinas que tu sumario, probablemente, esté llegando al fin.

Pero, alto. El juez de instrucción, recreándose sin prisas en la belleza de su letra, empieza a anotar el interrogatorio número 5. Pregunta: ¿Era usted amigo de *B*? Sí. ¿Se confiaba con él al hablar de política? No, no confiaba en él. ¿Pero se reunían con frecuencia? No mucho. ¿Cómo que no mucho? Los vecinos atestiguan que sólo el último mes él estuvo en su casa de usted los días tal, tal y tal. ¿Estuvo? Probablemente. Además, se observó que ustedes, como siempre, no bebieron, no metieron ruido, hablaron muy bajito, desde el pasillo no se les oía. (¡Bebed, amigos! ¡Romped botellas! ¡Blasfemad cuanto más alto mejor! ¡Así daréis muestras de lealtad política!). Bien, ¿y eso qué tiene que ver? Usted también estuvo en su casa y, por teléfono, le dijo: hemos pasado una tarde muy interesante. Después les vieron en un cruce de calles: estuvieron allí media hora, a pesar del frío; tenían ustedes caras ceñudas, expresiones de descontento; por cierto, aquí aparecen fotografiados durante aquel encuentro. (¡La técnica de los agentes, amigos míos, es la técnica de los agentes!). Así, pues, ¿de qué hablaban durante esos encuentros?

¡¿De qué…?! ¡Es una pregunta fuerte! Lo primero que se te ocurre es que has olvidado de qué hablabais. ¿Acaso tienes el deber de recordarlo? Bien, olvidó usted la primera conversación. ¿La segunda también? ¿Y la tercera? ¿Y hasta la tarde interesante? ¿Y la del cruce? ¿Y las conversaciones con *D*? No, piensas, lo de «me

olvidé» no es salida, con eso no me mantendré mucho rato. Y tu cerebro, conmocionado por el arresto, presionado por el miedo, turbado por el insomnio y el hambre, busca la forma más verídica posible de escabullirse y torear al inspector.

¿De qué…? Sería perfecto si hubieran hablado de *hockey* (¡en todos los casos, eso es lo más tranquilo, amigos!), de mujeres y hasta de la Ciencia: entonces puedes repetirlo (la Ciencia no anda muy lejos del *hockey*), sólo que, en nuestra época, en la Ciencia todo es confidencial y te pueden enchironar por el Decreto sobre divulgación de secretos. ¿Y si hablaban de los nuevos arrestos en la ciudad? ¿De los koljoses? (Y mal, por supuesto. ¿Acaso se puede hablar bien de ellos?). ¿Sobre la rebaja de las tarifas de producción? Ustedes estuvieron en el cruce media hora con el ceño fruncido, ¿de qué hablaban?

Quizá *B* esté arrestado (el instructor asegura que sí, y que ya declaró y que ahora lo traen para el careo). O quizás esté tranquilamente en su casa, pero para interrogarlo lo sacarán de allí y compararán: ¿por qué fruncían el ceño en el cruce?

Ahora, demasiado tarde, se te ocurre pensar que tal como está la vida, vosotros siempre, antes de despediros hubierais debido poneros de acuerdo: *¿de qué hemos hablado hoy?* Entonces, en cualquier interrogatorio, vuestras declaraciones habrían coincidido. Ah, ¿no os poníais de acuerdo? Entonces, no imaginabais qué selva era ésta.

¿Decir que os estabais poniendo de acuerdo para ir de pesca? Y *B* dirá que de pesca no hablasteis una palabra, que hablasteis de la enseñanza a distancia. Al no facilitar la instrucción del sumario estáis apretando aún más el nudo: ¿De qué? ¿De qué? ¿De qué?

Se te ocurre una idea ¿feliz?, ¿desastrosa?: Contar con la mayor aproximación posible lo que en realidad hubo (naturalmente, suavizando lo agudo y omitiendo lo peligroso), por algo se dice que se debe mentir rozando la verdad. A lo mejor a *B* se le ocurre lo mismo, cuenta algo próximo a aquello, las declaraciones coincidirán bastante y os dejarán en paz.

Muchos años después comprenderás que la idea era descabellada y que mucho más acertado hubiera sido hacerte el imbécil: «Aunque me maten, no recuerdo un solo día de mi vida». Pero llevas tres días sin dormir. Apenas te quedan fuerzas para seguir el hilo de tus propias ideas y para conservar la impenetrabilidad de la cara. Y no te dan un solo minuto para pensar, ni un minuto. Y dos instructores a la vez (son aficionados a hacerse visitas mutuas) se concentraron en ti: ¿De qué? ¿De qué? ¿De qué?

Y tú declaras: hablamos de los koljoses (de que no todo es perfecto, pero pronto lo sería). De la rebaja de tarifas hablamos… ¿Qué dijeron, exactamente? ¿Se alegraban de que las hubieran rebajado? Pero la gente normal no puede hablar así, eso tampoco es verosímil. Entonces, para que sea totalmente verosímil: nos quejábamos una pizca de que aprietan un poquitín con eso de las tarifas.

Y el juez de instrucción llena él mismo los folios del interrogatorio, lo traduce a *su* lenguaje: a lo largo de este encuentro calumniamos la política del partido y del Gobierno en la esfera salarial.

Y, alguna vez, *B* te dirá con reproche: zoquete, y yo les decía que nos estábamos poniendo de acuerdo para ir a pescar…

Pero tú querías ser más pícaro y más sabio que el instructor. Tú tienes unas ideas rápidas y brillantes. Tú eres intelectual. Y te pasaste…

En *Crimen y Castigo* Porfirio Petrovich hace a Raskolnikov una observación finísima, que sólo pueden captar quien haya participado en ese juego del gato y del ratón: de que con ustedes, los intelectuales, yo no necesito construir mi propia versión, ustedes mismos la construirán y me la traerán hecha. Así es. El intelectual es incapaz de responder con la admirable incoherencia del «malhechor[ae]» de Chejov. Él procurará siempre dar a la historia de que le acusan una interpretación que puede ser muy falsa, pero será congruente.

Y el instructor-carnicero no anda a la caza de esa congruencia, sino de dos o tres frasecitas. Él es un perro viejo y nosotros no estamos preparados para nada.

Nos instruyen y preparan en la juventud para una profesión, para cumplir los deberes ciudadanos, para el servicio militar, nos enseñaban las reglas del aseo, a comportarnos bien y hasta a comprender lo bello (esto último no tanto). Pero la instrucción, la educación, la experiencia no nos preparan en absoluto para la gran prueba de nuestra vida: para el arresto por nada y para el sumario sobre nada. Las novelas, obras de teatro, películas (¡los autores tenían que haber apurado el cáliz del GULAG!), presentan a los que quizás hallemos en el despacho del juez de instrucción como paladines de la verdad y del humanismo, como padres queridos. ¡Hemos oído un sinfín de conferencias sobre los temas más variados! ¡Y hasta nos llevan a ellas por la fuerza! Pero nadie nos dará una conferencia sobre cómo hacer una interpretación cabal y ampliada de los códigos penales, además estos códigos no se exponen en las bibliotecas, no se venden en los quioscos, no caen en manos de la juventud despreocupada.

Parece casi una leyenda que allí, en lejanas tierras, el sentenciado pueda solicitar los servicios de un abogado. ¡Eso significa que en el instante más duro de la lucha tienes a tu lado una mente lúcida, que maneja todas las leyes!

Otro principio de nuestra instrucción sumarial es privar al sentenciado del conocimiento de las leyes.

Te presentan el veredicto acusatorio… («Ah, fírmelo». «No estoy de acuerdo con él». «Fírmelo». «Pero no soy culpable de nada»). «… se le acusa a usted de acuerdo con los artículos 58-10, parte 2 y 58.11 del Código penal de la RSFSR. Firme». «Pero ¿qué dicen esos artículos? Déjeme leer el código». «No lo tengo». «Pídaselo al jefe de la sección». «Él tampoco lo tiene. Firme». «Pero yo le ruego que me lo enseñe». «Usted no tiene derecho a verlo. Se ha escrito para nosotros, no para usted. Además, tampoco lo necesita, yo se lo explicaré sin él: estos artículos son precisamente

aquellos de los que usted es culpable. Además, usted ahora no firma que está de acuerdo, sino que lo ha leído, que le han mostrado la acusación».

En un papelucho, de pronto, aparece una nueva combinación de siglas: CPP. Te pones en guardia: ¿en qué se diferenciará el CPP del CP? Si caes en un momento en que está de buen humor el instructor, éste te explicará: es el Código de Procedimiento Penal. ¿Cómo? ¡¿Entonces, no es uno, sino dos códigos completos los que desconoces, cuando te van a castigar de acuerdo a sus reglas?!

… Pasaron desde entonces diez años, después quince. Creció espesa la hierba sobre la tumba de mi juventud. Cumplí la condena y hasta el destierro indefinido. Y en ninguna parte: ni en las «secciones de educación cultural» de los campos, ni en las bibliotecas de los distritos, ni en las ciudades medianas, no vi, no tuve en mis manos, no logré comprar, conseguir, ni siquiera PEDIR el código de derecho soviético[72]. Y centenares de conocidos míos que cayeron detenidos, que se les instruyó sumario, que fueron condenados, que más de una vez estuvieron en campos de concentración y en el destierro, ninguno de ellos vio ese código ni lo tuvo en las manos.

Y cuando ambos códigos tenían contados los días de sus treinta y cinco años de existencia e iban a ser sustituidos por otros nuevos, sólo entonces los vi, dos hermanos desencuardenados, el CP y el CPP, en un quiosco del «Metro» de Moscú. (Decidieron venderlos por inservibles).

Y ahora, por ejemplo, leo enternecido en el CPP:

> artículo 136 —El juez instructor no tiene derecho a inducir a declarar o a confesar al acusado, empleando la violencia o la coacción. [¡Como si lo estuvieran viendo!].
> artículo 111 —El juez instructor tiene el deber de esclarecer también las circunstancias que absuelvan al acusado o atenúe la culpa.

(«¡Pero si yo implanté el poder soviético en Octubre…! ¡Yo fusilé a Kolchak…! ¡Yo expropié a los *kulaks*…! ¡Yo di al Estado diez millones de rublos de economía…! ¡Yo fui dos veces herido en la última guerra…! ¡Yo tengo tres condecoraciones…!»).

¡NO LO ESTAMOS JUZGANDO POR ESO! Asoma la historia sus dientes por la boca del juez de instrucción. «Lo bueno que haya hecho usted no viene al cuento».

> artículo 139 —El acusado tiene derecho a escribir sus propias declaraciones y en las declaraciones escritas por el instructor, a exigir la introducción de enmiendas.

(¡Ay, si lo hubiera sabido antes! Mejor dicho: ¡si eso fuera así! Pero como el que pide una limosna, y siempre en vano, rogamos al juez de instrucción que no ponga

«mis abominables y calumniosas especies», donde dijimos «mis juicios erróneos», o «nuestro depósito de armas secreto» en lugar de «mi navaja oxidada»).

¡Ay, si los procesados pasaran previamente un cursillo de carcelología! ¡Si el primer sumario fuera de ensayo y sólo el segundo de verdad! Para los *repetidores* de 1948 ya no montaban ese juego sumarial: hubieran fracasado. Pero los de la *primera vez* no tienen experiencia, no tienen conocimientos. Y no tienen a quién consultar.

La soledad del procesado: es otra condición para que triunfe una investigación injusta. Sobre una conciencia solitaria y acogotada lanzan toda la máquina machacadora. Desde el arresto y durante todo el período inicial, *conmocionador* del sumario, lo ideal es que el arrestado se encuentre solo: en la celda, en el pasillo, en la escalera, en los despachos: en ningún sitio debe tropezar con un semejante suyo; en ninguna sonrisa, en ninguna mirada debe encontrar simpatía, consejo, apoyo. Los *Órganos* hacen todo lo necesario para nublarle el futuro y deformar el presente; hacerle creer que están arrestados sus amigos y familiares y que han sido halladas pruebas convincentes. Hiperbolizar sus posibilidades para castigarlo a él y a sus íntimos, su derecho a perdonar (que los *Órganos* no tienen). Poner la sinceridad del arrepentimiento en relación con la atenuación de la condena y del régimen en el campo de concentración (jamás existió tal relación). En un tiempo breve, mientras el arrestado está conmocionado, agotado y no es dueño de sus actos, obtener de él el mayor número posible de declaraciones irrevocables, involucrar (cuantas más mejor) a personas totalmente inocentes (algunos se desaniman hasta el punto de que ruegan no les lean en voz alta las declaraciones, sólo les queda fuerza para firmar los folios; sólo entonces lo trasladarán del calabozo donde estuvo incomunicado, a la celda grande, donde con desesperación tardía descubrirá y hará recuento de sus fallos).

¿Cómo no cometer fallos en ese duelo? ¿Quién se libraría de ellos?

Hemos dicho que «lo ideal es que esté solo». Pero en el rebosamiento penal de 1937 (lo mismo que del de 1945), este principio ideal de la soledad del recién pescado no siempre podía lograrse. Casi desde las primeras horas, el arrestado se encontraba en una celda superpoblada.

Esto tenía ventajas, que eran superiores a los inconvenientes. La celda superpoblada, además de sustituir a la cámara aislante, resultaba como una *tortura* excelente, cuyo valor era mayor porque duraba días y semanas enteras, y sin esfuerzo alguno por parte del juez instructor: Los arrestados eran torturados por los mismos arrestados. Embutían en la celda a tantos arrestados que no todos tenían un pedazo de suelo, para que se pisaran unos a otros, para que no pudieran moverse, para que tuvieran que sentarse unos en las piernas de los otros. En la prevención de Kishiniov, en un calabozo calculado para uno, en 1945 metían a DIECIOCHO, en Lugansk, en 1937, metían a QUINCE[73]. Ivanov-Razumnik, en 1938, una celda de tamaño corriente de la Butyrki, destinada para veinticinco personas la compartían CIENTO CUARENTA (¡los retretes estaban tan sobrecargados que a veces sacaban a hacer las necesidades de noche, igual que a pasear[74]!). También, según sus cálculos, en la

«perrera» de recepción de la Lubianka durante semanas enteras, por cada metro cuadrado de suelo había TRES personas (calculen y acomódense[75]); la perrera no tenía ventana ni ventilación y la temperatura, con la respiración y el calor de los cuerpos, ascendía a 40 y 45 grados (¡!), todos estaban en calzones (se sentaban sobre la ropa de invierno), los cuerpos desnudos estaban prensados y el sudor ajeno provocaba eccemas. Así permanecieron SEMANAS enteras sin aire ni agua (sólo un bodrio y té por la mañana[76]).

Si, además, el zambullo servía para todas las necesidades (a veces, como en algunas cárceles siberianas, en la celda no había zambullo); si comían cuatro de un mismo plato y unos en las rodillas de otros; si a cada rato sacaban a uno a declarar, y metían a otro apaleado, insomne y moralmente quebrantado; si el aspecto de los quebrantados era más elocuente que todas las amenazas del juez instructor; y, al que estaba meses sin ser llamado, todas las muertes y formas de morir y todos los campos de concentración se le antojaban un alivio en comparación con su acurrucamiento, ¿teóricamente no es esto un buen sucedáneo de la soledad ideal? Y en este revoltijo humano no siempre tienes con quién franquearte, ni tampoco sueles encontrar quien te aconseje. Y crees mejor en las torturas y palizas cuando la gente te lo muestra que cuando el instructor te las promete.

Por las víctimas te enteras que ponen lavativas saladas por la garganta y después, durante veinticuatro horas, sufres sed en la cámara (Karpunich). O te raspan la espalda con una carda hasta hacerla sangrar y después te untan con aguarrás. (El jefe de brigada Rudolf Pintsov soportó lo uno y lo otro; además, le metían agujas en las uñas y le hinchaban de agua hasta reventar, exigiéndole que declara que en el desfile de la Fiesta de Octubre tenía intenciones de lanzar una brigada de tanques contra el palco del Gobierno[77]). Por Alexandrov, que fue jefe de la sección artística del VOES, con la espina dorsal quebrantada, encorvado, sin lograr contener las lágrimas, puedes saber cómo PEGA (en 1948) el propio Abakumov.

Sí, sí, el propio ministro de Seguridad del Estado, Abakumov, no hace ascos a esa labor no cualificada (como Suyorov en la línea de fuego): de cuando en cuando le gusta blandir una porra de goma. Con más placer aún pega Riumin, su viceministro. Éste lo hace en Sujanovka en el despacho de investigaciones de los «generales». Las paredes del despacho están revestidas de nogal, las cortinas en ventanas y puertas son de seda y en el suelo hay una gran alfombra persa. Para no estropear tamaña belleza, cubren la alfombra con una estera sucia, manchada de sangre. En las palizas asiste a Riumin no un guardián de fila, sino un coronel. «Bien —dice Riumin con cortesía, a la vez que acaricia una porra de unos cuatro centímetros de diámetro—, usted ha pasado con honra la prueba del insomnio (Al-dr D. se las arregló para resistir un mes sin que lo dejaran echarse a dormir: dormía de pie). Ahora probemos la porra. Aquí nadie aguanta más de dos o tres sesiones. Bájese los pantalones y échese sobre la alfombra». El coronel se pone a horcajadas sobre la espalda del atormentado. A. D. quiere *contar* los golpes. No ha experimentado aún porrazos en el nervio ciático, las

posaderas han quedado reducidas a consecuencia del hambre. No siente dolor en el lugar del golpe: la cabeza parece que va a estallar. Al primer porrazo, el atormentado enloquece de dolor y se deja las uñas en la alfombra. Riumin golpea procurando acertar. El coronel presiona con su cuerpo: es la labor más adecuada para quien lleva tres estrellas grandes en la bocamanga: ¡asistir a Riumin el omnipotente! (Después de la sesión, al atormentado no lo llevan, por supuesto: lo arrastran por el suelo. Las posaderas se hinchan de tal forma que no permiten abrochar los pantalones, pero esto apenas deja huellas. Después se produce una descomposición intestinal tremenda y D., sentado en el zambullo, en su calabozo solitario, ríe a carcajadas. Aún le espera la segunda sesión y la tercera, le estallará la piel y Riumin, se pondrá frenético y empezará a pegarle en la barriga, le perforará el peritoneo, al arrestado las tripas le descenderán como una enorme hernia y se lo llevarán al hospital de la Butyrki con peritonitis y, provisionalmente, cesarán en sus intentos de obligarle a cometer una canallada).

¡Hasta qué punto pueden atormentar! Comparado con esto, te parece una caricia paternal cuando Danilov, juez de instrucción de Kishiniov, pega al sacerdote Victor Shipovalnikov con un hurgón en la nuca y le da repelones (es muy cómodo dar repelones así a los sacerdotes; a los laicos es mejor agarrarlos por la barba y arrastrarlos de un extremo del despacho al otro. A Richard Ohol, soldado rojo finlandés, que participó en la captura de Sidney Rally y mandó una Compañía en el aplastamiento del motín del *Kronstadt*, con unas pinzas lo levantaban por una punta de su espeso bigote, después por la otra y así lo mantenían diez minutos, pero sin tocar con los pies en el suelo).

Pero lo más terrible de todo lo que te puedan hacer es desnudarte de la cintura para abajo, tumbarte de espaldas en el suelo, separarte las piernas, que sobre ellas se sienten los ayudantes (los gloriosos sargentos), sosteniéndote por las manos y el juez de instrucción —si el juez es mujer tampoco desdeñará este método— se sitúa entre tus piernas abiertas y con el tacón de su bota (de su zapato) poco a poco, con moderación y cada vez más fuerte, aplasta sobre el suelo aquello que antes te hacía varón, te mira a los ojos y repite, repite sus preguntas o sus propuestas de traición. Si no aprieta un poco más fuerte antes de tiempo, aún te quedarán quince segundos para gritar que lo confiesas todo, que estás dispuesto a llevar a la cárcel a las veinte personas que de ti exigen, o a calumniar en la Prensa la cosa más sagrada…

Y que te juzgue Dios, no los hombres…

- ¡No hay salida! ¡Hay que confesar! —susurran los soplones Introducidos en la celda.
- Un simple cálculo te dice que hay que conservar la salud —afirman los prudentes.
- Después no te pondrán dientes nuevos —te señala uno que ya no tiene dientes.

- Confieses o no, de todas formas te van a condenar —concluyen los que asimilaron la esencia del asunto.
- Al que no firma lo fusilan —predice otro desde un rincón—. Para vengarse. Para que no se sepa cómo instruyeron el sumario.
- Y si mueres en el despacho, a tus parientes les dirán: al campo de concentración, sin derecho a correspondencia. ¡Y ya pueden buscarte!

Y si eres ortodoxo se te acercará otro ortodoxo y después de mirar con enemistad a su alrededor, para que no lo oigan los profanos, te meterá calurosamente en el oído:

- Tenemos el deber de prestar apoyo a la investigación soviética. Vivimos en una situación de guerra. La culpa es nuestra: como éramos demasiados se propagó esta plaga por el país.
- Sostenemos una cruel guerra oculta sin cuartel. Aquí, en torno a nosotros también hay enemigos: ¿No oyes lo que opinan? El partido no tiene la obligación de rendir cuentas ante cada uno de nosotros, por qué esto y por qué esto otro. Si lo exigen, se firma y asunto concluido.

Se acerca otro ortodoxo:

- Yo he firmado declaraciones contra treinta y cinco personas, contra todos mis conocidos. Y a usted también se lo aconsejo: cuantos más nombres, mejor, llévese consigo al mayor número posible. Así se verá claramente que es absurdo y nos sacarán a todos.

¡Eso es lo que quieren los *Órganos*! La conciencia del ortodoxo y los objetivos de la NKVD coincidían, naturalmente. La NKVD necesita este abanico de nombres, esta reproducción ampliada de ellos. Muestra la calidad de su trabajo, y son pescuezos de los que enganchar nuevos lazos. «¡Cómplices! ¡Cómplices! ¡Correligionarios!», es lo que exigían con insistencia de los arrestados. (Dicen que R. Ralov citó, entre sus cómplices, al cardenal Richelieu, así lo hicieron constar en el sumario y hasta el interrogatorio de rehabilitación en 1956 nadie se asombró).

Y ya que hablamos de ortodoxos. Para una PURGA como ésa se requería un Stalin, pero también se requería un partido así: la mayoría de ellos, de los que se hallaban en el poder, hasta el momento en que los encerraban a ellos mismos, encerraban sin compasión a otros, exterminaban dócilmente a sus semejantes según las mismas instrucciones, llevaban a la muerte a sus amigos o correligionarios de ayer. Y todos los grandes bolcheviques (eso sin contar que aún antes *todos* ellos fueron verdugos para los sin partido), ahora ostentaban una corona de mártir. Quizás el año 37 era NECESARIO para demostrar qué poco valía su IDEOLOGIA, de la que tanto alardeaban cuando volvieron a Rusia del revés, destruyeron sus baluartes, pisotearon sus lugares sagrados, Rusia, donde a *ellos* nunca les amenazó un castigo ASÍ. Las víctimas de los bolcheviques entre 1918 y 1936 jamás se comportaron tan

ruinmente como los bolcheviques de primera fila cuando les vino encima la tormenta. Cuando estudias con detalle toda la historia de las detenciones y procesos de 1936-1938, más que por Stalin y sus secuaces sientes repugnancia por los acusados, de una bajeza repelente, te da asco su mezquindad espiritual después de su anterior soberbia e intransigencia.

… ¿Pero, cómo? ¿Acaso puedes resistir tú, sensible al dolor, débil, apegado a la vida, desprevenido…?

¿Qué hacer para ser más fuerte que el instructor y que todo ese cepo?

Debes entrar en la cárcel sin lamentar la vida cómoda que has dejado. En el umbral tienes que decirte a ti mismo: la vida ha terminado, un poco temprano, pero ¿qué le vas a hacer? Nunca volveré a la libertad. Estoy condenado a perecer, ahora o un poco más tarde, pero más tarde será más penoso, es mejor antes. Ya no tengo bienes. Los familiares se han muerto para mí y yo para ellos. Desde hoy mi cuerpo es inútil, ajeno. Sólo mi espíritu y mi conciencia es lo único que aprecio y que me importa.

¡Y ante ese arrestado vacilará la instrucción!

¡Sólo vencerá el que haya renunciado a todo!

Pero ¿cómo hacer de tu cuerpo una piedra?

Del círculo de Berdiaev sacaron marionetas para el juicio, pero de él no hicieron una marioneta. Quisieron involucrarlo en un proceso, lo arrestaron dos veces, lo llevaron (1922) a un interrogatorio nocturno ante Dzerzhinski, allí estaba también Kamenev (al parecer, tampoco desdeñaba la labor ideológica con el apoyo de la Checa). Pero Berdiaev no se rebajó, no imploró, les expuso con firmeza los principios religiosos y morales que le impedían aceptar el régimen implantado en Rusia. No sólo lo consideraron inadecuado para el juicio, sino que lo dejaron en libertad.

¡Era un hombre con OPINIÓN!

N. Stoliarova recuerda a una vieja que, en 1937, compartió con ella las literas de la Butyrki. La interrogaban todas las noches. Hacía dos años en casa de la vieja, en Moscú, había pasado la noche un exmetropolitano fugado del destierro. «¡No era ningún ex, era de verdad! Es cierto, tuve el honor de recibirlo». «Bien. Y de Moscú, ¿adónde se fue?». «Lo sé, pero no lo digo». (El metropolitano fue pasando de la protección de unos creyentes a otros y escapó a Finlandia). Los jueces de instrucción se turnaban y acudían en grupos, le metían los puños por la cara, pero ella seguía en sus trece: «No sacaréis nada de mí. Aunque me piquéis en trocitos. Tenéis miedo a los jefes, os tenéis miedo unos a otros y hasta tenéis miedo a matarme. (“Habrían perdido la pista”). Pero yo no tengo miedo a nada. ¡Ahora mismo estoy dispuesta a responder ante el Señor!».

Sí, los hubo, algunos del interrogatorio no regresaron a la celda a recoger su hatillo. Fueron los que eligieron la muerte antes de *declarar* contra alguien.

No diríamos que la historia de los revolucionarios rusos nos proporciona los mejores ejemplos de firmeza. Pero no hay punto de comparación, porque nuestros

revolucionarios jamás conocieron un *buen* interrogatorio con cincuenta y dos modalidades.

Sheshkovski no torturó a Radischev. Y Radischev, según los hábitos de aquella época, sabía perfectamente que sus hijos seguirían siendo oficiales de la guardia y que nadie torcería su vida. Ni nadie confiscaría su patrimonio. No obstante, en su breve sumario de dos semanas, este hombre insigne renunció a sus convicciones, a su libro y pidió clemencia[af].

Nicolás I no se proponía detener a las esposas de los decembristas[ag], obligándolas a gritar en el despacho de al lado, o torturar a los propios decembristas, pero tampoco tenía necesidad de ello. Hasta el propio Ryleev «respondió con detalle, con sinceridad, sin ocultar nada». Hasta Pestel *se rajó* y facilitó nombres de sus compañeros (aún en *libertad*), a quién había mandado enterrar *La verdad rusa* y el lugar donde se hallaba enterrada[78]. Pocos, como Lunin, brillaron por su irreverencia y desprecio hacia la comisión investigadora. El proceder de la mayoría fue lastimoso: unos enredaban a otros, muchos pedían clemencia. Zavalishin echó toda la culpa a Ryleev. E. P. Obolenski y S. P. Trubetskoi se apresuraron a delatar a Griboedov, lo que no creyó ni el propio Nicolás I.

Bakunin en su *Confesión* se escupió a sí mismo de forma humillante ante Nicolás I y así se salvó de la horca. ¿Vileza de espíritu? ¿Astucia revolucionaria?

Cabe pensar que quienes se comprometieron a matar a Alejandro II eran la abnegación misma. Sabían qué riesgo corrían. Grinevitski compartió la suerte del zar; Rysakov quedó con vida y cayó en manos de la investigación. Y AQUEL MISMO DÍA ya había indicado las direcciones de los demás confabulados. Temiendo por sus días, aún jóvenes, se apresuraba a dar al Gobierno más datos de los que éste esperaba. Se ahogaba de arrepentimiento, se prestaba a «desenmascarar todos los secretos de los anarquistas».

A fines del siglo pasado y a principios de éste, un oficial de gendarmes RETIRABA inmediatamente la pregunta si el procesado consideraba que era improcedente o violaba su intimidad. Cuando en Kresty, en 1938, al viejo penado político Zelenski le dieron baquetazos bajándole los pantalones como si fuera un niño, lloraba en la celda: «¡Un juez de instrucción del zar no se atrevería a tratarme de TÚ!». Por un reciente estudio[79] nos enteramos de que los gendarmes se apoderaron del original del artículo de Lenin ¿*En qué piensan nuestros ministros*?, y a través de él *no fueron capaces* de dar con el autor:

«En el interrogatorio los gendarmes, *como cabía esperar* [las cursivas aquí y en adelante son mías: A. S.] a través de Vaneev (un estudiante) se enteraron de muy poco. Este les comunicó *únicamente* que el original que habían hallado en su poder se lo había traído antes del registro en un paquete para que lo guardase unos días una persona *cuyo nombre no desea comunicar*. Al instructor *no le quedó otra cosa* (¿cómo?, ¿y el agua helada hasta el tobillo?, ¿y la lavativa salada?, ¿y la porra de Riumin…?) que someter el original a una prueba pericial». Y no hallaron nada.

Peresvetov, al parecer, también estuvo encerrado unos cuantos años y le hubiera sido muy fácil enumerar qué otras cosas *le quedaban* al instructor si tuviera ante él al depositario del artículo *¿En qué piensan nuestros ministros*?

S. P. Melgunov recuerda: «La cárcel zarista era de tan preclara memoria, que hoy los presos políticos la recuerdan casi con alegría[80]».

Esto es un desplazamiento de la imagen, ésta es otra escala. Lo mismo que los carreteros de la época de Gogol no podrían concebir las velocidades de los aviones de reacción, los que no pasaron la picadora de carne del GULAG no serán capaces de imaginarse las verdaderas posibilidades de la investigación.

En *Izvestia* del 24-V-1959 leemos: A Yulia Rumiantseva la meten en la cárcel en un *lager* nazi para indagar dónde está su marido, evadido de aquel mismo *lager*. Ella lo sabe, pero se niega a responder. El lector ignorante verá en esto un modelo de heroísmo. El lector con un amargo pasado gulagiano verá un ejemplo de ineptitud del instructor: Yulia no murió atormentada ni dio en la locura, simplemente al mes la soltaron vivita.

Todas esas ideas de que hay que hacerse de piedra, entonces me eran totalmente desconocidas. Yo no sólo no estaba dispuesto a romper los cálidos lazos que me unían con el mundo, sino que, cuando al arrestarme me quitaron centenares de lápices «Faber», trofeos de guerra, eso estuvo quemándome mucho tiempo. Cuando de la lejanía carcelaria rememorizaba mi sumario, no tenía razones para sentirme orgulloso. Qué duda cabe, pude mantenerme con más firmeza y, probablemente, pude ser más ingenioso al torear las preguntas. Las primeras semanas fueron para mí de ofuscación mental y desmoralización. Si estos recuerdos no me atormentan es que, gracias a Dios, no llevé a nadie a la cárcel. Pero me faltó poco.

Nuestra caída en la cárcel (la mía y la de Nikolai V., que figuraba en el mismo sumario que yo) se debía a una niñada, aunque éramos ya oficiales en la guerra. Durante la guerra nos carteábamos él y yo entre dos sectores del frente y no se nos ocurrió, con la censura militar por medio, abstenemos de expresar en nuestra correspondencia casi abiertamente nuestra indignación y blasfemias políticas, contra el Sabio de los Sabios, al que en clave muy transparente dábamos el nombre, en vez de Padre, de el *Padrazo*. Cuando posteriormente en la cárcel hablaba de mi *asunto*, nuestra inocencia despertaba risa y asombro. Me decían que sería imposible hallar otros becerros como nosotros. Y yo también me convencí de que así era. De pronto, leyendo un estudio sobre la causa de Alexandr Ulianov, supe que habían sido descubiertos por lo mismo: por indiscreciones en la correspondencia, y sólo eso salvó la vida a Alejandro III el 1.º de mayo de 1881[81].

El despacho de mi instructor, I. I. Ezepov (el edificio de la compañía de seguros «Rossia» no se había construido para torturar), es grande, espacioso, soleado, con un enorme ventanal y aprovechando la altura del suelo al techo (cinco metros), colgaron un retrato de cuatro metros, de cuerpo entero, del poderoso Soberano, al que yo, un

granito de arena, entregué mi odio. El instructor se detenía a veces ante él y juraba teatralmente: «¡Estamos dispuestos a entregarle la vida! ¡Por él somos capaces de arrojarnos bajo un tanque!». Ante la sublime grandeza del retrato, debería de dar lástima mi farfulla sobre cierto leninismo purificado, y yo, detractor profano, merecía sólo la muerte.

Considerando aquel tiempo, el contenido de nuestras cartas era para condenarnos a ambos. Por eso mi instructor no necesitaba inventarse nada contra mí; sólo pretendía echar el guante a todos aquellos a los que alguna vez escribí o me escribieron. A muchachos y muchachas de mi edad, yo —atrevido y casi bravucón— les expresaba en las cartas opiniones sediciosas, y mis amigos, no sé por qué, seguían carteándose conmigo. En sus cartas de contestación aparecían también expresiones sospechosas[82]. Ahora Ezepov, igual que Porfiri Petrovich, exigía de mí una explicación lógica: si así nos expresábamos en las cartas sometidas a censura, ¿qué no diríamos cuando estuviésemos a solas? Yo no podía tratar de convencerle de que prácticamente toda la agresividad se encerraba en las cartas… Y con la mente embotada, procuraba hilvanar algo que tuviera visos de verosimilitud sobre mis reuniones con los amigos (de esas reuniones hablaban las cartas), algo que rozara en cierta forma la política, pero que sin embargo no «fuera» Código penal. Y tenía que conseguir que mis explicaciones brotaran de forma natural y espontánea, al objeto de convencer a mi artero instructor de que yo era un hombre simplón, muy poquita cosa y sincero hasta el fin. Sobre todo para que —y esto era lo principal— mi indolente instructor no se sintiera tentado a revisar la dichosa carga que había llevado conmigo en mi dichosa maleta: muchas libretas del *Diario de guerra*, escrito con un lápiz de rasgos pálidos y duros, apuntes hechos con letra menuda y puntiaguda, ya borrados en algunas partes. Aquel Diario era la expresión de mis pretensiones de escritor. Yo no confiaba en la fuerza de nuestra asombrosa memoria, y durante la guerra procuraba anotar todo cuanto veía —aunque esto no era lo más grave— y todo cuanto oía decir a la gente. Pero las opiniones y relatos, tan naturales en la primera línea de fuego, aquí en la retaguardia, adquirían un matiz rebelde y olían a húmeda cárcel para mis compañeros del frente. Y para que al juez de instrucción no le diera por sudar la gota gorda ante mi *Diario de guerra*, ni extrajera de él un filón que pudiese perjudicar a la libre tribu del frente, me arrepentía sólo lo necesario, y empezaba a ver claramente mis desviaciones políticas hasta donde hacía falta hacerlo. Estaba ya agotado de caminar por el filo del cuchillo, hasta que vi que, afortunadamente, no traían a nadie para carearlo conmigo; hasta que aparecieron claras señales de que se ponía fin al sumario; hasta que, al cuarto mes, todos los cuadernos de mi *Diario de guerra* fueron arrojados a las infernales fauces de la estufa de la Lubianka. Con ello desaparecía otra novela en Rusia, para convertirse en doradas espinas, mientras de la chimenea más alta salían volando negras mariposas de hollín.

Bajo aquella chimenea paseábamos, en el interior de un rectángulo de hormigón, en una azotea de la Bolshaya Lubianka, al nivel de un quinto piso. Los muros se

levantaban por encima del quinto piso, hasta una altura de tres personas. Aguzábamos los oídos para captar la vida de Moscú, los mensajes de las sirenas de los automóviles. Pero sólo veíamos la chimenea, al centinela en una torre del sexto piso y un minúsculo retazo del cielo de Dios, aquel retazo al que le tocó en suerte colgar sobre la Lubianka.

¡Ay, el hollín! No cesaba de caer aquel primer mes de mayo sin guerra. Veíamos caer tanto en cada paseo que dábamos, que se nos ocurrió pensar que tal vez la Lubianka quemaba sus archivos de veintisiete años. Mi Diario perdido era sólo una breve bocanada de aquel hollín. Y me acordaba de una soleada y fría mañana de marzo, en el despacho de mi juez instructor. Como de costumbre, él hacía sus preguntas groseras y tomaba notas, tergiversando mis palabras. El sol retozaba en los caprichosos dibujos formados en los cristales del ventanal, que chorreaban al derretirse el hielo, y más de una vez se me ocurrió la idea de arrojarme por aquel ventanal, para que mi muerte fuese al menos como un fulgor en el aire de Moscú, para estrellarme contra la calzada, lo mismo que —cuando yo era un niño— hiciera un desconocido precursor en Rostov del Don, que saltó del «treinta y tres».

A través de los irregulares claros que iba dejando el sol al derretir el hielo de los cristales, se veían los tejados de Moscú y, sobre ellos, alegres columnas de humo. Pero yo no miraba hacia allí, sino al enorme montón de manuscritos —que ocupaba todo el centro del despacho, de treinta metros—, recién descargados y sin clasificar aún. Cuadernos, carpetas con tapas de fabricación casera, paquetes atados y sin atar, hojas sueltas… Los manuscritos estaban allí como un túmulo sobre la tumba del espíritu humano enterrado, túmulo que, con su punta cónica, sobresalía por encima de la mesa del instructor, ocultándolo casi de mi vista. Y sentí compasión de hermano por la labor de aquel hombre anónimo, al que habían detenido la noche anterior. El botín del registro lo habían apilado, por la madrugada, sobre el *parquet* del despacho de las torturas, a los pies del Stalin de cuatro metros. Yo, sentado, pensaba: ¿Qué vida fuera de lo común habrán traído anoche para atormentarla, desgarrarla y quemarla?

¡Cuántas ideas, cuántos trabajos desaparecieron en esta casa! ¡Toda una civilización! ¡Ay, el hollín, el hollín de las chimeneas de la Lubianka! Y lo que más siento es que los que vengan después considerarán a nuestra generación más estúpida, más mediocre, más muda de lo que fue en realidad.

Para trazar una recta, basta señalar dos puntos.

En 1920 —recuerda Ehrenburg—, la Checa le planteó así la cuestión: «Demuestre USTED que no es agente de Vrangel».

Y, en 1950, un destacado coronel de la MGB, Foma Fomich Zhelezov, anunció a los presos: «No perderemos el tiempo en demostrarle a él [al arrestado] que es culpable. Que *él nos* demuestre a nosotros que *no* tenía intenciones hostiles».

Y en esa recta elemental, como si a lo largo de la misma actuara un antropófago, se alinean las incontables Memorias de millones de seres.

¡Qué aceleración y simplificación del sumario, insospechadas por la Humanidad anterior! ¡Los *Órganos* se ahorraron el trabajo de buscar pruebas! El conejo atrapado, tembloroso y pálido, sin derecho a escribir a nadie; ni a llamar por teléfono; ni a que le trajesen nada de fuera; privado del sueño, de la comida, del papel, del lápiz y hasta de los botones… Sentado en una banqueta, en un rincón del despacho, debe ÉL MISMO buscar y exponer, ante el haragán del instructor, *pruebas* de que NO tenía *intenciones* hostiles. Y si no las encontraba —¿de dónde las iba a sacar?—, aportaba con ello al sumario pruebas *aproximadas* de su culpabilidad.

Conocí el caso de un anciano, exprisionero de los alemanes, que, sentado en la desnuda banqueta y extendiendo sus manos vacías, fue capaz de demostrar a su monstruo-instructor que NO había traicionado a la patria y que ni siquiera había tenido tal intención. ¡Fue un caso de escándalo! ¿Y lo pusieron en libertad? ¡No faltaba más! Me explicó todo esto en la cárcel Butyrki, no en el bulevar Tverskoi. Al instructor principal se unió entonces un segundo; ambos pasaron con el viejo una tranquila noche de recuerdos, y después firmaron entre los dos las declaraciones de los *testigos*, según las cuales aquella noche, el anciano —muerto de sueño y de hambre— había hecho propaganda antisoviética entre ellos. ¡Lo dicho sin malicia, había sido escuchado con malicia! Entonces pasaron al viejo a un tercer juez de instrucción, quien retiró la acusación de traición a la patria, pero le «colgó» cuidadosamente los mismos *diez* años por propaganda antisoviética durante la instrucción del sumario.

Al dejar de ser búsqueda de la verdad, el sumario se ha convertido para los propios instructores, en los casos difíciles, en una labor de verdugo, y en los fáciles, en un simple pasatiempo, en algo que justifique la percepción del sueldo.

Siempre hubo casos fáciles, hasta el tristemente famoso año 1937. Por ejemplo, Borodko fue acusado de que dieciséis años antes fue a visitar a sus padres, que vivían en Polonia, sin sacar «pasaporte extranjero» (sus padres vivían a unos diez kilómetros de él, pero los diplomáticos acordaron entregar a Polonia aquella Bielorrusia, y en 1921 aún no se había acostumbrado la gente a ello y seguía viajando como antes). La instrucción duró media hora: «¿Estuviste?». «Sí». «¿En qué viajaste?». «Fui a caballo». Le dieron diez años por ACR[83].

Pero tal rapidez tiene un regusto estajanovista, que no halló seguidores entre los de la gorra azul. Según el Código de Procedimiento Penal, para cada sumario se requerían dos meses, y en caso de dificultades había que pedir varios aplazamientos a los fiscales, hasta sumar un mes (y los fiscales, claro está, no los denegaban). Habría sido de majaderos malgastar las energías, no disfrutar de aquellas prórrogas y, recurriendo al lenguaje fabril, no inflar las normas propias. Después de trabajar, con la garganta y los puños, durante la primera «semana de choque» de todo sumario; después de consumir voluntad y *carácter* (según Víchinski), los jueces de instrucción procuraban dar largas al sumario, para tener más causas viejas, tranquilas, y menos nuevas. Se consideraba algo indecoroso acabar en dos meses un sumario político.

El sistema estatal se castigaba a sí mismo por su desconfianza e inflexibilidad. No confiaba ni siquiera en el personal selecto: probablemente no los obligaba a marcar en el reloj a la entrada y la salida, pero sí estaban obligados a anotar, para el control, los nombres de los presos llamados a declarar. ¿Qué le quedaba al instructor para asegurarse las primas salariales? Llamar a uno de los procesados, sentarlo en un rincón, hacerle una pregunta aterradora, olvidarse de ella, pasarse un buen rato leyendo el periódico, escribir el guión para las clases de política, cartas particulares, e ir de visita (dejando como cancerberos, en su lugar, a los guardianes). Charlando pacíficamente con un amigo que lo visitó, el instructor, de cuando en cuando, volvía en sí, lanzaba una terrorífica mirada al procesado y decía:

—Ése es un canalla. Ése es un canalla como pocos. Pero no te preocupes, porque no le escatimaremos *nueve gramos*.

Además, mi instructor utilizaba profusamente el teléfono. Por ejemplo, llamaba a casa y decía a su mujer —lanzándome furibundas miradas— que hoy pasaría toda la noche interrogando; por tanto, que no lo esperase antes de la madrugada (se me caía el alma a los pies: ¡me iba a interrogar toda la noche!). Pero inmediatamente marcaba el teléfono de su amante y, con zalamerías gatunas, le comunicaba que pasaría la noche en casa de ella (menos mal, dormiremos; sentía aliviado mi corazón).

Así, pues, un sistema sin defectos quedaba contrapesado por los defectos de sus servidores.

Los instructores más curiosos gustaban de aprovechar estos interrogatorios «vacíos» para ampliar su mundología. Pedían al procesado noticias del frente (de aquellos tanques alemanes bajo los cuales, si no se arrojaban, era por falta de tiempo); le preguntaban sobre las costumbres de los países europeos y de ultramar en que había estado el detenido; sobre las tiendas y los productos y, muy especialmente, sobre los lupanares extranjeros o sobre diferentes casos con mujeres.

Según el Código de Procedimiento Penal, se considera que el fiscal vela sin desmayo por la marcha correcta del sumario. Pero en mis tiempos nadie lo veía hasta llegar al llamado «interrogatorio del fiscal», lo cual quería decir que el sumario llegaba a su fin. También a mí me sometieron a ese interrogatorio. El teniente coronel Kotov —tranquilo, bien comido, un rubio impersonal, ni malo ni bueno, nada de nada —, sentado a la mesa y bostezando, hojeaba por primera vez la carpeta que guardaba mi sumario. Estuvo unos quince minutos mirándola en silencio (como el interrogatorio era inevitable y también se registraban, no habría tenido sentido hojear la carpeta en horas no registrables y, además, retener durante horas en la cabeza detalles del sumario). Luego posó en la pared su indiferente mirada y me preguntó, con desgana, si tenía algo que agregar a mis declaraciones.

Debía preguntarme si tenía algo que decir respecto a cómo se había instruido el sumario: si hubo coacción y violación de la Ley. Pero hacía ya mucho tiempo que los fiscales no preguntaban tales cosas. ¿Y si me lo hubiera preguntado? Aquella casa, de mil habitaciones, del Ministerio, así como sus cinco mil edificios de investigación,

vagones, cuevas y chamizos desparramados por toda la Unión Soviética, sólo vivían de la violación de la ley, cosa que entre él y yo no habríamos podido arreglar. Además, todos los fiscales de cierta categoría ocupaban sus puestos con el «visto bueno» de los mismos Órganos de Seguridad que… ellos debían controlar.

No sé cómo logró transmitirme su indolencia y placidez, así como el cansancio que le producían aquellas infinitas y absurdas CAUSAS. Y no le planteé problemas sobre la verdad. Sólo le rogué que se enmendara un absurdo de bulto: éramos dos acusados en una misma causa, pero nos instruyeron el sumario aparte (a mí, en Moscú, y a mi amigo, en el frente); así, pues, yo estaba *solo* en mi causa, pero era acusado según el punto 11, o sea, como *grupo* y *organización*. Le pedí respetuosamente que se eliminara aquel aditamento del punto 11. Luego estuvo otros cinco minutos hojeando el sumario, suspiró, abrió los brazos y dijo:

—¿Y qué? Un hombre es un hombre, y dos hombres son gente.

¿Y un hombre y medio, una organización…?

Y apretó el botón para que fuesen a buscarme.

Más adelante, muy entrada la noche de un mayo tardío, en aquel mismo despacho del fiscal —en cuya repisa de mármol de la chimenea había mi reloj con figuritas de bronce—, me llamó mi juez instructor a la «doscientos seis» —así se llamaba, según el correspondiente artículo del Código de Procedimiento Penal— la revisión del sumario por el propio procesado, antes de estampar en él su última firma. Sin dudar en absoluto que obtendría mi firma, el instructor hacía ya correr la pluma, redactando el acta de acusación.

Abrí la tapa de la abultada carpeta, y en la cara interior de la misma, en un texto impreso, leí algo asombroso: resultaba que durante la instrucción del sumario yo tenía derecho a presentar quejas por escrito contra las inadecuadas investigaciones sumariales… y el juez tenía la obligación de ir agregando al sumario, cronológicamente, mis quejas. Durante la instrucción, pero no una vez terminada…

¡Ay, aquel derecho no lo conocía ni uno solo de los miles de seres con los cuales estuve detenido posteriormente!

Seguí pasando hojas. Vi fotocopias de mis cartas y una interpretación totalmente tergiversada de su sentido por comentaristas desconocidos (como un tal capitán Libin). Y vi la hiperbolizada mentira en la que el capitán en cuestión envolvió mis cautelosas declaraciones. ¡Y, finalmente, el disparate de que yo, un hombre solo, era acusado como un «grupo»!

—No estoy de acuerdo. Ha llevado usted el sumario incorrectamente —dije no muy resuelto.

—Bien, empecemos de nuevo —dijo, con voz siniestra, apretando los labios—. Te facturaremos a un sitio donde metemos a los *politsai*[ah].

Y hasta me pareció que hizo un ademán como para quitarme el «sumario» de las manos. (Yo lo retuve con el dedo).

Brillaba el sol del ocaso sobre las ventanas del cuarto piso de la Lubianka. En alguna parte era ya mayo. Las ventanas del despacho, como todas las que daban al exterior del Ministerio, estaban condenadas y con los burletes de invierno sin despegar, para que no llegaran a los escondrijos de aquella estancia el hálito primaveral ni el florecer. El reloj de bronce, del que se había retirado el último rayo de sol, dio pausadamente la hora.

¿Desde el principio? Por un momento me pareció que prefería la muerte antes que empezar de nuevo desde el principio. Parecía tener por delante la promesa de una vida. (¡Si hubiera sabido qué vida…!). Y después, aquel sitio donde tenían a los *politsais*. En fin, no había que ponerlo de mal humor, pues de ello dependía el tono con que redactara el acta acusatoria…

Y firmé. Firmé, admitiendo el punto 11. Entonces no conocía su peso; sólo me dijeron que no prolongaba la condena. Por el punto 11 caí en un campo de trabajos forzados.

Por el punto 11, yo, después de la «liberación», fui, sin condena alguna, desterrado a perpetuidad.

Quizá haya sido mejor así. Sin lo uno ni lo otro, no hubiera podido escribir este libro…

Mi juez investigador sólo pudo aplicarme el insomnio, la mentira y la coacción, métodos totalmente legítimos. Por eso no necesitaba —como hacen, curándose en salud, los instructores que cometieron alguna fechoría—, junto con la firma del artículo 206, exigirme firmar que yo, Fulano de Tal, prometo, bajo amenaza de castigo penal (no se sabe qué artículo), no contar nunca a nadie los métodos empleados en la instrucción del sumario.

Esta labor se hacía en serie en algunos departamentos regionales de la NKVD: la «promesa de no divulgación» se ponía ante el arrestado junto con la condena del OSO (después, al liberarte del campo de concentración, habrás de firmar que no contarás a nadie las cosas del campo).

Así, pues, nuestro acostumbramiento a la docilidad, nuestra espalda encorvada (o quebrantada) no nos permitía rechazar aquella manera rufianesca de borrar las huellas, y ni siquiera indignarnos por ella.

Perdimos la MEDIDA DE LA LIBERTAD. No tenemos con qué determinar dónde empieza ni dónde termina ésta. Somos un pueblo asiático: exigen de nosotros firmas, firmas y más firmas —todas cuantas quieren— acerca de que no divulgaremos nada.

No estamos seguros: ¿tenemos o no derecho a contar nuestra propia vida?

IV
Los ribetes azules[ai]

Durante todo este arrastre entre los cilindros del gran Centro Nocturno, donde se trituran nuestras almas y nos prenden las carnes como los colgantes de la gualdrapa, sufrimos demasiado, nos centramos demasiado en nuestro dolor y no somos capaces de mirar con ojos transparentes y proféticos a los pálidos *canallas* nocturnos que nos torturan. El dolor nos rebosa hasta mudarnos los ojos; si no fuera por eso, ¿qué historiadores de nuestros verdugos íbamos a ser? Porque ellos jamás se describirán a sí mismos mientras vivan. Mas, por desgracia, cada exarrestado recuerda con detalle su sumario, las presiones ejercidas sobre él y la inmundicia que extrajeron así, pero con frecuencia no recuerda ni siquiera el apellido del instructor; y si no recuerda ni esto, ¿cómo puede esperarse que se hubiera detenido a estudiarlo como persona? Yo, por ejemplo, puedo recordar más cosas y más interesantes de cualquiera de mis compañeros de celda que del capitán de la Seguridad del Estado, Ezepov, con el cual tantas veces estuve sentado a solas en su despacho.

Pero sí nos queda un recuerdo común, y en cuya definición coincidimos: es un pudridero, un lugar totalmente cubierto de pus. Decenios después, ya sin ataques de rabia ni resentimiento, con el corazón reposado, conservamos esta firme impresión: son hombres malvados, ruines, veleidosos y, quizás, extraviados.

Sabemos que Alejandro II, acorralado por los revolucionarios —que atentaron siete veces contra su vida—, visitó en cierta ocasión la prevención de la calle Shpalernaya (parienta de la Casa Grande) y quiso ser encerrado en el calabozo número 227, donde permaneció más de una hora, pues quería saber qué pensaban los allí detenidos.

No se puede negar que para el monarca era un impulso moral la necesidad y el intento de contemplar el asunto desde un punto de vista espiritual.

Pero es imposible imaginarse a ninguno de nuestros jueces de instrucción —incluidos Abakumov y Beria— deseando, aunque fuese sólo por una hora, ponerse en lugar del detenido, encerrarse en un calabozo y recapacitar en él.

El reglamento no les exige amplitud de cultura ni de miras —y no la tienen—. El reglamento no les exige pensar lógicamente —y no lo hacen—. El reglamento les exige sólo cumplir puntualmente las directrices y mostrarse crueles ante los sufrimientos —y esto sí saben hacerlo—. Los que pasamos por sus manos sentimos con bochorno su cuerpo, privado, hasta la desnudez, de sentimientos humanos.

Si alguien podía ver claramente que las *causas* estaban «abultadas», eran los jueces de instrucción. Ellos —aparte las reuniones— no podían decirse unos a otros ni a sí mismos en serio, que estaban desenmascarando a criminales. Pese a ello, llenaban un folio tras otro para pudrirnos. Este ya es un principio de los presos comunes: «Muérete tú hoy, y mañana yo».

Y aunque comprendían que las causas eran «abultadas», trabajaban en ellas año tras año. ¿Por qué…? O bien se obligaban a sí mismos a NO PENSAR (lo cual destruye al ser humano), y lo aceptaban simplemente: ¡Es necesario! No puede equivocarse el que redacta para ellos las instrucciones.

Creo que los nazis razonaban de la misma forma[84].

O bien era la Doctrina Avanzada, la ideología granítica. En el tétrico Orotukán, un juez de instrucción (un castigado, enviado en comisión de servicio a Kolyma en 1938), ablandado ante la rápida conformidad de M. Lurie —director de la Siderúrgica de Krivoi Rog— para firmar una segunda condena en el campo de concentración, le dijo, en un rato libre:

—¿Crees que nos gusta violentar[85]? Pero debemos hacer lo que nos manda el partido. Tú, que eres un viejo miembro del partido; dime, ¿qué harías en nuestro lugar?

Y, al parecer, Lurie casi le dio la razón. (¿Acaso firmó con tanta facilidad porque pensaba igual?). Es convincente, ¿verdad?

Pero más frecuente que todo era el cinismo. Los ribetes azules conocían el movimiento de la «picadora de carne» y les gustaba. En los campos de Dzhidinsk (1944), el juez de instrucción, Mironenko, decía, orgulloso de su construcción lógica, al sentenciado Babich:

—El sumario y el juicio son únicamente una formalización jurídica, que no pueden cambiar tu destino, ya *prescrito*. Si hay que fusilarte, aunque seas totalmente inocente, te fusilarán de todas formas. Y si hay que absolverte (por lo visto, aquí se refería a los SUYOS —A. S.), por muy culpable que seas, serás «blanqueado» y absuelto.

Kushnariov, jefe de la primera Sección de Investigación de la Seguridad del Estado en el Kazajstán Occidental, le espetó a Adolf Tsivilko:

—¿Cómo te vamos a soltar, si eres de Leningrado? (O sea, si eres un veterano del partido).

«Teniendo a la persona, crearemos la *causa*». Así bromeaban muchos de ellos; éste era su proverbio. Lo que para nosotros es tortura, para ellos constituye un buen trabajo. La esposa de Nikolai Grabischenko (Canal Volga) decía, enternecida, a sus vecinos:

—Mi Kolia está muy bien considerado en el trabajo. Uno tardaba mucho en confesar, y se lo dejaron a Kolia. Kolia habló con él una noche y confesó.

¿Por qué todos ellos, en entusiástico atalaje, se lanzaron a esa carrera no en pos de la verdad, sino de cifras de «moldeados» y condenados? Porque así les resultaba más

FÁCIL mantenerse dentro de la corriente general. Porque aquellas cifras eran su vida placentera, sus pagas extraordinarias, sus condecoraciones, sus ascensos, la ampliación y el bienestar de los propios *Órganos*. Las altas cifras permiten haraganear y pasar la noche de parranda (así lo hacían), mientras que las cifras bajas hubieran conducido a la degradación, a la pérdida de esa sinecura, pues Stalin jamás llegaría a creer que no tenía enemigos en una región, en una ciudad, en una unidad militar.

Por tanto, no era la clemencia, sino el amor propio herido y la irritación, lo que despertaban en ellos los detenidos que obligaban a porfiar, los que no querían integrarse en las cifras, los que no cedían al insomnio, al calabozo ni al hambre. Cuando se negaban a confesar, minaban la posición personal del juez de instrucción, era como si se propusieran derribarlo; vistas así las cosas, el juez consideraba que todos los métodos eran buenos. En la guerra como en la guerra. ¡Chupa esa manguera, toma agua salada!

Por su profesión y por la vida elegida, privados del acceso a la esfera superior de la existencia humana, los funcionarios del Centro Azul vivían en la esfera inferior con tanto mayor plenitud y presura. Y allí eran dominados y orientados por los instintos más fuertes (excluidos el hambre y el sexo) de la esfera inferior: el instinto de PODER y el instinto de LUCRO. (Sobre todo el de poder, que, en nuestros decenios, resultó ser más importante que el dinero).

El poder es un veneno; se sabe hace milenios. ¡Si nadie adquiriera nunca poder material sobre los demás…! Pero cuando el hombre cree en algo superior a todos nosotros, por lo cual es consciente de su limitación, el poder no es aún mortífero. Por el contrario, para los hombres sin esfera superior, el poder es ominoso. No pueden salvarse de este contagio.

¿Recuerdan ustedes lo que dice Tolstoi sobre el poder? «Iván Ilich llegó a ocupar tal posición en el trabajo, que le permitía *perder a todo el que quisiera perder. Todas las personas, sin excepción, estaban en sus manos; a cualquiera, aun al más importante*, podían traerlo a su presencia como acusado». (¡Parece referirse a nuestros azules! ¡No hay nada que agregar!). La conciencia de este poder, «y la posibilidad de atenuarlo», precisa Tolstoi (aunque eso ya no tiene nada que ver con nuestros muchachotes), constituían para él el *principal interés y el atractivo del trabajo*.

Atractivo es poco; *éxtasis*. Porque es para extasiarse: eres joven, casi —digamos entre paréntesis— un mocoso; hacía poco que tus padres estaban desesperados contigo, no sabían qué hacer de ti; es un tonto, no quiere estudiar; pero has pasado tres años en *esa* escuela y, ¡cómo has adelantado! ¡Cómo ha cambiado tu situación en la vida! ¡Cómo se han transformado tus movimientos, y tu mirada, y el ademán de la cabeza! Se ha reunido el claustro en el Instituto; entras y todos lo notan, e incluso se estremecen: no te encaramas al sillón del presidente, pues desde él perora el rector, sino que te sientas en un rincón; pero todos saben que aquí el importante eres tú; la

Sección Especial. Puedes permanecer aquí cinco minutos y luego irte; ésta es tu ventaja sobre los profesores; a ti te pueden reclamar asuntos más importantes; pero después, al leer la resolución que han tomado, fruncirás el ceño (o, mejor aún, moverás los labios) y dirás al rector: «No es posible. Hay razones»… ¡Y nada más! ¡Y no se hará! O bien eres uno del SMERSCH, sólo un teniente, pese a lo cual, el viejo y corpulento coronel, el jefe de la unidad, se levanta cuando tú entras, procura adularte, complacerte, no tomará una copa con el jefe de la Plana Mayor sin invitarte. No importa que tus dos estrellas sean pequeñas; esto tiene hasta gracia: tus estrellas son de un peso totalmente distinto; se miden por una escala totalmente distinta de la de los oficiales corrientes (en algunas misiones especiales os está permitido poneros otras estrellas, por ejemplo, de comandante, como un seudónimo, como algo convencional). Sobre todos los hombres de esta unidad militar, o de esta fábrica, o de este distrito, tienes poderes que penetran a una profundidad incomparablemente mayor que los del jefe, del director, del secretario del partido para el distrito. Éstos disponen del trabajo, de los salarios, de la buena fama de los hombres; pero tú dispones de su libertad. ¡Y nadie se atreverá a decir nada de ti en una reunión, nadie se atreverá a escribir de ti en el periódico, y no sólo mal! ¡Tampoco se atreverán a escribir *bien*! ¡A ti, como a un dios arcano, no se te puede nombrar! Tú estás, todos te oyen, pero es como si no estuvieras. Por eso te hallas por encima de ese poder descubierto, desde el momento en que te cubriste con esa gorra azul. Nadie osará comprobar lo que TÚ estás haciendo; en cambio, todos pueden ser sometidos a tu control. Por eso, ante los llamados ciudadanos sencillos (que para ti son simples tarugos), lo más digno es adoptar una enigmática expresión de pensador. Tú eres el único que conoce *las razones* especiales, nadie más. Por eso siempre tienes razón.

Pero no olvides nunca que también tú habrías sido un tarugo más si no hubieras tenido la suerte de ser un pequeño eslabón de los *Órganos*, ese ser vivo, flexible, íntegro, que mora en el Estado como la solitaria en el cuerpo del hombre, y ¡ahora todo es tuyo, para ti todo! Pero ¡sé fiel a los *Órganos*! ¡Siempre saldrán en tu defensa! ¡Y te ayudarán a tragarte a quien te ofenda! ¡Y apartarán de tu camino los obstáculos! Pero ¡sé fiel a los *Órganos*! ¡Haz todo lo que ellos te manden! Ya discurrirán ellos por ti el lugar que debes ocupar: hoy eres la Sección Especial; mañana ocuparás el sillón de juez de instrucción, y más adelante podrás ser designado etnógrafo en el lago Seliguer[86], en parte, quizá, para que te cures un poco los nervios. Y después, desde la ciudad donde ya estás demasiado visto, irás al otro extremo del país como delegado para asuntos de la Iglesia[87]. O te convertirás en Secretario Responsable de la Unión de Escritores[88]. No te asombres de nada: el verdadero destino de los hombres y la verdadera jerarquía de los hombres los saben sólo los *Órganos*; a todos los demás, simplemente los dejan jugar: a cualquier artista de renombre, a cualquier héroe del agro socialista, le haces así: «¡fu!», y desaparece[89].

La labor del juez instructor requiere trabajo, por supuesto: tienes que presentarte de día, presentarte de noche, tirarte horas y más horas, pero no te devanes los sesos buscando «pruebas» (en eso, que se rompa los cascos el enjuiciado), no te pongas a considerar si es culpable o no es culpable; hazlo tal como les conviene a los *Órganos* y todo saldrá bien. De ti mismo dependerá llevar la instrucción del sumario de la manera más agradable posible, sin agotarte mucho; no estaría mal sacar algún beneficio, y, si no, pasar por lo menos un buen rato. He aquí que, cansado de estar sentado, se te ocurre de pronto un nuevo *efecto —¡eureka!—*; llama por teléfono a los amigos, vete de despacho en despacho, cuéntalo; ¡qué panzadas de reír! Oye, vamos a probarlo…, ¿en quién? Es que aburre siempre lo mismo; te aburren esas manos temblorosas, esos ojos implorantes, esa docilidad cobarde; si, por lo menos, alguien ofreciera resistencia. «Me encantan los enemigos fuertes: ¡*es un placer partirles el espinazo*!»[90].

¿Y si es tan fuerte que no hay forma de que se rinda? ¿Y si todos tus métodos no dan resultado? ¿Y si rabias? ¡No contengas la rabia! ¡Es un placer enorme, es un vuelo! ¡Dar rienda suelta a tu rabia, no conocer trabas para ella! ¡Echar las patas por alto! ¡En ese estado es cuando escupen en la boca abierta al maldito procesado! ¡Y le hunden la cara en una escupidera llena[91]! ¡En ese estado es cuando arrastran a los curas por las melenas! ¡Y se mean en la cara del arrodillado! ¡Después de la rabieta, te sientes como si fueras más macho!

O interrogas a una «muchacha que va con un extranjero[92]». Claro, la pones como un trapo y, claro, le preguntas: «¿Acaso el americano tiene el… cuadrado? ¿Es que los rusos te quedan pequeños?». De pronto —¡idea!—, ésa ha aprendido algunas cositas de los extranjeros. No dejes escapar la ocasión: es como viajar al extranjero en comisión de servicio. Y empiezas a preguntarle, con creciente interés: «¿Cómo? ¿En qué postura…?, ¿y en qué otras…? ¡Con detalles! ¡Cada menudencia!». (¡Me servirá a mí y se lo contaré a los muchachos!). La chica se pone roja y llora al ver que aquello no tiene que ver con el «sumario». «¡Sí, tiene que ver! ¡Cuenta!». ¿Tanto es tu poder? Ella te lo contará todo con detalles; si quieres, te lo dibujará, y si quieres, te lo demostrará con el cuerpo; no tiene más salida: en tus manos está su calabozo y la *duración de su pena*.

Llamaste[93] a una taquígrafa para que tomara el interrogatorio… enviaron a una muy mona: métele mano aquí mismo, en presencia del muchachito procesado[94]; es como si no fuera hombre, de ése no hay que tener vergüenza.

Además, ¿por qué ibas a tener vergüenza? Si te gustan las tipas (¿a quién no le gustan?); sería una idiotez no aprovecharse de la situación. Unas se sentirán atraídas por tu poder, otras cederán por miedo. Si has visto en alguna parte a una chica y la has fichado, será tuya, no podrá escapar. Si fichaste a la esposa de otro, ¡será tuya, porque no cuesta nada quitar de en medio al marido[95]! No, eso es para vivirlo: ¡la importancia de ser gorra azul! ¡Cualquier cosa que hayas visto, es tuya! ¡Cualquier piso que te guste, es tuyo! ¡Cualquier mujer es tuya! Cualquier enemigo… ¡fuera! ¡La

tierra bajo tus pies, es tuya! ¡El cielo sobre tu cabeza, es tuyo, pues resulta que también es azul!

El afán de enriquecerse es común a todos ellos. ¿Cómo no aprovechar, para enriquecerse, tanto poder y la falta total de control? ¡Vamos, habría que ser un santo…!

Si nos fueran dados a conocer los ocultos móviles de algunos arrestos, veríamos, con asombro, que si la pauta general era la de *encarcelar*, la elección concreta de *a quién meter*, la suerte particular, dependía, en tres casos de cada cuatro, del egoísmo y del espíritu de venganza de la gente, y la mitad de estos casos, de los cálculos egoístas de la NKVD local (y del fiscal, por supuesto, al que no podemos separar del juego).

Por ejemplo, ¿cuándo empezó el viaje —de diecinueve años— de V. G. Vlasov al Archipiélago? El día en que éste, director de una cooperativa de consumo de un distrito, organizó una venta de tela (que hoy la gente ni miraría)… para los delegados de una conferencia de activistas del partido (a nadie indignó que no se vendiera a la población), y la mujer del fiscal no pudo comprarla porque no estaba allí, y al fiscal, Rusov, le dio vergüenza acercarse al mostrador, y a Vlasov no se le ocurrió decir: «Yo se la guardaré» (su carácter jamás se lo habría permitido). En otra ocasión, el fiscal Rusov llevó al comedor del partido —por los años treinta había comedores de este tipo— a un amigo que no estaba registrado allí —por lo cual no tenía derecho—, y el director del comedor no permitió que le sirvieran comida a dicho amigo. El fiscal exigió a Vlasov que castigara al director, pero aquél no lo hizo. En otra ocasión, por algo semejante, la NKVD del distrito se sintió ofendida. ¡Y lo condenaron como oposicionista de derechas…!

¡Son tan mezquinas las razones y los hechos de los ribetes azules, que dejan asombrado a uno! El agente Senchenko quitó el portamapas y la cartera de campaña a un oficial arrestado, y los utilizó en presencia de su dueño. A otro detenido, por medio de triquiñuelas sumariales, le quitó unos guantes hechos en el extranjero. (Sobre todo en las ofensivas los ponía furiosos el que no fueran ellos los primeros en llegar al botín). El funcionario del servicio de contraespionaje del 48.º Cuerpo de Ejército, que me arrestó, se enamoró de mi pitillera alemana, que no era tal pitillera, sino una simple caja, pero de un color carmesí muy llamativo. Y por aquella mierda desplegó toda una maniobra profesional: en primer lugar, no incluyó mi pitillera entre los objetos que figuraban en el sumario («eso puede usted quedárselo»); después, ordenó que me cachearan de nuevo, sabiendo perfectamente que en mis bolsillos no había nada más: «¡Ah, ¿qué es eso?! ¡Quítenselo!». A los jueces de instrucción les dan cierta cantidad de cigarrillos para premiar al que confiesa y a los soplones. Algunos los apañuscaban. Hacen trampa hasta con las horas de interrogatorio; son horas nocturnas y se pagan mejor: nosotros veíamos en las hojas de los interrogatorios un horario alargado «de» y «hasta». (El juez Fiodorov [estación de

Reshoty, apartado de Correos, 235], durante un registro hecho en casa de Korzujin, que no estaba detenido, robó un reloj de pulsera). Durante el cerco de Leningrado, el juez de instrucción Nikolai Fiodorovich Kruzhkov dijo a Elizaveta Viktorovna Strajovich, esposa del procesado K. I. Strajovich:

—Me hace falta una manta acolchada. Tráigamela.

Ella le respondió:

—Está precintada la habitación donde tengo la ropa de abrigo.

Entonces, él se fue con ella a casa y, sin tocar el precinto de la NKVD-KGB, destornilló el tirador de la puerta («así trabaja la NKGB», le explicó él, risueño) y empezó a sacar la ropa de abrigo y, de paso, a meterse en el bolsillo piezas de vidrio. (A su vez, E. V. sacaba también lo que podía; al fin y al cabo, era de ella).

—¡Bueno, basta ya de coger cosas! —la frenó, mientras él seguía arramblando con todo lo que podía[96].

Casos como éste son incontables; se podría publicar con ellos un millar de «Libros blancos» (a partir de 1918), preguntando a los que estuvieron presos y a sus esposas. Quizás hubo ribetes azules que nunca robaron, que nunca se apropiaron de lo ajeno, pero la verdad es que yo no acierto a imaginar «ribetes» honrados en este sentido. No me cabe en la cabeza que, con su forma de pensar, pueda sentir ningún reparo si le gusta algo. A comienzos de los años treinta, cuando vestíamos uniforme de explorador y trabajábamos en el primer quinquenal, ellos se pasaban las noches al estilo mundano occidental —como podía verse en el piso de Konkordia Iosse—, y sus esposas presumían con vestidos de importación. ¿De dónde salía todo aquello?

He aquí sus nombres, como si por éstos los hubiesen elegido para el desempeño de su oficio: En la Delegación de Seguridad de la región de Kemerovo, a comienzos de los años cincuenta: el fiscal se llamaba Trutnev (*Zángano*); el jefe del Departamento de Investigación era el comandante Shkurkin (*Pellejo*); su adjunto, el teniente coronel Balandin (*Aguace*); un instructor era Skorojvatov (*Agarrapronto*). Esto no se inventa. Esto va implícito. (Ya he hablado de Volkopialov [*Estira al lobo*] y de Grabischenko [*Saqueador*]). ¿Acaso no dicen nada estos apellidos y una concentración tal de los mismos?

De nuevo los recuerdos del arrestador: I. Korneev se olvidó de aquel coronel de la Seguridad, amigo de Konkordia Iosse (que resultó ser conocida común), con el que estuvo encarcelado en el «aislador» de Vladimir. Este coronel, que encarnaba, a la vez, los instintos del poder y del lucro, a comienzos de 1945 —la época dorada «del botín»— pidió el traslado a la unidad de los Órganos que (junto con el propio Abakumov) controlaba los «despojos», o sea, que procuraba quedarse la mejor tajada para sí, no para el Estado (y ambos lo lograron con mucho éxito). Nuestro personaje, que rapiñaba a vagones, construyó varias dachas (una de ellas, en Klin). Después de la guerra adquirió tales humos, que en la estación de Novosibirsk ordenó expulsar a todos cuantos se hallaban en el restaurante, que reservó para sí y para sus compañeros de juerga, acompañados por unas cuantas muchachas, a las que hizo bailar, desnudas,

sobre las mesas. Esto también se lo habrían perdonado; pero igual que Kruzhkov, violó una ley muy importante: atacó a los *suyos*. Aquél engañaba a los *Órganos*, pero lo de éste era aún peor: apostaba a que seducía a las esposas, no de ciudadanos corrientes, sino de sus colegas de la Seguridad. Y no se lo perdonaron. Fue encarcelado en el «aislador», de acuerdo con el artículo 58. Echaba chispas porque se habían atrevido a encarcelarlo, y no dudaba de que cambiarían de criterio. (Es probable que lo hayan hecho).

Este fatal destino, que hace *caer* a ellos mismos, no es muy raro entre los ribetes azules. Contra ello no tienen garantía alguna; pero, incomprensiblemente, no saben asimilar las lecciones del pasado. Entre otras cosas, tal vez sea porque carecen de razón superior, mientras que el intelecto inferior dice: «Es raro que nos cojan, es raro que cojan a uno; a mí no me afectará, y no creo que los nuestros me abandonen».

Es cierto que los *suyos* procuran no dejarlo en la estacada, pues tienen un acuerdo tácito. A los *suyos*, si van a parar a la cárcel, les dan ventajas. (Al coronel I. Ia. Vorobiov, en la cárcel especial de Marfino; a V. N. Illin, en la Lubianka [con más de ocho años de pena]). Los que caen en la cárcel por errores personales, generalmente no lo pasan mal, gracias a esa previsión de casta, lo cual explica por qué se sienten impunes en el servicio diario. No obstante, se conocen varios casos de guardianes de campos que cumplieron condena en campos comunes y hasta se encontraron con zekos de los que, en sus tiempos, fueron guardianes. Estos lo pasaban mal. (Por ejemplo, el agente Mushin, que odiaba a muerte a los del artículo 58 y que se cebaba en los presos comunes, fue metido debajo de las literas por aquellos mismos presos). Pero no nos es posible conocer con detalle estos casos, para darles una explicación.

Los que verdaderamente arriesgan todo son los chequistas que caen en una *riada* —¡porque también ellos tienen sus *riadas*…!—. La *riada* es un elemento de la Naturaleza, algo superior a los propios *Órganos*, y aquí ya nadie te puede ayudar, nadie puede impedir que seas arrastrado por la corriente.

Pero en el último instante, si estás bien informado y tienes un agudo olfato de chequista, puedes esquivar el alud, demostrando que no perteneces a él. El capitán. Saenko —no aquel carpintero-chequista de Jarkov, de los años 1918-1919, tristemente famoso porque fusilaba, horadaba los cuerpos con el sable, rompía las espinillas, aplastaba las cabezas con pesas y quemaba[97], aunque es probable que ambos fuesen parientes— tuvo la debilidad de casarse, por amor, con Kojanskaya, del Ferrocarril Oriental Chino (FOCH). De pronto, cuando comenzaba a levantarse la nueva ola, se enteró de que pensaban encarcelar a los del FOCH. A la sazón era jefe de la Sección de Operaciones de la GPU de Arjanguelsk. ¿Y saben ustedes lo que hizo él entonces, sin pérdida de tiempo? Pues ENCARCELAR A SU AMADA ESPOSA, si bien pergeñó su acusación contra ella no apoyándose en que había trabajado en el FOCH. Y ello le valió, además de salvarse, su ascenso a jefe de la NKVD en la región de Tomsk[98].

Las riadas se producían de acuerdo con una enigmática ley de *renovación* de los *Órganos*, un pequeño holocausto periódico, para que los que quedasen tuviesen el aspecto de depurados. Los *Órganos* debían renovarse con mayor rapidez con la que crecen y envejecen las generaciones humanas: unos cardúmenes de cagebistas tenían que sucumbir con la misma ineluctabilidad con que el esturión va a morir entre las piedras del río, para ser sustituido por los alevines. Era una ley que la razón suprema veía perfectamente, pero que los azules se negaban a admitir y a prever. Los reyes de los *Órganos*, y los ases de los *Órganos*, y hasta los propios ministros, cuando sonaba la hora de la verdad, ofrecían la cabeza a su propia guillotina.

Yagoda arrastró consigo un cardumen. Probablemente cayeron en tal cardumen muchos de aquellos brillantes nombres que admirábamos en el Canal Blanco-Báltico, y que fueron borrados de los versos.

El segundo cardumen llegó poco después, con el efímero Ezhov. Algunos de los más esforzados paladines del año 37 perecieron en aquella riada (pero no exageremos; faltó mucho para que fueran todos los mejores). Al propio Ezhov le pegaron hasta tal punto durante los interrogatorios, que su aspecto daba pena. Con tales encarcelamientos quedó huérfano el propio GULAG. Junto con Ezhov, cayeron el jefe de la Dirección de Finanzas del GULAG; el jefe de la Dirección de Sanidad del GULAG; el jefe de la GM[99] del GULAG y hasta el jefe de la Sección de Operaciones Extraordinarias del GULAG, que era, a la vez, jefe de toda la compadrería de los campos.

Y luego llegó el cardumen de Beria.

Pero el obeso y engreído Abakumov había tropezado ya antes.

Algún día, los historiadores de los *Órganos* (si no se queman los archivos) nos lo contarán paso a paso, con cifras y nombres que sorprenderán.

Yo contaré aquí sólo un poco de la historia Riumin-Abakumov, que conocí por casualidad. (No repetiré lo que dije de ellos en otra obra[100]).

Riumin, aupado por Abakumov y favorito del mismo, a fines de 1952 comunicó a éste la sensacional noticia de que el doctor Etinguer había confesado que prescribió expresamente un tratamiento contraindicado a Zhdanov y Scherbakov, para matarlos. Abakumov se negó a creerlo, pues sabía cómo se cocinaban estas cosas, y decidió que Riumin se pasaba de rosca. (Pero Riumin sabía lo que quería Stalin). Para comprobarlo, aquella misma noche sometieron a Etinguer a un interrogatorio cruzado, y de él sacaron conclusiones distintas: Abakumov, que no existía tal «asunto de los médicos» y Riumin que sí existía. Lo mejor habría sido volver a comprobarlo, al día siguiente, pero debido a las asombrosas particularidades del Centro Nocturno ¡ETINGUER FALLECIÓ AQUELLA MISMA NOCHE! A la mañana siguiente, Riumin, saltándose a Abakumov y sin que éste se enterara, llamó al Comité Central y pidió una audiencia con Stalin. (Creo que no fue éste el paso más audaz. Lo audaz —porque con esto había apostado la cabeza— fue no haber dado la razón a Abakumov la víspera, y quizá de noche haber matado a Etinguer. Pero ¿quién conoce los secretos

de esa *Corte*? ¿Y si se había puesto en contacto con Stalin antes?). Stalin recibió a Riumin, dio el visto bueno al asunto de los médicos y ARRESTÓ A ABAKUMOV. Después de esto, Riumin llevó el asunto de los médicos por su exclusiva cuenta, ¡y hasta contra Beria! (Hay indicios de que, poco antes de la muerte de Stalin, Beria ya se hallaba en la cuerda floja y es probable que Stalin fuera eliminado con su ayuda). Uno de los primeros pasos del nuevo Gobierno[aj] fue dar carpetazo al asunto de los médicos. Entonces fue ARRESTADO Riumin (aún estando Beria en el poder); pero ¡ABAKUMOV NO QUEDO EN LIBERTAD! En la Lubianka se establecía un nuevo orden de cosas y, por primera vez en todo el tiempo de su existencia, atravesó su umbral un fiscal (D. T. Terejov). Riumin se mostraba inquieto, obsequioso, «no soy culpable, me han encarcelado por nada», y pedía hacer declaraciones. Tenía por costumbre chupar un caramelo y a una observación de Terejov lo escupió en la palma de la mano: «Perdón». Abakumov, como ya señalábamos, soltó una risotada: «Me estás mixtificando». Terejov le mostró el permiso para inspeccionar la Cárcel interior de la MGB. «¡Como éste se pueden fabricar quinientos!». Abakumov hizo un ademán. Era patriota de los *Órganos*, y lo que más le ofendía no era hallarse encarcelado, sino que se pretendiera recortar los derechos de los *Órganos*, que no tenían que estar subordinados a nada en el mundo. En julio de 1953, Riumin fue juzgado en Moscú y fusilado. ¡Y Abakumov seguía preso! En los interrogatorios decía a Terejov: «Tienes unos ojos demasiado bonitos[101], *¡qué pena me va a dar fusilarte!* Apártate de mi sumario, apártate por las buenas». En una ocasión, Terejov lo llamó y le dio a leer el periódico donde se comunicaba que Beria había sido desenmascarado. Aquello fue para todos un impacto, casi cósmico. Abakumov lo leyó, y sin un solo gesto, dio la vuelta al periódico y se puso a leer la página de los deportes. En otra ocasión, cuando en el interrogatorio estaba presente un encumbrado emegebista, hacía poco subordinado a Abakumov, éste le preguntó: «¡¿Cómo pudisteis consentir que la instrucción del sumario de Beria lo llevara el Ministerio público y no la MGB?! (¡Le escarabajeaba lo suyo!)». «¿¡Y tú crees que a mí, al ministro de la Seguridad del Estado, me van a *juzgar*!?». «Sí». «¡Entonces ponte una *chistera*, se acabaron los *Órganos*…!». (Veía demasiado negras las cosas, aquel recadero ignorante). Estando en la Lubianka, Abakumov no temía el juicio, temía a que lo envenenaran (otra muestra de que era hijo digno de los *Órganos*). Rechazó rotundamente la comida carcelaria y sólo comía huevos que compraba en la cantina. (En esto le falló la imaginación técnica, creía que los huevos no se pueden envenenar). De la riquísima biblioteca de la Lubianka cogía libros… ¡sólo de Stalin! (el que lo había metido en la cárcel)… Más bien era por exhibicionismo, o un cálculo de que los seguidores de Stalin tenían que vencer. Se pasó en la cárcel dos años. ¿Por qué no lo soltaban? La pregunta no es tan ingenua. Si se hubiesen tenido en cuenta sus crímenes contra la Humanidad, la sangre hubiera debido llegarle al cuello, pero no era él sólo. Y todos los demás salieron airosos. Es otro enigma: un rumor sordo asegura que él, en otros tiempos, apaleó personalmente a Liuba Sedi, nuera de

Kruschov, la esposa de su hijo mayor, que fue condenado en los tiempos de Stalin a un batallón de castigo y allí murió. Por eso, aunque encarcelado por Stalin, fue juzgado en tiempos de Kruschov (en Leningrado) y el 18 de diciembre de 1954 fusilado[102].

Su pesimismo carecía de fundamento: los *Órganos* no se acabaron por eso.

La sabiduría popular aconseja: si hablas contra el lobo, habla también en favor del lobo.

¿Cómo apareció esta raza de lobos entre nuestro pueblo? ¿Acaso no es de nuestra raíz? ¿No es de nuestra sangre? Sí, es de la nuestra.

Sin agitar demasiado los mantos blancos de justos, hagámonos cada uno esta pregunta: si mi vida hubiera dado un giro distinto, ¿sería yo un verdugo igual que éstos?

La *pregunta* es terrible, si se pretende responder a ella con honradez.

Recuerdo mi tercer año en la Universidad, el otoño de 1938. A los mozalbetes komsomoles nos llamaron al comité del distrito del komsomol; una y otra vez, y casi sin preguntarnos nuestros deseos, nos metían por las narices encuestas a rellenar: basta ya de Física, Matemáticas y Química, la Patria necesita que ingreséis en las escuelas de la NKVD. (Siempre pasa igual, no lo necesita éste o aquél, sino la Patria misma, y lo que a la Patria le conviene lo sabe perfectamente algún preboste y en nombre de ella habla).

Un año antes, el mismo comité nos quería enrolar en las escuelas de aviación. Y también nos escurrimos (nos daba pena dejar la Universidad), pero no con la firmeza de ahora.

Un cuarto de siglo después se puede pensar: claro, es que sabíais que en torno bullían los arrestos, que torturaban en las cárceles y a qué sitio inmundo os arrastraban. ¡¡No!! Los furgones rodaban de noche y nosotros éramos los otros, los diurnos, los de las banderas. ¿De dónde íbamos a saber y por qué debíamos pensar en los arrestos? ¿Que habían renovado a todos los jefes regionales? Eso nos tenía sin cuidado. Encarcelaron a dos o tres profesores, bah, como con ellos no andábamos de parranda; además, los exámenes se ponían más fáciles. Los de veinte años marchábamos en las columnas de coetáneos de octubre y como coetáneos nos esperaba el futuro más radiante.

No es fácil precisar aquella cosa interior, no sostenida por razón alguna, que nos impedía dar la conformidad de ingreso en las escuelas de la NKVD. Esto no se aprendía en las lecciones de materialismo histórico: allí precisamente te enterabas de que la lucha contra el enemigo interno era un frente caliente, una misión de honor. Eso también estaba reñido con nuestra conveniencia práctica: una Universidad de provincia entonces sólo nos podía ofrecer una escuela rural en algún lugar remoto y un salario escaso; las escuelas de la NKVD nos prometían raciones y salarios dobles o triples. Nuestras sensaciones no se podían expresar con palabras (aunque las supiéramos, nos habríamos cuidado de expresarlas unos a los otros). Lo que se

resistía no era la cabeza, sino alguna parte del pecho. Ya te podían gritar de aquí y de allí: «¡es necesario!», y tu propia mente también: «¡es necesario!», pero el pecho se resistía: «No quiero, ¡ME REVUELVE LAS TRIPAS! Allá vosotros, que yo no entro en eso».

Eso venía de muy lejos, quizá de Lermontov[ak], de aquellos decenios de la vida rusa en que, para el hombre decente, no había servicio peor ni más detestable que el de gendarme, lo cual se expresaba sin rebozo alguno. No, de más lejos aún. Sin saberlo nos redimíamos con el cobre por el que cambiamos el oro de nuestros antepasados, de aquellos tiempos en que la moral no se consideraba aún relativa y cuando el bien y el mal se distinguían simplemente con el corazón.

No obstante, alguno de los nuestros se enroló en aquello. Creo que si hubieran presionado con mucha fuerza, nos habrían quebrantado a todos. Y ahora quiero imaginarme: ¿Y si al empezar la guerra ya hubiera llevado yo las insignias de teniente en los galones azules? ¿Qué hubiera sido de mí? Claro, ahora puedo confortarme, pensando que mis vísceras no lo habrían soportado, que allí me hubiera plantado, hubiera pegado un portazo. Pero, tumbado en la litera de la cárcel, rememoré mi verdadero camino de oficial y me asusté.

No llegué a oficial directamente del aula, no derrengado de tanto cálculo integral; anteriormente había servido medio año como soldado y, al parecer, a través de mi pellejo, supe qué significaba estar siempre dispuesto a obedecer con la barriga vacía a gente que quizá no fuera digna de ti. Y después otro medio año me martirizaron en la escuela de cadetes. Entonces tenía que haber asimilado para siempre el amargor del servicio de soldado si había sentido en mi pellejo el frío y los sabañones. Pues, no. Para consolarme me pusieron dos estrellas en los galones, después la tercera y la cuarta y lo olvidé todo…

Entonces, ¿conservé el amor a la libertad del estudiante? En la vida lo tuvimos. Nuestro amor era por las formaciones, amor por las marchas.

Recuerdo muy bien que, precisamente en la escuela, experimenté la ALEGRIA DE LA SIMPLIFICACIÓN: de ser un militar y NO RECAPACITAR. LA ALEGRIA DE LA INMERSIÓN en aquello de *cómo viven todos*, cómo está *aceptado* en nuestro ambiente militar. La alegría de olvidar ciertas delicadezas espirituales aprendidas en la infancia.

En la escuela de cadetes andábamos siempre con hambre; estudiábamos la manera de raspar un cacho de más; nos observábamos celosamente unos a otros (algunos se dieron maña). Lo que más temíamos era no llegar a lucir los galones de oficial (los que no terminaban eran enviados a Stalingrado). Y nos enseñaban como a las fieras jóvenes: para enfierecernos más, para que después quisiéramos desquitarnos en alguien. Dormíamos poco, pero después de la retreta podían obligamos, como castigo, a marcar el paso solos (bajo las órdenes de un sargento). O de noche levantaban a todo el pelotón y lo formaban en torno a una bota sucia: ahora este canalla limpiará la bota, y hasta que brille, aquí os quedaréis todos.

Y, en la vehemente espera de los galones, ensayábamos los ampulosos andares de oficial y la voz metálica de las órdenes.

Y por fin nos atornillamos los cuadrados. Y, al mes escaso, cuando formaba mi batería en la retaguardia, obligué a mi negligente soldado Berbeniov a marcar el paso después de la retreta bajo el mando del indómito sargento Metlin… (¡Yo aquello lo tenía OLVIDADO, lo olvidé sinceramente con los años! Lo recuerdo ahora, inclinado sobre las cuartillas)… Y un viejo coronel que estaba de inspección, me llamó y me abochornó. Y yo (¡había terminado la Universidad!) me justificaba: así nos lo enseñaron en la escuela. O sea: ¿acaso podía haber razones humanitarias si estábamos en el Ejército?

(Tanto más en los *Órganos*)…

El corazón cría orgullo, como tocino el cerdo.

Yo disparaba órdenes incontestables contra mis subordinados, convencido de que no podía haber nada igualable a aquellas órdenes. Hasta en el frente, donde la muerte, al parecer, nos equiparaba, mi poder me convenció rápidamente de que yo era de calidad superior. Sentado, los escuchaba a ellos, de pie, cuadrados. Les cortaba la palabra, les hacía indicaciones. A padres y abuelos los trataba de «tú» (ellos a mí de «usted», claro). Los enviaba, bajo los proyectiles, a empalmar los cables rotos, para que los superiores no me lo reprocharan (Andriashin murió así). Comía mi mantequilla de oficial con galletas, sin pararme a pensar por qué a mí me correspondía y no al soldado. Claro, tenía ordenanza, al que yo cargaba de preocupaciones y obligaba a cuidar de mi persona y a prepararme toda la comida aparte de los soldados. (Los jueces de instrucción de la Lubianka no tienen ordenanza; de ellos no puedes decir eso). Obligaba a los soldados a dar el callo, a excavarme refugios especiales en cada nuevo lugar y poner troncos gordos, para que yo estuviera cómodo y seguro. Oigan, perdón, pero en mi batería había también calabozo —¿cómo podía ser en el bosque?—, también un pozo, quizás algo mejor que el del grupo de Gorojovets, porque estaba techado y daban la comida de los soldados, y allí estuvo Viushkov, por perder un caballo, y Popkov, por mal estado de la carabina. Perdón, recuerdo algo más: me hicieron un portamapas de cuero alemán (no de cuero humano, no, del asiento del chófer), pero no tenía correa. Yo estaba desconsolado. De pronto, a un comisario de un destacamento guerrillero (del comité del distrito local) le vi una correa como la que me hacía falta, y se la quitamos: ¡nosotros éramos el Ejército, éramos superiores! (¿Se acuerdan de Senchenko, el agente?). Y cómo me agarraba a mi pitillera carmesí, y bien que la recordé cuando me la quitaron…

Eso hacen con el hombre unos galones. ¡Y qué fue de los consejos de mi abuela ante el icono! ¡Y qué fue de las ilusiones de pionero sobre la futura Santa Igualdad!

Y cuando en el puesto de mando del jefe de la brigada, me arrancaron los del SMERSH los malditos galones y me quitaron la correa y me empujaban hacia su coche, con mi destino vuelto del revés, tanto más me dolía que, degradado, tenía que

cruzar la habitación de los telefonistas. ¡Los soldados rasos no deberían verme con aquellas trazas!

Al día siguiente, después del arresto comenzó mi calvario a pie: desde el contraespionaje del Ejército al del Frente, marchaba por etapas otra captura más. De Osterode a Bronitsi nos mandaban a pie.

Cuando me sacaron del calabozo para formar, ya había siete arrestados, repartidos en tres parejas y media, de espaldas a mí. Seis de ellos llevaban unos capotes rusos, gastados, viejos, en cuya espalda llevaban, con una pintura blanca imborrable, dos letras grandes: «SU». Quería decir «Soviet Union»; yo ya conocía la marca; en más de una ocasión la vi en las espaldas de nuestros prisioneros rusos, que, tristes y culpables, se arrastraban al encuentro del Ejército que los *liberaba*. Los había liberado, pero no había alegría mutua en esa liberación: sus compatriotas les lanzaban miradas más sombrías que a los alemanes, y en una retaguardia muy próxima les pasaba eso: los metían en la cárcel.

El séptimo arrestado era un alemán en traje de paisano con chaleco negro, abrigo negro y sombrero negro. Ya había rebasado los cincuenta, y era alto, bien cuidado, de cara blanca, criada con comida blanquita.

Me pusieron en la cuarta pareja, y el sargento tártaro, jefe del convoy, me mandó, con un ademán, que cogiera mi maleta, sellada, que estaba un poco apartada. En aquella maleta iban mis cosas de oficial y todo lo escrito por mí, lo que me cogieron para mi condena.

¿Yo coger la maleta? Él, un sargento, ¿quería que yo cogiera y llevara la maleta? ¿Un objeto voluminoso, prohibido por el nuevo reglamento de régimen interior? ¿Y conmigo, con las manos vacías, iban seis rasos? ¿Y un representante de la nación derrotada?

Yo no se lo expliqué tan complicadamente al sargento, pero dije:

—Soy oficial. Que lo lleve el alemán.

Ninguno de los arrestados volvió la cabeza en mi dirección: estaba prohibido volverse. Sólo mi pareja, otro SU, me miró asombrado (cuando ellos abandonaron nuestro Ejército aún no era así).

Pero el sargento del contraespionaje no se asombró. Aunque a sus ojos, claro, yo no era un oficial; pero teníamos la misma escuela. Llamó al inocente alemán y le ordenó llevar la maleta; menos mal que aquél no había entendido nuestra conversación.

Todos los demás pusimos las manos a la espalda (los prisioneros no tenían ni mochila, y así como salieron de la patria con las manos vacías, con ellas vacías retornaban), y nuestra columna de cuatro parejas en reata, emprendió el camino. La escolta no estaba para hablar; unos con otros lo teníamos totalmente prohibido en el camino, en los altos, o al hacer noche… Procesados, teníamos que caminar cada uno

como separado por unos tabiques invisibles, como estrangulado en su propio calabozo.

Eran días inconstantes de una primavera temprana. A veces se esparcía una neblina rala, y el barro líquido chapoteaba con desaliento bajo nuestras botas, hasta en la carretera con firme. A veces, el cielo escampaba, y un sol blanducho y amarillo, de un amarillo suave, aún inseguro de su poder, calentaba los montículos, casi sin nieve ya, y nos ofrecía, diáfano, el mundo que íbamos a dejar. Otras, llegaba una bocanada de viento racheado enemistoso, que arrancaba de las nubes negras una nieve que no parecía blanca, nos la arrojaba, fría, a la cara, a la espalda, a los pies, empapándonos los capotes y los peales.

Seis espaldas ante mí, las mismas seis espaldas. Tenía tiempo para estudiar, observar y observar los irregulares y abominables sellos SU y el negro paño, formando aguas, en la espalda del alemán. Tenía tiempo para hacer un recuento de la vida pasada y para comprender la presente. Pero no era capaz. Aun después del estacazo, seguía sin comprenderla.

Seis espaldas. Ni aprobación ni condena había en su vaivén.

El alemán se cansó pronto. Pasaba la maleta de una mano a la otra, se llevaba la mano al pecho, hacía señas a la escolta de que ya no podía más. Y entonces su pareja, un prisionero, que Dios sabía lo que habría experimentado hacía poco en el cautiverio alemán (o quizá también clemencia), por voluntad propia cogió la maleta y la llevó.

Después le relevaron otros prisioneros, también sin órdenes de la escolta. Y otra vez el alemán.

Pero no yo.

Y nadie me decía una palabra.

En una ocasión nos cruzamos con una larga columna de carros vacíos. Los carreteros observaban interesados; algunos se ponían de pie en el carro, fisgaban. Pronto comprendí que su alborozo y su odio iban dirigidos contra mí —yo destacaba ostensiblemente de los demás: mi capote era nuevo, largo, entallado, hecho a medida, aún no llevaba descosidas las tirillas del cuello, y el sol saliente arrancaba destellos de oro barato en los botones sin cortar. Se veía perfectamente que yo era un oficial, fresco aún, recién atrapado. Quizá la propia caída era en parte lo que excitaba alegría (era un asomo de justicia), aunque lo más probable era que en sus cabezas, embutidas de conferencias políticas, no cabía que lo mismo hubieran podido coger a su jefe de compañía, y decidieron a una que yo venía del OTRO lado.

—¡Te han echado el guante, cabrón vlasovista…! ¡Hay que fusilarlo, canalla! —gritaban, excitándose, los carreteros, pletóricos de ira de retaguardia (el patriotismo más fuerte se da en la retaguardia), y, entre juramentos, me decían muchas cosas más.

Para ellos, yo era un caballero de industria internacional, al que agarraron por fin, con lo que, desde ahora, la ofensiva marcharía más rápida y la guerra acabaría antes.

¿Qué les iba a responder yo? Tenía prohibida una sola palabra, cuando a cada uno tendría que contarle toda mi vida. ¿Cómo darles a entender que yo no era un espía?

¿Que era amigo de ellos? ¿Que por ellos estaba aquí? Yo sonreía… Mirando en su dirección, les sonreía desde la columna de arrestados. Pero mis dientes, asomados con la sonrisa, les parecieron la peor burla, y con mayor ira y mayor crueldad me gritaban insultos y me amenazaban con el puño.

Yo sonreía, orgulloso de que fuera arrestado no por ladrón, no por traidor o desertor, sino porque con la fuerza de la intuición había descifrado los malvados secretos de Stalin. Sonreía porque quería, y tal vez lo consiguiera, arreglar un poquitín nuestra vida rusa.

Y, entretanto, mi maleta la llevaban otros…

Y no sentía por ello el más mínimo remordimiento. Y si mi vecino —con cara demacrada, cubierta de un suave bozo de dos semanas y ojos llenos de padecimiento y de comprensión— me hubiera reprochado, allí mismo, en puro ruso, el haber humillado la dignidad de un arrestado recurriendo a la ayuda de la escolta; que me colocaba por encima de los demás; que era soberbio, ¡yo no le habría ENTENDIDO! ¡Simplemente, no habría entendido A QUÉ se refería! ¿Acaso no era yo un oficial…?

Si siete de nosotros tuvieran que morir en el camino, y al octavo pudiera salvarlo la escolta, ¿qué me hubiera impedido gritar?:

—¡Sargento, sálveme a mí! ¡Mire, soy oficial!

Eso es un oficial, aun cuando sus galones no sean azules.

¿Y si, además, son azules? ¿Si, además, le han inculcado que es la sal de la oficialidad? ¿Que le confían más cosas que a los demás, que sabe más que los demás y que por todo eso tiene que meter la cabeza del procesado entre las piernas, y en esa posición embutirlo en la alcantarilla?

¿Embutirlo? Y ¿por qué no…?

Yo me estaba atribuyendo una abnegación desinteresada, y, sin embargo, era un auténtico verdugo. Y si hubiera caído en una escuela de la NKVD, con Ezhov, o con Beria, habría alcanzado la sazón…

El lector que espere encontrar en este libro una acusación política, ciérrelo en este sitio.

¡Si todo fuese tan sencillo!; de que hay en algún sitio unos hombres negros, que perpetran con perfidia negras acciones y que bastará con aprender a distinguirlos de los demás y aniquilarlos. Pero la divisoria entre el bien y el mal pasa por el corazón de cada humano. ¿Quién aniquilaría un trozo de su corazón…?

Mientras dura la vida de un corazón, esta divisoria se desplaza por él, ora reducida por el gozoso mal, ora cediendo espacio a la bondad radiante. El mismo hombre, en sus distintas edades, en distintas situaciones vitales, es un hombre totalmente diferente. Unas veces está más cerca del diablo. Otras, del santo. Y su nombre no cambia, y a él se lo atribuimos todo.

Sócrates nos legó: ¡*Conócete a ti mismo*!

Y ante la fosa, en la que ya nos disponíamos a empujar a nuestros ofensores, nos detenemos pasmados: ¡si los verdugos son ellos y no nosotros, se debió únicamente a

las circunstancias!

Pero si Maliuta Skuratov[al] nos hubiera reclamado a *nosotros*, quizá no habríamos fallado…

Del bien al mal hay un paso, dice el proverbio.

Entonces, del mal al bien, otro tanto.

En cuanto se alzó en la sociedad el recuerdo de aquellas tropelías y torturas, desde todas partes empezaron a explicarnos, a escribir, a objetar: ¡ALLÍ (en la NKVD-MGB) también había gente *buena*!

A esos «buenos» los conocemos: son los que susurraban a los viejos bolcheviques: «¡aguanta!», y hasta les pasaban un bocadillo; pero trataban a todos los demás sin miramientos, a patadas. Bueno, más por encima de los partidos —gente que fuera humanamente buena—, ¿la había allí?

Ante todo, allí no debe haberlos: a los buenos procuraban no cogerlos; cuando ingresaban, sabían descubrirlos. Pero ellos mismos hacían lo posible para no caer allí[103]. El que caía por error, se hacía a aquel ambiente, o era rebotado, era desahuciado y hasta se dejaba caer en los raíles. Y, no obstante, ¿quedaba alguno…?

En Kishiniov un joven cagebista fue a casa de Shipovalnikov un mes antes del arresto: ¡váyase, váyase, que quieren arrestarle! (¿¿fue él??, ¿fue su madre que envió a un sacerdote para que lo salvara?). Y después del arresto, a él mismo le tocó escoltar al padre Victor. Y padecía el hombre: ¿por qué no se fue entonces?

O este caso. Tenía yo un jefe de pelotón, el teniente Ovsiannikov. No había en el frente un hombre más íntimo mío. Durante media guerra comimos del mismo plato y lo hicimos bajo la metralla, entre una explosión y otra, para que la sopa no se enfriara. Era un muchacho campesino, con un alma tan pura y una mirada tan no preconcebida, que ni la escuela ni la oficialidad le habían estropeado. Él me suavizó en muchos aspectos. Hacía uso de su grado de oficial sólo para una cosa: cómo conservarles la vida y las fuerzas a sus soldados (entre los que había muchos de cierta edad). Por él me enteré cómo era hoy el campo y qué eran los koljoses. (Hablaba de ello sin irritación, sin una protesta, por la misma razón por la que el agua del bosque refleja los árboles hasta la última rama). Cuando me detuvieron, quedó conmocionado, me escribió el mejor curriculum posible y lo llevó a la firma del jefe del grupo. Licenciado, buscó a través de mis familiares la forma de ayudarme (era el año 1947, que muy poco se diferenciaba del 37). Temí por él, en el sumario, de que se pusieran a leer mi «Diario de guerra»: allí había relatos suyos. Cuando me rehabilité, en 1957, sentí muchas ganas de encontrarlo. Recordaba su dirección en la aldea. Le escribí, una y otra vez, y no recibí respuesta. Entonces indagué, y supe que había terminado el Instituto pedagógico de Yaroslav; de allí me respondieron: «fue destinado a los Órganos de la Seguridad del Estado». ¡Vaya! ¡Tanto más interesante! Le escribí a su dirección en la ciudad, y no recibí respuesta. Pasaron varios años; fue publicado *Iván Denísovich*. ¡Ahora sí que tenía que responder! ¡Pues, no! Tres años más tarde pedí a un Corresponsal mío en Yaroslav que fuera a su casa y le entregara

la carta en propia mano. Así lo hizo, y me escribió; saqué la impresión de que no había leído *Iván Denísovich*… Hace bien, ¡qué necesidad tiene de saber qué pasa después con los condenados…! Esta vez Ovchinnikov ya no podía seguir guardando silencio, y me respondió: «Después del Instituto, me propusieron ingresar en los *Órganos* y me imaginé que aquí igualmente me iría bien. (¿Qué le *iría bien.*…?). No tenía éxitos en el nuevo campo de acción; había algo que no me gustaba; pero trabajo "sin estaca"; en conciencia, no creo que vaya a hacer ninguna faena al compañero. (Vaya una justificación: ¡el compañerismo!). Ahora ya no recapacito en el futuro».

Y nada más… Y que, al parecer, las cartas anteriores no las recibió. No quiere verse conmigo. (Si nos hubiéramos encontrado, probablemente hubiera escrito mejor todo este capítulo). En los últimos años de Stalin ya era juez de instrucción. En aquellos años, cuando colgaban *veinticinco* a todo el mundo. ¿Cómo allí, en conciencia, se pudo recompaginar todo eso? ¿Cómo se nubló? Recuerdo a aquel muchacho de manantial, abnegado, ¿acaso puedo creer que la cosa no tiene vuelta de hoja? ¿Que no queda en él algún brote vivo?

Cuando el juez de instrucción Goldman entregó a Vera Korneeva el sumario para que lo firmara, ella comprendió que tenía sus derechos y empezó a leerlo con detenimiento; la causa era contra los diecisiete miembros de su «grupo religioso». El juez se puso frenético, pero no podía impedírselo. Para no aburrirse con ella, la trasladó a una amplia oficina, con media docena de funcionarios, y se marchó. Primero, Korneeva estuvo leyendo; después surgió la conversación, quizá porque los funcionarios querían matar el tiempo, y Vera se puso a predicar la religión en voz alta. (Hay que conocerla. Es una mujer que irradia luz, muy despierta y buena conversadora, aunque sólo había trabajado, de fontanera, en una caballeriza y en su casa). La escucharon como a escondidas, en ocasiones profundizando con preguntas. Aquello aparecía ante todos ellos bajo un ángulo inesperado. La habitación se llenó; acudían de otras. No eran los jueces instructores: eran mecanógrafas, taquígrafas, encuadernadoras de legajos, pero era el ambiente *de ellos*, de los *Órganos*, el año 1946. Me es imposible reconstruir su monólogo; le dio tiempo a decir muchas cosas. Sobre los traidores a la patria también; ¿por qué no los hubo en la guerra patria de 1812, con el régimen de servidumbre? ¡Debía parecer natural que entonces los hubiera! Pero, sobre todo, habló de la fe y de los creyentes. «ANTES —decía—, todo lo vuestro se apoyaba en las pasiones desatadas: "roba lo robado", y entonces los creyentes, claro, os estorbaban. Pero ahora, cuando queréis CONSTRUIR y sentiros completamente felices en este mundo, ¿por qué perseguís a vuestros mejores ciudadanos? Para vosotros es el material más apreciado: los creyentes no necesitamos control, el creyente no robará, no escurrirá el bulto en el trabajo. ¿Os proponéis levantar una sociedad justa con pancistas y envidiosos? Todo se os vendrá abajo. ¿Para qué escupís a los mejores en el alma? Dad a la Iglesia una verdadera separación; no la toquéis; con eso no perderéis. ¿Sois materialistas? Pues confiad en el avance de la cultura, en que ella aviente la religión. ¿Para qué arrestar?». En eso

entró Goldman y quiso cortarla groseramente. Pero todos le gritaron: «¡Anda, ya…! ¡Cállate la boca…! ¡Habla, habla, mujer!». (¿Qué nombre darle? ¿Ciudadana? ¿Camarada? Todo eso estaba prohibido, enredado en convencionalismos. ¡Mujer! Como Cristo la llamó, no te equivocarás). ¡¡Y Vera continuó en presencia de su juez de instrucción!!

Aquellos oyentes de Korneeva, en la oficina de la KGB… ¿Por qué llegó hasta ellos tan viva la palabra de una insignificante presa?

El propio D. P. Terejov recuerda aún hoy su primer condenado a muerte: «Me daba pena de él». Ese recuerdo se mantiene en algo cordial. (Pero, desde entonces, a muchos ya no los recuerda y ya no lleva la cuenta[104]).

Por muy insensibles que sean los guardianes de la Casa Grande, el núcleo más interior del alma, la almendra de la almendra, eso tienen que conservarlo, ¿verdad? N. P-va cuenta que al interrogatorio la llevaba una GUARDIANA impenetrable, «muda y sin ojos», y de pronto, cerca de la Casa Grande, empezaron a estallar bombas, parecía que iban a caer sobre ellas. Y la guardiana se arrimó a la arrestada y llena de pánico la abrazó, buscando la fusión y la compasión humana. Pero cesó el bombardeo. Y otra vez desaparecieron los ojos: «¡Ponga las manos a la espalda! ¡Camine!».

Claro, el mérito no es tan grande: volverse humano con el miedo, *de cara* a la muerte. Igual que el amor a los hijos no es garantía de bondad (tras el «hombre muy de su hogar» con frecuencia se oculta un canalla). Elogian al presidente del Tribunal Supremo, I. T. Goliakov: le gustaba trabajar en su jardín, le gustaban los libros, andaba por las librerías de viejo, conocía bien a Tolstoi, Korolenko y Chejov, pero ¿qué asimiló de ellos? ¿A cuántos miles exterminó? O aquel coronel, amigo de la Iosse, que en el aislador de Vladimir prorrumpió en carcajadas cuando contaba que había encerrado a unos viejos judíos en un sótano con hielo; lo que más temía de su libertinaje era que se enterara su esposa: ella tenía fe en él, lo consideraba noble y él lo valoraba. Pero ¿quién se atreve a asegurar que eso era una cabeza de puente que el bien había establecido en su corazón?

¿Por qué, desde hace ya casi dos siglos, tienen tan insistente apego, al color celeste? En la época de Lermontov eran «¡y vosotros, uniformes azules!», después gorras azules, galones azules, les mandaron no resaltar tanto, los campos azules se ocultaban del agradecimiento popular, se reducían en sus cabezas y hombros y quedaron en ribetes, en tiritas estrechas, pero azules.

¿Una mascarada o algo más?

¿O es que todo lo negro tiene, aunque sea sólo a veces, que comulgar con el cielo?

Sería hermoso pensar así. Pero te enteras de qué forma Yagoda buscaba la santidad… Cuenta un testigo (de los que rodeaban a Gorki, entonces próximo a Yagoda): en su feudo de cerca de Moscú, en la antesala del baño, Yagoda había

colgado iconos especialmente para que él y su compañía, desnudos, descargaran contra ellos sus revólveres; después pasaban a bañarse…

¿Cómo entender eso: MALVADO? ¿Qué es eso? ¿Existe en la tierra?

Sería más adecuado para nosotros decir que no puede haberlos, que no los hay. En los cuentos está permitido describir a malvados: para los niños, para simplificar el cuadro. Pero cuando la gran literatura mundial de los siglos anteriores talla una tras otra imágenes de malvados de un negro espeso —Shakespeare, Schiller, Dickens—, nos huele un poco a barracón de feria, poco acorde con el sentir de hoy. Pero lo que importa es cómo están dibujados esos criminales. Esos malvados tienen perfecta conciencia de su maldad y de que su alma es negra. Y razonan así: si no hago mal, no vivo. A ver si enfrento al padre contra el hermano. Me deleitaré con los padecimientos de la víctima. Yago dice sin tapujos que sus objetivos e impulsos son negros, nacidos del odio.

No, eso no ocurre así. Antes de hacer mal, el hombre tiene que concebir el mal como un bien o como una acción lógica, con sentido. Así es, por suerte, la naturaleza del hombre, que tiene que buscar JUSTIFICACIÓN a sus hechos.

Las justificaciones de Macbeth eran muy endebles y la vergüenza acabó con él. Yago es otro borrego. Tan sólo una docena de cadáveres agotaban la fantasía y las fuerzas espirituales de los criminales shakespearianos. Eso les pasaba por carecer de *ideología*.

¡La ideología!, he aquí lo que da la justificación buscada a la maldad y la requerida dureza prolongada al malvado. La teoría social que ante él mismo y ante los demás le ayuda a blanquear sus actos y a escuchar, en lugar de reproches y de maldiciones, loas y honores. Así, los inquisidores se confortaban con el cristianismo; los conquistadores, con el engrandecimiento de la patria; los colonizadores, con la civilización; los nazis, con la raza; los jacobinos (anteriores y posteriores), con la igualdad, la fraternidad y la felicidad de las generaciones futuras.

Gracias a la ideología, al siglo XX le ha tocado conocer la maldad cometida contra millones de seres. Es algo que no se puede refutar, orillar, silenciar: ¿cómo nos atrevemos entonces a insistir en que no hay malvados? ¿Quién aniquiló entonces a esos millones? Sin malvados no hubiera habido Archipiélago.

Entre 1918 y 1920 corrió el bulo de que las Checas de Leningrado y de Odesa no fusilaban a todos sus condenados, que con algunos alimentaban (vivos) a los animales en los zoológicos de esas ciudades. No sé si es verdad o calumnia y, si hubo esos casos, cuántos fueron. Pero yo no me pondría a buscar pruebas: tomando la costumbre de los ribetes azules, yo les propondría que ellos nos demostraran que eso es imposible. ¿Pero con el hambre de aquellos años, de dónde iban a sacar carne para el zoológico? ¿Quitárselo a la clase obrera? Si aquellos enemigos de todas maneras iban a morir, ¿por qué con su muerte no coadyuvar a la cría de fieras en nuestra República y, de esta forma, colaborar en nuestro avance hacia el futuro? ¿Acaso no es *racional*?

Ésa es la raya que no traspasará el malvado de Shakespeare, pero el malvado con ideología la traspasa y conserva los ojos imperturbados.

En Física existen las magnitudes o efectos de *umbral*. Son aquellos que no existen hasta franquear un UMBRAL que la Naturaleza conoce, que la Naturaleza ha codificado. Del litio, por mucho que lo alumbremos con luz amarilla, no se desprenderán electrones, pero es suficiente encender una débil luz azul para que libere esos electrones (¡ha sido franqueado el umbral del efecto fotoeléctrico!).

Enfriando el oxígeno a algo más de cien grados y sometiéndolo a las presiones más fuertes, no lograremos que el gas se rinda. Pero al rebasar los ciento dieciocho, el gas fluirá, será ya líquido.

Al parecer, también la maldad es una magnitud de umbral. Si vacila el hombre, se mueve la vida entera entre el mal y el bien, cae, resbala, trepa, se arrepiente, vuelve a nublarse, pero mientras no haya cruzado el umbral de la maldad, en sus posibilidades está el retorno y él se mantiene aún en el campo de nuestra esperanza. Pero si, por la importancia de sus maldades o por cierto grado de ellas o por lo absoluto de su poder atraviesa de pronto el umbral, él se separa de la Humanidad. Probablemente para siempre.

Desde la Antigüedad, la gente ve en la Justicia una dicotomía: el bien que triunfa y el mal que se castiga.

Tenemos la dicha de haber llegado a una época en la que no es que el bien triunfe, pero en la que no siempre se le persigue con perros. Al apaleado, al enclenque, ahora le está permitido entrar con sus andrajos, sentarse en un rincón, aunque sin abrir la boca.

Y nadie se atreve a nombrar el mal. Sí, estuvieron abusando del bien, pero no hubo mal. Sí, unos cuantos millones rodaron por el talud, pero no hay culpables. Y si alguien se atreve a piar: «entonces, qué pasa *con los que*»…, desde todas partes surge en son de reproche, y al principio en tono amistoso: «Bueno, camaradas: ¡Dejemos de hurgar en las *viejas heridas*[105]!». Pero después, con una estaca: «¡A callar supervivientes, con lo bien que estabais presos!».

Pues bien. En Alemania Occidental, en 1966, fueron condenados OCHENTA Y SEIS MIL criminales nazis[106]. Nos empapuzamos, no escatimamos páginas ni horas de emisión para eso, y después del trabajo aún nos quedamos a un mitin para votar: ¡ES POCO! ¡86 000 es poco! ¡Y 20 años también son pocos! ¡Que sigan!

Y en nuestro país condenaron (según afirma el Colegio Militar del Tribunal Supremo) a unas DIEZ PERSONAS.

Lo que ocurre más allá del Oder y del Rin eso nos duele. Pero lo que ocurre en los alrededores de Moscú y de Sochi tras unas vallas verdes, o que los asesinos de nuestros maridos y nuestros padres caminen por nuestras calles y les cedamos el paso, eso no nos duele, no nos preocupa, eso es «remover lo pasado».

Pero si traducimos a nuestra escala esos 86 000 alemanes occidentales, ¡para nuestro país resultarían un CUARTO DE MILLÓN!

Pero en un cuarto de siglo no hemos dado con ninguno de ellos, no les hemos citado a ninguno a juicio, nos da miedo hurgar en *sus* heridas. Y como símbolo de todos ellos, en la calle de Granovski, número 3, vive Molotov, engreído, obtuso, que hasta hoy no ha cambiado de opinión, todo él empapado de nuestra sangre; atraviesa noblemente la acera para meterse en un automóvil largo y ancho.

Es un acertijo que los contemporáneos no lograremos adivinar: ¿POR QUÉ a Alemania le es dado castigar a sus malvados y a Rusia no le es dado? ¿Qué camino funesto nos espera si no podemos sacudirnos esa inmundicia que se pudre en nuestro cuerpo? ¿Qué puede enseñar Rusia al mundo?

En los procesos judiciales alemanes se observa, acá y allá, un fenómeno asombroso: el condenado se echa las manos a la cabeza, renuncia a la defensa y no pide nada más al Tribunal. Dice que la lista de sus crímenes, revivida y proyectada ante él de nuevo, le llena de asco y no quiere seguir viviendo.

Esta es la mayor victoria de un Tribunal: cuando el delito está tan condenado, que hasta el propio delincuente se asusta.

Un país que ochenta y seis mil veces condenó el mal desde la mesa del juez (y lo condenó irrevocablemente en los libros y entre la juventud), año tras año, peldaño tras peldaño, se depura de él.

¿Qué hemos de hacer nosotros…? Llegará un día en que nuestros descendientes darán a algunas de nuestras generaciones el nombre de «generaciones de los calzonazos»: primero, millones de nosotros permitimos dócilmente que nos azotaran y luego mimamos a los asesinos en su vejez feliz.

¿Qué hacer si la gran tradición de la penitencia rusa se les antoja incomprensible y ridícula? ¿Qué hacer si su miedo cerval a soportar la centésima parte de lo que hicieron a otros es más fuerte en ellos que el afán de justicia? ¿Si, en codicioso manojo, se aferran a una cosecha de bienes abonada con la sangre de los muertos?

Cierto que los que movían la picadora de carne en 1937 ya no son jóvenes, pues estarán entre los cincuenta y los ochenta, o sea, que la mejor parte de su vida la pasaron sin escasez, en la abundancia, con todo confort, por lo cual ha pasado mucho tiempo y ya no se les puede aplicar una venganza EQUIVALENTE.

Pero aunque seamos generosos, no los fusilemos; no los atiborremos de agua salada; no los «encerremos» con miles de chinches; no los sometamos al tormento del potro; no los mantengamos firmes sin dormir durante semanas, no les asestemos patadas, ni porrazos, ni les apretemos la cabeza con aros de hierro, ni los empotremos en la celda como si fuesen maletas, poniéndolos a unos encima de otros, aunque no hagamos nada de lo que ellos han hecho. ¡Pero ante nuestro país y ante nuestros hijos estamos obligados a BUSCARLOS A TODOS y A JUZGARLOS A TODOS! Juzgarlos no tanto a ellos como sus crímenes. Lograr que cada uno de ellos diga por lo menos en voz alta:

—Sí, soy un verdugo y un asesino.

Y si eso se pronunciara en nuestro país SOLO un cuarto de millón de veces (en proporción, para no ser menos que Alemania Occidental), ¿no habría sido bastante?

En el siglo XX ya no se puede, durante decenios, hacer como que no se distingue entre las bestialidad condenable y lo «viejo» que es mejor «no menearlo».

Debemos condenar públicamente la IDEA misma de que unos hombres puedan castigar cruelmente a otros. Cuando callamos el mal, lo metemos en el cuerpo para que no asome: lo estamos SEMBRANDO, y mil veces volverá a brotar en el futuro. Si no castigamos y ni siquiera censuramos a los malvados, estamos haciendo algo más que cuidar su miserable vejez: estamos socavando por debajo de las generaciones futuras todas las bases de la Justicia. Por eso crecen «indiferentes», no por «la débil labor educacional». Los jóvenes asimilan que la vileza jamás se castiga en la tierra, que ayuda a prosperar.

¡Qué incómodo y qué terrible será vivir en un país así!

V.
La primera celda - El primer amor

¿Cómo es eso: la celda y a su lado el amor…? Ah, ya entiendo: probablemente en el bloqueo de Leningrado te encerraron en la Casa Grande. Ah, entonces está claro: si te quedaste con vida fue precisamente porque te metieron allí. Era el mejor sitio de Leningrado (y no sólo para los jueces de instrucción, que hasta vivían allí y en los sótanos tenían despachos contra los bombardeos). Bromas aparte, en Leningrado, entonces, la gente no se lavaba, una costra negra les tapaba la cara; pero, en la Casa Grande, al arrestado le daban un ducha caliente cada diez días. Cierto, sólo calentaban los pasillos para los guardianes, las celdas no tenían calefacción, pero en éstas había agua corriente y retrete. ¿En qué otro sitio de Leningrado lo había? Y de pan, como en la calle: ciento veinticinco gramos. Pero, además, una vez al día daban un caldo de carne de caballo. Y, otra vez, unas pocas gachas.

¡Envidiaba el gato la vida del perro! ¡Y el calabozo! ¡Y la *suprema*! No, no es por eso.

No es por eso…

Te sientas y recuerdas con los ojos cerrados: ¡En cuántas celdas habré estado! Es difícil contarlas. En cada una había gente… En ésta dos y en aquélla ciento cincuenta. En una estuve cinco minutos y en otra un largo verano.

Pero siempre, y sobre todas, ocupa un sitio aparte la primera celda, en la que encontraste a tus semejantes, a hombres con la misma suerte perdida. La recordarás durante toda la vida con la emoción con que quizá sólo recuerdes eso: el primer amor. Y los hombres que compartieron contigo el suelo y el aire del cubo de piedra aquellos días en que repensaste por completo toda tu vida, a estos hombres los volverás a recordar como si fueran de la familia.

¡Lo experimentado en la primera celda del sumario no tiene semejanza alguna con toda tu vida de ANTES ni con toda tu vida de DESPUÉS! Aunque hayan existido las cárceles durante milenios antes de ti y aunque las habrá después (quiero pensar que por menos tiempo)…, pero la única, la irrepetible es aquella en la que pasaste la instrucción.

Quizás aquello fue algo terrible para un ser humano. Una cuadra sin ventana, llena de piojos y chinches, sin ventilación, sin literas —nada más que el suelo sucio, un cajón llamado KPZ—, en el soviet rural, en el cuartel, en la estación o en el puerto**[107]** (las prevenciones son las que más abundan por la faz de nuestra tierra y en

ellas está la masa). El «calabozo» de la cárcel de Arjanguelsk, con los cristales embadurnados de minio, para que siempre llegue rojiza hasta ti la mutilada luz de Dios, y una bombilla permanente de quince vatios alumbre a perpetuidad desde el techo. O el «calabozo» en la ciudad de Choibalsán, donde en seis metros cuadrados de suelo había catorce personas apretujadas que, todas a una, cambian de posición las piernas. O alguna celda «psíquica» de Lefortovo, como la III, pintada de negro y también con una bombilla de veinte vatios encendida durante el día entero, pero en lo demás es como todas las de Lefortovo: suelo de asfalto, el grifo de la calefacción en el pasillo, en manos del guardián, y lo principal, durante muchas horas el rugido desgarrador (del túnel aerodinámico del vecino Instituto aerohidrodinámico, aunque cuesta creer que no es adrede); este rugido provoca que el plato y la taza se vayan desplazando por la mesa con la vibración; un rugido, que hace inútil intentar hablar, pero se puede cantar a voz en cuello y el guardián no te oirá, pero que, cuando cesa, te inunda un bienestar superior a la libertad.

Pero no te encariñas del suelo sucio, tampoco de las paredes sombrías, ni del olor del zambullo, sino de esos mismos con los que te vuelves una sola persona: algo que trepida entre vuestras almas; sus a veces asombrosas palabras; y los pensamientos que surgen dentro de ti precisamente allí, libres, flotantes, hasta los que hacía poco no hubieras podido auparte ni ascender.

Pero, a aquella primera celda, ¡cuánto te costó llegar! ¡Te mantuvieron en un foso, o en una cámara, o en un sótano! Nadie te dijo una palabra humana, nadie te miró con mirada humana; no hacían más que picotear con picos de hierro tu cerebro y tu corazón; tú gritabas y gemías y ellos reían.

Estuviste una semana o un mes solito entre enemigos, ya te despedías de la razón y de la vida; y saltaste de la batería de la calefacción para estrellarte la cabeza contra el cono de hierro del desagüe**[108]** y he aquí que, de pronto, vives, te han traído hasta tus amigos. Y la razón volvió a ti.

¡Eso es la primera celda!

Esperabas esa celda, soñabas con ella casi como con la liberación, pero te sacaban de una rendija para meterte en una guarida, de Lefortovo a la diabólica y legendaria Sujanovka.

Sujanovka es una cárcel terrible, una cárcel así sólo la tiene la MGB. Con ella meten miedo a nuestra gente, su nombre lo pronuncian los jueces instructores con un silbido tétrico. (A los que allí estuvieron después no se les puede preguntar: te sueltan un galimatías, o no quedaron con vida).

Sujanovka fue el monasterio de Ekaterininski, dos pabellones, la prisión y la prevención con 68 capillas. Hasta allí llevan en furgones tras un viaje de dos horas, y pocos saben que esa cárcel está a varios kilómetros de Gorki Leninskie, de la que fue finca de Zinaida Volkonskaya. El paisaje en torno es maravilloso.

Al llegar, al arrestado lo conmocionan metiéndolo de pie en un calabozo tan estrecho que, si no tienes fuerzas, sólo puedes sostenerte apoyando las rodillas contra

la pared. No hay otra forma. En ese calabozo te mantienen más de veinticuatro horas para amansarte el espíritu. En Sujanovka dan una comida suave, como en ningún otro sitio de la MGB, porque la traen de la casa de descanso de los arquitectos y no tienen cocina aparte para hacer brebaje de cerdo. Pero lo que se come un arquitecto —patatas fritas y albóndigas—, aquí lo reparten entre doce personas. Por eso, además de andar hambriento como en otros sitios, te irritas aún más.

Las celdas conventuales están calculadas para dos personas, los procesados por lo general se hallan solos. Las celdas miden metro y medio por dos[109]. En el piso de piedra están empotradas dos sillas redondas, como tocones y por cada tocón, si el guardián abre una cerradura inglesa en la pared, de ésta y durante siete horas nocturnas (son las horas de los interrogatorios; de día allí no interrogan nunca) se desprende una balda y cae un jergoncito de paja calculado para un niño. De día la silla queda libre, pero no te puedes sentar en ella. Además, sobre cuatro tubos verticales, descansa una tabla de planchar, es la mesa. El ventano siempre está cerrado, sólo por la mañana, durante diez minutos, el guardián lo abre con una clavija. El cristal de la pequeña ventana está reforzado. Nunca sacan a pasear, las necesidades se hacen sólo a las seis de la mañana, cuando ningún vientre las necesita, de noche no se hacen. Por cada compartimiento de siete celdas hay dos guardianes, por eso desde la mirilla te observan con la frecuencia con que el guardián tarde en pasar junto a dos puertas hacia la tercera. Ése es el objetivo de la silenciosa Sujanovka: no dejarte un minuto de descanso, ni un minuto robado para la vida privada: siempre eres observado y siempre estás en poder ajeno.

Pero si has soportado el duelo con la locura, todas las tentaciones de la soledad y no has sucumbido, te has hecho acreedor a tu primera celda. Y en ella podrás curar el alma.

Pero si te rendiste rápidamente, cediste en todo y vendiste a todos, también has madurado para tu primera celda; aunque para ti mismo mejor hubiera sido no haber llegado a ese instante feliz, sino morir vencedor en el sótano, sin echar una sola firma.

Y ahora por primera vez verás a no enemigos. Ahora por primera vez verás a otros hombres vivos[110], a los que llevan el mismo camino que tú y con los que te pueden integrar bajo la alegre palabra de NOSOTROS.

Sí, esa palabra que quizá detestaste cuando eras libre, porque suplantaba a tu individualidad («¡Todos nosotros, como un solo hombre…! ¡Nos indignamos ardientemente! ¡Nosotros exigimos…! ¡Nosotros juramos…!»), ahora descubres en ella un sabor dulce: ¡no estás solo en el mundo! Hay aún sabios, seres espirituales: ¡¡GENTES!!

A los cuatro días de mi cuerpo a cuerpo con el juez de instrucción, después de esperar a que me acostara en mi cámara de luz cegadora tras la señal de retreta, el guardián empezó a abrir mi puerta. Yo lo oía todo, pero antes de que dijera: «¡Levántese! ¡A

declarar!», quería aprovechar tres centésimas de segundo más para reclinar la cabeza sobre la almohada e imaginarme que estaba dormido. Pero el guardián se desvió de lo aprendido: «¡Levántese! ¡Recoja la cama!».

Perplejo y enfadado, porque era el tiempo más valioso, me enrollé los peales, me calcé las botas, me puse el capote, el gorro de invierno, y cogí en un abrazo el colchón de la cárcel. De puntillas, haciéndome constantemente señas de que no hiciera ruido, el guardián me llevó por un pasillo de mudez sepulcral del tercer piso de la Lubianka, rebasamos la mesa del guardián del pabellón, los números espejos de las celdas y los tapones verdes que tapaban las mirillas y me abrió la celda número 67. La franqueé y cerró inmediatamente la puerta a mi espalda.

La retreta había sonado tan sólo hacía un cuarto de hora, pero el tiempo del sueño de los procesados es tan quebradizo e inseguro y tan escaso, que, cuando entré los habitantes de la celda 67 dormían ya en sus camas de hierro, con las manos sobre la manta[111]. Con el ruido que hizo la puerta al abrirse se estremecieron los tres, y levantaron inmediatamente la cabeza. Ellos también esperaban la llamada a declarar.

Y estas tres cabezas incorporadas por el susto, estas tres caras sin afeitar, ajadas, pálidas, me parecieron tan humanas y tan entrañables, que me quedé con el colchón abrazado, sonriendo de felicidad. Y ellos también sonrieron. ¡Qué expresión la suya, ya olvidada! ¡Y tan sólo en una semana!

—¿De la calle? —me preguntaron. (La primera pregunta que se hace al novato).

—No… o —respondí. (La primera respuesta del novato).

Se referían a que yo, probablemente, había sido arrestado hacía poco y, por tanto, venía de la *calle*. Yo, después de noventa y seis horas de sumario, no consideraba que venía de la *calle*. ¿Acaso era un arrestado inexperto…? Y, sin embargo, venía de la *calle*. Y un viejecito lampiño, con unas cejas negras y muy vivas, me preguntaba ya por las noticias bélicas y políticas. ¡Era asombroso! Estábamos a últimos de febrero, pero no sabían nada de la Conferencia de Yalta, ni del cerco a Prusia Oriental, ni de nuestra ofensiva sobre Varsovia de mediados de enero y ni siquiera de la lamentable retirada de los aliados en diciembre. Según las instrucciones, los procesados no debían saber nada del mundo exterior y, por tanto, no sabían nada.

Yo estaba dispuesto a pasarme media noche contándoles de todo, con orgullo, como si todas las victorias y tenazas hubieran sido obra mía. Pero, en esto, el guardián de turno trajo mi cama, que yo debía colocar sin ruido. Me ayudaba un muchacho de mi edad, también militar: su guerrera y gorra de aviador colgaban de la barra de la cama. Él me preguntó, aun antes que el viejo, pero no por la guerra, sino por el tabaco. Pero por mucho que yo abriera el alma al encuentro de mis compañeros, y por muy pocas palabras que se hubieran pronunciado en unos minutos, algo extraño emanaba de aquel coetáneo y compañero de armas, y para él me cerré inmediatamente y para siempre.

(Yo no conocía aún la palabra «clueca[am]», ni sabía que tenía que haber uno por cada celda; aún no había tenido tiempo para recapacitar y decirme que aquel hombre,

Georgi Kramarenko, no me gustaba; pero ya se había puesto en funcionamiento dentro de mí un relé espiritual, un relé-identificador, que me cerró para siempre ante ese hombre. De ser éste el único caso, no lo habría mencionado. Pero muy pronto, y con asombro, con admiración y zozobra descubrí que el funcionamiento de ese relé-identificador era una cualidad natural permanente. Pasaban los años; compartí las literas; marché en las mismas filas; trabajé en las mismas cuadrillas con muchos centenares de personas, y siempre este relé-identiticador, en cuya creación no hay ningún mérito mío, accionaba antes de que yo me acordara de él; accionaba al ver una cara; los ojos; al oír los primeros sonidos de la voz, y me abría a ese hombre de par en par, o dejaba sólo una rendija, o bien me cerraba hasta el cuello. Esto era siempre tan infalible, que todo el jaleo de los agentes con el envío de soplones, me parecía lo negro de la uña: que el que se presta a ser traidor, siempre lo lleva en la cara, y en la voz; algunos lo llevan con astucia zalamera, pero no es limpio. Por el contrario, el identificador me ayudaba a reconocer a quienes desde los primeros minutos de conocerlos podía descubrirles lo más íntimo, profundidades y secretos por los que se corta la cabeza. Así pasé ocho años de prisión, tres años de destierro y otros seis de escritor clandestino, y en todos estos diecisiete años me abrí alocadamente a decenas de personas, y jamás tropecé. (No he leído nada en ninguna parte sobre eso, y lo digo aquí para los psicólogos. Creo que muchos de nosotros llevamos dentro estos dispositivos espirituales, pero los hombres de un siglo demasiado tecnificado e intelectualizado desdeñamos esa maravilla y no le permitimos desarrollarse en nuestro interior).

Montamos la cama, y aquí debí empezar a contar (claro que en susurros y acostado, para que de este confort no me trasladaran inmediatamente al calabozo), pero el tercero de nuestra celda, de edad mediana y mostrando ya las agujas blancas de las canas en la cabeza rapada, que me observaba no muy contento, dijo, con esa severidad que es ornato de los norteños:

—Mañana. La noche es para dormir.

Era lo más razonable. A cualquiera de nosotros, en cualquier instante, podrían arrastrarlo al interrogatorio y mantenerlo allí hasta las seis de la mañana, cuando el instructor se fuera a dormir, y cuando aquí estaría ya prohibido dormir.

Una noche de sueño sin sobresaltos era más importante que todos los designios del planeta.

Y otra cosa obstaculizadora, pero no percibida de golpe, sentí en las primeras frases de mi relato, aunque no logré definirlo de momento: que se había producido (con el arresto de cada uno de nosotros) una polarización mundial o un giro de ciento ochenta grados de todos los conceptos, y aquello que con tanto arrobamiento había empezado a contar, probablemente no fuera tan grato para *nosotros*.

Se dieron la vuelta; con los pañuelos se protegieron los ojos de la luz de la bombilla de doscientos vatios, enrolláronse con la toalla la mano superior, que sentía frío sobre la manta, escondieron como ladrones la inferior, y se durmieron.

Pero yo seguía pletórico de la fiesta de hallarme entre personas. Hacía una hora no podía esperar que me llevaran con otros. Bien pude haber acabado mi vida con una bala en la nuca (el instructor me lo prometía constantemente), sin ver a nadie. Sobre mí pendía aún la investigación, pero ¡cómo había retrocedido! Mañana contaré yo (no de mi *causa*, por supuesto), mañana contarán ellos: ¡qué día más interesante será el de mañana, uno de los mejores de mi vida! (Tuve ese sentimiento desde muy temprano, y muy claro: de que la cárcel para mí no era un abismo, sino el quiebro más importante de mi vida).

En la celda me interesaba cada minucia; había perdido el sueño, y cuando la mirilla no observaba, la estudiaba yo de reojo. En lo alto de una de las paredes había un pequeño hueco de unos tres ladrillos, sobre el que pendía un visillo de algodón azul. Ya les había dado tiempo a responderme: ¡Sí, es la ventana! ¡La celda tenía ventana!, y el visillo era el enmascaramiento contra la aviación. Mañana tendremos una débil luz diurna, y en pleno día, durante unos minutos, apagarán la bombilla hiriente. ¡Eso es mucho! ¡Vivir de día con la luz del día!

En la celda hay una mesa. Sobre ella, en el lugar más visible está la tetera, el ajedrez y un montón de libros. (Entonces no sabía aún por qué precisamente en el lugar más visible. Me enteré de que, según el régimen en la Lubianka, durante esa constante observación por la mirilla el guardián debe de cerciorarse de que no se abusa de los bienes concedidos por la administración: que con la tetera no hacen un boquete en la pared; que nadie se traga las piezas del ajedrez, con el riesgo de que si calculara mal dejara de ser ciudadano de la URSS; que nadie se disponía a quemar los libros para prender fuego a la cárcel. Pero las gafas de los arrestados estaban consideradas hasta tal punto peligrosas, que ni en la mesa permitían dejarlas de noche; la administración las recogía hasta la mañana siguiente).

¡Qué vida más confortable: ajedrez, libros, camas de muelles, buenos colchones, ropa limpia! Yo no recordaba haber dormido así en toda la guerra. El *parquet*, brillante de cera. Se podían dar, paseando, casi cuatro pasos de la ventana a la puerta. Digan lo que digan, la cárcel política central es un auténtico balneario.

Y no caen los proyectiles… Recordé cómo chapoteaba a veces al pasar por encima de la cabeza, su creciente silbido y el crujido de la explosión. Y el suave silbar de las minas. Y cómo se estremece todo a causa de las cuatro jarras del *chirriador*[an]. Recordé el fango húmedo de Wormdit, donde me arrestaron y donde ahora los nuestros amasan el barro y la nieve mojada, para impedir que los alemanes escapen del cerco.

Si no queréis que combata, maldita la falta que me hace.

Entre las muchas medidas perdidas también hemos perdido esta otra: la elevada firmeza de los que antes de nosotros hablaron y escribieron en ruso. Es raro que apenas fueron descritos por nuestra literatura prerrevolucionaria. De cuando en cuando nos llega sólo su hálito: de Tsvetayeva o de la «madre María[112]». Habían

visto demasiadas cosas para elegir una sola. Se elevaban hacia lo sublime con demasiada fuerza para agarrarse al suelo. Cuando una sociedad está a punto de caer, suele aparecer un sabio estrato de gente que piensa, de gente que sólo piensa. ¡Cómo se mofaban de ellos! ¡Cómo los insultaban! Los hombres de hechos y de acciones rectilíneas parecían tenerlos atragantados. No les tocó otro mote que el de *podredumbre*.

Esa gente era una flor prematura de una fragancia demasiado suave, por eso los segaron de raíz.

Sobre todo eran débiles en la vida privada: no sabían doblegarse, fingir, amoldarse, cada palabra suya era una opinión, una pasión, una protesta. A ésos es a los que tritura la cortadora de paja**[113]**.

Por estas mismas celdas pasaron ellos. Pero desde entonces las paredes de la celda no nos reintegraban nada del pasado (al contrario, con los micrófonos enhiestos ellas mismas se disponían a escucharnos). No hay nada escrito ni nada dicho de los que anteriormente poblaron estas celdas, de las conversaciones que aquí se produjeron, de los pensamientos con los que de aquí partían al paredón y a las Solovki. Una obra así, que equivaldría a cuarenta vagones de nuestra literatura, probablemente no se escribirá.

Y los supervivientes te cuentan tonterías: de que antes había aquí catres y jergones de paja, que antes de que pusieran los *bozales* en las ventanas en los años veinte los cristales estaban pintados de cal hasta arriba. Pero que los bozales seguro que ya estaban en 1923 (y nosotros, todos a una, se los achacábamos a Beria). Que para la comunicación por golpes, aquí, en los años veinte, aún tenían bastante manga ancha: todavía estaba *viva* esa ridícula tradición de las cárceles zaristas de que si los presos no se comunicaban, ¿qué otra cosa les quedaba? Y algo más: que en toda la década de los veinte los guardianes eran, sin excepción, letones (fusileros letones además de otros), los cuales repartían la comida.

Sí, tonterías, pero dan que pensar.

A mí me hacía muchísima falta caer en ésta, en la principal cárcel política de la Unión Soviética. Gracias por haberme traído: yo pensaba mucho en Bujarin, quería imaginarme todo aquello. Pero tenía la sensación de que nosotros ya éramos el pajuz, que hubiéramos tenido suficiente con alguna cárcel interior regional**[114]**. Ésta de aquí era mucha honra. Aunque me tocó la compañía de gente con la que no era posible aburrirse. Tenías a quién escuchar y con quién comparar.

Aquel viejo de ojos vivos (a sus sesenta y tres años no se comportaba como un viejo) se llamaba Anatoli Ilich Fastenko. Adornaba mucho nuestra celda de la Lubianka como conservador de las viejas tradiciones de las cárceles rusas y como la historia viva de las revoluciones rusas. Con lo que había ocurrido y lo que estaba ocurriendo. Esta gente es valiosa no sólo en las celdas, también se echan mucho de menos en toda la sociedad.

El apellido de Fastenko lo leímos en la misma celda, en un libro que hablaba de la Revolución de 1905. Fastenko había sido un socialdemócrata tan antiguo que ya parecía que había dejado de serlo.

Fue encarcelado por primera vez de joven, en 1904, pero por el «manifiesto» del 17 de octubre de 1905 fue puesto en total libertad[115].

Era interesante oírle contar las circunstancias de aquella amnistía. Por aquellos años, claro está, no tenía idea de «bozales» en las ventanas de la cárcel, y de las celdas de la cárcel de Belaya Tserkov, donde Fastenko se encontraba preso, veían perfectamente el patio, a los que salían y entraban, contemplaban la calle y conversaban a gritos con cualquier transeúnte. El día 17 de octubre, al conocer por telégrafo la amnistía, de la calle llevaron la noticia a los presos. Los políticos se pusieron a alborotar de alegría, a romper cristales y puertas y a exigir del director de la cárcel la inmediata puesta en libertad. ¿Y qué? ¿Rompieron a alguno los morros a patadas? ¿Lo encerraron en el calabozo? ¿Privaron a alguna celda de libros o de cantina? En absoluto. El director de la cárcel, desconcertado, pasaba de una celda a otra y rogaba: «Señores, les ruego que sean razonables. No tengo derecho a ponerlos en libertad en base de un telegrama. Debo recibir indicaciones directas de mis superiores de Kiev. Les ruego encarecidamente: tendrán que pasar aquí la noche». Así fue: ¡Los retuvieron abusivamente todo un dia[116]!

Recobrada la libertad, Fastenko y sus compañeros se lanzaron inmediatamente a hacer la revolución. En 1906, Fastenko fue condenado a ocho años de presidio, lo cual significaba: cuatro años con cepo y cuatro de destierro. Cumplió los cuatro primeros años en la cárcel de Sebastopol, donde, por cierto, estando él allí hubo una fuga masiva de presos, organizada desde fuera por los partidos revolucionarios: los eseristas, anarquistas y socialdemócratas de común acuerdo. Con una bomba hicieron en la pared de la cárcel un boquete en el que cabía un caballo con su jinete y dos decenas de presos (no todo el que quiso salió, sino los señalados por sus partidos para escapar, a los que de antemano les suministraron, a través de los guardianes, pistolas). Echaron a correr por el boquete y se evadieron todos menos uno. A Anatoli Fastenko, el Partido Socialdemócrata no le encomendó la misión de escapar, sino de distraer a los guardianes y sembrar el desconcierto.

Pero en el destierro de Yenisei duró muy poco. En base de sus relatos (y posteriormente de los de otros supervivientes) y del hecho de que nuestros revolucionarios se evadían a centenares del destierro y la mayoría al extranjero, sacas la conclusión de que del destierro el que no escapaba era por pereza, porque era facilísimo. Fastenko se «escapó», simplemente se fue del destierro sin pasaporte. Marchó a Vladivostok, confiando en que, con ayuda de un conocido, lograría embarcar. No sé por qué no le fue posible. Entonces, también sin pasaporte, atravesó en tren de punta a punta la madre Rusia y llegó a Ucrania. Allí le proporcionaron un pasaporte ajeno y se dispuso a atravesar la frontera austríaca. La empresa era tan poco arriesgada y Fastenko estaba tan lejos de pensar en que lo iban persiguiendo, que

cometió una asombrosa imprudencia: ya en la frontera, y después de entregar al policía el pasaporte, se dio cuenta que NO SE ACORDABA de su apellido. ¿Qué hacer? Eran unos cuarenta pasajeros y el funcionario empezó a llamar en voz alta. Fastenko tuvo una idea: se hizo el dormido. Oyó cómo repartieron todos los pasaportes, cómo varias veces dieron el nombre de Makarov, pero aún no estaba seguro de que era él. Por fin, aquel dragón del régimen imperial se inclinó sobre él y le tocó con educación en el hombro: «Señor Makarov, señor Makarov, tenga por favor, su pasaporte».

Fastenko se fue a París. Allí trató a Lenin y a Lunacharski. En la escuela del Partido de Longjumeau realizó no sé qué labores administrativas.

Al mismo tiempo estudiaba el francés, observaba cuanto había a su alrededor y fue así como le entraron deseos de ver más mundo. En vísperas de la guerra pasó al Canadá, allí se hizo obrero, estuvo en los Estados Unidos. La vida libre y próspera de aquellos países asombró a Fastenko: llegó a la conclusión de que allí jamás habría una revolución proletaria y de que, probablemente, tampoco hiciera falta.

Y en esto se produjo en Rusia —antes de lo previsto— la muy esperada revolución, y regresaron todos y se produjo otra revolución. Fastenko ya no sentía el entusiasmo de antes por estas revoluciones. Pero retornó obedeciendo a la misma ley que impulsa a los pájaros a migrar[117].

En Fastenko había muchas cosas que yo no lograba entender. Para mí lo principal y lo más asombroso de él era que, a pesar de haber conocido personalmente a Lenin, no se mostraba muy entusiasmado al recordarlo. (Mis sentimientos de entonces eran éstos: en la celda, alguien llamó a Fastenko por el patronímico, sin emplear el nombre, simplemente: «¿Ilich, te toca hoy a ti sacar el zambullo?». ¡Yo salté, me ofendí, me pareció un sacrilegio, no sólo en esta combinación de palabras, sino un sacrilegio en general llamar Ilich[ao] a alguien que no fuera el único hombre en la Tierra!). Por esa razón Fastenko no pudo explicarme muchas cosas tal y como hubiera querido.

Me decía claramente en ruso: «No te lo puedes imaginar». ¡Y yo no lo entendía!

Al ver mi admiración, insistía una y otra vez en lo siguiente: «Usted es matemático, está mal que olvide a Descartes: ¡Somételo todo a duda! ¡Somételo *todo* a duda!». ¿Qué es eso de «todo»? ¡De ninguna manera, *todo* no! Me parecía que ya había sometido demasiadas cosas a duda, ¡ya era bastante!

O decía: «Apenas quedan viejos presos políticos, yo soy de los últimos. A todos los viejos presos los aniquilaron, y nuestra Sociedad fue disuelta en los años treinta». «¿Y eso por qué?». «Para que no nos reuniéramos y no discutiéramos». Y aunque estas palabras sencillas, dichas en tono reposado, deberían clamar al cielo y romper los cristales, yo las aceptaba sólo como un crimen más de Stalin. Un caso difícil pero sin raíces.

La verdad es que no todo lo que nos entra en los oídos sigue adelante hasta llegar a la razón. Lo que desentona demasiado con nuestro humor se pierde, no sé si en los

oídos o después de los oídos, pero se pierde. Y aunque recuerdo perfectamente los muchos relatos de Fastenko, sus razonamientos se posaron en mi memoria de forma bastante confusa. Me daba títulos de libros y me aconsejaba que los consiguiera y los leyera algún día cuando estuviera en libertad. Él, por su edad y su salud, ya no confiaba en salir vivo, pero le complacía el pensamiento de que yo algún día llegara a captar aquellas ideas. Me era imposible anotarlo, tenía muchas cosas que recordar de toda mi vida de cárcel, pero retuve los nombres próximos a mis gustos de entonces: *Pensamientos inoportunos* de Gorki (¡entonces yo ponía muy alto a Gorki!: estaba por encima de todos los escritores rusos porque era proletario) y *Un año en la patria* de Plejanov.

Y ahora cuando hallo en Plejanov con fecha del 28 de octubre de 1917:

«… los acontecimientos de los últimos días me entristecen no porque no desee el triunfo de la clase obrera de Rusia, sino precisamente porque lo invoco con todas las fuerzas de mi alma… viene a la memoria la observación de Engels de que para la clase obrera no puede haber mayor desgracia histórica que tomar el poder político en un período en que no está preparada para ello» [esta toma] «le obligará a retroceder mucho con respecto a las posiciones conquistadas en febrero y marzo de este año[118]»…

Deduzco claramente que eso mismo pensaba Fastenko.

Cuando regresó a Rusia, en premio a sus viejos méritos en la clandestinidad, lo promocionaban con insistencia, y pudo ocupar un puesto importante, pero no quería eso y cogió un cargo modesto en la editorial de *Pravda*, después más modesto aún en *Izvestia*, después pasó al trust «Mosgoroformlenie» y allí trabajaba totalmente inadvertido.

Yo me asombraba: ¿por qué un camino tan evasivo? Me respondía incomprensiblemente: «El perro viejo no se hace a la cadena».

Fastenko, comprendiendo que no se podía hacer nada, con humana llaneza quería permanecer vivo. Ya se había retirado con una tranquila y pequeña pensión (no personal, porque esto obligaba a recordar que había estado próximo a muchos fusilados) —y así quizás hubiera llegado al año 1953. Pero, por desgracia, arrestaron a su vecino L. S-v, un escritor siempre borracho, desordenado, que estando borracho se jactó de tener pistola. Una pistola, infaliblemente, significaba terror y Fastenko, con su pasado socialdemócrata, era un terrorista consumado. Y ahora el juez de instrucción le *colgaba* terror y por conexión, claro está, espionaje a favor de Francia y Canadá y, por lo tanto, informante de la Ojrana zarista[119]. Y en 1945, el bien remunerado y ahíto juez de instrucción hojeaba con toda la seriedad del mundo los archivos de las gendarmerías provinciales y llenaba folios muy serios de los interrogatorios sobre sus nombres clandestinos, contraseñas y sitios de cita y de reunión en el año 1903.

Y su mujer, viejecita (no tenían hijos), en el permitido décimo día traía a Anatoli Ilich los paquetes de provisiones a su alcance: un trozo de pan negro de unos trescientos gramos (lo compraba en el bazar, donde costaba cien rublos el kilo), y una docena de patatas cocidas y peladas (y durante el cacheo, además, pinchadas con una lezna). Veías aquellas míseras patatas, ¡de verdad sagradas!, y se te caía el alma a los pies.

Era todo lo que se había merecido aquel hombre por sesenta y tres años de honradez y de dudas.

Las cuatro camas de nuestra celda dejaban aún en el centro un pasillito, con la mesa. Pero, días después de mi ingreso, nos metieron al quinto y pusieron su cama atravesada.

Al nuevo lo metieron cuando faltaba una hora para la diana, aquella hora tan dulce para el cerebro, y tres de nosotros no levantamos la cabeza; sólo Kramarenko saltó para mangar tabaco (o quizá para conseguir datos para el instructor). Se pusieron a hablar por lo bajo, nosotros procurábamos no prestar oído, mas era imposible no captar el susurro del nuevo: alto, sobresaltado, tenso, casi a punto del llanto, que cabía interpretar como que un dolor no ordinario había entrado en nuestra celda. El nuevo preguntaba si condenaban a muchos al fusilamiento. A pesar de todo eso, les regañé, sin volver la cabeza, para que estuvieran más callados.

Al toque de diana nos levantamos todos como un solo hombre (al remolón lo amenazaba el calabozo): vimos a un general. No, no llevaba distintivo alguno, no le habían arrancado o destornillado ninguna insignia, ni los galones; pero la costosa guerrera, el suave capote, toda la figura y hasta el rostro, eran de un general indudable, un general arquetípico, pero general de Ejército, nada de mayor general. Era más bien pequeño, macizo, muy ancho de torso y de hombros, de cara muy mofletuda, pero aquella gordura cebada no le otorgaba en absoluto un aire de campechanía accesible, sino significación y pertenencia a las altas esferas. En verdad su cara culminaba no hacia arriba, sino hacia abajo, en una mandíbula de bulldog, epicentro de su energía, voluntad y autoridad, que le permitieron alcanzar tan altos grados a su mediana edad.

Cuando nos presentamos, supimos que L. V. Z-v era aún más joven de lo que aparentaba, que este año iba a cumplir tan sólo treinta y seis («si no me fusilan»), pero lo más asombroso radicaba en que no era general, ni siquiera coronel, ni militar en absoluto, sino *¡ingeniero!*

¿Ingeniero? Yo me había educado precisamente en un ambiente de ingenieros, y recuerdo bien a los ingenieros de los años veinte: su inteligencia viva y radiante, su humor ligero, no insultante, la agilidad y amplitud de su pensamiento, su facilidad para pasar en la conversación de un campo de la ingeniería a otro y, en general, de la técnica a la sociedad y al arte. Después, su educación, sus refinados gustos, sus

buenos modales al hablar, sin palabras parásitas. Éste tocaba algo el piano, aquél pintaba un poco, y siempre todos llevaban el sello de la espiritualidad en la cara.

Desde principios de los años treinta perdí los contactos con aquel ambiente. Después vino la guerra. Y ahora tenía ante mí a un *ingeniero*. Uno de los que habían llegado para sustituir a los aniquilados.

No se le podía regatear una ventaja: era mucho más fuerte, más visceral que *aquéllos*. Había conservado la dureza de hombros y manos, aunque hacía tiempo que no la necesitaba. Redimido de la fastidiosa cortesía, miraba como quien taja, hablaba irrebatiblemente, seguro de que no habría objeciones. Había crecido de forma distinta a aquellos, y trabajaba también de forma *distinta*.

Su padre araba la tierra en el sentido más absoluto y verdadero. Lionia Z-v era uno de esos desharrapados y oscuros rapaces campesinos, la pérdida de cuyo talento lamentaban Belinski y Tolstoi. No hubiera llegado a ser un Lomonosov**[ap]** y no habría llegado a la Academia por sus propios pasos, Pero tenía talento y, de no haber sido por la revolución, también estaría arando la tierra; pero sería un labrador pudiente, porque era vivo y listo, y tal vez hubiera llegado a comerciante.

En la época soviética ingresó en el Komsomol, y ese komsomolismo suyo, adelantándose a los demás talentos, lo rescató del anonimato, de la mezquindad, de la aldea, lo hizo pasar como un cohete por la Facultad obrera y lo elevó a la Academia Industrial. Entró en ella en 1929, precisamente el año en que llevaban en rebaño al GULAG a *aquellos* ingenieros. Había que formar rápidamente ingenieros propios, conscientes, entregados cien por cien, y que no tanto efectuaran su trabajo como que hicieran girar a la industria; en fin: unos *managers* soviéticos. Era tal la situación, que las famosas *alturas dominantes* sobre la industria aún no creada, estaban vacías. Su promoción estaba destinada a ocuparlas.

La vida de Z-v se convirtió en una cadena de éxitos, que se retorcían, en guirnalda, hacia la cúspide. Aquellos años desgastadores, del 1929 al 1933, cuando en el país se libraba una guerra civil, no con carros de combate, sino con perros policía, cuando las filas de gente muerta de hambre se arrastraba hacia el ferrocarril con la esperanza de marchar a la ciudad, donde crecía el pan pero no vendían billetes, y no sabían viajar, y, en dóciles montículos humanos de chaquetones de estameña y alpargatas, morían acurrucados ante la valla de la estación, en esa época Z-v no sólo no se había enterado de que en la ciudad se vendía el pan por cartilla, sino de que tenía una beca *estudiantil* de novecientos rublos (un peón recibía entonces sesenta). No le dolía el corazón por la aldea, que se había sacudido de encima: su nueva vida ya estaba aquí, entre los vencedores y los dirigentes.

No tuvo tiempo para ser un simple contramaestre: desde el principio pusieron bajo su mando a ingenieros por decenas y a obreros por millares, era el ingeniero jefe de unas grandes obras de los alrededores de Moscú. Por supuesto, desde el comienzo de la guerra, fue liberado de la movilización, se evacuó con su departamento a Alma-Ata con objeto de dirigir unas obras aún más importantes en el río Ili, sólo que

ahora trabajaban los presos para él. El aspecto de aquellos hombrecillos grises no le preocupaba mucho —no le hacía recapacitar, no atraía su mirada. Para aquella brillante órbita por la que se desplazaba, sólo tenían valor las cifras cumplimiento del plan, y a Z-v le bastaba con castigar a un sector a un campo de concentración, o a un maestro de obras—; desde ahí, ellos, con sus propios medios, hacían que el plan se cumpliera; cuántas horas trabajaban y con qué ración, eran particularidades en las que él no entraba.

Los años de la guerra en la profunda retaguardia fueron los mejores en la vida de Z-v. Es la eterna y general condición de las guerras: cuanto más dolor se concentra en un polo, tanta más alegría se despeja en el otro. Z-v, además de la mandíbula de bulldog, tenía una reacción rápida, despabilada, práctica. Inmediatamente, y con acierto, se acopló al nuevo ritmo militar de la economía nacional: todo para la victoria, zumba y dale, que la guerra se encargará de hacer borrón y cuenta nueva. La única concesión que hizo a la guerra fue renunciar a los trajes y corbatas, y se introdujo en el color caqui, se hizo unas botas de cabritilla, se puso una guerrera de general, la misma con la que aparecía ahora ante nosotros. Así era la moda; lo común no despertaba la irritación de los mutilados ni las reprobadoras miradas de las mujeres.

Pero las miradas que le lanzaban las mujeres eran otras; acudían a él en busca de alimento y de calor, de diversión. El dinero loco pasaba por sus manos, llevaba la cartera de los gastos hinchada como un cubilete, los billetes de diez eran para él copecs, y los miles, rublos; Z-v no los escatimaba, no los ahorraba, no los contaba. Lo único que contaba eran las mujeres a las que pasaba, y en lista aparte a las que descorchaba; esa cuenta era su deporte. Nos aseguraba, en la celda, que a la doscientos noventa y tantas le interrumpió el arresto, con lo que enojosamente no le habían permitido alcanzar los tres centenares. Era tiempo de guerra, y las mujeres estaban solas, y él, además de dinero, tenía una fuerza viril rasputiniana, de modo que quizá se le podía creer. Estaba dispuesto a contar un episodio tras otro, sólo que nuestros oídos no estaban abiertos para ello. No le amenazaba ningún peligro de ninguna parte, pero así como del plato agarran los cangrejos, los parten, los chupan y agarran el siguiente, así los últimos años agarraba él febrilmente a aquellas mujeres, las estrujaba y las tiraba.

¡Estaba tan acostumbrado a la compresibilidad del material, a su trotar jabaluno por tierra…! (En los momentos de gran excitación, corría por la celda igual que un recio jabalí, capaz de tronchar un roble tomando carrera). Estaba tan acostumbrado a que entre los jefes todos fueran de la casa; a todo se podía quitar hierro y echar tierra. Y se le escapó que, a mayores éxitos, mayores envidias. Ahora se enteraba, por el sumario, de que ya en 1936 llevó tras él un *dossier* sobre una anécdota contada despreocupadamente en una tertulia de borrachos. Después fueron infiltrándose otras denuncillas, y, además, los informes de los agentes (a las mujeres hay que llevarlas a los restaurantes y allí, ¿acaso son pocos los que te ven?). Y había también una

denuncia, según la cual en 1941 no se había apresurado a evacuarse de Moscú, en espera de los alemanes (se retrasó, efectivamente, pero, al parecer, por una mujer). Lo que preocupaba a Z-v era no dar un traspié en alguna combinación material; en cuanto al artículo 58, ni siquiera se acordaba de que existía. Y aquel peñasco quizás habría tardado en caerle encima, mas, para hacerse el importante, negó a un fiscal los materiales que necesitaba para la construcción de una dacha. Y aquí su *dossier* despertó, se estremeció y fue rodando monte abajo. (Otro ejemplo de que las Causas empiezan por la codicia de los Azules)…

El mundo de las ideas de Z-v era éste: creía que existía una lengua *americana*; en los dos meses que estuvo en la celda no leyó un libro, ni siquiera una página, y si leía un párrafo, era únicamente para distraerse de las penosas ideas sobre el sumario. Por las conversaciones se veía bien que en la calle había leído menos aún. Para él Pushkin era un personaje de chistes verdes; de Tolstoi sabía únicamente que era diputado al Soviet Supremo[aql].

Pero ¿era soviético al cien por cien? Pero ¿era un proletario consciente, educado para sustituir a Palchinski y a Von-Meek? Eso era lo asombroso: ¡no! En una ocasión discutimos acerca de la marcha de la guerra, y yo le dije que ni por un instante, desde el primer día, dudé de nuestro triunfo sobre los alemanes. Se volvió bruscamente hacia mí y no me creyó: «Pero ¿qué estás diciendo? —y se agarró de la cabeza—. ¡Ay, Sacha, Sacha, pues yo estaba seguro de que ganarían los alemanes! ¡Eso fue lo que me perdió!». ¡Vaya; era de los que «organizaban el triunfo», y cada día creía en los alemanes y los esperaba como cosa inminente! No porque los quisiera, sino porque conocía demasiado bien el estado de nuestra economía (que yo, naturalmente, no conocía y creía).

En la celda todos andábamos mal de ánimos, pero ninguno se desfondó tanto como Z-v; ninguno llevó su arresto a un punto tan trágico. Con nosotros se hizo a la idea de que no le esperaba más de una DECENA; que en estos años, en el campo de concentración, sería, claro está, maestro de obras, y no conocería el dolor, como, en realidad, no lo conoció. Pero aquello no le consolaba en absoluto. Le había conmovido demasiado el derrumbamiento de una vida tan buena: porque era precisamente ella, aquella vida única en la Tierra, y ninguna otra, la que le interesó en todos sus treinta y seis años. En más de una ocasión, sentado en la cama, junto a la mesa, apoyaba la cabeza, de cara gorda, en su mano, corta y gruesa, y con ojos perdidos y nublados cantaban con sentimiento:

Olvida-do-o, abando-na-do-o
Desde mi-i tem-pra-ana e-edad,
Me he queda-do-o huer-fa-a-ni-i-to-o…

¡Y no podía pasar de aquí! —rompía a llorar. Toda la fuerza que pugnaba por salir de él, que le hubiera podido ayudar a derribar muros, la transformaba en lástima de sí

mismo.

Y de la esposa. Su esposa, aborrecida desde hacía mucho, ahora cada diez días (no permitían con más frecuencia) le traía paquetes abundantes y caros: un pan blanquísimo, mantequilla, caviar rojo, carne de ternera, esturión. Nos daba un bocadillo a cada uno, tabaco para un cigarrillo, se inclinaba sobre sus manjares extendidos (alegres de olores y colores en comparación con las patatas azulencas del viejo revolucionario clandestino) y de nuevo le corrían las lágrimas, más abundantemente aún. En voz alta recordaba las lágrimas de su esposa, años enteros de lágrimas: por las notas amorosas, halladas en el pantalón; por las bragas de mujer en el bolsillo del abrigo y, con las prisas, en el automóvil guardadas y olvidadas. Y cuando le ablandaba aquella lástima ardiente, perdía la coraza de la maligna energía y, ante nosotros, aparecía como un hombre perdido e indudablemente bueno. Yo me asombraba de aquella manera de sollozar. El estoniano Arnold Suzi, compañero de celda, con pinchos de canas, me explicó: «La crueldad siempre va mullida con sentimentalismo. Es la ley de la complementariedad. En los alemanes, por ejemplo, esta combinación es un rasgo nacional».

Por el contrario, Fastenko era el más animado de la celda aunque, por su edad, era el único que ya no podía pensar en sobrevivirla y retornar a la libertad. Me cogía por los hombros y me decía:

> ¡Salir *en defensa de la libertad no es mérito!*
> *¡El mérito está en* entrar!

o me enseñaba a cantar su canción de presidiario:

> *¡Si nos cae en suerte morir*
> *en la cárcel o en la mina húmeda*
> *nuestra causa siempre hallará eco*
> *en las generaciones vivas!*

¡Lo creo! ¡Y que estas páginas ayuden a hacer realidad esa fe!

Las jornadas de dieciséis horas de nuestra celda son pobres en acontecimientos exteriores, pero tan interesantes, que yo más aburrido lo pasaba esperando el trolebús durante dieciséis minutos. No hay acontecimientos dignos de atención y, sin embargo, a la noche vuelves a suspirar porque te faltó tiempo, porque pasó volando otro día. Son acontecimientos ínfimos, pero por primera vez en la vida te acostumbras a observarlos a través de un cristal de aumento.

Las horas más difíciles del día son las dos primeras: con el estruendo de la llave en la cerradura (en la Lubianka no hay «pesebres[120]» y para gritar la palabra «levantaos» también hay que abrir la puerta), saltamos sin tardar, hacemos la cama y, vacíos y sin esperanza, nos sentamos sobre ella, aún a la luz de la bombilla. Esta

forzada vela diurna, desde las seis, cuando el cerebro aún está tan remolón a causa del sueño y aborreces el mundo entero y te parece que toda tu vida está perdida y en la celda no hay un buche de aire, es absurda, sobre todo, para los que pasaron la noche en el interrogatorio y acababan de conciliar el sueño. ¡Pero no intentes engañar! Si quieres dar una cabezada, recostándote un poquitín contra la pared, o apoyándote en la mesa, como sobre el ajedrez, o relajándote sobre el libro ostensiblemente abierto en las rodillas, se escucha un golpe de advertencia que dan con la llave en la puerta, o peor: la puerta, que tiene una cerradura estrepitosa, se abre silenciosamente (así están de entrenados los guardianes de la Lubianka) y como una sombra también rápida y silenciosa, como un espíritu a través de las paredes, un sargento menor da tres pasos por la celda, te pilla en tu modorra y vas al calabozo, o quitan los libros a toda la celda, o te privan del paseo; es un castigo cruel e injusto para todos, pero las líneas negras del régimen de la cárcel contienen aún más cosas: léelo; está colgado en cada celda. Pero si te pones gafas para leer, en esas dos horas en que estás desmazalado no podrás leer ni libros ni el sagrado orden: las gafas te las quitan por la noche; además, es peligroso que las tengas durante esas dos horas. En esas dos horas nadie trae nada a la celda, no entra nadie, no preguntan nada, no llaman a nadie: los jueces de instrucción duermen aún como lirones, los jefes de la cárcel no han abierto aún los ojos y sólo permanece en vela el banquero[121], que a cada rato levanta la tapa de la mirilla.

Pero en estas dos horas sí se efectúa un acto: las necesidades matutinas. Cuando os levantabais, el guardián hacía un anuncio importante: señalaba al que aquel día, en vuestra celda le sería confiado y encomendado llevar el zambullo. (En las cárceles corrientes, grises, los presos gozan de tal libertad de palabra y de autogestión, que ellos mismos deciden ese asunto. Pero, en la cárcel política central, tal acontecimiento no puede dejarse al buen tuntún). Rápidamente os formáis en fila india, las manos atrás, el portazambullo mayor lleva delante del pecho un recipiente de hojalata de ocho litros, con tapa. Al llegar al objetivo os volverán a encerrar, pero antes os entregan tantas hojas del tamaño de un billete de ferrocarril como personas sois. (En la Lubianka no se presta atención a esto; allí los papelitos son blancos. Pero hay cárceles tan atractivas en las que dan trozos de libros impresos… ¡qué lectura!; descubrir *de dónde* proceden; leerlos por las dos caras, asimilar el contenido, valorar el estilo —¡con las palabras truncadas sí que se valora bien!— y después cambiarlo con el compañero. En algunos sitios dan trozos de la que fue progresista enciclopedia «Granat», y a veces, miedo da decirlo, de los *clásicos*, pero no precisamente de la literatura imaginativa… La visita al retrete se convierte en un acto de saber).

Pero la cosa no tiene mucha gracia. Es la tosca necesidad que no se acostumbra mencionar en los libros (aunque también sobre ello fue dicho con una ligereza inmortal: «Bienaventurado el que de mañana»)… En este que parecería un comienzo natural de la jornada carcelaria, al arrestado ya le han puesto una trampa para todo el día, una trampa para su espíritu, es lo lamentable. En la cárcel, inmóvil, con un

alimento muy escaso, después del impotente aletargamiento, no eres capaz de ninguna manera de pagar tu tributo a la Naturaleza nada más levantarte. Os devuelven rápidamente y os vuelven a encerrar hasta las seis de la tarde (en algunas cárceles hasta el día siguiente). Desde ahora estarás nervioso, porque se aproxima la hora del interrogatorio diurno, y por los acontecimientos del día, y te cargarás de pan, de agua y de bodrio, pero ya nadie te permitirá ir a ese estupendo lugar, el fácil acceso al cual no lograrán valorar los hombres *libres*. Esa necesidad agotadora y vulgar puede surgir día tras día, muy poco después de haber hecho la necesidad diaria, y entonces te acongojará durante todo el día, te privará de la libertad para hablar, leer, pensar y hasta para consumir la raquítica comida.

Algunas veces se discute en la celda de dónde procede el régimen de la Lubianka y de la cárcel en general, de si es una bestialidad premeditada o si resultó por sí mismo. Yo creo que según. La diana fue, seguro, un cálculo de mala fe, pero muchas otras cosas fueron estableciéndose de forma mecánica (como muchas bestialidades de nuestra vida en general) y posteriormente, desde arriba, se consideró útil y obtuvo el visto bueno: El cambio de turno se hace a las ocho de la mañana y de la tarde; por eso es más cómodo sacar a hacer las necesidades al final del turno (llevar a mediodía a uno por uno es aumentar las preocupaciones y las medidas de seguridad, y no pagan por eso). Lo mismo las gafas: ¿Para qué preocuparse desde la diana? Ya las devolverán con el relevo de la guardia de noche.

Ya se oye cómo las entregan, se abren las puertas. Te puedes imaginar si en la celda de al lado llevan gafas (¿el que entra en tu sumario lleva gafas? No, a comunicarnos por golpes no nos atrevemos; eso es muy serio). Ya trajeron las gafas a los nuestros. Fastenko sólo lee con ellas, pero Suzi las lleva siempre. Dejó de entornar los ojos, se las puso. Puestas las gafas de carey, con las líneas rectas de la montura, su cara se hace severa, penetrante, tal como nos imaginamos la cara del hombre culto de nuestro siglo. Antes de la revolución estudió Historia y Filología en Petrogrado, y, en veinte años, conservó, de la Estonia independiente, un lenguaje ruso perfectísimo, no lo notas. Después, en Tartu hizo Derecho. Además del estoniano sabe el inglés y el alemán; todos estos años estaba al corriente del *Economist* de Londres, de los resúmenes científicos alemanes del *Bericht*, estudió la Constitución y los códigos de distintos países, y ahora, en nuestra celda, con dignidad y reserva, representa a Europa. Era abogado famoso en Estonia, y le llamaban *kuldsuu* (pico de oro).

En el pasillo hay ahora un nuevo movimiento: un parásito en bata gris —con esos músculos estaría mejor en el frente— trae en una bandeja cinco raciones de pan y diez terrones de azúcar. *Nuestra* clueca no hace más que girar en torno: aunque inevitablemente lo echaremos a suertes —eso aquí es importante: el canto del pan, o la cantidad de sobrepesos, o si se separa la miga de la corteza, el regaño—, que todo lo resuelva la suerte**[122]**, pero la *clueca*, por lo menos, lo tendrá un poco en las manos y se quedará con una capa de moléculas de pan y de azúcar en la palma.

Estos cuatrocientos cincuenta gramos de pan crudo, sin subir, con la humedad pantanosa de la miga, hecha a medias de patata, es nuestra *muleta* y el gran acontecimiento de la jornada. ¡Comienza la vida! ¡Comienza el día, ahora es cuando comienza! Cada uno tiene un sinfín de problemas: ¿Hizo ayer buen uso de la ración?, ¿no sería mejor cortarla con un hilo?, ¿o partirla ávidamente a cachos?, ¿o ir dándole pellizcos?, ¿esperar el té o abalanzarse ahora?, ¿dejar para la cena o sólo para la comida?, ¿y cuánto dejar?

Pero, además de estas pobres vacilaciones, ¡qué amplias discusiones (¡ahora ya se nos ha soltado un poco la lengua, con pan ya somos personas!) provoca este trozo de una libra en las manos, con más agua que harina! (Aunque Fastenko nos dice que ahora los trabajadores de Moscú también comen ese mismo pan). Pero ¿hay pan en este pan? ¿Y qué mezclas puede haber? (En cada celda hay siempre alguien que entiende de mezclas, porque ¿quién no las comió en estos decenios?). Comienzan los razonamientos y los recuerdos. ¡Y qué pan más blanco hacían en los años veinte! Eran unas hogazas esponjosas, porosas, la corteza superior tostada, con grasa, y la inferior, con un poquitín de ceniza, con algún tizón que se pegó de la solera. ¡Un pan que se fue para no volver! Los que nacieron en el año treinta jamás sabrán ya qué es el PAN. ¡Amigos, ése es un tema prohibido! ¡Habíamos quedado en que de comida ni una palabra!

Se reproduce el movimiento en el pasillo: traen el té. Otro mozarrón con bata gris y con los cubos. Sacamos nuestra tetera al pasillo, y él, de un cubo sin pitorro, lo echa —lo vierte— en la tetera y en el pasillo. Y eso que el pasillo brilla como en un hotel de primera[123].

Eso es todo el desayuno. Y lo que se cuece vendrá uno detrás de otro: a la una y a las cuatro de la tarde, y después recuérdalo durante veintiuna horas. (Tampoco es por crueldad: la cocina tiene que prepararlo lo más rápidamente posible y largarse).

Las nueve. El pase de lista matutino. Mucho antes se oye cómo giran las llaves, con más ruido que a otras horas, y uno de los tenientes de guardia en el pasillo, el entrante, tieso, casi en posición de firmes, da dos pasos hacia el interior de la celda y nos mira con severidad; estamos de pie. (No nos atrevíamos ni a recordar que los políticos podían dejar de levantarse). No le cuesta trabajo contarnos; con una mirada le basta; pero en este instante se ponen a prueba nuestros derechos, debemos tener algún derecho, pero no los conocemos, no los conocemos, y él debe ocultarlos de nosotros. Toda la fuerza de la instrucción de la Lubianka está en la plena mecanicidad: sin expresión, en tono neutral, sin una palabra de más.

Nosotros conocemos estos derechos: una solicitud para que te arreglen el calzado; al médico. Pero si te llaman al médico, no te hará feliz: sobre todo, allí te asombrará esa mecanicidad de la Lubianka. En la mirada del médico no sólo no hay preocupación, sino ni siquiera una elemental atención. No te preguntará: «¿De qué se queja?», porque hay demasiadas palabras; además, es imposible pronunciar la frase sin ninguna expresión, sino que cortará: «¿Quejas?». Si eres muy explícito sobre tu

enfermedad, te atajará. Está más que claro. ¿La muela? Sacarla. Arsénico, se puede. ¿Curarlo? Aquí no curamos. (Aumentaría el número de visitas y llegaría a crear una atmósfera de humanidad).

El médico de la prisión es el mejor auxiliar del instructor y del verdugo. El apaleado abrirá los ojos en el suelo y oirá la voz del médico: «Se puede más, el pulso es normal». Después de cinco días de calabozo helado, el médico observará el cuerpo yerto y desnudo y dirá: «Se puede más». Cuando matan a palos, firma el acta: muerte por cirrosis del hígado, infarto. Le llaman urgentemente; hay un moribundo en la celda; él no se da prisa. Al que se comporte de otra manera, no lo mantendrán en nuestras cárceles. En nuestras cárceles no se hubiera formado el doctor F. P. Gaaz**[ar]**.

Pero nuestra *clueca* conoce los derechos mejor que nosotros (según él lleva once meses bajo sumario; a los interrogatorios sólo lo llaman de día). Él adelanta y pide que le apunten para una entrevista con el jefe de la cárcel. ¿Cómo, con el jefe de toda la Lubianka? Sí. Y lo apuntan. (Y a la noche, después de la retreta, cuando todos los jueces de instrucción ya están en su sitio, le llaman, y regresará con tabaco. Es un tabaco basto, claro, más por ahora no se inventó nada mejor. Pasar por completo a los micrófonos cuesta muy caro: sería cosa de tirarse el día entero escuchando a las ciento once celdas. ¿Qué iba a pasar? La *clueca* es más barata y la seguirán utilizando durante mucho tiempo. Pero Kramarenko lo pasa difícil con nosotros. Algunas veces presta atención hasta sudar, pero por la cara se le ve que no lo entiende).

He aquí otro derecho: la libertad a dirigir una solicitud (en sustitución de la libertad de Prensa, de reunión y de votación, que perdimos cuando nos fuimos de la libertad). Dos veces al mes el guardia del día pregunta: «¿Quién va a escribir solicitudes?». Y, sin rechazo, apunta a todos los que lo deseen. A mediodía te meterán en una cámara aislada y te encerrarán. Puedes escribir a quien te dé la gana —al Padre de los Pueblos, al Comité Central, al Soviet Supremo, al ministro Beria, al ministro Abakumov, a la Fiscalía General, a la Fiscalía General Militar, a la Dirección General de Prisiones; puedes quejarte de que te hayan detenido, del instructor, del jefe de la cárcel—; en todos los casos, tu solicitud no tendrá éxito alguno, no será registrada en ninguna parte y el cargo superior que la lea será tu juez de instrucción, pero no podrás demostrarlo. Incluso lo más probable es que tampoco él la LEA, porque no hay nadie capaz de leerla; en este trozo de siete centímetros por diez, un poco mayor que el que te dan para el retrete, lograrás, con una pluma estragada o retorcida, con tinta de un tintero con cendales o rebajada con agua, garrapatear sólo «SOLIC»…, porque las letras se correrán, se correrán por el papel indecente, la «ITUD» ya no entrará en el renglón y habrá traspasado la otra parte de la hoja.

Quizá tengas otros derechos, pero el de guardia se calla. Probablemente pierdas poco si no te enteras de ellos.

Se acabó el pase de lista y comienza la jornada. Ya empiezan a llegar los instructores. El banquero nos llama con mucho misterio: nombra la primera letra sólo

(o así: «¿quien empieza por la SE?», «¿quién empieza por la FE?», y, a veces, así: «¿Quién empieza por la AM?»), y tú tienes que dar muestra de imaginación y proponerte como víctima. Esta forma tiende a evitar los errores del guardián, que si llama a uno que no es de tu celda, lograríamos enterarnos de quién más está aquí preso. Pero, aislados de toda la cárcel, no estamos privados de noticias de las celdas: como procuran meter el mayor número posible, nos barajan, y cada uno que pasa a la nueva celda trae toda la experiencia acumulada en la vieja. Así, metidos en el tercer piso, estamos enterados de las celdas en el sótano y de las cámaras de la primera planta, y de la oscuridad de la segunda, donde están concentradas las mujeres, y de las literas de dos pisos en la quinta planta y del número más alto de la quinta planta: el ciento once. Antes de ocuparla yo, en nuestra celda estuvo preso el escritor de libros infantiles Bondarin, que anteriormente había estado en el piso de las mujeres con no sé qué corresponsal polaco, y antes, el corresponsal polaco había estado junto con el mariscal de campo Paulus, y por eso conocemos todos los pormenores de Paulus.

Pasa la racha de las llamadas al interrogatorio, y para los que quedan en la celda comienza un día largo y agradable, no oscurecido por un exceso de obligaciones. De las obligaciones nos puede tocar dos veces al mes pasar la lámpara de soldar por las camas (en la Lubianka están terminantemente prohibidas las cerillas y, para encender un cigarrillo tenemos que golpear insistentemente con el dedo hasta que abren la mirilla, y entonces pedimos fuego al guardián, pero las lámparas de soldar nos las confían tranquilamente). También nos puede tocar un derecho, aunque se asemeje demasiado a un deber: una vez a la semana nos llaman de uno en uno al pasillo y allí, con una máquina bastante embotada, nos rapan la barba. Asimismo nos puede tocar la obligación de dar cera al parqué, en la celda (Z-v siempre rehúye ese trabajo, le humilla, igual que a todos los demás). Nos cansamos pronto, porque estamos hambrientos; de otro modo, esto podría figurar entre los derechos, pues es un trabajo alegre y sano: con el pie descalzo desplazas el cepillo hacia delante y el cuerpo hacia atrás, y al revés, adelante-atrás, adelante-atrás, y no te preocupes de nada. ¡Un parqué como un espejo! ¡Una cárcel de Potiomkin!

Además, ya no nos hacinamos en la 67 de antes. A mediados de marzo nos agregaron el sexto y aquí no saben de las literas a lo largo, ni de la costumbre de dormir en el suelo y nos trasladaron en pleno a la hermosa celda 53. (La recomiendo mucho: ¡el que no haya estado, que la vea!). No es una celda, es un aposento palaciego, que adaptaron para dormitorio de unos insignes viajeros. La Compañía de Seguros «Rossía[124]» en este ala, sin reparar en gastos, dio a la planta una altura de cinco metros. (¡Ay, qué literas de cuatro pisos hubiera montado aquí el jefe del contraespionaje del frente; y, sin duda alguna, hubiera metido a cien personas)!

¡Y la ventana!: una ventana a cuyo montante apenas llega el guardián sobre el alféizar; un cuarterón de una ventana así es digno de ser ventana completa en la

habitación de una vivienda. Y sólo las planchas remachadas del *bozal*[las], que tapan las cuatro quintas partes de esa ventana nos recuerdan que no estamos en un palacio.

No obstante, en los días claros, un cristal en el quinto o sexto piso desvía hacia nosotros en el fondo del patio de luces de la Lubianka un pálido rayo secundario del sol, que se cuela por el bozal. Para nosotros es un rayo legítimo, un ser vivo. Observamos con cariño cómo trepa por la pared, cada desplazamiento suyo está lleno de sentido, anuncia el tiempo del paseo, cuenta las medias horas que quedan hasta la comida y antes de la comida nos deja.

Éstas son, pues, nuestras posibilidades: ¡Dar el paseo! ¡Leer libros! ¡Contarnos el pasado! ¡Discutir y educarnos! ¡Y, como premio, tendremos además una comida de dos platos! ¡Increíble!

El paseo es malo en las tres primeras plantas de la Lubianka: los sueltan por el patio inferior húmedo, el fondo de un pozo estrecho entre los edificios de la cárcel. Pero a los arrestados de la cuarta y quinta plantas los sacan a un verdadero mirador de águilas, a la azotea del quinto. El suelo es de hormigón, de hormigón son las paredes de tres alturas, junto a nosotros está un guardián desarmado y en la torre un centinela con metralleta, ¡pero el aire es legítimo y legítimo es el cielo! «¡Las manos atrás! ¡De dos en dos! ¡Sin hablar! ¡Sin detenerse!». ¡Pero se olvidan de prohibir levantar la cabeza! Y tú, claro, la levantas. ¡Y ves el Sol verdadero, no el reflejado, no el secundario! ¡El mismísimo SOL eternamente vivo! ¡O sus rociadas de oro entre las nubes de primavera!

¡La primavera promete dicha a todos, pero al preso diez veces más! ¡Ay, cielo de abril! ¡No importa que esté en la cárcel! Probablemente no me fusilen. Pero seré más sabio. Muchas cosas he de comprender aquí, cielo. ¡Corregiré mis faltas, pero no ante ellos, sino ante ti, Cielo! ¡Las comprendí aquí y las corregiré!

Como de un pozo, del lejano abajo, de la plaza de Dzherzhinski llega hasta nosotros el sonido constante y ronco de las sirenas de automóvil. Los que viajan con estas sirenas creen que son el cuerno de la victoria, pero desde aquí bien se ve su futilidad.

El paseo sólo dura veinte minutos, pero ¡cuánto jaleo en torno a él, cuántas cosas hay que hacer!

En primer lugar es muy interesante, mientras te llevan y te traen, comprender la distribución de la cárcel y dónde están estas azoteas, para, una vez ya en libertad, pasar por la plaza y reconocerlas. En el camino damos muchos giros y yo me invento este sistema: desde la celda, cada giro a la derecha contarlo como más uno, cada giro a la izquierda como menos uno. Y por muchas vueltas que nos den, no intentar *imaginármelo*, sino hacer la cuenta. Y si desde alguna ventanilla de la escalera ves las espaldas de las náyades de la Lubianka, recostadas sobre la torrecilla de columnas que da a la misma plaza y además retienes la cuenta, cuando vuelvas a la celda situarás todo eso y sabrás adónde da vuestra ventana.

Además, en el paseo, debes respirar simplemente, pero concentrándote mucho.

Y también allí, solitario, bajo el cielo claro, tienes que imaginarte tu futura vida radiante, pura e infalible.

Pero es también allí donde es más cómodo hablar sobre los temas más agudos. En el paseo está prohibido hablar, pero eso no tiene importancia, hay que saber: sin embargo, aquí estás seguro de que no te oyen ni la *clueca* ni los micrófonos.

En el paseo, Suzi y yo procuramos siempre formar la misma pareja. Hablamos en la celda, pero nos gusta rematar lo fundamental aquí. No nos aproximamos en un día, nos aproximamos uno al otro con dificultad, pero ya le ha dado tiempo a contarme muchas cosas. Con él va apareciendo en mí un rasgo nuevo: asimilar con paciencia y lógica todo aquello que nunca figuró en mis planes y que no parezca guardar relación con la línea precisa que me he trazado en la vida. Sé desde niño, y no sé de dónde, que mi objeto es la historia de la Revolución rusa y todo lo demás me tiene sin cuidado. Para entender la Revolución hace tiempo que no necesito nada, excluido el marxismo; cualquier otra cosa que no tuviera relación con esto la apartaba y le daba la espalda. El destino me ha traído junto a Suzi, su campo respiratorio es totalmente distinto al mío, ahora él me cuenta animado todo lo suyo, y todo lo suyo es Estonia y la democracia. A mí jamás se me había ocurrido interesarme por Estonia, mucho menos por la democracia burguesa, pero yo escucho y escucho sus amorosos relatos sobre los años veinte de este pueblo no vocinglero, trabajador y pequeño, de hombres corpulentos y costumbres lentas y sólidas; escucho los principios de la Constitución estonia, un extracto de las mejores experiencias europeas, y el funcionamiento del parlamento unicameral, de cien diputados; y no sé *para qué*, pero todo esto me empieza a gustar y comienza a sedimentarse en mi experiencia**[125]**, yo penetro con interés en la fatídica historia entre dos martillos, teutónico y eslavo, del pequeño yunque estonio, abandonado desde la Antigüedad. Sobre él martillaron simultáneamente desde el Este y desde el Oeste, y a semejante simultaneidad no se le veía el fin, hasta hoy. He aquí una conocida (totalmente desconocida) historia de cómo los quisimos coger por sorpresa en el año 1918, pero no se dejaron. Cómo, después, Yudenich los despreciaba como *chujná***[at]**, y nosotros los insultábamos acusándolos de bandidos blancos, mientras los escolares estonios se apuntaban voluntarios. Y martillaron este país otra vez en 1940, en 1941 y en 1944. A unos hijos de la patria se los llevaba el Ejército ruso, a los otros el alemán y los terceros se echaban al bosque. Y los viejos intelectuales de Tallin comentaban que estaría bien escapar de la rueda embrujada, separarse de alguna forma y vivir a su aire (y, pongamos, sería su primer ministro Tiif, y ministro de Educación Nacional, Suzi, por ejemplo). Ni Churchill ni Roosevelt se preocuparon de ellos, pero sí se preocupó de ellos el tío «Jo**[au]**» (José). Y nada más hubieron entrado nuestras tropas, a todos estos soñadores en las primeras noches los sacaron de sus casas de Tallin. Ahora unos quince de ellos estaban encarcelados en la Lubianka de Moscú, cada uno en una celda distinta, acusados, según el 58-2, del criminal deseo de autodeterminarse.

El retorno del paseo a la celda es cada vez un pequeño arresto. Después del paseo, hasta en nuestra regia celda el aire parece enviciado. Después del paseo tampoco estaría mal comer algo, pero es mejor no pensar, ¡no pensar en eso!

Mala cosa si uno de los que recibe un paquete exhibe desconsideradamente su comida a destiempo y se pone a comer. No importa, afilamos nuestro autodominio. Es malo si un autor te juega una mala pasada y se pone a saborear la comida. ¡Fuera Gogol! ¡Fuera Chejov! Hay en ellos demasiada comida: «No tenía ganas de comer, sin embargo, se comió [¡El muy hijo de perra!] una ración de ternera y se tomó una cerveza». Hay que leer cosas espirituales. A Dostoievski, ése sí que es bueno para los presos. Pero ¡alto!, escribe: «Los niños llevaban varios días hambrientos, sin ver nada más que pan y *salchichón*».

La biblioteca de la Lubianka es su mejor ornato. Cierto, la bibliotecaria es un asco: una moza rubia de complexión un tanto caballuna, empeñada en ser fea; tiene la cara tan empolvada, que parece la máscara inmóvil de una muñeca; los labios violáceos, y las cejas depiladas, pintadas con lápiz negro. (En fin, es cosa suya, pero nos hubiera gustado más ver aparecer a una coquetuela; aunque, probablemente, esto ha sido previsto por el jefe de la cárcel de la Lubianka). ¡Pero lo asombroso es que, al ir a retirar los libros una vez cada diez días, escuchaba nuestros encargos! Los escuchaba con la mecanicidad inhumana de la Lubianka y no podías comprender si había oído tales nombres, tales títulos, pero ¿oía nuestras palabras? Se va. Pasamos varias horas en una espera inquieta y alegre. Son las horas para hojear y revisar cada uno de los libros que hemos entregado: buscan pinchazos o puntos bajo las letras (en la cárcel se utiliza una forma así para cartearse), o marcas de uña en los pasajes que gustaron. Estamos inquietos (aunque no hemos hecho nada de eso) porque puedan venir y decir: han sido hallados puntos, y como siempre tienen razón, y como siempre, no se requiere demostrar nada, y por tres meses quedaremos privados de libros, eso si a la celda no le imponen un régimen de calabozo. ¡Sería una pena pasar sin libros estos agradables y radiantes meses de cárcel, antes de descender al pozo del campo! Pero no sólo tememos, también palpitamos como en la juventud cuando mandabas una carta amorosa y esperabas respuesta: ¿vendrá o no vendrá?, ¿y cómo será?

Por fin los libros llegan y determinan los diez días siguientes: o nos dedicaremos más a la lectura o nos han traído una porquería y, entonces, conversaremos más. Traen tantos libros como hombres somos en la celda; es un cálculo del cortador de pan y no de un bibliotecario: para uno, uno; para seis, seis. Las celdas con mucha gente salen ganando.

¡A veces la moza cumple de maravilla nuestros encargos! Pero, aun cuando los desdeñe, resulta interesante. Porque la propia biblioteca de la Bolshaya Lubianka es única. Probablemente la juntaron de bibliotecas particulares confiscadas: los bibliófilos que las reunieron ya habían entregado el alma a Dios. Pero lo principal es que la Seguridad del Estado, que durante decenios censuró y castró todas las

bibliotecas del país, se olvidó de rebuscar en su propio cotarro, y aquí, en el covacho mismo, podías leer a Zamiatin Pilniak, Panteleimon Romanov y cualquier tomo del Merezhkovski completo. (Algunos bromeaban: nos consideraban hombres muertos, y por ello nos permitían leer todo lo prohibido. Yo creo que los bibliotecarios de la Lubianka no tenían ni idea de lo que nos daban: era la indolencia y la ignorancia).

En estas horas anteriores a la comida, se lee con sensibilidad. Una frase te puede catapultar y lanzar, lanzar de la ventana a la puerta y de la puerta a la ventana. Y tienes deseos de mostrarle a alguien lo leído y lo que de ello se concluye, y así estalla la discusión. También a estas horas las discusiones son agudas.

Yo tengo frecuentes agarrones con Yuri E.

Aquella misma mañana de marzo en que a los cinco nos cambiaron a la palatina celda 53, nos metieron al sexto. Era una sombra la que entró, con pisadas sin ruido. Entró y, dudando de que lograra mantenerse en pie, se recostó sobre el marco de la puerta. En la celda no ardía ya la bombilla; la luz de la mañana era turbia, pero el nuevo no miraba con los ojos abiertos: los tenía entornados. Y callaba. El paño de su guerrera y pantalón no permitía adscribirlo a ningún Ejército: ni al soviético, ni al alemán, ni al polaco, ni al inglés. Tenía la cara alargada, poco rusa. ¡Y qué flaco estaba! Y, además de flaco, era muy alto.

Le preguntamos en ruso: él callaba. Suzi le preguntó en alemán: él callaba. Fastenko le preguntó en francés y en inglés: él callaba. Sólo poco a poco, en su cara demacrada, amarilla, casi muerta, apareció una sonrisa —¡nunca había visto otra igual en mi vida!

—«Gen… te»… —profirió débilmente como retornando de un desmayo o como si hubiese estado toda la noche esperando el fusilamiento… Y extendió una mano débil, adelgazada. La mano sujetaba un hatillo envuelto en un trapo. Nuestra *clueca* entendió en seguida qué era aquello; se lanzó, agarró el hatillo, lo desató en la mesa: había allí unos doscientos gramos de tabaco suave, y empezó a liar un cigarro cuádruple.

Así, después de tres semanas de sótano, apareció en nuestra celda Yuri Nikolaievich E.

Desde los tiempos de las escaramuzas en el Ferrocarril Chino-Oriental, en 1929, en el país se cantaba una canción:

Con su pecho de acero arrollando enemigos
está vigilante la veintisiete

El jefe de la artillería de esa 27 División de la Infantería, formada durante la Guerra Civil, era el oficial zarista Nikolai E. (yo recordaba ese nombre, porque era uno de los autores de nuestro manual de artillería). En un furgón de ferrocarril, con su inseparable esposa, recorrió el Volga y los Urales, unas veces en dirección Este, otras

hacia el Oeste. En aquel furgón pasó sus primeros años el hijo, Yuri, que nació en 1917, coetáneo de la revolución.

Desde aquellos lejanos años, el padre se instaló en Leningrado, en la Academia; vivía con holgura y fama, y el hijo terminó un curso de oficiales. En la guerra de Finlandia, cuando el hijo estaba empeñado en luchar por la patria, los amigos del padre lo desviaron hacia la jefatura del Ejército, como ayudante. Yuri no tuvo ocasión de arrastrarse en los ataques a los blocaos finlandeses ni caer en un cerco durante una exploración, ni helarse en la nieve bajo las balas de los francotiradores, pero la Orden de la Bandera Roja, nada menos, le vino muy bien a su guerrera. Así terminó la guerra de Finlandia, consciente de que ella había sido justa, y él, útil.

Pero en la guerra siguiente ya no le fue tan bien. La batería que él mandaba se encontró rodeada cerca de Luga. Se dispersaron, fueron cazándolos y enviándolos prisioneros. Yuri cayó en un campo de concentración para oficiales, cerca de Vilna.

En cada vida hay un acontecimiento que determina en el hombre: su destino, sus convicciones y sus pasiones. Los dos años en este campo dieron una vuelta a Yuri. Lo que era aquel campo no se puede trapacear con palabras, ni bordear con silogismos: en aquel campo había que morir, y el que no muriera, sacar una conclusión.

Sobrevivir podían los *ordner*, la policía interior del campo, reclutada entre los nuestros. Yuri, por supuesto, no se convirtió en *ordner*. También sobrevivían los cocineros. También podría sobrevivir un intérprete: los buscaban. Yuri sabía a la perfección el alemán, pero lo ocultó. Comprendía que el intérprete tendría que vender a los suyos. También se podía dar largas a la muerte cavando fosas; sin embargo, allí los había más fuertes y ágiles que él. Yuri dijo que era pintor. Efectivamente, en su variada educación casera recibió también clases de pintura. Yuri pintaba bastante bien al óleo, y sólo el deseo de seguir al padre, del que estaba orgulloso, le impidió ingresar en una escuela de arte.

Con otro pintor viejo (lamento no recordar su apellido) lo pusieron en una cabina aparte, en un barracón, y allí pintaba Yuri, para los alemanes de la comandancia, cuadritos gratis: el banquete de Nerón, el corro de los elfos. El bodrio, que, para recibirlo, los oficiales prisioneros se ponían en cola con el plato, desde las seis de la mañana, y los *ordner* les pegaban con palos y los cocineros con el cazo, aquel bodrio no podía sustentar una vida humana. Por la tarde, desde su cabina, Yuri veía ahora aquel cuadro único para el que se le había concedido el arte de la pintura: una neblina vespertina sobre un prado próximo a un pantano; el prado, rodeado de una alambrada de espino; en el prado arden muchas hogueras, y en torno a las hogueras, los que fueron una vez oficiales rusos y ahora antropoides —que roen lohuesos de las caballerías muertas—, asan tortas de mondas de patatas, fuman estiércol y todos ellos se remueven inquietos, acribillados por los piojos. No todos estos bípedos han soltado el pellejo. No todos han perdido aún el lenguaje articulado, y en los resplandores rojizos de las hogueras se ve como si una especie de comprensión retardada surcara sus rostros, que retroceden hacia el Neandertal.

¡Es ajenjo en la boca! La vida que Yuri conserva no tiene para él valor por sí misma. No es de los que olvidan rápidamente. No, a él le tocará sobrevivir, él deberá sacar conclusiones.

Ellos ya saben que la culpa no es de los alemanes, o no sólo de los alemanes, que de los prisioneros de muchas nacionalidades únicamente los soviéticos viven así y mueren así; nadie peor que los soviéticos. Hasta los polacos, incluso los yugoslavos llevan una vida mucho más pasadera, y no digamos los ingleses y noruegos, atiborrados de paquetes de la Cruz Roja Internacional, de paquetes de casa, que se niegan a recibir la ración alemana. Donde los campos colindan, los aliados, por compasión, tiran —por encima de la alambrada— a los nuestros limosnas, y los nuestros se lanzan como una jauría de perros sobre un hueso.

Los rusos llevan la carga de la guerra, y a los rusos les toca esa suerte. ¿Por qué ocurre así?

De aquí y de allí llegan poco a poco las explicaciones: la URSS no reconoce la firma de Rusia en la convención de La Haya sobre prisioneros de guerra; por tanto, no contrae ninguna obligación sobre el trato a los prisioneros y no pretende la protección de los suyos capturados por el enemigo[126]. La URSS no reconoce a la Cruz Roja Internacional. La URSS no reconoce a sus soldados de ayer: no le trae cuenta mantenerlos mientras se hallan prisioneros.

Y se le hiela el corazón al coetáneo de Octubre. Allí, en la cabina del barracón choca y discute con el viejo pintor (Yuri asimila eso mal, Yuri se resiste, y el viejo va exfoliando una capa tras otra). ¿Qué pasa? ¿Es Stalin? ¿No es demasiado cargárselo todo a Stalin, a sus manitas cortitas? El que llega en su conclusión a la mitad, no saca ninguna conclusión. ¿Y los demás? ¿Los que están cerca de Stalin, y más abajo, y por todos los sitios de la Patria, en fin, todos aquellos a quienes la Patria les concedió el permiso para hablar en su nombre?

¿Y qué comportamiento es el justo si la madre nos vendió a los gitanos, peor aún: nos echó a los perros? ¿Acaso sigue siendo madre? Si tu mujer se ha dado a la mala vida, ¿estamos acaso obligados a serle fieles? ¿La Patria que ha traicionado a sus soldados es acaso Patria?

¡Cómo se le torció todo a Yuri! ¡Se había enorgullecido de su padre, y ahora lo aborrecía! Por primera vez pensó que en realidad su padre había traicionado el juramento de fidelidad al Ejército en el que se había formado, lo traicionó para establecer este orden de cosas que ahora era desleal a sus soldados. ¿Y por qué estaba ligado Yuri por un juramento a ese orden traicionero?

Cuando en la primavera de 1943 se presentaron en el campo reclutadores de las primeras «legiones» bielorrusas, algunos se enrolaron para salvarse del hambre. E. lo hizo con firmeza, con claridad. Pero en la legión no se detuvo: cuando te despellejan no se echa de menos el pelo. Yuri dejó de ocultar su buen conocimiento del alemán, y, al poco, un JEFE, un alemán de Kassel, que tenía la misión de crear una escuela de espionaje con un curso breve de guerra, hizo de Yuri su mano derecha. Así se inició

el deslizamiento que Yuri no previó, comenzó la tergiversación. Yuri ansiaba salvar a la patria, pero le ponían a formar espías: los alemanes tenían planes. ¿Por dónde pasaba la divisoria…? ¿Desde qué sitio no debió pasar? Yuri se hizo teniente del Ejército alemán. Con uniforme alemán viajaba por Alemania, iba a Berlín, visitaba a los emigrados rusos, leía a los antes inaccesibles Bunin, Nabokov, Aldanov, Amfiteatrov… Yuri creía que en todos ellos, que en Bunin, cada página debía ser una llaga viva por la que sangraba Rusia. Pero ¿qué habían hecho? ¿En qué consumieron su inapreciable libertad? Otra vez sobre el cuerpo femenino, sobre el estallido de las pasiones, sobre las hermosas cabezas de las damas palaciegas, anécdotas de los años empolvados; escribían como si para ellos fuera demasiado inalcanzable explicarla. Ellos dejaban a los muchachos rusos buscar por su cuenta el acimut de la vida. Así se movía Yuri, se apresuraba a ver, se apresuraba a saber, pero, entretanto, según la ancestral manera rusa, sumergía más y más su angustia en el vodka.

¿Qué era su escuela de espionaje? No era de verdad, por supuesto. En seis meses sólo podían enseñar a manejar el paracaídas, voladuras y radio. No creían mucho en ellos. Les enviaban a efectos de la inflación de la confianza. Para los prisioneros rusos, moribundos, abandonados sin remedio, esas escuelitas eran, en opinión de Yuri, una buena salida: aquí los muchachos se alimentaban; se ponían ropa nueva de abrigo; además, les atiborraban los bolsillos de dinero soviético. Los alumnos (como los maestros) hacían como que todo iba a ser así: que en la retaguardia soviética se pondrían a espiar, a volar los objetivos señalados, a comunicar por medio de mensajes cifrados, para después regresar. Sin embargo, ellos, por medio de esa escuela, escapaban de la muerte y del cautiverio; querían quedar con vida, pero no al precio de tener que disparar contra los suyos en el frente[127]. Los pasaban a través de las líneas, y más adelante el camino que eligieran dependía de su talante y conciencia. La trilita y la radio, todos ellos las tiraban inmediatamente. La diferencia estaba en si era mejor entregarse a las autoridades inmediatamente (como aquel chato «espía» en la Sección de Contraespionaje de mi Ejército) o primero pasarlo en grande con el dinero gratuito. Lo que no se daba jamás era que alguien pasara el frente de vuelta, otra vez con los alemanes.

De pronto, en vísperas del nuevo año de 1945, un chaval muy despierto regresó e informó que había cumplido la misión (¡vete a comprobarlo!). Era algo extraordinario. El jefe no dudaba de que lo había enviado el SMERSH y decidió fusilarlo (¡el destino de los espías concienzudos!). Pero Yuri insistió en que, por el contrario, había que condecorarle y ensalzarlo ante los cadetes. El espión aquel invitó a Yuri a beberse un litro de vodka, y, colorado, inclinándose por encima de la mesa, se abrió: «Yuri Nikolaievich: el mando soviético le promete el perdón si se pasa ahora mismo a los nuestros».

Yuri se estremeció. El corazón, endurecido, enajenado, se ablandó al calor. La Patria… ¡Enemiga, injusta y entrañable como siempre! ¿Perdón? ¿Y podría regresar con la familia? ¿Y pasear por la avenida Kamennoostrov? ¡Al fin somos rusos!

¡Perdonadnos y retornaremos, y ya veréis qué buenos vamos a ser…! Aquel año y medio desde que Yuri abandonó el campo no le proporcionó ninguna felicidad. No se arrepentía, pero tampoco veía futuro. Cuando en torno al vodka se reunía con otros rusos, tan desasosegados como él, veían perfectamente que no tenían apoyo, que aquella vida no era de verdad. Los alemanes hacían con ellos lo que querían. Ahora, cuando estaba claro que los alemanes habían perdido la guerra, le ofrecieron una salida; el jefe le quería, y le dijo que en España tenía una finca de reserva, a donde ellos, cuando el imperio empezara a oler a chamusquina, se largarían juntos. Pero ahí, al otro lado de la mesa, un compatriota borracho, y arriesgando su vida, le tentaba: «Yuri Nikolaievich, el mando soviético valora sus experiencias y conocimientos, y quiere conocer por usted la organización del espionaje alemán»…

Dos semanas estuvo E. dudando. Pero durante la ofensiva soviética sobre el Vístula, cuando evacuaba a la retaguardia, ordenó desviarse hacia un tranquilo caserío polaco y anunció: «¡Me paso a los soviéticos. Cada uno tiene libre elección!». Y aquellos espías de pacotilla con la leche aún en los labios, que hacía una hora rebosaban fidelidad al Reich alemán, gritaban ahora entusiasmados: «¡Hurra! ¡Nosotros también!». (Era el «hurra» a sus futuros trabajos forzados)…

La escuela de espionaje se ocultó hasta que llegaran los tanques soviéticos, y tras ellos el SMERSH. Yuri ya no volvió a ver a sus muchachos. Lo apartaron; durante diez días le obligaron a describir toda la historia de la escuela, los programas, las misiones de sabotaje, y él creía de veras que «sus experiencias y conocimientos»… Hasta se habló de ir a casa, con la familia.

Y sólo en la Lubianka comprendió que incluso en Salamanca hubiera estado más cerca de su río Nerva… Cabía esperar que lo fusilaran o que le dieran, como mínimo, veinte años.

De esta forma incorregible acude el hombre al humo de la patria… igual que el diente se deja sentir hasta que matan el nervio, así nosotros, probablemente, no dejaremos de sentir la patria hasta que no traguemos arsénico. Los lotófagos de *la Odisea* usaban para ello no sé qué loto…

Tres semanas nada más estuvo Yuri en nuestra celda. Tres semanas que ambos nos pasamos discutiendo. Yo decía que nuestra revolución había sido esplendorosa y justa; lo único terrible fue que la tergiversaron en 1929. Él me miraba con lástima y encogía sus labios nerviosos: ¡antes de hacer la revolución en el país tenían que haber acabado con las chinches! (En esto coincidía de una manera extraña con Fastenko, aunque procedían de lugares tan distintos). Yo le decía que durante mucho tiempo todos los grandes asuntos de nuestro país estuvieron regidos sólo por hombres de intenciones elevadas y plenamente abnegados. Él decía: desde el principio eran de la camada de Stalin. (De que Stalin era un bandido, en eso no disentíamos). Yo ensalzaba a Gorki: ¡qué inteligente!, ¡qué opiniones más acertadas!, ¡qué pintor más sublime! Él repelía: ¡un tipejo insignificante y aburrido!, ¡se inventó a sí mismo,

inventó a sus personajes, y todos sus libros están inventados desde el principio hasta el fin! León Tolstoi, ése es el zar de nuestra literatura.

Estas discusiones diarias, vehementes a causa de nuestra juventud, nos impidieron intimar y descubrir uno en el otro algo más que lo que rechazábamos.

Se lo llevaron de la celda, y desde entonces, por mucho que he preguntado, nadie estuvo preso con él en la Butyrki, nadie le encontró en las expediciones. Hasta los vlasovistas de fila se fueron, sin dejar rastro, no se sabe a dónde; probablemente, a la tierra; y algunos, hasta hoy, no tienen documentos que les permitan abandonar las lejanías del Norte. Y el destino de Yuri E., aun entre ellos, no era corriente.

Por fin llegaba ya comida de la Lubianka. Pero bastante antes oíamos un alegre tintineo en el pasillo; después, como en un restaurante, para cada uno entraban en bandeja dos platos de aluminio con una cucharada de sopa y una cucharada de fluidísimas gachas sin grasa.

Con el nerviosismo de los primeros días, el procesado no puede tragar nada; algunos se pasan varios días sin tocar el pan; no saben dónde meterlo. Pero poco a poco vuelve el apetito; después pasas a un estado de hambre permanente, que te hace codicioso. Después, si has logrado contenerte, el estómago se reduce, se adapta a la escasez, y esta pobre comida de aquí te parece la justa. Para eso hace falta autoeducarse, dejar de fisgar en lo que comen otros, prohibir en la cárcel las conversaciones sobre comida, que atentan al estómago, y elevarse lo más posible a las altas esferas. En la Lubianka, eso se facilita con las dos horas de siesta, otra maravilla de balneario. Nos tumbamos de espaldas a la mirilla; para despistar, apoyamos el libro abierto y dormimos. Dormir está prohibido, y los guardianes ven que pasa el tiempo sin que hojees el libro; mas, por lo general, a esa hora no pican. (Explican este gesto humanitario con que los privados del derecho a dormir están en el interrogatorio diurno. Para los testarudos que no firman el sumario, el contraste aumenta: regresan cuando ya se acabó la siesta).

Contra el hambre y la morriña no hay nada mejor que el sueño: el organismo no se consume y el cerebro no pasa y repasa los errores cometidos.

En esto traen la cena: otra cucharada de gachas. La vida se apresura a desplegar ante ti todos sus tesoros. Ahora, durante las cinco o seis horas que quedan hasta la retreta, ya no te llevarás nada a la boca; pero ya no es tan terrible; por las tardes es fácil acostumbrarse a no querer comer —eso hace tiempo que lo sabe la Medicina militar, y en los regimientos de reserva tampoco dan de cenar.

Y aquí llega la hora de las necesidades nocturnas, que tú, más bien con estremecimiento, has estado esperando el día entero. ¡Qué aligerado se torna entonces el mundo! ¡Cómo se han simplificado en él todos los problemas sublimes! ¿Lo has notado?

¡Aquellas noches imponderables de la Lubianka! (Bueno, imponderables cuando no esperas el interrogatorio nocturno). Tienes el cuerpo ingrávido, satisfecho lo justo

de gachas para que no notes su yugo. ¡Qué pensamientos más ligeros y libres! Es como si te hubieras elevado al monte del Sinaí y, en medio de la llama, se nos apareciese la verdad. ¿No soñaba en eso Pushkin?

¡Quiero vivir para meditar y sufrir!

Así, nosotros sufrimos y meditamos, y en nuestra vida no hay nada más. ¡Qué fácil ha sido alcanzar ese ideal…!

También discutimos de noche, claro, dejando a un lado la partida de ajedrez, con Suzi y los libros. Los choques más ardientes vuelven a ser los míos con E., porque todos son problemas explosivos, como el de la terminación de la guerra. Sin una palabra, sin una expresión, el guardián entró en la celda y deslizó en la ventana el visillo azul del enmascaramiento. Y entonces, poco después, el Moscú nocturno comienza a lanzar salvas[av]. No vemos el cielo de las salvas, como no vemos el mapa de Europa, pero intentamos imaginárnoslo con detalle y acertar qué ciudades han sido tomadas. Esas salvas sacan a Yuri de quicio. Llamando al destino para que corrija sus errores, afirma que la guerra no ha terminado ni mucho menos, que ahora el Ejército Rojo y los angloamericanos se embestirán mutuamente, y entonces empezará la guerra de verdad. La celda entera escucha la profecía con ávido interés. ¿Y cómo acabará? Yuri afirma que con una fácil derrota del Ejército Rojo (entonces, ¿con nuestra liberación?, ¿o fusilamiento?). Aquí yo me planto y discutimos con pasión. Sus razones son: que nuestro Ejército está agotado, desangrado, mal pertrechado; y lo principal: contra los aliados no luchará con tanta firmeza. Yo, tomando como ejemplo las unidades que conozco, insisto en que el Ejército está no tanto desgastado como fogueado, que ahora está fuerte y furioso, y en ese caso machacaría a los aliados mejor aún que a los alemanes. «¡Jamás!», grita (susurrando) Yuri. «¿Y las Ardenas?», le grito (susurrando) yo. Entra Fastenko en la discusión, y nos ridiculiza diciendo que no conocemos Occidente y que ahora no hay nadie capaz de obligar a los aliados a luchar contra nosotros.

Pero, de noche, más que de discutir, tenemos deseos de escuchar algo interesante y hasta apaciguador y que todos se muestren de acuerdo al hablar.

Uno de los temas preferidos en la cárcel es el de las tradiciones carcelarias, sobre cómo se estaba *antes* en la prisión. Tenemos a Fastenko y conocemos relatos de primera mano. Lo que más nos enternece es que antes era un honor ser preso político, que no sólo los familiares legítimos no renunciaban a ellos, sino que se presentaban muchachas desconocidas que, fingiéndose novias, también lograban entrevistas. ¿Y la antigua tradición de llevar en las fiestas paquetes a los presos? En Rusia nadie empezaba a hacer pascua sin haber llevado antes un paquete para la comunidad de arrestados. Llevaban jamones, pasteles, empanadas, roscas de Pascua. Cualquier viejecita llevaba una docena de huevos pintados, con lo que aliviaba el corazón. ¿Qué se hizo de aquella bondad rusa? ¿Quedó sustituida por la *conciencia de clase*? De tal

forma y tan definitivamente asustaron a nuestro pueblo, que le quitaron la costumbre de preocuparse por el que sufre. Ahora eso parece un absurdo. Ahora, si en una empresa se te ocurriera proponer una colecta en favor de los presos de la cárcel local para las fiestas, eso sería considerado casi como una insurrección antisoviética. ¡A tal punto nos hemos bestializado!

¿Qué eran aquellos regalos de fiesta para los presos? ¿Acaso sólo una comida sabrosa? Creaba en ellos un sentimiento cálido de que en la calle pensaban en él y se preocupaban.

Nos cuenta Fastenko que en la época soviética también existió la Cruz Roja política, pero eso no es que no lo creamos, sino que no nos lo podemos imaginar. Dice que E. P. Peshkova, valiéndose de su inmunidad personal, iba al extranjero, colectaba allí dinero (aquí poco iba a recoger), y con aquello compraba alimentos para los políticos que no tenían familiares. ¿Para todos los políticos? Y aquí se aclara que no: a los COEROS no, o sea, a los contrarrevolucionarios no (por ejemplo, no a los ingenieros, no a los sacerdotes) y sólo a los miembros de los partidos políticos. ¡Ah…, ah…, ah…!, pues dígalo así… Aunque la propia Cruz Roja, aparte Peshkova, fue a la cárcel en su mayoría…

Otro tema agradable para tratar de noche, cuando no esperas el interrogatorio, es el de la liberación. Sí —dicen—, hay casos asombrosos en que liberan a alguien. Se llevaron de aquí a Z-v con los bártulos. ¿Salió en libertad? El sumario no pudo acabar tan pronto. (Diez días después regresa: se lo habían llevado a Lefortovo. Allí empezó a *firmar* rápidamente, al parecer, y lo devolvieron otra vez aquí). «Si te ponen en libertad, oye, tu causa es una tontería, tú mismo lo dices, entonces me vas a prometer que irás a mi mujer y, como prueba de ello, que me ponga en el paquete dos manzanas, digamos»… «Ahora no hay manzanas por ninguna parte». «Entonces, tres roscones». «A lo mejor en Moscú tampoco hay roscones». «Bueno, hombre, entonces cuatro patatas». (Se ponen así de acuerdo, y después resulta que, efectivamente, a N se lo llevan con los bártulos, y M en el paquete recibe cuatro patatas. ¡Es asombroso! ¡Es admirable! Lo han puesto en libertad, y eso que su causa era mucho más seria que la mía. Así que, ¿quién sabe si a mí pronto también…? Pero no ha sido más que eso: la quinta patata que traía la mujer de M se deshizo en la bolsa, y N, en la bodega de un barco, navega rumbo a Kolyma).

Así charlamos de todo un poco, recordamos algo gracioso —y te sientes alegre y a gusto con esta gente interesante, que no es de tu vida, que no pertenece en absoluto al círculo de tu experiencia—, mientras ha finalizado ya el mudo pase de lista nocturno, te han quitado las gafas y la bombilla guiña tres veces. ¡Dentro de cinco minutos sonará la retreta!

Rápidos, rápidos, agarramos las mantas. Igual que en el frente, nunca sabes si ahora mismo, dentro de un instante, te caerá encima una lluvia de proyectiles, aquí ignoramos la fatídica noche de nuestro interrogatorio. Nos acostamos, asomamos la

mano por encima de la manta y procuramos quitarnos de la cabeza el viento de las ideas. ¡A dormir!

En un momento así, una noche de abril, poco después de despedir a E., se oyó el chirriar de la cerradura. Se nos encogieron los corazones: ¿A quién? Ahora escucharemos el bisbiseo del guardián: «¡con la Se!», «¡con la Ze!». Pero el guardián no dijo nada. La puerta volvió a cerrarse. Levantamos la cabeza. Junto a la puerta estaba otro nuevo: enjuto, joven, con un sencillo traje azul y una gorra azul. No traía objeto alguno. Miraba en torno, como perdido.

—¿Qué número es la celda? —preguntó alarmado.

—La cincuenta y tres.

Se estremeció.

—¿De la calle? —le preguntamos.

—No… o… —con una expresión de dolor meneó la cabeza.

—¿Cuándo te arrestaron?

—Ayer por la mañana.

Soltamos una carcajada. Tenía una cara ingenua, muy suave, las cejas casi blancas.

—¿Por qué?

(La pregunta es deshonesta; a ella no cabe esperar una respuesta).

—No lo sé… Bah, tonterías…

Es lo que responden todos; todos están presos por tonterías. Sobre todo le parece una tontería al mismo procesado.

—Bueno, pero ¿por qué?

—Es que escribí un llamamiento. Al pueblo ruso.

—¿¿¿Cómo??? (Jamás habíamos oído tal «tontería»).

—¿Me fusilarán? —su cara se alargó. Palpaba la visera de su gorra, que no se había quitado.

—Probablemente no —le tranquilizamos—. Ahora no fusilan a nadie. UNA DECENA es lo justo.

—¿Es usted obrero? ¿Empleado? —le preguntó el socialdemócrata, fiel a los principios clasistas.

—Obrero.

Fastenko extendió la mano y, con acento triunfal, exclamó, dirigiéndose a mí:

—¡Ahí tiene, Alexandr Isaievich, los ánimos de la clase obrera!

Y se dio la vuelta para dormir, convencido de que ya no se podía ir más lejos y que ya no hacía falta escuchar más. Se equivocaba.

—¿Cómo es eso? ¿Un llamamiento así, sin más ni más? ¿En nombre de quién?

—En el mío propio.

—Pero ¿quién es usted?

El nuevo sonrió compungido:

—El emperador Miguel.

Fue como si hubiéramos recibido un calambrazo. Nos incorporamos todos en la cama y lo miramos. No, su cara tímida no se parecía en nada a la de Miguel Romanov. Además, la edad…

—Mañana, mañana, ahora a dormir —dijo, severo, Suzi.

Nos dormimos saboreando de antemano que al día siguiente las dos horas hasta el reparto de la ración de la mañana no iban a ser aburridas.

Trajeron al emperador la cama, la ropa, y se acostó, silencioso, al lado del zambullo.

En 1916, en casa de Belov, un maquinista de tren de Moscú, entró un viejo desconocido corpulento, con una barba rubia, y dijo a la religiosa esposa del maquinista: «Pelagueya: tienes un hijo de un año. Cuídalo para el Señor. Cuando sea la hora vendré otra vez». Y se fue.

Pelagueya no conocía a aquel viejo, pero en sus palabras había tanta claridad y amenaza, que avasallaron el corazón de la madre. Y empezó a cuidar al hijo como a la niña de sus ojos. Victor crecía calladito, obediente, religioso: con frecuencia se le aparecían los ángeles y la Virgen. Después, con menos frecuencia. El viejo no apareció más. Victor aprendió a conducir; en 1936 fue llamado a filas y destinado a Birobidján; allí servía en una compañía de transportes. No tenía nada de descarado, pero quizá por eso, por su seriedad y mansedumbre, hechizó a una muchacha contratada e hizo sombra al jefe de su pelotón, que pretendía a aquella muchacha. Por aquellas fechas vino a unas maniobras el mariscal Blujer, y aquí, su chófer personal se puso muy enfermo. Blujer ordenó al jefe de la compañía de transportes que le mandara al mejor chófer; el jefe de la compañía llamó al jefe del pelotón, y éste vio la ocasión de deshacerse de su rival Belov, endilgándolo al mariscal. (En el Ejército es frecuente: no medra el que se lo merece, sino aquel del que quieren desprenderse). Además, Belov no bebía, era cumplidor y no defraudaría.

Belov cayó bien a Blujer, y siguió con él. Poco después Blujer recibió una llamada, muy verosímil, de Moscú (al mariscal, antes de arrestarlo, lo sacaban del Lejano Oriente, dócil a él) y trajo aquí a su chófer. Al quedar huérfano, Belov cayó en el garaje del Kremlin: fue chófer de Mijailov (el del Komsomol), de Lozovski, y, por fin, de Kruschov. Aquí Belov vio (y nos contaba muchas cosas a nosotros) los festines, las costumbres, las precauciones. Como representante de la masa proletaria de Moscú asistió al proceso de Bujarin en la Casa de los Sindicatos. De todos sus amos sólo de Kruschov hablaba con cariño: sólo en su casa sentaban al chófer a la mesa con toda la familia, no aparte, en la cocina; sólo aquí, por aquellos años, se había conservado una austeridad obrera. El jovial Kruschov también se encariñó con Victor Alexeievich, y cuando se trasladó a Ucrania en 1938, le invitó con insistencia a que fuera con él. «Por mí, jamás me hubiera ido de Kruschov», decía Victor Alexeievich. Pero algo le retuvo en Moscú.

En 1941, casi al comenzar la guerra, tuvo no sé qué tropiezo; no trabajaba en el garaje del Gobierno, y a él, indefenso, lo movilizó el comisariado militar. A causa de su delicada salud no lo enviaron al frente, sino a un batallón de trabajo —primero a pie hasta Inza[aw] y de allí a cavar trincheras y a abrir caminos. Después de la vida despreocupada y harta de los últimos años, aquello le supo a cuerno quemado. Conoció necesidades y padecimientos a manos llenas, y vio a su alrededor que el pueblo, en vísperas de la guerra, no sólo no vivía mejor, sino que había empobrecido. Salió con vida, porque lo licenciaron por enfermedad, regresó a Moscú y aquí volvió a colocarse bien: fue chófer de Scherbakov[128]; después de Sedin, el comisario del petróleo. Pero Sedin robó (sólo 35 millones), lo retiraron sin ruido, y Belov se vio otra vez privado del trabajo con los jefes. Y se fue de chófer a una base de transportes, y en las horas libres se dedicaba a las chapuzas, haciendo viajes hasta Krasnaya Pajrá.

Pero él ya tenía los pensamientos puestos en otra cosa. En 1943 estaba en casa de su madre; ella lavaba la ropa, y salió con los cubos a la fuente. En esto se abrió la puerta y entró en la casa un viejo desconocido, corpulento, de barba blanca. Se persignó de cara al icono, miró con severidad a Belov y le dijo: «Buenos días, Miguel: ¡Dios te bendice!». «Yo me llamo Victor», le respondió Belov. «Pero serás Miguel, emperador de la Santa Rusia», insistía el anciano. En eso entró la madre, y del miedo se quedó de una pieza y derramó el agua: era el viejo de hacía veintisiete años, canoso, pero el mismo. «Sálvete Dios, Pelagueya, por haber conservado al hijo», exclamó el anciano. Y se quedó a solas con el futuro emperador, entronizándolo como si él fuese el patriarca. Comunicó al conmocionado joven que en 1953 habría un cambio de poder y que él sería el emperador de todas las Rusias[129] (¡por eso el número de la celda le había asombrado tanto!), y para ello, ya desde 1948 había que empezar a reunir fuerzas. El anciano se fue, sin enseñarle a reunir las fuerzas. Y a Victor Alexeievich no se le ocurrió preguntárselo.

¡Desde aquel instante perdió la tranquilidad y la sencillez de la vida! Otro quizá se hubiera evadido de aquella idea desmesurada, pero Victor se había rozado con los más altos cargos, había visto a todos esos Mijailov, Scherbakov, Sedin, escuchó lo que decían otros chóferes y se dio cuenta de que para eso no había que ser un hombre extraordinario, sino al revés.

El recién ungido zar, calladito, escrupuloso, sensible como Fiodor Ioannovich[ax], el último Rurikida, sintió en su cabeza la copa pesada y aplastante del gorro de Monómaco. La pobreza y el dolor popular a su alrededor, por el que hasta ahora no se había sentido responsable, ahora le agobiaba y él era culpable de que se prolongara. Le pareció extraño tener que esperar hasta 1948, y en el otoño de aquel mismo año de 1943 redactó su primer manifiesto al pueblo ruso y lo leyó a cuatro empleados del garaje del comisariado del Petróleo…

… Desde por la mañana rodeamos a Victor Alexeievich y él nos contó mansamente todo eso. Aún no habíamos descubierto su credulidad infantil, nos

sentimos ganados por su extraño relato y —fue culpa nuestra— no nos dio tiempo a prevenirlo contra la *clueca*. No podíamos concebir que aquello que tan ingenuamente nos estaba contando aquí no lo conociera ya en todos sus detalles el juez de instrucción… Al acabar el relato, Kramarenko pidió permiso para ver «al jefe de la cárcel con objeto de pedirle tabaco» o para que lo visitara el médico, no recuerdo, el caso es que poco después lo llamaron. Allí *vendió* a los cuatro del comisariado del Petróleo, de los que nadie se hubiera enterado jamás… (Al día siguiente, al regresar del interrogatorio, Belov se asombraba: ¿cómo se había enterado de ello el juez de instrucción? Fue cuando caímos en la cuenta)… Los del comisariado del Petróleo leyeron el manifiesto, lo aprobaron todos ¡y NINGUNO DENUNCIÓ al emperador! ¡Pero él mismo comprendía que era demasiado pronto! ¡Pronto!, y quemó el manifiesto.

Pasó un año. Victor Alexeievich trabajaba de mecánico en una base de transportes. En el otoño de 1944 redactó otro manifiesto y se lo dio a leer a DIEZ personas: a chóferes y a mecánicos. ¡Todos lo aprobaron! ¡Y NINGUNO LO DENUNCIÓ! (De diez ninguno; para aquella época de delaciones era un fenómeno bastante raro. Fastenko no se había equivocado al referirse a los «ánimos de la clase obrera»). Cierto es que el emperador, en tales casos, recurrió a trampas ingenuas: daba a entender que tenía buenas agarraderas en el Gobierno y prometió a sus partidarios viajes de servicio para cohesionar a las fuerzas monárquicas en la periferia.

Pasaron los meses. El emperador se confió a dos chicas del garaje. Y aquí ya no hubo fallo: las muchachas dieron pruebas de madurez ideológica. A Victor Alexeievich le entró angustia, presintiendo la desgracia. El domingo, después de la Anunciación, iba por el mercado con el manifiesto en el bolsillo. Un viejo obrero de sus partidarios lo vio y le dijo: «Victor: creo que sería mejor si, por ahora, quemaras aquel papel, ¿eh?». Y Victor asintió con fuerza: sí, se había anticipado a escribirlo, ¡debía quemarlo! «Ahora mismo lo quemo, es verdad». Y se fue a casa a quemarlo. Pero dos chicos muy simpáticos lo llamaron allí mismo, en el mercado: «Victor Alexeievich, acompáñenos». Y en un coche lo trajeron a la Lubianka. Aquí tenían tanta prisa y tan azorados estaban que no lo cachearon, como era de rigor, y hubo un momento en que el emperador pudo destruir su manifiesto en el retrete. Pero decidió que lo iban a molestar más preguntándole dónde lo tenía. E inmediatamente, en el ascensor, lo subieron a presencia de un general y un coronel, y el general, con su propia mano, le arrancó el manifiesto del bolsillo abierto.

Bastó un interrogatorio para que la Lubianka se tranquilizara: no era nada terrible. Diez detenciones en el garaje de la base. Cuatro en el garaje del comisariado del Petróleo. El sumario se lo pasaron a un teniente coronel y éste, entre risas, leyó el llamamiento:

—Aquí Su Majestad escribe: «A mi Ministro de Agricultura le daré indicaciones para que, en la primera primavera, disuelva los koljoses». Pero ¿cómo repartir los

aperos? Esto no lo tiene usted muy bien elaborado… Después escribe: «Aumentaré la construcción de viviendas y situaré a cada uno cerca de su lugar de trabajo…, elevaré el sueldo de los obreros»… ¿De dónde sacará la pasta, Majestad? Como no imprima dinero en la imprenta… Es que usted elimina los *empréstitos* interiores… Además, fíjese: «Borraré el Kremlin de la faz de la tierra». ¿Dónde va a instalar su propio Gobierno? ¿Le vendría bien el edificio de la Bolshaya Lubianka? ¿No le apetece dar una vuelta para verlo…?

A mofarse del emperador de todas las Rusias acudían también los jóvenes jueces de instrucción. En todo aquello sólo vieron lo ridículo.

En la celda tampoco lográbamos siempre contener la risa. «Espero que en el 1953 no nos olvide, ¿eh?», decía Z-v guiñándonos el ojo.

Todos se reían de él…

Victor Alexeievich, de cejas blancas, ingenuo, con manos callosas, cuando recibía las patatas cocidas de su desdichada madre, Pelagueya, nos invitaba, sin reparar en lo tuyo y lo mío: «Coman, coman, camaradas»…

Reía avergonzado. Sabía perfectamente que aquello era inoportuno y ridículo: emperador de todas las Rusias. Pero ¿qué otra cosa le quedaba si la elección de Dios había recaído sobre él?

Poco después se lo llevaron de nuestra celda[130].

En vísperas del primero de mayo quitaron de la ventana el enmascaramiento. La guerra acababa visiblemente.

Aquella noche, la Lubianka estaba más silenciosa que nunca, además creo que era el segundo día de Pascua, las fiestas se cruzaban. Todos los jueces de instrucción estaban de fiesta en Moscú, no llamaban a declarar. En el silencio se oyó cómo alguien protestaba de algo. Se le llevaron de la celda a la cámara (con el oído establecíamos la situación de todas las puertas) y, con la puerta de la cámara abierta, le estuvieron pegando durante mucho tiempo. En el silencio suspenso se oía perfectamente cada golpe en algo blando y en la boca que se atragantaba.

El 2 de mayo, en Moscú sonaron treinta salvas: equivalía a una capital europea. Quedaban por tomar dos: Praga y Berlín; teníamos que adivinar cuál de las dos.

El 9 de mayo trajeron el almuerzo junto con la cena, cosa que en la Lubianka sólo se hacía el 1.º de mayo y el 7 de noviembre.

Sólo por eso caímos en la cuenta de que la guerra había terminado.

Por la noche escuchamos otros treinta chupinazos. Ya no quedaban capitales por tomar. Y aquella misma noche se oyó otra salva, creo que de cuarenta disparos: era el fin de los fines.

Por encima del bozal de nuestra ventana y de las demás celdas de la Lubianka, así como de las ventanas de todas las cárceles de Moscú, los que habían estado prisioneros y los que habíamos estado en el frente, mirábamos al cielo de Moscú, adornado con bengalas, sesgado por los reflectores.

Boris Gammerov, un joven antitanquista, licenciado por invalidez (una herida incurable de pulmón), ya detenido con un grupo estudiantil, ese día se hallaba en una multitudinaria celda de la Butyrki, donde eran a medias prisioneros y veteranos de guerra. Esta última salva la describió en parcas octavas, en versos muy sencillos: cómo se acostaron en las literas, tapados con los capotes, cómo los despertó el ruido; levantaron la cabeza, miraron hacia el bozal: ah, son las salvas, se acostaron de nuevo.

Y volvieron a taparse con los capotes

Aquellos capotes con barro de la trinchera, con ceniza de las hogueras, con jirones hechos por la metralla alemana.

No era para nosotros aquella victoria. No era para nosotros aquella primavera.

VI
Aquella primavera

En junio de 1945, cada mañana y cada tarde hasta las ventanas de la cárcel de Butyrki llegaban los ruidos metálicos de orquestas lejanas: de la calle Lesnaya o de la Novoslobodskaya.

Nosotros permanecíamos ante las ventanas de la cárcel abiertas de par en par —aunque por ellas no penetraba ni un soplo de aire—, tras los verduscos bozales de vidrio emplomado, y escuchábamos. ¿Eran las unidades militares las que marchaban? ¿O los trabajadores, gustosos, dedicaban a marcar el paso una parte de su ocio? No lo sabíamos, pero ya había penetrado el rumor de que se preparaban para la gran parada de la Victoria, que se efectuaría en la Plaza Roja el 22 de junio: en el cuarto aniversario del comienzo de la guerra.

Las piedras del basamento crujían y se comprimían; no serían las que culminaran el edificio. Pero hasta el honor de yacer en el basamento les fue denegado a los que, abandonados a su suerte, con la frente condenada y las costillas condenadas, recibieron los primeros golpes de esa guerra e impidieron la victoria ajena.

«¿Acaso al traidor le conmueve el son de la dicha…?».

Aquella primavera de 1945 en nuestras cárceles era, principalmente, la primavera de los *prisioneros* rusos. Ellos pasaban por las prisiones de la Unión Soviética en inabarcables cardúmenes, densos y grises como los de los arenques. Para mí el primer ángulo de aquel cardumen fue Yuri E. Pero ahora me rodeaba por todas partes su movimiento seguro y sincronizado, como si conocieran su destino.

No eran sólo prisioneros los que pasaban por aquellas celdas, corría el torrente de todos los que habían estado en Europa: emigrados de la guerra civil; *ost* de la reciente guerra contra Alemania; oficiales del Ejército Rojo que hablan ido muy lejos en sus conclusiones, y de quienes Stalin pudiera temer que de su campaña europea trajeran la libertad europea, como sus iguales habían hecho ciento veinticinco años antes**[ay]**. Pero la mayoría eran mis coetáneos, no tanto míos como *coetáneos de Octubre*, de los que habían nacido con la Revolución, los que en 1937, sin complejos, se apelotonaban en las manifestaciones del veinte aniversario, y cuya quinta al comenzar la guerra constituyó el Ejército regular, aventado en unas semanas.

Así, aquella abrumadora primavera carcelaria al son de las marchas de la Victoria fue la primavera de ajuste de cuentas a mi generación.

Fuimos nosotros a quienes, sobre la cuna, nos cantaban: «¡Todo el poder a los soviets!» erramos nosotros los que estirábamos las morenas manos infantiles hacia la trompeta de los pioneros y al grito de «¡Estad alerta!», saludábamos: «¡Siempre alerta!» erramos nosotros los que en Buchenwald introducíamos armas y allí ingresábamos en el partido comunista. Y ahora nosotros éramos considerados negros sólo porque habíamos quedado con vida[131].

Cuando cortamos Prusia Oriental, vi columnas cabizbajas de prisioneros que regresaban —los únicos apenados, cuando todo alrededor era alegría— y ya entonces su pesadumbre me asombraba, si bien no entendía aún sus causas. Yo me bajaba, me acercaba a aquellas columnas voluntarias (¿para qué columnas?, ¿por qué se formaban si nadie obligaba a hacerlo? ¡Los prisioneros de guerra de todas las naciones regresaban en desparramo! Y los nuestros querían llegar con la mayor docilidad posible)… Allí yo llevaba galones de capitán y con los galones y en el camino me hubiera sido imposible saberlo: ¿por qué todos aquellos iban sin alegría? Y he aquí que el destino me empujó hacia aquellos prisioneros, y yo marchaba ya con ellos del contraespionaje del Ejército al del Frente y en el del Frente oí sus primeros relatos incomprensibles para mí; después me hizo una exposición de todo eso Yuri E., y más tarde, bajo las bóvedas del castillo de ladrillo de Butyrki, sentí que toda aquella historia de varios millones de prisioneros rusos me atravesaba para siempre como el alfiler a la cucaracha. La propia historia de mi caída en la cárcel me pareció fútil, me olvidé de lamentar los galones arrancados. Allí donde estuvieron mis coetáneos, sólo por casualidad no estuve allí. Comprendí que mi deber era arrimar el hombro a una esquina de su peso común, y soportarlo hasta el fin de mis fuerzas, hasta que me aplastara. Ahora me sentía como si hubiera caído prisionero con aquellos muchachos en el paso de Soloviov, en la bolsa de Jarkov, en las canteras de Kerch; con las manos atrás llevé mi orgullo soviético tras las alambradas del campo de concentración, y esperé en el relente horas enteras un cazo de *kawa* frío (sustituto del café), y caí desvanecido sin poder llegar a la cocina; en el campo de oficiales 68 (Suwalki) escarbé, con las manos y con la tapa de la caldereta, un foso en forma de embudo (más estrecho hacia arriba) para no pasar el invierno en medio de la explanada; y, cuando ya agonizaba, un prisionero bestializado se arrastró hasta mí para morder la carne aún tibia de mi brazo; y cada nuevo día mi exacerbada conciencia hambrienta, en el barracón de los tíficos y ante la alambrada del vecino campo de ingleses, una idea clara penetraba más y más en mi cerebro mortecino: que la Rusia Soviética había renunciado a sus hijos agonizantes. «Los hijos orgullosos de Rusia» le fueron necesarios a ella mientras se tiraban bajo los tanques, mientras se les podía lanzar al ataque. ¿Pero darles de comer en el cautiverio? Eran bocas sobrantes. Y testigos sobrantes de derrotas ignominiosas.

A veces queremos mentir, pero la lengua no nos deja. A estos hombres les declararon traidores, pero en el lenguaje se equivocaron curiosamente tanto los jueces como los fiscales y los instructores. Y los propios condenados, y todo el pueblo y los

periódicos repitieron y afirmaron ese error, diciendo involuntariamente la verdad: los querían declarar traidores a la patria, pero nadie decía ni escribía en los documentos judiciales de otra manera que no fuera «DE la patria».

¡Tú lo has dicho! No eran traidodes a *ella*, sino de *ella*. No fueron ellos, desdichados, quienes traicionaron a la patria, sino fue la patria calculadora la que los traicionó POR TRES VECES.

Por primera vez los traicionó mediocremente en el campo de batalla, cuando el Gobierno preferido por la patria, hizo todo lo que pudo para perder la guerra: desmanteló las líneas de fortificaciones, situó a la aviación para que la destruyeran, desmontó los tanques y la artillería, aniquiló a los generales inteligentes y prohibió a los ejércitos la resistencia[132]. Los prisioneros de guerra fueron precisamente los que, con su cuerpo, recibieron el golpe y frenaron a la Wehrmacht.

Por segunda vez, la patria los traicionó sin misericordia, dejándoles que estiraran la pata en el cautiverio.

Y ahora por tercera vez los traicionó, engatusándolos con el amor materno («¡La patria os ha perdonado! ¡La patria os llama!») y les echó al cuello el lazo ya en la misma frontera[133].

¡Cuántas canalladas se han cometido y visto en los mil y cien años de nuestra existencia como Estado! Pero ¿acaso hubo una infamia multimillonaria como ésta: traicionar a sus soldados y declararlos a ellos traidores?

Y con qué facilidad los tachamos de nuestra cuenta: ¿Traicionaste? ¡Vergüenza! ¡Dadlo de baja! Pero aún antes que nosotros los *dio de baja* nuestro Padre: lanzó la flor y nata de la intelectualidad de Moscú a la trituradora de Viazma[az] con carabinas del año 1866, pero con una para cada cinco. (¿Qué León Tolstoi nos podrá hacer una descripción de este Borodino?). Y con un obtuso desplazamiento del dedo pulgar y meñique, el Gran Estratega mandó a través de Yenikalé en diciembre de 1941 —sin razón alguna, sólo para dar una noticia espectacular, a CIENTO VEINTE MIL de nuestros muchachos, probablemente tantos como rusos había en Borodino— y los entregó a todos sin combate a los alemanes.

Y, a pesar de ello, inexplicablemente, el traidor no es él, sino ellos.

¡Con qué facilidad nos dejamos llevar por los motes preconcebidos, con qué facilidad accedimos a llamar traidores a estos hombres vendidos! Aquella primavera estaba en una celda de Butyrki el viejo Lebedev, metalúrgico, con título de profesor universitario, con aspecto de robusto operario del siglo pasado, o quizás antepasado de las fábricas de Demidov. Era ancho de hombros, de frente amplia, con una barba tipo Pugachov y con una manaza hecha para agarrar una cuchara de colada de cinco arrobas. En la celda llevaba sobre la ropa interior una bata de obrero, gris, desteñida, era desaseado y podía parecer un auxiliar de la cárcel; eso mientras no se sentaba a leer, mientras la acostumbrada prestancia imperiosa de la *idea* no había iluminado su rostro. Nos reuníamos muchas veces en torno a él y hablaba menos de metalurgia: con voz grave explicaba que Stalin era tan perro como Iván *el Terrible: «¡Dispara!*,

¡agarrota!, ¡no mires!», que Gorki era un calzonazos, un badajo y un justificador de verdugos. A mí me maravillaba aquel Lebedev: era como si todo el pueblo ruso estuviera ante mí encarnado en un solo torso recio, con aquella cabeza que reflejaba sabiduría, con aquellas manos y pies de labrador. ¡En tantas cosas había recapacitado! —¡Yo aprendía de él a interpretar el mundo!—. Y él, Lebedev, de pronto, con su manaza tajante proclamó que los del *uno be* eran traidores a la patria y no se les podía perdonar. Y los del *uno be* abarrotaban todas las literas alrededor. ¡Qué heridos se sintieron aquellos muchachos! El viejo, en nombre de la Rusia de la tierra y del trabajo, sentenciaba con firmeza, y a ellos les daba apuro y vergüenza defenderse. A dos chiquillos con el «punto diez» y a mí nos tocó defenderlos y discutir con el viejo. ¡Pero hasta qué grado llega la ofuscación creada por la monótona mentira oficial! Hasta los más inteligentes entre nosotros son capaces de abarcar sólo aquella parte de la verdad, con la que se dieron de morros**[134]**.

Cuántas guerras sostuvo Rusia (hubieran sido mejor menos); pero ¿conocemos a muchos traidores de aquellas guerras? ¿Se ha observado que la traición anida en el espíritu del soldado ruso? Y he aquí que bajo el régimen más justo se inició la guerra más justa y surgieron de pronto millones de traidores de entre la gente más sencilla. ¿Cómo entender eso? ¿Cómo explicarlo?

A nuestro lado luchaba contra Hitler la Inglaterra capitalista; la pobreza y padecimientos de su clase obrera ha sido expuesta con suma elocuencia por Marx. ¿Y por qué de *ellos* en esta guerra sólo salió un traidor: el comerciante Lord *Bow-wow*? ¿Y, en nuestro país, millones?

Da miedo abrir la boca. ¿Y si la razón está en el sistema estatal…?

Un antiguo proverbio nuestro ya justificaba la capitulación: «El prisionero chillará, pero el muerto jamás». En los tiempos del zar Alexei Mijailovich por *padecer cautiverio* concedían títulos de *nobleza*. El canje de prisioneros, darles cuidado y calor humano, fue tarea de la sociedad en TODAS las guerras posteriores. Cada evasión del cautiverio era ensalzada como la mayor heroicidad. Durante toda la Primera Guerra Mundial, en Rusia se recaudaban medios para ayudar a nuestros prisioneros y nuestras hermanas de caridad recibían permiso para entrar en Alemania y visitar a nuestros cautivos y cada periódico recordaba a diario al lector que sus compatriotas sufrían cruel cautiverio. Todos los pueblos occidentales hicieron lo mismo en esta guerra: paquetes, cartas, todas las formas de apoyo circulaban con libertad a través de los países neutrales. Los prisioneros europeos occidentales no se rebajaban a comer del rancho alemán, trataban con desprecio a los guardianes alemanes. Los Gobiernos occidentales, a sus soldados que habían caído prisioneros, les contaban el cautiverio como años de servicio, y les concedían los grados correspondientes y hasta los salarios mensuales.

¡El soldado del Ejército Rojo es el único en el mundo que no se *rinde*! Así está escrito en el Reglamento (*Ivan plen nicht*, nos gritaban los alemanes desde sus fronteras), ¿pero quién podía imaginarse todo el sentido de ello? ¡Hay guerra, hay

muerte, pero no hay rendición! ¡Qué descubrimiento! Eso significa: ¡anda y muérete, que nosotros seguiremos viviendo! Pero si tú has perdido las piernas, retornas del cautiverio con muletas y vivo (el leningradense Ivanov, jefe de un pelotón de ametralladoras en la guerra de Finlandia, después estuvo preso en el campo de Ustvym), te juzgaremos.

Sólo nuestro soldado, rechazado por la patria y el más despreciable a los ojos de enemigos y aliados, aspiraba a recibir el brebaje de cerdo que le daban por la puerta de atrás del Tercer Reich. Sólo él tenía cerrada a cal y canto la puerta de la patria, aunque los más jóvenes se resistían a creer que había un artículo 58-1-b y que por él en tiempo de guerra la condena más suave era el fusilamiento. ¡Porque el soldado no ha querido morir de una bala alemana, por eso debe morir después del cautiverio de una bala soviética! Los enemigos de la ajena, y nosotros de la nuestra.

(Aunque es ingenuo decir: *porque*. Los Gobiernos de todas las épocas tienen muy poco de moralistas. Jamás ejecutaron o encarcelaron a la gente *por* algo. Encarcelaban y ejecutaban *para que no*. A todos estos prisioneros los encarcelaron, claro está, no *por* haber traicionado a la patria, porque hasta el más imbécil sabe que por traición sólo pueden ser condenados los vlasovistas. A todos éstos los metieron en campos *para que no* evocaran Europa entre sus paisanos. Con lo que no ves no sueñas)…

Así, pues, ¿qué caminos tenían ante sí los prisioneros de guerra rusos? *Legítimo*, sólo uno: tumbarse y dejarse pisar. Cada brizna estira su tallo endeble para vivir. Pero tú túmbate y aplástate. Aunque con un poco de retraso, muere ahora, ya que no has logrado morir en el campo de batalla, y entonces no serás juzgado.

Yacen los soldados. Han dicho su palabra
Y ya tienen razón a perpetuidad.

Y todos los demás caminos que tu cerebro desesperado pueda imaginarse: todos conducen a un choque con la Ley.

La *evasión* para alcanzar la patria, a través de las alambradas del campo, a través de media Alemania, después de Polonia o los Balcanes, llevaba al SMERSH y al banquillo de los acusados: ¿cómo has logrado escapar cuando otros no lo consiguen? ¡Aquí hay gato encerrado! Di, canalla, ¿qué *misión* traías? (Miljail Burnantsev, Pavel Bondarenko y muchísimos otros[135]).

La fuga a las guerrillas occidentales, a las Fuerzas de la Resistencia, no hacía más que retardar el pago de toda tu deuda a los tribunales, pero ello te hacía aún más peligroso: al vivir libremente entre los europeos pudiste contagiarte de un espíritu muy nocivo. Y si tú no temiste escapar y después luchar, eres un hombre decidido, eres doblemente peligroso para la patria.

¿Sobrevivir en el campo a cuenta de tus compatriotas y compañeros? ¿Convertirte en policía del campo, en comandante, en ayudante de los alemanes y de la muerte? La

ley estaliniana eso no lo castigaba con mayor severidad que la participación en la Resistencia: el mismo artículo y los mismos años de condena (se puede adivinar por qué: ¡ese hombre era menos peligroso!). Pero la ley interna que inexplicablemente llevamos dentro vedaba ese camino a todos, menos a la inmundicia.

Excluidos estos cuatro ángulos, superiores a tus fuerzas o inaceptable, quedaba un quinto: esperar a los reclutadores, esperar a que te llamaran de alguna parte.

A veces, por suerte, llegaban representantes de los distritos rurales y reclutaban braceros para los granjeros; los de las empresas seleccionaban a ingenieros y obreros. De acuerdo al supremo imperativo estaliniano también debías negar que eras ingeniero, ocultar que eras obrero cualificado. Diseñador o electricista, conservabas tu pureza patriótica sólo si te quedabas en el campo a escarbar la tierra, a pudrirte, a rebuscar en los basureros. Entonces, por tu *pura* traición a la patria, con la cabeza muy alta te hacías acreedor a diez años y cinco sin derechos. Mientras que ahora, por traición a la patria, con el agravante de haber trabajado para el enemigo en tu especialidad con la cabeza gacha recibías ¡diez años y cinco sin derechos!

Era la extraordinaria precisión de relojería característica de Stalin.

Venían también reclutadores totalmente distintos: eran rusos, casi siempre excomisarios rojos; los guardias blancos no se prestaban a esos quehaceres. Los reclutadores convocaban en el campo un mitin, echaban pestes del poder soviético e invitaban a inscribirse en las escuelas de espionaje o en las unidades de Vlasov.

El que no pasó el hambre de nuestros prisioneros de guerra, no comió los murciélagos que volaban sobre el campo, no coció suelas viejas, probablemente no alcance a comprender qué fuerza material adquiere cualquier llamada, cualquier argumento si detrás de él humea una cocina de campaña y a cada uno que accede allí mismo le dan gachas hasta que reviente, ¡aunque sea una vez!, ¡aunque sea por una sola vez en la vida!

Pero, además de las gachas humeantes, en el llamamiento del reclutador sonaba el señuelo de la libertad y de la vida de verdad: no importaba a qué llamara. A los batallones de Vlasov. A los regimientos de Krasnov. A los batallones de trabajo que prepararían el hormigón para la futura Muralla Atlántica. A los fiordos de Noruega. A las arenas libias. A los *hiwi —Hilfswillige—*, ayudantes voluntarios de la Wehrmacht alemana (en cada compañía alemana había 12 *hiwis*). Por fin, también a policías rurales, a perseguir y cazar guerrilleros (a muchos de los cuales la patria también renunciará). Adonde llamaran daba lo mismo, todo era preferible a estirar la pata como el ganado olvidado.

¡Al hombre, al que hemos conducido a tal estado que roe murciélagos, a ese hombre *nosotros mismos* lo hemos eximido de todo deber ante la patria y ante la Humanidad!

Y aquellos muchachos nuestros, que de los campos de prisioneros de guerra se reclutaban a los cursillos acelerados de espías, aún no habían sacado las conclusiones extremas de su abandono, aún se portaban de forma más que patriótica. Veían en eso

el medio menos costoso para escapar del campo. En su mayoría abrumadora se imaginaban que nada más los alemanes los pusieran en territorio soviético se presentarían inmediatamente a las autoridades, entregarían sus aparatos e instrucciones, junto con los joviales mandos se mofarían de los tontos alemanes, se pondrían el uniforme de soldado rojo y alegremente se reintegrarían a las filas de los combatientes. Díganme: HUMANAMENTE, ¿QUIEN PODRÍA ESPERAR OTRA COSA? ¿CÓMO PODRÍA SER DE OTRA MANERA? Eran muchachos sencillos, yo vi a muchos, con caras redondas que denotaban sencillez, con un cautivador deje de Viatka o de Vladimir. Se metían animosamente a espías, con cuatro o cinco grados de la escuela rural, y sin ninguna práctica en el manejo de la brújula y del mapa.

De este modo, creo, se imaginaban su salida como la única acertada. Así de cara y de tonta parecía toda esa empresa del mando alemán. Mas no. Hitler sabía de qué pie cojeaba Stalin. La espiomanía era una característica de la demencia de Stalin. Stalin se imaginaba el país pululante de espías. A todos los chinos que habitaban el Lejano Oriente soviético les colgaron el 58-b, un punto para espías, los trasladaron a los campos del Norte y allí sucumbieron. Igual suerte les tocó a los chinos que participaron en la guerra civil y que no se largaron a tiempo. Varios centenares de miles de coreanos fueron desterrados al Kazajstán, sospechosos todos a una de lo mismo. Todos los soviéticos que en alguna ocasión estuvieron en el extranjero, que alguna vez retuvieron su paso frente al hotel «Inturist», que alguna vez aparecieron en una foto junto a una fisonomía extranjera, o que fotografiaron un edificio de la ciudad (las Puertas de Oro de Vladimir, del siglo XII), eran acusados de lo mismo. Los que miraban con insistencia la vía férrea, un puente de carretera, una alcantarilla, eran acusados de lo mismo. Los muchos comunistas extranjeros que se quedaron en la Unión Soviética, todos los funcionarios pequeños y grandes de la Komintern, sin hacer distingos individuales, eran acusados antes que nada de espías**[136]**. Y los fusileros letones, las bayonetas más seguras de los años tempranos de la revolución, cuando los arrestaban al por mayor en 1937, también eran acusados de espionaje. Stalin se apropió y multiplicó la famosa frase de Catalina II: él prefería pudrir en la cárcel a novecientos noventa y nueve inocentes con tal de no dejar escapar a un espía de verdad. Así, ¿acaso podrían creer a los soldados rusos que habían estado en manos del espionaje alemán? ¡Cómo facilitaban el trabajo con la MGB los miles de soldados que venían pateando de Europa y que no ocultaban que eran espías reclutados voluntariamente! ¡Qué confirmación más exacta de las predicciones del Sabio entre los Sabios! ¡Pasad, pasad, imbéciles! ¡Hace tiempo que os tenemos preparados el artículo y la recompensa!

Cabe preguntar: pero también hubo quien no se prestó a ningún reclutamiento; que no trabajó para los alemanes en su profesión; que no fue *ordner* en el campo; y *se pasó toda la guerra cautivo sin asomar la nariz*; y, no obstante, no murió, aunque eso es casi increíble. Por ejemplo, hacían con chatarra mecheros, como los ingenieros

eléctricos Nikolai Andreievich Semionov y Fiodor Fiodorovich Karpov, y con eso se alimentaban. ¿Es posible que a ésos la patria no les perdonara la rendición?

No, no la perdonó. Conocí a Semionov y Karpov en la Butyrki, cuando ya les habían colgado sus legítimos…, ¿cuántos?, el sagaz lector ya lo sabe: *diez y cinco sin derechos*. Eran brillantes ingenieros, pero RECHAZARON la propuesta alemana de trabajar en su especialidad. ¡Y en 1941 el subteniente Semionov se había ido VOLUNTARIO al frente! Y en 1942 aún andaba con la *funda vacía*, por falta de pistolas (el juez de instrucción no comprendía por qué, antes de rendirse, no se pegó «un tiro de funda»). TRES veces se evadió del campo. Y en 1945, cuando lo liberaron, como castigo lo montaron en un tanque nuestro (en un desembarco de tanques) y participó en la TOMA DE BERLIN y recibió la orden de la *Estrella Roja* y después de todo esto fue encarcelado definitivamente y *condenado*. Ése es el espejo de nuestra Némesis.

Pocos fueron los prisioneros de guerra que cruzaron la frontera soviética como hombres libres, y los que en el barullo penetraron fueron agarrados más tarde, en 1946 o en 1947. A unos les arrestaban en los apiaraderos en Alemania. A otros, aunque no los hubieran arrestado, desde la frontera eran trasladados en furgones custodiados a uno de los muchos, desparramados por todo el país, Campos de Comprobación y Filtración (CCF). Estos campos no se distinguían de los Campos de Trabajos de Reeducación (CTR), salvo que a los recluidos en aquéllos aún no les habían señalado su condena, cosa que harían una vez llegados al CTR. De todos modos, también sacaban provecho de estos CCF: se hallaban instalados al pie de una fábrica, de una mina, de una obra, y los exprisioneros de guerra, observando la patria recobrada a través de la misma alambrada de espino que en Alemania, podían ya desde el primer día incorporarse a la jornada laboral de diez horas. En los ratos de asueto —de noche y a la madrugada—, los sometidos a comprobación eran interrogados; para ello en los CCF había un sinfín de agentes y jueces de instrucción. Como siempre, el sumario se apoyaba en la tesis de que eras culpable de antemano. Tú, sin salir de la alambrada, debías demostrar que *no* eras culpable. Para ello sólo podías acudir a los testigos (a otros prisioneros de guerra) que acaso habían ido a parar a otro CCF, en el quinto pino. Por eso los agentes de Kemerovo pedían informes a los Solikamsk y éstos interrogaban a los testigos y enviaban las respuestas y pedían nuevos informes y a ti también te interrogaban como testigo. Así, esclarecer el asunto podía llevar un año o dos, pero la patria no perdía nada con eso: de todas formas tú seguías sacando carbón todos los días. Y si uno de los testigos declaraba algo desfavorable a ti o si éstos ya no estaban vivos, ya eras tratado como traidor a la patria y el Tribunal, en sesión especial, te endilgaba tu *decenio*. Si, por muchas vueltas que dieran al asunto, resultaba que al parecer no habías servido a los alemanes, y lo que es más importante, no tuviste tiempo ni siquiera de ver a los americanos o ingleses (la liberación del cautiverio, no por nosotros sino por ELLOS, era circunstancia muy agravante), entonces los agentes determinaban a qué tipo de

aislamiento eras acreedor. A algunos les prescribían un cambio de lugar de residencia (eso siempre obliga a romper los contactos con el ambiente, hace al hombre más vulnerable). A otros les proponían noblemente ir a trabajar en la guardia de los campos de concentración. De esta forma, quedando libre, en apariencia, la persona perdía toda libertad individual y tenía que ir a un sitio apartado. A los terceros les daban un apretón de manos y, aunque por la simple rendición se habían ganado el fusilamiento, humanamente los enviaban a casa. Pero esa gente se alegraba antes de tiempo. Adelantándose a él, por los canales secretos de las Secciones especiales, llegaba a su lugar de destino su *dossier*. Esta gente para siempre se convertía en gente *no nuestra*, y en el primer encarcelamiento masivo, como en los años 1948 y 1949, les metían por agitación o por cualquier otro punto apropiado, con esa gente también estuve preso.

«¡Ay, si lo hubiera sabido…!»: éste era el estribillo en las celdas aquella primavera. ¡Si hubiera sabido que me iban a recibir así! ¡Que me iban a engañar así! ¡Que me esperaba esta suerte! ¿Iba a volver yo a la patria? ¡¡Jamás!! ¡Me hubiera largado a Suiza, a Francia! ¡Cruzaría el mar! ¡El océano! ¡Tres océanos**[137]**!

Los más juiciosos los corregían: el error lo cometimos antes. En 1941 no debimos de meternos en primera fila. Teníamos que habernos camuflado en la retaguardia desde el principio, eso sí que es tranquilo, ahora son ellos los héroes. Y mejor aún hubiera sido desertar: andaríamos con el pellejo entero y por eso no echan diez años, sino ocho y siete; y en el campo no les puedes desplazar de ningún cargo: el desertor no es un enemigo, un traidor, un político, es de los nuestros, un *común*. Otros objetaban exaltados: los desertores se tirarán todos estos años encerrados y pudriéndose, a ésos no les perdonarían. Pero para nosotros, pronto habrá amnistía, pronto nos soltarán a todos. (¡Aún desconocían la ventaja principal del desertor…!).

Los que, con el punto 10, eran atrapados en su casa o en el Ejército Rojo, hasta decían con envidia: el diablo lo entiende, *por el mismo precio* (por los mismos diez años) habría visto tantas cosas interesantes, como estos muchachos ¡en cuántos sitios han estado! Y nosotros nos pudriremos en el campo sin haber pasado más allá de nuestro pestilente portal. (¡Verdad que los del 58-10 apenas lograban ocultar su gozo de que serían amnistiados en primer lugar!).

Los que no exclamaban «¡ay, si lo hubiera sabido!» (porque sabían a lo que iban), y no esperaban misericordia, eran los vlasovistas.

Mucho antes de nuestro inesperado encuentro en las literas de la cárcel yo había oído hablar de ellos y me dejaban perplejo.

Primero fueron unas octavillas más de una vez mojadas y más de una vez secadas, enredadas en las altas hierbas, tres años sin segar, del frente de Orel. Las octavillas anunciaban la creación, en diciembre de 1942, de un cierto «comité ruso de Smolensko», que no sé si pretendía ser una especie de Gobierno ruso o si no lo pretendía. Por lo visto, los propios alemanes tampoco lo habían decidido. Por eso

aquella noticia vacilante parecía una ficción. Las octavillas llevaban la foto del general Vlasov y exponían su biografía. En la foto borrosa su cara parecía la de un hombre cebado y satisfecho, como la de todos nuestros generales de nuevo cuño. (Después me dijeron que no era así, Vlasov más bien parecía un general de Occidente: era alto, flaco y con gafas de carey). La biografía parecía confirmar que había sido afortunado: su hoja de servicios como asesor militar de Chiang Kai-shek era intachable. La primera conmoción de su vida fue, precisamente, cuando abandonaron a su 2.º ejército de choque a morir mediocremente de hambre en un cerco. Pero ¿a qué frases de aquella biografía se podía dar crédito[138]?

Al mirar la foto resultaba imposible creer que era un hombre fuera de serie o que sentía profundamente y hacía tiempo el dolor de Rusia. Y las octavillas que anunciaban la formación del ERL («Ejército Ruso de Liberación»), además de estar escritas en un pésimo ruso, tenían un tufillo extraño, claramente alemán, y con cierto desinterés en el tema, pero con una burda jactancia con motivo de sus gachas suculentas y de la alegría reinante entre los soldados.

No creías en la existencia de ese Ejército, pero si era verdad que existía, ¿acaso podían estar tan alegres…? Mentir de esa forma sólo podía hacerlo un alemán[139].

Que era verdad que contra nosotros combatían rusos y que peleaban con más coraje que cualquier SS, lo comprobamos pronto. En julio de 1943, cerca de Orel, un pelotón de rusos con uniforme alemán defendía la aldea de Sobakinskie Vyselki. Luchaban con tal desesperación como si aquella Vyselki la hubieran hecho ellos mismos. A uno lo acorralaron en un sótano; cuando le metían allí granadas de mano enmudecía; pero en cuanto alguien intentaba penetrar, volvía a segar con su metralleta. Sólo cuando lanzaron una granada antitanque comprobaron que en el sótano había otro foso, más profundo, donde se guardaba de las granadas convencionales. Cabe imaginarse hasta qué punto debería estar aturdido, contusionado y desesperado; pero seguía combatiendo.

También estuvieron defendiendo una inexpugnable cabeza de puente en el Dniéper, al sur de Tursk; allí, durante dos semanas se combatió sin éxito por un centenar de metros; los ataques eran espantosos, y el frío, otro tanto (diciembre de 1943). En este encarnizado combate invernal de muchos días, ellos y nosotros llevábamos batas blancas de enmascaramiento, que cubrían el gorro y el capote, y cerca de Malye Kozlovichi —me contaban— ocurrió este caso: En un ataque, dos se despistaron entre los pinos y se tumbaron juntos, y ya sin entender bien la cosa, disparaban contra alguien y contra algo. Ambos llevaban metralletas soviéticas. Se repartieron las balas, se animaban el uno al otro, juraban porque el aceite de la metralleta se espesaba con el frío. Por fin las balas dejaron de silbar, se atascó el alimentador y decidieron fumar; echaron hacia atrás las capuchas blancas, y entonces fue cuando descubrieron en los gorros: uno, la estrella, y el otro, el águila. Se levantaron. Las metralletas no funcionaban. Y empezaron a sacudirse mandobles y a

perseguirse uno al otro: ya no se trataba de política ni de madre patria, sino de una elemental desconfianza cavernaria: ¡si lo compadezco, me mata!

En Prusia Oriental, a unos pasos de donde yo estaba, conducían, por el arcén, a tres vlasovistas prisioneros, y por la carretera cruzaba precisamente un tanque T-34. De pronto uno de los prisioneros se revolvió, saltó y, como una golondrina, se coló bajo el tanque. El tanque torció, pero, no obstante, lo aplastó con el borde de la oruga. Aplastado, se retorcía aún, y una espuma roja le asomaba por los labios. Se le podía comprender. Prefería la muerte de soldado a ser ahorcado en una mazmorra.

No les habían dejado elección. No podían combatir de otra manera. No les quedaba el recurso de pelear cuidándose un poco más. Si la rendición «pura» se consideraba en nuestro país una traición imperdonable a la patria, ¿qué decir de aquellos que tomaron las armas enemigas? Nuestra tosca propaganda explicaba la conducta de esta gente por los siguientes motivos: 1) traición (¿biológica?, ¿que se lleva en la sangre?) y 2) cobardía. ¡De cobardía, nada! El cobarde busca los sitios que ofrecen indulgencia, condescendencia. A los destacamentos «vlasovistas» de la Wehrmacht los llevó al último extremo; sólo la desesperación más allá de los límites, sólo el odio insaciable hacia el régimen soviético, sólo el desprecio hacia la vida propia. Sabían ellos que aquí no los alcanzaría ni un rayito de clemencia. En nuestro cautiverio los fusilaban en cuanto les asomaba de la boca la primera palabra rusa. En nuestro cautiverio, igual que en el alemán, nadie lo pasaba peor que los rusos.

Esa guerra nos descubrió que en la tierra no hay nada peor que ser ruso.

Recuerdo, con vergüenza, que en la explotación (digamos, pillaje) del saco de Bobruisk, iba yo por la carretera en medio de camiones alemanes destrozados y volcados, entre una exuberancia de trofeos desparramados, y en una vaguada, en la que habían quedado carros y camiones atascados, deambulaban, sin rumbo, percherones alemanes y humeaban las hogueras, también hechas con trofeos; oí un clamor de ayuda: «Señor capitán, señor capitán». En un ruso perfecto me llamaba, en busca de protección, un soldado que marchaba a pie con pantalón alemán, el torso desnudo, con la cara, el pecho, los hombros y la espalda ensangrentados, y un sargento del contraespionaje a caballo, le empujaba delante de él con un látigo y con el caballo a galope. El sargento le azotaba el pecho desnudo, sin dejarle revolverse, sin dejarle llamar en ayuda, le iba empujando y pegándole, marcando en su piel nuevas franjas rojas.

No era una guerra púnica, no era una guerra grecopersa. Cualquier oficial de cualquier Ejército del mundo que tuviera algún poder debía detener aquella tortura arbitraria. De cualquiera, sí, pero ¿del nuestro…? ¿Con nuestra ferocidad y absolutismo en la división de la Humanidad? (*Si no está con nosotros, si no es nuestro*…, etc., sólo es digno de desprecio y de la muerte). Pues bien, ME ACOBARDÉ de tener que defender a una vlasovista ante uno del contraespionaje; NO DIJE NI HICE NADA, PASÉ DE LARGO, COMO SI NO LO HUBIERA OÍDO, para que aquella peste reconocida por todos no se me pegara a mí. (¿Y si

aquel vlasovista era un supermalvado…?, ¿y si el del contraespionaje creyera que yo…?, ¿y si…?). Más sencillo aún: para los que conocen el ambiente de entonces en el Ejército, ¿aquel sargento del contraespionaje habría hecho caso a un capitán?

Con cara brutal, el sargento seguía azotando y persiguiendo a aquel hombre indefenso, como si se tratase de una acémila.

Este cuadro se me quedó grabado en la retina para siempre. Es casi el símbolo del Archipiélago, eso podría ponerse en la cubierta del libro.

Ellos presentían, sabían de antemano todo eso y, no obstante, se cosían en la manga del uniforme alemán un escudo con filiera blanca, roja y azul, la cruz de San Andrés y las siglas «ELR[140]». Los habitantes de las zonas ocupadas los detestaban por mercenarios de los alemanes, los alemanes por su sangre rusa. Sus míseros periódicos eran sometidos al hacha de la censura alemana: la Gran Alemania y el Führer. Por eso a los vlasovistas no les restaba más que pelear hasta la muerte y, en los ratos de ocio, beber vodka y más vodka. La PERDICIÓN IRREMEDIABLE, eso dictaba su existencia en todos los años de guerra y de exilio. Y no había salida.

Hitler y su séquito, cuando ya retrocedían de todas partes, en vísperas de la derrota no fueron capaces de superar su sólida desconfianza en unidades autónomas rusas, de optar por crear divisiones completas rusas, de un asomo de Rusia independiente, no subordinada a ellos. Sólo en el desgarro del último descalabro, en noviembre de 1944 se permitió (en Praga) un espectáculo tardío: la convocatoria del «Comité de liberación de los pueblos de Rusia», que integraba a todos los grupos nacionales, y la publicación de un manifiesto (tan bastardo como todos, porque en él no se concebía una Rusia separada de Alemania y del nazismo). Vlasov se convirtió en presidente del comité. Sólo en el otoño de 1944 comenzaron a formarse divisiones vlasovistas integradas totalmente por rusos[141]. Probablemente los sesudos políticos alemanes se imaginaron que los obreros rusos (*ost*) empezarían a arrebatarse las armas. Pero el Ejército Rojo ya estaba en el Vístula y en el Danubio… Y como por burla, para confirmar la sagacidad de los alemanes menos sagaces, estas divisiones de Vlasov en su primera y última acción autónoma, ¡descargaron el golpe… contra los alemanes! En medio del desastre general, sin coordinación con el Oberkomando, Vlasov, a fines de abril, reunió cerca de Praga sus dos divisiones y media. Aquí se supo que el general SS Steiner se disponía a destruir la capital checa, a no entregarla en pie. Y Vlasov ordenó a sus divisiones ponerse del lado de los checos levantados. Y toda la ofensa, el amargor y la rabia contra los alemanes que acumularon los rusos esclavos en aquellos tres años crueles y descabellados, los descargaron ahora en el ataque: lo hicieron desde una parte inesperada y los echaron de Praga. (¿Se dieron cuenta después todos los checos *qué rusos* les habían salvado la ciudad? En nuestro país la historia quedó tergiversada, y dicen que Praga fue salvada por las tropas soviéticas, aunque no les hubiera dado tiempo).

Después, el Ejército de Vlasov empezó a retroceder hacia los americanos, hacia Baviera: los aliados eran su única esperanza, que quizá fueran útiles a los aliados y

entonces se iluminaría de sentido su largo colgar de la soga alemana. Pero los americanos los recibieron como una muralla armada y les forzaron a rendirse a los soviéticos, como había sido previsto en la conferencia de Yalta. Aquel mismo mayo, en Austria, Churchill, como aliado leal (por nuestra habitual modestia no se dio a conocer aquí) dio otro paso parecido: entregó al mando soviético un cuerpo de Ejército cosaco de 90 000 hombres[142], amén de muchos convoyes, con viejos, menores y mujeres, que no deseaban retornar a los ríos cosacos natales. (El gran hombre, cuyos monumentos invadirían, con el tiempo, Inglaterra, dispuso entregar también éstos a la muerte).

Además de las divisiones vlasovistas que se formaban apresuradamente, no pocas unidades menores rusas seguían en salmuera en la profundidad del Ejército alemán, vistiendo el indistinguible uniforme alemán. Terminaron la guerra en diversos sectores y de manera distinta.

Días antes de mi arresto, también silbaron sobre mi cabeza las balas de los vlasovistas. También había rusos en la bolsa que hicimos en Prusia Oriental. Una noche de fines de enero su unidad intentó salir en dirección Oeste a través de nuestras líneas, sin preparación artillera, en silencio. El frente era discontinuo, ellos profundizaron rápidamente y cogieron en unas tenazas mi batería de fonolocalización, muy avanzada, así que apenas me dio tiempo a evacuarla por el último camino libre. Pero después volví por un camión averiado y, al amanecer, vi cómo se concentraron sobre la nieve en batas de enmascaramiento y, con «hurras», atacaron a un grupo de artillería de 152 milímetros emplazado cerca de Adlieg Swenkitten, y con granadas destruyeron doce cañones pesados, sin permitirles hacer un solo disparo. Perseguidos por sus balas trazadoras, nuestros últimos hombres tuvieron que correr tres kilómetros sobre la nieve virgen hasta un puente sobre el río Passarge. Allí los detuvieron.

Poco después fui arrestado, y ahora, en vísperas del desfile de la Victoria, estábamos juntos en las literas de la Butyrki; yo fumaba sus cigarrillos; ellos, los míos, y entre dos sacábamos el zambullo de hojalata de cinco arrobas.

Muchos «vlasovistas», igual que los «espías de pacotilla», eran chicos jóvenes, nacidos entre 1915 y 1922, aquella misma «generación joven, desconocida» que en nombre de Pushkin se apresuró a saludar el bullicioso Lunacharski. La mayoría cayó en las formaciones militares por la misma cadena de casualidades por la que en el campo vecino sus compañeros caían en espías, dependía de qué reclutador se presentara.

Los reclutadores les explicaban burlonamente, ¡burlonamente si no hubiera sido verdad!: «¡Stalin ha renegado de vosotros!». «¡A Stalin le importáis una higa!».

La ley soviética los puso al margen de ella antes de que ellos se hubieran puesto al margen de la ley soviética.

Y se alistaban… Unos, para escapar del campo mortífero. Otros, calculando que se pasarían a los guerrilleros (¡y se pasaban!, ¡y combatían después al lado de los

guerrilleros!, mas, según el rasero de Stalin, eso no servía en absoluto para suavizar su condena). Pero a algunos les dolió el ignominioso año cuarenta y uno, la derrota asombrosa después de años de fanfarronería; y otros consideraban que el primer culpable de aquellos campos inhumanos era Stalin. Y se empeñaron en demostrar su valía, su terrible experiencia: de que ellos eran parte de Rusia y querían influir en el futuro de ella y no ser juguetes de errores ajenos.

Pero el destino se mofó más aún de ellos; aún fueron peores títeres. Con superficialidad y presunción obtusa los alemanes sólo les permitieron morir por su Reich, pero no les permitían reflexionar sobre un destino ruso independiente…

Y hasta los aliados había dos mil verstas, y quién sabía cómo eran aquellos aliados…

La palabra «vlasovista» suena en nuestro país como la palabra «basura»; nos parece que nos ensuciamos la boca sólo de pronunciarla, y por eso nadie se atreve a decir dos o tres frases que llevan el adjetivo «vlasovista».

Pero la Historia no se escribe así. Ahora, un cuarto de siglo después, cuando la mayoría de ellos han muerto en los campos de concentración y los supervivientes se consumen en el extremo Norte, he querido recordar, con estas páginas, que en la historia mundial fue éste un fenómeno bastante inaudito: varios centenares de miles de jóvenes**[143]** entre los veinte y los treinta años empuñaron las armas contra su patria en alianza con su enemigo más furibundo. Quizá debamos recapacitar: ¿quién es más culpable: estos jóvenes o la vetusta Rusia? ¿Fue una traición biológica, o quizás hubo razones sociales?

Porque, como dice el viejo proverbio: *Si el caballo merodea, no será por el pienso*.

Eso hay que verlo: un campo, y por él merodean caballos, huérfanos, famélicos, alocados.

En aquella primavera también estaban presos muchos emigrados rusos.

Aquello parecía un sueño: el retorno de la Historia perdida. Hacía mucho que habían sido escritos y cerrados los volúmenes de la guerra civil, decididos sus asuntos, introducidos en las tablas cronológicas sus acontecimientos. Las figuras del movimiento blanco no eran ya nuestros contemporáneos en la tierra, sino fantasmas de un pasado que se esfumó. La emigración rusa, desperdigada con más crueldad que las generaciones de Israel, según nuestra versión soviética consumía sus días de pianista en algún mísero restaurante, de lacayos, fregonas, mendigos, morfinómanos, cocainómanos… Eran cadáveres moribundos. Antes de la guerra de 1941 no trascendía a nuestros periódicos, a las elevadas letras, a la crítica literaria, ningún indicio (y nuestros cebados maestros no nos ayudaron a imaginárnoslo), de que el Extranjero Ruso era un gran mundo espiritual, que allí se desarrollaba la filosofía rusa, allí estaban Bulgakov, Berdiaiev, Losski, que el arte ruso cautivaba al mundo; allí estaban Rachmaninov, Chaliapin, Benua, Diaguilev, Pavlova, el coro cosaco de Zharov, que allí estudiaban a fondo a Dostoievski (entonces aquí maldito), que existía

un escritor extraordinario, Nabokov-Sirin, que vivía Bunin y escribía durante esos veinte años, se montaban espectáculos, se convocaban congresos de compatriotas, donde sonaba la lengua rusa y que los emigrantes varones no perdieron la capacidad de tomar como esposas a mujeres emigradas, y éstas de parir hijos, que, por tanto, eran compatriotas nuestros.

En nuestro país se creó una imagen de la emigración tan aberrante, que si se realizara una encuesta masiva: ¿de qué lado estaban los emigrados en la guerra española?, ¿y en la Segunda Guerra Mundial?, todos como un solo hombre habrían respondido: ¡con Franco!, ¡con Hitler! En nuestro país no saben aún que hubo muchos más emigrados blancos luchando a favor de los republicanos. Que las divisiones de Vlasov y el cuerpo cosaco de Van Pannevitz («el de Krasnov») quedaron formadas de ciudadanos soviéticos, y no de emigrados, éstos no se ponían al lado de Hitler, y entre ellos, en ajena soledad, Merezhkovski y Hippius, tomaron la parte de Hitler. Y como anécdota, y quizá no como anécdota: Denikin se disponía a combatir a favor de la Unión Soviética contra Hitler y Stalin estuvo a punto de reintegrarlo a la patria (no como tuerza militar, probablemente, sino como símbolo de reconciliación nacional). Durante la ocupación de Francia muchísimos emigrados rusos, viejos y jóvenes, se incorporaron a la Resistencia, y liberado París, se presentaban en tropel a la Embajada soviética a solicitar el retorno a la patria; ¡sea como sea, Rusia es Rusia!, era su lema, y demostraron con ello que no mentían antes cuando decían amarla. (En las cárceles de los años 1945-1946 eran poco menos que felices de que aquellas rejas y aquellos guardianes fueran rusos; se asombraban cuando los muchachos rusos se rascaban la nuca: «¿Para qué diablos habremos regresado? ¿Acaso Europa nos quedaba estrecha?»).

Pero si en la lógica estaliniana, todo el ciudadano soviético que hubiera estado en el extranjero tenía que ser encerrado en un campo de concentración, ¿acaso podían escapar a esa suerte los emigrados? En los Balcanes, en Europa Central, en Jarbin, nada más llegar las tropas soviéticas, los detenían, los cogían de las casas, en la calle, igual que a los nuestros. En primer lugar, sólo cogían a los hombres, y primeramente no a todos, sino a los que tuvieron alguna actividad política. (Posteriormente, sus familias fueron enviadas en etapas a los lugares de destierro de Rusia, pero a otras las dejaron en Bulgaria, en Checoslovaquia). En Francia, con honores y con flores, les concedían la ciudadanía soviética, con confort los traían a la patria, y ya aquí les echaban el guante. La cosa se dilató más con los emigrados de Shanghai; hasta allí no alcanzaron las manos en el año 1945.

Pero allí se presentó un emisario del Gobierno soviético y dio a conocer un Decreto del Presidium del Soviet Supremo: ¡perdón para todos los emigrados! ¿Acaso se podía no creer? ¡No iba el Gobierno a mentir!, ¿verdad? (Hubo tal Decreto o no lo hubo, eso era cosa que no ataba a los *Órganos*). Los de Shanghai estaban maravillados. Les propusieron traer consigo todo lo que quisieran (vinieron con los automóviles, servirán a la patria), instalarse en la Unión Soviética, donde desearan; y

trabajar, por supuesto, en el oficio que quisieran. De Shanghai los cogían en barcos. Pero la suerte de los barcos fue distinta: en algunos, inexplicablemente, no daban de comer. También fue distinta la suerte desde el puesto de Najodka (uno de los puntos de transbordo más importantes del GULAG). A casi todos los embarcaron en trenes de mercancías, como presos, aunque no habían aparecido aún los guardianes severos y los perros. A algunos los llevaron a lugares habitados, a ciudades, y, efectivamente, durante dos o tres años, los dejaron vivir. A otros los traían directamente en convoy al campo de concentración, en algún lugar del Transvolga; en un bosque de la orilla alta los descargaban con sus pianos blancos y sus jardineras. En los años 1948-1949 arramblaron con los últimos reemigrados del Extremo Oriente.

Cuando yo tenía nueve años, con más ganas que a Julio Verne leía unos libritos azules de V. V. Shulguin, que entonces se vendían pacíficamente en nuestros quioscos. Era la voz de un mundo tan del pasado, que aun desatando toda mi fantasía no me hubiera imaginado que, menos de veinte años después, los pasos del autor y los míos se cruzarían en una línea invisible en los mudos pasillos de la Bolshaya Lubianka. Verdad que no nos encontramos entonces en la primavera del año 45, sino veinte años después, pero tuve ocasión de fijarme en muchos emigrados, viejos y jóvenes.

Con el capitán de caballería Borsch y el coronel Mariushkin coincidí en un examen médico, y el penoso aspecto de sus reliquias, más que cuerpos, arrugados, de un amarillo oscuro, se me quedó en los ojos. Los habían arrestado a cinco minutos del ataúd; los trajeron a Moscú de varios miles de kilómetros, y aquí, en 1945, completamente en serio, investigaban… su lucha contra el poder soviético en el año 1919.

Tan acostumbrados estamos a los cúmulos de desafueros sumariales y judiciales, que ya no sabemos matizar. Este capitán y este coronel fueron oficiales profesionales del Ejército ruso zarista. Ambos habían rebasado ya los cuarenta y llevaban unos veinte años de servicio en el Ejército, cuando el telégrafo trajo la noticia de que en Petrogrado habían derrocado al emperador. Habían servido veinte años bajo juramento al zar; ahora, con dolor de corazón (y quizá farfullando exorcismos para sus adentros), juraron también fidelidad al Gobierno Provisional. Y nadie más les propuso jurar, porque todos los Ejércitos se habían desmoronado. No les gustó el régimen que arrancaba los galones y mataba a los oficiales y, naturalmente, se unieron a otros oficiales para combatir aquel régimen. Era natural que el Ejército Rojo los combatiera y les echara al mar. Pero en un país con un pensamiento jurídico, aunque sea rudimentario, ¿habría razones para JUZGARLOS, además, un cuarto de siglo después? (Todo aquel tiempo vivieron como personas privadas: Mariushkin, hasta el mismo arresto; Borsch, es cierto, apareció en un convoy cosaco en Austria, pero no en una unidad armada, sino entre viejos y mujeres).

No obstante, en 1945, en el epicentro de nuestra jurisdicción los acusaban: de acciones tendentes a derrocar el poder de los soviets obreros y campesinos; de

invasión armada del territorio soviético (o sea, que no se fueron de Rusia inmediatamente después que Petrogrado fuera declarada soviética); de prestar ayuda a la burguesía internacional (a la que ellos no habían visto ni en sueños); de servir a Gobiernos contrarrevolucionarios (o sea, a sus generales, a los que toda su vida habían estado subordinados). Y todos estos puntos (1-2-4-13) del articulo 58 pertenecían a un Código penal aprobado en… 1926, ¡seis o siete años DESPUÉS DE ACABARSE la guerra civil! (¡Un ejemplo clásico e impúdico de efectos *retroactivos* de una ley!). Además, el artículo 2 del Código señalaba que esta ley era extensiva *únicamente* a los ciudadanos detenidos en territorio de la RSFSR. ¡Y la mano de la Seguridad del Estado agarraba a los no-ciudadanos y de todos los países de Europa y Asia**[144]**! De la extinción de la pena por prescripción ya no hablamos: con mucha flexibilidad fue previsto que la prescripción no afectaba al artículo 58 (*«¿Para qué remover lo pasado…?*»). La prescripción se aplica únicamente a nuestros verdugos domésticos, que aniquilaron muchas veces más compatriotas que toda la guerra civil.

Mariushkin, al menos, se acordaba de todo y contaba detalles de la evacuación de Novorrosiisk. Pero Borsch ya chocheaba e ingenuamente balbucía que había celebrado la Pascua en la Lubianka: el domingo de Ramos y la Semana Santa sólo comía media ración de pan; iba acumulando la otra media, y poco a poco sustituyendo los trozos duros por pan fresco. Así, para la Pascua ahorró siete raciones y se pasó los tres días de Pascua dándose festines…

No sé qué clase de guardias blancos fueron los dos en la guerra civil: si fueron aquellos de excepción que colgaban a cada décimo obrero y azotaban a los campesinos, o no de aquéllos, sino de los que lo hacían por mayoría de votos de los soldados. El que aquí y ahora les instruyeran sumario y los juzgaran, no era argumento ni razón. Pero si desde entonces y durante un cuarto de siglo llevaron no una vida de sionista de honor, sino de vagabundos sin hogar, entonces tampoco nos indicará nadie las razones morales para juzgarlos. Es la dialéctica que manejaba Anatole France y que a nosotros no se nos da. Según France, el mártir de ayer deja hoy de tener razón desde el mismo instante en que se ciñe la camisa carmesí. Y viceversa. Pero en las biografías de nuestra época revolucionaria resulta: si fui montura un año, cuando era potro, para toda la vida me llamaré caballo, aunque hace mucho que soy cochero.

De aquellas estériles momias emigrantes se distinguía el coronel Konstantin Konstantinovich Yasevich. Al parecer, su lucha contra el bolchevismo no terminó con la guerra civil. Con qué armas y cómo las utilizaba, eso no me lo contó. Pero creo que hasta en la celda conservaba la sensación de hallarse en filas. Entre el embrollo de conceptos, puntos de vista vagos y quebrados de la mayoría de nosotros, él debía tener una opinión precisa y clara de lo que le rodeaba, y de esa diáfana posición ante la vida provenía la permanente fortaleza de su cuerpo, su flexibilidad y actividad. Tenía no menos de los sesenta, la cabeza completamente calva, sin una pelusilla; ya había pasado el sumario (esperaba la sentencia, como nosotros) y, por supuesto, no

recibía ayuda de nadie; no obstante, conservaba su piel joven, hasta rosada; era el único de la celda que hacía gimnasia por las mañanas y se rociaba con agua del grifo (mientras nosotros les ahorrábamos calorías de la ración carcelaria). En cualquier ocasión en que entre las literas quedaba libre el pasillo, se ponía a recorrer aquellos cinco o seis metros una y otra vez con paso firme y marcado, con su perfil cincelado, los brazos cruzados sobre el pecho y con sus ojos diáfanos y jóvenes escrutando más allá de las paredes.

Y precisamente porque todos nosotros nos asombrábamos de lo que nos estaba sucediendo, y para él casi nada de lo que le rodeaba contradecía sus esperas, en la celda se hallaba completamente solo.

Valoré su comportamiento en la cárcel un año después: otra vez me hallaba en la Butyrki, y en una de aquellas setenta celdas encontré a jóvenes que figuraban en el mismo sumario de Yasevich, con condenas de diez y de quince años. La sentencia de todo el grupo, escrita en papel cebolla, se hallaba extrañamente en su poder. El primero en la lista era Yasevich, condenado a fusilamiento. Entonces era aquello lo que vislumbraba más allá de las paredes con sus ojos no envejecidos, en sus paseos de la mesa a la puerta. Pero la conciencia inarrepentible de que su línea vital había sido acertada, le confería una fuerza extraordinaria.

Entre los emigrados se hallaba mi coetáneo Igor Tronko. Nos hicimos amigos. Los dos debilitados, secos, un pellejo de un amarillo grisáceo sobre los huesos. (¿Por qué nos debilitaríamos tanto? Creo que por desasosiego espiritual). Los dos flacos, larguiruchos, bamboleados por las rachas del viento veraniego en los patios de paseo de la Butyrki, caminábamos siempre juntos, con el paso cuidadoso de los viejos, y discutíamos el paralelismo de nuestras vidas. En un mismo año nacimos en el sur de Rusia. Éramos aún niños de teta cuando el destino hurgó en su ajado morral y me sacó a mí la paja corta y a él la larga. Y su vida rodó más allá del mar, aunque su padre de «guardia blanco» tenía eso: era un simple telegrafista sin una perra.

Yo sentía un agudo deseo de imaginarme a través de su vida toda la vida de una generación de compatriotas míos que estuvieron allí. Crecieron bajo la mirada atenta de los padres, con medios muy modestos y hasta pobres. Todos ellos recibían una educación formidable y, en lo posible, buena instrucción. Crecieron sin conocer el miedo ni la coerción, aunque mientras crecieron acusaron cierta presión autoritaria de las organizaciones blancas. Se educaron de tal forma que los males del siglo, que afectaron a toda la juventud europea (la gran criminalidad, la manera ligera de ver la vida, la falta de reflexión, la disipación) no les afectó porque habían nacido a la sombra de la desgracia imborrable de sus familias. De todos los países donde habían crecido, sólo a Rusia consideraban patria. Su educación espiritual estuvo basada en la literatura rusa, tanto más entrañable cuanto que en ella terminaba la patria, que la primera patria física no estaba presente. Tenían las publicaciones modernas mucho más al alcance que nosotros, pero les llegaban pocas ediciones soviéticas, y éste desfase era el que sentían con mayor agudeza; creían que así no llegarían a entender

lo principal, lo más sublime y hermoso de la Rusia Soviética y que lo que llegaba hasta ellos era lo tergiversado, la mentira, lo incompleto. Sus imágenes sobre nuestra realidad eran de lo más vagas, pero sentían tal nostalgia por la patria, que si en el año 1941 los hubieran llamado, habrían llegado en muchedumbre al Ejército Rojo, y con más deseos de morir que de vivir. A los veinticinco-veintisiete años esa juventud ya había configurado y defendido con firmeza varios puntos de vista incoincidentes con las opiniones de los viejos generales y políticos. Así, el grupo de Igor era de los «no predeterminadores». Afirmaba que el que no compartió con la patria todo el pasado complejo de los decenios pasados, no tendría derecho a decidir el futuro de Rusia, ni siquiera a proponer nada, sino dedicar todas las fuerzas a lo que el pueblo decidiera.

Fuimos mucho tiempo vecinos de litera. Yo capté en todo lo que me fue posible su mundo, y aquel encuentro me convenció (después otros encuentros lo confirmaron) de que el reflujo con la guerra civil de una parte considerable de las fuerzas espirituales apartó de nosotros una rama recia e importante de la cultura rusa. Y todo el que la quiera de verdad aspirará a la fusión de ambas ramas: la metrópoli y el extranjero. Sólo entonces llegará a su plenitud, sólo entonces revelará su capacidad de desarrollo indecadente.

Sueño con llegar a ese día.

Es débil el hombre, es débil. Al fin y al cabo, hasta los más tozudos entre nosotros querían perdón aquella primavera, estaban dispuestos a renunciar a muchas cosas por otro pedacito de vida. Circulaba este chiste: «¡Sus últimas palabras, acusado!». «¡Ruego me envíen a cualquier sitio, con tal de que haya poder soviético!, y sol»… No estábamos amenazados de privarnos del poder soviético, pero sí de quedarnos sin sol… Nadie quería caer más allá del Círculo Polar, en el escorbuto y la distrofia. Pero, sobre todo, no sé por qué, en las celdas florecía una leyenda sobre el Altai. Los pocos que allí habían estado y, sobre todo, los que no habían estado, inspiraban a los compañeros de celda dulces sueños: ¡Altai! ¡Qué país! De extensión siberiana, de clima suave. Riberas de trigo y ríos de miel. Estepa y montañas. Rebaños de ovejas, caza, pesca. Aldeas muy pobladas y abundantes[145]…

¡Qué delicia perderse en aquel silencio! ¡Escuchar el canto nítido y sonoro del gallo en el aire impoluto! ¡Acariciar el morro bonachón y serio de un caballo! ¡Y que os parta un rayo —todos los sublimes problemas—, que contra vosotros se rompa la crisma otro más tonto que yo! Descansar allí de las blasfemias de los jueces y del fatigoso desovillar de tu vida, del fragor de las cerraduras de la cárcel, del bochorno viciado de la celda. ¡Sólo nos dieron una sola vida, una sola, pequeña y breve!, y la lanzamos criminalmente contra las ametralladoras o la metemos, inmaculada, en el sucio basurero de la política. Allí en el Altai sería capaz de vivir en la choza más baja y oscura a las afueras de una aldea, cerca del bosque. Iría al bosque no por chamarasca ni por setas, sino por ir, por abrazarme a dos árboles: ¡queridos míos!, ¡no me hace falta nada más…!

La misma primavera aquella invitaba a la clemencia: ¡la primavera del final de una guerra tan enorme! Veíamos que los arrestados corríamos por millones, que mayores millones aún nos recibirían en los campos de concentración. ¡Cómo puede ser que dejen a tantas gentes en la cárcel después de la más grande de las victorias mundiales! ¡Nos retienen nada más que para asustarnos, para que lo recordemos mejor! Claro que habrá una gran amnistía, que nos soltarán a todos muy pronto. Algunos hasta juraban que habían leído en el periódico que Stalin, en sus respuestas a un corresponsal americano (¿cómo se llamaba el corresponsal?; no recuerdo)…, dijo que después de la guerra, en el país tendríamos una amnistía como jamás se vio otra en el mundo. A otros el PROPIO juez instructor les decía que era seguro que pronto habría una amnistía general (la investigación se favorecía de esos bulos, que quebrantaban nuestra voluntad: ¡que se vaya a la porra, vamos a firmar; total, para lo que nos queda!).

Mas *la clemencia nace de la cordura*. Esto sirve para toda nuestra Historia, y por mucho tiempo aún.

No hacíamos caso a los pocos sensatos que entre nosotros garlaban que en un cuarto de siglo no hubo amnistías políticas y que no las habría jamás. (Algún docto entre los soplones saltaba en respuesta: «¡Pues en el año 1927, para el décimo aniversario de octubre, todas las cárceles estaban vacías, y en ellas *colgaban banderas blancas*!»). Esa asombrosa imagen de banderas blancas en las cárceles —¿por qué blancas?— era lo que más conmovía los corazones[146]. Tapábamos la boca a los más sensatos de nosotros, que decían que si éramos millones en la cárcel, era precisamente porque se había acabado la guerra: en el frente ya no hacíamos falta; en la retaguardia éramos peligrosos, y en las lejanas obras, sin nosotros no había quien pusiera un ladrillo. Estábamos privados de la capacidad de renunciamiento suficiente para entrar si no en los cálculos del odio, sí en los cálculos económicos de Stalin: ¿acaso un recién licenciado del Ejército estaría dispuesto a dejar la familia y el hogar para irse a Kolyma, a Vorkuta, a Siberia, donde no había aún ni caminos ni casas? (Era poco menos que un encargo de la Comisión de planificación estatal fijar a la MVD el número requerido de presos). ¡La amnistía! ¡Una amnistía magnánima y amplia era lo que ansiábamos! ¡Dicen que en Inglaterra, hasta en los aniversarios de la coronación, cada año, hay amnistías!

Fueron amnistías de muchos políticos con motivo del tricentenario de la dinastía Romanov[ba]. ¿Acaso es posible que ahora, después de una victoria de importancia secular, o quizá superior, el Gobierno estaliniano recurra a una mezquina venganza, tenga en cuenta cada tropezón y resbalón de cada uno de sus pequeños súbditos…?

Era una simple verdad, pero también había que sufrirla: ¡en las guerras son benditas no las victorias, sino las derrotas! ¡De las victorias necesitan los Gobiernos, de las derrotas están necesitados los pueblos! Después de los triunfos se quieren más triunfos, después de una derrota se quiere la libertad, y casi siempre se logra. Los pueblos necesitan de las derrotas igual que las personas necesitan de los sufrimientos

y desdichas, que obligan a concentrarse en la vida interna, que elevan espiritualmente.

La victoria de Poltava[bb] fue una desdicha para Rusia: dio ocasión a dos siglos de grandes tensiones, ruinas, pérdidas de libertad y más y más guerras. La derrota de Poltova fue salvadora para los suecos: los suecos, perdido el deseo de batallar, se convirtieron en el pueblo más próspero y libre de Europa[147].

A tal punto nos hemos acostumbrado a enorgullecernos de nuestra victoria sobre Napoleón, que nos olvidamos de que: gracias precisamente a ella, la emancipación de los siervos no se produjo medio siglo antes; de que; precisamente gracias a ella, el trono robustecido derrotó a los decembristas. (La ocupación francesa no era real para Rusia). Por otra parte, la guerra de Crimea, la japonesa, la alemana, todas nos trajeron libertades y revoluciones.

Aquella primavera creíamos en la amnistía, pero no teníamos ni pizca de originalidad. Cuando hablas con los viejos presidiarios, poco a poco vas esclareciendo que esa sed de clemencia y esa fe en la clemencia jamás abandona los grises muros de la cárcel. Decenio tras decenio, los distintos torrentes de arrestados siempre esperaron y siempre creyeron: ya en una amnistía, ya en un nuevo código, ya en un sobreseimiento general de las causas (y estos bulos, siempre con una cautela habilidosa, eran mantenidos por los *Órganos*). Para cualquier aniversario múltiple de Octubre, para los aniversarios de Lenin y para los días de la Victoria, para el día del Ejército Rojo o para el día de la Comuna de París, para cada nueva sesión del Ejecutivo, para el remate de cada quinquenio, para cada plenario del Tribunal Supremo; a cuántas cosas ligaba la imaginación del preso el tan anhelado descendimiento del ángel de la liberación. Y cuanto más fieros y homéricos eran los presos, cuanto más impresionante era la riada de los carcelarios, tanto más despertaban no cordura, sino creencia en la amnistía.

Todas las fuentes de luz en uno u otro grado pueden compararse al Sol. Pero el Sol es incomparable. Así todas las esperas del mundo pueden compararse a la espera de una amnistía, pero la espera de la amnistía no es comparable a nada.

En la primavera de 1945, a todos los que ingresaban en la celda, antes que nada les preguntaban si habían oído algo sobre la amnistía. Y cuando se llevaban a dos o tres de la celda CON LOS EFECTOS, los peritos de la celda cotejaban inmediatamente sus CAUSAS y llegaban a la conclusión de que eran de las más *suaves*, por lo que, sin duda, se los llevaban para ponerlos en libertad. ¡*Empezaba*! En el retrete y en el baño, oficinas de correo de los presos, por doquier nuestros activistas buscaban señales y notas sobre la amnistía. Y, de pronto, en el famoso vestíbulo morado, a la salida de los baños de la Butyrki, leímos a comienzos de julio, en enorme profecía, escrita con jabón sobre los azulejos morados, a una altura muy superior a la de un hombre (se habían encaramado unos sobre otros para que tardaran más en borrarla):

«¡¡¡Hurra!!! ¡El 17 de julio, amnistía!»[148].

¡Qué euforia la nuestra! («Si no lo supieran seguro no lo habrían escrito, ¿verdad?»). Todo lo que palpitaba, pulsaba, se estremecía en el cuerpo, se paraba con motivo del latido de alegría de que ahora se iba a abrir la puerta…

Mas LA CLEMENCIA NACE DE LA CORDURA…

A mediados de aquel mismo mes de julio, a un anciano de nuestra celda le mandó el guardián de pasillo a fregar el retrete, y allí solos (en presencia de testigos no se hubiera atrevido) le preguntó, mirando con compasión su cabeza blanca: «¿Qué artículo tienes, padre?». «El cincuenta y ocho», se alegró el anciano, al que en casa le lloraban tres generaciones. «No te beneficiarás»…, suspiró el guardián. «¡Tonterías! —decidió la celda—. El guardián ése es un ignorante».

En aquella celda estaba un joven de Kiev, Valentin (no recuerdo su apellido), con unos enormes ojos, como de mujer, muy asustado por la instrucción del sumario. Indudablemente era vidente, aunque quizá sólo entonces, con la excitación. Más de una vez recorría la celda por la mañana, señalando: ¡hoy te toca a ti y a ti, lo he visto en sueños! ¡Y se los llevaban! ¡A ellos precisamente! Es verdad que el alma del preso es tan dada al misticismo que acepta las profecías casi sin asombrarse.

El 27 de julio Valentin se me acercó: «Alexandr, hoy nos toca a ti y a mí». Y me contó un sueño con todos los atributos de los sueños carcelarios: un puente sobre un riachuelo turbio, una cruz. Empecé a prepararme, y no en vano: después del agua caliente del desayuno nos llamaron a los dos. La celda nos despidió con ruidosas expresiones de buenos deseos; muchos aseguraban que íbamos a la calle (así resultaba el cotejo de nuestras *suaves* causas).

Tú puedes no creerlo sinceramente, no permitirte creerlo, puedes responder con chuflas, pero unas tenazas ardientes, calurosas como nada en la tierra, de pronto te oprimen el alma, te oprimen: ¿y si fuera verdad…?

Nos reunieron a unos veinte de celdas distintas y nos llevaron primero al baño (en cada quiebro de su vida el arrestado antes que nada debe pasar por el *baño*). Allí tuvimos tiempo, una hora y media, de entregarnos a conjeturas y reflexiones. Después nos llevaron ablandados, suavizados, por el jardincillo esmeralda del patio interior de la Butyrki, donde cantaban, ensordecedores, los pájaros (probablemente no fueran más que gorriones), el verdor de los árboles a los ojos desacostumbrados se les antojaba de una brillantez insoportable. ¡Jamás mis ojos captaron con tanta fuerza el verdor de las hojas como aquella primavera! ¡Nunca en la vida había visto yo nada más parecido al paraíso terrenal que aquel jardincillo de la Butyrki, las sendas de asfalto del cual podían recorrerse en treinta segundos[149]!

Nos llevaron a la *estación* de Butyrki (el lugar de envío y recepción de los arrestados; el nombre es muy acertado; además, el vestíbulo principal se parece a una buena estación de ferrocarril) y nos metieron en una espaciosa cámara. Había allí penumbra y aire puro y fresco: su único ventanuco estaba muy alto y no tenía bozal.

Daba el ventanuco al mismo jardín, y a través del montante abierto nos ensordecía el trinar de los pájaros, y junto al montante se cimbreaba una rama muy verde que nos prometía a todos la libertad y la casa. (¿Ves? ¡Nunca habíamos estado en una cámara tan buena! ¡Eso no es casual!).

Todos teníamos que pasar por la CES[150]. Pero resultaba que todos estábamos presos por futilidades.

Durante tres horas y media nadie nos tocó, nadie abrió la puerta. Dábamos una y otra vuelta por la cámara, y, cansados, nos sentábamos en los bancos de azulejos. Y la ramita seguía cimbreándose, cimbreándose por el resquicio, y trinaban endiablados los gorriones.

De pronto golpeó la puerta y a uno de nosotros, un contador muy calladito, de unos treinta y cinco años, lo llamaron. Salió. La puerta se cerró. Nosotros empezamos a movernos aún con más rapidez en nuestro cajón. Nos quemaba.

Otro portazo. Llamaron al otro y sacaron al anterior. Nos abalanzamos sobre él. ¡Pero no era él! La vida de su cara se había quedado paralizada. Sus ojos dilatados estaban ciegos. Con movimientos inseguros se movía, tambaleante, por el suelo liso de la cámara. ¿Estaba contusionado? ¿Le habían pegado con una tabla de planchar?

—¿Qué? ¿Qué? —le preguntábamos ansiosos. (Si no venía de la silla eléctrica, por lo menos le habían anunciado la pena de muerte). Con una voz como con la que se anunciaría el fin del Universo, el contador echó fuera:

—¡¡Cinco!! ¡¡Años!!

Volvió a golpear la puerta. Regresaban tan pronto como si les llevaran a hacer una pequeña necesidad al retrete. Este regresó radiante. Por lo visto lo liberaban.

—¿Qué? ¿Qué? —nos agolpamos con recobrada esperanza. Hizo un ademán con la mano reventando de risa:

—¡Quince años!

Aquello era demasiado absurdo para creerlo de golpe.

VII
En la sala de máquinas

Ahora, no había nadie en la cámara contigua a la «estación» de la Butyrki, la conocida cámara de los *cacheos* (en la cual registraban a los recién ingresados y cuyas grandes dimensiones permitían a cinco o seis guardianes «tratar» a veinte zekos en cada tanda); las toscas mesas de *cacheo* estaban vacías, y sólo en un rincón, bajo una lámpara y tras una mesa pequeña y portátil, estaba sentado un comandante de la NKVD, moreno y aseado, cuya cara expresaba parsimonia y aburrimiento. Perdía el tiempo en vano, mientras metían y sacaban a los zekos de uno en uno. Recoger las firmas era cosa que se podría hacer con mayor rapidez.

Me señaló una banqueta frente a él, al otro lado de la mesa, y me preguntó cuál era mi apellido. A la derecha y a la izquierda del tintero había unas pilas de papeletas blancas, iguales, del tamaño de media cuartilla, algo así como la de los permisos que da la Administración de la casa para adquirir combustible, o a las autorizaciones, en las oficinas, para comprar objetos de escritorio. El comandante repasó la pila de la derecha y halló el papelito que se refería a mí. Lo extrajo, lo leyó de carrerilla, con gesto indiferente (le entendí que me «colgaban» ocho años), y en seguida, en el reverso, escribió con su estilográfica, que «se me había dado a conocer el texto el día de hoy».

Mi corazón latió más aprisa. ¡Me era ya tan familiar todo! ¿Aquello era mi condena, un giro decisivo en mi vida? Me habría gustado emocionarme, sentir algo en aquel instante, pero la verdad es que no pude. El comandante me alargó la hoja por el reverso. Ante mí tenía un mango escolar de siete copecs, con una plumilla de lo más malo, en la cual se había enganchado un hilo de algodón, sacado del tintero.

—No; tengo que leerlo yo mismo.

—A ver si se cree usted que le voy a mentir —objetó, indolente, el comandante —. ¡Bah, léalo!

Y, con desgana, soltó el papel. Volví a darle la vuelta y empecé a examinarlo, adrede, no por palabras, sino por letras. Estaba escrito a máquina, pero no era el original, sino la copia:

Extracto

de la resolución tomada por la CES de la NKVD de la URSS en el día 7 de julio de 1945[151], número…

Seguían luego unas líneas de puntos horizontales, separadas por otra horizontal, también de puntos:

Hemos oído:	*Hemos dispuesto:*
De la acusación de (Fulano de Tal, nacido el año tal en tal sitio).	Condenar a (Fulano de Tal), por propaganda antisoviética e intento de crear una organización antisoviética, a 8 (ocho) años en un campo de trabajos correccionales.

La copia es fiel. El Secretario ……

Pero ¿cómo podía firmarla sin más ni más y marcharme en silencio? Miré al comandante, esperando que me dijera algo, que me aclarara algo. No, no estaba dispuesto. Hizo una señal con la cabeza al guardián de la puerta, como indicándole que preparara al siguiente.

Para ponerme en situación, exclamé en tono trágico:

—Pero ¡esto es terrible! ¡Ocho años! ¿Por qué?

Yo mismo noté que mis palabras sonaban a falso. Lo de «terrible» no lo sentíamos ni él ni yo.

—Aquí —volvió a indicarme el comandante donde tenía que firmar.

Firmé. Debería hacer algo más, pero no se me ocurría nada.

—Entonces, permítame que escriba aquí el recurso. La condena es injusta.

—Según se haya establecido —asintió mecánicamente el comandante, y dejó el papelucho en la pila de la izquierda.

—¡Pase! —me ordenó el guardián.

Y *pasé*.

No fui nada original. Georgi Tenno, según cuyos papeles había sido condenado a veinticinco años, dijo esto: «¡Es cadena perpetua! En otras épocas, cuando condenaban a cadena perpetua redoblaban los tambores y convocaban a la muchedumbre. Pero ahora es tan corriente como si te vendieran jabón: ¡veinticinco años, y ahueca el ala!».

Arnold Rappoport cogió la pluma y escribió en el reverso: «Protesto enérgicamente contra la sentencia arbitraria y terrorista, y exijo la inmediata puesta en libertad». El que anunciaba la condena aguardó con paciencia, pero cuando leyó lo escrito, se enfureció y rompió el papel, junto con el extracto. No importaba: la condena seguía en pie, pues ya he dicho que era una copia.

Vera Korneieva esperaba *quince* años y vio, gozosa, que el papel ponía sólo *cinco*. Con una radiante sonrisa se apresuró a firmar. El oficial dudó: «¿Ha entendido usted lo que acaba de leer?». «Sí, sí, ¡muchísimas gracias! ¡Cinco años de campo de trabajo correccional!».

(Al húngaro Rogas Ianos le leyeron la condena, en el mismo pasillo, en ruso, y no se lo tradujeron. Firmó sin saber que aquello era la condena, y luego siguió esperando el juicio; mucho más tarde se acordó vagamente de aquella ocasión y cayó en la cuenta).

Sonriente, regresé a la cámara. Era muy extraño: cada minuto me sentía más alegre y aliviado. Todos retornaban con *decenas*; también Valentin. De la tanda de aquel día, la condena más pequeña fue la del contador conmocionado (aún seguía aturdido). Después de la suya, la condena más leve era la mía.

Entre destellos de sol, la brisa de julio cimbreaba alegremente la ramita tras la ventana. Charlábamos animadamente. Las risas iban en aumento en la cámara. Nos reíamos de que todo hubiera pasado sin roces; reíamos del trastornado contador; reíamos de aquellas esperanzas nuestras de la mañana y de cómo, al despedirnos, los que quedaban en la celda nos encargaban paquetes con mensaje: ¡Cuatro patatas, dos roscas!

—¡Seguro que habrá amnistía! —afirmaban algunos—. Esto de ahora es un puro trámite, para que nos asustemos y lo recordemos mejor. Stalin declaró a un corresponsal americano…

—¿A qué corresponsal?

—No recuerdo el nombre…

En esto nos ordenaron coger nuestras cosas, nos formaron en parejas y volvieron a pasarnos por aquel maravilloso jardín, lleno de verano. ¿Adónde? ¡Al baño otra vez!

Sólo aquello nos hizo ya reír a carcajadas —¡zoquetes!—. En medio de risotadas nos desnudamos, volvimos a colgar la ropa de los mismos ganchos y se la llevaron a la cámara de desinfección, donde ya la habían metido aquella misma mañana. Recibimos, con risotadas, un trozo de jabón asqueroso, y pasamos a la espaciosa y sonora sala de baño, a lavar nuestros pecados. Nos caldeamos, nos baldeamos con agua caliente y limpia y retozamos como escolares que, después de los exámenes finales, hubieran decidido pasarse por el baño. Creo que no tenía nada de morbosa aquella risa purificadora, suavizadora; era una auténtica protección, la salvación del organismo.

Mientras se secaba, Valentin me decía con voz tranquilizadora y como si se desahogara:

—No importa, aún somos jóvenes, viviremos. *Ahora* lo principal es no dar un traspié. Cuando lleguemos al campo, *ni una palabra* con nadie, para que no nos alarguen la condena. *A trabajar honradamente y a callar, a callar*.

¡Y cómo creía en su programa! ¡Qué esperanzas tenía, minúsculo granito entre las ruedas de molino de Stalin! Sentía deseos de darle la razón, de que había que cumplir cómodamente la condena y luego expulsar de la mente lo vivido.

Pero ya empezaba a sentir dentro de mí: ¿Merece la pena NO VIVIR para vivir?

No aseguramos que el CES fuese un invento de la Revolución. Catalina II condenó a Novikov —un periodista que no era de su agrado— a quince años, igual que la CES, porque no fue llevado a los tribunales. Y, de cuando en cuando, todos los demás emperadores enviaban paternalmente a la cárcel, sin juicio, a los que no eran de su agrado. En los años sesenta del siglo XIX se llevó a cabo una profunda reforma judicial. Parecía como si gobernantes y gobernados empezaran a formarse un criterio jurídico respecto a la sociedad. No obstante, en los años setenta y ochenta, Korolenko refiere casos de represalias administrativas, en lugar de condenas judiciales. El mismo Korolenko, junto con otros dos estudiantes, fue deportado, en 1876, sin instrucción de causa ni juicio, por disposición del Viceministro de Hacienda (un caso típico de CES). También sin juicio fue deportado, junto con su hermano, a Glazov. Korolenko cita a Fiodor Bogdan, delegado campesino que llegó hasta la presencia del zar y luego fue deportado; a Piankov, absuelto en el juicio, pero deportado por orden de Su Majestad, y a varias personas más. En una carta desde el exilio, Zasulich decía que no se ocultaba de la Justicia, sino de un eventual ensañamiento de la Administración, sin juicio.

Así, pues, la tradición seguía una línea intermitente, aunque muy poco precisa, que quizás estaba bien para un país asiático somnoliento, mas no para una nación que daba un salto hacia delante. Además, aquella impersonalidad: ¿quién era el CES? Una vez era el zar, otra, un gobernador; otra, un viceministro. Perdón: si se pueden *numerar* nombres y hechos, es que la cosa carecía de entidad.

Esa entidad comenzó en los años veinte, cuando, para eludir el juicio de una manera permanente, se crearon las *troikas*, también *permanentes*. Al principio lo recalcaban con orgullo: «¡La troika de la GPU!». Lejos de ocultar a sus miembros, se les daba publicidad. ¿Quién no conocía en las Solovki al famoso triunvirato compuesto por Gleb Boki, Vul y Vasiliev? En efecto, ¡qué palabrita! ¡TROIKA! Tiene algo de trineo con cascabeles, titiritaina de carnaval y misterio a la vez: ¿Por qué «Troika»? ¿Qué significa eso? El Tribunal tampoco es una cuadriga. ¡Ah, pero la Troika no es un tribunal! Sin embargo, lo más enigmático es que funciona sin ser vista. No estuvimos allí, no lo vimos; sólo nos dieron un papel: firmen. La Troika resultó ser más terrible que el Tribunal revolucionario. Más tarde se aisló, se arrebujó, se encerró en una habitación aparte, y los apellidos se ocultaron. Así, nos hicimos a la idea de que los miembros de la Troika no beben, no comen ni se mueven entre los mortales. Desde aquel primer día que se retiraron a deliberar, y para siempre, nos llegan sólo sus sentencias… y a través de las mecanógrafas. (Mas para devolverlo: un documento así no se puede dejar en manos de cualquiera).

Estas troikas —por si acaso, las escribimos en plural, como si se tratara de una divinidad que no sabes nunca dónde está— respondían a una necesidad obsesiva: no soltar a los que fueron arrestados (era algo así como un Departamento de control de calidad de la GPU: para que no hubiera *defectos*). Y si alguien resulta inocente y no hay por dónde juzgarle, pues que pase por la Troika, para que le «cuelguen» sus

«menos treinta y dos» (capitales de provincias), o el destierro por un par de añitos o tres; y como ya te han hecho la muesca en la oreja para siempre, desde aquí en adelante serás «reincidente».

Perdónenos el lector nuestra nueva desviación hacia un oportunismo de derechas: hacia ese concepto de «delito», de que si es culpable, de que si deja de serlo. Creo que nos tienen ya requetedicho que *lo que importa no es el delito personal, sino la peligrosidad social*: se puede encerrar al inocente si es socialmente ajeno, y se puede liberar al culpable si es socialmente próximo. Pero esto se nos puede perdonar a los que no hemos hecho estudios jurídicos, si el propio Código de 1926 —«padre» con el cual hemos vivido durante veinticinco años— fue criticado por su «inadmisible criterio burgués», por su «insuficiente criterio clasista», por una cierta «imposición burguesa de la medida de la gravedad del hecho[152]».

Lamentablemente no nos tocará en suerte escribir la apasionante historia de ese *Órgano*; de cómo la Troika se convirtió en CES; de cuándo se rebautizó; de si había o no CES en las capitales de provincia —o sólo en la capital—; quiénes, entre nuestros orgullosos líderes, la integraban; con cuánta asiduidad y duración deliberaban; con té o sin té, y qué les ponían con el té; y cómo transcurrían sus debates… ¿hablaban en ellos, o ni siquiera hablaban? Y no la escribiremos nosotros porque no la conocemos. Lo único que hemos oído es que la esencia de CES era trina, y aunque ahora no disponemos de los nombres de los celosos asesores, se conocen los tres *Órganos* que tenían allí sus delegados permanentes: uno era del Comité Central del partido; otro, de la MVD, y el tercero, del Ministerio fiscal. Pero no nos asombraremos si un día nos enteramos de que no había tales sesiones, sino que se trataba de un grupo de mecanógrafas expertas, al frente de un conserje, que las dirigía. Pero que había mecanógrafas, de eso estamos seguros.

Hasta 1924, las prerrogativas de las troikas se limitaron a tres años; desde 1924 se extendieron a cinco años de campo de trabajo; desde 1937 «endilgaban» una *decena*; desde 1948 «colgaban», con éxito, *veinticinco*. Algunos (Chavdarov) saben que la CES no condenaba a pena de muerte en tiempo de guerra. No tiene nada de extraordinario.

La CES, que no se menciona en ninguna parte —ni en la Constitución ni en el Código— resultó ser la más cómoda máquina de hacer albóndigas —sin obstinaciones, sin caprichos, sin necesidad de lubricarla con leyes—. El Código marchaba a su aire, y la CES, al suyo, y giraba estupendamente sin los doscientos cinco artículos del Código, artículos que ni utilizaba ni mencionaba.

Naturalmente, para su mayor comodidad, la Conferencia Especial también requería, ya de entrada, un Código, y, a tal objeto, elaboró artículos de *siglas* que facilitan sumamente la operación (no es necesario romperse la cabeza, andar ajustándose a las formulaciones del Código) y que, por su cantidad, son asequibles a la memoria de un niño (algunos ya los hemos citado):

- PAS: Propaganda Antisoviética.
- ACR: Actividades Contrarrevolucionarias.
- ACRT: Actividades Contrarrevolucionarias trosquistas (la letrita «t» hacía mucho más penosa la vida del zeko en el campo).
- SE: Sospechoso de Espionaje (el espionaje que rebasaba la sospecha, pasaba a los tribunales).
- CCSE: Contactos Conducentes (¡!) a Sospechas de Espionaje.
- ICR: Ideas Contrarrevolucionarias.
- AAA: Abrigo de Ánimos Antisoviéticos.
- ESP: Elemento Socialmente Peligroso.
- AC: Actividades Criminales (lo colgaban muy gustosamente a los que estuvieron en el campo, cuando no había motivos para tomarlas con él).

Y, finalmente, una de gran capacidad:

- MF: Miembro de la Familia (de un condenado inserto en alguna de las siglas anteriores).

Nótese que las siglas no se repartían uniformemente por los años, sino que, a semejanza de los artículos del Código y los apartados de los Decretos, surgían inesperadamente, como las epidemias.

Precisemos: ¡la CES no pretendía *condenar*!, no imponía condenas, sino que aplicaba sanciones administrativas. Y aunque la sanción no pretendía ser una sentencia judicial, podía ser de veinticinco años e incluir:

- desposesión de títulos y de condecoraciones;
- confiscación de todos los bienes;
- encarcelamiento;
- privación del derecho a la correspondencia…

y la persona desaparecía de la faz de la tierra con mucha mayor garantía que con la primitiva sentencia judicial.

Otra importante ventaja de la CES era la de que no cabía recurso contra sus decisiones, no tenías a quién recurrir: no había ninguna instancia por encima ni por debajo de ella. Sólo se subordinaba al Ministro del Interior, a Stalin y a Satanás.

Una gran virtud de la CES era la rapidez, limitada sólo por la velocidad de la mecanógrafa.

Finalmente, la CES no necesitaba para nada ver al acusado (con lo que descargaba el transporte intercarcelario), y ni siquiera reclamaba su fotografía. Cuando las cárceles estaban atiborradas, ofrecía una comodidad adicional: el preso, una vez terminado el sumario, dejaba de ocupar sitio en el suelo de la cárcel y de comer la sopa boba y era enviado inmediatamente al campo de concentración para trabajar allí honradamente. La copia del extracto podía leerla mucho más tarde.

En las condiciones ventajosas se hacía así: descargaban a los presos en la estación de destino; allí, al lado de la vía, los ponían de rodillas —para que no se fugaran, aunque parecía una plegaria a la CES— y les leían las condenas. También podía ocurrir de otra manera: los presos que en 1938 llegaban a Perebory no conocían ni los artículos del Código que habían infringido, ni la duración de la condena, pero los recibía un funcionario, que inmediatamente hallaba sus nombres en la lista. ESP: cinco años (era una época en que se necesitaba con urgencia mucha gente para construir el canal de Moscú).

Otros trabajaban en el campo de concentración sin saber, durante muchos meses, cuál era su condena. Después de eso (cuenta I. Dobriak) los formaron solemnemente no un día cualquiera, sino el 1.º de mayo de 1938, cuando ondeaban las banderas rojas, y les comunicaron las condenas de la troika de la región de Stalino (por lo visto, en las épocas de aprieto se dispersaba la CES): de diez a veinte años a cada uno. Y el jefe de mi brigada en el campo (Sinebriujov), aquel mismo año de 1938, y en un tren lleno de gente sin condenas, fue enviado de Cheliabinsk a Cherepovets. Pasaban los meses, y los zekos trabajaban aquí. De pronto, un invierno —era domingo (¿se dan cuenta de los días que eligen?, ¿en qué reside la ventaja de la CES?)—, en que hacía un frío terrible, los sacaron al patio, los formaron, salió un teniente, que se presentó, y dijo que había venido especialmente para anunciarles la decisión de la CES; el muchacho resultó no ser malo; miró de reojo los zapatos rotos de los presos; el sol, rodeado de un halo de frío y concluyó:

—Bueno, muchachos, ¿para qué vais a estar aquí pasando frío? Sabed que la CES os ha dado a todo diez años, y sólo a unos poquitos, ocho. ¿Entendido? ¡Rompan filas…!

Pero con tal grado de maquinación de la Conferencia Especial, ¿hacen falta los juzgados? ¿Acaso se necesita el tranvía tirado por caballos cuando existe el eléctrico, moderno y sin ruido, del que no puedes saltar en marcha? ¿Para qué alimentar a los jueces?

Es que se estima indecoroso que un Estado no tenga tribunales. En 1919, el VIII Congreso del Partido Comunista escribió en su programa: «lograr que *toda la población trabajadora, sin excepción*, se incorpore a la administración de la justicia». «A todos sin excepción» no se les pudo incorporar, la administración de la Justicia es un asunto delicado, ¡pero tampoco está bien quedarse sin juzgados! Digamos que nuestros juzgados políticos —los colegios especiales de los juzgados regionales, los tribunales de guerra (¿por qué en tiempo de paz hay tribunales de guerra?) y todos los Supremos—, que siguen fielmente la estela de la CES, tampoco se metieron en ese atolladero que son los procedimientos judiciales y las deliberaciones de los jurados.

Su primera y principal característica es que se celebran a puerta cerrada. Y son *cerradas*, sobre todo, por conveniencia propia.

Y tan acostumbrados estamos a que millones y millones hayan sido condenados a puerta cerrada; hasta tal punto nos hemos hecho a ello, que algún hijo, hermano o

sobrino encabestrado del reo, aún te levanta la voz, convencido de que lleva toda la razón: «Y tú, ¿qué querías? ¡Es que la cosa *debe tener miga*…! ¡Se puede enterar el enemigo! No es ninguna broma»…

Así, por temor a que «se entere el enemigo», metemos la cabeza entre nuestras propias rodillas. ¿Acaso hay en nuestra patria alguien —aparte las ratas de biblioteca — que sepa que a Karakozov —quien disparó contra el zar— le designaron un defensor? ¿Que Zheliabov y todos los populistas fueron juzgados a puerta abierta, sin temer en absoluto que «se enteraran los turcos»? ¿Que Vera Zasulich —la cual, traduciendo la acción a nuestra terminología— disparó contra el jefe de la MVD de Moscú (aunque la bala le pasó rozando la cabeza, no acertó), lejos de ser exterminada en las mazmorras, lejos de juzgarla a puerta cerrada, un tribunal con jurado (no una troika), en juicio ABIERTO, la ABSOLVIÓ, y que ella, triunfante, salió en carruaje?

Con tales comparaciones no pretendo decir que en Rusia fuese perfecta la Justicia. Por entonces probablemente una Justicia digna sea el fruto más tardío de la sociedad más madura, si no se cuenta con el rey Salomón. Vladimir Dahl señala que en la Rusia anterior a la Reforma «no había un solo proverbio favorable a los juzgados». ¡Eso quiere decir algo! Creo que tampoco dio tiempo a crear proverbios favorables a los jefes de los *zemstvo*[bc]. Pero la reforma judicial de 1864 situaba por lo menos a la población urbana de nuestra sociedad en un camino que llevaba al modelo inglés, tan del agrado de Guertsen.

Digo esto, pero no me olvido de lo escrito por Dostoievski contra nuestros tribunales de jurados (*Diario de un escritor*), sobre el abuso de la elocuencia por los letrados («Señores del jurado: ¿qué mujer sería ella si no hubiera asesinado a su rival…? Señores del jurado: ¿quién de ustedes dudaría en defenestrar a un niño…?»), de que en los juzgados una corazonada puede imponerse a la responsabilidad cívica. ¡Pero Dostoievski se adelantó considerablemente, en espíritu, a nuestra vida, y temía NO LO QUE era de temer! Consideraba que el juicio público se había impuesto para siempre. (¿Quién de sus contemporáneos hubiera llegado a creer en la CES?). En otro lugar escribe: «Más vale equivocarse al perdonar que al castigar». ¡Ay, sí, sí, sí!

El abuso de la elocuencia es una enfermedad que no sólo ataca a una Jurisprudencia en formación, sino, en un sentido más amplio, a una Jurisprudencia ya democratizada (que se democratizó, pero no esclareció sus propósitos morales). La propia Inglaterra nos da ejemplos de cómo favorecer a su Partido, el líder de la oposición no repara en culpar al Gobierno de una situación que él pinta peor de lo que es en realidad.

Es malo el abuso de la elocuencia. Sí, pero ¿qué palabra emplear entonces para el abuso de la puerta cerrada? Dostoievski soñaba con un juicio en el que todo lo que hubiere que decir en DEFENSA del acusado lo dijera el fiscal. ¿Cuántos siglos hemos de esperar? Hasta ahora nuestra experiencia nos ha enriquecido infinitamente con *abogados defensores* que ACUSAN al procesado («como hombre soviético honrado que soy, como un patriota legítimo que soy, experimento asco cuando se examinan

tales crímenes»). ¡Con lo bien que se pasa en una sesión a puerta cerrada! ¡No necesitas toga, puedes estar en mangas de camisa! Así da gusto trabajar: sin micrófonos, sin corresponsales, sin público. (Bueno, público sí hay, pero son *jueces de instrucción*. Por ejemplo, en el Tribunal regional de Leningrado iban, de día, a escuchar qué tal se portaban sus educandos, y a la madrugada visitaban en la cárcel al que hubiera que *exhortar*[153]).

La segunda característica principal de nuestros juicios políticos es la diafanidad en el trabajo. O sea, la previsibilidad de las sentencias[154]. O sea, tú siempre sabes qué quieren los jefes (¡además, para eso está el teléfono!). Hasta, siguiendo el modelo de la CES, hay sentencias judiciales que desde el comienzo al fin fueron escritas a máquina de antemano, con lo que sólo hay que poner después, a mano, los nombres. Y si a un tal Strajovich, durante el juicio, se le ocurre gritar: «¿Cómo pude ser enrolado por Ignatovski cuando tenía diez años de edad?» —el presidente (el tribunal del Distrito Militar de Leningrado, 1942)— le gritará: «¡No calumnie al servicio soviético de inteligencia!». Hacía tiempo que todo estaba decidido: a todo el grupo de Ignatovski, fusilamiento. Pero se mezcló con el grupo un tal Lipov: *nadie* del grupo le conocía, y él tampoco *conocía a nadie*. Bueno, pues a ese Lipov, diez años.

¡Allana tanto el camino de espinas del juez la decisión previa de las condenas…! Pero no es tanto un alivio del cerebro —puesto que no tiene que pensar nada, sino un alivio moral: no sufres porque puedes equivocarte en la imposición de la condena y dejar huérfanos a tus propios hijos. Hasta a un juez tan empedernido como Ulrij —¿hubo algún fusilamiento sonado que no fuera anunciado por boca de Ulrij?— la predeterminación mueve a ser bonachón. En 1945, el Consejo de Guerra estudia el caso de los «separatistas estonianos». Presidente Ulrij, pequeñito, regordete, bonachón. No pierde la ocasión para bromear, y no sólo con los colegas, sino también con los presos (¡eso sí que es humanismo!, ¡ése es un rasgo totalmente nuevo!, ¿en qué otro sitio se ha visto?). Se entera de que Suzi es abogado, y le dice, con una sonrisa: «Ya ve usted, su profesión le ha sido útil». Es verdad: ¿para qué andar de morros, para qué enfurecerse? El juicio transcurre en un ambiente agradable: aquí mismo, en la mesa del juez fuman y se pasan un buen rato; una buena pausa para comer. Y cuando llega la tarde hay que ir a *deliberar*. Pero ¿a quién se le ocurre deliberar de noche? Dejaron a los presos sentados ante la mesa, durante toda la noche, y se fueron a sus casas. A la mañana del día siguiente se presentaron descansaditos, afeitaditos, y a las nueve de la mañana: «¡El Tribunal!», y les dieron una *decena* a cada uno.

Y si aparece alguno diciendo que, por lo menos la CES, no es hipócrita, mientras que aquí hacen como que deliberan, nosotros saldremos al paso con decisión, ¡con enérgica decisión!

Y, finalmente, el tercer rasgo es la *dialéctica* (que antes llamaban groseramente «*varas de carro*, que van a donde las tuerzas»). El Código no tiene por qué ser piedra

inamovible en el camino del juez. Los artículos del Código tienen sus diez, quince y hasta veinte años de una vida efímera, y, como decía Fausto:

Si el mundo entero cambia, avanza,
¿acaso yo no puedo violar mi palabra?

Todos los artículos quedaron envueltos en interpretaciones, indicaciones, instrucciones. Si lo perpetrado por el reo no queda comprendido dentro del Código, se puede condenar también:

- *por analogía* (¡qué posibilidades!);
- simplemente por la procedencia (7-35 pertenecía a un ambiente socialmente peligroso[155]);
- por contactos con individuos peligrosos[156] (eso sí que es amplitud: qué individuo es peligroso y a qué contactos se refiere, eso sólo es cosa del juez).

Pero basta ya de criticar la precisión de las leyes promulgadas. El 13 de enero de 1950 fue decretado el retorno a la pena de muerte (cabe pensar que de los sótanos de Beria no se había marchado). Está escrito: se puede ajusticiar a los *minadores-saboteadores*. ¿Qué quiere decir eso? Pero se ha dicho. A José Vissarionovich le gusta decir las cosas a medias, sugerir. ¿Se refiere únicamente a los que con una carga de trilita minan los raíles? No está escrito. Qué es un «saboteador», lo sabemos hace tiempo: el que fabrica productos defectuosos, ése es un saboteador. ¿Y quién es el *minador*? Por ejemplo, el que en una conversación, en un tranvía, *minaba* la autoridad del Gobierno. O la que se casó con un extranjero, ¿no ha minado, acaso, la grandeza de nuestra patria…?

Pero los jueces no juzgan, los jueces sólo cobran; juzga la instrucción. La instrucción del año 1937: diez —veinte— fusilamiento. La instrucción del año 1943: veinte de trabajos forzados —horca. Instrucción del año 1945: a todo el mundo diez años, más cinco de pérdida de derechos (mano de obra para tres quinquenios[157]). Instrucción del año 1949: a todos, veinticinco años[158]. La máquina estampa. El arrestado queda privado de todos los derechos en cuanto le cortan los botones en el umbral de la GB, y ya no logrará escapar a la CONDENA. Y hasta tal punto se acostumbraron a ello los funcionarios de la Justicia, que en 1958 se pusieron en ridículo: publicaron en el periódico el Proyecto de las nuevas «Bases del proceso judicial en la URSS» y SE OLVIDARON de incluir un apartado sobre la *posible* sentencia absolutoria. El órgano oficial[159] los reprendió ligeramente: «*Podría crearse la impresión* de que en nuestros juicios sólo se dictan sentencias condenatorias».

¿Por qué no ponerse del lado de los juristas? ¿Por qué el juicio va a tener *dos* salidas cuando las *elecciones* generales se celebran con *un solo* candidato? ¡La sentencia absolutoria es un contrasentido económico! ¡Así resulta que los

informantes, los agentes, la instrucción, el fiscal, la guardia interior de la cárcel, la escolta, todos trabajaron en vano!

He aquí una causa judicial sencilla y típica. En 1941, en nuestro Ejército inoperante, dislocado en Mongolia, las secciones de la Checa tenían que dar muestra de diligencia y vigilancia. El practicante Lozovski estaba celoso de los sentimientos de una mujer hacia el teniente Pavel Chulpeniov, y se dio cuenta de la cosa. A solas con Chulpeniov, le hizo tres preguntas: 1. ¿Por qué retrocedemos ante los alemanes? ¿Tú qué opinas? (Chupelniov: tienen más técnica militar y se movilizaron antes. Lozovski: no, les estamos tendiendo una *celada*). 2. ¿Crees en la ayuda de los aliados? (Chulpeniov: creo que ayudarán, aunque no desinteresadamente. Lozovski: engañarán, no ayudarán en absoluto). 3. ¿Por qué han puesto al mando del Frente Noroeste a Vorochilov?

Chulpeniov respondió y lo olvidó. Lozovski escribió una denuncia contra él. Llaman a Chulpeniov a la sección política de la división, y lo expulsan del komsomol: por derrotismo, por ponderar la técnica alemana, por minimizar la capacidad estratégica de nuestros mandos. El orador más fogoso era el secretario del komsomol, Kaliaguin (en el Jaljingol, en presencia de Chulpeniov se portó como un cobarde y ahora veía la ocasión propicia para deshacerse para siempre del testigo).

Lo arrestan. Tiene un solo careo con Lozovski. El juez de instrucción NO TOCA la conversación entre los dos. Su única pregunta es: «¿Conoce usted a esta persona?». «Sí». «Testigo, puede usted retirarse». (El instructor tiene miedo de que la acusación se venga abajo**[160]**).

Deshecho tras un mes de encarcelamiento en un foso, Chulpeniov comparece ante el Tribunal de la 36 división motorizada. Están presentes: el comisario Lebedev, el jefe de la sección política Slesariov. El testigo Lozovski ni siquiera fue llamado al juicio. (No obstante, para confeccionar los falsos testimonios, después del juicio a Lozovski y al comisario Serioguin les hicieron firmar). Las preguntas del Tribunal: ¿mantuvo usted alguna conversación con Lozovski?, ¿qué le preguntó a usted?, ¿qué le respondió usted? Chulpeniov responde con llaneza; sigue sin ver su culpa. «¡Son tantos los que hablan!», exclama ingenuamente. El Tribunal está muy atento: «¿Quién, concretamente? ¿Nombres?». Pero Chulpeniov está hecho de madera distinta a la de ellos. Le conceden la última palabra. «Ruego al Tribunal que ponga otra vez a prueba mi patriotismo, ¡que me confíe una misión con peligro de muerte!». Y aquel sencillo gigantón:

«¡A mí y al que me calumnió, a los dos juntos!».

Eso sí que no: nuestra misión es extirpar del pueblo esos gestos de hidalguía. Lozovski tiene que despachar polvos. Serioguin debe educar a los soldados**[161]**. ¿Qué importa que te mueras o que no te mueras? Lo principal es que hemos sido vigilantes. Salieron, fumaron, regresaron: diez años, y tres de pérdida de derechos.

Durante la guerra hubo casos como éste en cada división; claro que más de diez (porque habría costado caro mantener al Tribunal). ¿Cuántas divisiones hay en total?

Que haga la cuenta el lector.

Las sesiones de los tribunales son de un parecido agobiador. Agobiadoramente impersonales e insensibles son los jueces: unos guantes de goma. Las sentencias son todas estereotipadas.

Todos ponen cara seria, pero saben todos que están en un barracón de feria; más claro aún lo ven los muchachos de la escolta; tienen menos picardía. En 1945, en la cárcel de expedición de Novosibirsk, la escolta recibe a los presos por lista, según las *causas*. «Fulano de tal, artículo 58, veinticinco años». El jefe de la escolta se interesó: «¿Por qué te han metido veinticinco años?». «Pues, por nada». «Mentira. *Por nada meten diez*».

Si el tribunal tiene prisa, las «deliberaciones» duran un minuto: lo que tardan en entrar y salir. Cuando la jornada laboral del Tribunal es de 16 horas seguidas, a través de la puerta de la sala de deliberaciones se ve un mantel blanco, una mesa puesta y fruteros con fruta. Si no tienen mucha prisa, les gusta poner «psicología» a la lectura de la sentencia: «¡Condenar a la pena capital…! Una pausa. El juez escruta los ojos del condenado, curiosea: ¿qué tal lo pasará?, ¿qué sentirá el reo en ese momento…? Mas, teniendo en cuenta el sincero arrepentimiento»…

En la sala de espera del Tribunal, todas las paredes están llenas de letreros rayados con clavos y escritos a lápiz: «Me condenaron a muerte». «Me dieron veinticinco». «Me colgaron diez». No lo borran. Son letreros ejemplificadores. Teme, encógete y no pienses que podrás cambiar algo con tu comportamiento. Aunque pronuncies en defensa propia un discurso demosteniano ante la sala vacía, en presencia de un grupito de jueces de instrucción (Olga Sliozberg en el Tribunal Supremo en 1936), no te servirá de nada. Lo único que puedes conseguir es elevar la pena de diez años a la capital si les gritas: «*Sois unos fascistas*. Me avergüenzo de haber militado varios años en vuestro partido». (Nikolai Semionovich Daskal, del colegio especial del territorio Azovo-Chernomorski; presidente, Jolik, Maikop, 1937). Entonces te endilgan un nuevo proceso y te liquidan.

Chavdarov recuerda un juicio en el que los procesados se retractaron de lo declarado durante el sumario. ¿Y qué? Si los jueces hicieron una pausa, duró un segundo, para mirarse. El fiscal exigió la suspensión del juicio, sin explicar para qué. De la prevención acudieron los jueces de instrucción y sus compinches, los martilladores. A todos los acusados, repartidos en cámaras, les dieron otra buena paliza y les prometieron que a la segunda suspensión acabarían con ellos. Finalizó la pausa. El juez volvió a tomar declaraciones, y ahora todos se reconocieron culpables. Alexandr Grigorievich Karetnikov, director de un instituto de investigación de la industria textil, dio muestras de una notable imaginación Poco antes de que se iniciara la sesión del Colegio Militar del Tribunal Supremo manifestó, a través de la escolta, que deseaba hacer *nuevas* declaraciones. Todos se sintieron interesados, por supuesto. Lo recibió el fiscal. Karetnikov le mostró la clavícula infectada, que se la había roto el juez instructor de un banquetazo: «Todo lo he firmado bajo tortura». Al

fiscal le pesó mucho su avaricioso afán de nuevas «declaraciones», pero ya era tarde. Cada uno de ellos es impávido mientras funciona como una pieza más del engranaje de la máquina general. Pero desde el momento en que ha recaído en él una responsabilidad personal, cuando los focos de luz coinciden en él, se pone pálido, se da cuenta de que no es nadie, de que puede resbalar en cualquier cáscara. Así atrapó Karetnikov al fiscal, y éste no se atrevió a echar tierra al asunto. Comenzó la sesión del Colegio Militar; Karetnikov repitió allí lo mismo… Y fue cuando el Colegio Militar se retiró a deliberar de verdad, pero como la sentencia tenía que ser absolutoria y tendrían que poner en libertad a Karetnikov… NO PRONUNCIÓ NINGUNA SENTENCIA.

Como si no hubiese ocurrido nada, agarraron a Karetnikov, lo curaron un poquito y lo retuvieron tres meses. Vino un juez de instrucción nuevo y extendió una nueva orden de detención (si el Colegio no hubiera tenido dos caras, Karetnikov habría pasado aquellos tres meses en casa), hizo las mismas preguntas que el primer juez de instrucción. Karetnikov presentía que lo iban a poner en libertad, y se mantuvo firme, sin reconocerse culpable de nada. ¿Y qué…? La CES le colgó ocho años.

Este ejemplo muestra bien a las claras las posibilidades del arrestado y las de la CES. Derzhavin escribía:

Un tribunal parcial es peor que el bandidaje.
Donde la ley duerme, el juez es un enemigo.
Ante ellos tienen del ciudadano
el pescuezo estirado sin protección.

Esas cosas desagradables ocurrían al Colegio Militar del Tribunal Supremo en contadas ocasiones, de modo que pocas veces tuvo necesidad de restregarse los ojos para observar ante sí al pobrecito arrestado solitario. En 1937, a A. D. R., ingeniero electricista, los guardianes le agarraron por los brazos y se lo llevaron arriba, al tercer piso, corriendo por las escaleras. (Probablemente el ascensor funcionaba, pero a los arrestados les zurraban con tanta frecuencia que así ni los propios funcionarios hubieran tenido ocasión de utilizarlo). Se cruzaron con un recién condenado e irrumpieron en la sala. El Colegio Militar tenía tales prisas que ni siquiera le ofrecieron asiento. Recobrada con dificultad, la respiración (la larga instrucción le había dejado sin fuerzas), R. dijo rápidamente su nombre y apellido. Algo murmuraron, se miraron, y Ulrij —siempre el mismo— anunció: «¡Veinticinco años!». Sacaron corriendo a R. y metieron al siguiente.

Esto pasó como en un sueño: en febrero de 1963, por esa misma escalera, pero amablemente acompañado por un coronel —el secretario de la organización del partido—, tuve yo la ocasión de subir. En una sala circular con columnas, donde dicen que celebra sus sesiones el Pleno del Tribunal Supremo de la Unión Soviética, con una enorme mesa en forma de herradura y dentro de ella otra mesa redonda y

siete sillas antiguas, me escuchaban setenta funcionarios del Colegio Militar: el mismo que juzgó en sus tiempos a Karetnikov, a R. y a tantos otros… Yo les dije: «¡Qué día más memorable: condenado primero a un campo de concentración, y después, al destierro perpetuo; jamás vi ante mis ojos a un solo juez. Ahora los veo a todos ustedes juntos, reunidos aquí!». (Ellos, con los ojos restregados, veían a un zeko por primera vez).

Pero resultó que éstos no eran aquéllos. Ahora ellos decían que no eran aquéllos. Me aseguraban que AQUELLOS ya no estaban. Algunos se retiraron a disfrutar de su pensión honorífica, a algunos los destituyeron (Ulrij, el más notable de los verdugos, resultó que había sido destituido por Stalin en 1950 por… lenidad). Algunos, se podían contar con los dedos de la mano, fueron condenados en los tiempos de Kruschov, y *aquéllos*, desde el banquillo de los acusados, amenazaban: «¡Hoy nos juzgas tú a nosotros y mañana te juzgaremos a ti; ándate con cuidado!». Pero igual que sus otras iniciativas, este movimiento, al principio muy enérgico, pronto lo olvidó Kruschov, lo abandonó y no lo llevó más allá de los cambios irreversibles; por tanto, siguió dentro del ámbito anterior.

Ahora, uno tras otro, los veteranos de la Jurisprudencia recordaban y me proporcionaban involuntariamente material para este capítulo (¿y si ellos empezaran a publicar y recordar?). ¡Cómo los jueces en sus conferencias y desde la tribuna *se vanagloriaban* de que habían *logrado* no aplicar el artículo 51 del CP, sobre las circunstancias atenuantes, con lo que lograban colgar veinticinco en lugar de diez! ¡O cómo los *tribunales* sufrían una humillante *subordinación a los Órganos*! A manos de un juez llegó una causa: un ciudadano que regresó de los Estados Unidos afirmaba calumniosamente que allí había buenas carreteras. Y nada más. En el *sumario* tampoco había más. El juez se atrevió a devolver el asunto para la práctica de una nueva investigación con el *objeto* de obtener «un material antisoviético de pleno valor», o sea, para que volvieran a torturarle. Pero aquella buena intención del juez no fue tenida en cuenta, y le respondieron con indignación: «¿Acaso no confía usted en nuestros *Órganos*?». ¡Y el juez fue enviado como secretario a un juzgado de la isla de Sajalín! (Con Kruschov se suavizó la cosa, y a los jueces «culpables» los mandaban…, ¿a dónde creen ustedes…?, *¡de abogados!)*[162] De esta misma forma claudicaban ante los *Órganos* el ministerio fiscal. Cuando, en 1942, se revelaron clamorosos abusos de Riumin en la Sección de contraespionaje de la Flota del Norte, la Fiscalía no se atrevió a intervenir, a hacer uso de sus poderes, y sólo informó *respetuosamente* a Abakumov de que sus pupilos hacían trastadas. ¡Con razón consideraba Abakumov que los *Órganos* eran la sal de la tierra!

(Fue entonces cuando Abakumov llamó a Riumin y lo ascendió, para su propia perdición).

No teníamos tiempo; si no, ellos me hubieran contado diez veces más cosas. Pero éstas ya eran materia de reflexión. Si el Tribunal y el ministerio fiscal eran simples

peones del Ministerio de la Seguridad del Estado, ¿no sería innecesario dedicarles un capítulo aparte?

Me lo contaban a porfía; yo los miraba y me asombraba: ¡eran personas! ¡PERSONAS de verdad! Ahora sonreían; ahora explicaban sinceramente que su único deseo era hacer el bien. ¿Y si la cosa se tuerce y se pone de tal manera que tengan que volver a juzgarme aquí, en esta sala (me mostraban la sala principal)?

Bueno, pues me juzgarán.

¿Qué es más antiguo: la gallina o el huevo? ¿Los hombres o el sistema? Durante varios siglos hemos tenido un proverbio: no temas a la Ley, sino al juez.

Creo que la Ley ha rebasado a los hombres; éstos han quedado a la zaga en crueldad. Ya es hora de dar vuelta al proverbio: «No temas al juez, sino a la Ley».

De Abakumov, claro.

Suben a la tribuna para hablar de *Iván Denísovich*. Dicen, gozosos, que el libro fue para ellos un alivio de la conciencia (así mismo, lo dicen)… Reconocen que el libro presenta un cuadro muy suavizado, que *cada uno* de ellos conocía campos de concentración peores. (Lo sabían, ¿eh…?). De las sesenta personas sentadas por todo el perímetro de la herradura, algunos de los que hablaron resultaron ser gente entendida en literatura; hasta lectores del *Novy mir*, ansiaban reformas, juzgaban vivamente nuestras llagas sociales, el abandono de la aldea…

Yo, sentado, pensaba: si la primera y diminuta gota de verdad estalló como una bomba psicológica, ¿qué ocurrirá en nuestro país el día en que la verdad resplandezca con toda su claridad?

Y resplandecerá, es inevitable.

VIII
La ley en mantillas

Lo olvidamos todo. No se nos queda grabado en la mente lo acontecido, la historia, sino únicamente el patrón rectilíneo que han sabido estampar en nuestra memoria a fuerza de inculcárnoslo.

No sé si es condición inherente a la naturaleza humana, pero lo que sí puedo afirmar es que es una de las características de nuestro pueblo, una característica desagradable. Y aunque tuviera su origen en un buen corazón demasiado grande, resulta, a pesar de ello, desagradable y enojosa, convirtiéndonos con suma facilidad en embusteros de toda especie.

Así, pues, cuando se desea que olvidemos hasta los procesos públicos, los arrojamos en seguida fuera de nuestra memoria. Se había dicho sin recato, lo habían publicado los periódicos, pero renunciaron a abrirnos un surco en la cabeza… y ya queda olvidado todo. (El surco en la cabeza lo produce únicamente lo que pregonan los altavoces día tras día). No me refiero a los jóvenes, ya que éstos no tienen conocimientos de ello, sino a los contemporáneos de aquellos procesos. Es suficiente con preguntar a un ciudadano normal por los espectaculares procesos públicos: citará el proceso contra Bujarin, el de Zinoviev; y, haciendo un esfuerzo, los del Partido en el campo industrial. Se acabó, ya no hubo más procesos espectaculares.

Sin embargo, comenzaron, poco después de octubre; fueron ya celebrados en 1918 *en masa* y por numerosos tribunales cuando aún no existía ley alguna ni código penal de ninguna especie, cuando las directrices por que se guiaban los jueces eran tan sólo las necesidades del proletariado y del campesinado. Con ellos se inició el período —así parecía entonces— de una legitimidad decidida y resuelta. En cualquier época se encontrará alguien todavía que escriba la historia detallada de estos procesos, pero no tenemos en modo alguno el propósito de darles cabida en nuestra investigación.

Cierto que no podremos seguir adelante sin presentar un pequeño cuadro de conjunto, pues en esta niebla matutina rosada y suave hay también ruinas carbonizadas que nos sentimos obligados a destacar.

En aquellos años dinámicos, los sables de la guerra no se oxidaban en las fundas, pero tampoco las pistolas de la venganza se llevaban pura y simplemente de adorno. Las ejecuciones durante la noche, en los calabozos, mediante un disparo en la nuca son una invención posterior. Entretanto, en 1918, el conocido chequista riazanés

Stelmaj abatía a sus víctimas en el patio en pleno día, haciéndolo de manera que los más cercanos al lugar pudieran contemplar la ejecución desde las ventanas de la cárcel.

Había por aquella época un término oficial: la justicia sumaria *extrajudicial*. No porque no hubiese tribunales de justicia, sino por la existencia de la *Checa*[163], que resultaba más eficaz. Los tribunales de justicia permanecían íntegros y condenaban a muerte también, pero siempre había al lado e independientemente de ellos el castigo extrajudicial, que no podía ser olvidado. ¿En qué medida se puede calcular el volumen de sus actividades? En su popular exposición de las actividades de la Checa[164], M. N. Latsis, presenta la siguiente suma correspondiente sólo a año y medio (de 1918 hasta mediados de 1919) y considerando sólo veinte Gobiernos de la Rusia Central («las cifras que se ofrecen aquí *están lejos de ser completas*[165]» quizá debido también, en parte, a una falsa modestia): fusilados por la Checa, es decir, sin resolución judicial, 8389 personas[166]; descubiertas por pertenecer a organizaciones contrarrevolucionarias, 412 personas (una cifra fantástica si se considera nuestra incapacidad para cualquier clase de organización, demostrada por la Historia, y si se tiene en cuenta, además, la resignación y disociación general de aquellos años); detenidos en total, 87 000[167]. (Esta cifra, por el contrario, parece un cálculo demasiado bajo).

Ahora bien, para establecer una estimación auténtica, ¿con cuáles se pueden comparar estas cifras? En el año 1907, un sindicato izquierdista publicó una colección en un volumen titulado *Contra la pena de muerte*[168], en el que se relacionaban nominalmente[169] todas las condenas a muerte pronunciadas desde 1826 hasta 1906. Los editores conceden que esta relación —sobre todo a causa de las personas anónimas— es asimismo incompleta, aunque ciertamente no presenta más lagunas que el material reunido por Latsis durante la guerra civil. La relación ofrece 1397 nombres, de los cuales se han de descontar los de 233, cuya pena máxima fue conmutada por penas de privación de libertad, y los de 270 huidos, fundamentalmente rebeldes polacos que se salvaron escapando a Occidente. Así, pues, quedan 894 personas. Este número, que se refiere a ochenta años, no tiene punto alguno de comparación con el cálculo efectuado por Latsis, que comprende sólo año y medio y no todos los Gobiernos. Cierto que los editores presentan una segunda estadística, hipotética, según la cual fueron condenadas a muerte 1310 personas sólo en el año 1906 —quizás no se cumplieran todas las penas—, ascendiendo el total a 3419 desde 1826. En este período surgió la tristemente célebre reacción de Stolypin, teniendo que contarse también, además, otra cifra[170]: la de 950 ejecuciones en seis meses. (La época de los juicios sumarísimos de Stolypin duró únicamente seis meses justos). Esto suena terriblemente, aunque para nuestros acerados nervios es todavía demasiado baja: si calculamos nuestro número en relación con medio año, obtendremos en seguida el *triple*, y esto sólo para veinte Gobiernos y únicamente en los casos de ejecuciones *sin proceso, sin tribunales*.

Sin embargo, los tribunales actuaron desde noviembre de 1917 con entera independencia de lo anterior. A pesar de toda la sobrecarga de trabajo, fueron promulgadas para ellos, en 1919, las *Directrices del Derecho Penal de la Federación de Repúblicas Socialistas Soviéticas,* que no hemos leído ni visto jamás, aunque sabemos que figuraba en ellas la «privación indefinida de libertad», equivalente a una estancia en prisión hasta que se dispusiera lo contrario.

Había tres clases de tribunales: los tribunales populares, los territoriales y los revolucionarios.

Los tribunales populares tenían facultades civiles y penales comunes, sin intervención en asuntos de índole política. No podían dictar sentencias de muerte. Hasta julio de 1919, la justicia navegaba todavía por la estela de los revolucionarios socialistas de la izquierda: es ridículo decir que los tribunales populares sólo podían sentenciar a *dos* años como máximo. Eran necesarias las intervenciones especiales del Gobierno para aumentar a veinte años[171] las condenas intolerablemente suaves. En julio de 1919 se concedió a los tribunales populares autorización para imponer penas de hasta *cinco* años. En 1922, cuando se hubieron aplacado todas las tempestades de la guerra, se facultó a los tribunales populares para castigar hasta *diez* años, sin que pudieran imponer penas *inferiores* a seis meses.

Los tribunales territoriales y los revolucionarios estuvieron facultados, desde el principio, para imponer penas de muerte, facultad que les fue retirada por breve tiempo: en 1920, a los territoriales, y en 1921, a los revolucionarios. En este campo hay gran cantidad de diminutas irregularidades cuyo descubrimiento sólo podrá lograr un cronista que estudie minuciosamente aquellos años.

Quizás un historiador de tal clase pueda encontrar los documentos, abrir los infolios donde figuren las condenas; tal vez pueda también confeccionar una estadística. Sin embargo, apenas será posible tal cosa, pues lo respetado por el tiempo y los acontecimientos ha sido destruido por las partes interesadas. Pero sí que sabemos una cosa: que los tribunales revolucionarios no permanecían ociosos y no se cansaban de sentenciar. Sabemos que la conquista de una ciudad en el transcurso de la guerra civil no se caracterizaba sólo por el humo que brotaba de los cañones de los fusiles en los patios de la Checa, sino también por las incesantes sesiones del Tribunal, que se pasaba las noches sin dormir. Y para recibir el balazo no era imprescindible ser un oficial blanco, un senador, hacendado, monje, constitucionalista, revolucionario socialista o anarquista. Ya unas manos suaves, blancas y sin callos bastaban en aquellos años para merecer una sentencia de muerte. Mas no es difícil adivinar que las revueltas de Ichevsk, Votkinsk, Yaroslav, Murom, Koslov o Tambov también costaron muy caras a quienes tenían las manos llenas de callos. En aquellos infolios, en los *extrajudiciales* y en los de los tribunales de justicia, quizá sea lo más sorprendente —si es que alguna vez se nos abren— la gran cantidad de sencillos campesinos consignados en ellos; pues fueron innumerables los levantamientos de los campesinos durante los años 1918 a 1921, aunque no fueran

reflejados en las engalanadas hojas de la *Historia de la guerra civil*, aunque no fueran fotografiados ni filmados tal como se produjeron: multitudes excitadas que con palos, horcas y hachas corrían a enfrentarse con las ametralladoras para después, con las manos atadas, ser fusilados en largas filas (*¡diez para uno!*). Y así ocurre que del levantamiento de Sapochok se acuerdan sólo en Sapochok; y del pitelino, sólo en Pitelin. En los datos recopilados por Latsis, ya citados, encontramos que el número de levantamientos sofocados en año y medio y también en veinte Gobiernos fue de 344[172]. Los levantamientos de los campesinos fueron calificados, ya desde 1918, de «insurrecciones de *kulaks*», pues ¡cómo podían ser *campesinos* precisamente los que se levantaran contra el poder del proletariado y el campesinado! Pero hay uno que nos explica por qué no se rebelaban tres granjas a la vez en una aldea, sino la aldea entera. ¿Por qué la masa de los pobres campesinos no se dirigía con las mismas horcas y hachas contra los *kulaks* insurrectos, sino que se unía a éstos para lanzarse en masa… contra las ametralladoras? Cito a Latsis: «Los restantes campesinos fueron obligados (por los *kulaks*) mediante promesas, difamaciones y amenazas a participar en estas insurrecciones[173]». ¿Prometían realmente más que las soluciones propuestas por el comité de pobreza de la aldea? ¿Eran más temibles sus amenazas que las ametralladoras de la CHON[174]?

Pero ¿cuántas personas fueron arrastradas por el azar a este engranaje, cuántas personas que no tenía arte ni parte, en cuya destrucción se basa la inevitable mitad del ser de una revolución sangrienta?

He aquí, según un testigo ocular, el curso de la sesión de un Tribunal revolucionario de Riazán en el año 1918. Se procedía contra el tolstoiano I. Ye-v.

En el curso de la movilización general del Ejército Rojo (un año antes se decía: «¡Abajo la guerra! ¡Bayonetas a tierra! ¡Todos los hombres a su casa!») fueron capturados, hasta Septiembre de 1919, sólo en el territorio de Riazán, «54 697 desertores, los cuales fueron enviados al frente[175]» (y en número que se desconoce fueron fusilados en el sitio, para escarmiento de los demás). En cambio, Ye-v no había desertado en modo alguno. Antes bien, confesó públicamente que se negaba a prestar el servicio militar por motivos de fe religiosa. Movilizado a la fuerza, se negó, también en el cuartel, a llevar arma alguna y a tomar parte en los ejercicios. El enojado comisario de la tropa le pone a disposición de la Checa, ya que Ye-v, según el escrito acompañante, «no reconoce el poder soviético». Un interrogatorio. Tres miembros de la Checa a la mesa, tres revólveres delante de ellos. «¡Conocemos a los héroes de tu especie; también tú gimotearás pidiendo misericordia! ¡O te declaras ahora mismo dispuesto a prestar el servicio militar, o te matamos en este mismo sitio!». Sin embargo, Ye-v permanece firme: No le está permitido ir a la guerra; es cristiano y tiene libertad de elección. El asunto pasa entonces a la jurisdicción del Tribunal.

El juicio es público y asisten alrededor de cien personas. El defensor es un amable viejecito; el doctor acusador Nikolski (la palabra «fiscal» estuvo prohibida hasta

1922), asimismo un antiguo jurista. Uno de los vocales intenta interrogar al acusado en relación con las opiniones de éste —«¿cómo puede usted, un representante del pueblo trabajador, seguir las enseñanzas del conde Tolstoi, un aristócrata?»—. El presidente del Tribunal le corta la palabra y ambos discuten.

Vocal: —Así que usted no quiere matar a nadie e intenta que los demás actúen como usted. Pero la guerra la han comenzado los blancos. Tenemos que defendernos, y usted nos pone obstáculos. Lo mejor sería que le enviásemos a Kolchak; allí podría predicar a sus anchas contra la violencia.

Ye-v: —Estoy dispuesto a ir a donde ustedes decidan.

Acusador: —El Tribunal no es competente para juzgar delitos comunes, sino únicamente para actividades contrarrevolucionarias. En razón de las circunstancias del delito, solicito que este caso sea visto por un Tribunal del pueblo.

Presidente: —¡Ja! ¡Delitos comunes! ¿Qué os parece el jurista? ¡Para nosotros no es la Ley lo decisivo, sino nuestra conciencia revolucionaria!

Acusador: —Insisto en que conste en acta mi petición.

Defensor: —Me adhiero a la opinión del acusador. El caso ha de ser visto por un Tribunal ordinario.

Presidente: —¡Viejo cretino! ¿De dónde le han desenterrado?

Defensor: —Ejerzo de abogado desde hace cuarenta años, pero es la primera vez que tengo que sufrir un insulto de esta clase. Ruego que conste en acta.

Presidente (*riendo a carcajadas*): —¡Se hará, se consignará!

Risas en la Sala. El Tribunal se retira. Se oye cómo gritan y disputan en la sala de deliberaciones. Por fin regresan con la sentencia: ¡*Fusilamiento*!

Gritos de enojo en la Sala.

Acusador: —¡Protesto contra la sentencia, y me quejaré al Comisariado de Justicia!

Defensor: —¡Me adhiero a las palabras del acusador!

Presidente: —¡¡¡Despejen la sala!!!

Ye-v es conducido fuera de la Sala, y los guardias dicen, durante el camino hacia la prisión:

—Sería magnífico que todos fueran como tú, hermano. ¡Entonces no habría ninguna guerra, y ni siquiera blancos ni rojos!

De nuevo en el cuartel, se convoca una asamblea de miembros del Ejército Rojo. La sentencia es considerada alevosa, y se redacta una protesta, la cual se envía a Moscú.

Y así pasó Ye-v treinta y siete días en la prisión, esperando cada día la muerte, siendo testigo ocular de los fusilamientos que se llevaban a cabo en el patio del establecimiento. Por fin llegó la noticia: ¡la pena de muerte era conmutada por quince años de *rigurosa incomunicación*!

He aquí un ejemplo instructivo. Sin embargo, pese a que la legitimidad revolucionaria obtuvo al menos una victoria parcial, le ha costado al presidente del

Tribunal esfuerzos que no pueden calificarse de insignificantes. ¡Qué carencia de orden, de disciplina y de conocimiento se evidencia en este caso! La acusación y la defensa están del mismo lado; los soldados, con sus resoluciones, se mezclan en algo que no les incumbe en absoluto. ¡Ah!, cuán difícil resulta el establecimiento de la dictadura del proletariado y de la nueva justicia. Naturalmente, no todos los procesos se tramitan de una forma tan desordenada; sin embargo, no es éste precisamente un caso aislado. ¡Cuántos años habrán de transcurrir hasta que se trace, enderece y consolide la línea necesaria, hasta que la defensa aprenda a exponer sus alegatos en armonía con el fiscal y el Tribunal, hasta que el acusado aprenda a declarar convenientemente y hasta que las masas se muestren de acuerdo en sus resoluciones!

Seguir este camino sería una tarea provechosa para el historiador. Sin embargo, nosotros… ¿Cómo avanzar en medio de aquella, niebla rosada? ¿A quién preguntar? Los fusilados no pueden hablar; los desperdigados no contarán nada. ¿Y los acusados, los defensores, los guardianes, los espectadores? Incluso aunque siguieran con vida, no se nos permitiría que los buscáramos.

Y, así, es evidente que sólo puede aprovechamos la *acusación*.

Personas bien intencionadas y con ánimo de ayudarnos, hicieron llegar hasta nosotros un ejemplar, escapado a la destrucción, de la colección de discursos acusatorios de N. V. Krylenko**[176]**, un revolucionario impetuoso, el primer comisario de Guerra, comandante en jefe, más tarde creador del Departamento de Tribunales Especiales dentro del comisariado de Justicia —se tenía pensado crear especialmente para él un titulo de tribuno, pero Lenin lo rechazó—,**[177]** el glorioso acusador en los procesos más grandes, y, a última hora, un hombre desenmascarado como sanguinario enemigo del pueblo. Y, así, a pesar de todo, como no queremos renunciar a exponer un breve cuadro de conjunto de los procesos públicos, ni tampoco podemos resistir la tentación de respirar brevemente la atmósfera judicial de los primeros años posteriores a la Revolución, tendremos que leer de grado o por fuerza el libro de Krylenko. No hay otro camino. Lo que falta, habremos de suplirlo con nuestra imaginación.

Es evidente que preferiríamos leer las copias taquigráficas de aquellos procesos, oír las voces dramáticas de ultratumba de aquellos primeros acusados y defensores, cuando nadie podía prever aún en qué fatal danza se perderían todos los actores, sin que tampoco fueran respetados los jueces revolucionarios.

Sin embargo, y según manifiesta Krylenko, la impresión de las copias taquigráficas «*no convenía por una serie de consideraciones de orden técnico*[178]»; lo único que procedía era la publicación de sus discursos acusatorios y de las condenas aplicadas por los tribunales, respectivamente, las cuales respondían ya, en medida suficiente, a las exigencias de la parte acusadora.

Según se manifiesta, los archivos del Tribunal de Moscú y del Tribunal Supremo de la Revolución (hasta el año 1923), «no habían sido llevados precisamente de una forma ordenada… En toda una serie de casos, el taquigrama…, como se demostró…,

haba sido escrito de una manera tan incomprensible que habrían de ser tachadas páginas enteras del texto o reconstruidas sirviéndose de la memoria» (¡!). Toda una «serie de procesos de alta importancia» —entre ellos el incoado a causa de la revuelta de los revolucionarios socialistas de la izquierda y el del almirante Schchastni—, se había efectuado, según las mismas manifestaciones, «sin tomar en absoluto apuntes taquigráficos[179]».

Es curioso. La condena de los revolucionarios socialistas de la izquierda no fue ninguna bagatela: tuvo lugar después de los meses de febrero y octubre del tercer nudo gordiano de nuestra historia, la transición al sistema del partido único en el Estado. Y no fueron pocos los fusilados. Sin embargo, no se tomó ni un solo apunte taquigráfico.

En cambio, «la conjura militar» de 1919 fue «liquidada por la Checa de forma extrajudicial[180]», por lo que resulta tanto más probada su existencia[181]. (En el transcurso de estas actuaciones fueron detenidos en total más de mil hombres[182]. ¿Adónde se iría a parar si se hubiese juzgado individualmente a cada uno?).

Así, pues, a ver quién puede informar con veracidad acerca de los procesos judiciales de aquellos años…

Sin embargo, es posible, reconocer unos principios fundamentales importantes. Por ejemplo, el fiscal supremo nos explica que el VZIK (Comité Ejecutivo del Soviet), tiene derecho a intervenir en todo procedimiento judicial. «El VZIK, según su propio criterio, perdona y *condena sin limitación alguna*[183]» (la cursiva es mía. —A. S.). Por ejemplo, una pena de privación de libertad de seis meses podía ser convertida en una de diez años. (Y como el lector comprenderá, no se reunía para esto todo el Comité Ejecutivo, sino que bastaba, digamos, con que Sverdlov corrigiera la sentencia en su despacho). Mediante todo esto, explica Krylenko, «nuestro sistema se distingue benignamente de la falaz teoría de la separación de poderes[184]», de la teoría de la independencia judicial. (También lo ha dicho Sverdlov: «Es una buena cosa que entre nosotros, al contrario que en Occidente, el poder legislador y el ejecutivo no estén separados por un elevado muro. Todos los problemas *pueden resolverse con rapidez*». En especial por teléfono).

Todavía con mayor franqueza y precisión expone Krylenko en sus discursos acusatorios de aquella época el *cometido general del Tribunal de justicia soviético*, que habría de ser «simultáneamente *creador de Derecho* (subrayado por Krylenko) e *instrumento de política*[185]» (subrayado por mí. —A. S.).

Unos «creadores de Derecho» porque en realidad no existía código alguno desde hacía cuatro años: habían sido rechazados los de los zares y no había sido creado todavía un código propio. «No se me venga con que nuestros tribunales, en su trabajo, se han de atener exclusivamente a normas escritas ya existentes. Estamos viviendo en el proceso de la Revolución[186]»…

«Los tribunales no pertenecen a este tipo de tribunales de justicia en los que puedan recobrar nueva vida las sutilezas jurídicas y los sofismas… Estamos creando

un Derecho nuevo y *normas éticas nuevas*[187]»… «Por mucho que se hable de la ley eterna del Derecho de la justicia, etcétera…, sabemos… qué caro nos ha costado todo esto[188]».

(Bueno, si comparamos *vuestros* plazos con los *nuestros*, tal vez no resulta tan caro. ¿Se vive acaso más confortablemente con la justicia eterna?).

Las sutilezas jurídicas se han tornado, de hecho, superfluas, pues no hay que esclarecer siquiera si el acusado es culpable o inocente: El concepto de la *culpabilidad* es un concepto caduco, burgués, inexistente ya[189].

Por tanto, hemos oído de labios de Krylenko que el Tribunal… no es de *esa especie de tribunales de justicia*. Y en otro lugar nos hará saber que el Tribunal *no es en realidad ningún Tribunal de justicia*: «El Tribunal es un órgano de la lucha de clases del obrero, que se utiliza contra los enemigos de éste» y tiene que «dejarse gobernar por los intereses de la Revolución…, habiendo de aspirar a los *resultados más deseados* por la masa obrera y campesina[190]». (Subrayado por mí todo. —A. S).

Las personas no son personas, sino «determinados portadores de determinadas ideas[191]». Sin considerar las condiciones personales (del acusado), se ha de utilizar siempre, para su valoración, un *método único*: concretamente, lo que vale desde el punto de vista de *la utilidad práctica en función de las clases*[192].

Dicho de otro modo, sólo tienes derecho a existir mientras tu vida parezca conveniente a la clase obrera. Pero «tan pronto como la conveniencia hace necesario que la espada punitiva caiga sobre el cuello del acusado… pierden todo valor cualesquiera intentos de convencer por medio de la palabra[193]» —por ejemplo, los razonamientos de los abogados y otros semejantes—. Lo decisivo para nuestro Tribunal revolucionario no son los artículos de la ley ni el peso de las causas atenuantes: nuestro Tribunal debe regirse únicamente por consideraciones de utilidad práctica[194].

Y en aquellos años ocurrió a muchos lo siguiente: que iban tirando pacíficamente… y de pronto hubieron de saber que su existencia NO ERA CONVENIENTE.

Pero debemos comprender una cosa: que no pesa sobre el acusado lo que ha hecho, sino lo que *podrá* hacer si no se le fusila ahora. «No nos protegemos únicamente contra el pasado, sino también contra el futuro[195]».

Bien claras y universales son las declaraciones del camarada Krylenko, y con toda plasticidad se pone ahora delante de nuestros ojos aquel período judicial. Los vapores primaverales dejan súbitamente paso a la clara visibilidad del otoño. ¿Acaso, por tanto, esté de más continuar, seguir presentando un proceso tras otro? Al fin y al cabo, son precisamente estas declaraciones las empleadas sin desviación alguna en el futuro.

Basta simplemente con entornar los ojos para imaginarnos cómo era en aquella época la sala de audiencia, sin adorno dorado alguno. El miembro del Tribunal que

intentaba averiguar la verdad, vestido con la sencilla guerrera, todavía flaco, sin la panza que echaría después a fuerza de comer; la *autoridad acusatoria* (así acostumbraba denominarse Krylenko) con la chaquetilla desabrochada… y asomando por el abierto cuello de la camisa la rayada camiseta de marinero.

El fiscal supremo se expresa en ruso así: «¡Me interesa la cuestión de hecho!»; «¡Concrete usted el motivo de la tendencia!»; «¡Operamos en el plano del análisis de la verdad objetiva!». De vez en cuando, ¡mira por dónde!, introduce un latinajo (cierto que siempre el mismo, proceso tras proceso; pues han de transcurrir años antes de que utilice otro distinto). Bueno, también es toda una capacidad cursar dos disciplinas universitarias en medio del jaleo de la Revolución. Lo que le importa es la intrepidez de la expresión: «¡Canallas profesionales!» (al referirse a los acusados). Tampoco adulaba jamás. Le desagradaba que sonriera un acusado, y empezaba a tronar antes de que se pronunciara la sentencia: «Y a usted, ciudadana Ivanova, que tiene esa sonrisa tan expresiva, ya sabremos buscarle las vueltas; ya se encontrará una posibilidad de terminar *para siempre* con esa risa**[196]**».

Y ahora, ¿comenzamos de una vez a andar el camino?

a) *El proceso contra «Noticias Rusas»*. Es uno de los primeros y más antiguos procesos, un proceso contra la *palabra*. El 24 de marzo de 1918, este conocido «periódico de los profesores» publicó un artículo de Savinkov, titulado: «Desde el camino». De buena gana habrían detenido a Savinkov en persona; sin embargo, ¿dónde encontrar con rapidez el maldito *camino*? Por tanto, hubo de pagar las consecuencias el periódico, que fue clausurado. Y su redactor, el anciano Yegorov, fue conducido al banquillo de los acusados: «¿Cómo se ha podido atrever usted? ¿No son ya suficientes cuatro meses de la nueva era para que se acostumbre a ella?».

Yegorov se justificó de una forma ingenua: dijo que el artículo «había sido escrito por un político eminente, cuya opinión, con independencia absoluta de que fuera compartida por la Redacción, merecía un interés general». Además, no había visto ninguna difamación en las afirmaciones de Savinkov: «No se puede olvidar que Lenin, Natanson y compañía llegaron vía Berlín, es decir, que las autoridades alemanas les ayudaron a regresar a Rusia»…, pues así había ocurrido realmente: el emperador alemán, a la sazón en guerra, había hecho posible que Lenin regresara a la patria.

Krylenko contestó diciendo que no intentaba acusar en absoluto de difamación al periódico (¿de qué entonces?), que, antes bien, se le juzga por *intento de influir en los espíritus*. (¿Quién podría tolerar tal propósito a un periódico?).

Tampoco se hace responsable al periódico de publicar estas palabras de Savinkov: «Hay que ser un criminal insensato para afirmar con toda seriedad que el proletariado internacional *nos apoyará*», pues sí que apoyará…

La condena se basó únicamente en la presunta influencia sobre los lectores: el periódico, que existía desde 1804 y había resistido a todas las reacciones imaginables

—las de Loris-Melikov, Pobedonoszev, Stolypin, Kasso y un sinnúmero más— ¡se ha de *suprimir hoy para siempre*! Y el redactor Yegorov —como en una Grecia cualquiera, nos avergüenza decirlo— ha de ser condenado a tres años de celda. (Esto es disculpable si se considera que corría por entonces el año 1918. Caso de que el anciano continuara con vida, lo volverían a encerrar nuevamente. ¡Y cuántas veces todavía!).

Es extraño, pero también auténtico, que incluso en aquellos tremendos años se sobornó delicadamente, y los sobornos fueron aceptados de buena gana… como ha ocurrido en Rusia desde siempre, como ha ocurrido desde siempre en la Unión. Y las donaciones llegaban no simplemente hasta los organismos judiciales, sino de una manera especial hasta ellos. Y —resulta terrible decirlo— hasta la checa. Los infolios de la Historia estampados de oro y encuadernados en rojo guardan silencio, pero existen todavía personas, testigos oculares de aquella época, que recuerdan aún cómo el destino de los presos políticos, en los primeros años de la Revolución, a diferencia de lo que ocurría en la época de Stalin, dependía en forma decisiva del dinero empleado para el soborno: se aceptaba sin empacho alguno y se dejaba en libertad al rescatado con dinero, tal como se había prometido. Krylenko escogió no más de una docena de estos *casos* en cinco años, informándonos de dos de tales procesos. Sin embargo, ¡qué lástima!, también el Tribunal de Moscú, también el Tribunal Supremo buscaba la perfección por caminos retorcidos y se hundían en la suciedad.

b) *El proceso contra tres jueces de instrucción del Tribunal Revolucionario de Moscú* (abril de 1918). Beridse, un acaparador de oro, fue detenido en el mes de marzo, y su esposa intentó, como era normal en aquella época, buscar el modo de conseguir la libertad. Por medio de varios conocidos, consiguió llegar hasta uno de los jueces instructores, quien mezcló en el asunto a otros dos. Hubo una reunión secreta y exigieron 250 000 rublos, que se redujeron a 60 000 tras algunos regateos, la mitad por adelantado y todas las demás operaciones a través de un abogado llamado Grin. Todo hubiese discurrido sin tropiezos y en silencio —como era lo normal por aquella época— y no habría llegado a la crónica de Krylenko y, por consiguiente, a conocimiento nuestro (¡e incluso hasta la Asamblea de los comisarios del pueblo!), si la mujer no hubiese tenido tanto apego al dinero y hubiese entregado al abogado Grin, en concepto de anticipo, los 30 000 rublos convenidos, cosa que no hizo. Antes bien, le puso sobre la mesa sólo 15 000, y adoptó, además, la resolución, impulsada por una diligencia femenina, de buscarse un abogado que ofreciera mayores garantías, a cuyo efecto se dirigió, sin pérdida de tiempo, al bufete de otro letrado que se apellidaba Yakulov. En realidad no se sabe quién aireó el asunto, pero es presumible que precisamente este Yakulov tuviera la intención de jugar una mala pasada a los jueces instructores.

Lo interesante en este proceso es que todos los testigos, comprendida la fatídica esposa, se esforzaron en hablar en favor del acusado y desorientar a la acusación (una

cosa imposible en un proceso político). Krylenko manifiesta que los testigos se habían movido por razones burguesas…, testigos que no se sentían identificados con nuestro Tribunal Revolucionario. (Pero nosotros queremos permitirnos la burguesa suposición de que los testigos, en el transcurso de medio año de dictadura del proletariado, quizás habían aprendido a *temer*).

Era necesaria una buena cantidad de arrojo para engañar a los jueces instructores del Tribunal Revolucionario. (¿Si le sentará bien a uno más tarde?).

Es interesante también la presentación de pruebas por el acusador, pues, un mes antes, los acusados habían sido sus compañeros de lucha, sus aliados y auxiliares, todos ellos fielmente adictos a los intereses de la Revolución. Incluso uno de ellos, Leist, era un «acusador severo, completamente capacitado para disparar rayos y lanzar truenos sobre los que atentan contra los "fundamentos"». Y ¿qué decir de él ahora? ¿De dónde sacar materia infamante?, porque el cohecho no es en sí lo bastante infamante. ¡Pues, sencillamente: del *pasado*, del cuestionario!

«Si se examina más de cerca (este Leist), surgen unos detalles extraordinariamente dignos de atención». Nos quedamos tensos: ¿Era un aventurero declarado? No, pero… ¡sí el hijo de un profesor de la Universidad de Moscú! Y éste no era a su vez un profesor más, sino uno que había conseguido, gracias a su permanente indiferencia política, salir airoso de las vicisitudes de veinte años de regímenes reaccionarios. (Aunque también Krylenko, a pesar de las reacciones, pudo aprobar sus exámenes como alumno externo)… Así, pues, ¿a quién extraña que el hijo de este profesor… fuese un individuo de dos caras?

Podgeiki, por el contrario, era el hijo de un funcionario judicial archirreaccionario, se entiende, pues ¿cómo hubiese podido de otra forma servir fielmente al zar durante veinte años? También el hijo se preparaba para seguir la carrera judicial cuando estalló la Revolución…, y se escondió en el Tribunal. ¡Todavía ayer un ejemplo de sublime ideología, tenía que ser calificado hoy de repugnante!

Sin embargo, mucho más vergonzoso que el caso de estos dos era, naturalmente, el de Gugel. Antiguo editor…, ¿qué alimento espiritual había ofrecido antes a los obreros y campesinos? Este hombre «ponía a disposición de la gran masa una literatura de ínfimo valor», libros de renombrados profesores burgueses (los profesores que pronto veremos también en el banquillo de los acusados).

Y Krylenko, fingiéndose colérico y asombrado, se pregunta: ¿Qué clase de personas son éstas, que han encontrado un escondite en el Tribunal? (También nos maravilla esto a nosotros: ¿De quién se componen, pues, los tribunales de obreros y campesinos? ¿Por qué el proletariado ha puesto en los tribunales a tales individuos para derrotar a sus enemigos?).

Finalmente, el abogado Grin, que andaba por el comité de investigación como Pedro por su casa y podía actuar enteramente a su antojo, resultó… «un representante típico de ese producto degenerado de la especie humana que Marx llamaba las

sanguijuelas del sistema capitalista», a la cual, además de los abogados, pertenecían también todos los gendarmes, los religiosos y… los notarios[197]…

Así, pues, aunque Krylenko no retrocedió en realidad ante ningún esfuerzo para conseguir una sentencia dura, rigurosa, sin considerar los «matices individuales de la culpabilidad», el Tribunal, siempre animado, se hallaba ahora dominado por una pereza extraña, por una curiosa rigidez que, al final, casi le impidió cuchichear: seis meses de cárcel a los jueces instructores y una pena pecuniaria al abogado. (Sólo gracias al VZIK, facultado para «juzgar sin limitación alguna», Krylenko pudo al fin conseguir que los jueces de instrucción fueran condenados cada uno a diez años; y a cinco el abogado vampiro, además de serle confiscados todos los bienes. Krylenko, que cobraba fama por su celo, estuvo a pique de conseguir el *tribunado*).

Desde luego, estamos convencidos de que este desgraciado proceso resultaba a propósito para conmover la fe en la integridad del Tribunal, tanto en lo que se refiere a las masas revolucionarias de aquella época como en lo concerniente a nuestros lectores de hoy día. Por ello nos aproximamos con recelo tanto mayor al siguiente proceso, por cuanto afectó a una institución todavía más elevada.

c) *El proceso Kossyrev* (15 de febrero de 1919). F. M. Kossyrev y sus camaradas Liebert, Rottenberg y Soloviov prestaban antaño sus servicios en la Comisión de Suministros del Frente Oriental cuando, todavía frente a Kolchak, se combatía contra las tropas de la Asamblea Constituyente. Las investigaciones efectuadas permitieron descubrir que sus negocios, hábilmente llevados, arrojaban cada uno ganancias comprendidas entre 70 000 y un millón de rublos, que mantenían trotones y organizaban francachelas con enfermeras. Su Comisión adquirió una casa y un automóvil, y el pagador era cliente de un restaurante exclusivo: el Yar. (No estamos acostumbrados a imágenes de esta clase en el año 1918, pero el Tribunal garantiza su autenticidad).

Por lo demás, no estribaba la *causa* en esto. Es más, no fueron acusados por el asunto del frente oriental, que incluso les fue perdonado. ¡Y hay algo todavía más digno de admiración!: Apenas disuelta esta Comisión de Suministros, los cuatro que la habían compuesto, a los que se unió un antiguo vagabundo siberiano apellidado Nasarenko, amigo de Kossyrev desde la época en que éste había permanecido en prisión por delitos comunes, fueron designados, junto con el mencionado Nasarenko, para… ¡constituir el Consejo de Control y Revisión de la Checa de todas las Rusias!

Pero este Consejo era una institución *que gozaba de plenos poderes para verificar la legalidad de las actividades de todos los demás órganos de la Checa*, ¡estando facultado para reclamar y examinar todo procedimiento pendiente en cualquier fase de la investigación y suspender las decisiones adoptadas por todos los demás *Órganos* de la Checa, excepción hecha de las resoluciones adoptadas por el Presidium[198]! ¡Desde luego, no era en modo alguno una bagatela! Y, así, este Consejo se convirtió en la segunda autoridad de la Checa de todas las Rusias, yendo

inmediatamente después del Presidium; en la segunda guardia después de Dzherzhinski-Urizki-Peters-Latsis-Meninski-Yagoda.

Sin embargo, el estilo de vida del círculo de amigos continuó siendo el de antes, la arrogancia y el orgullo de casta no cuadraban con su manera de ser: existían un tal Maximich, un cierto Lionka, un determinado Rafailski y un Mariupolski, todos ellos personas que «no tienen relación alguna con las organizaciones comunistas»; con los cuales, tanto en domicilios particulares como en el «Hotel Savoy», «en un ambiente de lujo», organizaban francachelas «en las que dan el tono los juegos de naipes (1000 rublos cada vez en la banca), las borracheras y las damas». Kossyrev se instala lujosamente (70 000 rublos), tampoco vacila en escamotear en la Checa cubiertos y platillos de plata (pero ¿cómo podía llegar aquello a la Checa?) y también se contenta con sencillos vasos cuando llega la ocasión. «A esto, y no a equiparse de ideas… dedica toda su atención, pues son éstas y no otras cosas las que desea ganar sirviéndose del movimiento revolucionario». (Bueno, como este hombre niega que sea sobornado, el importantísimo chequista comienza a fantasear y explica, sin que le tiemble una sola pestaña, que tiene… ¡una herencia de doscientos mil rublos en un Banco de Chicago! Para él, con toda evidencia, una situación completamente real, que no tiene en consideración alguna la revolución mundial).

Lo que importa es servirse adecuadamente de este derecho sobrehumano: detener a las personas cuando se quiera y ponerlas en libertad a su antojo. Es evidente que primero han de ser pescados los peces que ponen huevos de oro, de cuya especie se podían encontrar más que suficientes en las redes del año 1918. Pues durante la Revolución, hecha demasiado de prisa, se pasaron por alto muchas cosas, y las damas burguesas escondieron a tiempo gran cantidad de piedras preciosas, diademas, pulseras, anillos y dijes. Y tras encontrar el pez, lo único necesario era ponerse en contacto con los familiares a través de un hombre de paja.

También encontramos estas figuras en el proceso. Ahí tenemos a la Uspenskaya, una mujer de veintidós años, que cursaba estudios universitarios en San Petersburgo y cuya ulterior carrera estudiantil se vio interrumpida al formarse los comités. Esta mujer se presentó en la primavera de 1918 a la Checa y se ofreció a servir de delatora. Como el aspecto físico de la mujer era adecuado, la Checa aceptó su oferta.

Krylenko hace el comentario siguiente sobre la delación (designada por aquella época con la abreviatura *seksot*: colaborador secreto): «En *mi* opinión, no hay en ello nada vergonzoso; considero *esto* mi deber;… este trabajo no tiene en sí nada de vergonzoso; tan pronto una persona reconozca que tal actuación es necesaria para el interés de la Revolución, se tiene que presentar para ello**[199]**». Lo malo es, según se puede comprobar lamentablemente, que la Uspenskaya no tiene credo político alguno. Ella misma lo dice: «Yo estaba de acuerdo con un determinado tanto por ciento» (en los casos descubiertos)… e incluso cedía la mitad de ello a alguien que el Tribunal no permite citar. Y, según las palabras de Krylenko: La Uspenskaya «no figuraba en la nómina de personal de la Checa de todas las Rusias, siendo pagada *por*

cabeza[200]». Por lo demás, es comprensible, desde el punto de vista humano, explica el acusador: ¿qué podían importarle a una mujer no acostumbrada a contar el dinero los miserables quinientos rublos del sueldo pagados por el Comité de Economía Política si un chantaje (ayudar a un comerciante para que le quitaran del negocio el sello del ejecutor) le reportó 5000 rublos y consiguió, mediante otro, que la esposa de Mechchorski-Grevs, detenido a la sazón, le entregara 17 000? Dicho sea de paso, la Uspenskaya no continuó siendo largo tiempo una simple *seksot*: en pocos meses se hizo comunista y juez instructor gracias al apoyo de importantes chequistas.

Pero no conseguiremos en modo alguno llegar hasta el meollo del *asunto*. En un domicilio particular, la Uspenskaya puso en contacto a la esposa de Mechchorski-Grevs con un tal Godelyuk, un amigo íntimo de Kossyrev, el cual debía negociar la cantidad de dinero pedida por el rescate (¡la exigencia ascendía a 600 000 rublos!). Por desgracia, y de una forma que no han podido esclarecer los tribunales de justicia, el abogado Yakulov tuvo noticias de la reunión. Este Yakulov es el mismo que se menciona con anterioridad, el cual había hecho saltar antes de ahora a los jueces instructores culpables de cohecho y que, con toda evidencia, estaba obsesionado por el odio de clase contra el total sistema de la justicia y la injusticia proletaria. Este abogado formuló denuncia ante el Tribunal Revolucionario de Moscú[201], cuyo presidente ¿quizá tuviera presente la cólera del Gobierno a causa del asunto de los jueces instructores? —cayó asimismo en un error de clases: en vez de advertir al camarada Dzherzhinski y solucionar lo restante en familia, puso detrás de las cortinas a una taquígrafa que tomó nota con diligencia de, por ejemplo, los nombres que citaba Godelyuk: Kossyrev, Soloviov y varios más, así como las insinuaciones hechas por el mencionado Godelyuk: quién se dejaba *sobornar* en la Checa y por cuántos miles de rublos. También quedó recogido en la copia taquigráfica la entrega de 12 000 rublos a Godelyuk en concepto de anticipo, y a continuación las expresiones de agradecimiento de la esposa de Mechchorski-Grevs por el pase concedido por la Checa, que llevaba estampadas las firmas de Liebert y Rottenberg, de la Comisión de Control y Revisión, pues el negocio debía ser continuado allí, en el mismo lugar. Sorprendido de tal modo «in fraganti», Godelyuk perdió la cabeza y desembuchó todo mientras la esposa de Mechchorski estaba todavía en la Comisión de Control y Revisión, y ésta había reclamado *para revisión* el expediente del marido.

Pero ¡por favor, tales revelaciones manchan las célicas vestiduras de la Checa! ¿Está en sus cabales el presidente del Tribunal Revolucionario de Moscú? ¿Se mantiene dentro de su competencia?

Pero, como se hizo evidente, esto respondía al motivo, ¡al motivo mejor escondido siempre en todos los pliegues de nuestra gloriosa historia! Se hace patente que el primer año de actividad de la Checa dejó una impresión levemente repulsiva hasta en el partido del proletariado, no acostumbrado aún a tales modos de obrar. El primer año, el primer paso había sido recorrido sobre el glorioso camino de la Checa; sin embargo, surgía ya, según manifiesta Krylenko de un modo algo confuso, «una

disputa entre los tribunales de justicia, sus funciones… y las funciones extrajudiciales de la Checa… Una lucha que, en aquella época, escindía en dos campos el partido y las jurisdicciones[202]». Precisamente por esta razón hubo de surgir el asunto Kossyrev —pues hasta entonces habían salido todos perfectamente bien librados— y alcanzar incluso un nivel de Gobierno.

¡Había que salvar a la Checa! ¡Alarma en la Checa! Soloviov ruega al Tribunal que le autorice a *conversar* con Godelyuk, que se encuentra en la prisión de Taganka —no, ¡ay!, en la Lubianka—, pero el Tribunal niega el permiso. Por consiguiente, Soloviov, sin permiso alguno del Tribunal de justicia, *se presenta en la celda de* Godelyuk. Y mira tú qué casualidad: Godelyuk enferma de gravedad a partir de este mismo instante, sí. («Apenas se puede admitir que Soloviov tuviera malas intenciones», manifiesta Krylenko). Y, en vista de la próxima muerte, el conmovido Godelyuk, sintiendo un remordimiento profundo a consecuencia de sus difamaciones, pide papel y se retracta de todo por escrito: es falso todo lo que ha imputado a Kossyrev y los otros comisarios de la Checa, y asimismo lo taquigrafiado detrás de las cortinas es también mentira[203].

«¿Y quién ha extendido los pases?», quiere saber a todo trance Krylenko, pues no le habrán llovido del cielo a la esposa de Mechchorski, ¿verdad? El acusador no quiere en modo alguno «afirmar que Soloviov tenga algo que ver con el asunto, pues… las pruebas no son suficientes»; pero «ciudadanos implicados en el asunto —presume— y que todavía se hallan en libertad» podrían haber enviado a Soloviov a la prisión de Taganka.

Habría sido precisamente entonces el momento de interrogar a Liebert y Rottenberg, que también habían sido citados…, ¡pero no se presentaron, sólo eso! Sencillamente, no aparecieron, no obedecieron… Mas, permítanme: ¿Y la esposa de Mechchorski? ¡Imagínense, también esta desarbolada aristócrata tuvo la poca vergüenza de no comparecer ante el Tribunal! ¡Y no había nadie capaz de obligarla! ¡Y Godelyuk se ha retractado, se halla moribundo! ¡Y Kossyrev no admite nada! ¡Y Soloviov es inocente en absoluto! ¡Y no existe nadie a quién interrogar…!

Vean, en cambio, qué testigos comparecieron ante el Tribna por iniciativa propia: el camarada Peters, vicepresidente de la Checa… y hasta Felix Edmundovich Dzherzhinski en persona, aunque una persona muy intranquila. Su delgado y apasionado rostro de asceta está dirigido a los miembros del Tribunal, que permanecen completamente inmóviles. Y, con palabras conmovedoras, da testimonio de la inocencia de Kossyrev y de las altas cualidades morales, revolucionarias y prácticas del hombre por quien aboga. Por desgracia no han llegado hasta nosotros sus declaraciones, pero he aquí unas palabras de Krylenko al respecto: «Soloviov y Dzherzhinski nos han descrito con vivos colores las excelencias de Kossyrev[204]». (¡Ah, qué imprudente fue este abanderado! ¡Veinte años más tarde tendría que pagar en la Lubianka por este proceso!). Resulta fácil adivinar lo que pudo haber dicho Dzherzhinski: que Kossyrev era un chequista de hierro que no tenía piedad de los

enemigos, y, además un buen camarada. Corazón ardiente, cabeza fría y manos limpias.

Y, así, de entre la inmundicia de la difamación, surge ante nosotros la broncínea figura del caballero Kossyrev. También su vida anterior se caracteriza por una fuerza de voluntad superior a la media, pues había sido castigado varias veces antes de la Revolución, la mayor parte de las veces por asesinato: Primero, sirviéndose de argucias, había conseguido entrar en el domicilio de la anciana Smirnova, en la ciudad de Kostroma, y *estranguló a la mujer con sus propias manos*; después atentó contra la vida de su propio padre y, asimismo, intentó asesinar a un compañero de aventuras con objeto de adueñarse del pasaporte de éste. En los restantes casos, Kossyrev fue condenado por estafa. Muchos años de prisión en total —por tanto, es comprensible su afición irresistible a la buena vida—, de la que salió siempre sólo gracias a las amnistías concedidas por los zares.

Al llegar a este punto, el acusador fue interrumpido por voces severas y justas: chequistas renombrados le aconsejaron que no tuviera en consideración aquellos tribunales de justicia de tiempos atrás, pues habían sido tribunales de burgueses y hacendados y, por consiguiente, no tenían que ser tenidos en cuenta por nuestra nueva sociedad. ¡Pero, escucha! El ingenioso abanderado soltó desde el elevado púlpito del Tribunal Revolucionario un discurso tan desafortunado desde el punto de vista ideológico, que apenas nos atrevemos, con su cita, a perturbar la armonía de los procesos del Tribunal que, por lo demás, se podían presentar tan inmaculados:

«Si en los antiguos tribunales de justicia zarista había en realidad algo que mereciese nuestra confianza, era única y exclusivamente el jurado… Siempre se podía tener confianza en las sentencias del jurado, en el cual resultaba muy difícil encontrar errores judiciales».

Tanto más mortificante resultaba oír estas afirmaciones de labios del camarada Krylenko, cuanto que la propia autoridad acusatoria había adoptado una posición clasista irreprochable, tan sólo tres meses antes, durante el proceso contra el *agente* provocador R. Malinovski, antiguo favorito de la dirección del Partido, pese a sus cuatro condenas penales en el pasado; designado para el Comité Central y nombrado diputado de la Duma:

«A nuestros ojos, todo delito es el resultado del sistema social existente, por lo que toda condena anterior impuesta con arreglo a las leyes de la sociedad capitalista y del régimen zarista no la consideramos nosotros un hecho que manche para toda la vida al condenado… Conocemos *muchos ejemplos* de que en *nuestras filas* se encontraban hombres *en cuyo pasado había hechos similares*; sin embargo, *jamás* hemos sacado de ello la conclusión de que una persona de tal índole haya de ser rechazada. Una *persona que conozca nuestros principios* no tiene jamás por qué sentir el temor de ser expulsado de las filas revolucionarias a causa de una condena anterior[205]».

Como se ve, el camarada Krylenko sabía también infundir en sus palabras el espíritu del Partido. Así, pues, ¿por qué tuvo que colocar bajo una luz turbia la sublime figura caballeresca de Kossyrev mediante sus equivocadas manifestaciones? Y así resultó que el camarada Dzherzhinski se viera obligado a hacer constar: «Durante un segundo (¡sólo un segundo, no más! —A. S). me cruzó por la mente el pensamiento de si quizá el ciudadano Kossyrev no se habría convertido aquí en la víctima de las pasiones políticas que se encendieron *en los últimos tiempos alrededor del Comisariado Especial*[206]».

Pero Krylenko reflexionó entonces: «No es, ni ha sido mi intención, convertir este proceso contra Kossyrev y la Uspenskaya en un proceso contra la Checa. Eso no sólo *no puedo quererlo*, sino que mi deber es combatirlo… A la cabeza de la Comisión Extraordinaria han sido puestos los camaradas de mayor honradez, los que tienen el máximo sentido de la responsabilidad y poseen un autodominio sin parangón. Han aceptado el pesado deber de acabar con los enemigos, *incluso corriendo el peligro de cometer errores*… Por ello la Revolución está obligada a darles las gracias… Recalco este aspecto para que… nadie pueda decir más adelante: "Ha dado pruebas de ser un instrumento de la traición política[207]"». (¡Y vaya si lo dirán…!).

¡Así de estrecha era la cresta sobre la que hacía equilibrios el acusador supremo! Pero posiblemente hubo de tener, de la época clandestina, algún contacto por el que supo hacia dónde podría soplar mañana el viento. Es cosa que se puede reconocer en algunos procesos, y también en éste. A comienzos de 1919 se alzaron voces diciendo que ya había *bastante*, y que era más que tiempo de poner ni freno a las actividades de la Checa. Sí, las había, existía un motivo, «expresado de la mejor forma en el artículo de Bujarin cuando dice que el lugar del *espíritu legítimo de la Revolución* ha de ser ocupado por la *legalidad revolucionaria*[208]».

Dialéctica, se mire a donde sea. Y a Krylenko se le escapan estas palabras: «El Tribunal de la Revolución está llamado a relevar a la Comisión Extraordinaria». («¿RELEVAR?»). ¡Por lo demás, este tribunal, «en el sentido de la puesta en práctica del sistema del escarmiento, del terror y de la amenaza, no ha de ser en modo alguno más suave de lo que en su época fue el comisariado Extraordinario…»!

¿*Fue*? ¿O sea, que ya la ha enterrado? Un momentito, por favor: Vosotros queréis tomar el relevo, pero ¿y los chequistas? ¿Adónde con ellos? ¡Malos tiempos! Se comprende que el jefe, con su capote militar que le llegaba hasta los tobillos, se apresure a presentarse en calidad de testigo ante el Tribunal.

¿Quizás sus fuentes no son verdaderas, camarada Krylenko?

De hecho, el cielo que cubría la Lubianka en aquella época estaba cubierto por oscuras nubes. Y este libro pudiera haber seguido otro derrotero. Sin embargo, me parece que el férreo Felix se dirigió a ver a Vladimir Ilich, charlando con él un poco y poniendo las cosas en claro. Y las nubes se alejaron, aunque dos días después —el 17 de febrero de 1919— una decisión adoptada por el VZIK desposeyó a la Checa de sus atribuciones judiciales… «cierto que *no por mucho tiempo*[209]».

Entretanto, nuestra sesión del Tribunal, de un día de duración, se vio complicada aún más por el hecho de que la traviesa Uspenskaya se comportara de una forma totalmente indecorosa. Incluso en la sala de audiencia se esforzó «en arrastrar con ella al fango» a otros chequistas altamente considerados y no implicados en el proceso —incluso hasta el camarada Peters en persona—. (Según se descubre, la mujer se había servido del limpio nombre de Peters para sus chantajistas maquinaciones. Entraba ya en el despacho de Peters y se hallaba presente cuando él hablaba con otros agentes). La mujer hace alusiones a cierto oscuro pasado prerrevolucionario del gen. Peters en Riga. Vaya, ahí estaba el resultado: ¡En qué clase de serpiente se había convertido en los ocho meses que pasó en un buen ambiente chequista! ¿Qué se puede hacer con una persona así? Krylenko se muestra por completo conforme con los miembros de la Checa en este punto: «Dado que el nuevo orden no se ha consolidado aún —y esto ha de durar todavía largo tiempo (¿de verdad?)…— no puede haber para la ciudadana Uspenskaya… con miras a la protección de la Revolución… otro castigo que su *aniquilamiento*». Tales han sido sus palabras: nada de fusilamiento, sino… ¡aniquilamiento! ¡Pero si es una criatura, ciudadano Krylenko! ¡Hombre, dele usted una decena, incluso una medida de cuarto, y para entonces ya se habrá consolidado el orden! Pero ¡lástima!: «En interés de la sociedad y de la Revolución no puede haber, sencillamente, otra respuesta… Y la pregunta no se puede formular de modo distinto en modo alguno, pues *en este caso* no produciría frutos “ningún género de aislamiento”».

Pero la mujer tuvo que agriarles hermosamente la comida… Con seguridad ha sabido demasiadas cosas…

También Kossyrev tuvo que ser sacrificado: fusilado, para mejor curación de los otros.

¿Y si alguna vez pudiésemos de verdad leer lo encerrado en los archivos de la Lubianka? No, los quemarán. Los han quemado ya.

Como el lector habrá notado, fue éste un proceso de poca monta, que quizá no mereciera la pena ser relatado. Por el contrario,

d) *el proceso de los «clérigos»* (11 a 16 de enero de 1920) «ocupará el lugar que le corresponde en los anales de la Revolución rusa», según la opinión de Krylenko. ¡Nada menos que en los anales! Por tanto, no se debe al azar el hecho de que resolviera en un solo día el proceso contra Kossyrev y dilapidaran cinco en éste.

He aquí los acusados principales: A. D. Samarin, hombre muy conocido en Rusia, antaño procurador superior del Sínodo y, en la época de los zares, un celoso defensor de la libertad de la Iglesia frente al poder temporal, enemigo de Rasputín, el cual hizo que lo depusieran del cargo arriba mencionado**[210]**; Kusnezov, profesor de Derecho Canónico de la Universidad de Moscú, y los arciprestes moscovitas Uspenski y Zvekov. (El mismo acusador dijo, al referirse a Zvekov: «Un personaje público

importante, quizás el mejor hombre que el clero haya sido capaz de dar, un amigo de la Humanidad»).

Y he aquí de qué eran culpables: de haber creado el «Consejo Moscovita de Parroquias Unidas», el cual, por su parte, designó una escolta personal para el patriarca, compuesta por feligreses de cuarenta a ochenta años de edad —sin armas, como es lógico—, voluntarios, cuya misión consistía en hacer guardia día y noche delante de la residencia del patriarca con objeto de que el pueblo, caso de que éste se viera amenazado por las autoridades, pudiera ser avisado y convocado mediante el sonido de las campanas y el teléfono. Todos tenían la intención de acompañar juntos al patriarca a donde fuese llevado y *pedir* al Sovnarkom (¡por aquí asomaba la cabeza la contrarrevolución!) que lo dejara en libertad.

¡Qué empresa tan característica de la vieja Rusia, de la santa Rusia! ¡Tañer las campanas y pedir piedad, de rodillas, con la comunidad reunida…!

El acusador no lo comprende: Pero ¿qué clase de peligro amenazaba al patriarca? ¿Por qué la idea de tener que protegerle?

En realidad, ninguna: únicamente que la Checa tiene, desde hace años, la costumbre de perseguir extrajudicialmente a los ciudadanos poco populares; únicamente que cuatro miembros del Ejército Rojo habían dado muerte pocos días antes al metropolitano de Kiev; únicamente que la acusación contra el patriarca estaba ya preparada —«faltaba sólo remitirla al Tribunal Revolucionario»— y que «estos enemigos de nuestra clase *serán dejados momentáneamente en paz*[211] tan sólo por consideración a las masas de obreros y campesinos que todavía están bajo la influencia de la propaganda clerical». Así, pues, ¿por qué motivo se preocupan de su patriarca los feligreses? El paciente Tijon no había callado un solo momento durante los dos años anteriores: escrito tras escrito dirigidos a los comisarios del Pueblo, al clero y a las comunidades. Y como no se encontraban imprentas para este fin, sus pastorales (nos encontramos con el primer caso de Samizdat) fueron escritas a máquina. El patriarca amonestaba contra la destrucción de los inocentes, contra el asolamiento del país… Por tanto, ¿cuál era la causa de tanta preocupación por la vida del patriarca?

Y ahora, la segunda falta de los acusados: las propiedades de la Iglesia son confiscadas en todo el país, no limitándose a cerrar conventos y a apropiarse de campos y bosques, sino que la confiscación abarca también cálices, bandejas y lámparas. Y el Consejo de Parroquias distribuyó un comunicado a los fieles incitándolos a oponerse a la confiscación con el sonido de las campanas. (¿No es lógico? ¿No fueron defendidas también de esta forma las casas de Dios durante el ataque de los tártaros?).

Y la tercera falta: Presentar al Sovnarkom incesantemente denuncias insolventes sobre burlas infligidas a la Iglesia por parte de los obreros locales, sobre grandes sacrilegios, ultrajes a las iglesias y demás ataques contra la anunciada libertad de conciencia. Pero estas peticiones, aunque no se les diera curso (según afirmación del

director del Sovnarkom, Bonch-Bruyévich) tendían a desacreditar a los funcionarios locales.

Sumadas estas tres circunstancias delictivas…, ¿cuál sería la magnitud del castigo aplicable a un proceder tan abominable? ¿Qué le susurra al lector su conciencia revolucionaria? Pues, *únicamente* el *fusilamiento*. Y ésta fue también la petición de Krylenko para Samarin y Kusnezov.

Sin embargo, mientras luchaban todavía con las malditas leyes y soportaban discursos demasiado largos de abogados burgueses demasiado numerosos —los cuales no reproducimos por razones de orden técnico—, la pena de muerte… ¡fue abolida! ¡Un hermoso regalo! ¿Qué hacer entonces? ¿Cómo proceder? Sin embargo, se sabe que Dzherzhinski ha dado estas instrucciones para el régimen interno de la Checa (Checa… ¿y no poder fusilar ya más…?). ¿Alcanza también esta supresión a los tribunales del Sovnarkom? Todavía no. Krylenko cobra nuevos ánimos y continúa insistiendo en la pena de muerte, que fundamenta del modo siguiente:

«Incluso aunque admitiéramos que la situación de la República se ha consolidado, que ya no la amenaza peligro directo alguno que pudiera proceder de estas personas, considero una exigencia de la necesidad revolucionaria, en este período de reconstrucción…, una depuración de nuestra sociedad… extirpando el tumor constituido por los viejos políticos que siempre saben esconderse con habilidad… El poder soviético está orgulloso de la resolución adoptada por la Checa sobre la supresión de la pena de muerte»… Pero… esto «no nos obliga en modo alguno a suponer que la cuestión de la pena de muerte se haya solucionado definitivamente… para todos los tiempos del poder soviético[212]».

¡Frases sensiblemente proféticas! ¡El fusilamiento vuelve, e incluso muy pronto! Hay una gran cantidad de trabajo que espera la llegada de los exterminadores. (E incluso Krylenko recibirá el balazo, así como también muchos de sus hermanos de clase)…

El Tribunal terminó obedeciendo: condenó a muerte a Samarin y Kusnezov, aunque hizo prevalecer la amnistía: campo de concentración, decía la sentencia, *¡hasta la completa victoria sobre el imperialismo mundial!* (En tal caso seguirían aún allí)… Y para «el mejor hombre que el clero haya sido capaz de dar»… quince años, que fueron rebajados a cinco.

Había, además, otros acusados que no fueron implicados en el proceso porque presentaron un mínimo de las pruebas necesarias. Frailes y profesores de Svenigorod, acusados de participar en el caso Svenigorod, del verano de 1918, quienes, sin embargo, no fueron perseguidos judicialmente en año y medio, aunque es posible que hubiesen sido condenados ya, y ahora, por, considerarlo oportuno, fueran puestos otra vez delante del Tribunal.

En aquel verano se presentaron al abad del convento de dicha localidad, llamado Iona[213], unos obreros soviéticos, quienes le exigieron («¡muévase más deprisa!») la entrega de las reliquias del venerable Sabas. Los soviéticos, entretanto, no sólo

fumaron en la iglesia y, evidentemente, junto al altar, sin quitarse las gorras, por supuesto, sino que uno de ellos, que tenía en la mano la calavera del venerable Sabas, escupió dentro de ella para demostrar así la falacia de la santidad.

No fue éste el único sacrilegio… Y por esta causa comenzaron a sonar en seguida las campanas, acudió corriendo el pueblo, y el asunto terminó con la muerte de uno de los funcionarios a manos del pueblo amotinado. Los restantes lo negaron todo después, tanto los sacrilegios como el escupir en la calavera, y Krylenko se contentó con esta explicación[214]. Pues fueron puestos delante del Tribunal… ¿Los funcionarios? No…, los frailes.

Rogamos al lector tenga bien presente una cosa: que entre nosotros, ya desde 1918, se impuso la costumbre forense de no ver en cada proceso de Moscú —con excepción de los «ilegales» procesos de la Checa, se entiende— una actuación judicial única, encaminada a castigar un delito determinado, sino que siempre veíamos una señal de la política judicial, un modelo de escaparate para su envío posterior a las provincias; un *tipo*, como la solución única a modo de muestra que se propone a los alumnos antes de repartir el libro de problemas aritméticos, por la cual se guiarán en lo sucesivo.

Así, pues, cuando se habla de un «proceso clerical», tenemos que entenderlo multirrepetido. Por lo demás, el acusador supremo no se oculta cuando hace declaraciones a este respecto:

«En casi todos los tribunales de la República rodaron[215] *(¡vaya palabrita!)* procesos similares».

Hacía poco tiempo que los tribunales de Severodvinsk, Tver y Riazán, y los tribunales de justicia de Saratov, Kazan, Ufa, Solvychegodsk y Zarevokokchaisk, habían tenido que juzgar a religiosos, lectores de salmos y miembros activos de la comunidad religiosa, a representantes de la desagradecida «Iglesia ortodoxa, *liberada por la Revolución de Octubre*».

El lector recordará una contradicción: ¿Cómo podían muchos de estos procesos *anticiparse* al modelo de Moscú? Esta aparente contradicción se debe sólo a faltas en nuestra exposición. La persecución judicial y extrajudicial de la Iglesia liberada comenzó ya en 1918, y, a juzgar por el asunto de Svenigorod, fue ya por entonces efectuada con la correspondiente dureza. En una carta dirigida al Sovnarkom, el patriarca Tijon dijo, en octubre de 1918, que estaba siendo ahogada la libertad de la predicación en las iglesias, que «ya muchos valerosos predicadores habían tenido que pagar el sangriento tributo del martirio… Habéis puesto mano en las propiedades de la Iglesia, reunidas por generaciones de creyentes; no habéis vacilado en hacer caso omiso de su última voluntad». (Naturalmente, los comisarios del Pueblo no han leído la carta, y los secretarios se tienen que haber puesto enfermos de tanto reír: también eso…, la última voluntad. Nuestros antepasados nos importan una mierda; si nos matamos trabajando, es por el bienestar de nuestros descendientes). «Se ajusticia a obispos, a sacerdotes, a frailes y a monjas. Aunque no hayan cometido falta alguna,

son acusados al azar, y sin fundamento alguno, de un espíritu contrarrevolucionario nebuloso que nadie concreta». Concedido: Se notó una contención cuando se pusieron en marcha las tropas de Denikin y Kolchak, pues se había de hacer más ligera a los fieles la defensa de la Revolución. Sin embargo, tan pronto fue remitiendo la guerra civil, la reemprendieron contra la Iglesia, y se reanudó el *rodaje* en los tribunales. Y en 1920 se asestó un golpe al monasterio de la Trinidad de San Sergio de Radonech, este dichoso chauvinista, cuyas reliquias fueron enviadas a un museo de Moscú[216].

Y el comisariado de Justicia distribuyó, el 25 de agosto de 1920, una circular relativa a la destrucción de todas las reliquias, pues eran éstas precisamente las que nos obstaculizaban el camino hacia la nueva sociedad justa.

Siguiendo la elección efectuada por Krylenko, vamos a exponer el proceso visto en el *Verjtrib*[bd] —la graciosa abreviatura rusa empleada por él para referirse al Tribunal Supremo…— A nosotros, los gusanillos, nos ordenaban con voz áspera: «¡En pie! ¡El Tribunal!»; y se levanta la sesión.

e) *El proceso contra el «Centro Táctico»* (16 a 20 de agosto de 1920):

Veintiocho hombres procesados y varios más contra los que se procede en rebeldía.

Con voz fresca, no afectada todavía por el celo de los posteriores discursos, Krylenko pone bien claro, en principio, haciendo un análisis de las clases, que, además de los hacendados y los capitalistas, «existía aún una clase social, que todavía perdura, sobre cuya existencia social reflexionan *desde hace largo tiempo* los representantes del socialismo revolucionario… (¿Ser o no ser? —A. S.)». Esta clase social es la *denominada intelligentsia*… En este proceso vamos a ocuparnos del *juicio de la Historia acerca de las actividades de la intelligentsia rusa*[217] y, respectivamente, a la del Tribunal de la Revolución, por encima de aquélla.

La limitación de nuestro estudio, condicionada por la objetividad, no nos permite comprender el *modo y manera exactos* en que los representantes del socialismo revolucionario *meditaban* sobre el destino de la denominada *intelligentsia*, como tampoco exponer los resultados de estas reflexiones. Sin embargo, nos sirve de consuelo saber que las bases de este caso fueron publicadas, están al alcance de todos y pueden completarse en la medida que se desee. Por ello, y sólo para una mejor comprensión de la situación general de la República, recordaremos la opinión del presidente del Comité de Comisarios del Pueblo, expresada por dicho presidente cuando tenía lugar el proceso objeto de nuestro interés.

En respuesta a una pregunta de Gorki con respecto a las detenciones de intelectuales, entre los que, evidentemente, se hallaban muchos de los acusados en este proceso, y sobre la situación de las masas intelectuales rusas de aquella época (intelectuales a secas: los «simpatizantes de los cadetes»), Vladimir Ilich escribe lo siguiente en una carta de 15 de Septiembre de 1919, que ya hemos citado: *«En*

realidad no constituyen el cerebro de la nación, sino que son una basura[218]». Y en otra ocasión dice a Gorki: «Será culpa suya (de la *intelligentsia*) si hacemos demasiados pedazos». Si buscan justicia, ¿por qué no acuden[219] a nosotros…? «Fue de la *intelligentsia* de donde me vinieron los tiros». (Es decir, fue de la Kaplan).

Tales sentimientos son causa de desconfianza, de hostilidad. Lenin calificaba de «liberales podridos» y de «santurrones» a los miembros de la *intelligentsia*; hablaba de «negligencia», que es «una cualidad de los "instruidos[220]"»; sostenía la opinión de que la *intelligentsia* había sido siempre irrazonable y *había traicionado la causa de la clase obrera*. Pero ¿cuándo precisamente la *causa de la clase obrera*, la dictadura de los trabajadores, le había prestado juramento de fidelidad?

Esta forma de hacer burla y escarnio de la *intelligentsia* fue después adoptada con mano segura por los publicistas de los años veinte. La encontramos en los periódicos de estos años y en las conversaciones cotidianas, hasta que incluso también los intelectuales mismos cayeron en este estilo. Ahora condenaban su eterna necesidad, su eterna *escisión y falta de vertebración*, su irremediable *retraso respecto a la época*.

Y esto con justicia. Suena bajo las bóvedas del *Tribsup* la voz del poder acusador, que nos aplasta contra los bancos:

«Esta clase social… ha sido sometida en estos años de prueba a la revaloración general». Sí, la palabra «revaloración» era una que se empleaba con mucha frecuencia por aquel entonces. ¿Y qué dio por resultado la revaloración? Escuchen: «La *intelligentsia* rusa, que en la prueba de fuego de la Revolución se mostró de acuerdo con las consignas del poder popular (¡por tanto, algo había!), salió de esta prueba como aliada de los generales negros (¡ni siquiera de los blancos!), como mercenario y agente sumiso del imperialismo europeo. La *intelligentsia* ha manchado y traicionado sus propias banderas». (Como en el Ejército, ¿no es verdad?)[221].

¿Cómo no han de devorarnos los remordimientos? ¿Cómo no habríamos de hundirnos las uñas en el pecho…?

Y únicamente por ello «*no es necesario acabar* individualmente con sus representantes», pues «este grupo social ha fenecido».

¡A las puertas del siglo XX! ¡Qué fuerza profética! ¡Oh, revolucionarios científicos! (Sin embargo, había que *acabar*, y durante toda la década de los veinte continuaron las eliminaciones).

Contemplamos con repugnancia las caras de los veintiocho aliados de los generales negros y agentes a sueldo del imperialismo. Especialmente sospechoso resulta este *Centro*, un Centro Táctico, un Centro Nacional, un Centro de la derecha. Y nuestra memoria, que recuerda los procesos de dos décadas, nos habla, susurrante, de centros y más centros: unas veces, centros de ingenieros; otras, mencheviques; en ocasiones, trosquistas-zinovievistas; otras veces, derechistas-bujarinistas. Siempre centros, todos descubiertos, todos aniquilados. Y únicamente nosotros, querido lector,

continuamos en realidad viviendo por tal motivo, pues, donde había un *Centro*, no había duda de que el imperialismo tenía las manos en el asunto.

Cierto que se nos aligera un poco el corazón tan pronto nos enteramos de que el Centro Táctico acusado en este proceso no ha sido *ninguna organización* porque no poseía: *a) estatutos, b)* programa y *c)* los miembros no cotizaban cantidad alguna. Así, pues, ¿qué había? Pues nada más que esto: De manera que *se reunían*, ¿eh? (Siente uno escalofríos). Pues sí, reuniéndose *intercambiaban sus puntos de vista*. (Se nos hiela la sangre en las venas).

La acusación, grave, está bien cimentada con indicios (dos), indicios para veintiocho acusados[222]. Son dos cartas de militantes *ausentes* por hallarse en el extranjero: Miakokin y Fiodorov hoy, han estado antes de octubre con los acusados en el mismo comité, de lo que deducimos el derecho a identificar a los ausentes con los presentes. Las cartas contenían… explicaciones sobre *diferencias* con Denikin, y, además, en asuntos tan insignificantes como: la cuestión de los campesinos (no se nos dice, pero evidentemente se trata de que Denikin pretende dar la tierra a los campesinos); la cuestión judía (evidentemente, no debían ser impuestas de nuevo las antiguas limitaciones); la cuestión de la federación nacional (esto está ya claro); el régimen administrativo (democracia, no dictadura), y varias cuestiones más. ¿Y cuál es el resultado de estos indicios? Muy sencillo: demuestran de forma inequívoca la existencia de un intercambio epistolar, así como la *¡unanimidad de los presentes con Denikin!* (Brrr…, ¡qué asco!).

Hay, además, acusaciones directas contra los presentes: intercambio de informaciones con conocidos que viven en los territorios marginales —Kiev, por ejemplo— no sometidos al poder central soviético. De acuerdo, esto había sido antes Rusia, y fue cedido posteriormente a Alemania en interés de la revolución mundial. Bueno, pues ¿y las personas que no cesaban de escribirse cartitas?: «¿Cómo vamos, cómo está eso, Iván Ilich…? Nosotros andamos de ésta u otra forma»… Y M. M. Kichkin, miembro del Comité Central de los Cadetes, tiene todavía la desvergüenza suficiente como para intentar una justificación desde el banquillo de los acusados: «Las personas no quieren estar ciegas y pretenden enterarse de todo lo que ocurre en todas partes».

¿Enterarse de *todo*, de lo que ocurre *en todas partes*…? No querer estar ciego… Con razón son calificadas sus actividades de *traición* por el acusador: de *¡traición contra el poder soviético!*

Pero ahora vienen sus peores delitos: en plena guerra civil escriben artículos científicos, memorándums, proyectos. Es la pura verdad. Escriben —«conocedores del Derecho internacional, de las Ciencias financieras, de las relaciones económicas, de los asuntos judiciales y de la instrucción pública»—, *¡artículos científicos!* Y, fácil de adivinar, sin relación alguna con las anteriores obras de Lenin, Trotski y Bujarin… El profesor S. A. Kotliarevski escribe sobre la organización federal de Rusia; V. I. Stempkovski, sobre la cuestión agraria (posiblemente sin colectivización)…; V. S.

Muralevich, sobre la instrucción pública en la Rusia del futuro; N. N. Vinogradski, sobre Economía. Y el gran biólogo N. K. Kolzov, al que la patria no pudo ofrecer otra cosa que persecuciones y finalmente el patíbulo, puso su instituto a disposición de estos sabelotodo burgueses para que se reunieran. En el mismo puchero cayó también N. D. Kondratiev, con el que acabarían definitivamente en 1931, a causa del «partido campesino activo».

El corazón nos salta cada vez más fuerte, arrastrado por el celo de la acusación: ¡Anticipemos la sentencia, condenemos a los lacayos de los generales! ¿La pena? *Fusilamiento*, ¿qué otra cosa si no? Ya no es la petición del acusador, es ya la *sentencia* del Tribunal. Por desgracia, atenuaron la pena posteriormente: campo de trabajo hasta el final de la guerra civil.

La culpa de los acusados estriba en que no se han quedado quietos y callados en sus rincones, en que no se han limitado a mordisquear con modestia su pedacito de pan. No. Tuvieron que «reunirse y disertar extensamente sobre el aspecto que habría de tener el orden estatal después del derrumbamiento del soviético».

Traducido esto al moderno lenguaje científico, significa: buscaban alternativas.

Truena la voz del acusador. Pero escuchad: suena quebradiza de algún modo, como si el hombre buscara algo con la mirada por la mesa. ¿Busca algún otro papel, alguna cita? ¡Un momento! ¡Esto ha de producir efecto! ¿Que pertenece a otro proceso? Da lo mismo. Es quizá la cita de Nikolai Vassilievich:

«Para nosotros… entra en el concepto de *tormento* ya el internamiento de presos políticos en las prisiones».

¡Eso es! ¡Encarcelar a los políticos es considerado ya un tormento! Y el acusador —¡qué perspicacia!— dice que estamos en el umbral de una nueva jurisdicción. Y prosigue:

«¡… la lucha contra el Gobierno zarista era su segunda naturaleza (la de los políticos), *no podían dejar de combatir al zarismo!*»[223]

¿Cómo? ¿No *podían* renunciar al estudio de alternativas…? ¿Quizás el *pensar* es la primera naturaleza de los intelectuales?

¡Ay, se había equivocado de nota! Una equivocación… ¡y la plancha! Pero Nikolai Vassilievich navega de nuevo en su estela:

«*Y aun cuando* los acusados no hayan cometido aquí, en Moscú, el menor hecho delictivo (según todas las apariencias tiene que haber sido ésta la realidad), da lo mismo… En un momento así, hasta las discusiones alrededor de una mesa de té sobre la forma del sistema que habría de sustituir al poder soviético, que se derrumbaba supuestamente, constituyen ya una acción contrarrevolucionaria… Durante la guerra civil no es delictivo únicamente todo esto (dirigido contra el poder soviético)… *Es delictiva la inactividad en sí*[224]».

Ahora está claro, ahora está todo claro. Serán condenados a muerte por inactividad, por una taza de té.

Según parece, los intelectuales de Petrogrado, por ejemplo, han decidido, en el caso de que la ciudad sea conquistada por Yudenich, «esforzarse antes de nada en nombrar una Duma democrática para la ciudad» (es decir, para hacer frente a la dictadura del general).

KRYLENKO: Yo les gritaría: «¡Su primera obligación era la de pensar en *cómo ofrendar* su vida para que la ciudad no cayera en manos de Yudenich!».

Pero estos hombres… no la ofrendaron.

(Por lo demás, tampoco Nikolai Vassilievich).

Y, además, había acusados que *estaban informados y callaron*. (Nosotros diríamos: «Supieron —no hablaron»).

Y luego aquellos que no se limitaron a permanecer inactivos, sino que cometieron acciones delictivas por acción: Por mediación de L. N. Kruschova, miembro de la Cruz Roja Política —ahí está sentada también en el *banco*—, otros acusados ayudaron a *reclusos de la Butyrki*; entregaron dinero —uno se imagina este río de capital que entra en las prisiones— y prendas de vestir. ¿Quizá también prendas de lana?

¡No hay expiación posible para estos delitos! ¡Y la venganza proletaria se abate sobre estas personas con toda violencia!

Iluminados por una borrosa y tenue luz, como si se tratase de una película impresionada con una cámara que estuviera cayendo, se deslizan apresuradamente por delante de nosotros las veintiocho caras de hombres y mujeres prerrevolucionarios. No hemos podido distinguir su expresión. ¿Están asustados, muestran desprecio, orgullo?

Pues no tenemos sus respuestas, faltan sus últimas palabras. Por consideraciones de índole técnica… Con objeto de cubrir esta falta, el acusador nos susurra, para tranquilizarnos: «Ha sido una autodestrucción única, una suplicante demanda de perdón por las faltas cometidas. La inconsistencia política y la naturaleza de capa intermedia de la *inteligentsia* (de verdad, además esto: ¡la naturaleza de capa intermedia!) que se han hecho patentes en este asunto… han confirmado ampliamente la apreciación marxista de la *intelligentsia* que siempre han sostenido los bolcheviques[225]».

No sé. Quizá se hayan censurado, quizá no. Quizás habían sucumbido *ya* al deseo de salvar su vida a cualquier precio. Quizás hayan mostrado *todavía* la vieja dignidad de la *intelligentsia*. No lo sé.

¿Y la joven mujer que se desliza apresuradamente?

Es Alexandra, la hija de Tolstoi. Krylenko le preguntó qué había hecho ella en estas reuniones. «Calentar el samovar», había sido la respuesta de Alexandra. ¡Tres años de campo de trabajo!

Así se levantó el sol de nuestra libertad, así fue creciendo, como un muchacho travieso, singular y bien alimentado, nuestra ley nacida en el mes de octubre.

Hoy ya lo hemos olvidado todo por completo.

IX
La ley se pone en marcha

Nuestro panorama se ensancha, a pesar de que puede decirse que todavía no hemos empezado. Los procesos más importantes, los más sonados, están aún por llegar; pero poco a poco se perfilan sus rasgos principales.

Vamos, pues, a seguir el curso de nuestra ley también en la época de los fundadores.

f) *Proceso Glavtop* (mayo de 1921). Proceso ya olvidado y ni siquiera político, que citamos sólo porque afectó a ingenieros, o *spezy*, como se llamaba entonces a los «especialistas».

Había terminado el peor de los cuatro inviernos de la guerra civil, había pasado el tiempo en el que no había con qué calentarse, y los trenes quedaban parados en la vía, y en las grandes ciudades, como Moscú y Petrogrado, reinaban el hambre, el frío y las huelgas (estas últimas, eliminadas ya de la Historia). Y ¿quién tenía la culpa? La consabida pregunta: ¿Quién TENÍA LA CULPA?

Por descontado, no el Gobierno Central. ¡Pero los locales tampoco! Aquí está el punto de partida. Si los «camaradas a quienes solía ser extraño su trabajo» (comunistas en puestos destacados) no tenían una clara idea de su cometido, a los especialistas, por el contrario, podía exigírseles «que abordaran correctamente la cuestión[226]». En suma: «Los culpables no son los altos funcionarios…, sino aquellos que elaboraron y calcularon el plan». (¿De dónde sacar alimentos y combustible, si estaban yermos los campos?). El culpable era el que ejecutaba el plan, no el que lo mandaba realizar. ¿Que el plan resultaba un fracaso? ¡La culpa era de los especialistas! ¿Y de quién iba a ser, si no? ¿Que los números no cuadraban? ¡«Los especialistas son los responsables, no el Consejo de Trabajo y Defensa», y ni siquiera «los principales funcionarios del Glavtop[227]»! ¿Qué faltaba carbón, leña y petróleo? «Los especialistas habían creado aquella confusa y caótica situación». Y no eran menos culpables de no haber resistido las urgentes llamadas telefónicas de Rykov y haber abastecido, fuera de plan, a ciertas personas.

¡Los *spezy* tienen la culpa de todo! No obstante, el Tribunal Proletario se muestra clemente, y las sentencias son benignas. Naturalmente, a los proletarios les queda en el pecho cierto rencor contra los malditos especialistas; pero sin ellos no anda el carro. Todo está en ruinas. Por tanto, el Tribunal no los condena; más aún: dice Krylenko que desde 1920 «no puede hablarse de sabotaje». Los especialistas tienen

culpa, sí, pero no puede llamárseles criminales; sino, simplemente, unos ilusos que no saben más, que no pudieron aprender más con los capitalistas, o, quizás, unos egoístas y venales.

Así, pues, a comienzos del período de la reconstrucción se deja entrever cierta consideración hacia los ingenieros.

En 1922, primer año de paz, fue pródigo en procesos sensacionales; tanto, que vamos a tener que dedicarle todo el capítulo. (¿Alguien se sorprende de este resurgimiento de la actividad política inmediatamente después de la guerra? También en 1945 y 1948 cobraría nuevos bríos el fogoso dragón. ¿No será una ley natural?).

A principios de aquel año, no podemos pasar por alto:

g) *El proceso sobre el suicidio del ingeniero Oldenborger* (Tribunal Supremo, febrero de 1922), proceso olvidado e insignificante, pero excepcional. Excepcional, porque abarcaba una sola vida, una vida que ya había terminado. Porque, de no haber muerto, en el banquillo de los acusados del Supremo se habría sentado aquel ingeniero y, con él, otros diez hombres, y entonces el *proceso se hubiera* ajustado plenamente a los cánones. Ahora lo ocupaban el preeminente funcionario del partido, Sedelnikov, dos personas del *Rabkrin* y dos sindicalistas.

A pesar de todo, como ocurre con la cuerda lejana y rota de Chejov, hay algo de abrumador en este proceso abierto al precursor de los *Shapti* y del *Partido Industrial*.

W. W. Oldenborger había trabajado treinta años en la Compañía de Aguas de Moscú, y a principios de siglo debía ser ya su ingeniero-jefe. Habían pasado por el país la Edad de plata del Arte, cuatro *dumas* (gabinetes), tres guerras y tres revoluciones; pero Moscú seguía bebiendo constantemente el agua que le suministraba Oldenborger. Simbolistas y futuristas, reaccionarios y revolucionarios, señores y guardias rojos, SNK, Checa y RKI, todos bebían el agua fresca y cristalina de Oldenborger. Era soltero, sin hijos, y no tenía en el mundo nada más que aquella red de suministro de aguas. En 1905 impidió que los soldados de un cuerpo de vigilancia entraran en las instalaciones, «porque los soldados podían estropear, por falta de habilidad, las tuberías o las máquinas». Al segundo día de la Revolución de Febrero, dijo a sus obreros que la Revolución se había acabado, que ya era suficiente, que cada cual volviera a su trabajo y que el agua era necesaria en todo momento. También en los días de Octubre de Moscú, su única preocupación fue la de mantener intacto el servicio. A consecuencia de la caída de los bolcheviques, sus colegas fueron a la huelga y le pidieron que se uniese a ellos, a lo que él contestó: «Perdonen ustedes, pero por cuestiones puramente técnicas, me es imposible hacer huelga. Por lo demás, sí; por lo demás, estoy con ustedes». Tomó en custodia los fondos del Comité de Huelga, firmó un recibo y se fue en busca de unos manguitos para un tubo que se había roto.

Y, sin embargo, ¡es un enemigo! Le dijo a un obrero: «Los soviets no se mantendrán en el poder más de dos semanas». (Antes del comienzo del NEP surgen

nuevas directrices, y Krylenko no se abstiene de divulgar ciertos secretos ante el *Supremo*: «No eran los especialistas los únicos que entonces lo pensaban; *también nosotros lo creíamos a veces*[228]».

Y, sin embargo, ¡es un enemigo! Como nos enseña el camarada Lenin: Para vigilar a los especialistas burgueses, necesitamos al perro guardián de la RKI.

Oldenborger no tardó en contar con dos de estos perros guardianes. (Uno de ellos, Makarov Semlianski, un bribón, empleado de la Compañía de Aguas, de la cual fue despedido por «mala conducta», ingresó en la RKI «porque pagan más», y pasó a la Comisaría Central porque la paga era «todavía mejor»; así tuvo la ocasión de vigilar a su antiguo patrón y vengarse por la ofensa recibida). Naturalmente, el Sindicato tampoco se dormía; el Comité siempre velaba por los intereses de los trabajadores. Desde luego, los comunistas entraron a formar parte de la Dirección de la Compañía de Aguas. «Los altos cargos deben ser ocupados exclusivamente por obreros, el poder deben ejercerlo exclusivamente los comunistas. Este proceso confirma la validez de esta afirmación[229]». Y, naturalmente, la Organización del Partido de Moscú no le quitaba la vista de encima a la Compañía de Aguas. (Y detrás de ella estaba, además, la Checa). «Sobre la sana creencia en una oposición de clases construimos, en su día, nuestro Ejército; en nombre de esta oposición, no dejaremos ni un solo puesto de responsabilidad a alguien que no pertenezca a nuestra clase, sin colocar a su lado a un… comisario[230]». Por antipatía, todos empezaron a querer enmendar la plana al ingeniero-jefe; se le corregía, se le dirigía, se le instruía y se le sustituía al personal técnico sin su consentimiento («se deshacía el nido del negociante»).

A pesar de todo, no fue posible salvar la Compañía de Aguas. El servicio, en lugar de mejorar, empeoraba. ¡Qué astucia la demostrada por la camarilla del ingeniero en la taimada puesta en práctica de sus malévolos plantes! Más aún: Abandonando su hipocresía, que hasta entonces le había impedido utilizar expresiones altisonantes, Oldenborger tuvo la osadía de tildar la actuación del nuevo jefe de la Central, Zeniuk [Krylenko: «… persona de gran simpatía»], de ¡despotismo doctrinario!

Entonces se vio con claridad que «el ingeniero Oldenborger traicionaba deliberadamente los intereses de los trabajadores y era enemigo declarado de la dictadura obrera». Y empezaron a desfilar por la Compañía de Aguas los Comités de Control, los cuales, naturalmente, no encontraron nada que denunciar ni en las tuberías ni en el agua. Pero los del *Rabkrin* no se dieron por satisfechos; en la RKI se sucedían las denuncias. Sencillamente, Oldenborger no quería más que «entorpecer, arruinar y destruir la Compañía de Aguas, por motivos políticos», y no llevaba a cabo su propósito porque estaba solo. Siempre tenían que salirle al paso: ya fuera porque la reparación que proponía de la caldera era un derroche, ya porque era un disparate el cambio de los depósitos de madera por otros de hormigón. En las reuniones, los dirigentes de los trabajadores hablaban ya sin recato de que el ingeniero-jefe era «el

alma de una organización de sabotaje técnico», por lo cual no debían seguirse sus instrucciones.

Y, a pesar de todo, las cosas no se arreglaban, sino que empeoraban de día en día.

Pero lo que más hería la «augusta psicología proletaria» de los funcionarios del *Rabkrin* y del sindicato era que la mayoría de los obreros de las centrales de bombeo, «aquejados de una psicosis de pequeños burgueses», estaban de parte de Oldenborger y no reparaban en su sabotaje. Por si ello fuera poco, llegaron las elecciones del Soviet de Moscú, y los obreros de la Compañía de Aguas propusieron como candidato a Oldenborger, frente al cual, naturalmente, la célula del Partido tenía que presentar a un contrincante. En vista de la falsa autoridad que ejercía Oldenborger entre los trabajadores, no tenía la menor posibilidad. Sin reparar en ello, la Célula informó de todas las demás instancias al Comité del Distrito y anunció su resolución a la asamblea general: «Oldenborger es eje y alma del sabotaje; en el Mossoviet será nuestro enemigo político». Ruidos y protestas en la sala: «¡No es cierto!». «¡Mentira!». A lo que el secretario del Comité del Partido dijo al millar de proletarios congregados: «¡Con semejantes reaccionarios no hablo!», lo cual quería decir: Ya hablaremos en otro sitio.

El partido tomó las siguientes medidas: El ingeniero-jefe fue excluido de la Junta de Administración de la Compañía de Aguas, y luego, rodeado de una atmósfera de permanente investigación, citado constantemente por diversas comisiones y subcomisiones, interrogado y abrumado con peticiones de informes urgentísimos. Cada incomparecencia se anota en el expediente «para un eventual proceso». Además del Consejo de Trabajo y Defensa (presidido por el camarada Lenin), se formó una «Troika Extraordinaria» para la Compañía de Aguas (Rabkrin, Consejo Sindical y Kuibichev).

Pero el agua seguía fluyendo por las cañerías como si nada, y los moscovitas la bebían sin darse cuenta de lo que ocurría…

El general Sedelnikov escribió entonces un artículo en la *Ekonomitcheskaia Shisn*: «Acerca de los alarmantes rumores que han circulado entre el público sobre el catastrófico estado de la conducción de aguas»; además, esparció otros muchos alarmantes rumores, entre ellos, el de que la Compañía de Aguas bombeaba agua subterránea, «*socavando deliberadamente los fundamentos de Moscú*» (que databan aún de Iván Kalita). Se constituyó una comisión del Mossoviet, la cual halló el estado de la Compañía de Aguas satisfactorio y la dirección técnica, «racional». A lo que Sedelnikov replicó, imperturbable: «Mi obligación era meter ruido en torno al caso; aclararlo, incumbe a los especialistas».

¿Qué les quedaba ahora a los dirigentes de los trabajadores? ¿Qué último, pero infalible recurso? ¡Una denuncia a la Checa! Dicho y hecho. Sedelnikov pinta «el cuadro de una deliberada destrucción de la red de distribución de aguas, por Oldenborger»; él no duda de la «existencia de una organización contrarrevolucionaria

en la Compañía de Aguas, en el corazón del Moscú rojo». Y, para colmo, el catastrófico estado de la torre de aguas de Rubliovsk.

Pero, en este punto, Oldenborger se permite dar un paso en falso, una salida de tono hipócrita y tortuosa: se le «tacha» un pedido de calderas hecho al extranjero (en aquellos momentos, las viejas no podían ser reparadas en Rusia) y él se suicidó. (Eran demasiadas cosas para un hombre solo; además, a aquella gente le faltaba entrenamiento).

Todavía no se ha perdido nada; también sin él será posible dar con una organización contrarrevolucionaria; los *Rabkrinler* ponen manos a la obra. Transcurren dos meses, entre turbias maniobras. Pero el espíritu del incipiente NEP ofrece «dar una lección tanto a éste *como* a aquél». Así empieza el proceso ante el Tribunal Supremo. Krylenko es moderadamente riguroso. Krylenko es moderadamente inflexible. Ejerce la prudencia: «Naturalmente, el trabajador ruso tenía razón al ver más bien a un enemigo que a un amigo en todo el que *no era su igual*[231]»; pero: «Con arreglo a la subsiguiente modificación de nuestra política práctica y general, tal vez nos veamos obligados a hacer mayores concesiones, a retirarnos y a pactar; tal vez el partido se vea obligado a elegir una línea práctica, contra la cual se opondrá la lógica primitiva de los *combatientes abnegados y sinceros*[232]».

Pues bien, con los trabajadores que declararon contra el general Sedelnikov y los de *Rabkrin*, el Tribunal realmente «empleó la clemencia». Y Sedelnikov, sin arredrarse, hizo frente a las amenazas del acusador: «Camarada Krylenko, yo conozco esos párrafos; pero eso se refiere a enemigos de clase, y *aquí no hemos de habérnoslas con enemigos de clase*».

Sin embargo, también Krylenko tiene que cargar con un buen fardo. Falsas denuncias a Institutos del Estado… con agravantes (envidia personal, ventilación de diferencias personales)…, abuso de las atribuciones del cargo…, irresponsabilidad política…, uso indebido de la autoridad de los funcionarios y miembros del partido soviético…, desorganización del trabajo en la Compañía de Aguas…, perjuicio al Moscoviet y a la Rusia Soviética en lo tocante a la escasez de tales especialistas…, porque son insustituibles… «*Para no hablar de la pérdida personal*… En nuestra época, en la que la lucha es el contenido principal de nuestra vida, en cierto modo nos habíamos acostumbrado a no conceder importancia a las pérdidas tan irreparables[233] … El Tribunal Supremo Revolucionario debe decir su frase importante… ¡El desquite judicial va a ser severo! No hemos venido a divertirnos»…

¡Cuántos aspavientos! ¿Y qué les pasará? ¿Será posible…? Mi avezado lector me susurra: *que se le eche tie*…

Acertó. Se le echó tierra al asunto: Considerando su contrita confesión, se impone al acusado… ¡una amonestación pública!

Dos clases de verdad. Dos clases de justicia.

Sedelnikov, al parecer, fue condenado a un año de prisión.

Yo, con perdón, lo dudo.

¡Oh, esos trovadores de los años veinte, que os los cantaban como la flor de la alegría! Todo aquél que los haya vivido, aun siendo niño, ¿cómo ha de olvidarlos? Aquellas caras cadavéricas, aquellos esperpentos, precisamente en aquellos años, con la persecución de los ingenieros, empezaron a criar grasa. Pero ahora sabemos que ya empezó en el año 1918…

En los procesos siguientes vamos a tener que prescindir de nuestro querido fiscal general, ocupado en los preparativos del gran proceso de los revolucionarios socialistas[234]. Dado que este proceso monstruo había despertado cierta inquietud en Europa, en la Comisaría de Justicia se recordó de pronto que desde hacía cuatro años tenían tribunales, sí, pero no disponían de Código Penal, ni viejo ni nuevo. Es de suponer que ni siquiera Krylenko salió incólume de las calamidades acarreadas por el Código: había que ventilar bien las cosas.

Por el contrario, los procesos eclesiásticos eran de índole puramente *interna*, carecían de interés para la progresista Europa y, por tanto, podían desarrollarse sin un Código.

Ya hemos visto que la separación entre la Iglesia y el Estado fue provocada por éste, el cual dispuso que los templos, con todo lo que contenían, pasaran a ser de su propiedad, y que a la Iglesia le correspondería únicamente aquellos templos que, según las Sagradas Escrituras, llevaban los hombres *dentro de sí*. Y en 1918, cuando ya parecía haberse conseguido la victoria —con más facilidad y rapidez de lo que se esperaba—, se dispuso la confiscación de los bienes de la Iglesia. Sin embargo, la primera tentativa fracasó, ante la indignada reacción de las masas. En la vorágine de la guerra civil era una imprudencia abrir otro frente interior contra los fieles. No hubo más remedio que aplazar para mejor ocasión el diálogo entre comunistas y cristianos.

Pero al terminar la guerra civil —y a consecuencia de ella— hubo en la región del Volga un hambre espantosa. Como esta situación no era precisamente una perla en la corona del vencedor, apenas se nos habla de ella, y se nos avía con un par de líneas. Pero fue un hambre que llevó a los hombres a la antropofagia: muchos padres se comían a sus hijos, un hambre como Rusia no había conocido ni siquiera en tiempos de los desórdenes (pues entonces, según testimonio de los historiadores, las gavillas permanecían en los campos sin trillar durante años). Una sola película sobre aquel hambre tal vez nos explicara todo lo que hemos visto y todo lo que sabemos sobre la guerra civil. Pero no hay películas, ni novelas, ni estadísticas (lo mejor es olvidar, eso no nos seduce). Además, estamos acostumbrados a echar la culpa de aquel hambre a los *kulaks*; y ¿quién podía ser *kulak* entre aquella mortandad general? En sus *Cartas a Lunatjarski*[235] (que, a pesar de la promesa del remitente, nunca se publicaron en nuestro país), W. G. Korolenko atribuye el hambre al cese de toda productividad (los hombres útiles para el trabajo estaban en el campo de batalla) y a la pérdida de confianza en un régimen del que los campesinos no esperaban que les dejara ni una

mínima parte de sus cosechas. Sí, algún día alguien calculará los trenes cargados de alimentos que, en virtud del Tratado de Paz de Brest, salieron de Rusia —a la que se había despojado incluso del derecho a protestar, y procedentes incluso de las mismas regiones que sufrirían el hambre— camino de la Alemania del Káiser, que libraba sus batallas en el Oeste.

Una consecuencia causal directa y breve: los campesinos del Volga se comieron a sus hijos, porque nosotros teníamos prisa por meternos con la Constituyente.

Pero el buen político también debe saber sacar partido de las desgracias del pueblo. Un golpe de inspiración, y tres pájaros de un tiro: ¡*Que los popes den de comer a los campesinos del Volga*! Son almas cristianas y compasivas, ¿no?

1. Si se niegan, les cargamos *a ellos* la culpa del hambre y, de paso, desacreditamos a la Iglesia.

2. Si acceden, les vaciamos los templos de un buen barrido.

3. De un modo o de otro, llenamos de divisas nuestras reservas.

¿No fue la Iglesia, con su modo de actuar, la que dio la idea? Según las declaraciones del patriarca Tijon, ya en agosto de 1912, cuando empezaba el hambre, la Iglesia constituyó comités de auxilio diocesanos y regionales en favor de los afectados. Pero permitir que el auxilio pasara *directamente* de la Iglesia a la boca de los hambrientos, era socavar la Dictadura del Proletariado. El Patriarca recurrió al Papa, al arzobispo de Canterbury…, e inmediatamente fue llamado al orden, ya que mantener conversaciones con los extranjeros era una prerrogativa exclusiva de las autoridades soviéticas. Tampoco había motivos para dar la alarma; no había más que leer los periódicos: las autoridades disponían de medios suficientes para resolver el problema del hambre.

Pero en el Volga la gente comía hierba y suelas de zapato y roía los marcos de las puertas. Finalmente, el Pomgol (Comité Nacional para el Auxilio de los Afectados por el Hambre) pidió a la Iglesia que hiciera donación de sus tesoros —no todos, sino de los que no se utilizaran en el culto canónico—. El Patriarca accedió, y el Pomgol dictó una disposición: libertad absoluta en todas las donaciones. El 19 de febrero de 1922, por una circular del Patriarca, se notificó a los consejos diocesanos la autorización de donar los objetos no sacramentales en favor de las víctimas del hambre.

Y todo hubiera podido terminar en un conciliador compromiso, como se proyectaba hacer con la Constituyente y como se hacía en todas las cancillerías europeas.

Un pensamiento, ¡un relámpago! Un pensamiento, ¡un decreto! El decreto de la VZIK del 26 de febrero: confiscar *todos* los tesoros de la Iglesia para socorrer a las víctimas.

El Patriarca escribió a Kalinin. Kalinin no contestó. El 28 de febrero, el Patriarca envió una nueva y fatídica circular: la Iglesia consideraba que semejante acto era un sacrilegio y no podía consentirlo.

A cincuenta años vista, es fácil criticar al Patriarca. Naturalmente, los altos dignatarios de la Iglesia Cristiana no tenían que preocuparse de si el Gobierno soviético tenía otras fuentes de ingresos, ni de *quién* había llevado el hambre al Volga, ni debían aferrarse a las cosas materiales, ya que la nueva fe (si llegaba a haberla) no podía basarse en estos valores. Pero imaginemos la situación del infeliz Patriarca: elegido después de Octubre, y desde hacía varios años al frente de una Iglesia perseguida cuyos ministros eran fusilados. Y era él quien tenía que protegerla.

Y los periódicos se lanzaron inmediatamente sobre el Patriarca y los príncipes de la Iglesia, que dejaban al Volga a merced del hambre. Cuanto más se obstinaba el Patriarca en su negativa, tanto más difícil se hacía su situación. En marzo, incluso entre el clero se alzaban voces que pedían la entrega de los tesoros y la negociación de un acuerdo con el Gobierno. El único temor que aún había que vencer lo expuso el obispo Antonin Granovski, delegado ante el Comité Central del Pomgol, en una conversación con Kalinin: «Los fieles temen que los objetos del culto pueden ser utilizados para otros fines». (El lector versado en los fundamentos de la doctrina progresista reconocerá que esto era más que probable. Porque las necesidades del Komintern y las de Oriente, que empezaba a despertar, se disputaban la primacía con las de los campesinos del Volga).

También el metropolitano Venimin, de Petrogrado, era todo abnegación y buena voluntad. «Esto es de Dios, y todo lo damos de buen grado». Pero sin confiscación, como una ofrenda. También él pedía controles: clérigos y seglares debían custodiar los objetos hasta el momento en que éstos se convirtieran en pan para los hambrientos. Y lamentaba faltar a la estricta prohibición del patriarca Tijon.

En Petrogrado no se hicieron objeciones. Un testigo de la sesión celebrada por el Pomgol en Petrogrado el 5 de marzo de 1922 nos describe la situación con frases halagüeñas.

Veniamin manifestó: «La Iglesia Ortodoxa está dispuesta a darlo todo por las víctimas del hambre». Sólo en la expropiación forzosa veía una acción alevosa. ¡Pero si no era preciso recurrir a la confiscación! Kanatchikof, presidente del Pomgol de Petrogrado, manifestó que esta actitud suscitaría la benevolencia del Gobierno soviético hacia la Iglesia. ¡Casi nada! Todos los presentes se pusieron en pie, emocionados. El Metropolitano dijo: «Lo peor es la discordia y la hostilidad. Pero no está lejos el día en que todos los rusos vivan en paz y concordia. Yo, personalmente, me dirigiré a los fieles y sacaré la montura de oro del icono de la Virgen de la catedral de Kazán. Irá a los hambrientos, bañado con nuestro dulce llanto». Dio la bendición a los bolcheviques, y ellos lo acompañaron hasta la puerta, con la cabeza descubierta. El clima de paz y concordia que reinó en las conversaciones es confirmado por *Pravda* de Petrogrado, que los días 8, 9 y 10 de marzo**[236]** dedica amables palabras al Metropolitano, y corrobora: «En Smolni se ha acordado que los cálices y monturas de oro de los iconos sean fundidos en presencia de los fieles».

¡Nuevamente parece perfilarse un compromiso! El hálito pestilente del cristianismo envenena la voluntad revolucionaria. Los hambrientos del Volga no necesitan ofrendas ni concordia. El Pomgol de Petrogrado es depurado, los periódicos arremeten contra los «malos pastores» y los «príncipes de la Iglesia» y acaban por decir claramente a los representantes de la Iglesia: no necesitamos vuestras dádivas ni tenemos por qué pactar con vosotros. ¡Todo es del Estado, y el Estado tomará lo que quiera!

Y en Petrogrado, como en el resto del país, empiezan la confiscación y los incidentes.

Ya hay ahora fundamento legal para los primeros procesos anticlericales[237].

h) *Proceso anticlerical celebrado en Moscú* (26 de abril-7 de mayo de 1922), en el Museo Politécnico; Tribunal Revolucionario de Moscú; presidente: Bek; fiscales: Lunin y Longinof; acusados: diecisiete arciprestes y seglares, inculpados de la difusión de la circular del Patriarca. Esta transgresión pesa más que la entrega o retención de los tesoros propiamente dichos. El arcipreste A. N. Saoserski *había entregado todos los objetos de valor de su iglesia*, pero se mantenía fiel a los principios de la circular del Patriarca, de considerar como sacrilegio la confiscación forzosa; se convirtió en la principal figura del proceso y fue fusilado. (Lo cual demuestra que no se trataba de dar de comer al hambriento, sino de aprovechar la ocasión para hacer caer de rodillas a la Iglesia).

El 5 de mayo fue citado como testigo el patriarca Tijon. Aunque el público de la sala había sido cribado y seleccionado convenientemente (en esto, el año 1922 no se diferenciaba mucho de 1937 o de 1968), conservaba bajo la fina capa de sovietización tan arraigadas sus tradiciones rusas, que la mitad de los presentes se pusieron en pie cuando entró el Patriarca, para recibir su bendición.

Tijon asume plena responsabilidad por la redacción y distribución de la circular. El presidente del Tribunal declara que es imposible. «¿Hasta la última línea? ¿De su puño y letra? Seguramente, usted sólo la firmó, pero diga, ¿quién la escribió? ¿Quién le aconsejó?». Y después: «¿Por qué menciona en la circular la pretendida persecución de que la Prensa le hace objeto?». (Le hace objeto a *usted*. ¡Con nosotros, por tanto, nada tiene que ver!). «¿Qué ha querido decir con eso?».

EL PATRIARCA: —Pregúntelo a quienes la iniciaron.

EL PRESIDENTE: —¡Eso nada tiene que ver con la religión!

EL PATRIARCA: —Reviste carácter histórico.

EL PRESIDENTE: —¿Dice usted que durante las conversaciones con el Pomgol se publicó un decreto a espaldas suyas?

EL PATRIARCA: —Sí.

EL PRESIDENTE: —Por tanto, ¿opina usted que el Gobierno soviético actuó de mala fe?

¡Imputación fatal! Millones de veces se nos ha repetido en los interrogatorios nocturnos. Y nunca nos atreveremos a responder a ella con la sencillez del Patriarca:

—Sí.

EL PRESIDENTE: —¿Considera que lo obligan las actuales leyes del Estado?

EL PATRIARCA: —Sí, las acepto en todo *lo que no contradiga los mandamientos de la religión*.

(¡Si todos hubieran respondido así, cuán distinta hubiera sido nuestra historia!).

Se discuten cuestiones canónicas. El Patriarca puntualiza: No hay sacrilegio si la Iglesia entrega voluntariamente sus tesoros; lo hay sacrilegio si le son arrebatados contra su voluntad. En la circular no se condenaba la donación, sino la incautación forzosa.

(Esto la hace más interesante, que sea forzosa).

El camarada Bek, presidente del Tribunal, en tono de sorpresa:

—¿Qué es, a fin de cuentas, lo más importante para usted: el dogma de la Iglesia o la voluntad del Gobierno soviético?

(La respuesta esperada: «… del Gobierno soviético»).

—Está bien, aunque, según la Iglesia, sea un sacrilegio —exclama el fiscal—, ¡¿dónde queda la misericordia?! (Por primera y única vez en cincuenta años, un tribunal se acuerda de la pobre *misericordia*)…

Se hace también un análisis filológico. *Suiatotatsvo* (sacrilegio) deriva de *suiato-tat*, ladrón de iglesias.

EL FISCAL: —Según eso, nosotros, los representantes del Gobierno soviético, ¿somos ladrones sacrílegos?

(Alboroto en la sala, interrupción; entran en acción los alguaciles).

EL FISCAL: —¿De manera que tacha de ladrones a los representantes del Gobierno soviético y a la VZIK?

EL PATRIARCA: —Yo me remito a la regla canónica.

Se analiza también el término «profanación». En la confiscación del tesoro de la iglesia de San Basilio de Cesarea, la montura de uno de los iconos no cabía en la caja, y fue doblada a puntapiés. ¿Estaba presente el Patriarca?

EL FISCAL: —¿Cómo lo sabe? ¿Cómo se llama el sacerdote que se lo contó? (¡Díganos su nombre para que podamos encerrarlo inmediatamente!).

El Patriarca no da el nombre.

¡Entonces es mentira!

El Fiscal, implacable y en tono triunfante:

—¿Quién es el autor de esa vil calumnia?

EL PRESIDENTE: —Díganos cómo se llaman los hombres que pisotearon la montura. —Naturalmente, no dejaron tarjeta—. De lo contrario, el Tribunal no podrá dar crédito a sus palabras.

El Patriarca no puede dar esos nombres.

EL PRESIDENTE: —Sus acusaciones carecen de fundamento. Todavía se ha de demostrar que el Patriarca pretendía derribar al Gobierno soviético. Pero se demuestra:

«La agitación trata de preparar a la opinión para un futuro derrocamiento».

El Tribunal decide procesar al Patriarca.

El 7 de mayo se dicta sentencia: para once de los diecisiete acusados, muerte por fusilamiento. (Son fusilados cinco).

Ya lo dijo Krylenko: «No estamos aquí para jugar».

Una semana después, el Patriarca era desposeído de su cargo y detenido. (Pero esto no era todo. Se le confinó durante un tiempo en el monasterio del Don. Allí lo mantendrían bajo riguroso arresto, hasta que los fieles se acostumbraran a su ausencia. ¿Recuerdan la pregunta que formulara Krylenko poco antes? «¿De dónde puede amenazarle el peligro al Patriarca?». Cierto; cuando llega el peligro, de nada sirven campanas ni teléfonos).

Al cabo de otra semana es detenido también el metropolitano Veniamin, de Petrogrado. No era un alto dignatario de la Iglesia, ni había sido nombrado como los demás metropolitanos. En la primavera de 1917, y por primera vez desde los tiempos de Altnovgorod, se habían celebrado en Moscú y Petrogrado elecciones de metropolitano. Siempre accesible a todo el mundo, visitante asiduo de fábricas y talleres y amado por el pueblo y el bajo clero, Veniamin salió elegido. No comprendía a su época y consideraba que su misión era mantener a la Iglesia apartada de la política. «Porque mucho ha sufrido por su culpa en el pasado». Y precisamente a este Metropolitano se instruyó:

i) *Proceso anticlerical de Petrogrado* (9 de junio a 5 de julio). En el banquillo, varias docenas de personas, entre ellas, sabios teólogos, especialistas en Derecho Canónico, archimandritas, clérigos y seglares. La acusación era de resistencia a la requisa de los tesoros de la Iglesia. Semionov, el presidente del Tribunal, tiene veinticinco años (se dice que es panadero). El fiscal superior, P. A. Krassikov, consejero de la Comisaría de Justicia, es aquel amigo de Lenin, de su misma quinta, compañero suyo durante su destierro en Krasnoiarsk y posterior emigración, a quien Vladimir Ilich gustaba de oír tocar el violín.

Ya en la Perspectiva Nevski y en el punto por el que entraba el coche que conducía al metropolitano, se concentraba a diario una multitud. Muchos caían de rodillas y cantaban: «¡Oh, Señor, salva a tu pueblo!». (El que demostraba excesiva devoción, era arrestado en la misma calle o en el juzgado). El grueso del público de la sala estaba compuesto por soldados del Ejército Rojo, pero hasta ellos se ponían de pie cuando aparecía el metropolitano de la mitra blanca. Sin embargo, para el fiscal y para el Tribunal, era un *enemigo del pueblo* (porque ya entonces se usaba este término).

Los defensores iban perdiendo terreno de proceso en proceso. Aquí se apreciaba claramente lo violento e indigno de su situación. Krylenko nada nos dice de ello; nos lo dice, en su lugar, un testigo. El Tribunal amenazó airadamente con detener al primer defensor Bobrishev-Pushkin, y esta amenaza estaba ya tan arraigada en las costumbres de la época, que Bobrishev-Pushkin se apresuró a confiar su reloj y su cartera a su colega Gurovitch… Y contra el testigo, profesor Yegorov, se libró en el acto una orden de arresto por haber declarado en favor del metropolitano. Pero después se vio que el profesor iba preparado: llevaba en una abultada cartera algunos víveres, ropa limpia y una manta no muy gruesa.

¿Ha advertido el lector cómo, poco a poco, va tomando el Tribunal las formas que nos son familiares?

El metropolitano Veniamin es acusado de haber entablado negociaciones con el Gobierno soviético con alevosía, a fin de conseguir una suavización del decreto sobre la confiscación de los tesoros de la Iglesia. Aviesamente, publicó el texto del escrito dirigido al Pomgol (¡Zamisdat!) y actuó de común acuerdo con la burguesía internacional.

El reverendo Krasnizki, miembro destacado de la *Iglesia viva* y agente de la GPU, declaró que el clero se había conjurado para provocar un levantamiento contra el Gobierno soviético, aprovechándose del hambre.

Sólo se interrogó a los testigos de la acusación. Los de la defensa no fueron admitidos. (¡Cómo se parece…! Cada vez más).

El fiscal, Smirnov, pidió «dieciséis cabezas». El fiscal Krassikov exclamó:

—¡Toda la Iglesia Ortodoxa es una organización contrarrevolucionaria! ¡En realidad, estaría justificado *encarcelar a toda la Iglesia*!

(Programa plenamente realista, que muy pronto sería casi realizado. Y excelente base para el *diálogo*).

Vamos a aprovechar la rara oportunidad de citar las escasas frases que se conservan de la defensa. S. J. Gurovich, abogado del metropolitano:

«No existen pruebas de culpabilidad, no existen hechos ni existe una acusación… ¿Qué dirá la Historia?». (¡Ay, qué miedo! ¡Ella lo olvidará y no dirá nada!). «En Leningrado, la incautación de los bienes de la Iglesia se ha llevado sin el menor incidente; por el contrario, en Petrogrado la jerarquía eclesiástica se sienta en el banquillo de los acusados, y su vida está amenazada. El principio fundamental al que constantemente os referís es el bien del Estado soviético. No debéis olvidar, sin embargo, que la Iglesia se alimenta de la sangre de sus mártires». (En nuestro país, no). «No tengo más que decir, pero me cuesta trabajo cesar en el uso de la palabra. Mientras dure el proceso, los acusados conservarán la vida. Cuando termine el proceso, se acabará su vida»…

El Tribunal condena a muerte a diez de los acusados. No se cumplirá la sentencia hasta después del proceso de los socialrevolucionarios (como si quisieran fusilarlos a todos juntos). La VZIK indulta a seis y los otros cuatro (el metropolitano Veniamin;

el archimandrita Sergi, exmiembro de la *Duma*; el profesor de la Facultad de Derecho, J. P. Novizki, y el abogado Kovcharov) son fusilados la noche del 12 al 13 de agosto.

Rogamos encarecidamente al lector no olvide el principio de la multiplicidad provincial; así verá que los dos procesos se convierten en veintidós.

Urgía disponer de un Código Penal para juzgar a los socialrevolucionarios. Era indispensable disponer de los graníticos sillares de una LEY. De acuerdo con lo previsto, el 12 de mayo de 1922 se inauguró la asamblea de la VZIK; pero el proyecto de ley aún no estaba preparado. Aún tenía que revisarlo Vladimir Ilich, que no lo haría hasta su regreso de Gorki.

Seis artículos de la ley señalaban la pena máxima: fusilamiento. Ello distaba mucho de ser satisfactorio. El 15 de mayo, Lenin añadió al margen del proyecto otros seis artículos enumerando otros tantos delitos a los que debía aplicarse la pena de muerte (entre otros, según el artículo 69: propaganda y agitación… especialmente la incitación a la resistencia pasiva frente al Gobierno y a la evasión colectiva de los deberes militares y tributarios[238]). Otro de los delitos que se penaba con la muerte por fusilamiento era el regreso del extranjero sin autorización (¡vamos!, como si todos los socialistas tuvieran que seguir un movimiento pendular). Se agregaba otra pena equivalente a la muerte: el destierro. (Sin duda Vladimir Ilich presentía la época en que no íbamos a poder libramos de los visitantes europeos y, a la inversa, la época en que nosotros no podríamos pasar a Europa, en que no tendríamos libertad de movimientos). La más importante consecuencia la explicó Ilich, en una carta dirigida al comisario del Pueblo para la Justicia, en los siguientes términos:

Camarada Kurski:

En mi opinión, puede ampliarse la aplicación del fusilamiento (que puede ser conmutado por el destierro)… a todas las actividades mencheviques, social-revolucionarias y similares; se ha de hallar una fórmula que sitúe estos hechos punibles en una «relación con la burguesía internacional» [el entrecomillado es de Lenin[239]].

¡*La aplicación del fusilamiento debe ampliarse*! ¿Qué puede deducirse de ello? (¿Se mandó a muchos al extranjero?). «El terror es un medio de persuasión[240]», ¡naturalmente!

Pero Kurski no acababa de verlo claro. Probablemente donde fallaba era en la formulación y el establecimiento de dicha *relación*. De manera que al día siguiente se fue a ver al presidente del *Sovnarkom*. No sabemos lo que hablaron, pero conocemos el texto de una segunda carta que Lenin le envió desde Gorki el 17 de mayo:

General Kurski:

Como continuación a nuestra conversación, le envío el borrador de un artículo adicional para el Código Penal. Se trata de un borrador que debe revisarse y estudiarse a fondo. Espero que, pese a las deficiencias del borrador, la idea básica esté clara: exponer una tesis real (no sólo puramente jurídica) que apoye la entidad *y la* justificación *del terror, su necesidad y sus límites.*

El Tribunal no debe eliminar el terror —prometerlo sería engañarnos a nosotros mismos o a los demás—, sino establecerlo y reglamentarlo por principio, con claridad y sin adornos. La articulación debe ser lo más extensa posible, pues sólo la conciencia del derecho revolucionario impone las condiciones para una más o menos amplia aplicación práctica.

Un saludo comunista.

LENIN[241].

No nos atrevemos a comentar este importante documento. Aquí se imponen silencio y meditación.

Este documento es importante, además, por ser una de las últimas instrucciones redactadas por Lenin antes de su enfermedad, una parte importante de su testamento político. Diez días después sufrió su primer ataque de apoplejía, del que se recuperó sólo parcialmente, y por poco tiempo, durante el otoño de 1922. ¿Acaso estas dos cartas a Kurski no fueron escritas en aquella habitación clara de paredes de mármol blanco, despacho y gabinete a medias, aquella habitación de la esquina del primer piso, en la que ya estaba preparado el que sería lecho mortuorio del fundador?

Y se empezó a trabajar en el borrador, en aquellas dos variantes del artículo adicional del que, con los años, surgiría también el 58-4 y el gran Artículo de los Artículos, el CINCUENTA Y OCHO. Una lectura apasionante: ¡Ahora ya sabemos lo que quiere decir *una articulación lo más extensa posible*, lo que significa *una más o menos amplia aplicación práctica*! Al leerlo te acuerdas de hasta dónde llegaba el amoroso abrazo…

«… la propaganda o agitación, o la participación en una organización, o el apoyo (ya sea expresamente formulado o potencial)… de organismos o personas cuyas actividades tengan carácter»…

¡En fin, que me traigan a san Agustín, y en un santiamén le cuelgo este articulo!

Todo fue debidamente ordenado, puesto en limpio y —por lo que se refiere a la pena de muerte— corregido y ampliado; a últimos de mayo, la asamblea de la VZIK recibió el Código Penal, y el 1.º de junio de 1922 lo puso en vigor.

Sobre una base perfectamente legalizada, pudo abrirse entonces ante el Tribunal Supremo:

j) *Proceso de los socialrevolucionarios* (8 de junio a 7 de agosto). Su presidente, el general Karklin, fue sustituido por el sagaz Georgi Piatakov: no en vano las miradas del mundo socialista estaban puestas en este trascendental proceso. (El destino previsor está siempre dispuesto a jugarnos una mala partida… ¡y a darnos tiempo para reflexionar! Daría quince años a Piatakov)… No había abogados. Los acusados, destacados socialrevolucionarios, se defendían a sí mismos. Piatakov se mostraba rudo e impaciente y a cada momento les interrumpía.

Si todos nosotros, amigo lector, no estuviéramos ya bien avisados de que en un proceso lo más importante no es la acusación, es decir, el «delito», sino la *oportunidad*, quién sabe si no le abriríamos nuestro corazón inmediatamente y sin reservas. Sin embargo, cuando se busca la oportunidad no puede haber sorpresas: a diferencia de los mencheviques, los socialrevolucionarios eran considerados todavía peligrosos, organizados (no estaban dispersos), vivos (no aniquilados), por lo cual era necesario destruirlos definitivamente, en beneficio de la nueva Dictadura (del proletariado).

De otro modo, desconociendo este principio, podría caerse en el error de ver en este proceso la venganza de un partido.

La acusación formulada por este Tribunal da que pensar si la proyectamos sobre la historia de los Estados, que se prolonga hasta nuestros días. Con excepción de las contadas democracias parlamentarias, en unos determinados siglos, la Historia, en general, es una sucesión de violentas conquistas y derrocamientos. Y aquel que más habilidad demuestra en los derrocamientos y con más firmeza se encarama a la silla, goza de la augusta bendición de la justicia, y todos sus actos, tanto pasados como venideros, son legales y encomiables, mientras que los de su menos afortunado adversario son delictivos, punibles, y merecen ser castigados todos con la muerte.

El Código Penal había entrado en vigor una semana antes, pero ya se había embutido en él la historia de los cinco años siguientes a la Revolución. Hacía veinte años, diez, cinco, los socialrevolucionarios eran el bando revolucionario en la lucha por derribar al zarismo y (gracias a las peculiaridades de su táctica del terror) habían cargado con la mayor parte de la responsabilidad de la *katorga*, mientras que los bolcheviques permanecían en segundo plano.

Veamos ahora el primer punto de la acusación: ¡Los socialrevolucionarios habían sido los iniciadores de la guerra civil! Sí, ellos la empezaron, ellos fueron los primeros. Se les acusa de haber opuesto resistencia armada a la Revolución de Octubre. Cuando el Gobierno provisional, apoyado y constituido en parte por ellos, fue legalmente barrido por el fuego de ametralladora de los marinos, los socialrevolucionarios realizaron la ilegal tentativa de salvar al Gobierno[242], para lo cual respondieron a los disparos con disparos, y hasta llegaron a movilizar a los cadetes, que estaban al servicio del susodicho derrocado Gobierno.

Vencidos en el combate, no demostraron, en política, el menor arrepentimiento. No se inclinaron ante el *Sovnarkom*, que se autodesignó para gobernar. Haciendo gala de pertinaz terquedad, siguieron afirmando que el único Gobierno legítimo era el anterior. No quisieron reconocer el fracaso de su línea política de los últimos veinticinco años[243], no pidieron clemencia ni la disolución de su partido[244].

Y aquí está el segundo punto de la acusación: habían ahondado la sima de la guerra civil con sus manifestaciones del 5 y 6 de enero de 1918, lanzándose a la calle en abierta rebelión contra el legítimo poder del Gobierno de Obreros y Campesinos; en apoyo de su ilegítima Asamblea Constituyente (formada mediante votación general, indistinta, secreta y directa), contra los marinos y guardias rojos que, en su pleno derecho, arremetían contra la citada Asamblea y los citados manifestantes. (Bueno, ¿y qué hubiera podido salir de las tranquilas sesiones de la Constituyente? Sólo tres años de guerra civil. Al fin y al cabo, la guerra civil empezó porque la publicación no quiso acatar al mismo tiempo los legítimos decretos del *Sovnarkom*).

Tercer punto de la acusación: No reconocimiento de la Paz de Brest, aquella paz legítima y redentora que no es que separase la cabeza del tronco de Rusia, sino, simplemente, le seccionaba una parte del tronco. Con ello, según el pliego de acusaciones, se daban «todas las características de la *alta traición* y actividades criminales tendentes a empujar el país a la guerra».

¡Alta traición! Fenómeno, unas veces, blanco, y otras, negro, según se mire.

De ello se deriva el grave punto cuarto de la acusación: En el verano y el otoño de 1918, cuando la Alemania imperial combatía a los aliados con singular porfía y escasez de medios, y la Rusia soviética, de acuerdo con el Tratado de Brest, la apoyaba, en su difícil lucha, con víveres y entregas mensuales de oro, los socialrevolucionarios trazaron un plan (para ser más exactos, lo que más se ajustaba a su modo de obrar era debatir el caso y darle vueltas al qué, al dónde y al cuándo), un plan para volar la vía por la que había de pasar uno de los trenes del oro, para que su preciosa carga se quedara en la patria. Dicho en otras palabras: «Preparativos para la criminal destrucción de una propiedad del pueblo: el Ferrocarril».

(Todavía no se consideraba una vergüenza y se admitía abiertamente que se hacían entregas de oro ruso al futuro Reich hitleriano; y Krylenko, en su doble capacidad de jurista y de historiador no supo ver —ni ninguno de sus colaboradores se lo insinuó— que tan propiedad del pueblo eran las barras de oro como las vías de hierro)…

El cuarto punto de la acusación traía consigo, irremisiblemente, el quinto: Para obtener los medios técnicos que se habían de utilizar en el plan, se aplicarían fondos recibidos de los representantes de los aliados (para no dar oro a Guillermo, ellos aceptaban dinero de la «Entente»). ¿No era ésta la peor de las traiciones? (De todos modos, Krylenko insinuó algo sobre ciertas relaciones existentes entre los socialrevolucionarios y el Estado Mayor de Ludendorff, pero no dieron el resultado apetecido y tuvieron que abandonar la idea).

Ya tenemos al alcance de la mano el punto sexto de la acusación: En 1918, los socialrevolucionarios eran *espías* de la Entente. ¡Ayer revolucionarios y hoy espías! Esto debió entonces sonar como una bomba. En los muchos procesos vistos hasta la fecha, se ha abusado del tópico hasta la saciedad.

Bien, el séptimo y el décimo punto de la acusación se referían a la colaboración con Savinkov o con Filonenko, o con los cadetes, o con la «Liga del Renacimiento» (pero ¿ha existido alguna vez?), o con los hijos de los nobles, e incluso con los Guardias Blancos.

Esta serie de acusaciones es desmenuzada cuidadosamente por el fiscal[245]. Tanto en sus cavilaciones nocturnas ante el escritorio como en sus súbitas inspiraciones en el estrado, siempre encuentra aquel tono cordial y compasivo, lastimero y amistoso que, en sucesivos procesos, iría cultivando y que en 1937, plenamente desarrollado, le proporcionaría un éxito apoteósico. Es un tono que denota la comunicación entre jueces y acusados frente al resto del mundo. Es una melodía que se interpreta en la cuerda sensible del acusado. En el caso de los revolucionarios socialistas, la letra dice así: ¡A la postre, revolucionarios lo somos todos! (Todos: vosotros y nosotros somos lo mismo). ¿Cómo habéis podido caer tan bajo y pactar con los cadetes? (Pero ¿no os sangra el corazón?). ¡Mira que pactar con oficiales! ¡Mira que iniciar a los estudiantes blancos en vuestra excelente técnica de la conspiración!

No tenemos las respuestas de los acusados. No sabemos si alguno hizo referencia al especial carácter de la Revolución de Octubre: declarar la guerra a todos los partidos a un tiempo y despojarlos a todos del derecho de asociación. (Si te dejan en paz, no gruñas). Sea como fuere, da la impresión de que más de un acusado debió de bajar la cabeza y sentiría partírsele el corazón. Sí; ¿cómo podían haber caído tan bajo? Y es que esta compasión demostrada por el fiscal en la iluminada sala constituye un bálsamo para el prisionero, en su oscura celda.

Y entonces Krylenko encontró un segundo camino, perfectamente lógico (el mismo que tomará Vichinski en su campaña contra Kamenev y Bujarin): Cuando os asociasteis con la burguesía, aceptasteis sus donativos. Al principio, para la Causa, *sólo para la Causa*, y nunca para los fines del partido; pero ¿dónde está la divisoria? ¿Quién debe marcarla? ¿Y no es la Causa un fin del partido? Mirad lo que habéis conseguido: que el partido revolucionario socialista sea mantenido por la burguesía. ¿Qué se ha hecho de vuestro orgullo revolucionario?

La medida de la acusación estaba colmada, y el Tribunal hubiera podido retirarse a deliberar y dictar sentencia cuando de pronto, inesperadamente, se encontró en un callejón sin salida:

- todo aquello de lo que se acusaba al Partido Revolucionario Socialista había sucedido en 1918;
- entretanto, el 27 de febrero de 1919 se promulgó una amnistía especial para los revolucionarios socialistas perdonándoles su lucha contra los

bolcheviques, si en lo sucesivo cesaban en ella, *¡y desde entonces no habían vuelto a luchar!*;

- y corría el año 1922.

¿Dónde buscar la salida?

No es que no lo hubieran pensado bien. Se pensó cuando la Internacional Socialista solicitó del Gobierno soviético que no procesara a sus hermanos socialistas.

Cierto que, a principios de 1919, ante la amenaza de Kolchak y Denikin, los socialrevolucionarios retiraron la consigna de levantamiento y renunciaron a la lucha armada contra los bolcheviques. (Y en Samara los socialrevolucionarios llegaron a abrir a sus hermanos comunistas un sector del frente de Kolchak, acción que les valió la amnistía a ellos y a los otros). Y Gendelman, su miembro del ZK, dijo aún en el proceso: «Dadnos la posibilidad de gozar de toda la escala de los llamados derechos civiles, y no quebrantaremos ninguna ley». (¡Vamos, ¿qué se han creído?! ¡Nada menos que «toda la escala»! ¡Lengua larga!).

No sólo cesaron en la lucha, sino que reconocieron el Gobierno de los soviets (es decir, que abjuraron de su anterior Gobierno provisional y de la Constituyente). Y ahora sólo piden la convocatoria de *nuevas elecciones* para esos soviets, en libre competencia con todos los partidos.

¡Ahí le duele! ¡Ya salió aquello! Al fin muestran su verdadero rostro de repugnantes burgueses, ¡Dios nos libre! ¡¿En un momento semejante?! ¡*Estando como estamos rodeados de enemigos*! (Lo mismo ocurrirá dentro de veinte, cincuenta o cien años). Eso es lo que a vosotros os gustaría, agitación electora, ¿eh, perros?

Ante esto, según Krylenko, los hombres de sereno juicio político sólo podían echarse a reír y encogerse de hombros. Con toda justicia, se tomó la decisión «de impedir, por todos los medios de presión gubernativa, de modo inmediato, que los citados grupos pudieran promover agitación contra el Gobierno**[246]**». De manera que, en respuesta a la renuncia a la lucha armada formulada por los socialistas y a su oferta de paz, se procedió a *encarcelar a todo el Comité Central del partido* (por lo menos, a los miembros que pudieron encontrar).

¡Esto es tan propio de nosotros!

Pero una vez encarcelados (y ya llevaban tres años), había que juzgarlos. Y ¿por qué? «La instrucción judicial no ha investigado este período en igual medida», se lamenta el fiscal.

De todos modos, la acusación tiene un punto inatacable: en el mismo febrero de 1919, los socialrevolucionarios tomaron la decisión (que quedó en el papel, lo cual, sin embargo, según el nuevo Código Penal, ya era suficiente), de promover agitación entre el Ejército Rojo para que éste *se negara a tomar parte en las expediciones de castigo contra los campesinos*.

¡Tratar de apartar a alguien de las expediciones de castigo era una vil y solapada traición a la Revolución!

Además, podían ser inculpados de todo aquello que la llamada «Delegación Extranjera del Comité Central» de los socialrevolucionarios —es decir, aquellos de sus dirigentes que habían huido a Europa— hubieran dicho, escrito y hecho (en realidad, más dicho y escrito que hecho).

De todos modos, aún era poca cosa. Y entonces se discurrió lo siguiente: «Muchos de los acusados no habrían sido encausados de no haberse demostrado su participación en la organización de *actos de terrorismo*». ¡Es decir, que al promulgarse la amnistía de 1919, ningún funcionario del Ministerio de Justicia soviético pensó que los socialrevolucionarios organizaran actos de terrorismo contra personalidades destacadas del Estado soviético! (Veamos: ¿a quién se le ocurrió semejante idea? ¡Los socialrevolucionarios rusos y el terror! Si se le llega a ocurrir a alguien, habría habido que concederle la amnistía. O bien renunciar al regalo de la brecha en el frente de Kolchak. Desde luego, fue una suerte que en aquellos momentos nadie diera en ello. Se les ocurrió a los funcionarios sólo cuando fue necesario). De manera que *este* cargo no se beneficia de la amnistía (ésta abarcaba únicamente la *lucha*), y Krylenko lo presenta.

¡Y cuántas cosas van a salir a la luz! ¡Cuántas cosas!

En primer lugar: ¿Qué dijeron los jefes socialrevolucionarios[247] en los primeros días después de la Revolución de Octubre? Dzernov (en el cuarto congreso): que el partido se defendería con todas sus fuerzas, «como entonces [en tiempo de los zares] contra todo ataque a los derechos del pueblo». (Y todo el mundo sabe cómo lo hizo). Goz: «Si los autócratas de Smolni no se detienen ante ella (la Asamblea Constituyente)… el partido socialrevolucionario recordará sus antiguas y acreditadas tácticas».

Recordarlas seguramente las recordó, pero no llegó a tomar una decisión. De todos modos, el Tribunal ya tenía suficiente.

«En este campo de nuestra instrucción habrá pocos testimonios —se lamenta Krylenko—. Ello es debido a la conspiración. Así, mi tarea se hace mucho más difícil… En este campo, es decir, en el del terror, estamos obligados a movernos a tientas[248]».

La tarea de Krylenko se hizo más difícil, porque en la sesión del Comité Central de los socialrevolucionarios se discutió y desestimó, en 1918, el empleo del terror contra el Gobierno soviético. Y ahora, al cabo de los años, se ha de demostrar que los socialrevolucionarios se movían en la sombra.

Entonces dijeron: No antes de que los bolcheviques empiecen a ejecutar a socialistas. O, en 1920: El partido empuñará las armas si los bolcheviques ponen en peligro la vida de los rehenes socialrevolucionarios[249].

Veamos: ¿por qué el «sí» y el «pero»? ¿Por qué no renunciar inmediata y definitivamente? ¿Cómo se han atrevido a pensar siquiera en las armas? «¿Por qué no

hubo manifestaciones de carácter absolutamente negativo?». (Camarada Krylenko: ¿y si el terror fuera su «segunda naturaleza»?).

Que el partido socialrevolucionario no llegó a ejercer el terror se desprende ya del discurso acusatorio de Krylenko. Sin embargo, se aducen los hechos siguientes: un acusado concibió el plan de volar la locomotora del tren del Sovnarkom con motivo del traslado a Moscú. De ello se desprende que el Comité Central es culpable de terrorismo. Y la «ejecutora» Ivanova montó guardia durante toda una noche, con un cartucho de dinamita, delante de la estación, lo cual se define como atentado contra el tren de Trotski y acto de terrorismo del Comité Central. También: Donskoi, miembro del Comité Central, advirtió a F. Kaplan que un atentado contra Lenin le acarrearía la expulsión del partido. ¡Muy poco! ¿Por qué no se le prohibió terminantemente? (O también: ¿Por qué nadie la denunció a la Checa?).

Finalmente, tras mucho porfiar en la búsqueda, Krylenko tuvo que conformarse con acusar a los socialrevolucionarios de no haber impedido los actos aislados de terrorismo de sus desesperados partidarios. Este fue todo su terrorismo. (Y tampoco estos activistas hicieron cosa alguna. Dos de ellos, la Konopliova y Semionov, en 1922, con una prisa sospechosa, prestaron declaración ante la Checa —y después ante el Tribunal—. Pero los hechos alegados no pudieron imputarse al Comité Central, y estos dos célebres terroristas fueron, inexplicablemente, puestos en libertad).

Todas las declaraciones se tambaleaban, y es preciso apuntalarlas. Por ejemplo, Krylenko dice acerca de uno de los testigos: «Si el hombre hubiera pretendido inventar algo, no habría tenido la habilidad de dar casualmente en el blanco[250]». (Esto es bastante fuerte. Lo mismo podría decirse de cualquier falso testimonio). O bien, a propósito de Donskoi: ¿Podía atribuírsele «tanto talento como para declarar precisamente de acuerdo con los deseos de la acusación»? Por el contrario, acerca de la Konopliova dice que la verosimilitud de su declaración estriba en que la testigo no dice lo que la acusación quiere que diga. (Pero dice lo suficiente para llevar a los acusados al patíbulo). Si nos preguntamos si la Konopliova no lo habrá inventado todo, la respuesta no puede estar más clara: «Tenía que mentir *desde el principio hasta el fin* (bien lo sabe él. —A. S.), desenmascarar a todos[251]» —bueno, ¿y ella? —. Pues ella se queda a mitad del camino. Pero también así vale: «Yefimov no tenía por qué formular contra la Konopliova unos cargos que nos obligaran a condenarla a muerte[252]». También en esto tiene razón, y también así da resultado. O, lo que sería aún más eficaz: «¿Hubiera podido producirse este encuentro? No se descarta tal posibilidad». ¿*No se descarta*? Entonces es que sí. Pues, ¡adelante!

Veamos ahora qué hay del «grupo táctico». Después de mucho hablar, de pronto se dice que «… fue disuelto por falta de actividad». Entonces, ¿para qué tanta palabrería? Hubo unos cuantos atracos a Bancos, ataques a oficinas públicas soviéticas (¿con qué si no podían emprender acciones, alquilar pisos ni hacer sus viajes?). Pero antaño se trataba de los finos y nobles *exes*, como solían llamar todos

los revolucionarios a los expropiadores. Hoy, ante el Tribunal soviético se habla de «robo y encubrimiento».

De entre todos estos encargos, la bombilla turbia y amarillenta de la Ley va descubriendo la historia triste y enmarañada de este partido de patéticos bocazas, infelices e inoperantes, que nunca supieron lo que era ser bien dirigidos. Y todas y cada una de sus decisiones o indecisiones, todas sus dudas y vacilaciones, sus avances y sus retiradas, se transforman ahora en culpa, única y exclusivamente en culpa.

Y cuando su Comité Central, detenido, escribe en Septiembre de 1921, diez meses antes del comienzo del proceso, al recién elegido Comité Central, una carta en la que manifiesta que él, el antiguo Comité encerrado ahora en la Butyrka, no propugna una *caída* irremisible de la dictadura soviética, sino la que pudiera producirse a consecuencia de la unificación de las masas y la labor de agitación (¡es decir, que aun en la cárcel piensan en el terror y en las conjuras!), entonces acaban de hundirse. ¡Ajá! ¡Conque propugnan la caída!

Pero aunque fueran inocentes de los cargos de conspiración y de terrorismo; aunque no se les exigiera responsabilidad por expropiaciones casi inexistentes y aunque, por todo lo demás, hubieran sido perdonados hacía ya tiempo, nuestro queridísimo fiscal seguiría aún metiendo mano en su cajón misterioso: «En última instancia, *la abstención de denuncia* es un estado de causa que se da en todos los acusados sin excepción y que debe considerarse plenamente probado[253]».

La culpabilidad del partido socialrevolucionario queda, pues, demostrada por *no haberse denunciado a sí mismo*. Esto no puede fallar. Es una revelación del espíritu jurídico de la nueva ley y de aquella vía empedrada sobre la que muy pronto los agradecidos descendientes pasarán, sin darse cuenta, camino de Siberia.

Pero Krylenko no reprime su cólera: los acusados son unos «enemigos sañudos e irreconciliables». No hace falta mucho proceso para imaginar lo que va a ser de ellos.

Es tan nueva la Ley Penal, que Krylenko confunde los números de los más importantes artículos que se refieren a actividades contrarrevolucionarias; pero ¡hay que ver cómo los maneja! ¡Con qué tino los cita e interpreta! Es como si durante décadas la cuchilla de la guillotina hubiera estado suspendida sobre tal o cual artículo. Y ahora viene lo más importante: la distinción entre *métodos y medios* que reconocía el antiguo Código Penal zarista, *ya no existe en nuestro país*. No es reconocida ni en el momento de formular los cargos ni en el de dictar sentencia. Para nosotros son una misma cosa propósito y acción. «¿Habéis tomado una resolución? ¡Pues al Tribunal con vosotros! Que haya sido o no haya sido puesta en práctica, carece de importancia real[254]». Tanto si estando en la cama le has dicho al oído a tu mujer que te gustaría derribar al Gobierno soviético, como si has promovido agitación durante las elecciones, como si has puesto bombas, es lo mismo. *La pena es la misma*.

Del mismo modo que al pintor le bastan unos simples trazos al carbón para que de pronto surja ante él el retrato que ya veía en su interior, así también del esbozo de 1922 se perfila ante nosotros, cada vez con mayor nitidez, el panorama de 1937, 1945 y 1949.

Pero aún no es lo mismo, no. Aún es distinta la actitud de los acusados. Aún no son unos corderos bien aleccionados, aún son… personas. Sabemos poco, muy poco, aunque lo suficiente para comprender. Alguna que otra vez, por descuido, Krylenko cita una frase dicha por algún acusado ante el Tribunal. Así, por ejemplo, Berg «hizo responsables a los bolcheviques de las víctimas del 5 de enero» (cuando se disparó contra una manifestación en favor de la Asamblea Constituyente). Y ahora, una escueta cita de Liberov: «Me declaro culpable de haber hecho poco por la caída del Gobierno bolchevique en 1918[255]». Yevguenia Ratner habla de lo mismo, y Berg, nuevamente: «Yo entiendo que mi falta para con la Rusia trabajadora fue no haber luchado con todas mis fuerzas contra el llamado Gobierno de Trabajadores y Campesinos; pero espero que aún no haya llegado mi última hora». (Pues ha llegado, hijo, ha llegado).

Sin duda se aprecia la vieja ficción por la frase altisonante, pero también una gran firmeza, ¡qué duda cabe!

El fiscal arguye que los acusados representan un peligro para la Rusia soviética porque están convencidos de que lo que hicieron estaba bien hecho. «Tal vez alguno de los acusados se consuele pensando que el cronista del futuro tendrá palabras de elogio para él o para su actitud ante el Tribunal».

Y la conclusión de la VZIK, publicada después del proceso: «Se arrogaron ante el Tribunal hasta el derecho a proseguir sus viejas actividades».

El acusado Gendelman Grabovski (también letrado) se distinguió durante el proceso por sus debates con Krylenko: sobre la tendenciosa elección de los testigos, sobre «los especiales métodos en el trato de los testigos», su evidente preparación por la GPU. (Porque de todo había ya, sí, de todo, y falta muy poco para el último toque). Luego se supo que la instrucción previa estuvo bajo supervisión del fiscal (es decir, de Krylenko), y durante la misma se retocaron y armonizaron ciertas declaraciones que no cuadraban. Muchas de las declaraciones se conocieron sólo durante el proceso.

¿Y qué? ¿Qué, si no cuadraban las declaraciones, si había lagunas? Al fin y al cabo, «hemos de reconocer fríamente… que lo más importante *no es cómo juzgará nuestra obra el tribunal de la Historia*[256]».

Las irregularidades pueden subsanarse con el tiempo.

Pero, de pronto, en este trance, Krylenko, por primera y última vez en la historia de la jurisprudencia soviética, se acuerda del informe preliminar, el informe que se ha de hacer antes de iniciar el proceso de instrucción. ¡Y con qué habilidad sale del paso! Todo aquello que escapó a la revisión fiscal y que el público consideraba instrucción del caso, era, en realidad, el informe preliminar. Lo que el público

consideraba posterior revisión del fiscal (todo el trabajo de pulir, enderezar y apretar clavijas) era, precisamente, la *instrucción*. Los enmarañados datos «recogidos por las autoridades encargadas del informe y no confirmados en la instrucción, poseen un valor jurídico mucho menor que los obtenidos durante el proceso de instrucción[257]», siempre y cuando éstos puedan acomodarse debidamente.

Es vivo el hombre; no tiene un pelo de tonto.

En términos técnicos, Krylenko hacía una imputación: después de medio año de preparativos, de dos meses de desgañitarse en el proceso, de un informe de la acusación de quince horas, aún tenía que esforzarse para que la gente tuviera su merecido, ya que todos ellos «habían estado en manos de los *Órganos* extraordinarios no una vez ni dos», y, además, «en momentos en que aquellos *Órganos* poseían amplios poderes; pero gracias a determinadas circunstancias, habían podido salir indemnes[258]».

La sentencia no puede ser otra sino «muerte por fusilamiento para todos sin excepción[259]», naturalmente. Pero dado que el caso se ventila ante los ojos del mundo, Krylenko, generosamente, admite que las declaraciones del fiscal no constituyen una «directiva para el Tribunal» que éste estuviera obligado a aceptar inmediatamente o a ejecutar[260].

¡Valiente Tribunal, si había que explicarle esto!

Y el Tribunal es lo bastante díscolo como para no sentenciar a muerte a «todos sin excepción», sino sólo a catorce. Para los restantes dicta penas de prisión y trabajos forzados.

Además, se abre otro proceso para un centenar de personas más.

No olvide el lector que en el Tribunal Supremo tienen puestos los ojos todos los tribunales de la República, él «les marca la pauta[261]», el fallo del Tribunal Supremo sirve de «directriz[262]». Que cada cual imagine los que fueron despachados en las provincias.

Pero la casación del VZIK revisa todo el proceso: las sentencias son confirmadas, pero la ejecución queda en suspenso. Y el destino de los condenados pasa a depender del comportamiento de los socialrevolucionarios que quedan en libertad (incluso de los emigrados). De manera que si ellos deciden actuar *contra* nosotros, éstos van al paredón.

Mientras, en los campos de cereales de Rusia se recogía la segunda cosecha de la paz. Y en ningún sitio había disparos, salvo en los patios de la Checa (en Yaroslav se fusiló a Perjurov, y en Leningrado, al metropolitano Veniamin; y tantos otros, sin tregua y sin fin). El cielo estaba azul y radiante, las olas del mar, azul celeste, y nuestros primeros diplomáticos y periodistas se embarcaban rumbo al extranjero. El Comité Ejecutivo Central de los Delegados Obreros y Campesinos se guardaban en prenda a infinidad de rehenes.

Los miembros del partido del Gobierno habían leído los sesenta números de *Pravda* que publicaban el informe del proceso (*todos* leían el periódico), y todos

habían dicho: SÍ, SÍ, SÍ. Ninguno dijo NO.

¿De qué tenían, pues, que sorprenderse en 1937? ¿De qué podían quejarse? ¿Acaso no se habían sentado ya todas las bases de la injusticia, en primer lugar en los juicios extrajudiciales de la Checa y, después, en estos primeros procesos y en la flamante Ley Penal? ¿No era el año 1937 igualmente *oportuno* (para los fines de Stalin, ni estaba exento de responsabilidad ante la Historia)?

A Krylenko se le escapó una profecía: la de que no se juzgaba de cara al pasado, sino de cara al futuro.

Al segar, lo que más cuesta es dar el primer golpe de guadaña.

Hacia el 20 de agosto de 1924, Boris Viktorovich Savinkov cruzó la frontera soviética. Inmediatamente fue detenido y llevado a la Lubianka[263].

El proceso de instrucción se limitó a un único interrogatorio, consistente en declaraciones voluntarias y una evaluación de pasadas actividades. El 23 de agosto estaba terminado el pliego de acusaciones. (La rapidez es asombrosa, pero tiene su razón de ser. Alguien había calculado bien: obligar a Savinkov a confesar unas mentiras raquíticas sería destruir la verosimilitud de todo el caso).

En el auto de procesamiento, redactado en la terminología tremendista que ya se había perfeccionado, se acusaba a Savinkov de todo: había sido «pertinaz enemigo de los más humildes campesinos», había ayudado a la burguesía rusa en sus aspiraciones imperialistas (porque estaba en favor de continuar la guerra contra Alemania), había «estado en contacto con representantes del mando aliado» (en su calidad de encargado de negocios del Ministerio de la Guerra), había pertenecido, «con propósito provocativo», al Comité de Soldados (por haber sido elegido por los delegados) y, por último —¡y ésta sí que es buena!—, abrigaba «simpatías monárquicas».

Pero, además de todo este material tan sobado, figuraban también las nuevas acusaciones que, en lo sucesivo, formarían parte de los procesos instruidos a los funcionarios: aceptar dinero de los imperialistas; espionaje en favor de Polonia (del Japón ya se habían olvidado) y… haber querido envenenar con cianuro a todo el Ejército Rojo (cosa que no intentó ni en un solo caso).

El proceso empezó el 26 de agosto. Presidía Ulrich (es la primera vez que lo encontramos) y no había fiscal ni defensor.

Savinkov asistió a su propio proceso casi con apatía, sin participar apenas en los pesados debates sobre los indicios. Para él, aquel proceso era un epílogo lírico: su último encuentro con Rusia y la última posibilidad de hacer uso de la palabra. De confesar. De arrepentirse. (No de las culpas que allí se le imputaban, sino de otras).

(Y aquella melodía… Se adaptaba perfectamente a la situación y turbaba al acusado: ¿No somos nosotros tan rusos como vosotros? Vosotros y nosotros hacemos *nosotros*. Vosotros amáis a Rusia, ¡qué duda cabe!, y nosotros respetamos vuestro amor; pero nosotros, nosotros también la amamos. La gloria y la fuerza de Rusia, ¿no están hoy con nosotros? ¿Y contra nosotros queríais luchar? ¡Arrepentíos!).

Pero lo más asombroso fue la sentencia: «Para la salvaguardia del orden revolucionario, no parece indispensable la aplicación de la pena capital y, de consiguiente, dejando aparte motivos de venganza, contrarios al sentido de la justicia de las masas proletarias», se conmuta la pena de fusilamiento por la de diez años de privación de libertad.

Esto causó sensación y fue motivo de grandes cábalas: ¿Empezaba una Era más benévola? ¿Apuntaba un cambio en el sistema? Ulrich sintióse obligado a explicar y hasta a justificarse en *Pravda* por la gracia concedida a Savinkov. ¡Como si en aquellos siete años el Gobierno soviético no hubiese adquirido la fuerza suficiente para no tener que temer a un Savinkov!

(No nos lo tomen a mal si en su vigésimo aniversario, en un acceso de debilidad, fusila a cientos de miles).

Esta benigna sentencia hubiera podido constituir el segundo enigma del caso, después del misterio del inexplicable regreso, de no ser porque, en mayo de 1925, fue eclipsado por otro enigma. En un acceso de desesperación, Savinkov se arrojó, por una ventana, al patio interior de la Lubianka. Y los de la GPU, los ángeles de la guarda, no lograron detener el golpe de su voluminoso cuerpo contra el suelo. Desde luego, Savinkov había dejado una carta eximiendo de toda responsabilidad a sus guardianes (para que no hubiera reclamaciones por el servicio), en la cual explicaba los motivos de su decisión con tanta lucidez y con un estilo tan personal, que hasta el hijo del difunto, Lev Borissovich, reconoció su autenticidad, y en París, a todo el que le preguntaba le decía que nadie sino su padre podía haber escrito aquella carta**[264]**, y que su padre, consciente de su quiebra política, se había suicidado.

Pero los procesos más importantes, los más célebres, aún están por llegar…

X
La ley está madura

Sin embargo, ¿dónde estaban todas aquellas personas que, en la locura de la desesperación, vinieron a nosotros, cruzando la frontera por las alambradas, y a las que fusilamos, por regreso no autorizado, basándonos en el artículo 71 del Código Penal? Contra todas las predicciones científicas, aquella gente desapareció, y no sirvió de nada el artículo dictado. En toda Rusia no había un tipo como Savinkov, pero no les sacaba de apuros aplicarle aquel artículo. En cambio, la pena contraria (el destierro, sustitutivo del fusilamiento) fue aprobada masivamente.

En aquellos días, cuando aún se discutía la Ley penal, Vladimir Ilich, apresuradamente, para que no se desvaneciera la luminosa idea que acababa de ocurrírsele, escribió una carta a Dzherzhinski, con fecha del 19 de mayo:

Camarada Dzherzhinski:

Respecto a la proscripción de escritores y profesores, que ayudan a la contrarrevolución, debo decir que este asunto ha de prepararse con todo cuidado. Si no lo preparamos, haremos tonterías… El asunto ha de organizarse de tal modo, que esos «espías de guerra» deben ser buscados constante y sistemáticamente, capturados y enviados al extranjero. Le ruego que muestre usted esta carta, secretamente y sin multicopiarla, a los miembros del Politburó[265].

El secreto de esta carta, natural en este caso, venía determinado por la importancia y por la ilustrativa claridad de la medida adoptada. La clara agrupación de las clases de la sociedad de Rusia, últimamente ya sólo se veía perturbada por el montón amorfo de la antigua intelectualidad *burguesa* que, en el terreno ideológico, actuaba verdaderamente como espía de guerra, y por ello, lo mejor que podía idearse era barrer rápidamente toda aquella sentina de pensamientos y arrojarla a la calle.

El camarada Lenin se encontraba ya muy enfermo, pero es evidente que los miembros del Politburó dieron su aprobación, y el camarada Dzherzhinski se encargó del rastreo, y a finales del año 1922, unos trescientos de los mejores intelectuales rusos fueron embarcados, no a bordo de una lancha remolcadora, eso no, sino a bordo de un magnifico vapor, y enviados al muladar europeo. (Entre ellos se encontraban los filósofos N. O. Losski, S. N. Bulgakov, N. A. Berdiaier, F. A. Stepun, B. P. Vusheslavtser, L. P. Karsavin, S. L. Frank, I. A. Ilin; los historiadores S. P. Melgunov, B. L. Miakotin, A. A. Kizevetter, I. I. Lapshin, etc.; los escritores y publicistas Y.

I. Aijenwald, A. S. Izgoiev, M. O. Osorgin, A. V. Peshejonov. En otros grupos menores, a principios de 1923, fueron también expedidos, por ejemplo, el secretario de León Tolstoi, V. F. Bulgakov. Debido a enemistades, fueron perseguidos también algunos matemáticos, entre ellos D. F. Selivanov).

Sólo que con el *constante y sistemáticamente* no se adelantaba gran cosa. El asunto de los emigrantes no era la mejor solución. Era una lástima todo aquel material que se iba de las manos y que, sobre todo, en aquel muladar era capaz de producir flores venenosas. En lo sucesivo, la basura fue tratada al modo de Dujonin o enviada al Archipiélago.

La Ley penal confirmada en 1926 y que, mejorada, estuvo en vigor hasta la Era de Kruschov, entretejía todos los anteriores párrafos políticos en la sola y fuerte red del 58, y ahora fue echada para capturar mayor número de peces. Los derechos de captura pronto se ampliaron, y en seguida le tocó el turno a la intelectualidad técnica, que parecía tanto más peligrosa cuanto que ocupaba una fuerte posición en la economía nacional y era difícil de controlar sólo con ayuda de la teoría progresista. Ahora también resultaba evidente que había sido un error el proceso judicial en el caso del suicidio de Oldenborger (¡qué *Centro* tan atractivo se ofrecía!), lo mismo que la absolución dictada por Krylenko: «En 1920-21, ya no cabía hablar de sabotaje por parte de los ingenieros[266]». Si no de sabotaje, de algo todavía peor: *vreditelstvo*[be] (la palabra, según parece, fue invención de un juez de instrucción de Shajti).

Apenas se había comprendido qué se debía buscar: el *vreditelstvo,* cuando, a pesar de lo nuevo que era este concepto en la historia de la Humanidad, empezó ya la cacería, que, sin gran esfuerzo, se orientó hacia el descubrimiento de tal actividad en todas las ramas de la industria y en cada una de las empresas. Sin embargo, a estos hallazgos esporádicos les faltaba aún la plenitud del bosquejo, la perfección de la ejecución, según anhelaban el carácter de Stalin y la máquina de la justicia, que avanzaba hacia nuevas orillas. Y ahora nuestra *Ley* estaba, al fin, madura para revelar al mundo algo realmente completo: un proceso unitario, grande, bien perfilado, esta vez contra unos ingenieros.

En el umbral de la sociedad sin clases podíamos, al fin, desarrollar también un *proceso judicial sin conflictos* (y que con ello reflejara la falta de conflictos de nuestro orden social) en el que el Tribunal, el fiscal, la defensa y el reo, amistosamente unidos, persiguieran el mismo fin. Así comenzó.

k) *El proceso de Shajti* (18 de mayo-15 de julio de 1928). Colegio especial del Tribunal Supremo de la URSS; presidente: A. Y. Vichinski (todavía rector de la Primera Universidad de Moscú); fiscal principal: N. V. Krylenko (¡curioso encuentro!, parecía una carrera de relevos jurídica[267]); 53 acusados, 56 testigos. ¡Magnífico!

Sin embargo, ¡qué lástima!, en la magnificencia del proceso se ocultaban también sus puntos débiles: aun cuando para cada acusado sólo hubieran de hilarse tres hilos, ello representaba ya un total de 159, frente a los diez dedos de Krylenko y a los diez de Vichinski. Naturalmente, «los acusados se esforzaron en declarar a la sociedad sus graves crímenes», aunque no todos los acusados, sino sólo diecisiete de ellos. Trece de estos acusados se volvieron atrás. Y veinticuatro no se confesaron culpables en absoluto[268]. La consecuencia de ello fue una gran confusión; las masas no lograban comprender qué ocurría. Junto a las ventajas (que, por lo demás, ya se habían logrado en anteriores procesos), tales como el desvalimiento de los acusados y de los defensores, su incapacidad para eludir la pesadísima carga del proceso, saltaban a la vista los defectos de aquel nuevo proceso, defectos que resultaban imperdonables, tratándose de un viejo zorro como Krylenko.

Además, el proceso de Shajti, en el que sólo se trató de la industria del carbón y de la cuenca del Donetz, no estuvo a la altura de la época.

Es de suponer que, en el mismo día en que se terminó el proceso de Shajti, Krylenko empezó a cavar una nueva y amplia fosa (en la que cayeron incluso dos de sus colegas de ayer: Osadchi y Shein, los fiscales del proceso de Shajti). Huelga decir que para ello le ayudó todo el aparato de la GPU, que, entretanto, había pasado a las seguras manos de Yagoda. Había que crear y descubrir una organización de ingenieros que cubriese todo el país. Para ello se necesitaban algunas figuras importantes del *vreditelstvo*, que destacasen en primer término. Una figura así, fuerte sin lugar a dudas, inflexiblemente orgullosa, ¿quién no la conocía en la sociedad de ingenieros? Esta figura era Piotr Akimovich Palchinski. Ingeniero de minas muy conocido ya a principios del siglo, Palchinski fue, durante la guerra mundial, vicepresidente del comité industrial, y con ello dirigió la utilización bélica de toda la industria rusa, que se vio obligada a subsanar los fallos que se habían producido en la preparación de la guerra bajo el régimen zarista. Después del mes de febrero, fue vicepresidente en el Ministerio de Comercio y de Industria. Bajo el zar, había sido perseguido a causa de su actividad revolucionaria, fue encarcelado después de la Revolución de Octubre (en 1917, en 1918 y en 1922), en 1920 fue nombrado profesor en el Instituto de Minería y designado asesor para el *Gosplán*.

Así, pues, este Palchinski fue escogido como reo principal de un nuevo proceso monstruo. Sin embargo, el irreflexivo Krylenko, al entrar en el mundo de los ingenieros, para él desconocido, no sólo no tenía idea de la resistencia de la materia corporal, sino que, a pesar de sus diez años de actividad como fiscal, demostró también saber muy poco acerca de la posible resistencia de las almas. La elección hecha por Krylenko resultó ser una equivocación. Palchinski hizo frente a todos los medios del arsenal de la GPU, no se rindió, y murió sin haber firmado ningún papelucho lleno de necedades. El mismo camino siguieron N. K. von Mekk y A. F. Velichko, y todo permite suponer que tampoco se dejaron intimidar. Si perecieron a consecuencia de las torturas o fueron fusilados, es algo que todavía ignoramos. Pero

demostraron que la resistencia es *posible*, que se *puede* hacer frente, y con ello dejaron para los famosos reos que les sucedieron el ardiente reflejo de un reproche.

Para no tener que reconocer su derrota, Yagoda publicó el 24 de mayo de 1929 un breve comunicado de la GPU en el que se dio a conocer el fusilamiento de tres ingenieros complicados en un gran complot de *vreditelstvo*, así como la ejecución de otro número de *vreditelstvos* cuyos nombres no se especificaban[269].

Y el tiempo que se perdió, ¿quién lo cuenta? El asunto costó casi un año. ¡Y las noches derrochadas en interrogatorios!, ¡y el despliegue de fantasía criminalística! Al final fue todo en vano y Krylenko tuvo que comenzar por el principio, tuvo que buscar otra figura, otra figura brillante y fuerte y, al mismo tiempo, muy débil y fácil de manejar. Pero eran tan escasos sus conocimientos acerca de aquella maldita raza de ingenieros, que pasó otro año entero probando en uno y otro lugar sin resultado alguno positivo. Desde el verano de 1929 estuvo fastidiando a Jrennikov, pero éste rechazó el vil papel que se le quería hacer representar y… murió. Al viejo Fedotov sí que consiguió enderezarlo, pero ya tenía demasiados años, y era, además, un ingeniero textil, y esta rama no era muy interesante. ¡Otro año malgastado! El país aguardaba el gran proceso contra los *vreditelstvos*, Stalin lo esperaba… y a Krylenko todo le salía al revés[270].

Hasta el verano de 1930 no se le ocurrió a alguien la luminosa idea: ¡Ramzin, el director del Instituto Termotécnico! Una palabra, una orden de arresto y, al cabo de un período de prueba de tres meses, se organizó una excelente representación, una pieza realmente brillante de nuestra justicia y un modelo inasequible para la del mundo…

l) *El proceso del Partido de la Industria* (25 noviembre-7 diciembre de 1930). Reunión especial del Tribunal Supremo, el mismo Vichinski, el mismo Antonov-Saratovski, el mismo inefable Krylenko.

En aquel momento ya no había «razones técnicas» que impidieran la elaboración de una sumaria completa del proceso[271] o la admisión de corresponsales extranjeros.

La idea era magnífica: en el banquillo se sentó toda la industria del país, se sentaron todas las ramas y órganos de planificación, (Solamente los ojos del organizador vieron los agujeros a través de los cuales se escurrieron la minería y los ferrocarriles). Esta cosa tan estupenda llevaba aparejada cierta prudencia en cuanto al gasto de material: solamente había ocho acusados (no dejaron de utilizarse las experiencias del proceso de Shajti).

El lector exclamará, sin duda: ¡Cómo! ¿Ocho personas habían de representar a la industria? ¡Incluso eran demasiadas! Tres de las ocho eran solamente de la industria textil, rama extraordinariamente importante para la defensa del país. Entonces, ¿es que era inmenso el número de testigos? Siete hombres, *vreditelstvos* como los otros, e igualmente arrestados. Entonces, ¿habría gran cantidad de material acusador? ¿Dibujos? ¿Proyectos? ¿Directivas? ¿Informes? ¿Reflexiones? ¿Comunicados de

agentes? ¿Instrucciones privadas? ¡Nada de esto! ¡*Ni una sola miserable hoja de papel*! ¿Cómo podía hacer esto la GPU? ¡Detener a tanta gente y no presentar ni un solo pedazo de papel! «Había mucho», pero «todo fue destruido». Entonces: «¿Para qué un archivo?». En el proceso sólo se leyeron algunos artículos de periódicos sinceros, de origen emigrante e indígenas. Sí, pero… la acusación… ¿en qué se basaba? Bueno, ¿en qué había de basarse? Hay que confiar en Nikolai Vasilievich Krylenko. Después de todo, tampoco somos de ayer. «El mejor indicio sigue siendo, en todas las circunstancias, la confesión de los acusados[272]».

Pero una confesión no ha de ser en ningún caso lograda por la fuerza, sino que procede del corazón, cuando el remordimiento arranca del pecho monólogos sinceros y uno se siente dominado por la pasión de hablar: ¡de hablar, de desenmascarar, de fustigar! El anciano Fedotov (66 años de edad) fue interrumpido: «¡Basta, siéntese usted!». Pero, no, él se empeñó en dar más explicaciones. Durante cinco días, cinco sesiones, el Tribunal no tuvo necesidad de hacer ninguna pregunta: los acusados hablaron, hablaron y explicaron y pidieron de nuevo la palabra, para completar algo que se les había olvidado. De un modo totalmente espontáneo, sin que se les invitara a hacerlo, se lanzaron a exposiciones deductivas de aquello que la acusación necesitaba. Ramzin añadió incluso a sus prolijas explicaciones, para mayor claridad, unos breves resúmenes, como si hubiese tenido ante sí a unos estudiantes poco dotados. Lo que más temían los acusados era que algo quedase inexplicado, alguien sin desenmascarar, algún nombre sin mencionar, que quedase sin dilucidar la intención nociva de algún individuo. ¡Y había que ver el lodo con que se ensuciaban a sí mismos! «Yo soy un enemigo del régimen», «Yo me dejé sobornar», «Nuestra ideología burguesa». El fiscal: «¿Fue una equivocación de usted?». «¡Y mi crimen!». Krylenko no tuvo trabajo alguno; durante las cinco sesiones, bebió té, comió galletas y todo lo que le sirvieron.

¿De qué modo aguantaron los reos la explosión emocional? A falta de una grabación en cinta magnética, oigamos la descripción del defensor Otsep: «Los discursos de los acusados eran objetivamente fríos y serenos». ¡Qué curioso! ¿Es posible? Semejante afán de confesión, ¿y además de un modo objetivo, frío? Sí, más aún, incluso de algún modo soñoliento y vago, ya que Vichinski tuvo varias veces que amonestarlos para que hablasen más fuerte, más claro, ya que no se entendía nada (de su texto muy contrito y muy llano).

La elegante perfección del proceso tampoco se vio perturbada en absoluto por la defensa, la cual se mostró de acuerdo con todo lo que dijo el fiscal; afirmó que el discurso de acusación fue una pieza *histórica* y, en cambio, restringió sus propios argumentos, ya que «el defensor soviético es, sobre todo, un ciudadano del Estado soviético» y «al igual que todos los trabajadores, experimenta un sentimiento de indignación» ante los crímenes de sus patrocinados[273]. De vez en cuando, la defensa formuló alguna que otra tímida pregunta, que abandonó inmediatamente, tan pronto como intervino Vichinski. También había dos inofensivos ingenieros textiles, que

tenían un abogado, y no se discutió sobre las circunstancias del delito ni de la cualificación de los actos punibles, sino únicamente de si no sería posible perdonar la vida al reo. «¿Qué es más productivo, camarada juez, su cadáver o su trabajo?».

¿Y cuáles eran los nefandos crímenes de los ingenieros burgueses? Fíjense ustedes: Planearon un ritmo de crecimiento económico retardado (por ejemplo, un aumento de producción anual de *solamente* el 20-22 %, aunque los trabajadores estaban dispuestos a producir el 40 y el 50 %). Retardaron la explotación y elaboración de fuentes de combustible locales. Desarrollaron la cuenca carbonífera de Kusnezk con insuficiente rapidez. Aprovecharon debates de teoría económica (sobre si era preciso suministrar a la cuenca del Donetz energía procedente de la central del Dniéper, o si podría ser conveniente establecer una comunicación telegráfica entre Moscú y la cuenca del Donetz) para retrasar la solución de problemas importantes. (Mientras los ingenieros discutían, el trabajo quedaba por hacer). Retrasaron el examen de proyectos de construcción (no quisieron dar inmediatamente su aprobación). Dieron conferencias sobre la solidez ideológica de la propaganda antisoviética. Mandaron montar maquinaria anticuada. Dejaron congelar capital (invirtiéndolo en proyectos costosos y a largo plazo). Realizaron reparaciones superfluas (¡!). No supieron emplear adecuadamente el metal (el surtido de hierro era incompleto). Crearon circunstancias adversas entre varios centros de producción, la materia prima ofrecida y las correspondientes posibilidades de elaboración (lo cual se manifestó de un modo particularmente notorio en la industria textil) se construyeron una o dos fábricas de más, con relación a la cosecha de algodón. Luego pasaron bruscamente de planes minimalísticos a planes maximalísticos, con lo cual se inició el desarrollo acelerado, con una clara intención de *vreditelstvo,* de la sufrida industria textil. Pero lo más importante fue que planearon (aunque no los llegaron a realizar) actos de dispersión contra el suministro de energía. Con ello su actividad no se orientaba hacia la destrucción, sino que atacaba el campo de la planificación y de la dirección y, en 1930, habría debido conducir a una crisis general, ¡e incluso a la completa paralización de la economía! Y si no se llegó a eso, fue gracias a los contraproyectos elaborados por las masas, a los planes financieros de la industria, como se les llamó entonces (¡duplicación de los números!).

«¡Vamos, vamos!», estoy oyendo que murmura el escéptico lector.

¡Cómo! ¿Les parece demasiado poco? Pues si, en el juicio, repetimos cada punto y lo rumiamos cinco, ocho veces, ya verá cómo es más.

El lector actual sigue impertérrito en su «vamos, vamos». «Vamos, ¿no ha podido llegarse a esto precisamente a causa de los contraproyectos? Entonces no tienes por qué maravillarte de las desproporciones, siendo así que cada asamblea de sindicato, sin consultar siquiera el *Gosplán*, puede trastocar todas las proporciones».

¡Ay, qué amargo es el pan del acusador! ¡Y cada palabra ha de publicarse! Por consiguiente, también la leerán los ingenieros. Pero el que dice A, debe decir también B. Y Krylenko se lanzó impávido a la vorágine de los detalles técnicos. Y los

periódicos y suplementos de gran formato se llenaron de la letra menuda de las minuciosidades de la producción. Se propusieron que a cada lector pronto le bullera la cabeza, que las noches y los domingos se le hicieran demasiado cortos para poderlo leer todo; por consiguiente, lo dejaría, ya que, en definitiva, después de cada párrafo, lo único que debía retener era el estribillo de *vreditelstvos, vreditelstvos, vreditelstvos*.

¿Y si, no obstante, hacía un esfuerzo y leía renglón tras renglón?

Entonces, de toda la maraña de autoacusaciones mal pergeñadas, podría deducir que los pescadores de la Lubianka se habían metido en un asunto del que no entendían una palabra. Que a través de la red de gruesa malla se había deslizado algo: burbujeante e indómito, el espíritu del siglo XX. Los presos, allí estaban sentados, atados, con las cabezas gachas, obedientes, pero el espíritu… ¡aleteaba! Incluso las lenguas asustadas y mudas de los reos pueden contárnoslo todo.

He aquí el clima de trabajo que los envolvía. Kalinnikov: «Entre nosotros se ha creado una desconfianza técnica. Tanto si queríamos, como si no, era preciso que procurásemos 42 millones de toneladas de petróleo [es decir, más allá del plan que se nos imponía desde arriba…] ya que 42 millones de toneladas de petróleo son imposibles de obtener en ninguna circunstancia[274]».

Al final, todo el trabajo de la desdichada generación de nuestros ingenieros se vio encajonado entre estas dos imposibilidades. El Instituto Termotécnico se mostró orgulloso de su importantísima labor de investigación: el grado de aprovechamiento de combustible fue elevado considerablemente; partiendo de esto, se hizo un cálculo demasiado bajo de la necesidad de combustible en el plan de desarrollo, y en el fallo en la evaluación del balance del combustible *¡se puso claramente de manifiesto la intención de vreditelstvo!* El plan de transporte preveía el cambio de todos los vagones de ferrocarril en autoacoplamiento, y en esta inmovilización de capital ¡se puso asimismo claramente de manifiesto la intención de *vreditelstvo*! (Ya que el autoenganche no amortiza los gastos hasta después de un largo plazo, pero nosotros queremos el éxito mañana mismo). Para poder utilizar mejor los trechos de vía sencilla, se acordó la ampliación de locomotoras y vagones. ¿Así, pues, una modernización? ¡Nada de eso! Se trataba de *vreditelstvo*, porque nuevamente había que invertir dinero en la restauración de puentes y de trechos de vía férrea. De la profunda reflexión económica de que en América, al revés que en nuestro país, el capital es barato y la mano de obra es cara, y que, por consiguiente, no podemos imitarlos en esto, Fedotov sacó esta conclusión: Lo que hoy nos hace falta no son las caras máquinas americanas de producción en serie, sino que, para los próximos diez años, nos resultaría más favorable comprar a bajo precio las máquinas inglesas, menos complicadas, y emplear mayor número de obreros, ya que, al cabo de diez años, tendrán que ser sustituidas, tanto si son caras, como si son baratas, y entonces ya podremos permitirnos el lujo de tener otras más caras. ¡También esto era *vreditelstvo*! Se está simulando un afán ahorrativo con objeto de privar a la industria soviética de las máquinas más progresivas. Comenzaron a construirse nuevas fábricas

en hormigón armado en vez de hormigón más barato: En cien años de funcionamiento, explicaron, todo quedará amortizado más que de sobra: ¡nuevamente *vreditelstvo*! ¡Obstaculización de la circulación del capital! ¡Derroche de acero, tan deficitario! (¿Es que deseaban guardarlo para hacer prótesis dentales?).

Fedotov, en el banquillo, asentía de buena gana: «Naturalmente, cuando hoy cada copec tiene valor de oro, puede muy bien tratarse de *vreditelstvo*. Los ingleses tienen dicho: "No soy tan rico que pueda permitirme cosas baratas"».

Intentó explicar con suavidad al testarudo fiscal:

«Toda clase de comienzos técnicos producen normas que en último término son nocivas[275]» (¡que se interpretan como tales!).

Si, ¿cómo habría podido decirlo más claro, un acusado que se hallaba atemorizado…? ¡Lo que para nosotros es una teoría, es para vosotros *vreditelstvo*! Ya que vosotros queréis recoger ahora, sin pensar lo más mínimo en mañana…

El anciano Fedotov intentó explicar *dónde* fueron a parar, perdiéndose, centenares de miles y millones de rublos, a causa de las prisas desenfrenadas del plan quinquenal: el algodón no se selecciona allí donde era necesario para suministrar a cada fábrica la clase adecuada a su estructura, sino que se empacó y envió sin discriminación. Pero el fiscal no quiso saber nada. Con la testarudez de una cabeza de piedra, hueca, durante el proceso repitió por lo menos diez veces la siguiente pregunta: ¿Por qué los arquitectos comenzaron a construir «fábricas como palacios», con altas naves, anchos pasillos y una ventilación demasiado buena? ¿No era evidente la intención de *vreditelstvo*? ¡Cuánto capital engullido! ¡Irrecuperable! Los nocivos burgueses le explicaron que el deseo del comisariado del Trabajo era que en la patria de los proletarios se construyese espléndidamente, y con buen aire para los trabajadores (¡o sea, que también en el comisariado del Trabajo había *vreditelstvos*!), los médicos exigían una altura del piso de nueve metros, pero Fedotov la rebajó a seis… ¿y por qué no en seguida a cinco? Por consiguiente, *¡vreditelstvo!* (Si la hubiera rebajado a cuatro y medio, se habría tratado entonces de una frescura propia de *vreditelstvo*: Fijaos, quería exponer a los obreros soviéticos a las espantosas condiciones de una empresa capitalista). Se trataba, le explicaron a Krylenko, de un 3 % de la suma de la construcción, calculado a base del costo total de la fábrica, más el equipamiento, pero no, ¡ya volvió con la altura del piso! Y, además: ¿Quién os dio permiso para los potentes ventiladores? Es que estaban calculados para los días más calurosos del verano… ¿Para los más calurosos? ¡En los días más calurosos está bien que los trabajadores suden un poco!

E intercalando: «Las desproporciones eran inevitables… Ocasionadas por una organización sin cabeza, aun antes de que hubiese el centro de ingenieros» (Charnovski[276]). «El *vreditelstvo* no es necesario en absoluto… Bastan los *correspondientes manejos*, y el resto sale por sí solo». (Otra vez Charnovski[277]). No pudo expresarlo más claramente… después de los muchos meses en la Lubianka y desde el banquillo. Eran suficientes los correspondientes manejos (es decir, los

inspirados por las instrucciones absurdas de arriba) y el plan imposible se venía abajo por sí solo. Fijaos en su *vreditelstvo: «Teníamos la posibilidad*, decimos, de producir mil toneladas, pero *debíamos* suministrar tres mil [es decir, conforme al estúpido plan] y no hemos hecho nada por cumplir con esta obligación».

Convendrán ustedes conmigo que esto no es grano de anís para el acta oficial, examinada y depurada de aquellos años.

A menudo, Krylenko abusaba demasiado de sus actores y, entonces, se advertía el cansancio en las palabras de ellos: estaban cansados de tanto parloteo, de las palabras que debían repetir una y otra vez, y pronto se avergonzaron a causa del autor y, sin embargo, tenían que seguir representando su papel, para alargar un poco más su existencia.

KRYLENKO: «¿Está usted de acuerdo?».

FEDOTOV: «Sí, aunque, en general, no creo[278]»…

KRYLENKO: «¿Lo corrobora usted?».

FEDOTOV: «De un modo estricto… en algunos detalles… me parece… de un modo general… sí[279]».

Los ingenieros (los de afuera, los que aún no habían sido detenidos, los que, después de la injuria judicial inferida a su profesión, debían continuar trabajando afanosamente) no tenían salida alguna. Todo era malo. El *Sí* era malo y el *No* era malo. Adelantar era malo y mirar hacia atrás era malo. Si uno se apresuraba, esto era una precipitación nociva, si el otro no se apresuraba, se trataba entonces de una nociva obstaculización del ritmo. Allí donde las industrias se desarrollaban despacio, era un retraso intencionado, sabotaje; allí donde uno se doblegaba ante los caprichosos saltos de las exigencias del plan, se producían desproporciones causadas por *vreditelstvos*. Las reparaciones, las mejoras, los cambios en gran escala eran «recursos monetarios congelados», y el seguir trabajando hasta el aprovechamiento total de las máquinas, ¡era dispersión! Y los jueces de instrucción sabrán esto por sí mismos: ¡restricción de dormir, reclusión! «Y ahora va usted a mencionarme ejemplos convincentes de cómo habrían podido ustedes, concretamente, perjudicarnos».

«Deme usted un ejemplo bien evidente. Un ejemplo evidente de su *vreditelstvo*», le apremió el impaciente Krylenko.

(¡Ay, ya tendréis en abundancia los ejemplos evidentes! ¡Pronto se encontrará uno que escriba la *Historia de la Técnica* de estos años! Él os procurará toda clase de ejemplos. Os dará testimonio de todas las convulsiones de vuestro epiléptico «Plan quinquenal en cuatro años». Entonces sabremos cuánta riqueza y energía habéis robado al pueblo y dilapidado. Entonces sabremos cómo fueron pisoteados los mejores proyectos y cómo los peores fueron pésimamente realizados. ¿Cómo va a salir nada bueno si para instruir a brillantes ingenieros son empleados destructores de

cultura al estilo chino? Los entusiastas diletantes han hecho más daño que los estúpidos que impartían las órdenes).

Seguramente será mejor dejar a un lado los pormenores. Un exceso de detalles podría incluso socavar la pretendida sentencia de muerte.

¡Hay que aguardar! ¡Aún no ha llegado el fin! ¡Todavía faltan los delitos más importantes! ¡Ahí están, ahí están, tan claros y evidentes, que hasta un analfabeto los reconocería! El partido de la industria: 1.º, ha preparado una intervención; 2.º, ha recibido dinero de los imperialistas; 3.º, ha practicado el espionaje; 4.º, ha repartido los puestos de ministro en el Gobierno futuro.

¡Punto final! ¡Y la gente se queda boquiabierta! ¡Y todos los contradictores se quedan perplejos! Y ahora lo que más se oye es ruido de pasos de los manifestantes y el rugir detrás de la ventana: «*¡la muerte!, ¡la muerte!, ¡la muerte!*».

¿Y no se hace todo con mayor precisión? ¿Para qué con mayor precisión…? Bueno, si usted se empeña, por favor, fíjese en que usted no se siente aterrado… Al frente se encontraba el Estado Mayor francés. Ya que Francia no conoce ni preocupaciones, ni dificultades, ni las escaramuzas de partidos, y sólo necesita silbar, y las tropas caminan ya hacia la intervención. Primeramente se lo utilizó en 1928. Como faltó comprensión, el asunto no llegó a realizarse. Bien, lo aplazaron para 1930. Tampoco se hizo nada. Bueno, para 1931. En realidad ocurrió esto: Francia misma no haría ninguna guerra, sólo asumiría la organización y, a cambio de ello, se embolsaría la Ucrania del otro lado del Dniéper. A Inglaterra tampoco la atrae la guerra, aunque promete enviar su Flota con intenciones disuasorias al mar Negro y al mar Báltico (para lo cual se la recompensará con el petróleo caucásico). Sin embargo, los guerreros más importantes son: millares de emigrantes (esparcidos desde hace mucho tiempo por todas las naciones dominadoras, pero dispuestos a colaborar a la primera señal que se les dé). Luego, Polonia (se le ha prometido la mitad de Ucrania). Rumania (conocida por sus brillantes victorias en la Primera Guerra Mundial, temible adversario). ¡Letonia! ¡Y Estonia! (Estos dos pequeños países renunciarán a las preocupaciones de su joven nacionalidad, aún por organizar, y partirán resueltos hacia la conquista). Pero lo más terrible es la dirección del golpe decisivo. ¿Cómo? ¿Ya se conoce? ¡Claro que sí! ¡La intervención debe iniciarse en Besarabia, y luego, *apoyándose* en la orilla derecha del Dniéper, deberá ir *directamente* hacia Moscú**[280]**! Y en esa hora fatídica, ¿deberán producirse explosiones en todas las líneas de ferrocarril? No, ¡se producirán congestiones! ¡Y en las centrales de energía, el partido de la industria desenroscará todos los fusibles, de suerte que toda la Unión quedará a oscuras y todas las máquinas se pararán, hasta las de las fábricas de tejidos! Seguirá a esto una explosión de actos de sabotaje. (¡Muy bien, acusados! ¡Hasta que se excluya al público, no hay que mencionar los métodos de dispersión de capital! ¡Nada de empresas, nada de nombres geográficos! ¡Nada de nombres, ni extranjeros ni nacionales!).

A esto hay que añadir el golpe, hasta entonces certeramente asestado, contra la industria textil. Tampoco podemos pasar por alto el hecho de que en Bielorrusia se levantaron, con intención de *vreditelstvo*, dos y hasta tres fábricas de tejidos, que habían de servir como bases para los intervencionistas[281]. Tan pronto como tengan en su poder las fábricas de tejidos, los intervencionistas no pararán hasta llegar a Moscú. Pero la taimada conspiración es ésta: querían (pero no lo consiguieron) secar las praderas del Kubán y los pantanos de la Polesia bielorrusa o alrededor del lago de Ilmen (Vichinski tiene prohibido mencionar los lugares exactos, pero se le ha escapado a un testigo, por hablar demasiado), para dejar a las tropas intervencionistas expedito el camino más corto por el cual puedan llegar a pie enjuto basta Moscú. (¿Por qué a los tártaros se les hizo tan difícil? ¿Por qué no le fue bien a Napoleón ante Moscú? ¡Claro, por los mencionados pantanos! ¡El drenarlos equivale a abrir de par en par las puertas de la ciudad!). Seguid contando, tranquilamente, cómo allí (nada de nombres de lugares, rigurosamente prohibido), camuflados de aserraderos, se construyeron unos hangares de aviación para que los aparatos de los intervencionistas no se oxidasen a causa de la lluvia y pudieran entrar cómodamente. ¡Asimismo se construyeron (¡nada de nombres!) *albergues* para las tropas intervencionistas! (¿Dónde se habían guarecido los ocupantes de todas las guerras anteriores…?). Todas las instrucciones pertinentes las recibían los acusados de dos misteriosos caballeros extranjeros, K. y R. (¡sobre todo, nada de nombres, y, finalmente, tampoco de Estados[282])! Pero últimamente se intentó incluso acometer «la preparación de acciones traidoras de algunas partes de las tropas del Ejército Rojo» (¡acerca de qué clase de tropas, ni una palabra!, ¡no mencionar ninguna unidad!, ¡no decir nombres!). Sin embargo, esto no llegó a realizarse, mas, en cambio, se intentó (pero el plan fue desbaratado), en algún puesto de autoridad central del Ejército, crear una célula financiera a base de antiguos oficiales del Ejército Blanco. (¿Ah, sí, el Ejército Blanco? ¡Anotado! ¡Arrestados!). Células de estudiantes de tendencia antisoviética… (¿Cómo? ¡Estudiantes! ¡Anotado! ¡Arrestados!).

(Por lo demás, cuidado con recargar las tintas… Al final, los trabajadores se quedarán cabizbajos, pensando que ahora todo está perdido, sin que el poder soviético haya podido impedirlo. Pero también esto queda aclarado: *Fue mucho lo que se tramó, pero poco lo que los conspiradores consiguieron. ¡De las industrias, ninguna recibió daños considerables!*).

Pero ¿por qué, en realidad, no se realizó la intervención? Por diversas y complicadas razones. Una vez fue Poincaré, en Francia, quien retrocedió; otra vez, nuestros industriales emigrados manifestaron dudas acerca de si sus antiguas empresas habrían sido reconstruidas por los bolcheviques y si no sería más conveniente dejar que continuasen manejándolas. Y tampoco se llegó a ningún acuerdo con Polonia y Rumania.

Bueno, la intervención no llegó a producirse, ¡pero el partido de la industria existía! ¿No oís el alboroto? ¿No oís los rugidos de las masas trabajadoras?: «*¡la muerte!, ¡la muerte!, ¡la muerte!*». Allá abajo desfilan «aquellos que, en caso de una guerra, tendrán que pagar con su vida, con privaciones y padecimientos el trabajo de estas personas[283]».

(Como si hubiera levantado el espejo ante sí, dijo: ¡Con su vida, con privaciones y padecimientos, los pobres manifestantes del año 1941 tendrán que pagar el trabajo de *estas personas*! Pero ¿a dónde señala usted con el dedo, fiscal? ¿A dónde?).

Pero ¿por qué *partido* de la industria? ¿Por qué partido, y no centro de ingenieros? ¡Nosotros estábamos acostumbrados a los *centros*!

El centro también existía, desde luego. Pero decidieron transformarlo en un partido. Suena mejor. Facilita la lucha por los cargos de ministro del Gobierno futuro. «Moviliza las masas ingeniero-técnicas en la lucha por el poder». ¿Luchar, pues, con quién? ¡Claro, con todos los otros partidos! En primer lugar, con el partido de los campesinos trabajadores, ¡que, no obstante, cuenta doscientos mil afiliados! En segundo lugar, ¡con el partido de los mencheviques! ¿Y el *Centro*? Sí, se formó el «Centro Unido», a base de estos tres partidos. Pero la GPU lo desbarató. Y, ¡qué bien que lo hiciste! (Los acusados se alegran todos).

(¡A Stalin le halaga el aplastar todavía tres partidos! ¡Tres *centros* reportarían mucha menos gloria!).

¡Y si hubiese un partido, entonces con un comité central, sí, con un comité central propio! Se admite que nunca hubo conferencias o elecciones de ningún género. El que tenía ganas de ello, fue miembro del comité central; unos cinco llegaron a serlo. Cada uno daba la preferencia al otro. Tampoco se disputaban la presidencia. Tampoco se tuvieron sesiones, ni en el comité central (nadie puede acordarse de ello, ¡solamente Ramzin, el cual va a desembuchar!) ni en el seno de los grupos de especialistas. El conjunto da la impresión de ser algo desierto… Charnovski: «Una fundación formal del partido de la industria no llegó a realizarse». ¿Y los socios? Larichev: «Resulta difícil contar los socios; la composición exacta se desconoce». ¿De qué modo realizaban su *vreditelstvo*? ¿Cómo se transmitían las directrices? ¡Oh, muy sencillo! El que se encontraba con otro en el cargo, se las transmitía oralmente. Por consiguiente, el que perjudicaba lo hacía a ciencia y a conciencia. (Ramzin da la cifra de dos mil sin pestañear. Donde hay dos, encierran también a otros cinco. Y, en total, hay en la URSS, según los datos del Tribunal, de treinta mil a cuarenta mil ingenieros. En resumen, uno de cada siete se halla sentado, y los otros seis están muertos de miedo). ¿Y los contactos con los campesinos trabajadores? Bueno, se reunieron incluso en el *Gosplán* o en el consejo económico nacional y planearon «acciones sistemáticas contra los comunistas de las aldeas».

¿Dónde habremos visto esto? ¡Ah, sí, naturalmente, en *Aida*! Radamés sale al campo, la orquesta retumba, ocho guerreros están en derredor, con cascos y picas, y en el fondo hay dos mil guerreros pintados.

Exactamente lo mismo sucedió con el partido de la industria.

Pero, no importa, la pieza se desliza como sobre ruedas. (Actualmente, nadie puede imaginar el aspecto serio y atronador que aquello representaba). Y el director se lo inculca al público mediante repeticiones: hace aparecer en escena cada episodio varias veces. Y con ello multiplica las terroríficas visiones. Y, finalmente, para que no parezca tan estudiado, los acusados deberán, de vez en cuando, «olvidar» algo, «buscar» subterfugios, y en seguida serán sometidos a «interrogatorio contradictorio», y todo irá como una seda, como en el «Teatro de Arte Stanislavski» de Moscú.

Pero, sin duda, Krylenko exageraba. Para presentar al partido de la industria bajo otro aspecto, se propuso poner al descubierto su base social. En su propio y original elemento, el de las clases, creyó poder confiar en el análisis, y, apartándose del sistema de Stanislavski, dejó de repartir papeles e intentó la improvisación: Cada uno podía hablar cuanto gustase acerca de su propia vida y de su postura ante la Revolución y de cómo había ido a parar al *vreditelstvo*.

Y a esa base irreflexiva —una sola escena humana— le añadió, sin percatarse de ello, como un pegote, los cinco actos.

Lo primero que observamos con asombro es que todos esos soportes de la intelectualidad burguesa procedían de familias pobres. Los padres: un labrador, un funcionario cargado de hijos, un artesano, un maestro de aldea, un buhonero… Los ocho tuvieron que costearse los estudios quitándoselo de la boca, dando lecciones particulares, metiendo paletadas de carbón en las locomotoras, y esto desde muy jovencitos, ¡a los 12, a los 13, a los 14 años! Y, por extraño que parezca, ¡nadie les puso obstáculos en su formación! Terminaron normalmente sus estudios en la Escuela Profesional, luego en las Facultades Técnicas, y se convirtieron en profesores importantes, prestigiosos. (¿Y cómo fue eso? ¿No habíamos quedado en que, bajo el zarismo… solamente los hijos de los hacendados y capitalistas…? ¿Entonces mienten los periódicos murales…?).

Hoy, sin embargo, en la época soviética, los ingenieros pasan grandes apuros: casi les resulta imposible procurar a sus hijos una formación superior (después de todo, pertenecen a la última categoría: la de hijos de intelectuales… ¿Lo había olvidado usted?). El Tribunal no lo niega. Krylenko tampoco. (Los acusados se apresuran a asegurar espontáneamente que esto, frente a las victorias generales, tiene una importancia secundaria).

Poco a poco aprendemos también a distinguir a los acusados (hasta ahora decían casi siempre lo mismo). La frontera de la edad que los separa es, al propio tiempo, la frontera de la elocuencia. El que cuenta sesenta años o más, inspira compasión, no por la edad, sino por la actitud. Ramzin y Larichev, de cuarenta y un años, y Ochkin (el que en 1921 denunció el *Glavtop*), de treinta y nueve, se portan de un modo mucho más villano y desvergonzado, y todas las declaraciones importantes sobre el partido de la industria y la intervención proceden de ellos. Ramzin era un individuo a

quien (a pesar de sus primeros éxitos brillantes) ningún ingeniero daba la mano. Ahora, en el proceso, coge al vuelo cualquier insinuación de Krylenko y la reviste de formulaciones altamente precisas. Después de todo, todas las inculpaciones se basan en la memoria de Ramzin. Dicen que posee la suficiente fuerza de convicción y el suficiente dominio de sí mismo para haber dirigido, en París (por encargo de la GPU, se entiende) competentes negociaciones acerca de la intervención. También fue muy afortunado Ochkin: a los veintinueve años gozaba ya de «la ilimitada confianza de la STO y del *Sovnarkom*».

Del profesor Charnovski, de sesenta y dos años, no se podía decir lo mismo: En el periódico mural fue insultado por estudiantes anónimos, y después de veintitrés años de actividad docente, fue citado ante la asamblea plenaria de los estudiantes para «rendir cuentas sobre sus conferencias».

¡Y el profesor Kalinnikov, en 1921, se había puesto incluso a la cabeza del combate abierto contra el poder soviético, y ciertamente había dirigido una huelga de profesores! El hecho era que el Instituto Técnico Superior de Moscú (MWTU), ya en los años de la reacción de Stolypin, había conseguido la autonomía académica (provisión de plazas, elección de rector, etc.). En 1921, Kalinnikov fue nuevamente elegido rector por los profesores del MWTU, sólo que no era del agrado del comisariado del pueblo, el cual nombró a un candidato propio. Pero entonces los profesores se declararon en huelga, los estudiantes se unieron (todavía no existía un cuadro estudiantil proletario auténtico), y Kalinnikov fue rector durante un año en contra de la voluntad del poder soviético. (Hasta el año 1922 no fue suprimida su autonomía, lo cual se efectuó no sin algunas detenciones).

Fedotov, que tiene sesenta y seis años, llevaba ya once de práctica como ingeniero cuando se fundó la RSSFR. Conocía al dedillo todas las fábricas de hilados y de tejidos de Rusia, y había trabajado personalmente casi en todas ellas (¡oh, cuán odioso les resultaba esto, y qué prisa tienen en deshacerse de semejantes personas!). En 1905 renunció al cargo de director en Morozov, sin que le preocupase el alto sueldo, y prefirió ir al «entierro rojo» de un trabajador asesinado por los cosacos. Estaba enfermo; no veía bien; por la noche ya no podía salir de casa; ni siquiera podía ir al teatro.

¿Y estos individuos habían de preparar la intervención, la ruina económica?

Charnovski estaba tan ocupado con sus conferencias y los nuevos campos de investigación (dirección de la producción, fundamentos científicos de la racionalización), que durante muchos años puede decirse que no conoció una tarde libre. Precisamente esta imagen ha quedado grabada en mi mente desde los días de mi infancia: por las tardes, los ingenieros y profesores eran consultados por los estudiantes, y daban las once antes de que pudieran salir de su gabinete de trabajo. Había treinta mil de ellos, para todo el país, para la puesta en marcha del plan quinquenal, ¡y cada uno de ellos tenía que hacerse pedazos, tenía que multiplicarse!

¿Y estos hombres habrían querido preparar las crisis?, ¿practicar espionaje para ganarse una propina?

La única frase honrada la pronunció Ramzin en el proceso: «El camino del *vreditelstvo* es ajeno *al modo de ser interno* del ingeniero».

Durante todo el proceso, Krylenko obliga a los reos a pedir perdón servilmente: eran unos «ignorantes», unos «analfabetos» en política. ¡Ya que la política es algo mucho más difícil y elevado que cualquier metalurgia, que cualquier construcción de turbinas! De nada te sirve una buena cabeza y una formación superior. Con que, dígame usted, acusado: «Cuando llegó la Revolución de Octubre, ¿qué pensó usted de ello?». «Lo miré escépticamente». «Lo que quiere decir, que de antemano lo miró con hostilidad. ¿Por qué?, ¿por qué?, ¿por qué?».

Krylenko los acosa con sus preguntas teóricas, y en aquello que no está en el papel aprendido de memoria, en aquello que se les escapa humanamente, se vislumbra de pronto el núcleo de la verdad: *lo que ocurrió realmente* y que sirvió de base a todo lo demás.

Lo primero que los ingenieros vieron en la Revolución de Octubre fue la desorganización. (Y, realmente, durante tres años no hubo más que ruinas). Más adelante vieron la pérdida de los más primitivos derechos a la libertad. (Que jamás fueron recobrados). ¿Cómo *no habían de querer* una República democrática? ¿Cómo habían de comprender los *ingenieros* la *Dictadura de los trabajadores,* dado que éstos, sus ayudantes en la industria, tal cual eran: menos cualificados, sin comprender ni las leyes físicas ni las leyes económicas de la producción, se levantaban ahora, para ocupar los puestos más importantes y dar instrucciones a los ingenieros? ¿Por qué no habían de considerar los ingenieros como más natural una estructuración de la sociedad en la que se encuentran arriba aquellos que están en condiciones de dirigir racionalmente su actividad? ¿Y acaso no aspira a ello toda la cibernética social, eludiendo únicamente la dirección *moral* de la sociedad? ¿Y acaso no son realmente los políticos profesionales como una pústula en el cuello de la sociedad, que no permite a ésta mover la cabeza ni los brazos? ¿Y por qué habían de renunciar los ingenieros a las opiniones políticas? Ya que la política no es siquiera una ramificación de la Ciencia, sino un campo empírico que no puede ser abarcado por fórmulas matemáticas y que, además, se halla sujeto al egoísmo humano y a las ciegas pasiones. (Charnovski lo dice incluso ante el tribunal: «A pesar de todo, la política debe regirse, hasta cierto grado, por las conclusiones de la técnica»). La exagerada impetuosidad del comunismo bélico había de repugnar a los ingenieros; un ingeniero no puede tomar parte en algo que no tiene sentido, y por ello la mayoría de ellos se mantuvieron inactivos, aparte, hasta 1921, a pesar de que se encontraban apuradísimos. Comenzó el NEP, y los ingenieros pusieron manos a la obra, porque consideraban el NEP como la señal de que el poder había entrado en el camino de la razón. Pero ¡ay!, las condiciones ya no eran las de antes: a los ingenieros no sólo se les consideraba como una clase intermedia socialmente sospechosa, que ni siquiera

podía enviar a sus hijos a la escuela; los ingenieros no sólo cobraban mucho menos de lo que les correspondía por su aportación a la producción, sino que, peor aún, a ellos, que con su inteligencia debían contribuir al éxito de la producción y a la disciplina en los lugares de trabajo, se les negaba el derecho de fomentar esta misma disciplina. Ahora cada trabajador podía permitirse no obedecer las instrucciones del ingeniero, y más aún, podía insultarle impunemente, incluso pegarle, y, como representante de la clase dominante, *tener siempre la razón*.

Krylenko replicó: «¿Se acuerda usted del proceso de Oldenborger?». (Quiere decir: cómo le tomamos bajo nuestra protección).

Fedotov: «Sí. Para dirigir la atención hacia la situación del ingeniero, hubo uno que tuvo que perder la vida».

Krylenko (*decepcionado*): «Bueno, yo no me refería a eso».

Fedotov: «Él murió, y no sólo él. *Él murió voluntariamente, pero muchos fueron asesinados*[284]».

Krylenko calló. De modo que es verdad. (Vuelva usted a hojear en el proceso de Oldenborger e imagínese aquel ambiente de persecución. Y, además, la frase: «Muchos fueron asesinados»).

En suma, al ingeniero se le culpaba ya de todo, aunque no tuviese culpa de nada. Y si alguna vez se equivoca, por ser también humano, entonces lo despedazan si no le protegen los colegas. ¿Podrían acaso apreciar la sinceridad de los de arriba? Así, a los ingenieros a veces no les queda más remedio que mentir a los superiores del partido.

Para restablecer la autoridad y el prestigio de la profesión de ingeniero harían realmente falta la unión y el apoyo mutuo; sobre todos ellos pende la espada amenazadora. Mas para unirse así no se requieren conferencias ni libros de socio. Como en todo entendimiento entre personas inteligentes y de ideas claras, bastan también para ello un par de palabras en voz baja, quizá pronunciadas como al azar. Las votaciones son del todo superfluas. Tan sólo las inteligencias limitadas son incapaces de salir adelante sin las resoluciones, sin el visto bueno del partido. (¡Es decir, lo que ahora son incapaces de comprender Stalin y los jueces instructores y toda su ralea! Les falta la experiencia de tales relaciones humanas, porque no las conocieron en toda su historia del partido). Hacía mucho tiempo que existía esta unión de los ingenieros rusos en el gigantesco imperio analfabeto de los déspotas; durante decenios supo acreditarse, hasta que ahora ha sido descubierta por el nuevo poder, sumamente alarmado.

Comenzó el año 1927. La prudencia de la época del NEP pareció barrida por el viento. Sí, fue todo el NEP, como se vio, un cínico engaño. Entonces se desarrollan los proyectos irreales de un salto superindustrial, se dan a conocer proyectos y encargos imposibles. En estas condiciones, ¿qué puede hacer la razón técnica colectiva, los jefes ingenieros del *Gosplán* y del consejo de la economía nacional? ¿Inclinarse ante la locura? ¿Retirarse? Después de todo, ellos mismos no lo encuentran tan mal; en el papel se pueden escribir los números que se quiere, pero

«nuestros camaradas, que se hallan en el trabajo práctico, con tales encargos se verían obligados a rendir más de lo que les sería posible». Por consiguiente, hay que intentar moderar los planes, reducirlos a un nivel razonable, suprimir del todo los encargos más desmedidos; establecer, por así decirlo, un *Gosplán* propio de los ingenieros, para corregir las tonterías de los superiores y (esto es lo más gracioso) defender en definitiva sus intereses. También los intereses de la industria y los del pueblo, ya que los ingenieros no cesarán de adoptar resoluciones ruinosas, de volver a pescar unos millones esparcidos y dilapidados de manera absurda; en medio del clamor general sobre la *cantidad*, sobre los planes y superplanes, defender la *calidad*, que es el «alma de la técnica». Y educar a los estudiantes para que hagan lo mismo.

Este es el sutil y delicado tejido de la verdad. *Tal como fue*. Pero, en el año 1930, ¿quién se atrevería a declararlo en voz alta? ¡Al paredón con él!

Mas, para la cantidad indicada, ello es demasiado sutil para que pueda descubrirse.

Y por esto, la conspiración de los ingenieros, tácita y llena de bendiciones para todo el país, debe ser disimulada y convertida en burdo trabajo de nocividad y en intervención.

Una escena intercalada: un cuadro incorpóreo e infructuoso de la verdad. La labor de dirección escénica se desquicia; Fedotov deja escapar algo referente a noches sin dormir (¡) durante los ocho meses de su detención; menciona a un importante jefe de la GPU que hace poco que *le estrechó la mano* (?) (así, pues, ¿habían acordado algo?, ¿desempeñad bien vuestro papel, y la GPU mantendrá su palabra?). Los testigos se quedan desconcertados, aunque sus respectivos papeles eran mucho menos importantes.

Krylenko: «¿Ha tomado usted parte en esa reunión de grupos?».

El testigo Kirpotenko: «Dos, tres veces, cuando se habló de las cuestiones relativas a la intervención».

¡A pedir de boca! Krylenko (*animándole*): «¡*Continúe*!».

Kirpotenko (*tras una pausa*): «*Fuera de esto, no sé nada*».

Krylenko le exhorta a que continúe.

Kirpotenko (*con voz sorda*): «*Aparte esta intervención, yo no sé nada*[285]».

Y al ser enfrentado con Kupriyanov, incluso confunde los hechos. Krylenko está furioso, y dice gritando a los presos, tan duros de mollera:

«¡Entonces debéis procurar que las respuestas sean todas iguales!»[286]

Sin embargo, durante el descanso, entre bastidores, todo se arregla de nuevo. Los hilos han vuelto a atarse fuertemente, y cada acusado espera a que le toque el turno. Y Krylenko tira al mismo tiempo hacia arriba de los ocho individuos: Fijaos, los emigrantes, los dueños de fábricas, han publicado un artículo en el que dicen que no hubo ninguna negociación con Ramzin y Larichev, que no sabían nada en absoluto de un «partido de la industria», y que, con toda probabilidad, las declaraciones de los

acusados fueron arrancadas a éstos por medio de torturas. Bueno, y vosotros, ¿qué tenéis que decir a esto…?

¡Dios mío! ¡La indignación se adueña de los acusados! ¡Cada uno de ellos quiere adelantarse, para ser el primero en hablar! ¡Ha desaparecido, como por ensalmo, aquella atormentada tranquilidad con que, días y días, se insultaban a sí mismos y a sus colegas! ¡Las mentiras de los emigrantes hacen brotar en ellos, a borbotones, una desenfrenada indignación! ¡Que se les permita tan sólo un deseo: entregar una declaración escrita para los periódicos, para poder, mediante una carta colectiva de los acusados, *defender los métodos de la GPU*! (¡vaya!, ¿no es esto un adorno, una preciosa joya?).

Ramzin: «¡La prueba decisiva de que no fuimos torturados, la suministra nuestra presencia aquí!». (¿De qué serviría una tortura si después de ella no pudiera haber ningún juicio?).

Fedotov: «La detención no fue solamente de utilidad para mí… Me siento incluso mejor en la prisión que en libertad».

Ochkin: «También yo, también yo me siento mejor».

Por parte de Krylenko y Vichinski constituye un rasgo de nobleza convencerles para que renuncien a tal carta colectiva. ¡Los acusados la habrían escrito y firmado!

¿Acaso se ha infiltrado la sospecha? Krylenko la ahuyenta con su brillante lógica: «Si supusiéramos, tan sólo por espacio de un segundo, que esa gente miente, entonces, ¿por qué habrían sido detenidos y por qué han comenzado de pronto a hablar espontáneamente?»[287].

¡Qué vigor intelectual! ¡En mil años no se les había ocurrido a los acusadores que el mismo hecho de la detención suministra ya la prueba de la culpabilidad! Si los acusados fueran inocentes, ¿por qué se les habría detenido? Pero fueron detenidos, ¡y de esto hay que deducir su culpa!

Realmente: ¿*Por qué habían comenzado a hablar*?

«¡Vamos a echar a un lado la cuestión de las torturas…! En cambio, planteémonos el problema psicológicamente: ¿Por qué confiesan? Pero yo pregunto: *¿Acaso podrían hacer otra Cosa?*»[288]

¡Qué maravilla! ¡Y cuan psicológicamente! Si no tuviera ocasión de *sentarse* ante aquel Tribunal, podría recordar esto: ¿Qué otra cosa podría hacer…?

(Ivanov-Razumnik escribe[289] que, en 1938, él estuvo con Krylenko en una misma celda; el lugar que ocupaba Krylenko era debajo de los catres. Me imagino yo esto muy vivamente; yo mismo tuve que meterme allí debajo. Los catres son tan bajos, que, para desplazarse uno sobre el sucio suelo asfaltado, tiene que hacerlo apoyándose en la barriga. Pero al novato le falta la práctica, y al principio intenta hacer la operación a gatas. Es verdad que consigue introducir la cabeza entre el catre y el suelo, pero el trasero, levantado, le queda fuera. Me parece que al fiscal le debió de resultar especialmente difícil la adaptación, y que su trasero, no del todo consumido aún, debió de permanecer bastante tiempo al aire, para gloria de la justicia

soviética. El hombre es pecador: la idea maligna de ese trasero atascado ha constituido para mí un sedante durante toda la larga descripción de este proceso).

Dice el fiscal: Si todo esto corresponde a la verdad (referente a las torturas), sería incomprensible ¿*qué* fue lo que pudo inducirles a esta confesión unánime, sin desviaciones ni contradicciones, proferida a coro…? Sí, ¿*dónde* habrían podido ponerse tan estupendamente de acuerdo? ¿Durante la prisión preventiva? ¡Pero si allí no tuvieron ningún contacto entre sí…!

(Pasadas algunas páginas, un testigo superviviente nos dirá *dónde*)…

Ahora, al revés, le toca al lector explicarme a *mí* en qué consiste el tan cacareado «enigma de los procesos de Moscú de los años treinta» (primeramente, la gente se sentía intrigada por el partido de la industria, después transfirió el enigma a los procesos de los dirigentes del partido).

No fueron llevados ante el Tribunal los dos mil implicados en el asunto, ni tampoco doscientos o trescientos individuos, sino únicamente aquellos ocho. Dirigir un coro octocéfalo no tiene nada de imposible. Y bien podía Krylenko hacer la elección de entre millares, y ciertamente estuvo dos años ocupado en ello. Palchinski no se dejó quebrantar, y fue fusilado (y póstumamente fue declarado «líder del partido de la industria», titulado como tal en las declaraciones, aunque no quedaba de él ni una sola frase). Entonces esperaron sacar lo necesario de Jrennikov; pero tampoco consiguieron doblegar a Jrennikov. Una nota a pie de página comenta en letra pequeña: «Jrennikov murió durante la prisión preventiva». Ellos utilizan la letra pequeña para los tontos, pero *nosotros*, que sabemos la verdad, escribimos en caracteres de tamaño doble: «¡EN LA PRISIÓN PREVENTIVA FUE TORTURADO HASTA LA MUERTE!». (Póstumamente fue nombrado también «líder del partido de la industria», como si hubiese contribuido al coro, aunque sólo fuese con un hecho muy pequeño, con una sola declaración… Pero nada procede de él, *¡ya que nada les dejó!*). Y, de repente, ¡el gran hallazgo: Ramzin! Está lleno de energía concentrada y de agresividad. Y para *vivir* hará lo que sea. Y para ello está bien dotado. Hacia el final del verano fue detenido, poco antes de que se iniciase el proceso, pero lo que él ofrece ahora no es únicamente una ejecución magistral de su papel, no, sino que actúa casi como si él mismo hubiese elaborado toda la obra, y tiene preparada una montaña de material adicional, y está en todo momento dispuesto a servir cualquier nombre, cualquier hecho que haga falta. Y a veces actúa con el indolente preciosismo del *maestro*:

«La actividad del partido de la industria estaba de tal modo ramificada, que en un proceso de once días de duración parece imposible mostrarla en todos sus detalles». (Lo que quiere decir: ¡buscad!, ¡seguid buscando!). «Estoy profundamente convencido de que en los círculos de ingenieros podría encontrarse siempre una pequeña capa antisoviética». (¡Cógelo!, ¡cógelo!, ¡traed al siguiente!). Y como está tan bien dotado, sabe que ello es un *enigma*, y que un enigma ha de explicarse con arte. Y él, que carece por completo de sentimientos, descubre de pronto en sí mismo

«rasgos del criminal ruso para quien la purificación se encuentra en la penitencia pública[290]».

Por consiguiente, para Krylenko y para la GPU, toda la dificultad estribaba en no fallar en la elección de las personas. No obstante, el riesgo no era grande: la selección efectuada durante la investigación podía ser enviada en cualquier momento a la tumba. Y el que pasaba por la criba sólo necesitaba ser tratado médicamente, que lo cebasen un poco, ¡y el proceso podía comenzar!

¿En qué consistía, pues, el enigma? ¿En el modo en que era *elaborado*? No; aproximadamente, así: ¿Queréis *vivir*? (Si uno no quiere vivir para sí, es posible que quiera vivir para los hijos, para los nietos). Ya comprendéis que, sin más preámbulos, podemos fusilaros aquí mismo, en el patio de la GPU. (Indudablemente. Al que aún no lo ha comprendido, se le receta una cura completa en la Lubianka). Pero sería más ventajoso para ambas partes si estuvieseis dispuestos a colaborar en una determinada pieza teatral, cuyo texto, como técnicos que sois, escribiréis vosotros mismos; nosotros, los abogados, lo aprenderemos de memoria e intentaremos retener los términos técnicos. (Durante el proceso, Krylenko comete algunas equivocaciones: por ejemplo, eje de vagón en vez de eje de locomotora). La escena os resultará desagradable, ignominiosa; entonces, lo mejor es que apretéis los dientes. ¿Acaso no os va en ello la *vida*? ¿Y qué garantía tenemos de que después no vayáis a fusilarnos? ¿Por qué tendríamos que vengarnos en vosotros? Sois unos especialistas distinguidos; no habéis hecho nada malo; sabemos apreciaros perfectamente. Mirad a vuestro alrededor: en todas partes se celebran procesos por *vreditelstvo*, y a todos los que representaron bien su papel, los hemos dejado con vida. (Esto es muy importante para el éxito de un proceso futuro: perdonar la vida a los reos obedientes de un proceso que acaba de terminar. Así, esta esperanza se transmitirá, eslabón por eslabón, hasta Sinoviev-Kamenev). Desde luego, será necesario que cumpláis absolutamente nuestras condiciones. El proceso deberá redundar en provecho de la sociedad socialista.

Y los reos cumplen todas las condiciones…

Toda la labor de filigrana de oposición intelectual de los ingenieros la presentaron como un sucio *vreditelstvo*, de suerte que hasta cualquier analfabeto de ayer pudiera comprenderlo fácilmente. (Lo que sin duda faltaba todavía era que los trabajadores golpearan con el vaso los platos de sopa. Al fiscal no se le había ocurrido aún tal idea).

Luego vino el motivo de la *Idea* y de la fidelidad a la idea. ¿Habían tomado parte en el *vreditetstvo*? Pero, ahora, impulsados por una idea hostil, estaban dispuestos a confesar, incluso lo deseaban ardientemente, gracias a la idea, esta vez otra distinta, que (en la cárcel) se les había revelado en la figura de fuego y de acero del tercer año de nuestro plan. Es verdad que, al final, abogaron también por su vida, pero esto no era para ellos lo más importante. (Fedotov: «No hay perdón para nosotros. El fiscal tiene razón»). Aquí, en el umbral de la muerte, este extraño acusado insistió en su

vehemente deseo de convencer al pueblo y al mundo entero de la infalibilidad y de la perspicacia del Gobierno soviético.

Ramzin entonó himnos de alabanza a la «conciencia revolucionaria de las masas proletarias y de sus líderes», que, a diferencia de los científicos «han sabido encontrar caminos incomparablemente más seguros de la política económica» y calcularon tanto más certeramente el ritmo de crecimiento de la economía nacional. «He comprendido que ha llegado el momento del asalto, que es preciso dar un *salto*»…, [291] etc. Larichev: «La Unión Soviética se enfrenta inquebrantablemente al moribundo mundo capitalista». Kalinnikov: «La dictadura del proletariado es una necesidad ineludible». «Los intereses del pueblo y los intereses del poder soviético se funden en una sola aspiración». Y también: «La línea general del Partido [en el campo], la destrucción de la institución de los *kulaks*, es adecuada». En espera de la ejecución, todavía tienen tiempo de hablar de todo. Y también la siguiente predicción atravesó la garganta de unos intelectuales arrepentidos: «En el desarrollo de la sociedad, la vida individual deberá restringirse… La voluntad colectiva constituye la forma superior[292]».

Gracias a los esfuerzos unidos de los ocho, por último se lograron todos los fines del proceso:

1.º Toda la escasez que había en el país; el hambre, el frío, la falta de ropa, la confusión, junto con todas las tonterías evidentes, se cargó en la cuenta de los ingenieros *vreditelstvos*;

2.º al pueblo se le intimidó por el peligro inminente de la intervención y se le dispuso para nuevos sacrificios;

3.º los círculos izquierdistas de Occidente estaban advertidos con respecto a las maquinaciones de sus Gobiernos;

4.º la solidaridad de los ingenieros fue perturbada, la capa intelectual en su conjunto fue intimidada y dividida. Y para que no quedara la menor duda, Ramzin manifestó con toda claridad este fin perseguido por el proceso:

«Lo que yo deseaba era que, como resultado del actual proceso contra el partido de la industria *bajo el oscuro y nocivo pasado*, pudiera acabarse, *de una vez para siempre, con toda la intelectualidad*[293]».

Y Larichev remachó el mismo clavo: «¡Esta casta debe ser destruida…! *¡No hay ni puede haber lealtad entre los ingenieros!»*[294]. Y Ochkin: «La intelectualidad es algo viscoso, que, como ha dicho el fiscal, carece de columna vertebral, personifica la ausencia absoluta de espinazo… ¡Cuánto mayor no es la intuición del proletariado!»[295].

¿Y había que fusilar a estos pelotilleros…?

Así se escribió la historia de nuestra intelectualidad, desde el anatema de los años veinte (el lector recordará lo de «No son el cerebro de la nación, sino una mierda», «aliados de los generales negros», «mercenarios del imperialismo») hasta el anatema de 1930.

Nada tiene, pues, de extraño que la palabra «intelectualidad» haya tomado entre nosotros un sentido peyorativo. Ahora ya sabemos cómo se hacen los procesos. La mente buscadora de Stalin había logrado al fin su ideal. (Hitler y Goebbels, esos dos chapuceros que hicieron el ridículo con el incendio del Reichstag, incluso lo envidiarían por ello)…

El estilo había sido encontrado, el modelo había sido creado, ahora la pieza, con algunas variaciones, podía permanecer años y años en la escena, podría repetirse en cada temporada tantas veces como deseara el director del espectáculo. Y haría que la próxima representación se efectuara ya dentro de tres meses. El tiempo para ensayar era escaso, pero ¡no importa! ¡Vayan entrando! ¡Sólo en este teatro! El estreno:

m) *El proceso de la Oficina de la Unión Menchevique* (1-9 de marzo de 1931). Colegio especial del Tribunal Supremo, la presidencia la ocupaba, por la razón que sea, Nikolai Shvernik; por lo demás, estaban los de siempre: Antonov-Zaratovs Krylenko, su ayudante Roginski. Los directores de escena estaban seguros de lo que tenían entre manos (sobre todo, por porque se trataba de un asunto habitual, no técnica, sino partido) e hicieron desfilar a catorce acusados.

Y todo se desarrolló en el escenario de forma fácil y fluida, todo fue como una seda.

Yo contaba entonces doce años de edad; hacía ya dos años me leía con mucha atención todos los artículos políticos de la gran *Izvestia* y estudiaba de la A a la Z los apuntes taquigráficos de estos dos procesos. Ya en el partido de la industria experimentó mi corazón infantil con toda claridad el efecto de desmesura, la mentira y la trampa, sin embargo, ¡eran tan impresionantes los decorados! ¡Intervención general! ¡Paralización de toda la industria! ¡Reparto de cargos de ministro! En el proceso de los mencheviques se colocaron ciertamente los mismos decorados, pero en este caso parecían como deteriorados, la articulación de los actores dejaba algo que desear, y en conjunto resultó una triste repetición. (¿Es posible que Stalin se diera cuenta de ello, a través de su piel de rinoceronte? ¿Cómo explicar entonces que mandase disolver el partido de los trabajadores campesinos y dejase transcurrir algunos años sin proceso alguno?).

Resultaría aburrido volver a escrutar los apuntes taquigráficos. En cambio, poseo el testimonio fresco de uno de los principales acusados de aquel proceso, el de Mijail Petrovich Yakubovich, cuya solicitud de rehabilitación, con la exposición exacta de las falsificaciones, llegó hasta el Samizdat, nuestro salvador, para que la gente lea cómo sucedió**[296]**. Su informe nos ofrece una explicación convincente de toda la serie de procesos que se celebraron en Moscú en aquellos años treinta.

¿Cómo apareció la no existente «Oficina de la Unión»? El encargo del plan a la GPU era el siguiente: demostrar que los mencheviques, en la persecución de sus fines contrarrevolucionarios, habían logrado establecerse en el aparato estatal y obtener puestos importantes. La verdadera situación no correspondía a este esquema: en

ninguna parte de «arriba» podían encontrarse a un solo menchevique. De los auténticos tampoco llegó ninguno de ellos a sentarse en el banquillo. (Es decir, V. K. Ikov debió de ser efectivamente miembro de la oficina ilegal de los mencheviques, de vida lánguida y sin iniciativa, pero, en todo caso, en el proceso no se sabía nada de esto). La GPU se trazó la norma siguiente: dos hombres habían de ser del consejo económico nacional, dos del comisionado de comercio, dos del *Gosbank*, uno del *Zentrosoyuz*, uno del *Gosplán*. (¡Demasiado sencillo! Ya en 1920 dictaron al «Centró Táctico» dos de la «Liga para el renacimiento de Rusia», dos del «Consejo de actuantes en la vida pública», dos del)… Se *escogían*, por consiguiente, las personas en función del cargo. En cuanto a su efectiva filiación menchevique, se procedió de oídas. Otros hubo que resultaron no ser mencheviques, pero se dispuso que figurasen como tales. Las verdaderas ideas políticas de los acusados no importaban lo más mínimo a la GPU. Ni siquiera se conocían todos entre sí. También como testigos cogió la GPU a todos los mencheviques que cayeron en sus manos[297]. (Los testigos vieron luego todos ellos rebajado su tiempo de cárcel). También esta vez apareció Ramzin como testigo, servicial y parlanchín. Pero, por lo demás, la GPU puso entre los principales reos a Vladimir Gustanovich Groman (para que les ayudase a montar el tinglado, concediéndole a cambio la amnistía) y al agente provocador Petunin. (Me atengo a la exposición de Yakubovich).

Ha llegado el momento de que presentemos a M. P. Yakubovich. Intervino tan pronto en la Revolución, que ni siquiera terminó sus estudios de bachillerato. En marzo de 1917 era ya presidente del Soviet de los diputados en Smolensko, elocuente orador, lleno de fuerza persuasiva (que siempre lo llevaba a alguna parte). En el Congreso del frente occidental fijó su atención en los periodistas que clamaban por la continuación de la guerra y, sin pensarlo más, los calificó de *enemigos del pueblo (¡en* abril de 1917!); por poco no lo arrojaron de la tribuna; se disculpó, volvió a salir del atolladero con un brillante discurso, y supo de tal modo conquistar al auditorio que, al final del discurso, volvió a acusar de enemigos del pueblo a los hombres de la Prensa, pero esta vez en medio de grandes aplausos, y fue elegido para la delegación que se dirigió al Soviet de Petrogrado. Apenas había llegado a Petrogrado cuando, con la facilidad de aquella época, fue llamado a la comisión militar, pudo tomar parte en el nombramiento de comisarios del Ejército[298]; luego, él mismo fue, en calidad de comisario, al frente del Sudoeste, y en Vinnitsa, personalmente hizo prisionero al general Denikin (después del pronunciamiento de Kornilov), y lamentó profundamente (incluso en el proceso) no haberle mandado fusilar inmediatamente.

De ojos azules, siempre muy sincero y en todo momento muy imbuido de su idea, correcta o equivocada, era considerado entre los mencheviques como de la joven generación, y lo era en realidad. Sin embargo, esto no le impidió asaltar tranquilamente con sus proyectos la dirección del partido, como, por ejemplo: en la primavera de 1917 formó un Gobierno social-democrático o en 1918, como menchevique, entró en el Komintern (todas sus variantes fueron rechazadas

metódicamente y con algo de soberbia por Dan y los otros). El mes de julio de 1917 le afectó gravemente. El hecho de que el Soviet socialista de Petrogrado aprobase la resolución del Gobierno provisional de emplear tropas contra otros socialistas, lo consideró como un fatal error, aun cuando estos otros socialistas hubiesen tomado las armas. Apenas había finalizado la revolución de Octubre, cuando Yakubovich invitó a su Partido a apoyar en todo a los bolcheviques y a influir y mejorar con su propia participación el orden estatal por ellos creado. Finalmente fue proscrito por Martov, y ahora, habiendo perdido la esperanza de encarrilar a los mencheviques, por la vía bolchevique, en 1920 les volvió definitivamente la espalda.

Describo su evolución con todo detalle, para que no quede la menor duda: durante toda la revolución, Yakubovich no fue menchevique, sino bolchevique, siempre sincero y totalente desinteresado. Además, en 1920, fue comisario de abastos en el Comité del Gobierno de Smolensko (como único no bolchevique); fue incluso elogiado por el Comisariado del pueblo por su excelente labor (él afirma haberse librado de expediciones represivas; no lo sé; en el juicio mencionó algo de «departamentos de encierro»). En los años veinte redactó la *Hoja de Comercio* y ocupó también otros puestos de prestigio. Y en 1930, cuando la GPU comenzó a realizar su plan contra todos los mencheviques «infiltrados», Yakubovich fue detenido.

Entonces le sometió también a interrogatorio Krylenko, el cual, lo mismo que antes, como sabe el lector, organizó el caos de las pesquisas y lo convirtió en una ordenada investigación. Y he aquí que los dos se conocían muy bien, ya que nuestro Krylenko, en los mismos años (entre dos procesos), había sido destinado al mismo Gobierno de Smolensko para consolidar la labor relacionada con el abastecimiento de víveres. Ahora, pues, habló así:

«Mijail Petrovich, permítame que le diga de inmediato que a mis ojos es usted un comunista (esto animó muchísimo a Yakubovich). *No dudo de su inocencia. Pero es nuestro deber para con el Partido efectuar este proceso*. (Krylenko recibió la orden de Stalin, y Yakubovich, ante la idea de un proceso, temblaba como un fogoso corcel que teme ser ensillado). Le ruego que preste toda su ayuda a la investigación. Y si en el juicio surgiesen complicaciones imprevistas, rogaré al presidente que le permita a usted hacer uso de la palabra».

!!!

Y Yakubovich lo prometió. Lo prometió, consciente de un deber que había de cumplir. Probablemente el poder soviético no le había confiado aún una misión de tanta responsabilidad.

¡Y, durante el interrogatorio, ni siquiera debían tocarle con el dedo meñique! Pero ¡qué va!, esto era algo demasiado fino para la GPU. Durante el interrogatorio, Yakubovich fue sometido, como todos los demás, a toda la escala de la tortura: a la fría mazmorra y a las palizas, a los golpes en las partes genitales. El tormento fue tan atroz, que Yakubovich y su compañero en el proceso, Abram Ginsburg, se abrieron

las venas. Restablecidos a medias, ya no se les torturó ni pegó, *solamente* se les privó del sueño durante dos semanas. (Yakubovich dice: «¡Sólo quería dormir! Conciencia, honor…, ¡ya no valen nada!»). Entonces son enfrentados también a los otros, ya quebrantados, que se afanan en lo mismo: en «confesar», en decir cosas absurdas. Sí, el propio juez instructor (Alexei Alexeievich Nasedkin): «¡Ya sé, ya sé que no hubo nada de esto! ¡Pero nos lo exigen!».

Cuando Yakubovich es presentado de nuevo ante el juez que instruye la causa, éste no se encuentra más que con un preso horriblemente maltratado. El juez sonríe: «Moisei Isaievich Teitelbaum, aquí presente, pide que le acojáis en vuestra organización antisoviética. Hablad libremente, os dejo un instante solos». Y se fue. Teitelbaum comenzó efectivamente a implorar: «¡Camarada Yakubovich! ¡Admítame usted en su oficina de la Unión Menchevique! Me acusan de haber recibido dinero de unas firmas extranjeras, y dicen que van a fusilarme. ¡Prefiero morir como contrario al régimen, y no como delincuente común!».

(Mejor dicho: ¿No le habrían prometido que en calidad de contrario se le perdonaría la vida? Tenía razón: le dieron cinco años de libertad, un plazo sumamente fácil). ¡Muy escasas debían de ser las provisiones de la GPU en cuanto a mencheviques, que tuviera que buscar voluntarios entre los reos…! (Pero a Teitelbaum le aguardaba un papel importante: establecer contactos con los mencheviques extranjeros y con la Segunda Internacional. Sin embargo, en el comité internacional de los Cinco se prometió esto: un hombre, una palabra). Con la aprobación del juez instructor, Yakubovich admitió a Teitelbaum en la Oficina de la Unión.

Unos días antes de que se iniciase el proceso, se celebró —en el gabinete de trabajo del juez superior instructor Dmitri Matveievich Dmitriev— la primera sesión de la Oficina de la Unión de los mencheviques; estuvo dedicada a cuestiones de organización del desarrollo total o del estudio de los respectivos papeles. (¡También se reunió así el comité central del partido de la industria! Y Krylenko se preguntaba *dónde* habían podido «reunirse los acusados»). Pero, debido a que después del primer ensayo no había podido retenerse todo el cúmulo de absurdas mentiras, los colaboradores tuvieron que reunirse por segunda vez con objeto de que, finalmente, quedaran bien aprendidos los papeles.

¿Y qué sentimientos impulsaban a Yakubovich cuando entró en la sala del juicio? ¿Quería vengarse de todos los tormentos padecidos, de todas las mentiras con que le habían abrumado? ¿Quería revelarlo todo, para que el mundo no se llamase a engaño? Pero ¡alto!

1. ¡Ello significaría clavar un puñal en la espalda del poder soviético! Sería la negación de la propia aspiración de su vida, del camino que él, Yakubovich, había recorrido para salir de la maleza del erróneo manchevismo y llegar hasta el ortodoxo bolchevismo;

2. después de semejante escándalo, ya no le harían morir, ya no se limitarían a fusilarlo, sino que de nuevo lo torturarían, esta vez por venganza, le harían perder la razón; y en cuanto al cuerpo, éste muestra todavía las señales de las torturas anteriores. ¿Dónde encontrar el apoyo moral para estos nuevos tormentos? ¿De dónde extraer las fuerzas necesarias?

(Sus palabras resonaban aún en mis oídos, mientras yo iba enumerando estos argumentos. Constituía una de las rarísimas ocasiones de poder oír, por decirlo así, «póstumamente» hablar a uno de los que participaron en semejante proceso. Y me parece que es precisamente como si Bujarin o Rikov nos hubiesen explicado los motivos de su enigmática forma de someterse al Tribunal: la misma sinceridad, la misma fidelidad al partido, la misma debilidad humana; tanto al uno como al otro le faltó el necesario apoyo moral para la lucha, porque no se hallaban en una posición INDEPENDIENTE).

Por tanto, en el proceso no sólo repitió sumiso Yakubovich el sucio cúmulo de mentiras (algo mejor no podían hacerlo ni la imaginación de Stalin, ni la de sus cómplices, ni la de los acusados), sino que hizo todavía más: representó el papel de un entusiasta, como había prometido al fiscal.

La denominada delegación extranjera de los mencheviques (en el fondo, todos los dirigentes de su comité central) se distanció de los acusados en el ¡*Adelante*! alemán. Dijo que el proceso era una vergonzosa comedia judicial, que se apoyaba en declaraciones de agentes provocadores y en confesiones arrancadas por el terror a los infelices reos. Escribieron diciendo que la inmensa mayoría de los acusados hacía más de diez años que habían abandonado el partido y que ninguno de ellos había vuelto a él. Que las sumas que en el proceso se mencionaban eran ridículamente grandes, que ni siquiera el partido entero había poseído nunca tanto dinero.

Sin embargo, Krylenko leyó en voz alta el artículo y pidió a Shvernik que llamase a los acusados (nuevamente, como en el partido de la industria, manejaba todos los hilos al mismo tiempo). Y todos declararon. Y defendieron los métodos de la GPU en contra del comité central menchevique…

Y si hoy, Yakubovich piensa en esta su «respuesta», como su última palabra, ¿qué dice a ello? Que en modo alguno se atuvo sólo a la promesa dada, que no tuvo simplemente un arrebato, no, sino que se vio impulsado violentamente por un torvo rencor, el cual tuvo que desahogarse en el siguiente alud de palabras. Rencor, ¿contra quién o contra qué? Después de todas las torturas, después de su intento de suicidio, después de una repetida agonía, su noble indignación no iba dirigida contra el fiscal, ni contra la GPU, ¡no!, sino contra la ¡¡¡delegación extranjera!!! ¡Ahí está, el cambio psicológico de polo! Aquellos que vivían en medio de la seguridad y del confort (un destierro no puede ser tan miserable que, comparado con la vida en la Lubianka, no dé la impresión de que se vive con confort), ¿cómo pudieron tan sin conciencia y con tanto orgullo apartarse de la miseria y de los sufrimientos de estas personas? ¿Cómo

podían estar tan endurecidos para distanciarse de los desgraciados, para abandonarlos a su suerte? (Fue ésta una dura respuesta, un gran triunfo para los organizadores).

Después de 1967, la voz de Yakubovich temblaba aún de cólera, tan pronto como la conversación recaía en la delegación extranjera, en su deslealtad, en su indiferencia, en su traición a la Revolución socialista. Sí, traición, ya lo había dicho en 1917.

Sin embargo, en aquel entonces no disponíamos de los apuntes taquigráficos del proceso. Posteriormente me los procuré, y quedé asombrado. La memoria de Yakubovich, que tan exacta fue hasta en los menores detalles, para cualquier fecha y nombre, aquí lo abandonó: había olvidado por completo que fue él mismo quien, en el proceso, declaró que había recibido de la delegación extranjera, por encargo de la Segunda Internacional, *instrucciones para el vreditelstvo*. Lo que presidía aquel artículo no era la falta de conciencia, ni la soberbia, sino precisamente la *compasión* hacia las desgraciadas víctimas del proceso, que, después de todo, ya hacía tiempo que, en realidad, habían dejado de ser mencheviques, ¿por qué no había tenido que decirse esto? Por consiguiente, ¿de dónde le venía a Yakubovich su implacable y sincera cólera? ¿Qué habría podido hacer, además, la delegación extranjera, para impedir que los acusados no quedasen abandonados a su suerte?

Es propio de la naturaleza humana el que descarguemos nuestra cólera contra los que son más débiles que nosotros, sobre todo si ellos no pueden reaccionar. Y los argumentos, las pruebas de que tenemos razón, acuden espontáneamente a nosotros.

Pero, en el discurso de acusación, Krylenko llamó a Yakubovich fanático de la idea contrarrevolucionaria, y pidió para él… *¡la muerte por fusilamiento!*

Y no fue solamente aquel día cuando Yakubovich sintió que se asomaba a sus ojos una lágrima de agradecimiento; aún hoy, después de campos de concentración y cárceles, está agradecido a Krylenko porque éste no lo humilló en el banquillo de los acusados, no lo insultó, no se burló de él, sino que dijo que era un *fanático* (aunque de una idea contraria) y pidió para él el simple y noble fusilamiento, que ponía fin a todos los tormentos. En sus palabras finales, después de todo, Yakubovich dio él mismo a ello su conformidad: «Los crímenes *que he confesado* (a este giro felizmente logrado de “*que he confesado*” él le confiere un gran valor. El que tenga oídos, debería comprenderlo: no dice *que he cometido*), merecen la máxima pena. ¡No pido clemencia, no pido por mi vida!». (Groman, que estaba sentado a su lado en el banquillo, exclamó aterrado: «¿Se ha vuelto usted loco? ¡No tiene derecho! ¡Piense en sus camaradas!»).

¡Vamos!, ¿no es esto un verdadero hallazgo para el ministerio público?

¿Y no constituye suficiente explicación para los procesos de 1936 y 1938?

Ya que ¿acaso este proceso no dio a Stalin la seguridad de que tenía completamente en sus manos a sus principales enemigos, los garrulos camaradas, para escenificar con ellos otro espectáculo semejante?

Espero que el indulgente lector sabrá perdonarme. Hasta ahora mi pluma ha escrito sin temor y mi corazón sin zozobra: despreocupadamente nos hemos deslizado por todos estos quince años, porque estábamos ciertos de la protección de espíritu legal de la Revolución y de la legalidad revolucionaria. Pero, en adelante, va a resultar más doloroso: como recordará el lector, se nos ha dicho diez veces, comenzando por Kruschov, que «hacia el año 1934» empezaron a «violarse las normas leninianas de la legalidad».

¿Y cómo hemos podido ahora descender a este abismo de anarquía? ¿De dónde extraer las fuerzas para poder vadear aún este otro charco de amargura?

Además, gracias a sus prominentes reos, los siguientes procesos llamaron la atención del mundo entero. *Estos* procesos no fueron pasados por alto, se escribió sobre ellos, fueron interpretados y comentados. Y aún se hace hoy. A nosotros sólo nos resta decir algo acerca del *enigma*.

Ante todo, una restricción, aunque al margen: los informes taquigráficos publicados no coinciden por completo con lo dicho en el proceso. Un escritor, provisto de un pase y, por consiguiente, formando parte del público escogido, había tomado algunas notas y se encontró con algunas incongruencias. Tampoco pasó inadvertido a los corresponsales el breve incidente de Krestinski, cuando fue preciso intercalar una pausa, para llevarlo de nuevo al camino recto de lo declarado anteriormente. (Me imagino que ocurrió así: al empezar el proceso, se redactó un plan de urgencia. Se disponía de una hoja de papel con tres rúbricas; en la primera, figuraba el nombre del acusado, en la segunda el recurso a emplear en el caso de que la sentencia se apartase de la ley, y en la tercera el nombre del chequista a quien incumbía tal recurso. Y si un Krestinski se apartaba realmente de su papel entonces ya se sabía en seguida quién, qué y con qué).

Pero la inexactitud de los apuntes taquigráficos no pueden cambiar nada del cuadro así como tampoco suponer disculpa alguna. El mundo contempló asombrado tres piezas teatrales, tres preciosas representaciones monstruo en las que cabezas conspicuas del impertérrito partido comunista, aquel que en otro tiempo cambió el mundo y le infundió espanto, como ovejas mansas y quejumbrosas tropezaban por el escenario y con lastimeros balidos iban contando todo lo que se les había ordenado que contasen, y se escupían a sí mismas, y con servil sumisión se hundían en el fango y confesaban delitos que era imposible que hubieran cometido.

Nunca se había dado nada igual en la historia recordada de la Humanidad. Resultaba especialmente asombroso, si se tenía presente el proceso de Dimitroff, en Leipzig, no muy lejano. Como un león enfurecido, Dimitroff había atacado a jueces nazis. ¿Y aquí? Aquí se hallaban sentados sus camaradas de la misma cohorte inflexible y amedrentadora, y no cualesquiera, sino los más importantes, a los que denominaban la «Guardia de Lenin», se hallaban aquí sentados ante los jueces, empapados en sus propios orines.

Y aunque pudiera creerse que desde entonces se han explicado muchas cosas (del modo más certero por Arthur Koestler), el *misterio* continúa aún vigente.

Unas veces se hablaba de una hierba tibetana que paralizaba la voluntad, otras del empleo de la hipnosis. En modo alguno pueden rechazarse de plano estas explicaciones: en el caso de que la NKVD poseyera tales medios, ¿qué *normas morales* le habrían podido impedir que los utilizase? ¿Por qué, entonces, no debilitar la voluntad y obnubilarla? Que, en los años veinte muchos hipnotizadores interrumpieron sus representaciones habituales y entraron al servicio de la GPU, es un secreto a voces. Es de todo punto digno de crédito el informe de que la NKVD mantuvo en los años treinta una escuela para hipnotizadores. A la señora Kamenev se le permitió visitar a su marido poco antes del proceso y lo encontró embotado, indolente: no parecía ya el mismo. (Tuvo tiempo de referirlo, antes de que la detuvieran también a ella).

Y Palchinski o Jrennikov, ¿por qué en ellos fracasó la hierba tibetana junto con la hipnosis?

O acaso no, sin una explicación superior, psicológica, acaso no podemos descifrar nada.

A muchos les parece que el enigma reside, sencillamente, en que eran todos ellos viejos revolucionarios: uno, un luchador férreo, endurecido, etc.; otro, con una experiencia de encarcelamientos de la época zarista. En esto, sin embargo, hay un error simple. No eran aquellos revolucionarios que…, sino que eran solamente los herederos de una gloria ajena, engendrada por los vecinos Narodniki, socialrevolucionarios y anarquistas. Aquellos, los que arrojaban bombas y conspiraban, conocían la Katorga y cumplieron sus condenas, pero nunca supieron lo que era un verdadero y minucioso interrogatorio (porque en Rusia no lo había). Éstos ignoraban lo que era un interrogatorio y tampoco conocían una detención algo prolongada. Para los bolcheviques nunca hubo una cárcel especialmente dura, como una Sajalin, una Yakuta Katorga. De Dzherzhinski se sabe que fue a él a quien esto afectó más duramente: tuvo que pasar su vida en la cárcel. Sin embargo, si queremos calcularlo según nuestras normas, entonces dejó tras de sí una decena habitual, como en nuestros tiempos cualquier campesino koljosiano; sí, ciertamente, tres años de trabajo en una fortificación formaban parte de aquella decena; vamos, que hoy esto ya no nos deja asombrados.

Los líderes de partido que nos fueron presentados en los procesos de 1936-1938, en su pasado revolucionario podían mostrar algunos breves períodos de encarcelamiento, algunos destierros de duración no excesivamente larga. La Katorga ni siquiera la habían olido. Bujarin había sido detenido un par de veces, cada una de poca monta; al parecer, no estuvo detenido siquiera un año entero, y poco después fue desterrado a orillas del lago Onega**[299]**. Kamenev, que durante muchos años actuó como agitador por todas las ciudades de Rusia, pasó dos años en la cárcel y año y medio en el destierro. Entre nosotros, incluso mozalbetes de dieciséis años salieron

con una condena de, al menos, cinco años. Zinoviev (¡es para morirse de risa!) *¡no estuvo preso ni tres meses y jamás fue condenado!* Frente a nuestros simples moradores de GULAG, ellos no son más que *polluelos*; nunca supieron lo que es una prisión. Rykov e I. N. Smirnov fueron detenidos varias veces, estuvieron presos cada uno de ellos unos cinco años, pero en condiciones bastante buenas; de todos los lugares de destierro pudieron evadirse sin dificultad, y luego les alcanzó una oportuna amnistía. De una verdadera prisión, de las garras de un proceso injusto, antes de que llegasen a la Lubianka, no tenían la menor idea. (La suposición de que si Trotski hubiese caído en esas garras se habría portado de un modo distinto, menos sumiso, es gratuita: ¿qué era lo que podía haber hecho más duro su espinazo? También él había conocido sólo prisiones ligeras y ningún interrogatorio medianamente serio, y fuera de esto, nada más estuvo desterrado dos años en Ust-Kut. La fama que adquirió de terrible comisario de la guerra, espanto de los enemigos, la adquirió a bajo precio, y no acredita una verdadera fortaleza de ánimo. El que mandó fusilar a muchos, es posible que, ¡ay!, gimotee lastimeramente cuando se trata de su propia muerte. La fortaleza en lo uno no tiene nada que ver con la fortaleza en lo otro). Sí, y Radek fue un provocador (aunque no solamente él en los tres procesos). Y Yagoda, un archicriminal.

(A este asesino millones de veces no le entró en el cacumen que en el último momento no hallaría solidaridad alguna en el corazón de aquel que aún era más asesino que él. Le suplicó clemencia, insistiendo confiadamente, como si Stalin se hallase sentado allí en la sala: «¡A usted recurro! ¡Yo construí *para usted* dos grandes canales…!». Y uno que allí estuvo refiere que en aquel momento, detrás de una pequeña ventana del primer piso, como tras un velo, se encendió una cerilla y, en la penumbra, pudo verse, durante breves segundos, la sombra de una pipa. El que de vosotros haya estado en Bajchisarai, en Crimea, recordará quizás esta idea oriental: En la sala de sesiones del Consejo de Estado, a la altura del primer piso, hay unas ventanas, cubiertas por una placa con orificios; detrás de las ventanas hay una galería sin iluminar. Desde la sala, abajo, nunca es posible adivinar si hay o no alguien detrás de las ventanas. El Kan permanece invisible, y es como si estuviese presente en cada sesión del Consejo. Si pensamos en el carácter notoriamente oriental de Stalin, no nos resultará difícil creer que observaba desde arriba las comedias que se llevaban a cabo en la Sala de Octubre. Al contrario, considero inimaginable que se privase de este espectáculo, de semejante placer).

Pero nuestro asombro proviene en último término solamente del hecho de que creemos que estos individuos son algo fuera de lo común. ¿Consideraremos entonces como algo enigmático, si en protocolos corrientes unos ciudadanos corrientes se endosan a sí mismos y al mundo los crímenes más increíbles? Lo aceptamos como algo comprensible: el ser humano es débil, y no es difícil de quebrantar. En cambio, a nuestros ojos, Bujarin, Sinoviev, Kamenev, Piatakov, I. N. Smirnov, son de antemano unos superhombres, y sólo de esto, en el fondo, proviene nuestra perplejidad.

Ciertamente, esta vez a los directores teatrales les resulta, al parecer, más difícil encontrar los actores adecuados; a diferencia de lo que ocurrió en los anteriores procesos de los ingenieros, donde fue posible extraer de cuarenta toneles, esta compañía de ahora era pequeña. Con personas sustitutivas no se habría contentado el público de aquí.

Sin embargo, tampoco fue posible prescindir de una selección. El que era más listo y decidido que los otros designados no se dejó atrapar, y se suicidó antes de ser arrestado (Skrypnik, Tomski, Gamarnik). Se dejó arrestar el *que quería vivir*. Y de uno que quiere vivir puede hacerse una masa dúctil y moldeable… Pero entre ellos hubo también algunos que durante los interrogatorios se comportaron de otro modo, reflexionaron, y ya no quisieron seguir cooperando, y silenciosamente desaparecieron, aunque sin oprobio. Hombres como Rudzutak, Postychev, Yenukidze, Chubar, Kosior, e incluso Krylenko, tuvieron sus razones para no presentarse públicamente ante el Tribunal, aunque con estos nombres cualquiera habría podido constituir un buen adorno.

Fue a los más débiles a quienes sentaron en el banquillo. A pesar de todo, ¡hubo una selección!

Sin embargo, la modesta selección estuvo compensada por la circunstancia de que el director escénico de los bigotes conocía personalmente a cada uno de los candidatos. Sabía que todos ellos eran hombres débiles, y conocía también cada una de sus debilidades. Después de todo, su talento siniestro, lo que en él había de superior al término medio, su capacidad psicológica y el logro de su vida estribaba en esto: en conocer las debilidades de las personas en el grado más ínfimo del ser.

Y también a aquel que en la perspectiva del tiempo se nos antoja como el espíritu más poderoso y claro en la serie de líderes deshonrados y fusilados (y al que probablemente dedica Koestler su inteligente estudio), también a aquel penetró por completo Stalin con su perspicaz mirada, también a él, a N. I. Bujarin, medido en el nivel más bajo, donde el hombre se une a la tierra, lo tuvo mucho tiempo agarrado por el pescuezo, y como el gato con el ratón, se permitió con él un breve juego. Nuestra Constitución, hasta hoy eficaz (ineficaz) y que suena hermosamente al oído, fue redactada de cabo a rabo por Bujarin, quien se había encumbrado fácilmente hasta el nivel más alto, y flotaba por encima de las nubes, y creía haber burlado al amigo Koba con una Constitución que obligaría a éste a aflojar las riendas de la dictadura. Y, sin embargo, ya se encontraba él mismo cogido es sus fauces.

Bujarin no podía tragar a Kamenev ni a Sinoviev, y ya la primera vez que éstos estuvieron ante el Tribunal, después del asesinato de Kirov, dijo en el círculo de sus amigos: «¿Pues, qué? Esa gente es así. Algo de verdad tiene que haber en ello»… (La clásica frase del provinciano de aquellos años: «Algo de verdad tiene que haber en ello… Entre nosotros no se encierra a nadie porque sí». ¡De este modo habló en 1935 el primer teórico del partido…!). Durante el segundo proceso contra Kamenev y Sinoviev, en el verano de 1936, Bujarin se encontraba cazando en Tianchan, y no

sabía nada. Cuando desde las montañas llegó a Frunse, pudo ya enterarse, por los periódicos, de la sentencia de muerte, y leyó, además, los informes, de los cuales se desprendía que los dos hombres, en sus declaraciones, le habían culpado a él en extremo. ¿Córrió en seguida a impedir el doble asesinato? ¿Telefoneó al partido para decir que era monstruoso lo que ocurría? No, sólo envió un telegrama a Koba: la ejecución de Sinoviev y Kamanev podría aplazarse para que… él, Bujarin, pudiera tener ocasión de justificarse en una confrontación.

¡Demasiado tarde! Koba prefería habérselas con las actas; ¿para qué necesitaba confrontaciones vivientes?

Sin embargo, tardaron bastante en ir a buscar a Bujarin. Perdió su influencia en la *Izvestia*, todos sus cargos en el partido, y vivió medio año, como en una prisión, en su vivienda del Kremlin, un palacio del joven Pedro (ciertamente, en otoño estuvo también en la dacha, y los centinelas del Kremlin le saludaron como si nada hubiera sucedido). Llegó el momento en que nadie le visitaba, en que nadie le llamaba ya por teléfono. Y en todos aquellos meses escribió cartas sin cesar: «¡Querido Koba…! ¡Querido Koba…! ¡Querido Koba…!», ninguna de las cuales obtuvo respuesta.

¡Todavía buscaba el contacto cordial con Stalin!

Pero el *querido Koba*, con los ojos medio cerrados para mejor concentrarse, estaba ya estudiando el plan de los ensayos. Los papeles hacía ya años que los había creado y no necesitaba hacer ensayar al *querido Bujarin* para saber que éste representaría el suyo magistralmente. Después de todo, Bujarin ya había abandonado a sus discípulos y partidarios (de los que, por otra parte, no tenía muchos), encarcelados y deportados, y había tolerado que fueran destruidos**[300]**. Soportó la destrucción y la injuria de que se hizo objeto a su dirección intelectual, aún no del todo formada. Y cuando todavía era redactor jefe de la *Izvestia*, y aún no había dejado de ser miembro del Politburó, tampoco dijo nada cuando fusilaron a Kamenev y a Sinoviev, como si esto fuera un hecho justo. No se indignó en contra de ello, profiriendo frases atronadoras, sino que ni siquiera replicó en voz baja. Vamos, después de esto, ¿habría hecho realmente falta que ensayase su papel?

Y antes de ello, mucho antes, cuando Stalin tronó diciendo que a él (¡a todos ellos en distintas ocasiones!) le expulsaría del partido, ¿replicó Bujarin (¿replicaron todos ellos?) para poder permanecer en el partido? ¿No había sido eso como un ensayo? Si ya cuando eran hombres libres y se hallaban todavía en la cumbre de la gloria y del poder, se comportaban de tal modo, sólo se requería la ayuda de los apuntadores, que disponían de su cuerpo y de su sueño y de su escudilla, para que, sin decir esta boca es mía, se ajustasen al texto del drama.

Y ahora, mientras estaba esperando que lo detuviesen, ¿qué era lo que más temía Bujarin? ¡Temía que se le expulsase del *partido!*, *¡temía* perder el *partido!*, *¡temía* quedar con vida, pero *fuera del partido!* Y esta cualidad de él (¡y de todos ellos!) supo explotarla de un modo excelente el *querido Koba*, una vez que él mismo se hubo convertido en el *partido*. A Bujarin (¡a todos ellos!) le faltaba el PUNTO DE

VISTA INDEPENDIENTE, les faltaba una ideología realmente oposicional, desde la cual hubieran podido separarse y afianzarse. Stalin los marcó con el sello de la oposición antes de que tuvieran tiempo de formar una, y con ello les arrebató toda su fuerza. Y todos sus esfuerzos se encaminaron desde entonces a aferrarse al partido. ¡Y por ello no podían tampoco perjudicar al partido!

¡Las necesidades son demasiadas para ser independiente! En realidad, para Bujarin se había previsto el papel principal, y no podía salir una chapuza; el director teatral y el tiempo habían de elaborarlo tranquilamente, y él mismo debía poder asimilarse su papel sin que nadie le importunara. Incluso el viaje de servicio a Europa, en el pasado invierno, emprendido con el fin de recoger unos manuscritos de Marx, no fue simplemente un necesario accesorio de las ulteriores inculpaciones en la cuestión de los contactos con el extranjero: la libertad ilimitada de vida durante el viaje mostraba aún más drásticamente que el regreso a la escena principal era inevitable. Y ahora, bajo las tempestuosas nubes de las negras acusaciones, aquella interminable espera de la detención que nunca llegaba, las esperanzas y temores que le iban consumiendo. La voluntad de la víctima, encerrada en sus cuatro paredes, fue con ello más certeramente destruida que con la prisión directa de la Lubianka. (Después de todo, también de esto tuvo un año largo).

Un día, Bujarin fue llamado a presencia de Kaganovich, y allí, ante unos chequistas principales, fue confrontado con Sokolnikov, que ya había sido detenido. Sokolnikov habló sobre el «Centro derecho paralelo» (el «paralelo» se refería al Centro trosquista) y sobre la ilegal labor de zapa de Bujarin. Después de que Kaganovich, con gran elegancia, hubo desarrollado el interrogatorio y despedido a Sokolnikov, volvióse amigablemente hacia Bujarin y le dijo: «¡Ese tío de mierda miente como la gaceta!».

Pero los periódicos continuaban atizando la indignación de las masas. Bujarin telefoneó al Comité central. Bujarin escribió cartas: «¡Querido Koba…!», pidiendo que se le permitiese defenderse públicamente de las acusaciones. Entonces se publicó una vaga declaración del ministerio fiscal: «Para los cargos levantados contra Bujarin no han podido encontrarse pruebas».

En el otoño, Radek le llamó por teléfono, diciéndole que debían encontrarse. Bujarin declinó la invitación: Los dos estamos acusados. ¿Para qué acumular nuevos cargos? Pero, dado que sus respectivas dachas en Izvestino se hallaban la una junto a la otra, una tarde Radek fue a la casa de Bujarin: «No importa lo que luego quizá pueda decir; lo cierto es que soy completamente inocente; tienes que saberlo. Después de todo, tú saldrás sano y salvo; nunca has tenido que ver con los trosquistas».

Y el propio Bujarin creía firmemente: ¡Sí, él resistirá; no, no le expulsarán del partido! ¡Sería espantoso! Realmente, había mirado siempre con malos ojos a los trosquistas: ellos mismos se colocaron fuera del partido, ¿y qué fue lo que salió de ello? Hay que mantenerse unidos, y si se yerra, hay que errar también unidos.

En la manifestación de Noviembre (la despedida de la Plaza Roja), el matrimonio Bujarin se hallaba sentado en la tribuna de los invitados; la redacción de *Izvestia* les había enviado un pase. De pronto vieron acercarse a ellos a un soldado rojo armado. ¡Qué sobresalto! ¿Aquí? ¿En este momento…? No, les saludó: «El camarada Stalin se pregunta por qué están ustedes aquí, y les ruega que ocupen su sitio en el Mausoleo».

Fue éste un baño alternado, una vez caliente, otra frío, y todo aquel medio año llevaron a Bujarin de un lado para otro. El 5 de diciembre, con gran júbilo, fue aceptada la Constitución de Bujarin, que fue bautizada para toda la eternidad con el nombre de Constitución Staliniana. En el pleno de diciembre del Comité central, presentóse Piatakov, completamente demudado. Detrás de él se hallaban, silenciosos, unos chequistas (hombres de Yagoda, cuyo jefe hacía ya tiempo que había sido elegido para desempeñar un papel). Piatakov hizo ofensivas declaraciones contra Bujarin y contra Rikov, que estaban sentados uno al lado del otro, entre los otros líderes. Ordzhonikidze (un poco sordo) colocóse la mano junto a la oreja: «Dígame usted: ¿son sus declaraciones *voluntarias*?». (¿Recibirá también su bala Ordzhonikidze?). «Completamente voluntarias», balbuceó Piatakov. Y en la pausa, dijo Rikov a Bujarin: «Piensa en Tomski, ¡ése sí que era un hombre! En agosto ya comprendió el asunto, y puso fin al mismo. Y nosotros dos, como un par de tontos, continuamos viviendo».

Entonces estalló Kaganovich en imprecaciones (¡nada deseaba él con más ardor que creer en la inocencia del querido Bujarin! Pero ¡ay, no podía ser…!), y después de él, Molotov. ¡Pero Stalin!, ¡qué magnanimidad!, ¡aquel deseo de devolver bien por bien! «Yo creo, a pesar de todo, que la culpa de Bujarin no está demostrada. Rikov quizá sea culpable, pero Bujarin…, no». (Por lo visto, alguien había metido su chapucera mano en el trabajo que él estaba haciendo. ¡Esto de acumular tantas acusaciones sobre Bujarin…!).

Baños alternados. Una vez frío, otra caliente. Así es como se paraliza la voluntad. Así es como uno va identificándose con el papel del héroe perdido.

Entonces comenzaron a llegar a su casa, sin interrupción, actas de interrogatorio. Hubo interrogatorios para los antiguos discípulos del Instituto del Profesorado Rojo, para Radek, para todos los otros, y todos suministraron las más graves pruebas de la negra traición de Bujarin. No se las llevaban a casa en calidad de acusado, ¡oh, no!, sino como miembro del Comité central, para su información…

Generalmente, cuando llegaba un nuevo legajo, Bujarin lo entregaba a su esposa, de veintidós años de edad, la cual aquella misma primavera le había dado un hijo varón: «¡Lee tú; yo no puedo!», y se echaba encima de la cama, con la almohada sobre la cabeza. En la casa tenía dos revólveres (¡hacía tiempo que se los había regalado Stalin!), pero no acabó con todo.

Bueno, ¿es que no se ha asimilado su papel…?

Y de nuevo se desarrolló otro proceso, y otra vez fusilaron y unos cuantos… Pero a Bujarin no le pasó nada; nadie vino para llevarse a Bujarin.

A principios del mes de febrero de 1937, decidió entrar en la huelga del hambre, a fin de que aclarase el asunto el Comité central y retirara las inculpaciones. Escribió sobre el particular al querido Koba, y empezó honradamente a pasar hambre. A continuación convocóse un pleno del Comité central; en el orden del día figuraba: 1.º Los delitos del Centro derecha; 2.º El comportamiento, hostil al partido, del camarada Bujarin, que halla su expresión en su huelga de hambre.

Entonces comenzó Bujarin a vacilar: ¿Y si hubiese realmente hecho algo malo al partido…? Y, arrastrándose, sin afeitar, demacrado, convertido ya en un verdadero penado, presentóse en el pleno. «Vaya, ¿qué es lo que se te ha ocurrido?», preguntóle sonriente el querido Koba. «¿No lo sabéis…? Esas horribles calumnias… Quieren echarme del partido»… Stalin movió la cabeza ante un absurdo semejante: «Vamos, déjalo ya; ¡a ti nadie va a echarte del partido!».

Y Bujarin le creyó, respiró tranquilo, golpeóse el pecho ante el pleno, y en aquel mismo punto anunció que ponía fin a su huelga de hambre. (En casa: «¡De prisa, cortadme una salchicha! Koba dice que no me echarán»). Pero Molotov y Kaganovich (¿habráse visto frescura?, ¡mira que pasar por alto a Stalin!)[301] en el transcurso del pleno, despotricaron contra Bujarin, llamándole mercenario fascista y reclamando su cabeza.

Y el valor volvió a abandonar a Bujarin, el cual, en sus últimos días, procedió a escribir una «Carta al futuro Comité central». Esta carta, aprendida de memoria —y de este modo conservada, fue conocida por todo el mundo. Sin embargo, no logró conmoverle[302]. Pues, ¿qué era lo que este agudo y brillante teórico quería comunicar a la posteridad con sus últimas palabras? Nuevamente un lamento, pidiendo que se le dejase volver al partido (¡con una cara afrenta pagó su adhesión!). Y aseguraba una vez más que todo lo que había sucedido hasta el año 1937 (incluido) lo aprobaba él «por completo». Y esto quiere decir, no sólo todos los anteriores nefastos procesos, sino también todas las pestíferas corrientes de nuestra Gran Alcantarilla de prisiones.

Con esto dejó sellado que él mismo era digno de sumergirse en ellas…

Finalmente estaba maduro para ser entregado a los apuntadores y ayudantes del director escénico, ¡aquel hombre vigoroso, cazador y luchador! (¡Cuántas veces, bromeando, había cargado a Koba sobre sus hombros, en presencia de otros miembros del Comité central! Probablemente tampoco pudo perdonarle esto Koba).

Y Bujarin, de tal modo corregido y de tal modo destruido, que ya ni siquiera necesitaba ser torturado, ¿qué ventaja tenía sobre el Yakubovich de 1931? ¿En qué había de ser superior su posición para que pudiese armarle contra el poder de los mismos dos argumentos? A la postre, incluso esta suposición era más débil, porque Yakubovich deseaba la muerte, y Bujarin la temía.

Ya sólo restaba el ágil diálogo con Vichinski, cuyo esquema era el siguiente:

«¿Es cierto que toda oposición contra el partido significa la lucha contra el partido?». «En general, sí. *De facto*, sí». «Y la lucha contra el partido, ¿debe degenerar forzosamente en una guerra contra el partido?». «Conforme a la lógica de las cosas, sí». «¿No quiere esto decir que las convicciones oposicionales capacitan en último término para cualesquiera abominaciones contra el partido (asesinato, espionaje, traición a la patria)?». «Pero permítame decirle que no se cometieron». «*Pero podían haberse cometido*»… «¡Ah, sí!, considerado teóricamente»… [siempre el teórico…]. «No obstante, ¿considera usted que los intereses del partido se hallan por encima de todo?». «¡Sí, claro, naturalmente!». «Por consiguiente, sólo resta una pequeña diferencia: hemos de darnos cuenta de que puede ocurrir que, para poder estigmatizar cualquier futura idea oposicional, debamos considerar como *sucedido* todo aquello que *hubiera podido suceder*. ¡Ya que *pudo* haber sucedido!». «¡Claro…!». «Por consiguiente, lo posible ha de considerarse como realmente existente, nada más que esto. Un ligero paréntesis de transición filosófica». «¿De acuerdo…? ¡Sí, otra cosa aún! Después de todo, no hace falta que se lo explique: Si usted, luego, en el juicio, hace marcha atrás, y dice algo diferente, bueno, ya me entiende usted, con ello hará usted el juego a la burguesía internacional y perjudicará al partido. Y también se comprende que usted no podría entonces morir de muerte fácil. Pero, si todo va bien, le dejaremos, naturalmente, con vida: le llevarán en secreto a la isla de Monte Cristo, y allá podrá usted trabajar sobre la economía del socialismo»… «Pero, en los anteriores procesos, ustedes acababan fusilando». «Pero, vamos, no tiene comparación: ¡*esa* gente y usted! Además, a muchos les perdonamos la vida, según puede leer cualquiera en los periódicos».

¿No queda nada, al final, de todo ese oscuro enigma?

Ya resuena (¿a través ya de cuántos procesos?) la misma melodía triunfal, la docena de variaciones sobre el mismo tema: ¡*A la postre, todos somos comunistas*! ¿Cómo habéis podido dejaros arrastrar a levantaros contra nosotros? ¡Arrepentíos! Ya que vosotros y nosotros pertenecemos a lo mismo…, *¡nosotros!*

Poco a poco va madurando en la sociedad el entendimiento histórico. Sin embargo, una vez maduro, he aquí cuán sencillo es. Ni en 1922, ni en 1924, ni en 1937 pudieron los acusados conquistar una posición tan firme que pudieran replicar gritando, y con la cabeza erguida, a esta melodía ensordecedora y destructiva:

«¡No, CON VOSOTROS no somos revolucionarios…! ¡No, CON VOSOTROS no somos rusos…! ¡No, CON VOSOTROS no somos comunistas!».

¿Acaso no habría bastado este solo grito? Gritar esto, y habríanse venido al suelo los decorados, habríase caído el barniz, el director escénico huiría por la escalera de servicio y los apuntadores desaparecerían como por ensalmo. ¡Y afuera correría el año 1967!

Pero hasta las representaciones mejor logradas costaban dinero y esfuerzo. Por ello decidió Stalin prescindir en el futuro de los procesos-espectáculo.

Mejor dicho, en 1937 estaba pensando en una grandiosa escenificación de procesos públicos *en los distritos*, para que las *masas* advirtieran mejor lo negra que era el alma de la oposición. Sin embargo, faltaban buenos directores escénicos; no era posible una preparación minuciosa; sobre todo, los mismos acusados, debido a su primitivismo, carecían de la necesaria capacidad para identificarse con sus respectivos papeles; en una palabra: que Stalin se llevó un buen chasco, sólo que únicamente unos pocos se enteraron de ello. Algunos procesos fracasaron, y entonces lo dejaron definitivamente.

Aquí parece oportuno hablar de uno de tales procesos; se trata del *Proceso de Kady*, al que el periódico comarcal de Ivanovo comenzó ya a dedicar extensos artículos.

Hacia fines del año 1934, en un lejano rincón de la región de Ivanovo, junto al límite de Kostroma y Nizhni Novgorod, creóse un nuevo distrito, del que fue elevado a Centro el antiguo pueblo con mercado, Kady. Los nuevos dirigentes, procedentes de distintos lugares, llegaron a conocerse entre sí en Kady. Se encontraron en una región triste y abandonada, esquilmada por el continuo tener que suministrar trigo, y más bien necesitaba ayuda: dinero, máquinas y una gestión racional de la economía. Resultó que el primer secretario del Comité del distrito, Fiodor Ivanovich Smirnov, era un hombre de acendrado sentido de la equidad, y el jefe de la administración de las tierras, Stavrov, un auténtico campesino y uno de los «explotadores intensivos», y éstos eran en los años veinte aquellos mujiks prudentes y cultos que explotaban su granja con arreglo a conocimientos técnicos (lo cual, además, era fomentado por el régimen soviético; aún no se había tomado la resolución de hacer una sangría a todos esos intensivistas). Debido a que Stavrov ingresó en el partido, se libró de ser liquidado como *kulak* (¿y quizá se liquidó también a sí mismo?). En su nuevo cargo, intentaron de algún modo ayudar a los campesinos, pero las instrucciones que les llovían de arriba eran —cada una de ellas— como un freno, como si la superioridad hiciese todo lo posible para dificultar la vida a los labradores, para amargársela. Por consiguiente, los moradores de Kady elevaron un día una protesta al Comité de la región, diciendo que era imprescindible *rebajar* el plan de suministro de trigo, ya que, de lo contrario, el distrito se empobrecería hasta un límite peligroso. Solamente el que recuerda el ambiente de los años treinta (¿acaso sólo de éstos?) puede comprender qué felonía tan grande contra el plan, qué insurrección contra el régimen suponía eso. Sin embargo, como era habitual entonces, las medidas no se adoptaban directamente y desde arriba, sino que se dejaban a la iniciativa de las autoridades legales.

Mientras Smirnov se hallaba de permiso, Vasili Fiodorovich Romanov, el segundo secretario, impuso la siguiente resolución: «Los éxitos del distrito serían aún más brillantes [?] si el trosquista Stavrov no se interpusiera en su camino». Con ello quedaba colocada la primera piedra para el «Acta Stavrov». (De esta costumbre merece atención este truco: *¡dividir!* Primero, neutralizar a Smirnov, amedrentarlo, para que abandonase a Stavrov; ya habría luego tiempo suficiente para ocuparse

también de él: a menor escala, una copia exacta de la táctica de Stalin en el Comité central). Sin embargo, se produjeron tormentosas asambleas del partido, en las que se dijo que Stavrov era tan poco trosquista como jesuita católico. El líder del Raipo, la cooperativa de consumo del distrito, Vasili Grigorievich Vlasov, hombre de instrucción deficiente y fortuita, pero dotado con aquellos dones naturales que en los rusos siempre llaman la atención, hombre que se había hecho a sí mismo, discutidor de respuestas certeras y siempre acalorado y apasionado cuando se trataba de algo que le parecía justo, este Vlasov, pues, en la asamblea del distrito propuso que fuera *expulsado del partido*… el secretario del distrito Romanov: ¡por calumnia! Y Romanov fue objeto de una reprimenda. Las palabras finales de Romanov son muy características de esta clase de personas (sabían que se podía confiar en el ambiente general: «Aun cuando aquí se probó que Stavrov no era trosquista, *sin embargo*, yo estoy convencido de que lo es. *Ya se ocupará de esto el partido*, y también de mi reprensión»). El partido se ocupó efectivamente de ello: Stavrov fue inmediatamente arrestado por la NKVD del distrito; un mes después le siguió Este Univer, presidente del comité ejecutivo del distrito, y Romanov pasó a ocupar el puesto que había quedado vacante. Stavrov fue llevado a la NKVD comarcal, y confesó: que había sido trosquista, que toda su vida había hecho causa común con los socialrevolucionarios, que en su distrito había pertenecido a una organización *de derechas* (también este ramillete es digno de aquella época: solamente faltaba el contacto directo con la Entente). Es posible que no hubiese confesado —nadie lo sabrá jamás—, porque Stavrov murió a causa de las torturas en la prisión interior de Ivanovo. El acta, eso sí, se redactó. Y pronto fueron también a buscar al secretario del distrito, Smirnov, jefe de la supuesta organización de derechas; luego, al jefe de la sección de finanzas, Saburov; después, a cualquier otro.

Es interesante la forma en que se decidió el destino de Vlasov. Al nuevo *predrik* Romanov había querido expulsarlo del partido hacía algún tiempo. De la mortal ofensa que infligió a Rusov, fiscal del distrito, ya hemos hablado anteriormente (capítulo IV). El presidente de la NKVD, N. I. Krylov, del distrito se le había atravesado por haber salvado del arresto (supuesto *vreditelstvo*) a dos de sus compañeros, hábiles pero con un origen social algo dudoso. (Vlasov colocaba de preferencia a todos los posible «ex», los cuales dominaban su especialidad y, además, eran diligentes; en cambio, los nuevos funcionarios proletarios no sabían nada y, sobre todo, no querían hacer nada). A pesar de ello, la NKVD seguía aún dispuesta a llegar a un acuerdo con la cooperativa. El sustituto del jefe de la NKVD presentóse personalmente en el RaiPO; su oferta: el suministro gratuito a la NKVD («¡ya lo arreglaremos más adelante!») de telas por valor de setecientos rublos (mas para Vlasov representaba aquello dos meses de sueldo, y él no tomaba ni una miga de pan que no le correspondiese). «Si se niega usted, se arrepentirá». Vlasov lo puso de patitas en la calle. «¿Cómo se atreve usted a proponer tales negocios a un comunista?». Al día siguiente presentóse en casa de Vlasov un tal Krylov, ahora

representante del comité de distrito del partido (esta mascarada y todos estos deleznables trucos constituyen el alma del año 1937) y *ordenó* que se convocase una asamblea del mismo; el único punto del orden del día: «El *vreditelstvo* de Smirnov y Univer en la cooperativa de consumo». Relator: Camarada Vlasov. Realmente, cada truco era una perla. ¡Todavía no acusa nadie a Vlasov! ¡Sin embargo, habrían bastado de parte de él un par de palabras sobre el *vreditelstvo* del antiguo secretario de su distrito —del de Vlasov— para que la NKVD preguntase inmediatamente: «¿Y *usted* dónde se encontraba? ¿Por qué no acudió a nosotros a su debido tiempo?». El que iba a parar a semejante situación, generalmente perdía la cabeza, y entonces también a él le sucedía algo! ¡No así a Vlasov! Este replicó en seguida: «¡Yo no presento ninguna relación! ¡El relator debe ser Krylov, el cual ha detenido a ambos y es él quien está elaborando el caso Smirnov-Univer!». Krylov rehusó diciendo: «Yo no estoy al corriente». Vlasov: «Bueno, ni siquiera *usted* está al corriente, quiere decir que esos dos están acusados sin motivo». Y la asamblea no se celebró. ¿O es que se atrevieron muchos a protestar?

Para hacer justicia al ambiente de 1937, o sea, para no perder tampoco de vista a hombres fuertes que también había entonces, y las valientes decisiones que adoptaron, debemos mencionar el hecho de que a última hora de la tarde del mismo día, dos hombres llamaron a la puerta de Vlasov: el contable principal de la RaiPO T., y su suplente, N.; pusieron encima de la mesa diez mil rublos y dijeron: «¡Vasili Grigorievich, tiene usted que marcharse esta misma noche! ¡Esta misma noche, si no, está perdido!». Pero Vlasov opinaba que no estaba bien que un comunista huyese. A la mañana siguiente apareció en el periódico del distrito un violento ataque contra el trabajo realizado por la RaiPO (hay que tener en cuenta que en 1937 la Prensa se mostró siempre conforme con la NKVD); al atardecer requirieron a Vlasov para que presentase en el Comité del distrito un informe de su actividad (¡cada escrito, según el patrón de la Unión!).

Corría el año 1937, el segundo año de la *Mikeyan-Prosperity* en Moscú y en las otras grandes ciudades, y algunos periodistas y escritores pueden recordar hoy que ya entonces entraba en el país la época de vacas gordas. Así entró esto en la Historia, y existe el peligro de que permanezca en ella. En el mes de noviembre de 1936, dos años después de que se suprimiera el racionamiento del pan, dictóse, para la región de Ivanovo, una disposición secreta que prohibía la venta de harina. En aquel entonces, en las ciudades pequeñas, pero sobre todo en los pueblos, las mujeres solían aún hacer el pan en casa. La prohibición del comercio de la harina significaba renunciar al pan. En Kady, centro del distrito, se formaban, para la adquisición del pan, colas larguísimas, como jamás se habían visto (por lo demás, tales colas no se toleraban: en febrero de 1937 prohibióse hacer pan moreno en los centros del distrito; solamente podía llevarse al mercado el pan blanco, más caro). Sin embargo, en la región de Kady, fuera de la tahona central no había ninguna otra, y la gente acudía de todas las aldeas para comprar pan moreno. En el almacén del RaiPO había harina suficiente,

sólo que se interponían dos prohibiciones que impedían darla a la gente. Sin embargo, Vlasov encontró una solución para burlar las astutas imposiciones estatales y hacer que aquel año pudiera saciarse el distrito por completo: fue a los koljoses y se puso de acuerdo con ocho aldeas para que estableciesen hornos públicos en las desiertas «casas de los *kulaks*» (es decir: habían de procurarse simplemente el combustible y poner a las mujeres junto a los hornos rusos ya existentes, que, sin embargo, habían de servir como hornos públicos, no privados), mientras que el RaiPO se comprometía a suministrar la harina necesaria. Siempre ocurre que la solución es sencilla, pero lo difícil es que uno la encuentre. Sin construir panaderías (para lo cual no había medios), Vlasov erigió ocho en un solo día. Sin traficar con la harina, hizo que ésta saliese del almacén y se distribuyera por la región. Sin vender en el centro del distrito pan moreno, abasteció de pan moreno a todo el distrito. Ciertamente, no había lesionado la letra de la resolución, pero sí al *espíritu* de la misma: ahorrar harina, fastidiar al pueblo. Motivo suficiente para que se le *criticase* en el comité del distrito.

Después de esta crítica, pasó todavía una noche y, al día siguiente, fueron a detenerlo. Siempre había sido un pequeño gallo de pelea (de baja estatura, levantaba siempre un poco la nariz, porque echaba la cabeza hacia atrás), se obstinaba en no entregar el carnet de afiliado al partido (¡en la sesión de ayer no se decidió ninguna expulsión!), y tampoco su cartilla de diputado (¡el pueblo lo había elegido, y el RIK no había suprimido su inmunidad!). Pero los milicianos no sabían de tales formalidades: un par de manotazos y, por la fuerza, tomaron lo que quisieron. Del RaiPO pasaron en pleno día a la NKVD; uno de sus empleados, un joven *komsomol*, vio desde una ventana cómo se lo llevaban por la calle. A la gente solía entonces faltarle la costumbre de pensar una cosa y decir otra (sobre todo en el campo, por ser más sencillas las personas). El joven gritó: «¡Los muy cochinos, que se llevan a mi patrón!». E inmediatamente, ni siquiera tuvo necesidad de salir de la habitación, fue excluido del comité del distrito y del Komsomol y, por el camino de todos conocido, pasó directamente a la fosa.

En comparación con los otros acusados, a Vlasov le dejaron mucho rato fuera, el acta estaba casi concluida y la estaban arreglando para un proceso público. Llevaron a Vlasov a la prisión interior de Ivanovo. Pero, al ser último, ya no se le sometió a minuciosas preguntas, sólo hubo dos breves interrogatorios, ni un solo testigo; se contentaron con rellenar el auto de procesamiento con algunos informes del RaiPO y con recortes de la hoja del distrito. La acusación comprendía: 1.º, la formación de colas para comprar pan; 2.º, el mínimo surtido de género (como si tal género se encontrase en alguna parte y alguien lo hubiese ofrecido al RaiPO de Kady); 3.º, el exceso de sal almacenada (sin embargo, se trataba de la obligatoria reserva de «movilización», ya que, en Rusia, desde siempre, hubo el temor de quedarse sin sal en caso de guerra).

A fines de Septiembre, los acusados fueron transportados a Kady, donde había de tener lugar el proceso. La distancia no era pequeña (¡qué dispendio, en comparación

de los OSO y de los juicios a puerta cerrada!): de Ivanovo a Kineshma se iba por ferrocarril en el vagón de *Stolypin*, de Kineshma a Kady 110 kilómetros en automóvil. La insólita columna de automóviles, más de cien vehículos en total, serpenteaba a lo largo de la desierta carretera, los aldeanos miraban asombrados y pensaban angustiados que pronto habría una guerra.

Del desarrollo del proceso se hizo responsable Kliugin (jefe de la sección secreta especial de la NKVD regional cerca de las organizaciones contrarrevolucionarias). De la vigilancia se encargaban cuarenta hombres de la reserva de la milicia montada, y así los presos, en cada uno de los días del 24 al 27 de Septiembre, fueron llevados con sables desenvainados y pistolas preparadas para disparar desde la casa de la NKVD al club medio terminado, y regreso, a través de toda Kady, donde poco antes se hallaban los miembros del Gobierno.

Ya habían puesto vidrios en las ventanas, pero el estrado estaba aún toscamente construido, no había corriente eléctrica (como en ninguna parte de Kady), y para la sesión del juicio de la tarde tenían que alumbrarse con lámparas de petróleo. El público fue traído de todos los koljoses. También llegaron en tropel los habitantes de Kady. Los bancos y las tablas de las ventanas estaban completamente abarrotados, y una gran multitud se hallaba de pie entre las filas, y pronto hubo cada vez menos sitio para setecientas almas (en Rusia en todo momento hubo público para tales atracciones). Pero las primeras filas se reservaban siempre para comunistas, a fin de que en todo momento pudieran prestar su apoyo al tribunal.

A base del portero del tribunal regional Chubin y de los afiliados y Saoserov formóse un tribunal especial. El fiscal regional Karasik, licenciado por la Universidad de Dorpat, se encargó de la acusación (aunque los acusados habían renunciado todos ellos a la defensa, para que el proceso no careciera totalmente de ella, les fue asignado un abogado de oficio). El largo, solemne y amenazador escrito de la acusación afirmaba que en el distrito de Kady un grupo ilegal de derechas, bujarinístico, estaba causando estragos: fundado en Ivanovo (en resumen: al día siguiente se desencadenaría también allí la ola de detenciones), se había propuesto como objetivo derribar el régimen soviético en el pueblo de Kady (¡los de *derechas*, para sus comienzos, no podían haber elegido un lugar más olvidado del mundo!).

Aunque Starov había muerto en la cárcel, el fiscal propuso que se leyeran sus declaraciones y se considerasen como hechas ante el Tribunal (¡más allá de las declaraciones de Starov, la acusación no disponía de mucho más!). El Tribunal admitió que, por lo que se refería a sus declaraciones, el difunto había de ser considerado como vivo (con la ventaja, ciertamente, de que no podía ser contradicho por ninguno de los acusados).

Sin embargo, los rústicos de Kady no sabían a qué atenerse ante tantas eruditas delicadezas, y sólo cabía esperar lo que había de ocurrir. Las declaraciones del que fue torturado hasta la muerte se leyeron en voz alta y nuevamente se hicieron constar

en acta. Empezaron a ser interrogados los reos, y ¡oh, qué desgracia!, *todos ellos se retractaron* de las confesiones que habían hecho estando presos.

Quién sabe lo que habría ocurrido en semejante caso en la Sala de Octubre del Sindicato de Moscú, pero en Kady, sin sonrojarse, hicieron caso omiso de este pequeño detalle. El presidente, en tono de reproche: «¿Cómo es que durante la instrucción del proceso dijeron otra cosa?». Univer, vacilando, con voz apenas perceptible: «En un proceso público, yo, como comunista, no puedo declarar sobre los métodos que usa la NKVD en sus interrogatorios». (¡Ya lo tenemos! ¡El modelo del proceso de Bujarin! ¡Esto es lo que los paralizaba! ¡Dios nos libre de que el pueblo llegase a pensar algo malo del partido! A sus jueces esto ya no les causa ningún quebradero de cabeza).

Durante el descanso, Kliugin recorre las celdas. A Vlasov: «¿Qué me dices de esos cochinos de Smirnov y Univer? ¡No pensarás imitarlos! ¡Confiésate culpable y cuenta toda la verdad!». «¡Sólo la verdad! —responde Vlasov, con firmeza—. ¡Sólo la verdad de que en nada os diferenciáis de los fascistas alemanes!». Kliugin se puso furioso: «¡Ten cuidado, asqueroso, porque vas a pagarlo con sangre!»**[303]**. Esta conversación confirió a Vlasov, que hasta entonces se había mantenido al fondo, el principal papel de *inspirador ideológico* del grupo.

La multitud que se agolpaba en los pasillos, empezó a vislumbrar algo, tan pronto como oyó pronunciar la frase «colas para el pan». Esto era para todos el punto sensible (aunque antes del proceso, naturalmente, no se escatimaba el pan y aquel día no había que hacer cola para obtenerlo); el Tribunal se lanzó impertérrito al tema. Preguntad al acusado Smirnov: «¿Tenía usted conocimiento de la formación de colas para el pan en el distrito?». «Sí, naturalmente, iban desde el establecimiento hasta el edificio del comité del distrito». «¿Y qué fue lo que usted hizo?». Smirnov era un hombre rubio, vigoroso, con una cara de expresión bondadosa y una voz potente, que los tormentos no consiguieron empañar, como tampoco lograron hacer mella en su serena certeza de que tenía razón. No se apresuró al contestar, y la sala percibió claramente cada una de sus palabras: «Como todas mis protestas en las organizaciones comarcales resultaban en vano, encargué al camarada Vlasov que redactase un informe escrito para el camarada Stalin». «¿Y por qué no le escribisteis?». (¡Todavía no lo saben! ¡Se ve que se han dormido!). «Sí que lo hicimos, el informe fue por correo militar directamente al Comité central, sin pasar por el regional. La copia debe de hallarse en las actas del distrito».

La sala contuvo la respiración. El Tribunal había descarrilado y la mejor postura que podía adoptar era hacer el sordo, pero hubo alguien que preguntó: «¿Y qué pasó?».

La pregunta estaba en los labios de todos los presentes en la sala: «¿Qué pasó?».

Smirnov no sollozó, Smirnov no se lamentaba a causa del ideal perdido (¡precisamente lo que en los procesos de Moscú brilló por su ausencia!). Respondió con voz fuerte y clara:

«Nada. *No llegó ninguna respuesta*».

Su voz cansada resonó: «Y yo no me esperaba tampoco otra cosa».

¡NINGUNA RESPUESTA! Del *Padre y Maestro*… ¡*Ninguna* respuesta! ¡El proceso acababa de llegar a su punto culminante! ¡Ya había dejado que las masas vislumbrasen el alma negra del oro! Ya hubiera sido el momento de bajar el telón. Pero, no, para esto carecían del necesario entendimiento y tacto, y continuarían aún tres días tratando de recoger agua con su horadada criba.

El fiscal se puso furioso: «¡Hipócritas! ¡Que sois unos hipócritas! ¡Aquí hacer *vreditelstvo*, allá escribir cartas a Stalin! ¿Y todavía esperabais recibir respuesta?». A continuación le tocó hablar y responder al acusado Vlasov: «¿Cómo se le ocurrió la abominable idea de no vender más harina a la gente? ¿De prohibir que se hiciese pan de centeno en el centro del distrito?».

Vlasov, el gallo de pelea, no necesitaba que lo ayudaran a tenerse en pie, sino que él mismo se adelantó y gritó para que lo oyeran todos los de la sala:

«¡Estoy dispuesto a contestar a todo ante el tribunal, si usted, fiscal Karasik, baja del estrado y se coloca junto a mí!».

«¿Qué? ¿Cómo?». Ruido, alboroto, no se oyó ninguna palabra. ¿No había nadie que deseara poner orden…?

Cuando volvió a reinar el silencio, Vlasov se dispuso a informar al Tribunal:

«Para la venta de harina, para hacer pan moreno, las prohibiciones procedían de la presidencia del Comité ejecutivo regional, según consta en las actas. El fiscal regional era miembro permanente de la presidencia. Si se trataba de *vreditelstvo*, ¿por qué no hizo usted algo? ¿No significaba esto que usted *ante mí* era un elemento nocivo?».

El fiscal tuvo que respirar hondo, porque el golpe había sido firme y certero. El Tribunal no sabía por dónde andaba. Un balbuceo:

«Si nos parece necesario (?), interrogaremos también al fiscal. Pero hoy es usted quien se halla ante el Tribunal».

(¡Dos clases de justicia, dos clases de legalidad, según el rango de servicio!).

«¡Entonces exijo que él baje del estrado!», insistió Vlasov, indomable, incansable.

Pausa…

Bueno, ¿dónde está, en un proceso así, la importancia educadora para las masas?

Sin embargo, no aflojaron. Después del interrogatorio de los acusados, comenzaron a tomar declaración a los testigos. Al contable N. le preguntaron:

«¿Qué sabía usted del *vreditelstvo* de Vlasov?».

«Nada».

«¿Cómo es eso?».

«Yo estaba en la habitación de los testigos y no pude oír lo que aquí se decía».

«¡Ni tampoco hacía falta que lo oyese! Por sus manos pasaron muchos documentos, no diga usted que no sabía nada».

«Los documentos estaban siempre en orden».

«Ahí tiene usted unos números del periódico del distrito, el cual ha hablado incluso del *vreditelstvo* de Vlasov. ¿Y pretende usted no saber nada?».

«¡Pregúnteselo entonces a los que escribieron los artículos!». La directora de la panadería.

«Quisiéramos que nos dijese si el Gobierno soviético posee pan suficiente».

(¡A ver cómo te las arreglas…! ¿Quién se habría atrevido a decir: no lo he contado?).

«Sí, claro»…

«¿De dónde vienen, pues, las colas?».

«Lo ignoro…».

«¿Qué quiere decir eso de lo ignoro, lo ignoro? ¿Quién era el jefe de usted?».

«Vassili Grigorievich».

«¡Al diablo, Vassili Grigorievich! ¡El acusado Vlasov! ¿Dependía, pues, de él?».

La testigo calla.

El presidente dicta al secretario: «Respuesta: Como consecuencia del *vreditelstvo* efectuado por Vlasov, a pesar de las enormes reservas de pan del Gobierno soviético, llegóse en Kady a la formación de colas para adquirirlo».

Para vencer su propio miedo, el fiscal pronunció un largo y airado discurso. El defensor se defendió elegantemente a sí mismo: hizo resaltar que los intereses de la patria le eran tan caros como pudieran serlo para cualquier honrado ciudadano.

En las palabras finales de Smirnov no había nada de súplica, nada de arrepentimiento. Por lo que hoy se sabe de él, era un hombre firme y demasiado franco para poder sobrevivir al año 1937.

Cuando Saburov pidió clemencia —«Perdonadme la vida, no para mí, sino para mis hijitos»—, Vlasov le tiró airado de la chaqueta: «¡No seas imbécil!».

El propio Vlasov no dejó pasar la última ocasión para dar rienda suelta a su amargura:

«A mis ojos, no sois ningún tribunal, sino unos actores que representan del mejor modo que pueden la comedia que les han asignado. Sois los ejecutores de una vil provocación de la NKVD. No importa lo que yo diga: me condenaréis a muerte. ¡Pero estoy convencido de que llegará el día en que vosotros os encontraréis en mi lugar!»**[304]**.

Desde las siete de la tarde hasta la una de la madrugada estuvo el Tribunal forjando la sentencia; en la sala del club ardían los quinqués, los centinelas vigilaban con los sables desenvainados, la gente hacía un ruido sordo, pero no se marchaba nadie.

Como la sentencia se había hecho larga, también fue larga su lectura, y no debe extrañar el cúmulo de fantásticos *vreditelstvos*, relaciones y proyectos. Smirnov, Univer, Saburov y Vlasov fueron condenados a morir fusilados; otros dos, a diez años de prisión cada uno, y otro, a ocho años. Además, las conclusiones finales del juicio apuntaban todavía hacia un grupo del Komsomol que había de ser desenmascarado

(las detenciones no se hicieron esperar; ¿recuerda usted al joven komsomol del RaiPO?), o hacia un centro ilegal que había en Ivanovo, que, naturalmente, dependía de Moscú (ya le estaban quitando el terreno a Bujarin). Después de las solemnes palabras de «A muerte por fusilamiento», el juez hizo una pausa, esperando los aplausos, pero en la sala flotaba una tensión tan sombría (los extraños suspiraban y lloraban, los parientes gritaban, muchos se desvanecieron), que ni siquiera los de los dos primeros bancos, reservados para afiliados del partido, comenzaron a aplaudir, lo cual resultaba ahora sumamente inconveniente. «¡Ay, *batiushki*!, ¿qué hacéis?», les gritaban desde la Sala a los jueces. La señora Univer sollozaba que partía el corazón. Y la muchedumbre, en la penumbra de la sala, se puso en movimiento. Vlasov increpó a los de las primeras filas:

«¡Vamos, golfos! ¿Por qué no aplaudís? ¡Comunistas!».

El *politruk* de la guardia corrió hacia él y le amenazó con el revólver. Vlasov iba a cogerle el revólver, cuando se interpuso un miliciano y empujó a un lado al *politruk* antes de que pudiera causar algún daño. El jefe de la guardia ordenó: «¡A las armas!», y treinta carabinas de la milicia junto con los revólveres de los miembros de la NKVD local apuntaron hacia los acusados y la multitud (parecía realmente como si ésta hubiera de lanzarse a liberar a los sentenciados).

En la Sala ardían sólo unas cuantas lámparas de petróleo; la oscuridad empeoraba aún la confusión y el miedo. Lo que al proceso le faltaba de fuerza persuasiva lo compensaron las carabinas que apuntaban a la gente, la cual, presa de pánico, se precipitaba hacia las puertas, se arrastraba, gimiendo, y saltaba por las ventanas. Oyóse el ruido de la madera que crujía, de vidrios que se rompían. La señora Univer, desmayada y casi pisoteada, permaneció hasta la mañana siguiente tendida bajo las sillas.

Tampoco hubo aplausos[305]…

Pero no se pudo fusilar inmediatamente a los condenados; al contrario, puesto que ya nada tenían que perder, habían de ser vigilados con mucha mayor atención y ser escoltados, para el fusilamiento, hasta el centro regional.

La primera tarea, la de conducirlos por la calle, en medio de la oscuridad de la noche, hacia la NKVD, la realizaron así: cada uno de los sentenciados fue rodeado por cinco hombres. El primero llevaba una linterna. El segundo avanzaba con la pistola en alto. El tercero y el cuarto sujetaban con una mano al candidato a la muerte, mientras en la otra llevaban la pistola. El quinto iba detrás apuntando a los delincuentes por la espalda.

El resto de los milicianos, guardando distancias, bordeaban el camino, para frustrar cualquier asalto de la muchedumbre.

¿Qué persona razonable negará hoy que si la NKVD hubiese malgastado su tiempo con procesos públicos jamás habría llegado a cumplir su gran tarea?

Precisamente por esto no han hecho escuela en nuestro país los procesos políticos públicos.

XI
Hacia la medida máxima

La historia de la pena de muerte en Rusia discurre, zigzagueante, a través de los tiempos. En el código legislativo del zar Alexei Mijailovich eran cincuenta los delitos penados con el cadalso, y las leyes militares de Pedro *el Grande* castigaban ya doscientos delitos con la pena capital. La emperatriz Isabel no abolió la pena de muerte pero también es verdad que no ordenó su aplicación una sola vez. Parece ser que, al subir al trono, hizo la solemne promesa de no ejecutar a nadie…, y la mantuvo durante los veinte años de su reinado. No sentenció a muerte a persona alguna, a pesar de participar en la Guerra de los Siete Años. Es un ejemplo sorprendente si consideramos lo que ocurría a mediados del siglo XVIII: medio siglo de un jacobino rodar de cabezas. Sin embargo, constituye en nosotros una segunda naturaleza el afán de burlarnos de todo lo pasado: ¡hay que ponerlo de vuelta y media! Y por ello, sin hacer grandes esfuerzos, puede achacarse a la emperatriz Isabel que, aunque suprimió las ejecuciones, las sustituyó por penas de latigazos, desnarigamientos, marca a fuego a los ladrones y destierro perpetuo a Siberia. Pero también podremos decir algo bueno en favor de la emperatriz: ¿Podría haber actuado de una manera más resuelta a despecho de la opinión pública? ¿No preferirían voluntariamente quizá los actuales condenados a muerte que cayera sobre ellos todo ese complejo de castigos con tal de continuar viendo salir el sol cada día? Mas no les hacemos esta proposición por pura humanidad… Tal vez el lector de este libro no tarde mucho en sentirse inclinado a dar preferencia a los castigos isabelinos, si los compara con lo que sufre hoy en nuestros campos un condenado a veinte años, o incluso a diez.

Con arreglo a nuestra terminología actual, deberíamos decir que Isabel acostumbraba a actuar desde un punto de vista humano, mientras que Catalina II, por el contrario, representó el punto de vista de las clases (el cual, por consiguiente, fue también el acertado). No ajusticiar a nadie en absoluto le parecía sorprendente y, además, no conveniente para la razón de Estado. Y, así, consideró imprescindible el patíbulo tanto para su protección como para el trono y el régimen; un patíbulo que ya existía para los casos políticos (Mirovich, los disturbios en Moscú a consecuencia de la peste, Pugachov). Sin embargo, la pena de muerte se podía considerar abolida —¿por qué no?— en el caso de los delincuentes comunes, los *bytoviki*.

La abolición de la pena de muerte se confirmó en tiempos del reinado de Pablo I. (Había guerras más que suficientes, pero, a pesar de ello, los regimientos carecían de

tribunales). Y durante el largo reinado de Alejandro I, la pena de muerte fue aplicada algunas veces, en la campaña de 1812, a los culpables de delitos de índole militar. Cierto que, inmediatamente, se nos pondrá una objeción: ¿No esperaba la misma suerte al final de la carrera de baquetas? Cierto que hubo asesinatos en secreto, ¿quién pretende negarlo? Simplemente, también una asamblea de sindicatos puede llevarle a uno a la muerte. Pero, a pesar de todo, durante medio siglo —desde Pugachov hasta los decembristas— incluso los reos de *Estado* no fueron condenados a muerte en nuestro país por decisión de Tribunal alguno de justicia.

La sangre de los decembristas ha hecho la boca agua a nuestro Estado. Desde aquellos días y hasta la Revolución de Febrero, se aplicó liberalmente la pena de muerte para los reos de delitos de Estado. Arraigada en los códigos penales de 1845 y 1904, su aplicación fue ampliada todavía más mediante disposiciones militares y navales.

¿Y cuántos fueron ajusticiados en Rusia en este período de tiempo? Ya hemos presentado, en el capítulo VIII, los cálculos efectuados por los políticos liberales en los años 1905-1907, que pueden ser completados con los datos —comprobados— de N. S. Tagantsev, especialista en cuestiones de Derecho Penal ruso[306]. Hasta 1905, la pena de muerte fue aplicada en Rusia como medida extraordinaria. En los treinta años que van desde 1876 a 1904 (la época de la *Narodnaia Volia*, del terrorismo en acción, no de intenciones manifestadas en la cocina comunal; la época de las huelgas en masa y los disturbios campesinos; la época en que se fundaron y consolidaron todos los partidos de la futura revolución) fueron ajusticiadas 486 personas, o sea, unas diecisiete por año y país (número en el que se comprende también los ajusticiados por delitos comunes[307]). El número de ejecuciones aumentó con rapidez en los años de la primera revolución y su sofocación…, y los rusos estaban consternados. A Tolstoi se le llenaban de lágrimas los ojos, y Korolenko protestaba con vehemencia, protesta en la que lo secundaban otros muchos. De 1905 a 1908 fueron ajusticiadas 2200 personas (45 cada mes). Según palabras de Tagantsev, aquello era *una epidemia de ejecuciones*. (Apenas había escrito estas palabras, las ejecuciones cesaron también).

Al llegar al poder, el Gobierno provisional abolió por completo la pena de muerte, que volvió a establecer en julio de 1917 para los delitos cometidos por miembros del Ejército en pie de guerra y para las zonas del frente. Se aplicaba a los reos de delitos militares, asesinato, violación, robo con violencia y saqueo, que, por aquella época, eran muy numerosos en tales territorios. De las medidas más impopulares que adoptó el Gobierno provisional, ésta fue una de las que lo condujo a su final derrumbamiento. Los bolcheviques incitaban a la revuelta con las consignas: «¡Abajo la pena de muerte! ¡Fuera Kerenski, el que la ha establecido de nuevo!».

Ha llegado hasta nosotros una noticia según la cual se encendió una discusión en Smolni, durante la noche del 25 al 26 de octubre, sobre si uno de los primeros decretos no habría de ser la abolición para siempre de la pena capital… Lenin, con justificado sarcasmo, se opuso a la utopía de sus camaradas, pues él tenía conciencia

clara de que no se daría un paso hacia la nueva sociedad sin la pena capital. Cierto que en las negociaciones de coalición con los revolucionarios socialistas de la izquierda se tuvo que hacer concesiones a sus equivocadas ideas: la pena de muerte fue por fin abolida el 28 de octubre de 1917. Pero, sin necesidad de explicaciones, se comprende que no se podía esperar nada bueno de este viraje hacia la blandura. ¿Qué mañas se darían? A principio de 1918, el recién nombrado almirante Alexei Shchastny compareció ante los tribunales a instancia de Trotski por haberse negado a hundir la Escuadra del Báltico. El presidente del *Tribsup*, Karklin, no se anduvo con rodeos: «En veinticuatro horas, fusilar». (Hablaba el ruso con dificultad). Inquietud en la sala: «¡La pena de muerte está abolida!». Pero Krylenko, el fiscal, explicó: «¿A qué viene tal excitación? Claro que está abolida la pena de muerte, pero no ejecutaremos a Shchastny, sino que lo fusilaremos». Y lo fusilaron.

Si se ha de dar crédito a los documentos oficiales, la pena de muerte fue, en 1918, no «restablecida» en toda su extensión, sino constituida como nueva *era* de ejecuciones. Si suponemos que Latsis[308] no calcula demasiado por debajo, sino que tan sólo dispone de datos incompletos, y partimos de que los tribunales de la Revolución, en la administración de la justicia, estaban cuando menos a la altura de la Checa en la actividad extrajudicial de ésta, llegamos a la conclusión de que, en dieciséis meses (desde junio de 1918 hasta octubre de 1919), fueron fusiladas más de 16 000 personas en los veinte Gobiernos centrales de Rusia, *lo que equivale a más de 1000 personas mensualmente*[309]. (Por cierto, fusilados, entre otros, el presidente del primer consejo obrero ruso [el de San Petersburgo del año 1905, Krustaliov-Nosari, y el artista que diseñó el uniforme propio de *bilina* [canción épica rusa] que llevaría el Ejército Rojo durante toda la guerra civil).

Por lo demás, quizá no fueran estas sentencias judiciales aisladas, pronunciadas abiertamente o dejadas en silencio —los fusilamientos, que más tarde ascendieron a millares— las que anunciaron la llegada de la era de ejecuciones que comenzó en 1918, y que se presentó al pueblo ruso como una cruel embriaguez. Más espantosa se nos antoja una costumbre que pusieron de moda las partes beligerantes y más tarde los vencedores: *el hundimiento de gabarras* enteras cargadas cada vez con incontables centenares de hombres que no figuraban en ningún sitio, que ni siquiera habían sido movilizados. (Los oficiales de Marina en el golfo de Finlandia, en el mar Negro, en el Blanco y en el Caspio; y, todavía en 1920, un grupo de rehenes en el lago Baikal). Esto no tiene cabida en nuestra breve historia de los tribunales de justicia, pero sí, en cambio, en la historia de la *moral*, de donde se deriva lo demás. En todo nuestro siglo, ¿dónde ha habido un sinnúmero de crueldades y asesinatos que tenga parecido con el de nuestra guerra civil?

Podría decirse que pasaríamos por alto un punto importante y característico si no mencionásemos la abolición de la pena de muerte en enero de 1920. Y más de un investigador se verá frente a un enigma a la vista de tal inocencia y falta de protección de la dictadura, pues Denikin estaba todavía en Kubán; Vrangel, en

Crimea; y los polacos comenzaban a ensillar los caballos para lanzarse a la campaña… ¿Cómo podía prescindirse entonces de la punitiva espada? Pero, en primer lugar, tal decreto había sido redactado con extremada prudencia: *su aplicación no se extendía a los tribunales militares,* sino que únicamente tenía validez para las acciones extrajudiciales de la Checa y las de los tribunales de retaguardia. En segundo lugar, el decreto fue *preparado* por una *limpieza de las prisiones* (numerosos fusilamientos de reclusos, presuntos beneficiarios del decreto). Y, en tercer lugar, lo más consolador era que la vigencia del decreto estaba prevista para sólo cuatro meses, el tiempo necesario para llenar de nuevo las prisiones: un decreto del 28 de mayo de 1920 facultó de nuevo a la Checa para continuar sus fusilamientos.

La Revolución se apresuró a cambiar el nombre a todo, a que todo pareciera nuevo. Y, así, la pena de muerte fue rebautizada con la denominación *medida máxima,* y no correctiva, sino de *protección social*. Por los fundamentos del Derecho penal de 1924 nos enteramos de que esta medida máxima había sido establecida de forma *transitoria: hasta su abolición definitiva por el Comité Ejecutivo Central*.

Y, ya en 1927, se comenzó en realidad con la *abolición*: la medida máxima continuó en vigor *únicamente* para los delitos cometidos contra el Estado y el Ejército (artículo 58 y, además, los artículos militares). También, ciertamente, para los delitos de bandidaje. (Es bien conocida la interpretación política del concepto «bandidaje», manejada con amplio criterio en aquella época y todavía hoy: desde los insurgentes turcomanos hasta los guerrilleros lituanos, era un «bandido» todo nacionalista armado que estuviera enemistado con el poder central; así, pues, es comprensible que no se pudiera prescindir de estos artículos. También se consideraba «bandidaje» la participación en revueltas en los campos, en disturbios callejeros). En lo referente a los artículos del Código penal que tenían por objeto la protección de los particulares, la pena de muerte fue abolida en el décimo aniversario de la Revolución.

Pero en el quince aniversario de la Revolución le fue añadida a la pena de muerte la ley de los *Siete octavos,* aquella ley importantísima para el socialismo incipiente, ley que prometía una bala a todo ciudadano por cada migaja perteneciente al Estado que se reservara.

Como siempre, se echó mano de esta ley con avidez, sobre todo en los comienzos (1932-1933) y se fusiló entonces con particular saña. En esta época *pacífica* (todavía en vida de Kirov)…, en diciembre de 1932, esperaban su suerte *a un tiempo,* sólo en el Kresty de Leningrado, *265 condenados a muerte*[310]… Y es posible que en un año, el número de los amontonados en este Kresty ascendiera a más de mil.

¿Qué delitos habían cometido? ¿De dónde habían salido tanto conjurados y descontentos? ¡Ya ve!: Por ejemplo, seis de los encarcelados eran campesinos de un koljós situado en la zona de Tsarskoie Selo, y su falta había sido la siguiente: recoger para sus propias vacas los restos de heno que habían quedado en las sinuosidades de la pradera del koljós ya segada, ¡con sus propias manos! NI UNO DE ESTOS SEIS MUJIKS FUE PERDONADO POR EL VZIK; LA SENTENCIA FUE EJECUTADA.

¿Qué sanguinaria Saltychija, qué Krepostnik[bf], por repugnante que pudiera ser, se hubiese atrevido a *matar* a seis campesinos por recoger unas briznas de hierba? Ya sólo los baquetazos hubiesen bastado para que recordásemos su nombre y lo maldijéramos en las escuelas[311]. Y queda tan sólo confiar en que el relato de mis testigos vivientes será confirmado documentalmente algún día. Si Stalin no hubiese asesinado a nadie más y nunca hubiera vuelto a matar… ¡a mis ojos se habría merecido el descuartizamiento por sólo estos seis campesinos asesinados en el Kresty! Y aún hay quienes, en Pekín, en Tirana, en Tbilisi —bueno, y también un número de tripones de Moscú más que suficiente—, se atreven a decirnos con voz gruñona: «¿Cómo habéis tenido la osadía de desenmascararlo…, de levantar la mano contra el sublime muerto…? ¡Stalin entra dentro del movimiento comunista mundial! Yo, sin embargo, pienso sólo en la ley penal. Los pueblos de la Tierra lo recuerdan con simpatía»…, pero no aquellos a quienes unció a sus carretas y azotó con el látigo.

Volvamos, sin embargo, a la moderación y la imparcialidad. Naturalmente que el VZIK, según lo prometido, hubiese «abolido por completo» la pena máxima; pero lo peor fue que el VZIK mismo fue «abolido por completo» en 1936 por el Padre y Maestro. Con todo, el *Soviet Supremo* se atenía al ejemplo de la emperatriz Anna Ioannovna. No tardó mucho tiempo en «accederse» a una medida máxima en concepto de *castigo*, pero ya no hubo ninguna medida máxima de aquella incomprensible «protección». Los fusilamientos efectuados entre 1937 y 1938 no se podían encajar ya a la fuerza en el concepto «protección», ni aun según la manera de sentir Stalin el idioma ruso.

En relación con estos fusilamientos, ¿quién puede facilitarnos una estadística segura? ¿Qué jurista, qué historiador criminalista? ¿Dónde podremos encontrar el *archivo especial* que se abra para nosotros y nos procure los números que necesitamos? No existe y tampoco existirá nunca. Por ello vamos a limitarnos a repetir las cifras que en aquella época —1939-1940— corrían susurrantes por la Butyrka de celda en celda; los rumores de primera mano procedentes de los hombres de Yechov que habían caído en desgracia —hombres que habían ostentado cargos altos y medios— que poco antes habían pasado por estas celdas, ¡y que estaban muy bien enterados! Los hombres de Yechov afirmaron que en el transcurso de estos dos años habían sido fusilados en toda la Unión *medio millón* de «políticos» y 480 000 delincuentes comunes. (Los comunes entraban dentro del artículo 59-3 y fueron liquidados por ser «cómplices de Yagoda»; con esto se asestó el golpe de muerte al antiguo «honrado» mundo de ladrones).

¿Suena esto a inverosímil? ¿Hasta qué punto? Si tenemos en cuenta que los fusilamientos no duran dos años, sino sólo año y medio, hemos de calcular un promedio de 28 000 ejecuciones al mes (según el artículo 58). Esto para toda la Unión. ¿Y cuántos lugares de ejecución había? Calculando con mucha modestia, unos ciento cincuenta. (Naturalmente que eran más. Sólo en Pskov, en muchas iglesias la NKVD convirtió las antiguas celdas individuales en cámaras de tortura y

fusilamiento. Estas iglesias permanecían todavía en 1933 cerradas a las investigaciones. «¡Alto, archivo!». Y el polvo de los decenios no fue barrido en estos «archivos»). Antes de comenzar las restauraciones, fueron transportados lejos de ellas los huesos a carretadas. Esto significa que en cada lugar y cada día habían sido ajusticiadas seis personas. ¿Resulta tan fantástico? ¡Dios mío, está calculado incluso demasiado por debajo! (Según otros rumores, el número de personas fusiladas hasta el 1 de enero de 1939 ascendió a 1 700 000).

En los años de la Guerra Patria, la pena de muerte se fue extendiendo cada vez más por diversas razones (por ejemplo, al ser militarizado el ferrocarril), siendo después enriquecida con nuevas formas (el decreto de abril de 1943 *sobre la muerte por ahorcamiento*).

Todos estos acontecimientos retrasaron la prometida abolición total de la pena de muerte; pero la paciencia y la fidelidad de nuestro pueblo obtuvieron recompensa por fin: El padrecito Josif Vissarionovich se puso en mayo de 1947 delante del espejo una pechera almidonada. Satisfecho, se miró y se gustó… y dictó al Presidium del Soviet Supremo la abolición de la pena de muerte en tiempos de paz. (Fue sustituida por veinticinco años de privación de libertad, un buen pretexto para introducir la *medida de cuarto*).

Sin embargo, nuestro pueblo es desagradecido, criminal e incapaz de apreciar la generosidad. Por ello tuvieron que pasar bien o mal los señores de nuestra nación durante dos años y medio sin la pena de muerte, hasta que salieron con un nuevo decreto promulgado el 12 de enero de 1950: En vista de la gran cantidad de comunicaciones que llegan desde Repúblicas nacionales (¿Ucrania?, sindicatos ¡ah, los benditos sindicatos, todavía saben lo que aprieta la necesidad!), organizaciones de campesinos (esto había sido dictado en sueños; el gran bienhechor ha pisoteado ya a todas las organizaciones de campesinos en el año de la colectivización), así como de diversas personalidades de la vida cultural (esto suena perfectamente creíble)…, se volvía a restablecer la pena de muerte para su aplicación a los traidores a la patria, espías y los disidentes que minan la seguridad nacional, cuyo número ha ido en aumento entretanto. (La *medida de cuarto* fue olvidada, continuó en vigor).

Bueno, y una vez restablecido, nuestro acostumbrado y hogareño corte de pescuezos arrastró detrás de él sin esfuerzo todo lo demás: En el año 1954 se añadió el asesinato con premeditación; en mayo de 1961, la infidelidad en la custodia de las propiedades del Estado, además de la falsificación de moneda y los actos de terrorismo en los establecimientos penitenciarios (por ejemplo, quien mata a un soplón y amenaza a la Administración del campo); julio de 1961 aportó las transgresiones de las disposiciones sobre divisas; febrero de 1962, la tentativa (bastaba cerrar el puño) contra la vida de un miliciano o un auxiliar voluntario de las milicias; y, simultáneamente, la violación, a la que siguió inmediatamente la corrupción.

Esto, sin embargo, es transitorio, vigente hasta la abolición definitiva. Así es como aparece registrado hoy[312]. Resulta, pues, que el período más largo sin pena de muerte fue el correspondiente al reinado de la emperatriz Elisabet Petrovna.

En nuestra cómoda y ciega vida, los condenados a muerte se nos presentan como escasos intrusos fatales. Tenemos el convencimiento instintivo de que *nosotros* jamás iremos a parar a una celda de condenados a muerte, pues es necesario para ello haber cometido un grave crimen o haber llevado, en cualquier caso, una vida muy fuera de lo normal. Tenemos que revisar mucho de lo que hay en nuestra cabeza antes de que podamos imaginárnoslo: En las celdas de condenados a muerte había una multitud de hombres completamente normales que habían cometido transgresiones que son el pan nuestro de cada día. Y los que tenían suerte, eran indultados; pero la mayoría eran castigados con la *vyshka* (así es como nombran los penados a la medida máxima, la *vysshaia mera*; no pueden sufrir las palabras altisonantes y nombran todo de la forma más burda y corta posible).

Un agrónomo provincial fue condenado a muerte por haber cometido errores en el análisis del trigo del koljós (es posible también que a los superiores no les agradara el análisis). Esto sucedió en 1937.

Melnikov, presidente de un sindicato de artesanos (¡para la fabricación de carretes de hilo de coser!), fue condenado a muerte porque en el taller se produjo un incendio a causa de una chispa que saltó de una máquina. 1937. (Bien es verdad que la pena de muerte le fue conmutada por una *decena*).

En 1932, esperaban la muerte en el mismo Kresty: un cierto Feldman, porque le encontraron encima divisas extranjeras; un tal Faitelevich, estudiante de música…, por haber vendido flejes de acero para la fabricación de plumas de escribir. Y el antiquísimo comercio que desde siempre servía para dar de comer a los judíos fue hallado asimismo digno de la pena de muerte.

Así, pues, ¿por qué maravillarnos todavía por la pena de muerte impuesta a Gerassim, el joven campesino de Ivanov?: Durante la primavera, el día de San Nicolás, se celebró una fiesta religiosa en la aldea vecina y bebió más de la cuenta. Y entonces dio una paliza a la grupa —¡no del miliciano, no!— del caballo de la milicia. (Concedamos que, a pesar de la misma milicia, arrancó un listón de madera del soviet de la aldea y, además, el cable del teléfono oficial mientras gritaba: «¡Que el diablo se lo lleve!»).

La posibilidad de que demos con nuestro cuerpo en la celda de los condenados a muerte no depende, pues, de que hayamos hecho algo o no: la decisión se toma mientras gira la gran rueda impulsada por las poderosas circunstancias exteriores. Un ejemplo: Leningrado está cercado. Si en el transcurso de estos duros meses no hubiese ejecución alguna, ¿qué habría de pensar sobre ello el máximo representante de la ciudad, camarada Zhdanov, si en meses tan críticos las *actas* de la GB de Leningrado no registran ninguna condena a pena capital? ¿No es verdad? Es imprescindible el descubrimiento de grandes conjuras, pues lo que fue posible en

1919 bajo el mando de Stalin no debía faltar ahora tampoco en 1942 bajo el de Zhdanov.

Dicho y hecho, encargado y solucionado: se presenta una extensa conjura que obedece órdenes alemanas. Todavía está usted durmiendo en su fría habitación de Leningrado, pero una mano negra comienza ya a extender las garras hacia usted. Y ya no podrá oponer usted nada. Las víctimas han sido elegidas de cualquier manera: Las ventanas de la casa del general de división Ignatovski dan al Neva, y se ha sonado una vez las narices con un pañuelo en una de estas ventanas; y el pañuelo blanco… fue la señal. Además, Ignatovski, un ingeniero, fue sorprendido hablando frecuentemente de problemas técnicos con marineros. A Ignatovski se le impidió que continuara actuando. Ahora desembuche y, de momento, díganos el nombre de cuarenta miembros de su organización. Los nombra. Uno que trabaje en el edificio de la ópera tiene muy pocas probabilidades de que lo nombren; pero muchísimas, en cambio, un profesor de la Escuela Técnica Superior; y ya está en la lista (¡de nuevo la maldita *intelligentsia*!). Bueno, ¿habría podido defenderse usted? Pero los que figuran en tales listas han de ser fusilados.

Y se fusila. Y el hecho de que Konstantin Ivanovich Strajovich, eminente científico del campo de la hidrodinámica, continúe con vida se debe a lo siguiente: algún personaje situado todavía a mayor altura dentro del Servicio de Seguridad Nacional se mostró descontento a causa de que la lista confeccionada había sido demasiado corta y demasiado pocos los fusilados. Por tal razón, a Strajovich se le consideró un centro adecuado para otra nueva organización que descubrir. Un tal Altschuller lo citó: «¿Qué ocurre? ¿Por qué ha confesado con tanta rapidez? ¿Quiere largarse de prisa al otro mundo para cubrir al Gobierno ilegal? ¿Qué puesto tenía usted en él?». Y así, Strajovich, siempre dentro de la celda de los condenados a muerte, fue sometido a una nueva serie de investigaciones. Manifestaba ser el ministro de Instrucción Pública —pues deseaba que todo terminara cuanto antes—, pero Altschuller no se dio por satisfecho. Continuaron las investigaciones y, entretanto, fue fusilado el grupo Ignatovski. Un acceso de cólera se apoderó de Strajovich durante uno de los interrogatorios: ya no le importaba la vida, estaba, simplemente, cansado de esperar la muerte y, sobre todo, de las mentiras, que, de pronto, le hacían sentir náuseas. Por ello armó un escándalo y, durante un careo, gritó a un pez gordo en su misma cara: «¡Será a *ustedes* a quienes se fusile, a todos ustedes! ¡No quiero seguir mintiendo! ¡Me retracto de todas mis declaraciones!». Y el estallido sirvió de remedio. Se suspendieron los interrogatorios. Y todavía ocurrió algo más: permaneció largo tiempo olvidado en su celda de condenado a muerte.

Quizá resulte útil siempre un estallido de desesperación en medio de la sumisión general.

Así, pues, son muchos los fusilados: miles al principio, cientos de miles después. Dividimos, multiplicamos, nos lamentamos, maldecimos. Y, sin embargo, se trata de números, de cifras que estremecen, que aterrorizan, que se olvidan más tarde. Pero si

alguna vez los familiares de los fusilados llevaran a una editorial las fotografías de todos los ajusticiados y la editorial hiciera con ellas un álbum fotográfico, varios volúmenes de ellos, entonces, podríamos, al pasar una hoja detrás de otra, obtener de la última mirada de los ojos cerrados para siempre algo muy útil para los que hemos continuado con vida. Esta lectura, casi sin letras, grabaría huellas eternas en nuestros corazones.

Una familia amiga en la que hubo antiguos penados, acostumbra a hacer lo siguiente: El 5 de marzo, el aniversario de la muerte del asesino supremo, se ponen en las mesas las fotografías de los fusilados y los que murieron en los campos de trabajo. Una cuantas docenas, tantas como se han podido procurar. Y el día entero es un día solemne en el domicilio, como si estuvieran en una iglesia, en un museo. Suena música fúnebre, acuden los amigos, contemplan las fotografías, guardan silencio, escuchan con atención, hablan entre sí en voz baja y se marchan sin despedirse.

Si se hiciera esto en todas partes… Un pequeño surco, al menos uno diminuto, quedaría grabado en nuestro corazón al contemplar los rostros de tantos muertos. ¡Y así las muertes NO HABRIAN SIDO EN VANO!

También yo poseo algunas fotografías, que debo al azar (véase contracubierta):

Pokrovski, Victor Petrovich, fusilado en Moscú, en 1918.

Shtrobinder, Alexandr, estudiante, fusilado en Petrogrado en 1918.

Anickov, Vasili Ivanovich, fusilado en la Lubianka en el año 1927.

Svechin, Alexandr Andreievich, profesor destinado en el Estado Mayor Central, fusilado en 1935.

Reformatski, Mijail Alexandrovich, agrónomo, fusilado en Orel en 1938.

Anichkova, Yelisaveta Yevgenievna, fusilada en 1942 en un campo de trabajo junto al Yenisei.

¿Cómo sucede *todo esto*? ¿Cómo *espera* la gente? ¿Qué siente? ¿En qué piensa? ¿Qué decisiones maduran en ella? ¿Y cómo van a *buscarlos*? ¿Y qué sienten en el último minuto? ¿Y cómo les ocurre…, a ellos…, esto…?

Es comprensible el enfermizo afán que tienen las personas de mirar detrás del telón (aunque a NOSOTROS, naturalmente, jamás nos ocurrirá esto). Es comprensible también que los supervivientes no relaten nada sobre los últimos momentos…; al fin y al cabo fueron indultados.

Lo *demás* lo saben los verdugos; sin embargo, los verdugos no hablarán. (El famoso *tío Liosha* del Kresty, que ataba a la espalda las manos de los condenados y tenía preparada una mordaza para los que, al marchar, gritaban en la noche de los corredores un «¡Adiós, camaradas…!»). N. ¿Para qué habría de contarlo? Posiblemente esté paseando todavía hoy por Leningrado convertido en un jubilado bien retribuido. Pero si se encuentra con él en un partido de fútbol o en una cervecería de las islas… ¡a pesar de todo, pregúntele!

Pero tampoco los verdugos lo saben todo hasta el fin. Cuando, entre el estruendoso tableteo de las ametralladoras, utilizan las pistolas para dar el tiro de

gracia en la nuca, los verdugos, con los sentidos embotados, están condenados a no comprender nada de lo que está ocurriendo. Tampoco los verdugos saben lo que ocurre en el *último momento*. Eso lo sabe únicamente el asesinado; por tanto, nadie.

Bueno, y el artista sabe también mucho, aunque no con claridad; lo supone únicamente. Sin embargo… llegar basta el instante de la bala, de la cuerda…

Y la idea que tenemos de las celdas de los condenados a muerte hemos de agradecérsela precisamente a ellos, a los indultados y a los artistas. Saben, por ejemplo, que durante las noches no se duerme, sino que *se espera*, que la tranquilidad no llega hasta la mañana.

En la novela *Mnimye Velichiny (Grandezas imaginarias)*, de Narokov (Marchenko**[313]**), un libro muy perjudicado, fundamentalmente por el propósito de escribir al estilo de Dostoievski y describir con mayor patetismo aún que dicho autor las celdas de los condenados a muerte, a mi modo de ver, está relatada magníficamente la escena de la ejecución. No se puede comprobar, pero el relato convence.

Las suposiciones de antiguos maestros de nuestra literatura, como, por ejemplo, las de Leonid Andreiev, nos saben hoy involuntariamente a los tiempos de nuestras bisabuelas. No hay persona cuya imaginación hubiese sido capaz, digamos, de figurarse las celdas de la muerte de 1937. Cualquier artista habría tejido inevitablemente una trama basada en sus propios hilos psicológicos: ¿Qué esperan? ¿Cómo escuchan los ruidos del exterior…? ¡Cómo podían imaginar y describir inesperadas sensaciones de los que esperaban la muerte, tales como!:

1. Los condenados a muerte padecen *frío*. Como cama para dormir, sólo tienen el suelo de cemento. La temperatura junto a la ventana es de tres grados bajo cero (Strajovich). Te habrás muerto de frío antes de que vengan a buscarte.

2. Los condenados a muerte sufren la *carencia de aire y de espacio*. En las celdas individuales permanecen siete hombres como sardinas en lata (NUNCA FUERON MENOS). Pero también hay diez, quince o VEINTIOCHO (Strajovich, Leningrado, 1942). Y apretados hasta tal punto pasan los condenados a muerte semanas y MESES. ¡Valiente pandilla la de tus *siete ahorcados*! Los condenados de hoy ya no piensan en la ejecución, no les atormenta el pensamiento de morir, sino: ¿será posible estirar las piernas? ¿Volverse del otro lado? ¿Respirar un poco de aire?

En el año 1937, cuando en las cuatro prisiones de Ivanovo —la interior, la número 1, la número 2 y la KPZ (Comisariado Político de Defensa)— había al mismo tiempo hasta cuarenta mil personas, siendo así que estaban calculadas, como máximo, para tres o cuatro mil, la confusión era total: los reclusos en prisión preventiva, los condenados a muerte o a campos de trabajo, los indultados y, además, los ladrones. Y así permanecieron ALGUNOS DÍAS en una gran celda, tan APRETADOS unos contra otros que resultaba imposible alzar la mano; y los que estaban en las tarimas habían de tener cuidado, además, de que no les rompieran las piernas. Corría el invierno, pero los reclusos rompieron el cristal de la ventana para no asfixiarse.

(Alalykin, encanecido por completo, esperaba aquí el cumplimiento de su condena a muerte. Miembro desde 1898 del RSDRP [Partido Obrero Socialdemócrata Ruso], se dio de baja del partido en 1917, después de la Tesis de abril).

3. Los condenados a muerte padecen *hambre*. Han de esperar tanto tiempo la ejecución de la sentencia que, poco a poco, su tormento máximo deja de ser el miedo a la muerte para convertirse en el hambre. Alexandr Babich pasó en 1941 setenta y cinco días en la celda de la muerte de la prisión de Krasnoiarsk. Se había resignado ya, y el fusilamiento le parecía el único final posible de su arruinada vida. Pero cuando la sentencia de muerte le fue conmutada por la de diez años de privación de libertad, se había *hinchado a consecuencia del hambre*, y así tuvo que comenzar su camino por los campos de trabajo. Y, después de todo, ¿cuál es el récord de días pasados en celdas de la muerte? ¿Quién lo conoce…? Vsevolod Petrovich Golitsyn, el *starost* (jefe) (¡!) de las celdas de la muerte, permaneció dentro 140 días (1938). ¿Será quizás ésta la duración máxima? Nikolai Vavilov, miembro de la Academia y orgullo de nuestra ciencia, esperó algunos meses, *sino incluso hasta un año*, la ejecución de la sentencia. Fue evacuado a Saratov en concepto de destinado ya a la muerte y encerrado en este lugar en un calabozo sin ventanas. Cuando, en el verano de 1942, fue trasladado a la celda común por haber sido indultado, no podía andar y tenía que ser ayudado por los otros reclusos para pasear.

4. Los condenados a muerte padecen *enfermedades* y no reciben ayuda alguna. Ojrimenko enfermó de gravedad durante su larga estancia en la celda de los condenados a muerte (1938). No sólo no se podía pensar en un hospital, sino que la doctora se hizo esperar largo tiempo. Cuando llegó por fin, se quedó de pie frente a la puerta enrejada y, sin reconocerlo previamente, sin formular siquiera una pregunta, le dio unas pastillas. Strajovich fue atacado por la hidropesía, y cuando enseñó al carcelero la pierna hinchada, el funcionario le envió por fin… un dentista.

Y aunque el médico intervenga… ¿debe curar a una persona que espera ser ajusticiada, prolongando de esta forma la espera de la muerte? ¿O quizás el médico actuaría con mayor humanidad si insistiera en una ejecución más pronta? He aquí de nuevo una pequeña escena relatada por Strajovich: visita médica en la celda, el médico habla con el oficial de servicio y señala con el dedo a los condenados a muerte: «… moribundo… moribundo… moribundo»… (Y esto significa que escoge para el oficial los distróficos con toda intención. No se trata de torturar así a la gente. ¡Ya es más que tiempo de fusilarlos!).

Sí, ¿por qué los hacían en realidad esperar tanto tiempo? ¿Había pocos verdugos? Habría que considerar a este respecto que a muchos condenados a muerte se les ofrecía el recurso de una súplica de indulto, e incluso hasta se les intimidaba para ello; y cuando alguno se rebelaba enteramente por no estar dispuesto a compromiso alguno, *firmaban en su nombre*. Bueno, y es comprensible que se necesitaran más que meses antes de que la solicitud pasara por todos los recovecos de la máquina.

Chocaban aquí entre sí dos campos oficiales distintos, quizás eso lo explique todo. Las autoridades investigadoras y judiciales, que, confirmadas como miembros del Colegio Militar, constituían una unidad, dedicaban sus esfuerzos al descubrimiento de espantosos hechos punibles y estaban obligados a castigar adecuadamente al infractor… con el fusilamiento. Sin embargo, tan pronto era dictada la sentencia de muerte y consignada en los autos judiciales, los espantapájaros —alias condenados— carecían para ellos de ulterior importancia: el hecho de que continuaran con vida o murieran no podía modificar lo más mínimo el acontecer estatal. Así, pues, quedaban completamente bajo la jurisdicción de las autoridades penitenciarias; las cuales, sin embargo, y en su condición de «socios» del GULAG, consideraban ya la situación desde el punto de vista económico, pues su objetivo no consistía en fusilar al mayor número posible de personas, sino en enviar al Archipiélago la mayor cantidad posible de bestias de carga.

Por estas consideraciones se regía también Solokov, el jefe de la prisión interior de la Casa Grande, en lo concerniente a Strajovich, quien, al acabar por *aburrirse* en la celda de los condenados a muerte, pidió papel y lápiz para estudios científicos. Su primer cuaderno acabado se tituló: *Sobre la reciprocidad entre un líquido y un cuerpo sólido que se mueva dentro de aquél. Cálculos sobre balistas, muelles y amortiguadores*. Otro fue: *Bases de la teoría de la estabilidad*. Ya se le había trasladado a una celda «científica», donde recibía mejor alimentación. Entonces llegaron encargos desde el frente de Leningrado, y Strajovich ideó un nuevo sistema de defensa aérea. Al final Zhdanov conmutó la pena de muerte por la de quince años de privación de libertad. (Cierto que el correo atravesó con mucha lentitud el bloqueo: no tardó en llegar de Moscú el acostumbrado indulto, más generoso que el concedido por Zhdanov: una *decena* nada más**[314]**).

Un juez de instrucción apellidado Kruchkov (sí, sí, el ratero) había echado el ojo a N. P., profesor particular de matemáticas. Y es que, concretamente, este Kruchkov seguía cursos a distancia. Era lógico el pensamiento de que el catedrático encerrado en la celda de los condenados a muerte fuera de utilidad, por lo que P. *fue sacado de la celda de la muerte*… y tuvo que resolver los ejercicios que había de hacer en su casa el juez instructor (sí, y además los de otros), ejercicios que versaban sobre la teoría de la función de una variable compleja.

Así, pues, ¡qué podrá saber la literatura de los tormentos que sufren los condenados a muerte!

Finalmente, también la celda de los condenados a muerte —según noticias facilitadas por Ch-v— puede llegar asimismo a ser considerada *elemento parcial de la investigación previa* como método para *ejercer influencia*. Dos hombres que se negaban a confesar (Krasnoiarsk) fueron puestos frente a un «tribunal judicial», «condenados» a muerte y recluidos en la celda de los condenados a muerte. (Ch-v expuso erróneamente: «Se escenificó para ellos la vista de una causa». Cuando la costumbre es hacer de cada vista de una causa una puesta en escena, resulta difícil

encontrar otra palabra para este seudojuicio. ¿Tablas en las tablas, teatro en el teatro?). Y en la celda llegaron a gustar hasta el fondo la rutina diaria de la muerte. Más tarde fueron metidos en ella espías, asimismo supuestos «condenados a muerte». Entonces, los primeros se arrepintieron súbitamente de haberse mostrado tan inflexibles durante los interrogatorios y, a través del guardián de prisiones, hicieron saber que estaban dispuestos a firmar todo. Les pusieron delante unas declaraciones, las firmaron y fueron sacados de la celda *de día*., lo cual significaba que no los sacaban para fusilarlos.

¿Y los *verdaderos* condenados a muerte que esperaban en esta celda, a los que fue asignado el papel de comparsas en este sainete criminalista…, quizá sintieran algo cuando alguien se «arrepentía» y era indultado? Bueno, esto entra dentro de los gastos de la producción.

Se dice que Konstantin Rokosovski, el futuro mariscal, fue en 1938 llevado dos veces de noche al bosque para una supuesta ejecución, puesto frente a los cañones de los fusiles y vuelto de nuevo a la prisión. También es ésta una medida máxima cuando se emplea como treta criminalista. También dio buen resultado: el hombre continuó con vida, prosperó y no se enojó en modo alguno.

Y las personas se dejan matar casi siempre sin rebelarse. ¿Por qué hipnotiza de tal manera la pena de muerte? En casi todos los casos, los indultados no recuerdan que en su celda se haya resistido nadie jamás. Bien es verdad que hubo algunos casos de resistencia, como el ocurrido en 1932 en el Kresty de Leningrado, cuando los recluidos en la celda de los condenados a muerte se lanzaron contra los guardianes y dispararon con los revólveres que habían capturado. A continuación se ideó un nuevo método para sacar a los condenados a muerte: primero localizaban a su hombre a través de la mirilla y luego entraban en grupos de cinco, pero sin armas, y caían sobre el condenado escogido. El total de condenados a muerte existente en la celda era de ocho a diez personas, pero cada una de ellas había elevado una petición de indulto a Kalinin, cada uno de ellos esperaba el perdón; y, por lo tanto: «Muere tú hoy y yo moriré mañana». Retrocedían y se mostraban indiferentes mientras veían cómo era esposado el condenado elegido, mientras escuchaban los gritos de demanda de auxilio de éste y observaban cómo le introducían en la boca una pelotita para hacerle callar. (Al ver una pelota de esta clase… ¿cómo adivinar las variadas posibilidades de aplicación que puede tener? ¡Qué ejemplo más acertado para una disertación sobre el método dialéctico!).

¡Esperanza! ¿Cómo actúa en ti? ¿Te hace sentirte más fuerte o más débil? Si en cada una de las celdas de los condenados a muerte los reclusos hubieran unido sus fuerzas y estrangulado con sus manos a los verdugos que entraban… ¿no hubiese esto quizá contribuido con más seguridad a finalizar con las liquidaciones, en lugar de dirigir súplicas al VZIK? Cuando se está al borde de la tumba, ¿se puede perder algo más si se ofrece resistencia?

Sin embargo, ¿no se había ya determinado todo esto de antemano en el momento de la detención? Y, a pesar de ello, todos los detenidos se arrastraban sobre las rodillas, como si les hubiesen cortado las piernas, a lo largo del camino de la esperanza.

En la noche que siguió a la sentencia, cuando lo conducían por el sombrío Kady, llevando delante un hombre revólver en mano, detrás otro y uno a cada lado, Vasili Grigorievich Vlasov sólo temía una cosa —según recuerda—: que le pegaran un balazo allí mismo por supuesta tentativa de fuga. Así, pues, ¡aún no creía en la sentencia! Y todavía abrigaba esperanzas de vivir…

Entonces lo llevaron al cuarto de guardia y pudo tumbarse en una mesa de escritorio mientras dos o tres milicianos hacían guardia continuamente. Sentados alrededor de un candil, conversaban entre sí: «He escuchado con toda atención durante cuatro días, pero no me preguntéis por qué los han condenado». «¡Bah, déjalo! ¿Qué nos va ni nos viene eso a nosotros?».

Permaneció cinco días en este cuarto. Esperaban la confirmación de la sentencia para poder fusilar a la gente en el mismo Kady sin pérdida de tiempo: era muy pesado ir de escolta a cualquier otro sitio con personas que habían de ser ajusticiadas. Alguien había enviado un telegrama en nombre del condenado: «No me confieso culpable y suplico que se me conserve la vida». No llegó respuesta. Durante todos estos días no pudo sostener la cuchara porque le temblaban las manos, y sorbía la sopa directamente del plato. Kliugin fue a verlo para burlarse de él. (Poco después del asunto de Kady era trasladado de Ivanovo a la casa de Moscú. Aquel año hubo para las sangrientas estrellas del cielo del GULAG muchas subidas rápidas y muchos descensos repentinos. Se notaba ya en el ambiente que pronto se cavarían su propia fosa, sólo que no se daban cuenta).

Tanto la confirmación de la sentencia como el indulto se hacían esperar, por lo que los cuatro delincuentes fueron transportados a Kinechma. Fueron montados en cuatro camiones, uno para cada uno, vigilados por siete milicianos cada uno de ellos.

En Kinechma, en el subterráneo del monasterio (la arquitectura conventual adecuada a la ideología de los monjes nos vino de perilla), recibió un nuevo refuerzo la expedición de la muerte, que fue transportada a Ivanovo en vagones para reclusos.

Tres hombres fueron separados de los demás en la estación de mercancías de Ivanovo: Saburov, Vlasov y uno del otro grupo; a los demás se los llevaron inmediatamente, o sea para fusilarlos, con objeto de no sobrecargar la prisión. Así fue cómo Vlasov se despidió de Smirnov.

Los tres supervivientes fueron llevados al patio de la prisión número 1, donde tuvieron que esperar de momento cuatro horas —corría octubre y la humedad penetraba hasta los huesos— hasta que llegaron los otros grupos de penados y fueron registrados y conducidos. En el fondo, todavía no estaban seguros de si los fusilarían o no aquel mismo día. ¡Estas cuatro horas tuvieron que pasarlas sentados en el suelo, y con estos pensamientos! Durante unos instantes, Saburov pensó que iban a ser

ejecutados; sin embargo, tan sólo fueron llevados a la celda. No gritó. Lo único que hizo fue apretar con tal fuerza la mano del vecino que éste gritó de dolor. El guardián hizo avanzar a Saburov pinchándole con la bayoneta.

Había en el mismo corredor de la prisión cuatro celdas de condenados a muerte, la celda de los niños y la de los enfermos. Las celdas de los condenados a muerte tenían cada una dos puertas: una normal, de madera, con una mirilla, y una puerta enrejada de hierro; y había dos llaves para cada puerta, una en poder del guardián y otra en poder del comandante del bloque, con objeto de que ninguno de ambos pudiera abrir sin el concurso del otro. Contigua a la celda número 43 había un cuarto para interrogatorios. Y por la noche, mientras esperaban el momento de que fueran a buscarlos, los condenados tenían que soportar, además, el tormento de los gritos que daban los torturados.

Vlasov fue a parar a la celda número 61, una celda individual de cinco metros de largo por poco más de uno de ancho. Dos camas de hierro estaban fijadas en el suelo por medio de gruesas escuadras, también de hierro, y en cada cama había dos hombres, los pies del uno junto a la cabeza del otro. Los otros catorce condenados a muerte permanecían tumbados en el suelo de cemento, oblicuamente.

O sea, que para esperar la muerte disponían de menos de medio metro cuadrado, aunque se sabe desde hace mucho tiempo que incluso un muerto tiene derecho a dos metros… Y esto también, en opinión de Chejov, era todavía demasiado poco…

Vlasov preguntó si lo fusilaban a uno en seguida. «Ya nos ves, hace tiempo que estamos aquí y seguimos aún con vida»…

Y así comenzó la espera, según ha llegado hasta nosotros: Nadie duerme durante la noche. Todos, completamente exhaustos, esperan a que vayan a buscarlos; todo el mundo escucha con atención los ruidos del pasillo. (También este prolongado esperar es el que debilita aún más la capacidad de resistencia del ser humano). Tienen un miedo especial a la noche que sigue al día en que ha llegado algún indulto. El indultado se ha marchado gritando de alegría, pero en la celda crece el terror, pues junto con los indultos han llegado también las apelaciones desestimadas, y todos saben que, por la noche, llegarán a por alguno…

A veces se escucha en la noche el ruido de las llaves y el corazón se encoge. ¿A por mí? ¿A por cualquier otro? Sin embargo, se trata simplemente del *vertujai*, que abre la puerta de madera por cualquier tontería: «¡Quitad las cosas del alféizar de la ventana!». Quizás el hecho de abrir puertas restara un año de vida a cada uno de los catorce, quizá fuera suficiente con abrir así la puerta sus buenas cincuenta veces… ¡y se podrían ahorrar la bala! Sin embargo, cuán agradecidos le están porque no ha ocurrido lo que temían: «¡Ya las quitamos, ciudadano superior!».

Después de salir por la mañana del excusado, dormían ya libres de temor. Luego entraba en la celda el guardián con una caldera llena de sopa de agua y saludaba: «Buenos días». Las disposiciones exigían que la segunda puerta, la enrejada, sólo pudiera ser abierta en presencia del oficial de servicio; pero, como es bien sabido, el

ser humano es en sí mejor y más perezoso que sus disposiciones e instrucciones. Por consiguiente, el guardián entraba solo en la celda que comenzaba a despertarse y saludaba a los reclusos con un humano «Buenos días». Bueno, humano no, ¡mucho más que sencillamente humano! ¡Pues para quién, si no, era el día mejor, que para estos hombres! Agradecidos al calor de esta voz, al calor de este caldo, dormían ahora hasta el mediodía. (Su única comida era ésta tan temprana, pues, cuando se despertaban al mediodía, muchos de ellos eran ya incapaces de comer. Algunos recibían paquetes —los familiares no tenían por qué saber que estaban condenados a muerte—, y estos paquetes eran de propiedad común; pero nadie comía de ellos, y la comida se echaba a perder en la humedad enmohecedora).

Había en la celda durante el día algo semejante a la vida. Se personaba el comandante del bloque —el atrabiliario Tarakanov o el benévolo Makarov— con objeto de repartir papel para toda clase de peticiones o aceptar encargos de tabaco: los que tenían dinero podían conseguir cosas de la tienda. Las preguntas sonaban absurdas o excesivamente humanas: se aparentaba como si hubieran de… vivir… como reclusos normales.

Los condenados pintaban puntos en las tapas arrancadas de las cajas de cerillas y jugaban al dominó. Vlasov se desahogaba contando historias de la cooperativa, que todavía resultan muy divertidas[315].

Yakov Petrovich Kolpakov, presidente del comité ejecutivo territorial de Sudogda, un bolchevique que estuvo en el frente desde la primavera de 1917, permaneció sentado diez días en la misma postura, la cabeza entre las manos, los codos en las rodillas, siempre con la vista fija en el mismo punto de la pared. (¡Cuán alegre y ligera hubo posiblemente de parecerle la primavera de 1917…!). La locuacidad de Vlasov le molestaba e irritaba: «Pero ¿cómo puedes»… «¿Y tú —replicaba Vlasov—, a lo mejor te estás preparando para entrar en el Paraíso? Yo sólo tengo pensada una cosa: decir al verdugo: “¡Tú solo eres el culpable! ¡No los jueces, ni los fiscales… Tú eres el único responsable de mi muerte y tendrás que cargar con esa responsabilidad de ahora en adelante! ¡Sin vosotros, los verdugos voluntarios, no habría ninguna sentencia de muerte!”. ¡Y entonces el cerdo de él puede matarme!».

Kolpakov fue fusilado. También lo fue Konstantin Sergeievich Arkadiev, antiguo director de la administración de las tierras del distrito de Alexandrovsk (provincia de Vladimir). La despedida de este hombre les resultó en cierto modo particularmente dura. En plena noche se presentaron pisando fuerte seis individuos de la guardia y lo sujetaron sin miramientos; pero Konstantin, el hombre pacífico, el bien educado, estuvo largo tiempo manipulando con la gorra para ganar todavía unos instantes, para permanecer aún unos momentos más con los últimos seres terrenales. Y cuando pronunció el último «Adiós», había perdido casi por completo la voz.

Al principio, cuando los otros designan a la víctima, los demás respiran aliviados —«no soy yo»—, pero tan pronto se han llevado al condenado a muerte, los que han quedado en la celda apenas se sienten mejor que quien ha emprendido ya el camino

hacia su último fin. Durante todo el día siguiente, los supervivientes están condenados a callar y no comer nada.

Sólo Gerassim, el mozo que se lanzó contra el soviet de la aldea, comía y dormía mucho; era un campesino auténtico que estaba aquí como si estuviera en su casa. En cierto modo, no era capaz de creer que pudieran fusilarlo. (Y tampoco lo fue, se le castigó con la *decena* en lugar de con la muerte).

Algunos vieron a sus camaradas de celda encanecer en tres o cuatro días.

A los reclusos el pelo les crece durante esta continua espera de la muerte. Así, pues, la celda es conducida al peluquero, a la *bania*. La rutina de la prisión sigue su curso y no se preocupa en absoluto de las sentencias.

Uno u otro perdía la facultad de hablar con sensatez, perdía la razón; pero, a pesar de ello, continuaba en su sitio para que se cumpliera su destino. Quien enloquecía en las celdas de los condenados a muerte era fusilado precisamente entonces por loco.

Los indultos no escasearon. Precisamente en aquel otoño de 1937 fueron establecidas, por primera vez después de la Revolución, las penas de quince y veinte años, que evitaron muchas ejecuciones. También la *decena* servía de sustituto. E incluso podían valer cinco años. En este país de maravillas son también posibles tales milagros: ayer eras una presa de la muerte, y esta mañana ha llegado para ti una «condena de menor». Y, en calidad de condenado a una pena leve, tenías todas las posibilidades de andar suelto por el campo.

Había en la celda un hombre llamado V. N. Jomenko, de sesenta años de edad, cosaco del Kubán y antiguo capitán de Caballería; el «alma de la celda» caso de que puedan tener alma las celdas de los condenados a muerte: gastaba bromas, sonreía entre dientes, no dejando notar cuánta amargura lo dominaba. Como después de la guerra contra el Japón fue declarado inútil para el servicio, se dedicó a la cría caballar, prestó servicio en la Administración *Zemstvo* del Gobierno y, a comienzos de los años treinta, ostentaba el cargo de «Inspector regional del Fondo Caballar del Ejército Rojo», organismo cuya misión era procurar que los mejores caballos les correspondieran a las tropas. La detención y la posterior condena a la pena de muerte se debieron a una perjudicial recomendación de este hombre: castrar los potros antes de que tuvieran cuatro años, lo cual condujo, de una forma demostrable, «a que se minara la fuerza combativa del Ejército Rojo». Jomenko apeló, pero, cincuenta y cinco días después, el comandante del bloque le dijo que había dirigido la apelación a una autoridad que no era la que debía entender en el asunto. Jomenko tachó el nombre de la primera autoridad y escribió encima el de la otra, exactamente como si se tratara de solicitar un paquete de cigarrillos. Retocada de tal suerte, la petición anduvo otros sesenta días de autoridad en autoridad, mientras Jomenko esperaba durante cuatro meses que le llegara la muerte. (Y hubiese esperado año tras año, pues, al fin y al cabo, todos tenemos que esperar en cualquier momento la venida de la guadaña. [¡Como si todo nuestro mundo no fuera una celda de condenados a muerte…!]. Y lo que volvió… fue la *rehabilitación total*. (Mientras esto ocurría, el

mismo Vorochilov había dado la orden de castrar a los caballos antes de cumplir cuatro años). Unas veces, fuera la cabeza; otra, arriba la cabeza; hoy, dolor; mañana, aleluya.

Los indultos se producían con frecuencia y la esperanza de muchos era cada día más fuerte. Pero Vlasov, que comparaba su caso con los de los demás y, sobre todo, su comportamiento ante el Tribunal, juzgaba que era mucho lo malo acumulado contra él. Y, al fin y al cabo, alguno tendría que ser fusilado. De grado o por fuerza, la mitad… Y contaba con que lo fusilarían. Y lo único que deseaba era portarse valientemente cuando ocurriera. Siempre había sido un hombre osado, lo seguía siendo, se fue llenando de nuevo poco a poco de entereza y se propuso hacerles cara hasta el último instante.

No tardó en presentarse la oportunidad. Chinguli, jefe del Departamento de Investigación del Servicio de Seguridad de Ivanovo, giró una visita a la prisión y ordenó, quién sabe por qué (lo más probable a causa del cosquilleo de los nervios), abrir la puerta de la celda. Entonces se plantó, dijo algo y preguntó a los ocupantes de la celda:

—¿Quién está aquí a causa del asunto de Kady?

Vestía una camisa de seda, de manga corta, el último grito por entonces, que se les antojaba algo femenino a muchos. Además, él exhalaba —o su camisa— un perfume dulzón que pronto inundó la celda.

Vlasov saltó veloz a una tarima y gritó con voz estridente:

—¿Qué clase de oficial de Colonias es éste? ¡Fuera de aquí, asesino! —y escupió con fuerza a la cara de Chinguli, acertándole.

El hombre se limpió el salivazo y retrocedió, pues sólo debería haber entrado en esta celda acompañado de seis guardias. Y ni aun así hubiese estado seguro del todo.

Un conejillo prudente no debería haberse permitido una acción de esta clase. ¿Qué ocurriría si tu expediente hubiera estado ya precisamente en la mesa de Chinguli, y el indulto en sus manos? No se habría debido a la casualidad el hecho de que se presentara a preguntar quién estaba implicado en el asunto de Kady, ¿verdad? Quizás hubiera venido por tal motivo.

Sin embargo, llega un momento en que a uno le molesta, le repugna ser un conejillo prudente, en que la cabeza del conejillo comprende por entero que todo conejo está destinado a perder la piel y la carne, por lo que no es la vida lo que se gana, sino sólo una demora. Y entonces se quisiera gritar: «¡Malditos seáis todos y disparad ya de una vez!». Durante los cuarenta y un días de espera había sido éste el sentimiento que se había apoderado de Vlasov con mayor fuerza a cada instante. En la prisión de Ivanovo le habían ofrecido dos veces que elevara una instancia pidiendo clemencia, y las dos veces lo rechazó. Sin embargo, al llegar el día número cuarenta y dos, fue llevado a la jaula, donde lo informaron de que el Presidium del Soviet Supremo había conmutado la pena máxima por la de veinte años de estancia en

campos de trabajo correccionales, seguidos de otros cinco años de pérdida de los derechos civiles.

Vlasov sonrió sarcástico. Estaba pálido, pero tampoco aquí se mordió la lengua:

—Es curioso. Me han condenado por no creer en la victoria del socialismo en un país. Pero ¿cree Kalinin lo que dice al pensar que nuestro país va a tener necesidad de campos de trabajo durante veinte años más…?

En aquella época parecía inconcebible: ¡veinte años! Es curioso, pero se tiene necesidad de ellos todavía después de treinta…

XII
Tiursak

Ostrog, ¡qué buena palabra rusa, qué recia sustanciosa, qué bien construida! Parece como si se sintiera en ella la fuerza de los muros de la cárcel y… algo más: que no hay escape. Y todo ello se condensa en estas seis voces: *strogost*, el rigor; *ostrogk*, el arpón o la pica del soldado, y *ostrota*, la agudeza (la agudeza de erizo, que te clava las púas en el morro; de la nieve, que te azota la cara, rígida de frío, y se te mete en los ojos; la agudeza de las estacas de la zona fronteriza y la del alambre de espino); también le anda cerca *ostorozhnost*, la precaución (de los presos), y naturalmente, *rog*, el asta. ¡El asta que apunta en dirección a nosotros!

Pero cuando contemplamos el conjunto del sistema de prisiones ruso, vemos que de la historia de los últimos noventa años, pongamos por caso, no surge una sola asta, sino dos: las dos astas de un toro bravo. Los terroristas de la *Narodnaia Volia* cumplieron su condena en la punta del asta, justamente allí donde se clava, donde resulta imposible resistir, incluso en el esternón; después, poco a poco, fue redondeándose, suavizándose, ablandándose; ya no parecía un asta, sino una superficie llana y mullida (estamos a principios del siglo XX); pero muy pronto (a partir de 1917) empiezan a palparse las aristas del otro hueso, las reseguimos pasando sobre zonas prohibidas («¡Usted no tiene derecho…!»), y notamos cómo va afilándose y endureciéndose hasta que, en 1938, se clava en el cuerpo del hombre, en el alvéolo situado encima de la clavícula, en el nacimiento del cuello: *¡Tiursak*[316]*!* Y, en la noche, empieza a escucharse a lo lejos, como desde una torre defensiva, una campanada, una sola al año: ¡TON…![317]

Si quisiéramos verificar esta parábola en cualquiera de los reclusos de Schlüsselburg[318], al principio sentiríamos miedo: cada preso tiene un número, nunca se le llama por su nombre, los gendarmes son como los guardianes de la Lubianka: no dicen ni una palabra. Si alguno se atreve a murmurar: «*nosotros*»… «¡Habla sólo por ti!». Un silencio sepulcral. En las celdas, siempre una luz crepuscular, los cristales de las ventanas son esmerilados, y el suelo es de cemento. El respiradero se abre sólo durante cuarenta minutos al día. De comida, puré de cebada y sopa de col, con más agua que col. La biblioteca no presta libros científicos. Durante dos años no ves a nadie, y hasta los tres no te dan unas hojas de papel numeradas[319].

Poco a poco, el régimen va suavizándose: hay pan blanco, té con azúcar, cada uno su ración, y el que tiene dinero puede comprar cosas, se puede fumar, en las ventanas

se ponen cristales transparentes, el respiradero puede permanecer abierto, las paredes se pintan de color claro —¡ah!, y se reciben libros de la Biblioteca de San Petersburgo—. En los jardines de delante hay verjas, y se puede hablar con la gente y hasta hacer discursos. Y ya los presos empiezan a exigir: ¡Queremos más tierra! Dos grandes patios se parcelan en huertos. Pronto se cultivan hasta cuatrocientas variedades de flores y hortalizas. Y se empiezan colecciones científicas, se monta una carpintería y una forja, y comenzamos a ganar dinero y compramos libros, incluso rusos, sobre política[320], y revistas extranjeras. Ya podemos escribir a la familia. ¿Y pasear? Sí, incluso todo el día.

Poco a poco, según recuerda Vera Figner, «ya no era el guardián quien gritaba, sino nosotros». En 1902, el guardián se negó a dar curso a una queja que ella presentaba, y entonces *ella le arrancó las guardaaxilas*. ¿Con qué consecuencias? Un juez de instrucción militar se trasladó a la cárcel y *presentó disculpas* a Vera Figner por la conducta del grosero guardián.

¿A qué se debió el cambio? En sus Memorias, la Figner lo atribuye en parte a los sentimientos humanitarios de algunos alcaides, y en parte, a la convivencia entre guardianes y presos que habían acabado por acostumbrarse unos a otros. A ello contribuyó en buena medida la entereza de los presos, su dignidad y su conducta. De todos modos, yo digo que estaba en el aire, en la humedad y el frescor que preceden a la nube de tormenta, en aquella brisa de libertad que ya empezaba a soplar sobre la sociedad. Aquello dio el primer impulso. De no ser por esta ráfaga, los gendarmes hubieran seguido maltratando a la gente, y Vera Figner, por arrancar las guardaaxilas del guardián, hubiera recibido, en lugar de la oportunidad de escribir sus Diarios, *nueve gramos* en el sótano.

El relajamiento del sistema penitenciario zarista no se produjo de modo espontáneo y casual, sino porque toda la sociedad trataba de lograrlo, por simpatía hacia los revolucionarios. El zarismo no perdió la cabeza en los tiroteos callejeros de febrero, sino varias décadas antes, cuando entre los hijos de buena familia empezó a considerarse un honor haber estado en la cárcel y cuando los oficiales del Ejército (y hasta los de la Guardia) comenzaron a considerar deshonroso estrechar la mano de un gendarme. Y cuanto más se relaja el sistema penitenciario, más se destaca la *ética triunfal de los políticos*, con más claridad sienten los miembros de los partidos revolucionarios la fuerza de sus propias leyes no dictadas por el Estado.

Así llegó a Rusia el año 1917 y, a continuación, el año decimoctavo. ¿Por qué pasamos directamente a 1918? El tema de nuestra investigación no nos permite detenernos en 1917; después de febrero, todas las cárceles políticas se quedaron vacías, se había abolido el arresto preventivo y la detención, había desaparecido la Katorga, y resulta asombroso que el personal de vigilancia lograra sobrevivir durante aquel año. Seguramente fue gracias a los jardines obreros. (A partir de 1918 volvieron a prosperar, y los guardianes de la cárcel de la calle Spalernaya sirvieron al nuevo régimen hasta 1928. ¡Y *nitchevo*! No pasó nada).

Pero ya durante el último mes de 1917 empezó a hacerse la luz: no se podía prescindir de las cárceles, había personas que no podían estar más que entre rejas (ver capítulo II), sencillamente, porque en la nueva sociedad no había lugar para ellos. De manera que el régimen penitenciario salvó la zona llana y mullida situada entre las dos astas del toro y empezó a encaramarse por la segunda.

Naturalmente, se declaró rotundamente que nunca se volvería a las espantosas condiciones de las cárceles zaristas, que no habría *corrección por la tortura*, silencio, aislamiento, paseos por separado ni tonterías como dar vueltas al patio marcando el paso de la oca, y que hasta las celdas permanecían abiertas[321]: estimados huéspedes, moveos libremente, cultivad la conversación, lamentaos mutuamente de las molestias que os infligen los bolcheviques. Después se recurrió a las autoridades de los establecimientos penitenciarios. Debían vigilar el adiestramiento táctico de la guardia exterior, así como la adición de la herencia zarista al sistema de prisiones (no era éste el aparato estatal que tenía que ser destruido y levantado de nuevo). Afortunadamente, la situación no tardó en aclararse cuando se comprobó que las cárceles más importantes, las *Zentrals*, u *Ostrogs*, no habían sufrido daños durante la guerra civil. Sin embargo, era indispensable renunciar a los antiguos y odiosos nombres. Ahora se llamaban *Politisolatores*, una combinación de voces que expresaba: primero, el reconocimiento de los miembros de los antiguos partidos políticos como adversarios políticos; segundo, que el encierro no tenía carácter penal, sino que respondía simplemente a la necesidad de aislar de la nueva sociedad progresista a los revolucionarios anticuados (aunque, desde luego, provisionalmente). Bajo estos auspicios, los socialrevolucionarios, socialdemócratas y anarquistas volvieron a los calabozos de las viejas *Zentrals* (parece ser que a la de Susdal, ya antes de que terminara la guerra civil).

Todos eran conscientes de sus derechos, para cuya defensa podían apoyarse en una antigua tradición. Sabían lo que les correspondía (conquistado a los zares y ratificado por la Revolución): una ración propia para los políticos (incluido medio paquete de cigarrillos al día); comprar en el mercado (leche, requesón); pasear por el patio sin ser molestados y sin limitación de tiempo; ser tratados de usted (permanecían sentados en presencia de los funcionarios del establecimiento); cohabitación de cónyuges en una celda; el derecho a tener en la celda revistas, periódicos, libros, útiles de escribir y efectos personales, incluso utensilios de afeitar y tijeras; recibir y enviar cartas tres veces al mes; visita mensual y, naturalmente, ventanas sin trancas ni barrotes (para la «mordaza» ni siquiera existía una palabra), libertad de movimiento entre las celdas; zonas verdes para el paseo, con lilas; elección libre del compañero de paseo; contrabando de saquitos de correspondencia entre los patios; y traslado de las embarazadas[322] de la cárcel al destierro, dos meses antes de que terminaran la cuenta.

Pero todo esto sólo afectaba al *Politregime*. Sin embargo, lo que todavía recordaban los políticos de los años veinte era la *autonomía administrativa de los*

políticos, que les daba la sensación de que, aun en la cárcel, seguían siendo parte de un todo, miembros de la comunidad. La autonomía (libre elección de sus dirigentes y portavoces ante la Dirección) mitigaba la opresión del encierro en el individuo, pues todos hacían causa común, y cada protesta daba la resonancia de todos los votos.

Y ellos se propusieron consolidar estos derechos. Y las autoridades decidieron hacer lo posible por impedírselo. Y empezó entonces una lucha sorda, un combate sin artillería; de vez en cuando se oía una salva de fusiles y estrépito de vidrios rotos, pero el sonido no llegaba más allá de doscientos metros. Era una lucha sorda por unas migajas de libertad, por el derecho a tener una opinión, que duró casi veinte años y que no ha sido descrita ni ilustrada en parte alguna. Sus altibajos, sus triunfos y sus derrotas son casi inaccesibles para nosotros, pues en el Archipiélago no hay literatura, y lo que corre de boca en boca lo interrumpe la muerte. Si de vez en cuando llega casualmente hasta nosotros un eco de aquella lucha, en seguida se apaga; es una imagen borrosa, apenas iluminada por un tenue rayo de luna.

Ocurre también que, entretanto, nosotros hemos prosperado mucho: ahora conocemos las batallas de tanques y las explosiones atómicas. ¿Consideramos todavía lucha el que, cuando se cerraron las celdas, los reclusos, para salvaguardar su derecho de comunicación, golpearan las paredes, se hablaran a gritos por las ventanas, bajaran escritos de un piso al otro atados con cordeles e insistieran en que por lo menos los jefes de las fracciones políticas tuvieran libre acceso a las celdas? ¿Qué clase de batalla libraban la anarquista Anna G-wa (1926) o la socialrevolucionaria Katia Oliskaya (1931) cuando se negaron a levantarse del camastro al entrar en su celda el director de la Lubianka? (Y el muy bruto imaginó entonces este castigo: prohibirles el uso del retrete situado fuera de la celda). ¿Consideramos lucha el que dos muchachas, Shura y Vera (1925), para protestar por la orden represiva dictada en la Lubianka, de hablar únicamente en susurros, se pusieran a cantar (aunque sólo sobre las lilas y la primavera), por lo que Letten Dukes, el director, las sacó de la celda arrastrándolas del pelo y las llevó por el corredor hasta el retrete? ¿O que estudiantes que iban a Leningrado en el tren de prisioneros (1924) se pusieran a cantar canciones revolucionarias, por lo que sus guardianes les suprimieron el agua? «¡Ni los gendarmes zaristas lo hubieran hecho!», decían ellos, y entonces los guardianes los apalearon. ¿O que el socialrevolucionario Koslov, en el campo de tránsito de Kern, llamara verdugos a los guardianes, por lo que ellos lo arrastraron por el suelo?

Y es que estamos acostumbrados a entender por *valentía* sólo la militar (sí, y también la que vuela por el espacio), la valentía que está sujeta a un orden. La otra valentía, el valor civil, la hemos olvidado. ¡Y con la falta que está haciéndonos…!

En 1923, el revolucionario socialista Struchinski y varios compañeros (¿cuántos?, ¿cómo se llamaban?, ¿por qué protestaban?) se parapetaron en una celda de la prisión de Viatka, rociaron los colchones con gasolina y se arrojaron a las llamas, dentro de la mejor tradición de Schlüsselburg, para no remontarnos más lejos en la Historia. ¿Y cuánto ruido hubo *entonces*? ¿Cómo se conmovió la sociedad rusa? Ni la ciudad de

Viatka, ni la de Moscú, ni la Historia llegaron a enterarse. Sólo esto: que la carne humana volvía a quemarse como antaño.

Entonces se implantó la primera idea de Solovezk: es buen lugar todo aquel que permanece durante seis meses sin relación con el mundo exterior. Allí puedes gritar cuanto quieras: nadie ha de oírte, y por lo que a nosotros respecta, puedes arrojarte a la hoguera. En 1923, los presos socialistas de Pertominsk fueron trasladados (a una península del lago Onega) y distribuidos entre tres solitarios retiros.

El venerable eremita Sabas: dos pabellones del antiguo albergue de romeros. Una parte del lago penetra en los terrenos de la llamada Zona. Durante los primeros meses, pareció que todo iba bien: se observaba el reglamento de los presos políticos; de vez en cuando se recibían visitas de miembros del partido, y todos los tratos con la dirección del penal se hacían a través de los jefes de los tres partidos. Y, además, la zona del retiro era zona libre: dentro de ella, el recluso podía decir, pensar, hacer y dejar de hacer lo que quisiera.

Pero ya entonces, en los primeros años del Archipiélago, empezó a circular con insistencia el rumor de que el régimen especial de los presos políticos iba a ser suprimido… suprimido…

Efectivamente, cuando, a mediados de diciembre, se interrumpió el viaje del barco y quedó rota toda comunicación con el mundo exterior, Eichmans**[323]**, el jefe del campo de Solovezk, declaró: Cierto, se habían recibido nuevas instrucciones relativas al régimen de prisión de los presos políticos. No iba a suprimirse todo, ¡eso no!, sólo se restringiría la correspondencia, que ya era mucho; pero lo trascendental fue esto: A partir del 20 de diciembre de 1923 se suprimía el derecho a entrar y salir libremente de los bloques a cualquier hora y se imponía un toque de queda a partir de las 18 horas.

Las fracciones deciden organizar una protesta, y socialrevolucionarios y anarquistas piden voluntarios: El primer día de la prohibición se saldrá a pasear precisamente a las 18 horas. Pero Nogtiov, el jefe del retiro de Savatius, está tan ansioso de tiroteo que, *antes* ya de la hora fijada (tal vez los relojes no iban a la par; entonces no daban la hora oficial por la radio), hace salir a la Zona a los guardianes armados de fusiles para que abran fuego sobre los que, legítimamente todavía, estaban paseando. Tres descargas. Seis muertos y tres heridos graves.

Al día siguiente llega Eichmans apresuradamente: todo fue un trágico error, y por ello el comandante Nogtiov va a ser relevado del cargo (fue trasladado y ascendido). El entierro de las víctimas. En el impresionante silencio de Solovezk, se eleva un cántico:

«Víctimas inmortales que descendéis a la tumba»…

(¿No sería la última vez que podía entonarse esta solemne melodía ante el féretro de personas asesinadas?). Sobre la tumba se colocó una gran piedra en la que se

grabaron los nombres de los muertos[324].

Sería injusto atribuir a la Prensa un afán de encubrimiento. *Pravda* publicó la noticia en letra pequeña: Los presos habían *atacado* a los guardianes y seis personas habían resultado muertas. El honorable *Bandera Roja* hablaba de un motín en las Solovki[325].

Pero la defensa del régimen de los presos políticos había triunfado. Y durante un año no volvió a hablarse de cambios.

Así quedaron las cosas durante todo 1924. Pero a finales de año volvían a circular rumores. Existía la intención de imponer un nuevo régimen en diciembre. El dragón volvía a tener hambre y exigía nuevas víctimas.

Pero entonces los tres retiros socialistas, a pesar de estar en islas distintas, consiguieron establecer un convenio según el cual todas las fracciones políticas confinadas en los retiros de Savatius, Troiski y Muksalma harían llegar el mismo día a Moscú y a las autoridades de Solovki un ultimátum: O llevaban a todos los presos de nuevo al continente antes de que se suspendieran los viajes del barco, o el régimen continuaba igual. Si en el plazo de dos semanas no se cumplían las condiciones del ultimátum, todos empezarían una huelga de hambre.

La unidad se hizo escuchar. Semejante ultimátum no podía echarse en saco roto. La víspera de cumplirse el plazo, Eichmans recorrió todos los retiros y manifestó que Moscú había rechazado las demandas. Y en los tres retiros (que ya estaban aislados entre sí) se inició el día señalado la huelga del hambre (no era «seca», sino que se permitía beber). En el retiro de Savatius se declararon en huelga doscientos hombres. Los enfermos estaban dispensados. Un médico de prisiones visitaba a los reclusos diariamente. Siempre es más difícil la huelga de hambre colectiva que la individual: hay que regirse por los más débiles, no por los más fuertes. La huelga sólo tiene sentido cuando el propósito es unánime, cada individuo conoce personalmente a los demás y está seguro de que puede confiar en ellos. Donde existen fracciones políticas los afectados son varios centenares, las discordias son inevitables y cada uno de los que siguen al dirigente a la huela se convierte en una carga moral. A los quince días, en Savatius tuvo que hacerse una votación secreta para decidir si se continuaba o se interrumpía la huelga (la urna fue pasada de celda en celda).

Entretanto, Moscú y Eichmans se mantenían a la expectativa: ellos estaban saciados, los periódicos no informaban de la huelga en los titulares ni los estudiantes se manifestaban delante de la catedral de Kazán. En torno a nuestra historia se había cerrado ya la térrea mordaza de un *blindaje* sin resquicios.

Los retiros interrumpieron la huelga. No habían ganado nada. Pero, según se vio después, tampoco habían perdido: durante todo el invierno se mantuvo el antiguo régimen, sólo se impuso la tarea extraordinaria de cortar leña en el bosque, lo cual, sin embargo, no carecía de cierta lógica. Y en la primavera de 1925, incluso llegó a parecer que la huelga había sido un éxito: los presos iban a abandonar las islas

Solovki. ¡Los llevaban al continente! ¡Al continente, donde no existe la noche polar ni se está incomunicado durante medio año!

Pero la escolta de guardianes era muy fuerte (para la época), y los víveres para el viaje, muy escasos. Y muy pronto se le vio la oreja al lobo. Con el pretexto de que los dirigentes estarían mejor en el «coche del personal», junto a las provisiones, los presos se quedaron sin sus jefes. El vagón en el que viajaban éstos fue desenganchado en Viatka y llevado después al *aislador político* de Tobolsk. Hasta ahora no comprendieron que la huelga del hambre del otoño anterior había fracasado: los habían separado de sus dirigentes, hombres fuertes e influyentes, para poder imponer al resto el cambio de régimen con mayor rigor. Yagoda y Katanian vigilaron personalmente el ingreso de los antiguos presos de Solovki en la cárcel de Verchne-Uralsk, que desde hacía tiempo estaba preparada, fue «inaugurada» por ellos en la primavera de 1925 y en décadas sucesivas se convertiría en un eficaz instrumento de terror.

En su nuevo alojamiento, a los antiguos habitantes de las Solovki se los privó de libertad de movimientos: las puertas de las celdas estaban cerradas. Aún se les consintió que eligieran nuevos jefes, pero ni siquiera éstos podían ir de celda en celda. Se prohibió el intercambio de dinero, libros y otros objetos entre las celdas. Los prisioneros se hablaban a gritos por las ventanas… hasta que un centinela dispara contra las celdas desde la torre. Ellos replicaron con la obstrucción: rompieron ventanas, destruyeron objetos que formaban parte del inventario. (Pero en nuestras cárceles, antes de romper una ventana hay que pensarlo bien, pues ellos son capaces de no mandarlas reparar, ni siquiera en invierno. Era en tiempos de los zares, cuando los cristales se reponían inmediatamente). La lucha continuó, pero en ella se mezclaba ya mucha desesperación, y las posibilidades de éxito eran cada vez más remotas.

Hacia 1928 (según refiere Piotr Petrovich Rubin), en el *aislador* de Verchne-Uralsk, se declaró por motivos que desconocemos otra huelga de hambre. Pero ya no revestía la solemnidad de otras veces, ni se recibía el aliento de los compañeros ni la visita del médico. Al cabo de unos cuantos días de huelga, los guardianes entraron en las celdas, varios hombres contra uno, debilitado por el ayuno, y la emprendieron a golpes y patadas. La huelga del hambre fue *aplastada a palos*, y así terminó.

Aquella fe ingenua en la efectividad de la huelga del hambre nos venía de las experiencias del pasado, y también de la literatura del pasado. En realidad, la huelga del hambre es un arma de carácter puramente moral: sólo puede ser eficaz ante un carcelero que conserve un vestigio de conciencia, de temor a la opinión pública.

Los carceleros de la época de los zares eran bisoños: en cuanto un preso empezaba a ayunar, les entraba pánico, ¡qué calamidad!, ¡qué apuro!, y lo mandaban al hospital. Abundan los ejemplos, pero no es nuestra intención estudiarlos. Resulta francamente ridículo que Valentinov no tuviera que ayunar más que *doce* días para

obtener el levantamiento de la detención preventiva, y no ya unos relativos privilegios (e inmediatamente se fue a Suiza, a reunirse con Lenin). Hasta en el presidio de Orlov, la *Katorga-Zentral*, local, todas las huelgas de hambre fueron eficaces. En 1912 se consiguió suavizar el régimen de reclusión, y en 1913, un nuevo derecho, relacionado con el paseo en común de todos los presos políticos a los que los centinelas vigilaban tan mal que pudieron redactar su «Carta al pueblo ruso» (esto, ¡los presos de toda *a Katorga-Zentral*!) y pasarla de contrabando al exterior, donde fue *publicada* (no podemos menos que quedarnos con la boca abierta. ¿Están en su sano juicio?). Esto puede leerse en las *Noticias de la Katorga y del Destierro*, número 1, año 1914[326]. (Estas *Noticias* son ya un capítulo por sí mismas. ¿No podríamos nosotros sacar algo parecido? Vamos probar)… En 1914, Tserchinski y cuatro compañeros, con sólo cinco días de huelga, eso sí, sin agua, obtuvieron satisfacción a sus numerosas demandas, relacionadas con las condiciones de su prisión[327].

En aquellos años la huelga del hambre no tenía para el preso más peligro ni molestia que los resultantes del ayuno. Nadie tenía derecho a pegarle, ni a llevarle de nuevo ante el Tribunal, ni a prolongar su pena, ni a fusilarle, ni a trasladarle. (Todo esto vino después).

Durante la revolución de 1905 y los años que siguieron, los presos se sentían tan seguros de sí mismos, que ni siquiera se molestaban en amenazar con la huelga de hambre sino que, simplemente, se dedicaban a destrozar la propiedad del Estado (obstrucción) o iniciaban una huelga (sin hambre), a pesar de que la idea de un «preso huelguista» resulte un tanto pintoresca. Así, en 1906, los 197 reclusos de la cárcel de Nikolaiev se declararon en *huelga*, después de haberse puesto al habla con el *exterior*, desde luego. Con este motivo, sus camaradas del exterior lanzaron octavillas y celebraron mítines delante de la cárcel (en los que, naturalmente, tomaban parte los presos, ya que las ventanas carecían de «mordazas»). La Dirección se vio obligada a escuchar nuevamente las demandas de los «huelguistas». Después, todos juntos, los de la calle y los de la cárcel, entonaron himnos revolucionarios. Esto duró *ocho días* (sin que nadie lo impidiera ¡y en el segundo año de reacción antirrevolucionaria!). Al noveno día, todas las peticiones de los presos fueron concedidas. Algo parecido ocurrió en Odesa, en Jerson, en Yelisabetgrad… ¡Qué poco costaba entonces conseguir la victoria!

Sería interesante establecer ahora una comparación con las huelgas de hambre que se declararon bajo el Gobierno provisional. Pero, por lo visto, los pocos bolcheviques que estuvieron presos desde julio hasta el golpe de Estado de Kornilov (Kamenev, Trotski y, un poco más, Raskolnikov) no encontraron motivos para ayunar.

Durante los años veinte empieza a ensombrecerse la risueña perspectiva de la huelga del hambre (lo cual, naturalmente, depende también del ángulo desde el que se observe). Este recurso, bien acreditado y conocido por todos, no es utilizado

únicamente por los políticos reconocidos, sino también por los *kaers* (art. 58) a los que no se concede tal categoría, y demás compañeros de viaje. Sin embargo, las flechas que antaño eran infalibles ahora tienen la punta roma, o se desvían o tal vez una mano de hierro las coge al vuelo al salir del arco. Sí, todavía se admiten las notificaciones de huelga, todavía la autoridad no la considera una medida subversiva. De todos modos, se imponen nuevas y desagradables condiciones: el que se declare en huelga de hambre debe ser aislado en una celda individual (en la Butyrki, está en la Torre Pugachov), pues nadie debe enterarse de su intento. No ya el *mundo libre*, tan propenso a las manifestaciones, ni la celda de al lado; tampoco los de su misma celda pueden enterarse de que su compañero ayuna, pues también ellos son opinión pública de la que es preciso aislarle. La medida se justifica con el pretexto de que la Dirección debe tener la seguridad de que el ayuno es real, de que los compañeros de celda no lo alivian. (¿Y antes cómo lo comprobaban? ¿Fiaban en su palabra de caballeros?).

Sin embargo, durante estos años aún pudieron conseguirse con la huelga de hambre ciertas ventajas personales.

En los años treinta se produce en el pensamiento oficial un nuevo cambio respecto a la huelga del hambre. Como es fácil adivinar, incluso estos esbozos de huelga débiles y aislados, no hacen ningún bien al Estado. ¿No sería mejor partir del principio de que los presos no deben tener voluntad ni tomar decisiones? Que dejen a la Dirección el trabajo de pensar y decidir por ellos. Bien pensado, sólo presos así pueden existir en la nueva sociedad. De manera que en los años treinta la superioridad dejó de aceptar oficialmente las notificaciones de huelga de hambre. «La huelga de hambre como medio de lucha ha dejado de existir», se dijo a Yekaterina Oliskaya en 1932, y a otros muchos antes y después. ¡Hemos decidido suprimir la huelga del hambre, y basta! Pero la Oliskaya no obedeció y empezó a ayunar. Ellos la dejaron hacer durante quince días, y luego la llevaron al hospital, donde la tentaron con leche y galletas. Ella se mantuvo firme, y al decimonoveno día consiguió que fueran atendidas sus peticiones. Estas, sin embargo, eran: paseo más largo y recibir los periódicos y paquetes de la Cruz Roja política (¡así tenía uno que batallar para conseguir lo que por derecho le correspondía!). En realidad, la victoria era pírrica, y el precio, excesivo. La misma Oliskaya nos cuenta episodios parecidos de huelgas incongruentes declaradas por sus compañeros de paseo. ¿Merecía la pena? Porque hay que pensar que en las *cárceles de nuevo modelo* no podía uno recuperar las fuerzas perdidas. Koloskov, un sectario, estuvo veinticinco días ayunando y se murió. ¿Puede uno permitirse el ayuno en una cárcel de nuevo modelo? Y es que los nuevos carceleros que disponían de medios como el aislamiento y el secreto, podían combatir eficazmente la huelga del hambre.

1. Con la paciencia. (Los ejemplos citados dan testimonio elocuente de ella).

2. Con el engaño. También esto hay que agradecerlo al aislamiento. Mientras los periodistas informan al mundo de cada paso que se da, cuesta trabajo mentir. Pero no

así en nuestro país, donde se puede mentir a placer. En 1933, S. A. Chebotariov ayunó durante diecisiete días en la cárcel de Jabarovsk, a fin de que su familia fuera informada de dónde se encontraba (acababan de llegar del Ferrocarril de la China Oriental cuando él «desapareció» bruscamente y ahora le consumía la ansiedad por su esposa). Al decimoséptimo día, le visitó Sapadnii, delegado de la OGPU regional, acompañado del fiscal de Jabarovsk (de la categoría de los visitantes se deduce que los ayunos prolongados no eran muy frecuentes), quienes le mostraron un recibo postal (del telegrama expedido a la esposa, naturalmente). Chebotariov consintió entonces en tomar una taza de caldo. ¡Pero el recibo era falso! Sin embargo, ¿por qué se preocupaban los funcionarios? No porque les importara la vida de Chebotariov. (Evidentemente, en la primera mitad de la década de los años treinta se sentía aún cierta responsabilidad personal ante una huelga de hambre).

3. Con la alimentación forzada. Seguramente este sistema procede del jardín zoológico. El secreto es fundamental. Seguramente en 1937 la alimentación artificial era ya de uso corriente. Así, en la huelga de hambre colectiva declarada por los socialistas en la Prisión Central de Yaroslav, el decimoquinto día se empezó la alimentación artificial.

Este acto parece una violación y en el fondo no es otra cosa: cuatro tipos corpulentos se lanzan sobre un ser escuálido y débil, ansiosos de quebrantar una voluntad, de dobleglar a la víctima aunque sólo sea una vez, y lo que le ocurra después nos tiene sin cuidado. Todo ocurre como en una violación; también aquí se trata de obligar a alguien: nosotros conseguimos lo que nos proponemos y a ti te toca obedecer. Meten una plancha en la boca, y cuando han logrado separar los dientes, un tubo, y ¡a tragar! Y si uno no traga van empujando el tubo hasta que el alimento pasa directamente al esófago. Luego dan masajes en el vientre, para que el preso no pueda ni escupir. Uno se siente moralmente profanado, y siente que el estómago se llena, jubiloso, y que el paladar agradece el sabor.

La ciencia no se estaba quieta, y con el tiempo se desarrollaron nuevos métodos de alimentación: por el ano, con enemas, y por la nariz, con gotas.

4. La nueva apreciación. La huelga de hambre significa la continuación de la actividad contrarrevolucionaria dentro de la cárcel, y debe ser sancionada con nuevas penas. Aunque en este aspecto en las cárceles de nuevo modelo se contaba con un notable enriquecimiento de medios, no se recurrió a la amenaza. Y no fue por benevolencia, sino, simplemente, por inercia. ¿Por qué recurrir a esto o a lo otro si con paciencia todo se hacía más fácil? Paciencia y paciencia. Paciencia de los hartos frente a los hambrientos.

Unas normas publicadas a mediados de 1937 establecieron que a partir de aquel momento las Direcciones de las cárceles quedaban *exentas de toda responsabilidad* por las muertes que pudieran ocurrir a consecuencia de una huelga de hambre. Los carceleros quedaban libres del último vestigio de responsabilidad personal. (Y Chebotariov hubiera tardado ahora mucho tiempo en recibir la visita del fiscal). Aún

se hizo algo más para la tranquilidad de espíritu de los jueces de instrucción: los días perdidos por una huelga de hambre tendrían que ser descontados de la detención preventiva y, por tanto, no debían considerarse como *inexistentes*, sino como días pasados en libertad. La huelga de hambre no había existido, y su única consecuencia sería el enflaquecimiento del preso.

Con otras palabras: ¿Queréis reventar? ¡Pues adelante! Arnold Rappoport tuvo la desgracia de iniciar su huelga de hambre en la prisión de Arjanguelsk poco después de que se adoptara esta norma. La forma que eligió era la más ardua y, por tanto, la más decisiva: huelga de hambre «en seco», y ayunó durante trece días (compárense con éstos los cinco días de Tserchinski —por cierto, ¿los pasó en una celda individual?—, plenamente eficaces por lo demás). Y durante los trece días que ayunó en la celda individual, fue a verle, en el mejor de los casos, un enfermero; nada de médicos ni del personal de la cárcel para informarse de lo que *pretendía* con su huelga. Esto no llegaron a preguntárselo nunca. Lo único que hicieron fue registrar a fondo la celda y quitarle el tabaco y las cerillas que guardaba. Pues bien, lo que él pretendía era la supresión de las vejaciones de que le hacía objeto el juez de instrucción. Rappoport se preparó para el ayuno de un modo rigurosamente científico: del paquete que había recibido con anterioridad comió únicamente la mantequilla y las roscas blancas, y durante la semana precedente suprimió de su dieta el pan moreno. De tanto ayuno, se le pusieron transparentes las manos. Nos cuenta que sentía una gran ligereza y lucidez mental. Un día entró a verle Marusia, una celadora amable y simpática, que le susurró: «Abandone ya, que no va a conseguir nada, y si continúa así, se morirá. Si hubiera empezado una semana antes»… Él le hizo caso y rompió el ayuno. No había conseguido nada, pero ahora, por lo menos, le dieron vino caliente y un panecillo y lo llevaron a la celda común. A los pocos días se reanudaban los interrogatorios. (De todos modos, su huelga de hambre no fue del todo inútil: Rappoport había puesto a prueba su voluntad, el juez comprendió que estaba dispuesto a morir, y suavizó el procedimiento de la instrucción. «Ya veo que eres un lobo», le dijo al volver a verle. «Un lobo, sí —respondió Rappoport—, pero vuestro perro, nunca»).

Más adelante, en la cárcel de tránsito de Kotlas, Rappoport volvió a hacer huelga de hambre, pero esta vez el episodio tuvo un cariz más bien cómico. Él solicitaba que se abriera una nueva instrucción, y mientras no se atendiera su petición no dejaría que lo trasladasen. Al tercer día entraron a buscarlo. «¡Preparado para el traslado!». «¡No tenéis derecho! ¡Estoy en huelga de hambre!». Los cuatro buenos mozos se acercaron a él, lo levantaron en vilo y lo llevaron a la Bania. De allí, por el mismo sistema, lo trasladaron al cuerpo de guardia. ¿Y qué podía hacer él sino levantarse y echar a andar detrás de la columna de presos, si tenía ya los perros y las bayonetas a la espalda?

De manera que la cárcel de nuevo modelo triunfó también sobre la burguesa huelga de hambre.

Ni siquiera a los fuertes les quedaba un medio para luchar contra el sistema penitenciario, como no fuera el suicidio. ¿Pero es lucha el suicidio? ¿No es claudicación?

La revolucionaria socialista Yekaterina Oliskaya opina que fueron los trosquistas y los comunistas que les sucedieron en las cárceles los causantes de que la huelga de hambre perdiera prestigio; recurrían a ella y la abandonaban con excesiva ligereza. Dice que su mismo jefe, I. N. Smirnov, que ayunó durante cuatro días antes del proceso de Moscú, se dejó intimidar en seguida y abandonó la huelga. Según las actas de los interrogatorios, hasta 1936 los trosquistas rehusaron categóricamente participar en huelgas de hambre *contra el Gobierno soviético* y nunca apoyaron a los socialrevolucionarios ni a los socialdemócratas que las practicaban[328].

Que la Historia decida si este reproche está justificado. De todos modos, nadie ha tenido que pagar por una huelga de hambre un precio más alto que el pagado por los trosquistas (de ello hablaremos más adelante).

Probablemente, el empezar y terminar una huelga de hambre a la ligera es propio de personas violentas y fogosas. Personas así las había también entre los viejos revolucionarios rusos, como las hubo en Francia y en Italia; pero en ningún sitio —ni en Rusia, ni en Francia, ni en Italia— consiguieron las autoridades quitar a los presos la afición a la huelga de hambre tan radicalmente como en la Unión Soviética. Probablemente, el sufrimiento físico y la firmeza espiritual de los que recurrieron a la huelga del hambre durante el segundo cuarto de nuestro siglo no fueron menores que los de los hombres que ayunaron antes que ellos. ¡Pero en el país faltaba ahora una opinión pública! Y el resultado fue la cárcel de nuevo modelo, y para los reclusos, en lugar de unos triunfos fáciles, una cadena de amargas derrotas.

Pasaron los años, y el tiempo hizo su labor. La huelga del hambre, de ser el primero y más natural de los derechos del preso, pasó a ser algo incomprensible para él, y se sentía cada vez menos inclinado a utilizarlo. Y muy pronto, a los ojos de los carceleros, no fue sino una prueba de estupidez o de terquedad.

Cuando, en 1960, el *bytovik* Gennadii Smelov empezó su huelga de hambre en la prisión de Leningrado, el fiscal aún le honró con su visita (a no ser que fuera la ronda habitual). «¿Por qué lo hace?». Y Smelov:

—La verdad es para mí más importante que la vida.

La frase debió de parecerle al fiscal tan incongruente que al día siguiente Smelov se encontraba ya en el Pabellón Especial del Hospital de la Prisión de Leningrado (léase manicomio), donde el médico le recibió con estas palabras:

—Presenta usted síntomas de esquizofrenia.

Siguiendo las vueltas del sistema penitenciario, llegamos al punto en que el asta empieza a afinarse y encontramos las antiguas *zentrals* y los más recientes *aisladores políticos*; estamos en el año 1937. Los últimos vestigios de la indulgencia han sido extirpados, los muros son herméticos al aire y a la luz. Y la huelga del hambre de los

cansados socialistas supervivientes del *aislador* de Yaroslav, a principio de 1937, es un último y desesperado intento.

Todavía tenían las mismas pretensiones: elección de jefes, libre tránsito entre celdas… Pedían, pero ni ellos mismos esperaban el éxito. Sí, gracias a su ayuno de quince días (terminado por alimentación con el tubo), consiguieron salvar ciertas antiguas prerrogativas: paseo de una hora, periódicos locales y papel para escribir. Un éxito, sí; sólo que tuvieron que entregar la mayor parte de sus efectos personales a cambio de un uniforme de presidiario. Y al cabo de un tiempo el paseo fue reducido a la mitad. Y luego, otra vez; hasta dejarlo en sus buenos quince minutos.

Sin embargo, seguían siendo las mismas personas las que, en un recorrido interminable, iban pasando de cárcel en cárcel y de campo en campo. Personas que desde hacía diez y hasta quince años no sabían lo que era una vida normal y no conocían más que el plato de hojalata o la huelga de hambre. Aún vivían algunos de aquellos que antes de la Revolución coaccionaban a los carceleros. Pero entonces el tiempo los favorecía, pues el enemigo iba debilitándose. En cambio, ahora el enemigo era fuerte y se había aliado con el tiempo, contra ellos. También había jóvenes (hoy nos causa una impresión extraña) que se habían declarado socialrevolucionarios, socialdemócratas o anarquistas cuando estos partidos ya habían sido disueltos y sus nuevos afiliados no tenían otra perspectiva que la de ser encarcelados.

Año tras año se acentuaba la soledad de los socialistas, que seguían peleando entre rejas, año tras año crecían las fuerzas que creaban el vacío a su alrededor. En tiempos de los zares todo era distinto: uno no tenía más que empujar las puertas de la cárcel y la sociedad lo inundaba de flores. Pero ahora, cuando abrían el periódico no leían más que insultos dirigidos contra ellos (porque a los que más temía Stalin era a los socialistas, precisamente por su socialismo). Pero ¿y el pueblo? El pueblo callaba, y nada permitía pensar que sintiera siquiera un poco de compasión hacia aquellos a quienes en otro tiempo diera su voto para la Constituyente. Y al cabo de otros dos años, hasta los periódicos dejaron de insultarlos: para el mundo exterior, los socialistas rusos eran ya totalmente inofensivos e insignificantes. Ya sólo se hablaba de ellos en pasado. Los jóvenes no podían ni imaginar que en algún lugar quedaran aún socialrevolucionarios o mencheviques. ¿Y cómo no iban a pensar los deportados a Chimkent o a Cherdinsk, o los presos de Verchne-Uralsk o Vladimir, en sus celdas oscuras y provistas de «mordazas» si no habría sido todo un error: el programa, la táctica y el sistema y una gran equivocación lo que pensaron e hicieron sus jefes? Y empezaron a ver en sus actos una total inoperancia. Y en su vida, que se consumía en el sufrimiento, una aberración.

En realidad, su solitaria lucha librada desde dentro de las cárceles, nos concernía a todos, a nosotros, los futuros presidiarios (aunque esto no podían saberlo); se trataba de la forma en que nosotros tendríamos que cumplir nuestra pena, se trataba de nuestro régimen penitenciario. Y si hubieran triunfado, probablemente lo que ocurrió después y que se cuenta en este libro, no hubiera ocurrido.

Pero fueron derrotados, y de los antiguos derechos no quedó nada, ni para ellos ni para nosotros.

Estaban encadenados a su soledad, y ello en parte porque desde los primeros años de la Revolución habían permitido que la GPU los obsequiara con el meritorio título de *políticos*, y ellos mismos coincidieron con la GPU en no considerar políticos sino *kaers, kontras* y estiércol de la Historia a todo el que, empezando por los cadetes, estuviera situado a su «derecha[329]». Y el que sufría por Cristo era un *kaer*. Y el que no acababa de distinguir entre «derecha» e «izquierda» era también un *kaer*. Y así fue como unas veces queriendo y otras sin querer, remilgados, activos y descontentos de todo, dieron su beneplácito al futuro art. 58, en cuyo abismo desaparecerían con todos los demás.

Los objetos y los actos cambian de aspecto, según desde dónde se miren. En este capítulo describimos las condiciones de la prisión de los socialistas *según las veían ellos*. Pero, de pronto, sobre ellos se proyecta un rayo de luz. Aquellos *kaers* que los *políticos* rehuían desdeñosamente en las Solovki, recuerdan a su vez: «¿Los políticos? Eran un poco repulsivos: siempre mirándote por encima del hombro, siempre haciendo sus corrillos, siempre exigiendo raciones especiales, privilegios. Y siempre peleándose». ¿Cómo no admitir que también aquí hay algo de verdad? Aquellas discusiones interminables, infructuosas y hasta ridículas… Aquella insistencia en reclamar unos privilegios mientras otros lo pasaban peor que ellos…

En la era soviética, el título de *político* era un cumplido a la inversa. Y de pronto surge el reproche: ¿Por qué los socialistas que en tiempos de los zares fueron unos impenitentes evadidos se quedaban tan quietos en las cárceles soviéticas? ¿Por qué permanecían allí clavados? En general, los intentos de evasión eran frecuentes; pero ¿quién recuerda haber oído hablar de un socialista fugitivo?

A su vez, los presos que estaban «más a la izquierda» que los socialistas, es decir, los trosquistas y los comunistas, rehuían también a los socialistas, que para ellos eran tan *kaers* como los demás, cerrando así el muro de aislamiento.

Y como cada tronquista y cada comunista estaba convencido de que sus ideas eran las más ortodoxas y nobles, odiaban a los socialistas (y se odiaban unos a otros), a pesar de estar todos detrás de las mismas rejas y pasear por los mismos patios. Recuerda la Oliskaya que, en 1937, en el campo de tránsito de Vanino, los socialistas de las secciones de hombres y mujeres se gritaban por encima de la tapia nombres y noticias sobre quiénes estaban allí y quiénes allá, conducta irresponsable que indignó vivamente a las comunistas Lisa Kotik y Maria Krutikova: ¿Y si ahora los castigaban a todos? Sus palabras fueron éstas: «Todos nuestros males vienen de esa chusma socialista. (¡Frase elocuente y expresiva!). ¡Habría que degollarlos a todos!». Y aquellas dos muchachas que en 1925 se pusieron a cantar en la Lubianka tuvieron que elegir una canción que hablaba de las lilas, ya que, por ser una de ellas socialrevolucionaria y la otra comunista, no tenían himnos comunes. Además, la comunista hizo mal en hacer causa común con una socialrevolucionaria.

Mientras que en las cárceles zaristas los partidos solían aliarse para la lucha (recordemos la evasión de la *Zentral* de Sebastopol), en las cárceles soviéticas cada secta trataba de preservar la pureza de sus banderas manteniéndose apartada de las demás. Los trosquistas luchaban separados de socialistas y comunistas, y los comunistas no luchaban en absoluto, porque ¿cómo iban a permitirse luchar contra el propio Gobierno y la propia cárcel?

Por eso, en todos los *aisladores* y penales, los comunistas fueron oprimidos antes y en mayor medida que los demás. En 1928, cuando los socialistas celebraban todavía ruidosos debates, la comunista Nadescha Surovzeva marcaba el paso de la oca por el patio de la *Zentral* de Yaroslav con la absoluta prohibición de hablar. Ya no podía cultivar las flores que habían plantado los reclusos anteriores, los que luchaban. Ni podía leer el periódico. (Sólo se le autorizaba a tener en la celda las *Obras Completas* de Marx, Engels, Lenin y Hegel). La sala de visitas en la que hablaba con su madre estaba casi a oscuras. La pobre murió al poco tiempo. (¡Qué pena tenían que darle las condiciones en las que su hija cumplía su condena!).

La gran diferencia en la conducta de los presos determinaba también una diferencia en las recompensas. En 1937-1938 se liquidó también a muchos socialistas, pero, en general, a éstos no se los obligaba a autoacusarse. Nunca disimularon sus opiniones, y para la acusación ya era suficiente. Pero un comunista que no puede tener *ideas propias*, ¿cómo va a ser procesado si no suministra él mismo el material para la acusación?

Aunque el gran Archipiélago se había extendido a lo largo y a lo ancho, no por ello se suprimieron las cárceles convencionales. No faltaban los entusiastas de la vieja tradición penal, ni faltaban tampoco los renovadores. Lo que el Archipiélago hacía para la educación de las masas necesitaba un toque final, y éste lo daban las TONS y las cárceles antiguas.

No todo el que era engullido por la gran máquina podía convivir con los habitantes habituales del Archipiélago. A un extranjero de renombre, a un preso secreto o a una personalidad del propio círculo no podía presentársele en el campo: una carretilla más no compensaría el perjuicio político-moral**[330]** de la publicidad. Intolerable hubiera sido también mezclar con la masa a los quisquillosos socialistas, por lo que era más cómodo —con el pretexto de preservar sus derechos y privilegios — mantenerlos apartados. Mucho después, en los años cincuenta, como nos enteramos ahora, se recurrirá de nuevo al aislamiento de los rebeldes en la cárcel para aplicaciones especiales TON. En su desilusión ante la «rehabilitación» de los ladrones, el anciano Stalin aún dará instrucciones de encerrar a los *jefes de banda* en el *Tiursak*, no en el campo de trabajo. Por último, el Estado tenía que dar también alojamiento gratuito a aquellos que en el campo de trabajo hubieran muerto en seguida, con lo cual se habrían librado de cumplir la pena. O a quienes hubiera sido imposible adaptar a las condiciones de trabajo (por ejemplo, al ciego Kopeikin, un

anciano de setenta años, al que las coplitas que solía cantar en la plaza del mercado de Yurievez, a orillas del Volga, su lugar predilecto, valieron una condena de diez años) y, por tanto, era necesario cambiarles la pena de trabajos forzados por la de presidio.

A fin de poder satisfacer las necesidades de todo tipo de establecimientos penitenciarios, se procedió al perfeccionamiento y remozado de las cárceles herederas de la dinastía Romanov. Muchas de las centrales, como la de Yaroslav, eran tan sólidas y estaban tan bien dotadas (puertas forradas de hierro y, en cada celda, fijos en el suelo, mesa, taburete y camastro) que no hubo más que poner «mordazas» en las ventanas y vallar zonas de paseo del tamaño de una celda en el antiguo patio de la cárcel (antes de 1937 habían sido talados todos los árboles de las cárceles, arrancados el césped y los huertos y asfaltada la tierra). En otras, como la de Susdal, fue necesario hacer obras de acondicionamiento, dado su primitivo carácter monástico, lo cual no acarreó dificultades; el encarcelamiento del cuerpo en un convento y la justificada reclusión en una cárcel apuntan a objetivos análogos en el aspecto puramente corporal. Se adaptó también una parte del monasterio de Sujanov; al fin y al cabo, había que compensar ciertas pérdidas en el patrimonio general, pues no hay que olvidar que las fortalezas de Pedro y Pablo y Schlüsselburg se habían abierto al público. Se amplió y acondicionó la central de Vladimir (se construyó un nuevo bloque en época de Yeshov) que durante aquellas décadas estuvo muy frecuentada. Que la central de Tobolsk nunca dejó de funcionar lo sabíamos ya; durante 1925, la de Verchne-Uralsk estuvo también muy concurrida. (Con harto dolor hemos de decir que hasta el momento de escribir estas líneas, todos estos *aisladores* están en servicio). Del poema *Distancias sobre distancias* de Tvardovski se deduce que en tiempos de Stalin tampoco la central de Alexandrovsk estuvo vacía. Los informes sobre Crel son ya más escasos: es de temer que en la guerra civil fuera seriamente dañada. Y es una lástima, pues siempre tuvo cerca su complemento, la cárcel de Dmitrov, magníficamente equipada.

Durante los años veinte, la comida que se distribuía en los *aisladores políticos* era francamente aceptable: carne para el almuerzo, verduras frescas y venta de leche en la tienda. En 1931-1932 se produjo un rápido empeoramiento; pero es que fuera tampoco había mucho que comer. El escorbuto y los desmayos estaban a la orden del día en los *aisladores políticos*. Después la comida se arregló un poco, pero nunca llegó a ser lo de antes. I. Korneiev, que estuvo en el TON de Vladimir en 1947, constantemente tenía hambre: cuatrocientos cincuenta gramos de pan, dos terrones de azúcar y dos platos calientes, no muy llenos… de agua clara. Esto era todo lo que podía echarse al estómago. (Naturalmente, se nos dirá que aquél fue un mal año y que en todo el país había hambre. Por eso, generosamente, se autorizó al pueblo a contribuir a la alimentación de los presos y se suprimieron las restricciones en la entrega de paquetes).

De todos modos, la luz estaba racionada, tanto en los años treinta como en los cuarenta. Gracias a las «mordazas» y a los cristales esmerilados reforzados con tela metálica, las celdas estaban siempre en la penumbra. (La oscuridad es un factor muy importante para el sometimiento de las almas). Además, encima de la «mordaza» se ponía muchas veces una tela metálica y en invierno la nieve se acumulaba en ella, impidiendo el paso de la luz. Al leer se estropeaba uno la vista; de todos modos, los ojos dolían siempre. En el TON de Vladimir esta falta de luz se compensaba por las noches: las bombillas de las celdas permanecían encendidas, sin dejar dormir a nadie. En la cárcel de Dmitrov, por el contrario (N. A. Kosyrev), no había en 1938 más que una lámpara de petróleo que le robaba el oxígeno a la gente; en 1939 se pusieron de moda las bombillas rojas.

El aire también estaba racionado. Las trampillas de los respiraderos tenían unos pestillos colgantes que sólo podían abrirse cuando uno salía (informan reclusos de Dmitrov y Yaroslav). (J. Ginsburg: el pan repartido por la mañana, a mediodía estaba cubierto de moho, las mantas se humedecían y las paredes criaban verdín). A partir de 1948, se levantaron en Vladimir los límites al consumo de aire, y la ventilación permanecía abierta noche y día.

La duración del paseo variaba entre los quince y los cuarenta y cinco minutos, según el año y la prisión. Hacía tiempo que se había suprimido todo contacto con la tierra, como el que solía haber en Schlüsselburg o en las Solovki y todo vegetal era pisoteado, arrancado o ahogado en asfalto. Si, durante el paseo, alguien levantaba la vista hacia las nubes, los guardianes gritaban: «¡Mirando al suelo!», según recuerdan Kosyrev y la Adamova (prisión de Kazán).

Las visitas de los familiares fueron prohibidas en 1937 y no volvieron a autorizarse. Se podía escribir a los parientes más próximos dos veces al mes, y recibir cartas otras tantas. Esto, casi todos los años. En Kazán, sin embargo, había que entregar las cartas a los celadores al día siguiente de haberlas recibido. Con la misma frecuencia se podía comprar en las tiendas, mientras alcanzara el escaso dinero del giro.

Una parte no desdeñable de la pena consiste en la elección del mobiliario. La Adamova describe elocuentemente la alegría que tuvo al ver y tocar una cama de madera, con un jergón de paja, y una mesa de madera, después de los días pasados en una celda de Susdal con camastro abatible y las sillas fijas en el suelo. I. Korneiev conoció dos regímenes en el TON de Vladimir: durante el primero (1947-1948), a los presos les dejaban usar su propia ropa, y tenderse en la cama durante el día, y el *vertuchai* casi nunca se asomaba a la mirilla. Durante el segundo régimen (1949-1953) las celdas se cerraban dos veces (una por el *vertuchai*, y otra, por el oficial de guardia); estaba prohibido tenderse y hablar en voz alta (en Kazán sólo se podía hablar en susurros), había que entregar los objetos personales y usar uniforme a rayas, de tela de colchón. Sólo se podía escribir cartas dos veces al año, en las fechas fijadas por el director sin previo aviso (el que dejaba pasar una de ellas, tenía que

esperar hasta el turno siguiente), y las cartas no podían exceder de media holandesa. Los registros más severos estaban a la orden del día; eran verdaderos asaltos, y había que salir desnudo al pasillo. Lo que más se vigilaba eran los contactos entre celdas, y para impedirlos, los guardianes llegaban hasta el extremo de entrar en los retretes con linternas, cada vez que eran utilizados, y mirar en la taza.

A causa de unos garabatos en la pared, se encerró en las celdas de castigo a los presos de todo un corredor. Las celdas de castigo eran el azote del TON. Un simple acceso de tos podía acarrear una visita a ellas («¡Haga usted el favor de taparse la cabeza con la manta para toser!»), o el pasear por la celda (Kosyrev: eso te valía ser tomado por «loco furioso»), o pisar fuerte (en Kazán se daba a las mujeres zapatos de hombre del número 44). Por lo demás, la Ginsburg está en lo cierto: la visita a la celda de castigo no respondía a una falta, sino a un programa, todos tenían que pasar por ella, para saber lo que era. Las ordenanzas de la prisión preveían, además, en un alarde de flexibilidad, la siguiente posibilidad: «Si durante su permanencia en la celda de castigo el preso cometiera alguna falta de disciplina, el director de la prisión podría prolongar el castigo hasta veinte días». ¿Y en qué consisten las llamadas «faltas de disciplina»? Veamos lo que le ocurrió a Kosyrev (las descripciones de las celdas de castigo y otras muchas particularidades del régimen coinciden plenamente en todos los casos; el régimen estaba protegido judicialmente como una marca registrada). Por pasear por su celda le impusieron cinco días de castigo. Era otoño; en la celda de castigo no había calefacción, y Kosyrev se moría de frío. Porque te quitaban los zapatos y la ropa. En el polvoriento suelo había un taburete (en otras el suelo estaba cubierto de lodo y en Kazán los presos tenían que estar con los pies en el agua —J. Ginsburg— y no tenían ni el taburete para sentarse).

Al principio, Kosyrev se vio ya muerto de frío. Sin embargo, poco a poco empezó a sentir un íntimo y misterioso calor, que significó para él la salvación. Aprendió a dormir sentado. Tres veces al día le entraban un cuenco de agua caliente, que él se bebía. En su ración de pan, trescientos gramos, encontró un día un terrón de azúcar que le había metido un guardián a escondidas. Kosyrev calculaba el tiempo por los pedazos de pan, y un débil rayo de luz que se filtraba por alguna ventana del laberinto de corredores le ayudaba. Habían transcurrido ya los cinco días, y nadie iba a buscarle. Se le había aguzado el oído y pudo escuchar unos cuchicheos en el pasillo: hablaban de seis días, o del *sexto* día. Aquí estaba la provocación: ahora él reclamaría, exigiría que lo sacaran de allí, y entonces, por indisciplina, podrían prolongar el castigo. Pero él no se movió ni dijo nada y dejó transcurrir el otro día. Después fueron a buscarle, como si nada. (Tal vez el director de la prisión quería poner a prueba su docilidad. Al fin y al cabo, la celda de castigo es para los que todavía no se han doblegado).

Después su propia celda le pareció un palacio. Estuvo medio año sordo y con pus en la garganta. Peor quedó su compañero, quien, de tantas estancias en la celda de castigo, perdió el juicio, y Kosyrev tuvo que convivir durante más de un año con el

loco. (Nadeshda Surovzeva recuerda muchos casos de locura en los *aisladores políticos*. Ella sola enumera tantos como Novorrosski en las Crónicas de Schlüsselburg).

¿No le parece al lector que, poco a poco, hemos ido acercándonos a la punta de la segunda asta que es más larga y aguda que la primera?

Pero hay opiniones diversas. Los que conocen bien los campos de trabajo afirman que el TON de Vladimir de los años cincuenta era una especie de balneario. En esto coinciden todos. Por ejemplo, Vladimir Borissovich Seldevich, que procedía de la Estación Abes. Por ejemplo, Ana Petrovna Skripnikova, que llegó del campo de Kemerov (1956). Lo que más llamó la atención a la Skripnikova fue la puntual recogida de las solicitudes de los presos: cada diez días (a ella no se le ocurrió nada mejor que escribir a la ONU), y la magnífica biblioteca, en la que había hasta libros extranjeros. Te traían el catálogo a la celda y podías pedir para todo el año.

Pero no hay que olvidar la ductilidad de nuestra ley: Se había condenado a penas de cárcel a miles de mujeres («mujeres casadas»). Bastó una seña de las alturas, un brusco viraje, y la pena de cárcel se convirtió en pena de trabajos forzados (¡en Kolyma se retrasaban las entregas de oro!). Dicho y hecho. Y sin sentencia judicial.

Veamos: ¿existe todavía realmente el *Tiursak*? ¿O es que sólo hay entrada para el campo de trabajos forzados?

Por aquí precisamente hubiera debido empezar este capítulo nuestro. Hubiera debido captar ese resplandor que con el tiempo despide el alma del preso solitario. Tan ajeno al ajetreo de la vida, que hasta la íntima medida del tiempo que fluye se convierte en una íntima comunión con el Todo, y el preso se siente purificado de toda la mezquindad que en su vida anterior le envolvía, haciendo resaltar lo más turbio de su ser. ¡Qué noble la imagen de la mano que se hunde en la tierra, estrujando los terrones! (Bueno, en realidad, es asfalto)… ¡Cómo se alza su cabeza hacia el Eterno Cielo! (Bueno, esto está prohibido). ¡Con qué emoción contempla al gorrión que se pasea por el alféizar de su ventana! (Bueno, en la ventana está la «mordaza», la tela metálica, y de la trampilla del respiradero cuelga un cerrojo de hierro). ¡Y qué lúcidos pensamientos, qué asombrosas ideas vierte en el papel! (Bueno, cuesta bastante trabajo hacerse con un poco de papel, y en la tienda no lo hay siempre, y cuando está escrito pasa al despacho de la prisión, donde se guarda por los siglos de los siglos)…

¡Bah, qué objeciones más atrabiliarias! Son un estorbo para nosotros. Hace tambalearse la estructura de nuestro capítulo, cruje, chirría y ya no sabemos si en la cárcel de nuevo modelo, en la cárcel para aplicación especial (¿qué aplicación?), el alma humana se purifica o… se destruye definitivamente.

Cuando cada mañana al abrir los ojos lo primero que ves es a tu compañero de celda loco, ¿cómo vas tú a salvarte en el día que empieza? Nikolai Alexandrovich Kosyrev, un brillante astrónomo cuya carrera fue interrumpida por su arresto, trataba de salvarse pensando en la Eternidad y el Infinito, en el Orden Universal y en su

Espíritu Rector; en las estrellas, en su composición y en lo que es el *tiempo* en realidad, el tiempo y su transcurrir.

De este modo, se abrió ante él un nuevo campo de la Física. Y sólo esto le mantenía vivo en la cárcel de Dmitrov. Pero pronto sus meditaciones se atascaron en cifras olvidadas, no podía seguir construyendo porque para ello necesitaba muchas cifras. ¿Cómo obtenerlas en la celda individual con su mísera lamparilla nocturna, en la que ni un pájaro se perdería? Y el sabio levantó su voz hacia Dios: «Señor, yo he hecho cuanto he podido; pero necesito tu ayuda. ¡Sigue ayudándome!».

Por aquel entonces le correspondía un libro cada diez días (ya estaba solo en la celda). En la pequeña biblioteca de la cárcel había varios ejemplares del *Concierto Rojo* de Demian Bednii y ya se lo habían llevado varias veces. A la media hora de haber pronunciado su oración, entró uno de la biblioteca, para cambiar el libro y, como siempre, sin preguntar, le dejó un *Tratado de Astrofísica*. ¿De dónde había salido aquello? Nada hacía suponer que en la biblioteca hubiera algo semejante. Este feliz encuentro no podía durar mucho, por lo que Kosyrev, precavido, se puso a leer; era preciso absorberlo todo, grabarlo todo. Tal vez más adelante lo necesitara. No habían transcurrido dos días —aún podía conservar el libro otros ocho—, cuando el director de la cárcel fue a visitarle. Su mirada de halcón descubrió inmediatamente el desmán. «¿No es usted astrónomo?». «¡Sí!». «¡Fuera ese libro!». Y se lo quitaron; pero su providencial aparición había despejado el camino para nuevas investigaciones, que él proseguiría incluso en el campo de Norilsk, a donde fue trasladado después.

De manera que ahora tendríamos que empezar el capítulo sobre la *Gran Oposición* entre el alma y las rejas.

¡Pero, oíd…! ¿Qué es eso? Un estruendoso chirrido en la cerradura. Un tétrico comandante con una larga lista: ¿Nombre? ¿Apellidos? ¿Fecha de nacimiento? ¿Artículo? ¿Condena? ¿Desde? ¿Hasta? Preséntese con sus efectos, ¡aprisa!, ¡aprisa!

¡Ay, corazón, nos trasladan! Nos vamos… ¿Quién sabe a dónde? ¡Dios nos acompañe! ¿Saldremos de ésta?

Dejémoslo aquí. Si vivimos…, otro día lo terminaremos. Más adelante. Cuando…

Segunda parte

Movimiento continuo

Lo vemos también en las ruedas,
¡en las ruedas!
Que no les gusta detenerse,
a las ruedas…
Las mismas piedras que tanto pesan,
¡las piedras!
Bailan con el vivo son,
las piedras…

WILHELM MÜLLER

I
Las naves del archipiélago

Desde el estrecho de Bering hasta el Bósforo, poco menos, se hallan diseminadas las innúmeras islas del execrable Archipiélago. Aunque sean invisibles, existen, y con idéntica invisibilidad, aunque de forma constante, se hace necesario transportar a los invisibles esclavos, cada uno de los cuales representa un cuerpo, un volumen, un peso.

¿Adónde se los transporta? ¿Y con qué medios?

Para ello hay grandes puertos —las penitenciarías de tránsito—, y otros algo más pequeños: los llamados acantonamientos provisionales. Para ello hay naves herméticas, revestidas de acero…, los *vagones-saco*, y cuando éstos arriban a la ensenada no los reciben lanchas ni balandras, sino los cuervos negros, asimismo de acero, herméticos, raudos. Los vagones-saco tienen su itinerario. En caso necesario se expiden grandes caravanas de furgones rojos para ganado, y los rojos trenes especiales visitan un puerto tras otro a lo largo del Archipiélago.

Éste es un sistema muy funcional, concebido, tras largas décadas de tanto trabajo, por hombres ahítos y pertrechados a placer. En los días impares, hacia las 17 horas la guardia de Kineshma acude a la estación moscovita del Norte para embarcar la *hornada* despachada desde las prisiones de Butyrki, Prensia y Taganka. La guardia de Ivanov debe comparecer en la estación los días pares hacia las seis de la mañana, para organizar el transbordo de los destinados a Nerechta, Beschezk o Bologoie y tenerlos bajo vigilancia.

Aunque todo ello suceda en tu proximidad, casi en contacto corporal contigo, resulta invisible para ti (máxime cuando puedes cerrar los ojos). Donde hay grandes estaciones ferroviarias se descarga y reexpide el lúgubre cargamento a una distancia respetable de los andenes; esto sólo es visible para los guardagujas y guardabarreras. En las estaciones menores hay asimismo pequeños escenarios escogidos, vías muertas entre dos almacenes, donde el cuervo hace marcha atrás, hasta colocarse exactamente junto al estribo del vagón-saco. Entonces el galeote no tiene tiempo de ver la estación, ni de mirarte, ni de echar una ojeada al tren; sólo el justo para trepar por los escalones (con frecuencia, el más bajo le llega a la altura del cinto, y se pregunta uno de dónde saca la energía para encaramarse). No obstante, los guardianes que flanquean el angosto pasillo entre cuervo y vagón aúllan hasta desgañitarse: «¡Aprisa!

¡Aprisa! *Davai…! Davai…!*». Y aún puede uno darse por contento si la cosa marcha sin bayonetas.

Las gentes —tú entre ellas— que, por el andén, se apresuran con niños, maletas y piquetes, tienen demasiada prisa para reflexionar sobre la presencia de un segundo furgón en el tren. No se ve letrero alguno, y el vehículo tampoco se asemeja a los demás; sus ventanillas están protegidas con un enrejado oblicuo, y al otro lado… sólo oscuridad. Únicamente suben algunos soldados, bizarros defensores de la patria, y en las paradas marchan por parejas alrededor del vagón —quién sabe para qué— y escudriñan bajo su chasis.

El tren parte…, acarreando los cien destinos de presos apiñados, los cien corazones mortificados sobre el mismo carril serpentino, dejando atrás la misma banderola de humo, desfilando ante los mismos campos, postes y graneros. Cada segundo que pasa los acerca más a su destino, pero el sufrimiento que surge al aire y pasa raudo ante tu ventanilla deja todavía menos rastro que un dedo intentando rasgar el agua. Pues entre los familiares y los monótonos formalismos del viaje por tren —preparar la litera, pedir té bien caliente al camarero—, ¿cómo puedes imaginar el sombrío y opresivo horror que, tres segundos antes, ha surcado veloz los aires en el mismo punto del espacio euclidiano? Mientras tú lamentas la estrechez del departamento —¡vaya, las cuatro plazas ocupadas!—, ¿cómo te será posible creer (tal vez lo creas ahora, al leer estas líneas) que en un departamento así, delante de ti, se apelotonan catorce hombres mugientes? ¿O quizá veinticinco? ¿O treinta…?

Vagón-saco…, ¡qué horrible abreviatura! Aunque, en definitiva, es como todas las metáforas inventadas por los verdugos. Ellos quieren expresar con ésta, que se trata de un vagón para presidiarios, una ergástula ambulante. Pero el vocablo no ha podido subsistir en ninguna parte, salvo en documentación penitenciaria. Los presos han hecho suya otra denominación: *vagón* «stolypin» o, simplemente, «stolypin».

La forma de trasladar prisioneros ha variado con la expansión del transporte ferroviario en nuestra madre patria. Allá por los años noventa del pasado siglo, el cautivo marchaba todavía hacia Siberia a pie o en carromato. En 1896, Lenin se encaminó hacia su destierro siberiano en un vagón ordinario de tercera clase (con plena libertad de movimiento), y además se quejó al revisor en tono destemplado, de las insoportables apreturas. El cuadro universalmente conocido de Yarochenko, *Vida por doquier*, nos muestra un acondicionamiento más elemental aún del vagón de cuarta clase para expedir prisioneros: Todo permaneció inalterado, los presos viajaron como cualquier ciudadano; sólo se aseguraron con rejas las ventanillas por ambos lados. Estos vagones recorrieron durante largo tiempo las vías férreas rusas; muchas personas recuerdan todavía cómo fueron transportadas en 1927, por descontado que con separación de sexos. Sin embargo, el sociólogo revolucionario Truchin informa que durante la época zarista viajó ya en el «stolypin», desde luego, un modelo anticuado en el que iban seis personas por departamento.

Aparentemente este tipo de vagón emprendió por primera vez tales viajes durante el mandato del ministro Stolypin y, por consiguiente, antes de 1911. Fue imputable a la amargura general de los cadetes insurrectos el hecho de que llevara desde entonces esa etiqueta. Pero, en honor a la verdad, hemos de decir que el susodicho vagón no apareció hasta los años veinte; su utilización generalizada y exclusiva sólo fue una realidad incuestionable a partir de 1930, cuando la unificación acaparaba toda nuestra vida; así, pues, sería más justo apodarlo «Stalin» y no «Stolypin». Sin embargo, es inútil oponerse a las corrientes del lenguaje.

El «stolypin» es un vagón ferroviario usual con ocho departamentos, cinco de los cuales están reservados a los presos (y, como ocurre en todos los rincones del Archipiélago, la mitad corresponde al personal de servicio); ahora bien, entre éstos y el pasillo no hay tabiques, sino una verja, que permite escudriñar el interior. Esta verja —varios barrotes cruzados, como suelen verse en las estaciones ferroviarias alrededor del césped— llega hasta el techo, donde cercena la usual rejilla sobre el pasillo, destinada a los equipajes. Las ventanillas del pasillo están enrejadas por fuera —lo que es usual, al fin y al cabo—, pero los departamentos de los presos no tienen ventanilla alguna; sólo hay una pequeña mirilla —enrejada, naturalmente— sobre el banco central. (¡Faltan las ventanillas! Por esto hemos confundido el «stolypin» con un furgón de equipajes). Cada departamento tiene su puerta corrediza: un marco de hierro para la proverbial reja.

Visto desde el pasillo, ese conjunto te recuerda extrañamente una exposición zoológica: por el suelo y sobre las tarimas se arrastran gimoteando, criaturas de apariencia humana, que nos miran suplicantes a través de la reja, implorando agua y alimento. Pero en ningún parque zoológico se han visto jamás tantos animales aglomerados dentro de *la misma* jaula.

Según calculan los ingenieros que viven libremente, un departamento «stolypin» tiene capacidad para once hombres: seis se sientan abajo, tres se tienden sobre el banco central (cuyos dos tablones han sido transformados en un catre de superficie continua, con una pequeña escotadura ante la puerta para subir y bajar), y dos más se acomodan sobre los tableros del equipaje. Ahora bien, tan pronto como se embanasta, a esos once más otros once (el celador de turno la emprende a puntapiés con los últimos), se alcanza sobradamente el aforo normal del departamento de presos. Cuatro ocupantes se acurrucan, casi descoyuntados, en las tablas superiores a un lado y otro; cinco se tienden sobre la parte central (siempre son cinco gangueros, pues esos lugares se conquistan a brazo partido y constituyen una presa segura de los criminales si hay algunos en el departamento), y para los trece restantes queda sólo la planta baja: se acomodan cinco en cada banco, y en medio, sobre el suelo, tres. Esparcidos arriba y abajo entre los hombres, yacen sus humildes enseres. Así se viaja, pues, día tras día, con piernas encogidas a la fuerza.

¡No, aquí no se pretende especialmente martirizar a la gente! El reo es un soldado del Frente Laboral Socialista…, ¿por qué martirizarlo si tiene aptitud para el trabajo?

Ahora bien, tampoco puede decirse que emprenda tal viaje con objeto de visitar a su suegra —eso deberás reconocerlo, ¿no crees?—, y, en definitiva, ¿no lo mirarán con malos ojos los hombres *libres* porque envidien su vida más holgada? Todo el mundo conoce las dificultades de nuestro transporte; desde luego, no será posible allanarlas en el camino.

Allá por los años cincuenta, cuando los itinerarios sufrían oscilaciones, un viaje semejante no duraba mucho tiempo; bueno, digamos, por favor, un día y medio o dos en números redondos. Durante la guerra y después de ella, todo empeoró: desde Petropavlovsk (en Kazajstán) hasta Karaganda, el «stolypin» tardaba algunas veces siete días (con unos veinticinco presos por departamento), y desde Karaganda a Sverdlovsk, ocho días (veintiséis por departamento). E incluso en agosto de 1945, Susi empleó varios días para trasladarse desde Kuibichev a Cheliabinsk, y entonces viajaban más o menos *treinta y cinco hombres* por departamento, unos encima de otros, una verdadera madeja de seres coceadores, pugnantes[1]. Durante el otoño de 1946, N. V. Timofeiev-Ressovski recorrió el trayecto Petropavlovsk-Moscú en un departamento ocupado por ¡TREINTA Y SEIS PERSONAS! Pasó varios días SUSPENDIDO entre aquellas gentes, sin tocar ni un instante el suelo con los pies. Por fin, cuando algunos parecieron agonizantes, se extrajo sus cuerpos de entre los pies de los restantes (aunque no inmediatamente, sino dos días después), y entonces hubo cierta comodidad. Su viaje a Moscú duró, en total, *tres semanas*[2].

Pero ¿representaban esos treinta y seis un límite? Aunque no haya pruebas para garantizar la cifra treinta y siete, debemos contestar negativamente a esa pregunta si consideramos el único método científico, así como la lucha contra los «elementos limitadores». ¡Aquí no hay valores limitativos! ¡Tal vez los haya en alguna otra parte, pero no en nuestra tierra! Mientras un departamento contenga algunos centímetros cúbicos de aire no desalojado entre hombros, cabezas o pies…, ¡el tal departamento estará todavía en condiciones de acoger a más prisioneros! Cabría aceptar, con ciertas reservas, como límite calculable, el número de cadáveres depositados en capas ordenadas y compactas, pero relacionándolo con el volumen total del departamento.

En Moscú, Vera Korneieva fue «empaquetada» en un departamento con *treinta* mujeres, cuya mayoría eran madres decrépitas, condenadas al destierro por «cuestiones de fe» (*todas* ellas, excepto dos, hubieron de ingresar en el hospital apenas llegaron a su destino). No hubo muertos en aquel departamento, porque también viajaban algunas muchachas muy jóvenes, despiertas y bonitas (condenadas por «entablar amistad con extranjeros»). Aquellas chicas sermonearon a los centinelas, intentaron despertar su conciencia: «¿Es que no os avergonzáis? ¡Son vuestras propias madres a las que tratáis así!». Aquellas palabras encontraron unos oídos muy atentos, si bien los razonamientos morales influyeron bastante menos que el agradable aspecto de las muchachas…, y entonces se dispuso el traslado de algunas mujeres a *la celda de reclusión*. Pero en el «stolypin», esta reclusión no representa un castigo, sino un verdadero placer. De los cinco departamentos celulares se emplean

sólo cuatro para alojar a los presos; el quinto está dividido en dos mitades: así se forman dos pequeños compartimentos, donde se acomoda a menudo el revisor; tienen un asiento abajo y un banco en el centro para tenderse. Esta celda tiene como finalidad la incomunicación: cuando la ocupan sólo tres o cuatro personas, la comodidad es indescriptible.

No, aquí no se tiene la intención de torturar a los prisioneros con la sed, aun cuando pueda parecerlo así, pues durante todo el viaje se alimenta cada día a esos seres casi asfixiados, casi aplastados bajo el opresivo peso, con arenque en salazón o ahumado (así se hizo *cada* año, tanto el 1930 como el 1950, en invierno y verano, en Siberia y Ucrania; sería superfluo citar ejemplos acerca de este caso). No se obra así para torturar a los seres humanos, pero ¿sabrías proponer tú algo más adecuado? ¿Con qué se podría alimentar a esa chusma durante el camino? No se ha previsto la preparación de rancho caliente en los vagones (¡sí, se han instalado cocinas en un departamento del «stolypin», pero son para el cuerpo de guardia!). ¿Distribuir cebada perlada? No daría resultado. ¿Pescado crudo? Tampoco. ¿Conservas de carne? ¿Para que engorden hasta reventar? No encontrarás nada mejor que el arenque salado, y, por añadidura, un trozo de pan…, ¿quién puede pedir más?

¡Tómalo, toma sin rechistar tu medio arenque y date por satisfecho! Si eres listo, te guardarás esos arenques en el bolsillo y los conservarás hasta llegar al campamento de tránsito, donde podrás comértelos tranquilamente, porque allí hay agua. Mucho peor sería si se distribuyeran sardinas «Asov» conservadas en salmuera; estas piezas se pudrirían dentro de la bolsa; por tanto, lo mejor sería colocar las cosas sobre el regazo, o meterlas en la faltriquera, o sostenerlas simplemente en el hueco de la mano y comérselas. Para repartir tal cantidad de sardinas es preciso utilizar como recipiente la cazadora de alguien. Pero respecto al arenque ahumado, el centinela no tiene más que arrojarlo al suelo, y entonces se emprende el descuartizamiento sobre el banco o las rodillas[3].

Tan pronto como obtienes tu pescado, te corresponde también, con toda seguridad, pan y, tal vez, incluso un terrón de azúcar. Lo peor es cuando llegan los centinelas para anunciar que por hoy no habrá forraje, porque no se ha podido contar con los *zekos*. Quizá sea cierto: cualquier contable de prisiones puede errar en las partidas. También sería posible que hubiesen contado con ellos, pero que su propia ración fuera insuficiente (en realidad, a ellos tampoco se les da mucho para mascar) y, por tanto, hubiesen requisado el pan, absteniéndose, a renglón seguido, de repartir la media pieza de arenque salado, pues ese alimento sin pan resultaría sospechoso.

Y, naturalmente, tampoco se pretende martirizar al prisionero si no se le da agua después del arenque, porque no la hay hervida (esto nunca, por descontado); no la hay ni siquiera de las cañerías. El personal de escolta es escaso: unos hacen guardia en el pasillo; otros se apostan ante los canceles y, además, cuando se llega a una estación, deben examinar la parte inferior del vagón y encaramarse al techo, para cerciorarse de que no se ha abierto un boquete. Otros limpian las armas y, finalmente,

ninguno puede sustraerse a la instrucción política ni dejar de estudiar las ordenanzas. Entretanto duerme el tercer relevo; le corresponden ocho horas porque, al fin y al cabo, la guerra quedó ya atrás. Por añadidura, hay una última justificación: El transportar agua con cubos desde algún lugar distante no es sólo fatigoso, sino también indigno. Pues ¿por qué ha de bregar como un mulo, el combatiente soviético, para auxiliar a los enemigos del pueblo? Además, cuando se necesita desenganchar el vagón «stolypin» y encarrilarlo hacia una vía muerta (ante todo, ocultarlo a la vista), la propia cocina de los milicianos rojos se queda sin agua. Desde luego, ahí hay siempre un escape: llenar cubos en el ténder de la locomotora con un líquido amarillento, turbio, sobre cuya superficie nada el lubricante. Los zekos la beben muy a gusto, *nitchevo*, porque no pueden analizarla en las penumbras del departamento: no hay ventanillas ni lámparas, deben contentarse con la tenue luz procedente del pasillo. Y algo más todavía: la operación de verter el agua es demasiado prolija, los prisioneros no tienen cubiletes, y si alguno posee tal rareza, debe hacerla circular, lo cual significa que esa gente se bebe los dos recipientes, propiedad del Estado, y mientras ella sacia su sed, tú debes sacar agua del pozo y, además, servírsela. (¡Si al menos hubiera armonía entre ellos…!, pero no, nada de eso. «¡Que beban primero los sanos! —gritan al punto algunos—. ¡Luego los tuberculosos y, por último, los sifilíticos!». Como si en la celda contigua no se hubiera oído vociferar ya de antemano: «¡Primero los sanos…!»).

Sin embargo, todo ello sería soportable —el acarreo y la distribución del agua— si esos puercos no pidieran ir al retrete apenas satisfecha su sed. Pues ésta es la pura realidad: Si no les dieras agua, no necesitarían orinar. Es decir, si les dejas beber una vez al día, se darán por contentos saliendo una sola vez; pero si te compadeces y les das agua dos veces, querrán salir dos veces. Así, pues, lo mejor es dejarlos «a secas».

Y la oposición a tales salidas no se funda en el deseo de mantener limpio el urinario: Más bien se diría que cada una de ellas implica una operación militar de suma responsabilidad: un cabo y dos soldados deben prepararla con mucha antelación. Primero se han de colocar dos centinelas: uno ante la puerta del urinario, otro en el extremo opuesto del pasillo (para que nadie escape). Mientras tanto, el cabo debe abrir y cerrar sin pausa la puerta del departamento, para hacer entrar al que regresa y dejar salir al siguiente. El reglamento prohíbe la salida de varios juntos, pues eso podría ocasionar revueltas o intentos de huida. ¡Así ocurre que uno, en su marcha hacia el urinario, debe contar con los treinta presos de su departamento, más los ciento veinte de todo el vagón y, por añadidura, con los centinelas apostados para vigilarle! De resultas, escucha voces apremiantes: «*Davai, davai…!* ¡Aprisa, aprisa!». El cabo le azuza, secundado por un soldado, y el prisionero se precipita dando trompicones a lo largo del pasillo, como si estuviese robando la letrina al Estado. (En 1949, el alemán Schulz, un cojo que había aprendido ya por entonces el significado de la palabra rusa *davai*, hizo el camino de ida y vuelta al excusado dando grandes saltos con su única pierna, durante el trayecto del «stolypin» Moscú-Kuibichev,

mientras los guardianes soltaban formidables risotadas e intentaban apresurar aún más su marcha. El guardián apostado ante la puerta del retrete le empujó la primera vez. Schulz cayó. Entonces, el centinela, irritado, le asestó unos cuantos golpes…, y Schulz, incapaz de soportar el alud, se metió a rastras en el inmundo urinario. Los guardias se desternillaron de risa[4]).

Para atajar todo intento de huida durante los breves segundos pasados en el urinario y acelerar, además, la circulación, se deja abierta la puerta del retrete, y el centinela que observa la evacuación hace oír su voz con tono apremiante: «*Davai, davai!* ¡Punto final, ya hay bastante para ti!». Muchas veces, la voz de mando advierte: «¡Que sea corto!». Y esto agrada a quien espera fuera su turno. Bueno, y naturalmente nunca es posible lavarse las manos: el agua escasea, y el tiempo, también. Cuando el prisionero intenta tocar el grifo del lavabo, escucha los gritos de su vigilante apenas establecido el contacto: «¡Eh, tú, retira esas manos! ¡Afuera contigo!». (Quien guarde en su hatillo un trozo de jabón o una toalla, procura dejarlos dentro por pura vergüenza: eso sería actuar como un panoli). La inmundicia inunda el retrete. Unas heces fluidas se adhieren a los pies, y, sin embargo…, ¡aprisa, más aprisa! El prisionero se introduce a viva fuerza en el departamento, trepa por la aglomeración de manos y hombros y, finalmente, sus emporcados zapatos cuelgan desde la tarima superior sobre la central… y gotean.

Cuando las mujeres necesitan evacuar, es preciso mantener también abierta la puerta, según disponen las ordenanzas y el sentido común, pero en este caso no se muestra siempre el mismo rigor: «Bueno…, ciérrala». (Una mujer necesita también limpiar la taza al terminar, con lo cual se explica que no ponga pies en polvorosa cuando se le ordena hacerlo).

Ahora bien, pese a ese ritmo vertiginoso, la «evacuación» de ciento veinte personas requiere más de dos horas…, ¡más de lo que necesitaría la cuarta parte de una guardia con tres plantones! ¡Y, al final, todo esfuerzo resulta inútil! Siempre hay algún vejestorio bamboleante que, apenas transcurrida media hora, vuelve a lloriquear y, como es natural, no se le puede dejar salir; entonces se desahoga en el departamento, y el cabo se encuentra con una preocupación adicional, pues ha de obligarlo a recoger todo con las manos y sacarlo fuera.

Resumiendo: ¡toda salida es inaguantable! Por eso se les da poca agua. Y también poca comida… ¡Así se curarán la diarrea y no apestarán el aire! ¡Es para vomitar! ¡Uno casi se asfixia en el vagón!

¡Menos agua! ¡El arenque prescrito será todo cuanto obtengan! El racionamiento estricto del agua es un mandamiento de la razón; el racionamiento estricto del arenque sería un atentado contra el servicio.

¡Nadie, absolutamente nadie se ha propuesto como meta torturarnos! ¡El proceder de la guardia es sobremanera razonable! Pero nosotros estamos enjaulados como los cristianos primitivos, y se salpica con sal nuestra lacerada lengua.

También sería absurdo buscar un designio oculto en el hecho de que la guardia mezcle a los *cincuenta y ocho* con criminales y *bitoviki*; simplemente resulta difícil alojar tantos prisioneros en tan pocos vagones y departamentos. Además, hay que hacerlo aprisa. Uno de los cuatro departamentos está reservado para las mujeres; en los tres restantes es más cómodo —cuando sea posible— hacer la clasificación siguiendo las instrucciones de las autoridades ferroviarias, para que el desembarque tenga fluidez.

Entonces, ¿Cristo fue clavado en la cruz entre dos ladrones porque Pilatos quería humillarle? No. Fue simplemente la fecha fatal para el Crucificado; sólo hubo un Gólgota, el tiempo apremió. Y FUE ALINEADO CON LOS MALHECHORES.

Aún siento temor cuando pienso cuánto habría sufrido si no hubiese ocupado un puesto especial entre los prisioneros… La escolta y los oficiales acompañantes nos trataron con excepcional cortesía a mí y a mis camaradas… Como preso político, viajé con relativa comodidad hacia la Katorga; en las prisiones de etapa se puso a mi disposición un cuarto aislado de los criminales, tuve un vehículo para mis traslados, y otro siguió detrás con el equipaje, cuyo peso sería de un pud…

He preferido no entrecomillar la frase precedente para que el lector capte su contenido sin prejuicios. Los párrafos entre comillas suscitan siempre, si no la ironía, sí por lo menos la contrariedad. Pero sin comillas, el párrafo causa sorpresa…, ¿no?

P. F. Yakubovich fue quien escribió estas palabras descriptivas allá por los años noventa del siglo pasado. Más tarde se reeditó este libro a modo de aleccionamiento sobre los sucesos de aquella época tenebrosa. Así, hemos sabido que los presos políticos tenían sus camarotes exclusivos en el vapor y, en cubierta, un espacio privado para pasear. (Lee también *Resurrección*, de Tolstoi: El príncipe Nejludov, una persona no autorizada, puede mantener largas conversaciones con los presos políticos). Y por el simple hecho de que se hubiera puesto en la lista junto al nombre de Yakubovich «el calificativo mágico de preso político —escribe él—, el inspector Katorga le recibió en el Ust-Kar como un delincuente común: grosero, desafiante e insolente». Por lo demás, aquel equívoco se solucionó felizmente.

¡Qué época tan increíble! ¡El confundir al preso político con el delincuente común era casi un delito! Se hacía desfilar a los criminales por las calles para el escarnio público, mientras que los presos políticos podían alquilar un carruaje para presentarse en la estación (Olminski, 1899). Aquellos presos políticos no percibían los usuales haberes penitenciarios, sino una dieta diaria, y, además, se les permitía comer a la carta. El bolchevique Olminski rechazó incluso el régimen para enfermos porque, a su juicio, era demasiado ordinario[5]. Y el comandante del blocao de Butyrki presentó disculpas a Olminski porque le había tuteado un vigilante: «Compréndame, por favor; aquí recibimos raras veces presos políticos. El vigilante ignoraba»…

¿*Raras veces presos políticos*… en Butyrki? ¿No será un sueño? ¿Adónde eran enviados entonces? ¡Cuando no existían aún la Lubianka ni el Lefortovo…!

Radichshev fue conducido, con cadenas, al transporte, y como hiciera un tiempo frío, se le cubrió con una «piel repelente»: la zamarra de un guardián. Apenas supo esto, Catalina, la emperatriz, expidió una orden: quítenle inmediatamente las cadenas, provéanle de todo lo necesario para el viaje. En noviembre de 1927, Anna Skripnikova fue trasladada desde Butyrki a Solovki: iba ataviada con pamela y un vestido veraniego (el mismo que llevara en verano cuando la detuvieron; su habitación quedó sellada desde entonces, y nadie le permitió que recogiera ropas de abrigo).

El distinguir los presos políticos del delincuente común significa respetarlos como a unos contrincantes de igual condición; equivale a reconocer que cualquier ser humano puede sustentar *opiniones propias*. Por ende, el *preso* político se hace cargo incluso de su *libertad* política.

Sin embargo, todos nosotros somos *kaers* desde entonces, y los socialistas tampoco pueden tenerse por *politler*…; desde entonces las carcajadas de los compañeros presidiarios y el tuteo de los guardianes han sido la única réplica a tu protesta cuando, siendo un preso político, se te confunde con el delincuente común. «En nuestra tierra, quien delinque es un criminal», opinan los guardianes con toda sinceridad.

Esa mixtura, ese primer y sorprendente encuentro se produce indistintamente en el *cuervo negro* y el vagón «stolypin». No importa cuánto te hayan pisoteado, torturado y vejado durante el interrogatorio precedente: los autores fueron los gorras azules, a quienes no se debe confundir con la Humanidad; tú lo comprendiste así y sólo viste en ellos arrogantes esbirros. Pero tus compañeros de celda, quizá menos instruidos que tú y con experiencias distintas, pertenecieron, sin excepción —tanto si disputabas con ellos como si te traicionaban—, al mismo género humano, adocenado, rutinario y pecador, en cuyo medio pasaste tu vida.

Mientras te meten a empellones en un departamento «stolypin», piensas que allí encontrarás sólo compañeros de sufrimiento. Todos tus enemigos y opresores quedan al *otro* lado de la verja: *aquí* no sospechas su presencia. Pero…, ¡cuidado!, porque ahora alzas la mirada hacia esa escotadura cuadriforme en la tarima central, ese único cielo sobre ti, y ves allí tres, cuatro… ¡no, no diremos rostros, ni tampoco máscaras simiescas, pues los monos parecen mucho más apacibles y reflexivos! ¡No son ni siquiera visajes, porque éstos dependen siempre del «semblante»! Ves jetas crueles, horripilantes, con expresión codiciosa y satisfacción malsana. Cada uno parece una araña acechando a la mosca. Su telaraña es esta verja…, ¡y tú estás dentro! Aprietan los labios como si quisieran morderte en la nuca; cuando hablan, sisean, y parecen preferir esa pronunciación sibilante, a las consonantes y vocales del idioma. Sus palabras suenan como ruso sólo en las terminaciones: es una auténtica jerigonza.

Esos inauditos gorilas se han apresurado a despojarse de sus ropas, pues el ambiente del «stolypin» es asfixiante; observa sus cogotes rojizos, poderosos, los hombros cargados de músculos, el pecho curtido y tatuado. Parecen capaces de ahorrarse lo que nos consume a nosotros en la cautividad. ¿Quiénes son? ¿De dónde proceden? Pero no hagamos juicios temerarios: ¡Una cruz pende de uno de esos cuellos! Sí, una diminuta cruz de aluminio sujeta con un bramante. Te maravillas y sientes cierto alivio: entre ellos hay creyentes, y eso es tranquilizador, no puede ocurrirte nada horrible. Sin embargo, precisamente ese «creyente» se desata de improviso, mencionando el crucifijo y la madre del diablo (para maldecir, suele servirse del ruso); luego encorva dos dedos y te los clava en ambos ojos…, no amenaza, sus dedos ahondan cada vez más. «¡Te sacaré los ojos, puerco de mierda!». ¡Esa es su fe y toda su filosofía! Si son capaces de sacarte los ojos como si extrajeran un caracol, no puedes esperar ninguna misericordia para lo que llevas en ti y contigo. La cruz se balancea, tú contemplas atónito, con tu ojo todavía indemne, esa desoladora mascarada, y pierdes la orientación: ¿Quién de vosotros está loco? ¿Quién enloquecerá también?

De pronto se resquebrajan y desmoronan todos los hábitos familiares de las relaciones humanas. En tu vida anterior, sobre todo antes del arresto —aunque también después, e incluso todavía durante una parte de la indagatoria— has dicho *palabras* a otros seres humanos y has escuchado *palabras* de ellos. Tales palabras han surtido sus efectos, pues mediante ellas pudiste convencer, o rechazar un concepto, o mostrar conformidad. Recuerdas diversas comunicaciones humanas relacionadas con ruegos, órdenes, agradecimiento, pero lo que te ocurre aquí está al margen de esas palabras, al margen de esas relaciones. Cual mensajero de las susodichas jetas se descuelga uno, un hombrecillo endeble, cuyo comportamiento desenvuelto e insolente acentúa aún más el contraste; esta pizca de diablo desata tu paquete, rebusca en tus bolsillos con gran naturalidad, ¡como si fueran suyos! Todo cuanto llamabas tuyo poco antes, ya no lo es, y tú mismo eres un tarugo reseco, cubierto con ropas superfluas; pero eso no quedará así por cuanto se refiere a la ropa. No tienes la menor posibilidad de convencer con palabras a esta minúscula y malévola rata ni a las jetas de allá arriba. ¡Son inútiles todos los ruegos, súplicas y negativas! No son seres humanos, ya te has dado cuenta a la primera ojeada. Sólo hay un recurso… *¡acometerles a golpes!* ¡Sin esperar, sin perder tiempo, sin dar más trabajo inservible a la lengua…, golpear! Zurrar a este mozalbete o al engendro de arriba.

Pero ¿cómo te propones alcanzar los tres cuerpos desde abajo hacia arriba? Además, no parece equitativo pegar a un niño, aunque *sea* una rata abominable… ¿Tal vez darle sólo un empellón? Harás mejor absteniéndote, pues ése te arrancará la nariz de un mordisco si los de arriba no te parten antes el cráneo. (Por añadidura, éstos tienen cuchillos. Resumiendo: en cuestión de cuchillos, tú eres demasiado insignificante para ellos).

Miras alrededor, a tus vecinos, a tus camaradas… ¿Vamos a tolerar esto sin formular ni una sola protesta? Sin embargo, míralos, ¡contempla a tus cincuenta y ocho! Ahí están acuchillados esos camaradas, expoliados uno tras otro antes de tu llegada; se encogen con resignación en el banco, y algunos desvían la mirada si acaso, pero la mayoría te miran al rostro de una forma casual, como si no hubieran presenciado una coacción ni un robo, sino un acontecimiento natural: crece la hierba, cae la lluvia.

Pues, estimados señores, camaradas y hermanos, ¡se ha dejado escapar el momento oportuno! Antaño debiera habérseos ocurrido el preguntaros quiénes sois, entonces, cuando Struchinski se quemó vivo en su celda de Viatka, o antes aún: cuando se os declaró *kaers*.

Así, pues, guardas silencio mientras la rata te despoja de tu abrigo y palpa la moneda de veinte copecs cosida a tu chaqueta…, desaparece en un instante junto con un jirón de forro. Entretanto, tu hato ha seguido su camino hacia arriba, y allá se queda todo cuanto te preparara tu sentimental mujer para el largo viaje después de la sentencia. Sólo te arrojan abajo el cepillo de dientes, dentro de la pequeña mochila…

En los años treinta y cuarenta, no el cien por cien de ellos[6] se doblegaron, pero sí el noventa y nueve. ¿Cómo pudo suceder tal cosa? ¡Hombres! ¡Oficiales! ¡Soldados! ¡Combatientes!

Para luchar con bravura, un hombre debe aprestarse al combate, esperarlo, comprender su sentido. Pero aquí no se da ninguna de esas premisas. Un hombre que jamás haya tenido el menor contacto con los bajos fondos, no está equipado para sostener semejante lucha y —lo que es más importante aún— no ve la necesidad de combatir, pues hasta ahora ha creído (erróneamente) que sus enemigos son sólo los azules. Se requiere todavía un largo adiestramiento para hacerle ver que un pecho tatuado es sólo el reverso de los gorras azules y personifica una revelación que los uniformados no quieren manifestar abiertamente: «¡Muere tú hoy y yo lo haré mañana!». El preso novato desea verse como político, es decir: Él está por el pueblo, y el Estado se le opone. Y justamente entonces se hunde, sin darse cuenta, en inmundicia, la materia mantiene un movimiento constante, lo envuelve por detrás, por los costados; él no sabe ya distinguir entre los conceptos, toda claridad se ha hecho añicos ante su vista. (Y el prisionero no ve claro al punto que, por tanto, la inmundicia hace causa común con los carceleros).

Para luchar con bravura, el hombre necesita un respaldo, un hombro sustentador y suelo firme bajo los pies. Pero todas esas condiciones han sido anuladas por los cincuenta y ocho. El mecanismo triturador de la investigación política les ha quebrantado físicamente: han pasado hambre, han padecido insomnio durante noches sin fin, han tiritado día tras día en mazmorras glaciales, y las palizas han hecho el resto. Pero ¡ojalá el daño fuera sólo corporal…! También se los ha quebrantado espiritualmente. Les ha inculcado, sin descanso, que era falso todo cuanto han hecho, pensado y experimentado respecto al prójimo en su vida, y que ahí reside la causa de

su fracaso. Por fin, en el pelotón que escupe la maquinaria del Tribunal no bulle ya la vida ni queda el menor rastro de entendimiento. Es preciso doblegar a cada uno definitivamente, y *encasillarlo* definitivamente. Así se explica en el párrafo 58 el fin de la investigación. Los condenados necesitan comprender que todo intento por parte de los hombres libres para llegar a un entendimiento, e incluso asociarse, debe llevarse a cabo exclusivamente bajo el patrocinio del secretario del partido, el dirigente del sindicato o de la Administración; en caso contrario, se lo conceptuará cual un grave delito. En prisión, la persona así instruida rehúye, atemorizada, toda clase de *colectivización*, lo cual puede significar el formular la misma queja a dos voces o el estampar la propia firma junto a otra en el mismo papel. Habiendo perdido, desde mucho tiempo atrás, el gusto por todo procedimiento asociativo, los presos seudopolíticos tampoco están dispuestos a asociarse contra los criminales. Y nada podría distar más de su mente que la idea de procurarse un arma para el viaje y las prisiones de tránsito: un cuchillo o una llave inglesa. Primero: ¿Para qué? ¿Contra quién? Segundo: Si la empleas —tú, con tu implacable párrafo 58— puedes jugarte el cuello en un segundo proceso. Tercero y, además, preferente: Si se practica un registro, te castigarán por el cuchillo con más dureza que a los delincuentes comunes. En éstos, la posesión del cuchillo significa… granujada piojosa, traición y falta de conciencia; en ti…, terrorismo.

Y, finalmente, casi todas los cincuenta y ocho son personas pacíficas (algunos, también ancianos, también enfermos) que hasta entonces han salido de sus atolladeros con palabras, sin emplear jamás los puños, y hoy ignoran todavía cómo utilizarlos.

Con los criminales se ha procedido de otra forma. Toda su detención preventiva se reduce a esto: dos interrogatorios, un proceso rápido y una condena benigna. Y, además, no la cumplirán en su totalidad; saldrán antes del caserón, mediante la amnistía o la fuga[7]. Nadie ha sustraído al delincuente común el bagaje admitido por la Ley durante su prisión preventiva, el bien surtido bagaje, el tributo de los camaradas ladrones en libertad. El hombre no ha perdido ni un gramo de peso, no ha sufrido ni un sólo día…, y ya está en vías de sobrealimentación a expensas de los *fraier*[8]. Los artículos sobre hurto y robo no le causan inquietud; por el contrario, le enorgullecen, y los *natchalnik* de galones azules refuerzan ese enorgullecimiento: «*Nitchevo*, sin duda eres un bandido, un asesino, pero no un reo de alta traición, no. Tú eres de los *nuestros*, y algún día enmendarás tu conducta». Los artículos sobre robo no tienen ningún punto *undécimo*… acerca de la organización. No se prohíbe, ni mucho menos, a los bajos fondos, que se organicen…, pues, ¿para qué hacerlo? ¡Dejadlos tranquilos! Eso promueve el espíritu colectivizador, tan indispensable para un miembro de nuestra sociedad. Y cuando se les quitan las armas es como un juego; no se los castiga por llevar armas, pues se respeta su *ley* («ellos no pueden evitar ser como son»). Y un nuevo asesinato en la celda no prolonga la pena del asesino; por el contrario, se lo corona con nuevos laureles.

Todo esto se remonta a fechas muy distantes. En las fábricas del pasado siglo se reprendió al andrajoso proletariado simplemente por una cierta volubilidad e inconstancia. Y Stalin mostró desde el principio una extraña tolerancia hacia los bajos fondos: pero, entonces, ¿quiénes le desvalijaban los Bancos? Allá por 1901, sus camaradas del partido y las células le acusaron ya de utilizar a los criminales para luchar contra sus adversarios políticos. Durante los años veinte nació esta complaciente expresión: los *allegados sociales*. Sobre el mismo terreno se desenvolvió Makarenko: «*Estos* son susceptibles de mejora». (Según Makarenko[9], la «clandestinidad contrarrevolucionaria» es el único semillero de la delincuencia). *Esos otros* —ingenieros, popes, revolucionarios sociales, mencheviques— no son susceptibles de mejora.

Entonces, ¿por qué no robar si nadie te lo impedirá? Tres o cuatro granujas, brutales y bien aclimatados, imperan sobre algunas docenas de presos seudopolíticos, aterrorizados y descompuestos.

Con el consenso de las autoridades. Fundándose teóricamente en las ideas más progresivas.

Pero si no se puede actuar con los puños ¿por qué no intentan las víctimas presentar una queja? En el pasillo se oye cualquier ruido, y precisamente ahora el centinela está pasando ante la verja con aire indolente.

Sí, la pregunta es lógica. En efecto, se percibe el menor ruido, hasta el más lastimoso estertor, mientras el centinela marcha arriba y abajo, arriba y abajo… ¿Por qué no interviene? En la penumbrosa cavidad del departamento se está robando a un hombre…, sólo le separa un paso de la escena… ¿Por qué no interviene ese vigilante, a sueldo del Estado?

Bueno, la cosa está clara. A él se le inculcaron también ideas.

Y aún más: tras los largos años de su provechosa existencia, el guardián se ha habituado también a tomar partido por los ladrones. La propia escolta *se hace, a su vez, «ladronesca»*.

Respecto a aquella época comprendida entre mediados de los años treinta y mediados de los cuarenta, aquella década en que prevaleciera la fiereza más salvaje de los criminales y la opresión no menos salvaje de los presos políticos, no conocemos ni un solo caso en que los centinelas intentaran poner término a la expoliación de los presos políticos en celdas, vagones *y cuervos*. Sin embargo, nos han llegado innumerables informes en los que se relata cómo atesoraban esos guardianes los enseres robados y recompensaban a los ladrones con vodka, alimentos (bastante superiores al rancho) y tabaco. Ese reparto de beneficios ha figurado desde hace mucho tiempo cual un axioma.

Justamente ahora el sargento de guardia está a la cuarta pregunta: arma, escudilla de estaño, manta arrollada y rancho de tropa. Sería difícil pedirle que se conforme con semejante desigualdad ante estos enemigos del pueblo cuyo atavío consta de pieles caras, botas relucientes y, por añadidura, costosos utensilios de la existencia

ciudadana. El arrebatarles todo ese lujo debe conceptuarse, sin duda, como una variedad de la lucha de clases. ¿Acaso puede haber otras normas? Entre 1945 y 1946, cuando no se llevaba a los prisioneros desde cualquier parte, sino desde Europa, provistos con un asombroso guardarropa europeo y, además, muy abundante, muchos ofrecieron resistencia incluso a los oficiales de escolta. Pues la misma habilidad profesional que había mantenido a éstos lejos del frente, los mantuvo también, al acabar la guerra, lejos del botín. ¿Acaso esto era justo?

Así, pues, no hubo casualidad, ni urgencia, ni falta de espacio, sino pura codicia, cuando los guardianes decidieron mezclar en cada departamento de su «stolypin» a los presos políticos con los delincuentes comunes. Y, por añadidura, hubo carta blanca para los rufianes: todo cuanto se arrebataba a los *castores*[10], emprendía el camino hacia las maletas de los guardianes.

Mas ¿cómo planearlo cuando se expide felizmente a los castores, y el tren se pone en marcha, pero sin contener ni un solo ladrón manejable, y tampoco se espera pasar por ninguna estación donde aguarde, como hoy día, una hornada de ladrones? También se conocen algunos casos de esta índole.

En 1947, un tren de prisioneros partió desde Moscú hacia Vladimir para entregar, en la prisión central de esta localidad, a un grupo de extranjeros condenados a diversas penas correccionales. Apenas abiertas las maletas, resultó claro que no eran indigentes. Ante esa revelación, la propia escolta asumió la *requisa* sistemática de los objetos. Para evitar posibles extravíos, se dejó en cueros a todos los prisioneros y se les hizo tomar asiento en el suelo del urinario; mientras tanto, se hizo un inventario y una selección de sus enseres. Sin embargo, los guardianes olvidaron que aquella gente no iba destinada a un campamento, sino a una prisión bien sólida. Apenas llegados allí, I. A. Korneiev presentó una reclamación describiendo concienzudamente por escrito todo lo sucedido. Se hizo saltar de su reducto a los guardianes, e incluso fueron registrados. Reaparecieron todavía algunos objetos, que fueron devueltos a sus propietarios, y luego se dispuso una indemnización para los restantes. Según se dice, las sentencias dictadas contra los guardianes oscilaron entre los diez y quince años de prisión. Es imposible verificarlo, y de todos modos, aunque fuera un caso incluido en el artículo sobre latrocinio, ellos no estarán ya allí amargándose la vida.

No obstante, aquello constituyó algo excepcional, y si el jefe del convoy hubiera sabido dominar a tiempo su codicia, habría percibido lo que saltaba a la vista. Pero he aquí un ejemplo más simple que justifica la esperanza, porque no fue el único de esta especie. Sucedió que en el «stolypin» Moscú-Novosibirsk (agosto de 1945), donde viajaba A. Susi, tampoco hubo ni un solo ladrón «a mano». Pero como el viaje fuera largo, los «stolypines» se tomaron su tiempo. Evitando todo apresuramiento, el jefe del convoy anunció un gran registro a la hora apropiada…, un hombre tras otro, con todos sus enseres en el pasillo. Según el reglamento penitenciario, los convocados deberían desnudarse; pero el quid no estribaba en esto, porque una vez se les hubiera

registrado y devuelto a sus abarrotadas celdas, todo cuchillo u objeto prohibido podría pasar impunemente de mano en mano. La verdadera criba consistió en escudriñar los enseres personales, las ropas y los zurrones. También se plantó ante aquellos bienes —sin cansarse del prolijo escudriñamiento— el jefe del convoy, un oficial altanero hasta la hermeticidad, acompañado por su ayudante, un sargento. La codicia se hizo indomable, ya no fue posible fingir por más tiempo una fría indiferencia. El hombre terminó viéndose en la situación de un libertino decrépito que acecha a las adolescentes, pero se avergüenza ante los extraños y ante las propias chicas sin saber, finalmente, cómo abordar la cuestión. ¡Qué bien le habrían venido unos cuantos ladrones! Por desgracia, los pícaros brillaron por su ausencia.

Aunque en aquella expedición faltaran los ladrones, hubo algunos que insuflaron y esparcieron en la prisión el aliento de los bajos fondos. Pues el ejemplo del ladrón es aleccionador y sumamente atractivo: demuestra que la vida puede ser también holgada dentro de una penitenciaría. En uno de aquellos departamentos viajaban también dos exoficiales: Sanin, de la Marina, y Mereschkov. Ambos, condenados en virtud del artículo 58, pero dispuestos a tomar nuevas orientaciones. Con el apoyo de Mereschkov, Sanin se proclamó *starosta* del departamento; luego, recurriendo al centinela, solicitó una entrevista con el jefe del convoy (había percibido ya el altanero comportamiento: ¡aquello estaba pidiendo a gritos un contubernio!). Aunque parezca increíble, se dio cita a Sanin, se celebró la audiencia. Siguiendo su ejemplo, otro del departamento contiguo solicitó una entrevista. Y también fue recibido.

Al día siguiente no se repartieron quinientos cincuenta gramos de pan, como estaba prescrito entonces para los transportes, sino doscientos cincuenta.

Cuando se distribuyeron las raciones, se oyeron leves murmullos malhumorados. ¡Mal humor…!, es cuanto saben expresar estos presos políticos, tan temerosos de la «colectivización». Sólo uno tuvo las agallas suficientes para preguntar al repartidor de pan:

—¡Dígame, ciudadano furriel! ¿Cuánto pesa esta porción?

—Lo prescrito —fue la lacónica respuesta.

—¡Solicito que se pese! —manifestó en voz alta el temerario interpelante—. ¡De lo contrario, me negaré a tomarlo!

El vagón entero contuvo el aliento. Muchos se abstuvieron de utilizar sus raciones; tal vez se quisiera comprobar también su peso. Entonces apareció en escena el oficial, simulando una impresionante probidad e imparcialidad. Todo el mundo enmudeció, con lo cual sus palabras sonaron más imponentes, más fatídicas si cabe:

—¿Quién se rebela aquí contra el poder soviético?

Quedaron petrificados. (Tal vez se consiga hacernos creer que allá donde cualquier *nachalnik* pretenda hacerse pasar por el poder soviético, se le contradice sin rodeos porque es una treta empleada por doquier, tanto dentro como fuera del recinto carcelario. Pero esas palabras tienen un sonido amedrentador para el prisionero aterrorizado a quien se acaba de condenar por actividades antisoviéticas).

El oficial no cedió.

—¿Quién intenta rebelarse aquí contra el poder soviético?

—Ciudadano teniente, yo sólo quise… —El rebelde culpable del estropicio empezó a disculparse.

—¡Ah, eres tú, puerco! ¿No te gusta el poder soviético?

(¿Para qué sublevarse? ¿Para qué discutir? ¿No sería mucho más sencillo comerse la ración menor, aguantarse el hambre y cerrar la boca…? Te has metido en un lío)…

—¡Carroña pestilente! ¡Aborto contrarrevolucionario! ¡Tú eres el que debe colgar de la soga, no el pan! ¡Así sabremos cuánto pesas! ¡El poder soviético te alimenta y mima…, harapiento…, y encima muestras disgusto! Pues bien, ¿sabes lo que te espera…?

Orden tajante a los soldados:

—¡Sacadlo de ahí! —El cerrojo rechina—. ¡Fuera! ¡Manos a la espalda! —El infortunado se aleja entre sus celadores.

—¿Hay algún otro descontento? ¿A quién le parece demasiado exigua la ración?

(¡Cómo si alguien pudiese atestiguarlo! ¡Como si hubiese alguna oficina de reclamaciones que diese crédito a tus doscientos cincuenta gramos y no a los quinientos cincuenta del teniente!).

Uno no necesita mostrar el látigo al perro apaleado. Los demás se dieron por satisfechos, y con ello se impuso la ración correctiva durante *todas las jornadas ulteriores* del interminable viaje. Y tampoco se les dio azúcar, con lo cual se benefició la guardia.

(Aquello sucedió en el verano entre las dos grandes victorias sobre Alemania y Japón, aquellas victorias que glorificarían la historia de nuestra patria y serían aleccionadoras para los nietos y bisnietos).

Pasaron hambre el primer día; pero cuando la pasaron también el segundo, se espabilaron. Entonces Sanin habló a su departamento: «Escuchad, muchachos, esto no puede seguir así. Será mejor que saquéis vuestras cosas de valor. Yo negociaré con ellas y os traeré comida». A renglón seguido, aceptó una pieza, rechazó otra, y así sucesivamente (no todo el mundo quiso colaborar… ¡bueno, él no pretendía imponerse a nadie!). Luego pidió que se le concediera audiencia en compañia de Mereschkov, y, ¡cosa extraña!, el centinela accedió. Ambos se alejaron con todos los objetos hacia el departamento de la guardia, y poco después regresaron con rebanadas de pan y mazorcas. Fueron exactamente los chuscos —siete kilogramos— que se escamotearon al departamento aquel día; ahora bien, no todos recibieron su correspondiente porción, sino sólo aquellos que habían entregado algo.

Y, a decir verdad, el reparto fue absolutamente justo: todos ellos se habían mostrado satisfechos con la ración reducida. Por otra parte, también fue justo, porque los objetos tenían suficiente valor para merecer una compensación. Y, en tercer lugar, fue justo también porque aquel material era demasiado bueno para un campamento, y ello significaba que sus propietarios serían víctimas de la estafa o del robo. Por otro

lado, las mazorcas pertenecían a la guardia. Los soldados habían decidido compartir con los prisioneros sus posesiones más preciadas, dejándose guiar igualmente por un espíritu equitativo, pues ellos engulleron el pan de los prisioneros y endulzaron su té con azúcar, que parecía demasiado bueno para los enemigos.

Finalmente, fue justo que Sanin y Mereschkov —quienes no se habían desprendido de propiedad alguna— tomaran la mayor parte, porque sin ellos no habría sido posible aquel negocio.

Así, pues, todos ellos permanecieron acurrucados en la oscuridad; algunos, royendo los mendrugos del vecino, mientras el vecino miraba. Entretanto, el centinela no ofreció fuego para fumar a uno u otro, sino a todos juntos, una vez cada dos horas…, y entonces el vagón se saturaba de humo como si algo se incendiara. Quienes se habían mostrado tacaños empezaron a lamentarlo. Uno tras otro comparecieron ante Sanin para ofrecerle sus posesiones, pero éste les respondió: «Más tarde».

Aquella operación no habría tenido un remate tan perfecto si no se hubiese realizado en los años de la posguerra, cuando los trenes y los «stolypin» se arrastraban como caracoles, entre desenganches, enganches y largas paradas en las estaciones; y, a la inversa, sin la posguerra tampoco habrían existido aquellos objetos que merecían tantas molestias.

El viaje hasta Kuibichev duró una semana, y aquellos siete días la saca estatal expidió sólo los doscientos cincuenta gramos (dicho sea entre paréntesis, el doble de la cantidad estipulada en el bloqueo de Leningrado), arenque ahumado y agua. El pan restante se distribuyó a cambio de mercancías. Como la demanda superara muy pronto a la oferta, los guardianes se mostraron selectivos, prestándose al trueque con una frecuencia siempre decreciente.

Se hizo escala en la prisión provisional de Kuibichev, y desde la *bania* se volvió a la misma composición con los mismos vagones. La escolta era nueva, pero evidentemente sus predecesores la habían aleccionado sobre la forma de procurarse ropa. El procedimiento patentado para hacer compras mediante la ración individual permaneció en vigor hasta llegar a Novosibirsk. (Resulta fácil imaginar cuántos imitadores encontraría ese atractivo experimento en las divisiones de vigilancia).

Al llegar a Novosibirsk, se presentó un nuevo oficial ante los prisioneros recién desembarcados y sentados entre los barriles. Les preguntó, según dispone el reglamento, si tenían alguna queja contra sus custodios, pero la pregunta fue tan sorprendente, que nadie supo responderle.

Así lo había calculado ya exactamente aquel primer jefe de convoy… ¡Ah, Rusia, Rusia!

A mayor abundamiento; los viajeros del «stolypin» se distinguen de los de cualquier tren corriente en que desconocen el itinerario y el lugar en que deben apearse. No tienen billete ni pueden leer los letreros que cuelgan en sus vagones señalando la ruta.

En Moscú se les hace embarcar, generalmente, a tantos kilómetros del andén, que ni los propios moscovitas pueden adivinar en cuál de las ocho estaciones se encuentran. Durante varias horas los prisioneros, abrumados por el apiñamiento humano y el consiguiente hedor, deben esperar que llegue la locomotora auxiliar. Por fin aparece ésta arrastrando consigo al *vagón-saco* para su enganche con el tren ya formado. Durante el verano oyen gritar por los altavoces: «¡Tren Moscú - Ufa, preparado para salir en la vía número tres…! ¡Viajeros para Tashkent, diríjanse, por favor, a la vía número uno…!». Así, pues, es la estación de Kazán, e inmediatamente los conocedores explican a sus camaradas las características geográficas y ferroviarias del Archipiélago: Vorkuta y Petchora quedan a un lado, y se sigue camino hacia Yaroslav; asimismo, se dejan atrás los campos de Kirov y Gorki[11]. Desde Moscú no se despachan nunca expediciones hacia Bielorrusia, en Ucrania, o el Cáucaso, porque allí no tienen ya espacio para su propia gente. Seguimos escuchando atentos. Parte el tren hacia Ufa; el nuestro no se mueve. Lo mismo ocurre con el de Tashkent…, nosotros seguimos inmóviles. «¡Dentro de pocos minutos saldrá el tren para Novosibirsk! ¡Se ruega a los viajeros…!». Ya partimos. ¡Es el nuestro! Pero ¿qué significa eso? Por lo pronto, nada. Se nos puede desembarcar en plena zona del Volga o del Ural Meridional. Se nos puede encaminar hacia el Kazajstán, con sus minas cupríferas de Dahezkasgán, o hacia Taishet, con su fábrica impregnada de gases impuros (según se rumorea, la creosota atraviesa la epidermis, para depositarse en los huesos, y sus emanaciones envenenan los pulmones…, lo cual equivale a la muerte). Toda Siberia nos espera impaciente. Kolyma puede pertenecernos. Y lo mismo cabe decir de Norilsk.

Sin embargo, durante el invierno, con las ventanillas herméticamente cerradas, el parloteo de los altavoces no llega hasta dentro. Y si la escolta se atiene al reglamento, no obtendrás de ella ni una sílaba sobre el itinerario. Así, pues, emprendemos la marcha y pronto quedamos dormidos entre el hormigueo del cuerpo y el golpeteo de las ruedas, sin saber si atravesamos estepas o bosques. Pero lo averiguaremos a la mañana siguiente. Pues ahí enfrente está la ventanilla del pasillo. No hay más que apoyarse en el entablado central; a través del enrejado, el pasillo, la ventanilla de dobles vidrieras y otro enrejado. Sin embargo, uno puede ver los carriles de maniobras en las estaciones, y pequeños trozos del mundo que desfilan, raudos, ante el tren. Cuando los cristales no están empañados, se puede leer también el nombre de alguna estación… como Avsiunino o Undol. ¿Dónde se hallan tales estaciones…? Nadie las ha oído mencionar jamás. A veces puede uno calcular, por el sol, si se marcha hacia el Norte o hacia el Este. Otras veces os endosan en cualquier *tufanovo* a un individuo astroso, quien, según os cuenta, debe comparecer como *bytovik* ante el Tribunal de Danilov, y se muere de miedo cuando se pregunta si no le darán dos años. Así averiguáis que por la noche habéis atravesado Yaroslav y que, consecuentemente, os espera Vologda como primera prisión de tránsito. Entonces deja oír su voz, como

está obligado, un conocedor, quien pronuncia, con expresión sombría, el famoso aforismo: «¡No se ha puesto el nudo en Vologda como diversión!».

Pero aunque hayáis averiguado la dirección, seguiréis en ayunas: Pasaréis todavía por muchas prisiones, empalmes ferroviarios de vuestra ruta, y desde cada uno arrancarán otras ramificaciones. No se te lleva hacia Ujta, ni hacia Inta o Vorkuta, tú crees quizás en el 501. ¿Acaso te irían mejor las construcciones? Están trazando una línea férrea a través de la tundra, en la Siberia Septentrional, y ese trabajo es duro como ningún otro.

Cinco años más o menos después de la guerra, cuando la corriente de prisioneros circulaba ya en ferrocarriles coordinados (tal vez se aumentara la plantilla MVD), el Ministerio logró poner cierto orden en los millones de *expedientes*. Por ello, desde entonces se proveía a cada preso con un paquete cerrado de acompañamiento, cuyo contenido era su *expediente* penitenciario, el cual se entregaba al jefe del convoy; sólo se anotaba sobre la portada el trayecto prescrito (pues los centinelas no necesitaban conocer más que la ruta; el texto del expediente hubiera podido surtir efectos nocivos). Pero se te podría ofrecer la oportunidad —suponiendo, claro está, que ocupases la tarima central y el sargento se hubiese plantado frente a ti— de leer el encabezamiento, aunque estuviese boca abajo: y quizás entonces consiguieras averiguar que algún otro iba destinado a Kniach-Pogost y que tu propio destino era el Kargopollag.

Las preocupaciones no tienen fin; ahora empiezan realmente los acertijos. ¿Qué significará Kargopollag? ¿Quién ha oído hablar de eso…? ¿Cómo serán allí los *ordinarios*? (Entre los trabajos *ordinarios* hay algunos letales, aunque también otros más soportables acá y allá). ¿Será o no un campamento concebido para el *marchitamiento*?

¡Ah! ¡Lástima no habérselo podido advertir a los familiares, con las precipitaciones de la partida! ¡Ellos seguirán creyendo que estás en el campo de Stalinogorsk, cerca de Tula! Si tu inquietud e ingenio son grandes, lograrás quizá diligenciar también esa tarea: pedirás prestado a alguien una punta de lapicero cuya longitud será, si acaso, de un centímetro, y a otro un papelucho arrugado. Entre miradas temerosas al centinela (pues está prohibido darle por completo la espalda; es preciso dirigir los pies hacia el pasillo y dar cara a la ventanilla), procuras buscar un rincón y, por fin, pese al molesto traqueteo, consigues garrapatear algunas líneas sobre el papel. Contra todo lo esperado, te han hecho salir de la localidad prevista, y podría ser que en el nuevo campamento se permita sólo una carta por año. Así, los de casa sabrán a qué atenerse. Si tienes suerte, podrás llevar al urinario la carta plegada en forma de triángulo. Ahora bien, debe darse una feliz coincidencia, es decir, que vengan a buscarte cuando se entre en una estación o se salga de ella, y, además, que el centinela mire casualmente hacia otro lado en la plataforma… Si ocurre así, aprietas rápidamente el pedal y… ¡allá va tu carta por la abertura, siguiendo el camino abierto para las heces! Llegará abajo humedecida y pringosa pero…, ¡qué

importa! Con un poco más de suerte, caerá entre las vías. E incluso podría llegar seca y revolotear, impulsada por los remolinos, hasta caer bajo las ruedas; pero también podría pasar entre ellas y aterrizar sobre la maleza del terraplén. Quizá quede allí prendida, expuesta a la lluvia y la nieve, hasta su disolución, o quizá se incline sobre ella alguna persona. Y si esa persona no es huraña, la meterá en un sobre y copiará claramente tu dirección… y entonces la misiva llegará a su destino, créeme. Muchas de esas cartas han llegado, cartas sin franqueo, descoloridas, estrujadas; su escritura es apenas legible, y sólo resulta evidente la quejumbrosa llamada del sufrimiento…

O, mejor todavía, de pronto dejas de comportarte como el citado *fraier*, como un ridículo novato, una presa fácil, una víctima. Apuestas noventa y cinco a que la carta no llegará. Y aunque llegara, no causaría alegría en casa. ¡Bah, no te preocupes más y procura vivir plenamente cada hora, cada día! ¡Has entrado en el país de la epopeya! Aquí yacen, entre idas y venidas, algunas décadas, un cuarto de siglo. ¡Para vosotros no existe el *retorno* al mundo anterior! Cuanto antes os sobrepongáis a vuestras añoranza, tanto más aprisa borraréis de la mente ese recuerdo… y tanto mejor será para vosotros. Tanto más fácil será todo.

¡Y aunque veáis cómo decrecen vuestros enseres, no hay por qué temblar! Si no tenéis maleta, el centinela no podrá rompérosla al embarcar (y si en el departamento se acuclillan ya veinticinco hombres…, ¡nada mejor podría ocurriros con el frescor que hace entrar la velocidad!). No necesitáis botas nuevas, ni zapatos de línea moderna, y menos todavía un traje de lana: os los robarían en el «stolypin» o el *cuervo*, y si no, más adelante, al ingresar en la prisión provincial…, os los arrancarían prácticamente del cuerpo, o, si las condiciones fueran menos desfavorables, os obligarían a canjearlos. Cededlos sin resistencia, aunque la afrenta os queme el alma. Si intentáis defenderos, sólo obtendréis a cambio de vuestros bienes unos cuantos dientes rotos. Nos repugnan ciertamente esas jetas desvergonzadas, esas actitudes sarcásticas, esos bípedos caricaturescos, y, sin embargo, el temor por nuestra propiedad no debe hacernos perder las raras oportunidades de observar y aprender. Y ¿no sabéis otra cosa? ¿Acaso los filibusteros, piratas y circunnavegantes, cuyos hechos describieron Kipling y Gumiliov con los más estridentes colores…, acaso no fueron también los mismos malhechores? ¡Claro, de la misma especie…! Y si son tan admirables en las descripciones románticas…, ¿por qué han de parecernos aquí tan atroces…?

Intentad, pues, comprenderlos. La prisión es para ellos el *acogedor hogar*. Aunque las autoridades los traten con tanta cautela, y dicten sentencias tan benignas y les procuren los beneficios de la amnistía…, ellos vuelven aquí una vez y otra, animados por un impulso interno… ¿No deberían ser ellos quienes tuvieran la palabra sobre el orden legislativo del Archipiélago? Durante largo tiempo, nosotros mismos luchamos con éxito, cuando éramos libres, por el derecho de propiedad (más tarde, los mismos combatientes se aficionaron a la propiedad); pues bien, ¿por qué se ha de

imponer lo contrario entre rejas? Tú no estuviste alerta, no te tragaste a tiempo tu sentimentalismo, fuiste parco con el azúcar y el tabaco entre los camaradas…, pero fíjate con cuánta rapidez se ha corregido tu error moral; los criminales han vaciado sobre la tarima el contenido de tu macuto. Sin embargo, una vez te han arrojado, a *modo de trueque*, unos míseros zapatos para sustituir tus botas de artesanía, y una pringosa chamarreta en lugar de tu magnífico jersey, ellos tampoco conservan durante mucho tiempo esas cosas: tus botas son un buen pretexto para organizar una timba, para perderlas en ella cinco veces y recobrarlas con creces; pero el jersey se canjeará mañana mismo por un litro de vodka y una ristra de salchichas. Al día siguiente, ellos están tan limpios como tú. Ahí estriba el segundo principio de la termodinámica: el calor no puede pasar de un medio frío a otro caliente si no se crea una compensación…

¡Pobreza! Así lo predicaron Buda y Jesucristo, los estoicos y los cínicos. ¿Por qué no encuentra eco esa sencilla admonición en los que, entre nosotros, son codiciosos? ¿Por qué no queremos comprender que la propiedad corrompe nuestras almas?

El arenque se acomoda en tu bolsillo hasta el próximo campamento de tránsito, para que no necesites mendigar agua. ¿Acaso no has recibido pan y azúcar para dos días? Engúllelos cuanto antes. Así nadie podrá robártelos y te verás libre de preocupaciones. ¡Te sentirás como un ave surcando los cielos!

Terminarás poseyendo lo que te ofrecen todas las travesías: conocerás idiomas, países y seres humanos. La memoria te servirá de alforjas. ¡No olvides nada! ¡Nada debes olvidar! ¡Únicamente esas amargas semillas se esparcirán por los aires en cualquier lugar!

Mira en torno tuyo; te rodean seres humanos, ¿no los ves? A aquél de allá lo recordarás quizá toda tu vida y luego te tirarás de la oreja por no haberle hecho algunas preguntas. Habla menos… y escucha más. Las finas hebras de la vida humana se extienden de isla en isla por todo el Archipiélago. Se entremezclan, establecen breve contacto durante una noche en vagones tenebrosos y bamboleantes como éste, para distanciarse luego hasta la eternidad… pero tú debes tender el oído y escuchar el leve zumbido, la cadenciosa palpitación bajo el vagón. Pues ahí está el huso de la vida, ¡es ese ronroneo palpitante que oyes!

¡Cuántas historias raras no oirás aquí, cuántos motivos no habrá para reír!

Fíjate en ese francés menudo y vivaz junto a la verja… ¿Qué le causará tanta agitación? ¿Por qué no halla descanso? ¿Cómo no ha sabido arreglárselas hasta ahora para aprender? ¡Explícaselo! Y pregúntale de paso qué le ha traído aquí. Como uno conoce algo el francés, se averigua lo siguiente: Marx Santerre, soldado francés. Era igualmente curioso y escudriñador allá lejos, en su *douce France*. Se le ha prevenido ya con mucha frecuencia: no te agites tanto, mantente tranquilo. Pero ¿de qué sirven los buenos consejos? Él siguió correteando de acá para allá en el campo de concentración para repatriados rusos. Un buen día varios rusos le invitaron a una francachela, y desde un momento concreto ya no pudo recordar nada. Cuando

recobró sus sentidos se encontró sentado sobre el suelo del avión, se vio vestido con camisa y pantalones de miliciano rojo, y sobre él la bota de su guardián. Ahora le han dicho algo sobre diez años de prisión en un campamento, pero naturalmente eso debe ser una broma pesada, todo se aclarará, ¿no…? ¡Ah, sí, querido amigo, aguarda y lo verás[12]! (Bueno, casos como éste eran moneda corriente en 1945-1946).

Tras el sujeto francorruso nos encontramos con uno ruso-francés. Aunque mejor sería un ruso auténtico en el fondo, pues ¿quién causaría tanto barullo y confusión si no fuera ruso? Siempre ha habido entre nosotros personas para quienes todo resulta demasiado *opresivo*. Basta recordar cómo pintó Surikov al desterrado Menchikov en su humilde choza del exilio. E Iván Kovershenko, hombre entero de muy poca talla, pese a lo cual, tropezaba en todas las esquinas. Pues el individuo habría sido un querubín, una auténtica composición de leche y sangre, si el diablo no hubiese vertido aguardiente en la mezcla. Se mostró dispuesto a referir su historia… y, además, con agudeza. Tales relatos son verdaderos tesoros, y si no lo crees, escucha éste. Desde luego, no podrás sospechar siquiera por qué le detuvieron ni por qué está enchironado ahora como preso político, aunque no necesitas sacar brillo a lo de «político» como si fuera un medallón conmemorativo. ¿Acaso importa el rastrillo al que prefieras agarrarte?

Como todo el mundo sabe, fueron los alemanes, y no nosotros, quienes simpatizaron con la guerra química. Por ello nos causó una gran decepción encontrar montañas de bombas químicas abandonadas en un aeródromo cuando nos replegábamos desde Kubán, error imputable a la negligencia de algunos dormilones en el servicio de municionamiento. Evidentemente, los alemanes podrían aprovechar ese incidente para provocar un litigio internacional. Así, pues, se decidió lanzar sobre territorio alemán al teniente coronel Kovershenko, de Krasnodar, con veinte paracaidistas para que enterrara allí las endiabladas bombas. (Los oyentes han adivinado ya el resto y bostezan: entonces, prisioneros de guerra; ahora, traidores a la patria. ¡No queda rastro alguno, ni el más mínimo!). Kovershenko cumplió exactamente la orden; luego volvió a cruzar el frente con sus veinte hombres sin sufrir ni una sola baja, y fue proclamado héroe de la Unión Soviética.

Pero transcurrieron todavía un mes, e incluso dos, hasta el desenlace…, y ¿qué importa eso si tú *no sintonizas* con esos héroes? Al héroe le acosan los muchachos taciturnos, alumnos aventajados de la instrucción política y táctica, mientras que tu espíritu pide ardientemente vodka, ¡sólo un trago! Pero ¿dónde encontrarlo? ¡Sí, maldita sea!, puesto que eres héroe de toda la Unión, ¿por qué no te recompensan con las correspondientes arras? Sin pensarlo más, Iván Kovershenko saltó sobre su corcel y, aunque no hubiera oído hablar jamás de un tal Calígula, cabalgó orgullosamente hasta irrumpir en el piso alto del comandante militar, sin desmontar: «¡Vodka! ¿Me oyes? ¡Suéltalo!». (Le pareció que un héroe haría mejor figura erguido sobre una silla, y, por añadidura, los de arriba encontrarían más dificultades para expulsarlo).

¿Se le encarceló a raíz de aquello? ¡Quia! ¿En qué estáis pensando? Solamente se le degradó. Descendió desde la categoría de *Héroe* a la *Orden de la Bandera Roja*.

La necesidad era acuciante, y la vodka, rara; ese enorme contraste enardecía los cerebros. En Polonia, Kovershenko sorprendió a los alemanes cuando éstos intentaban volar un puente…, desde aquel instante consideró el puente como propiedad suya, y, por tanto, estimó oportuno exigir peaje a los polacos hasta la llegada de nuestro Alto Mando. «¡Sin mí no habría aquí puente alguno, bribones!». Cierto día se hizo tan complicada la recaudación del peaje (para adquirir vodka), que el hombre se hartó, y como, además, debía seguir adelante, decidió ofrecer el puente en *venta a* los indígenas: ¡Cómo! ¿Acaso no era una solución justa? (¿Pidió un precio *exorbitante*? ¡No!). Aunque fuera poco lo solicitado, los polacos no mordieron el cebo. ¡Bueno! Entonces el *capitán pan* hizo terraplenar el puente…, ¡que os lleve el diablo!, ¡ahora tenéis paso gratuito a la otra orilla!

En 1949 fue jefe de un regimiento paracaidista en Polotsk y consiguió hacerse muy impopular entre los elementos del Politburó de su División, porque la instrucción política declinó bajo su mando. Más tarde buscó recomendación para la Academia Militar. Cuando la obtuvo y leyó el texto, la arrojó encolerizado, sobre la mesa de los recomendantes: «¡Con esto prefiero buscar acogida entre las gentes de Benderov, antes que en la Academia!». (Sin embargo, consiguió salir también del atolladero). Cuando se hizo público que había hecho añicos un camión por conducir en estado de embriaguez, se le adjudicaron… diez días de arresto en el GUBY[13]. Aquello no le importó mucho, porque sus propios soldados —quienes le llevaban en palmas— se encargaron de la vigilancia y le dejaron corretear por toda la aldea. En definitiva, él habría perdonado al Politburó militar ese arresto si no se le hubiera amenazado con un consejo de guerra. Esta amenaza ofendió mucho a Kovershenko. ¡Claro! Iván era excelente para enterrar bombas, pero cuando estrellaba un cochino camión… ¡al calabozo! ¡Eso era atentar contra el honor de uno! Así, pues, una noche Kovershenko saltó por la ventana, se escabulló hasta la orilla del Dvina, donde conocía el escondite de una lancha motora propiedad de un amigo suyo…, y se esfumó.

Nadie podría tenerle por un bebedor de flaca memoria: quería, ante todo, vengarse de la ofensa que le había infligido el Politburó militar. En Lituania escondió su lancha y llamó a la puerta de los campesinos. «¡Conducidme hasta los guerrilleros, buenas gentes! ¡No saldréis perjudicados! ¡Todavía les amargaremos la vida a ésos!». Sin embargo, los lituanos le tomaron por un espía.

A todo esto, Iván se había prevenido contra cualquier contingencia adversa cosiendo en el forro del capote una carta de crédito. Compró un billete de ferrocarril para casa, subió al tren y se dio el gran festín en el vagón-restaurante antes de llegar a Moscú. Cuando salió de la estación, se detuvo un momento para contemplar, parpadeante, el esplendor moscovita. Luego paró un taxi. «A una Embajada», dijo. «¿Cuál?», inquirió el taxista. «Es igual. Deténgase en la primera que encuentre». El

conductor siguió las instrucciones recibidas. «¿Cuál es ésta?». «La francesa». «Está bien».

Tal vez sus ideas fueran al principio algo confusas y sus primeros tratos con la Embajada no tuvieran la finalidad ulterior, pero no le faltó habilidad ni energía. Dio un rodeo hacia la izquierda para evitar al centinela rojo que había ante la entrada, se escurrió por un callejón lateral y, dando un enorme salto, salvó un seto de casi dos metros. En el patio de la Embajada todo resultó más fácil: Iván se deslizó hacia el edificio sin ser visto, abrió una puerta, luego otra y se *encontró*, de pronto, ante una mesa servida. Aunque había en ella toda clase de manjares, le cautivaron las peras, de cuya jugosa carne había carecido durante mucho tiempo. Se llenó los bolsillos con ellas. Apenas terminada la operación, aparecieron los invitados a la velada. «¡Eh, franceses!», les gritó Kovershenko sin pensarlo dos veces. De pronto se le ocurrió que Francia no había hecho nada bueno durante los últimos cien años. «¿Dónde se ha quedado vuestra Revolución? ¿Os proponéis entregar el poder a De Gaulle? Y, mientras tanto, nosotros deberemos serviros el trigo de Kubán, ¿verdad? ¡Pues os equivocáis de medio a medio!». «Pero ¿quién es usted? —le preguntaron, estupefactos, los franceses—. ¿De dónde viene?». Presto para la réplica, y sin olvidar el tono adecuado, Kovershenko dijo: «Permítanme presentarme. Comandante del MGB». Los franceses se enfadaron. «Pese a todo, usted no puede irrumpir aquí de una forma tan… tan directa. ¿De qué se trata?». Kovershenko recobró su habitual franqueza y vociferó desde lo más hondo de su corazón: «¡Ja, ja, ja! ¡¡Chupadme el culo!!». Y el demencial individuo los siguió insultando a este tenor hasta que oyó sonar el timbre del teléfono en una habitación contigua. Mantuvo todavía la suficiente sobriedad para emprender la retirada, pero… ¡ah, las peras! Salieron proyectadas de sus bolsillos, mientras lo perseguían las maldiciones e invectivas…

No obstante, como era un individuo de pelo en pecho, consiguió llegar sano y salvo a la estación para tomar el tren de Kiev, y allí mismo, cuando despertaba, al día siguiente, preguntándose si estaría viajando hacia la Ucrania Occidental, fue atrapado.

Durante el interrogatorio lo vapuleó el propio Abakumov; los verdugones en la espalda se hincharon hasta el tamaño de un puño. Está claro que el ministro no lo fustigó por el incidente de las peras ni por las legítimas recriminaciones contra la nación francesa, sino para hacerle confesar quién le había alistado y cuándo. Como era de esperar, se le impuso una pena de veinticinco años.

Las historias no tienen fin; pero, al igual que cualquier otro vagón, el «stolypin» enmudece al caer la noche. Durante las horas nocturnas no hay pescado, ni agua, ni urinario.

Entonces como cualquier otro vagón se sumerge en el monótono traqueteo de las ruedas, que no parece perturbar lo más mínimo el silencio. Y entonces, aun cuando el

soldado mantenga su vigilia en el pasillo, puede uno hablar muy bajo, desde el tercer departamento de hombres, con las mujeres del cuarto.

El diálogo con una mujer en prisión difiere mucho de las conversaciones ordinarias. Tiene una delicadeza singular, aunque se converse sobre artículos y duración de penas.

Cierta vez, un diálogo de esa especie duró toda una noche, y se desarrolló en las siguientes circunstancias. Ocurría esto en julio de 1950. El departamento de las mujeres iba casi vacío; viajaba en él sólo una muchacha muy joven hija de un médico moscovita, condenada según el artículo 58-10. Por el contrario, en los de hombres había gran estrépito, pues los centinelas habían metido a los ocupantes de tres departamentos, en dos solamente (y más vale no preguntarse cuántos se apelotonaban allí). Poco después se descubría la causa: habían desocupado aquel departamento para alojar a un penado cuyo aspecto no era el de un delincuente. Por lo pronto no llevaba rasurada la cabeza, tenía pelo rizado, de color rubio claro, en realidad, una exuberante melena rizada cubría su cabeza grande, de casta. Era joven, arrogante y vestía uniforme británico. Había un no sé qué de obsequiosidad en la forma de conducirle por el pasillo (los propios centinelas parecieron sobresaltarse cuando leyeron las instrucciones anexas a su *expediente*), y, por cierto, a la muchacha no se le escapó el menor detalle. Pero él no la miró siquiera (y lo lamentó mucho más tarde).

A juzgar por el alboroto y la enorme agitación, ella dedujo que se estaba desocupando todo un departamento (el contiguo) para el recién llegado, lo cual acrecentó más si cabe su deseo de hablarle. En el «stolypin» es imposible verse de un departamento a otro, pero se puede escuchar si reina el silencio. Hacia el atardecer, cuando se acallaron los ruidos, la muchacha se acercó a la verja y llamó con voz queda. (Tal vez susurrara para sí al principio, porque el intento de trabar conversación le hubiera valido un castigo; pero los centinelas, hartos de vociferar, habían abandonado el pasillo). El desconocido la oyó y adoptó una posición idéntica a la que se le indicaba. Entonces, espalda contra espalda, con sólo un tabique de una pulgada por medio, entablaron un diálogo susurrando por la verja, haciendo llegar sus voces alrededor del tabique. Estuvieron sentados muy juntos, una boca frente a otra, casi como si se besaran, y, sin embargo, no pudieron tocarse… ni verse siquiera.

Erik Arvid Andersen había hecho tantos adelantos con su ruso, que entendía aceptablemente a los demás; sin duda cometía faltas gramaticales, pero se expresaba con claridad cuando le interesaba algo. Refirió a la muchacha su increíble historia (sobre la cual se oirían aún más detalles en el campamento de tránsito), Y ella a él la suya, una bastante modesta, como era propio de una estudiante moscovita comprometida con el 58-10, No obstante, Arvid fue todo oídos, pidió que le relatara más cosas sobre la juventud y la vida soviéticas, y todo cuanto oyó difirió bastante de lo que sabía por los periódicos izquierdistas occidentales y de lo que había visto aquí durante su visita oficial.

Estuvieron charlando toda la noche…, durante la cual, todo pareció fundirse para Arvid: el insólito vagón en país extranjero; el adormecedor traqueteo nocturno de las ruedas, que apresa nuestro corazón en todo tiempo, la melodiosa voz, el susurro, el aliento de la muchacha junto al oído, acariciando su oreja… y, no obstante, sin posibilidad de verla, ¡no verla, no podía! (Y hacía ya un año y medio que no escuchaba una voz femenina)…

Y a él mismo le fundió aquella muchacha invisible (y probablemente —¡no!, seguramente— maravillosa) de Rusia cuya figura empezó a dibujarse mientras la voz de Rusia le contaba toda la verdad durante aquella larga noche. También uno puede conocer así un país. (Mañana, él observaría atentamente por la ventanilla sus oscuros tejados de paja, y el patético susurro de su compañera oculta le servida de Cicerone).

Pues todo esto es Rusia: los prisioneros viajando sobre ruedas y a quienes ya no les queda energía para quejarse; la muchacha tras la pared del departamento «stolypin»; los centinelas dispuestos a tomarse su descanso, las peras escapándose de los bolsillos y el jinete arreando su caballo escaleras arriba en la Comandancia.

—¡Gendarmes! ¡Gendarmes!

Así sonó la jubilosa gritería de los penados. El jolgorio se debió a que en adelante no les escoltarían soldados, sino gendarmes, es decir, gente más tratable.

Una vez más he omitido las comillas. Este informe procede de Korolenko[14]. A decir verdad, a nosotros nos causó poca alegría aquella súbita aparición de gorras azules. Aquello significó sólo un cambio repentino, cosa corriente cuando uno se ve sujeto, en el «stolypin», al llamado *péndulo*.

Para el viajero corriente que está en el andén de una pequeña estación intermedia, la *subida al tren* resulta dificultosa, pero el *apearse* es lo más sencillo del mundo: ¡Basta arrojar tu equipaje y saltar tras él! La cosa varía mucho para el prisionero. Si la guardia local o la milicia no acude a recogerlo; si se retrasa sólo dos minutos…, ¡zas!, el tren reemprende la marcha y, con él, hasta la siguiente cárcel provisional, el pobre pecador en su «stolypin». No está mal si termina aquí todo, pues allá recibes otra vez tu ración. Lo peor es cuando vas hasta el término del itinerario «stolypin», pues entonces permaneces sentado dieciocho horas largas en el vagón vacío, antes de que te transporten hacia atrás con el nuevo cargamento, y quizá no haya entonces nadie que te confíe a manos amigas, con lo cual caerás una vez más en la trampa, y ¡durante todo ese tiempo *no se te alimentará*! Porque se ha calculado tu ración hasta la primera transferencia, y la contabilidad no es culpable de que los carceleros se hayan dormido: sea como fuere, tú quedas ya bajo la jurisdicción de Tulun. Lógicamente, a los centinelas no les puede agradar la idea de sustentarte con sus propios víveres. Así, pues, inicias un movimiento pendular, que puede repetirse hasta seis veces (cosa nada infrecuente): Irkutsk-Krasnoiarsk, Krasnoiarsk-Irkutsk, Irkutsk-Krasnoiarsk, y cuando, por fin, te encuentras en el andén de Tulun y divisas una gorra azul, te arrojas al cuello de su portador gritando: «¡Gracias, salvador, gracias!».

Al cabo de dos días, el «stolypin» te convierte en un envoltorio de infelicidad tan estrujado y ansioso, que cuando te ves ante una urbe ya no sabes si sería preferible derrengarse mi poco más para llegar antes a la meta, o bien permanecer un rato en el campamento de tránsito y tomar aliento.

Sin embargo, escuchas que los centinelas se están agitando, todo es trotar arriba y abajo, les ves abandonar con su impedimenta el compartimiento, y entonces deduces que se está descargando todo el vagón.

Primero se plantan en semicírculo, ante el estribo de la portezuela, y tan pronto como te impelen hacia abajo dando trompicones y resbalones, oyes gritar por todas partes, con voces destempladas y acordes (se les ha adiestrado así): «¡Siéntate! ¡Siéntate! ¡Siéntate!». Es como si el grito procediera de innúmeras gargantas. Y no puedes levantar la vista. Te da la impresión de hallarte bajo el fuego graneado de artillería, te agachas involuntariamente y das una corta carrera (preguntándote sin embargo el porqué de tanta prisa) y te oprimes contra la tierra cuando alcanzas a los que te precedieron.

«¡Sentarse!». Una voz de mando muy clara, pero si eres novato no la comprendes al instante. En Ivanovo corrí sobre una vía muerta arrastrando mi maleta, y justamente cuando urgía despabilarse se rompió el asa de dicha maleta (no confeccionada en el campamento, sino fuera); entonces, sin observar cómo actuaban los de cabeza, tomé asiento sobre el borde de la maleta, pues ¿a quién se le ocurriría sentarse en las vías o en aquella tierra negruzca y grasienta, con un capote de oficial todavía impecable pese a haber soportado largos cañoneos? El jefe del convoy —un rostro típicamente ruso, rubicundo, tosco— dio una corta carrera (yo seguí sin poder explicarme el porqué de tales prisas) y apuntó con la sacrosanta bota a mi maldito y humillado dorso; pero algo pareció hacerle recapacitar… y entonces, sin pensar en sus relucientes punteras, asestó una formidable patada a la maleta, destrozando la cubierta. «¡Sién… ta… te!». Silabeó la palabra para reforzar su autoridad. Entonces fue cuando percibí que me alzaba cual un torreón entre los abatidos *zekos*, y reprimí instantáneamente la pregunta, «¿cómo he de sentarme?», porque ya sabía la respuesta. Así, pues, tomé asiento, como los demás, con mi impoluto capote: los perros se tumban en el patio; los gatos, ante el portal.

(Todavía conservo aquella maleta, y cuando tropiezo con ella, paso la mano por los angulosos bordes del boquete. Este tiene tan poco remedio como uno en el cuerpo o el corazón. Las cosas se nos anticipan en esa imposibilidad de olvidar).

La obligación de sentarse tiene su finalidad premeditada. Si te sientas en el suelo extendiendo las rodillas, el centro de gravedad se desplaza hacia atrás, lo cual te impide levantarte con soltura e imposibilita el salto. Además, nos colocan unos junto a otros, cuanto más apretados, mejor, de modo que el vecino te dificulte cualquier movimiento; y, por tanto, si se nos ocurriera conjurarnos para arremeter contra los centinelas, éstos nos abatirían antes de que se desenredara la madeja.

Nos sentamos porque estamos esperando al cuervo (éste recoge a parte de la gente, no hay embarques totales) o porque nos espera la marcha a pie. Por lo general se busca un lugar recóndito para que los seres libres vean lo menos posible, pero a veces hay que conformarse con el andén o cualquier lugar público (en Kuibichev ocurre así). Ello implica una grave tribulación para los hombres libres: por nuestra parte, los miramos boquiabiertos con razón e intención sincera, pero respecto a ellos…, ¿cómo nos conceptuarán? ¿Con aborrecimiento? Eso no lo tolera la conciencia (pues sólo los *iermilov* creen que cierta gente debe sentarse así porque «se lo merecen»). ¿Simpatía? ¿Compasión? Si fuera así, ¿por qué no anotan *ellos mismos* los nombres y presentan una denuncia? ¡Nada sería más fácil! Y nuestros ciudadanos libres, nuestros orgullosos ciudadanos («Anda, lee aquí y envídiame, mira quién soy: ¡ciudadano de la Unión Soviética!»), agachan sus cabezas culpables y hacen lo imposible para no mirarnos, como si fuéramos aire. Mucho más valientes son las ancianas madrecitas: a éstas no se las puede criticar, ellas creen todavía en Dios; sacan una hogaza de su modesta cesta y parten un trozo para nosotros. Por otra parte, los antiguos reclusos, los *bytoviki*, tampoco se intimidan, naturalmente. Estos reclusos dicen para sí: «Quien no estuvo allí… entrará algún día, y quien estuvo… no lo olvidará jamás». Y nos regalan un paquete de cigarrillos, esperando que se haga lo mismo con ellos la próxima vez. Pero las madrecitas tienen poca energía, y el pan cae al suelo, los cigarrillos revolotean unos instantes por el aire y aterrizan en lo más denso de nuestro corro, los centinelas quitan el seguro de sus fusiles con grandes alardes… y se revuelven contra las ancianas, el tabaco, el pan. «¡Procura largarte de aquí cuanto antes, mujerzuela!». Y el pan, partido con unción, yace en el polvo y queda allí hasta nuestra marcha.

En términos generales, aquellos minutos pasados sobre el desnudo suelo de una estación ferroviaria figuraron entre los mejores de nuestra errática vida. Como aquella vez en Omsk… Se nos hizo tomar asiento sobre las traviesas entre dos trenes de mercancías. Nadie pasó por allí (ellos habían puesto un plantón en cada extremo del pasadizo. «¡Alto! ¡Prohibido el paso!». Bueno, nuestra gente, incluso la libre, está adiestrada para obedecer a los hombres de uniforme). Estaba anocheciendo, Era agosto. La untuosa grava del ferrocarril retenía aún el sol vespertino y nos daba calor. No se veía la estación, pero estaba muy cerca, en algún lugar detrás de los convoyes. Un altavoz dejaba oír alegres canciones sobre el fondo del monótono bullicio humano. Y ésa era la razón; bien lo sabe Dios, de que no nos sintiéramos deprimidos aunque estuviésemos arracimados allí como borregos sobre la tierra. Aquella música bailable de las desconocidas parejas no nos parecía escarnecedora…, aun cuando nosotros no bailaríamos jamás a su ritmo. Tampoco nos mortificaba la suposición de que hubiese alguien sobre aquel andén esperando ansioso a alguien, y quizás incluso con un ramo de flores. Sí, fueron veinte minutos de algo muy parecido a la libertad: oscureció, asomaron, parpadeantes, las primeras estrellas, y se encendieron las luces rojas y verdes del ferrocarril, mientras la música continuaba sonando. Aunque la vida

proseguía sin nosotros… no nos causó dolor alguno. Si se aprende a disfrutar de esos minutos, luego la mazmorra resultó más soportable. De lo contrario, la cólera te desgarra.

Cuando resulta peligroso conducir a los *zekos* hasta el cuervo (pues por los contornos hay vías y seres humanos), ellos recurren a otra orden del reglamento penitenciario. «¡Marchen cogidos del brazo!». Ahí no hay nada humillante. «¡Engánchate!». Viejos y jóvenes, muchachas y abuelas, sanos y tullidos. Si tu brazo izquierdo sujeta el hato, se te coge por debajo de éste, y tu mano derecha se aferra al del otro lado. Ahora marcháis dos veces más amontonados en comparación con las formaciones ordinarias, y para empeorarlo más todavía —lo veis en seguida— avanzáis renqueantes y torcidos con el peso desequilibrado, apoyándoos tambaleantes e indefensos unos en otros, aferrándoos a vuestros cachivaches. Seres mugrientos, andrajosos…, vais como ciegos uniéndoos con aparente afecto… una parodia de la Humanidad.

Pero tal vez el cuervo no esté todavía allí. Y quizás el jefe de convoy sea un pusilánime y tema perderos en el camino. Entonces desfilaréis entrelazados y bamboleantes todavía, tropezando con vuestras cosas cuando marcháis en línea recta por toda la ciudad hacia la prisión.

Todavía se oye otra orden. Esta vez se parodia a los gansos «¡Los talones en la mano!». Lo cual significa esto: quien tenga una mano libre, debe agarrarse un pie a la altura del tobillo. Y seguidamente: «¡Mar… chen!». (Bueno, querido lector, ahora deja un instante el libro y paséate así por tu habitación a ritmo vivo… ¿Qué tal? ¿Molesta la velocidad? ¿Qué has observado durante el recorrido? ¿Cuál es tu opinión sobre una posible fuga? ¿Puedes imaginarte tres o cuatro docenas de semejantes gansos en idénticas condiciones?) (Kiev, 1940).

No siempre es agosto; a veces ocurre todo en diciembre, como el año 1946, cuando te transportaban sin *cuervo*, a cuarenta grados bajo cero, hacia la prisión provincial de Petropavlovsk. Como es fácil imaginar, la escolta en el «stolypin» sintió mucho no poder organizar el desfile hacia el urinario durante las últimas horas del viaje. Nerviosos con los interrogatorios, congelados hasta el tuétano, ¿quiénes podrían dominarse, y particularmente las mujeres? Bueno, ¿y qué? Un caballo se detiene simplemente y abre los remos traseros, un perro se arrima a cualquier poste y levanta la pata. Pero vosotros, seres humanos, aunque podáis hacerlo sobre la marcha, no lo encontráis satisfactorio, ¡sobre todo en la madre patria! Todo debe mantenerse seco en las estructuras… Vera Korneieva se inclinó para desatarse el cordón de un zapato, apartóse, cojeando, a un lado… e inmediatamente el soldado lanzó a su perro pastor contra ella. El animal desgarró con sus potentes colmillos las ropas invernales y los hincó profundamente en las asentaderas. ¡No hay por qué desconcertarse! Sólo ha desfallecido una uzbeco… Así, pues, se la reanima golpeándole las piernas con culatas de fusil y pesadas botas.

Quien se interese por el caso no podrá comprobarlo con ninguna fotografía del *Daily Express*. Mientras tanto, el jefe del convoy ha alcanzado una edad provecta sin que nadie le haya hecho comparecer ante los tribunales.

Los *cuervos* son también reliquias históricas. Pues ¿acaso los coches celulares descritos por Balzac no eran unos vehículos similares al cuervo? Desde luego, aquéllos se trasladaban con mayor lentitud, y su cargamento era más reducido.

No obstante, allá por los años veinte los prisioneros formaban todavía grandes columnas, que atravesaban las ciudades —algunas, tan grandes como Leningrado— y se detenían en los cruces para dejar paso a los vehículos. («¡Chusma ladronesca! —farfullaban, maliciosos, los transeúntes—. Al fin se han frustrado vuestros planes, ¿eh?»). (Ahora bien, por entonces no se conocía aún el gran proyecto canalizador)…

Sin embargo, aunque el Archipiélago adoptara con gran entusiasmo ese último grito de la técnica, no renunció al *cuervo negro* llamado, afectuosamente, *Voronok*. Los primeros cuervos conquistaron simultáneamente, junto con los primeros camiones, el pavimento, adoquinado aún, de nuestras carreteras. Como tenía una pésima suspensión, avanzaban traqueteando y balanceándose, pero al fin y al cabo los nuevos prisioneros no eran de cristal. Por el contrario, en 1927 el embalaje fue de lo mejor: ni una sola rendija, ni una simple lamparilla en su interior, sin la menor posibilidad de respirar ni de ver. Y por aquel entonces se abarrotaron ya los cuervos hasta estallar; todo el mundo hubo de viajar de pie allí dentro. Pero no se procedió así porque se pretendiera escenificar un grandioso apiñamiento; simplemente, faltaban… ruedas.

Durante largos años, aquellos armatostes fueron grises, acerados, requisito notorio del sistema penitenciario. Solamente después de la guerra se recobró el juicio en las grandes ciudades, y entonces se decidió pintarlos por fuera con alegres colores, escribiendo encima palabras como «Pan» (¿acaso serian los ocupantes el pan de la reconstrucción?), «Carne» (más acertado hubiera sido poner «Huesos») e incluso, a veces: «¡Brindad con champaña soviético!».

Por dentro, el cuervo semeja un simple cofre acorazado, un recipiente huero para alojar reses. Puede haber bancos alrededor de las paredes, pero ¡ojo!, ¡eso no se ha proyectado como una comodidad! Digámoslo de una vez por todas: esa estiba se ha concebido para seres humanos apretujados como sardinas en lata, y, por tanto, éstos parecen más bien bultos de equipaje, meros fardos. Los cuervos suelen llevar consigo en la parte trasera una *jaula*, un angosto armario de acero para una persona, e igualmente se suele proceder al *enjaulamiento* de la totalidad: a lo largo de las bandas derecha e izquierda se alinean auténticos jaulones individuales, con cierres herméticos como celdas; el pasillo queda libre para los *vertujai*.

Si se te ofrece una gozosa oportunidad para «brindar con champaña soviético», ¿tendrás presente esa instalación de estructura tan complicada como un colmenar?

Durante el embarque en los cuervos se oye por todas partes el mismo bramido imperioso de la escolta. «¡*Davai*! ¡*Davai*! ¡Más aprisa!». Para evitar que te cerciores de tus contornos y urdas rápidamente un plan de huida, se multiplican los empellones y las puñadas; a causa de ello, te atascas en el hato en la estrecha entrada y te das un doloroso coscorrón. Por fin se cierra, laboriosamente, la puerta trasera de acero y… ¡en marcha!

Naturalmente, el recorrido con el cuervo no dura mucho: raras veces más de dos o tres horas y, a menudo, entre veinte y treinta minutos tan sólo. Sin embargo, el traqueteo no es nada despreciable: en esa media os zarandea hasta arrancaros el alma del cuerpo; es literalmente un quebrantahuesos y machaca la cabeza de los larguiruchos…, ¡prestad atención, pues pronto estaréis suspirando por el confortable «stolypin»!

Por otra parte, el cuervo implica una nueva barajadura, como en los juegos de naipes…, nuevos contactos sociales, entre los cuales te impresionan sobre todo, como es natural, el establecido con los criminales. Quizás en el departamento ferroviario os sea posible eludir esa convivencia, o quizá podáis elegir otra celda en nuestra nueva prisión…, pero aquí estáis atados de pies y manos.

Algunas veces es tal la estrechura, que ni los propios *urkas*, los delincuentes comunes, pueden abrirse camino, pese a sus *palanquetas*. Vuestras piernas, vuestros brazos se entremezclan con los cuerpos y fardos, formando bloques compactos. Sólo podéis variar esa posición rígida de vuestros miembros cuando llega un bache, porque entonces se revuelve todo, incluido el bazo y el hígado.

Algunas veces se viaja con más ventilación, y los *urkas* aprovechan esa media hora tan oportuna para examinar el contenido de las mochilas y confiscar todo en materia de *bacilos*, pero sólo una parte de los buenos cachivaches. Posiblemente no quieras comprometer tu futuro con una camorra, porque las reflexiones pusilánimes, aunque también razonables, ocupan un primer lugar en la mente (estás perdiendo ya, gránulo tras gránulo, tu alma inmortal, pues presientes sin cesar la aparición de enemigos, aún peores y acontecimientos más importantes en un incierto porvenir, por lo cual conviene ahorrar energías). O tal vez reacciones sin meditar… y entonces te encuentres inopinadamente con un cuchillo clavado entre dos costillas. (No habrá investigación alguna…, y, si la hubiere, los facinerosos no tendrán motivos de alarma, sino al contrario; se les dejará en cualquier prisión de tránsito y no necesitarán proseguir viaje hacia el remoto campamento. Cuando estalla el conflicto entre un elemento casi social y otro antisocial, el Estado —con cuyo parecer debes estar de acuerdo— no puede tomar partido por el último).

Lunin, coronel retirado, y una personalidad del *Osoaviajim*[15], refirió lo siguiente, en una celda de la Butyrki, allá por 1946: El día de la Anunciación (8 de marzo), los *urkas* de cierto cuervo moscovita violaron consecutivamente a una joven ante sus propios ojos durante el trayecto desde el Palacio de Justicia hasta la taganka (mientras los restantes ocupantes del cuervo lo presenciaban impotentes). La víctima,

una muchacha con novio y precisamente en vísperas de su boda, había comparecido aquella misma mañana ante los tribunales (su inmediato superior la había acusado de abandono intencionado del trabajo, para vengarse de ella porque no quiso acompañarle a la cama). Se le impuso una pena de cinco años al estilo ucase; luego, apenas transcurrida una hora, se la embarcó en el cuervo, y poco después, a la luz del día, cuando se circulaba por la avenida Sadovaya, se la transformó en una ramera de campamento («¡Brindad con champaña soviético!»). ¿Cabría imputar aquí la culpabilidad a los delincuentes comunes? ¿No a los carceleros? ¿No a sus complacientes superiores?

¡Ah, cuánta gentileza la del canalla! Pues, por añadidura, le robaron a la muchacha sus zapatos domingueros —con los cuales ella había intentado impresionar a los jueces— y el traje sastre; luego se los pasaron a los centinelas, quienes fueron a comprar vodka y distribuyeron varias copas entre los *urkas* a costa de su víctima.

Cuando aquella expedición llegó a la *taganka*, la muchacha, deshecha en lágrimas, presentó una protesta. El oficial la escuchó y replicó, mientras contenía un bostezo:

—El Estado no puede proporcionaros a cada uno de vosotros un vehículo particular. Nuestros medios de transporte son limitados.

Cierto; los cuervos son verdaderos «istmos» del Archipiélago. Así como es imposible en el «stolypin» separar a los presos políticos de los criminales, en el cuervo tampoco hay posibilidad de establecer una separación entre hombres y mujeres. ¿Acaso es tan asombroso, pues, que los *urkas* procuren «disfrutar de la vida» mientras los trasladan de un presidio a otro?

Ahora bien: ¡si no fuera por los *urkas*, debería uno agradecer al cuervo ese breve encuentro con las mujeres! Pues si no, ¿cómo les sería posible a los prisioneros verlas, escucharlas y tocarlas?

Una vez —esto ocurrió el año 1950— se nos condujo desde la Butyrki a la estación sin el usual apiñamiento: catorce hombres, sólo catorce, en un cuervo con bancos. Cuando todo el mundo se había acomodado, apareció súbitamente una mujer, sola. Al principio se arrinconó, atemorizada contra la puerta: ¡viajando con catorce hombres en una cámara oscura y sin protección alguna! Sin embargo, tras un breve cambio de impresiones, se hizo evidente que allí sólo viajaban de los nuestros, los eternos *cincuenta y ocho*.

La mujer nos dijo su nombre: Repina, esposa de un coronel; él, detenido; ella, a continuación. Entonces, inopinadamente, dejó oír su voz un taciturno militar, muy enjuto, muy joven —a juzgar por su rostro, podría ser un teniente— y preguntó: «Dígame, ¿no ha estado usted en prisión con una tal Antonia I.?». «¡Cómo! ¿Es usted su marido? ¿Oleg?». «Sí». «¿El teniente coronel I., de la Academia Frunze?». «Sí».

¡Aquel «sí» fue algo digno de oírse! Salió de una garganta tensa; el temor de *saber*, superó a la alegría del encuentro. El militar se sentó al lado de ella. Por las dos pequeñas ventanillas de la puerta trasera doble penetraron los destellos crepusculares

de aquel día estival, y con cada giro del cuervo escudriñaron, curiosos, los rostros de la mujer y el teniente coronel. «Durante la indagatoria estuve cuatro meses con ella, en la misma celda». «¿Sabe dónde está ahora?». «Se pasaba todo el tiempo pensando en usted. ¡Sólo tenía miedo por usted! Primero, de que le detuvieran; después, de que la pena no fuera leve». «Pero ¿dónde se encuentra ahora?». «Ella se creía culpable de su detención…, ¡y eso le hacía sufrir mucho!». «¡¿Dónde se encuentra ahora?!». «Por favor…, no se exalte». Repina le puso confiadamente ambas manos sobre el pecho. «Fue demasiada tensión para ella. Se la llevaron a otra parte. Estaba bastante… confusa. ¿Comprende…?».

Esa minúscula tormenta estalla entre las cuatro paredes del acerado cofre; corre, inaudible, por la calzada de seis calles, se detiene ante el semáforo y despide un breve fulgor, antes de extinguirse.

Acabo de conocer en la Butyrki a este Oleg I. He aquí cómo sucedió: nos metieron juntos en la misma jaula ferroviaria, y entretanto se procedió al registro de nuestros enseres. También nos llamaron al mismo tiempo. Tras una puerta entreabierta en el pasillo, vi que una celadora, ataviada con bata gris, inspeccionaba el contenido de su maleta: una hombrera dorada cayó al suelo —¡quién sabe por qué estaría suelta!—, y la guardiana plantó una bota, sin darse cuenta, sobre la gran estrella.

Se lo hice notar a mi compañero. «¡Mire eso, camarada teniente coronel!».

Su rostro se ensombreció…, pues, ¡aquello le afectaba tanto todavía, y él, el oficial, respetaba aún tanto el concepto del servicio intachable…!

Y ahora, esto…, la revelación sobre su mujer.

Ambas cosas le habían acontecido en el espacio de una hora escasa…, y necesitaba sacar fuerzas de flaqueza para sobreponerse a ellas.

II
Los puertos del archipiélago

Procúrese un extenso mapa de nuestra patria y extiéndalo sobre una mesa grande. Entonces dibuje puntos bien negros en los centros de todas las regiones, en todos los nudos de comunicaciones férreas, en todos los lugares de transbordo, donde una línea férrea termina en un río, o donde un río forma un meandro y se inicia en éste un sendero. ¿No da crédito a sus ojos? El papel está lleno de «cagadas de mosca». Pues bien, lo que tiene en sus manos es el pomposo mapa de los puertos del Archipiélago.

Cierto que no se trata de los puertos hechiceros a donde nos lleva seductoramente Alexandr Grin, no los puertos donde se bebe ron en las tabernas y se hace la corte a muchachas exóticas. También falta aquí el mar azul (para bañarse hay un litro de agua por cabeza o cuatro litros para cuatro personas en un barreño común con objeto de que no se pierda tiempo: ¡Es el mismo trabajo, rápido!). Sin embargo, en lo restante no falta nada del romanticismo portuario: suciedad, parásitos, terribles apreturas y salvajes juramentos, confusión de lengua y peleas sin punto de reposo.

Es raro encontrar un *zeko* que no haya conocido de tres a cinco puntos de éstos. Muchos recuerdan una docena. Y los hijos del GULAG enumeran sin esfuerzo medio centenar. Sólo que uno los confunde a causa de las semejanzas que se dan entre ellos: guardianes groseros; llamamientos estúpidos; largas esperas a pleno sol o bajo la llovizna otoñal, un cacheo todavía más largo del que sólo se salva la piel; desagradables cortes de pelo; frías y resbaladizas *banias*; retretes malolientes, corredores mohosos, celdas eternamente estrechas, pegajosas, casi siempre oscuras y húmedas; el calor de los cuerpos humanos a ambos lados del tuyo, tanto si estás en una tarima como si te encuentras tumbado en el suelo; los bordes de la cabecera de la cama, hechos de tablas; pan mal cocido, casi una pasta; y la *balanda*, nuestra agua sucia de las prisiones, que, según parece, confeccionan con pienso de silos.

Quien posea una memoria clara, una memoria que conserve con nitidez cada uno de los recuerdos, puede ahorrarse, en adelante, el viajar, pues gracias a las prisiones de tránsito tiene metida en la cabeza toda la geografía de nuestro país. ¿Novosibirsk? Lo conozco; he estado allí. Barracones sólidos que parecen fortines, construidos con gruesos troncos. ¿Irkutsk? Fue allí donde se tapiaron las ventanas en varias ocasiones; ya ves, como en la época de los zares. Y después de tapiar las ventanas, terminaron cerrando todos los agujeros por donde pudiera entrar aire. ¿Vologda? Sí, unas ruinas con torres. Los excusados están unos sobre otros, las tapaderas de madera, podridas,

por lo que gotean los de encima sobre los de debajo. ¿Uzman? Pues claro. Una piojosa y hedionda cárcel, una vieja obra de mampostería con bóvedas. Y, además, la llenan hasta los topes. Cuando sale una expedición, no puedes imaginarte que toda esta gente estuviera dentro: la colonia ocupa media ciudad.

No sea imprudente cuando hable delante de uno de tales peritos en la materia; guárdese muy bien de decirle que usted conoce alguna ciudad donde no hay prisión de tránsito, pues le demostrará, de manera irrefutable, que no existen tales ciudades…, y estará en lo cierto. ¿Salsk? ¡Ah! Los hombres de paso son encerrados allí —en los calabozos— con los que se hallan en prisión preventiva. Y así se comportan en cada centro de distrito. ¿Es distinto a una *peresylka*, una prisión de tránsito? ¿Sol-Ilezk? ¡Naturalmente que ocurre lo mismo allí! ¿Ribinsk? ¿La prisión número 2 que hay en el antiguo monasterio? ¡Oh! Qué bendita paz en ella; los vacíos patios enlosados, las viejas losas de piedra cubiertas de musgo, y, en la *bania*, los limpios barreños de madera. ¿Chita? ¿La prisión número uno? ¿Nauski? No hay aquí una prisión, sino un campo de tránsito, pero ¿qué diferencia existe? ¿Ton chok? Bien, de nuevo un monasterio en la montaña.

¡Sí, entiéndelo, hombre de Dios, no puede haber ciudad alguna sin prisión de tránsito! ¡Como si no hubiese en toda ciudad tribunales de justicia! ¡Como si fuera posible enviar por aire la gente a los campos de trabajo!

Naturalmente que no son iguales todas las *peresylkas*. Sin embargo, resultaría ocioso discutir sobre cuál es mejor o peor. Cuando se reúnen dos o tres *zekos*, *cada* uno presume invariablemente de la «suya».

—Bueno, no es que precisamente sea célebre la *peresylka* de Ivanovo, pero pregunta a cualquiera que haya estado allí durante el invierno del treinta y siete al treinta y ocho… No había calefacción en el edificio, pero nadie pasaba frío. Bueno, quién habla de frío… Los de las tarimas de arriba estaban desnudos. Y todos los cristales de las ventanas habían sido rotos; de lo contrario, nos habríamos asfixiado. En la celda veintiuno, en vez de los veinte permitidos, había *¡trescientos veintitrés hombres!* Debajo de las tarimas, el agua llegaba hasta los tobillos, y se habían colocado tablas encima, donde se amontonaba la gente. Pero era precisamente allí a donde iba la corriente de aire de las ventanas sin cristales, un aire helado. Allí, debajo de las tarimas, sin necesidad de esto, reinaba ya la noche polar. Y, para colmo, la oscuridad era absoluta; ni un débil resplandor podía infiltrarse entre los que estaban de pie junto a ellas. No había paso para llegar hasta el cubo que servía de retrete; tenía uno que ir deslizándose a lo largo del borde de las tarimas. El alimento no se suministraba individualmente, sino a grupos de diez. Y cuando moría uno de los diez, se le deslizaba debajo de las tarimas hasta que olía mal. Mientras tanto, los restantes se comían la ración del muerto. Y todo esto se habría podido soportar si los *vertujais* no hubieran andado, como picados por tarántulas, llevando continuamente gente de una celda a otra, tan pronto a un sitio como a otro, sin respiro. Apenas te habían acomodado, oías: «¡Arriba!». ¡En marcha a otra celda! Y a ver cómo volvías a

conquistar una plaza. ¿Y por qué este exceso de gente? No hubo *bania* en tres meses; prosperaron los piojos, que ulceraron los pies de los reclusos y fueron causa del tifus. Se impuso la cuarentena a causa del tifus, y no salió transporte alguno en cuatro meses.

—¡Bah!, muchachos, eso no era cosa de Ivanovo, sino del año. Naturalmente, del 1937-1938. No sería necesario que hablase ningún *zeko*, gemían las mismas piedras de las *peresylkas*. Irkutsk, por ejemplo, no era ninguna prisión especial; pero en el treinta y ocho los médicos no se atrevían a mirar el interior de las celdas. Marchaban simplemente por el corredor mientras el *vertujai* bramaba: «¡Quien esté sin conocimiento, afuera con él!».

—En 1937, amigos míos, la tropa entera cruzó Siberia hacia el Kolyma. El asunto se quedó parado junto al mar de Ojotsk y Vladivostok. Los barcos lograban transportar, en el mejor de los casos, treinta mil al mes, pero Moscú no tuvo esto en cuenta y continuó enviando más y más gente. Se juntaron hasta cien mil, ¿enterados?

—¿Quién pudo contarlos?

—Quien tenía que saberlo, no te preocupes.

—Si te refieres a la *tranzitka* de Vladivostok, en febrero de 1937 esperaron allí cuarenta mil como máximo.

—Y permanecieron allí durante meses. Las chinches brincaban como saltamontes por las tarimas. ¿Agua? Medio vaso al día. Te dicen sin rodeos: «No tenemos ninguna, y tampoco nadie que vaya a buscarla». Había una zona propia para los coreanos… Todos murieron de disentería, todos. De nuestra zona se llevaban todas las mañanas alrededor de cien hombres. Cuando construyeron la casa mortuoria, los mismos *zekos* tenían que tirar de los carros cargados de piedras. Hoy tiras tú, y mañana te llevarán encima. Y, por si quedaba algo, el tifus exantemático se presentó en el otoño. Tampoco era distinto lo que ocurría entre nosotros: no dar por muerto mientras no huela mal… Su ración nos venía muy bien; la teníamos en demasiado aprecio. Y de medicamentos, ni rastro.

Nos acercábamos a las alambradas de espino: ¡Dadnos medicinas! ¿Y qué hacían? Disparar desde las atalayas. Los enfermos de tifus fueron trasladados más tarde a un barracón sólo para ellos. No se daba abasto con el traslado, pero tampoco salieron muchos. Las tarimas estaban allí unas encima de otras. Bueno, ¿cómo puede uno bajar al excusado si tiene fiebre? ¡Por tanto, que cayera encima del que estaba debajo! Hubieron de permanecer allí alrededor de mil quinientos. Los delincuentes comunes hacían de sanitarios y arrancaban a los muertos las muelas de oro. Por lo demás, tampoco tenían muchos miramientos con los vivos…

—¡Oh, acabad de una vez con vuestros eternos treinta y siete y treinta y ocho! ¿No queréis una muestra de lo ocurrido en el cuarenta y nueve? ¡En la ensenada de Vanino, en la quinta zona, hay treinta y cinco mil! ¡Y durante meses! Otra vez a causa del embarque hasta el Kolyma. Y, noche tras noche, ocurría en un barracón tras otro, en una zona tras otra; no me preguntes por qué. Como entre los fascistas: Silbatos,

gritos. «¡Fuera, y *que no haya último*!». Y todo esto a paso ligero, siempre a paso ligero. Una compañía tiene que ir por el pan… ¡Rápido, rápido! A buscar la sopa… ¡Rápido, rápido! No había platos, y tenías que recoger la *balanda* como Dios te diera a entender: en el hueco de la mano, en el faldón del capote. El agua la sacaban de cisternas, pero ¿dónde llevarla? Por tanto, conectaban un tubo…, y adelante: quien ponía la boca debajo del chorro conseguía su ración. Los hombres comenzaron a pelearse por los sitios…, ¡y comenzaron a llegar balazos desde las atalayas! Bueno, exactamente igual que entre los fascistas. Se presentó a hacer una inspección el general de brigada Derevianko, el jefe de la USVITL[16], y entonces un piloto de combate salió de la multitud, y dijo, después de abrirse la guerrera: «Me han condecorado siete veces durante la guerra. ¿Quién les da derecho a disparar en la zona? —Y Derevianko contestó, sin inmutarse—: Hemos disparado y seguiremos disparando mientras no aprendáis a comportaros[17]».

—No, hijos, ésas no son *peresylkas* ni nada que se le parezca. La de Kirov… ¡ésa sí que lo es! Vamos a dejar los años especiales y tomemos uno cualquiera, sencillo… 1947. Pues bien, los *vertujais* tenían que empujar a la gente con las botas para poder cerrar la puerta de la celda, pues por las buenas era imposible. En Septiembre, los hombres estaban acurrucados, chorreando sudor y desnudos, en las tarimas de tres pisos. *Acurrucados* porque no disponían de sitio para tumbarse (y Kirov no está a orillas del mar Negro): una fila estaba sentada en la cabecera; otra, en los pies; y dos filas, en el pasillo, en el suelo; y entre ellos había más de pie. Después de un rato se cambiaba de posición. Los bultos había que tenerlos en los brazos o sobre las rodillas; ¿dónde si no? Sólo los delincuentes comunes se repantigaban donde les correspondía: en las tarimas del centro, junto a la ventana. Había chinches en tal cantidad, que también durante el día eran un tormento; se lanzaban directamente desde el techo. Así transcurrió una semana, y también un mes.

De buena gana echaría yo también mi cuarto a las espaldas y hablaría sobre lo ocurrido en la Krasnaya Presnia en agosto de 1945[18], el verano de la victoria; pero me da vergüenza: al fin y al cabo, nosotros podíamos estirar de algún modo las piernas durante la noche, y las chinches se comportaban de una manera muy correcta. Y el hecho de que por la noche nos picaran las moscas, mientras nos alumbraba una luz viva y estábamos desnudos, sudando, es algo que no tiene importancia, es una cosa ridícula para que podamos envanecernos de ella. El sudor brotaba de nuestros poros al menor movimiento que hacíamos, y corría formando verdaderos arroyos después de la comida. En una celda del tamaño de una habitación normal había cien hombres, pegados unos a otros, sin un solo espacio libre en el suelo. En las dos pequeñas ventanas había «bozales» de plancha de hierro, que además daban al Sur; y por si no fuese bastante el hecho de que las planchas no dejaran pasar ni un poco de aire, comenzaban a calentarse cuando les daba el sol, y convertían la celda en un horno.

Precisamente tan confusas y carentes de sentido como las prisiones de tránsito son las conversaciones sobre ellas, y posiblemente también lo será este capítulo: no se sabe a ciencia cierta hacia dónde volverse con rapidez, qué entresacar, con qué comenzar. Y cuanto mayor es el número de personas que se hacinan en una *peresylka*, tanto mayor es la confusión. Resulta insoportable para los hombres; antieconómica para el GULAG… Y, a pesar de todo, son muchos los que permanecen en ellas durante meses. Entonces la *peresylka* se transforma en una fábrica a secas: las raciones de pan se echan en una espuerta de las empleadas para acarrear ladrillos; y la humeante *balanda* es acarreada en enormes recipientes de madera —seis cubos en cada uno—, para cuyo transporte se emplea una barra que se introduce por las asas del recipiente.

Siempre más sobrecargado y franco que otros muchos se presentaba el campo de tránsito de Kotlas. Estaba sobrecargado porque abarcaba todo el noreste ruso europeo, y era más franco porque, al estar metido ya profundamente en el Archipiélago, se consideraba innecesario todo enmascaramiento. Simplemente, era un trozo de tierra desnuda, con muchas praderas cercadas aisladamente y valladas en conjunto. Aunque en el campo estuvo ya en los primeros años treinta el gran envío de los campesinos trasladados a la fuerza (a los que seguramente no se les puso techo alguno sobre la cabeza, ¿quién ha quedado para poderlo contar?), en 1938 no podían, ni muchísimo menos, disponer de alojamiento todos los internados en los bajos barracones de madera, cubiertos con lonas. Tanto en la húmeda nieve del otoño como en la helada del invierno, vivían como en tiempos primitivos: encima de ellos, el cielo y, debajo, la tierra. Cierto que no se les permitía quedarse tiesos de frío, pues eran contados una y otra vez, arrancados de la rigidez por medio de formaciones (a veces hubo veinte mil hombres en un montón) o inesperados registros, que se practicaban durante la noche. Más tarde se montaron tiendas en las praderas y se construyeron casamatas de varios pisos de altura, aunque bien es verdad que, para abaratar de manera sensata el trabajo, las construcciones se efectuaron sin techos intermedios. En lugar de ello, las tarimas fueron dispuestas en seis filas, unas encima de otras, con escaleras a los lados, para que los *desmedrados* pudieran subir y bajar como los marineros (una instalación más acorde con el interior de un barco que con un puerto). En el invierno de 1944-1945, cuando todo el mundo tuvo un techo encima de la cabeza, el campo estaba ocupado por siete mil quinientos internos, de los cuales morían cincuenta diariamente. Y las camillas en que eran retirados los muertos no descansaban un momento. (Se me objetará que éste es un número completamente pasadero, pues la mortalidad era inferior al uno por ciento diario y que, en tales condiciones, se podía resistir hasta cinco meses. Claro que sí, pero se ha de pensar que el auténtico triturador de huesos —el trabajo del campo— no había comenzado a funcionar todavía en este momento. Esta pérdida diaria de dos tercios por ciento significaba la pura *merma por desecación*, una pérdida que no hubiese sido tolerada en un campo de hortalizas).

Cuanto más se avanza hacia el interior del Archipiélago, tanto más estremecedora resulta la transición de los puertos con muelles de cemento armado, a los lugares de atraque hechos con palos.

Por Karabas, el campo de tránsito de Karaganda (nombre que recibieron pronto las *presylkas*), pasaron medio millón de personas en el transcurso de algunos años. (Yuri Karbe fue registrado allí ya en el año 1942 con el número 433 000). El campo estaba hecho de bajos barracones de tierra apisonada. Para pasar el tiempo lo mejor posible, los internos eran sacados al aire libre todos los días con sus pobres cachivaches, mientras pintores del campo de trabajo blanqueaban el suelo y hasta pintaban abigarradas alfombras en él. Al llegar la noche, los *zekos* se tendían el suelo y borraban con sus cuerpos el blanqueo, incluidas las alfombras pintadas**[19]**.

El punto de tránsito de Kniazh-Pogost (sesenta y tres grados de latitud Norte) estaba formado por un montón de cabañas construidas con barro cenagoso. El armazón de largos palos se cubría con una lona desgarrada, quedando un buen espacio sin tapar hasta el suelo. Dentro había tarimas dobles, también hechas de palos mal desbastados. Y en el suelo se habían apilado ramas, entre las cuales salpicaba continuamente, durante el día, el agua cenagosa existente debajo, que se congelaba por la noche. También en otros lugares del campo los agotados reclusos tenían que hacer equilibrios sobre estrechos y vacilantes caminos de vigas, por lo que no era nada del otro mundo que unas veces cayeran al agua, y otras, al cieno. En 1938, en Kniazh-Pogost no había otra cosa para comer que una masa de cáscaras de cebada y espinas de pescado. Como en el campo no había platos, vasos ni cucharas, y los internos no disponían de nada, esta forma de alimentación resultó ser la más cómoda. La gente era llevada hasta las calderas en grupos de diez, y se echaba a cada uno un cazo lleno en la gorra o en la ropa que tendían para que sirviera de plato, en la propia vestimenta.

Por el contrario, en Vogvozdino (a unos cuantos kilómetros de distancia de Ust-Vym), donde estaban encerradas simultáneamente cinco mil personas (¿ha oído alguien hablar antes de este número? ¡Un campo diminuto entre otros muchos semejantes, desconocidos, y en cada uno cinco mil *zekos*! ¡multiplique…!); en Vogvozdino les salía cara la sopa, y como no disponían de escudillas, suplieron su carencia (¡adónde no llegará el ingenio humano!) mediante TINAS DE BAÑO, en las que servían aquel aguachirle por grupos de diez personas, dejándolas que sorbiesen a porfía**[20]**: la *balanda* era suministrada en cubos para grupos de diez hombres… ¡A ver quién comía más de prisa!

Cierto que no se permanecía en Vogvozdino más de un año, y ello se debía a que, cuando uno estaba a punto de consumirse, ningún campo de trabajo quería tenerle.

La imaginación de los escritores falla de la manera más lamentable cuando se intenta describir la vida cotidiana de los nativos del Archipiélago. Los que pretenden escribir sobre lo peor, sobre lo más vergonzoso de las prisiones, recurren siempre al *cubo para orinar*, el cubo que está en el rincón. En la literatura, se convirtió en el

símbolo de las prisiones, de la vida en la prisión, de la hedionda injusticia que clamaba al cielo y llegaba hasta él. ¡Oh, infelices, como si el cubo para orinar fuera lo peor para el recluso! Lo inventaron carceleros de buena voluntad. Pues el terror comienza en el instante en que *falta* en la celda el cubo mencionado.

En 1937 no *había letrina alguna* en buen número de prisiones siberianas: se había dispuesto de demasiado pocas. No se tuvo en cuenta encargar tales objetos a su debido tiempo, y la industria siberiana no pudo salvar el inmenso abismo de las prisiones. No se encontraba cubo alguno para orinar en las celdas recién inauguradas. En las antiguas celdas, donde había excusados, éstos se habían vuelto entretanto muy viejos y pequeños, algo completamente inútil frente a la nueva capacidad que se precisaba, por lo que fueron eliminados como sabia medida de prudencia. Así, pues, si la prisión de Minusinsk, construida en el año de Maricastaña, había sido prevista y edificada para quinientos reclusos (Vladimir Ilich no había estado en ella; marchó por su propio pie al destierro en Siberia), y ahora tenía que acoger a diez mil, esto quiere decir que cada cubo de letrina tendría que haber sido de un tamaño veinte veces mayor. Sin embargo, no se hizo…

Nuestras plumas rusas relatan a grandes rasgos que hemos vivido una medida colmada y que no se ha descrito ni nombrado casi nada de ellos; mas ¿para los autores occidentales, acostumbrados a examinar con lupa las células más diminutas de la existencia, a agitar bajo la luz del proyector la mezcla que les ha facilitado el farmacéutico…, no representaría para ellos una epopeya material para diez volúmenes más de En *busca del tiempo perdido*, hablando de los apuros del ser humano cuando hay en la celda veinte veces más personal del que cabe normalmente, falta el cubo para orinar y sólo permiten salir al retrete una vez cada veinticuatro horas? Claro que hay muchas cosas que no conocen esos autores; esas variantes de orinar en el capuchón del chaquetón para la lluvia no las adivinarán jamás, y mucho menos el consejo del vecino: ¡orinar en las botas! Sin embargo, es un buen consejo, producto de la experiencia: las botas no sufren daño alguno, y de ningún modo quedan rebajadas al sucio papel de orinal. He aquí cómo funciona el asunto: uno se descalza, la pone boca abajo, vuelve la caña hacia fuera…, ¡y ya cuenta uno con el recipiente tan dolorosamente deseado! Y mucho menos conoce las restantes costumbres que reinan en la misma prisión de Minusinsk…

¡Qué magnitud de conocimientos psicológicos podrían adquirir los autores occidentales a base de esto, enriqueciendo así su literatura sin correr el peligro de caer en la copia vulgar de los maestros célebres! Según éstos, se distribuyen platos para recoger la comida: un plato para cuatro hombres. Y para el agua, cada uno dispone de vaso propio (hay un número suficiente de vasos). Y después…, uno de los cuatro utiliza el plato común para dar suelta a la presión interna. De acuerdo; pero antes de la comida, ése mismo se ha negado a entregar su provisión de agua para lavar el plato en cuestión. ¡Qué conflicto! ¡Cuatro caracteres que chocan entre sí! ¡Qué inmensidad de matices! (No bromeo. Es así como se pone al descubierto el

fondo del alma humana. Sólo que las plumas rusas carecen de tiempo para describir esto, y los ojos rusos no disponen de ocio para leerlo. No bromeo, pues sólo los médicos nos dirán cómo algunos meses en una prisión de tal clase convierten a un hombre en un tullido para toda la vida, y eso suponiendo que no hubiese sido fusilado en la época de Yejov y fuera rehabilitado en la de Kruschov).

¡Vaya, y nosotros que habíamos esperado poder respirar un poco en el puerto! Durante los días que estuvimos embanastados con las extremidades encogidas en el coche del Stolypin… ¡Suspirábamos por la *peresylka*! ¡Ah, cómo podremos estirarnos y desperezarnos en ella! Y nos veíamos yendo cómodamente al retrete. Y bebiendo a placer. Nadie nos obligará allí a rescatar a los guardias nuestra propia ración pagando con nuestras cosas. Allí tendremos también algo caliente al mediodía. Y, finalmente, nos hace señas la *bania*; sólo será necesario que te eches por encima un poco de agua caliente para que se acaben los picores y escozores. Antes de llegar a nuestro destino, todavía nos han gritado: «¡Marchad hombro con hombro! ¡Manos en los talones, marchen, marchen!». Pero nos dábamos ánimos: No importa, *nischevo*, pronto habremos llegado a la meta. La *peresylka* está ahí mismo…

Cierto que ya estamos en la meta. No obstante, si alguno de nuestros deseos se cumple de alguna manera…, de algún modo se lo amargan a uno.

¿Qué nos espera en la *bania*? Eso es algo que nunca puedes saber. De pronto comienzan a pelar al cero a las mujeres (Krasnaya Presnia, 1950). O nos conducen a un montón de hombres en cueros vivos al esquiladero, donde esperan mujeres para pelarnos. La obesa tía Motia grita en el baño de vapor de Vologosk:

«¡Firmes, hombrecitos!», y suelta el vapor sobre toda la fila. Pero en la *peresylka* de Irkutsk saben hacer mejor las cosas: allí opinan que el personal masculino de los baños está más acorde con las leyes de la Naturaleza…, y que deben ser hombres los que apliquen con un pincel productos desinfectantes entre las piernas de las mujeres. O en Novosibirsk, donde, durante el invierno, en el frío lugar previsto para lavarse, sólo sale agua fría de los grifos; hasta que los reclusos sacan fuerzas de flaqueza y protestan ante las autoridades. Acude un capitán, que hasta pone la mano debajo del agua: «¿Y dicen que esto está frío? Para mí está caliente, ¿entendido?». La desgracia le hará saber pronto a uno que también hay *banias* sin agua alguna; que las ropas salen quemadas del secadero; que le obligan a uno, después de terminar en la *bania*, a correr descalzo y desnudo por la nieve hasta llegar hasta donde están sus cosas (Defensa del II Frente Bielorruso, Brodnizy, 1945).

Y nada más dar los primeros pasos en la *peresylka*, uno comprende que el gobierno no está aquí en manos de los guardianes, de las guerreras y las hombreras de los uniformes, que, sin embargo, te hacen recordar súbitamente que existe algo así como una ley escrita. Aquí te hallas bajo el dominio de los *pridurki*.

El sombrío bañero que va a buscar la tanda a que uno pertenece: «¡A lavarse, mis señores fascistas!»; y el jefe de expedición, que lleva en la mano la pizarra de

madera, que mira vuestra fila con ojos de bestia, que os incita a ir más de prisa; el *educador* bien afeitado, pero con melena larga, que se da golpecitos displicentemente en la rodilla con un periódico enrollado mientras sus miradas calculan lo que encierran vuestros bultos; y la gran cantidad de otros *pridurki* que todavía no conocéis, que atraviesan vuestras maletas con unos ojos que parecen ser aparatos de rayos X… ¡Cuánto se parecen todos entre sí! ¿Y dónde no habéis tropezado con ellos en todas partes durante vuestro corto viaje al campo de trabajo? No siempre tan relamidos, no siempre tan limpios…, ¿no son, en todo momento, los mismos bestias que rechinan cruelmente los dientes?

¡Demonios! ¡Y de nuevo los delincuentes comunes! ¡De nuevo los *urkas* cantados por Utiosov! De nuevo un Chenka-Chogol, un Serioga, alias *el Animal*, y un Dimka, alias el *Barriga*; sólo que ya no están entre rejas. Lavados, vestidos como honrados funcionarios del Estado, velan, con prosopopeya[21], por la disciplina —nuestra disciplina—. Si uno examina sus rostros con atención, es posible imaginarse, con un poco de fantasía, que estos hombres pertenecen a la raza rusa, que son antiguos mozos campesinos cuyos padres se llamaron simplemente Klim, Projor o Guri. Sí, que hasta tienen las mismas características que nosotros: dos ventanas en la nariz, dos pupilas en los ojos, una lengua rosada para empujar la comida, para pronunciar sonidos rusos que, ciertamente, unen para formar nuevas palabras.

Todo jefe de *peresylka* termina llegando al truco antes o después: pagar a los familiares que están en casa los sueldos previstos en la nómina de personal o distribuirlos entre los natchalniks. Entonces necesita tan sólo llamar a los *elementos socialcercanos*, y los voluntarios acudían en manada a trabajar sin que se les pagara; simplemente, para que se les permita echar el anda en la prisión, pera que no se les siga enviando a la taiga, a las minas de carbón y a las de minerales. Todos estos escribientes, contables, educadores, bañeros, peluqueros, administradores de almacenes, cocineros, pinches, lavanderas y remendadores son eternos inquilinos de la *peresylka*, que reciben su ración y tienen su celda. La restante mejora de la alimentación la obtienen sin ayuda de los natchalniks: la sacan de la caldera común o de los bultos de viaje de los reclusos que pasan por el campo. Todos estos *pridurki* de los campos de tránsito están justificadamente convencidos de que no disfrutarían de ninguna vida mejor en ningún campo de trabajo. Cuando se hacen cargo de nosotros, todavía no nos han desvalijado por completo, por lo que proceden a sus anchas con nosotros. También pueden ellos cachearnos aquí, en lugar de hacerlo el guardián, e incluso nos exigen que les entreguemos el dinero para guardarlo; y hasta lo consignan en una relación…, ¡que desaparece después junto con el dinero, sin que nadie la vuelva a ver más!

—¡Hemos entregado dinero!

—¿A quién? —se maravilla el oficial, que se acerca.

—Bueno, era uno así…

—Más preciso. ¿Quién era?

Los *pridurki* no han visto nada.

—¿Para qué se lo habéis entregado?

—Pensábamos…

—¡Pensabais…! ¡Mejor será que os ahorréis el pensar!

Se acabó, basta. Luego nos exigen que dejemos las ropas delante del cuarto de aseo, fuera.

—¿Quién va a llevarse eso? ¿Quién necesita tales cosas?

Y cuando se sale del baño, después de haber dejado fuera las ropas, pues de todos modos no era posible entrar en el cuarto de aseo con ellas, las prendas de vestir han desaparecido: los jerseys, las manoplas de piel.

—¿Cómo era tu jersey?

—Gris claro…

—¡Ah! Ha ido al baño…

También nos quitan *honradamente* las cosas: a cambio de que le guarden a uno la maleta en el almacén; de que vaya a una celda sin delincuentes comunes; de que salga uno antes en una expedición; de que otro pueda quedarse más tiempo. Lo único que no hace es desvalijamos directamente.

«¡Ah, no son *urkas* en modo alguno! —nos explican pronto los peritos en la materia—. Son *sukas*, muchachos perezosos que se han vendido a los nachalniks. Son enemigos de los ladrones *honrados*, y los ladrones están en las celdas». Sin embargo, esto no quiere metérsenos del todo en nuestro cerebro de conejillos. Son iguales los gestos; los tatuajes también. A lo mejor es verdad que son enemigos de *aquéllos*, pero tampoco se muestran amistosos con nosotros; ahí está el meollo del asunto…

Entretanto nos ponen en el patio, precisamente debajo de las ventanas de las celdas. Las ventanas están protegidas con bozales que no te permiten ver el interior, pero desde detrás nos llegan buenos consejos dados con voz ronca: «¡Eh, amigos!, aquí, durante el cacheo, se ha de entregar todo lo superfluo. Quien tenga té o tabaco, que lo eche por esta ventana; ya se lo devolveremos después». ¿Qué sabemos nosotros? Al fin y al cabo, no somos sino conejillos. Quizá le quiten a uno realmente el té y el tabaco. En la literatura grande hemos leído siempre relatos acerca de la solidaridad entre los reclusos. ¡Un recluso no puede engañar a otro! Además, se han dirigido a nosotros con una palabra simpática: «Amigos». Y les echamos la bolsa del tabaco hacia la ventana. Los ladrones de pura cepa la cogen en el aire y gritan con voz ronca: «¡Ah, valientes estúpidos, fascistas engreídos!».

Y he aquí la consigna con que se nos recibe en la *peresylka*: «¡En vano buscarás aquí el derecho! ¡Habrás de entregar lo que poseas!». Las consignas no cuelgan en las paredes, pero te las meten continuamente en la cabeza los guardianes, los vigilantes, los delincuentes comunes: «Lo que tengan…, a entregarlo todo». Pesa sobre ti tu tiempo de prisión, tú intentas tener un poco de respiro, pero todos ellos no buscan otra cosa que desvalijarte. Así, pues, todo está encaminado a hacer que los presos políticos pasen por el aro, como si, ya sin eso, no se sintiera uno oprimido y

abandonado. «Lo que tengas…, a entregarlo todo». El guardián mueve la cabeza, desconsolado, y Ans Bernstein, en el campo de tránsito de Gorki, le entrega, aliviado, su capote de oficial: no por las buenas, sino a cambio de dos cebollas. ¿Para qué lamentarse de los delincuentes si todos los guardianes de la Krasnaya Presnia se pasean orgullosamente con magníficas botas de cuero que pertenecieron a otros uniformes? Han sido pescadas por los comunes en las celdas, y entregadas después a los guardianes. ¿Y cómo quejarse de los guardianes si en el campo de Kemperpuntk el *educador* de la KVCH[22] es un delincuente común facultado para extender *certificados* a los presos políticos? ¿O tal vez, acosado por los delincuentes comunes, pretendes encontrar derechos precisamente en la prisión de tránsito de Rostov? ¿No sabes que es una heredad suya que tienen en gran estima y que poseen desde hace mucho tiempo?

Se cuenta que, en 1942, unos cuantos oficiales se reunieron en el campo de tránsito de Gorki (Gavrilov, un técnico en cuestiones militares apellidado Schebetin, y otros más) y dieron una buena paliza a los ladrones, restándoles así algo de su osadía. A pesar de ello, esto continúa sonando un tanto a leyenda: ¿Y si quizás aquella gentuza fuera dominada sólo en una celda? ¿Y cuánto tiempo duró el efecto de la corrección? ¿Y cómo pudieron aceptar los de los cordones azules que elementos *extraños* dieran una paliza a los *próximos*? En cambio, cuando se relata que en el campo de Kotlas, en 1940, los delincuentes comunes arrancaban el dinero de las manos de los presos políticos que hacían cola en su establecimiento, y éstos empezaron a trillarlos de tal modo que no era posible contenerlos, tras de lo cual se pusieron guardias con metralletas en la zona para proteger a los bandidos…, ¡eso sí que puedes creértelo; es la pura realidad!

¡Los familiares insensatos! Trabajan como locos, se cargan de deudas (pues nadie tiene en casa tanto dinero) y te envían algo para que te vistas, para que comas…, una última donación de la viuda; un donativo envenenado, pues de un penado que pasa hambre, pero que se siente libre, te convierten en un individuo tembloroso, inquieto y cobarde, robándote aquella incipiente claridad, esa firmeza que se va consolidando, que sólo a ti te puede ser útil para impedirte que caigas en el abismo. ¡Oh, qué sabiduría encierra la parábola del camello y el ojo de la aguja! En el reino celestial, donde el espíritu queda liberado, no puedes entrar con estas cosas. También has visto en poder de los otros que estuvieron contigo en el cuervo los mismos bultos. «Pandilla de traidores andrajosos», nos maldecían ya los ladrones en el vagón. Sin embargo, ellos eran sólo dos y nosotros ascendíamos a medio centenar, por lo que nos dejaban todavía en paz. Pero, entretanto, llevamos ya dos días en el suelo de la *estación* de Presnia, en medio de la suciedad, con las piernas encogidas. Y, no obstante, ninguno de nosotros tiene ojos para la vida que se agita en nuestro derredor, cada uno tiene en la cabeza un solo pensamiento: ¿cómo conseguir que nos guarden la maleta en la consigna? Aunque pasa por ser nuestro derecho, los organizadores

ceden únicamente porque la prisión está en Moscú y a la vista de la Superioridad, y todavía no hemos perdido toda nuestra buena apariencia moscovita.

¡Por fin respiramos! Se entregan las cosas, o sea, que no nos las quitaremos de encima en esta prisión, sino en una más adelante. Lo único que cuelga aún de nuestros brazos son los paquetes de pobres alimentos. Son demasiados los *castores* que nos hemos reunido, por lo que hay que dividirse…, ¡y, hala, a las celdas! A mí me meten en una cualquiera, junto con aquel Valentin que antaño, cuando suscribimos el mismo día la sentencia OSO, propuso, henchido de emoción, comenzar una nueva vida en el campo de trabajo. La celda no está llena todavía, aún queda sitio suficiente en el pasillo y debajo de las tarimas. De acuerdo con el orden acostumbrado, los delincuentes comunes ocupan las tarimas de arriba: los más viejos están junto a la ventana, y los jóvenes, más lejos. En las tarimas inferiores se amontonan la masa gris y neutra. Nadie cae sobre nosotros. Sin el menor reparo y atolondradamente, nosotros, unos recién llegados novatos, nos arrastramos sobre el piso de asfalto y nos metemos debajo de la tarima, donde suponemos que estaremos cómodamente. Las tarimas son demasiado bajas, por lo que una persona adulta se ha de arrastrar sobre el viento para meterse debajo. Lo conseguimos. Tenemos la intención de permanecer quietos aquí y conversar en voz baja, pero no. Los *cachorros* se nos acercan como grandes ratas en la penumbra que reina debajo de la tarima. Son auténticos niños todavía; alguno de ellos acaba de cumplir los doce años; pero, a pesar de ello, han sido condenados con arreglo al Código Penal. Que pasan en la prisión el tiempo que les queda, para doctorarse en la delincuencia. ¡Y estas criaturas han sido lanzadas contra nosotros! Se aproximan en silencio desde todas partes, y una docena de manos tiran de nuestras propiedades. ¡Y todo esto sin que se pronuncie una sola palabra; sólo se oyen resoplidos malignos! Estamos cogidos en una trampa; no podemos levantarnos; en realidad, ni siquiera movernos apenas. No ha transcurrido un minuto cuando ya se han apoderado de nuestros bultos, que contenían manteca de cerdo, pan y azúcar. Y se alejan mientras nosotros nos quedamos como tontos. Hemos entregado nuestros víveres sin resistencia, y asimismo podríamos seguir tumbados debajo de la tarima tranquilamente; pero no, esto sería ya imposible por completo. Pataleando de una forma ridícula, las posaderas por delante, salimos de debajo de la tarima.

¿Soy un cobarde? Antes había creído que no. Un bombardeo en la estepa abierta no me inmutaba; tampoco me detenía en un camino que estuviera con toda seguridad sembrado de minas anticarro. Permanecía lleno de sangre fría cuando se jugaban sacar la batería de la bolsa y regresar de nuevo a buscar los vehículos deteriorados. ¿Por qué no cogía a una de estas ratas humanas para restregar su rosado hociquillo contra el negro asfalto? ¿Porque es demasiado pequeña? Está bien; pues elige la mayor. No… En el frente sacábamos fuerzas de cualquier conciencia suplementaria (es posible que de una equivocada). ¿Quizás era el pensamiento en el hombre que tenías al lado, la certidumbre de que estabas en el sitio apropiado, de que cumplías

con tu deber? Aquí, en cambio, no tienes ninguna misión, ninguna ordenanza, y has de ir avanzando a tientas hasta adaptarte a las nuevas realidades.

De nuevo en pie, me dirijo al más viejo de ellos, al *baldover*. En la tarima superior, junto a la misma ventana, se hallan extendidas las provisiones que nos acaban de quitar: los cachorros no se han llevado a la boca ni una migaja; saben perfectamente lo que es la disciplina. Cuando la Naturaleza formó en el *baldover* esa parte anterior de la cabeza que en los bípedos se acostumbra llamar cara, tuvo que haber procedido con repugnancia y desagrado al poner manos a la obra; posiblemente también la vida depredadora contribuyera por su parte a formarlo así: vista torcida, fláccido, la frente estrecha, con una antiquísima cicatriz en ella, los incisivos cubiertos con modernas fundas de acero. Desde dos agujeros lo bastante grandes como para reconocer los objetos ya familiares y no sentir asombro ante la belleza del mundo, me mira como un jabalí a un ciervo, completamente seguro de que podrá tumbarme en el suelo en cuanto quiera.

Espera. ¿Y qué hago yo? ¿Doy un salto para, al menos una vez, pegarle un puñetazo en la boca antes de caer de nuevo en el pasillo? ¡Ay de mí!, no.

¿Soy un canalla? Hasta ahora había creído que no. Sin embargo, no me agrada meterme de panza debajo de la tarima después de haber sido robado y rebajado. Y por ello me dirijo, lleno de enojo, al *baldover*: ¿Es que al menos no podríais hacernos un sitio a cambio de las provisiones? (Para un oficial, para un hombre de la capital… ¿es tan ilógico el ruego?).

¿Y qué más? El *baldover* accede. ¿Cómo no, si así dejo la manteca en sus manos y reconozco su superioridad y hago patente una manera de ser cercana a la suya? El ladrón descarga su furia también sobre los más débiles. Señala a dos grises neutros, indicándoles que abandonen la tarima inferior —el lugar junto a la ventana— para hacernos sitio. Los hombres obedecen y se marchan, y nosotros nos extendemos en los dos mejores sitios. Lamentamos todavía nuestras pérdidas durante un rato (mis pantalones de uniforme no hacen *mella* alguna en los ladrones; no es su ropa; pero los pantalones de lana de Valentin causan agrado, y uno de los ladrones está tocando ya el tejido). Ya al anochecer nuestros oídos perciben el reproche murmurado por los vecinos: ¿Cómo habéis podido pedir protección a los comunes y haber arrojado debajo de la cama a dos de los *nuestros*? Y es entonces cuando por mi mente pasa como un relámpago la conciencia de mi canallada, un pensamiento que me hace enrojecer de vergüenza (y que me agolpará la sangre en el rostro durante muchos años, cada vez que recuerdo esta acción). Los grises penados de las tarimas inferiores… son mis hermanos al fin y al cabo, prisioneros de guerra del 56, 1-b. ¿Hace tanto tiempo que me juré aceptar su destino? ¿Y estoy metiéndolos debajo de la tarima? Cierto que tampoco nos han protegido contra los ladrones… Sin embargo, ¿por qué tendrían que haber peleado por defender nuestra manteca si nosotros mismos no lo hicimos? Una medida bien colmada de duras luchas les ha hecho dudar

de la grandeza de alma en el cautiverio. No obstante, a mí no me han hecho nada; pero yo a ellos… sí.

Así vamos luchando contra nosotros mismos, destrozándonos costillas y bocas, para, al menos en el transcurso de los años, aprender a ser hombres…, para transformarnos en seres humanos.

Sin embargo, la *peresylka* resulta útil para los novatos que acoge y tritura. ¡Y en qué medida! Les ofrece la posibilidad de ir acostumbrándose gradualmente al campo de trabajo, pues ningún corazón humano resistiría *de golpe* este paso. La conciencia no podría acostumbrarse de una forma súbita a estas penalidades; tiene que ir adquiriendo la costumbre poco a poco.

Además, la prisión de tránsito produce en el recluso la impresión aparente de que todavía se halla en contacto con los suyos. Es aquí donde escribe la primera carta a que tiene derecho: algunas veces, para comunicar que no le han pegado un tiro; otras, para decir hacia dónde va. Siempre son las primeras palabras que un hombre envía a su casa, siempre escritas por una persona que ha dejado ya atrás el arado de los interrogatorios. Allí, en casa, le siguen recordando todavía como era, pero ya nunca volverá a ser… Una línea angulosa, y ello hasta ahora desconocido, esto nuevo, brota con la rapidez del relámpago. La línea angulosa y tosca se debe a que, en la *peresylka*, a pesar del permiso para escribir, a pesar del buzón que hay en una pared del patio, no se puede encontrar papel ni lápiz, y mucho menos algo con que sacar punta al lapicero. Sin embargo, a última hora es posible que se encuentre uno un papel de fumar alisado, un trozo de papel que fuera antes un cucurucho de azúcar, y, además, también un compañero de celda que posea, a pesar de todo, un lápiz. Y así nacen esos garabatos ilegibles que servirán en adelante para enlazar la buena armonía o la desavenencia de las familias.

Más de una mujer irreflexiva emprende el viaje cuando recibe una de tales cartas, pretendiendo ver al esposo antes de que lo transporten lejos; pero jamás se permiten las visitas. Lo más que consigue, en el mejor de los casos, es cargar sobre él las cosas que ha traído consigo. Una de estas mujeres, tal me parece, puede haber sido el modelo de un monumento, e incluso hasta señalarnos el lugar donde debiera ser elegido: el monumento a las esposas de los reclusos, a las esposas que quedan en casa.

Fue en 1950, en el campo de tránsito de Kuibishev. El campo se hallaba en el fondo de un valle (desde donde, sin embargo, se podían divisar los montes Zhiguli, junto al Volga); e inmediatamente, por detrás y encima, se alzaba una alta y extensa colina cubierta de hierba que ocultaba el campo por el Este. La colina se levantaba detrás de la zona y era más alta que ésta, sin que ninguno de nosotros pudiera ver en qué forma se llegaba desde el exterior hasta ella. También eran raras las ocasiones en que se veía a alguien en la colina; quizá cabras que pastaban o niños que correteaban. Hasta que un brumoso día de verano nos trajo a una mujer bien vestida que se detuvo

en el borde de la pendiente. Permaneció de pie, poniendo la mano a guisa de visera sobre los ojos, y comenzó, moviendo despacio la cabeza, a mirar con atención hacia nuestra zona. Acababan de salir a diversos patios los numerosos inquilinos de tres celdas; y la mujer pretendía reconocer el suyo propio entre estos trescientos escarabajos sin cara que había en el fondo del abismo. ¿Quizás abrigara la esperanza de que el corazón le dijera cuál era el que buscaba? Probablemente no le habían permitido la visita, y por ello había subido a la colina. Cuando en los patios se percataron de la presencia de esta mujer, todas las miradas se alzaron hacia ella. El viento estaba en calma en el fondo del valle, donde nos hallábamos, pero soplaba con fuerza arriba, en la colina. Y vimos cómo el viento tiraba del largo vestido de la desconocida, cómo alborotaba su cabello: el viento puso al descubierto todo el amor y la preocupación que invadían a la mujer de la capital.

Creo que la estatua de una mujer así, exactamente allí, en la abrupta pendiente por encima de la *peresylka* y exactamente tal como estaba, inmóvil, de pie, con la cara hacia los montes Zhiguli, sería la adecuada para que nuestros nietos pudieran explicarse, al menos un poco, lo ocurrido[23].

Permaneció allí largo tiempo sin que nadie la alejara, quién sabe el motivo; quizá los centinelas no estaban con ánimos para trepar a la cumbre. Más tarde subió un soldado, gritó en dirección a la mujer, mientras movía los brazos…, y la desconocida desapareció.

Y, por encima de todo, la *peresylka* hace que el recluso se torne perspicaz. Ya lo dice el refrán: «Más estudia un hambriento que cien abogados». En él movimiento incesante de este lugar, en los cambiantes corros de docenas y cientos de caras, en la sinceridad de los relatos y las conversaciones (en el campo se habla de otra forma, pues todo el mundo tiene miedo a las garras del *oper*), el espíritu se vuelve cada vez más claro, más fresco; parece como si te hubiesen ventilado la cabeza, y pronto comienzas a comprender muchísimo mejor lo que ocurre contigo, con el país, incluso con el mundo. De repente encuentras en la celda a un tipo raro que te cuenta cosas que jamás has podido leer en libro alguno.

Un día nos meten en la celda algo que causa asombro: un joven oficial de alta estatura, perfil romano, pelo rizado de color rubio claro, sin rapar, uniforme inglés… De verdad, como si hubieran hecho un conjuro mágico y traído desde Normandía un oficial de las tropas de desembarco. Su entrada es casi majestuosa, precisamente como si esperase que todos nos pusiéramos en pie. Sin embargo, se descubre que este hombre no había contado con encontrar amigos. Llevaba encerrado ya dos años, pero siempre estuvo solo, y también a este lugar, a la *peresylka*, fue transportado en un departamento especial del «stolypin», como rodeado de un halo de misterio. Y mira por dónde, quizá por descuido o a lo mejor con toda intención, había ido a caer en nuestra cuadra común. Mira en derredor suyo, descubre el uniforme alemán del oficial de la Wehrmacht, se enzarza con él…, en alemán, y ya tenemos en marcha una furiosa pelea. Si tuviesen armas, creo que se atacarían mutuamente con ellas. Han

transcurrido ya cinco años desde la terminación de la guerra, y se nos antoja extraña esta furia recíproca. Mientras este alemán ha estado aquí, siempre ha habido paz entre él y nosotros, los rusos, y cuando le embromábamos, era más bien por pura diversión.

Nadie habría creído los relatos de Erik Arvid Andersen si no hubiese podido mostrar el espléndido cabello respetado por las tijeras —un milagro en el Archipiélago GULAG—, si no hubiese sido por este porte extraño suyo, si no hubiese sido por el empleo correcto de los idiomas inglés, alemán y sueco. Si queremos dar crédito a sus palabras, era hijo de un sueco no millonario, sino multimillonario (bueno, ¿no habrá fanfarroneado un poquito?), y sobrino, por parte de madre, del general inglés Robertson, jefe de la zona británica de ocupación en Alemania. Ciudadano sueco, sirvió voluntario en el Ejército británico durante la guerra y desembarcó realmente en Normandía. Y después de la guerra se hizo oficial profesional del Ejército sueco. Sólo que las cuestiones sociales no le dejaban punto de reposo, y su afán por el socialismo pudo más que la inclinación a las riquezas de su padre. Siguió con honda simpatía la construcción del socialismo soviético, y, con ocasión de un viaje efectuado por una misión militar sueca, pudo incluso convencerse con sus propios ojos del florecimiento y la prosperidad de tal socialismo. Se dieron banquetes en honor de la delegación, se organizaron excursiones a las regiones verdes y no se pusieron en modo alguno obstáculos a los contactos con sencillos ciudadanos soviéticos, con hermosas artistas que no temían llegar tarde al trabajo y que les ayudaron de buen grado a pasar el tiempo, también *tête-à-tête*. Convencido así definitivamente del triunfo de nuestro orden social, Erik, a su regreso, escribió elogiosos artículos que se oponían a las difamaciones publicadas por la Prensa occidental en relación con el socialismo soviético. Pero cavó su propia tumba con estas exageraciones. Precisamente en aquellos años (1947-1948) fueron sacados a la luz, de todos los rincones, jóvenes occidentales progresistas que estaban dispuestos a renegar públicamente de Occidente (parecía ser que sólo se necesitaban unas cuantas docenas para que Occidente se desquiciara). Pero, entretanto, Erik prestaba servicio en el Berlín occidental; y como su esposa se encontraba en Suecia, nuestro hombre, por una perdonable debilidad humana, acostumbraba mantener un contacto regular con una joven soltera berlinesa del Este. Fue allí donde le pescaron una noche (y lo sucedido se adapta de nuevo exactamente al refrán: «Tanto va el cántaro a la fuente, que al fin se rompe». Posiblemente esto venga de muy atrás, no iba a ser él el primero). Fue conducido a Moscú, donde Gromyko, que había comido una vez en casa del padre de Erik, donde había conocido a éste, hizo a nuestro hombre el ofrecimiento —en señal de una hospitalidad correspondida con educación— de que condenara públicamente al capitalismo entero, su padre incluido, a cambio de lo cual podría Erik vivir entre nosotros como un perfecto capitalista. Sin embargo, y para total asombro de Gromyko, nuestro hombre rechazó el ofrecimiento con palabras enojadas y ofensivas, aunque su acción no le habría supuesto daño material alguno. Al no creer en la firmeza de Erik, le encerraron en una dacha próxima a Moscú,

donde le daban de comer como a un príncipe de los cuentos de hadas (bien es verdad que entretanto hubo fuertes «represiones»: no podía elegir personalmente la comida; tenía que comer un filete en lugar de pollo), intentaron persuadirle con obras de Marx, Engels, Lenin y Stalin y esperaron un año a comprobar el resultado positivo de tal reeducación. Pero, sorprendentemente, tal reeducación falló, y por ello le hicieron compartir la vivienda con un general de división que llevaba ya sobre su espalda dos años en un campo de Norilsk. Posiblemente pensaron que bajarían los humos del joven con los relatos estremecedores del general de división; pero ¡ay!, la cuenta no salió, fuese porque el general cumplió mal su misión o porque no quisiera cumplirla. Durante los diez meses que permanecieron juntos consiguió tan sólo enseñar a Erik un poco de ruso y afirmarle en la repugnancia que ya sentía hacia los cordones azules. En el verano de 1950, Erik fue conducido de nuevo a presencia de Vichinski, y volvió a rehusar (¡jugando la conciencia como triunfo máximo contra todas las reglas de la existencia!). Tras de esto, le fue leída la sentencia por Abakumov en persona: veinte años de prisión. (¿Para qué?). Largo tiempo estuvo arrepintiéndose de haber tenido que reñir con este maleducado, pero ¿qué hacer: permitirle que volviera a Occidente? En absoluto. Y así ocurrió que se le hizo viajar en un departamento propio, que oía a través de la pared el relato de la muchacha de Moscú y que, al llegar la mañana, vio por la ventanilla la Rusia riazanesa de tablas podridas, cubierta de paja.

Estos dos años habían fortalecido de manera decisiva su lealtad a Occidente. Creía ciegamente en Occidente; no quería ver sus debilidades; consideraba invencibles los ejércitos occidentales, e infalibles sus políticos. No nos creyó cuando le dijimos que Stalin había decidido unos cuantos meses antes el bloqueo de Berlín, y que Occidente lo había consentido. El pálido rostro de Erik se encendía de cólera cuando nos divertíamos a costa de Roosevelt y Churchill. Tanto menor era su duda de que Occidente no toleraría su encarcelamiento. Simplemente, era necesario poco tiempo para que los agentes del servicio secreto de la *peresylka* de Kuibyshev descubrieran que no se había ahogado en el Spree, sino que estaba encarcelado en Rusia; entonces Occidente le rescataría o le canjearía. (En esta creencia en la particularidad del propio destino frente al del resto de los reclusos, se parecía a nuestros bienintencionados ortodoxos). A pesar de nuestras tempestuosas luchas verbales, nos invitó a mi amigo y a mí a visitarle en Estocolmo si se presentara la oportunidad. («Allí nos conoce todo el mundo —decía después, con una sonrisa triste —, mi padre sostiene casi toda la Corte del rey de Suecia»). Pero, entretanto, el hijo del multimillonario no tenía nada para secarse, y yo le regalé una usadísima toalla mía. Poco después fue sacado de la celda para enviarlo a otro punto[24].

Mientras, los grandes cambios seguían su curso de manera infatigable. Llegaban nuevos, salían viejos, uno a uno o en partidas, para ser transportados a cualquier sitio. El movimiento aparecía exteriormente tan práctico, tan bien meditado y planeado, que no se podía creer cuánta insensatez escondía.

Los campos especiales se crean en el año 1950, y el celo de cualquier autoridad saca las masas de las mujeres de los campos del norte europeo y de detrás del Volga para, a través de la *peresylka* de Sverdlovsk, enviarlas a Siberia, a Taichet y a Oserlag. Sin embargo, ya en 1950, alguno de arriba tiene la idea de que sería más cómodo concentrar a las mujeres no en Oserlag, sino en Dubrovlag, en Tiemnikov (Mordovia). Y, así, las mismas mujeres, disfrutando de todas las comodidades de un viaje del GULAG, pasan de nuevo por la *peresylka* de Sverdlovsk —¡la maldita!— en su viaje hacia el Oeste. En 1951 fueron creados nuevos campos especiales en la región de Kemerov (Kamyshlag)…, y ¡mira por dónde, es precisamente en este punto donde se tiene la máxima necesidad del trabajo femenino! Y las desgraciadas mujeres pasan de nuevo otra vez por la condenada *peresylka* de Sverdlovsk, ahora en dirección al campo de Kemerov. Entonces comienza la época de las puestas en libertad…, pero en modo alguno para todos. Y las mujeres que hubieron de cumplir toda su pena en la indulgencia de la época de Kruschov, fueron de nuevo enviadas desde Siberia a través de la *peresylka* de Sverdlovsk hasta Mordovia. Les parecía más seguro tener a todas en el mismo sitio.

Bueno, al fin y al cabo administramos nuestro propio país; no tenemos por qué arrendar islas extrañas, y —habituados a las amplitudes rusas— no nos dejamos asustar por las grandes distancias.

Otro tanto sucedió a muchos pobres diablos, reclusos normales. En concepto de *honrado trabajador*, según la denominación tan bella, Shendrik, que no sospechaba nada malo, pasaba su tiempo de detención en un campo de trabajo de Kuibishev. Sin embargo, la desgracia estaba acercándose ya. Llegó al campo una orden apremiante —no una orden cualquiera— emanada del Ministerio del Interior, disponiendo que este muchacho fuerte y alegre, de rostro que no llamaba la atención, fuera trasladado directamente a Moscú, a la prisión número 18 (¿cómo habría podido llegar noticia de la existencia de Shendrik a los oídos del Ministerio citado?). Lo sacaron del campo, lo metieron en la *peresylka* de Kuibishev y, desde aquí, sin demora, lo trasladaron a Moscú, aunque no a la prisión número 18, tal como se había dispuesto, sino, junto con todos los demás, a la ya conocida por todos lados Krasnaya Presnia. (Shendrik jamás había oído hablar de un número 18 —por qué iba a saberlo— cuando le explicaron a dónde se le llevaba). Pero no terminó aquí su desgracia: apenas habían transcurrido dos días, cuando le volvieron a meter en otro transporte, esta vez en dirección al Petchora. La naturaleza que se extendía delante de la ventanilla era cada vez más estéril y sombría. Y el joven empezó a sentir miedo: sabía ya lo dispuesto por el ministro; por tanto, ¿qué podía significar este rápido transporte hacia el Norte sino que el ministro tenía preparado contra él un *material* amenazador? Por si no fueran bastantes las penalidades del viaje, a Shendrik le robaron, durante el trayecto, la ración de pan de tres días. Apenas podía tenerse sobre las piernas cuando llegó al Petchora, donde la acogida no tuvo nada de agradable: hambriento y sin haberle dado nada aún, fue enviado rápidamente a trabajar en la húmeda nieve. Y todavía, en el

transcurso de dos días, no se le había secado aún la camisa, cuando de nuevo fue enviado hacia otro lugar: a Vorkuta. Todo hacía suponer que al ministro se le había metido en la cabeza la idea de acabar con Shendrik, aunque bien es verdad que no con él solo, sino con toda la expedición. Una vez en Vorkuta, Shendrik estuvo un mes sin que le molestaran en especial. Tuvo que trabajar duramente, como los otros, aunque todavía no había conseguido recuperarse en modo alguno. Mas ¿para qué discutir? Poco a poco se fue habituando a su destino polar. Sin embargo, un día lo sacaron repentinamente del pozo de la mina, lo llevaron sin respiro al campo para que entregara los objetos del establecimiento, y ya sólo una hora después marchaba en dirección Sur. ¡Si esto no tenía el aspecto de un acto de venganza personal…! Llegado a Moscú, fue a parar a la prisión número 18, donde permaneció un mes encerrado en una celda. Y transcurrido este tiempo, fue citado por un coronel, que le preguntó, con malos modos: «Bueno, ¿dónde ha estado metido todo este tiempo? ¿Es verdad que es usted un técnico montador?». Shendrik contestó que sí, y fue enviado directamente a… ¡las islas paradisíacas! (Sí, también hay islas de esta clase en el Archipiélago).

Este libro en que figuran las personas y sus destinos, además de sus relatos, le ameniza a uno mucho el tiempo en el campo de tránsito. Los viejos zorros del campo le aconsejan a uno: ¡Tú, quieto, y en paz! Tendrás tus *garantiika*[25] para comer, a cambio de la cual no tienes precisamente por qué dejarte desollar. Y puedes dormir a pierna suelta cuando no hay demasiadas apreturas. Túmbate y quédate echado desde una comida hasta la siguiente. Que gruña el estómago mientras las extremidades ronronean agradablemente. Sólo quienes han gustado en el campo los *trabajos generales* saben apreciar lo que significa la *peresylka* para descansar, la bendición que supone en nuestro camino. Y ten en cuenta esta otra ventaja: si duermes de día, el tiempo de prisión se te hará más corto. Lo que interesa es que transcurra el día, pues de la noche no te enteras.

Claro que los señores de las prisiones de tránsito saben ingeniárselas siempre para someter a la esclavitud a esta lastimosa mano de obra de tránsito, bien sea para realizar servicios de prisión, bien para mejorar las finanzas de las prisiones por orden de terceros, pues si que saben con precisión una cosa: que el hombre ha sido hecho para trabajar y que al que delinque sólo se le puede reformar mediante el trabajo.

En la misma *peresylka* de Kotlas, antes de la guerra, este trabajo no era en modo alguno más ligero que los *trabajos generales* del campo. En un día de invierno, seis o siete reclusos extenuados tenían que tirar de un trineo tractor (¡!) y arrastrarlo doce kilómetros sobre el Dvina hasta la desembocadura del Vychegda. Se hundían en la nieve, se desplomaban, y el trineo se detenía. ¡Parece imposible imaginarse un tormento más duro que éste! Sin embargo, no era éste el trabajo, sino un calentamiento para empezar a trabajar, pues en la desembocadura del Vychegda tenían que cargar *diez* metros cúbicos de madera…, para, con el mismo tiro, ni un solo hombre más (sería necesario un Repin; para los autores recientes no hay ya

argumentos que los atraiga… ¡oh, tosca interpretación de la naturaleza!), ser arrastrado el trineo de vuelta a la *peresylka* que les servía de hogar. Así, pues, ¡qué puede asustarte un campo! Muerdes la nieve aun *antes* de llegar a él. (El jefe de la brigada era un tal Kolupaiev; y los caballos de tiro era el electroingeniero Dmitriev, el teniente coronel del servicio administrativo Beliaiev, el ya conocido nuestro Vasili Vlasov… Bueno, y los restantes, ¿quién sería hoy capaz de encontrarlos?).

Durante la guerra, la prisión de tránsito de Arsamas alimentaba a sus reclusos con hojas de nabo; pero el trabajo, en cambio, estaba organizado sobre una base sólida y duradera: sastrerías y una batanadora de botas (batanar el fieltro de las cañas con una mezcla de agua caliente y ácido).

En el verano de 1945, los encerrados en las pegajosas celdas nos presentamos voluntarios a trabajar con objeto de poder respirar aire puro un día entero; de poder sentarse sin que le acuciasen a uno en las quietas casetas de tabla del retrete (¡es éste un medio de estimulación que con frecuencia no se ha tenido en cuenta!); de calentarse con el agradable sol de agosto (eran los días de Potsdam y de Hiroshima); y, finalmente, de recibir por la noche cien gramos más de pan. Todo esto merecía decididamente la pena a cambio del trabajo. Nuestro lugar de trabajo era un muelle de carga en el río Moskva, donde se hacían operaciones de descarga de madera. Teníamos que bajar los troncos de una pila, arrastrarlos hasta otras y subirlos de nuevo. El gasto de fuerzas era muchísimo mayor que el jornal recibido a cambio; sin embargo, lo hacíamos de buen grado.

Me ocurre con frecuencia que enrojezca a consecuencia de un recuerdo de la juventud. (¿Y dónde transcurrió mi juventud sino precisamente en este lugar?). Sin embargo, cuando algo nos entristece, también nos echa una reprimenda. Mis hombreras de oficial, según se vio ahora, habían necesitado simplemente estar dos años meciéndose sobre mis hombros…, y ya se había vertido una buena dosis de dorado polvo venenoso en la oquedad existente entre las costillas. En aquel punto de descarga, que era también como un campo, como una zona, vigilada por atalayas que se alzaban en derredor, no había vislumbre alguna de esperanza de que nos dejaran allí todo el *plazo*. No obstante, cuando nos hicieron salir por primera vez, cuando el jefe de la expedición recorría las filas en búsqueda de jefes de brigadas provisionales, el corazón parecía querer saltárseme del pecho: ¿A mí? ¡A mí! ¡Escógeme!

No me escogieron. ¿Por qué lo deseaba yo también? Sólo habría conseguido seguir cometiendo nuevas faltas vergonzosas. ¡Oh, cuán difícil resulta quedarse rezagado detrás del poder…! Espero que lo comprendan.

Hubo una época en la que la Krasnaya Presnia casi llegó a constituirse en la capital del GULAG…, en el sentido de que, al igual que Moscú, no podía uno evitarla, se fuera a donde se fuese. Lo mismo que para los viajeros resulta comodísimo pasar por Moscú para dirigirse de Taschkent a Sochi, de Chernigov a Minsk, también los reclusos pasaban por la Presnia desde todos lados y hacia cualquier parte. Y,

precisamente en esta época, mi destino me llevó también allí. La Presnia gemía bajo nuestra sobrecarga. Estaba siendo construido un bloque adicional. Sólo los trenes de transporte de ganado cargados con los sentenciados por los servicios de seguridad del Ejército —que iban de paso—, daban un rodeo alrededor de Moscú y pasaban muy cerca de la Presnia, quizá para que las locomotoras enviaran saludos con sus silbidos.

Sin embargo, cuando llegamos a Moscú para efectuar un transbordo, hemos llevado siempre un billete de tren en el bolsillo y contado con proseguir antes o después nuestro viaje en la dirección deseada. No ocurría así en la Presnia durante el último año de la guerra, y posteriormente, cuando no sólo los recién llegados, sino también los coroneles, incluso hasta los dirigentes del GULAG no podrán predecir adónde tenían que ir los penados. Todavía no había cristalizado una orden de embarque en la que poder confiar. A nadie se le daba nota alguna en que estuvieran señaladas la ruta y la meta del viaje. En el mejor de los casos había sólo una nota en los documentos: «¡Vigilancia severa!», «Sólo se le empleará en los trabajos generales». Los paquetes que contenían los expedientes de la prisión, con esas carpetas medio destrozadas atadas con cuerdas de mala calidad o sujetas con papel retorcido, eran llevados por el sargento de guardia al edificio de madera de la administración de la prisión, que se alzaba solo a un lado, y lo tiraba allí en el primer estante que le venía a mano, o debajo del cualquier mesa, de cualquier sillón, o incluso en el pasillo (como sus prototipos apilados en las celdas). Se rompían las cuerdas, se desparramaba el contenido y se confundía el material. Una habitación tras otra se llenaron hasta arriba con esta mezcolanza de *expedientes*. Las secretarias de la oficina de la prisión, mujeres libres, perezosas, hartas de comer, vestidas con ropas multicolores, sudaban a causa del calor, se abanicaban y coqueteaban con los oficiales de guardia y de la administración. Nadie tenía ganas, ni tampoco fuerzas, de poner orden en este caos. Pero los trenes, sin embargo, tenían que ser despachados… ¡semanalmente varios trenes rojos! Y todos los días tenían que ser enviados, en camiones, cientos de penados a los campos más próximos. Y cada *zeko* tenía que llevar imprescindiblemente su expediente. ¿Quién hubiese sido capaz de trabajar como un negro para clasificar los expedientes y preparar las expediciones?

Este trabajo estaba confiado a unos cuantos organizadores, en caso necesario a *sutky*[bg] o *polutsvietny*[26], entresacados de los *pridurki* afincados allí. Caminaban con libertad por los corredores, iban de aquí para allá entre las celdas y la Administración, y dependía de ellos que tu expediente cayera en un transporte *malo* o que estuvieran inclinados largo tiempo, buscando entre los documentos, para meterte dentro de uno *bueno*. Los nuevos no se equivocaban al suponer que había campos espantosos; el error consistía sólo en creer que posiblemente los hubiera «buenos». (No había campo alguno «bueno», lo único que podía ser mejor o peor era la suerte que le tocara a uno en el campo, y esta suerte se decidía ya cuando el penado había llegado al lugar de su destino). Que tu destino dependiera por completo de un penado como tú, al que se había de atrapar de algún modo para llegar a un *convenio* (por

ejemplo, a través del bañero); al que quizá se debiera *tender la mano* (por ejemplo, a través del encargado del almacén); pero era peor que si tu destino lo hubieran decidido los dados. Esta posibilidad invisible, fácil de perder, de ir a Naltchik en vez de a Norilsk a cambio de una chaqueta de cuero, de seguir a orillas del Moskva a cambio de un kilo de manteca en lugar de ser trasladado a Taichet (quizá perdiendo la chaqueta y la manteca por nada), era un aguijón amargo que se hundía en nuestros cansados corazones. Puede ser que alguien lo haya conseguido en realidad; es posible que alguien también se haya podido acomodar. Sin embargo, felices aquellos que no tenían nada que ofrecer o que de cualquier otro modo se escaparon de esta opresión.

Sólo quien acepta con humildad su destino, quien renuncia por completo a la pretensión de conformar su vida, quien se inclina ante el conocimiento de que es imposible saber de antemano dónde encontrará el bien o el mal, y que, en cambio, reconoce que así podrá dar con mayor facilidad un paso del que habrá de arrepentirse algún día; sólo un penado que piense de esta forma, queda liberado de una parte del peso de sus cadenas, encontrará la paz y hasta la serenidad.

Y, así, los reclusos se amontonaban en las celdas mientras en los cuartos de la administración de la prisión se acumulaban los impenetrables rimeros de papel de sus destinos. Pero es que los organizadores cogían las carpetas que estaban en los lugares más accesibles. Por tanto, podía ocurrir que un *zeko* tuviera que permanecer dos y tres meses en esta maldita Presnia, mientras que otro pasaba por ella a velocidad cósmica. Debido a estas apreturas y prisas, debido a la gran confusión reinante en la administración, se produjeron a veces *cambios de plazos*, cosa que también ocurrió en otros lugares de tránsito. Los del cincuenta y ocho eran invulnerables frente a esto, pues —para hablar con Gorki— sus tiempos de prisión eran *plazos* escritos en caracteres grandes, proyectados con arreglo a una Gran Incriminación; y si alguna vez llegaba a parecer que se acercaba su final, no se podía, sin embargo, divisar nada del final citado. En cambio, para los asesinos y ladrones condenados a fuertes penas, tenía la ventaja de que su expediente se cambiara por el de cualquier *bytovik* de mala muerte. Y de este modo se ponían en contacto con el elegido, tanto personalmente como a través de un acólito, daba lo mismo. Cierto que la víctima ignoraba que un hombre condenado a una pena corta no debe hablar en la *peresylka*, que es mejor que guarde la boca cerrada, y le decía con toda franqueza —al fin y al cabo le preguntaban con tanta solicitud— que, por ejemplo, se llamaba Vassili Parfionich Yebrashkin, que era de la quinta de 1913, natural de Semidubie, donde vivía también, y que, con arreglo al artículo 109, tenía que cumplir un año por negligencia. Después se iba a dormir el tal Yebrashkin. Pudiera ser también que permaneciera despierto, sólo que en la celda no era posible oír la propia voz. Y como todo el mundo se apiñaba alrededor de la artesa del pienso ¿cómo se le iba a ocurrir la idea de abrirse camino hacia la puerta y pescar los nombres que se recitaban apresuradamente detrás de ésta, los nombres de quienes habrían de salir en la próxima expedición? Algunos nombres eran después gritados desde la puerta para que se oyeran en el interior de la

celda, pero el de Yebrashkin no estaba entre ellos. Un *urka* había estirado el pescuezo y, con voz sumisa, mientras se pronunciaba el nombre de Yebrashkin en el pasillo (también saben mostrarse sumisos cuando es necesario), había dicho en voz baja: «Vassili Parfionich, nacido en Semidubie en 1913, articulo 109, un año». Y veloz, ágil y escurridizo, corría ya en busca de sus cosas. El auténtico Yebrashkin bostezó, se tumbó en la tarima y esperó con paciencia a que fueran a buscarle al día siguiente. Esperó una semana, luego un mes, hasta que por fin se atrevió a importunar al comandante del bloque: ¿Por qué no lo sacaban de allí? (Mientras tanto están dando gritos por todas las celdas, buscando a un tal Sviaga). Y, cuando por fin, después de un mes o de medio año condescienden en revisar todos los expedientes, el único que queda es el del reincidente Sviaga: doble asesinato y robo en un almacén: diez años… Y un tímido *zeko* que dice ser Yebrashkin (no es posible reconocer la foto), es en realidad Sviaga, que debiera estar en el campo de castigo de Ivdelag. Así que… adelante con él, pues de lo contrario habría que confesar que la *peresylka* se ha equivocado. (Ya no hay modo de encontrar aquel «Yebrashkin» que transportaron a otro sitio, pues las listas acompañaron a la expedición. Además, con sólo su año de condena habrá ido a parar a cualquier lugar agrícola, donde trabajará sin vigilancia y le descontarán tres días de pena por cada uno de trabajo, ello presuponiendo que no se haya marchado, que no esté ya en casa o quizás en una nueva prisión a causa de otra condena). También existían esos tipos extravagantes que vendían sus cortas condenas por dos kilos de manteca. Se hacían este cálculo: más adelante caerán en la cuenta y se demostrará mi identidad. Y a algunos les salió bien el cálculo[27].

En aquellos tiempos, cuando en los expedientes de los penados no figuraba el lugar de destino, las prisiones de tránsito se convirtieron en auténticos mercados de esclavos. Los *compradores* eran muy bien recibidos en las *peresylkas*, y cada vez con mayor frecuencia se oía con toda seriedad la palabra en los corredores y celdas. Lo ocurrido en el GULAG no era en modo alguno distinto a lo que sucedía por todas partes en la industria, donde no se podía esperar tranquilamente a que les enviaran personal desde el centro, donde incluso tenían que enviar personas que escogieran personal. Los nativos de las islas del GULAG se iban extinguiendo. Y, aunque no valían un rublo siquiera, figuraban, sin embargo, en los balances, por lo que había que cuidarse personalmente de los nuevos transportes para que el plan no se estropeara. Por ello, un *comprador* había de poseer ingenio y también un buen ojo para escoger, con objeto de que no le endosaran inválidos ni desmedrados. Eran malos compradores los que aceptaban partidas según los expedientes; los negociantes concienzudos hacían que les fuera presentada la *mercancía* en estado natural y desnuda. Así era como lo decían, y sin sonreír: la *mercancía*. «Bueno, a ver, muéstreme su mercancía», decía el comprador en la estación de la Butyrki después de haber visto a Ira Kalina, una muchacha de diecisiete años. Y acto seguido realizaba un examen a conciencia.

Si es que llega a modificarse la naturaleza humana, lo hace no mucho más deprisa que la Tierra en su aspecto geológico. Y lo que los negociantes de esclavos de hace veinticinco siglos sintieron en punto a curiosidad, gozo y placer de comprar cuando se elegían mercancías femeninas no era ajeno tampoco, naturalmente, a los funcionarios del GULAG cuando en la prisión de Usman, en 1947, dos docenas de hombres vestidos con el uniforme de la MVD se colocaron alrededor de unas mesas recubiertas con blancas sábanas (las sábanas habían sido puestas para resaltar la importancia del acto, pues sin ellas parecía que faltaba algo necesario), mientras las mujeres detenidas, después de haberse desnudado en el cuarto contiguo, pasaban descalzas y desnudas por delante de los oficiales, teniendo que girar, detenerse y contestar preguntas: «¡Abajo las manos!», se ordenaba a las mujeres que intentaban refugiarse en la postura protectora de las estatuas de la Antigüedad. (Los oficiales procedían muy en serio en la elección de concubinas para ellos y quienes los rodeaban).

Y así ocurre que las pesadas sombras de la lucha por el mañana en los campos ocultan al novato en muchos aspectos las alegrías espirituales de la prisión de tránsito.

Un *enviado especial* hubo de permanecer dos noches en nuestra celda y se tendió a mi lado. La orden especial significaba que en la Administración Central se le había extendido un certificado de acompañamiento en el que figuraba, por ejemplo, que el hombre era constructor de obras y que sólo podía trabajar como tal en cualquier lado a que fuese enviado. Y aunque un enviado especial viaje en el mismo «stolypin» y esté en la misma celda que los demás, no tiene por qué sentir temor: el certificado de acompañamiento es su salvoconducto y no le cogerán para talar árboles.

Había en el rostro de este hombre una expresión dura y decidida: la expresión del recluso que ha cumplido ya la mayor parte de su condena. Y ésta era su característica sobresaliente. (No sabía yo aún que el transcurso del tiempo hará que todos nuestros rostros tengan exactamente la misma expresión, pues la expresión dura y decidida es la característica nacional de los habitantes de las diversas islas del GULAG. Las personas con expresión suave y sumisa perecen pronto en las islas). Este hombre contempló con sonrisa irónica nuestros primeros intentos de pataleo; no se contempla de forma distinta a unos cuantos cachorros de perro.

¿Que qué nos esperaba en el campo? Se mostró compasivo y nos lo explicó:

—Desde el primer momento, todo el mundo pretenderá engañaros y robaros en el campo. No confiéis en nadie salvo en vosotros mismos. Sed prudentes, andad siempre con cuidado para evitar que alguien se acerque sigilosamente a vosotros con intención de morderos. Hace ocho años llegué yo al campo de Kargopollag con tanta ingenuidad como vosotros. Nos bajaron del tren, y los guardianes se prepararon a conducirnos. Había diez kilómetros hasta el campo, diez kilómetros sobre nieve profunda y pastosa. Se aproximaron tres trineos, y un individuo muy alto nos dice:

«¡Camaradas, poned aquí vuestras cosas! ¡Las llevaremos en los trineos para librarnos del peso!». Los guardias callan. Y en nosotros brota, como un relámpago, un recuerdo: ¿No han dicho siempre los libros que las cosas de los reclusos se transportaban en trineos? Bueno, reflexionamos que el campo no es tan inhumano como parece, basta con ver cómo se preocupan de nosotros. Y llevamos nuestras cosas a los trineos, que parten a continuación. Se acabó. No hemos vuelto a ver jamás nuestras cosas. Ni siquiera los envoltorios vacíos.

—¿Cómo puede ser así? ¿Es que no existe ninguna ley?

—No hagáis preguntas estúpidas. Posiblemente haya una ley: la taiga. Pero el *derecho* y la *justicia* jamás han existido en el GULAG, y así continuará la situación. Este ejemplo de lo ocurrido en Kargopollag es simplemente un símbolo del GULAG. Y, además, os tenéis que acostumbrar a una cosa: nadie obra en el campo por altruismo ni llevado de un buen corazón; hay que pagar por todo. Si se os ofrece algo desinteresadamente, sabed que se trata de una trampa, de una provocación. Y lo fundamental: ¡guardaos de los trabajos *generales*! Buscad la forma de rehuirlos desde el primer día. Quien va a los *generales* el primer día, está perdido para siempre.

—¿Los trabajos *generales*?

—Se trata de los trabajos fundamentales que se han de efectuar en el campo correspondiente, trabajos en los que se basa la vida del campamento oportuno. El ochenta por ciento de los penados van a parar a tal clase de trabajos, y todos revientan, todos. Y los refuerzos, de nuevo…, a los trabajos *generales*. En ellos os dejaréis vuestras últimas energías; estaréis siempre hambrientos, siempre calados hasta los huesos; no tendréis calzado; os engañarán en la ración de comida, os timarán con las ropas; os alojarán en los peores barracones. Y nadie os tratará cuando caigáis enfermos. Sólo puede *vivir* en el campo el que no va a parar a los *generales. ¡Evitad* a cualquier precio que os destinen a los *generales!* ¡Y ello desde el primer día!

¿A cualquier precio? ¿A cualquier precio…?

Tomé buena nota de estos consejos, en modo alguno exagerados, del duro enviado especial que estaba en la Krasnaya Presnya. Sólo que se me olvidó preguntarle por la equivalencia de este precio. Y cuáles eran sus límites.

III
Las caravanas de esclavos

El viaje en el «stolypin» es atroz, refunfuña el *cuervo*, una maldición, y la *peresylka* se te hace en seguida un martirio…, lo mejor sería ir directamente al campo con los vagones rojos.

En este caso, como siempre, los intereses del Estado coinciden con los del individuo. Para el Estado también es preferible enviar directamente al campo de trabajo a los presos y evitarse los transbordos, con la consiguiente sobrecarga de los medios de transporte público y, por tanto, del personal de la *peresylka*. Hacía ya tiempo que esto se había comprendido y resuelto admirablemente en el GULAG: se utilizaban las caravanas *rojas* (compuestas por vagones de ganado rojos), trenes de sirga y, donde no había raíles ni ríos, caravanas a pie (los presos no disponían de caballos ni camellos).

Los trenes rojos siempre son rentables donde los tribunales actúan de manera ambulante o los campos de tránsito están llenos. Con ellos se puede transportar fácilmente de una sola vez a una gran cantidad de presos. Así fueron trasladados millones de campesinos en los años 1929-1931. Así se arrancó a todo Leningrado de Leningrado. Durante los años treinta sirvieron para la colonización de Kolyma. Todos los días, la capital de nuestro país expulsaba uno de estos trenes ganaderos rojos. Los puntos de destino eran los lejanos puertos orientales de Sovgaván y Vanino. Y cada capital de provincia mandaba hacia allá un tren rojo, aunque, desde luego, no todos los días. De este modo, en 1941 fue expedida a Kazajstán la República de los alemanes del Volga, y de igual forma se procedió con los restantes pueblos. Así viajaron, en 1948, los hijos perdidos de Rusia, desde Alemania, desde Checoslovaquia, desde Austria, y todo aquel que, por sus propios medios llegaba hasta la frontera occidental era también recogido. Y así fueron transportados, en 1949, hasta los campos especiales, los del cincuenta y ocho.

Los «stolypin» tienen que regirse por un horario trivial, mientras que los trenes rojos circulan con órdenes importantes, firmadas por importantes generales del GULAG. El «stolypin» no puede ir a parar al vacío: necesita una estación de destino —por remota y pequeña que sea— en la que haya, por lo menos, las cuatro paredes de un calabozo. Un tren rojo puede viajar hacia el vacío: allí donde se detiene, surge del mar —el mar de la estepa, el mar de la taiga, un mar cualquiera— una nueva isla del Archipiélago.

No todos los vagones rojos son aptos para el transporte de prisioneros. Es preciso adecuarlos, aunque no del modo que tal vez imagine el lector, o sea, limpiándolos de los restos de carbón o de cal que transportaron antes; esto no, ni —en el invierno— tapando las juntas y poniendo una estufa. (Cuando acabó de tenderse la línea ferroviaria de Kniash-Pogost a Ropcha, antes de que la incorporaran a la red del Ferrocarril, se usó para el transporte de prisioneros. Se cargaba a la gente en unos vagones en los que no había ni estufas ni bancos y había que viajar en el suelo cubierto de nieve, sin recibir alimento caliente durante el viaje, pues el tren tenía que cubrir el trayecto en menos de veinticuatro horas. El que pueda vivir con el pensamiento esas dieciocho o veinticuatro horas, que lo haga). La transformación de los vagones consistía en lo siguiente: había que comprobar la solidez y resistencia de paredes, techo y suelo; poner rejas en las ventanillas; perforar un desagüe en el suelo y asegurarlo con una plancha de hierro; distribuir a todo lo largo del tren, a intervalos regulares y adecuados, vagones-plataforma (para los centinelas y las ametralladoras); instalar escalas para subir al techo; estudiar el emplazamiento de los reflectores y asegurar un suministro de energía; fabricar martillos de madera, de mango largo; enganchar un coche de pasajeros o, en su defecto, un vagón de mercancías bien acondicionado y caldeado, para el jefe del transporte, los comisarios especiales y los guardianes, así como cocinas… para los vigilantes y para los prisioneros. Una vez cumplidos estos requisitos, ya se puede pasar revista al convoy y escribir con tiza en las paredes: «Armamento especial», o, con perdón: «Mercancía perecedera». (Yevgeniga Ginsburg, en su relato sobre el *Séptimo vagón*, nos da una descripción muy gráfica de los transportes rojos, por lo que podemos evitarnos aquí entrar en detalle).

Una vez preparado el vagón, hay que acometer la difícil operación militar de la carga. Para ello se han de tener en cuenta dos principios fundamentales imprescindibles:

- ocultar a la población el embarque de los deportados y
- la intimidación de los prisioneros por medio del terror.

El primer requisito se debe a que en estos trenes viaja un millar de personas (por lo menos, veinticinco vagones), o sea, que no se trata de esos grupitos que suben al «stolypin» y que pueden viajar a la vista de todos. Como es natural, nadie ignora que todos los días y a todas horas hay detenciones; pero se ha de evitar que se asuste la gente al ver tantos presos *juntos*. ¿Cómo se podía ocultar en Orel, en 1938, que no había en la ciudad una casa de la que no se hubiesen llevado a alguien? La plaza situada delante de la cárcel estaba siempre llena de carros con mujeres que lloraban, exactamente igual que en el cuadro de Surikov sobre la ejecución de los *strelitz*. (¡Bah!, ¿quién sale ahora otra vez con eso? Hay que dar alas a la esperanza. Sería anticuado… muy anticuado)… Sin embargo, se considera improcedente mostrar a nuestros ciudadanos soviéticos que en veinticuatro horas es posible reunir todo un

cargamento (aquel año, en Orel, se consiguió). Que la juventud no vea estas cosas. La juventud es nuestro futuro.

Por ello, hay que actuar de noche, y así, durante meses, noche tras noche, desfilan las negras columnas de prisioneros desde la cárcel hasta la estación (los *cuervos* se quedan de reserva, para nuevas detenciones). Pero, de todos modos, las mujeres están en guardia, las mujeres se enteran, y por la noche, desde todos los puntos de la ciudad, acuden a la estación, y desde el andén contiguo acechan el tren y lo recorren de arriba abajo, tropezando con raíles y traviesas y gritando un nombre junto a cada vagón: «¿Está ahí Fulano…? ¿Está…? ¿Está…?». Y pasan al siguiente, y luego vienen otras, que llaman otros hombres. «¿Está ahí…?». Y, a veces, del vagón cerrado contesta una voz: «Estoy aquí… ¡aquí!» o: «Siga buscando, está en el otro vagón». O: «¡Eh, vosotras! ¡Mi mujer vive cerca de la estación, id a buscarla, por favor…!».

Estas escenas, indignas de nuestro presente, demuestran única y exclusivamente la incapacidad de los responsables del transporte. Pero de los errores se aprende, y una noche —y todas las noches sucesivas— las mujeres tropiezan con un cordón de perros fieros que gruñen y enseñan los dientes.

Y también en Moscú se ha implantado la férrea norma de que la carga de los trenes se lleve a cabo siempre por la noche, tanto si se efectúa con presos de la vieja «Sretenka-Peresylka» (de la que hoy no se acuerdan ya ni los detenidos), como si se hace con remesas de la Krasnaya-Presnya.

Renunciando despreocupadamente a la luz del sol diurno, el convoy se sirve de unos soles nocturnos: los reflectores. Sus ventajas consisten en que se pueden dirigir hacia donde se desee: allí donde se apiñan los asustados presos que esperan la orden de: «¡Los cinco siguientes! ¡Arriba! ¡Marchen hacia el vagón a paso ligero!». (Sólo a paso ligero, para que no vuelva la cabeza, para que no se dé cuenta de nada, para que avance como si lo persiguiera una jauría y se preocupe sólo de no tropezar por el desigual camino y trepe al vagón con ligereza). Aquellos haces de luz, hostiles y espectrales, sirven no sólo para iluminar, sino que forman parte de la escenografía del terror, son el complemento de los gritos, y las amenazas, y los culatazos que caen sobre los presos; de las órdenes de «¡Sentados!» (o, a veces, también, como en la estación de Orel: «¡De rodillas!», y mil personas se arrodillan, como nuevos peregrinos), o de las prisas, completamente superfluas, pero importantes para el efecto de terror, con que se los conmina a subir al vagón; de los ladridos de los perros; de las armas con que se les apunta (fusiles o metralletas, según el año). Lo importante es quebrar de golpe la voluntad del preso, para que ni por un momento piense en la huida, para que no repare en la ventaja de haber cambiado los muros de piedra de la cárcel por las delgadas planchas de madera de un vagón de ganado.

Ahora bien, la buena marcha de la carga nocturna de mil presos sólo puede garantizarse si la cárcel empieza a reunir y preparar la mercancía la víspera por la mañana, tarea que absorbe a los guardianes durante todo el día, pues tienen que

vigilarlos rigurosamente y separarlos de los que permanecen en la cárcel, por lo cual los que van a ser transportados no regresan a las celdas, sino que permanecen en el patio, sentados en el suelo. Para los presos, la carga nocturna es sólo el final de una jornada agotadora.

Además de pasar lista y someterse a los controles habituales; además del afeitado y el baño, la parte principal de la preparación para el transporte consiste en el registro. De esto no se encarga la cárcel, sino la escolta. Según las instrucciones que rigen en los transportes rojos, y de acuerdo con las normas del sistema en el orden estratégico-operacional, el registro tiene por finalidad despojar al preso de cualquier objeto que pudiera ayudarle a escapar. Se le quita todo lo que pincha o corta, todo lo que sea polvo o grano (polvo dentífrico, azúcar, sal, tabaco, té), para que no pueda cegar con ello al guardián; todos los cordeles, cuerdas, cinturones y similares, que pudieran servirles en su fuga (naturalmente, también todas las correas. Por eso cortan las de la prótesis del cojo, quien, por ello, tiene que echarse al hombro la pierna artificial y subir al vagón sostenido por sus compañeros). Lo demás, los objetos de valor y las maletas, se cargan en el vagón de equipajes, y son devueltos a sus dueños al final del viaje.

Por débil y lejana que suene la instrucción de Moscú en los convoyes de Vologda y Kuibishev, no puede eludirse la fuerza física del convoy en los prisioneros. Mientras, se aplica el tercer principio que rige las operaciones de transporte: privar a los enemigos del pueblo de todo lo bueno, en favor de sus hijos, conforme a la justicia.

«¡Sentados en el suelo!», «¡De rodillas!», «¡Desnudarse!». En estas órdenes se condensa una fuerza ineluctable. El hombre desnudo pierde su seguridad, no puede erguirse con dignidad para hablar de igual a igual con un hombre vestido. Empieza el registro (Kuibishev, verano de 1949). Los desnudos forman cola, con la ropa en la mano, rodeados de soldados armados, que los miran atentamente. Da la impresión de que, en lugar de deportados, se trata de personas que van a fusilar o a llevar a las cámaras de gas. En tales circunstancias, el hombre, espontáneamente, deja de preocuparse de su propiedad. Los guardianes acentúan la rudeza, a sus labios no asoma ni una palabra con acento humanitario. Este es el objetivo: intimidar, asustar. Se vacían las maletas y se hace un montón con su contenido. Las pitilleras, billeteros y demás «objetos de valor» se echan en un barril. (Y precisamente esto, el que no sea una caja fuerte, ni un arca, ni un cajón, sino un barril, es lo que más impresiona a los hombres desnudos, sabe Dios por qué. Pero ¿de qué serviría protestar?). En el mejor de los casos, los desnudos consiguen volver a reunir sus cachivaches esparcidos por el suelo y hacer con ellos un paquete, o envolverlos apresuradamente con la manta. ¿Unas botas de fieltro? Venga, firma en la lista. (No son *ellos* quienes tienen que darte un recibo, sino tú el que debe declarar que has echado las botas al montón). Y cuando, a la luz del crepúsculo, sale del patio de la cárcel el último camión de presos,

éstos pueden ver cómo los soldados de la escolta se arrojan sobre el barril y, del montón de maletas, escogen las mejores. Después se unen a ellos los guardianes, y el resto del botín se distribuye entre los *pridurki* del lugar.

Sí, tuvieron un día muy duro antes de llegar a los vagones de ganado; pero ahora ya pasó, y podrán tumbarse en los bancos del vagón. Sin embargo, la alegría es prematura. ¿Quién puede alegrarse en semejante seudovagón? Nuevamente, el preso se siente atrapado en una tenaza, entre el frío y el hambre, entre la sed y el miedo, entre los criminales y los guardianes del convoy.

Si en el vagón hay delincuentes comunes —que, naturalmente, no viajan separados de los demás—, éstos suelen ocupar los mejores sitios, en las literas superiores, junto a las ventanas. Y ¿dónde se instalan en invierno? Pues, como es natural, alrededor de la pequeña estufa, que mantienen firmemente sitiada. Según recuerda el exladrón Minaiev[28], en el invierno de 1949, con un frío de muerte, tenían en su «vagón caldeado» para todo el viaje desde Voronezh hasta Kotlas (se tarda varios días), *tres cubos* de carbón. De manera que los delincuentes no sólo acapararon la estufa quitándoles a los *fraiern* hasta el último rincón donde se recibía un poco de calor, sino que les arrebataron todas las prendas de abrigo y hasta las polainas. ¿Para qué andarse con remilgos cuando se trata de los pies de uno, por muy ladrón que sea? Revienta hoy tú, que yo no reventaré hasta mañana. Pero en lo que hay más abusos es en la comida. Los delincuentes se hacen cargo de todas las raciones y escogen lo mejor, todo lo que les apetece. Loshchilin relata el viaje, de tres días, Moscú-Perebory, efectuado en 1937. Al tratarse de sólo tres días, no se guisó en el tren y se distribuyó comida fría. Los ladrones se quedaron con el azúcar, y dejaron el pan y los arenques para los demás. Es que no tenían hambre. Cuando hay algo caliente que *agarrar* (¿y quién agarra?; los delincuentes), reparten la *balanda*, como en el viaje realizado, en 1945, desde Kishinev al Petchora, que duró tres semanas. Durante el mismo, los delincuentes comunes tampoco desdeñan el simple pillaje: a un estonio le vieron unas muelas de oro, lo derribaron y se las arrancaron con el atizador.

Para los *zekos*, una de las ventajas de los trenes rojos es la comida caliente. Los trenes se detienen en estaciones apartadas (siempre, para que la gente no se entere), y entonces se distribuyen *balanda y kasha*. Pero la forma en que sirven la comida caliente, hace que se le atragante a uno. O la echan en los cubos del carbón (como en el viaje desde Kishinev), que no han podido limpiarse porque en el tren el agua es más apreciada aún que el caldo, y tienes que tomar sopa con carbón, o bien pasan con la *balanda* y la *kasha*; pero no hay platos para todos: sólo veinticinco para cuarenta personas, y a los cuarenta se les dice lo mismo: «¡Aprisa, aprisa, hemos de pasar a otro vagón! ¡No sois los únicos del tren!». ¿Cómo comer? ¿Cómo repartir la bazofia? Es imposible hacer raciones iguales, por lo que se va a ojo, sin echar mucho a nadie, a fin de que quede para los demás. (Los primeros gritan: «¡Removerlo bien!». Los últimos callan, deseando que la sustancia quede abajo). Los primeros comen, y los

últimos esperan con avidez, porque tienen hambre, porque la *balanda* se enfría y los de fuera se ponen cada vez más insoportables: «¡A ver si acabáis de una vez!». Ahora hay que servir a los del segundo turno, y hay que servirles ni más ni menos, ni más espeso ni más claro que a los del primero. Y medir bien, para que en cada plato puedan comer dos. De manera que es imposible que los cuarenta coman a gusto: vigilan el reparto con mirada de lince, devorándose con los ojos.

Los guardianes no se preocupan de calentarnos, de protegernos de los criminales, de darnos de beber y de comer…, pero tampoco nos dejan dormir. Durante el día, los centinelas pueden vigilar todo el tren y la vía que queda atrás: no se ve a nadie que haya saltado. Pero cuando anochece es más difícil la vigilancia. En todas las paradas golpean cada uno de los tableros del vagón con martillos de madera de mango muy largo (un utensilio típicamente gulagiano), para asegurarse de que no han serrado ninguno. En algunas estaciones se abre de pronto la puerta y se enfoca el interior con una linterna, e incluso con un reflector: «¡Control!». Esto significa que tienes que levantarte, dispuesto para saltar hacia donde se te ordene: hacia la izquierda o hacia la derecha. Suben al vagón varios soldados con sus martillos (los demás forman un semicírculo en el exterior, con las metralletas al brazo) y señalan: «¡Todo el mundo a la izquierda!». Esto quiere decir que los de la izquierda han de permanecer tumbados, y los de la derecha han de saltar sobre ellos rápidamente, como si fueran pulgas. El que no anda listo recibe un martillazo en las costillas o en la espalda. ¡Arriba! ¡De prisa! Ya están las botas de los soldados encima de tu pobre camastro y tus cachivaches, tirados por el suelo. Brilla la luz, suenan martillazos: ¿alguna tabla suelta? Ninguna. Los guardianes se sitúan en el centro, y los presos van pasando de izquierda a derecha, por delante de ellos, que van contándolos:

Uno, dos, tres… Bastaría contarlos por encima, que cada uno levantara la mano…, y a otra cosa. Pero así no da miedo. No; la cosa es más rápida, más viva y más exacta si al decir el número te golpean con el martillo en el hombro, la cabeza o donde sea. La cuenta ha terminado: cuarenta. Ahora hay que despejar de trastos el lado izquierdo, iluminarlo y golpear las paredes. Terminado. Se van y cierran la puerta. Podéis dormir hasta la próxima parada. (No hay que ridiculizar el rigor de la vigilancia: de los vagones rojos han escapado varios, aunque, eso sí, se necesita habilidad. Golpean una tabla y, ¡mira!, alguien ha estado hurgando con una lima. Otro día, al repartir la sopa por la mañana, entre muchas caras sin afeitar descubren dos bien rasuradas. Al momento, el vagón queda rodeado: «¡Venga la navaja!». La vanidad de los hampones: ya estaban hartos de barba; de modo que ¡venga la navaja que aún conservaba uno de ellos!).

El expreso rojo se distingue de los otros grandes expresos en que, cuando suben a él, los pasajeros no saben si volverán a bajar. Cuando, en 1942, se descargó en Solimansk un transporte procedente de las cárceles de Leningrado, todo el terraplén quedó cubierto de cadáveres. Pocos ocupantes salieron vivos. Los transportes de prisioneros que en los inviernos de 1944-1945 y 1945-1946 llegaron a la colonia de

Shelesnodoroshni (Kniash-Pogost) y a otros puntos de reunión, procedentes de las regiones liberadas —el Báltico, Polonia y Alemania—, llevaban uno o dos vagones de cadáveres. Esto quiere decir que durante el viaje sacaban a los muertos de entre los vivos; pero no siempre se hacía así. Con frecuencia, en la estación de Sujobesvodnaya, hasta que se abrían los vagones no se sabía cuántos habían llegado vivos, y cuántos, muertos. El que no bajaba por su propio pie estaba muerto.

Durante el invierno, el viaje es espantoso y mortal, pues bastante trabajo tenían los soldados del convoy con mantener la vigilancia, y no podían acarrear carbón para veinticinco estufas. Aunque tampoco era ninguna delicia que digamos viajar con calor: de las cuatro ventanillas, dos están herméticamente cerradas, y el techo se pone candente. Sería mucho pedir que los guardianes llevasen agua para mil personas, cuando ni siquiera alcanzaba para todos en el «stolypin». De manera que, en opinión de los presos, los mejores meses para un transporte de este tipo eran abril y Septiembre. Desde luego, hay viajes que no caben en los límites de la estación ideal, como el de Leningrado a Vladivostok, en 1935, que dura tres meses. Pero cuanto más largo es el viaje, tanto mejor se prepara y calcula, por lo menos en lo que respecta a la educación política de los soldados del convoy y a la purificación de las almas de los presos. En estos viajes se engancha un vagón para el *padrino*, el delegado especial. Este ha hecho sus preparativos en la cárcel con mucha antelación, y la gente no ha sido cargada en los vagones al azar, sino de acuerdo con las listas revisadas por él. El designa al jefe de cada vagón e instruye al correspondiente espía. Durante las largas paradas, no faltarán ocasiones de hacer salir del vagón a uno u otro, para que le informe sobre lo que se habla. Sería una vergüenza para el delegado terminar el viaje sin una presa, por lo cual saca a uno cualquiera, lo interroga y… ¡qué curioso!, al llegar, el preso tiene ya una nueva condena.

¡Qué asco! ¡Maldito sea también el rojo expreso ganadero directo! ¡Aunque te haya evitado cien transbordos! ¡Maldito una y mil veces! El que haya viajado en él, no lo olvidará. ¡Ojalá lleguemos pronto al campo! Peor que esto no puede ser. ¡Ah, si pudiéramos bajar ya!

El hombre vive entre la esperanza y la impaciencia. ¡Como si en el campo los guardianes fueran más humanos, y los soplones, más decentes! ¡Al contrario! ¡Como si no fueran a recibirnos con las mismas amenazas, ni a acosarnos también con perros! «¡Sentados!». ¡Como si, cuando nos saquen de aquí, no hubiera de continuar el viaje por una línea de vía estrecha, en vagones abiertos! Y ¿cómo transportar a la gente en vagones abiertos? ¿Cómo vigilarla? Duro trabajo para el personal de vigilancia. Aquí está la solución: tenemos que pegarnos unos a otros, amontonarnos, y ellos nos taparán con una lona, como a los marineros del *Potiomkin* antes del fusilamiento. Gracias por la lona. (Durante el mes de octubre, Oleniov y sus compañeros estuvieron todo un día sin moverse en el Norte, en vagones abiertos. La carga había terminado, pero la locomotora no llegaba. Primero llovió, y luego bajó la temperatura. A los *zekos* se les helaron los pingos que llevaban puestos). El pequeño

tren se bambolea mucho, las tablas laterales se resquebrajan, y muy pronto, alguien cae bajo las ruedas. Y ahora un acertijo: desde Dundika, el ferrocarril de vía estrecha recorre más de cien kilómetros; esto queda detrás del Círculo Polar; vamos a ver, ¿dónde se sitúan los delincuentes comunes en el vagón abierto? La respuesta es: en el centro, para que «el ganado» los proteja del frío y del peligro de caer bajo las ruedas. Muy cierto. Otra pregunta: ¿Qué ven los presos al término de su viaje en el tren de vía estrecha (1939)? ¿Algún edificio? En absoluto. ¿Hay que meterse en hoyos? Sí, señor. Y lo peor es que ya están ocupados, que no van a ser para ellos. Entonces, ¿van a tener que ponerse a cavar refugios en la tierra? Nada de eso. ¿Quién cava en pleno invierno polar? Pueden cavar, pero en la mina, para extraer el mineral. Y ¿dónde vivirán? ¿Vivir? ¡Ah, vivir…! Vivirán en tiendas de campaña.

Pero no siempre ha de ser un tren de vía estrecha… Claro que no. Veamos una llegada al punto de destino: estación de Yerzovo, febrero de 1938. Se abren los vagones por la noche. A lo largo del tren se han encendido hogueras, que iluminan las operaciones de descarga, cuenta, formación de los presos sobre la nieve y nueva cuenta. La temperatura es de treinta y dos grados bajo cero. La remesa procede del Donbass, los presos han estado en la cárcel desde el verano, y la mayoría calzan zapatos o sandalias. Tratan de acercarse al fuego, pero los echan de allí. El fuego no es para calentar, sino para alumbrar. Los dedos de los pies se quedan rígidos. Los zapatos se llenan de nieve, que ni siquiera se funde. No hay compasión. Luego se da la orden: «¡En marcha! Un paso hacia la izquierda… o un paso hacia la derecha… —y luego, sin avisar—: ¡Adelante!». Los perros aúllan y saltan, tensando las cadenas. Por fin ha sonado la ansiada orden, por fin ha llegado el momento de la diversión. La columna se pone en marcha; los guardianes, con pelliza, y los condenados a muerte, con sus prendas veraniegas, hundiendo los pies en la nieve virgen de la carretera, camino de algún lugar de la sombría taiga. Ante ellos, ni asomo de población. Ante ellos llamea la aurora boreal, la primera y, seguramente, la última que ven… Los abetos crujen envueltos en escarcha. Con los pies congelados y las rodillas rígidas, avanzan por la nieve, prácticamente descalzos.

O la llegada al Petchora en enero de 1945. («¡Entrada triunfal de nuestras tropas en Varsovia…! ¡Nuestras tropas han aislado a la Prusia Oriental…!»). Una gran extensión de nieve desierta. Al bajar del vagón, la gente tiene que sentarse en la nieve, de seis en fondo. Empieza la cuenta, se pierden y tienen que volver a empezar. Luego, de pie y en marcha. Seis kilómetros por el desierto de nieve. El transporte también procedía del Sur, y todos llevan zapatos de cuero. Los perros iban muy cerca de la última fila, y saltaban sobre los hombros, y resoplaban en la nuca de los que iban renqueando en último lugar (en aquella fila marchaban dos sacerdotes: el anciano Fiodor Floria y el joven Victor Shipovalnikov, que lo sostenía). ¿Qué tienen ustedes que decir a la magnífica actuación de los perros? Que hacen gala de un ejemplar autodominio, al resistir la tentación de dar una dentellada.

Por fin llegan al punto de destino. Lo primero, el baño, de manera que… ¡a quitarse la ropa!, y a cruzar el patio en cueros, pues el vestuario y el baño están en barracones distintos. Sin embargo, esto ya es más fácil de soportar. Ha pasado lo peor. Lo importante es que han llegado. Anochece. De pronto corre la voz de que en el campo no hay sitio para acoger a los recién llegados. Por tanto, después del baño, vuelta a formar, a contar, a cargar con el petate y, siempre rodeados por los perros, recorrer otra vez los seis kilómetros, de regreso al tren. Pero durante estas horas los vagones han quedado abiertos de par en par, con lo cual se ha disipado el poco de calor que había en ellos. El carbón se había terminado antes de llegar, y aquí no hay de dónde sacarlo. Pasan la noche, ateridos, en los vagones, y por la mañana se les da pescado seco para desayunar (el que tenga sed, «que mastique nieve»), y… otra vez el mismo recorrido.

A pesar de todo, éste fue un caso *afortunado*. Porque el campo existía ya, y aunque hoy les negara la entrada, mañana tendría que abrirles las puertas. Dada la tendencia de los trenes rojos a detenerse en el vacío y elegir la nada como punto de destino, el fin del viaje representa muchas veces el primer paso para la fundación de un campo nuevo, y, así, a menudo el tren se detiene bruscamente en plena taiga, y alguien clava en un abeto un cartel, que dice: «Primer OLP[29]», lo cual significa «Primer Puesto Avanzado del Campo». Y allí pasan una semana masticando arenque ahumado y haciendo papillas de harina y nieve.

Si el campo tiene por lo menos dos semanas de existencia, ofrece ya cierto confort y hay comida caliente. No importa que no haya platos; lo echan todo junto en un barreño, del que comen seis, sujetándolo con la izquierda y comiendo con la derecha (tampoco hay mesas ni sillas). ¿Repetición? No; esto era en Perebory en 1937, y lo cuenta Loshchilin. Yo no me repito; GULAG es quien se repite.

Los nuevos son puestos bajo la tutela de veteranos del campo, quienes los instruyen en los usos y costumbres del lugar, en el trabajo y en la forma de escurrir el bulto y de hacer trampas. Y desde la primera mañana hay que salir a trabajar, pues los relojes de la época marchan siempre adelante. Ya pasaron los tiempos de la *katorga* zarista de Akatui, donde se daba a los recién llegados tres días de descanso para que repusieran fuerzas[30].

Poco a poco va floreciendo la economía del Archipiélago: se tienden nuevas líneas de ferrocarril y se puede llegar en el tren a lugares que hasta entonces sólo eran accesibles por barco. Aún viven isleños que podrían contarnos cómo navegaron por el Izhma en una especie de galeras rusas, cien hombres en cada una, cien hombres que remaban a la vez. Cómo se subía y se bajaba por el Petchora, el Ussa y el Ujta en barcas de pescadores. Y cómo, para llegar al campo de Vorkuta, se iba hasta Adsvav en lanchas remolcadas, y, desde aquí, hasta Ust-Ussa, que está a un «paso» de diez días, en barcazas que eran un hervidero de piojos, hasta el extremo de que los guardianes permitían que los presos subieran a cubierta uno a uno para sacudirse la

ropa, a fin de que los piojos cayeran al agua. Sin embargo, no siempre eran directos los transportes fluviales, y unas veces había que arrastrar las barcas sobre tierra firme, y otras, escoltar a los presos a pie.

Había por allí un campo de tránsito, compuesto de cabañas de troncos y tiendas de campaña. Era el nudo de enlace Ust-Ussa, Pomozdino Shchelia-Yur. Como es natural, allí tenía cada uno la propia ordenación de los derechos de aguas. Y un reglamento de vigilancia, y mandos propios, y mañas propias de cada convoy, y cargas especiales para los *zekos*. Sería imposible describir aquel exotismo, y preferimos no intentarlo siquiera.

Los ríos del Norte, el Dvina, el Obi y el Yenisei, saben bien cuándo empezaron los transportes fluviales: durante la *liquidación de los kulaks*. Estas corrientes marchan en línea perpendicular hacia el Norte, y las barcazas eran grandes, espaciosas, gracias a lo cual fue posible el rápido traslado de las masas grises desde la Rusia viva hacia las tierras muertas del Norte. La gente iba hacinada en el fondo del gran casco de las barcazas, por donde se movían como cangrejos en una cesta. Y arriba, recortándose sobre el cielo como grandes acantilados, las siluetas de los guardianes. En ocasiones, la carga se transportaba descubierta; a veces, se tapaba con una lona, quizá para esconderla, quizá para mayor seguridad, pero, sin duda, no para protegerla de la lluvia. El viaje en las barcazas no era ya un viaje, sino una muerte lenta. Casi no se repartía comida, y ésta dejaba de suministrarse por completo en cuanto los presos eran desembarcados en la tundra, donde quedaban abandonados a merced de la Naturaleza.

En 1940 se hacían aún transportes en barcaza por el Dvina (y también por el Vitchegda). A. J. Oleniov realizó esta travesía. Era un viaje de muchos días, y los presos iban *de pie,* apretados en el fondo de la embarcación. Orinaban en recipientes de vidrio, que se pasaban de mano en mano y se vaciaban por el ojo de buey; y lo sólido iba a los pantalones.

A lo largo de varias décadas, los transportes en barcazas por el Yenisei se convirtieron en una institución. En los años treinta se construyeron en Krasnoiarsk —cerca de la orilla— unos cobertizos abiertos, en los cuales los presos esperaban días y días —en la fría primavera siberiana— ser embarcados[31]. Las barcazas del Yenisei tenían tres oscuras bodegas, una encima de otra. La única luz que había en ellas era la que penetraba por el hueco central, donde estaba la escala de mano. Para los guardianes había una caseta en la cubierta. Sólo tenían que vigilar las salidas y el agua, por si aparecía alguien en la superficie. Por más quejidos y voces que se oyeran pidiendo auxilio, nunca bajaban a las bodegas, ni sacaban a los presos a cubierta para que pasearan. En los transportes de 1937-1938 y 1944-1945 —y es de suponer que también en el intervalo—, los presos no recibieron asistencia médica alguna. Los deportados se colocaban en dos hileras en cada piso: una, con la cabeza junto a la borda, y la otra, a los pies de la primera. Para llegar hasta los cubos que hacen las veces de retrete, hay que pasar por encima de la gente. Y como no siempre se autoriza

a retirarlos oportunamente —y es algo que requiere imaginación el subir por una escalera el barril con los excrementos—, se desbordan, el líquido se desparrama por el suelo y cae sobre los pisos inferiores. La *balanda* la sacan los mismos presos en barriles, y se reparte detrás, en la inmutable penumbra —tal vez hoy hayan puesto luz eléctrica—, suavizada por la temblorosa luz de un farol. Una de estas barcazas podía tardar hasta un mes en llegar a Dudinka. Naturalmente, la travesía puede hacerse hoy en una semana. A causa de los bancos de arena y demás obstáculos para la navegación, el viaje podía prolongarse, por lo cual se acababan las provisiones y había que estar varios días sin comer (y, como se comprenderá, el «déficit» ya no se compensaba).

El inteligente lector puede imaginar el resto sin ayuda del autor. Como es natural, los delincuentes comunes ocupan el piso superior y los puestos situados cerca de la abertura, por la que penetra toda la luz y el aire. El reparto del pan es cosa suya y lo hacen a su antojo, y cuando el transporte es pesado, escamotean tranquilamente las raciones de la manada. Matan el tiempo jugando a las cartas, que ellos mismos hacen[32], y roban los envites a sus compañeros de viaje, para lo cual registran hasta el último rincón del barco. Cuando los efectos así reunidos han cambiado de manos varias veces, son enviados a los guardianes. Sí, el lector lo ha adivinado: los guardianes van a medias con los ladrones, y cuando no se reservan para sí las cosas robadas, las venden en los puntos de atraque, y en compensación mandan comida a los ladrones.

¿Y no hay resistencia? Sí, aunque sólo algunas veces, no muchas. He aquí un episodio que se produjo en una de estas barcazas, muy grande y marinera, durante la travesía desde Vladivostok hasta Sajalín: Siete hombres condenados por el artículo 58 se unieron para hacer morder el polvo a los criminales (*sukas*, «vagos»). Los *sukas*, que eran unos ochenta y —¿cómo no?— tenían su cuchillo, habían limpiado ya a toda la partida en la *peresylka* de Vladivostok «Tres-Diez». Son unas águilas para el registro, no les van a la zaga a los carceleros. Conocen todos los escondites posibles, pese a lo cual, siempre se escapa *algo*. Con el fin de apurar bien todas las posibilidades, poco después del embarque hicieron correr la voz: «El que tenga dinero, puede comprar tabaco». Al oírlo, Mischa Grachev sacó tres rublos que tenía bien escondidos. El delincuente Volodka, alias *Tatarin*, le increpó entonces: «¿Es que no vas a pagar el impuesto, granuja?». Y fue a arrebatarle el dinero. Un suboficial del Ejército, Pavel (el apellido no se conoce), lo apartó de un empujón. Volodka *Tatarin* le dio un puñetazo entre los ojos, y Pavel lo derribó. Al momento saltaron al combate entre veinte y treinta *sukas*, pero en torno a Grachev y Pavel se había formado una barrera defensiva. Allí estaban: Volodia Shpakov, excapitán del Ejército, Seriosha Potapov, Volodia Reunov y Volodia Tretiujin, todos ellos antiguos suboficiales, y Vasia Kravzov. ¿Y qué pasó? Apenas una escaramuza. Tal vez fuera la intrínseca cobardía de los criminales —que se oculta siempre tras los alardes de combatividad y chulería—, tal vez se irritaron los centinelas —el lance se desarrolló inmediatamente

debajo de la escotilla—, una de cuyas misiones sociales más importantes consistía en sacar a los *honrados ladrones* de la *peresylka* de Alexandrovsk (la que describe Chejov) y de las obras de Sajalín; lo cierto es que los criminales retrocedieron y se limitaron a amenazarlos: «¡Cuando desembarquemos, os haremos astillas!». (No hubo ninguna batalla ni se hizo astillas a nadie. En la *peresylka* de Alexandrovsk los *sukas* esperaban encontrar serias dificultades: entretanto, los *honrados* se habían establecido firmemente).

Los barcos que hacían el viaje a Kolyma eran muy parecidos a las gabarras de carga, pero de mayor tamaño. Por extraño que pueda parecer, aún viven algunos de los presos que en la primavera de 1938 fueron deportados en la célebre misión del *Krassin*. Este abría paso, entre los hielos primaverales, a cuatro cascarones: el *Dshurma*, *el Kulu*, *el Nevostroi* y el *Dnieprostroi*. También las oscuras y frías bodegas estaban divididas en tres pisos, pero en cada uno de ellos había camastros de madera. No todo estaba a oscuras, sino que había algún que otro farol o lámpara de aceite. También se podía pasear por cubierta, aunque por turnos. Cada barco llevaba de tres a cuatro mil hombres. La travesía duró más de una semana, y el pan embarcado en Vladivostok empezó a criar moho. La ración se redujo de seiscientos a cuatrocientos gramos. También había pescado, pero lo que es agua potable… Bueno, dejémonos de malicia por las *dificultades transitorias* surgidas a propósito del agua. Por lo demás, las travesías marítimas se distinguen de las fluviales por las tempestades y los consiguientes mareos. Los hombres, extenuados, yacen en medio de un repugnante charco de vómito, que todo lo impregna. Durante el viaje se produjo un curioso interludio político. Los barcos tenían que cruzar el Estrecho de La Pérouse, cerca de las islas del Japón. Por ello se desmontaron las ametralladoras de los puentes, se vistió de paisano a los soldados de la escolta, se taparon las bodegas y se prohibió subir a respirar a cubierta. En los documentos de embarque se había hecho constar, en Vladivostok, que no se transportaban prisioneros —¡Dios nos libre!—, sino trabajadores debidamente contratados. Gran número de pequeñas embarcaciones japonesas rodearon al convoy, sin sospechar nada anormal. En otro viaje, en 1939, se desarrolló en el *Dshurma* el siguiente episodio: Unos cuantos delincuentes comunes se introdujeron en el ropero, robaron lo que quisieron y prendieron fuego al resto. Y esto sucedió muy cerca de la costa del Japón. Al ver salir humo del *Dshurma*, los japoneses ofrecieron su ayuda, pero el capitán la rechazó y *no permitió siquiera que se abrieran las escotillas*. Cuando los japoneses se perdieron de vista, fueron arrojados por la borda los cadáveres de los que habían muerto asfixiados por el humo. Por el contrario, los víveres, chamuscados y estropeados, fueron entregados al campo para alimentación de los reclusos[33].

Frente a Magadán, el convoy quedó apresado por los hielos. Ni siquiera el *Krassin* logró pasar —todavía era invierno, demasiado pronto para navegar por aquellos mares, pero Kolyma necesitaba con urgencia mano de obra—. El 2 de mayo, los presos fueron desembarcados en el hielo, lejos de la orilla. A los ojos de los recién

llegados se ofreció el panorama poco halagüeño de la Magadán de entonces: áridas montañas volcánicas, ni un árbol, ni un triste matorral, ni un pájaro, unas míseras cabañas de madera y el edificio de una sola planta del *Dalstroi*. A pesar de todo, para salvar las apariencias, y como si en lugar de unos sacos de huesos que iban a alfombrar los auríferos campos de Kolyma, fueran ciudadanos soviéticos, transitoriamente aislados, con posibilidad de volver a una vida creadora, se les recibió con música. La orquesta del *Dalstroi* tocaba marchas y valses, mientras los hombres, demacrados y medio muertos, desfilaban sobre el hielo en triste cortejo, arrastrando el equipaje que habían traído de Moscú (aquella remesa, eminentemente política, apenas había tenido el menor contacto con delincuentes comunes) y transportando sobre los hombros a los que no podían andar, reumáticos o amputados (ni siquiera los mutilados podían eludir el cumplimiento de la pena).

Pero estoy viendo que voy a empezar a repetirme, que muy pronto se me hará aburrido el escribir, y al lector, monótono el leer, pues él ya sabe lo que ahora viene: que los cargan en camiones, en los cuales corren centenares de kilómetros; que luego siguen viaje a pie durante varias docenas de kilómetros más; que van a establecer nuevos campos de trabajo y trabajarán desde el primer momento, y comerán pescado, y harina y masticarán nieve. Y dormirán en tiendas.

Sí, es verdad. Pero antes, en Magadán, los alojarán en tiendas polares parecidas, y los someterán a un reconocimiento, a fin de determinar su utilidad para el trabajo por el estado de su trasero (y los declararán útiles a todos). Y luego los llevarán al baño, y ellos tendrán que despojarse de sus abrigos de cuero, de sus pellizas a lo Romanov, de sus chaquetas de lana, de sus trajes hechos a medida y de sus botas de cuero o de fieltro (pues no se trataba de unos pobres *mujiks*, sino de altos jefes del Partido, periodistas, directores de empresa, administradores, funcionarios, profesores de Economía Política que, ya a principios de los años treinta, habían aprendido a apreciar la buena ropa). «¿Y quién vigila todo esto?», preguntan los novatos, inquietos. «¡Bah, como si vuestras cosas interesaran a alguien!», responde el personal, ofendido «Podéis entrar con toda tranquilidad». Y ellos entran. Pero tienen que salir por otra parte, y allí les dan una blusa y un pantalón de algodón negro, chaqueta guateada sin bolsillos y zapatos de piel de cerdo. (No, no es una tontería. Esto significa el adiós a la vida de antes, a los cargos, a las vanidades). «¿Y nuestras cosas?», preguntan ellos, sorprendidos. «¡*Vuestras* cosas se quedaron en casa! —les grita cualquier *natchalnik*—. En el campo no hay nada vuestro. Aquí impera el *comunismo*. ¡El primero, adelante!».

Y si de comunismo se trataba, ¿qué podían decir ellos? Al fin y al cabo, les habían consagrado su vida.

Había también transportes a caballo y transportes a pie. Todos lo recuerdan, ¿no?, cuando, en la telega *Domingo*, una mañana de sol, fueron desde la cárcel hasta la estación. Pero ¿y en Minusinsk, en 1940? Después de un año sin dejarlos siquiera salir al patio a pasear, un día los sacaron de la cárcel, los hicieron formar en columna

y los obligaron a caminar veinticinco kilómetros, hasta Abakán. No estaban acostumbrados a andar, ni a respirar al aire libre, ni a ver la luz del sol. Por el camino murieron unos diez. No se escribirá sobre ello una gran novela, ni siquiera un capítulo. Y es que el que vive delante del cementerio no puede llorarlos a todos.

La caravana a pie es la precursora de la deportación en masa por ferrocarril, del «stolypin» y del vagón de ganado. En nuestros días es cada vez menos frecuente, y se da sólo allí donde es imposible el transporte mecánico. Así se procedió con los presos durante el sitio de Leningrado. Hasta llegar adonde esperaban los trenes rojos, había que atravesar el lago Ladoga (las mujeres marchaban junto a los prisioneros de guerra alemanes, y ahuyentaban con bayonetas a nuestros hombres, para que no les quitaran el pan. El que se desmayaba era inmediatamente despojado del calzado y, estuviera vivo o muerto, arrojado a un camión). También hubo transportes a pie, en los años treinta, en el campo de tránsito de Kotlas: Salían a diario partidas de cien hombres hacia Ust-Vym (300 kilómetros) o hacia Chib-Yu (más de 500). Una vez, en 1938, marchó también a pie un grupo de mujeres. Hacían veinticinco kilómetros al día. Los soldados de la escolta, con dos perros, empujaban con las culatas de los fusiles a las rezagadas. Es de suponer que los efectos de los presos, la cocina y los víveres, seguían a la columna en carros, lo cual establece la semejanza con las clásicas caravanas de presos del siglo pasado. Ni siquiera faltaban los albergues nocturnos, ruinosas casas abandonadas por los llamados *kulaks*, o *isbas* sin puertas ni ventanas. La Administración de Kotlas calculaba las provisiones para la duración teórica del viaje, para una marcha sin incidentes, ni un día más (el principio básico de todos nuestros cálculos). Si había retrasos, las raciones se «estiraban», sirviendo a los presos un brebaje de harina de centeno sin sal, o nada. En esto se aprecia una cierta desviación de la línea clásica.

En 1940, la partida de Oleniov tuvo que cruzar la taiga a pie, desde Kniazh-Pogost hasta el Chib-Yu, después del viaje en barco. Y se hizo sin comer. La gente bebía agua del pantano, enfermaba de disentería y caía desvanecida. Los perros hacían trizas las ropas de los caídos. En el Izhma, cogían peces con los pantalones y se los comían crudos. (Y al llegar a un claro del bosque recibieron la orden: «¡Aquí tenéis que construir la línea ferroviaria Kotlas-Vorkuta!»).

Y en muchos otros puntos de nuestro norte europeo, los transportes a pie prosiguieron hasta que, por las líneas que tendieron los presos de los primeros años empezaron a rodar los trenes rojos, llenos de deportados de la segunda oleada.

Los transportes a pie necesitan su técnica, que ha sido desarrollada en los lugares en los que es frecuente el trasiego. Y cuando, al pasar una partida por los senderos de un bosque de Kniazh-Pogost, de pronto cae al suelo un preso y no puede continuar, ¿qué hacer? Pensadlo bien. ¿Detener la marcha de toda la columna? Tampoco se puede dejar a un centinela al lado de cada rezagado o de cada desmayado… Los soldados escasean, y los presos, no. De manera que… el soldado se queda atrás un momento, y en seguida se reúne con la columna, ya solo.

Los transportes a pie entre Karabas y Spask se convirtieron en una rutina de gran duración. Había que cubrir sólo unos treinta y cinco o cuarenta kilómetros, pero tenían que hacerse en un solo día, con mil hombres a la vez, muchos de ellos, enclenques. Es de prever que muchos caerán por el camino, indiferentes a la amenaza de la muerte. ¿Disparar contra ellos? No pueden más. No temen a la muerte, pero quizá teman al bastón, el incansable bastón que cae una vez y otra… ¡Mira, ya se levantan! Nunca falla, está demostrado. Por ello, la columna de presos no sólo lleva una escolta de soldados armados de ametralladora, que se mantienen a una distancia de cincuenta metros, sino, además, otro cordón de soldados que, en vez de fusil, llevan un bastón. Los que se quedan atrás son apaleados (como había «profetizado» el camarada Stalin); llueven los bastonazos, y ellos ya no tienen fuerzas, pero siguen andando y, milagrosamente, llegan a su destino. Ellos no saben que se trata de la *prueba del bastón*, y que quienes, a pesar de los golpes, no se levantan, son recogidos por los carros, que siguen a gran distancia. Experiencia de la organización. Parece justificado preguntar: ¿Por qué no cargarlos a todos en los carros? Y ¿de dónde iban a salir carros y caballos para tanta gente? Hoy se viaja en tractor. Y, además, ¡lo que cuesta la avena! Este sistema de transporte estuvo en auge en los años 1948-1950.

Sin embargo, en los años veinte se recurría aún mucho a los transportes a pie. Yo era muy niño, pero recuerdo haberlos visto pasar por las calles de Rostov. Ahora me doy cuenta de que la consabida amenaza, «¡… se abrirá fuego sin previo aviso!», sonaba entonces de modo distinto, porque la técnica también era distinta, y los soldados de la escolta estaban armados únicamente con sable. Entonces decían: «¡El que dé un paso hacia los lados, será derribado a sablazos!». La frase impresiona: «a sablazos»… Ya te parece estar viendo cómo le abren a uno la cabeza.

Todavía en febrero de 1936 pasó por Nizhni Novgorod una partida de *mujiks*, de barba gris, a los que traían del otro lado del Volga —la «Rusia decadente»—, con chaquetones tejidos a mano, calzado de esparto y altas polainas. De pronto cruzan la carretera tres automóviles. En uno de ellos va Kalium, el presidente del VZIK. La columna se detiene. Kalinin pasa rápidamente. Para él no tiene importancia aquello.

Cierra los ojos, amigo lector. ¿No oyes retumbar las ruedas? Son los «stolypin» que pasan. Son los trenes rojos. A todas horas del día y de la noche. Todos los días del año. Y ahora, ¿oyes el chapoteo? Son las barcazas. ¿Y oyes también el rugido de los motores del *cuervo*? En todo momento se trae y se lleva a alguien. ¿Y ese murmullo sordo? Son las celdas de la *peresylka*, que rebosan. ¿Y ese llanto? Es la queja de los que han sido robados, violados, desollados.

Hemos pasado revista a todos los sistemas de transporte, y hemos averiguado que son a cuál peor. Hemos huroneado por las cárceles de tránsito… y no hemos podido descubrir ni una sola que fuera buena. Y resulta vana hasta la última esperanza de que, al fin, se suavizará la cosa y que en el campo tal vez se esté mejor.

Pero no; en el campo se está aún peor.

IV
De isla en isla

Pero también se transporta a los *zekos* de isla en isla mediante un solitario barquichuelo. Eso se denomina convoy especial. Es la forma de transporte menos opresiva, parece casi un viaje ordinario, pero pocos disfrutan de él. Sin embargo, en mi vida presidiaria se me ha ofrecido tres veces la oportunidad de viajar así.

El convoy especial se forma cuando lo dispone alguna personalidad eminente. No debemos confundirlo con la *expedición especial*, que se decreta asimismo en las altas esferas de la autoridad. Usualmente, el expedicionario especial debe incorporarse a un transporte ordinario aun cuando ello no le impida hacer maravillosos recorridos (con el consiguiente disfrute). Así viajó, por ejemplo, Ans Bernshtein con una expedición especial desde el Norte hasta el bajo Volga para ayudar en las faenas agrícolas. Una travesía semejante está llena de afrentas indescriptibles, se sufren las humillaciones usuales, los ladridos de costumbre, los pinchazos de bayonetas con el habitual bramido: «¡Media vuelta a la derecha, media vuelta a la izquierda…!», hasta que te hacen apearte repentinamente en la pequeña estación de Sansevatka, donde te recibe un guardián parsimonioso, sólo uno, que ni siquiera lleva fusil y que te dice bostezando: «¡Bueno, estupendo! Pasarás la noche en casa. Mientras tanto, puedes darte un paseo por ahí. Mañana te llevaré al campamento». Y Ans se da *el paseo*. Dime, ¿sabes lo que significa *ir a pasear* cuando has pasado entre rejas diez años y te has despedido equis veces de la vida? ¿Cuando mañana temprano te recogerá el «stolypin» para dejarte en el campamento un día y medio después? Así, pues, él emprende su caminata y se detiene para contemplar cómo escarban las gallinas en el huerto de la estación, y cómo, antes de emprender el camino a casa, varias campesinas recogen la mantequilla no vendida en el tren y los melones sobrantes. Ans da tres pasos, cuatro y hasta cinco de costado sin oír bramar la voz de «¡alto!», acaricia las hojas de acacia con dedos incrédulos y está al borde del llanto.

El convoy especial es una absoluta maravilla desde el primer día hasta el último. Aquí no saboreas las delicias del transporte ordinario, no necesitas llevarte las manos a la espalda, ni sentarte en el suelo, ni desnudarte…, sí, e incluso se prescinde de la criba. Los centinelas se comportan cortésmente, hasta charlan contigo. Ahora bien, te hacen algunas advertencias, claro está: «Si intentas huir se disparará contra ti, como de costumbre. Nuestras pistolas están cargadas, las llevamos en el bolsillo. Pero es preferible viajar con tranquilidad, ¿no? Si te conduces con naturalidad, nadie notará

que eres un penado». (¡Ruego expresamente se me permita observar que, aquí, los intereses del individuo concuerdan a más no poder, como siempre, con los del Estado!).

Aquel día mi vida de campamento experimentó un repentino cambio cuando, al toque de diana, inicié la faena diaria con mis agarrotados dedos (el manejo de la pesada herramienta los había anquilosado hasta el punto de impedirme estirarlos) en la brigada de carpintería y oí que el capataz me dirigía la palabra con desusada cortesía: «¿No sabes? El ministro del Interior ha dispuesto»…

Al parecer, yo permanecería allí mientras los demás trabajadores abandonarían la zona. Pronto me vi rodeado de *pridurkis*. Unos dijeron: «Te endosarán otra prórroga». Algunos opinaron: «Te soltarán». Pero todos estimaron unánimemente que no me sería posible eludir al ministro Kruglov. Así, pues, mi pensamiento empezó a oscilar también entre una nueva prórroga y la excarcelación. Olvidé por completo que, medio año antes, había llegado al campamento un tipo que nos hizo rellenar unos impresos del GULAG (habían empezado a hacerlo después de la guerra en los campamentos más próximos, y la acción no había dado fin todavía). La pregunta más importante de aquel cuestionario concernía a la profesión. Y los penados, deseosos de realzar su valía, anotaban los oficios más codiciados en el GULAG: «barbero», «sastre», «panadero»… Recuerdo que yo fruncí el entrecejo y escribí: «físico atómico». Jamás había sido semejante cosa, tan sólo antes de la guerra asistí a un cursillo sobre el tema, lo cual me permitía enumerar las partículas atómicas y sus respectivos valores: así, pues, ¡adelante y anotémoslo! Eso ocurría el año 1946, cuando había gran demanda de bombas atómicas. Pero no atribuí gran importancia a aquella ficha y pronto la olvidé.

En los campamentos circula una leyenda algo enmohecida, nada fiable ni confirmada por nadie: al parecer, existen diminutas *islas paradisíacas* en alguna región de este Archipiélago. No hay quien las haya visto y si alguien ha regresado de ellas procura guardar el secreto. Según se dice, son islas donde fluye la leche y la miel, islas donde un *zeko* se alimenta por lo menos con nata y huevos; allí reina la limpieza, hay una temperatura siempre tibia y el trabajo es de tipo intelectual, así como secreto.

Pues bien, tras una prórroga demoledora y gracias a ella di con mis huesos en una de esas islas paradisíacas (denominadas *charashki* según la jerga del presidiario). Si hoy conservo la vida, debo agradecérselo a ellas porque en el campamento me hubiera sido imposible sobrevivir a aquellos ocho años interminables. También debo agradecerles la composición de esta memoria, aunque no me parezca ver ningún porvenir para ella.

Justamente se me transportó a aquellas islas en un convoy especial; fui de una a otra, de la segunda a la tercera y la cuarta: íbamos dos guardianes y yo.

Algunas veces las almas de los muertos nos rondan, nos vigilan, adivinan sin dificultad nuestros más insignificantes anhelos mientras nosotros no podemos ver ni

sospechar siquiera su presencia incorpórea…, pues bien, esta misma descripción es aplicable al viaje con la vigilancia especial.

Tú emerges en la espesura del *exterior libre*, deambulas por la sala de espera, examinas con mirada ausente los edictos que ya no pueden perjudicarte. Luego te sientas en un deteriorado «diván» para viajeros y escuchas conversaciones extrañas e intrascendentes: una mujer ha abandonado o apaleado a su marido, una suegra ha disputado con su nuera, quién sabe por qué, los vecinos consumen demasiada electricidad y, por añadidura, no se limpian los zapatos, alguien se ha atravesado en el camino de otro, y alguien más ha prometido a quienquiera que sea un buen empleo, pero en otra ciudad, y, ¿cómo hacer para cargar con todos los bártulos?, eso no es una insignificancia, ¿verdad? Mientras oyes todo cuanto se dice, sientes un súbito escalofrío cuya causa es la resignación: ¡Pues has percibido ya con tanta claridad la verdadera medida de todas las cosas en el mundo circundante!, ¡la medida de todas las flaquezas y pasiones! Y a los pecadores en torno tuyo les está vedada esa percepción. Sólo tú, el incorpóreo, vives realmente, de verdad; los demás, ¡esos infelices!, creen estar vivos y se equivocan.

¡El abismo entre nosotros es infranqueable! Tú no los puedes exhortar ni acusar, no les puedes asir por los hombros y sacudirlos: tú eres espíritu, espejismo, y ellos cuerpo material.

¿Cómo inspirarles, pues? ¿Mediante la desaparición mágica o la transmisión del pensamiento? ¿Durante el sueño? ¡Hermanos…! ¿Para qué se os ha donado la vida? Hacia la tenebrosa medianoche se abren las celdas de los condenados a muerte y unos seres humanos de almas grandiosas se encaminan al patíbulo. En este mismo instante, a esta misma hora, esos seres viajan por todas las vías férreas del país; después de engullir un arenque se pasan la lengua amarga por los labios resecos, sueñan con el placer de estirar las piernas, con el descanso tras la marcha al urinario. En Orotukán la tierra se derrite hasta un metro de profundidad durante el verano…, y sólo entonces es posible enterrar allí los despojos de quienes han muerto durante el invierno. Pero vosotros tenéis sobre vuestras cabezas el cielo azul y bajo el cálido sol el derecho a determinar vuestro propio destino, beber agua, sentaros extendiendo las piernas, trasladaros sin vigilancia adonde os plazca. ¿Cuál es el objeto de los zapatos no abrillantados, y cuál la importancia de la suegra? ¿Queréis que os revele ahora mismo el secreto de la vida, lo más trascendente en ella? No persigáis lo engañoso, ni las posesiones, ni los títulos: eso se paga con los nervios, se adquiere al cabo de varias décadas y en una noche te lo confiscan. Vivid con serena superioridad ante la vida…, no temed la desdicha ni añorad la felicidad, pues ambas actitudes vienen a ser lo mismo. La amargura no se prolonga eternamente y la medida del placer nunca se completa. Alegraos cuando no tiritéis de frío, cuando el hambre y la sed no desgarren vuestras entrañas. Cuando no sintáis rota la espina dorsal, cuando podáis caminar con ambas piernas, y asir cosas con ambas manos, y ver con ambos ojos y oír con ambas orejas…, pues siendo así, ¿a quién necesitáis envidiar? ¿Y por qué? La envidia es lo

que más nos tortura. Restregaos bien los ojos y aguzad la mirada, purificad vuestro corazón…, y entonces podréis aquilatar perfectamente a quienes os quieren de verdad y desean vuestro bien. No les hagáis daño alguno, no pronunciéis palabras malévolas contra ellos, ni permitid que las disputas os separen de unos u otros: pues, ¿cómo podréis saber que ése no sea vuestro último acto antes del arresto…? ¿Acaso queréis conservar tan desagradable recuerdo?

Pero mis guardianes acarician las negras culatas de sus pistolas. Estamos sentados en un banco, tres compañeros mesurados, tres amigos apacibles.

Me restriego la frente, cierro los ojos y veo, al entreabrirlos, el mismo sueño: gentes a quienes nadie vigila. Sé, con toda seguridad, que esta noche dormiré todavía en una celda y que mañana regresaré a esa celda. ¿Qué pretende el revisor con sus tenacillas perforadoras? «Billetes…, por favor». «Ahí…, el compañero».

Los vagones están repletos (bueno, «repletos» según el concepto de los hombres *libres*; nadie se acurruca bajo los asientos ni se acuclilla en el pasillo). Se me ha advertido que me conduzca con discreción. Yo me atengo a lo dicho, nadie podría superar mi prudente comportamiento: en el departamento más próximo descubro un asiento libre junto a la ventanilla y lo ocupo sin dilación. Pero, desgraciadamente, no hay sitio para los guardianes en este departamento. Ambos se apostan ante la entrada y me miran de reojo con afecto. En Perebory se desocupa el asiento frente a mí, pero cuando mi guardián se abalanza sobre él lo ha ocupado ya otro; mi nuevo compañero de viaje tiene un auténtico rostro bovino, lleva zamarra de piel, gorra de piel y ase una sencilla pero sólida maleta de madera. Reconozco ese modelo de equipaje: producto del campamento, *made in Archipiélago*.

«¡Uf!», se lamenta el gañán. A pesar de la penumbra observo que su rostro está congestionado. Debe de haber tenido alguna disputa al subir. El hombre saca una botella y dice: «¿Quieres un trago de cerveza, camarada?». Sé que mi guardián está temblando de inquietud: No me está permitido beber alcohol, ¡es una prohibición estricta! Pero… debemos comportarnos discretamente. Así, pues, respondo con tono indiferente: «No viene mal, gracias». (¡Cerveza! ¡¡Cerveza!! ¡Tres años sin hacer pasar ni una gota por la garganta! Mañana podré vanagloriarme en la celda: «¡He bebido cerveza!»). El sujeto me alarga la botella, y yo, estremeciéndome, me echo un trago al coleto. Entretanto ha oscurecido. El vagón no tiene luz: miserias de la posguerra. En el maltrecho farol sobre la puerta corredera arde un cabo de vela para iluminar cuatro departamentos: dos por detrás y dos por delante. Conversamos amistosamente; no nos lo impide el hecho de que apenas nos veamos uno a otro. Mi guardián se inclina casi hasta caerse, pero sus esfuerzos son inútiles con el traqueteo de las ruedas. Llevo escondida en el bolsillo una tarjeta postal para casa; dentro de un instante revelaré mi identidad al bonachón interlocutor y le rogaré que la eche en cualquier buzón. Su maleta te hace suponer que él ha estado también en chirona. Sin embargo, el hombre se me anticipa. «¡Cuánto me ha costado conseguir este permiso! —dice—. No me han dejado salir durante dos años. ¡Qué diablos! ¡Un servicio de

perros!». «¿Dónde es eso?». «No puedes conocerlo. Soy un *asmodi* con ribetes azules. Jamás has visto uno, ¿verdad?». ¡Maldita sea mil veces! ¿Cómo no se me habrá ocurrido antes? Perebory es el centro del *volgolag*, y este sujeto habrá escamoteado la maleta a los prisioneros… ¡se lo han hecho de balde, seguro! ¡Cómo se entretejen nuestras vidas! ¡Dos *asmodis* en dos departamentos de tren…! ¡No, eso es poco; tal vez haya un tercero y un cuarto acechando en cualquier lugar! ¡O quizás uno por cada departamento…! Y entonces cabe preguntarse cuántos de los nuestros viajan en convoy especial…

Mi interlocutor lloriquea sin cesar lamentando su fatal destino. Entonces observo enigmáticamente: «¿Y supones que la vida es más fácil para aquellos a quienes vigilas, aquellos condenados a diez años por nada y de lo cual no han obtenido nada?». El recoge velas al instante y enmudece hasta la mañana siguiente: Pese a la penumbra, debe de haber percibido ya que llevo unas ropas extrañas, casi militares, y eso lo habrá extrañado. ¡El diablo sabe si yo, a quien tomara por un simple soldado licenciado, no seré un agente secreto, uno de los que capturan fugitivos y disimulan sentándose aquí en el compartimiento! ¡Vaya!, ¡y él quejándose del campamento a voz en grito…!

El cabo de vela está extinguiéndose, pero todavía flamea. Ahí fuera, bajo la tarima de equipajes, un joven de voz agradable cuenta al tercer guardián algunas cosas sobre la guerra, sobre la verdadera, la que no se describe en los libros; según dice, él sirvió con ingenieros, y refiere hechos creíbles, auténticos. Te causa gran alivio el comprobar que, a pesar de todo, se puede proclamar sin cortapisas la verdad y hacerla llegar a cualquier oído extraño.

Yo podría haber relatado también… ¡E incluso me gustaría hacerlo! Pero no…, desde ahora nunca más. Los cuatro años de mi guerra parecen haberse esfumado. No creo ya siquiera en su existencia, ni me agrada rememorarlos. Los dos años *aquí*, los dos años pasados en el Archipiélago se han intercalado delante de los cuatro años recorridos a zancadas en el frente, delante de la camaradería vivida allí. Una cuña impele a los otros.

Y ¡mira lo que son las cosas! Las breves horas pasadas entre *hombres libres* han bastado para hacérmelo percibir: mis labios están paralizados, no he perdido nada entre estas gentes, me encuentro como si estuviera atado y amordazado. ¡Añoro… la conversación sin trabas! ¡Añoro… el hogar! ¡Quiero volver a casa, al Archipiélago!

Por la mañana *olvido* mi tarjeta postal sobre la tarima superior. Cuando la asistenta limpie el vagón la encontrará y la echará en el buzón, pues, ¡al fin y al cabo, es un ser humano!

Salimos a la plaza de la estación del Norte. Mis guardianes demuestran, una vez más, que son meros principiantes; no saben andar por Moscú. Yo decido en su lugar y tomamos el tranvía «B». Hay gran alboroto ante la parada y por toda la plaza. Es la hora de ir a trabajar. Un vigilante sube adonde está el conductor y le muestra su carnet del MVD. Nos erguimos enorgullecidos como representantes del puesto

soviético en la plataforma delantera, sin necesidad de sacar billete. Se rechaza a un anciano intruso: ¡Sube por la puerta de entrada, no eres un inválido!

Nos aproximamos a Novoslobodskaya y nos apeamos. Por primera vez veo la prisión de Butyrki desde el exterior, aun cuando es mi cuarto ingreso allí; me sería muy fácil dibujar el plano del interior. ¡Ah, ahí está el muro de aspecto amenazador contorneando dos inmensos bloques! El corazón de los moscovitas se paraliza ante la vista de aquellos portalones acerados que se abren lentamente. Pero yo abandono la necesidad moscovita sin lamentarlo y cuando paso por la abovedada garita es como si volviera a casa, sonrío en el primer patio, pues he reconocido inmediatamente la familiar puerta tallada de la entrada principal…, y no me disgusta lo más mínimo que, poco después, me coloquen de cara a la pared para dispararme sus monótonas preguntas: «¿Se llama…? ¿Nombre y apellido paterno? ¿Año de nacimiento…?». ¡Mi nombre…! ¡Yo soy el vagabundo de las estrellas! Mi cuerpo está encadenado, pero ellos no tienen ningún poder sobre mi alma.

Sé que tras varias horas de manipulaciones ineludibles con mi cuerpo —a la jaula, el registro, el recibo de entrega, luego llenar la ficha de ingreso, desinfectarse y ducharse— se me conducirá a una celda con dos compadres y un arco en el centro (todas las celdas son idénticas) más dos ventanales y un armario con mesa en una sola pieza. Allí encontraré unos individuos todavía desconocidos para mí pero, sin duda, serán hombres sagaces, interesantes, que se mostrarán amigables conmigo…, y ellos me contarán cosas y yo les contaré otras y, al llegar la noche, no querré dormir de ninguna forma.

En las escudillas de latón se ha grabado un nombre para que nadie se las lleve al campamento: «Bu Tiur». Sanatorio Bu Tiur…, así lo llamábamos en broma la última vez. Un sanatorio poco conocido entre los personajes obesos. Ellos se van con sus panzas al balneario de adelgazamiento en Kislovodsk, marchan a paso de carga por rutas jalonadas, hacen gimnasia y sudan durante un mes para perder dos o tres kilos. En el sanatorio Bu Tiur, a la vuelta de la esquina, cualquiera de ellos podría soltar sin grandes fatigas veinte libras por semana.

Se ha verificado. Actúa con plena garantía.

Uno de los descubrimientos que haces en prisión es que el mundo resulta pequeño, incluso muy pequeño. Desde luego, el número de habitantes en el Archipiélago, cuyas fronteras se extienden por todo el territorio, es muy inferior a la población de la Unión. El número exacto es algo insondable para nosotros. Cabe suponer que en los campamentos no hay nunca *simultáneamente* más de doce millones[34] (cuando algunos muerden el polvo, la maquinaria se apresura a cubrir las bajas). La mitad escasa de ellos, no más, son presos políticos. ¿Seis millones…?, no es una cifra exagerada, semejante a la de un pequeño país como Suecia o Grecia donde se conoce mucha gente. ¿Por qué extrañarnos, pues, si en cada celda de una prisión provisional es suficiente escuchar un rato y cambiar algunas palabras con los compañeros para

encontrar infaliblemente amigos comunes? (No, nada tiene de sorprendente que D., tras un año de incomunicación en una celda individual, tras la Sujanovka, donde casi lo mató a palos Riumin, y tras su marcha desde el hospital a la celda de la Lubianka, donde aterrizó por fin, sólo necesitara mencionar su nombre para que el perspicaz F. lo recibiera con esta exclamación: «¡Vaya, vaya! ¡Yo le conozco a usted!». «¿De dónde?». D. se puso en guardia: «Se equivoca». «Nada de eso. Usted es, sin la menor duda, el americano Alexander D., el secuestrado, como lo publicó la falaz Prensa burguesa y lo desmintió la "Tass". Entonces yo estaba fuera y lo leí todo»).

Suelo pasar buenos ratos cuando traen uno nuevo a la celda (no tiene nada de novato, aunque se deslice con aire furtivo y aturdido; es un *zeko* de vieja cepa). También me divierte entrar en una nueva celda (aunque renunciaría gustoso al resto, bien lo sabe Dios), esbozando una mueca desenfadada y saludando con la mano en alto: «¡Hola, camaradas!». Y luego preguntar, mientras arrojo mi hato sobre el catre: «Bueno, ¿qué hubo de nuevo en la Butyrki el año pasado?».

Nos presentamos mutuamente. Un sujeto joven, Suvorov (artículo 58). A primera vista no ves nada de particular en él, pero no te descuides, no te descuides: En la *peresylka* de Krasnoiar estuvo encerrado con un tal Majotkin…

—¿Estancia con el aviador polar?

—Sí, sí. Su nombre…

—… lleva una isla en la bahía de Taimir. Él también está entre rejas por el 58-10. Dígame, ¿le han despachado ya a Dudinka?

—Sí. ¿Cómo lo sabe?

Formidable. Un eslabón más en el historial de Majotkin, un individuo absolutamente desconocido para mí. Jamás me encontré con él y quizá no se dé nunca la oportunidad de hacerlo, pero la industriosa memoria ha almacenado todo cuanto conozco sobre él: Majotkin recibió un *decenio*, pero la isla no era innominada, pues aparece en todos los mapas del mundo (claro, no es una isla GULAG). Llegó en el avión *sharashka* a Bolchino, y allí no soportó la estancia entre los ingenieros, pues, ¿qué haría él, un aviador, sin su aviación? Entonces se dividió aquel paraíso de Sharashka; Majotkin marchó a la mitad de Taganrog, y entonces creí haberlo perdido de vista para siempre. En la otra mitad, la de Rybinsk, se me contó que el muchacho se había ofrecido para hacer vuelos al Alto Norte. Ahora sé que efectivamente se le concedió autorización. Aunque esos datos no me sirvan de nada, yo los anoto. Y, diez días después, me encuentro en la jaula del baño (en la Butyrki hay espléndidas jaulas con grifos y bañeras para descargar la gran *bania*) con un tal R. Tampoco conozco a este R., pero eso se remedia cuando me revela que ha pasado medio año en la enfermería de la Butyrki y ahora partirá hacia Rybinsk en Zharashka. Dentro de tres días, cuando llegue a Rybinsk en «buzones herméticos» —donde se corta toda comunicación del prisionero con el mundo exterior— sabrán que Majotkin está en Dudinka, y allí tendrán también noticias de mi destino ulterior. Así es el correo de los presos: espíritu observador, memoria, encuentros.

¿Y quién es ese simpático sujeto con gafas de concha? Se pasea por la celda canturreando con agradable voz de barítono una balada de Schubert:

Vagabundo silencioso que siente poca alegría
Y siempre interroga el suspiro: ¿adónde?, ¿adónde todavía?
En el hálito del espíritu me llega la respuesta:
Allá donde tú no moras, allá reina la felicidad.

—Zarapkin, Sergei Romanovich.

—Permítame decirle que ya lo conozco. Biólogo, ¿verdad? Rechazó la repatriación. Desde Berlín, ¿eh?

—¿Cómo sabe todo eso?

—Bueno, ¿y por qué no? ¡El mundo es tan pequeño! Allá por 1946 estuve con Nikolai Vladimirovich Timofeiev-Ressovski…

… ¡Ah, aquello sí era una celda! ¡Tal vez fuera la más esplendorosa de toda mi vida penitenciaria! Corría el mes de julio. La enigmática «orden del ministro de Gobernación» me había llevado desde el campamento a la Butyrki. Aunque llegamos después del almuerzo, la rutinaria recepción duró once horas debido a la enorme sobrecarga de trabajo; así, pues, serían las tres de la madrugada cuando me sacaron exhausto de las jaulas para conducirme a la celda 75. Bajo dos bombillas deslumbrantes aplicadas a ambas bóvedas, la celda se agitaba en un sueño febril: asimismo el tórrido aire de julio no podía entrar por las rejas abozaladas, era asfixiante. Las moscas zumbaban inquietas posándose sin cesar sobre los durmientes que se estremecían y manoteaban acá y acullá. Algunos se habían puesto un pañuelo sobre los ojos para protegerse de aquella luz cruda. De la letrina llegaba un hedor insufrible, el calor aceleraba la descomposición. Nuestra celda, con capacidad para veinticinco hombres, no estaba exageradamente repleta: habría ochenta a lo sumo. Formaban apretadas hileras sobre los catres a derecha e izquierda, sobre las tarimas adicionales que llenaban el pasillo y por todas partes surgían piernas; el tradicional mueble «butyrki», medio mesa medio armario, había sido apartado hacia el retrete. Precisamente allí descubrí un pequeño espacio libre y me tendí. Quienes quisieran desahogar sus necesidades estarían saltando sobre mí hasta la mañana siguiente.

Cuando el ranchero ladró la orden «¡en pie!», toda la celda se puso en movimiento: se retiraron las grandes tarimas empleadas como literas y se colocó la mesa ante la ventana. Pronto se acercaron los entrevistadores para preguntarme si era recién llegado de fuera o procedía del campamento. Supe a mi vez que en la celda habían confluido dos corrientes: primero, la usual de los recién condenados esperando su traslado al campamento, y una contracorriente procedente del campamento y compuesta exclusivamente de especialistas —físicos, químicos, matemáticos e ingenieros— que ignoraban todavía adónde se les llevaría, si bien ellos

suponían expectantes que fuera a algún prometedor instituto de investigación científica. (Aquello me tranquilizó: evidentemente, el ministro no había propuesto una nueva prórroga para mí). Poco después se me aproximó un individuo, no viejo, muy huesudo (extraordinariamente flaco) y con una nariz algo encorvada hacia abajo como el pico de un azor.

—Profesor Timofeiev-Ressovski, presidente de la Asociación Científica en la celda setenta y cinco. Nuestra asociación se reúne cada mañana después del rancho ante la ventana izquierda. ¿Tal vez quiera usted darnos a conocer algún comunicado científico? ¿Sobre qué versará concretamente?

Quedé estupefacto ante él con mi raído capote de oficial y la gorra de piel bien encasquetada (quienes sufren el arresto en invierno deben llevar también las ropas invernales en verano). Mis manos rasguñadas formaban todavía dos puños apretados. ¿A qué tema científico podría referirme? Entonces recordé haber leído no hacía mucho en el campamento, durante dos noches enteras, cierto libro de Smith introducido clandestinamente cuyo contenido era el informe oficial del Ministerio estadounidense de Defensa sobre la primera bomba atómica. Aquella obra se había publicado en la primavera, ¡y quizá no la conociese ningún inquilino de la celda! Una conjetura ociosa, claro está. Así, pues, por un capricho del destino me convertí en físico atómico, como indicaba mi documentación GULAG.

Tras él rancho, la asociación tecnicocientífica se reunió ante la ventana izquierda, diez hombres aproximadamente. Yo les transmití mi comunicado, y acto seguido se me admitió como nuevo miembro. Realmente me había olvidado de muchos detalles, y otros no los había comprendido. Aun cuando Nikolai Vladimirovich estaba ya un año entre rejas y no podía saber nada sobre bombas atómicas, se esforzó por llenar las lagunas en mi informe. Una cajetilla vacía de cigarrillos fue mi encerado; allí escribí con un pizarrín de uso ilegal. Nikolai Vladimirovich me lo cogió repetidas veces para hacer esquemas y agregar toda clase de rarezas como si fuera un físico del equipo de Los Álamos.

A decir verdad, él había trabajado en uno de los primeros ciclotrones europeos; era biólogo y, sin duda, figuraba entre los genetistas más eminentes de los tiempos actuales. Estaba ya en prisión cuando Zhebrak, ignorando tal circunstancia (o quizá conociéndola ya sobradamente) tuvo la osadía de escribir en una revista canadiense: «No es justo atribuir la Biología rusa a Lyssenko…, pues la Biología rusa se llama, prácticamente, Timofeiev-Ressovski» (cuando la Biología germinó en 1948, se le hizo pagar su deuda a Zhebrak ulteriormente). El físico Erwin Schródinger encontró amplio sitio dos veces en su ensayo ¿*Qué es la vida*?, para exponer las opiniones del encarcelado Timofeiev-Ressovski.

Pero él estaba en nuestro medio impartiendo conocimientos de todas las Ciencias imaginables. Poseía esa rara universalidad que los científicos de generaciones ulteriores no creen ya deseable (pudiera ser que también haya variado la concepción de las cosas). Sea como fuere, él estaba tan debilitado tras la prisión preventiva que

esas prácticas no le sentaban nada bien. Por línea materna procedía de una familia hidalga empobrecida en la región de Kaluga cuya hacienda estaba a orillas del río Ressa, y por su padre pertenecía a una rama del linaje Stepan-Razin. Todos sus rasgos denotaban al duro cosaco…, su poderoso esqueleto y la estoicidad con que hizo frente al juez instructor, así como también la vulnerabilidad ante el hambre que lo asediaba como a ningún otro.

Su historia precedente fue ésta: cuando el médico alemán Oskar Vogt fundó en Moscú, en 1922, un instituto para la investigación del cerebro, solicitó el concurso de dos licenciados aptos para acompañarlo a su regreso con un empleo permanente. Así, pues, se concedió un permiso ilimitado de viaje a Timofeiev-Ressovski y su amigo Zarapkin. Aunque se vieran privados de la instrucción ideológica en el extranjero, se apuntaron unos éxitos notables en el campo estrictamente científico, de modo que cuando se les ordenó volver a casa el año 1937 (¡!), les resultó imposible cumplir semejante orden… pues la lógica más elemental les impedía dejar todo estancado… ¡su trabajo, sus instrumentos, sus alumnos! Tal vez les retuviera también el pensamiento de que ahora, en su patria, deberían denigrar públicamente todo lo conquistado durante sus quince años en Alemania para comprar el derecho a la existencia (si cupiera denominarlo así). De resultas rechazaron la repatriación, sin dejar por eso de ser patriotas.

En 1945 las tropas soviéticas llegaron a Berlín-Buch (un suburbio hacia el nordeste de la capital), y fueron recibidas con júbilo por Timofeiev-Ressovski, quien les entregó su Instituto intacto. Había hallado la mejor solución: no sería necesario abandonar el Instituto. Llegaron varios funcionarios, inspeccionaron las instalaciones y dijeron: «¡Huum! Todo esto se deberá embalar para su envío a Moscú». «¡Imposible! —exclamó alarmado Timofeiev—. ¡Eso lo arruinaría todo! ¡Se han requerido años para montar estos equipos!». «Huum, huum»… Las autoridades fingieron inmensa sorpresa. Poco después se procedió al arresto de Timofeiev y Zarapkin y se los despachó hacia Moscú. Aquellos dos ingenuos creyeron que el Instituto no podría funcionar sin ellos. Aquí no interesan los funcionamientos, sino el mantenimiento de la ley: ¡líneas generales ante todo! Apenas llegados a la Gran Lubianka se les demostró a los reos que eran traidores de (¿o contra la…?) patria y se les endosó diez años a cada uno. Todo cuanto le restaba al presidente de la asociación tecnicocientífica de la celda 75 era el ánimo para defenderse: él no había cometido jamás un error en parte alguna.

Las patas de los catres son muy cortas en las celdas «butyrki». Nadie había tenido nunca la ocurrencia —ni la Administración siquiera— de hacer dormir allí debajo a los prisioneros. Para hacer tal cosa debes pedir primeramente ayuda al vecino, con objeto de extender entre ambos tu capote, luego te tiendes sobre el suelo y reptas hacia dentro. Por el pavimento se corre y se anda, bajo los catres se barre si acaso una vez al mes, si necesitas lavarte las manos sólo puedes hacerlo en la salida vespertina al excusado, y de todas formas allí no hay jabón…, ¡miente quien dice que sientes tu

cuerpo como recipiente de Dios! No obstante, ¡yo soy feliz! Ahí sobre el suelo de cemento, bajo los catres, en la perrera, donde te llueven polvo y migajas, pues bien… ¡ahí siento una felicidad absoluta, ilimitada! Con razón dijo Epicuro: «La ausencia de diversidad, tras el antecedente de muy diversas contrariedades, puede causar una sensación placentera». Atrás quedaba el campamento —parecía haberse perdido ya de vista—, atrás quedaban la jornada laboral de diez horas, el frío, la lluvia, los dolores de espalda…, ¡ah!, ¿acaso hay algo más hermoso que pasarse tendido el día entero, durmiendo, y por añadidura recibir seiscientos cincuenta gramos de pan más dos ranchos calientes diarios, un puchero de ingredientes variados con carne de delfín?

El sueño… es algo de importancia suprema. ¡Ah, tenderse boca abajo con la espalda bien abrigada… y dormir! Durmiendo no desperdicias energías ni oprimes al corazón…, pero ¡ese tiempo que corre, ese tiempo carcelario que corre incesantemente! Cuando nuestra vida es burbujeante y chisporrotea maldecimos la necesidad de dormir ocho horas sin poder aprovecharlas. ¡Cuando somos desdichados, ensalzamos las catorce horas de sueño!

Pero yo permanecí dos meses en aquella celda, dormí hasta la saciedad recuperándome de un año perdido y adquiriendo reservas para un año futuro; entretanto me trasladé desde debajo del catre a la ventana, regresé de nuevo, esta vez para ocupar el catre, hice el recorrido de ida y vuelta a las letrinas, y ascendí por las literas hasta llegar a media altura del arco. Cada vez dormí menos, absorbí el elixir vital y me sentí a mis anchas. De buena mañana la asociación tecnicocientífica, luego ajedrez, libros (de ellos hay tres o cuatro en circulación para ochenta hombres y es preciso hacer cola), veinte minutos de paseo por el patio… ¡un acorde en tono mayor! No pestañeamos siquiera cuando llueve a cántaros. Y lo principal… ¡los seres humanos, seres realmente humanos! Nikolai Andreievich Semionov, uno de los constructores de la presa del Dniéper; su amigo desde los días del cautiverio en la guerra, el ingeniero F. F. Karpov; el cáustico e inventivo Victor Kagan, físico de profesión; el compositor y alumno del Conservatorio, Volodia Klempner; un leñador y cazador de las selvas de Viatka, tan sombrío como los impenetrables bosques lacustres. Y también Yevgueni Ivanovich Divnich, un predicador ortodoxo de la emigración. Él no se limita al campo de la Teología, se infiltra en el del marxismo, proclama que en Europa nadie considera ya seriamente esta doctrina…, y yo, el marxista, no le salgo al paso sin contemplaciones. ¡Hace todavía un año lo habría anonadado con un docena de citas, mis sarcasmos le habrían hecho morder el polvo! Pero durante estos seis primeros meses de mi encarcelamiento (¿cuándo sucedió?, no me di cuenta) me abrumaron tantos acontecimientos, perspectivas y significados inéditos que ya no puedo clamar: ¡No existe tal cosa! ¡Es una invención burguesa! Ahora debo contemporizar: Sí, existe. En mi cadena de argumentos hay un eslabón muy endeble, y cualquiera puede hacerme callar como quien juega.

Mientras tanto siguen llegando prisioneros de guerra, siempre prisioneros de guerra; la corriente fluye desde Europa y se ha cumplido ya el segundo año. Y más emigrantes rusos desde Europa y Manchuria. Si buscas a algún conocido se te pregunta simplemente: ¿De qué país? ¿Conoce usted a Fulano o Mengano? ¡Lo conoce, claro está! (Así llegó a mis oídos el fusilamiento del coronel Yasevich).

Y el anciano alemán, aquel germano rechoncho pero extenuado y enfermo, a quien yo le hiciera llevar mis maletas antaño en Prusia oriental (¿no habrán transcurrido doscientos años desde entonces?)…, ¡ah, qué pequeño es el mundo!

¿Quién podría imaginar que me lo encontrase otra vez? El viejo me sonríe. Me ha reconocido también y casi parece alegrarse. Me ha perdonado. Le echaron diez años. No llegará a cumplir esa pena… Y aquel otro alemán, grandullón, joven aunque poco comunicativo; no quiere asistir a las reuniones, quizá sea porque no sabe ni palabra de ruso. Tampoco parece alemán por su aspecto. Los facinerosos lo han despojado de las prendas alemanas, y ahora lleva, en su lugar, una descolorida casaca soviética. Es un famoso piloto alemán, un verdadero as de la aviación. Su primera campaña fue la guerra del Chaco entre Bolivia y Paraguay, la segunda en España, la tercera en Poloniá, la cuarta le hizo sobrevolar Inglaterra y la quinta Chipre… La sexta fue en la Unión Soviética. ¡Como era un as, debe de haber aniquilado desde el aire a muchos niños y mujeres! Así, pues, un criminal de guerra, ¡diez años y cinco años de mordaza!

El hecho de que en la celda haya un leal, un empecinado (a propuesta del fiscal Kretov), se entiende por sí solo. «¡Vosotros mismos os habéis ganado este encarcelamiento opresivo, so puercos, contrarrevolucionarios! ¡La historia triturará vuestros huesos hasta convertirlos en estiércol!». «¡Y hará lo mismo con los tuyos, cochino!», se le replica a gritos. «¡No! ¡Se va a revisar mi caso…, y me declararán no culpable!». Toda la celda estalla en burlones aullidos y risotadas. El canoso profesor de ruso se sube con los pies desnudos a un catre y extiende ambos brazos sobre nosotros cual un Cristo resucitado: «¡Hijos míos, reconciliaos…! ¡Hijos míos!». Entonces la borrasca se revuelve contra él. «¡Tus hijos están en el bosque de Briansk! ¡Nosotros ya no somos hijos de nadie! ¡Sólo lo somos del GULAG…!».

Tras la cena y el desfile vespertino la noche se asoma tímida al ventanuco casi taponado y en el techo brillan las anonadadoras lámparas. El día separa a los presos, la noche los acerca. Al anochecer acaban las disputas, se mantienen los acuerdos firmados o se negocia algún nuevo convenio. Entonces era cuando se distinguía nuevamente Timofeiev-Ressovski: durante las largas veladas refería anécdotas sobre Dinamarca e Italia, Noruega y Suecia. A su vez los emigrantes narraban historias sobre los Balcanes y Francia. Uno daba una conferencia acerca de Le Corbusier, otro nos explicaba los hábitos de las abejas y un tercero hablaba sobre Gogol. ¡Mientras tanto se fumaba a pleno pulmón! Un humo denso saturaba la celda, fluctuando como niebla, pues el bozal de la ventana no le permitía la huida. Cierta vez mi colega Kostia Kiula, carigordo, ojizarco, desmañado casi hasta la comicidad, declamó unos

poemas que había escrito en prisión: se titulaban… *El primer paquete, A mi esposa, Al hijo*. En prisión, cuando no lees poesía, sino que la escuchas, una poesía escrita allí mismo, te importa poco comprobar si el poeta ha cuidado la métrica o si combina los versos con asonancias o rima clásica. Estas composiciones son *sangre* de *Tu* corazón, lágrimas de *Tu* mujer. Muchos lloraron[35].

Desde aquel tiempo intenté poetizar también sobre la vida del presidiario. Y allí mismo presenté a Yesenin, cuya lectura había sido prohibida antes de la guerra. El joven Bubnov, un prisionero de guerra y anteriormente estudiante, creo yo, escuchó extático al conferenciante y su rostro se iluminó. Él no era especialista, no provenía del Campo sino que iba a él por primera vez, y quizás eso fuera en su caso ir… hacia la muerte porque allí no puede haber supervivencia para un ser tan nítido y recto. En su deslizamiento mortal —y también en el de los demás, más pausado, sin embargo— aquellas veladas de la celda 75 representaron una visión directa de ese mundo magnífico que *existe*… y existirá. Sin embargo, un destino fatídico le permitiría soñar con él un año muy justo, un año incompleto de juventud.

El ranchero se alejó pesadamente escaleras abajo, y a renglón seguido un rostro de celador, vociferante: «¡A dormir!». No, evidentemente y pese a mis estudios superiores —dos carreras—, mis lecciones y mis primeras tentativas poéticas, no creo haber vivido jamás unos días tan plenos, excitantes y lenitivos como los de aquel verano en la celda 75…

—Permítame hacerle una pregunta —digo volviéndome hacia Tsarapkin—. Hasta ahora no he tenido noticias de un tal Deul, un muchacho que con sus dieciséis años ha recibido la nota *cinco* (y no en la escuela precisamente) por *agitación antisoviética*…

—¡Cómo! ¿Lo conoce usted? Viajó en nuestro transporte hacia Karaganda…

—… y como usted ha encontrado empleo en un laboratorio médico y Nikolai Vladimirovich se ha pasado el tiempo en *la general*…

—Eso le ha debilitado mucho. Salió más muerto que vivo del «stolypin» a la Butyrki; ahora está en la enfermería y recibe de la Cuarta Sección Especial[36] mantequilla e incluso vino… pero ¿saldrá del aprieto? Es difícil predecirlo.

—El Cuarto les ha hecho una propuesta, ¿verdad?

—Cierto. Querían saber si tras una estancia de seis meses en Karaganda estaríamos dispuestos a reconstruir nuestro Instituto sobre el suelo patrio.

—Y ustedes la habrán aceptado con entusiasmo, ¿no?

—¡Ah, desde luego! Entretanto hemos reconocido nuestros errores. Además se ha desmontado toda la instalación para embalarla en cajones, aunque sin consultarnos. ¡Bueno, ya lo ve! El MVD no deja hundirse a la Ciencia. ¿Me permite ahora que canturree un poco de Schubert?

Y Zarapkin canta, mirando con melancolía hacia las ventanas (en sus gafas se reflejan los oscuros bozales y el claro enrejado de las ventanas):

Desde el arrebol crepuscular hasta el alba encanecen muchas cabezas.

¿Quién lo creería? A la mía no le ha ocurrido así en este largo viaje.

El sueño de Tolstoi se ha consumado: Los prisioneros no se verán nunca obligados a participar en las decadentes misas. Las capillas de los presidios están clausuradas. Por supuesto clausuradas como iglesias, no como edificios, pues se sabrá aprovechar éstos para ampliar concienzudamente tales prisiones. Gracias a ese proyecto en la iglesia «butyrki» encuentran alojamiento unas dos mil personas, y se utiliza la permanencia quincenal de esa hornada como medida para calcular el posible alojamiento anual de cincuenta mil almas.

Cuando regreso por cuarta o quinta vez a la Butyrki, y con paso firme, presuroso, atravieso el patio entre los bloques celulares para llegar cuanto antes a la celda asignada, adelantándome incluso una cabeza al guardián (justamente como un caballo que, cuando olfatea la avena, galopa diligente hacia la casa sin necesidad de fusta ni riendas), olvido echar una ojeada a la iglesia —un edificio cuadrilongo con torre octogonal— que se alza en medio del patio cuadrado. Sus «bozales» no están a la altura de la técnica moderna; no son de cristal reforzado, como ocurre en las edificaciones centrales desde hace mucho tiempo, sino de tablones grisáceos, carcomidos, que acentúan la categoría secundaria del inmueble. El templo sirve simultáneamente como *peresylka* para los expedientes recién instruidos dentro de la Butyrki.

Mas, por entonces —1945—, ello me sirvió para dar un paso inmenso e importante: Tras la sentencia OSO se nos condujo a la iglesia (¡el momento oportuno! ¡No estaría mal rezar!), se nos hizo subir hasta el primer piso y se nos enjauló en las diversas celdas de aquel recinto octogonal. A mí me correspondió la del sudeste.

Se trataba de una gran celda cuadrada, con doscientos hombres dentro por aquel entonces. Para dormir se utilizaban las habituales literas, el espacio debajo de ellas y el suelo del pasillo, un pavimento de baldosas. No sólo los bozales eran de segunda clase, sino también todas las instalaciones restantes como si en vez de estar destinadas a los hijos del GULAG, fueran para sus hijastros. No se permitían libros ni tableros de ajedrez a aquel hormiguero humano; además se recogían periódicamente las escudillas de aluminio y las melladas cucharas de palo, para que nadie, con las prisas, pudiera llevárselos al campamento. Incluso los cubiletes parecían representar un lujo desmedido para los hijastros y, por tanto, innecesario; una vez se engullía aquel agua sucia llamada sopa, era preciso enjuagar las escudillas si se quería beber el insípido té. La falta de vajilla propia resultaba especialmente penosa para aquellos que tenían la fatídica fortuna de recibir un paquete de casa (pues justamente en los últimos días antes del traslado, los familiares reunían apresuradamente sus evasivos copecs para enviar todavía algo). Los familiares no podían adivinar ese impedimento ni esperaban recibir buenos consejos en el centro de información de la penitenciaría. Por consiguiente, no incluían vajilla de plástico —la única autorizada— entre sus dádivas, sino de cristal o estaño. En las otras celdas era el ranchero quien se

encargaba de rebuscar y requisar sin misericordia todo cuanto hubiera de latas —miel, mermelada, leche condensada— y el prisionero tenía oportunidad de dar largas a esa expoliación; pero en las celdas de la iglesia no había demora posible, y si uno quería llevar consigo alguna propiedad debía utilizar el hueco de la mano, la boca, el pañuelo o el espacio bajo los faldones extendidos del capote, lo cual no hubiera sido asombroso en el GULAG, pero… ¡en pleno centro urbano de Moscú! Y, claro está, ese eterno «¡rápido!, ¡rápido!». El carcelero tenía prisa, como si perdiera el tren (la razón de tal apresuramiento era el deseo de degustar cuanto antes las latas prohibidas). En las celdas de la iglesia todo era provisional, faltaba incluso esa falsa estabilidad que, no obstante, se hacía perceptible en las celdas de detenciones preventivas y presuntos reos. Aquí los prisioneros —un producto semimanufacturado y preparado por la picadora de carne para el GULAG— sólo debían permanecer en un compás de espera inevitable, los días requeridos para encontrar un pequeño espacio libre donde alojarlos en la Krasnaya Presnia. Aquí sólo había un privilegio: cada uno podía ir a buscar por su cuenta el rancho, la *balanda* (aquí no había nunca *kacha*, pero se repartía tres veces diarias la *balanda*, un verdadero regalo, porque comparada con las gachas era más misericordiosa y frecuente, calentaba y llenaba más el estómago). Tal privilegio tenía su explicación: en la iglesia no había montacargas como los de las restantes prisiones, y los celadores no querían derrengarse subiendo las calderas. Estas eran pesadas, enormes, y el trayecto a recorrer largo: primero atravesar el patio y luego ascender las empinadas escaleras, lo cual significaba un desgaste de energía apenas soportable…, sin embargo, uno lo prefería así, porque era muy agradable pasar cada vez por el verde patio y escuchar el gorjeo de tos pájaros.

Las celdas de la iglesia tenían su peculiar atmósfera; allí parecían dejarse sentir ya las primeras corrientes de aire en la *peresylka*, el primer hálito glacial del campamento polar. En las celdas de la iglesia tenía lugar el ritual de la habituación: se dictarán sentencias y no tendrán nada de broma…, habitúate a eso; iniciarás un nuevo período de tu vida…, haz un esfuerzo para imaginártelo y adaptar tu mente a ello por muy duro que sea. Tales prácticas no te resultaban nada fáciles.

De igual modo el compañerismo no era duradero allí; aquello distaba mucho de la prisión preventiva donde cada vecino llegaba a ser una especie de familiar tuyo. No había día ni noche en que no se sacara a un prisionero o varios, con lo cual había un continuo trasiego sobre las literas y el suelo y, por consiguiente, la vecindad duraba raras veces más de dos días. Si te tocaba al lado algún vecino cuya personalidad fuera interesante, debías interrogarlo sobre la marcha antes de que se esfumara para la eternidad.

Así fue como se me escapó el mecánico Medvedev. Al comienzo de nuestra conversación recordó que el emperador Mijail había mencionado su nombre. Cierto, él había sido su coacusado, uno de los primeros en leer «el llamamiento al pueblo ruso» sin denunciar al emperador. Medvedev lo creyó imperdonable, mostróse

incluso un poco afrentado —en total tres años, ¡nada más!—, y eso a pesar del artículo 58, donde los cinco años se conceptúan como una pena pueril. Evidentemente se tomó por loco al emperador porque en términos generales, se hizo valer el *criterio de las clases* para usar indulgencia. Pero cuando me disponía a averiguar cuál había sido el papel de Medvedev en aquel asunto, se le vino a recoger «con todas sus cosas». Determinadas circunstancias parecieron denotar que se le concedería el descargo, lo cual dio pábulo a los primeros rumores sobre una amnistía estaliniana que corrieron aquel verano entre nosotros: *una amnistía para nadie*, una amnistía que no aireó siquiera el angosto espacio bajo los catres.

Mi vecino de litera, antiguo miembro del Patronato, lo siguió poco después (estos miembros del Patronato que creían asfixiarse en la conservadora Austria, marcharon a la patria de todos los proletarios allá por 1937; allí se les condenó sin excepción a diez años y todos ellos hallaron su fin en las islas del Archipiélago). Ocupó su lugar un hombrecillo de piel tostada, pelo negro y ojos oscuros, redondos como una guinda, parecidos a los de un niño; sin embargo, la nariz, desmesuradamente larga y ancha, desbarataba el conjunto, transformándolo en caricatura. Durante todo aquel día permanecimos silenciosos tumbados codo con codo, pero, al siguiente, mi compañero buscó un pretexto para preguntarme: «¿Por quién me tiene usted?». Aunque su ruso era fluido e intachable, percibí cierto acento. Reflexioné vacilante: ¿Caucasiano? ¿Armenio? Tenía algo de ambos. Él esbozó una mueca irónica: «Me hice pasar sin dificultad por georgiano. Se me llamaba Yasha. Todos se burlaban de mí. Llegué a cobrar subsidios sindicales». Entonces le examiné con más detenimiento. Realmente era un personaje cómico: un enanillo de rostro desproporcionado y sonrisa cándida. De improviso mi interlocutor se enderezó, adoptó una expresión severa, entornó los párpados… y sus palabras cayeron sobre mí como un sablazo:

—¡Permítame presentarme! ¡*Locotenent* Vladimirescu! ¡Agente secreto del Estado Mayor General rumano!

Tras los doscientos espías ficticios que habían desfilado más o menos ante mi vista, no esperé encontrarme jamás con uno auténtico. Creí que tal especie era inexistente.

Según su relato, el hombre era de linaje aristocrático. Cuando tenía tres años se le preparó ya para el servicio al Estado Mayor General, y apenas cumplió los seis ingresó como alumno en el Servicio secreto. Una vez alcanzó la edad adulta eligió como campo de operaciones la Unión Soviética, un país —según él— con un alto grado de dificultad pero que poseía un servicio de contraespionaje sin igual en el mundo y además un sistema donde cada cual sospechaba de cada cual. Su trabajo —ahora el hombre hizo balance— no había dado un saldo desfavorable. Varios años antes de la guerra estuvo en Nikolaiev, cuyos astilleros secundaron el juego de los rumanos, al parecer. Luego «actuó» en la fábrica de tractores de Stalingrado, y más tarde pasó a la *uralmashzavod*[bh]. Para procurarse subsidios sindicales, se introdujo en el despacho de un gran directivo, cerró cuidadosamente la puerta a sus espaldas

y… ¡asombroso!, la estúpida mueca se esfumó otra vez en el rostro de Vladimirescu y reapareció la expresión tajante de momentos antes. «¡Ponomariov! [Éste había adoptado otro apellido en la malla uraliana]. Lo estamos vigilando desde Stalingrado. Allí abandonó usted su cargo (había sido un archipámpano en la fábrica de tractores de Stalin-grado), y aquí se ha emboscado bajo un nombre falso. ¿Qué prefiere? ¿El fusilamiento por sus compatriotas, o la colaboración con nosotros?». Ponomariov prefirió la colaboración con los rumanos…, verdaderamente era un pancista habituado a los éxitos. Permaneció bajo la vigilancia del señor *locotenent* hasta que éste abandonó el campo para reunirse con los residentes alemanes en Moscú; desde allí se le despachó a Podolsk donde debería dedicarse a su especialidad. Según las explicaciones de Vladimirescu, los agentes adiestrados para las maniobras diversivas reciben una instrucción polifacética, y, no obstante, cada cual se consagra *estrictamente* a su especial actividad. Esta misión especial respecto a Vladimirescu consistió en cortar imperceptiblemente las cuerdas de suspensión de los paracaídas. En Podolsk el *locotenent* fue recibido con júbilo por el jefe del almacén de paracaídas (¿quién sería éste?, ¿qué especie de ser humano?) y permaneció encerrado durante una noche —ocho horas— dentro del almacén. Empleando una pequeña escalera, Vladimirescu alcanzó el estante de los paracaídas, los palpó cautelosamente sin desarreglarlos, buscó las múltiples amarras con las cuerdas de suspensión y empuñando unas tijeras cercenó las cuatro quintas partes, dejando intacta una quinta parte que se desgarraría en el aire. Había necesitado muchos años de estudio y entrenamiento para actuar así aquella noche. Por fin lo logró pues, según Vladimirescu, mediante aquella laboriosidad febril, inutilizó dos mil paracaídas aproximadamente (¡uno cada quince segundos!). «¡Yo solo he aniquilado una división de paracaidistas soviéticos!», se jactó mientras sus ojos de guinda chispeaban con maliciosa satisfacción.

Tras su arresto se negó a hacer declaración alguna; no despegó ni una vez los labios durante los ocho meses de incomunicación en una celda individual de la Butyrki. «¿Y no se le torturó?». «¡No!». Su boca se contrajo despectivamente como si tal posibilidad fuera inconcebible tratándose de un súbdito no soviético. (¡Apalea a los compatriotas para que los extranjeros aprendan a temerte…! Pero un espía es parte del agiotaje, ¡tal vez convenga canjearlo por uno propio!). Un buen día le llevaron varios periódicos: Rumania ha capitulado, ¡desembucha! Él siguió mudo (los periódicos podrían ser una falsificación). Finalmente se le llevó a un careo con su inmediato superior, quien le ordenó que cediera y confesara. Acto seguido, Vladimirescu hizo su declaración con gran frialdad. Y ante mí manifestó también que eso le tenía sin cuidado, era un episodio más en su vida de espía. Así transcurrió pausadamente una jornada de celda. ¡No se le hizo comparecer siquiera ante los tribunales ni se le endosó una prórroga! (¡El hombre tampoco tenía nada de conejo doméstico! «Soy un espía profesional y lo seré hasta la muerte. Se me exculpará»).

—Pero usted me ha hecho una confesión completa —objeté—. Y yo puedo recordar sus facciones. ¿Qué podría ocurrir si nos tropezáramos algún día en la calle…?

—Pues bien, si tengo la seguridad de que no me ha reconocido… usted conservará la vida. De lo contrario lo mataré o lo obligaré a trabajar para nosotros.

No, evidentemente no quiso enemistarse con su vecino de litera. Lo dijo sin encolerizarse, con perfecta naturalidad. Yo lo creí capaz de abatirme a tiros o sobornarme sin conmoverse lo más mínimo.

En esta prolija crónica de presidiarios no nos encontraremos con más héroes semejantes. Este fue el único encuentro de esa especie durante mis once años de prisión, campo y destierro; y otros no han podido informar sobre algo parecido porque jamás lo conocieron. Sin embargo, a juzgar por los montones de *comics* divulgados entre las boquiabiertas generaciones jóvenes, nuestros *Órganos* parecen haberse dedicado exclusivamente a la captura de tales sujetos. Bastaba con echar una ojeada a aquellas celdas de la iglesia para comprobar que estaban llenas de jóvenes.

Concluida la guerra, uno pudo permitirse el lujo de examinar todo bajo la lupa; felizmente, ellos no estimarían ya necesario efectuar arrestos entre los soldados. Ello significó que, desde 1944 a 1945, un «partido democrático» pasó a la Pequeña Lubianka (con jurisdicción sobre esas cuestiones).

Según la correspondiente encuesta, aquel partido estaba integrado por medio centenar de escolares, tenía su estatuto y su registro de afiliados. El mayor, quien asistía al décimo curso de un colegio moscovita, era el «secretario general». También se vieron otros estudiantes en las prisiones moscovitas durante el último año de guerra. Yo estuve encerrado allá con uno de ellos, y aunque no me contaba aún entre los mayores, ellos eran más jóvenes todavía…

¡Con cuánto sigilo había sobrevenido todo aquello! Mientras nosotros —quiero decir, mis coacusados, mis congéneres— combatíamos en el frente, ¡aquí había crecido una nueva generación! Al fin y al cabo no había transcurrido tanto tiempo desde que nosotros deambulábamos por los claustros universitarios y nos creíamos tan jóvenes, tan inteligentes, mucho más inteligentes que cualquier otro sobre la esfera terrestre. ¡De súbito nos encontramos en las prisiones celulares con pálidos y orgullosos adolescentes, y descubrimos, atónitos, que los más jóvenes e inteligentes no somos nosotros, sino ellos! Sin embargo, no me sentí ofendido ni vacilé en cederles el puesto. Mirad —parecían decir con su actitud—, hemos elegido nuestro verdadero destino y no nos arrepentimos. Comprendí su orgullo. Casi creí percibir el leve resplandor de la aureola carcelaria en torno a aquellas cabezas juveniles tan vanidosas y despiertas.

Hace un mes, en otra celda «butyrki» instalada como una enfermería, cuando yo no había dado siquiera un paso hacia el interior para buscar puesto, se plantó ante mí con la evidente intención de entablar una polémica, casi suplicándomela, un joven de rostro anémico: tenía esas facciones delicadas de algunos judíos, y aunque era verano

tiritaba bajo su capote deshilachado. Se llamaba Boris Gammerov. Después de hacerme algunas preguntas fútiles encauzó la conversación hacia nuestros respectivos historiales y la política. Por alguna razón u otra, no recuerdo cuál, mencioné una oración del presidente recientemente fallecido, Roosevelt, publicada entonces por nuestros periódicos, y la tildé (¿acaso no se sobrentiende así?) de mera santurronería.

Entonces el muchacho enarcó súbitamente las amarillentas cejas y la exasperación le hizo apretar los lívidos labios; pareció dispuesto a saltar sobre mí.

—¿Por qué? —inquirió—. ¿Por qué no admite usted que un estadista pueda ser un creyente sincero?

Y ahí terminó todo. No dijo más. Pero ¡el campo de donde procedió aquel ataque fue lo más sorprendente! ¿Quién hubiera esperado oír semejante reproche de un sujeto nacido en 1923? Yo podría haber replicado con unas cuantas frases presuntuosas, pero mi seguridad había empezado a tambalearse en prisión y, lo que era más importante, nosotros experimentábamos, sin saber explicárnoslo, una sensación de pureza y vitalidad ajena a las convicciones, y esa sensación me decía ahora que mi réplica precedente no había sido producto de la convicción, sino de la inculcación.

—¿Cree used en Dios?

—Naturalmente —me repuso él con tono sereno.

¿Naturalmente? Naturalmente… Sí, sí. Las juventudes *komsomol* se mueren por eso y, pensándolo bien, se muere por eso en muchas partes. Y la NKGB persigue a los primeros que lo dejan entrever.

No obstante su juventud, Boris Gammerov había estado en la guerra como sargento de fuerzas antitanques, había tenido a su cargo una pieza del cuarenta y cinco, un «Viva la patria». Durante ese servicio, una bala le atravesó los pulmones, le curaron mal la herida y, de resultas, contrajo tuberculosis. Licenciado del Ejército como mutilado, marchó a la Universidad moscovita e ingresó en la Facultad de Biología. Allí se entrecruzaron en su ser dos corrientes: una procedente de la vida castrense, y otra de la vida estudiantil, no anquilosada ni muerta todavía al terminar la guerra. Allí se formó un círculo de correligionarios polemistas entusiásticos (aunque nadie les había encomendado tales reflexiones sobre el futuro) pero, como nada escapa a la experimentada vista de los *Órganos…, ¡zas!*, tres pasaron a chirona. El padre de Gammerov ingresó en prisión el año 1937 y allí lo apalearon hasta morir o lo fusilaron; ahora su hijo seguía el mismo camino. Durante la instrucción del sumario, Gammerov recitó *en honor* del juez algunas poesías suyas (siento mucho no haber anotado algunas, y, ¿dónde encontrarlas ahora? Me hubiera agradado poder transcribirlas aquí).

Durante dos o tres meses se cruzaron varios veces nuestros caminos, es decir los de tres coacusados y el mío: en otra celda «butyrki» conocí a Viacheslav D. Cuando se detiene a hombres jóvenes siempre hay alguno de su temple: mantuvo una actitud férrea en su círculo y cuando lo interrogaron empezó a entonar canciones con gran

brío. Él fue, entre todos nosotros, quien recibió la pena más clemente: cinco años. Y, al parecer, se dijo en secreto que el influyente Pontífice procuraría solucionar su caso más adelante.

Ulteriormente me recibió en la celda «butyrki» Georgi In-gal, el decano de nuestro grupo. No obstante su juventud, había sido candidato para presidir la Sociedad de Autores. Su pluma era muy ágil, escribía prosa con una impertinencia serpentina, llena de contrastes; si le hubiera agregado un poco de humildad política se le habrían abierto muchos caminos literarios rimbombantes y espectaculares. Sobre su escritorio estaba casi lista una novela sobre Debussy. Pero como sus primeros éxitos no le tranquilizaran, pronunció en los funerales de su maestro Yuri Tynianov una diatriba condenando la persecución lanzada contra éste…, y ello le valió ocho años de campo de trabajo.

Luego se nos incorporó también Gammerov, y mientras esperábamos la Krasnaya Presnia me vi enfrentado con su criterio conciliador. La confrontación no me resultó nada fácil. Por aquellos días yo me aferraba a esa interpretación del mundo que te impide aceptar nuevos hechos, captar nuevas opiniones a menos que vayan provistos con la etiqueta del correspondiente almacén: se debería denominar la disensión versátil de *la* pequeña burguesía o, si se prefiere, el nihilismo militante de la intelectualidad declinante. No recuerdo ya si Gammerov e Ingal vacilaron ante Marx, pero sí que arremetieron contra León Tolstoi… ¡y desde qué ángulo! Toltstoi ha rechazado la Iglesia, ¿no? ¡Pero sin considerar su papel místico y organizador! Y ha rechazado asimismo la doctrina bíblica, ¿no? ¡Como si la Ciencia más moderna hubiera descubierto contradicciones en la Biblia! ¡No las ha visto siquiera en las primeras líneas del Génesis! Ha rechazado el Estado, ¿no? ¡Pero sin él sobreviene el caos! ¿Y no predicó la fusión del trabajo intelectivo y corporal en el hombre? ¡Eso sería una nivelación disparatada de las facultades! ¡Y, por último, la personalidad histórica como se evidencia en la arbitrariedad estaliniana, puede llegar a ser omnipotente, con lo cual Tolstoi erró al burlarse de ello**[37]**!

Los muchachos me mostraron sus poemas y quisieron escuchar algo mío, pero yo no pude enseñarles nada todavía. A ellos les entusiasmaba especialmente Pasternak, lo glorificaban. Cierta vez, hacía ya bastante tiempo, yo había leído *Mi hermana, la vida*, y entonces esa obra me dejó indiferente, parecióme demasiado amanerada y sutil, y demasiado distante de los sencillos caminos humanos. Ahora, gracias a ellos, conocí las últimas palabras del teniente Schmidt en el poema de Pasternak. Y aquello me conmovió de repente porque refleja con suma exactitud nuestra situación:

Durante treinta años
me inspiró el amor a la patria,
no cuento con vuestra tolerancia,
podéis ahorraros vuestra clemencia.

Gammerov e Ingal sintieron idéntica emoción: ¡No necesitamos vuestra tolerancia! El *enchiqueramiento* no representa una carga para nosotros, al contrario, ¡nos enorgullece! (Pero ¿existe realmente alguien para quien no represente una carga? La joven esposa de Ingal gestionó el divorcio pocos meses después. Y Gammerov, con su agitación revolucionaria, no tuvo siquiera tiempo para buscar una chica). ¡Tal vez encontremos aquí precisamente, en estas celdas, la gran verdad! Estrecha es la celda, pero ¡quizá sea aún más estrecho el *mundo libre*! ¿Acaso no es nuestro pueblo el que, ultrajado y traicionado, yace sobre las literas y el suelo?

Cien veces peor sería,
desamparar a la patria.
¿Cómo puedo arrepentirme ahora
del camino seguido hasta aquí?

La juventud encerrada en mazmorras por causas de artículos penales políticos, no representa jamás el promedio del país, es la juventud que se anticipa usualmente a todos. Por entonces la gran multitud joven aguantó eso un poco más, todavía más: la «bastardía», la decepción, la indiferencia, el apego a la vida muelle…, y después…, pudiera ser, ¡la amarga escalada desde ese cómodo cerro a un nuevo picacho… quizás en veinte años! Pero los jóvenes presos del año 1945, aquellos capturados por el artículo 58-10, salvaron con un solo salto ese abismo de indiferencia y, alzando alegres la cabeza, marcharon montaña arriba… bajo el hacha del verdugo.

Cuando ya se les había condenado, abatido y apartado de la vida, los estudiantes moscovitas compusieron una canción en la iglesia «butyrki», para entonarla antes del crepúsculo con sus voces todavía frescas, juveniles:

Recoger rancho tres veces diarias,
cantar viejas tonadas al atardecer
y coser con agujas de contrabando
sacos para la gran travesía.

No inquietaros por nosotros:
Firmado…, ¡adelante los estragos!
Sólo saber, ¿cuándo? ¿Cuándo será el regreso a casa
desde los remotos campos de Siberia…?

¡Dios mío! ¿Habremos llegado realmente tarde para todo? ¿Cómo puede habernos sucedido tal cosa… mientras pisoteábamos el barro en las cabezas de puente, nos acurrucábamos en los embudos hechos por las bombas y nos apretábamos contra los matorrales para ocultarnos del enemigo? ¿Habrá crecido y estallado verdaderamente, entretanto, una nueva juventud? ¿Habrá estallado por añadidura *hacia allá*…? ¿Allá adonde nosotros no osamos ir… con nuestra educación diferente de la suya?

Nuestra generación retorna al hogar, deja las ramas, lleva el pecho cubierto de condecoraciones, se vanagloria de sus experiencias en el combate… y, al encontrarse con sus hermanos más jóvenes, advierte en éstos meramente una mueca aviesa: ¡Bah, no sois poco majaderos…!

Tercera parte

Con fines de exterminio

> Sólo podrán comprendernos quienes hayan comido junto con nosotros del mismo plato.
>
> *De la carta de una exreclusa*

Lo que pretende contener esta tercera parte es inconmensurable. Para poder comprender y abarcar todo su salvaje significado, hubiera sido preciso arrastrar muchas existencias por los campos de concentración, esos mismos campos donde pueden contarse los que logran sobrevivir a una sola condena, puesto que han sido concebidos para el EXTERMINIO.

Así, quienes más hondo han calado en ellos, quienes los conocieron hasta sus últimas consecuencias, ya nada podrán contar, porque están en la tumba. Nadie podrá nunca revelarnos la ESENCIA de los campos de concentración.

La magnitud de esta historia y de esta verdad es superior a las fuerzas de una sola pluma. La visión que doy del Archipiélago no es la que se tendría desde lo alto de una torre, sino tan sólo a través de una rendija… Mas, por suerte, todavía se publican y se seguirán publicando libros. Tal vez en los *Relatos de Kolyma*, de Shalamov, podrá el lector palpar más de cerca el despiadado espíritu del Archipiélago y los límites de la desesperación humana. Sin embargo, el sabor del agua del mar puede apreciarse con un solo sorbo…

I
Los dedos de la Aurora

La Eos de dedos rosados, tan frecuentemente mentada por Homero y a quien los romanos llamaron Aurora, acarició los primeros albores matutinos del archipiélago.

Cuando nos enteramos por la «BBC» de que M. Mijailov había averiguado que ya en 1921 existían campos de concentración en nuestro país, muchos de nosotros (y muchos también en Occidente) nos preguntamos, asombrados: «¿Será posible…? ¿Ya en 1921?».

¡Pues claro que no! Claro que Mijailov estaba equivocado. En 1921, los campos de concentración ya iban a toda marcha (incluso estaban en trance de desaparición). Mucho más justo sería afirmar que el Archipiélago nació al son de los cañonazos del *Aurora*[bi].

¿Es que acaso podía haber sido de otra manera? Reflexionemos sobre este punto.

¿No enseñaban Marx y Lenin que era necesario destruir el viejo sistema burgués de represión y remplazarlo de inmediato por *otro nuevo, expresamente construido con ese propósito*? Ahora bien, un sistema de represión está constituido por: el Ejército (no nos extrañe que el Ejército Rojo fuera creado a principios de 1918), la Policía (antes todavía que el Ejército se creó la milicia), los Tribunales (creados el 22 de noviembre de 1917) y… la cárcel. ¿A santo de qué, al instituir la dictadura del proletariado, habría de demorarse el régimen de las nuevas cárceles? Porque, nuevas o viejas, las cárceles resultan imprescindibles. Ya en los primeros meses que siguieron a la Revolución de Octubre, Lenin exigía «las medidas más draconianas para restablecer la disciplina[1]».

¿Qué innovaciones puede aportar en ese aspecto el régimen proletario? Ilich intentaba abrir nuevos caminos. Ya en diciembre de 1917 había propuesto la siguiente lista de penas: «confiscación de todos los bienes…, encarcelamiento, envío al frente y trabajos forzados a todos los que desobedezcan la presente ley[2]». La idea motriz del Archipiélago, *los trabajos forzados*, fue expuesta, pues, en los mismos comienzos de la Revolución de Octubre.

Aun estando por entonces idílicamente instalado en el campo, respirando el perfume del heno recién segado y con la música de los abejorros en sus oídos, Ilich no podía dejar de preocuparse por el futuro sistema punitivo. Así, ya en aquellos días sacó la cuenta y nos tranquilizó: «La represión de la minoría explotadora por la mayoría de los que hasta ayer han sido esclavos asalariados es un hecho

relativamente tan sencillo, fácil y natural, que costará mucha menos sangre y le saldrá a la Humanidad mucho más barato» que las anteriores represiones de la mayoría por la minoría[3].

> De acuerdo con los cálculos de Kurganov, profesor de estadística actualmente emigrado, esa represión interna, «relativamente tan sencilla», nos costó, desde principios de la Revolución de Octubre hasta el año 1959, 66 (sesenta y seis) millones de seres humanos. Naturalmente, no podemos garantizar la absoluta autenticidad de esa cifra, pero no disponemos de ninguna otra que sea oficial. En cuanto esta última aparezca, los especialistas podrán hacer una comparación crítica.
>
> Hay algunas otras cifras que resultaría interesante confrontar. ¿De qué efectivos disponía el aparato *central* de la terrible Sección III[bj], que se extiende como una mordaza de acero sobre toda la gran literatura rusa? En sus principios constaba de 16 personas; en el apogeo de sus actividades, de 45. Cifra irrisoria para cualquier Checa de provincia. O bien, ¿a cuántos presos políticos sorprendió la Revolución de Febrero en esa «Cárcel de los Pueblos» que era el régimen zarista? En algún lugar constan todas esas cifras. Probablemente, sólo en Kresty se encontrarían algo más de cien detenidos, y unos centenares más volvieron del confinamiento en Siberia. ¡Y cuántos más estarían padeciendo en las cárceles de provincia…! Eso mismo sería interesante saber: ¿cuántos? Tenemos la cifra de Tambov, publicada en los apasionados periódicos locales de entonces. Cuando la Revolución de Febrero abrió de par en par las puertas de la cárcel, aparecieron… 7 (siete) presos políticos. Naturalmente, había más de cuarenta provincias. (Huelga recordar que de febrero a julio de 1917 no se encarcelaba por razones políticas, y que después de julio también fueron contadas las personas a las que se detuvo).

Pero ahí precisamente estaba el problema: el primer Gobierno soviético era de coalición; parte de los comisariados del pueblo hubo que entregarlos, a pesar de todo, a los socialrevolucionarios de izquierda, y entre ellos se encontraba, desgraciadamente, el de Justicia. Guiándose por podridos esquemas de mentalidad pequeñoburguesa en todo lo referente a la libertad personal, ese Comisariado por poco lleva el sistema punitivo al desbarajuste total; las sentencias resultaban demasiado blandas, y apenas se recurría al progresista principio de los trabajos forzados. En febrero de 1918, el presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, camarada Lenin, exigió que se aumentara el número de centros de reclusión y que se extremara la represión de los delitos[4], y en mayo del mismo año, pasando ya a concretar, dictaminó[5] que el cohecho fuera castigado con *no menos* de diez años de cárcel, *además* de diez de trabajos forzados, o sea, veinte en total. En un primer

momento, semejante escala podía parecer algo pesimista: ¿será posible que dentro de veinte años todavía haya que recurrir a los trabajos forzados…? Ahora sabemos que los trabajos forzados resultaron una medida muy vivaz, y que incluso al cabo de cincuenta años siguen gozando de enorme popularidad.

Muchos meses después de octubre, el personal de las cárceles seguía siendo el de la época zarista. Solamente se había procedido al nombramiento de *comisarios* de las cárceles. Los envalentonados carceleros crearon su *sindicato* («Unión de empleados penitenciarios») y establecieron en la administración penitenciaria el *principio de elección*… (¡Caso único en toda la historia rusa!). Los presos no se quedaban atrás; también ellos tenían su organización interna (Circular del Comisariado de Justicia del 24-IV-1918: los reclusos deberán ser instigados, dentro de lo posible, a la autodisciplina y al autocontrol). Tanta libertad entre los reos («indisciplina anárquica») no correspondía, evidentemente, a la misión de la dictadura de la clase progresiva, y mal habría podido contribuir a limpiar de insectos dañinos el suelo ruso. (¡A tal punto llegaba la cosa, que ni siquiera se habían clausurado las iglesias de las cárceles, y nuestros arrestados, soviéticos ellos, concurrían de buena gana al oficio dominical, aunque no fuera más que para desentumecerse!).

Claro está, tampoco era cuestión de desaprovechar a los carceleros zaristas; después de todo, eran *especialistas* en una disciplina muy importante para los fines revolucionarios. Por tanto, había que «seleccionar a aquellos miembros de la administración penitenciaria que no se hayan endurecido y embrutecido del todo con los métodos de la cárcel zarista». (¿Qué querría decir «no del todo»? ¿Y cómo averiguarlo? ¿Comprobando que habían olvidado la letra de *Dios guarde al Zar*?) «… y puedan ser utilizados para el trabajo según las nuevas normas[6]» (¿por ejemplo, porque pronuncian claramente «a sus órdenes», «está prohibido», o bien giran hábilmente la llave en la cerradura?). En cuanto a los establecimientos penitenciarios, con sus celdas, sus mazmorras y sus candados, si bien aparentemente seguían siendo los de antes, lo eran sólo para una mirada superficial; en realidad, habían recibido un *nuevo contenido de clase*, un sentido altamente revolucionario.

Pero hasta mediados de 1918, la costumbre de los Tribunales de condenar por inercia «a prisión» y solamente «a prisión», entorpecía una drástica renovación de los métodos carcelarios.

A mediados de 1918, y para más precisión el 6 de julio, ocurrió un hecho cuyo significado no todos comprenden, un hecho conocido vulgarmente como el «aplastamiento del motín de los socialrevolucionarios de izquierda». Sin embargo, se trataba de una auténtica revolución que no tenía mucho que envidiarle a la del 25 de octubre. El 25 de octubre había sido proclamada la autoridad de los Soviets de Diputados, y por eso se habló de *poder soviético*, pero durante los primeros meses ese nuevo poder se veía muy enturbiado por la presencia en su seno de otros partidos, aparte el bolchevique. Si bien el Gobierno de coalición se había formado únicamente con bolcheviques y socialrevolucionarios de izquierda, en los Congresos panrusos de

los Soviets (II, III y IV) y en los VZIK[bk] elegidos en ellos quedaban todavía representantes de otros partidos socialistas (socialrevolucionarios, socialdemócratas, anarquistas, socialistas del pueblo y otros). Eso confería a los VZIK el enfermizo aspecto de «parlamento socialista». Pero en los primeros meses del año 1918 comenzaron a tomarse algunas medidas drásticas (apoyadas por los mismos socialrevolucionarios de izquierda), y los representantes de los demás partidos socialistas o bien fueron excluidos del VZIK (de acuerdo con su propia decisión, procedimiento parlamentario bastante fuera de lo común), o bien se les impidió presentar su candidatura para formar parte de él. El último partido extraño, que todavía representaba una tercera parte del Parlamento (V Congreso de los Soviets), era el que formaban los socialrevolucionarios de izquierda. Pero por fin había llegado el momento de deshacerse también de ellos. El 6 de julio de 1918, todos sin excepción fueron excluidos del VZIK y del SNK[bl]. De este modo, la autoridad de los Soviets de Diputados (llamada tradicionalmente soviética) dejó de oponerse a la voluntad del partido bolchevique y tomó la forma de una democracia de nuevo cuño.

Sólo a partir de esa fecha histórica pudo iniciarse una auténtica reorganización del antiguo sistema penitenciario y se creó el Archipiélago[7].

En cuanto al carácter de esa anhelada reorganización, hacía tiempo que estaba prácticamente decidido. En su *Crítica del programa de Gotha*, Marx afirmaba ya que el único medio de corregir a los reclusos era el trabajo productivo. Se trataba —como mucho más tarde explicaría Vichinski— «no del trabajo que reseca la mente y el corazón del hombre», sino de «aquel otro, mágico (!), que de la nada y de la insignificancia convierte a los hombres en héroes[8]». ¿Por qué no debe nuestro recluso canturrear en su celda u hojear revistas, y en cambio debe trabajar? Porque en la República de los Soviets no hay cabida para esa ociosidad forzada, para ese «parasitarismo compulsivo[9]» que sólo podía existir bajo un régimen igualmente parasitario, por ejemplo, en Schliesselburg. Semejante holgazanería penitenciaria estaría en plena contradicción con los principios del régimen laboral de la República Soviética, establecidos en la Constitución de 10-VII-1918: «El que no trabaja, no come». Por tanto, de acuerdo con la nueva Constitución, o se instigaba a los reclusos al trabajo, o se les privaba de alimento.

Lo primero que hizo la Sección Punitiva Central del Comisariado del Pueblo para la Justicia[10], creada en mayo de 1918, fue mandar a trabajos forzados a los detenidos («comenzó a organizar el trabajo productivo»). Por eso se declaró legislativamente sólo después de la Revolución de Julio 1918, exactamente el día 23, cuando se publicó en el «Reglamento provisional sobre privación de libertad[11]»: *Para los privados de libertad aptos para el trabajo será obligatoria la realización de trabajos físicos*.

Puede decirse que con ese Reglamento de 23 de julio de 1918 (a los *diez* meses de la Revolución de Octubre) se originaron los campos de concentración y nació el Archipiélago. (¿Quién podrá reprochar que el parto fuera prematuro?).

En el VII Congreso Nacional de los Soviets se volvió a aclarar la necesidad de que los reclusos efectuaran trabajos forzados (por lo demás, ya estaba clara para todos de antes): «El trabajo es la mejor forma de combatir la malsana influencia de esas interminables conversaciones entre reclusos, en las que los más duchos instruyen a los novatos[12]». (¡Ah, conque de eso se trataba…!).

No tardaron en aparecer los subotniks comunistas[bm], y el NKI proclamó que era «indispensable acostumbrarlos [a los reclusos] al esfuerzo comunista, es decir, colectivo[13]». En otras palabras, trasfundir el espíritu mismo de los subotniks comunistas a los campos de trabajo *¡forzado!*

Esa agitada época planteó, pues, ya un sinnúmero de problemas, cuya resolución correspondería a las décadas venideras.

En el VII Congreso del Partido Comunista (marzo de 1919) se incluyeron en el nuevo programa del partido las bases de la *política de reducción por el trabajo*. La organización definitiva de campos de concentración en todo el territorio de la Rusia soviética coincidió, pues, estrechamente con los primeros subotniks comunistas (12 de abril-17 de mayo de 1919): los decretos del VZIK sobre los campos de trabajos forzados llevan fecha 15 de abril y 17 de mayo de 1919[14]. En su virtud, se crearían campos de ese tipo, a cargo de las Checas provinciales, en *cada capital de provincia* sin excepción (ya fuese dentro de los límites de la ciudad, en un monasterio o en alguna estancia cercana), y asimismo en *algunas cabezas de distrito* (por el momento, no en todas). Los campos deberían alojar *a no menos de trescientas personas* (con cuyo trabajo se cubrirían los gastos del personal penitenciario y la administración) y dependerían de los Departamentos Punitivos Provinciales.

Los primeros campos de trabajo forzado se nos aparecen ahora como un tanto inasequibles. Es de creer que los allí recluidos no contaron nada a nadie ni dejaron el menor testimonio. La literatura de aquellos años, tanto novelística como en forma de Memorias, menciona cárceles y fusilamientos cuando habla del comunismo de los años de guerra, pero no dice una sola palabra de los campos de trabajo. Ni siquiera entre líneas, ni siquiera con sobrentendidos. Es natural que Mijailov se equivocara. ¿Dónde estaban aquellos campos de trabajo? ¿Cómo se llamaban? ¿Qué aspecto tenían…?

El Reglamento de 23 de julio de 1918 contenía un serio error (advertido por todos los jurisconsultos), y era que no especificaba nada sobre la diferenciación de clases entre los detenidos, en el sentido de que a algunos había que tratarlos mejor que a otros. Pero, en cambio, hablaba del régimen de trabajo, y gracias a eso podemos imaginarnos algo. La jornada laboral era de 8 horas. En un primer arrebato, por pura experiencia, se había establecido que cada recluso percibiría por su trabajo, exceptuando trabajos domésticos en el campo (es inconcebible, la pluma se resiste a escribirlo), ¡el 100 % de lo establecido por el sindicato correspondiente! (La Constitución los obligaba a trabajar, pero también cobraban de acuerdo con ella, de modo que no hay nada que objetar). Claro está que de su sueldo se deducían las

cantidades precisas para el mantenimiento del campo y del personal penitenciario… Los que hacían su trabajo «concienzudamente» podían tener el privilegio de vivir en domicilios particulares y presentarse en el campo únicamente para cumplir con su tarea. A los que demostraban una *especial entrega al trabajo* se les daba incluso la oportunidad de recuperar la libertad antes de término. En líneas generales, no existían datos muy detallados acerca del régimen interno de los campos, de modo que cada uno se las arreglaba a su manera. «En momentos en que se cimentaba un nuevo poder, y considerando que *los lugares de reclusión estaban excesivamente atestados* [la cursiva es nuestra], no podía pensarse en el régimen interno, puesto que lo principal era justamente desalojar las cárceles[15]». Leemos eso, y es como un jeroglífico egipcio. Las preguntas acuden en tropel a nuestro cerebro… ¿Qué sucedía exactamente en aquellas pobres cárceles? ¿Por qué causa social existía tal atestamiento? ¿Cómo había que interpretar la palabra DESALOJAR? ¿Como fusilamiento o como traslado a los campos? ¿Y qué quería decir «no podía pensarse en el régimen interno»? ¿Tal vez que el NKI no tenía tiempo de proteger al recluso de las arbitrariedades del jefe que le tocara en suerte? ¡Sólo así puede interpretarse! Es decir, que, al no haber un régimen penitenciario establecido, en los mismos años de la *conciencia jurídica revolucionaria*[bn], ¿cualquier tirano podía hacer con el preso lo que le diera la gana?

Por una modesta estadística (siempre del mismo «Compendio») nos enteramos de que los trabajos que se efectuaban en los campos eran, en su mayor parte, no especializados. En 1919, sólo un 2,5 % de los reclusos trabajan en talleres de artesanía, mientras que en 1920 esa cifra era del 10 %. Se sabe que, a fines de 1918, la Sección Punitiva Central (¡vaya nombrecito, da escalofríos sólo de pensarlo!) andaba tramitando la creación de colonias agrícolas, y que en Moscú se habían formado brigadas de detenidos para el arreglo de las cañerías, conductos de calefacción y desagües de los edificios nacionalizados (los cuales detenidos deambulaban por Moscú, por lo visto, sin escolta, con sus llaves inglesas, sus soldadores y sus tuberías, cruzaban pasillos de edificios públicos, entraban en las casas de los grandes personajes de entonces, requeridos telefónicamente por sus esposas… Mas en ninguna novela, en ninguna obra de teatro, en ninguna película hallaremos el menor rastro de cualquiera de ellos).

Pero los campos de trabajos forzados no fueron los primeros existentes en la RSFSR[bo]. El lector ya habrá tenido ocasión de leer más de una vez la expresión «campo de concentración» en las sentencias de los Tribunales (Primera parte, capítulo VIII), y tal vez piense que se trate de un error, de que hemos empleado por descuido una terminología más tardía. No es así.

En agosto de 1918, pocos días antes del atentado de F. Kaplan contra Vladimir Ilich Lenin, éste mandó un telegrama a Eugenia Bosch[16] y al Comité Ejecutivo de la Provincia de Penza (incapaz de dominar la rebelión de los campesinos), en el que

decía textualmente: «Los sospechosos [no los "culpables", sino los *sospechosos*] serán internados en *campos de concentración* en las afueras de la ciudad[17]». (Además, «… se hará reinar una despiadado terror masivo»)…

Esto último no se había establecido legalmente todavía. Pero el 5 de Septiembre de 1918, unos diez días después de ese telegrama, el SNK publicaba su Decreto sobre el Terror Rojo, firmado por Petrovski, Kurski y Bonch-Bruyévich. Además de las indicaciones sobre los fusilamientos en masa, especificaba claramente la necesidad de «inmunizar a la República Soviética contra sus enemigos de clase aislándolos en *campos de concentración*[18]».

¡De modo que ya sabemos dónde nació el término, inmediatamente aceptado y confirmado, de *campo de concentración*, una de las principales expresiones del siglo XX y que tan amplio porvenir internacional tenía ante sí! Como también sabemos cuándo nació: en agosto y Septiembre de 1918. Esa misma expresión se había usado ya con anterioridad, durante la Primera Guerra Mundial, pero solamente referida a los prisioneros de guerra y a los extranjeros indeseables. En 1918 aparece utilizada por vez primera en relación con los propios conciudadanos. La transposición del término es lógica: un campo de concentración para prisioneros no es una cárcel, sino un punto donde se centraliza a éstos con fines preventivos. Del mismo modo, o sea, sin juicio previo, se centralizará preventivamente a los conciudadanos sospechosos. A la inteligencia privilegiada de Lenin, la sola imagen del alambre de espino alrededor de no-condenados le sugirió el término adecuado: concentración.

Y si los campos de trabajo del NKI fueron clasificados como *lugar de reclusión común*, los de concentración, en cambio, no eran ningún «lugar común», sino que se administraban directamente por la Checa y estaban destinados a los *elementos especialmente hostiles* y a los *rehenes*. Es cierto que más adelante también se ingresó en ellos a través de los Tribunales, pero en su mayor parte se siguió llegando *allí no por condena*, sino por *manifestaciones de hostilidad*[19]. Los intentos de huida eran sancionados con un aumento de DIEZ veces la condena (también sin juicio). (Es que entonces sonaba muy bien «¡diez por uno!», «¡cien por uno de los nuestros!»). Es decir, que si un condenado a cinco años trataba de huir y fracasaba, su plazo se alargaba automáticamente hasta 1968. Por una segunda tentativa se fusilaba directamente (por supuesto, esas órdenes siempre se cumplían al pie de la letra).

En Ucrania los campos de concentración se inauguraron algo más tarde, en 1920.

Pero la mente constructiva de nuestra joven justicia no se durmió sobre aquellos laureles. Poco después se llegó a la conclusión de que aun los campos de concentración, tan clasistas al parecer, eran dirigidos con insuficiente severidad. En 1921 se crearon, pues, en el Norte, los Campos de Destino Especial (¡otra palabrita, *especial*, que también se las traía!), SLON. Los primeros surgieron en Petrominsk, Jolmogor y cerca de Arjanguelsk[20]. Mas, por lo visto, estos lugares resultaron difíciles de vigilar y poco adecuados para una gran concentración de presos, y los ojos de las altas esferas se posaron sobre las cercanas islas Solovki, ya cultivadas, con

edificios de piedra y que, además, estaban a unos veinte o cuarenta kilómetros del continente, lo bastante cerca para los carceleros y lo suficiente lejos para los fugitivos. Por si eso fuera poco, aisladas durante seis meses del continente… ¡Una nuez más dura de romper que Sajalín!

Una vez elegidas las Solovki, se perdieron en la memoria popular los campos de trabajo, de concentración o de Destino Especial, porque en los años veinte pasaron aquéllas a primer plano: no sólo no eran ocultadas, sino que se las metían a uno por los ojos. Las utilizaban para intimidar, se enorgullecían de ellas sin reserva… (¡tenían el atrevimiento de enorgullecerse!). Las Solovki terminaron por convertirse en símbolo, en motivo de chanza para los tablados revisteriles. ¡Las clases sociales desaparecían (¿adónde irían?), y eso significaba también el fin de las Solovki…! La suscripción a la revista *Islas Solovki*, editada en el mismo campo, se autorizaba audazmente en toda la Unión Soviética.

Pero más hondas, más profundas, eran las raíces de los campos, sólo que no han dejado ningún rastro. No queda nadie para hablarnos de los primeros que se establecieron. Únicamente por los testimonios de algunos de sus sobrevivientes podemos intuir ciertas cosas, rescatar algo…

Por aquel entonces, las autoridades preferían instalar los campos en antiguos monasterios; tenían sólidos muros infranqueables, y, sobre todo, estaban vacíos. (Total, los monjes no son personas, de todas formas hay que echarlos). De modo que en Moscú hubo campos de concentración en los monasterios de Andronikov, de Novospaski, de Ivanov. En la *Kasnaia gazieta* de Petrogrado del 6 de Septiembre de 1918, leemos que el primer campo de concentración sería instalado «en Nijni Novgorod, en un exconvento de monjas… Se calcula que *al principio* se enviarán a él a unas cinco mil personas» [la cursiva es nuestra].

En Riazán, el campo de concentración se instaló también en un antiguo convento de monjas (Nuestra Señora de Kazán). En él estaban recluidos comerciantes, sacerdotes, «prisioneros de guerra» (así se llamaba a los oficiales capturados que no habían servido en el Ejército Rojo) y toda clase de gente indeterminada (como el tolstosiano I. Ye-v, a cuyo juicio tuvimos ocasión de asistir). En el campo había secciones de tejeduría, sastrería, zapatería, «trabajos comunes» (en 1921 ya se llamaban así), reparaciones y construcción en la ciudad. Se sacaba a los presos bajo escolta, pero a los artesanos se les dejaba salir solos, y les daban de comer en las casas donde trabajaban. La población demostraba gran comprensión hacia los *privados* (oficialmente no se los llamaba reclusos, sino «privados de libertad»); cuando pasaban en fila por las calles, les ofrecían dádivas (bizcochos, remolacha cocida, patatas); la escolta no impedía a los reos aceptar la limosna, que repartían luego equitativamente entre sí (a cada paso costumbres retrógradas, ideología reaccionaria). Los más afortunados se acomodaban, según su especialidad, en alguna empresa estatal (Ye-v estuvo en los ferrocarriles), y entonces obtenían un

salvoconducto que les permitía transitar por la ciudad (aunque debían pernoctar en el campo).

La comida en él era así (1921): media libra de pan (más otra media como premio a los que cumplían con la norma de producción); agua caliente por la mañana y la noche, y al mediodía un cucharón de sopa aguanosa en la que sobrenadaban algunos granos de cereales y pieles de patatas.

La vida en el campo se veía alterada por dos fuentes de entretenimiento: las denuncias de los provocadores (con sus consiguientes arrestos) y el círculo dramático y musical, con su coro. Se ofrecían conciertos a los vecinos en la sala del antiguo círculo de la nobleza, y la banda de música tocaba en el parque municipal. Pero eso contribuía a que los «privados» fraternizaran cada vez más con la gente de Riazán; a la larga, la situación se hizo intolerable, y finalmente las autoridades decidieron trasladar a los «prisioneros de guerra» a los campos de destino especial del Norte.

Ese desajuste, esa falta de rigor en los campos se debía precisamente a que estaban enclavados dentro del casco urbano. Por esta razón nacieron los campos especiales del Norte. (Los de concentración se suprimieron en 1922).

Este amanecer de los campos es digno de que se admiren con más detalle sus tornasoles. Pero que lo pinte quien sepa: nosotros sólo poseemos algunas migajas…

Hubo que disolver los dos «Ejércitos del Trabajo» creados por Trotski al finalizar la guerra civil, debido al descontento de los soldados allí concentrados. Tras eso, aumentó en lugar de disminuir la importancia de los campos dentro de la estructura de la RSFSR. Hacia fines de 1920, en 43 provincias existían 84 campos[21]. Si hemos de atenernos a las estadísticas oficiales (aunque secretas), en aquel momento había en ellos 25 355 personas, más otros 24 400 «prisioneros de la guerra civil[22]». Ambas cifras, sobre todo la última, podrían parecer demasiado bajas, pero si pensamos que el *desalojar las cárceles*, el hundimiento de barcazas y otros medios de aniquilamiento en masa permitieron iniciar la cuenta una y otra vez a partir de cero, tal vez respondan a la realidad.

Según la misma fuente, en octubre de 1923, al principio de los felices años de la NEP (y bastante lejos todavía del *culto a la personalidad*), había 355 campos con 68 297 prisioneros; a éstos había que añadir 48 162 en 207 casas de corrección, 16 765 en 105 casas de reclusión, 2328 en 35 colonias agrícolas y 1041 entre menores de edad y enfermos[23].

Tenemos, además, otra interesante estadística: la de la saturación de los campos. En efecto, el número de reclusos aumentaba a un ritmo sensiblemente mayor que la organización de los campos. En 1924, para 100 plazas tocaban 112 detenidos: en 1925, 120; en 1926, 132; en 1927, 177[24]. Sólo quien ha estado preso puede imaginarse las condiciones en que se vive (sitio en los camastros, escudillas en el comedor, ropa de invierno) cuando para 1 plaza tocan 1,77 detenidos.

Se pasaban años barajando soluciones para el alojamiento de toda esa gente; los políticamente no peligrosos eran enviados a colonias de trabajo, casas de trabajo de rehabilitación (desde 1922) casas de corrección (desde 1923), casas de reclusión, casas de trabajo (desde 1924), casas de trabajo para menores de edad; los políticamente peligrosos, a cárceles de incomunicación (desde 1922), o centros de Incomunicación con Destino Especial (las antiguas Centrales de los zares, las futuras TON, Cárceles de Destino Especial), desde 1923.

Los creadores de estas variantes las consideraban una audaz «lucha contra el fetichismo carcelario» reinante en el mundo y característico de la antigua Rusia, donde sólo sabían crear cárceles y más cárceles. «El Gobierno de los zares, habiendo transformado al país entero en una enorme cárcel, seguía, con una especie de refinado sadismo, desarrollando su sistema carcelario[25]».

En los umbrales del «período de reconstrucción» (o sea, desde 1927), «la función de los campos… (¿qué cree usted? ¿Ahora, después de tantas victorias?)… adquiere *aún mayor importancia* en la lucha contra los elementos hostiles, los saboteadores, los kulaks, la agitación contrarrevolucionaria[26]»…

¡El Archipiélago, pues, no está destinado a desaparecer; el Archipiélago vivirá!

Hasta 1924 había pocas colonias de trabajo en el Archipiélago. En esos años proliferaban más bien los centros de reclusión *cerrados*, que en lo sucesivo tampoco disminuirían. (En su informe de 1924, Krylenko exige que se *aumente* el número de centros de incomunicación con Destino Especial para los no trabajadores y para los trabajadores *especialmente peligrosos* [entre los cuales, por lo visto, se contaría años más tarde el mismo Krylenko]. Esa misma fórmula suya entrará en el Código de Trabajo Correccional del año 1924).

La formación de cualquier archipiélago exige que se produzcan en algún lugar importantes cambios de estratos antes de que las islas surjan ante nuestros ojos en su forma definitiva; también en nuestro caso se producían movimientos importantísimos y cambios de denominación prácticamente fuera del alcance de nuestro entendimiento. Al principio, reinaba el caos primigenio: los centros de reclusión dependían de tres organismos: VCHK[bp] (camarada Dzherzhinski), NKVD[bq] (camarada Petrovski) y NKI[br] (camarada Kurski). Inmediatamente después de octubre de 1917, el NKVD encargó de esos asuntos al GUMZ (Dirección General de Centros de Reclusión); después se los pasó al GUPR (Dirección General de Trabajos Forzados) y más tarde, nuevamente al GUMZ[27]. Del NKI dependía la Dirección de Cárceles (diciembre 1917); después la Sección Punitiva Central, mayo 1918, la cual disponía de una red de secciones provinciales que incluso podían organizar congresos, y que fue púdicamente rebautizada Sección Central de Trabajo Correctivo (1921). Semejante dispersión entorpecía la causa punitivocorreccional, y Dzherzhinski trataba de conseguir la unidad de mando. Por cierto, en este momento se produjo un hecho que pasó casi inadvertido, la unión del NKVD con la VCHK, y a partir del 16 de marzo de 1919 Dzherzhinski se convirtió también en comisario de

Asuntos Interiores. En 1922 consiguió que se transfirieran al NKVD todos los centros de reclusión dependiente del NKI (25 de junio de 1922[28]), y así el GUMZ creció cada vez más.

Paralelamente se producía una reorganización del personal de prisiones. Al principio lo integraban fuerzas de la VOJR (Protección Interior de la República); después, de la VNUS (Servicio Interior); en 1919, se unieron las mismas con el cuerpo de la VCHK[29], y el jefe de su Soviet de Guerra pasó a ser el mismo Dzherzhinski. No obstante, en 1924 aún había quejas por las numerosas fugas y la falta de disciplina del personal[30] (se debía, probablemente, al alcoholismo y a la indiferencia de los carceleros: con tal de cobrar el sueldo)… En junio de 1924, un Decreto del UZIK-Sovnarkom introdujo en el Cuerpo de Guardias de Escolta la disciplina militar y el reclutamiento a través del Comisariado de las Fuerzas de Mar y Tierra[31].

Un poco antes, en 1922, se habían creado la Oficina Central de Registros Dactiloscópicos y el Criadero Central de perros de presa.

Entretanto, el GUMZ de la URSS se transforma en el GUITU URSS (Dirección General de Establecimientos de Trabajo Correccional), y después, en el GUITL del OGPU (Dirección General de Campos de Trabajo Correccional), y su jefe se convertía al mismo tiempo en comandante en jefe de las Fuerzas de Escolta de la URSS.

Y a todo esto, ¡cuántas idas y venidas, cuánto papeleo, cuántas oficinas, escaleras, guardias, sellos, letreros…!

Pues de ese GUITL, hijo de GUMZ, nació nuestro GULAG.

II
El archipiélago surge de los mares

En el mar Blanco, donde las noches son claras durante seis meses al año, la Isla Mayor de las Solovki emerge de las aguas con sus blancas iglesias enmarcadas por los pétreos muros del Kremlin: muros color herrumbre, por los líquenes adheridos a ellos… Mientras tanto, por encima de sus cúpulas revolotean las pálidas gaviotas boreales, chillando sin cesar…

«Parece como si en tanta claridad no pudiera existir el pecado… Como si esa naturaleza todavía no conociera el mal»… Así había definido Prishvin las Solovki[32].

Las islas habían surgido del mar sin nuestra intervención, y también sin nuestra intervención se habían cubierto de lagos repletos de peces y poblado de urogallos, de liebres y de ciervos; pero nunca hubo en ellas zorros, lobos u otras alimañas.

Los glaciares venían y se iban, se amontonaban cantos rodados alrededor de los lagos, y sus aguas se helaban en la larga noche invernal… Bramaba el mar, agitado por el viento, y se cubría de témpanos; según dónde, se helaba; fulguraba en sus cielos la aurora boreal, y luego volvía de nuevo la luz, y el aire se hacía nuevamente tibio, y susurraban los jóvenes abetos, y los pájaros se interpelaban con sus gritos, y los jóvenes ciervos dejaban escuchar su bramido… Giraba nuestro planeta con toda su historia universal, los reinos surgían y se hundían, pero aquí seguía sin haber animales feroces ni se conocía al hombre.

A veces desembarcaba gente venida de Novgorod, y así, al cabo de tiempo, las islas fueron incluidas en la comarca de Obonezhsk. También vivieron carelios. Cincuenta años después de la batalla de Kulikovo y quinientos antes de la GPU, los monjes Savatiy y Germán cruzaron las aguas de madreperla en una barquichuela, y aquella isla sin alimañas la consideraron santa. Así nació el monasterio de Solovetsk. A partir de entonces se erigieron las catedrales de la Asunción y de la Transfiguración (foto 1$$$), la iglesia de la Circuncisión en el monte Sekir (foto 2$$$), unas veinte iglesias más otras veinte capillas, la ermita del Gólgota, la ermita de la Trinidad, la ermita de Savatiy, la ermita de Muksalm y algunos refugios aislados de eremitas y de anacoretas en parajes alejados. Muchos fueron los que contribuyeron a ese esplendor con su trabajo: primero, los mismos monjes, y después, los campesinos del monasterio. Unieron los lagos con decenas de canales, y las aguas comenzaron a fluir hacia el monasterio a través de tuberías de madera. Pero lo más sorprendente fue el dique de enormes cantos rodados que los monjes levantaron, no se sabe cómo, en el

Muksalm (siglo XIX). Pronto sus tierras se vieron cubiertas de pacíficos rebaños. A los monjes les gustaba cuidar toda clase de animales, ya fueran domésticos o salvajes. Y así la tierra de las Solovki resultó ser no sólo santa, sino también rica, capaz de alimentar a muchos miles de hombres[33]. En los huertos crecían las famosas coles, macizas, blancas, dulces, cuyos tronchos eran conocidos como «manzanas de Solovki». Crecía toda clase de verduras, y en los invernaderos incluso florecían rosas. Se desarrolló la industria pesquera, gracias a la pesca de altura y a la creación de algunas factorías piscícolas. Con el paso de los siglos, las Solovki llegaron a tener sus propios molinos para moler su trigo, sus aserraderos, sus propios cacharros fabricados en las alfarerías del lugar, su taller de fundición, su herrería, su taller de encuadernación, su curtiduría, su fábrica de carretas y hasta su propia central eléctrica. Incluso los ladrillos aplantillados para los edificios y las embarcaciones para hacerse a la mar: ¡todo se lo fabricaban sus habitantes!

Mas no sabemos (¿sabremos alguna vez?) de ningún pueblo en cuya evolución social no hayan intervenido ideas de guerra y de cárcel.

Ideas de guerra. ¡Es inadmisible que unos irreflexivos monjes vivan sencillamente en una simple isla! La isla está en los límites del Gran Imperio, y eso significa que hay que luchar con los suecos, con los daneses, con los ingleses, y significa también que hay que construir una fortaleza con muros de ocho metros de ancho, y levantar ocho torres, y hacer troneras estrechas, e instalar la atalaya en el campanario de la catedral[34].

Ideas de cárcel. Pero ¡qué bien nos viene… una isla solitaria, con sólidos muros de piedra ya construidos! Hemos encontrado el lugar ideal para recluir a los delincuentes peligrosos, y ya tenemos quien los cuide. ¡Sigan salvando todas las almas que quieran, pero, al mismo tiempo, vigilen a nuestros prisioneros[35]!

¿Se habría imaginado todo esto el monje Savatiy, mientras desembarcaba en la isla santa…?

Se encerró allí a herejes religiosos, como también a herejes políticos. Ahí vivió y murió Avraami Palitsyn. Ahí estuvo el tío de Pushkin, P. Hannibal, culpable de haberse solidarizado con los decembristas[bs]. Ya muy anciano, sufrió allí largo cautiverio Kolnichevsky, el último atamán de los cosacos de Zaporozhie (¿un lejano antecesor de Petliura?), que fue liberado más que centenario[36].

Por otra parte, ya en plena época soviética, cuando las Solovki se habían convertido en campo, surgió toda una leyenda alrededor del monasterio, cubriéndose su historia con un mítico manto que logró engañar a los redactores de guías de turismo y a muchos de relatos históricos. Todavía hoy podemos leer en algunos libros que la cárcel de Solovki era un antro de torturas, que en sus mazmorras había ganchos para la estrapada, látigos y hierros candentes… De hecho, la mención de estos instrumentos, más acordes con las cárceles preisabelinas o con la Inquisición occidental que con los calabozos de los monasterios rusos, se la debemos a un personaje poco escrupuloso y, además, mal informado.

Los antiguos reclusos de las Solovki lo recuerdan todavía: se llamaba Ivanov, y en el campo se le apodaba «el bacilo de la antirreligión». Cuando era sacristán del arzobispo de Novgorod fue arrestado por vender a los suecos pertenencias de la Iglesia. Aterrizó en Solovki en 1925 y no perdió tiempo en buscar el modo de salvarse de los trabajos generales y del aniquilamiento. Se especializó en propaganda antirreligiosa entre los reclusos y, por supuesto, no tardó en convertirse en colaborador del ISCH (Departamento de Información e Instrucción, así se llamaba, sin tapujos). Pero la cosa no quedó ahí: empezó a insuflar la mente de las autoridades del campo que en aquellos lugares había tesoros enterrados por los monjes, y, así, se creó, bajo su mando, la Comisión de Excavaciones. Esa comisión se pasó muchos meses excavando, pero ¡ay!, los monjes le habían hecho una mala jugada a la intuición psicológica de nuestro bacilo antirreligioso. A ninguno se le había ocurrido enterrar el menor tesoro en las Solovki. Entonces, para salir airoso de la situación, Ivanov se dedicó a escudriñar las fortificaciones, alojamientos y depósitos subterráneos, adjudicándoles carácter de calabozos y cámaras de tortura. Naturalmente, después de tantos siglos, no se podía pretender hallar rastro alguno de todas esas cosas, pero un gancho que había allí (y que los monjes utilizaban para colgar la carne ahumada) pasó a ser, por supuesto, la primera prueba de que en aquellos lugares se había infligido la estrapada. Resultaba ya más difícil explicar por qué tampoco quedaban huellas de las torturas aplicadas en el siglo XIX, pero el problema se zanjó expeditivamente: «A partir del siglo pasado, el régimen en las Solovki se había suavizado notablemente». Los «descubrimientos» del bacilo antirreligioso concordaban plenamente con el espíritu de la época y lograron consolar un poco a las desilusionadas autoridades; fueron publicadas en *Islas Solovki* y después en separata en la tipografía de la isla, y así quedó tergiversada la realidad histórica. (La empresa resultó doblemente oportuna, pues en los años de la Revolución gozaba de gran fama y era muy respetado el floreciente monasterio de Solovetsk).

Sin embargo, cuando el poder pasó a manos de los trabajadores se planteó un problema: ¿qué hacer con los monjes, esos infames parásitos? Muy sencillo: llegaron a la isla unos comisarios socialmente fogueados, el monasterio fue declarado sovjós y a los monjes se les ordenó que rezaran menos y trabajaran más para los obreros y los campesinos. Los monjes trabajaron, y aquellos arenques de gusto asombroso que sólo ellos sabían pescar, porque nadie más conocía el lugar y la época en que había que echar las redes, iban a parar a la mesa del Kremlin en Moscú.

Sucedió también que la abundancia de tesoros, acumulados en el monasterio, sobre todo en la sacristía, quitó el sueño a alguno de aquellos comisarios y guías ideológicos: ¿por qué, en lugar de pasar a las manos de los trabajadores (*de ellos*) tenían que yacer ahí esos tesoros, como un peso muerto de religiones pretéritas? Y, así, tal vez no muy de acuerdo con el Código Penal, pero sí muy dentro del espíritu de la expropiación de bienes parasitarios, se prendió fuego al monasterio (25 de mayo de

1923). Los edificios sufrieron daños, y desaparecieron muchos tesoros de la sacristía, pero, en especial, se destruyeron todos los registros del inventario y ya nunca más se pudo establecer cuántas y cuáles cosas habían desaparecido[37].

Sin investigaciones siquiera, ¿qué nos sugiere nuestra conciencia jurídica revolucionaria (léase olfato)? ¿Quiénes habrán sido los culpables de la quema de bienes del monasterio? ¡Los mismos monjes, por supuesto, esa banda de canallas! En este caso, ¡fuera con ellos! ¡Al continente! ¡Y a transformar las islas Solovki en Campos de Destino Especial del Norte! Los monjes, viejos de ochenta años y algunos hasta centenarios, suplicaban de rodillas que se les permitiese morir en su «tierra santa», pero a todos se los echó con proletaria inflexibilidad. A todos… menos a los más indispensables: a los pescadores[38], a los conocedores del ganado de Muksalm; al padre Metodio, que sabía poner las coles en salazón mejor que nadie; al padre Sansón, fundidor, y a otros padres asimismo útiles. (Les fue concedido un lugarcito privado dentro de la fortaleza con entrada propia, la Puerta de los Arenques, se les bautizó como comuna trabajadora y, en consideración a su total narcosis religiosa, se les dejó para sus plegarias la iglesia de San Onofre, sita en el cementerio).

Y así se hizo realidad uno de los dichos preferidos de los prisioneros: lugar sagrado nunca está vacío. Enmudecieron las campanas, se apagaron velas y cirios, no volvieron a resonar los cantos litúrgicos ni las vísperas, ni se murmuró el salterio, desaparecieron las imágenes sagradas (en la catedral de la Transfiguración las dejaron), pero, en cambio, aparecieron intrépidos chequistas, enfundados en larguísimos capotes que les llegaban hasta los talones, con bocamangas y galones negros, distintivos de las Solovki, y gorras bordeadas de negro, sin estrellas; llegaron en junio de 1923 para crear un campo ejemplarmente severo, orgullo de la república obrerocampesina.

En los reglamentos aún no se aclaraba qué quería decir exactamente *destino especial*. Pero a Eichmans, jefe del campo de Solovki, ya se lo habrían explicado de palabra en la Lubianka. Y lo primero que hizo al llegar fue explicárselo a sus colaboradores más cercanos.

Es probable que las historias de las Solovki no impresionen hoy ya a un exrecluso; a lo mejor ni siquiera impresionan al lector. Pero trate de ponerse en el lugar de un ciudadano de la Rusia chejoviana y poschejoviana, de un ciudadano del Siglo de Plata de nuestra cultura, como se dio en llamar a la década de los años diez; de un ciudadano sacudido probablemente por la guerra civil, pero así y todo acostumbrado a ciertos goces de la vida en el comer, en el vestir, en el trato con sus semejantes… ¡imagínesele de pronto a las puertas de las Solovki, en el Kemperpunkt[39]! Es un campo de tránsito cerca de Kem, en la isla Popov, triste, árida, sin un solo arbusto, unida al continente por un dique. Lo primero que ve al llegar a ese sucio páramo es una compañía de cuarenta (los presos se agrupaban entonces en «compañías»: aún no se había descubierto el «equipo»), vestidos… ¡*con sacos*… vulgares sacos! Las

piernas asoman por debajo como si se tratara de una falda, y para pasar la cabeza y los brazos se han hecho agujeros… (¡Difícil de concebir, pero el ingenio ruso da para todo!). De esos sacos el novato se librará, mientras lleve ropa suya, pero aun antes de haberlos examinado, verá al legendario capitán Kurilko.

Kurilko se presenta vestido también con su larguísimo capote de chequista; las estremecedoras bocamangas negras producen un extraño efecto, como, premonitorias de la muerte. De un salto se encarama sobre un tonel o cualquier otra cosa que tenga a mano y se dirige a los recién llegados con un furor inesperado y penetrante: «¡E-e-e-eh! ¡A-ten-cióoon! ¡Aquí no estamos en la república soviética, sino en lo soloviética! ¡No lo olvidéis! ¡El pie de un inspector no ha pisado nunca el suelo de las Solovki… ni lo pisará jamás! ¡A vosotros NO os han mandado aquí para corregiros! ¡Un jorobado no se corrige! La disciplina aquí es la siguiente: cuando yo digo "de pie", ¡de pie! Cuando yo digo "cuerpo a tierra", ¡cuerpo a tierra! ¡Las cartas a casa se escriben así: estoy vivo, sano, contento, punto!».

Pasmados, le escuchan en silencio el noble de ilustre apellido, el intelectual universitario, el sacerdote, el oriundo de Asia Central… ¡Cosas veredes, Sancho…! Entretanto, Kurilko, que en la guerra civil pasó sin pena ni gloria, inscribe su nombre en los anales de todas las Rusias con ese histórico recibimiento… Y con cada uno de sus rugidos se acrecienta su fama, y el hombre se crece, se crece, y su ingenio se aguza. Admirado de su propia estampa, en éxtasis consigo mismo, Kurilko da comienzo a su instrucción (mientras piensa para sus adentros con malsana alegría: ¿Dónde os ocultabais, malditos civiles, cuando nosotros luchábamos contra los bolcheviques, eh? ¿Pensasteis acaso que os ibais a salvar metidos en la madriguera, eh? ¡Pues ahora estáis listos, os han sacado de ella, y las pagaréis todas juntas por vuestra podrida neutralidad! ¡Nosotros, en cambio, ya sabremos cómo arreglárnoslas con los bolcheviques, conocemos nuestro oficio!):

—¡Buenos días, primera compañía de cuarentena…! Mal, ¡de nuevo! ¡Buenos días, primera compañía de cuarentena…! ¡Mal! ¡Tenéis que gritar «bueeen»…, para que os oigan hasta el otro lado del estrecho, hasta las Solovki! Gritan doscientos hombres, ¡¡¡deben caer las paredes!!! ¡Otra vez, buenos días, primera compañía de cuarentena!

Atento a que todos se desgañiten gritando hasta quedar exhaustos por el esfuerzo, Kurilko inicia la segunda fase de la instrucción, que consiste en hacer correr a toda la compañía alrededor del poste.

—¡Levantad las piernas…! ¡Levantad las piernas…!

A él mismo le cuesta… Parece un actor de tragedia, en el quinto acto, antes del disparo final… Y ronco ya de tanto bramar, expresa casi sin voz la esencia de las Solovki dirigiéndose a los que, agotados, se han dejado caer al suelo:

—¡Os haré sorberles los mocos a los difuntos!

Y eso no es más que el primer entrenamiento, destinado a quebrantar el espíritu de los recién llegados. Porque después, en el pestilente barracón de leños podridos, se

les ordenará «dormir de costado»… Lo cual es todavía un privilegio, reservado para los que han logrado sobornar al jefe del pelotón y van a parar a la tarima. Los otros pasarán la noche de pie entre las tarimas: salvo el que haya cometido alguna falta, que permanecerá entre la pared y el zambullo.

Todo esto durante los gloriosos años anteriores al cisma y al culto a la personalidad, a las tergiversaciones y a las violaciones, los gloriosos años de 1923, 1925… Porque, a partir de 1927, las tarimas las ocuparán los urkas[bt], que dispararán sus piojos sobre los intelectuales de pie.

Antes de que llegue el Gleb Bokov[40], todavía habrá ocasión de trabajar en el campamento de tránsito de Kem, y alguno correrá alrededor del poste gritando hasta desfallecer: «¡Soy un parásito, no quiero trabajar y molesto a los demás!». Aún había tiempo para que al ingeniero que tropezó con el zambullo y se lo volcó encima, se le impida entrar en el barracón y se le deje congelarse en la inmundicia. Después gritará la escolta: «¡En la partida no hay rezagados! ¡La escolta dispara sin previo aviso! ¡De frente, march…!». Y agregará, haciendo chirriar los cerrojos: «¿Qué os proponéis, una guerra de nervios…?». En invierno marcharán los presos sobre el hielo, arrastrando tras sí los botes para poder cruzar los claros, y cuando lleguen al agua, permanecerán hacinados en la bodega del barco, hasta tal punto, que unos cuantos se asfixiarán antes de arribar a Solovki y nunca podrán ver el albo monasterio rodeado de pardos muros.

Es casi seguro que apenas llegue el novato experimentará en su propio pellejo la clásica broma de bienvenida a las Solovki. Pasa a los baños y se desviste; el primer bañero mete el lampazo en un barril lleno de jabón verde y con él embadurna al novato; el segundo, de un puntapié, lo hace rodar por una especie de tobogán burdamente construido con una tabla, o lo empuja directamente por la escalera; allí abajo, aturdido, recibe el contenido de un cubo de agua que le echa encima un tercer bañero; finalmente, el cuarto lo empuja al vestuario, donde ya le han tirado desde arriba su «ropilla». (En esa broma está anticipándose todo el GULAG, con su ritmo vital y el valor que en él se le da al ser humano)…

¡Así se empapa el recién llegado de ese espíritu reinante en las Solovki, espíritu desconocido aún en el país, pero que ya está cimentando el alma futura del Archipiélago…!

También aquí se ve gente enfundada en sacos; otros van vestidos con su propia ropa, mejor o peor conservada, y algunos lucen el característico capote corto de las Solovki, confeccionado con el áspero paño del ejército, y sus gorras haciendo juego (signo, por otra parte, de un privilegio especial: así se visten los miembros del cuerpo administrativo en el campo). De pronto, en medio de dos prisioneros, ¡un hombre… de frac! A nadie le parece extraño, nadie vuelve la cabeza para mirarlo ni se ríe de él. (Aquí cada uno se pone lo que tiene. Al desdichado lo arrestaron en el restaurante «Metropol», y aquí está, cumpliendo su condena con traje de etiqueta).

«El sueño de muchos reclusos»: así califica la revista *Islas Solovki*[41] la ropa de uniforme[42]. Sólo visten de pies a cabeza las colonias infantiles. A las mujeres no les dan ni ropa interior, ni medias, ni siquiera un pañuelo para la cabeza. ¿Te pescaron con vestido de verano? ¡Pues así aguantarás el invierno subártico! Así se explica que muchos reclusos permanezcan en paños menores dentro del barracón de su compañía y no los hagan salir para trabajar.

La ropa que entrega el Estado es tan preciada, que en las Solovki a nadie le llama la atención la siguiente escena: en pleno invierno, un preso se desviste y se descalza cerca de la fortaleza, entrega cuidadosamente su ropa y corre desnudo unos doscientos metros hasta alcanzar a otro grupo de gente, donde se le provee de vestidos. Ha sido trasladado de la fortaleza al ramal ferroviario de S. Filemón[43]; si fuera con la ropa, los celadores serían capaces de no devolverla o de cambiarla por otra peor.

Veamos otra escena invernal: las mismas costumbres, aunque esta vez la razón es distinta. El lazareto del servicio sanitario ha sido declarado insalubre y se ha ordenado fumigarlo y lavar todo con agua hirviendo. Pero, entretanto, ¿dónde meter a los enfermos? La fortaleza está repleta: la densidad de población del archipiélago Solovki es superior a la de Bélgica. Sacan, pues, a los enfermos envueltos en mantas y los dejan sobre la nieve durante tres horas. Una vez desinfectado el lazareto, los vuelven a meter, y ya está.

No olvidemos que nuestro recién llegado es hijo del Siglo de Plata. No sabe nada de la Segunda Guerra Mundial ni de Buchenwald. De pronto, ve a los *jefes de pelotón*, con sus capotes de grueso paño, saludándose los unos a los otros con perfecto porte militar, y observa, pasmado, cómo desalojan uno de los barracones de obreros con largos *garrotes* dryn (e incluso todos entienden un nuevo verbo, *adrynar*). Ve también que trineos y carretas son arrastrados no por caballos, sino por hombres, que también tienen un nombre: AFDEC (Accidentalmente en Funciones De Caballo).

Más tarde, sus compañeros de celda habrán de contarle cosas aún más atroces que las que acaba de ver. Pronunciarán en voz baja la palabra funesta: *Sekir*. El monte Sekir. En las dos plantas de la catedral han instalado unas celdas de castigo, las cuales están equipadas, de pared a pared, con unas pértigas del grosor de una mano, en las que los reos están obligados a permanecer sentados todo el día. (De día se acuestan en el piso, pero uno sobre otro, debido al hacinamiento). Las pértigas están fijadas a una altura tal, que no es posible tocar el suelo con los pies. Conservar el equilibrio en ellas es difícil, pero el reo se pasa el día entero tratando de no caer, porque sabe que si llega a rodar al piso, el guardián se abalanzará sobre él y lo molerá a palos. O también: atan a un hombre a un tronco y lo hacen rodar escaleras abajo a lo largo de 356 abruptos escalones (la escalera, construida por los monjes, conduce al lago; no tiene un solo descansillo, y los escalones son tan angostos, que el tronco con el hombre no se detiene ni una vez).

En cuanto a las *pértigas*, no hace falta ir a buscarlas al Sekir; abundan en cualquier celda de castigo, siempre repleta, de la fortaleza. O, si no, te instalan encima de una roca con aristas, en la cual tampoco te puedes sostener. En verano te conducen a los «toconcillos», es decir, desnudo a merced de los mosquitos sobre un tocón. Pero entonces hay que vigilar al castigado; si se le ata a un árbol, los mosquitos harán el trabajo solito. También se tumba a compañías enteras en la nieve como castigo colectivo. O si no, introducen a un hombre en el cenagal, con el fango hasta el cuello, y allí lo dejan… No acaba aquí el repertorio: enganchan el caballo a una lana de carro y atan a ésta las piernas del reo; el guardián monta a caballo y lo hace galopar por los claros del bosque, hasta que los gritos y gemidos que llegan de atrás hayan cesado.

El recién llegado tiene los ánimos por el suelo antes de haber empezado su interminable condena de tres años en las Solovki… y el lector contemporáneo cree haber comprendido: se trata del más obvio sistema de aniquilamiento, del campo de la muerte… ¡Pero no, no es tan sencillo! Nosotros nunca actuamos abiertamente, ni en nuestra primera zona experimental, ni en las otras, ni en las que habrá de ser la más ambiciosa de todas. Siempre hacemos las cosas de manera ambigua, confusa, y por eso con tanto éxito, y por eso duran tanto…

Porque, de pronto, hace su entrada por las puertas de la fortaleza un gallardo individuo montado en una cabra; se mantiene con compostura y nadie se ríe de él. ¿Quién es? ¿Por qué cabalga sobre una cabra? Degtariev, antiguo vaquero**[44]**, había pedido un caballo, pero los caballos no abundan en las Solovki, de modo que le dieron lo que tenían. ¿Y a santo de qué tanta deferencia? ¿Por su pasado de vaquero? No, Degtariev es director del Vivero Dendrográfico. Cultiva arboles exóticos. Aquí, en las Solovki.

Este jinete montado en una cabra representa el lado absurdo de las Solovki. ¿Qué falta hacen árboles exóticos en las Solovki si las mismas huertas de los monjes ya casi ni producen verduras? Un momento: ¡los árboles exóticos hacen falta en las Solovki, y en el Círculo Polar, y en toda la República Soviética, porque se está transformando el mundo y creando una nueva vida! Pero ¿de dónde se sacan las semillas, el dinero? Ahí está el quid de la cuestión: ¡para las semillas del Vivero Dendrográfico hay dinero!: lo que no hay es dinero para alimentar a los hombres que derriban árboles (los alimentos aún se reparten de acuerdo con las existencias, no con los reglamentos).

¿También excavaciones arqueológicas? Sí, tenemos una Comisión de Excavaciones que trabaja en eso. Nos interesa conocer nuestro pasado.

Delante de la Dirección del campo hay un parterre, y en él, la figura de un simpático elefante, con una U en su gualdrapa, es decir, U-SLON**[bu]** (Upravlienie Solovetskij Laguerei Osobovo Naznachenia). El mismo jeroglífico se repite en los bonos de Solovki, que circulan como dinero de ese país boreal. ¡Qué simpática mascarada doméstica! Todo es tan agradable aquí… ¿No será que ese bromista de

Kurilko quiso simplemente asustarnos? Hasta tenemos nuestra revista, *Slon* (aparece en 1924; los primeros números se editan mecanografiados, y a partir del n.º 9, se editan en la imprenta del monasterio). En 1925 sale *Islas Solovki* con 200 ejemplares, y hasta trae suplemento, el diario *Nuevas Solovki* (¡terminemos definitivamente con el maldito pasado monacal!). ¡En 1926 se abre la suscripción en todo el país, y la tirada aumenta; es todo un éxito[45]! Incluso la censura es benevolente… Los reclusos (Glubokovski) escribe versitos satíricos sobre la troika de la GPU… ¡y los versos pasan! Después los cantan en el escenario del teatro de Solovki directamente en las narices del recién llegado Gleb Bokiy:

Nos prometieron un montón de regalos,
Nos prometieron a Bokiy, a Feldman, a Vul…

¡Y a las autoridades les gusta! (¡Es tan halagüeño! ¡No has terminado los estudios secundarios y ya te están colocando en la Historia!). El estribillo les encanta:

Todos aquellos que nos premiaron con las Solovki
están invitados a venir a visitarnos…
que pasen aquí tres o cinco añitos…
¡Siempre lo recordarán con embeleso!

¡Se ríen, disfrutan! (¿Quién iba a pensar que aquello era una profecía…?).

Dando pruebas del mayor descaro, Scepchinski, hijo del general fusilado, escribe en la entrada, el siguiente lema:

«Las Solovki, para los obreros y campesinos».

(¡También eso era una profecía! Pero a las autoridades no les gustó; entendieron el doble sentido y lo mandaron borrar).

Para los integrantes del conjunto dramático se confeccionaban trajes con las casullas. Parejas contrahechas bailaban el fox-trot en escena (símbolo del Oeste decadente), sobre el fondo de una triunfal fragua roja, dibujada en el telón (¡nosotros!).

¡Un mundo increíble! Evidentemente, el granuja de Kurilko bromeaba, desde luego.

Tenemos también la Sociedad de Estudios Locales de las Solovki, que publica sus investigaciones sobre la incomparable arquitectura del siglo XVI o la fauna de las islas. Lo hacen tan escrupulosamente, con tanta dedicación a la Ciencia, con tanto modesto amor al tema, que parece como si esos seres incongruentes, esos científicos ociosos, hubiesen llegado a la isla por pasión científica y no en calidad de prisioneros. A nadie se le ocurriría que ya han pasado por la Lubianka, que tiemblan sólo al pensar en el monte Sekir, en los mosquitos o en la lanza de carro… En

armonía con sus bondadosos investigadores, tampoco los animales y los pájaros de las Solovki han sido exterminados; no han huido, ni siquiera están atemorizados; en 1928 las liebres todavía asomaban confiadas a la vera del camino y observaban con curiosidad cómo llevaban a los prisioneros en dirección a Anzer.

¿Cómo es posible que las liebres no fueran exterminadas? «Los pequeños mamíferos y las aves viven aquí sin temor —se le explica al recién llegado— porque existe una orden de la GPU: "¡No malgastar municiones! ¡Ni un solo disparo *que no sea para el prisionero*!"».

De modo que todos esos espantos eran una broma… Pero de pronto… «¡Despejad! ¡Despejad!», gritan en pleno día en el patio de la fortaleza, abarrotado hasta el tope, tres hombres jóvenes con aire de lechuguinos y cara de morfinómanos (el que va delante, dispersa a los presos con una fusta). Tiran de un hombre en paños menores, con los miembros fláccidos y el rostro horriblemente demudado; lo arrastran de los brazos hasta *debajo del campanario*. Allí, bajo el arco, hay una puertecita. Lo introducen por ella y le disparan en la nuca. El hombre rueda por unos escalones abruptos hasta el fondo, donde caben 7 u 8 cuerpos. Luego ordenan retirar los cadáveres y encargan a las mujeres (madres y esposas de los que huyeron a Constantinopla o mujeres creyentes que no quisieron renunciar a su fe ni dejársela arrancar a los niños) que laven los escalones[46].

¿No podían haberlo hecho de noche, en silencio? Sí; mas ¿para qué en silencio? Sería desperdiciar una bala… De día y en medio de la multitud adquiere un sentido educativo. ¡Es como matar diez pájaros de un tiro!

Fusilan también de otra manera: directamente en el cementerio de Onufriev, detrás del barracón de las mujeres (antigua hospedería de peregrinas), y ese camino ya se llamaba *fusilatorio*. En invierno era frecuente ver cómo conducían por la nieve a un hombre en paños menores y descalzo (esto último no para torturarlo, sino para no desperdiciar la chaqueta y los zapatos). Con las manos atadas por detrás con un alambre[47], el hombre caminaba erguido, con dignidad, y, sujetándolo con los labios fumaba el último cigarrillo de su vida. (Por esa actitud se reconocía al oficial. Al campo llegaban hombres que habían pasado siete años de su vida en el frente. Cuando al hijo del historiador V. A. Potto, un mozo de 18 años, le preguntaron cuál era su profesión, se encogió de hombros y contestó: «Ametrallador». ¡Debido a su juventud y al ardor de la guerra civil no había tenido tiempo de aprender otra cosa!).

¡Un mundo absurdo! Cosas así suelen suceder. Muchos acontecimientos se repiten en la Historia, pero hay algunos que son absolutamente irrepetibles, cortos en el tiempo y en el espacio. Así fue nuestra NEP[bv]. Así fueron las primeras Solovki.

Para mantener sujetos a tantos miles de hombres había poquísimos chequistas: de 20 a 40 en total (algunos incluso estaban allí para purgar determinados deslices). Al principio no se preveían tantos prisioneros, pero Moscú mandaba, y mandaba, y seguía mandando… En el primer semestre, para diciembre de 1923, ya se habían juntado más de 2000. Y en 1928, sólo en la 13.ª compañía (compañía de trabajos

generales) había 3760 hombres, además de otros tantos en la 12.ª, y todavía más en la «17.ª», la fosa común… Pero aparte la fortaleza se habían creado comandancias: la de Savatiy, la de Filimon, la de Muksalm, la de Troitskaia, la de Zaichiki. En 1928 había cerca de sesenta mil presos. ¿Cuántos de ellos eran «ametralladores», soldados de toda la vida? Sin hablar de toda clase de delincuentes de la peor ralea, que empezaron a llegar a partir de 1926… ¿Cómo contener a toda esa gente para que no se amotine?

¡Sólo con el terror! ¡Sólo con el Sekir, con las pértigas, con los mosquitos, con los fusilamientos en pleno día! Moscú va mandando contingentes, sin preocuparse en reforzar los efectivos locales, pero tampoco pone trabas a sus chequistas, no los coarta con reglamentos; todo lo que se haga para mantener el orden estará bien hecho, y es rigurosamente cierto lo de que ningún inspector pisará jamás la tierra de las Solovki.

Eso por un lado; por el otro, un velo de tul con abalorios… ¡Se inicia la era de la igualdad! ¡En las Solovki reina la autovigilancia de los detenidos! ¡La autocustodia! ¡El autocontrol! Los jefes de compañía, de pelotón, de sección, todos son reclusos. ¡Y están las autoactividades, la autodiversión…!

¿Quiénes son los que viven bajo ese terror y bajo esos abalorios? Aristócratas de viejo cuño, militares de carrera, filósofos, científicos, pintores, artistas, alumnos del liceo[48]. Por su educación, por tradición, son demasiado orgullosos para demostrar desfallecimiento o terror, para llorar, para quejarse de su suerte, ni aun a los amigos. Es señal de buen tono aceptarlo todo con una sonrisa, incluso el fusilamiento. Como si esa cárcel polar mecida por los rugidos del mar no fuera más que un pequeño malentendido en un día de excursión. Bromean, se burlan de los carceleros.

Como muestra, ahí está el SLON-elefante impreso en los bonos y estampado en el parterre. O la cabra que sirve de caballo. Y si ya la 7.ª compañía se llama artística, su jefe se llama Kunst.[bw] Si Berry-Iagoda[bx], es el responsable del secadero de bayas. Bromas que se hacen a costa de los papanatas, de los censores… ¡Y cuántas canciones! Por ahí anda Gueorguiy Mijailovich Osorguin, con su risita. «*Comment vous portez vous*[49] en esta isla? —*À lager comme à lager*[by]».

Esas bromas, esa ostensible independencia del espíritu aristocrático es lo que más irrita a los semibestializados carceleros de Solovki. Llega el día en que ordenan fusilar a Osorguin. ¡Y ese preciso día desciende en el muelle su joven esposa! (él mismo no ha cumplido todavía cuarenta años)… Osorguin pide a los carceleros que no le ensombrezcan ese encuentro a su mujer. Promete que no le permitirá quedarse más de tres días, y en cuanto ella se haya marchado, podrán fusilarle.

Nosotros, que rechinamos los dientes ante la menor desgracia, ante el menor dolor, de tanto anatematizar la aristocracia hemos olvidado hasta qué punto puede llegar el dominio de sí mismo… ¡Tres días, de la mañana a la noche, pasó Osorguin con su mujer, y nada le dejó entrever! ¡No permitió que una sola palabra suya se lo sugiriera, que por un solo momento su tono se hiciera grave, que su mirada se ensombreciera! Sólo en una ocasión (la mujer vive todavía y lo recuerda), mientras

paseaban a orillas del lago Sviatoi, ella se volvió y vio al marido agarrarse la cabeza con gesto de desesperación. «¿Qué te pasa?». «Nada». La mirada del hombre volvió a ser serena. Ella habría podido quedarse un poco más, pero Osorguin le suplicó que se marchara. Aún no había desaparecido el barco por el horizonte, cuando ya se estaba desvistiendo para el fusilamiento.

¡Bueno, pero, después de todo, alguien les había concedido esos tres días! Tres días que, como otros casos análogos, demuestran que el régimen de Solovki no se había convertido todavía en un *sistema* blindado. Da la impresión de que el *aire* de Solovki reunía paradójicamente en sí la extrema crueldad con una especie de bonachona perplejidad: ¿Adónde nos conduce todo esto? ¿Qué características de Solovki sentarán las bases del gran Archipiélago? ¿Cuáles caerán en el olvido? Los de Solovki no terminaban de convencerse de lo irremediable de su situación, de que estaban encendidos los hornos de un Auschwitz polar y sus compuertas abiertas a todos los que una vez fueron traídos aquí. (¡Y, sin embargo, era así!). Otra causa de confusión la teníamos en el hecho de que todas las condenas eran irrisoriamente cortas: casi nunca diez años, pocas veces cinco, siempre tres y solamente tres. Tampoco se comprendía ese juego del gato y el ratón que establecía la ley: te agarran y te sueltan, te agarran y te sueltan. Semejante patriarcal incomprensión (¿adónde nos conduce todo esto?) influía necesariamente en la actitud de los reclusos que oficiaban de guardianes y probablemente en la de los mismos carceleros.

Porque, por precisos que fueran los postulados sociopolíticos constantemente reiterados, según los cuales lo único que merecía el enemigo era la destrucción, la destrucción concreta de un hombre con dos piernas, y pelo, y ojos, y una boca, y un cuello, y un par de hombros, no, *ésa* nadie se la podía imaginar. Podía uno creer que se destruían las *clases*, pero no los *hombres* que pertenecían a ellas. Educado en conceptos amplios y generosos, el ruso no terminaba de darle su auténtico sentido a esa cruel enseñanza, como si leyera tales párrafos con gafas inadecuadas para su vista. Se sucedían meses y años del más franco terror, y el ruso seguía sin poder creerlo.

Las primeras islas del Archipiélago sufrieron también la inestabilidad de aquellos años veinte, cuando todo el país se hacía la misma pregunta: ¿Quedará todavía algo por prohibir? ¿O, por el contrario, empezarán al fin a permitirse cosas? ¡Sí, Rusia seguía creyendo en los discursos exaltados! Sólo unos pocos espíritus sombríos preveían cuándo y cómo ocurriría el desastre.

El incendio destruye las cúpulas, pero los muros son eternos… Existía una tierra labrada en el extremo del mundo, que de pronto es saqueada. Colores irisados sobre las crestas del inquieto mar. Lagos silenciosos. Animales confiados. Hombres despiadados. Los albatros emigran en invierno al golfo de Vizcaya llevándose todos los secretos de la primera isla del Archipiélago, pero nada habrán de revelar en las despreocupadas playas de Europa…

Un mundo absurdo… una de cuyas efímeras paradojas es que el campo esté dirigido por oficiales blancos. No, lo de Kurilko no era casualidad.

Pasa lo siguiente: en la fortaleza, sólo el guardián de turno del campo es un chequista. La guardia de las puertas (no existen atalayas), el patrullaje en las islas y la captura de fugitivos están encomendados al cuerpo de vigilancia. Este, además de sus propios miembros, cuenta también con asesinos, monederos falsos y otros delincuentes (salvo ladrones). Pero, entonces, ¿quién se va a ocupar de la organización interna, de la parte administrativa? ¿A quiénes nombrar jefes de compañía y de pelotón? No a los sacerdotes, por supuesto, ni a los sectarios, ni a los nepmanes[bz], ni a los científicos, y mucho menos a los estudiantes. (Estudiantes hay de sobra, pero usar la gorra de estudiante en Solovki se considera un desafío, una insolencia, una solicitud de fusilamiento). Los más indicados para ese puesto serían los exmilitares. Pero ¿qué militares, a no ser oficiales blancos?

Y, así, sin haberse puesto de acuerdo y probablemente sin haberlo pensado demasiado, chequistas y contrarrevolucionarios colaboran en las Solovki.

¿Adónde habrán ido a parar los principios de unos y de otros? ¿Sorprendente? ¿Asombroso? Sólo se sorprenderá quien esté acostumbrado al análisis sociológico-clasista y no sepa valerse de otros esquemas. Pero a ese analista todo el mundo le parecerá sorprendente, porque el ser humano y el mundo no entran nunca en sus cuadrículas apriorísticas.

En cuanto a los carceleros de las Solovki, lo mismo les da. Se ha impartido una orden: autovigilancia (léase autoopresión) entre los detenidos. ¿Quiénes mejor que los mismos blancos para hacerla cumplir?

En cuanto a los eternos oficiales, ¿cómo resistir a la tentación de organizar la vida (la opresión) en el campo? ¿Cómo quedarse de brazos cruzados viendo las torpezas que cometen unos inexpertos? Ya hemos hablado en este libro de lo que un par de charreteras son capaces de hacer con el corazón humano. (Esperen, llegará el tiempo en que también los comandantes rojos irán a la cárcel, en que también se volcarán a la autovigilancia y tratarán de coger el fusil… ¡Con tal que confíen en ellos…!). En cuanto a los guardias blancos, seguramente debían pensar: «¡Bah, total, ¿qué más da? Estamos perdidos, *todo está perdido*, de modo que… sigamos la fiesta!». Más aún: «Cuanto peor, mejor, ¡les ayudaremos a construir unas Solovki tan bestiales como jamás llegó a soñar *nuestra* Rusia, y ya verán qué fama cosechan!». O bien: «Todos los nuestros han caído… bueno, ¿y yo qué? ¿Soy un pope para que me manden a archivar facturas?».

Mas no acababa ahí todo. El gran absurdo de las Solovki consistía en que, al tomar en sus manos la administración del campo, ¡los oficiales blancos comenzaron a *luchar* con los chequistas! «Por fuera, el campo es vuestro, pero dentro nos pertenece a nosotros los que decidimos quién y dónde va a trabajar y a quién y adónde hay que

mandar. Nosotros no nos metemos en lo de fuera; vosotros no os metáis en lo de aquí dentro».

¡De ningún modo! ¡Si es justamente dentro del campo donde el Departamento de Información e Instrucción debe contar con más soplones! Ésa era la primera y más temible fuerza del campo: el ISCH. (Sus responsables también eran elegidos entre los mismos reclusos ¡el colmo de la *autovigilancia*!). ¡Y nada menos que con el ISCH decidió luchar la ACH, sección administrativa de los guardias blancos! Las demás secciones: educativo-cultural, sanitaria, que tanta importancia habrían de tener en lo futuro en otros campos, eran aquí organismos enclenques, lastimosos. Vegetaba también la sección económica, dirigida por N. Frenkel; se dedicaba al «comercio» con el mundo exterior, a la inexistente «industria», y en el horizonte todavía no apuntaban los resplandores de su fama. Dos fuerzas en oposición, ISCH y ACH. La cosa ya empezaba en el Kemperpunkt: el poeta A. Iaroslavski, recién llegado, se acercó al jefe de pelotón y le murmuró algo al oído. Este, articulando cada palabra a la manera militar, vociferó: «¡Habrás sido de la *secreta*, pero aquí serás de la *manifiesta*!».

El ISCH manejaba Sekir, las celdas de castigo, las delaciones, los asuntos privados de los reclusos; de él dependían las reducciones de pena y los fusilamientos, y se encargaba de la censura de cartas y paquetes. La ACH era responsable de la distribución del trabajo, del traslado dentro de la isla y de los contingentes.

La ACH descubría a los soplones para incluirlos en un traslado. Se les daba caza: ellos huían y se ocultaban en los edificios del ISCH; allí los volvían a descubrir y, después de destrozar los recintos del ISCH, los sacaban a rastras[50].

(Los mandaban a Kondostrov, a la explotación maderera. Y allí proseguía lo absurdo: desenmascarados, editaban un diario mural llamado *El soplón*, en el que, con amarga ironía, seguían *desenmascarándose* los unos a los otros ya por «meneacionismo» y cosas así).

Entonces el ISCH iniciaba sus represalias contra los diligentes miembros de la ACH, aumentándoles la condena o mandándolos al Sekir. Pero sus actividades se veían entorpecidas porque de acuerdo con las leyes entonces vigentes los *colaboradores secretos* descubiertos eran considerados delincuentes (art. 121 del Código Penal): la «divulgación de datos no destinados a ser difundidos por parte de un funcionario», independientemente del hecho de que esa divulgación no se haya efectuado por su propia voluntad, e independientemente también del cargo que ocupe dicho funcionario, se consideraba un delito, y el ISCH no podía defender ni rescatar a sus colaboradores pescados con las manos en la masa. ¿Te atraparon? ¡La culpa es tuya! Kondostrov adquiría carácter casi legal.

Las «acciones militares» entre el ISCH y la ACH alcanzaron su punto máximo en 1927, cuando los oficiales blancos irrumpieron en el primero de ellos, forzaron la caja fuerte, sacaron la lista completa de los soplones y la divulgaron entre todos, convirtiéndolos en delincuentes inservibles. Después, la ACH comenzó a perder

fuerza; cada vez había menos exoficiales, y, en cambio, iban colocando allí cada vez más maleantes (por ejemplo, los *chubarovtsi*, tras el sonado proceso de los violadores de Leningrado), hasta que, finalmente, fue vencida.

A partir de los años treinta comenzó una nueva era para los campos, y las Solovki dejaron de ser las Solovki para convertirse en uno de muchos «campos de trabajo correccional». Ascendía la tenebrosa estrella del ideólogo de aquella era, Natalio Frenkel, y su fórmula se convirtió en primerísima ley para el Archipiélago:

«Debemos aprovecharlo todo del recluso en los primeros tres meses… Después, ya no nos sirve para nada».

¿Y dónde están esos santos Savatiy, y Germán, y Zosimo? ¿Y a quién se le ha ocurrido eso de vivir casi en el Círculo Polar, donde ni se da el ganado, ni hay pesca, ni se cultiva el trigo, ni crecen las hortalizas?

¡Oh, maestros en la destrucción de una tierra floreciente! ¡Uno cualquiera no habría logrado en tan poco tiempo, uno o dos años, arruinar tan absoluta e irremediablemente la ejemplar economía monacal! ¿Cómo lo habrán conseguido? ¿Robando y llevándoselo todo? ¿O aniquilando las cosas sobre el mismo terreno? ¡Pensar que con miles de manos ociosas a su servicio no son capaces de arrancarle nada a la tierra!

Sólo para los empleados libres hay leche, nata, carne fresca y aquellas famosas coles del padre Metodio; para los reclusos, sólo bacalao, seco o salado, y una escuálida *balanda*[ca] con granos de cebada o de mijo, sin patatas; estofado o potaje, nunca. Así aparece el escorbuto, e incluso en las «compañías de oficinas» se cubren de pústulas, no digamos en las *generales*… De las comandancias alejadas vuelven «contingentes a gatas» (así mismo se arrastran desde el desembarcadero, a cuatro patas).

De los giros que llegan de casa se pueden utilizar 9 rublos al mes: hay un puesto en la capilla de San Germán. Los paquetes, uno mensual, los abre el ISCH, y si no los «untas», declaran que gran parte de lo que te han mandado *no está permitido*: por ejemplo, los cereales. En la iglesia de San Nicolás y en la catedral de la Asunción las tarimas van subiendo: ya forman cuatro pisos. Los de la compañía 13.ª tampoco disponen de mucho espacio: imagínense tres mil quinientos hombres que vuelven del trabajo, apiñados a las puertas de la catedral de la Transfiguración. Duran horas y horas las colas ante la caldera, en espera de un poco de agua caliente. Las inspecciones nocturnas de los sábados se prolongan hasta la madrugada (como los oficios religiosos de antes)…

En el aspecto sanitario son, por supuesto, muy estrictos: a todos les obligan a cortarse el pelo y afeitarse la barba (a los sacerdotes, más que a nadie). Les cortan, además, los faldones de la ropa larga (sobre todo, las sotanas), pues, al parecer, son refugio de microbios. (Los chequistas arrastran su capote por el suelo). En invierno, los enfermos y los viejos que no se pueden mover de sus tarimas, cubiertos sólo con

la ropa interior o enfundados en sacos, no tienen ninguna posibilidad de llegar hasta el baño público, y así acaban, devorados por los piojos. (Cuando alguno muere, los demás esconden su cadáver bajo la tarima para quedarse con su ración; pero eso tampoco conviene demasiado a los vivos, porque los piojos, arrastrándose, abandonan el cuerpo que se enfría y van a los vivos, calentitos). En la fortaleza hay un mal servicio sanitario, con un pésimo hospital, y en el interior de las islas no hay absolutamente nada.

(La única excepción es la ermita del Gólgota Crucifixión, penitenciaría de castigo, donde curan… matando. Allí, en la iglesia del Gólgota, yacen moribundos, a causa de la inanición y la tortura, sacerdotes desfallecidos, sifilíticos, ancianos inválidos, y jóvenes urkas. A petición de los mismos moribundos, y para aliviar su propia tarea, el médico administra estricnina a los desahuciados, y en invierno los cadáveres barbudos, en paños menores, permanecen durante semanas enteras dentro de la iglesia. Después los sacan al atrio, apoyándolos contra la pared para que ocupen menos espacio. Finalmente, se los llevan y los despeñan por el monte Gólgota[51]).

Cierta vez hubo en Kem una epidemia de tifus (1928), a raíz de la cual murió el 60 % de los allí recluidos, pero luego el mal se propagó a la Isla Menor, donde en la glacial sala «de espectáculos» yacían en el piso centenares de tíficos. Y cientos de ellos fueron a parar al cementerio. (Para llevar el control, los encargados le anotaban a cada uno el apellido en la mano, y los convalecientes hacían intercambio de condena con los cadáveres, anotándose en la propia mano el nombre de los de condena corta). En 1929, los basmaches[cb], acarreados por millares, introdujeron una enfermedad de carácter epidémico; se formaban placas negras en el cuerpo, y el enfermo moría irremediablemente. No se podía tratar de viruela ni de peste bubónica, como oficialmente suponían los detenidos, porque esas dos enfermedades ya habían sido erradicadas de la República Soviética; se la llamó «tifus asiático» y, como no sabían curarla, la trataban de la siguiente manera: si en la celda enfermaba alguno, los encerraban a todos sin excepción y no se hacía otra cosa que pasarles la comida hasta que todos hubiesen muerto.

¡Qué interesante resultaría, desde el punto de vista científico, establecer que en aquellos años el Archipiélago aún no se había reconocido a sí mismo en las Solovki, que aún no veía reflejado en ellas su propio espíritu! Y observar cómo, poco a poco, ese espíritu iba revelándose en él… Pero ¡no! Aunque no había nadie de quien aprender, nadie de quien tomar ejemplo, ni precedente que recordar, el Archipiélago reconoció y manifestó muy pronto su carácter futuro.

¡Mucho de lo por venir fue descubierto ya en las Solovki! Existía ya la expresión «eximido de trabajos comunes». Todos dormían en tarimas, pero algunos ya tenían catres; se hacinaban compañías enteras en el templo, pero en algunas celdas no había más de veinte hombres, y en otras, sólo cuatro o cinco. A algunos se les permitía ya observar la caravana de mujeres recién llegadas, para elegir una compañera (para miles de hombres había unas ciento cincuenta o doscientas mujeres; después llegaron

más). Se podía obtener un lugar más caliente gracias al servilismo y a la delación. Se echaba de los mejores puestos a los «contrarrevolucionarios» (*contras*) y luego se les volvía a poner de nuevo porque los delincuentes no hacían más que embrollarlo todo. El ambiente del campo se volvía ya irrespirable por los continuos siniestros rumores… El «no confiar en nadie» se había convertido ya en la ley primera (eso iba eliminando y enfriando el generoso espíritu del Siglo de Plata).

La plana mayor empezó también a gustar de las dulzuras del campo. Sus familias podían exigir en cualquier momento los servicios gratuitos de una cocinera, un leñador, un peluquero, una lavandera, una costurera… Eichmans se hizo construir una casa de fin de semana prepolar. Potemkin, exsargento de Dragones, después comunista, luego chequista y, finalmente, jefe de Kemperpunkt, hizo también las cosas a lo grande. Abrió un restaurante en Kem, con una orquesta de músicos salidos del Conservatorio, en el cual las camareras vestían de seda. A principios de los años treinta, los camaradas llegados de Moscú y acostumbrados al racionamiento podían darse un espléndido banquete. Servía la mesa la princesa Shajovskaia, y los precios eran simbólicos: treinta copecs; el resto lo financiaba el campo.

Pero las Solovki no terminan en la fortaleza. La fortaleza es simplemente el lugar más privilegiado de las Solovki. Ni siquiera las ermitas son las auténticas Solovki (estas ermitas donde primero estuvieron presos los socialistas y después se instalaron las comandancias de trabajo). No, las auténticas Solovki son las explotaciones forestales, los lejanos obrajes. Mas precisamente lo más difícil ahora es averiguar algo de aquellos lugares perdidos, porque DE ALLÍ nadie ha vuelto. Se sabe que en otoño no se les permitía a los reos secarse; en invierno, en medio de las intensas nevadas, no se les daba ropa ni calzado; la duración de la jornada de labor dependía de la tarea: aquélla terminaba cuando se había cumplido ésta, y si ésta no se había cumplido, no se tornaba bajo techo. Y constantemente se «inauguraban» nuevas comandancias enviando simplemente, sin más preparativos, cientos de hombres a lugares inhóspitos.

No obstante, según parece, en los primeros años de las Solovki el hostigamiento de los obreros y los trabajos exhaustivos se debían más bien a repentinas explosiones de furia: aún no se habían convertido en sistema. La economía del país no descansaba todavía en su esfuerzo, ni ellos cimentaban los futuros planes quinquenales. Por lo visto, en sus primeros años el SLON carecía de un plan económico bien establecido, y ni siquiera se sabía con exactitud cuál era el esfuerzo humano requerido para el funcionamiento interno del campo. Por eso era tan fácil cambiar de pronto un trabajo productivo por una labor de castigo, como verter agua de un agujero en el hielo a otro agujero, o transportar leños de un lugar a otro y luego volverlos a llevar al punto de partida. En eso había crueldad, sí, pero también algo patriarcal. En cambio, cuando el hostigamiento de los trabajadores se convirtió en un *sistema* organizado, el verterles agua encima en plena helada o exponerlos desnudos a la voracidad de los mosquitos, estuvo ya de más, un inútil despilfarro de fuerzas del verdugo.

Existen algunas cifras oficiales: hasta 1929, en toda la RSFSR sólo se había «enganchado» para el trabajo del 34 al 41 % de los reclusos[52] (y no podía ser de otro modo, debido a la desocupación en el país). No sabemos si en esa cifra se incluye también el trabajo del campo, por así decirlo, doméstico, o si se trata solamente de las labores «externas». De todos modos, ese trabajo doméstico tampoco habría bastado para mantener ocupado al restante 60 o 65 %. Naturalmente, esa desocupación se hacía sentir también en las Solovki. Se sabe que durante el transcurso de los años veinte hubo allí muchos reclusos sin ningún tipo de trabajo fijo (algunos, por no tener ropa), o con funciones muy relativas.

El primer año del primer plan quinquenal que sacudió a todo el país, sacudió también las Solovki. Hacia 1930, el nuevo jefe del USLON, Nogtiev (el mismo que en la ermita de Savatiy fusilaba a los socialistas), informaba a los civiles de Kem, «entre los murmullos de asombro de la sala»: «Sin contar las explotaciones forestales del USLON, que crecen a un ritmo absolutamente fuera de lo común, sólo para atender los pedidos “externos” de dos empresas se suministraron en 1926 productos por valor de 63 000 rublos; en 1929, por valor de 2 355 000 rublos (¡37 veces más!), y en 1930, tres veces más que el año anterior. La construcción del ferrocarril Carelia-Murmansk nos aportó, en 1926, 105 000 rublos, y en 1930, 6 000 000, es decir, ¡57 veces más!»[53].

Así iban extinguiéndose las aisladas Solovki de antes, donde no se sabía cómo exterminar a los prisioneros. ¡El *trabajo mágico* estaba resultando un auxiliar eficaz!

Las Solovki se crearon a partir de Kemperpunkt, y una vez alcanzada su madurez (fines de la década de los veinte), comenzaron a invadir el continente en un desplazamiento hacia atrás, también a partir de Kemperpunkt. Lo peor que podía sucederle entonces a un detenido era ir a parar a una de esas comandancias del continente. Al principio, las Solovki sólo poseían en el continente los Burgos de Sorok y Sumsk, propiedades ribereñas de los monjes. Al crecer, el SLON rebasó los límites monacales.

Al oeste de Kem, y a través de los pantanos, los reclusos empezaron a construir la carretera Kem-Utja, «considerada hasta ese momento prácticamente irrealizable[54]». En verano se ahogaban; en invierno se congelaban. Los de las Solovki le tenían un terror pánico a esa carretera, y durante mucho tiempo no existió para ellos amenaza peor que: «¡¿Quieres que te mande a Ujta?!».

Semejante era la carretera de Parandov, desde Medvejegorsk. Durante su trazado, el chequista Gashidze ordenaba colocar dinamita en las rocas, mandaba al lugar a los *kaers*[cc], y los veía estallar por los prismáticos.

Cuenta que en diciembre de 1928, en Krasnaia Gorka (Carelia), castigaron a unos reclusos que no habían cumplido su tarea dejándolos en el bosque durante la noche; 150 hombres murieron congelados. Hechos así eran corrientes en las Solovki, y no hay por qué asombrarse.

En cambio, este otro hecho resulta más difícil de creer: en 1929, en el tramo Kem-Ujta, cerca de una aldea llamada Kut, unos cien prisioneros que no habían cumplido con la norma de producción, ¡FUERON QUEMADOS VIVOS EN LA HOGUERA!

El caso me lo contó el recientemente fallecido profesor D. P. Kalistov, exprisionero de las Solovki, que se hallaba cerca del lugar. No he podido obtener más testimonios que el suyo (creo que ya nadie tendrá oportunidad de conseguir otros. ¡Y si nos ponemos a pensar en todas las otras cosas de las que ni siquiera nos vamos a enterar…!). Pero, bien pensado: ¿por qué unas personas que dinamitan a seres humanos, que los dejan morir de frío, no habrían también de quemarlos? ¿Porque la técnica es más complicada?

Quienes crean más en la letra impresa que en el testimonio de los hombres, lean lo que sigue. Refiere la construcción de un camino, en el mismo año, también del USLON y también con prisioneros, sólo que en la península de Kola:

«A lo largo de 27 kilómetros construimos, con grandes dificultades, un camino de tierra a través del valle del río Belyi, costeando el lago Vudiarv hasta el monte Kukisvumchorr, cubriendo pantanos… —¿cubriéndolos con qué?—; la palabra pugna por surgir, pero el papel se resiste a fijarla… —con troncos y terraplenes de arena y corrigiendo los caprichosos relieves de las vertientes de la montaña». Más tarde, USLON construyó allí mismo un ferrocarril. «Once kilómetros en un solo mes de invierno —(¿y por qué en un solo mes?; ¿por qué no se podía esperar el verano?)— … La tarea parecía imposible de cumplir: 300 000 metros cúbicos de tierra… —(¡en el Círculo Polar, en invierno! ¿Tierra eso? ¡Eso es peor que granito!)—… tenían que ser removidos únicamente con picos, palas y barrenas. —(¿Tenían manoplas, por lo menos?)—. Innumerables obstáculos retrasaban la labor. Jornadas enteras de tres turnos alumbrándose en la noche polar con faroles de queroseno, abriendo claros en los bosques de pinos, arrancando tocones en medio de tormentas que cubrían de nieve el camino hasta una altura superior a la estatura de un hombre[55]»…

Vuélvalo a leer. Ahora cierre los ojos. ¡Y ahora imagínese a sí mismo, indefenso habitante de la ciudad, lector de Chejov, imagínese transportado de pronto a ese infierno helado! ¡Usted, recién llegado del Turkestán con su gorrita, en medio de esa tormenta de nieve! ¡Y a arrancar tocones!

Esto sucedía en los preclaros años veinte, antes de todo «culto a la personalidad», cuando las razas blancas, amarilla, negra y marrón tenían los ojos puestos en nuestro país como en el faro de la libertad[56]. En aquellos años en que sobre los escenarios se entonaban divertidos cuplés sobre las Solovki.

Y así, insensiblemente, con la imposición de tareas, se esfumó el propósito inicial de aquel campo de Destino Especial solitario en las islas. Y el Archipiélago, nacido y desarrollado en las Solovki, comenzó su tenebroso avance por todo el país.

Se planteaba un problema: había que extender ante él el territorio del país, y al mismo tiempo no permitir que lo conquistara, que lo sedujera, que se lo asimilara. Había que crear un cerco de animosidad soviética alrededor de cada islita del Archipiélago. Los dos mundos podían tal vez entrecruzarse, pero, mezclarse, ¡jamás!

El informe de Nogtiev, «entre los murmullos de asombro de la sala», iba dirigido en realidad a la masa trabajadora de Kem (los términos serían divulgados después por medio de publicaciones locales):

«… Debido a la intensificación de la lucha de clases dentro de la URSS… y habiendo aumentado más que nunca el peligro de guerra…,[57] se exige de los órganos del OGPU y del USLON cada vez mayor unidad con la clase trabajadora, cada vez mayor vigilancia»… «La opinión pública, debidamente organizada…, deberá luchar… contra el contacto entre la población civil y los reclusos, contra el ocultamiento de fugitivos, contra la compra a los reclusos, de objetos robados o pertenecientes al Estado… y contra toda clase de rumores malignos acerca del USLON, difundidos por los enemigos de clase».

¿Cuáles eran esos «rumores malignos»? ¡Que la gente va a parar a los campos por *nada*!

Había aún otro punto: «Es deber de todos y de cada uno poner oportunamente en conocimiento[58]»…

¡Execrable población civil que hace amistad con los reclusos y oculta a los fugitivos! Es un peligro terrible. De no poner fin a ese estado de cosas, ¡adiós Archipiélago! ¡Y adiós revolución!

Entonces, como medida contra esos rumores «malignos», comienzan a circular otros rumores sanos, progresistas: ¡A los campos se envía sólo a asesinos y violadores! ¡Cada fugitivo es un bandido peligroso! ¡Encerraos bajo siete llaves, salvad a vuestros hijos, ocultad vuestras pertenencias! ¡Capturad, delatad, colaborad con la OGPU! ¡Y quien no colabore, *ponedlo en conocimiento*!

Al extenderse el Archipiélago, las fugas aumentaban. Obligados a trabajar en explotaciones forestales y en la construcción de carreteras, los condenados, a pesar de todo, pisaban el continente; era tierra firme, había esperanzas… A decir verdad, siempre habían acariciado ideas de fuga incluso cuando el SLON no era más que una isla solitaria. Los ingenuos esperaban el término de sus tres años de condena; los sensatos se daban cuenta de que no volverían a ver la libertad dentro de tres, ni dentro de treinta años, y que el único medio era la fuga.

Mas ¿cómo huir de las Solovki? Durante seis meses al año, el mar permanece helado, pero ni siquiera en toda su extensión, sino por partes; además, hay incesantes tormentas de nieve, grandes heladas, y reinan allí, aparte el intenso frío, la niebla y la oscuridad. En primavera y gran parte del verano, debido a las noches blancas, la visibilidad es extrema y no hay cómo ocultarse a los ojos de los vigías. Sólo a fines de verano y en otoño, cuando las noches se van haciendo más largas, puede presentarse alguna ocasión. Por supuesto, no en la fortaleza, sino en las

comandancias. Allí, quienes tenían libertad de moverse y disponían de tiempo, construían un bote o una balsa y, llegada la noche, se largaban a la deriva (a veces, simplemente, a horcajadas sobre un tronco), la mayor parte de las veces impulsados por la esperanza de tropezar con un barco extranjero. Los de la isla se enteraban de la huida por la agitación de los guardias y por el movimiento de lanchas de patrulla, y una alegre inquietud se apoderaba de los presos, como si ellos mismos se hubieran dado a la fuga. Se preguntaban unos a otros, en un susurro: «¿Todavía no lo han encontrado…?». Seguramente muchos se ahogaron antes de arribar a ningún lado. Alguno, tal vez, lograba alcanzar las playas de Carelia, y entonces desaparecía como si se lo hubiera tragado la tierra.

En cuanto a la famosa huida a Inglaterra, se produjo desde la costa de Kem. Aquel valiente (no sabemos sus nombre, ¡así de amplia es nuestra cultura!) sabía hablar inglés, pero lo ocultaba. Consiguió trabajar de estibador en Kem, donde cargaban madera, y allí se entendió con dos ingleses. Los guardias de escolta no tardaron en advertir su ausencia, retuvieron el barco casi durante una semana y lo registraron varias veces, sin encontrar jamás al fugitivo. (Cuando veían avanzar por la orilla a la patrulla de registro, los mismos tripulantes lo bajaban por el otro costado con la cadena del ancla, con un tubo de respiración entre los dientes). Las autoridades tenían que pagar unos enormes daños y perjuicios por retener tanto tiempo el barco, y finalmente prefirieron pensar que el prisionero se había ahogado y dejaron partir la nave.

Después apareció un libro en Inglaterra; incluso creo que hubo varias ediciones. (*La isla infernal*, de S. A. Malzagov**[59]**).

Dejó estupefacta a toda Europa (¡seguramente pensaron que el autor-fugitivo exageraba, y los simpatizantes de la Nueva Sociedad debieron calificarlo de infame libelo!), pues contradecía abiertamente lo que ya nadie ignoraba: ¡que las Solovki eran un paraíso! Contribuían a crear esa imagen la *Rote Fahne***[cd]** (esperamos que su corresponsal fuera más tarde a pasar una temporada al Archipiélago) y los álbumes de las Solovki difundidos en toda Europa por las Embajadas soviéticas, impresos en excelente papel y con fotografías de confortables celdas. (Nadiejda Surovtzeva, una comunista nuestra en Austria, desmentía indignada la calumnias blandiendo uno de esos álbumes. En ese mismo momento, la hermana de su futuro marido estaba presa en las Solovki, y dentro de dos años ella misma iría a engrosar el pabellón de incomunicados en Iaroslav).

Fueran o no calumnias, la cosa no podía quedar así. Y una comisión de la VZIK, encabezada por el camarada Solz, «la conciencia del partido», viajó para ver qué sucedía realmente en esas Solovki. (¡Ellos, claro, no estaban al tanto de nada…!). Sólo que la comisión no pasó de Murmansk, y tampoco allí hizo gran cosa. Y a la isla misma, se decidió enviar —¡no, pedirle que fuera!— al gran escritor-proletario Máximo Gorki, que acababa de regresar a la patria proletaria. ¡Su testimonio sería la mejor refutación a esas execrables calumnias!

La noticia no tardó en llegar a Solovki; palpitaron los corazones de los prisioneros, se agitaron los guardianes. ¡Hay que saber qué es un recluso para poder imaginar su expectativa! ¡El más grande de los escritores rusos, el halcón y albatros de la revolución, se aprestaba a llegar en raudo vuelo al nido mismo de la injusticia, de la arbitrariedad y del silencio!

¡Él se encargaría de proclamar las cuatro verdades, él les haría pagar lo suyo a los verdugos, él sabría defender a los indefensos! Esperaban a Gorki, casi, casi, como se espera la amnistía general.

También las autoridades estaban inquietas; ocultaban como podían las deformidades y sacaban brillo a lo que podía enseñarse. Enviaron contingentes de trabajo a los puestos más alejados para despejar la fortaleza; dieron de alta a muchos enfermos en las enfermerías e hicieron limpieza general. Incluso plantaron una alameda de abetos sin raíces (tardarían varios días en secarse) en la entrada de la colonia infantil, inaugurada hacía tres meses; la colonia era el orgullo del USLON, allí todos iban vestidos y no había niños con ideologías extrañas; seguramente a Gorki le resultaría muy interesante observar cómo educaban allí a los menores y los salvaban para su futura existencia en el mundo socialista.

Sólo en Kem pecaron de poco previsores. En la isla Popov, estaban los prisioneros cargando el *Gleb Bokiy* en paños menores y enfundados en sacos cuando, ¡de pronto!, apareció la comitiva de Gorki, dirigiéndose precisamente a ese barco. Sesudos pensadores, aquí tienen un problema digno de ustedes: una isla desierta, sin un solo arbusto, sin nada que sirva de reparo, y de pronto, a trescientos pasos…, ¡la comitiva de Gorki! Decidan ustedes mismos… ¿qué hacer?, ¿dónde meter esa vergüenza, esos hombres semidesnudos, en sacos? El viaje del Humanista perdería todo su sentido si llegara a verlos. Por supuesto, él trataría de no reparar demasiado en esos detalles, pero de todos modos, habría que ayudarle… ¿Ahogarlos en el mar? Se debatirían… ¿Enterrarlos? No hay tiempo… ¡No, sólo un digno hijo del Archipiélago podía haber encontrado la solución! Y el capataz ordena: «¡Dejad el trabajo! ¡Estrechad filas… más, más! ¡Sentaos todos en el suelo! ¡Permaneced sentados!», y acto seguido los cubre con una lona… «¡Al que se mueva, lo mato!». El exestibador subió por la escalerilla y estuvo como una hora admirando el paisaje antes de que el barco zarpara, *pero no se dio cuenta de nada*…

Eso sucedió el 20 de junio de 1929. El famoso escritor bajó en el muelle de Bujta Blagodeistvia. A su lado iba su nuera, vestida totalmente de cuero (gorra de cuero negro, chaqueta corta de cuero, pantalones de montar de cuero y altas botas de caña angosta), símbolo viviente de la OGPU, hombro con hombro con la literatura rusa.

Rodeado por la plana mayor de la GPU, Gorki atravesó con pasos rápidos los pasillos de algunos edificios. Las puertas de todas las habitaciones estaban abiertas de par en par, pero él apenas miró adentro. En el puesto sanitario le alinearon en dos filas a médicos y enfermeras con guardapolvos limpios, pero también pasó de largo sin mirarlos. A continuación los chequistas del USLON le condujeron sin miedo

alguno al monte Sekir. ¿Y por qué no? Las celdas no estaban repletas y, sobre todo, no quedaba ni rastro de pértigas. Los bancos estaban ocupados por ladrones (ya empezaba a haber muchos en las Solovki), todos leyendo el periódico. Ninguno de ellos se atrevió a levantarse y quejarse, pero habían tenido una ocurrencia: ¡todos sostenían el diario al revés! Gorki se acercó a uno de ellos y, sin pronunciar una sola palabra, dio la vuelta al diario. ¡Se había dado cuenta! ¡Había adivinado! ¡Significaba que no abandonaría a los desdichados, que los defendería[60]!

Se dirigieron después a la colonia infantil. ¡Qué civilizados! Cada uno en su catre, con su colchón… Los menores se veían cohibidos, pero contentos… Y, de pronto, un chico de unos 14 años dijo:

—Oye, Gorki, todo lo que ves aquí es mentira. ¿Quieres saber la verdad? ¿Quieres que te la cuente?

El escritor asintió con un movimiento de cabeza. Sí, quería saber la verdad. (¡Ay, muchacho, muchacho…!, ¿por qué ese empeño en hacer peligrar la flamante prosperidad del patriarca de la literatura? Un palacio en Moscú, una finca en las afueras)… Se ordenó salir a todos los chicos y también a los acompañantes de la GPU, y durante hora y media el muchacho estuvo contándole la verdad al huesudo anciano. Gorki salió del barracón llorando a lágrima viva. Le esperaba una carretela que habría de llevarlo a almorzar a la dacha del jefe del campo. Entretanto, los chicos irrumpían en el barracón:

—¿Le contaste lo de los mosquitos?

—Se lo conté.

—¿Y lo de la pértiga?

—También.

—¿Y le hablaste de los *afdecs*?

—Sí, le hablé.

—¿Y de cómo hacen rodar por la escalera…? ¿Y de los sacos…?

—¿Y de las noches en el bosque…?

¡Todo… todo se lo había contado aquel muchachito amante de la verdad!

Nosotros ni siquiera conocemos su nombre.

El 22 de junio, después ya de haber hablado con el chico, Gorki escribió lo siguiente en el Libro de firmas especialmente confeccionado para esta ocasión:

«No me siento capaz de transmitir mis impresiones en unas pocas palabras. No quiero, me avergonzaría (!) repetir los triviales elogios que merece la asombrosa energía de esos hombres, sagaces e incansables guardianes de la revolución, y, al mismo tiempo, admirables artífices de la cultura[61]».

El 23, Gorki partió. Apenas su barco se hubo alejado, fusilaron al chico. (¡Oh, conocedor del alma humana! ¡¿Cómo es posible que no te lo llevaras?!).

Así se refuerza en las nuevas generaciones su fe en la justicia.

Dicen que allá arriba, en las altas esferas, el adalid de la literatura se negó, no quiso publicar ningún elogio del USLON. Pero ¿cómo es posible, Alexei

Maximovich…? Pero ¡ante la Europa burguesa! Pero ¡*precisamente ahora, justo en este momento,* tan difícil y peligroso…! ¿El régimen? Lo vamos a cambiar, lo vamos a cambiar…

Y con la firma del *Halcón Albatros* se publicó y se reprodujo en la Prensa mundial, nuestra y del Oeste, que era absurdo temerle a las Solovki, que los reclusos vivían allí muy bien y que se enmendaban admirablemente.

Y descendió a la tumba bendiciendo[ce]
el Archipiélago[62]…

En cuanto al régimen, lo prometido es deuda. Lo *mejoraron*. Ahora, en la 11.ª compañía penitenciaria SE PERMANECÍA DE PIE CODO CON CODO DURANTE SEMANAS ENTERAS. A las Solovki llegó una comisión, pero esta vez no la encabezada por Solz, sino de instrucción y castigo. La comisión investigó y, con ayuda del ISCH local, comprendió que todas las crueldades del régimen de las Solovki eran cometidas por los oficiales blancos (ACH) y, en líneas generales, por los aristócratas y, en parte, por los estudiantes (los mismos que el siglo pasado iban incendiando San Petersburgo). A eso se agregó la fallida tentativa de evasión del exministro de la República del Lejano Oriente, Kojevnikov, evidentemente fuera de su sano juicio, en compañía de Schepchinski y del vaquero Degtariev. Esa tentativa de evasión fue transformada en una fantástica conjuración de los guardias blancos, quienes, al parecer, se aprestaban a capturar un barco para huir, y comenzaron a encerrar gente a un ritmo cada vez mayor, si bien nadie se había declarado culpable de la supuesta conjura.

Se propusieron llegar a 300 conjurados y alcanzaron esa cifra. En la noche del 15 de octubre de 1929 se abrió la Puerta Santa, por lo general cerrada, para acortar el camino del cementerio. Los fueron conduciendo por cuadrillas durante toda la noche. (El paso de cada cuadrilla tenía como música de fondo los aullidos de un perro, *Black*, atado a algún poste y desesperado por la sospecha de que justamente en ésa iba su amo, Bagratun. Los prisioneros contaban el número de cuadrillas guiándose por esos aullidos, ya que debido al fuerte viento, los disparos casi ni se oían. Fue tal el efecto que produjeron en los verdugos, que al día siguiente pegaron un tiro a *Black* y a todos los demás perros, por su culpa).

Fusilaban aquellos tres lechuguinos morfinómanos, el jefe de Custodia, Degtariev y… el jefe de la Sección Educativa cultural, Uspenski. Esa combinación puede parecer sorprendente sólo a un espectador superficial. Uspenski, tenía una biografía que podríamos llamar *típica*, es decir, que, si bien no era de las más comunes, condensaba en sí el espíritu de la época. Hijo de un sacerdote, así lo sorprendió la revolución. ¿Qué porvenir le esperaba? Interrogatorios, trabas de todo tipo, persecución, destierro. Y no había modo de borrarlo, no había modo de cambiar de padre… Pero, sí, había uno, y Uspenski lo descubrió: ¡MATÓ A SU PADRE y

declaró a las autoridades que lo había hecho por ODIO DE CLASES! ¡Un sentimiento sano; casi ni lo podemos calificar de asesinato! Dictaron una leve condena, y dentro del campo emprendió en seguida la línea educativo-cultural; muy pronto lo dejaron en libertad, y ya nos lo encontramos de jefe de la KVCH (Sección Educativo-cultural) de las Solovki. Lo que ignoramos es si él mismo solicitó participar de ese fusilamiento o si le ofrecieron ratificar su posición de clase. Al término de esa noche se le vio lavarse las botas manchadas de sangre, con una pierna alzada sobre la pileta.

Disparaban borrachos, apuntando mal, y a la mañana siguiente todavía se movía la tierra que tapaba la gran fosa.

Durante todo octubre y parte de noviembre siguieron llegando condenados a muerte desde el continente[63].

(Poco tiempo después, los propios reclusos nivelaron el cementerio a los sones de una orquesta).

Después de esos fusilamientos hubo cambio de autoridades en el SLON. En lugar de Eichmans pusieron a Zarin, y se considera que en las Solovki se inició una era de legalidad.

Daremos un ejemplo de lo que era esa legalidad. En el verano de 1930 llegaron a las Solovki algunas decenas de sectarios que renegaban de todo lo que procediera del anticristo: no querían poseer ningún tipo de documento, ni siquiera pasaporte, ni firmar nada, ni siquiera tocar el dinero. Era su jefe un octogenario ciego, de barba blanca, que caminaba apoyándose en un nudoso bastón. Para cualquier persona ilustrada era evidente que aquellos sectarios no podrían ingresar de ningún modo en el socialismo, porque para eso hacía falta manejar muchos, muchísimos papeles de modo que lo mejor para ellos era morir. Y los mandaron a Malyi Zaitzki, la isla más pequeña del archipiélago Solovki, arenosa, inhóspita, sin un solo árbol, con una casita de verano, usada antiguamente por los monjes pescadores, como única edificación. Se mostraron dispuestos a entregarles víveres suficientes para dos meses, pero con la condición de que *cada uno de ellos* firmara el correspondiente recibo. Por supuesto se negaron. Entonces tomó cartas en el asunto la infatigable Ana Skripnikova, quien, pese a su juventud y a la juventud del régimen soviético, estaba detenida por cuarta vez. Ana recorrió la administración, la jefatura de obras, y hasta fue a ver al mismísimo jefe del campo, responsable del régimen humanitario. Primero pedía que se apiadaran, luego que la enviaran también a ella a Malyi Zaitzki, comprometiéndose a entregarles diariamente su ración de comida y a llevar toda la contabilidad. Aparentemente, eso no contradecía en nada las reglamentaciones del campo; no obstante, se lo negaron. «Pero ¿acaso no alimentan a los locos, sin exigirles ninguna firma?», gritaba Ana… Por toda respuesta, Zarin se echó a reír, y la encargada se encogió de hombros: «No sé —dijo—, a lo mejor son órdenes de Moscú»… (¡Claro que eran órdenes de Moscú! ¿Quién, si no, iba a cargar con la responsabilidad?). De modo que LOS MANDARON SIN VÍVERES. A los dos

meses (exactamente a los dos meses, porque había que ofrecerles firmar los recibos para los dos meses siguientes) fueron hasta Malyi Zaitzki y sólo encontraron los cadáveres picoteados. Todos estaban allí; ninguno había huido.

¿Quién va a perder tiempo buscando a los culpables en los años sesenta de nuestro gran siglo?

De todos modos, un poco más tarde destituyeron también a Zarin por demasiado liberal. (Creo que le cayeron diez años).

Hacia fines de la década de los veinte empezó a cambiar la fisonomía del campo de Solovki, y de mudo exterminadero para *kaeres* sentenciados pasó a ser una nueva (ahora para nosotros archiconocida) cosa: un ITL (Campo de Reeducación por el Trabajo) para toda clase de reclusos. En el país iba en rápido aumento el número de «individuos especialmente peligrosos dentro de la clase trabajadora», y llegaban a las Solovki vividores y gamberros, ladrones avezados y rateros de poca monta. A oleadas afluían también allí ladronas y prostitutas (al encontrarse en Kemperpunkt, las primeras gritaban a las segundas: «¡Seremos ladronas, pero no traficamos con nuestro cuerpo!». A lo que las otras contestaban con viveza: «¡Nosotras traficamos con lo nuestro y no con lo robado!»). Sucedía que en todo el país (los diarios, por supuesto, no publicaban nada de eso) se había declarado la guerra a la prostitución; las capturaban en todas las grandes ciudades, y a todas por igual les imponían tres años; muchas iban a parar a las Solovki. En la teoría estaba claro que el trabajo honrado las regeneraría rápidamente, pero no se sabe por qué, ellas se empeñaban en seguir con su socialmente humillante profesión; en el camino se presentaban voluntarias para fregar los suelos de los cuarteles de la escolta, y se llevaban a los soldados, atentando contra las ordenanzas del Servicio de Escolta. Igual de sencillo les resultaba hacerse amigas de los guardianes, y por supuesto que no lo hacían gratis. En las Solovki, donde había tanta escasez de mujeres, lo pasaban todavía mejor. Les destinaban los mejores cuartos, todos los días les traían regalos, las «monjitas» y demás reclusos *kaeres* se ganaban algunos copecs bordándoles la ropa interior, y al finalizar su condena volvían a su ciudad más ricas que nunca, con la maleta llena de ropa de seda y dispuestas a iniciar una existencia honrada.

Los ladrones organizaban partidas de naipes, mientras que las ladronas se dedicaban a dar a luz en las Solovki: en las islas no había guarderías, y gracias a la criatura podían liberarse del trabajo mientras durase su corta condena. (Anteriormente, las *kaeres* siempre habían evitado este camino).

El 12 de marzo de 1929 llegó a las Solovki la primera partida de menores de edad. Después siguieron llegando más y más (todos menores de dieciséis años). Primero los alojaron en la colonia infantil, no lejos de la fortaleza, con aquellos mismos catres y colchones que le enseñaron a Gorki; pero los chicos escondían la ropa que les había sido entregada y gritaban que no tenían qué ponerse para ir a trabajar. Finalmente, también a ellos empezaron a mandarlos a los bosques; los chicos

huían, embrollaban nombres y fechas, los volvían a capturar e identificar, y así sucesivamente…

Con el ingreso de ese personal socialmente sano se reforzó la sección educativo-cultural. Incitaban a erradicar el analfabetismo (pero los ladrones no necesitaban saber leer y escribir para distinguir el as de trébol de un as de corazones), colgaron el lema: «¡El recluso es también un activo participante de la edificación del socialismo!», y hasta inventaron un término: *reforja* (¡justamente allí debían inventarlo!).

Corría ya el mes de Septiembre de 1930, el del llamamiento del Comité Central a todos los trabajadores, para la extensión de la emulación laboral y del trabajo de choque. ¿Pues cómo podían quedar fuera los reclusos? (Si ya en todos lados se estaban alistando ciudadanos libres, ¿no era lógico recurrir, en primer lugar, a los reos?).

A partir de ese momento, los datos que tenemos provienen no de personas vivas, sino de los libros del científico jurista Averbach**[64]**, y por tanto aconsejamos al lector que los divida por dieciséis, por doscientos cincuenta y seis y, en algunos casos, que utilice el signo menos.

En el otoño de 1930 se creó el Estado Mayor de las Solovki para la emulación laboral y el trabajo de choque. Los reincidentes empedernidos, los rateros y los asesinos de pronto «asumieron el papel de prudentes administradores, de competentes técnicos, de cultos y eficientes directivos». (G. Andreiev recuerda cómo pegaban en la cara, gritando: «¡Venga cúbicos, maldito contra!»). Ladrones y bandidos, apenas hubieron leído el llamamiento del Comité Central, tiraron cuchillos y naipes y se inflamaron en nobles ansias de crear una *comuna*. En el estatuto declararon que podían integrarla los que provenían de las clases campesina pobre y media y obrera (hay que decir que todos los maleantes se apuntaban como «exobreros», casi se estaba cumpliendo aquel lema de Schepchinski: «Las Solovki para los trabajadores y los campesinos»), pero de ningún modo los del Cincuenta y Ocho**[cf]**. (Incluso propusieron que todas las condenas se sumaran y se dividieran luego por el número de miembros, para así tener una condena promedio y, cuando la misma se hubiera cumplido, liberarlos a todos juntos. Pero, a pesar del espíritu comunista de esa proposición los chequistas la estimaron políticamente inmadura). Los lemas de la Comuna de las Solovki eran: «¡Pagaremos nuestra deuda a la clase trabajadora!», y mejor aún: «¡DE NOSOTROS, TODO; PARA NOSOTROS, NADA!»**[65]**. Habían ideado un castigo absolutamente inhumano para los miembros de la comuna: ¡*prohibirles* ir a trabajar! (¡Imposible castigar más cruelmente a un ladrón!).

Pero las autoridades de las Solovki, menos exaltadas que los trabajadores educativo-culturales, no se confiaron demasiado en el entusiasmo de los ladrones y prefirieron poner en práctica el principio de Lenin: «A trabajo de choque, pertrechos de choque». Con el resultado de que a los comuneros los trasladaron a otro alojamiento separado, con camas más blandas, les dieron ropa de más abrigo y

empezaron a alimentarlos mejor (naturalmente, por cuenta de los demás reclusos). El nuevo estado de cosas les agradó ciertamente y acordaron, para mantenerse siempre unidos, no expulsar a nadie de la comuna.

Semejante comuna gustó también mucho a los *no comuneros*, y casi todos trataron de inscribirse en ella. Pero se decidió no aceptarlos y, en cambio, crear el 2.º, 3.º y 4.º *trudcolectiv* («comunidades de trabajo»), aunque ya sin tantos privilegios. Mas en ninguna de ésas se aceptaba a los Cincuenta y Ocho, aunque los gamberros más descarados se permitieran aleccionarlos en el periódico: «¡Ya es hora de comprender que el campo es una escuela de trabajo!».

Enviaron informes al GULAG por avión. ¡El milagro de las Solovki! ¡Cambio radical en los sentimientos de los maleantes! ¡Toda la agresividad de los bajos fondos se transforma en trabajo de choque, en emulación, en cumplimiento del plan! Allí se asombraban y generalizaban el experimento.

Y así se comenzó a vivir en las Solovki con una parte de los reclusos agrupados en trudcolectivos, con lo cual el porcentaje de rendimiento no sólo aumentó, sino que se duplicó. (La KVCH lo explicaba como obra y gracia del trudcolectivo, pero nosotros comprendemos que se trataba de la acostumbrada *tujta*[66]).

La otra parte de los reclusos, «no organizada» (ni alimentada, ni vestida, y destinada a los trabajos duros), por supuesto no cumplía con las normas impuestas.

En febrero de 1931, en la conferencia de brigadas de choque de las Solovki se acordó «responder con una intensificación de la emulación socialista a la nueva calumnia de los capitalistas de que en la URSS existe el trabajo forzado». En marzo ya había 136 brigadas de choque, pero en abril hubo de pronto que hacer en ellos una limpieza general, pues «elementos pertenecientes a clases hostiles se habían infiltrado para provocar la descomposición de los trudcolectivos». (He aquí una adivinanza: si a los Cincuenta y Ocho ni les dejaban asomar la nariz, ¿quiénes provocaban la descomposición? Hay que entenderlo: sacaron cuentas y salió la *tujta*; y al llegar la dolorosa, buscaron a algunos que pagaran el pato por todos).

Entretanto, seguían mandando contingentes de trabajo: del tumor-madre de las Solovki iban enviando Cincuenta y Ochos con destino a lejanos lugares de perdición, para crear nuevos campos.

III
El archipiélago forma metástasis

Pero el Archipiélago no crecía solo, sino codo con codo con el resto de la patria. Mientras existía desempleo en el país, no se explotaban los brazos de los reclusos para el trabajo, y los arrestos se producían, no como una movilización laboral, sino como una operación de limpieza. Pero en cuanto se hubo decidido confundir entre sí con una enorme mezcladora a los ciento ochenta millones; cuando se rechazó el plan de superindustrialización y en su lugar se puso en práctica el de super-super-super-industrialización; cuando ya se habían planeado las represiones contra los kulaks y los trabajos masivos del primer plan quinquenal, en vísperas del Año de la Gran Rotura cambió el punto de vista respecto al Archipiélago y, con ello, todo dentro del Archipiélago.

El 26 de marzo de 1928, el Sovnarkom (o sea, todavía bajo la presidencia de Rykov) estudiaba la política punitiva en el país y el estado de los lugares de reclusión. Acerca de la política se llegó a la conclusión de que era insuficiente. En consecuencia, se decidió[67]: emplear rigurosas medidas de represión contra los enemigos de clase y los elementos pertenecientes a clases hostiles; intensificar la severidad del régimen en los campos (a los *socialmente inestables*, ni siquiera fijarles condena). Además, organizar el trabajo forzado de tal manera que los reclusos no ganasen nada y al Estado le representase una ventaja económica, así como «considerar indispensable *ampliar la capacidad* de las colonias de trabajo para un futuro cercano». Es decir, que se proponía abiertamente construir más campos en vista de los amplios planes de detenciones. (Esa misma necesidad económica la había previsto ya Trotski, pero seguía proponiendo sus Ejércitos de Trabajo con movilización general. Una cosa no era mejor que la otra. Pero ya sea por llevarle la contra a su eterno opositor o por cortar radicalmente toda posibilidad de queja y toda esperanza de retorno, Stalin decidió pasar a esos movilizados por la maquinita de picar carne de la cárcel). Cuando hubo desaparecido la desocupación en el país, la ampliación de los campos adquirió un *sentido económico*.

Si en 1923 el número de recluidos en las Solovki no pasaba de tres mil personas, en 1930 ya había cerca de cincuenta mil, y treinta mil más en Kem. A partir de 1928, el cáncer de las Solovki empezó a extenderse, primero a Carelia, con la construcción de caminos y la tala de bosques para exportar. El SLON empezó también a «vender» ingenieros: los mandaba, sin escolta, a trabajar gratis a cualquier lugar del Norte, y su

sueldo pasaba a engrosar las arcas del campo. Ya en 1929, en todos los tramos del ferrocarril de Murmansk —entre Lodeinoie Polie y Taibol—, aparecieron *lagpunkts* del SLON. Luego los movimientos se transfirieron a la línea de Vologod, y tan animadamente, que en la estación Zvanka hubo que instalar un centro de aprovisionamiento del SLON. En 1930, en Lodeinoie Polie obtuvo su autonomía el campo Svirlag, y en Kotlas se creó el Kotlag. En 1931, con centro en Medvedjegorsk, nació el Belbaltlag[68], que en los dos años siguientes habría de inmortalizar al Archipiélago por los siglos de los siglos y en los cinco continentes.

Entretanto, las células malignas se multiplicaban. Por un lado las retenía el mar; por el otro, la frontera finlandesa, pero nada impedía organizar un campo junto a Krasnaia Vishera (1929) y, sobre todo, estaban despejados los caminos hacia el Este, por el norte ruso. Muy pronto se extendió el camino Soroka-Kotlas, y arrastrándose hacia la Dvina del Norte, las células del campo crearon el Sevdvinlag. Pasando por encima, se pusieron en marcha hacia el Ural. En 1931 se inauguró allí la sucursal del SLON para los Urales del Norte, que pronto dio nacimiento a los Solikamlag y Sevurallag, ambos independientes. El campo de Berezinkov empezó a construir una gran factoría química, que en su momento cosechó muchos aplausos. En el verano de 1929, desde las Solovki se envió una expedición al río Chib-Yu, bajo la dirección del geólogo M. V. Ruschinski. La expedición, compuesta por reclusos sin escolta, tenía como objetivo buscar petróleo, que ya había sido descubierto allí en la década de los ochenta del siglo XIX, y dio resultado. A raíz de ello se formó un campo también en el río Ujta: el Ujtlag. Pero éste tampoco se quedó quieto y pronto envió metástasis hacia el Noroeste, tomó el Pechora y se transformó en Ujtpechlag. Pronto tuvo las sucursales del Ujta, del Inta, del Pechora y de Vorkuta, todas ellas cimiento de futuros grandes campos independientes[69]. La colonización de estas tierras del Norte, tan amplias y sin caminos, hizo necesaria la construcción de un ferrocarril desde Kotlas hasta Vorkuta, pasando por Kniaj-Pogost y Ropcha. Eso creó la necesidad de dos campos independientes más, ya adscritos al ferrocarril: Svedjeldorlag, en el tramo Kotlas hasta el río Pechora, y Pechorlag (¡no confundir con el Ujtpechlag, que era industrial!), desde el río Pechora hasta Vorkuta. (Es verdad que este ferrocarril tardó en construirse. Su primer tramo, de Kniaj-Pogost a Ropcha, se tendió en 1938, y estuvo enteramente terminado sólo en 1942).

Y así iban naciendo, en la tundra y en la taiga, cientos de nuevas islas, pequeñas y medianas. Sobre la marcha, al calor de la lucha, se iba creando una nueva organización del Archipiélago: Direcciones de campos, secciones de concentración, puntos de concentración (*Lagpunkts*, puntos de concentración aislados; KOLP, puntos de comandancia; GOLP, puntos de cabeza de distrito, distritos de concentración también llamados «comandancias» y «subcomandancias»). Las Direcciones comprendían las Divisiones, y dentro de éstas estaban las Secciones: 1.ª, de Producción; 2.ª, de Administración y Distribución; 3.ª, Oper-Chequista.

(En las tesis doctorales se escribía entonces: «Ante nosotros se perfilan las instituciones educacionales destinadas a algunos miembros indisciplinados *aislados* de la sociedad sin clases[70]». Realmente: si desaparecen las clases, también desaparecen los delincuentes. Pero da un poco de miedo, ¿verdad? Mañana ya estaremos sin clases… y ¿no habrá nadie metido? Indisciplinados *aislados*… O sea que sociedad sin clases, pero no sin chirona).

De modo que toda la parte norte del Archipiélago nació de las Solovki. ¡Pero no sólo de ellas! Respondiendo al gran llamamiento, campos y colonias de trabajo correccional surgían por todo el extenso territorio de nuestra patria. Cada región montaba los suyos. Millones de kilómetros de alambre de espino se extendieron a lo largo y a lo ancho del país, cruzándose, entrecruzándose, haciendo brillar alegremente sus púas a lo largo de las vías férreas; de las carreteras, de los suburbios de las ciudades. Y así fue como las barandas de las horrendas torretas de los campos se convirtieron en el más característico rasgo de nuestro paisaje, y sólo debido a una curiosa serie de circunstancias no quedaron inmortalizadas en ningún cuadro ni en ninguna película.

Tal como se acostumbraba ya desde la guerra civil, comenzaron a *movilizarse* intensivamente los monasterios, cuyos edificios eran ideales para el aislamiento. El monasterio de los Santos Boris y Gleb pasó a ser campamento de tránsito en Tordj (todavía está ahí); el de Valdai (a orillas del lago, frente a la futura dacha de Jdanov) se convirtió en colonia infantil; transformaron el cenobio de San Nilo, en la isla Stolbski del lago Seliger, en un campo; el cenobio de Sarov erígióse en el nido de los campos de Potma… En fin, que resultaría interminable tal enumeración. Se creaban campos en la cuenca del Don; en el alto, medio y bajo Volga; en los Urales del Norte y del Sur; en la Transcaucasia; en el Asia Central; en Siberia y en el Lejano Oriente. Se informa oficialmente que en 1932 la superficie destinada a las colonias de trabajo correccional rurales era, en la RSFSR, de 253 000 hectáreas, y en la USSR, de 56 000[71]. Calculando, en término medio, mil hectáreas por colonia, resulta que solamente de *seljozes*[cg], es decir, los campos más secundarios y privilegiados, se contaban ya más de trescientos.

La resolución del ZIK y el SNK con fecha 6-XI-1929 solucionó fácilmente la distribución de los presos en los diversos campos, cercanos y alejados. Se abolió el «severo aislamiento» anterior (que ponía trabas a la labor productiva) y se dispuso que los que tenían una condena menor de tres años irían a lugares *comunes* cercanos, mientras que los que debían cumplir penas de tres a diez años serían enviados a puntos alejados[72]. Como los Cincuenta y Ocho nunca recibían menos de tres años, todos ellos fueron a parar al Norte o a Siberia, a colonizarlos y perecer.

¡Entretanto, nosotros desfilábamos al son del tambor…!

En el Archipiélago existe la leyenda de que los campos fueron *inventados por Frenkel*.

A mí me parece que ese cuento, antipatriótico y hasta ofensivo para las autoridades, ha sido suficientemente refutado en los capítulos anteriores. Si bien con escasos medios, espero haber logrado demostrar que los campos de trabajo y de represión ya existían en 1918. No hizo falta ningún Frenkel para llegar a la conclusión de que los prisioneros no debían perder tiempo en lucubraciones de carácter moral («el objetivo de la política correctivo-laboral soviética no consiste en la enmienda individual en el sentido tradicional de la palabra[73]», sino en el trabajo), y con imposición de normas intensivas, casi imposibles de cumplir. Antes de cualquier Frenkel ya se hablaba de «la enmienda por el trabajo» (lo cual, ya en época de Eichmans, se interpretaba como «exterminio por el trabajo»).

Ni siquiera hacía falta nuestro moderno razonamiento dialéctico para llegar a la conclusión de que los prisioneros podían realizar trabajos pesados en lugares de escasa población. En 1890, al Ministerio de Transporte se le había ocurrido ya utilizar a los presidiarios y deportados de la región del Amur para la construcción de una vía férrea. A los presidiarios, simplemente se los obligó; en cambio, a los confinados se les *permitió* trabajar en la construcción de la vía a cambio de un tercio o de la mitad de rebaja en su condena (aunque, a decir verdad, ellos preferían huir y de ese modo quitarse de encima la condena entera de una sola vez). De 1896 a 1900 trabajaban en la zona del Baikal más de mil quinientos presidiarios y dos mil quinientos confinados[74]. De modo que el sistema no era tan nuevo ni se basaba en progresivas ideas educacionales.

No obstante, se ha de reconocer que Frenkel fue el nervio del Archipiélago. Era una de esas personalidades ampliamente logradas que con tanto afán necesita y espera la Historia. Parecía que los campos existían también antes de Frenkel, pero aún no habían alcanzado esa forma definitiva cercana a la perfección. Todo auténtico profeta llega justamente en el momento en que más se lo necesita. Frenkel apareció en el Archipiélago al comienzo de las metástasis.

Natalio Aaronovich Frenkel, un turco de origen judío, había nacido en Constantinopla. Finalizados sus estudios en el Instituto de Comercio, se dedicó a la venta de madera. Creó su propia empresa en Mariupol y pronto se hizo millonario: «el rey de la madera del mar Negro». Tenía sus propios barcos, y hasta llegó a editar en Mariupol su propio diario, *Kopeika*, con la finalidad de calumniar a sus competidores. Durante la Primera Guerra Mundial, Frenkel hizo no se sabe qué turbios negocios con armas a través de Gallipoli. En 1916, presintiendo lo que se avecinaba en Rusia, todavía *antes* de la Revolución de Febrero, transfirió sus capitales a Turquía, y en 1917 él mismo se marchó a Constantinopla.

De haber seguido llevando la agridulce existencia de un comerciante, se habría ahorrado bastantes padecimientos y no se hubiese convertido en leyenda. Pero no se sabe qué fuerza del destino lo empujaba hacia el poder rojo[75]. No está confirmado el rumor de que en aquellos años de Constantinopla se convirtiera en miembro del

Servicio de Inteligencia soviético (se supone que por motivos ideológicos, de lo contrario resulta difícil imaginar qué necesidad tenía de hacerlo).

En cambio, se sabe a ciencia cierta que en los años del NEP llegó a la URSS, donde, por encargo secreto de la GPU, fundó, como cosa propia, una Bolsa negra para la compra de oro y valores por rublos-papel soviéticos (un antecedente de la «campaña del oro» de la GPU y del Torgsin[ch]). Los traficantes y revendedores lo recuerdan de los viejos tiempos, se confían, y el oro pasa a manos de la GPU. Una vez terminada la operación, en señal de agradecimiento la GPU lo metió en prisión. Incluso al cazador más avispado se le escapa la liebre.

No obstante, el incansable y poco susceptible Frenkel, estando todavía en Lubianka o ya camino de las Solovki, declaró algo a las autoridades. Por lo visto, al verse atrapado en el cepo, decidió intentar hacer negocio también allí. Llegó a las Solovki en 1927, pero fue inmediatamente excluido de los contingentes de trabajo; lo alojaron en una casita de piedra fuera de los límites del monasterio, pusieron un ordenanza a su servicio y le permitieron transitar libremente por toda la isla. Ya tuvimos ocasión de señalar que se había convertido en jefe de la sección económica (privilegio de los ciudadanos libres), y entonces fue cuando expuso su famosa tesis respecto a la utilización de los reclusos en los primeros tres meses. En 1928 lo encontramos en Kem, a la cabeza de una floreciente empresa. Durante decenas de años, los monjes habían ido amontonando cueros, que yacían, sin provecho alguno, en sus depósitos. Frenkel los hizo traer a Kem, movilizó entre los reclusos a todos los curtidores y zapateros y se dedicó a abastecer de calzado fino y artículos de cuero la afamada tienda del Puente Kuznetski[ci]. (La administración corría por cuenta de la GPU, que también se quedaba con el producto de la caja, pero las señoras que compraban zapatos ignoraban ese detalle, y es probable que tampoco lo supieran cuando, poco después, fueran ellas también a parar al Archipiélago).

Cierta vez, en 1929, llegó desde Moscú un avión y se llevó a Frenkel para una entrevista con Stalin. El Mejor Amigo de los reclusos (y Mejor Amigo de los chequistas) conversó durante tres horas con Frenkel, demostrando el mayor interés. Las palabras exactas que se dijeron durante esa conversación nunca podremos conocerlas, pero es evidente que, en el curso de la misma, Frenkel desplegó ante los ojos del Padre de los Pueblos un deslumbrante cuadro de perspectivas para la edificación del socialismo mediante el esfuerzo de los reclusos. Con trazos firmes esbozó sobre el mapa de la Unión Soviética mucho de la futura geografía del Archipiélago, esa misma geografía que nuestra dócil pluma trata de describir para ustedes en este libro, teniendo como música de fondo el «puf puf» de la pipa de su interlocutor. Por lo visto, precisamente en esa ocasión Frenkel propuso su omnicomprensivo sistema de contabilidad por categorías (A, B, C y D), que no permitía escapatoria ni al jefe del campo, ni mucho menos, al recluso: todo aquel que no esté destinado a labores internas del mismo campo (B), ni sea declarado enfermo (C), ni se halle recluido en celda de castigo (D), deberá tirar del carro todos los días

de su condena (A). ¡La historia mundial de los trabajos forzados no había conocido nunca hasta entonces semejante universalidad! Precisamente en aquella ocasión propuso Frenkel prescindir del reaccionario sistema del igualitarismo en la alimentación de los penados y esbozó para todo el Archipiélago un método general de redistribución del escaso alimento, con una *escala para el pan y las vituallas*, idea, por lo demás, plagiada de los esquimales, que hacían correr sus perros poniéndoles delante un pescado colgado del extremo de una varita. Frenkel propuso, además, los *abonos* y la remisión de parte de la condena por buen trabajo. (Tampoco en eso era original, pues ya en 1890 Chéjov había descubierto ambos incentivos en el presidio de Sajalín). Ahí se determinó probablemente también el primer terreno experimental, el gran Canal del mar Blanco, adonde nuestro emprendedor traficante iba a ser destinado al poco tiempo, no de jefe de construcción o de jefe de campo, sino a un cargo especialmente inventado para él, de «jefe de trabajos», o sea, de vigilante en jefe.

En su rostro se leía toda la maligna energía de misántropo. Más adelante, en un libro sobre el Belomorcanal, en su deseo de glorificar a Frenkel, un escritor soviético lo describió así: «Hombre muy ambicioso y de gran orgullo, para quien lo principal es el poder no compartido. Si es necesario que le teman, sabrá hacerse temer. Con los ingenieros adopta una actitud extremadamente dura, tratando de humillarlos**[76]**».

La última frase nos parece clave del carácter y la biografía de Frenkel.

Al iniciarse la construcción del canal del Báltico recuperó su libertad, y al finalizar la misma fue condecorado con la Orden de Lenin y nombrado jefe de la construcción del Batnlag («línea ferroviaria principal del Baikal Amur», así fue llamado con espíritu de futuro, porque en los años treinta el Bamlag se limita a tender la segunda vía del Transiberiano allí donde aún no la hay). Pero no termina aquí la carrera de Natalio Frenkel, y en el próximo capítulo tendremos ocasión de volver sobre ella.

La larga historia del Archipiélago, que tratamos de describir en este libro improvisado y de factura doméstica, no halló durante medio siglo casi ningún eco en la literatura impresa de la Unión Soviética. También aquí se dio la misma curiosa coincidencia, por la que las torres de los campos nunca aparecieron en los encuadres de las películas ni en los paisajes de los pintores.

Pero eso no reza para los canales del mar Blanco y del Volga. Para cada uno de ellos tenemos un libro a nuestra disposición, y por lo menos podemos escribir este capítulo guiándonos por testimonios fehacientes y documentados.

En toda investigación que se precie de seria, antes de recurrir a alguna fuente, hay que describir sus características. Vamos a hacerlo.

Tenemos ante nosotros un tomo de formato casi tan grande como una Biblia, con un bajorrelieve del semidiós grabado en la tapa de cartón. Titulado *El canal Stalin del mar Blanco al Báltico*, fue editado por el Gosistat (Ediciones del Estado) en 1934 y

dedicado por los autores al XVII Congreso del Partido; por lo visto, el libro maduró especialmente para ese congreso. Se trata de una secuela de la *Historia de las fábricas*, de Máximo Gorki. Sus directores son: M. Gorki, A. L. Averbach y S. G. Firin. Este último nombre es poco conocido en los círculos literarios; vamos a aclarar de quién se trata: pese a su juventud, Simón Firin era el subjefe del GULAG[77].

La historia del libro es la siguiente: El 17 de agosto de 1933, ciento veinte escritores fueron invitados a dar un *paseo* en barco por el canal recién terminado. El recluso D. P. Vitkovski —maestro de obras del canal— fue testigo de cómo, en el momento de meter el barco en esclusas, toda aquella gente, amontonada en la cubierta, vestida con trajes blancos, interpelaba a los reclusos que se encontraban junto a las compuertas, y en presencia de las autoridades del canal les preguntaban si amaban su canal, si les gustaba su trabajo, si consideraban que en aquel lugar se habían enmendado y si las autoridades se preocupaban lo suficiente de ellos. Las preguntas eran muchas, pero todas de ese tipo, y todas por encima de la borda, y en presencia de las autoridades, y sólo en el momento de meter el barco en esclusas. Después de ese viaje, ochenta y cuatro escritores se las arreglaron, no se sabe cómo, para no intervenir en la labor del equipo de Gorki (a lo mejor escribieron en otro lado sus inflamados artículos y poemas); los otros treinta y seis redactaron el trabajo colectivo. Trabajaron intensamente en otoño de 1933 y en el invierno del mismo año y, al fin, el libro vio la luz.

La obra fue editada como para durar siglos, con el fin de que los descendientes la leyeran y se maravillaran. Pero debido a un desdichado concurso de circunstancias, a los dos o tres años, la mayoría de los dirigentes en ella enaltecidos y fotografiados fueron desenmascarados como enemigos del pueblo. Cae de su propio peso que retiraron de las bibliotecas toda la tirada del libro y la destruyeron. En 1937 también lo destruían sus dueños, que no querían hacerse acreedores a una condena por su culpa. Ahora quedan muy pocos ejemplares, no hay esperanzas de reedición, y por tanto pesa más que nunca sobre nosotros la responsabilidad de no dejar perecer para nuestros conciudadanos las ideas y hechos principales descritos en ese libro. Es justo también conservar para la historia de la literatura los nombres de los autores. Bueno, por lo menos éstos: M. Gorki, Victor Schklovski, Vsavolod Ivanov, Vera Inber, Valentin Kataiev, Mijail Zoshchenko, Lapin y datsrevin, L. Nikulin, Kornelyi Zelinski, Bruno Iasenski (el capítulo «Un tiro de gracia al enemigo de clase»), E. Gabrilovich, A. Tijonov, Alexis Tolstoi y K. Finn.

Gorki explica la necesidad de ese libro para los reclusos que habían construido el canal: «Los miembros del ejército de constructores del canal[78] no tienen suficientes palabras para expresar las complicadas sensaciones que en ellos suscita la reeducación; los escritores, en cambio, disponen de ellas y así les van a ayudar». En cuanto a la necesidad del libro para el mismo escritor, dice Gorki al respecto: «Después de conocer el canal, muchos literatos recibieron una carga de energía, y eso va a ejercer una buena influencia en su trabajo… Ahora aparecerá en la literatura *ese*

espíritu que la va a *llevar hacia delante* y la va a colocar al mismo nivel de nuestras grandes acciones». (La cursiva es nuestra, A. S. —Ese nivel podemos palparlo aún hoy en la literatura soviética). Bueno, y en cuanto a la necesidad del libro para los millones de lectores (muchos de los cuales muy pronto irían a parar también al Archipiélago), eso cae de su propio peso.

¿Cómo enfoca, pues, el tema nuestro equipo de autores? Ante todo, están convencidos de que todas las condenas son justas y de que son culpables todos los penados que trabajan en el canal. Incluso la palabra «convencidos» es demasiado débil: es un problema que no admite discusión, y ni siquiera debe ser planteado. Para ellos eso resulta tan claro como el agua. Utilizan las numerosas palabras de que disponen para hacernos creer todas las leyendas sobre los enemigos de la sociedad de los años treinta. Para ellos, la palabra «saboteador» es la esencia del espíritu de los ingenieros. Y los agrónomos que se declararon en contra de la siembra prematura (¿acaso era posible, en medio de la nieve y el lodo…?) y los especialistas en regadíos que llevaron el agua al Asia Central, todos ésos son para ellos, indefectiblemente, saboteadores. En todos los capítulos del libro se refieren esos escritores al gremio de los ingenieros de una manera condescendiente, como si se tratara de una raza inferior. En la página 125 se acusa de *tramposos a gran parte de los ingenieros rusos de la época zarista*. Eso ya no es una acusación individual. (¿Debemos entender que los ingenieros saboteaban también el zarismo?). Y eso lo escriben hombres, ninguno de los cuales es siquiera capaz de extraer una simple raíz cuadrada (cosa que algunos caballos suelen hacer en el circo).

Los autores repiten los delirantes rumores de aquellos años como si fueran hechos históricos irrebatibles: que en los comedores de las fábricas envenenan con arsénico a las obreras; que si en los koljoses se corta la leche no es por simple dejadez, sino por obra del enemigo, empeñado en *hinchar de hambre* al país (con esas mismas palabras). Siempre de una manera generalizada e impersonal, cuentan de aquel malvado *kulak* genérico que *ha ingresado en una fábrica y echa tornillos en la maquinaria*. Bueno, ellos son conocedores del alma humana, se lo imaginarán mejor que yo: un hombre se salva por milagro del confinamiento en la tundra y huye a la ciudad; por un milagro mayor todavía, consigue trabajo en una fábrica cuando ya estaba a punto de morir de hambre, y entonces, en lugar de dar de comer a su familia, ¡se dedica a echar tornillos en la maquinaria!

En cambio, los autores no pueden ni quieren escatimar sus elogios a los dirigentes de los trabajos del canal, a aquellos que dan las órdenes; a pesar de tratarse de los años treinta, los llaman insistentemente chequistas, obligándonos a nosotros también a usar ese término. Se maravillan no sólo de su inteligencia, de su fuerza de voluntad, de su sentido de la organización, sino de ellos mismos como hombres en el sentido, más elevado, de ellos mismos como seres excepcionales. En este sentido es significativo el episodio con Jakob Rappoport. Ese exestudiante de la Universidad de Derpt, evacuado a Voronej, se convirtió, en su ciudad de adopción, en vicedirector de

la Checa provincial, y después en subjefe de construcción del Belmorstroi. Cuentan los autores que mientras inspeccionaban los trabajos le desagradó la forma en que los obreros manejaban las carretillas, y allí mismo le hizo una aplastante pregunta al ingeniero: «¿Recuerda usted a qué es igual el coseno de cuarenta y cinco grados?». Y el ingeniero quedó abochornado, avergonzado ante la erudición de Rappoport[79], y en seguida corrigió sus saboteadoras indicaciones, y a partir de ese momento el desplazamiento de las carretillas alcanzó un alto nivel técnico. ¡Con semejantes anécdotas, los autores no sólo sazonan artísticamente su exposición, sino que nos elevan a nosotros a alturas científicas!

Y cuanto más elevado sea el cargo que ocupa un dirigente, con tanta mayor admiración lo describen los autores. El jefe de GULAG, Mateo Bermann[80], se hace merecedor de apasionados elogios. Y asimismo se exalta la personalidad de Lázaro Kogan, exanarquista, que en 1918 se pasó a los bolcheviques vencedores, demostrando su lealtad en el puesto de jefe de Sección Especial del IX Ejército; más tarde fue subjefe de las Fuerzas de la OGPU, uno de los organizadores del GULAG, y, finalmente, jefe de construcción del Belomorcanal. Y, prosiguiendo, los autores no pueden por menos de hacer suyas las palabras del camarada Kogan cuando se refiere al *comisario de hierro*: «¡El camarada Iagoda, nuestro jefe, nuestro guía de cada hora!». (¡Eso fue lo que más que nada hundió el libro!). Los ditirambos a Heinrich Iagoda y su retrato fueron arrancados incluso del ejemplar que llegó a nuestras manos, y nos costó mucho tiempo encontrar el retrato.

A más razón reinaba el mismo tono en los folletos del campo. Por ejemplo: «En la esclusa n.º 3 tuvimos invitados de honor (sus retratos estaban colgados en cada barracón): los camaradas Kaganovich, Iagoda y Bermann. El ritmo de trabajo se hizo más activo. *Allí arriba* sonrieron, y cientos de hombres en el foso se contagiaron también de la sonrisa[81]». Y en las canciones oficiales:

Iagoda en persona nos conduce y alecciona,
ojo avizor, firme la mano.

El entusiasmo de los autores ante el régimen del campo los induce al siguiente panegírico: «Adondequiera que os conduzca el destino, así sea al lugar más perdido y oscuro del país…, en toda organización de la GPU encontraréis el sello del orden…, la precisión y la responsabilidad». Pero ¿qué organización de la GPU puede existir en un lugar perdido y oscuro del país, si no es un campo? *El campo como la antorcha del progreso*, ése es el nivel de nuestra fuente histórica.

Así habló hasta su propio director. En su discurso en la última reunión de los trabajadores del Belomorcanal, el 25-VIII-1933, en la ciudad de Dmitrov (ya se habían trasladado al Volgocanal), Gorki dijo: «Desde 1928 estoy observando cómo la OGPU reeduca a la gente». (Eso significa que fue antes de las Solovki, antes de que fuera fusilado aquel muchachito… ¡Apenas volvió a la Unión Soviética, empezó a

observar!). Y, reteniendo a duras penas las lágrimas, se dirigió a los chequistas allí presentes: «¡Demonios que sois, ni vosotros os dais cuenta de lo que habéis hecho…!». Y los autores apuntan: «Como única respuesta, los chequistas *sonrieron*». (Ellos sabían QUÉ habían hecho)… Y, en el propio libro, Gorki hace referencia a la *excesiva modestia* de los chequistas. (Realmente es conmovedora esa aversión de los chequistas a la publicidad).

¡Los autores colectivos no es que silencien las muertes ocurridas en el Belomorcanal, es decir, no es que sigan el cobarde sistema de las *medias verdades*, sino que expresamente escriben (p. 190) que en la construcción no muere nadie! (Tal vez hagan sus cuentas de la siguiente manera: cien mil personas comenzaron a construir el canal, y cien mil personas lo terminaron. Quiere decir que todos están vivos. Sólo que pasan por alto los contingentes devorados por la construcción en dos crueles inviernos. Pero eso ya pertenece a la esfera del coseno de los ingenieros tramposos).

Para los autores, nada puede inspirar más que esa labor en el campo. El trabajo forzado es para ellos una de las más altas formas de la ardiente actividad creadora en su plena conciencia. Así formulan ellos la base teórica de la reeducación: «Los delincuentes son fruto de la vileza que anteriormente existió; nuestro país actual, en cambio, es hermoso, potente, *generoso*, y debemos *embellecerlo* aún más»… Según ellos, todos esos deportados al canal nunca habrían hallado su camino en la vida si los dirigentes no les hubieran ordenado unir los mares Blanco y Báltico. Porque «la *materia humana* es mucho más dura de labrar que la madera». ¡Qué términos! ¡Qué profundidad! ¿Quién dijo eso? Pues el propio Gorki en el citado libro, al refutar «la hueca palabrería del “humanismo”». Y Zoshchenko, penetrando en lo hondo del problema, agrega: «La reeducación no es simplemente el deseo de terminar la labor y liberarse [¿podría sospecharse algo así, a pesar de todo?], sino una verdadera reconstrucción de la conciencia y el orgullo del constructor». ¡Oh, conocedor del alma humana! ¿Empujaste alguna vez la carretilla del canal, y encima a pan y agua?

Ese digno libro, que constituye una gloria de la literatura soviética, será nuestro guía para las apreciaciones que podamos hacer sobre el canal.

¿Por qué se eligió justamente el Belomorcanal como primera gran construcción del Archipiélago? ¿Se vio impulsado Stalin por urgentes necesidades económicas o militares? Llegados al término del relato, podremos afirmar, con seguridad, que no. ¿O tal vez lo inflamó un noble espíritu de emulación con Pedro *el Grande*, que trasladó a rastras su flota de mar por aquellos parajes, o con el emperador Pablo, durante cuyo reinado se proyectó por primera vez ese canal? Es incluso poco probable que el Sabio supiera todo eso. Stalin necesitaba utilizar a los presos en *cualquier lado* para construir alguna obra monumental que devorara muchos brazos y muchas vidas (el sobrante de los *kulaks*) con la eficiencia de las cámaras de gas, pero mucho más barata, y que al mismo tiempo dejara un imperecedero monumento a su

reinado, de tipo pirámide. En su amado Oriente esclavista —donde adquirió la mayor parte de los conocimientos que habrían de guiarlo en la vida— tenían la costumbre de construir grandes «canales». Me parece estar viéndolo estudiar amorosamente el mapa del Norte rusoeuropeo, donde estaba concentrada entonces la mayor parte de los campos, y marcar con la boquilla de su pipa una línea de mar a mar…

Al declarar la necesidad de aquella construcción, cae por su propio peso que era imprescindible, sobre todo, calificarla de *urgente*. Porque, en aquellos años, en nuestro país no se construía nada que no fuera *urgente*. De no ser urgente, nadie creería en su importancia vital; hasta los mismos presos, que morían aplastados bajo la carretilla, debían creer en esa importancia. Y de no ser urgente, los presos no morirían y no dejarían lugar para la nueva sociedad.

«¡El canal debe ser construido a corto plazo y salir barato!». Tal era la orden del camarada Stalin. (¡Y quienes hayan vivido en aquella época, saben lo que significaba UNA ORDEN DEL CAMARADA STALIN!). ¡*Veinte meses*! Ese tiempo concedió el Gran Conductor a sus delincuentes para construir el canal y para enmendarse: de Septiembre de 1931, a abril de 1933. ¡Ni siquiera dos años pudo darles: tanta prisa le corría! Doscientos veintiséis kilómetros. Suelo rocoso. Morrenas con grandes bloques. Pantanos. Siete esclusas en la «Escalera de Povenets» y doce en la bajada al mar Blanco. Y «aquí no estamos en Dnieprostroi, donde hubo *tiempo y divisas*. ¡El Belomorstroi le ha sido encomendado a la OGPU, y *ni un copec en divisas*!».

Cada vez vamos viendo más claro… ¿De modo que ese canal le es tan necesario a Stalin y al pueblo que ni un copec en divisas…? ¡Así es! ¡Que trabajen simultáneamente *cien mil* hombres! ¿Qué mejor capital que ése? ¡Y a entregarlo dentro de veinte meses, ni un día más!

¡Aquí es donde se enfurece uno con esos ingenieros saboteadores! Los ingenieros dicen: «Construiremos en hormigón». Los chequistas responden: «No hay tiempo». Los ingenieros dicen: «Hace falta mucho hierro». Los chequistas responden: «Sustitúyanlo por madera». Los ingenieros dicen: «¡Necesitamos tractores, grúas, máquinas de construcción!». Los chequistan responden: «¡No tendrán nada de eso, ni un copec en divisas, háganlo todo a mano!».

El libro llama a eso «la atrevida formulación chequista de los problemas técnicos[82]». Es decir, el coseno de Rappoport…

Tanta prisa nos corre, que para ese proyecto boreal traemos a gente de Tashkent, a peritos hidráulicos y especialistas en regadíos del Asia Central (justamente los acababan de meter en la cárcel). Con ellos se forma en el callejón Furkasov, detrás de la Gran Lubianka, la Oficina de Proyectistas Especial[83] (¡nuevamente la palabra preferida, *especial*!). A propósito, el chequista Ivanchenko le preguntó al ingeniero Djurin: «¿Pero para qué hacer un proyecto, si ya existe el del Volga-Don? ¡Construyan igual!».

¡Tanta prisa nos corre, que comienzan a hacer el proyecto ya antes de haber estudiado el terreno! Como es natural, se envían expediciones a Carelia para estudiar

el terreno, pero ni uno solo de los constructores tiene permiso de pasar más allá de los umbrales de la oficina, y mucho menos de llegar hasta Carelia (medidas de seguridad). Comienza un ir y venir de telegramas: ¿cuál es la cota, cómo es el terreno?

¡Tanta prisa nos corre, que los penados van llegando y llegando al futuro emplazamiento, y allí no hay barracones, ni víveres, ni instrumentos, ni siquiera un plano exacto…! ¿Qué hacer? (No hay barracones, pero en cambio, ya ha empezado prematuramente el otoño boreal… No hay instrumentos, pero en cambio ya estamos bien entrados en el primer mes de los veinte que nos han concedido[84])…

Tanta prisa nos corre que cuando, al fin, llegan los ingenieros, se encuentran con que no tienen papel, ni reglas, ni chinchetas (!), ni siquiera luz en el barracón: trabajan alumbrándose con candiles. «¡Parece la guerra civil!», se deleitan nuestros autores.

En alegre tono de chanza nos cuentan… «¡Las mujeres llegaban con vestidos de seda, y hete aquí que les daban una carretilla!». Y también: «¡Todos tienen ocasión de reencontrarse en Tungud! ¡Estudiantes, esperantistas, compañeros de armas del Ejército blanco!». Los compañeros de armas del Ejército blanco hace ya tiempo que han tenido ocasión de reencontrarse en las Solovki, pero que a los estudiantes y a los esperantistas también les hagan empujar carretillas en Belomorstroi…, ¡muchas gracias a las autores por esa información! Casi reventando de risa, prosiguen: de los campos de Krasnovodsk, de Stalinabad, de Samarcanda, traen a turkmenos y tadzhikos vestidos con sus batas orientales y sus turbantes… ¡y aquí se encuentran con los fríos de Carelia! ¡Menuda sorpresa para los basmaches! Aquí la norma es *¡picar dos metros cúbicos de roca y llevársela en carretilla a cien metros de distancia!* Pero, entretanto, cae la nieve y todo lo cubre, y derriba las carretillas con su contenido, rampa abajo…

Pero dejemos hablar a los autores: «Sobre las mojadas tablas se tambaleaba la carretilla… volcaba[85]»… «Con aquella carretilla, el hombre parecía un caballo[86]»… «Para llenar la carretilla», y ni siquiera una roca, simplemente con tierra helada, «se tarda una hora»… O, si no, un cuadro más general: «En una fea hondonada, cubierta de una fina capa de nieve, se entremezclaban hombres y piedras. Los hombres se movían, tropezaban con las piedras… De a dos, de a tres, se inclinaban y, rodeando el bloque con los brazos, trataban de levantarlo. La piedra ni se movía. Entonces llamaban a otro hombre, y después a otro más»… Pero aquí es cuando viene a ayudarles la técnica de nuestro glorioso siglo XX: «¡Para sacar bloques de piedra de las hondonadas se utilizan *redes*; se tira de la red con una maroma, y de la maroma, con una polea que hace girar un caballo!». O, si no, otro sistema: emplear pértigas para hacer palanca. O, también, uno de los primeros mecanismos del Belomorstroi.

¿Y a ésos llaman ustedes saboteadores? ¡Pero si son ingenieros geniales! Los arrojaron desde el siglo XX a plena Edad de Piedra y, mírenlos, ¡se las arreglaron!

¿El medio de transporte principal en el Belomorstroi? El *carro*, según nos dice el libro. ¡Y también el *Ford de Belomor*! Unas pesadas plataformas de madera colocadas sobre cuatro tocones redondos (rodillos), arrastradas por dos caballos, que sirven para transportar piedras. Las carretillas las arrastran entre dos: en las subidas, las atrapa por delante el *ganchero*. Pero ¿cómo derribar los árboles, si no hay sierras ni hacha? También para eso nos sobra sesera: ¡se ata el árbol con cuerdas, y grupos de hombres van tirando alternativamente de él en distintas direcciones, hasta *aflojarlo*! ¡Sí, para todo nos sobra sesera! ¿Y por qué? Porque, según dicen los diarios y repite la Radio cada hora, ¡EL CANAL ESTA SIENDO CONSTRUIDO POR ORDEN E INICIATIVA DEL CAMARADA STALIN!

Imagínense semejante campo de batalla, y en él a los chequistas «con sus largos capotes color ceniza o chaquetas de cuero». Sólo 37 chequistas frente a cien mil presos, pero todos los quieren, y ese amor hace rodar las piedras de Carelia. Ahora se detienen, el camarada Frenkel señala algo con la mano, el camarada Firin chasca los labios, el camarada Uspenski (¿el parricida?, ¿el verdugo de las Solovki?) no dice nada. El destino de miles de personas acaba de ser sellado para esa noche helada o para todo ese mes polar.

En esto consiste la grandeza de esa construcción, en que se lleva a cabo sin ayuda de la técnica moderna y sin abastecimientos de la nación. «¡No estamos ante el ritmo decadente del capitalismo euroamericano, sino ante el ritmo socialista!», proclaman con orgullo los autores[87]. (En los años sesenta sabemos que esto se llama *gran salto adelante*). El libro ensalza justamente el atraso de la técnica y la artesanía. ¿No hay grúas? ¡Pues las habrá! Y se hacen *derricks*, grúas de madera, y las piezas de metal imprescindibles las funden ellos mismos. «¡En el canal disponen de su propia industria!», se regocijan nuestros autores. ¡Incluso las ruedas de las carretillas las funden en hornos fabricados por ellos mismos!

¡Tanta prisa le corría al país disponer de su canal, que ni siquiera encontraron ruedas de carretilla para la construcción! ¡Ninguna fábrica de Leningrado habría estado en condiciones de cumplir semejante encargo!

No, sería injusto comparar esta absurda construcción del siglo XX, este canal transcontinental hecho «a *pico, pala y carretón*», con las pirámides egipcias, puesto que las pirámides se levantaron de acuerdo con la técnica más adelantada de aquel momento. ¡En cambio, nosotros retrocedimos cuarenta siglos atrás!

Así se llevaba a cabo el exterminio, porque para cámaras de gas no había combustible.

¡Sea usted ingeniero en esas condiciones! Todos los diques son de tierra; las compuertas, de madera. La tierra hace agua en todo momento. ¿Cómo apisonarla? A todo lo largo del dique hacen trotar caballos con rodillos. (Lo único que no escatiman Stalin y el país, aparte de reclusos, son caballos: es que el caballo es un animal *kulak*, y debe ser exterminado también). Es muy difícil impedir que el binomio tierra-madera haga agua. Pero es necesario remplazar el hierro por madera, y el ingeniero

Maslov inventa, para las esclusas, compuertas de madera romboidales. No hay hormigón armado, ¿con qué reforzar las paredes de la esclusa? Entonces recuerdan las *riadjy* usadas antiguamente en Rusia, armazones de madera de unos 15 m de alto, rellenos de tierra. Recurrid a la técnica de la Edad de Piedra, pero con la responsabilidad del siglo XX: si algo falla en algún lado, pagaréis con vuestra cabeza.

Iagoda, el comisario de hierro, se dirige en estos términos al primer ingeniero Jrustaliev: «Me han informado [los clásicos soplones y, además, Kogan-Frenkel-Firin] que no muestra usted la necesaria energía ni siente interés por su trabajo. Le ordeno que me conteste en seguida si está usted inmediatamente dispuesto [¡qué estilo!] a entregarse seriamente al trabajo y a obligar a trabajar concienzudamente a ese grupo de ingenieros [¿cuál?, ¿quiénes?] que entorpece y sabotea»… ¿Qué se le puede contestar al jefe? Todos aman la vida… «Reconozco mi criminal blandura…, confieso haber sido demasiado débil»…

Entretanto, resuena incesantemente en los oídos: ¡EL CANAL ESTA SIENDO CONSTRUIDO POR ORDEN E INICIATIVA DEL CAMARADA STALIN! «La radio en el barracón, en la obra, junto al arroyo, en la casita carelia, en el camión, la radio que no *duerme* ni de día, *ni de noche* [¡imagínelo!], esas innumerables bocas negras, máscaras negras sin ojos [¡hermosa imagen!], transmiten incansablemente el pensamiento de los chequistas de todo el país acerca de las obras, repiten lo que dijo el Partido». O sea, que eso mismo tienes que decir tú, eso mismo tienes que repetir tú. «¡Disciplinaremos la Naturaleza, conquistaremos la libertad!». ¡Vivan la emulación socialista y el trabajo de choque! ¡Emulación entre equipos! ¡Emulación entre falanges (250-300 hombres)! ¡Emulación entre colectividades de trabajo! ¡Emulación entre esclusas! ¡Finalmente, emulación entre escolta y presos[88]! (¿en qué emularía la escolta?, ¿en vigilar mejor?).

Pero el apoyo principal son, por supuesto, los *socialmente prójimos*, es decir, los ladrones (estos conceptos ya se han fusionado en el canal). Conmovido, Gorki los arenga desde la tribuna: «¡Cualquier capitalista desvalija más que todos vosotros juntos!». Los *urkas* lloran, halagados. «Y gruesos lagrimones brotaron de los ojos del excarterista[89]». Se trata de aprovechar para la construcción el *romanticismo de los malhechores*. ¡Claro que se sienten halagados! Dice un ladrón desde la tribuna de la reunión: «A veces pasaban dos días sin que nos dieran un solo trozo de pan, pero eso no nos asustaba. [Total, ellos siempre pueden "limpiar" a alguno…]. Lo que cuenta para nosotros es que se nos hable como a seres humanos [cosa que no pueden decir los ingenieros]. Las rocas que tenemos ahí son tan duras que rompen los taladros, pero no importa, podemos con ellas» (¿con qué PUEDEN?, ¿y *quién* exactamente «puede»?).

Esa es la teoría de clases: buscar apoyo en los nuestros contra los extraños. No dice el libro cómo se alimentan los jefes de equipo del Belomor, pero de Berezniki cuenta un testigo (I. D. T). que les cocinaban por separado (todos eran allí

malhechores y recibían raciones mejores que los militares). Para que tuvieran puños fuertes y supieran PARA QUÉ usarlos…

En el *Lagpunkt* n.º 2, se arrancan de las manos los platos y las tarjetas de racionamiento, pero no por eso se excluye a los ladrones del trabajo de choque: eso no ensombrece su faz socialista ni su impulso productivo. La comida es entregada fría, roban ropa de los tendederos, pero no importa, *podemos con ello*. En Povenets, *localidad disciplinaria*, reinan el caos y la confusión. No se cuece el pan en Povenets, lo traen desde Kem. En Shijnia no se cumple la norma de alimentación; en los barracones hace frío; hay piojos; todos están enfermos; ¡no importa, podemos con ello! El canal se construye por orden e iniciativa… ¡En todos lados hay KVB, puestos de lucha culturaleducativa! (Apenas llega al campo, cada golfo se convierte en educador). Hay que crear una atmósfera de combate, de continua alarma. ¡De pronto, una noche cualquiera es declarada *noche de ataque: un golpe a la burocracia*! Justo al acabar el trabajo nocturno, los culturaleducadores recorren las habitaciones de la comandancia ¡y atacan! ¿Se produce un resquebrajamiento (no del terreno, de los porcentajes) en Tungud? ¡SE ATACA! ¡Se decreta *elevar al doble las normas de productividad*! ¡Ni más ni menos[90]! De pronto, porque sí, un equipo realiza el 852 % de la tarea diurna asignada…, ¡entiéndase como se quiera! ¡Pues se decreta día de todos los récords! ¡Golpe mortal a los *ritmoparalizadores*! Aquí un equipo se pone en fila para recibir su premio: unos pastelitos. (¿Por qué esas caras sombrías? Un momento tan anhelado, y, sin embargo, no hay satisfacción)…

Parecía como si todo anduviera bien. En el verano de 1932, Iagoda inspecciona las obras, y parece satisfecho el bienhechor. Pero en diciembre llega un telegrama suyo: ¡Las normas no se cumplen, hay que terminar de una vez por todas con esa *gandulería de miles de hombres*! Los trudcolectivos se *arrastran* al trabajo con las banderas *desteñidas*. De acuerdo con los boletines, se comprueba que la cuota en metros cúbicos ha sido ya *varias veces* cumplida, y, sin embargo, el canal no está terminado. Los trabajadores negligentes, en lugar de piedras y tierra, rellenan con hielo las *riadjy*; en primavera, cuando el hielo se derrita, las armazones de madera serán arrastradas por las aguas. Los educadores lanzan nuevos lemas: *La tufta*[91] *es la más peligrosa de las armas contrarrevolucionarias* (y los que más tufta meten son justamente ellos, los malhechores: ¡la idea de rellenar con hielo!). Otro lema: *El tuftero es un enemigo de clase*, ¡y se encomienda a los *ladrones* la tarea de *desenmascarar el fraude, controlando las entregas de los equipos de* kaers! (De paso, se podrán adjudicar a sí mismos el rendimiento de los *kaers*). ¡La *tujta* es un intento de desbaratar la política correctivo-laboral de la GPU, ni más ni menos! ¡La *tujta* es una violación de la propiedad socialista, eso es la *tujta*! En febrero de 1933 quitan la libertad a los ingenieros liberados antes de término, por la *tujta* encontrada.

Pero ¿cómo era posible que hubiera *tujta* en medio de tanta animación, de tanto entusiasmo? ¿Para qué lo habían introducido los detenidos? La *tujta* era,

evidentemente, una apuesta en favor de la restauración del capitalismo. Bajo todo este asunto estaba la mano negra de los emigrados blancos.

A principios de 1933, Iagoda dictó una nueva orden: ¡todas las administraciones iban a llamarse ahora *estados mayores de sector*! ¡El 50 % de sus efectivos se destinaría a la construcción! (¿Habría suficientes palas…?). Se trabajaría en tres turnos (¡la noche era casi polar!). Darían de comer directamente en la obra (¡todo frío!). Los culpables de *tujta* serían juzgados.

En enero, ¡ATAQUE A LA LÍNEA DIVISORIA DE LAS AGUAS! Todas las falanges, con sus cocinas y pertenencias, son concentradas en un mismo lugar; como faltan tiendas, muchos duermen sobre la nieve; no importa. ¡PODEMOS CON ELLO! El canal se construye por orden e iniciativa…

De Moscú llega la orden n.º 1: «Hasta el final de la construcción, *¡constante ataque!*». Después de su jornada de labor mandan a la obra las mecanógrafas, las oficinistas, las lavanderas…

En febrero se cancelan todas las visitas de familiares en el Belbaltlag, ya por el peligro de una epidemia de tifus, ya para presionar a los reos.

En abril, ataque ininterrumpido de 48 horas, ¡hurra! ¡TREINTA MIL PERSONAS SIN DORMIR!

El 1.º de mayo de 1933 informa Iagoda a su amado Maestro que el canal está concluido, y en el plazo establecido. En julio de 1933, Stalin, Vorochilov y Kirov emprenden una agradable excursión en barco para inspeccionar el canal. Hay una fotografía en la que los tres están en la cubierta, sentados en sillones de mimbre, «bromeando, riendo y fumando». (A todo eso, Kirov ya estaba condenado, pero él no lo sabía).

En agosto vinieron de visita los ciento veinte escritores. Como no había gente para atender al funcionamiento de Belomorcanal, mandaron a ex *kulaks* («reasentados especiales»); el propio Bermann eligió los lugares donde establecerlos.

La gran mayoría de quienes participaron en la construcción del canal fue enviada a trabajar en el siguiente canal: el Volga-Moscova[92].

Pero dejemos de lado el Tomo Colectivo, escrito como en son de burla.

Por más sombrías que pudieran parecer las Solovki, sólo cuando fueron enviados a terminar sus condenas (cuando no sus vidas) al Belomor, comprendieron los reclusos que la broma había terminado y descubrieron cómo era un auténtico campo, cosa que todos nosotros iríamos conociendo después poco a poco. En lugar del silencio de las Solovki, un incesante griterío, el ensordecedor eco de voces airadas y la continua agitación de los educadores. Incluso en el *lagpunkt* de la Dirección del Belbaltlag dormían en las *vagonkas*[cj] (ya inventadas) no cuatro, sino ocho hombres, dos en cada tarima, en capicúa. En lugar de los monacales edificios de piedra, unos barracones donde entraba el viento, o bien tiendas de campaña, o bien directamente sobre la nieve. Y los que habían sido mandados desde Berezniki, donde también se trabajaba 12 horas seguidas, opinaban que aquí era más duro. Días de récord. Noches

de ataque. «De nosotros, todo; para nosotros, nada»… En el gentío, en la confusión, al echar barrenos, muchos quedaban mutilados, y a veces, muertos. El rancho frío, era devorado en medio de las piedras. El trabajo, ya sabemos en qué consistía… La comida…, pero ¿y qué comida podía haber en los años 1931-1933? (Cuenta Skripnikova que ni aun en la cantina de Medviejegorsk recibían los empleados libres otra cosa que no fuera un líquido turbio, en el que flotaban algunas cabezas de anchoa y un par de granos de trigo[93]). La ropa era la que uno traía al llegar. Y un solo tratamiento, una sola orden, el eterno adagio; «¡Venga…! ¡Venga…! ¡Venga…!».

Dicen que el primer invierno, de 1931 a 1932, murieron cien mil personas, tantas cuantas habitualmente trabajaban en el canal. ¿Por qué no habríamos de creerlo? Esa cifra más bien nos parece inferior a la auténtica: en condiciones similares, durante la guerra, las muertes en campos de concentración eran del uno por ciento diario como término medio, y eso nadie lo ignoraba. De modo que, en Belomor, muy bien podrían haber muerto cien personas en algo más de tres meses. Y todavía faltaba un verano. Y otro invierno más.

D. P. Vitkovski, maestro de obras en Belomor, que salvó la vida de muchos gracias a aquella famosa *tujta*, es decir, anotándoles trabajos que no habían realizado, nos pinta el siguiente cuadro vespertino:

«Al finalizar el día de trabajo, la obra queda sembrada de cadáveres. Una fina capa de nieve va cubriendo lentamente sus rostros. Hay quien se acurruca bajo la carretilla volcada, mete las manos en las mangas y así se congela. Hay quien se queda helado con la cabeza escondida entre las rodillas. Allí hay dos, espalda contra espalda, que quedaron convertidos en un bloque de hielo. Son jóvenes campesinos, los mejores trabajadores que uno pueda imaginar. Los mandan al canal a decenas, a miles, y tratan de que padres e hijos no estén nunca juntos en el campo: los separan. Y desde el primer momento les fijan una norma de producción tan exagerada, que ni en verano se podría cumplir. No hay nadie que les enseñe, que los ponga sobre aviso, ellos siguen trabajando a su manera, a lo campesino, sin escatimar esfuerzo; así pronto se debilitan y terminan congelados, abrazados uno a otro. De noche pasan trineos para recogerlos. Los conductores arrojan los cadáveres en el trineo, con un sordo ruido de madera.

»En verano, de los cadáveres que no fueron recogidos a tiempo sólo quedan los huesos, que van a parar, junto con los cantos rodados, a la hormigonera. Ahí están ahora, mezclados con el hormigón de la última esclusa en el Belomor, y ahí permanecerán por los siglos de los siglos[94]».

El Diario del Belomorstroi se extasiaba ante el hecho de que muchos *soldados del canal*, «estéticamente entusiasmados» por la gran obra, dedicasen su tiempo libre (y, por supuesto, sin percibir por ello ración extra de pan) a tapizar con piedras las paredes del canal, únicamente para embellecerlo.

Lo que debían haber hecho era grabar de modo indeleble en esas piedras seis apellidos, los de los destacados ayudantes de Stalin y Iagoda, principales vigilantes

de Belomor, seis asesinos a sueldo: Firin, Bermann, Frenkel, Kogan, Rappoport, Djuk, cargar treinta mil vidas en la cuenta de cada uno de ellos.

Y agregar, de paso, al jefe de las Tropas de Escolta del Belbaltlag, Brodski. Y al delegado del Comité Central en el canal, Solz.

Y a los treinta y siete chequistas que estaban en el canal. Y a los treinta y seis escritores que cantaron loas al Belomor[95]. Sin olvidar a Pogodin.

Para que los turistas los lean desde el barco y se queden pensativos.

Lo malo es que allí no suele haber turistas.

¿Cómo que no?

Pues así es. Y tampoco pasan barcos. Ese lugar no figura en ningún itinerario.

En 1966, al término de este libro, quise yo mismo ir al gran Belomor, verlo con mis propios ojos. Bueno, para estar a la altura de aquellos ciento veinte. Imposible; no había en qué. Tenía que solicitar permiso para embarcarme en un carguero. Pero allí revisan los documentos. Y con mi apellido marcado, en seguida surgirían sospechas y se preguntarían para qué iba. De modo que para conservar la integridad de este libro resolví dejar de hacerlo.

No obstante, logré acercarme un poco a esos lugares. Primero fui a Medviejegorsk. Quedan todavía muchos barracones de aquella época, y al lado de ellos, un majestuoso hotel de cinco pisos. ¡Tengan en cuenta que estamos a las puertas del canal! Esto se iba a llenar de visitantes, nacionales y extranjeros… La verdad es que no fue nadie, y acabaron transformándolo en un internado.

Camino a Povenets. Un bosque raquítico, piedras a cada paso, morrenas.

Desde Povenets llego en seguida al canal y lo bordeo durante largo rato, tratando de arrimarme lo más posible a las esclusas para poder verlas un poco. Es zona prohibida, pero en algunos lugares se puede observar bien. Las paredes de las esclusas son las mismas de entonces; reconozco las *riadiv*. Pero las compuertas romboidales de Maslov han sido cambiadas por otras metálicas, y ya no se manipulan a brazo.

Pero ¿por qué tanto silencio? No hay gente, ningún movimiento en el canal ni en las esclusas. No pulula el personal, ni se oye la sirena de los barcos, ni se abren las compuertas… Un día de junio, entre semana, ¿qué ocurrirá?

Pasé así por cinco esclusas de la «escalera» Povenchansk, y después de la quinta me senté a la orilla. Tú, que estás impreso en todos los envoltorios de cigarrillos; tú, tan desesperadamente necesario para nuestro país; tú, Gran Canal…, ¿por qué estás tan callado?

Se me acercó un señor de paisano, con ojos de comprobar. Y yo, cándidamente: «¿Dónde podría comprar un poco de pescado? ¿Y cómo puedo marcharme por el canal…?». Resultó ser el jefe de la guardia de las esclusas. «¿Y por qué —sigo preguntando— no hay servicio de pasajeros?». El hombre se maravilla. «¡Cómo! —exclama—. ¡Si no puede ser! ¡En seguida se nos meterían aquí los norteamericanos!

En un tiempo hubo, pero eso fue antes de la guerra… Después de la guerra, ya no». Yo insisto: «Bueno, pues que vengan». «¡No, eso no podemos mostrárselo!». «Pero yo veo que, en general, aquí no pasa ningún barco»… «Sí, pasan, pero pocos. Lo que sucede es que el canal no es muy profundo, tan sólo cinco metros. Pensaban reconstruirlo, pero seguramente harán otro al lado, uno bueno desde el principio».

¡Ay!, ¡ay!, mi buen amigo, eso lo sabemos de mucho tiempo. En 1934, apenas acabadas de repartir todas las condecoraciones, ya hubo el proyecto de rehacer el canal. El punto 1 era hacerlo más hondo, y el 2, construir una serie de esclusas oceánicas a mayor profundidad que las ya existentes y paralelas a éstas. ¡Vísteme despacio que voy de prisa! Por culpa de aquel *plazo*, de aquellas *normas* de producción, equivocaron la profundidad y redujeron el calado… Al fin y al cabo, de algún modo había que alimentar a los obreros, aunque fuera con metros cúbicos fraudulentos. (Poco después atribuyeron ese fraude a los ingenieros y les fijaron nuevas condenas de diez años). En cuanto al ferrocarril de Murmansk, decidieron trasladar un tramo de 80 km, y así despejaron la ruta. Y menos mal que ahorraron en carretillas. Bueno, pero, y el canal, ¿para transportar qué? ¿Y adónde? Talaron todos los bosques cercanos, y ahora, ¿qué hacer? ¿Llevar madera de Arjanguelsk a Leningrado? ¿Para qué, si en Arjanguelsk también hay compradores, y hace años que los extranjeros compran allí? Además, durante seis meses al año, si no más, el canal está cubierto de hielo. ¿Para qué lo necesitaban? Ah, sí, por razones bélicas. Para trasladar la Flota de un mar a otro.

«Tan poco profundo —se lamenta el jefe de la guardia—, que ni los submarinos pueden pasar; los colocan sobre barcazas, y así los arrastran».

¿Y entonces los cruceros…? ¡Oh, tirano anacoreta, quimerista insensato! ¿En qué delirio inventaste todo esto?

¿Y qué prisa corría, maldito? ¿Quién te hostigaba para que ordenaras en veinte meses? Esos doscientos cincuenta mil podían haber seguido viviendo. No soportabas a los esperantistas, lo sabemos, pero… ¿y los jóvenes campesinos? ¡Cuánto habrían podido seguir trabajando para ti! ¡Cuántas veces podrías haberlos puesto en pie de guerra para defender su patria, para defender a Stalin!

—Costó caro… —digo al guardián.

—¡Pero se hizo en poco tiempo! —contesta con aplomo.

—¡Si tú hubieras tenido que llevar una carretilla…!

Aquel día permanecí junto al canal durante ocho horas, y durante aquel tiempo, una lancha motora fue de Povenets a Soroki, y otra del mismo tipo, de Soroki a Povenets. Llevaban numeración distinta, y sólo por ese detalle vi que no se trataba de la misma que volvía. Porque ambas estaban cargadas exactamente igual: troncos de pino enmohecidos, aptos sólo para leña.

Si restamos, nos da cero.

Y me llevo doscientos cincuenta mil.

Inmediatamente después del canal Blanco-Báltico se empezó el del Volga-Moscova; mandaron allí a todos los obreros y de jefe del campo a Firin, y de director de la construcción, a Kogan. (La orden de Lenin por el Belomor les fue concedida a ambos estando allí).

Ese canal, por lo menos, resultó útil. En cuanto a la tradición del Belomor, allí fue gloriosamente continuada y desarrollada, y gracias a él veremos aún más claro en qué se diferenciaban el Archipiélago en su período de tormentosas metástasis y las trasnochadas Solovki. Ahora sí que había llegado el tiempo de recordar con nostalgia las silenciosas y crueles Solovki. Ahora no sólo exigían trabajo, no sólo hacían golpear las piedras rebeldes con un pico mellado, sino que antes de arrancar la vida se introducían en el pecho para requisar el alma.

Lo más duro en los canales era eso; era que, además, a cada uno se le exigía que *gorjeara*. Desfallecientes, tenían que jugar a la «militancia» social. Con la lengua endurecida por el hambre, tenían que pronunciar discursos que incitaran al máximo cumplimiento de los planes, al descubrimiento de saboteadores, al castigo de la propaganda enemiga y los rumores esparcidos por los *kulaks* (los que esparcían rumores en los campos siempre eran los *kulaks*). Y, sobre todo, tenían que mantenerse constantemente en guardia contra las serpientes de la desconfianza, que acechaban para descolgárseles encima con una nueva condena.

Al ver ahora esos libros desvergonzados, donde la vida de los reclusos se nos presenta con tanto entusiasmo, cuesta creer que eso haya sido escrito en serio y que se haya leído en serio. (El prudente Glavlit tuvo buen cuidado de destruir todos los ejemplares, y este que conseguimos es uno de los últimos).

Nuestro Virgilio va a ser ahora I. L. Averbach, el aplicado discípulo de Vichinski[96].

Incluso para fijar un simple tornillo, al principio hay que prestar atención, no desviar el eje, no meterlo de costado. Mas por poco que el mismo esté introducido, ya se puede soltar la otra mano y atornillar con una sola, silbando por lo bajo.

Leemos en Vichinski: «Justamente gracias a la tarea *educadora*, nuestro ITL es tan básicamente opuesto a las cárceles burguesas, donde reina la más cruda violencia[97]». «Contrariamente a lo que sucede en los países burgueses, la violencia adquiere un papel meramente secundario en nuestra lucha contra la delincuencia; nosotros centramos todos nuestros esfuerzos en medidas organizativo-materiales, ilustrativo-culturales y político-educativas[98]». (Hay que arrugar los sesos para entenderlo: en vez de palos, escala de alimentación más formación política). Y también: «… los éxitos del socialismo ejercen su mágica [¡así mismo lo dice, mágica!] influencia también en la lucha contra la delincuencia».

Y a continuación aclara Averbach: el objetivo de la política soviética correctivo-laboral es «transformar *el material humano más ruin* [¿se acuerdan de los *insectos* de Lenin? A. S.] en constructores cabales, activos y conscientes del socialismo[99]».

Sólo que… por doce mil quinientos constructores activos y conscientes que fueron liberados antes de terminar su condena en el Belomor, hubo un cuarto de millón de ruin material humano que dejó allí sus huesos…

Pero ¡si ya en 1919, en plena guerra civil, cuando todavía se esperaba a Denikin en Orel, cuando Kronstadt y el levantamiento de Tambov aún estaban por delante, el VIII Congreso del Partido había decidido sustituir el sistema del castigo (¿significaba eso que ya no se castigaría a nadie?) por el sistema de la *educación*!

«De la educación *forzada*», aclara ahora Averbach. Y preparándose ya para una respuesta tajante, pregunta en tono retórico: sólo que ¿CÓMO? ¿Cómo transformar una conciencia en favor del socialismo, si cuando estaba libre ya le era hostil y ahora la compulsión del campo obra en ella como un acto de violencia y únicamente puede hacerla todavía más hostil?

¡Y nosotros también nos hacemos esa pregunta…!

Pero en seguida llega la respuesta, deslumbrante en su evidencia: ¡gracias al trabajo productivo consciente destinado a cumplir un *alto objetivo*! Ésa es el arma para transformar cualquier conciencia hostil o indefinida. Pero resulta que para eso es necesaria la «concentración del trabajo en obras gigantescas que sacudan con su grandiosidad la imaginación». (¡Ah, de modo que era eso, de modo que el Belomor se construyó con esa finalidad! Y nosotros, pobres tontos, no nos dábamos cuenta)… Con ello se obtiene la «concisión, la efectividad y el entusiasmo en la construcción». Además, es imprescindible que el trabajo se haga «desde cero hasta su coronación», con lo cual «cada recluso [que todavía esté con vida] siente la resonancia política de su trabajo personal y observa el interés de toda la nación por su labor».

¿Advierten con qué facilidad entra ahora el tornillo? Un poco torcido, tal vez, pero ya hemos perdido la capacidad de resistirle. El Padre de los Pueblos traza una línea en el mapa con el cañón de su pipa, y por justificarlo ya no se ha de preocupar: siempre saldrá un Averbach.

¡Pero eso aún no es nada! Resulta que aun sin salir del campo, el recluso «se eduque en las más nobles formas del trabajo socialista».

Y para eso, ¿qué hace falta? Se trabó el tornillo.

¡Mendrugos! ¡Pues sólo *emulación* y *trabajo de choque*! ¡A ver en qué año estamos! «¡No simple trabajo, sino trabajo heroico!». (Orden n.º 190 de la OGPU).

¡Emulación por la bandera roja circulante del Estado Mayor Central, y por la de la jefatura de distrito y por la de la jefatura de sección; emulación entre los campos, emulación entre las obras, emulación entre los equipos! «¡Junto con la bandera roja circulante se conceden los servicios de la banda, que durante días enteros toca para los vencedores en las horas de trabajo y en el momento de la sabrosa comida!». (La sabrosa comida no se ve por ninguna parte, pero lo que sí hay es un reflector. Se lo utiliza para los trabajos nocturnos, pues el Volgacanal se construye durante las 24 horas del día**[100]**). En cada equipo hay ternas para la emulación. ¡Contabilidad y resoluciones! ¡Resoluciones y contabilidad! ¡Resultados totales del *ataque* del dique

en el primer plan de cinco días! ¡En el segundo plan! Todos los campos editan un diario en común, *La Reforja*, cuyo lema es: ¡*Hundamos nuestro pasado en el fondo del canal*! Su consigna es: «Trabajar sin asueto». ¡Entusiasmo general, todos de común acuerdo! Un progresista trabajador de choque dijo: «¡Naturalmente! ¿Cómo se puede hablar de asueto? El Volga no tiene días de asueto; se puede desbordar cualquier día». ¿Y qué asuetos tiene el Mississippi…? ¡Agárrenlo, es un agente de los *kulaks*! Una de las obligaciones es «el cuidado de la salud por parte de cada uno de los miembros de la colectividad». ¡Qué humanitarios! No, es que es con vistas a «reducir el número de ausencias en el trabajo». «¡No ponerse enfermo ni pedir permiso!». Cuadros de honor. Cuadros infamantes. Tablas de índices: tantos días para la entrega… Ayer se hizo tanto… Hoy, tanto… Libros de méritos. En cada barracón, diplomas de honor, carteles gráficos, diagramas (¡la de gandules que andarán por ahí corriendo, anotando…!). ¡Cada detenido debe estar al tanto de los planes de producción! ¡Y cada detenido debe estar al tanto de la vida política del país! Por eso, antes de la salida al trabajo (a costa de las horas matutinas, naturalmente), cinco minutos de formación laboral, y al regresar al campo (cuando las piernas no sostienen), cinco minutos de formación política. A las horas de la comida, prohibido meterse en los rincones, prohibido dormir: ¡lectura política! Si fuera salen las Seis Condiciones del camarada Stalin, aquí cada detenido debe aprendérselas de memoria[101]. Si fuera sale el Decreto del Sovnarkom respecto al despido por absentismo, aquí se hace labor aclaratoria: todo el que se niegue o simule trabajar se encontrará, después de su liberación, con *el desprecio de las masas* de la Unión Soviética. Las reglas son las siguientes: para obtener el título de trabajador de choque no sólo hay que hacer méritos en la producción, sino que, además, se debe: a) leer los diarios; b) *amar su canal*, y c) saber exponer oralmente su significado.

Y, de pronto, ¡oh, milagro, oh, transfiguración y ascensión!, «el trabajador de choque deja de pronto de sentir la disciplina y el trabajo como algo impuesto desde fuera (esto lo puede comprender hasta un caballo), para considerarlo como una *necesidad interior*». (¡Pero, naturalmente…, pero por supuesto! ¡En buen marxismo, la libertad no es la libertad, sino la conciencia de las rejas!). Nuevas formas socialistas de incentivos: distribución de insignias de trabajador de choque. ¿Y qué creen ustedes que pasó? «¡Entre los obreros, esas insignias se cotizan aún *más que la ración diaria*!». «¡Sí, más que la ración diaria! Y equipos enteros salen a trabajar *voluntariamente dos horas antes del relevo de guardia*, ¡y todavía se quedan allí después de haber terminado la jornada de labor!».

¡Oh, brasas, oh, cerillas! Creísteis que ibais a arder decenas de años…

¡Así es el trabajo de choque! ¡Se nos viene encima la tormenta, pero no importa; sigamos trabajando, cumplamos con creces el plan diurno! Fíjense en la técnica, a la cual nos referimos ya en el Belomor: en las cuestas empinadas, la carretilla la engancha el *ganchero*, pero ¿cómo sacarla de lo hondo? Iván Niemtsev *decidió* de pronto hacer el trabajo de *¡cinco!* Dicho y hecho: amontonó en el transcurso de su

turno ¡55 metros cúbicos de tierra[102]! (Saquemos la cuenta: son 5 metros cúbicos por hora, 1 metro cúbico cada 12 minutos… ¡Hagan ustedes la prueba con la tierra más ligera que encuentren, a ver si pueden!). Las condiciones de trabajo eran las siguientes: no había bombas, los pozos no estaban terminados… ¡era necesario vencer el agua con las manos desnudas[103]! ¿Y las mujeres? ¡Levantaban individualmente piedras de 4 puds[104]! Las carretillas se volcaban, volaban piedras y golpeaban piernas y cabezas… ¡No importa, podemos con ellas! De pronto es «en el agua hasta la cintura»; de pronto, «62 horas ininterrumpidas de labor», o bien «durante tres días 500 hombres estuvieron tratando de perforar la tierra congelada»… ¡y todo infructuosamente! ¡No importa, podemos con ello!

¡Con nuestra pala impetuosa de combate,
desenterramos la felicidad bajo Moscú!

«Se dirigían al ataque entonando canciones desbordantes de alegría».

¡En medio de gélidos vientos,
al ataque marchemos contentos!

Y aquí podemos ver a los propios trabajadores de choque; vinieron para participar en una asamblea. De costado, junto al tren, está el jefe de escolta, y ahí a la izquierda hay otro soldado. Observen qué rostros tan animados, qué expresión de felicidad en todas las caras; se ve que esas mujeres no piensan ni en los hijos, ni en la casa; sólo en el canal que tanto aman. Hace bastante frío; algunas calzan botas de fieltro; otras, de cuero, traídas de casa, claro; la segunda a la izquierda de la primera fila es una ladrona; calza zapatos robados; ¿qué mejor ocasión para lucirlos que una asamblea? Aquí vemos otra asamblea. En el cartel está escrito: «¡Lo haremos pronto, bien y barato!». Ahora, cómo conciliar las tres cosas, eso corresponde a los ingenieros… ¡Que se devanen ellos los sesos! Se advierte claramente que la escuálida sonrisa está destinada al aparato fotográfico, porque en realidad esas mujeres están muy cansadas; no han venido a pronunciar discursos, lo único que esperan de la asamblea es una comida abundante, una sola… Son todos sencillos rostros campesinos[105]. En medio del pasillo se ha plantado un miembro de la autovigilancia. ¡Renegado, las ganas que tenía de salir en la foto! Ahora vemos una brigada de choque, perfectamente equipada desde el punto de vista técnico; ¡no es vedad que todo se hace a pulmón! Si hemos de creer a los pintores del campo que exponen en la KVCH, la técnica en el canal es la siguiente: una excavadora, una grúa y un tractor. Bueno, pero ¿funcionan?

A lo mejor están descompuestos, es lo más probable. De todos modos, en invierno no es muy confortable trabajar allí, ¿verdad?

Se presentaba otro pequeño problema, y era que «al finalizar la construcción del Belomor comenzaron a aparecer en los diarios demasiados artículos jubilosos, que paralizaban la acción intimidatoria de los campos… El carácter del Belomor quedó

tan desvirtuado, que los que llegaban al canal Volga-Moscova esperaban encontrarse con el país de Jauja y planteaban a la administración unas *increíbles exigencias*» (¡¿no habrían llegado a exigir ropa limpia?!). De modo que miente cuanto quieras, pero no te pases de listo… «Flamea sobre nuestras cabezas la bandera de Belomor», declara el diario *La Reforja*. Buena frase, dicha con sobriedad. Y suficientemente clara.

Por lo pronto, tanto en el Belomor como en el Volgacanal comprendieron que «la emulación y el trabajo de choque en los campos deben estar en estrecha relación con *todo el sistema de privilegios*, a fin de que éstos obren como estímulo en el trabajo de choque». «El fundamento principal de la emulación es el *interés material*». (¡¿Nos habremos equivocado de ruta?! ¿Habremos torcido hacia el Oeste en lugar de ir al Este? ¿Un giro de ciento ochenta grados? ¡Provocación! ¡A asirse firmemente de los pasamanos, el tren sigue su marcha!). Y la organización es la siguiente: de los índices de productividad dependen la comida, la habitación, el vestido, la ropa interior y hasta la frecuencia de los baños (sí, sí, el que no trabaja bastante, ¡que vaya harapiento y cubierto de piojos!), así como la libertad antes de término, y el descanso, y las visitas. Por ejemplo, la entrega de insignias de «trabajadores de choque» es una forma de estímulo netamente socialista. Pero basta que la insignia te dé derecho a una larga entrevista familiar fuera de turno, ¡y ya te resulta más cara que la ración diaria…!

«Si entre los hombres libres, según la Constitución soviética, rige el principio de "el que no trabaja no come", ¿por qué habríamos de hacer una excepción con los reclusos, poniéndolos en una situación *privilegiada*?». (Lo más difícil en la instalación de un campo es evitar que se convierta en un lugar de privilegios). En el Dmitlag, la escala es así: olla disciplinaria, agua turbia; ración disciplinaria, trescientos gramos. El ciento por ciento de trabajo cumplido da derecho a ochocientos gramos y a la posibilidad de *comprar cien* gramos más en la cantina. Y entonces «el sometimiento a la disciplina empieza por motivos egoístas (deseos de aumentar la ración) y se eleva luego hasta el afán socialista de conseguir la bandera roja**[106]**».

¡Pero lo principal son los abonos, los abonos! Las jefaturas de emulación califican a los reclusos. Para que te abonen días de trabajo por varios de condena, no sólo debe rebasarse la tarea asignada, sino que, además, se ha de realizar *labor social*. Al que anteriormente ha sido un elemento *no trabajador*, se le adjudican unos abonos misérrimos. «Lo único que puede hacer es fingir; ¡nunca se va a enmendar! ¡Ése tendrá que quedarse *más* tiempo en el campo para permitir que lo controlen!». (Será, por ejemplo, de los que suben la carretilla por la cuesta… ¿Y si en una de ésas no está trabajando, si sólo finge?).

¿Y qué hacen los prematuramente liberados? ¡¿Cómo es eso de *qué hacen?! ¡Se* quedan en el canal, por supuesto! ¡Se *autovinculan*! ¡Se han encariñado demasiado con su canal para poder abandonarlo así, sin más! «¡Es tal su entusiasmo, que, una vez liberados, deciden quedarse *voluntariamente* en el canal en los trabajos de

desmonte hasta el final de la construcción!». ¿Se puede creer al autor? Claro que sí. Se le puede creer, porque en los pasaportes estampan un sello que dice: «estuvo en los campos de la OGPU», y ya nadie más le da trabajo[107].

Pero ¿qué pasa…? Se ha descompuesto el aparatito de los trinos del ruiseñor y en el ínterin se oye el jadear de la verdad… «Hasta los ladrones participan en la emulación, sólo en un 60 % (¡si los ladrones no participan…!); los reclusos consideran que muchas veces los privilegios y los premios se otorgan injustamente», «se califica de forma mecánica»; «el encargado de la limpieza aparecía constantemente (!) en la lista de trabajadores de choque de primera línea y se le abonaban los días de trabajo según tarifa máxima, en tanto que al auténtico trabajador de choque no se le abonaba nada[108]». (¿Significa eso, señores educadores, que ustedes no se elevaron hasta el segundo escalón?); «muchos (!) se sienten dominados por la desesperación[109]».

Vuelven a escucharse los trinos del ruiseñor, pero esta vez con un sonido metálico. ¿Nos habremos olvidado del principal incentivo, «la puesta en práctica, severa e implacable, de las sanciones disciplinarias»? Orden de la OGPU del 27-XI-1933: «Todos los holgazanes y simuladores incorregibles serán enviados a los lejanos campos del Norte, con plena supresión de privilegios. Los recalcitrantes y los instigadores serán juzgados por los tribunales del campo. El menor intento de resquebrajar la férrea disciplina será castigada con la supresión de todas las ventajas y privilegios concedidos» (por ejemplo, tratar de calentarse junto al fuego)…

¡Y, sin embargo, insensatos, hemos vuelto a olvidar el principal eslabón! ¡Todo lo hemos dicho, menos lo principal! ¡Escuchen, escuchen! «La *colectivización* es el principio y el método de la política correctivo-laboral soviética». ¡Porque necesitamos «*correas de transmisión* entre la administración y las masas»! «Sólo apoyándose en los grupos colectivos es como la numerosa administración de los campos podrá transformar la conciencia de los reclusos». «¡Desde las formas más bajas, responsabilidad colectiva, hasta las formas más altas, sentimiento del honor, sentimiento de gloria, sentimiento de valentía y heroísmo!». (Con frecuencia reprochamos a nuestra idioma su paulatino marchitarse a medida que pasan los siglos, pero no es así: ¡nuestro idioma se ennoblece! ¿Cómo decían antes los carreteros: riendas? ¡Ahora se dice correas de transmisión! ¿Antes caución solidaria? ¡Ahora se llama responsabilidad colectiva!).

«El trabajo en equipo es la forma básica de la reeducación» (orden promulgada en 1933 para el Dmitlag). «Eso significa una confianza en el grupo imposible en el capitalismo». (Pero muy posible en el feudalismo… ¿Que alguien cometió alguna fechoría en la aldea? ¡Desnuden a todos y azótenlos! Y, así y todo, ¡qué bien suena…, confiaban en el grupo!). «¡Eso significa espíritu de iniciativa de los reclusos en la labor reeducativa!». «¡Eso significa *enriquecimiento psicológico* de la personalidad a través del grupo!». (No, pero… ¡qué términos, qué términos! ¡Nos ha dejado apabullados con eso del *enriquecimiento psicológico*! ¡Lo que es tener instrucción!).

«Dentro del grupo aumenta el sentimiento de dignidad personal (¡sí, sí!) de cada recluso, y eso le impide sentirse moralmente deprimido».

¡Y miren lo que son las cosas! Treinta años después de Averbach, también me tocó a mí decir dos palabras de los equipos de trabajo; bueno, simplemente, contar cómo se vive allí, pero resulta que la gente lo entendió todo al revés, lo interpretó todo a su manera… «El equipo de trabajo constituye el principal aporte del comunismo a la ciencia penitenciaria (lo cual es absolutamente cierto, eso lo dice también Averbach)… Es un organismo colectivo que vive, trabaja, se alimenta, duerme y sufre en común en una simbiosis que le ha sido despiadadamente impuesta[110]».

¡Oh, si no fuera por los equipos de trabajo, aún se podría sobrevivir en el campo! Sin los equipos, uno es una persona, elige su propia línea de conducta. Sin los equipos se puede, por lo menos, morir con dignidad; pero en los equipos sólo permiten morir vilmente, arrastrándose. Sin los equipos puede uno esconderse del jefe, del capataz, del celador, del guardián, aprovechar un minuto de descanso, arrastrar un poco más débilmente por aquí, levantar un poco menos de peso por allá. Pero de las *correas de transmisión*, de los compañeros de equipo no hay escondite, ni salvación, ni clemencia. No puedes *no querer* trabajar, no puedes preferir morirte de hambre a seguir picando piedra en la conciencia de ser un preso político. No, una vez que entraste en la zona y estás anotado, aunque no trabajes, todo lo que produzca hoy tu equipo se dividirá por 26, y no por 25, y por tu culpa, el porcentaje del equipo disminuirá de 123 a 119, y todos pasarán de la olla récord a la olla común, perderán el derecho al bollo y tendrán cien gramos menos de pan. ¡De modo que tus compañeros te van a vigilar mejor que cualquier guardián, y el puño de tu camarada te hará entrar en razón mejor que todos los comisarios del Ministerio de Asuntos Interiores juntos!

¡Ese es el *espíritu de iniciativa*, ésa es la *reeducación*! ¡Ese es *el enriquecimiento psicológico de la personalidad a través del grupo*!

Ahora lo vemos todo muy claro, pero, en el Volgacanal, a los mismos organizadores les parecía mentira lo sólido que era aquel collar de perro que habían encontrado. Por aquel entonces *el equipo* se consideraba secundario, y los máximos honores y recompensas eran para el *trudcolectivo* («comunidad de trabajo»). Todavía en mayo de 1934, la mitad de los presos del Dmitlag estaban «desorganizados» porque… ¡no los aceptaban en los trudcolectivos! Podían formar parte de las *trudartel*[ck], y no todos ellos: sacerdotes, sectarios y creyentes en general no eran admitidos (salvo que renunciaran a su fe; en ese caso, los tenían a prueba durante un mes). A los del Cincuenta y Ocho comenzaron a aceptarlos de mala gana, pero sólo a aquellos cuya condena era inferior a cinco años. La «comunidad de trabajo» tenía un presidente, un soviet y una democracia sin trabas: las *reuniones* se celebraban con permiso del KVCH y sólo en presencia del educador de compañía (¡sí, también estaban las compañías…!). Naturalmente, las comunidades eran mejor alimentadas

que el resto de gentuza; los más eficientes podían disponer de una huerta dentro de la zona del campo (no individualmente, sino al estilo de los koljoses, para enriquecer la olla común). La comunidad se dividía en secciones, y todas las horas libres que les quedaban las dedicaban a vigilar las actividades de los reclusos; a redactar periódicos murales; a analizar las faltas de disciplina. En las reuniones de la comunidad se pasaban horas enteras resolviendo, con aire solemne, cómo reeducar al holgazán de Vovka, al simulador de Grishka… La comunidad tenía derecho a expulsar a sus miembros y a *solicitar que no les abonaran días*, pero la administración podía asimismo disolverlos a ellos en cualquier momento, bajo la acusación de «seguir manteniendo tradiciones delictivas» (¿es decir, de no haberse integrado a la vida colectiva?). Una de las cosas más amenas de la vida en el campo eran justamente esas periódicas *purgas* de las comunidades; se les purgaba de holgazanes, de poco entusiastas, de murmuradores (cuyo bisbiseo hacía aparecer el grupo como una organización de espionaje mutuo) y de enemigos de clase infiltrados. Por ejemplo, se descubría que uno de los reclusos ocultaba su origen *kulak* (por el cual, en resumidas cuentas, estaba en el campo); en seguida se lo expulsaba (no del campo, sino del grupo). (¡Pintores naturalistas, pintad el siguiente cuadro: «Purga en el trudcolectivo»! ¡Pintad esas cabezas afeitadas, esas expresiones de ansiedad, esos rostros demacrados, esos harapos… y pintad a esos enfurecidos oradores! Al que le cueste imaginárselo, recuerde que entre los hombres libres pasaba algo semejante. Y en China también). Y hay más: «previamente, a cada recluso se le *informaba de los objetivos y fines de la purga*. Después, en presencia de la comunidad, cada miembro del trudcolectivo presentaba su informe[111]».

¡Y también se *desenmascaraba a los falsos trabajadores de choque*! ¡Y había elecciones de consejos de cultura! ¡Y amonestaciones a los que liquidaban mal su analfabetismo! ¡Y clases de lectura y escritura: «no-so-mos-es-cla-vos, es-cla-vos-no-so-mos»!… ¿Y las canciones?:

Ese reino de piedra y de pantanos
será en lo futuro la patria feliz.

Y también, con la magistral letra del mismísimo Nicolás Aseiev:

¡Oh, duras legiones que abrís el canal!,
¿cuál es la grandeza de vuestro destino?
Vivir en común el momento crucial
que os ha colocado en el recto camino.

O con las que ellos mismos componían, y que brotaban de lo más hondo de su ser:

Ni con la lira más maravillosa

sabríamos nuestra patria describir,
esa patria tan grande y tan hermosa
en la que tan bello resulta vivir[112].

En el lenguaje del campo, esto significa *gorjear*.

¡Oh, te llevarán a tal extremo, que llegarás a añorar al capitán Kurilko, el corto camino hacia el paredón, la manifiesta ausencia de derechos de Solovki!

¡Señor! ¿En el fondo de qué canal hemos de enterrar *ese* pasado?

IV
El archipiélago se petrifica

El reloj de la Historia seguía dando las horas.

En enero de 1934, en la sesión plenaria del Comité Central (seguramente ya estaba haciendo cálculos de cuántos iban a tener que *despachar*), el Gran Caudillo declaró que la *desaparición* del Estado (que se esperaba casi casi desde 1920) iba a producirse a través de… ¡una máxima *intensificación* de la autoridad del Estado!

Eso era tan inesperadamente genial, que no podía abarcarlo cualquier cerebro mezquino, pero Vichinski se mostró digno de su puesto de ayudante, y en seguida prosiguió: «¡… y, por tanto, *reforzando* al máximo las instituciones correctivo-laborales!»[113].

¡Ingresar en el socialismo reforzando al máximo las cárceles! ¡Eso no lo decía en broma una revista humorística, sino que lo declaró el fiscal general de la Unión Soviética! ¡Era evidente que se preparaba a sentarle las costuras a más de uno!

Si alguien lo recuerda (y seguramente no lo recuerda nadie, porque al pueblo ruso siempre le ha fallado la memoria, sobre todo cuando se trata de recordar lo malo)…, si alguien lo recuerda, repito, entre las grandes tareas previstas —e incumplidas incluso hoy— por el segundo plan quinquenal, figuraba la siguiente: «Erradicar toda supervivencia del capitalismo en la conciencia de la gente». O sea que, en principio, esa extirpación debía estar ya terminada en 1938. Y ahora, díganme ustedes: ¿con qué medios iban a erradicarlo tan pronto?

«En los umbrales del plan quinquenal, los centros soviéticos de reclusión no sólo no pierden su sentido, sino que incluso lo refuerzan». (¡Aún no había pasado un año desde que Kogan dijo que pronto iban a dejar de existir los campos! Pero, naturalmente, él no conocía la sesión plenaria de enero). «En la época del tránsito al socialismo, el papel de las instituciones correctivo-laborales como arma de la dictadura del proletariado, como órgano de represión, como medio de coacción y educación [¡la coacción ya se mencionaba en primer lugar!] iba a tener que aumentar y robustecerse[114]». (De lo contrario, ¿qué iban a hacer los mandos de la NKVD bajo el socialismo? ¿Desaparecer?).

¿Quién podría reprocharle a nuestra Avanzada Teoría que iba quedando superada por la praxis? Eso se venía imprimiendo en negro sobre blanco, pero nosotros no sabíamos aún leer. El año 1937 fue predicho y justificado públicamente.

Y todos los moñitos y demás fruslerías fueron arrancados por una mano peluda. ¿Trudcolectivos? ¡Prohibidos! ¡Hay que ver las cosas que se les ocurren…, autoadministración en el campo! De todos modos, nunca se va a inventar nada mejor que los equipos. ¿Y de qué charlas políticas me están hablando? Olvídense de eso. A los prisioneros los mandan aquí a trabajar, no es imprescindible que comprendan. En Utja decidieron «liquidar las últimas *vagonkas*»… ¡Error político! ¿Qué pretenden, hacerlos dormir en camas de resortes? ¡Métanles de nuevo las tablas, y que se acuesten de a dos! ¿Abono de días de trabajo por varios de condena? ¡Suprimirlos, o es que los Tribunales van a estar trabajando en balde! ¡Y los que ya tengan días abonados, que se los anulen (año 1937)! ¿Hay campos donde todavía se autorizan las visitas de la familia? ¡Terminantemente prohibidas en todos lados! ¿En una cárcel entregaron el cadáver de un sacerdote para que lo enterraran? Pero ¿es que se han vuelto locos? ¿No ven que así dan pie a demostraciones antisoviéticas? Pongamos los puntos sobre las íes: los cadáveres pertenecen al GULAG, y las tumbas son un secreto de Estado. ¿Cursos técnico-profesionales para los detenidos? ¡Disolverlos! Haber estudiado mientras estaban en libertad. ¿Qué dice el Comité Central que…? ¿Qué Comité Central? ¿Con firma de Kalinin? Nosotros no somos la GPU, nosotros somos la NKVD. Ya tendrán tiempo de estudiar cuando salgan en libertad. ¿Gráficos, diagramas? Arránquenlos de las paredes y den una mano de cal. O no den nada. ¿Qué partida de gastos es ésa? ¿Sueldo a los reclusos? ¿Circular del GUMZ del 25-XI-1926… el veinticinco por ciento de lo que percibe un obrero según establece el correspondiente sindicato? ¡Silencio! ¡Rómpanlo inmediatamente! ¡A ustedes tendríamos que quitarles el sueldo! ¡Habráse visto…, reclusos, y encima les pagan! Agradezcan que no los fusilamos. ¿Código de Trabajo Correccional del año 1933? ¡Olvidarlo para siempre, que no quede un solo ejemplar en ningún campo! «Todo quebrantamiento de lo dispuesto en las Ordenanzas Generales de Trabajo… sólo con el acuerdo del Consejo Central de Sindicatos». ¡¿Que NOSOTROS vayamos a Sindicatos?! ¿Qué es el Consejo Central de Sindicatos? ¡Fue y no existe! ¿El artículo 75, «en los trabajos más duros se aumentará la alimentación»? ¡Media vuelta! En los más livianos se disminuirá. Y menos gasto.

El Código de Trabajo correccional, con sus cientos de artículos, desapareció tragado por la tierra, y no sólo no se oyó nunca más hablar de él, sino que durante veinticinco años nadie sospechó siquiera que había existido alguna vez.

Pegaron un repaso al Archipiélago y comprobaron que, empezando por las Solovki, y con más razón en la época de los canales, todo el sistema de campos de concentración había sufrido una imperdonable debilitación. Había llegado la hora de poner remedio a aquel estado de cosas.

En primer lugar, la vigilancia era malísima; aquello no eran campos ni eran nada. En las atalayas había centinelas sólo de noche; la guardia la montaba un solo hombre desarmado, al que se podía convencer fácilmente y salir por espacio de un par de horas; en la zona había faroles de queroseno; un solo soldado acompañaba al trabajo

a decenas de reclusos. En seguida, pues, se instaló luz eléctrica, y electricistas políticamente de fiar tendieron cables a todo lo largo de las zonas. Las tropas de escolta fueron militarizadas y recibieron instrucción militar. Entre los servicios obligatorios se incluyeron perros policía, con sus cuidadores, entrenadores y reglamento propio. Por fin los campos adquirieron ese aspecto moderno que nos es tan conocido.

No vamos a enumerar todos los pequeños detalles de la vida cotidiana en que hubo de reflejarse aquel endurecimiento del régimen del campo. No diremos cuántos agujeros fueron descubiertos, a través de los cuales podía aún la libertad echar, de vez en cuando, un vistazo al Archipiélago. Todos esos lazos con el exterior fueron rotos; los agujeros, tapiados, y se terminó por expulsar a las últimas «comisiones de observación» que andaban por allí[115]. Las *falanges* de los campos, pese a que en ellas ya parecía germinar el socialismo, fueron rebautizadas en 1937 y se las llamó *columnas*, para no confundirlas con las de Franco. La 3.ª sección[cl], que hasta entonces tenía en cuenta el trabajo y los planes de producción, se convirtió en órgano independiente y dirigente, en perjuicio de la producción y del plantel de especialistas. No disolvieron, es cierto, la KVCH del campo, pero sólo porque a través de ella les resultaba cómodo recoger denuncias y alistar soplones.

Y el telón de acero rodeó el Archipiélago. Salvo los oficiales y los sargentos de la NKVD, nadie pudo ya volver a entrar y salir por los portones de guardia del campo. Y se impuso ese orden armónico que los mismos presos aprendieron pronto a considerar como único posible, ese orden que vamos a describir en esta parte del libro, ese orden ahora mucho más laboral que «correctivo».

¡Y fue entonces cuando el lobo enseñó los dientes! ¡Y fue entonces cuando se abrieron los abismos del Archipiélago!

¡CALZARÉIS LATAS DE CONSERVAS, PERO SALDRÉIS A TRABAJAR!

¡SI NO HAY SUFICIENTES TRAVIESAS, OS PONDREMOS A VOSOTROS!

Fue también entonces cuando habiéndolos traído a Siberia en trenes de mercancías —con ametralladoras en el techo cada tres vagones—, a los del Cincuenta y Ocho los metían en fosos para tenerlos así en lugar seguro. En aquellos años, aun antes del disparo inicial de la Segunda Guerra Mundial, cuando toda Europa bailaba el *fox-trot*, en el campamento de tránsito Marinski no daban abasto para matar piojos, y los sacudían de la ropa con escobones. Estalló una epidemia de tifus, y en poco tiempo despeñaron al precipicio 15 000 muertos, retorcidos, desnudos (les habían arrancado hasta los calzoncillos).

Pero quedó un resabio del pasado, uno solo, del cual no quiso separarse el GULAG: el estímulo a la ralea, a los malhechores. Más que antes se les confiaron los «puestos de mando» en el campo; más que antes se los azuzó contra los del cincuenta y ocho, permitiéndoles robarles, pegarles y asesinarlos impunemente. Los *urkas* se convirtieron en algo así como la policía interna del campo, las secciones de asalto del campo. (Durante los años de la guerra, en muchos campos se suprimió el servicio de

vigilancia, y la misma fue confiada a la *comendatura* integrada por *sucas*, ladrones que resultaban todavía más efectivos que los anteriores vigilantes, pues nada les impedía pegar cuanto quisieran).

Fue entonces cuando amontonaron a los enfermos de pelagra, dejándolos que se pudrieran. Fue entonces cuando los jefes de escolta comenzaron a controlar el buen funcionamiento de las ametralladoras disparando contra los rezagados.

En Kolyma —ese polo de frío y crueldad— se produjo el cambio con una violencia, asimismo, polar. En sus memorias, Iván Semionovich Karpunich-Braven (excomandante de la 40.ª División y del 12.º Cuerpo de Ejército, que falleció recientemente dejando notas inacabadas y dispersas) cuenta que en Kolyma se estableció un régimen de alimentación, trabajos y castigos particularmente cruel. Era tal el hambre que reinaba entre los prisioneros, que en la fuente Sazóschaya se comieron el cadáver de un caballo, muerto hacía una semana; era el mes de julio, y la carroña hedía y palpitaba de moscas y gusanos. En las minas de Utin devoraron medio barril de lubricante, que se utilizaba para engrasar las ruedas de las carretillas. En Mylga se alimentaban de liquen, como los renos. Cuando los pasos de montaña quedaban bloqueados por la nieve, lo único que daban de comer en las lejanas minas era cien gramos de pan por persona, sin reponer nunca lo que se había dado de menos. Los reclusos que ya no tenían fuerzas para caminar, eran arrastrados por los compañeros que aún no se habían hinchado demasiado. A los que se rezagaban, los golpeaban con palos o eran azuzados por perros. A 45° bajo cero no permitían encender hogueras para calentarse (a los malhechores sí les estaba permitido). El propio Karpunich conoció la «perforación manual en frío» con un taladro de acero de dos metros de largo, y luego el transporte de «turba» (tierra mezclada con cascotes y cantos rodados) a 50° bajo cero, que se hacía en trineos, a los que se enganchaban cuatro hombres (el trineo estaba hecho de madera cruda y de quinto), un *urka* «impulsor», «responsable del cumplimiento del plan» que caminaba al lado y les daba con un garrote. El *incumplimiento* del plan (pero ¿y qué significaba incumplimiento? ¡Si de todos modos lo que hicieran los del Cincuenta y Ocho iba a ser anotado a favor de los malhechores!) era castigado de la siguiente manera en Zeldin: En invierno desnudaban por completo al reo dentro de la galería de la mina, le echaban agua fría y lo hacían correr así hasta el campo; en verano, también completamente desnudo, lo ataban de las manos junto a otros reos a una pértiga común, y así lo exponían, inmovilizado, a la voracidad de los mosquitos (el guardián estaba protegido por un mosquitero). O si no, lo apaleaban a culatazos y lo encerraban en la celda de incomunicación.

Quienes lean esto podrán objetar que en ello no hay nada nuevo y que no ven en qué consiste el *avance*; que se trata simplemente de abandonar los métodos estridentemente educativos de los canales para retornar a la franqueza de las Solovki. ¡Pamplinas! ¿No estaremos en presencia de la dialéctica hegeliana, Solovki-Belomor-Kolyma, tesis-antítesis-síntesis? ¡Negación de la negación, pero enriquecida!

Por ejemplo, parece ser que en las Solovki no existían las *carretas de la muerte*. Eso está tomado de las Memorias de Karpunich. En la fuente Marisny (km 66 de la carretera de Sredvekansk) el jefe del campo toleraba durante diez días el incumplimiento de la norma establecida. Al décimo día metían al culpable en la celda de incomunicación, a pan y agua, y lo sacaban para mandarlo al trabajo. Para aquellos que ni aun así cumplían, estaba la *carreta*, instalada sobre un trineo, una especie de cajón de 5 × 3 × 1,8 m, hecho con tablas de madera cruda unidas entre sí por grapas. No tenía ventanas; se entraba por una pequeña puerta, y dentro no había un solo banco. Por la noche sacaban de la celda de incomunicación a los más culpables, atontados y ya casi indiferentes, los cargaban en la carreta, cerraban la puerta con un enorme candado, y un tractor se llevaba el trineo a un pudridero, distante unos 3 o 4 kilómetros del campo. Algunos gritaban desde dentro, pero el tractor se desenganchaba y se iba. Al cabo de veinticuatro horas abrían la puerta de la carreta y tiraban los cadáveres, para que los barriera la ventisca.

En Mylga, a las mujeres que no cumplían la norma se las castigaba menos duramente. En invierno, simplemente les asignaban barracones sin calefacción (siempre les quedaba el recurso de salir a calentarse corriendo alrededor), y en verano, durante la siega, las alojaban en chozas de paja sin protección contra los mosquitos (de los recursos de Sliozberg).

A todo eso, a los del Cincuenta y Ocho les suprimieron los últimos asuetos; la jornada de labor en verano se aumentó a 14 horas; los fríos de 45° a 50° bajo cero fueron declarados aptos para el trabajo, y sólo a partir de los 55° se permitió «dar de baja» el día. (Sin embargo, algunos jefes de pelotón sacaban a los reclusos incluso con 60°). En las minas de Gorny, a quienes se negaban a salir los ataban a los trineos, y así los arrastraban hasta que morían (otro plagio de las Solovki).

Y aparte de las autoridades, aún exterminaba el escorbuto.

Pero todo eso seguía pareciendo poco; el régimen se les antojaba aún demasiado blando, y el número de reclusos no disminuía con la rapidez que hubiera sido de desear. Y comenzaron así los fusilamientos auspiciados por Garanin, jefe del USV (Dirección de los Campos del Noroeste), verdaderos asesinatos en masa. A veces, con los tractores puestos a toda marcha, y en ocasiones ni eso. Muchos *lagpunkts* son famosos por esos fusilamientos y por las enormes fosas comunes: Orotukan, la fuente Poliarny Svistoplias, Annushka, y hasta el *sojós* de Dukcha, pero los más conocidos son la mina aurífera Zolotisty (a cuyo mando se encontraban el jefe del *lagpunkt* Petrov, los responsables de la 3.ª Sección Zelenkov y Anísimov, el director de la mina Barkálov, el jefe de distrito de la NKVD Búrov) y Serpantinka. En la mina Zolotisty, sacaban de día a equipos enteros y los fusilaban seguidamente en su totalidad (no en sustitución de los fusilamientos nocturnos, ésos iban aparte). Al jefe del Iuglag, Nicolai Andreievich Aglanov, le gustaba elegir personalmente algún equipo que hubiera cometido cualquier falta; ordenaba que lo llevaran a un lugar un tanto apartado y, disfrutando con las expresiones atemorizadas de los hombres, les

disparaba con su pistola, dando gritos de júbilo. Los cadáveres no se enterraban; cuando, en el mes de mayo, empezaban a entrar en descomposición, traían a los supervivientes del campo para que los sepultaran; a cambio de eso les aumentaban la ración y hasta les daban alcohol. En Serpantinka fusilaban por día de 30 a 50 personas a pocos pasos de la celda de incomunicación; después amontonaban los cadáveres en trineos, y un tractor se los llevaba lejos de allí. Los conductores del tractor, los cargadores y los sepultureros vivían en barracones separados. Después de fusilar a Garanin, los mataron también a todos ellos. También había otro sistema: los conducían hasta el borde de un precipicio con los ojos vendados y les disparaban en el oído o en la nuca. Cuando Serpantinka fue clausurado, destruyeron la celda de incomunicación y todo lo que tuviera que ver con los fusilamientos, y rellenaron de tierra el precipicio[116].

A veces, los fusilamientos cesaban momentáneamente a causa de que el plan aurífero estaba fracasando, y el helado mar de Ojotsk no permitía enviar nuevos contingentes de reclusos. (M. I. Kononenko estuvo esperando más de seis meses en Serpantinka a que lo fusilaran y, finalmente, se salvó).

También arreciaron las segundas condenas. En Mylga, Gavsik las tramitaba artísticamente: delante cabalgaban jinetes con antorchas (era la noche polar), y por detrás arrastraban a los reclusos con una cuerda hasta la Jefatura de distrito de la NKVD, a 30 km de allí, para ser juzgados por un nuevo *expediente*. En otros campos ni siquiera se tomaban esa molestia; buscaban en los ficheros quiénes estaban ya al término de su condena, convocaban de una sola vez a unos 80 o 100 hombres y, automáticamente, les daban diez años más. (R. V. Rets).

Prácticamente no incluyo a Kolyma en este libro. Kolyma es otro continente dentro del Archipiélago y merece ser descrito aparte. Kolyma, además, tuvo «suerte», porque allí sobrevivió Varlam Shalamov, que ya ha escrito mucho; como asimismo sobrevivieron allí Evguenia Guinzburg; O. Sliozberg, N. Surovtseva, N. Grankina y otros, todos los cuales han escrito sus Memorias[117]. Sólo me permitiré citar aquí algunos párrafos de V. Shalamov acerca de los fusilamientos de Garanin:

«Durante muchos meses, de día y de noche, en el momento de pasar lista de diana y de retreta, se leían interminables órdenes de fusilamiento. Con un frío de 50° bajo cero, unos músicos de entre los condenados comunes tocaban la fanfarria antes y después de la lectura de cada orden. La luz de las humeantes antorchas de queroseno quebraba las tinieblas… El papel de fumar en el cual venían anotadas las órdenes se cubría de escarcha, y de vez en cuando, el jefe que leía las órdenes sacudía con la manga los copos de nieve del papel para poder descifrar y gritar el apellido del siguiente condenado».

De este modo terminó el Archipiélago el segundo plan quinquenal, y, así, entró en el socialismo.

* * *

Al iniciarse la Segunda Guerra Mundial hubo gran agitación entre la plana mayor de las islas. Al principio, las noticias que llegaban del frente podían hacer temer un desmoronamiento total del Archipiélago, si es que no la rendición de cuentas de las autoridades ante los reclusos. A juzgar por las impresiones que al respecto recogieron estos últimos, los amos reaccionaron de dos diferentes maneras. Unos, más sensatos o más cobardes, dulcificaron sus hábitos y establecieron relaciones casi cariñosas con los internados, sobre todo, en las semanas de las derrotas. Naturalmente, no se trataba de mejorar la comida o el alojamiento, eso no podían hacerlo. Otros, en cambio, más obstinados y perversos, intensificaron su crueldad hacia los del Cincuenta y Ocho, prometiéndoles la muerte antes de que llegaran a liberarlos. En la mayor parte de los campos, a los reclusos ni siquiera les notificaron que había estallado la guerra (¡nuestro eterno afán de ocultar y mentir!). Sólo se enteraron al día siguiente por los sin escolta o los empleados libres. En los lugares donde había radio (Ust-Vym, muchas partes de Kolyma), la suprimieron mientras duraron nuestros derrotas. En ese mismo Ust-Vym, de buenas a primeras prohibieron *escribir* cartas a la familia (aunque sí podían recibirlas), y los familiares creyeron que los habían fusilado a todos. En algunos campos (intuyendo tal vez el rumbo que iba a tomar la futura política) empezaron a segregar a los del Cincuenta y Ocho de los demás presos y a encerrarlos en zonas estrictamente vigiladas; colocaron ametralladoras en todas las atalayas y se dirigieron a ellos en los siguientes términos. «¡Aquí vosotros sois rehenes! (¡Ah, qué viva está todavía la memoria de la guerra civil! ¡Qué difícilmente se olvidan esas palabras, qué fácilmente se recuerdan!). ¡Si cae Stalingrado, os fusilaremos a todos!». Con tales perspectivas, los presos inquirían noticias de la guerra… ¿Sigue en pie Stalingrado, o ya cayó? En Kolyma encerraban en zonas especiales a alemanes, polacos y algunos notables de entre los del Cincuenta y Ocho. Pero a los polacos empezaron a soltarlos en seguida (agosto de 1941**[118]**).

A partir de los primeros días de la guerra, en todo el Archipiélago dejaron de liberar a los del Cincuenta y Ocho. Incluso se dieron casos de gente ya liberada que, a mitad de camino, tuvo que volver. El 23 de junio, en Ujta, un grupo de liberados había ya cruzado la zona y estaba esperando el tren, cuando, de pronto, la escolta les hizo hacer marcha atrás, y encima insultándolos: «¡Por vuestra culpa ha empezado la guerra!». Karpunich recibió la notificación de su puesta en libertad el 23 de junio por la mañana, pero aún no había cruzado el puesto de guardia cuando, con un engaño, le sacaron el papel: «¡A ver, enseña!». Él lo *enseñó*… y se quedó en el campo cinco años más. Eso se consideraba estar en espera de la resolución *especial*. (La guerra ya había terminado, pero en muchos campos incluso prohibían ir a la administración a preguntar cuándo los iban a liberar. Ello se debía a que, después de la guerra, durante cierto tiempo faltó gente en el Archipiélago, y muchas administraciones locales, a pesar de que Moscú autorizaba liberar, emitían sus propias «resoluciones especiales»

para retener trabajadores. Así fue retenida E. M. Orlova en el Karlag, y por eso no llegó a tiempo junto al lecho de su madre moribunda).

Desde el comienzo de la guerra disminuyó también la ración alimenticia en los campos, y cada día que pasaba los productos eran de peor calidad. En lugar de verdura daban nabo de forraje, y remplazaban los cereales por algarrobas y afrecho (Koylma se abastecía de ayuda americana, y allí fue lo contrario, hasta algunas veces apareció pan blanco). Pero esa deficiente alimentación trajo como resultado una tal debilitación de los presos, que los índices de producción sufrieron una notable merma (de 5 a 10 veces menos de lo habitual), y, en algunas industrias, las autoridades resolvieron que era más conveniente volver al régimen alimentario de antes de la guerra. Muchos campos fabricaban material bélico, y los directores de producción se las ingeniaban a veces para reforzar la alimentación de los detenidos con un huerto auxiliar. En algunos lados hasta pagaban sueldo, 30 rublos por mes, lo cual, con los precios de cuando la guerra, alcanzaba sólo para comprar menos de un kilo de patatas.

Si a un detenido de los años de la guerra le hubieran preguntado cuál era su máximo y, al mismo tiempo, absolutamente inalcanzable deseo, habría respondido: «Comer pan negro hasta hartarme, y después morir». Durante la guerra, en los campos sepultaban no menos que en el frente de batalla, sólo que esas muertes no fueron cantadas por los poetas. L. A. Komorog se pasó todo el invierno de 1941-1942 «empaquetando» cadáveres desnudos, de dos en dos, en cajones hechos con cuatro tablas y a razón de 30 cajones por día. (Por lo visto, el campo estaba cerca de algún poblado, y por ello era necesario «empaquetarlos»).

Pasaron los primeros meses, y la gente fue acomodándose al ritmo de vida sobre aquel fondo bélico: unos marchaban al frente; otros iban tirando en la retaguardia; otros más daban órdenes y se limpiaban el bigote después de la comilona. Lo mismo pasaba en los campos. Resultó que los temores eran infundados, que todo estaba firme y que la máquina que había sido puesta en marcha en 1937 seguiría funcionando sin detenerse. Los que en un momento dado trataron de hacer méritos ante los presos, ahora se volvieron todavía más feroces y ya no hubo para ellos límites ni barreras. Resultó que las formas de vida anteriormente establecidas para el campo eran las correctas e iban a seguir siendo las mismas por los siglos de los siglos.

En la historia de los campos, siete épocas distintas aseguran cada una de ellas haber sido la más despiadada. Inclínese por los años de la guerra. Bien dicen que «quien no estuvo preso durante la guerra no sabe lo que es un campo».

Ahí tienen un *lagpunkt* del Viatlag en el invierno 1941-1942: sólo en el barracón del Personal Ingeniero y Técnico y en los talleres queda algo de vida; el resto es un cementerio de hielo. (Y lo que produce el Viatlag es justamente leña para el f. c. de Perm).

En los campos de los años de la guerra había más trabajo, menos comida, menos calefacción, peor vestimenta, un reglamento más despiadado, mayor vigilancia. Pero eso no era todo. Los reclusos nunca habían tenido derecho a exteriorizar sus protestas; ahora la guerra les quitaba también el derecho a formulárselas interiormente. Cualquier granuja con charreteras que se las había ingeniado para no ir al frente, se sentía con derecho a sermonearlos agitando el dedo: «¿Y en el frente no se muere acaso? ¿Tal vez en las ciudades no se trabaja? ¿Y en Leningrado, acaso no pasaron hambre?». Ni siquiera en sus conciencias podían objetar ahora los presos. Sí, en el frente los cadáveres yacían cubiertos de nieve. Sí, en las ciudades se extenuaban trabajando. Sí, durante el asedio de Leningrado las raciones eran todavía menores que en el campo. (Y el *frente del trabajo*, adonde se llevaban a las muchachas solteras de los pueblos a talar árboles, con setecientos gramos de pan y lavazas por toda alimentación, no era mejor que cualquier campo). Durante los años de la guerra, el tumor canceroso del Archipiélago pareció ser (o pretendió parecerlo) un órgano vital del cuerpo ruso, aparentemente empeñado con el resto del país en la labor bélica, y del cual también dependía la victoria. Y esa luz iluminaba, con sus engañosos reflejos, los alambres de espino y la figura del camarada jefe del campo, que agitaba un dedo ante la cara del recluso, quien, al morir, ni siquiera tenía la opción de maldecir a sus verdugos…

Para los del Cincuenta y Ocho, los campos de aquellos años de guerra resultaron particularmente duros, debido a la espada de Damocles que era la *segunda condena*. Para no tener que ir al frente, los jefes de campos alejados y de subcomandancias forestales descubrían a cada instante conspiraciones fomentadas por la burguesía internacional, planes de insurrecciones armadas y proyectos de fugas en masa. Peces gordos de la importancia de I. M. Moroz, jefe del Ujtpechlag, auspiciaban muy especialmente en sus campos la instrucción de sumarios. En el Ujtpechlag llovían las condenas a muerte y a 20 años «por incitación a la fuga», «por sabotaje»… ¡Y cuántos había para quienes ni siquiera existía el juicio y cuyo destino dependía únicamente de los astros! ¿Sikorski había provocado las iras de Stalin? Aquella misma noche, treinta mujeres polacas eran fusiladas en Elguen.

Desde principios de la guerra, muchos reclusos (no es propaganda, es cierto) empezaron a pedir que los enviaran al frente. ¡Habían probado las fangosas y hediondas aguas del campo, y ahora pedían que los mandaran a defender ese mismo sistema y morir por él! («Si sobrevivo, volveré a concluir mi condena»)… Los comunistas ortodoxos aseguran ahora que eran ellos quienes lo solicitaban. Algunos hubo (y también trotskistas que se habían salvado de los fusilamientos), pero no muchos: casi todos se habían acomodado en tranquilos puestecitos internos del campo (con la complicidad de los jefes comunistas), donde se podía charlar, recordar y esperar, en tanto que en los puestos de vanguardia adonde los habrían mandado en batallones disciplinarios, seguramente no habrían durado más de tres días. Ese impulso, tan acorde con el carácter ruso, no era ideológico, sino que les surgía de lo

hondo del corazón: ¡mejor morir bajo las estrellas que pudrirse en un hediondo establo! Poder estirarse, volver a ser, por un corto tiempo, «como los demás» un ciudadano corriente. Dejar de sentirse irremediablemente perdido, no vivir más en el continuo terror de una segunda condena, olvidar por un momento ese continuo y lento agonizar. Para otros era todavía más sencillo: morir, eso ya se vería más adelante… Por el momento los vestirían; les darían de comer; de beber; los llevarían en tren; podrían mirar por la ventanilla; a lo mejor en las estaciones hasta cruzarían algunas palabras con las mozas. Y algo también había de generoso perdón: «Ustedes nos tratan mal; en cambio, nosotros, ¡miren lo que hacemos!».

Sin embargo, económicamente al Gobierno no le convenía realizar todos esos traslados, sacar a unos del campo y llevarlos al frente para luego traer a otros en su lugar. Cada uno tenía ya fijado su ciclo de vida y de muerte. A veces llevaban al frente a algún que otro malhechor que estaba ya por terminar su condena, y, en muy contadas ocasiones, a algún Cincuenta y Ocho. Así, por ejemplo, a Vladimir Sergueievich Gorshunov, lo sacaron del campo en el 43 para llevarlo al frente, y cuando terminó la guerra, lo devolvieron al campo aumentándole la condena. Esa gente ya estaba marcada, y a los inspectores de sus unidades les resultaba mucho más fácil ensañarse con ellos que buscar otros nuevos.

A todo eso, las autoridades del campo no despreciaban del todo semejantes arranques de patriotismo. En las explotaciones madereras no daba mucho resultado, pero «¡Mandaremos más carbón del que se nos pide: significará más luz para Leningrado!». «¡Nuestras minas protegerán a los soldados que nos defienden!», eran eslóganes que inflamaban el espíritu. Arsenyi Farmakov, hombre equilibrado y de temperamento sereno, cuenta que, en el campo donde estaba él, los reclusos trabajaban con *entusiasmo* para el frente y se ofendían si no permitían hacer colectas para los tanquistas[119].

Y todos saben cuál fue la recompensa: después de la guerra hubo amnistía para desertores, granujas y ladrones, y a los del Cincuenta y Ocho los mandaron a campos de destino especial.

Y cuanto más se aproximaba el final de la guerra, más cruel se volvía el régimen para los del Cincuenta y Ocho. Eso sucedía no sólo en los alejados campos de Kolyma, sino casi a las mismas puertas de Moscú. En Jovryn había una fabriquita que dependía directamente de la NKVD, y cuyo jefe, Mamulov, se sentía todopoderoso porque su hermano era el primer secretario de Beria. Ese Mamulov hacía en su pequeño campo lo que le daba la gana. Las visitas de familiares se efectuaban a través de una doble red metálica, como en la cárcel (en todos los demás campos de Moscú existía, en ese aspecto, una amplia libertad). En los barracones donde dormían los prisioneros ardían permanentemente potentes focos, tanto de día como de noche; los reclusos estaban constantemente vigilados; en las noches heladas no se les permitía cubrirse con sus chaquetones, y el celador despertaba a quienes así lo hacían; en los calabozos, el piso era directamente de cemento, y nada más, lo que

equivale a decir de hielo. Pero ningún castigo ordenado por él le producía placer si previamente no había hecho sangrar a puñetazos la nariz del reo.

También acostumbraban realizar en su campo inspecciones nocturnas de los barracones de mujeres (por supuesto, los inspectores eran hombres). Irrumpían bruscamente en medio de la noche aullando a voz en cuello: «¡De pie junto a las camas!». Las mujeres, semidesnudas, pegaban un salto, y los celadores las registraban meticulosamente a ellas y sus camas en busca de alguna aguja o de un billete amoroso. Cada cosa que se encontraba era castigada con el calabozo. El jefe de la primera sección mecánica, Shklinik, recorría de noche los talleres balanceándose como un gorila, y bastaba que alguno de los obreros cerrara los ojos por un instante o esbozase un cabeceo para que le lanzara con todas sus fuerzas un lingote de hierro, o un par de tenazas. ¡Así era el régimen que los reclusos de Jovrin se habían ganado fabricando minas durante toda la guerra! Ese trabajo lo había organizado un ingeniero allí recluido, cuyo nombre, por desgracia, nadie recuerda, pero que algún día se averiguará. El ingeniero, que además había puesto en marcha una oficina de diseños y proyectos, era un Cincuenta y Ocho y pertenecía a esa execrable categoría de individuos que no renuncian por nada a sus convicciones. ¡Y había que soportar a semejante sinvergüenza! Pero en esta vida nadie es irremplazable, y cuando la labor del campo estuvo suficientemente encarrilada, un buen día irrumpieron en la oficina Mamulov y dos guardaespaldas, y allí, en presencia de los oficinistas (¡sí, en presencia de ellos, para que lo vieran, para que lo contaran, para que todos supieran!) se abalanzaron contra el ingeniero, lo arrastraron de las barbas por el piso, lo pisotearon, lo golpearon hasta hacerlo sangrar y después lo mandaron a la Butyrki por una segunda condena por expresar opiniones políticas contrarias.

¡Ese simpático campito se encontraba a quince minutos de tren de la estación de Leningrado…!

(Los novatos destinados a campos cerca de Moscú, se aferraban a ellos, tuvieran o no parientes en la ciudad: a pesar de todo era mejor estar allí que perderse en una lejanía sin regreso… A pesar de todo, aquello era algo así como el borde de la civilización… Pero se engañaban a sí mismos. Allí se comía peor que en otros lugares, pues las autoridades del campo contaban justamente con el hecho de que la mayoría de los presos recibían comestibles de sus casas. Tampoco entregaban ningún tipo de ropa interior. Mas lo peor de todo era la incertidumbre, los constantes rumores de que en el momento menos pensado iban a ser destinados a algún punto alejado, el no saber nunca si el día siguiente los iba a encontrar en el mismo sitio)…

* * *

Así se iban petrificando las islas del Archipiélago, sin cesar por ello de seguir haciendo metástasis.

En 1939, antes de la guerra con Finlandia, los campos de las Solovki, *alma mater* del GULAG, y demasiado próximos a Occidente, fueron trasladados por el Océano glaciar hacia la desembocadura del Yenisei, y ahí se fundieron en el Norilag, de reciente creación, que muy pronto llegó a contar con 75 000 prisioneros. Era tal la malignidad de las Solovki, que incluso en el momento de su muerte producían una última metástasis… ¡y qué metástasis!

Los despoblados desiertos del Kazajstán fueron conquistados para el Archipiélago en los años anteriores a la guerra. Como tentáculos de un pulpo, se extendieron los campos de Karaganda, se produjeron metástasis en el Djezkazgan, con sus aguas envenenadas por sulfatos de cobre en Mointa, en Baljash, y también en el norte del Kazajstán.

Y nuevas formaciones se produjeron en la provincia de Novosibirsk (los campos de Marinsk), en la región Krasnoiarsk (Kanski, Kraslag), en Jarkasia, en Buriat-Mongolia, en Uzbekistán, hasta en Gornoi-Shor.

No quedaron atrás en ese sentido el norte de Rusia (Ustvymlag, Nyroblag, Usolag) ni los Urales (Ivdelag).

En esa enumeración faltan muchos nombres. Fue suficiente escribir «Usolag» para recordar que en el Usolie de Irkutsk también había un campo.

Y es que no existía región alguna, ya fuera Cheliabinsk o Kuibichev, que no diera a luz sus campos.

El nuevo método de crear campos consistía en declarar a poblados enteros zona *concentracionaria*, tal como estaban y así se convertían en *soljoses* (por ejemplo, los de Kamensk, entre Kamyshin y Engels).

Rogamos al lector que nos perdone por las muchas lagunas que puedan existir en este capítulo, pero no hemos podido tender más que un frágil puente sobre toda la historia del Archipiélago, debido a que nos faltó información. ¡Evidentemente, no podíamos formular preguntas por radio!

Y es aquí donde, en el horizonte del Archipiélago, vuelve a brillar la purpúrea estrella de Natalio Frenkel.

Entre las muchas cabezas que el año 1937 hizo rodar, se contaba también la suya. Después de haber sido jefe del Barnlag y general de la NKVD, fue a parar nuevamente a la Lubianka en agradecimiento por los servicios prestados. Sin embargo, eso no significaba el derrumbe de sus aspiraciones a servir a la patria, ni que el Gran Maestro estuviera dispuesto a prescindir de sus servicios. Comenzó la bochornosa y desdichada guerra con Finlandia; Stalin se dio cuenta muy pronto de que no estaba preparado para ella, que no había vías de comunicación en el Norte y que, por consiguiente, era imposible abastecer al Ejército, sepultado en las nieves de Carelia. Pero en seguida se acordó del industrioso Frenkel, e hizo que lo condujeran a su presencia; era necesario construir en Carelia tres vías férreas, una principal y dos secundarias, pero había que construirlas en *tres meses*, porque era una vergüenza que

una potencia tan grande estuviera perdiendo tanto tiempo con una cosita de nada como era Finlandia, y además había que construirlas en pleno invierno, sin planos, ni depósitos de material, ni caminos más o menos transitables… ¿No parece un episodio de un cuento de hadas? El rey malo le ordena al hechicero perverso que lleve a cabo una obra absolutamente irrealizable e inimaginable. De ese mismo modo el conductor del socialismo preguntó: «¿Es factible?». Y el comerciante alborozado respondió: «¡Sí!».

Pero también impuso sus condiciones:

1. desvincularlo por completo del GULAG y crear un nuevo imperio concentracionario, un nuevo archipiélago autónomo, el GULJDS (Dirección General de Campos adscritos a la Construcción de Vías Férreas) a cuya cabeza estaría él;
2. poner a su entera disposición todos los recursos del país que hicieran falta (¡eso no era el Belomor!);
3. mientras dure la urgencia, el GULJDS también se sale del socialismo, con su enervante contabilidad. Frenkel no rinde cuentas a nadie. Él no levanta puestos ni funda campos. En su territorio no haya raciones, ni «mesas», ni «ollas». (Y, sin embargo, fue el mismo Frenkel quien instituyó el régimen de las mesas y de las ollas. Sólo el genio supera al genio). Allí se descargan toneladas de comida, de pellizas, de botas de fieltro, sobre la nieve, los presos comen cuanto quieren, y se ponen lo que quieren. Solamente la picadura y el alcohol seguirán en manos de las autoridades, y se los usará como premio.

El Gran Estratega dice estar de acuerdo. ¡Y así nace el GULJDS! ¿Significó eso que el Archipiélago se partió en dos? Al contrario, el Archipiélago se volvió más fuerte, se multiplicó y se extendió todavía más rápidamente por todo el país.

A pesar de todo, Frenkel no llegó a tiempo con los ferrocarriles de Carelia: Stalin se apresuró a terminar la guerra en tablas. Sin embargo, el GULJDS crecía y se fortalecía. Cada vez recibía más y más encargos (pero ahora el régimen interno y la contabilidad eran como en los demás campos). Construyeron una vía férrea a lo largo de la frontera persa, otra a lo largo del Volga, que iba desde Syzran hasta Stalingrado, luego la «Vía Muerta» de Salejard a Igarka, después el Transbaikal propiamente dicho: de Taishet a Bratsk y más lejos.

Es más, la idea de Frenkel resultó tan oportuna que marcó un hito en el desarrollo del propio GULAG: se decidió entonces escindir también el GULAG por sectores económicos. Del mismo modo que el *Sovnarkom*[cm] está constituido por *narkomatos*[cc], el GULAG creó sus propios Ministerios: el Glavleslag (Dirección general de campos madereros), el Glavpromstroi (Dirección general de campos industriales), el GULGMP (Dirección general de campos minero-metalúrgicos).

Y, de pronto, la guerra. Y todos esos Ministerios del GULAG fueron evacuados a distintas ciudades. El GULAG fue evacuado a Ufá, y el GULJDS a Viatka. La

comunicación de las ciudades de provincia entre sí no era fácil en aquellos momentos, y durante toda la primera mitad de la guerra, el GULAG pareció estar desintegrándose; ya no dirigía todo el Archipiélago, y cada distrito del mismo recibía órdenes de la Dirección que había sido evacuada a su territorio. A Frenkel le tocó dirigir, desde Kirov, todo el Noroeste ruso (donde, aparte el Archipiélago, no había gran cosa). Pero quienes anticipen la caída del Imperio romano estarán muy equivocados: al finalizar la guerra volvería a levantar cabeza doblemente.

Frenkel no olvidaba las viejas amistades. Nombró para un alto puesto del GULJDS a Bujaltsev, director de su pasquín *Kopeika* en el Mariupol prerrevolucionario, cuyos demás colaboradores habían sido fusilados o andaban dispersos por el mundo.

Frenkel tenía grandes condiciones no sólo para el comercio y la organización administrativa. Era capaz de sumar mentalmente varias columnas de números. Alardeaba de que podía recordar las caras de 40 000 reclusos, sus apellidos, nombres y patronímicos, por qué habían sido encarcelados y cuántos años de condena debían cumplir (en sus campos cada recluso debía recitar todos esos datos en cuanto se le acercara algún alto jefe). Siempre prescindió del ingeniero jefe. Le bastaba echar una sola mirada al plano de una estación de ferrocarril para encontrar un error; entonces lo estrujaba en su mano y lo tiraba a la cara del subalterno, diciéndole: «¡Comprenda de una vez que usted es un asno y no un proyectista!». Hablaba con voz gangosa, por lo general, en tono calmo; era bajo de estatura y usaba un gorro cosaco azul oscuro forrado de rojo. Siempre se lo veía vistiendo una guerrera de corte militar, con lo cual demostraba a las claras que pertenecía a los altos mandos gubernamentales y que no era un intelectual. Vivía en un tren, igual que Trotski, y recorría constantemente las obras en construcción. Quienes eran convocados a su presencia se sentían doblemente cohibidos ante los reproches y exigencias del jefe. En cuanto a él, nunca pisó un barracón, nunca respiró su pestilencia; se limitaba a exigir trabajo. Le gustaba, sobre todo, telefonear a las obras en medio de la noche, para sostener la leyenda de que nunca dormía. (Cosa frecuente, en la era estaliniana, entre los altos dignatarios). Jamás se casó.

No volvieron a encarcelarlo. Remplazó a Kaganovich en la construcción general de ferrocarriles y murió en Moscú en los años cincuenta, con el grado de teniente general, ya anciano y nimbado de honores.

A veces creo que odiaba a este país.

V
Los pilares del archipiélago

En el Lejano Oriente había una ciudad que ostentaba el benemérito nombre de TSESAREVICH[co]. La revolución se lo cambió por el de SVOBODNY[cp]. Los cosacos del Amur que allí habitaban fueron desalojados, y la ciudad quedó desierta. Pero había que repoblarla de algún modo, así que la llenaron de reclusos y de guardianes, y la ciudad Svobodny se convirtió en un campo (Bamlag).

A veces, los símbolos se originan en la vida misma.

Los campos no son simplemente un «lado malo» de nuestra vida posrevolucionaria. Tal fue su amplitud, que no fueron un lado, ni un aspecto, sino casi casi el centro de los acontecimientos. En pocas cosas nuestros cincuenta años de régimen se manifestaron de forma tan consecuente, tan hasta el fin.

Del mismo modo que todo punto es la intersección de por lo menos dos líneas, todo acontecimiento se origina en por lo menos dos necesidades. Así, el sistema concentracionario se debía, por un lado, a exigencias de tipo económico, aunque éstas podían haberse resuelto simplemente con la creación del ejército de trabajadores; pero quiso la suerte que para la creación de los campos se cruzara también una justificación de carácter teórico. Las dos necesidades se encontraron, se fundieron, y así nació el Archipiélago.

La necesidad económica se manifestó, como de costumbre, voraz y abiertamente. Empeñado en reforzarse a corto plazo (también era cuestión de *plazo*, como en el Belomorcanal) por sus propios medios, es decir, sin ningún aporte del exterior, el Estado necesitaba mano de obra

1. barata, y, de ser posible, gratuita;
2. poco exigente, dispuesta a ser trasladada en cualquier momento, libre de trabas familiares, sin necesidades de alojamiento, ni de escuelas, ni de hospitales, y, por cierto tiempo, ni siquiera de cocinas y baños.

Semejante mano de obra sólo podía obtenerla tragándose a sus propios hijos.

La justificación teórica no se habría podido elaborar tan apodíctica con las prisas de aquellos años, de no haberse iniciado ya en el siglo pasado. Engels había llegado a la conclusión de que el hombre como tal no nace con la primera idea de carácter moral o con el primer razonamiento, sino con el trabajo casual y sin sentido; un mono tomó una piedra en su mano, y ahí empezó todo… En cuanto a Marx, refiriéndose a

épocas ya menos lejanas (*Crítica del programa de Gotha*), afirmó con idéntica seguridad que la *única* manera de corregir a los delincuentes era el trabajo productivo y no la meditación, la introspección, las reflexiones morales, el arrepentimiento, la melancolía (¡todo eso eran superestructuras!). Claro está que, al hablar de delincuentes, Marx se refería a los comunes; nunca se le ocurrió pensar que sus discípulos considerarían delincuentes a los políticos… En cuanto a él, en su vida sostuvo una pala, ni empujó una carretilla, ni picó carbón, ni derribó un árbol, y no sabemos si alguna vez haría leña… Pero sí escribió todas esas cosas en un papel, y el papel no opuso resistencia.

Eso le vino de perillas a sus discípulos: obligar a los reclusos a trabajar el día entero, a veces hasta 14 horas seguidas, como en Kolyma, era una medida humanitaria que contribuía a su regeneración. En cambio, encerrarlos en celdas, permitiéndoles salir un rato al patio y cultivar un poco de huerta, y dejarles leer, escribir, pensar y discutir, significaba tratarlos «como a ganado» (de esa misma *Crítica*).

Claro está que en aquellos agitados años que siguieron a octubre no había tiempo para esas sutilezas, y, en última instancia, lo más humanitario era fusilar directamente. A los que quedaban con vida los recluían en campos, pero no con fines correctivos, sino simplemente para volverlos inofensivos, para aislarlos.

Es que incluso en aquellos años existieron eminencias dedicadas a la teoría penitenciaria, por ejemplo, Piotr Stuchka, y en los «Principios Directivos del Derecho penal de la RSFSR» del año 1919, se dio una nueva definición al concepto mismo del *castigo*. El castigo, afirmaban muy novedosamente, no era *venganza* (el Estado obrero-campesino no se venga del delincuente) ni *expiación de la culpa* (no puede existir ninguna culpa individual, sólo determinismo de clase): era una medida de precaución para la comunidad, una *medida de defensa social*.

Puesto que se trataba de una «medida de defensa social», era lógico que hubiera que fusilar («máxima medida de defensa social») o encerrar en la cárcel. Pero de esa manera palidecía el sentido de la *enmienda*, que el VIII Congreso del Partido propiciaba en ese mismo año 1919. Y, sobre todo, resultaba incomprensible el término mismo: *¿enmendarse de qué, si no había culpa?* ¡Uno no puede enmendarse del determinismo de clase!

Entretanto terminó la guerra civil, se redactaron los primeros códigos soviéticos (1922), se celebró en 1923 un «congreso de trabajadores penitenciarios», y en 1924 salieron los nuevos «Principios Básicos de la legislación penal», que fueron desarrollados en 1926 en un nuevo Código Penal (suspendido sobre nuestra cabeza durante treinta y cinco años); las nuevas concepciones de que no existen «culpa» ni «castigo», pero sí «peligrosidad social» y «defensa social», se mantuvieron.

¡Claro, así es mucho más cómodo! Semejante teoría permite arrestar a quien sea como rehén o como «individuo sospechoso» (telegrama de Lenin a Eugenia Bosch) y permite desterrar pueblos enteros con el pretexto de que son peligrosos (los ejemplos

nos son harto conocidos), pero hay que ser un eximio malabarista para con todo eso montar y mantener en funcionamiento la teoría de la enmienda.

Sin embargo, hubo malabaristas y hubo teoría, y los campos se llamaron justamente correctivos. Y podemos citar muchas frases al respecto.

Vichinski: «La política penal soviética se basa en la combinación dialéctica (!) de los principios de represión y coacción con los de convencimiento y reeducación[120]». «Todos los establecimientos penitenciarios de burgueses tratan de "doblegar" al delincuente por medio de sufrimientos físicos y morales» (claro, es que lo quieren «corregir»). «Contrariamente al castigo burgués, para nosotros el sufrimiento de los reclusos no es un fin, sino un medio. (Bueno, allí también un fin y no un medio. A. S). Nuestro fin es la enmienda total, queremos que de los campos salgan trabajadores conscientes».

¿Comprendido? Aunque tengamos que utilizar la fuerza, nosotros *corregimos* (¡también por medio del sufrimiento!), sólo que no se sabe de *qué*. Pero ya en la página siguiente:

«Mediante el constreñimiento revolucionario, los campos correctivo-laborales localizan y vuelven inofensivo al elemento delictivo de la vieja sociedad[121]». (¡Siempre la vieja sociedad! ¡Y en 1952, seguirá siendo la vieja sociedad!).

¿Y de corregir no se habla más? ¿Localizamos y volvemos inofensivos, eso es todo? Y en ese mismo año 1934:

«La doble tarea de reprimir y educar a los que se pueda».

A LOS QUE SE PUEDA. De modo que la enmienda no es para todos.

Y ya los escritores de segunda fila citan y citan la frase hecha en alguna parte: «corregir a los corregibles»… «Corregir a los corregibles»…

—¿Y los incorregibles, entonces? ¿A la fosa común?

E incluso al Código de Trabajo Correccional de 1924, le reprochan los juristas de Vichinski, desde las alturas del año 1934, «la errónea idea de la enmienda general». Es que no dice nada del *exterminio*.

Nadie había prometido que iban a corregir a los del Cincuenta y Ocho.

Por eso titulé esta parte *con fines de exterminio*. Así lo sentimos en nuestro propio pellejo.

Y si algunas citas les han salido torcidas a los juristas, que levanten a Stuchka de su tumba, que traigan a Vichinski y que se expliquen. Yo no tengo la culpa.

Solamente ahora, al sentarme a escribir este libro, me he puesto a hojear a mis predecesores, y eso gracias a la ayuda de algunas almas buenas, porque ya no se los puede conseguir en ningún lado. Porque cuando vestíamos los manchados capotes del campo, ni soñábamos que pudieran existir semejantes libros. El que toda nuestra vida se regulara no por la voluntad del ciudadano jefe, sino por algún mítico código sobre el trabajo de los reclusos, no sólo para nosotros no pasaba de un oscuro rumor, sino que ni aun el comandante, jefe del *lagpunkt*, se lo había creído por nada del mundo. Esos libros de tirada limitada para uso interno eran desconocidos, nadie los había

visto nunca. ¿Existiría aún algún ejemplar conservado en la caja fuerte de un campo, o los habrían quemado todos por peligrosos? Eso nadie lo sabía. En los rinconcitos cultural-educativos no se colgaban citas extraídas de esos libros ni se publicaban cifras: ¿de cuántas horas de trabajo se compone la jornada?, ¿cuántos asuetos corresponden mensualmente?, ¿existe un salario?, ¿hay indemnización por mutilación? Los mismos reclusos se habrían burlado si alguien les hubiera hecho esas preguntas.

Los que sí conocían y habían leído esos escritos humanitarios eran nuestros diplomáticos. ¡Ellos sí agitarían ese librito en las conferencias! ¡Faltaría más! Sólo ahora acabo de conseguir estos pasajes, y así y todo se me llenan los ojos de lágrimas:

—en los «Principios Esenciales» del año 1919 leemos que, puesto que la corrección no es venganza, no debe haber ningún elemento causante de sufrimientos;

—en el año 1920 se prohíbe tutear a los reclusos. (Perdón, da apuro preguntarlo, pero y «ch… la», ¿se permite?).

—del Código de Trabajo Correctivo, año 1924, artículo 49: «El régimen debe estar exento de todo síntoma causante de sufrimiento, no permitiéndose en ningún caso el empleo de esposas, calabozo (!), estricta incomunicación, privación de alimento, visitas a través de rejas».

Bueno, con eso es suficiente; pero indicaciones posteriores no hay; para los diplomáticos, basta con lo dicho; en cuanto al GULAG, ni siquiera eso le hace falta.

En el Código Penal del año 1926 existía el artículo 9, que por una de esas casualidades llegó a mi conocimiento y que me aprendí de memoria:

«Las medidas de defensa social no pueden tener como finalidad el causar sufrimientos físicos o degradar la dignidad del hombre, ni tienen por objetivo la venganza ni el castigo».

¡Ahí estaba la cosa! Más de una vez me di el gusto de recitárselo a las autoridades del campo, y todos ellos abrieron grandes ojos de asombro. Había allí personal con más de veinte años de servicio, a punto de jubilarse, y en su vida había oído hablar de ningún artículo 9 ni había tenido en sus manos el menor código.

¡Oh, «previsora, humana e inteligente administración en todos los niveles», como la calificó en la revista *Life* el juez Leibovits, alto magistrado del Estado de Nueva York, después de su visita al GULAG! «Al cumplir su condena, el recluso conserva el sentimiento de su dignidad personal». ¡Así vio él las cosas!

¡Oh, afortunado Estado de Nueva York, por tener de juez a un asno tan perspicaz!

¡Oh, extranjeros felices, satisfechos, despreocupados, miopes, irresponsables, provistos de libretas de apuntes y de bolígrafos, desde los tiempos de aquellos corresponsales en Kem que hacían preguntas a los reclusos en presencia de las autoridades del campo, cuánto daño nos habéis causado en vuestro vanidoso afán por parecer comprensivos allí donde no habíais comprendido un comino!

¡Dignidad personal! ¿La del condenado sin juicio previo? ¿La del que en las estaciones, ante los vagones, sientan con el trasero en el barro? ¿La del que raspa con

las uñas la tierra regada de orina y la transporta a otro lado oyendo silbar sobre su cabeza el látigo del ciudadano celador? ¿La de aquellas mujeres instruidas que, como gran honor, lavan la ropa del ciudadano jefe y dan de comer a los cerdos de su propiedad? ¿Y que ante el primer gesto adoptan complacientes posturas para no morir haciendo *trabajos comunes*?

¡… Fuego, fuego! ¡Crepitan los leños, y en la noche otoñal juguetea el viento con las llamas! La zona está a oscuras; junto a la hoguera estoy yo solo, aún puedo traer más recortes de carpintería. El lugar es privilegiado, tan privilegiado que me siento casi libre: es una de las «islas del paraíso», es la *sharashka*[cq] de Marfino en sus tiempos más fáciles. Nadie me observa, nadie me ordena volver al barracón, nadie me echa de la hoguera. Me he enfundado en mi chaquetón, pues, a pesar de todo, debido al fuerte viento, hace frío.

Ella, entretanto, hace ya horas que permanece de pie, inmóvil, expuesta al viento… Los brazos pegados al cuerpo, la cabeza inclinada; por momentos llora, por momentos se queja débilmente. A veces vuelve a suplicar en tono lastimero:

—Por favor, ciudadano jefe…, ¡perdóneme…! ¡Perdóneme, no lo volveré a hacer…!

El viento me trae el sonido de su voz, como si la oyera quejarse junto a mi oído. En su puesto de guardia, el ciudadano jefe alimenta su estufa y hace oídos sordos a sus lamentos.

Ese puesto de guardia pertenece al campo lindante con el nuestro, cuyos obreros vienen a nuestra zona a instalar cañerías y a refaccionar el viejo edificio del seminario. La muchacha castigada está inmóvil a dos pasos de él, y una red de alambre de espino la separa de mí. Permanece abatida bajo la violenta luz de un farol; el viento sacude su corta falda gris y enfría sus piernas y su cabeza, apenas protegida por un fino pañuelo de verano. Hoy, a mediodía, cuando estaban cavando, en nuestra zona hacía calor. Y otra muchacha bajó al foso, se arrastró subrepticiamente hacia la carretera de Vladykin y, aprovechando que los guardianes estaban en las nubes, se dio a la fuga. Por la carretera pasa el autobús que va a Moscú, y cuando en el campo se dieron cuenta, era ya tarde. Dieron la alarma, se armó el jaleo, llegó un comandante negro, feroz, y anunció a gritos que si no encontraban a la fugitiva, todo el campo se vería privado de visitas y de paquetes durante un mes. Y sus compañeras de equipo también se enfurecieron, y todas gritaban, sobre todo, una, los ojos centelleantes de odio: «¡Ojalá la encuentren, maldita! ¡Ojalá cojan tijeras, y ¡zis!, ¡zis!, la rapen ante las filas!». (Eso no lo había inventado ella, así castigan a las mujeres en el GULAG). En cuanto a esta pobre muchacha, se limitó a suspirar y dijo: «¡Por lo menos que pasee ella en libertad por todas nosotras!». El celador la oyó, y ahora está allí, castigada; todos han vuelto al campo, pero a ella la han dejado en posición de firmes ante el puesto de guardia. Eso sucedió a las seis de la tarde; ahora son las once de la noche. Un par de veces trató de mover los pies para entrar en calor, pero el guardián

se asomó, gritándole: «¡Quieta, p…, o te va a ir peor!». Ahora permanece inmóvil y llora quedamente:

«¡Perdóneme, Ciudadano jefe…! ¡Déjeme volver al campo, no lo haré nunca más…!».

¡Pero tampoco en el campo habrá quien le diga: «Entra, eres una santa[cr]»!

La tienen ahí tanto tiempo, porque, de todos modos, mañana es domingo, y no se trabaja.

Sencilla muchacha de pueblo, ingenua, sin instrucción… Estás aquí tal vez por culpa de un simple carrete de hilo. ¡Qué pensamiento tan peligroso has expresado, hermanita! Quieren que escarmientes para toda la vida…

¡Fuego, fuego…! Luchábamos, tratábamos de adivinar entre las llamas el rostro de la Victoria… El viento nocturno dispersa alrededor de la hoguera algunas pajuelas encendidas.

A este fuego, y a ti muchachita, os lo prometo: lo leerá el mundo entero. Sucedía esto a fines de 1947, año del trigésimo aniversario de la Revolución de Octubre, en Moscú, nuestra gran metrópoli que acababa de festejar los ochocientos años de sus crueldades. A dos kilómetros de la exposición pansoviética de agricultura. Y a menos de un kilómetro de la Casa de Arte de los Siervos.

* * *

¡Los siervos…! Muchos se hacían esa comparación cuando les dejaban un rato para reflexionar. Porque el régimen de servidumbre y el Archipiélago no sólo tenían detalles en común, sino que todo el sentido de su estructura era el mismo: un sistema social para el aprovechamiento coercitivo y despiadado del esfuerzo gratuito de millones de esclavos. Seis veces por semana, y con frecuencia hasta siete, los pobladores del Archipiélago salían a rendir una agotadora prestación personal que a ellos no les dejaba ningún beneficio. No se les concedía el quinto ni el séptimo día para trabajar por su cuenta, y cobraban sus mesnadas en víveres racionados de acuerdo con las leyes del campo. Asimismo, estaban divididos en siervos de la gleba (grupo A) y siervos domésticos (grupo B), que atendían al propio terrateniente (jefe del campo) y su hacienda (zona). Se consideraba enfermo (grupo C) al que ya ni podía bajar de la estufa (tarima). Existían asimismo castigos para los que habían cometido alguna culpa (grupo D), pero con la diferencia de que el terrateniente, obrando en su propio interés, castigaba con vistas a una menor pérdida de días laborales, por lo general, con azotes, y no existía calabozo.

En cambio, el jefe del campo actuaba obedeciendo instrucciones de arriba y hacía encerrar al culpable en el SHIZ (incomunicación disciplinaria) o el BUR (barracón de régimen estricto). Del mismo modo que el terrateniente, el jefe del campo podía tomar a su servicio a cualquier siervo en calidad de mayordomo, cocinero, peluquero o bufón (podía organizar incluso un teatro de siervos, si se le ocurría), y utilizar a

cualquier sierva como ama de llaves, concubina o sirvienta. Del mismo modo que el terrateniente, el jefe del campo hacía lo que se le antojaba sin ningún reparo, y sus caprichos eran ley. (El jefe del campo de Jimkinsk, mayor Volkov, vio a una muchacha secarse al sol las largas trenzas rubias, sueltas después de lavarlas; no se sabe por qué, eso le puso de mal humor y ordenó secamente: «¡Rapadla!». Y allí mismo la raparon. Año 1945). Cuando había cambio de terrateniente o de jefe, todos los esclavos esperaban dócilmente al nuevo año, trataban de adivinar cuáles serían sus costumbres y se entregaban de antemano a su autoridad. Como estaba fuera de su alcance prever los designios de su señor, el siervo no pensaba demasiado en el día de mañana, y el recluso tampoco. El siervo no podía casarse sin la autorización de su amo, y mucho menos el recluso, que sólo por misericordia del jefe podía unirse a una mujer en el campo. Del mismo modo que el siervo no elegía su condición de siervo, no tenía culpa de su nacimiento, así tampoco la elegía el recluso, también llegaba al Archipiélago por puro sino.

Hace ya mucho tiempo que la lengua rusa estableció ese paralelo. «¿Ya ha comido la gente? ¿Cuánta gente tienes? ¡Mándame algo de gente para un trabajo!». *Gente, gente…* ¿De quién están hablando? Así se referían a los siervos. Así se refieren a los reclusos**[122]**. A nadie se le ocurriría hablar de ese modo de los oficiales, de los dirigentes. «¿Cuánta gente tienes…?». ¡Nadie lo entendería!

«Sin embargo —podrán objetarnos—, no es tan grande la similitud con los siervos… Hay muchas más diferencias»…

Sí, estamos de acuerdo, hay muchas más diferencias. ¡Pero lo curioso es que todas esas diferencias son a favor del régimen de servidumbre! ¡Todas son en desventaja del Archipiélago GULAG!

Los siervos no trabajaban más que de sol a sol. Los reclusos empiezan en la oscuridad y terminan en la oscuridad (¡y no siempre terminan!). Para los siervos, el domingo era sagrado, y todos los días de guardar, y las festividades de los santos, que eran muchas. Los reclusos, antes de cada domingo tiemblan: ¿se lo concederán, o no…? Las fiestas, ni las conoce (como asuetos el Volga)…: esos 1.º de mayo y 7 de noviembre ya han perdido su carácter de fiesta y se han convertido en un martirio, por los registros especiales y el régimen interno (y hay algunos a quien meten en el calabozo de año en año precisamente en estas fechas). Navidad y Pascuas eran auténticas festividades para los siervos, además, ellos no sabían lo que era el *registro personal*, ya sea al volver del trabajo, o por la mañana, o en medio de la noche. («¡De pie junto a la cama!»). Los siervos vivían siempre en la misma *isba*, la consideraban de su propiedad, y cuando de noche se acostaban sobre la estufa, la yacija o el banco, sabían que ése era su lugar, que siempre habían dormido allí y que lo seguirían haciendo. El recluso, en cambio, no sabe en qué barracón le tocará estar mañana (ni siquiera al volver del trabajo está seguro de que va a dormir en el mismo lugar de anoche). No tiene «su» tarima, «su» litera. Va adonde lo manden.

El siervo de la gleba tenía su propio caballo; su arado; su hacha; su guadaña; su rueca; su huso; sus cacharros; su vestimenta. Hasta los siervos domésticos, cuenta Herzen[123], siempre tenían algún que otro trapo que a su muerte heredaban los familiares y que el terrateniente casi nunca les quitaba. El recluso, en cambio, tiene la obligación de entregar la ropa de invierno a comienzos de primavera, y la de verano, a principios de otoño; con cada inventario le revisan hasta las costuras, y cualquier harapo suplementario va a engrosar las arcas del erario público. No se le permite poseer ni un cuchillo, ni una escudilla; y como animales domésticos, sólo piojos. El siervo, en una de ésas, echaba la red y sacaba pescadito. El recluso sólo puede pescar algo con la cuchara en la *balanda* que le sirven a la hora de comer. El siervo a veces tenía una vaquita, o una cabra, o criaba gallinas. El recluso ha olvidado el sabor de la leche, y no ve un huevo en decenas de años. Probablemente, si se lo mostraran, no sabría reconocerlo.

A pesar de haber estado sufriendo durante siete siglos la esclavitud asiática, Rusia no conocía mayormente el *hambre*. «En Rusia nadie se ha muerto de hambre», dice el refrán. Y los refranes no se crean a la ligera. Los siervos eran esclavos, pero comían lo necesario[124]. En cambio, el Archipiélago vivió durante decenas de años en el hambre, los prisioneros disputaban por la cola de un arenque sacado del cubo de la basura. Para Navidad y para Pascuas, el más escuálido de los mujiks se daba un banquete con tocino, pero el mejor trabajador del campo sólo veía tocino si se lo mandaban sus familiares en un paquete.

Los siervos vivían con sus familias. La venta o el cambio de un siervo, por separado de su familia, suponía un grado extremo de barbarie, por todos reconocida como tal, y la literatura pública rusa se indignaba ante semejantes casos. Hubo cientos, tal vez miles (aunque no creo) de siervos arrancados de sus familias. Pero nunca millones. El prisionero es separado de su familia desde el primer día del arresto, y en la mitad de los casos, para siempre. Si el hijo es arrestado con el padre (como en el caso de Vitkovski), o la mujer junto con el marido, cuidan muy especialmente de no dejarles encontrarse en el mismo *lagpunkt*; si por una de esas casualidades llegan a coincidir en el mismo, se los separará lo antes posible. Del mismo modo, el recluso y la reclusa que se unen en el campo movidos, ya sea por un afecto pasajero o por un sentimiento de auténtico amor, no tardarán en ser castigados con calabozo y enviados luego a distintos campos. Y ni las más sentimentales señoras escritoras, Shaguinian o Tess, dejaban caer al respecto la menor lagrimita en sus pañuelitos. (Claro, ellas *no sabían*. O creían que *tenía que ser así*).

Pero ni siquiera el traslado de los siervos de un lugar a otro se hacía con precipitación tal, que no les permitiera hacer sus bártulos, juntar sus pertenencias y trasladarse tranquilamente a unas quince o cuarenta leguas de allí. Pero la noticia de que va a ser incluido en un traslado, cae sobre el recluso como un cubo de agua fría: tiene veinte, diez minutos apenas para devolver los bienes al campo y ponerse en camino hacia el extremo del mundo, tal vez para no retornar jamás. El siervo rara vez

conocía más de un traslado en su vida, y, por lo general, nacía y moría en el mismo lugar. Pero no existe un solo indígena del Archipiélago que no haya sido incluido en algún traslado, y la mayoría han participado de cinco, de siete, de once…

Los siervos podían disponer de sí pagando un censo, se iban entonces lo más lejos posible del maldito terrateniente, se dedicaban al comercio, se enriquecían y llevaban la vida de los hombres libres. Pero incluso los reclusos dispensados de escolta viven en la misma zona y por las mañanas caminan al mismo lugar de trabajo, adonde llevan la columna de los demás.

Los siervos domésticos eran en su mayor parte unos parásitos corrompidos («servidumbre doméstica, hampa de villanos»), y vivían a costa de sus hermanos de la gleba, mas, por lo menos, no les daban órdenes ni tenían autoridad sobre ellos. Al recluso le resulta doblemente penoso tener que depender de unos enchufados corrompidos y, por añadidura, soportar sus pullas.

En líneas generales, el siervo tenía la gran ventaja de que al terrateniente no le quedaba más remedio que velar por su integridad física: el siervo costaba dinero y su trabajo enriquecía al amo. En cambio, el jefe del campo no tiene por qué compadecerse del prisionero; éste no le ha costado nada y no va a dejárselo en herencia a sus hijos. Si se muere uno, le mandarán otro.

No, no existe similitud entre nuestros reclusos y los siervos de entonces. La situación de aquéllos era, debemos reconocerlo, mucho más tranquila y humana. Sería tal vez más exacto comparar a los pobladores del Archipiélago con los siervos *fabriles* de los Urales, del Altai, de Nerchinsk. O con los colonos de las aldeas de Arakcheiev[cs]. (Podrán objetarme que aquellos colonos tampoco lo pasaban tan mal; vivían en contacto con la Naturaleza, tenían sus familias, celebraban fiestas. No, la comparación más adecuada es con la esclavitud del antiguo Oriente).

Se nos ocurre tal vez una, sí, una sola ventaja de nuestros reclusos sobre los siervos: se llega al Archipiélago, bueno, pongamos a partir de los 12 o 15 años, tratándose de una colonia de menores, pero ¡por lo menos no desde que se nace! ¡Por lo menos se disfruta de algunos años de libertad! En cambio, si nos pusiéramos a analizar las ventajas de una condena judicial de plazo fijo frente a la servidumbre de por vida, se podrían hacer muchas reservas… En primer lugar, hay que ver si la condena no es de *cinco duros* (25 años); si no entra dentro del artículo 58; si no se le retiene «hasta resolución especial»; si en el mismo campo no se le agregará una segunda; si después de cumplida la condena no enviarán automáticamente a confinamiento; si, una vez libre, no lo mandarán inmediatamente de regreso al campo como *reincidente*… Sí, las reservas son tantas, que recordamos: ¿no se daban también casos en que a un terrateniente se le ocurría de pronto liberar a su siervo…?

Por eso, cuando en la Lubianka el «emperador Miguel[ct]» nos contó que los obreros de Moscú descifraban en broma la sigla VKP(b)[cu] como Vtoroie Krepostonoie Pravo (Segundo Régimen de Servidumbre [bolchevique], aquello no nos pareció divertido, sino más bien muy justo).

* * *

Se buscaban nuevos incentivos para el esfuerzo social. Se creía que iban a obtenerse responsabilidad y entusiasmo unidos a una absoluta falta de interés personal por parte de todos los trabajadores. Por eso se respaldaba tanto la «gran iniciativa» de los *sábados comunistas*. Pero aquello que al principio parecía ser el comienzo de una nueva Era, no resultó más que el abnegado estertor de una de las últimas generaciones de la revolución. Ya en 1921 —según podemos leer en las publicaciones oficiales de Tambov—, muchos miembros del Partido trataban de zafarse de esos *sábados*, y se tuvo que disponer que su participación en ellos se anotara en sus carnés. Estos ímpetus aún duraron unos diez años más, alcanzaron a los *konsomol*[cv] y a nosotros, que en aquel entonces éramos *pioneros*.[cw] Finalmente, también para nosotros se perdieron. ¿Qué hacer entonces? ¿Dónde buscar incentivos? ¿Dinero, trabajo a destajo, primas? Pero todo eso apestaba a reciente capitalismo, e iba a ser necesario un largo período y una nueva generación para que ese olor dejara de irritar y se lo pudiera aceptar tranquilamente como el «principio socialista del interés material».

Se revolvió entonces más a fondo en el baúl de la Historia y se sacó a relucir aquello que Marx había llamado «coacción extraeconómica». Ese descubrimiento mostró abiertamente los dientes en el campo y en el *koljós*.

Después apareció Frenkel y como el brujo que echa veneno en el caldero hirviente, echó el régimen de la *olla*.

Por entonces se repetía constantemente el conjuro: «En el nuevo orden social no puede haber cabida ni para la disciplina del látigo, en la que se apoyaba el régimen de servidumbre, ni para la disciplina del hambre, sobre la que se sustenta el capitalismo».

Y bien, el Archipiélago se las ingenió para compaginar perfectamente ambas cosas.

Para ello sólo necesitó: 1) *la olla*, 2) *el equipo*, y 3) *dos jefaturas* (esto último no era indispensable; en Vorkuta, por ejemplo, siempre hubo una sola jefatura, y las cosas marchaban).

Sobre esos tres soportes se apoya el Archipiélago.

Y si en lugar de soportes los consideramos *correas de transmisión*, ellos lo hacen girar.

Ya hemos tenido oportunidad de referirnos a la olla. Se trata de repartir el pan y el cereal de modo que, para obtener la ración reglamentaria, nuestro recluso deba afanarse y *sudar* (en tanto que en los regímenes parasitarios esa ración le es obligatoriamente entregada incluso al preso que se queda de brazos cruzados). Se trata de obligarlo a ganarse la ración de pan *que se le debe* a trocitos de 100 gramos, llamándole encima *trabajador de choque*. Más del cien por cien de la tarea también daba derecho a dos cucharones extra (que a ti mismo te habían quitado antes) de

polenta. ¡Implacable conocimiento de la naturaleza humana! Esos pedacitos de pan, esos puñados de cereal no guardaban relación alguna con el desgaste de energía necesario para ganárselos. Pero debido a esa desdichada característica que arrastra consigo a través de los siglos, el hombre nunca ha sabido dar su justo precio a las cosas. Como el mercenario que por un vaso de vodka barata se lanza al ataque y deja en él su vida, así el prisionero, a cambio de esos miserables mendrugos, resbala de un tronco y cae en el torrente, o amasa el barro para los adobes en el agua helada, con sus pies descalzos que nunca más pisarán tierra libre.

Sin embargo, la satánica olla no es todopoderosa. No todos se dejan deslumbrar por ella. Del mismo modo que entre los siervos solían decir: «antes comer barro que partir troncos», así los reclusos se han dado cuenta de que en el campo lo que mata no es la ración chica, sino la grande. ¡Holgazanes, torpes, desalmados, brutos! ¡Rechazan ese alimento suplementario! ¡No quieren saber nada de ese nutritivo pedacito de pan amasado con harina de algarrobas y agua! ¡Ni les importa ya redimir parte de su condena! ¡Ni les interesa el cuadro de honor! ¡Son insensibles a los intereses del régimen socialista y de la patria, y no desean cumplir el plan quinquenal, a pesar de que el plan quinquenal se ha elaborado en interés de los trabajadores! ¡Se ocultan en los recovecos de las minas, se dispersan por los rincones de los edificios en construcción, se meten en agujeros apestosos con tal de no ir a trabajar!

No todos los días se da la oportunidad de organizar semejante labor masiva como en la cantera de grava cerca de Iaroslavl: cientos de obreros están hacinados en un espacio relativamente reducido, bien a la vista del capataz. Apenas alguno de ellos deja de moverse, es detectado en seguida. Ésas son las condiciones ideales: nadie se atreve a tomar un respiro, a enderezar la espalda, a secarse el sudor mientras no hayan bajado la bandera, señal convenida para el descanso. Pero ¿cómo actuar en los otros casos?

Pensaron mucho. E idearon el *equipo*. ¡Era lo más lógico! Ya nuestros populistas pretendían llegar al socialismo mediante la *comuna*, y los marxistas, a través de la *colectivización*. Y actualmente, ¿cómo se escribe todavía en nuestros periódicos?: ¡*Para el hombre, lo esencial es el trabajo, pero únicamente el trabajo en grupo*!

¡Pues en el campo no hay sólo trabajo, y exclusivamente trabajo en grupo! ¿Significa, pues, que el campo de concentración es el más alto objetivo de la Humanidad? ¿Allí, lo *esencial* no está logrado?

Ya tuvimos oportunidad de referirnos, en el capítulo III, al papel del equipo de trabajo como factor de *enriquecimiento psicológico* de sus miembros, coacción, espionaje y *aumento de la dignidad personal*. Como jefes de equipo, se eligen los adecuados a la finalidad del invento. Tienen la obligación de manejar a sus hombres en ausencia de las autoridades, de los vigilantes y de la escolta, y sus armas son el palo y el hambre. Shalamov cuenta que, durante un invierno particularmente duro, un equipo perdió varias veces consecutivas a todos sus componentes, en tanto que el jefe seguía siendo siempre el mismo. En Kemerlag, todos conocían al jefe Perelomov, que

nunca usaba la lengua, sólo la vara. Una lista de nombres semejantes llenaría varias páginas de nuestro libro, mas no los he reunido. Es interesante hacer notar que, casi siempre, tales jefes de equipo pertenecen al grupo de malhechores, al lumpen-proletariado.

Pero ¿existe algo a lo que el ser humano no se habitúe? Por nuestra parte, sería injusto no reconocer que a veces el equipo se convertía en el núcleo de la sociedad del Archipiélago, algo así como la familia para los hombres libres. Yo mismo conocí varios equipos de ésos. Claro está que no se trataba de equipos de trabajos generales, en que, forzosamente, alguno tiene que morir para que los demás sobrevivan. Eran, por lo general, equipos de especialistas: cerrajeros, fontaneros, carpinteros, electricistas. Cuando menos numerosos eran esos equipos (de 10 a 12 hombres), tanto más se desarrollaba en ellos el sentimiento de cooperación y de defensa mutua[125].

Semejante equipo debe contar necesariamente con un jefe adecuado, es decir, un hombre duro sin exceso, conocedor de todas las reglas morales (inmorales) del GULAG, perspicaz y justo con los suyos; con su estudiada manera de hacerse respetar por las autoridades, quién a ladridos roncos, quién a la chita callando; temido de todos los enchufados, sin perder ocasión de arrancarles para sus hombres cien gramos más de pan o un par de zapatos. Pero también con amistades entre enchufados influyentes, para estar al tanto de todas las novedades y de los cambios previstos en el campo. Debe estar bien informado de todo lo relativo al trabajo, a saber a qué lugares conviene ir, a cuáles no, y tratar siempre de conseguir para sus hombres las mejores condiciones. Y conocer también cuándo y cómo falsear las cifras de entrega, si en las normas o en el volumen de producción, y defender inflexiblemente la *tujta* ante el maestro de obras, cuando ése ya desenfunda su pluma para «recortarle» las cifras, y saber untar el carro a quien corresponda… Debe estar perfectamente enterado de quién es el soplón de su equipo (y si no es demasiado listo ni demasiado peligroso, dejarlo tranquilo donde está, no sea que le pongan a otro peor). Y, dentro de su equipo, saber siempre a quién animar con una mirada, a quién exigir un poco más, a quién darle una labor algo más liviana… Y en un equipo así, con un jefe de éstos, los hombres se identifican enteramente entre sí y enteramente sobreviven… No hay ternura, pero ninguno cae. Yo trabajé con jefes de equipo de ese temple: Siniebriujov, Pavel Boroniuk… ¡Sus nombres también llenarían páginas enteras! Y es curioso advertir que, en la mayor parte de los casos, esos jefes de equipo previsores y sensatos eran hijos de *kulaks*.

Bueno, pero ¿y qué hacer? Si han instituido el equipo como única forma de existencia, ¿qué otro remedio queda? Hay que tratar de adaptarse. El trabajo nos mata, pero el único modo de sobrevivir es también por el trabajo. (Se trata, naturalmente, de una filosofía bastante discutible… Lo más correcto sería decir: «No me enseñes a morir como tú quieres, déjame morir como quiero yo»… El problema consiste en que, de todas formas, no te van a dejar)…

Tampoco tiene mucha elección el jefe de equipo: si su equipo forestal, por ejemplo, no ha cumplido con los 55 metros cúbicos de madera establecidos, lo mandan al calabozo a él. ¡Y si no quiere ir al calabozo, que haga trabajar a sus hombres hasta matarlos a todos!

En cuanto a las *dos jefaturas*, viene a ser para el campo lo que los dos brazos para la tenaza: ambos, derecho e izquierdo, le son necesarios. Dos jefaturas significan el yunque y el martillo; con ellos forjan al recluso hasta obtener lo que el Estado necesita, y si el hombre no resiste y se rompe, lo tiran a la basura. Y a pesar de que la segunda jefatura, de *zona*, le cuesta mucho dinero al Estado, a pesar de que, debido a su torpeza y a sus caprichos, muchas veces no hace más que entorpecer el proceso laboral, a pesar de todo eso, siguen manteniendo dos jefaturas, lo cual nos hace pensar en que debe de haber alguna razón. Y es que dos jefaturas significan dos verdugos en lugar de uno, dos verdugos que se turnan y que rivalizan entre sí, a ver quién de los dos exprime mejor al recluso.

Una de las dos jefaturas se encarga de la producción, de los materiales, de los instrumentos, del transporte, y lo único que no está en sus manos es un detalle sin importancia: la mano de obra. Todas las mañanas, la escolta trae esa mano de obra, y a la noche se la lleva de vuelta al campo (o por turnos). Durante esas diez o doce horas en que el recluso está bajo las órdenes de la jefatura de producción, no es necesario educarlo ni corregirlo, y si llega a morir en el transcurso de la jornada, a ninguna de las dos jefaturas se le moverá un pelo: los muertos se dan de baja mucho más fácilmente que un lote de tablas quemadas o que una lata de aceite robada. Lo único que le interesa a la jefatura de producción, es que el recluso trabaje lo más posible, para anotarle luego las menores cifras posibles, puesto que de algún modo hay que cubrir los gastos ruinosos y las fallas de la producción. Allí todos roban, desde las autoridades y el maestro de obras, hasta los capataces y los chóferes; los que menos se llevan son los reclusos, y ni siquiera para su propio uso (no tienen adónde llevarlo), sino para la jefatura de su campo y para la escolta. Pero mucho más se pierde por culpa de la administración descuidada e imprevisora, y también porque los reclusos no cuidan nada. Todo eso crea grandes gastos, y la única manera de cubrirlos es pagando menos de lo debido por la mano de obra.

La jefatura del campo se encarga exclusivamente de la mano de obra, pero ése es el elemento esencial. Los jefes del campo lo saben y lo utilizan para presionar a los jefes de producción: «Total —dicen—, ¿dónde van a encontrar otros trabajadores? ¿En medio de la taiga, del desierto…?». En consecuencia, tratan de obtener la mayor cantidad de dinero a cambio del trabajo de su gente; una parte de ese dinero pasa a las arcas del campo, y la otra sirve para el mantenimiento de la administración interna como pago de sus desvelos por guardar a los presos (guardarlos de la libertad), por darles de beber, de comer, de vestir, y agobiarlos moralmente.

Como siempre en nuestro meditado sistema social, aquí chocan de frente dos *planes* aparentemente antagónicos: el plan de producción, que consiste en obtener

más pagando menos, y el plan del MVD, o sea, hacer ingresar en los campos la mayor cantidad de dinero posible. Probablemente, a cualquier observador ajeno al problema le parecerá extraño ese afán de poner en colisión los propios planes, pero no es así; ese aparente antagonismo tiene mucho sentido. En efecto, la colisión de planes es lo que con mayor efectividad aplasta al hombre. Es un principio que no se limita a las alambradas del Archipiélago.

Y otra cosa, también muy importante: ambas jefaturas jamás han sido enemigas, como bien podría pensarse por sus continuas reyertas y mutuos engaños. Cuando se trata de aplastar con más fuerza, las dos se unen estrechamente. A pesar de que el jefe del campo es como un padre para sus reclusos, siempre estará dispuesto a reconocer que la culpa de haber quedado mutilado la tiene el mismo obrero, no la fábrica, y firmará de buen grado el acta correspondiente; nunca insistirá demasiado para conseguir ropa de abrigo para sus hombres, y si en alguno de los talleres no hay ventilación, tampoco se preocupará más de la cuenta porque la instalen… (¿Que no hay ventilación? Bueno, ¿y qué le vamos a hacer? Dificultades pasajeras… ¿Acaso durante el sitio de Leningrado lo pasaban mejor?). ¡Y no quepa la menor duda de que si su colega de producción se lo pide, se apresurará a castigar con el calabozo al jefe de equipo que estuvo grosero, o al obrero que perdió la pala, o al ingeniero que no cumplió satisfactoriamente las órdenes! En los poblados perdidos en medio de la taiga, esas dos jefaturas constituyen la crema de la sociedad, y las esposas de los jefes se visitan las unas a las otras. Y si a pesar de todo se sigue metiendo *tujta*, si se apuntan como cavados y vueltos a rellenar fosos que jamás fueron abiertos, y se anota la reparación de tuberías y máquinas que nunca tuvieron el menor problema, y consta la sustitución de postes enteritos que durarán todavía diez años… todo eso no se hace siquiera por sugerencia de la jefatura del campo (que está bien tranquilita de que el dinero al campo le llegará lo mismo), sino por los mismos reclusos (jefes de equipo, capataces), porque no les queda otro remedio, porque las reglamentaciones estatales nos pintan una productividad absolutamente falsa, y eso nos recuerda el realismo socialista de la literatura. Pero si los libros que no se venden pueden picarse para pasta[cx], es mucho más difícil hacer desaparecer los rastros del fraude en la producción. Difícil, pero no imposible.

Siempre presurosos, teniendo que atender en todo momento a un sinfín de problemas, ni el director ni el maestro de obras atinaban a descubrir el fraude cuando lo había. En cuanto a los capataces reclutados de afuera, es decir, los libres, en su gran mayoría eran analfabetos o borrachines o, simplemente, sentían lástima de los prisioneros (pensarían tal vez que en un momento dado también a ellos podría sacarlos de apuro el jefe de equipo)… Y una vez cobrado y «comido» el porcentaje, ¿quién les iba a quitar lo bailado a los reclusos? En cuanto a los libros de contabilidad, era cosa sabida que siempre estaban embarullados, y que ponerlos al día llevaba meses y hasta años. Y no valía la pena descubrir el fraude cuando el dinero

hacía ya tiempo que se había volatilizado y quién sabe quiénes serían y dónde estarían los culpables; lo más sensato era, pues, echar tierra al asunto.

Las autoridades trajeron tres soportes para que en ellos se apoyara el Archipiélago: la olla, el equipo y las dos jefaturas. El tercero y principal soporte, la *tujta*, lo trajeron los reclusos y la vida misma.

Para que la *tujta* prospere hacen falta jefes de equipo tenaces y con espíritu de iniciativa, pero aún más importante es contar con jefes de producción reclutados entre los mismos prisioneros. Como era muy difícil atraer a ciudadanos libres a aquellos lugares perdidos, abundaban allí los reclusos que cumplían funciones de capataz, de maestro de obras, que establecían las normas, planificaban y, en general, se encargaban de toda la economía del campo. A algunos de ellos se les subía el puesto a la cabeza, se volvían aún más despiadados que sus colegas libres, pisoteaban deliberadamente a sus hermanos en la desgracia y eran capaces de cualquier iniquidad con tal de hacer méritos ante sus verdugos. En cambio, otros conservaban patente el recuerdo de su origen, el Archipiélago, e introducían una prudente dosis de moderación en la producción, una prudente dosis de *tujta* en la contabilidad. Eso suponía para ellos un riesgo, no el de recibir una nueva condena (de todos modos, las condenas eran largas y firmes), sino el de perder su puesto, el de incurrir en las iras del jefe, ser destinado a un contingente de trabajo en condiciones particularmente duras y de ese modo desaparecer del mundo de los vivos. Su estoicismo y su sensatez eran, pues, tanto más dignos de encomio, ya que contribuían a hacer menos dura la vida de sus hermanos.

Así era, por ejemplo, Vasili Grigorievich Vlasov, a quien ya tuvimos oportunidad de conocer durante el proceso de Kady[cy]. Durante toda su larga condena (estuvo preso diecinueve años sin interrupción) hizo gala del mismo tenaz convencimiento con que se había enfrentado al Tribunal, con que se burló de Kalinin y su indulto. En el transcurso de esos largos años, uncido al yugo de los trabajos generales, hambriento, jamás se consideró como un chivo emisario, sino como un auténtico político, un «revolucionario». Y cuando, gracias a su agudo talento comercial, llegó a ocupar altos cargos en la jefatura de producción, Vlasov no sólo vio en ello una ventaja personal, sino la posibilidad de mejorar un poco la existencia de sus compañeros.

En los años cuarenta, en una de las comandancias forestales de Ust-Vym (el Ustvymlag se diferenciaba de los demás campos en que tenía una sola jefatura), Vlasov se encargaba de establecer las normas y de planificar el trabajo. Todo allí dependía de él, y en invierno, para mantener a los leñadores, anotaba siempre a sus equipos algunos metros cúbicos de más. Durante un invierno particularmente crudo, a duras penas llegaban los hombres a cumplir el 60 % de la tarea, pero todos ellos recibían como si hubieran hecho el 125 %, y gracias a esas raciones suplementarias pasaron el invierno, y ni un solo día se dejó de trabajar.

No obstante, la cantidad de madera entregada era muy inferior a la que constaba en los papeles, y empezaron a circular ciertos rumores que llegaron hasta al jefe del campo. En marzo, éste mandó una comisión de contramaestres para que inspeccionaran el bosque, y se descubrió que habían derribado ocho mil metros cúbicos menos de los declarados. El jefe montó en cólera y convocó inmediatamente a Vlasov; éste escuchó con tranquilidad y respondió: «Mételes, jefe, *cinco días* a todos, son unos vagos. Tuvieron pereza de recorrer el bosque, hay nieve profunda. Nombra otra comisión, conmigo de presidente». Con los otros tres miembros —conocidos suyos— Vlasov, sin salir de su despacho, levantó acta y «encontró» la madera que faltaba. Esto apaciguó de momento los ánimos del jefe, pero en mayo volvió a la carga, porque las entregas de madera seguían siendo insuficientes y arriba ya estaban empezando a hacer preguntas. Vlasov compareció nuevamente ante él. Bajito de estatura, pero con la arrogancia de un gallo de pelea, esta vez ni siquiera se tomó el trabajo de negar: en efecto, aquellos ocho mil metros cúbicos no habían sido derribados. El jefe se llevó las manos a la cabeza. «¿Cómo te atreviste a levantar un acta falsa?», ¡y patatín y patatán! «¿Qué, habría preferido ir a parar a la cárcel? ¡Usted es el primer responsable, y por ocho mil metros cúbicos lo menos son diez años, bueno, para un chequista cinco!». El jefe gritó, pataleó, pero, de todos modos, ya era tarde para castigar a Vlasov: ya todo dependía de él. «Y ahora, ¿qué vamos a hacer?». «Esperemos el deshielo». Llegó el deshielo; los caminos se cubrieron de ciénagas, y Vlasov redactó un informe técnico completo donde explicaba, con todo lujo de detalles, lo sucedido. Según ese informe, debidamente firmado por el jefe y enviado a la Dirección, los trabajos madereros se habían llevado a cabo con tanto éxito, que ocho mil metros cúbicos de troncos no alcanzaron a ser enviados en trineo, y ahora era imposible sacarlos del bosque por los caminos pantanosos. Seguía un cálculo de los costes de una carretera para el acarreo, caso de construirla, demostrando que iba a costar más caro que el valor de la madera misma; ahora bien, esperar hasta el próximo invierno para sacarla tampoco era una solución, porque después de permanecer todo el verano y el otoño en el pantano, esos troncos estarían ya prácticamente inservibles, y el comprador los aceptaría sólo para leña. La Dirección aceptó sin chistar ese informe tan bien redactado, que se podía enseñar sin perder la cara a cualquier otra comisión, y dio de baja ocho mil metros cúbicos de madera.

De ese modo, aquellos árboles fueron derribados, *comidos*, dados de baja, y de nuevo se erguían orgullosamente para reverdecer más lozanos que nunca. Por otra parte, al Estado no le resultó demasiado cara esa madera muerta: tan sólo algunos cientos de hogazas suplementarias de aquel pan negro, amasado con harina de algarrobas y agua. En cuanto al millar de troncos y al centenar de vidas salvados, eso no tenía ninguna importancia para la contabilidad del Archipiélago: era un material fácilmente remplazable…

Es muy probable que Vlasov no fuera el único en emplear semejantes artimañas, porque, a partir de 1947, en todas las explotaciones forestales implantaron un nuevo sistema de escuadras y equipos complejos. Los leñadores formaban ahora una sola escuadra con los acarreadores, y al equipo se le anotaba no la cantidad de leños derribados, sino los metros cúbicos depositados a orillas del río por el cual bajaría la maderada en primavera.

¿Significaba eso el golpe de gracia para la *tujta*? ¡De ningún modo! La *tujta* no sólo no disminuyó, sino que ensanchó su campo de acción, dando de comer a muchos más trabajadores que antes. Aquellos lectores a quienes no les resulte aburrido podrán compenetrarse más a fondo del asunto:

1. Cae de su peso que los reclusos no pueden acompañar la madera río abajo (¿quién los va a escoltar allí?). Por eso se ha establecido que un representante del campo haga entrega, en la orilla del río, de la madera de todos los equipos al representante de la empresa de transporte, compuesta por *libres*. ¿Lógicamente, este último encargado debiera mostrarse exigente? ¡Pues no! El recluso que hace entrega de la madera puede meter toda la *tujta* que necesiten los equipos forestales, que el transportista está de acuerdo con todo.
2. ¿Y por qué? Porque esos hombres libres que trabajan en la empresa de transporte también tienen que comer, también tienen normas fuera de su alcance. Todos esos troncos fantasmas supuestamente cargados, serán también supuestamente flotados río abajo.
3. En cambio, la maderería fluvial, a la que convergen los troncos enviados desde todos los puntos forestales, está de nuevo en manos de los reclusos, más exactamente, en manos del Ustvymlag, que cuenta con 52 islas dispersas en un territorio de 250 × 250 kilómetros (¡así de grande es nuestro Archipiélago!). El encargado de entregar los troncos está tranquilo: sabe que el recluso que los recibe se hace cargo no sólo de la madera, sino también de la *tujta*. ¡En segundo lugar, para no perjudicar a los campos forestales de río arriba, pero, sobre todo, porque de esa *tujta* también comerán él y sus compañeros de campo, que tiene que sacar y apilar los troncos (también ellos tienen normas fantásticas, también ellos necesitan raciones «de choque»). Quien tiene que sudar por los compañeros es el encargado: no basta con acusar recibo del volumen global, sino que tiene que clasificar los troncos —buenos y *tujtos*— por diámetros y longitudes! ¡De ése depende la comida de todos! (También ahí estuvo Vlasov).
4. El siguiente paso es el aserradero, donde los troncos se transforman en toda clase de maderaje. Los obreros son allí también reclusos. Los equipos comen según el volumen de troncos aserrados, y los troncos «fantasmas» contribuyen, muy a propósito, a aumentar sus porcentajes de rendimiento.
5. Viene después el depósito del producto ya terminado. De acuerdo con las reglamentaciones estatales, debe contener un 65 % del producto bruto recibido, y de ese modo también ingresa invisiblemente en el depósito un 65 % de la *tujta* (y la madera imaginaria, ya «aserrada», también se clasifica

por categorías: vigas, tablones, tablas, tal grueso, tal largo)… También los obreros de almacenamiento comen de esa *tujta*.

Sí, pero ¿qué va a pasar más adelante? La *tujta* ya está en el depósito, pero el depósito está bajo custodia de las Tropas de Escolta; allí no puede haber ningún tipo de «pérdida» que no esté debidamente justificada. ¿Quién va a responder ahora por el fraude?

Y aquí es donde, en auxilio del gran principio de la *tujta*, hace su entrada otro gran principio del Archipiélago: el de la *goma larga*, es decir, la posibilidad de estirar, de demorar… La *tujta* que figura inscrita en los registros del depósito va siendo copiada una y otra vez de año en año. Al hacer inventarios, en ese islote perdido del Archipiélago, los que vienen también son reclusos, también comprenden. Y tampoco van a contar cada tabla una por una. Por suerte, la mercadería es perecedera; de tanto estar guardadas, algunas tablas se pudren, y la madera fantasma se va pudriendo con ellas… Y si en una de ésas descubren que algún encargado de depósito no ha tenido el ojo bastante avizor, pues lo pasan a otra sección, y asunto terminado… Pero, entretanto, ¡cuánta gente habrá corrido de esa madera!

También, existe otro sistema. Al cargar vagones para un consumidor (el representante del comprador no está, los vagones serán luego repartidos a los puntos de destino), también cargan la *tujta*, es decir, anotan como cargada madera de más (lo cual da de comer también a los cargadores, ¡anotémoslo!). El ferrocarril sella el vagón, a él le da igual. Al cabo del tiempo, abrirán el vagón en cualquier Armavir o Krivoi Rog, y acusarán recibo de la mercancía real. Si la falta es moderada, no dirán nada, todas esas diferencias de volumen se acabarán reuniendo en alguna partida, y que las explique el Gosplán[cz]. Si la falta es descarada, el destinatario enviará al Ustvymlag una reclamación, pero las reclamaciones esas se cursan entre millones de otros papeles, en algún sitio se archivan y con el tiempo se olvidan: no pueden contra el afán humano de *vivir* (en cuanto a mandar el vagón de madera de vuelta, ningún Armavir se decidirá a ello: agarra lo que dan, que en el Sur no hay bosques).

Anotemos que también el Estado, concretamente el Ministerio de la Madera, utiliza muy en serio esas cifras «infladas» de árboles derribados y aserrados, para sus estadísticas oficiales. También al Ministerio la *tujta* le viene bien[126].

Pero quizá lo más asombroso sea lo siguiente: a cada etapa del desplazamiento de la madera, con tanta *tujta*, debiera de *faltar* madera. En cambio, el encargado de la maderería, durante el verano consigue meter tanta *tujta* en las operaciones de extracción, que cada otoño, en las dársenas de los flotadores, se forman *sobrantes*: lo que no dio tiempo a sacar del agua. Como no se puede dejar así para el invierno, so pena de tener que llamar en primavera a un avión de bombardeo para deshacer el témpano, esa madera *de más*, ya inútil, a finales de otoño *la sueltan río abajo al mar Blanco*[da].

¿Absurdo? ¿Increíble? Pues no es el único sitio en que pasa. Así también en los depósitos del Unjlag siempre quedaba madera SOBRANTE, que no había llegado a cargarse en los vagones, y ¡que ya no constaba en ninguna parte…! Y después de clausurado definitivamente un depósito dado, aún venían durante muchos años de los *lagpunkts* vecinos a por leña abandonada, y quemaban en las estufas madera de obra cuarteada, que tantos sufrimientos había costado preparar.

Y todas esas trampas las hacían para *sobrevivir*, no para enriquecerse, y de ningún modo para defraudar al Estado.

No puede un Estado ser tan tan fiero, como para impulsar al engaño a sus propios ciudadanos.

Asimismo, acostumbran decir los reclusos: *gracias al fraude y al amonal*[db], *se ha construido el canal*.

En esos pilares se sostiene el Archipiélago.

VI
¡Han traído fascistas!

—¡Han traído fascistas, han traído fascistas! —gritaban, excitados, jóvenes reclusos de ambos sexos, corriendo desordenadamente por el campo, cuando nuestros dos camiones, cada uno de ellos cargados con treinta *fascistas,* hicieron su entrada en el reducido perímetro del campo Novyi Ierusalim.

Acabábamos de vivir una de las más trascendentales horas de nuestra existencia: sesenta minutos de viaje desde Krasnaia Presnia hasta aquí, lo que llaman un traslado. ¡Aunque en la caja descubierta del camión íbamos apiñados como sardinas, nuestro era el aire; nuestra, la velocidad; nuestros, todos los colores…! ¡Olvidados matices del mundo exterior, rojos tranvías, autobuses azules, abigarrada muchedumbre…! ¿Se darán cuenta todos ellos, mientras corren agrupados y se apretujan para subir a un vehículo, de lo que son estos colores? Y por si fuera poco, precisamente hoy todos los edificios y los postes están adornados con banderas y banderines… Nuestra salida de la cárcel coincide con la fiesta del 14 de Agosto (fecha en que capituló el Japón tras los siete días de guerra con Rusia en 1945). Por la carretera de Volokolamsk, el olor del heno recién cortado y la frescura crepuscular de los prados aventaban nuestras cabezas rapadas. ¡Ese vientecillo de los prados…, ¿quién puede beberlo con más avidez que un prisionero…?! Acostumbrados al gris, sólo al gris, nuestros ojos parpadeaban deslumbrados ante tanto genuino verde… Gammerov, Ingal y yo habíamos sido destinados al mismo contingente, y ahora, sentados los tres juntos, nos parecía estar viajando rumbo a una acogedora dacha. Un viaje tan fascinante no podía terminar en nada sombrío…

Por fin llegamos. Bajamos a tierra, entumecidos, nos desperezamos, miramos alrededor de nosotros… La zona de Novyi Ierusalim nos gusta. Por lo pronto no la rodea un muro de piedra, sino tan sólo algunos hilos de alambre de espino, a través de los cuales puede verse toda la campiña de Zvenigorod con sus suaves ondulaciones cubiertas de verdor de pueblos y casitas de campo. Y a nosotros, los recién llegados, nos parece formar parte de ese alegre decorado, y contemplamos el paisaje con los mismos ojos con que lo miran aquellos que vienen aquí a descansar y a disfrutar de la Naturaleza. Y es muy posible que lo estemos viendo todavía con más intensidad que ellos (nuestros ojos están acostumbrados a las paredes chatas, desnudas, a las tarimas grises, a la penumbra de la celda)…, y por eso nos sobrecoge, nos deslumbra el esplendor de los diversos tonos de verde bajo el Sol poniente…

—¿De modo que sois fascistas…? ¿Todos sois fascistas…? —preguntan, esperanzados, algunos reclusos que se nos han acercado. Y tras haber comprobado que sí, que, efectivamente, somos fascistas, se alejan. Ya no les interesamos.

(Es sabido que llaman fascistas a los del Cincuenta y Ocho; ese apodo, introducido por los malhechores, fue en seguida muy bien visto y apoyado por las autoridades. En cierta época se llamaba *kaers* [contrarrevolucionarios] a los presos políticos, pero luego la palabra cayó en desuso, y se necesitaba un término bien infamante).

Después del rápido viaje al aire libre, nos invade una grata sensación de bienestar; hasta sentimos calor. Con la mirada seguimos estudiando la pequeña zona, con su pabellón de piedra de dos pisos para hombres, su edificio de madera para las mujeres y las pequeñas construcciones secundarias de puro carácter campesino; después observamos las largas sombras negras de árboles y edificios que van invadiendo los campos, la alta chimenea de la fábrica, en cuyas ventanas están ya encendiéndose las luces…

—Y, ¿qué tal? Parece que esto no es tan malo, ¿verdad…? —comentamos, tratando de convencernos a nosotros mismos.

Un mozo se había detenido junto a nosotros y nos miraba con una mezcla de desconfianza y curiosidad. Su rostro tenía esa expresión de animosidad que ya empezábamos a advertir en los que se nos acercaban. Llevaba puesta una vieja gorra negra, y con las manos metidas en los bolsillos escuchaba nuestra charla.

—¡¿Que no es tan malo?! —exclamó.

Torciendo la boca volvió a lanzarnos una mirada de desprecio y silabeó:

—¡Os vais a pudrir aquí!

Escupió en el suelo y dio media vuelta. No podía seguir escuchando tantas estupideces.

A nosotros se nos cayó el alma a los pies.

¡La primera noche en el campo…! Uno va rodando, rodando, por la pendiente resbaladiza, y sabe que en algún lugar hay un saliente en el cual tiene que agarrarse, un saliente del que tal vez depende la salvación, pero no sabe dónde está… Y todo lo peor de la educación de uno vuelve a aflorar: la desconfianza, la mezquindad, el egoísmo, nacidos en las interminables colas de los hambrientos, en la arbitrariedad de los poderosos… Y toda esa hez del espíritu se agita y se revuelve aún más por las inquietantes advertencias que circulan sin cesar acerca de los campos: «sobre todo, no dejarse atrapar para los trabajos generales…, ¡cualquier cosa menos los *generales*…! En el campo se vive entre lobos, ¡te devorarán vivo…! Aquí se pisotea a los caídos, ¡no te dejes atrapar para los *generales*…!». Pero ¿qué hacer para no dejarse atrapar? ¿Adónde ir, adónde esconderse? Porque algo hay que dar…, a alguien hay que darle *algo*…, ¡pero ¿qué?, ¿y a quién?, ¿y cómo se hace…?!

No ha pasado todavía una hora, y uno de los que han llegado con nosotros se acerca, disimulando a duras penas una gran sonrisa de satisfacción: le acaban de

nombrar ingeniero-constructor de zona. Y otro más: le permiten abrir una peluquería en la fábrica para los obreros libres. Y un tercero: se encontró con un conocido, va a trabajar en la oficina de planificación. Y el corazón de uno va encogiéndose dolorosamente, mientras piensa: «Todo esto se hace a costa tuya…, ellos sobrevivirán en las oficinas, en la peluquería, mientras tú estás destinado a perecer…, a perecer»…

La zona. Doscientos pasos separan una alambrada de otra, y, no obstante, está prohibido acercarse demasiado a ellos.

Sí, del otro lado puede resplandecer todo lo que quiera la verde campiña, suavemente ondulada, pero aquí dentro sólo hay un comedor donde reina el hambre, y un sótano de piedra que sirve como calabozo de incomunicación, y un escuálido cartelito sobre la hornilla —«cocina individual»—, y el cobertizo donde se dan los baños, y la casilla gris del apestoso retrete con sus tablas podridas… Y eso es todo. No puedes ir a otro lado. ¡Quién sabe!, tal vez esta islita sea el último pedazo de tierra que te sea dado pisar en lo que te resta de vida.

En las habitaciones sólo hay desnudas *vagonki*. La *vagonka* es un invento exclusivo del Archipiélago; en ningún otro lugar del mundo existe nada semejante. Se trata de cuatro tableros, dispuestos en dos pisos sobre dos soportes en cruz: uno a los pies, otro a la cabecera. Cuando uno de los que duermen se mueve, los otros tres se balancean.

En este campo no dan colchones, ni tampoco sacos para rellenar. La expresión «ropa» es desconocida para los reclusos de Novyi Ierusalim; ni la hay de cama, ni dan ni lavan la interior: sólo la que traigas puesta, y que tú te ocupes de ella. Tampoco la palabra «almohada» la conocen en intendencia, las hay sólo propias y sólo tienen algunas mujeres y algunos malhechores. De noche, al acostarte sobre tu tabla, si quieres, puedes descalzarte, pero ¡ten cuidado, te robarán los zapatos! Será mejor que duermas con el calzado puesto. Y lo mismo pasa con la ropa; es más prudente dormir vestido. Al ir a trabajar, por la mañana, no debes dejar nada en el barracón: lo que no les apetezca a los ladrones se los llevarán los celadores *como castigo por dejar las cosas tiradas*. Por la mañana os vais al trabajo como nómadas que levantan el campamento, más limpiamente incluso: no dejáis ni cenizas de hogueras, ni huesos roídos; el alojamiento queda vacío, desnudo, como para alojar a otros. Ni tu tablero de dormir se distingue en nada de los demás: son todos iguales, desnudos, mugrientos, lustrosos ya de todos esos cuerpos…

Tampoco se puede llevar nada al trabajo. Todas las mañanas tienes que juntar tus pertenencias y hacer cola frente a la consigna para guardarlas en la bolsa o en la maleta. Al volver del trabajo, nuevamente tendrás que ponerte en la fila para retirar lo que consideres te hará falta por la noche. Y no vayas a equivocarte, porque no te dejarán acercarte una segunda vez a la consigna.

Y así durante diez años… ¡Ánimo!

El turno de la mañana vuelve al campo a las tres de la tarde. Los hombres se lavan, comen, hacen cola frente a la consigna, y en seguida tocan a pasar lista. Los

reclusos salen a formar en fila, y así permanecen, inmóviles, mientras un celador analfabeto, con una tablita de madera terciada en las manos y masticando un lápiz camina entre ellos con la frente arrugada en un doloroso esfuerzo intelectual, mascullando incesantemente. El celador cuenta, y vuelve a contar, y se equivoca de nuevo; le sale mal la suma o se olvida de anotar a los enfermos y a los que están incomunicados en el calabozo. Esa absurda pérdida de tiempo dura una hora, una hora y media, cuando no más, porque al celador se le ha ocurrido recorrer, dos o tres veces, en ese momento, los alojamientos vacíos, mientras los reclusos permanecen inmóviles en sus filas… Y el que sabe dar su justo valor al tiempo, el que incluso en el campo desea poder realizar alguna labor (rasgo no muy desarrollado en nuestro pueblo, y menos aún entre nuestros reclusos), ése se siente particularmente desvalido y humillado. «En filas» no se puede leer. Mis muchachos, Gammerov e Ingal, permanecen con los ojos cerrados, redactando mentalmente poesía o prosa, o quizá alguna carta, pero no podrán quedarse así mucho tiempo, porque dan la impresión de estar dormidos y eso es ofensivo para la inspección. Tampoco puede uno taponarse los oídos, de modo que está obligado a oír todas las blasfemias, las bromas estúpidas y las quejas desalentadoras, que profieren los demás. (Estamos en 1945. Norbert Wiener formulará las leyes de la cibernética; ya se ha obtenido la fisión del átomo, ¡y, entretanto, unos pálidos intelectuales deben esperar, inmóviles durante horas, a que un torpe patán de rostro enrojecido, se decida a terminar su balance!). El pase de lista ha terminado; son las cinco y media de la tarde, y los reclusos bien podrían irse a dormir (la noche anterior fue muy corta, y la siguiente puede ser más corta aún), pero dentro de una hora se cena… No queda, pues, más remedio que esperar.

La administración del campo es tan torpe y perezosa, que no tiene ni ganas ni ingenio suficiente para alojar los distintos turnos en diversas habitaciones. A las ocho de la noche, después de la cena, el primer turno bien podría descansar, pero ahí están los malhechores, satisfechos y descansados, que se ponen a jugar a las cartas sobre sus mantas, a vociferar y a inventar números teatralizados. Un ladrón de rasgos asiáticos va saltando de yacija en yacija y pisando a los que en ellas tratan de dormir, mientras grita: «¡Así iba Napoleón a buscar tabaco a Moscú!». Tras haber conseguido tabaco, vuelve por el mismo camino, pisando y pisoteando de nuevo, a los gritos de: «¡Así volvía Napoleón a París!». Cada salida de los malhechores era tan inesperada, tan fuera de lo común, que nos quedamos mirándolos boquiabiertos. Desde las nueve, el turno de la noche está haciendo temblar las yacijas, caminando de arriba abajo, preparándose, llevando cosas a la consigna… Finalmente, a las diez, se los llevan; bien podríamos dormir ahora; pero a las once de la noche regresa el turno de la tarde. Ahora son ellos los que caminan de arriba abajo, sacuden las yacijas, se lavan, van a buscar sus cosas al almacén, cenan. Tal vez a las once y media se haya dormido finalmente el campo entero.

Pero, a las cuatro y cuarto, una cantarina voz metálica se difunde por todo el campo y llega hasta las dormidas granjas vecinas, donde los viejos recuerdan todavía

muy bien el tañido de las campanas del monasterio. Tal vez la campana de nuestro campo sea justamente una de ésas, acostumbrada a madrugar con los gallos y a despertar a los monjes con sus sones para la plegaria matutina y la labor diaria.

«¡Arriba el primer turno!», grita el celador asomándose a cada una de las habitaciones. ¡Aturdido de sueño, los ojos todavía pegados, uno ni piensa en lavarse! Y vestirse, ni siquiera hace falta, puesto que se duerme con la ropa puesta. De modo que vas derecho al comedor. Entras allí tambaleándote de sueño. Todos se empujan y saben bien lo que quieren y adónde van: unos, por el pan; otros, por la *balanda*. Sólo tú andas vagando como atontado en medio de los vapores del caldero y bajo la mortecina luz de las bombillas eléctricas. Finalmente, recibes la ración que te corresponde, quinientos cincuenta gramos de pan, un auténtico festín, y una escudilla de barro con algo caliente y negro. Eso es sopa, sopa de ortigas. Cual trapos negros, las hojas recocidas nadan en medio del agua negruzca. Ni pescado, ni carne, ni grasa. Ni siquiera sal: al recocerse, la ortiga consume toda la sal, de modo que ya ni siquiera la ponen en la bazofia. ¡El tabaco será el oro del campo, pero la sal es la plata, y los cocineros la usan con cuentagotas! Le vuelve a uno del revés esa balanda de ortigas sin sal. Por más hambre que tengas, no hay forma de tragársela toda.

Ahora levanta la vista. No, al cielo no, al techo. Tus ojos ya se han acostumbrado a la luz mortecina y podrán descifrar, a todo lo largo de la pared, un lema escrito en grandes letras rojas sobre papel de empapelar:

«¡El que no trabaja, no come!».

Y un temblor recorrerá tu cuerpo… ¡Oh, sabios de la Sección Cultural-Educativa! ¡Qué felices debéis haberos sentido al encontrar ese lema evangélico y comunista para el comedor del campo! Pero en el Evangelio según San Mateo se dice: «Quien trabaja merece ser alimentado». Pero en el Deuteronomio está escrito: «No pongas bozal al buey que trilla».

¡Y vosotros sólo añadís una admiración! ¡Os lo agradece el buey que trilla! ¡Ahora sabré que me apretáis el enflaquecido cuello no por necesidad, que me ahogáis no por simple codicia, sino por el luminoso principio de la sociedad futura! Sólo que no veo yo en el campo, que coma el que trabaja. Ni tampoco veo en el campo, que el que no trabaja pase hambre.

Amanece. El cielo de agosto se va volviendo cada vez más pálido; sólo se distinguen ahora en él las estrellas más brillantes. Hacia el Sudeste, encima de la fábrica a la que nos van a conducir, resplandecen Proción y Sirio, alfas de los Canes Mayor y Menor. Todos nos abandonan; hasta los astros parecen haberse aliado con nuestros carceleros: en el cielo, como en la tierra, los perros nos muestran los dientes… Aquí abajo, la jauría ladra enloquecida, da saltos, trata desesperadamente de mordernos. ¡Qué bien la han entrenado para despedazar la carne humana!

¡Primer día en el campo! ¡No se lo deseo ni a mi peor enemigo! La cabeza da vueltas; pensamientos, temores, esperanzas, parecen querer hacer estallar el cerebro… «¿Y yo? ¿Qué va a ser de mí? ¿Qué harán conmigo?». A los recién llegados les encomiendan las tareas más absurdas, un simple pretexto para tenerlos ocupados hasta que se hayan organizado las cosas. La jornada es interminable… Llevas la carretilla, la traes de vuelta, y con cada ida y venida el día se te acorta solamente en cinco o diez minutos, y siempre te quedan infinitas horas por delante para seguir torturándote: «¿Y yo? ¿Qué van a hacer conmigo…?».

Nos damos perfectamente cuenta de lo insensato que resulta transportar la basura de un punto a otro del campo, tratamos de charlar un poco entre carretilla y carretilla… Nos sentimos ya prácticamente agotados, sin fuerzas casi… ¿Cómo haremos para resistir los ocho años que nos quedan? Tratamos de hablar de cualquier cosa, de algo que nos haga sentir más seguros, que nos recuerde que tenemos una personalidad. Ingal relata pormenores del entierro de Tynianov, de quien se considera discípulo, y acto seguido se entabla entre nosotros una discusión respecto a la novela histórica: ¿existe o no el derecho de escribirla? Desde la distancia y la madurez de su siglo, el autor puede convencerse cuanto quiera a sí mismo de que *ha comprendido*, pero de todos modos no puede haberlo *vivido*. Por tanto, ¿será toda novela histórica, más que nada, ficción?

Están empezando a llamar por grupos a los recién llegados para distribuir las tareas, y todos dejamos las carretillas y nos precipitamos a la oficina. A las pocas horas de estar en el campo, Ingal consiguió ya entablar amistad con alguien, y ahora lo han mandado a la sección de contabilidad de la fábrica, aunque su formación sea literaria, él se lía en las cuentas hasta el ridículo y en su vida ha manejado un ábaco. Gammerov, que ni aun para salvar su propia vida es capaz de ir a pedirle nada a nadie o de buscar un acomodo, es nombrado «obrero no especializado». Vuelve de la oficina, se echa sobre la hierba, y en esa última horita que todavía le queda antes de empezar a ser peón, me habla del poeta prohibido Pavel Vasiliev, de quien nunca había tenido yo noticias. ¡¿Cuándo han tenido tiempo de leer tanto, de aprender tanto esos dos muchachitos?!

Yo, entretanto, estoy en la duda, y mientras mordisqueo distraídamente un tallo, pienso: «¿Y a mí, qué es lo que más me conviene? ¿Las Matemáticas…, el Ejército…?». No me siento capaz de adoptar la altiva actitud de Boris. En cierta época me habían infundido otros ideales, pero a partir de los años treinta la vida comenzó a exigirnos solamente eso, empujar y seguir adelante.

Me salió solo, al entrar en el despacho del director de la fábrica, el alisarme hacia los lados las arrugas de mi guerrera bajo el ancho cinturón de oficial (me los había puesto adrede, como que no me importa empujar una carretilla). El cuello alto estaba severamente abrochado.

—¿Oficial? —lo notó en seguida el director.

—¡Exactamente!

—¿Experiencia en *trabajo con gente*[127]?

—Sí.

—¿Qué mandaba?

—Un grupo de Artillería —mentí en el acto (¡una batería me parecía muy poco!).

El director me observaba con una mezcla de confianza y de incredulidad.

—¿Y le parece que podrá arreglárselas aquí? Es difícil.

—¡Creo que podré! (Aún no sabía en qué berenjenal me estaba metiendo. ¡Lo principal era empujar y seguir adelante!).

El director se quedó un instante pensativo… (Estaba calculando hasta qué punto podía yo convertirme en un cancerbero y si tenía las mandíbulas lo suficientemente resistentes).

—Está bien. Será usted contramaestre de turno en la cantera de arcilla.

Junto conmigo nombraron contramaestre en la cantera a otro oficial, Nicolai Akimov. Ambos salimos de la oficina unidos en un mismo sentimiento de alborozo. No nos dábamos cuenta —y si alguien nos lo hubiera dicho, no lo habríamos creído — de que nos había tocado un simple trabajo de lacayo para comenzar la condena. Por su rostro campesino, sin pretensiones, Akimov se veía un muchacho abierto y un excelente soldado.

—¿Por qué nos habrá asustado el director? ¿Cómo no vamos a poder arreglárnoslas con veinte hombres? Aquí no ponen minas, no hay bombardeos… ¿Por qué no habríamos de arreglárnoslas?

Tratábamos de hacer resucitar en nuestros corazones el viejo espíritu de las trincheras… ¡Pobres de nosotros, inexpertos cachorros, que no nos dábamos cuenta de la sideral diferencia que existía entre el Archipiélago y aquel frente, de cuánto más dura iba a resultar esta guerra de asedio que la nuestra de asalto!

En el Ejército puede mandar cualquier imbécil, y cuanto más alto sea su puesto, tanto más éxito obtendrá. Mientras que un comandante de sección necesita ingenio, y resistencia, y audacia, y conocimiento del alma humana, a según qué mariscal le basta refunfuñar, pegar cuatro gritos y saber firmar su propio apellido. Todo el resto lo harán otros en su lugar, y el mismo plan de la operación se lo traerán del departamento de operaciones, hecho por algún oficialillo desconocido. Los soldados cumplen órdenes no porque estén convencidos de que son adecuadas (con frecuencia sucede todo lo contrario), sino porque esas órdenes les son impartidas desde arriba a través de toda una escala de jerarquías, como si pasaran a través de una serie de máquinas, y al que se resiste a cumplirlas le cortan la cabeza.

Pero en el Archipiélago no sucede lo mismo con el recluso designado para mandar a otros reclusos. Toda aquella jerarquía de doradas charreteras no está detrás de él para sostenerlo y ratificar sus órdenes, y sus superiores serán los primeros en abandonarlo y pisotearlo tan pronto no sepas hacer cumplir esas órdenes con tus propias fuerzas, tu propio saber y entender. Y ¿en qué está ese saber? En el empleo de los puños, en el castigo por el hambre o en un conocimiento tan profundo del

Archipiélago, que tu orden le parezca al recluso la última oportunidad de salvar su vida.

Sólo podrás mandar a los reclusos, tus hermanos, cuando el frío polar se haya instalado en tus venas en lugar de la cálida sangre…

Precisamente por aquellos días empezaron a mandar a la cantera, como trabajo más duro, a un grupo de malhechores hasta entonces incomunicados en el sótano por haber estado en un tris de degollar al jefe del campo (ellos, claro, no tenían en realidad intención de degollarlo, no eran tan tontos como para eso; sólo querían asustarlo un poco, para que los mandaran de vuelta a la Presnia. Novyi Ierusalim les parecía un lugar sin ningún porvenir, donde sería difícil pillar un bocado de más). Los trajeron casi al final de mi turno. Se acostaron tranquilamente en la cantera, dejando desnudas las piernas, los cortos brazos regordetes, las prominentes barrigas tatuadas, el pecho, y se dedicaron a tostarse beatíficamente para compensar las horas pasadas en la humedad del calabozo. Me acerqué a ellos en mi uniforme de oficial, y muy correctamente les ofrecí iniciar el trabajo. El solecito los había puesto de buen talante, y por eso se limitaron a soltar una carcajada y a mandarme ya se sabe adónde… Yo me indigné, me ofusqué, y lo único que atiné a hacer fue alejarme. De haber estado en el Ejército, habría empezado por ordenar «¡de pie!»; pero aquí estaba bien claro que si alguno de ellos optaba por levantarse, iba a ser únicamente para hundirme un cuchillo entre las costillas Mientras me devanaba los sesos pensando qué hacer (todos los reclusos observaban la escena y en cualquier momento podían también dejar de trabajar), llegó el final de mi turno. Sólo gracias a esa circunstancia puedo hoy escribir esta investigación acerca del Archipiélago.

Akimov vino a remplazarme. Los malhechores seguían tostándose. Akimov les habló, luego les gritó una orden (quizás incluso «¡de pie!»), finalmente les amenazó con el jefe del campo. Se levantaron, corrieron tras él, lo despeñaron por la cantera y le destrozaron los riñones con una barra de hierro. Se llevaron a Akimov directamente al hospital carcelario del distrito, y así terminó su carrera de contramaestre, y tal vez su condena y su vida. (Lo más probable es que el director nos nombrara precisamente para hacerles de blanco a esos maleantes).

En cuanto a mi corta carrera en la cantera, duró algunos días más que la de Akimov, y en lugar de satisfacción sólo me causó un persistente desasosiego. A las seis de la mañana comenzaba mi martirio; yo entraba en la zona de trabajo con el corazón lleno de odio contra la cantera y contra el papel que me tocaba desempeñar en ella.

La fábrica de prensado húmedo y la cantera estaban unidas por un ferrocarril de vía estrecha. Allí donde terminaba la plataforma y las vías descendían hacia la zona de trabajo propiamente dicho, podía verse una cabria dispuesta sobre un tablado. Esa cabria de motor era una de las pocas maravillas de la mecanización en toda la fábrica. Durante todo el trayecto, en la cantera hasta la cabria, y luego desde la cabria hasta la fábrica, las vagonetas de arcilla las tenían que empujar personas. Sólo en esa cuesta

se las sacaba de la cantera la cabria. La cantera ocupaba un extremo de la zona fabril; era una superficie sembrada de tajos, que se ramificaban como barrancos entre los cuales quedaban montículos intactos. La arcilla se hallaba a flor de tierra y la cepa no era fina. Se hubiera podido, probablemente, tomar en profundidad, o en superficie a lo ancho, pero nadie sabía cómo hacerlo, nadie había trazado un plan de explotación, y todo lo dirigía el jefe de equipo del turno de la mañana, Barinov, un joven moscovita simpático y desenvuelto, que cumplía condena por delito común. Barinov explotaba la cantera simplemente donde le resultaba más cómodo, es decir, allí donde se podía extraer más trabajando menos. No se iba demasiado hondo, para que las vagonetas no tuvieran que subir después una cuesta muy empinada. En realidad era Barinov quien mandaba a aquellos dieciocho o veinte hombres, todos los que trabajaban durante mi turno en la cantera. Era el único auténtico jefe del turno; conocía a sus muchachos, les *daba de comer*, es decir, les conseguía buenas raciones, y decidía él mismo todos los días cuántas vagonetas había que despachar para que no hubiera ni pocas ni demasiadas. A mí me gustaba Barinov, y si nos hubiésemos encontrado juntos en la tarima de alguna cárcel, nos habríamos entendido muy bien. Bueno, y también nos habríamos entendido aquí, pero tenía que acercarme y reírnos juntos, que mira, el director me ha colocado de ladra-órdenes intermedio, y yo no tengo ni idea.

¡Pero mi educación de oficial me lo impedía! E intentaba tener con él una actitud severa, hacerme obedecer, aunque estaba claro no sólo para mí y para él, sino para todo el equipo, que yo era la misma clase de pegote que un instructor del distrito en época de siembra. Barinov, por su parte, estaba furioso de que le hubieran puesto a un Torito encima, y más de una vez me puso ingeniosamente en evidencia ante todo el equipo. Cuanto ordenara hacer yo, me demostraba en el acto que no se podía. En cambio, a grandes gritos de «¡Maestro! ¡Maestro!», me hacía correr por toda la cantera y me pedía instrucciones: que cómo quitar los rieles viejos y colocar unos nuevos; que cómo fijar en su eje una rueda que se había salido; que se ha estropeado la cabria, no tira, y ahora qué hacemos; o adónde llevamos a afilar las palas… Sus pullas debilitaban cada vez más mis ímpetus de mando; ya me sentía satisfecho cuando al comenzar el trabajo él mismo daba las órdenes a sus muchachos (cosa que no siempre sucedía) y me dejaba de importunar con sus molestas preguntas.

Entonces me alejaba despacito, me escondía de mis subordinados y de mis superiores tras los grandes montículos de tierra, me sentaba en el suelo y me quedaba quieto. Mi espíritu estaba aletargado por esos primeros días de campo. ¡Oh, aquello no era la cárcel! Las cárceles son alas. Las cárceles son cajas repletas de ideas. Tener hambre y discutir en la cárcel es sencillo, divertido. ¡Pero intenta tener hambre, trabajar y callar aquí diez años seguidos, sí, inténtalo! Una oruga de hierro ya me estaba atrayendo para devorarme… Yo me sentía impotente, no sabía cómo, pero deseaba apartarme a un ladito. Tomar aliento. Volver en mí. Levantar la cabeza y ver…

Allí, detrás del alambre de espino, al otro lado del pequeño valle, hay una colina. Arriba, un pueblecito, no más de diez casas. El sol naciente lo ilumina con sus plácidos rayos. ¡Está tan cerca de nosotros, y no tiene nada que ver con el campo…! (Aunque, en realidad, también es un campo, pero lo olvidas). Durante largo rato no se advierte allí el menor movimiento; después, una mujer pasa con un cubo; un chiquillo atraviesa corriendo la calle. Cantará un gallo, mugirá una vaca, todo lo oímos nítidamente en la cantera. Ladrará un cuzquillo, ¡qué voz tan amistosa!, ¡qué distinta de la de nuestros perros policía**[128]**!

Y con cada sonido que llega desde allí, con la misma inmovilidad de ese pueblo, mi alma se llena de íntima quietud. Y lo sé muy bien: si en este momento me dijeran: «¡Eres libre! Pero vivirás en este pueblo el resto de tus días. Renuncia a las ciudades y al mundo entero, a tus deseos ambiciosos, a tus convicciones, a la verdad… renuncia a todo eso y vive en este pueblo (¡pero de koljosiano no!), mira el sol cada mañana y escucha a los gallos… ¿Estás de acuerdo…?». No sólo estaría de acuerdo, sino: «¡Señor, mándame una vida como ésa! Siento que el campo no lo soportaré»…

Del otro lado de la fábrica, que en estos momentos me resulta invisible, por la línea de Rjev traquetea un tren de pasajeros. En la cantera gritan: «¡El enchufado!». Aquí cada tren es un conocido; por ellos cuentan el tiempo. El «enchufado» señala las nueve menos cuarto, y a las nueve traerán del campo, por separado, sin turnos, a los *enchufados*: oficinistas y directivos. El tren preferido es el de la una y media, el *cantinero*, porque poco más tarde termina nuestro turno y vamos a comer.

Junto con los enchufados, o a veces antes —si extraña mucho el trabajo—, conducen a la fábrica, bajo escolta especial, a mi superior inmediato, una reclusa, Olga Petrovna Matronina. Yo suspiro, salgo de mi escondite, y sigo las vías hasta la fábrica de prensado húmedo, a presentar mi informe.

La fábrica de ladrillos entera consta de dos talleres: el de prensado en seco y el de prensado húmedo. Nuestra cantera trabaja solamente para el prensado húmedo, y el director del prensado húmedo es Matronina, ingeniero en silicatos. Qué tal es como ingeniero, no lo sé, pero agitada y terca sí es. Es de esos inflexibles bien pensantes, a unos pocos de los cuales conocí en las celdas (también son pocos en general), pero a cuya altura cimera no supe mantenerme. Le han dado 8 años por el OSO, según el artículo-sigla MF, como miembro de la familia de un fusilado, y ahora está cumpliendo sus últimos meses. Ciertamente, durante toda la guerra no habían liberado a un solo político, y a ella misma la iban a retener hasta la famosa Resolución Especial. Pero ni eso logra ensombrecer su estado de ánimo: ella sirve al Partido, y no importa que sea en libertad o dentro del campo. Como sacada de un museo. Lleva atado en la cabeza un pañuelo de color rojo, solamente rojo, a pesar de que ya tiene más de cuarenta años (esos pañuelos no los usa en el campo ni una sola chiquilla reclusa, ni una sola libre del Komsomol). No siente ningún tipo de rencor ni por el fusilamiento del marido ni por los ocho años que le ha tocado estar encerrada. Todas esas injusticias, según ella, son obra de algunos secuaces aislados de Iagoda o

de Iezhos, pero desde que tenemos al camarada Beria, todas las detenciones son justas. Al verme con el uniforme de oficial soviético, apenas nos conocimos me espetó: «¡Los que me encerraron aquí pueden convencerse ahora de mi ortodoxia!». Poco antes ha enviado una carta a Kalinin, cuyo contenido cita a todos los que quieren o tienen que escucharla: «Los largos años de mi condena no han quebrantado mi voluntad de luchar por el poder soviético, por la industria soviética».

Sin embargo, cuando Akimov vino a informarla de que los maleantes no le obedecían, no fue a explicarles ella misma a esos *socialmente allegados* cuán perjudicial resultaba su conducta para la industria, sino que lo llamó al orden a él: «¡Pues hay que obligarlos! ¡Para eso le han nombrado!». Y cuando hubieron apaleado a Akimov, no continuó la lucha, sino que escribió al campo: «No nos manden más ese contingente». Tampoco le preocupaba el hecho de que las muchachas de su taller trabajaran ocho horas como autómatas: las ocho horas ininterrumpidas de movimientos exactamente iguales, exactamente iguales, en cadena. «No podemos hacer nada —decía—; hay sectores mucho más importantes que mecanizar».

Ayer sábado corrió el rumor de que hoy tampoco nos darían el domingo libre (como, efectivamente, no nos lo dieron). Las muchachas autómatas la rodearon, como una bandada de pájaros, piando apesadumbradas: «¡Olga Petrovna, ¿es cierto que mañana tampoco nos darán el domingo?! ¡Ya van tres seguidos! ¡Si la guerra ha terminado!». Ella alzó indignada su sombrío perfil seco, de seco indefinido, bajo el pañuelo rojo: «¡Niñas! ¡¿Qué demonio vamos a tener, si en Moscú las obras están paradas por falta de ladrillos?!». (Es decir, no tenía naturalmente la menor idea de a qué obras iban nuestros ladrillos, pero con su mirada interna veía una enorme obra universal que dependía exclusivamente de la labor de aquel domingo, y las muchachas tenían la bajeza de querer un día para lavar su ropa)…

Matronina me necesitaba para *duplicar* la cantidad de vagonetas de nuestro turno. No había hecho el menor cálculo de las fuerzas de nuestros obreros, ni del estado de las vagonetas, ni de la capacidad de absorción de la fábrica: simplemente exigía: «¡Duplique!». (Y ¿cómo iba a lograr eso un hombre que no entendía una sola palabra de canteras ni de arcillas? Únicamente a fuerza de puños)… Yo no dupliqué nada, bajo mi dirección la producción no varió ni en una vagoneta, y Matronina, sin piedad, me llamaba de todo en presencia de Barinov y de los obreros, sin lograr abarcar en su cabeza de mujeruca lo que sabe hasta el último sargento: no se puede insultar ni a un cabo ante un soldado. Hasta que un buen día, reconociendo mi total y absoluto fracaso en la cantera, es decir, mi incapacidad para *dirigir*, me presento ante Matronina y, con la máxima suavidad de que soy capaz, le ruego:

—Olga Petrovna, yo soy un buen matemático, cuento rápido. Oí decir que en el taller necesita usted un tenedor de libros. ¡Tómeme!

—¿Un tenedor de libros? —se indigna ella; su rostro rugoso se ensombrece aún más y las puntas del pañuelo rojo se le pasan a la nuca—. De tenedor pondré a

cualquier chiquilla; lo que necesitamos son *comandantes de producción*. ¿Cuántas vagonetas le han faltado en cada turno? ¡Fuera de aquí!

Y, cual novísima Palas Atenea, con un amplio gesto de su mano abierta me manda de vuelta a la cantera.

Luego a los dos días se suprime el puesto mismo de maestro de cantera, y me degradan. Pero no simplemente, sino con saña. Matronina llama a Barinov y ordena:

—¡A éste dale un pico y no le quites los ojos de encima! ¡Que despache seis vagonetas por turno! ¡Que *pique*!

Y, allí mismo, con ese uniforme de oficial del cual tanto me enorgullecía, me voy a cavar arcilla. Barinov se divierte: había previsto mi caída.

De haber entendido mejor el tenso lazo oculto que une todos los acontecimientos en el campo, ayer mismo habría podido prever cuál iba a ser mi suerte. En el comedor de Novyi Ierusalim había una ventanilla especial para «Personal Ingeniero y Técnico» (PIT), donde les daban su alimento a los ingenieros, administrativos… y zapateros. Después de nombrado maestro de cantera y asimilando las costumbres del campo, me dirigía a esa ventanilla y exigía mi ración. Las cocineras vacilaban, decían que yo no figuraba aún en la lista del PIT, pero terminaban dándome cada vez, luego hasta sin decir nada, de modo que yo mismo me convencí de que estaba en la lista. Pero más tarde, al reflexionar, comprendí que yo era entonces para la cocina un individuo poco definido: recién llegado, promovido inmediatamente a un cargo, vestido de militar, dándome tono… Semejante personaje aún llegaría cualquier día a jefe de tareas, o a jefe de administración, a médico (¡todo es posible en el campo!), y entonces ellos estarán en mis manos… Y a pesar de que, de hecho, la fábrica me tenía a prueba y no me habían incluido en ninguna lista, la cocina me daba de comer por si acaso. Pero, veinticuatro horas antes de mi caída, cuando ni la fábrica sabía nada, la cocina del campo ya estaba enterada y me dio con la ventanilla en las narices: había resultado ser un *fráier*[dc] barato. ¡En ese pequeño episodio se resume todo el espíritu de los campos!

Este deseo, tan común en el ser humano, de distinguirse por la vestimenta, en realidad nos descubre, sobre todo, ante las perspicaces miradas del campo. Creemos vestirnos, y en realidad nos desnudamos, mostramos la hilacha. Yo no me daba cuenta de que mi uniforme militar equivalía al pañuelo rojo de Matronina. Y el ojo que nunca duerme avistó eso desde su escondite. Y me mandó buscar. «El teniente quiere hablarle, aquí, en el cuarto de al lado».

El joven teniente tiene unos modales muy agradables. En aquel cuarto confortable y limpio sólo estamos él y yo. Luce el sol al ponerse, el viento agita la cortina. Me ofrece un asiento y me propone, ¡vaya uno a saber por qué!, escribir mi biografía. ¡No podía habérseme hecho proposición más lisonjera! Después de las actas de la instrucción, en que sólo me cubría de barro; después de la humillación de los coches celulares y de las cárceles de tránsito; después de la escolta y de los carceleros; después de los maleantes y enchufados que se negaron a ver en mí a un excapitán de

nuestro glorioso Ejército Rojo, después de todo eso me encuentro de pronto sentado a una mesa, y sin que nadie me zarandee, bajo la benévola mirada de un simpático teniente, escribo con una tinta que tiene exactamente el espesor deseado, en un hermoso papel liso, de los que no hay en el campo, que he sido capitán, que he estado al mando de una batería, que tengo la medalla de tal y de cual… Y por el solo hecho de escribirlo, siento como si estuviera recuperando mi personalidad, mi «yo»… (¡sí, mi sujeto gnoseológico «yo»! Y, sin embargo, tengan en cuenta que yo era paisano universitario y en el Ejército sólo un ave de paso. ¡Imaginemos entonces cuán enraizado debe de estar en un militar de carrera el exigir que se le respete!). Y el teniente, después de haber leído mi autobiografía, estuvo totalmente satisfecho: «¿De modo que es usted un auténtico ciudadano soviético, verdad?». ¡Pues, por supuesto, pues, cómo no, faltaría más! ¡Qué agradable es resurgir del fango y del polvo y volver a ser un auténtico ciudadano soviético! Es medio estar en libertad.

El teniente me pidió que pasara por su despacho a los cinco días. No obstante, en el transcurso de esos cinco días tuve que separarme de mi uniforme, porque era absurdo cavar la arcilla vestido de militar. De modo que metí mi guerrera y mi pantalón en mi maleta, y en el almacén del campo recibí unos harapos remendados, desteñidos, que parecían haber estado un año en el cubo de la basura. Aquél fue un paso importante, aunque entonces todavía no me daba cuenta de esa importancia. No poseía aún el alma del recluso, pero ya estaba empezando a cubrirme con su piel. Completamente rapado, muerto de hambre y acosado por mis enemigos, sólo me faltaba adquirir dentro de poco su mirada falsa, desconfiada, atenta al menor detalle…

Con esa traza volví, a los cinco días, a presentarme ante el delegado de operaciones, todavía sin entender qué se traía entre manos, pero no lo encontré allí. Dejó definitivamente de aparecer por el campo. (Él ya sabía, y nosotros todavía ignorábamos, que dentro de una semana nos iban a disolver, y a Novyi Ierusalim, en lugar de nosotros, traerían alemanes). Así evité ver al teniente.

Estuvimos dándole vueltas con Gammerov e Ingal: ¿para qué me habría hecho escribir aquella biografía? ¡Chiquillos que éramos, no nos percatamos de que era la primera garra que el ave de presa introducía en nuestro nido! Sin embargo, estaba tan claro: con el último contingente han llegado tres jóvenes que están todo el rato comentando, discutiendo entre ellos de algo, y uno de ellos, el moreno, regordete, hosco, el del bigotito, ese que se ha acomodado en administración, resulta que no duerme de noche y se pasa las horas sentado en su tarima escribiendo, escribiendo, y ocultando lo que escribe. Naturalmente, se puede mandar a arrancarle eso que esconde, pero, para no alarmarlo, es mucho más sencillo averiguarlo todo por intermedio del otro, de ese que se pavonea en uniforme. Se ve que es del Ejército, que es ciudadano soviético y que ayudará a la vigilancia ideológica.

Zhora Ingal, cuya labor diurna no le cansa, se ha propuesto, efectivamente, no dormir las primeras horas de la noche, para preservar así la independencia de su

espíritu creador. Sentado en la parte superior de la *vagonka* libre de colchón, de almohada y de mantas, envuelto en su chaqueta acolchada y con los zapatos puestos (calor no hace, son noches de otoño), Ingal observa su hoja con expresión reconcentrada, mientras mordisquea el lápiz, las piernas extendidas sobre la tabla y la espalda apoyada contra la pared. (¡La peor actitud que se puede adoptar en un campo! Pero ni él ni nosotros entendemos hasta qué punto eso se ve y se vigila)…

Pero a veces se abandona al simple cansancio y escribe simplemente cartas. Su mujer, de veintitrés años, todavía no ha gastado los zapatos que calzaba para ir con él este invierno al Conservatorio, y ya lo ha abandonado: cuestionarios, mancha en el apellido, y que quiere vivir. Escribe a otra mujer a la que llama «hermanita», ocultándose a sí mismo y a ella, que la ama o que está dispuesto a amarla (pero también esa otra mujer está a punto de casarse). Ingal sabe escribir así:

«¡Querida hermanita mía! Escucha con todo tu ser los maravillosos presentimientos de la Humanidad, Haendel, Chaikovski, Debussy… Yo también soñaba en convertirme en un presentimiento, pero el reloj de mi vida se detuvo»…

O más simple:

«Durante todos esos meses te has vuelto mucho más valiosa para mí. He comprobado que existen muchos hombres verdaderos, y desearía que tu marido fuera él también un hombre verdadero».

O también:

«Andaba a tientas por la vida, tropezando, y me buscaba a mí mismo… Hay una luz vivísima en la habitación, y nunca vi tinieblas más oscuras. Pero sólo aquí me he encontrado a mí mismo y he encontrado mi destino, esta vez no en los libros. Y ¿sabes, pajarito? Nunca me he sentido tan optimista como ahora. Ahora sé firmemente que no hay nada en la vida más precioso que la idea a que sirves. Y además ahora ya sé cómo escribir, y qué debo escribir: eso es lo principal**[129]**».

Entretanto, escribe de noche y esconde de día su novela sobre *El Campesino*, republicano español con el que estuvo en la celda y al que admira por su solidez campesina. En cuanto a la suerte del *Campesino* es bien sencilla: después de haber perdido su guerra contra Franco, se refugió en la Unión Soviética, donde con el tiempo acabó en la cárcel**[130]**.

Ingal no es un ser cálido, uno no se siente espontáneamente impulsado a hacerle confidencias (termino de escribir esas palabras y pienso: ¿acaso era yo un ser cálido…?). Pero su firmeza es ejemplar. ¡Escribir en un campo…! Ahí trataré de llegar yo también, si no perezco antes. Entretanto, deambulo agotado por mis primeros días de extractor de arcilla. En una serena noche de Septiembre, Boris y yo encontramos tiempo sólo para sentarnos un rato en un montón de escoria en la antezona.

Del lado de Moscú, a sesenta kilómetros, el cielo se ilumina con salvas: es la «fiesta de la victoria sobre el Japón». Pero triste y mortecina es la luz de los faroles de nuestra zona; rojiza y hostil la que sale de las ventanas de la fábrica. Y en fila

misteriosa, como los años y los meses de nuestra condena, se pierden a lo lejos los faroles de los postes que bordean nuestra amplia zona fabril.

Gammerov ha rodeado sus rodillas con los brazos. Delgado, sacudido por la tos, recita:

Durante treinta largos años
cobijé en mí el amor a mi tierra.
¿Vuestra indulgencia? Podéis guardárosla,
yo no la espero[dd]*…*

Ni la deseo.

* * *

«¡Han traído fascistas! ¡Han traído fascistas!», así gritaban no sólo en Novyi Ierusalim… A finales del verano y durante todo el otoño de 1945, sucedía lo mismo en todas las islas del Archipiélago. Nuestra llegada, la llegada de los *fascistas*, despejaba el camino de la libertad a los delincuentes comunes. Se habían enterado de su amnistía ya el 7 de julio, y desde entonces los habían fotografiado, les habían preparado sus certificados de liberación, sus haberes en Administración, pero primero un mes, según dónde otro, según dónde un tercero, los reclusos amnistiados se consumían tras sus odiosas alambradas, ¡porque no había quien los remplazara!

¡NO HABÍA QUIEN LOS REMPLAZARA! ¡Y nosotros, ciegos, aún habíamos tenido la osadía, toda la primavera y todo el verano, de esperar la amnistía! ¡Que Stalin *se apiadara de nosotros*…! ¡Que «para celebrar la Victoria»…! Que, tras habernos dejado de lado en su primera amnistía de julio, iba a anunciar una segunda especial para políticos… (Hasta contaban detalles: la amnistía ya está lista, *sobre el escritorio de Stalin*, sólo falta su firma, pero está de vacaciones. El pueblo incorregible esperaba una auténtica amnistía, el pueblo incorregible creía)… Pero, y si nos indultan, ¿quién bajará a las minas? ¿Quién saldrá al bosque con sierras? ¿Quién cocerá los ladrillos y construirá muros? Stalin había conseguido crear un sistema tal, que al menor gesto magnánimo de su parte, el país entero se vería sumido en la peste, en el hambre, en la desolación, en la ruina.

«¡Han traído fascistas!». Los delincuentes comunes, que siempre nos habían mirado con odio o con repugnancia, lo hacían ahora casi con amor, porque íbamos a relevarlos. Y esos mismos prisioneros que habían aprendido durante su cautiverio en Alemania que no existe sobre la faz de la Tierra nación más despreciada, más abandonada, más extranjera y más inútil que la rusa, ahora, al saltar a tierra rusa de los vagones rojos y camiones, descubrían que incluso en medio de ese pueblo de parias eran ellos la tribu más miserable y desdichada.

Así fue aquella gran amnistía estaliniana, «sin igual en la historia del mundo». Y, en efecto, ¿dónde había visto el mundo una amnistía ¡que no abarcara a los

políticos!?[131]

Salían «limpios» todos los que habían desvalijado viviendas; desvestido a transeúntes; violado jovencitas; pervertido menores; timado compradores; mutilado indefensos; cazado y pescado furtivamente; practicado la poligamia; la extorsión; el cohecho; todos los que habían cometido estafas, calumnias, falsas denuncias (bueno, a ésos tampoco los metían; era una precaución para el futuro); a todos los traficantes de drogas, proxenetas y culpables de muertes por ignorancia o descuido (simplemente hojeo los artículos del Código que caían bajo la amnistía, no es ninguna figura retórica).

Y luego le exigen al pueblo moral y buenas costumbres.

Reducían a la mitad las condenas de los dilapidadores, falsificadores de documentos y de cartillas de racionamiento, especuladores y ladrones del Estado (por el bolsillo del Estado Stalin ya se enfadaba).

¡Pero nada les dolía tanto a los excombatientes y los exprisioneros de guerra como el *perdón general* concedido a los *desertores* de los años de guerra! Todos los cobardes que huyen de filas, que abandonaron el frente, que no se habían presentado a los puestos de reclutamiento, que durante largos años vivieron escondidos en un pozo del huerto de la madre, en sótanos, entre la estufa y la pared (¡siempre en casa de la madre!, de sus esposas los desertores, por regla general, no se fiaban), sin pronunciar una sola palabra durante años enteros, transformados en una especie de bestia deforme e hirsuta, todos ellos, por el solo hecho de ser capturados o de presentarse espontáneamente el día de la amnistía, se transformaban automáticamente en ciudadanos soviéticos sin antecedentes, ¡limpios de toda mancha! (¡Aquí es donde se comprueba la prudencia del viejo dicho: «Huir será feo, pero saludable»…!).

En cambio, para los que no habían cejado, los que no se habían acobardado, los que habían hecho frente al fuego por su patria y lo habían pagado con el cautiverio, ¡para ésos no había perdón, así lo entendía el comandante en jefe!

¿Será que los desertores traían a Stalin toda una serie de cálidos recuerdos personales? ¿Tal vez recordaba su propia aversión al servicio de soldado raso, su lastimoso enrolamiento en el invierno de 1917? ¿O quizá pensaba que su gobierno no tenía nada que temer de los cobardes, sólo de los valientes? Porque aun desde el punto de vista de Stalin parecía absurdo no perdonar a los desertores: así enseñaba a su pueblo el sistema más seguro y sencillo de salvar su pellejó en una próxima guerra[132].

En otro libro[de] ya conté la historia del doctor Zubov y de su mujer. La abuela había cobijado bajo su techo a un desertor de paso, que luego los denunció por lo cual cada uno de los esposos recibió DOS DUROS por el artículo 58. El Tribunal vio su culpa no tanto en el hecho de ocultar a un desertor, como en el carácter *desinteresado* de ese acto: no era pariente suyo, ¡luego había ánimo antisoviético! La amnistía estaliniana puso en libertad al desertor antes de que hubieran pasado tres años, cuando el hombre había olvidado ya aquel insignificante episodio de su existencia.

¡Pero muy distinta fue la suerte de los Zubov! Cada uno de ellos pasó sus diez años completos en los campos (de los cuales cuatro en *especiales*), más cuatro de confinamiento (sin condena alguna); si los liberaron, fue simplemente porque levantaron todos los confinamientos, pero no les cancelaron los antecedentes ni entonces, ni a los *dieciséis*, ni siquiera a los *diecinueve* años del suceso, por lo cual no pudieron volver a su casa en las afueras de Moscú, a terminar en paz los últimos días de su existencia[133].

¡Ésas son las cosas que teme, y esas otras las que no teme, la rencorosa, vengativa, irrazonable Ley!

Después de la amnistía, se pusieron a pintar, a pintar los pinceles de la Sección Educativo-Cultural, y cubrieron las paredes y arcos de los campos de eslóganes, como en son de burla: «En agradecimiento por la más generosa de las amnistías, respondamos a nuestro partido y a nuestro Gobierno duplicando la productividad».

Los amnistiados habían sido los criminales y los comunes[df], ésos se iban, y debían responder duplicando los políticos… Oh, sentido del humor, ¿cuándo en la Historia has iluminado a nuestros dirigentes?

Con nuestra llegada, de los «fascistas», comenzaron a producirse diariamente las liberaciones en Novyi Ierusalim. Esas mujeres que todavía la víspera veías por la zona, feas, desgreñadas, la boca llena de obscenidades, de pronto míralas transformadas, lavadas, peinadas, con unos vestidos a lunares o a rayas sacados de no se sabe dónde, la chaqueta bajo el brazo, yéndose modosamente a la estación. ¿Acaso en el tren, se podrá suponer la maestría con que sabe modular los peores insultos?

Y ahora salen por el portón los malhechores y los *medias tintas* (sus imitadores). Esos no dejan atrás sus modales desenvueltos: hacen muecas, gesticulan, bailan, saltan, gritan, y sus amigos les gritan a ellos desde las ventanas. Los guardias no los molestan; a los *urkas* todo se les permite. Uno de ellos, no desprovisto de ingenio, coloca su maleta de pie, se encarama a ella y, ladeando el gorro, apartando los faldones de la chaquetilla, *recogida* en algún campo de tránsito o ganada a las cartas, da una serenata de despedida al campo, acompañándose con la mandolina. Canta no sé qué tontería ladronesca. Carcajadas.

Los liberados aún siguen largo rato por el caminito que bordea el campo, luego por la campiña, y el alambre de espino no nos tapa la vista. Hoy mismo, estos ladrones pasearán por las avenidas de Moscú, quizá ya a la semana hagan un *princo* (limpien un piso), o desnuden en una calle nocturna a tu esposa, a tu hermana o a tu hija.

Entretanto, vosotros, fascistas (y Matronina, otro fascista), duplicad la productividad.

* * *

A raíz de la amnistía faltaba mano de obra en todas partes por lo que se pasaba la poca que quedaba de un puesto a otro. Por poco tiempo me «lanzaron» de la cantera al taller. Allí tuve ocasión de admirar la mecanización de Matronina. Había para todos, pero la que más asombrosamente trabajaba era una muchachita, una auténtica heroína del trabajo, aunque no convenía para el periódico. Su cargo, su función en el taller no tenía ninguna denominación, pero podía haberse llamado «la colocadora de arriba». Al lado de la cinta transportadora que traía de la prensa los ladrillos húmedos cortados (recién amasados de arcilla fresca, son pesadísimos) había dos muchachas, la colocadora de abajo y la servidora. Esas no tenían que inclinarse, sólo girar el torso, y ni siquiera demasiado. Pero la colocadora de arriba, encaramada cual reina del taller sobre su pedestal, debía sin interrupción: inclinarse, recoger el ladrillo húmedo puesto a sus pies por la servidora; alzarlo hasta la altura de su cintura o incluso sus hombros sin que se le deshaga; girar el busto en ángulo recto, sin variar la posición de las piernas (a veces a la derecha, a veces a la izquierda, según la vagoneta que se estuviera cargando), y ordenar los ladrillos en cinco estantes de madera a razón de doce por estante. Sus movimientos no conocían interrupción, descanso ni cambio; eran ejecutados a un rápido ritmo gimnástico, y así durante las ocho horas del turno, salvo que se estropeara la prensa. Los ladrillos afluían sin cesar: la mitad de toda la producción por turno. Abajo, las muchachas se turnaban de puesto, pero a ella, nadie la relevaba en las ocho horas. Después de cinco minutos de semejante trabajo, de tanto agachón y tanto giro, todo le debería dar vueltas. Pues durante el primer medio turno, la muchacha aún sonreía (no se podía hablar por el estrépito de la prensa); a lo mejor le gustaba estar expuesta así, sobre su pedestal, como una reina de belleza, mostrando a todos, bajo la falda, recogida, sus macizas piernas desnudas, sus pies descalzos y la agilidad de su talle, digno de una bailarina.

Por ese trabajo le asignaban la más sustanciosa ración del campo: un suplemento de 300 gramos de pan (total al día, 850) y para cenar, además de la consabida sopa negra de ortigas, *tres stajanovianas*, es decir, tres míseras porciones de sémola con agua, y encima tan escasas, que apenas si llegaban a cubrir el fondo de la escudilla de barro…

«Nosotros trabajamos por dinero, y vosotros, por pan; eso no es ningún secreto», me dijo un obrero libre, un mugriento mecánico que había venido a arreglar la prensa.

A mí me tocaba conducir las vagonetas de recepción al secadero, en compañía del manco Punin, originario del Altai. Eran como altas torretas, inestables, porque con diez estantes de doce ladrillos el centro de gravedad quedaba altísimo. Y aquel engendro ondulante, vacilante como una estantería cargada de libros, había que tirarlo de una agarradera de hierro por unos rieles rectos; montarlo sobre una plataforma rodante, sujetarlo firmemente encima; arrastrar la plataforma por otra recta a lo largo de las cámaras de secado. Una vez llegados ante la cámara correspondiente, había que bajar la vagoneta de la plataforma, volver a cambiar la dirección y empujar dentro de la cámara. Cada cámara era un largo y estrecho pasillo, a lo largo de cuyas paredes se

extendían diez ranuras y diez planchuelas. Había que empujar rápidamente la vagoneta al fondo sin que se desvíe, mover una palanca, depositar los diez estantes de ladrillos sobre las diez planchuelas, liberar los diez brazos de hierro y volver en seguida atrás con la vagoneta vacía. Según parece, todo ese invento era alemán, del siglo pasado (la vagoneta llevaba un apellido alemán), pero según los alemanes no sólo los rieles habían de sostener la vagoneta, sino también el suelo bajo ellas al carretillero, en tanto que aquí las tablas estaban podridas, medio rotas, metía el pie y me hundía. Seguramente, en principio también estaría prevista una adecuada ventilación de las cámaras; pero las nuestras no la tenían, y mientras yo me afanaba en la colocación (mi vagoneta siempre se desviaba; los estantes se enganchaban, encajaban mal; los ladrillos húmedos se me desplomaban sobre la cabeza), tenía, además, que tragar el tufo de óxido de carbono, que me irritaba la tráquea.

De modo que no lo sentí demasiado cuando volvieron a mandarme a la cantera. Ahora escaseaban los extractores de arcilla, también ellos se iban liberando. Boris Gammerov también fue destinado a la cantera, y nos pusimos a trabajar juntos. La norma ya se sabía: en un turno cavar, cargar y empujar hasta la cabria seis vagonetas (seis metros cúbicos) de arcilla por persona. Para dos eran doce. Nosotros, con tiempo seco, apenas si llegábamos a cinco entre ambos. Pero entonces empezó a caer una fina llovizna otoñal. Un día, dos días, tres días, sin viento, caía sin arreciar y sin cesar. No era torrencial, y a nadie se le ocurriría interrumpir los trabajos de exterior. «¡En la obra no llueve nunca!», era otro famoso lema del GULAG. Pero es que en Novyi Ierusalim tampoco da chaquetas acolchadas, y nos debatimos y embarrizamos en la cantera rojiza bajo esa llovizna continua con nuestros viejos capotes del frente, que al tercer día han absorbido al menos un cubo de agua. Tampoco nos dan calzado, y echamos a perder en la arcilla líquida, nuestro último par de botas militares.

El primer día aún tenemos ánimos para bromear.

—¿No crees, Boris, que el barón Tusenbach[dg] nos habría envidiado muchísimo en estos momentos? ¡Tanto que soñaba con trabajar en una fábrica de ladrillos! ¿Recuerdas cómo decía? ¡Trabajar como para luego volver a casa, desplomarse rendido y dormirse en seguida! Bueno, daría por sentado que tendría un secadero para la ropa, una cama y una comida caliente de dos platos…

Pero acarreamos un par de vagonetas, y, golpeando rabiosamente la pala contra el borde de la siguiente (la arcilla se desprende mal), ya digo más irritado:

—Y dime, ¿por qué diablos no podían esas tres hermanas quedarse donde estaban? ¿Es que las sacaban los domingos con sus alumnos a recoger chatarra? ¿Es que les exigían cada lunes un resumen de las «Sagradas Escrituras[dh]»? ¿Es que las metían a jefe de estudios de gratis? ¿Es que las mandaban por las barriadas con la campaña de alfabetización?

Y tras otra vagoneta:

—¡Si no dicen todos más que tonterías! ¡Trabajar, trabajar, trabajar…! ¡Pues que trabajen, demonios, ¿quién se lo impide?! ¡Qué vida tan hermosa sería…! ¡Eso! ¡Qué

vida! ¡Os metía yo con perros policías en esa vida tan hermosa, os enterabais…!

Boris es más débil que yo; apenas si puede mover la pala con tanta arcilla pegada; apenas si puede alzarla hasta el borde de la vagoneta… A pesar de todo, el segundo día trata de mantenernos al nivel de Vladimir Soloviev. También se me ha adelantado en eso: ¡cuánto Soloviev ha leído ya! Yo, en cambio, ni una línea, por culpa de mis funciones en Bessel.

Lo que recuerda, me lo dice, y yo intento recordarlo, pero no creo, no está la cabeza para eso ahora.

No, pero con todo, ¿cómo conservar la vida y aun alcanzar la verdad? ¿Y por qué es necesario llegar a tocar fondo en los campos para comprender la propia miseria?

Dice:

—Vladimir Soloviev enseñaba a alegrarse de la muerte. Peor que aquí no será.

Es verdad…

Cargamos lo que podemos. ¡Está bien, que nos den la ración disciplinaria, el diablo se los lleve a todos! Matamos el día y nos llevan de vuelta al campo. Allí no nos espera nada agradable: tres veces al día la misma infusión negruzca de hojas de ortiga, sin sal, más una vez un cucharoncillo de polenta, un tercio de litro. El pan ya nos lo han cortado, nos dan 450 gramos por la mañana, y al mediodía y de noche, ni una miga. Y siguen poniéndonos en fila bajo la lluvia para pasar lista. Y seguimos durmiendo sobre las tablas desnudas de nuestras tarimas, sin quitarnos la ropa húmeda, embadurnados de arcilla, y tiritando, porque las barracas no tienen calefacción.

Y al día siguiente sigue y sigue cayendo la misma fina llovizna. La cantera está hecha un barrizal, allí nos empantanamos. Por más que cojas en la pala, por más que la golpees contra el borde, la arcilla no se desprende. Cada vez hay que estirarse y hacerla caer con la mano de la pala a la vagoneta. Entonces nos damos cuenta de que estamos trabajando de más, tiramos las palas y empezamos a recoger la arcilla que nos chapotea bajo los pies y a tirarla a la vagoneta simplemente con las manos.

Boris tose; en los pulmones le queda todavía un fragmento del obús de un tanque alemán. Está delgado y amarillo; la nariz, las orejas y los huesos faciales se perfilan como los de un cadáver. Lo miro detenidamente y me pregunto si llegará a terminar el invierno en el campo.

Aún tratamos de evadirnos de la realidad y de vencerla con el pensamiento. Pero la filosofía y la literatura ya no nos salen. Hasta los brazos se nos han vuelto pesados como palas, y cuelgan. Boris propone:

—No, hablando se van muchas fuerzas. Vamos a callar y pensar con provecho. Por ejemplo, escribir versos. Mentalmente.

No puedo dejar de estremecerme: ¿será posible que en estos momentos sea aún capaz de escribir versos? ¡La sombra de la muerte, pero también la sombra de qué tenaz talento aletea sobre su frentecita amarillenta[134]!

Así que callamos y recogemos arcilla con las manos. Sigue lloviendo… Y no sólo no nos retiran de la cantera, sino que llega Matronina, los ojos echando chispas (un mantón oscuro cubre su cabeza roja), y desde lo alto del tajo señala con el brazo al jefe del equipo diversos puntos de la cantera. Nos llega: hoy no quitan el equipo al final del turno a las dos, sino que nos tendrán en la cantera hasta que cumplamos la norma. Entonces nos darán almuerzo y cena juntos.

En Moscú, las obras están paradas por falta de ladrillos…

Pero Matronina se va, y la lluvia arrecia. Por todas partes se forman charcos de un color rojizo claro, en la arcilla y en nuestra vagoneta. Las cañas de nuestras botas se han vuelto completamente rojizas; nuestros capotes están llenos de manchas rojas. Tenemos las manos agarrotadas de la arcilla fría, ya ni con ellas podemos tirar nada a la vagoneta. Dejamos, pues, esa inútil ocupación, nos encaramamos arriba, sobre la hierba, nos sentamos, inclinamos la cabeza y levantamos sobre la nuca el cuello de nuestro capote.

Vistos desde fuera, dos piedras rojizas en medio del campo.

En alguna parte hay coetáneos nuestros estudiando en Sorbonas y Oxfordos, jugando al tenis en sus extensos asuetos, discutiendo problemas mundiales en sus cafés estudiantiles. Ya se editan, exponen cuadros. Rebuscan nuevas maneras de desfigurar el mundo insuficientemente original que los rodea. Se enfadan con los clásicos, que han agotado temas y argumentos. Se enfadan con sus Gobiernos y con sus reaccionarios que no quieren comprender ni imitar el experimento tan progresista de los soviets. Prodigan entrevistas en los micros de los radio reporteros, deleitándose con su propia voz, explican con coquetería lo que *quisieron* decir en su último o su primer libro. Opinan con segura autoridad de todo lo divino y humano, y muy en particular, del bienestar y suprema justicia que reinan en nuestro país. Tan sólo al llegar a viejos, al componer enciclopedias, se extrañarán de no encontrar un solo nombre ruso digno bajo nuestras letras; bajo todas nuestras letras…

La lluvia nos azota la nuca; un estremecimiento recorre nuestra espalda mojada.

Miramos alrededor. Vagonetas volcadas o a medio cargar. Todos se han ido. Ni un alma en toda la cantera, ni en toda la campiña tras la zona. A través de una cortina gris se divisa nuestro anhelado pueblecito y hasta los gallos se han metido todos bajo techo…

Nosotros también recogemos las palas, no sea que nos las quiten —están inscritas a nuestro nombre—, y arrastrándolas como pesadas carretillas, rodeamos la fábrica de Matronina, para ir a protegernos bajo un cobertizo, donde, alrededor de los hornos «Hoffmann» para cocer ladrillos, serpentean galerías desiertas. Hay corrientes de aire y hace frío, pero no llueve. Nos metemos en el polvo, bajo una bóveda de ladrillos, y nos quedamos sentados.

No lejos de allí hay un gran montón de carbón. Dos reclusos andan hurgando en él; buscan algo con animación. Cuando lo encuentran, lo prueban con los dientes y lo

guardan en una bolsa. Luego se sientan y se comen sendos trozos de ese algo gris negruzco.

—¡Eh, muchachos! ¿Qué coméis?

—Arcilla marina. El médico no la prohíbe. No hace ni mal ni bien. Pero si a la ración le añades un kilo al día, quedas como repleto… Venid a buscar, aquí en el carbón hay mucha…

Así la cantera no cumple la norma ni al anochecer. Matronina ordena que nos dejen allí toda la noche. Pero se apagan todas las luces, la zona queda a oscuras y llaman a todo el mundo al puesto de guardia. Dan la orden de cogernos del brazo y, con escolta reforzada, entre ladridos e insultos, nos conducen a la zona de vivienda. Todo está negro. Avanzamos sin saber si pisamos sólido o líquido, chapoteamos, tropezamos, damos tirones unos de otros.

La zona de vivienda también está a oscuras; sólo un fuego rojizo, infernal, arde bajo el hornillo de «cocción individual». Y en el comedor, dos lámparas de petróleo iluminan la ventanilla de distribución. Imposible leer el eslogan, imposible distinguir en la escudilla la doble porción de lavazas de ortigas; las sorbemos a ciegas con los labios.

Y mañana será igual, y los demás días también: seis vagonetas de arcilla roja, tres escudillas de lavazas negras. En la cárcel teníamos la impresión de debilitarnos, pero aquí es mucho más rápido. Como si algo resonara dentro de nuestra cabeza. Se acerca esa agradable debilidad, cuando resulta más fácil ceder que luchar.

En los barracones la oscuridad ya es total. Estamos tumbados con todo mojado sobre todo liso, y nos parece que sin quitarnos nada estaremos más abrigados, como dentro de una compresa.

Los ojos, muy abiertos, miran al techo negro, al cielo negro.

¡Señor, Señor! Bajo las bombas y las granadas te pedía que me conservaras la vida. Ahora te pido: envíame la muerte…

VII
La vida cotidiana de los indígenas

Aparentemente, nada más fácil que relatar la vida diaria, tan monótona por fuera, de los indígenas del Archipiélago. Pues también es lo más difícil. Como de toda vida cotidiana, hay que contar de una mañana a la mañana siguiente, de un invierno a otro invierno, del nacimiento (llegada al primer campo) a la muerte (muerte). Y a la vez todas las islas e islotes.

Nadie abarcará todo eso, claro, y leer tomos enteros aún resultará aburrido.

La vida de los indígenas consiste en trabajo, trabajo, trabajo; en hambre, frío y astucia. El trabajo, para quien no supo apartar a los demás y acomodarse calentito, es el trabajo *general*, ese mismo que hace surgir de tierra el socialismo y nos mete bajo tierra a nosotros.

Las clases de esos trabajos *generales* no se pueden contar, no se *pueden enumerar*: se nos resecaría la lengua. Pasear una carretilla («maquinaria socialista, dos mangos, una ruedecita»). Transportar angarillas. Descargar ladrillos sin guantes (la epidermis de los dedos se desprende en seguida). Transportar cuévanos con ladrillos sobre la espalda. Romper granito y carbón en las canteras, juntar arcilla y arena. Tumbar con el pico seis cúbicos[di] de roca aurífera y transportarlos hasta la cabria. O, simplemente, cavar la tierra, simplemente roer la tierra (suelo granítico y en invierno). Picar hulla bajo tierra. Allí mismo, minerales de plomo, de cobre. También se puede moler mineral de cobre (un gustillo dulzón en la boca, de la nariz corre agüilla). Impregnar de creosota las traviesas de las vías férreas (y todo tu cuerpo también). Cavar túneles para el tren. Cubrir de balasto las vías. Se puede, con el barro hasta la cintura, extraer turba de un pantano. Se pueden fundir metales. Se puede segar la hierba de los montículos que emergen en las praderas inundadas, con el agua hasta las rodillas. Se puede ser palafrenero, cochero (y pasar a la propia escudilla avena del caballo; total es del Estado, un saco de hierba, no se va a morir por eso, y aunque se muera). En general, en los *seljós* se pueden hacer todas las faenas agrícolas (y no hay mejor trabajo que ése: algo siempre sacarás de tierra).

Pero el padre de todos ellos es nuestro bosque ruso, bosque de troncos de oro (¡en el sentido literal de la palabra; como que con esos troncos se consigue oro!). Pero el más antiguo de todos los trabajos del Archipiélago es el derribar árboles. Esa ocupación llama a todos, ahí caben todos, no le es negada ni a los inválidos (envían a los mancos en equipos de tres a pisar nieve de medio metro). Eres un leñador. Nieve

hasta la cintura. Lo primero, la apisonas alrededor del tronco, con tu propio cuerpo derribas el árbol. Después, abriéndote paso a duras penas en la nieve, le cortas todas las ramas (aún hay que estirarlas en la nieve y tratar de alcanzarlas con el hacha). Una vez cortadas, las arrastras en medio de la nieve, las amontonas todas y las quemas (sólo echan humo, no arden). Ahora asierras el tronco a las medidas exigidas, y apilas los trozos. La norma diaria es de cinco metros cúbicos por barba; dos personas, diez. (En Burepolom era de siete metros cúbicos, pero los tocones grandes había que partirlos en varios pedazos). Tus brazos ya no tienen fuerza para alzar el hacha, tus piernas ya no te sostienen.

Durante la guerra (con lo que daban de comer en aquellos años), los reclusos llamaban a tres semanas derribando árboles *fusilamiento en seco*.

¡De ahora en adelante, cómo vas a odiar ese bosque, ese aderezo de la tierra ensalzado en verso y en prosa! ¡Te estremecerás de repulsión al penetrar bajo las arcadas de pinos y abedules! ¡Durante años y años, bastará que cierres los ojos para que vuelvas a ver aquellos tocones de abetos y álamos que transportaban centenares de metros sobre tu espalda hasta el vagón, hundiéndote en la nieve, y te caías, y te agarrabas al tronco para no dejarlo rodar, no esperando volverlo a levantar de aquel lodazal de nieve!

Durante varias décadas, los trabajos forzados se rigieron en Rusia por la Ordenanza Laboral del año 1869, promulgada para obreros *libres*. Los trabajos se asignaban teniendo en cuenta las condiciones físicas y los conocimientos del recluso (¡algo que hoy en día parece absolutamente increíble!). La jornada laboral era de siete horas (!) en invierno, y en verano, de doce y media. En el terrible presidio de Akatui (Iakubovich, allá por los años noventa) la tarea diaria era *fácil de cumplir* para todos, menos para él. La jornada laboral de verano *incluida la marcha*, era de ocho horas, a partir de octubre, de siete, y en invierno, sólo de seis horas. (Todo eso antes de las luchas por la jornada de ocho horas). En cuanto al presidio de Dostoievski, en Omsk, ¡allí es que estaban mano sobre mano, como fácilmente podrá comprobar todo lector! Trabajaban cuando les daba la gana, sin apresurarse, y las autoridades hasta los vestían de chaquetas y pantalones *¡blancos!* ¡El no va más! En nuestros campos suelen decir «como para ponerse de cuello blanco» cuando ya es muy fácil, cuando apenas se trabaja. ¡Pues ellos llevaban blanca hasta la chaqueta! Después de la tarea, los presidiarios de la «Casa de los Muertos» *paseaban* largo rato en el patio de la penitenciaría, ¡o sea que no se agotaban! Por cierto, al principio la censura no dejó pasar los «Apuntes de la Casa de los Muertos» porque temía que la *facilidad* de la vida pintada por Dostoievski no apartara a nadie del delito. ¡Y Dostoievski añadió para la censura varias páginas más, indicando que *a pesar de todo*, la vida en el presidio era dura[135]!. Entre nosotros, sólo los enchufados paseaban el domingo y así y todo les daba vergüenza. Refiriéndose a las «Memorias de María Volkonski», Shalamov hace notar que la tarea de los decembristas, en Nertchinsk, era extraer y cargar diariamente tres *puds*[dj] de mineral por persona (¡cuarenta y ocho kilos! ¡Si

eso lo levantas en una vez!) en tanto que, la suya, en Kolyma, ¡era de *ochocientos puds*! ¡Y Shalamov agrega que, a veces, en verano, su jornada laboral llegaba a las dieciséis horas! De dieciséis no sé, pero las trece les ha tocado a muchos, y en las obras de desmonte en el Karlag, y en las labores forestales del Norte, y eran trece horas limpias, sin contar los cinco kilómetros a pie de ida y otros tantos de vuelta. Pero ¿para qué discutir la duración de la jornada? Más contaba la norma, y cuando un equipo no la había cumplido, relevaba a su tiempo sólo a la escolta; los trabajadores se quedaban en el bosque hasta la medianoche, a la luz de los reflectores, para volver al campo con las primeras luces del alba, a cenar y desayunar a un tiempo y acto seguido volver al bosque**[136]**.

Pero eso ya no lo puede contar nadie: han muerto todos.

Y ese otro método de aumentar la norma, demostrando que es factible: con temperaturas inferiores a 50° bajo cero el día se daba de baja, es decir, se informaba de que los reclusos no habían salido al trabajo, pero, en realidad, los mandaban lo mismo, y lo que se lograba sacar de ellos en esos días se repartía entre los demás, elevando así el porcentaje de rendimiento. (La sección sanitaria, siempre tan servicial, anotaba a los muertos de frío como fallecidos por cualquier otra causa. En cuanto a los rezagados en el camino de vuelta, ya sin fuerzas para caminar, o a cuatro patas con los tendones distendidos, la escolta los remataba de un tiro, para que no se escaparan mientras volvían a por ellos).

¿Y, a cambio de todo eso, cómo los alimentaban? En un caldero se echaba agua y en el mejor de los casos, algunas patatas sin pelar; o, si no, col negra, hojas de remolacha, toda clase de basura. Y también algarrobas, o afrecho; eso no da lástima. (En los lugares donde escaseaba el agua, por ejemplo, en el campo de Samarka, cerca de Karaganda, se hacía *balanda* para una sola escudilla al día, a la que se añadían jarritos de un agua turbia y salobre). Todo lo que valga algo desaparece siempre y forzosamente, robado por las mismas autoridades (véase capítulo IX), por los enchufados o por los malhechores; los cocineros callan, sólo por dóciles los tienen ahí. Sí, algo despachan los depósitos también de materias grasas, de «subproductos» de la carne (es decir, productos de verdad, no) de pescado, de legumbres, de diversos cereales, pero es lo que llega a la olla. E incluso llegaron a darse casos, en lugares alejados, en que las autoridades se apoderaban de la *sal* para confeccionar sus propias salazones. (En 1940, en la vía férrea Kotlas-Vorkuta, el pan y la *balanda* se cocían sin sal). Cuanto peor es un producto, tanto más recibe el recluso. La carne de los caballos de fajina que morían extenuados, sí la recibían, y aunque era imposible de masticar, era un banquete. Iván Dobriak recuerda: «En mis tiempos, ¡vaya si habré tragado carne de delfín, de morsa, de foca, y de otras porquerías marinas! (Interrumpo: carne de ballena también comíamos en Moscú, en la puerta de Káluga). Los excrementos de animales ya no me asustaban, y el epilobio, los líquenes y la manzanilla eran mis platos favoritos»… (Eso, por lo visto, se lo recogía por su cuenta).

Con las normas de GULAG no se puede alimentar adecuadamente a personas que trabajan trece o incluso diez horas a bajo cero. Y si encima se roban los víveres, ya es imposible de todo punto. Pues bien, ahí es donde se introduce en el caldero el diabólico cucharón de Frenkel, que permite alimentar a unos a costa de otros. Se distinguen *ollas*: a aquellos que realizan, digamos, menos del 30 % de la norma (cada campo tiene su propia manera de calcular), les corresponde la olla-calabozo, o sea, 300 gramos de pan y una escudilla de *balanda* por día; del 30 % al 80 %, la olla disciplinaria: 400 gramos de pan y dos escudillas de *balanda*; del 81 % al 100 %, la olla-producción: 500/600 gramos de pan y tres escudillas; vienen después las ollas de choque, con sus diferencias, a saber: de 700 a 900 gramos de pan, más una porción de cereal, o dos porciones, o un *plato-premio* consistente en una especie de pastelillo negruzco y amargo, amasado con harina de centeno y relleno de guisantes.

Y a cambio de esa insustanciosa alimentación, incapaz de cubrir el desgaste del organismo, se queman los músculos en el trabajo extenuante, y los productores de choque y estajanovistas acaban bajo tierra antes que los refractarios. ¡Bien dicen los viejos lobos del campo: *Más vale menos comida, pero conservar la vida*! Si te cae esa suerte de poder quedarte en tu tarima por *desvestido*, recibes tus 600 gramos garantizados. En cambio, si te dan *ropa de estación* (¡esa expresión se ha vuelto célebre!) y te sacan a la obra, allí, ya le puedes estar dando con el mazo al escoplo, que con tierra congelada, más de 300 no consigues.

Pero no está en voluntad del recluso el quedarse en la tarima…

Naturalmente, la comida no era siempre, ni en todas partes, tan mala; pero las cifras que he dado pueden considerarse típicas: son las del Kraslag en tiempo de guerra. En la misma época, los mineros de Vorkuta recibían la ración más elevada de todo el GULAG (aquel carbón se destinaba a la calefacción de la heroica ciudad de Moscú), que consistía en un kilo trescientos por el 80 % bajo tierra y el 100 % en la superficie. Mientras que en el terrible, en el mortífero Akatui de la época zarista, un día no *laborable* («en la tarima») daban dos libras y media de pan (¡un kilo!) y 32 *zolotniks* de carne (¡133 g!). En un día laborable, eran tres libras de pan y 48 *zolotniks* (200 g) de carne…, ¡casi más que nuestra ración militar en el frente! La *balanda* y el cereal sobrantes se echaban por tinas enteras a los cerdos de los celadores, y la polenta ¡de sarraceno! (en el GULAG jamás la vimos). P. Iakubovich se permitía encontrarla «indescriptiblemente repulsiva al gusto». Tampoco los presidiarios de Dostoievski corrieron nunca el peligro de morir de inanición. ¡Con decir que en su penitenciaría («en la zona») paseaban ¡¡gansos!! y ningún recluso les retorcía el gaznate[137]! Les ponían pan a voluntad, y para Navidad, cada uno recibió *una libra* de carne de vaca y toda la manteca que deseara para su cereal. En Sajalín los prisioneros afectos a las minas y a «la vía» recibían, en los meses de trabajo más intensivo, 4 libras de pan (1 kilo seiscientos), 400 g de carne y 250 g de sémola. ¡Y el concienzudo Chéjov aún investiga si esas raciones eran suficientes o si, teniendo en

cuenta la mala calidad de la cocción, resultaban escasas! ¡Pues si llega a echar una sola mirada a la escudilla de nuestros obreros, habría fenecido en el acto!

Es que ¿qué fantasía podía imaginar a principios de siglo que «dentro de treinta o cuarenta años», no sólo en Sajalín, sino en todo el Archipiélago, se iban a sentir muy felices de recibir un pan todavía más húmedo, más sucio, menos cocido, mezclado con Dios sabe qué basura, y que setecientos gramos serían una anhelada y envidiada ración de *choque*?

¡No, más todavía! ¿Que en toda Rusia los koljosianos aún envidiarían esa ración del prisionero («si nosotros no tenemos ni eso»)…?

Incluso en las minas de Nerchinsk, propiedad del Zar, se «premiaba el esfuerzo», es decir, se pagaba un suplemento por todo lo que había sido ejecutado por encima de la tarea fijada oficialmente (siempre moderada). En cambio, en nuestros campos, durante la mayor parte de los años del Archipiélago, el trabajo no se pagó en absoluto, o se pagó lo justo para jabón y pasta dentífrica. Sólo en aquellos pocos campos, y durante aquellos cortos períodos en que, no se sabe por qué, se instituía la autonomía financiera (y al detenido se le acreditaba entre 1/8 y 1/4 de su salario real), los reclusos podían comprarse pan, carne y azúcar, y de pronto *¡oh, maravilla!*, un pedacito de pan permanecía cinco minutos sobre la mesa del comedor sin que nadie se apoderara de él.

¿Cómo visten y calzan nuestros indígenas?

Todos los archipiélagos son archipiélagos: chapotea en derredor el océano azul, crecen cocoteros y la administración insular no corre con el gasto de vestir a los indígenas: andan descalzos y semidesnudos. Pero nadie podría imaginar nuestro maldito Archipiélago bajo un sol ardiente: allí las nieves son eternas y eternas son las ventiscas que lo azotan. O sea que esa horda de diez-quince millones de detenidos aún hay que vestirla y calzarla**[138]**.

Por suerte, habiendo nacido fuera del Archipiélago, no están completamente desnudos cuando llegan. Se les puede dejar lo que traen puesto (más exactamente lo que les dejarán los *socialmente allegados*), limitándose a marcarlo como propiedad del Archipiélago, del mismo modo que se le rasura una oreja al carnero: cortar al sesgo un faldón del capote, cercenar la punta de la *budiónovka***[dk]**, dejando una ventana justo encima de la cabeza. Por desgracia, esa ropa que traen no es eterna; en cuanto al calzado, se deshace en una semana con los terrones y guijarros del Archipiélago. De modo que no queda más remedio que vestir a los indígenas, aunque no tengan con qué pagarlo.

¡Aún lo verá algún día el escenario ruso! ¡La pantalla rusa! El chaquetón de un color y las mangas de otro. O con tantos remiendos que ya no se distingue el color original; o bien el chaquetón *fuego* (jirones colgando como lenguas de fuego). O el remiendo del pantalón en el que durante mucho tiempo todavía podrá leerse una

dirección escrita con lápiz tinta, porque aquella tela originariamente había servido para envolver un paquete[139].

De calzado, las clásicas alpargatas rusas, confeccionadas con corteza de árbol, siempre dan buen resultado, pero lo malo es que aquí no hay buenas bandas de paño para sujetarlas. O un trozo de neumático atado directamente al pie desnudo con alambre o cable eléctrico (¡el hambre es buena consejera!). O también «botas» confeccionadas con pedazos de viejas chaquetas y cuya suela es una capa de fieltro y una capa de caucho[140]. Por la mañana, al oír que los reclusos se quejan del frío, el director del *lagpunkt* les contesta con esa gracia del GULAG:

—Pues mi ganso anda descalzo todo el invierno y no se queja, cierto que tiene las patas rojas. Pero vosotros lleváis todos alpargatas.

A todo esto saldrán en la pantalla los rostros curtido-grisáceos de los concentracionarios. Sus ojos llorosos, sus párpados enrojecidos. Sus labios blancos, cortados, rodeados de pústulas. Sus mejillas sin afeitar. En pleno invierno, con una gorra de verano con orejeras cosidas.

¡Os reconozco! ¡Sois vosotros, habitantes de mi Archipiélago!

Mas, por larga que sea la jornada de trabajo, alguna vez habrán de llegar los trabajadores a sus barracones.

¿Barracones? Según dónde, sólo una cueva cavada en la tierra. En el Norte, con más frecuencia, *una tienda de campaña*, eso sí, recubierta de tierra, revestida bien o mal con tablas. Con frecuencia, en vez de luz eléctrica, hay lámpara de petróleo, pero también pueden verse antorchas, y hasta mechas de algodón empapadas en aceite de pescado. (En Ust-Vym, durante dos años seguidos no vieron petróleo, e incluso en el barracón de la plana mayor se alumbraban con aceite del almacén de víveres). Pues bajo esa luz mortecina es como habremos de ver ese mundo proscrito.

Tarimas de dos pisos; tarimas de tres pisos; y, como gran lujo, *vagonki*. Por lo general, las tablas están desnudas, sin nada encima. En algunas comandancias roban hasta tal punto (para luego revender lo robado a los obreros libres), que ya ni se entrega nada del Estado, ni los reclusos tienen en los barracones nada suyo: se llevan al trabajo sus escudillas, sus jarritos (incluso mochilas a la espalda, ¡y así cavan la tierra!), se lían la manta al cuello, los que la tienen (¡un primer plano!), o se la llevan a amigos enchufados, cuyo barracón tiene vigilancia. De día, el barracón queda como deshabitado. Por la noche, sería conveniente llevar la ropa de faena mojada al secadero (¡y hay un secadero!) pero desvestido sobre desnudo te congelas. Así que se la secan puesta. Durante la noche, a causa de la helada, los gorros quedan pegados a las paredes de la tienda; a las mujeres se les pega el pelo. Hasta las alpargatas de corteza las ocultan bajo la cabeza, para que no se las roben de los pies. (En Burepolom, durante la guerra). En medio del barracón hay un bidón de gasolina, agujereado para estufa, y menos mal si calienta (entonces el tufo de pies inunda todo el barracón), pues puede que la madera húmeda no arda. Algunos barracones están

invadidos de insectos, que ni fumigando con azufre cuatro días seguidos se terminan, y si en verano, los reclusos salen a dormir al raso en la zona, las chinches se arrastran en pos de ellos y allí los alcanzan. Para matar los piojos, hierven la ropa interior en la misma escudilla de la comida.

Todo esto se hizo posible sólo en el siglo XX, y no se consigue comparar nada con las crónicas carcelarias del siglo pasado, porque nunca nadie describió cosas semejantes.

Añadamos aún la siguiente escena: de la cortaduría a la cantina llevan en una bandeja el pan de un equipo, bajo la custodia de sus miembros más forzudos con garrotes, que si no, te lo quitan, te tiran, se lo llevan. Añadamos cómo arrancan de las manos los paquetes apenas se sale del despacho de recepción. Agreguemos el eterno temor de que a la dirección se le ocurra suprimir el día de descanso (¡qué decir del tiempo de guerra, si en los *sovjós* Ujta ya los habían quitado todos un año antes, y en el Karlag no recuerdan ni uno de 1937 a 1945!). Todo ello, unido a la perpetua inestabilidad de la vida en el campo. Tan pronto son rumores de traslado, como el traslado mismo (el presidio de Dostoievski no conocía los traslados, la gente cumplía diez y veinte años en una misma penitenciaría, era otra vida distinta), como alguna misteriosa y repentina reestructuración de «efectivos», como redistribuciones «en interés de la producción», como la *Komissovka*, como el inventario de bienes, como repentinos registros nocturnos en que te desvisten y hacen añicos tus miserables pertenencias; además los registros especiales a fondo en 1 de mayo y 7 de noviembre (la Pascua y Navidad en el presidio del siglo pasado no conocieron nada semejante). Y tres veces al mes, los mortíferos, los exterminadores baños. (Para no repetir, no los voy a describir aquí: tiene un detallado relato monográfico Shalamov, tiene un relato Dombrovski).

Y, además, tu persistente, tenaz (y para un intelectual, torturante) *inseparación*: no eres una persona, sino un miembro del equipo, y has de actuar durante cada hora del día, cada día del año de tu larga condena, no como decides tú, sino como le conviene al equipo.

Y recordemos que todo lo que antecede se refiere a un campo de emplazamiento fijo, con varios años de funcionamiento. Pero alguna vez lo tuvo alguien que *empezar* (¿y quién, si no nosotros?): llegar al bosque helado y cubierto de nieve, rodearse de alambradas enganchadas de los árboles, y quien sobreviva hasta los primeros barracones verá cómo esos barracones son para la escolta. En noviembre de 1941, cerca de la estación Reshoty se abría el *Lagpunkt* núm. 1 del Kraslag (diez años más tarde serían diecisiete). Trajeron a 250 combatientes excluidos del Ejército para elevar su nivel moral. Derribaron árboles y levantaron casas de troncos, pero no había con qué cubrir los techos, y así vivieron a la intemperie con estufas de hierro fundido. El pan que les traían estaba congelado, lo quebraban a hachazos y lo distribuían por puñados, partido, desmigajado, aplastado. Aparte ese pan, sólo les daban un pescado saladísimo que quemaba la boca, y aliviaban el ardor comiendo nieve.

(¡Cuando recordéis a los héroes de guerra, no olvidéis a éstos…!).

Así es la vida cotidiana en mi Archipiélago.

* * *

Filósofos, psicólogos, médicos y escritores, habrían podido observar en nuestros campos como en ningún otro sitio, en detalle y en cantidad, un proceso particular de angostamiento del horizonte intelectual y espiritual del ser humano, un proceso de rebajamiento del hombre a la bestia y de muerte en vida. Pero los psicólogos que iban a parar al campo, en su mayoría, no estaban para observaciones: ellos mismos caían en ese torrente que precipita al ser humano dentro del fango y de los excrementos.

Del mismo modo que ningún ser vivo puede existir sin eliminar sus residuos, así el Archipiélago no podría seguir pululando si no precipitara al fondo su principal residuo: *los acercosos*[dl]. Todo lo que el Archipiélago ha construido[141] ha sido exprimido de los músculos de los acercosos (antes de que se hicieran acercosos). Y aquellos sobrevivientes que les reprochan el haber sido «artífices de su propio mal», ésos asumen el deshonor de haber conservado su vida.

Entre tales sobrevivientes hay algunos comunistas ortodoxos que me hacen todo tipo de objeciones elevadas: «¡Qué bajo piensan y sienten —dicen— los personajes de *Un día…*! ¡Ni una meditación dolorosa sobre el curso de la Historia; lo único que les preocupa es su ración de pan y de *balanda*, como si en la vida no existieran tormentos mayores que el hambre!».

¿Ah, sí, realmente? ¿De modo que existen tormentos mayores que el hambre (los del pensamiento ortodoxo, supongo)? ¡Lo que sucede, preclaros señores ortodoxos, es que ustedes, colocados en las enfermerías o en los almacenes, nunca tuvieron hambre!

¡Desde hace siglos sabemos que el Hambre gobierna el mundo! (Y precisamente sobre el Hambre, sobre el que los hambrientos se rebelarán necesariamente contra los hartos está construida toda la Teoría Progresista). A menos que haya decidido voluntariamente entregarse a la muerte, todo ser humano hambriento es gobernado por el Hambre. El Hambre, capaz de transformar en ladrón a un hombre honrado. El Hambre, que obliga al ser más desinteresado del mundo a mirar con envidia en la escudilla del vecino y a calcular con sufrimiento cuánto pesa el pan del compañero. El Hambre, que obnubila el cerebro y no tolera ningún pensamiento que no sea el de comida, comida, comida… El Hambre, que ni de noche suelta a su presa: el hambriento ve comida en sus sueños, piensa en comida durante su insomnio. Y pronto para él sólo habrá insomnio… El Hambre, que termina por quitarle a su víctima hasta la posibilidad de saciarse; después de cierto tiempo, el hombre se convierte en un desagüe por el cual los alimentos pasan directamente al exterior en el mismo estado en que fueron ingeridos.

Y hay otra cosa que la pantalla rusa deberá registrar: los acercosos montando guardia junto al porche de la cocina, esperando el paso de los desperdicios rumbo a la fosa de la basura. Se los verá abalanzarse, luchar, buscar una cabeza de pescado, una espina, mondas de verdura… Se verá morir a un acercoso en esa pelea. Se los verá luego lavar los desperdicios, hervirlos y devorarlos. (Y algún operador curioso podrá seguir filmando y mostrarnos a esas campesinas de Besarabia traídas directamente *de fuera,* que, en 1947, se precipitaban en Dolinka sobre los residuos ya *revisados* por los acercosos)… La pantalla nos mostrará también un montón de huesos todavía ensamblados bajo la manta del hospital, que de pronto mueren sin un estremecimiento; los sacan. Y en general, lo fácil que es morirse un hombre: hablaba, y se calló; caminaba, y se cayó. «Puf y listo». También veremos a un celador socialmente allegado que en el campo de Undja, o de Nuksha, tira de los pies a un recluso para que salga a formar con los demás. El cuerpo del hombre cae de la tarima, su cabeza choca contra el piso: está muerto. «¡Reventó, carroña!», exclama casi alegremente el celador, y le propina un amistoso puntapié. (En esos campos, durante la guerra no había ni practicante, ni siquiera enfermero, con lo cual tampoco había enfermos. A los que fingían estarlo, sus mismos camaradas los arrastraban al bosque, sosteniéndolos por los brazos, y, por si acaso, también llevaban cuerdas y una tabla; así resultaría más fácil transportar el cadáver de vuelta al campo. Durante el trabajo lo sentaban junto al fuego, y todo el mundo, presos y escolta, tenían interés en que muriera pronto).

Lo que la pantalla no pueda captar nos lo describirá lenta y detalladamente la prosa; sabrá hacernos distinguir esos matices de camino hacia la muerte que se llaman escorbuto, pelagra, distrofia. El hombre muerde un trozo de pan y deja rastros de sangre: es el escorbuto. Más tarde, sus dientes van a empezar a caer, se pudrirán sus encías, sus piernas se cubrirán de úlceras y los tejidos se le irán desprendiendo a pedazos; su cuerpo empezará a oler a cadáver, y sus piernas quedarán paralizadas por gruesas protuberancias. A esa gente no la admiten en el hospital, y se arrastran a cuatro patas en la zona. El rostro que adquiere una tonalidad oscura y que comienza a pelarse, y una diarrea imposible de detener, son síntomas de pelagra. Para luchar contra la diarrea, algunos comen cal, tres cucharadas diarias; otros dicen que si se come arenque en cantidad se logrará conservar algún alimento en el cuerpo. Pero ¿dónde encontrar arenques? El enfermo se debilita cada vez más, y mientras más fornido es, más rápidamente se verifica el proceso. Llega un momento en que ya ni tiene fuerzas para encaramarse a su tarima, en que no puede pasar por encima de una piedra: deberá levantarse él mismo la pierna con ambas manos o franquear el obstáculo a cuatro patas. La diarrea deja al hombre sin fuerzas y sin interés hacia los demás, hacia sí mismo, hacia la vida. Lo vuelve sordo, idiota, incapaz de llorar aun cuando lo arrastren por el suelo atado a un trineo. Ya no teme a la muerte, como si planeara en el limbo, más allá del bien y del mal; no recuerda los nombres de su mujer, de sus hijos, el suyo propio. A veces el moribundo de inanición se cubre de

pústulas negroazuladas, del tamaño de un guisante, con una puntita purulenta más chica que la cabeza de un alfiler; esas pústulas invaden todo su cuerpo, el rostro, los brazos, las piernas, el tronco, hasta los testículos. No se las puede ni tocar, el dolor es insoportable. Los pequeños abscesos maduran, revientan, expulsan un cordoncillo de pus espeso parecido a un gusano. El enfermo termina pudriéndose en vida.

Y si de pronto ves que los piojos negros, esos que viven habitualmente en la cabeza, comienzan a invadir perplejos el rostro de tu vecino de tarima, es un signo seguro de su muerte.

¡Puaf, qué naturalismo! ¿Para qué contar todo esto?

Y, en resumidas cuentas, nos dicen ahora aquellos que no sufrieron nada de eso en carne propia, aquellos que ejecutaban a los demás, o que se lavaban las manos, o que miraban para otro lado con aire inocente, ¿para qué recordar todas esas cosas? ¿Para qué abrir viejas heridas? (¡Las heridas de ELLOS!).

Esa pregunta ya la había contestado León Tolstoi a Biriukov: «¿Cómo para qué recordar? Si yo he estado gravemente enfermo y me he curado, siempre lo recordaré con alegría. Pero si sigo tanto o más enfermo que antes, entonces sí preferiré callar para engañarme a mí mismo. Si recordamos el ayer con valentía, contribuiremos a desenmascarar la violencia del presente[142]».

Quiero terminar estas páginas sobre los acercosos con el relato de N. K. G. sobre el ingeniero: León Nicolaievich (¡seguro que en honor de Tolstoi!). E.: era un acercoso teórico, que halló en la forma de existencia del acercoso la más cómoda para conservar la vida.

¿A qué se dedica ese ingeniero?

Un domingo muy caluroso vemos, en un rincón apartado de la zona, a un ser antropomorfo sentado al borde de un pequeño foso en el fondo del cual se ha juntado un agua marrón de turba. Al borde del foso ha dispuesto cabezas de arenques, espinas de pescados, cartílagos, cortezas de pan, bolitas de papilla, mondaduras de patatas crudas debidamente lavadas y un montón de otras cosas a las que es difícil siquiera encontrar un nombre. Sobre un trozo de hojalata arde un pequeño fuego, y encima está suspendida una escudilla de metal, ennegrecida por el humo, dentro de la cual hierve una bazofia. ¡Parece estar a punto! El hombre comienza a ingurgitar ceremoniosamente esas negras lavazas con una cuchara de madera, y acompaña cada bocado, ya sea con una mondadura de patata, ya sea con un cartílago, ya sea con una cabeza de arenque. Mastica lentamente, poniendo la máxima atención en lo que hace (el error de los acercosos es que todos tragan precipitadamente, sin masticar). Apenas se distingue su nariz en medio de la pelambre gris oscura que cubre su cuello, su barbilla, sus mejillas. La nariz y la frente tienen el color de la cera, con lamparones parduscos. Sus ojos llorosos parpadean constantemente.

Al advertir que se acerca alguien, el acercoso junta rápidamente todo lo que había dispuesto al borde del foso, estrecha la escudilla contra su pecho, se tira al suelo y

enarca el lomo como un erizo. Pueden empujarlo, golpearlo, zarandearlo cuanto quieran: está sólidamente adherido al suelo y no va a soltar la escudilla.

N. K. G. inicia una amistosa conversación, y el erizo se abre un poco. Comprende que ni le van a pegar ni tratarán de apoderarse de su escudilla. El diálogo prosigue. Ambos son ingenieros (N. G. es geólogo; E., químico) y E. se decide y explica su teoría a G. Basándose en las fórmulas químicas de los alimentos, que todavía conserva en su memoria, E. demuestra que las sustancias nutritivas que el cuerpo necesita pueden encontrarse también en los desperdicios y que sólo hace falta vencer la repulsión y emplear todo su ingenio para extraerlas de ahí.

A pesar del calor, E. conserva encima varias prendas, y todas sucias. (Eso también tiene su fundamento: E. ha comprobado experimentalmente que en una prenda *muy* sucia dejan de reproducirse las pulgas y los piojos, como si les diera asco. Por eso mismo su ropa interior la ha confeccionado con un trapo que anteriormente había servido en el taller).

Su aspecto es el siguiente: un casco «budiónovka» con un quemado negro en vez de punta. El propio casco todo abollado. En sus grasientas orejeras han quedado pegados manojos de heno y de estopa. De la espalda y los costados del chaquetón de encima cuelgan «sietes» como lenguas sacadas. Remiendos y más remiendos. Una capa de brea en uno de los costados. La guata del relleno cuelga desde dentro todo alrededor, como si fuesen flecos. Las dos mangas están rotas hasta el codo, y cuando el hombre levanta los brazos, parece un murciélago que agita las alas. Sus zapatos, en forma de barco, están confeccionados con cola y trozos de neumático encarnado.

¿Por qué lleva puesta tanta ropa? En primer lugar, el verano es corto, y el invierno, largo; hay que conservar todo esto para cuando llegue el frío, y ¿dónde sino encima de uno mismo? Y, sobre todo, así se rodea de una capa blanda, de un colchón de aire que lo protege de los golpes. Las patadas y los bastonazos no le hacen daño y no tiene moretones. Es uno de sus medios de defensa. Lo importante es advertir de antemano que le van a pegar, y tener tiempo de dejarse caer al suelo, levantar las rodillas para protegerse el vientre, hundir la barbilla contra el pecho y rodear su cabeza con los enguatados brazos. De ese modo los golpes sólo alcanzarán superficies blandas. Ahora bien, para preservarse de una paliza prolongada, lo mejor es dar al que golpea la sensación de la victoria, y a pesar de no sentir absolutamente nada, E. ha aprendido a proferir unos gritos lastimeros, como los de un cerdo degollado. (En el campo les gusta mucho pegar a los más débiles, y ese «les» no se refiere sólo a guardianes y jefes de equipo, sino también a los simples reclusos, que lo hacen para convencerse a sí mismos de que todavía no han llegado hasta el último extremo de debilidad. ¿Qué podemos hacer, si el ser humano no puede creer en su fuerza sin cometer crueldades?).

E. considera que ha elegido un tipo de vida racional y adecuado a sus fuerzas, y que, además, no lo obliga a manchar su conciencia: ¡E. no le hace daño a nadie!

De ese modo espera sobrevivir hasta el final de su condena.

La entrevista con el acercoso ha terminado.

* * *

En nuestra ilustre patria, que desde hace *más de cien años* se niega a publicar la obra de Chaadaiev por considerarla demasiado reaccionaria, no puede llamar la atención el que los libros más importantes, más valientes, jamás hayan sido leídos por sus contemporáneos y nunca hayan ejercido su influencia a tiempo en el pensamiento del pueblo. Y si yo escribo este libro, es únicamente por un sentido de obligación moral, porque en mis manos se han ido acumulando demasiados relatos y demasiados recuerdos, y no los puedo dejar perder. Dudo de verlo impreso en parte alguna; tengo pocas esperanzas de que lo lean quienes hayan logrado salir del Archipiélago, y ya no creo en absoluto que logre explicar la verdad de nuestra historia mientras algo aún tenga arreglo. Cuando más de lleno trabajaba en su confección, experimenté la mayor sacudida de mi vida: el dragón salió por un momento de su guarida, con un lengüetazo de su roja y áspera lengua barrió otra novela que acababa de escribir, como algunas otras cosas más, y se retiró luego, quedándose al acecho tras una cortina. Pero incluso ahora sigo oyendo su respiración jadeante, y sé que sus dientes apuntan hacia mi cuello, sólo que todavía no le ha llegado el momento de saltar sobre mí. Con el corazón anhelante, me esfuerzo, pues, en terminar esta investigación, para que por lo menos ella pueda escapar a los dientes del dragón. Mientras Sholojov —que ya hacía mucho dejara de ser escritor— abandonaba el país de los escritores martirizados y encarcelados para ir a recibir su premio Nobel, yo trataba de dar el esquinazo a los espías ocultándome en algún lado para hacer ganar tiempo a mi pluma clandestina: ¡sólo eso pedía, sólo el tiempo necesario para terminar este libro!

Creo que me he ido del tema; lo que yo quería decir es que, entre nosotros, los mejores libros permanecen ocultos a sus contemporáneos, y es muy posible que esté repitiendo a alguien que conociendo alguna otra obra secreta, podría abreviar la mía. Pero, así y todo, en esos siete años de frágil y clorótica libertad, alguna que otra cosa pudo emerger a la superficie del inmenso mar, y, a la luz del alba, algún nadador solitario pudo entrever a lo lejos la cabeza de otro, dejando escapar un ronco grito para llamar su atención. Así supe de la existencia de los sesenta relatos de Shalamov y de su investigación sobre los maleantes.

Quiero dejar bien sentado que, aparte algunos puntos aislados, nunca existió entre nosotros la menor disparidad respecto a la interpretación del Archipiélago. En su conjunto, hemos valorado del mismo modo todos los aspectos de la existencia en los campos. Shalamov tuvo una experiencia más larga y más dura que la mía, y reconozco, con respeto, que fue, él y no yo quien tocó fondo en ese abismo de ferocidad y de desesperación al que nos arrastraba toda la vida cotidiana en el campo.

Sin embargo, ello no me impide hacer algunas objeciones respecto a los puntos en que divergimos. Uno de esos puntos lo constituye la sección sanitaria. Shalamov

habla con odio y amargura de todas las instituciones del campo (¡y con razón!), salvo de la sección sanitaria, para la cual hace siempre una excepción favorable. Mantiene —si es que no crea— la leyenda de la enfermería salvadora en los campos. Afirma que si bien todo el campo se ensaña con el recluso, el médico sigue siendo el único que puede ayudarle.

Pero «poder ayudar» aún no significa «ayudar». También *podrían* ayudar, si quisieran, el maestro de obras, el encargado de las normas, el administrativo, el jefe de almacén, el cocinero, el recluso de servicio; pero ¿acaso lo hacen?

Tal vez hasta 1932, cuando el personal sanitario de los campos dependía aún del Comisariado de Sanidad, los médicos podían ser médicos. Pero, a partir de 1932, todos pasaron a depender del GULAG, y entonces se transformaron en simples ayudantes de verdugos y sepultureros. Porque, de lo contrario —y no me refiero aquí a algunos casos de médicos bondadosos—, ¿para qué iban a mantener en el Archipiélago una sección que no contribuyera al plan de exterminio?

Cuando el comandante y el jefe de equipo muelen a palos a un acercoso —por negarse éste a trabajar— y lo dejan tirado en el suelo del calabozo, lamiéndose las heridas como un perro; cuando el desdichado pasa cuarenta y ocho horas sin conocimiento, y luego, durante dos meses, no está en condiciones de bajar de su tarima (Babich), ¿qué hace la sección sanitaria? ¡Se niega a levantar un acta en que conste que el enfermo ha sido apaleado y, lo que es más, se niega a curarlo!

¿Y quién autoriza con su firma la reclusión en el calabozo? La sección sanitaria. (Aunque, a decir verdad, las autoridades se preocupaban poco de conseguir esa autorización del personal médico. En un campo cerca del río Indiguirka, cumplía funciones de «cataplasma» [practicante], como contratado libre S. A. Chebotariov. Jamás dio el visto bueno a una sola orden de reclusión proveniente del director del *lagpunkt*, por considerar que en semejante calabozo no tenían derecho de encerrar ni a un perro para no hablar ya de personas: la estufa apenas alcanzaba a calentar al guardián en el pasillo. ¡Y bien, paciencia, encerraban sin su firma!).

Cuando se producía un accidente mortal por culpa de un maestro de obras o de un capataz, por falta de barreras o de protección, ¿quién levantaba un acta según la cual el recluso había muerto de un paro cardíaco? La sección sanitaria. (Con lo cual permiten que todo quede tal cual y que mañana se produzca otro accidente por la misma causa. ¡Pero oponerse a eso significaría también el campo para los médicos y los auxiliares…!).

Y cuando se procedía a la revisión trimestral, esa parodia de examen médico con calificación para los TFD, TFM, TFL y TFI (trabajos físicos duros, medianos, livianos e individuales), ¿acaso esos bondadosos profesionales hacían muchas objeciones al cruel director de la sección sanitaria, quien, a su vez, conservaba el puesto sólo porque suministraba abundante mano de obra para los trabajos duros?

Pero ¿tal vez la sección sanitaria se mostraba algo más caritativa con aquellos que habían sacrificado una parte de su cuerpo para salvar el resto…? Todos conocen el

reglamento, no es privativo de un solo campo: ¡los reclusos que hubieran practicado la autoamputación, la mutilación voluntaria, o que se hubieran causado lesiones internas o externas por medios artificiales, *no recibirán asistencia médica*! La orden viene de arriba, de acuerdo; pero ¿quiénes asisten? ¿Quiénes deciden? Los médicos. ¡Y bien, no! ¿Te amputaste cuatro dedos con una cápsula de explosivo? ¡Ve a desangrarte donde te dé la gana, perro sarnoso! Aquí en el hospital no te daremos una sola venda. Aun durante la construcción del Volgacanal, en medio del delirante entusiasmo de la emulación general, no se sabe por qué (?) empezaron a producirse demasiadas *mostyrkas*[dm]. Pero en seguida se le encontró una explicación: ofensiva del enemigo de clase. ¿Curar a esa gentuza…? (Naturalmente, todo depende de la astucia de uno para hacer las cosas. Se puede hacer una *mostyrka* sin que sea posible demostrar que ha sido intencionada. Hans Berstein se quemó hábilmente la mano con agua hirviendo a través de un paño, y así salvó su vida. Otro puede quitarse el guante para que se le congele la mano, u orinar en su bota antes de salir al frío. Pero, naturalmente, no se puede prever todo: si llega a declararse la gangrena, es la muerte segura. A veces hay *mostyrkas* involuntarias: las persistentes úlceras que se le producían a Babich fueron diagnosticadas de sífilis cuando, en realidad, se trataba de escorbuto. No había dónde hacer un análisis de sangre, y Babich mismo confirmó, alborozado, que él y todos los miembros de su familia habían padecido sífilis. Lo pasaron a una zona de venéreas, y eso le permitió ganarle algún tiempo a la muerte).

¿O hubo algún día en que la sección sanitaria eximiera del trabajo a todos los que estaban realmente enfermos? ¿Acaso no obligaba diariamente a salir de la zona a cierto número de reclusos prácticamente postrados? El héroe e histrión del pueblo de los reclusos, Pedro Kishkin, no conseguía que lo admitieran en el hospital para atender su diarrea. Según el doctor Suleimanov, la misma no reunía las condiciones reglamentarias, es decir, una deposición cada media hora y necesariamente mezclada con sangre. Entonces, en el momento en que toda la columna estaba formada para dirigirse al trabajo, Kishkin *se sentó*, arriesgándose a recibir un disparo. Pero la escolta demostró tener mejor corazón que el médico, y mandó a Kishkin al hospital[143]. Se me podrá objetar que el hospital estaba estrictamente limitado al grupo C, «enfermos hospitalizados y enfermos que están en condiciones de caminar», y eso podría ser una explicación, pero en cada caso concreto seguía habiendo crueldad, que no se borra por el hecho de que «a algún otro», mientras tanto, se le hacía bien.

Agreguemos a ello los espantosos hospitales por el estilo del que había en el campo n.º 2 de Krivoschokov: una salita de consulta, el servicio y la sala común. El servicio apesta, se huele en todo el hospital, pero eso aún es lo de menos. Aquí en cada cama hay *dos* enfermos de diarrea, y los hay también en el suelo, entre las camas. Los que están demasiado débiles se lo hacen todo encima, en sus camas. Ni sábanas ni remedios (estamos en 1948-1949). La sección está bajo las órdenes de un estudiante de Medicina de tercer año (condenado de conformidad con el artículo 58);

está desesperado, mas no puede hacer nada. Los enfermeros que dan de comer a los hospitalizados son unos robustos muchachotes que devoran la ración de los enfermos. ¿Quién los ha colocado en este puesto tan ventajoso? Seguro que el *compadre*[dn]. Al estudiante le falta fuerza para echarlos y defender la ración de los enfermos. Y a los médicos, ¿no les faltaría también…?[144]

¿O hubo alguna vez algún campo donde la sección sanitaria se impusiera y consiguiera que la comida fuera por lo menos digna de un ser humano…? ¡Aunque no fuera más que para no seguir viendo esos «equipos de ceguera crepuscular», que asimismo volvían del trabajo, en cadena de ciegos, cogidos unos de otros! Pues no. Si por milagro conseguía alguien una mejora en la alimentación, eran las jefaturas de producción, para tener trabajadores más resistentes. Pero nunca la sección sanitaria.

Nadie culpa de ello a los médicos (aunque hay que reconocer que la mayor parte de las veces no se oponían demasiado a ese orden de cosas, por miedo a ir a parar ellos mismos a los trabajos generales), pero tampoco es justo que exista una leyenda de la bienhechora sección sanitaria. Como todas las demás secciones del campo, la sanitaria era un engendro del diablo, y por sus venas corría sangre diabólica.

Siguiendo su idea, Shalamov dice que el prisionero sólo puede contar con la ayuda de la sección sanitaria y que no debe esperar nada de su trabajo. Ese trabajo es su tumba. «En el campo no mata la ración chica, sino la grande».

Ese dicho es muy cierto: la ración grande mata. El más robusto de los trabajadores, tras una temporada de transporte de madera, «se ha acercado al socialismo». Entonces le dan «invalidez temporal», o sea, 400 g de pan y la última olla. La mayoría muere en el transcurso del invierno (por ejemplo, setecientos veinticinco de ochocientos). Los otros pasan a los «trabajos livianos», y es allí donde mueren.

Pero ¿qué otra salida podemos proponerle a Iván Denísovich, si no lo aceptan como practicante, ni como enfermero, si no le dan siquiera un día sin trabajo de tapadillo? ¿Si le falta instrucción y le sobra conciencia para enchufarse en algún puesto de la zona? ¿Le queda, acaso, otra solución más que confiar en sus propias manos? ¿El centro de reposo (OP)? ¿La *mostyrka*? ¿La *baja*?

Dejemos que él mismo nos la cuente. Todas esas soluciones las ha estado meditando mucho, tiempo tenía…

El OP es algo así como la casa de descanso del campo. Durante décadas enteras, los reclusos trabajan sin saber lo que es un asueto, y entonces, como recompensa, tienen el OP. Dos semanas de OP. Allí dan mejor de comer y no obligan a ir a trabajar afuera; todo lo más, hacen tres o cuatro horas diarias de algún trabajillo ligerito dentro de la zona, como romper piedras, o desbrozar el terreno, o hacer algunas reparaciones. Si en un campo hay más o menos quinientas personas, abren el OP para quince. Bueno, aun así, si las cosas se hicieran como es debido, en el transcurso de un ario, o tal vez un poquito más, todos habrían tenido ocasión de pasar por ahí. Pero en

el campo no hay justicia, y menos que nada, en el OP. Abren el OP de improviso, como el perro que pega la dentellada, ya con la lista preparada de antemano para tres turnos, y lo cierran también sin avisar, ni seis meses dura. Y los que van a parar allí son los administrativos, los barberos, los zapateros, los sastres; vamos, la aristocracia; también agregan algunos auténticos trabajadores para guardar las formas, dicen que los productores ejemplares. Y aún te echa en cara el sastre Beremblum: «¡Yo acabo de confeccionar un capote para uno de fuera, e hice ganar mil rublos a la caja del campo; en cambio, tú, pobre imbécil, te pasas el mes tumbando troncos, y eso no reporta al campo ni siquiera cien rublos! ¿Quién es aquí el productor? ¿A quién le corresponde el OP?». Te devanas los sesos pensando en cómo hacerlo para ir a parar por unos días al OP, aunque no sea más que para volver a tomar aliento, cuando de pronto…, ¡zas, ya lo han cerrado! No hay nada que hacer. Lo que más rabia da es que no les costaría nada dejar constancia en el expediente de cada uno: «estuvo en el OP en tal y tal fecha». ¡Total, con todos los administrativos que tienen…! Pero no, no lo anotan. Porque no les conviene. El próximo año volverán a abrirlo, y Beremblum será otra vez el primero de la lista, y a ti te vuelven a dejar fuera. En diez años habrás recorrido diez campos, en el décimo aún estarás pidiendo echarle un vistacito al OP, una vez en la condena, a ver si las paredes están bien pintadas, como que no he entrado nunca, pero ¿cómo lo demuestras…?

No, mejor no hacerse mala sangre con eso del OP.

Otra cosa es la *mostyrka*, mutilarse de tal forma que quedes vivo y a la vez inválido. Como dicen, un minuto de aguante, un año de bartola. Te puedes quebrar una pierna y luego hacer que se suelde mal. O beber agua salada e hincharte. O fumar hojas de té, es contra el corazón. En cambio, la infusión de tabaco es buena contra los pulmones. Sólo que hay que hacerlo con medida, sin pasarse, no vaya a ser que en una de ésas salte uno por encima de la invalidez y vaya a parar a la tumba. Claro, pero ¿quién sabe dónde está la medida?

Ser un inválido ofrece muchas ventajas: se puede conseguir un puesto en el servicio del agua caliente o en la zapatería. Más, de todo lo que una persona inteligente puede obtener con la invalidez, lo principal es la *baja*. Sólo que las bajas también vienen a oleadas más aún que el OP. Reúnen una comisión, examinan a los inválidos y luego redactan un informe para los más maltrechos: en tal fecha Fulano de Tal fue examinado, y en vista de su precario estado de salud, que le impide cumplir su condena, solicitamos se lo libere…

¡«Solicitamos», nada más! De aquí que el informe haya subido arriba y vuelto abajo por vía jerárquica, es muy posible que el interesado no pertenezca ya a este mundo; casos así se dieron muchos. Porque las autoridades no tienen nada de tontas, no, y cuando le dan de baja a uno es porque saben que no le queda más de un mes de vida[145]. O porque hay dinero de por medio. Por ejemplo, una de las inculpadas en el asunto Kalikman que se había quedado con medio millón, pagó cien mil rublos y recuperó la libertad. No como nosotros, pobres imbéciles.

En un momento dado circuló en nuestro barracón un libro que los estudiantes leían en voz alta en su rincón. Era la historia de un mozo que de pronto se ve dueño de un millón y no sabe qué hacer con él, bajo el régimen soviético, pues con dinero no se compra nada, y el que no trabaja puede morirse de hambre con millón y todo. También nosotros nos reíamos: ¡sí, sí, a otro con ese cuento, que nosotros hemos acompañado hasta la salida del campo a más de uno de esos millonarios! Probablemente, la salud es lo único que no se puede comprar con un millón, pero sí se puede comprar la libertad, y el poder, y a los mismos hombres con todos sus adentros. Millonarios de ésos, ¡vaya si los hay por ahí fuera! Lo que pasa es que no llevan letrero, no se encaraman a los tejados para que todo el mundo los vea.

De todos modos, para los del Cincuenta y Ocho no hay baja posible. Desde que los campos son campos, sólo unas tres veces, según cuentan, estuvieron un mes dando de baja al Punto Décimo, y en seguida pararon. Y en cuanto a aceptar dinero de manos de un enemigo del pueblo, nadie se atrevería jamás…, ¡es meter la propia cabeza a cambio! Además, ellos, los políticos, no tienen un ochavo.

—¿*Ellos*, quiénes, Iván Denísovich?

—Bueno, nosotros…

* * *

Pero existe otra *liberación antes de término*, y ésa nadie se la puede quitar al prisionero. Esa liberación es la muerte.

La muerte es la principal producción del Archipiélago, producción ininterrumpida que no necesita de normas ni de reglamentos.

Desde el otoño de 1938 hasta febrero de 1939, en uno de los *lagpunkts* de Ust Vym, murieron 385 detenidos de un total de 550. Algunos equipos (como el de Ogurtsov) desaparecieron totalmente de la faz de la Tierra, con jefes y todo. En el otoño de 1941, el Pechorlag (ferroviario) tenía anotados en sus registros a cincuenta mil prisioneros, y en la primavera de 1942 sólo a diez mil. Durante ese período *no había salido un solo traslado*: ¿adónde habían ido a parar los cuarenta *mil* restantes? He escrito «mil» en cursiva, ¿y por qué? Esas cifras llegaron a mi conocimiento por pura casualidad; me las transmitió un recluso que había tenido acceso a los registros en aquella época, pero es imposible tener datos de todos los campos y en todos los años; es imposible obtener un total. En los barracones de los acercosos, en la central del campo de Burepolom, en febrero de 1943, la mortalidad por noche era de cuatro a doce reclusos, nunca menos. A la mañana siguiente, sus lugares eran inmediatamente ocupados por otros acercosos que soñaban con salir adelante a base de potaje de mijo y 400 g de pan.

Los cadáveres consumidos por la pelagra (sin nalgas; las mujeres, sin senos), o podridos por el escorbuto, eran controlados en la cabaña que hacía las veces de depósito de cadáveres o si no a cielo abierto. Pocas veces eso se parecía a una

autopsia médica: un corte vertical del cuello al pubis, rotura de una pierna, la separación de la caja craneal. Lo más importante era que *controlara* no el forense, sino el mismo guardián, a ver si el recluso estaba efectivamente muerto o lo hacía ver. Para eso le atravesaba el tronco con la bayoneta o le fracturaba el cráneo con un mazo. Después se le ataba al dedo gordo del pie derecho una tablita donde constaba el número de su expediente penitenciario, bajo el cual estaba inscrito en el registro del campo.

Al principio enterraban a la gente en paños menores; después, en los peores, de «tercer plazo[do]», grises de mugre. Finalmente, hubo una orden general: enterrar a los cadáveres completamente desnudos, para no hacer gasto de ropa interior y conservar la misma para uso de los vivos.

Hubo un tiempo en que era inconcebible enterrar a un muerto sin ataúd en tierra rusa. El último de los siervos, el más miserable de los mendigos o de los vagabundos no podía prescindir de un ataúd. Y lo mismo sucedía con los presidiarios de Sajalín y de Akatui. Pero eso habría representado en el Archipiélago un consumo improductivo de materia prima y de mano de obra, con pérdida de millones para la comunidad. Cuando, en Inta, un emérito contramaestre del aserradero fue enterrado en un ataúd de madera, dieron orden a la Sección Educativo-Cultural de lanzar la siguiente consigna: ¡*Trabaja bien, y tú también serás enterrado en un ataúd de madera*!

Los cadáveres eran sacados del campo en trineo o en carro, según la estación. A veces, para mayor comodidad, colocaban un cajón para seis cadáveres, o cuando no, les ataban brazos y piernas con cuerdas para que no se bambolearan. Luego, los amontonaban como troncos y los cubrían con una lona. Si había explosivos, un equipo de sepultureros lo utilizaba para abrir las fosas; de lo contrario, era necesario cavar con palas. Según la dureza del terreno, se hacían fosas comunes amplias para grupos numerosos, o poco profundas para cuatro cadáveres solamente. (En primavera, esos últimos comenzaban a exhalar un tufo que llegaba hasta el campo, y entonces mandaban a grupos de acercosos para volver a cavarlas más hondo).

Eso sí, nadie podrá acusarnos de haber empleado cámaras de gas.

En Kenguir, por ejemplo, donde existía un poco más de tiempo libre, sobre cada montículo se colocaba un pequeño poste, y el encargado de la Sección de Administración y Abastecimiento inscribía personalmente en él, con aire solemne, los números de los reclusos enterrados debajo. Pero en ese mismo Kenguir no tardaron en registrarse actos de sabotaje: alguien comenzó a indicar a las madres y esposas llegadas desde lejos dónde estaba el cementerio. Las mujeres se dirigían allí para llorar, y entonces el coronel director del Steplag, camarada Chechev, hizo derribar todos los postes y aplanar los montículos con *bulldozers*, ya que la gente no era capaz de apreciar su generosidad.

Querida lectora, así enterraron a tu padre, a tu marido, a tu hermano.

Esa es la meta final para el indígena del Archipiélago; allí termina su vida cotidiana.

Como bien decía Pavel Bykov:

«Mientras no hayan pasado veinticuatro horas después de la muerte, no pienses que todo ha terminado».

* * *

—Bueno, Iván Denísovich, ¿qué nos habremos dejado en el tintero? ¿Queda algo por contar de nuestra vida cotidiana?

—¿Que si queda algo? ¡Pero si ni siquiera hemos empezado! Para contar toda nuestra vida allí necesitaríamos otros tantos años[146]. El tipo que desde la fila se inclina para recoger una colilla y recibe un disparo… Los inválidos que devoran patatas crudas en la cocina, porque una vez cocidas no les volverán a ver el pelo… El té que se usa como dinero para comprar cualquier cosa en el campo… Y el *Chifiz*: té concentrado, cincuenta gramos por vaso, y ya tienes visiones en la cabeza. Pero eso lo manejan, sobre todo, los *urkas*: compran té a los de fuera con dinero robado…

¿Y en general cómo vive el recluso? Como no le saque vino a la piedra, está listo. Hasta en sueños tiene que pensar en cómo se las va a arreglar mañana. Si se te ha ocurrido algo, si has descubierto algún filón…, ¡ni una palabra a nadie! Ni una palabra, porque, si tus vecinos se enteran, te lo pisan. En el campo es así: para todos no habrá, luego mira que haya al menos para ti.

Así están las cosas, pero mira: también en el campo se da amistad, como entre las personas. No sólo la vieja, la de los que condenaron juntos, o que eran compañeros fuera, sino también la de aquí. Gente que simpatiza entre sí y que deja de tener secretos el uno para el otro. Compañeros que comparten lo poco que poseen, y lo que no poseen, lo dividen. Salvo la ración de comida, que es vital, todo lo demás que puedan conseguir por ahí lo cocinan y se lo comen en la misma escudilla[147].

Algunos compañerismos duran poco; otros mucho… Los hay que se basan en la lealtad; otros, en el engaño. Entre compañeros de ésos gusta de meterse, como una serpiente, el *compadre*. Es que sobre la escudilla común, en voz bajita, se dice todo.

Los viejos reclusos lo reconocen, y los exprisioneros lo cuentan: te venderá aquel que haya comido contigo en la misma escudilla…

También hay algo de verdad en eso.

Pero lo mejor de todo no es tener un compañero, sino una compañera. Una mujer del campo, una reclusa. *Subcasarse*, como suelen decir. Al que es joven le hace bien, de vez en cuando, poder… Se sentirá mejor después. Pero también al viejo le hace bien. Tú te apañas algo, te ganas algo, ella te lava la camisa, te la trae al barracón, te la coloca bajo la almohada, y nadie se ríe ni nada: *es de ley*. También te guisará, os sentaréis juntos en la tarima y comeréis. Al viejo incluso es al que más le llena el alma, ese matrimonio de campo, apenas tibio, con granillos de ajenjo. La miras a través del vapor que sube de la escudilla: su rostro está surcado de arrugas, igual que el tuyo. Ambos lleváis los grises harapos del campo, sucios de herrumbre, de arcilla,

de cal, de yeso, de aceite de motor. Hace poco, ni la conocías, jamás habías puesto el pie en su tierra; su manera de hablar es diferente de la tuya. Afuera están creciendo sus hijos, y los tuyos también. Tiene un marido que se quedó solo y que anda de mujeres; la tuya también se quedó sola y tampoco pierde el tiempo: son ocho, diez años, y todos quieren vivir su vida. En cambio, ésta, tu mujer del campo, arrastra contigo la misma cadena. Y no se queja.

Vivos, no somos gente; muertos, no somos padres…

A algunos vienen a visitarlos sus verdaderas mujeres. Según los campos, según los jefes, les permitían quedarse con ellas veinte minutos en el puesto de guardia, o a veces, hasta les concedían una noche o dos en una casucha aparte. Eso, naturalmente, a cambio de un ciento cincuenta por cien de rendimiento. Pero esas entrevistas no hacían más que agrandar la herida. ¿De qué sirve tocarla, conversar con ella de bueyes perdidos si sabes que todavía te quedan años y años de separación? En cambio, con la mujer del campo todo es más sencillo; hay incluso más intereses en común: todavía nos queda un jarrito de sémola… La semana próxima dicen que van a dar azúcar, pero de la negra, naturalmente, no de la refinada, los muy hijos de perra… ¡Un día apareció la mujer del cerrajero Rodichev! ¡Y justamente la noche anterior, mientras lo acariciaba, su compañera le había pegado un mordisco en el cuello! El hombre se deshizo en improperios. «¡¿Precisamente ahora tenía que venir?!». Y fue corriendo a la enfermería a que le envolvieran el cuello con una venda: ¡así podría decir que se había enfriado!

¿Y qué clase de mujeres hay en el campo? Las hay delincuentes, desvergonzadas, políticas, pero la mayoría son mujeres de su casa, por el Decreto. No paran de meterlas por el Decreto, por atentar contra la propiedad del Estado. ¿Con quién llenaron las fábricas durante la guerra y después? Con mujeres. ¿Quién debe mantener a la familia? Ellas. ¿Y con qué? La necesidad tiene cara de hereje. Y se dedican a hurtar. Se llenan de nata los bolsillos, se llevan panecillos sujetos entre los muslos, se envuelven la cintura con medias o, mejor aún, llegan a la fábrica con las piernas desnudas; allí ensucian un par de medias y se las ponen, y una vez en su casa las lavan y van a venderlas al mercado. Cada una roba donde trabaja. Se meten, por ejemplo, un carrete de hilo entre los senos. Los celadores están todos comprados; ellos también tienen que vivir, y se contentan con dar unas palmadas. ¡Pero basta que aparezcan los del servicio de vigilancia, para que revisen a todas, y por esa porquería de carrete, son diez años! ¡Igualito que por traición a la patria! Las hay a miles por un carrete de hilo.

Cada cual se aprovecha según lo permita su trabajo. Nastia Gurkina tenía un buen puesto en los furgones de equipaje, y se había hecho la siguiente composición de lugar, por lo demás absolutamente correcta: el hombre soviético es pesado, mezquino, capaz de romperle a una la cara por una simple toalla. De modo que ni siquiera tocaba las maletas soviéticas, y sólo vaciaba las extranjeras. «Al extranjero —decía Nastia— no se le ocurrirá nunca revisar su equipaje a tiempo, y cuando caiga no se va

a poner a redactar una queja; pensará: “¡Qué ladrones son estos rusos!”, y se volverá tan campante a su casa».

Shytariev, un viejo administrativo, sermoneaba a Nastia: «¿No te da vergüenza, pedazo de animal? ¿No se te ocurrió pensar en el honor-de Rusia?». Y ella, a su vez, lo mandaba ya se sabe adónde: «Y tú, hijo de tal y cual…, ¿por qué no te preocupaste por la victoria, en lugar de soltar a los señores oficiales de parranda?». (Durante la guerra, Shytariev era administrativo en un hospital; los oficiales que eran dados de alta le untaban el carro, y él alargaba su plazo de convalecencia para permitirles hacer una escapada a sus casas antes de retornar al frente. La cosa es seria. Lo condenaron a muerte, y después le conmutaron la pena por diez años de campo).

Naturalmente que también metían a muchas pobres desdichadas. Como a la que le dieron *un duro* por estafa: su marido murió un día quince, y ella esperó a fin de mes para devolver sus tarjetas de racionamiento, utilizándolas, entretanto, para sí misma y para sus dos hijos. La denunciaron los vecinos por envidia. Cumplió cuatro años, al quinto le alcanzó la amnistía.

O también se vieron cosas como ésta: durante un bombardeo, un hombre pierde a su mujer y a sus hijos. Todas las tarjetas de racionamiento se queman, y él, medio enloquecido, vaga durante trece días, hasta fin de mes, sin pan y sin pedir nuevas tarjetas. Sospechan de él: ¡seguramente se ha guardado todas las tarjetas intactas! Le caen tres años. Al año y medio le conmutan la pena.

—¡Espera, espera. Iván Denísovich…! Todo eso me lo contarás la próxima vez. Decías, ¿una compañera?, ¿subcasarse?, ¿…arrastra la misma cadena y no se queja?

VIII
La mujer en el campo

¿Cómo no íbamos a pensar en ellas ya durante la instrucción? ¡Si las hay en alguna celda de ahí al lado! ¡¿En esta misma cárcel, con este mismo régimen interno, esa insoportable instrucción, ellas, tan débiles, cómo las iban a resistir?!

Los pasillos son silenciosos; no se distingue el ruido de sus pasos ni el frufrú de sus vestidos. Pero he aquí que el guardián de la Butyrki se enreda con la cerradura y, durante medio minuto, podemos permanecer en el iluminado corredor de arriba a lo largo de las ventanas; el «bozal» que las tapa deja una rendija por debajo. Y, de pronto, en el verde jardín, sobre un cuadradito de asfalto, divisamos, en doble fila, en espera también de que les abran la puerta… ¡tobillos y zapatos de mujer! ¡Sólo tobillos y zapatos de tacón alto! Y eso nos produce el mismo efecto que el timbal wagneriano en *Tristán e Isolda*… Imposible ver nada más arriba; además, el guardián ya nos está haciendo entrar en la celda. Avanzamos pesadamente, iluminados y ensombrecidos, mientras imaginamos todo el resto… Las vemos celestiales y desfallecientes de tristeza… ¿Cómo serán…, cómo serán?

Sin embargo, no parecen sufrir más que nosotros; tal vez incluso sufran menos. Lo que recuerdan las mujeres de la instrucción de su caso no me ha permitido suponer hasta ahora que se hayan sentido más desmoralizadas que nosotros. El doctor N. I. Zubov, médico ginecólogo que se pasó también diez años preso y estuvo constantemente observando y atendiendo mujeres, dice, es verdad, que la mujer reacciona antes y con más violencia que el hombre a la privación de la libertad y a su principal resultado: la pérdida de la familia. Sufre una herida moral que se manifiesta, con mayor frecuencia, en la interrupción de sus vulnerables funciones femeninas.

Pero lo que a mí me llama la atención en los relatos de las mujeres sobre la instrucción de su caso es precisamente que hayan podido pensar en cosas tan insignificantes desde el punto de vista de un prisionero (pero no de una mujer). Nadia Surovtseva, bonita y aún joven, con la premura para acudir al interrogatorio se puso medias distintas, y estuvo todo el tiempo incomodísima en el despacho del juez de instrucción, porque el hombre que la interrogaba miraba de reojo sus piernas. Uno podría pensar que, ¡bueno, al fin y al cabo, que se vaya al diablo, ella no ha venido aquí para acompañarlo al teatro! Esa mujer que es casi doctora en Filosofía (según la costumbre de Occidente), que sabe de política más que muchos y la practica con pasión… ¡pues bien, ahí la tienen! Alexandra Ostretsova, recluida en la Gran

Lubianka en 1943, me contaba después en el campo las bromas que ella y sus compañeras solían gastar: se ocultaban bajo la mesa y dejaban que la celadora, asustadísima, las buscase por todos lados; se embadurnaban la cara con remolacha, y así salían a pasear; convocadas para el interrogatorio, se pasaban largo rato discutiendo animadamente qué vestido ponerse, si el de fiesta u otro más sencillo… Claro está que la Ostretsova era entonces un diablillo mimado, y compartía su cautiverio con la jovencísima Mira Uborevich. Mas, por ejemplo, esta otra mujer, la ya madura y cultísima N. I. P., que se pasaba las horas afilando en su celda una cuchara de aluminio… ¿Para degollarse? No, para cortarse las trenzas (¡y se las cortó!).

Después, en el patio de la cárcel de tránsito de Krasnóia Presnia, estuve sentado al lado de una partida de mujeres recién condenadas, igual que nosotros, y comprobé, sorprendido, que todas estaban menos delgadas, menos demacradas, menos pálidas que nosotros. Generalmente, las mujeres soportan mejor la escasez de alimento y los sufrimientos de la cárcel. El hambre no las debilita tan pronto.

Mas para todos nosotros, y para la mujer en particular, la cárcel todavía no es nada: lo bueno viene al llegar al campo. Allí le tocará quebrarse, o, de lo contrario, doblegarse y aceptar.

Porque, contrariamente a lo que sucede con la cárcel, el campo es más duro para la mujer que para nosotros. Empezando por la suciedad, que ya la ha hecho sufrir bastante en los puestos de tránsito y durante los traslados, y que seguirá haciéndola sufrir también en el campo. En un campo común, la mujer que integra un equipo de trabajo vive con sus compañeras en un barracón donde nunca podrá sentirse verdaderamente limpia: allí no hay manera de procurarse agua caliente (y a veces, ni siquiera agua fría; en *el lagpunkt* n.º 1 de Krivoshtiekov era imposible lavarse en invierno; sólo se podía conseguir hielo, pero no había dónde hacerlo fundir). No tiene ningún medio legal de procurarse gasa o trapos, ¡y no hablemos de lavar ropa!

¿Los baños? ¡Sí, justamente! Los baños son el bautizo; con ellos se inicia la llegada al campo (dejando de lado, por supuesto, el desembarco en la nieve desde el vagón de ganado y el trayecto que hay que hacer con las pertenencias a cuestas en medio de guardianes y perros)… Precisamente en los baños del campo es donde las mujeres desnudas son examinadas como si se tratara de una mercancía. En la tina habrá agua o no la habrá, pero la revisión antipiojos y el rasurado de axilas y pubis permite a los peluqueros (miembros prominentes de la aristocracia del campo) echar un vistazo a las nuevas mujeres. A continuación, será el turno de los demás enchufados. Se trata de una tradición cuyos orígenes se remontan a las Solovki, sólo que allí, en el amanecer del Archipiélago, reinaba un pudor realmente de otro mundo, y las mujeres eran observadas más o menos discretamente mientras trabajaban vestidas en las labores auxiliares. Pero el Archipiélago se ha petrificado, y el procedimiento se ha vuelto más impudente. Fedor S. y su mujer (testaban destinados a conocerse de ese modo) se ríen ahora al recordar a los enchufados de sexo

masculino alineados a ambos lados de un estrecho pasillo, y por ese pasillo enviaban a las recién llegadas completamente desnudas, pero no todas a la vez, sino una por una. Terminado el desfile, los enchufados se las repartían entre sí. (Las estadísticas adjudican una mujer para seis o siete hombres[148]. Tras los decretos de los años treinta y cuarenta, la desproporción se redujo un poco, pero no lo suficiente como para que se dejara de apreciar a las mujeres, sobre todo, a las que eran atractivas). En algunos campos aún se conservaba cierta cortesía, y las cosas se hacían de otro modo. Una vez las mujeres instaladas en sus barracones, hacían su aparición los enchufados; llegaban satisfechos, enfundados en chaquetas nuevas, con aire de impúdica suficiencia (¡en el campo, una prenda que no esté rota ni sucia se ve de un auténtico dandismo!). Iban y venían sin apresurarse entre las *vagonki*, haciendo su elección. Después se sentaban un minuto, iniciaban una conversación e invitaban a la mujer a que «fuera a visitarlos». Ahora bien, los enchufados no viven en barracones comunes, sino por pequeños grupos en compartimientos separados, donde incluso poseen una hornilla eléctrica, una sartén, y hacen patatas fritas, el sueño de la Humanidad. La primera vez, la mujer va sólo para darse un pequeño festín y para echar un vistazo. Los impacientes empiezan a exigir el «pago» inmediato después de las patatas; los más discretos, las acompañan de regreso a sus barracones y les pintan un cuadro del porvenir. «Acomódate, querida, acomódate en la *zona* mientras todavía te lo ofrecen con buenas maneras. Tendrás para ti la limpieza, y el lavado, y unas ropas decentes, y un trabajo poco fatigoso…, ¡todo eso será tuyo!».

En ese aspecto se considera que la vida de la mujer en el campo es «menos dura». Le resulta menos duro conservar la vida, eso es todo. Partiendo del «odio sexual» con que ciertos acercosos miran a la mujer que todavía no descendió hasta la fosa de los desperdicios, es natural considerar que a la mujer le cuesta menos sobrevivir en el campo porque necesita una ración menor y porque tiene la posibilidad de obtenerla por otros medios. Para un ser enloquecido de hambre, el universo entero se reduce a la comida.

También es cierto que hay mujeres que, por su naturaleza misma, no son demasiado exigentes en lo que a sexo opuesto se refiere, y están dispuestas, aun en libertad, a entregarse al primero que venga. Esas no tienen ningún problema en el campo, todos los caminos les están abiertos. Pero si bien no podemos afirmar qué determinado tipo humano encaja plenamente en determinado artículo del Código, no creemos equivocarnos al hacer notar que la mayoría de las Cincuenta y Ocho, no pertenecen a esa categoría de mujeres. Para muchas de ellas, dar ese paso es algo más horrible que la muerte, y nunca lo hacen. Otras vacilan, se resisten, están turbadas (también retiene la vergüenza ante las compañeras), y cuando ya se deciden, cuando se resignan, es demasiado tarde: han dejado de cotizarse en la «bolsa» del campo.

Porque no a todos les *ofrecen*.

Muchas ceden también desde el primer momento. Es demasiado cruel la alternativa, y no hay ninguna esperanza. Y no son sólo las mujeres casadas, las

madres de familia quienes se deciden a dar ese paso, sino muchachitas jóvenes, casi niñas. Son ellas precisamente las que, asfixiadas por la crudeza de la vida del campo, se vuelven más desenfrenadas que nadie.

Y si no quieres, endosa los pantalones y el capote, transfórmate en un ser deforme, macizo por fuera y débil por dentro, y échate al bosque… ¡Volverás arrastrándote a cuatro patas, suplicando que te reciban…!

Si llegaste al campo físicamente intacta y supiste dar el *buen* paso en los primeros días, puedes quedarte tranquila, tu porvenir ya está asegurado en la sección sanitaria, en la cocina, en la administración, en el taller de costura o en el lavadero, y los años que te quedan transcurrirán sin sobresaltos, casi, casi, como si estuvieses en libertad. Y si te trasladan, llegarás a tu nuevo destino en plena forma, y allí también sabrás cómo actuar desde el primer momento. Uno de los pasos más acertados es convertirse en sirvienta de los mandamases. Cuando I. N., mujer corpulenta y de buen aspecto, llegó al campo, el jefe de la Sección Administrativa le asignó inmediatamente la honorable función de fregar el piso en el despacho de la jefatura. Y a pesar de haber sido durante muchos años la acaudalada esposa de un alto oficial del Ejército, I. N. aceptó de buen grado la tarea, perfectamente consciente de haber sido muy afortunada.

¡Qué importa si alguna vez, todavía libre, amaste a alguien y quisiste serle fiel! ¿Qué más da la fidelidad de una muerta? «*Cuando salgas de aquí, ¿quién va a necesitar de ti?*», ésas son las palabras que resuenan constantemente en el barracón de mujeres. Con cada día que pasa, te vas volviendo más tosca, más vieja; los últimos años de tu vida de mujer están destinados a transcurrir vacíos y sin alegría… ¿No es más razonable, entonces, tratar de aprovechar por lo menos algo de esta vida, por monstruosa que sea?

Por suerte, en el campo nadie juzga a nadie. «Aquí todas hacen lo mismo». Eso facilita las cosas. Y contribuye, además, a facilitarlas, el hecho de que la vida ha perdido todo sentido, todo fin.

Por tanto, las que no ceden en seguida tendrán que pensarlo mejor… ¡De todos modos, las obligarán a ceder! ¡Por empecinadas que sean, si son bonitas, no tardarán mucho en rendirse!

En el campo de Kaluga (en Moscú) teníamos a una hermosa y altiva muchacha, teniente de fusileros. M. parecía una princesa salida de un cuento de hadas ruso: labios rojos, porte de reina, cabellera negra como el ala del cuervo**[149]**. Sobre ella cayeron los ojos del viejo, sucio y adiposo encargado del depósito, Isaac Bezschader. Ya de por sí era un ser repugnante, pero para ella, con su belleza y agilidad, con su vida valerosa de hacía poco, debía de resultarlo mucho más. Él era un viejo tronco podrido; ella, un esbelto álamo. Al viejo se le metió entre ceja y ceja que la quería para sí, y tanto hizo que, finalmente, la muchacha se sintió acorralada. No sólo la hizo mandar a los trabajos generales (todos los enchufados trabajaban al unísono y le ayudaban en sus propósitos), sino que la expuso a las agresiones del personal de

vigilancia (también lo tenía en su puño), y finalmente jugó la carta de que la mandaría lejos con un contingente de trabajo. Cierta noche, cuando todas las luces se habían apagado en el campo, yo mismo vi, en la blanquecina claridad de la nieve y del cielo, la silueta de M., que desde el barracón de las mujeres se deslizaba, con la cabeza gacha, hacia la puerta del depósito. Poco después consiguió un buen puesto en la zona.

M. N., mujer madura, de profesión delineante y madre de dos hijos, había perdido a su marido en la cárcel, y a pesar de que se encontraba en el límite de sus fuerzas derribando árboles en la brigada femenina, no había forma de hacerla ceder. Sus piernas se habían hinchado monstruosamente; al volver del trabajo se arrastraba en el extremo de la columna, y la escolta la hacía avanzar a culatazos. Una vez la dejaron durante todo el día en la zona. El cocinero se aprovechó: «Acompáñame a mi compartimiento —dijo—; podrás comer hasta hartarte». Ella lo siguió. El hombre puso ante ella una sartén llena de patatas fritas con carne de cerdo. Se lo comió todo. Pero, después de haber pagado, sintió náuseas, devolvió, y las patatas se perdieron. El cocinero estaba furioso: «¡Habráse visto, la princesa!». Sin embargo, a partir de ese momento, M. N. comenzó a acostumbrarse paulatinamente. Su situación mejoró. Más tarde era ella misma la que, en las sesiones de cine del campo, elegía un hombre para la noche.

La que espera demasiado, corre el riesgo de que, cuando se haya decidido, tenga que ir ella misma a buscar hombres al barracón común (¡ya se le habrá pasado el tiempo de los enchufados!), deslizándose entre las *vagonki* y repitiendo, como quien recita una letanía, «… medio kilo…, medio kilo»… Y si tiene suerte y encuentra quien la siga con su ración en la mano, deberá colgar sábanas alrededor de su *vagonka*, y allí, dentro de esa carpa improvisada (esas mujeres reciben, efectivamente, en el campo, el nombre de «carperas»), se ganará su pan. Si no es descubierta antes por el celador.

La *vagonka*, aislada por toda suerte de traperío, es una clásica imagen en los campos. Pero también hay métodos más sencillos. Por ejemplo, como se solía practicar en la *lagpunkt* n.º 1 de Krivoshtiekov, entre 1947 y 1949 (sabemos de éste, pero ¿cuántos hubo?). Allí, criminales, comunes, menores de edad, inválidos, prostitutas, madres que criaban, todos estaban mezclados… Había un solo barracón de mujeres, pero de quinientas plazas. Era de una suciedad indescriptible, inimaginable; reinaba el más completo abandono; el olor era absolutamente nauseabundo; las *vagonki* no tenían ni una mísera sábana ni una manta. A los hombres les estaba oficialmente prohibido entrar, pero como no existía el mínimo control, entraban. Y no sólo hombres; también se metían rapaces de 12, 13 años, ávidos de aprender. Al principio, se limitaban a observar: allí no existían falsos pudores, y ya fuera por falta de sábanas o de tiempo, las *vagonki* nunca se aislaban, y como, por supuesto, nunca se apagaban las luces, todo se hacía con la mayor naturalidad, a la vista de todo el mundo y en varios lados simultáneamente. A una

mujer sólo podía protegerla, en ese sentido, la más evidente decrepitud o alguna malformación repugnante. Ser bonita era una maldición; la mujer bonita siempre tenía hombres sentados en su tarima, estaba constantemente rodeada, solicitada, amenazada, y su única aspiración era no ya resistir, sino rendirse ventajosamente, elegir a uno cuyo nombre y cuyo cuchillo supiera infundir respeto a los demás y protegerla a ella de la hueste de admiradores que aguardaban turno y de los rapaces enloquecidos, exasperados por todo lo que veían y respiraban. Pero ¿acaso había que defenderla sólo de los hombres? ¿Y acaso los únicos exasperados eran aquellos rapaces? ¿Qué decir entonces de las mujeres que todas las noches tenían que presenciar esas escenas y a las que nunca ningún hombre había solicitado? Esas mujeres acababan también por estallar en un sentimiento fuera de todo control y se abalanzaban sobre sus vecinas más afortunadas para clavarles las uñas.

En ese mismo *lagpunkt* de Krivoshtiekov, las enfermedades venéreas no tardaron en extenderse. Era *vox populi* que cerca de la mitad de la población femenina estaba ya atacada, pero los hombres no podían elegir y seguían desfilando por la puerta del barracón. Sólo algunos, como el acordeonista Y., que tenía amigos en la sección sanitaria, tenía el privilegio de consultar cada vez para sí y para los amigos la lista secreta de enfermas, a fin de no cometer un error.

¿Y qué decir de la mujer en Kolyma? ¡Allí sí que constituye una rareza; allí sí que se las disputan y se las arrancan de las manos! ¡Mejor será que no llegue a tropezar con ningún hombre en la ruta, ya sea guardián, hombre libre o recluso! En Kolyma se empleó por primera vez la palabra *tramway* para designar la violación colectiva. Cuenta K. O. que, cierta vez, el conductor de un camión lleno de mujeres las perdió a todas jugando a las cartas en el trayecto a Elguen, y para pagar su deuda se salió de la ruta y entregó su cargamento a unos obreros de la construcción desprovistos de escolta.

¿Y en cuanto al *trabajo*? Todavía en un equipo mixto, la mujer goza de ciertas ventajas; generalmente, le toca un trabajo menos duro. Pero si en el equipo sólo hay mujeres, ¿qué clase de consideración va a existir? ¡A producir *metros cúbicos*! Ahora bien, existen campos integrados exclusivamente por mujeres, donde ellas lo hacen todo: derriban árboles, cavan la tierra, levantan paredes. Únicamente les están vedadas las minas de cobre y de tungsteno. ¿Cuántas mujeres hay en el «punto 29» de Karlag? Un número normal, seis mil[150]. ¿Qué trabajos deben efectuar? ¡Elena O., por ejemplo, trabaja de estibador: transporta sacos de ochenta y hasta de cien kilos! Claro está que la ayudan a cargárselos sobre los hombros y que en su juventud fue gimnasta… (Elena Prokofievna Chebotarieva pasó también sus diez años enteros de estibador).

En los campos de mujeres reinan costumbres cuya crudeza no condice con la naturaleza femenina: obscenidades, golpes y violencia; de otro modo no se sobrevive. (No obstante, el ingeniero Pustover-Projorov hace notar que era suficiente sacarlas de su columna y darles un trabajo de sirvienta o cualquier otra ocupación decente para

que, inmediatamente, se volvieran dóciles y laboriosas. En cambio, todas juntas eran de temer. Ese mismo ingeniero tuvo ocasión de observar columnas de ese tipo durante los trabajos en la segunda vía del Transiberiano, en los años treinta. Un día de mucho calor, trescientas mujeres pidieron a la escolta que les permitiera bañarse en una barraca llena de agua. El permiso les fue denegado. Entonces, todas al unísono se desnudaron por completo y se recostaron para tostarse al sol a lo largo de las vías, bien a la vista de los trenes que por allí pasaban. Mientras no se tratara más que de trenes locales, soviéticos, aquello no tenía demasiada importancia, pero la cuestión era que se esperaba un expreso internacional, con extranjeros. Las mujeres se negaban a vestirse y seguían plácidamente recostadas. Hubo que desplazar un coche de bomberos y dispersarlas con la manguera).

Veamos un ejemplo de trabajo *femenino* en Krivoshtiekov. En el ladrillar, cuando ha terminado la explotación de un sector de cantera, se arrojan a la gran fosa los maderos que habían servido para cubrir el suelo. Ahora se trata de volver a sacar esos mismos, pesados y húmedos maderos desde una profundidad de 10 o 12 m. ¿Cómo hacerlo? Con medios mecánicos, dirá el lector. Sí, claro. Un equipo femenino pasa dos gruesos cables por debajo de cada uno de los extremos del madero, y repartidas en dos filas paralelas (cuidando de marchar al mismo paso para no dejar caer el madero y tener que comenzar de nuevo), van tirando de los dos extremos del cable, y así extraen el madero. Después, entre veinte, se lo cargan al hombro y, animadas por el torrente de obscenidades con que las obsequia su rematada jefe de equipo, lo llevan a otro lado y allí lo depositan. ¿Usted sugiere un tractor? Pero, piense un poco: ¿dónde quiere que consigamos un tractor si la escena ocurre en 1948? ¿Una grúa, dice usted? Pero ¿cómo, olvidó a Vichinski…, «el mágico trabajo que de la nada y de la insignificancia transforma a los hombres en héroes»? Si hubiera una grúa, ¿dónde quedaría el magnífico trabajo? Con una grúa, ¡esas mujeres se hundirían en la insignificancia!

El cuerpo se desgasta en ese tipo de trabajo, y todo lo que hay de femenino en la mujer, tanto los rasgos permanentes como la función mensual, desaparece al cabo de un tiempo. Si sobrevive hasta la próxima revisión, la mujer que se desvestirá ante los médicos ya no tendrá nada que ver con aquella que los enchufados miraban relamiéndose de gusto en el pasillo del baño: sin edad; hombros huesudos que sobresalen en ángulo agudo; senos caídos como bolsas resecas; repliegues de la piel vacía sobre las nalgas chatas; las piernas tan descarnadas, que por encima de las rodillas se forma un hueco, por el que pasaría la cabeza de un borrego, y hasta un balón de fútbol; una voz gruesa, áspera, y un rostro que ya está adquiriendo la tonalidad cobriza de la pelagra. (Y después de varios meses de estar derribando árboles —dice el ginecólogo—, se produce el descenso y el desprendimiento de un órgano más importante).

¡El trabajo, ese *mago.*…!

En la vida no hay dos cosas que sean iguales, y tratándose de campos, todavía menos. No todas estaban destinadas al mismo porvenir sin esperanzas. Y cuanto más jóvenes eran, más posibilidades tenían a veces. Aún me parece estar viendo a Napolnaia, con sus diecinueve años, carnes firmes y coloradas mejillas de campesina. En el pequeño campo moscovita de la puerta de Kaluga era la encargada de la torre de la grúa. Trepaba a ella como un mono, y a veces se encaramaba sin necesidad sobre la misma flecha, desde donde gritaba a toda la cantera: «¡Eeech!»; se comunicaba también a gritos, desde su cabina, con el jefe de la cantera, con los capataces; no tenía teléfono. Todo parecía resultarle fácil, divertido, como si no fuera un campo, sino el Komsomol. Sonreía a todos con una bondad desconocida en el GULAG. Siempre le adjudicaban el 140 % de la ración, la más alta del campo, y no había enemigo que la asustara (bueno, a excepción del *compadre*), pues el jefe de la cantera no habría permitido que le tocaran una sola uña. Sin embargo, hay algo que ignoro, y es cómo logró aprender en el campo el manejo de la grúa. ¿La habían admitido desinteresadamente a ese puesto? De todos modos, purgaba su pena por una trivialidad de Derecho común. Le brotaba energía de todos los poros, y la posición que había conquistado le permitía amar por inclinación y no por necesidad.

Idéntico estado de ánimo se reconoce a sí misma Sachkova, arrestada a los 19 años. La mandaron a una colonia agrícola, donde, por cierto, la vida es siempre un poco más fácil, porque suele haber más comida. «Yo corría cantando de una segadora a la otra; aprendía a atar las gavillas». Si no existe otra juventud más que la del campo, pues hay que divertirse aquí, porque, si no, ¿dónde? Luego se la llevaron a la tundra, cerca de Norilsk, que le pareció una ciudad surgida de un cuento de hadas como aquellas con las que había soñado de niña. Una vez terminada su condena decidió quedarse allí como empleada libre. «Recuerdo un día que, caminando bajo una tempestad de nieve, me sentí embargada por una sensación de alegre desafío. Iba caminando, agitando los brazos, luchando con la tormenta y cantando… Contemplaba las irisadas cortinas de la aurora boreal, me precipitaba en la nieve y clavaba los ojos muy alto en el cielo. ¡Sentía deseos de cantar y que me oyeran desde Norilsk! ¡Sentía deseos de gritar que no era a mí a quien esos cinco años habían vencido, sino yo a ellos! ¡Que ya no existían para mí alambradas, tarimas y convoyes! ¡Sentía deseos de amar! ¡Deseaba hacer algo para la gente, para que dejara de existir el mal en la Tierra!».

Sí, eso lo deseábamos muchos…

Sachkova no logró liberarnos del mal: los campos siguen existiendo. Pero ella tuvo suerte, porque, para destruir a la mujer y al ser humano, no son necesarios cinco años: basta con cinco semanas.

Esos son los dos únicos casos que puedo contraponer a otros miles, todos tristes o sórdidos.

Y, naturalmente, ¿dónde vivir el primer amor si, como Nina Peregud, se ha sido arrestada a *los quince años* (¡aplicándole un artículo político!), cuando todavía

cursaba octavo año? ¿Cómo no enamorarse del apuesto músico de *jazz* Basilio Kuzmin, quien aún hace poco, cuando ambos eran libres, volvía loca a toda la ciudad y parecía tan inalcanzable? Nina escribe la poesía *Una rama de blancas lilas*, y él le pone música y se la canta desde el extremo opuesto de la zona (los han separado; Basilio Kuzmin ha vuelto a ser inalcanzable).

En la barraca de Krivoshtiekov, las muchachas también se ponían flores en el pelo para indicar que estaban *subcasadas*, ¿pero quizá también enamoradas?

La legislación externa (externa al GULAG) parecía favorecer el amor en el campo. El decreto de 8-VII-1944 sobre consolidación de los lazos matrimoniales, iba acompañado de una Resolución reservada del Sovnarkom y de un Reglamento del Comisariado del Pueblo para la Justicia de 27-XI-1944, en las que se establecía que en cuanto un ciudadano soviético libre expresara el deseo de disolver su matrimonio por estar su cónyuge preso (o recluido en el manicomio), el Tribunal tenía la obligación de acceder a su petición, e incluso de facilitarle los trámites, eximiéndole del pago del certificado de divorcio. (¡Y en tales casos nadie tenía la obligación legal de informar al ausente de dicha disolución!). De ese modo se invitaba a ciudadanos y ciudadanas a que abandonaran cuanto antes en la desgracia a sus cónyuges recluidos, y a ésos se los obligaba a echar su matrimonio al olvido. Con lo cual no sólo resultaba tonto y antisocialista a una mujer suspirar por su marido separado, si permanecía en libertad, sino que hasta terminaba siendo ilegal. (Zoia Iakucheva fue presa en calidad de MF por su marido; tres años más tarde, éste recuperó la libertad por ser un importante especialista, pero no impuso como condición indispensable la liberación de su mujer, y ella estuvo encerrada sus *ocho* enteritos por él)…

Había que olvidar que se estaba casado, de acuerdo; pero, al mismo tiempo, la legislación interna del GULAG condenaba los excesos amorosos, como sabotaje del plan de producción. Desparramadas por los lugares de trabajo, esas mujeres sin conciencia, olvidándose de su obligación ante el Estado y ante el GULAG, estaban dispuestas a tumbarse de espaldas en cualquier lado, sobre la tierra desnuda, sobre virutas de madera, sobre escoria de hierro, sobre grava…, ¡y el coeficiente de producción se iba a pique! ¡Y el plan quinquenal quedaba parado! ¡Y los directores del GULAG no cobraban sus primas! Y por si fuese poco, algunas reclusas concebían el inmundo proyecto de quedar embarazadas para que, gracias a ello y aprovechándose de nuestras tan humanas leyes, las dispensaran de trabajar varios meses, acortando aún más una condena ya de por sí demasiado corta: a veces cinco o incluso tres años. Por esa razón los reglamentos del GULAG exigían que se separase inmediatamente a las parejas descubiertas en delito de concubinato y que se trasladara con un contingente lejano al menos útil de los dos. (¡Eso por supuesto, no tenía nada que ver con la Saltychija, que mandaba a sus siervas a trabajar en alejados villorrios!).

Todo ese romanticismo traía a mal traer al cuerpo de vigilancia. En lugar de quedarse roncando en su puesto, el ciudadano guardián nocturno estaba obligado a

efectuar rondas con una linterna para sorprender a aquellas desvergonzadas, semidesnudas en las tarimas de los hombres, y a éstos, en los barracones de mujeres. Por no hablar de los apetitos que aquello podía despertar en él mismo (¡qué caramba, tampoco el ciudadano guardián es de piedra!), tenía que conducir a la culpable al calabozo o pasarse la noche entera adoctrinándola y explicándole en qué consistía el desacierto de su conducta, para luego redactar un informe (lo cual, en ausencia de estudios superiores, puede llegar a ser un tormento).

Despojada de todo lo que llena la vida de una mujer y de cualquier ser humano (familia, maternidad, grupo de amigos, trabajo acostumbrado y en ocasiones interesante, arte y libros para algunas), y aplastada, para colmo, por el miedo, por el hambre, por el olvido y la ferocidad, ¿hacia qué cosa podía volcarse la mujer del campo, sino hacia el amor? Una auténtica bendición del cielo, ese amor, amor casi platónico, porque daba vergüenza ir a los matorrales, y en el barracón, a la vista de todos, era inconcebible; porque el hombre no siempre tenía fuerzas, y porque los guardianes del campo andaban a la caza de las parejas para encerrarlas por separado en calabozos… ¡Mas —cuentan hoy las mujeres del campo— por el hecho de ser tan desencarnado, aquel amor resultaba tanto más profundamente espiritual, más fogoso que en la vida corriente! Mujeres ya maduras se pasaban noches sin dormir por una sonrisa casual, por una atención fugaz… ¡Y con qué fuerza brillaba la luz del amor sobre la sórdida existencia en el campo!

N. Stoliarova descubrió la «conspiración de la dicha» en los rostros de su compañera, una actriz de Moscú, y del analfabeto Osman, su pareja en el transporte de heno. La actriz había comprendido de pronto que nadie la había amado como él, ni su marido, director de cine, ni ninguno de sus anteriores pretendientes. Y por esa razón seguía trabajando en el acarreo del heno, no dejaba los trabajos generales.

Existía, además, el riesgo, casi militar, casi mortal, del traslado. Una sola cita de amor sorprendida, y había que marchar a otro campo, abandonar nuevamente los afectos, el puesto ventajoso, ir otra vez a lo desconocido, es decir, a la muerte… ¡¿No era acaso ese amor un amor heroico, gestado al borde del precipicio, rodeado de peligros?! Ana Lejtonen en Ortan perdió todo sentimiento hacia el amado, en los veinte minutos en que un guardián los llevaba al calabozo, y el hombre suplicaba humildemente que les soltara. Unas iban de concubinas con los enchufados sin amor, y otras iban a los trabajos generales y dejaban allí su vida por amor…

Había casos en que los guardianes se mesaban el cabello al sorprender en semejantes situaciones a mujeres positivamente viejas, de las que uno jamás habría podido sospechar el más mínimo arrebato. Pero estas mujeres ya no buscaban la pasión; sólo sentían la necesidad de dedicar su vida a alguien, de comunicarle tibieza, de privarse para alimentarlo un poco, de lavarle la ropa y remendársela. La escudilla en la que comían juntos representaba para ellos la alianza de matrimonio. Una de esas mujeres le explicaba al doctor Zubov: «Lo que yo necesito no es acostarme con él… En esa vida de bestias feroces que llevamos aquí insultándonos y peleándonos todo el

día por raciones o por trapos, piensas para tus adentros: “Hoy voy a remendarle la camisa, y después cocinaremos unas patatas…”». Pero el hombre a veces exige algo más, hay que concedérselo, y es ahí precisamente donde se corre el riesgo de ser descubiertos. Tía Polia, la lavandera del hospital de Undjlag, quedó viuda siendo muy joven, y toda la vida la había dedicado a trabajar de sacristana. Cuando faltaba ya poco para terminar su condena, fue sorprendida, una noche, con un hombre. Los médicos no salían de su asombro: «¡Tía Polia! —exclamaban—. ¿Cómo es posible? ¡Con la confianza que te teníamos…! ¡Y ahora, pobre de ti, te van a mandar a los trabajos generales!». «Sí, soy culpable… —asentía la viejecilla, con aire contrito—. Según los Evangelios, soy una pecadora, y según el campo, una»…

Pero, al igual que en todo el resto del GULAG, tampoco existía imparcialidad para juzgar a los amantes sorprendidos en flagrante delito. Si uno de los dos era un enchufado bien visto en la dirección, o si su trabajo en el campo era muy importante, se hacia la vista gorda sobre su relación amorosa durante años incluso. (La enfermera Musia Butenko, del mismo hospital de Undjlag, vivía un romance con un electricista que tenía permiso para circular libremente por la zona. ¡Como los servicios de este último eran muy apreciados por todos los contratados, cuando aparecía por el hospital el médico jefe, una contratada libre daba personalmente la orden de que a ambos se los instalara confortablemente!). En cambio, si se trataba de reclusos sin importancia o mal conceptuados, el castigo se llevaba a cabo rápida y cruelmente.

En el campo de Guldjedeés, en Mongolia (en los años 1947-1950 nuestros reclusos estaban construyendo allí un ferrocarril), dos muchachas fueron sorprendidas cuando corrían a encontrarse con sus enamorados… El guardián las ató a un caballo, subió encima. Y LO LANZO A TODO GALOPE A TRAVÉS DE LA ESTEPA[151]. Ni siquiera la Saltychija hacía cosas semejantes. Pero las Solovki, sí.

Eternamente perseguidos, eternamente descubiertos, eternamente separados, parecería a primera vista que las uniones en el Archipiélago no podían ser sólidas. Y, sin embargo, se conocen casos en que, incluso separados, los enamorados seguían escribiéndose, y una vez libres contraían matrimonio. Es bien conocida la historia de B. I. CH., catedrático de Medicina en una Facultad de provincia. Desde que estaba en el campo, sus amoríos podían contarse por centenares: no se le escapaba una sola enfermera, e incluso otras que no lo eran. Pero todo terminó cuando apareció Z. La muchacha quedó embarazada, no quiso interrumpir su gestación y tuvo un hijo. B. I. CH. no tardó en recuperar la libertad, pero, en lugar de volver a su casa, se quedó en el campo trabajando como empleado libre para no separarse de Z. y de su hijo. Harta ya de tanto esperar, un buen día apareció su mujer legítima, decidida a llevárselo de vuelta al hogar. B. I. corrió a refugiarse en la *zona* (¡el único sitio a que su mujer no tenía acceso!), y le hizo saber por todos los medios a su alcance, que estaban divorciados y que no quería saber nada más de ella.

Sin embargo, los guardianes y la dirección del Archipiélago no son los únicos que pueden separar a la pareja. El Archipiélago es hasta tal punto «un mundo al revés», que lo que normalmente consolida toda unión, el nacimiento de un hijo, en este caso sólo contribuye a alejar a los padres. Un mes antes del alumbramiento, la futura madre es trasladada a otro campo, donde hay una maternidad en la que imperiosas vocecitas gritan que no quieren pagar la culpa de sus padres y que se niegan a ser reclusos también. Después del parto, la madre es enviada a un campo cercano destinado a las madres, las *mamki*.

¡Vamos a hacer aquí un paréntesis! ¡No podemos dejar de hacerlo! ¡Cuánto autoescarnio en esa palabra! «Nosotros no somos gente de verdad»… El idioma de los reclusos acude constantemente a ese empleo de afijos despectivos: no dicen *mat* (madre), sino *mamka*; en lugar de *bolnitsa* (hospital), es *bolnichka*; en lugar de *svidanie* (entrevista), *svidanka*; en lugar de *volny* (aquel que no está preso), *volniachka*; en lugar de *djenitsia* (casarse), *podjenitsia,* y en este caso la burla sigue siendo la misma, aunque no está contenida en el sufijo. ¡E incluso el plazo de veinticinco años, *chetviertnaia*, se reduce a un simple *chetvertak*, y los veinticinco rublos pasan a ser veinticinco copecs!

Con esa insistente deformación del lenguaje, los reclusos tratan de demostrar que nada es auténtico en el Archipiélago, que todo es ficticio y de la más baja calidad. Y que ellos mismos no le dan ningún valor a lo que para la mayoría de la gente constituye un bien preciado; saben perfectamente que tanto los cuidados que les prodigan en la sección sanitaria como el papeleo para solicitar una reducción de pena no sirven absolutamente para nada y son sólo una comedia. ¡Rebajando su pena a veinticinco copecs, el recluso quiere demostrar que es superior incluso a una condena de por vida!

Y así viven y trabajan las *mamki* en su nuevo campo, esperando la hora en que les toque ir a dar de mamar a los indígenas recién nacidos. Las conducen, bajo escolta, hasta el lugar donde se encuentran los niños, llamado «ciudad infantil» o «casa de lactantes». Una vez terminada la lactancia, las mujeres no tienen derecho a quedarse, salvo a título excepcional, como premio al «trabajo y disciplina ejemplares» (no es cuestión de que las mujeres se queden eternamente en ese campo, ¿no es cierto?, por el solo hecho de haber tenido un hijo: ¡hay que mandarlas a trabajar allí donde las exigencias de la producción lo reclaman!). Pero, la mayor parte de las veces, la mujer no vuelve a su antiguo campo, al lado del marido, y el padre no conoce a su hijo mientras dura su prisión. En cuanto a los niños, después del destete permanecen todavía un año en la ciudad infantil (¡y se los alimenta exactamente igual que a los niños libres, con lo cual el cuerpo médico del campo y el personal de servicio tienen también ocasión de comer un poco más!). Algunas criaturas, separadas demasiado pronto de la madre, no toleran la alimentación artificial, y mueren. Los demás son enviados, al cabo del año, a un hogar de niños común y corriente. De ese modo

abandona el Archipiélago el hijo de una pareja de indígenas, sin perder por ello la esperanza de volver algunos años más tarde en calidad de *menor de edad*.

Los que han tenido ocasión de observar de cerca el asunto, hacen notar que, una vez libre, es poco frecuente que la madre vaya en busca de su hijo (las delincuentes no lo hacen jamás). ¡Es como si una maldición pesara sobre la mayoría de esas criaturas que, al inspirar por primera vez, llenaron sus frágiles pulmoncitos con el maléfico aire del Archipiélago! Otras vienen, o incluso antes los mandan a buscar por alguna modesta (tal vez incluso creyente) abuelita. Y a pesar del perjuicio moral que eso representa para el Estado, sin hablar ya del daño material, pues la estancia en el hospital, la licencia de la madre y el mantenimiento de la criatura han representado una irremediable pérdida de dinero, el GULAG deja marchar a esos niños.

Durante todo el transcurso de la guerra, y en los años anteriores a ella, las mujeres trataban de no tener hijos, pues la maternidad sólo separaba a las parejas y quebraba esa unión de campo tan inestable, hallada con tanta dificultad, disimulada con tanto riesgo y tan obstinadamente amenazada. Y aquí volvía a producirse esa notable diferenciación entre el Archipiélago y el mundo exterior; en efecto, mientras afuera el aborto estaba rigurosamente penado por la ley y creaba una enormidad de dificultades a las mujeres, la dirección de los campos veía con buenos ojos los abortos que constantemente se practicaban en el hospital, por considerar que para la marcha interna del campo era mucho mejor así.

Esos casos, ya de por sí complicados para toda mujer, resultaban aún más dramáticos para las reclusas: ¿dar o no dar a luz? ¿Y qué hacer después con el niño? Si el caprichoso destino que reina en los campos ha permitido que una mujer quede encinta del hombre que ama, ¿cómo decidirse a abortar? Pero dar a luz significa la separación segura por quién sabe cuántos años, y ¿quién le asegura que una vez que se haya marchado no buscará a otra mujer del campo? Y, además, queda otro interrogante: ¿cómo nacerá el niño? (La distrofia que sufren los padres produce con frecuencia débiles mentales). Y cuando haya terminado la lactancia y la separen de su hijo (por largos años en la mayor parte de los casos), ¿lo cuidarán bien, no lo dejarán morir? ¿Le será posible más adelante llevárselo a vivir con su familia? (A algunas les está vedado). Y si no se lo lleva, estará condenada a sufrir toda su vida… (Para algunas, eso no constituye el menor problema; se olvidan en seguida).

Las mujeres que contaban con unirse al padre de su hijo una vez libres, asumían serenamente su maternidad. (Y a veces las cosas resultaban bien. Por ejemplo A. Glebov, su hija mayor, nacida en el Undjlag, ahora una hermosa chiquilla de diecinueve años, y la segunda hija nacida diez años después cuando ya habían recuperado la libertad). También estaban aquellas que ansiaban experimentar los goces de la maternidad, y no les quedaba más remedio que hacerlo dentro del campo, ya que no se les permitía más vida que aquélla. ¡Ese ser vivo que succiona tu seno no es ficticio, ni de segunda calidad! (Lialia, natural de Jarbin, dio a luz por segunda vez sólo para poder retornar a la «ciudad infantil» y volver a ver al primer hijo. ¡Y

después tuvo otro más para volver a ver a los dos mayores! Al cabo de sus cinco años había logrado conservar a los tres, y con ellos se reintegró a la vida normal). Humilladas irremediablemente en su fuero interno, las mujeres del campo se afirmaban en su dignidad a través de la maternidad, y por un breve período se igualaban con las mujeres libres… O bien, se hacían la siguiente composición de lugar: «¡Yo seré una reclusa, de acuerdo; pero mi hijo no lo es!», y exigían celosamente que se le prodigaran los mismos cuidados que a un niño libre. Otras, por lo regular las endurecidas y las delincuentes, consideraban la maternidad como un año *paréntesis*, y, a veces, hasta como en medio de conseguir más pronto la liberación. Esas ni siquiera consideraban al niño como suyo; no tenían interés en verlo, y ni siquiera se preocupaban por saber si estaba vivo.

Las mujeres procedentes de Ucrania occidental, y a veces también las rusas de orígenes modestos, se empeñaban en hacer «bautizar» a sus hijos (se trata de los años de la posguerra). Las había que se hacían mandar la crucecita hábilmente disimulada en algún paquetito postal (en el campo no habrían dejado pasar un objeto tan contrarrevolucionario), mientras que otras se la hacían confeccionar en secreto —a cambio de pan— por algún artesano del campo. Asimismo conseguían una cintita para la cruz y cosían ellas mismas una batita y un gorrito. Economizaban azúcar de su ración, confeccionaban, Dios sabe con qué, una especie de pastelillo, e invitaban a la ceremonia a sus compañeras dilectas. Siempre se encontraba alguna mujer para recitar una plegaria (no importaba cuál), sumergían al recién nacido en agua tibia, le hacían encima el signo de la cruz, y la madre, radiante de júbilo, invitaba a los presentes a tomar asiento alrededor de la mesa.

A veces, las *mamki* con niños de teta (pero nunca las del Cincuenta y Ocho, eso cae de su peso) se beneficiaban de una amnistía parcial, o simplemente de una decisión de liberación anticipada. La mayor parte de las veces, esas decisiones favorecían a las pequeñas rateras y a las delincuentes menores, quienes habían contado en parte con esa eventualidad. Y apenas esas mujeres entraban en posesión de su pasaporte y de su billete de ferrocarril, abandonaban al hijo, que ya no les hacía falta, sobre el primer banco de la estación o en algún portal. (También se ha de tener en cuenta que no a todas las esperaba un techo acogedor, una cálida recepción en la comisaría de su pueblo, un permiso de residencia y un trabajo. Ahora bien, a partir de mañana había que despedirse de la ración del campo. Era más fácil empezar a vivir de nuevo sin hijos).

En cierta ocasión tuve que pasar la noche en la estación de Tashkent, no lejos de un grupo de reclusos que acababan de ser liberados por alguna decisión especial. Serían unos treinta; ocupaban todo un rincón de la sala de espera y armaban un gran alboroto, conduciéndose con ese desparpajo de semidelincuentes característico de los hijos del GULAG que conocen el valor de la vida y desprecian a todos los hombres libres que encuentran al paso. Los hombres jugaban a los naipes, en tanto que las mujeres discutían a gritos de no sé qué. De pronto, una de ellas dio un grito más

estridente que las demás, se levantó de un salto, aferró a su hijo por las piernas y golpeó su cabeza contra el suelo, con un ruido que resonó sordamente en todo el contorno. Todos los *libres* en aquella sala quedaron mudos de espanto… Se elevó un clamor: «¡Una madre! ¿Cómo puede una madre hacer algo semejante?».

No podían comprender que no era una madre, sino una *mamka*.

Todo lo que antecede se refiere a los campos mixtos, tal como eran desde los primeros años de la revolución hasta el final de la Segunda Guerra Mundial. Al parecer, durante todos aquellos años, la única institución carcelaria exclusivamente para mujeres fue la *casa de reclusión* de Novinsk (surgida de la antigua cárcel de mujeres de Moscú). La experiencia, de por sí bastante corta, no pareció haber prosperado.

Pero cuando el Maestro y Creador surgió sano y salvo entre las ruinas, tras una guerra que por milagro él mismo no había llevado al desastre, sus pensamientos comenzaron a girar alrededor del bienestar de sus súbditos. Ahora podía dedicarse libremente a solucionar sus vidas, y con ese fin se le ocurrieron muchas cosas útiles y de una gran moralidad, entre las cuales se cuenta la separación de ambos sexos, llevada a cabo antes que nada en las escuelas y en los campos (a lo mejor, más adelante contaba con extender esa experiencia al mundo de los no-detenidos, en China bien se hizo).

Y así fue cómo la gran separación entre hombres y mujeres comenzó en el Archipiélago en el año 1946 y llegó a su término en 1948. Hombres y mujeres eran enviados a diferentes islas, y cuando eso no era posible, en la misma isla separaban las dos zonas con ese fiel amigo que es el alambre de espino**[152]**.

Pero, tal como sucede con muchas medidas inspiradas y elaboradas en base a las predicciones de la Ciencia, ésta también tuvo consecuencias inesperadas y hasta podríamos decir contraproducentes.

La separación de las mujeres provocó un notorio descenso en el nivel de su producción. Antes, muchas de ellas trabajaban como lavanderas, enfermeras, cocineras, encargadas del caldero, ayudantas en el depósito o administrativas en los campos mixtos; pero ahora habían tenido que abandonar todos esos puestos, y los campos de mujeres les ofrecían muchas menos oportunidades de ese tipo. De modo que fueron enviadas a los «trabajos generales», agrupadas en equipos femeninos, donde la labor resultaba particularmente dura. Dura hasta el punto de que escapar de los «generales», aunque no fuera más que por un tiempo, equivalía a salvar la vida. Y las mujeres comenzaron a perseguir el embarazo, a tratar de aprovecharse de cualquier encuentro fugaz, de cualquier contacto fortuito. El embarazo había dejado de ser una amenaza de separación entre esposos, ya que, de todos modos, gracias al Sabio Decreto, todas las parejas iban a ser separadas.

¡Y, en el término de un año, el número de recién nacidos aumentó *al doble*! (Undjlag, 1948, 300 en lugar de 150). El número de mujeres detenidas entretanto

seguía siendo el mismo.

«¿Cómo piensas llamar a tu hija?». «Olimpiada. Me hice embarazar durante las olimpiadas de los conjuntos vocales». Por pura inercia, aún dejaban subsistir esas formas de labor cultural, las olimpiadas, y también las visitas de brigadas culturales masculinas a campos femeninos, y los encuentros mixtos entre trabajadores de choque. También subsistían los hospitales mixtos, convertidos ahora directamente, en casas de cita. Dicen que en el campo de Solikamsk, en 1946, el alambre de espino estaba sujeto a una sola fila de postes, con hilos bastante espaciados entre sí (y, por supuesto, sin vigilancia armada). Pues los insaciables individuos se pegaban a ambos lados de la alambrada, las mujeres se colocaban en posición como para fregar el suelo, y los hombres las poseían sin necesidad de introducirse en la zona prohibida.

¡No se puede ignorar al Eros inmortal! Aquello no obedecía sólo a un frío cálculo para librarse de los trabajos generales. Los reclusos presentían que la línea de demarcación se había trazado por mucho tiempo y que se iba a petrificar, como todo en el GULAG.

Si antes de la separación había habido concubinato, casamientos de campo e incluso amor, ahora había simple fornicación.

Naturalmente, las autoridades no se quedaban con los brazos cruzados, e iban corrigiendo sobre la marcha sus previsiones científicas. La única fila de alambre de espino fue protegida, en ambos lados, por una antezona. Más tarde, habiéndose reconocido esa barrera como insuficiente, se la remplazó por un muro de dos metros de altura y también con una antezona a cada lado.

En Kenguir, hasta ese muro resultó ser ineficaz: los novios lo saltaban. Entonces, de ambos lados del muro, decidieron declarar el domingo día de trabajo comunista (no iban a robar para eso el tiempo destinado a la producción, ¿no es cierto?, y, después de todo, es muy natural que uno dedique su día libre a trabajar para mejorar las condiciones de vida)…, y los hicieron edificar encima dos metros, cuatro en total. ¡Pero lo más gracioso es que los reclusos iban con alegría a esos domingos comunistas! Les atraía la idea de poder conocer a alguien del otro lado del muro antes de decirse adiós, y de conversar un poco, de concertar un intercambio de correspondencia…

Más tarde, ese muro llegó a tener cinco metros, y por encima se extendió alambre de espino. Después se hizo pasar un cable de alta tensión (¡qué empecinado es ese maldito Cupido!), y para terminar, instalaron atalayas a uno y otro lado. A ese muro de Kenguir le estaba asignado un papel especial en la historia de todo el Archipiélago (parte 5, capítulo XII). Pero en otros campos (Spassk) también se construían cosas por el estilo.

Hay que imaginarse la mente metódica y racional de los negreros que encuentran completamente natural separar a sus esclavos machos de sus esclavas hembras mediante una alambrada, pero que se quedarían estupefactos si se les propusiera emplear los mismos métodos con su propia familia. Los muros crecían y Eros se

agitaba. Al no hallar otro campo de acción, se refugiaba o bien demasiado alto, en la correspondencia platónica, o bien demasiado bajo, en el amor homosexual.

Las misivas amorosas se lanzaban a través de la zona o se dejaban en la fábrica, en lugares convenidos. Los nombres también eran convenidos, para que, en caso de ser interceptadas, los celadores no supieran de quién venían y a quién iban dirigidas. (El delito de correspondencia se castigaba ahora con la cárcel del campo).

Galia Venediktova recuerda que, a veces, las parejas se conocían únicamente por carta: se escribían sin haberse visto nunca y se separaban sin haber llegado a encontrarse jamás. (Quienes alguna vez hayan mantenido una correspondencia de ese tipo, saben que es dulce hasta la locura, y al mismo tiempo ciega y desesperada)… En ese campo de Kenguir, las mujeres lituanas *se casaban* por encima del muro con hombres de su país a los que jamás habían visto: el cura (un recluso, vestido, naturalmente, igual que todos los demás) certificaba por escrito que Fulana y Mengano se habían unido ante el cielo hasta que la muerte los separe. En esta unión con un prisionero desconocido tras el muro —y para las católicas la unión era sagrada e indisoluble— me parece oír un coro de ángeles. Era como la contemplación desinteresada de los astros celestes. Era demasiado elevada para este siglo de cálculos mezquinos y de música estridente…

Los casamientos de Kenguir protagonizaron también una historia poco común. El cielo escuchó las plegarias e intervino… (parte 5, capítulo XII).

Las mismas mujeres (y los médicos que las atendían en las zonas divididas) confirman que soportaban la separación peor que los hombres. Se volvían particularmente excitables y nerviosas. El amor lesbiano se desarrollaba rápidamente. Las mujeres jóvenes y delicadas tenían ojeras y mal color. Las más robustas se convertían en «maridos». Por más que los celadores separaban a ese tipo de parejas, siempre se las volvía a encontrar juntas en la cama. Entonces se expulsaba del campo a una de tales «esposas». Estallaban dramas pasionales, y algunas mujeres se abalanzaban contra la alambrada, bajo los disparos de los centinelas.

En la división de Karaganda del Steplag, donde todas las mujeres eran del Cincuenta y Ocho, muchas de ellas —según cuenta N. V.— esperaban con el corazón palpitante ser llamadas por el comisario; y no por miedo, o por odio, o por repugnancia hacia el interrogatorio político que las esperaba, sino, simplemente, al pensar en ese hombre que se iba a encerrar con ellas…

Los campos de mujeres soportaban, igual que los demás, todo el peso de los trabajos generales. Es verdad que en 1951 se prohibió formalmente hacer derribar árboles a las mujeres (¿sería porque entrábamos en la segunda mitad, del siglo XX? Es poco probable)… Pero, por ejemplo, los campos masculinos del Undjlag no lograban cumplir con la tarea que les había sido asignada, y la jefatura se vio en la necesidad de buscar un estimulante. No tardaron en encontrar la solución ideal, la manera de que los reclusos pagaran con su trabajo aquello que no le es negado en la Naturaleza a ningún ser viviente. Comenzaron a mandar nuevamente a las mujeres al bosque,

bajo la misma escolta que los hombres, separados únicamente por una huella de esquí. Todo el trabajo efectuado se anotaba para el campo masculino, pero las mujeres también tenían la obligación de cumplir su norma. Un oficial superior prometía a Liuba Berezina, «maestro de bosques»: «¡Si haces cumplir la norma a tus mujeres, tendrás a Belenki en tu compartimiento!». Los trabajadores más robustos, y, sobre todo, los enchufados que tenían dinero y se lo metían por bajo a los guardianes (¡a ésos el sueldo tampoco les alcanzaba para gran cosa!), solían penetrar, por una horita y media, en el perímetro de las mujeres (hasta que el centinela sobornado hubiera terminado su guardia).

Tenían justo esa hora y media, en el bosque helado y cubierto de nieve, para conocerse (si no había habido correspondencia de por medio), para hacer su elección, buscar un lugarcito y aparearse.

Mas ¿para qué evocar todos esos recuerdos? ¿Para qué agrandar la herida de aquellos que, entretanto, vivían en Moscú, escribían en los periódicos, pronunciaban discursos, descansaban en su casa de campo y viajaban al extranjero?

¿Para qué evocar todos esos recuerdos, si nada ha cambiado desde entonces? Como todos saben, un escritor sólo tiene derecho a hablar de aquello «que no volverá a repetirse»…

IX
Los enchufados

Uno de los primeros conceptos que adquiere el recién llegado en el Archipiélago, es el de *enchufados*. Así llaman los indígenas a quienes supieron eludir ese destino común que conduce a la exterminación, los *trabajos generales*; algunos, porque los dejaron a tiempo; otros, porque nunca pusieron el pie en ellos.

Los enchufados abundan en el Archipiélago. A pesar de que, en teoría, su número está estrictamente limitado, en la zona habitada por el porcentaje del «grupo CO y en la producción por la plantilla, sobrepasan siempre el porcentaje permitido, pues son muchos los que desean salvarse y es poca la capacidad administrativa de las autoridades, incapaces de llevar la administración y la dirección con un número reducido de brazos».

De acuerdo con las estadísticas del Comisariado del Pueblo para la Justicia, en 1933 había un 22 % de la población indígena afecta a la vigilancia y al servicio doméstico en los campos. Si deducimos de esa cifra a los reclusos que cumplían funciones de *autovigilancia*, nos quedaría, de todos modos, un 17-18 %, porcentaje bastante apreciable, pues representa una sexta parte; en efecto, esa cifra se refiere únicamente a los enchufados *de zona*, pero no comprende a los de *producción*. Además, se ha de recordar que los enchufados constituían un estamento móvil, con lo cual, en el transcurso de su vida en el campo, pasaban por esta situación más reclusos aún. Y sobre todo, entre los supervivientes, entre los que lograron terminar su condena, los enchufados forman una parte muy elevada; en el caso de los del Cincuenta y Ocho condenados a una larga pena, me atrevería a decir que las nueve décimas partes.

Prácticamente, cada recluso que usted felicita por haber podido sobrevivir, es un enchufado. O lo fue durante un largo período.

Porque no hay que olvidar que los campos son campos de exterminio.

Ninguna clasificación existencial tiene fronteras rígidas; todos los límites son graduales. También aquí los bordes están desdibujados. En términos generales, podríamos decir que todo recluso que cumple su tarea sin salir de la zona de habitación, es un enchufado de zona. Ya el obrero de los talleres de zona lleva una vida notablemente más fácil que el obrero adscrito a los trabajos generales; en efecto, no tiene que acudir a la concentración matutina, lo que le permite levantarse y

desayunar más tarde; no tiene que hacer, hasta el lugar de trabajo, un largo trayecto de ida y vuelta bajo escolta; hay menos severidad, menos frío, se gasta menos energía; su jornada termina antes, se desenvuelve en lugares con calefacción, o por lo menos tiene fácil acceso a una habitación para calentarse un poco. Además, por lo general, no trabaja en equipo, sino de maestro individual, y por tanto, sólo le meten prisa sus jefes, no sus compañeros. Ahora bien, como muchas veces ejecuta su trabajo por encargo personal de esos mismos jefes, en lugar de reprimendas recibe pequeñas dádivas, pequeños favores, por ejemplo ropa o calzado fuera de turno. Tiene también buenas oportunidades para lograr algunos extras trabajando para otros reclusos. En otros términos, el taller de zona vendría a ser el equivalente de los talleres artesanales en la hacienda de un señor feudal. Y si un cerrajero o un carpintero no tienen aún demasiado bien definido el carácter de enchufado, el zapatero y, sobre todo, el sastre, pertenecen sin discusión a la flor y nata de la especie. En el campo, decir «sastre» es como decir «catedrático» en la vida corriente. (En cambio, el auténtico título de «catedrático» suena a guasa; es mejor prescindir de él para no convertirse en objeto de burla. En el campo, la escala de valores para las profesiones es exactamente inversa a la del mundo libre).

Lavandera, ayudante de enfermera, fregona, fogonero, asistente de los baños, encargado del caldero, mozo panadero, ordenanza en los barracones, son otros tantos enchufados, pero de segunda clase. Tienen que trabajar, y a veces, duro. Aunque ninguno de ellos pasa hambre.

Los verdaderos enchufados de zona son los cocineros; cortadores de pan; almacenistas; médicos; practicantes; peluqueros; educadores de la Sección Educativo-Cultural; jefe de baños; jefe de panadería; jefe de depósito; jefe de recepción de paquetes; jefe de barracón, comandantes; distribuidores de tareas; administrativos; escribientes de la jefatura; ingenieros de zona y de taller. Todos éstos no sólo están bien alimentados, no sólo visten limpio, no sólo están exentos de la obligación de cargar bultos y destrozarse la espalda, sino que tienen poder sobre todas aquellas cosas que el ser humano necesita, lo que equivale a decir que tienen poder sobre los hombres. A veces se producen luchas sordas entre grupo y grupo, hay rencillas, intrigas, «peleas por mujeres», caen unos y suben otros; pero lo más frecuente es que convivan en armonía formando un círculo herméticamente cerrado a la plebe, como una auténtica clase privilegiada que no tiene nada que repartir porque todo ha sido definitivamente repartido ya y cada uno ocupa el lugar que le corresponde. Y cuanto más poderosa sea en el campo esa camarilla de enchufados, tanto más satisfecho se sentirá el jefe, pues podrá descansar tranquilamente en ella, desligándose de preocupaciones. El destino de todos los recién llegados, de todos los trasladados, de todos los vulgares trabajadores, está en manos de esos enchufados.

La especie humana lleva en sí un espíritu de casta innegablemente restrictivo, y eso explica que los enchufados no tarden en sentirse molestos al tener que compartir sus *vagonki* con simples trabajadores (e incluso al tener que dormir en *vagonki* y no

en camas), al tener que comer con ellos a la misma mesa, desvestirse en los mismos baños, usar ropa anteriormente sudada y desgarrada por ellos. Y comienzan a aislarse en compartimientos para dos, cuatro u ocho personas, donde comen alimentos seleccionados e introducen ilegalmente algunas cosillas, donde discuten todos los asuntos del campo, comentan todos los nombramientos y deciden acerca de los destinos de hombres y equipos, sin correr el riesgo de que los jefes o miembros de esos equipos les vengan a faltar al respeto. Durante sus horas libres (disponen de horas libres) tampoco se juntan con la plebe, y gozan del enorme privilegio de que les cambien regularmente la ropa. Siempre en base a ese absurdo espíritu de casta, tratan de distinguirse de los demás por su vestimenta, aunque las posibilidades con que cuentan son bastante limitadas. Si en un campo predominan camisas y chaquetas negras, tratarán de que en el depósito se las entreguen azules; si todos las usan azules, ellos las llevarán negras. También acostumbran hacerse ensanchar, en la sastrería, los angostos pantalones del campo.

Los enchufados de producción son, en realidad, los ingenieros o peritos, contratistas de obras, capataces, maestros de taller, planificadores, encargados de fijar las normas, y también los administrativos, las secretarias y las dactilógrafas. Se diferencian de los enchufados de zona en que tienen que acudir a la concentración matutina y en que se dirigen al trabajo en columna con escolta (o a veces sin ella). Pero su situación dentro del propio trabajo es privilegiada; no se les exigen extenuantes esfuerzos físicos. Al contrario, de ellos depende la labor, la comida, la vida de muchos trabajadores. Si bien tienen menos contacto con la zona de habitación, se esfuerzan por obtener allí los mismos privilegios que los enchufados de zona, aunque nunca logran equipararse a estos últimos.

Tampoco aquí existen fronteras demasiado precisas. Montadores, técnicos, especialistas en geodesia, mecánicos, reparadores, también forman parte de la gran familia de los enchufados, pero con la diferencia de que no son «comandantes de la producción», no participan del poder que mata, no llevan responsabilidad por la muerte de seres humanos (en la medida en que esa muerte no ha sido provocada por las técnicas de producción elegidas o atendidas por ellos). Son, simplemente, trabajadores intelectuales o incluso medianamente instruidos. Como todos los reclusos, embrollan el trabajo, engañan a la dirección, tratan de estirar a una semana lo que podría hacerse en medio día. Generalmente, en el campo viven casi como el resto de los trabajadores, a menudo forman parte de equipos de trabajo, y sólo en la zona de trabajo tienen calorcito y tranquilidad; allí, encerrados en sus oficinas o en sus cabinas sin presencias extrañas, se olvidan de los intereses del Estado y discuten de sus cosas, de condenas, del pasado, del futuro, y lo más frecuente, de los rumores que circulan respecto a que los del Cincuenta y Ocho (¡y ellos suelen ser en su mayoría del Cincuenta y Ocho!) serán sacados a los generales.

Esos rumores se basan en un incontrovertible argumento científico: los socialmente extraños son, por lo general, incapaces de enmendarse, tan arraigada está

en ellos la corrupción de clase. A la mayoría sólo podrá corregirlos la tumba. Y si, a pesar de todo, existe una minoría que tiene salvación, esa salvación sólo podrá conseguirse mediante el *trabajo*, pero el trabajo físico duro (ese que remplaza a las máquinas), trabajo que sería humillante para el oficial o el guardián del campo, pero que en épocas remotas logró el milagro de transformar al mono en hombre (y que en el campo, lo transforma inexplicablemente en mono otra vez). Pues por esta razón, no por venganza, eso de ningún modo, sino sólo por la débil esperanza de enmendar a los Cincuenta y Ochos en los reglamentos del GULAG se prohíbe rigurosamente (y esta prohibición se renueva constantemente) confiar a condenados de acuerdo con el artículo 58 cualquier puesto privilegiado, tanto en la zona de habitación como en la de producción. (Ocupar puestos que tengan algo que ver con valores materiales, es privativo de aquellos que, cuando estaban en libertad, se dedicaban a pillar esos valores). Y así se cumpliría (¿o es que los mandamases del campo aman particularmente a los Cincuenta y Ochos?), pero existe un problema, y es que todos los demás artículos juntos no proveen ni la quinta parte de los especialistas que suministra el artículo 58. Médicos e ingenieros son casi exclusivamente Cincuenta y Ochos; y, es más, los hombres más honrados y los mejores trabajadores, en el campo o fuera de él, son también siempre los Cincuenta y Ochos. Y así es como, en secreta oposición a la Única Teoría Científica, los negreros comienzan poco a poco a nombrar Cincuenta y Ochos para puestos de enchufados (claro está que los más rentables siguen estando siempre en manos de comunes, pues la dirección se entiende mejor con ellos, y una excesiva honestidad hasta sería molesta). Sí, comienzan a nombrarlos, pero con cada renovación de las instrucciones (y se renuevan constantemente) y ante la llegada de cada nueva inspección (y no cesan de llegar), con un solo gesto de su blanca mano, sin ningún tipo de vacilación o de pena, el jefe los manda a todos a *los generales*. Todo el relativo bienestar laboriosamente construido durante meses se viene abajo en un día. Pero el traslado en sí no es tan cruel para esos políticos enchufados como los perpetuos rumores que anuncian su inminencia. Esos rumores les envenenan la existencia. Sólo los delincuentes de Derecho común pueden saborear sus enchufes sin inquietudes. (Por lo demás, una vez que la comisión se ha marchado, y en vista del mal cariz que ha tomado el trabajo, los ingenieros van volviendo paulatinamente a sus puestos de enchufados, de donde son expulsados de nuevo con la llegada de la siguiente comisión).

También existen aquellos que no sólo son del Cincuenta y Ocho, sino que además traen impresa en su expediente penitenciario una maldición especial de Moscú: «¡Exclusivamente para trabajos generales!». Muchos de los que fueron a parar a Kolyma en 1938 llevaban esa marca. Conseguir un puesto de lavandera o dedicarse a secar botas de paño, era para ellos un sueño inalcanzable.

¿Cómo decía el *Manifiesto Comunista*?: «La burguesía ha despojado de su santa aureola a todas las actividades que hasta entonces eran consideradas venerables y ante las que la gente se inclinaba con respeto. El médico, el jurisconsulto, el

sacerdote, el poeta, el sabio, se han convertido ahora en simples empleados a sueldo[153]». Está bien, pero con un sueldo, ¿no? ¡Y los dejaban trabajar en su especialidad! ¿Y si los mandaran a *generales*? ¿A talar árboles? ¿Y *sin sueldo*? ¿Y sin pan…? Aunque, a decir verdad, los médicos rara vez eran enviados a *generales*: se quedaban para atender, entre otras, a las familias de los mandamases. Pero «los jurisconsultos, los sacerdotes, los poetas y los sabios», a ésos sí, los mandaban a que se pudrieran en los *generales*, no tenían nada que hacer en los puestos de enchufados.

Los *jefes de equipo* ocupaban una posición especial en el campo. Allí no se los consideraba enchufados, pero tampoco se les podía llamar peones. Por tanto, las consideraciones de este capítulo se aplican también a ellos.

* * *

En el campo, como en el fragor de la batalla, no se puede reflexionar mucho: ¡los enchufes se atrapan al vuelo!

Pero ahora han pasado los años y los decenios, nosotros hemos sobrevivido y nuestros compañeros han muerto. Comenzamos poco a poco a descorrer el velo sobre aquel mundo infrahumano, ante los ojos incrédulos o indiferentes de nuestros herederos libres, y ese mundo sólo podremos evaluarlo a la luz de la conciencia humana…

En ese aspecto, uno de los problemas morales que se plantean en primer término es el de los enchufados.

Cuando tuve que elegir al personaje central para una novela sobre los campos, tomé un trabajador; no podía tomar a ningún otro, pues sólo un trabajador está capacitado para entrever las verdaderas correlaciones entre los distintos aspectos del campo (del mismo modo que solamente un soldado de Infantería puede apreciar todo el peso de una guerra, aunque, vaya uno a saber por qué, nunca es él quien escribe sus Memorias). La elección de ese personaje y algunas afirmaciones un tanto categóricas contenidas en la novela, desconcertaron y ofendieron a ciertos exenchufados; ahora bien, como ya dije antes, las nueve décimas partes de los sobrevivientes son enchufados. Aparecieron entonces las «Memorias de un enchufado» de Diakov (*Recuerdos de lo vivido*), donde proclamaban con suficiencia el arte de arreglárselas para conseguir un acomodo y la habilidad para sobrevivir a cualquier precio. (Ése es el tipo de libro que debería haber aparecido antes que el mío).

Durante aquellos escasos meses en que parecía posible *discutir*, surgió algo así como un debate sobre los enchufados, una especie de planteamiento de su posición en el campo desde un punto de vista moral. Pero en nuestro país no dejan que ninguna información se explaye plenamente, que ninguna discusión abarque su objeto en todas sus facetas. Todas son irremediablemente ahogadas desde su nacimiento, para que ningún rayo de luz llegue a iluminar la verdad desnuda; se van amontonando durante decenios en un montón informe, cubriéndose de polvo y perdiendo fuerzas a

medida que pasan los años, hasta que finalmente toda esa hojarasca deje de suscitar interés y las pistas para desentrañar su sentido se pierdan irremediablemente. Así también la discusión respecto a los enchufados fue cortada en sus inicios, y de los artículos de revista emigró a las cartas particulares.

No obstante, era necesario haber hecho una distinción entre enchufado y simple trabajador (por cierto, no más radical que la diferencia que existía en la realidad), y tanto mejor que se haya hecho al principio mismo de tratar el tema de los campos. Pero el artículo de V. Lashkin**[154]**, debidamente censurado, deja entrever por momentos cierta exuberancia en las expresiones que se aplican al trabajo de los campos (como si intentara ensalzar ese trabajo que remplaza a las máquinas, ese trabajo que transformó al mono en hombre), y debido a ello, a pesar de ostentar un punto de vista bastante justo, levantó una oleada de indignación, oleada que alcanzó también con sus salpicaduras a algunos aspectos de mi novela. «¿Cómo es posible —protestaban airados exenchufados y sus amigos intelectuales que jamás habían estado presos—, cómo es posible que glorifiquen el trabajo servil?». (La escena de la construcción en *Iván Denísovich*). ¿De modo que «ganarás el pan con el sudor de tu frente» o, dicho en otros términos, «harás exactamente lo que quiere la jefatura del GULAG? ¡Pues nosotros nos enorgullecemos precisamente de habernos zafado del trabajo, de no haberlo dejado esclavizarnos!».

Y llegado el momento de responder a esas objeciones, suspiro al pensar que no me leerán tan pronto…

Me parece que un intelectual demuestra falta de nobleza cuando se enorgullece de no haberse rebajado jamás al trabajo físico servil porque supo acomodarse en una oficina. En ese aspecto, los intelectuales rusos del siglo pasado se habrían permitido demostrar orgullo *sólo* si con su actitud *también hubieran logrado liberar del trabajo servil a su hermano menor*. ¡Pues Iván Denísovich no tenía la posibilidad de enchufarse en una oficina! Y en ese caso, ¿qué hacer con el *hermano menor*? ¿Entonces al hermano menor *sí* le está permitido realizar un trabajo servil? ¡Pero, vamos, si hace muchísimo tiempo que se lo estamos permitiendo en los *koljoses*! ¡Nosotros mismos lo metimos ahí! Y si eso le está permitido, ¿no le podríamos permitir también que encontrara cierto interés en ese trabajo? ¿Por lo menos durante una o dos horas; por lo menos en el momento del relevo, al comprobar que la labor está bien hecha…? ¿Acaso nosotros mismos no hallábamos placer, cuando estábamos en el campo, en trazar con el tiralíneas una línea negra sobre el papel «Wathman», en dejar correr nuestra pluma sobre el papel? ¿Podría Iván Denísovich sobrevivir diez años maldiciendo su trabajo día y noche? ¡Tendría que colgarse del primer poste que tuviera a mano!

Y ese otro caso, apenas creíble el de Pavel Chulpeniev, que se pasó *siete años* seguidos derribando árboles (y para colmo, en un campo disciplinario), ¿habría podido ese hombre vivir y trabajar tanto tiempo si no le hubiera hallado sentido e interés a esa tala? Ahora van a ver cómo logró mantenerse a flote: el jefe de su

lagpunkt se preocupaba mucho por las buenas condiciones físicas de sus escasos trabajadores permanentes (un jefe en verdad fuera de lo común), y además de darles *balanda* a discreción, sólo a los *recordmen* les estaba permitido el trabajo nocturno en las cocinas. ¡A título de recompensa! O sea, que después de haber estado derribando árboles el día entero, Chulpeniev tenía aún que ir a fregar ollas, llenar calderos, limpiar hornos y pelar patatas hasta las dos de la mañana; una vez terminada su tarea, comía hasta reventar y se iba a dormir tres horitas sin quitarse la ropa. Una vez, también a título de recompensa, desempeñó durante un mes las funciones de cortador de pan. Y después un mes de reposo por automutilación (¡quién iba a sospechar de un *recordman* como él!). Eso es todo. (Aquí también se imponen algunas explicaciones. Durante un año entero, el equipo del cual formaba parte había tenido como carretero a una ladrona que convivía simultáneamente con dos enchufados: el recepcionista y el jefe de depósito. Por esa razón tenía siempre superación en cuanto a cumplimiento de normas y, sobre todo, el caballo del equipo, *Guerchik*, comía avena a voluntad y tiraba fuerte, porque si no, también los caballos allí recibían avena… ¡según el rendimiento del equipo! Y basta ya de decir todo el tiempo «¡pobre gente!», alguna vez quiero decir también «¡pobres caballos!»). Pero así y con todo, ¡*siete años seguidos derribando árboles* es casi una hazaña mítica! Pues bien, ¿cómo iba uno a trabajar así siete años sin coger maña, sin echarle seso, sin entrar en el interés del trabajo mismo? «Con tal de que me dieran de comer —dice Chulpeniev—, yo estaba dispuesto a trabajar y trabajar». Así es el hombre ruso… Había llegado a dominar la técnica de la «tala continua», que consiste en hacer caer el primer árbol de manera tal que no quede suspendido, que encaje bien y que sea fácil de cortar en tarugos. Todos los demás árboles se van superponiendo luego en cruz, de modo que las ramas coinciden en una o dos hogueras, sin necesidad de arrastrarlas hasta allí. Conocía el arte de *dirigir* la caída de un árbol para que fuera a dar en el lugar preciso. Y cuando unos lituanos le contaron que en Canadá los leñadores apostaban a que hundirían una estaca en la tierra haciéndole caer un tronco encima, nuestro hombre se inflamó: «¡A ver —dijo—, probemos nosotros también!». Y lo lograron.

Sí, así es la naturaleza humana: muchas veces nos hace ejecutar, con una especie de incomprensible fogosa animación, una labor que en realidad maldecimos. Yo mismo sentí en propia carne ese extraño hechizo durante los dos años en que me tocó trabajar con mis manos, y llegué a entusiasmarme con un trabajo sin importarme que fuera un trabajo de esclavos, del que yo no podía esperar nada. Experimenté esas curiosas sensaciones precisamente al colocar ladrillos (de lo contrario no lo habría descrito en mi novela), de fundidor, de carpintero e incluso mientras partía con un mazo grandes trozos de hierro fundido. Entonces, ¿no se le podría permitir también a Iván Denísovich que no se desesperara todo el rato de su trabajo ineluctable, que no lo odiara constantemente? Bueno, sí, creo que se lo van a permitir. Se lo van a conceder, pero con la condición expresa de que no resulte un reproche para los

enchufados, para aquellos que ni un solo instante ganaron el pan con el sudor de su frente.

Con el sudor o sin él, pero el caso es que las órdenes de las autoridades del GULAG las cumplían con esmero (porque si no, ¡a *generales*!), ¡y con ingenio, y con aplicación de conocimientos especializados! Los enchufes importantes son precisamente los eslabones de la administración y del trabajo en el campo. En el presunto caso de que todos los reclusos se hubieran negado unánimemente a aceptar esos puestos (esos eslabones especialmente forjados), toda la cadena de los campos se habría desarticulado. ¡Porque en el mundo libre jamás habrían encontrado tantos especialistas calificados dispuestos a llevar, durante años, una vida de perros!

Y entonces, ¿por qué no se negaron? ¿Por qué no rompieron esa cadena?

Los puestos de los enchufados son los puestos clave de la explotación. Unos fijan las normas, pero ¿acaso sus colegas contadores son más inocentes? Otros son contratistas de obras, pero ¿tan limpio de toda culpa es el personal técnico? ¿Existe un solo puesto de enchufado que no implique acatamiento a la superioridad y participación en el sistema general de opresión? ¿Solamente el educador de la Sección Educativo-Cultural o el *compadre* merecen el infierno? Y la dactilógrafa, la simple dactilógrafa, que cumple los encargos de la sección administrativa, ¿tan rebueno es eso? ¿O cuando saca copias de órdenes? Tampoco contribuye al bienestar de los reclusos… Ah, y el inspector no tiene mecanógrafa propia. Pero necesita pasar a limpio sus sumarios y sus chivatazos, contra los libres y reclusos que meterá mañana en el calabozo. Se los da, pues ella teclea y calla, no pondrá a la víctima sobre aviso. Pero ¿a qué buscar más? Tomemos al último de los enchufados, al cerrajero de la intendencia: ¿cuántas veces habrá tenido que fabricar esposas o reforzar barrotes? O para quedarnos en el ámbito de la letra escrita, un planificador, sí, un planificador libre de todo pecado, ¿no contribuye acaso a la explotación planificada?

No veo por qué todo ese trabajo servil intelectual tiene que ser más puro y más noble que el trabajo servil físico. ¡De modo que no debe indignarnos tanto el sudor de Iván Denísovich cuanto el pacífico rasgar de las plumas en una oficina del campo!

O si queréis, tomad mi caso: me pasé la mitad de la condena trabajando en una *sharashka*, una de esas islas paradisíacas. Estábamos separados del resto del Archipiélago; no reparábamos en su existencia servil; pero ¿acaso no pertenecíamos a la misma clase de enchufados? ¿Acaso nuestro trabajo científico no servía para reforzar el mismo Ministerio del Interior y el sistema general de represión[155]?

Todo lo que hay de malo en el Archipiélago o sobre la faz de la Tierra, ¿acaso no lo hemos fabricado nosotros mismos? ¡Y todavía los intelectuales nos indignamos contra Iván Denísovich porque coloca ladrillos! ¡La mayor parte la hemos colocado nosotros!

En el campo es más frecuente que se haga a los enchufados el reproche inverso: de constituir una carga para los simples trabajadores, de engordar a costa de su esfuerzo y de sobrevivir a costa de sus vidas. Esos reproches van particularmente dirigidos contra los enchufados de zona y la mayor parte de las veces no están desprovistos de fundamento. ¿Quién engaña en el peso del pan a Iván Denísovich? ¿Quién humedece su azúcar para volverlo más pesado? ¿Quién impide que las materias grasas, la carne y el buen cereal vayan a parar a la olla común?

Los enchufados de zona encargados de manejar todo lo relativo a alimentación y vestimenta, son seleccionados de una manera muy particular. Para acceder a esos puestos es necesario saber abrirse paso a codazos, ser astuto y tener posibilidades de untar el carro; para mantenerse en ellos es necesario no tener corazón, ser sordo a la voz de la conciencia (¡y la mayor parte de las veces ser un soplón!). Claro está que no se puede generalizar, y yo mismo me comprometo a buscar en mi memoria ejemplos de enchufados honrados y desinteresados, sólo que no se mantuvieron mucho tiempo en esos empleos. Pero, en términos generales, cuando se trata de la gran masa de enchufados de zona, prósperos y satisfechos de su suerte, puede asegurarse a ciencia cierta que hay entre ellos más almas corrompidas y peores intenciones que en el resto de la población indígena a proporción. Los jefes no nombran por casualidad para esos empleos a todos los «ex» de su propio medio, exmiembros de la Seguridad del Estado, exmiembros del Ministerio del Interior. ¡Por supuesto que si el jefe del MVD de la circunscripción de Chajti es encarcelado, no lo mandarán a derribar árboles, sino que irá como repartidor de tareas al *lagpunkt* de comandancia del Usolag! ¡Y si el miembro de la GB, Boris Gugonava («Desde aquella vez que robé la cruz de una iglesia nunca más volví a ser feliz en mi vida»), cae preso, lo mandarán a la estación Reshoty en calidad de jefe de cocineros! A ese grupo se le agregan pronto nuevos individuos, que a primera vista parecen hechos de otra pasta. El juez de instrucción ruso de Krasnodon, que bajo la ocupación alemana había instruido el caso de los miembros de la Joven Guardia[156], era ahora un honorable y respetado repartidor de tareas en una de las subdivisiones del Oziorlag. Sasha Sidorenko, exagente del servicio de inteligencia, que cayó inmediatamente en poder de los alemanes y se dedicó a trabajar para ellos, ocupaba ahora en Kenguir el puesto de jefe de almacén y disfrutaba enormemente haciendo pagar a los teutones lo que había tenido que soportar por ellos. Apenas comenzaban a quedarse dormidos, después de pasar lista, agotados por el día de trabajo, entraba borracho en su barracón y los levantaba aullando como un alucinado: «¡Alemanes…, *achtung*! ¡Soy vuestro dios! ¡Cantad en mi honor!». (Asustados, medio dormidos, los alemanes se incorporaban en sus tarimas y le cantaban *Lily Marlene*). ¿Y qué clase de hombres debieron de haber sido aquellos administrativos que hacia fines de otoño largaron a Loshchillin[157], que acababa de ser liberado, en mangas de camisa? ¿Y qué decir del zapatero de Burepolom que, aprovechándose del hambre de Hans Bernstein, le dio su ración de pan a cambio de un par de botas militares nuevas?

¡Cuando están en su porchecillo fumando amistosamente, comentando habladurías del campo, cuesta imaginarse qué clase de gente hay entre ellos!

Cierto es que pueden ellos también decir algo en su descargo (explicar algo)… Veamos aquí, por ejemplo, una apasionada carta de I. F. Lipai:

«Le robaban su ración al detenido de la manera más desvergonzada y despiadada, siempre, en todas partes y de todos lados. Los hurtos que cometían los enchufados para sí mismos eran… cosa de poca monta, y cuando cometían robos de mayor envergadura, era porque se veían obligados (?). Los empleados de la Dirección, tanto libres como reclusos, y sobre todo, durante la guerra, *exprimían* a los directivos de las Secciones; ésos hacían lo mismo con los directivos de los *lagpunkts*, quienes a su vez saqueaban almacenes y cocinas en detrimento de la ración de los detenidos. Los tiburones más voraces no eran los enchufados, sino los directivos libre (Kuraguin, Poisui-shapha, Ignachenko del Sevdvinlag); ellos no robaban, no, simplemente "retiraban" de los almacenes, y no por kilos, sino por sacos y por barriles. Y, repito, no sólo para ellos: debían repartir. En cuanto a los enchufados, ésos tenían que amañar de algún modo los libros para que arriba no se dieran cuenta. Y los recalcitrantes no solamente perdían su puesto, sino que los mandaban al campo disciplinario en régimen de castigo. Y de ese modo, por obra y gracia de las autoridades, el personal enchufado se filtraba hasta componerse de cobardes que le tenían miedo al trabajo físico, de canallas y de granujas. Y si en una de ésas se descubría el enjuague y había que recurrir al juicio, los que pagaban eran siempre los encargados del almacén y los administrativos, nunca los jefes: ¡éstos se mantenían aparte, no habían dejado recibo…! Y los testimonios de los inculpados contra sus jefes tampoco eran del agrado de los comisarios instructores, que los consideraban una provocación».

Un cuadro bastante vertical.

Natalia Milievna Anichkova, persona honrada como no hay dos, y a la que conozco bien, se encontró un buen día, por uno de esos designios de la suerte, al frente de la panadería del campo. Apenas hubo tomado posesión de su cargo, comprobó que existía la costumbre de separar regularmente cierta cantidad de pan (de la ración de los presos, naturalmente) que se enviaba (por supuesto sin ningún documento escrito) fuera de la zona, a cambio de lo cual los cocineros recibían un poco de manteca y de mermelada en la cantina de los trabajadores libres. Natalia Milievna se opuso a que el pan saliera fuera de la zona y prohibió esa costumbre. A partir de aquel momento, el pan comenzó a cocerse mal, quedando crudo en el centro; después, los hornos no terminaban nunca de calentarse y el pan no llegaba a tiempo; más tarde, el depósito se puso a retener la harina y, finalmente, el jefe del *lagpunkt* (el primer beneficiario) rehusó ceder un caballo para el transporte. Tras algunos días de lucha, Anichkova terminó por abandonar la partida, y todo volvió a la normalidad.

Si se admite que un enchufado haya sido lo suficiente honrado (y hábil) para no participar de ese pillaje universal, ¿cuánto tiempo habría podido soportar la tentación

de no aprovecharse de su situación privilegiada para obtener otra clase de beneficios, como admisión en la casa de reposo, alimentación de enfermería, buena ropa, sábanas limpias, un lugarcito privilegiado en el barracón…? ¿Existe, acaso (¡me cuesta imaginarlo!), algún santo enchufado que jamás, pero jamás, haya extendido la mano hacia alguno de esos bienes expuestos bajo sus propias narices? ¡De ser así, sus mismos colegas le habrían tomado miedo, habrían terminado echándolo! Cada enchufado se aprovechó (indirectamente, de acuerdo…, por intermedio de terceros, lo admito…, sin siquiera enterarse, no lo niego)…, ¡pero se aprovechó! Dicho en otros términos: vivió a expensas de los trabajadores.

Para un enchufado de zona es difícil, muy difícil, tener la conciencia totalmente limpia.

Y, además, queda por saber qué medios empleó para encaramarse a su puesto. En esos casos, rara vez se hace valer el criterio de la idoneidad, como sucede, por ejemplo, con los médicos (o con muchos enchufados de producción). Un camino incontestable es el de la invalidez, pero no es raro que sea la protección del *compadre*. Naturalmente, también existen medios, por así decirlo, neutrales; la gente se acomoda por viejas amistades de la cárcel, o por solidaridad del grupo (lo más frecuente, nacional; algunas pequeñas nacionalidades lo practican con mucho éxito, y suelen concentrarse en los enchufes; los comunistas también ejercen ese tipo de masonería y acostumbran repartir entre sus miembros los mejores puestos).

Otra pregunta: ¿cuál ha sido la actitud del enchufado respecto a los otros, a la gran masa gris? ¡Cuánta arrogancia suele haber, y cuánta grosería! ¡Qué pronto olvidamos que todos somos indígenas y que nuestro poder es transitorio!

Y ahora llegamos al punto fundamental: admitiendo que el enchufado no haya causado daño a sus hermanos en la desgracia, ¿les ha sido útil alguna vez? ¿Utilizó una vez siquiera su situación para defender el bien común, o sólo siempre el propio?

En cuanto a los enchufados *de producción*, no sería justo aplicarles el reproche de «engordar a costilla ajena», «chupar la sangre»: los trabajadores no cobran por su trabajo, cierto, pero no por mantener a los enchufados; el trabajo de los enchufados tampoco se paga, todo va al mismo sitio. Pero todas las demás dudas de carácter moral, éstas sí permanecen… Aprovechamiento de las ventajas, acomodos no siempre muy limpios, soberbia, y, por encima de todo, la eterna pregunta: ¿qué hiciste por el bien común, aunque haya sido poco, aunque haya sido una sola vez…? ¿Qué hiciste por tu hermano menos afortunado?

¡Porque los hubo, ya lo creo que los hubo! ¡Existieron hombres del temple de Vasili Vlasov, que hoy pueden recordar todas sus trampas en pro del interés común! Si a esos hombres inteligentes y lúcidos, que supieron burlar el despotismo de los campos, que ayudaron a organizar la vida de todos de forma que no todos murieran, engañando a la empresa y al campo; a esos héroes del Archipiélago, que entendían su función no como un medio de alimentar su propia persona, sino como una carga y un

deber hacia el ganado gris puesto a sus órdenes, a ésos ¡hasta da fatiga llamarles «enchufados»! Y más que nada los hubo entre ingenieros. ¡Alabados sean!

Pero para los otros no hay alabanza. No existe razón para colocarlos sobre un pedestal. No merecen estar más alto que Iván Denísovich, so pretexto de que evitaron la bajeza del trabajo servil y no levantaron paredes con el sudor de su frente. Ni siquiera valía la pena montar demostraciones de que nosotros, los intelectuales, en los trabajos generales, sufrimos un doble desgaste de energías: para el trabajo mismo y para el consumo de la mente, para las meditaciones-emociones que no podemos detener; y por tanto lo justo es que nosotros rehuyamos los trabajos generales y se los cedamos a naturalezas más rudas (es que aún está por ver si de verdad desgastamos el doble de energía).

Sí, para rechazar cualquier «acomodo» en el campo y dejar que la fuerza de la gravedad arrastre hacia el fondo, hay que tener un alma bien templada, una conciencia llena de luz, una gran parte de la condena ya purgada y, lo más seguro, recibir regularmente paquetes con víveres de la casa de uno, porque, de lo contrario, sería ni más ni menos que un suicidio.

Como decía con aire de agradecida culpabilidad el viejo lobo D. S. L.: «Si estoy vivo hoy, es porque aquella noche fusilaron a otro en mi lugar; Si estoy vivo hoy, es porque alguien se asfixió en mi lugar en la bodega inferior del barco; si estoy vivo hoy, es porque me concedieron a mí los doscientos gramos de pan que le faltaron al que murió de hambre»…

Todo esto no lo escribo en son de reproche. Ya se ha convenido en este libro, y seguirá convenido hasta el final, que a todos los que han sufrido, a todos los oprimidos, a todos los que fueron colocados ante la cruel disyuntiva, mejor absolverlos que condenarlos. Más seguro es absolverlos.

Pero al perdonarte a ti mismo esa elección entre la muerte y la salvación, no tires, olvidadizo, la piedra al que estuvo en un dilema más cruel aún. También nos hemos encontrado ya con muchos de ellos en este libro. Y nos seguiremos encontrando.

El Archipiélago es un mundo sin diplomas, un mundo donde el único título es lo que cada uno cuenta de sí mismo. El recluso no necesita ningún papel, ni siquiera para certificar su grado de instrucción; cuando llega a un nuevo campo, inventa: a ver, ¿por quién podría hacerme pasar esta vez…?

En el campo es conveniente ser practicante, peluquero, acordeonista…, y no me animo a seguir enumerando profesiones aún más cotizadas. Tampoco lo pasan mal hojalateros, vidrieros, mecánicos… ¡Pero, ay del biólogo o, Dios no lo permita, del filósofo…, ay del lingüista o del historiador del arte! Están perdidos, «dan el viaje» en los trabajos generales en dos semanas.

Más de una vez soñé con proclamarme practicante. ¡Cuántos literatos, cuántos filólogos se han salvado en el Archipiélago gracias a eso! Pero nunca llegaba a decidirme, y ni siquiera por el examen de comprobación (sabiendo de Medicina lo

que toda persona instruida, y hasta latín por encima, me las habría arreglado para engañar a cualquiera), sino que me daba miedo la sola idea de poner inyecciones sin saber. Si el ejercicio de la Medicina se hubiera reducido a polvos, jarabe, compresas y cataplasmas, me habría decidido.

Mi experiencia en Novyi Ierusalim me había hecho ver claramente que ser «comandante de producción» era una tarea innoble. Apenas fui transferido a mi campo siguiente, en la puerta de Kaluga, dentro del mismo Moscú, en el umbral del propio puesto de guardia mentí que era *normador* (era una palabra que había escuchado por primera vez en mi vida en el campo, y no tenía la menor idea de lo que podía ser la «normación[dp]», pero esperaba que tendría algo que ver con las matemáticas).

La razón por la cual dije esa mentira precisamente en el puesto de guardia, y en el umbral mismo, se debía a que el jefe del sector, subteniente Nieviedjin, un jorobado alto y sombrío, había venido a interrogar a los recién llegados en el puesto de guardia, a pesar de lo tarde que era, pues necesitaba tenerlos a todos ya asignados para sus respectivos trabajos a primeras horas de la mañana siguiente… ¡Un prodigio de conciencia profesional! Una sola mirada le bastó para reparar en mi pantalón militar metido dentro de las botas, mi largo capote y el afán de servicio en mi rostro; me hizo algunas preguntas respecto de normación (en aquel momento me pareció haber respondido con habilidad, pero más tarde comprendí que Nieviedjin me había desenmascarado apenas empecé a hablar), y a la mañana siguiente no tuve que salir de la zona; ¡había triunfado! A los dos días me nombraron… ¿«normador»? ¡Oh, no! Mucho más que eso: ¡me nombraron «jefe de la producción», es decir, más que el repartidor de tareas, de superior de todos los jefes de equipo! ¡Del fuego a las brasas! ¡Antes de mi llegada ni siquiera existía esa función! ¡Qué cara de fiel cancerbero tendría yo entonces! ¡Y lo que hubiera podido hacer de mí Nieviedjin!

Pero, una vez más, mi carrera no prosperó; Dios tuvo piedad de mí, y esa misma semana sacaron a Nieviedjin por robo de materiales de construcción. Era un hombre muy fuerte, de mirada casi hipnótica, que no tenía necesidad de levantar la voz para hacerse obedecer. Tanto por la edad (tenía más de cincuenta años) como por su experiencia en los campos y por su crueldad, le correspondía de sobra ser general de la NKVD (se decía que en una época había llegado a ser teniente coronel), pero no podía dominar su pasión por el robo. Nunca le hacían juicio, por ser *de la casa*; se contentaban con destituirlo, y cada vez lo degradaban un poco más. Y, así, había llegado a perder hasta el grado de subteniente. El teniente Mironov, que lo remplazó, no tenía paciencia didáctica, y yo mismo no terminaba de darme cuenta de que querían hacer de mí un arma sujeción. Desde el primer momento le caí mal a Mironov; hasta mis enérgicos informes los rechazaba con desagrado:

—Ni siquiera sabes escribir —me decía—; tienes un estilo retorcido. —Y agregaba, tendiéndome una hoja escrita por el capataz Pavlov—: ¡Así se redacta un informe!:

«Mediante analización de fenómenos aislados de descenso del cumplimiento del plan resulta:

»1) insuficiente cantidad de materiales de construcción;

»2) por suministro incompleto de instrumental a los equipos;

»3) de la insuficiente organización de las obras por parte del personal técnico;

»4) y tampoco se cumplen los reglamentos de seguridad».

El mérito del estilo consistía en que toda la culpa recaía sobre la jefatura de producción, y ninguna sobre la del campo.

Por lo demás, ese Pavlov, un extanquista (aún seguía usando el casco), oralmente se expresaba igual:

—Si entiende usted del amor, demuéstreme qué es el amor.

(Hablaba aquí de un tema que le era familiar; las mujeres con las que había convivido no cesaban de alabarlo; esas cosas no suelen mantenerse secretas en el campo).

A la semana siguiente fui vergonzosamente desterrado a los trabajos generales, y Vassia Pavlov en persona ocupó mi lugar. Como yo no había librado ningún combate con él para obtener ese cargo ni había opuesto la menor resistencia a mi revocación, no me mandó a cavar la tierra, sino al equipo de pintores de paredes.

La breve historia de mi dirección me proporcionó, no obstante, una ventaja material: en calidad de jefe de producción me alojaron en una habitación especial para enchufados, una de las dos habitaciones privilegiadas del campo. Ahora bien, Pavlov ya vivía en la otra habitación similar, y como en el momento de mi caída no había ningún pretendiente digno para ocupar mi lugar, seguí viviendo allí durante algunos meses más.

En aquel entonces, yo sólo apreciaba las ventajas materiales de esa habitación: en lugar de *vagonki*, teníamos camas normales, con una mesita de noche para dos (y no una sola para todo el equipo); durante el día, la puerta se cerraba con llave, de modo que podíamos dejar nuestras cosas dentro; existía un hornillo eléctrico semilegal, y gracias a eso no hacía falta apretujarse alrededor del gran horno común en el patio. Esclavo de mi cuerpo, oprimido y asustado, en aquel entonces yo apreciaba sólo esas cosas.

Pero hoy, dominado por la imperiosa necesidad de hablar de mis vecinos de aquella habitación, comprendo en qué había consistido verdaderamente mi gran acierto: nunca más en mi vida, ni por inclinación afectiva ni perdido en el laberinto de los tabiques sociales, me acerqué ni pude acercarme a hombres como el general de Aviación Beliaiev y el *emeuvedista*[dq] Zinoviev, que si no era general, le faltaba poco.

Ahora ya sé que el escritor no debe abandonarse a sentimientos de cólera, de repulsión o de desprecio. ¿Respondiste airadamente a alguien? Significa que renunciaste a escucharlo hasta el final, y perdiste el sistema de sus ideas. Rehuiste a

alguien que te producía asco, y dejaste escapar un espécimen humano cuyas características, totalmente desconocidas para ti, eran exactamente las que te harán falta. Yo mismo me di cuenta bastante tarde de que siempre había dedicado mi tiempo y mi atención a aquellas personas que despertaban mi admiración y mi simpatía, y de ese modo me había limitado a observar la sociedad como quien observa la luna: teniendo siempre ante los ojos la misma faz.

Pero así como la luna, al oscilar levemente, nos descubre también una parte de su faz oculta («variaciones»), así esa galería de monstruos me entreabrió seres humanos insospechados.

Desde el primer momento, desde la primera concentración matutina, no podía pasar inadvertido al recién llegado el general de Aviación Alexandr Ivanovich Beliaiev (en el campo, todos los llaman así, «general»). Su silueta se destacaba sobre el fondo gris negruzco de la harapienta columna no sólo por su altura y por su porte, sino por un admirable abrigo de cuero, sin duda de origen extranjero, de esos abrigos que no se ven ni en las calles de Moscú (sus propietarios viajan todos en automóvil), y más que nada, por su peculiar aire de *ausencia*. Sin siquiera moverse dentro de la columna, sabía demostrar que él nada tenía que ver con esa basura del campo que pululaba a su alrededor, que al borde mismo de la muerte seguiría sin comprender cómo se las había arreglado para caer allí. En posición de firmes, miraba fijamente por encima de los demás, como si estuviera pasando revista a un ejército invisible para nosotros. Cuando se daba la orden de salida para el trabajo y el hombre del puesto de guardia, al contarnos, golpeaba con una tablita la espalda del recluso que hacía cinco, Beliaiev trataba siempre de no ocupar ese lugar. Y cuando, a pesar de todo, le tocaba colocarse en el extremo en el momento mismo de pasar ante el puesto de guardia, se estremecía de repugnancia, se arqueaba y mostraba con toda su espalda tanto desprecio al hombre del puesto, que éste no se animaba a tocarlo.

Cuando yo era todavía jefe de producción —lo que equivale a decir un pez gordo —, tuve ocasión de conocer al general en las siguientes circunstancias: estábamos en la oficina de construcción, donde él trabajaba como ayudante de «normación», y al ver que estaba fumando me acerqué para pedirle fuego. Pedí permiso amablemente e hice ademán de inclinarme sobre su mesa. Con un gesto inconfundible, Beliaiev alejó su cigarrillo del mío, como quien huye de la peste, sacó de su bolsillo un lujoso encendedor niquelado y lo colocó ante mí. Le resultaba más fácil dejarme ensuciar y estropear su encendedor, que rebajarse a hacer de sirviente sosteniéndome su cigarrillo. Me quedé cortado. Del mismo modo reaccionaba con cualquiera que le pidiera fuego: le colocaba enfrente su lujoso encendedor, haciéndolo sentirse extremadamente incómodo y quitándole para siempre las ganas de volver a dirigirse a él. Si alguien le pedía fuego aprovechando que él mismo iba a encender su cigarrillo, Beliaiev apagaba tranquilamente su encendedor, dejaba caer la tapa y así lo colocaba delante del pedigüeño. De ese modo resaltaba aún más la inmensidad de su sacrificio. Y si en la oficina no había otra persona a quien pedirle fuego, todos los que por allí

desfilaban, fueran libres o reclusos, preferían salir y buscar a alguien fuera antes que dirigirse a él.

Ambos nos alojábamos en la misma habitación, y, además, nuestras camas eran vecinas. Advertí en seguida que la repugnancia, el desdén y la irritación eran casi los únicos sentimientos que le inspiraba su condición de recluso. No sólo jamás pisaba el comedor del campo («ni siquiera sé por dónde se entra»), sino que le había prohibido a nuestro vecino Projorov traerle lo que fuera de allí, salvo la ración de pan. ¿Pero existía algún otro recluso en todo el Archipiélago que se mofara tan cruelmente de aquel desdichado pan? Beliaiev lo tomaba con precaución, como si se tratara de un sapo repugnante (¿acaso no lo habían tocado con las manos, transportado en bandejas de madera?), y de los *seis* lados rebanaba una capa de corteza o miga. Jamás entregaba aquellos seis recortes a quienes se lo pedían —Projorov o el viejo ordenanza—, sino que él mismo iba y los tiraba al cubo de la basura. Una vez me atreví a preguntarle por qué no se los daba. Con un altivo gesto de la cabeza (llevaba el pelo blanco cortado casi a rape, de modo que no se sabía exactamente si era un peinado o el corte reglamentario del campo), me respondió: «Una vez, en la Lubianka, mi compañero de celda me pidió permiso para terminar mi sopa. Aquello me produjo un profundo asco. ¡La gente que se humilla hace que me sienta enfermo!». ¡Beliaiev se negaba a dar pan a hombres muertos de hambre, para no humillarlos!

El general podía darse fácilmente todos esos aires, porque al lado mismo de nuestro puesto de guardia estaba la parada del trolebús n.º 4. Todos los días, a la una en punto de la tarde, cuando regresábamos de la zona de trabajo a la de habitación para almorzar, la mujer del general bajaba del trolebús, cerca del puesto de guardia, para traerle al marido los termos con el almuerzo caliente, preparado una hora antes en la cocina personal del general. Los días hábiles no les estaba permitido verse; un guardián le entregaba los termos; pero los domingos pasaban media hora juntos en el puesto de guardia. Dicen que su mujer se marchaba siempre llorando: Alexandr Ivanovich descargaba en ella toda la amargura acumulada durante la semana en su alma dolorida y orgullosa.

Beliaiev hacía una observación acertada: «En el campo, es imposible conservar lo que fuere, objetos, alimentos, en una simple caja con un simple candado. ¡No, la caja tiene que ser de hierro y además debe estar atornillada al suelo!». Pero de ahí seguía inmediatamente la conclusión: «en el campo, de cada cien personas, ¡hay ochenta ladrones!». (No decía «noventa y cinco» para no perder a sus últimos interlocutores). «Cuando vuelva a estar libre, si llego a encontrarme con alguien de *aquí* que se me eche encima para saludarme, le contestaré: ¡Está usted loco; es la primera vez en mi vida que le veo!».

«¡Ah!, cómo me hace sufrir la vida en común —repetía continuamente (¡se refería a la convivencia entre seis personas!)—. ¡Si pudiera almorzar solo, encerrado con doble vuelta de llave!». ¿Tal vez con eso insinuaba que teníamos que salir de la

habitación mientras él comía…? ¡Porque lo que él quería hacer a solas era justamente eso, *almorzar*! ¿Sería porque su comida no tenía nada que ver con la nuestra, o era más bien por esa costumbre tan arraigada en su círculo de ocultar su abundancia a los hambrientos?

En cambio, adoraba conversar con nosotros, y de hecho, probablemente se habría sentido muy desdichado en una habitación solitaria. Pero su conversación era unilateral: hablaba en voz alta y con aplomo, siempre y sólo de sí mismo. «*A mí me* habían ofrecido otro campo, con condiciones de vida mucho mejores (admito que a ellos sí les dejaran elegir)… Yo nunca hice tal cosa… *Para mí* lo principal es… Cuando *yo* estuve en el Sudán angloegipcio»… Pero, después, nada interesante, la primera intrascendencia que se le ocurría para justificar aquella sonora introducción: «Cuando yo estuve en el Sudán angloegipcio»…

Lo cierto es que el hombre había viajado y visto muchas cosas. Tenía menos de cincuenta años, y era todavía robusto. Sin embargo, algo me llamaba la atención, y era que, siendo teniente general de Aviación, jamás nos había contado una sola misión de combate, ni siquiera un simple vuelo.

En cambio, según él, había sido, durante la guerra, el jefe de nuestra misión de compra de material de aeronáutica a los Estados Unidos. Era evidente que ese país le había impresionado mucho, y sin duda Beliaiev había aprovechado su viaje para comprarse muchas cosas para sí mismo. El general nunca se había rebajado a explicarnos exactamente las razones por las cuales estaba *ahí adentro*, pero no cabe la menor duda de que estaban estrechamente ligadas con ese viaje o con lo que él había comentado posteriormente. «Otsep[158] —contaba— insistía en que yo debía confesar[159], pero le dije de una vez por todas: "¡Que me condenen al doble si quieren, pero no soy culpable de nada!"». Se le puede creer; ante el poder posiblemente no tuviera culpa alguna: no lo condenaron al doble, sino a la mitad, cinco años (hasta a los charlatanes de dieciséis años los castigaban más severamente).

Mientras yo estaba allí, escuchándolo y mirándolo, no dejaba de pensar: «Después de todo lo que le tocó soportar…, después de que unas burdas manos le arrancaran sus charreteras (¡me imagino cómo debe haberse retorcido!), después del calabozo, de los registros, de los coches celulares, del "manos atrás"…, después de todo eso, sigue sin permitir que se le contradiga ni en la menor intrascendencia, no digamos ya en cosas importantes (lo importante ni siquiera lo discutirá, somos todos indignos, salvo Zinoviev)». Pero nunca advertí que alguna idea que no partiera de él fuera asimilada por su mente; ¡era directamente *incapaz* de comprender cualquier argumento! Lo sabía todo, ¡incluso *antes* de que habláramos! ¡Me imagino lo que debe haber sido antes, cuando todavía era jefe de una misión soviética en Occidente! Una esfinge de rostro blanco, reluciente e impenetrable, el símbolo de la «nueva Rusia», tal como nos veían en el Oeste. ¿Y el que venía a pedirle algo? ¿El que se atrevía a pisar su despacho? ¡No quiero ni pensar lo que le esperaba! ¡Debía salir de allí sintiéndose el último de los gusanos! Y todavía, si ese hombre hubiera

pertenecido a una familia de militares de viejo cuño…, ¡pero, no! Esos Himalayas de soberbia los había acumulado un general soviético de la primera generación. Seguro que de mozuelo, durante la guerra civil, calzaba unas rústicas abarcas y ni siquiera sabía firmar. ¿Cómo era posible que hubiera asimilado tan pronto toda esa suficiencia…? Siempre en un círculo cerrado, entre gente de su mismo mundo, incluso en el tren, incluso en la playa, siempre detrás de puertas que sólo se abren con un pase especial…

¿Y los otros militares? Lo más probable es que se le parezcan todos. Y ¿qué pasaría si de pronto una verdad cualquiera, ésta, por ejemplo: «La suma de los ángulos de un triángulo es igual a ciento ochenta grados», resultase peligrosa para la integridad de sus casas de campo, de sus puestos oficiales, de sus misiones al extranjero? ¡Que te cortarían la cabeza por el simple hecho de haber dibujado un triángulo! ¡Que derribarían a golpes de pico los frontones triangulares de los edificios! ¡Que publicarían un decreto por el cual sólo se podrían medir los ángulos en radianes!

Y después me pongo a pensar… ¿Y yo? ¿Quién me asegura que en veinte años no me habría convertido yo también en un general como ése? ¿Por qué no?

Además, visto de cerca, Alexandr Ivanovich no tiene nada de malo. Ríe de buena gana leyendo a Gogol. Y cuando está de buen humor, nos hace reír también a nosotros. Su sonrisa es socarrona, está llena de inteligencia. En el caso de que yo quisiera cultivar en mí el odio hacia su persona no podría. No está excluida la posibilidad de que algún día se convierta en una excelente persona. Pero sólo cuando haya sufrido. Comprendido y sufrido.

Pavel Nikolaievich Zinoviev tampoco frecuentaba el comedor del campo, y también quería arreglarse para que le trajeran el almuerzo en un termo. Quedar atrás, ser menos que Beliaiev, era un cuchillo clavado en su corazón. Pero las circunstancias podían más: a Beliaiev no le habían confiscado sus bienes, en tanto que en el caso de Zinoviev había habido confiscación parcial. Dinero, ahorros…, por lo visto habían arramblado con todo, y ahora sólo le quedaba un piso de lujo. ¡Y bien que nos hablaba de ese piso! Hablaba de él con delectación, larga y continuamente, saboreando cada detalle del cuarto de baño e imaginándose el embeleso que debía de producirnos a nosotros escuchar su relato. Hasta tenía un aforismo: ¡después de los cuarenta años, un hombre *vale* lo que vale su apartamento! (Todo eso lo contaba en ausencia de Beliaiev, porque este último ni siquiera lo habría escuchado, se habría puesto a perorar él mismo, pero no de pisos, pues se tenía por intelectual, sino aunque fuera lo del Sudán otra vez). Pero, como decía Pavel Nikolaievich, mi mujer está enferma, y mi hija tiene que trabajar; no hay nadie para encargarse de los termos… Por lo demás, los paquetes que le traían los domingos eran muy modestos. Se veía obligado a soportar su situación con el orgullo del noble arruinado. No llegaba al extremo de frecuentar el comedor, pues le daban asco la mugre que allí imperaba y la

promiscuidad de la plebe ruidosa, pero se hacía traer, por Projorov, la *balanda* y el cereal, que calentaba en el hornillo. De buena gana habría recortado él también su pan por los seis costados, pero como no tenía más pan que éste, se contentaba con mantenerlo pacientemente encima de la llama haciendo tostar en toda su superficie los microbios depositados por las manos del cortador y de Projorov. No iba al comedor, y a veces hasta podía prescindir de la *balanda*, pero no tenía suficiente orgullo nobiliario para abstenerse de mendigar blandamente en el cuarto: «¿No me dejaría probar un pedacito? Hace tanto que no como de eso»…

En general, era exageradamente suave y educado mientras no tuviera alguna contrariedad. Sus buenos modales resaltaban aún más al lado de las innecesarias brusquedades de Beliaiev. Lleno de comedimiento por dentro y por fuera, con su forma de masticar tan lenta, sus ademanes tan circunspectos, era el auténtico «hombre en el estuche» de Chéjov, y era hasta tal punto igualito al personaje chejoviano, que ni siquiera hace falta que siga describiéndolo. La única diferencia consistía en que, en lugar de ser un maestro de escuela, se trataba de un general del MVD. ¡Que no se le ocurriera a nadie ocupar un solo instante el hornillo durante los minutos que Pavel Nikolaievich había calculado para sí! La mirada de víbora que echaba al atrevido hacía a éste retirar inmediatamente su ollita del fuego, por miedo a ser severamente regañado. Los domingos, durante los largos pases de lista diurnos en el patio, yo me llevaba conmigo un libro (siempre de Física, nunca de Literatura) y, oculto tras las espaldas de los demás, leía. ¡Oh, cómo sufría Pavel Nikolaievich ante semejante infracción a la disciplina! ¿Os dais cuenta? ¡Yo leía *en filas*, en las sagradas filas! ¡Con esa actitud ratificaba mi desafío, hacía ostentación de mi libertinaje! Zinoviev no llegó a llamarme la atención directamente, pero eran tales sus miradas de reprobación, sus gestos escandalizados, sus suspiros, sus gemidos y sus gruñidos, y además el espectáculo de mi lectura resultaba tan nauseabundo para los demás enchufados, que finalmente decidí renunciar a mi libro y quedarme la hora o más ahí como un estúpido (en la habitación era imposible leer; había que escuchar los cuentos de los demás). Un día, una de las chicas que trabajaba en la sección de contabilidad del departamento de construcción, llegó tarde a la concentración matutina, y, en consecuencia, la salida del equipo de enchufados se retrasó cinco minutos; aquello no tenía ninguna importancia; simplemente que en lugar de ponerse a la cabeza de la columna, nuestro equipo tuvo que colocarse al final. Nadie prestó a ese hecho la menor atención, ni el repartidor de tareas, ni el celador, ni nadie; pero Zinoviev, enfundado en su capote, de un azul especial, con su gorra militar —desde hacía tiempo despojada de su estrella— profundamente encasquetada y las gafas sobre la nariz, recibió a la rezagada con un bufido de cólera: «¿Por qué demonios llega usted tarde? ¡Estamos todos esperando por su culpa!». (¡No podía callar! ¡Aquellos cinco minutos lo sacaron de sus casillas! ¡Se había puesto enfermo!). La muchacha se volvió bruscamente y, con los ojos brillantes de placer, contraatacó: «¡Lameculos! ¡Infeliz! ¡Chichikov**[dr]**! (¿Por qué Chichikov? Seguramente se había

confundido con Belikov)… ¡Cierra el pico…!». Y toma de acá y toma de allá, el resto rayaba ya directamente la obscenidad. La muchacha se dejaba llevar únicamente por su lengua afilada; mas podía haberse pensado que lo estaba abofeteando con una mano invisible, porque en la piel mate de adolescente de Pavel Nikolaievich comenzaron a aparecer manchas rojas, sus orejas se inflamaron y adquirieron el color de la púrpura, y sus labios se estremecían; pero no pronunció una sola palabra más, no trató de alzar la mano para defenderse. Aquel mismo día, hablando conmigo, se quejaba amargamente: «¡Qué puedo hacer con mi carácter tan *incorregiblemente recto*! ¡Mi desgracia es que ni aun *en este lugar* puedo quitarme la costumbre de la disciplina! Estoy *obligado* a hacer observaciones; eso disciplina a los que me rodean».

Estaba siempre nervioso en la concentración matutina, tanta era la prisa que le corría para ponerse ya a trabajar. En cuanto el equipo de enchufados entraba en la zona de trabajo, Zinoviev se adelantaba con ostentación a todos los que íbamos caminando sin prisa y se precipitaba corriendo casi hacia su oficina. ¿Quería hacerse ver por las autoridades? No tenía mucha importancia… ¿Quería demostrar a los demás reclusos lo absorbido que estaba por su trabajo? Algo de eso podía haber. Pero la principal, la verdadera razón, era que quería alejarse de la masa, abandonar la zona del campo, encerrarse en el pequeño y confortable local de la sección de planificación, para… no hacer lo que Vasili Vlasov, para no tratar de sacar de apuros a los equipos de trabajo, sino holgazanear durante horas enteras, fumar, soñar con otra amnistía y representarse otra mesa, otro escritorio con muchos timbres, varios teléfonos, secretarias serviles y visitantes disciplinados.

Sabíamos muy poco acerca de él. No le gustaba hablar de su pasado en el MVD, ni de sus grados, ni de sus empleados, ni de la naturaleza de su trabajo (¡la característica «timidez» de los *emeuvedistas*!). Pero su capote era —¡qué casualidad! — de ese color azul grisáceo descrito por los autores del *Belomorcanal*, y no se le había ocurrido, ni siquiera en el campo, descoser los ribetes azules de su guerrera y de su pantalón. Era evidente que, en sus dos años de estancia, nunca había tenido ocasión de enfrentarse con la verdadera cara del monstruo, de sentir lo que era realmente el abismo del Archipiélago. Naturalmente, nuestro campo le había sido dado a elegir: su piso estaba a unas pocas paradas de trolebús, en algún lugar hacia el lado de la plaza de Kaluga. Y como aún no había terminado de darse cuenta hasta qué punto le eran hostiles los que lo rodeaban, a veces, en la habitación, se traicionaba sin darse cuenta: ora demostraba conocer bien a Kruglov (en aquella época todavía no era ministro); ora a Frenkel; ora a Zaveniagum, todos peces gordos del GULAG. Una vez mencionó el hecho de que durante la guerra había dirigido la construcción de una importante sección de la vía férrea Syzran-Saratov, o sea, en el Guldjedees de Frenkel. ¿Qué quería decir exactamente con eso de «dirigir»? Ingeniero no era. ¿Significaba, pues, que era el jefe de la dirección del campo? ¡Amiguito! Y desde tales alturas había rodado dolorosamente hasta verse reducido casi a la condición de

un simple prisionero. Estaba bajo el artículo 109, lo que, para un miembro del MVD, significaba que habíase *embolsado* más de lo que correspondía a su grado… Por ser de la casa le habían colgado siete años (¡significaba que había robado como para justificar veinticinco!). La amnistía estaliniana le había suprimido la mitad de los restantes, y le quedaban todavía dos años y pico. Pero el hombre sufría, sufría como si hubiera tenido que purgar diez.

La única ventana de nuestro cuarto daba al parque Neskuchny, y muy cerca de ella, un poco más abajo, se mecían las copas de los árboles. Los días y las estaciones desfilaban ante nuestros ojos, tormentas de nieve, deshielo, primeros brotes verdes… Cuando Pavel Nikolaievich no estaba irritado y se sentía invadido por la melancolía, se acercaba a la ventana y, la mirada perdida en el parque, canturreaba a media voz, en un tono agradable:

Duérmete, corazón, cae en profundo sueño…
¡El pasado ya nadie logrará despertar!

Ahí lo tienen, una persona muy agradable en cualquier reunión mundana…, ¡y cuántas fosas comunes llenas de prisioneros debe de haber dejado a lo largo de las vías férreas!

Aquel rincón del parque Neskuchny, frente a nuestro campo, estaba aislado del público por unas colinas y resultaba prácticamente invisible: las únicas miradas humanas que tenían acceso a él eran las nuestras en el presunto caso de que a nosotros, los reclusos apostados tras las ventanas enrejadas, se nos considerara seres humanos… El 1.º de mayo, un teniente condujo hasta allí a su amiguita, vestida de colorines; era el mejor lugar que había encontrado para ocultarse, y se sentían tan poco intimidados por nuestra presencia tras la ventana como si fuéramos gatos o perros. El oficial revolcaba en la hierba a su amiguita, y ella tampoco era de las tímidas.

No llames lo que ya se ha marchado,
no ames lo que amaste una vez…

En general, nuestra habitación era como un modelo reducido de la sociedad entera. El *emeuvedista* y el general nos manejaban a su antojo. Para usar el infernillo (propiedad del pueblo), teníamos que pedirles permiso a ellos cuando no lo necesitaban. Ellos decidían si hacía falta ventilar o no, indicaban dónde debíamos dejar nuestro calzado y colgar nuestros pantalones; ellos ordenaban callar, dormir, despertarse. A pocos pasos de nosotros, sobre el pasillo, daba la puerta de la gran habitación común, donde rugía la república, donde todas las autoridades eran enviadas a hacer… gárgaras; en cambio, nosotros morábamos en el reino de los privilegiados, y si queríamos seguir ahí, teníamos que respetar en todo la legalidad. Degradado a vulgar pintor de brocha gorda, yo ya no tenía derecho a abrir la boca:

me había convertido en un proletario que en cualquier momento podía ser enviado a la habitación común. Y al campesino Projorov, si bien lo habían nombrado jefe de equipo de los enchufados de producción, era con el exclusivo fin de utilizarlo como sirviente; le hacían ir a buscar el pan, las escudillas, hablar con los guardianes y los ordenanzas; en resumen, efectuar todas las tareas bajas (era él quien traía la comida a los dos generales). Así que nosotros dos nos sometíamos a los dictadores porque no quedaba más remedio. Pero ¿dónde estaba y qué hacía, entretanto, nuestra gran *intelligentsia* rusa?

El doctor Pravdin[ds] (¡un nombre así no se inventa!), neurólogo, médico del campo, tenía setenta años. La revolución, pues, lo había sorprendido en su quinta década, madurado en los mejores años del pensamiento ruso, en las tradiciones de rectitud, de honradez y de amor al pueblo. ¡Qué aspecto tenía! Una enorme y venerable cabeza coronada por una cabellera plateada, contra la cual la esquiladora del campo no se atrevía a atentar (era un privilegio concedido por el jefe de la sección sanitaria). ¡Su retrato habría engalanado la mejor revista mundial de Medicina! ¡Ningún país se habría avergonzado de tenerlo como ministro de Sanidad! Su gran nariz, consciente de su propio valer, inspiraba una confianza sin límites en la sagacidad de su diagnóstico. Todos sus movimientos eran dignos y pausados. Tan voluminoso era nuestro doctor, que su humanidad desbordaba de la cama metálica de una plaza que le había sido asignada.

No sé qué tal neuropatólogo sería. Podía muy bien ser bueno, pero sólo en una época muelle y cortés, y nunca en un hospital del Estado, sino en su domicilio, protegido por una chapa de bronce atornillada a la puerta de roble y mecido por el melodioso tintineo del reloj de pared, sin apresurarse jamás para ir a ningún lado y subordinado únicamente a su propia conciencia. Sólo que desde entonces le hicieron llevarse sus buenos sustos, y había quedado aterrorizado para el resto de sus días. Ignoro si anteriormente estuvo preso o a punto de ser fusilado durante la guerra civil (no tendría nada de raro), pero aun sin revólver le habían metido suficiente miedo en el cuerpo. Le había bastado con trabajar en esos dispensarios donde era necesario atender a nueve enfermos por hora, con el tiempo justo para golpear la rodilla de cada uno con un martillito, además de ser miembro de la VTEK (Comisión de expertos en Medicina laboral) y de una Comisión de curas de reposo, y de una Comisión de reformas, y pasarse las horas firmando papeles y más papeles y otra vez papeles, sabiendo que con cada firma se jugaba la cabeza, que ya había médicos que pagaron con su libertad, que otros estaban amenazados, y tú entretanto sigue firmando y firmando boletines, informes, conclusiones, estudios, análisis, exámenes, historias clínicas; cada firma era un caso de conciencia, la duda de Hamlet: ¿baja o no baja?, ¿apto para el servicio o no apto para el servicio?, ¿enfermo o sano? Por un lado, los enfermos que suplican; por el otro, las autoridades que presionan; y el médico, muerto de miedo, sin saber qué hacer, indeciso, asustado, arrepentido…

Pero todo eso sucedía cuando aún disfrutaba de libertad, y ahora sólo eran amables recuerdos… Ahora estaba preso en calidad de enemigo del pueblo, aterrorizado por el juez de instrucción hasta tal punto, que casi se muere de un infarto (¡me imagino a cuántas personas, la Facultad de Medicina en pleno, habrá arrastrado consigo bajo semejante estado de terror…!). ¿En qué se había convertido nuestro neurólogo? La simple visita de rutina del jefe de la sección sanitaria del *lagpunkt*, un viejo borracho sin la menor formación médica, lo ponía en tal estado de confusión y de inquietud, que ya no era ni capaz de leer el texto ruso de las fichas del hospital. Sus dudas se habían multiplicado por diez; en el campo se sentía más desamparado que nunca: con 37,7° de fiebre, ¿dispensar o no dispensar? ¿Y si lo llaman al orden? Y venía a consultarlo con nosotros a la habitación. No podía conservar la calma y el equilibrio más de veinticuatro horas, las veinticuatro horas que seguían a una felicitación del jefe del campo o incluso del último de los guardianes. Durante esas veinticuatro horas se sentía en cierto modo seguro, pero, a partir del día siguiente, la inexorable inquietud se volvía a apoderar de él. Un día en que a toda prisa había que trasladar un contingente, ni siquiera tuvieron tiempo para preparar los baños (¡y menos mal que no los mandaron desnudos bajo el agua helada!). El jefe de celadores vino a ver a Pravdin y lo intimidó para que redactara un certificado en que hiciera constar que todos los reclusos transferidos habían pasado por la revisión sanitaria. Como de costumbre, Pravdin se sometió sin chistar, pero ¡con qué consecuencias! Entró en nuestra habitación, se desplomó sobre su cama como un hombre abrumado, llevándose las manos al corazón, gimiendo y haciendo oídos sordos a nuestras palabras de consuelo… Nosotros nos dormimos, mientras él fumaba cigarrillo tras cigarrillo, y corría continuamente al servicio; finalmente, a medianoche, se vistió y, medio loco, se dirigió al puesto del guardián de turno, un pitecántropo analfabeto apodado *Retaco,* pero con una estrella en su gorra, para pedirle consejo: ¿Qué iba a ser de él ahora? ¿Ese crimen le valdría, sí o no, una segunda condena a título de 58? ¿O se limitarían a enviarlo a un campo lejano? (Su familia, que vivía en Moscú le traía periódicamente suculentos paquetes, y él se aferraba a nuestro pequeño campo) …

Muerto de miedo, temblando de pavor, Pravdin había perdido hasta la última gota de energía para todo, incluso para cuidar de la profilaxis higiénica. Ya no era capaz de exigir nada de nadie, ni de los cocineros, ni de los ordenanzas, ni de su propia enfermería. El comedor estaba hecho un asco, las escudillas casi no se lavaban, en la propia enfermería sacudían las mantas cada muerte de obispo; Pravdin sabía todo eso, pero era incapaz de lograr que se mantuviera la limpieza. La única chifladura que compartía con la jefatura en pleno (¡y son muchos los campos que conocen bien esa diversión!) era el lavado diario de los pisos en las habitaciones, y eso se cumplía al pie de la letra. El aire y la ropa de cama jamás terminaban de secarse a causa de los suelos podridos y eternamente mojados. A todo eso, Pravdin ya había dejado de ser respetado hasta por el último acercoso del campo. Durante toda su vida de detenido,

sólo quien no quería se había abstenido de robarle o de engañarle. Y gracias a que de noche nos encerrábamos con llave, Pravdin conservaba aún todas sus cosas, desparramadas alrededor de su cama, y no le habían vaciado su mesita de noche, la más desordenada de todo el campo, cuyo contenido se desparramaba y caía al suelo continuamente.

¡A Pravdin lo habían encerrado por ocho años en virtud de los artículos 58-10 y 58-11, por agitación y organización política, pero en su cabeza descubrí la ingenuidad de un niño retrasado! A su tercer año de detención, aún no había madurado lo suficiente como para adquirir las ideas que en el curso de la instrucción había confesado ostentar. Pensaba que nos habían detenido provisionalmente, en broma, y que se estaba preparando una grande y generosa amnistía para hacernos saborear más intensamente el gusto de la libertad y provocar nuestro eterno agradecimiento a los *Órganos* por aquella sabia lección. Creía en la prosperidad de los *koljoses,* en la perfidia del infame plan Marshall para sojuzgar a toda Europa y en las intrigas de los aliados para desencadenar una tercera guerra mundial.

Recuerdo que un día volvió como iluminado, radiante, embargado por una silenciosa y profunda felicidad, como la que llena los corazones de los creyentes que vuelven de unas hermosas vísperas. En su carota bondadosa y cándida, sus grandes ojos, con el párpado inferior caído, brillaban con una dulzura que no parecía de este mundo. No tardamos en averiguar que acababa de celebrarse una reunión de los enchufados de zona. El jefe del campo, después de vociferar e insultarlos, se calmó de pronto y acabó diciéndoles que les tenía confianza y que los consideraba *sus fieles ayudantes*. Y Pravdin nos confesó, conmovido, que después de esas palabras «le entra a uno un auténtico entusiasmo por el trabajo». (En honor del general, hay que reconocer que torció la boca en un gesto de desdén).

El apellido del doctor no mentía: ¡Pravdin era amigo de la verdad, amaba la verdad! La amaba, sí, pero no era digno de ella.

En aquella sociedad en miniatura que constituíamos entonces, él era un personaje cómico. Pero pasemos de la miniatura al tamaño natural… ¡y nos sentiremos paralizados de horror! ¿Cuántos de los que formaban nuestra Rusia *espiritual* se convirtieron en eso? Y sólo porque tenían miedo… Pravdin, educado en un ambiente culto, dedicó toda su vida a un trabajo mental, estuvo siempre rodeado de personas mentalmente desarrolladas, pero queda por preguntarnos: ¿era un *intelectual*[dt], es decir, un hombre dotado de un intelecto individual?

Con los años, me puse a reflexionar en lo que quería decir exactamente esa palabra, *intelligentsia*. A todos nos gusta mucho ser miembros de ella, pero no todos lo somos. En la Unión Soviética, esa palabra la han tergiversado por completo. Empezaron a aplicarla a todos aquellos que no trabajaban (y temen hacerlo) con sus manos. Todos los burócratas del Partido, del Estado, del Ejército y de los Sindicatos fueron englobados en ella. Todos los contadores y tenedores de libros, esos esclavos mecánicos del Debe y del Haber. Todos los empleados de oficina. Y, con más razón,

todos los maestros y profesores (incluidos los que no valen más que un manual sonoro, sin la menor idea original sobre educación). *Todos* los médicos (incluidos los que sólo sirven para garabatear historias clínicas). Y mucho menos vacilarán para incluir a todos aquellos que frecuentan, aunque sea de lejos, las salas de redacción, las editoriales, los estudios cinematográficos, las filarmónicas, por no hablar de los que publican sus obras, dirigen películas o manejan el arco del violín.

Sin embargo, ninguno de esos síntomas significa que haya que incluir a una persona necesariamente en la *intelligentsia*. Si queremos conservar esa noción, no debemos permitir que se devalúe. El intelectual no se reconoce por su profesión o por sus ocupaciones. Una buena educación y una buena familia, tampoco producen necesariamente a un intelectual. El intelectual es un hombre que por sus intereses y por su voluntad se siente atraído hacia el aspecto espiritual de la vida de una manera estable, permanente, y no incitado por circunstancias exteriores, o a veces hasta a pesar de ellas. El intelectual es un hombre cuyo pensamiento no es imitativo.

En nuestra cueva de monstruos, Beliaiev y Zinoviev eran considerados los intelectuales indiscutibles; en cuanto al capataz Orachevski y a ese patán de Projorov, encargado de útiles y provisiones, ofendían la sensibilidad de nuestros grandes personajes, y cuando yo era «Primer Ministro», el general y el *emeuvedista* se habían dirigido a mí para convencerme de que había que echar de nuestra habitación a esos dos mujiks, por lo sucios que eran, por su costumbre de tumbarse en la cama con las botas puestas, y, en resumen, por su falta de inteligencia. (¡A los generales se les había ocurrido desprenderse del mujik que los alimentaba!). Pero a mí me habían caído simpáticos los dos, yo mismo tengo un poco alma de mujik, y en la habitación se estableció el equilibrio. (No me cabe la menor duda de que, después, los generales se dirigieron a alguien para que también me echaran a mí).

En efecto, Orachevski tenía una apariencia tosca, desprovista de toda chispa de intelectualidad. En materia de música, lo único que conocía eran las canciones ucranianas; en su vida había oído hablar de la pintura italiana antigua ni de la francesa moderna. No puedo decir si le gustaban los libros, porque en el campo no los había. No intervenía en las discusiones sobre temas abstractos que surgían en nuestra habitación. Los mejores monólogos de Beliaiev sobre el Sudán angloegipcio, y de Zinoviev sobre su piso, lo dejaban indiferente por completo. Prefería pasar su tiempo libre en profundas, sombrías y silenciosas meditaciones, con las piernas sobre la barandilla de la cama, los talones bien apoyados y las suelas mirando a los generales (pero no lo hacía por desafío, no, sino por comodidad: unos minutos antes de la concentración, o durante la pausa del almuerzo, o de noche, cuando todavía habrá que salir, ¿es lógico privarse del placer de recostarse un rato? Y quitarse las botas no es tan sencillo, sujetan las bandas enrolladas debajo). Asimismo ignoraba los accesos de masoquismo del doctor. Pero, de pronto, después de permanecer una hora o dos en silencio, era capaz de pronunciar, con tono trágico, una frase que no tenía absolutamente nada que ver con lo que se había estado hablando en la habitación:

«Sí, es más fácil para un camello pasar por el ojo de una aguja, que para un Cincuenta y Ocho salir en libertad». En cambio, cuando se trataba de discutir sobre temas de la vida corriente, acerca de la propiedad de los objetos de uso diario o sobre qué actitud adoptar en tal o cual circunstancia, se metía en la conversación y, con toda la testarudez de un ucraniano, se empeñaba en demostrar con ardor que las botas de fieltro se estropean si se las pone a secar sobre la estufa, y que es más práctico y más agradable usarlas todo el invierno sin secarlas una sola vez. Y, claro, ¿me pueden ustedes decir qué tenía ese hombre de *intelligent*?

Pero, de todos nosotros, era el único al que de verdad le gustaba la construcción, el único que podía hablar con interés de ese tema fuera de las horas de trabajo. Cuando se enteró de que los reclusos se las habían ingeniado para destrozar los tabiques de separación, ya todos colocados, y habían usado la madera como combustible, se agarró la tosca cabeza con las toscas manos y comenzó a balancearse, como bajo los efectos del dolor. ¡No acababa de comprender cómo se podía ser tan vándalos! Tal vez porque hacía solamente un año que estaba preso… Si entra alguien y cuenta: «Desde el octavo piso acaba de caer una plancha de hormigón», todos exclaman: «¿No ha habido víctimas?», pero Orachevski pregunta: «¿No vio usted cómo se partió, en qué dirección iban las grietas?». (Las planchas se hacían según su diseño, y él quería saber si la armazón estaba bien colocada). Uno de los días más fríos de diciembre, capataces y jefes de equipo se habían reunido en la oficina para calentarse y estaban contando diversas habladurías del campo. De pronto entró Orachevski, se quitó un guante y, triunfalmente, con gesto de precaución, sacó de él, para colocarla sobre la mesa, una magnífica mariposa negroanaranjada, entumecida, pero viva: «¡Aquí tienen una mariposa que sobrevivió a 19° bajo cero! Estaba posada sobre un tirante».

Todos rodeamos la mariposa y dejamos de hablar. ¡Ni los más afortunados mostraríamos mayor vitalidad cuando llegáramos al final de nuestra condena…!

En cuanto a Orachevski, le dieron solamente cinco años, por *crimen facial* (exactamente como en Orwell), o sea, por haber *sonreído*. ¡Era profesor de una escuela militar, y una vez, estando en la sala de profesores, mostró a un colega algo del diario *Pravda* y sonrió! Al otro, al colega, lo mataron poco después, de modo que nadie supo *de qué había sonreído* Orachevski. ¡Pero la sonrisa había sido advertida, y era un sacrilegio el solo hecho de sonreír mientras se hojeaba el órgano central del Partido! Más adelante propusieron a Orachevski que pronunciara una conferencia de carácter político. Él respondió que acataría la orden, pero que la conferencia sería pronunciada sin *entusiasmo*. ¡Esa fue la gota que colmó el vaso!

Y ahora yo pregunto: ¿cuál de los dos, Pravdin u Orachevski, se aproxima más a lo que es un *intelligent*?

No quiero dejar de decir algunas palabras sobre Projorov. Era un mujik corpulento, de andar pesado, mirada sombría, un rostro poco agraciado y que antes de sonreír, se lo

pensaba. A éstos, en el Archipiélago, los llamaban «lobos grises». Nunca nacía de él el impulso de despojarse de algo para dárselo a otro, de hacer un bien a alguien. Pero una característica suya me gustó desde el primer momento: traía las escudillas de Zinoviev y el pan de Beliaiev sin obsequiosidad, sin falsas sonrisas o siquiera palabras vacuas; lo hacía con una especie de majestad, de severidad, como queriendo señalar que el servicio es el servicio, pero que él tampoco era un chiquillo. Para alimentar su corpachón de trabajador necesitaba mucha comida. Soportaba esa situación humillante por la sopa y el cereal del general; sabía que lo despreciaban en la habitación, y si bien no respondía con brusquedad, no corría *natsirlaj*[160]. A todos nosotros nos comprendía como si estuviéramos desnudos delante de él, pero no llegaba el momento de expresarse. Projorov daba la impresión de estar hecho de roca: muchas cosas de nuestro pueblo se sostienen sobre hombros como los de él. No se apresuraba a sonreírle a nadie, mira huraño, pero jamás le va a clavar a uno el cuchillo por la espalda.

No era un Cincuenta y Ocho, pero conocía a fondo la vida. Durante bastantes años había sido presidente de un *soviet* rural cerca de Naro-Fominsk; allí también había que saber arreglárselas, y dar pruebas de crueldad y mantenerse firme ante las autoridades. Así nos hablaba él de su presidencia:

«Ser un patriota significa ir siempre delante. Claro, uno será también el primero en chocar contra todo tipo de líos. Por ejemplo, pronuncias una conferencia en el Soviet; por más que en el campo todo acabe siempre en *la parte material*, siempre saldrá algún barbudo que te suelte: "¿Y qué es la revolución per-ma-nen-te?". ¡Y yo qué demonios sé! Recuerdo que en la ciudad las mujeres se hacen la permanente, eso es todo lo que podría decir… Pero si no contesto nada, empezarán: "¿Y a ese animal de dónde lo sacaron?". Entonces contesto: "La permanente es una revolución de esas así, que se retuercen y dan vueltas y revueltas, vete a la ciudad y mírales los rizos a las mujeres, o la lana de los carneros…". Cuando los nuestros se las tuvieron con MacDonald, yo rectifiqué el informe que había mandado a las autoridades: "¡Camaradas —les dije—, ustedes harían mejor en no pisar demasiado la cola de los perros ajenos!"».

Con los años, había terminado por conocer toda la farolería de nuestra vida pública, e incluso participó de ella. Convocaba a un presidente de *koljós*, por ejemplo, y le decía: «¡Para la exposición agrícola, prepárame una ordeñadora que dé algo así como sesenta litros de leche por día! ¡Que gane la medalla de oro!», y todo el *koljós*, uniendo sus esfuerzos, preparaba esa ordeñadora y alimentaba a sus vacas con proteínas y hasta azúcar. Todo el pueblo y todo el *koljós* sabían lo que valía aquella exposición agrícola; pero arriba se hacían los tontos; se engañaban a sí mismos; sería, pues, que lo preferían así…

Cuando el frente se aproximó a Naro-Fominsk, encargaron a Projorov que evacuara el ganado del Soviet. Pero, pensándolo bien, esa medida iba dirigida no tanto contra los alemanes como contra los campesinos: eran ellos quienes iban a

quedarse sobre la tierra desnuda, sin animales y sin tractores. Los campesinos se negaban a entregar su ganado, opusieron resistencia (esperaban la liquidación definitiva de los *koljoses*, y de ese modo los animales quedarían para ellos). A Projorov casi lo matan.

El frente llegó hasta más allá del pueblo, y así permaneció durante todo el invierno. Sin ganado, sin nada que hacer, Projorov se unió a una batería soviética (en la guerra del catorce había sido artillero) y estuvo acarreando municiones hasta que lo echaron. En la primavera del cuarenta y dos volvieron los soviéticos a la región, y Projorov fue nuevamente nombrado presidente del Soviet. Ahora tenía pleno poder para arreglar cuentas con sus enemigos y obrar con mano todavía más dura que antes, y así habría seguido disfrutando en su puesto hasta el día de hoy. Pero, cosa extraña, no lo hizo. Algo se había estremecido en su corazón.

La zona estaba completamente arruinada, y el presidente recibía cartillas para el pan que apenas si alcanzaban para dar de comer a los siniestrados y a los más hambrientos. Projorov se apiadó de la gente, repartió más cartillas de las ordenadas, le aplicaron la ley «de los siete octavos[du]» y le dieron diez años. Le habían perdonado lo de MacDonald en vista de su escasa instrucción, pero no se le perdonó que se apiadara de sus semejantes.

Projorov, igual que Orachevski, gustaba de quedarse recostado en silencio durante horas, las botas sobre la barandilla de la cama, contemplando el cielo raso descascarillado. Sólo se sinceraba cuando no estaban presentes los generales. Yo disfrutaba enormemente con algunas de sus consideraciones y de sus dichos:

«¿Qué línea es más difícil de trazar: una recta o una curva? Para la recta hacen falta instrumentos; en cambio, la curva, puede hasta un borracho describirla con sus piernas. Lo mismo sucede con la línea de la vida».

«Actualmente el dinero tiene *dos pisos*». (¡Qué observación tan acertada! Projorov se refería a los *koljoses*: les quitan sus productos a un precio, y a la gente se los venden a otro. Pero él veía las cosas todavía con más amplitud: los «dos pisos» del dinero intervienen en muchos aspectos, rigen prácticamente toda nuestra vida; el Estado nos paga la tarifa del primer piso, pero nosotros debemos pagarlo con la tarifa del segundo, lo cual nos obliga, a nuestra vez, a obtener dinero de algún lado con esa tarifa, porque de lo contrario no tardaremos en hundirnos del todo).

«El hombre no es un diablo, pero no te dejará con vida», era otro de sus refranes.

Y muchas otras cosas por el estilo, lamento mucho no haberlas conservado.

He llamado a esa habitación cueva de monstruos, pero no puedo calificar de monstruos a Projorov ni a Orachevski. Sin embargo, entre los seis, había mayoría de monstruos, pues, ¿qué era yo mismo, sino un monstruo? En mi cabeza, aunque destrozados y rotos, seguían flotando fragmentos de creencias confusas, de engañosas esperanzas, de convicciones imaginarias. Y mientras cumplía ya el segundo año de mi condena, seguía sin comprender qué me estaba indicando el dedo del destino; continuaba abandonándome a la primera idea superficial que me fue inculcada por el

distribuidor de tareas en la cárcel de Presnia: «¡Cualquier cosa, menos los trabajos generales! ¡Hay que conservar la vida!». Mi evolución interior hacia los trabajos generales no me resultaba sencilla.

Una noche se detuvo un automóvil frente al puesto de guardia; un guardián entró en nuestra habitación y, sacudiendo de un hombro al general Beliaiev, le ordenó que se preparara a partir «con sus cosas». Se lo llevaron inmediatamente, medio atontado por el brusco despertar. Todavía consiguió mandarnos una esquela desde la Butyrki: «¡No se desanimen (evidentemente, por el hecho de que él se hubiera ido); si sigo vivo, les escribiré!». (No nos escribió, pero nos enteramos por otras fuentes. Por lo visto, en un campo de Moscú estimaron que representaba un peligro. Lo trasladaron a Potma. Allí, ya no tenía termos con sopa casera, y es de suponer que terminara con su costumbre de recortar la corteza del pan. Más adelante nos llegaron noticias de que en Potma había caído muy bajo y que se había convertido en repartidor de *balanda* a cambio de algunas cucharadas suplementarias. No sé si es verdad; como dicen en el campo, «te lo vendo a precio de coste»).

Así fue como, sin pérdida de tiempo, al día siguiente me acomodé en el lugar del general en calidad de ayudante de «normador»; no había tenido tiempo de aprender el oficio de pintor, pero tampoco aprendí normación, contentándome con multiplicar y dividir a mi antojo. Ese nuevo empleo me permitía ir y venir por la obra y pasar algún rato en la cubierta del octavo piso de nuestra casa, lo que venía a ser sobre el techo. Desde allí, anchísima, se descubría toda Moscú ante los ojos del prisionero.

De un lado se veían los montes Vorobei, aún sin edificar; apenas comenzaba a esbozarse la futura avenida Lenin, y la villa Kanachikov aparecía en sus prístinos contornos. Del otro lado se divisaban las cúpulas del monasterio Novodievichi y la mole de la «Academia Frunze», en tanto que, frente a mí, allá a lo lejos, dentro de un halo de brumas de color lila, se alzaba el Kremlin, donde nuestra amnistía, ya lista, estaba a la espera de una sola firma.

Para nosotros, los condenados, ese mundo de riqueza y gloria era una tentación… Lo teníamos casi a nuestros pies, y, sin embargo, nos estaba prohibido para siempre…

No obstante, por más que yo, como todo novato, aspirara con todo mi ser a la libertad, esa ciudad no suscitaba en mí envidia ni el deseo de revolotear entre sus calles. Todo el daño que nos hacían se gestaba en ella. ¡Ciudad arrogante, cuánta verdad encierra este dicho: «Moscú no cree en las lágrimas»…![161]

* * *

Seríamos enchufados, de acuerdo; pero lo éramos de producción; la habitación más importante no era la nuestra, sino otra igual, encima de nosotros, donde vivían los enchufados de zona y desde la cual impartía sus órdenes un triunvirato integrado por el contable Salomonov, el encargado del almacén Berschader y el repartidor de tareas Burstein. Allí arriba fue donde se decidió el cambio; Pavlov fue a su vez destituido

del cargo de jefe de producción, y en su lugar pusieron a K. Un buen día, ese nuevo «Primer Ministro» hizo su entrada en nuestra habitación (en cuanto a Pravdin, a pesar de su servilismo, poco antes había sido trasladado con un contingente). A mí mismo se me toleró tan sólo un corto tiempo más: poco después me echaban simultáneamente de la oficina de normación y de la habitación (¡en el campo, cuanto más se baja de categoría, más se sube en las *vagonki*!). No obstante, durante el corto lapso que todavía me tocó quedarme, tuve la oportunidad de poder observar a K., que completaba bastante bien nuestra pequeña galería de tipos, aportando con su presencia otra variedad importante de intelectual posrevolucionario.

Alexandr Fiodorovich K., de 35 años, hombre de negocios hábil y calculador (lo que suele llamarse «un organizador brillante»), era aparejador (aunque alardeaba poco de ese título, limitándose a manejar la regla de cálculo), condenado a diez años, por la ley de 7 de agosto, ya había cumplido unos tres, se había familiarizado con los campos y se encontraba en ellos como en su propia casa. Al parecer, los trabajos generales no constituían para él una amenaza, y mucho menos se sentía inclinado a compadecer a la masa torpe, destinada precisamente a tales trabajos generales. Era uno de esos reclusos cuya actividad es mucho más dañina para sus compañeros que la de los mismos amos del Archipiélago: ¡una vez que te clavaba las uñas, no te volvía a soltar (y se tomaba su trabajo en serio)! Se esforzaba en disminuir las raciones (en extender el sistema de las ollas), en provocar supresiones de visitas, traslados, cualquier cosa, con tal de poder sacar más rendimiento de los detenidos. Las autoridades, tanto las del campo como las de la producción, sólo veían por sus ojos.

Pero aquí viene lo interesante: se notaba que todos esos procedimientos le resultaban familiares desde antes del campo. Porque era así como había aprendido *a dirigir* en el exterior, y daba la casualidad de que sus métodos eran exactamente lo que le hacía falta al campo.

Los parecidos nos ayudan a conocer a las personas, y no tardé en advertir que K. me recordaba enormemente a alguien. Pero ¿a quién? ¡Claro, a Leonid Z., mi compañero de celda en la Lubianka! Sólo que —curioso detalle— no era por el aspecto físico; nada de eso: el otro parecía un jabalí, en tanto que éste era alto, bien proporcionado, con aires de *gentleman*. Pero, superpuestos, dejaban traslucir tras de sí toda una corriente: aquella primera oleada de ingenieros *nuevos* cuya llegada era esperada con impaciencia, con objeto de poner finalmente de patitas en la calle a los viejos *spetz*[dv] y también —¿por qué no?— ajustar cuentas con muchos de ellos. ¡Y, al fin, habían llegado las primeras promociones, recientemente salidas de las facultades! Profesionalmente no tenían ni comparación con los ingenieros de antigua formación, tanto en lo referente a amplitud de conocimientos técnicos como a buen gusto artístico y a dedicación al trabajo. (El brillante K. aparecía como un charlatán incluso frente a ese oso de Orachevski, a quien, entre paréntesis, hizo expulsar inmediatamente de la habitación). En tanto que pretendientes a una cultura general, eran francamente cómicos. (K. afirmaba que su obra favorita [!] era *Los tres colores*

del tiempo de Stendhal.[dw] Poco seguro de sí mismo cuando se trataba de calcular la integral de x^2dx, se lanzaba a discutir conmigo cualquier problema de altas Matemáticas. Recordaba cinco o diez frases del alemán básico aprendido en la escuela y las sacaba a relucir vengan o no vengan a cuento. No hablaba una palabra de inglés, pero se empecinaba en discutir la correcta pronunciación de alguna palabra oída una vez en el restaurante. Poseía, además, un cuaderno de aforismos que hojeaba con frecuencia y del que siempre extraía alguno para lanzarlo a la cara de su interlocutor en el momento apropiado).

De hombres así, que jamás conocieron el pasado capitalista, que no tuvieron tiempo de contagiarse de sus lacras, se esperaba una pureza republicana, *nuestra* intransigencia soviética. A muchos de ellos se les adjudicaban puestos de gran responsabilidad recién salidos de las aulas; percibían sueldos elevados, y durante la guerra, la Patria los dispensaba de ir al frente y sólo exigía de ellos que trabajaran en su especialidad. A cambio de eso eran patriotas, si bien se inscribían de mala gana en el Partido. Como no habían conocido el terror de las acusaciones de clase, no tenían miedo de dar un paso en falso cuando tomaban alguna decisión, y si llegaba el caso, la defendían con ahínco. Por esa misma razón tampoco temían a la masa obrera, y la manejaban con puño fuerte y cruel.

Pero de ahí no pasaban. Y si les era posible, trataban de limitar a ocho horas su jornada de trabajo. Y una vez terminada la labor comenzaban a disfrutar de la vida: actrices, hoteles, restaurantes, el «Metropol», el «Savoy»… En ese aspecto, los relatos de K. y de Z. se parecían asombrosamente. K. recuerda (tal vez lo adorne un poco, pero lo esencial es como él lo cuenta, no cabe la menor duda) un domingo cualquiera en el verano del cuarenta y tres; recuerda, y su rostro se ilumina, como si lo estuviera reviviendo:

«La fiesta empieza la noche del sábado… Vamos a cenar al “Praga”. ¿Entendéis lo que significa para una mujer *ir a cenar*? ¡A la mujer le importa un rábano el desayuno, el almuerzo, el trabajo del día entero, lo único que cuenta para ella es eso, el vestido, los zapatos y la cena! En el “Praga” hay oscurecimiento, pero se puede subir a la terraza. ¡La balaustrada…, el aire de la noche lleno de olores estivales…, las calles dormidas, oscuras…, y aquí, al lado, una mujer con vestido de *seda* (siempre subraya esa palabra)! ¡La juerga se prolonga toda la noche; no se bebe más que champaña…! Detrás de la aguja del Ministerio de Defensa emerge un sol color frambuesa ¡rayos del sol, ventanas, techos! Pagamos la cuenta. A la puerta me espera mi automóvil particular; lo he hecho llamar por teléfono. Por las ventanillas abiertas entra el aire fresco de la mañana. ¡Vamos a la dacha, y allí nos espera el bosque de pinos! ¿Entendéis lo que es un bosque de pinos al amanecer? Algunas horas de sueño con las persianas bajas… A las diez, el despertar; el sol se filtra a través de las celosías. En la habitación reina ese delicioso desorden de la ropa femenina. Un desayuno ligero (¿entendéis lo que quiere decir *ligero*?) con vino tinto, en la veranda… Después empiezan a llegar los amigos; el río, tomar el sol, bañarse. De

noche, el regreso a casa en automóvil. Y si ese domingo es día de trabajo, pues a eso de las once, después del desayuno, una vuelta por la oficina a dirigir un poquillo».

¿Será posible que algún día, que ALGÚN DÍA lleguemos a comprendernos mutuamente…?

Está sentado en mi cama, y cuenta moviendo las manos para conferir más precisión a sus subyugantes detalles, y balancea la cabeza en el ardor del goce que le deparan sus recuerdos. Yo también recuerdo esos terribles domingos del verano del cuarenta y tres.

Domingo 4 de julio. Al amanecer, la tierra comenzó a temblar a nuestra izquierda en el arco de Kursk. Y a la luz del sol, color de frambuesa, pudimos leer las octavillas que calan: «¡Rendíos! ¡Ya tuvisteis ocasión de experimentar más de una vez el poder destructor de las ofensivas alemanas!».

Domingo 11 de julio. Al amanecer, millares de silbidos rasgan el aire por encima de nuestras cabezas: es el comienzo de nuestra ofensiva en dirección a Orel.

«¿Un desayuno ligero?». ¡Claro que entiendo! Significa una lata de *corned-beef* americano para ocho en la trinchera, todavía a oscuras, y ¡hurra!, ¡por la Patria!, ¡por Stalin!

X
En lugar de políticos

Pero en aquel mundo sombrío, donde cada hombre devora a su semejante, donde la vida, la conciencia de un hombre se compran por una ración de pan mal cocido; en aquel mundo feroz, ¿quiénes eran y dónde estaban los *políticos*, gloria y prez de todas las poblaciones penitenciarias de la Historia? Conocemos la historia de la segregación, aplastamiento y exterminio de los políticos.

Y, entonces, ¿quiénes ocuparon su lugar en el Archipiélago?

¿Cómo que «quiénes ocuparon su lugar»? Desde entonces nosotros no tenemos más presos políticos. Ni los podríamos tener. ¿Cómo iba a haberlos en el reino de la justicia universal? Antiguamente, en las cárceles zaristas nos aprovechábamos de los privilegios de los políticos, y eso nos hizo ver aún más claro que había que terminar con ellos. Simplemente, que los políticos están abolidos. ¡No los hay ni los habrá nunca!

Respecto a los que cumplen condenas, bueno, ésos son *kaers*, enemigos de la revolución. Con los años la palabra «revolución» se acabó marchitando; está bien, que sean *enemigos del pueblo*, suena todavía mejor. (Si sumamos, basándonos en nuestras *riadas*[dx], a todos los encarcelados en virtud de este artículo, y ese número lo multiplicamos por tres, promedio aproximado de miembros de la familia de cada uno, desterrados, vigilados, humillados, perseguidos, habremos de reconocer con sorpresa que, por primera vez en la Historia, el *pueblo* se ha convertido en su *propio enemigo*, y en cambio ha adquirido un gran amigo: la Policía secreta).

En los campos cuentan la anécdota de una buena mujer detenida que durante mucho tiempo no podía comprender por qué, durante su proceso, el fiscal y el juez la habían tratado de «miliciano a caballo» (¡cuando decían «contrarrevolucionaria»!) [dy]. El que haya pasado una temporada en el campo y observado a los internados, podrá tomar ese cuento por un hecho real.

Un sastre, para que no se le extraviara la aguja, la clavó en un diario colgado en la pared y dio justo en el ojo de Kaganovich. Fue visto por un cliente. Artículo 58, diez años (terrorismo).

Una vendedora, en el momento de recibir mercadería de un mayorista, a falta de otro papel anotaba la cantidad en una hoja de diario. El número de panes de jabón cayó justo en la frente del camarada Stalin. Artículo 58, diez años.

Un tractorista de la Estación de Maquinaria Agrícola de Znamensk forró su viejo zapato con una octavilla para las elecciones al Soviet Supremo. La encargada de la limpieza, responsable de dichas octavillas, advirtió que le faltaba una y descubrió quién se la había llevado. Propaganda contrarrevolucionaria, diez años.

El gerente de un club rural, en compañía del vigilante, fue a comprar un busto del camarada Stalin. Una vez efectuada la compra, surgió un problema: ¿cómo llevarla? El busto era un armatoste pesado e incomodísimo. Claro que podían haberlo colocado sobre unas angarillas y transportarlo entre los dos; pero eso hubiera estado por debajo de la dignidad de un gerente de club. «Ya te las arreglarás; despacito, sin prisa»…, le dijo al vigilante, y allí mismo apresuró el paso y se marchó dejando al otro sin saber qué hacer. ¿Llevarlo bajo el brazo? Imposible sujetarlo… ¿Sostenerlo delante? La espalda no resiste… Finalmente halló una solución: hizo un nudo corredizo con su cinturón alrededor del cuello de Stalin y lo llevó colgado al hombro por las calles del pueblo. Ahí ya no hay discusión, el caso es claro: 58-8, terrorismo, diez años.

Un marinero le vendió a un inglés, como recuerdo, un mechero «Katiuska» (una mecha metida en un tubito con un eslabón para encender) por una libra esterlina. Atentado al prestigio de la Patria, artículo 58, diez años.

En un momento de cólera, un campesino trató a su vaca de «ramera de *koljós*»; artículo 58, condena.

Elochka Svirskaia cantó, en una reunión, unas coplas que quizás hacían *alusión*… ¡Un verdadero motín! Artículo 58, diez años.

Un carpintero *sordomudo* fue condenado por *propaganda* contrarrevolucionaria. ¿Cómo lo consiguió? Estaba entarimando un club. La gran sala estaba completamente vacía; ni una percha, ni un clavo. Para trabajar con más comodidad había echado su chaqueta y su gorra sobre el busto de Lenin. Alguien asomó la cabeza y lo vio. ¡Artículo 58, diez años!

En vísperas de la guerra, ¡cuántos había en el Volgolag, viejos campesinos analfabetos de las provincias de Tula, Kaluga, Smolensko! Todos tenían el artículo 58-10, es decir, propaganda antisoviética. Y cuando llegaba el momento de firmar, ponían una cruz (lo cuenta Loshchlin).

Después de la guerra estuve preso con un tal Maximov, natural de Vetluga. Desde principios de la guerra había servido en una unidad antiaérea. En el invierno del cuarenta y dos, el comisario político de la unidad los reunió para discutir un editorial de *Pravda* (16 de enero de 1942: «¡Demos tal paliza este invierno a los alemanes, que en primavera no puedan volver a levantarse!»). Maximov, entre otros, fue sacado a participar. «¡Muy bien dicho! —exclamó—. ¡Hay que pegarles duro a esos canallas ahora con las tormentas de nieve y mientras no tienen botas, aunque nosotros mismos también andamos en zapatos! ¡En primavera nos va a ser más difícil, con todo el material que tienen!». Todos aplaudieron, el comisario también, como si le hubiera parecido muy bien, pero al día siguiente lo convocaron al SMERSH y le metieron ocho años: «exaltación del material alemán», artículo 58. (En materia de instrucción,

Maximov no había hecho más que un solo año en la escuela rural. Su hijo, un *komsomol*, vino a visitarlo al campo. «No le digas a madre que estás preso —ordenó —. Escríbele que sigues en el Ejército». Su mujer le contesta a un apartado de Correos: «¡Pero si de tu quinta ya han salido todos! ¿Se puede saber por qué te retienen precisamente a ti?». El hombre de la escolta contempla a Maximov, siempre sin afeitar, siempre abatido y medio sordo por añadidura, y le aconseja: «Escríbele a tu mujer que te han ascendido a oficial; por eso te retienen»… En la obra, alguien se encoleriza contra Maximov, que nunca oye ni entiende nada, y lo insulta: «¡Contigo han echado a perder el articulo 58!»).

Mientras la muchachada se divierte en el club del *koljós*, el roce de las espaldas ha desprendido de la pared no sé qué cartel. Los dos mayores son condenados en virtud del artículo 58 (¡por el Decreto del año 1935, los niños son responsables en materia criminal a partir de la edad de doce años!). También les dieron a los padres por haberlos instigado.

Un escolar *chuvache*[dz], de dieciséis años, al escribir un eslogan para el diario mural, cometió un error en ruso, que no era su lengua materna. Artículo 58, cinco años.

En la administración de un *sovjós* habían colgado el siguiente eslogan: «La vida se ha vuelto mejor, la vida se ha vuelto más alegre. Stalin». Y alguien, con lápiz rojo, agregó la desinencia del dativo, que significaba que la vida se había vuelto más alegre para Stalin. Ahí ni se tomaron el trabajo de buscar al culpable. Metieron en la cárcel a la administración en pleno.

A Hessel Bernstein, y a su mujer Beschastnaia, les dieron el 58-10, cinco años…, ¡por una sesión de espiritismo casera! (El juez de instrucción insistía: «¡Confiesa! ¿Quién más la hizo bailar?»)[162].

¿Absurdo? ¿Descabellado? ¿Sin sentido? De ningún modo, se trata simplemente del «terror como medio de persuasión». Existe un proverbio ruso que dice: «Mata cuervos y urracas, terminarás matando un cisne blanco». Encarcelando a todo el mundo, algún día terminarás por atrapar al que buscas. El sentido esencial del terror masivo reside precisamente en eso: terminarán cayendo los más fuertes y mejor escondidos, que jamás habrían sido atrapados mediante la caza individual.

¡Y cuántas inculpaciones, más estúpidas las unas que las otras, hubo que componer para fundamentar la condena de tal persona detenida por azar o de tal otra señalada desde las altas esferas!

Grigory Efimovich Gueneralov (natural de Smolensko) es acusado de «alcoholismo por odio al poder soviético» (en realidad, bebía porque se llevaba mal con su mujer): ocho años.

Irina Tuchinskaia (la novia del hijo de Sofronitski) fue apresada cuando volvía de la iglesia (la intención era atrapar a toda la familia), y se la acusó de haber estado «rezando por la muerte de Stalin» (¿quién habría podido escuchar esa plegaria?). Terrorismo, veinticinco años.

Alexandr Babich fue acusado de «haber actuado en 1916 contra el poder soviético (!) en las filas del Ejército turco» (en realidad, combatía como voluntario ruso en el frente turco). De paso se lo inculpó también de haber tenido la intención de entregar a los alemanes en 1941 el rompehielos *Sadko* (¡a bordo del cual se había embarcado como pasajero!). ¡No podían darle menos de fusilamiento! (Luego se lo conmutaron a *cinco duros*, murió en el campo).

Serguei Stepanovich Fiodorov, ingeniero de Artillería, fue acusado de «haber frenado con fines de sabotaje los proyectos de jóvenes ingenieros» (es que esos activistas del Komsomol nunca encuentran tiempo para desarrollar sus bocetos**[163]**).

Ignatovski, miembro corresponsal de la Academia de Ciencias, fue arrestado en 1941 en Leningrado bajo la acusación de haber sido enganchado por los Servicios de información alemanes, en 1908, cuando trabajaba en la Zeiss, con el objeto de cumplir la siguiente curiosísima misión: ¡no dedicarse al espionaje durante la primera guerra que se estaba acercando (y que, obviamente, era la que interesaba a *esa generación* de agentes secretos), sino reservarse para *la siguiente*! Por esa razón, Ignatovski sirvió fielmente al Zar durante la Primera Guerra Mundial; luego, al poder soviético; montó la única fábrica de mecánica óptica existente en el país (Gómz); fue elegido para la Academia de Ciencias, y después, cuando comenzó la Segunda Guerra Mundial, fue descubierto, capturado y fusilado.

Por lo demás, en la mayor parte de los casos, no hacían falta inculpaciones fantásticas. Existía una sencillita gama estándar de acusaciones, y el juez de instrucción no tenía más que elegir una o dos, como quien pega sellos en una carta:

- difamación del Caudillo,
- actitud negativa hacia la institución de los *koljoses*,
- actitud negativa hacia los empréstitos del Estado (¿qué persona normal tenía hacia ellos una actitud positiva?),
- actitud negativa hacia la Constitución estaliniana,
- actitud negativa hacia una medida del Partido (la más reciente),
- simpatía por Trotski,
- simpatía por los Estados Unidos,
- etcétera, etcétera, etcétera…

Para pegar esos sellos no era necesario un arte especial; se trataba más bien de una labor monótona. Lo único que necesitaba el juez de instrucción era tener la víctima a punto. Esas víctimas se las recogían, según las cifras comunicadas de antemano, los inspectores de distrito, de unidades militares, de empresas de transporte, de establecimientos de enseñanza. Para que tampoco tuvieran demasiados quebraderos de cabeza, venían muy a punto las denuncias.

En cualquier conflicto entre personas libres, las denuncias eran la *superarma*, el rayo de la muerte: era suficiente dirigir el haz invisible contra el enemigo, para que éste se desplomara instantáneamente. No fallaba nunca. He olvidado los nombres de

los protagonistas de casos semejantes, pero me atrevo a decir que, durante mi permanencia en la cárcel, oí *muchos* relatos sobre el empleo de la delación para zanjar rivalidades amorosas: el hombre que se quita de encima a un marido molesto, la esposa que se libra de una amante o la amante de una esposa, y también la amante que se venga del hombre a quien no ha logrado separar de la esposa.

La etiqueta que con mayor frecuencia pegaban los jueces de instrucción era el párrafo 10: propaganda contrarrevolucionaria (rebautizada como «antisoviética»). Si algún día nuestros descendientes llegan a tener la oportunidad de hojear los legajos acumulados en los archivos de los Tribunales durante la época estaliniana, quedarán estupefactos ante el virtuosismo sobrehumano de los propagandistas antisoviéticos. Se ingeniaban para hacer propaganda con una simple aguja de coser; con una vieja gorra; con un fregado de pisos (ver más adelante) o con un no lavado de ropa; con una sonrisa o con la ausencia de sonrisa; con una mirada demasiado expresiva o con una mirada demasiado poco expresiva; con mudos pensamientos encerrados en la caja craneal; con anotaciones en el Diario íntimo; con esquelas amorosas; con garabatos en las paredes de los servicios. Hacían propaganda en la vía pública; en los caminos vecinales; durante un incendio; en el mercado; en la cocina; en la propia casa, alrededor de la mesa del té, y en el lecho al oído. ¡Sólo un régimen invencible como el socialista podía resistir a tal alud de propaganda!

En el Archipiélago acostumbran decir en broma que no todos los artículos del Código Penal son igualmente *asequibles*. Los hay que ya quisieran atentar contra la propiedad socialista, pero el problema es que no los dejan acercarse a ella. Otros cometerían de buena gana una malversación de fondos, pero no consiguen colocarse de cajeros. Para asesinar hace falta, por lo menos, un cuchillo; para tenencia ilegal de un arma, aún hay que haberla adquirido; para cometer el crimen de bestialidad, es necesario poseer animales domésticos. Ni siquiera el artículo 58 es tan asequible: ¿cómo traicionar a la patria según el párrafo 1-b si no se está en el Ejército? ¿Cómo confabularse con la burguesía mundial según el párrafo 4 si se vive en Janty-Mansiisk? ¿Cómo atentar contra la industria y el transporte estatales según el párrafo 7, si se trabaja de barbero? ¿Si no se dispone ni siquiera de un miserable autoclave medicinal para que haga explosión (caso del ingeniero químico Chudakov, 1948, «sabotaje»)?

En cambio, el párrafo 10 del artículo 58 es asequible a todos: de las ancianas más decrépitas y de los colegiales de doce años; de los casados y de los solteros; de las embarazadas y de las vírgenes; de los deportistas y de los mutilados; de los alcohólicos y de los vegetarianos; de los ciegos y de los mancos; de los que poseen automóviles y de los que piden limosna. Para ganarse el párrafo 10, lo mismo da que sea invierno o verano; domingo o día de trabajo; temprano por la mañana o tarde por la noche; que sea en el trabajo o en la casa; subiendo una escalera o viajando en Metro; en medio del bosque o en el teatro, durante un entreacto o contemplando un eclipse de sol.

El único párrafo que puede compararse con el 10, en cuanto a asequibilidad, es el 12: la *no-denuncia*, o «supo-no dijo». Podían recibir este párrafo todos cuantos acabamos de enumerar, y en todas las mismas circunstancias, pero el alivio consistía en que ni siquiera tenías que abrir la boca o tomar la pluma. ¡El párrafo te atrapaba precisamente en la inacción! En cuanto a la pena, daban la misma: diez años, más cinco de «bozal».

Claro que, después de la guerra, también el párrafo 1 del artículo 58 —«traición a la patria» dejó de figurar entre los difíciles. No sólo tuvieron derecho a él todos los prisioneros de guerra y todos los habitantes de zonas ocupadas, sino también todos aquellos que se habían entretenido más de la cuenta en evacuar las regiones amenazadas, manifestando así sus *intenciones* de traicionar a la patria. (El profesor de Matemáticas Djuravski solicitó tres pasajes de avión para salir de Leningrado: para él, para su mujer y para su cuñada enferma. Le dieron solamente dos, sin la cuñada. Entonces envió a su mujer y su cuñada, quedándose él en la ciudad. Las autoridades no supieron interpretar ese acto más que como una prueba de que el profesor esperaba la llegada de los alemanes. Articulo 58, 1-a, con aplicación del artículo 19, diez años).

Si las comparamos con la de aquel desdichado sastre, con la del vigilante del club, con la del sordomudo, con la del marinero o con la de Maximov, el de Vetluga, las siguientes condenas nos parecerán plenamente merecidas:

—El estoniano Enseld, que hizo un viaje a Leningrado desde la Estonia todavía independiente. Le confiscaron una carta escrita en ruso. ¿De quién? ¿Para quién? «Soy un hombre de bien y no lo puedo decir». (La carta era de V. Chernov, dirigida a unos parientes). ¡Ah, canalla! ¿Conque un hombre de bien? ¡A las Solovki contigo…! Bueno, pero después de todo, ¡tenía una carta!

—Guirichevski. Padre de dos oficiales, lo movilizaron durante la guerra para trabajar en una explotación de turba, y allí reprobó la sopa aguanosa que les servían (¡bueno, pero la había criticado, ¿no?, había abierto la boca!). Artículo 58-10, diez años bien merecidos. (Murió buscando mondaduras de patatas en el cubo de la basura. En un mugriento bolsillo encontraron la foto de su hijo, con el pecho cubierto de medallas).

—Nesterovski, profesor de inglés. *En su propia casa*, mientras tomaban el té, contó a su mujer y a la mejor amiga de ésta (¡bueno, sí, pero lo contó!) el hambre y la miseria que reinaban en la retaguardia del Volga, de donde acababa de volver. La mejor amiga *remató* a ambos: párrafo 10 para el marido, párrafo 12 para la mujer, diez años a cada uno. (¿Y el piso? No lo sé, ¿tal vez para la amiga?).

—Riabinin N. I. Durante nuestra retirada, en 1941, declaró abiertamente y en voz alta: «¡Haber cantado menos eso de “si no nos tocas no te tocaremos, si nos tocas te destruiremos”!». ¡Semejante bellaco! ¡Fusilarlo es poco; y, sin embargo, sólo le dieron diez años!

—Los comunistas Reunov y Trotiujin comenzaron a agitarse como si los hubiese picado una avispa: que por qué tardaban tanto en convocar el congreso del Partido, que si violaban los estatutos (¡como si fuera asunto de ellos!). Diez años para cada uno.

—Faina Efimovna Epstein, asombrada por los crímenes de Trotski, preguntó, durante una reunión del Partido: «Pero ¿y por qué lo dejaron salir de la URSS?». (¡Como si el Partido tuviera que rendirle cuentas! ¡A lo mejor el mismo José Vissarionovich se estaba agarrando la cabeza!). Por esa pregunta absurda, con todo merecimiento, recibió (y cumplió) *tres condenas* una tras otra (aunque ninguno de los jueces de instrucción ni fiscales lograron jamás explicarle en qué había consistido su delito).

—En el caso de la proletaria Grusha nos quedamos simplemente estupefactos ante la magnitud de sus crímenes. Había trabajado veintitrés años en una fábrica de vidrio, sin que sus vecinos hubieran visto jamás iconos en su casa. Pero, en vísperas de la llegada de los alemanes a su pueblo, colgó iconos (simplemente había dejado de tener miedo, no olvidemos que perseguían los iconos) y, detalle al que la instrucción dio particular importancia, según denuncias de las vecinas, fregó los suelos. (Al final, los alemanes no llegaron). Para colmo, cerca de su casa había recogido una bonita octavilla alemana con un grabado y la había metido en un florerito sobre su cómoda. Y a pesar de todo eso, nuestros clementes Tribunales, considerando el origen proletario de la inculpada, le dieron sólo ocho años de campo, más tres de privación de derechos cívicos. El marido, entretanto, había muerto en el frente. La hija estudiaba en una escuela profesional, pero la sección de personal no la dejaba en paz: ¿Dónde está tu madre?. Hasta que, finalmente, la muchachita *se envenenó*. (Grusha nunca llegaba a terminar su relato más allá de la muerte de su hija: lloraba y se iba).

¿Y qué merece Guennadiy Sorokin, estudiante de tercer año en el Instituto Pedagógico de Cheliabinsk, si publicó dos artículos propios en una revista literaria estudiantil? El «carrete chico[ea]», diez años.

¿Y por leer a Iesenin? Es que lo olvidamos todo. Mañana nos dirán: «No, ustedes están equivocados, Iesenin siempre fue un poeta popular y respetado»… Pero Iesenin fue un poeta contrarrevolucionario, y sus versos, literatura subversiva. En la Dirección de Seguridad de Riazán presentaron contra M. I. Potavov la siguiente acusación: «¿Cómo te atreviste a entusiasmarte (antes de la guerra) con Iesenin, cuando José Vissarionovich ha declarado que el mejor y más talentudo de los poetas soviéticos era Maiakovski? ¡Ahí sale tu fondo antisoviético!».

¡Y ya ese aviador civil, copiloto de un «Douglas», resulta un antisoviético declarado! No sólo se le confiscó una edición de las obras completas de Iesenin, no sólo contaba que en Prusia Oriental, antes de que llegáramos nosotros, la gente vivía muy bien, sino que en una *discusión pública*, en su unidad, se metió a contradecir a Ehrenburg respecto a Alemania. (Habida cuenta de la postura de entonces de Ehrenburg, no es difícil adivinar que el aviador proponía ser más clemente con los

alemanes[164]). ¡Una discusión pública, y de pronto que se discuta! Consejo de guerra y diez años, más cinco de «bozal».

Un año antes de que las autoridades emitieran la orden, I. F. Lipai había creado ya un *koljós* en su distrito, y un *koljós* ¡absolutamente voluntario! Decidan ustedes mismos: ¿podía Ovsianikov, el delegado de la GPU, tolerar semejante conspiración? ¡No quiero lo bueno tuyo, haz lo malo mío! El *koljós* fue declarado organización de *kulaks*, y al propio Lipai lo encerraron como «a Kulakado».

El obrero F. V. Chavirin se refirió en voz alta (!) al testamento de Lenin durante una reunión del Partido. ¿Es dado imaginar crimen más atroz? ¡Ése sí que es un enemigo declarado! En el primer año de Kolyma terminó por perder los pocos dientes que le habían quedado después de la instrucción.

Esos son los horribles criminales que surgían del artículo 58. Y, además, existían otros insidiosamente clandestinos. Por ejemplo, Peres Herzenberg, de Riga. De pronto se traslada a la República Socialista de Lituania y se hace inscribir allí como originario de *Polonia*. Ahora bien, se trataba, en realidad, de un judío letón. ¡Lo que indigna más que nada en este caso es esa intención de engañar al propio país! Dicho en otros términos, contaba con que lo dejaríamos ir a Polonia, desde donde se esfumaría a Israel. ¡Un momento, amiguito! ¿No te gustaba Riga? ¡Pues derechito al GULAG! Traidor a la patria en la intención, diez años.

¡Y hay que ver cómo disimulan algunos…! En 1937 descubrieron, entre los obreros de la fábrica «Bolchevik» (en Leningrado), a exalumnos de la Escuela Profesional que en 1929 asistieron a un discurso de Zinoviev. (Habían dado con la lista de los asistentes, aneja al acta). Lo habían estado ocultando ocho años, se habían infiltrado en las filas del proletariado. Todos fueron detenidos y fusilados.

Dijo Marx: «El Estado se mutila a sí mismo cuando transforma en criminal a un ciudadano[165]». Y, a continuación, explicaba de un modo muy conmovedor que el Estado debe ver en todo transgresor de la ley también a un hombre de sangre ardiente, a un soldado que defiende su patria, a un miembro de la comunidad, a un padre de familia «cuya existencia es sagrada», y, ante todo, a un ciudadano. Pero nuestros jurisconsultos no tienen tiempo de leer a Marx, y menos aún, pasajes tan poco meditados. En cuanto a Marx, si así lo desea, que lea nuestros reglamentos.

¿Exclamarán que esta enumeración es monstruosa? ¿Incongruente? ¿Que ni resulta creíble? ¿Que Europa no lo creerá?

Naturalmente que Europa no lo creerá. Hasta que no la *metan* a ella, no lo creerá. Creyó de una vez por todas en nuestras revistas de papel glaseado, y más ya no le entra en la cabeza.

¿Y nosotros mismos? Hace unos cincuenta años tampoco lo habríamos creído. Ni hace cien. Belinski, Chernishevski, ésos no lo habrían creído. Pero si cavamos un poquitín más hondo, hasta Pedro *el Grande* o antes, ¿por qué no creerlo? Qué tiene de malo, viene de siempre:

Dijo el carcelero Senka: «¡No meses mis barbas! Siervo soy del Zar señor nuestro, luego mis barbas también al Zar pertenecen». Artículo 58, dado azotes para público escarmiento.

El alférez de arcabuceros Juanillo Raspopin mostró un dedo y dijo: «He aquí para ti con el Zar». Artículo 58, dado azotes para público escarmiento.

Dijo el mercader Blestin, en una pendencia con cosacos: «¡Necio es el poderoso Duque, en daros a los cosacos comida y bebida!». Articulo 58, dado azotes para público escarmiento.

El hidalguillo Iván Pashkov: «El Zar señor nuestro más alto es que San Anastasio». Respondióle el sacristán de la iglesia de San Atanasio, Nedján: «¿Y por qué le reza el Zar a San Anastasio?» (era tiempo de Pascua, iban borrachos los dos). Los condenó Moscú imparcialmente: «Sea el hidalgo azotado para público escarmiento. Otrosí sea azotado el sacristán[166]».

Al menos todos callan. Que es lo que se pretende.

* * *

En la Rusia de antes, los *políticos* y los pequeños burgueses eran los polos opuestos. Imposible encontrar dos maneras de vivir y de pensar más distintas la una de la otra.

En la URSS empezaron a detener a los pequeños burgueses en calidad de «políticos».

Y por esa razón se parecen ahora tanto los políticos a los pequeños burgueses.

La mitad del Archipiélago estaba integrado por Cincuenta y Ochos. Y no había políticos… (Si todos los Cincuenta y Ochos hubieran sido auténticos *políticos*, ¡en qué *banquillo* se habrían sentado hace tiempo los que tenían el poder!).

En ese artículo 58 se metía a todos aquellos para quienes no se acertaba en encontrar un artículo de Derecho común. La mescolanza y el abigarramiento eran inimaginables[167]. Inscribir a alguien en el Cincuenta y Ocho era la manera más sencilla de eliminarlo, de retirarlo de la circulación rápida y para siempre.

Y además iban allí simplemente *familiares*, en particular las esposas «MF». Ahora se hace mucho hincapié en que se llevaban de MF a las mujeres de altos funcionarios, pero la costumbre ya existía de antes: así se eliminó a las familias de la nobleza, y de los intelectuales renombrados, y de los clérigos. Incluso en los años cincuenta: al historiador J., por errores de principio cometidos en su libro, le dieron 25 años. Pero ¿algo había que dar a la mujer? «Dos duros». Pero ¿para qué dejar a su anciana madre de 75 años y a su hija de 16? También les dieron por no-denuncia.

Y los cuatro fueron dispersados en diversos campos, sin derecho de comunicarse por carta.

Cuantos más seres pacíficos, tranquilos, alejados de la política, incluso analfabetos, personas que antes de su detención no pensaban más que en sus pequeños problemas diarios, se veían arrastrados por el torbellino de la pena

inmerecida y de la muerte, tanto más gris y pusilánime se volvía el Cincuenta y Ocho, perdiendo todo lo que le quedaba de significación política y convirtiéndose en un rebaño perdido de hombres perdidos.

Pero no basta con señalar *quienes* integraban el artículo 58; lo importante es saber *qué clase de vida les estaba reservada* en el campo.

A partir de los primeros años de la revolución, esa gente se vio perseguida de todos lados, tanto por el régimen disciplinario como por las formulaciones de los jurisconsultos.

Veamos, por ejemplo, la orden n.º 10 de la VCHK de 8 de enero de 1921; por ella nos enteramos que está prohibido arrestar sin sólidos fundamentos a un campesino y a un obrero, luego a *sensu contrario*, a un intelectual se puede, digamos, por antipatía. Oigamos a Krylenko en el V Congreso de los trabajadores de la Justicia, en 1924, y nos enteraremos de que: «… en lo que se refiere a los condenados de clases socialmente hostiles… ni se puede *ni vale la pena* enmendarlos». A principios de los años treinta, se nos vuelve a recordar que la reducción de penas a los elementos socialmente hostiles es una maniobra oportunista de derechas. Igualmente oportunista es «la concepción de que en la cárcel todos son iguales», de que «a partir del momento en que se dicta la sentencia llega a su fin la lucha de clases», de que en la cárcel «el enemigo de clase comienza a "enmendarse**[168]**"».

Eso significa, en su conjunto, que en cualquier momento podemos arrestarte *sin motivo*, que no vale la pena enmendarte, que en el campo te tenemos reservada la situación más humillante y te remataremos con la lucha de clases.

Pero bueno, eso último, ¿cómo se ha de entender? ¿En el campo, y encima lucha de clases? A primera vista parecería que, efectivamente, todos los prisioneros son iguales. ¡Eh, alto, alto, esa concepción es burguesa! ¡Por eso mismo, para ahora poder echárselos encima, se les suprimió a los Cincuenta y Ochos el privilegio de estar separados de los delincuentes de Derecho común! (Eso lo inventaron aquellos hombres que en las cárceles zaristas tuvieron ocasión de comprender la fuerza de una posible alianza política, de una protesta política, y el peligro que representa para el régimen).

Y ahí precisamente tenemos a Averbach, él nos lo explicará: «La táctica de la reeducación se basa en la estratificación en clases…, apoyarse sobre las capas más allegadas al proletariado**[169]**». (¿Qué quiere decir «allegadas»? ¡Pues los «exobreros», es decir, los *ladrones*! Luego, ¡a azuzarlos contra los Cincuenta y Ochos!). «La reeducación *es imposible sin la excitación de las pasiones políticas*» (*sic*).

¡De modo que cuando nuestras vidas estaban totalmente a merced de los ladrones, no era por simple dejadez de unos jefes indolentes, era en cumplimiento de la Teoría!

«Elaboración de un régimen de detención diferenciado según la clase social…, presión administrativa ininterrumpida sobre los elementos socialmente hostiles». Usted, que arrastra esa interminable condena enfundado en su rota chaqueta, con la

cabeza gacha, ¿se puede imaginar eso? ¡Una *ininterrumpida presión administrativa* ejercida sobre su persona…!

Siempre en ese libro admirable, encontramos incluso una enumeración de métodos a emplear en el campo para hacerles la vida insostenible a los Cincuenta y Ochos. No se limita a la restricción de visitas, de paquetes, de correspondencia, del derecho de apelación y del de desplazarse por el interior (!) del campo. También se sugiere la formación de equipos especiales compuestos por elementos socialmente extraños, *que se someterán a condiciones más difíciles* (permítaseme explicar: a las que se robará en el cálculo del trabajo realizado); el incumplimiento, por parte de tales equipos, de las normas establecidas, se calificará como «ofensiva del enemigo de clase». (¡De ahí provienen los fusilamientos de equipos enteros en Kolyma!). También hay sugerencias de mejoras concretas: ¡no destinar a los *kulaks* y a kulakados (es decir, a los mejores campesinos recluidos, que hasta en sueños veían el cultivo de la tierra) a labores agrícolas! Y también: a los elementos socialmente hostiles profesionalmente cualificados (es decir, a los ingenieros), no confiarles ningún trabajo de responsabilidad «sin previo control». (Pero ¿existe en el campo alguien lo suficientemente calificado como para controlar a los ingenieros? ¿Tal vez la caballería ligera de ladrones de la Sección Educativo-Cultural, algo por el estilo de los guardias rojos chinos?). Semejante consejo es difícil de poner en práctica en el caso de los canales, porque las esclusas no se proyectan solas, el trazado no se hace solo, y el tono de Averbach se vuelve casi suplicante: ¡Está bien; pero que los especialistas pasen en los *generales* por lo menos sus seis primeros meses de campo! (¡Tiempo más que suficiente para morir!). Entonces, dice, al no vivir en un barracón intelectual privilegiado, «experimentan el influjo del grupo», «los contrarrevolucionarios se dan cuenta de que las masas están contra ellos y los desprecian».

¡Qué sencillo es, cuando se domina la ideología de clase, darle la vuelta a las cosas! ¿Alguien ha acomodado a un «ex» o a un intelectual en algún puesto de enchufado? ¡Significa que «está reservando los trabajos más duros para los reclusos de origen proletario»! ¡Si un exoficial trabaja en el depósito de ropa del campo y faltan chaquetas, significa que las está «denegando conscientemente»! ¡Si alguien ha dicho a unos *recordmen*, «los otros no podrán alcanzaros», es un enemigo de clase! ¡Cuando un ladrón se emborracha, se escapa o roba, se le explica que él no tiene la culpa, que el enemigo de clase le hizo beber, o lo indujo a evadirse, o lo indujo al robo! (que un intelectual induzca *a robar a un ladrón*… ¡y eso está escrito muy en serio en el año 1936!). ¡Y si el «elemento extraño» demuestra buenos índices de rendimiento, es porque «obra con fines de camuflaje»!

¡No hay salida! ¡Trabajes o no, nos quieras o no, nosotros te odiamos y te vamos a aniquilar a manos de los ladrones!

Piotr Nikolaievich Ptitsyn (preso en virtud del 58) suspira: «¡Y pensar que los auténticos criminales ni siquiera son capaces de trabajar en serio! El que se entrega al

trabajo dejando en él su vida, es justamente el hombre inocente. En eso consiste el drama: el enemigo del pueblo es el amigo del pueblo».

Pero su sacrificio no es grato.

«¡Inocente!», así se siente ese sucedáneo de político deportado a los campos. Debe de ser la primera vez que se produce semejante fenómeno en la historia mundial de las cárceles: millones de seres presos que se saben inocentes y que están convencidos de la inocencia de sus compañeros, todos ellos conscientes de que allí *nadie ha cometido la menor culpa*. (¡Dostoievski, en el presidio, tenía *un* solo compañero inocente!).

Sin embargo, esas muchedumbres ocasionales encerradas detrás de las alambradas, no por la lógica de sus convicciones, sino debido a un capricho del destino, no encontraban ningún apoyo en la conciencia de su no culpabilidad, e incluso habría que ver si no se sentían aún más deprimidas por lo absurdo de su situación. Más aferradas a su existencia anterior que a cualquier tipo de convicción, no demostraban ni vocación al sacrificio, ni unidad de pensamiento, ni espíritu de lucha.

Ya en la cárcel, celdas enteras se convertían en la presa de dos o tres truhanes mocosos. Llegaban a los campos ya totalmente destrozadas, dispuestas únicamente a doblar el espinazo bajo el garrote del repartidor de tareas y del malhechor, bajo el puño del jefe de equipo, capaces sólo de asimilar la filosofía (falta de unión; cada uno para sí; todos se engañan mutuamente) y el idioma de los campos.

E. Olitskaia, que fue a parar en 1939 a un campo común, contemplaba con los ojos asombrados de una socialista que había conocido las Solovki y las celdas de incomunicación, el espectáculo que ofrecían esos Cincuenta y Ochos. En cierta época, y ella lo recordaba aún, los presos políticos lo compartían todo, pero ahora cada uno vivía y masticaba para sí, ¡y hasta habían llegado al extremo de traficar con la ropa y las raciones!

Ana Skripnikova los [nos] llamó directamente *chusma política*. A ella le dieron la siguiente lección en 1925: se había quejado al juez de instrucción de que el jefe de la Lubianka arrastraba de los pelos a sus compañeras de celda. El hombre *se echó a reír* y le preguntó: «¿A usted también la arrastró?». «¡No, pero sí a mis compañeras!». Entonces él exclamó con aire imponente: «¡Huy, qué miedo que usted proteste! ¡Termine de una vez con esos MELINDRES ABSURDOS DE LA *INTELLIGENTSIA* RUSA! ¡Están SUPERADOS! ¡Piense SÓLO EN SI MISMA, o lo pasará muy mal!».

Y ése era precisamente un principio básico de los malhechores: «¡No te desuellan, no te menees!». ¡En 1925, el juez de instrucción de la Lubianka poseía ya la filosofía del malhechor!

Así es como a la pregunta (absolutamente descabellada para una persona culta) de si puede robar un preso político, contestaremos también nosotros en tono de asombro: «¿Y por qué no?».

«¿Y puede *delatar*?». ¡Claro que sí! ¿Va a ser menos que los demás?

Cuando, a raíz de *Iván Denísovich*, me objetan ingenuamente: «Pero ¿y por qué sus políticos se expresan con vocabulario de delincuentes?», yo contesto: «¿Y si en el Archipiélago no hay más lengua que ésa? ¿Acaso la chusma política está en condiciones de imponer su propio lenguaje a la chusma facinerosa?».

¡Si les están metiendo constantemente en la cabeza que son criminales, como los demás, que son los más culpables de los criminales, y que en nuestro país los NO criminales ni siquiera conocen la cárcel…!

Una vez rota la espina dorsal de los Cincuenta y Ochos, ya NO QUEDAN políticos. ¡Los han vaciado a todos en las inmundas aguas servidas del Archipiélago, los han mandado a morir a los lugares de trabajo, gritándoles sin cesar la mentira de que cada hombre es el enemigo de su prójimo!

Existe un refrán que dice: «Cuando el hambre aprieta, hasta el mudo recobra la voz»; pero nuestros indígenas no la recobraron. Ni siquiera bajo las garras del hambre.

Y, sin embargo…, sin embargo, ¡qué sencillo habría sido salvarse! Simplemente con no estar tan aferrados a la vida, a una vida perdida de todos modos, simplemente con estrechar filas…

Lo lograban a veces grupos extranjeros intactos, por ejemplo, japoneses. En 1947 trajeron a Revuchi —*lagpunkt* disciplinario de los campos de Krasnoiarsk— a unos cuarenta oficiales japoneses, de los llamados «criminales de guerra» (aunque es difícil imaginar qué crímenes habían podido cometer contra nosotros). Hacía un frío atroz. Los mandaron a derribar árboles, un trabajo que superaba las fuerzas de los mismos rusos. La *nieguería*[170] no tardó en desvestir a algunos de ellos, y en varias ocasiones les arrebató la bandeja entera de pan. Perplejos, los japoneses esperaban una intervención de las autoridades, pero las autoridades, naturalmente, ni se fijaron. Entonces el jefe de su equipo, coronel Kondo, acompañado por los dos oficiales de más alta graduación, se presentó una tarde en el despacho del jefe del campo y le advirtió (hablaban perfectamente el ruso) que si no se ponía fin a esas arbitrariedades, mañana al alba dos oficiales voluntarios se harían el harakiri. Y que eso no era más que el principio. El jefe del campo (el animal de Iegorov, excomisario político de regimiento) dio cuenta en seguida de que la cosa podría tener consecuencias. Durante dos días seguidos el equipo de japoneses no fue conducido al trabajo, le dieron una alimentación normal y, finalmente, se lo llevaron del disciplinario.

¡Qué poca cosa hace falta para lucha y vencer! SOLAMENTE esto: no tener apego a la vida, esa vida de todos modos perdida.

Pero, constantemente mezclados con los malhechores y los delincuentes comunes, a nuestros Cincuenta y Ochos nunca les daban ocasión de quedarse a solas: para que no puedan verse de frente y tomar conciencia de QUIENES SOMOS. En cuanto a aquellas mentes lúcidas, aquellas bocas ardientes, aquellos corazones intrépidos que habrían podido convertirse en cabecillas de las cárceles y de los campos, a aquéllos,

fichados casi desde el principio, los habían aislado, amordazado, escondido en celdas de incomunicación especial, fusilado en sótanos.

* * *

Sin embargo, y en virtud de una notable particularidad de la vida, ya señalada por el taoísmo, hemos de esperarnos a que precisamente cuando deje de haber presos políticos, empiece a haberlos de verdad.

Me atrevo ahora a afirmar que la época soviética no sólo conoció auténticos presos políticos, sino que:

1. eran *más numerosos* que en la época de los zares, y
2. demostraron *mayor firmeza y más valor* que los revolucionarios de antes.

A primera vista, podría parecer que estas afirmaciones contradicen lo anteriormente expuesto, pero no es así. En la Rusia zarista los presos políticos gozaban de una posición muy ventajosa, estaban en el candelero, con eco inmediato en la sociedad y en la Prensa. Ya hemos tenido ocasión de ver (parte I, cap. XII) que en la Rusia soviética la posición de los socialistas fue incomparablemente más difícil.

Pero ahora los políticos no estaban integrados únicamente por socialistas. Sólo que, disueltos entre quince millones de concentracionarios, representaban lo que unos cubos de agua en el inmenso océano. Ya no los veíamos ni los oíamos. Habían enmudecido. Más mudos que nadie. Eran la imagen misma de los peces.

El pez, símbolo de los primitivos cristianos… Y eran precisamente los cristianos quieren formaban su principal destacamento. Toscos, de escasa instrucción, incapaces de hablar desde lo alto de una tribuna ni de redactar un manifiesto clandestino (¡cosas, por lo demás, absolutamente innecesarias para su fe!) preferían ir a los campos, al martirio y a la muerte, antes que renegar de la fe. Sabían perfectamente *por qué* estaban allí, y permanecían inquebrantables en sus convicciones. Fueron tal vez los únicos impermeables al lenguaje y a la filosofía de los campos. ¿Y esto no son presos políticos? Al menos, a ellos no se los puede tratar de chusma.

Las mujeres eran particularmente numerosas en sus filas. Dice el taoísmo: «Cuando la fe se derrumba, aparecen los auténticos creyentes». Con las ilustradas ironías sobre el clero ortodoxo, con los maullidos de los komsomoles durante el oficio de Pascua, con los silbidos de los malhechores en las cárceles de tránsito, nos pasó inadvertido que a la pecadora Iglesia ortodoxa le habían aparecido hijas dignas de los primeros tiempos del cristianismo, hermanas de aquellos que eran arrojados a los leones en las arenas.

Hubo millares de cristianos, partidas y osarios, partidas y osarios, pero ¿quién los podrá contar? Perecieron en la oscuridad, alumbrando con su luz, cual una vela, tan sólo a pocos pasos de ellos. Eran los mejores cristianos de Rusia. Los otros, los peores, tuvieron miedo, renegaron, se escondieron.

Y eso, ¿no es ser *más numerosos*? ¿Tuvo alguna vez tantos presos políticos la Rusia zarista? ¡Si ni siquiera sabía contar por decenas de miles!

Pero el aplastamiento de nuestros políticos se llevó a cabo con tanta precisión, tan absolutamente sin testigos, que rara vez llega a nuestros oídos la historia de alguno de ellos.

El obispo Preobradjenski (facciones de Tolstoi, barba blanca). Cárcel-destierro-campo, cárcel-destierro-campo («Gran Solitario»). Al término de esos largos y extenuantes años, en 1943, es convocado a la Lubianka (durante el viaje, los malhechores lo despojaron de su alto bonete cilíndrico), donde le proponen entrar a formar parte del Sínodo. ¡Después de tantos años, bien podría permitirse descansar de la cárcel! Pues no, rehúsa: no es un Sínodo puro, no es una Iglesia pura. Y de nuevo al campo.

¿Y de Valentin Felixovich Voino-Iasenetski (1877-1961) (monseñor Lucas), autor del célebre tratado *Cirugía purulenta*? No cabe duda de que algún día se escribirá la historia de su vida, y no nos toca a nosotros hablar ahora de él. Ese hombre derrochaba talento. Antes de la revolución había ingresado, por concurso, en la Academia de Bellas Artes, pero la había abandonado para servir mejor a la Humanidad en calidad de médico.

En los hospitales de la Primera Guerra Mundial destacó como hábil cirujano de los ojos, y después de la revolución dirigió una clínica en Tashkent, célebre en toda el Asia Central. Ante él se extendía una carrera sin sobresaltos, como la que han seguido nuestras prósperas celebridades de hoy, pero Voino-Iasenetski sintió que esa manera de servir era insuficiente y se ordenó sacerdote. Colgó un icono en su sala de operaciones y dictaba sus cursos a los estudiantes en sotana y con una cruz sobre el pecho (1921). El patriarca Tijon tuvo tiempo de nombrarlo obispo de Tashkent. En los años veinte, Voino-Iasenetski fue confinado en la región de Turujansk; pudo regresar gracias a la intervención de numerosas personalidades, pero su cátedra y su diócesis ya estaban ocupadas. Se dedicó entonces al ejercicio de la Medicina (en su chapa ponía «obispo Lucas»). Los enfermos acudían en tropel (entre ellos, no pocos bolcheviques, a escondidas), y el excedente de sus ingresos lo distribuía entre los pobres.

Es notable el modo en que se lo quitaron de encima. Su segundo confinamiento (a Arjanguelsk, 1930) no fue en virtud del artículo 58, sino por «incitación al asesinato» (una historia sin pies ni cabeza, según la cual, habría influido en la mujer y en la suegra del fisiólogo Mijailovski, quien, en realidad, se había suicidado; ya privado de juicio, el hombre inyectaba en los cadáveres soluciones que detenían la descomposición y los diarios alborotaban con «el triunfo de la ciencia soviética» y «la resurrección lograda por el hombre»). Ese procedimiento administrativo nos obliga a una formulación todavía menos estricta de lo que es un auténtico preso político. El principal criterio es la oposición al régimen, si no activa, al menos intelectual o moral. En cuanto al «artículo» en sí, no indica nada (muchos hijos de

kulaks iban presos como ladrones, pero en el campo se revelaban como auténticos políticos).

Confinado en Arjanguelsk, Voino-Iasenetski elabora un nuevo método de tratamiento de las llagas purulentas. Lo llaman a Leningrado, y Kirov trata de convencerlo para que cuelgue los hábitos, después de lo cual se compromete a entregarle la dirección de una Facultad. ¡Pero el empecinado obispo ni siquiera aceptó que publicaran su libro sin indicar, entre paréntesis, su dignidad episcopal! De ese modo, sin Facultad y sin libro, llegó al término de su confinamiento en 1933 y volvió a Tashkent, donde fue condenado a confinamiento por tercera vez, ahora en la provincia de Krasnoiarsk. Desde el comienzo de la guerra trabajó en hospitales militares de Siberia, aplicando su método de tratamiento de las llagas purulentas, lo que le valió el premio Stalin. ¡Aceptó recibirlo sólo con vestidura episcopal**[171]**! ¿Y los ingenieros? ¿Cuántos de ellos han sido desterrados y fusilados por haberse negado a firmar unas estúpidas e indignas confesiones? Entre todos destaca, con un brillo particular, Piotr Akimovich Palchinski (1875-1929), ingeniero y sabio de una notable amplitud de conocimientos. Graduado en la Escuela de Minas en 1900, eminente especialista en la explotación de los subsuelos, estudió y escribió, como vemos por la lista de sus obras, sobre problemas generales del desarrollo económico: oscilaciones de los precios en la industria; exportación del carbón; equipo y funcionamiento de los puertos europeos; problemas económicos de la explotación portuaria; técnicas de seguridad en Alemania; concentración en las industrias mineras inglesa y alemana; economía minera; restablecimiento y desarrollo de la industria de los materiales de construcción en la URSS; formación general de ingenieros en las Escuelas; aparte de trabajos de su propia especialidad: descripciones monográficas de determinadas regiones y de ciertos yacimientos (y todavía no tenemos su bibliografía completa). Del mismo modo que Voino-Iasenetski en Medicina, Palchinski no habría tenido problema alguno de limitarse a su ingeniería, pero así como aquél no pudo dejar de entregarse al sacerdocio, a éste le fue imposible abstenerse de la política. Ya de estudiante en la Escuela de Minas, Palchinski había sido fichado por los gendarmes como «cabecilla del movimiento»; en 1900 presidió una asamblea de estudiantes. Ya ingeniero, en Irkutsk, en 1905, desempeña un destacado papel en la agitación revolucionaria, e implicado en el «caso de la República de Irkutsk», es condenado a trabajos forzados. Se evade y parte hacia Europa. Simpatizante anarquista desde mucho antes, traba amistad con Kropotkin. Consagra sus años de emigración a perfeccionarse en diversas ramas de la Ingeniería, estudia la técnica y la economía europeas, pero sin perder de vista un programa de publicaciones populares «destinadas a hacer penetrar en las masas los ideales anarquistas». Es amnistiado en 1913, y de regreso a Rusia escribe a Kropotkin: «Como programa de actividad en Rusia me he propuesto…, dondequiera esté en condiciones de hacerlo, tomar parte en el desarrollo general de las fuerzas productivas del país y en el desarrollo de las actividades sociales autónomas en el sentido más amplio de esa palabra**[172]**». Desde

su primera gira por los grandes centros de Rusia, llueven para él las proposiciones: le ofrecen presentarse en las elecciones para el puesto de secretario del Comité del Congreso de Industrias Mineras, le proponen «brillantes cargos directivos en el Donbass», empleos de consultor en los Bancos, cursos en la Escuela de Minas, el cargo de director en el Departamento de Minería. ¡Por lo visto, en Rusia no abundan hombres tan instruidos y con tanta dedicación al trabajo!

¿Y qué le depara la suerte? Ya dijimos anteriormente (parte I, capítulo X) que durante la guerra había sido vicepresidente del Comité de Industria Militar, y después de la revolución de febrero, Subsecretario de Comercio e Industria. Debe de haber sido uno de los miembros más enérgicos del abúlico Gobierno provisional, pues en las jornadas del *putsch* de Kornilov ocupó el cargo de gobernador militar de Petrogrado[173], y en las jornadas de octubre lo vemos dirigiendo la defensa del Palacio de Invierno. Fue inmediatamente encarcelado en la fortaleza de SS. Pedro y Pablo, allí estuvo cuatro meses, es verdad que lo soltaron. En junio de 1918 es nuevamente arrestado sin ningún tipo de cargo, y el 6 de Septiembre del mismo año lo incluyen en la lista de ciento veintidós personalidades declaradas rehenes. («Si… un solo dirigente soviético vuelve a ser asesinado, los rehenes cuya lista damos a continuación serán fusilados». *Checa* de Petrogrado, presidente G. Boki, secretario A. Ioselevich[174]). Sin embargo, no fue fusilado, e incluso a fines del mismo año se lo liberó debido a la intervención intempestiva del social-demócrata alemán Karl Moor (estupefacto al ver a qué hombres dejábamos pudrir en la cárcel). A partir de 1920, Palchinski es profesor en la Escuela de Minas, visita a Kropotkin, en Dmitrov, después de la muerte de ése, acaecida poco después, forma un comité para perpetuar (sin éxito) su memoria, y muy pronto, por esa u otra razón, vuelven a encarcelarlo. En los archivos se conserva un curioso documento relativo a la liberación de Palchinski después de su tercer encierro bajo los soviéticos; se trata de una carta dirigida al Tribunal revolucionario de Moscú con fecha 16 de enero de 1922:

En vista de que con fecha 18 de enero del año en curso, a las quince horas, el consultor permanente del Gosplán, ingeniero P. A. Palchinski, debe presentarse en calidad de ponente en la Oficina del Sur para tratar el problema de la reconstrucción de la metalurgia en la zona Sur, tema que reviste en la actualidad una enorme importancia, la Presidencia del Gosplán, solicita del Tribunal revolucionario la liberación del camarada Palchinski para la hora indicada, para que pueda cumplir con la misión que le ha sido encomendada.

PRES. DEL GOSPLAN, KRIDJANOVSKI[175].

Solicita (y sin demasiada autoridad). Y solamente porque la metalurgia del Sur «reviste en la actualidad una enorme importancia»…, y sólo para «cumplir con la misión que le ha sido encomendada», ¡porque, después, que hagan con él lo que les dé la gana, como si se lo quieren volver a llevar a la celda!

Pero, no; le permitieron trabajar un poco más en el restablecimiento de las explotaciones mineras de la URSS, después de lo cual, tras haber dado pruebas de una admirable entereza en la cárcel, fue fusilado, sin proceso, en 1929.

¡Hay que odiar a su propio país, hay que serle totalmente extraño, para fusilar de ese modo al orgullo de la nación, la esencia de sus conocimientos, de su energía y de su talento!

¿Y no volvió a suceder lo mismo doce años después con Nicolai Ivanovich Vavilov? ¿Acaso Vavilov no es un auténtico político (a la fuerza)? En once meses de instrucción fue interrogado cuatrocientas veces. ¡Y cuando compareció, finalmente, ante el Tribunal (9 de julio de 1941), no se reconoció culpable!

¿Y el profesor Rodionov, experto en técnica hidráulica, un caso sin la menor trascendencia internacional? Vitovski nos cuenta que, al ser detenido, ese hombre *rehusó* trabajar en su especialidad, a pesar de que eso constituía para él el camino más fácil. Y cosía botas. ¿No es un verdadero político? Pacífico técnico en hidráulica, no se preparaba para la lucha, mas por el solo hecho de haberse opuesto firmemente, por sus convicciones, a la voluntad de sus carceleros debemos considerarlo un auténtico preso político; ¿o qué más hace falta? ¿Una tarjeta de afiliado?

Así como hay estrellas que adquieren de pronto un brillo inusitado y se apagan tras un breve resplandor, existen hombres que sin la menor predisposición a ser políticos son capaces de producir en la cárcel una potente luz y perecer inmediatamente después. Por lo general, esos casos no llegan a nuestros oídos. A veces los relata algún testigo. A veces queda un borroso papel que nos permite únicamente hacer conjeturas:

Iakov Efimovich Pochtar, nacido en 1887, sin partido**[eb]**, médico. Desde principios de la guerra estuvo en la base aérea n.º 45 de la Flota del mar Negro. Primera condena del Tribunal militar de la base de Sebastopol (17 de noviembre de 1941), cinco años de ITL. Aún ha salido bien librado. Pero ¿qué sucede? El 22 de noviembre del mismo año, segunda condena: el paredón. Y lo fusilan el 27 del mismo mes. ¿Qué pudo haber pasado en el transcurso de esos fatídicos cinco días, entre el 17 y el 22? ¿Habrá resplandecido brevemente, cual la estrella? ¿O es que, simplemente, los jueces cayeron en la cuenta de que le habían dado muy poco**[176]**?

¿Y los trotskistas? ¡Esos sí que eran presos políticos de pura cepa, no se lo podemos negar!

(¡Me gritan! ¡Me tocan la campanilla: Al orden, al orden! ¡Háblenos de los únicos presos políticos, de los inquebrantables comunistas que aun en el campo mantuvieron incólume su fe sin reservas…! Está bien, les reservaremos el capítulo siguiente).

Algún día los historiadores se dedicarán a investigar a partir de qué momento comenzó a fluir entre nosotros un reguerito de *juventud política*. Yo diría que fue a partir de 1943-1944 (no me refiero aquí a la juventud socialista y trotskista). Esos chicos, casi escolares (recordemos el «partido democrático» de 1944), decidieron de pronto buscar una plataforma distinta de la que les era insistentemente propuesta, de

la que les metían prácticamente por las narices… ¿Qué otro nombre puede dárseles, que no sea el de presos políticos?

Sólo que tampoco de ellos sabemos nada, y nunca sabremos ya.

Y a Arcadyi Belinkov, que va a la cárcel a raíz de su primera novela, *Sentimientos en borrador* (1943) —por supuesto, no editada—, y sigue escribiendo en el campo (pero al borde de la muerte se confía al soplón Kermaier, lo cual le vale una segunda condena), ¿podemos negarle el título de político?

En 1950, un grupo de estudiantes de la Escuela Profesional de mecánica de Leningrado creó un partido con programa y estatutos. Muchos de ellos fueron fusilados. Lo contó Aaron Levin, condenado a 25 años. Eso es todo, un pequeño jalón al borde de la ruta.

No hace falta demostrar que nuestros políticos contemporáneos, necesitan mucha más firmeza y valor que los revolucionarios que les precedieron. Antaño, por grandes acciones daban penas ligeras, y, después de todo, a los revolucionarios no se les exigía tanto valor; en caso de fracaso, sólo corrían riesgo ellos mismos (no sus familias), y ni siquiera exponían sus cabezas: lo más que podían darles era una condena relativamente corta.

¿Qué significaba antes de la revolución ir a pegar octavillas? Una diversión, ni más ni menos que ir a robar manzanas, no te iban a dar ni tres meses. Pero cuando los cinco muchachos del grupo de Vladimir Guershuni imprimen octavillas: «Nuestro Gobierno se ha comprometido», necesita más o menos la misma determinación que los cinco muchachos de grupo de Alexandr Ulianov para atentar contra el Zar.

¡Y qué espontáneamente nace ese impulso, cómo se inflama por sí solo! En la ciudad de Leninsk-Kuznietsk hay una sola escuela de varones. Ya en el noveno año**[ec]**, cinco chicos (Misha Bakst, responsable de su célula del Komsomol; Tolia Tarantin, también militante del Komsomol; Velvel Reichtman, Nicolai Koniev e Iur Anikanov) han perdido su despreocupación. No les sorben el seso ni las chicas ni los bailes de moda, no; lo que sucede es que han mirado a su alrededor, y han visto el alcoholismo y la barbarie en su ciudad, y se han puesto a investigar, a buscar en sus manuales de Historia tratando, según sus escasos medios, de relacionar, de comparar… Coincidiendo con su ingreso en décimo año, justo antes de las elecciones para los soviets locales (1950), escriben con letras de imprenta su primera (y última) octavilla rudimentaria:

¡Oye, obrero! ¿Acaso vivimos hoy aquella vida por la cual lucharon y murieron nuestros abuelos, nuestros padres y nuestros hermanos? Trabajamos y nos dan cuatro miserables perras, y aun ésas nos las sisan… Lee esto y piensa en lo que es tu vida…

Ellos también se limitan a pensar, y por esa misma razón no incitan a nada. (En su plan estaba previsto un ciclo de octavillas del mismo estilo y la confección de un

mimeógrafo casero).

Para pegar sus pasquines salían de noche en grupo, uno aplicaba cuatro bolitas de miga de pan contra la pared y otro pegaba el papel.

A principios de la primavera llegó un pedagogo nuevo a la clase donde estaban y les propuso… llenar unos formularíos en caracteres de imprenta[177]. El director suplicó en vano que no los detuvieran antes de finalizar el año escolar. Ya bajo sumario, lo que más lamentaban los chicos era perderse su propia fiesta de graduados. «¡Confesad quién os dirigía!». (Los de la Seguridad del Estado no podían creer que aquellos chicos hubiesen obrado simplemente de acuerdo con su conciencia; ¡algo completamente inverosímil! Se vive una sola vez, ¿no es verdad? ¿Para qué *hacerse preguntas*?). Calabozo, interrogatorios nocturnos, días enteros de pie. Sesión a puertas cerradas (¡naturalmente!) del Tribunal provincial[178]. Abogados lastimosos, asesores populares[ed] desconcertados, el implacable fiscal Trutniev. A todos, de ocho a diez años; todos, muchachos de diecisiete años, a los campos especiales.

No, no miente el viejo refrán: «Al valiente, búscalo en la cárcel; al tonto, de comisario político».

Yo escribo por la Rusia del silencio y, por tanto, poco diré de los trotskistas: son todos gente de pluma, y los que lograron sobrevivir, seguramente deben de haber preparado ya Memorias detalladas y sabrán describir su dramática epopeya más completa y exactamente de lo que podría hacerlo yo.

Sólo algo para una visión de conjunto.

A fines de la década de los veinte, los trotskistas llevaron una guerra clandestina regular, utilizando toda la experiencia de los revolucionarios de antaño, pero con la diferencia de que el GPU que tenían enfrente no era tan bobalicón como la Ojrana zarista. No sé si se prepararon a la destrucción total que les destinaba Stalin, o si pensaban que todo iba a terminar en bromas y reconciliación. En todo caso, eran gente valiente. (Me temo, con todo, que de haber llegado al poder nos habrían arrastrado a una locura por el estilo de la de Stalin). Observemos que en los años treinta, cuando el agua ya les llegaba al cuello, seguían considerando todo contacto con los socialistas como una traición y un deshonor; por esa razón se aislaban de los demás en las prisiones de incomunicación, y ni siquiera accedían a transmitir el correo carcelario de los socialistas (es que se consideraban leninistas). ¡La viuda de I. N. Smirnov (que había sido fusilado) evitaba el contacto con los socialistas, «para no ser vista por los guardianes» (es decir, en cierto modo, por los ojos del Partido comunista)!

Tengo la impresión (pero no insisto) de que su «lucha» política en las condiciones del campo no estaba desprovista de cierta nota tragicómica, debido a un exceso de vana agitación… En los convoyes de vagones de ganado que los transportaban de Moscú a Kolyma, los trotskistas organizaban «conexiones clandestinas,

contraseñas»… ¡Para que después los dispersaran a todos en distintos campos y en diversos equipos!

O, por ejemplo, un equipo ACRT (es decir, Actividades Contra-Revolucionarias Trotskistas) se había ganado honradamente su ración «de productores», y de pronto, sin ninguna razón, se la rebajan a ración disciplinaria. ¿Qué hacer? La «célula comunista en la clandestinidad» examina la cuestión. ¿Iniciar una huelga? Sería morder el anzuelo. ¿Quieren hacernos reaccionar ante la provocación? ¡Pues bien, nosotros iremos con la frente alta a trabajar sin ración! ¡Iremos, pero trabajaremos como para ración disciplinaria**[179]**!

En la mina Utinyi se están preparando para el vigésimo aniversario de la Revolución de Octubre. Recogen trapos negros, o bien pintan trapos blancos con carbón vegetal. Proyectan celebrar el 7 de noviembre haciendo flamear sobre todas las tiendas de campaña negras banderas de luto y cantando la Internacional durante la concentración matutina, fuertemente asidos de las manos para no dejar entrar en sus filas a los guardianes y a los soldados de la escolta. ¡Cantar hasta el final, pese a todo y a todos! ¡Y después de eso, con ningún pretexto salir de la zona al trabajo! ¡Gritar los eslóganes «¡Abajo el fascismo!», «¡Viva el leninismo!», «¡Viva la gran revolución socialista de octubre!»!

Ese propósito une en sí una especie de desgarrador entusiasmo con una infructuosidad rayana en lo ridículo…

Por lo demás, ya hay alguien, tal vez de entre ellos mismos, que ha ido con el *soplo,* pues el 6 de noviembre los embarcan a todos rumbo a la mina Iubilei, donde quedan aislados durante las fiestas. Encerrados en sus tiendas de campaña (de donde les está prohibido salir), se los oye cantar lInternacional, mientras que los trabajadores de Iubilei se dirigen hacia la mina. (Aunque, a decir verdad, entre los cantores también hay disidencias: los comunistas injustamente encerrados se mantienen apartados, no cantan la Internacional, demostrando su ortodoxia mediante el silencio).

«Si nos tienen entre rejas, es que todavía valemos algo»…, se consolaba Alexandr Boiárchikov. ¡Falso consuelo! ¿A quién no tenían…?

El mayor éxito de los trotskistas fue su huelga de hambre y de trabajo en toda la red de los campos de Vorkuta. (Ya había habido otra anteriormente en algún lugar de Kolyma, que, según cuentan, había durado cien días: exigían, en lugar de internamiento en campos, asignación de residencia, y *ganaron*; se lo prometieron, levantaron su huelga, los dispersaron en diversos campos y poco a poco los fueron aniquilando). Los datos de que dispongo concernientes a la huelga de hambre de Vorkuta son contradictorios. Las cosas sucedieron, más o menos, así:

La huelga comenzó el 27 de octubre de 1936 y se prolongó por espacio de 132 días (los alimentaban artificialmente, pero ellos no levantaban la huelga). Hubo varios casos de muerte por hambre. Sus exigencias eran:

—separación de los presos políticos y los de Derecho común**[180]**;

—jornada laboral de ocho horas;

—restablecimiento de la ración política[181], alimento independiente de la cantidad de trabajo realizado;

—abolición de la Conferencia Especial (CES), anulación de sus sentencias.

Los alimentaban por medio de sonda, y luego esparcieron en los campos el rumor de que el azúcar y la manteca faltaban «porque todo iba para los trotskistas», ¡procedimiento digno de los gorras azules! En marzo de 1937 llegó un telegrama de Moscú: ¡las exigencias de los huelguistas son plenamente aceptadas! ¡Levantaron la huelga! ¡Impotentes prisioneros, ¿cómo iban a hacer cumplir lo prometido?! Simplemente los habían engañado, ninguna de aquellas promesas se cumplió. (Un occidental no termina de creer, no termina de comprender que se pueda obrar así. Y, sin embargo, a eso se reduce toda nuestra historia). Y por si eso fuera poco, todos los que habían intervenido en la huelga tuvieron que comparecer ante las secciones operacionales de la *Checa*, donde se los acusó de continuar con sus actividades contrarrevolucionarias.

El gran mochuelo del Kremlin meditaba ya su venganza.

Muy poco después, en la mina n.º 8 de Vorkuta hubo otra gran huelga de hambre (o tal vez formaba parte de la precedente). Participaron de ella ciento setenta hombres; los nombres de algunos de ellos nos son conocidos: el jefe de la huelga, Mijail Shapiro, antiguamente obrero de la central eléctrica de Jarkov; Dimitri Kurinevski, miembro del comité del Komsomol para la provincia de Kiev; Ivanov, antiguo comandante de la escuadra de guardacostas de la flota del Báltico; Orlov-Kamenetski; Mijail Andreievich; Polevoi-Guenkin; V. V. Verap, director del diario *La Aurora de Oriente*, de Tbilissi; Sócrates Gueverkian, secretario del Comité Central de Armenia; Grigoryi Zolotnikov, profesor de Historia; su mujer.

El núcleo de la huelga estaba constituido por sesenta personas que habían estado presas juntas en 1927-1928 en el aislador de Verjné-Uralsk. Durante su transcurso, se produjo una gran sorpresa, agradable para los huelguistas y desagradable para las autoridades: veinte *urkas*, con su jefe a la cabeza, se unieron a la huelga. (Ese cabecilla, apodado *Moscú*, se había hecho famoso en el campo por haberse introducido de noche en el despacho del jefe del campo y haber hecho sus necesidades sobre su escritorio. Si la cosa se le hubiera ocurrido a uno de los nuestros, lo habrían fusilado sin más; pero nuestro *urka* se libró con una leve reprimenda: ¿no te habrá incitado el enemigo de clase?). Lo único que preocupaba a las autoridades era la traición de esos veinte delincuentes; en cuanto al «comité de acción de los huelguistas», constituido por socialmente hostiles, el jefe de la sección operativa de la *Checa* en Vorkutlag les decía en tono de burla:

—¿Creéis que Europa se enterará de vuestra huelga? ¡Nos importa un rábano Europa!

Y estaba en lo cierto. Pero no tenía derecho a azotar ni a dejar morir a los bandidos socialmente allegados. Por lo demás, más o menos a mediados de la huelga

las autoridades lograron abrirse paso hasta sus conciencias lumpen-proletarias, los delincuentes se salieron y el cabecilla *Moscú* explicó por la radio del campo que los trotskistas lo habían llevado por mal camino.

Después de eso, la suerte de los otros estaba ya echada: el paredón. Con su huelga habían presentado ellos mismos su solicitud oficial y lista de candidatos.

No; hubo auténticos presos políticos. Y muchos. Y abnegados.

Pero ¿por qué los resultados de su oposición fueron tan insignificantes? ¿Por qué ni siquiera dejaron unas ligeras burbujas en la superficie? Ya lo veremos. Más tarde**[182]**.

XI
Los bienintencionados

Pero ya estoy oyendo un clamor indignado. ¡La paciencia de los *camaradas* se ha agotado! Cierran mi libro, lo tiran, le escupen:

—¡Bueno, eso ya es descaro! ¡Es calumnia! ¿Dónde va a buscar a sus verdaderos políticos? ¿De quién habla? De unos curas, de unos tecnócratas, de unos escolares mocosos… ¡Si los auténticos políticos somos *nosotros*! ¡Nosotros, los inflexibles! ¡Nosotros, los ortodoxos, los cristalinos! (Orwell los llama *piensabienes*). Nosotros, que hasta en el campo permanecimos fieles a la única doctrina científica que…

Lo cierto es que, si hemos de juzgar por nuestra Prensa, parecería que sólo ustedes han estado allí. Sólo ustedes han sufrido. Sólo de ustedes está permitido hablar. Muy bien, adelante.

¿Acepta el lector el siguiente criterio: «Prisioneros políticos son aquellos que saben *por qué* están presos y se mantienen firmes en sus convicciones»?

Si la respuesta es sí, les diremos lo siguiente: nuestros inflexibles, que hasta en el campo permanecieron fieles a la única, etcétera, etcétera, ¡se mantuvieron firmes en sus convicciones, pero *no sabían por qué estaban presos*! Por tanto, no se los puede considerar presos políticos.

Si mi criterio no sirve, tomemos el de Anna Skripnikova; tuvo bastante tiempo para reflexionar mientras purgaba sus cinco condenas. Es el siguiente:

> «Preso político es aquel que tiene convicciones cuyo repudio podría valerle la libertad. Quienes no poseen semejantes convicciones son simplemente chusma política».

Ese criterio no me parece malo. Engloba a los perseguidos por sus ideas políticas de todas las épocas. Engloba a todos los revolucionarios. Asimismo engloba a las «monjitas» y al arzobispo Preobradjenski, y al ingeniero Palchinski, pero a los ortodoxos no. Porque ¿dónde están las convicciones que les incitan a repudiar?

No las hay. Dicho en otros términos, y aunque resulte algo molesto confesarlo, los ortodoxos, al igual que aquel sastre, aquel sordomudo y aquel vigilante del club, entran en la categoría de las víctimas impotentes y que no entienden. ¡Pero con pretensiones!

Seamos precisos y definamos el tema. ¿De quién vamos a hablar en este capítulo?

¿Tal vez de todos aquellos que a pesar del arresto, de los ultrajes de la instrucción, del veredicto injusto y luego de la existencia aniquiladora en los campos, a pesar de todo eso han conservado su ideario comunista?

No, de todos no. Entre ellos había gente para quienes esa fe comunista era algo muy profundo, a veces lo único que daba sentido a la poca vida que les quedaba, pero ellos:

- No se guiaban por ella para tratar «como comunistas» a sus compañeros de reclusión, no les gritaban en las discusiones de celda o de barracón que están detenidos «merecidamente» (pero yo inmerecidamente);
- no se apresuraban a ir a declararle al ciudadano jefe (y al comisario del campo) «soy comunista», no utilizaban esa fórmula para sobrevivir en el campo;
- hoy mismo, al hablar del pasado, no ven la principal arbitrariedad de los campos en el hecho de que allí encerraran a comunistas (y a los demás, que los parta un rayo).

En resumen, precisamente los que llevaban sus convicciones comunistas muy dentro de sí, y no como objeto de ostentación. Uno podría pensar que se trataba de un rasgo individual, pero no es así: por lo general, esa clase de gente no había ocupado altos puestos en libertad, y en el campo eran simples trabajadores.

Por ejemplo, veamos el caso de Avenir Borisov, maestro rural. «¿Recuerda usted nuestra juventud (yo, desde 1912), cuando el colmo de la felicidad para nosotros era vestir el traje de "jungsturm" de basta tela verde, con cinturón y bandolera, cuando nos importaba un rábano el dinero, todo lo propio, y *estábamos dispuestos a cualquier cosa, con tal de que nos lo ordenaran*[183]? Yo era miembro del Komsomol desde los trece años. Y bien, cuando apenas tenía veinticuatro, los *órganos* de la NKVD me inculparon de casi todos los párrafos del artículo 58». (Más adelante sabremos también cómo se comporta, desde que está en libertad, ese hombre admirable).

O Boris Mijailovich Vinogradov, con quien tuve ocasión de estar preso. En su juventud había sido maquinista (y no por un solo año, como suelen ser pastores algunos de nuestros diputados); después de haberse graduado en la Facultad obrera y la Escuela, trabajó como ingeniero ferroviario (y no se hizo funcionario del Partido de golpe y porrazo, como también suele suceder); era un buen ingeniero (en la *sharashka* llevaba a cabo los complicados cálculos gasodinámicos de la turbina de un motor de reacción). Lo cierto es que, pese a todo, en 1941 lo nombraron secretario de la célula comunista de la Escuela de Ingenieros de Transportes de Moscú. Durante los amargos días 16 y 17 de octubre de 1941, trató de obtener órdenes, llamó por teléfono pero del otro lado nadie contestaba; fue a ver personalmente qué pasaba, y descubrió que no había nadie ni en el Comité Municipal, ni en el Comité de Distrito, ni en el Comité Provincial; todos habían desaparecido como por arte de magia; las oficinas

estaban vacías; según parece, más arriba no fue. De vuelta con los suyos, dijo: «¡Camaradas, todos los dirigentes han huido! ¡Pero nosotros somos comunistas y vamos a defendernos por nuestros propios medios!». Y así lo hicieron. Sólo que por aquel «todos han huido», los que habían huido lo metieron en la cárcel, por ocho años, a él, que se había quedado (por «propaganda antisoviética»). Era un trabajador modesto, un amigo abnegado, y sólo en una conversación muy íntima confesaba que había creído, creía y seguiría creyendo. Jamás hacía alarde de ello.

O bien el geólogo Nicolai Kalistratovich Govorko, ya de «acercoso» en Vorkuta, escribió una *Oda a Stalin* (que se ha conservado hasta nuestros días), pero no para hacerla publicar ni para obtener con ella algún privilegio, sino, simplemente, porque le salía del alma. ¡Y escondía esa oda en la mina! (Aunque ¿para qué esconderla?).

Algunos de esos hombres conservan su convicción hasta el fin. Otros (como Kovacs, un húngaro de Filadelfia que llegó con treinta y nueve familias más para crear una «comuna» cerca de Kajovka, preso en 1937), después de ser rehabilitados rehúsan su carnet del Partido. Los hay que se rebelan aún antes, como otro húngaro, Szabó, comandante de un destacamento de guerrilleros siberianos durante la guerra. Szabó, en 1937, decía: «¡Si en este momento estuviera libre, reuniría a todos mis guerrilleros, levantaría Siberia entera y marcharía sobre Moscú para echar a toda esa banda de canallas!».

Pues bien, en este capítulo no nos ocuparemos ni de los primeros ni de los segundos (por lo demás, los mismos ortodoxos eliminarán de entre ellos a los renegados, como esos dos húngaros).

Tampoco examinaremos aquí a los personajes anecdóticos, esos que en su celda simulaban ser ortodoxos para que su compañero soplón diera un buen informe de ellos al juez de instrucción, como Podvarkov hijo, que en libertad, pegaba pasquines, pero en el campo de Spassk discutía en alta voz con todos los detractores del régimen, incluido su propio padre, en la esperanza de mejorar así su suerte.

Sólo examinaremos aquí a esos ortodoxos que exhibían su rectitud ideológica primero ante el juez de instrucción, después, en la cárcel, y, finalmente, en el campo, a todos y a cualquiera, y que aún hoy evocan con tales colores el pasado en los campos.

Por un extraño fenómeno de selección, ya no se trata de trabajadores del montón. Por lo general, antes de su arresto, tales personajes ocupaban altos cargos, una posición privilegiada, y en el campo, lo más penoso para ellos era precisamente verse reducidos a la nada y luchaban con más denuedo que nadie para elevarse, aunque sólo sea un poco, por encima de la nulidad común. Se cuenta entre ellos todos los jueces de instrucción, fiscales, jueces y jefes de campo que, por una mala pasada del destino, vinieron a parar de este lado de los barrotes, y también todos los teóricos, dogmáticos y predicadores (los escritores Galina Serebriakova, B. Diakov, Aldan-Semionov[ee] entran en este grupo, en ningún otro).

Comprendámoslos, sin sarcasmos. Su caída les dolía. «Donde pan se come, migajas caen», era el refrán que siempre les había servido para justificarlo todo. ¡Y de pronto ellos mismos se veían cayendo entre esas migajas!

Projorov-Pustover describe una escena de Manzovka (un campo especial del Bamlag) a principios de 1938. Ante el asombro de todos los indígenas acababa de llegar un «contingente especial», algo inaudito, al que, en gran secreto, habían alojado aparte. Nadie había visto aún en su vida semejante indumentaria: los recién llegados vestían abrigos de cuero, gabanes de piel, trajes de cheviot, botas y zapatos finos (para el vigésimo aniversario de Octubre, ese selecto público se había ya aficionado a la ropa inaccesible a la chusma trabajadora). Ya por simple negligencia, ya por escarnio, no les habían entregado ropa de trabajo, y así vestidos, de cheviot y boxcalf, fueron a cavar trincheras con el barro hasta las rodillas. Uno de ellos volcó una carretilla, y todo el cemento que contenía se desparramó; el jefe del equipo, un *urka*, la emprendió con él a empellones y a tacos: «¡Recógelo con las manos, desgraciado!». El otro pegó mi grito histérico: «¡¿Cómo se atreve a tratarme así?! ¡Soy el exfiscal de la República!». Y gruesos lagrimones rodaban por sus mejillas… «¡Y una…, que seas fiscal de la República, carroña! ¡Te meto la jeta en el cemento, verás cómo queda tu fiscal! ¡Ahora eres un enemigo del pueblo, y tienes que dar el callo!». (Por lo demás, el contratista de obras intervino en favor del fiscal).

Que alguien nos cuente un episodio parecido, con un fiscal del régimen zarista en un campo de concentración de 1918, y nadie sentirá la menor lástima por él: está unánimemente admitido que ésos no eran seres humanos (¡hay que ver las penas que exigían para los acusados, uno, tres, cinco años!). En cambio, un fiscal de los nuestros, un fiscal soviético, proletario él a pesar de su traje de cheviot, ¿cómo no va a inspirar lástima? (y así eran las penas que exigía para sus acusados: *cinco duros y máxima*).

Decir que *les dolía* casi es no decir nada. Les era insoportable sufrir semejante golpe, semejante naufragio, por parte de los *suyos*, de su mismo partido, y a todas luces injustamente. Porque ante el Partido no eran culpables de nada. ANTE EL PARTIDO, de nada.

Tan doloroso era para ellos, que la pregunta «¿por qué te metieron?» estaba prohibida entre ellos, se consideraba inamistosa. ¡La única generación de prisioneros tan susceptibles en ese aspecto! ¡Nosotros, en 1945, lo primero que hacíamos al llegar a una nueva celda era contarle a todo el mundo la historia de nuestro arresto como quien cuenta un chiste!

Así era esa gente. A Olga Sliosberg ya le habían arrestado al marido, y vinieron a efectuar un registro en su casa y llevársela a ella. Cuatro horas duró el registro, y las cuatro horas se las pasó poniendo en orden las actas del congreso de estajanovistas de la industria de cepillos de cerda, del cual había sido secretaria la víspera. El que no estuvieran listas las actas la preocupaba más que sus hijos, que dejaba para siempre.

Incluso el juez de instrucción que dirigía el registro no aguantó más y le aconsejó: «Pero ¡vaya a despedirse de sus hijos!».

Así era esa gente. En 1938, en la cárcel de Kazán, Elizaveta Tsvetkova recibió la siguiente carta de su hija de quince años: «¡Mamá! Dime, escríbeme… ¿Eres o no culpable? Yo prefiero que tú seas inocente; entonces no ingresaré en el Komsomol y no les perdonaré nunca lo que te han hecho. Pero si eres culpable, nunca más te volveré a escribir, y te odiaré siempre». Y la madre se mortifica en aquella celda húmeda, parecida a una tumba, a la lívida luz de una lámpara: ¿Cómo podrá vivir la hija sin el Komsomol? ¿Cómo permitir que odie al poder soviético? Mejor que me odie a mí… Y le escribe: «Soy culpable… ¡Ingresa en el Komsomol!».

¡Claro que es penoso! ¡Es insoportable para el corazón humano caer bajo el hacha del dueño y tener aún que buscarle justificaciones!

Pero ése es el precio que paga el hombre por haber confiado el alma que le dio Dios a un dogma confeccionado por la mano del hombre.

Hoy mismo, cualquier ortodoxo confirmará que Tsvetkova obró como debía. Hoy mismo será imposible convencerlos de que eso es precisamente «escandalizar a esos pequeños», que esa madre escandalizó a su hija y le pervirtió el alma.

Así era esa gente: ¡I. T. acusaba sinceramente a su marido; lo único que importa es ayudar al Partido!

¡Oh, cómo podríamos apiadamos de ellos si quisieran reconocer por lo menos ahora cuán dignos de lástima eran entonces!

¡Todo este capítulo habría podido escribirse de otra manera, si por lo menos ahora hubieran renunciado a sus concepciones de ayer! Pero, en lugar de ello, el sueño de María Danielián se hizo realidad: «Si algún día salgo de aquí, seguiré viviendo como si no hubiera pasado nada».

¿Fidelidad? En cristiano, eso se llama ser duro de mollera. Esos adeptos de la teoría de la evolución, vieron su fidelidad a la misma en negar su propia evolución. Como dice Nicolai Vilenchik, que estuvo preso 17 años: «Teníamos fe en el Partido, ¡y *no nos equivocamos*!». ¿Fidelidad, o dureza de mollera?

No, no… ¡Si discutían en sus celdas, defendiendo todos los actos del Gobierno, no era ni por exhibirse ni por hipocresía. Las discusiones ideológicas les eran necesarias para mantenerse en la conciencia de su razón; de lo contrario, podían terminar volviéndose locos!

¡Cómo podríamos compadecerlos! Pero ellos sólo tienen ojos para ver lo que han sufrido, y no para ver su propia culpa.

A esa gente no la cogían antes de 1937. Y después de 1938 cogían a muy pocos. Por eso los llaman la «camada del 37», y así podríamos llamarlos nosotros también, pero siempre que esa expresión no oscurezca el cuadro general, pues incluso en los meses punta no eran ellos solos los que iban a la cárcel, sino que también seguían desfilando

los habituales campesinos, obreros, estudiantes, ingenieros, técnicos, agrónomos, economistas y simples creyentes.

La «carnada del 37», muy locuaz, con la Radio y la Prensa a su disposición, creó la «leyenda del 37», una leyenda que consta de dos puntos:

1. si bajo el poder soviético se registraron detenciones alguna vez, fue sólo en el 37, y sólo del 37 hay que hablar e indignarse;
2. los detenidos del 37 son sólo ellos.

Y así lo escriben aquel año terrible, cuando detenían a los más abnegados directivos comunistas: a secretarios de los comités centrales de las Repúblicas federadas; a secretarios de comités provinciales; a presidentes de comités ejecutivos provinciales; a todos los comandantes de regiones militares, de cuerpos de Ejército y de Divisiones; a mariscales y generales; a fiscales provinciales; a secretarios de comités de distrito; a presidentes de comités ejecutivos…

Al comienzo de este libro**[ef]**, ya señalamos cuál había sido el volumen de las *riadas* vertidas en el Archipiélago desde dos décadas antes de 1937. ¡Cuánto tiempo había durado! ¡Y cuántos millones de seres fueron! Pero la futura «camada del 37» no había abierto la boca ni movido un dedo; todo eso les parecía normal. No sabemos en qué términos lo discutirían entre sí, pero veamos en qué términos lo expresaba P. P. Postyshev, sin saber que le esperaba la misma suerte:

En 1931, en la conferencia de los funcionarios de Justicia: «… manteniendo en todo su rigor y dureza nuestra política punitiva para con el enemigo de clase y los elementos desclasados». (¡Esos *elementos desclasados* valen su peso en oro! ¿Quién no puede ser catalogado como «elemento desclasado»?).

En 1932: «Se comprende que… después de haberlos hecho pasar por el crisol de la deskulaquización…, de ningún modo debemos olvidar que esos *kulaks* de ayer no han depuesto moralmente las armas»…

Y también: «¡Sobre todo, no limar la punta de nuestra política punitiva!».

¡Y qué punta más puntiaguda, Pavel Petrovich! ¡Y cómo quema ese crisol!

Así lo explica R. M. Gehr: «Mientras arrestaban a personas desconocidas, o poco conocidas, ni mis amigos ni yo teníamos la menor duda de que todos esos arrestos eran fundados (!) Pero cuando empezaron a detenerlos a ellos y me detuvieron a mí, cuando en la cárcel me encontré con decenas de fieles comunistas, entonces»…

En resumen, se quedaban tranquilos mientras arrestaban a la *sociedad*. «Tronó su razón indignada» cuando comenzó a caer *su consorcio*. Stalin había violado un tabú que parecía firmemente asentado, y gracias al cual la vida era tan alegre.

¡Claro que era como para quedar estupefactos! ¡Semejante absurdo, casi imposible de concebir! En los calabozos se interrogaban los primeros días:

—Camaradas, ¿sabéis de quién fue el golpe de Estado? ¿Quiénes han tomado el poder?

Y aun mucho tiempo después, convencidos ya de la irrevocabilidad de los acontecimientos, suspiraban y gemían:

—¡Ah, si Lenin viviera…, nada de esto habría pasado!

(¿Qué *esto*? ¿Acaso *esto* mismo no les había pasado ya antes a otros? [Ver parte I, cap. 8-9]).

Pero al fin y al cabo, ¡eran hombres de Estado! ¡Eran marxistas esclarecidos, espíritus teóricos! ¿Cómo superaron, pues, esta prueba? ¿Qué interpretación, qué sentido le daban a ese acontecimiento histórico que los diarios no les habían entregado previamente masticado y explicado? (Eso es lo que sucede con los acontecimientos históricos: ¡siempre caen encima de improviso!).

Arrastrados groseramente durante años enteros sobre una falsa pista, ésas eran las explicaciones que proponían, que nos asombran por su profundidad:

1. es una habilísima labor de los Servicios Secretos extranjeros;
2. ¡es sabotaje en gran escala! ¡Los saboteadores se han infiltrado en la NKVD! (variante mixta de los puntos 1 y 2: espías alemanes se han introducido en la NKVD);
3. son manejos de los NKVDistas locales.

Y en los tres casos: ¡nosotros mismos tenemos la culpa, no estuvimos lo suficientemente alerta! ¡Stalin no sabe nada, Stalin ni siquiera está enterado de esos arrestos! ¡En cuanto se entere, los va a aniquilar a todos, y a nosotros nos devolverá la libertad!

4. es cierto que dentro de las filas mismas del Partido se ha infiltrado la más espantosa traición (¡¿y por qué?!); en todo el país pululan los enemigos, y la mayoría de los que aquí están encerrados se lo merecen; ya no son comunistas, son *contras*, y hay que tener mucho cuidado con ellos en la celda; delante de ellos no hay que hablar demasiado. Sólo a mí me encerraron injustamente. Bueno, a lo mejor a ti también. (A esa variante pertenecía, entre otros, Mejanoshin, exmiembro del Tribunal Militar Revolucionario. Dicho en otros términos, si lo llegaban a liberar a él, ¡a cuántos habría hecho encerrar él a su vez!);
5. esta represión es una necesidad histórica del desarrollo de nuestra sociedad (así se expresaban los pocos teóricos que no habían perdido el dominio de sí mismos, por ejemplo un profesor del Instituto Plejanov de Economía Mundial. La explicación en sí es correcta, y uno hasta se hubiera admirado de lo bien y de lo rápido que lo había entendido, pero las leyes mismas de esa necesidad, ninguno de ellos las explicó jamás; se limitaban siempre a la misma cantinela: «una necesidad histórica del desarrollo», ¡esa expresión puedes aplicarla a cualquier cosa, y siempre tendrás razón!)

¡Y, por supuesto, en ninguna de las cinco variantes se culpaba a Stalin! ¡Stalin seguía siendo el sol al que nada puede eclipsar**[184]**!

Y si, de pronto, alguno de los viejos miembros del Partido, por ejemplo Alexandr Ivanovich Iashkevich, censor en Bielorrusia, se ponía a mascullar en un rincón de la celda que Stalin no era ningún brazo derecho de Lenin, sino un perro, y que hasta que no reventaran nada bueno podía esperarse en este país, todos se le echaban encima con los puños en alto y corrían a denunciarlo al juez de instrucción.

¡Si hay algo absolutamente inconcebible, es un bienintencionado que aunque sea por un instante haya soñado con la muerte de Stalin!

Ése era el nivel del pensamiento crítico de nuestros bienintencionados ortodoxos cuando fueron sorprendidos por el año 1937. ¿Y en qué disposición de espíritu iban a tener que comparecer ante los Tribunales? Pues como Parsons, en el *1984* de Orwell: «¿No creerás que el Partido puede detener a un inocente? ¿Sabes lo que voy a decirles cuando me lleven ante el Tribunal? "Gracias —les diré—, gracias por haberme salvado antes de que fuera demasiado tarde"».

¿Y, entonces, qué salida encontraron para sí mismos? ¿Qué decisión eficaz les inspiró su teoría revolucionaria? Su decisión vale por todas sus explicaciones. Juzguen ustedes:

¡Cuanta más gente metan, tanto antes *comprenderán su error* allá en las altas esferas! ¡En consecuencia, hay que tratar de *dar la mayor cantidad posible de nombres*! ¡Hay que tratar de formular la mayor cantidad posible de denuncias fantásticas contra inocentes! ¡*No podrán arrestar al Partido entero*!

(¡Ni lo necesitaba Stalin entero: sólo a los dirigentes y a los veteranos!).

De todos los partidos políticos de Rusia, el comunista fue el primero cuyos miembros comenzaron a inventar acusaciones *falsas contra sí mismos*[185], y también a ellos les pertenece la prioridad de este magno invento: ¡dar el mayor número posible de nombres! ¡Los revolucionarios de Rusia nunca habían oído hablar hasta entonces de nada semejante!

¿Qué reflejaba esa teoría? ¿La cortedad de sus luces? ¿La indigencia de su pensamiento? Me dice el corazón que no, que aquí lo que aflora es el pánico. Y toda esa teoría era sólo una máscara destinada a encubrir su debilidad. Porque ellos, que desde hacía tiempo usurpaban el nombre de revolucionarios, cuando miraron en su interior, temblaron ante el descubrimiento de que no iban a ser capaces de aguantar. Esa «teoría» los dispensaba de la necesidad de luchar con los jueces de instrucción.

¡Si por lo menos hubieran comprendido sólo esto: que Stalin tenía necesidad de efectuar esa purga para rebajar al Partido a su propio nivel (ya que él no tenía el genio necesario para alzarse al nivel del Partido, ni siquiera en el lamentable estado en que se encontraba entonces)!

Naturalmente, no recordaban que, hacía aún muy poco tiempo, ellos mismos habían ayudado a Stalin a aplastar toda clase de oposiciones, es decir, a aplastarse a sí mismos. Pues Stalin dejaba a sus endebles víctimas la posibilidad de arriesgarse, de rebelarse: ese juego no dejaba de procurarle cierto placer. Todo arresto de un miembro del Comité Central requería la aprobación de los demás miembros, así lo

había inventado el tigre juguetón. Y mientras se desarrollaban las sesiones plenarias de simple rutina administrativa, entre los asistentes iba circulando un papel en que, de modo absolutamente impersonal, se indicaba: ha llegado a nuestras manos un material que compromete a Fulano, y está usted invitado a expresar su conformidad (¡o su disconformidad!) respecto a la exclusión del mismo de este Comité Central. (Y siempre había alguien que se fijaba en si el que estaba leyendo el papel lo retenía demasiado rato). Por supuesto, todos daban su visto bueno. Así fue como el Comité Central del PCU (b) se fusiló a sí mismo. (Por lo demás, hacía tiempo que Stalin había adivinado hasta qué punto eran débiles: desde el momento en que los altos jefes del Partido, como si les correspondieran sueldos elevados, abastecimiento secreto, sanatorios privados, estaban en la trampa, ésos ya no levantaban cabeza). ¿Y quiénes componían el Consejo de guerra que juzgó a los mariscales Tujachevski y Yakiz? ¡Los mariscales Blücher e Iegorov! (Además de S. A. Turovski).

Con más razón habían olvidado (ni habían leído nunca) una cosa tan anticuada como la carta que con fecha 26 de octubre de 1918 envió el Patriarca Tijon al Consejo de Comisarios del Pueblo. Apelando a la clemencia y a la liberación de los inocentes, el firme Patriarca les había advertido: «Os será pedida cuenta de toda sangre inocente derramada (Lucas, XI, 51), y habiendo tomado la espada, a espada moriréis (Mateo, XXVI, 52)». ¡Pero aquello sonaba entonces tan ridículo, tan imposible! ¡Cómo iban a pensar en aquellos días que a veces la Historia también conoce el castigo, una especie de justicia tardía y voluptuosa, sólo que extrañas son las formas que elige, e inesperados los ejecutores!

Si el joven Tujachevski, cuando volvía victorioso de aplastar a los hambrientos campesinos de Tambov, no encontró en la estación del ferrocarril a una nueva Marusia Spiridonova que lo tumbara con una bala en la frente, ese trabajo lo hizo dieciséis años más tarde un sacerdote fracasado, natural de Georgia.

Y si las maldiciones de los niños y las mujeres fusilados en Crimea en la primavera de 1821, tal como nos lo contó Voloshin, no lograron perforar el pecho de Bela Kuhn, eso fue hecho por su camarada de la III Internacional.

Y Peters, Latsis, Berzin, Agranov, Prokofiev, Balitski, Artuzov, Chudnovski, Dybenko, Uborevich, Bubnov, Alafuzo, Alksnis, Ahrenschtan, Hekker, Hettis, Iegorov, Zhloba, Kovtiuk, Kork, Kutiakov, Primakov, Putna, J. Sablin, Feldman, R. Eideman; y también Unschlicht, Ienukidze, Nevski, Steklov, Lomov, Katkyn, Kossior, Rudzutak, Guikalo, Goloded, Schlechter, Beloborodov, Piatakov y Zinoviev, todos ellos recibieron su merecido de manos del pequeño carnicero pelirrojo, mientras que nosotros hubiéramos tenido que ponernos ahora a investigar pacientemente a qué habían prestado su colaboración y dónde habían puesto sus firmas unos quince o veinte años antes…

¿*Luchar*? No, ninguno de ellos trató de luchar. Y si me objetan que eso resultaba difícil en las celdas de Iezhov, de acuerdo, pero ¿por qué no iniciaron el combate aunque fuera un día antes de su arresto? ¿Es que no se veía adónde iba la cosa? ¿O

sea, que todo se reducía a rezar «que no me toque a mí»? ¿Por qué se suicidó cobardemente Ordjonikidze? (O si lo mataron, ¿por qué esperó a que lo hicieran?). ¿Por qué no luchó Krupskaia, la fiel compañera de Lenin? ¿Por qué no intervino una sola vez para desenmascarar públicamente la falacia, como hizo aquel viejo obrero de los talleres Lenin de Rostov? ¿Tanto apego le tenía a su anciana vida? ¿Y los miembros del primer Soviet de Diputados Obreros de Ivanovo-Voznesensk, durante la revolución de 1905, que presentaron tan infamantes acusaciones contra sí mismos? ¿Y Shubin, presidente de ese mismo Soviet, que encima firmó que en 1905 no había habido ningún Soviet en Ivanovo-Voznesensk? ¿Cómo es posible echar así por la borda la vida entera?

Esos bienintencionados recuerdan hoy el año 1937, y vierten amargas lágrimas sobre aquellos horrores y aquellas injusticias, pero ninguno menciona las posibilidades de *lucha*, de lucha física que existían entonces y que nadie utilizó jamás. Bueno, y ahora ya, menos que nunca. ¿Intentará, acaso, explicarlo el enérgico Evguenyi Ievtushenko, digno nieto de su abuelo y con las mismas ideas (en su *Autobiografía* y en la *Presa de Bratsk*) que la camada de 1937? No, ya ha pasado el tiempo de esos argumentos.

Toda la gran sabiduría de los ortodoxos presos sólo llegaba para arruinar las tradiciones de los detenidos políticos. Se apartaban de los heterodoxos con quienes les tocaba compartir las celdas, huían de ellos, los horrores de la instrucción se los contaban unos a otros en voz baja, no sea que los oyeran los sin-partido, o, ¡Dios no lo permita!, los social-revolucionarios, «¡sobre todo, no darles material contra el Partido!».

En la cárcel de Kazán (1937), Eugenia Golzman se oponía a que las presas se comunicaran de una celda a la otra golpeando las paredes: ¡como comunista, no estaba de acuerdo con que se infringieran las leyes soviéticas! ¡Y cuando traían el diario, insistía en que sus compañeras de reclusión lo leyeran, no por encima, sino letra por letra!

Las memorias de Eugenia Ginzburg, en su primera parte, nos aportan preciosos testimonios sobre la carnada del 37. Por ejemplo, la testaruda Julia Anenkova exige de su celda: «¡No se atrevan a burlarse del guardián! ¡*Él representa aquí el poder soviético*! (¿Eh? ¡El mundo al revés! ¿Se imaginan si esa escena la pudieran ver por una mirilla mágica los fogosos revolucionarios de las cárceles zaristas?). O la komsomolka Katia Shirokova, durante el registro, pide consejo a E. Ginzburg: aquella comunista alemana se ha escondido oro en el pelo, pero la cárcel es nuestra, soviética. ¿No cree que habría que denunciarla a la celadora?».

A su vez, Ekaterina Olitskaia, que fue a Kolyma en el mismo vagón n.º 7 que Ginzburg (en ese vagón iban casi exclusivamente mujeres comunistas), completa los sabrosos recuerdos de esta última con dos detalles muy característicos.

Las que tenían dinero, lo entregaron para que les compraran cebolletas, y a Olitskaia le tocó recibir esas cebolletas en el vagón. Con sus tradiciones

socialrevolucionarias, ni se le pasó por la mente otra cosa que repartirlas entre cuarenta, pero en seguida se levantaron airadas protestas: «¡Reparte entre las que dieron dinero!». «¡No podemos alimentar a mendigas!». «¡Ni siquiera alcanza para nosotras!». Olitskaia hasta se quedó sin habla: ¡¿*Eso* eran presos políticos…?! ¡Eran comunistas de la carnada del 37!

Y otro episodio. En los baños de la cárcel de tránsito de Sverdlovsk, esas mujeres habían tenido que desfilar desnudas entre dos filas de guardianes. Bueno, se consolaron. Ya en los siguientes traslados se las oía cantar a coro en el vagón:

¡No conozco otro país en el mundo
donde el hombre respire tan libremente…!

Y, así, con esa concepción de la vida, con ese nivel de conciencia, emprenden los bienintencionados su largo camino hacia el campo. Ellos, que desde el principio no han comprendido nada ni de su arresto, ni de la instrucción, ni del conjunto de los acontecimientos, durante todo su viaje, por empecinamiento, por abnegación (¿o porque no tienen otra salida?), seguirán proclamándose portadores de la luz y los únicos conocedores de la esencia de las cosas.

Han tomado de una vez por todas la decisión de no advertir nada de lo que los rodea, de no tratar de buscar las causas de nada y, a más razón, cerrarán los ojos a lo más espantoso para ellos, o sea, a la actitud que adoptan hacia ellos los demás reclusos, los comunes, y hasta los Cincuenta y Ochos (los «deskulaquizados» que habían sobrevivido estaban terminando, precisamente, sus primeros *dos duros*), a cómo miraban a esa carnada del 37 recién llegada, aún tan selecta en su ropa, en sus modales, en su lenguaje. ¡Esos son los que ayer se daban aún grandes aires con sus carteras y sus automóviles personales! ¡Esos son los que cuando las cartillas se proveían en centros de distribución reservada! ¡Esos son los que engordaban como cerdos en sus sanatorios de reposo y fornicaban en sus balnearios! Mientras que a nosotros, con la ley de los «siete octavos», nos mandaban diez años al campo por una simple col, por una mazorca… Y les decían con odio: «Allí, en libertad, erais *vosotros*, aquí nos tocará a *nosotros*».

(Pero no llegó a cumplirse. Los ortodoxos no tardaron en encontrar todos buenos acomodos**[186]**).

¿Y en qué consiste esa alta sabiduría de los bienintencionados? Pues en eso, en que no quieren renunciar a ninguna de sus apreciaciones de antes y se resisten a aceptar ninguna nueva. La vida podrá arrollarlos, arrastrarlos, incluso pasarles por encima, ¡pero no la dejarán penetrar en sus cabezas! ¡No la admiten; simplemente, es como si para ellos no avanzara! ¡Y su orgullo consiste precisamente en eso, en que se niegan a cambiar nada dentro de su cerebro, en que son sencillamente incapaces de enjuiciar críticamente su propia experiencia vital! ¡Su concepción del mundo no debe reflejar ni la cárcel ni el campo! ¡La postura que teníamos, ésa seguiremos teniendo!

¡Somos marxistas! ¡Somos materialistas! ¿Cómo vamos a cambiar por el simple hecho de haber ido a parar a una cárcel? (¿Acaso vamos a cambiar nuestra conciencia porque cambie nuestra existencia, porque esa existencia se nos aparezca de pronto bajo una nueva luz? ¡De ningún modo! ¡Hundirse la existencia, que no determinará nuestra conciencia! ¡Al fin y al cabo, profesamos el materialismo!)[eg].

¡Vean hasta qué punto son perspicaces cuando se trata de analizar lo que les sucedió a ellos mismos! V. M. Zarin afirma: «Siempre lo dije en el campo: por culpa de unos imbéciles (es decir, los que le detuvieron) no me pienso pelear con el poder soviético».

Ésa es su inevitable moraleja: «Yo estoy preso injustamente, y, por tanto, soy de los buenos; en cambio, todos los que me rodean son enemigos, y si están presos, por algo será».

Su energía la gastan en enviar seis, doce veces al año, todo tipo de recursos, apelaciones y solicitudes. ¿De qué hablarán, qué escribirán ahí? Por supuesto, juran y perjuran fidelidad al Grande y Genial (sin eso no te sueltan). Por supuesto, reniegan de los que han sido fusilados en la misma causa que ellos. Por supuesto suplican que se los perdone y se los deje volver allá, a las alturas. ¡Y mañana aceptarán con alegría cualquier misión que el Partido tenga a bien encomendarles, así sea dirigir este mismo campo! (¡Y si, de este río de instancias, sólo se seguía otro río de oficios denegatorios, era porque no llegaban hasta Stalin! ¡Él sí que habría comprendido! ¡Él sí que habría perdonado, el misericordioso!).

¡Vaya unos «presos políticos», que le piden perdón al Gobierno! Otro ejemplo del nivel de su mentalidad lo da el general Gorbatov, que acaba de publicar sus memorias: «¿El Tribunal? ¿Qué se le puede pedir? Alguien le había dado órdenes»… ¡Qué poder de análisis! ¡Y qué sumisión tan angelicalmente bolchevique! Unos malhechores preguntan a Gorbatov: «Y a usted, ¿por qué lo encerraron?». (Por cierto, es imposible que se lo pregunten a usted). Y Gorbatov contesta: «Me calumniaron malas personas». ¡No, pero qué análisis! ¡Qué análisis! Y en cuanto a su conducta, el general no resulta un Shújov, sino un Fetiúkov[eh]: se va a limpiar las oficinas con la esperanza de encontrar allí pedacitos de pan. «Al limpiar las mesas de migajas, cortezas y, a veces, hasta pedacitos de pan, conseguí, en cierta medida, aplacar mejor mi hambre». Bueno, está bien, aplaca. Pero a Shújov le echan en cara que él sólo piensa en la escudilla de cereal y no tiene conciencia social; en cambio, al general Gorbatov le está permitido todo, porque él sí *piensa*… ¡en las malas personas! (Por cierto que Shújov tampoco es tonto, y juzga de todos los acontecimientos que se producen en el país con mucha más audacia que el general).

O ahí tenemos a V. P. Golitsyn, ingeniero de ferrocarriles, hijo de un médico rural. Se pasó 140 (¡ciento cuarenta!) días en la celda de los condenados a muerte (¡tuvo tiempo de reflexionar!). Después, 15 años, y después, confinamiento a perpetuidad. «Nada ha cambiado en mi cerebro. Sigo siendo el mismo bolchevique sin partido. Lo que me mantuvo fue mi fe en el Partido, el saber que el daño no lo cometen ni el

Partido ni el Gobierno, sino la mala voluntad de *algunas personas* (¡qué análisis!) que vienen y se van (sólo que no terminan nunca de irse)…, pero todo lo demás (¡!) permanece… Y también me ayudaron simples ciudadanos soviéticos, de los que había *muchos* en 1937-1938, tanto en la NKVD (¡es decir, entre los funcionarios!) como en las cárceles y los campos. No "compadres", sino auténticos hombres de Dzherzhinski[ei]». (Absolutamente incomprensible: esos hombres de Dzherzhinski, si eran tan numerosos, ¿qué hacían contemplando las arbitrariedades de *algunas personas*? ¿Y ellos mismos no cometían ninguna? Y, a pesar de ello, ¿quedaron con vida? ¡Cosas veredes…!).

O, si no, Boris Diakov. Quedó profundamente dolorido por la muerte de Stalin (¿y acaso él solo? ¡Todos los ortodoxos!). ¡Le parecía que con él había muerto toda esperanza de liberación…![187]

Pero me gritan: ¡Es deshonesto! ¡Deshonesto! ¡Si quiere discutir, discuta con verdaderos teóricos! ¡Con graduados en el Instituto del Profesorado Rojo!

¡Pues adelante! ¡No habré discutido yo! ¿O cómo creen que pasaba mi tiempo en las cárceles, y durante los traslados, y en los campos de tránsito?

Comencé discutiendo junto con ellos, y por la misma causa que ellos, pero, poco a poco, nuestros argumentos comenzaron a parecerme un tanto endebles. Después pasé un tiempo callando, escuchando. Finalmente, comencé a discutir contra ellos. Zajarov, el mismísimo Zajarov, el maestro de Malenkov (estaba muy orgulloso de haber sido maestro de Malenkov), el gran Zajarov en persona condescendió a discutir conmigo.

Y, verán, de todas esas discusiones me quedó en la cabeza algo así como una sola y única discusión. Como si todos esos talmudistas juntos no fueran más que un solo hombre. Discusión tras discusión, sé que repetirá en el mismo punto el mismo argumento y con las mismas palabras. Y seguirá siendo siempre igualmente imperforable…, ¡la imperforabilidad, ésa es su máxima cualidad! ¡Aún no se han inventado proyectiles para perforar cabezas de adoquín! Discutir con ellos es agotador, a menos que uno sepa de antemano que esa discusión no es más que una manera de pasar el rato, un agradable entretenimiento.

Mi amigo Panin y yo estamos extendidos en la tabla intermedia de un *stolypin*[ej]; estamos bien instalados, con un arenque escondido en el bolsillo; no tenemos sed; hasta podríamos echar un sueñecito. Pero en una de las estaciones introducen en nuestro vagón a… ¡un sabio marxista! Se advierte hasta por su barbita puntiaguda, por sus gafas. Y no lo niega, se presenta como exprofesor de la Academia Comunista. Nos inclinamos hacia él por encima de nuestra tabla, apenas abre la boca nos damos cuenta: un imperforable. Hace mucho que estamos en la cárcel, nos queda otro mucho por estar, sabemos apreciar una broma: ¡hay que bajar a divertirnos un rato! Queda algo de sitio en el compartimiento, cambiamos nuestro lugar con alguien; nos apretamos un poco…

—Buenos días.

—Buenos días.

—¿No está demasiado apretado?

—No, no importa.

—¿Hace mucho que lo metieron?

—Bastante.

—¿Ya queda menos?

—Pues casi igual.

—Fíjese en todas esas aldeas… ¡Cuánta miseria! Techos de paja, las isbas torcidas…

—Herencia del régimen zarista.

—Bueno, ¡y ya de treinta años de régimen soviético!

—Históricamente es un lapso insignificante.

—Lo malo es que los koljosianos se mueren de hambre.

—¿Cómo lo sabe? ¿Se fijó en *todas* las ollas?

—Pregúntele a cualquier koljosiano, aquí mismo, en este compartimiento…

—Todos los encarcelados están resentidos. No son objetivos.

—Pero, oiga, yo mismo he visto koljoses…

—Habrán sido la excepción.

(¡En cuanto a don barbita puntiaguda, él no ha estado en ninguno, menos problemas!).

—Pero pregúntele a los viejos: en tiempos del zar tenían ropa, comida y ¡qué cantidad de fiestas!

—No pienso preguntarles nada. Es un rasgo subjetivo de la memoria humana: todo tiempo pasado fue mejor. ¡La vaca que acaba de morir, ésa era la que más leche daba! (¡De vez en cuando hasta saca su refrán!). En cuanto a las fiestas, a nuestro pueblo no le gustan, le gusta trabajar.

—¿Y por qué falta pan en tantas ciudades?

—¿Dónde? ¿Cuándo?

—Mire, en vísperas de la guerra…

—¡Mentira! Precisamente en vísperas de la guerra todo iba mejor que nunca.

—¡Oiga, en esa época en todas las ciudades del Volga había colas de miles de personas!

—Sería alguna dificultad local de abastecimiento. Pero lo más probable es que su memoria le esté fallando.

—¡Pero si ahora mismo sigue faltando!

—Cuentos de viejas. Con respecto a granos, hemos cosechado entre siete mil y ocho mil millones de *puds*[188].

—Sí, pero de granos podridos.

—Al contrario; se trata del éxito de la selección.

—Pero en muchas tiendas, los estantes están vacíos.

—Torpeza de sus encargados.

—Pero ¿y los precios? Están por las nubes. El obrero tiene que privarse de muchas cosas.

—Nuestro país es el único en que los precios se fijan con arreglo a bases científicas.

—Entonces significa que los sueldos son bajos.

—Los sueldos también se fijan de acuerdo con bases científicas.

—Quiere decir entonces que, según esas bases científicas, la mayor parte del tiempo el obrero trabaja gratis para el Estado.

—Usted no entiende nada de economía política. ¿Cuál es su profesión?

—Ingeniero.

—En cambio, yo soy precisamente economista. No discuta, Entre nosotros, la plusvalía es algo inconcebible.

—Pero ¿por qué antes un padre de familia podía alimentar él solo a toda su familia, y ahora tienen que trabajar dos o tres?

—Porque antes había desocupación, la mujer no encontraba trabajo y la familia entera pasaba hambre. Además, el trabajo de la esposa es importante para la igualdad de los sexos.

—¡Qué demonios de igualdad! ¿Sobre quién pesa toda la carga de la casa?

—Debe ayudar al marido.

—Pero usted mismo, ¿ayudaba a su mujer?

—Yo no estoy casado.

—En otros términos: antes, cada uno trabajaba durante el día, y ahora, por añadidura, los dos deben trabajar también de noche. A la mujer ya no le queda tiempo para lo esencial: la educación de sus hijos.

—Tiene todo el tiempo que le hace falta. Lo esencial de la educación lo da el Jardín de Infancia, la escuela, el Komsomol.

—¡Sí, hay que ver cómo los educan! Crecen gamberros, ladronzuelos. Las chicas son unas desvergonzadas.

—¡De ningún modo! Nuestra juventud tiene un alto nivel ideológico.

—Eso dicen los periódicos, pero nuestros periódicos mienten.

—Son mucho más veraces que los burgueses. ¡Si leyera usted los diarios burgueses!

—¡A ver, que los leamos!

—Es totalmente innecesario.

—Insisto en que nuestros periódicos mienten.

—Defienden abiertamente la causa del proletariado.

—Semejante educación da como resultado un aumento de la delincuencia.

—Al contrario: un descenso. ¡Muéstreme las estadísticas! (¡En un país donde hasta el número de colas de cordero es un secreto de Estado!).

—Otra razón del aumento de la delincuencia son nuestras leyes absurdas y feroces, que por sí solas engendran el delito.

—Nada de eso: son leyes excelentes. Las mejores en toda la historia de la Humanidad.

—En particular, el artículo Cincuenta y Ocho.

—Sin él, nuestro joven Estado no se habría mantenido.

—¡Vamos, ya no es tan joven!

—Históricamente, muy joven.

—Pero ¡mire a su alrededor, toda esa gente que está presa!

—Recibió lo que se merecía.

—¿Y usted?

—A mí me encarcelaron por error. En cuanto se aclare me pondrán en libertad.

(Esa rendija para sí solo, se la dejan todos).

—¿Un error? Pero, entonces, ¿qué valen vuestras leyes?

—Las leyes son excelentes. Lo triste es cuando a veces no se las respeta.

—En todos lados hay enchufes, cohecho, corrupción…

—Hay que intensificar la educación comunista.

Y así sucesivamente. Es imperturbable. Utiliza un lenguaje que no le exige el menor esfuerzo intelectual. Discutir con él es lo mismo que atravesar el desierto.

De esa clase de personas suelen decir: «Recorrió todas las herrerías y volvió con el caballo sin herrar».

Y cuando leemos de esa gente en artículos necrológicos: «Trágicamente desaparecido en la época del culto», es para rectificar: «cómicamente desaparecido».

Pensar que si su destino personal hubiera tomado otro camino, nunca habríamos sabido hasta qué punto ese hombre era seco e insignificante. Leeríamos con respeto su nombre en los diarios, sería ministro o tendría la osadía de representar a toda Rusia en el exterior.

Discutir con él es inútil. Mucho más interesante es jugar con él. No, al ajedrez no, a «camaradas». Hay un juego así. Es muy sencillo. Asiéntele un par de veces. Dígale algo con su mismo vocabulario. Se pondrá contento. Acostumbrado a verse rodeado exclusivamente de enemigos, está ya cansado de mostrar los dientes y no le gusta narrar, porque todo lo que diga será siempre interpretado contra él. Pero si lo toma a usted por uno de los suyos, le abrirá su corazón como cualquier ser humano. Le comentará que, en las estaciones, la gente pasa, conversa, ríe, que la vida sigue su ritmo acostumbrado. El Partido gobierna, Fulano y Mengano son ascendidos de tal cargo a tal otro; en cambio, nosotros estamos aquí, vegetando… Somos un puñado, debemos *escribir*, solicitar la revisión, el indulto…

O, si no, contará algo interesante. En la Academia Comunista habían decidido *merendarse* a un compañero; sentían que en él había algo forzado, que *no era de los nuestros*, pero no había forma: sus artículos no contenían errores; su biografía era impecable. Hasta que un buen día, ordenando unos archivos, ¡oh, milagro!, encuentran un viejo folleto escrito por ese compañero, folleto que el mismo Lenin había tenido en sus manos y en cuyo margen había anotado de su puño y letra:

«Como economista es una mierda». «Después de *eso*, usted mismo comprenderá —y aquí nuestro interlocutor sonríe confiado—, ya no nos costó nada arreglar cuentas con ese embrollón, con ese simulador. Lo echaron de la Academia y lo privaron de sus títulos».

Los vagones dejan oír su monótono traqueteo. Todos duermen, unos recostados, otros sentados… De vez en cuando, por el pasillo pasa un soldado de la escolta y bosteza.

Otro episodio de la biografía de Lenin que se pierde para la Humanidad…

* * *

Para completar el cuadro de los bienintencionados, estudiaremos su conducta desde todos los puntos de vista básicos de la vida del campo.

A) *Su actitud respecto al régimen del campo y a la lucha de los reclusos por salvaguardar sus derechos*. Dado que el régimen del campo está establecido por *nosotros*, por nuestro propio poder soviético, debemos observarlo no sólo diligentemente, sino con plena conciencia. Debemos respetar el *espíritu* del régimen, incluso antes de que nos lo indique o exija el personal de vigilancia.

Siempre en Eugenia Guinzburg, encontramos observaciones asombrosas: ¡las mujeres *aprueban* que las pelen al cero (puesto que el régimen interno así lo exige)! De una cárcel incomunicada, las mandan a morir a Kolyma. La explicación está ahí ya preparada: ¡quiere decir que nos tienen confianza, saben que trabajaremos a conciencia!

¿De qué diablos de *lucha* puede hablarse aquí? ¿Lucha contra quién? ¿Contra los *nuestros*? ¿Y la lucha en nombre de qué? ¿En nombre de nuestra liberación personal? En ese caso, no hay que luchar, hay que solicitarla por la vía reglamentaria. ¿Por la caída del poder soviético? ¡Que se te pudra la lengua!

Entre los reclusos del campo había quienes querían luchar, pero no podían; quienes podían, pero no querían; quienes podían y querían (¡y lucharon!, ya llegará el momento de hablar de ellos), pero los ortodoxos formaban un cuarto grupo: los que no querían, *pero que, de haber querido, tampoco habrían podido*. Su vida anterior sólo los había preparado para una existencia en un medio convencional, artificial. En libertad, su «lucha» consistía en recibir y transmitir resoluciones y decisiones previamente aprobadas por la Superioridad, con ayuda del teléfono y del timbre eléctrico. Pero en el campo, donde si se luchaba era cuerpo a cuerpo, donde, desarmados, había que hacer frente a las ametralladoras y arrastrarse de barriga bajo las balas, allí no eran más que unos Hinojos Tomatovich, unos Fulanos Perencejo que no asustaban a nadie ni servían para nada.

Y, con más razón, esos bravos combatientes por el bien de la Humanidad jamás constituyeron un impedimento para las fechorías de los delincuentes: no tenían nada que objetar a que monopolizaran las cocinas y los enchufes (lean aunque sea al

general Gorbatov, allí sale). ¿No era acaso por *sus* teorías por lo que esos maleantes socialmente allegados habían obtenido semejante poder en el campo? No se oponían a que en su presencia desvalijaran a los más débiles, y ellos mismos se dejaban desvalijar sin oponer resistencia.

Y todo eso era rigurosamente lógico; todo concordaba, nadie oponía la menor objeción. Pero cuando llegó el momento de escribir la Historia y se dejaron oír, con sordina, las primeras voces sobre la vida en los campos, los bienintencionados miraron en su derredor y se sintieron ofendidos. ¿Cómo? ¿Que ellos, tan de vanguardia, tan ideológicos, no habían luchado? ¿Y no se habían enterado siquiera de que existía el culto a la personalidad de Stalin**[189]**? ¿Y ni habían sospechado que el querido Lavrenti Pávlovich Beria era un encarnizado enemigo del pueblo?

Y hubo que lanzar con carácter de urgencia una versión no del todo clara, como que ellos *habían luchado*. ¡Y todas las revistas se pusieron a ladrar en coro a mi Iván Denísovich! «¿Por qué no luchaste, hijo de perra?». ¡La *Pravda* de Moscú**[190]** hasta llegó a echarle en cara que los comunistas organizaban reuniones clandestinas en los campos, pero él no había asistido a ninguna, no iba a oír a los pensadores!

Pero ¿qué inventos son ésos? ¿Qué reuniones clandestinas? ¿Y para qué? ¿Para hacer la higa en el fondo del bolsillo? ¿Y para hacérsela a quién, si desde el último guardián hasta el mismo Stalin, todo es puro poder soviético? ¿Cuándo lucharon, y con *qué medios*?

Eso nadie puede decírnoslo.

¿Y *de qué pensaban los pensadores*, si lo único que se permitían era repetir «todo lo real es racional»? ¿Si su única plegaria era «no me azotes, látigo del Zar»?

B) *Relaciones con las autoridades del campo*. ¿Cuál puede ser la actitud de los bienintencionados hacia las autoridades del campo, a no ser la más respetuosa y amistosa? ¿Acaso los jefes del campo no son miembros del Partido, acaso no cumplen órdenes del Partido, acaso tienen ellos la culpa de que «yo» (el único inocente) haya sido enviado aquí con una condena? Los ortodoxos tienen plena conciencia de que, de estar ellos en el lugar de los jefes del campo, obrarían exactamente igual que ellos.

Últimamente, nuestros medios de difusión han hablado mucho de Todorski, presentándolo como un héroe de los campos. Cuenta Diakov que Todorski (exseminarista transformado en periodista, distinguido por Lenin y nombrado en los años treinta, no se sabe por qué, director de la Academia de Aviación Militar [?], a pesar de no haber sido nunca aviador) hasta al jefe de aprovisionamiento, por cuyo lado pasaba cualquier trabajador sin volver la vista, se le dirigía así:

—¿En qué puedo serle útil, ciudadano jefe?

En cuanto al jefe de los servicios sanitarios, Todorski redactó para él un resumen del «Manual**[ek]**». Ahora bien, si Todorski *pensaba* distinto al «Manual», siquiera en un solo punto ¿dónde estaban sus principios, cómo podía resumir exactamente a

Stalin[191]? Y si pensaba exactamente igual, eso es lo que se llama «cómicamente desaparecido».

¡Pero no basta con querer a las autoridades, es necesario que las autoridades lo quieran a uno! De modo que hay que explicarles que entre nosotros no hay diferencias, que somos harina del mismo costal, y que traten por favor de cuidarnos un poquillo. Ésa es la causa por la cual los héroes de Galina Serebriakova, de Shelest, de Diakov, de Aldan-Semionov, en cuanto se presenta la ocasión, venga o no venga al caso, oportuna o inoportunamente, a la llegada del convoy o durante el control de las fichas individuales, se apresuran a declararse comunistas. Es la forma de solicitar un lugarcito confortable.

Shelest llega incluso a inventar la siguiente escena. En la cárcel de tránsito de Kotlas pasan lista para cumplimentar las fichas: «¿Pertenece al partido?», pregunta el jefe. (¿Para qué imbéciles está escrito esto? ¿Dónde se ha visto que en las fichas carcelarias exista el epígrafe «pertenencia al partido»?). «¡Miembro del PCU (b)!», se apresura a contestar Shelest.

Y se ha de reconocer que los jefes, tanto los «hombres de Dzherzhinski» como los de Beria, *oyen*. Y acomodan. ¿No será que hubo instrucciones escritas, o al menos orales, de acomodar convenientemente a los comunistas? Porque incluso en la época de las más feroces persecuciones contra los Cincuenta y Ochos, cuando los destituían de todos sus enchufes, no se sabe por qué los ex peces gordos comunistas seguían inamovibles. (En el Kraslag, por ejemplo, el exmiembro del Tribunal Militar de la Región Militar Cáucaso-Norte, Aralov, se mantuvo de jefe de equipo en la huerta; el excomandante de brigada Ivanchik, de lo mismo en los *cottages*; el exsecretario del Comité de Moscú, Diedkov, también conservó su sinecura). Pero ni siquiera hacía falta instrucciones; un simple sentimiento de solidaridad y el simple cálculo de «hoy por ti, mañana por mí», serían suficiente incentivo a los *emeuvedistas* para cuidar de sus correligionarios.

En resumidas cuentas, los ortodoxos eran considerados por las autoridades como allegados y constituían en el campo un grupo muy privilegiado. (Eso no alcanzaba a los callados comunistas del montón, que no iban a cada momento a hacer profesión de fe ante las autoridades).

Aldan-Semionov incluso escribe con toda candidez: las autoridades comunistas tratan de encomendar los trabajos menos duros a los reclusos comunistas. Diakov tampoco lo oculta: Rom, un recién llegado, acaba de exponer ante el jefe del hospital su larga trayectoria bolchevique. Y se queda allí mismo en calidad de ordenanza del hospital, puesto muy apetecido. También ordena el jefe del campo que no *quiten* a Todorski de enfermero.

Pero el caso más notable lo cuenta G. Shelest en sus *Notas de Kolyma*[192]: acaba de llegar un mandamás del MVD, y en el recluso Zaborski reconoce a su antiguo comandante durante la guerra civil. Emoción, Abrazos, lagrimitas… ¡Pide lo que quieras, la mitad de mi reino es tuyo! Zaborski acepta «alimentación especial en la

cocina y el pan que necesite» (dicho en otros términos, acepta comerse la ración de los trabajadores, porque nadie establecerá nuevas normas de alimentación para él solo), y lo único que pide es un *Lenin* en seis tomos para leerlo de noche a la luz de una vela. Todo está arreglado: de día se alimenta con raciones robadas, y de noche lee a Lenin. ¡De ese modo franco y alborozado se enaltece la bajeza!

El mismo Shelest nos cuenta una extraña historia de cierto «politburó clandestino» del equipo (¿un poco mucho para un equipo?) que fuera de las horas de comida consigue pan y escudillas de cereal. O sea, ¿que en todos lados tenemos nuestros enchufados? O sea, que también robamos, ¿eh, ideólogos?

Y ese mismo Shelest nos da la definición definitiva:

«Unos sobrevivían por su *fuerza moral* (como esos ortodoxos que robaban pan y cereal. —A. S.), otros, gracias a una escudilla suplementaria de gachas» (ése es Iván Denísovich[193]).

Está bien, de acuerdo. Iván Denísovich no tiene enchufados amigos. Pero, díganme, ¿y las piedras? ¿Quiénes construyeron muros con ellas? ¿Ustedes, tal vez?

C) *Actitud frente al trabajo*. Dicho en abstracto, los ortodoxos aman el trabajo (el auxiliar de Eiche, en pleno delirio tífico, sólo se calmaba si la enfermera le aseguraba que, sí, que los telegramas relativos al almacenaje de granos habían salido ya). Asimismo en abstracto, aprueban el trabajo en les campos: es necesario para construir el comunismo, y sin él, no se justificaría tanta balanda como se da a esa horda de prisioneros. Por eso les parece perfectamente razonable que se pegue a los refractarios, que se los encierre en el BUR y que, en tiempo de guerra, se los fusile. Consideran perfectamente lícito ser repartidor de trabajos, jefe de equipo o cualquier otro tipo de arriero (en eso divergen de los «ladrones honrados», y convergen con las «perras»).

Por ejemplo, era jefa de un equipo forestal Elena Nikitina, exsecretaria del comité del Komsomol en Kiev. Cuentan que se adueñaba de la producción de su propio equipo (compuesta por Cincuenta y Ochos) y comerciaba con los maleantes. Lucía Djaparidze (hija de un comisario de Bakú) le compraba exenciones de trabajo con el chocolate que recibía en sus paquetes. En cambio, a la anarquista Tatiana Garasiova no la dejó salir del bosque durante tres días seguidos, hasta que se le congelaron los miembros.

Projorov-Pustover, también bolchevique, aunque sin partido, va «desenmascarando» a compañeros que no cumplen las normas de producción «adrede» (y da cuenta a las autoridades, los castigan). Y cuando otros se lo reprochan: «¡Hay que comprender, es un trabajo de esclavos!», él contesta: «¡Curiosa filosofía! En los países capitalistas los obreros luchan contra el trabajo de esclavo, de acuerdo, pero nosotros, aun siendo esclavos, ¡trabajamos para el Estado socialista, y no para particulares! Comprendan que esos burócratas están en el poder sólo de

momento (¿?): un solo gesto del pueblo, y desaparecerán. ¡Pero el Estado del pueblo permanece!».

Es una selva, la mentalidad de un ortodoxo. Un ser vivo nunca podrá llegar a entenderse con él.

Pero una sola excepción admiten los bienintencionados: ellos mismos. En efecto, sería un grave error utilizarlos en los trabajos generales del campo, porque entonces les sería más difícil conservarse para su futura y fecunda labor de dirección del pueblo soviético; además, a lo largo de esos duros años de campo también les resultaría difícil *pensar*, es decir, repetir, uno por uno, en fila india, que tiene razón el camarada Stalin, tiene razón el camarada Molotov, tiene razón el camarada Beria y todos los demás camaradas el Partido.

Por tanto, bajo la protección de los mandamases de campo y ayudándose secretamente entre sí, hacen lo imposible para acomodarse en puestos de enchufado que no exijan conocimientos especiales (no hay uno solo de ellos que sea especialista en algo) y que sean, preferentemente, apacibles, lo más lejos que se pueda del cuerpo a cuerpo básico del campo. Y así se acomodan: Zajarov (el maestro de Malenkov), en la consigna de efectos personales; Zaborski, cuyo nombre ya tuvimos ocasión de mencionar (¿el mismo Shelest?), en el almacén de ropa; el celebrado Todorski, en la enfermería; Konokotin, de practicante (aunque de practicante no tenía nada); Serebriakova, de enfermera (aunque de enfermera no tenía nada). Aldan-Semionov también encontró un enchufe.

La biografía en el campo de Diakov, el más vocinglero de los bienintencionados, es obra de su propia pluma, y digna de admiración. En sus cinco años de condena, se las arregló para no ausentarse de la zona más que *una sola vez*, y eso por medio día, del cual trabajó *treinta minutos*, cortando ramas; y encima, el guardián se le acerca para decirle: «¡Descansa, estás agotado!». ¡Treinta minutos en cinco años, no todo el mundo lo sabe hacer! Durante algún tiempo, estuvo *especulando* con una hernia, después con una fístula herniaria, pero ¡no durante cinco años! Para obtener puestos que valen su peso en oro, como, por ejemplo, estadista médico, bibliotecario de la Sección Educativo-cultural y consignatario de efectos personales, y para poder mantenerse en ellos *durante todo el tiempo de la condena*, no es suficiente haber pagado a alguien con tocino; probablemente también es necesario haberle vendido el alma al *compadre*, o, si no, que lo digan los veteranos del campo. Y encima, Diakov no es un simple enchufado, sino un enchufado belicoso: en la primera variante de su novela[194], antes de que lo hubieran avergonzado públicamente[195], explica con mucha elegancia las razones por las que un hombre inteligente debe tratar de evitar en lo posible el tosco destino del pueblo («una jugada de ajedrez», «el enroque», es decir, exponer a los demás a los golpes en lugar de a uno mismo). ¡Y ése es el hombre que hoy asume el papel de principal comentarista de la vida de los reclusos!

Galina Serebriakova, en cambio, deja su biografía carcelaria en un prudente punteado. Dicen que sobre ella pesan graven acusaciones. No me ha sido posible

comprobarlo.

Y todo ese coro de autores nos presentan, no sólo a sí mismos, sino a *todos* los demás bienintencionados que describen, *siempre fuera del trabajo*: sea en la enfermería, sea en sus enchufes. Ahí es donde tienen sus oscurantistas conversaciones (algo retocadas con respecto a entonces). Aquí los autores no mienten: simplemente les faltó imaginación para representar a esos cabezas de adoquín dedicados a un trabajo útil para la sociedad. (¿Y cómo habrían de tenerla, si ellos mismos nunca habían trabajado?).

D) *Actitud frente a la evasión*. Personalmente, los cabezas de adoquín nunca tratan de evadirse; eso constituiría un acto de oposición al régimen, de desorganización del MVD, y por tanto, un atentado contra el poder soviético. ¡Además, los ortodoxos siempre tienen un par o dos de recursos o solicitudes peregrinando por las Superioridades, y una evasión podría ser interpretada allá arriba como un gesto de impaciencia, o peor todavía, de desconfianza hacia la Superioridad!

Y, además, *¿de qué serviría* a los bienintencionados una libertad común y silvestre, la libertad de las personas, de las aves? Como dice su teoría, toda verdad es concreta. Y ellos necesitaban la libertad sólo de manos del Estado, una libertad legal, con firma y sello, que les devolviera la situación y los privilegios que disfrutaban antes de su arresto. Si no…, ¿para qué querían la libertad?

Y si no huían ni ellos, con más razón condenaban todas las tentativas de los demás como auténtico sabotaje contra el sistema del MVD y la reconstrucción económica.

Bueno, y si las evasiones son tan perjudiciales, ¿tal vez sea un deber cívico de todo comunista bienintencionado, en cuanto se entere de una, ir a denunciarla al camarada comisario? ¿No es lógico?

¡Y pensar que entre ellos había luchadores clandestinos de antaño, y gente valiente de cuando la guerra civil! Pero su dogma los había convertido en chusma política…

E) *Actitud frente al resto de los Cincuenta y Ochos*. Jamás se confundían con sus compañeros de infortunio; ello habría sido una conducta poco digna del Partido. Ya sea en secreto entre ellos, ya sea a plena luz (peligro no tenía), los bienintencionados gustaban de contraponerse a esos sucios Cincuenta y Ochos; trataban de purificarse con la separación. Precisamente era ésa la tosca masa que acaudillaban cuando eran libres, y a la que no permitían pronunciar una sola palabra a su antojo. Ahora compartían la misma celda y estaban en pie de igualdad, pero seguían sintiéndose superiores y no cesaban de echárselo en cara. «¡Sois una banda de miserables —les gritaban—, y tenéis lo que os merecéis! ¡Cuando estabais libres; lo único que hacíais era simular! ¡Sois todos enemigos; han hecho muy bien en encerraros! ¡Todo está

bien hecho, y marchamos hacia una gran victoria!». (El único error que cometieron fue encerrarme a mí).

¡Y, con toda seriedad, atribuían la ausencia de objeciones a sus monólogos carcelarios (la administración siempre estaba del lado de los ortodoxos; los «contras» ni se atrevían a abrir la boca por miedo a una segunda condena), al poder persuasivo de su invencible doctrina[196]!

Los ortodoxos contemplaban todo lo que fuera Cincuenta y Ocho, con excepción de ellos mismos, con manifiesto desprecio y con el odio de clase que les ordena su Decálogo. «¡Me sentí presa de horror —escribe Diakov— al darme cuenta de con quién estaba!». Konokotin se niega a poner una inyección a un vlasovista enfermo (¡a pesar de que, como practicante, estaba obligado a ello!), pero dona sangre con entusiasmo para un soldado de la escolta. (Lo mismo que su médico contratado Barinov: «Yo soy primero chequista, y después médico». ¡Eso sí que es Medicina!). Ahora es cuando comprendemos por qué Diakov dice que en el hospital «hacen falta personas honradas»: es para saber a quién se le debe poner inyecciones y a quién no.

Ese odio lo traducen en actos (bueno, ¿cómo se puede tener el odio de clases en conserva? ¿Y para qué?). ¡En el relató de Shelest, el profesor (probablemente de Derecho comunista) Samuil Guendal no vacila en acusar de sabotaje al jefe espiritual de los caucasianos sólo porque éstos se niegan a salir a trabajar!

F) *Actitud frente* a *la soplonería*. Así como todos los caminos conducen a Roma, así todos los puntos anteriores nos han llevado a la misma conclusión: la de que esos espíritus-más-firmes-que-una-roca no pueden dejar de colaborar con el mejor y más bondadoso de todos los jefes de campo: el comisario. En su situación, es la manera más eficaz de prestar su ayuda al NKVD, al Estado y al Partido.

Y, además, ofrece sus ventajas; es como mejor podrán acercarse a las autoridades. Los servicios prestados al *compadre* no quedan sin recompensa. Sólo con ayuda del *compadre* se puede permanecer durante años enteros en un buen enchufe de zona.

En otro libro sobre los campos, de esa misma corriente ortodoxa[197], el comunista Kratov, personaje ultrapositivo que goza de todas las simpatías del autor, se guía en el campo por la siguiente filosofía: 1), lo principal es sobrevivir a cualquier precio, aviniéndose a todo; y 2), ya que necesariamente debe haber soplones, siempre será mejor que lo sean las personas decentes y no los canallas.

Por lo demás, suponiendo que un ortodoxo se empecine y no quiera saber nada del *compadre*, le será muy difícil evitar esa coyuntura. El comisario nunca deja invitar amablemente a todos los ortodoxos que expresen en voz alta su fe, y muy paternalmente les pregunta: «¿Es usted una persona *soviética*?». El bienintencionado no puede decir que no. Por tanto, es «sí».

Y puesto que es «sí», colaboremos uno con otro, camaradas. Nada se lo puede impedir[198].

Solamente hoy, al tergiversar toda la historia de los campos, nuestros bienintencionados se avergüenzan de confesar que colaboraban. No siempre se daba el caso de que los descubrieran con las manos en la masa, como a Lisa Kotik, que había dejado caer una denuncia escrita… Pero se les escapan detalles. Por ejemplo, cuenta Diakov que el comisario Sokovikov se encargaba amablemente de enviar sus cartas sin hacerlas pasar previamente por la censura del campo, sólo que no explica *qué había hecho* para que se las mandaran así, *a qué se debía* tanta amistad. O, si no, se inventan que el comisario Iakovlev aconsejaba a Todorski que no se declarara abiertamente comunista, pero no nos aclaran por qué al comisario le importaba eso tanto.

Pero sólo es por ahora. Ya está en puertas la era gloriosa en que será posible sacudirse y reconocer en voz alta y firme:

—¡Sí! ¡Fuimos soplones, y nos enorgullecemos de ello[199]!

Y, después de todo…, ¿para qué todo este capítulo? ¿Para qué todo este largo estudio y análisis de los bienintencionados? En lugar de eso escribamos en gruesos caracteres:

JANOS KADAR y WLADYSLAW GOMULKA[200]

Esos hombres pasaron la detención injusta, y las torturas, y los largos años de cárcel.

El mundo entero puede ver lo mucho que han aprendido. El mundo entero sabe lo que valen.

XII
Soplones

La *Checa-Guebé* (me parece que ésa es la forma ideal, breve, cómoda y sonora para designar a esa institución, teniendo en cuenta, al mismo tiempo, su evolución en el tiempo) esa CHKGB habría sido igual que un trozo de madera insensible, incapaz de vigilar a su pueblo, de no haber tenido una mirada penetrante y un oído atento. En estos últimos años de técnica avanzada, el trabajo de los ojos lo realizan, en parte, las máquinas fotográficas y las células fotoeléctricas, y el de los oídos, los micrófonos, magnetófonos y aparatos de rayos láser; pero durante todo el período al cual se refiere este libro, prácticamente los únicos ojos y los únicos oídos de la CHKGB eran los *soplones*.

Durante los primeros años de la *Checa*, los soplones fueron funcionalmente bautizados como «colaboradores secretos» (para diferenciarlos de los colaboradores manifiestos, de plantilla). De acuerdo con la costumbre de aquellos años, su denominación *sekrietnyie sotrudniki*, se transformó, debidamente abreviada, en *seksotes*, y de ese modo ingresó en el lenguaje corriente. Quienes inventaron esa palabra (sin pensar que se propagaría de tal forma; la verdad es que fueron poco previsores), no supieron prestarle un oído desprevenido y advertir en su misma resonancia algo repugnante, aún más vergonzoso que el pecado de sodomía. Con los años, el término fue hinchándose, por añadidura, con la sangre amarillo-pardusca de la traición, y a partir de ese momento no hubo en la lengua rusa palabra más abyecta.

Pero esa palabra sólo se empleaba en el exterior. El Archipiélago tenía sus propios términos: en la cárcel era el «chivato»; en el campo, el «soplón». No obstante, del mismo modo que muchas palabras del Archipiélago se desparramaron por el vasto espacio de la lengua rusa y terminaron conquistando todo el país, así «soplón» se convirtió, al cabo de cierto tiempo, en una de las nociones más comunes. Eso atestigua la unidad y la universalidad de esa institución que es la soplonería.

Quien no lo haya sufrido y no haya reflexionado lo suficiente, no puede darse cuenta de hasta qué punto la soplonería nos envuelve e impregna a todos. Igual que sin un transistor no advertimos que, en mitad del campo, en el bosque o sobre un lago, nuestro cuerpo es constantemente atravesado por ondas radiofónicas.

Es difícil acostumbrarse a esa constante pregunta: ¿quién de nosotros es aquí el soplón? «Aquí» quiere decir en nuestro piso, en el patio de nuestra casa, en nuestro taller de relojería, en nuestro colegio, en nuestra sala de redacción, en nuestro taller

de la fábrica, en nuestro estudio de ingenieros o incluso en la misma Comisaría en que se trabaja. Es difícil habituarse, y da un poco de asco adquirir esa costumbre, pero si uno quiere vivir seguro, no tiene más remedio que hacerlo. Es imposible echar a los soplones: saldrán otros. Pero hay que conocerlos: a veces, para ser prudentes en su presencia; otras, para hacerse pasar ante sus ojos por lo que uno no es; y en ocasiones, para pelearse abiertamente con el soplón y restar así validez a todo lo que pueda decir más adelante contra uno.

En un capítulo aparte, consagrado a la vida libre en el *exterior* del Archipiélago, hablaremos de la densa red de los *seksotes*. Muchos presienten esa densidad, pero no logran imaginar a cada *seksote* con su rostro, su simple rostro humano, y eso imprime a la red un carácter aún más enigmático y terrible de lo que es en realidad. Ahora bien, la *seksota* puede ser esa simpática vecina suya, Anna Fiodorovna, que vino a pedirle prestada un poco de levadura y que luego se fue corriendo a informar, en el lugar convenido (que puede ser un puesto cualquiera del mercado o la farmacia), que en su casa vive alguien sin permiso de residencia. Puede ser ese bonachón de Iván Nikiforovich, en cuya compañía se ha tomado usted 200 gramos de vodka y que luego ha ido a contar cómo usted se había quejado de que en las tiendas nunca se puede conseguir nada, pero que, en cambio, los funcionarios del Gobierno lo obtienen todo por enchufe. ¡Usted no conoce personalmente a los *seksotes*, y luego se asombra de que los *Órganos* omnipresentes se hayan enterado de que, durante la ejecución en masa del «Canto a Stalin», usted se limitaba a abrir la boca sin emitir un solo sonido! ¡O que durante el desfile del 7 de noviembre no demostró alegría! Pero ¿dónde están esos ojos ardientes y penetrantes del *seksote*? Tanto pueden ser unas pupilas color de cielo, como los lacrimosos ojos de un anciano. No es obligatorio que tengan el tenebroso brillo de la perfidia. No espere ver necesariamente en el *seksote* a un canalla físicamente repulsivo. Es un hombre común, como usted y como yo, con su dosis de buenos sentimientos, con sus dosis de maldad y de envidia, y con todas las debilidades que nos convierten a los seres humanos en presa de las arañas. Si el reclutamiento de los *seksotes* fuera voluntario, si se hiciese únicamente en base al entusiasmo, nunca serian demasiado numerosos (salvo tal vez durante los años 20). Pero a la gente se la recluta envolviéndola y apresándola, y las propias debilidades del ser humano lo entregan a ese vergonzoso trabajo. E incluso aquellos que, con toda sinceridad, quisieran arrancar de sus cuerpos esa pegajosa tela de araña, esa segunda piel, no pueden, no…, ¡no pueden!

El reclutamiento es algo que se respira en el aire mismo de nuestro país. Se respira en el hecho de que el interés del Estado esté por encima de los intereses personales. En el hecho de que Pavlik Morozov**[el]** sea un héroe. En el hecho de que la delación no se considere delación sino *una ayuda* al delatado. La delación se entrelaza con la ideología como los hilos de un encaje, pues los *Órganos* desean una sola cosa, y el reclutado también debe desear esa sola cosa: el victorioso avance de nuestro país hacia el socialismo.

El aspecto técnico del reclutamiento merece los mayores elogios. Desgraciadamente, nuestras historietas detectivescas no describen tales procedimientos. Los agentes de reclutamiento trabajan en los puestos de propaganda preelectoral, en las cátedras de marxismo-leninismo (de pronto lo convocan a uno: «Ahí adentro se ha reunido una comisión, pase»)…, en las unidades del Ejército (llega un agente del SMERSH y se pone a convocar a los soldados uno por uno; con algunos habla simplemente del tiempo y de la comida, pero a otros les encomienda la misión de vigilarse mutuamente y de acechar a los oficiales). En su minúsculo cuchitril, un artesano repara artículos de cuero. Entra en hombre simpático: «¿No podría arreglarme esta hebilla?», y en voz baja: «… Ahora mismo cierre usted su taller y salga a la calle; allí le estará esperando un automóvil matrícula 37-48; abra directamente la portezuela y suba; el coche lo conducirá adonde hace falta». (El resto, ya lo conocemos: «¿Es usted un buen ciudadano soviético? Pues entonces tiene que *ayudarnos*»). ¡Un taller como ése es una base ideal para recoger delaciones de los ciudadanos! Y si quiere hablar personalmente con el comisario, suba al apartamento de los Sidorov, 2.º piso, toque el timbre tres veces, de seis a ocho de la tarde.

¡La poesía del reclutamiento de los *seksotes* no ha encontrado aún a su bardo! Existe una vida visible, y otra, invisible. Las telas de araña se extienden por todas partes y no advertimos cómo, al movernos, nos van envolviendo.

Los instrumentos para el reclutamiento están numerados como un juego de llaves: n.º 1, n.º 2, n.º 3… N.º 1: «¿Es usted un buen ciudadano soviético?»; n.º 2: consiste en prometerle al reclutado aquello que desde hace años está tratando de conseguir por vía legal; n.º 3: presionarlo, amenazándolo con lo que más teme; n.º 4:…

A veces ni siquiera hace falta insistir demasiado; con presionar apenas un poquito, es suficiente… Convocan a un tal A. G. (de quien ya se sabe que es un hombre sin carácter), y de buenas a primeras le sueltan: «Confeccione una lista de todos sus conocidos que abrigan sentimientos antisoviéticos». El hombre está azorado, vacila… «Es que no estoy seguro»… Pero no se ha puesto en pie de un salto, no ha dado un puñetazo a la mesa: «¡¿Cómo se atreve…?!». (¿Y quién de nosotros daría un puñetazo? ¡No fantaseemos!). «¿Ah, no está seguro? En ese caso, confeccione una lista de los que son auténticos ciudadanos soviéticos. ¡Pero usted *responde*, recuérdelo! Si garantiza a uno solo en falso, ¡le *metemos* en el acto a usted! ¿Qué pasa? ¿Por qué no escribe?». «Yo…, yo no puedo garantizar». «¿Ah, no puede? Quiere decir que *sabe* que son antisoviéticos. ¡Pues entonces escriba lo que sabe de ellos!». Y el pobre conejo, honesto y bueno, tiembla y se agita y se tortura, con esa alma demasiado blanda modelada antes de la revolución. Se ha dejado poner cándidamente entre la espada y la pared: ¡di que son soviéticos o di que son antisoviétivos! No le ve una tercera salida.

La piedra es mucho más dura que el hombre, y, sin embargo, también se deja romper.

En libertad se dispone de mayor número de llaves, porque la vida misma es más variada. En cambio, dentro del campo sólo se precisan las más sencillas: la vida allí está simplificada, descarnada, los diámetros de los tornillos son siempre los mismos. La n.º 1, claro está, permanece: «¿Es usted un auténtico ciudadano soviético?». Es la adecuada para bienintencionados, la llave nunca salta; la cabeza del tornillo cede inmediatamente y comienza a girar. La n.º 2 también funciona muy bien, prometen sacarte de los trabajos generales, buscarte un acomodo dentro de la zona, ración suplementaria de cereal, algo de dinero también, reducción de la condena… ¡Todo eso es vida! ¡Cada uno de esos escalones significa conservar la vida! (Durante los años de guerra, el *soplo* se devaluó especialmente: el precio de los productos aumentaba; el de los hombres, disminuía. Se delataba hasta por un paquete de picadura). La llave n.º 3 va aún mejor: ¡te quitamos del enchufe!, ¡te mandamos a los *generales*!, ¡te trasladamos a un campo disciplinario! Cada uno de esos escalones es un paso hacia la muerte. Y aquel que no responde al señuelo de un trozo de pan de más, muy bien puede flaquear y suplicar si se siente empujado hacia el abismo.

Eso no quiere decir que en el campo no haga nunca falta un trabajo más fino. Hay ocasiones en que, quieras o no, has de usar la cabeza. El mayor Shikin necesitaba acusaciones contra el recluso Herzenberg, un judío. Tenía sus razones para pensar que Anton, un inexperimentado muchachillo alemán de diecisiete años, podría serle útil. Shikin convocó a Anton y comenzó a agitar en él las simientes depositadas por el nazismo: qué repugnante era la raza judía y cómo había derribado a Alemania… Anton se enardeció y traicionó a Herzenberg. (¿Y por qué, en otras circunstancias, el chequistacomunista Shikin no hubiera resultado un eficiente comisario-instructor de la Gestapo?).

O, por ejemplo, Alexandr Filipovich Stepovoi. Antes de su arresto, era soldado en las tropas de la MVD, y lo metieron por el artículo 58[**[201]**]. No tenía nada de ortodoxo, era un muchachote sencillo que en el campo empezó a avergonzarse del trabajo que hacía antes, y lo ocultaba celosamente, pues no ignoraba que podía resultar peligroso si llegaba a saberse. ¿Cómo reclutarlo? Aprovechándose precisamente de eso: difundiremos que eres un chequista. ¡Se limpiarían el trasero con su propia bandera con tal de reclutar! (Él asegura que, pese a todo, resistió).

Los hay que, como se dice, viento no son, pero soplan con gusto, ésos se dejan enganchar sin dificultad. A otros, hay que lanzarles el anzuelo más de una vez, porque se tragan sólo el cebo. Si alguno trata de escurrirse arguyendo que le resulta difícil reunir información precisa, se le explica: «Denos la que tenga; nosotros nos encargaremos de verificar». «Pero si no tengo ninguna seguridad»… «¿Significa, pues, que es usted un auténtico enemigo?». O terminan explicándole francamente: «Necesitamos un cinco por ciento de verdad, lo demás puede agregarlo de su propia fantasía». (Los comisarios de Djidin).

Pero a veces se agota hasta el *compadre*[**[202]**], la presa no sigue ni a la primera, ni a la tercera, ni a la quinta. No es frecuente, pero sucede. Entonces sólo puede hacer una

sola cosa: cubrir la retirada y hacer la *no-divulgación*. Ni en la Constitución ni en el Código consta ese tipo de compromiso y en ningún lugar se dice que estemos obligados a firmarlo; pero ¿qué más da? Estamos acostumbrados a todo. ¿Cómo vamos a negarnos también ahí? En eso sí que cedemos todos. (Y, sin embargo, si nos negáramos a firmar, si una vez traspasado el umbral contáramos a todos y a cada uno nuestra conversación con el *compadre*, la fuerza demoníaca de la Tercera Sección se esfumaría, pues todos sus secretos, y ellos mismos, se mantienen gracias a nuestra cobardía). Y en el expediente del detenido se estampa la benemérita mención: «¡*No reclutar*!». Es un sello de garantía: «96», o, por lo menos «84», pero tardaremos bastante en barruntar algo de eso, en el supuesto de que no muramos antes… ¡Nos limitaremos a adivinarlo por el hecho de que toda esa mugre se alejará de nosotros y nunca más se nos volverá a adherir!

Sin embargo, la mayor parte de las veces las maniobras de enrolamiento tienen éxito. Se limitan, lisa y llanamente, a hacer presión; presionan tanto, que, rebelándose, no valen ni súplicas ni denuestos.

Y, muy pronto, el agente que acaba de reclutarse presentará su informe.

Y la mayor parte de las veces ese informe servirá para atar al cuello de alguien la soga de una nueva condena. Y la soplonería se revela como la forma más eficaz de lucha en el campo: «tú revienta hoy, yo, mañana».

En la *vida corriente*, durante todos los cuarenta o cincuenta años de régimen, la soplonería había sido siempre una ocupación totalmente exenta de peligro: no existía el menor riesgo de que la sociedad descubriera, amenazara o castigara al soplón.

Pero en los campos fue algo distinto. El lector recordará cómo la Sección Administrativa de las Solovki desenmascaraba a los soplones y los expedía a la isla Kondostrov. Después vinieron varias décadas en que la institución pareció florecer con impunidad. Pero así y con todo, según cuándo y según dónde se formaba un grupo de reclusos enérgicos y voluntariosos que proseguía veladamente con la tradición de las Solovki. A veces golpeaban (mataban) al soplón, simulando el linchamiento de un ladrón sorprendido con las manos en la masa (según las normas del campo, el linchamiento era casi legal). Otras veces (*lagpunkt* n.º 1 del Viatlag, durante la guerra), los enchufados de producción expulsaban administrativamente de las obras «por razones técnicas», a los soplones más dañinos. En esos casos el comisario poco podía hacer. Los demás soplones entendían y se apaciguaban.

Al principio, en los campos habían depositado muchas esperanzas en los combatientes recién llegados del frente: ¡ellos sí que iban a tomar las cosas en sus manos! Pero, desgraciadamente, esos refuerzos militares no tardaron en desilusionar a los reclusos: fuera del ámbito de su ejército, esos guerreros, esos artilleros, esos batidores, se desinflaban y ya no servían para nada.

Muchas veces volverían a sonar las campanas, muchas horas, días y semanas habrían de transcurrir antes de que en el Archipiélago se levantara la veda a los

soplones.

* * *

Para ese capítulo me falta material. Los exreclusos no se muestran muy propensos a contarme cómo los reclutaban. Tendré, pues, que hablar de mí mismo.

Sólo cuando hube adquirido una larga experiencia en los campos, eché un vistazo a mi pasado y comprendí cuán mezquinos, cuán lastimeros habían sido mis comienzos como recluso. Enfundado en mi piel de oficial, me había acostumbrado a una posición inmerecidamente alta frente a los que me rodeaban, y en el campo no hacía más que encaramarme a puestos de los que inmediatamente me hacían caer. Y yo me aferraba a esa piel: la guerrera, los pantalones de montar, el capote… ¡cómo me esforzaba en no cambiarlos por la ropa de fajina del campo! Transportado a un ambiente nuevo, cometía el error de todo novato: ¡me destacaba sobre el terreno!

Y la mirada certera del primer *compadre*, el de Novyi Ierusalim, reparó inmediatamente en mí. Después, en la Puerta de Kaluga, apenas ascendí de pintor a «auxiliar de normación», volví a sacar ese uniforme: ¡ah, cómo desea uno ser viril y hermoso! Además, estaba viviendo en la cueva de los monstruos, y los generales aún me pasaban en eso, ¡y de qué manera!

Me había olvidado por completo de la autobiografía que me habían hecho escribir en Novyi Ierusalim. Una noche estaba yo semiechado en la cama, leyendo un manual de Física; Zinoviev freía algo y hablaba al mismo tiempo; Orachevski y Projorov se habían recostado, con las botas sobre la barandilla, cuando de pronto entró el jefe de celadores, Senin (era evidente que no se trataba de su verdadero apellido, sino de un seudónimo para el campo), y, fingiendo no reparar ni en el infiernillo ni en las botas en primer plano, se sentó en una de las camas, a tomar parte en la conversación general.

No me gustaban demasiado ni la cara ni el aspecto de ese Senin, tenía una mirada muy móvil y huidiza, pero ¡qué educadito era, qué modales tenía! ¡Cómo se distinguía entre todos nuestros guardianes y celadores, brutos, groseros, analfabetos! ¡Senin era ni más ni menos que un *estudiante*! Estudiante de 4.º curso, sólo que no recuerdo de qué Facultad. Aparentemente, se avergonzaba mucho de su uniforme de MVD; tenía miedo de que sus condiscípulos lo vieran en la ciudad con sus charreteras azules. Cuando llegaba al trabajo, se ponía su uniforme en el puesto de guardia, y al marcharse se lo quitaba. (¡Eso sí que es un «personaje contemporáneo» para los novelistas! ¡Traten de imaginarse, en tiempos de los zares, a un estudiante progresista que se ganara la vida de celador en una cárcel!). Por lo demás, con todo lo culto y educado que era, no le costaba nada hacer correr escaleras arriba y abajo a un pobre viejo o mandar encerrar a un recluso por tres días en la celda de castigo.

Pero, en nuestra habitación, le gustaba conversar de temas intelectuales, demostrarnos que comprendía nuestras almas sutiles y hacernos apreciar la sutileza

de la suya. De modo, que esta vez empezó contándonos cosas frescas de la ciudad, después de una nueva película, y de pronto, sin que nadie lo advirtiera, me hizo claramente una seña de que saliera al pasillo.

Salí, perplejo. Después de algunas frases educadas, para no llamar la atención, Senin se levantó a su vez y fue a reunirse conmigo. Y me ordenó que me dirigiera en el acto al despacho del comisario por una escalera excusada en la que no se corría el riesgo de encontrar a nadie. Ahí estaba el mochuelo.

Nunca le había visto la cara. Subí con el corazón encogido. ¿Qué temía? Lo que teme todo recluso: ¡una segunda condena! Aún no había pasado un año desde la instrucción de mi sumario, y el solo hecho de ver a un comisario sentado a su escritorio hacía que me doliera todo el cuerpo. Ahora se habrían puesto a revolver de nuevo en mi expediente… Quizás habían encontrado nuevas páginas en mi Diario…, o tal vez cartas…

Toc, toc, toc…

—Pase.

—Abro la puerta. Un cuartito confortablemente amueblado, como si no estuviera en ningún GULAG. Han acomodado incluso un sofá (a lo mejor se trae aquí a nuestras mujeres) y un «Philips» colocado en un estante. Su ojito de color está encendido y fluye de él, en tonos bajos, una melodía suave, muy agradable. Me había desacostumbrado por completo a esa pureza de sonido y a ese tipo de música y desde el primer instante me ablando: ¡en algún lugar existe aún la vida! Dios mío, ya nos hemos acostumbrado a considerar la que tenemos aquí como una vida, pero la vida, la verdadera, transcurre en algún lado, *allá*…

—Tome asiento.

Sobre la mesa, una lámpara con su pantalla tranquilizadora. Sentado al escritorio, en un sillón, el comisario: el mismo aire intelectual que Senin, moreno, impenetrable. Mi silla también es blanda. ¡Qué agradable es todo esto, con tal de que no comience a acusarme de algo, que no saque a relucir viejos pecados!

Pero, no, su voz no suena hostil. Me pregunta que cómo me van las cosas, que cómo me encuentro, que si me voy acostumbrando al campo, que si estoy a gusto en la habitación de los enchufados. No, así no se inicia un sumario. (Pero ¿dónde habré oído antes esa maravillosa melodía…?).

Y, ahora, una pregunta completamente lógica, hasta de simple curiosidad:

—Bueno, y después de todo lo que le ha tocado vivir, después de todo lo que ha pasado, ¿sigue usted siendo un auténtico ciudadano soviético? ¿O no?

¿Eh? ¿A ver qué contesto? Vosotros, nuestros descendientes, no lo entenderéis nunca: ¿qué le contesto yo ahora? Ya os oigo, ya, hombres normales y libres, cómo me gritáis en 1990: Pero ¡mándalo a…! (¿O tal vez nuestros descendientes ya no usarán esas expresiones? ¡Yo creo que, en Rusia, sí! ¡Te encarcelan, te desuellan, y, encima, “ciudadano soviético”!).

Y, realmente, después de recorrer tantas cárceles, de encontrarme con tanta gente, de recibir información del mundo entero, ¿cómo iba a seguir siendo yo un buen soviético? ¿Dónde se ha visto que algo soviético resista a una información completa?

Y si la cárcel me hubiera *reeducado* tan bien como me había *instruido*, en ese momento debía yo haber cortado por lo sano: «¡No! ¡Y os podéis ir todos a la mismísima…! ¡Ya estoy harto de devanarme los sesos para vosotros! ¡Dejadme descansar después de mi trabajo!».

¡Pero sucede que hemos crecido en la obediencia, muchachos! ¡Sucede que cuando preguntan: «¿Quién vota en contra? ¿Quién se abstiene?», la mano no se levanta; no hay caso; ¡no se levanta por nada del mundo! Hasta un condenado, ¿cómo podría pronunciar con la lengua: «No soy soviético»?!

—En la sentencia del OSO se dice que soy antisoviético —eludo prudentemente la cuestión.

—¡El OSO…! —lo aparta con un gesto sin el menor respeto—. Pero, usted, ¿qué siente? ¿Sigue siendo un ciudadano soviético? ¿O ha cambiado, está amargado?

Nuestra conversación monótona, viscosa, despreciable, desentona de la melodía, que fluye pura y discretamente. ¡Dios mío, qué hermosa, qué limpia puede ser la vida humana, pero el egoísmo de los poderosos nunca nos deja llegar hasta ella…! ¿Moniuszko? No… ¿Dvorak? Tampoco… Si te callaras ya, perro, por lo menos dejaras escuchar…

—¿Por qué habría de estar amargado? —me asombro yo. (En efecto, ¿por qué? Por diez cartas, ocho años, ni llega a un año por carta… No, no, no hay que estar «amargado», eso ya huele a segundo sumario).

—Entonces ¿es usted un buen soviético? —insiste el comisario, severo, pero alentador al mismo tiempo.

Sobre todo, no contestar de un modo cortante. Sobre todo, no revelarme tal como soy ahora. Si le llego a decir que soy antisoviético, seguro que se las ingeniará para echarme cinco años más encima.

—Por dentro, en su fuero interno…, ¿cómo se ve a sí mismo?

Da miedo de sólo pensarlo: es invierno, tormentas de nieve, y ahora irme al subártico… Y aquí en Moscú estoy bien instalado, duermo bajo techo, no paso frío e incluso tengo sábanas. Viene mi mujer a visitarme, me trae paquetes… ¿Abandonar todo esto? ¿Para qué, pudiendo quedarme? Y, bueno, ¿qué tiene de vergonzoso decir «soviético»? Después de todo, el sistema es socialista.

—Yo me…, sí…, soviético.

—¡Ah, soviético! Eso ya es otro hablar —se alegra el comisario—. Entonces, ahora podremos conversar como dos ciudadanos soviéticos. Quiere decir, que usted y yo tenemos una misma ideología, que perseguimos los mismos objetivos (sólo que en diferentes cuartos) y sabemos actuar de concierto. Usted nos *prestará su ayuda*, y nosotros le prestaremos la nuestra…

Siento que ya estoy empezando a resbalar… Y, para colmo, esa música… Él, entretanto, va echando con precisión lazo tras lazo: debo ayudarles a estar al tanto de lo que pasa…, puedo llegar a oír alguna conversación fortuita…, tengo que informarles…

Eso sí que no lo haré nunca. Lo sé fríamente en mi interior: seré soviético o no seré soviético, pero que os cuente una conversación política, ¡no lo esperéis! Sin embargo, prudencia, prudencia… hay que borrar la pista despacito…

—Eso, yo… no sabría hacerlo —contestó casi con pesar.

—¿Por qué? —se ensombrece mi colega en ideología.

—Porque eso… no va con mi carácter… (¿Cómo decírtelo más suavemente, canalla?). Porque yo… nunca presto atención… Soy distraído…

Advierte que tengo algo con la música, y apaga. Silencio. Se apaga la cálida lucecita mensajera de un mundo bondadoso. En el despacho sólo estamos ahora el mochuelo y yo. Fuera bromas.

¡Si por lo menos conocieran las reglas del ajedrez: a la tercera repetición de jugadas son tablas! Pero no. Perezosos para todo, no lo son para esto: cien veces me da el mismo jaque, desde la misma casilla, cien veces me escondo tras el mismo peón, y vuelvo a asomar después. Delicadeza, no tiene; tiempo, le sobra. Yo mismo me he colocado en jaque perpetuo al declararme ciudadano soviético. Claro, cada una de esas cien veces tiene un matiz diferente: otra palabra, otra entonación…

Y transcurre una hora, y transcurren dos… En nuestra habitación todos duermen ya, pero él ¿por qué habría de apresurarse? Su trabajo es éste. ¿Cómo quitármelo de encima? ¡Qué pesados son! Ya ha hecho alusión al traslado, y a los trabajos generales. Ya ha expresado sospechas de que yo era un enemigo declarado, para volver en seguida a confiar en que yo era un amigo declarado…

Ceder no puedo. Y tampoco quiero que me trasladen en pleno invierno. Me pregunto con tristeza: ¿Cómo va a terminar todo esto?

De pronto desvía el tema hacia los maleantes. Oyó decir al celador Senin que rara vez hago comentarios al respecto, que incluso he tenido choques con ellos. Me animo: es un cambio de jugadas. Sí, los detesto. (¡Pero sé que vosotros los adoráis!).

Y para terminar de conmoverme, me pinta el siguiente cuadro: mi mujer vive en Moscú. Sin un marido que la acompañe, debe circular sola por la ciudad, a veces también de noche. En las calles muchas veces desnudan a los transeúntes. Y son esos mismos maleantes que huyen de los campos. (¡No, a los que vosotros concedéis la amnistía!). ¿Cómo es posible entonces que yo me niegue a informar al comisario, si llego a enterarme de las evasiones que preparan esos individuos?

Después de todo, los malhechores son enemigos, enemigos despiadados, y tal vez contra ellos, cualquier medio es bueno… Además, bueno o no bueno, ahora es una salida buena. Me parece que…

—Puedo. Eso sí puedo.

¡Lo has dicho! ¡Lo has dicho, y el diablo sólo necesita una palabra! Un formulario en blanco aterriza suavemente sobre el escritorio, delante de mis narices:

«Compromiso.

»El abajo firmante, fulano de tal, se compromete a señalar al comisario del campo los proyectos de evasión de los reclusos»…

—¡Pero si sólo hablamos de los maleantes!

—¿Y quiénes se evaden, sino los maleantes? Y, además, ¿cómo voy a escribir la palabra «maleante» en un documento oficial? Tenemos que emplear el lenguaje establecido. Se comprende lo mismo.

—¡Pero cambia completamente el sentido!

—No, decididamente, ya veo que usted no es de los *nuestros*, y que con usted hay que hablar de *otra forma*. Y, *no aquí*.

¡Oh, qué terribles suenan las palabras «no aquí», cuando afuera arrecia la tormenta de nieve, cuando eres un enchufado y vives en una simpática cueva de monstruos! ¿Dónde es, ese «no aquí»? ¿En Lefortovo? ¿Y cómo es «de otra forma»? Bueno, si después de todo, desde que estoy en el campo no ha habido una sola evasión, las probabilidades son las mismas que para la caída de un meteorito. Y aun si hay evasiones, ¿quién será el idiota que se ponga a comentarlo antes? De modo que no me voy a enterar de nada. De modo que no tendré nada que informar. Pensándolo bien, no es una solución tan mala… Sólo que…

—¿De verdad no se puede prescindir de ese papel?

—Es el reglamento.

Suspiro. Me tranquilizo con algunas pequeñas restricciones mentales y firmo la escritura de venta de mi alma. La venta de mi alma para la salvación de mi cuerpo. ¿Eso es todo? ¿Me puedo ir?

¡Oh, no! Todavía queda el compromiso de «no-divulgación». Pero, antes, en ese mismo papel:

—Tiene que elegir un seudónimo.

¿Un seudónimo…? ¡Ah, un *nombre de batalla*! ¡Sí, sí, sí, los informadores deben tener un nombre de batalla! ¡Dios mío, qué rápido he rodado hasta el fondo! Me ganó, a pesar de todo. Las piezas están movidas, es jaque-mate.

Mi cabeza se ha quedado de pronto completamente vacía; todo poder de invención la ha abandonado. Yo, que siempre encuentro nombres para decenas de personajes, ahora soy incapaz de crearme un nombre de batalla. Bondadoso, él me apunta:

—Bueno, por ejemplo, *Vetrov*.

Y al pie del compromiso firmó: *VETROV*.

Esas seis letras marcan a fuego vergonzosas grietas en mi memoria…

¡Y yo que deseaba morir con los hombres! ¡Estaba dispuesto a morir con los hombres! ¿Cómo es posible que me haya quedado vivo entre los perros…?

El comisario guarda mi compromiso firmado en su caja fuerte (es su rendimiento de esta noche), y me explica amablemente que no debo ir allí, a su despacho, porque eso podría despertar sospechas. El celador Senin es un hombre de confianza, y todos los informes (*¡las denuncias!*) hay que dárselos discretamente a él.

Así es como se capturan los pájaros. Comenzando por la punta de una patita.

Aquel año, probablemente no habría podido mantenerme en lo dicho. Si no supiste agarrarte a las crines, mal te agarrarás a la cola. Una vez que comienzas a deslizarte, está escrito que te acabarás cayendo del caballo.

Pero, sin embargo, algo me ayudó. Senin me urgía cuando me encontraba con él: «¿A ver? ¿A ver?». Yo abría los brazos en un gesto de impotencia: no había oído nada. Los malhechores me eran completamente extraños, era incapaz de intimar con ellos… Además, con el tiempo que hacía que no se producían evasiones, de pronto, como si lo hubieran hecho a propósito, hete aquí que se escapa un ladronzuelo de nuestro campo. Senin insistía: «¡entonces de otra cosa!, ¡de su equipo!, ¡de sus compañeros de habitación!». «¡De otra cosa no entra en mi compromiso!», le contestaba cada vez con más firmeza (a todo eso ya se estaba acercando la primavera). Con todo, el firmar un compromiso tan limitado, ya era una pequeña victoria.

Fue entonces cuando, por disposición especial del Ministerio, me sacaron del campo para enviarme a una *sharashka*. Con eso me salvé definitivamente. Nunca más tuve que volver a firmar *Vetrov*. Pero, aún hoy, todavía me estremezco cada vez que me encuentro con ese apellido…

¡Oh, qué difícil, qué difícil es hacerse un hombre! Aunque hayas estado en el frente, y te hayan bombardeado, y hayas tenido que saltar por encima de las minas. Eso no es más que el principio del valor. Todavía no es todo…

Pasaron muchos años. Conocí las *sharashkas*. Conocí los campos especiales. Mi actitud se había vuelto independiente; me conducía casi con insolencia; la sección operacional no había vuelto nunca más a otorgarme sus favores, y me acostumbré a vivir con la misma despreocupación que si en mi expediente hubiesen estampado la mención: «¡No reclutar!».

Me mandaron a confinamiento. Pasé allí tres años. Ya hablan empezado a dispersarse también los confinados, habían liberado varias minorías étnicas**[em]**, los que quedábamos allí hasta íbamos a marcar a la comandancia con bromitas. Ya había finalizado el XX Congreso, y la pesadilla parecía haber terminado para siempre. Yo hacía alegres planes para mi regreso a Rusia, para cuando me notificaran mi liberación. Y, de pronto, un buen día, saliendo del patio del colegio donde daba clases, se me acercó un kazajo bien vestido (de paisano), me saludó afablemente apresurándose a tenderme la mano.

—¡Venga, vamos a conversar! —e indicó cariñosamente, con la cabeza, hacia la comandancia.

—He de ir a cenar —me desasí.

—¿Y esta noche podrá?

—No, esta noche tampoco. (Mis noches libres las aprovechaba para escribir una novela).

—Bueno, pues mañana, ¿a qué hora?

¡Qué pesado! Tuve que fijarle hora para el día siguiente. Pensaba que iba a informarme acerca de la marcha de mi recurso (poco antes había cometido una torpeza: me había dirigido a las autoridades, como hacen los ortodoxos, y por tanto, habíame colocado en situación de solicitante. ¡El GB no podía dejar perder semejante ocasión!). Pero no era eso. Apenas me hizo pasar, en su condición de comisario de capital de provincia, mi interlocutor se instaló solemnemente en el despacho del jefe de la MVD de distrito y cerró la puerta con llave, preparándose, evidentemente, a una conversación de varias horas que prometía resultar aún más larga por su escaso conocimiento del ruso. No obstante, al cabo de una hora ya conseguí entender que no se trataba de mi recurso, sino de reclutarme para soplón. (Por lo visto, con la liberación de gran número de confinados, las reservas de soplones habían disminuido notablemente).

Aquello me pareció divertido y, al mismo tiempo, irritante. Irritante, porque cada minuto de mi tiempo me resultaba precioso, y divertido, porque en marzo de 1956 ese tipo de conversación resultaba francamente incongruente, algo así como el torpe gesto de hacer resbalar el cuchillo en el plato en el momento de cortar. Traté de explicarle, de forma amena, lo inoportuno de su gestión; pero no había caso, permanecía serio como un bulldog, tratando de no soltar la presa. Todo lo que sea apaciguamiento y moderación, llega a provincias con un retraso de tres, cinco, diez años; sólo el endurecimiento vuela con la rapidez de un rayo. ¡Aún no lograba comprender lo que prometía ser ese año 1956! Le recordé entonces que el MGB había sido suprimido, mas él se apresuró a demostrarme, alborozado, que la KGB era exactamente lo mismo, con el mismo personal y los mismos objetivos.

Para entonces yo ya había adquirido una elegante desenvoltura en todo lo que se refería a aquella ilustre institución.

Notaba que habría estado perfectamente dentro del espíritu de la época el enviarlo adonde él y todos sus congéneres se merecían. No temía ninguna consecuencia directa para mí, no podía haberlas en ese año memorable. ¡Y habría sido tan divertido salir de allí pegando un portazo!

Pero entonces pensé: ¿Y mis manuscritos? Permanecen días enteros en mi casucha, protegidos solamente por un débil candadito y un pequeño artificio en el interior. De noche, los saco y escribo. Si me indispongo con la KGB, querrán vengarse, irán a revolver entre mis cosas en busca de algo que pueda comprometerme, ¿y si encuentran los manuscritos?

No, hay que separarse por las buenas…

¡Oh, mi país! ¡Oh, mi bendito país donde ni siquiera en los meses de mayor libertad podía un hombre permitirse el lujo de reñir con los gendarmes ni gritarles en la cara lo que pensaba de ellos!

—Es que me encuentro gravemente enfermo. Mi mal no me permite estar atento, prestar oídos… ¡Ya tengo bastantes problemas con lo mío! Dejemos las cosas como están, ¿no cree?

Triste excusa. Triste, sí, porque, de ese modo, yo les reconocía a ellos el derecho de reclutar soplones, que es el que debía haber negado y pisoteado con mis sarcasmos. Era negarme de rodillas.

¡Pero el maldito insolente no cedía! Se pasó aún media hora demostrándome que incluso un hombre gravemente enfermo tenía que colaborar… Y, por fin, viendo que realmente no había nada que hacer conmigo, comprendió:

—¿Tiene usted un certificado de más?

—¿Qué certificado?

—De que está tan enfermo…

—Sí, lo tengo.

—Entonces, tráigalo.

¡Necesitaba justificar sus horas de trabajo! Justificar que el candidato había sido bien elegido, sólo que no sabían que estaba tan enfermo. No pedía ese certificado simplemente para leerlo, sino para unirlo al expediente y de ese modo cerrarlo.

Le traje el certificado y quedamos en paz.

¡Aquéllos fueron los meses más libres de nuestro país en cincuenta años!

Sí, pero… ¿y el que no disponía de un certificado?

La habilidad de un comisario de campo consiste en coger desde el primer momento la llave apropiada. En un campo de Siberia convocan a U., natural de la región del Báltico y buen conocedor de la lengua rusa (por eso mismo lo han elegido a él), al «despacho del director». Allí ve instalado, tras el escritorio, a un capitán desconocido de nariz aguileña e hipnotizadora mirada de cobra. «¡Cierre bien la puerta!», ordena, muy serio, como si de un momento a otro temiera la irrupción de enemigos. Entretanto, bajo sus pobladas cejas, los ojos llameantes no cesan de mirar fijamente al pobre U., que ya se siente a punto de desfallecer. Por supuesto, que, antes de citarlo, el capitán ya tuvo buen cuidado de reunir todos los datos necesarios sobre su persona y ha llegado a la conclusión de que no sirven ni la n.º 1, ni la n.º 2, ni la n.º 3, ni la n.º 4, y que de entrada deberá echar mano a la última llave, la más poderosa de todas. Y permanece aún algunos instantes con sus ojos de fuego clavados en las límpidas e indefensas pupilas de U., sorbiéndole toda la voluntad y alzando sobre él, con un brazo invisible, aquello que dentro de poco se abatirá sobre su cabeza.

El comisario sólo se entretiene en una corta introducción, pero no habla en el tono abstracto de las clases de formación política, sino de un modo extremadamente tenso,

como si aquello fuese a estallar de un momento a otro y en aquel mismo lugar. «No ignora usted —dice— que el mundo está dividido en dos campos, de los cuales uno habrá de salir vencedor, y nosotros ya sabemos con certeza cuál va a ser. ¿Sabe usted cuál va a ser…? Por tanto, si quiere seguir viviendo, debe romper todas las amarras que lo atan a las pantanosas orillas del capitalismo y atracar sus naves en las nuevas costas. ¿Leyó usted *Hacia nuevas costas* de Latsis?». Siguen unas cuantas frases más por el estilo, que pronuncia sin dejar de clavar en U. su mirada de fuego, cargada de amenazas, tras lo cual, y habiendo determinado ya definitivamente el número de llave que habrá de usar, pregunta, en tono de inquietante gravedad: «¿Y *qué tal* su *familia*?». ¡Y, uno a uno, va nombrando a todos sus miembros! ¡Conoce las edades de cada uno de sus hijos! ¡Quiere decir que ya se ha informado, quiere decir que la cosa es muy seria! «Como comprenderá —sigue hipnotizándolo—, usted y su familia constituyen un todo. Si usted da un mal paso y perece, su familia perecerá con usted. ¡Nosotros no permitimos que *las familias de los traidores* (aquí su voz aumenta de volumen) sigan viviendo en el incorrupto ambiente soviético! ¡De modo, que elija usted mismo entre los dos mundos, entre la vida y la muerte. Yo le propongo que colabore con el servicio operacional de la *Checa*. En caso de negativa, su familia entera será inmediatamente internada en los campos! ¡Nuestro poder es absoluto (¡y es verdad!) y no acostumbramos volver sobre nuestras decisiones (¡también es verdad!)! ¡Si lo hemos elegido a usted, usted *trabajará* para nosotros!».

Todo eso se ha abatido en un instante sobre la cabeza de U. No estaba preparado, ni siquiera podía habérsele ocurrido… Siempre había pensado que soplaban los canallas, ¿pero que se lo propusieran a él? ¡El golpe es directo, sin movimientos inútiles, sin pérdida de tiempo, y el capitán espera una respuesta, dispuesto a estallar y a hacerlo estallar todo alrededor de sí! Y piensa U.: ¿Es que hay algo imposible para ellos? ¿Cuándo se apiadaron de la familia de alguien? No tuvieron reparos en «deskulaquizar» por familias enteras, niños de pecho incluidos, y encima se vanagloriaban en los diarios. U. mismo tuvo ocasión de observar con sus propios ojos, en 1940-1941, el trabajo de los *Órganos* en los países del Báltico, había ido a los patios de las cárceles a ver los cadáveres amontonados de los fusilados durante la retirada. Y en 1944 escuchó las emisiones de Leningrado destinadas a los países del Báltico, cargadas de amenazas y destilando venganza, igual que los ojos del capitán en este momento. Prometían castigar a *todos*, absolutamente a todos los que habían ayudado al enemigo[203]. ¿Por qué habrían de mostrarse clementes ahora? Toda súplica es inútil. Hay que elegir. (Pero hay algo que U., víctima de la leyenda que rodea a los *Órganos*, no comprende aún: y es que no existe entre las diferentes partes de esa maquinaria una comunicación y una interacción tales, que si hoy rehúsa convertirse en soplón, en un campo de Siberia, una semana más tarde su familia será detenida. Y hay otra cosa que tampoco comprende. Por mal que piense de los *Órganos*, la realidad es aún peor: pronto llegará la hora en que todas esas familias, todos esos cientos de miles de familias, serán enviadas conjuntamente en

confinamiento perpetuo a Siberia, a la muerte, sin comprobar cómo se porta el cabeza en el campo).

Si sólo se hubiera tratado de él, U. no habría cedido. Pero se imaginó a su mujer y a su hija en las condiciones del campo, en esos barracones donde ni se tapaba con una cortina la fornicación y donde no había ninguna protección para una mujer menor de sesenta años. Y se estremeció. La llave había sido bien elegida. Cualquier otra habría resbalado; ésa no.

Por supuesto, aún trata de «estirar la goma»: tengo que pensarlo. Bien, le damos tres días para pensarlo, pero ¡no lo consulte con una sola persona! ¡SI LLEGA A DIVULGARLO, LO FUSILAMOS! (Lo primero que hace U. es ir a consultarlo con un compatriota, el mismo de quien le exigirán su primer informe, que redactarán entre los dos. También reconoce el otro que no se puede exponer a la familia).

En el transcurso de su segunda visita al capitán, U. firma su venta al diablo, y, acto seguido, le encomiendan una misión y le indican un contacto: no deberá volver a pisar este despacho; todo habrá de transmitirlo por intermedio del enchufado Frol Riabinin.

Esos agentes de enlace diseminados por todo el campo son elementos muy importantes de la labor del comisario. Frol Riabinin tiene un trabajito de enchufado, vive en un compartimiento aparte, y siempre dispone de dinero. Con ayuda del comisario, ha sondeado las profundidades y las corrientes de fondo de la vida en el campo y ha aprendido a moverse con soltura en medio de ellas. Esos agentes de enlace son las cuerdas que, entretejidas, forman la red.

Frol Riabinin instruye a U.: los informes deben transmitirse en algún rincón oscuro («en *nuestro* trabajo, lo más importante es mantener el secreto»). Lo introduce en su compartimiento: («El capitán no está contento con su informe. Hay que redactarlo de forma que salga *material* contra la persona. Le voy a explicar»).

¡Y ese animal se pone a enseñar al cultísimo U., sombrío y abatido, la manera de empapelar al prójimo! Pero el aire contrito de U. inspira a Riabinin una iniciativa personal: ¡hay que animar un poco a ese pobre diablo, infundirle un poco de entusiasmo! Y le dice, ya en tono amistoso: «Oiga, usted lleva una vida dura. A veces tiene uno ganas de comprarse alguna cosita además de la ración. El capitán quiere ayudarle. Tome, ¡tenga eso!»; saca de su billetera un billete de cincuenta rublos (¡del capitán! ¡Qué poco sujetos a contabilidad están, entonces! ¡Quizá sean *ellos* los únicos en todo el país!) y se lo mete en la mano a U.

Y a la vista de ese sapo verde pálido que le meten en la mano, se derrumban de pronto en el interior de U. todos los sortilegios del capitán-cobra: toda la hipnosis, todo el miedo, incluso todo temor por su familia; todo lo que le pasó y todo lo que eso significa se materializa en ese asqueroso billete rebosante de linfa verdusca, los clásicos dineros de Judas. Y ya sin cavilar qué será de su familia, con ese mismo gesto instintivo con que se apartan las cosas repugnantes, U. rechaza el billete de cincuenta rublos; como Riabinin, que no entiende, se lo mete de nuevo en la mano,

U. lo tira esta vez al suelo y se levanta, aliviado, ya LIBRE de las enseñanzas de Riabinin y de la firma entregada al capitán, libre de todos esos papelitos que pretenden nublarle su deber de hombre. ¡Y se marcha sin pedir permiso! Camina por la zona, y lo llevan sus piernas ligeras: «¡Libre! ¡Libre!».

Bueno, no del todo. Con un comisario torpe, la cosa aún se habría estirado. Pero el capitán-cobra comprendió en seguida que el estúpido de Riabinin se había equivocado de llave y había borrado el relieve. Los tentáculos del pulpo nunca más volvieron a tenderse hacia U. en aquel campo. Riabinin pasaba a su lado sin saludarlo. U. se tranquilizó, y se alegró. Poco después comenzaron a mandar gente a los campos especiales, y él terminó en el Steplag. A más razón, pensó que con el traslado se acababa todo.

¡Pues, no! Por lo visto, había quedado algo en su ficha. Un buen día, ya en su nuevo campo, U. fue convocado a presencia del coronel. «Dicen que usted aceptó trabajar con nosotros, pero que no *merece confianza*. ¿Tal vez se lo explicaron mal?».

Pero este coronel ya no le inspira ningún temor. Para colmo, en el ínterin, su familia, igual que muchas otras familias de reclusos bálticos, había sido enviada a Siberia. No quedaba duda, había que quitárselos de encima. Pero ¿con qué pretexto?

El coronel puso a U. en manos de un teniente, para que lo siguiera trabajando, y mientras éste iba y venía, prometía y amenazaba, U. iba pensando: ¿cuál es la manera más fuerte, más radical, de despegármelos?

Persona ilustrada y escéptica, U. concluyó, sin embargo, que sólo Cristo lo pondría al amparo de esa gente. No es que fuera con sus principios, pero no fallaba. De modo que mintió: «He de decírselo con *franqueza*: ¡he recibido una educación cristiana y, por tanto, me es del todo imposible trabajar con ustedes!».

Y ¡ya está! El teniente, que había estado hablando durante varias horas, enmudeció de golpe. Comprendió que le había tocado la carta perdedora. «¡Bah, para la falta que nos hace! —exclamó, con despecho—. ¡Redacte una negativa escrita (¡otra vez escrita!)! Así mismo lo explica. Diga del Buen Dios».

Por lo visto, han de «cerrar» a cada soplón con un papel especial, lo mismo que al «abrirlo». La referencia a Cristo también le convenía al teniente: ningún superior iría a reprocharle que aún hubiera podido intentar más esfuerzos.

¿Y no encuentra el lector imparcial que se dispersan ante Cristo, como demonios con la señal de la cruz, con el toque del Angelus?

¡He aquí por qué nuestro régimen jamás logrará conciliarse con el cristianismo! Y mal hacen los comunistas franceses en prometerlo.

XIII
Desollar dos veces al mismo hombre

Una vez que te cortaron la cabeza, ¿pueden volver a cortártela? ¿Pueden desollar por segunda vez a un hombre al que ya le arrancaron la piel? ¡Pues sí!

Todo ello es creación de nuestros campos. Todo eso ha sido inventado en el Archipiélago. ¡Y que no digan que *el trabajo en equipo* es nuestra única contribución a la ciencia penitenciaria mundial! ¿La *segunda condena*, qué es? Los ríos de gente que llegan al Archipiélago no terminan allí su viaje, no se expanden libremente, sino que son resorbidos por los tubos de una nueva instrucción.

¡Oh, benditas sean esas implacables tiranías, esos regímenes despóticos, esas naciones bárbaras donde el hombre arrestado no puede volver a ser arrestado! ¡Dónde al hombre metido en la cárcel ya no hay donde volverlo a meter! ¡Donde al juzgarlo ya no lo vuelven a llamar ante los jueces! ¡Donde al condenado ya no lo vuelven a condenar!

En cambio, entre nosotros, todo eso se hace. ¡Qué cómodo es rematar con un buen hachazo a un hombre aplastado, irremediablemente perdido, sumido en la desesperación! La moral de nuestros carceleros es: ¡golpear al caído! La moral de nuestros comisarios es: ¡encarámate sobre cadáveres!

Se puede decir que la instrucción y el proceso realizados dentro del mismo campo, también nacieron en las Solovki; pero allí se contentaban con hacer pasar a la gente bajo el campanario y pegarles un tiro. Más tarde, en la época de los planes quinquenales y de las metástasis, el tiro en la nuca fue remplazado por una segunda condena en el campo.

Porque sin segundas (terceras, cuartas) condenas, ¿cómo hubieran podido guardar en el fondo del Archipiélago, y allí exterminar, a todos cuantos se habían propuesto?

La regeneración de las condenas, como el rebrote de los anillos de la serpiente, es la forma de vida en el Archipiélago. Todos y cada uno de los condenados que dejan sus fuerzas en nuestros campos y se congelan en nuestro confinamiento, sienten pesar sobre su cabeza la negra amenaza de una segunda pena antes de haber terminado de purgar la primera. Esas penas suplementarias existieron siempre en los campos, pero se hicieron particularmente frecuentes en 1937-1938 y durante los años de la guerra. (En 1948-1949, dichas condenas se abatieron sobre los que ya habían recuperado la libertad; se ve que los *habían dejado escapar*, se les habían *escurrido*, y ahora era

preciso volver a arrearlos. A ésos los llamaban *recidivistas*; los que nunca habían abandonado el campo ni siquiera tenían nombre).

Y aún demostraban ser muy generosos, una generosidad de máquinas, cuando, en 1938, esa segunda condena la daban sin segundo arresto, sin instrucción y juicio dentro del campo, sino que, simplemente, convocaban a los detenidos por equipos a Administración y les hacían firmar que habían recibido su nueva condena. (Por negarse a firmar correspondía simple calabozo, igual que por fumar en lugar no permitido. Y encima explicaban amablemente: «No significa que tengamos algo que reprocharle, sólo queremos que firme la notificación»). En Kolyma, de esa manera distribuían condenas de diez años; en Vorkuta eran menos duros: daban ocho y cinco años por el OSO. ¡Y era absurdo pensar en rebelarse, como si en la sombría eternidad del Archipiélago existiera alguna diferencia entre ocho y dieciocho años, entre el comienzo y el final de una condena de diez años! ¡Lo único importante era que no desgarraran ni destrozaran tu cuerpo *hoy*…!

Ahora lo vemos claro: la epidemia de condenas dentro del mismo campo del año 1938 se debió a instrucciones superiores. En las altas esferas se habían dado cuenta de que las penas impartidas hasta el momento eran muy leves, que había que aumentar la dosis (fusilando incluso cuando hiciera falta) y de ese modo aterrorizar a los restantes.

Pero la otra epidemia que se declaró durante la guerra fue aumentada y enriquecida por una alborozada llamita surgida *desde abajo*, por rasgos de iniciativa popular. Es probable que desde arriba se impartieran instrucciones en el sentido de que durante todo el tiempo de la guerra las personalidades más relevantes, capaces de convertirse en núcleos de rebelión, fueran aplastadas y aisladas. Y los sanguinarios muchachitos locales vieron en seguida el filón que se abría ante ellos: la posibilidad de *salvarse del frente*. Esa idea surgió, por lo visto, en más de un campo, y se extendió con la rapidez del rayo, pues era útil, ingeniosa y salvadora. Los chequistas de los campos se preparaban también para levantar barricadas ante las ametralladoras enemigas…, sólo que con cuerpos ajenos.

¿Puede el historiador representarse el hálito de aquellos años? El frente retrocede; Leningrado está sitiado; los alemanes están en las puertas de Moscú, en Voronezh, en el Volga, en las estribaciones del Cáucaso. En la retaguardia, quedan cada vez menos hombres, todo hombre sano es visto con malos ojos. ¡Todo para el frente! El Gobierno está dispuesto a pagar cualquier precio con tal de detener a Hitler. Y solamente los oficiales del campo (bueno, y sus hermanos del GB), ociosos, bien alimentados, de piel blanca, siguen todos con su oficio en la retaguardia y cuanto más lejos, al Norte y en Siberia, mejor, más tranquilos. Sin embargo, seamos realistas: ese bienestar es precario. La cosa durará así hasta que alguien exclame: ¿Y por qué no rastrillar a todos esos mozos de mejillas rosadas, tan despabilados ellos? ¿Que no tienen experiencia de combate?, ¡pero tienen firmeza de principios! Pase, si sólo fuera a la Policía, o a los destacamentos destinados a detener a los desertores, pero…,

¿y si es para formar batallones de oficiales? ¿Si es para luchar en Stalingrado? En el verano de 1942, vaciaron academias enteras de oficiales, lanzaron al frente a los alumnos sin graduar. En las tropas de escolta ya no quedaba un solo hombre joven y sano; todos están en el campo de batalla…, ¡y nada, el GULAG no se ha derrumbado! ¡Pues tampoco se derrumbará sin comisarios! (Ya circulan rumores)…

¡La exención es vida! ¡La exención es ventura! ¿Cómo conservar su exención? La primera idea espontánea es: *¡demostrando que se es imprescindible!* ¡Demostrando que si no fuera por la diligencia de los chequistas, los campos estallarían, porque los campos son un auténtico caldero de alquitrán en ebullición! ¡Y eso significaría un golpe mortal para nuestro glorioso frente! ¡Precisamente aquí, en los campos de la tundra y de la taiga, es donde los comisarios de sonrosadas mejillas van deteniendo a la quinta columna, van deteniendo a Hitler! ¡Ésa es su contribución a la Victoria! Sin escatimar esfuerzos, conducen instrucción tras instrucción, levantan acta tras acta, descubren conjura tras conjura.

Hasta ese momento sólo luchaban entre sí los desdichados reclusos, arrancándose mutuamente el pan de la boca para poder sobrevivir. Pero, ahora, los todopoderosos chequistas también intervienen en esa lucha a muerte: «¡Tú revienta hoy, yo, mañana!». Mejor que ahora mueras tú para procurarme una prórroga a mí, bicho asqueroso…

Y así en Ust-Vym *expedientan* a un «grupo insurrecto»: ¡dieciocho personas! Naturalmente, se proponían desarmar a todos los guardianes, apoderarse de su armamento (media docena de viejos fusiles)…, ¿y después? Bueno, después ya resulta difícil concebir la amplitud de sus proyectos: ¡querían soliviantar al Norte entero! ¡Querían marchar sobre Vorkutal! ¡Sobre Moscú! ¡Querían unirse a Mannerheim! ¡Y telegrama va y telegrama viene, y vuelan los informes: acaba de desarticularse una importante conjura! ¡Hay agitación en los campos, se temen disturbios, es necesario reforzar todavía más la sección operacional!

Pero ¿qué pasa? ¡En cada campo no cesan de descubrir conspiraciones, conspiraciones y más conspiraciones! ¡Y cada vez de mayor envergadura! ¡Y cada vez más ambiciosas! ¡Cuánta perfidia anida en el corazón de esos acercosos! ¡Mucho fingir que los tira el viento, cuando en realidad sus descarnadas manos pelagrosas se tienden en secreto hacia las ametralladoras! ¡Gracias te sean dadas, departamento operacional de los campos! ¡Loor a ti, III Sección, salvadora de la Patria!

En una III Sección de ésas (campos de Djida, en Buriat-Mongolia) hay una banda integrada por Sokolov, jefe de la sección, Mironenko, comisario-instructor, y los comisarios delegados Kalashnikov, Sosikov y Osintsev… Bueno, ¿qué pasa? ¡Nos hemos quedado atrás! ¿Todos tienen conjuras, y nosotros no? Alto, por supuesto que tenemos conjura, y de las grandes, pero ¿cuál? Bueno, «desarmar la guardia», eso cae de su peso, y también «cruzar la frontera», ya que la frontera está cerca, y Hitler, en cambio, está lejos. Muy bien, ¿por quién empezamos entonces?

Y del mismo modo que una jauría de perros bien alimentados despedaza a un pobre conejo enfermo, descarnado y pelado, así esa jauría azul celeste se abalanzó sobre el desdichado Babich[en], que antaño había participado en expediciones polares, que antaño había sido un héroe, y que hoy no era más que un acercoso cubierto de úlceras. ¡Fue él quien, a comienzos de la guerra, estuvo a punto de entregar a los alemanes el rompehielos *Sadko*, y por lo tanto es él quien debe de mover todos los hilos de la conjura! ¡Es a él a quien le toca salvar, con su moribundo cuerpo de escorbútico, a toda esa caterva de hombres bien alimentados!

«¡Aunque seas un mal ciudadano soviético, igual te obligaremos a cumplir nuestra voluntad; terminarás arrastrándote a nuestros pies!». «¿No recuerdas? ¡Te *recordaremos*!». «¿No puedes escribir? ¡Te *ayudaremos*!». ¿Quieres pensarlo? ¡Al calabozo con trescientos gramos al día!

Otro comisario lo intenta de otra forma: «Qué lástima… Usted, por supuesto, acabará comprendiendo que hubiera sido más sensato hacer lo que le pedíamos. Pero, por desgracia, lo comprenderá demasiado tarde, cuando se lo pueda quebrar entre los dedos, *como un lápiz*». (¿Dónde habrán aprendido a expresarse con esa riqueza de imágenes? ¿Lo inventarán solitos, o tal vez en el manual del chequista haya toda una serie de frases semejantes, obra de algún poeta desconocido?).

Ahora interroga Mironenko. Apenas es introducido en su despacho, a Babich le traspasa el olor a comida suculenta. Y Mironenko lo hace sentar bien cerca de un humeante *borshch* de carne y unas albóndigas. Y, haciendo como que ni ve ese *borshch* y esas albóndigas y que ni siquiera repara en que Babich sí los ve, comienza con mucha suavidad a ofrecerle montones de argumentos destinados a aliviar su conciencia, a demostrarle por qué puede y debe levantar falso testimonio. Le recuerda amistosamente:

—La primera vez, cuando lo arrestaron y usted trataba por todos los medios de demostrar su inocencia, no lo logró, ¿verdad? Porque su suerte estaba fijada de antemano, incluso antes de su detención. Y lo mismo sucede ahora. Lo mismo sucede ahora. Mire, cómase el almuerzo. Vamos, vamos, coma mientras está caliente… Si no hace tonterías, seremos buenos amigos. No volverá a tener hambre, y nunca le faltará nada… Pero, si no…

¡Y Babich cedió! La sed de vida resultó ser más fuerte que la sed de justicia. Y comenzó a escribir todo lo que le dictaban. ¡Y calumnió a veinticuatro personas de las que sólo conocía a cuatro! Mientras duró la instrucción, le estuvieron dando de comer, pero nunca lo suficiente, para así volver a especular con su hambre ante la primera tentativa de resistencia.

¡Y al leer las notas que poco antes de morir dejó escritas sobre su vida, nos estremecemos al ver cuán bajo, desde tan alto, puede caer un hombre valiente! Podemos caer todos…

Y las veinticuatro personas, que no sospechaban nada, fueron fusiladas o condenadas a nuevas penas. A Babich lo enviaron de basurero a un sovjós hasta el día

del juicio; después, en el juicio, actuó de testigo; luego le dieron otros *dos duros*, con extinción de los primeros, pero murió en el campo antes de haber cumplido la segunda condena.

En cuanto a la banda de la III Sección de Djida… ¡Bueno, alguien habrá que instruya su caso! ¡Alguien! ¡Contemporáneos! ¡Descendientes…!

Pero… ¿y tú? ¿Creías que en el campo se podía ser finalmente sincero? ¿Que por lo menos ibas a poder quejarte en voz alta, que si la condena es excesiva, dan mal de comer, hacen trabajar demasiado? ¿O pensaste tal vez que podrías *contar* por qué te habían condenado? ¡Pues si has dicho, aunque sea una sola de esas cosas, estás acabado! ¡Estás listo para *dos duros* más! (Claro que, en el momento en que comienza la segunda condena, se extingue la primera, de modo que en lugar de veinte años sólo te tocará hacer trece, quince… De todos modos, siempre serán más de los que tu cuerpo pueda soportar).

¿Pero tú estás seguro de que estuviste mudo como un pez, y a pesar de eso te han agarrado? Pues también es normal. Te portes como te portes, te habrían cogido lo mismo. Es que no agarran *por algo*, sino *para algo*. Es el mismo principio por el cual entresacan gente *afuera*. Cuando la banda de la III Sección se prepara a ir de caza, confecciona una lista con las personalidades más relevantes del campo, y luego esa lista se la dicta a un Babich…

Es que en el campo aún es más difícil pasar inadvertido; todo está a la vista. ¡La única salvación para el hombre es ser una nulidad! ¡Un cero a la izquierda! ¡Desde el primer instante!

Y luego lo más fácil del mundo será colgarte una acusación cualquiera. Cuando se terminaron las «conjuras» (los alemanes ya retrocedían), a partir de 1943 comenzaron a proliferar los casos de «agitación» (¡los «compadres», a pesar de todo, seguían sin muchas ganas de ir al frente!). En el campo de Burepolom, por ejemplo, usaban el siguiente repertorio:

- actividades hostiles a la política del PCU (b) y del Gobierno soviético (¿«hostiles» de qué? ¡Entiéndalo quien pueda!);
- expresión de opiniones derrotistas;
- difusión de calumnias respecto a la situación material de las clases trabajadoras de la Unión Soviética (dices la verdad, y ¡listo! ¡Calumnias!);
- expresión del deseo (!) de la restauración del régimen capitalista;
- expresiones de rencor hacia el Gobierno soviético (¡eso es particularmente descarado! ¿Encima ofenderte, canalla? ¿Que te dieron *dos duros*? ¡Pues los cumples y te callas!).

Un septuagenario, exdiplomático zarista, fue acusado de agitador, por haber dicho:

- que en la URSS vive mal la clase obrera;
- que Gorki es un mal escritor (¡!)

Y no es que estemos exagerando. Por Gorki fueron condenados todo el tiempo, así se situó él. En cambio a Skvortsov, en el Loj-Chem-Lag (cerca de Ust-Vym), le dieron quince años, y entre las acusaciones figuraba ésta:

- contraponía al poeta proletario Maiakovski a *cierto* poeta burgués.

Así constaba en las conclusiones del fiscal; para los jueces era suficiente; no necesitaban más detalles. Mas, por las actas de los interrogatorios, se puede identificar al *cierto*. Se trata de… ¡Pushkin! ¡Desde luego, recibir *tres duros* por Pushkin eso sí se sale de lo corriente!

Después de eso, Martinson tiene que darle gracias al cielo, ya que por haber dicho, efectivamente, en el taller, que «toda la URSS no es más que una gran *zona*», sólo le dieron diez años.

O los refractarios que sólo recibieron *dos duros* en lugar de ser fusilados[204].

Pero lo que aterraba de esas segundas condenas no era la cantidad de años en sí, no era esa alucinante extensión vacía de tiempo, sino: ¿*cómo* iba a ser infligida esa nueva condena? ¿Cómo te iban a arrastrar por otra tubería más llena de hielo y de nieve?

¡Parecería que a un recluso no debiera importarle nada otro encierro! A aquel que un día fue arrancado de su tibio lecho, ¿qué más le da abandonar ahora un inhospitalario barracón donde, para dormir, sólo hay unas tablas desnudas? Sin embargo, le importa, y mucho. En el barracón hay una estufa que da calor; en el barracón distribuyen la ración completa…, y de pronto llega un guardián que en plena noche le tira de la pierna: «¡Andando!». ¡Ah, cómo desearían poder quedarse…! Hermanos, hermanos, ¡cuánto os he amado…!

La cárcel de instrucción del campo. ¿Qué clase de cárcel iba a ser y cómo habría de incitar a la confesión si no fuera mucho peor que todo el resto del campo? Todas esas cárceles son necesariamente frías. Si no lo son bastante, en las celdas tienen a la gente en paños menores. En la famosa *Treinta* de Vorkuta (chequistas y detenidos la llamaban así por su número de teléfono) un simple barracón de tablas más allá del Círculo Polar Ártico, con cuarenta grados bajo cero, alimentaban las estufas con polvo de carbón, a razón de un cubo para veinticuatro horas. ¡Y en Vorkuta no era por falta de combustible! Encima, en son de burla, no daban cerillas, y para encender el fuego, sólo una ramita del grosor de un lápiz. (Dicho sea de paso, cuando capturaban evadidos, los encerraban en esa *Treinta* COMPLETAMENTE DESNUDOS; a las dos semanas, a los supervivientes les entregaban ropa de verano, pero sin chaquetón; y, por supuesto, ni colchón ni manta. ¡Amigo lector! ¡Haga la prueba, trate de pasar así una sola noche! En el barracón hacía aproximadamente cinco grados sobre cero).

¡Así viven los detenidos los varios meses que dura la instrucción! Ya llegan agotados por años enteros de hambre y de trabajo de esclavos, de modo que ahora va a ser más sencillo poder con ellos. ¿Alimentarlos? Como decida la III Sección: en

unos sitios, 350; en otros, 300, en la *Treinta* 200 gramos de un pan viscoso como la arcilla, un trozo no mucho mayor que una caja de cerillas, y una vez por día *balanda* líquida.

Pero, aunque lo hayas confesado todo, firmado todo, aunque te hayas rendido y conformado con pasar diez años más en tu querido Archipiélago, no pienses que podrás calentarte tan pronto. Desde la *Treinta* transfieren, en espera del juicio, a la no menos célebre «tienda de instrucción» de Vorkuta. Es una simple tienda de campaña normal y corriente, y, por añadidura, rota. En lugar de piso, directamente la tierra polar. El interior mide siete metros por doce, y un bidón metálico colocado en el centro sirve de estufa. Hay un solo piso de tarimas, y las que están cerca de la estufa las ocupan siempre los malhechores. Los plebeyos políticos se reparten en los costados o directamente en el suelo. Recostado, puedes ver las estrellas encima de tu cabeza. Así llegas a rezar ¡que me condenen pronto!, ¡que me impongan pronto la pena! Se espera el juicio ese como una liberación. (Dirán que el hombre no puede vivir en la Zona Polar Ártica en esas condiciones, sin comer chocolate ni abrigarse con pieles. ¡Pues en nuestro país, sí puede! ¡Nuestro hombre soviético, nuestro indígena del Archipiélago, sí puede! ¡Arnold Rappoport vivió así *meses* enteros: la sección volante del tribunal provincial no terminaba nunca de llegar desde Narian-Mar!).

De todos modos, hay para elegir. Aquí tenemos, por ejemplo, otra cárcel de instrucción, el *lagpunkt* disciplinario de Orotukan, en Kolyma, en el km 506 de la carretera a Magadán. Invierno 1937-1938. Una aldea de madera y tela, es decir, compuesta de tiendas de campaña agujereadas, pero, eso sí, forradas con tablas. El nuevo contingente que llega, otro montón de víctimas designadas para la instrucción, aun antes de franquear la puerta, observa que cada una de las tiendas está rodeada en sus tres costados por ¡PILAS DE CADÁVERES RÍGIDOS! (No es por asustar. Simplemente, no queda otra solución: los hombres mueren, pero hay dos metros de nieve, y debajo, un suelo eternamente helado). Después empieza la terrible espera. En las tiendas se aguarda a ser transferido a la cárcel de troncos para la instrucción. Pero la caza ha sido demasiado ambiciosa; han capturado demasiadas liebres en toda Kolyma; los comisarios-instructores no dan abasto y la mayoría de los presos morirán antes de su primer interrogatorio. Dentro de las tiendas, la gente está apiñada; es imposible extenderse a todo lo largo. Permanecen acostados en sus tarimas, o en el suelo, durante semanas y semanas. (¿A eso le llaman ustedes estar apiñados? —contesta la Serpantinka—. Aquí, los que van a ser fusilados esperan sólo unos días, es cierto, pero *de pie* en el cobertizo, y tan apretados, que cuando les *dan de beber*, es decir, cuando desde la puerta tiran por encima de sus cabezas trocitos de hielo, como no pueden mover la mano para atraparlos, los cogen con la boca). Ni baños, ni paseo. Picazón en todo el cuerpo. Todos se rascan furiosamente, *buscan* dentro de los pantalones, de las chaquetas, de las camisas, de los calzoncillos, pero sin desvestirse, porque hace demasiado frío. Los rechonchos piojos blancos recuerdan lechones bien

alimentados. Cuando se los aplasta, las salpicaduras llegan al rostro, y las uñas quedan cubiertas como de pus.

Antes del almuerzo, el celador de turno grita desde la puerta: «¿Fiambres, hay?». «Hay». «Quien quiera ganarse una ración, ¡que los saque!». Sacan los cadáveres y los van depositando sobre una de las pilas. ¡Y NADIE SE PREOCUPA POR AVERIGUAR SUS NOMBRES! Basta con saber cuántos vivos quedan para la distribución de la ración cotidiana: trescientos gramos de pan y una escudilla diaria de *balanda*. También reparten salmón desechado por defectuoso en el control sanitario. Es extremadamente salado. Da una sed insoportable, pero nunca hay agua templada; jamás. Sólo barriles con agua helada. Hay que beber mucha para calmar la sed. G. S. M. trata de convencer a sus amigos: «¡No comáis salmón, es la única salvación! ¡Todas las calorías que os da el pan, las perdéis calentando esa agua en vuestro cuerpo!». Pero la gente no puede renunciar a ese trozo de pescado que se les ofrece gratuitamente: comer, y luego vuelve a beber. Y tiembla helada hasta las entrañas. M. ni lo prueba, pero, a cambio de eso, está hoy aquí para hablarnos de Orotukán.

Tan apiñados que estaban en el barracón, y ahora va habiendo cada vez más sitio. Al cabo de sabe Dios cuántas semanas hacen salir lo que queda para pasar lista afuera. A la luz del día —a la que ya se habían desacostumbrado—, se miran unos a otros: pálidos, hirsutos, el rostro cubierto de liendres, los labios azules y rugosos, los ojos hundidos. Se pasa lista por fichas individuales. Contestan con voz apenas audible. Las fichas que no obtienen respuesta se apartan. Así se sabe quiénes han quedado apilados, los que se han salvado de la instrucción.

Todos los que estuvieron en Orotukán dicen que prefieren la cámara de gas…

¿La instrucción? Va según quiera el comisario. ¡Con quienes fue de otra forma no están aquí para contarlo! Como decía el chequista operacional Komarov: «Yo sólo necesito tu mano derecha para que firmes el protocolo»… En cuanto a las torturas, bueno, eran caseras, primitivas, como apretar los dedos con la puerta, por ese estilo todas (haga la prueba, amigo lector).

¿El juicio? Algún colegio de campo, es decir, un Tribunal permanente adscrito al campo y dependiente del Tribunal provincial, igual que un Tribunal popular de distrito. ¡El triunfo de la legalidad! Incluso actúan testigos, que la III Sección compra por una escudilla de *balanda*.

En Burepolom se daba con frecuencia el caso de que los jefes de equipo depusieran contra miembros de su mismo equipo. Los obligaba el comisario chuvache Krutikov: «¡Si no, te quito del puesto y te hago mandar al Pechora!». Uno de esos jefes de equipo, Nicolai Rondjin (de Gorki), se presenta y confirma que «Bernstein dijo que las máquinas de coser “Singer” son buenas, y las de Podolsk no valen nada». ¡Más que suficiente! Para la sección volante del Tribunal de la provincia

de Gorki (presidente Bujonin, asistido por dos muchachas del Komsomol local), ¿acaso no basta? ¡Diez años!

También había en Burepolom un herrero llamado Anton Vasilievich Balyberdin (un vecino, originario del Tanshai) que actuaba de testigo en todos los casos que se instruían en el campo. ¡El que se encuentre con él, que no deje de estrechar su mano leal!

Finalmente, otro traslado, a otro *lagpunkt*, por si se te ocurre querer arreglar cuentas con los testigos de tu caso. Esta vez se trata de un viaje corto: unas cuatro horas en un vagón al aire libre, a pleno viento, en una línea de vía estrecha.

¡Y ahora, al hospital! A menos que aún estés en condiciones de poner un pie delante del otro: en ese caso, a partir de mañana por la mañana irás a empujar la carretilla.

¡Viva el ojo avizor de los chequistas, que nos salvó a nosotros de la derrota y a ellos mismos del frente de batalla!

* * *

Durante la guerra (salvo en las Repúblicas que tuvimos que evacuar precipitadamente) no se fusilaba mucho; lo que más se hacía era distribuir nuevas condenas: los chequistas operacionales no tenían necesidad de matar a toda esa gente, sólo querían revelar sus crímenes. Los condenados podían hacer después lo que quisieran: trabajar, morir… ¡eso ya era cosa de la jefatura de producción!

¡En cambio, en 1938, en las altas esferas se notaba una particular impaciencia por fusilar! En todos los campos se fusilaba a más no poder, pero la palma se la llevaron Kolyma (los fusilamientos «Garanin») y Vorkuta (los fusilamientos «Kashketin»).

Los fusilamientos Kashketin están ligados a un nombre que hace estremecer, el del «Ladrillar Viejo». Así se llamaba una estación de vía estrecha a *veinte* kilómetros al sur de Vorkuta.

Después de la «victoria» de la huelga del hambre iniciada por los trotskistas en marzo de 1937 y de sus posteriores consecuencias**[eo]**, Moscú envió una «comisión Grigorovich» para investigar el caso. Para ello levantaron al sur de Ujta, en plena taiga, no lejos del puente sobre el río Ropcha, una empalizada de troncos, y se inauguró el nuevo aislador llamado Ujtarka. En ese lugar se instruían los casos de los trotskistas pertenecientes a la zona sur de la línea férrea principal. A Vorkuta misma fue Kashketin, miembro de la comisión; allí hacía pasar a los trotskistas por la «tienda de la instrucción» (¡donde eran azotados!), y sin siquiera insistir demasiado para que reconocieran su culpabilidad, componía sus «listas Kashketin».

En el invierno de 1937-1938 comenzaron a concentrar en el «Ladrillar Viejo» a los trotskistas y detsistas**[205]** (algunos de los cuales ni siquiera habían pasado por la instrucción), desde los diversos puntos de detención (estuario del Syr-Iaga, Kochmas, Sivaia Maska, Utjarka). Algunos de los más relevantes fueron enviados a Moscú para

intervenir en los procesos. Los otros sumaban 1053 personas en abril de 1938. En la tundra, no lejos de la vía férrea, había un viejo cobertizo, largo y estrecho. Allí instalaron a los huelguistas, y poco después, para hacer frente al constante aumento de población, colocaron al lado dos viejas tiendas rotas que ni siquiera se habían tomado el trabajo de revestir con tablas, para 250 personas cada una. Sus condiciones de vida podemos adivinarlas por Orotukán. En medio de esa tienda, de 20 m por 6 m, había un bidón de gasolina en lugar de estufa, alimentado a razón de un cubo de carbón diario; como suplemento de combustible, echaban piojos. La lona estaba cubierta por dentro de una gruesa capa de escarcha. No cabían todos en las tarimas; se acostaban o caminaban por turno. Distribuían trescientos gramos de pan y una escudilla de *balanda* diarios para cada uno. A veces, no todos los días, un trocito de bacalao. No había agua, se distribuían pedazos de hielo como raciones alimenticias. Naturalmente, no se lavaban nunca ni había baños. El cuerpo se cubría de manchas de escorbuto.

Pero lo que hacía ese lugar aún más duro que Orokután para los trotskistas, era que metieron en sus tiendas a una «sección de asalto», malhechores entre los cuales se encontraban incluso asesinos condenados a muerte. Les habían dado instrucciones de que debían aplastar a esos políticos canallas, y que a cambio de eso, a ellos, los malhechores, les iban a suavizar el régimen. Los malhechores aceptaron de buen grado un trabajo tan agradable y tan dentro de su espíritu. Los nombraron «responsables» (el apodo de uno de ellos, Moroz**[ep]**, ha llegado hasta nosotros) y «vicerresponsables», iban armados con palos, golpeaban a esos excomunistas y les hacían padecer todas las miserias que se les ocurrían: se les sentaban encima como si fueran caballos, hacían sus necesidades dentro de las pertenencias de alguno de ellos y después las quemaban en la estufa. En una de las tiendas, los políticos se abalanzaron sobre los malhechores, queriendo matarlos, éstos se pusieron a gritar, y desde fuera, la escolta abrió fuego sobre la tienda en defensa de los socialmente allegados.

Esas miserias que les infligían los malhechores contribuyeron grandemente a quebrar la unión y la voluntad de los huelguistas de la víspera.

Y de ese modo, en el «Ladrillar Viejo», en helados y rotos cobijos, en una miserable estufa que ni siquiera daba calor, se apagaban los últimos ardores revolucionarios que tantas crueldades y tantas reestructuraciones habían originado en dos largos decenios.

Y parecía que la tradición de la lucha política rusa también vivía allí sus últimos días.

Sin embargo, con esa facultad de esperar tan característica del ser humano, los presos del «Ladrillar Viejo» confiaban en que los dirigirían a un nuevo campo. Llevaban varios meses sufriendo allí, se hacía insoportable. Y, en efecto, a primeras horas de la mañana del 22 de abril (no hay absoluta seguridad respecto a la fecha; si es exacta, era el aniversario del nacimiento de Lenin) comenzaron a reunir a unos 200

hombres para su traslado. A los que habían sido designados, se les entregaban sus bolsones, que colocaban sobre grandes trineos. La escolta condujo la columna hacia el Este, y se internó en la tundra, donde no había ningún poblado cerca; tan sólo Salejard, a lo lejos. Los malhechores iban detrás, en los trineos, con el equipaje. Sólo un detalle llamó la atención de los que los vieron partir, y era que de los trineos cayó un saco, después otro, y nadie se molestó en recogerlos.

La columna marchaba a paso vivo: los esperaba una nueva vida, una nueva actividad, agotadora tal vez, pero que no habría de ser peor que aquella espera. Los trineos, más lentos, quedaron muy atrás. Y también comenzó a quedarse atrás la escolta: ya no iba ni delante ni al lado, sólo detrás. Bueno, la debilidad de la escolta también es buena señal. Brillaba el sol.

Y, de pronto, sobre la negra columna en marcha, no se sabe de dónde surgió, de entre la deslumbrante blancura de la nieve, un nutrido fuego de ametralladoras. Algunos reclusos caían, otros permanecían aún en pie, y nadie comprendía nada.

La muerte llegó vestida con una túnica de sol y de nieve, inocente, misericordiosa.

Era una variación sobre el tema de la guerra que se preparaba. Desde sus atrincheramientos provisionales en la nieve, envueltos en sus mantos polares, los asesinos (dicen que la mayoría eran georgianos) corrieron hasta la ruta y remataron con sus «Colt» a los que todavía estaban con vida. No lejos de allí habían preparado grandes fosas, a las que los malhechores, que entretanto se habían aproximado, fueron arrastrando los cadáveres. Las pertenencias de los muertos fueron quemadas, con gran disgusto de los maleantes.

Los días 23 y 24 de abril, setecientas sesenta personas más fueron ejecutadas en el mismo lugar y de la misma forma. Noventa y tres reclusos fueron devueltos a Vorkuta. Eran malhechores y, por lo visto, también soplones provocadores[206].

Esos fueron los principales fusilamientos de Kashketin[207].

Sin embargo, desde algunas comandancias alejadas, los contingentes de condenados a muerte no estuvieron a tiempo, y seguían llegando por grupos de cinco a diez hombres. Un destacamento de asesinos los recibía en la estación «Ladrillar» y los llevaba a una vieja sauna, que por dentro estaba tapizada con tres o cuatro capas de mantas. Allí les ordenaban desvestirse en la nieve y entrar desnudos en la caseta, donde los mataban a tiros. De ese modo, en un mes y medio mataron aproximadamente a doscientas personas. Sus cadáveres eran luego quemados en la estepa.

El cobertizo del «Ladrillar Viejo» y Ujtarka también fueron quemados. (En cuanto a la caseta de «sauna», la colocaron sobre una plataforma de ferrocarril, la transportaron hasta el kilómetro 308 de la citada vía estrecha y la tiraron allí. Allí pudo examinarla mi amigo. El interior de la cabaña estaba todo cubierto de sangre, y sus paredes, agujereadas como un colador).

Por cierto que las ejecuciones de los trotskistas no terminaron allí. Poco a poco llegaron a juntar unos treinta más que se les habían pasado, y los fusilaron no lejos de la *Treinta*. Pero ya lo hicieron otros. Porque aquel primer destacamento de asesinos, aquellos comisarios, aquellos hombres de escolta y aquellos malhechores que habían intervenido en los fusilamientos Kashketin no tardaron también en ser fusilados como testigos.

En 1938, Kashketin fue condecorado con la Orden de Lenin «por servicios especiales al Partido y al Gobierno». Un año más tarde lo fusilaban en Lefortovo.

Decir que era la primera vez que algo semejante sucedía en la Historia, no sería cierto.

A. B. cuenta cómo ejecutaba en Adak (un *lagpunkt* en el río Pechora). Los opositores eran convocados de noche, «con pertenencias», para un traslado; los hacían salir de la zona. Allí se alzaba el pequeño edificio de la III Sección. Las víctimas eran introducidas una a una en una habitación donde se arrojaban sobre ellas soldados del «Vojza». Les metían algo blando dentro de la boca y les ataban las manos por detrás con cuerdas. Luego las conducían al patio, donde las esperaban carretas ya listas para partir. En cada una de ellas metían a cinco o siete hombres así atados y los transportaban hasta la «Colina», es decir, hasta el cementerio del campo, donde los precipitaban en grandes fosas ya preparadas y allí mismo los ENTERRABAN VIVOS. No por sadismo, no. Simplemente, todos saben que los cuerpos vivos son mucho más fáciles de manejar, de transportar, de levantar, que los cadáveres.

Ese trabajo prosiguió en Adak durante muchas noches seguidas.

De ese modo se logró la unidad político-moral de nuestro Partido.

XIV
¡Cambiar el destino!

Defenderse en ese mundo salvaje es imposible. Ponerse en huelga, es un suicidio. Hacer huelga de hambre, es inútil.

En cuanto a morir, siempre habrá tiempo.

¿Qué le queda por hacer al recluso? ¡Escapar! ¡*Cambiar el destino*! (Los reclusos también llaman a la evasión «el fiscal verde». Es el único fiscal que goza de popularidad en el campo. Como los demás fiscales, deja muchos casos sin resolver, y en ocasiones, cuando los resuelve es para empeorar, pero a veces también otorga la libertad incondicional**[eq]**. Ese fiscal es el bosque, el verde bosque con sus matorrales y su alfombra de hierba).

Según Chéjov, si un prisionero no es un filósofo, o sea, un hombre capaz de encontrarse a gusto en cualquier circunstancia (dicho en otros términos, un hombre capaz de refugiarse en sí mismo) ¡no puede y *no debe no desear* evadirse!

¡No debe no desear! Ese es el imperativo de un alma libre. Claro que los indígenas del Archipiélago no son así; son mucho más dóciles; pero incluso entre ellos siempre los hay que maduran planes de evasión o están a punto de escapar. Y las tentativas que constantemente se producen en uno u otro punto, incluso cuando fracasan, son la mejor prueba de que la energía no ha abandonado aún del todo a los reclusos.

Veamos aquí una zona. Está bien protegida: la empalizada es sólida, la antezona es segura y las atalayas están dispuestas de modo tal, que cada punto del recinto esté bajo su mirada y bajo su fuego. ¡Pero, de pronto, te entra un coraje desesperado de pensar que precisamente aquí, en este trocito de tierra vallada, estás destinado a morir! ¿Y por qué no probar suerte? ¿Por qué no dar ese salto que puede cambiar tu destino? Ese impulso, a veces ciego, es más fuerte al principio de la condena, durante el primer año, ese primer año que en general es decisivo para el porvenir y la personalidad del prisionero. Luego, con el tiempo, ese impulso se debilita, el prisionero ya no está tan seguro de que su lugar esté realmente fuera de *allí*, los lazos que lo unían al mundo libre se aflojan, el fuego que quemaba el alma se vuelve ceniza, y termina agachando dócilmente la cabeza bajo el arnés del campo.

Evasiones, por lo visto, hubo bastantes durante todo el tiempo de los campos. He encontrado por casualidad unos datos: durante el solo mes de marzo de 1930, de los lugares de detención de la RSFSR se evadieron mil trescientas veintiocho

personas[208]. (¡Y qué inadvertido pasa eso en nuestra sociedad, nadie dice ni una palabra!).

Debido al enorme desarrollo del Archipiélago, a partir de 1937, y sobre todo durante los años de guerra, cuando todo soldado apto era enviado al frente, cada vez se iba haciendo más difícil conseguir gente para la escolta; ni aun el diabólico invento de la autovigilancia daba siempre resultados adecuados. Al mismo tiempo se trataba de obtener del campo el mayor provecho económico y la productividad, y eso obligaba, sobre todo en los trabajos forestales, a agrandar las explotaciones y enviar a lugares perdidos contingentes y más contingentes bajo la vigilancia de una escolta que cada vez se volvía más fantasmal y más simbólica.

Ya en 1939, algunas subcomandancias del campo de Ust-Vym tenían, en lugar de empalizada, una pequeña valla o un par de alambres trenzados, y de noche no había *absolutamente ninguna* iluminación, lo que significa que, en cuanto oscurecía, no había nada que detuviera los reclusos. Para conducirlos a trabajar al bosque, incluso en el *lagpunkt disciplinario*, de ese campo, tocaba un solo soldado por equipo. Naturalmente, no podía vigilar a todos. Como resultado, en el verano de 1939 se evadieron de allí *setenta* detenidos (¡uno de ellos se evadió incluso dos veces en el mismo día, una vez antes y otra vez después del almuerzo!); sin embargo, de esos evadidos, *sesenta* regresaron por su propia cuenta. Nunca se tuvo noticias de los otros.

Pero ésas son regiones perdidas en la lejanía. En Moscú, asistí yo mismo a tres evasiones extremadamente sencillas: un joven ladrón huyó en pleno día del campo de la Puerta de Kaluga pasando por un agujero en la valla de la obra, (¡y con la fanfarronería de todos ellos, a los dos días mandó al campo una tarjeta postal diciendo que se marchaba a Sochi y que saludaran de su parte al director del campo!); una muchacha se escapó del pequeño campo de Marfino, en las proximidades del Jardín Botánico (ya tuve ocasión de hablar de ello) y un joven común huyó del mismo campo subiendo a un autobús que iba al centro. Lo cierto es que lo habían dejado absolutamente sin escolta: azuzado contra nosotros, el MGB perdió al preso común con suma indiferencia.

Seguramente en el GULAG habrían hecho cuentas, y llegado a la conclusión de que les resultaba mucho más económico perder anualmente un pequeño porcentaje de reclusos que instituir una guardia verdaderamente severa en cada una de las miles de islas del Archipiélago.

Aparte eso, las autoridades contaban también con ciertas cadenas invisibles que retenían sólidamente a los indígenas donde estaban.

De esas cadenas, la más sólida era el abatimiento general que reinaba entre todos los reclusos y la completa resignación de éstos a su condición de esclavos. Tanto los Cincuenta y Ochos como los «comunes» eran en su casi totalidad laboriosos padres de familia, capaces de demostrar grandes virtudes únicamente dentro de los cánones de la ley, por orden y con la aprobación de las autoridades. E incluso ahora, cuando

los habían condenado a cinco, a diez años, seguía pareciéndoles inconcebible que un hombre (¡y mucho menos un grupo de hombres, Dios no lo permita!) se sublevara en defensa de su libertad, oponiéndose al Estado (¡*su propio* Estado!), a la NKVD, a la Policía, a los guardianes, a los perros… Y aun en el supuesto de que lograsen escapar, ¿cómo iban a vivir con documentos falsos, bajo un nombre falso, si en cada esquina había control de papeles y desde cada puerta ojos suspicaces lo vigilaban a uno? De modo que, en términos generales, el espíritu que reinaba en los campos era el siguiente: ¿qué hacéis ahí, mirando, con vuestros fusiles? ¡Como si os queréis ir todos a casa, que igual no nos escaparemos! No somos criminales, ¿por qué habríamos de escapar? Si de todos modos, dentro de un año a más tardar nos pondrán en libertad (¡la amnistía!). Cuenta K. Strajovich que en 1942, mientras los transferían a Uglich, su convoy fue varias veces bombardeado. La escolta se dispersaba, pero los reclusos no se movían, esperando el regreso de sus guardianes. Y le contarán muchos casos como el del contable de la sección de Ortaús del Karlag: lo habían enviado a entregar un balance a unos cuarenta kilómetros, con un solo hombre de escolta. A la vuelta, no sólo tuvo que traer en la carreta a su guardián borracho como una cuba, sino también cuidar especialmente de su escopeta, para que no procesaran a ese imbécil por extravío.

Otra cadena era la «acercoseria», el hambre en el campo. Si bien a veces, movidos justamente por ese hambre, los prisioneros desesperados se lanzaban a la taiga confiando en que a pesar de todo iban a poder encontrar allí algo más de comida que en el campo, también el hambre los debilitaba hasta tal punto, que no les permitía alejarse mucho, ni recoger Provisiones para el camino.

Y había otra cadena más: la amenaza de una nueva pena. Por evasión, los políticos recibían *dos duros* más por su propio artículo 58 (poco a poco se fue estableciendo que lo mejor era aplicarles el 58-14, sabotaje contrarrevolucionario). Para los ladrones, ciertamente, sólo era el 82 (evasión simple) y dos años solamente, pero hasta 1947 tampoco les daban más por hurto y robo, de modo que también eran cantidades del mismo orden. Además, en el campo se sentían «en su casa», no pasaban hambre, no trabajaban; lo que les convenía, en realidad, era quedarse a purgar su condena, tanto más cuanto que en cualquier momento podían salirles privilegios o una amnistía. Para los ladrones, la evasión era el ejercicio que necesita un cuerpo sano y bien alimentado, y una explosión de codicia impaciente: por ir de juerga, robar, beber, violar, pavonearse. Las únicas evasiones en serio eran las de los bandidos y asesinos de condena larga.

A los ladrones les gusta mucho alardear de evasiones imaginarias o embellecer profusamente las realizadas. Les contarán, por ejemplo, que la «India» (el barracón de los malhechores) habían recibido un banderín como premio a la mejor preparación para el invierno, por un hermoso terraplén elevado alrededor del barracón, cuando en realidad toda esa tierra amontonada bajo las mismas narices de las autoridades procedía de un túnel que estaban cavando para fugarse. ¡No les crean! Ni se fugará

una «India» entera, ni querrán cavar mucho; a ellos que les den procedimientos más descansados y expeditivos, y ni las autoridades son tan idiotas como para no mirar de dónde sacan la tierra. El ladrón Korzinkin, con diez condenas, comandante de confianza del director del campo, ciertamente escapó correctamente vestido, y ciertamente se hizo pasar por auxiliar del fiscal; pero, además, agregaré que pasó la noche en la misma isba que un delegado especial para captura de fugitivos (ese cargo existe) y que, mientras el otro dormía, le robó su uniforme, su arma y hasta su perro, haciéndose pasar después por un chequista. Pues eso ya es mentira. Los malhechores, en sus fantasías y en sus relatos, siempre han de resultar más heroicos de lo que son en realidad.

Otra cosa que retenía a los reclusos era, no la empalizada, sino, al contrario, la ausencia de escolta. Los que menos vigilados estaban, los que gozaban del pequeño privilegio de poder ir al trabajo y volver de él sin la constante bayoneta apuntándoles a la espalda, los que de vez en cuando se permitían dar un salto hasta la población libre más próxima, apreciaban mucho esta ventaja. Y después de un intento de evasión, se la quitaban.

La misma geografía del Archipiélago resultaba ser una enorme muralla a prueba de evasiones: la tundra y la taiga, inmensos desiertos de nieve o de arena… Kolyma no es una isla, pero es peor aún, es una extensión de tierra totalmente aislada. ¿A dónde huir desde Kolyma? Allí, si se evaden, sólo es por desesperación. Es cierto que hubo una época en que los yakutos los trataban amistosamente y les ayudaban: «Nueve soles, yo llevarte a Jabarovsk». Y los llevaban en sus trineos arrastrados por renos. Pero después los malhechores escapados se dedicaron a desvalijar a los yakutos, y éstos cambiaron de actitud hacia los reclusos, comenzaron a denunciarlos.

La hostilidad de las poblaciones vecinas, aguijoneadas por las autoridades, terminó por convertirse en el mayor obstáculo para las evasiones. Las autoridades no escatimaban las recompensas por capturas (de camino, era educación política). Y, poco a poco, las poblaciones vecinas del GULAG fueron acostumbrándose a que la captura de un evadido significase una fiesta, un negocio: algo así como una buena caza o el hallazgo de una pepita de oro. Los tunguses, los kamis, los kazajos cobraban en harina y té, en tanto que en zonas más densamente pobladas, por ejemplo en la región del Volga que rodeaba los campos de Burepolom y Undja pagaban, por cada recluso capturado, dos *puds* de harina, ocho metros de tela y varios kilos de arenques. Como quiera que durante la guerra no había otra forma de procurarse arenques, los habitantes de dichas regiones terminaron por bautizar a los fugitivos con el nombre de *arenques*. Por ejemplo, en la aldea de Sherstkik, en cuanto veían aparecer a un forastero, los chiquillos corrían gritando: «¡Mamá, mamá, un arenque!».

¿Y qué decir de los geólogos? ¡Pioneros de las soledades del Norte, arrojados héroes barbudos y «botudos» personajes de Jack London! Pues el fugitivo no tiene mucho que esperar de nuestros geólogos soviéticos; más vale que no se acerque a su hoguera. El ingeniero Abrosimov, arrestado con la *riada* del «partido industrial» y

condenado a *dos duros*, huyó en 1933 del campo de Nivargués. Durante veintiún días seguidos anduvo errante por la taiga, y ¡cuál no sería su contento cuando se encontró con un grupo de geólogos! Pero éstos lo condujeron a la población más próxima y lo entregaron al presidente del Comité obrero. (También hay que ponerse en el lugar de los geólogos: ellos tampoco están solos, y tienen miedo de ser denunciados uno por otro. ¿Y si el evadido es realmente un criminal, un asesino? ¿Y si de noche los degüella a todos?).

Si lo capturan muerto, quizá tiren el cadáver cerca del comedor del campo y lo dejen allí durante varios días, con su supurante herida abierta, para que los reclusos aprecien mejor su *balanda* acuosa. De capturarlo vivo, acaso lo coloquen junto al puesto de guardia, y al pasar la columna rumbo al trabajo le echen encima los perros. (Los perros saben, según se les ordene, matar a un hombre, morderle o, simplemente, destrozarle la ropa hasta dejarlo desnudo). O bien, en la Sección educativo-cultural, se hará un cartel que diga: «Traté de evadirme, pero los perros me capturaron», se lo colgarán al cuello y le ordenarán que recorra así todo el campo.

Si le pegan, lo hacen hasta desprenderle los riñones. Si le colocan esposas, ya le dejan insensibles las articulaciones de las muñecas *para el resto de sus días* (G. Sorokin, Ivdelag). Si lo encierran en el calabozo, ya que no salga sin tuberculosis. (Niroblag, Baranov, evasión de 1944. Después de los golpes de la escolta escupía sangre y, tres años más tarde, hubo que extirparle el pulmón izquierdo[209]).

Por cierto, apalear y matar al fugitivo es, en el Archipiélago, la principal forma de lucha contra las evasiones[210]. A veces, si pasa mucho tiempo sin que haya evasiones, incluso se inventa alguna. Un buen día de 1952, en las minas de oro de Debin (Kolyma), un grupo de reclusos recibió permiso para ir a recoger bayas. Tres de ellos se perdieron en el bosque, y faltaban. El teniente Piotr Lomaga, director del campo, mandó tras ellos a sus verdugos. Éstos lanzaron a los perros contra los tres hombres, que estaban durmiendo, luego los mataron a tiros, luego les destrozaron la cabeza a culatazos, hasta dejarla reducida a una papilla, de la que emergían trozos de masa encefálica, y, en ese estado, los llevaron en una carreta al campo. Allí, el caballo fue remplazado por cuatro reclusos, que hicieron desfilar la carreta ante sus camaradas colocados en fila. «¡Eso os pasará a todos!», declaró Lomaga.

¿Y quién tendrá la desesperación de no retroceder ante todo eso? ¡Y marchar! ¡Y llegar! Pero… ¿*llegar*, adónde? Al final de la evasión, cuando el fugitivo haya alcanzado la meta tan ansiada, ¿quién tendrá el valor de acogerlo, esconderlo, hospedarlo? Sólo a los malhechores los espera en el exterior una guarida bien preparada; para nosotros, los Cincuenta y Ochos, ese tipo de alojamiento se considera *local*, es casi casi una organización clandestina. Muchas son las barreras y precipicios que obstaculizan la evasión.

Pero a veces sucede que un corazón desesperado no pondera el pro ni el contra. De pronto ve un río, en el río un leño y, sin pensarlo más, pega un salto… y ¡a navegar! Viacheslav Biezrodny, recién salido del hospital, todavía muy débil, huyó

del campo de Olchan en dos troncos atados, río Indiguirka abajo, ¡al Océano Glacial! ¿Adónde iba? ¿Qué esperaba? Fue, no ya capturado, sino recogido en alta mar y devuelto en trineo al mismo hospital de Olchan.

Y si uno no regresaba al campo por su propia iniciativa, ni era capturado medio muerto, ni era *traído* cadáver, eso aún no quería decir que había logrado huir. Tal vez sólo había cambiado la muerte lenta del esclavo en el campo por la muerte libre del animal en el bosque.

Mientras los fugitivos, más que huir, se arrastren, y vuelvan luego por propia voluntad, puede decirse que incluso les hacen un favor a los comisarios de campo, que sin esfuerzo alguno les *enganchan* una segunda condena. Y cuando, por una u otra causa, transcurre largo tiempo sin evasiones, se provocan: se encarga a algún soplón que organice un grupo «para evasión», y luego se los detiene a todos.

Pero el hombre que se fuga en serio no tarda en volverse muy peligroso. Para despistar a los perros, algunos incendiaban la taiga tras de sí, y luego ardía semanas por decenas de kilómetros. En 1949, en un prado próximo a un sovjós de la Vesliana, fue capturado un fugitivo que llevaba carne humana en la mochila: en el camino mató a un hombre —un pintor sin escolta, que cumplía condena de cinco años— y cortó algunos trozos del cadáver, que aún no había tenido tiempo de asar.

En la primavera de 1947, en Kolyma, no lejos de Elguen, dos soldados de la escolta conducían una columna de detenidos. De pronto, sin mediar palabra, uno de los reclusos atacó hábilmente él solo a sus guardianes, los desarmó y los mató a tiros. (Su nombre no ha llegado hasta nosotros, pero después se supo que se trataba de un exoficial. ¡Raro y hermoso ejemplo de un combatiente de ayer que no había perdido su coraje en el campo!). El valiente declaró a la columna que estaba en libertad, pero los detenidos se sintieron presa del pánico: nadie le siguió, todos se sentaron en el suelo y esperaron pacientemente la llegada de una nueva escolta. El exoficial trató de abochornarlos, pero en vano. Tomó entonces un arma (treinta y dos cartuchos: «¡Treinta y uno para ellos!») y partió solo. Aún mató e hirió a varios de los hombres encargados de perseguirlo y se suicidó con el cartucho número treinta y dos. Sin duda, el Archipiélago se habría hundido si todos los excombatientes hubieran obrado así.

En el Kraslag, un veterano de la guerra, héroe de Jaljingol, se abalanzó con un hacha sobre un hombre de la escolta, lo dejó sin sentido, se apoderó de su fusil y de treinta cartuchos. Lanzaron una jauría tras él, y el fugitivo mató a dos perros e hirió al que los conducía. Los soldados que lo capturaron no se limitaron a pegarle un tiro: ciegos de rabia, para vengarse ellos mismos y vengar a los perros, acribillaron a bayonetazos el cadáver y así lo dejaron durante una semana entera junto al puesto de guardia.

En 1951, en ese mismo Kraslag, unos diez hombres que purgaban largas condenas, iban escoltados por cuatro soldados de la guardia armada. De pronto, los presos se abalanzaron sobre ellos, los redujeron, les quitaron las metralletas, se

pusieron sus uniformes (¡pero les perdonaron la vida! Con frecuencia, los oprimidos se muestran más magnánimos que los opresores) y cuatro de ellos «escoltaron» a sus camaradas hasta la vía del ferrocarril. Había allí unos vagones vacíos en espera de un cargamento de madera. La falsa escolta llegó a la altura de la locomotora, hizo bajar a los maquinistas y (uno de los fugitivos era maquinista) lanzó el convoy a todo vapor hacia la estación de Reshoty, empalme con la vía principal del Transiberiano. Pero habían de recorrer unos setenta kilómetros. Entretanto ya habían dado la alerta (empezando por los soldados perdonados) y varias veces tuvieron que disparar desde el tren en marcha contra pelotones de la guardia. Finalmente, algunos kilómetros antes de Reshoty, lograron colocar minas en la vía, y tomó posiciones un batallón de la guardia. Todos los fugitivos perecieron en el desigual combate.

En general, las evasiones *calladas* terminaban mejor. Las hubo extraordinarias. Claro que rara vez tenemos ocasión de oír su relato: sus protagonistas no conceden entrevistas, cambian de nombre y se ocultan. Y si Kuzikov-Skachinski, que logró evadirse en 1942, nos habla hoy de su fuga, es porque la misma fue descubierta en 1959: ¡diecisiete años más tarde[211]!

Asimismo, si hemos sabido de la evasión de Zinaida Iakovlena Povaliaieva, es porque, a fin de cuentas, fracasó. La habían condenado por permanecer en su puesto de maestra de escuela durante la ocupación alemana. Pero, al no ser arrestada inmediatamente después de la llegada de las tropas soviéticas, había tenido tiempo, entretanto, de casarse con un aviador. De pronto es arrestada y enviada a la mina n.º 8 de Vorkuta. Por mediación de los chinos de la cocina pudo ponerse en contacto con el exterior y con su marido, aviador civil, el cual logró combinarse un vuelo a Vorkuta. El día convenido Zina se dirigió a los baños, en la zona de trabajo; allí se quitó su ropa de campo y deshizo los rulos que ocultaba bajo el pañuelo. Su marido la aguardaba en la zona de trabajo. Había soldados montando guardia junto a las lanchas que atravesaban el río, pero ninguno prestó atención a la joven de pelo rizado que paseaba del brazo de un aviador. Se marcharon en el avión. Zina vivió un año con documentación falsa. Pero no aguantó. Quiso volver a ver a su madre, y ésta se hallaba vigilada. En la instrucción del sumario, Zina logró inventar la historia de que se había fugado en un vagón de carbón. Nadie averiguó la intervención del marido.

En 1949, Ianis L. hizo a pie el camino desde un campo de Perm hasta Letonia, hablando muy mal el ruso y costándole muchísimo hacerse entender. La partida en sí fue sencillísima: tomó impulso, derribó la desvencijada valla y se encontró al otro lado. Pero, una vez en el pantanoso bosque (calzaba alpargatas de corteza) tuvo que pasarse días enteros comiendo exclusivamente bayas. Una vez robó en un pueblo una vaca, se la llevó al bosque y allí la troceó. Recuperó algo de fuerzas con la carne, y con el cuero se confeccionó calzado. En otro lugar le robó a un campesino la pelliza de piel de cordero (el fugitivo hacia quien la población se muestra hostil se convierte, a su vez, quieras que no, en enemigo de ésta). En los centros muy poblados se hacía pasar por un letón movilizado que había extraviado sus documentos. Y a pesar de que

ese año seguían aún revisándose minuciosamente los salvoconductos, logró llegar a Leningrado, que no conocía, encontrar allí la estación de Varsovia sin pronunciar palabra, andar aún cuatro kilómetros por las vías y allí subir a un tren en marcha. (Pero había algo de lo cual no dudaba L.: en Letonia no tendrían miedo de ocultarlo. Y eso daba sentido a su evasión).

Una evasión como la de L. exige la agilidad, la tenacidad y la astucia de un campesino. Pero ¿puede evadirse un hombre de ciudad, y para colmo, viejo, condenado a cinco años por haber contado un chiste? Pues resulta que sí, que puede hacerlo, cuando para él, representa una muerte aún más segura quedarse en ese «acercoso» campito para delincuentes comunes, entre Moscú y Gorki, donde desde 1941 fabrican balas de cañón. Cinco años es una «condena de niños», pero nuestro chistoso no habría resistido ni cinco meses, obligado a trabajar sin comer. Fue una fuga a la desesperada, en un impulso tan breve, que, de haberlo pensado medio minuto más, no habría tenido ni espíritu ni fuerzas para intentarlo. El convoy de turno llega al campo y lo cargan de proyectiles. El sargento de la escolta camina a lo largo del tren, y un ferroviario lo sigue a algunos vagones de distancia; el sargento abre, una tras una, las puertas de cada vagón para asegurarse de que no hay nadie dentro; después las cierra y el ferroviario las precinta. Y el pobre chistoso muerto de hambre**[212]** se introduce en uno de los vagones, a espaldas del sargento, que acaba de pasar, y delante del ferroviario, que se acerca; le cuesta encaramarse, le cuesta correr la puerta sin hacer ruido; todo eso es absurdo; es un fracaso seguro; ya está lamentando lo que acaba de hacer. Está allí, encerrado, con el corazón latiéndole alocadamente: de un momento a otro volverá el sargento y lo molerá a golpes; le denunciará el ferroviario; ya se acerca alguien, ya toca la puerta…, ¡pero se ha limitado a colocar el precinto! (Y yo pienso, ¿no será que ese ferroviario era un hombre decente? ¿Que vio y no vio?). El convoy sale de la zona y se dirige al frente. El fugitivo no había hecho preparativos, no lleva ni un trocito de pan; tres días y tres noches en aquel calabozo ambulante en que se ha encerrado por propia voluntad, es la muerte segura; nunca llegará hasta el frente; y, por lo demás, no es al frente adonde quiere ir. ¿Qué hacer? ¿Cómo salvarse ahora? Ve que los cajones de proyectiles están rodeados por flejes metálicos. Arranca, con sus pobres manos desnudas, uno de éstos y lo usa para aserrar el piso de madera del vagón, en un lugar libre de cajones. ¿Es una labor imposible para un anciano? Y morir, ¿es posible? Dejar que lo descubran, que lo capturen, ¿es posible? Los cajones tienen, además, unas asas de cuerda para poder transportarlos. El viejo las corta y se fabrica unos asideros del mismo estilo, pero más largos, y los fija de modo que cuelguen bajo el vagón por la abertura practicada en el piso. Está agotado; sus manos ensangrentadas apenas le obedecen… ¡Qué caro le ha resultado aquel chistecillo! No espera a que lleguen a una estación: con el tren en plena marcha, se desliza por la abertura e introduce ambas piernas en uno de los asideros (en dirección a la cola del tren) y los hombros en el otro. El tren corre y el fugitivo pende, bamboleándose, bajo el piso del vagón. En un momento

dado, el tren aminora la marcha: el hombre se decide y deja caer las piernas, que segundos después arrastran tras de sí todo el cuerpo. Número mortal, número de circo, pero ¿y si su ausencia ha sido ya advertida en la zona? ¡Acaso hayan enviado ya un telegrama, y eso significa que ordenarán detener el tren, que revisarán los vagones…! Sobre todo, no arquearse, no rebotar… El hombre se pega a las traviesas. Con los ojos cerrados se prepara para morir. El golpeteo más apresurado de las ruedas de los últimos vagones y, de pronto…, ¡el silencio! El fugitivo abre los ojos, se vuelve de lado, y sólo ve la luz roja del vagón que se aleja. ¡Es la libertad!

Pero aún no ha logrado la salvación. La libertad es la libertad, pero no tiene documentos ni dinero, viste andrajos del campo. ¿Qué será de él? Con el cuerpo molido, la ropa destrozada, se arrastra como puede hasta una estación y allí se mezcla con un convoy que acaba de llegar de Leningrado, con unos evacuados medio muertos a los que hacen caminar sosteniéndolos por las axilas y a los que sirven algo caliente en la estación. Ni aun eso lo habría salvado; pero descubre en el convoy a un amigo cuyo pasado conoce bien, y se apodera de sus documentos. Todos son enviados a las cercanías de Saratov, y durante varios años, hasta la posguerra, vive allí en una granja avícola. Pero después siente nostalgia por su hija y parte en su busca. La busca en Nalchik, en Armavir, y la encuentra en Uzhgorod. Ella, entretanto, se ha casado con un guardia fronterizo; consideraba a su padre felizmente fallecido, y ahora oye su relato con una mezcla de terror y asco. Piadosamente entregada a sus deberes cívicos, ha conservado, no obstante, vergonzosos resabios de tradiciones familiares, y no denuncia a su padre, contentándose por ponerlo de patitas en la calle. El viejo ya no tiene a nadie más en el mundo, y comienza a llevar una existencia sin sentido, vagando de ciudad en ciudad. Se hace drogadicto, y un día, en Bakú, tras haber fumado una dosis excesiva de marihuana, es recogido por miembros de la Sanidad. Bajo el efecto de la droga da su verdadero nombre, y después, ya despierto, aquel bajo el cual se oculta. Es un hospital de los nuestros, un hospital soviético, y no pueden curar a nadie sin haber establecido previamente su identidad: llaman a un camarada de Seguridad del Estado, y en 1952, diez años después de su evasión, el anciano es condenado a veinticinco años. (Gracias a ello tuvo la suerte de poder contar su historia en los calabozos, y de ese modo entrar ahora en la Historia).

A veces, la vida que después lleva el fugitivo resulta más dramática qué la propia fuga. Así sucedió con Serguei Andreievich Chebotariov, al que ya tuve ocasión de mencionar varias veces en este libro. Empleado desde 1914 en los ferrocarriles chinos del Este, pertenecía, desde febrero de 1917, al partido bolchevique. En 1929 fue encarcelado por los chinos durante el conflicto de los ferrocarriles del Este, y en 1931 volvió a la madre patria con su mujer, Elena Prokofievan, y sus dos hijos, Guenadi y Víctor. A partir de aquel momento, todo se desarrolló como correspondía: al cabo de algunos días, a él lo detuvieron, su mujer enloqueció y sus hijos fueron enviados a dos hogares infantiles *diferentes*, donde les cambiaron, contra su voluntad, el apellido y el nombre patronímico, a pesar de que ambos recordaban perfectamente los

auténticos y hacían lo posible para resistir. Debido a su inexperiencia, la troika de la OGPU para el Extremo Oriente condenó a Chebotariov tan sólo a tres años, mas pronto fue nuevamente agarrado, torturado y condenado, esta vez, a diez años, sin derecho de correspondencia (¿qué iba a poder decir ahora en sus cartas?) e incluso con guardia reforzada los días de fiesta revolucionaria. Este endurecimiento de la norma carcelaria resultó ser para él una ayuda inesperada. A partir de 1934 lo mandaron a trabajar al Karlag, en la construcción de la carretera a Monty; para la fiesta del 1.º de mayo de 1936 lo encerraron con otros reclusos en un aislador penitenciario y les metieron allí a un hombre *libre* que disfrutaba de sus mismos derechos, un tal Autónomo Vasilievich Chupin. Estaría borracho o no lo estaría, pero el caso es que Chebotariov logró sustraerle un permiso de desplazamiento extendido por el Soviet rural por tres meses, y que ya había caducado hacía seis. ¡Como podrán comprender, ese papel le obligaba a evadirse! Ya el 8 de mayo escapa del campo de Mointy, vestido de hombre libre de la cabeza a los pies, sin un solo trapo encima procedente del campo y con dos botellas de medio litro en los bolsillos como llevan los borrachos: sólo que no era vodka, sino agua. Atraviesa primero la estepa salina. Dos veces seguidas cae en manos de los *kazajos* que se dirigían a trabajar en la construcción de la vía férrea, pero como conoce algo de su idioma «jugué con sus sentimientos religiosos y me dejaron ir[213]». Es detenido en uno de los puestos de operaciones del Karlag, en el extremo oeste del lago Baljash. Retienen sus papeles y le hacen recitar de memoria todos los datos mencionados allí sobre él y los miembros de su familia: las respuestas del falso Chupin son todas exactas. Y aquí interviene otra vez el azar (donde no interviene, probablemente, es cuando te pescan). Entra el comandante del puesto y Chupin se le adelanta: «¡Hombre, Nicolás! ¡Mira por dónde! ¿No me reconoces?». Todo depende de una fracción de segundo, de unas arrugas en el rostro, de dos memorias visuales que se enfrentan: (¡Yo sí te he reconocido, pero estoy perdido si tú me reconoces a mí!). «No». «Pero ¡cómo, si fuimos juntos en tren! Te llamas Naidionov, estuviste contando cómo conociste a Olga en la estación de Sverdlovsk, *os tocó* el mismo compartimiento y de ahí salisteis a casaros». Todo es cierto; Naidionov se rinde a la evidencia; fuman juntos un cigarrillo y dejan ir al fugitivo. (¡Oh, gorras azules! ¡No en vano os enseñan a callar! Habéis de ignorar esa enfermedad humana que es la necesidad de abrirse a veces. Él había contado todo aquello, sí, pero no en un tren, sino en el destacamento de Repoblación Forestal del Karlag, hacía exactamente un año; lo había de pronto contado a los reclusos, porque sí, y no iba a recordar la facha de todos los que le estuvieron escuchando. ¡Pero también debía gustarle contar esa historia en el tren, y más de una vez; la anécdota se prestaba, y Chebotariov había jugado audazmente esa carta!). Rebosante de júbilo, Chupin prosiguió su camino y tomó la carretera que conduce a la estación de Chu, bordeando el lago, en dirección al Sur. Caminaba, sobre todo, de noche; en cuanto divisaba faros de automóviles, se escondía entre los juncos, y ahí pasaba los días (allí hay jungla de juncos). Los agentes operacionales se veían cada vez con menos

frecuencia: el Archipiélago todavía no había hecho metástasis en esa región[214]. Llevaba consigo pan y azúcar, que trataba de estirar lo más posible, pero estuvo caminando durante cinco días con sus cinco noches sin una sola gota de agua. Al cabo de doscientos kilómetros, más o menos, llegó a la estación y tomó el tren.

A partir de aquel momento comenzaron para él los años de vida *libre*… No, de vida acorralada, porque no podía correr el riesgo de instalarse convenientemente ni de quedarse mucho tiempo en el mismo lugar. El año mismo de su evasión se encontró en el parque municipal de Frunze con su *compadre de campo*, pero no fue más que un segundo: todo el mundo estaba alegre, se divertía, había música y mujeres, y el *compadre* no tuvo tiempo de reconocerle. Tuvo que abandonar el trabajo que había encontrado (el jefe de contabilidad le hizo algunas preguntas y adivinó cuáles eran las razones que le obligaban a marcharse, pero daba la casualidad de que él mismo era un exsolovkiano) y seguir viaje. Al principio, Chebotariov no quiso arriesgarse buscando a su familia, pero más tarde se le ocurrió un método. Escribió a su prima hermana que vivía en Uf: «¿Dónde están Lena y sus hijos?; adivina quién te escribe, mas, por el momento, no le digas nada a ella»; remitente, un tal Chupin, en una tal estación Zirabulak… La prima contestó: «Los niños están perdidos; tu mujer está en Novosibirsk». Chebotariov le pidió entonces que fuera a Novosibirsk y que le dijera a su mujer, pero únicamente cuando estuvieran a solas, que su marido había dado señales de vida y quería mandarle dinero. La prima hizo el viaje, y a continuación la mujer misma de Chebotariov le escribió diciéndole que había pasado una temporada en un hospital psiquiátrico, que había extraviado su pasaporte y que en la actualidad estaba cumpliendo tres meses de arresto domiciliario; por tanto, no le permitían recibir dinero. Su corazón dio un brinco: ¡tenía que ir a verla! Y le mandó un telegrama un poco absurdo: ven a esperarme a la estación, tren número tal, vagón número tal… ¡Nuestro corazón está indefenso contra los sentimientos, pero gracias a Dios, también es accesible a los presentimientos! Ya instalado en el tren, éstos no lo dejaban en paz hasta el punto de que bajó dos estaciones antes de Novosibirsk e hizo el resto del trayecto en autostop. Deja sus cosas en la consigna y se precipita como loco a la casa de su mujer. Llama a la puerta, que se entreabre sola: no hay nadie. (Primera coincidencia hostil: ¡el casero de su mujer, que llevaba veinticuatro horas montando guardia para prevenirle de que le habían tendido una trampa, había salido en ese minuto a buscar agua!). Chebotariov entra: su mujer no está, pero sobre la cama ronca plácidamente un chequista, tapado con su capote. (¡Segunda coincidencia, favorable!). Chebotariov huye; mientras baja la escalera lo intercepta el casero de su mujer, un excolega de los ferrocarriles del Este que ha logrado salvarse. Le explica que su yerno es agente operacional, que él mismo había llevado el telegrama a casa y se lo restregó por las narices a su mujer: ¡Mira, tu canalla de marido viene a meterse él solito en nuestras manos! Fueron a esperarlo a la llegada del tren y no le encontraron; el segundo agente se había marchado, y éste se recostó a descansar. No obstante, Chebotariov logra avisar a su mujer que vaya a reunirse con

él; hacen ambos algunos kilómetros en autostop, y un par de estaciones más lejos toman el tren hacia el Uzbekistán. ¡Y en Leninabad se volvieron a casar…! O sea, que, sin divorciarse de Chebotariov, se casó con Chupin. Con todo, no se atrevieron a vivir juntos. Hicieron averiguaciones por todos lados —en nombre de ella— para descubrir el paradero de sus hijos, mas todas resultaron infructuosas. Así vivieron separados, acorralados, hasta la guerra. En 1941 Chupin fue movilizado como radiotelegrafista de la 61 División de Caballería. Un día cometió la imprudencia de designar los cigarrillos y las cerillas por sus nombres chinos, así, en son de broma. ¡Digan ahora ustedes en qué país normal despierta sospechas el hecho de conocer dos o tres palabras en algún idioma extranjero! ¡Pues en el nuestro fue instantáneo: los soplones estaban allí! Y una hora más tarde, el instructor político Sokolov, comisario del 219 Regimiento de Caballería, ya procedía al interrogatorio: «¿De dónde conoce usted el chino?». Chupin: «Sólo esas dos palabras». «¿No será que trabajó en los ferrocarriles chinos del Este?». (¡Haber trabajado en el extranjero es un grave pecado!). El comisario colocó a su lado a un par de soplones que tampoco lograron sonsacarle nada. De todos modos, y para estar más tranquilos, le detuvieron, art. 58-10, por:

- dudar de la veracidad de los boletines oficiales;
- afirmar que la técnica alemana era superior a la nuestra.

(¡Como si cualquiera no pudiera verlo con sus propios ojos!).

¡Del fuego a las brasas! Tribunal. ¡FUSILAMIENTO! Chebotariov estaba ya tan harto de vivir en su querida patria, que NO PRESENTÓ RECURSO DE GRACIA. Pero el Estado necesitaba mano de obra, de modo que finalmente le impusieron diez años y cinco de mordaza. De nuevo «en casa»… En total, con disminución de pena, estuvo *nueve* años.

Y, ahora, otra peripecia. Un día, en el campo, un recluso, N. F., le llevó aparte y le preguntó en voz baja: «¿Cómo te llamas?». «Autónomo Vasilievich». «¿Y de dónde eres?». «De la provincia de Tiumen». «¿Qué distrito…, qué pueblo?». Chebotariov-Chupin contestó a todo como correspondía, y en respuesta oyó: «Mentira todo. Con Autónomo Chupin trabajé yo cinco años en la misma locomotora y le conozco como si fuera yo mismo. ¿No serias tú, por un casual, quien le robó sus documentos en mayo de 1936?». ¡Qué minas ocultas aún acechan a un fugitivo! ¿A qué novelista que hubiera inventado semejante encuentro podrían creerle? Por aquel entonces Chebotariov volvía a amar la vida, y estrechó fuertemente la mano de aquel hombre de bien cuando éste le dijo: «No te preocupes, que no me iré al *compadre, ¡no* soy un *perro!*».

Así, Chebotariov cumplió su segunda condena como Chupin. Pero para su desgracia, su último campo resultó ser ultra-secreto, perteneciente al grupo de los comprometidos en las obras para bases atómicas que comprendía Moscú-10, Tura-38, Sverdlovsk-39, Cheliabinsk-40. Se trabajaba en el enriquecimiento de minerales de

uranio y de radio, la construcción de la base se hacía según los planes de Kurchatov, el director de las obras, teniente general Tkachenko, dependía sólo de Stalin y de Beria. Todos los reclusos debían renovar cada tres meses su compromiso de «no divulgación». Pero eso no habría sido nada si, además, a los detenidos liberados no se les hubiera prohibido volver a sus hogares. En Septiembre de 1950, un importante grupo de tales «liberados» fue enviado… ¡a Kolyma! Sólo allí se les dejó sin escolta, declarándolos *¡contingente especial particularmente peligroso! ¡Peligroso* porque habían ayudado a fabricar la bomba atómica! (¿Cómo va uno a relatarlo todo? ¡Si harían falta capítulos y más capítulos!). ¡Y así dispersaron a decenas de miles por toda Kolyma! (Hojead la Constitución, hojead los Códigos… ¿Dónde dice algo de los «contingentes especiales»?).

¡Sin embargo, por lo menos ahora podría reunirse con su mujer! Y en efecto, ella acudió a las minas de Maldiak. Siguieron haciendo averiguaciones acerca de sus hijos. Las respuestas seguían siendo: «No». «Paradero desconocido».

Cuando Stalin pasó a peor vida, los dos viejos abandonaron Kolyma y fueron a calentar sus huesos al Cáucaso. La atmósfera iba despejándose, aunque muy lentamente. ¡En 1959, su hijo Víctor, cerrajero en Kiev, decidió desembarazarse de su odiado apellido y declararse hijo del enemigo del pueblo Chebotariov! ¡Y un año más tarde le encontraron sus padres! Entonces, el problema del padre fue volver a ser Chebotariov él también (rehabilitado *tres* veces, ya no tenía que responder por su evasión). Declaró, pues, su verdadera identidad y sus impresiones digitales se enviaron a Moscú para la debida comprobación. El viejo sólo se quedó tranquilo cuando los tres estuvieron en posesión de sus pasaportes extendidos a nombre de Chebotariov y cuando su nuera también se hubo convertido en Chebotariova. Sólo que al cabo de otros cuantos años me escribe que ya lamentan haber encontrado a Víctor: trata a su padre de criminal, le responsabiliza de todas sus desgracias y se encoge de hombros ante los certificados de rehabilitación: «¡Pura farsa!», dice**[215]**. En cuanto al hijo mayor, Guenadi, desapareció definitivamente.

Las historias que acabo de contar demuestran que ni aun teniendo éxito acaba la evasión en la libertad, sino tan sólo en una existencia constantemente oprimida y amenazada. Había candidatos a la evasión que así lo comprendían: los que en el campo habían tenido tiempo de desligarse políticamente de su madre patria, y aquellos otros que vivían de acuerdo con el insensato y analfabeto principio de *¡simplemente vivir!* Y no pocos se habían propuesto como meta pasar al Occidente, que consideraban como la única evasión completa.

Estas evasiones son ya más difíciles de contar. Los que no llegaron descansan ahora en la tierra húmeda. Quienes fueron capturados, callan. En cuanto a los que pudieron huir, tal vez lo hayan contado en Occidente, o tal vez callen ellos también por temor a perjudicar a otras personas que se quedaron aquí. En un momento dado hubo rumores de que siete reclusos se habían apoderado de un avión en la península

de Chukotka, y volaron a Alaska. Sin embargo, creo que debió de tratarse simplemente de una tentativa infructuosa.

Todos esos casos permanecerán largo tiempo aún en la oscuridad; se volverán viejos y perderán su sentido, igual que este manuscrito, igual que todo lo verídico que se escribe en nuestro país.

Sé de un caso así, y otra vez la memoria humana no ha retenido el nombre del heroico fugitivo. Era un ingeniero mecánico, natural de Odesa, y en el Ejército había alcanzado el grado de capitán. El final de la guerra le cogió en Austria, y permaneció en Viena sirviendo en las tropas de ocupación. En 1948 fue arrestado a raíz de una denuncia, y en virtud del artículo 58 le impusieron veinticinco años, condena que en aquella época se había vuelto de rigor. Fue enviado a Siberia, a un *lagpunkt* situado a trescientos kilómetros de Taishet, es decir, muy lejos de las vías del Transiberiano. El trabajo en el bosque no tardó en «acercarlo», pero conservaba aún la voluntad de luchar por su vida, así como un imperecedero recuerdo de Viena. Y desde allí, ¡DESDE ALLÍ!, logró llegar a Viena. ¡Es increíble!

El sector de tala de árboles estaba delimitado por un sendero forestal vigilado desde unas pequeñas atalayas. El día fijado, nuestro hombre se había llevado al trabajo su ración de pan. Una vez allí, hizo caer un frondoso pino, que atravesó el sendero, y se arrastró bajo las ramas hasta la punta. El pino no daba todo el ancho de la vereda, pero logró arrastrarse un poco más y se marchó sin ser visto. Llevaba consigo su hacha. Era verano. Se abría camino a través de la taiga, caminando entre los árboles derribados por la tormenta; era extremadamente duro, pero a cambio de eso estuvo un mes entero sin encontrar un alma. Ataba las mangas y el cuello de la camisa, y con esa improvisada red atrapaba peces, que comía crudos. Recogía nueces de cedro, hongos y bayas. Medio muerto, logró, no obstante, llegar hasta las vías del Transiberiano, y se durmió, feliz, entre unas parvas de heno. Lo despertaron unas voces: estaban sacando heno con las horquillas y había sido descubierto. Exhausto, no tenía ánimos ya para luchar ni para huir. «Está bien —dijo—; apresadme, entregadme, soy un fugitivo». Eran el guardavías y su mujer. El marido dijo: «¡Hombre, somos gente rusa!». «Tú estáte quieto aquí, que no te vean». Y se marcharon. Pero el fugitivo no los creyó: ¡eran ciudadanos soviéticos; tenían que denunciarlo…! Se arrastró, pues, a gatas, hacia el bosque. Desde allí estuvo vigilando el lugar y vio volver al guardavías con ropa y comida. Llegada la noche, el fugitivo comenzó a seguir la vía y, habiendo alcanzado un apartadero del ferrocarril en medio del bosque, subió a un tren de mercancías; a la mañana siguiente, saltó del tren y volvió a internarse en el bosque, donde permaneció el día entero. Así fue avanzando noche tras noche, y cuando hubo recuperado un poco de fuerzas, comenzó a descender también en cada parada: esperaba escondido en la maleza o bien se adelantaba al tren y subía a él en plena marcha. Decenas de veces corrió el riesgo de perder un brazo, una pierna, la cabeza. (Así purgaba unos leves gestos con la pluma de su denunciante)… Pero un día, ya cerca de los Urales, traicionó sus principios y se

quedó dormido en un vagón descubierto cargado de troncos. Una patada, la luz de una linterna en pleno rostro: «¡Documentación!». Incorporándose, de un golpe derribó del vagón al guardia, saltó él mismo al otro lado donde cayó… ¡sobre la cabeza del *otro* guardia! Derribó también a éste y logró escabullirse bajo los demás trenes. Volvió a subir en marcha a cierta distancia de la estación. Decidió dar un rodeo para no pasar por el centro de Sverdlovsk; en los suburbios consiguió hurtar, en un bazar, cogió ropa, se puso tres trajes, uno encima del otro, y se aprovisionó asimismo de alimentos. En una de las estaciones siguientes vendió uno de los trajes y se compró un pasaje Cheliabinsk-Orsk-Asia Central. No, si sabía muy bien adónde quería ir, ¡a Viena!, pero tenía que esperar un poco a reponer fondos y a que dejaran de buscarlo. En el mercado conoció a un turkmeno, presidente de koljós, quien lo contrató en su granja sin exigirle documentos. Y sus manos supieron justificar su título de mecánico, pues puso en condiciones todas las máquinas del koljós. Algunos meses más tarde se despidió, cobró, y partió en tren hacia Krasnovodsk por la vía paralela a la línea fronteriza. Después de Mary subió una patrulla para revisar documentos. Nuestro mecánico fue al extremo del vagón, abrió la puerta y se colgó de la ventana del servicio (el vidrio estaba pintado de blanco; no le podían ver desde el interior); sólo la punta de uno de sus pies permaneció apoyada sobre el escalón para servir de apoyo y asegurarle el regreso. La patrulla no reparó en esa punta de zapato en el marco de la puerta, en el rincón, y pasó al vagón siguiente. ¡Así superó el terrible momento! Después de atravesar felizmente el mar Caspio, tomó el tren Bakú-Shepetovka y de allí se internó en los Cárpatos. Para pasar la frontera buscó un lugar aislado, abrupto y lleno de vegetación donde poder cruzar sin ser visto, ¡y así y todo fue interceptado por la guardia fronteriza! ¡Tantos sacrificios, tanto sufrimiento, tanto ingenio, tantos esfuerzos desde el campo siberiano, desde aquel primer pino derribado, para que a pocos pasos de la meta se viniera todo abajo…! Y del mismo modo que entre las parvas de Taishet le abandonaron sus fuerzas, e incapaz de resistir, incapaz de seguir mintiendo, sólo pudo gritar con la furia de la desesperación: «¡Cogedme, verdugos! ¡Cogedme, la fuerza es vuestra!». «¿Quién eres?». «¡Un evadido! ¡Un evadido del campo! ¡Cogedme!». Mas los guardias fronterizos se condujeron de forma extraña: le vendaron los ojos, lo llevaron hasta una gruta, allí le quitaron la venda, continuaron interrogándolo… ¡y, de pronto, todo se aclaró! ¡Eran amigos! ¡Banderistas**[er]**! (¡Puaf! ¡Puaf!, me arrugan la nariz los lectores cultos: «¡Vaya unos personajes que elige, si los banderistas les resultan *amigos*! ¡Buena pieza debió de haber sido!». Y ahora me toca a mí encogerme de hombros: lo pinto tal cual era. Tal cual lo hizo la fuga. Tal cual lo había modelado el campo. Porque debo decir una cosa: esa gente de los campos vive de acuerdo con el inmundo principio de que «la existencia determina la conciencia», y no con lo que dicen los periódicos. ¡Para un hombre de los campos, son amigos los que han sufrido con él, y enemigos, los que le lanzan perros! ¡Subdesarrollo ideológico!). ¡Se abrazaron! Por entonces, los banderistas tenían aún puntos estratégicos por los que atravesar la frontera, y por uno

de ellos lo pasaron sin dificultad.

¡Así volvió a Viena! Pero esta vez al sector americano. Y allí, obedeciendo a ese mismo principio materialista, incapaz de olvidar su sangriento campo de muerte, no se dedicó a buscar trabajo como ingeniero mecánico, sino que fue directamente a las autoridades norteamericanas para descargar su corazón. Y empezó a trabajar para ellos en lo primero que se le ofreció.

Pero el hombre está hecho así: cuando el peligro se aleja, baja la guardia. Se le metió entre ceja y ceja que debía mandar dinero a sus padres en Odesa, y para eso tenía que cambiar dólares por dinero soviético. Un comerciante judío le invitó a efectuar la operación en su piso, situado en la zona soviética de Viena. La gente pasaba constantemente de una zona a otra, sin siquiera distinguirlas bien. Pero ¡a él le estaba vedado! Cruzó la zona… y fue apresado en el piso del cambista.

Es una de esas típicas historias rusas de una impresionante sucesión de esfuerzos sobrehumanos, que acabarán naufragando en un vaso de vodka.

Condenado a muerte, contó toda su historia a Anikin, otro oficial e ingeniero, en una celda de la cárcel soviética de Berlín. Para entonces, el tal Anikin ya había sido apresado por los alemanes, estuvo a punto de morir en Buchenwald, fue liberado por los americanos y repatriado luego a la zona soviética, donde se le dejó provisionalmente para que ayudara en el desmantelamiento de las fábricas; huyó después a la República Federal Alemana y trabajó en la construcción de una central hidroeléctrica cerca de Munich; allí fue donde, agentes del contraespionaje soviético, lo raptaron una noche, cegándole en plena calle con los faros de un automóvil, en cuyo interior lo metieron. Y todo eso, ¿para qué? ¿Para oír el relato de un ingeniero de Odesa y retransmitírnoslo luego? ¿Para intentar más tarde por dos veces, en Ekibastuz, una evasión que fracasó? (volveremos a hablar de él en la quinta parte). ¿Para que terminaran matándole en una fábrica disciplinaria de yeso?

¡Qué predestinación! ¡Qué vueltas del destino! ¿Cómo es posible distinguir el sentido de una vida humana tomada aisladamente?

No hemos hablado aún de las evasiones en grupo, que también fueron numerosas. Dicen que, en 1956, en un pequeño campo cerca de Monchegorsk, se evadió la totalidad de los prisioneros.

La historia de todas las evasiones del Archipiélago constituiría una enumeración gigantesca, imposible siquiera de hojear… Incluso el que quisiera escribir un libro consagrado exclusivamente a ellas, terminaría apiadándose de sí y del lector, y dejaría sin mencionar cientos y cientos de casos.

XV
SHIZO, BUR, ZUR

Entre las numerosas y extraordinarias abolíciones que nos deparaba el nacimiento de un nuevo mundo: abolición de la explotación; abolición de las colonias; abolición del servicio militar obligatorio; abolición de la diplomacia secreta; de los nombramientos y traslados secretos; de la Policía secreta; del catecismo obligatorio y muchas otras abolíciones más, todas igualmente maravillosas, nunca se mencionó, a decir verdad, la abolición de las cárceles (en lugar de echar abajo las paredes, infundían en ellas un «nuevo contenido de clase»). Pero sí, por descontando, la abolición de los *calabozos*, despiadado procedimiento de tortura que sólo podía haber sido concebido en la mente deformada por el odio de los carceleros burgueses. El ITK-1924 (Código de la reeducación por el trabajo del año 1924) seguía admitiendo, es cierto, la incomunicación, en una celda, de los reos que tenían en su haber delitos particularmente graves, pero advirtiendo que nada en su interior debía recordar al calabozo: tenía que ser seca, clara, y estar provista de lo necesario para dormir.

En cambio, hoy no sólo los carceleros, sino hasta los mismos detenidos considerarían absurdo que no hubiera calabozos, que estuvieran prohibidos.

El ITK-1933, que estuvo «en vigor» (en descanso) hasta los años 60, iban aún más lejos: ¡prohibía incluso el aislamiento en una celda!

Pero no porque los tiempos se hubieran vuelto más benignos, sino porque para aquel entonces la experiencia había elaborado otra escala de castigos internos, donde lo que revolvía el estómago no era la soledad, sino, todo lo contrario, lo «colectivo». Sin contar que, por añadidura, los castigados debían seguir trabajando. Eran:

las RUR (Roty Usilienovo Rezhima) «compañías de régimen intensivo», que después fueron remplazadas por
las BUR (Baraki Usilienovo Rezhima) «barracones de régimen intensivo», brigadas disciplinarias, y por
las ZUR (Zony Usilienovo Rezhima) «zonas de régimen intensivo», *lagpunkts* disciplinarios.

Más tarde, paulatinamente se fueron agregando (¡no, por favor, calabozos no!).

los SHIZO (SHtrafnyie IZOliatori) «aisladores disciplinanarios», celdas de incomunicación.

Porque, al fin y al cabo, si no queda nada para atemorizar a un reo, si ya no existe ningún otro tipo de castigo suplementario, ¿cómo obligarlo a someterse al régimen?

Y, además, ¿dónde meter a los fugitivos capturados?

¿Por qué se va a parar al SHIZO? Por lo que sea: por haber desagradado al jefe; por haber saludado mal; por no haberse levantado a tiempo; por no haberse acostado a tiempo; por haber llegado tarde a la inspección; por haber pisado el caminito reservado a las autoridades; por no estar vestido como corresponde; por haber fumado donde no corresponde; por conservar objetos de más en el barracón; por todo eso, un día, tres días, cinco días. Por no haber cumplido la norma, por haber sido sorprendido con una mujer, son cinco, siete, diez días. Para los *refractarios*, quince días. Y aunque la ley (¿qué ley?) no permitía infligirlo por más de quince días (¡el ITK no permitía ni eso!) ese acordeón se distendía hasta un año entero. En 1932, en el Dmitlag (¡y lo dice Averbach, es letra escrita!) por automutilación (*mostyrka*) daban *un año* de SHIZO. Si, además, recordamos que la *mostyrka* no se curaba, resulta que se enviaba a pudrirse al calabozo durante un año entero, a un hombre herido y enfermo.

¿Qué virtudes se le exigen a un SHIZO? Debe ser: a), frío; *b)*, húmedo; *c)*, oscuro; *d)*, que se pasa hambre. A tal efecto, carece de calefacción (Lipai: ni siquiera a treinta grados bajo cero), no se colocan cristales en la ventana durante el invierno, se deja que las paredes se impregnen de humedad (o bien se construyen directamente los calabozos en terreno húmedo). Las ventanas son insignificantes, o no las hay (es lo más frecuente). Para comer, dan *ración estaliniana*, es decir, 300 g de pan por día; como *caliente*, una escudilla de *balanda*, sin nada dentro, los días tercero, sexto y noveno del arresto. Y aun en Vorkuta-Vom sólo daban 200 g de pan, y como *caliente*, el tercer día, un trozo de pescado crudo. Entre esos dos extremos se mueven todos los calabozos.

Existe la idea, un tanto ingenua, de que un calabozo ha de recordar forzosamente una celda, con techo, paredes, puerta y candado. ¡Nada de eso! En Kuranaj-Sala, con un frío de cincuenta grados bajo cero, el calabozo era una simple jaula de troncos desprovistos de musgo. (El médico libre Andreiev: «¡Como MEDICO, afirmo que en este calabozo SE PUEDE estar!»). Demos un salto al otro extremo del Archipiélago: nuevamente en Vorkuta-Vom, en 1937, el calabozo destinado a los refractarios eran una jaula *sin techo*, y también un *simple foso*. Arnold Rappoport vivió, como Diógenes en su tonel, metido en ese foso (para protegerse de la lluvia extendían algún trapo). El alimento se les daba de la manera siguiente: un celador aparecía con las raciones de pan y llamaba a los de la jaula: «¡Venid a por el pan!». Pero apenas asomaban la nariz fuera de la jaula, el vigía, desde su atalaya, les apuntaba con el fusil: «¡Atrás o disparo!». El celador se asombraba: «¿Cómo, ni el pan lo queréis?

Bueno, me voy». A los del foso, simplemente les tiraban el pan y el pescado desde arriba, a la arcilla desleída por las lluvias.

En el campo de Mariinsk (como en muchos otros, naturalmente) las paredes del calabozo estaban recubiertas de nieve; no obstante, no se permitía a los reos permanecer allí con sus harapos del campo. No, se les METÍA EN ROPA INTERIOR. Cada media hora, el celador entreabría la mirilla y aconsejaba a I. V. Shved: «¡Vamos, no aguantarás, te vas a morir! ¡Más vale que vayas a derribar árboles!». «Tienes razón —decidió finalmente Shved—, aquí reventaré antes»… Y fue al bosque. En doce años y medio de campo terminó haciendo 148 días de calabozo. ¡Lo castigaban por todo! Por negarse a hacer de ordenanza en la *India* (barracón de la ralea), le impusieron seis meses de campo disciplinario. Por negarse a pasar de una próspera comandancia agrícola a la labor forestal, fue juzgado por segunda vez por contrarrevolución económica, artículo 58-14, y se le impuso una nueva dosis de diez años. Un malhechor, si no quiere ir al campo disciplinario, sí puede golpear al jefe de la escolta, quitarle el arma de las manos y no lo trasladarán. Pero el pacífico detenido político no tiene salida: ¡a él le doblegarán como sea! En 1938, los malhechores recluidos en KoIyma disfrutaban de calabozos con calefacción, todo lo contrario de los Cincuenta y Ochos.

En la BUR se suele permanecer más tiempo. El prisionero puede quedarse allí uno, dos, seis meses, un año, muchas veces incluso sin límite de tiempo, sólo porque lo consideran peligroso. Si una vez te han puesto en la lista negra, luego ya vas a la BUR por si acaso: a cada fiesta de mayo y de octubre, o cada vez que haya una evasión, o cada vez que se produzca en el campo algún acontecimiento insólito.

La BUR puede ser un simple barracón como los demás, separado por alambre de espino, a cuyos habitantes se destina a los trabajos más duros y desagradables del campo, o bien puede ser una cárcel de piedra en medio del campo, con todos los atributos de una auténtica prisión: palizas (gustan de propinarlas con un ladrillo metido en una bota de fieltro, para no dejar rastro), candados, cerrojos, mirillas, suelo de cemento en las celdas y un calabozo especial para dentro de la BUR.

Así exactamente era la BUR de Ekibastuz (por lo demás, también había una BUR del primer tipo). Los reclusos permanecían en celdas desprovistas de tarimas y dormían en el suelo, encima de sus chaquetas y gabanes. Una cubierta de cinc ocultaba por completo una pequeña ventana practicada en el techo; tenía dos minúsculos agujeros hechos con un clavo, pero en invierno la nieve los tapaba y la oscuridad era completa. De día no encendían la bombilla, de modo que el día era más oscuro que la noche. Jamás se ventilaba. Durante *seis meses seguidos* (1950) no se permitió a sus ocupantes pasear una sola vez. De modo que nuestra BUR recordaba más a una cárcel despiadada; no sé qué le quedaba de campo de concentración. Todas las necesidades se hacían dentro de la misma celda, sin ir al servicio. Llevarse el zambullo y vaciarlo era una auténtica fiesta para los reclusos de turno: ¡por fin una

bocanada de aire puro! Y no hablemos de los baños: ¡todo un acontecimiento! La celda estaba atiborrada, repleta, apenas había sitio para permanecer recostado; ni hablar de desentumecer las piernas. Y con el siguiente régimen durante seis meses: *bufanda* (agua pura), seiscientos gramos de pan, ni una pizca de tabaco. Si la familia de alguno de los retenidos enviaba un paquete mientras estaba en la BUR, los comestibles perecederos se «daban de baja» en acta (los retenían los celadores o los revendían a los enchufados a mitad de precio) y el resto se remitía a la consigna, donde permanecía durante meses. (¡Cuando después del encierro se enviaba a los hombres a trabajar, ya *se meneaban*, ya, aunque sólo fuera para no volver ahí!).

En ese aire viciado y en esa inmovilidad se consumían los presos; sobre todo, los malhechores, activos, nerviosos. (Los malhechores que iban a parar a Ekibastuz también se consideraban Cincuenta y Ochos y para ellos no había ningún tipo de privilegios). La actividad más popular entre los prisioneros de la BUR consistía en tragarse la cuchara de aluminio que les daban con el almuerzo. Al que se la tragaba, lo enviaban a Rayos X, y cuando se convencían de que, efectivamente, no mentía, que tenía la cuchara dentro, lo trasladaban al hospital y le abrían el estómago. Lioshka Karnoúji se la tragó tres veces, apenas le quedaba estómago. Kolka Salopaiev prefirió salir «de chalao»: se ahorcó de noche, pero según convenido, sus compañeros de celda «lo vieron» y se apresuraron a descolgarlo, tras lo cual se lo llevaron al hospital[es]. Otro infectó un hilo en su boca, haciéndolo pasar entre los dientes, lo enhebró en una aguja y se lo clavó en la pierna bajo la piel. ¡Infección! ¡Hospital! Después de eso, gangrena o no gangrena, ¡cualquier cosa con tal de salir de allí!

Pero en el afán de obtener un rendimiento de toda aquella gente, sus amos se vieron obligados a alojarla en zonas disciplinarias aparte: las ZUR. Para empezar, en la ZUR la comida es peor; pueden pasar meses sin plato principal, sólo la ración de pan, y, además, disminuida. Incluso en invierno hay una ventana rota en los baños; las peluqueras, enfundadas en pantalones y chaquetas acolchadas, rapan a los hombres desnudos. Puede no haber comedor, y tampoco reparten la *balanda* en los barracones: los presos deben ir a esperarla junto a la cocina y transportarla luego con un frío glacial hasta el barracón, donde la comen ya helada. La gente muere a montones; la enfermería estaba repleta de moribundos.

La sola lista de las zonas disciplinarias constituiría una investigación histórica, y tanto más cuanto que no resultaría fácil establecerla, los rostros se van borrando.

En las zonas disciplinarias se efectuaban trabajos como éstos: segar heno a más de 35 km de la zona; los presos vivían en chozas de paja, que dejaban pasar la lluvia, y segaban en pantanos, con el agua hasta las rodillas. (Los soldados benevolentes permitían recoger bayas; los que no lo eran, disparaban y mataban, pero ellos recogían lo mismo: ¡tenían hambre!). Preparación del forraje para ensilar —en esos mismos lugares pantanosos—, sin ninguna protección contra las nubes de mosquitos.

(Rostro y cuello devorados, cubiertos de costras, párpados hinchados, casi ciegos). Extracción de turba junto al río Vychegda: en invierno hay que quebrar la capa de limo congelado golpeándola con un pesado martillo; la turba que se extrae del fondo se transporta en trineos arrastrados por los mismos reclusos (el campo cuidaba sus caballos) un kilómetro cuesta arriba. Trabajos de desmonte («lagpunkt terrero» en Vorkuta). Bueno, los trabajos disciplinarios de siempre: las canteras de cal y la calcinación del mineral. Y las canteras de piedra. Sería imposible enumerarlos todos. El más duro de todos los trabajos duros, el más insoportable de todos los trabajos insoportables, ése era el trabajo disciplinario. Cada campo tenía el suyo.

Para su envío a los campos disciplinarios se elegía preferentemente a creyentes, empecinados y malhechores (¡sí, malhechores; aquí fracasaba un grandioso sistema de educación debido a la irritabilidad de los educadores!). Había barracones enteros de «monjitas» que se negaban a trabajar para el diablo. (En la zona disciplinaria «bajo escolta» del sovjós Pechora, las encerraban en calabozos con el agua hasta las rodillas. En el otoño de 1941 les aplicaron el 58-14 y las fusilaron a todas). Mandaron allí a un sacerdote, el padre Víctor Shipovalnikov, «por propaganda religiosa» (por Pascua había dicho misa de medianoche para cinco enfermeras). Mandaban allí a ingenieros descarados y demás intelectuales impertinentes. Mandaban a los evadidos que habían logrado recapturar, y, con profundo dolor de su corazón, también a los *socialmente allegados* que se negaban rotundamente a comulgar con la ideología proletaria. (Debido al enorme esfuerzo intelectual que suponía clasificar a los reclusos, no debemos reprochar a las autoridades algunos casos de confusión involuntaria: por ejemplo, de Karabas enviaron dos carretas de mujeres, una de ellas con creyentes que iban a cuidar a los niños de una ciudad infantil, y la otra con ladronas y sifilíticas con destino a Konspai, sector disciplinario de Dolinka. Pero se confundieron al indicar a cada cual su carreta, y partieron las ladronas y sifilíticas a cuidar de los niños y las «monjitas» al campo disciplinario. Después, claro, lo advirtieron, pero ya lo dejaron estar).

Muchos iban a parar al disciplinario por haberse negado a *soplar*. La mayoría de ellos dejaban allí su vida; ya no nos lo podrán contar, y con más razón habrán de callar sus asesinos, los agentes operacionales. Allí fue enviado el agrónomo Grigoriev, el cual logró sobrevivir. Y también Elmar Nugis, director de una revista estoniana de agricultura.

También hubo historias de faldas. No es posible juzgarlas con los debidos conocimientos de causa y rigor, pues siempre subsiste algún elemento íntimo que nos es desconocido. De todos modos, ahí va la historia de Irene Naguel, tal cual la cuenta ella misma. Trabajaba en el sovjós de Ujta como mecanógrafa de la Sección administrativa, es decir, en un enchufe muy confortable. Mujer de agradable presencia, alta y de buen porte, llevaba sus largas trenzas atadas alrededor de la cabeza y, en parte, por comodidad, vestía siempre unos anchos pantalones abullonados y un anorak. ¡Cualquiera que haya estado en un campo sabrá lo que eso

representaba! Un agente operacional, el subteniente Sidorenko, expresó el deseo de conocerla más de cerca, a lo que Naguel le contestó: «¡Antes me dejaría besar por el último de los *urkas*! ¡¿No le da vergüenza, con un crío llorando en el cuarto de al lado?!». Rechazado con un empujón, el subcomisario cambió de expresión y dijo: «Pero ¿acaso se ha creído usted que me gustaba? ¡Lo único que yo quería era *probarla*! De modo que ¡usted *colaborará* con nosotros!». Ella se negó, y la enviaron a un *lagpunkt* disciplinario.

Esas son las impresiones que recogió Naguel de su primera noche en aquel lugar: el barracón de mujeres aloja a malhechores y «monjitas[216]». Cinco muchachas andan envueltas en sábanas: al jugar a cartas la víspera, los ladrones perdieron todo lo que *ellas* llevaban puesto: se lo hicieron quitar y entregar. De pronto, entra una banda de facinerosos, en calzoncillos y sombrero de fieltro: traen una guitarra, y se ponen a cantar algo que debe ser una serenata. Súbitamente irrumpen otros facinerosos, irritados. Agarran a una chica suya, la tiran al suelo, la golpean con un banco de madera, la pisotean. Ella grita, pero llega un momento en que ya no puede ni gritar. Todos se quedan sentados, no sólo sin intervenir, sino haciendo incluso como que no ven nada. Más tarde, entra un enfermero. «¿Quién te ha pegado?». «Me caí de la tarima», contesta la apaleada. Esa misma noche, los malhechores se juegan y pierden a la propia Naguel, pero la salva el *perra* Vaska el Tuerto; acude a informar al jefe, quien se la lleva a dormir al puesto de guardia.

Con frecuencia, las comandancias disciplinarias (como, por ejemplo, Parma del Nyroblag, en el fondo mismo de la taiga) eran también disciplinarias para los soldados de la escolta y para el personal de vigilancia: mandaban allí a los que habían cometido alguna falta, o, si no, los remplazaban por autovigilancia.

Si ya de por sí no existe ley ni justicia en los campos comunes, menos las hay en los disciplinarios. Aquí los malhechores son amos y señores, llevan cuchillos abiertamente (*lagpunkt* «Terrero» de Vorkuta, 1946), e incluso los celadores tienen a veces que escapar y refugiarse fuera de la zona. Y eso todavía cuando los Cincuenta y Ochos son mayoría.

En el campo disciplinario de Djantui, cerca del Pechora, los facinerosos, por diversión, prendieron fuego a dos barracones, suprimieron la preparación de la comida, echaron a los cocineros, apuñalaron a dos oficiales; los otros oficiales, incluso bajo la amenaza de verse degradados, se negaron a entrar en la zona.

En casos semejantes, las autoridades se salvan gracias a las desavenencias internas entre los propios delincuentes; en Djantui, por ejemplo, nombraron comandante a un *perra*[et] que hicieron venir urgentemente de otra parte con todos sus secuaces. Ya la primera noche degollaron a tres ladrones, y la atmósfera comenzó a despejarse.

Bien lo dice el refrán: a un ladrón lo pierde otro ladrón. Tras haber multiplicado a esos socialmente-allegados, de acuerdo con la Teoría Progresiva, más allá de toda medida, hasta ahogarse ellos mismos, los padres del Archipiélago no hallaron otra

salida que dividirlos y lanzarlos al degüello los unos contra los otros. (La guerra entre ladrones y *perras*, que sacudió el Archipiélago en los años de posguerra).

Claro que, a pesar de esa aparente libertad, para los malhechores el campo disciplinario tampoco resultaba un lecho de rosas y toda su exuberancia no era en realidad más que un intento de salir de ahí. Como a todos los parásitos, les convenía más vivir entre seres de quien chupar. Llegaban a amputarse los dedos con tal de no ir a un campo disciplinario, como la famosa fábrica de cal de Vorkuta. (Durante la posguerra, a algunos reincidentes les estampaban directamente en la sentencia del Tribunal: «Con detención en la fábrica de cal en Vorkuta». ¡Ya desde arriba apretaban los tornillos!).

Allí, cada uno tenía su cuchillo. *Perras* y facinerosos se degollaban a diario. El cocinero (un *perra*) servía a su arbitrio: a uno espeso, a otro líquido, a otro con el cucharón en la frente. El distribuidor de trabajos se paseaba con una varilla de armazón, y de un solo golpe silbante dejaba a un hombre muerto en el acto. Los *perras* mantenían a muchachitos para satisfacer su homosexualidad. Había tres barracones con unos cien hombres cada uno: el de *perras*, el de ladrones y el de «fráier». Los «fráier» —no delincuentes— eran los únicos que trabajaban: extraían cal de unos fosos en las proximidades del campo; después, con unas angarillas, la subían a lo alto de una roca, y desde allí la precipitaban por los tragantes, cuidando de dejar en el interior la salida de humo; una vez calcinada, extraían la cal ardiente en medio del humo, del hollín y del polvo de cal.

En los campos de Djida es célebre el sector disciplinario de Baiangol. Al *lagpunkt* disciplinario de Kraslag, Revúchiy, enviaron, aun antes de todo disciplinario, a un «núcleo laboral», integrado por unos ciento cincuenta fornidos trabajadores que no eran culpables de nada. (¡Disciplinario o no disciplinario, pero de arriba exigen el cumplimiento del plan! ¡Y así van a parar a trabajos disciplinarios unos simples trabajadores!). Sólo más tarde mandaron a delincuentes y Cincuenta y Ochos condenados a largas penas: los *pesados*. Los mismos *urkas* comenzaban ya a temer a esos *pesados*, pues con sus 25 años de condena y en las condiciones de la posguerra, no corrían el riesgo de que les aumentaran la pena por matar a un delincuente: eso ya no se consideraba (como en la época de los canales) una ofensiva del enemigo de clase.

En Revúchiy, la jornada laboral era, en principio, de once horas, se transformaban en quince si contamos el trayecto a pie (5 o 6 km) de ida y vuelta hasta el bosque. Tocaban diana a las 4.30 de la madrugada, y volvían a la zona entre las 7 y las 8 de la tarde. Se acercaban rápidamente, y por tanto también aparecían refractarios. Cuando todos habían partido para el trabajo, hacían formar en fila a esos refractarios y el repartidor de trabajos seleccionaba a los que mandaba «de complemento». A ésos, con alpargatas de cuerda («calzado de estación», a sesenta bajo cero) y chaquetas agujereadas, los sacaban a empellones de la zona. Entonces les soltaban media docena de mastines: «¡A ellos!». Los perros mordían, arañaban y arrastraban por el

suelo a los refractarios hasta que los llamaban de vuelta. Después llegaba un chino con un carro basculante arrastrado por un buey, se cargaba en él a los refractarios, el carro partía y desde lo alto de una loma vaciaba su contenido dentro de una hondonada. Allí abajo estaba el jefe de equipo Liosha Sloboda, que los golpeaba con un palo hasta que se levantaran y se pusieran a trabajar para él. Ese trabajo se lo anotaban para su equipo, y los apaleados recibían 300 gramos de pan, ración de calabozo. (El inventor de ese sistema escalonado ¡era un auténtico Stalin en miniatura!).

Galina Iosifovna Serebriakova, ¿por qué no escribe usted de esto? ¿Por qué en el campo sus personajes no hacen nada, no trabajan en parte alguna y sólo hablan de Lenin y de Stalin? Para un simple trabajador Cincuenta y Ocho, sobrevivir en semejante campo disciplinario es casi imposible.

En la subcomandancia disciplinaria del Sevdjedorlag (comandante, coronel Kliuchkin) en los años 1946-1947 había canibalismo: se mataban hombres para asar su carne y comérsela.

Eso sucedía justo después de la gloriosa victoria histórico-universal de nuestro pueblo.

¡Eh, coronel Kliuchkin! ¿Dónde te hiciste construir la casita para tu retiro?

XVI
Los socialmente-allegados

¡Únete también tú, oh, frágil pluma mía, al concierto de loas a esta tribu! Han sido cantados como piratas, como filibusteros, como vagabundos, como forzados evadidos. Han sido cantados como nobles bandoleros, desde Robin Hood hasta los de opereta; se nos ha asegurado que tienen un corazón sensible, que desvalijan a los ricos y reparten a los pobres. ¡Oh, sublimes compañeros de Karl Moor! ¡Oh, Chelkach[eu], rebelde romántico! ¡Oh, Benia Krik[ev]! ¡Oh, vagabundos y trovadores de Odesa!

Pero ¿acaso la literatura del mundo entero no ha ensalzado a los hampones? No se lo vamos a reprochar a François Villon, pero ni Hugo ni Balzac esquivaron ese sendero, y el mismo Pushkin lo que celebraba en los gitanos era la vena delincuente. (¿Y qué decir de Byron?). ¡Pero jamás los ensalzaron tan larga, unánime y consecuentemente como en la literatura soviética! (Para eso había Altas Razones Teóricas, no eran sólo Gorki y Makarenko). Leonid Utiosov berreó gangosamente desde el escenario, y un público entusiasmado le respondió berreando a la par. ¿Y en qué jerga, sino en la de los bajos fondos, se expresaban aquellos marineros de los mares Negro y Báltico, los *hermanitos* de Vishnevski y de Pogodin? Sólo con el idioma de los malhechores adquirían gracia sus expresiones. ¡Cuantísimos se estremecieron de santa emoción al pintarnos hampones, con su negativismo vital y desenfrenado al principio y su rehabilitación dialéctica al final! Son Maiakovski (y tras él Shostakovich, con su *ballet La señorita y el pícaro*), Leonov, Selvinski, Vera Inber, no acabaríamos. En una época en que la literatura se resecaba por falta de héroe positivo, aquel culto de los delincuentes resultó ser una enfermedad contagiosa. Incluso un escritor como Víctor Nekrasov, tan alejado de la línea oficial, no encontró a nadie mejor que al malhechor Chumak para encarnar el heroísmo ruso *(En las trincheras de Stalingrado). ¡Hasta* Tatiana Iesenina (*Djenia, milagro del siglo XX*), cediendo a la misma hipnosis, nos presentó la «inocente» figura de Venka Caballo de Copas! Tal vez sólo Tendriakov, con su capacidad para observar el mundo sin prejuicios, nos pintara por primera vez al hampón sin caérsele las babas de entusiasmo (*Tres, siete, as*) mostrándonos toda su bajeza espiritual. Aldan-Semionov estuvo, por lo visto, él mismo en un campo, pero su *Bajorrelieve en las rocas* es puro cuento: se inventa cómo, influido por el comunista Petrakov, a quien todos los bandidos respetan porque conoció personalmente a Lenin y participó en el

aplastamiento de Kolchak (motivación absolutamente legendaria de tiempos de Averbach), el ladrón Sashka Alexandrov forma un equipo de acercosos, y no sólo no *vive de ellos* (¡como de hecho ocurría!, ¡como bien lo sabe Aldan-Semionov!), sino que, ¡aún se preocupaba por su alimentación!, ¡y con ese fin gana dinero a las cartas a contratados libres! ¡Como si todos no necesitaran ese dinero para drogas! ¡Qué historia tan absurda para nuestros años sesenta, qué peste a naftalina!

Sucedió en el campo de la Puerta de Kaluga. Cierta noche de verano, en 1946, un malhechor se echó de bruces sobre el alféizar de una ventana del segundo piso y, una tras otra, se puso a entonar a plena voz todo su repertorio de canciones truhanescas. Estas atravesaban sin la menor dificultad el puesto de guardia y las alambradas, se las oía en la acera del Paseo de Kaluga, en la parada del trolebús y en el parque Neskuchni. Celebraban la «buena vida», los asesinatos, el robo, el pillaje. Y no sólo no hubo ni un celador, educador o guardián que se lo impidiera, sino que a nadie se le ocurrió siquiera hacerle la menor observación. Debemos pensar, pues, que la propaganda de la delincuencia no estaba reñida en absoluto con nuestro régimen social, no le suponía amenaza alguna. Entretanto, sentado en un rincón de la zona, yo pensaba: ¿Qué pasaría si ahora se me ocurriera a mí subir al segundo piso y, desde la misma ventana y con voz igualmente estentórea, cantara algo sobre el destino del prisionero de guerra, por el estilo de ¿*Dónde estás, dónde estás*?, ¿que había oído en el servicio del contraespionaje del frente, o si ahí mismo compusiera algo sobre el destino del simple soldado, humillado y pisoteado por sus superiores? ¡El jaleo que se armaría! ¡Cómo echarían todos a correr! ¡En el acto traerían la escalera de bomberos para bajarme, no esperarían a dar la vuelta! ¡Me pondrían una mordaza, me atarían las manos, me «enrollarían» otra condena! En cambio, el facineroso canta, los moscovitas libres lo escuchan, y parece que así es como debe ser…

Todo eso se produjo paulatina, *históricamente*, como suele decirse entre nosotros. En la antigua Rusia existía (y aún existe en Occidente) una concepción errónea de los hampones como irreformables, como criminales permanentes («el núcleo de la criminalidad»). Por eso apartaban de ellos a los presos políticos durante los traslados y en las mismas cárceles. Por eso la administración, como lo atestigua P. Iakubovich, rompía sus libertades y su autoridad en el mundo de los presos, les prohibía el acceso a cargos representativos y a puestos lucrativos, se ponía abiertamente del lado de los otros penados. «Miles de ellos desaparecieron para siempre en la isla Sajalín». La antigua Rusia tenía una sola fórmula para los criminales reincidentes: «¡Doblegarles la cerviz bajo el férreo yugo de la ley!». (Urusov). Así, en 1914, los ladrones no eran los amos, ni en el país ni en las prisiones rusas.

Pero cayeron las cadenas, resplandeció la libertad. Con la deserción de millones de hombres en 1917, luego con la guerra civil, se desbocaron las pasiones humanas, y ya de ningún modo querían las cervices doblegarse bajo el yugo; por otra parte, se les declaró que ni falta hacía. Encontraron muy útil y divertido que fueran enemigos de la propiedad privada y, por tanto, una fuerza revolucionaria; había que integrarla en

las filas del proletariado, no ofrecería dificultad alguna. A todo eso, les iba creciendo el relevo en número inaudito, con los huérfanos de la guerra civil, niños abandonados que sobrevivían sólo con la delincuencia. Se calentaban junto a los calderos de asfalto de la NEP y hacían sus pinitos cortando el asa de los bolsos de señora y extrayendo las maletas de los compartimientos de tren por medio de ganchos que introducían por las ventanillas. Ahora bien, razonemos socialmente: La culpa la tiene el *medio*, ¿no es cierto? ¡Reeduquemos, pues, a esos saludables *lumpen* e introduzcámoslos en el régimen de una existencia consciente! Así se crearon las primeras comunas, las primeras colonias y se filmó *Camino a la vida*. (Pero habían olvidado un detalle: los niños abandonados aún no eran *ladrones de ley*, y el que se rehabilitaran esos pequeñuelos no significaba nada: no todos habían tenido tiempo de estropearse).

Ahora, después de cuarenta años, permítasenos echar una mirada al pasado y preguntar, perplejos: ¿quién reeducó a quién? ¿Los chequistas a los *urkas* o los *urkas a* los chequistas? Un *urka* que se convierte al chequismo pasa a ser un *perra*, los demás *urkas* lo acuchillan. Pero el chequista que asimile la psicología del *urka* será un *eficiente* comisario-instructor de los años treinta y cuarenta o un *voluntarioso* jefe de campo, será bien visto por sus superiores, ascenderá rápido.

Y esa psicología de *urka* es muy sencilla, muy fácil de asimilar:

1. ¡Quiero vivir y disfrutar, los demás que se…!
2. Tiene razón el más fuerte.
3. No te [des]uellan, no te menees. (Es decir: mientras no te toquen a ti, no salgas en defensa de los apaleados. Espera tu turno).

¡Pegar a enemigos dóciles uno por uno! Suena muy familiar esa regla. Eso hacía Hitler. Eso hacía Stalin.

¡No nos habrá dado la lata Sheinin con el «original código» de los hampones, con su palabra de «honor»! Te lo crees y resultan puros Quijotes y patriotas. Pero tú tropiézate con una jeta de ésas en la celda o en el coche celular…

¡Basta de mentiras, plumas mercenarias! ¡Vosotros sólo observasteis a los hampones desde la borda de un barco o desde la mesa del juez de instrucción! ¡Nunca os encontrasteis con ellos cuando estabais indefensos!

Los *urkas* no son Robin Hood. Cuando hay que robar a un acercoso, roban al acercoso. Cuando hay que arrancar sus últimos calcetines a un hombre que se está congelando, se los arrancan sin más. Su gran lema es: «¡Tú muérete hoy, yo, mañana!».

Pero, a lo mejor, ¿es cierto que son patriotas? ¿Por qué no roban al Estado? ¿Por qué no desvalijan las villas *especiales*? ¿Por qué no detienen los largos automóviles negros? ¿Por qué esperan encontrar de ellos al vencedor de Kolchak? No, simplemente, porque los automóviles y las villas están bien defendidos. Porque depósito y almacenes están bajo la égida de la ley. Porque el realista Stalin comprendió, desde hace tiempo, que todas esas historias de reeducación de los

hampones son sólo palabras altisonantes. Y encauzó su energía en otra dirección: contra los ciudadanos de su propio país.

Éstas fueron las leyes durante treinta años (hasta 1947): ¿por defraudación, desfalco, robo al Estado, robo del Tesoro nacional?, ¿por un cajón sacado de un depósito, tres patatas de un koljós?, ¡diez años! (¡Y veinte a partir de 1947!); ¿por robo *libre*?, ¿por desvalijar un piso, por llevarse en un camión todo lo que una familia logró reunir durante su vida entera?; ¡si no ha habido homicidio, *hasta un año*, a veces 6 meses!

La indulgencia es lo que multiplica a los ladrones.

Mediante esas leyes, el poder estaliniano les dijo claramente a los *urkas*: ¡robad donde queráis, menos a mí! ¡Robad a los particulares! Total, la propiedad privada es un eructo del pasado (en tanto que la propiedad personal**[ew]** es la esperanza del porvenir)…

Y los *urkas* comprendieron. Tan intrépidos en sus canciones y sus relatos, ¿fueron acaso a robar allí donde era difícil, peligroso, donde se jugaban la cabeza? ¡No, hombre! Ávidos y cobardes, enfilaron obedientemente hacia donde se les indicaba: desnudar a peatones indefensos, desvalijar pisos sin protección…

Años veinte, treinta, cuarenta, cincuenta… ¿Quién no recuerda esa amenaza suspendida sobre la cabeza de cada ciudadano: no salgáis de noche; no vuelvas tarde; no lleves reloj; no tengas dinero encima; no dejes el piso vacío? Pestillos, postigos, perros… (Los humoristas que no fueron desvalijados en su día ironizan hoy sobre los fieles perros guardianes**[217]**)…

¡Cuántas víctimas saben que la Policía ni se tomó el trabajo de buscar a los ladrones, ni abrió expediente, para no estropearse la estadística!

¿Para qué tanto trabajo en atraparlo, si total le caerán sólo seis meses, de los que le descontarán tres? ¿Y lo llevarán siquiera ante los tribunales? Es que los fiscales**[218]** «disminuyen la delincuencia» (como les exigen en cada congreso) por el curioso procedimiento de echar tierra al asunto, sobre todo si se prevén muchos acusados.

Por fin, seguro que habrá reducción de penas y, claro está, precisamente para los criminales. De modo que, vayan teniendo cuidado, testigos, pronto estarán todos de vuelta y ¡una puñalada al que atestiguó!

Conclusión: si ves que a tu vecino se le meten por la ventana, le roban la cartera, le abren la maleta, ¡cierra los ojos, pasa de largo! ¡Tú no has visto nada!

¡Así nos educaron tanto los ladrones… como las leyes!

En Septiembre de 1955, la *Literaturnaia Gazieta* (que habla atrevidamente de muchas cosas, menos de literatura) derramaba, en un largo artículo, abundantes lágrimas de cocodrilo: cierta noche, en una calle de Moscú, mataron a un hombre, larga y escandalosamente, bajo las ventanas de dos familias. Se aclaró posteriormente que ambas familias (¡nuestras, soviéticas!) se habían despertado con el ruido, habían mirado por la ventana, pero no salieron a prestar ayuda: las mujeres no habían dejado a sus maridos. Y otro inquilino (¿tal vez él también se había despertado entonces? En

todo caso, eso no se menciona), miembro del Partido desde 1916, coronel retirado (y evidentemente aburrido por la inactividad) se arrogó las obligaciones de fiscal. Empezó a recorrer juzgados y redacciones exigiendo que esas dos familias fueran llevadas ante los Tribunales por *complicidad* en homicidio. El periodista tronaba también: ¡el delito no está previsto por ningún artículo del Código, pero es una vergüenza, una vergüenza!

Sí, una vergüenza, mas ¿para quién? Como es costumbre en nuestra Prensa prefabricada, el artículo decía todo, menos lo esencial. Menos lo siguiente:

1) La amnistía «Vorochilov», de 27 de marzo de 1953, inundó el país entero con una oleada de asesinos, bandidos y ladrones, que con mucho trabajo se había logrado atrapar después de la guerra. (Indultar a un ladrón es arruinar a un hombre honrado).

2) Existe en el Código Penal (de 1926)**[ex]** el absurdísimo artículo 139 sobre el «límite de la legítima defensa», según el cual no tienes derecho a sacar tu cuchillo antes de que el criminal haya levantado el suyo sobre tu persona, ni de apuñalarlo antes de que te haya apuñalado él. ¡De lo contrario, te juzgarán a ti! (¡Pero no existe en nuestra legislación un artículo que establezca que el peor asesino es aquel que ataca al débil!). Ese temor de sobrepasar el límite de la legítima defensa lleva a la debilitación completa de nuestro carácter nacional. A la salida del cine, un golfo se puso a golpear a Zajarov, soldado del Ejército Rojo. Este sacó una navaja y mató al agresor. ¡Le dieron diez años, igual que por homicidio a secas! «Pero ¿qué debía haber hecho?», se asombraba Zajarov. El fiscal Artsichevski le contestó: «Debías haber huido».

Y bien, ¿QUIÉN cría a los golfos?

3) Por el Código Penal, el Estado prohíbe a los ciudadanos la posesión de armas de fuego o armas blancas, pero, ¡*no toma sobre sí* su protección! ¡El Estado deja a sus ciudadanos a merced de los bandidos, y a través de la Prensa se atreve a incitar a la sociedad «a resistirse» a esos bandidos! Resistirse *¿con qué?* ¿Con paraguas? ¿Con rodillos de amasar? Primero multiplicaron a los bandidos y después se pusieron a organizar contra ellos «milicias populares» parapoliciales que, al actuar *al margen de la ley*, se convierten a veces ellas mismas en bandas. Y sin embargo, ¡qué fácil habría sido desde el primer momento «doblegarles la cerviz bajo el yugo de la ley»! ¡Pero otra vez tenemos a la Única Doctrina Científica de por medio!

¿Qué habría pasado si esas mujeres hubieran dejado a sus maridos y éstos hubieran salido con palos? Los habrían matado los bandidos, es lo más probable. O, si no, habrían matado ellos a los bandidos e ido a parar a la cárcel por sobrepasar la legítima defensa. En ambos casos, el coronel retirado habría podido saborear el acontecimiento durante el paseo matinal de su perro.

En cambio, la auténtica manera de hacer las cosas por sí mismos, como la vemos en la película francesa *El muelle de las brumas*, donde unos obreros, sin avisar a las autoridades, atrapan por su cuenta a los ladrones y les dan su castigo también por cuenta propia, ¿no habría sido interpretada entre nosotros como insubordinación?

¿Acaso entre nosotros puede existir semejante disposición de ánimo y podría filmarse semejante película?

¡Pero eso no es todo! Aún hay otro rasgo importante de nuestra vida pública que favorece a ladrones y bandidos: EL MIEDO A LA PUBLICIDAD. Nuestros diarios están llenos de noticias, que no interesan a nadie, sobre las victorias en el frente de la producción, pero jamás encontraremos informes de procesos o noticias de crímenes. (Es que, según la Progresiva Teoría, la delincuencia es fruto de la división en clases; como aquí no existen clases, tampoco existe la delincuencia y, por tanto, no se la puede mencionar en los diarios. ¡No iremos a suministrar datos a la Prensa americana para afirmar que en materia de delincuencia estamos a la par de ellos!). Cuando en Occidente se comete un homicidio, las fotografías del criminal llenan las paredes de los edificios, miran a los parroquianos desde el mostrador en los bares, desde las ventanas de los tranvías, y el criminal se siente como una rata acorralada. Si entre nosotros se comete el más cínico de los asesinatos, la Prensa calla, no hay retratos, el criminal huye a otra provincia a cien kilómetros y vive allí tranquilamente. Y el ministro del Interior no tiene que justificarse ante un Parlamento ni explicar por qué el criminal no ha sido hallado todavía: nadie sabe nada del suceso, salvo los habitantes de aquel pueblecito. Si lo encuentran, bien, y si no, también. Después de todo, un asesino no es un emigrante clandestino, no resulta tan peligroso (para el Estado) como para dar orden de busca y captura.

Con la criminalidad pasa como con la malaria: se ha informado una vez que ya está erradicada, y en adelante ya no se permite prescribir tratamiento contra ella, ni diagnosticarla.

Naturalmente, tanto el Juzgado como la Policía desean *cerrar el caso*, pero eso lleva a un formalismo que sirve aún más los intereses de los verdaderos asesinos y bandidos: acusan del delito no aclarado a *cualquiera*, al primero que pillan; lo más frecuente es que le *cuelguen* varios delitos a quien ya tenga uno. Basta con recordar el caso de Piotr Kizilov**[219]**, condenado sin pruebas a ser fusilado dos veces (!) por un asesinato que NO había cometido, o el otro caso (semejante) de Alecseintsev**[220]**. Si la carta del abogado Popov (en el caso Kizilov) hubiera llegado al *Times* en lugar de a *Izvestia*, aquello habría terminado con la destitución de la Real Cancillería en pleno o con una crisis ministerial. En cambio, aquí, a los cuatro meses se reunió el Comité Provincial del Partido (¿a santo de qué el Comité Provincial? ¿Es que el Tribunal ha de rendirle cuentas?) y habida cuenta de la «juventud e inexperiencia» del juez de instrucción (en ese caso, ¿por qué confían el destino de un hombre a gente así?) y de «su participación en la guerra patria» (¡lo que es a NOSOTROS, no nos la tuvieron muy en cuenta en su día!) a algunos les hicieron constar una observación en su hoja de servicios y a otros se contentaron con amenazarlos con el dedo. En cuanto al principal verdugo, Iakovenko, culpable de haber recurrido *a la tortura* (¡y eso sucedía después del XX Congreso!), aún hubo que esperar un año y medio para que aparentemente lo condenaran a tres, pero siendo de la casa, habiendo actuado según

el reglamento, cumplido órdenes, ¿de veras se los van a hacer purgar? ¿Por qué tanta crueldad? En cuanto al abogado Popov, de ése habrá que ocuparse para hacerle la vida imposible en la capital: ¡que aprenda el principio truhanesco y pansoviético: «no te [des]uellan, no te menees»!

De ese modo, toda persona que intervenga contra la injusticia aún se arrepentirá tres veces, ocho veces de haberlo hecho. De ese modo el sistema punitivo se vuelve un estímulo para los delincuentes, y durante decenas de años proliferaron éstos como un moho invasor en todo el país, en las cárceles y en los campos.

* * *

Y todo lo ilumina la Teoría elevada y santificadora. Nuestros literatos, y no los menores, decidieron que los delincuentes eran nuestros aliados para la construcción del comunismo. Eso mismo se expuso en manuales de política reeducativo-laboral soviética (¡existieron, se editaron!), en tesis y artículos científicos de concentracionología, y más eficazmente, en los reglamentos que sirvieron de base a los funcionarios de los campos. Todo ello se deduce de la única Teoría Científica que explica toda la multiforme vida de la Humanidad por la lucha de clases y sólo ella.

Éstos son los argumentos que se esgrimen: los criminales profesionales no pueden, en ningún aspecto, ser confundidos con elementos capitalistas (es decir, ingenieros, estudiantes, agrónomos y monjitas); estos últimos son permanentemente hostiles a la dictadura del proletariado, en tanto que los primeros son *sólo* (!) políticamente inestables. (¡Un pistolero a sueldo sólo es políticamente inestable, ése es su único defecto!). El *lumpen* no es un propietario; por tanto, no se puede aliar con sus enemigos de clase; preferirá hacerlo con el proletariado (¡esperad sentados!). Por esa razón, en la terminología oficial del GULAG los bautizaron *socialmente-allegados* (dime con quién andas)…; por esa razón, en los reglamentos repetían una y otra vez: ¡*otorgar confianza* a los criminales reincidentes!; por esa razón se ordenó a través de la Sección Educativo-Cultural, explicar insistentemente a los delincuentes la identidad de sus intereses de clase con los de todos los trabajadores, formar en ellos «una actitud de desdeñosa hostilidad hacia los *kulak* y contrarrevolucionarios». (¿Recuerdan a Averbach: «¡él te enseñó a robar; tú solo no lo habrías hecho!»?). Y de «*utilizar* esa disposición de ánimos». (¿Recuerdan: «¡es necesario atizar la lucha de clases en el campo!»?).

G. Minaiev, un ladrón *que lio el petate*[221], me dirige una carta en la *Literaturnaia Gazieta*[222]: «… incluso me enorgullecía pensando que a pesar de ser un ladrón, yo no era ni un traidor ni un renegado. No perdían una sola ocasión para tratar de hacernos comprender, a nosotros los ladrones, que todavía éramos recuperables para la patria y que, aunque pródigos, seguíamos siendo hijos. ¡En cambio, para los “fascistas” no hay lugar en la Tierra!».

Y también se razonaba así en teoría: hay que estudiar y utilizar las *mejores cualidades* de los delincuentes. ¿Les gusta lo romántico? Pues entonces a «rodear las órdenes de las autoridades del campo con un halo de romanticismo». ¿Tienden al heroísmo? ¡Ofrézcanles el heroísmo del trabajo! (¡… habrá que ver si lo aceptan!). ¿Se entusiasman fácilmente? ¡Entusiásmenlos con la emulación! (Para quien conozca los campos y los hampones, cuesta creer que todas esas prescripciones no han sido inventadas por débiles mentales). ¿Son vanidosos? ¿Les gusta hacerse ver? Por tanto, habrá que satisfacer su vanidad con elogios, distinciones, y ¡otorgándoles cargos directivos! ¡Sobre todo a los *pajanes*[ey], para poder así utilizar, en beneficio del campo, el prestigio que han adquirido a los ojos de los demás delincuentes! (Así mismo lo dice la monografía de Averbach: el prestigio de los *pajanes!*).

Cuando esa armoniosa teoría descendía a tierra en el Archipiélago, el resultado era el siguiente: los delincuentes más redomados y endurecidos eran investidos de un poder ilimitado en las islas, en los *lagpunkts* y comandancias. Un poder sobre la población de su país, sobre campesinos, burgueses e intelectuales, que en su vida habían soñado tener, que nunca tuvieron en ninguna época y en ningún Gobierno, y que ahora transformaba a todos los demás en sus esclavos. ¿Qué bandido, pues, se habría negado a ejercer semejantes prerrogativas? Los *ladrones centrales*, hampones de primera fila, eran los amos absolutos de los *lagpunkts*. Vivían en «cabinas» o tiendas de campaña separadas en compañía de sus esposas de turno (o bien iban pasando una tras otra las más atractivas de sus súbditas, las intelectuales del Cincuenta y Ocho y las estudiantes jovencitas daban una agradable variedad a su menú. En el Norilag, Chavdarov fue testigo de cómo una golfa proponía al facineroso de su hombre: «¿Te invito a koljosiana? ¡Dieciséis añillos! ¿Quieres?». Era una niña campesina, traída al Norte para diez años por un kilo de grano. Se le ocurrió resistirse, pero la otra pudo con ella bien pronto: «¡Que te mato! ¿Voy a ser yo menos que tú? ¡Bien me acuesto yo debajo de él!»). Tenían sus «seises», servidumbre elegida entre los trabajadores, para vaciarles el orinal. Cocinaban aparte para ellos con la escasa carne y las pocas grasas destinadas a la olla común. Los maleantes de rango menos elevado cumplían *funciones directivas* en calidad de distribuidores de faenas, auxiliares de intendencia, comandantes; por las mañanas, armados de palos, se apostaban a la salida de una tienda para dos, y ordenaban: «¡Afuera sin último!». Los de más ínfima ralea eran utilizados para pegar a los refractarios, es decir, a aquellos que ya no tenían fuerzas para arrastrarse hasta el trabajo. (El jefe de la península de Taimyr llegaba en automóvil a la salida al trabajo y se deleitaba viendo cómo los *urkas* apaleaban a los Cincuenta y Ochos). Finalmente, los delincuentes capaces de *gorjear*, se lavaban el cuello y pasaban a ser *educadores*. Pronunciaban discursos, daban clases de moral a los Cincuenta y Ochos, vivían de lo robado y obtenían la libertad antes de término. En Belomorcanal, uno de esos educadores socialmente allegados sin entender nada de obras públicas, tenía el derecho de anular las disposiciones técnicas adoptadas por un jefe de obras socialmente hostil.

Y no sólo era el paso de la teoría a la práctica, sino que también se garantizaba la armonía en la vida diaria. Los delincuentes estaban contentos, y las autoridades, tranquilas: se ahorraban el trabajo de apalear y de gritar, de resolver problemas e incluso de aparecer por la zona. Y para el propio sistema de opresión, así era mucho mejor: los delincuentes la llevaban a cabo con mayor cinismo, mayor ferocidad y sin el menor temor de tener que responder por ello ante la ley.

Pero incluso allí donde no colocaban a los ladrones de autoridades, los seguían privilegiando mucho, por la misma teoría de clases. Que los hampones salieran de la zona de habitación, era el mayor sacrificio que se les podía pedir. En los lugares de trabajo podían hacer lo que les diera la gana: tumbarse, fumar, contar relatos de facinerosos (victorias, fugas, actos heroicos), tostarse al sol en verano y calentarse junto al fuego en invierno. La escolta nunca tocaba sus fogatas, en tanto que las de los Cincuenta y Ochos las pisoteaba y dispersaba. En cuanto a los *cúbicos* (de madera, de tierra, de carbón), se los apuntaban luego a cargo de esos mismos Cincuenta y Ochos[223]. Y, por añadidura, hasta los llevaban a congresos de trabajadores de choque y encuentros de reincidentes (Dmitlag, Belomorcanal).

Una de esas golfas, Beregovaia, cuyo nombre podrán encontrar en los gloriosos anales del Volgocanal, era el azote de todas las casas de reclusión en que fue a parar, armaba grescas en todas las comisarías. Si alguna vez se le ocurría trabajar por capricho, luego destruía todo lo que había hecho. En julio de 1933 la enviaron al Dmitlag con un rosario de condenas. Luego viene un capítulo de pura leyenda: entra en la *India* y se asombra (ese asombro es lo único verosímil) de no oír obscenidades ni ver jugar a las cartas. Según parece, se apresuran a explicarle que los delincuentes aquí están cautivados por su trabajo. Decide inmediatamente ir a los trabajos de desmonte e incluso trabaja «bien» (léase: le apuntan cúbicos ajenos, ¡basta con ver esa cara!). Sigue un capítulo verdadero: en octubre (cuando comienzan los fríos) va a ver al médico y, sin estar enferma, le pide (¿con un puñal en la manga?) algunos días para recuperarse. El médico accede de buen grado (¡!… siempre dispone de muchas plazas). Además, la distribuidora de faenas, Poliakova, era una vieja compinche de Beregovaia, y por propia iniciativa le agregó dos semanas más para quedar mirándose las uñas, anotándole salidas falsas (es decir, le seguían anotando cúbicos a cuenta de los de a pie). Y fue ahí donde, admirada por la buena vida de la distribuidora, Beregovaia decidió *emperrarse* ella también. El día en que Poliakova la despertó para ir a la concentración matutina, declaró que no piensa ir a cavar la tierra antes de haber desenmascarado las maquinaciones de Poliakova con las salidas al trabajo, el rendimiento y las raciones de pan (la gratitud no era su fuerte). Logró una entrevista con el comisario (los delincuentes no temen a los comisarios, no los amenaza ninguna segunda condena, pero ¡que intente negarse a salir así una «contrarrevolucionaria»!), y en el acto la nombraron jefe de un equipo masculino «atrasado» (por lo visto, se comprometería a romperle la cara a esos acercosos); después estuvo de distribuidora en lugar de Poliakova; luego, de educadora en el barracón de mujeres (¡esa boca

sucia, fullera y ladrona!) y finalmente, de directora de un sector de obras (¡o sea, que ya daba órdenes a ingenieros!). Y en todos los cuadros de honor del Dmitlag figuraba esa *perra* de dientes afilados, con chaqueta de cuero y cartera (apañadas de alguien). Manos acostumbradas a pegar a los hombres, ojos de bruja…, ¡pues a ella precisamente la glorifica Averbach!

Así es de fácil el camino para los delincuentes en el GULAG. ¡Un pequeño escándalo, una delación…, y se convierten en amos y señores, despedazan y pisotean sin tener que rendir cuentas a nadie!

Podrán objetarme que sólo los *perras* aceptan esas funciones, en tanto que los «ladrones honrados» siguen observando la ley del hampa. Pero yo personalmente, con tantas ocasiones como tuve de observar a unos y otros, jamás noté que una grey fuera más noble que la otra. Eran los ladrones honrados quienes arrancaban con un atizador los dientes de oro de los estonianos. Eran ellos los que ahogaban a los lituanos en las letrinas porque se negaban a entregarles sus paquetes (Kraslag, 1941). Los que desvalijaban a los condenados a muerte. Los que asesinaban porque sí a un compañero de celda, el primero que pillan, con tal de iniciar una nueva instrucción y un nuevo juicio, para pasarse el invierno calientes o salir del campo duro que les había tocado. Y no hablemos ya de menudencias como desnudar y descalzar a alguien en la nieve, o robarle la ración de pan.

¡No, ni la piedra da fruto alguno ni el ladrón da bien ninguno!

Los teóricos del GULAG se indignaban: en el campo, los *kulaks* ni siquiera consideran a los ladrones como verdaderos seres humanos (manifestando con ello —decían— la bestialidad de su interior).

Pero ¿cómo considerarlos seres humanos, si te arrancan el corazón para chuparlo? Todas sus «románticas libertades» son libertades de vampiros[224].

* * *

Pero ¡basta ya! Hablemos también a favor de los delincuentes. Sí, tienen un «código original» y una original concepción del honor. Claro que su originalidad consiste no en ser patriotas, como desearían nuestros administradores y nuestros literatos, sino en ser materialistas consecuentes y piratas redomados. Y por más que la dictadura del proletariado los mimara, nunca la respetaron ni por un momento.

¡Es una tribu que ha llegado a la tierra para VIVIR! Ahora bien, como el tiempo que les toca pasar en la cárcel es casi tan largo como el que pasan fuera de ella, quieren arrancar las flores de la vida también allí dentro, ¡y qué les importa para qué sirve esa cárcel y lo que puedan sufrir otros en ella! Son rebeldes y se aprovechan de los frutos de esa rebeldía. ¿Por qué habrían de preocuparse por los que agachan la cabeza y mueren esclavos? ¿Tienen hambre? Pues arrasan con todo lo que ven comestible y sabroso. ¿Tienen sed? Pues venden a la escolta lo que han robado a sus vecinos, por vodka. ¿Quieren dormir cómodamente? Pues con todo su aire de

matones, consideran completamente honroso transportar a todas partes su almohada y su manta, o mejor aún, su edredón (aparte que es donde mejor se puede esconder un cuchillo). Aman el solecito, y ya no pueden ir a las playas del mar Negro, se tuestan sobre los techos de los edificios en construcción, en las canteras de piedra, en la entrada de los pozos de las minas (¡que se meta bajo tierra quien sea más tonto!). Tienen músculos magníficamente cultivados, formando bolas. Confían su bronceada piel al tatuaje, con lo cual ven constantemente satisfechas sus necesidades artísticas, eróticas y hasta morales, pueden contemplar amor en otros en pechos, vientres y espaldas, poderosas águilas posadas sobre una roca o volando en el cielo, soles con rayos en todas direcciones, hombres y mujeres acoplados, así como los órganos de su deleite por separado; de pronto, al lado del corazón, a Stalin o a Lenin, o ambos a la vez (pero eso tiene el mismo valor que la crucecita que pende de su cuello). A veces se reirán con un maquinista que echa carbón en el mismo trasero, o con un mono que se masturba. Y leerán los unos sobre los otros inscripciones que no por familiares les resultan menos queridas: «Los baratos a»… (suena victorioso, como «Yo, el rey Asurbanipal»)…, o bien, sobre el vientre de una de sus chiquillas: «¡Mi vida por una buena…!». E incluso una modesta moral en un brazo que hundió ya más de diez veces un cuchillo entre costillas: «¡Recuerda lo que decía tu madre!». «¡Recuerdo las caricias, recuerdo a mi madre!». (Los delincuentes profesan el culto a la madre, pero de una manera formal, sin cumplimiento de sus mandamientos).

Para realzar más sus precarias existencias, son adictos a las drogas. La más accesible de todas es la marihuana (que se extrae del cáñamo); la llaman la *plantita*, y lían cigarrillos con ella. La celebran, agradecidos, en sus canciones:

> *Ah, plantita, plantita, hierbecita de Dios*
> *consuelo de todos los* shirmaches…[225]

Ciertamente, no reconocen la institución de la propiedad privada sobre la Tierra, lo cual, efectivamente, los separa de los burgueses y de los comunistas que poseen dachas y automóviles. Se apoderan de todo lo que encuentran a lo largo de su existencia (siempre que no presente demasiados riesgos). Incluso cuando no les falta nada, tienden a apoderarse de lo ajeno porque, a un ladrón, todo bocado que no se roba le resulta insípido. Usan la ropa robada mientras esté nueva, y cuando se cansan de ella se la juegan a los naipes. Se pasan noches enteras jugando, actividad que les depara las más fuertes sensaciones de su existencia: en eso superan de lejos a los nobles rusos de siglos pasados. Pueden jugarse *un ojo* (al que pierde se lo arrancan allí mismo) o *su propia persona* (para ser utilizada contra natura). Cuando lo han perdido todo, declaran «registro» en la celda, el barco o el barracón, encuentran algo más, y el juego prosigue.

Luego, los delincuentes detestan el trabajo. Pero ¿y por qué habrían de amarlo, si no lo necesitan ni para comer, ni para beber, ni para vestirse? Claro, eso les impide

identificarse con la clase obrera (pero ¿tanto ama el trabajo la propia clase obrera? ¿No será que si se esfuerza es sólo por el miserable dinero, por no tener otro medio de ganarlo?). Los delincuentes no sólo son incapaces de «entusiasmarse con el trabajo», sino que éste les resulta repugnante y saben demostrarlo de manera harto teatral. Por ejemplo, cuando en una comandancia agrícola los obligan a salir de la zona para ir a rastrillar avena, no se contentarán con simplemente sentarse a descansar, sino que además juntarán todos los rastrillos y las horquillas, les prenderán fuego y se calentarán junto a aquella hoguera. (¡A ver, capataz socialmente hostil, decide tú lo que hay que hacer…!).

Trataron de hacerles luchar por la patria, pero fue en vano: para ellos la patria es el mundo entero. Los *urkas* movilizados partían en convoyes militares y cantaban, meciéndose:

¡Nuestra causa es recta!
¡Nuestra causa es tuerta!
¿Por qué corren todos?
¡Dime tú, por qué!

Luego robaban cualquier cosa, los detenían y volvían a mandarlos a su querida cárcel de la retaguardia. Incluso cuando los trotskistas supervivientes presentaban solicitudes para ir del campo al frente, los *urkas*, jamás. Sin embargo, cuando el Ejército se fue acercando a Europa, y comenzó a percibirse olor a trofeos bélicos, se apresuraron a vestir uniforme y marcharon a saquear tras las fuerzas de campaña (llamaban a eso, en broma, el «Quinto Frente ucraniano»).

Pero (y en eso son muchos más firmes que los Cincuenta y Ochos) ninguno de esos *Djenka Djogol*, o *Vaska Kishkenia*, que torciendo la boca pronuncian con veneración la sagrada palabra «ladrón», ninguno de ellos ayudará jamás *a reforzar la cárcel*: clavar estacas, extender alambre de espinos, cavar la antezona, remozar el puesto de guardia, arreglar la iluminación de la zona. En eso está el honor del hampón. ¡La cárcel ha sido creada contra su libertad, y él no puede trabajar para la cárcel! (Por lo demás, sabe que por su negativa no le van a dar el artículo 58, mientras que al desdichado enemigo del pueblo lo colgarían inmediatamente por sabotaje contrarrevolucionario. Es la impunidad la que vuelve temerarios a los malhechores, en tanto que gato escaldado, del agua fría huye).

Ver a un delincuente con un diario en la mano es cosa absolutamente imposible, pues han decidido de una vez por todas que la política es una pérdida de tiempo que no tiene nada que ver con la verdadera vida. Tampoco leen libros, o muy de tarde en tarde. Pero adoran la literatura oral, y el narrador que después del toque de queda sepa *devanarles novelones*, siempre será respetado y bien alimentado con el fruto de sus rapiñas (como todos los narradores y bardos en los pueblos primitivos). Esos novelones son una mezcolanza fantástica y bastante uniforme de literatura barata

sobre el gran mundo (¡obligatoriamente el gran mundo!), con abundancia de vizcondes, condes y marqueses, y de leyendas del hampa, con sus autoalabanzas, jerga propia y concepciones peculiares de la «buena vida», que el héroe siempre termina alcanzando: la condesa se acuesta en su «catre», sólo fuma cigarrillos marca «Kazbek», luce una «cebolla» (reloj) y sus «andamios» (zapatos) están siempre brillantes.

Nicolai Pogodin fue enviado, en comisión de servicio, al Belomorcanal, hizo gasto, y no poco, a cuenta del contribuyente, pero no vio nada, no entendió nada de los delincuentes, se lo inventó todo. Pero como en toda nuestra literatura, durante cuarenta años, no hubo nada sobre los campos, salvo su obra (y después, película), habremos de comentarla aquí.

La pobreza de sus ingenieros presos que beben las palabras de sus educadores y aprenden de sus labios lo que es la vida, ni siquiera merece comentario. Pero hablemos de sus *aristócratas*, los delincuentes. Pogodin se las ingenió para no advertir en ellos ni siquiera ese simple rasgo, que *quitan por ley del más fuerte*, y no roban del bolsillo a hurtadillas. A todos ellos, sin excepción, los pinta como raterillos, carteristas, los presenta así en la obra hasta hacerse pesado, más de una docena de veces. Sus *urkas* hasta se roban unos a otros (totalmente absurdo: sólo roban a los *fráiers*, y todo se entrega al *patán*). Tampoco entendió (o no quiso entender) Pogodin los auténticos estímulos del trabajo en los campos: el hambre, los golpes, la responsabilidad colectiva del equipo. Ni siquiera se enteró de quién en el campo es «camarada», y quién «ciudadano». Se aferró a una sola cosa: la «proximidad social» de los delincuentes (eso se lo apuntaron en la dirección del canal en Medvezhka, si es que no Gorki, en Moscú) y se lanzó a mostrarnos la *reeducación* de los hampones. Y el resultado fue un libelo contra ellos, tanto que hasta yo siento deseos de tomar su defensa.

¡Los delincuentes son mucho más inteligentes de lo que los pinta Pogodin (y Sheinin), nunca se dejarían comprar por esa *reeducación* barata, simplemente porque su visión del mundo está más cerca de la vida, es más coherente que la de sus carceleros y está exenta por completo de todo elemento idealista! Porque todas esas declamaciones para que seres hambrientos trabajen y mueran al pie del cañón son idealismo puro. Y si en una conversación con el ciudadano jefe o con un corresponsal de Prensa de Moscú, o en algún estúpido mitin se les llenan los ojos de lágrimas y les tiembla la voz, es simple teatro para obtener algún privilegio o una reducción de pena, ¡en ese mismo instante, en su interior, el delincuente se está muriendo de risa! Los hampones saben muy bien apreciar una broma (contrariamente a los escritores de la capital). ¡Es imposible que el *perra* Mitia entre solo y desarmado en la celda del RUR, y que el *pajón* local, Kostia, se esconda de él bajo las tarimas! Kostia, por supuesto, tiene preparado un cuchillo, y si no lo tiene se le echará encima para estrangularlo, y uno de los dos caerá muerto. Aquí es al contrario: no es cosa de broma, pero Pogodin pinta una farsa vulgar. Suena terriblemente a falsa la historia de

la reeducación de Sonia (¿por qué? ¿Qué razón le obligó a empuñar la carretilla?), como asimismo la de Kostia. ¡Y los dos ladrones que pasan a la escolta (eso lo pueden hacer *comunes*, pero nunca *criminales*)! ¡Y la emulación laboral entre equipos, totalmente imposible para *urkas* inteligentes y cínicos (como no sea en son de guasa)! Y la nota más falsa y disonante de todas: ¡los malhechores solicitan reglas para construir una comuna!

No se podría calumniar más cruelmente a esa gente ni hacerla aparecer más estúpida: ¡unos delincuentes que solicitan un reglamento! Ellos conocen perfectamente sus reglas, desde el primer hurto hasta la última puñalada en la carótida. Saben cuándo se permite pegar a un hombre que está caído, cuándo arremeter cinco contra uno, cuándo atacar a uno dormido. Para la comuna *suya*, tienen reglas de mucho antes del «Manifiesto Comunista».

Su comuna, o más exactamente su mundo, es un mundo aparte dentro de nuestro mundo, y las severas leyes que desde hace siglos garantizan su solidez no depende en absoluto de nuestra legislación *fráier*, y ni siquiera de los congresos del Partido. Tienen sus propias reglas de jerarquía, por las cuales sus *pajanes* no tienen ninguna necesidad de hacerse elegir, sino que al entrar en la celda o en la zona ya vienen revestidos de la corona del poder y son inmediatamente reconocidos como jefes. Esos *pajanes* tienen a veces una inteligencia privilegiada, y siempre una clara comprensión de la cosmovisión ladronesca, así como bastantes robos y muertes a sus espaldas. Tiene sus propios tribunales («reglatorios»), basados en el código del «honor» y la tradición de los bandidos. Las sentencias de dichos tribunales son despiadadas y se cumplen inexorablemente, aunque el condenado esté en otra zona, a cien leguas de distancia. (Las formas en que llevan a cabo la ejecución son insólitas: por ejemplo, saltan todos, por turno, desde las tarimas superiores, sobre un hombre tirado en el suelo, hasta hundirle la caja torácica).

A los que no son delincuentes los llaman *fráiers*. El mundo de los *fráiers* significa el mundo de los hombres en general, de todos los hombres normales, y precisamente ese mundo de hombres en general, ese mundo *nuestro*, con su moral, sus costumbres de vida y su manera de conducirse unos con otros, es lo que más odian los delincuentes, lo que más escarnecen y lo que más contraponen a su propio medio antisocial.

No, no fue la *reeducación* lo que comenzó a quebrar la espina dorsal del mundo delictivo (la *reeducación* sólo contribuía a que retornaran más pronto a nuevas depredaciones), sino cuando, en los años cincuenta, haciendo caso omiso de la lucha de clases y del parentesco social, Stalin ordenó meter a los hampones en «aisladores», en celdas de incomunicación, e incluso que construyeran para ellos nuevas cárceles (los ladrones las llamaban *cerradoras*).

En esas *cerradoras* o *enterradoras* los ladrones no tardaban en marchitarse, desmoronarse y perecer. Porque un parásito no puede vivir en la soledad. Necesita

vivir *encima de alguien*, adherido a él.

XVII
Los menores de edad

¡Cuántas caras tiene el Archipiélago, cuántos rictus! ¡Por dondequiera que se lo mire, no hay mucho que admirar! Pero quizás el perfil más repugnante lo presente la bocaza que engulle a los menores de edad, los *malolietki*.

Los *malolietki* no tiene nada que ver con los niños abandonados, los *besprizorniki*, ese hervidero de ladronzuelos cubiertos de harapos grises que se calentaban junto a los calderos de brea y sin los cuales es imposible representarse la vida urbana de los años veinte. En las colonias de delincuentes infantiles (desde 1920 existía una dependiente del Comisariado del Pueblo para Educación Nacional; sería interesante saber en qué situación estaba la delincuencia infantil antes de la Revolución), en las casas de trabajo para menores (existieron de 1921 a 1930, estaban provistas de rejas, cerrojo y un cuerpo de guardia tal que si nos atuviéramos a la vetusta terminología burguesa forzosamente deberíamos llamarlas cárceles) y desde 1924 también en las «comunas de trabajo» de la OGPU, alojaban a esos *besprizorniki* recogidos en la calle, pero nunca a niños provenientes de familias. Los habían dejado huérfanos la guerra civil, el hambre, el fusilamiento o la desaparición de sus padres en el frente, y la justicia de entonces intentaba realmente arrancarlos de esa universidad del delito que era la calle, para integrarlos en una vida ciudadana normal. En las comunas de trabajo habían empezado a enseñarles oficios de taller y de fábrica; en las condiciones de desempleo de aquellos años significaba una posición ventajosa, y muchos rapaces aprendían de buen grado. A partir de 1930 el Comisariado para la Justicia agregó a su red de establecimientos unas escuelas profesionales de tipo especial, las FZU, destinadas a los menores que estaban cumpliendo condena. Los jóvenes delincuentes tenían que trabajar de cuatro a seis horas diarias, por lo que cobraban el salario establecido por el Código Soviético de Trabajo, y el resto del tiempo estudiaban o se divertían. De haber seguido así, tal vez habrían llegado a arreglarse las cosas.

Pero ¿de dónde procedían los delincuentes infantiles? Procedían del artículo 12 del Código Penal de 1926, que permitía condenar a niños a partir de DOCE AÑOS por robo, violación, lesiones y homicidio (se incluía implícitamente el artículo 58 también), pero condenarlos con moderación, no «al carrete entero» como a los adultos. Eso era ya la primera gatera al Archipiélago para los futuros *maldietki*, pero no era aún la puerta grande.

No dejemos de fijarnos en esta interesante cifra: en 1927, los detenidos de dieciséis (los más jóvenes, por lo visto, no se cuentan) a veinticuatro años constituían el 48 % del total de la población penal[226]. ¡Ello significa, pues, que casi la *mitad* del Archipiélago lo constituían jóvenes que la Revolución de Octubre había sorprendido entre las edades de *seis a catorce años*! ¡Diez años después de la revolución victoriosa, esos muchachos y muchachas se encontraron en la cárcel, formando, por añadidura, la *mitad* de su población! Eso no concuerda mucho con la lucha contra las supervivencias de la conciencia burguesa heredadas del antiguo régimen, pero los números cantan. Y nos demuestran que el Archipiélago jamás estuvo desprovisto de juventud.

Pero *hasta qué punto* había de ser joven se decidió en 1935. En ese año, el Gran Malhechor volvió a dejar impresa en la maleable arcilla de la Historia la marca de su dedo. En medio de hazañas tales como la purga de Leningrado y la purga de su propio partido, hizo un hueco para acordarse de los niños, de esos niños que tanto amaba, de los que era el Mejor Amigo y en cuya compañía no perdía ocasión de hacerse fotografiar. Y al no ocurrírsele otro medio de meter en cintura a esos malvados bribonzuelos, a esos hijos de cocinera que proliferaban de día en día y que cada vez transgredían con mayor atrevimiento la legalidad socialista, falló y ordenó que a partir de la edad de doce años (su adorada hija iba aproximándose entonces a esa edad, y él mismo podía darse cuenta de modo tangible de lo que eso representaba) se condenara ¡AL CARRETE ENTERO! Es decir, «con aplicación de todas las penas previstas por la ley», como aclaró el decreto del Comité Central Ejecutivo y del *Sovnarkom* del 7 de abril de 1935 (es decir, incluyendo también el fusilamiento).

Ignorantes, en aquellos años prestábamos poca atención a los decretos. Más bien nos dedicábamos a contemplar los retratos de Stalin con una niña morena en brazos… Menos aún los leían los propios chiquillos de doce años. Pero los decretos seguían saliendo. Decreto del 10-XII-40: a partir de la edad de doce años, juzgar igualmente por «colocación de objetos diversos en los raíles de la vía férrea» (claro, entrenamiento de jóvenes terroristas). Decreto del 31-V-41: por todos los delitos que no estén previstos en el artículo 12, juzgar a partir de los catorce años.

De pronto, surge una pequeña molestia: comienza la Guerra Patria. ¡Pero la Ley es la Ley! Y el 7 de julio de 1941, cuatro días después del despavorido discurso de Stalin, en los momentos en que los tanques alemanes avanzan sobre Leningrado, Smolenko y Kiev, se promulgó un nuevo decreto del Presidium del Soviet Supremo; es difícil decidir por qué nos resulta actualmente más interesante, si por su despreocupado academismo, que muestra de qué problemas tan importantísimos se ocupaba el poder en aquellos días febriles, o por su mismo contenido. Ocurría que el fiscal general de la URSS (¿Vichinski?) se había quejado al Soviet Supremo del Tribunal Supremo (es decir, que el propio Benefactor tuvo conocimiento de ese expediente), por aplicación judicial incorrecta del decreto del año 1935: resulta que condenaban a las criaturitas sólo por delitos *dolosos*. ¡Pero era una blandenguería

intolerable! ¡Y en el fragor de la guerra nos aclara el Presidium: semejante interpretación no corresponde al texto de la ley, introduce limitaciones no previstas por la misma…! Y de acuerdo con el fiscal, se le explica al Tribunal Supremo que debe condenar a los niños, con aplicación de todas las penas previstas por la ley (es decir, «al carrete entero»), asimismo en los casos en que hubieran cometido el delito no intencionadamente, sino ¡por *imprudencia*!

¡Así se hace! ¡Quizás en toda la Historia universal nadie se había aproximado tanto a la solución final del problema infantil! ¡A partir de los 12 años por imprudencia, e incluyendo el fusilamiento**[227]**! ¡Sólo entonces se taparon todas las madrigueras para los ratoncillos depredadores y se protegieron las espigas de los koljoses! ¡Ahora, finalmente, iban a llenarse los graneros y florecer la vida, y los niños viciosos de nacimiento a encarrilarse por la larga senda de la enmienda!

¡Y no se estremeció ninguno de los fiscales del partido, también ellos padres de niños como ésos: fueron firmando sin dificultades las órdenes de detención! ¡Y no se estremeció ninguno de los jueces del partido: con la mirada serena fueron condenando criaturitas a tres, cinco, ocho y diez años de campos comunes!

¡Por arrancar espigas, no les daban a esos menudos menos de ocho años!

¡Por llenarse el bolsillo de patatas (¡un bolsillo de un pantaloncito de niño!), también ocho años!

Los pepinos no se cotizaban tanto. A Sasha Blojin, por diez pepinos del huerto del koljós, sólo le dieron 5 años.

En Chinguirlaus, provincia de Kustanai, Lida, una muchachita hambrienta, de 14 años, se fue a recoger en la calle, mezclado con polvo, un hilillo de grano que iba regando tras de sí un camión (de todos modos, condenado a perderse). Pues la condenaron sólo a *tres* años, por la circunstancia atenuante de que, si bien había robado propiedad socialista, no lo hizo directamente del campo o de un granero. A lo mejor, otra circunstancia que contribuyó a suavizar la pena fue el hecho de que ese mismo año (1948), el Tribunal Supremo, a pesar de todo, había aclarado que si la apropiación revestía el carácter de travesura infantil (pequeño hurto de manzanas en un jardín) no se debía condenar. Por analogía, el Tribunal debió de decidir que también ahí podía ser un poquito más clemente**[ez]**. (Pero nosotros deducimos, a *sensu contrario*, que entre 1935 y 1948 *sí condenaban* por hurtar manzanas).

A muchísimos los condenaban por haber huido de las FZU. Es cierto que por ello imponían sólo seis meses. En los campos los llamaban en broma los «condenados a muerte». Pero broma o no, observemos esta escena con «condenados a muerte» en un campo del Extremo Oriente: se les ha confiado el transporte de los excrementos fuera de la letrina. Un carro sobre dos enormes ruedas, y encima, un enorme barril lleno de líquido nauseabundo. Los «condenados a muerte» se enganchan en grupo a las varas del vehículo, mientras otros empujan por detrás y por los costados (con cada oscilación, el contenido del barril los salpica profusamente), en tanto que unos *perras* de mejillas coloradas y traje de cheviot, ríen a carcajadas y hacen avanzar a las

criaturitas a garrotazos. Durante el traslado en barco de Vladivostok a Sajalín (1949), los *perras*, bajo amenaza de su cuchillo, *aprovechaban* a esos pequeñitos. De modo que a veces con seis meses es suficiente.

Cuando esas criaturas de doce años comenzaron a traspasar, en la prisión, el umbral de la celda de adultos, igualados a los adultos como ciudadanos de pleno derecho, igualados en las increíbles condenas, casi de misma duración que toda su vida anterior, igualados en la ración de pan, en la escudilla de *balanda*, en el hueco en las tarimas, la vieja expresión de la reeducación comunista «menores de edad» empezó a perder fuerza, se desdibujó, y el mismo GULAG dio a luz el sonoro término que tan descarado suena en ruso: *malolietka*. ¡Y con amargo orgullo la empleaban también, refiriéndose a sí mismos, esos amargos ciudadanos que sin serlo todavía de su propio país, ya lo eran del Archipiélago!

¡Así de precoz y de extraña fue su mayoría de edad, así se hicieron hombres y mujeres, franqueando las puertas de una cárcel!

Sobre esas cabecitas de doce, de catorce años, se abatió un régimen que hombres ya hechos y derechos no podían sobrellevar. Pero en virtud de las leyes de la juventud, esos jóvenes no se dejaron aplastar por él, sino que se compenetraron, se adaptaron a él. Así como en edad temprana no se tiene la menor dificultad en aprender nuevos idiomas y en asimilar nuevas costumbres, de ese mismo modo los chiquillos atraparon *al vuelo* tanto la lengua del Archipiélago (que es la lengua de los hampones), como su filosofía (¿y de quién es esa filosofía?).

De esa vida extrajeron ellos lo más inhumano, toda su savia envenenada y purulenta, y lo hicieron de una manera tan sencilla, que podría pensarse que era ese mismo líquido, y no la leche materna, lo que habían mamado cuando aún eran niños de teta.

Se compenetraban tan rápidamente con la vida del campo (ni siquiera al cabo de semanas, sino de días), que parecía que esa vida no los asombraba, que no tenía nada nuevo para ellos, que era la continuación natural de su vida de ayer cuando estaban en libertad.

Por cierto, que estando en libertad tampoco se habían criado entre algodones: no eran hijos de papás ricos y poderosos quienes arrancaban espigas, se llenaban los bolsillos de patatas, llegaban tarde al taller y escapaban de las FZU. Los *malolietki* eran hijos de trabajadores. Aun en libertad entendían perfectamente que la vida se basa en la injusticia. Pero no todo se les presentaba en su cruda desnudez; algunas cosas se ocultaban con un discreto velo; otras, las suavizaban las cariñosas palabras de la madre. Pero, en el Archipiélago, los pequeños vieron el mundo tal como se presenta a los ojos de los cuadrúpedos: ¡Sólo la fuerza es ley! ¡Sólo el depredador tiene derecho a vivir! ¡También nosotros, los adultos, vemos así el Archipiélago, pero tenemos la posibilidad de oponerle nuestra experiencia, nuestras reflexiones, nuestros ideales y todo lo que hemos leído hasta ese día! En cambio, los niños asimilan con ese divino poder de la asimilación que tiene la infancia. Y en pocos *días* se convierten

en bestias, o peor aún que bestias, por carecer de toda noción ética (al hundir nuestra mirada en los enormes y dulces ojos de un caballo, al acariciar las orejas gachas de un perro culpable, ¿cómo negarles un sentido de la ética?). Y el *malolietka* aprende: ¡si hay dientes más débiles que los tuyos, arráncales el trozo que están mordiendo: es tuyo!

Hay dos formas básicas de tener a los *malolietki* en el Archipiélago: en colonias infantiles separadas (fundamentalmente para menores de quince años), y los mayores, en campos mixtos, la mayor parte de las veces en compañía de inválidos y mujeres.

Los dos sistemas aseguran por igual el desarrollo en ellos de una maldad animal y ni uno de ellos libera a los pequeños de crecer en el espíritu de los ideales de los bandidos.

Conozcamos a Iura Iermolov. Cuenta que desde los doce años (en 1942), veía alrededor de sí muchos engaños, robos y estraperlo, y a raíz de eso se hizo su composición de lugar: no roba ni engaña *sólo quien tiene miedo*. ¡Pero yo no quiero tener miedo a nada! O sea, que voy a robar y engañar y vivir bien. No obstante, durante cierto tiempo su vida siguió otro rumbo. Se entusiasmó en la escuela con el espíritu de los preclaros ejemplos. Pero habiendo llegado a calar al Amadísimo Padre (¡laureados y ministros afirman que eso estaba por encima de las posibilidades humanas!), a los catorce años escribió un pasquín: «¡Abajo Stalin! ¡Viva Lenin!».

Entonces, le agarraron, le pegaron, le aplicaron el 58-10 y lo encerraron con *malolietki* comunes. E Iura Iermolov no tardó en asimilar la ley de los ladrones. La espiral de su existencia iba enrollándose más y más, y ya a los catorce años cumplía su «negación de la negación»: había retornado a la concepción de la delincuencia como lo más elevado y lo mejor de la vida.

Y ¿qué es lo que encontró en la colonia infantil? «Todavía más injusticias que en la vida corriente. La dirección y los celadores viven a expensas del Estado, amparándose tras el sistema educativo. Parte de la ración de los pequeños va directamente de la cocina al estómago de los educadores. A los niños los golpean con botas, los mantienen en el terror para que sean obedientes y silenciosos». (Aquí corresponde explicar que la ración de los más jóvenes no es la ración ordinaria de los campos. Habiéndolos condenado a largos años de cárcel, no por eso deja el Gobierno de ser humanitario y no olvida que esos mismos niños son los futuros amos del comunismo. Por tanto, se ha previsto en su ración un suplemento de leche, mantequilla y carne auténtica. ¿Cómo iban a resistir los *educadores* la tentación de meter su cucharón en la olla de los pequeños? ¿Y cómo hacer que esos pequeños callen si no es a patadas? ¡Algún día, alguno de esos *malolietki* tal vez nos relate una historia aún más sombría que *Oliver Twist*!).

Cuando las injusticias están al orden del día, la única respuesta es: ¡comete injusticias tú también! ¡Y esa deducción, la más sencilla de todas, habrá de regir durante mucho tiempo (si es que no para siempre) la vida de esos niños!

Pero, rasgo interesante, al iniciarse en la batalla contra las crueldades de la vida, los menores no luchan entre sí. ¡No se consideran enemigos! ¡Entran colectivamente en esa batalla como un ejército! ¿Primeros brotes del socialismo? ¿Influencia de los educadores? ¡Bah, déjense de bobadas! ¡Eso es que desciende sobre ellos la ley del hampa! ¡También los ladrones van todos a una, son disciplinados, tienen cabecillas! ¡Y esos niños son sus aprendices, asimilan las sagradas lecciones de sus mayores!

¡Oh, claro que los educan intensivamente! Llegan educadores de tres y de cuatro estrellas para pronunciar discursos sobre la Gran Guerra Patria, sobre la inmortal hazaña de nuestro pueblo, sobre las atrocidades fascista, sobre lo mucho que ama a los niños nuestro magno Stalin, sobre cómo debe ser el hombre soviético. Pero la Teoría Científica de la Sociedad, basada únicamente en la economía y que nunca tuvo la menor noción de psicología, desconoce incluso esa simple ley según la cual todo lo que se repite cinco y seis veces termina por inspirar desconfianza, y más allá, repugnancia. Los pequeños sólo sienten asco por lo que trataban de inculcarles, primero sus maestros de escuela y ahora los educadores que roban en la cocina. (Y hasta el patriótico discurso de un oficial del frente: «¡Muchachos! Os han encomendado la tarea de descoser paracaídas. Es una seda carísima, propiedad de la Patria. ¡Tratadla con cuidado!», no tiene ningún éxito. En su carrera por sobrepasar el plan, y tras la ración suplementaria de cereal, los pequeños terminan por cortar la seda en pedazos y echarlo todo a perder. Sucedió en Krivoshtiekovo). Y de todas esas semillas solamente crecen en ellos las del odio, la hostilidad hacia los Cincuenta y Ochos, la superioridad sobre los enemigos del pueblo.

Eso les servirá más tarde, en los campos comunes. De momento, entre ellos no hay enemigos del pueblo. Iura Iermolov es una *malolietka* exactamente igual que los demás, hace ya tiempo que ha cambiado su estúpida ley política por la sabia ley delictiva. ¡Nadie puede dejar de cocerse en este guiso! ¡Ningún niño puede conservar una personalidad diferenciada: lo pisotearán, lo destrozarán, lo descuartizarán si en el primer momento no se proclama aprendiz de delincuente! Y *todos* prestan ese inevitable juramento… (¡Lector! Coloque allí a los niños DE USTED)…

¿Quiénes son los enemigos de los *malolietki* en las colonias infantiles? Los celadores y los educadores. ¡Pues a luchar contra ellos!

Esos pequeñuelos conocen perfectamente su propia fuerza. Su principal arma es la unidad, la segunda es la impunidad. Desde fuera los trajeron aquí por la ley de los adultos, pero aquí, en el Archipiélago, están protegidos por un tabú sagrado. «¡La leche, jefecito! ¡Trae la leche!», vociferan a coro, golpean las puertas de su celda, destrozan las tarimas, rompen los cristales… Si todo eso lo hicieran los adultos, se los procesaría inmediatamente por rebelión armada o sabotaje económico, pero a ellos ¡nada los amenaza! ¡En seguida les traen la leche!

O por ejemplo, esa columna de chiquillos que cruza la ciudad bajo fuerte escolta, hasta parece que da vergüenza custodiar tan en serio a unos chiquillos. ¡Pero qué va! Estaban confabulados: ¡un silbido, y los que quieren echan a correr en todas

direcciones! ¿Qué puede hacer la escolta? ¿Disparar? ¿A cuál de ellos? ¿Y contra niños…? Con eso terminan todas sus condenas: son ciento cincuenta años que se le escapan de golpe al Estado. ¿Que no os gusta hacer el ridículo? ¡Pues no detengáis niños!

El futuro novelista (aquel que haya pasado su infancia entre *malolietki*) nos contará numerosas hazañas de los mismos, las barrabasadas que armaban en las colonias, las jugadas que les hacían, en venganza, a los educadores. A pesar de la aparente severidad de sus condenas y del régimen interior, la impunidad desarrollaba en ellos una gran audacia.

Aquí relatan ellos mismos una de sus hazañas. Conociendo su manera habitual de actuar, me parece muy digna de crédito. Un grupo de chiquillos asustados y con el semblante alterado acuden a la enfermera de la colonia y le suplican que vaya a ver a uno de sus compañeros que acaba de enfermar gravemente. Olvidando toda prudencia, ella se dirige rápidamente, en compañía de ellos, a su amplia celda, donde se alojan unos cuarenta muchachos. Y entonces comienza un trabajo de hormigas: unos atrancan la puerta y aseguran su defensa, mientras otros, a diez manos, arrancan a la enfermera todo lo que lleva encima, la tiran al suelo, se sientan sobre sus manos y pies, y por turno, cada cual según sus talentos, la violan, la besan, la muerden. Y nadie puede dispararles, y nadie irá a salvar a la enfermera hasta que ellos mismos no la suelten, ultrajada y llorosa.

El interés por el cuerpo femenino se despierta precozmente entre los muchachos, y en las celdas de los *malolietki* se enardece aún más por los relatos jactanciosos y subidos de tono. Por tanto, no pierden ocasión de desahogarse. Aquí tienen un episodio. En pleno día y a la vista de todo el mundo, en la zona de Krivoshtiekov (*lagpuntk* n.º 1), están sentados cuatro muchachitos y discuten acaloradamente con Liuba una *malolietka* como ellos que trabaja en el taller de encuadernación. En un momento dado, ella les hace una objeción brusca, y los cuatro varones se levantan de golpe, la agarran de los pies y la sujetan cabeza abajo, de modo que la muchachita se encuentra en una posición absolutamente indefensa, las manos apoyadas en el suelo y la falda cayéndole sobre la cabeza. Los cuatro golfillos la mantienen así un buen rato, mientras que con sus manos libres la acarician a gusto. Luego la bajan, sin brusquedad. ¿Cuál es la reacción de Liuba? ¿Pegarles? ¿Huir? No. Se vuelven a sentar como antes, y la discusión prosigue.

Aquí se trata de adolescentes de unos dieciséis años, y la zona pertenece a un campo mixto de adultos. (En esa misma zona se encuentra aquel barracón de quinientas mujeres, donde las uniones se hacen a la vista de todo el mundo y que los pequeños frecuentan dándose importancia como si fueran adultos).

En las colonias infantiles los niños trabajan cuatro horas y dedican otras cuatro al estudio (por lo demás, todo ese estudio es pura *tujta*). Una vez trasladados a un campo de adultos, deberán trabajar una jornada de diez horas, sólo que con normas de trabajo reducidas, en tanto que las de alimentación se calcularán como para adultos.

Los trasladan aproximadamente a la edad de dieciséis años, pero la escasa alimentación y un mal desarrollo en el campo, y antes de él, les confiere, a esa edad, la apariencia de niños endebles, retrasados en su estatura, en su inteligencia y en sus intereses. Según el tipo de trabajo que se les encomiende, a veces los tienen en equipos separados, otras, los integran en los equipos comunes con inválidos. Ahí se les exige «trabajo físico aliviado», que es, simplemente, trabajo infantil indígena.

Después de la colonia infantil, su vida cambia fundamentalmente. Ya no existe la ración para niños, codiciada por los guardianes, y los guardianes dejan de ser el principal enemigo. Aparecen nuevos personajes. Ancianos en los que uno puede probar sus fuerzas. Mujeres en las que uno puede probar su virilidad. Y también verdaderos ladrones de carne y hueso, sección de asalto del campo, que con sus imponentes jetas aceptan de buen grado presidir la formación mental de los pequeños y entrenarlos para el robo. Aprender con ellos es tentador; no aprender, imposible.

Tal vez el término «ladrón» le suene a un lector *libre* un poco como a reproche… ¡Entonces no ha entendido nada! En el mundo del hampa, esa palabra se pronuncia como «caballero» entre los nobles, y tal vez incluso con más respeto, y no a viva voz, sino más bajo, como un término sagrado. Convertirse algún día en un ladrón digno de ese nombre es el sueño dorado del *malolietka*, es el motor que mueve toda su cohorte. Incluso el más independiente de ellos

Adolescente que meditas sobre tu futuro[fa]

no podría hallar mejor destino.

Cierta vez, en la cárcel de tránsito de Ivanov, me tocó pasar la noche en la celda de esos menores. Mi vecino de tarima era un muchacho delgaducho de más de quince años, creo que llamado Slava. Me pareció que cumplía con todo el ritual del *malolietka* con una especie de desgana, como si se sintiera ya demasiado crecido para ello o le aburriera. «Ese muchacho —pensé— no está aún perdido; es más inteligente que los demás, y pronto se alejará de ellos». Nos pusimos a conversar. El chico era de Kiev, uno de sus padres había muerto; el otro lo abandonó. Slava había empezado a robar antes de la guerra, a eso de los nueve años siguió robando «cuando volvieron los nuestros» después de la guerra, y me explicaba —con una sonrisa pensativa y desprovista de alegría, demasiado precoz para sus quince años— que en lo futuro pensaba vivir únicamente del robo. «Usted comprende —me decía muy razonablemente—, la profesión de obrero no da más que para pan y agua. Yo tuve una mala *infancia*, y ahora quiero vivir bien». «¿Y qué hacías bajo los alemanes?», pregunté yo, rellenando dos años que se había saltado, los de la ocupación de Kiev. El muchacho sacudió la cabeza: «Bajo los alemanes estuve trabajando. Qué se cree, ¿que con ellos se podía robar? ¡Lo fusilaban a uno en el acto!».

En los campos de adultos, los menores mantienen el rasgo característico de su conducta, la cohesión en el ataque y la cohesión en la defensa. Eso los hace fuertes y

los libera de todo tipo de limitación. En su conciencia no existe ningún instrumento de control que separe lo permitido de lo que no lo está, y por supuesto, ni la menor noción del bien y del mal. Para ellos el bien es lo que quieren, el mal lo que les molesta. Y si en seguida asimilan esa manera insolente y descarada de comportarse, es porque ésa es la conducta que más conviene asumir en el campo. Allí donde la fuerza no les sirve, recurren a la astucia y al engaño. El *malolietka* puede adoptar un aire de santito, conmoverle hasta las lágrimas, mientras sus compinches le vacían el saco por detrás. Su rencorosa horda en pleno conseguirá vengarse de quienquiera, y para no tener líos con ellos, nadie acude en ayuda de la víctima. El objetivo está cubierto, los enemigos están desunidos, y los *malolietki* se lanzan en jauría todos sobre uno. ¡Y son invencibles! Son tantos en caerle a uno encima, que no da tiempo a distinguirlos, reconocerlos, recordarlos. No alcanzan los brazos y las piernas para defenderse de ellos.

Relata H. I. Suzi algunas imágenes del *lagpunkt* n.º 2 (disciplinario) de Krivoshtiekov, en el Novosiblag. Viven en enormes (capacidad aproximada, 500 personas) chozas semisubterráneas, cavadas en la tierra a una profundidad de un metro y medio. Las autoridades no se inmiscuyen para nada en la vida de la zona (ya ni eslóganes, ni conferencias). Hampones y *malolietki* imponen la ley. Casi ni mandan a trabajar (y casi ni alimentan). En cambio, sobra el tiempo.

En ese momento pasa un equipo escoltando su canasto de pan. Los chiquillos inician un simulacro de pelea entre ellos, se empujan unos a otros y hacen volcar el canasto. Los reclusos se lanzan a recoger las raciones del suelo. De veinte sólo alcanzan a atrapar catorce. De los *malolietki* que se «peleaban» no queda ni rastro.

El comedor en ese *lagpunkt* es un entablado absolutamente inadecuado para el invierno de Siberia. El pan y la *balanda* han de ser transportados unos ciento cincuenta metros en la nieve, de la cocina a la choza. Para los viejos inválidos, es una aventura difícil y peligrosa. Se esconden el pan en el pecho, debajo de la camisa, y con las manos heladas y temblorosas agarran la escudilla. De pronto, con la velocidad del rayo, aparecen, de no se sabe dónde, dos o tres de esos diablos, derriban al viejo, lo palpan a seis manos y desaparecen con la misma velocidad con que aparecieron. El pan ha volado, la *balanda* se ha derramado, la escudilla vacía queda tirada, el viejo se esfuerza en levantarse. (Y los demás reclusos que han visto todo esto se apresuran a alejarse del lugar peligroso para poner a buen recaudo su propio pan). Cuanto más débil es la víctima, tanto más despiadados son los *malolietki*. Por ejemplo, a un anciano completamente debilitado le roban el pan abiertamente, arrancándoselo directamente de las manos… El viejo llora, suplica que se lo devuelvan: «¡Me voy a morir de hambre!». «¡De todos modos vas a reventar pronto, qué más da!». O se ponen de acuerdo para asaltar a los inválidos en un recinto vacío y glacial, justo delante de la cocina, donde siempre pasa mucha gente. Voltean a su víctima, se sientan sobre sus manos, sus pies, su cabeza, revisan todos sus bolsillos, le quitan el tabaco, el dinero, y desaparecen.

Martinson, un letón alto y fuerte, comete la imprudencia de aparecer en la zona con unas botas de cuero marrón (habían pertenecido a un piloto inglés) anudadas con cordones hasta lo alto de la pantorrilla. No se las quita ni de noche. Y anda tranquilo, confiado en su fuerza. Pero lo vigilan, y basta que se recueste un momento en el estrado del comedor, para que una horda se abalance de pronto sobre él, se esfume con la misma celeridad con que había aparecido, y las botas desaparezcan. ¡Todos los cordones han sido cortados, las botas, arrancadas! ¿Buscarlas? ¡Bah, ¿para qué?! Por intermedio de un celador (!) las botas son inmediatamente enviadas fuera de la zona y vendidas allí a alto precio. (¡Qué no envían los *malolietki* fuera de la zona! Cada vez que las autoridades del campo, apiadándose de su juventud, les entrega algo un poco mejor para vestir o calzar o unos tristes restos de colchón arrancados a los Cincuenta y Ochos, todo eso se transforma a los pocos días, en tabaco, y los chiquillos vuelven a vestir harapos y a dormir sobre las tablas desnudas de las tarimas).

Para el imprudente hombre libre que haya entrado en la zona con su perro, será suficiente un instante de distracción para que a la noche pueda comprar fuera de la zona la piel de ese perro: en menos de lo que canta un gallo, el animal ha sido atraído, degollado, desollado y guisado.

¡Nada más hermoso que el robo y el bandidaje! Divierten y alimentan. Pero un cuerpo joven también necesita desentumecer simplemente las piernas, jugar por jugar, correr sin rumbo. Si les entregan martillos para hacer cajones, luego los blandirán alegremente y hundirán clavos (incluso las chicas) en lo primero que tengan a mano: mesas, paredes, troncos de árboles. No cesan de luchar entre sí, y no sólo para voltear canastos de pan, sino que luchan de verdad y se persiguen por las tarimas y los pasillos. Y no les importa pisar piernas u objetos, hacer caer cosas, ensuciar, despertar, lastimar: ¡están jugando!

Todos los niños son turbulentos, pero en la vida corriente, a pesar de todo, existen padres (no más que en nuestros tiempos, «a pesar de todo»), hay maneras de frenarlos, de ponerles un límite, de impresionarlos, de castigarlos o mandarlos a otra parte, todo ello imposible en el campo. Influir de algún modo en ellos por medio de razonamientos es absolutamente imposible; la palabra humana no ha sido creada para esa especie, sus oídos no dejan entrar nada que les sea inútil. Cuando los ancianos irritados tratan de frenarlos poniéndoles la mano encima, los bombardean con objetos pesados. ¡Para ellos todo es diversión! Apoderarse de la camisa de un inválido, por ejemplo, y jugar con ella a pasársela de mano en mano, obligándolo a él a correr detrás como si fuera otro chiquillo. ¿Que se ha ofendido, se ha marchado? ¡Pues no la verás más! La venderán fuera de la zona, la cambiarán por tabaco. (Después se le acercan, inocentes: «¡Abuelo, danos fuego! ¡Está bien, no te enfades! ¿Por qué te fuiste? ¡Hubieras seguido jugando!»).

Para los adultos, padres y abuelos, esos juegos violentos de los *malolietki* en un campo donde se vive con tanta estrechez, pueden resultar más penosos y ultrajantes que su bandidaje y su hambrienta voracidad. Para un hombre de cierta edad resulta

muy humillante verse reducido al mismo nivel que esos mocosos, ¡y si fuese sólo al mismo nivel! No; entregado a su arbitrio.

Los *malolietki* actúan sin mala intención, no lo hacen por ofender, no fingen; no, únicamente que consideran que *seres humanos* son sólo ellos y los ladrones de peso. Así les hicieron comprender el mundo, y a eso se atienen. ¡Véanlos en el momento del cese del trabajo: se precipitan en medio de la columna de reclusos adultos muertos de fatiga, destrozados, que a duras penas se sostienen sobre sus piernas, ensimismados en una especie de sopor o en sus recuerdos! Si los chiquillos empujan, no es porque quieran colocarse en primera fila; eso no les reportaría nada, sino, simplemente, por diversión. Discuten ruidosamente, a cada instante invocan en vano el nombre de Pushkin («Se lo llevó Pushkin», «se lo tragó Pushkin»), blasfeman en nombre de Dios, Cristo y la Virgen, lanzan las peores obscenidades referentes a todo tipo de desviaciones sexuales sin sentirse cohibidos en lo más mínimo por la presencia de mujeres viejas, y mucho menos, de las jóvenes. En ese corto tiempo dentro del campo han logrado liberarse como nadie de las trabas de la sociedad. Durante los interminables pases de lista en la zona, los mocosos se persiguen mutuamente, se lanzan como torpedos contra la muchedumbre de reclusos, haciéndolos trastabillar y caer los unos encima de los otros («¡Eh, tú, qué haces plantado en medio!»), o si no, dan vueltas corriendo alrededor de un hombre como si fuese un árbol, con la ventaja de que a un hombre se lo puede empujar, tironear, hacer caer.

Eso ya resulta intolerable en condiciones normales, pero cuando la vida de un hombre está destrozada, cuando lo han hundido en un foso sin salida para aniquilarlo, cuando la muerte por inanición está ya apoderándose de su cuerpo y en sus ojos sólo hay oscuridad, no es posible elevarse por encima de sí mismo y sentir simpatía hacia la juventud que juguetea de una manera tan cándida en ese lugar tan siniestro. No, esos hombres adultos agotados por la fatiga y los sufrimientos se sienten invadidos por la rabia y les gritan: «¡Que la peste os lleve, cachorros de serpiente…! ¡Carroña, perros sarnosos…! ¡Ojalá reventarais…! ¡Os estrangularía con mis propias manos…! ¡Fieras peores que fascistas…! ¡Os han enviado para aniquilarnos!». (¡Y tanta carga hay en esas exclamaciones, que si las palabras mataran, todos esos mocosos estarían ya muertos!). ¡Sí, realmente parece que los hayan soltado ex profeso, porque, aun pensándolo mucho, las autoridades del campo no podrían haber inventado flagelo peor! (Del mismo modo que en una buena partida de ajedrez las combinaciones empiezan de pronto a surgir espontáneamente, dando la sensación de haber sido sesudamente pensadas con antelación, así son muchos éxitos de nuestro sistema en su empresa de aniquilar seres humanos). Y uno termina convenciéndose de que los diablillos de la mitología cristiana deben de ser como éstos, ¡exactamente iguales!

Tanto más cuanto que su principal entretenimiento y su símbolo, símbolo permanente que usan como gesto de saludo y de amenaza, son *los cuernos*: los dedos índice y mayor separados, como dos cuernecitos movedizos y embestidores. Pero

esos cuernecitos no son para embestir; son para cegar, porque siempre apuntan a los ojos. Está tomado de los ladrones adultos, para quienes significa una seria amenaza: «¡Te saco los ojos, carroña!». Para los *malolietki* constituye la diversión preferida: ¡sin previo aviso, ante los ojos de un anciano aparecen de pronto, surgidos no se sabe de dónde cual la cabeza de una serpiente, dos cuernos, dos dedos que avanzan, que se acercan a los ojos, que van a apretar! El anciano retrocede, ellos, por añadidura, le pegan un empujoncito por delante, mientras otro golfillo se tumba a sus pies por detrás y el hombre se desploma, despatarrado, la cabeza contra el suelo, bajo las alegres carcajadas de los chiquillos. ¡Y ninguno de ellos le ayudará a levantarse! Por lo demás, ni se les ocurre pensar que han hecho algo malo, es simplemente divertido. ¡Y no hay manera de liberarse de esos diablos! Mientras trata de alzar su cuerpo dolorido, el viejo murmura con rabia: «¡Si tuviera una ametralladora…, los tumbaba a todos sin compasión!».

El viejo Z. los odiaba intensamente. «De todos modos, están podridos —decía—, es una peste que se le viene encima a la gente. ¡Hay que irlos aniquilando poco a poco!». Y elaboró un sistema: atrapar a escondidas a uno de ésos, tirarlo al suelo y apoyarle la rodilla en el pecho hasta oír crujir las costillas, pero no hasta el final, sino soltarlo en ese punto. Un chico así, decía Z., ya no vivirá mucho. Pero ningún médico llegará a descubrir de qué se trata. Y Z. había mandado ya a unos cuantos al otro mundo mediante ese sistema, hasta que él mismo terminó apaleado a muerte.

¡El odio engendra el odio! Las negras aguas del odio se esparcen rápidamente sobre una superficie plana. ¡Les es más fácil que remontarse contra aquellos que desde arriba han condenado a la esclavitud a chicos y grandes!

Y, así, gracias a la acción conjunta de la legislación estaliniana, de la educación del GULAG y de la levadura delictiva, se iban gestando empedernidos pequeños fascistas. ¡No podía haberse inventado mejor sistema para convertir en bestia a una criatura! ¡No podían haber hecho entrar más densa y rápidamente todos los vicios del campo en un estrecho pecho infantil!

Incluso cuando no costaba nada suavizar el alma de un niño, los mandamases del campo no lo toleraban: ¡no era objetivo de la educación que *ellos* impartían! Un chico pedía insistentemente que lo trasladaran del *lagpunkt* n.º 1 al n.º 2 del mismo Krivoshtiekov, para reunirse con su padre, que estaba preso en el segundo. No se lo permitieron (es que el reglamento exige separar). Al chico no le quedó más remedio que esconderse en un barril y llegar de ese modo hasta el *lagpunkt* n.º 2, donde durante algún tiempo vivió clandestinamente con su padre. Entretanto, se había armado un gran alboroto, pensaban que se había evadido y revolvían todos los pozos negros con una estaca por si se había ahogado.

Lo difícil es empezar. A los 15 años, a Volodia Sneguiriov le resultó un poco insólito ir a la cárcel. Pero después, entre sus seis condenas se agenció casi un *siglo* (le dieron 25 años dos veces), pasó cientos de días en los BUR y en los calabozos (sus jóvenes pulmones contrajeron tuberculosis) y durante siete años estuvo buscado

por toda la Unión Soviética. Es que después ya estaba bien encaminado por la senda del delito. (Actualmente, con un solo pulmón y siete costillas menos, es un inválido del segundo grupo).

Vitia Koptiaiev está *ininterrumpidamente* en la cárcel desde los doce años. Fue condenado *catorce* veces, de las cuales nueve por evasión. «Aún no he estado legalmente en libertad». Iura Iermolov, después de su liberación encontró un empleo, pero lo echaron porque era más importante dárselo a un soldado desmovilizado. No le quedó más remedio que «iniciar una gira». Y una nueva condena.

Las inmortales leyes estaliniana sobre los *malolietki* estuvieron veinte años en vigor (hasta el decreto del 24 de abril de 1954, un poquito más benigno: liberó a aquellos chiquillos que hubieran purgado más de un tercio de su condena; ¡pero de la *primera* condena! ¿Y si había catorce?). Recogieron veinte cosechas. Veinte edades encaminaron por la senda del crimen y la depravación.

¿Quién se atreve a echar una mancha sobre la memoria de nuestro Gran Corifeo?

* * *

Hay niños tan espabilados, que consiguen *atrapar* el art. 58 a muy temprana edad. A Heliy Pavlov, por ejemplo, se lo dieron a los doce años (de 1943 a 1949, estuvo en una colonia en Zakovsk). Para el 58 ¡no existía *ningún límite de edad*! Incluso en las conferencias de popularización jurídica (Tallin, 1945) lo decían abiertamente. El doctor Usma conoció a un niño de seis años detenido en colonia infantil por el art. 58. ¡Eso sí que es un récord!

A veces, por el qué dirán, el arresto de la criatura se posponía hasta más tarde, pero, de todos modos, siempre terminaba por alcanzar a la persona marcada. Vera Inchik, hija de una mujer de limpieza, se enteró, junto con otras dos niñas, todas ellas de catorce años, que durante la *deskulaquización* los niños pequeños eran abandonados a la muerte. Las tres decidieron («como los revolucionarios de antes») levantar una protesta; la escribieron de su puño y letra en hojas arrancadas del cuaderno escolar, y fueron a pegarlas por las paredes del mercado, esperando una inmediata reacción de indignación general. La hija de un médico, según parece, fue detenida en el acto. En cuanto a la hija de la mujer de limpieza, se contentaron con anotar su nombre en algún lugar. Pero llegó el año 1937, y la detuvieron «por espionaje a favor de Polonia».

¿Dónde, si no es en este capítulo, hemos de recordar también a los niños que quedaron huérfanos por el arresto de sus padres?

Todavía pueden considerarse afortunados los hijos de las mujeres de una comuna religiosa cerca de Josta. Cuando en 1929 fueron enviadas sus madres a las Solovki, con suma indulgencia permitieron que los niños permanecieran en sus casas. Los pequeños se ocupaban ellos mismos de las huertas y de los frutales, ordeñaban las cabras, trabajaban en el colegio de manera ejemplar y mandaban sus calificaciones a

las Solovki, asegurando que estaban dispuestos a sufrir por Dios como lo habían hecho sus madres. (Cae de su peso que el Partido no tardó en ofrecerles esa oportunidad).

A juzgar por el reglamento que ordenaba separar padres e hijos en confinamiento, ¿cuántos de esos *malolietki* habría ya en los años veinte (recordemos aquellos 48 %)? ¿Y quién nos contará su destino…?

Caso de Galia Venediktova. Su padre era un tipógrafo de Petrogrado; su madre, una lencera polaca. Galia recuerda muy bien su sexto aniversario (1933), celebrado alegremente. A la mañana siguiente, al despertar, ni padre ni madre; en su lugar, un militar desconocido que revuelve los libros. A decir verdad, le devolvieron a mamá al cabo de un mes: mujeres y niños viajan libremente a Tobolsk, sólo los hombres van bajo escolta. Allí vivieron juntos menos de tres años; al cabo de ese tiempo, el padre fue fusilado, y la madre murió en la cárcel un mes más tarde. Galia fue recogida y enviada a un orfanato en un monasterio cerca de Tobolsk. Allí las costumbres eran tales, que las niñas vivían en el constante terror de ser violadas. Luego la trasladaron a un orfanato de ciudad. El director les inculcaba: «¡Sois hijas de enemigos del pueblo, y encima os visten y alimentan!». (¡Hay que ver qué clemente es esa dictadura del proletariado!). Galia se volvió como un lobezno. A los once años ya comparecía para su primer interrogatorio *político*. Más tarde le dieron *cinco duros*, que, por lo demás, no cumplió en totalidad. Cumplidos los cuarenta, vive, solitaria, más allá del Círculo Polar, y escribe: «Mi vida terminó con el arresto de mi padre. Ahora mismo lo sigo queriendo tanto, que me da miedo pensarlo. Era otro mundo, y mi alma está enferma de amor por él»… También recuerda Svetlana Sedova: «Jamás podré olvidar aquel día en que sacaron todas nuestras cosas a la calle, y me sentaron a mí encima bajo una lluvia torrencial. Desde los seis años he sido “hija de un traidor a la patria”, y no puede haber nada más espantoso en la vida».

Los metían en hospicios de la NKVD, en casas ESPECIALES. A la mayoría les cambiaban el apellido, sobre todo si lo tenían ilustre. (Iura Bujarin sólo se enteró de su verdadero nombre en 1956. Bueno, y Chebotariov, ¿parece que no era tan ilustre?). Los niños crecían allí perfectamente purificados de la inmundicia de sus padres. Rosa Kovacs, nacida en Filadelfia y traída a este país en temprana edad por su padre comunista, después de haber pasado por los hospicios de la NKVD fue sorprendida por el final de la guerra en la zona americana de Alemania. (¡Qué vueltas da el destino!). ¿Y qué pasó? Volvió a su patria soviética para cumplir los veinticinco años que le correspondían.

Hasta una mirada superficial advierte esa particularidad: también a los niños les llega la hora de aterrizar en esa Tierra de Promisión que es el Archipiélago, a veces al mismo tiempo que sus padres. Por ejemplo Nina Peregud, alumna de octavo de básica. En noviembre de 1941 vinieron a arrestar a su padre. Registro. De pronto Nina recordó que en la estufa había un papel arrugado, pero todavía sin quemar, con una copla suya. Haberlo dejado allí, pero con los nervios decidió romperlo. Introdujo

la mano en el fogón, pero un policía medio dormido la vio y le quitó el papel. Y apareció ante los ojos de los chequistas una horrenda propaganda subversiva escrita con letra infantil:

El gorrión dejó su nido.
Oigo un lejano cucú.
Hoy Smolensko está perdido,
y después será Moscú.

Y expresaba el deseo:

¡Que destruyan nuestra escuela,
estoy harta de estudiar!

Por supuesto, esos serios adultos, dedicados a salvar a la patria en la lejana retaguardia de Tambov, esos caballeros de corazón ardiente y manos limpias, habían de desarticular tan mortal peligro[228]. Nina fue detenida. Para la instrucción le confiscaron las libretas del colegio desde 6.º curso y una fotografía contrarrevolucionaria: una vista de la destruida iglesia de Santa Bárbara. «¿De qué hablaba tu padre?», inquirían los caballeros de corazón ardiente. Nina sólo lloraba. La condenaron a cinco años, más tres de privación de derechos cívicos (aunque no había de qué privarla: aún no tenía derechos cívicos).

En el campo, naturalmente, la separaron de su padre. La atormentaba una rama de lilas blancas: ¡y, entretanto, sus amigas estaban examinándose! Nina sufría como se supone que debe sufrir una criminal en trance de enmienda: ¡qué hizo Zoia Kosmodemianskaia, a mi misma edad, y qué mala soy yo! Los comisarios apretaban esta tecla: «Bueno, aún estás a tiempo de alcanzarla. ¡Ayúdanos!».

¡Oh, corruptores de jóvenes almas! ¡Cuán plácidamente terminaréis vuestra existencia! ¡Nadie os obligará a levantaros y confesar, ruborizados y balbucientes, con qué inmundicia anegabais las almas!

En cuanto a Zoia Leschova, logró superar a toda su familia. Fue así. Padre, madre, abuelo, abuela y hermanos adolescentes fueron todos dispersados en campos lejanos por su fe en Dios. Zoia no tenía más que diez años. La alojaron en un orfanato de la provincia de Ivanovski. Allí declaró que jamás se quitaría la cruz que su madre le había colgado al cuello en el momento de la separación. Y apretó el nudo, para que no vinieran a quitársela mientras dormía. La lucha fue larga, Zoia se exasperaba: «¡Podéis ahogarme, me la quitaréis muerta!». ¡Y entonces, como «ineducable», la mandaron a un orfanato *para subnormales*! Allí estaba la hez, su estilo de *malolietki* peor aún que el descrito en este capítulo. Zoia se mantuvo firme: ni ahí aprendió a

robar y decir groserías. «Una mujer tan santa como mi madre no puede tener una hija criminal. Mejor que sea política, como toda la familia».

¡Y se hizo política! Cuantas más loas cantaban educadores y radio a Stalin, tanto más claramente adivinaba Zoia en él al responsable de todas las desdichas. ¡Y ella, habiendo resistido a los delincuentes, comenzó a arrastrarlos tras sí! En el patio se alzaba una estatua de yeso de Stalin, de tipo estándar. De pronto comenzaron a aparecer en ella todo tipo de inscripciones burlonas y obscenas. (Los *malolietki* aman el deporte, lo importante es encauzarlos debidamente). La administración fue repintando la estatua, montó una guardia, incluso informó al MGB, pero las inscripciones seguían apareciendo, y los chiquillos se morían de risa. Finalmente, una mañana encontraron la cabeza de la estatua derribada y vuelta para arriba con el interior hueco lleno de excrementos.

¡Terrorismo! Llegan los chequistas, comienzan los interrogatorios y las amenazas: «¡Entregadnos a la banda de terroristas; de lo contrario, os *fusilaremos a todos*!». (¿Y después de todo, qué tendría de extraordinario? ¡Mira tú, fusilar a centenar y medio de niños! Si el Grande se hubiera enterado, él mismo habría dado la orden).

No se sabe si los chiquillos se hubieran mantenido firmes o habrían cedido. El hecho es que Zoia Lechova declaró:

—Lo hice todo yo sola. ¿Para qué otra cosa sirve la cabeza del papaíto?

Pues la sometieron a juicio. Y la condenaron a la *máxima pena*, sin broma ninguna. Pero en vista de la inadmisible humanidad de la ley sobre reposición de la pena de muerte (1950), la ejecución de una niña de catorce años parece que no correspondía. Por tanto, le dieron diez años (¡milagro que no fueran veinticinco!). Hasta los dieciocho años estuvo en campos comunes; después, en campos especiales. Su franqueza y el hecho de no tener pelos en la lengua le valieron una segunda y al parecer también una tercera condena.

Ya habían salido los padres y los hermanos de Zoia, pero ella seguía presa.

¡Viva nuestra tolerancia religiosa!

¡Vivan los niños, dueños del comunismo!

¡Que se dé a conocer el país que ame tanto a sus niños como nosotros a los nuestros!

XVIII
Las musas en el GULAG

Se acostumbra decir que en el GULAG todo es posible. La más negra bajeza, la más insospechada traición, el más inesperado encuentro, el amor al borde del precipicio…, todo es posible. Pero si, con los ojos brillantes de entusiasmo, vienen a contarle que alguien ha sido reeducado con medios oficiales por la KVCH, contéstele sin dudarlo un momento: ¡son cuentos!

En el GULAG todos se reeducan; se reeducan por mutua influencia y obligados por las circunstancias; se reeducan de las más diversas maneras y con los más opuestos resultados, pero ni un solo *malolietka*, y mucho menos un adulto, ha sido jamás reeducado por la KVCH.

Sin embargo, para que nuestros campos no se parecieran a «antros de perdición, comunidades de bandidaje, semilleros de reincidentes y transmisores de inmoralidad» (eso eran las cárceles zaristas) les colocaron una sección educativo-cultural: la KVCH.

Porque, como muy bien dijo una de las autoridades de antaño del GULAG, I. Apeter: «A la edificación penitenciaria de los países capitalistas, el proletariado de la URSS contrapone su propia edificación *cultural* (y no sus campos, A. S.). Los establecimientos donde el Estado proletario pone en práctica la privación de libertad… podrán llamarse cárceles o cualquier otra cosa, *no es cuestión de terminología*. Lo que sí puedo decir es que son lugares donde la vida no es exterminada, sino que florece y rebrota[229]»…

No sé cómo habrá terminado Apeter. Creo muy probable que le hayan retorcido el pescuezo en esos mismos lugares donde la vida rebrota. Pero no es cuestión de terminología. ¿Ha comprendido el lector qué era lo principal en nuestros campos? La edificación *cultural*.

La necesidad creó el órgano, y lo multiplicó hasta que sus tentáculos llegaran a la última isla. En los años veinte, se llamaban PVCH (secciones político-educativas), y a partir de los años treinta se transformaron en KVCH. Estaban destinados a remplazar a los capellanes y servicios religiosos de las antiguas cárceles.

Se constituían así. El jefe de la KVCH era un hombre libre, con derechos de subjefe del campo. Seleccionaba a sus educadores (a razón de un educador por 250 pupilos) necesariamente en las «capas próximas al proletariado», por lo que los intelectuales (pequeña burguesía) no le servían (mejor era que fueran a manejar el

pico y la pala). Reclutaban, pues, para educadores a ladrones de dos o tres condenas, bueno, y también estafadores, dilapidadores, estupradores. Así que, un mozo de ésos, bien atildadito, condenado a cinco años por violación con circunstancias atenuantes, enrollaba su diario, se lo ponía bajo el brazo y se dirigía al barracón de los Cincuenta y Ochos a ofrecerles una charla sobre «La importancia del trabajo en el proceso de la enmienda». Los educadores están mejor colocados que nadie para conocer esa importancia, porque a ellos mismos los «dispensan del trabajo productivo». En esas mismas capas socialmente-allegadas se recogía a los *militantes* de la KVCH, pero esos militantes no estaban dispensados del trabajo (lo más a que podían aspirar era derribar, con el tiempo, a uno de los educadores y ocupar su lugar, lo que creaba en la KVCH una atmósfera particularmente amistosa). El educador debe asistir, por la mañana, a la salida al trabajo de los reclusos; luego, inspeccionar la cocina (donde le darán bien de comer), y después, bueno, puede ir a dormir un rato más en su compartimiento. No se ha de meter con los *pajanes*, primero porque es peligroso, segundo porque llegará un momento en que «la disciplina criminal se transforme en disciplina laboral», y entonces los *pajanes* conducirán equipos de choque al asalto. De momento, que descansen ellos también después de una noche en vela jugando a los naipes. Pero toda la actividad del educador se guía por un principio básico: el trabajo educativo-cultural en los campos no es simplemente difusión de la cultura y de la instrucción entre «desdichaditos», sino que es un trabajo productivo-cultural cuya afilada punta (¡sin puntas afiladas no podemos!) va dirigida contra…, bueno, el lector ya lo ha adivinado: contra los Cincuenta y Ochos. Desgraciadamente, la KVCH «no tiene el derecho de arrestar por sí misma (¡sí, una grave limitación de sus posibilidades culturales!) pero puede solicitarlo de la administración» (¡que no dejará de acceder!). Además, el educador «presenta sistemáticamente informes sobre el *estado de ánimo* de los detenidos». (A buen entendedor, pocas palabras. Vemos aquí cómo la sección educativo-cultural se transforma delicadamente en sección *operchequista*, aunque el reglamento no lo llame así).

Sin embargo, observamos que, de tanto citar, nos hemos deslizado gramaticalmente al tiempo presente. Tendremos que desilusionar al lector, haciéndole notar que se trata aquí de los años treinta, los mejores años de la KVCH, los años en que en el país se estaba edificando la sociedad sin clases y aún no se había dado el espantoso recrudecimiento de la lucha de clases que surgió en cuanto estuvo acabada de edificar. En aquellos gloriosos años, la KVCH lucía, además, numerosos apéndices: consejos culturales de los privados-de-libertad; comisiones de difusión de cultura e instrucción; comisiones sanitarias; estado mayor de los equipos de choque; puestos de control de la ejecución del plan de financiación industrial… En resumen, como decía el camarada Solz (curador del Belomorcanal y presidente de la comisión del Comité Ejecutivo Central para las amnistías individuales): «Incluso en la cárcel, el detenido debe vivir la vida del país». (El encarnizado enemigo del pueblo, Solz, recibió del tribunal proletario un merecido castigo…, perdón…, el infatigable

luchador por la magna causa, camarada Solz, fue calumniado, y pereció durante los años del culto…, perdón…, durante la corta época del insignificante fenómeno del culto)…

¡Y cuántas facetas tenía el trabajo, cuántos aspectos diferentes! Como la vida misma. Organización de la emulación. Organización del trabajo de choque. Lucha por el plan de financiación industrial. Lucha por la disciplina laboral. Asalto para la liquidación de atrasos. Campañas culturales. Colectas voluntarias para construcción de aviones. Suscripción de obligaciones del Estado. *Subotniki* para reforzar la capacidad de defensa del país. Desenmascaramiento de los seudotrabajadores de choque. Conversaciones con los refractarios. Liquidación del analfabetismo (sólo que asistían de mala gana). Formación profesional para detenidos procedentes de clases proletarias (los malhechores querían todos aprender el oficio de chóferes: ¡era la libertad!). Sin hablar de las apasionantes charlas acerca de la inviolabilidad de la propiedad socialista, y las sesiones de lectura de diarios, y las veladas de preguntas y respuestas, y los «rincones rojos» en cada barracón, y los diagramas de ejecución de planes, y las cifras planificadas… ¡Y qué carteles! ¡Qué eslóganes!

En aquellos felices tiempos, sobre los tenebrosos abismos del Archipiélago planeaban las Musas, y por encima de todas, la primera y más alta de ellas, Polihimnia, musa de los himnos (y de los eslóganes).

¡Ilustre brigada, honores y gloria!
¡Trabajo de choque, recompensa habrá!

O si no:

¡Duro a la obra, trabaja con tesón
en tu hogar tu familia te espera!

(¡Eso sí que es psicología! Porque ¿qué encierran esas palabras? Lo primero, al que se haya olvidado de su familia, lo inquietan, se la recuerdan. Lo segundo, al que se inquieta demasiado, lo tranquilizan: la familia existe, no la han arrestado. Y lo tercero: tu familia te necesita, pero no *así a secas*, sino que te necesita sólo a través del tesonero trabajo en el campo). Y finalmente:

«¡Integrémonos a la campaña de choque en honor del XVII aniversario de Octubre!».

A ver, ¿quién sería capaz de resistir a eso?

¿Y la labor de arte dramático sobre temas de actualidad política (¡algo de la musa Talía también!)? Por ejemplo: ¡el servicio del Calendario Rojo**[fb]**! ¡El diario viviente!, ¡los procesos escenificados! ¡Declamación sobre el tema de la sesión plenaria del Comité Central de Septiembre de 1930! ¡El *sketch* musical «*Marcha de los artículos del Código Penal*» (el 58 representado por una bruja coja)! ¡Cuánto

adornaba todo eso la existencia de los presos, cuánto les ayudaba a tender hacia la luz!

¿Y los animadores de la KVCH? ¡Tampoco debemos olvidar la difusión del ateísmo! Los círculos corales y musicales (bajo la égida de la musa Euterpe). Y brigadas de propaganda, que entonaban letrinas como ésta:

Los trabajadores de choque, tras sus carretillas,
despacito se apresuran…

¡Qué autocrítica tan valiente! ¡No perdonan ni a los trabajadores de choque! Basta que una brigada de éstas llegue a un sector de trabajo disciplinario y ofrezca un concierto,

¡Escucha, Volga de mi amor,
si junto al preso en su labor
día y noche vigila un chequista,
es porque nuestro obrero
tiene puño de hierro
y porque el OGPU[230] *es comunista!*

para que, como por arte de magia, todos los castigados, y sobre todo los reincidentes, tiren sus naipes y se lancen a trabajar.

También solía hacerse lo siguiente: un grupo compuesto por los mejores trabajadores de choque visitaba el RUR o el SHIZO, acompañado por una brigada de propaganda. Los trabajadores de choque empezaban por reprochar a los refractarios su actitud, *explicándoles las ventajas* que ofrece el cumplimiento de las normas (mejor comida). Después, la brigada de propaganda cantaba:

¡Cunde la lucha en mares y cielos
y entretanto el Mosvolgocanal
vence la nieve y los hielos!

y también, con toda franqueza:

¡Si tu existencia quieres embellecer,
si deseas comer y beber,
las piedras tendrás que romper!

¡Después, todos los que lo deseaban son invitados, no simplemente a ir a trabajar, sino a trasladarse del barracón disciplinario al barracón de *choque*, donde les darán de Comer! ¡Qué éxito para el arte! (Las brigadas de propaganda, salvo la central, están exentas de trabajo. Reciben una ración suplementaria de cereal el día de la representación).

¿Y las formas de trabajo más delicadas? Por ejemplo, «con el concurso de los mismos reclusos se lleva a cabo la lucha contra el uniformismo en los salarios». ¡Pensemos tan sólo un poco en el profundo sentido que eso encierra! Significa que en una asamblea del equipo se levanta un detenido y declara: a ése no le den ración completa, que trabajó mal; mejor traspásenme 200 gramos a mí.

¿O los tribunales de camaradas? (En los primeros tiempos que siguieron a la revolución se llamaban «tribunales morales de camaradería», y conocían de juegos de azar, peleas, robos…, pero ¿es eso trabajo para un tribunal? Además, la palabra «moral» olía a burguesía, la suprimieron). A partir del período de reconstrucción (1928), los tribunales comenzaron a conocer casos de absentismo, simulación, empleo indebido del material, producción defectuosa, rotura de instrumentos de trabajo. Y siempre que no lograba infiltrarse entre los componentes de esos tribunales algún elemento socialmente extraño (sino sólo asesinos, hampones *emperrados*, malversadores y sobornadores), solicitaban en sus sentencias del jefe del campo supresiones de visitas, de paquetes, de abono de días de trabajo, de liberaciones provisionales y el traslado de los incorregibles. ¡Cuán razonables y justas eran tales medidas y cuán beneficioso resultaba que la iniciativa de su aplicación partiera de los propios detenidos! (Claro que a veces también surgían dificultades. Como cuando juzgaron a un ex *kulak*, y éste declaró: «Este tribunal es de camaradas, pero yo para ustedes no soy un camarada, soy un *kulak*… ¡De modo que no tienen derecho a juzgarme!». Confusión general. Consultaron con la Sección de educación política del GUITL, y de allí respondieron que lo juzgaran. ¡Que por supuesto, sin contemplaciones!).

¿Cuál es la base de las bases de toda la labor educativo-cultural en el campo? «*No dejar al recluso entregado a sí mismo después del trabajo,* para evitar recaídas en sus anteriores tendencias criminales» (sí, por ejemplo, para que los Cincuenta y Ochos no se pongan a pensar en política). Lo importante es «que el detenido no escape nunca a la acción educativa».

¡En esto aportan una considerable ayuda los medios técnicos modernos, a saber, altavoces en cada poste y en cada barracón! ¡Nunca deben permanecer silenciosos! Sistemática y permanentemente, desde la hora de levantarse hasta el toque de queda, deben ir explicando a los detenidos cómo acercar la hora de su liberación, informando cada sesenta minutos acerca de la marcha del trabajo, acerca de los equipos adelantados y atrasados, denunciando a los elementos perturbadores. También puede recomendarse la siguiente fórmula original: transmitir por radio una conversación con algún refractario u otro sujeto poco responsable.

Y, además, la Prensa, claro, la Prensa, el arma más acerada de nuestro partido. Aquí tienen ustedes la prueba tangible de que en nuestro país existe libertad de Prensa: ¡la existencia de Prensa hasta en los lugares de reclusión! ¡Como lo oyen! ¿En qué otro país es posible que los reclusos tengan su propia Prensa?

Los diarios pueden ser manuscritos y murales, o de gran tirada; en ambos casos cuenta con intrépidos *corresponsales de campo* que denuncian los defectos (de los detenidos), y la Superioridad mira con beneplácito esa autocrítica. Hasta qué punto aprecia a su Prensa libre la Superioridad puede verse por la orden del día n.º 434 del Dmitlag: «Una enorme mayoría de las observaciones permanece sin consecuencias». Los diarios publican también fotos de trabajadores de choque. Los diarios indican. Los diarios descubren. Los diarios documentan la ofensiva del enemigo de clase, para poder así herirle más certeramente. (¡El diario es el mejor colaborador del servicio operacional chequista!). Y, en general, los diarios reflejan la vida del campo tal cual es y constituyen un testimonio inapreciable para la posteridad.

Por ejemplo, el diario de la casa de reclusión de Arjanguelsk nos pinta en 1931 la abundancia y la prosperidad que reina entre los detenidos: «escupideras, ceniceros, hules sobre las mesas, aparatos de radio conectados con altavoces, retratos de los Caudillos y paredes tapizadas de eslóganes que definen certeramente la línea general del Partido… ¡De esos *merecidos frutos* se aprovechan los privados de libertad!».

¡Frutos preciosos, por cierto! Y ¿cómo influyó todo eso en la vida de los privados de libertad? Seis meses más tarde, leemos en el mismo diario: «Todos se pusieron a trabajar al unísono y con energía… Mejoró la ejecución del plan de financiación industrial. Disminuyó y empeoró la comida».

Bueno, no es nada… ¡Os digo que no es nada! Eso último se puede remediar[231].

¿Adónde, adónde fue a parar todo eso? ¡Oh, cuán efímero es sobre esta Tierra todo lo bello y lo perfecto! ¡Un sistema de educación estilo tiovivo tan intenso, activo, optimista, surgido de los mismos fundamentos de la Doctrina Progresiva, un sistema que nos prometía para dentro de pocos años la radical desaparición en nuestro país de todos los criminales (eso se creía, muy particularmente el 30 de noviembre de 1934[fc])! Y ¿qué fue de él? Se inició de pronto un período glacial (¡por supuesto muy necesario, absolutamente indispensable!), y volaron los pétalos de esas tiernas iniciativas. ¿Adónde habrán ido a parar el trabajo de choque y la emulación socialista? ¿Y los diarios de campo? ¿Y los asaltos, colectas, suscripciones y sábados comunistas? ¿Consejos culturales y tribunales de camaradas? ¿Liquidación del analfabetismo y cursos de aprendizaje? ¡Mas, para qué hablar de todo esto, si han mandado retirar de las zonas hasta los altavoces y los retratos de los jefes! (Y no es que colocaran escupideras en su lugar). ¡Qué opaca se ha vuelto de pronto la vida de los detenidos! ¡Cómo ha retrocedido de golpe decenas de años, privada de las principales conquistas revolucionariocarcelarias! (Pero no intentamos con eso hacer ninguna objeción: esas medidas adoptadas por el Partido llegaban en el momento justo, y eran más que necesarias).

Al mismo tiempo dejó de apreciarse el vuelo poético de los eslóganes, que se vieron reducidos a su más simple expresión: ¡cumplamos!, ¡sobrepasemos! Naturalmente, la educación estética, el aleteo de las musas no estaba directamente

prohibido, pero sus posibilidades se veían notablemente reducidas. Veamos, por ejemplo, una de las zonas de Vorkuta. Acaba el invierno de nueve meses, viene una especie de veranillo ficticio y lastimoso de tres meses. El jefe de la KVCH sufre por el aspecto de suciedad y de miseria que ofrece la zona. En esas condiciones, el criminal no puede reflexionar seriamente en la perfección de nuestro régimen, del cual él mismo se ha querido excluir. Y la KVCH proclama cierto número de *domingos de trabajo*. Durante sus horas libres, los reclusos fabrican (con sumo agrado) «macizos», pero no con flores, porque allí no crece nada, sino que disponen sobre pequeños montículos de tierra desnuda, puñados de musgo, de liquen, trozos de vidrio, guijarros, escoria y residuos de ladrillo. Después circundan esos «macizos» con unos minúsculos cercos hechos con listones de estuco. ¡No resultó tan bonito como en el parque Gorki de Moscú, pero la KVCH se contenta con esto! Objetarán ustedes que dentro de dos meses comenzarán las lluvias y todo se lo llevará el agua. Bueno, sí, ¿y qué? El año que viene volveremos a empezar.

¿O en qué se han convertido las charlas políticas? Al *lagpunkt* n.º 5 del Undjlag llega un conferenciante desde Sujobezvodnoie (estamos ya en 1952). Después del trabajo, los reclusos son conducidos a la conferencia. El camarada, a decir verdad, no pasa de instrucción primaria, pero pronuncia, muy correctamente en el aspecto político, una conferencia muy necesaria y de mucha actualidad: «La lucha de los patriotas griegos». Los reclusos están sentados, soñolientos, tratan de ocultarse los unos tras los otros, no demuestran el menor interés. El conferenciante relata las siniestras persecuciones de que son objeto los patriotas, y cuenta que un grupo de mujeres griegas desesperadas escribieron una carta al camarada Stalin. Termina la conferencia y se levanta Sheremeta, una buena mujer oriunda de Lvov, sencillota pero astuta: «¡Ciudadano jefe —pregunta—, dígame usted, y *nosotras*, ¿a quién podríamos escribir…?!». ¡Y con esto, la influencia positiva de la conferencia se ve reducida a cero!

Las formas de trabajo correctivo y educacional que subsisten en la KVCH son: en cada petición de un recluso a la superioridad, añadir una nota referente a su trabajo y su conducta; distribuir en los barracones las cartas que la censura ha dejado pasar; coleccionar los diarios y esconderlos para evitar que los reclusos líen cigarrillos con el papel; unas tres veces al año ofrecer un concierto de aficionados; conseguir telas y colores para que los pintores decoren la zona y pinten cuadros para las habitaciones de los jefes; bueno, y también ayudar un poquito al comisario; pero eso es extraoficial.

Después de todo ello, no es de extrañar que entre los mandos de la KVCH cueste encontrar dirigentes llenos de ardor e iniciativa, que la mayoría sean más bien simplones, apáticos.

¡Ah, sí, otro trabajo importante: *cuidar de los buzones*! De vez en cuando, abrirlos, limpiarlos por dentro y volverlos a cerrar. Son unos buzones de tamaño mediano, pintados de color marrón y que cuelgan bien a la vista en algún lugar de la

zona. Encima llevan escrito: «Al Soviet Supremo de la URSS», «Al Consejo de Ministros de la URSS», «Al ministro del Interior», «Al Fiscal General»…

¡Adelante, escribe, tenemos libertad de palabra! Después, ya nos encargaremos de decidir qué se envía y adónde. ¡Hay camaradas dedicados especialmente a leer esas cosas!

* * *

¿Qué depositan en esos buzones? ¿*Indultas*?

No sólo eso. A veces, también denuncias (de los principiantes), ya notará la KVCH que no son para Moscú, sino para la oficina de al lado. ¿Y qué más? ¡No lo adivinará nunca el lector! Depositan… ¡inventos! Importantísimos inventos que habrán de revolucionar toda la técnica contemporánea y que, desde luego, permitirán a su autor salir del campo.

Entre los hombres ordinarios y normales hay muchos más inventores (y poetas) de lo que podríamos pensar. Y en los campos hay veinte veces más. ¡De algún modo hay que salir de ahí! Y el invento es una forma de evasión que no presenta riesgos de bala o de paliza.

En la concentración matutina, en la revisión nocturna, acarreando angarillas o manejando el pico, esos sacerdotes de la musa Urania (no encuentro otra más adecuada) fruncen el ceño y van inventando intensamente algo susceptible de llamar la atención del Gobierno y despertar su codicia.

Por ejemplo, el radiotelegrafista Lebediev, del campo de Jovrino. Ahora que acaban de hacerle llegar una respuesta-rechazo no tiene ya nada que ocultar y me confiesa que ha descubierto una desviación de la aguja magnética bajo efecto del olor a ajo. De eso dedujo un método de modulación por el olor de vibraciones de alta frecuencia, con la consiguiente posibilidad de transmitir, por tal procedimiento, los olores a grandes distancias. No obstante, los círculos gubernamentales no encontraron en el proyecto ninguna ventaja de carácter militar y no demostraron por él el menor interés. Por tanto, un fracaso. ¡O sigues trabajando como antes, o te las ingenias para inventar algo mejor!

Sin embargo, se dan casos (por cierto muy raros) en que, de pronto, a uno de esos inventores se lo llevan no se sabe adónde. Él, por supuesto, no dice nada, no da ninguna explicación, no vaya a ser que lo eche todo a perder, y en el campo nadie logra adivinar por qué precisamente a él, y adónde. Algunos desaparecen para siempre; otros vuelven al cabo de algún tiempo. (Y ésos tampoco cuentan nada, por miedo a que se burlen de ellos. O bien lo adornan y embrollan. Está en… el carácter de los reclusos: gustan atribuirse méritos en sus relatos).

Pero yo, que estuve en las islas Paradisíacas, tuve oportunidad de echar una mirada al otro extremo del hilo, *allí donde* llegan esos inventos y cómo los leen. Aquí

me permitiré ofrecer un poco de diversión al paciente lector de este libro tan poco alegre.

Un tal Trushliakov, exoficial soviético, contuso en Sebastopol, hecho prisionero y llevado a Auschwitz, acontecimientos todos que lo dejaron, diríamos, un tanto trastornado, logró, no obstante, proponer desde el campo donde estaba recluido algo lo suficientemente interesante como para que lo trasladaran a un instituto de investigaciones científicas para detenidos (es decir, a una *sharashka*). Allí se reveló como una auténtica fuente de inventos, y apenas la dirección rechazaba uno, ya estaba presentando el siguiente. Y si bien ninguno de esos inventos suyos alcanzó nunca la etapa de los cálculos, el hombre tenía un aire tan inspirado, tan importante, hablaba tan poco y tenía una mirada tan expresiva, que no sólo nadie se atrevía a sospechar que todo aquello era un engaño, sino que uno de mis amigos, un ingeniero muy serio, insistía en que, por la profundidad de sus ideas, Trushliakov era el Newton del siglo XX. A decir verdad, yo no había seguido todos sus inventos, pero un buen día le confiaron la tarea de crear y fabricar el *absorbedor de radar* que él mismo había propuesto. Exigió un ayudante para resolver los problemas de altas matemáticas, y me mandaron a mí. Trushliakov expuso las cosas de la siguiente manera:

Para no devolver las ondas del radar, el avión o el tanque deben estar revestidos por cierto material pluriestratificado (qué material era ése exactamente, Trushliakov no me lo hizo saber: o bien no lo había decidido aún o ése era el gran secreto del inventor). La onda electromagnética debe perder toda su energía en el transcurso de las múltiples refracciones y reflexiones hacia delante y hacia atrás en los límites de esas capas. ¡Ahora bien, yo, ignorando las propiedades del material, pero utilizando las leyes de la óptica geométrica, o por cualquier otro medio que estuviera a mi alcance, debía demostrar que las cosas iban a suceder tal cual lo había predicho Trushliakov, y, por añadidura, tenía que establecer cuál era la cantidad óptima de capas!

¡Por supuesto, no pude hacer nada! Tampoco hizo nada Trushliakov. Así terminó nuestra asociación creadora.

Poco después, en mi condición de bibliotecario (también ejercía yo allí esas funciones) recibí de Trushliakov el encargo de solicitar a la Biblioteca Lenin de Moscú un préstamo interbibliotecario. Sin la menor indicación de autores ni editores pedía «algo sobre técnica de los viajes interplanetarios».

Estábamos aún en 1947, y la Biblioteca Lenin, aparte de Julio Verne, poco le podía ofrecer. (En aquella época no se pensaba mucho en Tsiolkovski). Después de su infructuosa tentativa de preparar un vuelo lunar, Trushliakov fue precipitado al abismo, es decir, a los campos.

Entretanto, de los campos llegaban cartas y más cartas. Me tocó actuar de traductor junto a un grupo de ingenieros que examinaban todas las declaraciones de invención y solicitudes de patentes procedentes de los campos. Necesitaban mis

servicios porque, en los años 1946-1947, buena parte de esos documentos venían en alemán.

¡Pero no eran solicitudes! Ni tampoco habían sido escritos espontáneamente. Eran páginas arrancadas a los prisioneros de guerra mediante presiones y amenazas.

Resultaba evidente que no iban a poder guardar eternamente a esos alemanes; sea a los tres, sea a los cinco años, pero algún día tendrían que enviarlos de vuelta *nach der Heimat*[fd]. Convenía, pues, sonsacarles durante esos años todo lo que pudiera redundar en beneficio de nuestro país. Hacerse aunque sea con un pálido reflejo de las patentes que habían quedado en las zonas occidentales.

¡No me costaba mucho imaginarme cómo procedieron! A los cumplidores alemanes, que no sospechaban nada, se les ordenaba comunicar sus estudios, lugar de trabajo y funciones. Luego, la III Sección chequista operacional (no podía ser otra) iba convocando, uno por uno, a todos los técnicos e ingenieros. Primero con suma deferencia (halagaban a los alemanes) los interrogaban sobre el carácter de su trabajo en Alemania antes de la guerra (y ellos ya se ponían a pensar que les esperaba un trabajo privilegiado en lugar del campo). Después los obligaban a firmar un compromiso de no divulgación (y para un alemán, la palabra *verboten*[fe] es sagrada). Finalmente, les exigían de golpe y porrazo que revelaran todas las particularidades interesantes de su industria así como cualquier importante innovación técnica que empleara. Entonces, demasiado tarde, comprendieron los alemanes la trampa en que habían caído al alardear de su anterior situación. Ahora les resultaba imposible *no escribir nada*: les amenazaban con no dejarlos volver nunca más a su país (y, en aquellos años, semejante amenaza resultaba muy factible).

De modo que no les quedaba más remedio que escribir… Lo único que los salvaba de revelar secretos importantes era que los incultos comisarios no podían entrar en el contenido de sus informes, y sólo los apreciaban por el número de páginas. Nosotros, al examinarlos, casi nunca lográbamos extraer nada de interés: o bien resultaban contradictorios, o bien contenían una gran dosis de palabrerío y se saltaban lo esencial, o bien describían con toda seriedad «adelantos» ya requeteconocidos por nuestros abuelos.

En cuanto a las cartas escritas en ruso…, ¡cómo apestaban a veces a servilismo! Otra escena fácil de imaginar: allí en el campo, en un miserable domingo regalado, los autores de estas propuestas, resguardándose cuidadosamente de la curiosidad de los vecinos, seguramente mentían que escribían una *indulta*. No podía su vil cerebro llegar a imaginar que su caligrafía, enviada a nombre de altas instituciones, no iba a ser leída por una perezosa y ahíta Superioridad, sino por otros simples reclusos.

Y así desplegamos una elaboradísima propuesta en dieciséis grandes páginas (¡estuvo mendigando papel en la KVCH!): 1. «utilización de rayos infrarrojos en la vigilancia de las zonas de detenidos»; 2. «utilización de fotoelementos en el recuento de las salidas del campo por el puesto de guardia». ¡Y el muy hijo de perra acompaña bocetos y toda clase de explicaciones técnicas! Con el siguiente preámbulo:

Querido José Visarionovich:

Si bien condenado por mis crímenes, en virtud del artículo 58, a una larga pena carcelaria, incluso en este lugar sigo siendo fiel a mi querido poder soviético y deseo ayudarle a vigilar, con la mayor eficacia, a los feroces enemigos del pueblo que me rodean. Si se me convocara fuera del campo y se me facilitaran los medios indispensables, yo me comprometo a poner a punto el sistema siguiente:…

¡Vaya un «preso político»! El escrito pasa de mano en mano acompañado por las exclamaciones y obscenidades correspondientes (aquí estamos en familia). Uno de nosotros se sienta a redactar la recensión: el proyecto es técnicamente incorrecto…, no tiene en cuenta…, no prevé…, no es rentable…, no es seguro…, puede llevar no a un reforzamiento, sino a una debilitación de la vigilancia en los campos…

¿Con qué sueñas hoy en tu lejano campo, Judas maldito? ¡Así revientes, basura!

Aquí tenemos un paquete que llega de Vorkuta. El autor se lamenta de que los americanos ya tengan la bomba atómica y nuestra patria aún no. Dice que allá, en Vorkuta, piensa mucho en eso y que desde el otro lado del alambre de espino desea poder ayudar al Partido y al Gobierno. Así que titula su proyecto:

RAIA[ff] —*Desintegración del núcleo atómico*

Pero ese proyecto (¡ya hemos oído antes esa canción!) no ha podido ser llevado a buen término debido a la ausencia de bibliografía técnica en el Vorkutlag (¡como si la hubiera literaria!). Y ese salvaje pide que por el momento le envíen ni más ni menos que *el reglamento de la desintegración radiactiva*, tras lo cual se compromete a completar en un corto lapso de tiempo su proyecto RAIA.

Nos retorcemos de risa sobre nuestros escritorios, y llegamos casi simultáneamente al mismo verso:

¡El tío ese del RAIA
se ha pasado de la raya…!

Al propio tiempo, en los campos se agotaban y perecían auténticos sabios, pero la Superioridad de nuestro querido Ministerio no mostraba la menor prisa en descubrirlos ni en encontrar a sus talentos una aplicación más conveniente.

Durante toda su condena, nunca se encontró lugar para Alexandr Leonidovich Chizhevski en ninguna *sharashka*. Ya antes de su encarcelamiento no era bien visto en este país porque relacionaba las revoluciones sociales y los procesos biológicos con la actividad solar. Sus intereses eran insólitos, los problemas que planteaba se salían de lo común, no era posible catalogarlos cómodamente en los casilleros de la ciencia y, sobre todo, no había manera de utilizarlos con fines militares o industriales. Ahora que está muerto se publican artículos en su honor: Chizhevski descubrió que

bajo la influencia de las tempestades magnéticas aumentaba (dieciséis veces), el número de infartos de miocardio; pronosticaba la aparición de las epidemias de gripe; estudió un método de diagnóstico precoz del cáncer mediante la eritrosedimentación; formuló la hipótesis de la radiación solar Z.

Korolev, el padre de la cosmonáutica soviética, estuvo, es cierto, en una *sharashka*, pero sólo en calidad de especialista en aviación. Las autoridades no le permitían ocuparse de cohetes, y tenía que hacerlo de noche a escondidas.

(No sabemos si a L. Landau le esperaba una *sharashka* o la muerte en algún campo lejano. Cuando, con una costilla rota, ya había confesado ser un espía alemán, le salvó la intervención de P. Kapitsa).

Constantín Ivanovich Strajovich, nuestro gran especialista en aerodinámica y espíritu científico extraordinariamente polifacético, después de una temporada en la cárcel de Leningrado vino a parar al campo de Uglich, donde le tocó ir a trabajar a los baños. Con esa risa franca como la de un niño que asombrosamente supo conservar a lo largo de sus *dos duros*, nos cuenta ahora cómo, después de haberse pasado varios meses en la celda de los condenados a muerte, aún pasó en el campo una diarrea distrófica. Luego fue destinado a vigilar la puerta de la sala de enjabonamiento cuando se lavaban los equipos femeninos (para enfrentarse con los hombres ponían a individuos más robustos que él). Su misión consistía en no permitir a las mujeres penetrar en la sala si no estaban completamente desnudas y con las manos vacías, y obligarlas a entregar toda su ropa para la desinfección, sobre todo las bragas y la combinación, en las que el servicio sanitario veía la principal amenaza de proliferación de piojos; pero las mujeres se esforzaban precisamente en no entregar esas cosas, y trataban de entrar con ellas en los baños. En cuanto a la apariencia física de Strajovich, es la que sigue: barbita a lo lord Kelvin, una frente como un acantilado, dos veces más alta que lo normal: ni siquiera se la podría llamar frente. Las mujeres le rogaban, le injuriaban, se enfadaban, bromeaban, le invitaban a seguirlas a un rincón sobre un montón de escobas… ¡Nada que hacer, se mantenía inflexible! Entonces, unánime y rabiosamente, le pusieron por mote *el Impotente*. Y de pronto se llevaron a ese *Impotente* no se sabe dónde, ni más ni menos que a dirigir el primer proyecto de motor a reacción en nuestro país.

Pero los que dejaron morir en los trabajos generales, de ésos no sabemos nada…

Y los que fueron encarcelados y exterminados en el momento culminante de un descubrimiento científico (como, por ejemplo, Nicolai Mijailovich Orlov, que ya en 1936 había elaborado un método para la conservación a largo plazo de productos alimenticios), de ésos también, ¿cómo vamos a saber? Pues todo descubrimiento era *clausurado* tras el arresto de su autor.

* * *

En la pestilente y enrarecida atmósfera del campo, la lucecita de la KVCH unas veces se aviva y alumbra, otras decae hasta resultar apenas visible. Pero incluso esa miserable última llamita atrae a seres humanos de distintos barracones de diversos equipos. Los hay que vienen con una idea bien definida: arrancar de un libro o de un diario un par de hojas para liar cigarrillos; obtener papel para una *indulta*; conseguir tinta (no está permitida en los barracones, y aquí también la tienen bajo llave: ¿acaso no se utiliza la tinta para falsificar sellos?). Algunos, simplemente, vienen a pavonearse: ¡mirad qué culto soy! Otros, aburridos de sus compañeros de equipo, quieren conocer gente nueva, conversar un poco de otras cosas, cambiar de ambiente. Los hay que vienen a escuchar y luego ir con el soplo al *compadre*. Pero hay otros que vienen, ni ellos mismos saben por qué… ¿Qué es lo que los atrae a este lugar, cansados como están, a pasar una velada de media horita, en vez de aprovecharla para dar un descanso sobre la tarima a sus doloridos huesos?

Esas visitas periódicas a la KVCH vierten imperceptiblemente en el alma cierta dosis de frescor, y si bien uno se encuentra aquí con seres hambrientos exactamente iguales a los que permanecen en los barracones, por lo menos no se habla de la ración de pan, ni de la escudilla de cereal, ni de las normas. No se habla de lo que constituye la trama del campo, y ya con eso solo el alma se libera y descansa el espíritu. Se habla de un pasado fabuloso que, a todas luces, esos seres grises, famélicos y cubiertos de harapos nunca estuvieron en condiciones de conocer. Se cuenta la vida libre y móvil, llena de una indescriptible felicidad, de aquellos afortunados que de alguna forma supieron evitar la cárcel. Se discute también de arte, ¡y con qué pasión a veces!

Es como si en medio del torbellino de las potencias infernales hubiera trazado alguien en el suelo un círculo de luz, débil luz mortecina que de un momento a otro se va a apagar, pero entretanto te parece que en el interior del círculo estás a salvo de Satanás.

Bueno, y alguno habrá que rasguee la guitarra. Y otro que cante en voz baja, muy otra cosa que lo que se permite en público. Y te estremeces: ¡la vida existe, sí, existe de verdad! ¡Y te sientes feliz, y miras alrededor tratando tú también de expresar algo a alguien!

Bueno, habla, pero con tiento. Oye, pero date un pellizco si te encuentras, por ejemplo, con Liova G. Es inventor (no terminó la carrera de ingeniero automovilístico, se disponía a aumentar notablemente el rendimiento del motor, pero le confiscaron los papeles cuando el registro). Y también es actor: juntos ponemos en escena *La petición de mano*, de Chéjov. Y, además, filósofo: ¡expone cada idea! «A mí —dice—, no me preocupan las generaciones futuras: que caven ellas mismas su propio suelo. ¡Yo me aferro a la vida… así!», y muestra las uñas incrustadas en la madera de la mesa. «¿Creer en los grandes ideales? ¡Es como hablar por un teléfono al que le han arrancado los hilos! La Historia no es más que una incoherente sucesión de hechos. ¡Devolvedme mi cola! La ameba es más perfecta que el hombre; sus

funciones son más simples»… Uno se queda fascinado escuchándolo: explicará con todo detalle por qué no soporta a León Tolstoi y en cambio adora a Ehrenburg y a Alejandro Green. Es además un mozo de buen talante, que no hace ascos al trabajo duro, por ejemplo, horadar paredes con un taladro (cierto que en un equipo que tiene asegurado el 140 %). Su padre fue detenido y murió en 1937, pero él mismo es un *común*, lo metieron por falsificar cartillas del pan; sin embargo, le da vergüenza confesar su artículo de tramposo y siempre anda dando vueltas alrededor de los Cincuenta y Ochos. Todo eso está muy bien, sí, pero hete aquí que comienzan los procesos en el campo, y Liova G., ese muchacho tan simpático, tan interesante, tan «aferrado a la vida», actúa como testigo de cargo[232]. ¡Suerte tendrás si no le has contado demasiado!

Si en el campo hay tipos originales (¡y de ésos nunca faltan!), su camino los llevará invariablemente a la KVCH; no podrán dejar de asomar ahí.

Aquí tenemos a Aristide Ivanovich d'Auvatour, el típico original, nacido en Petersburgo, de origen francorrumano, especialista en filología clásica, solterón empedernido de toda la vida. Lo arrancaron de César y de Heródoto, como quien arranca a un gato de su trozo de pescado, y lo encerraron en un campo. Su alma está todavía llena de textos por interpretar y está en la zona como en un sueño. Habría sucumbido a la primera semana si los médicos no lo hubieran tomado bajo su protección, encomendándole la envidiada labor de encargado de las estadísticas médicas; además, unas dos veces por mes, y con gran beneficio para los practicantes del campo recién promovidos, encargan a d'Auvatour que les dé clase. ¡En un campo, clases de latín! Aristide Ivanovich se coloca ante una minúscula pizarra y resplandece como durante sus más felices años de cátedra universitaria. Anota extrañas columnas de declinaciones que jamás habían herido los ojos de los indígenas, y el ruidito de la tiza hace latir de gozo su corazón. ¡Está tan bien, tan apaciblemente instalado…!, pero la tormenta se prepara: el jefe del campo discierne en él a un ser de rarísima especie, una persona honrada. Y la nombra jefe del horno del pan. ¡El más preciado empleo del campo! ¡Jefe del horno, jefe de la vida! ¡El camino a ese puesto está tapizado con cuerpos y almas de reclusos, pero pocos lo alcanzaron! En este caso aparece caído del cielo, pero ¡d'Auvatour se siente aplastado! Durante toda una semana va y viene como un condenado a muerte, aun antes de hacerse cargo del horno. Suplica al jefe del campo que le *perdone* y que le permita seguir viviendo como hasta ahora, con su espíritu libre y sus declinaciones latinas. Por fin llega el indulto: nombran jefe del horno al maleante de turno.

O si no, este otro original: siempre metido en la KVCH después del trabajo, ¿dónde va a estar si no? Una enorme cabeza de rasgos pronunciados, hechos para el maquillaje, bien visibles desde lejos. Unas pobladas cejas particularmente expresivas. Y una expresión siempre trágica. Desde un rincón de la sala observa, abatido, nuestros lastimeros ensayos. Se trata de Camille Leopoldovich Gontoir. En los primeros años de la Revolución vino de Bélgica a Petrogrado para crear el Nuevo

Teatro, el teatro del futuro. ¿Quién iba a poder prever entonces por dónde iba a salir ese futuro y cómo iban a meter a los directores de teatro en la cárcel? Gontoir se pasó ambas guerras mundiales luchando contra los alemanes: la primera, en el Oeste; la segunda, en el Este. Y ahora le pegan *dos duros* por traición a la patria… ¿Cuál…? ¿Cuándo…?

Pero, naturalmente, los hombres más notables de la KVCH son los pintores. Son aquí los amos. Si hay una habitación separada, será para ellos. Si a alguno eximen de trabajos generales en permanencia, será sólo a ellos. De todos los servidores de las musas, únicamente ellos crean verdaderos valores, de los que pueden palparse con los dedos, colgarse en una pared, venderse por dinero. Por supuesto, que los temas que pintan no salen de sus cerebros, pero nadie les exige tanto. ¿Acaso puede algo bueno surgir del cerebro de un Cincuenta y Ocho? Se limitan a hacer ampliaciones de tarjetas postales, algunos con ayuda del cuadriculado, otros sin él. En lo más profundo de la tundra y de la taiga no vas a encontrar mejor mercancía estética que ésta; tú pinta, que nosotros ya nos encargaremos de buscarle un sitio… Incluso si de primer intento no gusta. Llega un brigada de la VOJR, Vypirailo, y se planta delante de una copia de Deúl, *El triunfo del Nerón*.

—¿Ieso qué e? ¿Un novio en carroza? ¿Y por qué está tan triste…? —pero se lo lleva lo mismo.

Los pintores también pintan tapices con hermosas mujeres que navegan en góndola, cisnes, puestas de sol y castillos, cosas todas que gustan mucho a los camaradas oficiales. Los que no son tontos pintan asimismo, a escondidas, pequeños tapices para su propio provecho, y van a medias con los guardianes, que los venden en el mercado exterior, donde hay buena demanda. En términos generales, un pintor en el campo puede vivir.

Para los escultores es más difícil. A los oficiales de la MVD las esculturas no les parecen tan bonitas; ni es algo que estén acostumbrados a tener en sus casas; ocupan el lugar de un mueble y, por añadidura, si tropiezas con ellas, se rompen. De modo que poco trabajo tienen los escultores en el campo, y por lo general, lo alternan con la pintura, como Nedov.

Aun así puede entrar el mayor Bakaiev y ver la estatuilla de una madre:

—Tú, ¿qué has hecho, una madre llorando? ¡En nuestro país, las madres no lloran! —y alarga la mano para hacer pedazos la figura.

Volodia Klempner, joven compositor, hijo de un importante abogado, y además, en terminología del campo, un *pollo sin desplumar*, se había llevado su propio piano de cola al campo de Beskudnikov, en los alrededores de Moscú (caso sin precedentes en los anales del Archipiélago). Adujo como pretexto que se proponía reforzar el trabajo cultural entre las masas, pero lo que realmente le interesaba era seguir componiendo. Llevaba siempre consigo la llave del escenario del campo y tocaba a la luz de una vela después del toque de queda (cortaban la luz). Cierto día que estaba componiendo una nueva sonata, una voz a sus espaldas lo hizo estremecer:

—¡A gri-lle-tes me huele su música!

Klempner se levantó de un salto. De la pared, donde se había colocado sin hacer ruido, avanzaba ahora hacia la vela un mayor, jefe del campo, un chequista viejo, y a sus espaldas iba aumentando su gigantesca sombra negra. ¡Ahora comprendía el mayor por qué ese impostor había hecho traer su piano! Se acercó, tomó la partitura y, sin una sola palabra, con aire sombrío, se puso a quemarla en la llama de la vela

—¡Pero ¿qué hace?! —no pudo dejar de exclamar el joven compositor.

—¡Su música, ya sabe a *dónde.*…! —precisó todavía más claramente el mayor, a través de los labios apretados.

La ceniza se desprendió del papel y cayó blandamente sobre las teclas.

El chequista viejo no se había equivocado: la sonata estaba realmente dedicada a los campos[233].

Si en el campo aparece un poeta, se le autoriza a escribir leyendas bajo las caricaturas de los detenidos y a componer coplas atacando a los infractores de la disciplina.

No puede haber otros temas ni para el poeta ni para el compositor. Ni pueden fabricar nada para sus jefes que sea palpable, práctico, que se pueda coger con las manos.

En cuanto a los prosistas, nunca los ha habido ni los habrá en los campos, por la sencilla razón de que esa especie no debe existir.

«Cuando la prosa rusa se fue a los campos»…, escribe Slutski. ¡Se fue! Pero no volvió.

Nunca podremos ya emitir un juicio sobre la magnitud de lo ocurrido, sobre el número de los desaparecidos y sobre el nivel que habrían podido alcanzar. Nadie nos dirá jamás de los cuadernos apresuradamente quemados antes de un traslado ni de los fragmentos ya listos, ni de los ambiciosos proyectos que anidaban en las cabezas y que, junto con las cabezas, fueron precipitados en la helada fosa común. Los versos por lo menos se pueden murmurar al oído, se pueden retener en la memoria y retransmitir (los versos en sí o su recuerdo), pero la prosa no se cuenta, le cuesta más sobrevivir, ocupa demasiado lugar, es poco ágil, está demasiado ligada al papel como para poder atravesar todas las tribulaciones del Archipiélago. ¿Quién puede decidirse a *escribir* en el campo? A. Belinkov, por ejemplo, lo hizo; se la cargó el *compadre*, y a él le dieron 25 años de rebote. M. I. Kalinina no tenía nada de escritora, pero así y todo anotaba en una libretita los hechos más sobresalientes de la vida del campo, «por si le sirve a alguien». Pero terminó en el despacho del comisario, y ella, en el calabozo (y aún salió bien librada). Vladimir Sergueievich G., dispensado de escolta, estuvo escribiendo durante cuatro meses una crónica del campo, oculto en algún rincón fuera de la zona. Pero en un momento de peligro escondió sus papeles bajo tierra, luego se lo llevaron de ahí para siempre, con lo cual siguen aún bajo tierra.

Dentro de la zona no se puede; fuera de la zona tampoco se puede. Pues entonces, ¿dónde? Únicamente dentro de la cabeza; pero así se escriben versos, no prosa.

¿Cuántos de nosotros, pupilos de Clío y de Calíope, habremos perecido? Es imposible extrapolarlo del pequeño número de los que sobrevivimos, porque tampoco nosotros teníamos probabilidades de salir con vida (cuando yo mismo, por ejemplo, voy recordando lo que era mi existencia en el campo, veo claramente que o bien tenía que haber muerto, o bien haberme adaptado hasta tal punto, que hubiera desaparecido toda necesidad de escribir. Me salvó una circunstancia fortuita: las Matemáticas. ¿Cómo hacer entrar ese factor en los cálculos?).

Todo aquello que se da en llamar nuestra prosa de los años treinta no es más que la espuma de un lago que ha desaparecido bajo tierra. Es espuma, y no prosa, porque se desprendió de todo lo que era esencial durante aquellos decenios. Nuestros mejores escritores reprimieron lo más noble que había en ellos y volvieron la espalda a la verdad: y sólo gracias a eso se salvaron, y sus libros con ellos. En cuanto a aquellos que no pudieron abdicar de la profundidad, de la individualidad y de la rectitud, ésos tuvieron que dejar irremediablemente la vida a lo largo de esos decenios: la mayoría, en los campos; algunos, por una desesperada temeridad en el frente de batalla.

Así se fueron bajo tierra los prosistas filósofos. Los prosistas historiadores. Los prosistas líricos. Los prosistas impresionistas. Los prosistas humoristas.

Y sin embargo, justamente el Archipiélago ofrecía una oportunidad única, excepcional, para nuestra literatura, y tal vez incluso para la mundial. En pleno siglo XX una esclavitud inaudita abría para los escritores una veta fecunda, aunque funesta[234].

Millones de intelectuales rusos fueron precipitados allí, y no para una excursión, sino para ser aplastados, para morir, para terminar sus días sin esperanza de retorno. Por primera vez en la Historia, tantos hombres instruidos, maduros, culturalmente ricos se encontraban, no en pensamiento, sino de verdad y para siempre, en la piel del esclavo, del prisionero, del leñador y del minero. Así por primera vez en la Historia (en tan gran escala) se *fusionaron* las experiencias de las capas superior e inferior de la sociedad. Entonces fue cuando se derritió un importantísimo tabique de antaño, que parecía transparente, pero que en realidad era impenetrable e impedía que los superiores comprendieran a los inferiores: la COMPASIÓN. La compasión movía a los bienintencionados reformadores del pasado (a todos los ilustrados) y al tiempo los cegaba. Atormentados por el remordimiento de no compartir el infortunio ajeno, se sentían obligados a denunciar triplemente las injusticias, pero al hacerlo dejaban de examinar en profundidad la naturaleza humana de los superiores, de los inferiores, de todos.

Sólo los intelectuales recluidos en el Archipiélago se vieron finalmente libres de ese remordimiento: ¡ellos sí que compartían íntegramente el infortunio del pueblo! ¡Sólo entonces el ruso instruido pudo pintar *desde dentro* al campesino siervo, puesto que él mismo se había convertido en siervo!

Mas ahora ya no tenía papel, ni lápiz, ni tiempo, ni dedos dóciles. Pero ahora los celadores revolvían sus cosas, inspeccionaban la entrada y la salida de su tubo digestivo, y los comisarios le sondeaban el alma.

Las experiencias de las capas superiores e inferiores se fusionaron, pero los portadores de la experiencia fusionada perecieron todos…

Y así, desde su mismo nacimiento, una filosofía, y una literatura jamás vistas, fueron enterradas bajo la corteza de hierro del Archipiélago.

* * *

De todos los parroquianos de la KVCH, los más numerosos son los participantes en espectáculos de aficionados. Esa actividad de dirigir las representaciones de aficionados, sigue siendo privativa de la KVCH decrépita, al igual que lo fue de la KVCH floreciente[235]. En cada una de las islas, la actividad de los aficionados aparecía y desaparecía, pero no siguiendo el ritmo regular de las mareas, sino de forma convulsiva, por razones desconocidas de los reclusos y conocidas de las autoridades; tal vez porque el jefe de la KVCH tuviera que poner algo en su informe dos veces al año, tal vez porque esperaran visitas importantes.

En los campos muy lejanos, eso se hacía del siguiente modo: el jefe de la KVCH (a quien rara vez se veía en la zona, todo lo manejaba el recluso «educador») llamaba a un acordeonista y le ordenaba:

—A ver si organizas un coro[236]. ¡Y que esté listo dentro de un mes!

—¡Pero, ciudadano jefe, es que yo no sé leer las notas!

—¿Y para qué diablos necesitas notas? Tú toca una canción que sepan todos, y los demás que canten.

Y empiezan a buscar voces (a veces aprovechan, y también reclutan actores para el círculo dramático). ¿Dónde ensayar? El local de la KVCH es demasiado pequeño, haría falta algo más espacioso; pero, naturalmente, sala de club no hay. Por lo general, en esos casos utilizan los comedores del campo, que apestan permanentemente a vapores de *balanda*, a verduras podridas y a bacalao hervido. A un lado del comedor está la cocina, y al otro, o bien un escenario permanente o un estrado provisional. Aquí es donde, después de la cena, se reúne el coro y el círculo dramático.

¿Qué impulsa a los reclusos hacia ésas actividades de aficionados? Bueno, quizás entre medio millar de personas en la zona, haya tres o cuatro auténticos aficionados al canto; de acuerdo, ¿pero de eso a un coro? ¡Pues justamente el encuentro en el coro es su principal atractivo en las zonas mixtas! A. Suzi, que fue nombrado director del coro, se extrañaba al comprobar cómo éste crecía y crecía sin cesar, hasta el punto de que era imposible aprender una canción hasta el final, pues a cada momento afluían nuevos integrantes; las voces eran nulas, jamás habían cantado en su vida, pero todos demostraban tantos deseos de entrar en el coro que habría sido cruel rechazarlos, no

dar cauce a esa naciente inclinación por el arte. Sin embargo, durante los ensayos propiamente dichos, el número de cantantes disminuía notablemente. (¡Resulta que los que participaban de las actividades artísticas estaban autorizados a circular por la zona hasta dos horas después del toque de queda, para ir al ensayo y volver luego, y esas dos horas las aprovechaban para sus propios asuntos!).

También podían darse con toda facilidad casos como éste: poco antes del concierto, el único bajo del coro era trasladado a otro campo (los traslados de contingentes no dependían de la misma sección que organizaba los conciertos); en cuanto al director del coro (ese mismo Suzi), el jefe de la KVCH lo llamaba y le decía:

—Apreciamos mucho su esfuerzo, pero no podemos dejarlo actuar en el concierto, porque un Cincuenta y Ocho no tiene derecho a dirigir un coro. De modo que vaya buscando un sustituto: total, mover las manos, no es lo mismo que tener voz, a alguno encontrará.

Para algunos el coro y el círculo dramático no sólo eran un lugar de encuentro, sino una especie de simulacro de vida, o tal vez ni siquiera un simulacro, sino acaso un recuerdo de que la vida existía, que en alguna parte existía… Traen del depósito un papel marrón basto, de un saco de grano, y lo reparten para que cada uno copie su letra. ¡El rito secreto del teatro! ¡Y la propia distribución de papeles! ¡Y las consideraciones de quién va a besar a quién por exigencias de la obra! ¡Y la ropa que les tocará vestir! ¡Y cómo se van a maquillar! ¡Y qué aspecto interesante van a tener! La noche de la representación podrán contemplarse en un verdadero espejo y verse con verdadera ropa de gente libre y con las mejillas sonrosadas.

Resulta muy interesante soñar con todo eso, pero… ¡Dios mío, las obras! ¡Qué obras! ¡Esas selecciones especiales marcadas con la estampilla «*Únicamente* dentro del GULAG»! ¿Por qué «únicamente»? ¡Ahí no dice «también» en el GULAG, sino «únicamente» en el GULAG…! Significa que es una porquería tan grande, que ni en el exterior la quieren, luego, ¡venga al GULAG! ¡Son los autores más estúpidos y sin talento que han encontrado colocación para sus piezas más infames y absurdas! Y si a alguien se le ocurre poner en escena alguna obrita de Chéjov o algo por el estilo, ¿dónde encontrará el texto? No lo tiene ni la gente libre en todo el pueblo, y en la biblioteca del campo sólo hay Gorki, y encima le han arrancado hojas para liar cigarrillos.

En el campo de Krivoshtiekov organiza el círculo dramático Nicolai Davidenkov, profesor de literatura. Consigue, no se sabe de dónde, una obrita fuera de lo común, algo patriótico sobre Napoleón en Moscú (seguramente en el estilo de las proclamas de Rostopchin), se distribuyen los papeles y comienzan los ensayos con gran entusiasmo. Aparentemente, todo marcha viento en popa. El papel central lo representa Zina, exmaestra, condenada por haber permanecido en territorio ocupado. Actúa bien, el director está contento. De pronto, en uno de los ensayos, se arma un escándalo: las demás mujeres se niegan a que Zina haga el primer papel. Eso ocurre,

por lo general, en todas las obras, y un director suele poder resolverlo. Pero sucede que aquí las mujeres gritan: «¡Es un personaje patriótico, y ella estuvo… con los alemanes en territorio ocupado! ¡Fuera de aquí, serpiente! ¡Fuera de aquí, p… alemana, antes de que te aplastemos!». Esas mujeres son socialmente-allegadas, o tal vez incluso del 58, pero con un párrafo distinto de traición. ¿Fue idea de ellas? ¿Se lo sugirió la III Sección? En cualquier caso, el director es un 58 y no puede defender a su actriz… Y Zina se marcha sollozando.

El lector compadece probablemente al director. Piensa que el círculo dramático se encuentra en un callejón sin salida, porque ¿quién va a interpretar ahora el papel principal? ¿Habrá tiempo para que se lo aprenda? ¡Pero no existen callejones sin salida para los chequistas de la sección operacional! ¡Ellos lo lían, ellos lo deslían! A los dos días se llevan al propio Davidenkov, esposado, por haber tratado de enviar fuera de la zona algo escrito (¿otra crónica?); habrá nueva instrucción y nuevo juicio[237].

¡Ya no hace falta buscar a nadie para el papel principal!

¡Napoleón no será vuelto a escarnecer, ni el patriotismo ruso vuelto a exaltar! No habrá obra. Ni coro tampoco. Ni concierto tampoco. Las actividades de aficionados entran en reflujo. Terminan las veladas en el comedor y los encuentros amorosos. Hasta la próxima pleamar.

Esa es la convulsiva existencia de los grupos de aficionados. O a veces todo ya ha sido ensayado, ninguno de los participantes ha sido trasladado, ni han detenido a nadie justo antes del concierto, pero el jefe de la KVCH, mayor Potapov (sevzheldorlag) mira el programa y lee: *Duda*, de Glinka.

—¿Qué, qué? ¿*Duda*? ¡Ninguna duda! ¡No, no, no, ni hablar! —y lo tacha con su propia mano.

A mí se me había ocurrido recitar mi trozo favorito, el famoso monólogo de Chatski. ¿*Quiénes son los jueces*?[fg] Acostumbrado a recitarlo desde la infancia, lo apreciaba exclusivamente desde el punto de vista declamatorio, y nunca se me había ocurrido pensar en su actualidad. En este caso, no se llegó a escribir el título del monólogo en el programa para tacharlo después: el jefe de la KVCH, que había venido a uno de los ensayos, ya dio un brinco al oír el verso:

Hacia la vida libre su odio es implacable.

Y cuando recité:

Decidnos dónde están los padres de la patria.
¿Son aquellos tal vez que el robo enriqueció?

empezó a patear y a indicarme con gestos que desapareciera inmediatamente del escenario.

En mi juventud estuve a punto de ser actor, me lo impidió únicamente la fragilidad de mi garganta. Ahora, en el campo, intervenía incesantemente en espectáculos, ansiaba refrescarme un poco en ese corto e incierto olvido, ver de cerca rostros femeninos excitados por la representación, y cuando me enteré de que en el GULAG existían compañías teatrales compuestas por reclusos y eximidas de los trabajos generales (¡auténticos teatros de siervos!), empecé a soñar con la posibilidad de entrar a formar parte de una compañía de ésas y así salvarme y respirar un poco.

Los teatros de siervos existían en cada UITLK de provincia, y en Moscú había incluso más de uno. El más célebre de todos era el teatro de siervos del coronel Mamulov. Mamulov procuraba celosamente retener a todo actor conocido que pasara por la cárcel de Krasnaia Presnia. Sus agentes andaban rondando también por las otras cárceles de tránsito. De ese modo logró recoger una importante compañía teatral y esbozar otra de ópera. Era el orgullo del plantador: «¡Tengo un teatro mejor que el del vecino!». El campo de Beskudnikov también tenía un teatro, pero no llegaba ni de lejos a la altura del otro. Los negreros llevaban a sus artistas unos a casa de otros, para presumir En uno de esos espectáculos, Mijail Grinwald olvidó en qué tono debía acompañar a la cantante. Mamulov lo hizo encerrar durante diez días en un frío calabozo, donde Grinwald enfermó.

Semejantes teatros de siervos existían en Vorkuta, en Norilsk, en Solikamsk, en todas las grandes islas del GULAG. Terminaban siendo casi teatros municipales, cuando no académicos, que ofrecían espectáculos a la población libre en edificios municipales. En las primeras filas tomaban asiento, con gesto altivo, los directivos locales de la MVD acompañados de sus esposas, y contemplaban a sus esclavos con curiosidad y desprecio. La escolta, con sus metralletas, se sentaba entre bastidores y en los palcos. Después del espectáculo los artistas se quedaban hasta que el público hubiera terminado de aplaudir, tras lo cual los volvían a llevar al campo, y a los culpables de algo, al calabozo. A veces ni siquiera les daban tiempo de disfrutar de los aplausos. En el teatro de Magadan, Nikishekv, jefe del Dalstroi, interrumpía a Vadim Kozyn, cantante muy conocido en aquella época: «¡Está bien, Kozyn, basta de reverencias, vete!». (Kozyn trató de ahorcarse, pero lo sacaron del nudo).

Durante la posguerra desfilaron por el Archipiélago conocidos nombres de artistas: además de Kozyn, las actrices de cine Tokarskaia, Okunievskaia, Zoia Fiedorova. Se habló mucho en el Archipiélago del arresto de Ruslanova; circulaban rumores contradictorios respecto a las cárceles de tránsito por las que había pasado y el campo al que había sido destinada. Aseguraban que en Kolyma se había negado a cantar y que trabajaba en la lavandería. No lo sé.

El tenor Pechovski, ídolo de Leningrado, había sido sorprendido por la ocupación en su dacha de Luga, y con los alemanes había ofrecido recitales en los países bálticos. (Su mujer, una pianista, inmediatamente arrestada en Leningrado, murió en un campo de Rybinsk). Después de la guerra, Pechovski fue condenado a diez años por traición, y fue a parar al Pechdjeldorlag. El jefe del campo lo trataba como a una

celebridad: casa aparte, con dos ordenanzas a su servicio, ración alimenticia que incluía mantequilla, huevos crudos y oporto caliente. Las mujeres de las autoridades del campo lo invitaban a almorzar en sus casas. Allí lo hacían cantar, pero, según dicen, un buen día se rebeló: «¡Yo canto para el pueblo —declaró—, no para chequistas!». Tras lo cual fue a parar al campo especial Minlag. (Al término de su condena, nunca más volvió a estar a la altura de sus anteriores recitales en Leningrado).

El célebre pianista Vsevolod Topilin no fue perdonado cuando levantaron las «milicias populares de Moscú», y lo lanzaron con un fusil modelo 1866 a la batalla de Viazma[238]. Durante su cautiverio, se compadeció de él un mayor alemán, aficionado a la música, comandante del campo. Le consiguió papeles de «ostrarbeiter», que le permitieron vivir de recitales. Por lo cual, lógicamente, después de la guerra le dieron los acostumbrados *dos duros*. (Después del campo, tampoco él volvió a estar a la altura de sus anteriores recitales).

El conjunto de coros y danzas del UITLK de Moscú, que se pasaba la mayor parte del tiempo de gira ofreciendo espectáculos en los campos, y cuya residencia fija era Matroskaia Tishyna, fue transferido momentáneamente a nuestro campito de la Puerta de Kaluga. ¡Qué suerte! ¡Ahora sí que voy a poder conocerlos, ahora sí que trataré de meterme en su grupo!

¡Qué sensación tan extraña asistir en el comedor de un campo a una representación ofrecida por actores profesionales presos! Risas, sonrisas, canciones, vestidos blancos, levitas negras… Sí, pero… ¿a cuántos años los han condenado? ¿En virtud de qué artículos? La primera actriz, ¿será una ladrona? ¿O el artículo «asequible»? Y el primer actor, ¿estará por cohecho? ¿O «siete octavos»? Un actor común y corriente sólo se reencarna una vez: en su personaje. Pero aquí hay doble juego, doble reencarnación: primero representarte como actor libre, y luego, representar al personaje. Y ese peso de la cárcel, esa conciencia de que eres un siervo, de que mañana el ciudadano jefe, por mala actuación o por relaciones con otra actriz sierva, puede enviarte al calabozo, a derribar árboles o a Kolyma, a diez mil leguas, ¡de qué manera debe de sumarse a ese otro peso que el actor recluso comparte con los actores libres: la obligación de expresar, a costa de su garganta y de sus pulmones, el más absoluto vacío dramático, la más mecánica propaganda de ideas sin vida!

La primera actriz del conjunto, Nina B., cumplía cinco años por 58-10. No tardamos en descubrir un amigo común, el que había sido nuestro profesor de Historia del arte en la Facultad de Filosofía y Letras de Moscú. Era una muchacha muy joven, no había terminado sus estudios. Abusando de sus derechos de actriz, se afeaba con cosméticos y con esas horribles hombreras que en aquella época afeaban también a todas las mujeres libres, en tanto que las indígenas escapaban a ese destino y desarrollaban sus hombros sólo a fuerza de levantar fardos.

Como toda *prima donna*, Nina contaba en el conjunto con un amante (un bailarín del «Teatro Bolshoi»), pero además también tenía un padre espiritual, Osvald

Glazunov (Glaznek), uno de los más viejos actores de la compañía de Vajtangov. Su mujer y él habían sido sorprendidos (tal vez voluntariamente) por los alemanes en su dacha cerca de Istra. Durante los años de la guerra estuvieron en su patria chica, en Riga, actuando en el teatro letón. La llegada de los nuestros les valió diez años a cada uno por traición a su patria grande. Y ahora estaban ambos en ese conjunto.

Isolda Vikentievna Glazunova empezaba a envejecer y ya le resultaba difícil bailar. Una sola vez tuvimos ocasión de verla actuar: interpretaba una danza insólita para aquella época, yo la llamaría impresionista, pero temo escandalizar a los entendidos. Enfundada en un traje cerrado, oscuro y plateado, bailaba en medio del escenario sumido en la penumbra. Esa danza ha quedado grabada en mi memoria. La mayor parte de nuestras danzas modernas es una simple exhibición del cuerpo femenino, y apenas más. Pero aquélla era una especie de místico llamamiento espiritual, y se percibía en ella como un eco de la fe que tenía I. V. en la transmigración de las almas.

Y unos días después, de pronto, por la espalda, como siempre se preparan los traslados en el Archipiélago, Isolda Vikentievna fue arrancada del lado de su marido, incluida en un contingente, precipitada a lo desconocido.

Desmembrar familias de siervos, vender por separado a marido y mujer, se considera crueldad y barbarie en los señores feudales del pasado. ¡Y lo que les llegaron a decir al respecto Nekrasov, Turgueniev, Leskov, todos! En cambio, entre nosotros no es crueldad ninguna, sino una medida muy razonable: no se justificaba el gasto de alimentación de la vieja, ocupaba un lugar improductivo.

El día en que se llevaron a su mujer, Osvald vino a vernos a nuestra habitación (la de los «monstruos»), la mirada extraviada, apoyándose en el hombro de su frágil hija adoptiva, como si únicamente ella lo sostuviera todavía. Estaba medio trastornado, podía temerse que atentara contra su vida. Permaneció largo rato en silencio, con la cabeza baja, y después, poco a poco, se puso a hablar, a recordar toda su vida: había creado dos teatros, ni él sabía por qué… Durante años enteros había dejado sola a su mujer por amor al arte… En aquel momento deseaba haber vivido toda su vida de otra manera…

Me parece seguir viendo aquel grupo escultórico que formaban el viejo, atrayendo hacia sí a la muchacha por la nuca, y ella, inmóvil, mirándolo por encima del brazo henchida de compasión y tratando de no llorar.

Pero, claro, la vieja no justificaba su ración…

A pesar de todos mis esfuerzos, no logré entrar en aquel conjunto. Al poco tiempo se marcharon de la Puerta de Kaluga y los perdí de vista. Un año más tarde, en Butyrki, oí decir que el camión que los llevaba al concierto de turno había sido atropellado por un tren. Ignoro si Glazunov iba con ellos. En lo que a mí concierne, pude convencerme una vez más de que los caminos del Señor son inescrutables. Que nosotros mismos nunca sabemos lo que queremos. ¡Cuántas veces en mi vida me

habré afanado por conseguir cosas que no necesitaba, cuántas veces me habré desesperado por fracasos que en realidad eran éxitos!

Seguí, pues, con mi discreta labor de aficionado en la Puerta de Kaluga, en compañía de Aniechka Breslavskaia, Shuroshka Ostrietsova y Liova G. Antes de que nos separaran y dispersaran montamos algunas cositas. Hoy recuerdo mi participación en esa actividad de aficionados como una debilidad del espíritu, como una humillación. El insignificante teniente Mironov, al no encontrar otras diversiones en Moscú, podía volver achispado al campo un domingo por la noche y ordenar: «¡Quiero un espectáculo para dentro de diez minutos!». Sacaban a los artistas de la cama, arrancaban del fogón a los que con fruición guisaban alguna pobre comida en su ollita, y poco después, sobre el escenario vivamente iluminado y frente a una sala vacía donde únicamente se encontraban el arrogante y estúpido teniente más tres celadores, nosotros cantábamos, bailábamos y representábamos.

XIX

Los *zekos*[fh] como nación

(Estudio etnográfico de Cándido Bobaliconovich)

En el supuesto de que no surja ningún obstáculo, nos proponemos hacer en este ensayo un importante descubrimiento científico.

Al desarrollar nuestra hipótesis no quisiéramos, de ningún modo, entrar en contradicción con la Doctrina Progresiva. El autor de estas líneas, intrigado por el carácter enigmático de la tribu indígena que puebla el Archipiélago, emprendió hacia aquellas latitudes un prolongado viaje de estudios y logró reunir abundante material.

Como resultado, ahora no nos cuesta nada demostrar que los *zekos* del Archipiélago constituyen una *clase* social. En efecto, ese importante grupo humano (de muchos millones de seres) tiene una misma relación (común a todos) con la *producción* (a saber, de sometimiento a ella, de vinculación a ella y sin el menor derecho a dirigirla). Tiene asimismo una misma relación con la *distribución de los productos* del trabajo (a saber: ningún tipo de relación; recibe únicamente una fracción irrisoria de lo producido, lo estrictamente necesario para malamente proveer a su subsistencia). A todo eso, su trabajo no es una insignificancia, sino que constituye uno de los pilares de toda la economía del Estado[239].

Mas, para nuestro amor propio, esos resultados son pocos.

Sería mucho más sensacional llegar a demostrar que esas criaturas envilecidas (en el pasado, indudablemente hombres) pertenecen a *otro tipo* biológico, distinto del *Homo sapiens*[240]. Sin embargo, nuestra argumentación al respecto todavía no está suficientemente elaborada. Nos limitaremos aquí a sugerir algunas cosas al lector. Imagínense ustedes a un hombre que súbitamente y contra su voluntad, pero ineluctablemente y sin esperanzas de retorno, haya tenido que pasar a la condición de oso o de tejón (no hablemos del lobo, ya muy manoseado a lo largo de tantas metáforas), y resultara que corporalmente lo resiste (si estira la pata en el acto, ya no hay cuestión). Un hombre así, viviendo entre tejones, ¿podría seguir siendo hombre? Creemos que no; lo más probable es que termine transformándose él también en tejón: se cubrirá de pelos, se le alargará el hocico y no tendrá necesidad ya de cocer los alimentos: podrá, perfectamente, devorarlos crudos.

Piensen ahora que el ambiente insular se diferencia tan violentamente del medio habitual del hombre y lo coloca con tanta crudeza ante la alternativa de adaptarse inmediatamente o perecer inmediatamente, que su carácter se resiente de una manera mucho más decisiva que por acción de un medio nacional o social extraño. Ese fenómeno sólo puede compararse con la integración del hombre en el mundo animal.

Pero esto lo dejaremos para un próximo trabajo. Por ahora nos propondremos un cometido más limitado: demostrar que los *zekos* constituyen una *nación* particular y diferenciada.

¿Por qué, en la vida ordinaria, las clases no se constituyen en naciones dentro de la nación? Porque, territorialmente hablando, viven entremezcladas con otras clases, se codean con ellas en las calles, tiendas, trenes y barcos, en espectáculos y salas de fiesta, hablan con ellas e intercambian ideas de palabra o por letra impresa. En cambio, los *zekos* viven completamente aislados en su Archipiélago, sólo se frecuentan entre sí (la mayoría no ve siquiera a sus patronos libres, y cuando los ve, no oye más que órdenes e insultos). Esa desocialización aún se agrava por el hecho de que para la mayoría de ellos no existían posibilidades definidas de abandonar ese estado antes de la muerte; dicho en otras palabras, nunca podrán elevarse a clases sociales más altas.

¿Quién de nosotros no ha estudiado en la escuela secundaria la única y conocidísima definición científica de nación, formulada por el camarada Stalin? «La nación es una comunidad históricamente constituida (pero ni racial ni tribal) de hombres que poseen un territorio común, un idioma común, una vida económica común y una común estructura psíquica que se manifiesta en una cultura común». ¡Y bien, los indígenas del Archipiélago cumplen plenamente con todas esas condiciones, e incluso muchas más! (¡Nos es de particular ayuda la genial observación del camarada Stalin de que la comunidad de sangre tribo-racial no es indispensable!).

Nuestros indígenas ocupan un *territorio común* perfectamente definido (si bien fragmentado en islas, pero en el Pacífico eso no nos sorprende en lo más mínimo) en el cual no viven otros pueblos. Su *tipo de vida económica* sorprende por su uniformidad: su descripción exhaustiva cabe en dos páginas mecanografiadas (sistema de ollas y reglamento contable respecto a cómo transferir el salario ficticio de los *zekos* para el mantenimiento de la zona, de la guardia, de la dirección del Archipiélago y del Estado). Si dentro de la economía hemos de incluir también el *modo de vida cotidiano*, veremos que este último es hasta tal punto uniforme en todo el Archipiélago (¡y en ningún otro sitio!), que los *zekos*, trasladados de isla a isla, no se asombran ante nada ni hacen preguntas estúpidas, sino que de entrada ya saben cómo comportarse en su nuevo domicilio («alimentarse sobre bases científicas, robar como sepas»). Consumen *alimentos* que no come nadie más en la Tierra, *visten* como no viste nadie más, y hasta su *horario* es el mismo en todas las islas y obligatorio para cada *zeko*. (¿Qué etnógrafo podrá indicarnos otra nación cuyos habitantes se alimenten, vistan y empleen su tiempo todos igual?).

En cuanto a la expresión *cultura* común contenida en la definición científica de nación, no es suficientemente explícita. No podemos exigir a los *zekos* que tengan en común ciencias o letras, por la sencilla razón de que *carecen de escritura* (pero eso sucede con casi todos los indígenas insulares; con la mayoría, por falta de cultura; con los *zekos*, por exceso de censura). En cambio, esperamos demostrar con creces en

nuestro ensayo la comunidad de *psicología* de los *zekos*, la uniformidad de su *conducta*, e incluso la unidad de sus *puntos de vista filosóficos*, cosas éstas con que los demás pueblos sólo pueden soñar, y que tampoco están especificadas en la definición científica de nación. Lo primero que le llama la atención al investigador en los *zekos* es un *carácter popular* netamente definido. Tienen su propio folklore y sus propios héroes. Y, por último, los emparienta también otro sector cultural, indisolublemente unido al *idioma*, y al que sólo muy aproximadamente podríamos describir con el pálido término de *tacos*. Se trata de una forma particular de expresar las emociones, más importante incluso que todo el resto del idioma, pues ofrece a los *zekos* la posibilidad de comunicarse entre sí de una manera más enérgica y breve que la que permiten los medios lingüísticos ordinarios[241]. El estado psicológico permanente en que se encuentran los *zekos* se descarga mejor y encuentra su más adecuada expresión justamente en su amplio y jerarquizado abanico de tacos. Por esa razón, todo el resto del idioma pasa, por decirlo así, a un segundo plano. Pero también en él observamos una asombrosa similitud de expresiones, una sola y única lógica lingüística, desde Kolyma hasta Moldavia.

Si no se la estudia especialmente, la lengua de los indígenas del Archipiélago resulta tan incomprensible al extranjero como cualquier otro idioma foráneo. (Veamos, por ejemplo, si el lector puede comprender expresiones como éstas:

- ¡desenvaina el pétalo!;
- todavía colmilleo;
- pasar el embutido;
- encolar farolas;
- ¡gallito con gallito, cuellos de cangrejo aparte!).

Todo lo dicho nos permite afirmar categóricamente que la condición de indígena en el Archipiélago constituye una nacionalidad particular que anula la anterior ciudadanía del individuo.

Prevemos la siguiente objeción: pero ¿cómo puede tratarse de un pueblo si no se reproduce por el sistema ordinario de procreación? (¡Por cierto, la única definición científica de nación no establece esa condición!). Es cierto, se reproduce por el procedimiento técnico de la *detención* (en tanto que, por un extraño capricho, entrega a sus propios retoños a los pueblos limítrofes). Pero ¿acaso no se crían pollos en incubadoras? ¡Y no por eso dejamos de considerarlos gallinas cuando comemos su carne!

Pero aun si cupiera alguna duda respecto a cómo los *zekos comienzan su existencia*, la manera como la *terminan* es indiscutible. Mueren como todo el mundo, sólo que en mucho mayor cantidad y bastante más precozmente. Y el ritual de sus exequias es siniestro, mezquino y cruel.

Digamos dos palabras acerca del propio término *zeko*. Hasta 1934 la designación oficial era *privados de libertad (lishonnyie svobody)*, que se abreviaba *l/s*, pero no se

ha conservado ningún testimonio de que los indígenas se llamaran a sí mismos *eleses*. A partir de 1934, esa expresión fue remplazada por «reclusos» *(zakliuchonnyie).* ¡*Recordemos* que él Archipiélago comenzaba ya a petrificarse; la terminología oficial iba adaptándose también a las necesidades del momento, y no podía permitir que en la definición de los indígenas hubiera más *libertad* que cárcel! Para abreviar, empezaron a escribir z/k (ze-ka) para el singular y z/k z/k (ze-ka ze-ka) para el plural. Abreviaciones esas que los tutores de los indígenas pronunciaban con mucha frecuencia, que todos oían y a las que todos se fueron acostumbrando. No obstante, esa palabra de origen oficial, digna hija de una época muerta y analfabeta, no sólo no podía declinarse, sino que ni siquiera admitía un plural. El sensible oído de los despabilados indígenas no podía conformarse con eso, y pronto, en son de burla, comenzaron a modificarla a su manera de diversas formas según el lugar: en algunos sitios decían «Zajar Kuzmich»; en Norilsk era «Zapoliarnyie Komsomoltsy» (komsomoles polares); en Carelia decían *zak* (la forma etimológicamente más correcta), en Inta era *zyk*. Personalmente, siempre oí *zeko*[242]. En todos esos casos, la palabreja recobraba vida y ya comenzaba a declinarse, en singular y plural. (Aunque Shalamov insiste en que en Kolyma seguían empleando *ze-ka* en la conversación. Sólo nos resta lamentar que, con tanto frío, a los de Kolyma se les haya congelado el oído).

* * *

El *clima* del Archipiélago es siempre polar, incluso si la isla ha venido a perderse en los Mares del Sur. El clima del Archipiélago es DOCE MESES DE INVIERNO, Y EL RESTO, VERANO. El mismo aire quema y pincha, y no sólo debido al frío glacial, no sólo por culpa de la Naturaleza.

Incluso en verano, los *zekos* van enfundados en la blanda y gris armadura de sus chaquetas acolchadas. Esa vestimenta y los cráneos masculinos completamente rapados les confiere una absoluta uniformidad en el *aspecto exterior*: son todos sombríos, impersonales. Y por poco que uno los observe, quedará asombrado también por la uniformidad de expresión que se lee en todos los rostros: siempre en guardia, desprovistos de amabilidad, sin el menor asomo de benevolencia, inclinados a la dureza cuando no a la crueldad. Esas expresiones son tales, que uno podría pensar que las han fundido todas en ese rugoso cobre rojo oscuro (los *zekos* pertenecen por lo visto a la raza india) que ya no conserva nada de corporal y que les permite afrontar perpetuamente los vientos contrarios, esperando, además, a cada paso ser mordidos desde la izquierda o desde la derecha. También puede advertirse que mientras el *zeko* está activo, trabaja o lucha, sus hombros están erguidos, y el pecho, dispuesto a vencer cualquier resistencia, pero en cuanto queda inactivo, solo y sumido en sus reflexiones, su cuello se afloja bajo el peso de la cabeza, y los hombros y la espalda forman inmediatamente una pronunciada curva. La posición más natural

que adoptan sus brazos libres es cruzarse a la espalda por las muñecas, si está andando, o simplemente colgar, si está sentado. Al acercarse a usted, hombre libre —y por tanto, posible mandamás—, esa actitud encorvada y embrutecida se volverá todavía más acentuada. Tratará de no mirarle a la cara, manteniendo más bien los ojos fijos en el suelo, pero si no le queda más remedio que alzar la vista, quedará usted impresionado por su mirada estúpida y obtusa, si bien dispuesta al cumplimiento de sus órdenes. (Pero, no se fíe: no las cumplirá). Si le ordena que se quite el gorro (o si se le ocurre a él), su cráneo rapado le producirá una desagradable impresión desde el punto de vista antropológico, por sus protuberancias, depresiones y asimetrías de tipo netamente degenerativo.

En su conversación con usted, será lacónico; le hablará con una voz sin inflexiones y en tono monótonamente obtuso, o bien con servilismo, si ha de pedirle algo. Pero si tuviera usted ocasión de oír a escondidas a los indígenas, cuando están entre ellos, probablemente no olvidaría jamás esa alocución peculiar, como dando empellones sonoros, malignamente burlona, exigente y desprovista del menor sentimiento. Esa manera de hablar está tan arraigada en ellos, que incluso cuando un indígena se queda a solas con una indígena (cosa que, por lo demás, prohíben severamente las leyes insulares), cuesta imaginar que pueda prescindir de ese tono. Lo más probable es que también con ella se exprese en esos términos imperiosos y cortantes, y es imposible imaginarse a un *zeko* pronunciando palabras de ternura. Eso sí, no se puede negar al discurso de los *zekos* una gran energía, en parte por estar radicalmente desprovistos de incisos y redundancias tales como «permítame», «por favor», «no faltaba más», así como de todo pronombre o interjección superfluos. El discurso del *zeko* va directamente al grano, como el mismo *zeko* que arremete contra el viento polar. Cuando habla, da la impresión de estar propinándole una paliza a su interlocutor, de golpearle con sus palabras. Del mismo modo que el luchador avezado trata de derribar a su adversario con el primer golpe, así el *zeko* se esfuerza por desarmar a su interlocutor, dejarlo cortado, incluso ponerlo ronco a la primera frase. Y cualquier pregunta con que se le conteste será rechazada de plano.

Hoy mismo podría sucederle al lector que por circunstancias imprevistas deba afrontar semejante agresión verbal. Por ejemplo, un día de viento, su vecino en la parada del autobús le echa encima montones de ceniza ardiente, con riesgo de quemarle su abrigo nuevo. Usted ya se la ha sacudido ostensiblemente una vez, él sigue. Usted le dice:

—Oiga, camarada, podría tener un poco más de cuidado con su cigarrillo, ¿no le parece…?

El hombre no sólo no pide disculpas ni trata de apartar el cigarrillo, sino que ladra brevemente:

—¿Qué pasa, no tiene seguro?

Y mientras usted busca desesperadamente qué contestar a eso (¡la verdad, no es tan fácil!), él ya ha subido antes que usted al autobús. ¡Pues eso es exactamente lo

que se estila entre los indígenas del Archipiélago!

Aparte de los numerosos y variadísimos insultos directos, los *zekos* disponen también, por lo visto, de un arsenal de frases hechas que cortan por lo sano cualquier tentativa de intervención o cualquier observación sensata por parte de un extraño. Expresiones por el estilo de:

—¡No provoque, nadie le ha dado vela en este entierro!

O si no:

—¡No te [desuellan], no te menees! (Hemos puesto aquí entre corchetes un análogo fonético de otra palabra, soez, cuyo empleo da también al segundo verbo de la frase un sentido extremadamente obsceno).

Esos cortes resultan particularmente irresistibles en boca de las mujeres, pues son ellas las que con más profusión basan sus metáforas en imágenes eróticas. Lamentamos que los cánones de las buenas costumbres no nos permitan ilustrar este ensayo con algunos ejemplos. Nos atreveremos únicamente a dar una muestra más de la rapidez y agudeza de lengua de los *zekos*. Cierto indígena llamado Glik había sido trasladado de una isla ordinaria a otra especial donde existía un instituto de investigaciones científicas (algunos indígenas tienen facultades naturales tan desarrolladas, que hasta sirven para labores científicas), pero por alguna razón personal, estaba disconforme con su nueva y privilegiada posición y deseaba volver a la isla de antes. Lo citaron para comparecer ante una comisión muy importante, cuyos integrantes lucían grandes estrellas en las charreteras. Ahí le declararon…

—En su calidad de ingeniero radiotelegrafista, deseamos emplearlo…

Él no les dejó terminar la frase: «… de acuerdo con sus conocimientos». Interrumpió, brusco:

—¿*Emplearme*? Entonces, ¿me pongo a cuatro patas…?

E inició el gesto de desabrocharse el pantalón, como si se preparara a ponerse en la posición indicada. Naturalmente, la comisión se quedó muda, y no hubo más conversación ni tentativas de persuasión. Glik fue trasladado inmediatamente.

Es curioso hacer notar que los mismos indígenas del Archipiélago son perfectamente conscientes del interés que despiertan entre los antropólogos y los etnógrafos, y eso es para ellos objeto de orgullo, algo que los hace sentirse más importantes ante sus propios ojos. Entre ellos es muy conocida, y se relata con frecuencia, una leyenda-chiste de cierto sabio etnógrafo, por lo visto un predecesor nuestro, que se pasó la vida estudiando a la especie *zeka* y publicó en dos tomos una voluminosa disertación, en la que llegaba a la conclusión definitiva de que *el prisionero es perezoso, voraz y astuto* (aquí, risa satisfecha del narrador y de su auditorio, como si se admiraran a sí mismos desde fuera). Pero, según parece, al poco *detuvieron* también al profesor (un final muy desagradable, pero aquí no se encierra a inocentes, de modo que algo habría). Y, así, zarandeado en los traslados, y *acercándose* en los *generales*, el profesor comprendió su error y reconoció que en

realidad el prisionero es *vibrante, fino y transparente* (descripción muy exacta, y otra vez algo lisonjera. Todos ríen de nuevo).

Ya hemos dicho que los *zekos* carecen de escritura. Pero el ejemplo personal de los viejos isleños, la tradición oral y el folklore han elaborado y transmiten a los novatos todo un *código de buena conducta zeko*, los mandamientos fundamentales para la actitud que hay que adoptar respecto al trabajo, a los patronos, a los demás *zekos* y a uno mismo. Todo ese código ensamblado, integrado, realizado en la estructura moral del indígena, es precisamente lo que damos en llamar el *tipo nacional zeko*. El sello del mismo se graba profundamente y para siempre en el hombre. Y aunque años después se encuentre fuera del Archipiélago, lo primero que reconoceremos en él será al *zeko*, y sólo después al ruso, al tártaro o al polaco.

Trataremos a continuación de estudiar detalladamente los rasgos que constituyen el carácter popular, la psicología de la vida y la ética normativa de la nación *zeka*.

Actitud respecto al trabajo oficial. Los *zekos* tienen la idea absolutamente errónea de que el trabajo tiene como único objetivo chuparles la vida entera; por tanto, su única esperanza de salvación consiste en trabajar sin entregarse al trabajo. Los *zekos* saben muy bien que «todo el trabajo no lo harás» (es decir, no intentes nunca terminar tu tarea de prisa para sentarte a descansar; en cuanto te sientes, te darán otra tarea en el acto). *El trabajo ama a los tontos*.

Sí, pero… ¿qué hacer? ¿Negarse abiertamente a trabajar? ¡No hay cosa peor! Es ir a parar al calabozo, o morir de hambre. Entonces no queda más remedio que dirigirse al trabajo, pero no para *sudar*, sino para «remolonear»; no para *bregar*, sino para *gandulear, candonguear* (o sea, para no trabajar lo mismo). El indígena jamás se niega franca y abiertamente a cumplir una orden; sería su perdición. Pero *estira la goma*. «Estirar la goma» es una de las principales nociones y expresiones del Archipiélago, el gran invento salvador de los *zekos* (copiado ulteriormente en gran escala por los trabajadores libres). El *zeko* escucha con atención todas las órdenes que se le imparten y asiente con movimientos afirmativos de la cabeza, tras lo cual se retira para cumplirlas. Pero ¡no las cumple! La mayor parte de las veces, ni lo intenta.

Eso llega a desesperar a los voluntarios e infatigables mandos de producción. Lógicamente entran deseos de romperle la cara a puñetazos a ese estúpido animal cubierto de harapos: ¿No se lo habían dicho en ruso? Entonces, ¿por qué no entiende? (Bueno, ahí está precisamente el quid de la cuestión: ¡los indígenas no entienden bien el ruso! Muchas de nuestras expresiones actuales, como, por ejemplo, «honor obrero», «disciplina consciente», ni siquiera tienen equivalente en su pobrísimo idioma). Sin embargo, basta que el jefe vuelva a la carga para que el *zeko* se incline dócilmente ante los insultos y comience a trabajar. El corazón del patrono se ablanda un poco, se aleja nuevamente para atender a sus numerosas e importantísimas obligaciones directivas, y apenas se ha perdido de vista, el *zeko* vuelve a sentarse y cruzarse de brazos (siempre que ante sus narices no se agite el puño del jefe de

equipo, o que no se le amenace hoy mismo con privarlo de su ración de pan o, por el contrario, que no le hayan prometido algún tipo de recompensa). A nosotros, personas normales, nos resulta difícil comprender esa psicología, pero así es.

¿Que no entiende? Al contrario, entiende más que cualquiera, y su comprensión está perfectamente adaptada a las circunstancias. ¿Qué espera? El trabajo no se va a hacer solo, volverá el jefe y será peor, ¿no? Pues espera lo siguiente: lo más probable es que hoy, el jefe no vuelva a aparecer ahí por tercera vez. Y de aquí a mañana, aún se puede haber muerto uno de los dos. A lo mejor esta misma noche al *zeko* lo trasladan con un contingente, o lo destinan a otro equipo, o lo internan en el hospital, o lo meten en el calabozo, y ¿entonces toda su parte de trabajo sería acreditada a otro? O si no, mañana puede suceder que dentro del mismo equipo le toque un trabajo distinto, o que el propio jefe anule la orden, que resulte que lo de ayer no había que hacerlo, o había que hacerlo de otra manera. Numerosos casos así han hecho que los *zekos* asimilaran sólidamente que *no hagas hoy lo que puedas hacer mañana*. El *zeko* teme quemar una caloría de más allí donde quizá pueda ahorrarla (la noción de calorías existe y es muy popular entre los indígenas). Cuando hablan entre sí, los *zekos* lo dicen abiertamente: «*el caballo que tira es el que recibe los latigazos*» (al que no tira ya lo dejan por inútil). En términos generales, el *zeko* trabaja únicamente *con tal de llegar a la noche*.

(Aquí, nuestra honradez científica nos obliga a reconocer cierto fallo en nuestro razonamiento. Ante todo, porque la ley del campo —«el caballo que tira es el que recibe los latigazos»— resulta ser al mismo tiempo un viejo proverbio ruso. Encontramos igualmente en Dahl**[243]** otra expresión típicamente zekiana: «*vive su día en espera de la noche*». Semejante coincidencia despierta en nosotros un torbellino de ideas: ¿Teoría de las prestaciones? ¿Teoría de los argumentos migratorios? ¿Escuela mitológica? Prosiguiendo con esas peligrosas comparaciones, entre los proverbios rusos gestados durante la época de la servidumbre y ya decantados en el siglo XIX, encontramos los siguientes:

- El trabajo no hagas, del trabajo no huyas (¡asombroso! ¡Es exactamente el principio de la *goma larga* en el campo!)
- ¡Permita Dios saber de todo, y no hacer de nada!
- Para el amo trabajar es cosa de nunca acabar.
- Caballito brioso no llegará a viejo.
- Te dan un mendrugo y te hacen bregar la semana entera. (Nos recuerda mucho la teoría zekiana, según la cual ni siquiera una ración abundante compensa el esfuerzo empleado en el trabajo).

¿Cómo es posible? ¿Resulta acaso que después de todas las señaladas fechas de nuestras reformas libertadoras, de la ilustración, de las revoluciones y del socialismo, el mujik siervo de Catalina y el *zeko* de Stalin, pese a la radical diversidad de su condición social, se estrechan las callosas manos…? ¡No, eso no puede ser!

(Aquí se corta nuestra erudición y volvemos a nuestro ensayo).

De la actitud del *zeko* hacia el trabajo deriva su *actitud hacia las autoridades*. Aparentemente, es muy dócil; uno de los mandamientos del *zeko* es, precisamente, «jamás discutas con la autoridad». Aparentemente también le tiene mucho miedo, dobla el espinazo cuando el jefe lo insulta, o simplemente cuando lo tiene al lado. Pero en realidad se trata de un cálculo muy simple: evitar castigos inútiles. A decir verdad, el *zeko* desprecia profundamente a las autoridades, tanto las del campo como las de la producción, mas no lo demuestra para no sufrir las consecuencias. Cuando la muchedumbre se dispersa, después de haber tenido que escuchar informes, sermones y reprimendas, los *zekos* se ríen entre sí a media voz: *¡ellos que digan, nosotros ya olvidaremos!* En su fuero interno los *zekos* se consideran superiores a sus jefes, tanto en lo cultural como en lo profesional, e incluso en lo humano. Hay que reconocer que con frecuencia es así, pero, en su ciega suficiencia, los *zekos* olvidan que la administración insular posee, en cambio, una superioridad permanente sobre los indígenas en lo que se refiere a *ideología*. Por eso, resulta totalmente inconsistente la ingenua idea que se hacen los *zekos* respecto a las autoridades: *aquí mando yo, aquí la ley soy yo*, etcétera.

Y aquí se nos ofrece una inmejorable posibilidad para trazar la línea de demarcación entre la antigua servidumbre y el estado actual del indígena. El mujik no quería a su amo, se burlaba de él, pero estaba acostumbrado a sentir en su persona algo superior, lo que explica la abundancia de *Savelich* y de *Firs*[fi], esclavos abnegados. Pues esta esclavitud interna es lo que ha terminado de una vez y para siempre. Entre las decenas de millones de *zekos* es imposible imaginarse a uno solo que haya adorado sinceramente a su jefe.

Otro importante rasgo nacional que distingue a los *zekos* de nuestros comunes compatriotas, amigo lector, es que los *zekos* no aspiran a obtener elogios, diplomas o cuadros de honor (salvo que estén directamente vinculados con alimentos suplementarios). Todo aquello que en el país se califica de gloria obrera, a los *zekos*, debido a su mente obtusa, les suena a hueco. Eso los hace todavía más independientes de sus tutores, al no tener que complacerlos.

En general, toda *la escala de valores* está invertida entre los *zekos*, pero eso no debe extrañarnos si consideramos que para los salvajes siempre ha sido así: son capaces de dar un cerdo a cambio de un minúsculo espejito, o una canasta de cocos por un collar de vidrio. Todo aquello que para usted y para mí, amigo lector, resulta lo más importante, como valores ideológicos, espíritu de sacrificio y deseo de trabajar desinteresadamente para construir el porvenir, entre los *zekos* no sólo no se da, sino que no tiene el menor valor. Baste decir que *los zekos están totalmente desprovistos de sentido patriótico*, que no sienten el menor afecto por sus islas natales. Recordemos, simplemente, las palabras de una de sus canciones populares:

Maldita seas, Kolyma…
¡Vaya un planeta que se han inventado!

Por eso no es extraño verlos emprender lejanas y arriesgadas expediciones en busca de la felicidad, a las que llaman popularmente *fugas*.

Lo más preciado por los *zekos*, lo que ocupa el primer puesto en su escala de valores, es la ración de pan, la *paika*, como la llaman ellos, que consiste en un trozo de pan negro con impurezas, mal cocido y que usted y yo no comeríamos por nada del mundo. Y cuanto más grande y más pesada sea esa *paika*, tanto más valiosa les resulta. Quienes hayan tenido ocasión de observar a los *zekos* abalanzarse ávidamente sobre su ración matutina y devorarla sin dejar migaja, difícilmente podrán olvidar esa antiestética escena. En segundo lugar aprecian el tabaco, que puede ser *majorca* (picadura de ínfima calidad) o *samosad* (picadura elaborada clandestinamente por el propio cultivador); llama la atención la increíble arbitrariedad de las equivalencias de trueque, que no guardan la menor relación con la cantidad de trabajo socialmente útil depositado en cada uno de los artículos. Y aún más monstruoso resulta si tenemos en cuenta que la *majorca* les sirve en cierto modo de divisa universal (las islas no poseen sistema monetario). El tercer lugar lo ocupa la *balanda* (una sopa isleña sin materias grasas, sin carne, sin cereales y sin verduras, según costumbre indígena). Tal vez ni siquiera el desfile de los regimientos de la guardia, luciendo sus resplandecientes uniformes, armas al hombro y marcando el paso, impresionaría tanto al espectador como un equipo de *zekos* que entra en el comedor a la hora de la cena en busca de su *balanda*: cráneos rapados, gorros absurdos, andrajos sostenidos con cuerdas, rostros ruines, torcidos (¿de dónde les salen esos nervios y esa fuerza a base de *balanda*?) y el estrépito de veinticinco pares de zapatos, de botas de goma, de alpargatas de corteza: tup-tup, tup-tup, *¡venga la comida, jefecito!* ¡Apártense los forasteros! En ese momento, los veinticinco rostros frente a su alimento reflejan con toda fidelidad el *carácter nacional zeko*.

Advertimos que cuando hablamos del pueblo *zeko* nos resulta casi imposible representarnos individuos, rostros o nombres aislados. Pero no se trata de un defecto de nuestro método, sino que refleja el *modo de vida gregario* que lleva esa extraña nación, que ha renunciado a la vida familiar, tan común entre los demás pueblos, así como a dejar descendencia (están convencidos de que su especie será reproducida por otros medios).

No sabemos muy bien si ese original sistema colectivo que reina en el Archipiélago es todavía herencia de la sociedad primitiva o ya aurora del porvenir. Probablemente, del porvenir.

El valor siguiente en la escala *zeka* lo constituye el sueño. El hombre normal quedará asombrado al ver cuánto puede dormir un *zeko* y en qué diversas circunstancias. Huelga decir que los *zekos* desconocen el insomnio, nunca recurren a somníferos, duermen toda la noche de un solo tirón y si, por una de esas casualidades,

llega a tocarles un día libre, también se lo pasan durmiendo. Se ha establecido fehacientemente que pueden dormirse sentados junto a unas angarillas vacías en espera de que las carguen; durante la concentración matutina, de pie sobre las piernas abiertas, o incluso andando bajo escolta hacia su lugar de trabajo, aunque no todos: algunos se caen y se despiertan. Fundan su conducta en que, durmiendo, la *condena* se purga antes. Además, *la noche es para dormir y el día para descansar*[244].

Volviendo al cuadro de la brigada que golpea con los pies para que le sirvan su «legítima» (como la llaman ellos) *balanda*, vemos en él la expresión de uno de los más importantes rasgos nacionales del pueblo *zeko*: la *presión vital* (que no está en contradicción con su tendencia a dormirse en cualquier momento: si se duermen, es precisamente para tener fuerzas que les permitan ejercer esa presión). Esa presión lo es en el sentido literal de la palabra, es decir, física, en la recta final justo antes de llegar a la meta (comida, estufa, secadero, refugio contra la lluvia) cuando el *zeko* no tiene el menor reparo en empujar a su vecino en medio de la batahola y hacerlo caer; cuando dos *zekos* tienen que levantar un tronco, ambos se encaminan hacia el lado de la copa, para que el lado de la base le toque al vecino. También se puede entender esa presión en un sentido más general, por ejemplo, presión para llegar a ocupar una posición más ventajosa. En las crueles condiciones que reinan en las islas (condiciones tan parecidas a las que rigen el mundo animal que podemos aplicarles tranquilamente el *struggle for life*[fj] de Darwin), muchas veces del éxito o del fracaso en la lucha por conseguir un buen puesto depende la vida misma, y los indígenas no conocen ningún principio moral que los retenga de abrirse camino a costa de los demás. Así lo declaran abiertamente: *¿Mi conciencia? Quedó archivada en mi expediente*. A la hora de las decisiones importantes se atienen al conocido lema del Archipiélago: *antes emperrarse que arrugarse*.

Pero la presión sólo puede tener éxito si va acompañada de *astucia*, de habilidad para sortear las más insuperables dificultades[245]. El *zeko* debe hacer gala de esa cualidad a cada paso y con los motivos más fútiles; por ejemplo, para salvar sus miserables pertenencias: su escudilla abollada, o un trapo maloliente, o su cuchara de madera, o su aguja de trabajo. Sin embargo, cuando se trata de la lucha por un puesto importante en la jerarquía insular, esa astucia debe ser más aguda, más fina, más calculada. Sólo un ejemplo, para no sobrecargar la presente investigación: cierto *zeko* había logrado ocupar el importante cargo de jefe de talleres en la intendencia de un campo. Algunos de los trabajos que dirigía iban bien, otros no tanto, pero su posición ni siquiera dependía de eso, sino del *empaque* del que hacía gala. Por ejemplo, entran en su despacho unos oficiales de la MVD y observan sobre su escritorio unos conos de barro.

—¿Y esto qué es? —preguntan.

—Son conos de Segghers.

—¿Para qué sirven?

—Para medir la temperatura en los hornos.

—¡A-a-ah…! —dice el jefe con respeto, y piensa: «Buen ojo tuve para poner aquí a ese ingeniero», cuando la verdad es que la fusión de esos conos no indica nada en absoluto porque no están hechos de arcilla estándar, sino cualquiera. Cuando los conos estén muy vistos aparecerá sobre su escritorio un complicado aparato óptico… desprovisto de lentes (¿dónde encontrar lentes en el Archipiélago?). Y todos otra vez boquiabiertos.

La cabeza del *zeko* debe estar permanentemente ocupada en ese tipo de invenciones.

El *zeko* debe hacer gala de una *conducta flexible* según las circunstancias y la psicología de su adversario: desde la brutal labor de puño o de garganta, hasta la más refinada simulación; desde el descaro más evidente hasta la más religiosa fidelidad a una palabra dada sin testigos y que aparentemente no tiene nada de obligatoria. (No se sabe por qué, todos cumplen fielmente las obligaciones contraídas en secreto con ocasión de sobornos y son extremadamente pacientes y concienzudos a la hora de servir encargos particulares. Cuando observamos un maravilloso trabajo insular, tallado e incrustado, como sólo pueden admirarse en el museo de Ostankino, nos costará creer que ha salido de las mismas manos que le entregan al capataz un trabajo tan mal hecho, que lo apuntala con una estaca para que no se desmorone).

Esa misma flexibilidad se refleja en la conocida regla de los *zekos: te dan, coge; te pegan, corre*.

Para los isleños, una condición primordial de éxito en la lucha por la vida es el *disimulo*. Su carácter y sus intenciones están tan ocultos que un patrono principiante tendrá la impresión de que los *zekos* se inclinan como los juncos, con el viento y con la bota[246]. (Sólo más tarde comprobará con amargura cuán falsos e hipócritas son esos isleños). El disimulo es posiblemente la característica principal de la tribu zeka. El *zeko* debe ocultar sus intenciones y sus actos tanto a sus jefes como a los celadores, al jefe de equipo y a los llamados «soplones[247]». Debe ocultar sus éxitos para que no le socaven el suelo. Debe ocultar sus planes, sus cálculos, sus esperanzas, tanto si está preparándose para una larga «fuga», como si ha encontrado un lugar donde reunir viruta para su colchón. La vida del *zeko* está hecha de tal modo que sinceramente siempre significa perder… Un indígena a quien una vez convidé a *majorca*, me lo explicó así (transcribo sus palabras debidamente traducidas): «Le cuentas a uno que encontraste un rincón donde se está calentito y no te ve nadie, y allá van todos, y el capataz termina por descubrirlo. Le cuentas a otro que mandaste una carta por intermedio de un libre[248], y todos empezarán a darle encargos, y al final lo pescarán con las cartas encima. Y si el encargado del almacén de ropa te ha prometido cambiarte tu camisa rota, no se lo cuentes a nadie antes de que te la haya cambiado, y después tampoco: no la quemes, que todavía podrá serte útil[249]». Con los años, el *zeko* se acostumbra tanto a ocultarlo todo, que ya ni le cuesta esfuerzo: ese deseo tan natural de compartir sus sentimientos ha muerto en él. (Tal vez habría que considerar ese disimulo como una especie de reacción defensiva del *zeko* contra

el *disimulo general* que lo rodea. Porque también a él le ocultan por todos los medios cualquier información concerniente a su destino).

El disimulo del *zeko* nace de su *desconfianza: el zeko* desconfía de todos los que lo rodean. Muy especialmente suscitan su suspicacia los actos aparentemente desinteresados. La *ley de la taiga*, así formula él el supremo imperativo de las relaciones humanas. (Efectivamente, en las islas del Archipiélago hay grandes extensiones de taiga).

El indígena que reúne y manifiesta más plenamente esas cualidades tribales, presión vital, ausencia de compasión, astucia, disimulo y desconfianza, se llama a sí mismo y es llamado por los demás un *hijo del GULAG*. Entre ellos, ese título suena más o menos como el de ciudadano de honor, y sólo se adquiere tras largos años de vida insular.

El hijo del GULAG se considera a sí mismo impenetrable, pero está convencido de que penetra a fondo a todos los que lo rodean, a dos metros por debajo, como suelen decir. Tal vez sea cierto, pero en eso precisamente vemos que los *zekos*, incluso los más perspicaces, tienen un horizonte limitado, *cortedad de miras*. A pesar de saber juzgar a los demás con mucho sentido común, y calcular con mucha exactitud sus actividades para las siguientes horas, los *zekos* corrientes, e incluso los hijos del GULAG, no son capaces de pensar en términos abstractos, ni de abarcar con la mente fenómenos de carácter general, y ni siquiera de hablar del porvenir. Hasta el futuro gramatical se emplea poco en su idioma: cuando lo aplican referido al día de mañana, ya es con cierto matiz condicional; con más prudencia aún lo usan para los días de la semana en curso, y nunca, pero lo que se dice nunca, oirá usted a un *zeko* pronunciar esta frase: «La próxima primavera voy a»…, pues todos saben perfectamente que todavía hay que terminar el invierno con vida, y que cualquier día las circunstancias pueden transportarlo de isla a isla. ¡No, en realidad tienen razón cuando dicen «para mí, un día es un siglo»!

Los hijos del GULAG son los principales portadores de la tradición y de lo que se ha dado en llamar los *mandamientos del zeko*. Esos mandamientos pueden variar, según las islas, en su número y en su formulación exacta, y su sistematización sería una apasionante investigación autónoma. Desde luego, no tienen nada que ver con el cristianismo. (Los *zekos* no sólo son un pueblo ateo, sino que para ellos nada es sagrado; están siempre empeñados en rebajar y ridiculizar todo lo que sea un poco elevado. Eso se refleja también en su idioma). Pero, como afirman los hijos del GULAG, quienes cumplan con esos mandamientos no perecerán en el Archipiélago.

Existen mandamientos tales como: *no soplarás* (¿cómo entenderlo? Deben ser consideraciones de higiene); *no lamerás las escudillas*, es decir, no te rebajarás hasta los desperdicios, lo que para ellos significa la muerte rápida y segura; *no mendigarás*, y muchos otros.

Resulta interesante el mandamiento *no meterás la nariz en la escudilla ajena*. Podríamos decir que es una importante conquista del pensamiento zekiano: en efecto,

se trata del principio de libertad negativa, del «*my home is my castle*[fk]» al revés, e incluso más que eso, puesto que aquí no se habla de la propia escudilla, sino de la del vecino (aunque la propia se sobreentiende). Conociendo las condiciones de vida indígenas, debemos tomar el vocablo «escudilla» en sentido amplio, no sólo como un recipiente abollado y ennegrecido por el hollín, y ni siquiera como el poco apetitoso mejunje contenido en el mismo, sino como todos los medios de procurarse comida, todos los procedimientos empleados en la lucha por la existencia y, aún más, como el *alma* del *zeko*. Para abreviar: déjame vivir como quiero y vive tú como quieras; ése es el significado de dicho mandamiento. El duro y cruel hijo del GULAG se compromete mediante ese precepto a no malgastar sus fuerzas y su presión vital en satisfacer una fútil curiosidad (pero al mismo tiempo se libera de toda obligación moral: ya puedes estar a dos pasos de mí y reventar, que me da igual. Ley cruel, pero no obstante mucho más humana que la de los «urkas», unos caníbales insulares: «Tú muérete hoy, yo, mañana». El urka-caníbal no es, ni mucho menos, indiferente hacia su vecino; al contrario, apresurará su muerte para retardar la propia o, a veces, simplemente para divertirse o por curiosidad, para contemplarla).

Y, finalmente, existe un mandamiento compuesto: *¡no creerás, no temerás, no pedirás!* En ese mandamiento, de un modo muy claro, casi escultural, está expresado el carácter nacional común a todos los *zekos*.

¿Cómo sería posible gobernar (en libertad) a un pueblo penetrado por entero de tan orgulloso mandamiento? ¡Sólo pensarlo da miedo…!

Ese mandamiento nos lleva, del análisis de la conducta de los *zekos* en la vida cotidiana, al de su esencia psicológica.

Lo primero que nos llama la atención en un hijo del GULAG, y que a medida que lo conozcamos iremos advirtiendo más y más, es su *equilibrio espiritual*, su estabilidad psíquica.

Es interesante observar la concepción filosófica que tiene el *zeko* de su propio lugar en el Universo. A diferencia del inglés o del francés, que toda su vida se enorgullece de haber nacido inglés o francés, el *zeko* no tiene en mucho su nacionalidad; al contrario, la concibe como una prueba cruel, pero una prueba que quiere soportar con dignidad. Los *zekos* cultivan incluso un mito según el cual existirían en algún lugar unas «puertas del Archipiélago» (compárese con las columnas de Hércules en la Antigüedad) con la siguiente inscripción en la entrada: «¡No pierdas el ánimo!», y esta otra en la salida: «¡No te alegres demasiado!». Y esas inscripciones —agregan los *zekos*— son visibles sólo para las personas inteligentes; los tontos no las ven. Con frecuencia, ese mito se expresa en una sencilla regla: *quien entre, no se aflija; quien salga, no se alegre*. Esa es la llave que permite comprender los puntos de vista del *zeko* respecto a la vida, al Archipiélago y a todo lo que lo rodea. Y esa misma filosofía es la base de esa estabilidad psíquica del *zeko* de la cual hablábamos. Por negras que sean las nubes que sobre él se ciernan, sólo lo oiremos

mascullar, frunciendo el ceño en su basto rostro curtido: *del fondo de la mina no paso*.

O si no, se consuelan: ¡*Hay cosas peores*!, y, en efecto, en los mayores tormentos del hambre, del frío y de la tristeza, la convicción de que *podría ser peor* los sostiene y reconforta.

El *zeko* está siempre *preparado para LO PEOR*; su vida es tal, que vive permanentemente a la espera del golpe del destino. En cambio, todo alivio temporal de sus males es interpretado por él como una inadvertencia, un error. En esa constante espera de la desgracia, se forja la dura alma del *zeko*, impasible ante el destino propio y sin piedad ante el destino de los demás.

Raras son las veces en que el *zeko* pierde ese equilibrio, tanto hacia el lado de la luz como hacia el de la oscuridad, tanto hacia la alegría como hacia la desesperación.

Lo expresa admirablemente Taras Shevchenko, que pasó una corta temporada en las islas aún en la época prehistórica: «He llegado a un punto en que ya no siento ni alegría ni pesar. En cambio, me domina una calma moral lindante con la sangre fría de los peces. ¿Será posible que las desdichas ininterrumpidas lleguen a transformar hasta ese punto el alma humana?»[250].

Sí. Es posible. *Un constante estado de indiferencia* es el arma indispensable que permitirá al *zeko* sobrellevar esos largos años de hosca existencia en las islas. Si en su primer año de Archipiélago no alcanza ese estado de apagada apatía, lo más probable es que muera. Si lo alcanza, sobrevivirá. En resumen: el que no revienta se acostumbra.

En el *zeko*, todos los sentimientos están embotados; el sistema nervioso, insensibilizado. Indiferente a sus propias desgracias y hasta a los castigos que le infligen los tutores de su tribu, incluso casi-casi a su propia existencia, es natural que tampoco se compadezca de las desgracias ajenas. Un grito de dolor, o unos sollozos de mujer, apenas si le hacen volver la cabeza, hasta tal punto se han embotado sus reacciones. Con frecuencia, los *zekos* son despiadados con la inexperiencia de los novatos, se burlan de sus torpezas e infortunios, pero no debemos juzgarlos severamente por ello: no lo hacen por maldad, sino simplemente porque la compasión se ha atrofiado por completo en ellos y sólo notan el aspecto cómico del hecho.

La concepción del mundo que predomina entre ellos es el *fatalismo*. Es un rasgo universal y profundamente arraigado entre los *zekos*. Se explica por su posición de esclavos, por su absoluta ignorancia de lo que les va a suceder en un futuro cercano y por su incapacidad práctica de influir en los acontecimientos. El fatalismo es incluso indispensable al *zeko*, pues lo reafirma en su equilibrio espiritual. El hijo del GULAG estima que el camino más seguro es remitirse al destino. El porvenir es para él un misterio, y sin comprender gran cosa de sus factores, ni poder imaginar lo que puede llegarle a suceder en los vericuetos de la vida, lo mejor es no tratar de conseguir nada con demasiada insistencia ni rehusar nada con excesivo empecinamiento, así se trate de traslado a otro barracón, a otro equipo o a otro campo. Tal vez será mejor, tal vez

peor; en todo caso, no tendrá que reprocharse a sí mismo: ¡el mal no se lo habrá buscado uno! Y de tal modo conserva el *zeko* ese valioso sentimiento de impavidez, no cae en la agitación sin sentido ni en la obsecuencia.

Con un destino tan oscuro, nacen entre los *zekos* todo tipo de *supersticiones*. Una de ellas está estrechamente ligada al fatalismo: si te preocupas demasiado de tu instalación y de tu comodidad, seguro que *arderás en un traslado*[251].

El fatalismo se extiende entre ellos no sólo a su destino personal, sino a cuanto ocurra en general. Jamás podrá ocurrírseles que *el curso general* de los acontecimientos pueda ser modificado. Tienen la idea de que el Archipiélago existe *desde siempre*, y que antes aún era peor.

Mas el vericueto psicológico más interesante es que los *zekos* conciben su estado de indiferencia ante las miserables condiciones que los rodean como un triunfo de su *amor a la vida*. Basta que la sucesión de desgracias se vuelva un tanto más espaciada, que los golpes del destino se debiliten un poco, y ya el *zeko* expresa su *satisfacción de la vida* y su orgullo por la manera como sobrelleva las cosas. Tal vez al lector le resulte más fácil convencerse de ese rasgo paradójico si citamos a Chéjov. En su relato *En el destierro*, el pasador Simón *el Sensato* expresa así este sentimiento:

> «He llegado al punto de poder dormir desnudo en la tierra y alimentarme de hierba… ¡*Y quiera Dios conceder a todos esta vida*! (La cursiva es nuestra). No necesito nada, no temo nada, y me considero el hombre más rico y libre del mundo».

Esas sorprendentes palabras todavía resuenan en nuestros oídos; más de una vez tuvimos ocasión de oírselas a los *zekos* del Archipiélago (¡y nos preguntamos, asombrados, dónde las pescaría Chéjov!): «Quiera Dios conceder a todos esta vida». ¡¿Qué me dicen de eso?!

Hasta ahora hemos hablado de los aspectos positivos del carácter de los *zekos*. Pero tampoco debemos pasar por alto sus rasgos negativos, esas conmovedoras debilidades nacionales que están como en excepción o en contradicción a lo anterior.

Cuanto más impávido, más absoluto es el descreimiento de ese pueblo aparentemente ateo (se mofan abiertamente, por ejemplo, del precepto evangélico «No juzguéis y no seréis juzgados», estiman que el expediente judicial no depende de eso), tanto más fácilmente caen presa de febriles accesos de credulidad. Se podría establecer la siguiente distinción: hasta allí donde alcanza su vista, el *zeko* duda de todo; pero más allá de su limitado horizonte, desprovisto como está de visión abstracta y de sentido histórico, cree, con la ingenuidad de los pueblos primitivos, en cualquier lejano rumor, en milagros indígenas.

Un antiguo ejemplo de esa *credulidad* indígena son las esperanzas que habían fundado en la llegada de Gorki, a las Solovki. Pero ni siquiera hace falta que nos remontemos tan lejos. Existe en el Archipiélago una religión constante y casi universal: la fe en la llamada *Amnistía*. Resulta difícil explicar de qué se trata. No es, como podría pensar el lector, el nombre de una deidad femenina, sino algo comparable a la Segunda Venida de Cristo entre los pueblos cristianos; es el repentino resplandor de una luz tan intensa, que se derretirán todos los hielos del Archipiélago y las propias islas se licuarán, en tanto que todos los indígenas, transportados en cálidas ondas, se irán a regiones soleadas, donde en seguida estrecharán entre sus brazos a seres queridos. Tal vez se trate de la fe, algo transformada, en el Reino de Dios en la Tierra. Esa fe, jamás confirmada por ningún milagro real, es sin embargo muy insistente y tenaz. Así como los demás pueblos relacionan sus ritos importantes con los solsticios de invierno y de verano, del mismo modo los *zekos* esperan mística e infructuosamente los primeros días de noviembre y de mayo[fl]. Basta que las brisas del Sur comiencen a soplar en el Archipiélago, para que ellos se digan por lo bajo los unos a los otros: «¡Seguro que viene la Amnistía!, ¡ya está empezando!». Si son los gélidos vientos del Norte los que llegan, los *zekos* se calentarán soplando sobre sus dedos entumecidos, frotándose las orejas, dando patadas en el suelo, y se consolarán mutuamente: «Eso es que pronto vendrá la Amnistía. Si no, nos vamos a congelar todo al… (aquí un término irreproducible). ¡Esta vez *sí* será!».

Toda religión es nociva. Se trata de una verdad hace tiempo establecida, y aquí tenemos ocasión de comprobarla una vez más. La fe en la Amnistía debilita enormemente a los indígenas, los sume en un estado de ensoñación que no les es habitual y produce entre ellos, en ciertas épocas, verdaderas epidemias durante las cuales el trabajo que el Estado les exige, urgente y necesario, se les cae literalmente de las manos. El efecto es prácticamente el mismo que el producido por los siniestros rumores opuestos, de «traslados». Mas para la buena marcha del trabajo diario, es mucho mejor que los indígenas no estén sujetos a fluctuaciones emotivas.

Los *zekos* tienen otra debilidad nacional, incomprensiblemente arraigada en ellos a pesar de su modo entero de vida, y es una *secreta sed de justicia*.

Ese extraño sentimiento fue observado también por Chejov en una isla, por cierto que de otro archipiélago totalmente distinto: «Por depravado, por injusto que sea un presidiario, seguirá amando la justicia por encima de todo, y si la misma no existe entre los hombres colocados por encima de él, cada año que pase irá el reo sumiéndose más y más en la exasperación y en una extrema desconfianza».

Si bien las observaciones de Chéjov no se refieren en absoluto a nuestro caso, no dejan de sorprendernos por su exactitud.

A partir del momento en que los *zekos* llegan al Archipiélago, cada día y cada hora que allí pasan se convierte para ellos en una ininterrumpida cadena de injusticias; en ese ambiente, ellos mismos cometen injusticia tras injusticia, y uno podría creer que deberían ir acostumbrándose a ellas y aceptarlas como una norma

universal de la existencia. Sin embargo, no es así. Cada injusticia de los ancianos de su tribu o de los tutores de la misma sigue hiriéndolos y doliéndoles como el primer día. (En tanto que la injusticia cometida de abajo arriba provoca en ellos sonoras carcajadas de aprobación). Y en su folklore crean continuamente leyendas no ya de actos de justicia, sino, exagerando ese sentimiento, de injustificada *magnanimidad*. En particular, así fue como nació y subsistió durante decenas de años, en el Archipiélago, el mito de la magnanimidad demostrada hacia F. Kaplan: se rumoreaba que no fue fusilada, sino que purgaba una condena perpetua en distintas cárceles, e incluso existían numerosos testigos que habían viajado en su compañía durante un traslado o que habían recibido un libro de sus manos en la biblioteca de la Butyrki[252]. Uno se pregunta: ¿Para qué les sirve a los *zekos* ese absurdo mito? Únicamente como caso extremo de una exorbitante magnanimidad en la que desean creer, y que en pensamiento pueden aplicarse a sí mismos.

También se conocen casos en que un *zeko* se ha encariñado con el trabajo (A. S. Bratchikov: «Estoy orgulloso de lo que han hecho mis manos»), o al menos no le ha tomado odio (*zekos* de origen alemán); pero esos casos son tan excepcionales, que no vamos a presentarlos como un rasgo nacional, ni siquiera caprichoso, del pueblo *zeko*.

No se tenga por contradictorio el rasgo del disimulo que hemos mencionado antes, con esa otra característica de los indígenas: la tendencia *a hablar del pasado*. En todos los demás pueblos es una costumbre de viejos; la gente de edad mediana detesta e incluso teme hablar del pasado (especialmente las mujeres, especialmente los que responden a cuestionarios, y, a fin de cuentas, todos). En cambio, los *zekos* se conducen en ese aspecto como una nación compuesta exclusivamente de ancianos. (En otro aspecto, al ponerles *educadores*, los tienen como a una nación compuesta exclusivamente de niños). Es imposible arrancarles una sola palabra sobre los pequeños secretos de su vida cotidiana (dónde recalentar su *balanda*, cómo conseguir tabaco), pero tratándose del pasado se lo contarán absolutamente todo, sin dejar detalle: cómo vivían antes del Archipiélago, y con quién vivían, y cómo *vinieron a parar aquí*. Son capaces de quedarse escuchando horas enteras el relato de cómo los otros «vinieron a parar aquí», y esas monótonas historias no los aburren en lo más mínimo. Y cuanto más fortuito, superficial y fugaz sea el encuentro entre dos *zekos* (por ejemplo, pasar una noche juntos en una llamada «peresylka[fm]»), tanto más extensa y detalladamente se contarán sus respectivas historias.

Resulta interesante hacer aquí la comparación con una observación de Dostoievski. El escritor hace notar que cada deportado llevaba dolorosamente impresa dentro de sí la historia de su arribo a la «Casa de los muertos» y que en aquel ambiente no estaba bien visto hablar de esas cosas. Y se comprende: aquellos hombres estaban allí por haber cometido un *crimen* cuyo recuerdo despertaba en ellos dolorosas resonancias.

Pero en cambio el *zeko* llega al Archipiélago por una inexplicable jugarreta del destino o un cruel concurso de vengativas circunstancias, y en nueve de cada diez

casos no se siente culpable del menor «crimen»; por eso en el Archipiélago no existe relato más interesante y susceptible de despertar las simpatías del auditorio que «*cómo vine a parar aquí*».

Los abundantes relatos que cuentan los *zekos* respecto a su pasado para amenizar las veladas en sus barracones, tienen también otra finalidad y otro sentido. Así como son de inestables el presente y el porvenir de los *zekos*, así es de firme e inmutable su pasado, ese pasado que nadie les puede ya quitar; además, cada uno de ellos fue en su vida anterior algo más de lo que es ahora (pues no se puede encontrar nada más bajo que un *zeko*; hasta el último de los vagabundos borrachos tiene derecho, fuera del Archipiélago, a ser llamado *camarada*). Y por eso el amor propio del *zeko* reconquista en el recuerdo las cimas desde cuyas alturas lo ha precipitado la vida**[253]**. Además, esos recuerdos siempre se *adornan* mucho, les agregan (pero de una manera muy verosímil) episodios inventados, de modo que el *zeko* que relata (y, por lo demás, también su auditorio) siente renacer en su interior la *confianza en sí mismo*.

Hay otra manera de reforzar esa confianza, que son los innumerables *relatos folklóricos* sobre las hazañas del pueblo *zeko*. Son historias bastante groseras que nos recuerdan las leyendas soldadescas de la época de Nicolás I (cuando los soldados eran reclutados por veinticinco años). Le contarán, por ejemplo, cómo un *zeko* había ido a partir leña para la cocina de un jefazo, ¡y hete aquí que la misma hija del jefe se le aparece en el cobertizo y se le echa al cuello! O si no, esa otra historia del astuto ordenanza que había colocado a escondidas un tubo de desagüe en el piso de la oficina de paquetes, y siempre tenía oculto un recipiente en el orificio de salida. (En los paquetes de fuera vienen a veces botellas de vodka, pero como en el Archipiélago rige la ley seca, hay que levantar acta y vaciarla en el suelo —por cierto, no lo hace —, y de ese modo el ordenanza recogía el alcohol en su recipiente y vivía permanentemente borracho).

En términos generales, los *zekos* aprecian y gustan del *humor*, lo que atestigua la salud psíquica de los indígenas que supieron no morir en el primer año. Parten de que «ni llorar trae indultos, ni reir cuesta dinero». El humor es su constante aliado, sin lo cual, tal vez, la vida en el Archipiélago sería absolutamente imposible. Hasta en los tacos, lo que aprecian es el humor: las groserías más ocurrentes son las que más convencen. En cada una de sus respuestas, en cada uno de sus juicios, hay siempre una pizca, por pequeña que sea, de humor. Si usted le pregunta a un *zeko* cuánto hace que está en el Archipiélago, no le va a contestar «cinco años», sino:

—Ya llevo a la sombra cinco eneros.

(Por alguna oscura razón asocian su estancia en el Archipiélago con la *sombra*, aunque su vida transcurre principalmente al aire libre).

—Qué tal, ¿te resulta duro? —pregunta usted.

Respuesta:

—Sólo los diez primeros años.

Usted se compadece de que deba soportar un clima tan riguroso:

—Sí —dice—, el clima es malo, pero la compañía, agradable.

O si no, cuando hablan de alguien que se fue del Archipiélago:

—Le dieron tres, cumplió cinco y lo soltaron antes de término.

Y cuando comenzaron a llegar viajeros con billetes de un cuarto de siglo:

—¡Ahora te aseguran veinticinco años de vida!

Respecto al Archipiélago, dicen:

—Quien no estuvo, estará; quien estuvo, no olvidará.

(Aquí advertimos una generalización abusiva: porque ni usted ni yo, amigo lector, tenemos intención de ir allí, ¿verdad?).

Y dondequiera que oigan los indígenas una petición *de añadir* (aunque sea un poco de agua caliente al jarro) gritan todos en coro:

—¡Ya te *añadirá* el fiscal!

(En general, los *zekos* muestran una incomprensible animadversión hacia los fiscales. Es muy corriente, por ejemplo, oír en el Archipiélago esta injusta expresión:

—¡El fiscal, vaya animal!

Aparte de la rima, no le vemos a la frase ningún sentido. Y ahí, muy a pesar nuestro, debemos anotar un caso de ruptura de relaciones asociativas y causales, cuya presencia coloca el nivel mental de los *zekos* por debajo del nivel humano medio. Volveremos sobre el particular).

Veamos más ejemplos de sus simpáticas e inofensivas bromas.

—¡Duerme que te duerme, y nunca hay tiempo de descansar!

—Si no bebes agua, ¿de dónde vas a sacar fuerzas?

Y al final de la odiosa jornada laboral (cuando todos esperan el relevo), la obligada chanza:

—¡Qué lástima, precisamente ahora que el trabajo empezaba a encaminarse…!

Por la mañana, en lugar de ponerse manos a la obra, van de un lado a otro diciendo:

—¡Que llegue pronto la noche, para que mañana (!) podamos volver al trabajo!

Aquí es donde notamos *rupturas del razonamiento lógico*. Veamos, por ejemplo, esa famosa expresión de los indígenas:

—Ese bosque no lo plantarnos nosotros, y tampoco nosotros lo derribaremos.

¡Pero si vamos a razonar así, tampoco las explotaciones forestales plantaron los bosques y, sin embargo, los derriban con mucho éxito! Se trata, pues, de un infantilismo típico del pensamiento indígena, una especie de dadaísmo peculiar.

O también (en los tiempos del Belomorcanal):

—¡Que trabaje el oso!

Pero, hablando en serio, ¿acaso puede alguien imaginarse a un oso construyendo el magno canal? La cuestión del trabajo de los osos ha sido suficientemente elucidada ya en los trabajos de I. A. Krylov[fn]. De haber existido la menor posibilidad de utilizar a un oso en un trabajo racional, no les quepa la menor duda de que lo habrían

hecho en el transcurso de los últimos decenios y que ya existirían equipos de osos y *lagpunkts* de osos.

A decir verdad, los indígenas también tienen otra fórmula paralela respecto a los osos, muy injusta, pero bastante arraigada.

—El jefe es un oso.

No acertamos a comprender qué asociación de ideas pudo engendrar semejante expresión. No quisiéramos pensar tan mal de los indígenas, como para confrontar ambas expresiones y extraer alguna conclusión…

Pasemos ahora al *idioma zeko,* que nos plantea, ya desde el principio, algunos problemas muy difíciles de resolver.

Dejando aparte el hecho de que toda investigación de una lengua recién descubierta exige siempre un libro separado y un estudio científico especial, en este caso nos enfrentamos con una serie de dificultades específicas.

Una de ellas es la unión aglomerativa de lengua y tacos, que ya tuvimos oportunidad de mencionar. Separar esos dos elementos no está en las posibilidades de nadie (¡porque no se puede partir un cuerpo vivo!),**[254]** y en cuanto a reproducirlos tal cual en una publicación científica, nos lo impide la preocupación por nuestra juventud.

Otra dificultad es la necesidad de distinguir lo que es propiamente lengua del pueblo *zeko* y lo que es lengua de la tribu de caníbales (también llamados «maleantes» o «urkas») que convive con él. La lengua de la tribu de caníbales es una rama completamente aparte del árbol filológico, que no tiene otras parecidas ni emparentadas. Esa materia merece un estudio aparte, y aquí el incomprensible vocabulario de los caníbales (por ejemplo, *sellito* en lugar de pañuelo, *rincón* por maleta, *cebolla* por reloj) sólo contribuiría a enredarnos. Pero la dificultad estriba en que otros elementos del léxico de los caníbales sí se asimilan por la lengua de los *zekos* y la enriquecen en imágenes:

> silbar; oscurecer; echar negrura; cantearse; cebollearse; color; semicolor; calabacín; muleta; mecha: seises; acercosería; negaduría; carpera; bacilos; aurcarse

y otras muchas y muchas más…

A gran número de esas palabras no se les puede negar precisión y riqueza de imagen, y hasta debemos conocer que algunas de ellas son inteligibles. Las corona la exclamación *na tsirlaj*. Sólo se puede traducir al ruso mediante una compleja descripción. Correr o dar algo *na tsirlaj* significa, al mismo tiempo, de puntillas, en volandas y con sincero fervor, todo ello simultáneamente.

Hasta llega a parecernos que esa expresión hace mucha falta en el ruso moderno, sobre todo, porque semejante manera de actuar es muy frecuente en la vida.

Pero tal preocupación ya resulta superflua. El autor de estas líneas, una vez terminada su prolongada misión científica en el Archipiélago, se preocupaba mucho por saber si podría volver a dar clases en el Instituto de Etnografía, es decir, no sólo desde el punto de vista de la sección de personal, sino que se preguntaba si en todo ese tiempo no se habría quedado un tanto rezagado del idioma ruso actual y si sus alumnos podrían comprenderlo bien. ¡Y cuál no serían su asombro y su alegría cuando, de boca de los estudiantes de primer curso, escuchó las mismas expresiones a las que sus oídos se habían acostumbrado en el Archipiélago y que hasta ahora tanta falta hacían al idioma ruso: «sobre la marcha»; «todo el camino»; «por la nueva»; «depescar»; «fráier»; «tonto de orejas frías»; «se cose con los mozos», y muchas muchas más!

Eso demuestra la gran energía de la lengua *zeka*, que le permite infiltrarse inexplicablemente en nuestro país y, antes que nada, en la lengua de la juventud. Eso nos permite esperar que en un futuro cercano ese proceso tendrá lugar aún más acusadamente y que todas las palabras enumeradas más arriba pasarán a la lengua rusa y constituirán tal vez su adorno.

Pero con ello la labor del investigador se vuelve aún más ardua: ¡separar hoy en día la legua rusa de la lengua *zeka*!

Finalmente, nuestra conciencia profesional nos impide desconocer una cuarta dificultad: una influencia primaria, más o menos prehistórica, de la lengua rusa en la lengua *zeka*, e incluso en la de los caníbales (semejante influencia ya no se observa en nuestros días). ¿Cómo explicar, si no, el hecho de que en Dahl encontremos tantas expresiones análogas a las específicamente insulares?

- *vivir en ley* (Kostormá), en el sentido de vivir con la esposa (en el Archipiélago dicen: *vivir con ella de ley*);
- *repescar* (Ufá) es sacarle a alguien alguna cosa del bolsillo (en el Archipiélago dicen *depescar*);
- *aproximarse* significa empobrecerse, adelgazar (compárese con *acercarse*);

o compárese el refrán que cita Dahl:

> *«la sopa es buena persona», con toda una serie de expresiones insulares: el frío es «buena persona» (si no hace demasiado); la hoguera es «buena persona», etcétera.*

También encontramos en Dahl[255] «no atrapa ratones». Y ya en tiempos de P. F. Iakubovich «perra» era sinónimo de espía.

Y esas otras hermosísimas expresiones de los indígenas, tales como *apoyar los cuernos* (se dice de todo trabajo ejecutado con tesón y, en general, de toda

manifestación de empeño, de insistencia por decir la última palabra), *hacer caer los cuernos, mandar los cuernos al diablo*, restauran para nosotros el antiguo sentido ruso y eslavo de la palabra *cuernos* (presunción, altivez, arrogancia), en oposición al sentido importado, traducido del francés «ponerle los cuernos a alguien» (como infidelidad de la mujer), que entre la gente del pueblo no arraigó en absoluto y que los mismos intelectuales habrían olvidado desde hace tiempo de no haber mediado el duelo de Pushkin**[fo]**.

Todas esas dificultades nos obligan por el momento a dejar para más adelante la parte lingüística de nuestro ensayo.

Para concluir, algunas consideraciones de carácter personal. En los comienzos de esta encuesta, los *zekos* rehuían al autor del presente artículo: se figuraban que el interrogatorio se hacía por cuenta del *compadre* (su protector espiritualmente más allegado, y con el cual, sin embargo, se muestran ingratos e injustos, como por lo demás, con todos sus protectores). Tras haberse convencido de que no era ése el caso, y dulcificados por sucesivas invitaciones a *majorca* (otras clases no fuman), comenzaron a tratarle con mucha benevolencia, manifestando así el candor de su alma. Incluso comenzaron muy amablemente a llamar al autor, en unos sitios, «Hinojo Tomatovich», y en otros «Cándido Bobalinovich». Debo decir que, en el Archipiélago, los patronímicos no se emplean, luego ese trato no está desprovisto de cierto matiz levemente humorístico. Lo cual revelaba al propio tiempo lo inasequible que resultaba para su intelecto el sentido de este trabajo.

Por su parte, el autor considera que la presente investigación ha sido un éxito, que su hipótesis ha quedado plenamente demostrada y que ha descubierto, en pleno siglo XX, una nueva nación desconocida en absoluto del resto del mundo y cuyo volumen étnico engloba a muchos millones de individuos.

XX
Oficio de perros

No hemos titulado así este capítulo en son de ofensa deliberada, sino sólo porque las tradiciones del campo nos obligan a ello. Si lo pensamos, ellos mismos han elegido ese destino. Por una parte, su oficio es el mismo que el de los perros guardianes; por otra, su trabajo está vinculado a los perros. Existe incluso un reglamento especial para la labor con perros, y nada menos que unas comisiones de oficiales inspeccionan el *trabajo* de cada perro, para desarrollar en él una *buena* ferocidad. Y si el mantenimiento anual de un cachorro le cuesta al pueblo once mil rublos de los de antes de Kruschev (la alimentación de los ovejeros es más nutritiva que la de los presos[256]), ¿cuánto habrá de costarle el mantenimiento de cada oficial?

Además, a lo largo de todo este libro nos hemos ido tropezando con un problema: ¿cómo llamarlos? «Las autoridades», «los mandamases», «la superioridad», son términos demasiado generales, se aplican también fuera de los campos, en el país entero, y además están muy vistos. Con «los amos» pasa lo mismo. «Los directivos del campo» es una expresión compuesta que revela nuestra impotencia. ¿Llamarlos entonces, lisa y llanamente, como les dicen en los campos? Parecería demasiado grosero, injurioso. Un término muy en el espíritu de la lengua sería *concentracioneros*: se distingue de «concentracionario» como «carcelero» y de «carcelario»; y designa clara y unívocamente a los que administran y dirigen un campo de concentración. Tras pedir disculpas al lector exigente por el neologismo (que en realidad no lo es, puesto que el idioma tiene un casillero vacío para él, lo emplearemos aquí de vez en cuando).

En este capítulo trataremos, pues, de los concentracioneros (y de los carceleros también). Podríamos comenzar por los generales; sería estupendo, pero no tenemos suficiente documentación. A nosotros, gusanos y esclavos, nos era imposible saber nada de ellos, o incluso verlos de cerca. Y cuando los veíamos, quedábamos deslumbrados por el resplandor del oro, y ya no distinguíamos nada más.

De modo que no sabemos nada de los sucesivos directores del GULAG, esos reyes del Archipiélago. Y si es que cae en nuestras manos una foto de Berman o una cita de Apeter, las colocamos en el acto. Así sabemos de los «fusilamientos de Garanin», pero no sabemos del propio Garanin. Sólo sabemos que no lo saciaba el firmar papeles: al recorrer el campo, no desdeñaba disparar él mismo su máuser cuando una facha le caía mal. O escribimos de Kashketin, pero al Kashketin ese

jamás le vimos la cara (¡y a Dios gracias!). De Frenkel hemos podido reunir algunos informes, pero del difunto Zaveniaguin, no. No lo echaron a la misma fosa que la compañía Yezhov-Beria; lo celebran nuestros gacetilleros: «el legendario constructor de Norilsk». ¡Uno terminará pensando que él mismo fue quien colocó las piedras! Pero a juzgar por el hecho de que desde arriba lo quería mucho Beria y de que desde abajo hablaba bien de él el chequista Zinoviev, debió de haber sido una fiera de cuidado. Bueno, y si no, tampoco le habrían construido Norilsk. De Antonov, jefe del campo de Ienisei, gracias que ha escrito el ingeniero Pobozhiy[257]. Aconsejaríamos a todos leer esta escenita, la descarga de los lanchones en el río Taz. En el corazón de la tundra, adonde el ferrocarril no llega todavía (¿llegará alguna vez?), unas hormigas egipcias arrastran locomotoras sobre la nieve; y en lo alto de una loma está Antonov, que contempla y fija un plazo para la descarga. Ha llegado en avión, ahora se irá en avión, su séquito se desvive ante él (a su lado Napoleón queda así de chiquito), mientras su cocinero personal le sirve en una mesita plegable, entre los hielos polares, tomates y pepinillos frescos. ¡Y no convida a nadie, el hijo de perra, todo se lo mete en la panza!

En este capítulo podremos hablar, por tanto, de coroneles para abajo. Diremos unas palabritas de los oficiales, luego pasaremos a los sargentos, aludiremos a la escolta armada, y de sobra tendremos. Quien haya visto más, que escriba más. Ahí está nuestra limitación: ya sea en la cárcel o en el campo, lo único que te interesa del carácter de los guardianes es saber cómo evitar sus amenazas y aprovecharse de sus debilidades. Aparte eso, no tienes el menor deseo de conocerlos más de cerca, no merecen tu atención. Sufres tú, sufren otros injustamente encarcelados, y al lado de todo ese dolor que no cabe en tus brazos abiertos, ¿qué te pueden importar esos seres obtusos en funciones de perro? ¿Qué más te dan sus mezquinos intereses, sus bajas inclinaciones, los éxitos o los fracasos en su carrera?

Y ahora te das cuenta, ya tarde, de que no los has observado bastante.

No hablemos ya de talento (¿es posible que se meta a guardián de campo o cárcel un hombre apto siquiera para alguna actividad útil?), pero preguntémonos: ¿Puede en general un concentracionero ser una buena persona? ¿Qué sistema de selección moral les prepara la vida? La primera selección tiene lugar al engancharse en las tropas de la MVD, en las escuelas de la MVD o en sus cursos de oficiales. Todo hombre que posea un debilísimo resplandor de educación moral, cuya conciencia tenga un mínimo de rectitud, que distinga, por rudimentariamente que sea, el bien del mal, luchará instintivamente y por todos los medios para no pasar a engrosar esa siniestra legión. Pero supongamos que no lo haya logrado. Llega entonces la segunda selección: durante el período de aprendizaje, y en los comienzos de su servicio, los superiores los estudian y eliminan de sus filas a todos los que en lugar de voluntad y firmeza (crueldad y dureza) muestren blandenguería (bondad). Y después, durante años, se produce la tercera selección: los que no se imaginaban adónde iban ni lo que les esperaba han terminado por comprender y están horrorizados. ¡Ser instrumento

permanente de violencia, participar permanentemente en el mal, eso no lo logra cualquiera, y no del primer intento! Vas pisoteando vidas ajenas, pero en ti hay algo que se estira, se estira, al final se rompe, ¡y ya no puede seguir más! Y con mucho retraso, pero de todos modos empieza la gente a escapar: aducen enfermedades, se buscan certificados médicos, pasan a sueldos más bajos, abandonan sus charreteras, cualquier cosa, con tal de ¡marcharse, marcharse, marcharse!

Y los demás, entonces, ¿se han acostumbrado? Los demás, entonces, se han acostumbrado, y su destino ya les parece normal. Y, por supuesto, útil. E incluso honroso. Y algunos hay que ni necesitaron acostumbrarse: eran así desde el comienzo.

Gracias a esa selección, podemos concluir que, entre los concentracioneros, la proporción de personas crueles y despiadadas es sensiblemente mayor que en cualquier otro grupo de la población tomado al azar. Y cuando más prolongada, más ininterrumpida y más señaladamente haya servido alguien en los *Órganos*, tantas más probabilidades hay de que sea un canalla.

No es que olvidemos las elevadas palabras de Dzherzhinski: «Si entre vosotros hay alguno que se haya vuelto sensible, cuyo corazón no pueda tratar atenta y solícitamente a los que sufren reclusión, ¡ése, que abandone nuestras filas!». Pero no conseguimos hacerlas cuadrar con la realidad. ¿A quiénes iban dirigidas? ¿Y hasta qué punto eran pronunciadas en serio, si entretanto se defendía a Kossyrev (Parte I, capítulo VIII)? ¿Y quién les hizo caso? ¡Ni «el terror como medio de persuasión», ni las detenciones por el criterio de «elemento sospechoso», ni las ejecuciones de rehenes, ni los tempranos campos de concentración quince años antes de Hitler, consiguen darnos sensación de esos corazones sensibles, de esos caballeros sin miedo y sin tacha! Y si hubo quien abandonó los *Órganos espontáneamente* en aquellos años, fueron precisamente los que Dzherzhinski invitaba a quedarse, los que no podían endurecerse. En cambio, los que se endurecieron, o ya lo eran, ésos se quedaron. (Bueno, y puede ser que en otra ocasión el consejo haya sido inverso, sólo que no se ha conservado la cita).

¡Cómo se nos pegan esas frases hechas, que adoptamos sin haberlas meditado ni controlado! ¡*Un viejo chequista*! ¿Quién no tuvo ocasión de oír esas palabras dichas despacio, en señal de respeto? Cuando se quiere distinguir a un auténtico concentracionero de los inexpertos, agitados, vocingleros, pero sin dientes de bulldog, se dice: «¡El jefe de allá es un viejo chequista!». (Por ejemplo, como aquel mayor que le quemó la partitura a Klempner). Los mismos chequistas lanzaron esa expresión y nosotros la repetimos sin pensar. «Un viejo chequista», cuando menos quiere decir que resultó bueno bajo Iagoda, y bajo Yezhov, y bajo Beria, que complació a todos. Pero no nos vayamos por las ramas hablando de los «chequistas en general». A los chequistas propiamente dichos, de dirección gendarme-instructivo-operacional, ya les dedicaremos un capítulo. Pero los concentracioneros sólo gustan de llamarse chequistas, sólo intentan serlo, cuando no lo fueron antes y vinieron aquí

a descansar; a descansar, porque en los campos ni se desgastan los nervios ni se destrozan la salud; es un trabajo que no exige ni la misma presión activa y maligna ni la misma inteligencia que aquél. En la CHKGB hay que ser agudo y dar exactamente en el ojo, mientras que en la MVD basta con ser torpe y no fallar al bulto.

Aunque nos duela mucho, no trataremos de explicar aquí por qué la consigna de «obrerización y comunicación del personal de los campos[258]», felizmente llevada a la práctica, no creó en el Archipiélago esa palpitante benevolencia a lo Dzherzhinski. Desde los primeros años de la revolución existieron cursos organizados por el Servicio punitivo central y por los Servicios punitivos provinciales, que preparaban para campos y cárceles personal administrativo subalterno (es decir, celadores) «sin abandonar la producción» (o sea, trabajando ya en cárceles y campos). En 1925, sólo quedaba en las cárceles un 6 % de personal zarista (¡qué cumplidores debían ser!). En cuanto a los mandos intermedios en los campos, ya antes de esa fecha eran cien por cien soviéticos. Seguían estudiando: al principio en las Facultades de *Derecho* del Comisariado del Pueblo para Instrucción Pública (¡si, de Instrucción! ¡Y de Derecho, no de ilegalidad!), y a partir de 1931 en las secciones de reeducación por el trabajo de los Institutos de Derecho del Comisariado para Justicia, de Moscú, Leningrado, Kazán, Saratov e Irkutsk. ¡Se graduaba allí un 70 % de obreros y mi 70 % de comunistas! A partir de 1928, un decreto del *Sovnarkom*, refrendado por el siempre obediente Comité Ejecutivo Central, amplió aún más los poderes disciplinarios de esos jefes obrerizados y comunizados[259], pero vaya uno a saber por qué, ¡benevolencia no se vio! Fueron víctimas de ellos millones de personas más que de los fascistas, y no prisioneros de guerra, ni pueblos sometidos, sino ¡sus propios compatriotas, en su misma tierra natal!

¿Quién será capaz de explicarnos eso? Nosotros nos damos por vencidos…

La similitud de caminos en la vida y la similitud de posición, ¿pueden engendrar similitud de caracteres? En general, no. En personas de cierto carácter y de corta inteligencia, no: toman sus propias decisiones y tienen particularidades, a veces, muy inesperadas. Pero, en los concentracioneros, que han pasado por una rigurosa selección negativa —moral e intelectual—, la similitud de caracteres es sorprendente y, probablemente, no nos costará demasiado descubrir los rasgos fundamentales que todos ellos tienen en común.

La arrogancia. Vive en una isla separada del resto del mundo, sus lazos con el lejano poder exterior son débiles, y en esa isla él es indiscutiblemente el número uno; mantiene en un estado de humillante sumisión a todos los reclusos, y a los ciudadanos libres también. Él es quien luce en sus charreteras la estrella más voluminosa. Su poder no tiene límites ni conoce errores: el que se queja, siempre resulta equivocado (aplastado). Tiene la mejor casa de la isla. El mejor medio de transporte. Los concentracioneros inmediatamente inferiores también gozan de grandes prerrogativas. Ahora bien, como toda su existencia anterior no sembró en ellos el menor destello de espíritu crítico, no pueden verse a sí mismos más que como

pertenecientes a una raza aparte, una raza de jefes natos. Del hecho de que nadie está en condiciones de oponerles resistencia, ellos deducen que gobiernan sabiamente, que eso se debe a su talento («organizador»). Cada día que pasa, cada circunstancia cotidiana les da ocasión de contemplar su ostensible superioridad: la gente se levanta a su paso, se pone en posición de firmes, les hace la venia; cuando llaman a alguien, ese alguien no acude andando, sino corriendo; cuando imparten una orden, no salen a cumplirla andando, sino corriendo. Y si sale al portón (Bamlag, Dukelski) a ver desfilar, flanqueada por perros, la columna de sus zarrapastrosos obreros, el propio plantador luce un traje de verano blanco como la nieve. Y si se les ocurre (Undjlag) ir a inspeccionar a caballo los trabajos en el campo de patatas, donde unas mujeres vestidas de negro están metidas en el barro hasta el vientre tratando de desenterrar los tubérculos (de todos modos no habrá tiempo de transportarlos, y en primavera tendrá que volver a enterrarlos como abono), ellos, con sus botas brillantes y sus impecables uniformes de lana, elegantes jinetes, cabalgan ante sus esclavas cual auténticos dioses del Olimpo.

La suficiencia engendra, siempre y obligatoriamente, *estupidez*. Aquel que es deificado en vida, ya lo sabe todo, no necesita leer ni estudiar, y nadie puede comunicarle nada digno de reflexión. Entre los funcionarios de Sajalín, Chéjov encontró personas inteligentes, activas, con inclinaciones científicas, que estudiaban a fondo la región y sus costumbres, escribían investigaciones geográficas y etnográficas, ¡pero ni en broma es posible concebir en todo el Archipiélago a un solo concentracionero así! Y si Kudlaty (jefe de una de las comandancias del Ustuymlag) decide que el cumplimiento de las normas estables al 100 % aún no es ningún 100 %, sino que ha de cumplirse la tarea señalada por él (porque así se le ocurre) y que de lo contrario todos pasarán a ración disciplinaria, no habrá quien le haga cambiar de idea. Habiendo cumplido el 100 %, todos reciben ración disciplinaria. En el despacho de Kudlaty están apilados todos los tomos de Lenin; convoca a V. G. Vlasov y lo alecciona: «¿Ves? —le muestra—. Aquí escribe Lenin cómo hay que tratar a los parásitos». (Por «parásitos» entiende a los reclusos que trabajan sólo al 100 %, y por «proletariado», a sí mismo. Las dos cosas se acomodan perfectamente en su cerebro: ésta es mi hacienda y soy un proletario).

Bueno, y los antiguos hacendados tenían otra instrucción: muchos habían estudiado en Petersburgos, algunos incluso en Gotingas. De entre ellos salía de pronto un Aksakov, un Radischev, un Turgueniev. Pero de entre nosotros concentracioneros no ha salido nadie, ni saldrá. Y sobre todo, los hacendados, o administraban ellos mismos sus posesiones, o al menos algo entendían de su administración. Pero los arrogantes oficiales de la MVD, favorecidos con toda clase de privilegios estatales, ni siquiera están en condiciones de encargarse de la dirección de una empresa económica. Son demasiado perezosos y demasiado torpes. Y envuelven su holgazanería en una niebla de severidad y de misterio. El resultado es

que el Estado[260] se ve obligado a mantener, paralelamente a su jerarquía de charreteras doradas, otra igual de trusts y empresas[261].

Poder absoluto. Despotismo. En ese aspecto, los concentracioneros han logrado igualar o superar a los peores hacendados de los siglos XVIII y XIX. Son innumerables los ejemplos de disposiciones absurdas cuya única finalidad es demostrar su poder. Cuanto más nos alejamos hacia Siberia o el Norte, más frecuente es, pero miren en Jimki a las puertas mismas de Moscú (ahora ya es Moscú): un 1.º de Mayo, al comandante Volkov advierte que los *zekos* no están alegres, y ordena: «¡A divertirse todo el mundo! ¡Al que vea aburrido, al calabozo!». Y para alegrar a los ingenieros les manda a unas ladronas de tercera condena, para que les canten coplas verdes. Dirán que no es despotismo, sino una medida política; está bien. Al mismo campo acaba de llegar un contingente nuevo. Un recién llegado, Ivanovski, se presenta como bailarín del «Bolshoi». «¡¿Qué? ¿Un artista?! —se enfurece Volkov—. ¡Veinte días de calabozo! ¡Ve a decírselo tú mismo al jefe del SHIZO!». Al cabo de un rato, llama por teléfono al calabozo: «¿Está ahí el artista?». «Sí». «¿Se presentó él mismo?». «Sí». «¡Bueno, que lo suelten, lo nombro subcomandante!». (Es ese mismo Volkov —ya lo contamos— que hizo rapar a una muchacha sólo por tener un pelo hermoso).

El cirujano Fuster, un español, había incurrido en el desagrado del jefe del *lagpunkt*. «¡Que lo manden a la cantera!». Dicho y hecho. Poco después enferma el propio jefe y hay que operar. Hay más cirujanos y podría ir a un hospital central, pero no, sólo confía en Fuster. «¡Que traigan a Fuster de la cantera! ¡Me vas a operar!». (Pero se le murió en la mesa).

Otro jefe encuentra la siguiente diversión: resulta que el z/k Kazak, ingeniero geólogo, tiene voz de tenor y antes de la revolución ha estudiado en Petersburgo con el italiano Repetto. Y el jefe del campo descubre que él también tiene voz. Corren los años 1941, 1942, en algún lado hay guerra, sí, pero nuestro jefe está bien protegido y toma lecciones de canto con su siervo. Este va desmejorando día tras día, se está «acercando», trata de averiguar el paradero de su mujer. Y su mujer, P. O. Kazak, desde su confinamiento, busca a su marido por intermedio del GULAG. Las solicitudes se reúnen en manos del jefe; podría poner ahora en contacto a marido y mujer, pero no lo hace. ¿Por qué? «Tranquiliza» a Kazak contándole que su mujer está… confinada, pero vive bien (profesora catedrática de instituto, trabaja de mujer de limpieza, luego en un koljós). Y sigue tomando clases de canto. En 1943, cuando Kazak ya prácticamente agoniza, el jefe le perdona, ayuda a darlo de baja y lo deja ir a morir junto a su mujer. (¡Pues no era un jefe tan malo, después de todo!).

Todos los jefes de campos los consideran *patrimonio* suyo. Para ellos, su campo no es parte de un sistema estatal, sino una propiedad que les ha sido entregada en exclusiva por el tiempo que permanezcan en sus funciones. De ahí su arbitrariedad con los inferiores y su jactancia unos ante otros. Un jefe de *lagpunkt* en Kenguir: «¡Yo tengo a un catedrático trabajando en los baños!». Pero el capitán Stadnikov, jefe

de otro *lagpunkt*, le corta de raíz: «¡Pues yo tengo a un académico de ordenanza, vaciando zambullos!».

Avidez, *codicia*. Es el rasgo más universal entre los concentracioneros. No todos son obtusos, no todos son déspotas, pero de enriquecerse a costa del trabajo gratuito de los *zekos* y de los bienes del Estado tratan todos sin excepción, sean el gran jefe del lugar, sean subalternos. No sólo yo, sino ninguno de mis amigos, ni uno de todos los exreclusos que me escriben, pueden recordar a un solo concentracionero desinteresado.

Ninguna de sus innumerables ventajas y privilegios legales pueden calmar su insaciable avidez. Ni los elevados sueldos (salario doble o triple «por destino polar», «por alejamiento», «por riesgos»), ni las primas (previstas para el personal directivo de los campos por el artículo 79 del Código de trabajo correctivo de 1933, ese mismo que no impedía fijar a los detenidos una jornada laboral de doce horas, sin descanso los domingos), ni el cálculo excepcionalmente ventajoso de la antigüedad (en el Norte, donde se encuentra la mitad del Archipiélago, un año de trabajo se computa por dos, y para «militares» sólo se exigen veinte años de servicio total. ¡De modo que un oficial de la MVD que haya terminado la escuela especial a los veintidós años, puede retirarse con sueldo íntegro a irse a vivir a Sochi a los treinta y dos años!).

¡Pues no! ¡Toda vía, escuálida o abundante, por la cual puedan llegarle servicios, mercancías u objetos gratuitos, será siempre empleada por cada concentracionero a manos y boca llenas! Ya en las Solovki los mandamases habían comenzado a apoderarse de reclusos para su servicio personal, como cocineras, lavanderas, palafreneros, leñadores. Desde entonces, esa ventajosa práctica jamás cayó en desuso (ni fue prohibida desde arriba) y los concentracioneros elegían incluso jardineros, vaqueras o preceptores para sus hijos. En los años de más estridente griterío sobre igualdad y socialismo, por ejemplo, en 1933, en el Bamlag cualquier empleado libre, a cambio de una modesta paga a la caja del campo, podía conseguir servidumbre doméstica de entre los reclusos. En Kniazh-Pogost, la viejecita María Utkina cuidaba la vaca del jefe del campo y recibía como pago un *vaso* de leche al día. Y de acuerdo con las costumbres del GULAG, aún era mucho. (Todavía más de acuerdo con las costumbres del GULAG, hubiera sido que esa vaca no perteneciera al jefe, sino que fuera «para mejorar la alimentación de los enfermos», pero que la leche se la quedara el jefe).

Quienquiera que tuviera posibilidad de comer o beber a costa de la ración de los detenidos no dejaba de hacerlo. ¡Y no eran sólo vasos, sino barriles y sacos! Relea el amigo lector la carta de Lipai en el capítulo IX; es a todas luces el clamor de un exencargado de almacén. Porque no era ni el hambre, ni la necesidad, ni la miseria lo que impulsaba a esos Kuraguin, a Poisushapka e Ignachenko a saquear los almacenes, sino simplemente: ¿por qué no aprovecharse a expensas de los esclavos dóciles, indefensos y muertos de hambre? ¿Y a más razón en tiempo de guerra, cuando todos roban en derredor? ¡Si no lo haces tú también, encima se te reirán los demás! (Ya no

destaco como característica especial su deslealtad hacia los enchufados sorprendidos con déficit). También lo recuerdan los de Kolyma: quien pudiera sustraer alguna cosa destinada a la olla común de los presos, así se trate del jefe del campo, jefe de disciplina, jefe de la KVCH, empleados libres, celadores de turno, ¡todos lo hacían forzosamente! ¡Hasta los centinelas a la entrada se llevaban té con azúcar al puesto de guardia! ¡Aunque sea una cucharadita de azúcar, pero algo había que comerse a costa del detenido! Es que quitándosela a un moribundo, sabe mejor…

Mejor no recordar a los jefes de la KVCH, son de risa. Roban, roban, pero a lo pobre (en mayor escala no les permiten). El jefe de la KVCH llama, por ejemplo, al encargado del almacén y le entrega un paquete: unos viejos pantalones acolchados envueltos en un *Pravda*. «Toma —le dice—, me vas a traer unos nuevos». En la Puerta de Kaluga, años 1945, 1946, el jefe de la KVCH se llevaba todos los días a su casa un pequeño haz de leña que le habían recogido los reclusos en la obra. (Y después tenía que atravesar todo Moscú en autobús, con su capote y el paquetito de leña… Tampoco es vida).

A los amos del campo no les basta con hacerse vestir y calzar ellos y sus familias por los artesanos del campo. (Incluso el disfraz de «paloma de la paz» para la obesa esposa del jefe del *lagpunkt* que debía asistir a un baile de máscaras se le confeccionó en los talleres del campo). No les basta con que allí les fabriquen muebles y cualquier objeto doméstico. No les basta con que allí mismo les fundan plomos (para ir a cazar furtivamente en los parques nacionales del lugar). No les basta con que sus cerdos se alimenten en la cocina del campo. ¡Nada les basta! En eso se distinguen de los antiguos hacendados: su poder no es vitalicio ni hereditario. Por eso los terratenientes no tenían necesidad de robarse a sí mismos, en tanto que los jefes del campo no piensan más que en una sola cosa: cómo robar algo de su propia hacienda.

Si soy parco en ejemplos, es sólo para no recargar la exposición. El sombrío jorobado Nevedjin jamás salía de nuestro campo en la Puerta de Kaluga con las manos vacías: se iba enfundado en su largo capote de oficial, y llevando un barrilito de aceite de linaza, o vidrio, o masilla, todo ello en cantidades en conjunto mil veces superiores a las necesidades de una sola familia. En cuanto al panzudo capitán que dirigía el *lagpunkt* n.º 15 de la avenida Kotielnicheskaya, venía al campo cada semana en automóvil para llevarse aceite de linaza y masilla (que en el Moscú de la posguerra se vendían a precio de oro). ¡Y todo eso se lo robaban previamente en la zona de producción esos mismos reclusos condenados a diez años por una gavilla de paja o un puñado de clavos! Nosotros, los rusos, hace ya tiempo que nos hemos *reeducado*, estamos en casa y esas cosas sólo nos hacen reír. Pero ¿y los prisioneros alemanes en el campo de Rostov, qué debieron de pensar? Por las noches, su jefe les mandaba robar materiales de construcción para las casas que él y otros mandamases se estaban haciendo construir. ¿Cómo podían concebirlo los serios y cumplidores alemanes, si sabían que por el robo de una olla de patatas ese mismo jefe los mandaba al Tribunal, que les daba 10 y 25 años? Encontraron una salida: iban a su

intérprete S., y le entregaban un documento justificativo: una declaración de que tal día y a tal hora se iban a robar por orden superior (estaban construyendo edificaciones ferroviarias que debido a la continua sustracción de cemento, descansaban casi directamente sobre la arena).

Vayan a visitar en Ekibastuz la casa del director de la Administración de Minas, D. M. Matveiev (en Administración de Minas está por la reducción del GULAG, antes era jefe del campo de Ekibastuz desde 1952). Está repleta de cuadros, de esculturas y de otros objetos fabricados por las manos no retribuidas de los *zekos*.

Concupiscencia. Eso va a personas, claro, depende de la fisiología, pero la posición de jefe de campo y todas las atribuciones inherentes al cargo abrían un amplio campo a las inclinaciones harenísticas. Cada vez que en el campo de Burepolom aparecía una mujer joven y agradable, Grinberg, el jefe del mismo, la reclamaba para sí. (¿Y qué otra salida le quedaba a ella, salvo la muerte?). En Kochemas, el jefe del campo, Podlesny, era un gran aficionado a los registros nocturnos en los barracones de mujeres (lo mismo vimos en Jovzino). Les arrancaba las mantas él mismo, so pretexto de buscar hombres escondidos. Tenía una mujer que era una belleza, y al mismo tiempo tres amantes entre las reclusas. (Un día, tras matar a una de ellas en un ataque de celos, se pegó un tiro). Filimonov, jefe del KVO de todo el Dmitlag, fue cesado «por corrupción de costumbres» y enviado a reformarse (con el mismo cargo) al Bamlag. Allí siguió bebiendo y fornicando en gran escala y convirtió a su concubina, una *común*, ¡en jefe de la KVCH! (Su hijo se unió a unos bandidos, y a poco fue condenado él mismo por su bandidismo).

Maldad, crueldad. No existía ningún tipo de trabas, ni de carácter práctico ni de carácter moral, que pudiera reprimir tales cualidades. Un poder ilimitado en manos de gente limitada siempre conduce a la crueldad. (No hacemos aquí la comparación con los vicios de los señores feudales por simple capricho. La similitud que existe entre unos y otros demuestra, por desgracia, que la naturaleza de nuestros compatriotas, no ha cambiado lo más mínimo en doscientos años: ¡a mismo poder, mismos vicios!).

Cual salvaje plantadora, Tatiana Merkulova, auténtica mujer tigre, cabalgaba a galope en medio de sus esclavas (*lagpunkt* n.º 13 del Undjlag, sección forestal femenina). Pronman recuerda que el comandante Gromov andaba enfermo el día en que no había encerrado a unos cuantos en el BUR. El capitán Medvedev (campo n.º 3 del Ustvymlag) se pasaba en persona varias horas diarias en una torreta, anotando a los hombres que se introducían en el barracón de las mujeres para luego mandarlos encerrar. Le gustaba tener el aislador siempre bien repleto. Si los calabozos del aislador no estaban archicompletos, la vida le parecía sosa. Por la noche le gustaba hacer formar a los reclusos para endilgarles discursos por el estilo de «¡Vuestra suerte está echada, jamás recuperaréis la libertad, despedíos de ella!». En ese mismo Ustvymlag, el jefe de *lagpunkt* Minakov (exsubdirector de la cárcel de Krasnodar, que, tras haber purgado una condena de dos años por abuso de poder, había vuelto a reintegrarse al partido) tiraba él mismo de los pies a los refractarios para hacerlos

caer de las tarimas; entre ellos había algunos malhechores que empezaron a resistir, a esgrimir tablas… Entonces ordenó retirar los cristales dobles de todas las ventanas del barracón (con veinticinco grados bajo cero) y echar cubos de agua en el interior por las aberturas.

Todos ellos sabían (como también lo sabían los indígenas) que «*¡aquí no llega el telégrafo!*». También se desarrollaba en los negreros una crueldad retorcida, lo que llaman sadismo. Un contingente recién llegado está alineado frente a Schulman, jefe de la sección especial de Burepolom. Él sabe que todos están destinados a los trabajos generales, pero no quiere privarse del placer de preguntar: «¿Hay ingenieros? ¡Que levanten la mano!». Sobre unos rostros iluminados por la esperanza se levantan unas diez manos. «¡Ajajá…! ¿A lo mejor también hay catedráticos? ¡Muy bien, en seguida os van a traer *lápices*!». Y les traen… picos. El jefe de la colonia penitenciaria de Vilnius, teniente Karev, descubre entre los recién llegados al subteniente Belski (todavía calza botas y viste un raído uniforme de oficial). No hace mucho, ese hombre era un oficial soviético, igual que Karev, y lucía las mismas charreteras. ¿Y qué? ¿Se compadece Karev a la vista de ese uniforme raído? ¿O por lo menos permanece indiferente? ¡No, el deseo de humillar es selectivo! Y ordena que se le destine (así como está, sin cambiarle su uniforme por ropa de fajina) al transporte del estiércol para las huertas. Cuando los altos funcionarios del UITL lituano acudían a utilizar los baños de esa colonia, se echaban sobre las tablas y se hacían enjabonar no por simples reclusos, sino por Cincuenta y Ochos.

Por lo demás, fíjense en sus caras, todavía andan entre nosotros, no es difícil encontrarse con ellos en el tren (claro que de primera clase para arriba), o en el avión. Llevan una guirnalda de laurel en el ojal, una guirnalda que corona vaya uno a saber qué. Sus charreteras, a decir verdad, ya no son azules (les da vergüenza), pero tienen un ribetito azul, o rojo, o morado. Sus rostros llevan una máscara de crueldad petrificada, y su expresión es eternamente sombría, descontenta. Aparentemente, todo les va muy bien, y, sin embargo, ¿a qué se debe esa eterna expresión de descontento? ¿Les parecerá que están perdiendo la oportunidad de obtener algo todavía mejor? ¿O es que Dios deja siempre así marcados a los canallas, por sus maldades? En los vagones de primera de los trenes de Vologda, de Arjanguelsk, del Ural, hay un crecido porcentaje de *militares* de éstos. Por las ventanas aparecen y desaparecen descoloridas torretas de campos. «¿Su *empresa*?», pregunta el vecino. El militar afirma con la cabeza, con satisfacción, hasta con orgullo: «Sí». «¿Va usted ahí?». «Sí». «¿Y su esposa también trabaja?». «Cobra noventa. Y yo doscientos cincuenta (un comandante). Dos hijos. No es como para tirar la casa por la ventana». O este otro, hasta con modales de ciudad, resulta un compañero de tren muy agradable. Por la ventanilla desfilan los campos de un koljós. Nuestro interlocutor explica: «Últimamente, en la agricultura las cosas han mejorado mucho. Ahora *siembran lo que quieren*». (Y cuando los hombres salieron por primera vez de sus cavernas para ir a sembrar en un claro del bosque, ¿acaso no sembraban ya «lo que querían»?).

En 1962 me tocó atravesar por primera vez Siberia en calidad de hombre libre, y lo que son las cosas, me tuvo que tocar en el compartimiento un joven *enmevedista* recién graduado en la escuela de Tavda, que iba destinado al UITL de Irkutsk. Me hice pasar por un bobo simpatizante y me contó cómo hacían sus prácticas en los campos y qué descarados, insensibles e incorregibles podían llegar a ser esos detenidos. Su rostro no se había endurecido aún con esa expresión de permanente crueldad, pero me mostró una foto de fin de curso de la tercera promoción de Tavda, en la que no sólo aparecían mozalbetes, sino también viejos guardianes de campo que completan la instrucción (en materia de amaestramiento, espionaje, concentracionología y marxismo-leninismo), más ya para la jubilación que para el servicio. Pues yo, pese a estar de vuelta de muchas cosas, me quedé de piedra. ¡Cómo se refleja en el rostro la negrura del alma! ¡Con qué arte saben seleccionarlos de entre la Humanidad!

En el campo de prisioneros de guerra de Ajtma (Estoma) ocurrió el siguiente episodio: se descubrió que una enfermera rusa tenía relaciones con un prisionero alemán. Pues no sólo la expulsaron de su buena sociedad, ¡oh, no! Para esta mujer, que llevaba charreteras rusas de oficial, construyeron una garita de tablas con una gotera (no miraron gastos). Allí la tuvieron una semana, y cada funcionario que entraba «al trabajo» o salía de él tiraba piedras a la garita, gritaba «¡p… alemana!» y escupía.

Así es como seleccionan a su gente.

Conservemos para la historia algunos nombres de concentracioneros-verdugos de Kolyma, cuyo poder e inventiva crueldad no tenían límites (fines de la década del treinta): Pavlov, Vishnevetski, Gakaiev, Zhukov, Komarov, Kudriashev, Logovinenko, Merinov, Nikishov, Reznikov, Titov, Vasili «Durovoi». Mencionaremos también a Svietlichni, el célebre torturador de Norilsk; muchas muertes cargan los *zekos* en su cuenta.

Ya contará algún otro de monstruos como Chechev (degradado del Ministerio del Interior de uno de los países bálticos a jefe del Steplag); Tarasenko (jefe del Usolag); Korotitsyn y Didorenko, del Kargopolag; el feroz Barabanov (jefe del Pechorlag después de la guerra); Smirnov (jefe de disciplina del Pechdjeldorlag); el mayor Chepiga (jefe de disciplina del Vorkutlag). La sola enumeración de esos nombres célebres llenaría páginas y páginas. Mi solitaria pluma no está en condiciones de mencionarlos a todos. Y, además, todavía están en el poder. A mí, hasta ahora no me han asignado una oficina donde reunir toda esa documentación ni me han invitado a dirigirme por radio al país entero.

Una palabra más sobre Mamulov, y basta. Es aquel mismo Mamulov de Jovrino, cuyo hermano era jefe de la secretaría de Beria. Cuando los nuestros liberaron media Alemania, muchos altos *enmevedistas* se precipitaron allá, y entre ellos Mamulov, quien comenzó a despachar convoyes enteros de vagones sellados con destino a su estación de Jovrino. Los vagones eran introducidos en la zona para que no se

enteraran los ferroviarios libres (oficialmente eran «bienes de equipo» para la fábrica); quienes los descargaban eran los reclusos: ¡con ellos no hacían ceremonias! En esos vagones se había amontonado un revoltijo de todo lo que suele llevarse a toda prisa un salteador de pisos: ¡arañas arrancadas de los cielos-rasos, muebles de museo y domésticos, juegos de porcelana envueltos de cualquier modo en manteles arrugados, utensilios de cocina, vestidos de fiesta y de calle, ropa interior de hombre y de mujer, fraques de color, sombreros de copa y hasta bastones! Aquí todo esto se revisaba ahora cuidadosamente, y lo que estaba entero se llevaba a los pisos, se repartía entre los amigos. También se trajo Mamulov de Alemania, como trofeo, todo un parque de automóviles, e incluso a su hijo de doce años (justo la edad de un *malolietka*) le regaló un «Opel-Kadett». Durante muchos meses los talleres de sastrería y de zapatería estuvieron ocupados en arreglar todo ese botín. Por lo demás, Mamulov tenía más de una casa en Moscú y mantenía más de una mujer. Pero su piso preferido era el de los alrededores de la ciudad, cerca del campo, que el mismo Lavrentyi Pavlovich solía visitar. Traían de Moscú un auténtico coro de gitanos e incluso admitían en esas orgías a dos reclusos: el guitarrista Fetisov y el bailarín de folklore Malinin (de los Coros y Danzas del Ejército Rojo), después de advertirles que si contaban una sola palabra de todo aquello ya verían lo que les esperaba. Ése era Mamulov: cierta vez, volviendo de una partida de pesca, arrastraron el bote a través del jardín de un viejecito y lo aplastaron todo. Pareció como que el abuelo refunfuñaba. ¿Cómo resarcirlo? Pues bien, Mamulov le dio tantos puñetazos que lo dejó jadeante, desangrándose boca abajo sobre la tierra. Comen mi pan y golpes me dan**[262]**…

Pero tengo la impresión de que mi relato se está volviendo monótono. ¿Me repito, tal vez? ¿O quizá todo esto ya lo hemos leído y vuelto a releer…?

¡Me replican! ¡Me replican! Sí, hubo casos aislados… Pero, sobre todo, bajo Beria… ¿Y por qué no da usted ejemplos luminosos? ¡Vamos, describa a los buenos! ¡Muéstrenos a los que fueron auténticos padres para nosotros!

Pues no, que los muestre quien los haya visto. Yo no los vi. Razonando en general, ya he deducido que un jefe de campo *no puede ser bueno*: o se desnuca o lo echan.

Porque, está bien, admitamos por un momento que un concentracionero se proponga hacer el bien y transformar el régimen bestial de su campo en un régimen humano. ¿Se lo permitirían? ¿Lo aceptarían? ¿Lo tolerarían? ¡Es como dejar un samovar a la intemperie y esperar que se caliente!

Estoy dispuesto a reconocerlo: los «buenos» son los que todavía no han logrado escapar, los que no se han podido ir, pero que tarde o temprano lo harán. Por ejemplo: a M. Guerasimov, director de una fábrica de calzado en Moscú, le quitaron el carnet del Partido, pero sin expulsarlo (también existía ésta fórmula). Entretanto, ¿qué hacer con él? Lo mandaron de concentracionero a Ustvym. Según cuentan, su trabajo le costaba horrores, era bondadoso con los presos, y al cabo de cinco meses consiguió

desvincularse de todo aquello y se marchó. Eso sí puedo creerlo: que durante esos cinco meses fuera bueno. O ese jefe del campo de Ortau, llamado Smeshko, en 1944, que según dicen tampoco era malo: pues también hacía lo posible por irse. En el Usvitlag, en 1946, había un jefe de sección, el exaviador Morozov, que trataba bien a los prisioneros; pero, en cambio, sus superiores lo trataban mal a él. O el capitán Siverkin, por ejemplo: dicen que en el Nyroblag era bueno. ¿Y qué pasó? Lo mandaron a Parma, a una comandancia disciplinaria. Allí tenía dos ocupaciones: la bebida y escuchar la radio occidental, que en aquel rincón se interfería poco (1952). Bueno, y aquel mismo vecino mío de compartimiento, el graduado en Tavda, todavía no era mal chico; desde hacía veinticuatro horas, un mozo que no tenía billete permanecía de pie en el pasillo, y él dijo: «¿Qué les parece si nos apretamos un poco y le hacemos sitio? Que duerma un poco». Pero a ese mismo, permítanle ser jefe de campo durante un solo año, y reaccionará muy distinto, irá a la revisora: «¡Eche inmediatamente a ese individuo que viaja sin billete!». ¿Es así o no?

Bueno, a decir verdad, confieso haber conocido yo también a un excelente *enmevedista*, cierto que no concentracionero, sino carcelero, el teniente coronel Tsukanov. Durante un corto tiempo fue jefe de la cárcel especial de Marfino. Y no sólo yo, todos los reclusos del lugar lo reconocen: nadie lo ha visto obrar mal, y todos lo han visto obrar bien. A poco que pudiera dar la vuelta al reglamento en favor de los reclusos, no dejaba de hacerlo. A poco que pudiera suavizar el régimen, lo hacía sin falta. ¿Y qué? Pasaron nuestra cárcel especial a una categoría más severa y a él lo quitaron. No era joven, hacía mucho que servía en la MVD. No sé cómo. Misterio.

Y también me asegura Arnold Rappoport, que el coronel de Ingenieros Maltsev, Mijail Mitrofanovich, jefe del Vorkutlag de 1943 a 1947 (tanto de la producción como del mismo campo), era una buena persona. En presencia de chequistas estrechaba la mano a ingenieros detenidos, les hablaba de usted y los llamaba por su nombre y patronímico. Detestaba a los chequistas profesionales y no hacía el menor caso del jefe de la sección política, coronel Kujtikov. Cuando lo ascendieron a una graduación policial, comisario general de tercer grado, no lo aceptó (¿puede ser posible?): «Pertenezco a Ingenieros». Y consiguió ser nombrado general de brigada normal. Rappoport afirma que durante los años de su mando no hubo un solo procesamiento en el campo (y, sin embargo, eran los años de la guerra, la época más propicia). Su mujer era fiscal de la ciudad de Vorkuta y paralizaba la inventiva de los comisarios de campo. Se trata de un testimonio muy importante, siempre que Rappoport no haya incurrido en exageración involuntaria, debido a la privilegiada situación de ingeniero que ocupaba en aquella época. Es que a mí me cuesta terminármelo de creer: siendo así, ¿cómo es que no lo defenestraron a ese Maltsev? ¡Si debía estorbar a todo el mundo! Esperemos que algún día alguien establezca la verdad. (Cuando mandaba una división de zapadores en Stalingrado, Maltsev tuvo agallas para hacer comparecer a un comandante de regimiento ante las filas, y con su

propia mano pegarle un tiro. Lo mandaron a Vorkuta como castigo, pero no por eso, por no sé qué otra cosa).

En ése y en otros casos análogos, la memoria y las vivencias personales deforman a veces los recuerdos. Cuando hablan de *buenos*, uno desearía preguntar: ¿Buenos con quién? ¿Con todos?

Y tampoco los excombatientes eran el mejor relevo a los viejos *enmevedistas*, ni muchísimo menos. Chulpeniov atestigua que, lejos de mejorar, las cosas empeoraban cuando un viejo lobo de campo era remplazado (al final de la guerra) por un excombatiente herido, como, por ejemplo, el comisario de regimiento Iegorov. No entendían nada de la vida del campo, tomaban a la ligera disposiciones superficiales e iban a emborracharse con mujerzuelas fuera de la zona, dejando el campo a merced de los enchufados más canallas.

Sin embargo, los que más ruido meten son los «buenos chequistas» en los campos (que son los ortodoxos bienintencionados), no se refieren a «buenos» tal como lo comprendemos nosotros: no a los que trataron de crear una atmósfera general de humanidad para todos, a costa de salirse de los reglamentos del GULAG, sino a quienes cumplían escrupulosamente con todas las instrucciones perrunas, atormentaban y exterminaban al común de los reclusos, pero favorecían a los excomunistas. (¡Qué visión tan amplia, la de los bienintencionados! ¡Siempre herederos de la cultura universal de la Humanidad…!).

«Buenos» de ésos claro que hubo, y bastantes. Kudlatiy, por ejemplo, con sus volúmenes de Lenin, ¿en qué no lo era? Diakov cuenta de otro, miren qué detalle: un jefe de campo, durante un viaje a Moscú, fue a visitar la familia de un «ortodoxo» recluido en su establecimiento, y una vez de vuelta, se reintegró al cumplimiento de todas sus obligaciones perrunas. También el general Gorbatov recuerda a un «bueno» en Kolyma: «Suelen considerarnos como una especie de monstruos, pero es una opinión errónea. También a nosotros nos alegra comunicarle una buena noticia a un detenido». (Sólo que la carta en la que la mujer de Gorbatov le anunciaba que su causa iba a ser revisada, estaba llena de tachones de la censura. ¿Por qué se privarían del placer de comunicar algo agradable? Sin embargo, Gorbatov no ve en eso ninguna contradicción: la superioridad afirma, el general del Ejército se lo cree)… Pero lo que preocupaba a ese «buen» perro de Kolyma era que Gorbatov fuera a contar en las altas esferas la arbitrariedad que reinaba en su campo. De ahí esa conversación tan agradable, con su final: «Sea prudente en sus conversaciones». (Y Gorbatov sigue sin entender nada)…

O si no, Levkovich escribe en *Izvestia*[263] un artículo, como suele decirse, apasionado —en cristiano, hecho por encargo—, en el que afirma haber conocido en los campos a más de un chequista bueno, inteligente, severo, cansado, triste, etcétera, y que cierto Kapustin, en Djambul, trataba de conseguir empleos para las esposas confinadas de los comunistas, por lo que tuvo que pegarse un tiro. ¡Aquí ya estamos todos locos! Un comandante tiene la *obligación* de conseguir empleo a los

confinados, aunque sea recurriendo a la fuerza. Y si realmente se pegó un tiro, sería por robar más de la cuenta o por un asunto de faldas. En cuanto al órgano central del ex VZIK (el mismo que ratificó todas las crueldades del GULAG), lo que pretende demostrar es lo siguiente: visto y considerando que hubo negreros buenos, la esclavitud jamás existió…

¡Sí! Otro «bueno»: Matveiev, nuestro teniente coronel de Ekibastuz. Cuando Stalin, mostraba los dientes y gruñía, pero murió el Papaíto, cayó Beria, y él se volvió el más grande de los liberales, el padre de los reclusos. Hasta que cambien los vientos. (Pero a escondidas daba instrucciones al jefe de equipo Alexandrov: «A quien no le obedezca, rómpale la cara; no le va a pasar nada, ¡palabra!»).

¡No, a otros con esos «buenos»! Poco valen. Para nosotros sólo se vuelven buenos cuando los meten en el campo a ellos.

Y a algunos los metían. Sólo que los juzgaban por OTRA cosa.

* * *

El personal de vigilancia de los campos se considera como mandos subalternos de la MVD. Son los suboficiales del GULAG, y su tarea consiste en arrear y vigilar. Están también en el escalafón del GULAG, sólo que más abajo. Por eso tienen menos derechos y a la vez deben arrimar el hombro con más frecuencia. Claro que lo hacen sin chistar, y cuando hay que apalear a alguno en el aislador disciplinario o en la sala de celadores, lo hacen valerosamente a tres contra uno hasta dejarlo sin sentido. Año tras año se van endureciendo en su trabajo y no revelan la menor huella de conmiseración hacia esos prisioneros empapados, congelados, hambrientos, cansados y moribundos. Ante ellos, los detenidos están tan desprovistos de derechos y de defensa como ante las altas autoridades, con lo cual se los puede aplastar, sentirse persona importante. Y descargar la rabia, ejercer la crueldad, que en eso no les ponen vallas. Y cuando pegas impunemente, una vez has empezado, ya no tienes ganas de parar. La arbitrariedad exacerba, y ya te sientes tan terrible, que hasta te das miedo a ti mismo. Los celadores imitan de buen grado a sus oficiales, tanto en su conducta como en su carácter, sólo que no llevan aquel oro en las charreteras; sus capotes están sucios; andan a pie; no les corresponden reclusos como sirvientes; cavan ellos mismos sus huertos, cuidan ellos mismos de sus animales. Bueno, claro, *tirar* de un *zeko* por un par de horas, para hacer leña o fregar los suelos, sí puede hacerlo, pero con mesura. Como está prohibido recurrir a los que trabajan, recurren a los que descansan. (Berezniki, 1930: Tabaterov acaba de acostarse tras doce horas de labor nocturna ininterrumpida, pero aparece el celador y lo despierta para que vaya a trabajar a su casa. ¡Y que intente negarse!). Los celadores no son *amos*; a pesar de todo, el campo no es su hacienda, sino un empleo, por lo cual no tienen aquella arrogancia ni aquella envergadura en el ejercicio del poder. Están asimismo limitados en cuanto al robo. Grave injusticia: los jefazos, que ya tienen mucho dinero, se

pueden llevar mucho; en cambio, el personal de vigilancia, que tiene mucho menos, también se puede llevar menos. En el almacén ya no les darán sacos llenos, si acaso bolsitas. (Recuerdo, como si fuera ayer, al sargento Kiseliev, con sus rasgos duros y su pelo color de lino; entra en administración [1945] y ordena: «¡Ni un solo gramo de grasa para la cocina de los *z/k! ¡Sólo* para los libres!» [escaseaban las materias grasas]. Como único privilegio, recibir su ración de grasas)… Para que en el taller de costura les confeccionaran algo había que pedir autorización al jefe y guardar turno. Bueno, en la zona de trabajo, sí se podía conseguir que un recluso soldara, forjara, afilara, lustrara alguna cosita, pero no siempre resultaba fácil llevarse algo más voluminoso que un taburete. Esa limitación en el robo ofendía dolorosamente a los celadores, y más que nada a sus esposas, por lo que había mucho resentimiento contra los jefes, una gran amargura por la injusticia de este mundo. Y en los pechos de los celadores aparecían, no diré cuerdas sensibles, pero sí carencias, vacíos, en que podía hallar eco el gemido del ser humano. Y pueden ser capaces algunos celadores inferiores de hablar con simpatía a los *zekos*. No es que sea frecuente, pero tampoco tan raro. En todo caso, entre celadores de campo y de cárcel, puede encontrarse una persona, y cada recluso ha conocido a más de uno en su camino. Entre los oficiales, en cambio, es casi imposible.

En realidad, es la ley de relación inversa entre la posición social y las cualidades humanas.

Auténtico personal de vigilancia es el que cuenta con quince o veinte años de servicio en el campo. El que, una vez instalado en esas malditas y remotas lejanías, nunca volverá a salir de ellas. El reglamento se lo han metido en la cabeza de una vez y para siempre, y no necesitan ya leer ni enterarse de nada en la vida; sólo escuchar el Primer Programa de Radio Moscú. Ellos representan para nosotros el obtuso, inexpresivo, insensible e inexorable rostro del GULAG.

Sólo durante los años de la guerra se alteró y enturbió la composición del personal de vigilancia. En su precipitación, las autoridades militares prescindieron de su servicio impecable, y se llevaron muchos al frente; en su lugar, aparecieron soldados recién salidos del hospital. Esos aún eran selectos: elegían a los más crueles y obtusos. Pero también venían hombres viejos, movilizados directamente de sus casas al campo. Y entre éstos, los canosos, sí había personas muy bondadosas, sin prevenciones: hablaban amablemente, registraban de cualquier manera, no confiscaban nada y aún hacían bromas. Jamás redactaban quejas ni informes para el calabozo. Pero en cuanto terminó la guerra, se desmovilizaron en seguida y no se los volvió a ver.

Tampoco eran habituales celadores (también de tiempo de guerra) como el estudiante Senin, de quien ya tuve ocasión de hablar, y otro que tuvimos en la Puerta de Kaluga: un judío de mediana edad, de aspecto completamente civil, muy tranquilo, nada «chinche», que jamás hacía daño a nadie. Era tan poco estricto en su manera de ser, que un día me atreví a preguntarle: «Dígame, ¿qué era usted en su vida civil?». Él

no se ofendió, me miró con sus ojos serenos y contestó en voz baja: «Comerciante[fp]». Antes de nuestro campo, durante la guerra, había servido en el de Podolsk, donde, según contaba, morían de inanición trece o catorce personas al día (¡ya suman veinte mil muertos!). Por lo visto había pasado la guerra en las «tropas» de la NKVD y ahora le tocaba ingeniárselas para no eternizarse en ellas.

En cambio el brigada Tkach, subjefe de disciplina y terror del campo de Ekibastuz, le vino el servicio de vigilancia como anillo al dedo, como si desde su más tierna infancia no hubiera hecho otra cosa, como si hubiese nacido con el GULAG. Su rostro parecía haberse petrificado en una expresión de maldad bajo el negro copete. Daba miedo estar simplemente en su presencia o cruzarse con él en algún sendero del campo; nunca pasaba sin causar daño: mandar de vuelta, obligar a trabajar, quitar algo, asustar, castigar, arrestar. Incluso de noche, después del toque de queda, cuando los barracones se cerraban con llave —pero en verano las ventanas enrejadas quedaban abiertas—, Tkach se acercaba furtivamente a las mismas, escuchaba, después se asomaba y todos pegaban un salto mientras él, apoyado en el alféizar, cual negra ave nocturna, anunciaba los castigos a través de los barrotes: por no dormir, por charlar, por usar objetos prohibidos.

Y un buen día, Tkach desapareció para siempre. Y por todo el campo se extendió el rumor (no pudimos verificarlo con exactitud, pero esos rumores tan insistentes suelen ser ciertos) de que había sido desenmascarado como verdugo fascista en los territorios ocupados, arrestado y condenado a *cinco duros*. Era en el año 1952.

Ahora bien, ¿cómo se explica que un verdugo fascista (en ningún caso con más de tres años de servicio) pudiera estar a los siete años de la guerra inmejorablemente conceptuado en la MVD?

¿Eh?

* * *

«¡La escolta abre fuego sin previo aviso!». En ese conjuro está contenido todo el estatuto de la escolta[264], su poder sobre nosotros más allá de toda ley.

Incluso en tiempo de paz, el servicio de la escolta es comparable al del frente. La escolta no teme ninguna investigación ni ha de dar cuenta a nadie. Todo el que dispara tiene razón. Todo el que cae muerto es culpable de haber querido huir o de haber cruzado la zona de seguridad.

Aquí tienen dos asesinatos cometidos en un *lagpunkt* de Ortau (multiplíquese por el número de *lagpunkts*). Un soldado conducía un grupo, se les acercó un preso exento de escolta y comenzó a caminar al lado de su amiguita. «¡Quítate de ahí!». «¿Y a ti qué, te molesta?». Dispara. Muerto. Una parodia de juicio, el soldado es absuelto, injuriado en el cumplimiento de sus funciones.

A otro soldado, en el puesto de guardia, se le acerca un preso con su hoja de cese en la mano (mañana va a ser liberado): «Déjame ir en un periquete hasta la lavandería

(está fuera de la zona), ¡es un segundo!». «No se puede». «¡Pero si mañana ya seré libre, estúpido!». Lo mató. Ni siquiera hubo juicio.

¡Y qué fácil es, en el ardor del trabajo, no reparar en esas marcas entalladas en los árboles que indican la línea imaginaria que no debe ser franqueada, un cordón forestal en lugar de alambre de espino! Soloviev (exteniente del Ejército) acaba de derribar un pino y andando hacia atrás, le va cortando las ramas. No tiene ojos más que para su árbol derribado. Pero el escolta, «un lobo de Tanshai», aguarda con los ojos entornados; no dará una voz de «¡Cuidado!». Se limita a esperar. Y hete aquí que Soloviev, sin darse cuenta, ha franqueado el límite de la zona y sigue retrocediendo a lo largo del tronco. ¡Un disparo! La bala es explosiva, el pulmón estalla. Soloviev muere y el lobo de Tanshai recibe una recompensa de cien rublos. (Los «lobos de Tanshai» son los habitantes de la comarca de Tanshai, cerca de Burepolom, que durante la guerra entraban todos en la VOJRA, para permanecer cerca de sus casas y no ir al frente. Es esa misma comarca de Tanshai donde los niños gritaban: «¡Mamá, que viene un *arenque*!»).

Esa relación escolta-detenido que no admite la menor objeción, ese permanente derecho que tiene la escolta a usar la bala en lugar de la palabra, no puede dejar de influir en el carácter de los oficiales de la VOJRA y de los mismos vojristas. La vida de los detenidos se entrega a su poder no por las veinticuatro horas del día, es cierto, pero, en cambio, profunda y totalmente. A sus ojos, los indígenas no son seres humanos, sino unos fantoches perezosos dotados de movimiento, que les ha tocado en suerte contar, acompañar cuanto antes al trabajo y de vuelta al campo, y tener trabajando todo lo que se pueda.

Pero allí donde la arbitrariedad llegaba al máximo era en los oficiales de la VOJRA. En esos jóvenes tenientes se desarrollaba un rabioso convencimiento de su absoluto poder sobre el sur humano. Algunos se limitaban a vociferar (teniente Chorny, en el Nyroblag), otros se deleitaban con su crueldad y hasta la extendían a sus soldados (teniente Samutin, allí mismo), y los había, finalmente, que no reconocían límites a su omnipotencia. Nevski, comandante de la VOJRA del *lagpunkt* n.º 3 de Ustvym, descubrió que había desaparecido su perro, no un perro policía, sino su querido perrito faldero. Fue a buscarlo —naturalmente— a la zona y quiso el azar que sorprendiera a cinco indígenas despellejando el cadáver. Sacó su revólver y, sin una palabra, mató allí mismo a uno de ellos. (El caso no tuvo ningún tipo de consecuencia administrativa, salvo el encierro de los otros cuatro en un aislador disciplinario).

En 1938, a orillas del río Visher, en las estribaciones de los Urales, se declaró un incendio forestal; con la rapidez de un huracán, se vieron envueltos en llamas dos *lagpunkts*. ¿Qué hacer con los prisioneros? Había que decidir en cuestión de minutos, no había tiempo para pedir instrucciones. La escolta no los dejó salir, y ardieron todos. Más seguro así. Porque si los dejaban salir y se escapaban, procesaban a la escolta.

El servicio de la VOJRA imponía una sola limitación al ímpetu ardoroso de sus oficiales: la unidad básica era la sección y allí moría toda omnipotencia, con charreteras de dos estrellitas. El ascenso en la división no hacía sino alejar del poder real en una sección, era un callejón sin salida.

Por esa razón, los vojristas más enérgicos y más ambiciosos trataban de pasar al servicio interno de la MVD, y ascender ya allí. Algunas biografías célebres del GULAG pertenecen precisamente a esa categoría. El ya mencionado Antonov, amo y señor de la «vía muerta» polar, procedía de la oficialidad de la VOJRA, y toda su instrucción se limitaba a cuatro años.

No hay duda de que el Ministerio atribuía mucha importancia a la selección de la escolta armada de la MVD, y de que los comisariados militares tenían instrucciones secretas al respecto. Mucha labor secreta hacen los comisariados militares, no les tenemos prevención. ¿Por qué, por ejemplo, abandonaron tan categóricamente la idea de las tropas territoriales en los años veinte (proyecto Frunze) e incluso al contrario, ponen excepcional empeño en enviar a los reclutas lo más lejos posible de su tierra natal (georgianos a Estonia, letones al Cáucaso)? Porque las tropas han de ser extrañas a la población local, a ser posible incluso por la raza (como se comprobó en Novocherkask, en 1962**[fq]**). Del mismo modo, al reclutar tropas de escolta, se dio intencionadamente preponderancia a los tártaros y otras minorías nacionales: su poca instrucción, su escasa información representaban para el Estado un auténtico tesoro, una verdadera fortaleza.

Pero el reclutamiento y adiestramiento científicos de esas tropas sólo se inició con los Campos Especiales, a fines de los años cuarenta y comienzos de los cincuenta. Desde ese momento sólo comenzaron a admitir muchachos de diecinueve años, que eran inmediatamente sometidos a una severa instrucción ideológica. (A ese tipo de escolta nos referiremos por separado más adelante).

Antes parecía como si en el GULAG no tuvieran tiempo para ocuparse de esas cosas. Y, además, nuestro pueblo, aunque socialista, no estaba aún lo suficientemente desarrollado como para alcanzar esa tenaz crueldad, tan necesaria, si se quiere contar con una guardia de campo digna de ese nombre. El personal de la VOJRA solía ser heterogéneo, y no representaba esa muralla de terror que habían proyectado. Se debilitó particularmente durante los años de la guerra ruso-germana: los jóvenes mejor entrenados («de buena ferocidad») hubo que entregarlos para el frente, y en su lugar llegaban a la VOJRA endebles reservistas, no aptos para el servicio activo por su salud, y por su ferocidad, absolutamente inadecuados para el GULAG (no habían sido educados en los años apropiados). Durante los peores años de la guerra, cuando reinaba el hambre más despiadada en los campos, ese debilitamiento de la VOJRA (allí donde se manifestó, porque no en todas partes se dio el caso) contribuyó, al menos en parte, a aliviar la existencia de los detenidos.

Nina Samshel recuerda a su padre que, en 1942, a una edad madura, fue movilizado y enviado de guardián a un campo de la provincia de Arjanguelsk. Su

familia se reunió con él. «En casa, mi padre nos hablaba con amargura de la vida en el campo y de la buena gente que había allí. Cuando le tocaba vigilar a él solo un equipo de trabajadores agrícolas (¡también las condiciones en tiempo de guerra! un solo soldado para todo un equipo, ¿no es un alivio?), yo iba con frecuencia a verle y él me permitía hablar con los detenidos. Todos le respetaban mucho: nunca era grosero con ellos, les permitía ir adonde le pedían, por ejemplo, al almacén, y nunca se le escapó ninguno. Ellos me decían: "¡Ah, si todos los escoltas fueran como tu papá…!". Él sabía que muchos de los que estaban allí eran inocentes[265] y eso le indignaba, pero sólo podía expresarlo en casa: en su sección era imposible; por decir cosas así procesaban». Apenas terminó la guerra, se desmovilizó.

Pero tampoco podemos juzgar a toda la VOJRA de los tiempos de guerra por Samshel. Prueba de ello es cómo terminó: ¡en 1947 lo metieron a su vez por el artículo 58! Fue dado de baja, moribundo, en 1950, murió en su casa cinco meses más tarde.

Después de la guerra, esa escolta tan relajada siguió todavía en sus funciones un par de años más, y muchos vojristas tomaron la costumbre, al hablar de su servicio, de usar también el término «condena»: «Cuando termine mi condena»… Se daban cuenta de lo vergonzoso de su trabajo, del que ni puedes hablar en casa. Siempre en Ortau, un soldado robó algo adrede en la KVCH, fue degradado, procesado y amnistiado inmediatamente, y los otros soldados lo envidiaban: «¡Buena idea! ¡Hay que ver!».

N. Stolariova recuerda a un soldado que la detuvo cuando intentaba evadirse; no la denunció y no fue castigada. Otro se pegó un tiro por el amor de una reclusa que acababa de ser trasladada. Antes de que fueran introducidas medidas auténticamente rigurosas, era frecuente que en los campos de mujeres nacieran, entre éstas y los hombres de la escolta, relaciones amistosas, afectuosas, incluso íntimas. ¡Ni siquiera nuestro gran Estado lograba aplastar en todas partes la bondad y el amor!

Los jóvenes refuerzos de los años de la posguerra tampoco resultaron, de primer intento, lo que el GULAG esperaba que fuesen. Cuando Vladilen Zadorny se rebeló en la guardia armada del Niroblag (volveremos a hablar de él), sus compañeros coetáneos consideraron su resistencia con mucha simpatía.

En la historia de la vigilancia de los campos, la *autovigilancia* ocupa un puesto muy particular. Ya desde los primeros años de la revolución, se proclamó que la *autocustodia* es un deber para los presos soviéticos. Fue aplicada con éxito en las Solovki, y en gran escala en el Belomorcanal y el Volgocanal: todo socialmente allegado que no quisiera empujar una carretilla podía empuñar una escopeta contra sus camaradas.

No vamos a afirmar que se tratara de un plan diabólico especialmente pensado para corromper moralmente al pueblo. Como siempre en el medio siglo de nuestra historia contemporánea, la elevada y luminosa teoría y la rastrera bajeza moral se entrelazan con toda naturalidad y se transforman la una en la otra con la mayor

sencillez del mundo. Pero por los relatos de los viejos *zekos* nos enteramos de que los autovigilantes eran crueles con sus hermanos, que trataban de cumplir y eternizarse en sus puestos de perro y que a veces saldaban viejas cuentas de un disparo.

Por lo demás, eso consta hasta en la bibliografía jurídica: «En muchos casos los privados de libertad cumplen *mejor* sus obligaciones en la custodia de la colonia y en el mantenimiento del orden que los celadores de plantilla[266]».

No, pero, díganme…, ¿existe algo malo que no se le pueda enseñar al pueblo?, ¿a la gente?, ¿a la Humanidad?

Esa cita es de los años treinta, pero Zadorny la confirma a finales de los cuarenta: los autovigilantes se encarnizaban con sus camaradas, buscaban un pretexto formal para tirar a matar. ¡A todo eso, en Parma, comandancia disciplinaria del Nyroblag, sólo había Cincuenta y Ochos, y la autovigilancia también se reclutaba entre Cincuenta y Ochos! Presos políticos…

Cuenta Vladilen de un autovigilante de ésos, Kuzma, exchófer, un mozo de veinte y pocos años. En 1949 le habían dado *dos duros* por 58-10. ¿Cómo sobrevivir? No había encontrado otro camino. En 1952, cuando Vladilen lo conoció, ya pertenecía a la autovigilancia. Su situación lo atormentaba, decía que no soportaría ese peso —la escopeta—, a menudo dejaba de cargarla cuando iba al servicio de escolta. Por las noches lloraba, tratándose a sí mismo de canalla y de vendido, y hasta había intentado pegarse un tiro. Tenía una frente alta, un rostro nervioso. Amaba la poesía y se internaba en la taiga con Vladilen para leer versos. Y después volvía a su escopeta…

Conoció también a un autovigilante como Alexandr Lunin, ya mayor, con una corona de pelo blanco alrededor de la frente, una sonrisa abierta y cordial. Durante la guerra había sido teniente de Infantería, y después, presidente de un koljós. Le habían dado diez años (con un artículo común) por no haber entregado al Comité Regional lo que éste exigía y haberlo distribuido, en cambio, entre los koljosianos, por propia iniciativa. ¡Pueden ver qué clase de hombre era: antes el prójimo que él mismo! Pues bien, en el Nyroblag entró en la autovigilancia, y hasta obtuvo del jefe del *lagpunkt*, Promezhutochnaia, una reducción de condena.

¡Los límites del ser humano! Por más que te asombren, jamás los abarcarás…

XXI
Alrededor de los campos

Del mismo modo que un trozo de carne podrida no sólo apesta por su superficie, sino que además está rodeada por un halo molecular de fetidez, así cada isla del Archipiélago crea y mantiene alrededor de sí una zona hedionda. Esa zona, más amplia que el Archipiélago mismo, es una zona medianera, de transmisión entre la reducida zona de cada isla en particular y la Gran Zona que constituye la totalidad del país.

Todo lo que pueda nacer de más contagioso en el Archipiélago, en cuanto a relaciones humanas, costumbres, ideas y lenguaje, por efecto de la ley universal de permeabilidad de las membranas vegetales y animales, se infiltra primero en esa zona de transmisión, para extenderse después al resto del país. Precisamente aquí, en la zona de transmisión, es donde se seleccionan espontáneamente los elementos de la ideología y de la *cultura* de los campos dignos de integrarse a la cultura común del Estado. Y cuando en los corredores del recién construido edificio de la Universidad de Moscú resuenan expresiones concentracionarias, o cuando una mujer moderna de la capital emite un juicio sobre la vida, típico del GULAG, no se extrañen: eso llegó aquí a través de esa zona de transmisión, de ese mundo que rodea los campos.

Mientras las autoridades trataban (o tal vez ni trataban) de, reeducar a los detenidos mediante eslóganes, secciones educativo-culturales, censura postal y comisarios, los detenidos reeducaron con mucha mayor eficiencia a todo el país por mediación de ese mundo que rodeaba los campos. Tras haber empezado por someter al Archipiélago, la filosofía de los hampones no tuvo la menor dificultad en proseguir su camino y apoderarse del mercado ideológico nacional, vacío por falta de una ideología más fuerte. El desparpajo de los campos, la crueldad de las relaciones humanas, la coraza de insensibilidad en los corazones, la hostilidad hacia todo trabajo bien hecho, todo eso no tardó en someter al universo concentracionario y de ahí repercutió profundamente en el *mundo libre*.

Así se venga el Archipiélago de la Unión Soviética por su creación. Así es como ninguna de nuestras crueldades queda sin castigo.

Así de caro se paga siempre el perseguir lo barato.

* * *

Enumerar todos esos pueblos, poblados y villorrios seria casi como transliterar la geografía del Archipiélago. Ni una sola zona de campo puede subsistir independientemente, tiene que haber necesariamente al lado un poblado de hombres libres. A veces ese poblado, nacido en las proximidades de algún campo forestal provisional, durará algunos años y desaparecerá junto con el campo. A veces echará raíces, recibirá nombre, Soviet rural, carretera, y permanecerá allí para siempre. Y a veces esos pueblos se desarrollan en ciudades famosas, tales como Magadán, Dúdinka, Igarka, Temir-Tau, Baljash, Djezkazgán, Angrén, Taishet, Bratsk, Sovgavan. Esos poblados no sólo infestan lugares perdidos, sino a veces el mismo tronco de Rusia, las cercanías de las minas de Donetsk y de Tula, las proximidades de las minas de turba, los aledaños de las colonias agrícolas. En ocasiones, regiones enteras, como la de Tanshai, son contaminadas y se integran al mundo concentracionario. Y cuando el campo es inyectado en el cuerpo de una gran ciudad, incluso de la misma Moscú, existe igualmente un mundo concentracionario en su derredor, pero ya no concentrado en un poblado especial, sino compuesto por aquellas personas que cada noche lo abandonan en trolebús o autobús y que vuelven a él cada mañana (en ese caso, el contagio hacia el exterior se produce a un ritmo acelerado).

Existe también otro caso, el de pequeñas ciudades como Kizel (en el ramal minerometalúrgico de la línea de Perm); nacieron antes de todo Archipiélago, y de pronto se vieron rodeadas de un sinnúmero de campos, convirtiéndose en una de las capitales provinciales del GULAG. Semejantes ciudades respiran el aire de los campos que las rodean: por sus calles pasean oficiales, concentracioneros y soldados de la escolta, a pie o en automóvil, en grupos nutridos, como ocupantes; el centro más importante de la ciudad es la dirección de los campos; la red telefónica no pertenece a la ciudad, sino a los campos; los itinerarios de los autobuses conducen todos del centro a los campos; todos los habitantes viven gracias a los campos.

De esas capitales provinciales del Archipiélago, la más importante es Karaganda. Fue fundada y poblada por confinados y antiguos detenidos, hasta el punto de que un exrecluso no puede salir a la calle sin encontrarse con un conocido a cada paso. Es sede de varias direcciones de campos. Y tiene *lagpunkts* desparramados a su alrededor como la arena del mar.

¿Quiénes habitan ese mundo concentracionario? 1) la población autóctona (puede que ni la haya); 2) la VOJRA, guardia militarizada; 3) los oficiales del campo y sus familias; 4) los celadores y sus familias (los celadores, a diferencia de la escolta, viven siempre con sus familias, aun cuando constan como cumpliendo el servicio militar); 5) exreclusos (liberados de ese *lagpuntk* o de otro cercano)**[267]**; 6) diversos parias, a saber, los sometidos a represión parcial, los titulares de pasaportes «impuros» (tanto ellos como los antiguos reclusos no viven aquí de buen grado, sino por una maldición; si es que ese lugar no les ha sido directamente impuesto, como sucede con los confinados, en cualquier otro lugar les costaría mucho más hallar casa

y trabajo, e incluso quién sabe si les permitirían vivir allí); 7) los directivos de empresa. Son altos funcionarios, unos poquitos por poblado (también puede no haberlos); 8) *Votniashki* propiamente dichos: gente casual o traída a la fuerza, toda clase de descarriados, perdidos y amantes del dinero fácil. Es que en esos lugares perdidos se puede trabajar tres veces peor que en la metrópoli y cobrar cuatro veces más: por situación polar, por alejamiento, por incomodidad, sin contar que se atribuyen a sí mismos el trabajo de los detenidos. A eso hay que agregar que muchos de ellos están ahí por reclutamiento o por contrata, y encima perciben primas por desplazamiento. Para quienes saben lavar oro en el papeleo de la industria estatal, el mundo concentracionario es un auténtico Klondyke. Aquí vienen con diplomas falsos, aquí se dan cita aventureros, sinvergüenzas, vividores. Aquí es ventajoso para quien necesite gratuitamente de una cabeza ajena: (a un geólogo semianalfabeto los geólogos recluidos le estudiarán el terreno, le harán las comprobaciones, le sacarán las conclusiones, y no le quedará más que leer su tesis en la metrópoli). Aquí acaban los maltratados por la suerte y los borrachos perdidos. Aquí llegan después de un fracaso familiar, o para huir de las pensiones alimenticias. Hay también jóvenes graduados de escuelas técnicas superiores que no supieron acomodarse mejor en el momento del reparto de puestos. Sólo que éstos, en cuanto pisan el lugar, ya están haciendo lo imposible para volver a la civilización, y quienes no lo consiguen el primer año, lo lograrán el segundo, no quepa duda. Existe asimismo entre los libres una categoría completamente distinta: gente de edad que vive en ese mundo desde hace muchos años y que se ha aclimatado tanto, que ya ni siente necesidad de otro ambiente más benigno. Si clausuran su campo, o las autoridades dejan de pagarles lo que piden, se van de allí, pero invariablemente, a los aledaños de otro campo; no pueden vivir de otro modo. Tal era el caso de Vasili Aksentievich Frolov, borrachín empedernido, estafador y «reconocido maestro fundidor»; se podrían contar muchas cosas de este personaje, pero ya lo he descrito en otra obra. Sin tener diploma alguno y habiéndose bebido lo último que le quedaba de maestría, cobraba no menos de 5000 rublos, de antes de Kruschev, al mes.

En su sentido más amplio, la palabra *volniashka* designa a cualquier persona en libertad, es decir, a todo ciudadano de la Unión Soviética que todavía no ha ido a parar a la cárcel o que ya ha salido de ella. Pero es más frecuente en el Archipiélago que esa palabra se emplee en sentido restringido, es decir, para designar a un ciudadano libre que produce con los detenidos en una zona de trabajo. Por esa razón, los del grupo 1, 5 y 6 que vienen a trabajar desde el exterior también son denominados *volniashka*.

El *volniashka* ejerce funciones de contratista, maestro de obras, capataz, contramaestre, jefe de depósito, «normador».

También los contratan para menesteres en que la utilización de reclusos complicaría la labor de la escolta: chóferes, carreteros, encargados de expedición,

conductores de tractores, de excavadoras, de niveladoras, instaladores de líneas eléctricas, encargados de la calefacción nocturna.

Esos hombres libres de segunda categoría, simples trabajadores como los reclusos, se hacían en seguida amigos nuestros y cometían todos los pecados prohibidos por el régimen de los campos y por el Código Penal: echaban de buen grado las cartas de los reclusos en los buzones *libres* del poblado, vendían en el mercado del lugar toda clase de objetos que los reclusos habían robado en el campo, se guardaban el dinero y, a cambio de ello, les llevaban algo para matar el hambre; junto con los reclusos también robaban al Estado en el lugar del trabajo; introducían vodka en la zona de producción. Cuando el registro era severo, metían botellines con el tapón lacrado en el depósito de la gasolina de los camiones**[268]**.

Y cuando era posible anotar el trabajo de los detenidos a cuenta de los libres (los capataces y maestros de obras no desdeñaban apuntársela también a sí mismos), lo hacían religiosamente. En efecto, el trabajo inscrito a cuenta de un recluso es trabajo perdido: no se lo pagarán, le darán un poco más de pan y eso es todo. De modo que en épocas en que no se exigían cartillas de racionamiento, tenía sentido apuntarle al recluso lo estrictamente necesario para no crearse problemas y anotar el resto a cuenta del ciudadano libre. El *volniashka* cobraba ese trabajo, aprovechaba el dinero para sí y llevaba comida para sus reclusos**[269]**.

En líneas generales, pues, las relaciones entre reclusos y *volniashkas* no se podían considerar hostiles, sino más bien cordiales. Además, esos hombres acabados, borrachos, arruinados, eran sensibles al dolor de sus semejantes, podían compadecerse del infortunio de un hombre injustamente arrestado. Aquello a lo que oficiales, celadores y soldados cerraban los ojos por exigencia profesional, resultaba bien visible a los ojos de una persona sin perjuicios.

Más complicadas eran las relaciones de los reclusos con los capataces y maestros de obras. En la condición de «comandantes de la producción» tenían el deber de presionar y hostigar a detenidos. Pero también respondían de la buena marcha del trabajo, y eso no siempre era posible cuando se estaba en malas relaciones con los reclusos. No todo se obtiene a golpes y con el hambre; hay cosas que han de conseguirse por las buenas, por mutuo acuerdo, por inclinación e intuición. Los únicos capataces que tenían éxito en su trabajo eran los que se entendían con los jefes de equipo y con los mejores detenidos. Porque, en general, esos capataces eran no ya borrachos, flojos e intoxicados por el constante empleo de mano de obra esclava, sino que además eran unos soberanos ignorantes que, o no entendían nada de su trabajo o lo entendían todo al revés, por lo cual dependían aún más de los jefes de equipo.

¡Hay que ver cómo se entrelazan a veces aquí los destinos rusos! Por ejemplo, en una víspera de fiesta aparece completamente borracho el capataz de carpinteros Fiodor Ivanovich Muravliov, y le espeta a Sinebriújov, jefe del equipo de pintores de brocha gorda, un excelente maestro, serio, firme, encarcelado desde hace ya diez años:

—¿Y qué? ¿Sigues encerrado, hijo de *kulak*? Tu padre no hacía más que arar la tierra y comprar vacas. ¿Se las pensaba llevar al Paraíso? ¿Y dónde está él ahora? ¿Murió confinado? ¿Y te metió a ti? ¡No, mi padre fue mucho más listo! Él desde chico se lo bebía todo, en la isba cuatro esquinas, el koljós no le entregó ni una gallina, porque no la tenía. ¡Pues ya ves, de buenas a primeras lo nombra capataz! Y yo tras él: bebo vodka y vivo feliz…

Y resultaba que tenía razón: a Siniebriújov, después de la condena, le tocaba ir a confinamiento, mientras que Muravliov era presidente de la célula local del Partido en el ramo de la construcción.

¡Aunque a decir verdad, el jefe de la construcción contratista de obras Buslov, ya no sabía cómo quitarse de encima a ese capataz presidente de célula! (Pero quitárselo de encima era imposible; los contrata no el contratista, sino la sección de personal, que por afinidad, selecciona con bastante frecuencia a holgazanes o idiotas). El contratista es responsable, con su propio bolsillo, de todos los materiales y los fondos para el pago de los sueldos; pero Muravliov, sea por ignorancia, sea por candor (no es mala persona, en absoluto, y además los jefes de equipos siempre se lo *agradecen*), dilapida esos fondos, firma informes a la ligera (se los redactan los mismos jefes de equipo), acepta trabajo mal hecho que luego hay que deshacer y volver a hacer. Y Buslov bien quisiera cambiar a semejante capataz por uno de los ingenieros recluidos que maneja el pico, pero como medida de seguridad, no se lo permite la sección de personal.

—Bueno, a ver, dime: ¿de qué largo son las vigas que tienes ahora en la obra?

Muravliov deja escapar un largo suspiro:

—En este momento me pone usted en un compromiso para decírselo exactamente…

Y cuando más borracho estaba Muravliov, tanto más descaradamente se dirigía al contratista. Éste decidió entonces iniciar un asedio documental, y comenzó a mandarle todas las órdenes por oficio (archivando cuidadosamente la copia). Dichas órdenes, por supuesto, no se cumplían, y crecía un amenazador expediente. Pero el presidente de la célula tampoco perdía la cabeza: conseguía la mitad de una página de cuaderno, toda arrugada, y, tras media hora de duros sufrimientos, lograba dibujar torcidamente:

> «Pongo ensu conosimiento Que todos los mejanismos que ay para travajos de carpinteria estandescompuestos esdecir en Mal estado y esepsionalmente no funsionan».

El contratista ya es otro grado de autoridad laboral; es para los reclusos una constante amenaza y un enemigo permanente. El contratista ya no entra ni en relaciones amistosas ni en tratos con los jefes de equipos. *Recorta* sus informes,

descubre su *tujta* (en lo que alcanzan sus luces) y siempre puede castigar a un jefe de equipo y a cualquier recluso por intermedio de las autoridades del campo:

«Al jefe del *lagpunkt* teniente camarada…

»Solicito castigue con la máxima severidad (preferentemente en calabozo, pero con salida al trabajo) al jefe del equipo de hormigoneros z/k Zozulia y al capataz z/k Orachevski por haber extraído lajas más gruesas de lo debido, con lo cual se produjo un gasto excesivo de hormigón.

»Le informa al mismo tiempo que en el día de hoy, con ocasión de dirigirse a mí respecto a la inscripción del volumen de trabajo en las hojas de informe, el jefe de equipo z/k Alekseiev se dirigió en forma injuriosa al capataz camarada Tumarkin, llamándolo *burro*. Semejante conducta del z/k Alekseiev, atentatoria a la autoridad de los asalariados libres, me parece extremadamente indeseable e incluso peligrosa, por lo cual solicito se tomen las medidas más drásticas al respecto, sin excluir el traslado del culpable.

»Primer contratista Buslov».

Llegado el caso, a ese Tumarkin también lo llamaba burro el propio Buslov, pero por lo que valía, un jefe de equipo recluso merecía el traslado.

No pasaba día sin que Buslov enviara semejantes papelitos a las autoridades del campo. Veía en los castigos el mayor estímulo para mejorar la calidad del trabajo. Buslov era uno de esos jefes de producción acostumbrados desde hacía años al sistema del GULAG y sabía desenvolverse perfectamente dentro del mismo. Lo declaraba abiertamente durante las reuniones: «Tengo una amplia experiencia en el trabajo con los ze-ka ze-ka y no me asustan sus amenazas de matarme, me comprende, de un ladrillazo». Pero le entristecía que las actuales generaciones del GULAG no eran ya las de antes. La gente que llegaba allí después de la guerra, después de Europa, resultaba más irrespetuosa. «En cambio, en 1937, trabajar, me comprende, era un verdadero placer. Con decirle que cuando entraba un asalariado libre, los ze-ka ze-ka se levantaban inmediatamente». Buslov sabía cómo engañar a los detenidos, cómo enviarlos a lugares peligrosos; no le importaban ni sus fuerzas, ni sus estómagos y mucho menos, su amor propio. Con su pronunciada nariz, sus largas piernas, sus botas amarillas *made in USA*, obsequio de la UNRRA a los ciudadanos soviéticos necesitados iba y venía incesantemente por los pisos de la obra, sabiendo que de lo contrario los ze-ka ze-ka, esos seres sucios y perezosos, aprovecharían cada rincón y cada rinconcito para sentarse, echarse, tumbarse, calentarse, buscarse los piojos, e incluso fornicar, en mitad de la corta jornada laboral de diez horas, en tanto que los jefes de equipo se amontonarían en la sala de normas para escribir *tujta* en los informes.

Y de todos los capataces, uno solo contaba, en parte, con su confianza: Fiodor Vasilievich Gorchkov. Era un viejecito frágil, de grandes mostachos blancos, que

conocía a fondo hasta el último detalle de la construcción; era habilísimo en su trabajo y también en el de los demás y, sobre todo, rasgo poco frecuente en un *volniashka*, estaba sinceramente interesado en la marcha de la obra: no por su bolsillo, como Buslov (¿retención o prima?, ¿llamadas al orden o felicitaciones?), sino que aquello le surgía de dentro, como si ese enorme edificio lo estuviera construyendo para sí y quisiera que resultara el mejor del mundo. Bebía moderadamente, sin perder nunca de vista su trabajo. Pero tenía también un grave defecto, y era que no se había adaptado al Archipiélago, no sabía mantener a los reclusos en el terror. Él también solía pasear por la obra pero, contrariamente a Buslov, no hurgaba, no trataba de sorprender a ver quién hacía trampa, sino que gustaba de sentarse sobre las vigas con los carpinteros, charlar con los albañiles, quedarse un rato con los yeseros junto a sus cubas. A veces invitaba a caramelos a los detenidos, para nosotros era insólito. De un trabajo no conseguía apartarse ni en su vejez: de cortar vidrio. Siempre llevaba su diamante en el bolsillo, y en cuanto alguien cortaba vidrio en su presencia, empezaba a refunfuñar que lo hacía mal, apartaba a los vidrieros y se ponía a cortar él mismo. Una vez que Buslov se fue por un mes a Sochi, Fiodor Vasilievich lo remplazó, pero se negó de plano a instalarse en su despacho y siguió como siempre en la sala de capataces.

Durante todo el invierno, Fiodor Vasilievich lucía un abrigo corto, plisado en el talle según la antigua moda rusa; el cuello estaba raído, pero la tela se conservaba perfectamente. Un día comentamos de ese abrigo; resultó que Gorchkov lo había estado usando continuamente desde hacía treinta y un años, y que antes su padre se lo estuvo poniendo varios años los días de fiesta; de ese modo nos enteramos de que su padre, Vasili Gorchkov, había sido *capataz de obras públicas*. Y entonces entendimos por qué Fiodor Vasilievich amaba tanto la piedra, la madera, el vidrio y las pinturas: desde niño había crecido en la construcción. Pero a pesar de que antes los llamaban «capataces de obras públicas» y ahora ya no, auténticos funcionarios eran ahora. Antes, eran artistas.

Aun ahora, Fiodor Vasilievich seguía elogiando los viejos tiempos:

—¿Qué es hoy un contratista? No tiene derecho a cambiar un céntimo de partida a partida. Antiguamente, llegaba el maestro de obras en sábado: «¿Qué, muchachos? *¿Antes* del baño o *después?»*. Dicen: «¡Después, abuelito, después!». «Bueno, aquí tenéis dinero para el baño, y de allí a la taberna tal». Y después del baño, los muchachos vienen en tropel, y él ya los está esperando en la taberna con vodka, tapas, un samovar… Después de eso, ¿quién se va a atrever a trabajar mal el lunes?

En la actualidad, todo esto nos ha sido nombrado y explicado: era el viejo sistema chupasangre, desvergonzada explotación del trabajo ajeno, utilización de los más bajos instintos del ser humano. Y el vodka con tapas no compensaba lo que el obrero debía sudar la semana siguiente…

En cambio, el trozo de pan, ese trozo de pan mal cocido que unas manos indiferentes le lanzan por la ventanilla de la cocina, ¿ése sí compensa…?

* * *

Pues todas esas ocho categorías de habitantes libres se hacinan y apretujan en la reducida área que rodea el campo: del campo al bosque, del campo al pantano, del campo a la mina… Ocho categorías diferentes, ocho grados diferentes, ocho clases diferentes, y todas tienen que convivir en ese exiguo y maloliente villorrio, todos son «camaradas», y todos mandan a sus hijos a la misma escuela.

Camaradas son tales que por encima de los demás señorean, cual santos sobre su nube, dos o tres magnates del lugar (en Ekibastuz son *Jishchiuk y Karashchiuk*[fr], director e ingeniero en jefe del trust respectivamente. ¡Conste que los nombres son auténticos, yo no los he inventado!). Más abajo, severamente segregados, respetando estrictamente las castas, siguen el jefe del campo, el comandante de la escolta, los demás ejecutivos del trust, los oficiales del campo; los oficiales de la escolta; en alguna parte está el director del «Abastecimiento Obrero», y en alguna otra el director de la escuela (pero los maestros no). Cuanto más alto, tanto más celosamente se respetan esas barreras de casta, tanta más importancia se da a qué comadre pueda ir a casa de qué otra a masticar semillas de girasol (no son duquesas, no son condesas, pues ¡tanto mayor cuidado ponen en no rebajarse!). ¡Oh, qué desesperación, vivir en este mundo mezquino, lejos de otras familias de alto rango que habitan ciudades cómodas y espaciosas! Aquí todos la conocen a una, ni siquiera puede ir al cine sin caer de categoría, y, por supuesto, mucho menos a la tienda (tanto más cuanto que lo mejor y más fresco lo entregan a domicilio). Hasta queda mal criar un cochinillo en casa: ¡qué humillación, para la señora de Fulano, darle de comer con sus propias manos! (De donde la necesidad de traer servidumbre del campo). Y en las escasas salas del hospital, ¡qué difícil es apartarse de los harapos y de la mugre y descansar entre vecinos de lecho como Dios manda! ¡Y los queridos hijos del alma que hay que mandar a la escuela a compartir el banco vaya uno a saber con quién!

Pero, más abajo, esas demarcaciones pierden pronto rigidez e importancia, ya no se encuentran meticulosos aficionados a controlarlas: más abajo las categorías se entremezclan inevitablemente, se codean, compran, venden, corren a ocupar su lugar en la cola, se pelean por los regalitos del árbol de Navidad en la fiesta del Sindicato, se sientan unos al lado de los otros en el cine y se confunden buenos ciudadanos soviéticos con individuos indignos de ese nombre.

Los centros espirituales de semejantes poblados son, en primer lugar, la cantina principal, situada en algún barracón semiderruido, junto al cual estacionan los camiones, donde se oyen canciones desafinadas y desde el que se desperdigan por todo el pueblo borrachos haciendo eses entre sonoros eructos; y en segundo lugar, rodeado de los mismos charcos y el mismo fango, el edificio del club, con su piso embarrado y tapizado de cáscaras de girasol, con un diario mural del año pasado emporcado por las moscas, con el parloteo incesante del altavoz encima de la puerta, con palabrotas obscenas durante el baile y peleas a cuchillo después del cine. Aquí se

estila el «no vuelvas tarde», y lo más seguro, cuando se va al baile con una moza, es deslizar una herradura dentro del guante. (¡Bueno, también las mozas de por aquí son tales, que alguna es capaz de hacer morder el polvo a siete hombretones!).

El club de marras es una espina clavada en el corazón de los oficiales. Es absolutamente imposible, cae por su peso, que vayan ellos a bailar a semejante antro y en medio de semejante público. Quienes lo frecuentan, con un permiso, son los soldados de la escolta. Pero la desgracia está en que las jóvenes esposas sin hijos de los oficiales se sienten también atraídas por ese lugar, y sin sus maridos. Y, claro, terminan bailando con soldados. ¡Simples soldados abrazan la cintura de esposas de oficiales! ¿Cómo exigirles al día siguiente obediencia incondicional? ¡Si resulta que están en un pie de igualdad, y así no hay ejército que resista! Incapaces de refrenar a sus mujeres para que no acudan a los bailes, los oficiales intentan que por lo menos el lugar esté vedado a los soldados (¡abrazar por abrazar, al menos que lo haga algún sucio *volniashka*!). Pero, claro, eso sería una grieta en la armoniosa educación política del soldado, según la cual en la Unión Soviética somos todos ciudadanos iguales y venturosos, mientras nuestros enemigos están al otro lado del alambre de espino.

Muchas tensiones por el estilo se gestan en lo hondo del mundo concentracionario. Teniendo que codearse todos los días con enemigos del orden y de la ley, los honrados ciudadanos soviéticos no dejarán de echárselo en cara y ponerlos en su lugar, sobre todo si se trata de conseguir una habitación en un barracón nuevo. Y también los celadores, por el hecho de lucir uniforme de la MVD, pretender estar por encima de los simples ciudadanos libres. Nunca faltan mujeres a las que todos les reprochan ser la salvación de los hombres solitarios. Otras se han propuesto poseer a un hombre permanente. Se plantan frente al puesto de guardia cuando saben que va a haber liberaciones, y atrapan de una manga a desconocidos: «Vente a mi casa, tengo un rinconcito tranquilo, no pasarás frío. ¡Te compraré un traje! Bueno, ¿adónde vas a ir tú? ¡Si te meterán otra vez!».

A todo esto, el poblado tiene su propia vigilancia operacional, su propio *compadre*, sus propios soplones, y van sonsacando: que quién acepta cartas de los reclusos, que quién se vendió un uniforme concentracionario detrás del barracón.

Y, por supuesto, menos que en ningún otro lugar de la Unión Soviética existe en el mundo concentracionario la sensación del imperio de la Ley y de que mi hogar es mi castillo. Unos tienen anotaciones en el pasaporte; otros, no tienen ni pasaporte; los hay que han estado presos; otros son miembros de la familia, y lo cierto es que todos esos independientes ciudadanos sin escolta son aún más obedientes que los reclusos a la orden del hombre del fusil, todavía más sumisos ante el hombre de la pistola. Cuando lo ven, no alzan una orgullosa cabeza: «¡Usted no tiene derecho!», sino que se achican y se inclinan, a ver si pasan inadvertidos.

Y esa sensación del poder absoluto de la bayoneta y del uniforme ondea con toda seguridad sobre las inmensidades del Archipiélago con todo el universo que lo rodea,

se comunica hasta tal punto a cada uno que pisa aquellas tierras, que P…, una ciudadana libre que volaba con su hijita, por la línea de Krasnoiarsk a visitar a su marido en el campo, al primer requerimiento de los funcionarios de la MVD en el avión, dejó que la palparan, la registraran, y desnudaran a la niña (desde aquel día, la chiquilla lloraba constantemente a la vista de los Azules).

Pero si alguien viene a decirnos ahora que no hay lugar más triste que esos aledaños del campo y que el mundo concentracionario es una cloaca, nosotros contestaremos: según para quién.

Por ejemplo, el yakuto Kolodeznikov fue condenado en 1932 a tres años, por haberse llevado a la taiga un reno ajeno, y por la ley de sesudos desplazamientos, fue enviado de su Kolyma natal a los alrededores de Leningrado. Cumplió su condena, hasta estuvo en el mismo Leningrado, trajo a su familia telas de colores vivos, pero, así y todo, estuvo muchos años quejándose a sus paisanos y a reclusos traídos de Leningrado:

—¡Ay, qué aburrido es aquello! ¡Ay, qué mal se está…!

XXII
Construimos

Después de todo lo que acabamos de contar de los campos, la pregunta surge por sí sola: ¡bueno, a ver! Ese trabajo de los reclusos ¿suponía, sí o no, un beneficio para el Estado? Y sino lo suponía, ¿valía la pena haber armado todo ese tinglado del Archipiélago?

En el mismo campo, entre los reclusos existían ambos puntos de vista, y gustábamos de discutirlo.

Naturalmente, si hemos de creer a los caudillos, no hay nada que discutir. El camarada Molotov, en su día número dos en el Estado, declaró al VI Congreso de los Soviets de la URSS, refiriéndose a la utilización del trabajo de los detenidos: «Lo hemos hecho antes, lo hacemos ahora y lo seguiremos haciendo en el futuro. Es ventajoso para la sociedad. Es beneficioso para los delincuentes».

Observen que es ventajoso, no para el Gobierno, sino para la sociedad entera. Y para los delincuentes, es beneficioso. Y lo seguiremos haciendo en el futuro. ¿Qué discusión cabe?

Por lo demás, toda la estructura de la política estaliniana, cuando primero se planificaban las obras, y sólo después el efectivo de delincuentes necesario para llevarlas a cabo, confirma que el Gobierno no parecía abrigar dudas sobre las ventajas económicas de los campos. La economía precedía a la justicia.

Pero es evidente que el problema planteado requiere aclaraciones y distinciones:

—¿Se justifican los campos en el plano político y social?

—¿Se justifican económicamente?

—¿Son rentables? (A pesar de la aparente similitud entre las dos últimas preguntas, existe una diferencia).

No es difícil responder a la primera pregunta: para los objetivos de Stalin, los campos eran el lugar ideal donde arrear millones de seres humanos, para meter miedo. De modo que, políticamente, sí se justificaban. Asimismo, los campos resultaban materialmente convenientes a un enorme grupo social: el de los incontables oficiales concentracioneros. Los campos les suministraban un «servicio militar» en la segura retaguardia, raciones especiales, haberes elevados, uniformes, casas, una situación social. Asimismo se cobijaban ahí nubes de celadores y de robustos guardianes que dormitaban en sus miradores (en aquella misma época en que los chiquillos de trece años eran enviados a la fuerza a las escuelas

profesionales). Todos esos parásitos sostenían con todas sus fuerzas al Archipiélago, nido de la explotación de esclavos. A una amnistía general la temían como al cólera morbo.

Pero ya hemos comprendido que en los campos no sólo se daban cita los heterodoxos, los que se apartaban de la vía gregaria trazada por Stalin.

El reclutamiento para los campos sobrepasa, con toda evidencia, las necesidades políticas, superaba los objetivos del terror, y se determinaba (tal vez únicamente en el cerebro de Stalin) por los proyectos económicos. ¿Acaso no salimos de la crisis y del paro de los años veinte gracias a los campos (y al confinamiento)? A partir de 1930, ya no se inventaban canales que excavar para los soñolientos campos, sino que se reunían a toda prisa campos para los canales proyectados. Y la actividad de los Tribunales se regía, no por el número de delincuentes auténticos (o incluso de «elementos sospechosos»), sino por las exigencias de los organismos económicos. Desde que se empezó a construir el Belomorcanal se hizo evidente que los *zekos* de las Solovki no iban a ser suficientes, y resultó que para los Cincuenta y Ochos tres años eran pocos, que era antieconómico, y que había que condenarlos para dos planes quinquenales de primera intención.

En qué sentido iban a resultar económicamente ventajosos los campos, ya lo había predicho Tomás Moro, el bisabuelo del socialismo, en su *Utopía*. Para los trabajos humillantes y particularmente penosos, que nadie querrá hacer bajo el socialismo, para eso servirán los *zekos*. Para el trabajo en lugares perdidos y salvajes, donde habrán de pasar muchos años antes de que construyan viviendas, escuelas, hospitales y tiendas. Para el trabajo de pico y pala en pleno siglo XX. Para dar impulso a las monumentales edificaciones del socialismo sin que todavía exista un respaldo económico.

En el grandioso Belomorcanal un simple automóvil era una *rara avis*. Todo se hacía, como dicen en el campo, «a vapor de pedo».

En el aún más grandioso Volgacanal (siete veces mayor que el Belomor por el volumen de obras, comparable con los canales de Panamá y de Suez), se excavaron 128 km de largo a una profundidad de más de 5 m, con un ancho en superficie de 85 m, y prácticamente todo a pico, pala y carretón[270]. Lo que iba a convertirse en el fondo del «mar de Rybinsk» estaba cubierto de espesos bosques. Todos ellos fueron derribados a mano, jamás se vio allí ni la sombra de una sierra mecánica, en tanto que para quemar las ramas y la broza utilizaban a los inválidos totales.

¿Quiénes, sino los reclusos, iban a derribar árboles diez horas seguidas, y aun recorriendo siete kilómetros en plena oscuridad hasta el bosque y otros tantos de vuelta, a treinta grados bajo cero, y sin tener más días de descanso en todo el año que los 1.º de mayo y 7 de noviembre (Volgolag, 1937)?

¿Quiénes, sino los indígenas, arrancarían las raíces de los árboles en pleno invierno, transportarían a la espalda cajones con el mineral extraído en las canteras de Kolyma, arrastrarían entre dos los troncos derribados a un kilómetro del río Koin

(afluente del Vym) enganchándose a un pequeño trineo (para que la collera no les lastimara la envolvían con trozos de ropa vieja y se la pasaban por encima de un hombro)?

Ciertamente —según nos asegura el periodista oficial I. Zhukov[271]—, de ese mismo modo construyeron los komsomoles la ciudad de Komsomolsk-Amur (1932): derribaban sin hachas, no tenían herrería, no les daban pan y se morían de escorbuto. Y se entusiasma: ¡Oh, cuánto heroísmo demostramos! Pero ¿no correspondería más bien indignarse? ¿Cómo es posible amar tan poco a su propio pueblo para mandarlo a construir en esas condiciones? Bueno, y ¿para qué indignarse? Nosotros sí sabemos qué clase de «komsomoles» construyeron Komsomolsk. Ahora escriben[272] que aquellos «komsomoles» también fundaron Magadán.

¿Y quiénes iban a bajar a las minas de Djezkazgansk para efectuar perforaciones en seco durante doce horas seguidas? Los hombres trabajan sin máscara en medio de una nube de polvo silicoso, y a los cuatro meses los mandan a morir con una silicosis irreversible. ¿Quiénes iban a descender a unos pozos no reforzados contra desprendimientos, no protegidos contra inundaciones, en unos ascensores desprovistos de zapatas de freno? ¿Quiénes eran los únicos trabajadores del siglo XX para los que no hacía falta hacer gasto en ruinosas técnicas de seguridad?

Y, después de eso, ¿cómo afirmar que los campos no resultaban económicamente ventajosos?

Lean, lean en la *Via muerta* de Pobozhiy[273] esa escena del desembarco y de la descarga de los lanchones en el río Taz, esa Ilíada polar de la era estaliniana: en la tundra salvaje jamás hollada por el pie del hombre, unos reclusos hormigas, vigilados por una escolta de hormigas, arrastran miles de troncos recién desembarcados, construyen muelles, colocan vías férreas y hacen rodar al interior de la tundra locomotoras y vagones condenados a no volver a salir nunca más por sus propios medios. Duermen cinco horas diarias al raso, rodeados de carteles con la inscripción «zona».

Él mismo describe a continuación cómo los detenidos tienen una línea telefónica en medio de la tundra: viven en cabañas hechas de ramas y de musgo, los mosquitos devoran sus cuerpos indefensos, su ropa jamás se termina de secar del agua de los pantanos, y no hablemos ya del calzado. Su carretera ha sido trazada de cualquier manera (y está condenada a ser rehecha), no hay bosque cerca donde ir a talar árboles para los postes y los reclusos deben desaparecer durante dos o tres días (!) para conseguir troncos que acarrean luego sobre los hombros.

No hubo un segundo Pobozhiy para contar cómo se construyó, antes de la guerra, otra vía férrea: Kotlas-Vorkuta, bajo cada uno de cuyos durmientes han quedado dos cabezas. ¿Y para qué ir tan lejos? ¿Cómo, antes de aquella vía férrea, abrieron un simple cortafuegos en el bosque impenetrable: brazos descarnados, hachas sin filo y bayonetas ociosas?

¿Quién habría hecho todo eso sin los reclusos? Y, entonces, ¿cómo es eso de que los campos no resultaban ventajosos?

Los campos suponían una extraordinaria ventaja por la docilidad de la mano de obra esclava y su baratura, o más que eso incluso, por su gratuidad, porque para comprar un esclavo en la Antigüedad, a pesar de todo había que pagar dinero, mas para comprar un recluso, nadie desembolsaba un céntimo.

Incluso en las conferencias que durante la posguerra se celebraban en los campos, los negreros industriales reconocían que «los z-k z-k habían tenido una importante participación en la lucha de la retaguardia por la victoria».

Pero ninguna placa de mármol eternizará jamás, en el lugar donde reposan sus huesos, sus nombres olvidados.

Lo irremplazables que eran los campos quedó de manifiesto en los años de Kruschev, cuando las trabajosas y ruidosas campañas del Komsomol para las tierras vírgenes y las obras de Siberia.

Pero muy otra cosa es la *rentabilidad*. Hacía tiempo que al Estado se le iban los ojos tras eso. El *Reglamento de los lugares de detención* de 1921 ya se preocupaba de establecer que «los gastos resultantes del mantenimiento de los lugares de detención deben estar, en la medida de lo posible, cubiertos por el trabajo de los detenidos». A partir de 1922, y pese a su naturaleza obrero-campesina, algunos comités ejecutivos locales manifestaron «tendencias al mercantilismo apolítico», es decir, que no sólo trataban de equilibrar los gastos de los lugares de detención, sino que intentaban extraer de ellos *beneficios* para el presupuesto local, lograr la autofinanciación con exceso. La rentabilidad de los lugares de detención fue también una exigencia del Código de Reeducación por el Trabajo de 1924. En 1928, en las primeras Jornadas Nacionales de Trabajadores Penitenciarios, se insistió mucho sobre la necesidad de «devolver al Estado, a través de toda la red de empresas dependientes de los lugares de detención, el importe de los gastos realizados por el Estado a favor de los lugares de detención».

¡Muchas muchas ganas había de tener campitos, y que salgan gratis! A partir de 1929, todos los establecimientos de reeducación por el trabajo del país fueron incluidos en el plan económico nacional. Y con fecha 1.º de enero de 1931 se resolvió que todos los campos y todas las colonias penitenciarias de la RSFSR y de Ucrania pasaran a plena autofinanciación.

¿Y qué pasó? ¡Éxito inmediato, por supuesto! En 1932 los juristas declaran triunfalmente: «Los gastos de mantenimiento de los establecimientos de reeducación por el trabajo *disminuyen* (eso sí podemos creerlo), en tanto que las condiciones de vida de los privados de libertad *mejoran año tras año* (?)»**[274]**.

Nos habríamos extrañado, habríamos investigado que cómo es posible, cómo lo hacían, de no haber experimentado en nuestro propio pellejo de qué manera las condiciones de vida esas iban mejorando…

Bueno, y si lo pensamos bien, ¿qué tiene de extraordinario? ¿De qué se trata? ¿De equilibrar los gastos del campo con sus ingresos? Los gastos, como acabamos de leer, disminuyen. En cuanto a aumentar los ingresos, es aún más sencillo. ¡Hay que apretar más a los reclusos! ¡Si durante el período solovkiano del Archipiélago los trabajos forzados tenían una rebaja oficial del 40 % (se suponía, no sé por qué, que el trabajo a palos era menos productivo), a partir del Belomorcanal, tras haber introducido la «escala del estómago», los cerebros del GULAG descubrieron que era al revés, que el trabajo forzado por el hambre era ¡el más productivo del mundo! Cuando la dirección de los campos de Ucrania recibió la orden de pasar al sistema de autofinanciación (1931), resolvió de buenas a primeras aumentar la producción en el nuevo ejercicio, respecto a los años anteriores, ni más ni menos que en un 242 % (¡doscientos cuarenta y dos por ciento!), es decir, ¡aumentarla de golpe en tres veces y media y sin ninguna mecanización[275]! (¡Y qué científicamente lo calcularon todo: doscientos cuarenta, y encima todavía dos por ciento! Una sola cosa ignoraban los camaradas: que eso se llama *el gran salto adelante bajo tres banderas rojas*).

¡Cómo sabía el GULAG qué vientos soplaban! Justo en ese momento hicieron su aparición las inmortales Seis Condiciones del Camarada Stalin, y entre ellas figuraba precisamente la autofinanciación. ¡Pues nosotros ya la tenemos, nosotros ya la tenemos! Otra condición: la utilización de especialistas. ¡Bah!, para nosotros es lo más sencillo del mundo: ¡a ver, retirad a los ingenieros de los trabajos generales!, ¡enchufadlos en la producción! (Para los *intelectuales* técnicos, los comienzos de la década del treinta fue el período más privilegiado: prácticamente nunca vegetaron en los trabajos generales, y hasta los recién llegados eran destinados a ocupaciones de su especialidad. Antes de eso, en los años veinte, técnicos e ingenieros perecían inútilmente en los trabajos generales, porque no había en qué emplear su talento y sus conocimientos. Después de eso, a partir de 1937 y hasta los cincuenta, la rentabilidad y las históricas Seis Condiciones cayeron en el olvido, se volvió históricamente primordial la Vigilancia Revolucionaria, y a la infiltración, uno por uno, de ingenieros a enchufes, sucedieron oleadas de expulsiones a los generales). Y, de paso, sale mucho más barato tener de ingeniero a un preso que a un libre: ¡no es necesario pagarle un sueldo! ¡Otra vez beneficio, otra vez rentabilidad! ¡Otra vez tiene razón el camarada Stalin!

Así que la cosa venía de lejos, y sabía adónde iba: ¡tener Archipiélago gratis!

Pero por más que se esforzaran, por más que se desesperaran, por más que se quebraran las uñas contra las rocas, por más que revisaran veinte veces las cuentas, y las rasparan hasta hacer agujeros en el papel, ¡nunca hubo rentabilidad en el Archipiélago, ni la habrá jamás! ¡Nunca se llegará a equilibrar entradas y salidas, y nuestro joven Estado obrero-campesino (lo mismo que el maduro Estado de todo el pueblo) está condenado a seguir cargando sobre sus hombros ese sucio saco manchado de sangre!

Ello se debe a las siguientes causas: esencialmente y en primer lugar, a la inconsciencia de los detenidos, a la negligencia de esos obtusos esclavos. No sólo no se consigue de ellos la abnegación socialista, sino que ni siquiera manifiestan un simple interés capitalista. No tienen más preocupación que destrozar sus zapatos para librarse de ir a trabajar, descomponer la cabria, torcer la rueda, romper la pala, hundir el cubo, con tal de tener un pretexto para sentarse y echar un pitillo. Todo lo que los detenidos fabrican para su amado Estado es abierta y descarada pacotilla: los ladrillos pueden romperse con la mano, la pintura se descascarilla, el estucado se desprende, los postes se desploman, las mesas bailan, las patas se quiebran, los picaportes se salen. Negligencias y errores por doquier. A cada instante hay que arrancar la tapa ya clavada, volver a cavar la zanja ya rellenada, tirar a mazazos la pared ya revocada. En 1950 trajeron al Steplag una turbina sueca último modelo. Llegó embalada en una caja hecha de leños, que parecía una casita. Era invierno, hacía frío, ¿y no se les ocurrió a esos malditos *zekos* introducirse en ese embalaje, entre los leños y la turbina, y encender un fueguecito para calentarse? La soldadura de plata de las aspas se fundió y hubo que tirar la turbina entera. Había costado la friolera de tres millones setecientos mil. ¡Ahí tienen su famosa rentabilidad!

Al trabajar con reclusos —y ésa es la segunda causa— parece que tampoco exijan nada los trabajadores libres, como si no construyeran para sí, sino para el gato, y encima roban en cantidades industriales. (Estaban edificando una casa de pisos, y los funcionarios libres habían robado unas cuantas bañeras, que venían contadas: una por piso. ¿Cómo entregar ahora el edificio? El contratista, por supuesto, no puede confesar la verdad; recibe solemnemente a la comisión de recepción y le hace visitar la primera ala del edificio, cuidando de entrar en cada cuarto de baño, de mostrar cada bañera. Después conduce la comisión a la segunda ala, luego a la tercera, sin apresurarse, despacito; y sin dejar de entrar en todos los cuartos de baño. Entretanto, los mañosos y adiestrados *zekos*, bajo la dirección del experimentado capataz de fontaneros, arrancan las bañeras de los pisos de la primera ala, las arrastran de puntillas por el desván a la cuarta, y allí las colocan a toda velocidad antes de que aparezca la comisión. ¡Y los que se hayan quedado sin, que vayan luego a reclamar…! Es para una película cómica, sólo que lo censurarían: ¡en nuestro país nunca sucede nada divertido; las cosas divertidas sólo pasan en Occidente!).

La tercera causa es la falta de independencia de los detenidos, su incapacidad de vivir sin celadores, sin administración de campo, sin soldados, sin zona con miradores, sin secciones de Planificación y Producción, de Administración e Intervención, Chequista-Operacional y Educativo-Cultural; sin autoridades concentracionarias superiores, hasta llegar al mismísimo GULAG; sin censura, sin SHIZO, sin BUR, sin enchufados, sin almacenes y depósitos; su incapacidad de desplazarse sin escolta y sin perros. Debido a ello, por cada preso que trabaja el Estado ha de mantener por lo menos a un guardián (¡y el guardián tiene familia!). Y menos mal que es así, porque, si no, ¿de qué vivirían esos guardianes?

Y además, los sabios ingenieros se empeñan en buscar una cuarta causa: según ellos, la necesidad de instalar una zona a cada paso, de reforzar la escolta y de formar destacamentos suplementarios, les limita la capacidad de maniobra técnica —como, por ejemplo, cuando el desembarco en el río Taz—, por cuya razón —pretenden ellos — todo se hace a destiempo y sale más caro. Pero eso ya es una razón *objetiva*[fs], una excusa. Convóqueselos a la oficina del Partido, abrónqueselos bien, y esa causa desaparecerá. Que se estrujen los sesos, que busquen soluciones.

Y encima, a más de esas causas, existen las naturales y muy excusables inadvertencias de la propia superioridad. Como bien dijo el camarada Lenin, sólo el que no hace nada nunca se equivoca.

Por ejemplo, por más que se planifiquen los trabajos de desmonte, vaya uno a saber por qué, casi nunca caen en verano, sino siempre en otoño y en invierno, cuando la tierra está congelada o hecha un lodazal.

O, en la mina Shturmovoi, de Kolyma, colocaron en marzo de 1938 a quinientos hombres en el manantial Saróschiy a cavar calicatas a ocho-diez metros de profundidad en una tierra eternamente congelada. Así se hizo (más de la mitad de los reclusos dejaron allí el pellejo). Después había que seguir con dinamita, pero cambiaron de parecer: el contenido en metal era demasiado bajo. Lo abandonaron. En mayo los pozos se llenaron de agua, todo el trabajo se perdió. Pero dos años más tarde, otra vez en marzo, en plenas heladas de Kolyma, se acordaron: ¡hay que hacer calicatas! ¡Aquel mismo lugar! ¡Urgente! ¡Sin escatimar hombres!

Y, claro, esas cosas son gastos superfluos…

O, si no, sobre el río Sujon, cerca del pueblecito de Opoki, los detenidos acarrearon toneladas de tierra y construyeron un dique. A la primera crecida del río, se lo llevó el agua. Un trabajo perdido.

O lo que ocurrió en el centro forestal de Talaga, dependiente de la dirección de Arjanguelsk. Les planificaron que produjeran muebles, pero se olvidaron de planificarles suministro de madera con que hacerlos. ¡El plan es el plan, hay que cumplirlo! Talaga se vio obligada a tener equipos especiales repescando troncos «averiados», es decir, rezagados de las partidas flotadas río abajo. No llegaba. Entonces se dedicaron a apresar y desvalijar almadías enteras. Pero claro, esta madera la tendría alguien más en el plan y ahora les iba a faltar. Y Talaga no puede facturarles la producción a sus muchachos: ¡al fin y al cabo, es piratería! Autofinánciese en esas condiciones…

O, si no, cuando en el Ustvymlag, en 1943, quisieron superar el plan de flotación individual (por troncos sueltos); apretaron la tala, sacaron a válidos e inválidos y se les juntaron demasiados troncos en la dársena, doscientos mil metros cúbicos. No hubo tiempo de sacarlos, llegó el invierno y quedaron aprisionados por el hielo. Ahora bien, un poco más abajo está el puente del ferrocarril; si en primavera esa masa no se disgrega, sino que baja en bloque, se llevará el puente; menudo lío, el jefe tendrá que comparecer ante los Tribunales. Hubo, pues, que encargar dinamita por

vagones enteros, sumergirla en pleno invierno hasta el fondo del río, volar la superficie helada, hacer rodar cuanto antes los troncos a la orilla, y allí quemarlos (porque en primavera ya no servirán para el aserradero). Ese trabajo mantuvo ocupado a un *lagpunkt* entero, doscientos hombres. Por trabajar en el agua helada, se les daba tocino. Pero ni una sola operación se podía justificar con facturas, porque todo era trabajo superfluo. Por no hablar de los troncos quemados, también pura pérdida. Vaya rentabilidad…

El campo Pechdjeldorlag entero estuvo construyendo el ferrocarril a Vorkuta, sinuoso a más no poder. Una vez terminado, se pusieron a enderezarlo. ¿Eso a cuenta de quién? ¿Y el ferrocarril Lalsk-Piniug (sobre el río Luza), que en un primer momento se pensó hacer llegar hasta Syktyvkar? En 1938 se concentraron allí grandes campos, se construyeron cuarenta y cinco kilómetros de vía, después se abandonaron… Todo el trabajo en vano.

Bueno, bueno, esos pequeños errores son inevitables en todo trabajo. Ningún dirigente está inmunizado contra ellos.

Y toda aquella vía Salejard-Igarka, que empezó a construirse en 1949, también resultó inútil, no había nada que transportar por allí. Y también la abandonaron. Claro, había sido un error, pero… ¿me atreveré a decir de QUIEN? Sí, del Mismo…

Tanto aprietan a veces con esa autofinanciación, que el jefe del campo ya no sabe dónde meterse, cómo llegar a fin de mes. Después de la guerra, el campo de inválidos de Kachka, cerca de Krasnoiarsk (¡mil quinientos inválidos!), recibió también la orden de autofinanciarse: ¡fabricar muebles! Pues esos inválidos derribaban árboles con sierras de carpintero (como no era un campo forestal, no tenían previstas sierras mecánicas) y los arrastraban hasta el campo con vacas (tampoco tenían previstos medios de transporte, pero tenían una vaquería). El precio de coste de un sillón ascendía a 800 rublos, en tanto que el precio de venta era de… ¡600! En esas condiciones, las autoridades del campo tenían interés en declarar no aptos para el trabajo al mayor número posible de inválidos, o bien hacerlos figurar como enfermos y no mandarlos a trabajar fuera de la zona, con lo cual pasaban inmediatamente de la deficitaria autofinanciación al descansado presupuesto del Estado.

Por todas esas causas, el Archipiélago no sólo no es rentable, sino que el país aún tiene que pagar un buen pico por el placer de tenerlo.

Hay otra cosa que complica más todavía la vida económica del Archipiélago. Esa grandiosa autofinanciación del socialismo la necesita el Estado, la necesita el GULAG, pero al jefe de cada campo en particular le importa un comino: bueno, regañarán un poquito; bueno, darán un pellizquito a la prima (pero la pagarán lo mismo). En cambio, el principal ingreso, la gran comodidad y el mayor placer para todo jefe de campo están en tener su propia economía privada, en vivir en su pequeña y confortable hacienda, en su finca. Tanto en el Ejército Rojo como entre los oficiales de la MVD se puso de moda, y no en son de broma, sino bien en serio, el antiguo,

respetuoso, orgulloso y agradable término *amo*. Del mismo modo que para todo el país había un solo Amo, así el comandante de cada subdivisión tenía que ser necesariamente también el Amo.

Pero debido al cruel peine de los grupos A-B-C-D que el despiadado Frenkel hundió para siempre en las crines del GULAG, el amo debía hacer equilibrios para deslizar subrepticiamente entre sus dientes la cantidad de obreros que él necesitaba para la buena marcha de su hacienda. Allí donde la plantilla del GULAG preveía un solo sastre, tenía que ingeniarse para instalar todo un taller de costura; donde sólo correspondía un zapatero, había que organizar una pequeña fábrica de calzado… ¡Y cuántos artesanos más, todos tan útiles, le gustaría tener para su uso exclusivo! ¿Por qué, por ejemplo, no instalar invernaderos y servir verduras frescas todo el año a la mesa de los oficiales? Incluso a veces un jefe razonable desearía poder organizar una explotación hortícola paralela para alimentar mejor a los mismos presos; beneficiaría al amo, pues los reclusos se lo pagarían con creces con un mejor trabajo. Pero ¿dónde conseguir hombres para eso? Bueno, una solución había: cargar algo más a los trabajadores reclusos, engañar un poquitín al GULAG, y otro poquitín a la jefatura de producción. Para los trabajos de envergadura dentro de la zona (por ejemplo, alguna construcción grande) se podía obligar a los detenidos a que trabajaran el domingo, o bien de noche, después de su jornada laboral (de diez horas). Para los trabajos permanentes se inflaban las cifras de salida de los equipos: los obreros que quedaban en la zona se hacían constar como salidos con sus respectivos equipos, cuyos jefes habían de traer su *porcentaje*, es decir, su parte proporcional de labor realizada, restada a los demás trabajadores (que incluso sin eso tampoco llegaban a cumplir la norma). Los reclusos trabajaban más, comían menos, pero aumentaba la hacienda particular, y la vida se volvía más agradable y menos monótona para los camaradas oficiales.

En algunos campos el jefe tenía espíritu de iniciativa, y si llegaba a tropezar con un ingeniero dotado de fantasía, podía surgir en la zona un poderoso *servicio de intendencia*, ya con papeles en regla, con plantilla propia y que aceptaba servir encargos industriales. Lo que no lograba era integrarse en el abastecimiento planificado de maquinaria y materias primas, y como no tenía nada, debía fabricarlo todo.

Contaremos aquí cómo funcionaba uno de esos servicios de intendencia, el del campo de Kenguir. Sus talleres de sastrería, peletería, encuadernación, carpintería y otros análogos, ni los mencionaremos; no era nada. La intendencia de Kenguir tenía su propia fundición, su propio taller de cerrajería ¡e incluso —justo en mitad del siglo XX— se construyó a mano sus propias máquinas de taladrar y de afilar! Su torno, ciertamente, no se lo pudieron hacer ellos, pero ahí utilizaron el *lend-lease de concentración*: lo robaron en pleno día de la zona de producción.

Procedieron así: se acercó un camión del campo; los de dentro esperaron a que se marchara el jefe del taller y entonces el equipo entero se lanzó sobre el torno, lo cargó

en el camión, éste cruzó sin dificultad el puesto de guardia (los soldados de vigilancia eran de la misma MVD, estaban avisados) y sobre la marcha introdujo el torno en el campo, adonde ningún ciudadano libre tiene acceso. ¡Y ya está! ¿Qué se les puede exigir a unos irresponsables y obtusos indígenas? El jefe del taller echa sapos y culebras —¿dónde está el torno?—; ellos no saben nada: ¿había un torno? No lo hemos visto. Las principales herramientas llegaban al campo por el mismo camino, sólo que más fácilmente, en un bolsillo o bajo un faldón.

En una ocasión, la intendencia se encargó de fundir para la fábrica de enriquecimiento de minerales de Kenguir unas tapas para las bocas de alcantarilla. Todo iba bien, pero de pronto se quedó sin hierro. ¡Bueno, y ¿dónde conseguirlo ahora? ¡Pues *ahí mismo*, en esa misma fábrica! Se encargó a los reclusos que robaran unos magníficos soportes de hierro fundido de fabricación inglesa (procedentes todavía de la concesión prerrevolucionaria), los fundieron en el campo y los devolvieron a la fábrica en forma de tapas de alcantarilla, por cuya operación el campo cobró dinero.

El lector comprenderá ahora cómo una intendencia tan activa contribuía a la rentabilidad y, en general, a toda la economía del país.

¡Y qué era lo que no se comprometía a fabricar esa intendencia! Ni el mismo Krupp se habría atrevido. Se pusieron a hacer grandes tuberías de barro para alcantarillas. Un molino de viento. Cortadoras de paja. Candados. Bombas de agua. Arreglaban máquinas de picar carne. Y correas de transmisión. Y autoclaves para el hospital. Y afilaban trépanos. ¡Qué es lo que no hace uno cuando no hay otra salida! El hambre aguza las ideas. Es que si dicen «no sabemos, no podemos», al día siguiente los mandan a trabajar fuera de la zona. Pero en la intendencia se estaba mucho mejor: ni concentraciones matutinas, ni marchas bajo escolta, un trabajo más tranquilo y, además, se podían hacer algunas cositas para uno mismo. La enfermería pagaba los encargos con un par de días de «licencia por enfermedad»; la cocina, con «suplementos»; los había que pagaban con tabaco, y la superioridad incluso era capaz de dar pan (del Estado) de más.

Divertido e interesante al mismo tiempo. Para los ingenieros era un perpetuo quebradero de cabeza: ¿con qué?, ¿cómo? A veces un trozo de hierro hallado en el basurero cambiaba por completo todo el diseño de la cosa. Habían fabricado un molino, pero no pudieron encontrar el resorte para hacerlo girar con el viento. Tuvieron que atar dos cuerdas e instruir a dos reclusos: en cuanto que cambie el viento, corréis, cogéis las cuerdas y giráis las aspas. Fabricaban sus propios ladrillos: una mujer cortaba con un alambre la faja de arcilla al tamaño de los futuros ladrillos; luego, éstos avanzaban sobre una cinta rodante que la misma mujer debía poner en movimiento. Pero ¿con qué? Tenía ambas manos ocupadas. ¡Oh, inmortal inventiva de los astutos *zekos*! Idearon dos especies de varales sólidamente sujetos a la pelvis de la obrera, y mientras ésta cortaba los ladrillos con las manos, con fuertes y

frecuentes meneos laterales de la pelvis hacía avanzar la cinta rodante. ¡Lástima que no tengamos fotografías para mostrarlas al lector!

Entretanto el hacendado de Kenguir llegó a la conclusión definitiva de que no existía nada en el mundo que no pudiera hacerse en su intendencia. ¡Y un buen día llamó al ingeniero en jefe y le ordenó que comenzara inmediatamente a fabricar vidrio para cristales de ventana y jarras! ¿Cómo se fabrica el vidrio? Los muchachos no tenían la menor idea. Miraron en un tomo de un diccionario enciclopédico que había quedado por allí: sólo ponía generalidades, la receta no venía. De todos modos, encargaron sosa, encontraron en algún sitio arena de cuarzo. Pero, sobre todo, pidieron a los compañeros que les trajeran la mayor cantidad posible de vidrio roto de las obras de la «nueva ciudad»: allí se rompía mucho. Metieron todo eso en un horno, lo fundieron, lo mezclaron, lo estiraron… ¡y obtuvieron placas de vidrio! Sólo que un extremo era de un centímetro de espesor y el otro de apenas dos milímetros. A través de un cristal así no reconocías ni a tu mejor amigo. A todo esto, se iba acercando la hora de presentar la producción al director. El *zeko* vive al día: seguir vivo hoy, que mañana ya se verá. Robaron en las obras unos cristales ya cortados, los llevaron a la intendencia, se los mostraron al director del campo. El hombre quedó satisfecho: «¡Estupendo, parecen de verdad! Inicien la producción en serie». «No podemos fabricar más, ciudadano director». «¿Y por qué?». «Verá usted, en la composición del vidrio para cristales de ventana entra necesariamente molibdeno. Teníamos un poco, pero se nos terminó». «¿Y no pueden conseguirlo en algún lado?». «¿De dónde lo vamos a sacar?». «¡Lástima! ¿Y jarras, se pueden hacer sin el molibdeno ese?». «Jarras, tal vez»… «Bueno, pues adelante». Pero las jarras salían todas torcidas, y por alguna oscura razón se rompían inesperadamente por sí solas. Un celador cogió una de esas jarras para recibir leche, y se quedó con el asa en la mano: toda la leche se derramó. «¡Ah, miserables —gritaba—, saboteadores, fascistas, deberían fusilaros a todos!».

¡Cuando en la calle Ogariev, en Moscú, para construir nuevos edificios demolieron unas viejas casas de más de un siglo, no sólo no tiraron las vigas de madera; no sólo no las vendieron como leña, sino que las usaron para trabajos de carpintería! ¡Era pura madera Sonante! Así era el secado en tiempos de nuestros abuelos.

Nosotros siempre tenemos prisa, nunca hay tiempo. ¿Y encima hay que esperar a que se sequen las vigas? En la Puerta de Kaluga las embadurnábamos con novísimos antisépticos, pero se pudrían lo mismo; se cubrían de hongos a una velocidad tal, que antes de entregar el edificio ya teníamos que levantar los suelos y cambiarlos sobre la marcha.

Dentro de cien años, todo lo que hayamos construido los reclusos —bueno, y todo el país— seguro que no sonará como aquellas vigas de la calle Ogariev.

El día en que la URSS lanzó a bombo y platillo su primer satélite artificial, frente a mi ventana, en Riazza había dos parejas de mujeres *libres*, enfundadas en viejas

chaquetas de *zeko* y pantalones acolchados, que subían la mezcla *en angarillas hasta el* 4.º *piso*.

—Cierto, cierto, es así —me objetarán—. ¡Pero no me va a negar que, *a pesar de todo, gira*!

—¡No, eso no se lo podemos negar, qué diablos! ¡Girar, gira!

Correspondería concluir este capítulo con la larga lista de los trabajos realizados por los reclusos, aunque sólo sea desde el primer plan quinquenal de Stalin hasta Kruschev. Pero, claro está, no estoy en condiciones de redactarla. Sólo puedo empezarla, para que quienes lo deseen la prosigan y completen:

- Belomorcanal (~ 1932), Volgocanal (~ 1936), Volga-Don (~ 1952);
- f. c. Kotlas-Vorkuta, con ramal a Salejard;
- f. c. Rikasija-Molotovsk**[276]**;
- f. c. Salejard-Igarka (abandonado);
- f. c. Lalsk-Piniug (abandonado);
- f. c. Karaganda-Mointy-Baljash (1936);
- f. c. por la orilla derecha del Volga;
- f. c. paralelos a nuestras fronteras con Persia y Finlandia;
- f. c. segunda vía del Transiberiano (1933-1935), aproximadamente 4000 km;
- f. c. Taishet-Lena (comienzo del BAM);
- f. c. Komsomolsk'-Sov. Gavan;
- f. c. en Sajalín, de la estación de Pobedino a la red japonesa;
- f. c. a Ulan-Bator**[277]** y carreteras en Mongolia;
- autopista Moscú-Minsk (1937-1938);
- autopista Nogaievo-Atka-Nera;
- construcción de la central hidroeléctrica de Kuibishev;
- construcción de la central hidroeléctrica de la Tuloma inferior (cerca de Murmansk);
- construcción de la central hidroeléctrica de Ust-Kamenogorsk;
- construcción de fundiciones de cobre del Baljash (~ 1934-1935);
- construcción del complejo papelero de Solikams;
- construcción del complejo químico de Berezniki;
- construcción del complejo metalúrgico de Magnitogorsk (parcial);
- construcción del complejo metalúrgico de Kuznetsk (parcial);
- construcción de fábricas, de hornos Martin;
- construcción de la Universidad Estatal Lomonosov, de Moscú (1950-1953, parcial);
- edificación de la ciudad de Komsomolsk-Amur;
- edificación de la ciudad de Sov. Gavan;
- edificación de la ciudad de Magadán;
- edificación de la ciudad de Norilsk;
- edificación de la ciudad de Dúdinka;
- edificación de la ciudad de Vorkuta;

- edificación de la ciudad de Molotovsk (Severodvinsk) a partir de 1935;
- edificación de la ciudad de Dubna;
- edificación del puerto de Najodka;
- oleoducto Sajalín-continente;
- construcción de casi todos los centros de la industria nuclear;
- extracción de elementos radiactivos (uranio y radio cerca de Cheliabinsk, de Sverdlovsk, de Tura);
- trabajo en fábricas de tratamiento y enriquecimiento (1945-1948);
- extracción de radio en el Ujta; refinamiento de petróleo en el Ujta, producción de agua pesada;
- extracción de carbón en la cuenca del Pechora, de Kuznetsk, en los yacimientos de Karaganda, de Suchán, etc.;
- extracción de minerales en Djezkazgán, en el sur de Siberia, en Buriat-Mongolia, en Shoria, en Jakasia, en la península de Kola;
- extracción de oro en Kolyma, en la península Chukolski, en Yakutia, en la isla Vaigach, en Maikain (región de Baian-Aúl);
- extracción de esparraguina en la península de Kola (a partir de 1930);
- extracción de fluorita en Amderma (a partir de 1936);
- extracción de metales raros (yacimiento «Stalin» en la provincia de Akmólinsk) (hasta los años cincuenta);
- *aprovechamiento de madera* para la exportación y el consumo interno. Todo el norte de la Rusia europea y Siberia. Enumerar todos los campos forestales está por encima de nuestras fuerzas; es medio Archipiélago. Los primeros nombres serán suficientes para convencernos: campos a todo lo largo del río Koin; a todo lo largo del Ufriuga, que desemboca en el Dvina; a todo lo largo del Nem, afluente del Vychegda (alemanes desterrados); a orillas del Vychegda, cerca de Riabovo; sobre el Dvina del Norte, cerca de Cherevkovo; sobre el Maly Dvina del Norte, cerca de Aristovo…

¿Y es posible redactar semejante lista…? ¿En qué mapa, o en qué memoria se han conservado los nombres de esos miles y miles de campos forestales provisionales instalados por uno, dos, tres años, el tiempo necesario para que todo el bosque circundante sea derribado, y luego definitivamente liquidado? ¿Y por qué sólo los forestales? ¿Qué decir de la lista completa de todas las isletas del Archipiélago que en uno u otro momento surgieron a la superficie, campos célebres que duraban decenas de años y puntos de concentración ambulantes que seguían el itinerario de la construcción de caminos, poderosos centros de reclusión y campos de tránsito hechos de lona y de estacas? ¿Quién podría señalar, en ese mapa, también los KPZ? ¿Y además las cárceles de cada ciudad (y en cada una había varias)? ¿Y encima las colonias agrícolas con sus subcomandancias de agricultura y ganadería? ¿Y las pequeñas colonias industriales que pululaban por las ciudades? En ese sentido Moscú y Leningrado deberían trazarse aparte en mayor escala. (Sin olvidar un *lagpunkt* a quinientos metros del Kremlin, cuando comenzaron a construir el Palacio de los

Soviets). Además, el Archipiélago de los años veinte era una cosa, el de los años cincuenta era otra, en puntos totalmente distintos. ¿Cómo representar ese movimiento en el tiempo? ¿Cuántos mapas hacen falta? Y el Nyroblag, el Ustvymlag, los campos de Solikamsk o de Potma deben figurar como provincias totalmente sombreadas, pero ¿quién de nosotros ha recorrido sus fronteras?

A pesar de todo, esperamos ver algún día un mapa así.

- Cargamento de madera en barcos en Carelia (hasta 1930. Después de los llamamientos de la Prensa inglesa que no se aceptara madera cargada por reclusos, los *zekos* fueron inmediatamente relevados y enviados al interior de Carelia);
- aprovisionamiento del frente durante la guerra (minas, granadas, sus respectivos embalajes, confección de uniformes);
- edificación de sovjoses en Siberia y en Kazajstán…

E incluso dejando de lado todos los años veinte y la producción de las casas de reclusión, casas de corrección, casas de reeducación por el trabajo, ¿en qué trabajaron, qué fabricaron durante un *cuarto de siglo* (1929-1953) *los centenares de colonias industriales*, que no faltan en nuestro país en toda ciudad que se precie de tal?

Y nuestras colonias agrícolas, cientos y cientos de ellas, ¿qué produjeron?

Más fácil resulta enumerar las actividades a las que los reclusos nunca se dedicaron: fabricación de embutidos y artículos de confitería.

Cuarta parte

El alma y el alambre de espinos

Voy a declararos un misterio: No todos dormiremos, pero todos seremos transformados.

I CORINTIOS, 15-51.

I
Elevación

Y los años pasan…

«Invierno-verano, invierno-verano», tararean en broma en los campos, pero no es así: el otoño es largo; el invierno, interminable; la primavera, calmosa; sólo el verano es breve. El verano es muy breve en el Archipiélago.

Un solo año… ¡Dios mío, qué largo es! Incluso en un solo año, ¡qué cantidad de tiempo tienes para pensar! Por lo menos trescientas treinta veces te habrás hacinado en la concentración matutina, en el fango bajo la llovizna, o azotado por la tempestad de nieve, o en el aire inmóvil y helado. Por lo menos trescientas treinta veces habrás repetido un tedioso trabajo, con la cabeza vacía. Trescientas treinta veces habrás tiritado, empapado y helado después del trabajo, esperando a que el último centinela del más alejado mirador se haya incorporado a la escolta. E ido. Y vuelto. Y al inclinarte sobre setecientas treinta escudillas de *balanda*, sobre setecientas treinta escudillas de cereal. Y recostado en tu yacija, al dormirte y al despertar. Ni radio ni libros podrán distraerte, no los hay, y menos mal.

Eso es solamente un año. Y son diez. Son veinticinco…

Y, finalmente, cuando te lleven a la enfermería, en el último grado de inanición, también allí tendrás tiempo para *pensar*.

¡Piensa! ¡Trata de sacar algo en claro de tu desgracia!

¿Acaso pueden permanecer inactivos el alma y el cerebro de los detenidos durante todo ese tiempo interminable? Vistos de lejos y en masa parecen un montón de piojos, pero ¿no son reyes de la creación? ¿No han recibido en su día una chispita divina? ¿Qué ha sido ahora de ella?

Durante siglos se estimó que la *condena* se le daba al delincuente con el fin de que tuviera tiempo de meditar en su crimen, torturarse, arrepentirse y, así, irse corrigiendo poco a poco.

¡Pero *el Archipiélago GULAG desconoce los remordimientos*! De cien indígenas, cinco son hampones; sus fechorías no les quitan el sueño; al contrario, son su timbre de gloria, y lo único a que aspiran es a ser más hábiles y osados en el futuro. Otros cinco *se han llevado* mucha cosa, pero no a las personas: hoy en día se puede robar en gran escala sólo al Estado, que a su vez malgasta sin ton ni son los bienes del pueblo. ¿De qué puede entonces arrepentirse semejante individuo? Si acaso, de no haberse llevado más, haber repartido con quien correspondía y haberse quedado en

libertad. Ochenta y cinco indígenas más, no tienen absolutamente nada que reprocharse. ¿De qué habrían de arrepentirse? ¿De haber pensado lo que pensaban? (Por cierto que tanto te machacan y te atontan, que alguno hasta termina arrepintiéndose: ¡qué pervertido estoy…! Recordemos la desesperación de Nina Peregud por ser indigna de Zoia Kosmodemianskaia). ¿De haberse rendido al enemigo cuando no quedaba otro remedio? ¿De haber aceptado trabajo durante la ocupación alemana, en lugar de morirse de hambre? (Por cierto que tanto embrollan lo permitido y prohibido, que algunos se atormentan: antes me hubiera muerto que comer de ese pan). ¿De haber recogido entre las mieses algo para alimentar a sus hijos, mientras trabajaba de balde en el koljós? ¿De haber sacado algo de la fábrica con el mismo fin?

No, no sólo no te arrepientes, sino que tus ojos reflejan una conciencia tan pura como un lago de montaña. (Y tus ojos purificados por el sufrimiento descubren invariablemente el menor asomo de impureza en la mirada ajena: por ejemplo, reconocen infaliblemente a los soplones. El CHKGB ignora que poseamos esa visión con los ojos de la verdad, y en eso consiste nuestra «arma secreta», contra la cual la GB no puede luchar).

Ese sentimiento generalizado de nuestra inocencia era lo que fundamentalmente nos diferenciaba de los presidiarios de Dostoievski, de los presidiarios de P. Iakubovich. Allí, la conciencia de una proscripción especial; aquí, la clara comprensión de que cualesquiera y en cualquier momento podía ser arrestado como lo habíamos sido nosotros, y de que el alambre de espino no era más que una barrera convencional. Allí, la mayoría era perfectamente consciente de una culpa personal; nosotros teníamos la sensación de una especie de calamidad que se había abatido sobre millones de nosotros.

Pero una calamidad no es la perdición. Hay que superarla.

¿Acaso no se debía a eso la asombrosa escasez de suicidios en el campo? En general eran muy pocos, aunque cada recluso recuerde probablemente algún caso de suicidio. Pero seguro que recuerda muchos más casos de evasión. ¡Evasiones sí había más que suicidios! (Los celosos defensores del realismo socialista pueden felicitarme: me inclino decididamente por la línea optimista). Y las automutilaciones asimismo eran más frecuentes, pero también son prueba de amor a la vida; son un simple cálculo: sacrificar la parte para salvar al todo. Incluso creo que, estadísticamente hablando, el porcentaje de suicidios en el campo era menor que en la vida normal. Pero, claro, no estoy en condiciones de comprobarlo.

Bueno, sí, recuerda Skripnikova que en 1931, en Medviezhegorsk, un hombre de unos treinta años se ahorcó en el servicio de mujeres el mismo día en que salía en libertad. ¡Quién sabe! ¿Tal vez por repugnancia hacia la vida *libre* de entonces? (Dos años antes su mujer lo había abandonado, pero en aquel momento no se colgó). O el ingeniero Voronov, que se ahorcó en el club del campo central de Burepolom. Aramovich, un comunista, funcionario del Partido, se ahorcó en 1947 en el desván de

la fábrica de maquinaria de Kniazh-Pogost. En el Kraslag, durante la guerra, los lituanos, cuya vida anterior no les había preparado para la crueldad nuestra, llegaron a tal punto de desesperación, que marchaban sobre la escolta para que les pegara un tiró. En 1949, en una celda de detención preventiva, en Vladimir de Volynsk, un mozo abrumado por la instrucción ya se había ahorcado, pero lo descolgó Borniuk. En la Puerta de Kaluga, un exoficial letón internado en la enfermería, logró deslizarse subrepticiamente hasta la escalera que conducía a los pisos superiores, aún en construcción. Una enfermera reclusa lo echó a faltar, se precipitó para alcanzarlo, pero sólo lo logró en el sexto piso, sobre el balcón sin baranda. Lo agarró por la bata, pero él se desprendió de la bata, y en paños menores saltó al vacío… Con la velocidad de un relámpago, un blanco destello hirió la vista de los transeúntes de la calle Bolshaya Káluzhskaia, muy numerosos en aquel soleado día de verano. La comunista alemana Einmy, al enterarse de la muerte de su marido, salió desvestida del barracón en pleno invierno, para pillar una pulmonía. En el TON de Vladimir, el inglés Kelly logró la hazaña de abrirse las venas con la puerta de su celda abierta y un celador en el umbral[1].

Repito, no son raros los relatos de ese tipo; no obstante, en relación con las decenas de millones de detenidos, siempre serán pocos. Incluso por esos pocos ejemplos, observamos que un gran porcentaje de suicidios lo dan los extranjeros, los occidentales. Para ellos, encontrarse de pronto en el Archipiélago, era un golpe más demoledor que para nosotros, y así decidían poner fin a su vida. También los bienintencionados (aunque no los duros de mollera). Y es lógico: en su cabeza debía de haber tal embrollo que dolía sin parar. ¿Cómo soportarlo? (Zosia Zalesskaia, una polaca de la nobleza, que había entregado toda su vida a la «causa del comunismo», trabajando en el Servicio Secreto soviético, trató de suicidarse tres veces seguidas durante la instrucción: se ahorcó, la descolgaron; iba a cortarse las venas, se lo impidieron; saltó a una ventana del séptimo piso, el adormilado juez de instrucción tuvo tiempo de sujetarla por el vestido. Tres veces la salvaron para fusilarla luego).

Y, en general, ¿cuál es el auténtico sentido del suicidio? Por ejemplo, Hans Bernstein insiste en que los suicidas no son unos cobardes, ni mucho menos; que el suicidio exige una gran fuerza de voluntad. Él mismo, con unas vendas, se fabricó una cuerda y trató de ahorcarse encogiendo las piernas. Pero en cuanto unos círculos verdes se ponían a bailotear ante sus ojos, en cuanto sus oídos comenzaban a zumbar, instintivamente apoyaba los pies en el suelo. Finalmente, tras varias tentativas, se le rompió la cuerda, y él se sintió feliz de haber quedado con vida.

No lo discuto; tal vez hasta en la más extrema desesperación el suicidio exija cierto esfuerzo de voluntad. Durante largos años ni me hubiera atrevido a opinar. Toda mi vida he estado persuadido de que en ninguna circunstancia llegaría a pensar en el suicidio. Pero hace poco me tocó atravesar unos meses muy sombríos: me parecía que la obra de toda mi vida iba a ser destruida, sobre todo si yo permanecía vivo. Y recuerdo muy bien esa repulsión a la vida, esos momentos en que sentía que

morir era mucho más fácil que vivir. Me parece que en semejante estado requiere más fuerza de voluntad seguir viviendo que morir. Pero, probablemente, eso depende del individuo y de la circunstancia. Por eso también existen al respecto dos opiniones opuestas.

Sería muy dramático imaginar que de pronto esos millones de seres, gratuitamente humillados, pusieran todos fin a sus días para vengarse del Gobierno por partida doble: en primer lugar, demostrándole su inocencia y, sobre todo, privándole de mano de obra gratis. ¿Se hubiera dulcificado el Gobierno? ¿Se habría apiadado de sus súbditos? Lo dudo. Stalin no se habría detenido por tan poca cosa y hubiera encarcelado a otros veinte millones más.

¡Pero no sucedió nada de eso! Los detenidos morían a cientos de miles, a millones, reducidos al último extremo, pero no por eso se suicidaban. Condenados a una existencia monstruosa, al aniquilamiento por el hambre, a un trabajo superior a sus fuerzas, ¡no se suicidaban!

Y, tras meditarlo, llegué a una conclusión que me pareció suficientemente sólida: el que se suicida es siempre un hombre vencido, un hombre acorralado, que ha fracasado en la vida y que ya no tiene la voluntad de seguir luchando. Y si esos millones de seres miserables e indefensos no se suicidaban, era porque estaban dominados por algún sentimiento invencible, por alguna idea fuerte.

Era el sentimiento de que la razón estaba de su parte. Era la conciencia de una desgracia nacional, parecida a las invasiones tártaras.

Pero si no tiene nada de qué arrepentirse, ¿en qué piensa constantemente el recluso? «Cárcel y alforja enseñarán a pensar». Enseñarán a pensar, de acuerdo. Pero ¿en qué?

Así les sucedió a muchos, no sólo a mí. El primer cielo de nuestra cárcel estaba cargado de negros nubarrones y negras columnas de humo, era el cielo de Pompeya, el cielo del Juicio Final, porque el arrestado no era uno cualquiera sino YO, el centro de este mundo.

El último cielo de nuestra cárcel era infinitamente alto, infinitamente puro, de un azul casi blanco.

Al principio, todos (menos los creyentes) reaccionamos igual: nos llevamos las manos a la cabeza para mesamos los cabellos…, ¡pero la tenemos rapada! ¿Cómo pudimos? ¿Cómo no nos dimos cuenta? ¡No advertimos a nuestros denunciantes, a nuestros enemigos! (¡Ah, cómo los odiamos en este momento, cómo deseamos vengarnos de ellos!). ¡Qué imprudentes hemos sido, qué ciegos! ¡Cuántos errores hemos cometido! ¿Qué hacer para corregirlos? Hay que corregirlos en seguida, hay que escribir… hay que decir… hay que transmitir…

Pero no, no hay que hacer nada. Ni nada podrá salvarnos. Cuando llegue el momento, firmaremos el artículo 206; cuando llegue el momento, el Tribunal nos anunciará su sentencia o, a falta de Tribunal, nos comunicarán la sentencia del OSO.

Comienza entonces la era de los traslados. Y a la vez que pensamos en el campo que nos espera, gustamos de recordar nuestro pasado: ¡qué bien vivíamos (incluso si en realidad vivíamos mal)! Pero ¡cuántas posibilidades desaprovechadas, cuántas flores no arrancadas…! ¿Podré alguna vez recuperar el tiempo perdido? Si sólo llego con vida al final de mi condena, ¡qué distinto, qué inteligente viviré! ¡El día de la futura *liberación* resplandece como un sol naciente!

Y concluimos: ¡hay que aguantar hasta ese día! ¡Aguantar a cualquier precio!

«A cualquier precio», sólo es una expresión que empleamos a diario por costumbre.

Pero las palabras adquieren aquí su pleno significado y constituyen una promesa terrible: sobrevivir *¡a cualquier precio!*

Y el que formule esa promesa, sin pestañear ante las grandes llamaradas color sangre que súbitamente despiden esas palabras, ése acaba de colocar su propia desdicha por encima de la de todos los demás, por encima del Universo entero.

Es la gran bifurcación en la vida concentracionaria. Aquí es donde los caminos se separan, uno a la izquierda, otro a la derecha; uno irá tomando altura, el otro irá hundiéndose más y más. Si sigues el de la derecha, perderás la vida; si tomas el de la izquierda, perderás la conciencia.

La autoorden de «¡sobrevivir!» es la reacción natural del ser vivo. ¿Quién no quiere sobrevivir? ¿Quién no tiene derecho a sobrevivir? ¡Concentración de todas las fuerzas de nuestro cuerpo! ¡Orden a todas las células: sobrevivir! Un poderoso impulso invade la caja torácica, un halo eléctrico rodea el corazón para impedirle que se detenga. Más allá del círculo polar, en medio de una tormenta de nieve, treinta detenidos extenuados, pero resistentes, son conducidos a los baños, a cinco kilómetros de distancia. Esos baños no merecen el menor comentario favorable: se lavan en cinco tandas por grupos de a seis, con la puerta abierta al exterior, mientras las otras cuatro tandas esperan fuera, en el aire glacial, antes y después del baño, porque a los que ya han terminado no se los puede mandar de regreso al campo sin escolta. Y no sólo nadie coge una pulmonía, sino que ni siquiera un resfriado. (Un viejo se estuvo lavando así diez años; le tocó la condena entre los cincuenta y los sesenta años. Pero le llega la liberación, se va a casa. ¡Y entre calorcito y mimos se consume en un mes! Había levantado la orden de «sobrevivir»)…

Pero «sobrevivir» aún no significa necesariamente «a cualquier precio». «A cualquier precio» significa: al precio de otro.

No nos engañemos: en esa gran bifurcación del campo, en ese punto que separa las almas, no son mayoría los que toman a la derecha. ¡Desgraciadamente, no, no son mayoría! Pero, por fortuna, tampoco son excepciones: hay muchos que eligen ese camino. Sólo que no lo proclaman a los cuatro vientos, hay que fijarse en ellos. Decenas de veces les dieron a elegir, pero ellos siempre supieron lo que debían hacer.

Arnold Suiz frisaba los cincuenta cuando fue a parar al campo. Nunca había sido creyente, pero siempre había llevado una existencia profundamente honesta, no

conocía otra, y tampoco cambió de manera de ser en el campo. Era «occidental» y, por tanto, doblemente inadaptado; cometía muchas torpezas; constantemente se encontraba en situaciones difíciles; conoció los trabajos generales y la zona disciplinaria; no obstante sobrevivió, y sobrevivió tal cual había llegado al campo. Lo conocí al principio, lo conocí después, y puedo atestiguarlo. Claro está que en el campo lo acompañaron tres circunstancias favorables: lo declararon inválido, durante varios años estuvo recibiendo paquetes y, gracias a su talento musical, pudo mejorar un poco sus condiciones de vida participando en actividades artísticas de aficionados. Pero esas tres circunstancias sólo pueden explicar por qué quedó con vida. Si no se hubieran dado, habría muerto, pero no habría cambiado. (Y los que murieron, ¿tal vez murieron precisamente por no haber cambiado?).

Y Tarashkevich, un hombre sencillo y sin malicia, recuerda: «Muchos detenidos hubo que estaban dispuestos a arrastrarse por un trozo de pan o por una bocanada de picadura. Yo me estuve acercando, pero tenía el alma limpia: a lo que era blanco, siempre le dije blanco».

El que la cárcel regenera profundamente al hombre, lo sabemos ya de muchos siglos. Existen al respecto innumerables ejemplos, como el de Silvio Pellico: se pasó metido ocho años, y de fogoso carbonario se convirtió en católico sumiso[2]. En Rusia siempre citan a Dostoievski. ¿Y Pisarev? ¿Qué quedó de su espíritu revolucionario después de la fortaleza de SS. Pedro y Pablo? (Será bueno o malo para la revolución, pero esos cambios siempre tienden hacia una profundización del alma. «La falta de oxígeno termina asfixiando la conciencia», escribía Ibsen[3]). ¡Eh, no! ¡No es tan sencillo! ¡Antes diría todo lo contrario! Por ejemplo, el general Gorbatov, acostumbrado a la guerra desde joven, con una brillante carrera en el Ejército, no tenía mucho tiempo para pensar. Pero lo metieron en la cárcel, y qué bien… en su memoria comenzaron a resurgir diversos episodios de su vida: de aquel inocente que había acusado de espía, y de aquel polaco que había hecho fusilar por error[4]… (¿En qué otra ocasión habría recordado todo eso? ¡A que una vez rehabilitado, ya no se acuerda tanto!).

De estas transformaciones morales de los detenidos, se ha escrito mucho, hasta entraron en la teoría penitenciaria. Antes de la revolución, Luchenetski escribía en el *Mensajero carcelario*: «La oscuridad vuelve al hombre más sensible a la luz; la inactividad forzada despierta en él el ansia de vivir, de moverse, de trabajar; el silencio lo induce a reflexionar seriamente sobre su propio “yo”, sobre las circunstancias que lo rodean, sobre su pasado y su presente, y a pensar en su futuro».

Nuestros ilustrados, que no habían estado en la cárcel, sólo sentían hacia los detenidos una natural compasión desde fuera; en cambio, Dostoievski, que sí había estado, ¡era un ferviente partidario de los castigos! Merece que lo pensemos.

«Libertad, pudre; cautiverio, enseña», dice también el refrán.

Pero Pellico y Luchenetski hablaban de la *cárcel*. Cuando Dostoievski exigía castigos, se refería a la cárcel. Cautiverio enseña, sí, pero ¿*qué tipo* de cautiverio?

¿El *campo*…?

Aquí, la verdad, uno se queda dudando.

Por supuesto, en comparación con la cárcel, nuestro campo es venenoso y nocivo.

Desde luego, no pensaban en nuestras almas cuando hipertrofiaron el Archipiélago. Pero, a pesar de todo, ¿no existe realmente ninguna esperanza de no derrumbarse en el campo?

Más aún: ¿de veras es imposible en el campo obtener una elevación del alma?

E. K., nacido casi en 1940, era de aquellos muchachos que ya en tiempo de Kruschev se reunían en la plaza Maiakovski para leer poemas y terminaban todos en el coche celular. Desde el campo, un campo de Potma, escribe a su novia: «Aquí hay menos agitación y frivolidad… Noto que me estoy transformando… Aquí oyes esa voz que te llega muy de dentro, y que, antes, entre comodidades y vanidades, era ahogada por el estrépito exterior».

En el año 1946, en el *lagpunkt* Samarka, un grupo de intelectuales se está acercando al límite mismo de la muerte, extenuados por el hambre, por el frío, por un trabajo sobrehumano, sin tener siquiera dónde dormir porque los barracones semienterrados todavía no han sido construidos. ¿Se dedican a robar? ¿A delatar? ¿Lloriquean sobre su vida perdida? ¡No! Presintiendo que la muerte se acerca, que ya no es cuestión de semanas, sino de días, así pasan sus últimas noches en vela sentados al abrigo de una pared: TimofeievRessovski forma con ellos un «seminario», y se apresuran a comunicarse mutuamente lo que cada uno sabe y los otros ignoran, se dan sus últimas conferencias. El padre Saveliy, «de la buena muerte»; un sacerdote de la Academia de Teología, sobre patrística; un católico oriental, algo de dogmática y cánones; un especialista en energética, de los principios de la energética del futuro; un economista (de Leningrado), sobre cómo, por falta de nuevas ideas, no se han podido construir los fundamentos de la economía soviética; en cuanto a Timofeiev-Ressovski, explica los principios de la micro-física. En cada sesión van faltando participantes: ya están en el depósito de cadáveres.

Pues el que en los umbrales mismos de la muerte pueda seguir interesándose en todo eso, ¡ése sí es un intelectual!

Perdón… ¿Ama usted la vida? Usted, sí, usted, usted que exclama y tararea, y baila: «¡Amo a la vida! ¡Viva la vida!». ¿La ama usted? Pues muy bien, ¡siga amándola! ¡La de los campos también! ¡También es vida!

Donde existe paz y calma
podrás elevar tu alma…

No habéis entendido nada. Ahí es justamente donde te pudrirás.

Ese camino que hemos elegido tiene vueltas y revueltas. ¿Nos lleva a la montaña? ¿O al cielo? Sigámoslo, demos nuestros tropezones.

El día de la liberación… ¿Qué puede ofrecernos después de tantos años? Nos habremos transformado hasta ser irreconocibles, y nuestros seres queridos también, y los lugares que en un tiempo fueron nuestros se nos antojarán tan extraños como las antípodas. Tras cierto tiempo, el pensamiento mismo de la libertad termina por convertirse en un pensamiento forzado. Ficticio. Ajeno.

¡El día de la «liberación»! ¡Como si en este país existiera libertad! ¡O como si se pudiera liberar a aquel que previamente no ha liberado su alma!

Ruedan las piedras bajo nuestros pies. Caen hacia el pasado. Es el polvo del pasado.

Estamos subiendo.

Si en la cárcel se está bien para *pensar*, tampoco se está mal en el campo. Sobre todo, porque no hay *asambleas. ¡Durante* diez años te eximen de todo tipo de asambleas! ¿No es tan vivificador como el aire puro de la montaña? Lo único que los concentracioneros necesitan de ti es tu cuerpo y tu trabajo, hasta el agotamiento, y tal vez la muerte, pero tu mundo interior les trae sin cuidado. No pretenden atornillarte el cerebro y dejarlo inmóvil[5]. Y eso produce una sensación de libertad aún mayor que la libertad que tienen las piernas de correr adonde les dé la gana.

Nadie pretende hacerte instar su admisión en el Partido. Nadie trata de sacarte cuotas para asociaciones *voluntarias*. No hay sindicatos que te «defiendan» como el abogado de oficio. No hay asambleas para discutir problemas de producción. No te pueden elegir para ningún cargo. No te pueden confiar ninguna responsabilidad. Y, sobre todo, nadie te obligará a hacer propaganda. Ni a escuchar la que hacen otros. Ni a gritar cuando te lo ordenen: «¡Exigimos…! ¡No permitiremos…!». Ni a ir a la mesa electoral a votar secreta y libremente por el candidato único. No te exigen compromisos socialistas[ft]. Ni hacer tu autocrítica. Ni escribir artículos para el diario mural. Ni dejarte entrevistar por el corresponsal de provincia.

Un cerebro libre ¿no es un privilegio de la vida en el Archipiélago?

Y otra libertad más: nadie podrá privarte de tu familia ni de tus bienes, porque ya te han privado de ellos. Lo que no tienes, ni Dios mismo podrá quitártelo. Es una libertad fundamental.

Se está bien en el campo para pensar. El más fútil de los pretextos da pie para largas y serias meditaciones. Por una vez en la vida, no lo había desde hace tres años, hacen cine en el campo. La película resulta ser una comedia barata de tema deportivo, *El primer guante*. Un rollo. Pero desde la pantalla al espectador le inculcan con insistencia la siguiente moraleja:

«Lo que importa es el resultado, y el resultado no te favorece».

Ríen en la pantalla. También ríen en la sala. Sales parpadeando al patio del campo, inundado de sol, y das vueltas a esa frase en tu cabeza. La sigues meditando

antes de dormirte en tu *vagonka*. Y el lunes, en la concentración matutina. Tienes todo el tiempo que quieras para pensar en ella, ¿en qué otra ocasión podías haberle prestado tanta atención? Y poco a poco la claridad se va haciendo en tu mente.

No es ninguna broma. Es un pensamiento contagioso. Lleva ya tiempo arraigado en nuestra patria, pero aún lo siguen machacando una y otra vez. La concepción de que sólo importa el resultado material está tan difundida entre nosotros, que cuando, por ejemplo, declaran que un Tujachevski, un Iagoda o un Zinoviev eran traidores vendidos al enemigo, el pueblo sólo atina a asombrarse: «¡*Si no le faltaba nada*!».

¡Eso sí que es nivel moral! ¡Esa sí que es una escala de valores! «¡No le faltaba nada!». Puesto que tenía para llenarse la panza, más de veinte trajes, más dos fincas y un automóvil, y un avión, y era famoso. ¡¡No le faltaba nada!! Millones de nuestros conciudadanos no pueden concebir siquiera que un hombre (no me refiero concretamente a esos tres) se mueva por algo que no sea la codicia.

¡Hasta ese punto nuestro pueblo ha asimilado y hecho suya la fórmula «lo que cuenta es el resultado»!

¿De dónde nos ha venido eso?

Empezó con la gloria de nuestras banderas y el llamado «honor de nuestra patria». Fuimos aplastando, sojuzgando, desmembrando a todos nuestros vecinos, conquistando territorios, y en nuestra patria se afirmaba: «lo que importa es el resultado».

Nos viene también de nuestros célebres empresarios, los Demidov, los Kabanij, los Tsybukin. Se enriquecían sin preocuparse de las cabezas que para eso tenían que pisar, y nuestro pueblo, antaño piadoso y recto, se iba convenciendo cada vez más firmemente de que «lo que importa es el resultado».

Nos viene, finalmente, de los socialistas de todas las especies, y sobre todo de la novísima, infalible e impaciente Teoría, que consiste toda ella en eso sólo: «lo que importa es el resultado». ¡Lo que importa es organizar un partido de combate! ¡Adueñarse del poder! ¡Retenerlo! ¡Librarse de los enemigos! ¡Triunfar en el sector del hierro y del acero! ¡Lanzar cohetes!

¡Y qué importa si para conseguir esa industria y esos cohetes hubo que sacrificar nuestro modo de vida, y la unidad de nuestra familia, y la integridad de nuestro espíritu nacional, y el alma de nuestras llanuras, bosques y ríos! ¡Qué más da! ¡Lo que importa es el resultado!

¡Pero es mentira! Llevamos años deslomándonos en ese presidio que es la Unión Soviética. Todos esos años llevamos elevándonos en amplios y lentos círculos hacia la comprensión de la vida. Y desde esas alturas lo vernos claramente: ¡Lo que importa no es el resultado! ¡No es el resultado, sino el ESPÍRITU! No lo que se ha hecho, sino *cómo* se ha hecho. No lo que se ha obtenido, sino a qué precio.

Bien, y para nosotros, reclusos, si lo que importa es el resultado, entonces también es verdad lo de «sobrevivir a cualquier precio». Es decir: convertirse en soplón, traicionar a los compañeros, y gracias a eso acomodarse bien e incluso

obtener una reducción de pena. A la luz de la Teoría Infalible, es obvio que no hay nada malo en ello: actuando así, el resultado nos será favorable, y lo que importa es el resultado.

Nadie lo discute, agrada tener el resultado. Pero no al precio de perder todo rasgo humano.

Si lo que importa es el resultado, hay que consagrar todas las fuerzas y todos los pensamientos a librarse de los *generales*. Hay que doblar el espinazo, aplastarse, humillarse, pero seguir de enchufado. Y así sobrevivir.

Pero si lo que cuenta es la esencia, entonces hay que conformarse con los *generales*. Con los andrajos. Con las manos despellejadas. Con el trozo peor y más chico. Tal vez con la muerte. Pero mientras estés vivo, endereza orgullosamente la dolorida espalda. Y entonces, cuando hayas dejado de temer las amenazas y de buscar las recompensas, te convertirás en el elemento más peligroso para la mirada rapaz de tus amos. Pues ya no sabrán con qué comprarte.

Hasta te empieza a gustar transportar angarillas cargadas de cascotes (¡sí, pero no de piedras!), y conversar con tu pareja acerca de la influencia del cine en la literatura. Te empieza a gustar sentarte un instante sobre la cuba vacía y liar un cigarro junto a la pared que tú mismo acabas de levantar. Y te sentirás orgulloso cuando al pasar el capataz eche una mirada a tu obra y comente:

—¿La levantaste tú? ¡Está muy recta!

Ni necesitas esa pared para nada, ni crees que pueda contribuir en nada al futuro bienestar de la Humanidad; no obstante, miserable y andrajoso esclavo, al contemplar lo que acaba de salir de tus propias manos te sonríes a ti mismo.

Galia Venediktova, hija de un anarquista, trabajaba de enfermera en el dispensario, pero al percatarse de que no *curaban*, que era sólo comodidad personal, por pura cabezonada marchó a los *generales* y empuñó el pico y la pala. Y asegura que aquello fue su salvación moral.

Al hombre de bien, hasta el pan duro le aprovecha, mientras que al perverso, ni siquiera la carne lo nutre.

(Sí, será cierto, pero… ¿y cuando ni siquiera hay pan duro…?).

Y si has decidido alguna vez abandonar ese objetivo, «sobrevivir a cualquier precio», y vas adonde los tranquilos y sencillos, el cautiverio comenzará a transformar tu antiguo carácter de una manera asombrosa. Y lo transformará en una dirección inesperada para ti mismo.

A primera vista, parece que aquí debieran surgir en el hombre sentimientos negativos, confusión del hombre caído en la trampa, odio hacia todo y hacia todos, irritación, nerviosismo[6]. Pero sin que tú mismo te des cuenta, a medida que va pasando el tiempo, el cautiverio hace nacer en ti sentimientos completamente opuestos.

Antes eras brusco e impaciente, siempre ibas de prisa, nunca tenías tiempo para nada. Ahora tienes más que de sobra, estás saturado de tiempo, de meses y de años, a tus espaldas y por delante, y como un fluido benéfico y tranquilizador, por tus venas corre la paciencia.

Vas ascendiendo…

Antes no le perdonabas nada a nadie; tus condenas eran tan implacables como desmesurados tus elogios; hoy ya no emites juicios categóricos, pues has aprendido a mirar con dulzura y comprensión. Has conocido la medida de tus debilidades y puedes comprender las de los demás. Y admirar la fortaleza ajena. Y tratar de imitarla.

Resbalan piedras bajo nuestros pies. Vamos ascendiendo… Con los años, el autodominio envuelve tu corazón y toda tu piel como una coraza protectora. No te apresuras a preguntar, no te apresuras a contestar; tu lengua ha perdido su elástica propiedad de vibrar al menor pretexto. Tus ojos ya no se iluminan de alegría ante el anuncio de una buena noticia, y tampoco se ensombrecen ante la desdicha.

Porque todavía hay que comprobar si será cierto. Y aún está por ver qué es una alegría y qué es una desdicha.

Ésta es ahora la regla de tu vida: no te alegres al encontrar, no llores al perder.

Tu alma, ayer reseca, se ha irrigado con el sufrimiento. Aun si no has aprendido a amar a tu prójimo, como lo enseña el cristianismo, por lo menos estás aprendiendo a amar a tus próximos.

A los que te son próximos por el espíritu, que comparten tu cautiverio. ¡Cuántos de nosotros reconocemos que precisamente en el cautiverio aprendimos lo que era la auténtica amistad!

Y a los que te son próximos por la sangre, que te rodeaban en tu vida anterior y te amaban mientras tú los tiranizabas…

Aquí tienes para tus pensamientos una dirección beneficiosa e inagotable: haz el examen de lo que ha sido tu vida. Recuerda cuanto hiciste de malo y vergonzoso y piensa si no podrías remediarlo ahora…

Es cierto, te han metido aquí por nada, ante el Estado y sus leyes no tienes nada de qué arrepentirte.

Pero ¿y ante tu conciencia? Pero ¿y ante tal o cual otra persona?

… Después de una operación, yazco en la sala de cirugía del hospital del campo. No puedo moverme, tengo calor y escalofríos, pero no estoy delirando y me siento agradecido al doctor Boris Nikolaievich Kornfeld, sentado al lado de mi cama, que no cesa de conversar conmigo. Han apagado la luz para que no me moleste. En la sala sólo estamos él y yo.

Me cuenta, detalladamente y con pasión, la historia de su conversión del judaísmo al cristianismo. Ese hombre culto debía su conversión a un compañero de celda, un

viejecito bondadoso del estilo de Platón Karataiev. Me asombra su profundo convencimiento de converso, el ardor de sus palabras.

Nos conocemos muy poco, él no es mi médico, pero se ve que no tiene a otra persona con quien sincerarse. Es un hombre tranquilo y afable, no veo nada malo en él, ni nada malo me han contado de él. Y, sin embargo, algo me pone en guardia: hace ya dos meses que Kornfeld vive sin salir del barracón del hospital, se ha recluido en su trabajo y evita andar por el campo.

Eso es que teme que lo degüellen. En nuestro campo no hace mucho que ha surgido esa nueva moda: degollar a los soplones. ¡Como para hacer temblar a más de uno! Pero ¿quién nos garantiza que sólo degüellan a los soplones? A uno lo han degollado manifiestamente para saldar bajas cuentas personales. Luego la autorreclusión de Kornfeld en el hospital todavía no indica en absoluto que sea un soplón.

Es tarde. Todo el hospital duerme. Kornfeld termina así su relato:

—Y, en general, ¿sabe?, he llegado a la convicción de que en esta vida ningún castigo nos alcanza sin que lo hayamos merecido. Aparentemente, puede llegarnos por otra cosa que la que hemos cometido en realidad, pero si rememoramos nuestra vida y pensamos atentamente, siempre terminaremos encontrando esa culpa por la que ahora estamos pagando.

No distingo bien su rostro. La ventana sólo deja filtrar unos reflejos dispersos de la zona; la puerta del corredor se destaca en la penumbra como una eléctrica luz amarilla. Pero hay tanta mística certidumbre en su voz, que me estremezco.

Son las últimas palabras de Boris Kornfeld. Se aleja en el silencio del corredor nocturno hacia una sala vecina, donde se mete en cama. Todos duermen ya, no hay nadie con quien pueda cruzar palabra. También me duermo yo.

A la mañana siguiente me despiertan carreras y un pesado resonar de pasos por el pasillo: son los enfermeros que llevan el cuerpo de Kornfeld al quirófano. Durante su sueño recibió ocho martillazos en el cráneo (aquí se acostumbra matar en seguida después del toque de diana, cuando los barracones ya están abiertos, pero aún no se ha levantado nadie). Muere sobre la mesa de operaciones sin haber recuperado el conocimiento.

Y de ese modo, las palabras proféticas de Kornfeld fueron las últimas que pronunció sobre la Tierra. Iban dirigidas a mí, y las recibí como un legado. Uno no se desprende de semejante legado con un simple encogerse de hombros…

Mas por aquella época yo mismo había llegado a una conclusión análoga.

Me inclinaría a conceder a las palabras de Kornfeld el valor de una ley de vida universal. Pero aquí es donde nos enredamos. Habría que admitir que los castigados aún más cruelmente que con la cárcel, los fusilados, los quemados vivos, eran unos monstruos (sin embargo, es a los inocentes a quienes se pone más celo en ejecutar). ¿Y qué decir entonces de nuestros verdugos manifiestos? ¿Por qué no los castiga el destino a ellos? ¿Por qué prosperan?

(La única solución sería admitir que el sentido de nuestra vida terrena no consiste en la prosperidad, como estamos acostumbrados a considerar, sino en el desarrollo del alma. Desde *ese* punto de vista, nuestros verdugos sufren el peor de los castigos: se convierten en cerdos, se salen de la humanidad hacia abajo. Desde ese punto de vista, los castigos alcanzan a aquellos cuyo desarrollo PROMETE).

Pero algo de convincente hay en las últimas palabras de Kornfeld, algo que acepto plenamente *para mí*. Y muchos otros lo aceptarán para sí.

Al séptimo año de mi reclusión, ya había analizado suficientemente mi vida como para comprender el porqué de lo que me sucedía: la cárcel, y, de propina, un tumor maligno. Y no murmuraría si incluso este castigo fuera juzgado insuficiente.

¿Castigo? Pero ¿de quién?

A ver, piénselo, *¿de quién?*

Permanecí todavía mucho tiempo en esa misma sala posoperatoria de la que Kornfeld había salido al encuentro de la muerte, siempre solo, y en las noches insomnes pude revivir toda mi vida y asombrarme de sus vericuetos. Según se estila en los campos, formulé mis pensamientos en verso para poder recordarlos. Lo mejor será recogerlos ahora tal cual fueron compuestos sobre aquella almohada de enfermo, mientras, detrás de las ventanas, el campo de presidiarios se estremecía tras un motín.

¿Cuándo fue que con fútiles manos
dispersé Tus simientes al viento,
yo, cuya alma se abrió a la vida
en la paz de Tus límpidos templos?

Me cegaron la ciencia y los libros,
echó chispas mi ceño altivo,
¡pensé haber descubierto el Secreto!,
¡pensé haber dominado el destino!

Rauda sangre en mis venas hervía
susurrando irisadas promesas,
mientras lenta y sin ruido caía
de la fe la columna en mi pecho.

Pero ahora que miro lo andado
entre el ser y el no ser, titubeante,
tantas veces caído y alzado,
te agradezco mi vida, no obstante.

Ni mi razón, ni mi deseo
alumbraron sus vueltas y vueltas.

Fue la luz del Sentido Supremo
que me fue explicado después.

Y hoy, para calmar mi sed ávidamente,
sobre la fuente de aguas vivas me inclino…
¡Dios del Universo, creo de nuevo!
¡De Ti renegaba, y seguías conmigo!

Mientras me inclinaba así sobre mi pasado, me di cuenta de que en toda mi vida consciente nunca me había comprendido ni a mí mismo ni mis aspiraciones. Durante mucho tiempo consideré como un bien lo que era mi perdición, y no paraba de lanzarme en la dirección opuesta a la que me era realmente necesaria. Pero del mismo modo que las olas derriban al bañista inexperto para arrojarlo a la playa, así los dolorosos golpes del destino me volvían a depositar cada vez sobre tierra firme. Y sólo a ese precio pude recorrer el camino que siempre había deseado.

Sobre mis espaldas dobladas, casi quebradas, pude sacar de mis años de cárcel la experiencia de *cómo* un hombre se vuelve malo y *cómo* se vuelve bueno. Embriagado por los éxitos de mi juventud, me sentía infalible, y por eso mismo fui cruel. Abusando de mi poder maté y violé. En mis momentos de peor maldad, estaba convencido de que obraba bien, sostenido por lógicos argumentos. Fue sobre el podrido jergón de la cárcel, cuando por primera vez sentí vibrar en mí un destello de bien. Poco a poco fui comprendiendo que la frontera que separa el bien del mal no pasa entre los Estados, ni entre las clases sociales, ni entre los partidos, sino que cruza cada corazón humano y todos los corazones humanos. Esa frontera es móvil, oscila dentro de nosotros con los años. Incluso en un corazón invadido por el mal siempre queda un pequeño baluarte de bien. Incluso en el más generoso de los corazones, siempre se oculta un rinconcito de mal por desarraigar.

Y entonces comprendí la verdad de todas las religiones del mundo: luchan *contra el mal dentro del hombre* (dentro de cada hombre). Es imposible extirpar por completo el mal del mundo, pero se lo puede reducir dentro de cada hombre en particular.

Y entonces comprendí la mentira de todas las revoluciones de la Historia: se limitan a suprimir los *agentes* del mal que les son contemporáneos (y sin distinguir con las prisas, también a agentes del bien), pero el mal en sí, y aumentado por añadidura, lo recogen en herencia.

Hay que anotar a favor del siglo XX: el proceso de Nuremberg pretendía matar a la propia idea maligna, y muy poco a las personas contaminadas por ella (claro que no es mérito de Stalin; él habría preferido menos explicar y más fusilar). Si para el siglo XXI la Humanidad no se ha volado ni asfixiado a sí misma, ¿tal vez esa dirección termine por triunfar…?

Es que si no triunfa, toda la historia de la Humanidad sólo habrá sido un simple darle vueltas a lo mismo, sin el menor sentido. ¿A dónde vamos entonces, y para qué? Darle al enemigo con un garrote, ¡eso ya sabía hacerlo el hombre de las cavernas!

«¡Conócete a ti mismo!». No hay nada que propicie tanto el despertar del espíritu de comprensión en nosotros como las dolorosas reflexiones acerca de nuestras propias culpas, fallos y errores. Después de haberme pasado muchos años dando vueltas a tales pensamientos, cuando me hablan de la insensibilidad de nuestros altos funcionarios o de la crueldad de nuestros verdugos, me recuerdo a mí mismo con charreteras de capitán, conduciendo mi batería a través de la Prusia Oriental envuelta en llamas, y pregunto:

—¿Y acaso *nosotros* éramos mejores?

Cuando en mi presencia comentan con amargura la falta de carácter de Occidente, su miopía política, sus divisiones internas, su indecisión, yo recuerdo:

—Y nosotros, antes de pasar por el Archipiélago, ¿éramos más firmes?, ¿de ideas más claras?

Por eso vuelvo la vista a los años de mi reclusión, y digo, ante el asombro de los que me rodean:

—¡BENDITA SEAS, PRISIÓN!

Cuánta razón tenía León Tolstoi, cuando *soñaba* con que lo metieran en la cárcel. En un momento dado, aquel gigante había comenzado a resecarse. ¡La cárcel le era realmente necesaria, como un aguacero en tiempo de sequía!

Todos los escritores que trataron de la cárcel sin haberla conocido, se consideraron obligados a expresar su compasión por los detenidos y a maldecir la prisión en sí. Yo, que permanecí en ella bastante tiempo, cultivé allí mi alma y digo sin ambages:

—¡BENDITA SEAS, PRISIÓN, por haberte cruzado en mi camino!

(Pero desde las tumbas me responden: «¡Qué bien hablas, tú que has salido con vida!»).

II
¿O corrupción?

Pero me interrumpen: ¡Que está hablando *de otra cosa*! ¡Ya nos vuelve usted con la cárcel! ¡Pero estamos tratando de los *campos*!

Bueno, creo que también hablaba de los campos. Pero está bien, me callo. Dejo paso a las reflexiones opuestas. Muchos supervivientes me objetarán que jamás advirtieron la menor «elevación», que son cuentos chinos, y en cambio corrupción sí, a cada paso.

El más importante e insistente de mis contradictores (porque todo eso ya lo tiene escrito) es Shalamov:

> «En las condiciones que imperan en el campo, un hombre no puede seguir siendo hombre; los campos no han sido creados para eso».
>
> «Todos los sentimientos humanos, amor, amistad, envidia, generosidad, misericordia, ambición, honestidad, nos han abandonado junto con la carne de nuestros músculos… No teníamos ni orgullo ni amor propio, y ya los celos y la pasión nos parecían conceptos de otro planeta… Sólo quedaba el rencor, el más tenaz de los sentimientos humanos».
>
> «Comprendimos que la verdad y la mentira son hermanas gemelas».
>
> «La amistad no nace ni en la miseria ni en la desgracia. Si surge amistad entre los hombres, es que las condiciones de vida no son suficientemente difíciles. Si alguna vez la miseria y la desgracia han unido a los hombres, es que no eran extremas. Si una pena puede compartirse con los amigos, es que no es bastante profunda y aguda».

Un solo distingo admitirá aquí Shalamov: la elevación, la profundización, el desarrollo del hombre pueden ser posibles en la *cárcel*. Pero

> «… el campo es una escuela de vida total e irremediablemente negativa. De él nadie sacará nada necesario o provechoso. El recluso aprende a adular, a mentir, a cometer pequeñas y grandes bajezas… De regreso a su hogar, comprueba que no sólo no ha mejorado en el campo, sino que sus intereses se han vuelto mezquinos, pobres, groseros[7]».

También E. Guinsburg está de acuerdo con esta distinción: «la cárcel elevaba a los hombres; el campo los corrompía».

Bueno, ¿y qué podemos objetar?

En la cárcel (incomunicado o no) el hombre se queda a solas con su desgracia. Esa desgracia es una montaña, pero el hombre debe hacerla caber dentro de sí, asimilarla, compenetrarse con ella, transformarla en sí mismo y transformarse él en ella. Ese supremo esfuerzo moral siempre ha ennoblecido a todos[8]. El duelo con los años y los muros es un arduo trabajo del espíritu y una senda hacia la elevación (en el supuesto de que se gane). Si compartes esos años con un compañero, no has de morir para que él viva, ni él ha de morir para que sobrevivas tú. Tenéis la posibilidad de no entrar en lucha, sino de ayudaros y sosteneros.

Pero en el campo no parece que exista esa posibilidad. El pan no se distribuye en pedazos iguales, sino que lo tiran en un montón: ¡abalánzate!, ¡derriba a tus vecinos!, ¡arráncales el pan de las manos! La ración está calculada de modo tal, que por cada sobreviviente toca un muerto, si no dos. El pan está colgado en lo alto de un pino, ¡derríbalo! El pan está escondido en lo hondo de la mina, ¡baja a buscarlo! ¿Acaso estás en condiciones de pensar en tu desgracia, en el pasado, en el futuro, en la Humanidad, en Dios? Tu cabeza está llena de apresurados cálculos, que en este momento te ocultan el cielo y que mañana ya no valdrán nada. *Odias* el trabajo, tu principal enemigo. Odias a los que te rodean, tus rivales en la vida y en la muerte[9]. Te carcome la *envidia*, la inquietud de que en algún lugar, a tus espaldas, están repartiendo el pan que debiera haberte tocado a ti; que en algún sitio, detrás de una pared, están sacando de la olla la patata que podría haber ido a parar a tu escudilla.

La vida en el campo está constituida de modo tal, que la envidia corroe constantemente el alma, incluso la más protegida contra ella. Se envidian incluso las *condenas* y las *liberaciones*. Por ejemplo, en 1945, los Cincuenta y Ochos acompañamos al portón a los comunes (liberados en virtud de la amnistía estaliniana). ¿Qué sentimiento nos embargaba? ¿Alegría por verlos volver a sus hogares? No, envidia: ¡era injusto que a ellos los liberaran y a nosotros no! V. Vlasov, condenado a veinte años, estuvo tranquilo los primeros diez: ¿quién no purga *dos duros*? Pero en 1947-1948, muchos comenzaron a recobrar la libertad, y la envidia y los nervios lo traían a mal traer: ¿por qué a él le dieron veinte? Sentía esa segunda decena como una ofensa personal. (Nunca se lo pregunté, pero supongo que se habrá tranquilizado un poco al ver que los que habían salido iban volviendo poco a poco en calidad de *repetidores*). Luego, en 1955-1956 liberan en masa a los Cincuenta y Ochos; en cambio, los comunes se quedan en el campo. ¿Qué sienten? ¿La alegría de ver que por fin se ha hecho justicia, que después de cuarenta años de continuas persecuciones se han apiadado del desdichado Artículo? No, los domina la *envidia* (en 1963 recibí muchas cartas de este estilo): han liberado a «enemigos que no tienen ni comparación con nosotros, los criminales», y a nosotros, ¡nos dejan dentro! ¿Por qué?

Además, te hallas constantemente oprimido por el *miedo*: miedo de perder el miserable nivel en que te mantienes, miedo de perder tu trabajo, que aún no es el más duro, miedo de arder en un traslado, de ir a parar a la zona de régimen disciplinario. Además, te pegan a ti si eres el más débil de todos, o pegas tú a quien sea más débil. ¿No es eso corrupción? A. Rubailo, un viejo recluso, llama *tiña del alma* a esa rápida degradación del ser humano bajo la presión exterior.

Dominado por el rencor y febrilmente entregado a cálculos mezquinos, ¿cuándo y cómo has de elevarte?

Mucho antes de nuestros campos de concentración, Chéjov ya había observado y llamado la atención sobre la corrupción en Sajalín. Bien decía él que los vicios de los detenidos se debían a su sujeción, a su esclavitud, al terror y al hambre continua. Esos vicios eran la hipocresía, la astucia, la cobardía, la pusilanimidad, la delación, el robo. El presidiario sabe por experiencia que el engaño es el arma más segura en la lucha por la existencia:

Y ¿no tenemos todo eso nosotros, multiplicado por diez? Luego no es cuestión de discutir, de insistir en una supuesta elevación del alma en el campo, sino de describir cientos, miles de casos de autentica depravación. De traer ejemplos de que nadie puede resistir la filosofía expresada por Iashka, distribuidor de tareas en Djezkazgán: «Cuantas más faenas les hagas a los demás, más te van a respetar». De contar cómo soldados recién traídos del frente (Kraslag, 1942), apenas hubieron aspirado el aire del hampa, comenzaron ellos también a *mariscar*, a *aliviar* a los lituanos, reponer fuerzas a base de sus provisiones y enseres, y vosotros que os pudráis, estáis verdes. De recordar cómo se pasaban al hampa incluso combatientes del ejército de Vlasov, al convencerse de que era la única forma de sobrevivir en el campo. O a aquel catedrático de Literatura que se hizo «paján» de ladrones. De asombrarnos de hasta qué punto es contagiosa la ideología de los campos, por ejemplo, con el caso de Chulpeniov. Chulpeniov había resistido siete años de tala de árboles en los generales, se había convertido en un excelente leñador, pero fue a parar al hospital con una pierna rota, y al salir le propusieron trabajar de distribuidor de tareas. No tenía ninguna necesidad de aceptar; los dos años y medio que le quedaban podía haberlos pasado perfectamente talando árboles, las autoridades lo llevaban en palmitas, pero ¿cómo resistir a la tentación?, ¿no dice la filosofía del campo: «¡te dan, coge!»? Y Chulpeniov se convirtió en distribuidor de tareas, sólo por seis meses, pero los seis meses más sombríos, inquietos y desdichados de toda su condena. (Hace ya mucho tiempo que ha salido, y cuenta de los pinos, con una sonrisa bonachona, pero los hombres que murieron por su culpa, como aquel capitán letón de dos metros de alto y que tal vez no fue el único, son una piedra que tiene sobre la conciencia).

¡Hasta qué punto puede cubrirse de «tiña» el alma de los reclusos cuando se los azuza conscientemente unos contra otros! En el Undjlag, en 1950, Moiseievaite, habiendo ya perdido el juicio (pero seguía siendo conducida al trabajo por la escolta), sin advertir el cordón limítrofe, se encaminó «a casa de mamá». La apresaron, la

ataron a un poste junto al puesto de guardia y anunciaron que «por tentativa de evasión» todo el campo sería privado del próximo domingo (una práctica usual). Pues los equipos que volvían del trabajo le escupían; algunos, hasta la golpeaban: «¡Por tu culpa, canalla, nos quitan el domingo!». Moiseievaite sonreía beatíficamente.

¡Y cuánta corrupción introduce esa democrática y progresista «autocustodia» (entre nosotros, *autovigilancia*) proclamada ya en 1918! Uno de los principales cauces de depravación es ése: enganchar a un recluso en la autovigilancia. Has caído, te han castigado, te han arrancado de la vida, pero ¿quieres no estar al fondo de todo? ¿Te gustaría poder aún dominar a alguien con un fusil en la mano? ¿A tu propio hermano? Pues, ¡toma, cógelo! Y si huye, ¡dispara! Hasta te vamos a llamar *camarada*, hasta te vamos a dar ración militar.

Y el hombre se siente orgulloso. Y se pone servilmente en posición de firmes. Y dispara. Y se muestra aún más despiadado que los guardianes libres (adivina adivinanza: ¿se trata realmente de la fe del carbonero en la «autogestión»? ¿O es el frío y despectivo aprovechamiento de los más bajos sentimientos del ser humano?).

Y no se trata sólo de la autovigilancia: también están el autocontrol y la autorrepresión; en los años treinta, todos, hasta los jefes de *lagpunkt*, eran reclusos. Hasta los directores de transporte. Hasta los directores de producción. (¿Y cómo podía ser de otro modo, si en el Belomorcanal sólo había treinta y siete chequistas para cien mil reclusos?). ¡Hasta los *comisarios*, también eran reclusos! Más «autogestión» ya no cabía: ¡instruirse sumarios a sí mismos! ¡Reclutarse soplones contra sí mismos!

Sí, sí. Pero no me pondré a examinar aquí estos innumerables casos de corrupción. Son de todos conocidos, los han descrito ya y lo seguirán haciendo. Me basta con reconocerlos. Son lo común y corriente, representan la ley general.

¿Para qué repetir de cada casa que se enfría en invierno? Más asombroso es notar que existen casas que incluso en un clima glacial conservan el calor.

Dice Shalamov que todos los que han pasado por el campo, salen de allí espiritualmente empobrecidos. Pero yo en cambio, antiguo *zeko* que recuerdo o que encuentro, *zeko* que resulta una personalidad.

Y el mismo Shalamov escribe en otro sitio: ¡no esperarán de mí que delate a los demás! ¡No esperarán de mí que me haga jefe de equipo, para hacer trabajar a los demás!

Pero ¿y por qué, Varlam Tijonovich? ¿Por qué de pronto no habría usted de convertirse en soplón o en jefe de equipo, si nadie puede dejar de rodar por esa pendiente de la corrupción, si la verdad y la mentira son hermanas gemelas? Luego, ¿pudo aferrarse a alguna rama? ¿Logró chocar con alguna piedra y no seguir deslizándose? ¿A lo mejor, quién sabe, no es el rencor el sentimiento más tenaz? ¿Acaso su misma personalidad y sus poesías no desmienten su propia concepción[10]?

Y ¿cómo se las arreglan para conservarse íntegros en el campo (ya los hemos mencionado más de una vez) los auténticos creyentes? A lo largo de este libro ya

hemos ido advirtiendo su marcha firme a través del Archipiélago, cual silenciosa procesión con cirios invisibles. Caen como si los barrieran con ametralladoras, pero otros vienen a ocupar su lugar, y la marcha prosigue. ¡Una firmeza desconocida en el siglo XX! Y sin ninguna ostentación, sin ninguna teatralidad. Alguna abuelita Dusia Schmil, por ejemplo, una anciana tranquila, de cara redonda, totalmente analfabeta. La interpela la escolta:

—¡Schmil! ¡Artículo!

Ella contesta afable, bondadosamente:

—¿Pero qué preguntas, muchacho? Ahí está todo anotado; yo ya no me acuerdo de todos. (Tiene un ramillete de párrafos del 58).

—¡¿Condena?!

La abuela Dusia suspira. No es por irritar al soldado por lo que contesta de forma tan incoherente. Se queda pensando ingenuamente en esa pregunta: ¿qué condena? Pero ¿acaso le está dado al hombre saber qué condena…?

—¡Qué condena…! Mientras Dios no me perdone mis pecados, pues aquí me estaré.

—¡Si serás tonta! —ríe el soldado—. Te dieron quince años y te los vas a tener que tragar todos, ¡y puede que más!

Pero pasan dos años y medio, no escribe súplicas a nadie, y de pronto llega un papel: ¡orden de liberación!

¿Cómo no tenerle envidia a esta gente? ¿Acaso las condiciones les eran más favorables? ¡Lo dudo! Es sabido que a las «monjitas» las metían sistemáticamente en *lagpunkts* disciplinarios en compañía de prostitutas y delincuentes. Y, sin embargo, ¿quién de los creyentes se corrompió? Morir, morían, pero ¿se corrompían?

Y ¿cómo explicar que algunas personas vacilantes se hayan volcado a la fe justamente en el campo? ¿Que la fe los haya fortalecido y les haya permitido sobrevivir sin corromperse?

Y muchos más, aislados, inadvertidos, viven en el campo su experiencia decisiva y no fallan en la elección. Son los que logran percatarse de que no sufren ellos nada más, de que otros tienen la vida aún más dura, aún lo pasan peor.

¿Y todos aquellos que a pesar de las amenazas de zona disciplinaria y de nueva condena, se negaron a ser soplones?

¿Cómo explicar, si no, la personalidad de Gregorio Ivanovich Grigoriev, ingeniero agrónomo? Ese sabio se presentó voluntario en 1941, cuando las milicias populares. Luego, ya se sabe: hecho prisionero en Viazma. Pasó el resto de la guerra en un campo alemán. Luego, ya se sabe, lo encerraron los nuestros. Dos duros. Lo conocí en invierno, en los trabajos generales en Ekibastuz. Sus grandes y serenos ojos irradiaban una rectitud sin límites. Ese hombre jamás supo doblegarse, y tampoco se doblegó en el campo, a pesar de que de sus diez años sólo estuvo trabajando dos en su especialidad y prácticamente en toda su condena no recibió paquetes. De todas partes le inculcaban la filosofía de los campos y la corrupción moral, pero no fue

capaz de asimilarlas. En los campos de Kemerov (Antibés) el comisario hacía lo imposible para reclutarlo. Grigoriev le respondió con toda sinceridad: «Me *da asco* hablar con usted. ¡No se preocupe, que no le han de faltar voluntarios!». «¡Volverás a cuatro patas, basura!». «¡Antes me ahorco en la primera rama!». Y lo mandaron al disciplinario. Allí estuvo seis meses. Pero qué va, si cometía *errores* aún más imperdonables: destinado a una comandancia agrícola, rechazó el cargo de jefe de equipo que le ofrecían por agrónomo y se puso a escardar y segar con dedicación. Más estúpido todavía: en la cantera de Ekibastuz se negó a ocupar el puesto de control sólo porque habría tenido que apuntarles *tujta* a los trabajadores, de la cual, en un momento de lucidez, iba a tener que responder (¡si es que llegaba el caso!) el capataz libre, permanentemente borracho. ¡Y se fue a picar piedras! Su honestidad era hasta tal punto fantástica, monstruosa, que cuando lo mandaron a cosechar patatas con su equipo, fue el único que no robó ni una sola. Tras haber sido destinado al privilegiado equipo de los talleres mecánicos, a manejar la estación de bombeo, abandonó el puesto por negarse a lavarle los calcetines al contratista, Treivisch, un solterón libre. (Sus compañeros de equipo trataban de convencerlo: «pero ¿no te da igual un trabajo que otro?». ¡Pues no, resulta que no le daba igual! ¡Cuántas veces eligió el camino más difícil y más duro, sólo para no vender su alma! ¡Y no la vendió, yo soy testigo! Y más aún: gracias a la extraordinaria influencia de su alma clara e inmaculada sobre su cuerpo [actualmente ya nadie cree, nadie comprende *ese* tipo de influencia], el organismo ya no tan joven [tenía cerca de 50 años] de Gregorio Ivanovich se fortaleció en el campo; su viejo reuma articular desapareció por completo y después de pasar el tifus, su salud se volvió espléndida: ¡en invierno andaba enfundado en sacos de papel en los que había practicado agujeros para la cabeza y los brazos, y jamás se resfrió!).

¿No habría que decir más bien que ningún campo puede corromper a los que tienen un núcleo firme, y no esa triste ideología de «el hombre ha sido creado para la felicidad» que cae hecha pedazos ante el primer vergajazo del capataz?

Se corrompen en el campo aquellos que antes del campo tampoco tenían la menor entereza moral, la menor educación espiritual. (No es en absoluto un caso de laboratorio, nuestro glorioso medio siglo ha producido millones y millones de individuos así).

En el campo se corrompen los que ya venían corrompidos de antes o estaban predispuestos a ello. Porque también se deprava uno en libertad, y a veces más que cualquier recluso.

Acaso aquel oficial de la escolta que mandó atar a Moiseievaite, ¿no era más depravado que los reclusos que le escupían?

Y, a propósito: ¿le habrán escupido todos los miembros de cada equipo, o únicamente un par de ellos? Seguro que lo segundo.

Escribe Tatiana Falicke: «La observación de las personas me ha convencido de que nadie puede convertirse en canalla en el campo si ya no lo era de antes».

Si un hombre se corrompe profundamente en el campo, no significa necesariamente que se haya pervertido allí, sino tal vez que su auténtica naturaleza ha tenido, por fin, ocasión de revelarse, y que si antes no era un canalla, se debía simplemente a que no tenía necesidad de serlo.

M. A. Voichenko considera que: «En el campo, la existencia no determinaba la conciencia, sino todo lo contrario: de la conciencia y de la irreversible fe en el ser humano dependía convertirse en bestia o seguir siendo un hombre».

Declaración escueta y sin ambages. Y no es el único que piensa así. El pintor Ivashev Musatov demuestra apasionadamente lo mismo.

Sí, la corrupción en los campos era masiva, pero no sólo porque los campos fueran espantosos, sino porque nosotros, los hombres soviéticos, pisábamos el suelo del Archipiélago espiritualmente desarmados, maduros desde hacía tiempo para esa corrupción, ya tocados por ella de mucho antes de nuestro arresto, y por ello mismo, tan pendientes de los labios de los viejos reclusos cuando explicaban «cómo hay que vivir en el campo».

Pero ¿cómo vivir (y cómo morir)? ¡Debemos de saberlo ya sin necesidad de campo alguno!

Y ¡quién sabe!, Varlam Tijonovich, ¿a lo mejor en general, la amistad también puede nacer en la miseria y en la desgracia, e incluso en la desgracia extrema, sólo que no entre seres tan secos y malos como nos hizo la educación de nuestra época?

Y si la corrupción es realmente tan inevitable, ¿por qué Olga Lvovna Sliozberg no abandonó a su amiga semicongelada en un sendero del bosque, sino que se quedó a su lado para la muerte casi segura y logró salvarla? ¿Puede haber desdicha más extrema?

Y si la corrupción es tan ineluctable, ¿de dónde sale un Vasili Methodievich Iakoveeko? Cumplió dos condenas, lo acaban de soltar y se había quedado de *volniashka* en Vorkuta, apenas sí había aprendido a andar por el mundo sin escolta, se estaba montando el primer nidito. Corre el año 1949. En Vorkuta comienzan de pronto a meter exreclusos, les dan nuevas condenas… ¡Psicosis de arrestos! ¡Pánico entre los liberados! ¿Cómo salvarse? ¿Cómo pasar inadvertidos? Pero detienen a I. D. Grodzenski, un amigo de Iakovenko de ese mismo campo de Vorkuta, se está «acercando» durante la instrucción, no hay nadie para llevarle paquetes. Pues Iakovenko se los lleva sin miedo: ¡si queréis, perros, metedme a mí también!

Y *ése*, ¿por qué no se corrompió?

Y ¿por qué *ningún* superviviente deja de recordar a aquel otro que le tendió la mano en el campo, y lo salvó en un momento de apuro?

Sí, los campos estaban concebidos y hechos para la corrupción. Pero eso no significa que lograran aplastar *a todos*.

Del mismo modo que en la Naturaleza no puede producirse un proceso de oxidación sin reducción (mientras un elemento se oxida, otro al mismo tiempo se

reduce), así en el campo (como, por lo demás, en toda la vida) no hay corrupción sin elevación. Marchan a la par.

En la parte siguiente aún espero mostrar cómo en otros campos, en los Especiales, a partir de cierto momento, se creó un *campo de fuerzas* distinto: el proceso de corrupción estuvo seriamente dificultado, en tanto que el de elevación se volvió atractivo hasta para los sinvergüenzas del campo.

Bueno, sí, pero ¿y la *enmienda*? ¿Dónde dejamos la enmienda? (La «enmienda» es un concepto socioestatal y no coincide con la elevación). Todos los sistemas jurídicos del mundo, no sólo el nuestro, sueñan con que el delincuente no se limite a purgar su pena, sino que, además, se enmiende, es decir, que no se lo vuelva a ver en el banquillo de los acusados, sobre todo, en virtud del mismo artículo**[11]**.

Dostoievski exclama: «¿A quién y cuándo lo enmendó el presidio?».

También la legislación rusa posterior a las reformas se proponía el ideal de la enmienda (todo el *Sajalin* de Chéjov se basa en ese ideal). Pero ¿lo realizaron con éxito?

P. Iakubovich lo estuvo pensando mucho, y escribe: el régimen de terror del presidio sólo «enmienda» a los que no estaban pervertidos, o sea, a los que no necesitaban de encierro para no reincidir. En cuanto a un corrompido, ese régimen sólo consigue corromperlo todavía más, lo obliga a emplear la astucia, la hipocresía, a tratar de no dejar rastros.

¿Y qué decir entonces de nuestros campos de concentración? Los teóricos de la ciencia penitenciaria (*Gefängniskunde*) siempre consideraron que la detención no debía conducir a la desesperación total, sino que era necesario dejar una esperanza y una salida. El lector habrá visto ya que nuestros campos conducían exclusiva y justamente a la desesperación total.

Dijo bien Chéjov: «Para la enmienda, lo principal es ahondar dentro de sí mismo». ¡Pero ese ahondar dentro de sí mismo es justamente lo que más temían los organizadores de nuestros campos! Los barracones comunes, los equipos, las colectividades de trabajo habían sido creados precisamente para dispersar, destrozar esa íntima y peligrosa profundización.

¡¿Qué enmienda puede haber en nuestros campos?! Sólo corrupción: asimilación de la moral de los ladrones, de las crueles costumbres concentracionarias como la ley de vida («lugares criminógenos», en lenguaje de los penalistas, escuelas del crimen).

Tras una larga condena, I. G. Pisarev escribía en 1963: «Lo peor es que se sale de allí con los nervios destrozados para siempre y con la salud irremediablemente quebrantada por la desnutrición y ese continuo hostigamiento. Aquí la gente se estropea sin remedio. Un hombre que antes del juicio trataba de usted hasta a los caballos, ahora sale hecho un carota redomado. ¡Si se pasan siete años diciéndole a un hombre que es un cerdo, terminará gruñendo como un cerdo…! Sólo el primer año enmienda al delincuente; los siguientes lo endurecen: termina adaptándose a las

circunstancias, y eso es todo. Por su duración y su rigor, la ley castiga más a la familia que al reo».

Otra carta: «Es doloroso y terrible, sin haber visto nada ni hecho nada en la vida, abandonarla así, sabiendo que a nadie le importas, salvo probablemente a tu madre, que no se cansará de esperarte toda la vida».

Alexandr Kuzmich K., que reflexionó mucho al respecto, me escribe en 1963:

> «Me conmutaron la pena de muerte por 20 años de presidio, pero, palabra de honor, no lo considero un favor… Experimenté en carne propia esos "errores", como gustan de llamarlos ahora: son del mismo calibre de Maidanek y Auschwitz. ¿Cómo distinguir el fango de la verdad? ¿Al asesino del educador? ¿La ley de la arbitrariedad? ¿Al verdugo del patriota? ¡Si lo ascienden, si de teniente pasa a comandante, si luce en su gorra una insignia muy parecida a la que había antes de 1917…! ¿Cómo puedo yo, después de dieciocho años de encierro, entender algo de todos esos tejemanejes? Os envidio a vosotros, que sois instruidos y conserváis la mente ágil y no tenéis que romperos demasiado la cabeza para saber cómo hay que actuar y cómo hay que adaptarse, *cosa que, a decir verdad, ni me apetece*».

¡Qué bien dicho está: «*ni me apetece*»! Si sale con esos sentimientos, ¿está corrompido…? Pero, en ese caso, ¿está corregido a los ojos del Estado? De ninguna manera. Para el Estado está lisa y llanamente perdido, hay que ver a qué conclusiones llega: ninguna diferencia con Auschwitz, ninguna diferencia entre las insignias…

Aquella «enmienda» que le habría gustado (?) al Estado, nunca se logra en los campos. Los «graduados» en los campos sólo aprenden hipocresía, cómo *fingir* haberse enmendado, y cinismo ante las exhortaciones del Estado, sus leyes y sus promesas.

¿Y cuando un hombre no tiene nada de qué *enmendarse*? ¿Si no es ningún delincuente? Si lo han encarcelado por rezar a Dios, o por expresar una opinión independiente, o por caer prisionero, o por el padre, o simplemente para alcanzar la cifra, ¿qué le pueden aportar los campos?

Un inspector de cárceles de Sajalín le dijo a Chéjov: «Si a fin de cuentas, de cien presidiarios salen quince o veinte hombres decentes, no se lo debemos tanto a nuestros métodos penitenciarios, como a los Tribunales rusos, que mandan a presidio tanto elemento bueno, seguro».

Bueno, pues ése será nuestro juicio al Archipiélago, a condición de elevar el número de inocentes que ingresan en él, digamos, a un ochenta por ciento, pero sin olvidar que en nuestros campos también ha aumentado el coeficiente de corrupción.

Si ahora nos referimos, no ya a una máquina de picar la carne de millones de indeseables, no ya a una fosa de desperdicios adonde arrojan sin piedad para el pueblo propio, sino a un verdadero sistema correccional serio, tropezamos aquí con un complicado problema: ¿cómo se puede aplicar castigos uniformes por un mismo Código Penal? Pues unas penas aparentemente *iguales* para gente *distinta*, unos más rectos, otros más corrompidos, unos más refinados, otros más groseros, más instruidos, o menos, son en realidad penas completamente *desiguales*. (Véanse diversos pasajes de *La Casa de los Muertos* de Dostoievski).

Los ingleses lo han comprendido, y entre ellos se habla actualmente (no sé hasta qué punto lo están llevando a la práctica) de que el castigo debe corresponder no sólo al delito, sino también a la personalidad de cada delincuente.

Por ejemplo, la común pérdida de la libertad exterior es menos dura para un hombre de intensa vida interior que para otro poco evolucionado, con un predominio de la actividad corporal. Este último «está más necesitado de impresiones externas, sus instintos lo empujan con más violencia hacia la libertad» (Iakubovich). El primero soporta mejor la incomunicación, sobre todo si dispone de libros. (¡Ay, cómo ansiábamos algunos de nosotros ese tipo de reclusión en lugar del campo! ¡El cuerpo está oprimido, pero cuánto espacio para la inteligencia y el alma! Nicolai Morozov no se distinguía en nada especial, ni antes ni, lo que es todavía más sorprendente, después de su encierro. ¡Pero el profundizar en sí mismo mientras estuvo en la cárcel le permitió concebir la estructura planetaria del átomo y las diferentes cargas del núcleo y de los electrones diez años antes de Rutherford! Sólo que a *nosotros*, no sólo no nos proporcionaban libros, papel y lápiz, sino que nos quitaban los últimos que teníamos). El segundo tal vez no aguante ni un año de reclusión solitaria: se habrá marchitado, consumido. ¡Alguien, cualquiera, con tal de tener gente! Para el primero, una compañía enojosa es peor que la soledad. En cambio, el campo (donde alimenten tan siquiera un poco) es mucho mejor tolerado por el segundo, con su barracón de cuatrocientas personas, donde todos vociferan, gritan sandeces, juegan a los naipes y al dominó, ríen a carcajadas o roncan y, por si fuera poco, todo eso dominado por el incesante barullo de una radio concebida para débiles mentales. (Los campos donde estuve internado habían sido *castigados* con la supresión de la radio. ¡Fue mi salvación!).

De ese modo, precisamente el sistema de los campos de concentración, con la imposición de un trabajo físico desmesurado y la convivencia obligatoria con una muchedumbre ruidosa y degradante, resultaba mucho más eficaz que la cárcel para destruir a los intelectuales. Precisamente a los intelectuales los consumía rápida y completamente.

III
La libertad amordazada

Pero incluso cuando lo esencial respecto al Archipiélago GULAG se haya escrito, leído y comprendido, ¿comprenderán también lo que fue nuestra *libertad*? ¿Comprenderán lo que fue este país que durante decenas de años cobijó el Archipiélago en su interior?

Me tocó llevar dentro de mí un tumor grande como el puño de un hombre. Ese tumor había hinchado y desfigurado mi vientre, me impedía comer, dormir, hacía sentir constantemente su presencia (a pesar de que no llegaba al medio por ciento de mi cuerpo, en tanto que el Archipiélago era aproximadamente el ocho por ciento del país). Pero lo más espantoso de ese tumor no era que comprimiera y empujara a los órganos vecinos: lo peor era que secretaba veneno e intoxicaba el cuerpo entero.

De ese mismo modo, nuestro país fue intoxicado poco a poco con los venenos del Archipiélago, y sólo Dios sabe si alguna vez llegará a eliminarlos.

¿Sabremos, nos *atreveremos* algún día a describir toda la ignominia en que nos tocó vivir (que, por lo demás, poco se diferencia de la de hoy día)? Y si no revelamos esa ignominia en toda su magnitud, cuanto escribamos resulta mentira. Por eso estimo que en los años treinta, cuarenta y cincuenta *no tuvimos literatura*. Porque sin *toda* la verdad, no es literatura. Actualmente, nos muestran esa ignominia en la medida en que la moda lo permite, con sobrentendido una frase de doble sentido, una sugerencia, un matiz.

Y otra vez sale mentira.

No es el objetivo de este libro, pero trataremos de enumerar brevemente los aspectos de nuestra vida *libre* que fueron determinados por la vecindad del Archipiélago o que compartieron un mismo estilo con él.

1) CONSTANTE TEMOR. Como ya habrá advertido el lector, ni el 35, ni el 37, ni el 49 agotan la lista de redadas para el Archipiélago. Redadas hubo *todo el tiempo*. Así como no pasa un minuto sin una muerte o un nacimiento, así no pasaba un minuto sin un arresto. A veces le caía a uno muy cerca; a veces, parecía más lejano; a veces, uno se engañaba a sí mismo pensando que nada lo amenazaba; a veces, uno mismo se convertía en verdugo, y entonces la amenaza se debilitaba, pero todo ciudadano adulto de este país, del koljosiano al miembro del Politburó, sabía que una palabra o un gesto imprudente eran suficientes para ser precipitado irremediablemente al abismo.

Igual que en el Archipiélago, ante cada enchufado se abría el precipicio (mortal) de los trabajos generales, en el país, ante cada habitante se abría el precipicio (mortal) del Archipiélago. En apariencia, el país es mucho más amplio que su Archipiélago, pero, no obstante, todo él y cada uno de sus habitantes parecen estar suspendidos encima de sus fauces abiertas.

El miedo no era siempre miedo al arresto. Existían también escalones intermedios: purga, inspección, llenar cuestionarios (habituales o extraordinarios), despido, privación de autorización de residencia, extrañamiento o confinamiento**[12]**. Los cuestionarios estaban redactados de un modo tan detallado e insidioso, que la mayoría de los habitantes se sentían culpables de algo y sufrían lo indecible cuando llegaba el momento de llenarlos. Los que una vez habían dado datos falsos respecto a su vida tenían que estar atentos a no enredarse posteriormente. Pero el peligro podía surgir en el momento más inesperado: Igor, el hijo de Vlasov de Kadyi, ponía regularmente que su padre había fallecido. Así había ingresado ya en una Academia Militar. De pronto lo convocan: orden de presentar en el término de tres días un certificado de defunción del padre. ¡Arréglatelas como puedas!

Ese temor generalizado conducía al acertado sentimiento de la propia insignificancia y de la ausencia de todo *derecho*. En 1938, Natasha Anichkova se enteró de que el hombre a quien amaba (vivían juntos sin estar casados) acababa de ser encarcelado en Orel. Fue allí. La enorme plaza delante de la cárcel estaba atestada de carretas con campesinas en alpargatas y chaquetilla, los brazos cargados de paquetes que les eran sistemáticamente rechazados. Se presentó en la ventanilla de la terrible cárcel: «¿Usted quién es?», inquirieron severamente. La escucharon. «Pues mire, camarada moscovita, le voy a dar un *consejo*: ¡márchese hoy mismo, porque esta noche *vendrán por usted*!». Un extranjero no comprendería nada: ¿por qué en lugar de responder a una pregunta, el chequista se mete a dar un consejo que no le ha sido solicitado? ¿Y qué derecho tiene a exigir a una ciudadana libre que abandone inmediatamente la ciudad? ¿Y quiénes son los que van a *venir* por ella, y por qué? ¿Pero qué ciudadano soviético mentiría que no comprende o que el caso es inverosímil? Después de semejante consejo, ¡a ver quién se anima a quedarse en una ciudad desconocida!

N. I. Mandelshtam observa muy justamente: nuestra vida está tan impregnada de cárcel, que hasta «cogido», «metido», «salido», «soltado», incluso sin contexto, ¡se extienden entre nosotros en un solo y único sentido!

La despreocupación es un sentimiento que nuestros conciudadanos no han conocido jamás.

2) SUJECIÓN. Si existiese la posibilidad de cambiar fácilmente de residencia, si se pudiera abandonar el lugar que se ha vuelto peligroso, y de ese modo sacudirse de encima el temor y revivir, la gente obraría con más audacia, se permitiría correr más riesgos. Pero durante largos decenios hemos estado encadenados por la ley que no permitía a ningún trabajador abandonar por propia voluntad su puesto de trabajo. Por

añadidura, estábamos todos vinculados a un lugar por el permiso de residencia. Y también por la vivienda que no se podía ni vender, ni cambiar, ni alquilar. Por tanto, hacía falta tener una audacia inaudita para protestar en el lugar donde se vivía o donde se trabajaba.

3) DISIMULO, DESCONFIANZA. Esos sentimientos remplazaron la franca cordialidad y la hospitalidad de antaño (que aún no habían desaparecido en los años veinte). Constituían la defensa natural de toda familia y de todo individuo, tanto más cuanto que nadie podía despedirse, marcharse a otro lado, de modo que cada bagatela era estudiada y espiada durante años enteros. El disimulo de que hace gala el ciudadano soviético no es un capricho, es una necesidad, por más que a un extranjero pueda parecerle que adquiere a veces proporciones sobrehumanas.

El exoficial zarista K. U. nunca estuvo preso y debió su salvación únicamente al hecho de que al casarse, no le contó su pasado *a su mujer*. Cuando encarcelaron a su hermano N. U., la mujer de éste ocultó su arresto *a su padre y a su hermana* para que no se fueran de la lengua. Aprovechando que en aquel momento vivían en ciudades distintas, prefirió decir a su propia familia, y a todos (y seguirlo fingiendo largos años) ¡que el marido la había abandonado! esos son los secretos de una sola familia, contados ahora, a los treinta años. Y ¿qué hogar en las ciudades no los tenía?

En 1949 fue arrestado el padre de una condiscípula del estudiante V. I. En casos semejantes, todos le volvían inmediatamente la espalda, y es lo que se consideraba normal, pero V. I. no lo hizo; aún peor, expresó abiertamente su simpatía hacia la joven, tratando de ayudarla. Desconcertada, asustada por semejante actitud inusitada, la muchacha rehusó su ayuda y su amistad y le mintió afirmando que no creía en la sinceridad de su padre arrestado, quien, sin duda, durante toda su vida había estado ocultando su delito a la propia familia. (Las cosas no se aclararon hasta la época de Kruschev: la muchacha había creído entonces que V. I. era o bien un soplón, o bien un miembro de alguna organización antisoviética a la caza de descontentos).

Esa generalizada desconfianza mutua ahondaba la fosa común de la esclavitud. Apenas alguien se atrevía a expresarse con franqueza, todos se echaban atrás: «¡Provocación!». De ese modo, toda protesta sincera que llegara a surgir, se veía condenada al aislamiento y a la incomprensión.

4) IGNORANCIA GENERAL. Ocultándonos los unos de los otros, recelosos y desconfiados, nosotros mismos contribuimos a instaurar esa *absoluta ausencia de información y de publicidad, que es la causa fundamental* de todos nuestros males, tanto de los millones de arrestos como de su aprobación masiva. Sin comunicarnos nada unos a otros, sin gritar, sin gemir, y sin averiguar nada unos de otros, nos entregamos a los diarios y oradores oficiales. Cada día aparecían con algo sensacionalista, como, por ejemplo, la foto de un descarrilamiento (por sabotaje) acaecida en algún lugar a cinco mil kilómetros. Pero lo que nos era indispensable saber, lo que había sucedido esa mañana en nuestra misma escalera, eso no había manera de averiguarlo.

¿Acaso se puede ser un verdadero ciudadano cuando no se sabe nada de la vida que a uno lo rodea? Lo averiguábamos una vez caídos en la trampa, pero entonces ya era demasiado tarde.

5) SOPLONERIA, desarrollada hasta un grado difícil de imaginar. Cientos de miles de agentes operacionales, ya sea en sus oficinas propias, ya sea en dependencias aparentemente inofensivas de los edificios públicos o en pisos clandestinos, sin escatimar gastos de papel y de su tiempo baldío, reclutaban y convocaban incansablemente para la entrega de denuncias a un número tan exagerado de soplones, que no guardaba la menor relación con sus necesidades de información. Trataban de reclutar incluso a personas que a todas luces les eran inútiles, que no les convenían, a sabiendas de que se iban a negar, como, por ejemplo, a Nikitina, viuda creyente de un pastor protestante muerto en el campo. No obstante, la fueron teniendo muchas horas de pie, interrogándola, la fueron deteniendo, la fueron rebajando de categoría laboral en la fábrica. Uno de los fines de ese reclutamiento en masa era, evidentemente, que cada ciudadano sintiera sobre sí el aliento de los servicios de información. Que en cada reunión, en cada grupo de trabajo, en cada vivienda, hubiera un soplón o, por lo menos, todos temieran que lo hubiese.

Aventuraré una evaluación aproximada: a uno de cada cuatro o cinco habitantes de la ciudad, por lo menos una vez en la vida le propusieron convertirse en soplón. Si no es más. En estos últimos tiempos, estuve haciendo comprobaciones entre grupos de exdetenidos y también entre *volniashkas* de toda la vida: llevaba la conversación hacia cuando nos estuvieron reclutando. Pues una vez resultó que de varias personas sentadas alrededor de la mesa, a *todas* se lo habían propuesto en su día.

N. I. Mandelshtam observa muy atinadamente que aparte de debilitar el contacto entre la gente, con eso se perseguía otro fin: los reclutados, temerosos de que se los desenmascarase públicamente, estarían interesados en la estabilidad del régimen.

El disimulo extendió sus fríos tentáculos por toda la población, se deslizó entre los compañeros de trabajo, entre los viejos amigos, entre los estudiantes, entre los soldados, entre los vecinos, entre los adolescentes e incluso en las antesalas de la NKVD, entre las esposas que traían paquetes.

6) LA TRAICIÓN COMO FORMA DE VIDA. De tanto temer durante años enteros por sí mismo y por su familia, el hombre se convierte en vasallo del miedo, y la continua traición termina por resultarle la forma de vida menos peligrosa.

El grado más inofensivo de traición, pero, en cambio, el más extendido, no consiste en hacer expresamente daño a nadie, pero sí en ignorar al que perece a tu lado, en no prestarle ayuda, en volver el rostro, en encogerse. ¿Acaban de arrestar a tu vecino, a tu compañero de trabajo, a tu mejor amigo? Pues tú callas, finges no haberte enterado de nada (¡no te puedes permitir perder ese buen empleo que tanto te costó conseguir!). En la asamblea general anuncian que el desaparecido de ayer era un encarnizado enemigo del pueblo, y tú que te has pasado veinte años inclinado con él sobre la misma mesa, debes ahora demostrar con tu noble silencio (¡cuando no con

una requisitoria!) que no tienes nada que ver con sus crímenes (¡ese sacrificio tienes que hacerlo por tu querida familia, por tus allegados! ¿Qué derecho tienes a no preocuparte de ellos?). Pero el arrestado ha dejado mujer, hijos, una madre… ¿Podrías tal vez ayudarles a ellos? No, no, es peligroso: se trata de la mujer del *enemigo*, y de la madre del enemigo, y de los hijos del enemigo (cuando a los tuyos aún les faltan muchos años de estudio).

Tras el arresto del ingeniero Palchinski, su mujer Nina escribió a la viuda de Kropotkin: «Me he quedado sin un céntimo, nadie me ha ayudado en nada, todos me rehúyen, tienen miedo… Ahora he comprendido lo que son los amigos. Son muy pocas las excepciones**[13]**».

¡El encubridor es también un enemigo! El cómplice, otro enemigo. Y el que mantiene la amistad, también es un enemigo. El teléfono de la familia maldita enmudece. Se interrumpe su correo. En la calle no se los reconoce, no se les da la mano, no se los saluda. A más razón no se los invita ni se les presta dinero. Y en medio de la gran ciudad, esa gente se encuentra como en el desierto.

¡Eso es precisamente lo que quería Stalin! ¡Y hay que ver cómo se relame de gusto bajo sus grandes mostachos!

El académico Serguei Vavilov, tras el asesinato de su eminente hermano, aceptó el cargo lacayo de presidente de la Academia. (Otro invento, en son de burla del bromista bigotudo: era su manera de sondear los corazones). A. N. Tolstoi, conde soviético, no sólo no se cuidaba mucho de visitar a la familia de su hermano detenido, sino que ni siquiera les pasaba un céntimo. Leonid Leonov prohibió a su mujer, nacida Sabashnikova, que frecuentara la familia de su encarcelado hermano S. M. Sabashnikov. Y en cuanto al legendario Dimitrov, león rugiente del proceso de Leipzig, se echó atrás, dejó de salvar a sus amigos Popov y Tanev, los traicionó cuando, tras ser liberados por el Tribunal fascista, los condenaron en tierra soviética a quince años «por atentado contra el camarada Dimitrov» (los estuvieron cumpliendo en el Kraslag).

Ya se sabe en qué condiciones quedaban las familias de los arrestados. Recuerda V. I. Kaveshán, de Kaluga: tras el arresto de mi padre, todos huían de nosotros como de apestados, yo mismo tuve que dejar la escuela, *me acosaban los muchachos* (¡traidores en ciernes!, ¡verdugos en ciernes!), y a mi madre la echaron del trabajo. Nos vimos reducidos a mendigar.

En 1937, los policías conducían a la estación a la esposa e hijos de un moscovita arrestado, para confinamiento. De pronto, al cruzar la estación, uno de los chiquillos (de unos ocho años) desapareció. Por más que se esforzaran, los policías no lograron encontrarlo, y la familia marchó al exilio sin el pequeño. Éste, resulta que se había deslizado bajo el paño rojo que envolvía el pedestal de un enorme busto de Stalin, y allí permaneció sin moverse mientras duró el peligro. Después volvió a su casa, pero la puerta estaba sellada. Fue a los vecinos, a los conocidos, a los amigos de papá y

mamá, pero, no sólo no lo acogió nadie en la familia, sino que ¡ni le permitieron pasar la noche! ¡Y tuvo que rendirse a un hogar infantil! ¡Contemporáneos! ¡Conciudadanos! ¿Reconocéis vuestro hocico?

Y todo esto —mantenerse apartado— sólo es el primer eslabón de la traición, el más benigno. Pero ¡cuántos más tentadores escalones había y cuánta gente descendía por ellos!

Los que echaron de su trabajo a la madre de Kaveshan, ¡no sólo se mantuvieron aparte!, ¡pusieron ya su granito de arena! ¿Y aquellos que, por indicación del comisario, mandaban a Nikitina de peón para que se hiciera soplona? ¿Y aquellos redactores que se apresuraban a tachar el nombre del escritor arrestado la víspera?

El mariscal Blucher, ése es el símbolo de aquella época. Estuvo de figurín en la presidencia del consejo de guerra que condenó a Tujachevski (por lo demás, lo mismo habría hecho éste). Resultado: fusilaron a Tujachevski, luego hicieron lo propio con Blücher. O los celebérrimos profesores de Medicina, Vinogradov y Shedeshevski. Recordamos cómo cayeron en 1952, víctimas de una denuncia criminal; lo que no recordamos es que en 1936 ellos mismos habían firmado una denuncia no menos criminal contra sus colegas Pletniov y Levin. (Nuestra Testa Coronada se entrenaba con las almas de sus súbditos)…

La gente vivía en el *campo de fuerza* de la delación, y empleaba sus mejores argumentos en su justificación. En 1937, un matrimonio esperaba el arresto, pues la mujer había llegado de Polonia. Y decidieron de común acuerdo que, antes de que llegara la Policía, el marido iría a denunciar a su mujer. Ella fue arrestada, y él, en cambio, se «limpió» a los ojos de la NKVD y lo dejaron en libertad. Siempre en ese glorioso año 1937, un expresidiario político del tiempo de los zares, Adolf Mezhov, al marchar a la cárcel dijo a su adorada hija única, Isabel: «Hemos entregado la vida por el poder soviético, ¡no permitas que nadie se aproveche de tu rencor! ¡Ingresa en el Komsomol!». En la sentencia no prohibieron a Mezhov mantener correspondencia con su hija, pero el Komsomol le exigió que se abstuviera de ello, y la joven, dócil a la voluntad paterna, renegó de su padre.

¡Cuantísimos hubo que entonces *renegaron* así, o en público o por medio de la Prensa! «Yo, Fulano, reniego a partir de tal fecha de mi padre y de mi madre como enemigos del pueblo soviético». A ese precio se compraba la vida.

Para quienes no vivieron en esa época (o no viven actualmente en China) resulta casi imposible comprender y perdonar. En las sociedades humanas ordinarias, un hombre vive sus sesenta años sin haberse visto nunca atenazado por semejante dilema, está persuadido de su propia honestidad, como lo están los que pronunciarán el discurso fúnebre sobre su tumba. Abandona la vida sin sospechar siquiera en qué abismo de mal se puede caer.

Esa masiva tiña del alma no se extendió a la sociedad entera en un instante. Durante los años veinte y comienzos de los treinta, muchos conservaban aún el espíritu y las concepciones de la sociedad de antes: ayudar al que esté en apuros,

interceder por el necesitado. En 1933, Nicolai Vavilov y Meister todavía hacían abiertamente gestiones a favor de todos los colaboradores del Instituto Nacional de Botánica que habían sido arrestados. Debe existir un plazo mínimo de corrupción antes del que el gran Aparato no puede con un pueblo. Ese plazo está igualmente determinado por la edad de los rebeldes aún no envejecidos. Para Rusia se necesitaron veinte años. Cuando en 1949, los países del Báltico comenzaron a sufrir los arrestos en masa, sólo habían pasado cinco o seis años, demasiado pocos, y las familias víctimas de las autoridades encontraban apoyo de todas partes. (Por cierto, había una razón complementaria que aumentaba la resistencia de esos países: la persecución social adquiría el cariz de una opresión nacional y, en esos casos, la gente siempre se muestra más firme en la defensa).

Por lo que respecta al Archipiélago, nos hemos negado a conceder la corona suprema al año 1937. Pero aquí, *en libertad*, sí habremos de ceñirle la corrosiva corona de la traición: hay que confesar que precisamente en 1937 se quebró el alma de nuestra *libertad* y la corrupción la cubrió por entero.

Pero ni siquiera eso significó el final de nuestra sociedad. (Como vemos hoy, nuestra sociedad jamás llegó a terminarse, un hilillo vivo de Rusia ha continuado, ha sobrevivido hasta tiempos mejores, hasta 1956, y con más razón hoy ya no va a morir). La resistencia no se manifestó abiertamente, no sirvió de adorno a esa época de degradación general, pero, no obstante, sus imperceptibles cálidas venas latían, latían, latían, latían.

En aquel tiempo terrible, cuando en una angustiosa soledad se quemaban las fotografías más queridas, las cartas más personales, los Diarios íntimos; cuando el menor papel amarillento oculto en el armario familiar se inflamaba de pronto como la funesta flor de la perdición y pedía a gritos que lo tiraran a la estufa, ¡qué valor hacía falta para pasarse miles y miles de noches sin quemar y conservar los archivos de condenados (como Florenski) o de heterodoxos notorios (como el filósofo Fiodorov)! ¡Y qué subversivamente antisoviética y sediciosa debía parecer la novela de Lidia Chukovskaia *Sofía Petrovna*! La conservó Isidoro Glikin, quien, presintiendo su muerte, se arrastró a través del Leningrado sitiado para entregársela a su hermana, y de ese modo salvó la novela.

Cualquier acto de resistencia al Poder exigía una valentía absolutamente desproporcionada a la importancia del acto en sí. Era menos peligroso tener dinamita en casa, en tiempos de Alejandro II, que albergar al huérfano de un enemigo del pueblo en tiempos de Stalin; y, sin embargo, ¡cuántos de esos niños fueron albergados y salvados (que lo cuenten ellos mismos)! Y también hubo ayuda secreta a las familias. Y alguien había para remplazar a la esposa de un detenido en la desesperanzada cola de tres días y tres noches para que pudiera calentarse y dormir un poco. Y hubo quien fue, con el corazón palpitante, a avisar de que en el piso había montado una emboscada y no había que volver. O quien cobijó en su casa a una fugitiva, aunque él mismo no pegara ojo en toda la noche.

Ya mencionamos a los que osaron no votar a favor de la pena de muerte para el Partido Industrial. Y los hubo que marcharon al Archipiélago por defender a sus oscuros e ignorados colegas. Tal padre, tal hijo: el hijo de aquel Rozhauski, Iván, sufrió asimismo por haber defendido a su colega Kopelev. Durante una reunión de la célula del Partido del Detguiz (Ediciones de literatura infantil) de Leningrado, M. M. Meisner se levantó para defender a los «saboteadores de la literatura infantil»; por supuesto, fue inmediatamente expulsado y arrestado. ¡Sabía a lo que se exponía[14]! En 1941, en Riazán, una joven empleada de la censura militar rompió una carta comprometedora de un soldado al que ni siquiera conocía, pero alguien la vio tirar los pedacitos de papel en el cesto; la carta fue recompuesta, y la *metieron* a ella. ¡Se había sacrificado por un lejano desconocido! (Y yo me enteré sólo por vivir en Riazán. Pero ¿de cuántos casos así no llegó a enterarse nadie…?).

Resulta muy cómodo afirmar hoy que el arresto era una lotería (Ehrenburg). Una lotería era, pero algún que otro numerito estaba marcado. Hacían redadas, metían según cifras dadas de antemano, de acuerdo, pero desde luego, cualquiera que se atreviese a *contradecir en público* era embarcado en el acto. ¡Por tanto, resultaba ser una *selección de almas* y no una lotería! Los atrevidos caían bajo el hacha, eran enviados al Archipiélago, y ya nada venía a enturbiar el plácido cuadro de la uniforme sumisión de los *libres*. Los mejores y más puros no podían seguir formando parte de esa sociedad, que sin ellos se iba degradando cada vez más. Esas marchas silenciosas pasaban casi inadvertidas. Y, sin embargo, con ellas iba muriendo el alma del pueblo.

7) CORRUPCIÓN. En una atmósfera en que llevan muchos años reinando el miedo y la traición, quien se salva, sólo se salva exteriormente, corporalmente. Lo que tenga en el interior, eso se pudre.

Así aceptaban millones de personas convertirse en soplones. Veamos: si en treinta y cinco años (hasta 1953) estuvieron en el Archipiélago, contando los nuestros, unos cuarenta o cincuenta millones (y es una estimación modesta, sólo es tres o cuatro veces la población del GULAG, cuando durante la guerra moría tranquilamente *un uno por ciento diario*), al menos una condena de cada tres, o incluso de cada cinco, se debía a una denuncia, y también había quien hiciera de testigo. Pues aún siguen entre nosotros esos asesinos del tintero. Unos metían al prójimo por miedo, y aún es el primer escalón; otros lo hacían por codicia, y los había (eran entonces los más jóvenes, pero hoy ya están a las puertas de la jubilación) que traicionaban con entusiasmo, traicionaban con entrega, a veces incluso abiertamente: ¡es que desenmascarar a un enemigo se consideraba heroísmo de clase! Toda esa gente sigue entre nosotros, y las más de las veces próspera, y aún nos enternecemos que sean «sencillos y buenos ciudadanos soviéticos».

El cáncer del alma progresa a escondidas y ataca justamente aquella parte donde debería surgir la gratitud. Fedor Peregud había acogido, cobijado y alimentado a Misha Ivanov; no tenía dónde trabajar, él le consiguió un puesto en el taller de

reparación de vagones en Tambov y le enseñó el oficio; no tenía dónde vivir, él lo alojó en su propia casa, como a un miembro de la familia. ¡Y Mijail Dmitrievich Ivanov presentó en la NKVD un informe de que Fedor Peregud, durante un almuerzo familiar, había elogiado la técnica alemana! (Hay que conocer a Fedor Peregud: era mecánico, maquinista, radioelectricista, lampista, relojero, óptico, fundidor, aeromodelista, ebanista, hasta veinte oficios. En el campo había abierto un taller de mecánica de precisión; tras la amputación de una pierna, él mismo se fabricó una prótesis). Vinieron a llevarse a Peregud, se llevaron de camino a su hija de catorce años, ¡y todo eso a cuenta de M. D. Ivanov! Llegó al juicio negro: o sea que la descomposición del alma se refleja a veces en el rostro. Poco después dejó el taller y pasó a servir abiertamente en la GB, de donde lo acabaron echando por inútil, destinándolo al Cuerpo de bomberos.

En una sociedad corrompida, la ingratitud es un sentimiento común y corriente que ya casi ni llama la atención. Después del arresto del seleccionador V. S. Markin, el agrónomo A. A. Soloviev se apropió fríamente de la variedad de trigo «taiga 49», que Markin había logrado[15]. Cuando fue aniquilado el instituto de cultura budista (todos sus miembros prominentes encarcelados) y murió su director, el académico Scherbatski, un discípulo de éste, Kalianov, fue a ver a la viuda y la convenció de que le entregara todos los libros y papeles del difunto; «de lo contrario, va a haber problemas: el instituto de cultura budista ha resultado ser un centro de espionaje». Una vez dueño de todos sus manuscritos, publicó parte de ellos (así como un trabajo de Vostrikov), bajo su propio nombre, y así consiguió la celebridad.

Muchas reputaciones científicas en Moscú y Leningrado se edificaron de ese mismo modo, sobre la sangre y los huesos. *La ingratitud de los discípulos*, que ha dejado una mancha negra en nuestra Ciencia y nuestra Técnica de los años treinta y cuarenta, tenía una explicación muy lógica: la Ciencia había pasado de manos de auténticos científicos e ingenieros a las de ignorantes y codiciosos arribistas.

En la actualidad son imposibles de detectar, imposibles de enumerar todos esos trabajos plagiados, todos esos inventos robados. ¿Y las viviendas obtenidas por detención de sus ocupantes? ¿Y sus enseres robados? Durante la guerra, ¿no se manifestó ese rasgo bestial como una característica casi general? Si alguien estaba atontado por un profundo dolor, o le habían bombardeado la casa, o se le había incendiado, o era evacuado, en el mismo instante sus vecinos, esos sencillos y buenos ciudadanos soviéticos, ¿no se abalanzaban como aves de rapiña sobre sus pertenencias?

Son muy variados los tipos de corrupción, y no estamos en condiciones de abarcarlos a todos en este capítulo. La vida colectiva de la sociedad consistía en el triunfo de los traidores, en el éxito de los incapaces, mientras todo lo que había de mejor y de más puro se iba a pedazos bajo el cuchillo. ¿Quién podrá referirme, aunque sea *un solo caso* en todo el país, en los años treinta a cincuenta, en que un individuo íntegro haya vencido, aplastado, desenmascarado, echado a un miserable

intrigante? Afirmo que un caso así es imposible, como es imposible a una cascada «caer» hacia arriba, aun por vía de excepción. Es que un hombre íntegro jamás se dirigirá a la GB, en tanto que el canalla siempre la tiene a mano. Y la GB tampoco se detendrá ante nadie, si no se detuvo ni ante Nicolai Vavilov. ¿Por qué habría de «caer» entonces la cascada hacia arriba?

Ese fácil triunfo de los granujas sobre los hombres de bien apestaba cual negra cloaca nauseabunda en el hacinamiento de las capitales, pero sus efluvios llegaban hasta allí arriba, a los dominios de las honradas tempestades árticas, a las estaciones polares, mito preferido de la década de los treinta, donde uno se esperaría ver a los gigantes rubios de Jack London fumar la pipa de la paz. En la estación polar de la isla Domashni (Tierra del Norte) sólo había tres hombres: el jefe de la estación, Alexandr Pavlovich Babich, un viejo lobo polar sin Partido; el peón Eriomin, el único miembro del Partido, luego secretario de la célula (!) de la estación, y el meteorólogo Goriachenko, miembro del Komsomol, luego secretario de la célula de Komsomol (!), empeñado en ponerle la zancadilla a su jefe para ocupar su puesto. Girachenko revuelve los papeles personales de Babich, roba documentos, amenaza… Según Jack London, lo que correspondería a los dos hombres es simplemente hundir a ese sinvergüenza bajo el hielo. Pero no, lo que hacen es enviar un telegrama a Papanin, director de la Gran Vía Marítima del Norte, informándole de la necesidad de remplazar a Goriachenko. El secretario Eriomin firma el telegrama, pero se arrepiente en el acto, confiesa su culpa al Komsomol, y juntos envían a Papanin, como miembros del Partido, otro telegrama de contenido opuesto. Decisión de Papanin: el equipo se ha desintegrado, que los traigan al continente. Viene a recogerlos el rompehielos *Sadko*. Una vez a bordo, el secretario del Komsomol no pierde tiempo y entrega material al comisario del barco, que procede a arrestar inmediatamente a Babich (¡principal acusación: quería… entregar a los alemanes el rompehielos *Sadko*, ese mismo en el que ahora están todos navegando!). Apenas tocar puerto, Babich es desembarcado a Prisión Preventiva. (Imaginemos, por un instante, que el comisario de a bordo es un hombre decente y razonable, que convoca a Babich, oye también a la otra parte. ¡Pero eso significaría revelar el secreto de la delación a un posible enemigo!, y Goriachenko, a través de Papanin, habría enchiquerado al propio comisario. El sistema no falla nunca).

Por supuesto, algunos individuos aislados que no fueron educados desde su infancia en grupos de pioneros o en células de komsomoles, conservan todavía un alma pura. Un día, en una estación de Siberia, un fornido mocetón, con uniforme de soldado, al ver pasar una columna de prisioneros, corrió a comprar varios paquetes de cigarrillos y no paró hasta convencer a los de la escolta que los repartieran entre los reos (en otras partes de este libro se describen más episodios similares). Pero seguro que ese soldado no estaba de servicio, estaría de permiso y no tendría al lado al secretario de la célula del Komsomol de su unidad. En su unidad no se habría

decidido, lo habría pasado mal. Bueno, y quién sabe si incluso aquí no tuvo luego problemas con la comandancia.

8) LA MENTIRA COMO FORMA DE EXISTENCIA. Habiendo cedido al miedo o estando contaminados por la codicia y la envidia, la gente, sin embargo, no puede volverse tonta con la misma rapidez. Tienen el alma empañada, pero la inteligencia aún bastante lúcida. ¡No pueden creerse que todo el genio del mundo se haya concentrado súbitamente en una sola cabeza de frente estrecha y hundida! ¡No se pueden convencer así como así de que todos ellos se hayan convertido de pronto en esos seres estúpidos, embrutecidos, como constantemente se ven representados en el cine, como se escuchan a sí mismos en la radio, como se leen en los diarios! Nada les obliga a contestar toda la verdad, pero ¡tampoco se les permite callar! Tienen que *hablar*, y ¿qué pueden decir, salvo mentiras? Deben aplaudir frenéticamente, con eso basta: ¡su sinceridad es lo de menos!

Y cuando leemos el siguiente mensaje, dirigido por el profesorado de la enseñanza superior al camarada Stalin[16]:

> «Al aumentar nuestra vigilancia revolucionaria, ayudaremos a nuestro glorioso Servicio de información, dirigido por el fiel leninista, el comisario del pueblo estaliniano Nicolai Ivanovich Iezhov, a limpiar definitivamente nuestras instituciones de enseñanza superior y a todo nuestro país de los residuos trotskista-bujarinianos y demás basura contrarrevolucionaria».

No vamos a tomar a toda esa asamblea de mil personas por otros tantos idiotas, sino sólo por cobardes mentirosos, conformes incluso con su propia detención el día de mañana.

La mentira constante, al igual que la traición, se convierte en la única forma de vivir sin peligro. El menor movimiento de la lengua puede ser oído por alguien, la menor expresión del rostro, observada por alguien. Por eso cada palabra, sin tener que ser necesariamente mentira declarada, al menos no debe contradecir la mentira general. Existe toda una gama de frases acuñadas, de insultos hechos, de fórmulas prefabricadas, y no puede haber ni un discurso, ni un artículo, ni un libro, ya sea científico, crítico o llamado «literario», que no recurra a ellos. En el más científico de los textos siempre será necesario apoyar alguna falsa autoridad o alguna falsa prioridad, y de insultar a alguien por haber dicho la verdad; sin esos embustes ni siquiera un trabajo académico saldrá a la luz. ¿Y qué decir entonces de esos mítines bullangueros, de esas asambleas baratas durante los descansos, donde tienes que votar contra tu propia opinión, fingir que te alegras de aquello que en realidad te fastidia (un nuevo empréstito, una rebaja de tarifas de producción, un donativo para alguna columna de tanques, el compromiso de trabajar el domingo o de mandar a tus hijos a ayudar a los koljosianos) o expresar una cólera vehemente allí donde en realidad no

te sientes concernido en lo más mínimo (como impalpables, invisibles violencias en las Indias Occidentales o en Paraguay)?

Tenno recordaba avergonzado en la cárcel cómo dos semanas antes de su arresto pronunciaba una conferencia a los marineros: «La Constitución estaliniana es la más democrática del mundo» (por supuesto, ni una palabra sinceramente).

No existe hombre que haya publicado una sola página y no haya mentido. No existe hombre que haya subido a la tribuna y no haya mentido. No existe hombre que se haya aproximado al micrófono y no haya mentido.

¡Y si al menos la cosa quedara ahí! Es que sigue: toda conversación con la superioridad, toda conversación en la sección de personal, toda conversación con otro soviético en general, exige mentira, a veces descarada, a veces circunspecta, a veces condescendientemente aprobadora. Y si, estando a solas, el imbécil de tu interlocutor te cuenta que retrocedemos hasta el Volga para tenderle una celada a Hitler, o que el escarabajo del Colorado nos lo tiran los americanos desde unos aviones, ¡tú di que sí!, ¡sobre todo, di que sí! Un simple gesto de cabeza que no sea de arriba abajo te puede costar un viaje al Archipiélago (recordemos el arresto de Chulpeniov, parte I, capítulo VII).

¡Y ni siquiera eso es todo! ¡Porque crecen tus hijos! Si ya son lo suficientemente mayores, tu mujer y tú no podéis decir abiertamente lo que pensáis en su presencia: los están educando para Pavlitos Morozov, y no vacilarán en repetir esa hazaña. Y si aún son chicos, hay que decidir cómo educarlos: si presentarles de entrada la mentira como verdad (para que les resulte *más fácil* vivir) y en ese caso seguir mintiéndoles siempre también a ellos; o si no, decirles la verdad, pero siempre con el temor de que se vayan de la lengua, se traicionen, y entonces hay que inculcarles acto seguido que la verdad es mortal, que fuera de casa hay que mentir, sólo mentir, como hacen papá y mamá.

El dilema es tal, que le quita a uno el deseo de tener hijos.

La mentira como fundamento constante de la vida. Viene de Moscú a una Facultad de provincia una joven profesora de Literatura, A. K., mujer inteligente y que lo *entiende* todo, pero con un cuestionario impecable y un flamante título de doctor. En su asignatura fundamental, A. K. se encuentra con una sola estudiante miembro del Partido y concluye que la soplona aquí es ella (que en la clase deba haber necesariamente un soplón, de eso a A. K. no le cabe la menor duda). Y decide fingirle afecto y simpatía a esa estudiante (Por cierto, según la táctica del Archipiélago, es un error craso: al revés, hay que cascarle un par de suspensos, y entonces cualquier denuncia suya será venganza personal). Hasta se encuentran fuera de la Facultad, intercambian fotografías (la estudiante lleva la foto de A. K. en el estuche de su carnet del Partido), durante las vacaciones se escriben cartas afectuosas. Y cada clase la da A. K. adaptándose a las eventuales apreciaciones de su alumna del Partido. Tras cuatro años de esa humillante comedia, la muchacha termina sus estudios y A. K. ya no tiene por qué preocuparse de sus reacciones. Con ocasión de

su primera visita, A. K. la recibe francamente mal; la estudiante, despechada, exige que le sean devueltas cartas y fotografías, y exclama (lo más tristemente gracioso es que, probablemente, ni siquiera era una soplona): «¡Si termino el doctorado, jamás me aferraré a una triste facultad, como usted! ¡Hay que ver lo que parecían sus clases, una cantinela!».

¡Así era! De tanto empobrecer, desteñir, recortarlo todo hasta los criterios de una soplona, A. K. había destrozado unas clases que era capaz de dar con brillantez.

Como decía con mucha gracia uno de nuestros poetas, lo que tuvimos no era culto a la personalidad, sino culto a la doble personalidad.

Claro que también aquí hay que distinguir grados: está la mentira obligada, defensiva, y está la mentira de choque, apasionada, en la que se distinguieron particularmente los escritores, esa mentira que en 1937 (!) hacía escribir a Shaguinian, en tonos conmovedores, que la era del socialismo había transformado incluso la instrucción de sumarios: según cuentan los jueces de instrucción, ahora los procesados están *deseosos de colaborar con ellos*, y cuentan todo lo necesario de sí y de los demás.

Tanto nos ha alejado esta mentira de una sociedad normal, que hasta resulta difícil apreciarlo: de su compacta niebla grisácea no asoma ningún poste indicador. De pronto, al analizar las notas, te percatas de que el libro de Iakubovich *En el mundo de los réprobos* fue publicado (aunque sea bajo seudónimo) *en el mismo momento* en que su autor salía del presidio y se iba a confinamiento[17]. ¡Imaginen, imaginen algo semejante ahora! Por puro milagro logró pasar mi tardío y tímido *Iván Denísovich*, pero en seguida bajaron las barreras, corrieron sólidamente los cerrojos, y no ya de la actualidad, sino de lo que sucedió hace treinta y cincuenta años, ¡está prohibido escribir! ¿Y lograremos leerlo en lo que nos resta de vida? Estamos destinados a morir así, mentidos y mintiendo.

Y, por cierto, aun si nos ofrecieran saber la verdad, ¡está por ver si los *libres* desearían enterarse! I. G. Oxman volvió del campo en 1948 y no lo volvieron a encerrar; vivía en Moscú. Tampoco lo abandonaron amigos y conocidos, le prestaron ayuda. ¡Lo único que no querían era oír sus relatos del campo! Porque, sabiendo *aquello*, ¿cómo seguir viviendo?

Después de la guerra, fue muy popular la canción *No se oye el ruido de la ciudad*. Hasta el cantante más mediocre recogía con ella frenéticos aplausos. La Dirección de Pensamientos y Sentimientos no se percató en seguida, y ¡venga a transmitirla por radio!, ¡venga a autorizarla en los escenarios! Que si rusa, popular y tal. Luego cayeron, y la prohibieron. Es que la letra decía de un cautivo de por vida, de corazones separados. Se ve que a pesar de todo, la necesidad de arrepentirse latía aún en lo hondo, y la gente, podrida por la mentira, al menos podía aplaudir con toda su alma esa vieja canción.

9) CRUELDAD. ¿Y cómo podía subsistir la bondad en medio de todas las cualidades que acabamos de ver? ¿Cómo conservar la misericordia rechazando los

brazos tendidos de los náufragos? Una vez manchado de sangre, luego ya sólo vas volviéndote más y más cruel. Además la crueldad («crueldad de clase») era ensalzada, inculcada, y terminabas dudando de dónde está realmente esa divisoria entre el bien y el mal. Y si por añadidura ridiculizaban la bondad, ridiculizaban la compasión, ridiculizaban la misericordia, ¿cómo poner freno a quien haya ya probado sangre?

Una anónima corresponsal mía (de Arbat, 15) pregunta por «las raíces de la crueldad» inherente a «ciertos soviéticos». ¿Por qué cuanto más indefensa esté una persona en su poder, tanta mayor crueldad manifiestan?

Y da un ejemplo que, en apariencia, no es ni de lejos el principal, pero que no obstante reproducimos aquí.

Invierno 1943-1944, estación de Cheliabinsk, un cobertizo junto a la consigna. Veinticinco bajo cero. Bajo el cobertizo, un suelo de cemento cubierto de nieve traída por el viento, pegada, apelmazada por las pisadas. En la ventana de la consigna, una mujer con blusa de trabajo, y a este lado, un guardia robusto y bien alimentado con su pelliza forrada. Coquetean medio en broma, ajenos a cuanto les rodea. Entretanto, en el suelo yacen varios hombres vestidos con ropilla de algodón y trapos color tierra, que si los calificamos de «viejos», los embelleceríamos demasiado. Son muchachos jóvenes, extenuados, hinchados, los labios cubiertos de costras. Uno de ellos, por lo visto tiene fiebre: apoya su pecho desnudo contra la nieve y gime. La narradora se acercó a preguntarles; resultó que uno había terminado su condena en el campo, a otro lo habían dado de baja, pero al liberarlos les rellenaron mal los papeles y ahora no les quieren dar billete para regresar a sus casas. En cuanto a volver al campo, no tienen fuerzas para ello: la diarrea los ha agotado. Entonces la narradora se puso a partirles un pedacito de pan a cada uno. Ante eso, el guardia interrumpió su alegre conversación y le dijo en tono amenazador: «¿Qué, vieja, te encontraste parentela? Más vale que te vayas de aquí, ya se morirán sin tu ayuda». Ella pensó: Es muy capaz de coger y, de buenas a primeras, meterme en la cárcel a mí también (y es verdad, ¿por qué no?). Y se marchó. ¡Qué característico es todo esto para nuestra sociedad! Lo que la mujer pensó, y cómo se marchó. Y ese guardia despiadado, y la despiadada mujer de la blusa, y aquella cajera que no quiso darles billete, y aquella enfermera que no los admitirá en el hospital municipal, y aquel imbécil de empleado que les extendió los documentos en el campo.

La vida se ha vuelto fiera, y ya no llamarán al prisionero «pobrecito desdichado», como en tiempos de Dostoievski y de Chéjov, si acaso sólo «carroña». En 1918, los escolares de Magadán tiraban piedras a una columna de detenidas que atravesaba la ciudad (recuerda Surovtseva).

¿Conoció antes nuestro país, conoce algún otro país en la actualidad tantas odiosas y desgarradoras historias de familias o de pisos? Cada lector podrá contar bastantes, mencionemos una o dos.

Vera Krasutskaia, cuyo marido fue arrestado y murió en 1938, vivía en un piso comunal[fu] de la calle Dolomanov, en Rostov. Su vecina Anna Stolberg lo sabía, y durante ¡dieciocho años!, de 1938 a 1956, se deleitó con su poder, torturándola con amenazas: en la cocina, o al cruzarse con ella en el pasillo, silbaba al oído de Krasutskaia: «Mientras yo quiera, sigue viviendo, pero en cuanto yo quiera, te vendrá a buscar el *coche*». Sólo en 1956 Krasutskaia se decidió a presentar una denuncia al fiscal. La Stolberg no volvió a molestarla más, pero siguieron viviendo juntas en el mismo piso.

En 1950, tras el arresto de Nicolai Iakovlievich Semionov en la ciudad de Liubim, lo primero que hizo su mujer fue echar de casa, en pleno invierno, a su madre, María Ilinichna Semionova, que vivía con ellos. «¡Lárgate, vieja bruja! ¡Tu hijo es un enemigo del pueblo!». (Al cabo de seis años, cuando el marido volvió del campo, también lo echó a la calle a él, en calzoncillos, en plena noche, con la ayuda de su hija Nadia, ya mayor. Nadia ponía tanto empeño en ayudar a su madre porque necesitaba aquel lugar para *su propio* marido. Y tirándole los pantalones a la cara le gritaba: «¡Lárgate, fuera, viejo canalla!»)[18]. Entretanto, la madre había ido a vivir a Iaroslavl, a casa de su otra hija, Anna, casada pero sin hijos. Hija y yerno se cansaron pronto de ella. El yerno, Vasili Fiodorovich Metiolkin, de profesión bombero, los días que no estaba de guardia sujetaba el rostro de la suegra entre ambas manos, lo apretaba fuertemente para que ella no pudiera volver la cabeza y se deleitaba escupiéndole en pleno rostro todo lo que pudiera juntar de saliva, tratando de apuntar particularmente a los ojos y a la boca. Cuando estaba más encolerizado, se abría la bragueta, sacaba el miembro y metiéndoselo a la vieja en la cara, ordenaba: «¡Toma, chupa y muérete!». Después la mujer le explicaba al hermano que acababa de volver: «Hombre, cuando Vasia ha bebido de más… ¿Qué se le puede exigir a un hombre borracho?». Un poco después, para obtener una nueva vivienda («necesitamos un cuarto de baño, mi anciana madre no tiene dónde lavarse. ¡A su edad no la vamos a mandar a los baños públicos!») empezaron a tratarla mejor. Tras haber conseguido un piso por ella, atestaron las habitaciones de cómodas y aparadores, y a la madre la metieron en un hueco de 35 cm de ancho, entre el armario y la pared, para que se quedara allí acostada y no asomara la nariz. Nicolai Iakovlevich, que vivía en casa de su hijo, se arriesgó a trasladar allí a su madre sin pedir permiso. Entró el nieto. La abuela cayó de rodillas ante él: «¡Vovochka!, ¿no me vas a echar?». El nieto torció el gesto: «Está bien, vive, mientras no me case». Tampoco estaría mal contar qué fue de la nieta: Nadia (Nadiejda Nicolaievna Topnikova), entretanto, había terminado filología e historia en el instituto pedagógico de Iaroslavl, se había inscrito en el Partido y la nombraron directora del periódico local de Neia, en la provincia de Kostromá. También era poetisa, y en 1961, todavía en Liubim, fundamentó su comportamiento con los siguientes versos:

Si hay que batirse, a batirse en serio.

¿Mi padre? ¡A él también un puntapié!
¿La moral? ¡Vaya inventos de la gente!
¡Ni sé de ella ni quiero saber!
¡Cualquier paso que llegue a dar en la vida
calculado en frío estará!

Pero la célula del Partido empezó a exigirle que «normalizara» sus relaciones con el padre, y de pronto se puso a escribirle. Alborozado, el padre le contestó con una carta perdonándole todo, que ella se apresuró a mostrar en la célula del Partido, donde pusieron una crucecita. Desde entonces, se limita a felicitarle las grandes fiestas de mayo y de noviembre.

En esa tragedia hay siete personajes. Es una minúscula muestra de nuestra vida LIBRE.

En las familias un poco más educadas no se echa a la calle en calzoncillos al familiar excarcelado. Pero sus componentes se avergüenzan de él, les irritan sus ideas amargadas y «deformadas».

Y podríamos seguir enumerando. Podríamos mencionar la

10) PSICOLOGÍA DE ESCLAVOS. Aquel mismo desdichado Babich, en una instancia al fiscal: «Comprendo que la guerra imponía a los órganos del Estado obligaciones más importantes que el examen de las causas judiciales de personas particulares».

Y más cosas aún.

Pero ya con lo dicho hay que reconocer que si a Stalin todo eso no le salió sólo, si lo elaboró para nosotros punto por punto, ¡entonces sí que era un genio!

Y en ese universo destemplado y pestilente, donde sólo prosperaban los verdugos y los traidores más manifiestos; donde las personas honradas que quedaban se daban a la bebida, sin fuerza de voluntad para ninguna otra cosa; donde los cuerpos de los jóvenes bronceaban al sol en tanto que sus almas se pudrían; donde cada noche la mano gris-verde tanteaba, agarraba a alguno del pellejo y lo metía en jaula, en ese universo vagaban millones de mujeres alucinadas y extraviadas a las que les había sido arrancado para el Archipiélago el marido, el hijo, el padre. Eran las más aterrorizadas de todas, tenían miedo de las placas de metal, de las puertas de los despachos, de las llamadas telefónicas, de los golpes a la puerta; temían al cartero, a la lechera y al fontanero. Y a poco que resultaran molestas, cualquiera podía echarlas de la casa, del trabajo, de la ciudad.

A veces confiaban ingenuamente en que «sin derecho a correspondencia» debía interpretarse al pie de la letra, y que al cabo de diez años Él les escribiría[19]. Hacían cola delante de las cárceles. Se desplazaban de algún lugar a cien kilómetros donde, según decían, aceptaban presentes de víveres. A veces morían ellas antes que su

prisionero. A veces les devolvían un paquete con la mención «el destinatario murió en la enfermería» y así se enteraban de la fecha de su muerte. A veces, como Olga Chavchavadze, llegaban hasta Siberia para depositar sobre la tumba del marido un puñado de su tierra natal, pero nadie sabía ya indicarles bajo cuál de los montículos se encontraba, en compañía de otros tres. A veces, como Zelma Zhugur, escribían cartas insultantes a algún Vorochilov, sin recordar que la conciencia de Vorochilov había muerto mucho antes que él mismo[20].

Y esas mujeres tenían hijos que crecían, y para cada uno de ellos se iba acercando esa fecha en la que el padre tenía que volver necesariamente, antes de que sea tarde, pero no volvía…

Un triángulo de papel cuadriculado arrancado de un cuaderno escolar. Se sucede la escritura en rojo y en azul; probablemente la mano infantil soltaba el lápiz, descansaba, y luego volvía a tomarlo por el otro extremo. Letras angulosas, torpes, a veces con espacios dentro mismo de las palabras:

> «Ola papaito e olvidado como ay que escribir pronto boy a ir a la Escuela después del inbierno i ven pronto porque estamos mal no tenemos Papa mama dice o que estas en comision o que estas enfermo y que esperas escapate del ospital mira Oleshka se escapó del ospital en camisa mama te va a coser unos pantalones nuevos yo te voy a dar mi sinturon no importa los chicos me tienen miedo lo mismo solo a Oleshka no le pego nunca el tambien dice la berdad el tambien es pobre también estuve una bez enfermo y derilaba (=deliraba) quería morir junto con mama pero mama no quiso bueno y yo tampoco quise ay me duelen los dedos basta de escrivir te mando un monton de besos
>
> Igor 6 añicos y medio
>
> Ya aprendi a escribir en los sobres asta que mama buelba del trabajo yo ya la carta al buzón».

Manolis Glezos, «en un brillante y apasionado discurso», refirió a los escritores de Moscú los sufrimientos de sus camaradas que se consumen en las prisiones de Grecia.

—«Comprendo que mis palabras hayan hecho estremecer dolorosamente sus corazones. Pero lo hice de propósito. Quiero que sus corazones se opriman al pensar en los que sufren en el cautiverio. ¡Alcen su voz por la liberación de los patriotas griegos!»[21].

¡Y esos viejos zorros, por supuesto, que la alzaron! ¡Qué horror, en Grecia se consumen docena y media de presos! Tal vez el propio Manolis no comprendía la desvergüenza de su llamamiento, o tal vez en Grecia no existe el refrán:

«La caridad bien entendida empieza por casa».

En diversos lugares de nuestro país, se encuentran estatuas: un guardia de yeso con un perro inclinado hacia delante, listo para lanzarse sobre alguien. En Tashkent, al menos está erigida frente a la escuela de la NKVD, pero en Riazán hace de símbolo de la ciudad: es el único monumento que se ve al llegar desde Mijailov.

Y no nos estremecemos de asco, estamos acostumbrados, nos parecen muy naturales esas siluetas que azuzan perros contra personas.

Contra nosotros.

IV
Algunas vidas

He pulverizado las vidas de todos los presos que menciono en este libro, para someterlas al plan de la obra: el retrato del Archipiélago. He renunciado a las biografías: hubiera sido demasiado monótono, así se escribe y se escribe, descargando la labor de investigación del autor al lector.

Pero justamente por eso estimo que ahora puedo permitirme trazar algunas vidas de presos por entero.

1. ANNA PETROVNA SKRIPNIKOVA

Hija única de un simple obrero de Maikop, nació en 1896. Como ya sabemos por la historia del Partido, bajo el maldito régimen zarista le estaban vedados todos los accesos a la educación y estaba condenada a una mísera existencia de esclava. Fue, efectivamente, lo que le ocurrió, pero ya después de la revolución. Entretanto, se matriculó en el instituto de Maikop.

Anna era una muchacha robusta de cabeza grande. Una compañera de instituto la retrataba con sólo círculos: la cabeza, una bola; frente redonda, ojos redondos y eternamente perplejos; los lóbulos de las orejas, pegados a las mejillas, formando con ellas una sola circunferencia. Hombros redondos. Y toda su figura, un redondel.

Anna comenzó a reflexionar demasiado pronto. Ya en tercero de bachiller pidió permiso a la profesora para leer a Dobroliubov y Dostoievski en la biblioteca del instituto. La maestra se indignó: «¡Es demasiado pronto para ti!». «Bueno, si no quiere, iré a la biblioteca municipal». A los trece años se «emancipó de Dios», dejó de creer. A los quince años leía asiduamente a los Padres de la Iglesia con el único fin de contradecir furiosamente al cura en clase de religión, para gran regocijo de todas sus compañeras. Sin embargo, la firmeza de los *raskolniki*[fv] le sirvió de supremo modelo, y decidió que era preferible morir a dejarse doblegar el alma.

Nadie le impidió recibir la medalla de oro que había merecido[22]. En 1917 (¡la mejor época para estudiar!) fue a Moscú y se inscribió en los cursos superiores femeninos de Chaplyguin en el departamento de Filosofía y Psicología. Su medalla de oro le había valido una beca de estudios de la Duma que le fue pagada hasta el golpe de Estado de octubre. Ese departamento formaba profesores de Lógica y Psicología para los institutos. Durante todo el año 1918, ganándose la vida con clases

particulares, se dedicó al psicoanálisis. Aparentemente seguía siendo atea, pero, no obstante, sentía en su alma

… humear el altar viviente de la creación,
inmóvil sobre rosas de fuego.

Tuvo tiempo de inclinarse hacia la filosofía poética de Giordano Bruno y de Tiutchev, e incluso hubo un tiempo en que se consideró católica oriental. Cambiaba insaciablemente de fe, tal vez con mayor frecuencia que de forma de vestir (moda no había, y tampoco ella le hacía mucho caso). Además se tenía por socialista y la sangre de las rebeliones y de la guerra civil, por inevitables. Pero no podía aceptar el terror. ¡Democracia, sí; atrocidades, no! «Manos manchadas de sangre, tal vez; ¡pero de fango, no!».

A fines de 1918 tuvo que dejar los cursos (bueno, ¿y continuarían éstos?), y con grandes dificultades logró reunirse con sus padres en Maikop, donde el hambre aún no se hacía sentir tanto. Entretanto, en su ciudad natal ya habían creado un instituto de educación popular para jóvenes y adultos, y Anna fue nombrada ni más ni menos que catedrático interino de Lógica, Filosofía y Psicología. Gozaba de gran prestigio entre los estudiantes.

Mientras, los blancos vivían sus últimos días en Maikop. Un general de 45 años trataba de convencerla para que huyese con él. «¡General, deje su parada! ¡Huya antes de que lo metan en la cárcel!». En esos mismos días, durante una velada de profesores, entre íntimos, un profesor de Historia propuso un brindis «por el gran Ejército Rojo». Anna se negó: «¡Ni hablar!». Conociendo sus convicciones de izquierda, sus amigos abrieron grandes ojos. «Es que —predijo ella—, a pesar de las eternas estrellas…, cada vez habrá más y más fusilamientos».

Tenía la sensación de que esa guerra se iba llevando a todos los mejores, y sólo quedaban vivos los oportunistas. Ya presentía que se le acercaba la hora del heroísmo, sólo que todavía ignoraba en qué forma.

A los pocos días entraron los rojos en Maikop. Y a los pocos más convocaron una asamblea de los intelectuales de la ciudad. Salió al estrado el jefe de la Sección Especial del Quinto Ejército, un tal Losev, y en términos aplastantes (casi obscenos) se puso a injuriar a la «podrida *intelligentsia*»: «¿Qué os habéis creído? ¿Nadáis entre dos aguas? ¿Esperabais a que yo os invitara? ¿Y por qué no os habéis presentado solos?». Cada vez más desaforado, sacó el revólver de la pistolera y, sacudiéndolo, vociferaba: «¡Y toda vuestra cultura está podrida! ¡La destruiremos toda y construiremos otra nueva! ¡Y a vosotros, a quien estorbe, lo quitaremos de en medio!»[23]. Tras lo cual preguntó: «¿Quién interviene?».

Un silencio de muerte reinaba en la sala. No resonó ni un aplauso, y no se alzó ni una mano. (La sala callaba del susto, pero el susto no venía aún tras previo ensayo: la gente no sabía que los aplausos eran obligatorios).

Probablemente, Losev no contaba con que alguien se decidiera a intervenir; pero Anna se levantó: «¡Yo!». «¿Tú? Bueno, sube, sube». Anna atravesó toda la sala y subió al escenario. Una mujer de 25 años, robusta, de cara redonda y hasta colorada, de sólida naturaleza rusa (sólo recibía 50 gramos de pan diarios, pero su padre tenía una huerta bien provista). Sus largas y espesas trenzas rubias le llegaban hasta las rodillas, mas siendo toda una catedrática, no podía llevarlas así, y se enrollaba con ellas una segunda cabeza. Respondió con voz sonora:

—Hemos escuchado su iletrado discurso. ¡Usted nos convocó aquí, pero sin advertirnos que se trataba del entierro de la gran cultura rusa! Esperábamos encontrarnos con un embajador de la cultura y sólo hemos visto a un sepulturero. ¡Mejor que nos hubiera simplemente insultado que lo que dijo hoy! ¿Debemos comprender que habla usted en nombre del poder soviético?

—Sí —confirmó orgullosamente Losev, ya desconcertado.

—¡Pues si el poder soviético sigue teniendo de representantes a bandidos como usted, no va a durar mucho!

Anna terminó, y la sala prorrumpió en estruendosos aplausos (todos juntos aún no tenían miedo entonces). Ahí terminó la asamblea. Losev no encontró nada más que decir. Todos se acercaban a Anna, se arremolinaban alrededor de ella, le estrechaban la mano, le murmuraban al oído: «Está usted perdida, la van a detener. ¡Pero, gracias, gracias! ¡Nos sentimos orgullosos de usted, pero está usted perdida! ¿Qué ha hecho, Anna?».

Los chequistas ya la estaban esperando en su casa. «¡Camarada maestra! ¡Qué pobremente vives, una mesa, dos sillas y una cama, ni hay dónde registrar! Nunca nos había tocado arrestar gente como tú. Y tu padre es obrero. ¿Cómo es posible que con tanta pobreza te hayas puesto de parte de la burguesía?». La Checa todavía no estaba instalada, y condujeron a Anna a una habitación junto al despacho de la Sección Especial, donde ya estaba detenido un coronel blanco, el barón Bilderling. (Anna asistió a sus interrogatorios y a su fin, y más tarde le dijo a su mujer: «¡Murió con honor, puede estar orgullosa de él!»).

A ella la llevaron para el interrogatorio al cuarto donde Losev dormía y trabajaba. Cuando entró, él se estaba rascando el pecho sentado sobre la cama deshecha, en pantalones de montar y con la camisa desabrochada. Anna ordenó en el acto al hombre de la escolta: «¡Lléveme de vuelta!». Losev hizo una mueca: «¡Está bien, ahora me lavo y me pongo los guantes blancos de hacer la revolución!».

Durante una semana entera estuvo esperando extasiada que la condenaran a muerte. Hoy incluso recuerda Skripnikova esa semana como la más luminosa de su vida. Si se entienden bien estas palabras, se la puede creer muy bien. Es aquel éxtasis que invade el alma en recompensa por haber renunciado a toda esperanza de una posible salvación, entregándose por entero al heroísmo. (El amor a la vida destruye ese éxtasis).

Anna no sabía aún que la intelectualidad de la ciudad había presentado un escrito solicitando su indulto. (A fines de los veinte ya no habría surtido efecto, a principios de los treinta, nadie se habría atrevido). En los interrogatorios, Losev comenzó a mostrarse conciliador:

—¡Mira si habré conquistado ciudades, pero nunca vi a una loca como tú! ¡Hay estado de sitio, todo el poder está en mis manos, y tú me tratas de sepulturero de la cultura rusa! Bueno, de acuerdo, los dos nos acaloramos… Retira lo de «bandido» y «golfo».

—No. Sigo pensando lo mismo de usted.

—Todo el santo día vienen a interceder por ti. No me dejan en paz ni un minuto. Con la luna de miel del poder soviético, voy a tener que soltarte…

Y la soltaron. No porque consideraran su intervención inofensiva, sino por ser hija de un obrero. A la hija de un médico no se lo habrían perdonado[24].

Así comenzó Skripnikova su carrera penitenciaria.

En 1922 la metieron en la Checa de Krasnodar, donde la tuvieron ocho meses «por amistad con un elemento sospechoso». En aquella cárcel había epidemia de tifus, promiscuidad; la ración era de 50 g de pan al día y aun con impurezas. Vio a un niño morir de hambre en brazos de su vecina, y entonces juró que con semejante socialismo jamás tendría hijos, que nunca caería en la tentación de la maternidad.

Esa promesa la cumplió. Permaneció soltera toda su vida, y su sino, su inflexibilidad, tuvo ocasión de volverla a mandar a la cárcel más de una vez.

Se estaba iniciando la llamada paz. En 1923 fue a Moscú para inscribirse en la Facultad de Psicología de la Universidad estatal. Al rellenar el cuestionario escribió: «no marxista». Los encargados de la matrícula le aconsejaron, benévolos: «¡No sea loca! ¿Cómo se le ocurre poner esto? ¡Diga que sí, que es marxista, y luego piense lo que le dé la gana!». «Pero es que no quiero engañar al poder soviético: a Marx, simplemente, no lo he leído nunca». «¡Pues a más razón!». «No. Si acaso, cuando haya estudiado a fondo el marxismo y *si* lo acepto»… Entretanto, fue a enseñar a una escuela para subnormales.

En 1925 el marido de una íntima amiga suya, un socialrevolucionario, huyó del arresto. Para obligarlo a volver, la GPU tomó de rehenes (¡rehenes en plena NEP!) a su mujer y a la amiga de ésta, es decir, Anna. Con la misma cara redonda, corpulenta, las trenzas hasta las rodillas, la joven penetró en una celda de la Lubianka. (Era allí donde el juez de instrucción la aleccionaba de que «todas esas estupideces de la *intelligentsia* ya pasaron de moda… *¡limítese a pensar en sí misma!*»). Esta vez sólo estuvo en la cárcel un mes.

En 1927, por haber participado en una sociedad musical de maestros y obreros, conceptuada por las autoridades como un foco de posibles librepensadores, Anna fue arrestada por *cuarta vez*. Le dieron cinco años que pasó en las Solovki y en el Belomorcanal.

A partir de 1932 la dejaron tranquila mucho tiempo; por lo visto, también ella llevaba una vida más prudente. No obstante, a partir de 1948 comenzaron a despedirla de sus colocaciones. En 1950 la Facultad de Psicología le devolvió su tesis ya aceptada («Concepciones psicológicas de Dobroliubov»), fundándose en que ¡en 1927 había sido condenada por el artículo 58! En aquellos tiempos difíciles para Anna (llevaba cuatro años quedándose sin trabajo) le tendió una mano amiga… ¡la GB! Un delegado de la MGB central, de visita en Vladikavkaz, un tal Lisov (¡pero si es Losev!, ¿está vivo? ¡Y qué poca diferencia en las letras! Sólo que ahora no lleva la cabeza erguida como el alce, sino que se desliza furtivamente como el zorro)**[fw]** le propuso *colaborar* con ellos, a cambio de lo cual le conseguirían un trabajo y le permitirían leer su tesis. Ella se negó altivamente. Entonces, ni cortos ni perezosos, le fabrican un acta de acusación según la cual once años antes (!), en 1941, ella había dicho:

- que estábamos mal preparados para la guerra (¿es que lo estábamos bien?);
- que las tropas alemanas acampaban en nuestra frontera y nosotros les proveíamos de trigo (¿es que no era así?)

Esta vez le dieron diez años y fue a Campos Especiales, primero al Dubrovlag, en Mordovia, y después al Kamyshlag, estación de Suslov, en el distrito de Kemerov.

Frente a ese muro impenetrable se le ocurrió mandar quejas ni más ni menos que a… ¡la ONU! En vida de Stalin mandó tres. ¡No era un simple truco, no! Esos coloquios imaginarios con la ONU desahogaban verdaderamente su alma en constante ebullición. Durante todos esos años de canibalismo, realmente no veía otra luz en el mundo. En esas quejas fustigaba la monstruosa arbitrariedad que reinaba en la URSS y pedía a la ONU que interviniera ante el Gobierno soviético, ya sea para que se revisara su causa, ya sea para que la fusilaran, pues no podía seguir viviendo bajo semejante terror. Los sobres iban dirigidos con la mención «personal» a diversas personalidades del Gobierno, y en el interior venía una solicitud de transmitir a la ONU.

En el Dubrovlag, la convocó un consejo de enfurecidos mandamases:

—¿Cómo se atreve a escribir a la ONU?

Skripnikova les hacía frente como siempre, erguida, corpulenta, majestuosa:

—Ni el Código Penal, ni la Ley de Enjuiciamiento Criminal, ni la Constitución, lo prohíben. ¡En cambio, ustedes no deberían de abrir cartas dirigidas a un miembro del Gobierno a título personal!

En 1956 el Soviet Supremo mandó al Dubrovlag una comisión «de descargue», cuya única misión consistía en liberar el mayor número de reclusos en el menor tiempo posible. Había un pequeño trámite, en que el *zeko* tenía que pronunciar unas palabras de contrición, mantener unos instantes la cabeza gacha. ¡Pero no, Anna Skripnikova no era de ésas! ¡Su liberación personal no era nada frente a la justicia universal! ¿Cómo podía aceptar un perdón si no era culpable?

—No se alegren demasiado —declaró a esa comisión—. Tarde o temprano, todos los agentes del terror estaliniano tendrán que responder ante el pueblo. Yo no sé quién era usted personalmente en tiempos de Stalin, ciudadano coronel, pero si actuó como agente del terror, también se sentará en el banquillo de los acusados.

Los miembros de la comisión se pusieron rojos de ira, dieron grandes voces de que en sus personas está injuriando al Soviet Supremo, de que se iba a acordar, de que juzgaría su condena de timbre a timbre.

Y, efectivamente, sus quiméricos sueños de justicia le valieron tres años más de reclusión.

Siguió escribiendo de cuando en cuando a la ONU desde el Kamyshlag (envió en el transcurso de siete años, hasta 1959, un total de ochenta peticiones a todos sitios). Por esas cartas, en 1958 la mandaron por un año a la cárcel política de Vladimir. Allí había un reglamento: cada diez días se admitía una solicitud a cualquier organismo, y en seis meses envió de allí dieciocho, de las cuales doce a la ONU.

¡Y lo consiguió! ¡No el fusilamiento, sino la revisión de sus causas de 1927 y 1952! «¿Qué quiere? —declaró al juez de instrucción—. Las peticiones a la ONU son la única manera de abrir una brecha en el muro de piedra de la burocracia soviética y de hacerse oír de una Temis sorda».

El juez de instrucción se levantaba de un brinco, se golpeaba el pecho.

—¿Que todos los agentes del terror estaliniano, como llama usted no sé por qué (!) el culto a la personalidad, tengan que responder ante el pueblo? ¿Pero por ejemplo yo, de qué tengo que responder? ¿Qué otra política podía haber seguido entonces? ¡Yo confiaba absolutamente en Stalin y no sabía nada!

Pero Anna lo remataba:

—¡No, no, así no se librará! ¡Cada crimen tiene su responsable! Si no, ¿quién iba a responder por los millones de víctimas inocentes? ¿Por la flor de la nación, la flor del Partido? ¿El difunto Stalin? ¿El fusilado Beria? ¿Y en cambio usted hará su carrera política?

(Entretanto, su presión sanguínea se iba aproximando al límite fatal; le bastaba con cerrar los ojos para ser presa del vértigo).

¡Y de buena gana la habrían retenido más, pero en 1959 ya habría sido grotesco!

En los años que siguieron (todavía vive) se dedicó a interceder por sus amigos de los campos que seguían presos, confinados o con antecedentes. A algunos los sacó, a otros los rehabilitó. También sale en defensa de sus conciudadanos. Las autoridades municipales le temen a su pluma y a sus sobres para Moscú, a veces ceden en algo.

Si todos hubieran demostrado aunque sólo fuera una cuarta parte de la intransigencia de Anna Skripnikova, otra hubiera sido la historia de Rusia.

2. STEPAN VASILIEVICH LOSCHILIN

Nació en 1908 en la región central del Volga, hijo de un obrero de la industria del papel. Quedó huérfano en 1921 en tiempos del hambre. No era lo que puede decirse un muchacho listo, pese a lo cual, a los diecisiete años ya estaba en el Komsomol y a los dieciocho ingresó en una escuela de juventudes campesinas, que terminó a los veintiún años. En esa época los mandaban a requisar el grano, y en 1930, intervino en la deskulaquización de su pueblo natal. Sin embargo, no se quedó a construir el koljós, sino que «tomó permiso» del Soviet rural y se fue con él a Moscú. Allí, con mucho esfuerzo, consiguió un trabajo de… peón de albañil (era la época del paro, y a Moscú se venían todos ya por aquel entonces). Un año más tarde fue a la mili, allí lo aceptaron como candidato, luego como miembro del Partido. Desmovilizado a finales de 1932, volvió a Moscú, pero ya no quería seguir de peón, y solicitó al comité comarcal del Partido que lo dirigiera de aprendiz a una fábrica. Mas, por lo visto, debía de ser un comunista un tanto bobo, porque hasta eso se lo denegaron, y a cambio le propusieron que ingresara en la Policía.

Pero esta vez se negó él. De no haberlo hecho, no estaríamos escribiendo esta biografía. Pero el hecho es que se negó.

Era joven, se avergonzaba ante las chicas de trabajar de peón, de no tener oficio. Pero no había dónde aprenderlo. E ingresó en la fábrica «Calibre» otra vez de peón. Allí, en una asamblea del Partido, intervino cándidamente en defensa de un obrero al que, por lo visto, el Partido ya había destinado para la purga. Aquel obrero fue excluido, como estaba previsto, y a Loschilin comenzaron a hostigarlo. En la residencia donde vivía le robaron las cuotas del Partido que recogía y como su salario de 93 rublos no le permitía reponerlas, lo excluyeron del Partido y lo amenazaron con llevarlo ante los tribunales (¿estará previsto en el Código Penal el extravío de cuotas del Partido?). Profundamente abatido, Loschilin faltó un día a su trabajo. Lo licenciaron por «ausencia injustificada». Con semejante *curriculum* estuvo mucho tiempo sin poder encontrar otro trabajo. Lo estuvo molestando el juez de instrucción, luego lo dejó tranquilo. Loschilin esperaba el juicio, pero el juicio no llegaba. De pronto llegó la condena *en rebeldía*: seis meses de trabajos correccionales[fx] con descuento del 25 %, a cumplir por intermedio de la Oficina Municipal de Trabajos Correccionales (BITR).

En Septiembre de 1937 Loschilin se dirigió en pleno día a la cantina de la estación de Kiev (¿qué sabemos de nuestro destino? Con que hubiera pasado hambre quince minutos más, o que hubiera ido a otra cantina)… Se le cruzó una mujer joven, con uniforme de la NKVD. (Mujer, ¿es ése un trabajo para ti?). ¿Tal vez nuestro hombre iba con expresión perpleja, o como si buscase algo? Él no lo sabe. «¿Qué busca —preguntó ella—, adónde va?». «A la cantina». Le indicó una puerta: «¡Entre aquí!». Loschilin, por supuesto, obedeció. (¡Si lo hubieran dicho a un inglés!). Era el local de la Sección Especial. En la mesa había un funcionario. La mujer dijo: «Detenido por la ronda en la estación». Y se marchó; Loschilin no la volvió a ver nunca más (y tampoco nosotros sabremos nunca nada de ella)… El funcionario, sin

ofrecerle asiento, comenzó a interrogarlo. Le quitó toda la documentación y lo envió al cuarto de los detenidos. Allí ya había dos hombres y, como cuenta Loschilin, «esta vez no pedí permiso (!) y me senté al lado de ellos en una silla que había libre». Los tres permanecieron un largo rato en silencio. Luego vinieron a buscarlos unos policías y los condujeron a prisión preventiva. Un policía ordenó que le entregaran todo el dinero, porque en la celda «de todos modos se lo iban a quitar» (¡que paralelismo entre la Policía y los malhechores!). Loschilin mintió que no tenía. Lo cachearon y se llevaron el dinero para siempre. En cambio, le devolvieron el tabaco. Ingresó en su primera celda con dos paquetes de picadura y los puso sobre la mesa. Por supuesto, nadie tenía de qué fumar.

Una sola vez lo condujeron a presencia del juez de instrucción. Éste le preguntó si no se dedicaba al robo. (¡Era una tabla de salvación! ¡Haber dicho que «sí, me dedico, pero hasta ahora nunca me habían pescado»! Y todo lo más, lo habrían expulsado de Moscú). Pero Loschilin contestó altivamente: «Vivo de mi propio trabajo». ¡Y el juez de instrucción no lo acusó de nada más, y ahí terminó la instrucción, y no hubo ningún juicio!

Se estuvo diez días en la prisión preventiva, hasta que una noche se los llevaron a todos a la Comisaría de Moscú, en la calle Petrovka. Ahí ya estaban estrechos, sin aire, hacinados. La ley la imponían los hampones, despojaban a los demás de sus ropas, las perdían en el juego. Allí Loschilin se sorprendió por primera vez de «su extraña audacia, su manera de subrayar una incomprensible superioridad». Una noche se pusieron a trasladarlos a la cárcel de tránsito de la calle Stretenka (¡ahí es donde estaba antes de la Krasnaia Presnia!). Allí estaban todavía más estrechos: se sentaban por turno en el suelo o en las tarimas. A los semidesvestidos (por los hampones), la Policía ya los vestía: de alpargatas y de uniformes viejos de la propia Policía.

Entre los compañeros de viaje de Loschilin también había muchos otros que *no estaban acusados de nada*, ni habían comparecido ante ningún Tribunal, y a los que, sin embargo, transportaban junto con los condenados. Los trajeron a Perebory, donde se les hizo una ficha, y sólo entonces Loschilin se enteró de su artículo: ESP, Elemento Socialmente Peligroso, cuatro años. (Hasta el día de hoy no termina de entenderlo: si mi padre es obrero, y yo también soy obrero, ¿por qué ESP? *Otra cosa* que me hubiera dedicado al comercio)…

Volgolag. Tala de árboles. Jornada de diez horas, sin un solo día de fiesta, salvo las de octubre y mayo (¡eso era *tres* años antes de la guerra!). A consecuencia de un accidente, a Loschilin se le rompió una pierna: intervención, cuatro meses de hospital, tres de muletas. Y luego otra vez a talar árboles. Así purgó sus cuatro años. Ya había empezado la guerra, pero como al fin y al cabo no se consideraba artículo 58, lo soltaron en el otoño de 1941. El mismo día en que salía, le robaron el chaquetón, anotado en su tarjeta de inventario. ¡Lo que llegó a suplicar a los enchufados que dieran de baja ese dichoso chaquetón, pero no hubo forma! ¡No se apiadaron! Se lo descontaron de su «peculio de liberado», además al doble de su

valor (¡y según la tarifa oficial, ese tesoro acolchado-zarrapastroso sale carísimo!), y en un frío día de otoño lo soltaron en camisa de algodón y casi sin dinero, pan y arenques para el camino. Los centinelas lo registraron a la salida y le desearon buen viaje.

Así fue desvalijado el día de su liberación, igual que el día de su detención…

Al rellenarle los papeles el jefe de Administración, Loschilin logró leer boca abajo lo que decía su *expediente*. Decía: «Detenido por la ronda en la estación»…

Llegó a Sursk, su pueblo natal. Por enfermedad, lo eximieron del servicio militar. ¡Pues también fue para mal! En el otoño de 1942, por orden número 336 del Comisariado del Pueblo para Defensa, fueron movilizados todos los hombres en edad militar aptos para el trabajo físico. Loschilin fue a parar al *destacamento de trabajo* de la Intendencia de la guarnición de Ulianovsk. Qué clase de destacamento era ése y cómo estaba conceptuado, podemos colegirlo del hecho de que había allí numerosos jóvenes de la Ucrania Occidental que habían logrado movilizar antes de comenzar la guerra, pero a los que no mandaban al frente por no considerarlos de confianza. Loschilin se encontró, pues, en una de las variantes del Archipiélago, un campo militar sin escolta, calculado igualmente para el extermino por agotamiento.

Jornada laboral de diez horas. En el cuartel, tarimas de dos pisos sin sábanas, ni mantas, ni colchones (cuando iban a trabajar, el cuartel quedaba deshabitado). Trabajaban y andaban con ropa propia, la que llevaban puesta cuando los sacaron de casa. Ropa interior propia también, sin baños ni mudas. Les pagaban un salario reducido, del que les descontaban el pan (600 gramos), la alimentación (muy mala, dos platos dos veces al día) e incluso las alpargatas, una vez que les dieron.

De los miembros del destacamento, uno era comandante, otro gerente, pero no tenían facultad alguna. Todo lo llevaba M. Zheltov, jefe de la oficina de construcciones y reparaciones. Era un reyezuelo que hacía y deshacía. Por disposición suya, cualquiera podía ser privado de comida y de pan por veinticuatro o cuarenta y ocho horas. («¿Qué ley es ésa? —se asombraba Loschilin—. ¡No pasaba ni en los campos!»). Y sin embargo, en ese destacamento también ingresaban soldados del frente heridos o convalecientes. Había médico, una mujer. Tenía derecho a expedir hojas de enfermería, pero Zheltov se lo prohibió; ella le tenía miedo y lloraba, sin ocultar sus lágrimas al destacamento. (¡Eso es estar EN LIBERTAD! ¡Ésa es nuestra Libertad!). Se llenaron de piojos, y las tarimas, de chinches.

¡Bueno, pero no era un campo, caramba! ¡Se podía reclamar! Y reclamaban. Escribían al periódico regional, al Comité del Partido. Ninguno les contestó. Sólo dio señal de vida la Jefatura de Sanidad: hicieron una desinfección a fondo, instalaron baños, y les entregaron a todos, a cuenta de su sueldo (!), una muda de ropa interior, colchón y ropa de cama.

Durante el invierno 1944-1945, cuando Loschilin iniciaba su tercer año consecutivo en el destacamento, sus zapatos propios se terminaron de romper, y no salió al trabajo. Inmediatamente lo procesaron según el Decreto por ausencia

injustificada: tres meses de trabajos correccionales en el mismo destacamento, con retención del 25 %.

En los húmedos días de primavera, Loschilin ya no podía caminar ni con alpargatas, y otra vez se negó a salir al trabajo. Lo juzgaron de nuevo (contando todas las rebeldías, ya era ¡por cuarta vez!) en el salón del cuartel, la condena fue: tres meses de privación de libertad.

Pero… ¡no lo encarcelaron! ¡Porque no le traía a cuenta al Estado hacerse cargo de él! ¡Porque ninguna privación de libertad podía ser peor que ese destacamento de trabajo!

Corría el mes de marzo de 1945. Y las cosas habrían quedado como estaban si a Loschilin no se le hubiera ocurrido escribir a la Intendencia de la guarnición, quejándose de que Zheltov había prometido entregarles a cada uno un par de botas militares, pero no las entregaba (y si esa carta la escribió él solo, era porque las peticiones *colectivas* estaban severamente prohibidas, por ser contrarias al espíritu del socialismo; por una carta colectiva hasta podían dar artículo 58).

Y Loschilin fue convocado a la sección de personal: «¡Devuelva la ropa de trabajo!». Y lo único que aquel callado trabajador había recibido en tres años —un *delantal de trabajo*— se lo quitó y lo depositó silenciosamente en el suelo. Allí mismo había un guardia, que había hecho venir la Intendencia. Se llevó a Loschilin a la Comisaría, y por la noche, a la cárcel; pero el encargado encontró algo en los papeles que no estaba en regla y se negó a ingresarlo, de modo que el guardia lo tuvo que llevar de vuelta a la Comisaría.

El camino pasaba justamente delante del cuartel de su destacamento. El guardia se lo señaló con la mano:

—Anda, ve y descansa. De todos modos, no te vas a escapar. Espérame un día de éstos.

Terminaba abril de 1945. Las divisiones legendarias ya se estaban acercando al Elba y rodeaban Berlín. ¡Cada día el país retumbaba con salvas, y el cielo se teñía de rojos, verdes y oros! El 24 de abril, Loschilin fue metido en la prisión provincial de Ulianovsk. Su celda estaba tan atiborrada como en el 37. Quinientos gramos de pan, y sopa de nabo forrajero (si alguna vez llegaba a ser de patatas, eran pequeñas, sin pelar y mal lavadas). Pasó el 9 de mayo en la celda (durante varios días no se enteraron del final de la guerra). Igual que Loschilin había acogido la guerra entre rejas, del mismo modo la despidió.

Después del día de la Victoria, los *ukazniki* (es decir, los condenados por ausencia al trabajo, retrasos, incluso pequeños hurtos en la producción) fueron enviados a una colonia. Allí había trabajos de desmonte, una obra, se descargaban barcazas. Alimentaban mal, el *lagpunkt* era nuevo, no había no ya médico, sino ni enfermera. Loschilin cogió frío, se le declaró una ciática, pero a pesar de eso lo siguieron mandando a trabajar. Se estuvo *acercando,* con las piernas hinchadas, fiebre constante, y lo seguían mandando lo mismo.

El 7 de julio de 1945 se descargó la famosa amnistía estaliniana. Pero Loschilin no obtuvo de ella su liberación: el 24 de julio expiraban sus tres meses de condena, y sólo entonces lo soltaron.

«No importa —dice Loschilin—; en el fondo del alma sigo siendo un bolchevique. Cuando me muera, consideradme comunista».

¿Lo dirá en broma? Tal vez no.

En este momento no dispongo de material para terminar este capítulo como me habría gustado, es decir, señalando las asombrosas interferencias entre los destinos rusos y las leyes del Archipiélago. Y tampoco tengo esperanzas de que me sea concedido más tiempo, sin prisas ni peligros, para darle una nueva redacción a este libro y agregarle las vidas que faltan.

Creo que aquí habría estado muy oportuno el relato de la vida, de las persecuciones carcelario-concentracionarias y de la muerte del padre Pablo A. Florenski, tal vez una de las personalidades más extraordinarias irremediablemente tragadas por el Archipiélago. Personas competentes afirman que era un sabio absolutamente excepcional para el siglo XX, pues dominaba una gran variedad de disciplinas a nivel profesional. Matemático por su formación, experimentó en su juventud una profunda conmoción religiosa y se ordenó sacerdote. Su libro de aquellos años, *Columna y fundamento de la Verdad*, sólo hoy comienza a ser debidamente apreciado. Dejó numerosos trabajos matemáticos (teoremas topológicos demostrados mucho más tarde en Occidente), histórico-artísticos (sobre los iconos rusos, sobre autos sacramentales), filosófico-religiosos (su archivo se ha conservado en lo esencial, sigue inédito, yo no tuve acceso a él). Después de la revolución fue profesor en la Facultad de electrotécnica (daba clase en sotana). En 1927 formuló ideas que se anticipaban a las de Wiener. En 1932 publicó, en la revista «Reconstrucción y Ciencia socialistas», un artículo sobre máquinas de resolver problemas, muy en el espíritu de la cibernética. Poco después lo detuvieron. Sus vicisitudes penitenciarias las conozco sólo por unos pocos puntos que anoto aquí a beneficio de inventario: confinamiento en Siberia (donde escribió trabajos que publicó bajo un nombre prestado en las publicaciones de la sección siberiana de la Academia de Ciencias), Solovki, después de su liquidación el Gran Norte, según ciertos informes Kolyma. Incluso allí estudiaba la flora y los minerales (eso a más de su trabajo de pico y pala). No se conocen ni el lugar ni la fecha de su muerte en el campo. Según ciertos rumores, fue fusilado durante la guerra.

Tenía el firme proyecto de relatar aquí también la vida de Valentin I. Komov, del partido de Efremov, compañero mío en el campo de Ekibastuz en los años 1950-1952, pero no recuerdo de él lo suficiente, necesitaría más detalles. En 1929, a los diecisiete años, asesinó al presidente de su soviet rural y se dio a la fuga. Después de eso, el único camino para poder subsistir en la clandestinidad era el robo. Estuvo varias veces en la cárcel, pero siempre por robo. En 1941 salió. Durante la ocupación

fue deportado a Alemania, pero ¿creen que colaboró con ellos? No, dos veces trató de huir, lo que le valió Buchenwald, de donde lo sacaron los aliados. ¿Y creen que se quedó en Occidente? Tampoco: bajo su verdadero nombre («¡la Patria te ha perdonado, la Patria te reclama!») volvió a su pueblo natal, se casó, trabajó en el koljós. En 1946 lo prendieron como artículo 58 por el asunto de 1929. Lo soltaron en 1955. De haber podido desarrollar esta biografía en detalle, nos habría explicado muchas cosas de los destinos rusos en esos decenios. Además, Komov era en el campo un típico jefe de equipo, un «hijo del GULAG». (Hasta en un campo disciplinario se atrevió a preguntarle al jefe, cuando pasaban lista: «¿Por qué en nuestro campo el régimen es fascista?»).

Por fin, me hubiera venido muy bien para este capítulo la historia de algún socialista destacado (por sus cualidades personales, por la firmeza de sus convicciones), mostrando sus múltiples y largas penalidades según las jugadas del «Gran Solitario».

O si no, quizás habría convenido la biografía de algún *emeuvedista* de monta, como Garanin, o Zaveniaguin, o alguno menos conocido.

Mas todo esto, por lo visto, no me ha deparado el destino hacerlo ya. Al interrumpir este libro a principios de 1967[25], no espero tener ocasión de volver algún día al tema del Archipiélago.

Bueno, y ya basta, llevo con él veinte años.

Quinta parte

El presidio

¡De la Siberia de los presidios, de los grilletes, haremos una Siberia soviética, socialista!

STALIN

I
Los condenados

Una revolución suele ser atropelladamente desprendida. Se apresura a renunciar a muchas cosas. Por ejemplo, a la palabra *presidio*. Sin embargo, es una buena palabra, sería, no como una sietemesina DOPR, no como una resbaladiza ITL. La palabra *presidio* cae del estrado del tribunal como una guillotina apenas frenada, y ya en la sala de audiencia le parte el espinazo al condenado, le cercena toda esperanza. La palabra «presidiarios» es tan terrible que los demás detenidos, los no-presidiarios, piensan entre sí: ¡ahí, ahí estarán los verdugos! (Es una cobardona y salvadora propiedad del hombre: imaginarte que no eres tú el peor de todos, y que tu situación no es la peor. ¡Los presidiarios llevan *números*! ¡Luego sí que son unos miserables! ¡A ti y a mí no nos los colgarán…! ¡Esperaos, también os llegará!).

A Stalin le gustaban mucho las palabras antiguas, recordaba que con ellas los estados pueden durar siglos. Sin ninguna necesidad proletaria reinjertaba los atolondradamente podados «oficial», «general», «director», «supremo». Y veintiséis años después de que la revolución de Febrero hubiera suprimido el presidio. Stalin lo volvió a introducir. Fue en abril de 1943, cuando Stalin sintió que por lo visto, empezaba a salir del bache. Los primeros frutos civiles de la victoria popular en Stalingrado fueron: el Decreto de militarización de los ferrocarriles (para formar consejo de guerra a rapaces y mujerucas), y, al día siguiente (17 de abril), el Decreto de introducción del presidio y de la horca. (La horca también es una buena antigua institución, eso no es pif-paf con la pistolita, la horca estira la muerte y permite mostrarla en detalle a una gran muchedumbre a la vez). Todas las victorias subsiguientes fueron suministrando al presidio y a la horca su contingente de condenados, primero del Kubán y del Don, luego del margen izquierdo del Dnieper, de Kursk, Orel, Esmolensco. Tras el ejército iban los tribunales, a unos los colgaban públicamente en el acto, a otros los mandaban a los recién creados *lagpunkts* presidiarios.

El primero de todos fue, parece ser, el de la mina 17 de Vorkuta (pronto hubo también en Norilsk, y en Dzhezkazgán). El objetivo apenas se ocultaba: a los presidiarios se trataba de matarlos. Era confesadamente un moridero, sólo que, en la tradición del GULAG, extendido en el tiempo, para que los condenados sufrieran más y antes de morir aún trabajaran un poco.

Los alojaron en «tiendas de campaña» de siete metros por veinte, habituales en el Norte. Forradas de tablas y cubiertas de serrín, estas tiendas venían a convertirse en unos barracones ligeros. En una tienda de éstas entraban 80 personas en *vagonkas*[fy], 100 en tarimas continuas. Presidiarios, metían doscientos.

¡Pero no era hacinamiento! Era sólo empleo racional del edificio. Para los presidiarios establecieron una jornada de doce horas en dos turnos y sin asuetos, de modo que siempre había cien trabajando, cien en el barracón.

En el trabajo los rodeaba una escolta con perros, les pegaba todo el que quería, los azuzaban con las metralletas. En camino a la zona podían por capricho soltar contra su columna una ráfaga de tiros, y nadie exigía a los soldados responsabilidades por los muertos. A la extenuada columna de presidiarios era fácil distinguirla desde lejos de una de detenidos corrientes, tan perdidos, tan trabajosamente caminaban.

Se les medían sin rebajas sus doce horas de trabajo. (En la talla manual de piedra de morrillos, bajo las ventiscas polares de Norilsk, les daban dos veces al día 10 minutos para calentarse). Y se empleaban lo más disparatadamente posible sus doce horas de descanso. Por cuenta de estas doce horas los conducían de zona a zona, los hacían formar, los registraban. En la zona de habitación en seguida los llevaban a su jamás ventilada tienda —un barracón sin ventanas— y los encerraban dentro. En invierno había allí un aire espeso, apestoso, húmedo, acre, que una persona no acostumbrada no podía resistir ni dos minutos. La zona de habitación era aún menos asequible a los presidiarios que la zona de trabajo. Ni al retrete, ni al comedor, ni a la enfermería los dejaban ir jamás. Para todo estaba o el zambullo, o la ventanilla. Así era el presidio estaliniano de los años 1943-1944: una combinación de lo peor del campo de concentración con lo peor de la cárcel[1].

En sus 12 horas de *descanso* entraba además el pase de lista por la mañana y por la noche, no simplemente contar cabezas, como con los presos ordinarios, sino detallado, nombre por nombre, en el que cada uno de los cien presidiarios debía dos veces al día pregonar sin vacilación su *número,* su aborrecido apellido, nombre, patronímico, año y lugar de nacimiento, artículo, condena, quién la dictó y final de la condena; mientras los otros noventa y nueve debían dos veces al día oír todo eso y desconsolarse. En esas mismas doce horas también entraban dos repartos de alimento: por la ventanilla se repartían las escudillas, por la ventanilla se recogían. Ni a un presidiario se le autorizaba a trabajar en la cocina, ni a uno transportar las ollas de comida. Todo el servicio eran hampones, y cuanto más descaradamente, más despiadadamente robaran a los malditos presidiarios, tanto mejor vivían ellos, y más satisfechos estaban los amos del presidio: aquí, como siempre por cuenta del Cincuenta y Ocho[fz], coincidían los intereses del NKVD[ga] y de los ladrones.

Pero como los documentos no debían conservar para la historia que a los presidiarios también se los mataba de hambre, según los papeles les tocaban míseros, y aquí, encima, robados sobre robado, complementos «de minero» y «de premio». Y todo esto implicaba unos largos trámites a través de la ventanilla, con llamada de

cada apellido e intercambio de escudillas por talones. Y cuando por fin se podían dejar caer en las tarimas y dormir, se volvía a abrir la ventanilla, y otra vez se llamaban apellidos, y empezaba la entrega de esos mismos talones para el día siguiente (los simples reclusos no bregaban con los talones, los recibía y entregaba a la cocina el jefe de equipo).

Así de doce horas de descanso en celda, apenas si les quedaban cuatro horas tranquilas de sueño.

Además, por supuesto, los presidiarios no cobraban nada en absoluto, no tenían derecho a recibir ni paquetes, ni cartas (en sus zumbantes, ofuscadas cabezas debía apagarse su anterior *libertad*, y no quedar nada del mundo en la indistinta noche polar, salvo su trabajo y este barracón).

Por todo esto, los presidiarios respondían bien al tratamiento y morían rápido.

El primer *alfabeto* de Vorkuta (28 letras, cada letra con numeración de uno a mil), los 28 mil primeros presidiarios de Vorkuta, todos sucumbieron en un año.

Lo raro es que no haya sido en un mes**[2]**.

En Norilsk, en la 25 fábrica de cobalto, en la zona entraba un convoy a cargar mineral, y los presidiarios se echaban bajo el tren, para terminar antes con todo eso. Dos docenas de hombres, desesperados, se fugaron a la tundra. Los descubrieron con aviones, los ametrallaron, luego los apilaron muertos ante el portal.

En la mina n.º 2 de Vorkuta había un *lagpunkt* presidiario de mujeres. Las mujeres llevaban números en la espalda y en los pañuelos de cabeza. Trabajaban en todos los trabajos subterráneos e incluso, e incluso… ¡superaban el plan…!**[3]**

Pero ya estoy oyendo a mis contemporáneos y compatriotas gritarme indignados: ¡alto! ¿*De quién* se atreve a hablarnos? ¡Sí! Se proponían exterminarlos, ¡y bien hecho! ¡Si eran los traidores, los *polizei*, los burgomaestres! ¡Se lo tenían merecido! ¡¿No les irá a tener lástima?! (En tal caso, como sabemos, la *crítica* sale del marco literario y pasa a competencia de los *órganos*). Y las mujeres esas, ¡si son *pellejas alemanas*! —me gritan voces *de mujer*. (¿No exagero?, ¿o no eran mujeres nuestras las que llamaban a otras mujeres nuestras *pellejas*?).

Lo más fácil para mí sería contestar como se hace ahora, *condenando el culto*. Contar de algunas condenas a presidio excepcionales (por ejemplo, de aquellas tres voluntarias del komsomol**[gb]** que en sus bombarderos ligeros se asustaron de lanzar sus bombas sobre el objetivo, las soltaron en pleno campo, volvieron sanas y salvas e informaron que habían cumplido la misión. Pero después a una de ellas la atormentó su conciencia komsomola, se lo contó a la jefa del komsomol de su unidad de aviación, otra muchacha, ésta, naturalmente, a la Sección Especial, y a las tres muchachas les endilgaron 20 años de presidio a cada una). Exclamar: ¡miren a qué honrados ciudadanos soviéticos castigaba la arbitrariedad de Stalin! Y luego ya indignarme no con la arbitrariedad en sí, sino con los fatídicos errores cometidos con komsomoles y comunistas, hoy día felizmente corregidos.

Sin embargo, sería indigno no tratar el problema en toda su profundidad.

Primero el de las mujeres, como sabemos, actualmente liberadas. No del trabajo doble, claro, sino del matrimonio canónico, del yugo de los convencionalismos sociales y de las kabanijas[gc]. Pero ¿qué? ¿No es una Kabanija mucho peor la que les hemos organizado nosotros, si la libre disposición de su cuerpo y de su persona se lo incriminamos como antipatriotismo y como delito criminal? ¿No es toda la literatura universal (antes de Stalin) la que ha cantado al amor libre de limitaciones nacionales?, ¿de la voluntad de generales y diplomáticos? En cambio nosotros, en eso también hemos aceptado el criterio de Stalin: sin un Decreto del Praesidium del Soviet Supremo no te entregues. Tu cuerpo es ante todo patrimonio del Estado.

Ante todo, ¿qué edad tenían cuando se enfrentaron al enemigo, no en combate, sino en la cama? Desde luego no más de treinta años, y si me apuran, de veinticinco. ¡O sea que desde sus primeras impresiones infantiles, se habían educado *después* de Octubre, en escuelas soviéticas y en la ideología soviética! ¿Luego nos enfadamos con el fruto de nuestras manos? A algunas muchachas les quedó eso que nos hartamos de vocear durante quince años, de que no hay ninguna patria, de que la nación es un invento reaccionario. Otras estaban hartas de la sosería puritana de nuestras reuniones, mítines, manifestaciones, cine sin besos, bailes sin abrazos. Otras fueron conquistadas por la amabilidad, la galantería, esos detalles del aspecto exterior del varón y esos signos externos de cortejo que nadie había enseñado a los mozos de nuestros planes quinquenales ni a los camaradas-comandantes del ejército de Frunze. Otras estaban simplemente hambrientas, sí, primitivamente hambrientas, es decir, no tenían nada que comer. Y otras más, tal vez, no vieron otro medio de salvarse a sí mismas o a sus familias, de no ser separadas de ellas.

En la ciudad de Starodub, provincia de Briansk, donde estuve tras las huellas del enemigo en retirada, me contaron que allí estuvo mucho tiempo acuartelada una guarnición húngara, para defender la ciudad de los partisanos. Luego vino la orden de trasladarla, y docenas de mujeres del lugar perdieron toda vergüenza, fueron a la estación y, al despedir a los ocupantes, lloraban como (añadía un zapatero guasón) «no habían despedido a sus maridos para la guerra».

El Tribunal llegó a Starodub días después. Seguro que no dejaría de atender denuncias. Y a alguna de las lloronas de Starodub la mandaría a la mina n.º 2 de Vorkuta.

Pero ¿quién tiene la culpa? ¿Quién? ¿Esas mujeres? ¿O nosotros, todos nosotros, compatriotas y contemporáneos? ¿Cómo seríamos *nosotros*, que nuestras mujeres se nos fueron con los ocupantes? ¿No será una de las innumerables facturas que hemos pagado, pagamos y seguiremos pagando mucho tiempo por nuestro camino, atolondradamente elegido, atropelladamente recorrido, sin reparar en bajas, sin un vistazo al futuro?

A todas estas mujeres y muchachas, tal vez, hubiera convenido someterlas a reprensión moral (pero oyéndolas a ellas también), tal vez hubiera convenido

escarnecerlas burlonamente, pero ¿enviarlas por esto a presidio?, ¿a un moridero polar?

—Bueno, ¡las mandó Stalin! ¡Beria!

¡No, perdonen! Los que las mandaron, y las tuvieron, y las remataron, están ahora en los consejos cívicos de jubilados y cuidan de nuestra ulterior moralidad pública. ¿Y nosotros todos? Oímos «pellejas alemanas», y asentimos enteradamente con la cabeza. El que aún hoy consideremos culpables a todas estas mujeres es muchísimo más peligroso para nosotros que incluso el que las *enchiqueraran* en su día.

—Está bien, pero ¡¿los hombres sí fueron por algo?! Son traidores a la patria y traidores sociales.

También aquí podría escurrirme. Podría recordar (y es verdad) que los principales criminales, claro, no se quedaron quietos esperando nuestros tribunales y horcas. Huyeron a Occidente como pudieron, y muchos escaparon. En cambio nuestra vengadora justicia completaba las cifras establecidas con la morralla (ahí ayudaron mucho las denuncias de los vecinos): en casa de Fulano pararon unos alemanes, ¿por qué este cariño? Mengano en su trineo estuvo acarreando heno para los alemanes, colaboración directa con el enemigo[4].

Así podría eludir el problema, volver a echarle la culpa al *culto*: hubo excesos, ahora están corregidos. Todo normal. Pero ya que hemos empezado, sigamos.

¿Y los maestros? Esos maestros que nuestro Ejército, en su pánica desbandada, abandonó con sus escuelas y sus alumnos, por un año, o dos, o tres. Porque los intendentes eran tontos, los generales eran malos, ¿qué tenían que hacer ahora los maestros? ¿Enseñar a los niños, o no enseñar? ¿Y qué tenían que hacer los chiquillos, no los que ya tenían quince años, que podían ganarse la vida o irse con los partisanos, sino los pequeños? ¿Estudiar, o vivir dos-tres años de borricos en expiación de los errores del comandante en jefe? No me ha dado gorro mi padre, pues que se me hielen las orejas, ¿no…?

Este problema, no sé por qué, no se planteó ni en Dinamarca, ni en Noruega, ni en Bélgica, ni en Francia. Allí no se estimaba que, fácilmente entregado al poder alemán por sus incompetentes gobernantes o por la fuerza de circunstancias adversas, el pueblo debía ahora dejar de vivir. Allí funcionaron las escuelas, y los ferrocarriles, y los ayuntamientos.

Pero alguien (¡por supuesto, ellos!) tiene la mentalidad vuelta al revés. Porque aquí los maestros de escuela recibían cartas furtivas de los partisanos: «¡No dar clases! ¡Lo pagaréis caro!». Y trabajar en los ferrocarriles se volvió colaboración con el enemigo. Y ya el Ayuntamiento, una traición inaudita e inexpiable.

Todos saben que un niño que haya dejado los estudios puede no volver a ellos después. O sea que si ha metido la pata el Genial Estratega de todos los tiempos y naciones, entretanto la hierba, ¿que crezca o que se seque? A los niños, entretanto, ¿que se les dé clase o que no se les dé?

Claro, eso tiene un precio. De las escuelas habrá que sacar los retratos con bigotazos, y quizá, colgar retratos con bigotitos. El árbol ya no será de Año Nuevo, sino de Navidad, y en esta fecha (y en algún otro aniversario imperial en vez del de octubre) el director tendrá que pronunciar un discurso en alabanza de la nueva y maravillosa vida, cuando en realidad es mala. Pero también antes se pronunciaban discursos en alabanza de la maravillosa vida, y también era mala.

De hecho, fingir y mentirles a los niños, antes había que hacerlo mucho más: porque la falsedad había tenido tiempo de posarse e infiltrarse en los programas gracias a la minuciosa labor de pedagogos e inspectores. En cada lección, viniera o no viniera a cuento, estudiaras la constitución del gusano o las locuciones conjuntivas, había obligatoriamente que dar una coz a Dios (incluso si tú mismo crees en Él); no había que olvidarse de loar nuestra ilimitada libertad (incluso si no has pegado ojo esperando la llamada nocturna a la puerta); leyeras en voz alta a Turgueniev o recorrieras con el puntero el Dniéper, había forzosamente que maldecir la miseria pasada y ponderar la abundancia actual (cuando ante tus ojos y los de los niños, mucho antes de la guerra morían de hambre aldeas enteras, y con cartilla de niño en las ciudades daban trescientos gramos).

Y todo eso no se consideraba pecado ni contra la verdad, ni contra el alma infantil, ni contra el Espíritu Santo.

En cambio ahora, bajo el régimen provisional e improvisado de los ocupantes, había que mentir muchísimo menos, pero ¡en otro sentido, en otro sentido!, ¡ahí está la cosa! Y por esto la voz de la patria y el lápiz del comité de distrito clandestino prohibían la lengua materna, la geografía, la aritmética y las ciencias naturales. ¡Veinte años de presidio por este trabajo!

Compatriotas, ¡decid que sí! Mirad cómo los llevan con perros a un barracón con un zambullo. Tiradles piedras: dieron clase a vuestros hijos.

Pero los compatriotas (especialmente los jubilados de los ministerios privilegiados, valientes holgazanes, retirados a los cuarenta y cinco años) se me vienen puños en alto: ¿*a quién* defiendo?, ¿a los burgomaestres?, ¿a los alcaldes?, ¿a los *polizei*?, ¿a los intérpretes?, ¿a toda clase de gentuza y sinvergüenzas?

Pues venga, bajemos, sigamos bajando. Demasiada leña hemos amontonado por tener a las personas por palitos. De todos modos el futuro nos obligará a meditar los porqués.

Nos pusimos a tocar, nos pusimos a cantar «Que la ira generosa»…, ¿y cómo no erizársenos los cabellos? Nuestro natural —prohibido, escarnecido, fusilado y maldecido— patriotismo fue de pronto autorizado, fomentado, incluso exaltado a *santo*, ¿y cómo no íbamos todos los rusos a crecernos, a unir nuestros corazones agradecidos y emocionados, y con nuestra generosidad innata a perdonarles, hale, a nuestros verdugos indígenas ante el avance de los verdugos foráneos? Pero en cambio después, ahogando veladas dudas y la propia precipitada generosidad, ¿a maldecir

tanto más unánime y destempladamente a los *traidores*, a esa gente rencorosa, tan obviamente peor que nosotros?

Once siglos duran las Rusias, muchos enemigos tuvieron, muchas guerras hicieron. Pero ¿hubo muchos traidores en Rusia? ¿Salieron de ella *multitudes* de traidores? Parece que no. Parece que hasta los enemigos nunca acusaron el carácter ruso de traicionero, de tránsfuga, de desleal. Y todo eso bajo un régimen hostil al pueblo trabajador.

Pero estalla la más justa de las guerras bajo el más justo de los regímenes, y de pronto reveló nuestro pueblo decenas y cientos de miles de *traidores*.

¿De dónde salieron? ¿Por qué?

¿Tal vez habían vuelto a avivarse rescoldos de la guerra civil? ¿Restos de blancos? ¡No! Ya mencionamos más arriba que muchos emigrados blancos (entre ellos el archimaldito Denikin) tomaron partido por la Rusia Soviética y contra Hitler. Tuvieron libertad de elección, y eligieron esto**[5]**.

En cambio estas decenas y cientos de miles —los *polizei* y las unidades de castigo, los alcaldes y los intérpretes— salieron todos de ciudadanos soviéticos. Y no pocos de ellos eran jóvenes, también crecidos después de octubre.

¿Qué fue lo que les obligó…? ¿Y quiénes eran?

Pues eran ante todo aquellos por cuyas familias y por cuyas personas pasaron las orugas de los años Veinte y Treinta. Quienes en nuestras turbias alcantarillas habían perdido padres, familiares, amados. O que estuvieron ellos mismos ahogándose y asomando por campos y confinamientos, ahogándose y asomando. Cuyo pie se enfrió y pateó lo suficiente en las colas ante la ventanilla de los *paquetes*. Y aquellos a quienes estos crueles decenios habían cortado, destrozado, el acceso a lo más querido en la tierra: a la propia tierra, por cierto prometida por el magno Decreto y por la que hubo que verter la sangre en la Guerra Civil. (Otra cosa son los mayorazgos de recreo de los oficiales del Ejército Soviético, o las haciendas valladas en las afueras de Moscú: esto es para nosotros, esto se permite). Y a alguno más lo habían agarrado «por recortar espiguitas». Y a otro lo habían privado del derecho a residir donde quería. O del derecho a ejercer su amado oficio de toda la vida (todos los oficios los perseguíamos con fanatismo, pero eso ya se nos ha olvidado).

De todos éstos se dice ahora (y especialmente, los propagandistas, y más aún, los exaltados de *Oktiabr***[gd]**, frunciendo despectivamente los labios: «resentidos contra el poder soviético», «exrepresaliados», «antiguos hijitos de *kulak*», «guardaban un negro rencor al régimen soviético».

Uno dice, otro asiente con la cabeza. Como si hubiera explicado algo. Como si un poder popular tuviera derecho a crear resentimiento en sus súbditos. Como si éste fuera el vicio originario, la peste principal: resentidos… rencorosos…

Y nadie gritará: ¡un momento!, ¡vamos a ver aquí!, según vosotros, después de todo, la existencia ¿determina la conciencia o no la determina?, ¿o sólo la determina cuando os conviene?, ¿y cuando no conviene, que no la determine?

También saben decir aquí, con una leve sombra en el semblante: «sí, se cometieron algunos errores». Y siempre esta inocentemente lasciva forma impersonal: *se cometieron*, pero no se sabe quién. Casi como si los hubieran *cometido* los obreros, los estibadores o los koljosianos. Nadie tiene el valor de precisar: ¡ha cometido *el partido*! ¡han cometido los vitalicios e irresponsables dirigentes! Y ¿quién más, salvo los que tenían el poder, pudo «cometerlos»? ¿Echarle la culpa a Stalin solito? Hombre, hay que tener sentido del humor. Stalin cometió, pero ¿y vosotros, dónde estabais, los millones orientadores?

Por lo demás, incluso estos errores se han diluido ante nuestros ojos en una mancha nebulosa, confusa, borrosa, y ya no se consideran fruto de la estupidez, del fanatismo y de la perversidad, sino sólo se confiesa el error de que comunistas enchiqueraban a comunistas. Pero que 15-17 millones de campesinos fueron arruinados, enviados al exterminio, dispersados por el país, sin derecho a recordar y nombrar a sus padres, pues esto parece que no es tan error. Y todas las Riadas del alcantarillado, examinadas al principio de este libro, también parece que no son tan error. Y el que no estuviéramos preparados para la guerra con Hitler, que cacareábamos jactanciosamente, que retrocedimos vergonzosamente, cambiando de consignas sobre la marcha, y que sólo Iván y por la Santa Rusia detuvieron al alemán en el Volga, pues esto ya no resulta un fallo, sino casi el principal mérito de Stalin.

En dos meses entregamos al enemigo casi una tercera parte de nuestra población, con todas estas familias a medio exterminar, con campos de concentración de muchos miles de personas, que se dispersaban en cuanto huía la guardia, con las cárceles de Ucrania y del Báltico, donde aún humeaban los tiros de fusilar Cincuenta y Ochos.

Mientras tuvimos la fuerza, a todos estos desgraciados los oprimíamos, los perseguíamos, no les dábamos trabajo, los echábamos de sus casas, los hacíamos reventar. En cuanto se reveló nuestra debilidad, les exigimos que en el acto olvidaran todo el mal que se les había causado, que olvidaran a los padres y a los hijos muertos de hambre en la tundra, que olvidaran a los fusilados, que olvidaran la miseria y nuestro desagradecimiento con ellos, que olvidaran los interrogatorios y las torturas de la NKVD, que olvidaran el hambre en los campos de concentración, y que en seguida se fueran con los partisanos, a la clandestinidad, y que defendieran la Patria jugándose la vida. (¡Pero no debíamos cambiar *nosotros*! ¡Y nadie les daba la menor esperanza de que al volver, los trataríamos de otra forma que volviéndolos a perseguir, a acosar, a meter en la cárcel y a fusilar!).

Así las cosas, ¿qué es lo asombroso? ¿Que se alegrara demasiada gente de la llegada de los alemanes? ¿O todavía demasiado poca? (Máxime que incluso los alemanes llegaron en ocasiones a hacer justicia —por ejemplo con los chivatos del período soviético—, como cuando fusilaron al diácono de la iglesia de San Nicolás del Río en Kiev, y casos de éstos hubo más de uno).

¿Y los creyentes? Veinte años seguidos estuvieron persiguiendo la fe y cerrando iglesias. Llegaron los alemanes, y empezaron a abrir iglesias. (Los nuestros después

de los alemanes no se atrevieron a cerrarlas en seguida). En Rostov del Don, por ejemplo, la ceremonia de apertura de las iglesias provocó el júbilo general, una gran concentración de multitudes. Pero lo que debían era maldecir a los alemanes por esto, ¿no?

En Rostov precisamente detuvieron en los primeros días de la guerra al ingeniero Alexandr Petróvich M-v, murió en la cárcel durante la instrucción, su mujer estuvo varios meses temblando, esperando su propia detención. Y sólo con la llegada de los alemanes se acostó tranquila: «¡Ahora al menos podré dormir!». Pues no, debía rezar por el regreso de sus verdugos.

En mayo de 1943, bajo los alemanes, en Vinnitsa, en el parque de la calle Podlésnaya (que a principios de 1939 el soviet municipal había rodeado de una valla alta y declarado «zona prohibida del Comisariado de Defensa»), empezaron casualmente a cavar sobre unas tumbas, ya totalmente borradas, cubiertas por una espesa hierba. Y encontraron 39 fosas comunes, de 3,5 metros de profundidad, de dimensiones 3 × 4 m. En cada fosa encontraban primero una capa con la ropa exterior de las víctimas, luego los cadáveres, colocados en capicúa. Tenían las manos atadas con cuerdas, y todos habían sido fusilados con pistolas de pequeño calibre en la nuca. Por lo visto los fusilaban en la cárcel, y después los traían de noche a enterrar. Por la documentación de algunos que se había conservado, reconocieron a los que habían sido condenados en 1933 «a 20 años sin derecho a correspondencia». Luego más. En junio se pusieron a cavar cerca del cementerio ortodoxo, delante de la clínica Pirógov, y encontraron otras 42 fosas. Después, el «parque Gorki de cultura y descanso», y bajo las atracciones, «el cuarto de la risa», las pistas de deporte y de baile, descubrieron 14 fosas más. En total, en 95 fosas comunes, 9439 cadáveres. Y esto solamente en Vinnitsa, donde los descubrieron por casualidad. Y en las demás ciudades, ¿cuántos quedaron ocultos? Y la población, tras ver estos cadáveres, ¿debía ansiar meterse a partisanos?

¿Tal vez sea justo admitir, por fin, que si a *nosotros* nos duele cuando nos pisotean a nosotros y a todo lo que amamos, también les duele a los que pisoteamos *nosotros*? ¿Tal vez sea justo admitir, por fin, que aquellos que exterminamos tienen derecho a odiarnos? ¿O no, no tienen derecho? ¿Deben morir con agradecimiento?

Atribuimos a estos *potizei* y burgomaestres una especie de maldad personal, casi innata, pero esta maldad se la hemos sembrado nosotros, son nuestros «residuos de producción». ¿Cómo, cómo lo decía Krylenko? «Consideramos cada delito como producto del correspondiente sistema social[6]». ¡De vuestro sistema, camaradas! ¡Hay que acordarse de la propia Teoría!

Y no olvidemos tampoco que entre aquellos de nuestros compatriotas que tomaron la espada y pronunciaron discursos contra nosotros, los había totalmente desinteresados, a quienes no se les había confiscado ningunos bienes (no tenían nada), y que no estuvieron en ningún campo de concentración, ni nadie de su familia siquiera, pero que desde hacía años se ahogaban con todo nuestro sistema, con el

desprecio a la persona individual; con la persecución por las opiniones; con la cancioncilla esa burlona:

«donde el hombre respire con tanta libertad»;

con esas reverencias piadosas al Caudillo; con ese temblar del lápiz: ¡corro a firmar el empréstito!, ¡con los aplausos que se transforman en ovación! ¿Podemos admitir que a *estas* personas, normales, les faltase aire en nuestra pestilencia? (Acusaban en la instrucción al padre Fedor Floria: ¿cómo se había atrevido bajo los rumanos a contar las villanías de Stalin? Contestó: «¿Y qué otra cosa podía contar de vosotros? Lo que sabía, eso conté. Lo que pasó, eso conté». En cambio nosotros: ¡miente, finge y perece tú, con tal de que sea en provecho nuestro! Pero eso parece que ya deja de ser materialismo, ¿no?).

Ocurrió que en Septiembre de 1941, antes de irme yo al Ejército, en el poblado de Morozovsk, tomado por los alemanes al año siguiente, mi mujer y yo, jóvenes maestros principiantes, alquilamos una habitación que daba al mismo patio que la de otros inquilinos, un matrimonio sin hijos, los Bronevitski. El ingeniero Nicolai Guerásimovich Bronevitski, de unos sesenta años, era un intelectual tipo Chéjov, muy agradable, callado, inteligente. Ahora quiero recordar su cara alargada, y todo el rato me estoy imaginando unos quevedos, aunque tal vez ni los hubiera. Aún más callada y suave era su mujer, deslucidita, con un pelito planchado color lino, 25 años más joven que su marido, pero cuyo comportamiento ya no tenía nada de joven. Les teníamos simpatía, probablemente también ellos a nosotros, sobre todo por contraste con la codiciosa familia de los caseros.

Por las noches nos sentábamos los cuatro en los escalones del porche. Eran silenciosas y tibias noches de luna, todavía no desgarradas por el ronquido de los aviones y las explosiones de las bombas, pero para nosotros la alarma por el avance alemán subía como unas invisibles, pero sofocantes, nubes por el cielo blanco hacia la indefensa pequeña luna. Cada día en la estación paraban más y más trenes camino de Stalingrado. Los fugitivos llenaban el mercado del pueblo de rumores, de terrores, de fáciles billetes de cien sacados de cualquier bolsillo**[ge]**, y seguían viaje. Nombraban ciudades entregadas que aún callaba mucho tiempo después el Informburó, temeroso de la verdad para el pueblo. (De estas ciudades Bronevitski no decía «entregadas», sino «tomadas»).

Nos sentábamos en los escalones y hablábamos. Nosotros, los jóvenes, estábamos llenos de vida y de inquietud por la vida, pero no sabíamos decir de ella, de hecho, nada más inteligente que lo que ponían los periódicos. Por eso estábamos a gusto con los Bronevitski: todo lo que pensábamos lo decíamos, y no notábamos la diferencia de percepción.

En cambio ellos, probablemente, examinaban con asombro en nosotros a dos ejemplares de juventud borrega. Acabábamos de vivir los años Treinta, y como si no

los hubiéramos vivido. Nos preguntaban qué recordábamos del 39, del 38. ¡Qué iba a ser! La biblioteca universitaria, los exámenes, las alegres excursiones deportivas, los bailes, los espectáculos de aficionados, y claro, el amor, es la edad del amor. Y a sus profesores, ¿no los *enchiqueraban* por aquel entonces? Sí, es verdad, a dos o tres detuvieron, por lo visto. Los sustituyeron los adjuntos. Y estudiantes, ¿no enchiqueraban? Hicimos memoria: sí, es verdad, se llevaron a algunos de cursos superiores. «Bueno, ¿y qué…?». «Nada, bailábamos». «Y de sus familiares, ¿n-n-o-o… tocaron a ninguno…?». «Pues no»…

Es terrible, y quiero recordarlo con la mayor exactitud. Pero fue precisamente así. Y es tanto más terrible cuanto que justamente yo no era de la juventud deportivo-bailonguera, ni de los maniáticos metidos en su ciencia y sus fórmulas. Me interesaba vivamente por la política —desde los diez años, de mocoso, ya no me creía a Vychinski y me asombraba de lo trucado de los célebres procesos judiciales— pero nada me sugería *continuar, relacionar* aquellos minúsculos procesos de Moscú (parecían grandiosos) con el avance del enorme rodillo compresor por el país (el número de sus víctimas no parecía notarse). Había pasado mi niñez en las colas, por pan, por leche, por grano (la carne, entonces, ni la veíamos), pero no sabía relacionar que la falta de pan significaba la ruina del campo y *por qué* había ocurrido. Es que para nosotros había otra fórmula: «dificultades pasajeras». En nuestra gran ciudad cada noche detenían, detenían, detenían, pero de noche yo no andaba por las calles. Y de día las familias de los detenidos no sacaban banderas negras, y mis compañeros de curso no decían nada de sus padres desaparecidos.

Y en los periódicos todo parecía tan tranquilo y sereno.

Y un joven desea tanto aceptar que todo está bien.

Ahora entiendo qué peligroso era para los Bronevitski contarnos lo que fuera. Pero algo nos descubrió, el viejo ingeniero, caído bajo uno de los golpes más rudos de la GPU. Perdió la salud en las cárceles, conoció más de una detención y más de un campo de concentración, pero con un estallido de pasión nos contó sólo del primer Dzhezkazgán: del agua envenenada por el cobre; del aire envenenado; de las matanzas; de lo inútil de las quejas a Moscú. Incluso esa misma palabra, Dzhez-kaz-gán, arañaba la piel como un papel de lija, igual que sus despiadadas historias. (¿Y qué? ¿Movió lo más mínimo ese Dzhez-kaz-gán en nuestra concepción del mundo? No, claro. No es aquí al lado. No nos lo hacen a nosotros. Eso no lo puedes comentar con nadie. Mejor no pensar. Mejor olvidarlo).

Allí, a Dzhezkazgán, cuando Bronovitski fue eximido de escolta, vino a reunirse con él su actual mujer, aún soltera. Allí, a la sombra de las alambradas, se casaron. Y al principio de la guerra se encontraron, por milagro, en libertad, en Morozovsk, con pasaportes marcados, claro. Él trabajaba en una oficinucha de construcciones, ella de administrativa.

Luego me fui a la mili, mi mujer marchó de Morozovsk. El poblado fue ocupado. Después fue liberado. Y un día mi mujer me escribió al frente: «¡Figúrate, dicen que

en Morozovsk, bajo los alemanes, Bronevitski estuvo de burgomaestre! ¡Qué asco!». Y yo también me asombré y pensé: «¡Qué canallada!».

Pero pasaron más años. En alguna oscura tarima carcelaria, hojeando en la memoria, recordé a Bronevitski. Y ya no encontré en mí la ligereza juvenil de condenarlo. Lo habían injustamente privado de trabajo, luego le daban trabajos indignos; le habían encerrado, torturado, pegado, hambreado, escupido en la cara, ¿y él? ¿Debía creer que todo esto es progresivo, y que su propia vida, corporal y espiritual, y las vidas de sus deudos, y la vida aplastada de todo el pueblo, no tienen ninguna importancia?

Tras el jirón de niebla del «culto a la personalidad» que nos han lanzado, y tras las capas del tiempo en que cambiábamos (y de capa a capa se quiebra y desvía el rayo), vemos ahora a los años treinta y a nosotros mismos desplazados y bajo otro aspecto que el que de verdad tuvieron. Aquella divinización de Stalin y aquella fe en todo, sin dudas y sin límites, no eran absoluto patrimonio de todo el pueblo, sino sólo del partido; del komsomol; de la juventud estudiante de las ciudades; del *sucedáneo* de intelectualidad (puesto en lugar de los exterminados y dispersados); y en parte, de la pequeña burguesía de las ciudades (clase obrera[7]), en cuya casa no se apagaban los altavoces de la retransmisión desde las campanadas matutinas de la torre Spásskaya hasta la Internacional de medianoche, para quienes la voz de Levitan se volvió la voz de la conciencia. (Digo «en parte» porque los Decretos en la industria sobre «veinte minutos de retraso» y el no poder cambiar de fábrica tampoco eran para entusiasmar a nadie). Sin embargo, también había en las ciudades una minoría, y no tan pequeña, en todo caso de varios millones, que desenchufaban con repulsión la horquilla del altavoz toda vez que se atrevía; que en cada página de cada periódico veía sólo mentira extendida por todas las columnas; y el día de votar era para estos millones un día de sufrimiento y humillación. Para esta minoría la dictadura existente aquí no era ni proletaria, ni popular, ni (para quien recordaba exactamente el sentido originario del término) soviética, sino una dictadura usurpadora de otra minoría, que no era, ni mucho menos, la élite del espíritu.

La Humanidad está casi privada de saber no-emocional, no-sentido. En lo que un hombre ha visto como lo malo, casi no puede obligarse a distinguir también cosas buenas. No todo-todo era cochambroso en nuestra vida, no cada palabra en los periódicos era mentira, pero esta minoría acorralada, perseguida y rodeada de soplones, tenía la vida del país por una cochambre en su totalidad, y las columnas de los periódicos, como mentira en su totalidad. Recordemos que entonces no había emisiones occidentales en lengua rusa (e irrisoriamente pocos receptores), que la única información que se podía conseguir provenía *sólo* de nuestra Prensa y Radio oficial, que justamente los Bronevitski y semejantes habían comprobado como inextricable y machacona mentira o cobarde silenciamiento. Y todo lo que se escribía acerca del extranjero, tanto lo del final inevitable del mundo occidental en 1930, como lo de la traición de los socialistas occidentales, como lo del levantamiento

unánime de toda España contra Franco (y en 1942 lo de la traicionera aspiración de Nehru a la libertad para la India —claro, debilitaba al imperio británico aliado—), también había resuelto ser mentira. La furibunda, cargante propaganda por el sistema de «quien no está con nosotros, está contra nosotros» jamás había diferenciado las posturas de María Spiridónova[gf] y Nicolás II, de Léon Blum y Hitler, del parlamento inglés y del Reichstag alemán. Luego ¿por qué debía Bronevitski distinguir y destacar como verdad los, a primera vista increíbles, relatos de hogueras de libros en las plazas alemanas y de la resurrección, de un pretendido antiguo salvajismo teutónico (no olvidemos que del salvajismo de los teutones ya había mentido lo suyo la propaganda zarista en la guerra mundial), y en el nazismo alemán (denostado en casi los mismos términos —o sea, extremos— que previamente Poincaré, Pilsduski y los conservadores ingleses) reconocer a un cuadrúpedo digno del que llevaba ya un cuarto de siglo real y físicamente sofocando, envenenando y desgarrando a él mismo, y al Archipiélago, y a la ciudad rusa, y al campo ruso? Y todos los bandazos periodísticos de los hitlerianos —tan pronto amistosos encuentros de nuestros buenos centinelas en la malvada Polonia, y toda la ola de simpatía periodística hacia estos valerosos combatientes contra los banqueros anglo-franceses, y discursos íntegros de Hitler a página entera de *Pravda*, como después, en una sola mañana (la segunda mañana de guerra), una explosión de titulares de que Europa entera gime bajo su bota — sólo confirmaban la volubilidad de la mentira de nuestra Prensa y no podían de ningún modo convencer a Bronevitski de que había en la tierra verdugos comparables con los nuestros —a los que sí conocía seguro—. Y si ahora, para más confianza, le hubieran colocado delante cada día el boletín de informaciones de la BBC, lo más de que le hubieran podido convencer es de que Hitler era el peligro número dos para Rusia, pero en modo alguno, estando Stalin, el número uno. Pero la BBC no colocaba boletines; y el Informburó desde el mismo día de su nacimiento gozó de tanto crédito como la TASS; y los rumores traídos por los evacuados tampoco eran de primera mano (no venían de Alemania, ni de las zonas ocupadas, de allí aún no se había visto a un solo testigo vivo); en cambio, de primera mano, sólo había el campo de Dzhezkazgán, y el año 37, y el hambre del 32, y el destierro de los «kúlaks[gg]», y la destrucción de las iglesias. Y al acercarse el ejército alemán, Bronevitski (y decenas de miles de otros solitarios como él) sintieron que se acercaba su hora, esta hora única e irrepetible, que desde hacía veinte años ya habían dejado de esperar y que sólo puede tocarle a un hombre una vez, dada la brevedad de nuestra vida en comparación con la lentitud de las mutaciones históricas: la hora en que él (ellos) podría declarar su desacuerdo con lo ocurrido, lo cometido, lo silbado, lo pisoteado en el país, y de algún modo aún completamente desconocido, misterioso, ser útil al país agonizante, ser útil a la resurrección de fuerzas sociales rusas, cualesquiera que fuesen. Sí, Bronevitski no había olvidado nada ni perdonado nada. Y de ningún modo podía tener por *suyo* a ese gobierno que había azotado a Rusia, le había traído la miseria koljosiana, la degeneración moral y ahora una aplastante derrota militar. Y le

desesperaba ver a unos borregos como nosotros, y no ser capaz de desconvencernos. ¡Esperaba a *alguien*, a cualquiera, con tal que sustituyera al régimen estalinista! (Una reacción psicológica muy corriente: ¡cualquier cosa antes que seguir con la asquerosidad de ahora! ¿Es que cabe imaginar a nadie en el mundo peor que *los nuestros*? Por lo demás, era la región del Don, y allí la mitad de la población esperaba de esta forma a los alemanes). Y así, habiendo pasado toda su vida como ente apolítico, Bronevitski, a los sesenta años largos, decidió ingresar en la política.

Aceptó hacerse cargo del Ayuntamiento de Morozovsk…

Y una vez ahí, creo yo, vio pronto en qué lío se había metido: que para los recién llegados Rusia era aún más despreciable y repugnante que para los recién marchados. Que sólo la sangre de Rusia necesitaba el vampiro, el cuerpo que se pudriera. No sería a fuerzas sociales rusas que encabezaría el nuevo burgomaestre, sino a auxiliares de la Policía alemana. Sin embargo, ya estaba encarrilado y sólo le quedaba, bien que mal, seguir adelante. Habiéndose librado de unos verdugos, ayudar a otros. Y aquella idea patriótica, que él imaginaba contrapuesta a la idea soviética, de pronto la reconoció unida a la soviética: incomprensiblemente, de la minoría que la guardaba, como por un colador, marchó a la mayoría. Quedó olvidado cómo por ella fusilaban, y cómo la escarnecían, y resultaba que era ya el tronco principal del árbol ajeno.

Debió ser espantoso, desesperante para él (ellos). El desfiladero se estrechó, y sólo les dejó salida o hacia la muerte, o hacia la condena a presidio.

Claro que no todos ellos eran Bronevitskis. Claro que a este breve banquete de condenados también voló multitud de cuervos, amantes del poder y de la sangre. Pero éstos ¡adónde no vuelan! Estos también convinieron estupendamente a la NKVD. De éstos era Mamúlov, y el Antonov de Dúdinka, y cualquier Poy-suy-shapka, verdugos más repugnantes imposible. Y mangonean años y años, y exterminan gente a cientos. O pronto conoceremos al celador Tkach: ése logró servir aquí y allí.

Tras hablar de la ciudad, no olvidemos el campo. Los liberales actuales suelen acusar al campo de simpleza política y de conservadurismo. Pero el campo de preguerra era todo, abrumadoramente todo, cuerdo, incomparablemente más cuerdo que la ciudad, no compartía en absoluto la divinización del padrecito Stalin (y menos de la revolución mundial). Simplemente tenía la cabeza normal, y recordaba muy bien cómo le habían prometido la tierra y cómo se la habían quitado; cómo vivía, comía y vestía antes de los koljoses y bajo los koljoses; cómo de las granjas se llevaban al becerro, a la ovejita y hasta la gallina; cómo ultrajaban y profanaban las iglesias. Para aquel año aún no gangueaba la radio por las isbas, los periódicos los leía algún erudito y no en cada pueblo, y todos esos Chang-tso-lines, Mac-Donalds o Hitlers eran para el campo ruso unos monigotes extraños, iguales e inservibles.

En un pueblo de la provincia de Riazán, el 3 de julio de 1941, se habían reunido los labradores cerca de la herrería y oían el discurso de Stalin por el altavoz. Y apenas el azorado y casi lloroso padrecito, hasta entonces tan férreo y tan inflexible a las

lágrimas campesinas rusas, farfulló: «¡Hermanos y hermanas…!», un mujik contestó a la boca de papel negro:

—¿Sí, eh, p… a? Pues *¡por aquí!* —y le mostró al altavoz el gesto grosero preferido en Rusia, cuando doblan el brazo por el codo y lo sacuden.

Y estallaron en risotadas los labradores.

Si preguntamos por todos los pueblos y a todos los testigos, de diez mil casos así nos enteraríamos, más bastos y todo.

Ésta era la postura del campo ruso al empezar la guerra, y por tanto, también de aquellos reservistas que bebían sus últimos medios-litros en la estación y bailaban en el polvo con sus familiares. Y a esto vino a sumarse una derrota como no se recordaba en Rusia, e inmensas extensiones campesinas, hasta ambas capitales y hasta el Volga, y muchos millones de labradores quedaron repentinamente fuera del poder koljosiano, y —¡basta ya de mentir y de retocar la historia!— ¡resultó que las repúblicas querían sólo la independencia!, ¡el campo, sólo librarse de los koljoses!, ¡los obreros, librarse de los Decretos esclavistas! Y si los invasores no hubieran sido tan desesperadamente estúpidos y arrogantes, si no hubieran conservado para su Granalemania la cómoda administración koljosiana, si no se les hubiera ocurrido la barbaridad de transformar a Rusia en colonia, no habría vuelto la idea nacional adonde no paraban de sofocarla, y difícilmente habríamos tenido que celebrar el veinticinco aniversario del comunismo en Rusia. (Y de los partisanos, aún nos tendrá que contar alguien cómo los labradores ocupados iban allí todo menos de buen grado. Cómo al principio se armaron contra los partisanos, para no entregarles su trigo y su ganado).

¿Quién recuerda el gran éxodo de la población del norte del Cáucaso, en enero de 1943, y quién citará algo análogo en la historia universal? ¡Que una población, y más rural, se marchara en masa con el enemigo derrotado, con forasteros, sólo con tal de no quedarse bajo *los suyos* vencedores! ¡Columnas, columnas, columnas, en las crueles heladas de enero con ventiscas!

Pues ahí es donde hay que buscar las raíces sociales de aquellos cientos de miles de voluntarios que incluso en la monstruosidad hitleriana, desesperados, vistieron el uniforme enemigo. Aquí nos llega el momento de explicarnos otra vez sobre los *vlasovistas*. En la 1.ª parte de este libro, el lector aún no estaba preparado para aceptar toda la verdad (bueno, y toda, tampoco la poseo, se escribirán investigaciones especiales, para mí este tema es lateral). Allí, al principio, cuando el lector no había recorrido con nosotros todo el viacrucis carcelario, se le colocó solamente una señal de atención, una invitación a *pensar*. Ahora, después de todos los traslados, cárceles, trabajos forestales y basureros del campo de concentración, tal vez el lector estará un poco más de acuerdo. En la 1.ª parte hablé de aquellos vlasovistas que tomaron las armas por desesperación, por el hambre de los campos de prisioneros, por no ver otra salida. (Aunque también es para pensarlo: los alemanes empezaron a utilizar prisioneros de guerra rusos en su ejército sólo para servicios auxiliares y de

retaguardia, y esto parecía la mejor salida para los que sólo *se salvaban*, ¿por qué, pues, tomaban las armas y se enfrentaban al Ejército Rojo?). Ahora, en cambio, ya no hay donde aplazar más, y ¿habrá que hablar también de aquellos que aún antes de 1941, sólo soñaban con tomar las armas y *matar* a estos comisarios, chequistas y colectivizadores rojos? Recuerdan, en Lenin: «Una clase oprimida que no aspirara a aprender a manejar las armas, a tener armas, sólo merecería que la trataran como a esclavos» (4.ª ed., tomo 23, pág. 85). Pues bien, para nuestro orgullo, la guerra germano-soviética mostró que no somos tan esclavos como nos ha escupido toda la historiografía liberal: no eran esclavos los que buscaban un sable para cortarle la cabeza al padrecito Stalin (como tampoco eran esclavos los que a *este* lado se enderezaron bajo el capotillo del Ejército Rojo: esta complicada forma de breve libertad era imposible de predecir sociológicamente).

Estos hombres, que habían sufrido en carne propia 24 años de felicidad comunista, ya en 1941 sabían lo que aún no sabía nadie en el mundo: que en todo el planeta y en toda la historia no había existido régimen más malvado, sangriento, y a la vez, más taimadamente hipócrita que el bolchevique, auto-titulado «soviético». Que ni por el número de víctimas, ni por lo enraizado en largos años, ni por el alcance de sus objetivos, ni por el absoluto totalitarismo nivelador, puede comparársele a ningún otro régimen de la tierra, ni siquiera el imitador hitleriano, que por aquellas fechas tenía ofuscado a todo Occidente. Y bien, había llegado la hora, estos hombres veían armas al alcance de su mano, ¿y acaso debían haberse refrenado, haber dejado que el bolchevismo sobreviviera su hora mortal, se consolidara otra vez en su cruel opresión, y sólo entonces haber emprendido la lucha contra él (que ni siquiera hoy se ha emprendido en casi ningún sitio del mundo)? No, lo natural era repetir la maniobra del propio bolchevismo: igual que él hincó los dientes en el cuerpo de Rusia, debilitado por la Primera Guerra Mundial, así darle también a él en un momento análogo de la Segunda.

Ya incluso en la guerra soviético-finlandesa de 1939 se pusieron de manifiesto las pocas ganas de luchar que teníamos. Intentó utilizar esta disposición de ánimos B. G. Bázhanov, exsecretario del Politburó y del Orgburó del PC (b), colaborador inmediato de Stalin: volver a los soldados rojos prisioneros, bajo el mando de oficiales emigrados rusos, contra el frente soviético, no para combatir, sino para convencer. El experimento se cortó con la repentina capitulación de Finlandia.

Cuando empezó la guerra germano-soviética, a los 10 años de la mortífera colectivización, a los 8 años del gran hambre en Ucrania (*seis millones de muertos*, y ni siquiera los notó la Europa vecina), a los 4 años del aquelarre de la NKVD, al año de las leyes-grilletes en la industria, y todo eso teniendo campos de concentración con quince millones de personas en el país, y con el recuerdo todavía claro en toda la población madura de la vida antes de la revolución, el movimiento natural del pueblo fue dar un suspiro de alivio y liberarse, su sentimiento natural era de repugnancia hacia sus autoridades. Y no fue el «cogidos por sorpresa», ni «la superioridad

numérica en aviación y tanques» (por cierto, de todas las superioridades numéricas disponía el Ejército Rojo Obrero-Campesino) lo que tan fácilmente cerraba embolsamientos catastróficos, de 300 000 (Bialystok, Esmolensco), y hasta 650 000 hombres armados (Briansk, Kiev), derrumbaba frentes enteros y lanzaba a una retirada tan precipitada y tan profunda como no la había conocido Rusia en todos sus mil años, y probablemente ningún país en ninguna guerra, sino la instantánea parálisis de las insignificantes autoridades, de las que se apartaron sus súbditos como de un cadáver colgado. (Los comités comarcales, municipales, desaparecían en cinco minutos, y a Stalin le llegaba el agua al cuello). Y en 1941 esta conmoción hubiera podido llegar a término (en diciembre de 1941, 60 millones de soviéticos, de un total de 150, ya estaban fuera del poder de Stalin). No en vano se estremecía la orden del día estaliniana (0019, 16-VII-41): «En todos (!) los frentes existen numerosos (!) elementos que incluso huyen al encuentro del enemigo (!) y al primer contacto con él tiran las armas». (¡En la bolsa de Byalistok, principios de julio de 1941, para 340 000 prisioneros hubo 20 000 pasados de bando!). La situación le parecía a Stalin tan desesperada que en octubre de 1941 proponía telegráficamente a Churchill que desembarcara en territorio soviético 25-30 divisiones británicas, ¡qué comunista se había nunca desalentado tanto! Así estaban los ánimos entonces: el 22 de agosto de 1941, el comandante del 436 regimiento de fusileros, mayor Konónov, declaró abiertamente a su regimiento que se pasaba a los alemanes, a integrarse en el Ejército de Liberación para derribar a Stalin, e invitó a seguirle a los que quisieran. No sólo no encontró resistencia, sino que ¡lo siguió *todo el regimiento*! Ya a las tres semanas Konónov había formado en el lado *de allá* un regimiento de voluntarios cosacos (él mismo era cosaco del Don). Cuando llegó a un campo de prisioneros, cerca de Moghiliov, para reclutar aspirantes, de 5000 prisioneros que había, 4000 expresaron en el acto su deseo de seguirle, pero no se los pudo llevar. En un campo cerca de Tilsitt, en aquel mismo año, *la mitad* de los prisioneros soviéticos —12 000 hombres — firmaron una declaración de que había llegado el momento de *transformar la guerra en guerra civil*. Tampoco olvidemos el movimiento popular en Lokot de Briansk: se creó un gobierno ruso autónomo aún antes de la llegada de los alemanes e independientemente de ellos, una estable y floreciente provincia de 8 comarcas, más de un millón de habitantes. Las exigencias de los lokotianos eran clarísimas: gobierno nacional ruso, autogobierno ruso en todas las regiones ocupadas, declaración de independencia de Rusia en sus fronteras de 1938 y creación de un ejército de liberación bajo mando ruso. Y un grupo de jóvenes de Leningrado, más de 1000 personas (el estudiante Rutchenko) salió a los bosques cerca de Gátchina, para esperar a los alemanes y luchar contra el régimen estalinista (pero los alemanes los enviaron a su retaguardia, de chóferes y pinches de cocina). Los pueblos del Don acogían a los alemanes con el pan y la sal**[gh]**. Para la población de la URSS, antes de 1941, estaba clarísimo: la llegada de un ejército extranjero, o sea el derrocamiento del régimen comunista, ningún otro sentido podía haber para nosotros en esta llegada.

Esperábamos un programa político, la liberación del bolchevismo.

¿Es que desde aquí —a través de la ensordecedora propaganda soviética, a través del grueso de los ejércitos hitlerianos— se podía creer que los aliados occidentales habían entrado en esta guerra no por la libertad en general, sino sólo por *su* libertad europeo-occidental, *sólo* contra el nazismo, a sacar buen provecho de las tropas soviéticas y sanseacabó? ¿No era mucho más natural creer que los aliados eran fieles al *principio* mismo de la libertad, y no nos abandonarían bajo una tiranía mucho peor…? Es cierto que justamente aquellos aliados, por los cuales también morimos en la Primera Guerra Mundial, ya entonces abandonaron a nuestro ejército en la derrota, apresurándose a volver a su bienestar. Pero la experiencia es demasiado cruel para asimilarse con el corazón.

Habiendo aprendido, motivadamente, a no creer a la propaganda soviética *en nada*, naturalmente no creíamos en esas fábulas que contaban sobre el proyecto de los nazis de convertir a Rusia en colonia, y a nosotros, en esclavos de los alemanes, un despropósito así no nos lo podíamos imaginar en pleno siglo XX, era imposible de creer sin haberlo experimentado realmente en carne propia. Aún en 1942, la formación rusa de Osintorf atraía a más voluntarios de los que podía admitir la unidad en desarrollo, y en la región de Esmolensco y en Bielorrusia, para autoprotección de los campesinos contra los partisanos, dirigidos por Moscú, se creó una «milicia popular» voluntaria de *cien mil* hombres (los alemanes se asustaron y la prohibieron). Incluso aún en primavera de 1943, Vlasov encontró entusiasmo general en sus dos giras de propaganda, a Esmolensco y a Pskov. Aún entonces la población esperaba: ¿cuándo habrá un gobierno independiente nuestro y un ejército independiente nuestro? Tengo un testimonio del distrito de Novorzhev, en la provincia de Pskov, de cómo la población campesina simpatizaba con la unidad vlasovista acantonada allí: aquella unidad no saqueaba, no alborotaba, llevaba el antiguo uniforme ruso, ayudaba con la siega, se tenía por un poder ruso no koljosiano. Le venían voluntarios a apuntarse, de la población civil (igual que se le apuntaban a Voskobóinikov en Lokot), hay para meditarlo: ¿por qué necesidad? ¡Esta vez no es desde un campo de prisioneros! Pero los alemanes *prohibían* a los vlasovistas aceptar refuerzos (que se apunten a la *polizei*). Todavía en marzo de 1943 en un campo de prisioneros no lejos de Jarkov leyeron octavillas sobre el (pretendido) movimiento Vlasov, y 730 *oficiales* firmaron una solicitud de ingreso en el Ejército de Liberación Ruso, ¡esto con la experiencia de dos años completos de guerra, muchos de ellos héroes de la batalla de Stalingrado, entre ellos comandantes de divisiones, comisarios de regimiento! Y además en aquel campo se comía muy bien, no era la desesperación del hambre que les hacía firmar. (Pero típico de la cerrazón alemana: de 730 firmantes, 722, hasta el final de la guerra jamás fueron liberados ni incorporados al servicio). Incluso en 1943, tras el ejército alemán en retirada se arrastraban desde las provincias soviéticas en largas columnas, decenas de miles de refugiados, sólo con tal de no quedarse bajo el comunismo.

Me atreveré a decir: y no habría valido nada nuestro pueblo, hubiera sido un pueblo de esclavos sin remedio, si en esta guerra hubiera dejado pasar la ocasión de agitar el fusil, aunque fuera de lejos, contra el gobierno estalinista, si hubiera dejado aunque fuera de alzar el puño y soltar un taco contra el *Padre de los Pueblos*. Los alemanes tuvieron una conjura de generales, ¿y nosotros? Nuestras clases altas, nuestros generales, eran (y siguen siendo) insignificantes, podridos por la ideología oficial y la codicia, y no conservaban el espíritu nacional, como ocurre en otros países. Y sólo las clases *bajas*, soldado-labradoras-cosacas, levantaron la mano y golpearon. Eran todo clases *bajas*, allí había evanescentemente poca participación de la antigua nobleza vuelta de emigración, o de antiguas capas acomodadas, o de intelectualidad. Y si le hubieran dado a este movimiento libertad de acción, conforme empezó a correr desde las primeras semanas de guerra, hubiera sido una especie de nueva rebelión de Pugachov[gi]: por la amplitud y el nivel social de las capas afectadas, por el apoyo de la población, por la participación de los cosacos, por el objetivo —saldar cuentas con los perversos señoritos—, por la espontaneidad de su impulso y la endeblez de sus mandos. En todo caso, este movimiento era muchísimo más *popular*, del pueblo llano, que todo el «movimiento de liberación» intelectual desde principios del siglo XX hasta febrero de 1917, con sus objetivos pseudo-populares y sus frutos bolcheviques. Pero no quiso el destino que se desarrollara, sino que pereciera en la ignominia con el rótulo: ¡*traición* a nuestra sagrada Patria!

Hemos perdido el gusto a la explicación sociológica de los acontecimientos, la usamos como una giraldilla, según cuando conviene. ¿Y el pacto de amistad con Ribbentrop y Hitler? ¿Y las bravatas de Molotov y Vorochilov antes de la guerra? Y luego la increíble incompetencia, impreparación, incuria (y la cobarde huida de Moscú del gobierno), y el medio millón de hombres dejados en cada bolsa, *¿no es esto traición a la patria?* ¿Y con mayores consecuencias? ¿Por qué, pues, a *estos* traidores los cuidamos tan bien en sus pisos de la calle Granovski?

¡Oh, largo! ¡Largo! Largo es el banquillo en que habrían de sentarse *todos* los verdugos y *todos* los traidores de nuestro pueblo, si se los detuviera desde los propios… y hasta los propios…

A lo incómodo aquí no se contesta. Se silencia. En lugar de ello nos gritarán esto:

—Pero *¡el principio!* Pero ¡el principio mismo! ¡¿Tiene derecho un ruso, para alcanzar sus objetivos políticos, por muy dignos que le parezcan, a apoyarse en el brazo del imperialismo alemán…?! ¿Y encima en el momento de una guerra despiadada contra él?

Cierto, es la pregunta clave: para fines que a ti te parecen respetables, ¿puedes aceptar el apoyo del imperialismo alemán en guerra contra Rusia?

Todos a una exclamarán hoy: ¡no!, ¡no!, ¡no!

¿Pero de dónde sale entonces el vagón precintado alemán de Suiza a Suecia, con parada y fonda (según nos hemos enterado ahora) en Berlín? Toda la Prensa, de los mencheviques a los constitucional-demócratas, gritaba entonces: ¡no!, ¡no! Pero los

bolcheviques aclararon que sí, que se podía, que hasta era ridículo reprochárselo. Bueno, y no sólo fue el vagón. Y en verano de 1918, ¡cuántos vagones no llegaron a sacar los bolcheviques de Rusia —con víveres, con oro—, todo a las fauces de Guillermo! *Transformar la guerra en guerra civil*, eso lo dijo Lenin antes que los vlasovistas.

—Pero *¡los fines!* Pero ¡¿con qué fines se hacía?!

Eso, ¿con qué fines? Y ¿dónde están ahora, aquellos fines?

—Bien, pero ¡aquello era Guillermo! ¡El Kaiser! ¡Kaisercillo! ¡No era un Hitler! Y en Rusia, ¿qué gobierno había? Provisional…

Notemos que con el calor de la guerra, tampoco escribíamos entonces del Kaiser otra cosa que «feroz» y «sanguinario», de los soldados del Kaiser chillábamos irresponsablemente que a los niños les aplastaban la cabeza contra las piedras. Pero vale, que sea el Kaiser. Ahora que también el Gobierno Provisional: no tenía Checa, no disparaba en las nucas, no metía en campos de concentración, no recluía en koljoses, no te asqueaba a fuerza de mentiras. El Gobierno Provisional tampoco era el Gobierno estaliniano.

A proporción.

No es que nadie se apiadara de que murieran alfabetos de presidiarios, pero simplemente se acababa la guerra, ya no se necesitaba tanta intimidación, nuevos *polizei* ya no podían surgir, hacía falta mano de obra, y en el presidio iban muriendo inútilmente. De modo que ya en 1945 los barracones de presidiarios dejaron de ser celdas de cárcel, las puertas se abrieron de día, los zambullos se los llevaron al retrete, a la enfermería los presidiarios recibieron el derecho de ir por su propio pie, y al comedor los llevaban al trote —para tenerlos en forma—. También quitaron a los hampones que robaban a los presidiarios, y pusieron de servicio a los propios presidiarios. Luego les autorizaron también cartas, dos al año.

En los años 1946-1947 la frontera entre presidio y campo de concentración empezó a desdibujarse bastante, los políticamente poco escrupulosos directivos, persiguiendo el plan de producción, se pusieron (al menos en Vorkuta) a trasladar a los buenos especialistas-presidiarios a *lagpunkts* ordinarios, donde ya no le quedaba nada al presidiario del presidio, salvo su número, y al peonaje, de los *lagpunkts* ITL a meterlos en los presidiarios, de refuerzo.

Y así habrían desleído los zoquetes de administradores la magna idea estaliniana de resucitar el presidio, si en 1948 no hubiera tenido Stalin otra idea: la de separar a todos los indígenas del GULAG, de aislar a los socialmente-allegados criminales y comunes de los socialmente-irremediables Cincuenta y Ochos.

Todo eso era parte del aún más magno proyecto de Consolidación de la Retaguardia (por el nombre se ve que Stalin se preparaba para una guerra cercana). Se crearon CAMPOS ESPECIALES[8] con reglamento especial: un poquitín más suave que el primer presidio, pero más duro que los campos ordinarios.

Para distinguirlos, inventaron darles a estos campos no el nombre de la localidad, sino nombres fantasioso-poéticos. Se desarrollaron el Gorlag (Montanlag) en Norilsk, el Berlag (Playalag) en Kolyma, el Minlag (Mineral) en el Inta, el Rechlag (Ríolag) en el Pechora, el Dubrovlag (Encinlag) en Potma, el Ozerlag (Lagunalag) en Taishet, el Steplag (Esteplag), Peschanlag (Dunaslag) y Luglag (Vallelag) en Kazajstán, el Kamyshlag (Juncoslag) en la provincia de Kemerovo.

Por los campos ITL corrieron sombríos rumores de que al Cincuenta y Ocho lo mandarían a Campos Especiales de exterminio. (Ni a los ejecutores, ni a las víctimas les pasaba, naturalmente, por la cabeza que para esto pueda necesitarse alguna nueva sentencia).

Entraron en efervescencia los URCHes[9] y las secciones operacionales-chequistas. Se confeccionaban misteriosas listas y se llevaban a algún sitio para conformidad. Luego arrimaban largos convoyes rojos, se acercaban compañías de valerosas tropas de escolta con sus charreteras rojas, sus metralletas, sus perros y sus martillos, y los enemigos del pueblo, nombrados por lista, eran inexorable e inapelablemente arrancados de sus barracones calentitos a un lejano traslado.

Pero no convocaban al Cincuenta y Ocho entero. Sólo después, atando cabos, los detenidos entendieron a quién habían dejado con los comunes en las islas ITL: dejaron el 58-10 limpio, es decir, la *simple* propaganda antisoviética, o sea, solitaria, no dirigida a nadie, sin relación con nadie, desinteresada (y aunque era casi imposible imaginarse a propagandistas así, los había a millones registrados y dejados en las viejas islas del GULAG). Si en cambio los propagandistas eran dos o tres, si tenían la menor tendencia a oírse unos a otros, a dialogar o a formar coro, tenían el *reenganche* del 58-11, «apartado de grupo», y como semilla de organizaciones antisoviéticas marchaban ahora a los Campos Especiales. Como cosa natural iban allí los traidores a la Patria (58-1-a y b), los nacionalistas burgueses y separatistas (58-2), los agentes de la burguesía mundial (58-4), los espías (58-6), los diversionistas (58-7), los terroristas (58-8), los saboteadores (58-9) y los saboteadores económicos (58-14). Aquí también cabían cómodamente los prisioneros alemanes (Minlag) y japoneses (Ozerlag) que proyectábamos retener incluso después de 1948.

En cambio en los campos ITL quedaron los no-denunciadores (58-12) y los auxiliadores del enemigo (58-3). Al revés, los presidiarios, condenados precisamente por auxiliar al enemigo, iban ahora a los Campos Especiales como todos.

La separación era aún más sesuda de lo que la describimos. Por algunas otras incomprensibles particularidades se quedaban en los ITL ora las traidoras condenadas a veinticinco años (Unzhlag), ora incluso *lagpunkts* enteros con sólo Cincuenta y Ochos, incluyendo vlasovistas y polizeis: no Especiales, sin números, pero de régimen cruel (por ejemplo, Krásnaya Glinka en el recodo de Samara del Volga; el campo de Tuím en el distrito de Shira en Jakassia; en el sur de Sajalín). Estos campos resultaron duros, y no era más fácil vivir en ellos que en los Especiales.

Y para que una vez efectuado, el Gran Desglose del Archipiélago no volviera otra vez a la mescolanza, se estatuyó desde 1949 que cada indígena recién elaborado de fuera recibiera, aparte de su condena, también una resolución (de la Seguridad del Estado Provincial y de la Fiscalía) en su expediente carcelario: en qué campos se tendrá a este chotillo en permanencia.

Así, al modo del grano, que muere para que nazca la planta, el grano del presidio estaliniano germinó en los Campos Especiales.

Los convoyes rojos, cruzando la Patria y el Archipiélago, trajeron el *nuevo contingente*.

Y en el Inta pensaron, y simplemente pasaron ese rebaño de un portalón a otro.

Chéjov se quejaba de que no teníamos «una definición jurídica de lo que es el presidio y para qué se necesita».

¡Pues si todavía era el ilustrado siglo XIX! En cambio a mediados del cavernícola siglo XX ni siquiera necesitábamos entender ni definir. Lo ha decidido así el Padrazo, pues ya está todo definido.

Y asentimos en silencio, con aire entendido.

II
El vientecillo de la revolución

Jamás habría creído al empezar mi condena, aplastado por su inabarcable duración y abatido por mi primer contacto con el mundo del Archipiélago, que poco a poco se enderezaría mi alma; que con los años, escalando, sin notarlo yo mismo, la cima invisible del Archipiélago, como el Mauna-Loa de Hawai, desde allí miraría con toda tranquilidad los horizontes del Archipiélago, e incluso me atraería el incierto mar con su centelleo.

La parte media de mi condena la pasé en una islita dorada, donde a los detenidos se les daba de comer, de beber, se los tenía calentitos y limpios. A cambio no exigían mucho: estarte doce horas sentado a una mesa de despacho y complacer a la superioridad.

¡Pero yo de pronto le había perdido el gusto a aferrarme a estos bienes…! Ya le intuía un nuevo sentido a la vida carcelaria. Mirando atrás, ahora me parecían lastimosos los consejos del convocado especial de Krásnaya Presnia: «librarse de los *generales* a cualquier precio». El precio que pagábamos me pareció excesivo.

La cárcel liberó en mi la facultad de escribir, y a esta pasión entregaba ahora todo mi tiempo; el trabajo para el Estado lo dejé descaradamente de lado. Más necesario que la mantequilla y el azúcar de allí se me hizo enderezarme.

Y a varios de nosotros nos «enderezaron» en un traslado a un Campo Especial.

Nos estuvieron llevando mucho tiempo: tres meses (con carretas de caballos en el siglo XIX se puede tardar menos). Tan largo fue este viaje, que se convirtió casi-casi en un período de mi vida; me parece que durante este viaje se llegaron a modificar mi carácter y mis opiniones.

Nos tocó hacer un viaje brioso, alegre, significativo. Nos acariciaba el rostro un vientecillo fresco, tonificante: el viento del presidio y de la libertad. De todas partes iban llegando hombres y relatos que nos convencían que la razón ¡estaba de nuestra parte!, ¡de la nuestra!, ¡de la nuestra!, y no de la de los jueces y carceleros.

La familiar Butyrki nos acogió con unos desgarradores gritos de mujer desde una ventana, seguramente una celda individual: «¡Socorro! ¡Auxilio! ¡Asesinos! ¡Asesinos!». Y el chillido quedó ahogado por la manaza de algún celador.

En la «estación» de Butyrki nos mezclaron con novatos, enchiquerados del año 49. Todos tenían unas condenas graciosísimas, no los habituales *dos duros*, sino *cinco*. Cuando en los numerosos pases de lista debían contestar el final de su

condena, sonaba a guasa: «¡octubre de mil novecientos setenta y cuatro!» «¡febrero de mil novecientos setenta y cinco!». Estar tanto tiempo en la cárcel parecía imposible. Había que hacerse con tenazas para cortar alambradas.

Estas mismas condenas a veinticinco años estaban creando una nueva calidad en el mundo de los detenidos. El régimen nos había disparado todo lo que podía. Ahora la palabra la tenían los detenidos —una palabra libre, ya sin opresión, sin amenazas— aquella misma palabra que no tuvimos en toda la vida y que es tan indispensable para aclararnos y agruparnos.

Ya estábamos en el *stolypin*[gj] cuando por el altavoz de la estación de Kazán nos enteramos del principio de la guerra de Corea. Habiendo penetrado 10 kilómetros la primera mañana en la sólida línea defensiva de los surcoreanos, los norcoreanos aseguraban que los habían atacado. El más tonto de los excombatientes podía entender que había atacado precisamente el que había avanzado el primer día.

Esta guerra de Corea también nos animó. ¡Rebeldes, pedíamos tempestades! Es que sin tempestad, es que sin tempestad, es que sin tempestad estábamos condenados a muerte lenta…

Pasado Riazán, el sol rojo del amanecer daba con tanta fuerza por las ventanas ciegas del «vagón-zak» que el joven escolta del pasillo, frente a nuestra reja, entornaba los ojos. Era una escolta como otra cualquiera: nos había prensado unas quince personas por departamento, nos daba arenques salados, pero es verdad, traía agua y nos dejaba ir al retrete mañana y tarde, no hubiéramos tenido nada que discutir con ella, si ese muchachito no hubiera soltado imprudentemente, hasta sin malicia ninguna, que éramos enemigos del pueblo.

¡Y la que se armó! De nuestro compartimiento y del vecino empezaron a espetarle:

«Somos enemigos del pueblo, pero ¿por qué en el koljós no hay nada que jalar?».

«Tú mismo también eres de pueblo, se te ve en la cara, pero ¿a que te reenganchas en la mili, de perro guardián, y no vuelves a labrar la tierra?».

«Si somos enemigos, ¿por qué repintáis los furgones? ¡Nos lleváis a las claras!».

«¡Vaya, hijito! Yo tenía dos como tú, no volvieron de la guerra, y yo soy enemigo, ¿eh?».

¡Hacía mucho, muchísimo tiempo que no salía nada parecido entre nuestras rejas! Gritábamos las cosas más sencillas, demasiado visibles para refutarlas.

Al azorado mocito se le acercó un sargento reenganchado, pero no se llevó a nadie al calabozo, no se puso a apuntar apellidos, sino que intentó ayudar a su soldado a defenderse. Y en eso también creímos ver señales de nuevos tiempos —¡aunque qué iban a ser nuevos en 1950!—, no, señales de las nuevas relaciones en el mundo carcelario que se formaban con las nuevas condenas y los nuevos campos políticos.

Nuestra discusión empezó a cobrar el aspecto de un auténtico intercambio de argumentos. Los chicos nos examinaban y ya no se atrevían a tratar de enemigo del

pueblo a nadie de este compartimiento ni a nadie del de al lado. Intentaron objetamos algo de los periódicos, de la formación política, pero no con la mente, sino con el oído notaron que sus frases sonaban a falso.

«¡Mirad, muchachos! ¡Mirad por la ventana! —les espetaron desde nuestro bando —. ¡Mirad a qué ha llegado Rusia!».

Y afuera iba desfilando un país tan techado de paja podrida, tan ruinoso, tan harapiento, tan indigente (línea de Ruzáievka, por allí no pasan extranjeros), que si Gengis-Khan lo hubiera visto tan cochambroso, jamás se habría puesto a conquistarlo.

En la tranquila estación de Torbéyevo pasó por el andén un viejo con alpargatas. Una campesina vieja se paró frente a nuestra ventanilla con el cristal bajado, y por la reja y luego la reja interior estuvo mucho rato inmóvil mirándonos, apretujados en la tarima de arriba. Miraba con aquella mirada eterna, con la que siempre había mirado a los «desgraciaditos» nuestro pueblo. Por sus mejillas bajaban espaciadas lágrimas. Así se estaba, encorvada, y así miraba, como si su hijo estuviera tendido entre nosotros. «No se puede mirar, abuela», le dijo sin brusquedad un escolta. Ni volvió la cabeza. Y al lado de ella estaba una niña de unos diez años con cintitas blancas en las trenzas. Esta miraba muy seria, incluso demasiado triste para su edad, con los ojitos muy-muy abiertos y sin pestañear. Miraba de tal forma que, creo, nos retrató para siempre jamás. El tren arrancó suavemente, la vieja levantó sus dedos negros y acompasadamente, sin prisas, hizo sobre nosotros la señal de la cruz.

Y en otra estación una moza con un vestido de topos, muy desenvuelta y poco asustadiza, se acercó a nuestra ventanilla hasta tocarla y se puso a preguntar con vivacidad qué artículos teníamos y qué condenas. «Aparta», le rugió el escolta que recorría el andén. «¿Y tú que me vas a hacer? ¡Si yo también soy de éstas! ¡Toma, mejor que les pases un paquete de tabaco a los muchachos!», y sacó un paquete del bolso. (Nosotros ya lo habíamos adivinado, la moza esta ya había *estado*. ¡Cuántas de ellas, que caminaban como libres, ya habían pasado por la escuela del Archipiélago!). «¡Aparta o te detengo!», saltó del vagón el subjefe de la escolta. Ella miró con desprecio su reenganchada frente: «¡Vete a la m…!». Nos animó a nosotros: «¡Mandarlos a la m…, muchachos!». Y se alejó con dignidad.

Así viajamos, y no creo que la escolta se sintiera escolta popular. Viajábamos, y cada vez nos encendíamos más en nuestra razón, y en que toda Rusia está con nosotros, y en que está llegando el momento de terminar, de acabar con este establecimiento.

En la cárcel de tránsito de Kuibychev, donde estuvimos *tornando el sol* más de un mes, también nos sorprendieron milagros. Desde las ventanas de la celda vecina de pronto oímos gritos histéricos, desesperados, de los maleantes (hasta el gimoteo lo tienen chillón y desagradable): «¡Auxilio! ¡Socorro! ¡Nos pegan los fascistas! ¡Los fascistas!».

¡Esta era la maravilla! ¿«Fascistas» pegando a los hampones? Antes siempre era al revés.

Pero pronto redistribuirán la celda, y nos enteraremos: de momento aún no hay portento. Sólo es la primera golondrina: Pavel Boroniuk, el pecho como una rueda de molino, brazos como troncos, siempre listos para un apretón de manos o un golpe, moreno, nariz aguileña, más parecido a un georgiano que a un ucraniano. Es oficial de primera línea, con una ametralladora antiaérea sostuvo un duelo con tres «Messers»; lo presentaron para Héroe de la Unión Soviética, lo eliminó la Sección Especial; lo mandaron al batallón disciplinario, volvió condecorado; ahora tiene *dos duros*, con los tiempos que corren, «condena para niños».

A los hampones ya los había calado durante el viaje desde la cárcel de Novograd-Volynski, y ya había peleado con ellos. Aquí, en la celda vecina, estaba sentado en la tarima de arriba y jugaba tranquilamente al ajedrez. Toda la celda eran Cincuenta y Ochos, pero la administración metió a dos maleantes. Fumando arrogantemente «Belomor[gk]», y al ir a despejar su sitio *legal* en la tarima al lado de la ventana, Fixatiy bromeó: «¡Me lo decía el corazón, otra vez con bandidos!». El ingenuo Véliev, que aún no había visto realmente hampones, quiso animarlo: «No, hombre, Cincuenta y Ocho. ¿Y tú?». «¡Yo desfalcador, hombre instruido!». Tras echar a dos, los hampones tiraron sus sacos en sus sitios de ley, y empezaron a recorrer la celda a comprobar los sacos ajenos y a buscar comida. Y el Cincuenta y Ocho —¡no, aún no era nuevo!— reo opuso resistencia. Sesenta hombres esperaban sumisamente a que se les acercaran y los robaran. Tiene algo hechizante este descaro de los hampones, que no admiten encontrar resistencia. (Bueno, y el cálculo de que las autoridades están siempre de su lado). Boroniuk seguía, a primera vista, moviendo fichas, pero ya sus imponentes ojazos daban vueltas para ver cómo lucharía. Cuando uno de los maleantes se paró delante suyo, con su pierna colgando le dio con toda su fuerza con la bota en los morros, bajó de un salto, agarró la sólida tapa del zambullo y derribó al segundo matón con la tapa en la cabeza. Y así se puso a pegarles, uno tras otro, con esta tapa hasta que voló en pedazos, pero las tablas las aguantaba un hierro en cruz. Los golfos pasaron a la lástima, pero no se puede negar que en sus chillidos también había humor, no se les escapaba el lado gracioso: «¿Pero qué haces? ¡Pegas con la *cruz*!». «Si tú eres fuerte, ¿por qué te metes con *la gente*?». Sin embargo, conociéndolos, Boroniuk les siguió pegando, y entonces uno de los maleantes se lanzó a gritar por la ventana: «¡Auxilio! ¡Nos pegan los fascistas!».

El hampa no lo olvidó, hasta el punto de que luego amenazaron varias veces a Boroniuk: «¡*Hueles a muerto*! ¡Viajaremos juntos!». Pero no atacaron más.

Y con los *sukas*[gl] también tuvo su choque nuestra celda. Estábamos en el paseo, que también servía para hacer las necesidades, la celadora envió a un *suka* a echar a los nuestros del retrete, éste nos echó, pero su arrogancia (¡ante «políticos»!) indignó al jovencito, nervioso, recién condenado Volodia Gershuni, que se puso a reconvenir al suka, y éste derribó al muchachito de un puñetazo. Antes se habría tragado esto el

Cincuenta y Ocho, en cambio ahora Maxim el azerbaidjano (que había matado al presidente de su koljós) le tiró una piedra al *suka*, y Boroniuk le arreó en la mandíbula; aquél le pegó una cuchillada a Boroniuk (los auxiliares de los guardianes andan con cuchillos, esto aquí no extraña a nadie) y huyó bajo la protección de la guardia, Boroniuk tras él. Entonces nos devolvieron rápidamente a la celda, y vinieron oficiales de la cárcel a averiguar *quién* y a asustarnos con nuevas condenas por bandidismo (los emeuvedistas siempre cuidando de sus queridos *sukas*). Boroniuk se encendió y se adelantó él mismo: «¡A esos canallas les he pegado y les seguiré pegando mientras viva!». El *compadre*[gm] de la cárcel advirtió que nosotros, contrarrevolucionarios, no teníamos de qué estar orgullosos, y era más seguro tener la boca cerrada. Entonces saltó Volodia Gershuni, casi un chiquillo, detenido en primer curso, no un homónimo, sino sobrino carnal del famoso Gershuni, jefe de un grupo de combate social-revolucionario: «¡No intente llamarnos contrarrevolucionarios! —le lanzó con voz de gallito al compadre—. Esto ya ha pasado. ¡Ahora somos otra vez re-vo-lu-cionarios! ¡Pero contra el régimen soviético!».

¡Ay, qué divertido! ¡Hasta dónde hemos llegado! Y el compadre carcelario sólo arruga la nariz y frunce el ceño, se lo traga todo. No se llevan a nadie al calabozo, los oficiales-carceleros se marchan sin gloria.

¿O sea que se puede vivir así en la cárcel?, ¿pelear?, ¿defenderse?, ¿decir en voz alta lo que se piensa? ¡Cuántos años estuvimos aguantando tontamente! ¡Es fácil pegar al que llora! Nosotros llorábamos, y así nos pegaban.

Ahora, en estos nuevos legendarios campos adonde nos conducen, donde llevan números, como en los nazis, pero donde por fin, sólo habrá políticos, limpios de pringue común, ¿quizá justamente allí empiece una vida así? Volodia Gershuni, de ojos negros, con un rostro afilado blanco-mate, dice esperanzado: «Llegaremos al campo y allí veremos *con quién juntarnos*». ¡Chiquillo! ¿Pensará en serio que encontrará allí un animado y arraigado cotarro de partidos, debates, programas, citas clandestinas? ¡«Con quién juntarnos»! ¡Como si nos hubieran dejado elección! Como si no lo hubieran resuelto por nosotros quienes confeccionaron las listas de detenidos y quienes seleccionaron a los trasladados.

En nuestra larguísima celda —una antigua cuadra, donde en lugar de dos filas de pesebres habían montado dos tarimas continuas de dos pisos, en el pasillo unas columnitas de estacas torcidas sostienen el vetusto techo para que no se caiga, y las ventanas en el largo muro son también típicos de cuadra, para no echar la paja fuera de los pesebres (e incluso a estas ventanas les han puesto bozal)— en nuestra celda hay unas ciento veinte personas, y encuentras de todo. Más de la mitad son del Báltico, gente sin instrucción, simples labradores: en el Báltico andan por la segunda purga, enchiqueran y confinan a todos los que no quieren ir voluntariamente a los koljoses, o se sospecha que no querrán. Luego hay bastantes ucranianos occidentales, guerrilleros de la OUN[10], o gente que les dio albergue una noche o les dio de comer

una vez. Luego de la Federativa Soviética Rusa, novatos pocos, más bien *repetidores*. Bueno, y claro, cierto número de extranjeros.

A todos nos llevan a los mismos campos (nos enteramos por el encargado de tareas: al Steplag). Me fijo en los que comparten mi suerte y trato de meditar sobre ellos.

Particularmente cerca del corazón tengo a los estonios y lituanos. Aunque estoy aquí con ellos en pie de igualdad, tengo tal vergüenza ante ellos como si los hubiera metido en la cárcel yo. Sin corromper, trabajadores, fieles a la palabra dada, comedidos, ¿por qué también ellos han sido arrastrados a la trituradora bajo las mismas malditas cuchillas? No molestaban a nadie, vivían en paz, más acomodada y honestamente que nosotros, y ahora tienen la culpa de que tengamos apetito, tienen la culpa de estar a mano y de taparnos el mar.

«¡Da vergüenza ser ruso!», exclamó Herzen cuando sofocábamos a Polonia. Doblemente avergonzado me siento ahora ante estos pacíficos e indefensos pueblos.

Hacia los letones tengo sentimientos más complejos. Aquí hay como un desquite. Es que todo esto lo sembraron ellos mismos.

¿Y los ucranianos? Hace tiempo que no decimos «nacionalistas ucranianos», sólo decimos «benderistas», y esta palabra se ha vuelto tan insultante que a nadie se le ocurre ir al fondo de la cuestión. (También decimos «bandidos», por esa regla tan bien asimilada de que cualquiera en el mundo que mate a favor nuestro sea «partisano», y todo el que nos mate a nosotros, «bandido», empezando por los campesinos de Tambov en 1921).

Pero el fondo del asunto está en que hubo un tiempo, el período de Kiev, en que formábamos un solo pueblo, pero desde entonces quedó roto, y durante siglos se fueron separando y alejando nuestras vidas, costumbres, idiomas. La llamada «reunificación» fue un intento muy difícil, aunque tal vez sincero por parte de algunos, de volver a la hermandad anterior. Pero empleamos mal los tres siglos transcurridos desde entonces. No hubo en Rusia personalidades que no meditaran en cómo unir del todo a ucranianos y rusos, en cómo rellenar el tajo entre ellos. (Y si no hubiera habido tajo, no se hubieran formado en la primavera de 1917 comités ucranianos y después la Rada).

Los bolcheviques, antes de llegar al poder, veían el asunto sin complicaciones. En el *Pravda* de 7 de junio de 1917 Lenin escribía: «Consideramos a Ucrania y a las demás regiones no rusas como anexionadas por el zar y los capitalistas rusos». Lo escribió cuando ya existía la Rada Central. Y el 2 denoviembre de 1917 fue aprobada la «Declaración de los derechos de los pueblos de Rusia», ¿y no sería en broma?, ¿no sería para engaño que declaramos que los pueblos de Rusia *tienen* derecho a la autodeterminación hasta la separación inclusive? Seis meses más tarde el gobierno soviético *pedía* a la Alemania del Kaiser que prestara su apoyo a la Rusia soviética para concertar la paz y determinar unas fronteras exactas con Ucrania, y el 14 de junio de 1918 Lenin firmó esta paz con el Hetman Skoropadski. Al hacerlo demostró

que estaba plenamente conforme con la separación de Ucrania, ¡incluso si Ucrania tenía que ser monárquica!

Pero es raro. Apenas cayeron los alemanes ante la Entente (¡cosa que no podía tener la menor influencia sobre *los principios* de nuestras relaciones con Ucrania!), y tras ellos cayó el Hetman, ocurrió que tuvimos más fuerza que Petliura (otro insulto: «petliuristas». Y sin embargo eran ucranianos, de las ciudades y del campo, que querían montar su vida sin nosotros), inmediatamente cruzamos la frontera que habíamos aceptado e impusimos a los hermanos de sangre nuestro régimen. Es cierto, hasta 15-20 años después estuvimos intensa e incluso insistentemente jugando con su idioma y contando a los hermanos que eran completamente independientes y podían separarse de nosotros cuando gustasen. Pero apenas quisieron hacerlo al final de la guerra, los llamamos «benderistas», empezaron a cazarlos, torturarlos, ejecutarlos y mandarlos a los campos de concentración. (Pero los «benderistas», igual que los «petliuristas», son siempre los mismos ucranianos que no quieren dominación extranjera. Al enterarse de que Hitler no les traía la libertad que prometía, también lucharon contra Hitler toda la guerra, pero esto nos lo callamos, no nos conviene, como el levantamiento de Varsovia en 1944).

¿Por qué nos da tanta rabia el nacionalismo ucraniano, el deseo de nuestros hermanos de hablar y educar a sus hijos, y escribir letreros, en su idioma? Incluso Mijail Bulgakov (en «La Guardia Blanca») se dejó dominar en esto por un sentimiento equivocado. Puesto que no nos hemos fusionado hasta el final, puesto que somos distintos en algo (¡basta con que lo noten *ellos*, la minoría!), ¡es muy triste! Pero ya que es así, ya que se ha dejado perder la ocasión, y más que nada en los años treinta y cuarenta —¡cuando se ha agudizado más no es bajo el zar, sino *después* del zar!— ¿por qué nos irrita tanto su deseo de separarse?, ¿por quedarnos con las playas de Odessa?, ¿con la fruta de Cherkassy?

Me duele escribir de esto: lo ucraniano y lo ruso se me unen en la sangre, y en el corazón, y en la mente. Pero mi gran experiencia de contacto amistoso con ucranianos en los campos de concentración me ha revelado hasta qué punto están sensibilizados. Nuestra generación tendrá que pagar por los errores de las anteriores.

Dar un puñetazo y gritar «¡mío!» es el camino más simple. Incomparablemente más difícil es pronunciar: «¡quien quiera vivir, que viva!». No se puede a finales del siglo XX vivir en el mundo imaginario en que se estrelló nuestro último inepto emperador. Por asombroso que parezca, no se han cumplido las predicciones de la Teoría Adelantada de que el nacionalismo se marchita. En el siglo del átomo y de la cibernética —¿por qué será?— floreció. Y está llegando el momento de pagar todas las letras de autodeterminación, de independencia, y de pagarlas nosotros, sin esperar a que nos quemen en hogueras, nos ahoguen en los ríos y nos corten la cabeza. El que seamos una gran nación lo debemos demostrar no por la inmensidad del territorio, no por el número de pueblos sojuzgados, sino por la grandeza de nuestros actos. Y por la

profundidad con que labremos las tierras que nos quedarán tras restar las que no quieran vivir con nosotros.

Con Ucrania será tremendamente doloroso. Pero hay que hacerse cargo de la tensión que hay allí ahora. Si no se ha arreglado con el transcurso de los siglos, nos toca ser razonables a nosotros. Nuestro deber es dejarles la decisión a ellos —federalistas o separatistas, quien de ellos convenza a quien—. No ceder es insensatez y crueldad. Y cuanto más moderados, más tolerantes, más comprensivos seamos ahora, tanto mayores serán las esperanzas de restablecer la unidad en el futuro.

Que vivan, que lo intenten. Pronto se percatarán de que no todos los problemas se solucionan por la separación[11].

Por alguna razón, nos quedamos muchos días en esta larga celda-cuadra, no acaban de enviarnos a nuestro Steplag. Tampoco tenemos prisa: aquí estamos a gusto, allí sólo podremos estar peor.

Sin noticias no nos dejan: cada día traen un periodiquillo de mitad de tamaño, me toca leérselo en voz alta a la celda, y lo leo *con expresión*, tiene qué expresar.

En estos días se cumplen justamente diez años de la *liberación* de Estonia, Letonia y Lituania. Alguno de ellos entienden ruso, se lo traducen a los demás (hago pausas), y estos aúllan, literalmente aúllan desde todas las tarimas, inferiores y superiores, al oír qué libertad y prosperidad reinan en su país por primera vez en la historia. Tras cada uno de estos bálticos (y en toda la cárcel de tránsito, son una tercera parte larga) ha quedado una casa arruinada, y menos mal si también la familia, porque según cuando, la familia está en otro convoy camino de la misma Siberia.

Pero más que nada, por supuesto, agitaban a la cárcel las noticias de Corea. El *Blizkrieg* de Stalin había fracasado. Ya estaban en camino voluntarios de la ONU. Teníamos a Corea por la España de la tercera guerra mundial. (Y probablemente como un ensayo también la había pensado Stalin). Estos soldados de la ONU nos animaban especialmente: ¡esta bandera! ¿A quién no unificará? ¡Premonición de la futura humanidad unida!

Tan nauseabundo era todo, que no podíamos alzarnos por encima de nuestra náusea. No podíamos desear así, conformarnos así: perezcamos nosotros, pero que se salven los que ahora desde su bienestar miran con indiferencia cómo perecemos. ¡No, ansiábamos una tempestad!

Se asombrarán: ¿qué estado de ánimo tan cínico, tan desesperado? ¿Y podíais no pensar en las calamidades que traería una guerra a la inmensa población *libre*? —¡Pero la población libre no pensaba en absoluto en nosotros!—. Entonces vosotros ¿podíais *querer* una guerra mundial? Y dando a toda esta gente en 1950 condenas hasta mediados de los setenta, ¿qué otra cosa les *dejaron querer*, salvo una guerra mundial?

A mí mismo me parece absurdo, al recordar ahora estas falsas, perniciosas, esperanzas nuestras de entonces. La aniquilación nuclear general no es solución para

nadie. Y sin ser nuclear: toda guerra exterior sólo sirve de justificación para la tiranía interior, la refuerza. Pero quedaría falseada mi historia si no dijera la verdad: lo que sentíamos aquel verano.

Igual que la generación de Romain Rolland estuvo toda su juventud oprimida por la constante espera de la guerra, nuestra generación de detenidos estaba oprimida por su ausencia, y sólo esto será la verdad íntegra del espíritu de los campos políticos Especiales. A esto nos redujeron. La guerra mundial podía traernos sea una muerte acelerada (disparos desde los miradores, envenenamiento por el pan con bacilos, como hacían los alemanes), sea, después de todo, la libertad. En ambos casos, una liberación muchísimo más cercana que el final de la condena en 1975.

Éste fue el cálculo de Petia P-v. Petia P-v era en nuestra celda la última persona viva llegada de Europa. Inmediatamente después de la guerra estaban todas las celdas atiborradas de estos rusos, regresados de Europa. Pero quienes han venido entonces hace tiempo que están en los campos de concentración o ya bajo tierra, los demás han desistido, no vuelven, pues ¿de dónde sale éste? Regresó voluntariamente a la patria en noviembre de 1949, cuando la gente normal ya no regresaba.

La guerra lo pilló cerca de Jarkov, de alumno de una escuela profesional, donde había sido movilizado a la fuerza. Igualmente a la fuerza, los alemanes se lo llevaron, adolescente, a Alemania. Allí estuvo de «ost-arbeiter» hasta el final de la guerra, allí se formó su psicología: hay que procurar vivir fácilmente y no trabajar, como obligan desde niño. En Occidente, aprovechando la buena fe europea y la falta de control en las fronteras, P-v se llevaba coches franceses a Italia, italianos a Francia, y allí los vendía con rebaja. Sin embargo, en Francia lo acabaron descubriendo y deteniendo. Entonces escribió a la Embajada soviética que deseaba volver a la amada patria. P-v se hizo la siguiente composición de lugar: la cárcel francesa la tendrá que cumplir hasta el último día, y pueden dar hasta diez años. En cambio en la Unión Soviética, por traición a la patria darán veinticinco, pero ya caen las primeras gotas de la tercera guerra mundial; la Unión no resistirá ni tres años, luego es más ventajoso ir a la cárcel soviética. Los amigotes de la Embajada comparecieron inmediatamente y estrecharon a Petia P-v contra su corazón. Las autoridades francesas cedieron de buena gana al ladrón[12]. En la Embajada se juntaron unos treinta, como él o parecidos. Los transportaron por barco, con todo confort, a Murmansk, los soltaron por la ciudad a dar un paseo, y en veinticuatro horas, uno por uno, los cazaron a todos.

Ahora en la celda Petia nos hacía las veces de prensa occidental (había leído detenidamente el proceso Kravchenko), de teatro (con las mejillas y los labios interpretaba diestramente música occidental) y de cine (nos contaba y transmitía por gestos películas occidentales).

¡Qué libertad había en el tránsito de Kuibychev! Las celdas a veces se encontraban en el patio común. Con las partidas que cruzaban el patio se podía hablar a través de los bozales. Al ir al retrete, uno podía acercarse a las ventanas abiertas

(con rejas, pero sin bozales) del barracón familiar, donde había mujeres con muchos niños (eso era que mandaban siempre de los mismos países bálticos y Ucrania Occidental a confinamiento). Y entre las dos celdas-cuadras había una rendija, la llamada «teléfono», allí había todo el santo día un voluntario tendido a cada lado, comentando las noticias.

Todas estas libertades aún nos aguijoneaban más, cada vez sentíamos más firme la tierra bajo nuestros pies, y bajo los de nuestros carceleros parecía que empezaba a arder. Y al pasear por el patio, alzábamos la vista al blanquecino y caluroso cielo de julio. No nos habría extrañado, ni asustado en absoluto, si una punta de lanza de bombarderos extranjeros hubiera surcado el cielo. Nuestra vida ya no era vida.

Los que venían a nuestro encuentro, de la cárcel de tránsito Karabás, traían noticias de que allí ya colgaban octavillas: «¡Basta de aguantar!». Nos soliviantábamos unos a otros con estas cosas, y una calurosa noche en Omsk, cuando —carne recocida y sudorosa— nos maceraban y nos apilaban en un furgón celular, gritábamos a los guardianes desde el fondo: «¡Esperaros, c…! ¡Ya os dará Truman! ¡Os tirará una bomba atómica en la cabeza!». Y los guardianes callaban asustados. También ellos sentían cómo crecía nuestra energía, y, como nos parecía a nosotros, nuestra razón. Y tanto ansiábamos la verdad que no lamentábamos arder bajo la misma bomba que nuestros verdugos. Estábamos en aquel estado límite en que no hay nada que perder.

Si no se revela esto, no estará completa la imagen del Archipiélago de los años cincuenta.

El penal de Omsk, que conoció Dostoievski, no es un tránsito de GULAG cualquiera, montado con tablas a toda prisa. Es una prisión tremenda de tiempos de Catalina, en especial, sus sótanos. No cabe mejor decorado para una película que una celda de este sótano. El ventanuco cuadrado es la cima de un pozo inclinado, allá arriba, donde sale a la superficie de la tierra. Por los tres metros de profundidad de este hueco se aprecia qué paredes hay aquí. Ni siquiera hay techo en la celda, sino que cuelgan como rocas las bóvedas cruzadas. Y una pared está mojada: se filtra agua del subsuelo, llega al piso. Por la mañana y por la noche está oscuro, a pleno día, penumbra. Ratas no hay, pero te parece que las hueles. Y aunque las bóvedas llegan tan bajo que en algunos sitios las tocas con la mano, los carceleros se las han ingeniado para construir tarimas de dos pisos incluso aquí, la de abajo está poco más arriba del suelo, a la altura del tobillo.

Este penal parece ser que debiera cortar de raíz aquellos vagos presentimientos de rebeldía que habían crecido en nosotros en la relajada cárcel de Kuibychev. ¡Pues no! Por la noche, bajo una bombilla de unos quince vatios, mortecina como una vela, el viejo Drozdov, calvo, de cara afilada, mayodormo de la catedral de Odessa, se coloca ante la profundidad del pozo de la ventana y con voz débil, pero con el sentimiento de una vida que se acaba, canta una vieja canción revolucionaria:

Oscura es la noche, como alma de tirano
como hacer traición
más negra que esta noche, se alza en la niebla,
¡la mole de la prisión!

Sólo canta para nosotros, pero aquí, aunque grites tampoco te oirán. Al cantar, corre una nuez puntiaguda bajo el bronce reseco de su cuello. Canta y se estremece, recuerda y hace desfilar por dentro de sí varios decenios de la vida de Rusia. Y su temblor se nos comunica a nosotros:

Está quieta la cárcel, mas no es un cementerio.
¡Y tú, ten cuidado, guardián!

¡En esta cárcel, esta canción! (¡Mucha falta le hubiera hecho a Shostakovich, antes de su Undécima Sinfonía, oír esta canción *aquí*! O bien la habría dejado tranquila, o bien le habría dado su sentido actual, no el muerto). Todo de acuerdo. Todo de acuerdo con lo que espera a nuestra generación de detenidos.

Luego nos tumbamos a dormir en esta amarilla penumbra, fría y húmeda. A ver, ¿quién nos *largará un novelón*?

Y suena una voz, la de Iván Alexéievich Spasski, como la voz reunida de todos los personajes de Dostoievski. Esta voz se altera, se ahoga, nunca está tranquila, a cada momento parece que puede cambiar en llanto, en grito de dolor. La más primitiva novelucha de Breshko-Breshkovski, como *La Madona roja*, suena como la canción de Rolando contada por esta voz, penetrada de fe, de sufrimiento y de odio. Y sea cierto, sea pura invención, se nos graba en la memoria como una epopeya la historia de Víctor Voronin, su internada a pie de ciento cincuenta kilómetros hacia Toledo y el levantamiento del asedio al Alcázar.

Bueno, y no hubiera sido la peor novela la vida del propio Spasski. De adolescente tomó parte en la Marcha Helada**[gn]**. Luchó toda la guerra civil. Emigró a Italia. Terminó una escuela rusa de *ballet* en el extranjero, creo que la de Karsávina, y una de las condesas rusas le enseñó ebanistería (después, en el campo de concentración, nos asombró haciéndose una herramienta en miniatura y fabricando para las autoridades muebles tan ligeros y finos, de armoniosas líneas curvas, que se quedaban boquiabiertos. Eso sí, para hacer una mesita estaba un mes). Con el *ballet* viajó por Europa. Fue operador del noticiero cinematográfico italiano durante la guerra de España. Como comandante del ejército italiano, bajo el nombre ligeramente cambiado de Giovanni Paschi, estuvo al mando de un batallón, y en verano de 1942 volvió a ese mismo Don. Allí su batallón pronto fue rodeado, aunque en general los rusos todavía retrocedían. Spassky pensó luchar a muerte, pero los chicos italianos que componían el batallón se pusieron a llorar: ¡querían vivir! El comandante Paschi vaciló e izó bandera blanca. Él mismo sí se hubiera podido suicidar, pero ahora sentía curiosidad por conocer un poquito a los soviéticos. Habría pasado por una estancia

ordinaria de prisionero y a los cuatro años hubiera estado en Italia, pero su alma rusa no lo resistió, entabló conversación con los oficiales que lo capturaron. ¡Error fatal! Si tienes la desgracia de ser ruso, ¡ocúltalo como una mala enfermedad, si no, lo pasarás mal! Primero lo tuvieron un año en la Lubianka. Luego tres años en un campo de concentración internacional en Jarkov (españoles, italianos, japoneses, también había uno así). Y cuando ya habían pasado cuatro años, sin computarle estos cuatro, le colgaron otros veinticinco. ¡Qué veinticinco ya! En el campo presidiario poco iba a durar.

La cárcel de Omsk, y luego la de Pavlodar, nos acogieron porque en estas ciudades —¡grave negligencia!— hasta ahora no había cárceles de tránsito especializadas. En Pavlodar incluso —¡oh vergüenza!— no hubo siquiera furgón, y de la estación a la cárcel, muchas manzanas, nos llevaron en columna, sin apurarse por la población —como se hacía antes de la revolución y durante el primer decenio después de ella—. En los barrios que cruzábamos las calles aún no estaban pavimentadas, ni había agua corriente, las casitas de una planta se veían sepultadas en la arena gris. La ciudad propiamente dicha empezaba por la cárcel de dos pisos, de piedra blanca.

Pero para el siglo XX esta cárcel ya no infundía pavor, sino un sentimiento de tranquilidad, no miedo, sino risa. Un extenso pacífico patio, en que por lugares crece una raquítica hierba, y familiarmente dividido por una vallita en compartimientos para el paseo. Las ventanas de las celdas del primer piso están cruzadas por unas poco tupidas rejas, no están tapadas por bozales, ¡ponte de pie en el poyo y estudia el paisaje! Justo debajo, bajo tus pies, entre el muro de la cárcel y la valla exterior, de cuando en cuando, alarmado por algo, correrá, arrastrando su cadena, un enorme perrazo y dará un par de ladridos profundos. Pero tampoco él tiene nada de carcelario, no da miedo, no es un mastín amaestrado contra las personas, sino que es amarillo-blanco, peludo, parece un perro de corral (hay en Kazajstán una raza de perros así), y por lo visto, ya está muy viejo. Parece de aquellos bondadosos viejos guardianes en los campos de concentración, que trasladaban aquí desde el ejército, y a los que, sin disimulo, les pesaba su perruno servicio de vigilancia.

Más allá del muro en seguida se ve una calle, y una cantina con cerveza, y todos los que pasan, o que están parados —o han traído un paquete a la cárcel, o esperan que les devuelvan el embalaje—. Y más allá casas, manzanas de estas casitas de una planta, y un recodo del Irtysh, e incluso las llanuras de la otra orilla.

Una moza vivaracha, a la que le acababan de devolver del puesto de guardia el cesto vacío de lo que había traído para algún preso, levantó la cabeza, nos vio en la ventana con nuestros gestos de saludo, pero no lo dejó ver. Con pasitos recatados caminó con dignidad hasta doblar la esquina de la cervecería, para que no la vieran del puesto de guardia, y allí de pronto se transformó toda ella de golpe, dejó el cesto, ¡nos agita, nos agita ambos brazos alzados, sonríe! Luego con rápidos lazos con el dedo, indica: «¡escribid, escribid mensajes!», y, con un arco de vuelo: «¡tirad,

tirádmelos a mí!», y, en dirección a la ciudad: «¡los llevaré, los entregaré!». Y abrió ambos brazos: «¿qué más?, ¿qué más puedo hacer? ¡Amigos!».

¡Era tan sincero, tan efusivo, se parecía tan poco a nuestra amordazada *libertad*, a nuestros apabullados ciudadanos! ¡¿Qué está pasando?! ¿Han llegado tiempos así? ¿O sólo es en Kazajstán? Es que aquí la mitad están en confinamiento…

¡Buena, valerosa muchacha! ¡Qué pronto has cursado, qué bien has asimilado la ciencia carcelaria! ¡Qué suerte (¿no serán lagrimitas, aquí en el borde del ojo?) que aún las haya como tú…! ¡Acepta nuestros saludos, desconocida! ¡Ay, si todo nuestro pueblo fuera así! ¡Qué lo iban a enchiquerar! ¡Se habrían atascado los malditos dientes!

Por supuesto, teníamos en las zamarras pedacitos de mina. Y trocitos de papel. Y se podía perfectamente separar un trozo de yeso de la pared, atarle el mensaje con un hilito y lanzarlo hasta ella. ¡Pero no teníamos absolutamente nada que pedirle en Pavlodar! Y sólo la saludamos con gestos de aprecio.

Nos llevaban al desierto. Incluso al pueblerino, poco pretencioso, Pavlodar lo recordaremos pronto como una rutilante capital.

Ahora se ha hecho cargo de nosotros la escolta del Steplag (pero, por suerte, no de la sección de Dzhez-kaz-gán; todo el camino estuvimos conjurando el destino para no caer en las minas de cobre). Trajeron para buscarnos camiones con los bordes sobreelevados y unas rejas en la parte delantera de la caja, para proteger a los soldados de nosotros, como de fieras. Nos sentaron apretujados en el suelo de la caja con las piernas encogidas, mirando hacia atrás de la marcha, y en esta posición nos estuvieron baqueteando por hoyos y baches durante ocho horas. Los soldados se colocaron en el techo de la cabina, y durante todo el camino tuvieron las bocas de las metralletas dirigidas contra nuestras espaldas.

En las cabinas de los camiones iban tenientes, sargentos, y en la del nuestro, la mujer de uno de los oficiales con una niñita de unos seis años. En las paradas la niña saltaba fuera, corría por la hierba de la pradera, recogía flores, gritaba sonoramente a mamá. No la intimidaban lo más mínimo ni las metralletas, ni los perros, ni las grotescas cabezas de los detenidos que asomaban de los bordes del camión, nuestro terrorífico mundo no le ensombrecía el prado y las flores, ni por curiosidad nos llegó a mirar una sola vez… Me acordé entonces del hijo de un brigada de la cárcel especial de Zagorsk, Su juego preferido era: obligar a dos chiquillos de la vecindad a poner las manos a la espalda (a veces les ataba las manos) y andar por el camino, mientras él iba al lado y los custodiaba.

Conforme viven los padres, así juegan los niños…

Cruzamos el Irtysh. Viajamos mucho rato por praderas anegadizas, luego por una estepa llanísima. Los vapores del Irtysh, el fresco de la noche en la estepa, el olor del ajenjo nos envolvían durante los minutos de parada, cuando se posaban las nubes de polvo gris claro levantadas por las ruedas. Generosamente rebozados de este polvo, mirábamos atrás (estaba prohibido volver la cabeza), callados (estaba prohibido

hablar), y pensábamos en el campo al que íbamos, con un complicado nombre exótico. Lo habíamos leído en nuestros «expedientes» desde la tarima superior del stolypin, boca abajo, EKIBASTUZ, pero nadie podía imaginar dónde cae eso en el mapa, y sólo el teniente coronel Oleg Ivánov recordaba que eran minas de carbón. Teníamos incluso la impresión de que no andaba lejos de la frontera china (y algunos se alegraban de esto, no se habían hecho a la idea de que China es aún mucho peor que aquí). El capitán de fragata Burkovski (novato y veinticincoañero, todavía estaba huraño con todos, es que era comunista y enchiquerado por error, en cambio alrededor eran enemigos del pueblo; conmigo se trataba sólo porque era exoficial soviético y no había estado prisionero) me recordó algo olvidado de los cursos universitarios: el día antes del equinoccio de otoño tracemos en el suelo la línea del mediodía, el veintitrés de Septiembre restemos de noventa la altura de culminación del sol, y tendremos nuestra latitud geográfica. Siempre es un consuelo, aunque no hay forma de saber la longitud.

Nos llevaban y llevaban. Se hizo de noche. Por el estrellado cielo negro ahora estaba claro que nos llevaban al Sur-suroeste.

En la luz de los faros de los camiones de detrás bailaban jirones de la nube de polvo, levantada sobre el camino entero, pero visible sólo en los faros. Surgía un extraño espejismo: el mundo entero era negro, el mundo entero se balanceaba, y sólo estas partículas de polvo brillaban, daban vueltas y dibujaban hostiles cuadros del futuro.

¿A qué fin del mundo? ¿A qué rincón perdido nos llevaban, donde tendríamos que hacer nuestra revolución?

Nuestras piernas encogidas estaban tan entumecidas que ya no parecían nuestras. Sólo sobre medianoche llegamos al campo de concentración, rodeado de una alta valla de madera, iluminado en la negra estepa y cerca del negro poblado durmiente por la refulgente electricidad del cuerpo de guardia y alrededor de la zona.

Tras pasarnos otra vez lista expediente por expediente —«¡… marzo de mil novecientos setenta y cinco!»— para este cuarto de siglo que faltaba nos condujeron tras el altísimo portalón doble.

El campo dormía, pero resplandecían brillantemente todas las ventanas de todos los barracones, como si allí todo desbordara de vida. Luz de noche, o sea, régimen carcelario. Las puertas de los barracones estaban cerradas por fuera con pesados candados. Sobre los rectángulos de las ventanas iluminadas negreaban rejas,

El *subfurriel* que salió a nuestro encuentro estaba cubierto de trapitos con su *número*.

¿Has leído en los periódicos que en los campos fascistas las personas llevaban *números*?

III
Cadenas, cadenas…

Pero nuestros ímpetus, nuestras premonitorias esperanzas, pronto quedaron aplastados. El vientecillo de los cambios soplaba sólo en las corrientes de aire: en los tránsitos. En cambio aquí, tras las altas empalizadas de los Campos Especiales, no llegaba. Y aunque los campos se componían tan sólo de políticos, no colgaban ningunas octavillas subversivas de los postes.

Dicen que en el Minlag los herreros se negaron a forjar rejas para las ventanas de los barracones. ¡Gloria a ellos, de momento desconocidos! Eran hombres. Los metieron en el BUR[go]. Forjaron rejas para el Minlag en Kotlás. Y nadie apoyó a los herreros.

Los Campos Especiales comenzaron con la misma callada e incluso servil sumisión que habían criado tres decenios de ITL.

El contingente enviado del Gran Norte no tuvo ocasión de alegrarse del solecito del Kazajstán. En la estación de Novorúdnoie saltaban de sus vagones rojos a una tierra asimismo rojiza. Era aquel cobre de Dzhezkazgán, cuya extracción no resistían más de cuatro meses los pulmones de nadie. Aquí mismo, con los primeros que cayeron en falta, los ufanos guardianes hicieron una demostración de su nueva arma: *esposas*, que no se empleaban en los ITL, brillantes esposas niqueladas, cuya producción industrial se organizó en la Unión Soviética para el trigésimo aniversario de la revolución de Octubre. (En alguna fábrica las harían obreros de bigotes entrecanos, los proletarios-modelo de nuestra literatura. Porque ¿no las fabricarían Stalin y Beria en persona?). Estas esposas tenían de particular que se podían poner más o menos prietas: tenían una plaquita metálica dentada, y ya puestas las apretaban a golpes sobre la rodilla del guardián, de modo que entrara el máximo de dientes en el cierre e hicieran más daño. Con lo cual las esposas, de una traba, de acción preventiva, se transformaban en un instrumento de tortura: apretaban las muñecas, con un permanente dolor agudo. Te tenían así horas, con las manos a la espalda, retorcidas. Aparte, fue especialmente elaborado un método para apretar las esposas sobre cuatro dedos, causaba un dolor agudo en las articulaciones de los dedos.

En el Berlag utilizaban las esposas con delirio: por cualquier menudencia, por no quitarte el gorro ante un guardián. Te colocaban las esposas (manos atrás) y te ponían de pie ante el puesto de guardia. Los brazos se entumecían, se dormían, y hombres hechos y derechos lloraban: «¡Ciudadano jefe, no lo haré más! ¡Quíteme las

esposas!». (Allí sí que había orden, en el Berlag: no sólo iban al comedor formados, sino que se acercaban a la mesa en formación, se sentaban todos a una, todos a una metían la cuchara en la *balanda*, todos a una se levantaban y salían).

No le costó nada a alguien dar un plumazo: «¡Crear Campos Especiales! ¡Comunicar proyecto de régimen para tal fecha!». Pero más de un laborioso carcelólogo (y psicólogos, y conocedores de la vida concentracionaria) tuvieron que pensar punto por punto: ¿qué más se puede atornillar que fastidie?, ¿qué más se les puede cargar encima, que se derrumben?, ¿en qué se puede hacer aún más dura la ya poco halagüeña vida del indígena-recluso? Al pasar de los ITL a los Campos Especiales, esas sabandijas debían inmediatamente sentir severidad y dureza, ¡pero previamente, alguno tenía que haberlo elaborado en detalle!

Desde luego, reforzaron las medidas de vigilancia. En todos los Campos Especiales se fortificaron complementariamente las líneas de zona, se tendieron más alambres de espino y además se sembraron espirales de Bruno por las antezonas. En el camino seguido por las columnas de obreros, en todos los cruces y recodos importantes se instalaban de antemano ametralladoras y se tendían en posición sus servidores.

En cada *lagpunkt* había una cárcel de piedra, el BUR**[13]**. A los encerrados en el BUR se les quitaban obligatoriamente los chaquetones: el tormento del frío era una particularidad importante del BUR. Pero también cada barracón venía a ser una cárcel, ya que las ventanas estaban todas enrejadas, por la noche entraban un zambullo y se atrancaban las puertas. Y además en cada zona había uno o dos barracones disciplinarios, con vigilancia reforzada, con su propia pequeña *zonita* dentro de la zona; se cerraban inmediatamente a la llegada de los detenidos del trabajo, según modelo del primer presidio. (Estos eran los BUR propiamente dichos, pero nosotros los llamábamos *regimkas*).

Luego aprovecharon sin disimulo alguno la valiosa experiencia hitleriana con los números: sustituir el apellido del recluso, el «yo» del recluso, la personalidad del recluso, por un número, de forma que se distingan uno de otro ya no por toda su individualidad humana, sino sólo por una unidad de más o de menos en una serie uniforme. Y esta medida puede llegar a ser opresiva, pero sólo si se lleva a cabo muy consecuentemente, sin concesiones. Así se intentó. Todo recién llegado, tras «tocar el piano» en la sección especial del campo (es decir, tras dejar las huellas dactilares, como se hacía en las cárceles, pero no en los ITL), se ponía en el cuello una cuerdecita con una tablita. En la tablita se componía su número, como «U-262», y en este atuendo lo retrataba el fotógrafo de la sección especial. (¡Todas estas fotos aún deben conservarse en algún sitio! ¡Todavía las veremos!).

Se le quitaba al recluso la placa del cuello (claro, no es un perro), y a cambio le daban cuatro (en algunos otros campos, tres) trapitos de 8 por 15 centímetros. Estos trapitos debía cosérselos en lugares no establecidos uniformemente en todos los campos, pero habitualmente en la espalda, en el pecho, sobre la frente en el gorro, y

además en el brazo o en la pierna[14]. En la ropa acolchada, en estos lugares establecidos se hacía de antemano una tara —en los talleres del campo había sastres dedicados exclusivamente a estropear prendas nuevas—: en la tela de fábrica se recortaba un cuadradito, descubriendo la guata de debajo. Esto se hacía para que el recluso no pudiera, durante la huida, arrancarse los números y hacerse pasar por libre. En otros campos lo hacían aún más sencillo: el número se corroía en la ropa con cloruro de cal.

Se ordenó a los celadores que llamaran a los reclusos sólo por sus números, y que los apellidos no los supieran ni los recordaran. Y hubiera sido bastante molesto si lo hubieran resistido. Pero no lo resistieron (el ruso no es un alemán), y ya el primer año comenzaron a fallar y a llamar a algunos por el apellido, y luego cada vez más. Para comodidad de los celadores se clavaba en la *vagonka* ante cada yacija una plaquita de madera, y en ella el número de quien dormía ahí. De esta forma, aún sin ver el número del durmiente, el celador siempre podía interpelarlo, y en su ausencia saber en el catre de quién estaba el desorden. A los celadores también se les abría este utilísimo campo de actividad: o bien correr el cerrojo en silencio, y entrar sigilosamente en el barracón *antes* de la diana y apuntar los números de los que se hubieran levantado antes de hora, o bien irrumpir en el barracón *justo* en el momento de la diana y apuntar a los que aún no estuviesen levantados. En ambos casos se podía dar calabozo inmediatamente, pero en los Campos Especiales se solía más bien exigir *escritos explicativos* —esto con la prohibición de tener tinta y plumas y con nulo suministro de papel—. El sistema de los escritos explicativos, largo, pesado, cargante, no era mal invento, máxime que al régimen concentracionario no le faltaban para esto holgazanes pagados y tiempo que perder. No te castigaban simplemente en el acto, sino que exigían una explicación escrita: por qué tu camastro estaba mal hecho; cómo has dejado que la placa con tu número colgara torcida; por qué se ha ensuciado el número en tu chaquetón y por qué no lo has puesto debidamente en orden; por qué se te ha visto con un cigarrillo en el barracón; por qué no te has quitado el gorro ante un celador[15]. La profundidad de estas preguntas hacía su contestación escrita quizás aún más trabajosa para los instruidos que para los analfabetos. ¡Pero la negativa a redactar el escrito aumentaba el castigo! El escrito se redactaba, por su presentación y su letra respetuosamente hacia los Empleados del Régimen, se llevaba al celador del barracón, luego lo leía el Subjefe de Régimen, o el Jefe de Régimen, y en él mismo se apuntaba, asimismo por escrito, el castigo señalado.

Del mismo modo en los documentos del equipo de trabajo había que poner los números delante de los apellidos. ¿En lugar de los apellidos? Pero ¡dio miedo renunciar a los apellidos! A pesar de todo, el apellido es un cabo seguro, con su apellido un hombre está pillado para siempre, en cambio el número es un soplo, fu y ha volado. ¡Si estos números se hubieran grabado a fuego o tatuado en el hombre

mismo! Pero no dio tiempo de llegar a eso. Aunque hubieran podido, no les habría costado nada, y poco fue lo que faltó.

Y otra cosa que derribó la opresión de los números, fue que no vivíamos en celdas aisladas, no sólo oíamos a los celadores, sino también unos a otros. Y unos a otros, los detenidos no sólo jamás se nombraron por el número, sino que ni siquiera *los notaban* (aunque a primera vista, ¿cómo no notar estos chillones trapos blancos sobre negro?, cuando nos juntábamos muchos, en formación, para el recuento, la abundancia de números saltaba a la vista, como una tabla de logaritmos, pero sólo para una mirada ajena), no los notaban hasta el punto, que jamás sabían qué número tenían ni los amigos más íntimos o los compañeros de equipo, sólo recordaban el suyo propio. (Entre los enchufados había pisaverdes que cuidaban mucho de coser sus números de forma esmerada e incluso coquetona, con los bordes para dentro, con puntos menuditos, que quedara *bonito*. ¡Eterno pelotilleo! Mis amigos y yo, por el contrario, procurábamos que los números nos hicieran lo más feo posible).

El régimen de los Campos Especiales estaba calculado para el secreto total: que desde aquí nadie se quejaría a nadie, nadie jamás se liberaría, nadie escaparía a ningún sitio (ni Oswenzym, ni Katyn les habían enseñado absolutamente nada a los amos). Por eso los tempranos Campos Especiales son campos con palos. Con más frecuencia, los llevaban no los celadores (¡éstos tenían las esposas!) sino reclusos de confianza —comandantes y jefes de equipo—, pero podían pegar todo lo que les viniera en gana y con plena aprobación de las autoridades. En Dzehzkazgán se colocaban ante la puerta del barracón antes del toque de formación los repartidores de tareas con estacas y gritaban como en los viejos tiempos: «¡¡Salid y *que no haya último!!*» (el lector ya habrá entendido por qué, si llegaba a haber *último*, era como si enseguida ya no lo hubiera[16]). Por la misma razón las autoridades no lo lamentaban demasiado si, por ejemplo, un traslado invernal de Karabás a Spassk —200 hombres — se congelaba en camino, los supervivientes atiborraban todas las salas y pasillos de la enfermería, se pudrían en vida con un hedor insoportable y el doctor Kolésnikov amputaba decenas de brazos, piernas y narices[17]. El secreto era tan seguro, que el famoso jefe de régimen de Spassk, capitán Vorobiov, y sus adláteres, primero «castigaron» a una bailarina húngara recluida con calabozo, después con esposas, y esposada la violaron.

El régimen fue pensado para entrar meticulosamente en detalles. Por ejemplo, se prohibía tener cualesquiera fotografías, no sólo propias (¡fuga!) sino también de familiares. Las quitaban y destruían. La superiora del barracón de mujeres de Spassk, una mujer mayor, maestra, colocó en su mesita un retrato de Tchaikovski, el celador se lo confiscó y le dio tres días de calabozo. «¡Pero si es el retrato de Tchaikovski!». «No sé de quién, pero no está dispuesto que las mujeres en el campo tengan retratos de hombres». En Kenguir estaba permitido recibir sémola en los paquetes (¿por qué no se iba a recibir?), pero a la vez estaba terminantemente prohibido cocerla, y si un recluso se las componía en algún sitio sobre dos ladrillos, el celador volcaba la

escudilla con el pie, y obligaba al culpable a apagar el fuego con las manos. (Cierto es que después construyeron un pequeño cobertizo para guisar, pero a los dos meses derribaron la cocina y alojaron allí a los cerdos de los oficiales y al caballo del comisario Beliáiev).

Sin embargo, al introducir diversas novedades en el régimen, los amos no olvidaban los buenos resultados de los ITL. En el Ozerlag, el capitán Mishin, jefe de un *lagpunkt*, ataba a los refractarios a un trineo y así los arrastraba al trabajo.

De modo que en conjunto, el régimen resultó tan satisfactorio que los anteriores *presidiarios* originarios eran mantenidos ahora en los Campos Especiales en las mismas condiciones que los demás, en las mismas zonas, y sólo se distinguían por otras letras en los parches de números. (Bueno, salvo que al faltar barracones, como en Spassk, les asignaban como viviendas cobertizos y cuadras).

Y así los Campos Especiales, no denominados oficialmente «presidio», se convirtieron en sus causahabientes y herederos, se fundieron con él.

Para los Campos Especiales se escogía el trabajo más duro de la región en que estaban enclavados. Como bien apuntó Chéjov: «en la sociedad y en parte en la literatura se ha formado el parecer de que el auténtico presidio, el más rudo y el más deshonroso, sólo puede estar en las minas. Si en las *Mujeres rusas* de Nekrasov el protagonista… se hubiese dedicado a pescar para la prisión o a talar árboles, muchos lectores se habrían quedado insatisfechos». (Sólo que, Antón Pávlovich, ¿por qué este menosprecio a la tala? La tala, nada, va bien). Las primeras secciones del Steplag, por las que empezó, eran todas minas de cobre (1.ª y 2.ª sección: Rudnik, 3.ª: Kenguir, 4.ª: Dzhezkazgán). Se horadaba en seco, y el polvo del mineral provocaba rápidamente silicosis y tuberculosis**[18]**. A los reclusos afectados se los mandaba a morir al célebre Spassk (no lejos de Karaganda), la «invalidka nacional» de los Campos Especiales.

Spassk hasta se merece mención aparte.

A Spassk enviaban inválidos, inválidos acabados, que ya renunciaban a utilizar en sus campos. Pero ¡asombroso! Al pisar la salutífera zona de Spassk, los inválidos se convertían de golpe en productores útiles. Para el coronel Chéchev, jefe de todo el Steplag, la sección concentracionaria de Spassk era de las preferidas. Al llegar aquí de Karaganda en avión, tras hacerse limpiar las botas en el cuerpo de guardia, este hombre rechoncho y maligno recorría la zona fijándose en quién no estaba todavía trabajando. Gustaba de repetir: «Inválidos, en todo Spassk sólo tengo uno: le faltan las dos piernas. Pero hasta ése tiene un trabajo fácil: está de recadero». Los de una pierna se empleaban todos en trabajos sentados: partir piedras para grava, seleccionar la viruta. Ni las muletas, ni siquiera el ser manco eran obstáculos para trabajar en Spassk. Fue Chéchev quien inventó esto: colocar a cuatro mancos (dos con mano derecha y dos con izquierda) a llevar angarillas. Fue bajo el mando de Chéchev que se inventó el dar vueltas a mano a los tornos de los talleres mecánicos cuando no había luz. Era a Chéchev a quien le gustaba tener «su profesor», y autorizó al

biofísico Chizhevski a que montara en Spassk un *laboratorio* (con mesas vacías). Pero cuando Chizhevski, con los últimos materiales de desecho, ideó una mascarilla contra la silicosis para los mineros de Dzhezkazgán, Chéchev no le dio el visto bueno para producción. Trabajan sin mascarillas, y no hay más que hablar. Bien ha de renovarse el personal.

A finales de 1948 había en Spassk cerca de quince mil reclusos de ambos sexos. Era una zona inmensa, su empalizada trepaba colinas y bajaba hondonadas, y los miradores de las esquinas no se veían unos a otros. Gradualmente se llevaron a cabo trabajos de autovallado: los presos construyeron muros interiores y aislaron la zona femenina, la de trabajo, la puramente de inválidos (así era más molesto para las comunicaciones entre reclusos y más cómodo para los amos). Seis mil personas iban a trabajar a un muelle a 12 kilómetros. Como a pesar de todo eran inválidos, tardaban en ir allí más de dos horas, y más de dos horas en volver. A esto hay que *añadirle* una jornada de 11 horas. (Pocos resistían en aquel trabajo más de dos meses). La siguiente labor importante era las canteras, se encontraban en las propias zonas (¡en la isla sus propios minerales!), tanto la de hombres como la de mujeres. En la zona de hombres la cantera estaba en un monte. Allí después de las horas de labor volaban la piedra con dinamita, y de día los inválidos partían las rocas con martillos. En la zona de mujeres no empleaban dinamita, y éstas cavaban hasta la capa con picos, y luego cascaban la piedra con grandes martillos. Sus martillos, por supuesto, saltaban de los mangos, y los nuevos se rompían, y para enmangarlos había que enviarlos a otra zona. Pese a todo, a cada mujer le exigían la *norma*: 0,9 metros cúbicos al día, y como ellas no la podían cumplir, estuvieron mucho tiempo a ración disciplinaria —400 gramos—, hasta que los hombres les enseñaron a pasar, antes de la entrega, la piedra de los montones viejos a los nuevos. Recordemos que todo este trabajo se realizaba no sólo por inválidos y no sólo sin una máquina, sino también en el riguroso invierno de la estepa (hasta 30-35° bajo cero con vestiscas) y además *con ropa de verano*, porque a los *no-trabajadores* (o sea, a los inválidos) no se les entrega ropa de abrigo para el invierno. P-r recuerda cómo en estas heladas, casi desvestida, se afanaba sobre una piedra con un enorme martillo. La utilidad de este trabajo para la Patria quedará especialmente patente si añadimos que la piedra de la cantera de mujeres, por alguna razón, fue declarada inútil para la construcción, y cierto día cierto jefazo dispuso que las mujeres volvieran a tirar a la cantera toda la piedra que habían extraído en un año, la recubrieran de tierra y plantaran un parque (hasta el parque, claro, la cosa no llegó). En la zona de hombres la piedra era buena, y su transporte a la obra se hacía así: después del pase de lista se llevaba a toda la columna (unos ocho mil de golpe, todos los que aquel día aún estaban vivos) al monte, y se los dejaba volver sólo con piedras. En un día de asueto este paseo de los inválidos se organizaba dos veces: por la mañana y por la tarde.

Luego venían los trabajos siguientes: autotapiado; construcción de un poblado para concentracioneros y escolta (viviendas, club, baño, escuela); trabajo en los

campos y huertos.

Lo que se recogía en aquellos huertos también era para los libres; los reclusos recibían sólo hojas de remolacha: las traían a camionadas, las volcaban en montones cerca de la cocina, allí se mojaban, se pudrían, y de allí los cocineros las llevaban con horcas a los calderos. (¿No recuerda un tanto la alimentación del ganado doméstico…?). Con estas hojas se guisaba la *balanda* diaria, a la que se añadía un cacito de polenta al día. Escena agrícola en Spassk: cerca de medio centenar de presos, puestos de acuerdo, se han lanzado todos a una sobre uno de esos huertos se han tumbado y roen las hortalizas en los arriates. Ha venido corriendo la guardia, les pega con palos, ellos siguen tumbados y roen.

Pan, daban a los inválidos no-trabajadores 550, a los trabajadores 650.

Tampoco conocía Spassk las medicinas (¡de dónde sacarlas para esta caterva!, y además van a diñarla lo mismo), ni los pertrechos de cama. En algunos barracones las *vagonkas* se juntaban y en los tableros emparejados se acostaban no ya dos, sino cuatro bien apretados.

¡Sí, otro trabajo más! Cada día 110-120 hombres salían a cavar fosas. Dos «Studebaker» transportaban los cadáveres en enrejados de los que asomaban brazos y piernas. Incluso en los mejores meses, en verano de 1949, morían unas 60-70 personas al día, y en invierno no bajaba del centenar (contaban los estonios que trabajaban en el depósito).

(En otros Campos Especiales no había esta mortandad, y alimentaban mejor, pero también el trabajo era más durillo, no eran inválidos, eso ya lo equilibrará el propio lector).

Todo esto ocurría en 1949 (mil novecientos cuarenta y nueve), a los treinta y dos años de la revolución de Octubre, a los cuatro años de acabar la guerra y sus severas exigencias, a los tres años de concluirse el proceso de Nürenberg, cuando la Humanidad entera se enteró de los horrores de los campos de concentración nazis y respiró aliviada: «¡Esto no se repetirá…!»**[19]**.

Si a todo este régimen aún añadimos que con el traslado a un Campo Especial se interrumpía prácticamente todo contacto con el exterior, con la esposa, que te esperaba a ti y a tus cartas, con los hijos, para los que ibas convirtiéndote en un mito (dos cartas al año, pero ni siquiera salían éstas, en que habías volcado lo mejor y lo principal de lo acumulado en meses). ¿Quién comprobará a las censoras, colaboradoras del MGB? Con frecuencia se ahorraban trabajo: quemaban parte de las cartas, para no molestarse en comprobarlas. Y el que tu carta no haya llegado, siempre se puede echar la culpa al correo. En Spassk llamaron una vez a unos detenidos para arreglar la estufa en la censura, y éstos descubrieron allí cientos de cartas no enviadas, pero todavía por quemar: las censoras habían olvidado prenderles fuego. Lo que era el ambiente en los Campos Especiales: ¡los fumistas, encima, tenían miedo de contárselo a los amigos! Porque los emegebistas podían hacerles un

escarmiento… (Estas censoras del MGB, que para su comodidad quemaban el *alma* de los presos, ¿eran más humanas que aquellas SS que recogían la piel y el pelo de los muertos?). Y ya visitas de familiares, en los Campos Especiales de eso ni se hablaba: la dirección del campo estaba en clave y no se permitía venir a nadie.

Si aún añadimos que la cuestión de Hemingway, *tener* o *no tener*, apenas se planteaba en los Campos Especiales, desde el día de su creación fue firmemente resuelta en el sentido de *no tener*. No tener dinero ni cobrar sueldo (en los ITL aún se podía ganar unos céntimos, aquí ni una perra). No tener calzado ni ropa de recambio, nada para ponerse debajo de la ropa de trabajo, nada para cambiarse, abrigarse, secarse. La ropa interior (¡y qué ropa interior! Dudo que los mendigos de Hemingway consintieran en ponérsela) se cambiaba dos veces al mes, la ropa exterior y el calzado dos veces al año: más claro el día. (No en los primeros días del campo, sino más tarde, inventaron la consigna a *perpetuidad*, hasta el día de la «puesta en libertad», y se consideraba un grave delito no entregar allí cualquier prenda propia: era preparativos para la fuga, calabozo, procesamiento). No tener ningún comestible en la mesita de noche (sino hacer cola por la mañana ante la consigna de comestibles para entregarlos, por la noche para recogerlos: otro buen sistema para ocupar las medias-horas matutinas y vespertinas aún libres para la mente). No tener nada manuscrito, no tener tinta, ni lápices de tinta o de colores, no tener papel blanco en mayor cantidad que un cuaderno de colegial. Al final ya, no tener tampoco libros. (En Spassk quitaban los libros propios al ingresar en el campo. En el nuestro primero permitieron tener uno o dos, pero un día salió una sapientísima orden: registrar todos los libros propios en la Sección Educativo-Cultural, poner en la primera hoja: «Steplag. Lagpunkt N.º»… Todos los libros sin sellar serán en adelante confiscados como ilegales; en cambio, los libros sellados se considerarán de la biblioteca y dejan de pertenecer a su dueño).

Si además recordamos que en los Campos Especiales se hacían registros con más insistencia y frecuencia que en los ITL (minucioso registro diario a la salida y a la entrada; sistemáticos registros en los barracones, levantando los suelos, arrancando las rejillas de las estufas, rompiendo el entarimado de los porchecillos; y encima registros de tipo carcelario, de los de desvestir, palpar, descoser forros, suelas). Que con el tiempo se pusieron a segar toda la hierba en la zona, hasta la última brizna («para que no escondan armas en la hierba»). Que los días de asueto se ocupaban con trabajos domésticos en la zona.

Teniendo en cuenta todo esto, ya no extrañará a nadie que el llevar *números* no era, ni mucho menos, la manera más sensible o hiriente de humillar al detenido. Cuando Iván Denísovich dice que «no pesan los números», no es en absoluto una pérdida del sentido de la dignidad (como reprochaban orgullosos críticos, que jamás habían llevado números ellos mismos, ni tampoco pasado hambre), es simple sentido común. Los números no eran para nosotros una vejación psicológica o moral (como calculaban los amos del GULAG), sino una molestia práctica: que bajo pena de

calabozo hubiera que emplear tiempo libre en coser un borde descosido, hacerse repintar las cifras por los pintores, y los trapos destrozados en la obra, cambiarlos enteros, sacar de algún sitio pedazos nuevos.

Para quienes los números eran efectivamente la más diabólica de las ocurrencias de aquí, era para las intransigentes prosélitos de algunas sectas. Las había en una sección concentracionaria de mujeres cerca de la estación de Suslovo (Kamyshlag), en general presas por la fe eran una de cada tres. Es que lo predecía directamente el Apocalipsis:

13, 16:… e hizo que… se les imprimiese una marca (en refundido) en la mano derecha y en la frente.

¡Y estas mujeres se negaron a llevar números! ¡El sello de Satanás! Tampoco consentían en dar su firma (asimismo a Satanás) por el uniforme oficial. La administración del campo (jefe de la sección, general Grigóriev, jefe del *lagpunkt*, mayor Bogush) mostró la necesaria firmeza: mandó *desvestir* a estas mujeres hasta dejarlas *en combinación, descalzarlas* (lo hicieron todo celadoras del konsomol), para que el invierno ayudase a obligar a las insensatas fanáticas a aceptar el uniforme oficial y coserse los números. ¡Pero incluso en la helada las mujeres andaban por la zona descalzas y en combinación, antes que entregar su alma a Satanás!

Y ante este espíritu (por supuesto, reaccionario, nosotros, gente instruida, ¡no íbamos a poner tantas pegas, total por llevar unos números!), la administración se rindió, devolvió a las creyentes sus ropas, ¡y se las pusieron sin números! (Helena Ivánovna Usova anduvo así los 10 años enteros con su propia ropa, las prendas se le gastaron, le caían de los hombros, ¡pero no podía la administración entregarle nada oficial sin recibo!).

Otra molestia de los números era que al ser tan grandes, los leía fácilmente la escolta. La escolta siempre nos veía sólo a distancia, la precisa para apuntar la metralleta y disparar, no conocía, naturalmente, a nadie de nosotros por su apellido, y, vestidos igual, no nos distinguiría a no ser por los números. Así, en cambio, notaban quién charlaba en la columna, o pasaba de fila a fila, o no llevaba las manos atrás, o había recogido algo del suelo; y era suficiente con un informe del jefe de escolta al campo para que al culpable le esperara el calabozo.

La escolta era otra más de las fuerzas que apretaban al pajarillo de nuestra vida hasta convertirlo en orujo. Estos «charreteras rojas», soldados regulares, estos hijitos con metralletas eran una fuerza obtusa, que no razonaba, que de nosotros no sabía nada, que jamás aceptaba explicaciones.

De nosotros a ellos no podía llegar nada, de ellos a nosotros gritos, ladridos de perros, sonidos de cerrojos y balas. Y siempre tenían razón ellos, nunca nosotros.

En Ekibastuz, en el tendido del ferrocarril, donde no hay zona, sino un cordón, un preso, dentro de la línea autorizada, dio unos pasos para coger su pan de la chaqueta

que había tirado, pero el escolta levantó el arma y lo mató. Y por supuesto, tuvo razón. Y sólo pudo recibir agradecimiento. Y naturalmente, no se arrepiente siquiera ahora. En cuanto a nosotros, no expresamos ninguna indignación. Y desde luego, no escribimos a nadie (y tampoco habrían dejado salir nuestra queja).

El 19 de enero de 1951 nuestra columna de quinientos hombres se acercó a su objetivo, los talleres de reparación de automóviles. A un lado estaba la zona, y ya no había soldados. Estaban a punto de dejarnos entrar por el portalón. De pronto, el recluso Maloy —en realidad, un mozarrón alto y fornido—,[gp] sin ningún motivo, se separó de la columna, y, como pensativamente, se dirigió sobre el jefe de la escolta. Daba la impresión de que no estaba en sus cabales, de que no entendía él mismo lo que hacía. No levantó la mano, no hizo un solo gesto amenazador, simplemente fue pensativamente hacia allá. El jefe de la escolta, un oficialillo presumido y feúcho, se asustó y echó a correr de espaldas, huyendo de Maloy, chillando algo y sin acertar a sacar la pistola. Contra Maloy se destacó, rápidamente un sargento con metralleta, y a varios pasos, le soltó una ráfaga en el pecho y en el vientre, asimismo retrocediendo lentamente. Y Maloy, antes de caer, aún continuó un par de pasos su pausado movimiento, mientras que de su espalda, tras las invisibles balas, salían visibles pedacitos de guata del chaquetón. Pero aunque Maloy cayó y nosotros, todo el resto de la columna, no nos habíamos movido, el jefe de la escolta estaba tan asustado, que gritó a sus soldados la orden de fuego, y de todos lados tabletearon las metralletas, disparando un poquitín por encima de nuestras cabezas, resonó una ametralladora, colocada anticipadamente en posición, y a muchas voces, a cual más histérica, nos gritaron: «¡A tierra! ¡A tierra! ¡A tierra!». Y las balas fueron más abajo, más abajo, a la alambrada de la zona. Nosotros, medio millar, no nos echamos sobre los soldados, no los desarmamos, sino que nos derrumbamos todos a tierra, y allí, la cara metida en la nieve, en postura vergonzosa, indefensa, pasamos en esta mañana de Epifanía más de un cuarto de hora tumbados como borregos; no les habría costado nada matarnos a todos, y no hubieran respondido de nada: ¡intento de motín!

Así de lastimosos esclavos reprimidos fuimos el primero y el segundo año de Campos Especiales, y de este período se ha dicho lo suficiente en *Iván Denísovich*.

¿Cómo fue esto? ¿Por qué muchos miles de este ganado, Cincuenta y Ochos, pero después de todo, caramba, *presos políticos*? —¿pero ahora ya, una vez separados, una vez segregados, una vez reunidos, podían ser políticos?, ¿se comportaron tan miserablemente? ¿Tan sumisamente?

La verdad es que estos campos no podían *empezar* de otra forma. Tanto los oprimidos, como los opresores vinieron de los campos ITL, y unos y otros tenían a sus espaldas decenios de tradición de amos y esclavos. El modo de vida y el modo de razonar se trasladaban junto con las personas, éstas los atizaban y los mantenían unas en otras, porque llegaban por centenares de una misma sección de concentración. Traían a su destino el convencimiento, que nos habían inculcado a todos, de que en el mundo concentracionario el hombre es para el hombre una rata y un caníbal, y de otra

forma no puede ser. Traían interés exclusivamente por su propia suerte, y total indiferencia hacia la suerte común. Llegaban dispuestos a una despiadada lucha por hacerse con las jefaturas de equipo, con los puestos privilegiados en la cocina, en la cortaduría del pan, en las consignas, en administración y en la Sección Educativo-Cultural.

Pero cuando va a un nuevo destino un hombre aislado, en sus cálculos para *situarse* allí sólo puede contar con la casualidad y su propia falta de escrúpulos. En cambio, cuando en un largo traslado transportan durante dos-tres-cuatro semanas en el mismo vagón, lavan en los mismos tránsitos, conducen en las mismas filas a hombres que ya han chocado de frente, que ya han tenido ocasión de apreciar unos en otros el puño del jefe de equipo, y el arte de hacer la pelotilla a los superiores, y de dar la dentellada por la espalda, y el de sisar *desviando* lo de los obreros —cuando trasladan a un *ovillo* ya organizado de enchufados—, lo lógico no es que se entreguen a meditaciones libertarias, sino que unánimemente pasen el relevo de la esclavitud, que se pongan de acuerdo en cómo van a conquistar los puestos clave en el nuevo campo, apartando a los enchufados de otros campos. En cuanto a los obreros del montón, convienen cómo tratarán en el nuevo sitio de formar un buen equipo y caer bajo un jefe pasadero.

Y todos estos hombres han irremediablemente olvidado no sólo que cada uno de ellos es una persona, y lleva dentro de sí la llama de Dios, y es capaz de un destino superior, sino que ha olvidado incluso que la espalda también la pueden desdoblar, que la simple libertad es un derecho del hombre tanto como el aire, que todos ellos son los llamados *presos políticos*, y ahora se van a quedar entre sí.

Es verdad que unos poquitos hampones, a pesar de todo, los había entre ellos: desesperados de no poder retener a sus favoritos de fugarse (el art. 82 del CP daba por fugarse sólo hasta dos años, cuando los ladrones ya tenían decenas y cientos sumados, ¿por qué no iban a fugarse, si nadie se lo impedía?) las autoridades se decidieron a endilgarles por evasión el 58-14, o sea sabotaje económico.

De estos hampones iban a los Campos Especiales muy pocos en total, en cada traslado un puñadito, pero, según su código, los suficientes para portarse insolentemente, descaradamente, andar de comandantes con bastones (como aquellos dos azerbaidjanos de Spassk, acuchillados después) y ayudar a los enchufados a izar en las nuevas islas del Archipiélago siempre la misma bandera negro-mierdosa de los sumisos, cobardes campos de exterminio por el trabajo.

El campo de Ekibastuz había sido creado un año antes de nuestra llegada, en 1949, y todo aquí se había formado a semejanza de lo anterior, como lo habían traído las mentes de reclusos y autoridades. Había un comandante, un subcomandante y superiores de barracón, que quién a base de puños, quién de denuncias, expoliaban a sus súbditos. Había un barracón aparte para enchufados, donde en las literas y ante una taza de té se decidía amistosamente de la suerte de obras y equipos enteros. Había (gracias a la disposición especial de los barracones fineses) *cabinas* separadas

en cada barracón, que ocupaban, por orden de graduación, uno o dos reclusos privilegiados. Y los repartidores de tareas pegaban cogotazos, los jefes de equipo puñetazos, los celadores latigazos. Y habían salido descarados, mofletudos cocineros. Y todas las consignas se las habían repartido los orgullosos caucasianos. Y los puestos de encargado los habían conquistado un grupo de sinvergüenzas que constaban todos como ingenieros. Y, comenzado hacía un año con tiendas de campaña, el campo tenía ya hasta su cárcel de piedra, aunque todavía inacabada y por tanto muy sobrecargada: con la orden ya expedida, había que esperar turno para el calabozo durante un mes y dos —¡pura ilegalidad! ¡Turno para el calabozo!— (me cayó calabozo, y al final no me llegó el turno).

Cierto es que durante aquel año, ya se habían marchitado algo los hampones (mejor dicho, los *sukas*, por cuanto que no desdeñaban los empleos concentracionarios). Ya de algún modo se venía notando que les faltaba envergadura: no había juventud delincuente, nuevos reclutas, nadie corría en volandas. Algo les fallaba. El comandandante Maguerán, cuando el jefe de régimen lo presentó al campo formado, aun intentaba mirar con hosca gallardía; pero ya se había apoderado de él la inseguridad, y pronto caería ignominiosamente su estrella.

Nuestra partida, como cualquier otra que llegaba, fue atacada ya en el primer baño de recepción. Los bañeros, barberos y repartidores de tareas estaban al tanto y caían todos a una sobre cualquiera que intentase, aun tímidamente, protestar por la ropa interior rota, o el agua fría, o cómo se hacía la desinfección. Eso era lo que esperaban, y atacaban en manada, como perros, aposta, gritando acentuadamente fuerte: «¡Esto no es el tránsito de Kuibychev!», y metiendo bajo la nariz sus gruesos puños. (Es psicológicamente muy acertado. Un hombre desnudo está diez veces más indefenso contra otros vestidos. Y si a una nueva partida se le da un buen susto en el primer baño, ya quedará mortificada para toda su estancia en el campo).

Aquel mismo estudiante Volodia Gershuni, que proyectaba, en el campo, orientarse para ver «con quién juntarse», fue colocado desde el primer día a reforzar el campo: a cavar un hoyo para una farola de alumbrado. Era débil, y no pudo con la norma. El subfurriel Baturin, un *suka*, que también se iba apaciguando, pero que aún no se había apaciguado del todo, lo llamó *pirata* y le dio en la cara. Gershuni tiró el pico y se alejó del hoyo. Se fue a la comandancia y declaró: «encerradme, no iré más a trabajar mientras vuestros piratas peguen a la gente» (lo de «pirata» le había molestado especialmente, por la falta de costumbre). No se negaron a encerrarlo, se pasó en dos tandas 18 días en el calabozo (se hace así: primero escriben 5 o 10 días, y luego al término no sueltan, esperan que el preso empiece a protestar y a insultar; entonces es cuando le *meten* «legalmente» una nueva condena a calabozo). Después del calabozo le dieron, por alborotar, encima, dos meses de BUR: es decir, seguir en la misma cárcel, pero comer caliente, pan según lo trabajado e ir a la fábrica de cal. Viendo que se hundía cada vez más, Gershuni intentó salvarse ahora mediante la Sección Sanitaria, aún no conocía a su encargada *Madame* Dubínskaya. Suponía que

alegaría sus pies planos y se le eximiría de las largas marchas a la fábrica de cal. Pero se negaron a llevarlo a la Sección Sanitaria: el BUR de Ekibastuz no necesitaba visita médica. Para llegar allí a pesar de todo, Gershuni, tras oír muchas versiones de cómo hay que protestar, a la hora de formar se quedó en su tarima en calzoncillos. Los celadores «Polundra» (un exmarinerito algo tocado) y Konéntsov lo sacaron por los pies de la tarima y como estaba, en calzoncillos, se lo llevaron a rastras a formar. Ellos lo arrastraban, y él se agarraba con las manos a unas piedras que había allí, preparadas para una obra, para retenerse. Ya Gershuni estaba conforme con la fábrica y sólo gritaba «¡Dejadme poner los pantalones!», pero lo seguían arrastrando. En el cuerpo de guardia, reteniendo toda la formación de cuatro mil hombres, este débil chiquillo gritaba: «¡Gestapo! ¡Fascistas!», y se debatía, no se dejaba poner las esposas. Pero Polundra y Konéntsov lograron doblarle la cabeza hasta tocar tierra, le colocaron las esposas y ahora lo empujaban hacia delante. Ni a ellos, ni al jefe de régimen teniente Machejovski, les daba vergüenza, a quien le daba vergüenza era al propio Gershuni: cómo iba a cruzar todo el poblado en calzoncillos. ¡Y se negó a caminar! Al lado había un escolta-perrero chatillo. Se le grabó en la memoria a Volodia cómo le masculló bajito: «Hombre, no alborotes, ponte en la columna. Te sentarás a la lumbre, ¿cómo vas a trabajar?». Y sujetaba fuertemente a su perro, que se le iba de las manos para alcanzar la garganta de Volodia, ¡estaba viendo que este mozalbete se resistía a las charreteras azules! Quitaron a Volodia de la formación, se lo llevaron de vuelta al BUR. Las manos esposadas a la espalda le hacían cada vez más daño, y el celador kazajo lo sujetaba por la garganta y le daba rodillazos en la boca del estómago. Después lo tiraron al suelo, y alguien dijo en tono profesional: «¡Pegadlo de tal forma, que se…!». Se pusieron a pegarle con las botas, dándole también en las sienes, hasta que se desmayó. A los dos días lo convocaron al comisario, y le incoaron sumario por intenciones *terroristas*: claro, mientras lo arrastraban, ¡se iba agarrando a las piedras! ¿Para qué?

En otra formación también se resistió a caminar Tverdojleb, hasta se había declarado en huelga de hambre, ¡no pienso trabajar para Satanás! Despreciando su hambre y su huelga, también lo arrastraron a la fuerza, sólo que desde un barracón normal, y Tverdojleb pudo alcanzar a romper cristales. Los cristales rotos resonaban fuerte por toda la *línea*, acompañando lúgubremente la cuenta de repartidores de tareas y celadores.

Acompañando el tono aburrido, uniforme, de nuestros días, semanas, meses, años.

Y no se preveía ningún alivio. No se había previsto ningún alivio en el plan del MVD cuando se crearon estos campos.

Nosotros, un cuarto de centenar de recién llegados, mayormente ucranianos occidentales, nos juntamos en el mismo equipo y conseguimos convencer a los repartidores para tener de jefe de equipo o uno nuestro, a aquel mismo Pável Boroniuk. Nuestro equipo resultó dócil, trabajador (¡a los ucranianos occidentales,

recién llegados de la tierra, todavía por colectivizar, no había que azuzarles, si acaso retenerlos!). Estuvimos unos días de peones, pero pronto se descubrieron entre nosotros maestros albañiles, otros se comprometieron a aprender, y así nos volvimos un equipo de albañiles. Se nos dio bien. Los jefazos lo notaron y nos quitaron de nuestra obra —construcción de casas para gente libre—, nos dejaron en la zona. Le mostraron al jefe del equipo el montón de piedras delante del BUR, aquellas mismas a las que se agarraba Gershuni, prometieron que traerían piedras de la cantera sin interrupción. Y le explicaron que el BUR que había sólo era medio BUR, que ahora había que añadirle otra mitad igual, y que lo haría nuestro equipo.

Así, para nuestra vergüenza, nos pusimos a construir una cárcel para nosotros mismos.

Hacía un largo otoño seco, en todo Septiembre y en medio octubre no había caído ni una gota de lluvia. Por la mañana solía haber calma, luego se levantaba viento, hacia el mediodía aumentaba, para la noche se volvía a calmar. A veces este viento soplaba todo el rato, penetrante, desgarrador, y nos hacía sentir con especial intensidad esta desgarradora estepa llana que se abría a nosotros incluso desde el andamiaje del BUR: ni el poblado con los primeros edificios de las fábricas, ni el acuartelamiento militar de la escolta, ni menos aún nuestra zona todavía de alambradas, nos tapaban lo ilimitada, la infinitud, la total llanura y desesperación de esta estepa, por la que sólo la primera fila de postes telefónicos apenas descortezados marchaba al Noreste, hacia Paviodar. A veces el viento, de pronto, se hacía violento, en una hora traía frío de Siberia, nos hacía poner los chaquetones y además nos daba en la cara con arena gruesa y piedrecitas menudas que barría en la estepa. Bueno, qué remedio, habrá que repetir la poesía que escribí entonces, en la obra del BUR.

EL ALBAÑIL

Soy albañil. Como en aquella poesía,
estoy de blanca piedra alzando una prisión.
Pero en mi derredor no es como decía:
arriba en el cielo, vigila un halcón
y de la estepa sólo llega el viento
en vez de, como allí, la voz del transeúnte
que me preguntaba: construyes, ¿para quién?
Ya tienen armas, perros, la alambrada,
pues les parece poco, han de hacer también
su cárcel en la cárcel, al cuadrado…
Tengo una plana. Se trabaja bien
y la labor me absorbe por entero.
Estuvo el comandante, algo estaba mal
y prometió encerrarnos los primeros.

¡Si sólo fuera eso! El hablar, total,
lo lleva el viento, más seguro
que entre otros nombres, yo también figuro,
que hay alguna mancha en mi expediente
que un chivatazo debo tener pendiente…
Cantan a coro paletas y martillos,
crecen los muros según quiere el plan.
Hacemos broma echando un cigarrillo,
nos darán suplemento de gachas y pan;
mas entre los andamios se abren las troneras
de celdas donde pronto otros sufrirán.
¡Si su único enlace es la carretera,
y el hilo de reciente instalación!
¡Dios mío, qué cobardes somos!
¡Dios mío, qué humillación!

¡Sí, humillación! No sólo ya porque, temiendo las amenazas del mayor Maximenko, poníamos las piedras entrecruzadas y el cemento preciso, para que los futuros prisioneros no pudieran fácilmente destruir este muro. Sino porque efectivamente, aunque no cumplíamos ni el cien por cien de la norma, al equipo que construía la cárcel le asignaban *complementarias*, y no se las echábamos a la cara al mayor, sino que nos las comíamos. Y nuestro compañero Volodia Gershuni estaba recluido en el ala ya lista del BUR. E Iván Spasski, sin delito alguno, por alguna crucecita desconocida que tendría en el expediente, ya estaba en la *regimka*. Y de nosotros mismos, más de uno iba a conocer por dentro este mismo BUR, estas mismas celdas que tan cuidadosamente, tan seguras construíamos. Y durante el propio trabajo, mientras manejábamos rápidamente nuestra argamasa y nuestras piedras, de pronto sonaron disparos en la estepa. Pronto se acercó al cuerpo de guardia del campo, cerca de nosotros, un furgón celular (de los de verdad, como en las ciudades, formaba parte del equipo de la unidad de escolta, sólo que en sus flancos no pintaban para los pazguatos «Beba champán soviético»). Del furgón sacaron a cuatro, molidos a golpes, ensangrentados; dos andaban a trompicones, a uno lo llevaban a rastras; sólo el primero, Iván Vorobiov, caminaba erguido y desafiante.

Así condujeron a los fugitivos bajo nuestros pies, bajo nuestros andamios, y los metieron en el ala lista del BUR.

Y nosotros, colocando piedras…

¡Una evasión! ¡Qué valor tan temerario! ¡Sin ropa de paisano, sin comida, con las manos vacías, cruzar la zona bajo los disparos y escapar, escapar a la estepa abierta, desnuda, reseca, interminable! Ni siquiera era un intento, era una orgullosa forma de

suicidio. ¡Y ésta era toda la resistencia de que eran capaces los más fuertes y valerosos de nosotros!

Y nosotros… colocando piedras.

Y comentando. Ya era la segunda fuga en un mes. La primera también había fallado, pero ésa era tontorrona. Vasili Briujin (apodado «Blücher»), el ingeniero Mutiánov y otro más, un exoficial polaco, cavaron en los talleres mecánicos, bajo la nave en que trabajaban, un hoyo de un metro cúbico, se metieron dentro con provisión de comida y se taparon. Calculaban ingenuamente que por la noche, como de costumbre, quitarían la vigilancia de la zona de trabajo, y ellos saldrían y se irían. Pero en el recuento faltaron tres, y la alambrada alrededor estaba entera, de modo que dejaron la vigilancia por varios días. Durante este tiempo arriba anduvo gente, hasta trajeron un perro, y los escondidos estuvieron acercando un algodoncito con gasolina a la rendija, para quitarle el olfato al perro. Tres días estuvieron sentados sin hablar, sin moverse, con los brazos y las piernas entrelazados, encogidos, porque eran tres en un metro cúbico, al final no lo resistieron y salieron.

Llegan a la zona los equipos y cuentan cómo escapó el grupo de Vorobiov: rompió la zona con un camión.

Otra semana más. Nosotros, colocando piedras. Ya se ve clarísima la segunda ala del BUR: aquí habrá simpáticos calabocillos, aquí individuales, aquí cancelitos, ya hemos dispuesto en poco espacio muchísima piedra, pero la siguen y siguen trayendo de la cantera: no cuesta dinero, las manos son de balde aquí y allá, sólo el cemento es del Estado.

Pasa una semana, tiempo suficiente para cuatro mil presos de entender que la evasión es una locura, que no da nada. Y otro día, igual de soleado, otra vez suenan disparos en la estepa: ¡¡¡una evasión!!! Si parece una epidemia: vuelve a correr el furgón de la escolta y trae a dos (al tercero lo mataron allí mismo). A estos dos —Batánov y uno pequeño, jovencito— los llevan, ensangrentados, por delante de nosotros, bajo nuestros andamios, al ala ya construida, para allí volver a pegarlos, tirarlos desvestidos sobre el suelo de piedra y no darles de comer ni de beber. ¿Qué sientes tú, esclavo, al mirar a éstos, destrozados y orgullosos? ¿De verdad qué sólo la alegría cobardona de que no me han cogido a mí, no me han pegado a mí, no me han condenado a mí?

«¡Rápido, hay que terminar el ala izquierda rápido!», nos grita el panzudo mayor Maximenko.

Nosotros construimos. Por la noche nos darán suplemento de gachas.

Transporta mortero el capitán de fragata Burkovski. Todo lo que se construye, todo es en bien de la patria.

Por la noche cuentan: también Batánov huyó de arrancada con un camión. Le dieron a las ruedas.

¡¿Pero ahora sí habréis entendido, esclavos, que evadirse es un suicidio, que nadie conseguirá alejarse más de un kilómetro, que vuestro destino es trabajar y morir?!

No han pasado ni cinco días, y nadie ha oído ningún disparo, pero como si todo el cielo fuera de chapa y le dieran con un enorme mazo, así es la noticia: ¡¡una fuga!! ¡¡¡Otra vez una fuga!!! ¡Y está vez con éxito!

La evasión del domingo 17 de Septiembre se ha llevado a cabo tan limpiamente, que transcurre sin problemas el recuento de la noche, y les sale la cuenta a los vigilantes. Sólo por la mañana del 18 algo les empieza a fallar, rompen la formación y arman un recuento general. Varios recuentos globales en la línea, luego recuentos por barracones, luego recuentos por equipos, luego un pase de lista por fichas, los perros esos sólo saben *contar* el dinero a la hora de cobrar. ¡Cada vez les sale en resultado distinto! Hasta ahora no saben: ¿*cuántos* han huido?, ¿*quién* exactamente?, ¿cuando?, ¿dónde?, ¿con qué?

Ya está llegando la noche del lunes, no nos dan almuerzo (¡también han traído a los cocineros de la cocina a la línea, a contarlos!), ¡pero no nos pesa, en absoluto, lo contento que estamos! ¡Cualquier fuga afortunada, será un pesar para vosotros y una alegría para nosotros, señores perros! ¡Pues hemos escapado! (Y, mirándoles a los ojos a los jefazos, todos pensamos secretamente: ¡ojalá no los cojan!, ¡ojalá no los cojan!).

Además tampoco nos sacan al trabajo, y el lunes nos pasa como un segundo día de asueto. (¡Menos mal que los muchachos no *tiraron* el sábado! ¡Tuvieron en cuenta el no chafarnos el domingo!).

Pero ¿quiénes son?, ¿quiénes son?

El lunes por la noche corre la voz: han sido Gueorgui Tenno con Kolka Zhdanok.

Seguimos subiendo las paredes de la cárcel. Ya hemos puesto los dinteles a las puertas, ya hemos cerrado por arriba los minúsculos ventanucos, ya estamos dejando los huecos para las vigas.

Tres días desde la fuga. Siete. Diez. Quince.

¡No hay novedad!

¡¡Se han escapado!!

IV
¿Por qué nos dejamos?

Entre mis lectores hay uno que es un instruido Historiador Marxista. Tras hojear en su butaquita blanda hasta este pasaje, de cómo construimos el BUR, se quita las gafas y da unos golpecitos al libro con algo plano, como una reglita, y asiente:

—Eso, eso. Eso sí me lo creo. Pero lo de un vientecillo de una revolución, ¡anda ya! No podíais tener ninguna revolución, porque para eso hacen falta condiciones históricas. En cambio vosotros, mira: ponen juntos unos miles de llamados «políticos», ¿y qué? Privados de aspecto humano, de dignidad, de familia, de libertad, de ropa, de alimento, vosotros ¿qué?, ¿cómo no os habéis levantado?

—Es que nos ganábamos la ración. Por ejemplo, construíamos una cárcel.

—Eso está bien. ¡Es lo que debíais hacer! Es para el bien del pueblo. Es la única solución acertada. ¡Pero no os llaméis revolucionarios, amiguitos! Para la revolución hay que estar vinculado a la única clase adelantada…

—Pero ¿no éramos todos obreros?

—Eso no tiene importancia. Es una objeción factual. Lo que se llama ne-ce-si-dad his-tó-ri-ca, ¿lo sabe?

Hombre, yo creo que sí. En serio, creo que sí. Creo que si unos campos de concentración de muchos millones de personas duran cuarenta años, eso es justamente una necesidad histórica. Son demasiados millones y demasiados años para poderlo explicar por un capricho de Stalin, por unas intrigas de Beria, por la credulidad e ingenuidad del partido gobernante, permanentemente iluminado por los rayos de la Teoría Adelantada. Pero *esa* necesidad no se la alegaré a mi oponente. Me sonreirá amablemente y me dirá que estamos hablando de otra cosa, que me voy por las ramas.

Y él ve que estoy confundido, que no me hago realmente cargo de la necesidad histórica, y aclara:

—Mire cómo los revolucionarios fueron y barrieron al zarismo a escobazos. Sencillísimo. ¡Pero que hubiera intentado el zar Colasillo apretar así a sus revolucionarios! ¡Que hubiera intentado colgarles números! Que hubiera intentado…

—Es verdad. No lo intentó. No lo intentó, y sólo por eso le sobrevivieron los que lo intentaron después de él.

—¡Pero si *no podía* intentarlo! ¡No podía!

Quizá también sea verdad: no es que no quería, no podía.

Según la admitida interpretación demo-liberal (y ya no digamos socialista), toda la historia de Rusia es una sucesión de tiranías. Tiranía de los tártaros. Tiranía de los príncipes moscovitas. Cinco siglos de despotismo nacional de tipo oriental y de consolidada esclavitud abierta (ni Asambleas de la Tierra[gq], ni «mir» campesino[gr], ni libertades cosacas o campesinas en el Norte). Sean Iván *el Terrible*, o Alexis *el Taimado*, o Pedro *el Cruel*, o Catalina *la Aterciopelada*, hasta la guerra de Crimea todos los zares sólo supieron hacer una cosa: *aplastar*. Aplastar a sus súbditos como cucarachas, como gusanos. ¿Confinados a presidio? Pues le marcaban lisa y llanamente en el cuerpo, con un hierro de alfileres, las letras «CK[gs]» y lo encadenaban a su carretilla. El régimen doblegaba a sus súbditos, era solidísimo. Las revueltas y levantamientos se aplastaban invariablemente.

¡Eh, eh! ¡Se aplastaban, pero con rebaja! Se aplastaban, pero no en nuestro sentido técnico. Empezando con la guerra napoleónica (al regreso de Europa), sopló por la opinión rusa el primer vientecillo. Y ya esto fue suficiente para que el zar tuviera que contar con ella. Por ejemplo, los *soldados* que formaron en el cuadrado de decembristas[gt], ¿a ninguno le echaron la soga al cuello?, ¿a ninguno lo fusilaron? Pero si llega a pasar *aquí*, ¿habría quedado alguno con vida? Ni a Pushkin, ni a Lérmontov ya se les podía colgar simplemente *dos duros*, había que buscar vías indirectas. «¿Dónde habrías estado el 14 de diciembre en Petersburgo?», le preguntó Nicolás I a Pushkin. Pushkin contestó sinceramente: «En la plaza del Senado». Y por eso fue… ¡soltado a su casa! En cambio nosotros, habiendo experimentado en carne propia el trabajo judicial-en-cadena, entendemos perfectamente lo que valía la respuesta de Pushkin: art. 58, apartado 2.º, insurrección armada, en el mejor de los casos a tenor del art. 19 (intención), y si no es fusilamiento, desde luego no será menos de *dos duros*. Y los Pushkin recibían sus condenas en plenos morros, iban a los campos y morían (Gumiliov no tuvo ni que viajar al campo, lo despacharon en el sótano mismo).

La guerra de Crimea —¡para Rusia, la más afortunada de todas las guerras!— no sólo trajo la liberación de los siervos y las reformas de Alejandro II. ¡Al mismo tiempo nació en Rusia la mayor de las fuerzas, *la opinión pública*!

Exteriormente aún supuraba e incluso se expandía el presidio siberiano, a primera vista se organizaban cárceles de tránsito, se mandaban *contingentes*, deliberaban tribunales. Pero ¿esto qué es? Deliberaban-deliberaban, pero Vera Zasúlich, que había disparado al jefe de la Policía urbana (!), ¿¿es absuelto…??

Siete veces atentaron contra el propio Alejandro II (Karakózov[20]; Soloviov; cerca de Alexandrovsk; a la entrada de Kursk; la bomba de Jalturin; la mina de la Tetiorka; Grinevitski). Alejandro II, con mirada asustada, andaba (por cierto, sin escolta) por Petersburgo «como un animal acorralado» (testimonio de León Tolstoi, se encontró con el zar en la escalera de una casa particular[21]). ¿Y qué? ¿Arruinó y desterró a medio Petersburgo, como hicieron después de lo de Kirov? Qué va, ni se le hubiera ocurrido nunca. ¿Empleó el terror masivo profiláctico? ¿El terror general,

como en 1918? ¿Tomó *rehenes*? Ni existían estos conceptos. ¿Enchiqueró a *sospechosos*? No, ¡¿cómo iba a hacer tal cosa…?! ¿Ajustició a millares? Ajusticiaron a cinco personas. No llegaron a condenar, en todo este tiempo, ni a trescientas. (¿Y si hubiera habido *un sólo* atentado así contra Stalin, cuántos millones de vidas nos habría costado?).

En 1891, escribe el bolchevique Olminski, era en toda la cárcel de Kresty *el único preso político*. Trasladado a Moscú, volvió a ser el único en la Taganka. ¡Sólo en Butyrki, antes de viajar a Siberia, se reunieron varios…!

Con cada año de ilustración y de literatura libre la invisible, pero para los zares, terrible opinión pública iba creciendo, los zares ya no retenían ni las riendas, ni la crin, y a Nicolás II le tocó ya aguantarse a la grupa y a la cola.

Es verdad que por la absorbente inercia de la dinastía, no entendió las exigencias del siglo y no tuvo valor para actuar. En el siglo de los aeroplanos y de la electricidad aún no tenía sentimiento público, aún seguía teniendo a Rusia por su rico y variado dominio, para levantar tributos, criar caballos, movilizar soldados y guerrear de cuando en cuando con su hermano-autócrata Hohenzollern. Pero ni él, ni todos sus ministros tenían ya decisión para luchar por su poder. Ya no aplastaban, sino sólo apretaban un poquitín y soltaban. Estaban todo el tiempo volviendo la cabeza y escuchando: ¿qué dirá la opinión pública? Perseguían a los revolucionarios lo justo para que se conocieran unos a otros en las cárceles, se foguearan, se les creara una aureola. Nosotros ahora, teniendo la escala exacta para medir las proporciones, podemos afirmar sin temor a equivocarnos que el gobierno zarista no perseguía, sino *mimaba* cuidadosamente a los revolucionarios, para su propia perdición. La indecisión, las medias tintas, la debilidad del gobierno zarista se ven clarísimos para cualquiera que haya experimentado sobre sí un sistema judicial *sin fallos*.

Repasemos aunque sea la bien conocida biografía de Lenin. En primavera de 1887 su hermano mayor es ejecutado por atentar contra Alejandro III[22]. Igual que el hermano de Karakózov: hermano de un regicida. ¿Y qué? Aquel mismo año, en otoño, Vladimir Uliánov ingresa en la Universidad Imperial de Kazán, y encima, ¡en la Facultad de Derecho! ¿No es asombroso?

Cierto es que aquel mismo curso, Vladimir Uliánov es expulsado de la Universidad. Pero lo expulsaron por organizar una asamblea estudiantil antigubernamental. ¿O sea que el hermano menor de un regicida instigaba a los estudiantes a la insubordinación? ¿Qué le habrían dado aquí? ¡Sin dudarlo, fusilamiento! (¡Y a los reunidos veinticinco y dieces!). En cambio a él lo expulsan de la Universidad. ¡Qué crueldad! Y encima lo confinan… ¿a Sajalín[23]? No, a su hacienda familiar de Kokúshkino, donde va de todos modos a veranear. Desea trabajar, le dan la posibilidad de… ¿tumbar árboles en la taiga? No, de desempeñar una pasantía en Samara, participando de camino, en círculos ilegales. Después de esto, examinarse por libre en la Universidad de Petersburgo. (Y el cuestionario, ¿qué? ¿Qué está mirando la sección especial?).

Y he aquí que unos años después, aquel mismo joven revolucionario es detenido por fundar en la capital la «Unión para la Lucha por la Liberación» —¡nada menos! —, pronunciar repetidamente a los obreros discursos «subversivos», escribir octavillas. ¿Lo torturaron, lo mataron de hambre? No, le crearon unas condiciones idóneas para el trabajo intelectual. En la prisión preventiva de Petersburgo, donde estuvo un año y donde le traían las docenas de libros que pedía, escribió la mayor parte del *Desarrollo del capitalismo en Rusia*, y además que fue enviando —¡legalmente, a través del ministerio fiscal!— sus *Estudios económicos* a la revista marxista *Novoye Slovo*. En la cárcel le daban almuerzo de pago según dieta encargada, leche, agua mineral de la farmacia, tres veces a la semana paquetes de casa. (Del mismo modo Trotski, en la fortaleza de SS. Pedro y Pablo pudo poner por escrito su primer proyecto de teoría de la revolución permanente).

¿Pero después sí lo fusilarían por condena de la troika? No, ni siquiera le dieron cárcel, lo confinaron. ¿En Iakutia, por toda la vida? No, en la feracísima comarca de Minúsinsk, y por tres años. ¿Lo llevaron allá esposado?, ¿en un *vagónzak*? ¡Ni hablar! Viaja como un pasajero ordinario, aún está tres días dando vueltas libremente por Petersburgo, luego también por Moscú, claro, tiene que dejar disposiciones conspirativas, convenir enlaces, organizar una reunión de los revolucionarios que se quedaban. También se le autoriza a viajar al confinamiento por cuenta propia, es decir, junto con los pasajeros libres, sin custodia; ni una sola cárcel de tránsito en todo el viaje a Siberia, ni, por supuesto, en el de vuelta, la conoció Lenin jamás. Luego en Krasnoiarsk aún necesita trabajar un par de meses en la biblioteca, para acabar el *Desarrollo del capitalismo*, y este libro, escrito por un confinado, aparece impreso sin ninguna dificultad por parte de la censura (¡a ver, compare con nosotros aquí!). Pero ¿con qué medios vive en un pueblo perdido, si no va a encontrar trabajo? Pues solicitó mantenimiento a cargo del Estado, le pagan por encima de sus necesidades. No se podían crear condiciones más favorables que a Lenin en su único confinamiento. Con la extraordinaria baratura, alimentación sana, abundancia de carne (un carnero a la semana), leche, verduras, disfrute sin restricciones de la caza (está descontento con su perro, proyectan seriamente enviarle un perro desde Petersburgo, le pican los mosquitos mientras caza, se encarga unos guantes de cabritilla) se le curaron las enfermedades intestinales y otras de su juventud, engordó rápidamente. Nada de obligaciones, trabajo, compromisos, ni siquiera las mujeres de su familia se esfuerzan: por dos rublos y medio al mes una niña campesina de 15 años les hacía todo el trabajo de casa. Lenin no necesitaba ingresos literarios, rechazaba las ofertas de Petersburgo de tomar un trabajo literario remunerado: publicaba y escribía sólo lo que podía darle fama literaria.

Cumplió el confinamiento (también hubiera podido «huir» sin la menor dificultad, por prudencia no lo hizo). ¿Se lo renovaron automáticamente? ¿Lo convirtieron en perpetuo? Por qué, hubiera sido ilegal. Se le autoriza a residir en Pskov, lo único que no puede es ir a la capital. Pero va a Riga, a Smolensko. No lo

siguen. Entonces con su amigo (Mártov) lleva un cesto de literatura clandestina a la capital, y la lleva pasando por Tsárskoie Seló, donde hay un control especialmente fuerte (eso es que Mártov y él se pasaron de listos). En Petersburgo lo detienen. Ciertamente, el cesto ya no lo lleva, hay una carta en tinta simpática, sin revelar, a Plejánov, que contiene todo el plan de la fundación de *Iskra*; pero los gendarmes no se toman tanto trabajo; están tres semanas detenidos, y la carta en sus manos, se queda sin revelar.

¿Y cómo acaba todo este abandono ilegal de Pskov? ¿Con veinte años de presidio, como aquí? ¡No, con estas tres semanas de arresto! Después del cual ya lo terminan de soltar del todo, que viaje por Rusia, a preparar los centros de difusión de *Iskra*, luego también al extranjero, a organizar la edición misma (¡«la Policía no ve inconveniente» en expedirle pasaporte!).

¡Y esto no es todo! Incluso desde la emigración mandará a Rusia, para una enciclopedia (*Granat*), ¡un artículo sobre Marx! Y aquí lo publicarán**[24]**. ¡Y no fue esto sólo!

Por fin, lleva actividades subversivas desde un pueblecito austríaco en la misma frontera rusa, y no mandan a unos mozarrones de la secreta a robarlo y traerlo vivo. Cuando no habría costado nada.

Y así se puede seguir la debilidad y la indecisión de las persecuciones zaristas sobre cualquiera de los principales socialdemócratas**[gu]** (y sobre Stalin muy especialmente, pero ahí se nos cuelan sospechas de otra clase). Por ejemplo a Kámenev, en un registro en Moscú, en 1904, se le confisca «correspondencia comprometedora». En el interrogatorio se niega a dar explicación alguna. Y ya está. Y lo confinan… al lugar de residencia de sus padres.

Ciertamente, a los social-revolucionarios los perseguían con mayor dureza. Pero ¿qué dureza? ¿Es que tenía pocos hechos delictivos Gershuni (detenido en 1903)? ¿O Sávinkov (en 1906)? Habían dirigido el asesinato de las más importantes personalidades del imperio. Pero no los ajusticiaron. Luego dejaron que escapara María Spiridónova, que se había cargado a bocajarro al general Lixzhenkovski, pacificador de la revuelta campesina de Tambov: tampoco se decidieron a ejecutarla, la enviaron a presidio**[25]**. ¡Y si aquí en 1921 hubiera pegado un tiro al aplastador del levantamiento campesino (¡asimismo!) de Tambov una colegiala de quince años! ¿Cuántos *miles* de colegiales e intelectuales no habrían fusilado en el acto sin juicio, en la oleada de terror rojo «en represalia»?

Por un motín en la flota (en Sveaborg), ¿fusilamientos? No, confinamiento.

Y cómo castigaban a los estudiantes (por una gran manifestación en Petersburgo en 1901), lo recuerda Ivanov-Razúmnik: en la cárcel de Petersburgo, parece una alegre merendola estudiantil: risas, cantos a coro, libre tránsito de celda a celda. Ivanov-Razúmnik hasta tuvo el descaro de pedir al jefe de la cárcel permiso para salir a ver la representación del Teatro Artístico que estaba de gira (¡se le perdía la

entrada!). Y luego lo condenaron a «confinamiento», por elección suya en Simferopol, y estuvo recorriendo toda Crimea con una mochila.

Ariadna Tyrkova escribe de la misma época: «éramos acusados, y el régimen no era severo». Los oficiales de gendarmes les ofrecían almuerzos del mejor restaurante, «Dodón». Según testimonio del incansable investigador Búrtsev, «las cárceles de Petersburgo eran muchísimo más humanas que las europeas».

A Leonid Andréyev, por escribir un llamamiento a los obreros de Moscú a levantar una insurrección armada (!) para el derrocamiento (!) de la autocracia… lo tuvieron en una celda la barbaridad de ¡15 días! (A él mismo le parecían pocos, y se añadía: tres semanas). Aquí tienen apuntes de su diario de aquellos días[26]:

«¡Celda individual! Bueno, no está tan mal. Me arreglo la cama, acerco el taburete, la lámpara, dejo los cigarrillos, una pera… Leo, me como la pera, igual que en casa… se está alegre. Justamente alegre». «¡Señor! ¡Eh, señor!», lo llama por la ventanilla el celador. Muchos libros. Billetes de las celdas vecinas.

En conjunto, Andréyev reconoció que en cuanto a local y alimentación la vida en la celda era mejor que la que llevaba de estudiante.

En estas fechas Gorki escribió en el bastión Trubetskoy *Los hijos del sol*.

Los cabecillas bolcheviques se editaron un autobombo bastante descarado bajo forma del tomo 41 de la enciclopedia *Granat: Forjadores de la URSS y de la Revolución de Octubre. Autobiografías y biografías*. Cualquiera que se lea, uno se asombra, comparando con nuestras proporciones, de cuán impunemente se dedicaban a la labor revolucionaria. Y en particular, de lo favorables que eran las condiciones de sus estancias en la cárcel. Por ejemplo Krasin: «Su estancia en la Taganka la recordaba siempre con mucho agrado. Después de los primeros interrogatorios los gendarmes lo dejaron en paz (¿y eso? —A. S). y dedicó todo su ocio involuntario al trabajo más tenaz: aprendió el idioma alemán, leyó en versión original todas las obras de Schiller y de Goethe, se familiarizó con Schopenhauer y Kant, estudió la lógica de Mill, la psicología de Wundt»… etcétera. Para el confinamiento, Krasin elige Irkutsk, es decir, la capital de Siberia, su ciudad más culta.

Radek en la cárcel de Varsovia, 1906, «estuve seis meses, los pasé estupendamente, estudiando el ruso, leyendo a Lenin, Plejánov, Marx, en la cárcel escribí mi primer artículo (sobre el movimiento sindical)… y estuve orgullosísimo cuando recibí (en la cárcel) el número de la revista de Kautsky con mi artículo».

O al contrario, Semashko: «la detención (Moscú, 1895) fue extraordinariamente penosa»: después de tres meses de cárcel fue extrañado por tres años… ¡a su ciudad natal, Ielets.

Toda la fama de la «terrible Bastilla rusa» la crearon en el extranjero precisamente esos reblandecidos en la cárcel, como Parvus, con sus grandilocuentes y sentimentales memorias, algo retocadas, en venganza al zarismo.

Esta misma línea se puede seguir también sobre personajes secundarios, sobre miles de biografías sueltas.

Por ejemplo tengo a mano una enciclopedia, bien es verdad que literaria, y además antigua (de 1932), «con errores». Pues mientras no han extirpado esos «errores», tomo al azar la letra «K».

Karpenko-Karyi. Siendo secretario de la Policía urbana (!) de Elizavetgrado, ¡suministraba pasaportes a los revolucionarios! (Para nuestros adentros, traduzcámoslo a nuestro lenguaje: ¡un funcionario del negociado de pasaportes proveía de pasaportes a una organización clandestina!). Por eso fue… ¿colgado? No, confinado por… 5 (cinco) años… ¡en su propia hacienda! Es decir, en su casa de campo. Se hizo escritor.

Kirílov V. T. Tomó parte en el movimiento revolucionario de los marineros del Mar Negro. ¿Fusilado? ¿Presidio a perpetuidad? No, tres años de confinamiento en Ust-Sysolsk. Se hizo escritor.

Kasatkin I. M. Estando en la cárcel, escribía relatos, ¡y los periódicos los publicaban! (Aquí no te publicarán ni habiendo cumplido la condena).

Karpov, Ievtíjiy. Tras dos (!) confinamientos le confiaron la dirección del teatro imperial Alexandrinski y del teatro Suvorin. (Aquí en primer lugar no le habrían dado permiso de residencia en la capital, y en segundo, la sección especial no lo habría aceptado ni de apuntador).

Krzizanovski, en plena reacción de Stolypin, volvió del confinamiento y (sin dejar de formar parte del clandestino Comité Central) se colocó, sin encontrar obstáculos, de ingeniero. (¡Aquí habría estado contento de acomodarse de chapista!).

Aunque Krylenko no fue incluido en la «Enciclopedia literaria», ya que estamos con la letra «K», justo será mencionarlo. Por toda su efervescencia revolucionaria, tres veces «evitó felizmente la detención[27]», y detenido seis veces, cumplió *en total* 14 meses. En 1907 (o sea, también en plena reacción) lo acusaron de propaganda entre las tropas y de formar parte de una organización militar; y el Consejo de Guerra (!) ¡lo absuelve! En 1915 «por eludir el servicio militar» (¡es oficial y el país está en guerra!) este futuro comandante en jefe (y asesino de otro comandante en jefe) es castigado… ¡enviándolo a una unidad de línea (en absoluto disciplinaria)! (Así pensaba el gobierno zarista vencer a los alemanes y a la vez extinguir la revolución) … Y así bajo sus alas de fiscal, no cercenadas en su día, estuvieron quince años desfilando condenados en tantísimos procesos a por su bala en la nuca.

Y bajo aquella misma «reacción de Stolypin», el gobernador de Kutaisi V. A. Staroselski, que proveía directamente a los revolucionarios de pasaportes y armas, les entregaban los planes de la Policía y de las tropas gubernamentales, parece ser que se libró con dos semanas de arresto[28].

¡Que traduzca a nuestro idioma quien tenga suficiente imaginación!

En ese mismo período de «reacción» aparece *legalmente* la revista filosófica y socio-política de los bolcheviques, *Mysl*. Y la «reaccionaria» *Veji* escribe abiertamente: «la anticuada autocracia», «el mal del despotismo y de la esclavitud». ¡Eso nada, adelante, aquí se permite!

Entonces había unas severidades intolerables. El fotógrafo de Yalta V. K. Ianovski dibujó el fusilamiento de los marineros de Ochakov y lo expuso en su escaparate (vaya, como si ahora se expusiera en Kuznetski Most un episodio de la represión de Novocherskassk[gv]). ¿Y qué hizo el alcalde de Yalta? Por la proximidad de Livadia[gw] estuvo especialmente cruel: en primer lugar, ¡le gritó a Ianovski! En segundo lugar, destruyó… no el estudio fotográfico de Ianovski, no, y ni siquiera el dibujo del fusilamiento, sino una copia del dibujo. (Dirán: qué habilidad la de Ianovski. Pero notemos que el alcalde tampoco mandó romper el escaparate delante de él). En tercer lugar, a Ianovski se le impuso un durísimo castigo: que siguiera viviendo en Yalta, pero que no apareciera en la calle… al paso de la familia imperial.

Búrtsev, en una revista emigrada, estuvo difamando incluso la vida íntima del zar. Al volver a la patria (1914, exaltación patriótica), ¿fue fusilado? Menos de un año de cárcel con privilegios para recibir libros y escribir.

Dejaban al hacha golpear sin obstáculos. Y el hacha terminó derribando el árbol.

Cuando fue, como dicen, «represaliado» Tujachevski[gx], no sólo destruyeron y enchiqueraron a toda su familia (ya ni menciono que expulsaron a su hija de la Universidad), sino que detuvieron a sus dos hermanos con sus mujeres, a sus cuatro hermanas con sus maridos, y a todos sus sobrinos y sobrinas los dispersaron por distintas inclusas y les cambiaron el apellido por Tomashevski, Rostov, etc. Su mujer fue fusilada en un campo de concentración del Kazajstán, su madre estuvo pidiendo limosna por las calles de Astraján y murió[29]. Y lo mismo se puede repetir de las familias de cientos de otros ejecutados notorios. Eso sí que es perseguir.

La principal particularidad de las persecuciones (no-persecuciones) en la época zarista era quizá justamente que no les pasaba nada a los parientes de un revolucionario. Natalia Sedova (esposa de Trotski) en 1907 regresa tranquilamente a Rusia, cuando Trotski es un delincuente condenado. Cualquier miembro de la familia Ulianov (que en distintos momentos también estuvieron detenidos casi todos) recibe libremente en cualquier momento autorización para salir al extranjero. Cuando Lenin era considerado «delincuente buscado» por sus llamamientos al levantamiento armado, su hermana Ana le transfería legal y regularmente dinero a París, a su cuenta en el *Crédit Lyonnais*. Tanto la madre de Lenin como la madre de Krúpskaya estuvieron toda su vida cobrando elevadas pensiones del Estado por el cargo de alto funcionario o de oficial de sus difuntos maridos. Y habría sido inconcebible que las hubieran molestado.

Fue en estas condiciones que Tolstoi llegó al convencimiento de que no es precisa la libertad política, sino que sólo hace falta el perfeccionamiento moral.

Claro que no precisa de libertad el que ya la tiene. Eso se lo admitiremos incluso nosotros: ¡al fin y al cabo, no es todo cuestión de libertad política, desde luego! No está en la muda libertad el fin del desarrollo de la Humanidad. ¡Y ni siquiera en una adecuada organización política de la sociedad, desde luego! ¡Claro que es cuestión de los fundamentos morales de la sociedad! Sólo que esto es *al fin*, pero ¿y al principio?

Pero ¿y en el primer paso? Iásnaya Polyana[gy] era entonces un centro abierto de pensamiento. Pero la hubieran acordonado en bloqueo, como el piso de Ajmátova en Leningrado, cuando pedían el pasaporte a cada persona que entraba, pero nos hubieran apretado los tornillos como bajo Stalin, cuando tres personas temían reunirse bajo el mismo techo, ¡y hasta Tolstoi habría clamado por libertad política!

En la época más pavorosa del terror de Stolypin, el diario liberal *Russ*, en primera plana, imprimía sin obstáculos en grandes caracteres: «¡Cinco ejecuciones…! ¡Veinte ejecuciones en Jersón!». Tolstoi sollozaba, decía que era imposible seguir viviendo, que *no podía imaginarse* nada más *horrible*[30].

Aquí está la ya mencionada lista de *Byloie*: 950 ejecuciones en 6 meses[31].

Tomemos este número de *Byloie*. Fijémonos en que salió (febrero de 1907) dentro de los ocho meses (19 de agosto de 1906-19 de abril de 1907) de vigencia de la «justicia militar» de Stolypin, y en que fue redactado según datos impresos de las propias agencias telegráficas rusas. Vaya, como si en Moscú en 1937 los periódicos publicaran las listas de los fusilados, saliera un boletín global, y la NKVD se lo quedara vegetarianamente mirando.

Segundo, este período de ocho meses de «justicia militar», que no se repitió en Rusia ni antes, ni después, no pudo ser continuado porque la «impotente», «sumisa» Duma de Estado[gz] no sancionó esta justicia (Stolypin ni siquiera se atrevió a someterla a debate en la Duma).

Tercero, como motivo de esta «justicia militar» se adujo que en los últimos seis meses se habían producido «innumerables asesinatos de agentes de Policía por móviles políticos», numerosos asaltos a funcionarios públicos[32], una explosión en la isla Aptékarski; y «si el Estado no reprime los actos terroristas, se pierde la razón de ser del orden estatal». Y el ministerio de Stolypin, impaciente y resentido contra los tribunales de jurados con sus morosas digresiones, con sus poderosos abogados sin restricciones a su actividad (no eran nuestros juzgados provinciales o nuestras audiencias territoriales, obedientes al menor telefonazo), pugna por refrenar a los revolucionarios (y simplemente a los bandidos, que llegaban a disparar a las ventanillas de los trenes de pasajeros, a matar transeúntes por tres-cinco rublos) mediante taciturnos consejos de guerra. (Por cierto, con las limitaciones siguientes: el consejo de guerra puede celebrarse *sólo* en una localidad donde se haya declarado el estado de sitio o de excepción; se reúne *exclusivamente* acto seguido del crimen, no más de veinticuatro horas después, y para casos de *flagrante* delito).

Si los contemporáneos estuvieron tan asombrados e indignados, ¡sería que para Rusia no era habitual!

En la situación de 1906-7, vemos claramente que la culpa del «terror de Stolypin» han de compartirla con el Ministerio también los revolucionarios-terroristas.

A los cien años del nacimiento del terror revolucionario ruso, podemos afirmar sin vacilaciones que esa idea terrorista, esos actos, fueron un cruel error de los

revolucionarios, fueron una desgracia para Rusia y no le trajeron nada más que confusión, desgracia y víctimas sin cuento.

Pasemos unas cuantas páginas de aquel mismo número de *Byloie*[33]. He aquí una de las proclamas iniciales de 1862, de las que salió todo:

«¿Qué deseamos? El bien, la dicha de Rusia. Conseguir una vida nueva, una vida mejor, *es imposible sin víctimas* porque *no tenemos tiempo que perder, ¡necesitamos* una reforma pronta y rápida!».

¡Qué camino tan equivocado! ¡Benefactores, no tenían tiempo que perder, por eso autorizaron acercar la prosperidad general mediante *víctimas* (pero no *ellos*, sino *otros*)! No tenían tiempo que perder, y ahora nosotros, sus tataranietos, 105 años después, estamos no en el mismo punto (la liberación de los campesinos), sino muchísimo más atrás. Reconozcamos que los terroristas hacían buena pareja con los consejos de guerra de Stolypin.

Para nosotros, la diferencia abismal entre el tiempo de Stolypin y el de Stalin sigue siendo que en nuestros días, las barbaridades eran unilaterales: te cortaban la cabeza tan sólo por un suspiro en el pecho, o por menos incluso que un suspiro[34].

¿«Nada más horrible», exclama Tolstoi? Pero sí es tan fácil de imaginar algo más horrible. Más horrible es cuando se ejecuta no de cuando en cuando en alguna ciudad conocida de todos, sino *en todas partes y cada día*, y no por grupos de veinte, sino de doscientos, pero los periódicos no hablan de eso ni en letra grande ni en letra chica, sino escriben que «la vida es mejor, la vida es más alegre[ha]».

Te parten la cara, dicen: ya estaba.

¡Pues no, no estaba! Ni muchísimo menos, y eso que ya entonces el Estado ruso se consideraba el más opresor de Europa.

Los años veinte y treinta de nuestro siglo han ahondado la idea que tenía el hombre de la *comprensión*. Ese polvo terrestre, esa tierra firme que a nuestros antepasados les parecía comprimida al máximo, los físicos la explican ahora como un colador de agujeros. Un perdigón en medio de cien metros vacíos, éste es el modelo del átomo. Se ha descubierto una monstruosa «densidad nuclear»: recoger estos perdigones-núcleos juntos, desde sus esferas de cien metros. Un dedal de esta densidad pesa lo que una locomotora nuestra, terrena. Pero incluso esta densidad todavía recuerda demasiado el plumón: por los protones, no se puede prensar los núcleos convenientemente. En cambio si prensamos sólo los neutrones, entonces un sello de correos de esa «densidad neutrónica» pesará ¡5 millones de toneladas!

¡Pues *así*, y sin apoyarse siquiera en los últimos descubrimientos de la física, es como nos prensaron a nosotros!

¡Por boca de Stalin se conminó al país a que de una vez y por todas *renunciara a la misericordia*! Y «misericordia» la define Dahl[hb] como «bondad de corazón, su carácter caritativo, indulgencia, inclinación al bien común». ¡Eso era a lo que nos invitaron a renunciar, y nos apresuramos a hacerlo, a la inclinación al bien común! Nos conformamos cada cual con su propio comedero.

La opinión pública rusa, a principios de siglo, formaba una fuerza maravillosa, constituía la atmósfera de la libertad. El zarismo fue derrotado no cuando perseguían a Kolchak, no cuando hervía el Petrogrado de la revolución de febrero, ¡sino muchísimo antes! Ya estaba irremediablemente derribado cuando en la literatura rusa quedó establecido que presentar a un gendarme o a un urbano aunque fuera con una pizca de simpatía era pelotilla carca. Cuando no sólo estrecharles la mano, no sólo ser amigos suyos, no sólo decirles adiós en la calle, ¡sino hasta rozarlos con la manga en la acera parecía ya una vergüenza!

En cambio ahora los verdugos, al quedarse sin trabajo —o también por comisión de servicios— dirigen… la literatura y la cultura. Mandan que se les glorifique *a ellos* como héroes legendarios. Y eso aquí se llama… ¡patriotismo!

¡La opinión pública! Yo no sé cómo la definen los sociólogos, pero para mí está claro que puede formarse sólo de la interacción de opiniones individuales, libremente expresadas y con total independencia de la opinión del Gobierno o de los Partidos.

Y mientras no haya en el país una opinión pública independiente, no existe *ninguna* garantía de que todo el gratuito exterminio de muchos millones de personas no se vaya a volver a repetir, de que no empiece cualquier noche, cada noche, esta misma noche, la primera que sigue al día de hoy. La Doctrina Adelantada, como vimos, no nos preservó de este morbo.

Pero veo que mi interlocutor tuerce el gesto, me hace señas, gesticula: en primer lugar, *¡lo puede oír el enemigo!* Y en segundo, ¿por qué ampliar tanto? La cuestión era mucho más concreta: no por qué nos detenían, ni por qué toleraban estas arbitrariedades los que quedaban en *libertad*. Como es sabido, *no sospechaban nada*, ellos *simplemente creían* (al partido)[35] que si deportan naciones enteras en 24 horas, las naciones son culpables. El problema es otro: ¿por qué ya en el campo, donde ya nos podían entrar *sospechas*, por qué *allí* estuvimos pasando hambre, aguantando y sin luchar? A ellos, que no andaban bajo escolta, que tenían los brazos y las piernas libres, no se les puede exigir que hubieran luchado: cómo iban a sacrificar su familia, su situación, su sueldo, sus honorarios. Sin embargo ahora publican reflexiones críticas y nos reprochan por qué *nosotros*, cuando no teníamos nada que perder, nos aferrábamos a la ración de pan y no luchábamos.

Bueno, y a eso voy yo también. La razón de que aguantáramos *en los campos* está precisamente en que no había opinión pública *en libertad*.

Porque vamos a ver, ¿qué medios tiene un detenido de resistir al régimen a que le han sometido? Evidentemente, los siguientes:

1. Protesta.
2. Huelga del hambre.
3. Evasión.
4. Motín.

Pues bien, como gustaba de expresarse el Difunto, *está claro para todos* (y si no lo está, se les puede hacer entender) que las dos primeras formas tienen eficacia (y los carceleros las temen) ¡*exclusivamente* por la opinión pública! Sin eso ¡se ríen ellos de nuestras protestas y huelgas del hambre!

Es muy espectacular: ante las autoridades de la cárcel, rasgarse la camisa puesta, como hizo Dzerzhinski, y así conseguir sus exigencias. Pero sólo si hay opinión pública. Porque si no, ¡mordaza a la boca, y la camisa de uniforme aún tendrás que pagarla!

Recordemos aunque sea el famosísimo caso en el presidio de Kariysk a finales del siglo pasado. Han anunciado a los presos políticos que en adelante están sujetos a castigos corporales. A Nadezhda Segueda (había dado un bofetón al comandante… ¡para obligarlo a pedir el retiro!) han de azotarla la primera. ¡Se envenena y muere, sólo con tal de no sufrir la humillación del látigo! ¡Tras ella se envenenan tres mujeres más, y mueren! En el barracón de hombres, se comprometen a suicidarse 14 voluntarios, pero no todos lo logran**[36]**. Como resultado, ¡los castigos corporales quedan suprimidos totalmente y para siempre! El cálculo de los presos políticos era asustar a las autoridades penitenciarias. Porque la noticia de la tragedia de Kariysk llegaría a Rusia, al mundo entero.

Pero si medimos este caso con nuestro rasero, sólo verteremos lágrimas de desprecio. ¿Dar una bofetada a un comandante libre? ¿Y encima, que no te ha hecho nada *a ti*? ¿Y qué tiene de tan espantoso que te den un poquitín en el trasero? ¡Pero en cambio te quedas viva! ¿Y para qué además se envenenan las amigas? ¿Y para qué además 14 hombres? ¡Si la vida sólo se nos da una vez! ¡Y lo que importa es el resultado! Te dan de comer, de beber, ¿para qué te vas a despedir de la vida? ¿Y quizá salga la amnistía, quizá pongan el abono de días de trabajo?

Sí, desde *esa* altura penitenciaria rodamos. Tan bajo caímos.

Pero también, ¡cómo han subido nuestros carceleros! ¡No, no son los pasmarotes de Kariysk! Incluso si ahora nos hubiéramos erguido y elevado —las 4 señoras y los 14 fulanos— nos habrían fusilado a todos antes de conseguir veneno. (Además, ¿y de dónde se puede sacar veneno en una cárcel soviética?). Y si alguno hubiera logrado envenenarse, sólo les habría facilitado la tarea a las autoridades. Y a los demás, habría sido justamente un buen motivo para meterles una tanda de azotes por no-denuncia. Y ya desde luego, la noticia de lo ocurrido no habría pasado siquiera de la zona.

Ahí está la cosa, ésta es su fuerza: ¡la noticia no habría trascendido! O de hacerlo, hubiera sido a poca distancia, sordamente, sin confirmación en los periódicos, olfateada por los soplones, lo mismo que nada. Indignación en la opinión pública, ¡no la habría habido! Y entonces, ¿a qué temer? ¿Para qué entonces hacer caso de nuestras *protestas*? ¿Queréis envenenaros? Adelante.

En cuanto a la ineficacia de nuestras *huelgas del hambre*, ha quedado suficientemente ilustrada en la I parte.

¿Y las *evasiones*? La historia nos ha conservado el relato de varias evasiones serias de las cárceles zaristas. Todas estas evasiones, notémoslo, se dirigían y realizaban *desde fuera*, por otros revolucionarios, compañeros de partido de los evadidos, y además en los detalles, con la ayuda de muchos simpatizantes. Tanto en la propia evasión como en la posterior ocultación y transporte de los fugitivos, participaba mucha gente («¡Eso! —me ha pillado el Historiador-Marxista—. ¡Porque la población estaba de parte de los revolucionarios, y el futuro era suyo!». «¿Y quizá también —objetaré modestamente— porque era un alegre juego impune? ¿Agitar un pañuelito en la ventana, dejar al fugitivo pernoctar en su dormitorio, maquillarlo? Por estas cosas no procesaban. Escapó de confinamiento Piotr Lávrov, pues el gobernador civil de Vologdá [Jominski]… expedió a su esposa por lo civil un permiso de salida, para que se fuera tras su amado… Incluso por fabricar pasaportes falsos, le confinaban a uno en su propia hacienda. La gente *no tenía miedo*, ¿sabe usted por experiencia qué es esto? Por cierto, ¿cómo fue que no *estuvo*…?». «Hombre, sabe, era una *lotería*»)…

Por cierto, también hay testimonios de otra clase. A todos nos obligaron a leer en el colegio *La madre* de Gorki, y a lo mejor alguno recuerda las condiciones en la cárcel de Nizhni-Novgorod: los celadores tienen las pistolas oxidadas, las usan para clavar clavos en la pared, no hay la menor dificultad en apoyar una escalera contra el muro de la prisión y salir tranquilamente fuera. Y el alto funcionario de la Policía Ratáyev escribe lo siguiente: «El confinamiento existía sólo sobre el papel. La cárcel no existía en absoluto. Con el régimen carcelario de entonces un revolucionario, metido en la cárcel, continuaba sin obstáculos con su actividad anterior… El comité revolucionario de Kiev, encerrado al completo en la prisión de Kiev, dirigía una huelga en la ciudad y difundía llamamientos[37]».

No tengo acceso ahora a los datos de cómo vigilaban los principales lugares del presidio zarista, pero de evasiones tan desesperadas, con probabilidades de uno contra cien mil, como las hubo del presidio nuestro, no he oído hablar allí. Por lo visto, no tenían necesidad los presidiarios de arriesgarse: no los esperaba una muerte prematura de inanición en un trabajo pesado, no los esperaba un inmerecido aumento de condena; la segunda mitad de su condena habían de cumplirla en confinamiento, y aplazaban la fuga para entonces.

En cambio del confinamiento zarista no se fugaba, por lo visto, sólo el que no quería. Se ve que eran espaciadas las comparecencias en la Policía, débil la vigilancia, inexistentes los controles de carreteras; tampoco existía nuestra diaria vinculación, casi policial, al lugar de trabajo; había dinero (o lo podían enviar), los lugares de confinamiento no estaban muy alejados de los grandes ríos y carreteras; y otra vez, no se exponían a nada los que ayudaran a un fugitivo, ni al propio fugitivo le esperaba un tiro en caso de captura, ni el apaleamiento, ni veinte años de presidio, como a nosotros. Al capturado lo devolvían habitualmente a su lugar de origen con la misma condena. Y eso era todo. Un juego que no tenía pérdida. La fuga de Fastenko

al extranjero (parte I, cap. 5) es típica de estas empresas. Pero quizás es aún más típica la evasión de la comarca de Turujansk del anarquista. A. P. Ulanovski. Durante su fuga le bastó en Kiev con entrar en una sala de lectura estudiantil y pedir *Qué es el progreso* de Mijailovski, para que los estudiantes le dieran de comer, hospedaje para la noche y dinero para el billete. Al extranjero escapó así: simplemente subió la pasarela de un buque extranjero —¡no había una patrulla del MVD vigilando!— y se puso a calentarse en la caldera. Pero más asombroso aún: durante la guerra del 14 ¡volvió voluntariamente a Rusia y al confinamiento en Turujansk! ¿Espía extranjero? ¿Fusilar? ¿Di quién te ha reclutado, cabrón? No. Fallo del juez de paz: por tres años de ausencia en el extranjero ¡o 3 rublos de multa, o 1 día de arresto! Tres rublos eran mucho dinero, y Ulánovski prefirió 1 día de arresto.

Empezando por las evasiones desde las Solovki, en una frágil barquichuela por el mar o en una bodega con troncos, y acabando por los sacrificados, locos, desesperados tirones en los campos de los últimos años de Stalin (se les dedican más adelante varios capítulos), nuestras fugas fueron empresas de titanes, pero de titanes condenados. Tanto valor, tanto ingenio, tanta voluntad jamás se invirtieron en las evasiones de antes de la revolución. Pero aquellas fugas salían casi siempre bien, y las nuestras casi nunca.

—¡Porque vuestras evasiones, en su esencia sociológica, eran reaccionarias…!

¿De verdad es reaccionario el impulso de un hombre a dejar de ser esclavo y bestia de carga…?

Salían mal porque el éxito de una evasión, en sus estadios ulteriores, depende de la actitud de la población. Y nuestra población tenía *miedo* de ayudar a los fugitivos o incluso los *vendía,* por codicia o convencimiento. ¡Lo que hace la opinión pública!

Y en cuanto a motines carcelarios, como de tres, de cinco, de ocho mil hombres, la historia de nuestras tres revoluciones no los conoció en absoluto.

Nosotros sí.

Pero por esta misma maldición, nuestros mayores esfuerzos y sacrificios sólo traían los resultados más insignificantes.

Porque la sociedad no estaba lista. Porque sin opinión pública un motín, incluso en un inmenso campo de concentración, no tiene ninguna vía de desarrollo.

De modo que a la pregunta «¿Por qué nos dejamos?», ya es hora de responder: ¡es que no nos dejamos! Leerán ustedes que no nos dejamos en absoluto.

¡En los Campos Especiales izamos el pabellón de los presos *políticos*, y en ellos nos convertimos!

V
Poesía bajo la losa, verdad bajo la piedra

Al comienzo de mi periplo concentracionario tenía muchas ganas de escapar de los trabajos generales, pero no sabía. Al llegar a Ekibastuz en mi sexto año de detención, me propuse, al contrario, purificar de entrada mi mente de toda clase de suposiciones, intrigas y combinaciones, que no la dejan ocuparse de nada más profundo. Y por eso no quise arrastrar una existencia de bracero provisionalmente, como hace a la fuerza la gente instruida, siempre esperando que la suerte les brinde algún enchufe, sino que aquí, en presidio, decidí aprender un oficio manual. En el equipo de Boroniuk, encontramos (Oleg Ivanov y yo) este oficio: albañil. Y en una de las vueltas que da la vida, también estuve de fundidor.

Al principio tenía vacilaciones y dudas: ¿era lo acertado?, ¿lo resistiría? Inadaptados cabezones, incluso a igual trabajo nos costaba más que a los compañeros de equipo. Pero justo desde el día en que me hundí conscientemente hasta el fondo y lo sentí firmemente bajo los pies —ese fondo general, duro, pedregoso— empezaron los años más importantes de mi vida, que configuraron los rasgos definitivos de mi carácter. Ahora ya, por mucho que cambie mi vida hacia arriba y hacia abajo, sigo fiel a las opiniones y costumbres elaboradas allí.

Y una cabeza purificada de limo, la necesitaba porque ya llevaba dos años escribiendo un poema. Me satisfacía mucho, ayudándome a no notar lo que hacían con mi cuerpo. A veces en una columna cabizbaja, bajo los gritos de la escolta, sentía tal aflujo de versos y de imágenes que parecía que flotaba en el aire encima de la columna: ¡rápido allí, al *objetivo*, y apuntarlo en algún rincón! En minutos así yo era libre y feliz**[38]**.

Pero ¿cómo *escribir* en un campo especial? Korolenko cuenta que escribía incluso en la cárcel**[hc]**, pero ¡qué ordenanzas eran aquéllas! Escribía con un lápiz (¿y por qué no se lo habían quitado, al retorcer los dobladillos de la ropa?) pasado en su pelo rizado (¿y por qué no pelaban al rape?), escribía pese al ruido (¡que dijera gracias por tener donde sentarse y estirar las piernas!). Y además había tanta libertad, que esos manuscritos pudo conservarlos y mandarlos fuera (¡eso es lo que menos se entiende en nuestros días!).

¡Aquí no escribirás de esa forma, ni siquiera en los campos! (Incluso el preparar apellidos para una futura novela era muy peligroso —¿la lista de una organización?—, de modo que escribía sólo su raíz en forma de sustantivo o cambiándola en

adjetivo). La memoria es el único escondrijo donde puedes guardar lo escrito, donde lo puedes pasar por registros y traslados. Al principio creía poco en las posibilidades de la memoria y por eso decidí escribir en verso. Era, por supuesto, violentar el género. Más tarde descubrí que también la prosa se embala bastante bien en las profundidades secretas de eso que tenemos en la cabeza. Liberada del peso de atrafagados conocimientos inútiles, la memoria del detenido es asombrosa por su capacidad y puede ampliarse cada vez más. ¡Creemos poco en nuestra memoria!

Pero antes de recordar algo, hay que escribirlo y pulirlo en un papel. Lápiz y papel blanco en el campo se pueden tener, pero no se pueden tener *escritos* (salvo que sea una oda a Stalin[39]). Y si no te has enchufado en la enfermería ni chupas de la Educativo-Cultural, cada mañana y cada noche has de pasar un registro en el puesto de guardia. Decidí escribir por fragmentos pequeños de 12-20 líneas, y tras pulirlas, aprendérmelas y quemarlas. Hice el firme propósito de no fiarme de simplemente romper el papel.

En cambio en las cárceles toda la composición y retoque de los versos había que hacerlos de memoria. Luego rompía pedacitos de cerillas, en mi pitillera los alineaba en dos filas —diez unidades y diez decenas— y, recitando interiormente los versos, a cada renglón movía una cerilla a un lado. Habiendo movido diez unidades, movía una decena. (Pero incluso este trabajo había que hacerlo con mucho ojo: hasta este inocente mover palitos, si se acompañaba con labios murmurantes o con una expresión de cara especial, podía infundir sospechas en los soplones. Procuraba ir moviendo haciéndome el distraído). Cada renglón número cincuenta y número cien los recordaba especialmente, como controles. Una vez al mes recitaba todo lo escrito. Si al hacerlo en los números cincuenta o cien me salía otro renglón, volvía a repetir una y otra vez, hasta que capturaba los fugitivos que se me habían escapado.

En la cárcel de tránsito de Kuibychev vi cómo unos católicos (lituanos) se dedicaban a la fabricación de rosarios de artesanía carcelaria. Los hacían con pan mojado y luego amasado, los pintaban (de negro, con goma quemada, de blanco, con polvos dentífricos, de rojo, con mercromina), los ensartaban en mojado en hilos retorcidos y enjabonados y los dejaban secar en la ventana. Me junté a su grupo y dije que yo también quería rezar el rosario, pero que en mi especial religión había de tener cien cuentas en redondo (ya más tarde entendí que basta con veinte, y hasta es más cómodo, y me lo hice yo mismo de corcho), cada décima tenía que ser no redonda, sino cúbica, y además debían distinguirse al tacto la que hacía cincuenta y la que hacía cien. Los lituanos se asombraron de mi fervor religioso (los más devotos de ellos no pasaban de cuarenta cuentas), pero con sincera cordialidad me ayudaron a fabricarme un rosario de éstos, haciendo la centésima cuenta en forma de corazoncito rojo oscuro. De este maravilloso regalo ya no me separé nunca después, lo pasaba y palpaba dentro de mi amplia manopla de invierno, en la formación, en camino, en todas las colas, se podía hacer de pie y no molestaba el frío. Y por los registros lo pasaba asimismo en la manopla enguatada, allí donde no la palpaban. Varias veces

me lo encontraron los celadores, pero se creían que era para rezar, y me lo devolvían. Hasta el final de mi condena (cuando ya se me habían juntado doce mil versos), y aún después en confinamiento, me ayudó este rosario a escribir y recordar.

Pero ni esto siquiera es todo tan sencillo. Cuanto más empiezas a tener escrito, tantos más días de cada mes se te comen las repeticiones. Pero lo peor de estas repeticiones es que te acostumbras a lo escrito, dejas de notar lo bueno y lo malo. El primer texto, ya de por sí aprobado por ti a toda prisa, para quemar cuanto antes el papel, queda definitivo. No te puedes permitir el lujo de dejarlo dormir varios años, olvidarlo, y luego verlo con ojos nuevos y críticos. Por esto no se puede escribir realmente bien.

Y con los pedacitos por quemar no te podías entretener. Tres veces me pillaron con ellos, y lo único que me salvó fue que las palabras más peligrosas jamás las confiaba al papel, sino que las sustituía por guiones. Una vez estaba tendido en la hierba apartado de todos, demasiado cerca de la zona (para tener más silencio), y escribía, disimulando mi papel con un libro. El celador mayor *el Tártaro* se me acercó sigilosamente por detrás y tuvo tiempo de notar que no leía, sino escribía.

—¡A ver! —exigió el papelito. Me levanté, quedándome frío, y le di el papel. Ponía:

Lo nuestro siempre íntegro
Se nos devolverá.
De Osterode a Bródnitsa
—Cinco días a pie—
Nos [escoltaron] t[ártaros]

Si «escoltaron» y «tártaros» los hubiera escrito completos, me habría llevado *el Tártaro* al comisario, y me habrían descubierto. Pero los guiones eran mudos:

Nos --- t---

Cada cual piensa en lo suyo. Yo temía por el poema, pero él se creía que levantaba un plano de la zona y preparaba una fuga. Sin embargo incluso lo que encontró se lo leyó y releyó, arrugando la frente. Lo que más le hizo trabajar el cerebro fue lo de «cinco días». ¡Ni se me había ocurrido en qué asociación podían ser entendidos! *Cinco días* era una locución corriente en los campos, así se dictaban las órdenes de calabozo.

—¿Cinco días a quién? ¿De quién se trata? —indagaba ceñudo.

A duras penas logré convencerlo (gracias a los nombres de Osterode y Bródnitsa) de que estaba recordando una poesía de alguien del frente, pero no lograba recordar todas las palabras.

—¿Y para qué quieres recordar? ¡No está mandado recordar! —me advirtió hoscamente—. Como te vuelvas a tender aquí, ¡ya verás…!

Ahora lo cuentas, y parece una pequeñez. Pero entonces para un insignificante esclavo, para mí, fue un contratiempo enorme: quedaba privado de poder tumbarme apartado del ruido, y si me volvía a pillar *el Tártaro* con otro versito, eran muy capaces de abrirme sumario y reforzar la vigilancia.

¡Y ya no podía dejar de escribir…!

Otra vez traicioné mi costumbre, escribí de un tirón en la obra unos sesenta renglones de una obra teatral[40], y la hojita esa no la supe guardar en la entrada del campo. Ciertamente, también en ella había muchas palabras saltadas. El celador, un sencillo muchachote de nariz ancha, examinó con asombro el botín:

—¿Una carta? —preguntó.

(Una carta que se llevaba al objetivo sólo significaba calabozo. ¡Pero curiosa habría resultado la «carta», si la hubieran entregado al comisario!).

—Es para las actividades —le eché cara—. Estoy recordando una obrita. Cuando la pongamos, venga a verla.

Se miró el mozo aquel papelucho, me miró a mí, dijo:

—¡Mayor, pero bu-rro!

Y rompió mi hojita en dos, en cuatro, en ocho. Me asusté de que la fuera a tirar al suelo: los pedazos todavía eran grandes, aquí, ante el cuerpo de guardia, podían llamar la atención de algún mandamás al acecho, ahí estaba el mismísimo jefe del régimen, Machejovski, a algunos pasos, observando el registro. Pero se ve que tenían orden de no ensuciar ante la entrada, para no tener que limpiarlo ellos mismos, y los trozos rotos me los puso el guardián en mi propia mano, como en una urna. Pasé el portal y me apresuré a tirarlos a la estufa.

Y la tercera vez tenía por quemar un extenso fragmento de un poema, pero, trabajando en la construcción del BUR, no pude retenerme y escribí además *El albañil*. Entonces no salíamos de la zona, y por tanto, no nos registraban a cada uno a diario. *El albañil* ya tenía tres días, y en la oscuridad, justo antes del recuento vespertino, salí a recitarlo por última vez, para luego quemarlo enseguida. Buscaba silencio y soledad, por eso me fui hacia la zona, y ni se me ocurrió pensar que era cerca del lugar en que, hacía poco, se había deslizado bajo las alambradas Tenno. Pero el celador, por lo visto, acechaba emboscado, en seguida me echó mano y se me llevó, en la oscuridad, al BUR. Gracias a la oscuridad, arrugué furtivamente mi *Albañil* y lo tiré al azar detrás de mí. Soplaba vientecillo, y el celador no oyó arrugar y crujir el papel.

Pero el que llevara además el fragmento de poema, lo había olvidado por completo. En el BUR me registraron y me encontraron, por suerte, un fragmento casi no delictivo, sobre el frente (de las *Noches prusianas*).

El jefe de turno, un sargento-mayor perfectamente instruido, se lo leyó.

—¿Qué es?

—¡Tvardovski! —contesté con firmeza—. *Vasili Tiorkin*[hd]. (¡Así fue cómo por primera vez se cruzaron nuestros caminos con Tvardovski!)[he].

—¡Tvardo-ovski! —repitió respetuosamente el sargento—. ¿Y tú para qué lo quieres?

—Si no hay libros. A ver si lo recuerdo, lo leeré de cuando en cuando.

Me confiscaron el armamento —media hoja de afeitar—, pero el poema me lo devolvieron, y me habrían soltado, y aún habría corrido a buscar al *Albañil*. Pero entretanto ya habían hecho el recuento y no se podía andar por la zona, de modo que el propio celador me llevó al barracón y me encerró en él.

Dormí mal aquella noche. Afuera se había levantado un viento huracanado. ¿Adónde se podía llevar ahora la bolita con mi *Albañil*? Pese a todos los guiones sustituyendo palabras, el sentido del conjunto estaba claro. Y por el texto también estaba claro que el autor trabajaba en el equipo que construía el BUR. Y ya entre los ucranianos occidentales, encontrarme era cosa fácil.

Y así toda mi labor literaria de muchos años —lo ya hecho, y sobre todo, lo por hacer— toda andaba ahora dando tumbos por la zona o por la estepa en una indefensa bolita de papel. En cuanto a mí, rezaba. Cuando nos va mal, no nos avergonzamos de Dios. Nos avergonzamos de Él cuando nos va bien.

Por la mañana con la diana, a las cinco, asfixiándome por el viento, fui a aquel lugar. Hasta piedrecitas menudas las levantaba el viento y me las tiraba a la cara. ¡No valía ni la pena buscar! De aquel sitio, el viento soplaba en dirección al barracón de mando, luego al de régimen (donde también pasan y traspasan celadores todo el rato y hay mucha alambrada trenzada), luego tras la zona, a la calle del poblado. Una hora antes de amanecer estuve dando vueltas agachado, todo en vano. Y ya desesperaba. Pero cuando amaneció, ¡la bolita se me blanqueó a tres pasos de donde la había soltado! El viento la había empujado a un lado y pillado entre unas tablas que había tiradas.

Aún hoy lo considero un milagro.

Así escribía. En invierno, en el cuarto de calentarse, en primavera y verano, en el andamio, en la misma obra: en el intervalo entre dos angarillas de argamasa ponía un papel sobre los ladrillos y con un pedacillo de lápiz (a escondidas de los compañeros) apuntaba los versos que se me habían ocurrido mientras vaciaban las angarillas anteriores. Vivía como en sueños, en el comedor me sentaba ante la sagrada *balanda*[hf] y no siempre sentía su gusto, no oía a los que me rodeaban: todo el rato andaba con mis versos, alineándolos como los ladrillos del muro. Me registraban, me contaban, me llevaban en columna por la estepa, pero yo iba viendo el escenario de mi obra teatral, el color del telón, la disposición del mobiliario, las manchas luminosas de los proyectores, cada desplazamiento del actor.

Los compañeros hundían las alambradas con un camión, se arrastraban bajo ella, pasaban por encima cuando la ventisca formaba una duna, pero para mí era como si

no hubiera alambrada, estaba todo el tiempo en mi larga, lejana evasión, sólo que los guardianes no podían averiguarlo, al contar cabezas.

Entendía bien que no era el único de éstos que participaba en un gran Misterio, que este misterio, en otras cajas torácicas igualmente aisladas, maduraba en secreto por las dispersas islas del Archipiélago, para algún año venidero, tal vez después de nuestra muerte, descubrirse y fundirse en la futura literatura rusa.

(En 1956 en el Samisdat[hg], que ya existía entonces, leí la primera coleccioncita de versos de Varlam Shalámov, y me eché a temblar, como del encuentro con un hermano:

Yo ya lo sé, que no es ningún juego
me matarán. Mas ni ante la muerte,
como Arquímedes, querré entregar al fuego
ni abandonar mi lápiz y libreta.

¡Él también estuvo escribiendo en el campo! Escondiéndose de todos, con el mismo solitario clamor mudo a la oscuridad:

Tan sólo guardo la memoria
de retahílas de osarios
donde desnudo habría ido
de no haberme prometido
contar, cantar, llorarlo todo
a toda costa, a cualquier precio
cual si en la vida de un difunto
hubiera un comienzo…

¿Cuántos éramos entonces de éstos? Yo creo que muchísimos más de los que salimos a la luz en estos años de tregua. No todos pudieron sobrevivir. Alguno enterraría una botella con papeles, pero sin decirle el sitio a nadie. Otro los daría a guardar, pero a unas manos negligentes, o al contrario, demasiado prudentes. Y habría a quien simplemente no le dio tiempo de apuntarlo.

E incluso en la isla de Ekibastuz, ¿cómo íbamos a reconocernos uno a otro?, ¿alentarnos?, ¿ayudarnos? Si nos escondíamos como lobos de todos, y por tanto, unos de otros también. Pero aún y así, en Ekibastuz tuve ocasión de conocer a unos cuantos.

Inesperadamente conocí, a través de unos baptistas[hh], a un poeta espiritual, Anatoliy Vasílievich Silin. Entonces pasaba de los cuarenta. Su rostro no tenía nada que destacara. Su pelo pelado y su barba afeitada salían pelirrojos, y también lo eran sus cejas. Habitualmente era suave con todos, complaciente, pero reservado. Sólo cuando nos llegamos a sincerar a fondo, y los domingos libres comenzaron a caminar

juntos por la zona durante horas, y él me leyó sus larguísimos poemas espirituales (los escribía aquí mismo, en el campo de concentración, igual que yo), me asombré por cuantésima vez de lo engañosamente que pueden esconderse bajo apariencias ordinarias almas extraordinarias.

Antiguo sin hogar, criado en la inclusa, ateo, estando prisionero de los alemanes cayeron en sus manos libros religiosos, que lo cautivaron. Desde aquel día se convirtió no sólo en creyente, sino ¡en filósofo y teólogo! Y como precisamente «desde aquel día» estuvo ininterrumpidamente en la cárcel o en el campo de concentración, todo este camino teológico tuvo que recorrerlo en solitario, redescubriendo para sí lo ya descubierto antes de él, tal vez despistándose: ni libros, ni consejeros tuvo «desde aquel día». Ahora trabajaba de peón en trabajos de desmonte, se afanaba por cumplir la imposible norma, volvía con las rodillas que se le doblaban y las manos que le temblaban, pero día y noche revoloteaban en su cabeza los yambos de sus poemas, todos de cuatro pies y rima libre, compuestos totalmente de memoria. Creo que para aquel entonces ya se sabría sus buenos veinte mil versos. También los consideraba sólo como una técnica: un medio de recordar y de transmitir a otros.

Su cosmovisión la embellecía y dulcificaba mucho su percepción del Palacio de la Naturaleza. Exclamaba, agachado sobre alguna hierbecilla suelta, que crecía ilegalmente en nuestra yerma zona:

—¡Qué hermosa es la hierba de la tierra! Pero hasta ella la ha entregado el Creador de alfombra al hombre. Luego ¡cuánto más hermosos debemos ser nosotros!

—¿Y entonces lo de «no améis al mundo ni lo que el mundo contiene»? (Los baptistas repetían esto a menudo).

Él sonreía, como excusándose. Con esta sonrisa, sabía conciliar:

—¡Pero si incluso en el amor carnal terreno se manifiesta nuestra tendencia superior hacia la Unidad!

La teodicea, es decir, la justificación de por qué ha de haber mal en el mundo, la formulaba así:

Si el Espíritu consiente
imperfección, siendo perfecto
y en nuestras almas, sufriendo,
quiere que tengan por efecto
que el precio de la gloria conozcamos.
…….
Dura es la ley, pero tan sólo
así resulta asequible
para mortales pequeñitos
el otro mundo inmarcesible.

Los sufrimientos de Cristo en su carne humana los explicaba atrevidamente no sólo por la necesidad de redimir los pecados de los hombres, sino también por el deseo de Dios de *sentir* los sufrimientos terrenales. Silin afirmaba osadamente:

—Estos sufrimientos, Dios los *conocía* desde siempre, pero ¡jamás los había *sentido*!

Del mismo modo acerca del Anticristo, que

La inclinación hacia la Luz
del alma libre de los hombres
la desvió de su camino,
la limitó con luz del siglo.

Silin encontraba inéditas palabras humanas:

La gloria misma que tenía
el magno ángel rechazó.
Como los hombres no sufría
y en él la dicha del amor
sin aflicción no era completa.

Pensando él mismo tan libremente, Silin encontraba en su amplio corazón cobijo para todos los matices del cristianismo:

… su esencia es
que dentro de las Enseñanzas
particular es cada genio.

Acerca de la acalorada pega de los materialistas, de cómo pudo el espíritu crear la materia, Silin sólo sonreía:

—No quieren reflexionar en cómo pudo la grosera materia crear el Espíritu. En este orden, ¿no es un milagro? ¡Si sería un milagro aún muchísimo mayor!

Mi cerebro rebosaba de versos propios, y sólo estas migajas logré conservar de los poemas que oí a Silin, temiendo que él mismo, tal vez, no lograse conservar nada. En uno de los poemas su protagonista preferido, con un nombre de la Grecia antigua (lo he olvidado), pronunciaba un imaginario discurso ante la asamblea de la Organización de las Naciones Unidas, un programa espiritual para toda la Humanidad. Con cuatro números colgados, esclavo extenuado y condenado, este poeta tenía en su pecho más que decir a los vivientes que el rebaño entero de

profesionales de revistas, editoriales, de la radio, que a nadie le hacen falta, salvo a sí mismos.

Antes de la guerra Anatoliy Vasílievich había terminado pedagógicas en la Facultad de Letras. Ahora le quedaban, igual que a mí, unos tres años hasta la «liberación» a confinamiento. Su único oficio era enseñar literatura en el colegio. Parecía poco probable que a nosotros, exdetenidos, nos dejaran pisar un colegio. Pero ¿y si…?

—¿Cómo voy a enseñarles mentiras a los niños? Les diré a los niños la verdad sobre Dios, sobre la vida del Espíritu.

—¡Pero le despedirán después de la primera clase!

Silin agachó la cabeza, contestó bajito:

—Bueno.

Y se veía que ni chistaría. No iría a cometer una doblez por agarrarse a unas clases en lugar de a un pico.

Con lástima y admiración miraba yo a este deslucido hombrecillo pelirrojo, que no conoció padres, no conoció maestros, para quien la vida entera había sido tan difícil como mover con su pala la pedregosa tierra de Ekibastuz.

Con los baptistas Silin comía de la misma escudilla, repartía el pan y el rancho. Por supuesto, necesitaba de un auditorio agradecido, con alguien tenía que reunirse para leer, comentar el Evangelio y ocultar el propio librito. Pero a los propiamente ortodoxos o no los buscaba (sospechando que podrían rechazarlo por sus herejías), o no los encontraba: en nuestro campo, aparte de los ucranianos occidentales, eran pocos o no destacaban por lo consecuente de su conducta. En cambio los baptistas parecían respetar a Silin, lo escuchaban, incluso lo incluían en su congregación, pero sin embargo tampoco a ellos les gustaba en él todo lo herético, esperaban gradualmente hacerlo de los suyos. Silin perdía cuando hablaba conmigo en su presencia, se soltaba cuando no estaban. Difícil le era recortarse a la medida de su fe, y eso que su fe es muy firme, pura, ardorosa, les ayudaba a soportar el presidio sin vacilar y sin destruirse espiritualmente. Son todos honrados, mansos, laboriosos, comprensivos, fieles a Cristo.

Precisamente por eso los exterminan con tanta saña. En los años 1948-1950, *sólo* por pertenecer a una congregación baptista muchos cientos de ellos recibieron 25 años de reclusión y se enviaron a los Campos Especiales (¡es que una *congregación* es una *organización!)*[41]

En el campo no es como en la calle. Fuera, cada cual procura imprudentemente destacar y expresarse exteriormente. Es más fácil ver qué pretende cada uno. En reclusión, por el contrario, todos están despersonalizados: pelados igual, sin afeitar igual, el gorro igual, el chaquetón igual. La expresión espiritual está tapada por los vientos, el sol, la mugre, el trabajo pesado. Para distinguir, tras una apariencia despersonalizada y envilecida, la luz de un alma, hay que adquirir el hábito.

Pero las lucecitas del espíritu involuntariamente tienden, se abren camino unas hacia otras. Ocurre que inconscientemente se van conociendo y reuniendo los semejantes.

Lo más rápido y fácil para conocer a una persona es saber aunque sea un retazo de su biografía. Pongamos, aquí al lado trabajan unos cavadores. Se ha puesto a caer una nieve espesa, blanda. Porque pronto tocarán el alto, o por lo que sea, todo el equipo se ha metido en la garita. Pero uno se ha quedado allí en pie. Al borde de la trinchera se ha apoyado en la pala y está completamente inmóvil, como si así estuviera cómodo, igual que una estatua. E igual que a una estatua, la nieve le recubre la cabeza, los hombros, los brazos. ¿Le es indiferente? ¿O incluso agradable? Mira a través de este hormigueo de copos, a la zona, a la estepa blanca. Tiene los huesos anchos, los hombros anchos, la cara ancha, cubierta de una barba clara y dura. Siempre es sosegado, lento, muy tranquilo. Se ha quedado a mirar al mundo y a pensar. Aquí no está.

Yo no lo conozco, pero su amigo Redkin me ha contado de él. Este hombre es un tolstoyano. Ha crecido con la anticuada convicción de que no se debe matar (¡ni siquiera en nombre de la Doctrina Adelantada!), y por eso no se debe llevar armas. En 1941 lo movilizaron. Tiró su arma y cerca de Kushka, adonde lo habían enviado, pasó la frontera afgana. Allí no había alemanes ni se esperaban, y hubiera tranquilamente servido toda la guerra sin pegar un sólo tiro a nada vivo, pero hasta arrastrar a la espalda esa chatarra repugnaba a sus convicciones. Calculaba que los afganos respetarían su derecho a no matar gente y lo dejarían pasar a la tolerante India. Pero el Gobierno afgano resultó oportunista, como todos los gobiernos. Temía la ira de su poderoso vecino y aherrojó al fugitivo en cangas. Y así mismo, en cangas apretándole las piernas, sin movimiento, lo tuvo tres años en la cárcel, esperando quién ganaría. Ganaron los Soviets, y los afganos les devolvieron servicialmente al desertor. Y sólo a partir de entonces empezó a contarse su actual *condena*.

Y helo aquí ahora inmóvil bajo la nieve, como una parte de esta naturaleza. ¿Es que lo trajo al mundo el Estado? ¿Pues por qué se ha atribuido el Estado la decisión de cómo ha de vivir?

Tener de compatriota a León Tolstoi nos parece muy bien. Imprime un sello. (También se puede sacar uno de correos). Y llevar a los extranjeros a Yásnaya Polyana. Y gustosamente soltaremos discursos de cómo se oponía al zarismo y cómo fue excomulgado (al orador hasta le temblará la voz). Pero si alguno, eh, rusos, se ha tomado a Tolstoi en serio, si aquí ha crecido un tolstoyano de veras, ¡ojo! ¡¡que no te pillen nuestras orugas!!

… A veces en la obra vas corriendo a pedirle a un capataz recluso su metro plegable, hay que medir lo que hemos levantado. Este metro él lo aprecia mucho, y a ti no te conoce de nada, aquí hay muchos equipos, pero por alguna razón te alargará en seguida, sin más, su tesoro (¡en conceptos concentracionarios es simplemente una idiotez!). Y cuando, encima, tú ese metro se lo devuelves, todavía te estará muy

agradecido. ¿Cómo puede ese mirlo blanco estar en el campo de capataz? Tiene acento. Ay, resulta que es polaco, se llama Iuri Wengerski. Aún oirás hablar de él.

… A veces andas en la columna, lo que habría que hacer es pasar cuentas del rosario en la manopla o pensar las estrofas siguientes, pero te ha tocado un compañero de fila demasiado interesante: han mandado un equipo nuevo a nuestro objetivo. Un simpático intelectual judío, ya mayor, con expresión inteligente e irónica. Se apellida Masamed, ha estudiado en la Universidad… ¿cuál, cuál?, de Bucarest, en la cátedra de biopsicología. Por cierto, tiene entre otras las especialidades de fisonomista, grafólogo. Además de todo eso, es yogui y está dispuesto a empezar contigo mañana mismo un curso de Hatha-yoga. (¡Pero qué pena: son demasiado pocos años en esta Universidad! ¡Me ahogo! ¡No tengo tiempo de abarcarlo todo!).

Después todavía me fijaré en él en las zonas de trabajo y de habitación. Sus compatriotas le ofrecían un acomodo en la oficina, él no ha ido: le importa demostrar que también un judío puede perfectamente trabajar en los generales. Y a sus cincuenta años aporrea valerosamente con el azadón. Bien es verdad que como buen yogui, domina su cuerpo: con diez grados centígrados se desviste y pide a sus compañeros que lo rieguen con la manguera. No come como todos nosotros —meternos cuanto antes esas gachas en la boca—, sino, dándose la vuelta, con concentración, despacio, a bocaditos menudos, con una cucharadita minúscula especial[42].

… Eso ocurre en camino más de una vez, de hacer una nueva amistad interesante. Pero como norma, en la columna no te puedes permitir muchos lujos: grita la escolta, sisean los vecinos («¡por culpa vuestra nos…!»), al trabajo vamos sin ganas, del trabajo venimos con demasiadas prisas, y además te da el viento en los morros. Y de pronto… bueno, eso ya es un caso totalmente ATÍPICO, como dicen los social-realistas. Un caso, desde luego, fuera de lo común.

En el extremo de la fila anda un hombrecito menudo con una gran barba negra (la última vez lo detuvieron con ella y así lo retrataron en la foto, por eso no se la han afeitado en el campo). Camina animoso, con dignidad, y bajo el brazo lleva un rollo atado de papel whatman. Es su invento o descubrimiento, alguna innovación, de la que está orgulloso. La diseñó en la zona de producción, la llevó a enseñársela a alguien en el campo, ahora la vuelve a llevar al trabajo. Y de pronto el cruel viento arranca el rollo de bajo su brazo y se lo lleva rodando de la columna. El movimiento natural de Arnold Rappoport (el lector ya lo conoce) es dar por el rollo un primer paso, un segundo, un tercero —¡pero el rollo sigue rodando, entre dos escoltas, ya al otro lado del cerco!— ahí Rappoport debiera detenerse, es que «¡un paso a derecha, un paso a izquierda… sin previo aviso!», pero ¡ahí, ahí está el papel! —Rappoport corre tras él, agachado, con los brazos estirados hacia delante— ¡el mal hado se está llevando su idea técnica! —Arnold estira las manos, los dedos como rastrillos— ¡bárbaro!, ¡no toques mis diseños! La columna lo vio, vaciló y por sí misma se

detuvo. ¡Metralletas apuntando, cerrojos chasqueando…! De momento todo es típico, pero aquí empieza lo atípico: ¡no hay imbécil!, ¡nadie dispara!, ¡los bárbaros han entendido que no es una evasión! ¡Incluso en sus aturullados cerebros ha sabido penetrar esta imagen: un autor que corre tras su creación que huye! Tras correr unos quince pasos más al otro lado de la, escolta, Rappoport atrapa el rollo, se yergue y muy contento vuelve a las filas. Vuelve, desde el otro mundo…

Aunque a Rappoport le ha tocado muchísimo más de la norma concentracionaria media (tras una condena corta y tras *dos duros* le dieron confinamiento, y ahora otra vez *dos duros*), es vivo, activo, le brillan los ojos, unos ojos que aunque siempre alegres, han sido hechos para el sufrimiento, unos ojos muy expresivos. Presume de que los años de cárcel no lo han envejecido en absoluto, no lo han roto. Desde luego, como ingeniero, siempre trabaja en algún enchufe de producción, de modo que ya puede presumir. Se toma su trabajo a pecho, pero todavía a más va madurando ideas creadoras para su alma.

Es ese carácter amplio que lo querría abarcar todo. Hubo un momento en que pensaba en escribir un libro como el mío ahora, todo sobre los campos de concentración, pero no llegó a decidirse. De otra de sus obras nos reímos todos sus amigos: Arnold lleva ya varios años componiendo un vademécum técnico universal, que abarcará todas las ramas de la ciencia y de la técnica contemporáneas (desde las clases de válvulas de radio hasta el peso medio del elefante) y que deberá ser… de bolsillo. Aleccionado por estas carcajadas, otra de sus obras favoritas Rappoport me la enseña en secreto. Es una libreta encuadernada de hule negro, un tratado *Sobre el amor*. Nuevo, porque el de Stendhal no le satisface en absoluto. De momento sólo son apuntes sueltos e inconexos entre sí. Pero para un hombre que ha pasado media vida en campos de concentración, ¡qué cosa tan casta! Ahí van algunos pasajes[43]:

- Poseer a una mujer que no se ama es el desdichado sino de los indigentes de cuerpo y espíritu. ¡Y pensar que los hombres se jactan de ello como de una «victoria»!
- La posesión no preparada por el desarrollo orgánico de un sentimiento no proporciona alegría, sino vergüenza, repulsión. Los hombres de nuestro siglo, que entregan toda su energía al dinero, al trabajo, al poder, han perdido el gen del amor supremo. Al contrario, para el infalible instinto femenino la posesión es sólo el primer escalón de la auténtica intimidad. Sólo después de ella la mujer toma al hombre por familiar y empieza a decirle «tú». Incluso una mujer que se entrega casualmente experimenta un aflujo de agradecida ternura.
- Los celos son orgullo herido. El auténtico amor, privado de respuesta, no produce celos, sino que muere, se osifica.
- Al igual que la ciencia, el arte y la religión, el amor también es un medio de *conocer* el universo.

Al reunir en sí intereses tan opuestos, Arnold Lvóvich conoce también a personas variadas. Me presenta a un hombre al lado del cual habría pasado sin fijarme: a primera vista, un simple «acercoso» condenado a muerte por distrofia; las clavículas, bajo la chaquetilla concentracionaria desabrochada, asoman como las de un cadáver. Al ser tan alto, su delgadez impresiona especialmente. Ya es moreno de por sí, y ahora se le ha tostado su cabeza rapada bajo el sol del Kazajstán. Todavía se arrastra tras la zona, todavía se aguanta en las angarillas para no caerse. Es griego, ¡y también poeta!, ¡otro más! Tiene un libro de versos, en griego moderno, editado en Atenas. Pero como no es prisionero de Atenas, sino soviético (y ciudadano soviético), nuestros periódicos no vierten lagrimones por él.

Es de mediana edad, pero ya moribundo. Intento desmañada y torpemente distraerle de estas ideas. Él sonríe con sabiduría y en un ruso no del mejor, me explica que lo que asusta de la muerte no es la propia muerte, sino sólo el prepararte moralmente a ella. Él ya *ha tenido* miedo, y amargura, y lástima, ya ha llorado todo lo que tenía que llorar, y resulta que ya ha sufrido del todo su inevitable muerte, y está preparado. Sólo falta que se le acabe de morir el cuerpo.

¡Cuántos poetas hay entre la gente! ¡Resulta increíble! (A veces incluso me hace estar perplejo). Este griego espera la muerte, en cambio esos dos jóvenes sólo esperan el final de su condena y su futura fama literaria. Son poetas abiertamente, no lo esconden. Tienen en común algo luminoso, limpio. Los dos son estudiantes, con la carrera por terminar. Kolia Borovíkov es partidario de Písarev (y por tanto, enemigo de Pushkin), trabaja de practicante en la enfermería. Yúrochka Kiréyev, de Tver, es partidario de Blok, y escribe él mismo imitando a Blok; trabaja fuera de la zona, en la oficina de los talleres mecánicos. Sus amigos (¡y qué amigos!, veinte años mayores y padres de familia) se ríen de él, porque en un campo ITL, en el Norte, una rumana asequible a todos se le ofrecía, pero él no la entendió y le escribía sonetos. Cuando miras su carita limpia, no te cuesta creerlo. ¡La maldición de la virginidad juvenil, que ahora hay que arrastrar por los campos de concentración!

… En unas personas te fijas tú, otras se fijan en ti. En el desordenado barracón, donde viven, van, vienen y duermen cuatrocientos hombres, después de la cena y durante los aburridos recuentos vespertinos leo el segundo tomo del diccionario de Dahl, el único libro que he logrado conservar hasta Ekibastuz, y que aquí he tenido que desgraciar con la estampilla: «Steplag. SEC». Nunca lo hojeo, porque el rabito de noche apenas me da para leer media página. Así me estoy sentado o caminando en el recuento, la vista fija en el mismo lugar del libro. Ya estoy acostumbrado a que todos los nuevos pregunten qué es este libro tan gordo, y se asombren de para qué demonios lo leo. «La lectura de menos peligro —contesto con una broma—. No te *meterán nueva condena*[44]».

Pero también conozco a mucha gente interesante a cuento de este libro. De pronto se me acerca un hombrecillo menudo, parecido a un gallito, con nariz insolente, aguda mirada burlona, y me dice, con acento del Volga:

—¿Me permite preguntarle qué libro es éste?

Palabra tras palabra, y luego domingo tras domingo, mes tras mes, en este hombre se abre ante mí un micromundo en que está densamente recogida la historia de mi país en medio siglo. El propio Vasili Grigórievich Vlásov (aquel mismo, del proceso de Kadiy, que ya ha cumplido 14 años de sus veinte) se considera economista y político, y no tiene ni idea de que es un artista de la palabra, sólo que oral. Te cuenta de la siega del heno, de la tienda del comerciante (en que estuvo trabajando de chiquillo), de su unidad roja, de la vieja hacienda, del verdugo de Gubdesertir o de la insaciable mujer del arrabal, todo eso me fue colocado delante, clavadito, y se me asimiló tan sólidamente como si lo hubiera vivido yo mismo. Entran ganas de apuntarlo sobre la marcha, ¡pero quién apunta nada! Ojalá lo recordara palabra por palabra diez años después, ¡pero quién lo recuerda…!

Noto que me va mirando de reojo, a mí y a mi libro, pero no se atreve a acercarse un joven delgado, larguirucho, de nariz estirada, educado como aquí no se suele serlo, incluso tímido. También nos presentamos. Habla en voz bajita y modesta, tiene dificultad en encontrar palabras rusas y comete errores graciosísimos, que se hace perdonar con una sonrisa. Resulta que es húngaro, se llama Janos Rozsas. Le enseño el diccionario de Dahl, y él asiente con su cara resecada por el agotamiento concentracionario: «Sí, sí, es preciso distraer la atención en cosas extranjeras, no pensar en la comida solamente». Sólo tiene veinticinco años, pero sus mejillas no tienen los colores de la juventud; la piel fina y seca, curtida por los vientos, parece colocada directamente sobre los alargados y estrechos huesos del cráneo. Le duelen las articulaciones, reumatismo agudo, pillado en la tala de árboles en el Norte.

Aquí en el campo hay dos o tres compatriotas suyos, pero están todo el día pendientes de lo mismo: ¿cómo sobrevivir?, ¿cómo hartarse? En cambio Janos se come sin refunfuñar lo que le apunta el jefe de equipo, y, medio muerto de hambre, no se permite buscar nada más. Él mira, oye, quiere entender. ¿Entender qué…? ¡Nos quiere entender *a nosotros*, a los rusos!

—Mi caso personal se ha engrisecido cuando yo he conocido gente aquí. Estoy extremosamente asombradísimo. Ellos querían a su pueblo, y por eso están en presidio. Pero yo creo, es desbarajuste por la guerra, ¿sí? (¡Eso lo pregunta en 1951! Si hasta ahora es por la guerra, ¿no será por la del catorce…?).

En 1944, cuando *los nuestros* lo agarraron en Hungría, tenía 18 años (y no estaba en el Ejército). «Yo entonces todavía no había llevado a la gente ni bien ni mal —sonríe—. Por mí la gente no ha tenido provecho, no ha tenido daño». El sumario se lo instruyeron así: el juez de instrucción no entendía una palabra de húngaro, ni Janos de ruso. A veces venían unos intérpretes malísimos, de los Cárpatos. Janos firmó 16 páginas de acta sin llegar a entender qué decían. Y del mismo modo, cuando un oficial desconocido le leyó algo en un papel, estuvo mucho tiempo sin comprender que aquello era la sentencia del OSO[45]. Y lo enviaron al Norte, a la tala de árboles, donde *se acercó*[hi] y fue a parar a la enfermería.

Hasta entonces Rusia se le había presentado siempre por el mismo lado, el de sentarse, pero ahora se le volvió por otro. En la enfermería del *lagpunkt* de Symsk, cerca de Solikamsk, estaba la enfermera Dusia, de cuarenta y cinco años. Era una común, con pase afuera, sentencia de 5 años. Veía su oficio no en medrar para sí y terminar su condena (como aquí se estila mucho, pero Janos, con su mirada color de rosa, no lo sabía), sino en curar a estos moribundos ya desahuciados e inútiles. Pero con lo que daba la enfermería, no se los podía salvar. Y la enfermera Dusia cambiaba en el pueblo su ración matutina de 300 gramos de pan por medio litro de leche, y con esta leche alimentó a Janos (y antes de él, o algún otro) hasta devolverlo a la vida**[46]**. Por esta tía Dusia se enamoró Janos de nuestro país y de todos nosotros. Y se puso asiduamente a estudiar en el campo la lengua de sus carceleros, el grande y poderoso idioma ruso. Pasó 9 años en nuestros campos de concentración, sólo vio a Rusia desde vagones carcelarios, en pequeñas postales-reproducciones y en el campo de concentración. Pues se enamoró de ella.

Janos era de aquellas personas que se dan cada vez menos en nuestro siglo: en su infancia no tenía otra pasión que leer. Esta misma inclinación le quedó de mayor, e incluso en el campo de concentración. Tanto antes en los campos del Norte, como ahora en el especial de Ekibastuz, no perdía ocasión de conseguir y leer nuevos libros. Para cuando lo conocí, ya conocía y amaba a Pushkin, Nekrásov, Gogol, le expliqué a Griboyédov, pero más que nadie, casi más que Petoefi y Arany, le gustaba Lérmontov, al que había leído por primera vez *de prisionero*, hacía poco**[47]**. Especialmente se compenetró Janos con Mtsyri**[hj]**: igual de prisionero, igual de joven e igual de sentenciado. De ahí sacó mucho de memoria, y, caminando año tras año con las manos a la espalda en una columna extranjera por tierra extraña, iba murmurando para sus adentros en el idioma de ellos:

Y entonces pude alcanzar
Que tal vez nunca al hogar
Ya lograría regresar.

Amable, cariñoso, con indefensos ojos azul claro, así era Janos Rozsas en nuestro despiadado campo. Se sentaba en mi *vagonka*, ligeramente, en el mismo borde, como si mi saco con serrín se pudiera ensuciar más de lo que estaba, o aplastar con el peso, y decía íntimamente, bajito:

—¿A quién expresar mis secretas esperancias…?

Y nunca se quejaba de nada**[48]**.

Por entre los presos te mueves como por un campo de minas, con los rayos de la intuición retratas a cada uno para no volar por los aires. E incluso con esta prudencia

general, ¡a cuántas personas poéticas descubrí en una caja craneal rapada, bajo la chaquetilla negra del «z-k»!

¿Y cuántos se reprimieron para no descubrirse?

¿Y a cuántos, ¡mil veces más!, no llegué a encontrar? ¿¡Y a cuántos ahogaste en todos estos decenios, maldito Leviatán!?

También había en Ekibastuz un centro oficial, aunque muy peligroso, de contacto cultural, la Sección Educativo-Cultural, donde ponían estampillas negras a los libros y nos renovaban los números.

Una figura importante y muy pintoresca de nuestra SEC era el pintor, y en el pasado archidiácono y casi-casi secretario particular del patriarca, Vladimir Rudchuk. Hay en algún sitio en los reglamentos concentracionarios el siguiente punto, aún no derogado: no rapar a los eclesiásticos[hk]. Por supuesto, este punto nadie lo hace público, y a los sacerdotes que lo ignoran, los rapan. Pero Rudchuk conocía sus derechos, y conservó un pelo ondulado castaño, algo más largo de lo habitual en un hombre. Lo cuidaba, como en general su apariencia. Era atractivo, alto, esbelto, con una agradable voz de bajo, uno se lo imaginaba perfectamente en un oficio solemne en una inmensa catedral. El mayordomo Drosdov, que venía conmigo, reconoció en seguida al archidiácono: oficiaba en la catedral de Odessa.

Pero su aspecto y su vida eran los de un hombre de otro mundo que el de los presos. Pertenecía a esas personalidades dudosas que se metieron o que metieron en la Iglesia ortodoxa apenas se le levantó el interdicto; ayudaron lo suyo a desacreditarla. También la historia de cómo había llegado Rudchuk a la cárcel era poco clara, no sé por qué andaba enseñando una foto suya (incomprensiblemente no confiscada) en una calle de Nueva York con el metropolitano emigrado Anastasio. En el campo vivía en una *cabina* aparte. Tras volver de la formación matutina, donde pintaba desdeñosamente números en nuestros gorros, chaquetones y pantalones, pasaba el día perezosamente, a veces sacaba copias bastante bastas de cuadros vulgarcillos. Tenía libremente un grueso tomo de reproducciones de la galería Tretiakov, por el cual aparecí yo por allí: quería verlo, tal vez por última vez en la vida. Recibía en el campo el *Viestnik Moskóvskoy Patriárjii* (Mensajero del patriarcado de Moscú) y a veces discutía ampulosamente de los protomártires o de detalles litúrgicos, pero todo fingido, sin sinceridad. También tenía una guitarra, y sólo eso le salía sincero, acompañándose él mismo, cantaba agradablemente:

El vagabundo cruzó el Baikal…

y balanceaba el cuerpo, para acabar de manifestar cómo lo rodeaba el triste nimbo del presidiario.

Cuanto mejor vive una persona en el campo, tanto más refinadamente sufre…

Yo era entonces prudente a la potencia veintitrés, no me acerqué más a Rudchuk, de mí no le conté *nada*, y así escapé de su penetrante mirada como un inofensivo e

insignificante gusano. La mirada de Rudchuk era la mirada del MGB.

Bueno, y en general, ¿qué viejo recluso no entiende que la SEC está siempre saturada de soplones y es lo menos adecuado, a primera vista, para conocer y tratar gente? Sí, en los campos ITL corrientes la SEC atraía porque allí se encontraban hombres y mujeres. Pero, en presidio, ¿para qué pisarla?

¡Resultó que incluso la soplona SEC presidiaria puede ser utilizada para la libertad! Me lo enseñaron Gueorgui Terno, Piotr Kishkin y Zhenia Nikishin.

En la SEC fue donde conocí a Tenno, recuerdo muy bien este corto y único encuentro, porque recuerdo al propio Tenno. Era un hombre esbelto, alto, de aspecto deportivo. No se sabe por qué, entonces aún no le habían arrancado su guerrera y su pantalón de marino (todavía se llevaba la ropa propia un último mesecito). Y aunque en lugar de charreteras de capitán de fragata llevaba aquí y allá el número CX-520, incluso ahora le hubiera bastado con pasar de tierra a un buque para tener todo el aspecto de un oficial de Marina. Al moverse se le descubrían los brazos hasta arriba de las muñecas, cubiertas por una pelusa rubia, y en uno tenía tatuado alrededor de un ancla «Liberty», y en el otro «Do or die[49]». Tampoco podía Tenno ni cerrar, ni desfigurar sus ojos, para encubrir bizarría y agudeza. Ni tampoco podía disimular la sonrisa que iluminaba sus gruesos labios. (Yo entonces aún no lo sabía: ¡su sonrisa significaba que el plan de evasión ya estaba maduro!).

¡Eso es el campo de concentración! ¡Un campo de minas! Tenno y yo estábamos los dos aquí y no aquí: yo en las carreteras de Prusia Oriental, él en su futura evasión de turno, llevábamos ambos una carga de proyectos secretos, pero ¡ni una chispa debía saltar entre nuestras manos al estrechárnoslas, entre nuestros ojos al intercambiar palabras superficiales! Así nos dijimos unas frases sin importancia, yo me hundí en el periódico y él se puso a hablar de actividades artísticas con Tumarenko, un presidiario, con condena de 15 años, pero a pesar de todo director de la SEC, un hombre bastante complicado, con varias facetas que me parecía adivinar, pero no tuve ocasión de comprobarlo.

¡Sí, suena a guasa! ¡En la SEC presidiaria había además un círculo de actividades artísticas, mejor dicho, se estaba creando! Ese círculo hasta tal punto no tenía ninguna de las ventajas de los ITL, tal cero de privilegios, que sólo podían frecuentarlo los más incorregibles entusiastas. De éstos resultó ser Tenno, aunque por su aspecto uno podía tener de él mejor opinión. Más todavía: desde el primer día de su llegada aquí, a Ekibastuz, estaba en la *regimka*, ¡y de allí pidió permiso para la SEC! La superioridad lo estimó como signo de enmienda que se iniciaba, y lo autorizó a ir…

En cambio Petia Kishkin no era ningún activista de la SEC, pero sí el hombre más célebre del campo. Todo el campo de Ekibastuz lo conocía. Estaba orgulloso el *objetivo* donde iba, allí no te aburrías. Kishkin era una especie de tonto del pueblo, pero no era tonto en absoluto; se hacía el bobo, pero nosotros decíamos: «¡Kishkin es el más listo de todos!». De tonto tenía lo que el hermano menor Iván del cuento[hl]. Kishkin era un personaje muy de aquí, muy ruso: a los poderosos y malvados decirles

las verdades a la cara, mostrarle al pueblo lo que es, y todo ello bajo una apariencia inofensiva y tontorrona.

Uno de sus números favoritos era colocarse una especie de chaleco verde de payaso y recoger escudillas sucias de las mesas. Eso mismo ya era una manifestación: el hombre más popular del campo recoge escudillas para no reventar de hambre. Y lo segundo para que lo quería era que al recoger escudillas, con muecas y contorsiones, siempre en el centro de la atención, andaba entre los obreros sembrando ideas sediciosas.

Así, de pronto agarra de la mesa una escudilla con gachas aún intactas, mientras el operario sólo está con la *balanda*. El obrero se estremece, se aferra a la escudilla, y Kishkin se deshace en una sonrisa (tenía la cara toda redonda, pero con un punto de dureza):

—Mientras no os toquen *las gachas*, no estáis para nada.

Y se aleja con una pila de escudillas, bailoteando.

Pero hoy, no sólo en este equipo comentarán los muchachos la nueva broma de Kishkin.

Otra vez se inclina sobre la mesa, y todos se vuelven hacia él de sobre sus escudillas. Revolviendo los ojos, como un gato de juguete, con aire completamente tonto, Kishkin pregunta:

—¡Muchachos! Si el padre es tonto, y la madre una fulana, ¿los hijos estarán comidos o hambrientos?

Y sin esperar la respuesta, demasiado obvia, señala con el dedo a la mesa con raspas de pescado:

—Siete-ocho mil millones de *puds*[hm] al año, ¡divididlos entre doscientos millones!

Y se va corriendo. ¡Pero qué idea tan simple! ¿Cómo no se nos había ocurrido antes? Ya hace tiempo que informan que recogemos ocho mil millones de puds de grano al año, o sea que pan toca al día, contando hasta los niños de pecho, dos kilos. En cambio nosotros, hombres hechos y derechos, estamos todo el día cavando la tierra, y ¿dónde están?

Kishkin multiplica las formas. A veces esa misma idea la empieza por el otro lado, por una «conferencia sobre la composición del pan». Los ratos en que está la columna parada, ante el cuerpo de guardia del campo o del trabajo, y se puede hablar, los emplea para discursos. Una de sus consignas constantes: «¡Desarrollad las caras!». «Voy andando por la zona, muchachos, y veo: todos tienen unas caras tan subdesarrolladas. Sólo piensan en el plato de gachas, en nada más».

O bien inesperadamente, sin venir a cuento ni dar explicaciones, grita ante la multitud de presos: «¡Dardanel! ¡Fiera!». Parece no tener sentido. Pero lo grita una vez, otra, y de pronto todos empiezan a entender *quién* es ese Dardanel, y ya parece tan gracioso y acertado, que incluso se empieza a vislumbrar en esa cara un siniestro bigotazo: ¡*Dardanel*!

Intentando, por su parte, ridiculizar a Kishkin, un jefe le pregunta en voz alta cerca del cuerpo de guardia: «¿Tú de qué estás tan calvo, Kishkin? ¿De tanto meneártela?». Sin pensárselo un minuto, Kishkin contesta ante toda la multitud: «¿Qué, Lenin se la meneaba también, eh?».

O bien recorre Kishkin el comedor y anuncia que hoy, después de recoger las escudillas, dará a los acercosos clases de charlestón.

¡Oh maravilla, han traído cine! Y por la noche en ese mismo comedor, sin pantalla, sin más sobre la pared blanca, lo proyectan. Se ha reunido de gente, que no cabe un alfiler, se sientan en los bancos, y en las mesas, y entre los bancos, y unos sobre otros. Pero aún no han proyectado ni una parte, que lo paran. El haz vacío de luz blanca se apoya en la pared, y vemos: han venido varios celadores, se están escogiendo un sitio para estar cómodos. Designan un banco y ordenan a todos los presos sentados en él que lo despejen. Esos se deciden a no levantarse, ¡es que llevan varios años sin ver cine, tienen tantas ganas! Las voces de los guardianes se hacen más severas, alguno dice: «¡A ver, apunta sus números!». Se acabó todo, habrá que ceder. Y de pronto por toda la sala oscura resuena la voz gatuno-chillona, irónica, de todos conocida, de Kishkin:

—¡Hombre, es verdad, muchachos, los guardianes no tienen donde ver cine, vámonos!

Carcajada general. ¡Oh risa, oh fuerza! Todo el poder es de los guardianes, pero ellos, sin anotar los números, se retiran con el rabo entre piernas.

—¿Dónde está Kishkin? —gritan.

¡Pero Kishkin ya no da señal de vida, no hay tal Kishkin! Los guardianes se van, el cine sigue.

Al día siguiente convocan a Kishkin ante el jefe del régimen. ¡Huy, cinco días le caerán! No, ha vuelto, sonríe. Ha escrito un pliego de descargo: «Durante una *discusión* de los guardianes con los detenidos por asientos en el cine, invité a los detenidos a que cedieran el sitio, como está mandado, y se fueran». ¿Por qué mandarlo al calabozo?

Esa absurda pasión de los presos por los espectáculos, cuando son capaces de olvidarse a sí mismos, su desgracia, su humillación, por un trocito de película o de representación en que todo lo pintarán maravilloso, en son de burla, Kishkin también sabe ridiculizarla. Ante un concierto o un cine de éstos siempre se reúne un rebaño que quiere asistir.

Pero hoy están mucho rato sin abrir la puerta, esperan al celador-jefe, para que deje entrar a los mejores equipos por orden de lista. Esperan y ya llevan media hora apretados en tropel, aplastándose las costillas unos a otros. Kishkin detrás de la multitud se quita los zapatos, con ayuda del vecino salta sobre los hombros de los últimos, y, descalzo, corre hábilmente de hombro en hombro, de hombro en hombro, por toda la multitud ¡hasta la deseada puerta! ¡La golpea, contorsionándose y mostrando con todo su rechoncho cuerpecito cuantísimas ganas tiene de entrar! E

igual de rápido, de hombro en hombro, vuelve atrás y baja de un salto. Al principio la gente se ríe. Pero a la vez también le entra vergüenza: es verdad, estamos aquí plantados como borregos. ¡Mira tú! ¡Por lo que dan!

Y se marchan. Cuando llega el celador con la lista, ya no hay casi nadie a quien dejar entrar, nadie empuja, como para ir y recoger gente a palos.

Otra vez, en el espacioso comedor llega a empezar un concierto. Ya están todos sentados. Kishkin no boicotea el concierto, en absoluto. Está aquí, con su chaleco verde, va acarreando sillas, ayuda a correr el telón. Cada una de sus apariciones provoca aplausos y aprobación en la sala. De pronto cruza corriendo el escenario, como si lo persiguieran, y agitando la mano en signo de advertencia, grita: «¡Dardanel! ¡Fiera!». Carcajadas. Pero alguien se ha entretenido: el telón está corrido, el escenario está vacío y no hay nadie. Kishkin salta inmediatamente en escena. Se le ríen, pero se callan en seguida: su aspecto no sólo no es cómico, sino frenético, los ojos dilatados, da miedo verle. Recita en ucraniano, temblando, con miradas asustadas a los lados:

Veo cómo disparan los gendarmes,
Caen cadáveres, la sangre corre
Y el hijo muerto yace al lado del padre…

¡Eso para los ucranianos, que llenan media sala! Recién traídos de las regiones sublevadas, ¡les era como sal sobre una herida fresca! ¡Aullaban! Ya se lanzó al escenario por Kishkin un celador. Pero el rostro trágico de Kishkin se derritió de pronto en una sonrisa de payaso. Ya en ruso, gritó:

—¡Es de cuando estaba en cuarto curso, nos hicieron aprender un verso sobre el Nueve de Enero**[hn]**!

Y se fue corriendo del escenario, renqueando grotescamente.

En cambio Zhenia Nikishin era un sencillo, agradable, simpático muchacho con un abierto rostro pecoso. (Mozos así había muchos en los pueblos, antes de su arrasamiento. Ahora predominan allí las expresiones hostiles). Zhenia tenía algo de voz, le gustaba cantar para los amigos en su sección del barracón, y desde las tablas también.

Y un buen día se anunció:

—*Solamente tú*. Música de Mokroúsov, letra de Isakovski. Interpreta Zhenia Nikishin acompañándose a la guitarra.

De la guitarra se desgranó una sencilla, triste melodía. Y Zhenia, ante la gran sala, se puso a cantar intimistamente, sacando fuera nuestra aún no resecada, aún no enfriada ternura:

¡Solamente tú!
¡Nadie más que tú!
¡Eres tú lo que, me importa nada más!

¡Solamente tú! Palideció la larga y aburrida consigna encima del escenario sobre el plan de producción. En la penumbra grisácea de la sala se disiparon los años de campo de concentración, los muchos pasados, los muchos por pasar. ¡Solamente tú! No nuestra pretendida culpa ante el poder, no nuestras cuentas con él. Y no nuestros cuidados lobunos… ¡Solamente tú…!

¡Te recordaré
Dondequiera esté,
Mujercita, no te olvidaré jamás!

La canción trataba de la interminable ausencia. De la falta de noticias. Del perderse. ¡Qué oportuno era! Pero nada propiamente de la cárcel. Y todo se podía atribuir también a la larga guerra.

Y a mí, poeta clandestino, me falló el instinto: no entendí entonces que desde el escenario sonaban los versos de otro poeta clandestino (¡¿pero cuántos había?!), sólo que más flexible que yo, más adaptado a la publicidad.

¿Qué arriesgaba? ¿Que le exigieran la partitura en el campo, que comprobaran a Isakovski y Mokroúsov? Diría que lo recordaba de memoria.

En la penumbra azulada estarían sentados o de pie unos dos mil hombres. Estaban inmóviles y silenciosos, como si no hubiera nadie. Endurecidos, crueles, ásperos, se encontraron agarrados por el corazón. Resultaba que las lágrimas aún llegaban a brotar, aún sabían el camino.

¡Solamente tú!
¡Nadie más que tú!
¡Eres tú lo que, me importa nada más!

VI
Un huidor convencido

Cuando Gueorgui Pávlovich Tenno cuenta ahora evasiones pasadas —suyas propias, o de compañeros, o que sabe sólo de oídas—, de los más irreductibles y tenaces, de Iván Vorobiov, Mijaíl Jaidárov, Grigori Kudla, Hafiz Hafízov, dice elogiosamente: «¡Era un huidor *convencido*!».

¡Un huidor convencido! ¡Es el que no duda ni por un segundo de que un hombre no puede vivir entre rejas! ¡Ni en el más cómodo enchufe, ni en administración, ni en la SEC, ni en la cortaduría del pan! El que al caer prisionero está todo su tiempo diurno pensando en la evasión, y por la noche sueña con la evasión. El que ha *firmado* ser intransigente, y todos sus actos los subordina a una sola cosa: ¡a la evasión! El que no pasa un sólo día en el campo de concentración así a secas: o se está preparando para la fuga, o está fugado, o lo han cogido, molido a palos y está castigado en la prisión del campo.

¡Un huidor convencido! Es el que sabe lo que se juega. El que ha visto los cadáveres de evadidos muertos a tiros, que se exponen para escarmiento ante la formación. El que ha visto también a los que han traído vivos, con toda la piel morada, tosiendo sangre, llevados por los barracones y obligados a gritar: «¡Reclusos! ¡Mirad qué me ha pasado a mí! ¡Lo mismo os pasará a vosotros!». El que sabe que las más de las veces, el cadáver de un evadido pesa demasiado para volverlo a traer al campo. Y por eso traen en una mochila sólo la cabeza, o bien (según el reglamento así es más seguro) también la mano derecha, cortada a ras del codo, para que la sección especial pueda comprobar las huellas dactilares y dar al hombre de baja.

¡Un huidor convencido! Es contra quien colocan rejas en las ventanas; contra quien rodean la zona con docenas de alambres de espino, levantan miradores, vallas, muros, colocan puestos secretos, emboscadas, alimentan a perros grises con carne roja.

Un huidor convencido es también aquel que rechaza los debilitantes reproches de los cobardones del campo: ¡por culpa de los fugados los demás lo pasarán peor!, ¡reforzarán el régimen!, ¡diez veces al recuento!, ¡la balanda clara! El que desprecia los murmullos de los demás presos no sólo sobre resignación («también en el campo se puede vivir, sobre todo si mandan paquetes»), sino incluso sobre protestas, huelgas

del hambre, porque esto no es lucha, sino autoengaño. De entre todos los medios de lucha ve uno, cree en uno, sirve a uno: ¡la evasión!

¡Simplemente no puede ser de otra forma! Ha sido creado así. Igual que un ave no es libre de renunciar a su migración estacional, así un huidor convencido no puede dejar de huir.

En los intervalos entre dos evasiones fracasadas, le preguntaban a Gueorgui Tenno sus sumisos compañeros: «¿Y qué se te ha perdido? ¿Por qué te andas fugando? ¿Qué vas a encontrar fuera, máxime estando las cosas como están?». «¿Cómo que qué? —se asombraba Tenno—. ¡Libertad! Estarme un día en la taiga y no con grilletes, ¡pues ya es libertad!».

Presos como él, como Vorobiov, el GULAG y los Órganos no los conocieron en su época *media*, la época de los conejos. Detenidos de éstos se los encontraron sólo en sus muy primeros tiempos, y luego sólo después de la guerra.

Así es Tenno. En todo nuevo campo (y lo trasladaban bien a menudo) estaba al principio deprimido, triste, hasta que se le ocurría un plan de evasión. En cambio cuando el plan aparecía, Tenno se iluminaba todo él, y una sonrisa triunfaba en sus labios.

Y cuando, recuerda, empezó la revisión general de expedientes y las rehabilitaciones, se desanimó: sintió que la esperanza en la rehabilitación zapaba su voluntad de evadirse.

Su complicada vida no cabe en este libro. Pero la vena de huidor la tiene de nacimiento. De niño huyó de un internado de Briansk «a América», es decir, en una barca por el río Desnia; desde la inclusa de Piatigorsk, en invierno, se coló en paños menores por entre los barrotes de la puerta y se fue a casa de su abuela. Y lo que es original: en su vida se entrecruzan la vena marinera y la circense. Estudió en la escuela de Marina, estuvo de marinero en un rompehielos, de contramaestre en una trainera, de navegador en la flota mercante. Terminó el Instituto Militar de Lenguas Extranjeras, pasó la guerra en la flota del Norte, viajó de oficial de enlace en buques de escolta ingleses a Islandia y a Inglaterra. Pero también desde niño se dedicó a la acrobacia, actuó en circos bajo la NEP**[ho]** y después en los intervalos entre embarques; era entrenador en barra fija; ejecutaba números de «mnemotecnia», de «retención» de multitud de números y palabras, de «adivinación» del pensamiento a distancia. También el circo y la vida portuaria lo llevaron a algún ligero contacto con el mundo del hampa: algo de su lenguaje, de su sed de aventuras, de su ingenio, de su osadía. Al compartir luego con hampones numerosas celdas, sigue y sigue aprendiendo cosas de ellos. Todo eso también tendrá su utilidad para un huidor convencido.

Toda la experiencia del hombre se acumula en el hombre, y así salimos nosotros.

En 1948 lo desmovilizaron repentinamente. Ya eso era una señal del otro mundo (sabe idiomas, ha navegado en un buque inglés, a todo eso es estonio, cierto que de

Petersburgo), pero todos alimentamos esperanzas de lo mejor. La vigilia de Navidad de aquel mismo año, en Riga, donde la Navidad todavía se nota tanto, es tan fiesta, lo detuvieron y lo trajeron a un sótano en la calle Amatu, al lado del conservatorio. Al entrar en su primera celda, no se retuvo y sin motivo alguno, le explicó al indiferente y callado guardián: «Para esta misma hora teníamos mi mujer y yo entradas para *El conde de Montecristo*. Él luchó por su libertad, yo también lo haré».

Pero aún era pronto para luchar. Es que siempre nos dominan suposiciones sobre *un error*. ¿A la cárcel? ¿Por qué? ¡No puede ser! ¡*Lo aclararán*! Antes de su traslado a Moscú incluso lo calmaron adrede (eso se hace para mayor seguridad del transporte), el jefe del contraespionaje, coronel Morschinin, hasta vino a despedirlo a la estación, le estrechó la mano: «¡Vaya tranquilo!». Con la escolta especial eran cuatro personas, y fueron en un compartimiento sólo para ellos en un coche de literas. El comandante y el teniente, tras comentar lo bien que pasarían la Nochevieja en Moscú (¿a lo mejor es para esta clase de viajes que se han inventado las escoltas especiales?), se acostaron en las literas de arriba y, por lo visto, se durmieron. En la otra de abajo se acostó un sargento. Se movía cada vez que el detenido abría los ojos. Luz, sólo ardía la azul de arriba. Bajo la cabeza Tenno tenía la primera y última apresurada entrega de su mujer: un mechón de su pelo y una tableta de chocolate. Estaba acostado y pensaba. El vagón traqueteaba agradablemente. Con cualquier significado y con cualquier predicción libres somos de llenar ese sonido. Tenno lo llenaba de esperanza: «Todo se aclarará». Y por eso no hacía proyectos serios de fuga. Sólo calculaba cómo se podía hacer. (Después recordará más de una vez esa noche y sólo chascará la lengua de lástima. ¡Ya nunca será tan fácil escapar, ya nunca la libertad estará tan cerca!).

Dos veces durante la noche Tenno salió al retrete por el vacío pasillo nocturno, el sargento fue con él. La pistola le colgaba de una larga brida, como se suele en la Marina. Junto con el detenido se metió en el propio retrete. Sabiendo judo y lucha libre, no costaba nada *revolcarlo* aquí, quitarle la pistola, mandarle callar y salir tranquilamente en una parada.

La segunda vez el sargento temió entrar en la apertura, se quedó tras la puerta. Pero la puerta estaba cerrada, se podía estar todo el tiempo que quisiera. Podía romper el cristal, saltar a la vía. ¡De noche! El tren no iba rápido, era el año 48, paraba a menudo. Claro que era invierno, Tenno iba sin abrigo y sólo llevaba cinco rublos, pero aún no le habían quitado el reloj.

El lujo de la escolta especial se le terminó en Moscú en la estación. Esperaron a que del vagón salieran todos los pasajeros, y entró un brigada con charreteras azules, del furgón celular: «¿Dónde está?».

Recepción, insomnio, *boxes, boxes*[hp]. Ingenua exigencia de ser presentado cuanto antes ante el juez de instrucción. El celador bostezó: «Espera, ya te hartarás».

Por fin el juez de instrucción. «A ver, cuenta tus actividades criminales». «¡No soy culpable de nada!». «El único que no es culpable de nada es el Papa Pío».

En la celda, sólo él y un chivato. Lo hace a las claras: ¿bueno, y qué hubo de verdad? Unos cuantos interrogatorios, y todo está claro: no piensan aclarar las cosas, no lo van a dejar en libertad. O sea, ¡a fugarse!

La fama mundial de la cárcel de Lefórtovo no amedrenta a Tenno. ¿Tal vez es como el novato en el frente, que al no haber pasado por nada, no teme a nada? El plan de evasión se lo sugiere el juez de instrucción, Anatoliy Levshín. Se lo sugiere volviéndose cruel, malévolo.

Distintas medidas tienen las personas, los pueblos. ¡Cuántos millones sufrieron golpes entre estas paredes, sin llamarlo siquiera «tortura»! Pero para Tenno la conciencia de que le pueden pegar impunemente es insoportable. Es una humillación, y mejor entonces no estar en vida. Y cuando Levshín después de las amenazas verbales se le acerca por primera vez, levanta la mano, Tenno se pone en pie de un brinco y contesta con un temblor de ira: «¡Mira, de todos modos estoy acabado! ¡Pero un *ojo* o dos sí te los *saco*! ¡De eso soy capaz!».

Y el juez de instrucción retrocede. Este cambio de su ojo bueno por la perdida vida del detenido no le conviene. Ahora agota a Tenno con calabozos, para dejarlo sin fuerzas. Luego representa la comedia de que la mujer que grita de dolor en el despacho de al lado es la esposa de Tenno, y que si no confiesa, la van a torturar todavía más.

¡Otra vez no calculó con quién había topado! Lo mismo que el puñetazo, tampoco el interrogatorio de su mujer lo pudo resistir Tenno. Estaba cada vez más claro para el detenido que a este juez de instrucción habría que matarlo. ¡Se juntó con el plan de evasión! El comandante Levshín también llevaba uniforme de la Marina, también era alto, también era rubio. Para el portero del ala de despachos, Tenno podía perfectamente pasar por Levshín. Cierto que tenía una cara llena, rubicunda, en cambio Tenno había adelgazado. (Para un detenido no es fácil verse en un espejo. Incluso si en el interrogatorio pides ir al retrete, allí el espejo está tapado con una cortinilla negra. Sólo si hay suerte, un movimiento, apartas la cortinilla, y ¡huy, qué demacrado y pálido! ¡Qué lástima de uno mismo!).

Entretanto de la celda han quitado al inútil soplón. Tenno investiga su cama que queda libre. La barra metálica transversal en su punto de soldadura con la pata del camastro está oxidada, la herrumbre se ha comido parte del grueso, la soldadura aguanta mal. El largo de la barra es de unos setenta centímetros. ¿Cómo hacerse con ella?

Lo primero es… cultivarse una cuenta rítmica de los segundos. Luego calcular, celador por celador, cuál es el intervalo entre un vistazo por la mirilla y el siguiente (por supuesto, cuál de los celadores está de servicio, has de imaginártelo como si anduvieras libremente por el pasillo). El intervalo oscila entre cuarenta y cinco segundos y sesenta y cinco.

En uno de estos intervalos, ¡un esfuerzo!, y la barra se parte por el lado oxidado. El segundo está entero, será más difícil romperlo. Hay que montarse encima con los

dos pies, pero resonará contra el suelo. Luego en el intervalo hay que tener tiempo de: colocar en el suelo de cemento la almohada, subirse, romper, la almohada a su sitio, y la barra, de momento, a la propia cama. Y todo el tiempo contar segundos.

Roto. ¡Hecho!

Pero no es solución: entrarán, encontrarán, perecerás en calabozos. Veinte días de calabozo, y te quedas sin fuerzas no sólo para la fuga, sino que incluso no te defenderás del juez de instrucción. Entonces se le ocurre: hacer con las uñas un roto en el colchón. Sacar de dentro un poco de lana. Con la lana envolver los extremos de la barra y colocarla en su sitio anterior. ¡Contar segundos! ¡Ya, colocada!

Pero no es por mucho tiempo. Cada diez días toca baño, y durante el baño, registro en la celda. Pueden ver el roto. Luego hay que actuar más rápido. ¿Cómo sacar la barra al interrogatorio…? Al sacar de la cárcel no registran. Te palpan sólo al volver del interrogatorio, y todavía sólo los costados y el pecho, donde hay bolsillos. Buscan hojas de afeitar, temen suicidios.

Tenno lleva bajo su guerrera de marino la clásica camiseta, caliente el cuerpo y el espíritu. «¡Marinero, mar adentro…!». Le pidió al guardián una aguja (a determinadas horas la dan), como para coser botones hechos de pan. Se desabrochó la guerrera, se desabrochó el pantalón, sacó el extremo de la camiseta y cosió un trocito doblado sobre sí mismo: resultó una especie de bolsillito (para el extremo inferior de la barra). Ya previamente había arrancado un pedacito de cordón de sus calzoncillos. Ahora, haciendo ver que le cosía un botón a la guerrera, sujetó este cordón al reverso de la camiseta sobre el pecho: será la presilla que tendrá la barra derecha.

Ahora la camiseta se pone con el delante detrás, y día tras día empiezan los entrenamientos. La barra se coloca en la espalda, bajo la camiseta: se pasa por la presilla de arriba y se apoya en el bolsillito de abajo. El extremo superior de la barra cae al nivel de los hombros, bajo el cuello de la guerrera. El entrenamiento consiste en lograr, entre vistazo y vistazo: echar la mano a la nuca, coger la barra por el extremo, doblar el tronco hacia atrás, enderezarlo hacia delante, como la cuerda de un arco, sacando a la vez la barra, y darle un golpe seco a la cabeza del juez de instrucción. ¡Y otra vez todo a su sitio! Vistazo. El detenido está hojeando un libro.

El movimiento salía cada vez más rápido, la barra ya silbaba en el aire. Aunque el golpe no resultase mortal, el juez de instrucción caería sin sentido. ¡Si habéis metido en la cárcel también a mi mujer, no os tengo lástima a ninguno!

Además se preparan dos tampones de lana, siempre del mismo colchón. Se los puede colocar en la boca tras los dientes y hacerse así una cara redonda.

Claro que también hay que estar afeitado para ese día, y afeitan con navajas romas una vez a la semana. O sea que la fecha no da igual.

¿Y cómo darle colores a la cara? Untarse un poco las mejillas con sangre. *Su* sangre.

Un huidor no puede ver y oír «porque sí», como la demás gente. Ha de ver y oír con su particular objetivo de fuga. Y no dejar detalle sin darle su interpretación. Sea

que lo llevan al interrogatorio, al paseo, al retrete, sus pies cuentan pasos, sus pies cuentan escalones (no todo eso hará falta, pero cuentan). Su tronco registra los virajes; los ojos de su cabeza, que está mandado tener bajada, examinan el suelo —de qué es, si está entero—, dan vueltas por lo más que alcanzan alrededor, y observan todas las puertas, dobles, ordinarias, cuál lleva pomo, cuál candado, hacia qué lado se abren; la cabeza valora el propósito de cada puerta; los oídos escuchan y atan cabos; este sonido ya me ha llegado estando en la celda, e indica tal cosa.

El famoso edificio de Lefórtovo en forma de K: hueco central entre todos los pisos, galerías metálicas, un guardián regula la circulación con banderitas. Paso al ala de despachos. Interrogan simultáneamente en varios. ¡Mejor! Estudiar la disposición de todos los pasillos y puertas del ala de despachos. ¿Cómo llegan aquí del exterior los jueces de instrucción? Pasando por delante de esta puerta con una ventanilla cuadrada. La principal comprobación de su documentación, claro, no está aquí, sino en el puesto de guardia exterior, pero aquí también de algún modo los apuntan u observan. Ahora baja uno y dice a alguien arriba: «¡Hasta luego, me voy al Ministerio!». Estupendo, esta frase vendrá bien a un evadido.

Cómo van luego al puesto de guardia, eso habrá que adivinarlo, tomar la buena dirección sin vacilar. Pero de seguro que en la nieve hay un caminito trazado. O el asfalto debe estar más oscuro y más sucio. ¿Y cómo pasan el puesto de guardia? ¿Enseñan su tarjeta? ¿O la han dejado a la entrada y ahora dicen su apellido y la recogen? ¿O conocen a todos y decir el apellido será un error, sólo hay que extender la mano?

A muchas cosas se puede contestar si no te fijas en las estúpidas preguntas del juez de instrucción, sino que lo observas bien. Para sacar punta al lápiz, saca una hoja de afeitar de un carnet que lleva en el bolsillo superior. De inmediato preguntas:

—eso no es el pase. ¿Entonces el pase está a la entrada?

—el carnet se parece mucho a un permiso de conducir. ¿O sea que viene en coche? ¿Entonces también llevará las llaves? ¿Dejará el coche ante el portal de la cárcel? Aquí mismo, sin salir del despacho, habrá que leer el número en el permiso de circulación, para no despistarse allí.

No tienen vestuario. El capote de marino y la gorra los cuelga aquí, en el despacho. Mejor.

No hay que olvidar, no hay que dejarse ni un asunto importante, y todo tiene que caber en 4-5 minutos. Cuando ya está en el suelo, abatido:

1. Sacarse la guerrera, ponerse la suya más nueva y con charreteras.

2. Quitarle los cordones de los zapatos y atarse los zapatos que caen, en eso se irá mucho tiempo.

3. Meter su hoja de afeitar en un hueco especialmente preparado en el tacón (si se es atrapado y echado a la primera celda, allí mismo cortarse las venas).

4. Comprobar todos los documentos, coger los precisos.

5. Recordar el número del coche, encontrar las llaves.

6. En su gruesa cartera meter el propio expediente judicial, llevárselo.

7. Quitarle el reloj.

8. Cubrirse las mejillas de carmín con sangre.

9. Arrastrar su cuerpo tras la mesa del despacho o la puerta, para que los que puedan entrar piensen que ha salido y no se lancen en persecución.

10. Arrollar la lana en tampones, metérselos bajo las mejillas.

11. Ponerse su abrigo y gorra.

12. Arrancar los hilos del interruptor. Si al poco rato entra alguien, está oscuro, le da al interruptor, se ve que se ha fundido la bombilla, por eso el juez de instrucción se ha ido a otro despacho. Pero incluso si cambian la bombilla, pasará un rato antes de que se hagan cargo.

De modo que salieron 12 cosas que hacer, la decimotercera es la propia fuga… Todo eso hay que hacerlo en un interrogatorio nocturno. Lo malo será si el carnet no es un permiso de conducir. Entonces viene y se va en el autobús de los jueces de instrucción (¡los ponen especialmente, en mitad de la noche!), y a los demás jueces de instrucción les parecerá extraño que Levshín, sin esperar las 4-5 de la madrugada, se vaya en mitad de la noche a pie.

Y otra cosa: al pasar por delante de la ventanilla cuadrada, habrá que acercarse un pañuelo a la cara, como si te estuvieras sonando; y a la vez desviar la mirada hacia el reloj; y para calmar al vigilante gritar hacia arriba: «¡Perov! (es su amigo). ¡Me voy al Ministerio! ¡Ya hablaremos mañana!».

Claro, oportunidades hay poquísimas, de momento se ven como 3-5 entre cien. Es casi desesperado, completamente desconocido, el puesto de guardia exterior. ¡Pero es mejor que morir aquí esclavo! ¡Pero es mejor que debilitarse hasta ser pisoteado! ¡La hoja de afeitar sí estará en el tacón!

Y a un interrogatorio nocturno, justo después del afeitado, Tenno fue con la barra de hierro a su espalda. El juez de instrucción interrogaba, insultaba, amenazaba, pero Tenno lo miraba y se asombraba: ¿cómo no siente que sus horas están contadas?

Eran las doce de la noche. Tenno calculaba quedarse hasta aproximadamente las dos de la mañana. A esta hora algunos jueces de instrucción ya empiezan a marcharse, arreglándose una «noche corta».

Entonces hay que atrapar el momento: o que el juez de instrucción acerque hojas de acta para la firma, como hace siempre, de pronto simular un vahído, dejar caer las hojas al suelo, provocar que se agache un segundo y… O bien sin ningún acta, levantarse tambaleando y decir que es un mareo, pedir agua. Él traerá un jarrito esmaltado (el vaso se lo queda para él), beber de él y dejarlo caer, al mismo tiempo levantar la mano derecha a la nuca, será natural, como si estuviera mareado. El juez de instrucción no dejará de agacharse a mirar el jarrito caído y…

Latía el corazón. Era víspera de fiesta. O víspera de muerte.

Pero salió todo distinto. Cerca de las doce de la noche entró rápidamente otro juez de instrucción y susurró algo al oído de Levshín. Jamás había pasado antes. A

Levshín le entraron prisas, apretó el timbre llamando al celador que viniera por el detenido.

Y se acabó todo… Tenno volvió a su celda, colocó la barra en su sitio.

Otra vez el juez de instrucción lo llamó con barba (no tenía sentido llevarse siquiera la barra).

Luego un interrogatorio diurno. Y pasó algo extraño: el juez de instrucción no rugía, desanimó con la predicción de que darían 5-7 años, no era tan grave. Y por lo que fuera, ya no había odio suficiente para partirle la cabeza. Resultó que Tenno no tenía el odio estable.

El aflujo de ánimos pasó. Pareció que eran demasiadas pocas probabilidades, así no se juega.

El humor de un huidor es aún más variable, quizá, que el de un actor.

Y todos los largos preparativos se perdieron…

Pero un huidor también ha de estar preparado para esto. Ya había golpeado al aire un centenar de veces con la barra, ya había matado a un centenar de jueces de instrucción.

¡Había vivido diez veces toda su evasión al detalle, en el despacho, por delante de la ventanilla cuadrada, hasta el puesto de guardia, tras él! Ya estaba agotado por esta evasión, y sin embargo resulta que no la había ni empezado.

Pronto le cambiaron al juez de instrucción, lo trasladaron a la Lubianka. Aquí Tenno no preparó evasión (la marcha del sumario le pareció más alentadora, y no había determinación para la huida), pero estuvo observando porfiadamente y formando un plan como entrenamiento.

¿Escapar de la Lubianka? Pero ¿es posible siquiera…? Pues si te lo piensas, quizá hasta sea más fácil que de Lefórtovo. Pronto empiezas a orientarte en esos larguísimos pasillos por los que te llevan al interrogatorio. A veces en los pasillos te encuentras indicadores: «salida n.º 2, salida n.º 3». (Lamentas haber sido tan descuidado en libertad, no haber observado la Lubianka por fuera, dónde cae cada salida). Aquí precisamente en eso está la facilidad, que no es territorio de la cárcel, sino el Ministerio, donde hay multitud de jueces de instrucción y otros funcionarios, a los que los centinelas no pueden conocer personalmente. Por tanto, la entrada y salida son por riguroso pase, y el pase lo tiene el juez de instrucción en el bolsillo. Y si al juez de instrucción no lo conocen personalmente, ya no es tan importante parecérsele exactamente, basta con que sea aproximadamente. El nuevo juez de instrucción ya no viste uniforme de Marina, sino caqui. Luego habría que ponerse su uniforme. No habrá barra, pero con que haya determinación… En el despacho del juez de instrucción hay muchos objetos contundentes, por ejemplo el pisapapeles de mármol. Y tampoco es obligatorio matarlo, ¡lo dejas sin sentido diez minutos, y ya estás fuera!

Pero vaporosas esperanzas en alguna clemencia y razón privan la voluntad de Tenno de claridad. Sólo en las Butyrki se le cae el peso de encima: en un papelucho del OSO, le notifican 25 años de campos de concentración. Firma, y siente cómo le

alivia, le sale una sonrisa, qué ligeramente lo llevan las piernas a la celda de los veinticincoañeros. Esta condena lo libera de la humillación, de la contemporización, de la sumisión, del servilismo, de los prometidos miserables cinco-siete años: ¿¿¿veinticinco, la madre que os…??? ¡¡Pues de vosotros ya no sacaré nada, o sea, a escapar!!

O la muerte. ¿Pero es peor la muerte que un cuarto de siglo de esclavitud? Si sólo el pelado al rape después de la condena, el simple pelado, ¿a quién le molestaba? Pues Tenno lo sufre como una ofensa, como un escupitajo en la cara.

Ahora a buscar compañeros. Y a estudiar la historia de otras evasiones. ¿Es que nadie se ha escapado nunca?

Cuántas veces hemos cruzado, siguiendo al celador, esos tabiques que parten los pasillos de Butyrki, y ¿somos muchos en haber notado lo que Tenno ve en seguida? En las puertas, los cerrojos son dobles, pero el celador abre sólo uno y el tabique cede. El segundo cerrojo, por tanto, de momento no funciona: son tres vástagos que pueden salir de la pared y entrar en la puerta de hierro.

En la celda cada uno busca lo suyo; Tenno, relatos de evasiones y participantes en ellas. Encuentra incluso a uno que ha estado en una zapatiesta con esos tres vástagos: Manuel García. Ha ocurrido unos meses antes. Los presos de una celda salieron al retrete, apresaron al celador (contrariamente al reglamento, estaba solo, es que son años y años sin que pase nada, ¡están acostumbrados a la sumisión!), lo desnudaron, lo ataron, lo dejaron en el retrete, un detenido se puso su uniforme. Los muchachos cogieron las llaves, corrieron a abrir todas las celdas del pasillo (y en ese mismo pasillo también había condenados a muerte, ¡les vino de perlas!). Empezaron gritos, animación, llamamientos a ir a liberar los demás pasillos y apoderarse de toda la cárcel. ¡Olvidaron la prudencia! En lugar de prepararse celda por celda en silencio para salir todos de golpe, y dejar andar por el pasillo sólo al disfrazado de celador, empezaron a salir todos al pasillo y armar barullo. Al ruido, miró por la mirilla del tabique (las hay instaladas hacia ambos lados) el celador del pasillo vecino, y apretó el botón de alarma. Con esta alarma desde un puesto central se corren todos los segundos cerrojos de los tabiques, y no hay llaves para ellos en los manojos de los celadores. El pasillo amotinado quedó incomunicado. Hicieron venir multitud de guardianes; se colocaron haciendo calle, hicieron pasar a todos los amotinados uno por uno y los tundieron a palos; encontraron a los iniciadores y se los llevaron. Ya tenían cada uno *cinco duros*. ¿Les repitieron condena? ¿Los fusilaron?

Traslado al campo de concentración. La «caseta» familiar a los detenidos en la estación de Kazán, apartada, por supuesto, de los lugares frecuentados. Aquí traen en furgones celulares, aquí cargan los «vagón-zak**[hq]**» antes de engancharlos a los trenes. Tensos soldados de escolta a lado y lado. Perros forcejeando por lanzarse a tu garganta. Una voz de mando: «¡Escolta, preparados!», y el mortal chasquido de cerrojos. Aquí no hay bromas. Del mismo modo, con perros, llevan por las vías. ¿Echar a correr? Más corre el perro.

(Pero a un huidor convencido, siempre trasladado por evasiones de campo a campo y de cárcel a cárcel, aún le quedan por conocer muchas de esas estaciones y caminatas por las vías. También las habrá sin perros. Hacerte el cojo, el enfermo, arrastrarte a duras penas, no poder casi tirar del saco y del chaquetón detrás de ti, la escolta estará más tranquila. Y si hay muchos convoyes en las vías, ¡qué bien se puede zigzaguear entre ellos! O sea: soltar el equipaje, inclinarse y ¡zas bajo los vagones! Pero cuando ya te has inclinado, verás allí, al otro lado del tren, caminar las botas de un guardián suplementario… Todo está previsto. Y sólo te queda fingir que te has caído de debilidad y por eso has soltado el equipaje. ¡Si cayera la suerte de que al lado pasara a toda velocidad un tren de paso! ¡Cruzar delante mismo de la locomotora, no te seguiría ningún soldado! Tú te arriesgas por la libertad, pero ¿él? Y de aquí a que pase el tren, ¡que te echen un galgo! Pero para eso hace falta una doble suerte: un tren a tiempo y escurrirte de bajo las ruedas).

De la cárcel de tránsito de Kuibyshev se los llevan en camiones abiertos, recogen una gran partida *roja*[hr]. En la cárcel de tránsito, de un ladronzuelo local que «respeta a los fugados» Tenno recibe dos direcciones en la ciudad, adonde se puede acudir por la primera ayuda. Comunica estas direcciones a otros dos voluntarios para la fuga, y convienen: que los tres intenten sentarse en la última fila, y cuando el camión frene en un viraje (no en vano los costados de Tenno han venido aquí de la estación en un oscuro furgón celular, han tomado buena nota de ese viraje, aunque con los ojos no lo reconocerá) ¡saltar los tres a la vez! ¡A derecha, a izquierda y atrás! ¡Por encima de los soldados, incluso tumbándolos! Dispararán, pero a los tres no les darán. Bueno ¿y lo harán siquiera? En las calles hay gente. ¿Perseguirán? No, no pueden dejar a los demás en el camión. O sea que gritarán, tirarán al aire. Detener, puede hacerlo la gente, nuestro pueblo soviético, transeúntes. ¡Asustarlos, hacer ver que hay un cuchillo en la mano! (No lo hay).

Los tres maniobran en el registro y se las arreglan para no embarcarse antes del anochecer, para que les toque el último camión. Y llega el último, pero… no un «tres toneladas» de bordes bajos, como todos los anteriores, sino un «Studebaker» con bordes elevados. Incluso Tenno, al sentarse, queda con la coronilla más abajo del borde. El «Studebaker» corre rápido. ¡El viraje! Tenno se vuelve hacia sus compañeros, en sus rostros hay miedo. No, no saltarán. No, no son huidores convencidos. (Pero ¿y tú mismo, tan convencido estás ya…?).

En la oscuridad, con linternas, bajo una mezcla de ladridos, aullidos, improperios y chasquidos de cerrojos, transcurre el embarque en vagones de ganado. Ahí Tenno tiene un fallo: no logra examinar por fuera su vagón (¡un huidor convencido tiene que verlo todo a tiempo, no se le permite dejarse nada!).

En las paradas van aprensivamente golpeando los vagones con martillos. Golpean cada tabla. Esto es que temen ¿qué? Que *asierren* la tabla. ¡Luego hay que aserrarla!

Hasta tienen (los ladrones) un trocito de hoja afilada. Decidieron cortar la tabla que hace de suelo bajo la litera inferior. Y cuando el tren disminuya la marcha,

descolgarse por la apertura, caer a la vía, esperar a que pase el tren. Claro que dicen los enterados que al final de un tren de ganado para detenidos suele haber una *draga*: un rastrillo metálico, sus púas corren muy cerca de las traviesas, enganchan el cuerpo del fugitivo, lo arrastran por las traviesas, y el fugitivo muere así.

Toda la noche, turnándose bajo la litera, aguantando con un trapo la sierrecita de unos centímetros, van cortando la tabla de la pared. Es difícil. Con todo, logran hacer el primer corte. La tabla empieza a ceder un poco. Doblándola, ya por la mañana ven tras el vagón más tablas, blancas, sin lijar. ¿Por qué blancas? Anda, resulta que a su vagón le han colocado encima una torreta de vigilancia. Aquí, encima del corte, hay un centinela. La tabla no se puede aserrar.

Las evasiones de presos, como cualquier actividad humana, tienen su historia, tienen su teoría. No está de más conocerlas antes de meterse uno mismo.

La historia son las evasiones pasadas. Sobre su técnica, la sección chequista de operaciones no edita folletos populares, se guarda la experiencia para sí. La historia la puedes aprender de otros fugitivos, atrapados. Es inapreciable su experiencia, sangrienta, dolorosa, que de poco les cuesta la vida. Pero interrogar detalladamente, paso tras paso, acerca de sus fugas a un evadido, y a un tercero, y a un quinto, no es una bromita inocente, es muy peligroso. No es mucho más seguro que andar preguntando: ¿quién sabe cómo puedo ingresar en una organización clandestina? Vuestros largos relatos también los pueden oír soplones. Y sobre todo, los propios relatores, cuando los torturaban después de su captura, y la elección era la vida o la muerte, pudieron flaquear, enrolarse, y ahora ya ser un cabo y no un compañero. Uno de los principales cometidos de los *compadres*[hs] es determinar de antemano quién simpatiza con las evasiones, quién se interesa por ellas y, adelantándose al solapado fugitivo, hacer una marca en su expediente, y ya está en un equipo de régimen reforzado, de donde le será mucho más difícil huir.

Pero de cárcel a cárcel, de campo a campo, Tenno interroga ardorosamente a los evadidos. Se fuga, lo capturan, y en las cárceles de los campos se encuentra precisamente con evadidos, y allí les pregunta. (Con todo, comete errores. Stepán X, evadido heroico, lo vende al comisario de Kenguir, Beliáiev, y éste le repetirá a Tenno todas sus preguntas).

En cuanto a la teoría de las evasiones, es muy simple: como puedas. Te has escapado, luego te sabes la teoría. Te han pillado, luego todavía te queda por aprender. En cuanto al abecé, ahí va: se puede huir desde la zona de trabajo y desde la zona de habitación. Desde las zonas de trabajo es más fácil: hay muchas, allí no está tan organizada la vigilancia, y el fugitivo suele disponer de herramientas. Se puede huir solo, es más difícil, pero nadie te venderá. Se puede huir entre varios, pero todo depende de si estáis bien avenidos o no. Dice también la teoría que hay que saber geografía hasta tener el mapa grabado a fuego entre los ojos. Y en el campo, un mapa no lo verás. (Por cierto, los ladrones no saben geografía en absoluto, el Norte para

ellos es aquella cárcel de tránsito en que la vez pasada hacía frío). También dice que hay que conocer la población en medio de la cual transcurrirá la evasión. Y existe un postulado metodológico: tienes constantemente que estar preparando la evasión *según lo previsto*, pero en cualquier momento estar dispuesto a huir de otro modo completamente distinto, *a la que salta*.

He aquí un ejemplo de qué quiere decir «a la que salta». Un buen día, en Kenguir, sacaron a toda la *regimka* de la cárcel, a hacer adobe. De pronto se echó encima una tempestad de polvo, como las hay en Kazajstán: todo se oscurece, el sol se oculta, puñados de polvo y de piedrecillas menudas te dan dolorosamente en la cara, no se pueden tener los ojos abiertos. Nadie estaba listo para huir tan repentinamente, pero Nicolai Krykov se fue corriendo hacia la zona, echó sobre la alambrada su zamarra, trepó, arañándose todo, hasta el otro lado y desapareció. La tempestad pasó. Por la zamarra en la alambrada comprendieron que se había escapado. Mandaron perseguidores a caballo: jinetes llevando perros de una correa. Pero la tempestad fría había barrido totalmente cualquier rastro. Krykov esperó que pasara la persecución oculto en un montón de basura. ¡Pero al día siguiente sí tuvo que ponerse en camino! Y los coches enviados por la estepa dieron con él.

El primer campo de Tenno fue Novorúdnoye, cerca de Dzherzkazgán. ¿Ése es el principal de aquellos lugares en que estás condenado a perecer? ¡Pues de aquí es de donde te tienes que escapar! Alrededor todo es desierto, según dónde de salinas y dunas, según dónde sujeto por grama o plantas espinosas. Unas zonas de esta estepa las recorren kazajos nómadas con sus rebaños, en otras no hay nadie. No hay ríos, dar con un pozo es casi imposible. El mejor tiempo para las evasiones es abril y mayo, en algunos sitios aún se mantienen lagunillas de nieve derretida. Pero también lo saben perfectamente los guardianes. En ésta época se hace más riguroso el registro de los que salen al trabajo, y no los dejan sacar ni un trozo de pan, ni un trapucho de más.

Aquel otoño, de 1949, tres fugitivos —Slobodianiuk, Bazichenzo y Kozhin— se arriesgaron a tirar al Sur: pensaban ir a lo largo del río Sara-Su hasta Kzyl-Ordá. Pero el río se había secado por entero. Los capturaron a punto de morir de sed.

Aleccionado por su experiencia, Tenno decidió que no escaparía en otoño. Acude concienzudamente a la SEC, no es ningún fugitivo, ningún rebelde, es de esos detenidos razonables que esperan *enmendarse*, para el final de su condena de veinticinco años. Ayuda en lo que puede, promete actividades artísticas, acrobacia, mnemotecnia, y de momento, tras hojear todo lo que hay en la SEC, encuentra un mapa bastante malo del Kazajstán, que se ha descuidado el comisario. Vaya. Hay un antiguo camino de caravanas hacia Dzhusaly, trescientos cincuenta kilómetros, puede caer algún pozo. Y al Norte hasta Ishim hay cuatrocientos, ahí posiblemente haya praderas. En cambio hasta el lago Balkhash hay quinientos kilómetros de puro desierto, el de Betpak-Dala. Pero en esta dirección no es probable que te persigan.

Éstas son las distancias. Ésta es la elección…

¡Qué no le pasará por la cabeza a un huidor ingenioso! A veces viene al campo el camión de saneamiento, con una cisterna y un tubo. La boca del tubo es ancha, Tenno podría perfectamente entrar por ella, dentro de la cisterna ponerse de pie, doblando la espalda, y tras eso que el conductor fuera recogiendo excrementos líquidos, pero no hasta arriba. Estarás metido en excrementos, por el camino te puedes caer, hundir, ahogar, pero eso no le parece a Tenno tan asqueroso como estarse como un esclavo cumpliendo su condena. Se comprueba: ¿estoy listo? Listo. ¿Y el conductor? Es de condena corta, con pase al exterior, un común. Tenno echa un cigarro con él, lo estudia. No, no es el hombre que conviene. Ase no se jugará el pase por ayudar a otro. Tiene la psicología de los campos de reeducación por el trabajo: el que ayuda a otro es tonto.

Durante ese invierno Tenno se forma un plan y se elige cuatro compañeros. Pero mientras de acuerdo con la teoría transcurren los pacientes preparativos según el plan, una vez lo sacan por descuido a un objetivo recién abierto, la cantera. Estará entre colinas, desde el campo no se ve. Allí aún no hay ni miradores, ni zona: han clavado unas estacas, tendido varios hilos de alambre de espinos. En un sitio el alambre se interrumpe, es el «portal». Seis soldados pasean por el exterior de la zonita, nada los alza por encima del suelo.

Y más allá está la estepa de abril, con hierba verde aún fresca, y arden tulipanes, ¡tulipanes! ¡No puede el corazón de un huidor soportar estos tulipanes y el aire de abril! ¿Tal vez sea ésta la Ocasión…? Mientras no sospechas de ti, mientras todavía no estás en *la regimka*, ¡ahora es el momento de escapar!

Para aquel tiempo Tenno ya conocía a mucha gente en el campo y ahora recogió rápidamente una brigadilla de cuatro: Misha Jaidárov (estuvo en la Infantería de Marina soviética en Corea del Norte, escapó del Consejo de Guerra cruzando el paralelo 38; por no estropear las estables relaciones de buena vecindad en Corea, los americanos lo devolvieron, *cinco duros*); Jazdik, un chófer polaco del ejército de Anders (expone expresivamente su biografía por sus dos zapatos desparejados: «zapatos, uno de Hitler, uno de Stalin»); y un ferroviario de Kuibyshev, Serguei.

En estas llegó un camión con postes de verdad para la futura zona y rollos de alambre de espino, justo para el alto del almuerzo. La brigadilla de Tenno, amante del trabajo forzado, y especialmente aficionada a fortificar la zona, se ofreció voluntaria a descargar el camión durante el alto. Se subieron a la caja. Pero como a pesar de todo era el alto, apenas se movían y pensaban. El conductor se fue a un lado. Todos los reclusos estaban tumbados por ahí, tomando el sol.

¿Nos fugamos o no? No llevamos nada: ni cuchillo, ni equipo, ni víveres, ni plano. Bueno, si es en camión, Tenno sabe por el mapa pequeño: volando a Dzhezdy y luego a Ulutau. Se entusiasmaron los muchachos: ¡la ocasión! ¡La Ocasión!

De aquí al «portal» es cuesta abajo. Y enseguida la carretera tuerce detrás de un altozano. Si se sale rápido, ya no te dispararán. ¡Y no van a dejar los centinelas sus puestos!

Descargaron, el alto aún no había terminado. Conduciría Jasdik. Bajó de un salto, trasteó algo en el camión, los otros tres entretanto se tumbaron perezosamente en el fondo de la caja, quizá no todos los centinelas vieron dónde se habían metido. Jazdik se trajo al conductor: no te hemos entretenido con la descarga, a ver si invitas a tabaco. Encendieron. ¡Bueno, en marcha! Se sentó el conductor en la cabina, pero qué rabia, no hay forma de que el motor arranque. (Los tres en la caja no conocen el plan de Jazdik, piensan que todo ha fracasado). Józdik se ofrece a darle a la manivela. No arranca, lo mismo. Jazdik ya está cansado, propone al conductor que cambien de sitio. Ahora está Jazdik en la cabina. ¡Y a la primera el motor se puso en marcha! ¡Y el camión se fue cuesta abajo hacia el centinela del portal! (Después Jazdik contaba: para el conductor había cerrado la válvula de la gasolina, y para sí logró abrirla). El conductor no se subió en marcha, pensó que Jazdik pararía. Pero el camión pasó velozmente el «portal».

Dos veces «¡Alto!». El camión corre. Disparos de los centinelas, primero al aire, se parece demasiado a un error. Quizá también al camión. Los fugitivos no lo saben, están tumbados. Una curva. ¡Detrás de la colina, fuera del alcance de los tiros! Los tres de la caja aún no asoman la cabeza. Sacudidas, velocidad. Y de pronto un frenazo, y Jazdik grita desesperado: ¡se ha equivocado de camino! Quedan frente al portal de la mina, con su zona y sus miradores.

Disparos. Viene corriendo la escolta. Los fugitivos se dejan caer a tierra, inmóviles, y se cubren la cabeza con los brazos. Los soldados les dan patadas e intentan justamente darles en la cabeza, en el oído, en la sien y desde arriba en el espinazo.

La regla salvadora de toda la Humanidad, «al que está en tierra no se le pega», ¡no funciona en el presidio de Stalin! ¡Aquí justamente al que está en tierra se le pega! ¡Al que está en pie se le dispara!

Pero en el interrogatorio se averigua que *!no hubo ninguna fuga!* ¡Sí! Los muchachos dicen a una que estaban dormitando en el camión, el camión arrancó, en seguida se oyeron tiros, era tarde para saltar, podían meter una bala. ¿Y Jazdik? Inexperto, no supo dominar el camión. Pero no se fue a la estepa, sino a la mina vecina.

Así todo quedó en unos golpes.

Ahora bien, la fuga *según lo previsto* sigue preparándose igual. Se hace una brújula: una cajita de plástico, se le marcan los rombos. Un trozo magnetizado de aguja de hacer punto se sujeta a un flotador de madera. Ahora echan agua. Y ya está la brújula. El agua de beber será cómodo echarla a una cámara de camión y en la huida llevarla como un capote enrollado. Todas estas cosas (y también provisiones, y también ropa) las van llevando poco a poco al DOK (Combinado Fabril Maderero) del que piensan escapar, y allí lo esconden en una zanja cerca de la serrería. Un camionero libre les vende una cámara. Llenada de agua, ya está también en la zanja. A veces de noche llega un convoy, por eso dejan descargadores a pernoctar en la zona

de trabajo. Entonces es cuando hay que huir. Alguien *libre*, a cambio de una sábana carcelaria traída de la zona (¡nuestros precios!) ya les ha cortado los dos hilos inferiores de la alambrada delante de la serrería, ¡y ya se acercaba la noche de la descarga de troncos! Sin embargo hubo un preso, un kazajo, que los vigiló, descubrió su zanja-escondite y los denunció.

Detención, apaleamiento, interrogatorios. Para Tenno, son demasiadas «coincidencias» que recuerdan evasiones. Cuando los envían a la cárcel de Kenguir, y Tenno está de cara a la pared, manos atrás, pasa por allí el jefe de la SEC, un capitán, se para ante Termo y exclama:

—¡Vaya! ¡Vaya! ¡Y tú que te dedicabas a actividades!

Lo que más le asombra es que entre unos fugitivos se encuentre un portador de la cultura concentracionaria. El día del concierto le daban una ración suplementaria de gachas, ¡y se iba a fugar! ¿Qué más quería…?

El 9 de mayo de 1950, al quinto aniversario de la Victoria, el excombatiente de Marina Tenno entró en una celda de la célebre cárcel de Kenguir. En la celda casi oscura con un minúsculo ventanuco arriba no hay aire, pero sí multitud de chinches, todas las paredes están cubiertas con la sangre de las aplastadas. Aquel verano caen unos calores de 40-50 grados, todos se acuestan desnudos. Se está un poquitín más fresco bajo las tarimas, pero por la noche de ahí salen dos gritando: les han picado migalas.

En la cárcel de Kenguir hay una sociedad escogida, traída de diversos campos de concentración. En cada celda evadidos con experiencia, un raro surtidos de ases. ¡Por fin ha ido Tenno a parar con huidores convencidos!

Está aquí, entre otros, Iván Vorobiov, un capitán, Héroe de la Unión Soviética. Durante la guerra estuvo de partisano en la región de Pskov. Es un hombre decidido, inasequible al desaliento. Ya tiene evasiones frustradas y tendrá más. Por desgracia, no puede adoptar el tono carcelario, esa tunantería que ayuda a un huidor. Conserva su franqueza militar, tiene un jefe de Estado Mayor, dibujan un plano de los alrededores y se consultan abiertamente en las tarimas. No logra adaptarse al disimulo y a la astucia concentracionarios, y siempre lo venden los soplones.

Andaba por las cabezas un plan: agarrar a un celador durante la entrega del alimento vespertino, por poco que venga solo. Con sus llaves abrir todas las celdas. Lanzarse hacia la salida de la cárcel, apoderarse de ella. Luego, tras abrir la puerta de la cárcel, arrojarse todos de golpe al cuerpo de guardia del campo. Coger a los centinelas *de agarrada* y encontrarse tras la zona al caer la oscuridad. Comenzaron a sacarlos a las obras de un grupo de viviendas —surgió el plan de escapar a rastras por los tubos del alcantarillado.

Pero los planes no llegaron a su realización. Aquel mismo verano toda esta escogida sociedad fue encadenada con esposas y llevada, sabe Dios por qué, a Spassk. Allí los colocaron en un barracón aparte con vigilancia. A la cuarta noche los huidores convencidos sacaron la reja de una ventana, salieron a los talleres, allí

mataron silenciosamente a un perro y por el tejado debían pasar a la inmensa zona común. Pero el tejado de hierro empezó a abollárseles bajo los pies, y en el silencio de la noche resonaba como el trueno. Los guardianes levantaron la alarma. Sin embargo, cuando llegaron al barracón, todos dormían tranquilamente, y la reja estaba en su sitio. Los celadores lo habían soñado.

¡No es su sino, no es su sino estar mucho tiempo en el mismo sitio! A los huidores convencidos, como a holandeses errantes, los sigue y sigue empujando su inquieto destino. Y si no se han escapado, se los llevan. Ahora toda esta alegre pandilla es trasladada, con esposas puestas, a la cárcel de Ekibastuz. Ahí les añaden a sus propios huidores fracasados: Briujin y Mutiánov.

Como culpables, como de régimen, los sacan a la fábrica de cal. Descargan camiones de cal viva a pleno viento, y se les apaga en los ojos, en la boca, en la tráquea. Al descargar los hornos, sus sudorosos cuerpos desnudos se cubren de polvo de cal apagada. Este cotidiano envenenamiento, inventado para su enmienda, sólo los impulsa a darse prisa con la evasión.

El plan les sale solo: traen la cal en camiones, luego hay que escapar en camión. Romper la zona, aquí todavía es sólo de alambre. Coger un camión con el depósito lo más lleno posible. Hay un conductor experto entre los huidores: Kolia Zhdanok, compañero de Tenno en la evasión fracasada desde la serrería. Convenido: él llevará el camión. Convenido, pero Vorobiov es demasiado decidido, demasiado hombre de acción para confiarse a una mano ajena. Y cuando se hacen con el camión (al conductor, en la cabina, se le suben por ambos lados fugitivos con cuchillos, y al pálido conductor no le toca otro remedio que quedarse sentado en medio y participar involuntariamente en la evasión), el lugar del conductor lo ocupa Vorobiov.

¡Minutos contados! Todos han de saltar a la caja y arrancar. Tenno ruega: «¡Iván, sal!». ¡Pero no puede dejar su sitio Iván Vorobiov! No fiándose de su pericia, Tenno y Zhdanok se quedan. Fugitivos hay ahora sólo tres: Vorobiov, Salopáiev y Martirósov. De pronto, como saliendo de bajo tierra, se acerca corriendo Redkin, ese matemático, intelectual, excéntrico, no es ningún huidor, está en la *regimka* por otra cosa. Pero ahora estaba cerca, se ha dado cuenta, ha entendido y llevando en la mano un pedazo, por alguna razón, no de pan, sino de jabón, salta a la caja:

—¿Escapáis? ¡Voy con vosotros!

(Como saltando a un autobús: «¿Va a Razgulay?»).

Girando a poca velocidad, el camión fue de forma que los primeros alambres los rompiera con los parachoques, los siguientes les tocarán al motor, a la cabina. En la antezona pasa entre dos postes, pero en la línea principal de la zona habrá que derribar postes, porque están dispuestos en juego de damas. ¡Y el camión, en primera, derriba un poste!

La escolta en los miradores se queda parada: unos días antes hubo un caso en otro objetivo, que un conductor borracho tumbó un poste en la prohibida. ¿Estará borracho éste también…? Los soldados piensan eso quince segundos. Pero durante

este tiempo el poste es derribado, el camión mete la segunda y, sin pinchar los neumáticos, sale por la alambrada. ¡Ahora a disparar! Pero disparar no puede ser: para proteger a los soldados de las ventiscas del Kazajstán, han tapado sus miradores con tablas por la parte de fuera. Pueden disparar sólo al interior de la zona y a lo largo. El camión ya les queda invisible y corre por la estepa, levantando una nube de polvo. Los miradores, impotentes, tiran al aire.

Las carreteras están todas libres, la estepa llana, ¡a los cinco minutos el camión de, Vorobiov se hubiera perdido en el horizonte! Pero por *absoluta casualidad* llega el coche celular de la división de escolta, al garaje, para revisión. Recoge rápidamente gente y arranca tras Vorobiov. Y la fuga se termina… a los veinte minutos. Los apaleados huidores, y con ellos el matemático Redkin, sintiendo con toda la boca ensangrentada ese tibio y saladito líquido de la libertad, caminan, tambaleándose, hacia la cárcel del campo**[50]**.

Sin embargo, por todo el campo corre el rumor: ¡han pasado de maravilla!, ¡los han pillado de casualidad! Y unos diez días después, Batánov, un exalumno de Aviación, con dos amigos repite la maniobra: en otro objetivo, rompen la zona de alambrada y escapan. Pero escapan por una carretera equivocada: con las prisas se han despistado y terminan bajo los disparos de un mirador de la fábrica de cal. Un neumático reventado, el camión para. Lo rodean soldados con metralletas: «¡Fuera!». ¿Hay que salir?, ¿o hay que esperar a que te saquen por el pellejo? Uno de los tres, Paséchnik, cumplió la orden, salió del camión, y fue en el acto cosido a rabiosos balazos.

¡En poco más de un mes ya van tres evasiones en Ekibastuz, y Tenno no se ha fugado! Se desespera. Una celosa emulación lo corroe. Desde fuera se ven todos los errores y siempre parece que tú lo habrías hecho mejor. Por ejemplo si al volante hubiera estado Zhdanok y no Vorobiov, piensa Tenno, quizá incluso habrían podido dejar atrás al furgón celular. El camión de Vorobiov estaba aún recién-recién acabado de detener, cuando Tenno y Zhdanok ya se sentaron a discutir cómo huirían ellos.

Zhdanok es moreno, bajito, muy movedizo, *agolfado*. Tiene 26 años, es bielorruso, de ahí se lo llevaron a Alemania, allí estuvo trabajando de chófer. De condena también tiene *cinco duros*. Cuando se anima, es tan enérgico, se entrega por entero al trabajo, al impulso, a la lucha, a la huida. Claro, le falta sangre fría, pero Tenno sí tiene.

Todo les indica: huir desde esa misma fábrica de cal. Si no con un camión, hacerse con él tras la zona. Pero antes de que desbaraten este proyecto la escolta o el comisario, el jefe de equipo de los disciplinarios, Lioshka *el Gitano* (Navrúsov), un *perra*, enjuto, pero que infunde pánico a todos, que ha matado en su vida concentracionaria a docenas de personas (mataba fácilmente por un paquete, incluso por un paquete de cigarrillos), llama aparte a Tenno y le avisa:

—Yo mismo me he fugado y me gustan los fugados. Mira, tengo el cuerpo cosido a balazos, es de una fuga en la taiga. Yo sé que tú también querías escapar con

Vorobiov. Pero no te fugues de la zona de trabajo: aquí respondo yo, me meterán un paquete.

O sea que le gustan los fugitivos, pero primero es él. Lioshka *el Gitano* está contento con su vida de «perra» y no dejará que se la chafen. Éste es el «amor a la libertad» de un hampón.

¿O quizá sea cierto que las evasiones de Ekibastuz ya se hacen monótonas? Todos huyen de las zonas de trabajo, nadie de la de habitación. ¿Intentarlo a ver? La zona de habitación, por ahora, también es de alambradas, de momento ahí tampoco hay empalizada.

Un día en la fábrica de cal se estropean los cables eléctricos de la hormigonera. Llamaron a un electricista libre. Tenno le ayuda con la avería, Zhdanok entretanto le roba del bolsillo su cizalla. El electricista cae en la cuenta: ¡mi cizalla! ¿Dar parte a la guardia? No, lo condenarán a él por negligencia. Les ruega a los hampones: ¡devolvédmela! Los golfos dicen que no la han tocado.

Allí mismo, en la fábrica de cal, los huidores se fabrican dos cuchillos: con un escoplo los cortan de una pala, en la forja los afilan, los templan, en moldes de arcilla les funden mangos de estaño. El de Tenno es «turco»: no sólo servirá como tal cuchillo, sino que con su brillo y curvatura asusta, que es aún más importante. Es que no piensan matar, sólo asustar.

Tanto la cizalla como los cuchillos los pasaron a la zona de habitación bajo los calzoncillos, en los tobillos, los metieron bajo los cimientos del barracón.

La clave principal de la evasión debe ser otra vez la SEC. Mientras se prepara y se pasa el armamento, Tenno de momento declara que Zhdanok y él quieren actuar en el concierto de actividades (en Ekibastuz aún no ha habido ninguno, será el primero, y lo apresuran con impaciencia las autoridades: necesitan la crucecita en la lista de actividades que distraen de la subversión, y también a ellos les divertirá ver cómo después de once horas de trabajo forzado, los reclusos hacen monadas en un escenario). Y así se autoriza a Tenno y a Zhdanok a salir del barracón de régimen después de cerrarlo, cuando toda la zona está todavía dos horas llena de vida y movimiento. Recorren la para ellos desconocida zona de Ekibastuz, toman nota de cómo y cuándo se releva la guardia en los miradores, de dónde es más fácil arrastrarse hasta las alambradas. En la propia SEC, Tenno lee atentamente el periodiquillo provincial de Pavlodar, trata de recordar los nombres de los distritos, sovjoses, koljoses, los nombres de sus presidentes, secretarios y toda clase de productores ejemplares**[ht]**. Luego declara que van a representar un sainete y para ello precisan su ropa de paisano de la consigna y algún portafolio de alguien. (¡Un portafolio en una evasión, eso sí se sale de lo corriente! ¡En seguida da aspecto de mandamás!). Se lo autorizan. Tenno todavía lleva puesta su guerrera de marino, ahora también coge su traje islandés, recuerdo de su misión de escolta. Zhdanok saca de la maleta de un amigo uno gris belga, tan elegante que hasta hace extraño verlo en un

campo de concentración. Un letón tiene entre sus cosas una cartera. Se la cogen. Y gorras de verdad en lugar de los gorritos del campo de concentración.

Pero tantos ensayos necesita el sainete, que falta tiempo incluso hasta el toque de queda general. Por eso una noche, y luego otra, Tenno y Zhdanok no regresan al barracón de régimen, se quedan a dormir en el que está la SEC, para acostumbrar a los celadores de la *regimka*. (¡Es que en la fuga hay que ganar al menos una noche!).

¿Cuándo es el mejor momento para escapar? El recuento vespertino. Cuando hay cola ante los barracones, todos los guardianes están ocupados contando gente, y los reclusos mirando hacia la puerta, ansiando ir a dormir, nadie cuida del resto de la zona. Los días van a menos, y hay que adivinar uno en que el recuento ya caiga después de la puesta del sol, en el crepúsculo, pero todavía *antes* de la colocación de los perros alrededor de la zona. Hay que atrapar estos únicos cinco-diez minutos, porque salir con los perros es imposible.

Eligieron el domingo 17 de Septiembre. Cae bien, este domingo no será día de trabajo, se podrá hacer acopio de fuerzas para la noche, hacer sin prisas los últimos preparativos.

¡La última noche antes de la fuga! ¿Mucho vas a dormir? Pensamientos, pensamientos… ¿Y estaré yo vivo mañana a estas horas…? Quizá no. Bueno, pero ¿y en el campo?, ¿la muerte dilatada del acercoso en el vertedero…? No, no permitirte ni siquiera familiarizarte con la idea de que estas prisionero.

La cuestión se plantea así: ¿estás dispuesto a morir? Lo estoy. Luego a escapar también.

Un domingo soleado. Con el cuento del sainete los dejan a ambos salir de la *regimka* por todo el día. De pronto en la SEC, ¡una carta para Tenno de su madre! Sí, justo ese día. ¿Cuántas de estas casualidades pueden recordar los detenidos…? Una carta triste, pero quizá espolea: la mujer aún está en la cárcel, todavía no ha llegado al campo de concentración. Y la cuñada le exige al hermano que corte toda relación con un traidor a la patria.

De comida los huidores andan muy mal: en la *regimka* están a congrua, guardar pan despertaría sospechas. Pero cuentan con un desplazamiento rápido, robar un camión en el poblado. Sin embargo, de mamá aquel mismo día llega un paquete, la bendición materna para la evasión. Glucosa en tabletas, tallarines, copos de avena, todo eso a la cartera. Cigarrillos, eso cambiarlo por picadura. Y un paquete llevárselo a la sección sanitaria, al practicante. Con lo cual Zhdanok ya está apuntado en la lista de liberados para hoy. Por lo siguiente. Tenno va a la SEC: se me ha puesto enfermo mi Zhdanok, esta noche no podremos ensayar, no venimos. Y en la *regimka* al celador y a Lioshka *el Gitano*: esta noche estamos de ensayo, no vendremos al barracón. Así que no nos esperarán ni en un sitio ni en otro.

Luego hay que conseguir una «Katiusha», un encendedor de mecha, en descampado va mejor que las cerillas También hay que hacer una última visita a Hafiz, a su barracón. Huidor experimentado, el tártaro Hafiz debía participar en la

fuga con ellos. Pero luego pensó que estaba demasiado viejo, y en una evasión así sería una carga inútil. Ahora es la única persona en el campo que sabe de su fuga. Está sentado, con las piernas cruzadas, en su litera. Susurra: «¡Dios os dé suerte! ¡Rezaré por vosotros!». Susurra además algo en tártaro y les pasa las manos por el rostro.

También tiene Tenno en Ekibastuz un antiguo compañero de celda de la Lubianka, Iván Koverchenko. No sabe lo de la fuga, pero es un buen compañero. Está enchufado, vive en una cabina aparte; allí los huidores guardan todas sus cosas *para el sainete*. Qué más natural hoy que hervir con él la sémola llegada en el exiguo envío de mamá. También se prepara *chifir*[hu]. Se dan un pequeño banquete, dos de ellos disfrutando del porvenir, y el anfitrión, simplemente de un buen domingo, cuando de pronto ven por la ventana cómo llevan del cuerpo de guardia al depósito un ataúd mal desbastado.

Es para Paséchnik, muerto a tiros hace unos días.

—Sí —suspira Koverchenko—, la evasión es inútil…

(¡Si supiera…!).

Koverchenko por intuición se levanta, toma en su mano su repleta cartera, pasea por la cabina con aire importante y declara con severidad:

—¡La instrucción lo sabe todo! ¡Preparáis una evasión!

Es broma. Es que ha decidido jugar a juez de instrucción… Vaya con la bromita.

(¿¡O tal vez es una discreta alusión: me lo estoy imaginando, amigos. Pero no os lo aconsejo!?).

Cuando Koverchenko se va, los huidores se ponen los trajes bajo las prendas que llevan. También descosen todos sus números y los dejan apenas sujetos, para poderlos arrancar de un tirón. Las gorras sin números, a la cartera.

El domingo se está terminando. El sol dorado se pone. El alto, flemático Tenno y el pequeño, nervioso Zhdanok se echan, además, sus zamarras sobre los hombros, toman su cartera (en la zona ya se han acostumbrado a ese aspecto de payaso que tienen) y van a su pista de despegue: entre dos barracones, en la hierba, cerca de la zona, justo enfrente de un mirador. De los otros dos miradores los resguardan los barracones. Sólo este único centinela tienen delante. Extienden sus zamarras, se tumban encima y juegan al ajedrez, para que el centinela se acostumbre.

Anochece. La señal del recuento. Los reclusos se van yendo hacia los barracones. Ya es el crepúsculo, y desde el mirador el centinela no debiera distinguir si dos se han quedado tendidos en la hierba. Le está llegando el relevo, ya no está tan atento. Con un centinela que ya lleva rato siempre es más fácil escapar.

La alambrada han decidido cortarla no por ahí en medio, sino al pie mismo del mirador, pegadito. Seguro que el centinela mira más a lo lejos tras la zona que bajo sus propias narices.

Sus cabezas casi descansan en la hierba, además ha anochecido, no ven el camino que ahora seguirán a rastras. Pero ya está bien mirado de antemano: justo detrás de la

zona han cavado una zanja para un poste, podrán esconderse un momento dentro; más allá, hay montoncitos de escorias; y pasa el camino que va de las viviendas de los guardianes al poblado.

El plan es el siguiente: inmediatamente en el poblado tomar un camión. Pararlo, decirle al conductor: ¿quieres ganarte unas perras? Tenemos que traer aquí del viejo Ekibastuz dos cajas de vodka. ¿¡Qué camionero no querrá echar un trago!? Regatear: ¿medio litro para ti? ¿Un litro? Vale, tira, pero ¡ni palabra! Y luego por el camino, sentados con él en la cabina, sujetarlo, irse a la estepa, dejarlo allí atado. Aprovechar la noche para llegar hasta el Irtysh, allí abandonar el camión, cruzar el Irtysh en una barca, y emprender camino hacia Omsk.

Anochece otro poquito más. En los miradores han encendido los reflectores, alumbran a lo largo de la zona, pero los fugitivos están tendidos, de momento, en la sombra. ¡Éste es el momento! Pronto será el relevo, traerán y colocarán para la noche a los perros.

En los barracones ya se encienden bombillas, se ve cómo los presos entran tras el recuento. ¿Se está bien en el barracón?

Calorcito, confort… En cambio te van a coser con la metralleta, y lástima que sea tendido, en tierra.

Ojalá bajo el mirador no tosa, no carraspee.

¡Bueno, vigilad, perros guardianes! ¡Lo vuestro es sujetar, lo nuestro es escapar!

Lo demás mejor que lo cuente el propio Tenno.

VII
El gatito blanco

(Relato de Gueorgui Tenno)

«Soy mayor que Kolia, me corresponde ir primero. El cuchillo en su funda en la cintura, la cizalla en la mano. ¡Cuando haya cortado la antezona, me alcanzas!».

Arrastrarse con los codos. Quiere uno aplastarse contra tierra. ¿Miro al centinela o no? Mirarlo es ver la amenaza o incluso atraer su mirada con la mía. ¡Qué ganas tengo de mirar! No, no lo haré.

Más cerca del mirador. Más cerca de la muerte. Espero una ráfaga en la espalda. Ahora se pondrá a tabletear… ¿O tal vez me está viendo estupendamente, espera en son de burla, quiere dejarme afanar un poco más…?

Ahí está la antezona. Me doy la vuelta, me tiendo a lo largo de ella. Corto el primer hilo. Liberado de la tensión, el alambre cortado hace ¡clac! ¿Ahora una ráfaga…? No. Tal vez sea yo el único que oigo ese ruido. ¡Pero qué fuerte es! Corto el segundo hilo. Corto el tercero. Paso una pierna, otra. Los pantalones se me han enganchado de las púas del alambre cortado, que ha caído en tierra. Me desengancho.

Paso a rastras los metros de tierra labrada. Detrás oigo restregar. Es Kolia, pero ¿por qué tanto ruido? Ah, es la cartera que se le arrastra por el suelo.

Ahí están los ramales de la alambrada principal. Van en cruz. Corto varios. Ahora viene una espiral de Bruno. La corto en dos sitios, abro paso. Corto los hilos de la alambrada principal. Seguramente casi no respiramos. No dispara. ¿Estará recordando su casa? ¿O sale hoy a bailar?

Coloco mi cuerpo al otro lado de la zona exterior. Y allí hay otra espiral de Bruno. Me enredo en ella. La corto. No olvidar ni engancharse: aquí además debe haber alambres inclinados exteriores. Ahí están. Los corto.

Ahora me arrastro hacia el hoyo El hoyo no nos ha engañado, aquí está. Me meto. Se mete Kolia. Respiramos. ¡Rápido, sigamos! Está a punto de llegar el relevo, están a punto de traer los perros.

Salimos del hoyo, nos arrastramos hacia los montoncitos de escorias. No nos decidimos a volver la cabeza siquiera ahora. ¡Kolia arde por correr! Se levanta a cuatro patas. Lo paro.

A rastras cruzamos la primera fila de escorias. Meto la cizalla bajo una piedra.

Ahí está el camino. Cerca de él nos levantamos.

No disparan.

Caminamos contoneándonos un poco, sin prisas, ahora llega el momento de hacer ver que somos dispensados de escolta, su barracón está aquí cerca. Nos arrancamos los números del pecho, de la rodilla, y de pronto en la oscuridad salen dos a nuestro

encuentro. Van de los cuarteles al poblado. Son soldados. ¡Y en la espalda aún llevamos los números! Digo en voz alta:

—¡Vania! ¿Y si nos fuéramos a tomar medio litro?

Vamos despacio, aún no por el camino mismo, sino hacia él. Vamos despacio para que pasen antes, pero recto hacia los soldados, y no escondemos las caras. Pasan a dos metros de nosotros. Para no darles la espalda, incluso casi nos paramos. Van, discuten sus cosas, ¡y nos arrancamos los números de la espalda uno a otro!

¡¿No se han dado cuenta…?! ¡¿Estamos libres?! Ahora al poblado a por un camión.

Pero ¿¿qué pasa?? ¡Sobre el campo sube un cohete!, ¡otro!, ¡otro!…

¡Nos han descubierto! ¡Ahora nos perseguirán! ¡A correr!

Y no nos atrevemos a seguir observando, pensando y reflexionando, todo nuestro magnífico plan ya está roto. Nos lanzamos a la estepa, ¡simplemente a alejarnos del campo! Nos ahogamos, tropezamos con las desigualdades del terreno, nos caemos, nos levantamos, ¡y allí siguen y siguen subiendo cohetes! Por las evasiones pasadas nos imaginamos: ahora van a lanzar perseguidores a caballo con perros de una correa, en todas las direcciones por la estepa. Y toda nuestra preciosa picadura la echamos sobre nuestras huellas y damos grandes saltos[51].

Ahora hay que evitar el poblado dando un gran rodeo por la estepa. Eso toma mucho tiempo y trabajo. Kolia empieza a dudar de si voy bien. Da rabia.

Pero ahí está el terraplén del ferrocarril a Pavlodar. Alegría. Desde el terraplén Ekibastuz nos sorprende por sus fuegos desparramados y nos parece mayor de lo que jamás lo habíamos visto.

Recogimos un palo. Sujetándonos en él, fuimos uno por un raíl, otro por el otro. Pasará un tren, los perros no podrán tomar nuestra pista en los raíles.

Caminamos así unos trescientos metros, luego a saltos, y a la estepa.

¡Y entonces fue cuando respiramos fácilmente, muy de otro modo! ¡Entraron ganas de cantar, de gritar! Nos abrazamos. ¡De verdad estamos libres! Y qué estima hacia nosotros mismos, que nos hemos decidido a evadirnos, lo hemos logrado y hemos engañado a la jauría.

Y aunque todas las dificultades de la fuga sólo empezaban, la sensación era que lo principal ya estaba hecho.

Cielo despejado. Oscuro y lleno de estrellas, como desde el campo no se ve nunca por los faroles. Por la Estrella Polar fuimos al Nor-noreste. Luego tiraremos a la derecha, y estaremos en el Irtysh. Hay que intentar marchar lo más lejos posible durante la primera noche. Así se aumenta al cuadrado el círculo que deberán controlar los perseguidores. Recordando animadas canciones de marcha en distintos idiomas, caminamos rápido, a unos ocho kilómetros por hora. Pero por habernos pasado muchos meses en la cárcel, resulta que nuestras piernas se han desacostumbrado a andar y se cansan. (¡Lo habíamos previsto, pero pensábamos ir en

camión!). Empezamos a tumbarnos, apoyándonos las piernas en alto en pirámide. Y caminamos de nuevo. Y nos tumbamos otra vez.

Qué raro que tarde tanto en apagarse el resplandor de Ekibastuz a nuestras espaldas. Llevamos ya varias horas caminando, y sigue en el cielo.

Pero se acaba la noche, el Este clarea. De día por la abierta estepa llana no sólo no podemos caminar, sino que hasta es difícil escondernos: ni matorrales, ni buenas hierbas altas, y nos van a buscar incluso con aviones, ya se sabe. Y con los cuchillos nos cavamos un hoyito (el suelo está duro, pedregoso, es difícil cavar: como medio metro de ancho, unos treinta centímetros de hondo), nos metemos dentro en capicúa, nos recubrimos con espinosos chaparros amarillentos. ¡Ahora sería el momento de dormir, de recobrar fuerzas! Pero imposible dormirse. Ese impotente descanso diurno por más de doce horas es mucho más agotador que cualquier caminata. Pensamientos, pensamientos… Pica el caluroso sol de Septiembre, pero no tenemos nada de beber, ni tendremos. Hemos violado la ley de las evasiones en el Kazajstán: hay que huir en primavera y no en otoño… Pero pensábamos ir en camión… Languidecemos de las cinco de la mañana ¡a las ocho de la noche! Se nos entumece el cuerpo, pero no podemos cambiar de posición: si nos incorporamos y apartamos los chaparros, nos puede ver un jinete de lejos. Con dos trajes cada uno nos moriremos de calor. A aguantar.

Y sólo cuando cae la oscuridad llega la hora del fugitivo.

Nos levantamos. Pero es difícil estar en pie, duelen las piernas. Caminamos despacito, tratando de desentumecernos. Pocas fuerzas: en todo el día hemos roído unos tallarines crudos, nos hemos tragado unas tabletas de glucosa. Tenemos sed.

Incluso en las sombras de la noche hoy tenemos que estar al tanto de una emboscada: por supuesto, lo han comunicado por radio a todas partes, han lanzado coches en todas las direcciones, y en la de Omsk más que ninguna. Da curiosidad: ¿cómo y cuándo han encontrado nuestras zamarras en el suelo, con el ajedrez? Por los números sabrán en seguida que somos nosotros, no hará falta pasar lista con el fichero[52].

Andamos a no más de cuatro kilómetros por hora. Las piernas duelen. Nos tumbamos frecuentemente a descansar. ¡Beber, beber! En toda la noche no habremos recorrido más de veinte kilómetros. Y otra vez hay que buscar dónde escondernos, y tendernos para el tormento diurno.

Aquello parecen casas. Nos acercamos a rastras, sigilosamente. Pero son, inesperadamente en la estepa, grandes rocas. ¿No habrá agua en sus anfractuosidades? No… Bajo una de las rocas hay una rendija. La habrán abierto los chacales. Es difícil meterse dentro. ¿Y si se derrumba? Te aplastará como a un insecto, y encima no te morirás en seguida. Ya hace fresco. Hasta la mañana no nos dormimos. Y de día tampoco dormimos. Cogemos los cuchillos, los afilamos contra la piedra: se han mellado al cavar el hoyo de la parada pasada.

En mitad del día, oímos un rechinar de ruedas. Malo, estamos cerca de un camino. Al lado mismo de nosotros pasó un kazajo. Murmuraba algo. ¿Saltar, alcanzarlo, tal vez lleve agua? ¿Pero cómo apoderarnos de él sin haber previamente observado el terreno? ¿Quizá nos puede ver gente?

Por este mismo camino no vayan a pasar los perseguidores. Salimos prudentemente, echamos un vistazo desde el suelo. A unos cien metros hay una edificación en ruinas. Pasamos allí a rastras. Nadie. ¡¡Un pozo!! No, rellenado de cascotes. En un rincón hay paja hecha polvo. ¿Nos tumbamos aquí? Vale. No llega el sueño. ¡Huy, nos pican pulgas! ¡¡Pulgas!! ¡Y qué gordas, y cuántas hay! La americana belga gris-claro de Kolia está negra de pulgas. Nos sacudimos, nos limpiamos. Volvemos a reptar a la rendija de los chacales.

El tiempo se nos va, las fuerzas se nos van, pero no nos movemos.

Al anochecer nos levantamos. Muy débiles. Nos atormenta la sed. Decidimos tomar aún más a la derecha, para salir cuanto antes al Irtysh. La noche está clara, el cielo negro y estrellado. De las constelaciones de Pegaso y Perseo se me traza el contorno de un toro, con la cabeza inclinada y avanzando decididamente, dándonos ánimos. También avanzamos nosotros.

De pronto ¡delante de nosotros se levantan cohetes! ¡Ya los tenemos delante! Nos quedamos quietos donde estamos. Vemos un terraplén. El ferrocarril. Ya no tiran cohetes, pero a lo largo de las vías se enciende un reflector, su haz va barriendo ambos lados. Es una autovía que va inspeccionando la estepa. Ahora nos verán, y se acabó todo… Estúpida impotencia: estar tendido bajo el rayo y esperar que te vean.

Pasa de largo, no nos han visto. Saltamos en pie. Correr no podemos, pero a toda prisa nos alejamos del terraplén. El cielo se nubla rápidamente, y nosotros, con todo este echarnos a un lado y a otro, hemos perdido la buena dirección. Ahora vamos casi al tuntún. Hacemos pocos kilómetros, y tal vez sean un rodeo inútil.

¡Una noche perdida…! Vuelve a amanecer. Volvemos a arrancar chaparros. A cavar un hoyo, ¡pero mi cuchillo turco no está! He debido perderlo cuando estaba tendido o cuando he huido bruscamente del terraplén. ¡Qué desastre! ¿Qué hará un evadido sin cuchillo? Cavamos un hoyito con el de Kolia.

Una cosa buena hay: me predijeron que moriría a los treinta y ocho años. Para un marino es difícil no ser supersticioso. Pero la mañana del veinte de Septiembre, que está llegando, es el día de mi cumpleaños. Hoy cumplo treinta y nueve. La predicción ya no me concierne. ¡Seguiré con vida!

Y otra vez estamos tendidos en un hoyito, sin movimiento, sin agua… ¡Si pudiéramos dormir! No dormimos. ¡Ojalá lloviera! Se despeja. Malo. Termina el *tercer* día de la evasión, todavía no hemos visto ni una gota de agua, tragamos al día cinco tabletas de glucosa. Y hemos adelantado poco, tal vez un tercio del camino hasta el Irtysh. En cambio los amigos, allí en el campo, se alegran por nosotros, de que el fiscal verde nos ha puesto en libertad…

Anochece. Estrellas. Rumbo noreste. Caminamos. De pronto oímos un grito a lo lejos: «¡Va-va-va-va!». ¿Qué es eso? Según el relato del experimentado huidor Kudla, así los kazajos asustan a los lobos de sus ovejas.

¡Una oveja! ¡Si tuviéramos una oveja! Estábamos salvados. En libertad jamás habríamos pensado en beber sangre. Aquí, ¡ojalá hubiera!

Nos acercamos sigilosamente. A rastras. Edificios. No vemos el pozo. Entrar en la casa es peligroso, nos encontraríamos gente, sería dejar un rastro. Reptamos hacia una majada de adobe. Sí, fue una kazaja quien gritó, para asustar a los lobos. Nos metemos en el redil, por donde la pared está más baja, llevo el cuchillo entre los dientes. A rastras, a la caza de la oveja. Oigo una, está respirando aquí al lado. ¡Pero se nos escapan, se nos escapan! Volvemos a acercarnos de distintos lados. ¿Cómo atraparla por una pata? ¡Echan a correr! (Más tarde, tiempo vendrá en que me explicarán dónde estaba el error. Nos arrastramos, y las ovejas nos toman por animales. Había que haberse acercado erguidos, a la manera del amo, y las ovejas se habrían dejado coger fácilmente).

La kazaja nota algo raro, se acerca, mira a las tinieblas. No lleva lumbre, pero recoge terrones, los lanza, le dio a Kolia. Se viene recto hacia mí, ¡que me pisa! Me ha visto o sentido, chilla «¡Shaitán! ¡Shaitán!»**[hv]** y echa a correr de nosotros, nosotros de ella, saltamos la pared y nos tendemos. Voces de hombre. Tranquilas. Por lo visto dicen que la mujer lo ha soñado.

Fracaso. Bueno, seguimos.

La silueta de un caballo. ¡Qué hermoso! Nos vendría bien. Nos acercamos. Se queda quieto. Le damos unos golpecitos en el cuello, le echamos una correa. Monto a Zhdanok, pero yo mismo no logro izarme, hasta tal punto me he debilitado. Me engancho con las manos, me tiro de barriga, pero no consigo pasar la pierna al otro lado. El caballo da vueltas. Se me escapa, se marcha al galope con Zhdanok, lo tira. Menos mal que la correa se le ha quedado en la mano, no hemos dejado rastro, de todo responderá el shaitán.

Nos ha dejado agotados el dichoso caballo. Aún es más difícil caminar. Y encima viene tierra labrada, surcos. Tropezamos, arrastramos los pies. Pero en parte, es bueno: donde hay labranza, hay gente, y donde hay gente, hay agua.

Marchamos, caminamos, no podemos con nuestra alma. Otra vez siluetas. Vuelta a tendernos y arrastrarnos. ¡Almiares de heno! ¡Estupendo! ¿Praderas? ¿Estará cerca el Irtysh? (Huy qué lejos todavía)… Con nuestras últimas fuerzas nos subimos encima, nos enterramos.

¡Ahora es cuando nos dormimos el día entero! Contando con la noche insomne antes de la huida, ya llevamos perdidas cinco noches sin dormir.

Nos despertamos al final del día, oímos un tractor. Apartamos prudentemente el heno, sacamos un poquitín la cabeza. Se han acercado dos tractores. Una pequeña isba. Ya oscurece.

¡Idea! ¡El tractor tiene agua en el radiador! Cuando los tractoristas se acuesten, nos la bebemos.

Ha anochecido. Se han cumplido *cuatro* días desde la evasión. Reptamos hacia los tractores.

Menos mal que no hay perro. Llegamos silenciosamente hasta la espita, tragamos. No, el agua tiene petróleo. Escupimos, no podemos beber.

Aquí tienen de todo, agua y comida. Llamar ahora a la puerta, pedir por el amor de Dios: «¡Hermanos! ¡Buena gente! ¡Ayúdennos! ¡Somos presos, nos hemos fugado de la cárcel!». Como pasaba en el siglo XIX: a los senderos en la taiga se sacaban pucheros con gachas, ropilla, monedas de cobre.

Me daban pan las campesinas.

Los mozos regalaban picadura.

¡Tu tía! Aquellos tiempos han pasado. Te venderán. O te venderán convencidos, o por salvarse ellos. Porque por *complicidad* les pueden meter cinco duros a ellos también. En el siglo pasado no se les había ocurrido dar por pan y agua condenas políticas.

Y seguimos renqueando. Renqueamos toda la noche. Esperamos el Irtysh, acechamos cualquier señal de río. Pero no hay tales. Nos obligamos a nosotros mismos a andar, sin piedad. A la mañana aparece otro almiar. Aún más trabajosamente que ayer, nos subimos. Nos dormimos. Algo es algo.

Despertamos al anochecer. ¿Cuánto puede resistir una persona? Ya son *cinco* días de fuga. No muy lejos, vemos una yurta,[hw] cerca de ella un cobertizo. Reptamos sigilosamente allí. Encontramos magara[hx]. Llenamos la cartera, intentamos mascarla, pero no la logramos tragar: hasta tal punto tenemos la boca seca. De pronto vemos al lado de la yurta un enorme samovar, caben dos cubos. Nos arrastramos hasta él. Abrimos la espita, ¡está vacío, el condenado! Cuando lo inclinamos, le sacamos un par de tragos cada uno.

Y de nuevo a caminar. Vamos caminando y cayendo. En tierra, se respira mejor. Levantarnos estando de espaldas ya no podemos. Para levantarnos, tenemos primero que ponernos de barriga. Luego levantarnos a cuatro patas. Luego, tambaleándonos, en pie. Y ya jadeamos. Hemos adelgazado tanto que parece que se nos haya pegado la barriga al espinazo. Al llegar la mañana, hacemos unos doscientos metros en una vez, no más. Y nos tumbamos.

Por la mañana ni siquiera encontramos almiar. Una madriguera en una colina, excavada por algún animal. Nos estuvimos dentro todo el día, pero no logramos dormimos; aquel día hizo más frío, y daba frío la tierra. ¿O ya no nos calienta la sangre? Intentamos masticar tallarines.

Y de pronto veo: ¡Estamos acordonados! ¡Charreteras rojas! ¡Nos están rodeando! Zhdanok tira de mí: que son visiones tuyas, es una manada de caballos.

Sí, una alucinación. Volveremos a tendernos. No se acaba el día. De pronto llegó un chacal, a su madriguera. Le pusimos tallarines y nos apartamos a rastras, para que

entrara, matarlo y comérnoslo. Pero no los quiso. Se fue.

Desde aquí, por un lado hay una bajada, abajo unas salinas de un lago seco, y en la otra orilla una yurta, se ve humo.

Han pasado *seis* días Ya estamos en el límite: me ha parecido ver guardias, la lengua no se menea en la boca, orinamos poco y con sangre. ¡No! ¡Esta noche hay que conseguir comida y agua como sea! Iremos allí, a la yurta. Y si nos lo niegan, lo tomaremos a la fuerza. Recordé: el viejo huidor Grigori Kudla tenía una palabra convenida: *¡majmadera!* (Quiere decir: ¡se han acabado las negociaciones, a robar!). Así también lo convenimos con Kolia: diré «¡majmadera!».

En la oscuridad nos acercamos sigilosamente a la yurta. ¡Un pozo! Pero no hay cubo. No lejos hay un atadero, con un caballo ensillado. Echamos una mirada por la rendija de la puerta. Dentro, con una lámpara mariposa, hay un kazajo y una kazaja, niños. Llamamos. Entramos. Digo «¡Salara!». Y entretanto tengo círculos ante los ojos, ojalá no caiga. En el interior hay una mesa redonda baja (aún más baja que nuestras mesitas centro modernas) para el cordero asado. Alrededor de la yurta, unos banquitos recubiertos de fieltro. Un gran baúl herrado.

El kazajo ha musitado algo en respuesta, mira de reojo, no está a gusto. Para darme importancia (y también por conservar mis fuerzas) me siento, pongo la cartera en la mesa. «Soy el jefe de una expedición de prospección geológica, éste es mi chófer. El coche se nos ha quedado en la estepa, con gente dentro, a unos cinco-seis kilómetros: se ha reventado el radiador, no tiene agua. Y nosotros mismos llevamos tres días sin comer, tenemos hambre. Danos de comer y beber, aksakal. ¿Y a ver qué podemos hacer?».

Pero el kazajo entorna los ojos, no nos invita a comer ni a beber. Pregunta: «¿Y qué apellido jefe?».

Lo tenía todo pensado, pero me zumba la cabeza, se me ha olvidado. Contesto: «Ivanov. (Una estupidez, desde luego). Bueno, ¡pues véndeme provisiones, aksakal!». «No. Ve a vecino». «¿Está lejos?». «Dos kilómetros».

Yo sigo sentado con aire señorial, pero Kolia entretanto no lo resiste, toma de la mesa una galleta e intenta masticarla, pero se ve que se le da mal. Y de pronto el kazajo coge una tralla —un mango cortito, y una larga tira de cuero trenzado— y la alza contra Zhdanok. Me levanto: «¡Vaya, hombre! ¡Esa es vuestra hospitalidad!». El kazajo, con el mango de la tralla, va empujando a Zhdanok en la espalda, lo echa de la yurta. Ordeno: «¡Majmadera!». Saco el cuchillo y digo al kazajo: «¡Al rincón! ¡Acostado!». El kazajo se lanza tras la cortina. Yo tras él: ¿quizá tiene allí una escopeta de caza, va a disparar? Pero él se tira en la cama, grita: «¡Quédatelo todo! ¡No diré nada!». ¡Qué canalla eres! ¿Para qué quiero yo tu «todo»? ¿Por qué no me has dado antes lo poco que pedía?

A Kolia: «¡Registro!». Yo mismo me coloco con el cuchillo ante la puerta. La kazaja chilla, los niños lloran. «Dile a tu mujer: no haremos daño a nadie. Queremos comida. ¿Carne, bar?». «¡Iok!», separa los brazos. Pero Kolia va fisgando por la yurta

y ya saca de la despensa cordero curado. «¿Pues qué mentías?». También trae Kolia una palangana, dentro hay tejeringos —tiras de masa hervidas en aceite—. En estas caigo en la cuenta: sobre la mesa, en cuencos, ¡hay kumis[hy]!

Nos lo bebemos Kolia y yo. ¡Cada trago es como volver a la vida! ¡Qué bebida! Nos da vueltas la cabeza, pero la embriaguez da una sensación de ligereza, nos añade fuerzas. Kolia le coge gusto a la cosa. Me alarga dinero. Son veintiocho rublos. En algún escondrijo tendrá mucho más. Echamos el tasajo a un saco, en otro echamos tejeringos, galletas, unos caramelos, berlangos sucios. También se trae Kolia una olla con torreznos de cordero. ¡Un cuchillo! Eso es lo que necesitamos. Tratamos de no olvidar nada: cucharas de madera, sal. Me llevo un saco. Vuelvo, cojo un cubo con agua. Tomo una manta, la brida de reserva, la tralla. (Refunfuña, no le gusta: él mismo tendrá que darnos alcance).

«Mira —le digo al kazajo—, aprende, recuerda: ¡hay que ser más bueno con los huéspedes! Por un cubo de agua y una docena de tejeringos te habríamos estado agradecidos toda la vida. Las buenas personas no las tocamos. Última advertencia: ¡estate quieto, no te muevas! No estamos solos aquí». Dejo a Kolia en la puerta por fuera, y me llevo el botín hacia el caballo. En principio, hay que darse prisa, pero yo reflexiono tranquilamente. Llevé el caballo al pozo, le di de beber. También a él le espera un buen trote: andar toda la noche con doble carga. Bebí del pozo yo también. Y Kolia bebió. En éstas se acercaron unos gansos. Kolia tiene debilidad por la carne de ave. Dice: «¿Tomamos también unos gansos? ¿Les retorcemos el pescuezo?». —«Se arma mucho ruido. No pierdas tiempo». Bajé los estribos, apreté la barriguera. Detrás de la silla Zhdanok puso la manta y se sentó encima desde el brocal del pozo. En la mano tomó el cubo con agua. Colocamos los dos sacos atados a cada lado del caballo. Yo en la silla. Y por las estrellas nos fuimos hacia el Este, para despistar a los perseguidores.

El caballo no está contento de que lo monten dos y extraños, intenta dar la vuelta hacia la casa, tuerce el cuello. Bueno, ya lo domino. Marcha a buen paso. A un lado se ven unas luces. Hacemos un rodeo. Kolia me canturrea al oído:

> *¡Qué hermoso es galopar, qué placer el respirar si el vaquero tiene un buen caballo!*

«También —dice— le he visto un pasaporte[hz]». «¿Por qué no lo has cogido? Un pasaporte siempre puede servir. Aunque sea para enseñar las tapas de lejos».

Por el camino, sin bajar del caballo, estuvimos todo el rato bebiendo agua, comiendo algo. ¡Un espíritu totalmente distinto! ¡Ahora, esta noche a escapar cuanto más lejos!

De pronto oímos chillar pájaros. Un lago. Rodearlo es mucho camino, demasiado tiempo. Kolia se apeó y condujo al caballo por un vado cenagoso. Pasamos. Pero ¡vaya! No está la manta. Habrá resbalado… *Hemos dejado la huella*…

Eso es muy malo. Del kazajo, en todos los sentidos, hay muchos caminos, pero por la manta encontrada, si se añade este punto a la yurta del kazajo, estará clara la dirección que llevamos. ¿Dar la vuelta, buscarla? No hay tiempo. Bueno, y de todos modos entenderán que vamos hacia el Norte.

Hacemos un alto. Aguanto al caballo por la brida. Comemos-bebemos, comemos-bebemos sin parar. Nos queda agua sólo en el fondo del cubo, estamos asombrados nosotros mismos.

Rumbo Norte. Al trote el caballo no llega, pero sí a un paso rápido, unos ocho-diez kilómetros por hora. Si en seis noches hemos adelantado ciento cincuenta kilómetros, en ésta serán setenta más. Si no hubiéramos ido en zigzag, ya estaríamos en el Irtysh.

Amanece. Pero no hay refugio. Seguimos adelante. Ya se hace peligroso. Entonces vimos una profunda cavidad, como una zanja. Bajamos allí con caballo y todo, comimos y bebemos más. De pronto cerca de nosotros se oyó pasar una moto. Mal asunto, quiere decir que hay un camino. Hay que esconderse mejor. Salimos, echamos un vistazo. Relativamente cerca hay un poblado muerto, abandonado**[53]**. Nos dirigimos allí. Entre tres paredes de una casa en ruinas descargamos. Trabé las patas delanteras al caballo, lo dejé que pastara.

Pero sueño ese día no hubo: con el kazajo y la manta habíamos *dejado la huella*.

La noche. *Siete* días. El caballo pace a lo lejos. Vamos a buscarlo, pero brinca, se escapa; lo agarró Kolia por la crin, le arrastró, él cayó. Se ha destrabado las patas delanteras, y ahora ya no hay forma de atraparlo. Estuvimos tres horas cazándolo, nos agotamos, acorralándolo en las ruinas, echándole un lazo hecho de correas, pero no se dejó. Nos mordíamos los labios de lástima, pero tuvimos que dejarlo. Nos quedaron la brida y la tralla.

Comimos, nos bebimos la última agua. Cargamos con los sacos de provisiones, con el cubo vacío. En marcha. Hoy fuerzas sí hay.

La mañana siguiente nos pilló de tal forma que tuvimos que escondernos en matorrales y no lejos de un camino. Mal sitio, pueden vernos. Pasó chirriando un carro. Tampoco dormimos ese día.

Con el final del *octavo* día nos pusimos otra vez en camino.

Anduvimos un rato, y de pronto notamos bajo los pies tierra blanda: aquí ha estado labrado. Seguimos adelante: faros de automóviles por los caminos. ¡Cuidado!

Entre nubes, la luna nueva. Otro poblado kazajo muerto, en ruinas. Más lejos, las lucecitas de una aldea, y de allí nos llega una canción rusa:

¡Desenganchad ahora los caballos…!

Pusimos los sacos entre las ruinas, y con el cubo y la cartera fuimos a la aldea. Los cuchillos en los tobillos. Ahí está la primera casa, hay un cochinillo gruñendo. ¡Te hubiéramos encontrado en la estepa…! Al encuentro viene un mozuelo en bicicleta. «Oye, majo, allí tenemos el camión, llevamos grano, ¿dónde habría agua, para echar al radiador?». El chico se apeó, nos acompañó, nos enseñó. En la estacada

hay un cubeto, se ve que ahí bebe el ganado. Llenamos el cubo, nos lo llevamos sin beber. Nos separamos del muchacho, entonces nos sentamos y bebemos, bebemos. Nos bebimos medio cubo de golpe (hoy estábamos especialmente sedientos, porque estábamos hartos).

Parece que sube fresco. Y bajo los pies, es hierba de verdad. ¡Debe haber un río! Hay que buscar el río. Vamos, buscamos. Hierba más alta, matorrales. ¡Sauces! Están siempre cerca del agua. ¡Juncos! ¡¡Y agua…!! Seguramente, una ensenada del Irtysh. ¡Bien, ahora a chapotear, a lavarse! ¡Juncos de dos metros! Se alzan patos bajo nuestros pies. ¡Qué delicia! ¡Aquí sí que nos sabremos desenvolver!

Y ahora es cuando, por primera vez en ocho días, nuestro intestino descubrió que funcionaba. Tras ocho días de inacción, ¡qué tormento! Así seguramente debe ser un parto…

Luego, vuelta al poblado abandonado. Hicimos allí un fuego entre unas paredes, guisamos la cecina de cordero. Habría que aprovechar la noche para avanzar, pero tenemos ganas de comer y comer, insaciablemente. Nos damos tal atracón que es difícil movernos. Y, satisfechos, nos fuimos a buscar el Irtysh. Lo que no había ocurrido en ocho días ocurrió ahora en una bifurcación: una discusión. Yo digo a la derecha, Zhdanok a la izquierda. Yo intuyo con seguridad que es a la derecha, pero él no quiere hacerme caso. Otro peligro que acecha a los evadidos: la disputa. En una fuga tiene forzosamente que haber uno con voto decisorio. Si no, mal asunto. Para insistir en lo mío, me voy a la derecha. Camino unos cien metros, no oigo pasos detrás. Pesadumbre. Es que separarse es fatal. Me siento al pie de un almiar, miro atrás… ¡Viene Kolia! Lo abrazo. Vamos juntos, como si no hubiera pasado nada.

Más matorrales, más fresco. Nos acercamos a un tajo. Abajo chapotea, murmulla y nos respira gozosamente el Irtysh… ¡No cabemos en nosotros de alegría!

Encontramos un henil, nos metemos dentro. ¿Eh, perros, dónde nos buscáis? ¡Estamos aquí! Y nos dormimos profundamente.

Y… ¡nos despierta un tiro! ¡Y un ladrido de perro al lado…!

¿Cómo? ¿Y eso es todo? ¿Y ya es el fin de la libertad…?

Quietos, no respiramos. Al lado pasa un hombre. Con un perro. ¡Un cazador…! Nos dormimos más profundamente todavía, para todo el día. Y así pasamos nuestro *noveno* día.

Con la oscuridad nos pusimos en camino a lo largo del río. Hemos dado la huella hace tres días. Ahora la jauría nos busca sólo cerca del Irtysh. Para ellos está claro que buscamos el agua. Andando por la orilla, es fácil que caigamos en una emboscada. Y es incómodo andar así, hay que bordear recodos, ensenadas, juncos. ¡Necesitamos una barca!

Una luz, una casita en la orilla. Un chapotear de remos, luego el silencio. Nos escondemos y esperamos mucho rato.

Se apaga la luz. Bajamos en silencio. Ahí está la barca. Y un par de remos. ¡Magnifico! (Es que el dueño pudo muy bien llevárselos a casa). «¡Marinero, mar

adentro!». ¡Estoy en mi elemento! Al principio en silencio, sin chapoteo. Salimos al centro del río, le doy a los remos.

Vamos Irtysh abajo, y a nuestro encuentro, saliendo de un recodo, viene un vapor iluminado. ¡Cuántas luces! Todas las ventanas brillan, todo el buque resuena con música de baile. Unos felices pasajeros libres, sin entender su dicha y sin percatarse siquiera de su libertad, andan por la cubierta, están sentados en el restaurante. ¡Y qué confortable se está en sus camarotes…!

Así bajamos más de veinte kilómetros. Las provisiones ya se nos van acabando. Mientras todavía es de noche, haríamos bien en renovarlas. Oímos unos gallos, arribamos a la orilla y subimos allí en silencio. Una casita. No hay perro. Un establo. Una vaca con un ternero. Gallinas. A Zhdanok le gustan las aves, pero yo digo: nos llevamos al ternero. Lo desatamos. Zhdanok lo lleva a la barca, yo en el sentido más literal borro las huellas: si no, *la jauría* tendrá la evidencia de que bajamos el río en barca.

Hasta la orilla el ternero bajó tranquilamente, pero no quiso entrar en la barca, se resistió. A duras penas logramos entre los dos subirlo, acostarlo. Zhdanok se le sentó encima, lo sujetó con su peso, me puse a remar: zarpemos, allí lo mataremos. ¡Pero era un error, llevarlo vivo! El ternero empezó a levantarse, tiró a Zhdanok y ya con las patas delanteras había saltado al agua.

¡Zafarrancho de combate! Zhdanok aguanta al becerro por el trasero, yo aguanto a Zhdanok, nos inclinamos todos sobré un lado, y el agua entra por encima del borde. ¡Sólo nos faltaba ahogarnos en el Irtysh! ¡Con todo, izamos al ternero! Pero la barca se hunde mucho en el agua, hay que achicar. ¡Pero antes aún hay que matar al ternero! Tomo el cuchillo e intento seccionarle un tendón en la cerviz, hay ahí un sitio adecuado. Pero o no lo encuentro, o el cuchillo no corta, no hay forma. El ternero tiembla, intenta escapar, se asusta, y me asusto yo también. Intento cortarle la garganta, tampoco me sale. Muge, patalea, ¡que salta del barco o nos hunde! ¡Quiere vivir! ¡Pero también queremos vivir nosotros!

Lo hiero y no consigo matarlo. Sacude, empuja la barca, el muy insensato, ¡que nos hunde! ¡Y porque es tan tonto y tan testarudo, me coge hacia él un odio mortal, como a mi mayor enemigo, y empiezo rabiosamente, desordenadamente, a pegarle cuchilladas, puñaladas[54]! Su sangre mana, nos mancha. El ternero muge con toda su fuerza, patalea desesperadamente. Zhdanok le aprieta el hocico, la barca se balancea, y yo lo sigo acuchillando y acuchillando. ¡Pensar que antes tenía lástima de un ratoncito, de un bichito! Pero ahora no está la cosa para lástimas: ¡o él, o nosotros!

Por fin paró. Empezamos a achicar agua a toda prisa, con el achicador y latas, a cuatro manos. Y a remar.

La corriente nos arrastró a una desviación. Delante, una isla. Buen sitio para escondernos, pronto amanecerá. Metimos la barca entre unos juncos, bien escondida. Arrastramos a la orilla al ternero y todas nuestras pertenencias, la barca todavía la recubrimos de juncos por encima. No fue fácil subir al ternero por las patas a la orilla

escarpada. Pero allí, hierba hasta la cintura y bosque. ¡De cuento de hadas! Llevamos ya varios años en el desierto. Hemos olvidado lo que son el bosque, la hierba, los ríos…

Amanece. Y parece que el ternero tenga una cara ofendida. Pero gracias a él, amiguito, podemos vivir ahora en la isla. Afilamos el cuchillo con un pedazo de lima de la «Katiusha». Jamás había tenido ocasión de desollar animales, pero aprendo. Lo abro en canal, separo la piel, saco los intestinos. En lo hondo del bosque hicimos una hoguera y nos pusimos a guisar carne con copos de avena. Un cubo entero.

¡Un banquete! Lo principal es que estamos tranquilos. Tranquilos por estar en una isla. La isla nos resguarda de las malas personas. Entre las personas también las hay buenas, pero no sé qué tienen que los fugitivos no se las suelen encontrar, sino todas malas.

Un caluroso día de sol. No necesitamos agazaparnos en una madriguera de chacal. La hierba es espesa, jugosa. Quien la pisa cada día no sabe lo que vale, lo que es lanzarse encima de pecho, hundir el rostro.

Recorremos la isla. Está cubierta de matas de escaramujo, y las bayas ya están maduras. Las comemos sin parar. Y otra vez comemos estofado. Y volvemos a guisar carne. Hacemos gachas con los riñones.

Estamos de buen humor. Recordamos nuestro difícil camino, y no faltan cosas de que reír. Y cómo esperan allí nuestro sainete. Cómo nos maldicen, cómo dan parte a la Dirección. Nos imaginamos sus caras. ¡Reímos a carcajadas…!

En un grueso tronco, tras quitar la corteza, grabamos con un alambre al rojo: «Aquí camino de la libertad en octubre de 1950 se refugiaron hombres, injustamente condenados a presidio de por vida». No importa dejar huellas. En estos andurriales no ayudará a los perseguidores, en cambio algún día lo leerá la gente.

Decidimos no apresurarnos. Todo lo que buscábamos al fugarnos ya lo tenemos: ¡libertad! (Cuando lleguemos a Omsk o a Moscú difícilmente tendremos más). Días soleados todavía templados, aire puro, vegetación, descanso. Y carne a voluntad. Lo que nos falta es pan, lo echamos mucho de menos.

Y así vivimos en la isla casi una semana: desde el *décimo* día hasta empezar el *decimosexto*. En lo más espeso construimos una choza seca. Por las noches hace frío incluso dentro de ella, bien es verdad, pero recuperamos sueño de día. Todos estos días nos luce el solecito. Bebemos mucho, intentamos hacer provisión como los camellos. Nos estamos plácidamente sentados y a través de las ramas observamos largamente la vida allí, en la orilla. Allí circulan camiones. Allí guadañan la hierba, segunda siega. Aquí no viene nadie a mirar.

De pronto un día, cuando estamos dormitando en la hierba el último sol, oímos hachazos en la isla. Nos incorporamos y vemos: aquí cerquita hay un hombre cortando ramas, que poco a poco se nos va acercando.

En quince días me ha salido barba, una terrible pelambrera pelirroja, no tengo con qué afeitármela, el típico fugado. En cambio a Zhdanok no le crece nada, es como un

mozuelo. Por eso me hago el dormido, y lo mando a él, sin esperar a que nos descubra, que pida fuego, diga que somos turistas de Omsk, averigüe de dónde es él. Y si pasa cualquier cosa, que esté listo.

Kolia se acercó, charló. Encendieron. Resultó ser un kazajo, del koljós vecino. Después vemos: se ha ido por la orilla, se ha metido en su barca y sin recoger el ramaje que había cortado, se ha puesto a remar.

¿Qué significa eso? ¿Tiene prisa por dar parte de nosotros? (O quizás al revés, ¿se ha asustado? De que lo denunciemos, es que por hacer leña en los bosques también dan condena. Así vivimos, que todos temen a todos). «¿Qué has dicho de nosotros?». «Que somos alpinistas». No sé si reír o enfadarme, siempre Zhdanok tiene que meter la pata. «¡Si te he dicho turistas! ¡¿Qué alpinistas va a haber en plena estepa?!».

¡No, no es cosa de quedarse aquí! Se acabó la buena vida. Lo transportamos todo a la barca y zarpamos. Aunque sea de día, hay que marchar cuanto antes. Kolia se ha tendido en el fondo de la barca, no se le ve, visto de fuera va una persona. Remo, manteniéndome en el centro del Irtysh.

Un problema es comprar pan. Otro es que llegamos a sitios poblados y necesito afeitarme como sea. En Omsk pensamos vender uno de los trajes, subir varias estaciones más allá y marchar en tren.

Antes de anochecer arribamos a la casita de un balizador, subimos. Hay una mujer, sola. Se asusta, se aturulla: «¡Ahora llamo a mi marido!». Y salió. Yo tras ella, vigilando. De pronto desde la casita me llama nerviosamente Zhdanok: «¡Zhora!». (Allá te cuelguen, tienes la lengua más larga… ¿No hemos quedado que soy Víctor Alexándrovich?). Vuelvo. Dos hombres, uno de ellos con una, escopeta de caza. «¿Quiénes sois?». «Turistas, de Omsk. Queremos comprar provisiones. (Y, para eliminar sospechas). Pero entremos en la casa, ¿por qué recibís tan mal?». Y en efecto, se relajan: «No tenemos nada. Quizás en el sovjós. Dos kilómetros más abajo».

Volvemos a la barca y bajamos veinte más. Noche de luna. Subimos la escarpadura. Una casita. No hay luz. Llamamos. Sale un kazajo. Y es la primera persona en vendernos media hogaza de pan, un cuarto de saco de patatas. Compramos también una aguja e hilo (probablemente es una imprudencia). También le pedimos una hoja de afeitar, pero él no se afeita, no le crece. Con todo, la primera buena persona. Nos animamos y preguntamos si no tendrían algo de pescado. Se levanta la mujer, nos trae dos pescaditos y dice: «Sinc dineros». Eso ya es más de lo que esperábamos, ¡nos los da sin pagar! ¡Vaya, desde luego son buena gente! Meto los peces en el saco, vuelve a sacarlos. «Cinc dineros, cinc rublos», explica el marido. ¡Ah, acabáramos! No, no nos los quedamos, muy caro.

Viajamos el resto de la noche. Para el siguiente, *decimoséptimo* día de evasión escondemos la barca entre matorrales, nosotros dormimos en el heno. Igualmente el *decimooctavo y decimonoveno* días, procurando no encontrarnos con gente. Tenemos de todo: agua, lumbre, carne, patatas, sal, un cubo. En la acantilada orilla derecha,

hay bosques de hoja caduca; en la izquierda, praderas, mucho heno. De día encendemos una hoguera entre matorrales, preparamos algún guisote, dormimos.

Pero pronto estaremos en Omsk, y será inevitable salir *en público*; o sea que es precisa una hoja de afeitar. Una situación grotesca: sin hoja de afeitar ni tijeras no hay forma humana de librarme de la pelambrera. Ni que me la quitara a tirones pelo por pelo.

En una noche de luna vimos una alta elevación sobre el Irtysh. Pensamos ¿un fuerte?, ¿de tiempos de la conquista? Subimos a ver. Y a la luz de la luna vimos una misteriosa ciudad muerta de casas de adobe. También, seguramente, a principios de los treinta… Lo que ardía lo quemaba, el adobe lo derribaban, a según quién los ataban a las colas de los caballos. Los turistas aquí no vienen…

No llovió ni una sola vez en estas dos semanas. Pero las noches ya se volvieron muy frías. Para ir más de prisa, remaba casi siempre yo, mientras Zhdanok se quedaba sentado en la popa helándose. Y a la *vigésima* noche se puso a pedir que encendiéramos una hoguera y calentáramos agua. Yo lo colocaba a remar, pero él temblaba de frío y pedía sólo una hoguera.

Esta hoguera no podía negársela un compañero de fuga, Kolia debía comprender y renunciar él mismo. Pero Zhdanok tenía eso, que no podía luchar contra su deseo: como entonces que cogió la galleta de la mesa; o como lo tentaban las aves.

Temblaba y pedía una hoguera. Pero a lo largo del Irtysh nos deben estar acechando en todas partes. Lo asombroso es que no nos hayamos cruzado ni una vez con la escolta. Que en las noches de luna en mitad del Irtysh no nos hayan notado y detenido.

Entonces vimos sobre la orilla alta una lucecita. Kolia empezó a pedir, en vez de la hoguera, que entrásemos y nos calentáramos. Era más peligroso todavía. No podía acceder. Sufrir tanto, adelantar tanto, y total ¿para qué? Pero no se lo podía negar, a lo mejor estaba enfermo. Y él mismo no renunciaba.

A la luz de una mariposa dormían en el suelo un kazajo y una kazaja. Se pusieron en pie de un brinco, se asustaron. Explico: «Se me ha puesto enfermo aquí un compañero, dejadnos calentar. Estamos en comisión de servicio, del Servicio del Trigo. Nos han pasado en barca desde aquel lado». Dice el kazajo: «Acostaros». Se acostó Kolia en una especie de esterilla, también me tumbé yo para disimular. Es la primera vez en toda la huida que dormimos bajo tejado, pero a mí me escuece. No ya dormir, no consigo ni estar acostado. Sensación de que nos hemos traicionado nosotros mismos, de que nos hemos metido voluntariamente en la boca del lobo.

El viejo ha salido en ropa interior (si no yo habría ido tras él) y está mucho rato sin volver. Oigo: tras la cortina están cuchicheando en kazajo Son jóvenes. Pregunto: «¿Quiénes sois? ¿Balizadores?». «No, somos el sovjós ganadero Abai, el primero de la república». ¡Pues vaya un sitio que hemos elegido, peor imposible! Dónde hay sovjós, hay poder y Policía. ¡Y encima el primero de la república! O sea que se aplican…

Le aprieto la mano a Kolia: «Voy a la barca, vente detrás. Con la cartera». En voz alta digo: «Las provisiones, que se nos han quedado en la orilla». Salgo al zaguán. Empujo la puerta de fuera, está cerrada. Ya, clarísimo. Vuelvo, le doy un tirón de alarma a Kolia y otra vez a la puerta. La han forrado carpinteros malos, abajo hay una tabla más corta, meto la mano por ahí y me estoy un rato estirando… Míralo, la han atrancado por fuera con una estaca. La hice caer.

Salgo. Rápido a la orilla. La barca está en su sitio. Me quedo a plena luna esperando. Pero Kolia no aparece. ¡Vaya, hombre! O sea que le falta voluntad para levantarse. Se está calentando un minuto más. O lo tienen cogido. Hay que ir a rescatarlo.

Vuelvo a subir el barranco. Desde la casa vienen hacia mí cuatro hombres, entre ellos Zhdanok. Van muy juntos (¿o lo sujetan?). Grita: «¡Zhora! (¡Otra vez “Zhora”!). ¡Ven aquí! ¡Piden la documentación!». Pero la cartera en la mano, como yo le había mandado, no la tiene.

Me acerco. Uno nuevo, con acento kazajo, me pide: «¡Su documentación!». Me mantengo lo más tranquilo que puedo: «¿Y usted, quién es?». «Yo soy el comandante». «Bueno —digo en tono alentador—, vamos allá. Comprobar la documentación siempre es buena cosa. Allí, en la casa, habrá más luz». Vamos a la casa.

Levanto lentamente la cartera del suelo, me acerco a la mariposa, mido cómo podré mejor derribarlos y salir, mientras tanto los entretengo: «La documentación, eso siempre, desde luego. Comprobar la documentación, hay que hacerlo. La vigilancia nunca está de más. En el Servicio del Trigo tuvimos un caso»… Ya tengo la mano en la cerradura para abrir la cartera. Se han agolpado alrededor mío. ¡Bum-ba!, le doy al comandante con el hombro a la izquierda, él sobre el viejo, al suelo los dos. Al joven, un directo a la mandíbula con la derecha. ¡Chillidos, gritos! Yo: «¡Majmaderal», y salto con la cartera por una puerta, por la otra. En éstas me grita Kolia desde el zaguán: «¡Zhora! ¡Me sujetan!». Se ha agarrado al marco de la puerta, y lo estiran hacia el interior. Le doy un tirón del brazo, no consigo arrancarlo. Entonces me apoyé con el pie en el marco y tiré con tanta fuerza, que Kolia me pasó por encima y yo mismo me caí. En el acto se me echaron dos encima. Todavía no comprendo cómo salí de bajo ellos. Nuestra preciosa cartera se quedó allí. Corrí recto al barranco, ¡y a saltos! De atrás, en ruso: «¡Dale con el hacha! ¡Con el hacha!». Seguro que es para asustar, si no lo dirían en kazajo. Siento que ya están a punto de alcanzarme con las manos. Tropiezo, ¡ay que me caigo! Kolia ya está delante de la barca. Grito.

Menos mal que no tenían escopeta. Empujé la barca hasta que el agua me subió a las rodillas, luego salté dentro. Los kazajos no se deciden a meterse en el agua, van corriendo por la orilla: «¡bla-bla-bla!». Les grito: «¿Qué? ¿Nos habéis cogido, cerdos?».

Menos mal que no tenían escopeta. Dirigí la barca corriente abajo. Dan voces, corren por la orilla, pero les corta el camino un pequeño afluente. Me quité mis dos pares de pantalones, los de marina y los del traje, los escurro, no doy diente con diente. «¿Qué, Kolia? ¿Nos hemos calentado?». No dice nada…

Está claro que del Irtysh ahora habrá que despedirse. Al amanecer será cuestión de bajar a la orilla y llegar a Omsk en *auto-stop*. Bueno, ya no queda tan lejos.

En la cartera se han quedado la «Katiusha» y la sal. ¿Y de dónde sacar una hoja de afeitar, ya no digo secarnos? Ahí en la orilla hay una barca, una casita. Por lo visto es un balizador. Desembarcamos, llamamos. No encienden la luz. Una profunda voz de hombre: «¿Quién es?». «¡Déjenos calentar! De poco nos ahogamos, se nos ha volcado la barca». Se están un buen rato trasteando, luego abren la puerta. En el zaguán, a media luz, hay al lado de la puerta un viejo fornido, ruso, en ambas manos tiene un hacha levantada. ¡La bajará sobre el primero, no habrá quien lo pare! «No tenga usted miedo —lo convenzo—. Venimos de Omsk. Estuvimos de servicio, en el sovjós Abai. Quisimos llegar en barca a la cabeza de distrito, allá bajo, pero arriba de usted hay un banco y han puesto unas redes, nos hemos descuidado y hemos volcado». Todavía nos mira con desconfianza, no baja el hacha. ¿Dónde lo he visto yo, en qué cuadro? Un viejo de leyenda, el pelo blanco, la barba blanca. Por fin contestó: «¿Eso qué es, entonces, a Zhelesianka?». Hombre, estupendo, nos enteramos de dónde estamos. «Claro, a Zhelesianka. Pero lo malo es que se nos ha hundido la cartera, y allí había 150 rublos de dinero. Hemos comprado carne en el sovjós, pero ahora no estamos para carne. ¿Quizá nos la querrá comprar?». Zhdanok fue a por la carne. El viejo me dejó pasar a la habitación, allí hay una lámpara de petróleo, en la pared una escopeta de caza. «Ahora os comprobaremos la documentación:» Intento hablar con despreocupación: «La documentación la llevamos siempre encima, menos mal que está en el bolsillo de arriba, no se ha mojado. Yo soy Stoliarov, Víctor Alexándrovich, delegado de la dirección provincial de ganadería». Ahora hay que hacerse rápidamente con la iniciativa. «¿Y usted, quién es?». «El balizador». «¿Y cómo se llama?». En estas llegó Kolia y el viejo no volvió a hablar más de documentación. Dijo que para la carne no tenía dinero, pero que sí podía hacernos té.

Estuvimos en su casa una horita. Nos calentó té sobre unas astillas, nos dio pan y hasta nos cortó tocino. Hablamos de lo navegable que es el Irtysh, por cuánto habíamos comprado la barca, dónde venderla. Hablaba más él. Nos miraba con una inteligente vieja mirada de simpatía, y me pareció que lo entendía todo, un hombre de verdad. Hasta me dieron ganas de descubrirme a él. Pero no nos habría servido de nada: útiles de afeitar obviamente no tenía, le crecía la barba como crece todo en el bosque. Y para él, era más seguro no saber nada, si no, era «supo y no dijo».

Le dejamos ternera de la nuestra, él nos dio cerillas, salió a acompañarnos y nos explicó dónde teníamos que arrimarnos a qué lado. Zarpamos y nos pusimos a remar rápido, para adelantar lo más posible en esta última noche. Nos han estado

capturando en la orilla derecha, ahora nos pegamos más a la izquierda. La luna la tapa nuestra orilla, pero el cielo está despejado, y vemos que a lo largo de la orilla derecha, acantilada y boscosa, va bajando al filo de la corriente otra barca, sólo que la nuestra va más rápido.

¿No será un grupo de operaciones…? Navegamos en paralelo. Me decidí a actuar descaradamente, apreté con los remos, me acerqué. «¡Paisano! ¿Adónde vas?». «A Omsk». («¿Y de dónde vienes?». «De Pavlodar». «¿Para qué tan lejos?». «Para siempre, para quedarme»).

Para un agente de operaciones su acento del Volga es demasiado sencillote, contesta de buena gana, por lo visto hasta se alegra del encuentro. Tiene a su mujer durmiendo en la barca, él mata la noche dándole a los remos. Miro: no es una barca, parece un carro, toda llena de trastos, bultos por todos sitios.

Reflexiono rápidamente. En nuestra última noche, en nuestras últimas horas en el río, ¡semejante encuentro! Si se muda del todo, querrá decir que aquí tienen las provisiones, y el dinero, y los pasaportes, y la ropa, y hasta la maquinilla de afeitar. Y nadie en ningún sitio los echará a faltar. Él va solo, nosotros somos dos, la mujer no cuenta. Yo iré con su pasaporte, Kolia se disfrazará, pasará por la mujer: bajito, la cara lampiña, las formas ya se las pondremos. En algún sitio, claro, también tendrán una maleta, para darnos aspecto de viajeros. Y cualquier camionero esta misma mañana nos llevará hasta Omsk.

¿A quién no han robado por los ríos rusos? Perra suerte, ¿qué remedio nos toca? Después de haber dado la huella en el río, es nuestra única oportunidad y la última. Es lástima quitarle lo suyo a un trabajador, pero ¿quién nos ha tenido lástima a nosotros? O ¿quién la tendrá?

Todo eso en un instante, en mi cabeza y en la de Zhdanok. Y sólo pregunto bajito: «¿Mm-m?». Y él bajito: «Majmadera».

Me acerco cada vez más y ya desvío su barca hacia la escarpada orilla, hacia el negro bosque, me apresuro a cortarle el paso antes de un recodo del río, allí tal vez se acabe el bosque. Cambio mi voz por una de mandamás y ordeno:

—¡Atención! Somos un grupo de operaciones del Ministerio del Interior. Acérquense a la orilla. ¡Comprobación de documentos!

El remero soltó los remos: o se azoró, o tal vez incluso se alegró: no son bandidos, son un grupo de operaciones.

—Por supuesto —dice—, pueden comprobarlos aquí, sobre el agua.

—Si está mandado a la orilla, ¡vaya a la orilla! Y de prisa.

Se acercaron. Nos colocamos casi borde contra borde. Nosotros saltamos, él pasa con dificultad por encima de los bultos, vemos que cojea. La mujer se despertó: «¿Qué, falta mucho?». El marido me entrega su pasaporte. «¿Y la cartilla militar?». «Soy inválido, desde una herida, estoy exento. Aquí tiene el certificado»… Veo: en la proa de su barco brilla algo metálico, un hacha. Hago una señal a Kolia: confiscarlo. Kolia se abalanzó demasiado bruscamente y agarró el hacha. La mujer se puso a

aullar, lo presintió. Yo, severamente: «¿Qué gritos son ésos? A callar. Buscamos a unos fugitivos. Delincuentes. Y un hacha también es un arma». Se calmaron algo.

Doy una orden a Kolia:

—¡Teniente! Lléguese al puesto. Allí debe estar el capitán Vorobiov.

(Tanto el grado como el apellido se me ocurrieron solos, por lo siguiente: nuestro amigo, el capitán Vorobiov, el huidor, se ha quedado en el BUR de Ekibastuz).

Kolia lo entendió: ir a mirar arriba si no hay nadie, si se puede actuar. Y subió corriendo. Yo entretanto interrogo y observo. El detenido me alumbra servicialmente con sus propias cerillas. Me leo los pasaportes y certificaciones. También concuerda la edad, el inválido no llega a los cuarenta. Trabajaba de balizador. Ahora han vendido la casa, la vaca. (Todo el dinero, claro, lo llevan encima). Van a buscar suerte. No les bastaba con el día, fueron de noche.

Es una ocasión excepcional, una ocasión como pocas, justamente porque nadie los echará en falta. Pero ¿qué queremos? ¿Necesitamos sus vidas? No, yo no he matado a personas ni quiero hacerlo. Al juez de instrucción o al comisario, cuando me torturan, sí, pero no se puede levantar mi mano contra simples trabajadores. ¿Cogerles su dinero? Sólo una pequeña parte. Bueno, ¿cómo de pequeño? Para dos billetes a Moscú. Y la alimentación. Y además algunos trastos. No los arruinará. ¿Y si no cogemos ni su documentación ni su barca, y quedamos que no den parte? Difícil de creer. ¿Y qué vamos a hacer sin documentación?

Y si les cogemos la documentación, no les queda otra cosa que dar parte. Y para que no den parte, hay que atarlos aquí. Atarlos de forma que nos queden dos-tres días por delante.

Pero entonces, ¿significa simplemente…?

Ha vuelto Kolia, me ha hecho seña de que arriba todo está en orden. Espera de mí «¡majmadera!». ¿Qué hacer?

Aparece ante mis ojos Ekibastuz con su vida esclava, presidiaria.

¿Y allí vamos a volver…? ¿Es que realmente no tenemos derecho a…?

Y de pronto, de pronto algo muy ligero rozó mis piernas. Miré: algo pequeño, blanco. Me agacho, veo: es un gatito blanco. Ha saltado de la barca, tiene el rabito recto hacia arriba, ronronea y se frota contra mis piernas.

No conoce mis pensamientos.

Y con este contacto de un gatito sentí que mi voluntad se había quebrado. Tensa al máximo durante veinte días, desde el momento de pasar bajo las alambradas, pareció haberse cortado en seco. Sentí que me dijera ahora Kolia lo que me dijera, no podría no sólo quitarles la vida, sino ni siquiera sus ahorros ganados con su trabajo.

Conservando la severidad:

—¡Esperen aquí, ahora lo aclararemos!

Subimos arriba de la escarpadura, llevo en las manos su documentación. Digo a Kolia lo que pienso.

Él calla. No está conforme, pero calla.

Así están las cosas: *ellos* le pueden quitar la libertad a cualquiera, y no tienen escrúpulos de conciencia. Si en cambio esa libertad que nos pertenece, la queremos recuperar, nos exigen a cambio nuestra vida y la vida de todos los que encontremos por el camino.

Ellos lo pueden todo, y nosotros no. Por eso son más fuertes que nosotros. Sin habernos puesto de acuerdo, bajamos. Al lado de la barca está el cojo. «¿Dónde está la mujer?». «Se ha asustado, se ha ido al bosque».

—Tenga su documentación. Pueden seguir viaje.

Da las gracias. Grita al bosque:

—¡Marga! ¡Vuélvete! Son gente buena. Nos vamos.

Nos separamos de la orilla. Remo rápidamente. El operario cojo cae en la cuenta y me grita:

—¡Camarada jefe! Ayer vimos a dos, igual que bandidos. ¡Si lo hubiéramos sabido, los habríamos detenido, a los cabrones!

—¿Qué, te han dado lástima? —pregunta Kolia.

Me callo.

Desde aquella noche —desde el entrar a calentarnos, o desde el gatito blanco— se quebró toda nuestra fuga. Algo habíamos perdido: ¿la confianza?, ¿los reflejos?, ¿la capacidad de razonar?, ¿la unanimidad en las decisiones? Aquí, justo ante Omsk, empezamos a cometer errores y tirar cada cual hacia su lado. Y unos fugitivos así no llegan lejos.

Al despuntar el día abandonamos la barca. Dormimos el día en un henil, pero con sobresaltos. Oscureció. Hay hambre. Habría que guisar carne, pero hemos perdido el cubo en la retirada. Decido freírla. Encontramos un asiento de tractor, será nuestra sartén. Las patatas, las asaremos.

Al lado había una alta choza de heno, la habían dejado los segadores. En la ofuscación que me ha venido hoy, no sé por qué decido que será bueno encender la hoguera dentro de la choza: no la verán desde ningún sitio. Kolia no quiere ninguna cena: «¡Sigamos adelante!». Desacuerdo, la cosa no va.

A pesar de todo encendí la hoguera en la choza, pero puse de más. Y se prendió toda la choza, a duras penas logré salir. El fuego se pasó al henil, se prendió el henil, el mismo en que habíamos pasado el día. De pronto me dio lástima este heno, oloroso, bueno con nosotros. Empecé a dispersarlo, a revolcarme por el suelo, intentando apagarlo, para que el fuego no siguiera. Kolia está sentado a un lado, enfurruñado, no ayuda.

¡Vaya una *huella* he dejado! ¡Qué resplandor! Se ve a muchos kilómetros. Y eso además es *sabotaje*. Por la fuga nos darán los mismos cinco duros que ya tenemos. Pero por «sabotear» el heno koljosiano, hasta puede ser la *máxima* si les da por ahí.

Y sobre todo, con cada error crece la posibilidad de un nuevo error, pierdes la confianza, la apreciación de la situación.

La choza ardió, pero las patatas se asaron. Ceniza en lugar de sal. Comimos.

Fuimos de noche. Rodeamos un gran pueblo. Encontramos una pala. La recogimos por si acaso. Tomamos más cerca del Irtysh. Y nos cortó el paso una ensenada. ¿Otra vez dar un rodeo? Lástima. Buscamos y encontramos una barca sin remos. Es igual, la pala hará de remo. Cruzamos la ensenada. Allí até una correa a la cala y me la puse a la espalda, para que el mango asomara hacia arriba como el cañón de una escopeta. En la oscuridad que parezcamos cazadores.

Al poco rato nos encontramos con alguien, a un lado. Él: «¡Petró!». «¡Te has equivocado, no es Petró!».

Anduvimos toda la noche. Dormimos otra vez en un almiar. Nos despertó la sirena de un barco. Nos asomamos: no muy lejos hay un embarcadero. Hacia él van camiones con sandías. Está cerca Omsk, está cerca Omsk, está cerca Omsk. Es hora de afeitarme y de conseguir dinero.

Kolia me marea: «Ahora estamos perdidos. ¿Para qué fugarse, si luego les vas a tener lástima? Se estaba decidiendo nuestra suerte, y tú te has compadecido. Ahora estamos perdidos».

Tiene razón. Ahora parece tan absurdo: no hay forma de afeitarme, no hay dinero, pero tuvimos lo uno y lo otro en nuestras manos y no lo tomamos. ¡Era preciso estarse tantos años preparando la fuga, manifestar tanta astucia, reptar bajo la alambrada y esperar una ráfaga en la espalda, estar seis días sin beber agua, dos semanas cruzando el desierto, para no tomar lo que tenía en las manos! ¿Cómo voy entrar en Omsk sin afeitar? ¿Con qué dinero seguiremos viaje desde Omsk…? Pasamos el día acostados en el henil. No podemos dormir, naturalmente. Sobre las cinco de la tarde dice Zhdanok: «Vamos ahora, echaremos un vistazo con luz». Yo: «¡Ni hablar!». Él: «¡Pero si pronto habrá pasado un mes! ¡Eres un apocado! Salgo y me voy solo». Lo amenazo: «¡Mira que tengo el cuchillo para ti también!». Pero claro, no se lo iré a clavar.

Calla, se queda acostado. De pronto se deja caer fuera del henil y se va. ¿Qué hacer? ¿Separarnos así por las buenas? Salto yo también, voy detrás. Marchamos a plena luz, por un camino a lo largo del Irtysh. Nos sentamos tras un almiar, deliberamos: si ahora nos encontramos con alguien, ya no lo podemos dejar ir, para que no dé el chivatazo antes de la oscuridad. Kolia salió imprudentemente —a ver si estaba el camino libre— y lo vio un mozo. Hubo que llamarlo: «¡Acércate, amigo, de pena vamos a echar un cigarro!». «¿Qué pena tenéis?». «Pues íbamos aquí mi cuñado y yo de permiso en barca, yo soy de Omsk, él es de los astilleros de Pavlodar, está de carpintero, pues de noche se nos desató la barca y se fue, nos hemos quedado con lo que teníamos en la orilla. Y tú, ¿quién eres?». «Soy balizador». «¿No has visto nuestra barca en ningún sitio? ¿Quizás entre los juncos?». «No». «¿Y dónde está tu puesto?». «Allí, mira». Señala una casita. «Bueno, vamos a tu casa, guisaremos carne. Y de camino me afeito».

Vamos. Pero la casita resulta que es de otro balizador más, del vecino, y la del nuestro está a unos trescientos metros más allá. Otra vez no está solo. Apenas entramos en la casa, llega el vecino en bicicleta con una escopeta de caza. Mira mi barba de reojo, hace preguntas sobre la vida en Omsk. ¡A mí, presidiario, interrogarme sobre la vida en libertad! Algo voy inventando al buen tuntún, que de pisos andamos mal, de comestibles andamos mal, de otras mercancías andamos mal, en eso es difícil que te equivoques. Él pone mala cara, discute, resulta que es del partido. Kolia hace una sopa, tenemos que ir bien comidos, quizás hasta Omsk no volveremos a tener ocasión.

Un rato angustioso hasta la oscuridad. Ni a uno, ni a otro se les puede dejar ir. ¿Y si viene un tercero? Pero ahora los dos se preparan para ir a colocar las luces. Ofrecemos nuestra ayuda. El del partido rehusa: «Sólo tengo que colocar dos luces, luego necesito ir al pueblo, a llevar leña a la familia. Pero antes volveré por aquí». Hago una señal a Kolia: que no le quite el ojo al del partido, si pasa cualquier cosa, a los matorrales. Señalo un lugar de encuentro. Yo voy con el nuestro. Desde el barco examino la configuración del terreno, pregunto qué distancias hay hasta dónde. Volvemos al mismo tiempo que el vecino. Eso nos tranquiliza: no ha tenido tiempo de dar el soplo. Al ratito efectivamente pasó por la casa con su carreta de leña. Pero no sigue, se sienta a probar la sopa de Kolia. No se va. ¿A ver qué hacemos? ¿Sujetarlos a los dos? ¿A uno a la bodega, al otro en la cama…? ¿Los dos tienen documentación, aquél también una bicicleta y una escopeta? Esa es la vida de un fugitivo, no te basta con la simple hospitalidad, encima tienes que quitar a la fuerza…

De pronto, un chirrido de toneles. Miro por la ventana, vienen tres en una barca, ya son cinco contra dos. Mi anfitrión sale, en seguida vuelve por bidones. Dice: «El capataz ha traído petróleo. Qué raro que haya venido él, hoy es domingo».

¡Domingo! Habíamos olvidado contar por días de la semana, para nosotros no era eso lo que los distinguía. En un domingo por la noche nos hemos fugado. Luego ¡son tres semanas justas de fuga! ¿Qué habrá allí en el campo…? La jauría ya debe haber renunciado a pillarnos. En tres semanas, si hubiéramos huido en camión, a estas horas ya podríamos estar instalados en alguna Carelia o Bielorrusia, tener un pasaporte, trabajar. Y con suerte, más al Oeste y todo… ¡Y qué lástima sería rendirnos ahora, después de tres semanas!

«¿Qué, Kolia, nos hemos hartado de comer, ahora si echaramos una cagadita?». Salimos a los matorrales y de allí observamos: nuestro anfitrión toma petróleo de la barca recién llegada, allá se ha acercado también el vecino del partido. Hablan de algo, pero no los oímos.

Se van. A Kolia lo mando rápidamente a casa, para no dar tiempo a los balizadores de hablar de nosotros a solas. Yo mismo voy silenciosamente al barco del dueño. Para no hacer ruido con la cadena, hago fuerza y arranco la propia estaca. Calculo el tiempo: si el capataz de los balizadores ha ido a dar parte de nosotros, tiene siete kilómetros hasta el pueblo, por tanto, unos cuarenta minutos. Si las charreteras

rojas están en el pueblo, han de ponerse en marcha y llegar hasta aquí en camión, son unos quince minutos más.

Voy a la casa. El vecino sigue sin marcharse, nos entretiene charlando. Es muy raro. Entonces habrá que agarrar a los dos a la vez. «¿Qué, Kolia, nos vamos a lavar antes de dormir?» (hay que ponerse de acuerdo). Apenas hemos salido, en el silencio oímos pisadas de botas. Nos agachamos y sobre el cielo más claro (la luna aún no ha sólido) vemos destacarse hombres desplegados que corren rodeando los matorrales, para rodear la casita.

Susurro a Kolia: «¡A la barca!». Corro hacia el río, bajo rodando el talud, me caigo y ya estoy junto a la barca. Es a vida o muerte, cuestión de segundos, ¡y Kolia no llega! ¿Dónde, dónde estará? Y no lo puedo dejar.

Por fin, siguiendo la orilla, viene corriendo hacia mí en la oscuridad. «¿Kolia, eres tú?». ¡Llamarada! ¡Un tiro a bocajarro! De una voltereta, los brazos delante, salto a la barca. Desde la escarpadura, ráfagas de metralleta. Gritan: «Ya hemos acabado con uno». Se agachan: «¿Herido?». Gimo. Me sacan, me llevan. Cojeo (si estás descalabrado, te pegarán menos). En la oscuridad dejo disimuladamente caer en la hierba dos cuchillos.

Arriba los charreteras rojas me preguntan el apellido. «Stoliarov». (Quizá todavía salga del apuro. ¡Tan pocas ganas de decir mi apellido, es el fin de la libertad!). Me pegan en la cara: «¡Apellido!». «Stoliarov». Me entran en la isba, me desvisten hasta la cintura, me atan las manos a la espalda con un alambre, se me clava. Me aprietan bayonetas contra el vientre. Debajo corre un reguerito de sangre. Un policía, el teniente Sabotázhnikov, el que me ha atrapado, me va metiendo su revólver en la cara, veo que está armado. «¡Apellido!». Bah, es inútil resistir. Se lo digo. «¿Dónde está el otro?». Agita el revólver, las bayonetas se me hincan más: «¿Dónde está el otro?». Me alegro por Kolia y repito: «Estábamos juntos, deben haberlo matado».

Vino un comisario con un orillito azul, un kazajo. Me empujó atado a la cama, quedé medio tendido, y me empezó a pegar rítmicamente en la cara, mano derecha, izquierda, derecha, izquierda, como quien nada. A cada bofetada mi cabeza choca contra la pared. «¿Dónde está el armamento?». «¿Qué armamento?». «Teníais una escopeta, os han visto de noche». Es aquel cazador nocturno, también nos han vendido… «¡Si era una pala, no una escopeta!». No se lo cree, pega. De pronto me encontré comodísimo, es que había perdido el conocimiento. Cuando me volvió: «Tú mira, si a alguno de los nuestros lo hieren, ¡terminamos contigo en el acto!».

(Como si lo presintieran: ¡Kolia tenía efectivamente una escopeta! Se aclaró después: cuando le dije a Kolia «¡a la barca!», él echó a correr en dirección opuesta, a los matorrales. Me explicó que no había entendido… Qué va, había estado todo el día porfiando por separarse, y ahora lo hizo. Y había recordado la bicicleta. Al oír los tiros se lanzó lejos del río y reptó atrás, de donde habíamos venido. Ya había oscurecido del todo, y mientras toda la jauría estaba reunida alrededor de mí, se incorporó y echó a correr. Corría y lloraba, pensaba que me habían matado. Así llegó

a aquella segunda casita, la del vecino. Hundió la ventana de una patada, se puso a buscar la escopeta. La encontró a tientas en la pared, junto con una bolsa de cartuchos. La cargó. La idea, dice, era: «¿Vengarme? ¿Voy y les pego unos tiros por Zhora?». Pero cambió de parecer. Encontró la bicicleta, encontró un hacha. Desde dentro partió la puerta de un hachazo, puso sal en su bolsa [le parecía lo más importante, o no tendría tiempo para pensar], y se fue primero por el camino vecinal, luego por en medio del pueblo, por delante mismo de los soldados. A ellos ni se les pasó por la mente).

En cuanto a mí, me pusieron atado en un carro, dos soldados se me sentaron encima y me llevaron así al sovjós, a unos dos kilómetros. Ahí estaba el teléfono por el cual el guardabosques (iba en la barca con el capataz de los balizadores) había llamado a los charreteras rojas. Por eso llegaron tan pronto, por el teléfono, yo con eso no había contado.

Con este guardabosques aquí ocurrió una escenita que parece desagradable de contar, pero que para un capturado es característica: necesitaba orinar, y alguien tenía que ayudarme a hacerlo, ayudarme muy íntimamente, porque tenía las manos atadas a la espalda. Para que los soldados no tuvieran que humillarse, justamente al guardabosques le ordenaron que saliera conmigo. En la oscuridad nos alejamos unos pasos de los soldados, y él, al asistirme, me pidió perdón por su traición: «Es por el cargo que tengo. No pude hacer otra cosa».

No contesté. ¿Quién puede ser juez en eso? Nos vendieron con cargo y sin cargo. Nos vendieron todos los que encontramos en el camino, salvo aquel viejo venerable de la barba blanca.

En una isba ante la carretera estoy sentado, desnudo hasta la cintura, atado. Tengo mucha sed, no me dan agua. Los charreteras rojas me echan malas miradas, cada cual busca la ocasión de darme con la culata. Pero aquí ya no me matarán tan fácilmente: pueden matar cuando son pocos, cuando no hay testigos. (Se puede comprender la rabia que me tienen. Cuántos días han estado sin descanso rastrillando juncos en el agua y comiendo sólo conservas, sin nada caliente).

En la isba está toda la familia. Los chiquillos menudos me miran con curiosidad, pero tienen miedo de acercarse, incluso tiemblan. El teniente de Policía está sentado, bebe vodka con el dueño de la casa, está contento del éxito y de la recompensa que le darán. «¿Tú sabes quién es? —se jacta ante el dueño—. Es un coronel, un célebre espía americano, un bandido conocido. Huía a la Embajada americana. Por el camino, mataban hombres y se los comían».

Tal vez hasta se lo crea. Ésos son los rumores que el MVD difundió sobre nosotros para que fuera más fácil capturarnos, para que todos nos denunciaran. No les basta con la ventaja del poder, de las armas, de la rapidez del desplazamiento, además necesitan auxiliarse con la calumnia.

(Y mientras tanto por la carretera, por delante de nuestra isba, pasa como si tal cosa Zhdanok en bicicleta con la escopeta a la espalda. Ve una isba iluminada, en el

porche unos soldados fumando, ruidosos, en la ventana a mí, desnudo. Y sigue pedaleando hacia Omsk. En cambio allí donde me han cogido quedarán soldados tumbados toda la noche, y por la mañana rastrearán los matorrales. Todavía no sabe nadie que al balizador vecino le han desaparecido la bicicleta y la escopeta, seguro que él también se habrá venido a beber y a presumir).

Habiendo saboreado su hazaña, inaudita en categorías locales, el teniente de Policía ordena trasladarme al pueblo.

Otra vez me echan al carro, me llevan a la KPZ (Celda de Reclusión Preventiva, ¡dónde no las hay! En cada soviet municipal). ¡Dos soldados con metralletas en el pasillo, dos bajo la ventana! ¡Un coronel americano espía! Me han desatado las manos, pero me mandan estar acostado en el suelo en el centro, que no me acerque a ninguna pared. Así, con el tronco desnudo en el suelo, paso la noche de octubre.

Por la mañana viene un capitán, me taladra con la mirada. Me tira mi guerrera (mis restantes cosas ya las han cambiado por alcohol). En voz baja y echando una mirada a la puerta, me hace una pregunta extraña:

—¿Tú cómo me conoces?

—Yo no le conozco.

—¿Pero cómo sabías que la búsqueda la dirige el capitán Vorobiov? ¿Tú sabes, cabrón, en qué situación me has colocado?

¡Es Vorobiov! ¡Y capitán! Allí, de noche, cuando nos hicimos pasar por un grupo de operaciones, nombré al capitán Vorobiov, el operario que perdoné lo ha denunciado todo cuidadosamente. ¡Y ahora el capitán tiene problemas! Si el jefe de la búsqueda está compinchado con el evadido, ¡con razón han estado tres semanas sin poderlo pillar…!

Luego viene toda una jauría de oficiales, me gritan, también me preguntan por Vorobiov. Digo que es una coincidencia.

Me volvieron a atar las manos con alambre, me sacaron los cordones de los zapatos y de día me llevaron por el pueblo. Rodeándome, unos veinte soldados. Salió a verme todo el pueblo, las mujerucas sacuden la cabeza, la chiquillería corre detrás, gritan:

—¡Un bandido! ¡Lo llevan a fusilar!

El alambre me corta las muñecas, a cada paso me caen los zapatos, pero voy con la cabeza alta y miro abierta, orgullosamente a la gente, que vea que soy hombre honrado.

Era que me paseaban en plan de exhibición, para recuerdo de estas mujerucas y chiquillos (estarán veinte años contando leyendas). A la salida del pueblo me empujan a una simple caja vacía de un camión, con tablas viejas y astilladas. Cinco soldados se sientan apoyados en la cabina, para no quitarme el ojo de encima.

Y todos los kilómetros de que tanto nos alegrábamos, todos los kilómetros que nos separaban del campo de concentración, tengo ahora que hacerlos de vuelta. Con los rodeos que da la carretera, habrá su buen medio millar. En las manos me ponen

esposas, apretadas hasta el límite. Las manos atrás, y no tengo con qué protegerme la cara. Estoy tumbado no como una persona, sino como un leño. Bueno, y así es como nos castigan.

Y la pista se va volviendo cada vez peor: llueve, llueve, y el camión va dando tumbos de bache en bache. A cada salto me arrastra la cabeza, la cara por el fondo de la caja, me araña, se me clavan astillas. Las manos, no ya auxiliar al rostro, sino a ellas mismas las corta especialmente en las sacudidas, las esposas parecen aserrarme las muñecas. Intento sobre mis rodillas acercarme al borde y sentarme. ¡En vano! No tengo con qué aguantarme, y a la primera sacudida fuerte caigo al suelo y me arrastro como puedo. A veces te lanza y golpea contra las tablas de tal manera que parece que se te desprendan las tripas. Sobre la espalda imposible: arranca las muñecas. Me tumbo de costado: mal. Ruedo sobre la barriga: mal. Intento doblar el cuello y así levantar la cabeza, preservarla de los golpes. Pero el cuello se me cansa, la cabeza se me baja y se da de cara contra las tablas.

Y cinco soldados contemplan indiferentes mi martirio. Este viaje será parte de su formación espiritual.

El teniente Iákovlev, que viaja en la cabina, en las paradas se asoma a la caja y se ríe: «¿Qué, no se ha fugado?». Le pido que me deje hacer mis necesidades, él se carcajea: «¡Pues hazlas en los pantalones, ¿quién te lo impide?!». Pido que me quiten las esposas, él se ríe: «No te ha tocado el zagal bajo el que has cruzado la zona. A estas horas ya estabas en el otro barrio».

La víspera me alegré de que me hubieran apaleado, pero «no lo merecido». Claro: ¿para qué estropearse los puños, si todo lo hará la caja del camión? En mi cuerpo no quedó un sitio sano por lacerar. Las manos, parece que me las cortan. La cabeza me estalla de dolor. La cara magullada, toda llena de astillas de las tablas, la piel larrancada[55].

Viajamos el día entero y casi toda la noche.

Cuando dejé de luchar con la caja, y ya totalmente insensible, me iba dando con la cabeza contra las tablas, uno de los soldados no lo resistió, me metió un saco bajo la cabeza, aflojó disimuladamente las esposas e inclinándose, me susurró: «Animo, pronto llegaremos, aguanta un poco». ¿De dónde le salió eso a este chaval? ¿Quién lo educaría? Podemos jurar que no fueron Máximo Gorki ni el comisario político de su compañía.

Ekibastuz. Tiradores desplegados en círculo. «¡Sal!». No puedo levantarme. (Bueno, y si me hubiera levantado, habrían sido capaces de hacerme *la calle* como bienvenida). Bajaron el borde, me arrastraron a tierra. Se acercaron también celadores, a ver, a regodearse. «¡Tú, *agresor*!», grita uno.

Me arrastraron por el cuerpo de guardia y a la cárcel. Me metieron no en una individual, sino directamente en una celda, para que los aficionados a la libertad me echaran un vistazo.

En la celda me levantaron solícitamente en brazos y me colocaron en la litera de arriba. Lo único, que no tenían nada que comer hasta la ración matutina.

Entretanto Kolia aquella noche siguió camino hacia Omsk. A cada automóvil, al ver los faros, se desviaba con su bicicleta a la estepa y allí se tumbaba. Luego en una granja solitaria se metió en el gallinero y satisfizo su antojo de evadido: retorció el pescuezo a tres gallinas, las metió en la bolsa. Cuando las restantes empezaron a cacarear, se fue corriendo y continuó adelante.

Aquella inseguridad que nos hizo vacilar después de nuestros graves errores, ahora, después de mi captura, se apoderó más todavía de Kolia. Inestable, sensible, huía ya por desesperación, incapaz de ver claramente lo que había que hacer. No pudo darse cuenta de lo más simple: de que la desaparición de la bicicleta y de la escopeta, naturalmente, ya había sido descubierta, y ya no lo camuflaban, al contrario, había que abandonarlas desde por la mañana como demasiado acusadoras; y de que debía acercarse a Omsk no por este lado y no por la carretera, sino rodeando la ciudad desde lejos, por solares y yermos. La bicicleta y la escopeta había que venderlas cuanto antes, y así tendría dinero. En cambio él pasó medio día sentado en los matorrales cerca del Irtysh, pero otra vez no pudo esperar a la noche y se lanzó por senderos a lo largo del río. Podía ser muy bien que por la radio local ya hubieran transmitido sus señas, en Siberia no son tan discretos con eso como en la parte europea.

Se acercó a una casucha, entró. Dentro había una vieja y su hija, de unos treinta años. Y también había una radio. Por una asombrosa casualidad una voz cantaba:

Huía un preso de Sajalín
por vericuetos en el bosque…

Kolia se conmovió, le saltaron las lágrimas. «¿Qué te pasa?», preguntaron las mujeres. Su compasión hizo que Kolia ya se echara a llorar francamente. Se acercaron a consolarlo. Él explicó: «Estoy solo. Todos me han dejado». «Pues cásate —le dijo medio en broma, medio en serio la vieja—. La mía también es soltera». Kolia se ablandó todavía más, se puso a mirar a la novia. Ésta fue a lo práctico: «¿Dinero para vodka, tienes?». Sacó Kolia sus últimos rublillos, no llegó. «Bueno, luego añadiré». Se fue. «¡Sí! —recordó Kolia—. Si he cazado perdices. Anda, suegra, a ver si guisas una cena de fiesta». La vieja las tomó: «¡Pero si son gallinas!». «Será que me habré confundido en la oscuridad cuando les tiré». «¿Y por qué tienen el pescuezo retorcido…?».

Pidió Kolia un cigarrillo, la vieja le pide al novio dinero por picadura. Se quitó Kolia la gorra, la vieja se sobresaltó: «¿No serás un preso, que tienes la cabeza pelada? Vete mientras puedas. Si no, vendrá mi hija, ¡te entregaremos!».

Y le da vueltas a Kolia todo el tiempo: ¿por qué nosotros en el Irtysh hemos tenido piedad de unos libres, pero los libres no tienen piedad de nosotros? Cogió de la pared una cazadora «Moskvich» (fuera había refrescado, y él iba con sólo el traje), se la puso, justo su talla. La vieja chilla: «¡Te entrego a la Policía!». Kolia ve por la ventana: viene la hija y con ella uno en bicicleta. ¡Ya ha dado el soplo!

O sea, «¡majmadera!». Tomó la escopeta y a la vieja: «¡Al rincón! ¡Acuéstate!». Se puso junto a la pared, dejó entrar a aquellos dos y manda: «¡A tierra!». Y al hombre: «¡Tú me vas a regalar tus botas para la boda! ¡Quítatelas una por una!». Con la escopeta apuntando, aquél se quitó las botas, Kolia se las calzó, previo tirar sus zapatos rotos del campo de concentración, y amenazó que si alguno salía en pos de él, le pegaba un tiro.

Y marchó en bicicleta. Pero el hombre lo persiguió en la suya. Kolia saltó a tierra, la escopeta apuntando: «¡Alto! ¡Tira la bicicleta! ¡Apártate!». Lo hizo retroceder, se acercó, le rompió los radios, le destrozó una cámara con el cuchillo, y se fue.

Al poco rato salió a la carretera. Delante de él, Omsk. Allá fue, todo derecho. Aquí ya hay una parada de autobús. En los huertos, unas mujeres cavando patatas. Detrás se le pegó una moto, dentro tres obreros con zamarras. Al rato de seguirlo, de pronto adelantó a Kolia y lo tiró con el sidecar. Saltaron de la moto, cayeron sobre Zhdanok y se pusieron a golpearlo con una pistola.

Las mujeres del huerto los increparon: «¿Por qué le pegáis? ¡¿Qué os ha hecho?!».

Y efectivamente, *¿qué les había hecho…?*

Pero no está al alcance del pueblo quién ha hecho qué a quién, y seguirá haciendo. Bajo la zamarra resultó que los tres llevaban uniforme militar (su grupo de operaciones guardaba día tras día la entrada a la ciudad). Y se les contestó a las mujeres: «Es un asesino». Lo más sencillo. Y las mujeres, fiadas en la Ley, volvieron a sus patatas.

En cuanto al grupo de operaciones, lo primero que preguntó al indigente fugitivo era si llevaba dinero. Kolia dijo sinceramente que no. Se pusieron a buscarlo, y en uno de los bolsillos de su recién adquirido «Moskvich» encontraron 50 rublos. Se los quitaron, se acercaron a un comedor público, los gastaron en comer y beber. Por cierto, también dieron de comer a Kolia.

Así quedamos *varados* en la cárcel por bastante tiempo, el juicio sólo fue en julio del año siguiente. Nueve meses estuvimos hambreándonos en la cárcel del campo, de cuando en cuando nos sacaban a la instrucción. La llevaban el jefe de régimen Machejovski y el comisario, teniente Weinstein. La instrucción procuraba averiguar: ¿quién nos había ayudado entre los reclusos?, ¿quién de los libres, «compinchado con nosotros», había apagado la luz en el momento de la huida? (Desde luego no fuimos a explicarles que el plan era distinto, y que el apagón sólo nos estorbó). ¿Dónde teníamos el piso franco en Omsk? ¿Por qué frontera pensábamos seguir huyendo?

(No podían admitir que alguien quisiera quedarse en su patria). «Huíamos a Moscú, al Comité Central, a hablarle de las detenciones delictivas, ¡eso es todo!». No se lo creen.

Sin haber logrado sacarnos nada «interesante», nos colgaron el ramillete habitual del evadido: 58-14 (sabotaje contrarrevolucionario); 59-3 (bandidismo); Decreto «cuatro-sextos», artículo «uno-dos» (robo cometido por una banda de ladrones); el mismo decreto, articulo «dos-dos» (robo acompañado de violencia peligrosa para la vida de las personas); artículo 182 (fabricación y tenencia de arma blanca).

Pero toda esta impresionante retahíla no nos amenazaba con cadenas más pesadas que las que ya llevábamos. El castigo judicial, que hacía tiempo había sobrepasado todo límite razonable, nos prometía por estos artículos los mismos veinticinco años que le podían caer a un baptista por su oración, y que nosotros ya teníamos sin fuga alguna. Lo único que a partir de ahora, al pasar lista habremos de decir «final de la condena» no en 1973, sino en 1975. ¡Como si en 1951 esta diferencia tuviera para nosotros la menor importancia!

Sólo una vuelta amenazadora dio la instrucción, cuando prometieron acusarnos de *subversión* económica. Esta inocente palabrita era más peligrosa que los manidos «sabotaje, bandidismo, ladrones, robo». Esta palabra daba derecho a la pena de muerte, introducida un añito antes.

Y éramos subversores por haber *subvertido* la economía del Estado popular. Como nos explicaron los instructores, se gastaron en nuestra captura 102 000 rublos; estuvieron varios días parados algunos objetivos de trabajo (no sacaban a los reclusos, porque su escolta estaba movilizada en la persecución); 23 camiones con soldados estuvieron recorriendo día y noche las estepas y en tres semanas sobrepasaron su cupo anual de gasolina; fueron enviados grupos de operaciones a todas las ciudades y pueblos cercanos; fue cursada una orden de busca y captura por todo el territorio de la Unión, y enviadas por todo el país 400 fotos mías y 400 de Kolia. Oímos toda esta relación con orgullo…

De modo que nos condenaron a veinticinco.

Cuando el lector tenga este libro en sus manos, es posible que aquellas condenas todavía no hayan transcurrido[56]…

Y además, después de la fuga de Tenno suprimieron por un año (por lo del dichoso sainete) las actividades artísticas de la SEC.

Porque la cultura, eso está bien. Pero debe servir la cultura a la opresión, no a la libertad.

VIII
Evasiones con moral y evasiones con ingeniería

Con las evasiones desde los campos ITL ordinarios, si no eran, pongamos por caso, a Viena o por el estrecho de Behring, los mandamases y los reglamentos del GULAG se habían, hasta cierto punto, conformado. Las consideraban como un fenómeno espontáneo, como una pérdida inevitable en una hacienda demasiado extensa: igual que cuando se muere parte del ganado, se va al fondo cierta parte de los troncos flotados, vienen partidos cierta parte de los ladrillos.

Era distinto en los Campos Especiales. Cumpliendo un deseo expreso del Padre de los Pueblos, equiparon estos campos con una escolta diez veces más numerosa y con un armamento diez veces mejorado, a nivel de una infantería motorizada moderna (ésos son aquellos contingentes que no deben ser desarmados ni con el desarme más total). Aquí ya no tenían *socialmente* allegados cuya fuga no era una gran pérdida. Aquí ya no cabían malas razones de que hay pocos centinelas o de que su armamento es anticuado. Desde la misma fundación de los Campos Especiales se dejó bien sentado en sus reglamentos que evasiones desde estos campos *no las podía haber*, pues cada evasión de un detenido de ahí era lo mismo que el pase de la frontera por un importante espía, era una mancha política sobre la administración del campo y sobre el mando de las tropas de escolta.

Pero precisamente desde aquel momento los Cincuenta y Ochos empezaron a recibir, todos por un igual, no ya *dos duros*, sino *cinco*, es decir, el techo del código penal. De forma que el insensato endurecimiento indiscriminado llevaba en el pecado la penitencia: igual que a los asesinos ya no les retenía nada de cometer nuevos asesinatos (cada vez sus dos duros sólo se renovaban un poquitín), del mismo modo el código penal tampoco retenía ya a los políticos de evadirse.

Y la gente que mandaron a estos campos ya no era aquélla, que cavilaba sobre cómo justificar a la luz de la Teoría Única Verdadera la arbitrariedad de las autoridades concentracionarias, sino que eran fuertes muchachos sanos, que habían luchado toda la guerra, cuyos dedos aún no se habían bien-bien desdoblado después del gatillo. Gueorgui Tenno, Iván Verdriv, Vasili Briujin, sus compañeros y otros muchos como ellos, incluso desarmados resultaran dignos del equipo motorizado de las nuevas unidades regularen de escolta.

Y aunque evasiones en los Campos Especiales hubo menos en número que en los ITL (también los Campos Especiales duraron menos años), estas evasiones fueron

más crueles, más duras, más irreversibles, más desesperadas, y por tanto, más gloriosas.

Sus relatos ayudarán a hacernos cargo de si realmente fue nuestro pueblo tan sufrido, tan dócil en aquellos años. Ahí van unos cuantos.

Una fue un año antes que la de Tenno y le sirvió de modelo. En Septiembre de 1949, de la Primera Sección del Steplag (Rudnik, Dzhezkazgán) huyeron dos presidiarios: Grigori Kudla, un viejo rechoncho, sereno, juicioso, ucraniano (pero cuando llegaba el caso, tenía temple de cosaco, lo temían hasta los hampones) e Iván Dúshechkin, un callado bielorruso de unos treinta y cinco años. En la mina en que trabajaban, encontraron en una vieja galería una calicata tapada, que terminaba arriba en una reja. Esa reja la fueron desempotrando durante sus turnos de noche, y entretanto llevando a la calicata pan seco, cuchillos, una bolsa para agua caliente robada en la enfermería. La noche de la evasión, una vez en la mina, le declararon por separado al jefe de equipo que se encontraban mal, no podían trabajar y se tumbarían un rato. De noche bajo tierra no hay celadores, el jefe de equipo es amo y señor, pero tiene que andarse con tiento, porque a él también pueden encontrarlo desnucado. Los huidores echaron agua a la bolsa, cogieron sus provisiones y subieron por la calicata. Desencajaron la reja y se fueron a rastras. La salida cayó cerca de los miradores, pero fuera de la zona. Marcharon inadvertidos.

Desde Dzhezkazgán tomaron al Noroeste por el desierto. De día estaban tendidos, andaban de noche. No encontraron agua en ningún sitio, y a la semana Dúshechkin ya no quiso levantarse; Kudla lo puso en pie con la esperanza de que delante había colinas, tal vez hubiera agua. Llegaron a duras penas, pero allí en las vaguadas había barro, no agua. Y Dúshechkin dijo: «De todos modos, no pasaré de aquí. ¡Tú *rájame*, y bébete mi sangre!».

¡Moralistas! ¿Cuál es la buena decisión? También Kudla tiene círculos ante los ojos. Está claro que Dúshechkin morirá, ¿para qué, pues, ha de morir Kudla también…? Pero si al poco rato encuentra agua, ¿*cómo* recordará después toda su vida a Dúshechkin…? Kudla decidió: seguiré otro poco más, si de aquí a la mañana vuelvo sin agua, lo libraré de sus sufrimientos, que no muramos los dos. Se acercó a un montículo, vio una hendidura, y, como en las novelas más inverosímiles, ¡agua en ella! Kudla bajó rodando, y tendido, ¡bebió, bebió! (Sólo por la mañana vio en el agua renacuajos, algas). Con la bolsa llena volvió hacia Dúshechkin: «¡Te he traído agua, agua!». Dúshechkin no se lo creyó, bebía y seguía sin creérselo (durante estas horas ya le había parecido beberla más de una vez)… Llegaron como pudieron hasta aquella hendidura y se quedaron allí a beber.

Después de la sed les entró hambre. Pero la noche siguiente cruzaron un desfiladero y bajaron al valle prometido: un río, hierba, matorrales, caballos, vida. Con la oscuridad Kudla se arrastró hasta los caballos y mató a uno. Bebieron su sangre directamente de las heridas. (¡Partidarios de la *paz*! Aquel año os reuníais en ruidosos congresos en Viena o Estocolmo, y bebíais vuestros cócteles con una cañita.

¿No os pasaba por la mente que los compatriotas del versificador Tíjonov y del periodista Ehrenburg chupaban cadáveres de caballos? ¿No os explicaron que es así como los soviéticos entienden la *paz*?).

La carne del caballo la fueron asando en fogatas, estuvieron comiéndola mucho tiempo y caminando. Amangueldy del Turay lo rodearon, pero en una carretera unos kazajos de un camión que pasaba les estuvieron pidiendo la documentación, amenazaron con entregarlos a la Policía.

Más adelante fueron encontrando con frecuencia riachuelos y lagos. Otra vez Kudla atrapó y mató un cordero. ¡Ya llevaban *un mes* fugados! Terminaba octubre, empezaba a hacer frío. En el primer bosquecito encontraron una cabaña de tierra y se instalaron dentro: no se decidían a abandonar unos lugares tan feraces. En esta parada, en el hecho de que su tierra natal no los llamara, no les prometiera una vida más descansada, estaba la perdición, la carencia de objetivos de su fuga.

De noche hacían correrías al pueblo vecino, una vez birlaron una olla, otra vez, rompiendo el cerrojo de un cobertizo, harina, sal, un hacha, vajilla. (El fugado, igual que el guerrillero, en medio de la vida pacífica de todos, inevitablemente pronto se convierte en ladrón)… En otra ocasión más, se llevaron del pueblo a una vaca y la mataron en el bosque. Pero en estas nevó, y para no dejar huellas, tuvieron que quedarse en la cabaña sin asomarse. Apenas salió Kudla por leña, lo vio el guardabosque y empezó a disparar. «¿Sois los ladrones? ¿Habéis robado vosotros la vaca?». Cerca de la cabaña encontraron huellas de sangre. Los trajeron al pueblo, los encerraron bajo llave. La gente gritaba: ¡matarlos ahora mismo sin piedad! Pero el juez de instrucción del distrito vino con una ficha de busca y captura y anunció a los pueblerinos: «¡Bravo! ¡No habéis cogido a unos ladrones, sino a unos importantes bandidos políticos!».

Y todo dio un vuelco. Nadie más gritó. El dueño de la vaca —resultó que era un checheno— trajo a los detenidos pan, carne de cordero e incluso dinero que habían recogido los chechenos. «Hombre —dijo—, hubieras venido, hubieras dicho quién eres, ¡te lo habría dado todo yo mismo…!». (De eso no cabe duda, todos los chechenos son así). Y Kudla se echó a llorar. Después de tantos años de crueldad, el corazón no resiste la compasión.

Se llevaron a los detenidos a Kustanai, allí en la Celda de Detención Preventiva de la estación no sólo les quitaron (para sí) todas las provisiones de los chechenos, sino que *¡no les dieron nada de comer!* (¿Y Korneichuk no os lo ha contado en uno de los Congresos por la Paz?). Antes de subirlos al tren, en el andén de Kustanai los pusieron de rodillas, las manos esposadas a la espalda. Así los tuvieron, a la vista de todos.

Si hubiera sido en un andén de Moscú, de Leningrado, de Kiev, de cualquier ciudad tranquila, por delante de este viejo de pelo blanco, arrodillado y encadenado, como salido de un cuadro de Repin, todos habrían pasado sin fijarse y sin volver la cabeza, desde los colaboradores de editoriales literarias hasta los directores de cine de

vanguardia, pasando por los profesores de humanidades y los oficiales del Ejército, y no digamos ya los funcionarios de Sindicatos o del Partido. Y todos los simples ciudadanos, los que no destacan en nada, los que no ocupan cargos, también hubieran hecho lo posible por pasar sin notarlos, para que la escolta no les preguntara y apuntara el apellido: porque tienes permiso de residencia en Moscú, en Moscú hay buenas tiendas, no te puedes exponer… (Y todavía se puede comprender en el año 1949, pero y en el 1965, ¿habría sido distinto? ¿O nuestros jóvenes ilustrados se habrían parado para defender de la escolta a un viejo de pelo blanco, esposado y de rodillas?).

Pero la gente de Kustanai poco tenía que perder, allí todos eran o malditos, o marcados, o confinados. Empezaron a hacer corro alrededor de los detenidos, a tirarles picadura, cigarrillos, pan. Las muñecas de Kudla estaban encadenadas a la espalda, y se agachó para morder pan del suelo, pero un guardia *le quitó el pan de la boca de una patada*. Kudla rodó sobre sí mismo, se arrastró otra vez para morder, el guardia volvió a arrebatarle el pan. (¡Vosotros, peliculeros de vanguardia, que rodáis «viejos y viejas» sin peligro! ¿Quizá recordaréis la escena con este viejo también?). El pueblo empezó a acercarse y a alborotar: «¡Soltadlos! ¡Dejadlos!». Llegó un retén de la Policía. El retén era más fuerte que el pueblo, y lo dispersó.

Se acercó un tren y cargaron a los fugitivos para la cárcel de Kenguir.

Las fugas en el Kazajstán son monótonas, como monótona es aquella estepa. Pero en esta monotonía ¿tal vez se entienda mejor lo esencial?

También desde una mina, también desde Dzhezkazgán, pero en 1951, por una vieja calicata salieron tres de noche a la superficie y estuvieron tres noches andando. Ya estaban pasando bastante sed, y al descubrir un grupo de yurtas de kazajos, dos de ellos propusieron entrar a pedir de beber a los kazajos, pero el tercero, Stepán X, se negó y se quedó observando desde un altozano. Vio a sus compañeros entrar en la yurta y volver a salir corriendo, perseguidos por un montón de kazajos, y ser capturados en el acto. Stepán, flaco, bajito, marchó por vaguadas y continuó la fuga solitario, sin nada consigo, salvo un cuchillo. Intentó ir al Noroeste, pero siempre se desviaba, evitando a los hombres, prefiriendo a las fieras. Se cortó un bastón, y se dedicó a cazar jerbos: les lanzaba el bastón desde lejos, cuando silbaban sobre sus patitas traseras ante sus madrigueras, y así los mataba. Su sangre, trataba de chuparla, y los cuerpos los asaba en una hoguera de chaparros secos.

Pero fue su hoguera la que lo delató. Una vez Stepán se percató de que se le venía encima un jinete con un gran tafetán rojo, apenas tuvo tiempo de tapar su pinchito con chaparros, para que el kazajo no comprendiera qué clase de comida era ésa. El kazajo se acercó, preguntó quién era y de dónde venía. Stepán explicó que trabajaba en la mina de manganeso de Dzhezdy (allí también trabajaba gente libre), e iba al sovjós en que estaba su mujer, a unos ciento cincuenta kilómetros de aquí. El kazajo preguntó cómo se llamaba ese sovjós. Stepán eligió lo más probable: «Sovjós Stalin».

¡Hijo de las estepas! ¡Hubieras seguido tu camino! ¿Qué te había hecho ese desgraciado? ¡No! el kazajo dijo amenazadoramente: «¡Tú estado en cárcel! ¡Viene con yo!». Stepán soltó un taco y marchó por su camino. El kazajo siguió a su lado, ordenándole que lo siguiera. Luego se alejaba, agitaba los brazos, llamaba a los suyos. Pero la estepa estaba desierta. ¡Hijo de las estepas! Lo hubieras dejado estar, no ves que con un simple palo va por la estepa a cientos de leguas, sin comida, ¡si se va a morir lo mismo! ¿O necesitas el kilo de té[ia]?

En esta semana, vivida al igual que los animales salvajes, Stepán ya se había acostumbrado a los susurros y silbidos del desierto. De pronto oyó en el aire un silbido nuevo y más que comprender, presintió el peligro con su interior de animal; saltó a un lado. ¡Esto lo salvó! Resulta que el kazajo le había echado el lazo, pero Stepán se escurrió.

¡Caza al bípedo! ¡Un hombre o un kilo de té! El kazajo recogió el lazo, con juramentos, Stepán siguió caminando, reflexionando y tratando ahora de no quitarle la vista de encima al kazajo. Este se acercó, preparó el lazo y lo volvió a tirar. Pero apenas lo hubo echado, Stepán se lanzó hacia él y con un bastonazo en la cabeza lo tiró del caballo. (Fuerzas no tenía apenas, pero le iba la vida). «¡Toma tu premio, babai!», sin dejarlo levantar, se puso Stepán a pegarle con toda su rabia, como una fiera rasga con sus colmillos a otra. Pero al ver sangre, se detuvo. Le tomó al kazajo su lazo y su látigo, y se izó sobre el caballo. Y en el caballo había además una alforja con provisiones.

Su fuga duró muchos días más, como dos semanas, pero siempre estuvo Stepán evitando cuidadosamente a sus mayores enemigos: los hombres, sus compatriotas. Ya se había desprendido del caballo y pasado a nado un río (¡sin saber nadar! Y se hizo una balsa de cañas, sin saber tampoco, claro), y había cazado, y había huido en la oscuridad de alguna bestia grande, quizás un oso. Y una vez estuvo tan extenuado de sed, hambre, cansancio, deseo de comer caliente, que se decidió a entrar en una yurta solitaria y pedir algo. Ante la yurta había un pequeño corral cercado de adobes, y demasiado tarde, ya al acercarse a la pared, Stepán vio allí a dos caballos ensillados y a un joven kazajo que salía a su encuentro en guerrera, con condecoraciones, en pantalón de montar. Ya no había forma de huir, y Stepán comprendió que estaba perdido. Pero este kazajo había salido a aliviarse. Estaba muy borracho y se alegró al ver a Stepán, como si no notara su aspecto destrozado, ya no humano. «¡Entra, entra, serás invitado!». En la yurta estaban sentados el anciano padre y otro joven kazajo idéntico con condecoraciones: eran dos hermanos, excombatientes, hoy con cargos importantes en Alma-Ata, que habían venido a rendir pleitesía a su padre (en el koljós cogieron dos caballos y vinieron a galope hasta la yurta). Estos muchachos habían catado la guerra y por eso eran personas, y además estaban muy borrachos, y los dominaba la afabilidad de la borrachera (esa misma afabilidad que intentaba desarraigar, pero no terminó de hacerlo, el Gran Stalin). Y para ellos fue una alegría que apareciera otra persona más al banquete, aunque sólo fuera un simple minero de

camino hacia Orsk, donde su mujer estaba a punto de dar a luz. No le pidieron su documentación, sino que le dieron de comer, de beber y lo acostaron a dormir. También pasan estas cosas… (¿Es siempre malo para el hombre el alcohol? ¿Y cuando descubre lo mejor que hay en él?).

Stepán se despertó antes que sus anfitriones. Temiendo, a pesar de todo, una trampa, salió. No, los dos caballos estaban en su sitio, y en uno de ellos ahora podría marchar. Pero él tampoco podía perjudicar a unas buenas personas, y se fue a pie.

Caminó varios días más, ya empezaron a cruzársele automóviles. Cada vez conseguía escapar de ellos echándose a un lado. Y llegó al ferrocarril, y andando a lo largo de él, aquella misma noche se acercó a la estación de Orsk. ¡Le quedaba tomar el tren! ¡Había vencido! Había realizado un milagro: con un cuchillo de fabricación casera y un palo había cruzado un extenso desierto en solitario, y ahora estaba ante la meta.

Pero a la luz de las farolas vio que por las vías de la estación patrullaban soldados. Entonces fue a pie a lo largo del ferrocarril por un camino vecinal. No se escondió siquiera por la mañana: ¡ya estaba en Rusia, en su patria! A su encuentro venía un coche levantando polvo, y por primera vez Stepán no huyó de él. Pero del primer coche patrio saltó un guardia patrio: «¿Tú quién eres? A ver la documentación». Stepán explicó: tractorista, buscando trabajo. Ocurrió que estaba también el director del koljós: «Déjalo, ¡con la falta que me hacen tractoristas! ¡En el campo, a ver quién tiene documentación!».

Estuvieron un día entero yendo de aquí para allá, regateando, bebiendo y comiendo, pero al anochecer Stepán no lo resistió y se fue corriendo al bosque, hasta el cual había unos doscientos metros. Pero el guardia se dio maña: ¡un tiro! ¡Otro! Hubo de pararse. Lo ataron.

Probablemente su rastro se había perdido y lo tenían por muerto, y los soldados en Orsk vigilaban completamente otra cosa, porque el guardia estaba por soltarlo, y en el MVD del distrito estuvieron al principio atentísimos con él, lo invitaron a té con bocadillos, cigarrillos «Kazbek», lo interrogó el jefe en persona (esos espías, cualquiera sabe, a lo mejor mañana se lo llevan a Moscú, es capaz de quejarse) y sólo de usted. «¿Dónde está su transmisor? ¿Qué servicios secretos lo han enviado aquí?». «¿*Servicios secretos*?, —se asombraba Stepán—. Yo en los servicios no he trabajado nunca, si acaso en las minas».

Pero esta fuga terminó peor que en bocadillos, y peor incluso que en la captura del cuerpo. De regreso al campo, le pegaron larga y despiadadamente. Y, agotado y quebrantado, Stepán X cayó más bajo de su estado anterior: dio su *firma* al comisario de Kenguir, Beliáyev, para ayudar a revelar huidores. Se convirtió en algo así como un reclamo. Toda esta fuga, en la cárcel de Kenguir, se la contaba en detalle a uno, a otro compañero de celda, esperando una reacción. Si reaccionaba, si mostraba ganas de repetirlo, Stepán X informaba al comisario.

Esos rasgos de crueldad que se manifiestan en cada evasión difícil se concentraron y condensaron en una insensata y sangrienta fuga, también desde Dzhezkazgán, también en verano de 1951.

Seis huidores, al empezar una evasión nocturna desde la mina, mataron a un séptimo, que tenían por soplón. Luego por una calicata subieron a la estepa. Esos seis detenidos eran gente de cariz muy distinto, de modo que de entrada no quisieron marchar juntos. Había sido lo adecuado, si hubiesen tenido un plan sensato.

Pero uno de ellos fue enseguida al poblado de los libres, ahí mismo, al lado del campo, y llamó a la ventana de su amiguita. No pensaba esconderse en su casa, esperar bajo el entarimado o en el desván (lo que hubiera sido muy razonable), sino pasar con ella un corto y dulce tiempo (enseguida reconocemos la manera de ser del golfo). Estuvo con ella una noche y un día, a la tarde siguiente se puso un traje de su exmarido y fue con ella al club, a ver una película. Los celadores del campo que había allí lo reconocieron y lo prendieron en el acto.

Dos más, unos georgianos, fueron atolondrada y presuntuosamente a la estación y marcharon en tren a Karaganda. Pero desde Dzhezkazgán, salvo sendas de pastores y sendas de huidores, no hay otra comunicación con el mundo exterior que justamente a Karaganda y justamente por tren. Y a lo largo de este ferrocarril hay campos de concentración, y en cada estación, puestos de operaciones. Así, antes de llegar a Karaganda, también los prendieron a ambos.

Los tres restantes marcharon al Suroeste, por el camino más difícil. Ahí no hay gente, pero tampoco hay agua. El ucraniano de edad madura Prokopenko, excombatiente, que tenía un mapa, los convenció de elegir esta dirección y les dijo que el agua se la encontraría. Sus compañeros eran un tártaro de Crimea agolfado y un escuchimizado ladrón pasado a los *perras*. Pasaron sin agua ni comida cuatro días. Sin poder aguantar más, el tártaro y el ladrón dijeron a Prokopenko: «Hemos decidido terminarte». Él no lo entendió: «¿Cómo es eso? ¿Queréis separaros?». «No, *terminarte*. Todos no vamos a llegar». Prokopenko empezó a pedirles piedad. Descosió su gorra, sacó de dentro una foto de su mujer y sus hijos, esperando conmoverlos. «¡Hombre! ¡Hombre! ¡Si hemos salido juntos a la libertad! ¡Yo os guiaré! ¡Pronto ha de haber un pozo! ¡Tiene que haber agua a la fuerza! ¡Aguantad! ¡¡Tened piedad!».

Pero ellos lo acuchillaron, esperando saciarse con su sangre. Le abrieron las venas, ¡pero la sangre no manó, cuajó allí mismo…!

También es una escena. Dos hombres en la estepa sobre un tercero. La sangre no manó…

Mirándose uno a otro como lobos, porque ahora debía caer uno de los dos, siguieron andando, en la dirección que les había indicado el «papá», ¡y *a las dos horas* encontraron un pozo…!

Pero al día siguiente los vieron desde un avión y los capturaron.

En el interrogatorio lo confesaron, lo supieron en el campo de concentración, y allí se decidió *rajarlos* a los dos por Prokopenko. Pero los tuvieron en una celda aparte y se los llevaron a juzgar a otro sitio.

Como para creer que depende de la estrella bajo la cual ha empezado la fuga. Tan minuciosa y exhaustivamente como está a veces calculado todo, pero en el momento justo hay un apagón en la zona y no consiguen apoderarse del camión. En cambio otra evasión empieza en un arranque, pero las circunstancias vienen que ni hecho adrede.

En verano de 1948, siempre en la misma 1.ª Sección de Dzhezkazgán (entonces aún no era un Campo Especial), destacaron un día un camión-volquete a cargar arena en un lejano arenal y traérsela a la brigadilla de la argamasa. El arenal no era un *objetivo*, es decir, no tenía vigilancia, y hubo que llevar en el camión también a los cargadores: tres condenados, uno a *dos duros*, los otros a *cinco*. La escolta era un cabo y dos soldados, el conductor un común exento de escolta. ¡La ocasión! Pero la ocasión hay que saber agarrarla tan repentinamente como llega. Tenían que decidirse —y ponerse de acuerdo— a la vista y al oído de los soldados de la escolta, que estaban a su lado mientras cargaban la arena. Las biografías de los tres eran iguales, como las tenían entonces millones: primero el frente, luego los campos de prisioneros alemanes, evasiones desde ellos, capturas, campos disciplinarios, liberación al final de la guerra y en agradecimiento por todo, a cárcel propia. ¿Y por qué no fugarse ahora en la propia patria, si se habían atrevido en Alemania? Cargaron. El cabo se sentó en la cabina. Los dos soldados con metralletas se sentaron en la parte delantera del volquete, de espaldas a la cabina y con las armas apuntando a los presos, sentados en la arena en la parte trasera del volquete. Apenas salieron del arenal, a una señal tiraron a un tiempo arena a los ojos de los soldados y se lanzaron ellos mismos sobre ellos. Les quitaron las metralletas y por la ventanilla de la cabina dejaron al cabo sin sentido de un culatazo. El camión se paró, con el conductor muerto de pánico. Le dijeron: «No tengas miedo, no te vamos a hacer nada, ¡tú no eres un perro! ¡Descarga!». El motor se puso en marcha, y la arena, la preciada arena, más valiosa que el oro, la que les había traído la libertad, cayó al camino.

Y aquí, como en casi todas las evasiones —¡que la historia no lo olvide!— los esclavos resultaron ser más nobles que sus guardianes: no los mataron, no les pegaron, sólo les ordenaron que se desvistieran, se descalzaran, y los dejaron en libertad descalzos y en ropa interior. «Y tú, conductor, ¿con quién vas?». «Pues con vosotros, a ver con quién», se decidió el conductor.

Para despistar a los soldados descalzos (¡el precio de la misericordia!) marcharon primero al oeste (la estepa es llana, vete adonde quieras), allí uno se disfrazó de cabo, los otros dos de soldados, y tumbaron hacia el Norte. Todos armados, el conductor con un pase, ¡no hay sospecha! Con todo, al cruzarse con hilos telefónicos, los rompían para cortar la comunicación. (Los estiraban hacia abajo, para acercárselos,

con una cuerda con una piedra atada, que lanzaban por encima, y luego los rompían con un gancho). Se perdía tiempo, pero era más el que se ganaba. Rodaron a toda marcha el día entero, hasta que el cuentakilómetros aumentó en unos trescientos y la gasolina cayó a cero. Empezaron a fijarse en los coches con que se cruzaban. Un «Pobeda». Lo pararon. «Perdone, camarada, pero estamos de servicio, permítanos comprobar su documentación». ¡Resutó que eran mandamases! Jefazos del partido del distrito, que van o a controlar, o a animar a sus koljoses, o simplemente a comer cordero. «¡A ver, fuera! ¡A desvestirse!». Los mandamases imploran que no los fusilen. Los llevan a la estepa en ropa interior, los atan, les quitan la documentación, el dinero, los trajes, se van en el «Pobeda». (Entretanto los soldados desvestidos por la mañana sólo llegaron al anochecer a la mina más próxima, de allí desde el mirador: «¡No acercarse!». «¡Pero si somos amigos!». «¡Qué amigos, en paños menores!»).

El «Pobeda» no tenía el depósito lleno. Hicieron unos doscientos kilómetros y se acabó, el bidón también. Ya anochecía. Vieron a unos caballos pastando y lograron capturarlos sin brida, se montaron a pelo, echaron a galope. Pero el conductor se cayó del caballo y se lastimó una pierna. Le propusieron montar en un caballo de segundo. Él se negó: «No tengáis miedo, muchachos, ¡no me *chivo*!». Le dejaron dinero, el permiso de conducir del «Pobeda» y se fueron. Este conductor fue el último en verlos, desde entonces ¡nadie! Y a su campo de concentración no los trajeron nunca. Así los cinco duros y los dos sin cambio se los dejaron los muchachos en la caja fuerte de la sección especial. ¡Al *fiscal verde* le gustan los valientes!

Y el conductor, efectivamente, no se chivó. Se instaló en un koljós cerca de Petropavlovsk y vivió tranquilamente cuatro años. Pero lo perdió su amor al arte. Tocaba bien el acordeón, actuaba en el club de su koljós, luego fue a un concurso comarcal de aficionados, después al provincial. Él mismo ya empezaba a olvidar su vida pasada, pero desde el público lo reconoció uno de los guardianes de Dzhezkazgán, y al momento lo agarraron entre bastidores, y esta vez le colgaron 25 años por el artículo 58. Lo devolvieron a Dzhezkazgán.

Una categoría especial de evasiones la constituyen aquellas que no empiezan por un arranque de desesperación, sino por un cálculo técnico y unas manitas de oro.

En Kenguir se planeó una célebre fuga en un vagón de ferrocarril. A uno de los objetivos traían constantemente a descargar trenes de mercancías con cemento, con asbesto. Los descargaban en la zona, y marchaban vacíos. Pues cinco presos prepararon una fuga así: hicieron una falsa pared entarugada de un vagón pullman de mercancías, que además se doblara en las junturas como un biombo, de forma que cuando la acercaban al vagón, se viera como un simple tablón ancho, cómodo para bajar carretillas. El plan era: mientras se está descargando el vagón, sus amos son los reclusos; entrar el artefacto en el vagón, allí desplegarlo; fijarlo a la pared auténtica mediante pestillos; ponerse los cinco de espaldas a la pared y con tiradores de cuerda levantar y colocar la pared. Todo el vagón está lleno de polvo de asbesto, ella

también. La diferencia de profundidad del vagón no se aprecia a simple vista. Pero hay una complicación con el cálculo del tiempo, hace falta que el mercancías quede libre para marchar mientras los reclusos todavía están en el objetivo: imposible embarcarse por adelantado, hay que asegurarse de que se te llevarán enseguida. Así en el último minuto se lanzaron con cuchillos y provisiones, pero de pronto uno de los huidores dio con el pie en una aguja y se rompió la pierna. Esto los retuvo, y no tuvieron tiempo de acabar su montaje antes de la comprobación del convoy por la escolta. Así los descubrieron. Sobre esta fuga hubo un juicio[57].

La misma idea, pero en una fuga individual, la aplicó el alumno-piloto Batánov. En la maderera de Ekibastuz se fabricaban marcos de puerta que se enviaban a las distintas obras. Pero en la maderera se trabajaba las 24 horas, y la escolta no abandonaba nunca los miradores. En cambio en las obras sólo había escolta de día. Con ayuda de sus amigos Batánov fue embalado con tablas en un marco, cargado en un camión y descargado en una obra. En la maderera enredaron la cuenta entre turno y turno, de modo que aquella noche no lo echaron a faltar. En la obra él se libró de la caja, salió y se marchó. Sin embargo esa misma noche lo agarraron en la carretera a Pavlodar. (Esta fuga suya fue un año después de aquélla en camión, cuando les reventaron un neumático).

En Ekibastuz, por las evasiones habidas y fracasadas en sus inicios; por los acontecimientos que ya hacían que ardiera el suelo en la zona[58]; y por sesudas anotaciones en la sección de operaciones; y por los recalcitrantes y otros insumisos de todas clases, se hinchaba e hinchaba la Brigada de Régimen Reforzado. Ya no cabía en las dos alas de piedra de la cárcel y en la Regimka (el barracón N.º 2, cerca del mando). Habilitaron otra Regimka más, especial para ucranianos.

Con cada nueva evasión y con cada acontecimiento de rebeldía el régimen en las tres regimkas se endurecía. (Para la historia del mundo del hampa anotemos: los *perras* en el BUR de Ekibastuz refunfuñaban: «¡Cabrones! Hay que acabar con las fugas. Con eso de vuestras fugas no nos dejarán vivir con el régimen… Por estas cosas en un campo común parten la cara». Es decir, decían lo que les interesaba a las autoridades que dijeran).

En verano de 1951 a la regimka-barracón 8 se le ocurrió huir enterita. Estaba a unos treinta metros de la zona, y decidieron abrir un túnel. Pero todo eso fue demasiado de dominio público, los ucranianos lo discutían casi abiertamente entre ellos: estimaban que un guerrillero no podía ser soplón, pero soplones había. Y habían cavado sólo unos pocos metros lineales, cuando fueron vendidos.

Los cabecillas de la regimka-barracón 2 se enfadaron mucho con toda esa ruidosa ocurrencia, no porque temieran represalias, como los *perras*, sino porque ellos también estaban a los mismos treinta metros de la zona, y ya antes del barracón 8 habían comenzado un túnel de gran clase. Ahora temían que si la misma idea la habían tenido ambas regimkas, también lo podría entender y comprobar la *jauría*.

Pero más asustados por las evasiones en camión, los amos del Ekibastuz se propusieron como objetivo principal rodear todos los objetivos y la zona de habitación con un foso de un metro de profundidad, en el que cayera a la salida cualquier automóvil. Igual que en la Edad Media, no bastaba con los muros, también se precisaba un foso. Una excavadora abría ahora limpia y pulcramente estos fosos, uno tras otro, alrededor de todos los objetivos.

La regimka-barracón 2 era una zona pequeña, rodeada de alambradas, dentro de la zona grande de Ekibastuz. Su cancela estaba permanentemente cerrada con llave. Salvo el tiempo que pasaba en la fábrica de cal, a la regimka se le permitía pasear por su diminuto patio cerca del barracón sólo veinte minutos. Todo el resto del tiempo los de régimen estaban encerrados en su barracón, cruzaban la zona general sólo para ir al trabajo y regresar. Al comedor general no los dejaban entrar nunca, les traían la comida en pucheros.

Considerando su fábrica de cal como una ocasión de estarse al solecito y respirar aire fresco, la regimka nunca mostraba mucho celo en paletear la tóxica cal. Y cuando a finales de agosto de 1951 allí ocurrió hasta un asesinato (el golfo Aspánov mató con una barra de hierro a Anikin, un huidor que había cruzado la alambrada por la duna de nieve acumulada por una ventisca, Pero capturado al día siguiente, por lo cual estaba en la regimka. De él se habla en la III parte, capítulo 14), la empresa se negó a seguir aceptando tales «obreros», y en todo el mes de Septiembre no sacaron a la regimka a ningún sitio; vivió, de hecho, en régimen puramente carcelario.

Allí había muchos «huidores convencidos», y en verano comenzó a formarse, a cual más indomable, un grupo seguro para una fuga de 12 personas (Mohammed Hadzhíev, líder de los musulmanes de Ekibastuz; Vasili Kustárnikov; Vasili Briujin; Valentín Ryzhkov; Mutiánov; un oficial polaco, aficionado a los túneles, y otros). Allí todos eran iguales, pero Stepán Konováloy, un cosaco del Kubán, era a pesar de todo el principal. Se juramentaron: quien dijera una sola palabra a nadie, ése estaba *acabado*, tenía que suicidarse o lo acuchillarían los demás.

Para aquel entonces la zona de Ekibastuz ya se había rodeado de una empalizada continua de cuatro metros de alto. A lo largo de ella corría la antezona labrada de cuatro metros de ancho, y detrás estaba señalizada una franja prohibida de quince metros, terminada en la trinchera de un metro de profundidad. Se decidió pasar toda esta línea de defensas con un túnel, pero tan seguro que no hubiera forma de descubrirlo antes de tiempo.

La primera investigación mostró que el fundamento era bajo, que el espacio entre el entarimado y el suelo era tan reducido que no habría donde colocar la tierra que se iría sacando. Parecía insalvable. Entonces, ¿no huir…? Y alguien propuso: en cambio el altillo es amplio, ¡subamos la tierra al altillo! Parecía imposible. ¡Subir al altillo muchas decenas de metros cúbicos de tierra pasando por el espacio vigilado, controlado de la habitación, subirlos cada día, cada hora, y encima sin esparcir ni una pizca, no se pueden dejar huellas!

Pero cuando se les ocurrió cómo hacerlo, saltaron de júbilo y la evasión se decidió definitivamente. La decisión vino con la elección de sección, es decir, de habitación. Este barracón finés estaba calculado para libres, lo habían montado dentro de la zona por error, en todo el campo no había otro igual: tenía habitaciones pequeñas, en que no cabían siete literas, como en todas partes, sino tres, o sea, para doce personas. Una de estas secciones, en que ya vivían varios de su grupo, la adoptaron. De varias maneras, cambiándose voluntariamente y echando entre risas y bromas a los que estorbaban («tú roncas, en cambio tú… mucho»), acabaron pasando a los extraños a otras secciones, y trayéndose a los suyos.

Cuanto más aislaban a la regimka de la zona, cuanto más oprimían y castigaban a sus moradores, tanto mayor se hacía su autoridad moral en el campo. Un encargo de la regimka tenía para el campo fuerza de ley, y ahora lo que pudieran necesitar de instrumental, lo encargaban, en algún objetivo se fabricaba, se pasaba con riesgo por el registro de la entrada al campo, y con un segundo riesgo se transmitía a la regimka (en la sopa, con el pan o con las medicinas).

Antes que nada fueron encargados y recibidos cuchillos, piedras de afilar. Luego clavos, tornillos, masilla, cemento, cal, cordón eléctrico, aisladores de porcelana. Con los cuchillos aserraron cuidadosamente la ranura de tres tablas del suelo, quitaron un plinto que las apretaba, sacaron los clavos de los extremos de estas tablas cerca de la pared y los clavos que las sujetaban al tablón en medio de la habitación. Las tres tablas liberadas fueron unidas en una tapadera mediante un listón transversal por debajo, y el clavo principal en este listón lo clavaron de arriba a abajo. Su ancha cabeza se tapaba con masilla de color del suelo y se espolvoreaba con polvo. La tapadera entraba en el entarimado muy justa, no había por donde agarrarla y ni una vez se le metió un hacha por las ranuras. La levantaban así: se quitaba el plinto, se enrollaba un alambre alrededor de la ancha cabeza del clavo y se tiraba de él. A cada cambio de turno de los cavadores quitaban y volvían a colocar el plinto. Cada día «fregaban el suelo»: mojaban las tablas con agua, para que se hincharan y no tuvieran huecos, grietas. Este *problema de la entrada* era uno de los principales. En general, la sección de los cavadores se mantenía siempre especialmente limpia, en un orden modélico. Nadie se tumbaba en la vagonka con los zapatos puestos, nadie fumaba, los objetos no estaban tirados por ahí, en la mesita de noche no había migas. Cualquier inspección se detenía aquí menos que en otro sitio. «¡Curioso!». Y seguía.

El segundo problema era el del *montacargas*, del suelo al altillo. En la sección de los cavadores, como en todas, había un horno de mampostería. Entre él y la pared quedaba un angosto espacio, adonde a duras penas cabía una persona. La idea fue que este espacio había que *taparlo,* transformarlo de lugar de habitación en lugar de trabajo. En una de las secciones vacías desmontaron del todo, sin restos, una litera. Con estas tablas tapiaron el hueco, inmediatamente taparon los huecos con chillas, las enlucieron y blanquearon del color del horno. ¿Podía el servicio de régimen recordar en cuál de las veinte habitacioncitas del barracón el horno estaba en contacto con la

pared, y en cuál sobresalía un poco? Y también se le pasó la desaparición de una litera. Sólo el rebozo mojado hubiera podido notarlo la vigilancia los primeros uno o dos días, pero para ello había que rodear el horno y asomarse tras una litera, ¡y era una sección modelo! E incluso si lo descubrían, aún no significaba el fracaso del túnel, era simplemente una obra de embellecimiento de la sección: ¡el hueco siempre lleno de polvo la afeaba!

Sólo cuando el rebozo y la cal se hubieron secado, perforaron con cuchillos el suelo y el techo del hueco ahora tapiado, dentro colocaron una escalera, montada siempre de la misma litera desmenuzada, y así el bajo subsuelo fue unido con el espacioso altillo. Era una *mina*, tapada de las miradas de la guardia, ¡y la primera mina en muchos años en que estos hombres jóvenes y fuertes tuvieron ganas de trabajar hasta el agotamiento!

¿Es posible en el campo de concentración un trabajo que se funda con tus esperanzas, que se lleve toda tu alma, que te quite el sueño? Sí, y sólo éste: ¡¡el trabajo para la evasión!!

El problema siguiente era cavar. Cavar con los cuchillos y afilarlos, eso está claro, pero hay muchas dificultades más. Son el *cálculo geodésico* (ingeniero Mutiánov): ahondar hasta estar seguros, pero no más de lo preciso; trazar la línea por el camino más corto; determinar la sección óptima del túnel; saber en todo momento dónde te encuentras y determinar exactamente el lugar de salida. Son la *organización de los turnos*: cavar el máximo de horas al día, pero sin turnarse demasiado a menudo, y siempre estar impecables, al completo, para las inspecciones matutina y vespertina. Son la *ropa de trabajo*, y el lavado, ¡no se puede subir arriba todo sucio de arcilla! Son el *alumbrado*: ¿cómo cavar un túnel de 60 metros a oscuras? Tendieron un hilo bajo el entarimado y al túnel (¡arréglate encima para conectarlo sin que se note!). Son las *señales*: ¿cómo avisar a los cavadores en el lejano túnel si de pronto vienen al barracón? ¿O cómo pueden ellos hacer saber sin que se note que tienen que salir urgentemente?

Pero en la severidad del régimen estaba también su debilidad. Los celadores no podían acercarse y entrar al barracón inadvertidos: tenían que seguir siempre el mismo camino entre alambradas hasta la cancela, abrir el candado que colgaba de ella, luego ir al barracón y abrir el candado en la puerta, atronar con la tranca, y todo esto podía fácilmente ser observado desde la ventana, cierto es que no de la sección de los cavadores, sino de una «cabinita» vacía en la entrada. Lo único es que había que tener allí a un observador. Las señales a la mina se hacían con luz: guiñaba dos veces —atención, prepararse para la salida; guiñaba muchas veces— *¡atrás!*, ¡alerta!, ¡fuera y rápido!

Al bajar al subsuelo, se desvestían enteramente, toda la ropa la ponían bajo la almohada, bajo el colchón. Después de la trampilla se metían por una angosta hendidura, tras la cual era imposible suponer una ensanchada *cámara*, en que ardía permanentemente una bombilla y estaban las chaquetas y pantalones de trabajo. En

cambio otros cuatro, sucios y desnudos (el turno anterior) salían arriba y se lavaban cuidadosamente (la arcilla se endurecía en bolitas en los pelos del cuerpo, había que remojarla o arrancarla junto con los pelos).

Todos estos trabajos ya se llevaban a cabo cuando se descubrió el descuidado túnel de la regimka-barracón 8. Se comprende fácilmente no sólo el despecho, sino ¡la ofensa que sintieron los creadores por su idea! Sin embargo todo pasó felizmente.

A principios de Septiembre, tras casi un año de cárcel, fueron trasladados (de vuelta) a esta misma regimka Tenno y Zhdanok. Apenas hubo recobrado el aliento, Tenno empezó a agitarse: ¡había que ir preparando la fuga! ¡Pero nadie en la regimka, ni los más convencidos y temerarios huidores, hacían caso de sus reproches de que se estaba pasando la mejor época para las fugas, de que no se podía estar cruzado de brazos! (Los cavadores hacían tres turnos de cuatro hombres, y no necesitaban a ningún décimotercero). ¡Entonces Tenno les propuso directamente un túnel! Pero contestaron que ya lo habían pensado, pero el suelo era demasiado bajo. (Claro que era cruel: mirar el rostro encendido de un huidor comprobado y sacudir la cabeza con desgana, igual que prohibir a un perro inteligente y entrenado levantar caza). Sin embargo, Tenno conocía demasiado bien a estos muchachos para creer en su indiferencia general. ¡No podían haberse *todos* echado a perder tan a un tiempo!

Y Zhdanok y él los sometieron a una celosa y enterada vigilancia, como no eran capaces de hacer los celadores. Notó: los muchachos van frecuentemente a fumar siempre a la misma «cabinita» en la entrada, y siempre uno por uno, nada de compañía. De día la puerta de su sección suele estar cerrada con gancho, si llamas no te abren enseguida, y siempre hay varios durmiendo profundamente, como si no tuvieran bastante con la noche. O bien Vaska Briujin sale del lavabo todo mojado. «¿Qué te ha pasado?». «Pues que he decidido lavarme».

¡Están cavando, claro que están cavando! ¿Pero dónde? ¿Y por qué se callan…? Tenno iba a uno, a otro y los *compraba*: «¡Es imprudente, hombre, estáis cavando demasiado a la vista! Mientras lo note yo, nada, pero ¿y si es un soplón?».

Por fin, ellos se reunieron en *asamblea* y decidieron aceptar a Tenno con un merecido sobresaliente. Le propusieron que examinara la habitación y encontrara las huellas. Tenno remiró, olisqueó cada tabla del suelo y las paredes, ¡y no lo encontró! ¡A su gran admiración y a la de los muchachos! ¡Temblando de contento, se metió bajo el suelo a trabajar *para sí*!

El turno subterráneo se distribuía así: uno, acostado, cavaba el suelo en la galería; otro, acurrucado detrás de él, metía la tierra desprendida en unas pequeñas bolsas de lona, fabricadas especialmente; un tercero, asimismo a rastras, tiraba de estas bolsas (por bridas en los hombros) hacia la entrada del túnel, luego por el subsuelo hasta la mina, y enganchaba las bolsas una por una a un gancho bajado del altillo. El cuarto estaba en el altillo. Tiraba abajo las bolsas vacías, subía las llenas arriba, las repartía, caminando silenciosamente, por todo el altillo y las volcaba en una capa no muy alta; al cambio de turno, toda esta tierra la recubría con escorias, de las que había

muchísimas en el altillo. Luego en el mismo turno se alternaban, pero no siempre, porque no todos podían efectuar bien y rápido los trabajos más duros, simplemente agotadores: cavar y arrastrar.

Arrastraban primero dos, luego cuatro bolsas a la vez, para lo cual les *soplaron* a los cocineros una bandeja de madera, la arrastraban con la brida, y en la bandeja las bolsas. La brida pasaba por detrás del cuello, y luego se iba por los sobacos. Rozaba el cuello, lastimaba los hombros, se laceraban las rodillas, después de un viaje uno estaba empapado, después de un turno entero había para irse al otro barrio. Había que cavar en una posición muy incómoda. Tenían una pala de mango corto, que afilaban cada día. Con ella había que cortar rajas verticales a la profundidad de la pala, luego semiacostado, apoyando la espalda en la tierra removida, hacer caer terrones y lanzarlos por encima de uno mismo.

La tierra era o bien pedregosa, o bien arcilla compacta. Los pedruscos mayores había que rodearlos, haciendo sinuoso el túnel. En las ocho-diez horas de un turno no lograban avanzar más de dos metros en largo, a veces incluso menos de uno

Lo más pesado era la falta de aire en él túnel: vértigos, desmayos, mareos. Hubo que resolver también el *problema de la ventilación*: Se podían perforar aperturas de ventilación sólo hacia arriba —en la franja más peligrosa, continuamente vigilada— cerca de la zona. Pero sin ellas no había quien respirara. Encargaron una placa de acero en forma de hélice, la fijaron un palo al través, salió algo parecido a un berbiquí. Así sacaron la primera estrecha abertura a la luz del día. Se estableció un tiro, se hizo más fácil respirar. (Cuando el túnel iba ya detrás de la empalizada, fuera del campo, hicieron otro).

Compartían constantemente sus conocimientos: cómo hacer mejor tal trabajo. Contaban lo que habían adelantado.

La galería o túnel buceaba bajo los cimientos, luego se desviaba de la recta sólo por pedruscos o un cavado inexacto. Tenía una anchura de medio metro, una altura de noventa centímetros y una bóveda de cañón. Su techo, según los cálculos, estaba de la superficie a un metro treinta-metro cuarenta. Los lados del túnel se reforzaban con tablas colocadas a lo largo; a medida que iban avanzando, se alargaba el cordón y se instalaban cada vez nuevas bombillas.

Visto a lo largo, ¡era un metro, un metro concentracionario…!

El túnel ya tenía decenas de metros, ya cavaban detrás de la zona. Sobre su cabeza podían oír claramente las pisadas de la guardia que pasaba, oían los ladridos y los chillidos intermitentes de los perros.

Y de pronto… y de pronto un día, tras la inspección matutina, cuando el turno de día aún no había bajado y (por regla terminante de los huidores) no había nada comprometedor fuera, vieron a una caterva de guardianes que se dirigía al barracón, encabezada por el pequeño, nervioso teniente Machejovski, jefe de régimen. Los corazones de los huidores dieron un vuelco: ¿nos han notado? ¿Vendido? ¿O comprueban al azar?

Resonó una orden:

—¡Recoger los efectos personales! ¡Fuera del barracón todos hasta el último!

Se cumple la orden. Todos los reclusos están fuera, sentados en el patio del paseo sobre sus sacos. Desde dentro del barracón se oye un estruendo continuo: están tirando las tablas de las literas. Machejovski grita: «¡Venga para acá las herramientas!». Y los celadores llevan adentro palanquetas y hachas. Se oye el trabajoso crujido de las tablas arrancadas.

¡Éste es el sino de los huidores! Tanta inteligencia, tanto trabajo, tantas esperanzas, tanto alborozo, y todo no sólo en vano, sino otra vez celdas de castigo, golpes, interrogatorios, nuevas condenas…

¡Sin embargo! Ni Machejovski, ni nadie de los celadores sale corriendo con una cruel alegría, agitando los brazos. Salen sudorosos, sacudiéndose la suciedad y el polvo, jadeando, disgustados de haber estado bregando en vano. «¡Acercarse uno por uno!», ordenan decepcionados. Empieza un registro de efectos personales. Los reclusos vuelven al barracón. ¡Qué barbaridad! En varios sitios (donde las tablas estaban mal sujetas o se veían netamente rajas) el suelo está levantado.

En las secciones todo está tirado por ahí, hasta han volcado las literas, de rabia. ¡Sólo en la sección *curiosa* no han tocado nada!

Los no iniciados en la evasión están que rabian:

—¡¿Y qué les pica ahora, a los perros?! ¿Qué están buscando?

En cambio los huidores entienden ahora cuán acertado era no dejar bajo el entarimado montones de tierra: ahora habrían podido verlos por las aberturas. En cambio al altillo ni subieron: ¡Si desde el altillo uno sólo puede volarse con alas! Por lo demás, incluso en el altillo todo está cuidadosamente recubierto de escoria.

¡*No lo han olfateado los perros*, no lo han olfateado! ¡Ay, qué alegría! Si se trabaja duro, si se vigila severamente a uno mismo, no puede dejar de dar su fruto. ¡Ahora sí lo acabaremos! Quedan seis u ocho metros hasta el foso que rodea el campo. (Los últimos metros hay que cavarlos con especial precisión, para salir al fondo del foso, ni más bajo, ni más alto).

¿Y qué pasará después? Konoválov, Mutiánov, Hadzhfev y Tenno para aquel entonces ya habían elaborado un plan, aceptado por los dieciséis. La fuga por la noche, cerca de las diez, cuando en todo el campo hayan terminado el recuento vespertino, los celadores se hayan ido a sus casas o al barracón de mando, la guardia en los miradores haya cambiado, hayan pasado todos los relevos.

Al túnel, uno tras otro, que bajen todos. El último vigila la zona desde la «cabinita»; luego el penúltimo y él clavan la parte sacable del plinto a las tablas de la trampilla, de modo que cuando la vuelvan a bajar también se coloque en su sitio el plinto. El clavo de cabeza ancha se termina de meter del todo, y además se montan por la parte de abajo unos pestillos que dejarán la trampilla fija en su sitio, incluso si tiran de ella hacia arriba.

Y otra cosa: antes de la evasión, quitar la reja de una de las ventanas del pasillo. Al descubrir en la inspección matutina la falta de dieciséis personas, los celadores no comprenderán en seguida que es un túnel y una evasión, sino que se lanzarán a buscar por la zona, pensarán: los de régimen han ido a ajustarles las cuentas a los soplones. También buscarán en el otro *lagpunkt*: a lo mejor han escalado la pared y se han metido allí. ¡Trabajo limpio! El túnel imposible de encontrar, bajo la ventana no hay huellas, ¡dieciséis hombres que se han llevado los angelitos al cielo!

Salir al foso de circunvalación, luego por el fondo del foso reptar uno por uno para alejarse del mirador (la salida del túnel caía demasiado cerca de él); asimismo uno por uno salir al camino; entre cada cuatro hacer altos, para no levantar sospechas y tener tiempo de ver venir. (El último de todos toma otra precaución: ¡cierra la salida de la mina *por fuera* con una tapa de madera embadurnada de arcilla, preparada de antemano, la aplasta contra el orificio con su cuerpo, la recubre de tierra! Para que tampoco desde el foso se pueda por la mañana descubrir huellas del túnel).

El poblado, cruzarlo en grupos haciendo broma en voz alta. A cualquier intento de detención, resistir todos a una, con cuchillos inclusive.

Punto de reunión general: cerca del paso a nivel, que pasan muchos camiones. El paso está elevado con un terraplén sobre el nivel de la carretera, todos se tienden en el suelo cerca y no se les ve. Ese paso a nivel está mal (lo han cruzado para ir al trabajo, lo han visto), las tablas están puestas de cualquier manera, los camiones con carbón y vacíos lo vadean despacito. Dos deben levantar el brazo, parar un camión justo tras el paso a nivel, acercarse a la cabina uno por cada lado. Pedir que les lleve. De noche lo más probable es que el conductor esté solo. En el acto sacar los cuchillos, tomar al conductor por sorpresa, sentarlo en medio, Vallka Ryzhkov se pone al volante, y ¡adelante hacia Pavlodar! Ciento treinta o ciento cuarenta kilómetros bien se pueden recorrer en unas horas. Antes de llegar al pontón, girar río arriba (cuando traían acá, algo pudieron ver los ojos), allí en los matorrales dejar atado al conductor, abandonar el camión, cruzar el Irtysh en una barca, separarse en grupos y ¡allá cada uno! Justamente es el tiempo en que almacenan el grano, todos los caminos están llenos de camiones.

Debían ultimar los trabajos el 6 de octubre. Dos días antes, el 4 de octubre, se llevaron en un traslado a dos participantes: Tenno y Volodka Krivoshein, un ladrón. Querían hacerse una *mostyrka*, automutilarse, con tal de quedarse a cualquier precio, pero el comisario les prometió que se los llevaba esposados, mal que se estuvieran muriendo. Decidieron que demasiada insistencia levantaría sospechas. Sacrificándose por los amigos, se sometieron.

Así a Tenno no le aprovechó su insistencia para entrar en el grupo. No fue él el décimotercero, sino introducido por él, protegido por él, el demasiado desordenado, inquieto Zhdanok. En mala hora Stepán Konoválov y sus amigos cedieron y se confiaron a Tenno.

Terminaron de cavar, salieron donde dijeron, Mutiánov no se había equivocado. Pero nevó, lo dejaron hasta que se secara.

El 9 de octubre por la noche lo hicieron todo exactamente según lo planeado. Salieron bien los primeros cuatro: Konoválov, Ryzhkov, Mutiánov y aquel polaco, su compañero constante de evasiones industriosas.

Y luego salió al foso el malhadado pequeño Kolia Zhdanok. No por culpa suya, claro, se oyeron acercarse, arriba, unas pisadas. Pero hubiera debido dominarse, quedar tendido, esperar oculto, y cuando hubieran pasado, seguir arrastrándose. Pero él por exceso de nervios asomó la cabeza. Quiso *mirar*: a ver quién venía.

Al piojo más ligero pilla el peine primero. Pero *este* piojito tonto perdió a un grupo de evadidos de una rara compenetración y fuerza en el intento: catorce vidas largas, complicadas, que se cruzaban en esta fuga. En cada una de las vidas la fuga tenía una importancia especial, propia, que daba sentido a su pasado y a su futuro, de cada uno dependían otras personas, mujeres, hijos, y también hijos por nacer. Pero el piojito levantó la cabeza, y todo se fue al infierno.

El que venía resultó ser el subjefe de la escolta; vio al piojito, gritó, disparó. Y los guardianes, indignos de este proyecto, sin haberlo penetrado, fueron los grandes héroes. Y mi lector, el Historiador-Marxista, dando golpecitos al libro con su reglita, me deja caer condescendientemente:

—Sí-i-i… ¿Pero por qué no huíais…? ¿Por qué no os habéis rebelado…?

Y todos los fugitivos, ya dentro del túnel, ya habiendo torcido la reja, ya habiendo clavado el plinto a la trampilla, se arrastraron ahora atrás, atrás, ¡atrás!

¿Quién ha llegado y conoce el fondo de esta despechada desesperación? ¿De este desprecio a los propios esfuerzos?

Volvieron, desconectaron la luz en el túnel, metieron la reja del pasillo otra vez en sus huecos.

Muy pronto toda la regimka estuvo rebosando de oficiales del campo, oficiales de la división de escolta, soldados, celadores. Comenzó el pase de lista por el fichero y el traslado de todos a la cárcel de piedra.

Pero el túnel desde la sección, ¡no lo encontraron! (¡¿Cuánto tiempo se lo habría estado buscando, si todo hubiera salido según pensado?!). Cerca del lugar donde se había *colado* Zhdanok encontraron un agujero, a medio tapar. Pero incluso llegando por el túnel al barracón, era imposible comprender por dónde bajaba la gente y dónde había metido la tierra.

Lo único que en la sección *curiosa* faltaron cuatro hombres, y a los ocho restantes los fueron ahora sacudiendo sin piedad: el camino más fácil para unos imbéciles de llegar a la verdad.

Y ahora ya, ¿para qué tenerlo en secreto…?

A este túnel se organizaron después excursiones de toda la guarnición y celadores. El mayor Maximenko, el panzudo jefe del campo de Ekibastuz, luego se jactaba en la Dirección ante otros jefes de secciones de concentración:

—Yo sí que tuve un túnel, ¡vaya! ¡El Metro! Pero nosotros… Nuestra vigilancia…

Pero sólo fue el piojito…

La alarma dada tampoco dio opción a los cuatro que se habían ido, de llegar hasta el paso a nivel. ¡El plan se hundió! Escalaron la empalizada de una zona de trabajo al otro lado de la carretera, cruzaron la zona, escalaron otra vez, y se adentraron en la estepa. No se atrevieron a quedarse en el poblado a esperar un camión, porque el poblado ya estaba lleno de patrullas.

Igual que Tenno hacía un año, enseguida perdieron la velocidad y las probabilidades de marchar.

Fueron al Sureste, hacia Semipalatinsk. Pero no tenían provisiones para el camino a pie; ni fuerzas: los últimos días se habían estado agotando en terminar el túnel.

Al quinto día de la evasión entraron en una yurta y pidieron de comer a los kazajos. Como ya se puede suponer, éstos se negaron, y a gente que pedía comida les dispararon con una escopeta de caza. (¿Y entra esto en las tradiciones de un pueblo de pastores de la estepa? Y si no entra, ¿de dónde viene la tradición…?).

Stepán Konoválov avanzó con su cuchillo contra la escopeta, hirió al kazajo, le quitó la escopeta y las provisiones. Siguieron caminando. Pero los kazajos les siguieron la pista a caballo, los descubrieron ya cerca del Irtysh, avisaron a un grupo de operaciones.

Después fueron rodeados, apaleados hasta no dejar un sitio sano, lo demás ya se sabe todo, todo…

Si ahora pueden indicarme evasiones de revolucionarios rusos del siglo XIX o XX con *tales* dificultades, con tal ausencia de apoyo exterior, en un medio tan hostil, con castigos tan desalmados a los capturados, ¡que me los nombren!

Y tras esto, que digan que no luchamos.

IX
Los hijitos con metralletas

Nos custodiaron hombres con largos capotes y vueltas negras. Nos custodiaron soldados del Ejército Rojo. Nos custodiaron autoguardianes. Nos custodiaron viejos reservistas. Al fin vinieron jóvenes y robustos mocitos, nacidos del primer plan quinquenal, sin haber visto la guerra, tomaron metralletas nuevecitas y se pusieron a custodiarnos.

Diariamente caminamos dos veces una hora, unidos por un silencioso vínculo mortal: cualquiera de ellos es libre de matar a cualquiera de nosotros. Cada mañana, nosotros por el camino, ellos por fuera del camino, nos arrastramos cansinamente, sin ganas de ir a ningún sitio, ni ellos, ni nosotros. Cada noche nos apresuramos animados: nosotros a nuestro redil, ellos al suyo. Y como *casa* propiamente dicha no tenemos, esos rediles nos hacen de casa.

Caminamos y no miramos para nada sus abrigos de piel, sus metralletas, ¿para qué los queremos? Ellos caminan y todo el rato miran nuestras filas negras. Les manda el reglamento estarse todo el rato mirándonos, son sus órdenes, ése es su servicio. Tienen que cortar de un disparo cualquier movimiento o paso nuestros.

¿Qué debemos parecerles, con nuestros chaquetones negros, con nuestros gorros grises de piel de Stalin, con nuestras antiestéticas botas de fieltro, de tercer plazo de servicio, remendadas y vueltas a remendar, y todos empegotados con parches de números, como no pueden hacérselo a personas de verdad?

¿Asombrarnos de que nuestro aspecto dé asco? Si para eso está calculado nuestro aspecto. Los habitantes libres del poblado, sobre todo los escolares y las maestras, miran de reojo desde los senderitos de las aceras a nuestras columnas, conducidas por la ancha calzada. Nos cuentan: tienen mucho miedo de que nosotros, emanación del fascismo, de pronto nos lancemos en todas direcciones, apresemos a la escolta y nos precipitemos a robar, a violar, quemar, matar. Si seguramente sólo estos deseos son asequibles a seres de aspecto tan bestial. Y de estas bestias protege a los habitantes del poblado la escolta. La noble escolta. En el club, construido por nosotros, puede muy bien sentirse caballero andante el sargento de escolta, al sacar a la maestra a bailar.

Estos hijitos están todo el rato mirándonos, al rodearnos, y desde los miradores, pero no les dejan saber nada de nosotros, sólo les dan un derecho: ¡disparar sin previo aviso!

Ay, si por las noches vinieran a vernos, a nuestros barracones, si se sentaran en nuestras literas y oyeran: por qué está aquí este viejo, por qué ese anciano. Se vaciarían estos miradores, no dispararían estas metralletas.

Pero toda la astucia y la fuerza del sistema está en que nuestro vínculo mortal está fundado en la ignorancia. Su compasión hacia nosotros se castiga como traición a la patria, su deseo de hablar con nosotros como falta al sagrado juramento. Y para qué hablar con nosotros, si vendrá el comisario político a la hora señalada en el cuadro y tendrá con ellos una charla, sobre el rostro político y moral de los enemigos del pueblo que custodian. Explicará con pelos y señales y reiteraciones cuán perjudiciales son y qué carga suponen para el Estado aquellos monigotes. (Tanto más tentador resulta comprobar qué tal van como blanco móvil). Traerá bajo el brazo unas carpetas y dirá que en la sección especial del campo le han dejado por una noche unos *expedientes*. En ellos leerá papeles mecanografiados con ristras de fechorías, por las que son pocos todos los hornos de Auschwitz, y se los atribuirá a aquel electricista que estuvo arreglando la luz en el poste, o a aquel carpintero al que los soldados camaradas Fulano y Mengano tuvieron la imprudencia de querer encargar una mesita de noche.

El comisario político jamás se confundirá, jamás se despistará. Jamás contará a los mocitos que allí también hay gente sólo por creer en Dios, y sólo por sed de justicia, y sólo por amor a la verdad. Y también por nada en absoluto.

Toda la fuerza del sistema está en que el hombre no pueda simplemente hablar con el hombre, sino sólo a través del oficial y del comisario político.

Toda la fuerza de estos mocitos está en su ignorancia.

Toda la fuerza de los campos de concentración está en estos mocitos. Los de charreteras rojas. Los asesinos del mirador y los capturadores de fugitivos.

Así era una de esas charlas políticas, como la recuerda un soldado de aquella época (Nyroblag): «El teniente Samutin es estrecho de hombros, largo, la cabeza aplastada por las sienes. Recuerda a una serpiente. Rubio, casi sin cejas. Sabemos que antes estuvo fusilando personalmente. Ahora en las clases de formación política lee monótonamente: “Los enemigos del pueblo a quienes custodiáis son aquellos mismos fascistas, la peor canalla. Nosotros personificamos la fuerza y la espada vengadora de la Patria y hemos de ser firmes. Nada de sentimentalismos, nada de compasión”».

Y así es como se forman esos mocitos que a un fugitivo caído procuran darle patadas justamente en la cabeza. Los que a un canoso viejo esposado le arrebatan el pan de la boca con el pie. Los que miran con indiferencia cómo un huidor encadenado se va dando golpes contra las tablas astilladas del camión —le sangra la cara, se le va partiendo la cabeza, ellos le miran indiferentes—. Claro: ellos son la espada vengadora de la Patria, y él, dicen, es un espía americano.

Ya después de la muerte de Stalin, ya confinado a perpetuidad, estaba hospitalizado en una clínica ordinaria de Tashkent, para gente *libre*. De pronto oigo: un joven uzbeko, un enfermo, cuenta a sus vecinos cosas de su servicio *en la mili*. Su

unidad custodiaba a verdugos y degenerados. El uzbeko confesó que los soldados de escolta también pasaban algo de hambre, y les daba rabia que a los reclusos, como mineros, les dieran una ración (a cambio de 120 %, claro) sólo ligeramente inferior a la que ellos se ganaban como soldados. Y también les irritaba que ellos, la escolta, tuvieran que helarse en invierno en los miradores (claro que con abrigo de piel hasta los talones), mientras que los enemigos del pueblo, al entrar en la zona, según decían, desaparecían por todo el día en habitaciones calientes (incluso desde el mirador podía ver que no era así) y allí dormían todo el día (se figuraba seriamente que el estado era demasiado benigno con sus enemigos).

¡Una ocasión interesante! ¡Echar una mirada a los Campos Especiales con ojos de la escolta! Empecé a preguntar qué clase de reptiles eran aquellos, y si mi uzbeko había hablado con ellos personalmente. Y entonces fue cuando me contó que sabía todo eso de los comisarios políticos, que incluso les leían «expedientes» en formación política. Y esa rabia suya indiscriminada, de que los reclusos estaban todo el día durmiendo, también, por supuesto, se afianzó en él no sin asentimiento de los oficiales.

¡Ay de vosotros, que escandalizareis a estos pequeños…! ¡Más os valdría no haber nacido…!

Contó también el uzbeko que un soldado raso del MVD cobra 230 rublos al mes (¡12 veces más que uno del ejército! ¿Por qué tanta generosidad? ¿Quizá su servicio es 12 veces más difícil?), y tras el Círculo Polar, incluso hasta 400 rublos, y eso en el servicio obligatorio y sin gastos.

También contó varios casos. Por ejemplo, un compañero suyo iba custodiando, y le pareció que uno en la columna *quería* salir corriendo. Apretó el gatillo y de una ráfaga mató a *cinco* reclusos. Como luego todos los demás soldados declararon que la columna marchaba en orden, éste sufrió un severo castigo: por cinco muertes le dieron quince días de arresto (en la sala de Policía calentita, claro).

Y casos de éstos, ¡quién no los conoce, quién no se los contará entre los indígenas del Archipiélago…! Cuántos presenciamos en los ITL: en los trabajos en que no hay zona, sino que hay una invisible raya de prohibición, suena un disparo y un recluso cae muerto; dicen que ha pasado la raya. Quizá no la haya pasado en absoluto, la raya es invisible y ahora ningún otro se acercará a comprobarlo, para no caer al lado. Ni tampoco vendrá una comisión a comprobar dónde están los pies del muerto. O quizá incluso la haya pasado: es el soldado quien puede estar pendiente de la línea invisible, el preso está trabajando. El recluso que se gana la bala es justamente aquél que trabaja con más honradez, al que más absorbe el trabajo. En la estación de Novochunka (Ozerlag) en la siega del heno, vio uno a dos-tres pasos más heno, no lo resistió, a ver si lo rastrillo para la gavilla, ¡balazo! Y el soldado, ¡un mes de permiso!

O también ocurre que justamente este soldado le tiene ojeriza justamente a este recluso (no le ha cumplido un encargo, o un ruego), y entonces el tiro es por venganza. A veces con mala fe: el propio soldado le manda al recluso coger y traer

algo de detrás de la línea. Y cuando éste va confiado, dispara. Se le puede tirar allá un cigarrillo: ¡toma, fuma! El preso irá hasta allí por el cigarrillo, es así, un ser despreciable.

¿Por qué disparan? No siempre se puede comprender. Por ejemplo en Kenguir, en una zona bien montada, de día, donde ni cabe pensar en evadirse, la joven Lidia, una ucraniana occidental, se las ha compuesto durante el trabajo para lavarse unas medias y las cuelga a secar en las alambradas de la antezona. Apuntó desde el mirador y la mató instantáneamente. (Contaban vagamente que luego quiso también suicidarse él mismo).

¡Por qué! ¡Un hombre con un fusil! ¡El poder incontrolado de un hombre, de matar o no matar a otro!

Y aquí, encima, ¡es ventajoso! La superioridad está siempre de tu lado. Por matar no castigan nunca. Al contrario, elogian, premian, ¡y cuanto antes te lo hayas cargado, todavía a la mitad del primer paso, tanto mayor es tu vigilancia revolucionaria, tanto mayor es el premio! La paga de un mes. Permiso por un mes. (Bueno, y pónganse en la situación del Mando: si la división no justifica casos de vigilancia revolucionaría, ¿qué división es ésa? ¿Qué clase de mandos tiene? ¿O son tan sumisos los presos que hay que reducir la escolta? ¡El sistema de custodia, una vez creado, *exige muertes*!). Y entre los soldados surge incluso un espíritu de competición: tú has matado y con el premio has comprado mantequilla. Pues yo también mataré y compraré mantequilla. ¿Que hay que irse a casa, a sobar a la moza? Pégale un tiro a uno de esos seres grises y ve por un mes.

Todos estos casos los conocíamos bien en los ITL. Pero en los Campos Especiales surgieron novedades: disparar, sin más, a las filas, como el compañero de aquel uzbeko. Como en el Ozerlag en el puesto de guardia el 8 de Septiembre de 1952. O desde los miradores de la zona.

O sea que así los preparaban. Es obra de los comisarios políticos.

En mayo de 1953 en Kenguir estos hijitos con metralletas abrieron un fuego repentino y sin justificación alguna sobre una columna ya regresada al campo y que esperaba el registro de entrada. Hubo 16 heridos, ¡pero si fueran simplemente heridos! Dispararon con balas explosivas, prohibidas ya de mucho tiempo por todos los convenios de capitalistas y socialistas. Las balas salían del cuerpo en forma de embudo, destrozando intestinos, mandíbulas, machacaban extremidades.

¿Por qué la escolta de los Campos Especiales estaba equipada con balas precisamente *explosivas? ¿Quién* lo aprobó? Jamás lo sabremos…

Sin embargo, ¡cómo se ofendió el mundo de la custodia al leer en mi novela que los presos los llamaban «toritos», y ahora se había repetido para el mundo entero! ¡No, los presos debían amarlos y llamarlos ángeles de la guarda!

Y uno de estos hijitos —cierto que de los mejores— no se ha ofendido, pero quiere puntualizar en defensa de la verdad. Es Vladilén Zadorniy, de la quinta de

1933, que ha servido en las VSO (Tropas de Escolta Armada) del MVD en el Nyroblag desde sus dieciocho hasta sus veinte años. Me ha escrito varias cartas.

> «Los mozos no iban allí por sí mismos, los reclutaba el Ejército. El Ejército se los pasaba al MVD. A los mozos les enseñaban a disparar y a hacer guardia. Los chicos se helaban y lloraban por las noches, ¡para qué demonios querían ellos los Nyroblags con todo su contenido! A los muchachos no hay que culparlos, eran soldados, servían a la Patria, y aunque en este absurdo y terrible servicio no lo entendían todo (¿y *qué* es lo que *entendían.*…? O todo o nada. A. S.), habían jurado bandera, su servicio no era fácil».

Es sincero, va al grano. Hay para ponerse a pensar. Rodearon a esos pequeños de estaca: ¡Juramento! ¡Servir a la Patria! ¡Sois soldados!

Pero también: débil había de ser su base moral, no debían tener ninguna, si no resistió al juramento y a la formación política. No de todas las generaciones ni de todos los pueblos se pueden forjar mocitos de éstos.

¿No será el problema fundamental del siglo XX: si es lícito cumplir órdenes, confiando la conciencia propia al criterio de otros? ¿Es lícito no tener una concepción propia del bien y del mal e ir sacándola de los reglamentos impresos y de las órdenes orales de los superiores? ¡El juramento! Esos solemnes conjuros, pronunciados con temblor en la voz, y por su sentido, dirigidos a defender al pueblo contra los malhechores, ¡qué fácil resulta ponerlos al servicio de los malhechores y en contra del pueblo!

Recordemos lo que pensaba decir Vasili Vlásov a su verdugo, aún en 1937: ¡sólo tú! ¡*Sólo tú* tienes la culpa de que se mate gente! ¡Tú *sólo* cargarás con mi muerte, y vivirás con este peso! ¡Si no hubiera verdugos, no habría ejecuciones!

¡Si no hubiera tropas de escolta, no habría campos de concentración!

Naturalmente, ni los coetáneos, ni la historia dejarán de apreciar los grados de culpabilidad. Naturalmente, todos comprenden que sus oficiales tienen más culpa; sus comisarios políticos, más todavía; los que elaboraron los reglamentos y las órdenes, aún más; y el que mandó elaborarlos, más que nadie[59].

Pero quienes dispararon, quienes llevaron las metralletas apuntando, a pesar de todo no fueron *aquéllos*, sino ¡los mocitos! Pero daban patadas en la cabeza a hombres tumbados, ¡a pesar de todos los mocitos…! También escribe Vladilén:

> «Nos metían en la cabeza, nos hacían estudiar de memoria el USO-43-ss —Reglamento de Escolta Armada de 1943 ultrasecreto[60]—, un reglamento cruel y amenazador. Y el juramento. Y la vigilancia de comisarios y subcomisarios. Chivatería, denuncias. *Expedientes* a los propios soldados…

Separados por la empalizada y las alambradas, los hombres con chaquetón y los hombres con capote eran igualmente reclusos, unos por veinticinco años, otros por tres».

Está muy bien visto, lo de que los soldados también eran como condenados, aunque no por un tribunal militar, sino por el Comisario de Defensa. ¡Pero *igualmente*, igualmente no! Porque los hombres con capote disparaban perfectamente sus metralletas a los hombres con chaquetón, incluso a multitudes, como pronto tendremos ocasión de ver.

Sigue explicando Vladilén:

«Había muchachos de todas clases. Había cumplidores obtusos, que odiaban ciegamente a los reclusos. Por cierto, eran celosísimos los reclutas de las minorías nacionales: bashkiros, buriatos, iakutos. Luego estaban los indiferentes, eran la mayoría. Cumplían con su servicio sin meterse en nada y sin protestar. Lo que más les gustaba era arrancar hojas del calendario y la hora del reparto del correo. Y por fin había buenos chicos, que simpatizaban con los reclusos, como personas en desgracia. Y la mayoría de nosotros comprendía que nuestro servicio era mal visto entre el pueblo. Cuando íbamos de permiso, no llevábamos el uniforme».

La mejor defensa de la idea de Vladilén es su propia historia. Aunque como él, desde luego fueron contados.

Lo admitieron en las tropas de escolta por un descuido de la perezosa sección especial. Su padrastro, el viejo funcionario de Sindicatos Voynino, fue detenido en 1937, su madre, por él, fue expulsada del partido. En cambio su padre, comisario de brigada de la Checa, miembro del partido desde 1917, se apresuró a renegar de su exmujer, y de camino, de su hijo (así conservó su carnet del partido, pero el rombo de la NKVD sí lo perdió**[61]**. La madre estuvo lavando su mancha donando sangre durante la guerra. (Eso nada, su sangre la aceptaban miembros y no-miembros del partido). El chico «odiaba las gorras azules desde niño, y ahora me colocaban una a mí… Demasiado fuerte fue la impresión que dejó en mi memoria infantil la terrible noche en que hombres con el uniforme de mi padre estuvieron groseramente revolviendo mi cunita».

«Yo no fui un buen soldado de escolta: entablaba conversación con los reclusos, cumplía sus encargos. Dejaba la escopeta en la hoguera y me iba a comprarles algo en la cantina o a echarles las cartas. Creo que en los *lagpunkts* Promezhútochnaya, Mysakort, Parma, habrán recordado al soldado Volodia. El jefe de equipo de los reclusos me dijo un día: “Mira a la gente,

escucha sus penas, entonces comprenderás…". Pero yo aún sin eso veía en cada uno de los políticos a un abuelo, un tío, una tía… A mis superiores, simplemente los odiaba. Murmuraba, me indignaba, decía a los compañeros: "¡Ésos son los auténticos enemigos del pueblo!". Por eso, por insubordinación ("sabotaje"), por contactos con los reclusos me incoaron sumario… El larguirucho Samutin me abofeteaba en las mejillas, me daba con el pisapapeles en los dedos, por no firmar la confesión sobre las cartas de los reclusos. El puerco ese habría quedado hecho un mapa, tengo clase dos en boxeo, me persignaba con una pesa de treinta kilos, pero dos celadores se me colgaban de los brazos… Sin embargo, la instrucción tenía otros problemas: todo se empezó a bambolear en el 53 en el MVD. Condena no me dieron, me dieron un pasaporte marcado, art. 47-d: "expulsado de los órganos del MVD por extrema indisciplina y continuas violaciones de las ordenanzas del MVD". Y desde la sala de Policía de la división me echaron, molido a golpes, helado, que me fuera a casa… El jefe de equipo Arsén, que había salido, me estuvo cuidando por el camino».

E imaginemos que hubiese querido tener conmiseración hacia los detenidos un *oficial* de escolta. Hubiera podido hacerlo sólo ante los soldados y a través de ellos. Por tanto, con la inquina general, le habría sido imposible, y además, habría «dado apuro». Aparte de que lo habrían denunciado en el acto.

¡El sistema!

X
Cuando en la zona arde la tierra

No, lo asombroso no es que no haya habido motines y levantamientos en los campos de concentración, lo asombroso es que *a pesar de todo* los haya habido.

Como todo lo indeseable en nuestra historia, es decir, las tres cuartas partes de lo realmente ocurrido, también estos motines han sido tan cuidadosamente borrados, recortados, recubiertos, sus participantes aniquilados, sus lejanos testigos asustados, los informes de sus represores quemados o guardados tras veinte puertas de cajas fuertes, que aquellos levantamientos ya se han convertido ahora en un mito, cuando desde unos han transcurrido quince años, desde otros sólo diez. (¿Nos vamos a asombrar de que nos digan: no han existido ni Cristo, ni Buda, ni Mahoma? Aquello son milenios)…

Cuando ya no preocupe a nadie viviente, darán acceso a los historiadores a lo que quede de papeles, los arqueólogos darán unas paletadas, quemarán algo en el laboratorio, y saldrán las fechas, lugares, siluetas de aquellos levantamientos y los apellidos de sus cabecillas.

Ahí estarán también los más tempranos estallidos, como el de Retiunin, en enero de 1942 en la comandancia Osh-Kuriá cerca de Ust-Usá. Cuentan que Retiunin era un empleado libre, casi-casi el jefe de esa comandancia. Hizo una leva de Cincuenta y Ochos y socialmente-perjudiciales (7-35), reunió un par de centenares de voluntarios, desarmaron a la escolta de comunes-autoguardianes y se fueron con los caballos a los bosques, de guerrilleros. Les fueron matando poco a poco. Todavía en primavera de 1945 encarcelaban por el «caso Retiunin», incluso a gente que no tenía nada que ver.

Tal vez entonces sepamos —no, ya no seremos nosotros— del legendario alzamiento de 1948 en la obra 501, es decir, en la construcción del ferrocarril Sivaya Maska-Salejard. Es legendario porque en todos los campos se habla de él en susurros y nadie sabe exactamente el qué. Es legendario por haber estallado no en los Campos Especiales, donde se habían configurado los ánimos y el terreno adecuado, sino en los ITL, donde la gente estaba separada por los chivatos, avasallada por los hampones, donde estaba pisoteado incluso su derecho a ser *presos políticos*, donde ni siquiera cabía en la cabeza que fuera posible un motín de presos.

Por lo que cuentan, todo lo hicieron ex (¡recién!) combatientes. Ni podía ser de otra forma. Sin ellos el Cincuenta y Ocho era un rebaño desangrado y sin fe. Pero estos muchachos (casi ninguno pasaba de los treinta) eran oficiales y soldados de

nuestro ejército combatiente; y eran los mismos, pero en forma de exprisioneros; y de entre aquellos prisioneros, los que habían luchado con Vlásov, o con Krasnov, o en las unidades nacionales; allí habían peleado unos contra otros, pero aquí estaban unidos bajo el mismo yugo. Esta juventud, que había pasado por todos los frentes de la guerra mundial, que dominaba perfectamente la moderna táctica de combate, camuflaje y exploración, esta juventud digo, allí donde no había sido dispersada uno por uno, conservaba todavía en 1948 toda la inercia de la guerra y su fe en sí misma, y no lograba comprender por qué esos muchachos, por batallones enteros, habían de morir sumisamente. Incluso la evasión era para ellos un vergonzante paliativo, casi una deserción aislada, en lugar de combatir todos juntos.

Todo se planeó y comenzó en uno de los equipos. Cuentan que a la cabeza estaba el excoronel Vóronin (o Vóronov), un tuerto. También nombran al teniente de blindados Sakurenko. El equipo mató a su escolta (la escolta en aquel entonces, justo al contrario, no la componían auténticos soldados, sino reservistas). Luego fueron a liberar a otro equipo, a otro más. Asaltaron el acuartelamiento de la escolta y su propio campo desde el exterior: quitaron a los centinelas de los miradores y abrieron la zona. (Ahí se produjo inmediatamente la obligada escisión: el portal se abrió, pero la mayoría de los reclusos no lo cruzaron. Los había de condena corta, no les traía a cuenta amotinarse. Los había con diez años, incluso con quince por los decretos «siete ochavos» y «cuatro sextos», pero no les traía a cuenta recibir el art. 58. También había Cincuenta y Ochos, pero de los que preferían morir lealmente de rodillas, todo menos erguirse en pie. Y los que se precipitaron por el portal no iban forzosamente a ayudar a los revoltosos: también huían de buena gana los golfos, para saquear los poblados libres).

Armados ahora por cuenta de la escolta (enterrada después en el cementerio de Kochmás), los rebeldes fueron y tomaron el *lagpunkt* vecino. Con sus fuerzas reunidas, decidieron ¡atacar la ciudad de Vorkuta! Sólo distaba 60 kilómetros ¡Pero qué va! Bajaron paracaidistas como para un desembarco y se interpusieron entre Vorkuta y ellos. Y estuvieron ametrallando y dispersando a los rebeldes cazas en vuelo rasante.

Después los juzgaron, fusilaron, repartieron condenas de 25 y de 10. (De paso «refrescaron» las condenas a muchos de los que no participaron en la operación, sino que se quedaron en la zona).

Militarmente, su levantamiento, por supuesto, era una empresa desesperada. Pero ¿quién dirá que era más *esperanzador* consumirse y morir lentamente?

Poco después se crearon los Campos Especiales, a la mayor parte de los Cincuenta y Ochos se los llevaron allá. ¿Y qué?

En 1949 en el Berlag, en la sección de concentración Nijniy Aturiaj, empezó parecido: desarmaron a la escolta; cogieron 6 u 8 metralletas; asaltaron el campo por fuera, rindieron a la guardia, cortaron el teléfono; abrieron el campo. Ahora ya sólo contenía gente numerada, marcada, condenada, sin esperanzas. ¿Y qué?

Los presos no cruzaron el portal…

Los que habían empezado todo, y ya no tenían nada que perder, transformaron el motín en evasión: se dirigieron en grupo en dirección a Mylga. En Elguen-Toskán les cerraron el camino tropas y tanquetas (mandó la operación el general Semiónov).

Los mataron a todos[62].

Pregunta la adivinanza: ¿qué es lo más rápido del mundo? Y contesta: ¡el pensamiento!

Sí y no. ¡También puede ser lento el pensamiento, huy qué lento! Trabajosa y lentamente se percatan el hombre, la gente, la sociedad de lo que les ha ocurrido. De su situación real.

Al concentrar a los Cincuenta y Ochos en Campos Especiales, Stalin casi se divertía con su fuerza. Ya antes, más seguros no podían estar, pero él quiso ser más listo todavía, hacerlo aún mejor. Pensó que así sería más terrible. Pero salió al revés.

Todo el sistema de opresión elaborado en su época estaba basado en la *desunión* de los descontentos; en que no se mirasen a los ojos uno al otro, no contaran cuántos eran; en convencer a todos, entre ellos a los propios descontentos, de que no había ningún descontento, de que sólo había unos pocos malvados de alma negra, aislados y condenados.

Pero en los Campos Especiales los descontentos se encontraron en masas de muchos miles de hombres. Y se contaron. Y se percataron de que no tenían el alma negra, sino una concepción de la vida más alta que la de sus carceleros; que la de sus traidores; que la de los teóricos que explicaban por qué *debían* pudrirse en un campo de concentración.

Al principio, de esta novedad de los Campos Especiales no se percató casi nadie. Exteriormente, todo seguía su curso como una prolongación de los ITL. Lo único, que se mustiaron rápidamente los hampones, apoyo principal del régimen concentracionario y de los mandamases. Pero la crueldad de los celadores y la mayor superficie del BUR parecían compensar esta pérdida.

Sin embargo ocurrió lo siguiente: se marchitaron los golfos, y en el campo dejó de haber robos. Resultó que en la mesita de noche se podía dejar la ración de pan. No poner por la noche los zapatos bajo la cabecera, sino tirarlos al suelo, y por la mañana allí estarían. Se podía dejar al acostarse la petaca con tabaco en la mesita, en vez de restregarla toda la noche en el bolsillo bajo el costado.

¿Parecen menudencias? ¡No, es inmenso! Se acabaron los robos, y los hombres empezaron a mirar a sus vecinos sin suspicacia y con simpatía. Vaya, muchachos, ¿tal vez seamos realmente eso… *políticos*…?

Y si somos políticos, pues también podemos hablar con un poco más de libertad, entre dos literas y en la hoguera del equipo. Hombre, echar un vistazo, claro, a ver a quién tienes al lado. Pero al fin y al cabo, que los aspen, que incoen sumario, si ya tengo cinco duros, ¿qué más me pueden incoar?

Empieza a morir toda la antigua psicología concentracionaria: muérete tú hoy, yo mañana; de todos modos nunca lograrás justicia; así ha sido, así será… ¿Y por qué no lograrás…? ¿Y por qué «será»?

Empiezan en el equipo conversaciones en voz baja que no tratan de la ración de pan, ni de gachas, sino de cosas que no oirás siquiera fuera, ¡y cada vez más libremente!, ¡cada vez más libremente!, ¡cada vez más libremente! Y el jefe de equipo de pronto pierde la sensación de la omnipotencia de su puño. En unos jefes de equipo, el puño deja de levantarse del todo, en otros lo hace más espaciadamente, más ligerito. El propio jefe de equipo, sin encopetarse, empieza a poderse sentar un rato a escuchar, a charlar un rato. Y los de su equipo comienzan a mirarle como a un compañero: si también es *de los nuestros*.

Los jefes de equipo llegan a la Sección de Planificación y Producción, a administración, y por docenas de pequeños problemas —a quién recortar, o no recortar, la ración, a quién destacar y adónde— los enchufados también sienten a través de ellos este nuevo aire, esta aureola de seriedad, de responsabilidad, de un desconocido nuevo sentido.

Y los enchufados —aunque de momento no todos, ni mucho menos— se contagian. Venidos aquí con tantas ansias de pillar cargos, ahora ya los han ocupado, y ¿por qué no van a vivir igual de bien que en los ITL: encerrarse en su cabina, freír patatas con tocino, vivir entre sí, separados de los obreros? ¡Pues no! Resulta que no es esto lo principal. ¿Cómo, y qué es entonces…? Se hace inconveniente alardear de sinvergonzonería, como en los ITL, blasonar de vivir a costa de los demás. Y los enchufados se encuentran amigos entre los obreros, y, extendiendo en tierra sus zamarras nuevecitas junto a las suyas mugrientas, se pasan de buena gana un domingo tumbados charlando.

Y la principal clasificación de los hombres resulta que no es tan grosera como en los ITL —enchufados y obreros, comunes y Cincuenta y Ochos— sino muchísimo más complicada e interesante: nacionalidades, grupos religiosos, gente experimentada, gente instruida.

La Superioridad aún tardará lo suyo en entender y notar algo. Pero los repartidores de tareas ya no llevan bastón y ni siquiera rugen como antes. Se dirigen *amistosamente* a los jefes de equipo: va, Kómov, que ya es hora de salir a formar. (No es que haya cambiado el *alma* de los repartidores, sino que en el aire se palpa algo nuevo, inquietante).

Pero todo esto va *despacio*. Estos cambios se llevan meses, meses y meses. Son más lentos que los estacionales. No afectan a todos los jefes de equipo, a todos los enchufados, sino sólo a los que han conservado en el desván y bajo la ceniza unos rescoldos de conciencia y compañerismo. Pero al que le gusta seguir siendo un canalla, lo sigue siendo con toda libertad. Todavía no hay un cambio drástico de conciencia, una sacudida, una heroicidad. El campo sigue siendo tan campo como antes, estamos todos oprimidos e inermes, y lo único que nos queda, si acaso, es

reptar allí bajo la alambrada y huir a la estepa, mientras nos riegan con metralletas y acosan con perros.

Idea atrevida, idea temeraria, idea-escalón: ¿y cómo hacer para que no huyamos *nosotros de ellos*, sino *ellos de nosotros*?

Fue suficiente con *plantear* esta pregunta, con que a unos cuantos se les ocurriera y la plantearan, con que otros cuantos la oyeran, para que se acabara en el campo la época de las fugas. Y empezara la época de los motines.

Pero empezarla, ¿cómo? ¿Por dónde comenzar? Si estamos aherrojados, si estamos envueltos con tentáculos, si no tenemos libertad de acción, ¿por dónde empezar?

Lo más sencillo en la vida no es siempre lo más simple. Parece que hasta en los ITL a algunos se les había ocurrido que a los soplones había que matarlos. Incluso allí organizaban a veces: baja rodando un tronco de la pila y derriba a un soplón en la crecida. Pues no costaba tanto entender aquí también qué tentáculos había que empezar a cortar.

A primera vista lo entendían todos. Y no lo entendía nadie. De pronto, un suicidio. En la regimka «barracón dos» han encontrado a uno que se ha ahorcado. (Todas las etapas del proceso las empiezo a exponer por Ekibastuz. Pero es característico: en los demás Campos Especiales todas las etapas fueron *¡las mismas!*). Las autoridades no lloraron mucho: lo descolgaron y se lo llevaron al vertedero.

Pero por el equipo corre un rumorcito: si era un soplón, no se ha colgado él. *Lo han colgado*.

Un aviso.

Muchos sinvergüenzas hay en el campo, pero el más ahíto, grosero, descarado de todos es el encargado del comedor, Timofei S…**[63]** Su guardia de corps son los jóvenes y cebados cocineros, encima entretiene a una servidumbre de verdugos-limpiadores. El mismo y esa brigadilla pegan a los presos con puños y con palos. Y entre otros un día, por nada en absoluto, ha pegado a un pequeño «chaval» moreno. Pero el chaval ese, ahora, en el Campo Especial, ya no es simplemente un chaval, sino un musulmán. Y musulmanes en el campo no faltan. No son unos golfos cualesquiera. Antes de la puesta del sol se los puede ver en la parte oriental de la zona (en los ITL se habrían reído, aquí no) rezando, alzando los brazos o apretando la frente contra tierra. Tienen a sus ancianos, en la nueva atmósfera tendrán incluso algún consejo. Y su decisión es: ¡venganza!

Un domingo, por la mañana temprano, la víctima y con ella un inguche de edad madura se deslizan al barracón de los enchufados, mientras éstos aún gandulean en cama, entran en la habitación en que está S… y a dos cuchillos, apuñalan rápidamente al gordinflón.

¡Pero qué inmaduro es todavía todo eso! No procuran taparse la cara ni intentan huir. Directamente del cadáver, con los cuchillos ensangrentados, tranquilos por el deber cumplido, van a la sala de celadores a entregarse. Los van a juzgar.

Todo eso son búsquedas a tientas. Todo eso, si me apuran, podía ocurrir incluso en un ITL. Pero el pensamiento cívico funciona más allá: ¿no está ahí el eslabón principal, por el que hay que romper la cadena?

«¡Matar al chivato!». ¡Ese es el eslabón! ¡Un cuchillo en el pecho del soplón! ¡Hacer cuchillos y apuñalar soplones, ahí está!

Ahora, al escribir este capítulo, ringleras de libros humanitarios me contemplan desde sus estantes, y con el brillo mate de sus lomos gastados me titilan reprobadoramente, como estrellas a través de las nubes: ¡no se puede procurar nada en el mundo por la violencia! Al tomar la espada, el cuchillo, el fusil, nos colocaremos pronto en el mismo nivel que nuestros verdugos y opresores. Y no habrá fin… No habrá fin… Aquí, sentado a la mesa, caliente y limpio, estoy totalmente de acuerdo.

Pero hay que haber recibido veinticinco años por nada en absoluto, haberse puesto cuatro números, haber tenido las manos siempre atrás, haber sido registrado mañana y noche, haber desfallecido en el trabajo, haber sido arrastrado por los BURs por chivatazos, haber sido irreversiblemente apisonado tierra adentro, para que desde allí, desde dentro de ese foso, todos los discursos de los grandes humanistas parezcan cháchara de libres hartos de comer.

¡No habrá fin…! ¿Pero habrá al menos *principio*? ¿Habrá un rayo de luz en nuestra vida, o no?

Y si no, la conclusión a que ha llegado el pueblo sojuzgado: *el bueno come lechugas, el malo pechugas*.

¿Que los chivatos también son personas…? Andan los celadores por los barracones y leen para nuestro escarmiento una orden para todo el Pechlag: en el *lagpunkt* femenino tal, dos muchachas (por el año de nacimiento se ve lo jóvenes que eran) llevaron conversaciones antisoviéticas. El tribunal compuesto por… ¡Fusilamiento!

A estas niñas que susurraban en la litera, que ya tenían diez años de collera, ¡¿qué clase de fulana las ha vendido, también con la collera puesta?! ¡¿Qué personas van a ser los chivatos?!

No había dudas. Pero con todo, los primeros golpes no fueron fáciles.

No sé en los demás sitios (¡empezaron a acuchillar *en todos* los Campos Especiales, incluso en el de Spassk, para inválidos!), pero en el nuestro la cosa empezó con la llegada de unos trasladados de Dubovka, fundamentalmente ucranianos occidentales, de la O. U. N.[ib] Para todo este movimiento hicieron mucho en todas partes, fueron ellos los que echaron la bola a rodar. El traslado de Dubovka nos trajo el bacilo de la rebelión.

Chicos jóvenes, fuertes, recién cogidos de la senda guerrillera, miraron a su alrededor en Dubovka, se horrorizaron de aquel letargo y aquella sumisión, y echaron mano del cuchillo.

En Dubovka eso pronto terminó en motín, incendio y disolución. Pero los amos de los campos, presuntuosos, ciegos (llevaban treinta años sin encontrar ninguna resistencia, habían perdido la costumbre), no se preocuparon siquiera de tener a los recién traídos rebeldes separados de nosotros. Los soltaron por el campo, repartidos por los equipos. Era un truco de los ITL: la disgregación, allí, ahogaba las protestas. Pero en nuestro medio, que ya comenzaba a purificarse, la disgregación sólo ayudó a que la llama prendiera en la masa.

Los recién llegados salían a trabajar con sus equipos, pero no se acercaban a la faena, o sólo por hacer ver; se tumbaban al solecito (¡justamente era verano!) y conversaban bajito. Vistos desde fuera, en momentos así, se parecían muchísimo a maleantes *de ley*, máxime que eran igual de jóvenes, de bien alimentados, de vigorosos.

Y también se iba perfilando la *ley*, pero una nueva ley, asombrosa: «¡que muera esta noche quien no tenga la conciencia tranquila!».

Ahora los asesinatos se hicieron más frecuentes que las evasiones en su mejor época. Se llevaban a cabo con seguridad y anónimamente: nadie iba a entregarse con el cuchillo ensangrentado; uno mismo y el cuchillo se guardaban para otra ocasión. A la hora preferida —las cinco de la mañana, cuando abrían los barracones celadores solitarios, que seguían camino a abrir el siguiente, y los reclusos aún dormían casi todos— unos vengadores enmascarados entraban silenciosamente en la sección señalada, se acercaban a la litera designada y mataban inexorablemente al traidor ya despierto y chillando como un cerdo, o incluso sin despertar. Comprobaban que estaba bien muerto y se iban con su trabajo cumplido.

Llevaban máscaras, y no se les veían los números, arrancados o tapados. Pero incluso si los vecinos del muerto los reconocían por el ademán, no sólo no tenían ninguna prisa en ir a declararlo espontáneamente, sino que hasta en los interrogatorios, hasta ante las amenazas de los *compadres* ya no se rendían, no los sacaban de «no, no, no sé nada, no he visto nada». Y no era ya simplemente la antigua regla, bien asimilada por todos los oprimidos: «el hablar vale un cornado, y el callar vale un ducado». ¡Se trataba de salvar la vida! Porque al que *nombrara* lo matarían a las cinco de la madrugada siguiente, y los favores del comisario no le serían de ninguna ayuda.

Y he aquí que los asesinatos (aunque no había habido más de una decena) se volvieron *la norma*, se convirtieron en fenómeno habitual. Los presos iban a lavarse, a recibir sus raciones matutinas, y preguntaban: ¿han matado a alguno hoy? En este macabro deporte sonaba a los oídos de los presos el gong subterráneo de la justicia.

Se hacía en clandestinidad total. Alguien (reconocido como autoridad) en algún sitio simplemente nombraba: ¡a *éste*! No era cosa suya quién mataría, qué día, de dónde sacarían los cuchillos. En cambio los *ejecutores*, que se encargaban de todo esto, no conocían a los jueces cuya sentencia tenían que cumplir.

Y hay que reconocer —¡con la incomprobación documental de la soplonería!— que ese tribunal informal, ilegal e invisible, juzgaba muchísimo más acertadamente, con muchísimos menos errores, que todos los jueces, troikas, consejos de guerra y OSO que conocíamos.

La *rajaduría*, como la llamábamos, llegó a funcionar tan bien que se extendió incluso al día, se hizo casi pública. A un «jefe de barracón» bajito, picado de viruelas, un ex pez gordo de la NKVD de Rostov, canalla conocido, lo mataron un domingo de día en el cuarto «del zambullo». Las costumbres se habían vuelto tan crueles que hubo apretujones: a ver el cadáver ensangrentado.

Otro día persiguiendo al traidor que había *vendido* el túnel bajo la regimka-barracón 8 (las autoridades, cayendo en la cuenta, recogieron allí a los principales de Dubovka, pero la rajaduría ya marchaba perfectamente sin ellos), los vengadores echaron a correr con cuchillos en pleno día por la zona, el soplón, huyendo de ellos, se metió en el barracón de mando, allí lo siguieron, él se fue al despacho del jefe de la sección de concentración, el panzudo mayor Maximenko, lo siguieron allí también. En aquel momento el barbero del campo estaba afeitando al mayor en su sillón. El mayor, como manda el reglamento del campo, estaba desarmado, pues no se les permite entrar en la zona con armas. Al ver a los asesinos con cuchillos, el aterrorizado mayor se levantó de un brinco y se puso a pedir piedad, entendiendo que ahora lo iban a matar a él. Con alivio vio que acuchillaban ante sus ojos al soplón. (Contra el mayor no atentaba nadie. La regla del movimiento que comenzaba era matar sólo a los soplones, a los celadores y oficiales dejarlos). Con todo, el mayor saltó por la ventana, sin terminar de afeitar, con la servilleta blanca puesta, y echó a correr al cuerpo de guardia, gritando como un condenado: «¡Mirador, dispara! ¡Mirador, dispara!». Pero el mirador no disparaba…

Hubo un caso en que el soplón no quedó bien muerto, se escapó y se refugió, cosido a puñaladas, en la enfermería. Allí lo operaron, lo vendaron. Pero si hasta se había asustado de los cuchillos todo un mayor, ¿podía salvar a un soplón la enfermería? A los dos-tres días lo remataron en la cama de hospital…

De cinco mil hombres no habrían matado a más de una docena, pero a cada puñalada caían los tentáculos que nos envolvían, que nos atenazaban. ¡Corrían unos aires asombrosos! Exteriormente, parecía que seguíamos presos como antes en la zona del campo, pero en realidad éramos *libres*, ¡libres, porque por primera vez en toda nuestra vida, hasta donde llegaba nuestro recuerdo, decíamos abiertamente, en voz alta, todo lo que pensábamos! ¡Quien no haya experimentado esta transformación, no se la puede imaginar!

Y los soplones no soplaban…

Hasta entonces la Sección de Operaciones podía dejar de día en la zona a quien se le antojara, tenerlo allí horas y horas: ¿para recibir denuncias? ¿Para encomendarle nuevas misiones? ¿Para sonsacar nombres de presos fuera de lo común, que aún no

habían hecho nada, pero podían hacer? ¿Sospechosos de ser los centros de una futura resistencia?

Y por la noche volvía el equipo y preguntaba a su compañero: «¿Qué pasa que te han convocado?». Y siempre, ora diciendo la verdad, ora fingiendo descaradamente, el hombre contestaba: «Nada, que me han estado enseñando fotos»…

Efectivamente, en los años de posguerra enseñaban a muchos reclusos, para identificación, fotografías de personas con las que se podían haber encontrado durante la guerra. Pero no podían, ni tenía objeto, enseñárselas *a todos*. En cambio se excusaban con ellas todos: amigos y traidores. La suspicacia se había sembrado entre nosotros y obligaba a cada uno a cerrar la boca.

¡En cambio ahora la atmósfera se libraba de sospechas! Ahora, incluso si los oper-chequistas ordenaban a alguien que se saliera de las filas, *¡no se quedaba!* ¡Increíble! ¡Inaudito en todos los años de existencia de la Checa-GPU-MVD! ¡El convocado no se acercaba con el corazón palpitando, no se precipitaba con carita de pelotilla, sino que orgullosamente (¡lo estaba mirando todo el equipo!) ¡se negaba a ir! Una balanza invisible oscilaba en el aire encima de las filas. En uno de sus platillos se amontonaban todos los fantasmas conocidos: despachos de comisarios, puños, palos, insomnios, celdas de pie, fríos y húmedos calabozos, ratas, chinches, tribunales, segundas y terceras condenas. Pero todo esto no era al momento, era un molino de picar huesos que no podía tragar a todos de golpe y molerlos en un día. Y tras pasar por él, la gente, mal que mal, quedaba con vida, después de todo todos los que estaban aquí lo habían pasado.

En el otro platillo había tan sólo un cuchillo, ¡pero este cuchillo te estaba destinado a ti, como cedieras! ¡Apuntaba a tu propio pecho, y no sabe Dios cuándo, sino mañana al amanecer, y todas las fuerzas de la Checagebé no te podían salvar de él! Ni siquiera era largo, lo justo para penetrarte bien entre las costillas. Ni siquiera tenía mango, alguna cinta aislante envolviendo la parte roma, ¡lo justo para dar una buena fricción, para que el cuchillo no resbalase de la mano!

¡Y esta vivificadora amenaza podía más! Daba a todos los débiles la fuerza de arrancarse las sanguijuelas y pasar de largo, con el resto del equipo. (También les daba una buena justificación después: ¡ya nos habríamos quedado, ciudadano jefe! Pero teníamos miedo al cuchillo… A usted no le amenaza, usted no se lo puede ni figurar)…

Más todavía. No sólo dejaron de acudir a las llamadas de los comisarios y demás mandamases del campo, sino que recelaban de tirar cualquier sobre, cualquier hojita garabateada, en el buzón que colgaba en la zona, o en las cajas para recursos a altos organismos. Antes de echar una carta o una instancia, pedían a alguien: «toma, léetela, que veas que no es una denuncia. Iremos juntos y la echaremos».

¡Y ahora es cuando la superioridad se quedó ciega y sorda!

En apariencia, el panzudo mayor y su ayudante el capitán Prokófiev, también panzudo, y todos los celadores, caminaban libremente por la zona, donde nada les

amenazaba, se movían por entre nosotros, nos miraban, ¡pero no veían nada! Porque sin denuncias, no puede ver ni oír nada un hombre de uniforme: al acercarse, callarán, se darán la vuelta, esconderán, se irán… En algún sitio, ahí al lado, se consumían de deseo de vender a sus compañeros sus mejores confidentes, pero ni uno de ellos hacía siquiera una señal disimulada.

Dejó de funcionar ese famoso sistema de delatores, sobre el cual exclusivamente llevaba decenios basándose el aura de los todopoderosos omniscientes *Órganos*.

En apariencia, iban los mismos equipos a los mismos trabajos (bueno, también nos poníamos de acuerdo para resistirle a la escolta, no dejarle cambiarnos de fila, contarnos al andar, ¡y lo conseguíamos! Ya no hay soplones entre nosotros, pues también los soldados tienen menos fuerza). Trabajaban para cumplir honradamente el plan. Volvían, y permitían a los celadores que los registraran, igual que antes ¡aunque los cuchillos no los encontraban nunca! Pero, en realidad, ya no unían a la gente los equipos, artificialmente formados por la administración, sino agrupaciones humanas muy diferentes, y ante todo, las nacionalidades. Nacieron y se fortalecieron, fuera del alcance de los soplones, centros nacionales: ucraniano, mahometano unido, estonio, lituano. Nadie los había elegido, pero se formaron con tanta justicia, por la edad, la experiencia, los sufrimientos pasados, que su autoridad dentro de su nacionalidad no se discutía. Por lo visto, también apareció un órgano consultivo de conjunto, una especie de «soviet de las nacionalidades**[64]**».

Los equipos seguían siendo los mismos y en igual número, pero cosa rara: en el campo empezaron a *¡faltar jefes de equipo!* ¡Fenómeno inaudito en el GULAG! Al principio su merma fue natural: uno se ha acostado en la enfermería, otro ha pasado a talleres, a otro le ha llegado el tiempo de salir en libertad. Pero los jefes siempre tenían en reserva a una multitud de arribistas, ansiosos de conseguir una plaza de jefe de equipo por tocino, por un jersey. Ahora, en cambio, no sólo no había voluntarios, sino que había jefes de equipo que cada día iban a marear a la Sección de Planificación y Producción, pidiendo que les quitasen cuanto antes.

Corrían unos tiempos en que los viejos métodos de los jefes de equipo —echar al obrero al otro barrio— ya no servían, e inventar otros no estaba al alcance de todos. Y pronto lo de los jefes de equipo se puso tan mal que el repartidor de tareas llegaba a la sección de un equipo a echar un pitillo, a charlar un rato, y se ponía a pedir: «¡Hombre, cómo vais a seguir sin jefe de equipo, no puede ser! ¡Mira, elegiros a uno cualquiera, le daremos el nombramiento al momento!».

Eso empezó especialmente cuando los jefes de equipo comenzaron a *huir al* BUR, ¡a esconderse en la cárcel de piedra! No sólo ellos, sino también los capataces-desalmados, como Adaskin; los soplones a punto de ser descubiertos, o que se sentían los próximos en la lista, ¡de pronto se acobardaron y *huyeron*! Aún ayer se hacían el valiente entre la gente, aún ayer se comportaban y hablaban como si celebraran lo que ocurría (¡ahora intenta tú hablar entre los reclusos de otro modo!), aún la noche pasada habían dormido en el barracón de todos (vete a saber si dormían o pasaban la

noche en tensión, dispuestos a defenderse, y juraban para sus adentros que esta noche era la última), ¡y hoy han desaparecido! Y se le manda al ordenanza: las cosas de Fulano, llévatelas al BUR.

¡Fue una época nueva en la vida del Campo Especial, de una alegría algo siniestra! O sea que no huimos nosotros, *han huido ellos*, ¡purificándonos de su presencia! ¡Un tiempo inaudito, imposible en la tierra: quien no tiene la conciencia limpia no puede acostarse tranquilo! La expiación le llega no en el otro mundo, no ante el tribunal de la historia, sino que una expiación tangible, viva, levanta sobre él un cuchillo al amanecer. Eso sólo se puede inventar en un cuento de hadas: ¡la tierra de la zona, bajo los pies de los honrados, es blanda y templada, pero bajo los pies de los traidores pincha y quema! Es para deseárselo al espacio exterior a la zona, a nuestra *libertad*, que jamás ha visto cosa igual, ni tal vez nunca la verá.

El sombrío BUR de piedra, ya ampliado, terminado, con sus ventanucos, sus «bozales» recubriéndolos, húmedo, frío y oscuro, rodeado de una fuerte empalizada de tablas de cuarenta una contra una, el BUR, tan amorosamente preparado por los amos del campo para los refractarios, para los huidores, para los testarudos, para los protestatarios, para los valientes, ¡de pronto se convirtió en hogar de jubilados para chivatos, traidores y asesinos!

No se le puede negar ingenio al primero a quien se le ocurrió huir con los chequistas y en pago de sus dilatados y leales servicios, pedirles que lo protegieran de la ira popular en el saco de piedra. ¡De que se quisiera una cárcel más segura, de que se huyera no *de* la cárcel, sino *a* la cárcel, a que se consintiese voluntariamente en dejar de respirar aire puro, en dejar de ver la luz del sol, me parece que la Historia no nos ha dejado ejemplos!

Los gerifaltes y comisarios se compadecieron de los primeros, los acogieron: gente de ellos a pesar de todo. Les habilitaron la mejor celda del BUR (los chistosos del campo la nombraron *la conserva*), les suministraron colchones, mandaron que la calentaran más, les establecieron un paseo de una hora.

Pero tras los primeros fueron llegando otros, menos ingeniosos pero igual de ansiosos por vivir. (Algunos intentaron guardar la cara incluso en la huida: ¿quién sabe, tal vez haya que volver y vivir entre los presos? El arcediano Rudchuk huyó al BUR con un paripé: después del toque de queda en el barracón entraron celadores, representaron la comedia de un concienzudo registro con vaciado de colchón, «detuvieron» a Rudchuk y se lo llevaron. Pero pronto el campo se enteró con toda certeza de que también el orgulloso arcediano, aficionado al pincel y a la guitarra, estaba en aquella misma angosta «conserva»). ¡Ya pasan de diez, de quince, de veinte! (También los empezaron a llamar «el equipo Machejovski», por el apellido del jefe de régimen). Ya hay que habilitar una nueva celda, reduciendo la superficie productiva del BUR.

Sin embargo, los chivatos son útiles y necesarios sólo en tanto están metidos en la masa y mientras no son descubiertos. Un soplón descubierto ya no vale nada, ya no

sirve en este campo. Y ahora hay que mantenerlo y alimentarlo de gratis en el BUR, sin que trabaje en la producción, sin que se justifique. ¡No, hasta la beneficencia del MVD ha de tener límites!

Y el aflujo de los que imploraban la salvación fue detenido. Los que llegaron tarde tuvieron que quedarse bajo piel de cordero y esperar el puñal.

La traición agrada, el traidor enfada.

Lo que preocupaba a las autoridades eran las contramedidas, cómo parar el amenazador movimiento en el campo y quebrarlo. Lo primero a que estaban acostumbrados y a que se agarraron fue redactar órdenes.

Los señores de nuestros cuerpos y almas no querían de ningún modo reconocer que nuestro movimiento fuera político. En furibundas órdenes (los celadores andaban por los barracones y las leían) lo que había comenzado se trataba de *bandidismo*. Así era más sencillo, más comprensible, más familiar, por lo visto. ¿Tanto hacía que nos enviaban aquí bandidos bajo el rótulo de «políticos»? Pues ahora los políticos —¡por primera vez políticos!— se convirtieron en «bandidos».

Se declaraba en tono inseguro que estos bandidos serían descubiertos (de momento ni uno) y (aún más inseguro) fusilados. En las órdenes también se hacía un llamamiento a la masa de los detenidos: ¡que *condenara* a los bandidos y *luchara* contra ellos…!

Los detenidos escuchaban y se alejaban riendo para sus adentros. En que los oficiales de régimen temieran llamar político a lo político (pese a que todo procesamiento llevara ya treinta años consistiendo en inventar «política» donde no la había) sentimos su debilidad.

¡Y era una debilidad! Llamar bandidismo al movimiento era por su parte un subterfugio: así la administración concentracionaria no incurría en responsabilidad, que cómo había tolerado en el campo un movimiento político. Esta ventaja y esta necesidad también se extendían más arriba: a las direcciones provinciales del MVD, a las direcciones de campos de concentración, al GULAG, al propio Ministerio. Un sistema que constantemente teme a la información gusta de engañarse a sí mismo. Si hubieran matado a celadores o a oficiales de régimen, les habría sido difícil evitar el artículo 58-8 —terrorismo—, pero entonces también habrían tenido la fácil posibilidad de dar fusilamiento. En cambio ahora les había surgido la tentadora posibilidad de teñir lo ocurrido en los Campos Especiales de color de *guerra de perras*, que en aquel mismo momento estremecía los ITL y que había sido provocada por las propias autoridades del GULAG[65].

Así se justificaban. Pero también se privaban del derecho a fusilar a los asesinos del campo, o sea, de la posibilidad de tomar contramedidas eficaces. Y no pudieron oponerse al creciente movimiento.

Las órdenes no surtieron efecto. La masa detenida no se puso a *condenar* y a *luchar* en lugar de sus amos. Y la medida siguiente fue: ¡poner todo el campo a régimen disciplinario! Esto significaba que todo nuestro tiempo libre, salvo el que

pasábamos en el trabajo, y todo el domingo por entero, debíamos ahora pasarlo bajo llave, como en la cárcel, usar el zambullo e incluso tomar la comida en los barracones. Se pusieron a repartir por los barracones la *balanda* y las gachas en grandes barriles, mientras el comedor se quedaba vacío.

Era penoso este régimen, pero no duró mucho. En la producción empezamos a trabajar con tanta pachorra que la empresa carbonera puso el grito en el cielo. Y sobre todo, constituyó una sobrecarga extra para los celadores, que ahora tenían que estar todo el rato corriendo de un lado para otro con las llaves: ahora dejar salir y dejar volver a los ordenanzas con los zambullos, ahora distribuir la alimentación, ahora escoltar grupos a la sección sanitaria, ahora de vuelta al barracón.

El objetivo de las autoridades era que lo pasáramos mal, nos indignásemos contra los asesinatos y entregáramos a los asesinos. Pero decidimos todos sufrir, resistirlo, ¡valía la pena! Había otra finalidad: que el barracón no estuviera abierto, para que no pudieran entrar asesinos de otro barracón, pues encontrarlos dentro se antojaba más fácil. Pero he aquí que ocurrió otro asesinato, y otra vez nadie «había visto nada» ni «sabía nada». Luego le hundieron la cabeza a uno en el trabajo, contra eso ya no eran ninguna defensa los barracones cerrados.

Cancelaron el régimen disciplinario. En lugar de él idearon hacernos construir «la gran muralla china». Era un muro de dos adobes de grueso y de unos cuatro metros de altura, que levantaron en medio de la zona, de parte a parte, a fin de separar el campo en dos mitades, pero de momento dejando un paso. (La idea fue la misma en todos los Campos Especiales. Esta compartimentación de grandes zonas en pequeñas ocurrió en muchos otros lugares). Como la empresa no iba a pagar por este trabajo —para ella era inútil— todo su peso —tanto la preparación de los adobes, como su secado, como su transporte a pie de obra, como la propia construcción— se nos cargó a nosotros, a nuestros domingos y noches (veraniegas, claras) después de nuestra vuelta del trabajo. Nos daba mucha rabia ese muro, comprendíamos que las autoridades preparaban alguna, pero había que levantarlo. Es que aún nos habíamos liberado muy poco: las cabezas y las bocas, pero de hombros para abajo seguíamos hundidos en el pantano de la esclavitud.

Todas estas medidas —órdenes amenazadoras, régimen disciplinario, muro— eran groseras, muy propias de la mentalidad carcelera. Pero ¿qué pasa? De pronto, así por las buenas, convocan a un equipo, a otro, a otro más, al cuarto del fotógrafo, y los retratan, además con buenos modos, no con el número-collar en el pecho, no con la cabeza a tal ángulo, sino siéntate como te vaya más cómodo, mira como gustes. Y por una frase «imprudente» del jefe de la Sección Educativo-Cultural se enteran los operarios de que «retratan para documentos».

Pero ¿qué documentos? ¿Qué documentación puede tener un recluso…? Corren esperanzas entre los crédulos: ¿quizá lo que preparan son pases para dispensados de escolta? ¿O quizás…? O quizá…

Otro día es un celador que vuelve de permiso y cuenta en voz bien alta a otro (pero delante de los reclusos) que en camino ha visto trenes enteros de liberados, con letreros, con ramas verdes, vuelven a casa.

¡Señor, cómo te late el corazón! ¡Pero si ya es más que hora! ¡Si por ahí se debió de empezar después de la guerra! ¿De verdad habrá empezado?

Cuentan que uno ha recibido carta de su casa: sus vecinos se han liberado, ¡ya están en casa!

De pronto convocan a uno de los equipos fotografiados ante una comisión. Ir pasando uno por uno. Tras un mantel rojo, bajo el retrato de Stalin, están los nuestros del campo, pero no sólo ellos: hay dos desconocidos, uno kazajo, otro ruso, jamás habían estado aquí. Están serios, pero con un punto de alegría, rellenan un impreso: apellido, nombre, patronímico, fecha de nacimiento, lugar de nacimiento, pero luego, en lugar de los acostumbrados artículo, condena, final de la condena, dice: estado civil, situación familiar detalladamente, esposa, padres, si tiene hijos, de qué edad, dónde viven, juntos o separados. ¡Y todo esto lo apuntan…! (Ora uno, ora otro miembro de la comisión recuerda al secretario: ¡apunta esto también, esto también!).

¡Extrañas, dolorosas y agradables preguntas! ¡Incluso al más endurecido le hacen entrar gratitud y hasta ganas de llorar! Lleva años y años oyendo sólo los ladridos sincopados: ¿artículo?, ¿condena?, ¿dictada por? Y de pronto ve sentados a unos oficiales sin ninguna rabia, formales, humanos, que sin prisas, con simpatía —sí, con simpatía— le preguntan por lo que tiene guardado tan en lo hondo que tiene miedo a tocarlo él mismo, a veces contarás un par de frases a tu vecino en la litera, o ni eso siquiera… Y estos oficiales (has olvidado o ahora perdonas que este mismo teniente, el último 2 de octubre**[ic]**, a ti mismo te ha quitado y roto la foto de tu familia)…, estos oficiales, al oír que tu mujer se ha casado con otro, y que tu padre ya está muy mal, no espera volver a ver a su hijo, sólo chasquean la lengua compungidos, se miran unos a otros, mueven la cabeza.

Si no son tan malos, también son personas, es su oficio que es así… Y, tras apuntarlo todo, a cada uno le hacen la última pregunta:

—Bueno, y ¿dónde querrías *vivir*…? ¿Ahí donde tus padres, o donde vivías antes…?

—¿Cómo? —se le abren los ojos al preso—. Yo… en el barracón siete…

—¡Eso ya lo sabemos! —se ríen los oficiales—. Preguntamos dónde *querrías* vivir. Supongamos, por un caso, que se te pusiera en libertad, ¿para qué localidad habría que hacerte la documentación?

Y el universo entero se pone a dar vueltas ante los ojos del detenido, esquirlas de sol, rayitos de arco iris… Con la cabeza comprende que esto es un sueño, un cuento de hadas, que no puede ser, que la condena es de veinticinco o de diez, que nada ha cambiado, que está todo enfangado de arcilla y volverá allí mañana… pero varios oficiales, dos mayores, sentados, sin prisas, insisten amistosamente:

—Bueno, ¿dónde, dónde? Di un sitio.

Y con el corazón latiendo, entre cálidas oleadas de gratitud, como un muchacho, poniéndose colorado, dice el nombre de una muchacha, entrega el secreto de su corazón: dónde quisiera pasar en paz el resto de sus días, si no fuera un archimaldito presidiario con cuatro números.

Y ellos ¡lo apuntan! Y piden que entre el siguiente. Mientras tanto el primero salta fuera de sí al pasillo con los muchachos y les cuentan cómo ha ido.

Uno por uno, van entrando los equipos y contestan a las preguntas de los amistosos oficiales. Y de entre medio centenar, sólo uno dirá con una risita:

—Aquí en Siberia todo está bien, sólo que el clima es caluroso. ¿Podría ser tras el círculo polar?

O bien:

—Escriban: en el campo he nacido, en el campo moriré, de otro sitio mejor no sé.

Repitieron el numerito con dos o tres equipos (en el campo hay doscientos). Se agitó el campo unos días, ¡había de qué discutir! Aunque no pienso que se lo creyera ni la mitad, ¡ya han pasado, han pasado aquellos tiempos! Pero la comisión ya no se reunió más. Fotografiar les salía barato: chasqueaban con cámaras vacías. Pero para estar ahí sentados tanta gente, haciendo preguntitas cariñosas a esos sinvergüenzas, les faltó paciencia. Bueno, pues si les faltó, ya no pudo dar resultado su desaprensivo montaje.

(Pero anotemos: ¡qué éxito! En 1949 se crean —por supuesto, para la eternidad— unos campos con un régimen feroz. Y ya en 1951 los amos se ven forzados a montar ese espectáculo de carantoñas. ¿Qué mayor admisión de éxito? ¿Por qué en los ITL jamás tuvieron que hacer esas comedias?).

Y volvieron a brillar los cuchillos.

Y los amos decidieron *agarrar*. Sin soplones no sabían a ciencia cierta a quién buscaban, pero con todo, algunas sospechas y deducciones tenían (y quizás alguno habría logrado en secreto hacer llegar denuncias).

Entran dos celadores en un barracón, después del trabajo, un día de diario, y dicen: «Recoge, vámonos».

Pero el preso mira a sus compañeros y dice:

—No voy.

¡Y realmente! En este simple, habitual *agarre*, o detención, al que nunca resistimos, que nos hemos acostumbrado a tomar como el curso del destino, resulta que existe esta posibilidad: ¡no voy! ¡Nuestras liberadas cabezas ahora lo entendían!

—¿Cómo que no vas? —alzaron el tono los celadores.

—Pues así, ¡no voy! —contestó firmemente el recluso—. Ya estoy bien aquí.

—¿Y adónde tiene que ir…? ¿Y por qué se va a tener que ir…? ¡No os lo daremos…! ¡No os lo damos…! ¡Fuera! —se pusieron a gritar desde todas partes.

Los celadores se dieron una vuelta, se dieron otra y se fueron.

Lo intentaron en otro barracón, fue lo mismo.

Y entendieron los lobos que ya no éramos los corderos de antes. Que ahora tenían que pillarnos de sorpresa, o en el cuerpo de guardia, o todo un destacamento contra uno. Pero que de entre la multitud ya no nos sacarían más.

Y nosotros, liberados de la peste, redimidos de espías y escuchas, nos miramos y vimos claramente que ¡éramos miles!, que éramos *¡presos políticos!*, que ya podíamos *¡resistir!*

¡Con qué acierto fue elegido el eslabón que hay que cortar para romper la cadena, los soplones! ¡Los chivatos y traidores! Nuestro propio hermano era el que no nos dejaba vivir. Como en las aras de los sacrificios paganos, su sangre se vertió para librarnos de la maldición que pesaba sobre nosotros.

La revolución iba madurando. Su vientecito, que parecía haber caído, ¡ahora nos entró en los pulmones en huracán!

XI
Rompemos las cadenas a tientas

Ahora, cuando entre nosotros y nuestros carceleros se había no ya abierto un foso, sino que se había ahondado y convertido en un abismo, estábamos parados cada cual en su orilla midiéndonos con la mirada; y ahora, ¿qué…?

Naturalmente, eso de que estábamos «parados» es un decir. *Andábamos* cada día al trabajo con nuestros renovados jefes de equipo (o bien secretamente elegidos, tras convencerlos de que debían prestar este servicio a la causa común, o bien los mismos de antes, pero irreconociblemente amables, amistosos, atentos), llegábamos a tiempo a la formación, cumplíamos, no había refractarios, y traíamos de la zona de producción buenos resultados, de modo que a primera vista, los amos del campo podían estar contentos de nosotros. Y también nosotros podíamos estar contentos de ellos: habían perdido totalmente la costumbre de gritarnos, de amenazarnos, ya no nos mareaban con calabozos por tonterías, y no notaban que habíamos dejado de quitarnos el gorro ante ellos. El mayor Maximenko a la hora de la formación matutina aún estaba en cama, pero por la tarde gustaba de salir a ver las columnas llegando al puesto de guardia, y mientras estaban allí paradas, soltar alguna broma. Nos miraba con la ahíta benevolencia con que algún terrateniente ucraniano, por allá por la Tauride, podía examinar sus innumerables rebaños llegando de la estepa. Incluso nos comenzaron a echar cine algún que otro domingo. Y sólo nos jeringaban como antes con la construcción de la «gran muralla china».

Pero a pesar de todo, íbamos pensando tensamente tanto nosotros como ellos: y ahora ¿qué? La cosa no podía quedar así: ni era suficiente para nosotros ni era suficiente para ellos. Alguien tenía que descargar el golpe.

Pero ¿qué podíamos pretender? *Hablábamos* ya en voz alta, sin temor, todo lo que se nos ocurriera, todo lo que llevábamos acumulado (disfrutar la libertad de expresión incluso en esta zona, incluso a estas alturas de la vida, ¡qué dulce era!). Pero ¿podíamos esperar extender está libertad tras la zona o salir allí con ella? No, claro. Entonces, ¿qué otras exigencias *políticas* podíamos presentar? ¡No se nos podían ni ocurrir! No digamos ya que hubieran sido imposibles y desesperadas, ¡es que ni se nos ocurrían! No podíamos exigir en nuestro campo ni que se transformara todo el país, ni que renunciara a los campos de concentración: nos hubieran tirado bombas desde aviones.

Hubiera sido natural que exigiéramos que revisasen nuestros *expedientes*, que nos quitaran las condenas injustas, dictadas por nada. Pero también eso nos parecía desesperado. En aquella general atmósfera de terror que se espesaba sobre el país, la mayoría de nuestros expedientes y de nuestras condenas les parecían a los jueces totalmente justificados, ¡y quizás habían llegado a convencernos hasta a nosotros! Y luego, una revisión de expedientes no es una cosa tangible, la multitud no la percibe, con la revisión es como se nos engañaría con más facilidad: prometiendo, dando largas, viniendo una comisión, luego otra, puede durar años. Y si incluso a alguno lo declaran de pronto liberado y se lo llevan, ¡vete luego a comprobar que no es para fusilarlo, que no es a otra cárcel, que no es a por una nueva condena!

Bueno, y el espectáculo de la *Comisión* ¿no nos había demostrado ya cómo se podía montar esa comedia? Sin revisión ni nada se disponían a mandarnos a todos a casa… En lo que sí estábamos todos de acuerdo, y en eso no podía haber dudas, era en suprimir lo más humillante: que por las noches no cerraran los barracones y quitaran los zambullos; que suprimieran los números; que nuestro trabajo no fuera totalmente gratuito; que nos autorizaran 12 cartas al año. (Pero todo eso, todo, e incluso 24 cartas al año, ya lo teníamos en los ITL, y ¿allí se podía vivir?).

En cambio en reclamar la jornada de 8 horas, ni siquiera había unanimidad… Tan desacostumbrados estábamos a la libertad que ni siquiera parecíamos desearla…

También se discutían las *vías*: ¿cómo plantearlo?, ¿qué hacer? Estaba claro que sin armas no podríamos hacer nada contra un Ejército moderno, luego nuestra vía no era la rebelión armada, sino la huelga. Durante ella podíamos, por ejemplo, arrancarnos nosotros mismos los números.

Pero la sangre que corría por nuestras venas aún era de siervos, de esclavos. El quitarnos nosotros mismos, todos a una, los perrunos números, nos parecía un paso tan temerario, tan descarado, tan irreversible como, digamos, salir a la calle con ametralladoras. En cuanto a la palabra «huelga», nos sonaba tan terrible que nos buscamos un apoyo en la huelga del hambre: si empezábamos la huelga junto con una huelga de hambre, parecía incrementarse nuestro derecho moral a no trabajar. A la huelga del hambre aún parecía que teníamos algún derecho, pero ¿a la huelga a secas? Aquí hemos crecido generación tras generación teniendo la archipeligrosa, contrarrevolucionaria palabra «huelga» a la misma altura que «Entente, Denikin, sabotaje, kulak, Hitler».

Así, planeando voluntariamente una totalmente innecesaria huelga de hambre, nos disponíamos a mermar deliberadamente nuestras fuerzas físicas en la lucha. (Por suerte, después de nosotros ni un solo campo, por lo que sé, repitió este error de Ekibastuz).

También preparábamos los detalles de esta posible huelga-huelga de hambre. El régimen disciplinario que nos habían aplicado hacía poco nos enseñó que en respuesta, naturalmente, nos encerrarían en los barracones. ¿Cómo nos comunicaríamos entre nosotros? ¿Cómo intercambiar resoluciones sobre el curso

ulterior de la huelga? Alguno tenía que inventar y unificar un sistema de señales entre barracones, y de qué ventana a qué ventana serían visibles y dadas.

De todo esto se hablaba aquí y allá, en un grupito y en otro, se veía como algo inevitable y deseable, pero a la vez, por la falta de costumbre, como algo imposible. No lográbamos imaginarnos ese día en que por fin nos reuniéramos, nos pusiéramos de acuerdo, nos decidiéramos y…

Pero nuestros carceleros, abiertamente organizados en una escala militar, más acostumbrados a actuar y con menos que perder con la acción que con la inacción, descargaron el golpe antes que nosotros.

Y luego la bola rodó…

Con paz y tranquilidad celebramos en nuestras habituales literas, en nuestros habituales equipos, barracones, secciones y rincones el año nuevo 1952. Y el domingo 6 de enero, la Nochebuena ortodoxa, cuando los ucranianos occidentales se preparaban a festejarla por todo lo alto, a cocer su dulce de miel, ayunar hasta la salida de la estrella y entonces cantar villancicos, por la mañana tras el recuento nos encerraron y no abrieron más.

¡Nadie se lo esperaba! ¡Lo habían preparado en secreto, a traición! Por las ventanas vimos que del barracón vecino sacaban cerca de un centenar de presos con todas sus pertenencias, y se los llevaban al puesto de guardia.

¿Un traslado…?

Ahora entran aquí. Celadores. Oficiales con fichas. Y por las fichas van llamando. ¡Sal con todas tus cosas… y con los colchones como están, rellenos!

¡Vaya, conque eso es! ¡Una redistribución! Han puesto un retén en la brecha de la muralla china. Mañana estará tapada. Y a nosotros nos sacan fuera y nos llevan a centenares, con sacos y colchones, como refugiados de algún incendio, a dar la vuelta al campo y, por otro puesto de guardia, a la otra zona. En cambio de aquella zona vienen otros a nuestro encuentro.

Todas las cabezas van repasando: ¿a quién se han llevado?, ¿a quién han dejado?, ¿cómo entender el sentido de la redistribución? Y bastante pronto la idea de los amos se va perfilando: en una mitad (*lagpunkt* 2) han dejado sólo a los ucranianos, unos dos mil. En la mitad donde nos han traído a nosotros, que será *el lagpunkt* 1, habrá unos tres mil de todas las demás nacionalidades: rusos, estonios, lituanos, letones, tártaros, caucasianos, georgianos, armenios, judíos, polacos, moldavos, alemanes y toda clase de gente casual, recogida por los campos de batalla de Europa y Asia. «Una e indivisible», vaya. (Es curioso. La mente del MVD, que debiera estar iluminada por la doctrina socialista e internacionalista, sigue la misma vieja senda de dividir por nacionalidades).

Están deshechos los viejos equipos, se componen nuevos, irán a objetivos distintos, vivirán en otros barracones, ¡un lío! Antes de que nos aclaremos pasará no ya un domingo, sino una semana entera. Quedan rotos muchos lazos, entremezclada mucha gente, y la huelga, que tan madura parecía, se ha cortado… ¡Lo han acertado!

En el *lagpunkt* de los ucranianos se han quedado toda la enfermería, el comedor y el club. En el nuestro, a cambio, el BUR. A los ucranianos, los benderistas, los más peligrosos rebeldes, los han separado del BUR. ¿Para qué?

Pronto nos enteramos del para qué. Por el campo corre un rumor fidedigno (viene de los muchachos que llevan la balanda al BUR) de que los soplones, en su «conserva», se han envalentonado: encierran con ellos a los sospechosos (han cogido a dos o tres aquí y allá), ¡y los soplones les torturan en su celda, les ahogan, les pegan, les obligan a cantar, a dar apellidos! *¿¿Quién mata??* Ahora es cuando se descubre el propósito por entero: *¡torturan!* Tortura no la propia jauría (posiblemente no les haya llegado el permiso, pueda haber líos), sino que lo confían a los soplones: ¡buscad vosotros a vuestros asesinos! Ánimos no hay que inyectarles. Y así justifican el pan que comen, esos parásitos. Por eso mismo han alejado a los benderistas del BUR, para que no lo asalten. De nosotros se fían más: somos gente sumisa y llegada de muchos sitios, no nos pondremos de acuerdo. Los revoltosos están allí. Y el muro mide cuatro metros.

Pero ¡cuántos profundos historiadores han escrito sesudos libros, y este misterioso encendido de las almas humanas, este misterioso inicio de los estallidos sociales, no han aprendido a predecirlo, y ni siquiera a explicarlo después!

Hay veces que vas metiendo y metiendo estopa encendida bajo un leño, y nada, no prende. Pero salta una chispilla suelta por la chimenea y arde la aldea entera.

Nuestros tres mil no se habían preparado a nada, no estaban listos para nada, pero por la noche volvieron del trabajo, y de pronto en el barracón al lado del BUR empezaron a desmontar sus literas, a arrancar las traviesas y soportes del entarimado y en la penumbra (había un sitio semioscuro a un lado del BUR), corrieron a hundir con estos tablones la sólida valla alrededor de la cárcel del campo. No tenían ni hachas, ni barras de hierro, porque en la zona no las hay, bueno, quizá conseguirían una o dos prestadas en los talleres.

Los golpes sonaban como si estuviera trabajando un buen equipo de carpinteros, las primeras tablas cedieron, entonces comenzaron a separarlas, y el crujido de los clavos de doce centímetros resonó por toda la zona. Parecía que no era hora para trabajar carpinteros pero, a pesar de todo, los ruidos eran laborales, y tardaron un rato en fijarse en ellos en los miradores, y los celadores, y los operarios de los demás barracones. La vida vespertina seguía su curso: unos equipos iban a cenar, otros volvían, uno iba a la enfermería, otro a la consigna, otro a por un paquete.

Pero a pesar de todo los celadores se alarmaron, fueron hacia el BUR, a aquella pared umbría donde la cosa hervía, se chamuscaron y ¡atrás, al barracón de mando! Alguien con un palo también echó a correr tras un celador. Y para completar la música, alguien más, a pedradas o con un palo, se puso a romper los cristales del barracón de mando. ¡Sonora, alegre, amenazadoramente se iban partiendo los cristales de los jefazos!

Sin embargo la idea de los muchachos no era levantar un alzamiento, y ni siquiera tomar el BUR, no era fácil, sino que era empapar con gasolina, por la ventana, la celda de los soplones y echarle fuego, ¡que escarmentaran! Una docena de hombres penetró para eso en la brecha abierta en la valla del BUR. Ajetreo: que qué celda es, que si es esta ventana, que si desclavar el «bozal», pásame el cubo, pero desde los miradores empezaron a tabletear ametralladoras, y no llegaron a prenderle fuego.

Fueron los celadores y el jefe de régimen Machejovski, al escapar de la zona (a Machejovski también lo persiguieron con un cuchillo, corrió por el cobertizo de los talleres al mirador del ángulo gritando: «¡Mirador, no dispares! ¡Amigos!», y trepó por la antezona[66]), los que avisaron a la división de escolta. De allí (¿dónde podríamos enterarnos ahora de los apellidos de los mandos?) ordenaron por teléfono a los miradores de los ángulos que abrieran fuego de ametralladora, sobre tres mil personas desarmadas, que no sabían nada de lo ocurrido. (Nuestro equipo, por ejemplo, estaba en el comedor, y toda esa ensalada de tiros, asombradísimos, la oímos allí).

Por una ironía del destino eso ocurrió el 22, o por el calendario antiguo, el 9 de enero, un día que aún aquel año se señalaba en el calendario como día de luto en honor del *domingo sangriento*[id]. En cambio nosotros tuvimos un martes sangriento, y muchísimo más cómodo para los verdugos que en Petersburgo: no era una plaza, sino la estepa, y no había testigos, ni periodistas, ni extranjeros[67].

En la oscuridad empezaron a ametrallar la zona al azar. Cierto es que no dispararon mucho rato, la mayoría de las balas, quizá, pasaron altas, pero bastantes hubo que tocaron abajo. Y un hombre ¿cuántas necesita? Las balas atravesaban las finas paredes de los barracones y herían, como siempre ocurre, no a los que asaltaban la cárcel, sino a otros que no tenían nada que ver. Pero estas heridas las tenían ahora que *esconder*, no ir a la enfermería, que se les curaran como a los perros: por las heridas los podían tener por amotinados, ¡a alguien tenían que extraer de la masa uniforme! En el barracón 9 fue muerto en su litera un pacífico viejo, que terminaba su condena de diez años: el mes que venía salía en libertad; sus hijos mayores servían en ese mismo ejército que nos tiraba desde los miradores.

Los asaltantes dejaron el patio de la cárcel y se fueron corriendo a sus barracones (aún tenían que volver a montar sus literas, para no dar pistas). Y otros muchos también dedujeron de los tiros que había que estarse dentro del barracón. Pero otros, al contrario, salieron fuera, alborotados, y corrían de aquí para allá por la zona, buscando entender el qué del qué.

Celadores, para aquel entonces, ya no quedaba ni uno en la zona. Se abría siniestramente por sus cristales rotos el barracón de mando, vacío de oficiales. Los miradores callaban. Por la zona deambulaban curiosos y buscadores de noticias ciertas.

Y en estas se abrió cuan ancho era el portal de nuestro *lagpunkt*, y los soldados de nuestra escolta entraron en formación, teniendo sus metralletas ante sí y soltando

ráfagas al azar. Así se extendieron en abanico en todas las direcciones, y detrás de ellos venían los furiosos celadores, con tubos de hierro, con cachiporras, con lo que fuera.

Atacaron en oleadas todos los barracones, limpiando la zona. Luego las metralletas callaban, paraban, y los celadores salían delante, capturaban a los escondidos, heridos o todavía sanos, y los pegaban sin compasión.

Eso sólo lo averiguamos después, porque al principio sólo oímos muchos disparos en la zona, pero en la penumbra no veíamos ni entendíamos nada.

En la entrada a nuestro barracón se organizó un fatídico tumulto: los presos pugnaban por entrar cuanto antes, y por eso no podía entrar nadie (no es que las tablas de las paredes del barracón salvaran de las balas, sino que dentro uno ya dejaba de ser amotinado). Allí, en el porche, estaba yo también. Recuerdo muy bien mi estado de ánimo: una asqueada indiferencia a lo que me pudiera ocurrir, una instantánea indiferencia a la salvación o no salvación. Maldita sea, ¡a ver qué os hemos hecho! ¿Por qué hasta la tumba somos culpables ante vosotros de haber nacido en esta desgraciada tierra, y hemos de pudrirnos para siempre en vuestras cárceles? Todo el asco de este presidio me llenó el pecho de tranquilidad y repugnancia. Incluso mi constante temor por el poema y la obra de teatro que llevaba dentro, que aún no estaban escritos en ningún sitio, no me atenazaba. Y a la vista de la muerte que ya se nos acercaba, vestida, de capotes, por la zona, no me apretujaba lo más mínimo a la puerta. Ése era el principal sentimiento en el presidio, hasta tal punto habíamos llegado.

La puerta se despejó, entramos los últimos. Y ahí fue cuando, amplificados por el barracón, resonaron los disparos. Mandaron tres balas a la puerta en pos de nosotros, y entraron juntitas en la jamba. Una cuarta fue más alta y dejó en el cristal de la puerta un agujerito redondo en un nimbo de finísimas grietas.

Los perseguidores no entraron en los barracones tras nosotros. Nos encerraron. Capturaban y pegaban a los que no habían logrado refugiarse en un barracón. Heridos y molidos a golpes habría un par de decenas, unos se escondieron y disimularon sus heridas, otros fueron a parar de momento a la enfermería; su destino futuro era la cárcel y un sumario por participación en un motín.

Pero todo esto lo supimos después. Por la noche los barracones fueron cerrados; a la mañana siguiente, el 23 de enero, no dejaron que los distintos barracones se encontraran en el comedor y se pusieran al corriente. Y algunos barracones engañados, en los que manifiestamente no había habido víctimas, sin tener noticia de ningún muerto, salieron al trabajo. Entre ellos estaba el nuestro.

Salimos, pero no sacaron a nadie por el portalón del campo detrás de nosotros: la línea estaba vacía, no había formación. ¡Nos habían engañado!

Se trabajó con mal sabor de boca aquel día en nuestros talleres. Los muchachos andaban de un sitio a otro, se sentaban y discutían lo ocurrido ayer; y que hasta cuándo vamos a estar aquí trabajando como borregos y aguantándolo todo. Pero ¿es

que se puede no *aguantar*?, objetaban reclusos con más años de chiquero, doblegados para siempre. ¿Acaso a alguien alguna vez no lo han hecho pasar por el aro? (Esa era la filosofía de la camada del 37).

Cuando volvimos del trabajó en la oscuridad, la zona del *lagpunkt* estaba desierta otra vez. Pero unos enlaces corrieron bajo las ventanas de los demás barracones. Trajeron noticias: el nueve, donde había habido dos muertos y tres heridos, y los barracones vecinos no habían salido a trabajar ya hoy. Los amos les habían estado diciendo de nosotros y esperaban que mañana salieran ellos también. Pero ya estaba claro: por la mañana no saldríamos nosotros tampoco.

Tiramos varios mensajes de este tenor por encima del muro, a los ucranianos, para que nos apoyaran.

La huelga-huelga de hambre, sin preparar, sin proyectar siquiera como Dios manda, empezó por sí sola, sin centro, sin sistema de comunicación.

Después, en otros campos, en que se apoderaron del almacén de víveres, pero no fueron a trabajar, todo resultó más inteligente. En el nuestro, si no fue inteligente, al menos fue impresionante: tres mil hombres rechazando a un tiempo el pan y el trabajo.

A la mañana, ni un equipo mandó un hombre a la cortaduría del pan. Ni un equipo fue al comedor por la balanda y las gachas ya preparadas. Los celadores no entendían nada: por segunda, por tercera, por cuarta vez entraron vivaces en los barracones a llamarnos, luego amenazadores a echarnos, luego suaves a invitarnos: de momento sólo al comedor por el pan, de la formación ya ni se hablaba.

Pero no fue nadie. Todos estaban tendidos, vestidos, calzados y callados. Sólo los jefes de equipo tuvimos (aquel año caliente yo era jefe de equipo) que contestar algo, porque los celadores nos lo decían todo a nosotros. También estábamos tendidos y murmurábamos desde la cabecera:

—Es inútil, jefe…

Y esta silenciosa unánime insumisión al poder —a un poder que jamás había perdonado nada— esta obstinada insumisión, dilatada en el tiempo, parecía más terrible que correr y chillar bajo las balas.

Por fin, se acabaron las exhortaciones y cerraron los barracones.

Los días siguientes, de los barracones salieron sólo los ordenanzas: sacaban los zambullos, entraban el agua potable y el carbón. Sólo los hospitalizados en la enfermería fueron dispensados por la colectividad de la huelga del hambre. Y sólo a los médicos y enfermeros se les autorizó a trabajar. La cocina guisó una vez, lo tiró, guisó otra, volvió a tirar, y dejó de guisar. Los enchufados, el primer día, por lo visto, se presentaron ante las autoridades, explicaron que no podían de ningún modo, y se fueron.

Y los amos ya no pudieron vernos y mirarnos dentro del alma. ¡Se abrió un foso entre los negreros y los esclavos!

Estos tres días de nuestra vida ninguno de los participantes los olvidará jamás. No veíamos a nuestros compañeros en los demás barracones y no veíamos los cadáveres insepultos expuestos en ellos. Pero estábamos todos unidos por una férrea cadena a través de la desierta zona del campo.

Se habían declarado en huelga de hambre no persona hartas con provisiones de grasas bajo la piel, sino unos seres demacrados, agotados, tras muchos años de pasar hambre a diario, que dificultosamente habían logrado un cierto equilibrio en su cuerpo, que con la privación de cien gramos de pan ya experimentaba una perturbación. Y los acercosos dejaron de comer igual que todos, aunque tres días de hambre podían volcarlos irreversiblemente hacia la muerte. La comida que rehusábamos, que siempre teníamos por una miseria, ahora en nuestro agitado sueño hambriento se nos aparecía como un mar de abundancia.

Se habían declarado en huelga de hambre unos hombres educados durante decenios en la ley de la selva: «¡muérete tú hoy, yo mañana!». Y ahora estaban transfigurados, habían salido de su hediondo pantano, y consentían en morir todos hoy antes que seguir viviendo de esta forma mañana.

En las habitaciones de los barracones se estableció un trato solemnemente amistoso entre los hombres. Todo resto de comida que le quedara a alguien, especialmente a quienes habían tenido paquete, se llevaba ahora a un sitio común, sobre un trapito extendido, y luego por decisión común de la sección una parte se repartía, otra se dejaba para mañana. (En la consigna de efectos personales a algunos les podía quedar aún bastante comida en los paquetes, pero en primer lugar, a la consigna, cruzando la zona, no se podía ir, y en segundo lugar, no todos habrían estado contentos de traer aquí sus restos: pensaban reponerse tras la huelga de hambre. Por eso la huelga era una prueba desigual, como lo es en general toda cárcel, y el valor real lo demostraron los que no tenían nada en reserva y ninguna esperanza de reponerse después). Y si había sémola, la hervían en el fogón de la estufa y la repartían a cucharadas. Para que el fuego fuera más vivo, rompían tablas de las literas. ¡Iba a dar lástima el camastro del Estado, cuando tu propia vida podía no durar hasta mañana!

Lo que harían los amos, no podía predecirlo nadie. Esperábamos incluso que volvieran a abrir fuego de ametralladora desde los miradores sobre los barracones. Menos que nada esperábamos concesiones. Jamás en toda la vida habíamos arrancado nada de ellos, y nuestra huelga tenía el regusto amargo de la desesperación.

Pero en esta desesperación había algo que alegraba. Habíamos dado un paso inútil, insensato, terminaría mal, ¡pues muy bien! Pasaba hambre nuestro estómago, se encogían nuestros corazones, pero se satisfacía otra misteriosa necesidad, de orden superior. Durante estos largos días, estas largas noches de hambre, tres mil hombres meditaban para sus adentros sobre sus tres mil condenas, sobre sus tres mil familias o faltas de ella, sobre lo que le había pasado a cada uno, lo que pasaría, y aunque en tal abundancia de cajas torácicas a la fuerza habían de inclinarse los sentimientos en más

de una dirección, alguno lo lamentaría, y se desesperaría, sin embargo la mayoría tendía a pensar: ¡bien hecho!, ¡que se chinchen!, ¡saldrá mal, pues que salga mal!

Es otra ley que está por estudiar, la ley del estallido general de un sentimiento de masas, contra toda razón. Este sentimiento lo sentía claramente en mí mismo. Me quedaba de condena un año nada más. Parecía que debía lamentar, arrepentirme de haberme metido en este lío, del que sería difícil salir sin una nueva condena. Y sin embargo no me arrepentía de nada. ¡Que os aspen a todos, echadme segunda condena, si queréis…!

Al día siguiente vimos por las ventanas a un grupo de oficiales dirigiéndose de barracón a barracón. Un destacamento de celadores abrió la puerta, recorrió los pasillos y asomándose a las habitaciones, fue llamando (de otra forma, suavito, no como antes, a voces): «¡Jefes de equipo! ¡A salir!».

Entre nosotros comenzó una discusión. Decidían no los jefes, sino los equipos. Se iba de una sección a otra, se consultaba. Nuestra posición era equívoca: los soplones habían sido erradicados de entre nosotros, pero algunos sospechosos quedaban, incluso los había a ciencia cierta, como el escurridizo, seguro de sí mismo Mijail Gueñerálov, jefe de equipo del taller de automóviles. Bueno, y simplemente quien conocía la vida ya se maliciaba que muchos huelguistas de hoy, que pasaban hambre por la libertad, mañana se *chivarían* para asegurarse una esclavitud tranquila. Por esta razón los que dirigían la huelga (los había, naturalmente) no se manifestaban, no sobresalían de la clandestinidad. No tomaban el poder abiertamente, y en cambio los jefes de equipo habían renunciado abiertamente al suyo. Por eso parecía que hiciésemos huelga así por las buenas, sin dirección alguna.

Por fin, invisiblemente, en algún sitio se llegó a una decisión. Nosotros, los jefes de equipo, seis-siete hombres, salimos al zaguán a ver a la Superioridad que nos esperaba pacientemente (era justamente el zaguán de aquel barracón dos, hasta hacía poco *regimka*, de donde arrancaba el túnel-metro, y su entrada empezaba a unos pocos metros de nuestra reunión). Nos apoyamos a las paredes, bajamos la vista y nos quedamos quietos, como si fuéramos de piedra. Bajamos la vista porque mirar a los amos con mirada cobista ya no quería nadie, y con mirada rebelde hubiera sido poco razonable. Nos comportábamos como gamberros impenitentes llevados ante el consejo de disciplina: en posturas descuidadas, las manos en los bolsillos, las cabezas inclinadas y ladeadas, ineducables, testarudos, casos perdidos.

En cambio desde ambos pasillos se acercó al zaguán una multitud de reclusos, y escondiéndose tras los de delante, los de detrás gritaban todo lo que querían: nuestras exigencias y nuestras respuestas.

Pero los oficiales con cenefas azules en sus charreteras (entre los conocidos también había nuevos, que nunca habíamos visto) formalmente sólo veían a los jefes de equipo y les hablaban a ellos. Se dirigían a nosotros en tono comedido. Ya no intentaban amilanarnos, pero tampoco condescendían a hablarnos como a iguales. Vinieron a decir que en nuestro propio interés cesáramos la huelga y el hambre. En

tal caso se nos iba a entregar no sólo la ración de hoy, sino también —¡caso sin precedentes en el GULAG!— la del día anterior. (¡Qué acostumbrados estaban a que a un hambriento siempre se lo pudiera comprar!). No se dijo nada ni de castigos, ni de nuestras exigencias, como si no existieran.

Los celadores se mantenían a cada lado, con las manos derechas en el bolsillo.

Desde el pasillo gritaban:

—¡Procesar a los culpables de los tiros!

—¡Quitarles los cerrojos a los barracones!

—¡Quitar los números!

En otros barracones exigían otra cosa más: revisión de las condenas del OSO en juicio público.

Nosotros, entretanto, seguíamos como gamberros ante el director: a ver cuándo nos deja en paz.

Los amos se fueron, y el barracón se volvió a cerrar.

Aunque el hambre ya empezaba a poder con algunos, las cabezas estaban confusas, pesadas, en el barracón ni una sola voz sugirió que hubiera que ceder. Nadie lamentó nada en voz alta.

Hacíamos conjeturas de hasta qué altura habría llegado la noticia de nuestro motín. En el Ministerio del Interior, por supuesto, ya lo sabían o se enterarían hoy, pero ¿y *el Bigotes*? A ese carnicero lo mismo le costaba fusilarnos a todos, los cinco mil que éramos.

Al anochecer oímos el motor de un avión en algún sitio cerca, y eso que había nubes y malas condiciones de vuelo. Adivinamos que había llegado alguien de más graduación todavía.

Un zeko fogueado, un hijo del GULAG, Nikolai Jlebunov, amigo de nuestros equipos, pero ahora, al cabo de diecinueve años de chiquero, colocado de algo en la cocina, anduvo aquel día por la zona, encontró ocasión y se atrevió a traer y tirarnos por la ventana una bolsa con unas veinte libras de mijo. Se repartieron entre los siete equipos y luego se hirvieron de noche, para que no nos sorprendiera la guardia.

Jlebunov nos comunicó una penosa noticia: tras la muralla china el 2.º *lagpunkt*, el ucraniano, no nos había apoyado. Tanto ayer como hoy habían salido a trabajar como si nada. No había duda de que habían recibido nuestros mensajes y oído nuestros dos días de silencio, desde lo alto de la grúa en la obra veían nuestro *lagpunkt* dos días, desierto, desde la noche de los tiros, no se encontraban en marcha con nuestras columnas. Y sin embargo, ¡no nos apoyaron…! (Como supimos después, sus cabecillas, chicos jóvenes, aún bisoños en auténtica política, consideraron que Ucrania tenía su destino aparte, distinto del de los moscovitas. Habiendo empezado con tantos bríos, ahora nos dejaban en la estacada). O sea que no éramos cinco mil, sino sólo tres.

Y una segunda noche, y una tercera mañana, y un tercer día estuvo el hambre desgarrándonos el estómago.

Pero cuando los chequistas, aún más numerosos, a la tercera mañana volvieron a llamar a los jefes de equipo al zaguán, y nos volvimos a presentar, desganados, impenetrables, con cara de asco, la decisión general era: ¡no ceder! Ya se manifestaba en nosotros la inercia de la lucha.

Y los amos solo nos añadieron fuerzas. El gerifalte recién llegado habló así:

—La dirección del campo de concentración Peschany *ruega a los detenidos que tomen alimento*. La dirección aceptará todas las quejas. Determinará y eliminará las causas del *conflicto* entre la administración y los detenidos.

¿Es cierto lo que oímos? ¡Nos *ruegan que tomemos alimento*! Y del trabajo, ni palabra. ¡Hemos asaltado la cárcel, roto cristales y faroles, perseguido a los celadores con cuchilíos, y ahora resulta que no es ningún motín, sino un *conflicto entre! ¡Entre* partes iguales, la administración y los reclusos!

Bastó con que nos uniéramos durante dos días y dos noches para que nuestros negreros cambiaran el tono, ¡y de qué manera! ¡En toda nuestra vida, no sólo de detenidos, sino en libertad, como miembros de los sindicatos, jamás habíamos oído de los amos tan melifluos discursos!

Sin embargo, nos dimos la vuelta en silencio: es que nadie podía decidir *aquí*. Y prometer una decisión, tampoco podía hacerlo nadie. Los jefes de equipo se fueron sin levantar la cabeza, sin volverse, aunque el jefe del *lagpunkt* nos estuvo llamando por el apellido.

Esa fue nuestra respuesta.

Y el barracón se cerró.

Por fuera, les parecía a los amos lo mismo de mudo e irreductible. Pero por dentro, en las secciones empezó una ruidosa discusión. ¡Demasiado fuerte era la tentación! La suavidad del tono conmovió a los reclusos más que cualquier amenaza. Surgieron voces: que cediéramos. Y realmente, ¿qué más podíamos conseguir ya…?

¡Estábamos cansados! ¡Queríamos comer! Aquella misteriosa ley que había soldado nuestros sentimientos y los elevaba hacia arriba, ahora, en un temblor de alas, empezó a bajar.

Pero se abrieron unas bocas que llevaban decenios selladas, que llevaban toda una vida calladas, y habrían seguido calladas hasta la tumba. Las oían, desde luego, también soplones supervivientes. Estos llamamientos de una voz vibrante, recobrada por unos minutos (en nuestra habitación, fue la de Dmitri Panin), habían luego de purgarse con una nueva condena, con una soga en la garganta que se había estremecido de libertad. Daba lo mismo, las cuerdas vocales hacían por primera vez aquello para lo que habían sido creadas.

¿Ceder ahora? Es rendirse sobre palabra de honor. ¿Palabra de honor de quién? De los carceleros, de la jauría del campo. Desde que las cárceles son cárceles y los campos son campos, ¡¿cuándo han cumplido, aunque fuera una vez, su palabra?!

Se levantó el limo ya posado de sufrimientos, ofensas, humillaciones. Por una vez estábamos en el buen camino, ¿y ya ceder? Por una vez nos sentíamos personas, ¿y

rendirnos a la primera? Un alegre y cruel airecillo nos soplaba y nos hacía correr escalofríos: ¡seguir!, ¡seguir! ¡Aún nos hablarán de otra forma! ¡Cederán! (Pero ¿cuándo y en qué se les podía creer? Eso no quedaba claro de todas maneras. Tal es la suerte de los oprimidos: un día u otro han de *creer* y ceder)…

Y pareció que otra vez aletearon las alas del águila, ¡del águila de nuestro sentimiento unido de doscientos hombres! ¡Otra vez se elevó!

Nosotros, en cambio, nos acostamos, ahorrando fuerzas, procurando movernos lo menos posible y no hablar de nimiedades. Bastante teníamos con pensar.

Hacía tiempo que se habían terminado en el barracón las últimas migajas. Ya nadie hervía ni repartía nada. En el silencio y la inmovilidad generales sólo se oían las voces de los jóvenes vigías, pegados a las ventanas: nos contaban todos los desplazamientos que ocurrían en la zona. Admirábamos esta juventud de veinte años, su radiante ánimo pese al hambre, su decisión de morir en el umbral de una vida aún por comenzar, antes que rendirse. Los envidiábamos porque en nuestras cabezas la verdad había penetrado con retraso, y las vértebras de la espalda ya se iban agarrotando en un arco encorvado.

Pienso que ahora ya puedo nombrar a Janek Baranovski, a Volodia Trofímov y al mecánico Bogdán.

Y de pronto justo antes de la tercera noche, cuando al Oeste se iba despejando y apareció el sol poniente, los vigías gritaron con ardiente despecho:

—¡El barracón nueve…! ¡El nueve se ha rendido…! ¡El nueve va al comedor…!

Nos levantamos todos de un brinco. De las habitaciones del otro lado vinieron corriendo aquí. Por las rejas, desde las tarimas superiores e inferiores de las literas, a cuatro patas o por encima de los hombros unos de otros, miramos, inmóviles, esa triste procesión.

Doscientas cincuenta lastimosas siluetas, ya negras de por sí, y más negras todavía a contrasol, se arrastraban en diagonal por la zona en una larga, sumisa, humillada hilera. Caminaban, pasando uno tras otro por delante del sol, en estirada, incierta, inacabable cadena, como si los de atrás lamentaran que hubieran ido los de delante y no quisieran seguirlos. A algunos, los más debilitados, los llevaban del brazo o de la mano, y con su marcha insegura, parecían una multitud de lazarillos conduciendo a una multitud de ciegos. Además, muchos llevaban en la mano escudillas o potecitos; y esta patética vajilla concentracionaria, cogida contando con una cena demasiado abundante para tragársela con el estómago encogido, esta vajilla extendida delante de uno, como los mendigos para limosnas, era especialmente penosa, especialmente esclava y especialmente enternecedora.

Sentí que lloraba. Ladeé la cabeza para quitarme las lágrimas, y las vi también en los ojos de los compañeros.

La palabra del barracón nueve era decisiva. Era allí donde llevaban cuatro días, desde la noche del martes, expuestos los muertos.

Iban al comedor, y así resultaba que por el pan y las gachas habían decidido perdonar a los asesinos.

El barracón nueve era un barracón hambriento. Allí había sólo equipos de braceros, pocos recibían paquetes. Había muchos acercosos. ¿Tal vez se habían rendido para que no hubiera aún más muertos…?

Nos apartamos de las ventanas en silencio.

Y entonces entendí lo que es el orgullo polaco, lo que fueron sus levantamientos a la desesperada. Aquel mismo ingeniero polaco, Juri Wengerski, estaba ahora en nuestro equipo. Terminaba el último de sus diez años. Incluso cuando fue capataz, nadie le había oído una salida de tono. Siempre era callado, cortés, suave.

Pero ahora su semblante mudó. Con ira, con desprecio, con sufrimiento arrancó la mirada de este desfile por limosna, se irguió y con voz rabiosa, alta, gritó:

—¡Jefe de equipo! ¡No me despierte para la cena! ¡No iré! Trepó arriba de su litera, se volvió cara a la pared y no se levantó. Por la noche fuimos a comer, pero él ¡no se levantó! No recibía paquetes, estaba solo, nunca estaba harto, y no se levantó. ¡La visión de unas gachas humeantes no podía tapar de su vista a la incorpórea Libertad!

Si todos hubiéramos sido tan orgullosos y firmes, ¿qué tirano habría resistido?

El día siguiente, 27 de enero, era domingo. Y no nos llevaron a trabajar, para recuperar (aunque los amos, naturalmente, estaban rabiando por el plan), sino que sólo nos dieron de comer, nos entregaron el pan de los días pasados y nos dejaron vagar por la zona. Todos andábamos de barracón en barracón, contando cómo había pasado cada uno estos días, y todos nos sentíamos de enhorabuena, como si hubiéramos ganado y no perdido. Bueno, y los cariñosos amos nos volvieron a prometer que todas las peticiones *legales* (pero ojo: ¿quién sabía y determinaría lo que era legal…?) serían atendidas.

Entretanto, un detalle fatídico: un tal Volodka Ponomariov, un «perra», que había estado todos los días de la huelga con nosotros, que había oído muchos discursos y visto muchos ojos, *huyó al puesto de guardia*. Es decir que había corrido a traicionarnos y salvarse del cuchillo tras la zona.

En esta fuga de Ponomariov se me descubrió toda la esencia del mundo del hampa. Su sedicente código de honor se reduce a obligaciones uno para con otro en el interior de su casta. Pero, cogidos en el torbellino de la revolución, siempre acabarán fallando. No pueden entender ningún principio, sólo la fuerza.

Se podía adivinar que preparaban la detención de los cabecillas. Pero declararon lo contrario, que habían venido comisiones de Karaganda, de Alma-Ata, de Moscú y que investigarían. En la quieta helada blanca colocaron una mesa en medio del campo en la línea, se sentaron unos gerifaltes con pellizas blancas y botas de fieltro, e invitaron a acercarse con las peticiones. Muchos fueron, hablaron. Se anotó.

El martes tras el toque de queda reunieron a los jefes de equipo, «para presentación de peticiones». En realidad esa conferencia era otra bajeza más, una forma de investigación policial: sabían hasta qué extremo habían llegado los detenidos y los dejaban hablar, para luego detener sobre seguro.

Aquél era mi último día de jefe de equipo: me crecía rápidamente mi abandonado tumor, cuya operación llevaba mucho tiempo demorando para un momento en que, en términos concentracionarios, «viniera bien». En enero y especialmente durante los decisivos días de la huelga de hambre el tumor decidió por mí que venía bien ya, y crecía casi de hora en hora. Apenas hubieron abierto los barracones, fui al médico y me señalaron para operarme. Ahora me arrastré a esta última reunión.

Tuvo lugar en el vestíbulo del baño, un cuarto espacioso. A lo largo de las sillas de barbero colocaron una mesa larga, a la cual se sentaron un coronel del MVD, varios tenientes-coroneles, otros de menos graduación, y nuestros jefes del campo se perdían allá en la segunda fila, a sus espaldas. Allí también, a sus espaldas, se sentaron los taquígrafos: estuvieron toda la reunión tomando apuntes, y desde la primera fila les fueron repitiendo los apellidos de cuantos intervinieron.

Se destacaba un teniente-coronel de la Sección Especial o de los Órganos, un malandrín muy rápido, inteligente, listo, con una cabeza alta y estrecha, que por esa vivacidad de pensamiento y esa estrechez del rostro no parecía pertenecer en absoluto a aquel estúpido hatajo de funcionarios.

Los jefes de equipo hablaban con desgana, casi los sacaban a la fuerza de las apretadas filas, para que se levantaran. Apenas comenzaban a decir algo suyo, los interrumpían, les invitaban a explicar: ¿por qué matan *gente*?, y ¿qué objetivos tenía la huelga? Y si el desgraciado jefe de equipo intentaba contestar algo a estas preguntas, de por qué matan y qué exigencias, enseguida se le lanzaban encima todos a una: y ¿*cómo* lo sabe? Entonces, ¿ha tenido *contactos* con los bandidos? ¡¡Pues identifíquelos!!

Con esta nobleza y en condiciones de absoluta igualdad averiguaban la «legalidad» de nuestras reclamaciones…

Quien trataba especialmente de cortar a los oradores era el malandrín de teniente-coronel, el de la cabeza larga, tenía la lengua bien colgada y disfrutaba sobre nosotros del privilegio de la impunidad. Con agudas interrupciones destrozaba todas las intervenciones, y ya empezaba a reinar un tono en que nos acusaban de todo, y nosotros nos justificábamos.

Todo me empujaba, me impelía a atajarlo. Tomé la palabra, dije mi apellido (lo repitieron como el eco para el taquígrafo). Me levantaba del banco sabiendo que de los reunidos aquí, era difícil que alguno sacara de entre los dientes antes que yo una frase gramaticalmente acabada. Pero una sola cosa no tenía clara: ¿de qué les podía hablar? Todo lo que está aquí escrito, en estas páginas, todo lo que habíamos pasado y pensado en todos los años de presidio y en todos los días de huelga, decírselo era igual que a orangutanes. Constaban todavía como rusos y aún podían entender frases

rusas sencillitas, como «¿se puede?» o «¿da usted su permiso?». Pero cuando estaban sentados así, a una mesa larga, uno al lado de otro, exhibiendo sus idénticamente obtusas, blancas, grasientas, satisfechas carotas, se veía clarísimo que ya habían degenerado en un tipo biológico aparte, y la última comunicación verbal entre nosotros se iba cortando irreversiblemente, sólo quedaba la balística.

Únicamente el de la cabeza alargada aún no había pasado a orangután, oía y entendía perfectamente. En cuanto abrí la boca intentó aturullarme. Comenzó ante la atención general un intercambio de instantáneas réplicas:

—¿Y dónde trabaja?

(¡A ver qué más da donde trabajo!).

—¡En los talleres mecánicos! —suelto por encima del hombro y sigo aún más rápido con lo que iba.

—¿Donde hacen los *cuchillos*? —me golpea de frente.

—¡No, —le pego un mandoble— donde arreglan las *excavadoras andantes*! (Ni yo mismo sé de dónde me vienen las ideas tan rápidas y claras).

Y sigo adelante otra vez, para acostumbrarlos ante todo a callar y oír.

Pero el coronel se agazapa tras la mesa y de pronto salta a morderme de abajo arriba:

—¿Le han delegado aquí los *bandidos*?

—¡No, me han invitado *ustedes*! —le pego triunfalmente el gran corte y sigo, sigo con mi discurso.

Salta un par de veces más y se calla del todo, vencido. He ganado.

He ganado, pero ¿para qué? ¡Un año! Un año me queda, y me cohíbe. No me atreveré a decirles lo que se merecen. Podría pronunciar hoy un discurso inmortal, pero ser fusilado mañana. Y lo pronunciaría lo mismo, ¡pero si me retransmitieran para el mundo entero! No, es demasiado reducido el auditorio.

Y no les digo que nuestros campos de concentración son de modelo fascista y señal de la degeneración del régimen. Me limito a pasar azufre bajo sus desplegadas narices. Me he enterado de que aquí se sienta el comandante de las tropas de escolta, y lamento ahora el vergonzoso comportamiento de los soldados, indigno de *guerreros soviéticos*, cuando ayudan a robar en la producción, y además groseros, y además asesinos. Luego pinto a los celadores del campo como a una pandilla de ladrones, que obligan a los reclusos a robar para ellos en las obras (y así es, solo que empieza por los oficiales aquí sentados). ¡Y qué efecto antipedagógico produce esto sobre los detenidos deseosos de enmendarse!

Ni a mí mismo me gusta mi discurso, su única ventaja es ganar un tiempo.

En el conquistado silencio se levanta el jefe de equipo T. y despacio, casi tartamudeando, sea por la fuerte emoción, sea de nacimiento, dice:

—Yo antes decía que sí… cuando otros reclusos decían… que vivimos… como perros…

El teniente-coronel en la presidencia se pone en guardia. T. va arrugando su gorro en la mano, un presidiario rapado, feo, con el rostro endurecido, deformado de lo mucho que le cuesta encontrar las palabras exactas…

—… Pero ahora veo que estaba equivocado.

El teniente-coronel se serena.

—Vivimos ¡mucho peor que perros! —termina T. con fuerza y rapidez, y todos los jefes de equipo sentados se ponen en tensión—. Un perro tiene un número en el collar, nosotros cuatro. A un perro le dan carne, a nosotros raspas de pescado. ¡A un perro no lo meten en el calabozo! ¡A un perro no le disparan desde el mirador! ¡A un perro no le echan *veinticinco*!

Ahora ya lo pueden interrumpir, ha dicho lo esencial.

Se levanta Cherongórov, se presenta como exhéroe de la Unión Soviética, se levanta otro jefe de equipo, hablan valerosa, ardientemente. En la presidencia repiten insistente y subrayadamente sus apellidos.

Quizá todo eso sea para nuestra perdición, muchachos… O quizá sólo con estos cabezazos consigamos tirar el maldito muro.

La reunión termina en tablas.

Durante varios días hay paz. La comisión ya no se deja ver, y en el *lagpunkt* todo transcurre como si aquí no hubiera pasado nada.

La escolta me conduce a la enfermería al *lagpunkt* ucraniano. Soy el primero a quien llevan allí después de la huelga, el primer mensajero. El cirujano Ianchenko, que ha de operarme, me llama para examen, pero no tratan del tumor sus preguntas ni mis respuestas. No presta atención a mi tumor, y estoy contento de tener a un médico tan de fiar. Me pregunta más y más. Su rostro está sombrío con nuestro común sufrimiento.

¡De qué modo tan distinto tomamos una misma cosa, pero en otras circunstancias! Este mismo tumor, por lo visto canceroso, ¡qué golpe habría supuesto en libertad, cuántas preocupaciones, lágrimas de la familia! En cambio aquí, cuando las cabezas saltan con tanta facilidad de los troncos, este mismo tumor sólo es un pretexto para llegar al hospital, ni siquiera pienso mucho en él.

Estoy en la enfermería rodeado de heridos y tullidos de aquella sangrienta noche. Los hay que los celadores han golpeado hasta dejarlos en carne viva, *no tienen sobre qué acostarse*, toda la piel levantada. Se ensañaba especialmente un celador alto, pegaba con un tubo de hierro. (¡La memoria, la memoria! No consigo recordar su apellido). Alguno ya ha muerto de las heridas.

Pero las noticias vuelan una tras otra: en el *lagpunkt* «ruso» han empezado las represalias. Han detenido a cuarenta hombres. Temiendo un nuevo motín, lo han hecho así: hasta el último día todo era amabilidad como hasta entonces, se podía pensar que los amos estaban investigando cuál de ellos tenía la culpa. Sólo el día señalado, cuando los equipos ya pasaban el portal, notaron que los acompañaba una escolta duplicada y triplicada. La idea fue coger a las víctimas de modo que ni nos

auxiliáramos unos a otros, ni los muros de los barracones o de las obras a nosotros. Tras sacar las columnas del campo y desparramarlas por la estepa, pero antes de que nadie llegara a destino, los jefes de escolta dieron orden: «¡Alto! ¡Arma en previsión! ¡Listos! ¡Reclusos, sentaros! ¡Cuento hasta tres, abro el fuego, sentaros! ¡Todos sentados!».

Y de nuevo, como cuando la prueba de fuego del año pasado, los esclavos indefensos y engañados son inmovilizados en la nieve. Y entonces el oficial desdoblaba un papel y leía los nombres y números de los que tenían que levantarse y salir del cerco desde el inerme rebaño. Y ya una escolta aparte se llevaba a este grupito de unos cuantos revoltosos de vuelta al campo, o venía a por ellos el furgón celular. En cuanto al rebaño, libre de fermentos de descomposición, lo levantaban y lo llevaban a trabajar.

Así nuestros educadores nos aclararon si alguna vez se les podía creer de algo.

Se llevaron gente a la cárcel también desde la zona del *lagpunkt,* desierta de día. Y aquel muro de cuatro metros de alto, que no consiguió escalar la huelga, fue fácilmente saltado por las detenciones, que arreciaron en el *lagpunkt* ucraniano. Justo el día antes de la operación que yo tenía señalada, detuvieron al cirujano Ianchenko, también fue a la cárcel.

Las detenciones o los traslados —era difícil distinguirlos— siguieron ya sin las precauciones del primer día. Enviaban a alguna parte pequeñas partidas, de veinte o treinta hombres. Y de pronto el 19 de febrero empezaron a reunir un enorme traslado, de unos setecientos hombres. Un traslado de régimen especial: a los trasladados, a la salida del campo, los esposaban. ¡Revancha del destino! Los ucranianos, que tanto se habían guardado de ayudar a los moscovitas, iban a ese traslado aún en mayor número que nosotros.

Verdad es que justo antes de su partida, saludaron nuestra huelga derrotada. El nuevo complejo maderero, también construido por alguna misteriosa razón, en madera (¡en el Kazajstán, donde no hay bosques, y en cambio sí mucha piedra!), por causas indeterminadas (lo sé seguro, fue provocado) se incendió en varios sitios a la vez, y en dos horas ardieron tres millones de rublos. Para los que llevaban a fusilar fue como el entierro del vikingo: la antigua costumbre escandinava de quemar junto con el héroe también su barco.

Estoy en el posoperatorio. En la sala estoy yo sólo: hay tal zipizape que no hospitalizan a nadie, la enfermería está parada. Tras mi habitación, la última del barracón, está la casucha del depósito, donde lleva ya no sé cuantos días el asesinado doctor Kornfeld, que nadie ha tenido tiempo de enterrar. (Por la mañana y por la noche el celador, llegando al final del recuento, se para ante mi sala, y, para simplificarse la cuenta, abarca con un gesto de la mano el depósito y mi sala: «y dos *aquí*». Y lo apunta en su tablita).

Pável Boroniuk, también convocado para el traslado grande, se cuela por entre todos los cordones y viene a darme un abrazo de despedida. No sólo nuestro campo,

todo el universo mundo nos parece que se zarandea bajo los embates de la tempestad. Nos menea a nosotros, y no nos hacemos cargo de que tras la zona sigue la calma chicha, como antes. Nos sentimos bailar sobre grandes olas y algo hundiéndose bajo nuestros pies, y si algún día nos volvemos a ver, será en un país totalmente distinto. Pero por si acaso, ¡adiós, amigo! ¡Adiós, amigos!

Se estiró un insulso, aburrido año, mi último año en Ekibastuz y el último año de Stalin en el Archipiélago. Sólo a unos pocos, tras tenerlos un tiempo en la cárcel y no encontrar indicios contra ellos, los devolvieron a la zona. En cambio a muchísimos que en estos años habíamos conocido y aprendido a estimar, se los llevaron: a unos, a un nuevo sumario y juicio; a otros, a aislamiento por una indeleble anotación en el expediente (aunque el detenido hace tiempo que se hubiera convertido en un ángel); a otros más, a las minas de Dzhezkazgán; e incluso hubo una partida de «psíquicamente tarados», metieron en ella a Kishkin el bromista, y los médicos lograron colar al joven Volodia Gershuni.

En sustitución de ellos, fueron saliendo de la «conserva», uno por uno, los soplones: al principio temerosamente, mirando a los lados, luego con cada vez más descaro. Volvió a la zona el «perra vendida» Volodka Ponomariov, y de simple tornero pasó a encargado de la paquetería. ¡El reparto de las preciadas migajas, recogidas por familias indigentes, el viejo chequista Maximenko se lo encargó a un ladrón empedernido!

Los comisarios volvían a convocar a su despacho a quien querían y cuanto querían. Fue una primavera asfixiante. Los que despuntaban por poco que fuera trataban de agacharse y pasar inadvertidos. Yo no volví más al cargo de jefe de equipo (ya volvía a haber los suficientes), sino que me hice peón en la fundición. Aquel año hubo que trabajar mucho, por la razón siguiente. Como única concesión tras pisotear todas nuestras peticiones y esperanzas, la Dirección del campo nos concedió la *autofinanciación*, es decir, un sistema por el cual el trabajo que realizábamos no desaparecía pura y simplemente en las insaciables fauces del GULAG, sino que se valoraba, y el 45 % de él se estimaba nuestro *salario* (el resto iba al Estado). De este «salario» el campo se quedaba con el 70 % para mantenimiento de la escolta, perros, alambradas, BUR, comisarios, oficiales de régimen, de censura y educativos —cosas todas sin las que no podíamos vivir— pero los treinta a diez por cien restantes, con todo, los anotaban en la cuenta corriente del detenido, y aunque no todo este dinero, pero sí parte (si es que no tenías sanciones, retrasos, si no te habías insolentado, desilusionado a los mandamases) se podía convertir, por solicitudes mensuales, en una nueva divisa concentracionaria, los *bonos*, y estos bonos se podían gastar. Y de tal modo estaba montado el sistema, que cuando más sudabas y te desangrabas, tanto más te acercabas al treinta por cien, y si no te aperreabas bastante, todo tu trabajo iba para el campo, y tú te quedabas con las ganas.

Y la mayoría —¡ay, esta *mayoría* de nuestra historia, sobre todo cuando la preparan con *sacas*!— la mayoría estaba satisfechísima con esta *concesión* de los amos y ahora se dejaba la salud en el trabajo, con tal de comprar en la cantina leche condensada, margarina, caramelos malísimos y tomarse en el comedor «comercial» una segunda cena. Y como el trabajo realizado se contabilizaba por equipos, incluso el que no quisiera dejarse la salud por margarina tenía que dejársela para que ganaran dinero sus compañeros.

También con mucha mayor frecuencia que antes fueron trayendo películas a la zona. Como siempre en los campos de concentración, en las aldeas, en los poblados perdidos, despreciando al espectador, no anunciaban el título por adelantado: a un cerdo tampoco se le anuncia por adelantado lo que se le va a echar en la tina. Y de todos modos los reclusos —¡¿de verdad eran los mismos que este invierno estuvieron tan heroicamente haciendo huelga del hambre?!— se agolpaban, asaltaban los asientos una hora antes de que pusieran las cortinas a las ventanas, sin preocuparse ni poco ni nada de si la película valía la pena.

¡Pan y circo…! Tan viejo que da apuro repetirlo…

No se le podía reprochar a la gente que tras tantos años de hambre quisiera saciarse. Pero mientras nos saciábamos aquí, a aquellos de nuestros compañeros que habían tenido la idea de luchar, o que en los días de enero gritaban en los barracones «¡no nos rendiremos!», o que incluso no se habían metido en nada, los estaban procesando en algún sitio, a unos los fusilaban, a otros se los llevaban con nuevas condenas a aisladores cerrados, a otros más los atosigaban con nuevos y nuevos sumarios, los metían para impresionarlos en celdas cubiertas de cruces de condenados a muerte, y algún reptil de mayor, entrando en su celda, sonreía dadivosamente: «¡Ah, Panin! Ya le recuerdo, ya. ¡Usted tiene un *expediente* con nosotros, sí! ¡Ya lo *formalizaremos*!».

¡Una palabga magnífica, formalizar! Se te puede formalizar al otro barrio, o se puede formalizar un día de calabozo, o la entrega de unos pantalones usados, también se puede formalizar. Pero la puerta se ha cerrado, el reptil se ha ido con una sonrisa enigmática, y tú adivina adivinanza, estate un mes sin dormir, date un mes con la cabeza en las piedras: ¿qué es exactamente lo que te quieren formalizar…?

Eso sólo es fácil contarlo.

Un buen día recogieron en Ekibastuz un trasladito de unos veinte hombres más. Un traslado raro. Los recogieron sin prisas, sin severidades, sin aislamiento, casi como recogen para la puesta en libertad. Pero a ninguno de ellos le llegaba el final de la condena. Y no había entre ellos ni un solo recluso maldito, de los que los amos mortifican con calabozos y regimkas, no, eran todos reclusos *buenos*, bien conceptuados por la superioridad: aquel mismo escurridizo y descarado jefe de equipo de los talleres automóviles, Mijail Mijaílovich Gueñeralov, y el jefe de equipo de los mecánicos, el ladinamente ingenuo Bieloúsov, y el ingeniero-tecnólogo Gultiáyev, y el muy ortodoxo ingeniero moscovita Leonid Raikov, circunspecto, con

aspecto de hombre de Estado; y el simpatiquísimo buen compañero, el tornero Zheñka Miliúkov, con cara de luna reluciente; y otro tornero, el georgiano Kokki Kocherava, gran amante de la justicia, muy elocuente en denunciar abusos ante la multitud.

¿Adónde los llevaban? Por la composición, estaba claro que no era al disciplinario. «¡Pero si os llevan a un buen sitio! ¡Pero si os dispensarán de escota!», les decían. Sin embargo, ni uno de ellos manifestó ni el menor asomo de alegría. Asentían lúgubremente con la cabeza, recogían desganadamente sus cosas, casi dispuestos, se veía, a dejarlas aquí. Tenían aspecto humillado, inquieto. ¿Tanto se habían encariñado con el agitado Ekibastuz? Hasta se despedían con unos labios que parecían sin vida, unas entonaciones que sonaban a falso.

Se los llevaron.

Pero no nos dieron tiempo a olvidarlos. A las tres semanas un rumor: ¡los han vuelto a traer! ¿De regreso? Sí. ¿A todos? Sí… Sólo que se han quedado en el barracón de mando y no quieren volver cada cual al suyo.

Sólo faltaba este detallito para completar la huelga de los tres mil de Ekibastuz: ¡la huelga de los traidores…! ¡Con razón tenían tan pocas ganas de ir! En los despachos de los jueces de instrucción, vendiendo a nuestros amigos y firmando declaraciones de Judas, esperaban que con el silencio de sus cuatro paredes se acabaría todo. Lleva ya así decenas de años: una denuncia política se considera un documento irrebatible, y el rostro del chivato no se descubre jamás. Pero algo hubo en nuestra huelga —¿la necesidad de justificarse ante sus superiores?— que obligó a los amos a organizar, parece ser que en Karaganda, un gran proceso judicial. Y cuando recogieron a *éstos* el mismo día, mirándose a los inquietos ojos unos de otros, se enteraron de que iban de testigos al juicio. Pero el juicio en sí nada, lo que sabían era el reglamento del GULAG de la posguerra: todo recluso reclamado por necesidades transitorias debe ser reintegrado a su campo anterior. ¡Hasta les prometieron que por vía de excepción los dejarían en Karaganda! Incluso escribieron un papel, pero se ve que algo no estaba en regla, y Karaganda los rechazó.

Y así estuvieron tres semanas de viaje. Los fueron llevando de vagón-stolypin en cárcel de tránsito, de cárcel de tránsito en vagón-stolypin, fueron gritándoles «¡Sentados en tierra!», fueron registrándolos, quitándoles las cosas, llevándolos al baño, alimentándolos con arenques sin darles agua, todo igual como se atormenta a presos ordinarios, no bien-pensantes. Luego bajo escolta los condujeron al juicio, miraron otra vez a la cara a los que habían denunciado, allí hincaron los clavos en sus ataúdes, colgaron los candados a sus celdas de aislamiento, les enrollaron kilómetros de años en sus nuevos *carretes*, y traídos otra vez por todas las cárceles de tránsito, fueron arrojados, desenmascarados, a su campo anterior.

Ya no los necesitaban. La traición agrada, el traidor enfada…

Y ¿no parece pacificado el campo? ¿No se han llevado de aquí a casi un millar de hombres? ¿Es que les impide alguien ahora ir al despacho del *compadre*…? Pero ellos

¡no salen del barracón de mando! ¡Están en huelga, y no van a la zona! Tan sólo Kocherava se decide a representar descaradamente al antiguo desfacedor de entuertos, va a su equipo y dice:

—¡No sabemos por qué llevado! Llevado aquí, llevado allí, traído otra vez…

Pero para una noche tan sólo y para un amanecer tan sólo le llega el desparpajo. Al día siguiente huye a la habitación del mando, con los suyos.

Vaya, o sea que ha pasado en balde todo lo que pasó, y no en vano han caído o quedado presos nuestros compañeros. El aire del campo ya no puede volver al anterior estado opresivo. La bajeza ha sido restaurada en sus derechos, pero de forma muy inestable. De política, en los barracones, se habla con toda libertad. Y ni un repartidor de tareas o jefe de equipo se atreverían a darle un puntapié o a levantarle la mano a un preso. Porque ahora todos saben lo fácil que es hacer cuchillos y lo bien que penetran entre las costillas.

Nuestra islita se estremeció, y se salió del Archipiélago…

Pero esto lo sentían en Ekibastuz, como mucho en Karaganda. En Moscú, seguro que no. Había comenzado la descomposición del sistema de Campos Especiales —hoy en un sitio, mañana en otro—, pero el Padre y Maestro no se había enterado, naturalmente no le habían informado (y además no sabía renunciar a nada, tampoco habría renunciado al presidio mientras no se le incendiara la silla debajo). Al contrario, acaso para una nueva guerra, preparaba en 1953 una nueva gran oleada de detenciones, y para ello estuvo en 1952 ampliando la red de Campos Especiales. Y así se ordenó convertir el campo de Ekibastuz de una sección ora del Steplag, ora del Peschanlag, en la sección de cabeza de un nuevo gran Campo Especial a orillas del Irtysh (de momento convencionalmente llamado Dall-lag). De modo que a los numerosos negreros ya existentes vino a sumarse en Ekibastuz toda una nueva Dirección de parásitos, a los que también tendríamos que mantener con nuestro trabajo.

Prometían no hacerse esperar asimismo nuevos reclusos.

Pero entretanto el contagio de la libertad se iba transmitiendo, ¿cómo iba a salir del Archipiélago? Igual que en su día los de Dubovka nos lo trajeron a nosotros, ahora los nuestros lo llevaban a más sitios. Aquella primavera, en todos los retretes de las cárceles de tránsito del Kazajstán se veía escrito, grabado, punteado: «¡Saludos a los luchadores de Ekibastuz!».

Tanto la primera saca de «papeles centrales en el motín», de unos cuarenta hombres, como parte del gran traslado de febrero, los 250 más «señalados», fueron llevados a Kenguir (poblado de Kenguir, estación de Dzhezkazgán, 3.ª sección del Steplag, donde se encontraba la Dirección del Steplag y el mismísimo panzudo coronel Chéchev). A los demás sancionados de Ekibastuz los repartieron entre la 1.ª y la 2.ª secciones del Steplag (Rudnik).

Para intimidación de los ocho mil presos de Kenguir se anunció que habían traído *bandidos*. Todo el camino desde la estación hasta el nuevo edificio de la cárcel de Kenguir los llevaron esposados. Así, legendario y encadenado, entró nuestro movimiento en el todavía esclavo Kenguir, para despertarlo a él también. Igual que en Ekibastuz hacía un año, aquí aún reinaban el puño y la delación.

Habiendo tenido hasta abril a un cuarto de millar de los nuestros en la cárcel, el director de la sección de concentración de Kenguir, teniente-coronel Fedotov, decidió que ya estaban bastante intimidados, y ordenó sacarlos al trabajo. Por abastecimiento centralizado, tenían 125 pares de flamantes esposas niqueladas del último modelo fascista, o sea, encadenándolos dos a dos por una mano, justo para 250 hombres (eso fue seguramente lo que determinó la cantidad recibida por Kenguir).

Con una mano libre, ¡huy lo que se puede hacer! En la columna ya había bastantes muchachos con experiencia de cárceles, y huidores fogueados (ahí también estaba Tenno, agregado al grupo), familiarizados con todas las características de las esposas, y explicaron a sus vecinos de columna que con una mano libre no costaba nada quitárselas, con un alfiler o incluso sin él.

Al llegar a la zona de trabajo, los celadores empezaron a quitar las esposas en varios sitios de la columna a la vez, para empezar la jornada laboral sin tardanza. Y ahí es donde los enterados se espabilaron en quitarse las esposas, a sí mismos y al vecino, y en escondérselas bajo la ropa: «¡Ya nos las ha quitado otro celador!». A la escolta ni se le ocurrió contar las esposas antes de dejar entrar la columna, y a la entrada a un objetivo laboral no se la registra nunca.

¡Así, ya la primera mañana, nuestros muchachos birlaron 23 pares de esposas de 125! Aquí, en la zona de trabajo, se pusieron a romperlas con piedras y martillos, pero pronto se les ocurrió algo mejor: las fueron envolviendo en papel engrasado, para que se conservaran mejor, y emparedándolas en los muros y cimientos de las casas que construían aquel día (manzana 20 frente al Palacio de la Cultura de Kenguir), acompañándolas de inscripciones ideológicamente perniciosas: «¡Descendientes! ¡Estas casas fueron construidas por esclavos soviéticos! ¡Estas son las esposas que llevaban!».

La escolta maldijo, echó pestes de los *bandidos*, pero para el camino de vuelta, con todo, trajo otras herrumbrosas, viejas. Pero por mucho que se guardara, a la entrada a la zona de habitación los muchachos escamotearon seis más. En las dos siguientes salidas al trabajo, otras varias. Y cada par costaba 93 rublos.

¡Pues renunciaron los amos de Kenguir a pasear a los muchachos esposados!

¡Quien no lucha no gana!

Hacia mayo empezaron gradualmente a pasar a los de Ekibastuz de la cárcel a la zona común.

Ahora había que educar a los de Kenguir. Para principio montaron una función: a un enchufado que *por derecho* se metió en la cantina sin hacer cola, lo acogotaron sin llegar a matarlo. Bastó para que corriera el rumor: ¡van a pasar cosas!, han venido

distintos a nosotros. (No se puede decir que con anterioridad en el nido de campos de Dzhezkazgán no tocasen en absoluto a los soplones, pero no había llegado a ser una *tendencia*. En 1951, en la cárcel de Rudnik un día le arrebataron las llaves al celador, abrieron la buena celda y mataron en ella a Kozlauskas).

Ahora se crearon también en Kenguir *Centros* clandestinos: el ucraniano y el «panruso». Se prepararon cuchillos, máscaras para la *rajaduría*, y volvió a empezar todo el cuento desde el principio.

«Se ahorcó» en la reja de su celda Voynílovich. Fueron muertos el jefe de equipo Bielokopyt y el bienpensante soplón Lifschitz, miembro de un tribunal militar revolucionario durante la guerra civil, en el frente contra Dútov. (Lifschitz había sido el próspero bibliotecario de la Sección Educativo-Cultural en la sección de Rudnik, pero su fama le precedía, y en Kenguir lo mataron al primer día de su llegada). Un húngaro-comandante fue muerto a hachazos cerca del baño. Y, abriendo la senda hacia la «conserva», huyó allí el primero Sauer, exministro de la Estonia soviética.

Pero también los amos del campo ya sabían qué hacer. Muros entre los cuatro *lagpunkts* ya los había aquí de hacía tiempo. Y ahora se les ocurrió rodear con su propio muro a cada barracón: ocho mil hombres empezaron en sus horas libres a trabajar en ello. Y compartimentaron cada barracón en cuatro secciones aisladas. Y todas las zonitas y cada sección se encerraban bajo llave. ¡Sí, el ideal era dividir el mundo entero en celdas de aislamiento!

El brigada que mandaba la cárcel de Kenguir era boxeador profesional. Usaba a los reclusos como sacos para entrenarse. También en su cárcel se inventó lo de pegar con un martillo a través de una chapa de madera, para no dejar huellas. (Funcionarios *prácticos* del MVD, sabían que sin golpes y muertes la reeducación era imposible. ¡Pero también podía venir un teórico! Pues por esta improbable llegada de un teórico tenían que interponer la chapa). Un ucraniano occidental, deshecho por la tortura y temiendo traicionar a sus amigos, se ahorcó. Otros se comportaron peor. Y fueron desarticulados ambos *Centros*.

Además, entre los «comandos» se encontraron ávidos arribistas, que deseaban no el éxito del movimiento, sino aprovecharse de él. Exigieron que les trajeran suplementos de la cocina y encima que les separaran «de los paquetes[68]». Esto también ayudó a desacreditar y cortar el movimiento.

A primera vista lo cortaron. Pero tras el primer ensayo, también se moderaron los soplones. A pesar de todo la atmósfera en Kenguir se purificó.

La semilla estaba lanzada. Pero estaba destinada a germinar en otro momento y de otra forma.

Aunque nos explican que las personalidades, según parece, no forjan la historia, sobre todo si se oponen a las leyes del progreso, el caso es que durante un cuarto de siglo una de esas personalidades nos estuvo pateando todo lo que quiso, y no nos atrevíamos ni a abrir la boca. Ahora dicen: nadie entendía nada, ni entendía la cola, ni

entendía la vanguardia, sólo entendió la más vieja guardia[ie], pero eligió envenenarse en un rincón, pegarse un tiro en casa, estarse quietecita cobrando la jubilación, todo menos gritárnoslo desde una tribuna.

De modo que el papel de liberadores nos tocó a nosotros, los pequeñuelos. Miren en Ekibastuz: cinco mil hombros se arrimaron a esa bóveda, empujaron… y una grietecita sí lograron abrirla. Aunque fuera pequeña, aunque de lejos no se notara, aunque más nos hubiéramos dañado nosotros, pero por una grietecita se derrumban las cuevas.

Hubo otros desórdenes aparte de los nuestros, aparte de los Campos Especiales, pero todo el sangriento pasado está tan borrado, raspado, lavado a cepillo que incluso una triste relación de disturbios concentracionarios me es ahora imposible de establecer. Acabo de enterarme, por casualidad, de que en 1951, en el campo ITL de Sajalín Varjushevo hubo una huelga de hambre de cinco días de quinientas personas, con gran agitación y sacas de detenidos, después de que tres evadidos fueron muertos a bayonetazos en el cuerpo de guardia. Se sabe de importantes desórdenes en el Ozerlag tras el asesinato de un preso en las filas, en el puesto de guardia, el 8 de Septiembre de 1952.

Por lo visto, a comienzos de los años cincuenta hizo crisis el sistema concentracionario de Stalin, y en particular en los Campos Especiales. Aún en vida del Todopoderoso los indígenas empezaron a arrancarse sus cadenas.

No se puede predecir cómo hubiera seguido esto estando él. Pero de pronto, sin ninguna ley económica, ni histórica, se detuvo la lenta, vieja, sucia sangre en las venas de la bajita *personalidad* picada de viruelas.

Y aunque según la Teoría Adelantada nada hubiera de cambiar por ello lo más mínimo, y no lo temieran aquellas gorras azules, aunque lloraron el 5 de marzo tras los puestos de guardia, y no se atrevieran a esperarlo aquellos chaquetones negros, aunque rasguearon sus balalaikas, al enterarse (aquel día no los sacaron de la zona) de que transmitían marchas fúnebres y habían colgado banderas con crespones, pero algo desconocido empezó subterráneamente a estremecerse, a deslizarse.

Cierto que la amnistía de finales de marzo de 1953, apodada en los campos «de Vorochilov», era en su espíritu totalmente fiel al difunto: mimar a los ladrones y estrangular a los políticos. En busca de popularidad entre la chusma, soltó como ratas por todo el país, ofreciendo a sus habitantes sufrir, colocarse rejas a las libres ventanas, y a la Policía volver a capturar, a todos los capturados anteriormente. En cambio al Cincuenta y Ocho lo liberó en la proporción de siempre: en el 2.º *lagpunkt* de Kenguir, de tres mil hombres salieron… tres.

Una amnistía de éstas podía convencer al presidio sólo de una cosa: la muerte de Stalin no ha cambiado nada. Cuartel para ellos no lo hubo y seguirá sin haberlo. Y si quieren seguir en este mundo, ¡han de luchar!

Y en 1953 los disturbios en los campos continuaron en varios lugares: agarradas menores, como en el 12.º *lagpunkt* del Karlag, y un gran alzamiento en el Gorlag

(Norilsk), sobre el cual vendría ahora un capítulo aparte, si tuviéramos el más mínimo material. Pero no, ninguno.

Sin embargo, no pasó en vano la muerte del tirano. Por oscuras razones, algo oculto se estuvo en algún sitio deslizando, deslizando, y de pronto con estrépito de hojalata, como un cubo vacío, rodó cuesta abajo otra *personalidad* más, desde arriba del todo de la escala hasta la más hedionda ciénaga.

Y ahora todos —y la vanguardia, y la cola, y hasta los míseros indígenas del Archipiélago— entendieron: llegaban nuevos tiempos.

¡Aquí, en el Archipiélago, la caída de Beria fue especialmente sonada: era el gran Patrono y Virrey del Archipiélago! Los oficiales del MVD estaban preocupados, confusos, desconcertados. Cuando ya lo hubieron anunciado por radio, y no era posible volver a meter esa abominación dentro del altavoz, sino que había que cometer el desacato de descolgar los retratos de este dilecto y amado Protector de las paredes de la Dirección del Steplag, el coronel Chéchev dijo con labios temblorosos: «Se acabó todo». (Pero se equivocaba. Pensaba que al día siguiente los procesarían a todos[69]). En los oficiales y celadores apareció cierta indecisión, incluso cierta turbación, que los detenidos notaron en seguida. El jefe de régimen del 3.º *lagpunkt* de Kenguir, de quien los presos jamás habían visto una buena mirada, de pronto llegó al trabajo a visitar a un equipo *de régimen*, y empezó a invitar a los disciplinarios a cigarrillos. (Tenía que averiguar qué chispas recorrían ese turbio medio y qué peligro había que esperar de ellos). «¿Qué —le preguntaron con sorna—, su jefe supremo era un enemigo del pueblo?». «Sí, eso parece», se apenaba el oficial. «¡Pero si era la mano derecha de Stalin! —se ensañaban los disciplinarios—. Entonces, ¿también Stalin la ha pifiado?». «S-s-í-í… —parloteaba amistosamente el oficial—. A ver ahora, muchachos, quizás empiecen a poner en libertad, esperad un poco»…

Beria había caído, pero la mancha de berianos se la dejó en herencia a sus fieles *Órganos*. Si hasta entonces ni un recluso, ni un *libre* osaba sin riesgo de muerte dudar siquiera de pensamiento de la cristalina trayectoria de cualquier oficial del MVD, ahora bastaba con endilgarle al reptil lo de «beriano», ¡y ya estaba indefenso!

En el Rechlag (Vorkuta) en junio de 1953 coincidió el gran revuelo por la destitución de Beria con la llegada desde Karaganda y Taishet de convoyes de amotinados (en su mayoría ucranianos occidentales). En aquel momento Vorkuta estaba todavía acoquinada y sumisa, y los recién llegados maravillaron a los locales con su intransigencia y atrevimiento.

Y todo aquel camino que nosotros tardamos largos meses en recorrer, se pasó allí en un mes. El 22 de julio se pusieron en huelga la fábrica de cemento, la obra de la Térmica-2, las minas 7, 29 y 6. Los objetivos se veían unos a otros: como se interrumpían los trabajos, se detenían las ruedas de los martinetes de las minas. Ya no repitieron el error de Ekibastuz: no se declararon en huelga de hambre. La guardia huyó toda inmediatamente de las zonas, sin embargo —*¡trae la ración jefecito!*— cada día acercaban a la zona un carro de provisiones y lo empujaban hacia el

portalón. (Creo que es por la caída de Beria que se habían vuelto tan serviciales, si no sí que los hubieran hambreado). En las zonas paradas se formaron comités de huelga, se estableció un «orden revolucionario», el comedor dejó inmediatamente de robar y con la misma ración, la comida mejoró sensiblemente. En la mina 7 izaron una bandera roja, y en la 29, de cara al cercano ferrocarril… los retratos de los miembros del Politburó. ¿Y qué iban a izar…? ¿Y qué iban a exigir…? Exigían quitar los números, las rejas y los cerrojos, pero ellos mismos no se los quitaban, no los arrancaban. Exigían correspondencia, visitas, revisión de condenas.

Estuvieron amonestando a los huelguistas sólo el primer día. Luego pasó una semana sin venir nadie, pero en los miradores instalaron ametralladoras y rodearon las zonas en huelga de avanzadillas de cobertura. Por lo que se ve, los mandos iban yendo y viniendo a Moscú, no era fácil, con tantas novedades, entender lo que estaba mandado. A la semana recorrieron las zonas el general Máslennikov, el director del Rechlag general Dierevianko, el fiscal general Rudenko con un séquito de multitud de oficiales (hasta cuarenta). Para esta brillante comitiva reunían a todos en la plaza del campo. Los reclusos se sentaban en el suelo, los generales se quedaban derechos y los abroncaban por sabotaje, por «disparates». En seguida hacían salvedades, de que «algunas exigencias están fundamentadas» («los números os los podéis quitar», las rejas «se ha dado la orden»). Pero volved inmediatamente al trabajo: «¡el país necesita carbón!». En la mina 7 alguien gritó desde atrás: «¡pues nosotros necesitamos libertad, vete a…!». Y los presos se fueron levantando del suelo y marchando, dejando plantados a los señores generales[70].

En el acto se arrancaban los números, empezaron también a desengarzar las rejas. Sin embargo ya se produjo la escisión, y decayó el ánimo: ¿quizá que paremos? Más no vamos a conseguir. El turno de noche ya salió en parte, el de mañana, al completo. Se pusieron a dar vueltas las ruedas de los martinetes, y, mirándose unos a otros, los objetivos reemprendieron el trabajo.

Pero la mina 29 estaba tras una colina, y no veía a las restantes. Le anunciaron que todos habían regresado al trabajo, la 29 no se lo creyó y no fue. Claro, no costaba nada tomarle unos delegados, llevarlos a las demás minas. Pero hubiera sido un humillante mimo a unos reclusos, y estaban los generales sedientos de derramar sangre: sin sangre no es una victoria, sin sangre esas malas bestias no escarmentarán.

El 1 de agosto 11 camiones con soldados se acercaron a la mina 29. Convocaron a los detenidos a la plaza, hacia el portal. Al otro lado del portalón tomaron posición los soldados. «¡Salid al trabajo, o tomaremos severas medidas!».

Sin precisar cuáles. Mirad las metralletas. Silencio. Movimiento de moléculas humanas en la multitud. ¿Para qué perecer? En especial, los de condena corta… A quien le queda un año-dos, se abren camino hacia delante. Pero con más decisión se abren paso otros, y en la primera fila, cogiéndose las manos, forman un cordón contra los esquiroles. La masa está indecisa. Un oficial trata de romper el cordón, lo golpean

con una varilla de hierro. El general Dierevianko se hace a un lado y da la orden de «¡fuego!». Sobre la multitud.

Tres salvas, entre ellas ráfagas de ametralladora. 66 muertos. (¿Quiénes son las víctimas? Los de delante: los más valerosos y los primeros en ceder. Es una ley general de muchas aplicaciones, la encontramos incluso en los proverbios). Los demás huyen. Los guardianes con palos y baquetas se lanzan tras ellos, pegan a los presos y los echan de la zona.

Durante tres días (1-3 de agosto), detenciones por todos los *lagpunkts* en huelga. Pero ¿qué hacer con ellos? Se han mellado los Órganos con la pérdida de su benefactor, no se atreven con un proceso. Otra vez trenes, otra vez se los llevan a algún sitio, a seguir contagiando en otra parte. El Archipiélago se va quedando chico.

Para los que quedan, régimen disciplinario.

En los techos de los barracones de la mina 29 aparecieron muchos parches de chillas: eran de tapar los agujeros de las balas que los soldados dirigieron por encima de la multitud. Soldados anónimos, que no quisieron ser asesinos.

Pero bastantes hubo también que tiraron a dar.

Cerca del cono de la mina 29 alguien puso, en tiempos de Kruschev, una cruz en la fosa común; muy alta, como un poste de telégrafos. Luego la tiraron. Y alguien la volvió a levantar.

No sé si estará ahora.

XII
Los cuarenta días de kenguir

Pero la caída de Beria tuvo en los Campos Especiales otra faceta más: sembró esperanzas, con lo cual desconcertó, despistó, debilitó al presidio. Florecieron esperanzas de prontos cambios, y se les pasaron a los presidiarios las ganas de perseguir a los soplones, de ir a parar a la cárcel por su culpa, de hacer huelga, de amotinarse. Se les pasó la rabia. Ya de por sí todo parecía ir a mejor, sólo había que esperar.

Y también esta otra faceta: las charreteras de ribetes azules (pero sin el pajarito de aviación), hasta la fecha las más respetadas, las más indudables de todas las Fuerzas Armadas, de pronto aparecieron como marcadas de infamia, y no sólo a los ojos de los reclusos o de sus familias (eso, plin), sino ¿acaso también del Gobierno?

En aquel fatídico 1953 a los oficiales del MVD les suprimieron la segunda paga («por las estrellitas»), de modo que pasaron a cobrar una sola paga con trienios y complementos de destino, bueno, y las primas, por supuesto. Fue un rudo golpe al bolsillo, pero aún mayor al futuro: ¿o sea que ya *no hacemos falta*?

Precisamente por haber caído Beria, el ministerio de custodia tenía urgente e inequívocamente que demostrar su fidelidad y utilidad. Pero ¿cómo?

Aquellos motines, que hasta entonces los guardianes veían como una amenaza, ahora se aparecieron como la salvación: que haya cuantos más disturbios, desórdenes, para que se tenga que *tomar medidas*. Y así no habrá reducción ni de plantilla, ni de paga.

En menos de un año la escolta de Kenguir disparó varias veces a inocentes. Era un caso tras otro; y no podía ser casual[71].

Le pegaron un tiro a aquella muchacha, Lida, de la hormigonera, cuando colgaba unas medias a secar en la antezona.

Le pegaron un tiro a un viejo chino —en Kenguir no recordaban su nombre, casi no hablaba ruso, todos conocían su silueta bamboleante— con su pipa entre los dientes y cara de viejo gnomo. Un soldado lo llamó hacia el mirador, le tiró un paquete de picadura al lado mismo de la antezona, y cuando el chino estiró el brazo para recogerlo, disparó, lo hirió.

El mismo caso, pero el soldado tiró desde el mirador unos cartuchos, mandó recogerlos a un recluso y lo mató.

Luego el caso, ya relatado, del tiroteo con balas explosivas a la columna que regresaba de la fábrica de enriquecimiento del mineral, cuando sacaron a 16 heridos. (Y un par de docenas más escondieron sus heridas leves del registro y de un posible castigo).

Ahí los presos ya no se callaron, se repitió la historia de Ekibastuz: el 3.º *lagpunkt* de Kenguir estuvo tres días sin salir al trabajo (pero tomando alimento), exigiendo que se procesara a los culpables.

Llegó una comisión y persuadió de que a los culpables se los procesaría (¡como si a los presos los fueran a llamar al juicio, y lo pudieron comprobar…!). Salieron al trabajo.

Pero en febrero de 1954 en la maderera mataron a otro más, «al evangelista», como recuerda todo Kenguir (parece que se llamaba Alexandr Sysóyev). Este hombre, de sus dos duros, había cumplido 9 años y 9 meses. Su trabajo era embadurnar los electrodos de las soldadoras, lo hacía en una garita cerca de la antezona. Salió a hacer sus necesidades, y entonces fue muerto desde el mirador. Desde el puesto de guardia vinieron corriendo soldados de escolta y empezaron a arrastrar al muerto hacia la antezona, para que pareciera como si la hubiese violado. Los presos no lo resistieron, echaron mano de azadas, palas, y apartaron a los asesinos del asesinado. (Todo este rato estuvo cerca de la maderera el caballo ensillado del comisario Beliáyev, *el Verruga*, apodado así por una verruga en la mejilla izquierda. El capitán Beliáyev era enérgico y sádico, y era muy propio de él montar todo este homicidio).

Todo entró en ebullición en la zona de la maderera. Los reclusos dijeron que llevarían al muerto al *lagpunkt* a hombros. Los oficiales del campo no se lo permitieron. «¿Por qué lo habéis matado?», les gritaban. Los amos tenían una explicación ya lista: la culpa la tiene el propio muerto, ha empezado él primero a tirar piedras al mirador. (¿Se habrían siquiera molestado en leer la ficha personal del asesinado? ¿Que le quedaban tres meses y era evangelista…?).

El regreso a la zona fue sombrío, y recordaba que la cosa no iba en broma. Aquí y allá, en la nieve, había soldados tendidos con ametralladoras, listos para disparar (demasiado lo sabían los de Kenguir)… También había ametralladoras apostadas en los tejados de los acuartelamientos de la escolta.

Fue otra vez en el mismo *lagpunkt* 3, que ya había tenido 16 heridos de un golpe. Y aunque ahora haya habido un solo muerto, iba creciendo el sentimiento de indefensión, de perdición, de desesperación: estaba a punto de cumplirse un año desde la muerte de Stalin, y sus perros seguían los mismos.

Y seguía lo mismo todo.

Por la noche después de la cena lo hicieron así. En una sección de pronto se apagaba la luz y desde la puerta de entrada alguien invisible decía: «Oídme, ¿hasta cuándo vamos a construir a cambio de balas? ¡Mañana no salimos al trabajo!». Y así sección tras sección, barracón tras barracón.

Se tiró un mensaje por encima del muro al *lagpunkt* 2. Experiencia ya había, y lo habían pensado más de una vez con anterioridad, supieron dar la voz allí también. En el *lagpunkt* 2, multinacional, predominaban los diezañeros, y a muchos las condenas se les iban acabando; no obstante se sumaron.

A la mañana, los *lagpunkts* masculinos, el 2 y el 3, no salieron al trabajo.

Esa costumbre, de ponerse en huelga, pero sin renunciar al pan y al bodrio del Estado, se iba haciendo cada vez más familiar a los detenidos, y cada vez menos a sus amos. Se les ocurrió: los *lagpunkts* en huelga, en los barracones, y agarrando entre dos a cada preso, lo sacaban a empellones del barracón. (Un sistema demasiado indulgente, esas atenciones se pueden tener con ladrones, no con enemigos del pueblo. Pero tras el fusilamiento de Beria ninguno de los generales y coroneles se atrevía a dar el primero la orden de disparar a la zona con ametralladoras). Este trabajo, sin embargo, resultó inútil: los reclusos iban al retrete, deambulaban por la zona, todo menos formar.

Resistieron así dos días.

La simple idea de castigar a aquel soldado que había matado al evangelista no les parecía a los amos ni simple, ni acertada. En lugar de ello, la noche del segundo al tercer día de huelga recorrió los barracones, tranquilo por su seguridad y despertando descaradamente a todos, un coronel de Karaganda con un gran séquito: «¿Pensáis estar mucho tiempo a *la bartola*?»[72]. Y al azar, sin conocer a nadie aquí, señalaba con el dedo: «¡Tú! ¡Sal…! ¡Tú, sal…! ¡Tú! ¡Sal!». Y a estos hombres recogidos al tuntún, ese valeroso y decidido directivo los enviaba a la cárcel, suponiéndola la respuesta más razonable a la *bartola*. Will Rosenberg, un letón, al ver estas absurdas represalias, dijo al coronel: «¡Iré yo también!». «¡Adelante!», consintió de buena gana el coronel. Seguramente *ni siquiera entendió* que se trataba de una protesta, y contra qué se podía protestar.

Aquella misma noche se anunció que la democracia con la alimentación se había acabado y que los que no salieran al trabajo tendrían ración disciplinaria. El *lagpunkt* 2 a la mañana salió al trabajo. El 3 estuvo una mañana más sin salir. Ahora emplearon con ellos la misma táctica de los empellones, pero ya con mayores efectivos: fueron movilizados todos los oficiales que servían en Kenguir o habían venido de refuerzo y con las comisiones. Los oficiales entraban en tropel en el barracón señalado, deslumbrando a los detenidos con la blancura de sus gorros cosacos y el brillo de sus charreteras, se metían, agachando la cabeza, por entre las literas, y sin hacer ascos, se sentaban con sus pantalones limpios en las sucias colchonetas de virutas de los detenidos: «A ver, córrete, haz sitio, ¡no ves que soy teniente-coronel!». Y siguiendo así, los brazos en jarras, invadiendo cada vez más sitio, acababan echando al propietario del colchón al pasillo, donde lo agarraban de las mangas los celadores, lo empujaban hasta la formación, y a los que se resistían demasiado, a la cárcel. (La limitada capacidad de las dos cárceles de Kenguir era una gran traba para el mando: sólo cabía cerca de medio millar de personas).

Así la huelga fue rota sin consideración para el honor y los privilegios de los señores oficiales. Este sacrificio venía impuesto por la incertidumbre de los tiempos que corrían. No se comprendía qué había que hacer, ¡y era peligroso equivocarse! Por exceso de celo, si ametrallabas a la multitud, podías resultar sicario de Beria. Pero por defecto de celo, si no los sacabas a trabajar con la debida energía, podías resultar igualmente sicario[73]. Además, con su participación personal y masiva en la represión de la huelga los oficiales del MVD demostraron como nunca tanto la utilidad de sus charreteras para la defensa del sagrado orden público, como la inamovilidad de su plantilla, como su valor individual.

También se tomaron todas las medidas comprobadas en casos anteriores. En marzo-abril enviaron varios traslados a otros campos. (¡El contagio se sigue extendiendo!). Unos setenta hombres (entre ellos Tenno) fueron destinados a cárceles cerradas con la clásica fórmula: «habiéndose agotado todas las *medidas de corrección*, ejerce una influencia disolvente sobre los reclusos, inapto para mantenimiento en un campo de concentración». Las listas de destinados a las cárceles cerradas fueron expuestas en el campo para escarmiento. Y para que la *autofinanciación*, como una especie de NEP[if] concentracionaria, remplazara mejor a los reclusos la libertad y la justicia, trajeron a las cantinas, hasta entonces pobrísimas, un amplio surtido de productos. E incluso —¡oh, milagro!— entregaron a los reclusos un *adelanto* para comprar estos productos. (¡El GULAG concediendo crédito a un indígena! ¡Inaudito!).

Así por segunda vez lo que se preparaba aquí, en Kenguir, sin llegar a madurar, se fue disipando.

Pero ahí los amos se pasaron de listos. Echaron mano de su principal garrote contra los Cincuenta y Ochos, ¡de los hampones! (¡A ver, realmente! ¿Para qué ensuciarse las manos y las charreteras, cuando están los socialmente allegados?).

Antes de la fiesta del 1 de mayo, renunciando ellos mismos al principio de los Campos Especiales, confesando ellos mismos que era imposible tener a los políticos sin diluir y dejarlos que se *comprendan*, los amos trajeron y repartieron en el levantisco *lagpunkt* 3 a 650 ladrones, en parte también «comunes[ig]» (entre ellos muchos de menor edad). «¡Llega un *contingente* sano! —advertían perversamente a los Cincuenta y Ochos—. Ahora iréis como una seda». Y los recién traídos ladrones los arengaron: «¡Vosotros pondréis aquí orden!».

Y entendían muy bien los amos por dónde había que empezar a *poner orden*: que robaran, que vivieran a costa de los demás, y así se sembrara la desunión general. Y sonreían los jefazos amistosamente, como sólo saben sonreír a los ladrones, cuando éstos, al enterarse de que al lado también había un *lagpunkt* femenino, ya gimoteaban con sus modales desenvueltos: «¡Enséñanos a las tías, anda, jefecito!».

¡Pero ahí está, el curso imprevisible de los sentimientos humanos y de los movimientos colectivos! ¡Al inyectar en el *lagpunkt* 3 de Kenguir una dosis de

caballo de este reconocidamente mortífero veneno, los amos obtuvieron no un campo pacificado, sino el mayor motín de la historia del Archipiélago GULAG!

Por muy cercadas, por muy dispersas que estén en apariencia las islitas del Archipiélago, a través de las cárceles de tránsito respiran el mismo aire, y se nutren de la misma savia. Y por eso la muerte de los soplones, las huelgas de hambre, los paros, los disturbios en los Campos Especiales no permanecieron desconocidos de los ladrones. Pues bien, según cuentan, en el año 54 en las cárceles de tránsito se empezó a notar que *los ladrones respetaban a los presidiarios*.

Y si es así, ¿qué nos impedía ganarnos el «respeto» de los ladrones antes? Durante todos los años veinte, treinta, cuarenta, nosotros, Fan Fánych e Hinojos Tomatovich[ih], tan preocupados por nuestro propio significado histórico-universal y por el contenido de nuestro saco, y por nuestros zapatos o pantalones que aún conservábamos, nos comportamos ante los ladrones como personajes humorísticos: cuando ellos desvalijaban a nuestros vecinos, otros intelectuales histórico-universales, desviábamos púdicamente la vista y nos acurrucábamos en nuestro rinconcito; y cuando esos pitecántropos venían a por nosotros, lógicamente tampoco esperábamos ayuda de los vecinos, entregábamos servicialmente a estos papones todo lo que teníamos, con tal de que no se nos llevaran la cabeza de un bocado. ¡Sí, nuestras mentes estaban ocupadas con otra cosa, y nuestros corazones preparados a otra cosa! ¡De ninguna manera esperábamos a este ruin, cruel enemigo más! Nos desconsolábamos con los meandros de la historia de Rusia, y la única muerte a que estábamos dispuestos era en público, sonada, a los ojos del mundo entero y sólo salvando a toda la Humanidad de golpe. Pues quizá quien más cree que sabe, a veces, sabe menos. Quizá desde el primer paso por la primera celda de tránsito habíamos de estar dispuestos, todos cuantos estábamos, a recibir una puñalada entre las costillas y diñarla en un oscuro rincón, entre orines del zambullo, en una humillante reyerta con esos hombres-ratas, a cuyas dentelladas nos habían entregado los Azules. ¿Y entonces, tal vez, hubiéramos sufrido muchísimas menos pérdidas y nos hubiéramos alzado antes, más alto, e incluso codo con codo con estos ladrones habríamos volado a pedazos los campos de concentración estalinista? Desde luego, ¿por qué los ladrones nos habían de *respetar*…?

Pues bien, los ladrones llegados a Kenguir algo habían oído ya, algo esperaban ya, de que espíritu de lucha en el presidio lo había. Y antes de que se ambientaran y se conchabaran con las autoridades, se acercaron a los *pajanes*[ii] unos serenos mozos de anchos hombros, se sentaron *a charlar de las cosas* y les hablaron así: «Somos *delegados. La rajaduría* que hay por los campos Especiales ya la conocéis, y si no ya os contaremos. Ahora sabemos hacer cuchillos que no son peores que los vuestros. Vosotros sois seiscientos, nosotros dos mil seiscientos. Pensáoslo y escoged. Si vais contra nosotros, os mataremos a todos».

¡Este era el paso inteligente, que hacía muchísimo que se tenía que haber dado! ¡Volverse contra los hampones con todas las fuerzas! ¡Ver en ellos al *enemigo principal*!

Por supuesto, eso era lo que querían los Azules, que este zipizape empezara. Pero los ladrones estimaron que ir contra los envalentonados Cincuenta y Ochos a uno contra cuatro era mal asunto. Sus protectores estaban, a pesar de todo, fuera de la zona, ¡y también vaya unos protectores! ¿Acaso los ladrones los habían respetado alguna vez? En cambio la alianza que proponían los mozos era una alegre, inusitada aventura, que además parecía abrir un caminito: cruzando la valla, a la zona de mujeres.

Y contestaron los ladrones: «No, nos hemos vuelto más listos. ¡Iremos de parte de los *catetos*!».

Esta conferencia no consta en los manuales de Historia, ni los nombres de sus participantes se han conservado en las actas. Y es lástima. Los muchachos no eran tontos.

Ya en los primeros barracones de cuarentena el *contingente sano* celebró su llegada haciendo hogueras en el suelo de cemento con las mesitas y literas, sacando el humo por las ventanas. Su desacuerdo con que cerraran los barracones lo expresaron tapando con chillas los ojos de las cerraduras.

Dos semanas los ladrones estuvieron como en la playa: salían al trabajo, se tostaban al sol, no trabajaban. De ración disciplinaria, naturalmente, ni se hablaba, pero pese a todas sus radiantes esperanzas, los jefazos no tenían forma de justificarles un sueldo. Sin embargo, en manos de los ladrones aparecieron *bonos*, entraban en la cantina y compraban. La superioridad, esperanzada, creyó que el *elemento sano* ya empezaba a robar. Pero, mal informada, se equivocó: entre los políticos se hizo una colecta en auxilio de los ladrones (eso también, por lo visto, entraba en la convención, si no a los ladrones no les habría interesado), ¡y de ahí sacaban los bonos! ¡Un caso demasiado inaudito para que los amos pudieran adivinarlo!

Probablemente, la novedad y lo insólito del juego entretendrían muchísimo a los hampones, sobre todo a los jovencitos: de pronto tratar a los «fascistas» con cortesía, no entrar sin llamar en sus secciones, no sentarse en las literas sin ser invitados.

El París del siglo pasado llamó a sus hampones (que, por lo visto, no le faltaban), reunidos en una guardia, *mobiles*. ¡Está muy bien captado! Esta tribu es tan móvil que rasga el velo rutinario de la vida de cada día, no puede de ninguna manera quedarse quieta en su interior. Se había convenido no robar, no era ético *currelar* para el Estado, ¡pero algo había que hacer! Los cachorros de ladrones se entretenían quitándoles las gorras a los guardianes, durante el recuento vespertino se subían a los tejados de los barracones y al alto muro entre los *lagpunkts* 3 y 2, enredaban la cuenta, silbaban, daban voces, de noche asustaban a los miradores. Habrían seguido y

se habrían metido también en el *lagpunkt* femenino, pero les tapaba el camino la custodiada zona de los talleres.

Cuando los oficiales de régimen, o los educadores, o los comisarios entraban a una amistosa reunión en el barracón de los hampones, los ladronzuelos-menores ofendían sus mejores sentimientos sacándoles de los bolsillos, durante la conversación, sus agendas, monederos, o desde las tarimas de encima de pronto le volvían al *compadre* la gorra con la visera sobre el cogote —¡un trato inaudito en el GULAG!—. ¡Pero también las circunstancias eran inauditas! Los ladrones, ya de toda la vida, siempre habían tenido a sus padres y señores del GULAG por tontos, los despreciaban tanto más cuanto más ampulosamente se creían lo de los éxitos de la *reforja*, los despreciaban hasta carcajearse cuando salían a la tribuna o ante el micrófono a contar el inicio de una nueva vida con un pico, una pala y un carretón. Pero hasta entonces no les había convenido enfadarse con ellos. En cambio ahora la alianza con los políticos dirigía las fuerzas liberadas de los hampones justamente contra los amos.

Así, con escasa inteligencia administrativa y privadas del superior entendimiento humano, las autoridades del GULAG prepararon ellas mismas la explosión de Kenguir: primero por absurdos asesinatos, luego por echar combustible ladronil en ese ambiente caldeado.

Los acontecimientos seguían ineluctablemente su curso. Los políticos *no podían* dejar de proponer a los ladrones guerra o alianza. Los ladrones *no podían* negarse a la alianza. Y la establecida alianza *no podía* quedarse inactiva: se habría deshecho y hubiera empezado una guerra intestina. ¡Había que *iniciar*, lo que fuera, pero iniciar! Y como a los *iniciadores*, si son del Cincuenta y Ocho, los cuelgan luego de una soga al cuello, pero si son ladrones, sólo los regañan en clase de formación política, los ladrones propusieron: ¡empezamos nosotros, y vosotros seguiréis!

Observemos que toda la sección de concentración de Kenguir estaba formada por un solo rectángulo con una misma zona exterior, en el interior de la cual, a lo ancho, corrían las zonas internas, que separaban primero el *lagpunkt* 1 (de mujeres), luego los talleres (de su potencial industrial ya hemos hablado), luego el *lagpunkt* 2, luego el 3, y luego el carcelario, en que había dos cárceles, la vieja y la nueva, y donde no sólo se iba a parar desde los campos de concentración, sino también los habitantes libres del poblado.

El primer objetivo lógico era apoderarse de los talleres, donde se encontraban también todos los almacenes de abastecimiento del campo. Se empezó la operación de día, el domingo exento de trabajo 16 de mayo de 1954. Primero todos los *mobiles* se subieron a los tejados de sus barracones y al muro entre los *lagpunkts* 3 y 2. Luego a una orden de los *pajanes*, que quedaron en las alturas, saltaron con palos al *lagpunkt* 2, allí formaron en columna y así marcharon en filas por la línea. Y la línea llevaba, por el eje del *lagpunkt* 2, al portal de hierro de los talleres, donde moría.

Todas estas acciones, sin disimulo alguno, tomaron cierto tiempo, durante el cual la guardia pudo organizarse y recibir instrucciones. ¡Y lo que son las cosas! Los celadores fueron corriendo por los barracones del Cincuenta y Ocho a apelar a ellos, treinta años aplastados como cucarachas: «¡Muchachos! ¡Mirad! ¡Los ladrones van a forzar la zona de mujeres! ¡Van a violar a vuestras esposas e hijas! ¡Salid en su auxilio! ¡Repelámosles!». Pero un convenio era un convenio, y a quien saltó, sin conocerlo, lo retuvieron. Aunque era muy probable que al ver las chuletas los gatos no respetarían las condiciones del acuerdo, la guardia no halló auxiliares entre el Cincuenta y Ocho.

Cómo se las habría arreglado la guardia para defender la zona femenina de sus favoritos, no lo sabemos, pero antes tenía que proteger los almacenes de la zona de talleres. De modo que el portal de los talleres se abrió, y al encuentro de los atacantes salió un pelotón de soldados desarmados; desde atrás los dirigía *El Verruga* Beliáyev, que sea por amor al oficio, sea por estar de guardia, estaba en domingo en la zona. Los soldados empujaron hacia atrás a los *mobiles,* rompieron su formación. Sin emplear sus bastones, los ladrones retrocedieron hacia su *lagpunkt* 3 y volvieron a encaramarse en la pared, mientras que desde encima su reserva tiraba a los soldados piedras y adobes, cubriendo la retirada.

Por supuesto, no hubo a raíz de eso ninguna detención entre los ladrones. No viendo todavía en ello más que una retozona travesura, las autoridades dejaron el domingo en el campo transcurrir tranquilamente hacia la retreta. Sin incidentes se repartió la cena, y por la noche, con la oscuridad, cerca del comedor del *lagpunkt* 2 empezaron a proyectar, como en un cine de verano, la película *Rimski-Kórsakov*.

Pero el valeroso compositor aún no había tenido tiempo de abandonar el conservatorio, en protesta contra las persecuciones a la libertad, cuando tintinearon bajo unas pedradas las farolas de la zona: los *mobiles* les disparaban con tirachinas, apagando la iluminación de la zona. Ya eran muchos deambulando en la oscuridad por el *lagpunkt* 2, y sus estridentes silbidos de salteadores cortaban el aire. Con un tablón hundieron la puerta de los talleres, se metieron dentro en masa, y ahí con un raíl también abrieron una brecha en la zona femenina. (Iban con ellos también jóvenes del Cincuenta y Ocho).

A la luz de cohetes luminosos, disparados desde los miradores, siempre el mismo capitán Beliáyev, comisario del campo, irrumpió en los talleres desde el exterior con un pelotón armado, y —¡por primera vez en la historia del GULAG!— ¡abrió fuego sobre los *socialmente allegados*! Hubo muertos y varias decenas de heridos. Y además, detrás corrían charreteras rojas con bayonetas y remataban a los heridos. Y más atrás aún, según la división del trabajo represivo adoptada ya en Ekibastuz, y en Norilsk, y en Vorkuta, corrían celadores con barras de hierro, y con estas barras acababan de dar muerte a los heridos que quedaban. (Aquella noche en la enfermería del *lagpunkt* 2 se iluminó el quirófano, y el cirujano recluso, el español Fuster, estuvo operando).

Los talleres estaban ahora sólidamente ocupados por los represores, en ellos instalaron ametralladoras. Y el *lagpunkt* 2 (los *mobiles* habían tocado su apertura, ahora entraban en escena los políticos) levantó contra el portal de los talleres una barricada. Los *lagpunkts* 2 y 3 se comunicaron por una brecha, y ya no quedaban guardianes en ellos, no había poder del MVD.

Pero ¿qué fue de los que lograron pasar al *lagpunkt* femenino y ahora se habían quedado cortados allí? Los acontecimientos rebasaron el desenvuelto desprecio en que los hampones tienen a las *tías*. Cuando en los talleres resonaron disparos, los irrumpidos aquí, donde las mujeres, ya no eran ávidos depredadores, sino compañeros de desgracia. Las mujeres los escondieron. A capturarlos entraron soldados desarmados, luego incluso armados. Las mujeres los estorbaban en la búsqueda y se defendían. Los soldados pegaban a las mujeres con puños y culatas, las arrastraban a la cárcel (en la zona de mujeres había previsoramente una cárcel propia), y a algún que otro hombre le dispararon.

Al faltarle efectivos represivos, el mando envió a la zona de mujeres a «charreteras negras»: soldados de un batallón de ingenieros, de guarnición en Kenguir. Sin embargo, los soldados de ingenieros *¡se negaron a lo que no era cosa de soldados!* Y hubo que llevárselos.

¡Pero entretanto precisamente aquí, en la zona de mujeres, estaba la principal justificación política que podían alegar ante sus superiores los represores! ¡No eran ningunos bobos! Sea que lo leyeron en algún sitio, sea que se les ocurrió a ellos, el caso es que el lunes soltaron por la zona de mujeres a unos fotógrafos y a dos o tres matones suyos, disfrazados de reclusos. Los fingidos rufianes se pusieron a maltratar a las mujeres, y los fotógrafos a fotografiar. ¡Fue por defender de estos abusos a las débiles mujeres que el capitán Beliáyev se vio obligado a abrir el fuego!

Durante las horas de la mañana del lunes, la tensión fue en aumento en la barricada y en el portal hundido de los talleres. En los talleres había cadáveres sin recoger. Los soldados estaban tendidos tras las ametralladoras, dirigidas siempre hacia el mismo portal. En las zonas masculinas liberadas rompían literas para armas, hacían escudos con las tablas, con los colchones. Desde la barricada gritaban a los verdugos, éstos contestaban. Algo había de ocurrir, la situación era demasiado inestable. Los presos en la barricada estaban dispuestos hasta a marchar al ataque ellos. Algunos demacrados se quitaron las camisas, se subieron a la barricada y mostrando a los soldados sus descarnados pechos y costillas, gritaban: «¡Va, disparad, a ver! ¡Tirad a vuestros padres! ¡Rematadnos ya!».

Y de pronto llegó corriendo a los talleres un soldado con un mensaje para el oficial. Este ordenó recoger los cadáveres, y con ellos a cuestas los charreteras rojas abandonaron los talleres.

Unos cinco minutos en la barricada reinó el silencio y la desconfianza. Luego los primeros presos se asomaron prudentemente a la zona de talleres. Estaba vacía, sólo

se veían aquí y allá los gorritos concentracionarios negros de los muertos, con los parches cosidos de los *números*.

(Después supieron que había ordenado evacuar los talleres el ministro del interior del Kazajstán, acababa de llegar en avión de Alma-Ata. Los cadáveres recogidos se los llevaron a la estepa y los enterraron, para evitar una encuesta, si luego se requería).

Los presos estallaron en «¡Viva-a-a…! Viva-a-a»… e irrumpieron en la zona de talleres, y más allá, en la de mujeres. Ensancharon la brecha. Allí liberaron la cárcel de mujeres ¡y todo se reunió! ¡Todo era libre dentro de la zona principal! Sólo el *lagpunkt* carcelario 4 seguía siendo cárcel.

En todos los miradores se colocaron ¡*cuatro* charreteras rojas! ¡Había a quien le entrasen por los oídos los insultos! Contra los miradores se reunían y les gritaban (las mujeres, por supuesto, más que nadie): «¡Sois peores que los fascistas…! ¡Sanguijuelas…! ¡Asesinos…!».

Apareció en el campo, naturalmente, un sacerdote, e incluso más de uno, y en el depósito ya se oficiaba un funeral por los muertos en la represión.

¡¿Qué sensaciones pueden ser las que estallen en el pecho de ocho mil hombres, que de toda la vida, y anoche, y hace un ratillo eran esclavos desconexos, y que ahora acababan de juntarse y liberarse, aunque no fuera de verdad, pero siquiera en el rectángulo de estos muros, bajo la mirada de esos soldados por ramilletes de cuatro?! ¡La hambrienta inactividad de Ekibastuz en barracones cerrados, incluso ella parecía alcanzar la libertad! Pues aquí, ¡ya era la revolución de febrero! ¡Tanto tiempo reprimida, aflora por fin la hermandad entre los hombres! ¡Y queremos a los hampones! ¡Y los hampones nos quieren a nosotros! (¡Y qué le vas a hacer, sellado con sangre! Y además, ¡ellos se han apartado de su *ley*!). ¡Y aún más, naturalmente, queremos a las mujeres, que vuelven a estar a nuestro lado, como se suele en todas partes, y son nuestras hermanas de destino!

En el comedor cuelgan proclamas: «¡Ármate con lo que puedas y ataca a las tropas primero!». Sobre pedazos de periódico (no hay otro papel) los más exaltados ya han pintado en letras negras o de colores sus consignas: «¡Duro con los chequistas!». «¡Muerte a los soplones, vendidos a los chequistas!». En un lugar del campo, en otro, en otro más, te falta tiempo, ¡mítines, oradores! ¡Y cada uno propone lo suyo! Piensa —se te permite *pensar*— ¿tú a favor de quién estás? ¿Qué exigencias plantear? ¿Qué queremos? ¡Que procesen a Beliáyev! ¡Eso, desde luego! Que procesen a los asesinos, eso por supuesto. Pero ¿qué más? ¡No cerrar los barracones, quitarnos los números! Pero ¿y luego…?

Pues luego viene lo que da más miedo: ¿para qué se ha empezado *esto* y qué queremos? ¡Queremos naturalmente, libertad, nada más que libertad! Pero ¿quién nos la va a dar? Aquellos tribunales que nos condenaron están en Moscú. Y mientras estemos descontentos con el Steplag o con Karaganda, todavía se habla con nosotros. Pero si decimos que estamos descontentos con Moscú… ¡no lo contamos ni uno!

Y entonces, ¿qué es lo que queremos? ¿Abrir brecha en los muros? ¿Echar a correr al desierto…?

¡Horas de libertad! ¡Quintales de cadenas que caen de nuestros brazos y hombros! ¡No, a pesar de todo no lo lamentamos! ¡Este día valía la pena!

Y a finales del lunes en el campo en ebullición entra una delegación de las autoridades. Una delegación plenamente benévola, no nos miran como fieras, no llevan metralletas, vaya, ésos no son sicarios del sangriento Beria. Nos enteramos de que desde Moscú han llegado generales: Bochkov del GULAG y el vicefiscal general Vavílov. (También han servido bajo Beria, pero ¿para qué remover lo pasado?). Estiman que nuestras exigencias son *¡totalmente justificadas!* (Nos quedamos nosotros mismos con la boca abierta: ¿justificadas? ¿Entonces, no somos amotinados? ¡No-no, *totalmente* justificadas!). «¡Los culpables de los disparos habrán de responder!». «¿Y por qué han pegado a las mujeres?». «¿Han pegado a las mujeres? —se asombra la delegación—. No puede ser». Ania Mijalévich les trae una ristra de mujeres contusas. La comisión está conmovida: «¡Lo aclararemos, lo aclararemos!». «¡Salvajes!», grita a un general Liuba Bershadskaya. También gritan: «¡No cerrar los barracones!». «No los cerraremos». «¡Quitar los números!». «Desde luego, los quitaremos», asegura un general que jamás hemos visto (ni veremos). «Los pasos entre las zonas, ¡que se queden! —nos descaramos—. ¡Tenemos que comunicarnos!». «Bueno, comunicaros —accede el general—. Que se queden los pasos». Pues hermanos, ¿qué más queremos? ¡¡Si hemos ganado!! Hemos estado un día agitándonos, alegrándonos, alborotándonos, ¡y hemos ganado! Y aunque algunos de entre nosotros menean la cabeza y dicen «¡engaño, engaño!», ¡nos lo creemos! ¡Nos creemos a nuestras, en conjunto no tan malas, autoridades! Creemos porque es para nosotros la forma más sencilla de salir del paso…

Y ¿qué otro remedio les queda a los oprimidos, salvo creer? Ser engañados, y volver a creer. Y volver a ser engañados, y otra vez creer.

Y el martes 18 de mayo todos los *lagpunkts* de Kenguir salieron al trabajo, conformándose con sus muertos.

¡Y todavía aquella mañana todo hubiera podido terminar en paz! Pero los altos mandos concentrados en Kenguir habrían estimado este final como una derrota. ¡No iban seriamente a darles la razón a unos detenidos! ¡No iban seriamente a sancionar a unos militares del MVD! ¡Su bajo intelecto extrajo una sola lección: no estaban suficientemente fortificados los muros entre las zonas! ¡Allí había que hacer zonas *cubiertas* (por ametralladoras)!

Y aquel día la diligente Superioridad enganchó al trabajo a quienes llevaban años y decenios perdida esta costumbre; oficiales y celadores se pusieron delantales; quien sabía usarla, tomó una plana; los soldados libres de mirador empujaban carretillas, llevaban angarillas; los inválidos que habían quedado en la zona acercaban y servían adobes. Y para la noche quedaron tapiadas las brechas, reparadas las farolas rotas, a

lo largo de los muros interiores señaladas franjas prohibidas y en los extremos colocados centinelas con orden de abrir fuego.

Y cuando al anochecer las columnas de reclusos, habiendo entregado su diario trabajo al Estado, volvieron al campo, los fueron urgentemente enviando a la cena, sin darles tiempo a reaccionar, para encerrarlos cuanto antes. Según el plan de batalla de los generales, había que ganar esta primera noche —la noche del engaño demasiado evidente tras las promesas de la víspera— y ya luego la gente se acabaría acostumbrando y las aguas volverían a su cauce.

Pero sonaron antes del crepúsculo los mismos estridentes silbidos de bandoleros que el domingo: así se comunicaban las zonas tres y dos, como en una gran juerga de facinerosos (estos silbidos fueron otra afortunada contribución de los hampones a la causa común). Y los celadores flaquearon, no terminaron sus obligaciones y huyeron de las zonas. Sólo un oficial se descuidó (el teniente de intendencia Medvédev), se entretuvo con sus cosas y fue capturado hasta la mañana siguiente.

El campo quedó en manos de los presos, pero estaban separados. Contra los que se acercaron a los muros interiores, los miradores abrieron fuego. A unos cuantos los dejaron secos, a otros los hirieron. Ahí es cuando en la segunda zona les fue útil el oficial de intendencia: con una charretera arrancada lo ataron al extremo de una mesa, lo empujaron hacia la antezona, y chillaba a los suyos: «¡No disparen, estoy aquí! ¡Estoy aquí, no disparen!».

Con las mesas largas hundían las alambradas, tiraban los postes recién colocados de la antezona, pero bajo el fuego era imposible hundir el muro o escalarlo: luego había que hacer un túnel debajo. Como siempre, en la zona no había palas, salvo las de incendios. Entraron en acción cuchillos de cocina, cacerolas.

Aquella noche, del 18 al 19 de mayo, abrieron pasos bajo todos los muros y volvieron a comunicar todos los *lagpunkts* y la zona de talleres. Entonces los miradores dejaron de disparar, y herramientas en los talleres había de sobra.

Todo el trabajo diurno de los albañiles con charreteras se fue al diablo. Al amparo de la noche se rompieron las antezonas, se abrieron los muros y se ensancharon las brechas, para que no se convirtiesen en cuellos de botella (en días sucesivos las hicieron de hasta veinte metros de ancho).

Aquella misma noche también abrieron una brecha hacia el *lagpunkt* 4, el carcelario. Los guardianes que custodiaban las cárceles huyeron, unos al cuerpo de guardia, otros a los miradores, les bajaron escaleras. Los prisioneros saquearon los despachos de los jueces de instrucción. Ahí liberaron de la cárcel a los que habían de colocarse mañana a la cabeza de la insurrección: el excoronel del Ejército Rojo Kapitón Kuzñetsov (exalumno de la Academia Frunze, ya de mediana edad; después de la guerra mandaba un regimiento en Alemania, y alguien de sus hombres huyó a la Occidental: por eso lo condenaron a él; en la cárcel del campo estaba por «desfigurar la realidad de los campos de concentración» en cartas, enviadas a través de

empleados libres); el exteniente del Ejército Rojo Gleb Slúchenkov (estuvo prisionero, dicen algunos que incluso fue vlasovista).

En la cárcel «nueva» había habitantes del poblado de Kenguir, presos comunes. Al principio entendieron que en el país había una revolución general, y acogieron con alborozo la inesperada libertad. Pero al enterarse pronto de que la revolución era de alcance demasiado local, los comunes *regresaron* lealmente a su saco de piedra y sin ninguna custodia vivieron allí honradamente todo el tiempo del levantamiento, sólo por la comida iban al comedor de los zekos amotinados.

¡Zekos amotinados! Ya por tres veces habían intentado apartar de sí este motín y esta libertad. No sabían cómo usar estos dones, y los temían más que deseaban. Pero con la ineluctabilidad de las olas del mar, eran lanzados y vueltos a lanzar al motín.

¿Qué otra cosa les quedaba? ¿Creer en promesas? Los volverían a engañar, lo habían demostrado hasta la saciedad los negreros la víspera, y otras veces también. ¿Ponerse de rodillas? Si de rodillas habían estado todos estos años, y no habían merecido compasión. ¿Pedir ser castigados hoy mismo? Pero el castigo hoy será igualmente severo que tras un mes de vida libre, por parte de aquellos cuyos tribunales trabajan maquinalmente: si dan *cinco duros*, pues a todos cuantos haya, sin dejarse uno.

¿No huye un evadido para experimentar aunque sea un día de vida en libertad? ¡Pues también lo de estos ocho mil hombres no fue tanto levantar un motín como *huir a la libertad*, aunque fuera por poco tiempo! Ocho mil personas, de pronto, de esclavos se convirtieron en libres, y ahora les correspondía ¡vivir! Los rostros habitualmente endurecidos se suavizaron hasta bondadosas sonrisas**[74]**. Las mujeres vieron a los hombres, y los hombres las tomaron de las manos. Los que mantenían correspondencia por ingeniosos subterfugios secretos y jamás se habían visto, ¡ahora se conocían! Aquellas lituanas cuyas bodas celebraba el cura con el muro de por medio, vieron ahora a sus legítimos esposos ante la Iglesia, ¡su boda había bajado del Señor a la tierra! A los creyentes de las distintas sectas y confesiones, por primera vez en sus vidas, nadie les impedía reunirse y rezar. Los solitarios extranjeros, salpicados por todas las zonas, ahora encontraban compatriotas y hablaban en su idioma de esa extraña revolución asiática. Todas las provisiones del campo se encontraron en manos de los reclusos. Nadie los hacía salir a formar para una jornada de once horas.

Sobre el insomne, entusiasmado campo, que se había arrancado los perrunos números, se levantó la aurora del 19 de mayo. En las alambradas colgaban los postes con las farolas rotas. Por trincheras y sin ellas los presos se desplazaban libremente de zona a zona. Muchos se ponían su ropa de paisano, sacada de la consigna. Algunos de los ucranianos se encasquetaron gorros de cosaco. (Pronto habrá incluso camisas bordadas, en los asiáticos chilabas y turbantes de colores vivos; el campo gris-negro florecerá).

Andaban por los barracones los ordenanzas y llamaban al comedor grande para elegir a la *Comisión*: comisión para negociaciones con las autoridades y para

autogobierno (así de modesta, de temerosamente, se hizo llamar).

La elegían, tal vez, para unas horas nada más, pero estaba destinada a gobernar durante cuarenta días el campo de Kenguir.

Si todo esto hubiera ocurrido un par de años antes, sólo por miedo de que fuera a enterarse *el propio*, los amos del Steplag no se habrían entretenido, sino que hubieran dado la consabida orden: «¡No ahorrar munición!», y desde los miradores habrían acabado con toda esta multitud acorralada entre cuatro muros. Y si hubiera hecho falta exterminar a los ocho millares que eran, o sólo a cuatro, nada en ellos se habría conmovido, porque son inconmovibles.

Pero lo complicado de la situación en 1954 les hizo titubear. Aquel mismo Vavílov y aquel mismo Bochkov sentían en Moscú ciertos nuevos aires. Aquí ya se había disparado lo suyo, y ahora se buscaba la forma de dar a lo cometido un aire legal. Así hubo un momento de vacilación, y por tanto, a los amotinados les dio tiempo de comenzar su nueva vida independiente.

Desde las primeras horas hubo de determinarse la línea política del motín, es decir, su ser o no ser. ¿Había de seguir aquellas ingenuas consignas pintadas sobre las mecánicas columnas de los periódicos: «Duro con los chequistas»?

Recién salido de la cárcel, y encumbrándose —sea por la fuerza de las circunstancias, sea por su pericia militar, sea por consejos de los amigos, sea por vocación propia— derecho hacia el mando supremo, Kapitón Ivánovich Kuzñetsov, por lo visto, enseguida adoptó la posición y el punto de vista de los escasos y arrinconados comunistas ortodoxos que había en Kenguir: «¡Basta de estas animaladas (las consignas), basta del ánimo antisoviético y contrarrevolucionario de los que quieren *aprovecharse* de nuestros incidentes!». (Cito estas expresiones por las notas de otro miembro de la Comisión, A. F. Makéyev, tomadas en una conversación restringida en la consigna de efectos personales de Piotr Akóyev. Los ortodoxos asentían a Kuzñetsov: «Si por estos carteles nos colgarán a todos nuevas condenas»).

Ya desde las primeras horas, aún de noche, recorriendo todos los barracones y perorando en ellos hasta quedar ronco, y por la mañana en la asamblea en el comedor, y aún más de una vez después, el coronel Kuzñetsov, al encontrarse con posturas extremas y el resentimiento de unas vidas tan pisoteadas que ya no parecían tener nada que perder, repetía y volvía a repetir, incansablemente:

—El antisovietismo, para nosotros, sería la muerte. Si sacamos ahora consignas antisoviéticas, nos reprimirían en el acto. Sólo están esperando un pretexto para la represión. Con esos letreros tienen pleno fundamento para disparar. Nuestra salvación está en la lealtad. ¡Hemos de hablar con los representantes de Moscú *como buenos ciudadanos soviéticos*!

Y después, ya levantando un poco más la voz: «¡No toleraremos este comportamiento de provocadores aislados!». (Bueno, y por cierto, mientras estaba

largando estos discursos, en las literas había besuqueo. No es que se hiciera mucho caso de sus sermones).

Es como si un tren le llevara en dirección opuesta a la que quisiera, y uno decidiese apearse en marcha: tendría que saltar *en dirección* de la marcha, no *contra* ella. Es la Inercia de la Historia. No todos, ni muchísimo menos, lo querían así, pero la sensatez de esta orientación se captaba en seguida y venció. Muy pronto por el campo se colgaron grandes carteles, bien legibles desde los miradores y los cuerpos de guardia:

«¡Viva la Constitución Soviética!».

«¡Viva el Praesidium del CC!».

«¡Viva el poder soviético!».

«¡Exigimos la presencia de un miembro del CC y la revisión de nuestras condenas!».

«¡Fuera los asesinos-berianos!».

«¡Esposas de los oficiales del Steplag! ¿No les da vergüenza ser mujeres de asesinos?».

Aunque para la mayoría de los de Kenguir estaba clarísimo que todas las eliminaciones de millones de personas, lejanas y próximas, habían transcurrido bajo el cenagoso sol de *esta* constitución, y hablan sido aprobadas por *estos* miembros del Politburó, no les quedaba otro remedio que escribir vivas a *esta* constitución y a *este* Politburó. Y ahora, releyendo sus letreros, los amotinados presos encontraban un terreno legal que pisar y se fueron calmando: su movimiento no era desesperado.

Y sobre el comedor, donde acababan de transcurrir las elecciones, fue izada una bandera visible a todo el poblado. Luego estuvo muchos días: campo blanco, orla negra, en medio una cruz roja de servicios sanitarios. Según el código marítimo internacional, esta bandera significaba:

«¡Buque en perdición! ¡Hay mujeres y niños a bordo!».

Para la Comisión se eligió a una docena de personas, encabezadas por Kuzñetsov. La Comisión se especializó en seguida y creó secciones:

- de agitación y propaganda (la dirigía el lituano Knopkus, un disciplinario de Norilsk tras el levantamiento de allí);
- de economía y servicios;
- de alimentación;
- de seguridad interior (Gleb Slúchenkov);
- militar, y
- técnica, tal vez la más asombrosa en este gobierno concentracionario.

El exmayor Mijéyev quedó encargado de los contactos con las autoridades. En la Comisión incluso entraba uno de los *pajanes* de los ladrones, él también era responsable de algo. Entraban mujeres (por lo que sé: Shajnóvskaya, economista, del

partido, ya canosa; Suprún, una maestra del Cárpato de edad madura; Liuba Bershadskaya).

¿Entraron en esta comisión los principales auténticos inspiradores del levantamiento? No, por supuesto. Los *Centros*, y en especial el ucraniano (en todo el campo, los rusos no serían más de una cuarta parte), siguieron, por lo visto, funcionando por su cuenta. Mijail Keller, un guerrillero ucraniano, que desde 1941 había estado luchando ora contra los alemanes, ora contra los soviéticos, y que en Kenguir había matado públicamente a un soplón, asistía a las reuniones de la Comisión en calidad de silencioso observador de *aquella* plana mayor.

La Comisión funcionaba abiertamente en la oficina del *lagpunkt* femenino, pero la sección militar trasladó su puesto de mando (estado mayor de campaña) a los baños del *lagpunkt* 2. Las secciones pusieron manos a la obra. Los primeros días fueron especialmente animados: había que inventarlo y crearlo todo.

Antes que nada había que fortificarse. (Mijéyev, que esperaba una inevitable represión militar, se oponía a cualquier tipo de defensa. Insistieron en ella Slúchenkov y Knopkus). Quedaba mucho adobe de las grandes, amplias brechas abiertas en los muros interiores. Con este adobe se hicieron barricadas contra todos los cuerpos de guardia, es decir, salidas al exterior (y entradas del exterior), que habían quedado en poder de los guardianes y cualquiera de los cuales podía abrirse en cualquier momento para dejar paso a las tropas de represión. Se encontraron en abundancia en los talleres rollos de alambre de espino. Con ellos se fabricaron y se dispersaron por los sectores más amenazados espirales de Bruno. No dejaron, según donde, de colocar también letreritos: «¡Cuidado! ¡Minas!».

Eso fue una de las primeras ocurrencias de la Sección Técnica. Alrededor de sus trabajos se creó un ambiente de gran secreto. En los capturados talleres la Sección Técnica se segregó unos locales reservados, en cuya entrada se dibujó una calavera y dos tibias cruzadas, y se escribió: «Tensión 100 000 voltios». Se dejaba entrar en ellos sólo a los pocos hombres que trabajaban allí. Así hasta los reclusos ignoraban a qué se dedicaba la Sección Técnica. Muy pronto corrió el rumor de que estaba poniendo a punto un *arma secreta* que tenía algo que ver con la química. Como tanto los amos como los presos sabían de sobras qué cabezas había ahí, se difundió fácilmente la supersticiosa convicción de que *lo podían todo*, e incluso inventar un arma que aún no habían descubierto en Moscú. Y ya fabricar unas simples minas, empleando las sustancias que había en la zona de talleres, ¿por qué no? De modo que los letreritos de «minas» se tomaban en serio.

Y se inventó otra arma más: cajones con vidrio machacado a la entrada de cada barracón (para tirar a los ojos de los soldados).

Todos los equipos se conservaron como eran, sólo que empezaron a llamarse pelotones, los barracones, compañías, y se nombraron jefes de compañía, a las órdenes de la Sección Militar. El jefe de todas las guardias fue Mijail Keller. De acuerdo con un gráfico exacto, todos los lugares amenazados eran ocupados por

piquetes, especialmente reforzados de noche. Teniendo en cuenta esa peculiaridad de la psicología masculina, de que ante una mujer un hombre no huirá, y en general, se comportará con más valor, los piquetes se hacían mixtos. Y mujeres en Kenguir, resultó que había muchas no sólo vocingleras, sino incluso intrépidas, sobre todo entre las muchachas ucranianas, que eran justamente mayoría en el *lagpunkt* femenino.

Sin esperar ya la buena disposición del amito, empezaron a quitar por sí mismos las rejas de las ventanas de los barracones. Los dos primeros días, mientras a las autoridades no se les había ocurrido cortar la luz en el campo, aún trabajaban los talleres y con las barras de estas rejas hicieron multitud de *lanzas*, sacando punta a sus extremos. En general, la forja y los talleres estuvieron esos primeros días fabricando armas sin parar: cuchillos, alabardas, hachas de guerra y sables, que les hicieron una especial ilusión a los hampones (de la empuñadura colgaban abalorios de cuero de colores). Algunos aparecieron con mazas.

Echándose la lanza al hombro, los piquetes iban a ocupar sus puestos nocturnos. Y los pelotones femeninos, enviados de noche a la zona de hombres a las secciones habilitadas especialmente, para salir con la voz de alarma al encuentro de los atacantes (existía la ingenua suposición de que a los verdugos les daría reparo aplastar a mujeres), iban erizados de puntas de lanza.

Todo eso hubiera sido imposible, se habría desmoronado entre burlas o en la lujuria, si no hubiese estado rodeado del severo y puro halo del motín. Las lanzas y sables, a la altura de nuestro siglo, eran juguetes, pero no era un juego para estos hombres la cárcel en el pasado y la cárcel en el futuro. Las lanzas serian de juguete, ¡pero al menos eso se tenía!, esa primera posibilidad de defender la propia libertad. En el puritano aire de la revolución temprana, cuando la presencia de una mujer en una barricada también se vuelve un arma, hombres y mujeres se comportaron dignamente, y dignamente llevaron sus lanzas apuntando al cielo.

Si alguien en estos días hizo cálculos de baja concupiscencia, fueron los amos de charreteras azules allí, tras la zona. Su pensamiento era que entregados una semana a sí mismos, los detenidos iban a ahogarse en incontinencia. Así es como presentaban la cosa a los habitantes del poblado, que los presos se habían amotinado para el libertinaje. (Claro, ¿qué otra cosa les podía faltar a los detenidos en su holgada vida?) **[75]**.

Pero el principal cálculo de las autoridades era que los hampones empezaran a violar a las mujeres, los políticos saliesen en su defensa y comenzara la matanza. ¡Pero también en esto se equivocaron los psicólogos del MVD! Y también esto es digno de nuestro asombro. Todos atestiguan que los ladrones se comportaron *como personas*, pero no en su sentido tradicional del término, sino en el nuestro. Recíprocamente, también los políticos y las propias mujeres los trataban con acentuada amistad, con confianza. Lo que hubiera por debajo no es cosa nuestra.

Quizá los ladrones también recordaran todo el tiempo sus sangrientas bajas del primer domingo.

Si al levantamiento de Kenguir se le puede atribuir alguna clase de *fuerza*, esta fuerza estaba en la unidad.

Los ladrones ni siquiera atentaron contra el almacén de provisiones, lo cual, para los expertos, es tanto o más asombroso. Aunque en los almacenes hubiera provisiones para muchos meses, la comisión, tras deliberar, acordó mantener todas las normas anteriores para el pan y los demás productos. ¡El temor servil de comerle de más al Estado y luego responder de lo gastado! ¡Como si tras tantos años de hambre el Estado no estuviera en deuda con los detenidos! Al contrario (recuerda Mijéyev) algunos artículos faltaban tras la zona, y los intendentes de la Dirección rogaron que les suministraran estos artículos del campo. Había fruta calculada para normas más elevadas (¡para ciudadanos libres!), y los zekos la entregaban.

La administración del campo libraba las provisiones en las cantidades de antes, la cocina las recibía, guisaba, pero en el nuevo ambiente revolucionario no robaba ella misma, ni aparecía un mensajero de los hampones con la orden de *llevarles a las personas*. Ni se echaba un cucharón de más a los enchufados. Y de pronto resultó que con la misma norma, ¡se comía apreciablemente *más*!

Y si los criminales vendían prendas (claro, rapiñadas antes en otro lugar), no aparecían luego según su costumbre para volverlas a quitar. «No es momento para eso», decían…

Incluso las cantinas de la Sección de Abastecimiento Obrero de la localidad siguieron comerciando en las zonas. A la cajera libre el mando le garantizó su seguridad. Sin celadores, se le franqueaba el acceso a la zona y aquí, acompañada por dos chicas, recorría todas las cantinas y recogía de los vendedores los ingresos: *bonos*. (Pero los bonos, naturalmente, se agotaron pronto, y además los amos no dejaron entrar en la zona nuevos productos).

En manos de los amos quedaban tres fuentes más de suministros a la zona: electricidad, agua y medicinas. El aire, como es sabido, no lo administraban ellos. Medicinas, no dieron a la zona en cuarenta días ni una cucharada de bicarbonato, *ni una gota de yodo*. La luz, la cortaron a los dos o tres días. El agua la dejaron.

La Sección Técnica emprendió la lucha por la luz. En un principio idearon lanzar con fuerza ganchos cogidos a un alambre fino a una línea exterior, que corría por fuera del muro del campo, y así estuvieron varios días robando corriente, hasta que los tentáculos fueron descubiertos y cortados. Entretanto la Sección Técnica había tenido tiempo de probar una turbina de viento y de renunciar a ella, y en los talleres (en un lugar protegido de las miradas desde los miradores y desde los aviones U-2 volando bajo) se pusieron a montar una central hidroeléctrica que accionaba… el grifo de la cañería de agua. Un motor que había en los talleres fue convertido en generador, y así alimentaron la red telefónica interna, el alumbrado del puesto de

mando y… ¡la emisora! En cambio en los barracones ardían antorchas… Esta central hidroeléctrica sin precedentes estuvo funcionando hasta el último día del motín.

Los primeros días del levantamiento, los generales entraban en la zona como amos. Cierto, también tuvo un buen golpe Kuziletzov: en las primeras conversaciones, mandó sacar del depósito a los cadáveres y ordenó en voz alta: «¡Descubrir-se!». Los zekos se quitaron los gorros, y también los generales no tuvieron más remedio que quitarse sus gorras militares ante sus víctimas. Pero la iniciativa la siguió teniendo el general del GULAG Bochkov. Tras aprobar la elección de la Comisión («no se puede hablar con todos a la vez»), exigió que los diputados empezaran las conversaciones contando su *expediente* judicial (y Kuzñetsov empezó largamente y tal vez de buena gana a exponer el suyo); que en sus intervenciones, los presos se pusieran en pie. Cuando alguien dijo: «Los reclusos exigimos»…, Bochkov replicó con desagrado: «¡Los reclusos sólo pueden *rogar*, no exigir!». Y quedó establecida esta fórmula: «los reclusos ruegan».

A los *ruegos* de los reclusos Bochkov contestó con una conferencia sobre la construcción del socialismo, los éxitos sin precedentes de la economía nacional, el avance de la revolución en China. O sea, a hincarnos con suficiencia un tornillo en el cerebro, con el cual siempre nos debilitamos y enmudecemos… Había venido a la zona para explicar por qué el hacer uso de las armas había sido legítimo (pronto declararían que jamás había disparado nadie sobre la zona, todo eran mentiras de los bandidos, y palizas tampoco hubo). Se quedó asombradísimo de que se atrevieran a solicitarle que incumpliese el «reglamento de mantenimiento separado de los z. k-z. k». (Hablan de tal modo de sus reglamentos, como si fueran leyes eternas por los siglos de los siglos).

Pronto llegaron en «Douglas» otros generales nuevos, aún más importantes: Dolguij (parece ser que por aquel entonces director general del GULAG) y Iegórov (subsecretario del MVD de la URSS). Se convocó una asamblea en el comedor, a la que acudieron hasta dos mil reclusos. Y Kuzñetsov mandó: «¡Atención! ¡En pie! ¡Firmes!», e invitó a los generales a sentarse con todos los honores en la presidencia, mientras él mismo se quedó deferentemente de pie a un ladito. (De otra forma se portó Slúchenkov. Cuando entre los generales alguno dejó caer algo sobre *enemigos*, Slúchenkov les respondió bien alto: «¿Y quién *de ustedes* no era un enemigo? Iágoda un enemigo, Yezhov un enemigo, Abakumov un enemigo, Beria un enemigo. ¿Cómo sabemos nosotros que Kruglov es mejor?»).

Makéyev, a juzgar por su Diario, había redactado un proyecto de compromiso según el cual la Administración se obligaba a no trasladar ni tomar represalias con nadie, a abrir una encuesta, mientras los presos a cambio consentían en volver inmediatamente al trabajo. Sin embargo, cuando él y otros como él empezaron a recorrer barracones, proponiendo que se adoptara su proyecto, los zekos los trataron de «komsomoles con calva», de «delegados de abastos[ij]» y de «lacayos de los chequistas». Con especial animosidad los acogieron en el campo de mujeres, y

especialmente inaceptable era para los presos conformarse ahora con la separación de zonas masculina y femenina. (El ofendido Makéyev contestaba a sus objetores: «Y tú, ¿le has sobado las tetas a Máriancheta y te crees que se ha terminado el régimen soviético? ¡El regimen soviético conseguirá lo suyo de todos modos, descuida!»).

Pasaban los días. Sin quitarle el ojo a la zona —el ojo de los soldados en los miradores, de los celadores allí también (los celadores, al conocer a los presos por su nombre, habían de reconocerlos y recordar a qué se dedicaba cada uno) e incluso el ojo de los aviadores (tal vez con aparatos de foto)—, los generales tuvieron que concluir con todo el sentimiento de su corazón que en la zona no había matanzas, no había pogroms, no había violencia, el campo no se venía abajo por sí mismo y no había pretexto para enviar tropas en su auxilio.

El campo *resistía*, y las conversaciones cambiaban su carácter. Los charreteras doradas, en diversas combinaciones, seguían yendo a la zona para arengar y reunirse. Los dejaban entrar a todos, pero para ello tenían que tomar en sus manos una bandera blanca, y tras el puesto de guardia de los talleres, convertido ahora en la entrada principal al campo, tolerar que los registraran, que alguna moza ucraniana con zamarra diera golpecitos a sus generalicios bolsillos, por si había una pistola o bombas de mano. A cambio, el mando de los amotinados ¡les *garantizaba* su seguridad personal…!

Se acompañaba a los generales donde se podía (por supuesto, no a la zona *secreta* de los talleres), y se les dejaba hablar con los presos; se reunía en su honor grandes asambleas en los *lagpunkts*. Con sus deslumbrantes charreteras, los amos ahí también se sentaban en la presidencia, como si nada.

Los detenidos delegaban oradores. Pero ¡qué difícil era hablar! No sólo porque cada cual escribía con este discurso su futura condena, sino también porque eran demasiado divergentes las experiencias vitales y los conceptos de la verdad de los grises y de los azules, y casi no había forma ya de hacer entrar nada en estos satisfechos corpachones, en estas lustrosas cabezas de melón. Por lo visto, los irritó mucho un viejo obrero de Leningrado, comunista y participante en la revolución. Les preguntó que qué comunismo sería si los oficiales usan los talleres como propios, si con el plomo robado en la fábrica de enriquecimiento del mineral obligan a fundirle postas para la caza furtiva; si sus huertos se los sachan reclusos; si para el jefe del *lagpunkt*, cuando se lava en los baños, extienden una alfombra y toca una orquesta.

Para que hubiera menos de este inútil griterío, estas reuniones tomaban a veces la forma de conversaciones directas de alto nivel diplomático: en junio una vez colocaron en la zona de mujeres una larga mesa de comedor, y a un lado, en un banco, se sentaron los charreteras doradas, y detrás de ellos se colocaron los soldados con metralletas que se había dejado entrar como escolta. Al otro lado de la mesa se sentaron miembros de la Comisión, y también tenían escolta: estaba muy seria con sus sables, lanzas y tirachinas. Más allá se apretujaban los presos: a escuchar la *habladería* y a animar a los suyos. (¡Y en la mesa no faltaba el aperitivo! De los

invernaderos de la zona de talleres trajeron pepinillos, de la cocina trajeron kvas[ik]. Las charreteras doradas fueron picando pepinillos sin turbarse lo más mínimo)…

Las exigencias-ruegos de los rebeldes fueron aprobadas ya en los dos primeros días, y ahora se repetían hasta la saciedad:

- que se castigue al asesino del evangelista;
- que se castigue a todos los culpables de los homicidios del domingo a lunes en los talleres;
- que se castigue a los que han pegado a las mujeres;
- que vuelvan al campo los compañeros que por hacer huelga han sido ilegalmente enviados a cárceles;
- no volver a ponerse los números, no colocarles rejas a los barracones, no cerrarlos por la noche;
- no restablecer los muros entre los *lagpunkts*;
- jornada laboral de ocho horas, como en libertad;
- aumento de la paga por el trabajo (ahí ya no se hablaba de equiparación con los obreros libres);
- libre correspondencia con la familia y de cuando en cuando visitas;
- revisión de condenas.

Y aunque ni una de estas exigencias socavaba los fundamentos ni contradecía la constitución (muchas eran tan sólo el ruego de volver a la situación anterior), les era imposible a los amos aceptar la menor de ellas, porque estas adiposas nucas peladas, estas calvas y gorras habían perdido hacía ya muchos años la facultad de reconocer su error o su culpa. Y les era repulsiva, e irreconocible, la verdad cuando provenía no de instrucciones secretas de la Superioridad, sino de boca del pueblo llano.

Pero a pesar de todo ese paro que se alargaba, de ocho mil sitiados, no dejaba de representar una mancha en la reputación de los generales, podía perjudicar su hoja de servicios, y por eso optaron por prometer. Prometieron que casi todas estas exigencias podrían ser atendidas, sólo que miren (para que fuera verosímil), va a ser difícil mantener comunicada la zona de mujeres, no está permitido (¡como si en los ITL no hubiera sido así veinte años!), pero se puede buscar una solución, organizar *días de encuentros*. En cuanto a iniciar en la zona los trabajos de una comisión de encuesta (sobre las circunstancias del tiroteo), los generales accedieron repentinamente. (Pero Slúchenkov les adivinó la intención e insistió en que no se llevara a cabo: bajo cubierta de declaraciones testimoniales los chivatos les *soplarían* todo lo que pasaba en la zona). ¿Revisión de condenas? Bueno, las condenas también se van a revisar, cómo no, pero *habrá que esperar*. En cambio lo que no tiene espera, es que ¡hay que salir al trabajo!, ¡al trabajo!, ¡al trabajo!

Y eso los presos ya lo sabían: separar en columnas, tenderse en el suelo o disparamos, detener a los cabecillas.

—¡No! —contestaban de enfrente de la mesa y desde la tribuna—. ¡No! —gritaban desde la multitud—. ¡La Dirección del Stelag se ha comportado

provocadoramente! ¡No creemos a la Dirección del Steplag! ¡No creemos al MVD!

—¿*Ni siquiera* creéis al MVD? —se asombraba el subsecretario, enjuagándose la frente de tamaña irreverencia—. ¿*Quién os* ha infundido este odio al MVD?

Adivina adivinanza.

—¡Queremos a un miembro del Praesidium del CC! ¡A un miembro del Praesidium del CC! ¡Entonces les creeremos! —gritaban los presos.

—¡Mirad! —amenazaban los generales—. ¡Será peor!

Pero entonces se levantaba Kuzñetsov. Hablaba bien, con facilidad de palabra, y con porte digno.

—Si entran en la zona con armas —advertía— tengan en cuenta que la mitad de los hombres que hay aquí son de los que tomaron Berlín. ¡También sabrán apoderarse de sus armas!

¡Kapitón Kuzñetsov! El futuro historiador del motín de Kenguir nos dará la clave de esta personalidad. ¿Qué comprendería y qué sentiría cuando su condena? ¿En qué estado se representaría su expediente judicial? ¿Haría mucho que había instado su revisión, si justo durante los días del motín le llegó de Moscú la *liberación* (parece que incluso con rehabilitación)? Su orgullo, ¿era tan sólo el del militar de carrera, por tener tal *orden* en un campo amotinado? ¿Se colocaría a la cabeza del movimiento porque lo entusiasmó? (Yo lo excluyo). ¿O bien, conociendo sus dotes de mando, para moderarlo, encauzarlo y cual mansa olita depositarlo a los pies de la Superioridad? (Es lo que creo). En las reuniones en las conversaciones y a través de terceros tuvo la posibilidad de informar a los represores de cuanto quiso, y de oírlos a ellos. Por ejemplo, en junio hubo una ocasión en que enviaron al exterior para unas negociaciones al ladino Markosián con un encargo de la Comisión. ¿Aprovechó Kuzñetsov tales oportunidades? Podría admitir que no. Podía permitirse tener una postura independiente, orgullosa.

Dos guardaespaldas —dos enormes mozarrones ucranianos— estuvieron todo el tiempo escoltando a Kuzñetsov, con cuchillos al cinto.

¿Para protección? ¿Para ejecución?

(Makéyev afirma que mientras duró el alzamiento, Kuzñetsov tuvo asimismo una esposa de campaña, también una benderista).

Gleb Slúchenkov tendría unos treinta años. Por tanto, los alemanes lo harían prisionero a los diecinueve. Ahora, igual que Kuzñetsov, vestía su antiguo uniforme militar, conservado en la consigna, ostentando y subrayando su porte militar. Cojeaba ligeramente, pero lo compensaba con una gran movilidad.

En las negociaciones decía las cosas claras, sin tapujos. A las autoridades se les ocurrió llamar fuera a los «ex menores» (encarcelados antes de cumplir los 18 años, ahora alguno ya tenía 20-21), para su puesta en libertad. Tal vez ni siquiera fuera engaño, por aquel entonces los liberaban realmente en todas partes, o les rebajaban las condenas. Slúchenkov contestó: «¿Y han preguntado ustedes a los ex menores si quieren pasar de una zona a otra dejando colgados a los compañeros?». (Y ante la

Comisión insistía: «¡Los menores son nuestra guardia, cómo los vamos a entregar!». Ese sentido tenía también para los generales la puesta en libertad de estos adolescentes los días del motín de Kenguir; váyase uno a saber si una vez fuera de la zona, no los habrían metido a todos en el calabozo). El observante Makéyev empezó a pesar de todo a reunir a los ex menores para el «proceso de liberación», y anota: *de cuatrocientos nueve* que habían de liberarse, sólo logró reunir para salir a *trece*. Habida cuenta de la buena disposición de Makéyev hacia las autoridades y su hostilidad al levantamiento, este testimonio resulta asombroso: 400 jóvenes, en la flor de la edad, e incluso en su masa no-políticos, *¡rechazaron no ya la libertad, sino la salvación!* Se quedaron en un motín sin esperanzas…

Y a la amenaza de represión militar, Slúchenkov contestó así: «¡Manden! ¡Manden soldados a la zona, cuantos más mejor! ¡Les llenaremos los ojos de vidrio machacado, les quitaremos las metralletas! ¡Aplastaremos vuestra guarnición de Kenguir! ¡A vuestros patizambos oficiales, los haremos correr hasta Karaganda, sobre vuestras espaldas entraremos en Karaganda! ¡Y allí hay gente nuestra!».

Se puede creer también a otros testimonios sobre él. «¡Al que huya, le daremos en el pecho!», y daba una cuchillada al aire. Anunciaba en un barracón: «Quien no salga a la defensa, ¡tendrá una puñalada!». La inevitable lógica de todo poder militar y de toda situación bélica…

El recién creado gobierno del campo, como desde siempre todo gobierno, no podía pasar sin un servicio de seguridad, y Slúchenkov se puso al frente de este servicio (ocupó en el *lagpungt* de mujeres el despacho del comisario). Como victoria sobre el enemigo externo no la podría haber, Slúchenkov entendía que su cargo implicaba para él la ineluctable condena a muerte. En pleno motín, contaba en el campo que había recibido de los amos una proposición secreta: que provocara en el campo una degollina nacional (mucho la esperaban los charreteras doradas), y así les diera un pretexto decoroso para la intervención de la tropa. A cambio los amos le prometían a Slúchenkov la vida. Rechazó la oferta. (¿Y a quién más le propusieron, y qué? Esos no lo contaron). Más todavía: cuando en el campo soltaron el rumor de que se esperaba un pogrom judío, Slúchenkov avisó que a los propagadores los *azotaría* públicamente. El rumor murió.

Le esperaba a Slúchenkov el inevitable choque con los bienpensantes. Y así fue. Hay que decir que durante todos estos años en todos los campos-presidios, los ortodoxos, incluso sin previo acuerdo, condenaban unánimemente las matanzas de soplones y cualquier forma de lucha de los detenidos por sus derechos. Aun sin atribuirlo a bajas motivaciones (no pocos de entre los ortodoxos trabajaban para el *compadre*), se explica muy bien por sus opiniones teóricas. Admitían cualquier forma de represión y aniquilación, masiva inclusive, pero *desde arriba*, como manifestación de la dictadura del proletariado. Los mismos actos, incluso aislados, sueltos, pero *desde abajo*, eran para ellos *bandidismo*, y encima de especie «benderista» (entre los bienpensantes no había ni uno que admitiera el derecho de Ucrania a la

independencia, porque ya hubiera sido nacionalismo burgués). La negativa de los presidiarios a su trabajo de esclavos, su indignación con las rejas y los tiros irritaron, abrumaron y asustaron a los sumisos comunistas del campo.

Del mismo modo, en Kenguir toda la nidada de bienpensantes (Guenkin, Apfelzweig, Talaláyevski, por lo visto Akóyev, no tenemos más apellidos; luego también un simulador, que se pasó años en la enfermería fingiendo que le «circulaba la pierna» —estos medios intelectuales de lucha los admitían—; en la propia Comisión, netamente Makéyev), todos ellos desde el primer momento estuvieron reprochando que «no había que empezarlo»; y cuando taparon las brechas, que no había que hacer túneles; que todo era ocurrencia de la escoria benderista, y ahora había que ceder cuanto antes. (Aparte de que aquellos dieciséis muertos no eran de su *lagpunkt*, y ya por un evangelista, era ridículo disgustarse). En los apuntes de Makéyev está baboseado todo su sectario despecho. Todo lo que les rodea está mal, todos son unos malvados, y peligros por todos lados: de las autoridades, nueva condena, de los benderistas, puñalada en la espalda. «Quieren aterrorizar a todos con su herraje y hacernos perecer». El motín de Kenguir, Makéyev lo llama rencorosamente «sangriento juego», «falsa baza», «actividades artísticas» de los benderistas, o si no, con más frecuencia, «la juerga». Los objetivos y finalidades de los cabecillas del motín, los atribuye a lujuria, vagancia y ganas de eludir el castigo. (En cuanto al esperado castigo, se sobreentiende como justo).

Esto expresa muy exactamente la actitud de los bien-pensantes hacia todo el movimiento de liberación en los campos de los años cincuenta. Pero Makéyev era prudentísimo, andaba incluso entre los dirigentes del motín; en cambio Talaláyeski soltaba esos reproches a quien quisiera oírlo, y el servicio de seguridad de Slúchenkov, por propaganda hostil al levantamiento, lo metió en una celda de la cárcel de Kenguir.

Sí, exactamente. Los detenidos, tras alzarse y liberar la cárcel, montaban ahora la suya. La ironía de siempre. Cierto es que el total de encarcelados por diversos motivos (contactos con los amos) fue de unos cuatro hombres, y ni uno de ellos fue fusilado (antes por el contrario, eso les dio la mejor coartada ante la Superioridad).

Aparte de esto, la cárcel, particularmente la vieja, tétrica, construida en los años treinta, le enseñaban mucho: sus celdas de aislamiento sin ventana, con un pequeño ojo de buey arriba; sus catres sin patas, o sea simplemente tableros de madera abajo, en el suelo de cemento, donde hace aún más frío y humedad que en toda la gélida celda; cerca del catre, es decir ya en el suelo, como para un perro, una grosera escudilla de barro.

Allí la Sección de Propaganda organizaba excursiones para los de casa: los que no les había tocado estar en la cárcel, y tal vez no les tocaría. Llevaban allá también a los generales que venían (no se mostraban muy impresionados). Se pidió que se enviara ahí también a una excursión de habitantes libres del poblado: de todos modos sin reclusos no podían trabajar en los objetivos. E incluso esta excursión, los generales la

enviaron: por supuesto, no de simples operarios, sino personal escogido, que no encontró con qué indignarse.

Recíprocamente, también las autoridades ofrecieron llevar una excursión de presos a Rudnik (secciones de concentración 1 y 2 del Steplag), donde según rumores en el campo también había estallado un motín (por cierto, esta palabra *motín*, o peor todavía, *alzamiento*, la evitaban, cada cual por sus razones, tanto los esclavos como los negreros, sustituyéndola por la vergonzantemente suavizadora *sucesos*). Fueron unos cuantos elegidos y se convencieron de que en efecto, allí todo seguía igual, salían al trabajo.

¡Muchas esperanzas se habían puesto en la difusión de tales huelgas! Ahora los delegados, a su regreso, trajeron consigo el desaliento.

(¡Pero qué a tiempo los llevaron! Rudnik, naturalmente, estaba soliviantado, de los libres oían contar del motín de Kenguir verdades y menos verdades. Además coincidió que aquel mismo junio a muchos les denegaron sus recursos de revisión. Y un mozalbete medio loco fue herido en la *prohibida*. Y también empezó una huelga, hundieron los portalones entre los *lagpunkts*, salieron en tropel a la línea. En los miradores aparecieron ametralladoras. Alguien colgó un cartel con *slogans* antisoviéticos y la consigna «¡Libertad o muerte!». Pero lo quitaron y lo sustituyeron por otro con exigencias *legales* y la promesa de compensar en su totalidad las pérdidas ocasionadas por el paro, tan pronto las exigencias fuesen satisfechas. Vinieron camiones a llevarse harina de los almacenes, no los dejaron. La huelga duró cerca de una semana, pero no tenemos sobre ella ningún dato exacto, todo eso es de tercera mano, y probablemente exagerado).

En general hubo semanas en que toda la guerra se redujo a guerra propagandística. La radio exterior no callaba: por varios altavoces colocados todo alrededor del campo, alternaba arengas a los reclusos con información, desinformación, y un par de discos-sonsonetes, siempre los mismos, que ya ponían los nervios de punta.

Anda por el prado aquella niña
De cuyas trenzas estoy prendado

(Por cierto, para merecer incluso este magro honor, que nos pusieran discos, ¡habíamos tenido que rebelarnos! A los mansurrones no les tocaban ni esta porquería siquiera). Esos mismos discos funcionaban, muy en el espíritu del siglo XX, también como *interferencia*, para no dejar oír las emisiones que salían del campo a intención de las tropas de escolta.

Por la radio exterior ora difamaban a todo el movimiento, asegurando que se había iniciado con el único fin de violar a las mujeres y robar (en el campo los presos se reían, pero los altavoces tenían que oírlos también los habitantes libres del poblado. Bueno, y tampoco podían los negreros alzarse hasta cualquier otra

explicación, ¡para ellos era de una inconcebible altura llegar a reconocer que esa plebe podía reclamar justicia!). Ora trataban de contar alguna insidia de los miembros de la Comisión (incluso de un *paján*: que trasladado a Kolyma en una barcaza, había abierto una vía de agua en la bodega y hundido la barcaza con trescientos reclusos. Se subrayaba que había hundido a pobrecitos presos, y casi todos no eran del Cincuenta y Ocho, pero no a la escolta; lo que no quedaba claro era cómo se había salvado él). Ora agobiaban a Kuzñetsov, que mira, le ha llegado la orden de liberación, pero ahora ha quedado anulada. Y otra vez venían llamamientos: ¡a trabajar!, ¡a trabajar!, ¿por qué ha de manteneros la Patria? ¡Al no acudir al trabajo, causáis un tremendo perjuicio al Estado! (¡Eso debía partir los corazones de los condenados a presidio perpetuo!). ¡Están parados trenes enteros de carbón, sin nadie para descargarlos! (¡Que sigan! —reían los presos—, ¡más pronto cederéis! Pero ni a ellos siquiera se les ocurría que los charreteras doradas los descargaban, ya que tanto les dolía).

No se quedaba en deuda la Sección Técnica. En la zona de talleres se hallaron dos proyectores de cine. Pues sus amplificadores fueron aprovechados para altavoces, claro está, de menor potencia. Y se alimentaban los amplificadores ¡con la central eléctrica secreta! (El que los amotinados dispusieran de energía eléctrica sorprendía e inquietaba mucho a los amos. Temían que los rebeldes montaran una emisora de radio y emitieran noticias de su levantamiento al extranjero. También en el campo alguien hacía circular tales rumores).

Aparecieron en el campo sus locutores (se sabe de Slava Yarimóvskaya). Se emitían últimas noticias, el diario hablado (aparte de él había un diario mural, con caricaturas). Se llamaba «Lágrimas de cocodrilo» una emisión en que se ridiculizaba cómo los guardianes sufrían por la suerte de las mujeres, habiéndolas previamente apaleado. También había emisiones para los soldados. Aparte de ellas, de noche se acercaban a los miradores y les gritaban a los soldados por megáfonos.

Pero faltaba potencia para emitir a intención de los únicos simpatizantes que podía haber aquí en Kenguir: para los habitantes libres del poblado, muchos de ellos también confinados. Y precisamente a ellos, no ya por radio, sino allá en algún sitio, inasequible a los presos, las autoridades los enredaban con rumores de que en el campo mandaban sádicos bandidos y sensuales prostitutas (esto último gozaba de mucho crédito entre las mujeres[76]); de que aquí se torturaba a inocentes y se los quemaba vivos en las calderas (¡lo único que no quedaba claro era por qué no intervenía la Superioridad…!).

¿Cómo se les podía gritar por encima de los muros, a un kilómetro, y a dos, y a tres: «¡Hermanos! ¡Lo que queremos es sólo justicia! ¡Nos han estado matando sin motivo, nos han tenido aquí peor que a perros!, estas son nuestras exigencias»…?

El pensamiento de la Sección Técnica, al no tener la posibilidad de adelantarse a la ciencia contemporánea, retrocedió, por el contrario, hacia la ciencia de siglos pasados. Con papel de fumar (en la zona de talleres había de todo, ya hemos hablado de ella[77], estuvo muchos años remplazando para los oficiales de Dzhezkazgán tanto

el taller de modistería y sastrería como todas las fábricas de artículos de consumo) pegaron, según el modelo de los hermanos Montgolfier, un enorme globo. Se le ató un paquete de octavillas, y debajo, un brasero con brasas incandescentes que enviaba una corriente de aire caliente al interior del globo, abierto por debajo. Para gran gozo de la multitud de detenidos que se reunió (cuando los presos se alegran, lo hacen como niños), ese maravilloso aparato de navegación aérea despegó y se voló. ¡Pero ay! El viento era más rápido de lo que tomaba altura, y al cruzar la valla el brasero se enganchó del alambre, el globo, privado de combustible, se desinfló, cayó y ardió junto con las octavillas.

Tras este fracaso inflaron los globos con humo. Esos globos, con viento favorable, volaban bastante bien, mostrando al poblado grandes letreros:

«¡Salvad a las mujeres y viejos del apaleamiento!».

«¡Exigimos la presencia de un miembro del Praesidium del CC!».

La escolta se puso a disparar a estos globos.

Entonces se presentaron en la Sección Técnica unos presos chechenos y se ofrecieron para hacer cohetes (son grandes maestros en eso). Se logró con éxito armar cometas y levantarlas alto por encima del poblado. En la carcasa de la cometa había un dispositivo de percusión. Cuando la cometa estaba convenientemente situada, dispersaba un paquete de octavillas que llevaba atado. Los que manejaban la cometa, sentados en el tejado de un barracón, miraban qué pasaría después. Si las octavillas caían cerca del campo, corrían a recogerlas celadores a pie; si caían lejos, se lanzaban motoristas y jinetes. En cualquier caso procuraban impedir que los ciudadanos libres leyeran información independiente. (Las octavillas terminaban con el ruego a quien las encontrara de transmitirlas al Comité Central).

También disparaban a las cometas, pero eran menos vulnerables a los agujeros que los globos. Pronto el enemigo estimó que le salía más a cuenta que tener corriendo a un tropel de celadores, lanzar contracometas, interceptar y enredar.

¡Una guerra de cometas en la segunda mitad del siglo XX! Y todo contra la información verídica…

(¿Tal vez al lector le sea cómodo, para situar los acontecimientos de Kenguir en el tiempo, recordar lo que ocurría los días del motín fuera del campo? La Conferencia de Ginebra deliberaba sobre Indochina. Se concedió el premio Stalin de la Paz a Pierre Cot. Otro francés de vanguardia, el escritor Sartre, llegó a Moscú para participar de nuestra adelantada vida. Se celebraba con mucha pompa y solemnidad el tercer centenario de la reunificación de Ucrania y Rusia[78]. El 31 de mayo hubo un importante desfile en la Plaza Roja. La RSS de Ucrania y la RSS de Rusia son recompensadas con la orden de Lenin. El 6 de junio se inaugura en Moscú un monumento a Iuri Dolgorukiy. El 8 de junio da comienzo el congreso de Sindicatos [pero de Kenguir en él no se dijo ni palabra]. El 10 salió un empréstito. El 20 fue el día de las Fuerzas Aéreas y hubo un hermoso desfile en Tushyno. También estos meses de 1954 fueron señalados por una fuerte ofensiva en el, como dicen, *frente*

literario: Surkov, Kochótov y Yermílov[il] intervinieron con artículos muy firmes contra el libertinaje. Kochótov hasta llegó a preguntar: *¿qué tiempos son éstos?* Y nadie le contestó: ¡*Los tiempos de los alzamientos en los campos*! Muchas obras y libros *incorrectos* son denostados en esta época. Y en Guatemala fue debidamente repelido el imperialismo norteamericano).

En el poblado había chechenos confinados, pero dudo que *aquellas* cometas las montaran ellos. A los chechenos sí que no se les puede reprochar que alguna vez sirvieran a la opresión. El sentido del motín de Kenguir lo comprendían a la perfección, y en una ocasión se acercaron a la zona con una camioneta de pan. Por supuesto, las tropas los mandaron de vuelta.

(También los chechenos. Son molestos para quienes los rodean —hablo por el Kazajstán—, groseros, descarados, a los rusos los odiaban abiertamente. Pero ¡bastó con que los de Kenguir demostraran independencia, valentía, y el aprecio de los chechenos fue conquistado en el acto! Cuando nos parece que se nos *respeta* poco, es cuestión de comprobar cómo vivimos).

Entretanto la Sección Técnica también elaboraba la famosa arma «secreta». Era lo siguiente: unas cantoneras de aluminio para abrevaderos de vacas, que habían quedado de la producción anterior, se llenaban con azufre de cerillas con mezcla de carburo de calcio (todos los cajones de cerillas fueron transportados tras la puerta de «100 000 voltios»).

Cuando el azufre se encendía y se lanzaban las cantoneras, estallaban en pedazos con un zumbido.

Pero no fue a estos desventurados inventores ni al Estado Mayor de campaña en los baños a quienes correspondió elegir la hora, el lugar y la forma del golpe. Transcurridas unas dos semanas del principio, en una de las oscuras noches, sin iluminación de ninguna clase, resonaron unos golpes sordos al muro del campo desde muchos sitios. Sin embargo, esta vez no lo estaban horadando huidores o amotinados: ¡estaban derribando el muro las propias tropas de escolta! En el campo hubo alarma, corridas con lanzas y sables, nadie entendía qué pasaba, se esperaba un ataque. Pero las tropas no atacaron.

Por la mañana resultó que en distintos lugares de la zona, aparte de los portales ya existentes y cerrados por barricadas, el enemigo exterior había abierto unas diez brechas. (Al otro lado de las brechas, para que ahora los presos no salieran por ellas en tropel, se situaron ametralladoras[79]). Por supuesto, eran preparativos para una ofensiva a través de las brechas, y el hormiguero del campo hirvió en trabajos defensivos. El mando de los rebeldes decidió tirar los muros interiores, derribar las edificaciones de adobe y levantar su segundo muro exterior propio, especialmente reforzado con montones de adobes frente a las brechas, como protección contra las ametralladoras.

¡El mundo al revés! La escolta derribaba la zona, mientras los presos la reconstruían, y los ladrones, con la conciencia tranquila, trabajaban también, sin

quebrantar su *ley*.

Ahora hubo que establecer puestos de observación suplementarios frente a las brechas; señalar a cada pelotón hacia qué brecha debía inexcusablemente correr de noche al oír la señal de alarma y tomar posiciones. Se convino dar la voz de alarma mediante golpes a un tope de vagón y aquellos mismos estridentes silbidos.

Los zekos se preparaban muy en serio a salir con lanzas contra ametralladoras. Incluso quien no estaba dispuesto, quien lo veía absurdo, acababa haciéndose a la idea.

Ya mojado, ¿qué más da calado?

Y una vez hubo un ataque diurno. En una de las brechas, frente al balcón de la Dirección del Steplag, en el cual se apretujaban altos cargos, de charreteras anchas militares y estrechas de la carrera fiscal, con tomavistas y cámaras fotográficas en las manos, hacia la brecha avanzaron tropas. Sin prisas. Se limitaron a avanzar hacia la brecha lo justo para que se diera la voz de alarma, y se acercaron corriendo a la brecha los pelotones designados, y, agitando sus lanzas y recogiendo piedras y adobes, ocuparon la barricada. Y entonces desde el balcón (dejando a los soldados armados fuera del encuadre) zumbaron los tomavistas y chasquearon las cámaras. Y los oficiales de régimen, fiscales e instructores políticos, y quien más hubiera, todos miembros del partido, por supuesto, se reían del grotesco espectáculo de estos animosos primitivos con lanzas. Ahítos, desvergonzados, se regodeaban desde el balcón de sus conciudadanos hambrientos, engañados, y *lo pasaron muy bien*[80].

También se acercaban a hurtadillas a las brechas los celadores, y como quien caza fieras, o al hombre de las nieves, intentaban echar lazos con ganchos para sacar hacia sí a algún prisionero y *hacerle hablar*.

Pero más esperanzas ponían en los tránsfugas, en los que flaquearan. La radio atronaba: ¡Sed razonables! ¡Salid de la zona por las brechas! ¡En estos lugares no disparamos! A los que se pasen, ¡no los procesaremos por motín! Por la radio del campo, la Comisión respondió lo siguiente: Quien quiera salvarse, ¡que salga hasta el portal principal, no retenemos a nadie!

Eso fue lo que hizo… un miembro de la propia Comisión, el exmayor Makéyev, que se había acercado al portal principal aparentando un asunto. (Aparentando no porque lo hubieran retenido, o hubiera con qué pegarle un tiro por la espalda, ¡sino que era casi imposible ser un traidor a la vista y bajo los abucheos de los compañeros!)[81]. Tres semanas había estado fingiendo, y sólo ahora podía dar salida a su sed de derrota y a su rencor contra los rebeldes por desear esa libertad que él, Makéyev, no deseaba. Ahora, expiando sus pecados ante los amos, invitaba por radio a la rendición y denostaba de todos los que proponían seguir resistiendo. Cito frases de su propia exposición escrita de aquella emisión: «Alguno ha decidido que se puede conseguir la libertad con ayuda de sables y lanzas… Quieren colocar bajo las balas a los que no cogen hierros… Nos prometen revisión de condenas. Los generales están pacientemente negociando con nosotros, y Slúchenkov lo considera una debilidad por

su parte. La Comisión es una pantalla para una mafia de bandidos… Entablad negociaciones dignas de presos políticos, en vez de (¡!) prepararos a una inútil resistencia».

Muchos días estuvieron abiertas las brechas, más de los que se había estado la pared entera durante el motín. Y en todas estas semanas sólo huyó de la zona cerca de una docena de hombres.

¿Por qué? ¿Acaso creían en una victoria? No. ¿Acaso no estaban acongojados por el castigo en perspectiva? Lo estaban. ¿Acaso no deseaban salvarse para sus familias? ¡Lo deseaban! Y se angustiaban, y acariciaban esta posibilidad en secreto quizá miles de hombres. A los ex menores, los convocaron incluso con el fundamento más legal del mundo. Pero en aquel rinconcito de tierra la temperatura social estaba tan alta que las almas, si no refundidas del todo, al menos estaban moldeadas distinto de antes, y las leyes demasiado bajas, según las cuales «sólo se vive una vez», y la existencia determina la conciencia, y el pellejo le inclina uno a la cobardía, no funcionaban durante aquel breve período en aquel reducido lugar. Las reglas de la existencia y de la razón dictaban a los hombres que se rindieran o huyeran cada cual por su lado, ¡pero ni se rendía ni huían! Habían alcanzado esa altura moral desde la que se dice a los verdugos:

—¡Que os aspen a todos! ¡Apedreadme! ¡Mordedme!

Y la tan bien pensada operación de que los reclusos escaparían por las brechas como ratas, y sólo quedarían los más empecinados, a los que se aplastaría, esa operación fracasó porque la habían planeado *pancistas*.

Y en el diario mural de los insurrectos, al lado del dibujo de una madre enseñándole a su hijo unas esposas bajo una campana de cristal «En esas cosas tuvieron a tu padre», apareció una caricatura: «El último tránsfuga» (un gato negro huyendo por una brecha).

Pero los chistes siempre ríen, en cambio los hombres en la zona, pocos motivos de risa tenían. Transcurrían la segunda, tercera, cuarta, quinta semana… Lo que según las leyes del GULAG no podía durar ni una hora, existía y duraba un increíblemente largo tiempo, incluso angustiosamente largo, medio mayo y luego casi todo junio. Al principio los hombres se emborracharon con su victoria, la libertad, los encuentros y las ocurrencias, luego creyeron en los rumores de que se había levantado Rudnik, ¡quizá tras él se alcen Churbai-Nura, Spassk, todo el Steplag! ¡Y entonces quizá Karaganda! ¡Y quién sabe, entrará en erupción todo el Archipiélago y se derramará por cuatrocientos caminos! Pero Rudnik, colocando las manos a la espalda y la cabeza gacha, seguía marchando impertérrito a enfermar de silicosis once horas al día, y no le importaban ni Kenguir, ni siquiera él mismo.

Nadie apoyó a la isla Kenguir. Ya era imposible huir en una arrancada al desierto: iban llegando tropas, vivían en la estepa, en tiendas de campaña. Todo el campo fue rodeado por fuera de un doble cerco suplementario de alambre de espino. Sólo un punto de esperanza quedaba: vendrá el príncipe (se esperaba a Malenkov) y hará

justicia. Vendrá todo bondadoso, y exclamará y levantará las manos al cielo: ay, ¿cómo vivían aquí?, ay, ¿cómo los teníais así?, ¡que se juzgue a los asesinos! ¡Fusilar a Chéchev y Beliáyev! ¡Destituir a los demás…! Pero era demasiado puntito, y demasiado color rosa.

No era cosa de esperar piedad. Había que vivir los últimos diítas de libertad y rendirse para escarmiento al Steplag de MVD.

Y siempre hay almas que no resisten la tensión. Y alguno por dentro ya estaba sometido y sólo se desesperaba de que tardara tanto el sometimiento externo. Y alguno se hacía para sus adentros el cálculo de que no estaba comprometido en nada, y si seguía con cuidadito, ni lo estaría. Y alguno era recién casado (e incluso con matrimonio auténtico, una ucraniana occidental tampoco se casará de otra forma, y el GULAG había cuidado de que hubiera aquí sacerdotes de todas las religiones). Para estos recién casados el amargor y la dulzura se alternaban con una frecuencia que no conoce la gente normal en su vida pausada. Cada día se lo fijaban como el último, y el que el exterminio no llegara cada mañana era para ellos un don del cielo.

Y los creyentes rezaban, y, descargando en Dios el desenlace del tumulto de Kenguir, eran como siempre los más tranquilos. En el comedor grande, se celebraban según horario servicios de todas las religiones. Los testigos de Jehová alegaron sus preceptos y se negaron a tomar armas en las manos, hacer fortificaciones, estar de guardia. Pasaban largos ratos sentados, las cabezas juntas, en silencio. (Se los mandó a fregar platos). Andaba por el campo no sé qué profeta, sincero o de pega, colocaba cruces en las literas y anunciaba el fin del mundo. Como para darle la razón, llegó una repentina ola de frío, que en el Kazajstán sopla a veces hasta en pleno verano. Las viejecitas que él había recogido, sin ropa de abrigo, se sentaban en la tierra fría, tiritaban y alzaban las manos al cielo. ¡Y adónde si no…!

Otros más sabían que ya estaban comprometidos irreversiblemente y sólo les quedaba de vida hasta la entrada de las tropas. Y de momento había que pensar e inventar cómo resistir más tiempo. Y estos hombres no eran los más desgraciados. (Los más desgraciados eran los que no estaban complicados y anhelaban el final).

Pero cuando toda esta gente se reunía en asamblea para decidir si rendirse o resistir, volvían a encontrarse en esta temperatura colectiva en que sus opiniones personales se derretían, dejaban de existir, incluso para ellos mismos. O temían más al escarnio que a la muerte futura.

—¡Compañeros! —declaraba con seguridad el gallar Kuzñetsov, como si conociera muchos secretos y todos los secretos fueran *a favor* de los detenidos—. ¡Disponemos de *medios defensivos por arma de fuego*, y el cincuenta por ciento de nuestras bajas las tendrá también el enemigo!

Y también decía así:

—¡Incluso nuestra muerte no será inútil!

(En esto tenía toda la razón. A él también lo contagiaba esta temperatura colectiva).

Y cuando se votaba si se resistía, la mayoría votará *sí*.

Entonces Slúchenkov amenazaba expresivamente:

—¡Mirad entonces! ¡A los que se queden en nuestras filas y quieran rendirse, les daremos su merecido cinco minutos antes de la rendición!

Un día la radio exterior anunció una «Orden del GULAG»: por negativa al trabajo, por sabotaje, por… por… por… la sección de concentración de Kenguir quedaba disuelta y se nos mandaba a todos a Magadán. (Al GULAG visiblemente le faltaba sitio en el planeta. Y los que habían sido enviados a Magadán ya con anterioridad, ¿por qué era?). Último plazo de salida al trabajo…

Pero también pasó este último plazo, y todo quedó igual. Todo quedaba igual, y lo increíble, lo fantasmagórico de esta vida imposible, inaudita, colgada en el aire, de ocho mil hombres, aún destacaba más viendo el orden que reinaba en el campo: tres comidas al día; baño a días fijos; lavandería, muda de ropa; peluquería; talleres de costura y zapatería. Incluso jueces de paz para las discusiones. Y hasta… ¡puestas en libertad!

Sí. La radio exterior a veces anunciaba puestas en libertad: eran extranjeros de una misma nacionalidad, cuyo país había merecido que se los reuniera a todos juntos, o a quien le había llegado (¿o se decía que había llegado…?) el final de la condena. ¿Tal vez era así como la Dirección sacaba prisioneros para hacerlos hablar, sin necesidad de celadores con cuerdas y ganchos? La Comisión deliberaba, pero no podía comprobar y dejaba salir a todos.

¿Por qué duraba tanto? ¿Qué podían esperar los amos? ¿Que se acabasen las provisiones? Pero sabían que había para tiempo. ¿Les preocupaba la opinión del poblado? No les importaba ni poco ni nada. ¿Elaboraban el plan de operaciones? Podían haberlo acabado antes. (Ciertamente, luego supimos que durante este tiempo hicieron venir desde Kuibychev un regimiento de «destino especial», de castigo, vaya. Es que eso no te lo hace hacer cualquiera). ¿Consultaban la represión *arriba*? ¿Y a qué altura? No podemos saber con qué fecha y qué organismo tomó esta decisión.

Varias veces se abrió bruscamente el portón exterior de los talleres, ¿sería para comprobar el grado de preparación de los defensores? El piquete de guardia daba la alarma, y los pelotones se desparramaban al encuentro. Pero en la zona no entraba nadie.

Todo el servicio de información de los defensores del campo se reducía a vigías en los tejados de los barracones. Y sólo lo que se alcanzaba a ver desde los tejados por encima de la valla servía de base a sus previsiones.

A mediados de junio en el poblado aparecieron muchos tractores. Trabajaban o movían algo de sitio cerca de la zona. Se pusieron a trabajar incluso de noche. Este trabajo nocturno de los tractores resultaba inexplicable. Por si acaso se cavaron frente a las brechas también unos fosos (por lo demás, el U-2 los fotografió todos o levantó un plano).

Ese rugido con algo siniestro aún añadió negrura.

Y de pronto ¡fueron confundidos los escépticos! ¡Confundidos los desconfiados! ¡Confundidos cuantos decían que no habría piedad ni habría por qué pedirla! Sólo los comunistas ortodoxos podían cantar victoria. El 22 de junio la radio exterior anunció: ¡Las exigencias de los reclusos han sido aceptadas! ¡Viene a Kenguir un miembro del Praesidium del Comité Central!

¡El puntito rosa se había convertido en un sol rosa, en un cielo rosa! ¡O sea que es posible conseguirlo! ¡O sea que *hay* justicia en nuestro país! Algo nos concederán a nosotros, en algo cederemos nosotros. Al fin y al cabo, bien se puede andar con números, y las rejas en las ventanas no nos estorban, tampoco trepamos por las ventanas. ¿Que nos están engañando otra vez? ¡Pero si no exigen que *antes* salgamos al trabajo!

Igual que el contacto de un palito quita la carga de un electroscopio, y caen aliviadas sus alarmadas hojitas, así el anuncio de la radio exterior descargó la interminable tensión de la última semana.

E incluso los fastidiosos tractores, habiendo trabajado desde la noche del 24 de junio, se callaron.

Se dormía tranquilo la cuadragésima noche del motín. Seguro que él llega mañana, a lo mejor ya ha llegado[82]… Estas cortas noches de junio, cuando no te da tiempo a dormir bastante, cuando al alba se duerme tan profundamente. Como hacía trece años.

Temprano al amanecer del 25 de junio, en el cielo se desplegaron cohetes en paracaídas, desde los miradores también lanzaron cohetes, y los vigías en los tejados de los barracones ni piaron, abatidos por las balas de tiradores selectos. ¡Resonaron cañonazos! Pasaron sobre el campo aviones en vuelo rasante, provocando el pánico. Los celebrados tanques T-34, que habían ocupado posiciones iniciales bajo el rugido de los tractores, ahora avanzaron desde todos los lados por las brechas. (Pese a todo, uno cayó a un foso). Detrás de sí, algunos de los tanques arrastraban alambradas de espino en caballetes, para dividir inmediatamente la zona. Tras otros corrían tropas de asalto con metralletas y cascos. (Tanto los infantes como los tanquistas habían recibido vodka antes. Por muy tropas *especiales* que fueran, siempre es más fácil aplastar a desarmados durmientes estando borracho). Con los cordones que avanzaban iban soldados de transmisiones con radioteléfonos. Los generales subieron a los miradores con los tiradores, y desde allí, a la luz diurna de los cohetes (un mirador lo habían incendiado los presos con sus cantoneras, ahora ardía), daban órdenes: «¡Tomad el barracón tal…! ¡Kuzñetsov está en tal sitio…!». No se escondían, como solían, en el punto de observación, porque no había riesgo de bala[83].

Desde lejos, desde las obras en construcción, presenciaban el aplastamiento ciudadanos libres.

El campo se despertó en plena locura. Unos se quedaban en los barracones donde estaban, se tendían en el suelo, pensando salvarse de esta forma y no viéndole objeto a la resistencia. Otros los levantaban para ir a resistir. Otros más salían corriendo, bajo las balas, al combate o simplemente buscando una muerte rápida.

Combatió el *lagpunkt* 3, el mismo que lo había empezado todo (era de veinticincoañeros, con fuerte mayoría de benderistas). Les tiraban… piedras a los soldados y celadores, seguramente también cantoneras de azufre a los tanques… Del vidrio machacado no se acordó nadie. Uno de los barracones se lanzó dos veces al contraataque con «hurras»…

Los tanques aplastaban a todo el que encontraban en el camino (a Alla Pressman, de Kiev, le pasó una oruga por encima del vientre). Los tanques se subían a los porchecitos de los, barracones, también aplastaban allí (a las estonias Ingrid Kiki y Mahlapa[84]). Los tanques se frotaban contra las paredes de los barracones y aplastaban a los que se colgaban de ellas, huyendo de las orugas. Simón Rak y su novia, abrazados, se echaron bajo un tanque y acabaron así. Los tanques hundían las paredes de tablas y los barracones e incluso disparaban al interior de los barracones cañonazos de fogueo. Recuerda Faína Epstein: como en un sueño se desprendió un rincón del barracón, y en diagonal, sobre cuerpos vivos, pasó un tanque; las mujeres se levantaban, corrían; tras el tanque venía un camión, y allí tiraban a las mujeres a medio vestir.

Los cañonazos eran de fogueo, pero las metralletas tiraban con bala y las bayonetas eran de veras. Las mujeres cubrían con sus cuerpos a los hombres, para protegerlos, ¡pues también ensartaban a las mujeres! El comisario Beliáyev aquella mañana mató personalmente a un par de decenas de hombres. Después del combate se vio cómo les metía a los cadáveres cuchillos en las manos y un fotógrafo retrataba a los *bandidos* muertos. Herida en un pulmón, falleció la miembro de la Comisión Suprún, ya abuela. Algunos se escondían en los retretes, los acribillaron a balazos allí[85].

A Kuzñetsov lo detuvieron en los baños, en su PM, lo pusieron de rodillas. A Slúchenkov, con las manos atadas, lo estuvieron levantado al aire y tirando al suelo (una práctica de los hampones).

Luego los disparos cesaron. Gritaban: «¡Salid de los barracones, no disparamos!». Y en efecto, sólo pegaban culatazos.

A medida que se iban capturando grupos de prisioneros, los conducían a la estepa por las brechas, por entre el cerco exterior de soldados de escolta de Kenguir, los registraban y los tendían en el suelo boca abajo, con los brazos extendidos hacia arriba. Entre estos crucificados en tierra andaban aviadores del MVD y celadores, separando, reconociendo a los que antes habían visto bien desde el aire o los miradores.

(Con tanto trabajo nadie tuvo un rato para desplegar el *Pravda* de aquel día. Pues era temático: un día de nuestra patria; éxitos de los metalúrgicos, ¡más amplia

mecanización de los trabajos de recolección! Al historiador le será fácil apreciar lo que era nuestra Patria *aquel día*).

Los oficiales curiosos pudieron penetrar ahora en los secretos de los talleres: de dónde salía la corriente y qué «armas secretas» eran ésas.

Los generales triunfadores bajaron de los miradores y se fueron a desayunar. Sin conocer a ninguno de ellos, me atrevo a afirmar que su apetito, aquella mañana de junio, fue inmejorable y que bebieron. Los vaporcillos de lo bebido no perturbaron en absoluto la armonía ideológica en su cabeza. Y lo que tenían en el pecho, eso estaba enganchado por fuera.

Muertos y heridos hubo, según relatos, un seiscientos, y según los datos de la sección de planificación y producción de la sección de Kenguir, que se conocieron unos meses después, más de *setecientos*[86]. Con los heridos atiborraron la clínica del campo y empezaron a llevarlos a la civil. (A los libres les explicaron que las tropas dispararon sólo balas de fogueo, que quienes se mataron unos a otros fueron los propios reclusos).

Era tentador obligar a cavar tumbas a los supervivientes, pero para mayor discreción lo hicieron las tropas: a unos trescientos los enterraron en un rincón de la zona, a los demás en algún sitio en la estepa.

Todo el día 25 de junio los reclusos estuvieron tendidos boca abajo en la estepa bajo el sol (todos estos días despiadadamente fuerte), mientras en el campo había registro general, de arrancar y destripar. Luego trajeron al campo abierto agua y pan. Los oficiales tenían unas listas ya preparadas. Llamaban por el apellido, ponían una rayita de que estaba vivo, daban una ración y en el acto separaban a los presos según las listas.

Los miembros de la Comisión y demás sospechosos fueron metidos en la cárcel del campo, que dejó de servir de atracción turística. Más de mil hombres fueron apartados para su envío sea a cárceles cerradas, sea a Kolyma. (Como siempre, estas listas fueron hechas medio a ciegas: y fueron metidos en ellas muchos que no tenían nada que ver).

Que sea la imagen de la pacificación un bálsamo para los corazones conturbados por los últimos capítulos. ¡Lagarto, lagarto! ¡Nadie tendrá que refugiarse en «conservas», ni jamás habrá castigo para los ejecutores!

El 26 de junio obligaron a estar todo el día desmontando las barricadas y tapando las brechas.

El 27 de junio sacaron al trabajo. ¡Por fin a los convoyes ferroviarios les llegaban manos trabajadoras!

Los tanques que habían aplastado Kenguir se fueron por sus propios medios a Rudnik y allí evolucionaron ante los ojos de los presos. Para que se aplicaran el cuento…

El proceso de los cabecillas fue en otoño de 1955, por supuesto a puerta cerrada, y ni de él siquiera sabemos nada a ciencia cierta… Dicen que Kuzñetsov se defendió

con aplomo, estuvo demostrando que se había comportado irreprochablemente y que no se podía haber hecho mejor. Desconocemos las condenas. Probablemente a Slúchenkov, a Mijail Keller y a Knopkus los fusilaron. Mejor dicho, los habrían fusilado seguro, pero ¿tal vez el año 55 suavizó las cosas?

Mientras tanto en Kenguir organizaban una honrada vida de labor. No dejaron de crear con amotinados de la víspera equipos *de choque*. Floreció la autofinanciación. Funcionaron las cantinas, se proyectaron películas malísimas. Los celadores y oficiales volvieron a presentarse en los talleres a que les hicieran algo para su casa: aparejos de pesca, una arquilla, que les arreglasen el cierre de un bolso de señora. Los revoltosos zapateros y sastres (lituanos y ucranianos occidentales) les cosían ligeras botas de caña y ropa para sus esposas. Y otra vez ordenaron a los presos en la fábrica de enriquecimiento que arrancaran de los hilos eléctricos la capa de plomo y la llevaran al campo a fundir postas, para que los camaradas oficiales cazasen saigas.

También llegó hasta Kenguir el desconcierto general del Archipiélago: no volvieron a colocar rejas en las ventanas, ni a cerrar los barracones. Introdujeron una puesta en libertad condicional «de dos tercios» e incluso, cosa inaudita, aplicaron el «dar de baja» también a Cincuenta y Ochos: soltaban a los medio muertos.

En las tumbas suele crecer una hierba verde especialmente espesa.

Y en 1956 liquidaron toda aquella *zona*, y entonces los habitantes del lugar, confinados que se habían quedado, acabaron descubriendo dónde habían enterrado a *aquéllos*, y traían tulipanes salvajes.

Un motín nunca acaba en victoria
De ganar, lo llaman de otra forma…
(BURNS)

Cada vez que pasen delante del monumento a Dolgorukiy, recuerden: lo inauguraron en los días del motín de Kenguir, y así ha quedado como un monumento a Kenguir.

Sexta parte

Confinamiento

I
El confinamiento de los primeros años de libertad

Probablemente, el hombre inventó el destierro antes que la cárcel. La expulsión del clan ya era, en realidad, un destierro. El hombre se percató muy pronto de lo difícil que es sobrevivir desarraigado del lugar y medio habituales. Todo es distinto, todo es extraño y va mal, todo es provisional, inauténtico, incluso si alrededor todo está verde y no hay hielos eternos.

Tampoco en el Imperio de Todas las Rusias se hizo esperar el destierro: fue legislativamente consagrado bajo Alexis Mijáilovich en el *Sobornoye Ulozhenie*[im] de 1648. Pero aún antes, a finales del siglo XVI, se desterraba sin ningún *Sobor*: a la gente de Kargopol caída en desgracia, luego a la de Uglich, que había presenciado el asesinato del zarevich Dmitri. Autorizaban grandes espacios: Siberia ya era nuestra. Así para 1645 ya se había juntado millar y medio de desterrados. Pedro *el Grande* desterró por centenares, y muchos. Ya hemos mencionado que Isabel I sustituyó la pena de muerte por destierro a perpetuidad a Siberia. Pero ahí dieron el cambiazo, y por destierro comenzaron a entender no sólo la libre instalación, sino también el presidio, los trabajos forzados, que ya no eran destierro. La Ordenanza de Desterrados de Alejandro I, en 1822, sancionó esta suplantación de conceptos. Luego, por lo visto, en las cifras de desterrados del siglo XIX hay que considerar incluido al presidio. A principios del XIX se desterraba, según el año, entre dos y seis mil personas. A partir de 1820 fueron desterrando también a los vagabundos (ahora los llamamos parásitos), y así algún que otro año se llegó hasta los diez mil. En 1863 eligieron y adaptaron para el destierro, por estar separada del continente, la desierta isla de Sajalín, con lo cual en las posibilidades aún aumentaron más. En todo el siglo XIX se desterró a *medio millón*, a final de siglo constaban 300 000 desterrados a un tiempo[1].

Hacia finales de siglo se diversificó y ramificó la legislación sobre el destierro. Aparecieron formas más benignas: «Extrañamiento a dos provincias», incluso «exilio al extranjero[2]» (no se consideraba una pena tan despiadada como después de la revolución de Octubre). Se introdujo también el *confinamiento administrativo*, que completaba cómodamente el destierro judicial. Pero ojo: las condenas a destierro se expresaban en cifras claras y precisas, e incluso el destierro de por vida no era realmente de por vida. Chejov escribe en su *Sajalín* que después de cumplir 10 años de destierro (y si «ha observado una conducta en todo irreprochable» —criterio

ciertamente indefinido, pero que según atestigua Chejov, se aplicaba ampliamente—, hasta después de seis) el penado pasaba a estimarse campesino y podía regresar adonde quisiera, salvo a su lugar de origen.

Una característica que se sobreentendía, que todo el mundo daba por supuesta, pero para nosotros, asombrosa, del destierro del último siglo zarista era su *individualización*: sea judicial, sea administrativo, el destierro se le asignaba a cada uno en particular, jamás por pertenecer a un grupo determinado.

De decenio en decenio variaban las condiciones del destierro, su grado de dureza, y diversas generaciones de desterrados nos han dejado testimonios distintos. Eran duras las etapas de las columnas de trasladados, sin embargo, por P. F. Iakubóvich y León Tolstoi nos enteramos de que a los políticos los trasladaban de forma muy soportable. F. Cohn añade que cuando había políticos, la escolta de la columna *incluso* trataba bien a los criminales, con lo cual los criminales apreciaban mucho a los políticos. Durante muchos decenios la población siberiana acogió a los desterrados con hostilidad: se les asignaban las peores parcelas de tierra, les correspondían los trabajos peores y peor pagados, los campesinos no casaban a sus hijas con ellos. Mal instalados, mal vestidos, marcados a fuego y hambrientos, se reunían en cuadrillas, robaban, y con ello exasperaban aún más a los habitantes. Sin embargo, todo esto no se aplicaba a los políticos, cuyo reguero empezó a notarse a partir de los años setenta. El mismo F. Cohn escribe que los yakutos acogían a los políticos con afecto y esperanza, como a sus médicos, maestros y valedores contra las autoridades. En todo caso, los políticos tuvieron en el destierro unas condiciones tales, que de entre ellos salieron muchos sabios (cuya ciencia sólo empezó con el destierro): geógrafos, etnógrafos, lingüistas[3], naturalistas, y también publicistas y literatos. Chejov en Sajalín no vio a los políticos y no nos los describió[4], pero por ejemplo F. Cohn, confinado en Irkutsk, trabajó en la redacción del periódico progresista *Vostóchnoye Obozrenie* («Noticiero Oriental»), en el que colaboraban populistas, miembros de «Naródnaya Volia[in]» y marxistas (Krasin). No era una ciudad siberiana cualquiera, sino la sede del gobierno general, a la que según la Ordenanza de Desterrados los políticos no debían siquiera tener acceso, y sin embargo allí trabajaban en Bancos, empresas comerciales, enseñaban, se codeaban en las tertulias con la intelectualidad local. Y en el *Stepnoy Krai* («Región de la Estepa») de Omsk, los confinados colaban unos artículos que la censura no habría dejado pasar en ningún otro sitio de Rusia. Incluso a los huelguistas de Zlatoúst, el Omsk confinado los proveía de su órgano de Prensa. También gracias a los confinados se volvió una ciudad radical Krasnoyarsk. Y en Minúsinsk, alrededor del museo Martiánovski, se reunió un grupo tan respetado y carente de trabas administrativas de políticos confinados, que no sólo estuvo organizando sin impedimentos por toda Rusia una red de escondites-hospedajes para evadidos (por cierto, de la facilidad de las evasiones de entonces ya hemos hablado), sino que incluso dirigía las actividades del oficialísimo Comité «Witte» de Minúsinsk[5]. Y si acerca del régimen de Sajalín

para los criminales Chejov exclama que se reduce «del modo más vulgar a la esclavitud», no se puede decir lo mismo del destierro ruso para políticos, desde los tiempos más remotos hasta los más recientes. Para principios del siglo XX el confinamiento administrativo para políticos se había vuelto en Rusia no ya un castigo, sino un formalismo «anticuado, que ha demostrado ampliamente su inutilidad» (Guchkov). Stolypin tomó ya en 1906 medidas para su total abolición.

¿Y qué fue el confinamiento de Radíschev[io]? En el poblado de Ust-Ilimski Ostrov, compró una casa de madera de dos pisos (por cierto, por 10 rublos) y vivió con sus hijos menores y su cuñada, que le remplazó a su mujer. A *trabajar* a nadie se le ocurría siquiera obligarlo, organizaba su vida como mejor le parecía y gozaba de libertad de movimientos por todo el partido de Ilimsk. Lo que fue el confinamiento de Pushkin en Mijáilovskoye, ahora ya se lo imaginan muchos después de haber ido allí de excursión. Parecido fue el confinamiento de otros muchos escritores y hombres públicos: Turgenev en Spassk-Lutovínovo, Askákov[ip] en Varvárino (por elección propia). Con Trubetskoi[iq] ya en su celda del presidio de Nerchinsk vivía su mujer (le nació un hijo), y cuando tras unos años fue pasado a confinamiento en Irkutsk, tuvieron allí una enorme casa señorial, sus carruajes, lacayos, preceptores franceses para sus hijos (el pensamiento jurídico de aquel entonces aún no había llegado a los conceptos de «enemigo del pueblo» y «confiscación de todos los bienes»). Herzen[ir], confinado en Novgorod, por su cargo en la administración provincial era el superior jerárquico del jefe de Policía.

Esta benignidad del confinamiento no se limitaba a la gente linajuda y conocida. La experimentaron también en el siglo XX muchos revolucionarios y protestatarios, especialmente los bolcheviques, no los temían. Stalin, ya con cuatro evasiones a sus espaldas, es confinado por quinta vez… a Vologda-capital. Vadim Podbelski, por unos violentos discursos antigubernamentales, fue desterrado… ¡de Tambov a Sarátov[is]! ¡Cuánta crueldad! Y por supuesto, nadie lo envió allí a trabajar a la fuerza[6].

Pero incluso este confinamiento, según nuestros conceptos, privilegiado, un confinamiento sin la amenaza de morirse de hambre, resultaba a veces muy penoso para los confinados. Muchos revolucionarios recuerdan cuánto sufrieron al pasar de la cárcel, con pan, abrigo y techo asegurados y tiempo libre para polémicas universitarias y de partido, al confinamiento, en que solos entre extraños, habían de cuidar por sí mismos de su alimentación y vivienda. Y cuando no tenían este cuidado, según explican (F. Cohn), aún era peor: «los horrores de la inactividad… Lo más terrible es que los hombres son condenados a la inacción», y así algunos escapan a la ciencia, otros al lucro, a los negocios, y hay quien, por desesperación, se da a la bebida.

Pero ¿por qué la inactividad? Los habitantes del lugar no se quejan de ella, sin embargo: apenas logran desdoblar la espalda por la noche. Luego sería más exacto

decir: por el cambio de ambiente, por la ruptura del modo de vida habitual, por el desarraigo, por el cercenamiento de los vínculos vitales.

Sólo dos años de confinamiento necesitó el periodista Nicolai Nadiezhin para perderle el gusto a la libertad y convertirse en fiel servidor del trono. El bullicioso juerguista Ménchikov, desterrado en 1727 a Beriózov, edificó allí una iglesia, hablaba con los lugareños de la vanidad de las cosas del mundo, se dejó barba, andaba con una sencilla bata y en dos años murió. A primera vista, ¿qué podía tener de tan agobiante, de tan insoportable para Radíschev su comodísimo confinamiento? Pues cuando después, en Rusia, estuvo bajo amenaza de un segundo confinamiento, por escapar de él se suicidó. Y Pushkin desde el pueblo de Mijáilovskoye, desde ese paraíso terrenal, donde a primera vista qué más quisiera uno que poder vivir, escribía en octubre de 1824 a Zhukovski: «¡Sálvame [del confinamiento —A. S.] aunque sea con la fortaleza, con el monasterio de las Solovki!». Y no era una simple frase, porque también escribió al gobernador solicitando que se le cambiara el confinamiento por reclusión en fortaleza.

A nosotros, que nos hemos enterado de lo que son las Solovki, nos parece ahora un desatino: ¿en qué arrebato, en qué desespero e ignorancia podía el perseguido poeta despreciar Mijáilovskoye y pedir las islas Solovki…?

Pues ésa es la sombría fuerza del destierro, del simple desplazamiento y reinstalación atado de pies, que habían intuido ya los soberanos de la Antigüedad, que experimentó ya Ovidio.

Vacío. Desorientación. Una vida que no se parece en nada a la vida…

En la lista de instrumentos de opresión que había de barrer para siempre la radiante revolución, en un cuarto o quinto lugar también figuraba, por supuesto, el destierro.

Pero apenas dio la revolución sus primeros pasos con sus piernecitas aún tambaleantes, en su más tierna infancia, comprendió: ¡sin destierro imposible! Tal vez no hubo destierro en Rusia cosa de un año, como mucho de tres. Pero ya enseguida empezaron, como se las llama ahora, las deportaciones: el desalojo de indeseables. Cito las palabras textuales de un héroe popular, luego mariscal, sobre el año 1921 en la provincia de Tambov: «Se decidió organizar una *amplia expulsión* de familias de bandidos (léase “de guerrilleros” —A. S.). Se organizaron *amplios campos de concentración* en que previamente se recluían estas familias» (los subrayados son míos —A. S.).[7]

Sólo la comodidad de fusilar en el acto, en lugar de transportar sabe Dios dónde, y en camino custodiar y alimentar, y luego alojar y seguir alimentando, sólo esta comodidad, digo, retuvo de implantar el confinamiento sistemático hasta el final del comunismo de guerra. Pero ya el 16 de octubre de 1922, en el seno del NKVD se creó una Comisión Permanente de Extrañamiento «de sujetos socialmente peligrosos, militantes de partidos antisoviéticos», es decir, de todos menos el bolchevique, y la

condena standard era de tres años[8]. De modo que ya en los tempranos años veinte la institución del destierro funcionaba habitual y regularmente.

Cierto es que el destierro por causa criminal no se reimplantó: ya se habían inventado los campos de reeducación por el trabajo, ellos lo absorbieron. Pero en cambio el destierro por causa política se volvió más cómodo que nunca: en ausencia de Prensa de oposición el extrañamiento se volvía secreto, y a los de al lado, a los que conocían personalmente a los expulsados, después de los fusilamientos del comunismo de guerra un pausado y benévolo extrañamiento por tres años les parecía una idílica medida educativa.

Sin embargo, de ese solapado destierro sanitario uno no regresaba a su lugar de origen, y si llegaba a regresar, pronto lo volvían a coger. Los afectados iniciaban sus círculos por el Archipiélago, y el último arco quebrado bajaba invariablemente hacia el precipicio.

Por la candidez humana tardó en adivinarse el propósito del poder: simplemente el régimen no estaba bastante consolidado para eliminar de golpe a todos los que molestaban. Por esto se arrancaba a los condenados, de momento no de la vida, pero sí de la memoria de la gente.

Tanto más fácil fue restablecer el destierro, que aún no se habían borrado, no se habían perdido los caminos de las partidas anteriores, y los propios lugares de Siberia, de Arjánguelsk y de Vologda no habían cambiado lo más mínimo, no se asombraban en absoluto. (Por lo demás, el pensamiento estatal no se estancó ahí, algún dedo aún tendrá ocasión de dar unas cuantas vueltas por el mapa de la sexta parte de las tierras emergidas, y el extenso Kazajstán, apenas incorporado a la Unión de Repúblicas, se adaptará magníficamente al confinamiento con sus extensiones; y en la propia Siberia, ¡cuántos nuevos lugares más perdidos se abrirán!).

Pero también quedaba en la tradición del destierro algún que otro estorbo, concretamente la gorronería de los confinados, a los que se suponía que el Estado tenía la obligación de mantener. El gobierno zarista *ni se atrevía* a obligar a los desterrados a aumentar el producto nacional. Y los revolucionarios profesionales tenían por una deshonra ponerse a trabajar. En Iakutia un confinado tenía derecho a 15 hectáreas de tierra (65 veces más que un koljosiano ahora). No es que los revolucionarios se lanzasen a cultivar esta tierra, pero estaban muy apegados a la tierra los iakutos, y les pagaban a los revolucionarios un canon, en especie, en caballos. Así, llegado con las manos vacías, el revolucionario se encontraba de buenas a primeras acreedor de los iakutos[9]. Y aparte de eso, el estado zarista pagaba a su enemigo político desterrado 12 rublos al mes para alimentación y 22 rublos al año para ropa. Lepeshinke escribe[10] que incluso Lenin durante su confinamiento en Shúshenskoye cobraba (no lo rehusaba) 12 rublos al mes, y el propio Lepeshinski 16, pues no era un simple confinado, sino un funcionario confinado. F. Cohn nos asegura ahora que ese dinero era poquísimo. Sin embargo, es sabido que los precios en Siberia eran dos o tres veces más bajos que en Rusia, y por eso con la manutención

oficial, a un confinado hasta le sobraba dinero. Por ejemplo a V. I. Lenin le dio la posibilidad de dedicar holgadamente los tres años enteros a la teoría de la revolución, sin preocuparse por una fuente de ingresos. Mártov escribe que por 5 rublos al mes su casero le proporcionaba comida y casa, y el dinero restante se lo gastaba en libros o lo ahorraba para la evasión. El anarquista A. P. Ulanovski dice que sólo en confinamiento (en la región de Turujansk, donde estuvo junto con Stalin) por primera vez en su vida dispuso de dinero de más, se lo enviaba a una muchacha libre que había conocido por el camino, y por primera vez pudo comprar y probar lo que era el cacao. Allí la carne de reno y el esturión iban regalados, una buena casa sólida costaba 12 rublos (¡la manutención de un mes!). Nadie entre los políticos sufrió escasez, la manutención en metálico la recibían *todos* los confinados administrativos. Y vestían todos bien (ya llegaban así).

Ciertamente, los confinados-colonos de por vida, los «comunes», como diríamos hoy, no cobraban manutención en metálico, pero recibían gratuitamente del Estado abrigos de pieles, toda la ropa y el calzado. En Sajalín, dejó constancia Chejov, todos los colonos durante dos-tres años, y las mujeres durante toda su condena, recibían manutención en especie, incluyendo carne, a razón de 40 «zolotniks» al día (venían a ser 200 gramos) y tres libras de pan (o sea «kilo doscientos», como los estajanovistas de nuestras minas de Vorkúta por 150 % de la norma. Ciertamente, estima Chejov que este pan era crudo y de harina mala, pero vaya, ¡peor que en los campos de concentración no sería!). Cada año se les suministraba un chaquetón de pieles, un abrigo de paño y varios pares de calzado. Y había otra manera más: la hacienda zarista les pagaba a los desterrados unos precios deliberadamente altos, por sus artículos para sostener su producción. (Chejov llegó al convencimiento de que no era Sajalín, la colonia, la que resultaba ventajosa para Rusia, sino que Rusia mantenía a esta colonia).

Pero por supuesto, sobre unas bases tan malsanas no podía fundamentarse nuestro confinamiento político soviético. En 1928 el II Congreso Panruso de Trabajadores de la Administración estimó insatisfactorio el sistema de extrañamiento existente y solicitó «la organización del confinamiento en forma de *colonias* en lugares alejados y aislados, y asimismo la implantación de un *sistema de condenas por tiempo indefinido*» (o sea, de por vida[11]). Desde 1929 pusieron a estudio el confinamiento *acumulativamente con trabajos forzados*[12].

«Quien no trabaja no come», tal es el principio del socialismo. Y sólo sobre este principio socialista podía edificarse el confinamiento soviético. ¡Pero justamente los socialistas tenían la costumbre de recibir alimentación gratuita en confinamiento! Al no atreverse en seguida a romper esta tradición, también la hacienda soviética comenzó a pagar a sus confinados políticos —sólo que, por supuesto, no a todos, naturalmente no a los *kaerres*, sino a los *politos*[it], y también entre éstos haciendo distinciones escalonadas: por ejemplo en Chimkent en 1927 daban a los SR y SD 6 rublos al mes, en cambio a los trotskistas 30 (es que a pesar de todo eran compañeros,

bolcheviques). Sólo que estos rublos ya no eran zaristas, por el más minúsculo cuartucho había que pagar 10 rublos al mes, y por 20 copecs al día alimentarse muy frugalmente. Andando el tiempo fue más duro. Para 1933 se pagaba a los «politos» una subvención de 6 rublos 25 copecs al mes. Y aquel año, yo mismo lo recuerdo perfectamente, un kilo de pan de centeno crudo «comercial» (de más del de tarjeta) valía 3 rublos. De modo que a los socialistas se les acabó el estudiar idiomas y escribir obras teóricas, tuvieron los socialistas que *currelar*. Y al que entraba a trabajar, la GPU le retiraba en el acto la última exigua subvención.

Sin embargo, incluso con ganas de trabajar, ¡no les era fácil a los confinados ganarse este dinero! El final de los años veinte fue aquí una época de paro generalizado, el conseguir trabajo era un privilegio de gente con cuestionario impecable y miembros del sindicato, con los que los confinados no podían competir alegando su instrucción o competencia. Sobre los confinados estaba además el peso de la comandancia, sin cuyo consentimiento ni una sola entidad se hubiera siquiera atrevido a emplear a un confinado. (Un *ex* confinado tenía pocas esperanzas de conseguir un buen trabajo: se lo impedía la marca en el pasaporte).

En 1934, en Kazán, recuerda P. S.-va., un grupo de desesperados confinados instruidos se colocó a pavimentar calles.

En la comandancia les regañaron: ¿por qué esta demostración? Pero no les ayudaron a encontrarse otro trabajo, y Grigori B. le pegó un corte al comisario: «¿Y no prepararán ustedes algún *procesito*? ¡Si no nos colocábamos de testigos a sueldo!».

Las miguitas de la mesa, ya había que recogerlas y a la boca.

¡Así de bajo cayó el confinamiento político ruso! No quedaba tiempo para discutir y escribir protestas contra el *Credo*. Y no conocían la desgracia de no saber qué hacer con tanto ocio sin sentido… Su cuidado fue evitar morirse de hambre. Y no rebajarse a soplón.

En los primeros años soviéticos, en un país liberado por fin de su secular esclavitud, el orgullo y la independencia del confinamiento político se desinflaron como un globo pinchado. Resultó que era imaginaria aquella fuerza que temía el régimen anterior en los desterrados políticos. Que creaba y mantenía aquella fuerza tan sólo la *opinión pública* del país. Pero apenas la opinión pública fue sustituida por la *opinión organizada*, cayeron los confinados con sus protestas bajo el poder de estúpidos e ignorantes mandos del GPU y de despiadados reglamentos secretos (a las primeras de estas instrucciones aún tuvo tiempo de poner la mano y la cabeza el ministro del Interior Dzerzhinski). Ni mi grito ronco, ni una palabrita sobre uno era ahora posible gritar allí, a la libertad. Si un obrero confinado escribía una carta a su antigua fábrica, el obrero que allí le daba lectura (Leningrado, Vasili Kirilovich Iegoshin) era a su vez confinado en el acto. Los confinados perdieron no sólo su subsidio en metálico, no sólo sus medios de vida, sino en general cualquier derecho: su ulterior detención, arresto, traslado era aún más fácil para la GPU que cuando estas

personas constaban como libres, ahora ya no había nada que retuviera, como con muñecos de gutapercha y no persona[13]. No costaba nada darles una buena sacudida, como se hizo en Chimkent: anunciaron repentinamente que se liquidaba el confinamiento en esa localidad *en veinticuatro horas*. En veinticuatro horas había que hacer entrega del cargo ocupado, arruinar la vivienda, librarse de los enseres, recoger, y marchar en la dirección indicada. ¡No mucho más suave que un traslado de presos! ¡No mucho más asegurado estaba el mañana del confinado!

Pero no eran sólo el silencio y la presión de la GPU, sino que ¿qué eran también aquellos confinados? ¿Aquellos pretendidos militantes sin partidos? No hablamos de los constitucional-demócratas, ésos ya no existían, a todos los constitucional-demócratas los exterminaron, sino que ¿qué significaba en 1927 o en 1930 ser SR o menchevique? En ningún sitio del país actuaba ningún grupo de personas que correspondiera a este nombre. Sus programas llevaban tiempo, desde la misma revolución, diez agitadísimos años, sin revisarse, e incluso si esos partidos hubieran repentinamente resucitado, era un misterio cómo enjuiciaban los acontecimientos y qué proponían. Toda la Prensa llevaba tiempo hablando de ellos exclusivamente en pasado, y los militantes supervivientes vivían en familia, trabajaban en su oficio, y perdían hasta el recuerdo de su partido. Pero son indelebles las tablas de las listas del GPU. Y a una repentina señal nocturna, a esos despistados conejillos los agarraban y a través de cárceles los trasladaban, por ejemplo, a Bujara.

Así llegó I. V. Stoliarov en 1930 y encontró allí envejecidos SR y SD recogidos de todos los rincones del país. Desarraigados de su vida habitual, sólo les quedaba ya empezar a discutir, y enjuiciar el momento político, y proponer resoluciones, e imaginar cómo hubiera transcurrido el desarrollo político, de no… de no…

Así hacían de ellos, no ya un partido, sino un blanco para el hundimiento.

Los confinados de los años veinte recuerdan que el único partido vivo y activo de aquel tiempo eran los socialistas sionistas, con su enérgica organización juvenil «Haschemer» y su organización legal «Hehalutz», que había creado comunas agrícolas judías en Crimea. En 1926 metieron en la cárcel a todo su Comité Central, y en 1927 recogieron de Crimea a confinamiento a sus animosos muchachos y muchachas de 15-16 años. Les daban Turtkul y otros lugares duros. Eso sí era un partido, unido, tenaz, seguro de su razón. Pero se proponían no un objetivo general, sino el suyo particular: vivir como nación, vivir como una Palestina. Por supuesto el partido comunista, que había voluntariamente rechazado el concepto de patria, no podía sufrir tampoco en otros un estrecho nacionalismo[14]…

Hasta comienzos de los años treinta aún se conservaba entre los confinados la ayuda mutua (por ejemplo los SR, SD y anarquistas, confinados en Chimkent, donde las condiciones laborales eran buenas, crearon una caja de compensación secreta para sus compañeros «norteños» en paro). Según donde, también guisaban, cuidaban de los niños, comunitariamente, y tenían las naturales reuniones, se visitaban unos a otros. También celebraban juntos en confinamiento el 1 de mayo (ignorando

demostrativamente Octubre). Pero en el apogeo de los años treinta también desapareció todo esto: sobre los grupos confinados se posará en todas partes el ojo del halcón del comisario operacional. Los confinados comenzarán a desconfiar unos de otros, para que el NKVD no los considere sospechosos de «organización» y no les *meta una nueva* (que es lo que les espera de todos modos). Así dentro del confinamiento del Estado, se someterán a un segundo confinamiento voluntario: a la soledad (que es justo lo que a Stalin, de momento, le hace falta).

También debilitaba a los confinados su aislamiento de la población local: a los indígenas los perseguían por cualquier contacto con los confinados, los culpables eran a su vez confinados en otro lugar, a los jóvenes los excluían del Komsomol.

Otra debilidad de los confinados era la hostilidad entre los partidos que surgió durante los años soviéticos, y se agudizó especialmente en la segunda mitad de los años veinte, cuando en confinamiento aparecieron numerosos trotskistas, que no tenían a nadie, salvo a sí mismos, por presos políticos.

Bueno, y no sólo socialistas había en el confinamiento de los años veinte, era mayormente (y cada año más) gente que de socialista no tenía nada. Venían simples intelectuales apolíticos, esas personas de espíritu independiente que impedían al nuevo régimen asentarse. Y los *ex* que habían escapado del exterminio durante la guerra civil. E incluso jovencitos «por foxtrot[15]». Y espiritistas. Y ocultistas. Y clérigos, al principio aún con derecho a celebrar en confinamiento. Y simples creyentes, simples cristianos, o bien *crestianos*[iu], como deformaron los rusos hace ya muchos siglos.

Y todos ellos caían bajo la vista de ese mismo sector operacional, se desunían y se paralizaban.

Descorazonados por la indiferencia del país, los confinados hasta perdieron la voluntad de evadirse. Para los confinados de la época zarista las evasiones eran un alegre deporte: cinco evasiones de Stalin, seis evasiones de Noguin, lo que arriesgaban con ello no era una bala en la nuca, ni el presidio, sino el simple regreso al lugar de origen tras un distraído viaje. Pero la GPU, al endurecerse, al perder ganas de broma, desde mediados de los veinte impuso a los confinados una caución solidaria por partidos: ¡todos los de un mismo partido responden por su compañero evadido! ¡Y hasta tal punto faltaba ya aire, tan estrecha era ya la opresión, que los socialistas, antaño orgullosos e indomables, aceptaron esta caución! ¡Ahora *ellos mismos*, por propia resolución de partido, *se prohibían huir*!

Bueno, y ¿*adónde* huir? ¿*A quién* acudir? ¿Dónde estaba ese *pueblo* al que había que unirse?

Los habilidosos expertos en fundamentaciones teóricas dictaminaron rápidamente: *no es el momento de evadirse, hay que esperar*. Y en general *no es el momento de luchar*, también hay que esperar. A comienzos de los años treinta, N. I. Mandelstam señala en los socialistas confinados en Cherdyn una total renuncia a toda resistencia. Incluso el presentimiento de un inevitable aniquilamiento. Y una única

esperanza práctica: cuando añadan *nueva condena*, ojalá sea sin nueva detención, que dejen *firmar* aquí mismo, sin moverse del sitio, y al menos no se destruirá el modesto bienestar logrado. Y un único objetivo moral: conservar ante el aniquilamiento la dignidad humana.

A nosotros, después de los campos-presidios, donde de aplastadas moléculas nos volvimos un todo compacto, nos extraña ver cómo los socialistas, de un todo ya organizado, fogueado en la acción, se descompusieron en impotentes moléculas. Pero en nuestra época la vida social evoluciona hacia la amplitud y plenitud (inspiración), mientras que entonces iba hacia la opresión y compresión (expiración).

De modo que no corresponde a nuestro tiempo juzgar al tiempo aquel.

Y también tenía el confinamiento numerosas gradaciones, lo que también desunía y debilitaba a los confinados. Había distintos plazos de renovación del carnet de identidad (para algunos, mensualmente, y con agotadores trámites). Por no caer en una categoría inferior, cada cual tenía que observar las reglas.

Hasta comienzos de los treinta se mantuvo la forma más benigna: no el confinamiento, sino el *menos*. En tal caso al sancionado no se le indicaba un lugar de residencia determinado, sino que le dejaban elegir ciudad *menos* unas cuantas. Pero una vez elegida, quedaba sujeto a esta localidad por el mismo período de tres años. El «menosista» no iba a fichar a la GPU, pero tampoco tenía derecho a ausentarse. En los años de paro la bolsa del trabajo no daba trabajo a los menosistas; y si se las ingeniaba para conseguirlo, presionaban a la dirección: ¡despedirlo!

El *menos* era un alfiler: con él se clavaba al insecto dañino para que esperara sumisamente que le llegara la hora de detenerlo de verdad.

Y también estaba la fe en este régimen adelantado, que ¡no puede, no va a necesitar del destierro! ¡La fe en la amnistía, especialmente en el pomposo X aniversario de Octubre!

Y la amnistía llegó, la amnistía golpeó. Les empezaron a quitar a los confinados un cuarto de condena (de tres años, 9 meses), y no a todos. Pero como se estaba jugando el Gran Solitario, y a tres años de confinamiento seguían tres años de aislamiento político y luego otra vez tres años de confinamiento, esa aceleración de nueve meses no embellecía la vida en absoluto.

Y entonces llegaba el momento del próximo proceso. El anarquista Dmitri Venedíktov al final de sus tres años de confinamiento en Tobolsk (1937) fue detenido por la precisa y categórica acusación siguiente: «Difusión de rumores sobre nuevos empréstitos» (¡¿qué *rumores* cabían sobre los empréstitos[iv], que cada año se presentaban con la inexorabilidad del curso de los astros…?!) «y descontento con el régimen soviético» (¡claro, un confinado ha de estar contento con su suerte!). ¿Y qué le dieron por tan negros crímenes? ¡*Fusilamiento* en 72 horas sin derecho a apelación! (Su hija Galina ya ha hecho aparición en las páginas de este libro).

Tal fue el confinamiento de los primeros años de la libertad conquistada, y tal la historia de su completa abolición.

El confinamiento fue el corral de borregos previo de todos los destinados al matarife. Los confinados de los primeros decenios del régimen no vivían, sino esperaban: que los llamaran *allí*. (Hubo gente lista, entre los *ex*, y también simples campesinos, que aún en los años veinte entendieron todo lo que se tramaba. Y al terminar su primer confinamiento de tres años, por si acaso se quedaban allí mismo, por ejemplo en Arjánguelsk. A veces ayudaba a no volver a caer bajo el peine).

Así se volvió para nosotros el apacible confinamiento en Shúshenskoye, y el de Turujansk con cacao.

Eso se sumó aquí a la nostalgia de Ovidio.

II
La plaga de los labradores

Aquí se hablará de poquita cosa, en este capítulo. De quince millones de almas. De quince millones de vidas.

Desde luego, sin estudios. Sin saber tocar el violín. Sin haber aprendido quién es Meyerhold o cuán interesante es dedicarse a la física nuclear.

En toda la Primera Guerra Mundial perdimos menos de dos millones. En toda la segunda, veinte millones (eso según Jruschev, según Stalin sólo fueron siete. ¿Será que Nikita se sintió generoso? ¿O a Stalin se le pasó por alto algo de capital?)[iw] ¡Pues cuántas odas! ¡Cuántos obeliscos, llamas eternas! ¡Novelas y poemas! Lleva ya un cuarto de siglo toda la literatura soviética bebiendo nada más que de esta sangre.

Pero de aquella silenciosa traicionera plaga, que nos segó a 15 millones de labradores, y no seguidos, sino escogidos, sino la espina dorsal del pueblo ruso, de aquella Plaga no hay libros. Ni nos despiertan las trompetas a estremecernos. Y en los cruces de caminos vecinales, donde chirriaron las carretas de condenados, no hay ni tres piedrecitas tiradas. Y nuestros mejores humanistas, tan sensibles a las injusticias de hoy, en aquellos años sólo asentían aprobadores: ¡Bien hecho! ¡Se lo tienen merecido!

Y tan en silencio se hizo, tan limpiamente se barrió, y tanto se reprimió el más mínimo susurro, que yo ahora sobre los campos de concentración hasta rechazo relatos espontáneos: «¡Ya vale, muchachos, ya está bien de estas historias, ya no me caben!», pero sobre el destierro de los campesinos no me traen ninguno. Y ¿quién y dónde nos lo podría contar?

Si ya lo sé, que aquí no es un capítulo lo que hace falta, ni un libro de un hombre aislado. Pero yo no soy capaz de reunir siquiera un capítulo como Dios manda.

Y con todo, lo empiezo. Lo dejo como una señal, un mojón, como esas piedrecitas primeras, sólo para indicar el sitio, en que algún día será reconstruido el nuevo Templo de Cristo Salvador.

¿Por dónde empezó todo? ¿Por el dogma de que el campesinado es *pequeña burguesía*? (Y ¿quién no es para ellos «pequeña burguesía»? Según su asombrosamente preciso esquema, todos los que no sean obreros fabriles, y aún quitando a los cualificados, o bien magnates-empresarios, todo el resto, todo el pueblo propiamente dicho, los campesinos, y los empleados, y los artistas, y los

aviadores, y los profesores, y los estudiantes, y los médicos, son justamente la «pequeña burguesía»). ¿O por el designio del bandolero supremo de despojar a unos y asustar al resto?

Por las últimas cartas de Korolenko a Gorki en 1921, antes de que el primero muriera y el segundo emigrase, sabemos que este ataque de salteadores al campesinado ya *entonces* había comenzado y se llevaba a cabo casi en la misma forma que en 1930.

Pero aún no tenían fuerzas para tanta osadía, y lo dejaron, se echaron atrás.

Sin embargo, la idea quedaba en mente, y durante todos los años veinte estuvieron alardeando, y pinchando, y denostando: ¡kulak!, ¡kulak!, ¡kulak! Se estaba sembrando en la cabeza de los habitantes de las ciudades que la tierra era pequeña para ellos y los «kulaks».

La Plaga exterminadora de los campesinos comenzó, por lo que se puede juzgar, en 1929, con la confección de listas de proscripción, y confiscaciones, y desahucios. Pero sólo a principios de 1930 lo que estaba en curso (ya ensayado y organizado) fue públicamente proclamado, en la resolución del Comité Central del Partido Comunista Ruso (bolchevique) de 5 de enero (el partido tiene «sobrado fundamento para pasar en su labor práctica de una política de limitación de las tendencias explotadoras de los kulaks a la liquidación de los kulaks como clase». Y acto seguido se *prohibía* aceptar kulaks en los koljoses[ix]. Quien pueda darle una explicación coherente, que lo haga).

No se quedaron a la zaga del Comité Central los obedientes Comité Ejecutivo Central y Consejo de Comisarios del Pueblo: el 1 de febrero de 1930 desarrollaron legislativamente la voluntad del partido. Se encargaba a los comités ejecutivos de distrito «tomar todas las medidas necesarias en la lucha contra los elementos kulaks, incluyendo (y menos que eso no se daba) la confiscación integra de todos los bienes de los kulaks y su expulsión fuera de los límites de determinados partidos y distritos».

Sólo en la última palabra hizo un remilgo el Carnicero. *Fuera de qué límites*, lo dijo. Pero no dijo *dentro de cuáles*. Los papanatas podían entender que era a treinta leguas, ahí cerquita…

Y el *akulakado*, que yo sepa, en la Teoría de Vanguardia ni siquiera venía. Pero por lo que abarcaba la segadora se hizo patente que no se podía pasar sin él. El hallazgo que representa esta palabra ya tuvimos ocasión de comentarlo. Si un buen día se ha declarado «recogida de envases» y van los pioneros[iy] por las isbas recogiendo de los labradores sacos de yute en beneficio del pobrecito Estado, y tú no lo has entregado, te has guardado el tuyo de toda la vida (es que en las tiendas no hay forma de comprarlos), pues ya eres un akulakado. ¡Andando al destierro!

Y ¡qué bien corrieron esos marbetes por la Rusia Soviética, cuya nariz aún no se había enfriado tras los sangrientos efluvios de la guerra civil! Se pusieron en circulación unas palabras que, aunque no explicaban nada, eran comprensibles, simplificaban mucho, y no había que pensar para nada. Se restableció la salvaje (y

creo que también no-rusa: ¿cuándo se ha visto cosa igual en la historia de Rusia?) ley de la guerra civil: ¡diez por uno!, ¡cien por uno! Por un *activista* muerto en defensa propia (y las más de las veces era un vago, un haragán. A. I. Olleñev recuerda, y no sólo él, que la «deskulakización» la llevaban ladrones y borrachos) exterminaban a cientos de campesinos de los más laboriosos, hacendosos, espabilados, justamente de los que llevaban en sí la estabilidad de la nación rusa.

¿Cómo? ¡Cómo!, nos gritan. ¿Y los *caciques*? ¿Los que abusaban de sus convecinos? ¿Toma un préstamo, y me lo devolverás con tu pellejo?

Cierto, en una pequeña parte cayeron también caciques (aunque ¿todos?). Pero preguntémonos: los caciques, ¿lo eran de nacimiento?, ¿por su esencia íntima? ¿O por la propiedad que tiene toda riqueza (¡y todo poder!) de corromper al hombre? ¡Ay, si fuera tan sencilla la «purificación» de la Humanidad o de un estamento! Pero tras haber *purificado* con un peine de acero, de púas apretadas, al campesinado de los desalmados caciques, hasta el punto de sacrificar quince millones de seres, ¿de dónde salen en el campo koljosiano actual esos déspotas panzudos, de mofletes colorados, que lo gobiernan (y también las células rurales del partido)? ¿Esos despiadados expoliadores de viejas solitarias y de todos los indefensos? ¿Cómo es que *su* cepa rapaz se salvó de la «deskulakización»? Cielos, pero ¿no procederán de los *activistas*?

Quien había crecido asaltando Bancos no podía disponer del campesinado ni como un hermano, ni como un amo. Sólo supo dar un silbido de bandolero, y se llevaron hacia la taiga y la tundra a millones de trabajadores, labriegos de manos callosas, precisamente los que habían establecido el poder soviético, sólo con tal de recibir tierra, y una vez recibida, asentarse rápidamente en ella («la tierra pertenece a quien la trabaja»).

¿De qué cacique vamos a contar historias, si algunas aldeas cosacas del Kuban, por ejemplo Urúpinskaya, fueron desalojadas *por entero,* viejos y niños de pecho inclusive (y repobladas por desmovilizados)? ¿Que es ahí donde se ve el «principio de clase»? Recordemos que justamente el Kubán casi no apoyó a los blancos durante la guerra civil, y fue el primero en hundir la retaguardia de Denikin, buscando un acuerdo con los rojos. Y de pronto ¿«el sabotaje del Kubán»? Y en el Archipiélago, el célebre poblado de Dolinka, centro de una floreciente agricultura, ¿de dónde salió? En 1929 *todos* sus habitantes (alemanes) fueron «deskulakizados» y deportados. Quién explotaba a quién allí. Vaya a entenderlo.

También se comprende perfectamente el principio de la «deskulakización» por lo que les pasó a los niños. Por ejemplo, a Shurka Dmítriev de la aldea Másleno (cuarteles de Selíschensk en el río Vóljov). En 1925, a la muerte de su padre Fedor, se quedó, a sus trece años, de hijo único, las demás eran niñas. ¿Quién se iba a hacer cargo de la labranza del padre? Lo hizo él. Las chiquillas y la madre se le sometieron. Ahora como un labrador adulto saludaba a los adultos por la calle. Supo continuar

dignamente la labor de su padre, y para 1929 tenía los graneros llenos de trigo. ¡Pues por eso fue *kulak*! ¡Por eso arramblaron con toda la familia!

Adámova-Sliozberg relata conmovedoramente su encuentro con la niña Motia, encarcelada en 1936 por regresar sin permiso —*¡dos mil kilómetros a pie!* Lo que hay que dar por eso son medallas deportivas— de su confinamiento en los Urales a su aldea natal de Svetlovídovo, cerca de Tarusa. De escolar de corta edad, fue desterrada con sus padres en 1929, privada para siempre de estudios. La maestra la llamaba cariñosamente «Motia-Edisoncilla»: la niña no sólo estudiaba muy bien, sino que tenía un espíritu inventivo, montaba una turbinita en el riachuelo y otros inventos para la escuela. Siete años después quiso echar siquiera un vistazo a los muros de aquella inasequible escuela, y esto la valió a «Edisoncilla» la cárcel y el campo de concentración.

¡Denme un destino infantil como éste en el siglo XIX!

Bajo la deskulakización caía indefectiblemente todo *molinero,* y ¿qué eran los molineros y los herreros, sino los mejores técnicos del campo ruso? Pongamos, el molinero Prokop Ivánovich Laktiunkin, de Peñkí, en la provincia de Riazán (por Petélino). Apenas lo hubieron «deskulakizado», apretaron demasiado las muelas, y ardió el molino. Después de la guerra, perdonado, regresó a su pueblo natal, y no pudo conformarse con que no hubiera molino. Laktiunkin consiguió el permiso, fundió él mismo las muelas y en el mismo (¡tenía que ser en el mismo!) sitio levantó un nuevo molino, no para su propio provecho, sino para el koljós, o mejor diríamos, para plenitud y adorno del paisaje.

O bien un *herrero* de pueblo, ahora veremos qué clase de kulak era. Incluso, como gustan de hacerlo las secciones de personal, empezaremos por el padre. Su padre, Gordéi Vasílievich, sirvió 25 años en la fortaleza de Varsovia, y ganó, como dicen, plata para un botón de estaño: quien se enganchaba por veinticinco años se quedaba sin su parcela de tierra[iz]. Habiéndose casado en la fortaleza con una hija de soldado, se vino al acabar su servicio al pueblo de su mujer, Barsukí, distrito de Krásnoye. Ahí la aldea lo emborrachó, y con la mitad del dinero que traía ahorrado pagó por todo el pueblo los atrasos de Hacienda. Y con la otra mitad arrendó el molino al terrateniente, pero pronto con este arriendo perdió también el dinero restante. Y pasó su larga vejez de pastor y de guarda. Y tuvo seis hijas, a todas las casó con jornaleros, y un solo hijo, Trifón (se apellidaban Tvardovski). El chaval fue enviado de meritorio a una mercería, pero escapó de allí a Barsukí y se colocó en la forja de los Molchánov, un año de mozo sin cobrar, cuatro de aprendiz, al cabo de cuatro pasó a maestro y en la aldea de Zagorie puso isba, se casó. Les nacieron siete hijos (uno de ellos, el poeta Alexandr), y con la forja no te harás rico. Ayudaba a su padre el hijo mayor, Konstantín. De sol a sol forjaban y fundían, y les salían cinco magníficas hachas aceradas, pero los herreros de Roslavl con sus prensas mecánicas y obreros a sueldo les hundían los precios. De modo que su herrería hasta el año 29 siguió siendo de madera, tenían un caballo, a veces una vaca con ternera, a veces ni

vaca ni ternera, y ocho manzanos, era toda su gran hacienda. El Banco Territorial Agrario vendía a crédito propiedades hipotecadas. Tomó Trifón Tvardovski 11 hectáreas de yermo, todo lleno de matorrales, y aquel erial lo estuvieron descepando con sus propias manos hasta el mismo año de la Plaga: 5 hectáreas las pusieron en cultivo, las demás las dejaron a los matorrales. Los señalaron para deskulakizar —en toda la aldea hay 15 casas, ¡y a alguno le ha de tocar!—, les atribuyeron unos ingresos fabulosos de la herrería, les asignaron unos impuestos exorbitantes, no los habéis pagado a tiempo, ¡pues a hacer el equipaje, kulaquería maldita!

Sí, quien tenía una casa de ladrillo en una fila de casas de troncos, o de dos pisos en una fila de casas de uno, ése era el kulak, ¡recoge, cabrón, en sesenta minutos! ¡No ha de haber en la aldea rusa casas de ladrillo, no las ha de haber de dos pisos! ¡Atrás, a las cavernas! ¡A alumbrarse con teas!

Esa fue nuestra magna empresa transformadora, aún no ha habido otra igual en la historia.

Pero el secreto principal no estaba siquiera en eso. A veces hasta el que vivía mejor, si ingresaba pronto en el koljós, se quedaba en su casa. Mientras que el bracero que se empeñaba en no presentar su instancia era desterrado.

¡Muy importante, eso es lo más importante! No se trataba de ninguna «deskulakización», sino de hacer entrar en el koljós a la fuerza. De ninguna otra forma, que no fuera asustando mortalmente, se les podía quitar a los campesinos la tierra que les había dado la revolución, y en esta misma tierra colocarlos de siervos.

Esta fue la segunda guerra civil, esta vez contra los campesinos. Fue la Gran Ruptura, sí, pero no dicen la *ruptura de qué*.

De la espina dorsal de Rusia.

No, hemos calumniado a la literatura del realismo socialista, sí que se describe en ella la deskulakización, claro que se describe, incluso con mucha fluidez, y con gran simpatía, como una cacería de lobos feroces.

Lo que en cambio no se describe es una aldea a lo largo de la calle, y todas las ventanas clavadas. O cómo cruzas la aldea, y en un zaguán ves a una mujer muerta con un niño muerto en sus rodillas. O a un viejo sentado bajo una valla, te pide pan, y cuando regresas, ya ha caído muerto.

Ni tampoco se leerá en ellos esta escena: el presidente del Soviet municipal con la maestra de testigo entra en una isba donde en el catre yacen un viejo y una vieja (aquel viejo antes había tenido un saloncillo de té, ¿cómo no va a ser un cacique?, ¡a nadie le apetece té caliente al llegar del frío!), y saca un pistolón: «¡Baja de ahí, lobo de Tambov!». La vieja echa a berrear, y el presidente para mayor respeto dispara al techo (en la isba retumba como un trueno). En camino aquellos viejos murieron los dos.

Menos todavía leeremos el siguiente truco para deskulakizar: a todos los cosacos (un pueblo del Don) los convocaron «a una asamblea», allí los rodearon con

ametralladoras, los cogieron a todos y los largaron. Y ya luego desahuciar a las mujeres no costaba nada.

Nos describirán e incluso nos mostrarán en las películas graneros enteros o fosas de grano, escondidos por los caciques. Lo que no nos mostrarán es aquel poquito acopiado, aquello íntimo y entrañable —un par de reses, aperos y cacharros de cocina — que mandan dejar todo a una mujeruca llorosa. (Quien logre sobrevivir de la familia, y consiga gestionarlo, y que Moscú «restablezca» a la familia como clase media, ya no encontrará a la vuelta sus bienes medios: todo se lo habrán quedado los *activistas* y sus mujeres).

Lo que no nos mostrarán son aquellos hatillos menudos con los que admitían a una familia al carro estatal. No nos enteraremos de que en casa de los Tvardovski en aquel momento no había tocino, y ni siquiera pan, y que los salvó su vecino, Kuzmá, cargado de hijos, tampoco era un ricachón: les trajo para el camino.

Quien lo conseguía, huía de aquella plaga a la ciudad. A veces con un caballo, pero no había en aquel tiempo a quien venderle un caballo: también se había vuelto como una peste el caballo campesino, señal segura del kulak. Y en la feria de ganado el dueño lo ataba a una barra, le manoseaba el morro por última vez y desaparecía antes de que se fijaran.

Se suele estimar que aquella Plaga fue en 1929-30. Pero su hedor a muerto aún estuvo mucho tiempo envolviendo el campo. Cuando en el Kubán en 1932, el trigo trillado se lo llevaban hasta el último grano para el Estado desde la misma trilladora, y a los koljosianos los alimentaban sólo mientras durara la siega y la trilla, y ni un granito por salario, ¿cómo hacer callar a las mujeres que chillaban? ¿*Quién falta aquí por deskulakizar*? ¿A quién desterramos? (Del estado en que quedó, los primeros años de koljós, el campo liberado de kulaks, podernos hacernos una idea por el testimonio de Skrípnikova: en 1930 en su presencia algunas campesinas ¡¡*desde las Solovki* enviaban paquetes de pan negro secado a su aldea natal!!).

Ésta es la historia de Timoféi Pávlovich Ovchínnikov, año de nacimiento 1886, de la aldea Kíshkino, distrito de Mijñevo (no lejos de Léninskie Gorki[ja], da a esa misma carretera). Hizo la guerra alemana, hizo la civil. Terminó de luchar, regresó a la tierra que le daba el Decreto, se casó. Listo, sabiendo leer, fogueado, manitas de oro. Entendía incluso de veterinaria, estudiaba por su cuenta, prestaba ayuda a todo el partido. Trabajando sin parar, se construyó una buena casa, plantó un huerto, crio un hermoso caballo de un potrillo menudo. Pero lo despistó la NEP, tuvo Timoféi Pávlovich la ocurrencia de creerse eso también, como se había creído lo de la tierra: abrió a medias con otro labrador una fabriquita artesanal de embutidos baratos. (Ahora, después de haber tenido al campo cuarenta años sin embutidos, hay para rascarse el cogote: ¿y qué tenía de malo aquella factoría?). Trabajaban en la fábrica ellos dos, sin ningún asalariado, y el embutido lo vendían a través de la cooperativa. Sólo trabajaron dos años, de 1925 a 1927, cuando empezaron a ahogarlos con impuestos, partiendo de altos ingresos imaginarios (los inventaban los inspectores de

Hacienda por necesidades del servicio, pero también iban a soplarle a Hacienda los envidiosos haraganes del pueblo, que no servían para nada ellos mismos, salvo para hacerse *activistas*). Y los socios cerraron la factoría. En 1929 Timoféi ingresó en el koljós de los primeros, aportó su buen caballo, y su vaca, y entregó todos sus aperos. Trabajando con todas sus fuerzas en los campos del koljós, criaba además, para el koljós, dos toritos de raza. El koljós se venía abajo, ya muchos lo habían dejado o huido de él, pero Timoféi tenía cinco hijos, cualquiera se mueve de sitio. Por la vieja memoria de Hacienda, aún constaba como acaudalado (también por los servicios veterinarios al pueblo), y ya como koljosiano seguían y seguían poniéndole impuestos desmesurados. No tenía con qué pagar, sacaron de su casa los trapos; las tres últimas ovejas, su hijo de 11 años se las ingenió para esconderlas una vez del decomiso, pero a la segunda las embargaron también. Cuando vinieron una vez más a inventariar los bienes, ya no le quedaba nada a la familia indigente, y los desvergonzados de Hacienda embargaron los ficus en las macetas. Timoféi no lo resistió, y ante sus ojos destrozó estos ficus a hachazos. ¡Qué había hecho! 1) Destruido bienes que ya pertenecían al Estado, no a él; 2) hecho propaganda a hachazos contra el poder soviético; 3) desacreditar el régimen koljosiano.

Y justamente el régimen koljosiano en la aldea Kíshkino hacía aguas, nadie quería ya trabajar, no creía en nada, la mitad se había ido, y con alguien había que hacer un escarmiento. El empedernido nepman Timoféi Ovchínnikov, infiltrado en el koljós para descomponerlo, fue ahora deskulakizado por decisión del presidente del Soviet municipal Shókolov. Corría el año 1932, los destierros masivos se habían terminado, y a la mujer con seis hijos (uno de ellos de pecho) no la embarcaron, se contentaron con echarla a la calle, quitándole la casa. (A su propia costa lograron un año después reunirse con el padre en Arjánguelsk. Todos en la familia Ovchínnikov habían vivido 80 años, pero Timoféi con esta vida palmó a los 53**[16]**).

E incluso en el año 1935, por Pascua, andan borrachos por la aldea harapienta los directivos del koljós, y a los *individuales***[jb]** les exigen dinero para vodka. ¿No se lo das? «¡Te deskulakizamos! ¡Te desterramos!». ¡Y lo harán! ¿No ves que eres individual? En eso consistió la Gran Ruptura.

Y el propio *camino*, este largo viacrucis campesino, eso los social-realistas ya no lo describen en absoluto. Los cargan, marchan, y fin del episodio, tres asteriscos y a otra cosa.

Pero los cargaban: menos mal si en verano en carretas, que si no, en trineos, en plena helada, con niños de pecho, y menudos, y adolescentes. Por la aldea Kocheñovo (provincia de Novosibirsk) en febrero de 1931, cuando las heladas se alternaban con ventiscas, pasaban, pasaban y pasaban rodeados de escolta aquellos interminables convoyes, apareciendo en la estepa nevada y marchando a la estepa nevada. Hasta entrar en las isbas a calentarse, les dejaban sólo con permiso de la escolta, por contados minutos, para no entretener al convoy. (Estas tropas de escolta

de la GPU, ¡aún estarán vivos los retirados! ¡Aún lo deben recordar, ¿ves?! O quizá no, ni lo recuerdan)… Todos se arrastraban hacia los pantanos de Narym, y en esos insaciables pantanos se quedaron todos. Pero antes aún, en el despiadado camino, habían perecido los niños.

Este era el propósito, que la progenie de los labradores se extinguiera junto con los adultos. Desde que murió Herodes, sólo la Doctrina de Vanguardia nos lo ha logrado explicar: cómo exterminar hasta los niños de pecho inclusive. Hitler ya fue un imitador, pero tuvo suerte: de sus mataderos se ha hablado muchísimo, en cambio los nuestros no parecen interesar a nadie.

Sabían los labradores lo que les esperaba. Y si tenían la suerte de que los mandaran en trenes por lugares habitados, a sus niños pequeños, pero que ya supieran encaramarse, en las paradas los bajaban por las ventanillas: ¡id por el mundo! ¡Buscaos la vida!, todo antes que morir con nosotros.

(En Arjánguelsk, en los años del hambre de 1932-33, a los indigentes hijos de inmigrantes especiales no les daban almuerzos escolares gratuitos ni bonos para ropa, como a los demás necesitados).

En aquel convoy del Don, en que llevaban a las mujeres por separado de sus maridos, cogidos en la «asamblea», una mujer dio a luz en camino. Y les daban un vaso de agua diaria y no todos los días, 300 gramos de pan. ¿Una comadrona? Ni pedirla. Se le acabó la leche a la madre, y murió en camino el recién nacido. ¿Dónde enterrarlo? Dos hombres de la escolta se metieron en su vagón entre parada y parada, abrieron la puerta en marcha y tiraron el cuerpecito.

(Este convoy fue a parar a la magna obra de Magnitogorsk. Y a los maridos también los trajeron, ¡cavaos refugios! A partir de Magnitogorsk nuestros bardos ya se han preocupado, lo han *reflejado*).

A la familia Tvardovski la transportaron en carreta solo hasta Ielña, y por suerte ya era abril. Allí los cargaron en vagones de mercancías, y cerraron los vagones con candados, pero cubos para las necesidades o aberturas en el suelo no las había. Y exponiéndose a un castigo o incluso a una condena por tentativa de evasión, Konstantín Trifánovich, durante la marcha del tren, cuando había más ruido, con un cuchillo de cocina abrió un agujero en el suelo. La comida era eso: una vez cada tres días, en los nudos ferroviarios, les traían sopa en cubos. Cierto es que el viaje (a la estación Lialia, en los Urales Norte) sólo duró unos diez días. Allí aún era invierno, esperaban al convoy con cientos de trineos, y por el río helado los llevaron al bosque. Había un barracón de barqueros para 20 personas, al caer la noche habían traído a más de medio millar. Andaba por la nieve el comandante Sorokin, de Perm, un komsomol, y enseñaba dónde se habían de clavar estacas: aquí será la calle, aquí las casas. Así se fundó el poblado de Parcha.

Esta crueldad es difícil de creer: que en una noche de invierno en la taiga digan: ¡aquí! ¿Eso pueden hacerlo personas? Pero es que transportan de día, luego llegan al anochecer. Cientos y cientos de miles fueron traídos y abandonados exactamente

igual, con viejos, mujeres y niños. En la península de Kola (Appatity) pasaron toda la larga noche polar en simples tiendas de campaña bajo la nieve. Por cierto, ¿es mucho más misericordioso cuando traen convoyes de alemanes del Volga en verano (del año 1931, ¡31 y no 41, no confundan!) a lugares sin agua de la estepa de Karaganda, y allí les ordenan cavar y edificar, pero el agua se la dan racionada? Bueno, y allí también llegará el invierno. (Para la primavera de 1932 los niños y los viejos habían sucumbido todos: disentería, distrofia). En la propia Karaganda, igual que en Magnitogorsk, construían largos y achaparrados barracones colectivos, que recordaban almacenes para verduras. En el Belomorcanal alojaban a los recién llegados en los barracones de los campos de concentración que se habían quedado vacíos. Y en el Volgocanal, en seguida pasado Jimki, los traían aún *antes* del campo de concentración, recién terminada la exploración hidrográfica, los tiraban en tierra y les ordenaban cavar con picos y empujar carretillas (en los periódicos escribían: «Al canal se ha traído maquinaria»). No había pan; cavar sus propios refugios, en las horas libres. (Allí van ahora barcos de recreo paseando moscovitas. Huesos en el fondo, huesos en la tierra, huesos en el hormigón).

Al llegar la Plaga, en 1929, en Arjánguelsk clausuraron todas las iglesias: total, estaba previsto clausurarlas de todos modos, y en éstas sobrevino la muy real necesidad de buscar alojamiento a los «deskulakizados». Grandes riadas de labradores desterrados pasaban por Arjánguelsk, y una temporada toda la ciudad se convirtió en una inmensa cárcel de tránsito. En las iglesias construyeron literas de muchos pisos, sólo que no había con qué calentarlas. En la estación descargaban trenes y trenes de ganado, y bajo los ladridos de los perros marchaban sombríos hombres con alpargatas hacia sus literas eclesiales. (El niño S. recordó cómo un campesino andaba con un arnés al cuello: con las prisas del desahucio no se le ocurrió qué le haría más falta. Otro iba con un gramófono de trompeta. ¡Peliculeros, trabajo para vosotros…!). En la iglesia de la Presentación las literas de ocho pisos, sin sujetar a las paredes, se hundieron por la noche, y hubo muchas familias aplastadas. Al oír los gritos, la iglesia fue acordonada por tropas.

Así pasaron el invierno de la plaga. Sin lavarse. Los cuerpos purulentos. Se declaró el tifus. Morían. Pero los habitantes de Arjánguelsk tenían órdenes severas: a los *inmigrantes especiales* (así llamaban a los labradores desterrados) ¡¡no socorrerles!! Deambulaban labriegos moribundos por la ciudad, pero estaba prohibido dejar entrar en casa siquiera a uno, darle de comer o sacarle una taza de té al portal: por hacerlo la Policía agarraba a los nativos y les quitaba el pasaporte. Va andando un hambriento por la calle, da un traspiés, cae, y está muerto. Pero ni a éstos se les podía recoger (andaban agentes y vigilaban, a ver quién se compadecía). Aquellos mismos días a los hortelanos y ganaderos de las afueras también se los llevaban *por aldeas enteras* (otra vez, ¿quién explotaba a quién?), y a los habitantes de Arjánguelsk no les llegaba la camisa al cuerpo: no fueran a desterrarlos a ellos

también. Temían incluso pararse, inclinarse sobre un cadáver. (Uno yacía cerca de la GPU, no lo recogían).

Los enterraban *organizadamente*, servicio público. Sin ataúdes, claro, en fosas comunes, al lado del viejo cementerio, siguiendo la calle Vologódskaya, ya en campo abierto. Y no ponían ninguna señal conmemorativa.

Y todo eso era para los segadores sólo un tránsito. También había una gran partida de ellos detrás del poblado de Talagui, y a algunos los empleaban en cargar madera. Pero uno se las ingenió para escribir en un tronco una carta al extranjero (¡para que luego alfabeticen a los campesinos!), y los quitaron de aquel trabajo. Su camino seguía: al Onega, al Pinega y remontando el Dvina.

Bromeábamos en el campo de concentración: «Más lejos que el sol no nos mandarán». Pero a aquellos labradores sí los enviaban más lejos, adonde pasaría mucho tiempo sin haber un techo bajo el que encender una tea.

De todos los destierros soviéticos anteriores y posteriores, el de los campesinos se diferencia en que no los destinaban a ningún poblado, a ningún lugar habitado, sino con las fieras a pleno monte, a la vida salvaje, como en la edad de piedra. No, peor: incluso en estado primitivo nuestros antepasados elegían habitáculos al menos cerca del agua. Desde que el hombre es hombre, nadie ha edificado sin esta condición. Pero para los *poblados especiales* los chequistas elegían (¡los propios campesinos no tenían derecho a elegir!) emplazamientos sobre oteros pedregosos (dominando el río Pinega a una altura de 100 metros, donde es imposible llegar al agua cavando y no crecerá nada en la tierra). A tres o cuatro kilómetros podía haber unas tierras de limo adecuadas, ¡pues no, los reglamentos prohibían instalarlos en ellas! Se encontraban los segadores a decenas de kilómetros de cualquier poblado, y traían el heno en barcas… A veces simplemente *prohibían sembrar trigo*. (¡Los cultivos también los señalaban los chequistas!). Nosotros, ciudadanos, hay otra cosa que no entendemos: lo que es haber vivido desde siempre con ganado, sin ganado no es vida para un campesino. Pues bien, por muchos años fueron condenados a no oír ni un relincho, ni un mugido, ni un balido; a no ensillar, ni ordeñar, ni alimentar.

Y en el río Chulym, en Siberia, un poblado especial de cosacos del Kubán lo rodearon de alambre de espino y levantaron miradores, como en un campo de concentración.

Parece que se hizo todo para que estos odiosos sembradores muriesen cuanto antes, dejando nuestro país limpio de sí y de trigo. Y efectivamente, muchos de aquellos poblados especiales se extinguieron en su totalidad. Y ahora en sus emplazamientos algunas gentes de paso terminan poco a poco de quemar los barracones, y apartan con los pies las calaveras.

Ningún Gengis-Khan ha exterminado tanto labriego como nuestros gloriosos Órganos, dirigidos por el Partido.

He aquí la tragedia del Vasiugán. En 1930 diez mil familias (o sea, 60 o 70 mil personas, por las familias de aquel entonces) pasaron por Tomsk, y siguieron camino

a pie en invierno: primero bajando el Tom, luego el Ob, luego remontando el Vasiugán, siempre por la nieve. (A los habitantes de las aldeas que cruzaban los sacaban después a recoger cadáveres de adultos y niños). En las fuentes del Vasiugán y del Tara los abandonaron en unas lomas que asomaban en medio de pantanos. *No les dejaron ni provisiones, ni instrumentos de trabajo*. Desheló, y los caminos con el mundo exterior quedaron cortados, salvo dos pistas de haces de leña: una hacia Tobolsk, otra hacia el Ob. En ambas trochas se colocaron puestos con ametralladoras y no dejaban salir a nadie de la trampa. Empezó el hambre. Salían desesperados a los puestos, imploraban, entonces les disparaban. Por fin se decidieron, cuando se abrió la navegación, a enviarles del Integralsoyuz de Tomsk (una cooperativa artesanal y de consumo) unas barcazas con harina y sal, pero no consiguieron remontar el Vasiugán. (Llevaba esta carga un apoderado del Integralsoyuz, Stanislávov, por él lo sabemos).

Sucumbieron todos.

Dicen que a pesar de todo sobre este asunto hubo un proceso, y que hasta parece ser que fusilaron a uno. Personalmente, no me lo creo mucho. Pero incluso si fue así, ¡vaya proporción! La conocida proporción de la guerra civil: por uno nuestro, ¡mil de los vuestros! Por 60 000 vuestros, ¡uno de los nuestros!

Es que si no, no hay quien construya una Nueva Sociedad.

Pero a pesar de todo, ¡los desterrados vivían! En sus condiciones, resulta increíble, pero vivían.

En el poblado de Parcha el día empezaba con bastonazos de los contramaestres, indígenas de Komi. Toda la vida estos labriegos habían empezado su jornada solos, ahora los enviaban a palos a la tala de árboles. Sin dejarles secar la ropa durante meses, disminuyéndoles la ración de harina, les exigían una producción determinada, y luego, por las noches, podían construirse casas. Toda la ropa se les desgastó, y vestían sacos como faldas o los cosían como pantalones.

Si se hubieran muerto todos, no existirían muchas ciudades actuales, por ejemplo la misma Igarka. ¿Quién construyó Igarka a partir de 1929? ¿El Trust Maderero Polar Norte, como dicen? ¿O más bien labradores deskulakizados? Con cincuenta grados bajo cero vivían en tiendas de campaña, pero ya en 1930 dieron las primeras exportaciones de madera.

En sus poblados *especiales* los deskulakizados vivían como presos en *lagpunkts* de régimen forzado. Aunque no había zona rodeándolos, pero generalmente residía en el poblado un soldado, que era dueño de todas las prohibiciones y autorizaciones, y tenía derecho a matar por decisión propia a todo insumiso.

La categoría de ciudadanos en que entraban los inmigrantes especiales, y su íntima conexión con el Archipiélago, se ilustran fácilmente con la ley de los vasos comunicantes: cuando en Vorkuta experimentaban escasez de mano de obra, trasladaban (¡sin nuevo juicio!, ¡sin cambio de nombre!) a inmigrantes especiales de sus poblados a las zonas concentracionarias. Y vivían tranquilamente en zonas, iban a

trabajar a otras zonas, comían balanda del campo de concentración, sólo que *pagaban* por ella (y también por la custodia, y por el barracón) de su salario. Y nadie se extrañaba de nada.

Y de poblado a poblado, arrancados de sus familias, se trasladaba a campesinos especiales igual que a los presos de *lagpunkt* a *lagpunkt*.

En uno de esos extraños vaivenes que tenía a veces nuestra legislación, el 3 de julio de 1931 el Comité Ejecutivo Central de la URSS publicó una orden autorizando a reintegrar a los deskulakizados en sus derechos después de 5 años, «si han desarrollado (¡en un poblado de régimen forzado!) un trabajo socialmente útil y han demostrado su lealtad al régimen soviético» (vaya, si habían ayudado al centinela, al comandante o al comisario). Pero se escribió a la ligera, bajo una impresión momentánea. Y además, se cumplieron esos 5 años justo en la época en que el Archipiélago se empezó a petrificar.

Eran todos unos años en que no se podía de modo alguno suavizar el régimen: o bien tras el asesinato de Kirov; o el 37-38; o en el 39 empezó la guerra en Europa; o en el 41 aquí. De modo que más seguro era hacer otra cosa: a partir de 1937, a muchos de esos desgraciados «kulaks» y a sus hijos fueron sacándolos de sus poblados especiales, marcándolos con el art. 58 y metiéndolos en campos de concentración.

Cierto es que durante la guerra, cuando empezó a faltar en los frentes carne de cañón rusa, acudieron hasta a los *kulaks*: ¡bien debía su conciencia de rusos primar sobre la de kulaks! Aquí y allá les proponían que de sus poblados especiales o de los campos de concentración fueran al frente, a defender la sagrada patria.

E iban…

Sin embargo, no siempre. A. N. J-v., hijo de «kulak» —cuya biografía en su primera parte aproveché para Tiurin[jc], pero no me atreví a relatar la segunda—, se le propuso en el campo lo que se les denegaba a los trotskistas y comunistas, por mucho que lo imploraran: ir a defender a la patria. J-v. no se lo pensó en absoluto, le soltó en el acto a la administración del campo: «¡¡Vuestra es la patria, pues defendedla vosotros, mierdosos!! *¡¡El proletariado no tiene patria!!*».

Parecía textualmente sacado de Marx, y efectivamente, todo recluso es aún más pobre, más despreciado y más esclavo que un proletario, pero miren por dónde, el *tribunal del campo* no lo entendió así y condenó a J-v. a fusilamiento. Se estuvo un par de semanas *bajo máxima* sin presentar recurso de gracia, de rabia que les tenía. Pero ellos mismos le trajeron la conmutación por otros *dos duros*.

A veces ocurría que transportaban deskulakizados a la tundra o la taiga, los soltaban, y allí los olvidaban: si los llevaban al moridero, ¿para qué hacerlos constar? No les dejaban ni vigilante, por la lejanía y la incomunicación. Y por fin liberada de la sapientísima Superioridad, sin caballo y sin arado, sin una red de pesca, sin una escopeta, esa laboriosa progenie con unas pocas, tal vez, hachas y palas, emprendían una desesperada lucha por la vida en unas condiciones poco mejores que en la Edad

de Piedra. ¡Y en contra de las leyes económicas del socialismo esos poblados, inexplicablemente no sólo sobrevivían, sino que se consolidaban y prosperaban!

En un poblado así, a orillas del río Ob, desde luego no sería donde la navegación, sino en un desvío lateral, creció Búrov, llegado allí de niño. Cuenta que un día, ya poco antes de la guerra, pasó por delante una lancha motora, los vio y atracó. Y en la lancha resultó que iban las autoridades del distrito. Preguntaron que de dónde salían, que quiénes eran, que desde cuándo. Se asombró la Superioridad de su riqueza y bienestar, que no conocían en su koljosiana región. Se fueron. A los pocos días, llegaron comisarios con tropas del NKVD y otra vez, como en el año de la Plaga, les mandaron que en una hora dejaran todo lo levantado, toda su aldea aún caliente, y con lo puesto y unos hatillos los condujeron más lejos tundra adentro.

¿No es suficiente con sólo este relato para entender lo que eran los «kulaks» y lo que era la «deskulakización»?

¡¡¡Lo que se hubiera podido hacer con este pueblo, con sólo dejarlo vivir libre, desarrollarse en libertad!!!

¡Los viejos creyentes**[jd]**! ¡Eternamente perseguidos, eternamente desterrados, ellos sí habían adivinado con tres siglos de antelación la esencia maldita de la Superioridad! En 1950 volaba un avión sobre las extensiones del valle de la Podkámennaya Tunguska. Después de la guerra la escuela de vuelo se había perfeccionado mucho, y se fijó el concienzudo piloto en lo que llevaban 20 años sin notar: un habitáculo desconocido en la taiga. Localizó. Informó. Estaba apartado, estaba lejos, pero para el MVD no hay imposibles, y medio año más tarde llegaron hasta allí. Resultó que eran viejos creyentes de Yarúyevo. Cuando empezó la deseada Gran Peste, digo, colectivización, huyeron de este adelanto a lo más profundo de la taiga, la aldea entera. Y vivieron sin asomarse, sólo a su alcalde lo dejaban ir a Yarúyevo por sal, aparejos metálicos de caza y pesca y hierro para sus herramientas, lo demás se lo hacían todo ellos, y en vez de dinero, el alcalde se proveía, por lo visto, de pieles. Resueltos los asuntos, como un criminal perseguido, desaparecía del mercado sin ser visto. ¡Y así ganaron los viejos creyentes de Yarúyevo veinte años de vida! Veinte años de vida humana libre entre las fieras en lugar de veinte años de pesadumbre koljosiana. Todos ellos llevaban ropa tejida a mano, calzado de artesanía y destacaban por su reciedumbre.

Pues a esos despreciables desertores del frente koljosiano los detuvieron ahora a todos y les cascaron el artículo… a ver, ¿usted cuál diría…? ¿Contactos con la burguesía mundial? ¿Sabotaje? No, el 58-10, *propaganda* antisoviética (!?!?) y el 58-11, organización. (Muchos de ellos fueron luego a parar al grupo de Dzhezkazgán del Steplag, de ahí viene la noticia).

Y en el año 1946 otros viejos creyentes, de un monasterio perdido y olvidado, tomado por asalto por nuestras gloriosas tropas (con morteros y todo, con experiencia de la guerra mundial), eran flotados en balsas Ienisei abajo. Los indomables

prisioneros —¡los mismos bajo Stalin que bajo Pedro!— saltaban de las balsas a las aguas del Ienisei, y nuestros soldados los remataban allí a tiros.

¡Soldados del Ejército Soviético! ¡Perfeccionad incesantemente vuestra preparación bélica!

¡No, no acabó de morir la raza condenada! Hasta en el destierro les seguían naciendo niños, que hereditariamente también quedaban asignados al mismo poblado especial. («El hijo no responde por el padre[je]», ¿recuerdan?). Se casaba una moza de fuera con un inmigrado especial, y quedaba incluida en la misma casta servil, se la privaba de derechos civiles. Se casaba un hombre con una *así*, y se convertía en confinado él también. Venía una hija a visitar a su padre, pues la incluían también entre los inmigrados especiales, enmendando el error de no haberla metido antes. Con todas esas adiciones se compensaban las bajas de los enviados a los campos de concentración.

Muy a la vista estaban los inmigrados especiales en Karaganda y alrededor. Muchos había. Como sus antepasados a las fábricas de los Urales o del Altai, estaban ellos asignados a las minas de Karaganda a *perpetuidad*. La empresa minera podía andarse sin miramientos en lo referente a cuántas horas hacerles trabajar y cuánto pagarles. Dicen que envidiaban mucho a los reclusos de *lagpunkts* agrícolas.

Hasta los años cincuenta, y según donde, hasta la muerte de Stalin, los inmigrados especiales no tuvieron pasaporte[jf]. Sólo a partir de la guerra les empezaron a aplicar a los de Igarka el plus por situación polar.

Y bien, tras haber vivido dos decenios de cuarentena como apestados, una vez liberados de la comandancia, recibidos nuestros orgullosos pasaportes, ¿quiénes son y qué son interior y exteriormente? ¡Anda! ¡Pues ciudadanos nuestros como otros cualesquiera! ¡Exactamente iguales a los que paralelamente han sido educados por los suburbios obreros, las reuniones sindicales y el servicio en el ejército soviético! Del mismo modo disipan sus energías sobrantes dándoles a las fichas del dominó. Con la misma conformidad asienten a cada *spot* en la tele. Llegado el momento, con la misma ira condenan la república Sudafricana o aportan sus ochavos en solidaridad con Cuba.

De modo que un respeto al Gran Carnicero, descubrámonos e inclinemos la cabeza ante su enigma intelectual: entonces, ¿tuvo razón, el conocedor del alma humana, al guisar esta terrible olla sangrienta y al revolverla de año en año?

La tuvo moralmente: ¡no hay quejas de él! Bajo él, dice el pueblo, se estaba «mejor que con el Kruschev»: cada año el 1 de abril, día de las bromas[jg], bajaba el tabaco un copec y la mercería diez. Hasta su muerte resonaron loas e himnos a su persona, y ni siquiera hoy se nos permite inculparlo: no sólo cualquier censor detendrá su pluma, sino cualquier vecino de cola en la tienda o de asiento en el tren se apresurará o atajar la blasfemia en sus labios.

Es que respetamos a los Grandes Malhechores. Reverenciamos a los Grandes Asesinos.

Y aún más razón tuvo políticamente: con esta sangre cimentó los obedientes koljoses. ¿Qué más da que un cuarto de siglo más tarde se haya empobrecido el campo hasta la mayor miseria y haya degenerado moralmente el pueblo? En cambio volarán cohetes hacia el cosmos y se arrastrará ante nuestro poderío el adelantado e ilustre Occidente.

III
El confinamiento se va extendiendo

Con tal ferocidad, a sitios tan perdidos y tan ostensiblemente al moridero, como desterraron a los labradores, ya no se desterró más ni antes, ni después. Sin embargo en otra medida, y con su dinámica propia, nuestro confinamiento se fue extendiendo de año en año: se fue confinando más, alojando más densamente, y fueron haciéndose más rigurosas las condiciones de confinamiento.

Se puede aventurar, a grandes rasgos, la siguiente cronología. En los años veinte, el confinamiento venía a ser un estado transitorio previo al campo de concentración: pocos eran los que salían del confinamiento, con casi todos arramblaban después para el campo.

Desde mediados de los años treinta y especialmente desde los tiempos de Beria, tal vez porque ya el confinamiento se había vuelto numerosísimo (nada más que de Leningrado, ¡cuánta gente salió!), adquirió a título propio la categoría de medio muy satisfactorio de limitación y aislamiento. De forma que en los años de guerra y de posguerra se fueron confirmando cada vez más su capacidad y posición paralelamente a los campos de concentración: no requería desembolsos en construcción de barracones y zonas, ni gastos de vigilancia, y sin embargo abarcaban fácilmente grandes contingentes, sobre todo de mujeres y niños. (En todas las grandes cárceles de tránsito se reservaban en permanencia celdas para mujeres desterradas con sus hijos, y jamás se quedaban vacías[17]). El destierro aseguraba en un corto plazo una limpieza segura e irreversible de cualquier distrito importante de la metrópoli. Y hasta tal punto se afianzó el confinamiento, que a partir de 1948 adquirió otro cometido estatal más: el de *basurero*, de depósito donde se echan los desperdicios del Archipiélago, para jamás regresar ya a la metrópoli. En primavera de 1948 se dieron instrucciones a los campos de concentración de que al Cincuenta y Ocho, salvo contadas excepciones, se lo *liberara a confinamiento*. O sea, no soltarlo atolondradamente por un país que no le pertenecía, sino a cada individuo trasladarlo bajo escolta desde el portalón del campo hasta la comandancia de confinamiento, de cercado a cercado. Y como el confinamiento afectaba sólo a unos distritos rigurosamente señalados, todos ellos en conjunto formaban algo así como otro país intermedio (aunque entreverado) entre la URSS y el Archipiélago, no un purgatorio, sino más bien un pecatorio, del que se podía pasar al Archipiélago, pero no a la metrópoli.

Los años 1944-45 trajeron aumentos especialmente abundantes del número de confinados desde los territorios ocupados-liberados, y los 1947-49, desde las repúblicas occidentales. Y entre todas las riadas, incluso sin contar el destierro de los labradores, se superó muchas veces, y otras muchas, y muchas más, aquella cifra de medio millón de desterrados que sumó en todo el siglo XIX la Rusia de los zares, prisión de los pueblos.

Y ¿por qué delitos un ciudadano de nuestro país, en los años treinta-cuarenta, se castigaba con confinamiento o extrañamiento? (Por alguna fruición administrativa, esa distinción, si no observada, al menos fue mencionada todos estos años. A M. N. Bordovski, perseguido por la fe, que se asombraba de que lo hubieran desterrado sin sentencia judicial, el teniente-coronel Iványov condescendió en aclararle: «No ha habido juicio porque no es *confinamiento,* sino *extrañamiento*. No le consideramos con antecedentes penales, mire, ni siquiera le privamos del derecho a sufragio». O sea, ¡del más importante de todos los derechos civiles…!).

Los delitos más frecuentes son fáciles de enumerar:

1) pertenencia a una nación delictiva (sobre esto véase el capítulo siguiente);

2) condena ya cumplida en un campo de concentración;

3) habitar en un medio delictivo (el subversivo Leningrado; una región con actividad guerrillera, como Ucrania Occidental o el Báltico).

Y luego, muchas de aquellas *riadas* que enumeramos al comienzo mismo de esta obra, corrían, aparte de los campos de concentración, también hacia el confinamiento, iban constantemente dejando algún aluvión en confinamiento. ¿A quién exactamente? En general, lo más frecuente, las familias de los condenados al campo de concentración. Pero no siempre deportaban a las familias, ni sólo iban a confinamiento familiares, ni muchísimo menos. Igual que la explicación de los movimientos de un líquido requiere grandes conocimientos hidrodinámicos, o si no, mejor dejarlo y limitarse a observarlo arremolinándose sin orden ni concierto, también aquí: no está a nuestro alcance estudiar y describir por separado cada uno de los impulsos que en distintos años dirigían de pronto a distintas personas no a los campos, sino a confinamiento. Sólo observamos con qué abigarramiento se mezclan aquí inmigrados de Manchuria, aislados súbditos extranjeros (a los que incluso en confinamiento la ley soviética no autorizaba a contraer matrimonio con ningún compañero de confinamiento, pero pese a todo soviético); unos caucasianos (entre ellos nadie recuerda ni a un georgiano) y asiáticos, que por rendirse a los alemanes no recibieron 10 años de campos, sino sólo 6 de extrañamiento; e incluso otros exprisioneros, siberianos, que eran devueltos a su distrito natal y vivían allí como libres, sin fichar en comandancia, pero no obstante no tenían derecho a salir del distrito.

Nos es imposible retrazar los distintos tipos y casos de destierro, porque sólo casuales relatos o cartas orientan nuestros conocimientos. Si no llega a escribir una

carta A. M. Ar: v., el lector hubiera quedado privado del siguiente relato: en 1943, a un pueblo de Viatka llegó la noticia de que a un koljosiano de allí, un tal Kozhurin, soldado raso, o lo habían mandado al batallón disciplinario, o quizás hasta lo habían fusilado. Pues inmediatamente en casa de su mujer con seis hijos (la mayor de 10 años, el menor de 6 meses, y además vivían con ella dos hermanas, dos solteronas de cerca de la cincuentena) se presentaron *ejecutores* (usted esta palabra ya la entiende, amigo lector, es un eufemismo por *verdugo*). Y sin dejar a la familia vender nada (la isba, la vaca, las ovejas, el heno, la leña, todo fue abandonado a la rapiña), echaron a los nueve que eran con unas cosillas a un trineo, y en plena helada se los llevaron a 60 kilómetros, a Viatka-Kirov. Cómo no se helaron en camino, sólo Dios lo sabe. Mes y medio los tuvieron en la cárcel de tránsito de Kirov y luego los desterraron a una fabriquita de alfarería cerca de Ujta. Allí las hermanas solteras se fueron a revolver basureros, se volvieron locas ambas y ambas murieron. En cambio la madre con los hijos quedó con vida sólo gracias a la ayuda (una ayuda falta de principios, antipatriótica, quién sabe si incluso antisoviética) de la población local. Los hijos crecieron, luego hicieron todos su servicio militar y tuvieron, como dicen, «sobresaliente en formación militar y política». En 1960 la madre volvió a su aldea natal, y no halló ni un tronco, ni un ladrillito del horno en el lugar de su isba.

Un temita así ¿no encajaría bien en la guirnalda de la Gran Victoria Patria? Pues no lo quieren, dicen que es *atípico*.

Y ¿en qué guirnalda encaja, en qué variedad de destierro catalogamos el *confinamiento de los mutilados de la guerra mundial*? Casi no sabemos nada de él (y pocos son los que saben). Pero refresque en su memoria: ¿cuántos de esos mutilados —y que no eran viejos— pululaban por nuestros mercados cerca de las tabernas y por nuestros trenes de cercanías al acabar la guerra? ¿Y qué rápida e insensiblemente su número disminuyó? Pues fue otra riada, otra campaña. Los confinaron en una isla del Norte, los confinaron por haber quedado lisiados en la guerra, y para sanear la nación, que tan victoriosa salía en todas las modalidades de atletismo y juegos de balón. Allí, en su isla desconocida, a esos desdichados héroes de la guerra los tienen, naturalmente, sin derecho a correspondencia con el continente (unas pocas cartas pasan la barrera, por eso se sabe) y también naturalmente, a ración congrua, pues con su trabajo no pueden justificarla abundante.

Parece ser que siguen allí aún hoy.

El gran pecatorio, el país del confinamiento, entre la URSS y el Archipiélago, incluye grandes ciudades, y ciudades pequeñas, y aldeas, y simple despoblado. Intentábamos los confinados ser destinados a las ciudades, se estimaba, con razón, que allí, con todo, estaríamos mejor, sobre todo en cuestión de trabajo. Y se parecía más a la vida normal de la gente.

Si no la gran capital del país del confinamiento, al menos una de las perlas de su corona era Karaganda. Tuve ocasión de conocerla antes del final del confinamiento

general, en 1955 (estando confinado, la comandancia me dejaba pasar allí breves temporadas: me disponía a casarme allí, con otra confinada). Al entrar en esta, entonces hambrienta, ciudad, cerca del barracón-estación lleno de chinches, al que no se acercaban los tranvías (para no hundirse en las galerías que serpenteaban bajo tierra) se elevaba ante la rotonda del tranvía una casa altamente simbólica de ladrillo, con la pared apuntalada con arbotantes de madera para que no se derrumbara. En el centro de la Ciudad Nueva habían tallado en piedra en un muro de piedra: «*El carbón es pan*» (para la industria). Y efectivamente, el pan negro se vendía a diario en las tiendas: un gran privilegio del confinamiento en ciudad. Y también había siempre aquí trabajo en las minas, e incluso fuera de ellas. Pero en lo demás, las tiendas de comestibles solían estar muy vacías. Y los puestos del mercado, inabordables, con precios disparatados. Si no tres cuartas partes, al menos dos tercios de los moradores vivían entonces sin pasaportes y *fichaban* en las comandancias; en la calle me reconocían y saludaban a cada paso exreclusos, particularmente de Ekibastuz. ¿Y qué vida era aquí para los confinados? En el trabajo una posición de inferioridad, y una paga inferior, pues no todos tras el naufragio de la detención-cárcel-campo encontraban la manera de demostrar su titulación, y de experiencia más valía no hablar. O simplemente como a los negros, se les paga menos que a los blancos, y el que no esté conforme que se vaya. En cambio estaba muy mal de vivienda, los confinados habitaban en rincones de pasillo sin tabicar, en trasteros oscuros, en cobertizos, y por todo eso pagaban y mucho, era de particulares. Mujeres ya mayores, ajadas por el campo de concentración, con dientes metálicos, soñaban con poder tener una blusa de crespón «para salir», un par de zapatos «para salir».

Y también en Karaganda las distancias eran muy grandes, muchos tenían largos desplazamientos desde su casa al trabajo. El tranvía, del centro a la barriada obrera traqueteaba una hora larga. En el tranvía, enfrente de mí se sentó una joven agotada con una falda sucia y zapatillas destrozadas. Tenía un bebé con pañales sucísimos, todo el tiempo se dormía, el niño se deslizaba de sus brazos debilitados por sus rodillas y casi caía, entonces le gritaban: «¡que se cae!». Ella lograba retenerlo, pero a los pocos minutos se volvía a dormir. Trabajaba en las bombas del agua en el turno de noche, y se había pasado el día recorriendo la ciudad en busca de calzado, que no había encontrado en ningún sitio.

Así era el confinamiento en Karaganda.

Por lo que sé, era mucho menos duro en la ciudad de Dzhambul: la feraz zona sur del Kazajstán, la compra baratísima. Pero cuanto más pequeña es una ciudad, tanto más difícil es encontrar trabajo.

Ahí tenemos, por ejemplo, la ciudad de Ieniseisk. En 1948 llevaban allí a G. S. Mitróvich de la cárcel de tránsito de Krasnoiarsk, y el teniente de la escolta contestaba animoso: «¿Habrá trabajo?». «Claro que habrá». «¿Y vivienda?». «Claro que habrá». Pero tras entregarlos a la comandancia, la escolta se volvió a casa. Y los recién llegados tuvieron que dormir bajo barcas puestas al revés en la orilla del río,

bajo los aleros del mercado. No pudieron comprar pan: el pan se vendía sólo por casas, según los inquilinos que constaran, pero los recién llegados no constaban en ningún sitio, y para vivir en alguna parte había que pagar alquiler. Mitróvich, ya inválido, pidió trabajo de su especialidad, es zootécnico. El comandante tuvo una idea y llamó a Ordenación Comarcal del Territorio: «Oye, me das una botella, y te doy un zootécnico».

Era aquel confinamiento, donde la amenaza: «¡por sabotaje daremos el 58-14, volverás al campo de concentración!», no daba miedo a nadie. De este mismo Ieniseisk hay un testimonio del año 1952. El día de fichar, los desesperados confinados le exigieron al comandante justamente que los detuviera y los enviara de vuelta al campo. Hombres hechos y derechos, ¡no lograban ganar aquí para pan! El comandante los echó a todos: «¡El MVD no es una oficina de colocación!»**[18]**.

O más tierra adentro, Taséyevo, provincia de Krasnoiarsk, a 250 km de Kansk. Allí se confinaban alemanes, chechenos, inguches y exreclusos. No es un lugar nuevo, no lo han inventado adrede, allí cerca está el pueblo de Jandaly, donde antaño se dedicaban a forjar grilletes**[jh]**. Pero lo nuevo que hay allí es una ciudad entera de casas de tierra, con suelo asimismo de tierra. En 1949 trajeron allí a un grupo de *repetidores*, al anochecer, los descargaron en la escuela. A altas horas de la noche se reunió una comisión para repartirse la mano de obra: el jefe del MVD del distrito, alguien de la maderera, los presidentes de los koljoses. Y desfilaron ante la comisión enfermos, viejos, agotados por *dos duros* de campo, y en su mayoría, mujeres: éstos eran los que la sabia Superioridad había retirado de las peligrosas ciudades y lanzado a un distrito salvaje, a colonizar la taiga. Esa «mano de obra» no la quiso nadie, el MVD los obligó a tomarla. A los más inútiles acercosos los largaron a la fábrica de sal, cuyo representante llegó tarde, estaba ausente. La fábrica de sal está en el río Usolsk en el pueblo de Tróitskoye (también lugar de destierro desde siempre, todavía bajo Alexis Mijáilovich traían aquí viejos creyentes). A mediados del siglo XX, la tecnología allí era como sigue: hacían trotar caballos en círculo, y así bombeaban la sal sobre unos asadores, bajo los que se hacía fuego (la leña venía de la maderera, allí lanzaron a las viejas). Acertó a encontrarse en esta partida un importante y conocido ingeniero naval, y le dieron un trabajo más en consonancia con su especialidad: embalar la sal en cajas.

Fue a parar a Taséyevo el sexagenario obrero de Kolomna Kñásiev. Ya no estaba en condiciones de trabajar, vivía de limosnas. A veces lo albergaba alguien por una noche, a veces dormía en la calle. En la casa de inválidos no había sitio para él, en la clínica procuraban no retenerlo mucho. Un día en invierno se subió al porche del Comité de distrito de Partido, del partido de los trabajadores, y allí murió helado.

Al pasar del campo de concentración al confinamiento en la taiga (y el paso se hacía de esta forma: con helada de 20° bajo cero, en camiones de plataforma descubierta, mal vestidos, con lo que llevaban al liberarse, con botas de tela de último plazo de servicio, en cambio la escolta con chaquetones de piel y botas de fieltro), los

zekos no lograban siquiera percatarse: ¿en qué consistía su *liberación*? En el campo había barracones calentados, aquí una cabaña de leñadores sin calentar desde el invierno pasado. Allí rugían sierras mecánicas, rugirán aquí también. Y sólo con esta sierra tanto aquí como allí puede uno ganarse una ración de pan crudo.

De ahí que los recién confinados se equivocaran, y cuando (1953) los visitaba (Kuzéyevo, distrito de Sujobúzimsk, Ienisei) el subdirector de la empresa maderera, Leibóvich, guapo, limpio, ellos miraban su abrigo de piel, su ahíta cara blanca, e inclinándose, decían por error:

—Buenos días, *ciudadano jefe!*

Y él movía la cabeza en son de reproche:

—No, no, ¿cómo voy a ser «ciudadano»? Para ustedes soy ahora *camarada*, ustedes ya no son reclusos.

Reunían a los confinados en aquella única cabaña, y a la lóbrega luz de una lámpara de petróleo de llama oscilante, el subdire les inculcaba, como quien clava un ataúd: «No piensen que esto es una vida provisional. Tendrán ustedes realmente que vivir aquí *a perpetuidad*. ¡De modo que pónganse al trabajo cuanto antes! Si tienen familia, llámenla, si no, cásense unos con otras, sin esperar. Háganse casas. Tengan hijos. Para la casa y la vaca se les concederá un préstamo. ¡Al trabajo, al trabajo, camaradas! ¡La nación espera su madera!».

Y se marchaba el *camarada* en su coche.

Y también era un privilegio el que permitieran casarse. En los míseros poblados de Kolyma, por ejemplo, alrededor de Iágodny, recuerda Retz, también había mujeres, no autorizadas a volver al continente, pero el MVD prohibía casarse: a los que tenían familia había que suministrarles vivienda.

Pero eso también era un favor, el que no permitieran casarse. Porque en el norte del Kazajstán, en los años 1950-52, algunos comandantes, por el contrario, para sujetar al confinado, ponían al recién llegado en la alternativa: cásate en dos semanas o te confinamos en despoblado, en pleno desierto.

Es curioso que en muchos lugares de confinamiento emplearan con la mayor naturalidad, sin ironía alguna, la expresión concentracionaria «trabajos generales». Porque eran exactamente iguales que en el campo de concentración: aquellos inevitables trabajos extenuantes, en que uno se dejaba la salud y que no daban para alimentarse. Y si como *libres* ahora tenían que trabajar menos tiempo, con dos horas de camino a la ida (a la mina o al bosque) más dos a la vuelta, su jornada se redondeaba hasta la norma del campo.

El viejo obrero Berezovski, líder sindical en los años veinte, que a partir de 1938 había pasado 10 años en confinamiento, y a quien le dieron en 1949 10 años de campo de concentración, delante de mí besaba enternecido la ración de pan y decía con alegría que en el campo no le pasaría nada, aquí le correspondía pan. En cambio en confinamiento incluso con dinero llegas a la tienda, ves una hogaza en la

estantería, pero te dicen con todo decoro: «¡No hay pan!», y delante de ti se lo pasan a uno del lugar. Lo mismo con el combustible.

Algo parecido decía el viejo obrero de Leningrado Tsivilko (todos gente de pocos remilgos). Contaba (1951) que después del confinamiento se encontraba en un campo-presidio Especial más personal: has trabajado tus doce horas, pues vete a la zona. Pero en confinamiento el último mequetrefe libre podía asignarle (trabajaba de administrativo) trabajo extra gratuito —y de noche, y en un día de fiesta, y cualquier tipo de trabajo, ve y házselo para aquel libre personalmente— y el confinado no se atreve a negarse, para que mañana no lo echen de su empleo.

Tampoco era un lecho de rosas la vida del confinado incluso si había logrado «enchufarse». Mitróvich, trasladado a Kok-Terek de la provincia de Dzhambul (donde su vida empezó así: a él y a su compañero le asignaron una cuadra para asnos, sin ventanas y llena de estiércol. Apartaron el estiércol de una pared, extendieron ajenjo, se acostaron) recibió el cargo de zootécnico del departamento de agricultura del distrito. Intentó *cumplir honradamente*, y en el acto se hizo odioso a los mandos libres del partido. Del rebaño del koljós, el funcionariado subalterno del distrito se quedaba con las vacas primíparas y las sustituía por vaquillas, y le exigía a Mitróvich que apuntara a reses de dos años como de cuatro. Al comenzar un recuento detallado, Mitróvich descubrió rebaños enteros, apacentados y atendidos por el koljós, pero que no le pertenecían. Resultó que estos rebaños pertenecían *personalmente* al primer secretario del Comité del Distrito, al presidente del Comité Ejecutivo del Distrito, al jefe de Hacienda y al jefe de la Policía. (¡Con qué maña había ingresado el Kazajstán en el socialismo!). «¡No los apuntes!», le ordenaron. Pero él los apuntó. Con una sed de justicia soviética insólita en un zeko confinado, se atrevió además a protestar de que el presidente del Comité Ejecutivo se hubiera quedado parte del astracán gris, y fue despedido (y ése sólo fue el principio de sus hostilidades).

Pero incluso una cabeza de distrito no es, ni mucho menos, el peor sitio para un confinamiento. Las auténticas penalidades del confinamiento empiezan donde no hay poblado libre siquiera a la vista, ni tan sólo el confín de la civilización.

Aquel mismo A. Tsivilko cuenta del koljós «Zhana Turmys» («Vida Nueva»), en la provincia de Kazajstán Occidental, donde estuvo desde 1937. Ya antes de la llegada de los confinados, la sección política de la Estación de Maquinaria Agrícola previno y educó a la población local: traen a trotskistas, a contrarrevolucionarios. ¡Los atemorizados habitantes *ni siquiera prestaban sal* a los recién llegados, temiendo ser acusados de contactos con enemigos del pueblo! Cuando la guerra, los confinados no tenían tarjetas de pan. En la herrería del koljós, el relator ganó en 8 meses ¡quince kilos de mijo…! El grano recibido lo restregaban ellos mismos con muelas hechas de un monumento kazajo aserrado. E iban al NKVD: ¡o métannos en la cárcel, o déjennos trasladar a la cabeza de distrito! (Preguntarán: y la población local, ¿qué? Pues *eso*… La costumbre… Bueno, y alguna ovejita, una cabra, una vaca, la yurta, cacharros, todo ayuda).

En un koljós, es siempre así para los confinados: ni uniforme del Estado, ni ración del campo de concentración. Es el lugar más terrible para el confinamiento, un koljós. Es como una comprobación experimental: ¿qué es peor, el campo o el koljós?

Por ejemplo, *venden* novatos, entre ellos a S. A. Lifschitz, en la cárcel de tránsito de Krasnoiarsk. Los *compradores* piden carpinteros, la cárcel les contesta: quédense además con un abogado y un químico (Lifschitz), entonces les damos un carpintero. Además, de propina dan mujeres mayores, enfermas. Luego con suaves heladas de 25° bajo cero, los llevan en camiones descubiertos a una aldea de lo más perdido, de tres decenas de casas todo lo más. ¿Qué van a hacer el abogado y el químico? De momento recibir un adelanto: un saco de patatas, cebollas y harina (¡y no es un mal adelanto!). Dinero lo habrá el año que viene, si os lo ganáis. El trabajo, de momento, es el siguiente: cosechar cáñamo recubierto de nieve. Al principio ni siquiera tienen un saco para colchón, que pueden llenar de paja. Primer reflejo: ¡suéltennos del koljós! No, imposible: por cada cabeza el koljós ha pagado a la Dirección de Prisiones 120 rublitos (año 1952).

¡Ay, quién pudiera volver al campo de concentración…!

Pero se equivocará el lector si opina que los confinados estarán mucho mejor en un sovjós[ji] que en un koljós. Veamos, por ejemplo, un sovjós en el distrito de Sujobúzimsk, poblado de Minderla. Barracones, bien es verdad que sin zona, como un campo de concentración para dispensados de escolta. Por muy sovjós que sea, el dinero aquí no se conoce, no lo hay en circulación. Sólo se apuntan números: 9 rublos (de los de Stalin)[jj] al día por persona. Y también se apunta cuántas gachas se ha comido esa persona, cuánto se le descuenta por la zamarra, por la vivienda. Todo se va descontando, descontando, y oh maravilla: a la hora de saldar cuentas, resulta que el confinado no sólo no ha ganado nada, sino que encima le debe dinero al sovjós. En este sovjós, recuerda A. Stótik, dos se ahorcaron por desesperación.

(Este mismo Stótik, un bromista, no aprendió nada de su desdichada experiencia con el estudio del inglés en el Steplag[19]. Viéndose en este confinamiento, se le ocurrió nada menos que hacer uso del derecho constitucional de todo ciudadano de la URSS a la… ¡educación! ¡Y presentó una instancia solicitando se le autorizara ir a Krasnoiarsk a *estudiar*! En esta desfachatada instancia, como a lo mejor no se había visto en todo el país del confinamiento, el director del sovjós [exsecretario del Comité del distrito] escribió una resolución no sólo denegatoria, sino programática: «¡Nadie permitirá nunca estudiar a Stótik!». Sin embargo, quiso la casualidad que la cárcel de tránsito de Krasnoiarsk buscara por los municipios carpinteros confinados. Stólik, sin ser ningún carpintero, se presentó, fue, en Krasnoiarsk vivió en un albergue entre borrachos y ladrones, y allí preparó las pruebas de ingreso a la Facultad de Medicina. Las aprobó con nota alta. Hasta la comisión de control nadie se aclaró en su documentación. Ante la comisión: «Estuve en el frente… Luego volví»…, y se le secó la garganta. «¿Y luego?». «Luego… estuve… detenido»…, articuló Stólik, y mudó de talante la comisión. «¡Pero *he cumplido mi condena! ¡He*

salido! ¡Tengo nota alta!», insistió Stótik. En vano. ¡Y ya era el año de la caída de Beria!).

Y cuanto más despoblado, tanto peor, cuanto más lejos, tantos menos derechos. A. F. Makéyev, en sus mencionadas memorias sobre Kenguir, relata la historia del «esclavo de Turgai», Alexandr Vladímirovich Poliakov, sobre su confinamiento entre dos campos de concentración, en el desierto de Turgai, en una dehesa perdida. La única autoridad era allí el presidente del koljós, un kazajo, e incluso de la paternal comandancia no asomaba por allí nunca nadie. La vivienda de Poliakov era en el mismo cobertizo que las ovejas, en un lecho de paja; sus obligaciones, hacer de esclavo de las cuatro esposas del presidente, llevarles la casa a cada una de ellas, hasta sacarles los orinales inclusive. ¿Y qué remedio le quedaba a Poliakov? ¿Marchar de la dehesa para presentar una queja? No sólo no había con qué, sino que le hubiera valido —*evasión*— 20 años de presidio. Y en la dehesa, no había ningún otro ruso. Y pasaron varios meses antes de que viniera un inspector ruso de Hacienda. Se asombró del relato de Poliakov y le prometió cursar su queja escrita a las autoridades del distrito. Por esta queja, como atroz calumnia contra el régimen soviético, Poliakov recibió una nueva condena al campo de concentración y en los años cincuenta la cumplía felizmente en Kenguir. La parecía estar casi en libertad…

Y todavía no estamos seguros de que «el esclavo de Turgai» fuera el más desamparado de todos los confinados.

Decir que el confinamiento tuviera sobre el campo la ventaja de una vida estable, en cierto modo instalada (bien o mal, pero vives aquí, y seguirás viviendo, nada de traslados), tampoco se puede sin muchas salvedades. Un traslado propiamente dicho no, pero una inexplicable orden de mudanza de la comandancia, el cierre repentino de un punto de confinamiento o de un distrito entero, siempre podían caer; se recuerdan casos de éstos en varios lugares y varias épocas. Sobre todo en los años de guerra —¡vigilancia!— ¡todos los confinados en el distrito de Taipak, que recojan en 12 horas! ¡Y andando al de Dzhembety! Y toda tu modesta instalación y escasos enseres —pero tan necesarios—, y tu techo agujereado, pero ya recién arreglado, ¡déjalo todo! ¡Tíralo todo! ¡En marcha, ánimo, pordiosero! ¡Si no te mueres, lo volverás a tener…!

En general, pese al aparente libertinaje reinante (no andan en filas, sino cada cual por su lado, no forman para el recuento, no se quitan el gorro, no se encierran de noche con candados por fuera), el confinamiento tiene su *régimen*. Según donde, más suave, según donde, más rígido, pero era apreciable en todas partes hasta 1953, cuando empezó la liberalización general.

Por ejemplo, en muchos sitios los confinados no tenían derecho a presentar en ninguna institución soviética instancias sobre asuntos civiles, salvo a través de la comandancia, que era la que decidía si valía la pena cursar esta instancia o detenerla de entrada.

Al menor requerimiento de un oficial de comandancia, el confinado debía dejar cualquier trabajo, cualquier ocupación, y presentarse. Quien conozca la vida se hará

cargo de si podía el confinado dejar de cumplir alguna petición personal (lucrativa) de un oficial de comandancia.

Los oficiales de comandancia por su posición y derechos no debían estar tan por debajo de los de los campos. Al contrario, tenían menos quebraderos de cabeza: ni zona, ni centinelas, ni capturas de evadidos, ni acompañar al trabajo, ni alimentar y vestir a esta horda. Les bastaba con hacerlos fichar dos veces al mes, y a veces iniciar contra los infractores el papeleo exigido por la ley. Eran seres despóticos, perezosos, ahítos (un subteniente de comandancia cobraba 2000 rublos al mes), y por tanto, en su mayoría malvados.

Evasiones propiamente dichas se conocen pocas del confinamiento soviético: no era mucha la ganancia en libertad civil que se podía obtener con una evasión afortunada: casi con los mismos derechos vivían ahí a su alrededor, en confinamiento, los *libres* del lugar. No eran los tiempos de los zares, cuando una evasión de confinamiento se convertía fácilmente en emigración. En cambio el castigo por evadirse era sensible. Juzgaba a los evadidos el OSO. Hasta 1937 daba su cifra máxima de 5 años de campos, y a partir de 1937, 10. Pero después de la guerra, no fue impreso públicamente en ningún sitio, mas fue sabida de todos y se aplicó inexorablemente una nueva ley: por evadirse del lugar de confinamiento, *¡veinte años de presidio!* Una crueldad desproporcionada.

La comandancia en cada sitio daba su propia interpretación de lo que había y de lo que no había de considerarse evasión, de donde exactamente pasaba aquella línea prohibida que el confinado no tenía que traspasar, y si podía ausentarse por leña o por setas. Por ejemplo, en Jakassia, en el poblado minero Ordzhonikídzevski había una regla: ausentarse arriba (a las montañas) era sólo inobservancia del régimen disciplinario y 5 años de campo; ausentarse abajo (hacia el ferrocarril) era evasión y 20 años de presidio. Y hasta tal punto arraigó allí esta imperdonable blandenguería, que cuando un grupo de armenios confinados, desesperados por la arbitrariedad de las autoridades mineras, fueron a quejarse de ellas a la cabeza del distrito —pero permiso de la comandancia para ausentarse, por supuesto, no tenían— recibieron todos por esta evasión tan sólo 6 años.

Pues tales ausencias por malentendidos era lo que con más frecuencia se calificaba de evasiones. Y las ingenuas decisiones de personas ancianas, incapaces de comprender y asimilar nuestro desalmado sistema.

Una griega, ya de más de 80 años, al final de la guerra fue desterrada de Simferópol a los Urales. Cuando la guerra terminó y regresó a Simferópol su hijo, ella, con toda naturalidad, se trasladó allí también y vivió clandestinamente con él. En 1949, ya con 87 (!) años, fue capturada, condenada a 20 años de trabajos forzados (87 + 20 = ?) y trasladada al Ozerlag. De otra vieja, griega también, sabían en la provincia de Dzhambul. Cuando del Kubán desterraron a todos los griegos, la embarcaron junto con dos hijas mayores, pero la tercera, casada con un ruso, se quedó en el Kubán. Vivió la vieja una temporada en confinamiento, y decidió irse a

morir a casa de la hija aquella. «Evasión», presidio, ¡20 años! En Kok-Terek teníamos al fisiólogo Alexis Ivánovich Bogoslovski. Le habían aplicado el indulto «Adenauer» de 1955, pero incompletamente: le dejaron el confinamiento, aunque no lo debía haber. Se puso a enviar recursos e instancias, pero las cosas de palacio van despacio, y entretanto en Perm se estaba quedando ciega su madre, que llevaba sin verlo ya 14 años, desde la guerra, y soñaba con verlo con su última vista. Y, exponiéndose al presidio, Bogoslovski se resolvió a ir a pasar una semana con ella y volver. Se inventó una visita a las dehesas ganaderas en el desierto, pero en realidad tomó el tren para Novosibirsk. En su distrito no notaron su ausencia, pero en Novosibirsk un vigilante taxista lo denunció a unos secretas, éstos se acercaron a comprobar su documentación, no tenía, hubo que confesar. Lo devolvieron a nuestra cárcel de adobe del propio Kok-Terek, incoaron sumario, y de pronto llegó la aclaración de que no le correspondía confinamiento. Apenas lo soltaron, se fue con su madre. Pero llegó tarde.

Empobreceríamos notablemente el cuadro del confinamiento soviético si no recordáramos que en cada municipio vigilaba la siempre alerta SECCIÓN DE OPERACIONES chequista, que convocaba a los confinados a *una charla*, reclutaba soplones, recogía denuncias y las empleaba para endilgar *nuevas condenas*. Es que a cada unidad humana, ¿no le terminaba llegando el momento de cambiar la aburrida inmovilidad del confinamiento por el alegre hacinamiento del campo de concentración? La *segunda tanda*, un nuevo juicio y una nueva condena, era el lógico *final del confinamiento* para muchos.

¡Tuvo Piotr Vixne que desertar en 1922 del reaccionario ejército burgués de Letonia, pasarse a la libre Unión Soviética, aquí, en 1934, por cartearse con familiares letones que le quedaban (los familiares en Letonia jamás fueron inquietados), ser confinado en el Kazajstán, no desilusionarse, como incansable maquinista del depósito de locomotoras de Ayaguz llegar a estajanovista, para que el 3 de diciembre de 1937 colgaran en el depósito un letrero: «¡Tomad ejemplo del c. Vixne!», y el 4 de diciembre al camarada Vixne lo embarcaron para una segunda tanda, de la que ya no volvería.

Las *segundas detenciones*, en confinamiento, igual que en los campos, eran constantes, para demostrar arriba el celo de las secciones de operaciones. Como en todas partes, se empleaban *métodos reforzados*, para ayudar al detenido a comprender más rápidamente su sino y conformarse más plenamente con él (Tsivilko en Uralsk, 1937: 32 días de calabozo y 6 dientes rotos). Pero también sobrevenían períodos especiales, como en 1948, cuando por todo el confinamiento se echaban redes de malla fina, y repescaban para los campos o a todos hasta el último, como en Vorkuta («Vorkuta se convierte en un centro industrial, el camarada Stalin ha dado orden de limpiarla»), o a todos los hombres, como en otros sitios.

Pero incluso para quien no le hubiera tocado la segunda tanda, quedaba muy en el aire eso del «final del confinamiento». Por ejemplo en el Kolyma, donde ya toda la

«liberación» del campo de concentración consistía en ir del puesto de guardia del campo a la comandancia especial, final del confinamiento, propiamente hablando, no lo había, porque del Kolyma no se salía. Y quienes a pesar de todo lograron volver de allí «al continente», en los breves períodos en que se autorizó, debieron maldecir su suerte más de una vez: todos ellos recibieron en el continente nuevas condenas al campo de concentración.

La sombra de la sección de operaciones ensombrecía constantemente el ya de por sí poco despejado cielo del confinamiento. Bajo la mirada del comisario, a merced de los soplones, continuamente en un trabajo agotador, a la busca de pan para los chiquillos, los confinados vivían atemorizados y retraídos, muy desunidos. No existían las largas charlas de la cárcel o del campo, no se contaban su vida y milagros.

Por eso es difícil reunir relatos sobre la vida en confinamiento.

Igualmente, apenas nos ha dejado fotos nuestro confinamiento: si había fotógrafos, retrataban sólo para documentos: para las secciones de personal y de operaciones. Un grupo de confinados que se retraten juntos, ¿eso qué es? ¿Eso cómo es? Significa una denuncia inmediata a Seguridad del Estado: miren nuestra organización antisoviética clandestina. Por la propia foto, los *cogerán* a todos.

No nos ha dejado nuestro confinamiento fotografías, de ésas, ¿sabe?, de grupo y bastante alegres: tercero por la izquierda Uliánov, segundo por la derecha Krzizanowski. Todos comidos, todos bien vestidos, no conocen el trabajo ni la necesidad, si llevan barbita, está bien cuidada, si un gorro, es de piel buena.

Sí, niños, tiempos muy negros eran aquéllos…

IV
El destierro de los pueblos

Los historiadores podrán corregirnos, pero nuestra memoria humana media no ha retenido en el siglo XIX ni en el XVIII, ni en el XVII, casos de desplazamiento forzoso en masa de pueblos enteros. Hubo conquistas coloniales —en las islas de Oceanía, en África, en Asia, en el Cáucaso—, los vencedores tomaban el poder sobre la población indígena, pero no se les ocurría a las poco desarrolladas mentes de los colonizadores expulsar a esta población de su tierra natal, de sus casas ancestrales. Tal vez sólo la exportación de negros a las plantaciones americanas nos da alguna analogía o precedente, pero allí no había un madurado sistema estatal: había sólo unos cuantos negreros cristianos, en cuyo pecho rugió el fuego del repentinamente descubierto lucro, y que se lanzaron cada cual por sí a capturar, embaucar y comprar negros por piezas a la docena.

Tuvo que llegar la esperanza de la Humanidad civilizada, el siglo XX, y sobre la base de la Doctrina Única-Verdadera tuvo que recibir su definitiva solución la Cuestión Nacional, para que el máximo especialista en tal cuestión patentara el extirpamiento en masa de los pueblos mediante su destierro en cuarenta y ocho, veinticuatro e incluso una hora y media.

Claro, esta iluminación no le llegó así de repente ni a él mismo. En una ocasión hasta dijo imprudentemente: «No ha habido ni puede haber un sólo caso en que alguien haya sido en la URSS objeto de persecución por su origen nacional[20]». En los años veinte todas estas lenguas nacionales se fomentaban, a Crimea se le martilleaba que era tártara, tártara, y hasta había alfabeto árabe, y todos los letreros en tártaro.

Pero resultó que era un error…

Incluso tras prensar el gran destierro campesino, no se percató en seguida el Gran Timonel de lo cómodo que sería aplicarlo a las nacionalidades. Y la experiencia de su hermano-autócrata Hitler con el exterminio de judíos y gitanos ya era tardía, ya después de empezada la Segunda Guerra Mundial, mientras que el padrecito-Stalin ya venía pensando en este problema de mucho antes.

Con la sola excepción de la Plaga de los Labradores, y hasta llegar al destierro de las naciones, nuestro confinamiento soviético, aunque manejara cifras de algunos cientos de miles, no se podía ni comparar con los campos de concentración, no era ni tan glorioso ni tan nutrido como para servir de surco a la marcha de la Historia. Había

desterrados-colonos (por sentencia judicial), había *confinados administrativos* (sin sentencia), pero unos y otros eran unidades numeradas, cada cual con su apellido, fecha de nacimiento, artículo de acusación, foto de cara y de perfil, y sólo los pacientes, poco remilgados Órganos sabían tejer una cuerda con granitos de arena, y con estas familias rotas, los monolitos de los distritos de confinamiento.

Pero ¡cómo progresó y se aceleró el proceso de confinación cuando enviaron al destierro a los *inmigrantes especiales*! Los dos términos anteriores provenían del zar, éste era bien nuestro, soviético. ¿No llevan la palabrita *especial* nuestras expresiones preferidas, tan de casa (sección especial, destino especial, comunicación especial, ración especial, sanatorio especial)? En el año de la Gran Ruptura bautizaron de inmigrados especiales a los «deskulakizados», y resultó muchísimo más seguro, más flexible, sin dar lugar a recursos de que los «deskulakizados» no eran todos kulaks, en cambio «inmigrado especial», ¡híncale el diente!

Y ordenó el Gran Padre aplicar este término a las naciones desterradas.

No se le dio el descubrimiento de inmediato. El primer experimento fue prudentísimo: en 1937 unas decenas de miles de esos sospechosos coreanos —¿qué confianza podían merecer estos micos amarillos ante Jaljin-Gol, ante el rostro del imperialismo japonés?— fueron silenciosa y rápidamente, desde los viejos temblorosos hasta los bebés llorosos, con unas míseras pertenencias, trasladados del Extremo Oriente al Kazajstán. Tan rápido, que el primer invierno vivieron en casas de adobe sin ventanas (¡de dónde iba a salir tanto cristal!). Y tan en silencio que nadie, salvo los kazajos del lugar, se enteró de esa deportación, y ni una lengua veraz del país la mencionó siquiera, y ni un corresponsal extranjero dijo esta boca es mía. (Para eso es para lo que toda la Prensa ha de estar en manos del proletariado).

Gustó. Se recordó. Y en 1940 se aplicó la misma receta en las afueras de la cuna de la revolución, Leningrado. Pero no agarraron a los desterrados de noche y con la bayoneta calada, sino que se le dio el nombre de «solemne despedida» para la República Carelo-Finesa (recién conquistada), Bajo el sol de su cénit, tremolar de banderas rojas y cobres de orquestas, se enviaba a poner en valor sus nuevas tierras natales a los finlandeses y estonios de la región de Leningrado. Pero habiéndolos transportado algo más lejos (cuenta el destino de un grupo de 600 personas V. A. M.), les quitaron los pasaportes a todos, los rodearon de escolta y les hicieron seguir viaje en trenes de ganado rojos, luego en barcaza. De su desembarcadero de destino en lo más remoto de Carelia los fueron enviando «a reforzar los koljoses». Y los ciudadanos totalmente libres y tan solemnemente despedidos… se sometieron. Y sólo 26 recalcitrantes, entre ellos el relator, se negaron a ir; más todavía, ¡no entregaron sus pasaportes! «¡*Habrá bajas*!», les previno al llegar un representante del poder soviético, concretamente del Sovnarkom de la RSS Carelo-Finesa. «¿Tiraréis con ametralladoras?», le gritaron. Qué mentecatos, ¿por qué con ametralladoras? Si estaban cercados, sentados en grupo, con una sola había más que suficiente (y nadie habría compuesto poemas sobre estos *veintiséis*[jk] fineses). Pero una extraña

blandenguería, torpeza o indecisión impidió tomar tan razonable medida. Intentaron separarlos, los convocaban uno por uno al comisario, ellos iban a la llamada los 26 juntos. ¡Y su obstinado, descabellado valor triunfó! Les dejaron los pasaportes y levantaron el cerco. Así se retuvieron de caer hasta el estado de koljosianos o de confinados. Pero fue un caso excepcional, la masa sí entregó los pasaportes.

Todo esto eran pruebas. Sólo en julio de 1941 llegó el momento de experimentar el método en toda su amplitud: la república autónoma —y por supuesto, traidora— de los Alemanes del Volga (con sus capitales Engels y Marxstadt), había que rasparla y tirarla en pocos días a algún sitio bien lejos al Este. Ahí se empleó por primera vez en su pureza el método dinámico del destierro de naciones enteras, y ¡cuánto más fácil, cuánto más fructífero resultó emplear una sola llave —el punto nacionalidad[j!]— en vez de todos esos expedientes judiciales y condenas nominativas para cada uno! Y con los alemanes que rebañaron en otros lugares de Rusia (los recogían a todos), el NKVD local no necesitaba estudios superiores para averiguar si era amigo o enemigo: ¿tiene apellido alemán? Pues al saco.

El sistema fue probado, ajustado y en adelante apresará inexorablemente a toda condenada nacionalidad traidora que se señale: a los chechenos; los inguches; los karachayes; los búlgaros; los calmucos; los kurdos; los tártaros de Crimea; por fin, los griegos del Cáucaso. Este sistema tiene el dinamismo especial de que se le anuncia al pueblo la decisión del Padre de los Pueblos no en forma de verbosa condena judicial, sino en forma de operación militar de infantería motorizada moderna: entran de noche divisiones armadas en los cuarteles del pueblo designado y ocupan las posiciones clave. La nación delincuente se despierta y ve un anillo de armas automáticas alrededor de cada poblado. Y se dan 12 horas (pero es demasiado, tener tanto rato paradas las ruedas de la infantería motorizada, y en Crimea ya serán dos y hasta hora y media), para que cada cual recoja lo que sea capaz de llevarse en las manos. Y en el acto se embarca a todos, como a reclusos, las piernas encogidas, en la plataforma de un camión (viejas, madres con lactantes, ¡siéntate, es una orden!), y los camiones bajo escolta van a la estación de ferrocarril. Y allí convoyes de ganado hasta destino. Y allí, tal vez, aún tirarán ellos mismos, como sirgadores, sus balsas por una cuerda contra la corriente (del río Unzha, tártaros de Crimea, justamente para ellos son estos pantanos del Norte) unos 150-200 kilómetros bosque adentro (arriba de Kologriv), y en las balsas estarán tendidos inmóviles viejos de barbas blancas.

Seguramente desde el aire, desde altas montañas, resultaba imponente: empezaron a zumbar motores simultáneamente en toda la península de Crimea (recién liberada, abril de 1944), y cientos de serpientes-columnas motorizadas se pusieron en marcha, a rastras, por sus carreteras rectas y sinuosas. Justamente florecían los frutales. Las tártaras sacaban de los invernaderos a los muertos plantones de cebollas tiernas. Comenzaba la siembra del tabaco. (Y ahí terminó. Y por largos años desapareció el tabaco de Crimea). Las columnas motorizadas no llegaban hasta los mismos poblados, se quedaban en los nudos de carreteras, las aldeas las rodeaban

destacamentos de destino especial. Había orden de dejar hora y media para recoger, pero los instructores lo reducían hasta a cuarenta minutos, para acabar antes, para no llegar tarde al punto de reunión, y para que en la propia aldea hubiera más para el *sonderkommando* que se quedaba detrás del destacamento especial. Unas aldeas empedernidas, como Ozenbash cerca del lago Biuk, hubo que quemarlas enteras. Las columnas motorizadas llevaban a los tártaros a las estaciones, y ya allí, en los trenes, estuvieron esperando días enteros, gimiendo, cantando tristes canciones de despedida[21].

¡Una disciplina uniformada! ¡Esta es la ventaja de desterrar por naciones enteras! ¡Nada de casos particulares! ¡Nada de excepciones, de protestas individuales! Todos van sumisos, porque tú también, y él también, y yo también. Van no sólo de todas las aldeas y de ambos sexos: van también los que están en el seno de su madre, ¡ellos también están confinados por el mismo Decreto! Van también los que aún no han sido concebidos: porque su sino es ser concebidos bajo el efecto de este mismo Decreto, y desde el mismo día de su nacimiento, pese al anticuado, cargante artículo 35 del Código Penal («el confinamiento no puede ser aplicado á menores de 16 años»), apenas asomen la cabecita al mundo, ya serán inmigrantes especiales, ya serán confinados a perpetuidad. Y su mayoría de edad, su 16 cumpleaños, sólo será señalado por el empezar a ir a fichar a comandancia.

Y todo lo que queda atrás —casas abiertas de par en par, aún calientes, y pertenencias revueltas, todos los bienes acumulados en diez y en veinte generaciones — igual de uniformemente va a parar a los miembros de los órganos punitivos, y según qué al Estado, y según qué a los vecinos de naciones más afortunadas, y nadie presentará un recurso por una vaca, por unos muebles, por vajilla.

Y lo último que realza y completa la uniformidad, es que el Decreto secreto no respeta ni a los miembros del partido comunista de entre esas malvadas naciones. Por tanto, ¡no hay ni que comprobar los carnés del partido, otro alivio más! A los comunistas en su nuevo confinamiento se les obligará a bregar por dos, y todos contentos[22].

Una grieta en la uniformidad la formaban sólo los matrimonios mixtos (por algo nuestro Estado socialista está siempre en contra de ellos). Cuando el destierro de los alemanes y luego de los griegos, a tales cónyuges no los expulsaban. Pero eso era fuente de muchas complicaciones y dejaba en los lugares aparentemente purificados focos de infección. (Como aquellas viejas griegas que volvían con sus hijos a morir).

¿Y adónde desterraban a las naciones? De buena gana y mucho, al Kazajstán, donde junto con los confinados ordinarios han llegado a formar la mitad larga de la república, de modo que se la puede perfectamente llamar Kazekstán. Pero no se quedaron sin su parte el Asia Central, ni Siberia (multitud de calmucos perecieron en el Ienisei), ni los Urales del Norte, ni el norte de la Rusia europea.

¿Cuento o no cuento como destierro de los pueblos al destierro de los bálticos? Los requisitos formales no los satisface: no desterraban a todos hasta el último, los

pueblos parecen haber quedado donde estaban (demasiado cerca de Europa, porque ¡ganas no faltaban!). Parecen haber quedado, pero diezmados.

Los empezaron a purgar temprano: aún en 1940, apenas entraron allí nuestras tropas, antes siquiera de que estos alborozados pueblos votasen por unanimidad su incorporación a la Unión Soviética. Empezaron las sacas con los oficiales. Hay que hacerse cargo de lo que era para estos jóvenes Estados su primera (y última) generación de oficiales propios: no eran desdeñosos barones holgazanes, sino la misma seriedad, responsabilidad y energía de la nación. Aún de colegiales en las nieves de Narva habían aprendido a defender con sus pechos adolescentes a su patria adolescente. Ahora esta experiencia y energía condensadas las cortaban de un hachazo, era un importantísimo preparativo para el plebiscito. Bueno, y era una receta comprobada, ¿es que alguna vez no se había hecho lo mismo en la Unión originaria? Eliminar silenciosa y rápidamente a los que pudieran encabezar la resistencia, y también a los que pudieran alborotar con ideas, discursos, libros, y parece que el pueblo está entero donde antes, pero ya no hay pueblo. Un diente muerto, por fuera, los primeros días no se distingue de uno vivo.

Pero en 1940 para los países bálticos no se trataba de destierro, sino de campos de concentración, y para algunos, de fusilamiento en los patios de piedra de las cárceles. Y en 1941, al retroceder, agarrábamos cuanto podíamos a gente acomodada, influyente, conocida, nos la llevábamos con nosotros como preciados trofeos, y luego la tirábamos como estiércol a la tierra helada del Archipiélago (se detenía siempre de noche, 100 kg de equipaje para toda la familia y el cabeza de familia ya en el momento de la detención era separado para la cárcel y la eliminación). Luego durante toda la guerra (por radio Leningrado) estuvimos prometiendo a los países bálticos una despiadada venganza. En 1944, al volver, las amenazas se cumplieron, se detuvo abundante y ampliamente. Pero tampoco esto era todavía un destierro popular en masa.

El principal destierro báltico se desencadenó en 1948 (lituanos insumisos), en 1949 (las tres naciones) y en 1951 (otra vez lituanos). En estos mismos años coincidentes rastrillaban a Ucrania Occidental, allí también la última saca tuvo lugar en 1951.

¿A quién se preparaba el Generalísimo a desterrar en 1953? ¿A los judíos? ¿A quiénes más? ¿Quizá a todo el margen derecho de Ucrania? Este magno designio jamás lo conoceremos. Sospecho, por ejemplo, que Stalin tenía el anhelo irrealizado de desterrar a toda Finlandia a los desiertos de la frontera china, pero no lo logró ni en 1940, ni en 1947 (intento de golpe de Estado de Leino). Ya les habría buscado un lugarcito tras los Urales hasta a los serbios, hasta a los griegos del Peloponeso.

Si este Cuarto Maestro de la Doctrina Adelantada llega a durar unos diez añitos más, no hubiéramos reconocido el mapa étnico de Eurasia, habría ocurrido la Gran Migración de los pueblos.

Cuantas naciones fueron desterradas, tantas epopeyas escribirán algún día, sobre la marcha de la tierra natal y sobre el aniquilamiento siberiano. A ellos solos corresponde relatar todo lo vivido, no a nosotros, de segunda mano, no hemos de atajar el camino nosotros.

Pero para que el lector se haga cargo de que era ese mismo país del confinamiento que ya le hemos presentado, aquel mismo pecatorio previo a aquel mismo Archipiélago, sigamos un poco el destierro de los bálticos.

En los países bálticos el destierro tuvo lugar no sólo sin violentar la voluntad popular soberana, sino exclusivamente en su cumplimiento. En cada una de las tres repúblicas hubo un libérrimo decreto de su Consejo de Ministros (en Estonia, de 25 de noviembre de 1948) sobre extrañamiento de determinadas categorías de sus compatriotas a la extraña y lejana Siberia, y además *a perpetuidad*, para que jamás regresaran a su tierra natal. (Ahí percibimos claramente tanto la independencia de los gobiernos bálticos como la extrema irritación que les habían provocado unos execrables y superfluos compatriotas). Estas categorías eran las siguientes: a) familiares de ya condenados (no bastaba con que los padres pasaran hambre en los campos de concentración, había que exterminar a toda su simiente); b) campesinos acomodados (aceleraba mucho la ya madura colectivización en el Báltico) y todos los miembros de sus familias (a los estudiantes de Riga los agarraban la misma noche que a sus padres en la granja); c) gente notable e importante de por sí, pero que por lo que sea hubiera escapado de los peines de los años 1940, 41 y 44; d) familias simplemente hostiles, que no habían logrado huir a Escandinavia o que desagradaban personalmente a los activistas locales.

Este Decreto, para no dañar el prestigio de nuestra común gran Patria, y no dar un motivo de alegría a nuestros *enemigos* occidentales, no fue publicado en la Prensa, no fue difundido en las repúblicas, y ni siquiera fue comunicado a los propios desterrados en el momento de la marcha, sino sólo a la llegada a su destino, en las comandancias siberianas.

La organización del destierro había mejorado tanto en los años transcurridos desde la época de los coreanos e incluso de los tártaros de Crimea, la valiosa experiencia había sido hasta tal punto generalizada y asimilada, que la cuenta ya no era por días, ni aun por horas, sino por minutos. Quedó establecido y comprobado que hay más que suficiente con veinte o treinta minutos desde la primera llamada nocturna a la puerta hasta que el tacón de la señora pase por última vez el dintel de su casa, hacia la oscuridad de la noche y un camión. En estos minutos la familia recién despierta tenía tiempo de vestirse, asimilar que era desterrada a perpetuidad, firmar un papel renunciando a cualquier reclamación patrimonial, recoger a sus viejas y niños, liar los hatillos y salir cuando lo ordenaban. (No había ningún desorden con los bienes que quedaban. Tras la marcha de la escolta venían funcionarios del Departamento de Finanzas y levantaban una lista de confiscación, por la cual los bienes eran luego vendidos a beneficio del Estado en tiendas de comisión. No les

iremos a reprochar que al hacerlo se metieran algo en el bolsillo o lo cargaran «de tapadillo». Tampoco hacía mucha falta, bastaba con rellenar una factura de la tienda de comisión, y cualquier representante del poder popular se podía llevar a casa con toda legalidad la cosa adquirida a precio de regalo).

¿Qué se podía razonar en estos 20-30 minutos? ¿Cómo determinar y elegir lo más necesario? Un teniente, al desterrar a una familia (la abuela de 75 años, la madre de 50, la hija de 18 y el hijo de 20), aconsejó: «¡no se dejen la máquina de coser!». ¡Vete a adivinarlo! De esta máquina de coser estuvo luego comiendo toda la familia[23].

Por cierto, esta rapidez de la expulsión iba a veces en beneficio de las víctimas. ¡Una tromba! Ha pasado y ya no está. Algo de polvo deja la mejor escoba. Quien de las mujeres hubiera sabido aguantar cosa de tres días, pasar las noches fuera, venía ahora al Departamento de Finanzas, pedía que le levantaran el sellado del piso, ¿y qué? Pues se lo levantaban. Qué más da, vive hasta el próximo Decreto.

En aquellos exiguos vagones de ganado, previstos para transportar 8 caballos o 32 soldados o 40 reclusos, iban 50 o más desterrados de Tallin. Con las prisas los vagones no habían sido adaptados, y tardaron en permitir hacerles un agujero. El zambullo, un cubo viejo, en seguida estuvo rebosando, se derramaba y manchaba las cosas. Mamíferos bípedos, desde el primer momento les hicieron olvidar que mujeres y hombres se diferencian en algo. Día y medio estuvieron encerrados sin agua ni comida, murió un bebé. (Pero todo esto ya lo hemos leído hace poco, ¿verdad? Dos capítulos atrás, 20 años atrás, y todo igual)… Estuvieron mucho rato parados en la estación de Julemiste, y por fuera corrían y llamaban a los vagones, preguntaban nombres, intentaban en vano pasarle a alguien provisiones y ropa. Pero a aquéllos los echaban. Y los encerrados pasaban hambre. Y a los desvestidos los esperaba Siberia.

En camino empezaron a repartirles pan, en algunas estaciones sopas. El camino de todos los convoyes era largo: a la provincia de Novosibirsk, de Irkutsk, a la región de Krasnoiarsk. Solamente a Barabinsk llegaron 52 vagones de estonios. Estuvieron 14 días viajando hasta Achinsk.

¿Qué puede sostener a unos hombres en este desesperado viaje? Aquella esperanza que trae no la fe, sino el odio: «¡Pronto será su final! Este año habrá guerra, y en otoño volveremos».

Ninguna persona acomodada, ni en el mundo occidental, ni en el oriental, logrará comprender, compartir, y tal vez ni siquiera perdonar estas ideas que entonces reinaban tras las rejas. Ya he escrito que también nosotros lo creíamos así, que también nosotros lo deseábamos así en aquellos años, en el 49, en el 50. En aquellos años había llegado la injusticia de este régimen, de estas condenas de veinticinco años, de estos regresos de *repetidores* al Archipiélago, hasta un punto de estallar, ya manifiestamente intolerable, ya indefendible para los guardianes. (Y digámoslo en general: si el régimen es inmoral, está libre el súbdito de cualquier obligación ante él). ¡¿Qué vida tan calamitosa hay que organizar, para que miles de millares en

celdas, en furgones celulares y en vagones rezaran por una exterminadora guerra nuclear como única salida…?!

Pero no lloraba nadie. El odio seca las lágrimas.

Y otra preocupación tenían en camino los estonios: ¿cómo los acogería el pueblo siberiano? En el año 40 los siberianos despojaban a los bálticos desterrados, les extorsionaban la ropa, por un abrigo de pieles daban medio cubo de patatas. (Y es que ante nuestra miseria de entonces los bálticos parecían efectivamente burgueses)…

Ahora, en 1949, se había contado por Siberia que les traían kulaquería empedernida. Pero extenuada y harapienta descargaban a esa kulaquería de los vagones. En la revisión sanitaria las enfermeras rusas se asombraban de lo delgadas y raídas que venían estas mujeres, ni un trapo limpio tenían para el bebé. A los recién llegados los repartieron por los despoblados koljoses, y allí, a escondidas de las autoridades, les llevaban las koljosianas de Siberia lo que buenamente tuvieran: una medio litro de leche, otra unas tortitas de remolacha o de harina malísima.

Y ahora es cuando las estonianas lloraban.

Pero también estaban, por supuesto, los activistas del komsomol. Esos sí se creyeron a pies juntillas que había llegado basura fascista («¡echaremos al mar a todos!», exclamaban), y encima, los muy desagradecidos, no quieren trabajar para el país que los ha liberado de la esclavitud capitalista. Estos komsomoles se pusieron de vigilantes de los confinados, de su trabajo. Y además se les advirtió: al primer disparo organizad una redada.

En la estación de Achinsk pasó un divertido embrollo: las autoridades del distrito de Birillussy *compraron* a la escolta 10 vagones de confinados, medio millar de personas, para sus koljoses en el río Chulym, y sin tardanza los lanzaron a 150 km al norte de Achinsk. Pero estaban destinados (aunque naturalmente, no lo sabían) a la Dirección de Minas de Sarala en Jakassia. Ésos esperaban su *contingente*, pero el contingente había sido desparramado por koljoses que el año pasado habían cobrado 200 gramos de trigo por jornada. Para aquella primavera no les quedaba ni pan, ni patatas, y las aldeas enteras retumbaban con los mugidos de las vacas, que se lanzaban como fieras sobre paja medio podrida. De modo que no fue por maldad ni por oprimir a los confinados que el koljós entregó a los recién llegados un kilo de harina por persona y por semana: ¡era un adelanto muy decente, casi igual a todo su salario futuro! ¡Fue un cambio para los estonios, después de su Estonia…! (Cierto que en el poblado Polevói, no lejos de ellos, había grandes graneros llenos de trigo: se iba acumulando allí año tras año porque por falta de transporte, no llegaban a llevárselo. Pero aquel trigo ya era del Estado, ya no constaba como propiedad del koljós. Se moría la gente alrededor, pero trigo de aquellos graneros no le entregaban: era del Estado. El director del koljós, Pashkov, un día se decidió a repartir cinco kilos por cada koljosiano aún en vida, y fue a parar a un campo de concentración. El trigo aquel era del Estado, y aquellos asuntos, del koljós, no es este libro lugar para comentarlos).

En el río Chulym estuvieron unos tres meses debatiéndose los estonios, asimilando con asombro una nueva ley: *¡o robas, o mueres!* Y ya se pensaban que era *a perpetuidad*, cuando de pronto los recogieron a todos y se los llevaron al distrito de Sarala en Jakassia (eso era que sus amos habían descubierto su contingente). Jakasios propiamente dichos apenas sí se veían, pero cada poblado era de confinados, en cada poblado había comandancia. Por todas partes minas de oro, y sondeos, y silicosis. (En realidad aquellas latitudes no eran tanto Jakassia y región de Krasnoiarsk, cuando el trust aurífero Jak Zoloto o el Ieniseistroi, y pertenecían no a los soviets y comités de distrito, sino a los generales del MVD; los secretarios de comités de distrito doblaban el espinazo ante los comandantes de distrito).

Pero lo peor no era que le enviaran a uno simplemente a las minas. Lo peor era que lo apuntaran a la fuerza en un «equipo de buscadores de oro». ¡*Buscadores de oro*! Suena tan atrayente, parece ver brillar polvillo de oro. Sin embargo, en nuestro país saben estropear cualquier concepto humano. En esos «equipos» se metía a inmigrados especiales, porque no se atrevían a negarse. Los enviaban a explotar minas abandonadas por el Estado por no rentables. En estas minas ya no había servicios de seguridad, y caía constantemente agua, como una lluvia fuerte. Allí era imposible justificar lo trabajado y ganarse la vida aceptablemente; simplemente estos moribundos se enviaban a rebañar restos de oro que al Estado le daba lástima abandonar. Los equipos se sometían al «sector de buscadores» de la empresa minera, que lo único que sabía era asignarles un plan y exigirles el plan, ningún otro cometido. El trabajo de los equipos era «libre» no del Estado, sino de la legislación del Estado: no tenían derecho a vacaciones pagadas, ni forzosamente al descanso dominical (ya como zekos completos), podían anunciarles un «mes estajanovista» sin ningún domingo. Lo que sí quedaba del Estado era que si no salían al trabajo, era delito criminal. Cada dos meses los visitaba el tribunal popular y a muchos los condenaba al 25 % de trabajos correccionales**[jm]**, pretextos nunca faltaban. Ganaban estos «buscadores» al mes de 3 a 4 rublos «oro» (150 a 200 de los de Stalin).

En algunas minas cerca de Kopiovo, los confinados cobraban no en dinero, sino en *bonos*: y en efecto, ¿para qué querían dinero de la URSS, si de todas formas no se podían desplazar, y en la tienda de la mina también les venderían por bonos?

En este libro ya se ha hecho una comparación detallada entre los reclusos y los siervos de la gleba. Recordemos, sin embargo, de la historia de Rusia que la servidumbre más dura no era la campesina, sino la de los obreros industriales.

Estos *bonos* válidos para comprar sólo en la tienda de la mina nos traen a la memoria las minas y fábricas del Altai. Su población adscrita, en los siglos XVIII y XIX, cometía delitos adrede para ir al presidio y llevar una *vida más holgada*. En las minas de oro del Altai incluso a finales del siglo pasado «los obreros no tenían derecho a negarse a trabajar siquiera en domingo» (!), pagaban multas (compárese con los trabajos correccionales), y además allí había tiendas con artículos de baja calidad, emborrachamiento y sisa. «Estas tiendecitas, y no la mal organizada

extracción aurífera, eran la principal fuente de beneficios» de las compañías auríferas[24], léase del trust.

¿Y por qué será todo tan poco original en el Archipiélago…?

En 1952 la pequeña y frágil J. S. no fue al trabajo un día de fuerte helada porque no tenía botas de fieltro. En castigo el jefe del equipo maderero la envió por 3 meses a la tala de árboles, siempre sin botas. Ella misma, cuando se quedó encinta, pidió que le dieran un trabajo más fácil, que no fuera acarrear troncos, y le contestaron: si no quieres, despídete. Y la ignorante doctora se equivocó en un mes en las cuentas de su embarazo y le dio el permiso reglamentario dos-tres días antes del parto. Allí, en la taiga del MVD, no caben muchas reclamaciones.

Pero todo esto no era aún realmente tocar fondo. Tocaban fondo sólo aquellos inmigrados especiales que mandaban a un koljós. Discuten ahora algunos (y no es por nada) que qué es peor, si un koljós o un campo de concentración. Contestemos: ¿y si el koljós y el campo, los reunimos en uno? Pues ésa era la situación del inmigrado especial en el koljós. De koljós tiene el que no haya ración asegurada, sólo cuando la siembra dan setecientos de pan, y aún de grano medio podrido, con arena, color de tierra como de barrer el suelo en los graneros. De campo, el que metan en las Celdas de Detención Preventiva: se queja el jefe de equipo de un confinado suyo a la dirección, la dirección llama a la comandancia, y la comandancia lo arresta. Y ya quién paga el salario, ni se sabe: en su primer año de trabajo en un koljós, María Sumberg cobró por día trabajado *veinte gramos* de grano (¡más recoge un avecilla de Dios por los caminos!) y quince copecs de los de Stalin (de Kruschev, uno y medio). Por su paga de todo el *año* se compró… una palangana de aluminio.

Entonces, ¿de qué vivían? Pues de lo que les enviaban del Báltico. Es que su pueblo, no lo habían desterrado entero.

Pero ¿quién mandaba paquetes a los calmucos? ¿A los tártaros de Crimea?

Dese una vuelta por las tumbas, pregunte.

Fuera por aquel mismo decreto de su propio Consejo de Ministros báltico, fuera ya por hombría de prosiberiana, se les aplicó a los inmigrados especiales del Báltico hasta 1953, cuando palmó el Padre, una disposición especial: ¡sólo trabajos duros! ¡Sólo pico, pala y sierra! «¡*Aquí tenéis que aprender a ser personas*!». Y si la producción colocaba a alguno más alto, intervenía la comandancia y lo quitaba ella misma *a los generales*. Ni siquiera permitían a los inmigrados especiales cavar el huerto que rodeaba la casa de reposo de la dirección de las minas, para no ofender los sentimientos de los estajanovistas que descansaban allí. Hasta del cargo de pastora de terneros echó el comandante a M. Sumberg: «¡No os han traído a veranear, andando a almiarar el heno!». A duras penas la retuvo el presidente. (Le había salvado a los terneros de la brucelosis. Se había encariñado con el ganado siberiano, que encontraba más bueno que el estonio, y las vacas, no acostumbradas a las caricias, le lamían las manos).

¿Que un día hace falta urgentemente cargar grano en una barcaza? Pues los inmigrados especiales trabajan, ni agradecidos ni pagados, 36 horas seguidas (r. Chulym). En este día y medio, los altos de 20 minutos para comer y un descanso de 3 horas. «¡Si no queréis, os desterrarnos más al Norte!». Ha caído un viejo bajo el saco, los komsomoles-vigilantes le dan patadas.

Se ficha cada semana. ¿Que hasta la comandancia hay varios kilómetros? ¿Que la vieja tiene 80 años? ¡Coged un caballo y traedla! Cada vez que ficha, a cada uno se le recuerda: por evasión son 20 años de presidio.

Al lado está la habitación del comisario. Y a ella se te hace pasar. Allí te agitarán el señuelo de un trabajo mejor. Y amenazarán con desterrar a tu hija única tras el Círculo Polar, por separado de la familia.

Y ¿qué no pueden hacer? ¿En qué alto jamás detuvo su mano la conciencia…?

Esta es su misión: vigilar a fulano. Recoger materiales para procesar a mengano.

Al entrar en la isba cualquier sargento de comandancia, todos los inmigrados especiales, mujeres y mayores y todo, han de levantarse y no sentarse sin permiso.

¿… Pero no nos habrá malentendido el lector, que los inmigrantes especiales estaban privados de derechos cívicos…?

¡Oh, no, no! ¡Todos los derechos cívicos los conservaban íntegros! No se les quitaban los pasaportes. No se les privaba de participar en las elecciones generales, iguales, secretas y directas. Este momento supremo, fulgurante —de entre varios candidatos tachar a todos, salvo a tu elegido[jn]— se les conservaba como cosa sagrada. Y tampoco se les prohibía suscribir empréstitos (¡recordemos los tormentos del comunista Diákov en el campo de concentración!). Cuando los koljosianos *libres*, refunfuñando y mascullando tacos, apenas daban 50 rublos por barba, a los estonios les exprimían 400: «Vosotros sois ricos. A quien no suscriba, dejaremos de entregarle los paquetes. Lo confinaremos; aún más al Norte».

Y lo harán, ¿qué les cuesta…?

¡Ay, qué aburrido! Otra vez vuelta a lo mismo. Y eso que esta parte la habíamos empezado con algo nuevo: no el campo, sino el destierro. Y eso que este capítulo lo habíamos empezado con algo inédito: no confinados administrativos, sino inmigrados especiales.

Pero volvemos siempre a lo mismo.

¿Y es preciso, y cuánto queda todavía por volver, y volver, y volver a contar de otros, distintos, diferentes distritos de confinamiento? ¿De otros lugares? ¿De otros años? De otras naciones.

¿A ver de cuáles…?

Alojadas en capas sucesivas, bien a la vista unas de otras, manifestaron las naciones sus rasgos, modos de vida, gustos, inclinaciones.

Entre todos, los más laboriosos fueron los alemanes. Más irrevocablemente que nadie cortaron todo recuerdo de su vida anterior (bueno, y ¿qué patria era para ellos el Volga o el Manych?). Como en su día en las ricas parcelas de Catalina[jo], así ahora echaron raíces en las áridas, desoladas de Stalin, se entregaron a su nueva tierra de confinamiento como a la suya definitiva. Se instalaron no hasta el primer indulto, no hasta el primer favor real, sino para siempre. Desterrados en el 41 sin nada, pero diligentes e incansables, no se desalentaron, sino que se pusieron a trabajar también aquí igual de metódica y sensatamente. ¿Dónde hay en la tierra un desierto que los alemanes no puedan convertir en un floreciente vergel? No en vano decían en la antigua Rusia: el alemán es como un esqueje, donde lo metas, ahí arraiga. Sea en las minas, sea en las estaciones de maquinaria agrícola, no encontraban los jefes bastantes elogios para los alemanes: mejores trabajadores no tenían. Para los años cincuenta, los alemanes tenían, de entre todos los confinados, y con frecuencia los indígenas también, las casas más sólidas, espaciosas y limpias; los cerdos más gordos; las vacas más lecheras. Y de sus hijas crecían envidiables partidos no sólo por el desahogo de sus padres, sino también —en medio de la depravación del mundo concentracionario— por la pureza y severidad de sus costumbres.

También se pusieron al trabajo con ardor los griegos. No es que dejaran de soñar con el Kubán, pero tampoco aquí escatimaron sudores. Vivían más estrechos que los alemanes, pero en cuestión de huertos y vacas los alcanzaron pronto. En los mercadillos del Kazajstán el mejor requesón, la mejor mantequilla, la mejor verdura la tenían los griegos.

En el Kazajstán aún prosperaron más los coreanos, pero también fueron confinados antes, y para los años cincuenta ya vivían bastante más libres: ya no *fichaban*, se desplazaban libremente de provincia a provincia, y lo único que no podían era salir de la república. Prosperaron no por la abundancia en sus granjas y casas (unas y otras las tenían incómodas y hasta primitivas, hasta que la juventud pasó a la moda europea). Pero, muy dotados para el estudio, llenaron rápidamente los establecimientos de enseñanza del Kazajstán (ya en los años de guerra no se los impedían) y pasaron a formar la mayoría de la capa instruida de la república.

Otras naciones, acariciando la esperanza del retorno, se desdoblaban, en sus propósitos, en su modo de vida. Sin embargo, en líneas generales se sometieron al régimen y no causaban grandes problemas al poder de las comandancias. Los calmucos no resistían, se extinguían tristemente. (Por lo demás, no he tenido ocasión de observarlos).

Pero hubo una nación que no cedió en absoluto a la psicosis de sumisión: no unos pocos, no unos rebeldes aislados, sino la nación entera. Son los chechenos.

Ya hemos visto cómo trataban a los evadidos de los campos. Cómo fueron los únicos de todo el confinamiento de Dzhezkazgán en intentar apoyar el levantamiento

de Kenguir.

Yo diría que de todos los inmigrados especiales, tan sólo los chechenos se mostraron *zekos* en el alma. Después de que una vez los arrancaran traicioneramente de sitio, ya no creían en nada. Se construyeron chabolas, bajas, oscuras, miserables, que parecía que con una patada se fueran a venir abajo. Igual era toda su economía en confinamiento: para hoy nada más, este mes, este año, sin ninguna provisión, reserva, proyecto a largo término Comían, bebían, los jóvenes además vestían. Pasaban los años, y seguían sin tener nada, como al principio. Jamás ningún checheno intentaba complacer o gustar a la autoridad, sino que ante ella se mostraban orgullosos, cuando no abiertamente hostiles. Despreciando las leyes de escolaridad obligatoria y aquellas ciencias escolares estatales, no mandaban al colegio a sus hijas, para no echarlas a perder allí, y ni siquiera a todos sus hijos. A sus mujeres no las mandaban al koljós. Ni ellos se mataban en los campos koljosianos. Sobre todo trataban de colocarse de camioneros: cuidar de un motor no es humillante, en el constante movimiento del camión encontraban satisfacción a su pasión de jinetes, y en las posibilidades de un camionero, a su pasión por el robo. Por lo demás, esta última pasión también la satisfacían directamente. Trajeron al pacífico, honrado Kazajstán los conceptos de «me han robado», «me han limpiado el piso». Podían robar ganado, asaltar una casa, a veces hasta simplemente quitar a viva fuerza. A los indígenas y a esos confinados que tan fácilmente se habían sometido a la autoridad los consideraban como casi de la misma ralea. Respetaban sólo a los rebeldes.

Y lo que son las cosas: todos los temían. Nadie podía impedirles vivir de esta forma. Y el poder, que llevaba ya treinta años dominando este país, no podía obligarles a cumplir sus leyes.

¿Cómo fue posible? Contaré un caso en que, quizá, se condensa la explicación. En la escuela de Kok-Terek, estudiaba conmigo en noveno curso el joven checheno Abdul Judáyev. No despertaba simpatías, ni trataba de hacerlo, como temiendo rebajarse a ser amable: era siempre marcadamente seco, muy orgulloso y también cruel. Pero no se podía dejar de apreciar su clara y nítida inteligencia. En matemáticas, en física, jamás se detenía en el nivel de sus compañeros, sino que siempre profundizaba y hacía preguntas que provenían de una incansable búsqueda de la esencia. Como todos los hijos de inmigrados, tenía forzosamente que participar en el colegio en las llamadas *actividades sociales*, o sea, primero la organización de pioneros, luego el komsomol, los comités de estudios, los diarios murales, la educación cívica, los coloquios, vaya, aquella paga espiritual por la instrucción, que de tan mala gana pagaban los chechenos.

Vivía Abdul con su vieja madre. Ninguno de sus parientes cercanos había sobrevivido, sólo existía un hermano mayor que Abdul, totalmente pasado al hampa, ya con varias condenas por robo y homicidio, pero saliendo cada vez antes del término sea por indulto, sea por redención de pena. Un buen día apareció por Kok-Terek, estuvo dos días bebiendo como una cuba, tuvo unas palabras con un checheno

del lugar, tomó un cuchillo y se lanzó tras él. Le cerró el camino una vieja chechena extraña: extendió las manos para que se detuviera. Si él hubiera seguido la ley chechena, habría debido tirar el cuchillo y parar la persecución. Pero más que checheno, ya era ladrón: levantó el cuchillo y mató a la inocente vieja. Ahí le entró en la cabeza borracha lo que le esperaba según la ley chechena. Corrió al MVD, confesó el homicidio, y de buena gana lo metieron en la cárcel.

Él se había escondido, pero quedaba su hermano menor Abdul, su madre y otro viejo checheno de su clan, tío de Abdul. La noticia del homicidio se esparció como la pólvora por la colonia chechena de Kok-Terek, y los tres supervivientes de la estirpe de los Judáyev se metieron en su casa, hicieron provisión de comida, de agua, atracaron la ventana, clavaron la puerta, se fortificaron como para un sitio. Los chechenos del clan de la mujer muerta debían ahora vengarse sobre alguien del clan de los Judáyev. Hasta que no se hubiera derramado sangre de los Judáyev por la sangre de ellos, no eran dignos de llamarse hombres.

Y empezó el asedio de la casa de los Judáyev. Abdul no iba al colegio, y todo Kok-Terek y todo el colegio sabían por qué. A un chico del último curso, del komsomol, de sobresaliente, le amenazaba a cada minuto una muerte a cuchillo —quién sabe, quizá ahora mismo, cuando con el timbre se sientan a los pupitres, o ahora, cuando el profesor de literatura se enrolla con el humanismo socialista—. Todos lo sabían, todos lo recordaban, en los recreos no se hablaba de otra cosa, pero todos bajaron la vista. Ni la célula comunista, ni la célula del komsomol del colegio, ni los jefes de estudio, ni el director, ni la Delegación Comarcal de Educación Popular, nadie fue a salvar a Judáyev, nadie se acercó siquiera a su casa situada en el barrio checheno que zumbaba como una colmena. ¡Y si sólo hubieran sido ellos! Pero ante el hálito de la venganza de la sangre se inhibieron cobardemente también los hasta entonces tan terribles para nosotros Comité del distrito del partido, Comité Ejecutivo del distrito, MVD con toda su comandancia y la Policía tras sus muros de adobe. Alentó la bárbara antigua ley salvaje, y en el acto resultó que en Kok-Terek no había ningún poder soviético. Ni era mucho lo que abarcaba su brazo desde la capital de provincia, Dzhambul, pues en tres días de allí no llegó ningún avión con tropas ni se recibió una sola orden terminante, salvo la de defender la cárcel con las fuerzas disponibles.

Así quedó constancia para los chechenos, y para todos nosotros, de qué es fuerza en la tierra, y qué espejismo.

¡Y sólo los ancianos chechenos se mostraban razonables! Fueron al MVD una vez, y pidieron que les entregaran al mayor de los Judáyev para ajustar cuentas. El MVD se negó con recelo. Fueron al MVD otra vez, y pidieron que celebraran un juicio público y fusilaran ante ellos a Judáyev. Entonces, prometieron, la venganza de la sangre se levantaba de los Judáyev. No podía pensarse un compromiso más sensato. Pero ¿cómo va a ser un juicio público? Pero ¿cómo va a ser una ejecución prometida de antemano y con testigos? Si no es ningún preso político, es un ladrón,

es un socialmente allegado. Se pueden pisotear los derechos del Cincuenta y Ocho, pero no los de un homicida multirreincidente. Consultaron a *la provincia*, llegó una negativa. «¡Entonces dentro de una hora matarán al Judáyev mayor!», explicaban los ancianos. Los oficiales del MVD se encogían de hombros: no podía ser asunto suyo. Un crimen aún no cometido no podía entrar bajo su competencia.

Y, sin embargo, algún relente del siglo XX tocó… no el MVD, no, sino ¡los endurecidos ancianos corazones chechenos! A pesar de todo, ¡no ordenaron a los vengadores que vengaran! Mandaron un telegrama a Alma-Ata. De allí vinieron urgentemente otros ancianos más, los más respetados en todo el pueblo. Reunieron un consejo de los más ancianos. Al mayor de los Judáyev lo maldijeron y lo condenaron a muerte, dondequiera en la tierra se encontrara con un puñal checheno. A los demás Judáyev los convocaron y dijeron: «Id. No os tocarán».

Y Abdul tomó sus libros y fue al colegio. Y con sonrisas hipócritas le dieron allí la bienvenida el secretario de la célula del partido y el de la del komsomol. Y en los próximos coloquios y clases continuaron con el cuento de la conciencia comunista, sin recordar para nada el lamentable incidente. Ni un músculo se estremecía en el rostro cetrino de Abdul. Había entendido una vez más qué es la principal fuerza en la tierra: *la venganza de la sangre*.

Nosotros, los europeos, en nuestros libros y escuelas sólo leemos y pronunciamos desdeñosas palabras de desprecio para esta salvaje ley, para estos insensatos y crueles asesinatos. Pero si nos fijamos, no son tan insensatos: no acaban con las naciones montañesas, sino que las robustecen. No son tantas las víctimas que caen por la ley de la sangre, pero ¡qué pánico infunde a todo lo circundante! Recordando esta ley, ¿qué montañés se atreverá a ofender a otro *porque sí*, como nos ofendemos nosotros por borrachera, por malcrianza, por capricho? Y con más motivo, ¿qué *no* checheno se atreverá a meterse con un checheno? ¿A llamarle ladrón? ¿O grosero? ¿O a mandarlo a la cola? ¡Es que la respuesta puede no ser de palabra, unos insultos, sino una puñalada en un costado! E incluso si sacas una navaja tú (pero civilizado, tú no la llevas), no devolverás golpe por golpe: ¡es que caerá bajo el puñal toda tu familia! Los chechenos pisan la tierra kazaja con ojos insolentes, se abren camino a codazos, y todos, los «amos del país» y los no amos, se apartan respetuosamente. La venganza de la sangre irradia un campo de terror, y así robustece a la pequeña nación montañesa.

«¡Pega a los tuyos para que teman los extraños!». Los antepasados de los montañeses en la lejana antigüedad no pudieron encontrar mejor coraza.

Y ¿qué les propuso el Estado socialista?

V
Terminada la condena

En ocho años de cárceles y campos de concentración no he oído hablar bien del confinamiento a nadie que hubiera estado en él. Pero aún desde las primeras cárceles de instrucción y de tránsito, porque oprimen demasiado al hombre las seis cercanas superficies pétreas de una celda, se enciende en el detenido el recóndito sueño con el confinamiento, fluctúa, espejea, y suspiran en sus oscuros catres delgados pechos de reclusos:

—¡Hay, el confinamiento! ¡Ojalá dieran confinamiento!

Yo no sólo no escapé a ese destino general, sino que en mí el soñar con el confinamiento se afianzó especialmente. En la cantera de arcilla de Ierusalim oía a los gallos de la aldea vecina, y soñaba con el confinamiento. Y desde el tejado de la Puerta de Kaluga miraba a la amalgamada y ajena inmensidad de la capital, y hacía votos: ¡cuanto más lejos de ella, cuanto más lejos a confinamiento! E incluso envié una ingenua instancia al Soviet Supremo, de que me cambiaran mis 8 años de campos por confinamiento de por vida, aunque fuera el más alejado y salvaje. El elefante en respuesta ni tosió. (Yo no comprendía aún que el confinamiento de por vida me esperaba de todos modos, pero no sería *en lugar* del campo, sino *después* de él).

En 1952, del *lagpunkt* «ruso» de Ekibastuz, de tres mil hombres, «liberaron» a una docena. Entonces eso hacia un efecto extrañísimo: ¡que al Cincuenta y Ocho de pronto lo sacaran tras el portal! Llevaba ya tres años funcionando Ekibastuz, y aún no habían liberado ni a uno solo, ni se le había terminado la condena a nadie. Aquello era que se les cumplían los primeros *dos duros* del tiempo de guerra a los pocos que habían sobrevivido.

Con impaciencia esperábamos sus cartas. Llegaron varias, directamente o por intermediarios. Y supimos que a casi todos se los habían llevado del campo a confinamiento, aunque sus condenas de confinamiento no dijeran nada. ¡Pero eso no extrañó a nadie! Tanto para nuestros carceleros como para nosotros estaba clarísimo que no se trataba ni de justicia, ni de condena, ni del papeleo justificativo, sino de que a nosotros, una vez declarados *enemigos*, el poder, por derecho del más fuerte, ahora nos pisotearía, nos aplastaría y nos ahogaría hasta el mismo día de nuestra muerte. Y solamente esto nos parecía, tanto al poder como a nosotros, lógico y normal; hasta tal punto nos habíamos acostumbrado, lo habíamos aceptado.

En los últimos años de Stalin lo que inquietaba no era la suerte de los confinados, sino la de los pseudo *liberados*, de aquellos a los que en apariencia dejaban tras el portal sin escolta, de aquellos a quienes a primera vista abandonaba la protectora ala gris del MVD. En cambio el confinamiento, que el poder, en su ignorancia, consideraba como una pena complementaria, era la continuación de la habitual existencia irresponsable, de aquella base fatalista en que tan firmemente asentado está el recluso. El confinamiento nos libraba de la necesidad de elegir nosotros mismos un lugar de residencia, y, por tanto, de dolorosas dudas y errores. Sólo aquel lugar era seguro, adonde nos confinaban. Sólo en ese único lugar en toda la Unión no podrían reprocharnos que para qué habíamos venido. Sólo aquí teníamos indiscutiblemente derecho a metro cuadrado y medio de tierra al final. Y además el que salía del campo sin familia, como yo, a quien nadie esperaba en ningún sitio, sólo en confinamiento, según parecía, podía esperar encontrar un alma gemela.

Tantas prisas para detenernos, pero para ponernos en libertad aquí no hay premura. Si a algún desdichado griego democrático o turco socialista lo retuvieran en la cárcel un día de más de lo señalado, ¡la que armaría la Prensa mundial! En cambio yo estaba dichoso de que al término de mi condena me retuvieran en el campo sólo unos días, y después… ¿me pusieran en libertad?, no, después se me llevaron trasladado. Y un mes más me estuvieron transportando ya a cuenta de *mi* tiempo.

Aun y cuando salíamos del campo bajo escolta, tratamos de respetar las últimas supersticiones carcelarias: no volverte por nada del mundo a ver tu última cárcel (si no regresarás a ella), disponer correctamente de la cuchara carcelaria. (Pero ¿cómo es correctamente? Unos decían: llevártela para no volver a por ella; otros: tirársela a la cárcel, para que la cárcel no te persiga. Mi cuchara la había fundido yo mismo en la fundición, me la llevé).

Y desfilaron otra vez las cárceles de tránsito de Pavlodar, de Omsk, de Novosibirsk. Aunque se habían terminado nuestras condenas, nos seguían registrando, quitando lo prohibido, metiendo en estrechas celdas atiborradas, en furgones celulares, en vagones-stolypin, mezclando con hampones, e igualmente nos rugían los perros de la escolta e idénticamente gritaban los soldados: «¡¡No te vuelvas!!».

Pero en la cárcel de tránsito de Omsk un celador bonachón, al pasarnos lista por expedientes, nos preguntó, a los cinco del Ekibastuz: «¿Que Dios está rezando por vosotros?». «¿Por qué? ¿Adónde?», en seguida aplicamos el oído, entendiendo, por tanto, que era un sitio bueno. «Pues al Sur», se asombraba el celador.

Y efectivamente, desde Novosibirsk nos desviaron hacia el sur. ¡Nos vamos al sol! Allí hay arroz, allí hay uva y manzanas. ¿Qué es lo que pasa? ¿Es que el camarada Beria no nos ha podido encontrar en toda la Unión Soviética un lugar peor? Un confinamiento de éstos, ¿existe? (Para mis adentros ya iba tomando medidas:

escribiré sobre el confinamiento un ciclo de poesías y lo titularé: *Poemas del Maravilloso Confinamiento*).

En la estación de Dzhambul nos descargaron del stolypin con las severidades de costumbre, nos condujeron a un camión por un pasillo viviente de soldados y nos sentaron en el suelo exactamente igual, como si, habiendo cumplido nuestra condena, tuviéramos ganas de evadirnos. Era noche negra, luna menguante, y sólo ella iluminaba débilmente la oscura alameda por la que nos llevaban, pero era justamente una alameda, ¡y de álamos piramidales! ¡Vaya un confinamiento! ¿No estaremos en Crimea? Finales de febrero, allí en el Irtych ahora está helando, y aquí un airecillo amable y primaveral.

Nos trajeron a la cárcel, y la cárcel nos acogió sin registro de entrada y sin baño. ¡Se suavizaban los malditos muros! Así que con sacos y maletas nos metimos en la celda. Por la mañana el oficial de servicio abrió la puerta y suspiró: «Salir con todas las cosas».

Se aflojaban las garras del demonio…

La bermeja mañana de primavera nos envolvió en el patio. La aurora daba un tono cálido a los muros de ladrillo de la cárcel. En mitad del patio nos esperaba un camión, y en la plataforma ya estaban sentados dos zekos, que unían a nuestro grupo. Había que respirar, mirar alrededor, penetrarse de la irrepetibilidad del momento, pero ¡no era cosa de dejar de hacer una nueva amistad! Uno de los nuevos, un viejecito seco con ojos claros que le lloraban, estaba sentado sobre sus arrugadas cosillas tan erguido, tan solemne como si fuera un rey en una recepción de embajadores. Se podía pensar que era sordo o extranjero y no esperaba encontrar manera de comunicarse con nosotros. Apenas estuvimos arriba en la plataforma, me decidí a entablar conversación con él, y él con voz sin nada de cascado, en purísimo ruso, se presentó:

—Vladimir Alexándrovich Vasíliev.

¡Y saltó entre nosotros una chispa espiritual! Siente el corazón al amigo y al enemigo. Éste era un amigo. En la cárcel, ¡date prisa en conocer a la gente! No sabes si os separarán al minuto siguiente. Hombre, ya no estamos en la cárcel, pero por si acaso… Y, cubriendo el ruido del motor, le hago una entrevista, sin notar que el camión ha pasado del asfalto de la cárcel al empedrado de la calle, olvidando que no hay que volverse hacia la última cárcel (pero ¡¿cuántas habrá, últimas?!), sin fijarme siquiera en el corto pedacito de *libertad* que estamos cruzando, y ya estamos otra vez en el amplio patio interior del MVD provincial, de donde salir a la ciudad lo volvemos a tener prohibido.

A Vladimir Alexándrovich a primera vista se le podían dar noventa años, así se combinaban estos ojos intemporales, el rostro fino y el poco pelo blanco. Pero tenía setenta y tres. Resultó ser de los más antiguos ingenieros rusos, de los más importantes hidrotécnicos e hidrógrafos. En la «Unión de Ingenieros Rusos» (y ¿qué es eso? la primera vez que lo oigo nombrar. Pues era una poderosa creación social del

pensamiento técnico, tal vez una de aquellas varias cosas en que Rusia se adelantó un siglo a su tiempo en los años diez y veinte, pero que se han perdido todas) Vasíliev fue un dirigente destacado, y aún ahora con firme satisfacción recuerda: «Nos negamos a fingir que se pueden hacer crecer dátiles en postes secos».

Por lo que los disolvieron, naturalmente.

Toda esta región, los Siete Ríos, en que entrábamos ahora, se la había recorrido entera, a pie o a caballo, hacía ya medio siglo. Aún antes de la primera guerra había hecho los cálculos de los proyectos de irrigación del valle del Chu, de la presa del Naryn y de la apertura del túnel a través de los montes Chu-Ili, y aún antes de la primera guerra había empezado él mismo a realizarlos. Seis «excavadoras eléctricas» (las seis sobrevivieron a la revolución y en los años treinta eran presentadas en las obras del pantano de Chirchik como una novedad soviética) habían sido encargadas por él todavía en 1912, y ya trabajaban aquí. Y ahora, después de cumplir 15 años por «sabotaje» —los tres últimos, en el aislador de Verjneuralsk— había obtenido como un favor especial ser confinado y morir precisamente aquí, en los Siete Ríos, donde lo había empezado todo. (Pero incluso esta gracia no se la hubieran concedido por nada del mundo, si Beria no lo recordara de los años veinte, de cuando el ingeniero Vasíliev dividía las aguas en las tres repúblicas transcaucásicas).

Con razón entonces estaba tan ensimismado y con aspecto de esfinge, sentado sobre su bolsita en el camión: no sólo era su primer día de libertad, sino también su regreso al país de su juventud, al país de su inspiración. No, no es tan corta la vida del hombre, si a lo largo de ella vas dejando obeliscos.

Hacía pocos días, la hija de V. A. se había parado en la calle Arbat ante un escaparate con el diario *Trud*[jp]. Un petulante corresponsal, sin escatimar bien pagadas palabras, contaba con desenfado su viaje al valle del Chu, irrigado y puesto en valor por innovadores-bolcheviques; hablaba de la presa de Naryn, de la sabia hidrotécnica, de los felices koljosianos. Y de pronto —¿quién se lo habría soplado al oído?— terminó: «Pero pocos saben que todas estas transformaciones son la realización del sueño del talentoso ingeniero ruso Vasíliev, que no encontró eco en la antigua Rusia burocrática[25]. ¡Qué lástima que el joven entusiasta no haya vivido para ver el triunfo de sus nobles ideas!». Los preciados renglones periodísticos se nublaron, se fundieron, la hija arrancó el diario del escaparate, lo apretó contra su pecho y se lo llevó bajo los silbidos de un guardia.

El *joven entusiasta* se encontraba en aquel momento en una húmeda celda del aislador de Verjneuralsk. El reuma o alguna otra enfermedad de las articulaciones había agarrotado al viejo en la columna vertebral, no podía desdoblarse. Gracias que no estaba solo en la celda, con él había un sueco, y le curó la espalda con masajes deportivos.

Los suecos no es que abunden tantísimo en las cárceles soviéticas. Con un sueco, recuerdo, también estuve yo. Se llamaba Erik…

—¿… Arvid Andersen? —pregunta con viveza V. A. (Habla y se mueve con mucha vivacidad).

¡Anda, lo que son las cosas! ¡Resulta que es Arvid el que lo ha curado con masajes! ¡Qué, pero qué pequeño es el mundo!, nos recuerda el Archipiélago como despedida. O sea que donde se llevaron a Arvid hace tres años fue al aislador de los Urales. Y no parecen haber intercedido mucho por el muchacho ni el Pacto Atlántico, ni el papi multimillonario[26].

En éstas nos empiezan a convocar uno por uno a la Comandancia Provincial, está aquí mismo, en el patio de la delegación provincial del MVD: es un coronel, un mayor y muchos tenientes, que se ocupan de todos los confinados de la provincia de Dzhambul. Al coronel, por cierto, no lo llegamos a ver, el mayor sólo echa un vistazo a nuestras caras, como a los titulares del periódico, y nos *formalizan* tenientes, que escriben elegantemente con pluma.

La experiencia concentracionaria me va dando perceptibles golpecitos en un costado: ¡ojo! ¡En estos breves instantes se está decidiendo toda tu suerte futura! ¡No pierdas tiempo! ¡Exige, insiste, protesta! Esfuérzate, espabílate, invéntate algo, porque necesitas quedarte en una capital de provincia o recibir el distrito más cercano y cómodo. (Y hay motivo para ello, aunque yo no lo conozca: llevan dos años creciéndome metástasis después de la inacabada operación en el campo).

No-o, yo ya no soy aquél… No soy el mismo que cuando empecé mi condena. Una especie de supremo torpor ha bajado sobre mí, y me es agradable permanecer en este estado. Me es agradable no usar mi atrafagada experiencia concentracionaria. Me repugna inventar ahora un mezquino, indigente pretexto. Ningún hombre sabe nada por adelantado. Tanto puede alcanzarlo la mayor desgracia en el mejor sitio, como hallarlo la mayor dicha en el peor. Si ni siquiera me ha dado tiempo a averiguar, a preguntar qué distritos de la provincia son buenos y cuáles malos, estaba entretenido con la historia del anciano ingeniero.

En su expediente debe constar alguna cláusula protectora, porque lo autorizan a salir a pie por sus propios medios a la ciudad y a buscarse allí un trabajo. Pero a todos los demás nos dan el mismo destino: distrito de Kok-Terek. Es un trozo de desierto al norte de la provincia, el comienzo del árido Betpak-Dala, que ocupa todo el centro de Kazajstán. ¡Conque uvas…!

Inscriben con letra redonda el apellido de cada uno de nosotros en un formulario, impreso en un basto papel rojizo, ponen la fecha, y lo vuelven hacia nosotros para que firmemos.

¿Dónde he visto yo algo parecido? Ah, sí, cuando me comunicaron la resolución del OSO. Entonces también lo único era coger la pluma y firmar. Sólo que entonces el papel era moscovita, liso. La plumilla y la tinta, por lo demás, eran igual de malas.

A ver, ¿qué es lo que se me «notifica en el día de la fecha»? Que yo, fulano, quedo confinado *a perpetuidad* bajo pública vigilancia (¡vieja terminología zarista!) del MGB del distrito y en caso de traspasar sin el correspondiente permiso los límites

del distrito seré juzgado con arreglo al Decreto del Praesidium del Soviet Supremo que prevé una pena de 20 (veinte) años de trabajos forzados.

Bueno, todo legal. Ya no nos asombra nada. Firmamos de buena gana[27]. En mi cabeza da vueltas insistentemente un epigrama, algo largo, ciertamente:

Como un martillazo en plena cabeza
Aplasta tu efímera felicidad
Me dan un parduzco papel de estraza
De que estoy confinado a perpetuidad.
Son perpetuos los montes, las rocas, los Alpes,
Lo son las estrellas, y no como aquella
Que en mitad de una gorra de plato se ve.
A mí ser perpetuo *incluso me alela,*
Pero a ver, ¿es perpetuo el emegebé?

Vuelve Vladimir Alexándrovich de la ciudad, le recito el epigrama y nos reímos, nos reímos como chiquillos, como reclusos, como hombres en estado de inocencia. V. A. tiene una risa muy cristalina, recuerda la risa de K. I. Strajóvich. Y también hay un profundo parecido entre ellos: ambos están demasiado centrados en el intelecto, y no hay forma de que los sufrimientos del cuerpo destruyan su equilibrio espiritual.

Pero de momento ahora tampoco trae buenas noticias. Lo han confinado, naturalmente, donde no debían, se han equivocado, como era de suponer. Sólo desde Frunze podían destinarlo al valle del Chu, al lugar de sus trabajos anteriores. En cambio aquí, el Departamento de Aguas se ocupa de los arukos, de las viejas acequias morunas. Un satisfecho kazajo semianalfabeto, director del Departamento de Aguas, tuvo a bien hacer esperar al creador del sistema de irrigación del Chu ante la puerta de su despacho, llamó al Comité Provincial y aceptó tomarlo de ayudante de hidrotécnico, como a una niñata salida de la escuela. A Frunze, imposible: es otra república.

¿Cómo resumir en una frase toda la historia de Rusia? El país de las posibilidades frustradas.

Pero a pesar de todo, se frota las manos el viejecito: lo conocen los científicos, tal vez logren tirar de él. Firma él también que queda confinado a perpetuidad, y si se ausenta, irá a presidio hasta los 93 años. Le acerco sus cosas hasta el portal, hasta la línea que me está prohibido cruzar. Ahora irá a alquilar a buena gente un rincón de habitación, y ya habla de hacer venir a la vieja desde Moscú. ¿Los hijos…? Los hijos no vendrán. Dicen que no se puede dejar un piso en Moscú. ¿Y otros parientes? Hay un hermano. Pero tiene un sino desgraciadísimo: es historiador, no comprendió la Revolución de Octubre, se expatrió, y ahora, el pobre, es titular de la cátedra de Bizancio en la Universidad de Columbia. Volvemos a reírnos, compadecemos al

hermano y nos damos un abrazo de despedida. Pasa fugazmente por mi vida otro hombre excepcional y desaparece de ella para siempre.

En cambio a nosotros, los demás, nos tienen por alguna oscura razón un día, y otro más, en un pequeño cuartucho, en cuyo entarimado malísimo, lleno de grietas, nos sentamos unos contra otros, con apenas sitio para estirar las piernas a lo largo. Eso me recuerda aquel calabozo por el que empecé mi condena hace ocho años. *Puestos en libertad*, nos encierran cada noche con candado, proponiéndonos, si queremos, que nos quedemos dentro con un zambullo. La única diferencia con la cárcel es que ya no nos alimentan de balde: damos dinero nuestro y por él nos traen alguna cosa de la plaza.

Al tercer día llega una auténtica escolta con escopetas, nos hacen firmar que hemos recibido dinero para el transporte y alimentación, el del transporte nos lo quita en el acto la escolta (oficialmente para comprar los billetes, pero en realidad, asustando a los revisores, nos transportan gratis, el dinero se lo quedarán ellos, es su ganancia), nos hacen formar en filas de dos con nuestras cosas y nos llevan a la estación, otra vez por entre filas de álamos. Cantan pájaros, zumba la primavera, ¡y sólo estamos a 2 de marzo! Llevamos ropa acolchada, tenemos calor, pero estamos contentos de estar al Sur. Otro quizá no, pero el privado de libertad es quien lo pasa peor con las heladas.

Nos llevan el día entero en un tren lento en dirección inversa al que nos trajo, luego, desde la estación de Chu, recorremos unos diez kilómetros a pie. Nuestros sacos y maletas nos hacen sudar lo suyo, nos inclinamos, tropezamos, pero los seguimos arrastrando: cada trapito sacado de los campos aún le hará su servicio a nuestro indigente cuerpo. Yo llevo dos zamarras (una la birlé en una inventarización), y por encima, mi atrotinado capote del ejército, desgastado tanto por la tierra del frente como por la del campo: ahora, rojizo, sobado, ¿cómo lo voy a tirar?

Cae la noche y no hemos llegado. Por tanto, a pasar otra noche en la cárcel, en Novotróitsk. Tantos días hace ya que estamos en libertad, y siempre cárceles y más cárceles. Una celda, el suelo desnudo, la mirilla, el retrete, manos atrás, agua caliente, lo único que no dan es comida: ya somos *libres*.

A la mañana traen un camión, viene a por nosotros aquella misma escolta, que ha dormido fuera del cuartel. Faltan 60 km estepa adentro. Quedamos atascados en hondonadas húmedas, saltamos del camión (antes, de detenidos, no podíamos) y lo empujamos, lo sacamos del barro, para terminar cuanto antes con la variedad del camino, para llegar cuanto antes al confinamiento a perpetuidad. En cuanto a la escolta, forma semicírculos alrededor de nosotros y nos custodia.

Van pasando kilómetros de estepa. Hasta donde abarca la vista, a derecha e izquierda sólo se ve hierba amarilla, incomestible, y muy de tarde en tarde un mísero poblado kazajo con un puñadito de árboles. Por fin delante de nosotros, tras una elevación de la estepa, aparecen las copas de unos pocos álamos (Kok-Terek significa «álamo verde»).

¡Hemos llegado! El camión corre por entre chabolas de adobe kazajas y chechenas, levanta una nube de polvo, atrae contra sí una bandada de indignados perros. Se apartan borriquillos con pequeñas carretas, desde un patio nos examina lenta y desdeñosamente un camello. También hay gente, pero nuestros ojos sólo ven a las mujeres, a esas extraordinarias, olvidadas, mujeres: mira esta morenita, cómo sigue desde el umbral nuestro camión, haciendo visera con la mano; mira estas tres juntas, con llamativos vestidos rojos. Ninguna es rusa. «¡Es igual, aún hay novias para nosotros!», me grita animosamente al oído el capitán mercante V. I. Vasilenko, que en Ekibastuz había vivido sin problemas como encargado de la lavandería, y ahora iba en libertad a desplegar sus alas, a buscarse un barco.

Tras pasar ante el almacén del distrito, el salón de té, el ambulatorio, el correo, el comité ejecutivo de distrito, el Comité de Distrito techado de pizarra, la casa de cultura techada de cañas, nuestro camión se detiene ante la casa del MVD-MGB. Todos cubiertos de polvo, saltamos abajo, entramos en su cercado, y, reparando poco en la calle mayor, nos lavamos ahí hasta la cintura.

Al otro lado de la calle, justo enfrente del MGB, se alza un asombroso edificio de un piso, pero alto: cuatro columnas dóricas sostienen con la mayor seriedad un falso pórtico; al pie de ellas hay dos escalones imitando piedra lisa, y coronando todo ello, un techo de paja oscurecido por los años. No puede dejar de latirme el corazón: ¡es una escuela! De ciclo completo[jq]. Pero no te embales, calla, pesado: este edificio no te concierne.

Cruzando la calle mayor se dirige allá, a la soñada puerta de la escuela, una muchacha de pelo ondulado, limpita, con el talle apretado por la chaqueta como una avispita. Camina, ¿y roza siquiera el suelo con los pies? ¡Es una *maestra*! Es tan joven que no ha podido todavía terminar la Facultad. Luego ciclo básico y escuela normal. ¡Cómo la envidio! Qué abismo hay entre ella y yo, un simple operario. Somos de castas diferentes, y jamás me atrevería a llevarla del brazo.

Entretanto de los recién llegados, haciéndolos pasar uno por uno a su taciturno despacho, ya se ocupaba… ¿quién iba a ser? ¡Naturalmente el *compadre*, el comisario! ¡También existe en confinamiento, también aquí es el personaje principal!

El primer contacto es muy importante: tenemos que estar jugando al gato y al ratón no un mes, sino *a perpetuidad*. Ahora cruzaré su umbral, y nos examinaremos mutuamente en sigilo. Él, un kazajo muy joven, se esconde tras una máscara de retraimiento y cortesía, y yo, de simplicidad. Comprendemos los dos que nuestras frases insignificantes —como «tenga una hoja de papel», «¿con qué pluma puedo escribir?»— ya son un duelo. Pero a mí me importa mostrar que ni siquiera lo sospecho. Simplemente, por lo visto, soy siempre así, todo franqueza, sin disimulos. Anda, diablejo bronceado, anótate en la sesera: «éste no requiere especial vigilancia, ha venido a vivir en paz, la reclusión le ha beneficiado».

¿Qué debo rellenar? Un formulario, por supuesto. Y una autobiografía. Con esto se abrirá una nueva carpeta, ahí preparada en la mesa. Luego aquí se depositarán las

denuncias contra mí, los informes de toda clase de autoridades. Y en el momento que se vaya perfilando un nuevo *expediente* y venga del centro la señal de *enchiquerar*, me enchiquerarán (aquí mismo, en el patio de atrás, está la cárcel de adobe) y me meterán otros *dos duros*.

Entrego los papeles iniciales, el comisario se los lee y los grapa.

—¿Me puede decir dónde está aquí la Delegación Comarcal de Educación? —le pregunto de pronto con despreocupada cortesía.

Él me lo explica amablemente. No hace gestos de asombro. De ahí deduzco que puedo ir a pedir un empleo, el MGB no tiene inconvenientes. (Naturalmente, como detenido viejo, no he metido la pata, no le he preguntado directamente si *puedo* trabajar en la instrucción popular).

—Dígame, ¿cuándo podré ir allí sin escolta?

Él se encoge de hombros:

—En principio, hoy, mientras aquí no le… es preferible que no salga del portal. Pero por un asunto de servicio puede ir.

¡Y *voy*! ¿Entienden todos esta gran palabra libre? ¡Voy *yo*! Ni por los lados, ni por detrás me apuntan metralletas. Me vuelvo: ¡nadie! Si quiero, voy por la derecha, a lo largo de la valla de la escuela, donde hurga en un charco un enorme cerdo. Si quiero, voy por la izquierda, donde pasean y escarban gallinas delante mismo de la Delegación de Educación.

Recorro doscientos metros hasta la Delegación, y mi espalda, continuamente encorvada, ya se ha enderezado un poquitín, y mis modales ya son un tantito más desenvueltos. En estos doscientos metros he pasado al estamento humano inmediatamente superior.

Entro con mi vieja guerrera de lana de tiempos del frente, con un viejísimo pantalón de sarga. Los zapatos son del campo, de piel de cerdo, y a duras penas están escondidas en ellos las puntas que asoman de unos calcetines bastos.

Están sentados dos gruesos kazajos, dos inspectores de Educación, según rezan los letreros.

—Quisiera entrar a trabajar, en la escuela —digo con un convencimiento creciente e incluso una cierta ligereza, como quien les pregunta dónde tienen el jarro con agua.

Se ponen en guardia. A pesar de todo, al pueblucho, en pleno desierto, no viene cada cinco minutos a buscar trabajo un nuevo profesor. Y aunque el distrito de Kok-Terek es mayor que Bélgica, aquí a todo el que tenga instrucción básica lo conocen por su nombre y apellido.

—¿Qué estudios tiene? —me preguntan en un ruso bastante puro.

—Facultad de Físico-Matemáticas.

Hasta se estremecen. Se miran. Picotean rápidamente en kazajo.

—Y… ¿de dónde viene usted?

Como si no estuviera claro, he de nombrárselo todo. ¿Qué chalado vendría aquí a buscar empleo, encima en el mes de marzo?

—Hace una hora he llegado aquí en confinamiento.

Ellos adoptan un aire significativo y uno tras otro desaparecen en el despacho del delegado. Se han ido, y ahora veo en mí la mirada de una mecanógrafa de unos cincuenta años, rusa. Un instante como una chispa, y somos compatriotas: ¡también ella es del Archipiélago! ¿De dónde, *por qué*, desde qué año? Nadezhda Nicoláyevna Grékova, de una familia cosaca de Novocherkassk, detenida en 1937, simple mecanógrafa y convicta mediante todo el arsenal de los *órganos* de haber participado en no sé qué fantástica organización terrorista. Diez años, y ahora *repetidora*, con confinamiento a perpetuidad.

Bajando la voz y volviéndose hacia la puerta entreabierta del delegado, me informa cabalmente: dos de ciclo completo, varias de ciclo básico, el distrito se asfixia sin matemáticos, no hay ni uno con estudios superiores, y lo que es un físico, aquí no lo han visto en la vida. Llaman del despacho. Pese a su corpulencia, la mecanógrafa se levanta de un salto, corre animosamente, toda servicio, y a la vuelta me invita a pasar en voz alta y oficial.

Un mantel rojo en la mesa. En el sofá están los dos gordos inspectores, sentados muy cómodos. En un gran sillón bajo el retrato de Stalin está el delegado: una pequeña, ágil, atractiva kazaja con ademanes de gata y serpiente. Stalin me sonríe torvamente desde el retrato.

Me sientan cerca de la puerta, lejos, como a un encausado. Comienzan una aburrida y huera conversación, especialmente larga porque tras cruzar conmigo un par de palabras en ruso, luego están diez minutos parlamentando en kazajo, y yo sentado ahí como un tonto. Me preguntan detalladamente dónde y cuándo di clase, expresan temores de que yo haya olvidado mi disciplina o mi método. Luego tras toda clase de pausas y suspiros, de que no hay sitio, de que las escuelas del distrito rebosan de físicos y matemáticos, y hasta es difícil sacar horas para medio sueldo, de que la educación de la juventud de nuestra época es un asunto de mucha responsabilidad, llegan a lo principal: *¿por qué* estuve en la cárcel? ¿Cuál fue exactamente mi delito? La gata-serpiente entorna los ojos por adelantado, como si el encarnado resplandor de mi crimen ya llegara a su comunista faz. Miro por encima de ella al siniestro rostro del satanás que ha estropeado mi vida entera. ¿Qué puedo contar ante su retrato de nuestras mutuas relaciones?

Asusto a esos pedagogos, hay un truco de detenidos así: lo que me preguntan es secreto de Estado, no tengo derecho a revelarlo. Pero resumiendo, deseo saber si me admiten a trabajar o no.

Y otra vez, y otra discuten en kazajo. ¿Quién es el valiente que a su propio riesgo dará trabajo a un delincuente de Estado? Pero tienen una salida: me dan a escribir mi autobiografía, y a rellenar un formulario en dos ejemplares. ¡Lo de siempre! El papel

todo lo sufre. ¿No es hace una hora que ya lo he llenado? Y tras llenarlo otra vez, vuelvo al MGB.

Recorro con interés su patio, su cárcel interior de construcción propia, observo cómo, imitando a las personas mayores, han abierto en la valla de adobe una ventanilla para recepción de los paquetes, pese a que la valla es tan baja que no cuesta nada entregar una cesta sin ventanilla alguna. Pero sin ventanilla ¿qué MGB sería? Paseo por su patio y encuentro que aquí respiro con mucha más facilidad que en la lóbrega delegación de educación: desde allí el MGB se ve enigmático, y los inspectores quedan aterrados. En cambio aquí es *mi ministerio*. Ahí vienen tres lumbreras de comandantes (entre ellos dos oficiales), están abiertamente puestos ahí a vigilarnos, somos su pan. Ningún enigma.

Los comandantes resultan ser buenas personas y nos autorizan a pasar la noche no en una habitación cerrada, sino en el patio, en la paja.

¡Una noche al raso! ¡Habíamos olvidado lo que es…! Siempre cerrojos, siempre rejas, siempre muros y techo. ¡Ni hablar de dormir! Camino, camino y camino por el patio de labor al lado de la cárcel, bañado por el suave claro de luna. Una carreta desenganchada, un pozo, un abrevadero, un pequeño almiar de heno, las sombras negras de los caballos bajo un cobertizo, todo es tan apacible, incluso arcaico, sin el sello cruel del MVD. Estamos a tres de marzo, y no refresca en absoluto de noche, el mismo aire casi veraniego que durante el día. Por el desparramado Kok-Terek rebuznan burros, larga, apasionadamente, informando a las burras de su amor, de las desbordantes fuerzas que les afluyen, y probablemente también están en estos rebuznos las respuestas de las burras. Distingo mal las voces, ahora son rebuznos graves, fuertes, quizá de camello. Me parece que si tuviera voz, ahora yo también rebuznaría a la luna: ¡aquí respiraré! ¡Aquí me moveré!

¡No puede ser que no perfore este telón de papel de los impresos! En esta noche de clarinada me siento superior a los cobardes funcionarios. ¡Enseñar! ¡Volver a sentirme persona! ¡Entrar como un torbellino en clase y recorrer ardorosamente los rostros infantiles! ¡El dedo apuntando a la pizarra, y nadie respira! La solución al esquema complementario, y un suspiro de alivio general.

¡No puedo dormir! Ando, ando y ando bajo la luna. ¡Cantan los asnos! ¡Cantan los camellos! Y todo canta en mí: ¡libre!, ¡libre!

Por fin me acuesto junto a mis compañeros en el heno bajo el cobertizo. A dos pasos de nosotros están los caballos que durante toda la noche mastican tranquilamente heno. Y parece que en el universo entero no se podía hallar nada más entrañable para nuestra primera noche semilibre.

¡Comed, inocentes! ¡Comed, caballitos…!

Al día siguiente nos permiten buscar alojamiento propio. De acuerdo con mis medios, me encuentro una casucha-gallinero, con un único ventanuco medio ciego y tan bajita que incluso en medio, donde el techo está más alto, no puedo incorporarme del todo.

«Quisiera una isba bajita»…, escribí un día en la cárcel soñando con el confinamiento. Pero a pesar de todo no es muy agradable no poder enderezar la cabeza. En cambio, ¡una casita propia! El suelo es de tierra, echo encima mi zamarra del campo, ¡y ya tengo cama! Pero inmediatamente un ingeniero confinado, profesor del Instituto Bauman, Alexandr Kliméntievich Zdaniukévich, me presta un par de cajones de madera, sobre los que me instalo con confort. Lámpara de petróleo aún no tengo (¡no tengo nada! Cada cosa que necesite habrá que elegirla y comprarla, como si fuera la primera vez que piso la tierra), pero ni siquiera lamento no tener lámpara. Todos estos años en celdas y barracones cortaba los ojos la luz oficial, y ahora estoy feliz a oscuras. ¡Hasta la oscuridad puede llegar a ser un elemento de la libertad! En la oscuridad y el silencio (podría llegar hasta aquí la radio desde el altavoz de la plaza, pero en Kok-Terek lleva tres días sin funcionar), me acuesto simplemente sobre mis cajones, ¡y disfruto!

¿Qué más puedo querer…?

¡Sin embargo la mañana del 6 de marzo supera todos mis posibles deseos! Mi casera, una confinada de Novgorod, la abuelita Chádova, me susurra, sin atreverse en voz alta:

—Anda a ver y oye la radio. Me han dicho algo, tengo miedo de repetirlo.

Efectivamente, ya marcha. Voy a la plaza central. Unas doscientas personas —muchísimas para Kok-Terek— se han reunido bajo el cielo encapotado alrededor del poste, bajo el altavoz. En la multitud hay muchos kazajos, además viejos. De sus calvas cabezas se han quitado sus peludos gorros de rata almizclera y los tienen en la mano. Están muy apenados. Los jóvenes, más indiferentes. Dos o tres tractoristas tienen la gorra sin quitar. Por supuesto, tampoco me la quitaré yo. Aún no distingo las palabras del locutor (su voz se quiebra de tanto dar dramatismo), pero ya me ilumina la comprensión.

¡El instante que mis amigos y yo ansiábamos aún de estudiantes! ¡El instante por el que rezan todos los zekos del GULAG (salvo los bienpensantes)! ¡Se ha muerto, el dictador asiático! ¡La ha diñado, el maldito! ¡Qué alegría debe haber ahora en casa, en el Campo Especial! En cambio aquí ves maestras de escuela, jóvenes rusas, hechas un mar de lágrimas: «¿Qué vamos a hacer ahora…?». Han perdido al bienamado… Quién pudiera gritarles ahora en plena plaza: «¡Pues nada! ¡No fusilarán a vuestros padres! ¡Ni detendrán a vuestros novios! ¡Ni vosotras mismas seréis MF!»**[jr]** ¡Me entran ganas de dar voces ante el altavoz, hasta de bailar una danza de salvajes! Pero ay, lento es el curso de la historia. Y mi rostro, acostumbrado a todo, hace una mueca de desconsolada atención. De momento, fingir, seguir fingiendo.

Pero con todo, ¡qué estupendo principio de mi confinamiento!

Todo este día se me va en componer una poesía, *Cinco de marzo*.

Pasan unos diez días, y en su lucha por las carteras ministeriales, y por recelo unos ante otros, los príncipes-regentes ¡suprimen del todo el MGB! De modo que era cierta

mi duda: ¿es *perpetuo* el emegebé[28]?

Y ¿qué hay entonces de perpetuo en la tierra, salvo la injusticia, la desigualdad y la esclavitud…?

VI
El bienestar del confinado

1.	Clabos vicicleta	1/2 kilo
2.	Zapato	5
3.	Zenizal	2
4.	Basos	10
5.	Plumie escolar	1
6.	Blobo	1
7.	Zerrilla	50 paquetes
8.	Lampara Pertoleo	2
9.	Pasta dediente	8 piezas
10.	Biscocho	34 kilo
11.	Vodka	156 mediolitros

Así decía el estadillo de inventarización y revaloración de todas las existencias en el almacén universal de la aldea Aidarla. Los inspectores y encargados de la Cooperativa del distrito habían confeccionado este estadillo, y yo ahora iba dándole vueltas a la sumadora y rebajando el precio de según qué artículo en un 7,5 por cien, de según qué otro en uno y medio. Los precios caían en vertical, y cabía esperar que para el próximo curso el *plumie* y el *blobo* se habrían vendido, los *clabos* habrían encontrado su lugar en las *vicicletas*, y sólo el enorme montón de *biscocho*, probablemente de antes de la guerra, más bien parecía inclinarse hacia la categoría de invendible. En cambio el vodka, aunque subiera, del 1 de mayo no iba a pasar.

La bajada de precios, que según había establecido Stalin, cayó en 1 de abril, y por la que los trabajadores ganaron tantos millones de rublos (toda la ganancia había sido de antemano contada y publicada), me supuso a mí un rudo golpe.

Durante el mes que llevaba ya en confinamiento, había estado comiendo de mi sueldo de fundidor de cuando la «autonomía financiera» en el campo —¡me mantenía en libertad con dinero del campo de concentración!— e iba regularmente a la Delegación de Educación a ver cuándo, por fin, me contrataban. Pero la serpentiforme delegada dejó de recibirme, los dos gruesos inspectores cada vez encontraban menos tiempo para farfullarme algo, y a final de mes se me mostró una resolución de la Delegación Provincial de Educación conforme las escuelas del

distrito de Kok-Terek estaban totalmente al completo de matemáticos y no había posibilidad alguna de encontrarme trabajo.

Entretanto yo escribía, no obstante, una obra de teatro (*Decembristas sin diciembre*), sin pasar a diario por un registro matutino y vespertino y sin necesitar destruir lo escrito tan a menudo como antes. No tenía otra ocupación, y después del campo me gustó. Una vez al día iba al «Salón de té» y allí por dos rublos comía un rancho caliente, el mismo que despachaban en un cubo para los detenidos de la cárcel local. Pan negro lo vendían libremente en la tienda. Patatas ya había comprado, e incluso un pedazo de tocino. Yo mismo, con un borriquillo, me traje arbustos de saksaúl de una zona de matorrales, ya podía hacer fuego. A mi felicidad le faltaba poco para ser completa, y pensaba así: no me dan trabajo, pues ni falta que me hace, mientras me alargue el dinero escribo mi obra, ¡quién pillara una libertad así!

De pronto por la calle uno de los comandantes me hizo seña que me acercara. Me llevó a la Cooperativa comarcal, al despacho del director, un kazajo gordo como una bomba, y dijo significativamente:

—Un matemático.

Y ¡oh milagro! ¡Nadie me preguntó por qué había estado en la cárcel, ni me dio a llenar autobiografías ni impresos! En el acto su secretaria, una niña griega confinada, guapa como una artista de cine, me tecleó con un dedo una orden nombrándome planificador-economista con sueldo de 450 rublos al mes. El mismo día y con la misma facilidad, sin comprobación ni impresos, fueron contratados por la Cooperativa dos confinados más que estaban sin colocar: el capitán mercante Vasilenko y uno que yo aún no conocía, el muy disimulado Grigori Samoílovich. M. Vasilenko ya andaba con un proyecto de ahondar el río Chu (en los meses de verano lo vadeaba una vaca) y establecer comunicación por lanchas, solicitaba de la comandancia que lo dejaran ir a reconocer el cauce. Su compañero de promoción en la escuela naval, y en el velero *Továrisch*, el capitán Mann, en esos mismos días equipaba el *Obi* para el Antártico, en cambio a Vasilenko lo metían de almacenista en una cooperativa de distrito.

Pero no era de planificador, ni de almacenista, ni de contable, sino que a los tres nos lanzaron a una emergencia: la modificación de los precios. La noche del 31 de marzo al 1 de abril, la Cooperativa de distrito entraba cada año en agonía, nunca le bastaba ni le podía bastar personal. Había que hacer recuento de todas las existencias (y descubrir a los dependientes ladrones, pero no para procesarlos), cambiar los precios, y desde por la mañana ya despachar a los nuevos precios, ventajosísimos para los trabajadores. Pero el inmenso desierto de nuestro distrito disponía de vías férreas y carreteras asfaltadas, cero kilómetros, y en las tiendas de la periferia, estos precios ventajosísimos para los trabajadores no había forma de establecerlos antes de 1 de mayo: un mes entero todas las tiendas dejaban de despachar en absoluto, mientras en la Cooperativa de distrito se calculaban y aprobaban las listas, mientras

las llevaban a lomo de camellos. ¡Pero en la propia cabeza del distrito al menos había que asegurar las ventas de vísperas de mayo!

A nuestra llegada a la Cooperativa ya trabajaban en esto unas quince personas, de plantilla o eventuales. Había sábanas de inventarios sobre mal papel en todas las mesas, y sólo se oía chasquear ábacos, con los que los contables experimentados hasta multiplicaban y dividían, y mutuas regañinas laborales. Allí también nos sentaron a trabajar a nosotros. Yo en seguida me harté de multiplicar y dividir a mano, y pedí una sumadora. En la Cooperativa del distrito no había ni una, ni sabía nadie usarla, pero alguien recordó haber visto en un armario de la dirección comarcal de estadística una maquinita con números, sólo que allí tampoco la hacían servir. Llamaron, fueron, la trajeron. Me puse a crepitar y a rellenar rápidamente las columnas, y los contables-jefes a echarme miradas hostiles: ¿no será un competidor?

Yo, en cambio, daba vueltas a la manivela y pensaba para mis adentros: ¡qué pronto se descara un zeko, o bien, en lenguaje literario, qué pronto aumentan las necesidades del hombre! Estoy enfadado de que me hayan distraído de mi obra, que escribía en mi oscuro cuchitril; estoy enfadado de que no me hayan querido en la escuela; enfadado de que me hayan obligado *a la fuerza*… ¿a qué?, ¿a remover tierra helada?, ¿a amasar adobe con los pies en agua gélida? no, me han sentado a la fuerza ante una mesa limpia a darle a la manivela de una sumadora y copiar las cifras a una columna. ¡Pero si al principio de mi estancia en el campo de concentración me hubieran ofrecido desempeñar un trabajo tan descansado durante toda la condena, 12 horas al día y gratis, habría dado saltos de alegría! En cambio ahora me pagan por este trabajo 450 rublos, podré añadirme un litro de leche al día, pero arrugo la nariz: ¿no será poco?

Así estuvo la Cooperativa del distrito una semana empantanada con el cambio de tarifas (había que determinar sin error para cada artículo su grupo en la baja general, y además su grupo en la subida para zonas rurales), y todas las tiendas seguían sin poder empezar a despachar. Entonces el adiposo director, él mismo un vago de siete suelas, nos reunió a todos en su solemne despacho y dijo:

—Mirar. La última descubrimienta de la medicina que el hombre no necesario dormir ocho horas. ¡Absolutamente basta cuatro horas! Por esto ordeno: principio de trabajo, siete de la mañana, final dos de la noche, alto para almuerzo una hora y la cena una hora.

Y parece que nadie de nosotros encontró en esta retahíla de disparates nada gracioso, sino sólo siniestro. Todos se encogieron, callaron, y sólo se atrevieron a deliberar que a qué hora era mejor empezar el alto de la cena.

Sí, éste es aquel sino de los confinados que me habían comentado, justamente consiste en esta clase de órdenes. Todos los aquí sentados son confinados, tiemblan por su trabajo; despedidos, estarán mucho tiempo en Kok-Terek sin encontrar otro. Y al fin y al cabo, no es personalmente para el director, es para el país, es *necesario*. Y la última *descubrimienta* de la medicina les parece bastante tolerable.

¡Ay, quién pudiera levantarse y dejar en ridículo a este satisfecho jabalí! ¡Por una vez en la vida desahogarme! Pero hubiese sido pura «propaganda antisoviética»: llamamiento al incumplimiento de una importante medida. Así te estás toda la vida pasando de estado a estado —escolar, estudiante, ciudadano, soldado, recluso, confinado— y siempre la superioridad tiene una razón de peso, y tú a inclinarte y a callar.

Si hubiera dicho hasta las diez, me habría quedado. Pero nos proponía un fusilamiento seco, a mí me proponía que aquí, en libertad, ¡dejara de escribir! No, amigo, ¡que te zurzan a ti y todas tus rebajas! El campo de concentración me sugería una salida: no hablar en contra, pero callar y hacer en contra. Junto con todos oí sumisamente la orden, pero a las cinco de la tarde me levanté de la mesa y me fui. Y volví sólo a las nueve de la mañana. Mis colegas ya estaban todos sentados, contando o haciendo ver que contaban. Me miraron como a un loco. M., aprobando en secreto mi conducta, pero sin atreverse a imitarla, me comunicó confidencialmente que ayer por la noche delante de mi mesa vacía el director había estado gritando que me enviaría al desierto a cien kilómetros.

Lo confieso, me entró canguelo: claro, el MVD lo podía todo. ¡Y me habría enviado! ¡Y a cien kilómetros, ya me podía despedir de esta cabeza de distrito! Pero he nacido de pie: fui a parar al Archipiélago después del final de la guerra, es decir, pasado el período más mortífero; y ahora llegaba a confinamiento después de la muerte de Stalin. En un mes, algo había alcanzado incluso a nuestra comandancia.

Comenzaba imperceptiblemente una nueva época: el trienio más benigno en la historia del Archipiélago.

El director no me convocó ni vino a verme. Tras trabajar tan fresco todo un día entre gente dormida que no daba pie con bola, decidí volverme a marchar a las cinco de la tarde. ¡Que acabara de una vez como fuera!

Por enésima vez en la vida, notaba que se puede sacrificar lo que sea, menos lo esencial. Esta obra, ideada aún en las filas de presidiarios del Campo Especial, no la sacrifiqué, y gané. Una semana estuvieron todos trabajando de noche, y se acostumbraron a que mi mesa estuviera vacía. Y el director, al encontrarme por el pasillo, desviaba la vista.

Pero no era mi destino organizar el cooperativismo agrario en el Kazekstán. Entró de pronto en la Cooperativa de distrito el joven jefe de estudios de la escuela, un kazajo. Hasta mi llegada era el único universitario de Kok-Terek, y estaba muy orgulloso de ello. Sin embargo, mi aparición no le causó envidia. Fuera por reforzar su escuela ante su primera promoción, fuera por llevarle la contraria a la serpentiforme delegada de Educación, el caso es que me propuso: «¡Traiga pronto su título!». Corrí como un chiquillo y lo traje. Se lo puso en el bolsillo y se fue a Dzhambul a una conferencia de sindicatos. A los tres días volvió a pasarse y colocó ante mí el extracto de una orden de la Delegación Provincial de Educación. Bajo la misma desvergonzada firma que en marzo había certificado que las escuelas del

distrito estaban al completo, ahora, en abril, se me nombraba profesor de matemáticas y de física, ¡en los dos últimos cursos, a tres semanas de los exámenes finales! (Se arriesgaba, el jefe de estudios. No tanto políticamente, sino que temía que me hubiera olvidado todas mis matemáticas en los años de campo. Cuando llegó el día del examen escrito de geometría y trigonometría, no me dejó abrir el sobre delante de los alumnos, sino que hizo pasar al despacho del director a todos los profesores y estuvo mirando por encima de mi hombro mientras yo resolvía el problema. La coincidencia de los resultados lo llenó de regocijo, así como a los demás matemáticos. ¡Qué fácil era aquí pasar por un Descartes! Yo no sabía aún que cada año durante los exámenes de séptimo no paraban de llamar desde los pueblos: ¡no sale el problema, hay un dato que debe estar mal! Esos profesores no habían pasado ellos mismos de séptimo)…

¿Hay que contar mi felicidad de entrar en una clase y tomar la tiza? Este fue el día de mi liberación, de mi recuperación del derecho de ciudadanía. Lo demás en que consistía el confinamiento, ya no lo notaba.

Cuando estaba en Ekibastuz, nuestra columna pasaba con frecuencia por delante de la escuela del lugar. Como a un inalcanzable paraíso, lanzaba miradas a las corridas de la chiquillería por el patio, a los vestidos claros de las maestras, y el tintineante timbre me partía el alma. ¡Hasta tal punto lo añoraba tras los desesperantes años de cárcel, tras los *generales* en los campos! Me parecía la suprema felicidad, como para estallarme el corazón, quedarme confinado en aquel árido agujero de Ekibastuz, entrar con este timbre en clase con el registro, y con aire misterioso, de anunciar cosas extraordinarias, empezar la lección. (Había en ello, por supuesto, vocación para la enseñanza, pero seguramente también algo de ansia de dignidad, por contraste tras tantos años de esclavitud, de humillación y de aptitudes desaprovechadas).

Pero, fijándome tan sólo en la vida del Archipiélago y del Estado, dejé de ver lo más elemental: que en los años de guerra y de posguerra nuestra escuela había muerto, ya no existía, sólo quedaba un edificio hueco, una palabra vacía. Había muerto la escuela en la ciudad y en el campo. Cuando la muerte espiritual, como un gas venenoso, se extiende por un país, ¿quién se asfixiará primero, si no los niños, si no la escuela?

Sin embargo, yo sólo supe esto años más tarde, al volver del país del confinamiento a la metrópoli rusa. En cambio en Kok-Terek no llegué ni a sospecharlo: era muerta toda la orientación hacia el oscurantismo, pero ¡aún estaban bien vivos, aún no se habían asfixiado los niños confinados!

Eran niños especiales. Crecían en la conciencia de su situación oprimida. En los consejos pedagógicos y demás sesiones de tabarra, se hablaba de ellos y a ellos como de niños soviéticos, de que crecían para el comunismo, y sólo tenían pasajeramente limitado el derecho a desplazarse, nada más. Pero ellos, cada uno de ellos, sentían su collera, y además desde su primera infancia, hasta donde alcanzaba su recuerdo. Todo el interesante, exuberante mundo, pletórico de vida (por los tebeos, por el cine) les

era inasequible, los chicos no estaban destinados a ir allí ni al Ejército. Había una esperanza muy débil, muy escasa: obtener de la comandancia permiso para ir a la ciudad, allí ser admitido a examen, más luego aprobarlo, más luego terminar con éxito la Facultad. De modo que todo lo que podrían saber del vasto mundo eterno, sólo lo podían recibir aquí, esta escuela supuso para ellos durante largos años sus primeros y últimos estudios. Además, por la pobreza de la vida en el desierto, estaban libres de esas distracciones y diversiones que tanto estropean a la juventud urbana del siglo XX, de Londres a Alma-Ata. Allí, en la metrópoli, los niños se habían desacostumbrado al estudio, le habían perdido el gusto, estudiaban como quien cumple una servidumbre, para constar en algún sitio hasta que les llegue la edad. En cambio para nuestros niños confinados, si se les enseñaba bien, era lo único importante en la vida, era todo. Al estudiar ávidamente, les parecía que se elevaban sobre su segunda clase y se igualaban con los niños de la primera. Sólo en el auténtico estudio encontraba satisfacción su amor propio.

(No, también en los cargos escolares electivos; en el komsomol; y, a partir de los 16 años, en el voto, en las *elecciones* generales. ¡Hasta tal punto ansiaban, los pobres, siquiera la ilusión de la igualdad! Muchos ingresaban con orgullo en el komsomol, pronunciaban sinceramente informes políticos en las reuniones de «cinco minutos». A una jovencita alemana, Victoria Nuss, que había ingresado en una escuela normal de dos cursos, le intenté sugerir que la situación de confinado no debía ser motivo de desconsuelo, sino de orgullo. ¡Qué va! Me miró como a un chiflado. Bueno, sí, también los había sin ninguna prisa por meterse en el komsomol, pues a éstos los empujaban a la fuerza: está autorizado, y tú no ingresas, eso ¿por qué? Y en Kok-Terek algunas niñas alemanas, cristianas clandestinas, se vieron obligadas a ingresar para que no echaran a sus familias más lejos, al desierto. ¡Ay de vosotros, que escandalizaréis a estos pequeños! más os valiera que os colgasen al cuello una piedra de molino)…

Con esto lo digo todo de las clases «rusas» de la escuela de Kok-Terek (aunque *rusos*, propiamente dicho, apenas había en ellas, sino alemanes, griegos, coreanos, algunos kurdos y chechenos, más ucranianos descendientes de los colonos de principios de siglo, más kazajos de familias de altos cargos, que educaban todos a sus hijos en ruso). En cambio la mayoría de los niños kazajos formaban las clases «kazajas». Eran realmente aún salvajes, en su mayoría (si no se habían estropeado en familias funcionarias) muy rectos, sinceros, con nociones muy espontáneas del bien y del mal, mientras no lograban falsearlas con una enseñanza mendaz o engreída. Pero casi toda la enseñanza en lengua kazaja era reproducción ampliada de la ignorancia: al principio se había dado el diploma como fuera a la primera generación, éstos se iban impreparados con gran solemnidad a enseñar a los que subían, y a las jóvenes kazajas les ponían «apto» y las dejaban salir de colegios y escuelas normales en la más crasa y completa ignorancia. Pues cuando ante estos niños aborígenes refulgía una auténtica enseñanza, la sorbían no sólo con oídos y ojos, sino hasta con la boca.

Con semejante interés de los niños, yo en Kok-Terek me zambullí en la enseñanza, y estuve tres años (que quizá hubiesen sido muchos más) feliz incluso con ella sola. Me faltaban horas en el curso para corregir y completar todo lo que habían dejado de dar, les señalaba clases nocturnas complementarias, seminarios, prácticas en campo abierto, observaciones astronómicas, y se presentaban en tal número y tan animados como no iban al cine. También me nombraron coordinador de curso, y además, en una clase puramente kazaja, pero hasta eso casi me gustaba.

Sin embargo, todo lo luminoso quedaba limitado por la puerta de la clase y el timbre. En cambio en la sala de profesores, en el despacho del director y en la delegación de Educación no sólo reinaba la misma monserga que en todo el Estado, sino que le añadía su punto de amargura el ser país de confinamiento. Entre los profesores, ya antes de mí hubo alemanes y confinados administrativos. Nuestra situación era precaria: no se dejaba ocasión de recordarnos que se nos dejaba enseñar como un favor, y en cualquier momento podíamos perder esta merced. Los maestros confinados temblaban más que los otros (por lo demás, también avasallados) ante la posibilidad de incurrir en las iras de los altos personajes del distrito por no ponerles notas bastante altas a sus hijos. También temblaban ante la perspectiva de irritar a la dirección con un rendimiento general insuficiente, y subían las notas, cooperando ellos también en la reproducción ampliada de la ignorancia, general en el Kazajstán. Además de esto, los profesores confinados (y los kazajos jóvenes) estaban sujetos a pecherías y gabelas: de cada paga les descontaban veinticinco rublos, sin que se supiera en beneficio de quién; de pronto el director (Berdiónov) podía declarar que era el cumpleaños de su hijita, y los profesores habían de cotizar 50 rublos para un regalo; aparte de esto, los convocaban ora a uno, ora a otro al despacho del director o de la delegada de Educación y les exigían «prestados» 300 o 500 rublos. (Bueno, por otra parte, eran rasgos generales de aquel estilo o régimen. A los alumnos kazajos también les extorsionaban para la fiesta de fin de curso medio cordero o uno entero, y entonces tenían el aprobado seguro, aunque fuera sin saber nada; la noche de fin de curso se convertía en una borrachera monumental de los mandos comunistas del distrito). Además, todas las autoridades del distrito cursaban alguna carrera por correspondencia, y todos los exámenes escritos obligaban a hacérselos a los maestros de nuestra escuela (se les daba el recado a lo gran señor, a través del jefe de estudios, y los eslavos-maestros ni siquiera eran admitidos a presencia de *sus* estudiantes).

No sé si fue mi firmeza, fundada en mi «irremplazabilidad», que se manifestó en seguida, o la época que ya se suavizaba, más bien ambas cosas juntas, lo que me permitió no meter el cuello en estas colleras. Sólo con notas justas podían los chicos estudiarme de buena gana, y yo las ponía, sin tener para nada en cuenta a los secretarios del Comité de Distrito. Tampoco pagaban gabelas, ni les «prestaba» a los superiores (¡la serpentiforme delegada tuvo la osadía de pedirme!), ya me bastaba con que cada mayo me estafara la paga de un mes nuestro indigente Estado (este privilegio de los hombres libres, *suscribir empréstitos*, que nos habían quitado en el

campo de concentración, ahora nos lo devolvían en confinamiento). Pero ahí terminaba toda mi intransigencia.

A mi lado el profesor de biología y química, Gueorgui Stepánovich Mitróvich, que había cumplido en el Kolyma *dos duros* por «actividades contrarrevolucionarias trotskistas», un serbio ya mayor y enfermo, luchaba incansablemente por la justicia local en Kok-Terek. Despedido de Ordenación Comarcal del Territorio, pero admitido en la escuela, trasladó sus esfuerzos aquí. Bueno, en Kok-Terek había ilegalidades a cada paso, complicadas por la ignorancia, la fatuidad del indígena y los vínculos de favores mutuos entre familias. Esta ilegalidad era viscosa, sorda, impenetrable, pero Mitróvich, abnegada y desinteresadamente, luchaba contra ella (ciertamente, con Lenin a flor de boca), la denunciaba en los consejos pedagógicos, en las conferencias de maestros del distrito, suspendía en los exámenes a los ignorantes funcionarios que venían por libre y a los diplomados «por un cordero», escribía recursos a la provincia, a Alma-Ata, y telegramas a nombre de Kruschev (en su defensa se reunían hasta 70 firmas de padres, pero se cursaban estos telegramas desde otro distrito, en el nuestro no los habrían dejado pasar). Exigía comprobaciones, inspectores, éstos llegaban y se volvían contra él, él volvía a escribir, lo *estudiaban* en consejos pedagógicos especiales, lo acusaban desde de propaganda antisoviética (¡a un pelo de la detención!) hasta, con idéntica seriedad, de maltratar a las cabras que se comían los plantones de los pioneros, lo despedían, lo readmitían, él exigía que le pagaran el paro forzoso, lo trasladaban a otra escuela, él no iba, lo volvían a despedir, ¡luchaba como un bueno! Y si además me le hubiera unido yo, ¡les habríamos dado una buena somanta!

Sin embargo, yo no le ayudaba en absoluto. Guardaba silencio. Eludía las votaciones decisivas (para no estar tampoco contra él), me escurría a algún seminario, a una consulta. A esos alumnos libres del partido, no les impedía conseguir sus aprobados: ellos son el poder, pues que engañen a su propio poder. Yo escondía mi propósito: escribía y escribía. Me preservaba para otra lucha, más tarde. Pero la cuestión es más amplia: ¿tenía razón? ¿Era necesaria la lucha de Mitróvich?

Toda su batalla estaba perdida de antemano, esta pasta no había quien la amasara. E incluso si hubiera vencido en toda la línea, eso no podía cambiar el *régimen*, todo el sistema. Sólo una manchita luminosa, bien limpia, habría brillado un momentito en un punto aislado, y se habría vuelto a recubrir de gris. Toda su posible victoria no compensaba la nueva detención que le podía caer en premio (sólo la época de Kruschev salvó a Mitróvich de la cárcel). Estaba perdida su batalla, pero ¡cuán humana era su indignación con la injusticia, hasta arriesgar la propia vida! Su batalla llevaba derechito a la derrota, pero en ningún caso se la puede llamar inútil. Si no fuéramos todos tan juiciosos, si no gimoteáramos unos a otros «¡no hay forma, es inútil!», ¡muy distinto sería nuestro país! Mitróvich no era siquiera ciudadano, era confinado, pero el brillo de sus gafas lo temían mucho las autoridades del distrito.

Temerlo, lo temían, pero cuando llegaba el luminoso día de las *elecciones* —de elegir a nuestro amado poder popular—, nos equiparábamos el indomable luchador Mitróvich (¿y qué valía entonces su combate?), y el evasivo yo, y él aún más disimulado, a primera vista el más acomodaticio de todos, G. S. M.: todos nosotros, ocultando nuestra apesadumbrada repugnancia, acudíamos igualmente a esa festiva tomadura de pelo. Las elecciones se *permitían* a casi todos los confinados, tan poco costaban, e incluso los *privados de derechos cívicos* se descubrían de pronto en los censos, y los azuzaban, venga, va. Aquí en Kok-Terek no teníamos siquiera cabinas para votar, había, muy apartada, una garita con las cortinillas abiertas, pero quedaba a desmano, daba apuro desviarse hasta allí. Las elecciones consistían en transportar lo más de prisa que podíamos los boletines hasta la urna y tirarlos dentro. Si alguien se paraba a leer detenidamente los apellidos de los candidatos, ya parecía sospechoso: ¿es que los órganos del partido no saben a quién presentan, qué hay aquí que leer…? Después de votar, todos tenían legítimo derecho a ir a por un trago (o el sueldo, o un adelanto siempre lo pagaban antes de las elecciones). Vestidos con lo mejor que tenían, todos (¡entre ellos los confinados!) se saludaban solemnemente, se felicitaban la *fiesta*…

¡Oh, cuántas veces recordarás con agrado el campo de concentración, donde no había tales elecciones!

Una vez Kok-Terek eligió a un juez popular, un kazajo, naturalmente por unanimidad. Como siempre, nos felicitamos la fiesta. Pero pasados unos meses, llegó contra este juez una causa criminal del distrito donde había estado juzgando antes (también elegido por unanimidad). Se descubrió que aquí también ya se había dejado untar lo suyo por particulares. Qué remedio, hubo que quitarlo y convocar en Kok-Terek nuevas elecciones parciales. El candidato era otra vez de fuera, un kazajo que no conocía nadie. Y el domingo todos se pusieron otra vez la mejor ropa, votaron por unanimidad desde por la mañana, y otra vez en las calles los mismos rostros contentos, sin pizca de humor, se felicitaban… *¡la fiesta!*

En el presidio al menos nos reíamos francamente de toda comedia, pero en confinamiento no hay demasiado que compartir: la gente vive *como en libertad*, y lo primero que está tomado de la libertad es lo peor: el disimulo. M. era de los pocos con quienes hablaba de estos temitas.

Nos lo habían mandado de Dzhezkazgán, además sin blanca, su dinero se había entretenido en algún sitio por el camino Sin embargo, a la comandancia eso no le preocupó lo más mínimo: simplemente le suprimieron la alimentación carcelaria y lo soltaron por las calles de Kok-Terek: si quieres muérete. Uno de aquellos días yo le presté diez rublos, y con ello me gané para siempre su agradecimiento, estuvo mucho tiempo recordándome cómo lo había sacado de apuros. Era un rasgo estable en él: el recordar el bien. Pero el mal también. (Así le guardaba ojeriza a Judáyev, aquel niño checheno que de poco cayó víctima de la venganza de la sangre. ¡Todo da vueltas, es

ley de vida! El recién salvado Judáyev de pronto, con sombrío odio, le pegó cruelmente, sin razón, al hijo de M).

En su situación de confinado sin profesión, M. no pudo encontrarse en Kok-Terek un trabajo decente. Lo mejor que consiguió fue ser asistente de laboratorio en la escuela, y ya era un empleo que cuidaba mucho. Pero su cargo requería ser servicial con todos, no insolentarse con nadie, no exteriorizarse en nada. Y no se exteriorizaba, era impenetrable bajo su amabilidad externa, y ni siquiera algo tan sencillo sobre él, como por qué a sus cincuenta años no tenía profesión, no lo sabía nadie. En cambio conmigo, fuimos haciendo amistad, ni un sólo choque, sino mutua ayuda con cierta frecuencia, más la identidad de reacciones y expresiones concentracionarias. Y después de mucho misterio llegué a conocer la historia externa e interna que ocultaba. Es instructiva.

Antes de la guerra era secretario del Comité de Distrito del partido en Z., al llegar la guerra fue nombrado jefe de la sección de claves de una división. Siempre encumbrado, personaje importante, no conocía el menudo sufrimiento humano. Pero en 1942 ocurrió un buen día que por culpa de la sección de claves un regimiento de su división no recibió a tiempo la orden de retirada. Había que enmendar el fallo, pero resultó además que todos los subordinados de M. estaban metidos en algún sitio o habían perecido, y el general envió al propio M. allá, a primera línea, a las tenazas que ya se cerraban alrededor del regimiento: ¡a ordenarles la retirada! ¡A salvarlos! M. marchó a caballo, con miedo en el cuerpo, temiendo perecer, en camino se encontró en tal peligro que decidió no seguir e incluso no sabía si quedaría con vida. Se detuvo a cosa hecha, abandonó, traicionó al regimiento, bajó del caballo, se abrazó a un árbol (o se escondió tras él de la metralla) y… juró a Jehová que si quedaba vivo, sería un fervoroso creyente, observaría al pie de la letra la ley santa. La cosa acabó bien: el regimiento fue aniquilado o cayó prisionero, pero M. se salvó, recibió 10 años de campos por el 58, los purgó, y ahora estaba conmigo en Kok-Terek. ¡Y qué inflexiblemente cumplía su juramento! Nada le quedaba ya de miembro del partido ni en el corazón, ni en la cabeza. Sólo mediante engaño podía su mujer hacerle comer pescado impuro, sin escamas. Los sábados no podía dejar de venir al trabajo, pero procuraba no hacer nada. En casa cumplía estrictamente todos los ritos y oraba, por imposición soviética, en secreto.

Naturalmente, esta historia la contó a bien pocos.

Pero a mí no me parece demasiado simple. Lo único simple es lo que aquí más se suele negar: que el eje más profundo de nuestra vida es la conciencia religiosa, y no la política-partidista.

¿Cómo juzgarlo? Según todas las leyes penales, militares y del honor, según las leyes patrióticas y comunistas, este hombre merecía la muerte o el desprecio: había sacrificado a un regimiento por salvar su vida, y no digamos ya que en aquel momento le faltó odio hacia el más terrible enemigo de los judíos que jamás había existido.

Pero según otras leyes aún más altas, M. podía exclamar: y todas vuestras guerras, ¿no empiezan por ineptitud de los políticos supremos? ¿Es que Hitler no ha penetrado tan hondo en Rusia por ineptitud, suya, y de Stalin, y de Chamberlain? ¿Y ahora me mandáis a la muerte a mí? ¿Acaso me habéis traído *vosotros* al mundo?

Contestarán: él (¡aunque también todos los hombres de aquel regimiento!) hubiera debido declarar esto todavía en el comisariado de guerra, cuando le vestían un hermoso uniforme, y no allí, abrazado al árbol. Si lógicamente no pretendo defenderlo, lógicamente hubiera debido odiarlo, o despreciarlo, sentir asco al estrecharle la mano.

Pero ¡no *experimentaba* hacia él nada de todo eso! ¿Porque no era de aquel regimiento y no me había visto en aquel trance? ¿O por adivinar que la suerte de aquel regimiento debía depender de un centenar de factores más? ¿O por no haber visto nunca a M. en su altivez, sino únicamente derribado? A diario intercambiábamos un sincero apretón de manos, y ni una vez sentí en ello nada deshonroso.

¡Qué giros no dará un mismo hombre en su vida! ¡Y qué distinto aparecerá ante sí mismo y los demás! Pues a uno de éstos, tan diferentes, nosotros, porque nos lo han mandado, o lo manda la ley, o nos da la gana, o estamos cegados, lo apedreamos dispuesta y alegremente.

Pero ¿y si la piedra se te cae de las manos…? Pero si tú mismo te encuentras en una desgracia profunda, surge en ti una nueva forma de ver. La culpa. Al culpable. A *él* y a ti.

A lo largo de este libro ya se han otorgado muchos perdones. Y me protestan con asombro e indignación: ¿dónde está el límite? ¡No vamos a perdonar a todos!

Ni perdono a todos. Sólo a los que han caído. Mientras se yergue el ídolo en sus alturas de mando, y con una autoritaria arruga en la frente arruina insensible y fatuamente nuestras vidas, ¡dame una piedra bien grande! ¡Vamos, agarremos un tablón entre diez y démosle una embestida!

Pero apenas ha sido derribado, apenas se ha dado de bruces contra el suelo, y del porrazo le recorre la cara el primer surco de entendimiento, ¡fuera vuestras piedras!

Él mismo está volviendo a la humanidad.

No lo privéis de esta divina andadura.

Después de los confinamientos descritos más arriba, el nuestro en Kok-Terek, como en general en todo el Kazajstán y Kirguizia, hay que reconocer que era privilegiado. Aquí instalaban en poblados ya habitados, es decir, con agua y no en las tierras más áridas (en el vallé del Chu, en el distrito de Kurdai, incluso fertilísimas). Muchos se quedaban en las ciudades (Dzhambul, Chimkent, Talass, incluso Alma-Ata y Frunze), y su privación de derechos no se distinguía sensiblemente de los derechos del resto de la población. En esas ciudades no era cara la comida, y era fácil encontrar trabajo,

sobre todo en los suburbios industriales, dada la indiferencia de la población autóctona hacia la industria, los oficios y las profesiones intelectuales. Pero incluso los que iban a parar a la aldea no eran todos, ni severamente, metidos en koljoses. En nuestro Kok-Terek había cuatro mil personas, la mayoría confinados, pero en el koljós sólo entraban los barrios kazajos. Todos los demás lograban o bien acomodarse en la Estación de Maquinaria Agrícola, bien constar en algún cargo, aunque fuera con un sueldo mínimo, y vivir de las veinticinco centiáreas de huerto de regadío, de la vaca, de los cerdos, de las ovejitas. Es sintomático que un grupo de ucranianos occidentales, que vivía aquí (confinados administrativos tras cinco años de campos de concentración) y trabajaba muy duro en la construcción con adobe en el servicio local de la vivienda, encontraba su vida en esta tierra arcillosa, que se requemaba con poco riego, pero sin embargo libre de koljoses, hasta tal punto más libre que en su amada y floreciente Ucrania, que cuando les llegó la puesta en libertad, se quedaron todos aquí para siempre.

También era perezosa en Kok-Terek la sección de operaciones —un providencial caso particular de la pereza general kazaja—. Habría entre nosotros algunos que eran chivatos, sin embargo no los notábamos ni sufríamos de ellos.

Pero el motivo principal de su inacción y de la suavización del régimen era la llegada de la era Kruschev. Debilitada por numerosas transmisiones por choques y ondas, acababa por alcanzarnos también a nosotros.

Al comienzo, con un engaño: la amnistía «Vorochilov» (así la apodó el Archipiélago, aunque procedía de los Príncipes Regentes). La burla de Stalin a los políticos el 7 de julio de 1945 había sido una efímera lección olvidada. Tanto en los campos como en confinamiento corrían constantemente en susurros bulos de una amnistía. ¡Es asombrosa esta capacidad de fe estúpida! N. N. Grékova, por ejemplo, tras 15 años de penalidades, *repetidora*, en la pared de adobe de su chabola tenía el retrato de ojos claros de Vorochilov, y creía que de él vendría el milagro. Bueno, pues ¡llegó el milagro! Justamente bajo la firma de Vorochilov, otra vez se rio de nosotros el Gobierno, el 27 de marzo de 1953.

Propiamente hablando, no era posible inventar un pretexto externo coherente, para que justamente en marzo de 1953, en un país conmovido de dolor, unos gobernantes conmovidos de dolor tuvieran que poner criminales en libertad, ¿como no fuera por haberse penetrado del sentimiento de la vanidad de todo lo terreno? Pero también en la Rusia antigua, como refiere Kotoshijin, había costumbre, el día del entierro del zar, de soltar malhechores, con lo cual, por cierto, empezaba un robatorio general («las gentes de Moscovia son de natural sin temor de Dios, a varones y hembras roban el vestido y golpean hasta dar muerte[29]»). Igual pasó aquí. Tras enterrar a Stalin, buscaban popularidad, pero explicaron: «Dada la erradicación de la criminalidad en nuestro país» (pero entonces, ¿quién está en la cárcel? ¡Entonces no hay a quien soltar!). Sin embargo, al llevar aún puestas las anteojeras de Stalin y al pensar como esclavos siempre en la misma dirección, dieron la amnistía a ladrones y

bandidos, pero al Cincuenta y Ocho, sólo «hasta de cinco años inclusive». Cualquiera, pensando en un Estado decente, diría que «hasta cinco años», pues las tres cuartas partes de los presos políticos se irían a casa. En realidad, apenas uno o dos por ciento de nosotros tenían una condena tan infantil. (En cambio, soltaron ladrones como la langosta contra la población, y sólo lenta y trabajosamente logró la Policía volver a meter a los bandidos amnistiados otra vez tras las mismas rejas).

También fue interesante cómo se reflejó la amnistía en nuestro confinamiento. Aquí se encontraban justamente los que en su día habían cumplido una sentencia infantil de cinco años, pero que no habían dejado volver a casa, sino enviado a confinamiento sin sentencia. En Kok-Terek había abuelos y abuelas de éstos, de Ucrania, de la región de Novgorod, la gente más pacífica y desgraciada de todos. Se animaron mucho tras la amnistía, esperaban la repatriación a casa. Pero al par de meses llegó la aclaración, con nuestra habitual rudeza: dado que su confinamiento (complementario, sin juicio) no es por cinco años, sino *perpetuo*, su condena anterior de cinco años, que precisamente había provocado este confinamiento, no tiene nada que ver, y la amnistía no les afecta… Tonia Kazanchuk era totalmente libre, había venido de Ucrania a vivir con su marido confinado, y aquí, por uniformidad, la apuntaron como colona-confinada. Al llegar la amnistía se lanzó a la comandancia, pero le objetaron juiciosamente: si a usted no la han condenado a cinco años, como a su marido, usted lo que tiene es condena indeterminada, la amnistía no le concierne.

¡Que revienten Dracón, Solón y Justiniano con todas sus leyes…!

De modo que de la amnistía nadie recibió nada. Pero al correr los meses, sobre todo tras la caída de Beria, imperceptiblemente, sin vocearlo por los tejados, fueron penetrando en el país del confinamiento auténticas mejoras. Se permitió marchar a aquéllos de los cinco años. Y empezaron a dejar a los niños confinados irse a las facultades cercanas. Y en el trabajo dejaron de tutear «¡eres un confinado!». Todo algo más suave. Los confinados comenzaron a ascender de categoría laboral.

Se empezaron a quedar vacías algunas mesas en comandancia. «Y el comandante Fulano, ¿dónde está?». «Pues ya no trabaja aquí». ¡Mucho se aclaraban y reducían las plantillas! Se suavizaba el trato. El sagrado *fichaje* dejó de ser tan sagrado. «¡Quien no haya venido antes de mediodía, bueno, que se quede para la próxima vez!». Ora a una, ora a otra nacionalidad le devolvían algunos derechos. Se volvieron libres los desplazamientos por el distrito, más fáciles a otra provincia. Se hacían cada vez más insistentes los rumores: «¡a casa, nos vamos a casa!». Y en efecto, van y sueltan a los turcomanos (confinamiento por caer prisionero). Luego a los kurdos. Se empiezan a vender casas, sus precios dan un bajoncito.

También ponen en libertad a algunos viejos, confinados administrativos: alguien en Moscú ha hecho gestiones por ellos, y ahora salen *rehabilitados*. La agitación ganaba, acaloraba a los confinados: ¿será posible que también nos movamos nosotros? ¿Nos tocará a *nosotros.*…?

¡Absurdo! Como si pudiera hacerse bueno este *régimen*. ¡No a creer, sino a descreer me había enseñado el campo! Bueno, y tampoco tenía especial necesidad de creer: allí, en la metrópoli grande, no tenía ni familia, ni amigos. En cambio aquí, en confinamiento, era casi feliz. Vaya, simplemente, jamás, que recordara, había vivido tan bien.

Ciertamente, mi primer año de confinamiento me lo estuvo amargando una enfermedad mortal, como aliada de los carceleros. Y un año entero nadie en Kok-Terek supo siquiera determinar qué enfermedad era. Sosteniéndome a duras penas, daba mis clases; ya dormía poco y comía mal. Todo lo escrito antes en el campo y conservado en la memoria, y además lo nuevo del confinamiento, lo tuve que apuntar a toda prisa y enterrar. (Aquella noche antes de salir para Tashkent, la última noche de 1953, la recuerdo muy bien: ahí parecían terminar toda mi vida y toda mi labor literaria. Poca cosa era).

Sin embargo, se me quitó la enfermedad. Y comenzaron dos años de mi, efectivamente, Maravilloso Confinamiento, que sólo tuvieron de penoso, sólo fueron ensombrecidos por el sacrificio de que no me atreví a casarme: no había una mujer a quien pudiera confiar mi soledad, mis escritos, mis escondrijos. Pero todos los días los viví en un estado de constante delicia, de exaltación, sin notar ninguna privación de libertad. En la escuela tenía tantas clases como quería, en los dos turnos, y me penetraban de una continua felicidad estas clases, ninguna me cansaba, me aburría. Y cada día me quedaba una horita para escribir, y esta horita no me requería ninguna especial preparación mental: apenas me siento, se precipitaban los renglones bajo mi pluma. Y los domingos, cuando no nos mandaban por la remolacha del koljós, escribía de corrido, ¡el domingo entero! Allí empecé una novela (arrestada 10 años después[js]), y mucho me quedaba aún por escribir. En cambio publicarme, de todos modos sólo sería después de muerto.

Hice dinero, y ya me compré una casita de adobe propia, me encargué una mesa fuera para escribir, pero seguía durmiendo igual que antes sobre mis cajones de soltero. Además, me compré una radio de onda corta, por las noches corría las cortinas, pegaba el oído a la misma tela y a través de las cascadas de interferencias pescaba la deseada, prohibida información y por el contexto reconstruía lo que había dejado de oír.

¡Muy hartos estábamos ya de cuentos durante decenios, suspirábamos por cada brizna de verdad, incluso a retazos! Porque por otra parte, este trabajo no compensaba el tiempo que se perdía: a nosotros, de vuelta del Archipiélago, el infantil Occidente ya no podía aportarnos ni sabiduría, ni valentía.

Mi casita estaba en el extremo más occidental del poblado. Tras el portillo había una acequia, y la estepa, y cada mañana el amanecer. Bastaba con que corriera airecillo de la estepa para que pudiera respirarlo a pulmones llenos. En el crepúsculo y por las noches, negras y con luna, caminaba allí solitario y respiraba como un loco.

A menos de cien metros no tenía otra vivienda ni a la izquierda, ni a la derecha, ni detrás.

Me había conformado totalmente con vivir aquí, bueno, si no «a perpetuidad», al menos cosa de veinte años (no creía en la llegada de la libertad general antes, y no me equivocaba en mucho). Ya no deseaba especialmente ir a ningún sitio (aunque se me encogía el corazón ante un mapa de Rusia central). El mundo entero lo sentía no como exterior, no como tentador, sino como vivido, todo dentro de mí, y todo el problema que quedaba era describirlo.

Vivía en plenitud.

El amigo de Radíschev, Kutúzov, le escribía a confinamiento: «Me pesa decírtelo, amigo mío, pero… tu posición tiene sus ventajas. Apartado de todos los hombres, separado de todos los objetos que nos enceguecen, tanto mayor éxito promete el peregrinar… dentro de ti; impasiblemente puedes observarte a ti mismo, y por consiguiente, con mayor parcialidad juzgarás de cosas a las que antes mirabas a través del velo de la ambición y de las vanidades mundanas. Tal vez sea mucho lo que se te aparezca bajo una nueva luz».

Exacto. Y apreciando este punto de vista purificado, apreciaba con plena conciencia mi confinamiento.

Él, en cambio, cada vez se movía y agitaba más. La comandancia se volvió positivamente cariñosa, y seguía reduciéndose. Por evasión correspondía ya sólo 5 años de campos, y hasta no daban ni eso. Una, otra, otra nacionalidad más dejaba de fichar, luego recibía el derecho a marchar. La alarma de la alegría y de la esperanza perturbaba nuestra quietud confinada.

De pronto, totalmente de sorpresa nos pilló otra amnistía más, la «Adenauer», en Septiembre de 1955. Antes de ella Adenauer había visitado Moscú y conseguido de Kruschev la liberación de todos los alemanes. Nikita mandó soltarlos, pero entonces cayeron en que quedaba absurdo: a los alemanes los sueltan, pero a sus auxiliares rusos los tienen con condenas de veinte años. Pero como eran todos *polizei*, y burgomaestres, y vlasovistas, tampoco esta amnistía era para proclamarla por los tejados. Y simplemente por la ley general de nuestra información: lo que trae a todos sin cuidado, a voces, lo importante, al oído. De forma que la mayor de todas las amnistías políticas desde Octubre fue otorgada en fecha «de nada», un 9 de Septiembre, sin fiesta, fue publicada en un sólo diario, *Izvestia*, y aún en página interior, y no la acompañó ni un comentario, ni un artículo.

Bueno, ¿cómo dejar de alterarse? Leí: «De amnistía a las personas que hayan colaborado con los alemanes». Hombre, ¿y yo? Resulta que a mí no me afecta: si yo he estado en el Ejército Rojo sin asomarme. Bah, pues que os zurzan, más tranquilidad. Y en éstas un amigo mío, L. Z. Kópelev, me escribió de Moscú: agitando esta amnistía, consiguió en la Policía de Moscú un permiso de residencia temporal. Pero al poco lo convocaron: «¿Usted qué nos está contando? Con los alemanes no ha colaborado, ¿eh?». «No». «¿O sea que ha servido en el Ejército

Soviético?». «Sí». «Pues ¡que en veinticuatro horas esté fuera de Moscú!». Él, claro, se quedó, y «huy, qué mal se pasa a partir de las diez de la noche, cada vez que llaman al timbre piensas: ¡ya están a por mí!».

Y yo me alegraba: ¡con lo bien que estoy yo! Escondo mis manuscritos (cada noche los escondía), y a soñar con los angelitos.

Desde mi puro desierto me imaginaba a la capital tumultuosa, atrafagada, vanidosa, y no me atraía en absoluto.

Pero mis amigos moscovitas insistían: «¿Qué te ha dado por quedarte allí…? ¡Reclama la revisión de tu causa! ¡Ahora revisan!».

¿Para qué? Aquí podía estarme una hora entera observando cómo las hormigas, habiendo perforado un agujerito en el basamento de adobe de mi casa, sin jefes de equipo, sin celadores ni jefes de *lagpunkt*, transportan en hilera su carga: se llevan cáscaras de girasol para sus provisiones de invierno. De pronto una mañana no aparecen, aunque hay cáscaras desparramadas delante de casa. Resulta que han adivinado mucho rato antes, que *saben*, que hoy va a llover, aunque el hermoso cielo soleado no lo revele. Y después de la lluvia las nubes están aún negras y espesas, pero ellas ya han salido y trabajan: saben seguro que no lloverá más.

Aquí, en mi quietud de confinado, veía tan indiscutible el auténtico curso de la vida de Pushkin: su primera felicidad, el confinamiento en el Sur, su segunda y suprema, el confinamiento en Mijáilovskoye. Y allí hubiera debido seguir viviendo y viviendo, sin esas ansias por irse a ningún sitio. ¿Qué sino lo llamaba a Petersburgo? ¿Qué sino lo impulsó a casarse…?**[jt]**

Sin embargo, le es difícil al corazón humano permanecer sometido a la razón. Le es difícil a una astillita no flotar hacia donde corre toda el agua.

Comenzó el XX Congreso. Del discurso de Kruschev**[ju]** estuvimos mucho tiempo sin saber nada (y cuando lo empezaron a leer en Kok-Terek, fue a escondidas de los confinados, nosotros nos enterábamos por la BBC). Pero incluso en un simple periódico al alcance de todos, me bastó con las palabras de Mikoyan: «éste es el primer congreso leninista» en tantos años. Comprendí que mi enemigo Stalin había caído, y yo, por tanto, me levantaba.

Y escribí una solicitud de revisión.

Pero en éstas, en primavera, le empezaron a quitar el confinamiento a todo el Cincuenta y Ocho.

Y tuve la debilidad de abandonar mi transparente confinamiento. Y me fui al turbio mundo.

Lo que siente un ex zeko al cruzar el Volga de Este a Oeste, y luego el día entero en un tren, traqueteando por la campiña rusa, no es para contarlo en este capítulo.

Aquel verano, en Moscú, telefoneé a la fiscalía, a ver qué pasaba con mi instancia. Me pidieron que llamara a otro número, y la amistosa, sencillota voz de un

juez de instrucción me invitó a que me pasara por la Lubianka a charlar un rato. En el famoso despacho de pases en Kuzñetski Most, me mandaron esperar. Sospechando que ya había ojos vigilándome, estudiando mi rostro, yo, interiormente tenso, adopté exteriormente un aspecto bondadoso, cansino, e hice ver que observaba a un chiquillo que jugueteaba sin la menor gracia en medio de la sala de espera. ¡Así era! ¡Mi nuevo juez de instrucción estaba aquí de paisano y me espiaba! Tras cerciorarse suficientemente de que yo no era un inflamado enemigo, se acercó y con gran amabilidad me llevó a la Gran Lubianka. Ya por el camino se estuvo afligiendo de como habían (¿¿quiénes??) arruinado mi vida, me habían privado de esposa, de hijos. Pero los pasillos eléctricos mal aireados de la Lubianka seguían siendo aquellos mismos por los que me pasearon pelado, hambriento, insomne, sin botones, manos atrás. «Pues ¡vaya fiera le ha tocado, el juez de instrucción Iezépov! Ya me acuerdo, lo había, ahora lo han echado». (Seguro que está en el despacho de al lado despotricando del mío)… «¡Yo estuve sirviendo en el contraespionaje SMERSH de Marina, allí gente de ésta no teníamos!». (De entre vosotros salió Riumin. Tuvisteis a Levshín, a Libin). Pero yo le asiento cándidamente: sí, claro. Incluso se ríe de mis chistes del año 44 sobre Stalin: «¡Muy agudo, eso!». Alaba mis relatos del frente, grapados en el expediente como pruebas a cargo: «¡Si no tienen nada antisoviético! Si quiere, lléveselos, intente publicarlos». Pero con voz enferma, casi moribunda, declino el favor: «Qué va, ya hace muchos años que me he dejado de literaturas. Si vivo unos años más, quisiera dedicarme a la física». (¡Color de los tiempos! Así jugaremos ahora con vosotros).

¡Necios hace la ventura, sabios la desventura! Algo tenemos que haber sacado de la cárcel. Al menos, el saber comportarnos ante la Checagebé.

VII
Los zekos en libertad

En este libro hubo un capítulo, «La detención». ¿Es preciso ahora otro, «La liberación»?

Es que de aquéllos sobre los que en su día se descargó la detención (hablaremos sólo del Cincuenta y Ocho), menos de uno de cada cinco, ojalá uno de cada ocho, llegó a ver esta «liberación».

Y luego —¡la liberación!— ¿quién no sabe lo que es? Se ha descrito tanto en la literatura universal, se ha mostrado tanto en el cine: abridme la mazmorra, luz del sol, aclamaciones de la multitud, abrazos de la familia.

Pero… maldita es la «liberación» bajo el cielo plomizo del Archipiélago, y sólo se encapotará más el cielo sobre ti en libertad. Sólo por su lentitud, su cachaza (¿qué prisa tiene ahora la ley?), se distingue la liberación del relámpago de la detención. En lo demás, la liberación es otra detención, otro torturante paso de un estado a otro, que igualmente te chafa todas las costillas, todo el ritmo de tu vida, de tus conceptos, y que no te promete nada a cambio.

Si la detención es helarse de golpe un líquido, la liberación es un tímido derretirse entre dos heladas.

Entre dos detenciones.

Porque en este país, a cada liberación debe sucederle en algún sitio una detención.

Entre dos detenciones, ésa fue la liberación durante los cuarenta años anteriores a Kruschev.

Un salvavidas lanzado entre dos islas: ¡a ver si nadas de zona a zona…!

«De timbrazo a timbrazo», así decíamos de la *condena*. De zona a zona, eso era la *liberación*.

Tu pasaporte oliva turbio, que tanto invitaba a *envidiar* el poeta[jv], está mancillado por la tinta china del artículo 39 del reglamento. Con ella no dan permiso de residencia ni en una sola ciudad, no contratan ni en un solo trabajo decente. En el campo, a cambio, daban la ración, pero aquí no.

Junto a ello, una engañosa libertad de movimientos…

No *liberados*, no, *privados de confinamiento*, así han de llamarse estos desgraciados. Privados del benéfico confinamiento forzoso, ¡no pueden obligarse a marchar a la taiga de Krasnoiarsk, o al desierto del Kazajstán, donde viven otros muchos como ellos, *ex*! No, se van a lo más espeso de la amordazada *libertad*, allí

todos se apartan de ellos, y allí se transforman en candidatos natos para un nuevo *encierro*.

Natalia Ivánovna Stoliarova fue liberada del Karlag el 27 de abril de 1945. Imposible marchar en seguida: hay que tramitar un pasaporte, no hay tarjeta de pan, no hay vivienda, como trabajo, ofrecen talar árboles. Tras comerse los pocos rublos reunidos por los amigos del campo, Stoliarova volvió a la zona, mintió a la escolta que iba a por equipaje (allí el sistema era patriarcal), y ¡a su barracón! ¡Qué alegría! La rodean las amigas, traen balanda de la cocina (¡ay, qué buena!), se ríen, oyen lo que cuenta del desamparo en libertad: no, pues aquí se está más tranquilo. Recuento. ¡Sobra una…! El celador la reprendió, pero le permitió pernoctar en la zona hasta la mañana del 1 de mayo; ahora que, a la mañana, ¡largo!

Stoliarova, en el campo, había trabajado por cuatro (había venido de jovencita desde París a la Unión, fue enchiquerada a los pocos días, y ahora tenía ganas de salir en libertad cuanto antes, ¡de conocer la Patria!). «Por su excelente trabajo» le dieron una liberación privilegiada: sin indicación exacta de lugar de residencia. Los que sí tenían indicación, mal que mal, lograban instalarse: la Policía no los podía echar a ninguna parte. Pero Stoliarova, con su certificado de liberación «limpia», se convirtió en un perro vagabundo. La policía no le daba autorización de residencia en ningún sitio. En las familias moscovitas conocidas, la invitaban a té, pero en ninguna le ofrecieron quedarse por una noche. Y dormía en las estaciones. (Y lo malo no es sólo que la Policía de noche anda despertando, para que no se duerma, y antes del amanecer echa a todos a la calle para barrer, sino que ¡qué zeko liberado, cuyo camino haya pasado por una gran ciudad, no recuerda cómo se le encogía el corazón cada vez que se acercaba un guardia! ¡Qué mirada tan fiera! ¡Naturalmente, se da cuenta de que eres un exrecluso! Ahora te pedirá: «¡Su documentación!». Se llevará tu certificado de liberación, y ya está, ya eres un zeko otra vez. Si aquí no hay *derecho*, no hay ley, y tampoco hay hombre: ¡hay documentación! Ahora se llevará el certificado, y ya está… Lo intuimos: es así)… En Luga, Stoliarova intentó colocarse de calcetera, a hacer guantes de punto, ¡y ni siquiera para la clase obrera, sino para prisioneros alemanes! Pero no sólo no la quisieron, sino que el director, encima, la estuvo avergonzando delante de todos: «¡Quería infiltrarse en nuestra organización! ¡Ya conocemos sus astutas estratagemas! ¡Hemos leído a Sheinin!»[jw] (¡Oh, ese gordinflón de Sheinin! ¡No se atragantará, no!).

Círculo vicioso: no te dan trabajo sin permiso de residencia, y no te dan permiso de residencia sin trabajo. Pero si no hay trabajo, tampoco hay tarjeta de pan. No conocían los exreclusos el reglamento de que el MVD tiene la obligación de colocarlos. E incluso los que lo conocían, tenían miedo de acudir: no fueran a meterlos en la cárcel… Andar en libertad no es ninguna bicoca…

En la Universidad de Rostov, cuando yo era aún estudiante, había un profesor muy raro, N. A. Trífonov: la cabeza siempre metida entre los hombros, constantemente tenso, asustadizo, no se nos ocurriera llamarlo por los pasillos. Luego

lo supimos: ya había *estado*, y cada vez que lo llamaban por un pasillo, podían ser los secretas.

Y en la Facultad de Medicina de Rostov, después de la guerra, un médico liberado, estimando inevitable su segunda detención, no quiso esperarla, se suicidó. Y quien haya conocido el campo, quien *sepa*, puede muy bien hacer esta elección. No es peor.

¡Ay de los que fueron puestos en libertad *demasiado temprano*! A Avenir Borísov le tocó el año 1946. Fue no ya a una gran ciudad, sino a su pueblo natal. Todos sus antiguos amigos, de la misma quinta, procuraban no encontrárselo por la calle, no pararse (¡y eran valerosos combatientes de la víspera!), y si no había forma humana de evitar la conversación, buscaban expresiones evasivas y se apartaban de medio lado. *Nadie* le preguntó cómo había pasado estos años (¡aunque del Archipiélago, sabemos menos que del África Central!). (¡¿Entenderán alguna vez nuestros descendientes el grado de amaestramiento de nuestra *libertad*?!). Pero un día, a pesar de todo, un amigo de sus años estudiantiles lo invitó una noche, cuando hubo oscurecido, a tomar té. ¡Qué amistoso! ¡Qué cálido! ¡Para derretirse, es justamente lo que uno necesita: calor disimulado! Avenir pidió ver las viejas fotos, su amigo sacó los álbumes. El amigo *había olvidado de él*, y se asombró de que, de pronto, Avenir se levantara y se fuera, sin esperar el samovar. Y ¿qué iba a hacer Avenir, si vio en todas las fotos su cara tachada con tinta[jx]?

A Avenir, después, le fueron mejor las cosas, llegó a director de un internado. En él crecían huérfanos de combatientes, y lloraban de humillación cuando los hijos de padres acomodados llamaban a su director «carcelERO». (No había nadie para explicar que carcelEROS eran más bien sus padres, y Avenir, si acaso era ENcarcelADO. ¡Jamás hubiera podido el pueblo ruso, en el siglo pasado, perder hasta tal punto el sentido de su lengua!).

Kartell, en 1943, pese a ser del 58, fue *dado de baja* en el campo de concentración con tuberculosis pulmonar. Pasaporte marcado, no se puede vivir en ninguna ciudad, ni se puede obtener trabajo, muerte lenta, y todos dan la espalda. En éstas, un banderín de enganche, con prisas, se necesitan combatientes. Con tuberculosis pulmonar, Kartell se declaró sano: acabar por acabar, ¡que fuera de una vez, y entre iguales! Así luchó casi hasta el final de la guerra. Sólo en el hospital el ojo avizor de la Tercera Sección se percató de que este abnegado soldado era enemigo del pueblo. En 1949 fue señalado para detención como repetidor, pero le echaron una mano buenas personas del Comisariado de la Guerra.

En los años de Stalin, la mejor *puesta en libertad* era cruzar el portal del campo de concentración y quedarse allí mismo. A éstos, en la producción, ya los conocían y les daban trabajo. Y los enekauvedistas, al encontrarlos por la calle, los miraban como a comprobados.

Bueno, del todo no. En 1938 Projórov-Pustover, tras su puesta en libertad, se había quedado de ingeniero contratado en el Bamlag. El jefe de la Sección de

Operaciones, Rosenblitt, le dijo: «Usted está en libertad, pero recuerde que caminará en la cuerda floja. Al menor fallo, se encontrará de nuevo como zeko. Para eso *no hará falta siquiera proceso*. De modo que vaya con cuidado y no se imagine que es un ciudadano libre».

De estos zekos sensatos que se han quedado cerca de su campo, que voluntariamente han escogido la cárcel como variante de la libertad, y que aún andan hoy por todos los desploblados, tipo distrito de Nyrob o de Narym, los hay a cientos de miles. Hasta *repetir* les parece como más fácil: todo está aquí a mano.

Bueno, y en el Kolyma no había especial elección: allí *retenían*. Al salir en libertad, el zeko firmaba acto seguido un compromiso *voluntario* de seguir prestando sus servicios en el Dalstroi (la autorización de salir «al continente» era en el Kolyma aún más difícil de obtener que la puesta en libertad). Para su desgracia termina su condena N. V. Suróvtseva. Aún ayer trabajaba en la guardería, bien caliente y alimentada, hoy la mandan a trabajos agrícolas, otra cosa no hay. Aún ayer tenía un camastro y una ración garantizados, hoy no hay ración, no hay techo sobre la cabeza, y se mete en una casa en ruinas con el entarimado podrido (¡eso en el Kolyma!). Gracias a sus amigas de la guardería, que aún estuvieron mucho tiempo «pasándole» raciones fuera del campo. «La opresión del estado libre», así describe sus nuevas impresiones. Sólo poco a poco se afianza su situación, y hasta se convierte en… ¡propietaria!

De modo que no es la peor forma de liberación la que le tocó a M. P. Iakubóvich: cerca de Karaganda reconvirtieron una cárcel en asilo de inválidos (la casa Tíjonov), y a este asilo, bajo custodia y sin derecho a salir, lo «liberaron».

Rudkovski, al que no querían en ningún sitio («no pasé menos que en los campos») se tuvo que ir a las tierras vírgenes de Kustanái («allí podías encontrarte con quién sea»). I. V. Shved se quedó sordo enganchando trenes en Norilsk bajo cualquier ventisca; luego trabajó de fogonero 12 horas al día. ¡Pero certificados no tiene! En el seguro se encogen de hombros: «presente testigos». Las morsas son nuestros testigos… I. S. Karpúnich ha cumplido veinte en el Kolyma, está agotado y enfermo. Pero a sus sesenta años no tiene «veinticinco años de trabajo asalariado», y no tiene pensión. Cuanto más haya estado una persona en los campos, tanto más enferma está, y tanto menos años de trabajo tiene, luego tantas menos esperanzas de conseguir una pensión.

Es que aquí no hay, como en Inglaterra, una «sociedad de ayuda a los exreclusos». Tamaña herejía da miedo hasta imaginaria[30].

Me escriben: «En el campo, fue un día de la vida de Iván Denísovich, y en libertad, fue otro».

Pero ¡alto! Pero ¿no dicen que desde entonces ha salido el sol de la libertad? Y se alargaron las manos hacia los desvalidos: «¡*Esto no se repetirá*!». E incluso, ¿parece ser que gotearon lagrimones en las tribunas de los congresos?

Zhúkov (de Kovrov): «No es que haya levantado cabeza del todo, si acaso sólo hasta quedar de rodillas». Pero «el marchamo de reclusos lo seguimos llevando, y a la menor reducción de plantilla caemos nosotros los primeros». P. G. Tíjonov: «He sido rehabilitado, trabajo en un instituto de investigaciones científicas, pero aún y con todo, me parece que sigo en el campo de concentración». Los mismos zopencos que eran jefes de campos vuelven a tener mando sobre él. G. F. Popov: «Se diga lo que se diga, se escriba lo que se escriba, pero a poco que mis colegas se enteren de que he estado preso, como quien no quiere la cosa me dan la espalda».

¡No, tiene fuerza el demonio! Así es nuestra patria: para empujarla una vara hacia la tiranía, ya hay bastante con fruncir el ceño, con toser. Para estirarla una pulgada hacia la libertad, hay que enganchar cien bueyes y atosigarlos a cada uno con el aguijón: «¡Piensa adonde tiras! ¡Piensa adonde tiras!».

¿Y la *forma* de la rehabilitación? A la vieja Ch. le llega un grosero oficio: «presentarse en la Policía mañana a las 10.00 horas». ¡Nada más! Su hija corre con el oficio la tarde anterior: «Temo por su vida. ¿De qué se trata? ¿Cómo puedo prepararla?». «No tenga miedo, es algo *agradable*, la rehabilitación de su difunto marido». (O tal vez, ¿anonadador? A los benefactores ni se les ocurre).

¡Si tales son las formas de nuestra *clemencia*, adivinen las formas de nuestra crueldad!

¡Qué avalancha de rehabilitaciones hubo! ¡Pero ni siquiera ella agrietó la pétrea frente de la sociedad infalible! Es que la avalancha caía no hacia el lado donde hay que fruncir el ceño, sino hacia donde hay que enganchar mil bueyes.

«¡La rehabilitación es *tujta*!»**[jy]**, dicen los jefazos comunistas con toda sinceridad. «*¡Demasiado se ha rehabilitado*».

Woldemar Zarin (Rostov del Don) cumplió 15 años y desde entonces estuvo otros 8 calladito. Pero en 1960 se dedicó a contar a sus compañeros de trabajo lo mal que se pasaba en los campos. Pues le incoaron sumario, y un mayor del KGB dijo a Zarin: *Rehabilitación no quiere decir inocencia*, sino sólo que los delitos no eran graves. Pero *¡algo queda siempre!*

Y en Riga, en el mismo 1960, un unánime colectivo laboral estuvo tres meses seguidos amargándole la vida a Petropávlovski por haber escondido el fusilamiento de su padre… ¡en 1937!

Y se pregunta Komogor: «¿Quién anda hoy culpable, y quién inocente? ¿Qué vas a hacer, cuando una carota se te pone de pronto a hablar de igualdad y fraternidad?».

Markélov, después de su rehabilitación, se convirtió nada menos que en director de consejo de seguro industrial, o sea, en cristiano, del comité local de una cooperativa. ¡Pues el director de la cooperativa no se atreve a dejar a este representante del pueblo un minuto sólo en su despacho! Y el secretario de la célula del partido, Báyev, que al tiempo lleva la sección de personal, intercepta por si acaso toda la correspondencia oficial de Markélov. «¿No tendrá por casualidad un papel acerca de elecciones a comités locales?». «Parece que algo de eso hubo hace un

mes». «¡Pues lo necesito!». «¡Bueno, tome, léalo, pero pronto, es casi hora de irse!». «¡Pero si me está dirigido a mí! ¡Hombre, que se lo devuelvo mañana por la mañana!». «No, no, ni hablar, *es un documento*». ¡A ver, métase en el pellejo de este Markélov, colóquese a las órdenes de semejante cernícalo, de un Báyev, que todo su sueldo y permiso de residencia dependan de ese Báyev, y aspire a pulmones llenos el aire del siglo de la libertad!

La maestra Déyeva fue despedida por «depravación moral»: ¡había *mancillado el prestigio del magisterio* al casarse con… un recluso liberado (a quien había dado clase en el campo)!

Eso ya no era bajo Stalin, era bajo Kruschev.

Y una sola cosa real queda de todo lo pasado: la PARTIDA. Una hojita pequeña, de unos 12 por 18 centímetros. Para el vivo, de rehabilitación. Para el muerto, de defunción. La fecha del óbito, no la vas a comprobar. Lugar, una gran zeta mayúscula. Causa, ya puedes hojear cien seguidas y todas tendrán la misma, lo que tocaba[31]. A veces, apellidos de testigos (inventados).

En cambio los testigos auténticos, todos callan.

Callamos.

¿Y cómo van a enterarse de nada las generaciones siguientes? Todo tapado, clavado, raspado.

«Incluso la juventud —se queja Verbovski— mira a los rehabilitados con suspicacia y desprecio».

Bueno, la juventud, no toda. A la mayor parte de la juventud simplemente le trae sin cuidado que nos rehabiliten o que no nos rehabiliten, que haya ahora doce millones de presos o que ya no los haya, no ven la relación. Lo único, que estén en libertad ellos con magnetofones y chicas de pelo despeinado.

Es que los peces no luchan contra la pesca, sólo intentan pasar por la malla.

Igual que una misma y conocida enfermedad se desarrolla de forma distinta en distintas personas, lo mismo la puesta en libertad, si se mira de más cerca, la sufrimos de modo muy diferente.

Hasta corporalmente. Unos han empleado demasiada energía en sobrevivir a su condena en el campo. La han pasado como de acero: diez años sin consumir ni una fracción de lo que necesita el cuerpo, han estado doblándose y trabajando; medio desnudos, han estado picando piedras en plena helada, y ni se resfriaban. Pero termina la condena, cae la sobrehumana presión externa, se afloja también la tensión interna. Y a estas personas el cambio de presión les es mortal. Al gigante Chulpeniov, que en 7 años de tala no había tenido ni un catarro, en libertad se le declararon no sé cuántas enfermedades. G. A. Sorokin: «Después de la rehabilitación he ido progresivamente perdiendo la salud psíquica que me envidiaban mis compañeros de campo. Me empezaron a dar neurosis, psicosis»… Igor Kamínov: «En libertad me he debilitado y decaído, y me parece que en libertad estoy mucho peor».

Como decían antes: cuando nada tenía, ¡qué bien todo me sabía!; y ahora que mucho tengo, todo me sabe acedo. A alguno se le cayeron todos los dientes en un año. Otro se hizo viejo de golpe. Otro más, apenas llegó a casa, se marchitó, se consumió y murió.

En cambio otros, sólo con la liberación cobraron ánimos. Sólo aquí se rejuvenecieron y desentumecieron. (Yo mismo, por ejemplo, incluso hoy parezco más joven que en mi primera foto de confinamiento). De pronto descubres: ¡hombre, qué *fácil* es vivir en libertad! Allí, en el Archipiélago, es otra fuerza de la gravedad, allí tus piernas pesan como las de un elefante, aquí saltan como las de un gorrión. Todo lo que a los libres les parece una montaña, lo resolvemos nosotros con solo un chasquido de lengua. Es que es tan animosa nuestra escala: «¡Cosas peores hemos visto!». Hemos pasado cosas peores, luego ahora no nos falta nada. Y no nos cansamos de repetir: ¡Cosas peores hemos visto! ¡Cosas peores hemos visto!

Pero aún más decisivamente marca el nuevo destino de un hombre el cambio *espiritual* que experimenta al ser puesto en libertad. Este cambio puede ser muy distinto de persona a persona. Sólo en el umbral del puesto de guardia del campo comienzas a sentir que dejas atrás el presidio-patria. Has nacido espiritualmente aquí, y una parte íntima de tu alma se queda aquí para siempre, mientras tus piernas te van llevando al espacio sin voz ni eco de la *libertad*.

Se revelan los caracteres humanos en el campo de concentración, pero ¡también se revelan con la puesta en libertad! Así se despidió del Campo Especial, en 1951, Vera Alexéyevna Korñéyeva, que ya hemos encontrado en este libro: «Se ha cerrado detrás de mí el portalón de cinco metros, y no me acabo de creer yo misma que al salir en libertad, estoy llorando. ¿Por qué…? Pues por el sentimiento de que he arrancado mi corazón de lo más querido y amado, de mis compañeros de desgracia. Se ha cerrado el portalón y todo ha terminado. Jamás volveré a ver a estas personas, ni recibiré de ellas ninguna noticia. *Como si hubiera marchado al otro mundo*»…

¡*Al otro mundo*…! La liberación como forma de muerte. ¿Es que nos hemos liberado? Hemos muerto para comenzar otra vida de ultratumba totalmente nueva, un tanto fantasmal, en que palpamos prudentemente los objetos, tratando de reconocerlos.

Desde luego, la liberación a *este* mundo no se la imaginaba uno así. Nos la figurábamos más bien en la versión de Pushkin: «Y los hermanos os entregarán la espada». Pero esta suerte está reservada a pocas generaciones de presos.

En cambio, ésta era una liberación robada, no auténtica. Y quien lo sentía así, con su trocito de esta libertad robada se apresuraba a huir a la soledad. Todavía en el campo «casi todos los de mi grupo pensábamos que si Dios quiere, salimos vivos de aquí, no viviremos en ciudades ni incluso en pueblos, sino en lo más espeso del bosque. Buscaremos un trabajo de guardabosque, o incluso de pastor, y nos alejaremos de la gente, de la política, de la vanidad de este mundo». (V. V. Pospélov). Avenir Borísov, sus primeros tiempos en libertad rehuía a la gente, se refugiaba en la

Naturaleza. «Tenía ganas de abrazar y de besar cada abedul, cada chopo. El crujir de las hojas caídas (me liberé en otoño) me parecía música, y se me saltaban las lágrimas. Me daba igual que cobrara 500 gramos de pan: el caso es que podía escuchar el silencio durante horas, y además leer libros. Todo el trabajo me parecía en libertad fácil, sencillo, los días pasaban volando como horas, la sed de vida era insaciable. ¡Si es que hay felicidad en el mundo, desde luego la encuentra cada zeko en su primer año en libertad!».

Personas como éstas están mucho tiempo sin querer *tener* nada: recuerdan que las posesiones se pierden pronto, como si ardieran. Evitan casi supersticiosamente las cosas nuevas, visten de viejo, se sientan sobre roto. Un amigo mío tiene unos muebles tales que no puedes sentarte en nada, ni apoyarte en nada, todo se tambalea. «Así vivimos —se ríen—, entre zona y zona». (Su mujer también ha estado presa).

L. Kópelev volvió en 1955 a Moscú y descubrió: «¡Qué difícil es tratar con gente próspera! Sólo me veo con aquéllos de mis antiguos amigos a los que al menos en algo no les van las cosas bien».

Bueno, y humanamente hablando, los únicos interesantes son los que se han negado a hacer carrera. Los que se dedican a hacerla, son unos pelmas.

Sin embargo, cada persona es como es. Y muchos al pasar al estado libre han sentido muy otra cosa (sobre todo en el período en que la checagebé parecía entornar un poquito los párpados): ¡Viva! ¡Libre! Ahora un solo conjuro: ¡No me volverán a pillar! Ahora, ¡a recuperar, a recobrar todo lo perdido!

Hay quien se recobra en cargos, quien en grados (académicos o militares), quien en ingresos y libreta de ahorros (aquí hablar de estas cosas está mal visto, pero a la chita callando sí *cuentan*)… Hay quien en hijos. Hay quien… Valentín M. nos juraba en la cárcel que en libertad se *recuperaría* en cuestión de mujeres, y así fue: varios años seguidos estuvo de día en el trabajo, y de noche, incluso entre semana, con mujeres, y siempre nuevas; dormía 4 o 5 horas, adelgazó, envejeció. Hay quien se recupera con la comida, con los muebles, con la ropa (queda olvidado cómo cortaban los botones, cómo se perdían las mejores prendas en el antebaño). Vuelve a ser una agradabilísima actividad el *comprar*.

Y ¿cómo reprochárselo, cuando realmente tienen tanto atrasado? ¿Cuando es tanto lo que han amputado de su vida?

De acuerdo con las dos concepciones de la *libertad*, hay dos actitudes diferentes hacia el pasado.

Has vivido unos años terribles. Parece que no eres un negro asesino, no eres un sucio tramposo, pues ¿para qué intentar olvidar la cárcel y el campo? ¿De qué tienes que avergonzarte? ¿No es mejor estimar que te han enriquecido? ¿No es más exacto enorgullecerse de ellos?

¡Pero cuántos (¡y no de los más débiles, y no de los más tontos, de quienes jamás te lo habrías esperado!) procuran *olvidar!* ¡Olvidar cuanto antes! ¡Perder hasta el recuerdo! ¡Olvidar, como si jamás hubiera existido!

J. G. Wendelstein: «Generalmente procuras no recordar, una reacción defensiva». Promann: «Hablando con franqueza, no quería tratar con exdetenidos, para no recordar». S. A. Lesovik: «Tras volver del campo, intentaba no recordar el pasado. Y ¿sabe?, ¡casi lo había conseguido!» (hasta la novela *Un día*). S. A. Bondarin (hace tiempo que sé que en 1945 estuvo en mi misma celda de la Lubianka antes que yo; me comprometo a nombrarle no sólo a nuestros compañeros, sino incluso a aquellos con quién estuvo *antes* de nuestra celda, que no llegué a conocer nunca, y recibo por respuesta): «Pues yo he procurado olvidar a todos con los que coincidí allá». (Después de eso, naturalmente, ni le contesto).

Yo comprendo que eviten a sus viejos conocidos de los campos los biempensantes: están hartos de dar coces a uno contra cien, recuerdos demasiado penosos. Y en general, ¿para qué quieren ellos a esa gentuza de baja estofa, sin ideología ni nada? Y ¿qué biempensantes serían, si no hubieran olvidado, perdonado, regresado a su estado anterior? Si para eso justamente enviaban instancias cuatro veces al año: ¡Déjenme volver! ¡Déjenme volver! ¡He sido bueno y seré bueno[32]! ¿En qué consiste para ellos *la vuelta*? Ante todo en la recuperación de su carnet del partido. De las encuestas. De la antigüedad. De los méritos.

Volverá la luz del carnet del partido
sobre tu absuelta cabeza a irradiar.

En cambio la experiencia concentracionaria es justamente el contagio del que hay que desprenderse cuanto antes. Acaso en la experiencia concentracionaria, si no se sacude y se lava, ¿se encontrará siquiera un grano de metal noble?

Veamos al viejo bolchevique de Leningrado, Vasíliev. Cumplió dos de *dos duros* (con cada vez además cinco de *bozal*). Le dieron pensión personal republicana. «Tengo todas las necesidades cubiertas. Glorifico a mi partido y a mi pueblo». (¡Es fabuloso! Sólo a Dios glorificaba de esta forma el Job de la Biblia: por las llagas, por la epidemia, por el hambre, por las muertes, por las humillaciones, ¡gloria a Ti, gloria a Ti!). Pero no es un holgazán este Vasíliev, no es un simple consumidor: «soy miembro de la comisión de lucha contra el parasitismo». ¡O sea que en lo que permiten sus ancianas fuerzas, va chafarrinando una de las principales injusticias de hoy día! ¡Pues ése es el rostro del Biempensante…!

Se comprende también por qué los soplones no desean recuerdos ni encuentros: temen reproches y desenmascaramientos.

Pero ¿y los demás? ¿No es una esclavitud demasiado profunda? ¿Un conjuro voluntario, para no caer otra vez? «Olvidar, como una pesadilla, olvidar las visiones del maldito pasado concentracionario», aprieta los puños Nasteñka V., encarcelada no como cualquiera, sino herida de bala. ¿Por qué el filólogo clásico A. D., que por sus estudios sopesa mentalmente las escenas de la historia antigua, por qué él también se

ordena «olvidarlo todo»? ¿Qué va a entender entonces en toda la historia de la Humanidad?

Eugenia D., al contarme en 1965 su encarcelamiento en la Lubianka en 1921, todavía de soltera, añadió: «Pues a mi difunto marido no llegué a contárselo, *se me olvidó*». ¿¿Se le olvidó?? ¿A la persona más íntima, con quien ha vivido toda una vida? ¡¡Pues aún nos encarcelan poco!!

¿O tal vez no haya que juzgarlo tan severamente? ¿Tal vez sea ésa la humanidad media? Si a alguien se habrán de referir los proverbios:

Con las glorias, se olvidan las memorias.
Saber olvidar es saber vivir.

¡Así vive el hombre…!

Mi amigo y coacusado Nicolai V., con quien por la misma chiquillada acabamos entre rejas, consideró lo ocurrido como una maldición, como el vergonzoso fracaso de un tonto. Y se concentró en la ciencia —la ocupación menos arriesgada— para encumbrarse gracias a ella. En 1959, cuando Pasternak aún estaba vivo, pero azuzado desde todos sitios, le hablé de Pasternak. Él hizo un gesto de impaciencia: «¡Para qué hablar de estos vejestorios! ¡Mira, te voy a contar cómo *lucho* en mi cátedra!». (Siempre está luchando con alguien, para conseguir un ascenso). ¡Y pensar que el Tribunal lo había valorado en 10 años de campos de concentración! ¿No hubiera bastado una azotaina…?

O bien se ha liberado Grigori M. Bien libre, cancelación de antecedentes, rehabilitación plena, le han devuelto el carnet del partido (es que no te preguntan si durante ese tiempo te has convertido a Jehová o a Mahoma; es que no piensan que, tal vez, en este tiempo ya no ha quedado ni un átomo de tus ideas anteriores, sino que ¡toma tu carnet!). Y vuelve del Kazajstán a su Z., pasa por mi ciudad, salgo a esperarlo al tren. ¿En qué piensa ahora? ¿¡Anda, pues no se está proponiendo volver a la Sección Secreta, o Reservada, o Especial!? No sé por qué será, resulta un tanto deslabazada nuestra conversación. Desde entonces no me ha escrito ni una línea…

O si no, F. Retz. Hoy es director de una oficina de alojamiento, y además miliciano[jz]. Con aire muy importante, me cuenta su vida actual. Y aunque no ha olvidado la antigua —¿cómo olvidar 18 años en el Kolyma?— me cuenta del Kolyma como con cierta sequedad y extrañeza: ¿realmente todo eso llegó a ocurrir? ¿Cómo fue posible…? Lo viejo se le ha quitado. Está orondo y satisfecho con todo.

Lo mismo que un ladrón *lía el petate*, el sucedáneo de preso político *olvida*. Y para ésos del petate el mundo vuelve a ser cómodo, sin espinas, sin aristas. Igual que antes les parecía que estaban enchiquerados todos, ahora les parece que no hay nadie enchiquerado. Les ilumina el agradable significado anterior del Uno de Mayo y del aniversario de Octubre: ya no son aquellos inexorables días en que nos registraban con especial saña en plena helada y atiborraban más que nunca con nosotros las

celdas de la cárcel del campo. Bueno, ¿y para qué subir tan alto? Si hoy en el trabajo al cabeza de familia lo ha alabado la superioridad, a la hora de la cena ya es fiesta, se celebra.

Sólo en familia el exmártir se permite a veces rezongar un poco. Sólo aquí a veces *recuerda*, para que lo mimen y aprecien más. Pero cruzado el umbral, ya ha *olvidado*.

Aunque no seamos tan inflexibles. Es una propiedad general en el hombre: de una experiencia adversa, volver a su «yo», a muchos de sus antiguos (incluso si no son los mejores) rasgos y hábitos. Así se manifiesta la estabilidad de nuestra personalidad, de nuestros genes. Probablemente, de otro modo el hombre tampoco sería hombre. Aquel mismo Tarás Shevchenko, cuyos aturdidos renglones ya hemos traído a colación[33], 10 años después escribe alborozado: «ni un sólo rasgo de mi fisonomía interna ha cambiado. De todo corazón doy gracias a mi omnipotente Hacedor por no haber permitido a la horrenda experiencia rozar con sus garras de hierro mis convicciones».

Pero *¿cómo* lo hacen para *olvidar?* ¿Quién podría enseñármelo?

«¡No! —escribe M. I. Kalínina— no se olvida nada y en la vida no se arregla nada. Ya quisiera yo misma ser de otro modo. En el trabajo estaría mejor considerada, y en familia iría todo más suave, pero en mi corazón sigue habiendo algo que pica y pica, y un cansancio infinito. ¿Espero que no irá usted a escribir de las personas que han salido en libertad que lo han olvidado todo y son felices?».

Raisa Lazútina: «¿Que no hay que recordar lo malo? ¿Y si no hay *nada* bueno que recordar?».

Tamara Prytkova: «estuve enchiquerada doce años, pero desde entonces ya llevo once en libertad (!), y *sigo sin entender: ¿para qué vivir?* ¿Y dónde está la justicia?».

Dos siglos lleva Europa perorando sobre la *igualdad*, ¡pero hasta qué punto somos distintos! ¡Qué surcos tan desiguales traza la vida en nuestras almas! Once años sin poder olvidar nada, y olvidarlo todo al día siguiente…

Iván Dobriak: «Todo ha quedado atrás, pero no todo. Me han rehabilitado, pero no tengo tranquilidad. Es rara la semana en que duermo tranquilo, siempre sueño con la zona. Saltas de la cama llorando o te despiertas asustado».

Hans Bernstein, igualmente, 11 años después sueña sólo con el campo. Yo también estuve cinco años viéndome en sueños sólo detenido, nunca en libertad. L. Kópelev, a los 14 años de su liberación cae enfermo, y en seguida está delirando con la cárcel. Y ya «cabina» o «sala de hospital», nuestra lengua es incapaz de pronunciarlo, siempre «celda».

Shavirin: «A los perros-lobo todavía no los puedo ver tranquilamente».

Chulpeniov va paseando por el bosque; pero ya es incapaz de simplemente respirar, disfrutar: «miro, y son pinos *buenos*: pocos nudos, casi no hay ramaje que quemar, eso serán *cúbicos* limpios»…

¿Cómo vas a olvidar, si te instalas en la aldea de Míltsevo, y allí casi la mitad de los habitantes ha pasado por los campos, bien es verdad que mayormente por robo? Llegas a la estación de Riazán y ves tres barrotes quitados en la empalizada. No los tapa nunca nadie, como si así debiera ser. Porque justo ante este lugar paran los stolypin —¡hoy también, hoy también siguen parando!—, a la brecha acercan un furgón celular en marcha atrás, y a los zekos los hacen cruzar por este agujero (así es más cómodo, para no pasear a los zekos por el andén lleno de gente). O te envía a dar una conferencia (1957) la Sociedad Nacional para la Difusión de la Ignorancia, y resulta que el punto de destino es el ITK-2, una colonia femenina al lado de la cárcel. Y vas al cuerpo de guardia, y por la mirilla se asoma una conocida gorra de plato. Ahora con el ciudadano instructor cruzas el patio de la cárcel, y unas mohínas mujeres mal vestidas os saludan todas las primeras con obsequiosidad. Ahora te sientas en el despacho del jefe de la sección política, y mientras él te va distrayendo, tú sabes: allí ahora están echando de las celdas, levantando a las durmientes, en la cocina individual están arrancando escudillas de las manos: ¡andando a oír la conferencia, rápido! Y me reúnen una sala llena. La sala es húmeda, y los pasillos son húmedos, y aún más húmedas son seguramente las celdas, y las desdichadas mujeres-operarias se pasan toda mi conferencia tosiendo, con una tos arraigada, profunda, retumbante, a veces seca, a veces desgarradora. Están vestidas no de mujer, sino de caricatura de mujer, las jóvenes son angulosas, huesudas como viejas, todas están agotadas y esperan el final de mi rollo. Tengo vergüenza. Desearía esfumarme y desaparecer. ¡Cuánto me gustaría, en lugar de estos «adelantos de la ciencia y de la técnica», gritarles: «¡Mujercitas! ¿¡Hasta cuándo va a durar esto…!?». Mi vista distingue en seguida a unas cuantas lozanas, bien vestidas, incluso con jerséis. Son enchufadas. Deteniendo la mirada en ellas, y sin hacer caso de la tos, uno puede soltar toda la conferencia sin mayores problemas. No te quitan la vista de encima, ¡cómo te escuchan…! Pero yo lo sé: no atienden a lo que dices, el cosmos no lo quieren para nada, sino que pocas veces ven a un hombre, así te examinan… Y yo me imagino: ahora me quitarán el pase, y me quedaré aquí. Y estos muros, sólo a unos pocos metros de la calle que conozco, de la parada de trolebús que conozco, me taparan toda mi vida, se convertirán no en muros, sino en años… ¡No, no, ahora me iré! Por cuarenta copecs tomaré el trolebús y en casa comeré bien. Pero al menos que no olvide: ellas, en cambio, se quedarán todas aquí. Y seguirán tosiendo. Tosiendo durante años.

En los aniversarios de mi detención me organizo un «día del zeko»: me corto por la mañana 650 de pan, pongo dos terrones de azúcar, me lleno una taza de agua hirviendo sin té. Para almorzar pido que me hagan balanda y un cacito de gachas clarillas. Y qué pronto entro en la vieja forma: ya al final del día recojo las migas a la boca, rebaño la cacerola. ¡Las sensaciones retrospectivas se me presentan en tropel!

También he sacado y conservo mis parches-números. Y ¿soy yo solo? Como una reliquia, te los enseñan en una casa, y en otra.

Paso un día por la calle Novoslobódskaya, y veo: ¡la cárcel de Butyrki! «Entrega de paquetes». Entro. Lleno de mujeres, también hay hombres. Unos entregan los paquetes, otros charlan. ¡O sea que es de aquí de donde venían nuestros paquetes! Qué interesante. Con el aire más inocente me acerco a leer las reglas de entrega. Pero habiéndome localizado con su mirada de águila, se me acerca rápidamente un brigada con cara de bulldog. «¿Qué desea, ciudadano?». Se ha olido que no es un paquete, sino que hay gato encerrado. ¡O sea que, quiera o no, sigo oliendo a zeko!

¿Y visitar a los difuntos? ¿A aquéllos, *los tuyos*, donde también debías estar tú, atravesado con una bayoneta? A. I. Olléñev, ya viejecito, fue en 1965. Con una mochila y un bastoncito llegó a la antigua ciudad sanitaria, de allí a la montaña (cerca del poblado de Kerki) donde enterraban. El monte está lleno de huesos y calaveras, y los habitantes lo llaman hoy *de los huesos*.

En una lejana ciudad del Gran Norte, donde medio año es de noche y medio año es de día, vive Galia V. No tiene a nadie en el mundo entero, y lo que llama «casa» es un ruidoso y feo rincón. Su descanso es: ir con un libro al restaurante, tomar vino, ahora beber un traguito, ahora fumar un cigarrillo, ahora «sufrir por Rusia». Sus mejores amigos son músicos de orquesta y porteros. «Muchos que han vuelto *de allí* encubren su pasado. Pero yo estoy orgullosa de mi biografía».

Aquí, allá, se reúnen anualmente peñas de exreclusos, cantan y recuerdan. «Y es raro —dice V. P. Golitsyn— que los cuadros del pasado que resucitan no son, ni mucho menos, sólo los sombríos y tétricos, sino que muchas cosas se recuerdan con buenos, cálidos sentimientos».

¡Otra propiedad del hombre! Y no la peor.

«Mi letra en el campo era la ЫI.**[ka]** —comunica alegremente V. L. Ginsburg—. ¡Y el pasaporte me lo dieron de la serie “ZK”!».

Lo lees, y te entra contento. No, palabra, ¡cómo se distinguen entre muchas cartas las de antiguos zekos! ¡Qué extraordinario aguante! Y si saben lo que se proponen, ¡qué energía pueden desplegar! En nuestros días, si recibes una carta sin gimoteo de ninguna clase, auténticamente optimista, sólo puede ser de un exrecluso. Acostumbrados a lo que sea, no se desesperan por nada.

¡Estoy orgulloso de pertenecer a esta poderosa tribu! No éramos una tribu, ¡nos han hecho! Nos han unido como nosotros mismos, en las medias tintas y en el aislamiento de la libertad, donde todos temen a todos, jamás habríamos sabido unirnos. Los biempensantes y los soplones se han automáticamente desconectado de nosotros en libertad. No necesitamos convenir en ayudarnos mutuamente. No necesitamos ya tantearnos unos a otros. Nos encontramos, nos miramos a los ojos, dos palabras, y ¿qué más hay que explicar? Estamos listos para auxiliar. Tenemos gente nuestra en todas partes. ¡Y somos millones!

Las rejas nos han dado otra medida de las cosas y de las gentes. Han quitado de nuestros ojos ese rebozo de normalidad que tapa todo el tiempo la vista del hombre que no ha pasado por nada. Y ¡qué conclusiones tan inesperadas!

N. Stoliarova, que en 1934 vino voluntariamente de París a este cepo, que se le llevó toda la parte media de su vida, no sólo no lo lamenta, no maldice su venida, sino: «¡Hice bien, cuando contra la opinión de los míos y la voz de la razón me fui a Rusia! Sin conocer Rusia en absoluto, la adiviné con mi interior».

El que había sido un fogoso, exitoso, impaciente comandante de brigada de la guerra civil, I. S. Karpúnich-Braven, no se fijaba en las listas que le iba presentando el jefe de la Sección Especial, y no arriba del papel, sino abajo, y no con letras mayúsculas, sino minúsculas, como una minucia, apuntaba con un lápiz romo sin puntos: *p m* (quería decir: ¡Pena Máxima!, ¡a todos!). Luego tuvo rombos en los ojales, luego veinte años y medio de Kolyma, y véanlo viviendo en medio del bosque en una granja solitaria, regando el huerto, criando gallinas, chapuceando de carpintero, sin presentar instancia de rehabilitación, despotricando de Vorochilov, escribiendo airadamente en libretas sus respuestas, respuestas y respuestas a cada emisión de radio y a cada artículo de periódico. Pero pasan otros cuantos años, y el filósofo-granjero copia significativamente de un libro el aforismo:

«No basta con amar a la humanidad, hay que saber soportar a los hombres».

Y antes de su muerte, con palabras propiás —y unas palabras que te estremeces, ¿no será mística?, ¿no será el viejo Tolstoi?:

«He vivido y juzgado de todo por mí mismo. Pero ahora soy otro hombre y ya no juzgo por mí mismo».

El asombroso V. P. Tarnovski decidió quedarse tras la condena en el Kolyma. Escribe versos, que no envía a nadie. Reflexionando, ha deducido:

Sé por qué desde hoy viviré en soledad,
Y me ha condenado el Señor a callar:
Porque he conocido al Caín de esta edad,
Pero no lo he sabido matar[34].

La única lástima es que iremos muriendo poco a poco, sin haber realizado nada que valga la pena.

Otra cosa que espera a los exreclusos en libertad son los reencuentros. De padres con sus hijos. De maridos con sus mujeres. Y estos reencuentros rara vez son para bien. En diez, en quince años sin nosotros no han podido los hijos crecer en armonía con nosotros: unas veces simplemente extraños, otras hasta enemigos. Y sólo muy pocas de las esposas son recompensadas por su fiel espera del marido: es mucho lo que se ha vivido separados, todo ha cambiado en el hombre, lo único que le queda de antes es el apellido. Tienen una experiencia vital demasiado dispar él y ella, y volver a compenetrarse ya les es imposible.

Eso que quede para películas y para novelistas, en este libro ya no cabe.

Aquí que sólo conste el relato de María Kadátskaya.

«En los primeros 10 años mi marido me escribió 600 cartas. En los 10 siguientes, una, y que te quitaba las ganas de vivir. Tras 19 años fue a pasar su primer permiso no con nosotros, sino con unos parientes, y a nuestro hijo y a mí nos vino a ver cuatro días, de pasada. El tren en que lo esperábamos, aquel día fue suprimido. Y tras una noche de insomnio, me tendí a descansar. Oigo el timbre. Una voz desconocida: "Quisiera ver a María Venedíktovna". Abro. Entra un hombre desconocido, corpulento, de mediana edad, con gabardina y sombrero. Sin decir nada, pasa audazmente. Yo, medio dormida, había como olvidado que esperaba al marido. Nos quedamos uno frente a otro. "¿No me conoces?". "No". Y todo el rato estoy pensando que debe ser algún pariente, de los que tengo muchos y que también llevo sin ver muchos años. Luego miré sus labios apretados —¡recordé que esperaba a mi marido! — y me desmayé. En estas llegó mi hijo, que para acabarlo de arreglar se había puesto enfermo. Y los tres, sin salir de la única habitación, nos pasamos sentados los cuatro días. Nuestro hijo y él estuvieron muy reservados, y yo casi no tuve ocasión de hablar con mi marido, la conversación fue de tema general. Él contaba su vida y no se interesaba lo más mínimo en cómo nos las habíamos arreglado sin él. Volvía a Siberia, no me miró a los ojos al despedirse. Le dije que mi marido había perecido en los Alpes (había estado en Italia, lo liberaron los aliados)».

También hay otra clase de encuentros, más divertidos.

Te puedes encontrar con un celador o una autoridad del campo. De pronto en la base turística de Teberda, reconoce en el monitor Slava a un guardián de Norilsk. O bien en el *Gastronom* de Leningrado, Misha Baxt ve una cara conocida, y el otro también se fija en él. Es el capitán Husak, jefe de sección de concentración, hoy de paisano. «¡Hombre, espera-espera! ¿*Dónde te tuve*…? ¡Ah, ya recuerdo, te castigamos sin paquete por mal trabajo!». (¡Y se acuerda! ¡Pero todo eso les parece lo más natural del mundo, como si los hubieran colocado sobre nosotros para la eternidad, y ahora sólo fuera un breve recreo!).

Puedes encontrarte (Belski) con el comandante de tu unidad, coronel Rudyko, que se apresuró a dar su conformidad con tu detención, con tal de no tener líos. ¡También de paisano y con gorrito de boyardo, aspecto profesional, una persona respetada!

También te puedes encontrar con tu juez de instrucción, el mismo que te estuvo apaleando o encerrando con las chinches. Ahora disfruta de un buen retiro, como, por ejemplo, Jvat, el instructor y asesino del gran Vavílov, vive en la calle Gorki. Líbrete Dios de este encuentro, que el choque será para tu corazón, no para el suyo.

Y también puedes encontrarte con tu chivato, con el que te ha enchiquerado, y que ahora está prosperando. Y no lo castigan los rayos del cielo. Los que vuelven a su lugar de origen, esos verán a la fuerza a sus denunciantes. «Oiga —exhorta alguien más fogoso— ¡póngales una querella! ¡Aunque sólo sea para denuncia pública!». (Más ya no, eso ya lo entienden todos)… «Hombre, déjelo… está bien así»…, contestan los rehabilitados.

Porque *este* proceso sería en la dirección adonde se arrastra con bueyes.

«¡Que los castigue la vida!», se desentiende Avenir Borísov.

Qué remedio.

El compositor X dijo a Shostakóvich: «Esta señora de allí, L., miembro de nuestra Unión, en su día me enchiqueró». «¡Escriba una denuncia —propuso irreflexivamente Shostakóvich—, la expulsaremos de la Unión!». (¡Eso si os dejan!). X hasta se puso a gesticular: «No, no, gracias, ya me han arrastrado por los suelos tirando de esta barba, ya no quiero más».

¿Es siquiera cuestión de castigo? Se queja G. Pólev: «El canalla que me ha enchiquerado, cuando salí, de poco me pone a la sombra otra vez, ¡y me habría puesto, si no llego a dejar la familia y a marchar de mi ciudad natal!».

¡Eso sí es muy propio! ¡Muy soviético!

¿Qué es entonces la pesadilla, el espejismo de pantano? ¿El pasado? ¿O el presente…?

En 1955, Ephroimsohn fue a ver al ayudante del Fiscal General, Salin, y le llevó un tomo de denuncias criminales contra Lysenko[kb]. Salin le dijo: «No somos competentes en este asunto, diríjase al Comité Central».

¿Desde cuándo se han vuelto incompetentes? O ¿no podían haberse vuelto treinta añitos antes?

Viven tan felices los dos falsos testigos que metieron a Chulpeniov en su fosa en Mongolia[kc]: Lozovski y Serioguin. Con unos amigos comunes de su unidad, fue Chulpeniov a ver a Serioguin a su oficina de servicios municipales del Soviet de Moscú. «Mire a quién le traigo. Uno de los nuestros, de Jaljin-gol, ¿no se acuerda?». «No, no recuerdo». «Y Chulpeniov, ¿no le dice nada?». «No, no recuerdo, nos ha dispersado la guerra». «¿Y sabe qué ha sido de él?». «Ni idea». «¡Qué cerdo eres!».

¿Qué más vas a decir? En el comité del distrito, donde consta Serioguin: «¡Qué nos dice! Es tan cumplidor».

¡Cumplidor…!

Todo queda igual y todos quedan igual. Han retumbado los truenos, pero se han alejado casi sin lluvia.

Hasta tal punto todo queda igual, que I. A. Kreinóvich, estudioso de las lenguas del Norte[35], volvió al mismo instituto de investigaciones, y a la misma sección, con los mismos que lo *vendieron*, que lo odian, y con esos mismos cada día se quita el abrigo y se sienta a trabajar.

Vaya, como si las víctimas de Auschwitz se pusieran en comandita con los excomandantes para montar una empresa de *souvenirs*.

También hay Obergruppen-soplones en el mundo literario. ¿A cuántos se cargó I. Elsberg? ¿Y Llesiuchevski? Todo el mundo los conoce, y nadie se atreve a tocarlos. Se intentó echarlos de la Unión de Escritores, pero ¡qué va! Y menos del trabajo. Y ya no digamos del partido.

Cuando se redactó nuestro código (1926), se estimó que el asesinato por calumnia es cinco veces más leve y excusable que el asesinato a cuchillo. (Bueno, y ¡quién iba a suponer que bajo la dictadura del proletariado alguien iba a acudir a un medio tan burgués como la calumnia!). Según el artículo 95, el que a sabiendas presentare falsa denuncia o prestare falso testimonio, concurriendo: *a)* acusación de delito grave; *b)* ánimo de lucro; *c)* fabricación de falsas pruebas a cargo, será castigado con privación de libertad *hasta*… dos años. Y si se descuida, seis meses.

O redactaron este artículo imbéciles totales, o gente muy muy previsora.

Me inclino a creer que previsora.

Y desde entonces en cada amnistía (la de Stalin del 45, la de Vorochilov del 53) cuidaron de incluir este articulito, hay que tratar bien a los *activistas*.

Y además, está la *prescripción*. Si a ti te han acusado falsamente (por el 58), no hay prescripción. Pero si *tú* has acusado falsamente, está la *prescripción*, ya te protegeremos.

La causa de la familia de Ana Chebotar-Tkach fue un tejido de falsos testimonios. En 1944 ella, su padre y dos hermanos fueron detenidos por el pretendidamente político pretendido asesinato de su cuñada. Los tres hombres fueron muertos a palos en la cárcel (no confesaban), Ana cumplió diez años. ¡Y resultó que la cuñada estaba vivita y coleando! Pero Ana estuvo ¡*diez años más* solicitando en vano su rehabilitación! Incluso en 1964 la fiscalía contestó: «Su condena es legal y no existen fundamentos para su revisión». Cuando a pesar de todo por fin la rehabilitaron, la incansable Skrípnikova escribió por Ana una querella: que se procesara a los falsos testigos. G. Teréjov**[36]**, Fiscal de la URSS, respondió: irrecibible por *prescripción*…

En los años veinte rebuscaron, sacaron y fusilaron a unos mujiks analfabetos, que *cuarenta* años antes habían ejecutado a hombres de Voluntad del Pueblo por sentencia de un tribunal zarista. Pero aquellos mujiks no eran nuestros. En cambio estos chivatos son carne de nuestra carne.

Pues ésta es la *libertad* adonde sueltan a los antiguos zekos. ¿Habrá en la historia otro ejemplo de que tantos crímenes públicos y notorios queden en total impunidad?

¿Y qué podemos esperar de bueno? ¿Qué puede salir de este basurero?

¡Qué magnífico resultado ha dado la criminal idea del Archipiélago!

Séptima parte

Stalin no está

«… ni se arrepintieron de sus homicidios».

Apocalipsis, 9, 21.

I
Cómo queda eso a distancia

Claro, no perdíamos la esperanza de que algún día sí contarían de nosotros: tarde o temprano acaba saliendo a la luz todo lo ocurrido en la historia. Pero nos figurábamos que eso aún tardaría muchísimo, hasta después de la muerte de la mayoría de nosotros. Y en unas condiciones radicalmente transformadas. Yo mismo me tenía por cronista del Archipiélago, iba escribiendo y escribiendo, pero también alimentaba pocas esperanzas de verlo publicado en vida.

La marcha de la historia siempre nos pilla de sorpresa, a los más perspicaces también. No podíamos prever cómo ocurriría: que sin ningún motivo coercitivo visible todo se estremecería, y empezaría a derivar, y un poquitín, y por muy poco tiempo los abismos de la vida parecerían entreabrirse, y dos o tres pajaritos de verdad lograrían escapar antes de que por mucho tiempo más volvieran a cerrarse los batientes.

¡Cuántos de mis predecesores no llegaron a escribirlo, a conservarlo, a salir a rastras, a trepar fuera del abismo! Pero a mí me tocó esta suerte: en el momento de entornarse el portón de hierro, antes de que se volviera a cerrar de golpe, lanzar el primer puñadito de verdad.

Y como materia rodeada de antimateria, ¡hizo explosión en el acto!

Explotó y trajo consigo un estallido de cartas de gente, pero esto era de esperar. Y también de artículos en los periódicos: venciendo el rechinar de dientes, venciendo el odio, venciendo la desgana, un estallido de alabanzas oficiales, hasta vomitar.

Cuando los antiguos zekos se enteraron por los clarinazos de todos los periódicos a la vez que había salido una novela sobre los campos de concentración y la alababan los periodiqueros a más y mejor, decidieron unánimemente: «¡otra vez cuento!, ¡se han arreglado para mentir hasta en eso!». El que nuestra Prensa, con su habitual desmedida, se echara de pronto a alabar la verdad, ¡realmente era demasiado para imaginarlo siquiera! Algunos no querían ni tomar mi novela en las manos.

En cambio cuando la hubieron leído, resonó algo así como un unánime gemido general, gemido de alegría, y también gemido de dolor. Me llovieron cartas.

Estas cartas las guardo. Demasiado pocas ocasiones tienen nuestros compatriotas de manifestar su opinión sobre problemas sociales, y exreclusos, con más motivo. Tantas veces ya han sido decepcionados, tantas veces engañados, ¡pero ahí sí se

creyeron que comenzaba la era de la verdad, que ahora se podía hablar y escribir con libertad!

Y se engañaron, naturalmente, por enésima vez…

«¡La verdad ha triunfado, pero tarde!», escribían.

Y más tarde incluso, porque de triunfar, nada…

Bueno, sí, los hubo cuerdos, que no firmaron sus cartas («cuido de mi salud en los días de vida que me quedan»), o que ya entonces, en pleno paroxismo de alabanzas en la Prensa, preguntaban: «Me asombro de que Volkovói[kd] te haya dejado publicar esta novela. Contesta, dime, ¿no estarás en el BUR…?». O bien: «¿Cómo es que a usted y a Tvardovski aún no los han embaulado?».

Pues mira, se les había herrumbrado el cepo, no funcionaba. Y ¡¿qué otra cosa les quedaba a los Volkovói, si no tomar la pluma a su vez?! Escribir cartas ellos también. O refutaciones a los periódicos. Vaya, si resulta que hasta los hay muy cultos.

Por esta segunda oleada de cartas incluso nos enteramos de su nombre, de cómo se llaman a sí mismos. Nosotros todo el tiempo buscando un término, que si amos del campo, que si concentracioneros, pues no: ¡*funcionarios prácticos*, eso es! ¡Una palabrita de oro! «Chequistas» no es del todo exacto, pues son funcionarios prácticos, así lo han escogido ellos.

Escriben:

«Iván Denísovich es un pelotillero».

(*V. V. Oléinik*, Aktiúbinsk).

«Hacia Shújov[ke] no experimentas ni compasión, ni respeto».

(*I. Matvéyev*, Moscú).

«Shújov fue condenado merecidamente… *¿Y qué iban a hacer los z/k-z/k en libertad?*».

(*V. I. Silin*, Sverdlovsk).

«A esa gentuza de alma ruin *la juzgaron con demasiada blandura*. Los elementos turbios de la Guerra Patria… no me dan ninguna lástima».

(*E. A. Ignátovich*, Kímovsk).

Shújov es «un parásito profesional, ladino y despiadado. Un egoísta rematado, que sólo vive para la panza».

(*V. D. Uspenski*[1], Moscú).

«En lugar de pintar el cuadro de los padecimientos de los más leales en

1937, el autor ha elegido el año 1941, cuando al campo iban a parar fundamentalmente pancistas[2]. En el 37 no había Shújovs[3], sino que se encaraban con la muerte sombría y silenciosamente, con el pensamiento puesto en *aquello a que beneficiaba*[4]»…

(*P. A. Pankov*, Kramátorsk).

Sobre los reglamentos del campo:

«¿Y para qué dar mucha alimentación a quien no trabaja? Su energía se queda sin aplicación… Al mundo del crimen aún se lo trata con demasiada suavidad».

(*S. I. Golovin,* Akmólinsk).

«En cuanto a las normas de alimentación, no hay que olvidar que *no están en un balneario*. Han de purgar su culpa sólo con trabajo honrado».

(Brigada Bazunov, Oymiakon, 55 años, envejecido al servicio de los campos).

«En los campos de concentración hay menos abusos que en cualquier otra institución soviética (!!). Afirmo que ahora en los campos *el régimen es más severo*».

(*V. Karajánov*, provincia de Moscú).

«Esta novela es ofensiva para los soldados, suboficiales y oficiales del Ministerio de Orden Público. El pueblo es el creador de la historia, pero ¿cómo está mostrado este pueblo…? Bajo aspecto de "loritos", de "idiotas", de "imbéciles"».

(Bazunov).

«Nosotros, los ejecutores, también somos personas, también cometimos nuestras heroicidades: no siempre rematábamos a los que caían, y así, nos exponíamos a perder nuestro empleo».

(*Grigori Trofímovich Zhelezniak*)[5].

«Todo el día de la novela está saturado de comportamiento negativo de los detenidos sin que conste el papel de la administración… Pero la permanencia de los detenidos en el campo de concentración *no es causa del período del*

culto a la personalidad, sino que es motivo del cumplimiento de una sentencia judicial».

(A. I. Grigóriev).

«El personal no sabía por qué estaba preso cada uno[6]».

(Karajánov).

«Solzhenitsin describe todo el *trabajo* del campo como si allí la dirección del partido comunista no hubiera existido en absoluto. Y, sin embargo, antes, *igual que ahora*, existían organismos del Partido que encauzaban *todo el trabajo de acuerdo con su conciencia*.

»Los funcionarios prácticos "sólo cumplían lo que les exigían los reglamentos, las instrucciones, las órdenes". *Las mismas personas que trabajaban entonces siguen trabajando ahora* (!!)[7], quizá se haya sumado un diez por ciento, y han sido recompensados más de una vez por su eficiencia, y están bien conceptuados como funcionarios.

»Enérgica e indignada protesta de todos los colaboradores del Ministerio de Orden Público… Es simplemente asombrosa la cantidad de bilis que rezuma esta obra… ¡Está especialmente destinada a enemistar al pueblo con el MVD…! ¿Y por qué nuestros órganos permiten mofarse de los funcionarios del MOP…? *¡No es honrado!*».

(*Ana Fliípovna Zajárova*, prov. de Irkutsk, en el MVD desde 1950, ¡en el Partido desde 1956!).

¡Oigan, oigan! ¡*No es honrado*! ¡El grito del alma! Estuvieron 45 años atormentando a los indígenas, y era honrado. Ahora publican una novela, y ¡no es honrado!

«Bazofia como ésta aún no había tenido que digerirla… Y no es sólo una opinión mía, somos muchos los que pensamos así, *nuestro nombre es "legión*[8]"».

O más brevemente:

«La novela de Solzhenitsin debe ser inmediatamente retirada de todas las bibliotecas y salas de lectura».

(*A. Kuzmín*, Orel).

Cosa que se hizo, sólo que gradualmente.

«Este libro no había que publicarlo, sino entregar el material a los órganos del KGB».

(*Anónimo*[9], coetáneo de Octubre).

Bueno, fue casi-casi lo que ocurrió, lo ha adivinado el coetáneo.
Y otro anónimo más, éste ya poeta:

Que Rusia lo oiga,
En nuestra conciencia
No hay ni un solo borrón.

¡Otra vez este incógnito maldito! A saber si estuvo fusilando él mismo, o sólo enviando a la muerte, o si es un simple ortodoxo, ¡pues toma anónimo! Un anónimo sin borrón…

Y, por fin, una amplia panorámica filosófica:

«*La historia jamás ha necesitado del pasado* (!!), y menos todavía necesita de él la historia de la cultura socialista».

(A. Kuzmín).

¡La historia no necesita del pasado! ¡Lo que pueden llegar a decir los Biempensantes! ¿De qué necesita, entonces? ¿Del futuro, o qué…? ¡Pues *ellos* son los que escriben la historia…!

¿Y qué se les puede ahora responder a todos ellos, a todos ellos contra su ignorancia militante? ¿Y cómo se les puede ahora explicar…?

Es que la verdad siempre ha sido como tímida, suele callarse una excesiva audacia de la mentira.

La larga ausencia de libre intercambio de información en el interior del país cava un abismo de incomprensión entre grupos enteros de población, entre millones y otros millones.

Simplemente *estamos dejando de ser un pueblo único*, pues hablamos realmente lenguas diferentes.

¡Y sin embargo, la brecha había sido abierta! Con lo sólida, con lo segura que parecía la muralla de mentira edificada para siglos, y tenía un boquete, y había pasado información. Aún ayer no teníamos campos de concentración, no teníamos Archipiélago, y hoy apareció ante todo el pueblo y ante el mundo entero: ¡campos!, ¡y además, fascistas!

¿¿Qué hacer?? ¡Experimentados maestros en darle la vuelta a todo! ¡Aduladores de toda la vida! ¿Vais a tolerar esto? ¿Os iréis a rajar? ¿Vosotros, lo consentiréis?

¡Pues claro que no! ¡Los maestros en dar la vuelta fueron justamente los primeros en lanzarse por esta brecha! Como si llevaran muchos años justamente esperándola, para rellenarla con sus grises cuerpos alados y con su alborozado —¡precisamente alborozado!— batir de alas, taparles a los asombrados espectadores el Archipiélago propiamente dicho.

Su primer grito, hallado instantáneamente, instintivamente, fue: *¡esto no se repetirá!* ¡Gloria al Partido! ¡Esto no se repetirá!

Qué listos, ¿eh? ¡Maestros en pasar la esponja! ¡Porque si «esto no se repetirá», naturalmente se sobreentiende que *hoy* no existe! En el futuro no lo habrá, pues hoy, ¡cómo lo va a haber!

Tan hábilmente batieron con sus alas en las brechas, que el Archipiélago, apenas aparecido a la vista, ya se convirtió en un espejismo: ni existe, ni existirá, bueno, si acaso tal vez sólo ha existido… ¡Pero si era *el culto a la personalidad*! (¡Muy cómodo, eso del «culto a la personalidad»! Lo sueltas, y como si hubieras explicado algo). En cambio lo que existe realmente, lo que queda, lo que tapona la brecha, y lo que permanecerá por los siglos venideros, es «¡Gloria al Partido!». (Al principio, parecía que gloria porque «no se repetiría», luego y en seguida casi-casi gloria por el propio Archipiélago, ambas cosas se confunden, imposible distinguirlas: aún no les ha llegado aquella revista con la novela[kf], pero ya oímos desde todas partes: «¡Gloria al Partido!». Aún no han llegado al pasaje aquel en que dan latigazos, pero en todos sitios resuena: «¡Gloria al Partido!»).

Así los querubines de la mentira, los guardianes del Muro, supieron hacer frente al primer momento.

Cuando Kruschev, secándose una lagrimita, daba su autorización a *Iván Denísovich*, estaba bien seguro de que se trataba de los campos de Stalin, que *él*, desde luego, no los tenía.

Y Tvardovski, al gestionarme el visto bueno supremo, también creía sinceramente que se hablaba del pasado, que eso ya no existía.

Bueno, y a Tvardovski se le puede perdonar: todo ese mundillo de la capital que lo rodeaba sólo vivía de eso: que si *deshielo*, que si han dejado de *agarrar*, que si dos congresos purificadores, que si vuelven personas de la nada, ¡y muchas! La bonita neblina rosada de las rehabilitaciones tapó el Archipiélago, lo hizo totalmente invisible.

Pero ¡y yo, yo! Hasta yo me había dejado influenciar, y yo no tengo excusa. ¡Es que no engañaba a Tvardovski! ¡Yo también creí sinceramente que le traía un relato del pasado! ¿Había olvidado mi lengua el gusto de la balanda? Y eso que había jurado no olvidarla. ¿No había entendido yo la esencia de los cancerberos? ¿No era yo mismo, al prepararme para cronista del Archipiélago, que me había percatado de

hasta qué punto es propio y necesario al Estado? De mí mismo, como de nadie más, estaba seguro de que no caía bajo el proverbio:

Con las glorias, se olvidan las memorias.

Pues me olvidé. Pues caí en la trampa… Pues creí… Creí a la placidez de la metrópoli. A la placidez de mi nueva vida. Y a los relatos de los últimos amigos que volvían de *allí*: ¡hay progresos!, ¡el régimen es más suave!, ¡no paran de soltar!, ¡cierran zonas enteras!, ¡despiden a los enekauvedistas…!

No, ¡polvo somos! Sometidos a las leyes del polvo. Y ninguna medida de dolor nos basta para acostumbrarnos de una vez y por todas a sentir el dolor común. Y hasta que no superemos el polvo en nosotros, no habrá en la tierra regímenes justos, ni democráticos, ni autoritarios.

Así que fue para mí una sorpresa una tercera oleada de cartas, de zekos *actuales*, aunque era la más natural de todas, aunque era la que hubiera debido esperar en primer lugar.

En papeluchos arrugados, con lápices despuntados, luego en sobres de fortuna, con la dirección muchas veces escrita ya por libres —es decir, enviadas *de matute*— me enviaba sus objeciones, e incluso su ira, el Archipiélago de hoy.

Aquellas cartas también eran un unánime grito común. Pero el grito decía: «*¡¡¿¿Y nosotros??!!*».

Todo el jaleo de la Prensa con motivo de mi novela, camanduleando a intención de los *libres* y del extranjero, se armaba en el sentido de: «eso fue, pero no se repetirá jamás».

Y aullaron los zekos: ¡¿cómo va a *no repetirse*, si estamos presos *ahora*, y en las mismas condiciones?!

«Desde los tiempos de Iván Denísovich nada ha cambiado», me escribían al unísono desde varios lugares.

«El zeko leerá su libro, y se sentirá amargado e irritado de que todo haya quedado igual».

«¿Qué ha cambiado, si siguen en vigor todas las leyes de 25 años de cárcel que salieron bajo Stalin?».

«¿A quién se dedica ahora el *culto* a *la personalidad*, que volvemos a estar en el chiquero por nada?».

«Una nube negra nos ha tapado, y no nos ven».

«¿Por qué han quedado impunes hombres como Volkovói…? Los seguimos teniendo de instructores».

«Comenzando por el último celador y acabando por el director general, todos están directamente interesados en la existencia de los campos de concentración. El personal de vigilancia por cualquier minucia fabrica una *Orden*; los comisarios escriben bulos en los expedientes personales… Nosotros, los veinticincoañeros,

somos la vaca lechera, y chupan de ella los viciosos que han de enseñarnos la virtud. ¿No es así como los colonizadores hacían pasar a los indios y negros por hombres de segunda? Soliviantar la opinión pública contra nosotros no cuesta nada, basta con escribir el artículo *Un hombre entre rejas*[10]… y mañana el pueblo estará celebrando mítines para que nos quemen en hornos».

Exacto. Si todo es exacto.

«¡Su postura es de retaguardia!», me apabulla Vania Alexéyev.

Y con todas estas cartas, yo, que en mi fuero interno me las daba de héroe, me vi culpable sin paliativos: en diez años había perdido el sentimiento vivo del Archipiélago.

Para *ellos*, para los zekos *actuales*, mi libro no era libro, ni la verdad era verdad sin una segunda parte, sin que a continuación se dijera también *de ellos*. Que se dijera, ¡y que cambiaran las cosas! Si la palabra no trata de actos y no provoca actos, ¿para qué sirve?, ¿unos perros ladrando de noche en la aldea?

(Quisiera dedicar este comentario a nuestros modernistas: *así* es como nuestro pueblo acostumbra a entender la literatura. Y no lleva trazas de perder la costumbre. ¿Y sería bueno que la perdiera?).

De modo que desperté. Y en medio del irisado perfume de las rehabilitaciones, volví a distinguir la mole pétrea del Archipiélago, sus contornos grises con miradores.

El estado de nuestra sociedad se puede describir muy bien como un *campo* físico. Todas las líneas de fuerza de este campo están dirigidas de la libertad a la tiranía. Estas líneas son muy estables, se han impreso, se han petrificado, son casi imposibles de arremolinar, de anular, de torcer. Cualquier carga o masa introducida se desplaza fácilmente en dirección a la tiranía, pero abrirse camino hacia la libertad le es imposible. Hay que tirar con diez mil bueyes.

Ahora, después de que mi libro haya sido abiertamente declarado perjudicial, y su publicación un error («consecuencia del voluntarismo en la literatura»), cuando ya se está retirando de las bibliotecas ordinarias, la sola mención del nombre de Iván Denísovich o del mío se ha vuelto en el Archipiélago una negra subversión. Pero ¡entonces! Entonces, cuando Kruschev me estrechaba la mano y bajo los aplausos me presentaba a aquellos tres centenares que se consideraban la élite artística, cuando en Moscú me hacían «la gran prensa» y los corresponsales se apretujaban ante mi habitación de hotel, cuando se declaró públicamente que el Partido y el Gobierno *apoyaban* libros como éste, cuando la Sala de lo Militar del Tribunal Supremo se enorgullecía de haberme rehabilitado (como ahora, seguramente, se arrepiente), y unos coroneles jurídicos declaraban desde su tribuna que este libro en los campos *¡había que leerlo!*, entonces ya las fuerzas mudas, silenciosas, innominadas del campo de fuerzas se opusieron invisiblemente, ¡¡y el libro se detuvo!! ¡Se detuvo *entonces*! Y en pocos campos entró legalmente, que lo pudieran pedir en la biblioteca

de la Sección Educativo-Cultural. De las bibliotecas lo retiraron. Lo confiscaban de los paquetes de impresos que a alguno le enviaban desde fuera. De matute, clandestinamente, lo entraban los contratados, les cobraban a los presos 5 rublos, o parece que incluso 20 (¡rublos de Kruschev! ¡Y a unos presos! Pero conociendo la desvergüenza del mundo concentracionario, no es para extrañarse). Los zekos lo pasaban al campo salvando el registro, como quien pasa un cuchillo; de día lo escondían, y lo leían de noche. En uno de los campos del norte de los Urales, para que durara más le hicieron unas tapas metálicas.

¡Pero qué vamos a decir de los presos, si hasta al propio mundo que rodea los campos se extiende la misma prohibiión muda, pero aceptada por todos! En la estación Vis del Ferrocarril del Norte, la *libre* María Aséyeva escribió *a Literatúrnaya Gazeta* una carta en favor de la novela, y sea que la tirara al buzón, sea que la dejó imprudentemente en la mesa, el caso es que a las 5 horas de escribirse la carta, el secretario de la célula del Partido V. G. Shishkin la estaba acusando de provocación política (¡vaya palabrejas que encuentran!), y en el acto fue *detenida*[11].

En el ITK-2 de Tiraspol, el escultor G. Ñédov, en su taller de enchufado, moldeaba la figura de un preso, primero en plastilina. El jefe de régimen, capitán Solodiankin, lo descubrió: «¿Pero estás haciendo a un recluso? ¿Quién te ha dado permiso? ¡Es *contrarrevolución*!». Agarró la figurita por los pies, la rompió y tiró los pedazos al suelo: «¡Te lees toda clase de Ivanes Denísovich!». (Pero no siguió pisoteando, y Ñédov escondió los trocitos). A resultas de la queja de Solodiankin, Ñédov fue convocado a presencia del jefe del campo, Bakáyev, pero entretanto se había hecho en la Sección Educativo-Cultural con unos cuantos periódicos. «¡Te vamos a procesar! ¡Estás soliviantando a la gente contra el régimen soviético!», atronó Bakáyev. (¡Ya entienden, ya, el efecto que hace el aspecto de un zeko!). «Con su permiso, ciudadano jefe… Mire lo que dice Nikita Serguéyevich… Mire el camarada Ilyichov»… «¡Pero si nos está hablando de igual a igual!», exclamó Bakáyev. Sólo a los seis meses se decidió Ñédov a volver a sacar aquellos pedacitos, los pegó, los fundió en metal blanco y a través de un contratado, mandó la estatuilla fuera de la zona.

Comenzó en el ITK-2 la busca y captura de la novela. Hubo registro general en la zona de habitación. No la encontraron. Un día Ñédov decidió tomarse una revancha: con *El granito no se funde* de Tevekelián[kg] se instaló una noche, haciendo ver que se resguardaba de la habitación (les pidió a los muchachos que lo taparan, con soplones delante), pero que se viera por la ventana. Pronto fueron con el chivatazo. Entraron corriendo tres celadores (y un cuarto, desde fuera, miraba por la ventana, a ver a quién se lo pasaba). ¡Aprehendido! Se lo llevaron a la sala de celadores, lo guardaron en la caja fuerte. El guardián Chízhik, las manos en los costados, con un enorme manojo de llaves: «¡Ya hemos encontrado el libro! ¡Ahora sí que irás al cala!». Pero por la mañana lo miró un oficial: «¡Bah, borricos…! Ya se lo estáis devolviendo».

¡Así leían los presos un libro «aprobado por el Partido y el Gobierno»…!

En la declaración del Gobierno soviético de diciembre de 1964 se dice: «Los culpables de crímenes monstruosos en ningún caso y bajo ningún pretexto han de escapar a su justo castigo… No admiten comparación alguna los crímenes de los asesinos fascistas, que trataron de aniquilar a pueblos enteros».

Eso para que en la RFA no se permitiera aplicar la prescripción, transcurridos veinte años.

Sólo que procesarse a *sí mismos*, hay poquitas ganas, con todo y que «trataron de aniquilar a pueblos enteros».

Aquí se publican muchos artículos sobre lo importante que es castigar a los criminales alemanes huidos. Hay incluso especialistas en tales artículos, por ejemplo Lev Ginsburg. Escribe (dicen que para subrayar la analogía): ¿qué preparación moral hubo de realizarse por los nazis, para que asesinatos en masa les parecieran normales y éticos? ¡Ahora los legisladores se escudan en que no eran ellos los que ejecutaban las sentencias! ¡Y los ejecutores, en que no eran ellos los que promulgaban las leyes!

Qué familiar… Acabamos de leer a nuestros *prácticos*: «La permanencia de los detenidos es por motivo de una sentencia… El personal no sabía por qué estaba preso cada uno».

¡Pues había que *enterarse*, si sois personas! Precisamente por eso sois criminales, porque no tuvisteis consideración ni cívica, ni humana hacia los hombres que guardabais. ¿O es que los nazis no tenían *reglamentos*? ¿O es que los nazis no tenían fe en que salvaban a la raza aria?

Bueno, y nuestros jueces de instrucción no se sonrojarán (ya no se sonrojan) al contestar: ¿y por qué los reclusos se acusaban a sí mismos? ¡Que se hubieran mantenido firmes cuando los torturábamos! ¿Y por qué los denunciantes comunicaban hechos falsos? ¡Si nos apoyábamos en ellos como testimonios a cargo!

Hubo una breve temporada en que se alarmaron. El ya mencionado V. N. Ilyín (exgeneral de brigada del MVD) dijo a propósito de Stolbunovski (el juez de instrucción del general Gorbatov, éste lo mencionó en sus memorias): «¡Ay, ay, ay, qué mal hecho! Ahora el pobre tiene problemas. ¡Ahora que percibe un buen retiro!». Bueno, y por eso mismo tomó la pluma A. F. Zajárova, se espantó de que pronto la emprenderían con todos; y del capitán Lijoshórstov, al que había «calumniado». Diákov, escribió ardorosamente: «Aún hoy sigue siendo capitán, secretario de célula del Partido (!), *tiene un cargo* en la agricultura. ¡E imagínense qué difícil le es *trabajar* ahora que escriben tales cosas de él! ¡Se habla de que a Lijoshórstov lo van a *trabajar*, y *casi-casi* a expedientar[12]! ¿Qué he hecho? Menos mal, si son sólo habladurías, pero no se excluye la posibilidad de que tengan esta ocurrencia. Eso sí que provocará auténtico furor entre los colaboradores del MOP. ¿Expedientarlo por *haber cumplido todas las indicaciones que le daban sus superiores*? ¿Y ahora que

responda él por los que daban estas indicaciones? ¡Eso sí que es bueno! ¡Tiene la culpa el guardagujas!».

Pero el revuelo acabó pronto. No, no tendrá nadie que *responder*. No van *a trabajar* a nadie.

Quizás aquí y allá se hayan reducido un poco las plantillas, pero esperemos un poco, y ¡ya se ampliarán! De momento los gebistas que aún no tenían edad de retiro, o que necesitaban redondear su pensión, se metieron a escritores, a periodistas, a redactores, a conferenciantes antirreligiosos, a funcionarios ideológicos, algunos a directores de empresa. Tras cambiarse los guantes, nos seguirán dirigiendo igual que antes. Y más seguro así. (Y el que quiera vivir jubilado, que disfrute de su pensión. Por ejemplo, el teniente-coronel retirado Judrenko. ¡Teniente-coronel, una buena graduación! ¿Habrá mandado un batallón? No, en 1938 empezó de simple celador, aguantaba la manguera de la alimentación forzosa).

Y de momento en los negociados de archivos, sin prisas, van clasificando y destruyendo todos los documentos comprometedores: listas de fusilados, órdenes de SHIZO y de BUR, materiales de procesos concentracionarios, chivatazos de soplones, datos de más sobre los Funcionarios Prácticos y las tropas de escolta. E incluso en la Sección Sanitaria, y en Administración, en todas partes puede haber papeles de más, huellas de más…

… Llegaremos en silencio al banquete.
Ya en vida incurrimos en vuestro disfavor
Y ahora que estamos callados y muertos,
Hasta muertos y todo os damos pavor.

(VICTORIA G., del Kolyma)

Tengamos la osadía: es que es verdad, todo el rato estamos con el guardagujas. Pero ¿qué pasa con el Servicio del Movimiento? ¿Y *más alto* que los celadores, funcionarios prácticos e instructores? ¿Los que sólo movían el dedo índice? Los que sólo unas palabritas desde la tribuna…

Otra vez, ¿cómo era? —«los culpables de crímenes monstruosos… bajo ningún pretexto… justo castigo… no admiten comparación alguna… trataron de aniquilar a pueblos *enteros*…».

¡Chssst! ¡Chssst! Justamente por eso en agosto de 1965 desde la tribuna de una Conferencia Ideológica (una conferencia secreta sobre la Dirección de nuestras mentes) se proclamó: «*¡Es hora de restablecer* el útil y justificado concepto de *enemigo del pueblo!*».

II
Los gobernantes cambian, el archipiélago permanece

Hay que pensar que los Campos Especiales fueron de los hijos predilectos de la tardía inteligencia de Stalin. Después de tantos ensayos educativos y punitivos por fin había nacido esta madura perfección: esta organización uniforme, numerada, articulada, psicológicamente ya segregada del cuerpo de la madre-Patria, con entrada, pero no salida, que consumía sólo enemigos, que producía sólo mercancías y cadáveres. Es difícil hasta de imaginar el dolor del artista que habría experimentado el Gran Timonel, de ser testigo del fracaso también de este magno sistema de su creación. Ya bajo él se fue estremeciendo, dando brotes de incendio, agrietándose, pero probablemente no se le había informado por prudencia. El sistema de los Campos Especiales, al principio inerte, estacionario, poco amenazador, estaba en pleno proceso de calentamiento interno, y en unos cuantos años pasó al estado de lava en fusión. Si el Corifeo hubiese vivido un año-año y medio más, no habría habido forma de esconderle estas explosiones, y sobre su cansada anciana mente se habría cargado el peso de otra nueva decisión: la de renunciar a su amada idea y volver a mezclar los campos, o bien al contrario, culminarla por el fusilamiento sistemático de todos los millares numerados.

Pero, amargamente llorado, el Pensador murió algo antes. Y al morir, pronto se llevó estrepitosamente consigo con su mano ya rígida, también a su cómplice todavía sonrosado, todavía pletórico de fuerzas y energía, al ministro de ese extenso, embrollado, insoluble interior.

Y la caída del Jefe del Archipiélago aceleró trágicamente la descomposición de los Campos Especiales. (¡Qué irreparable error histórico! ¡Acaso hay derecho a destripar al ministro del Interior! ¡¿Acaso hay derecho a manchar de alquitrán las charreteras azul celeste?!).

¡El magno descubrimiento de la ciencia penitenciaria del siglo XX, los parches con números, fueron apresuradamente arrancados, arrinconados y olvidados! Ya con eso sólo, los Campos Especiales perdieron su severa uniformidad. Y qué vamos a decir, si también se quitaron las rejas de las ventanas de los barracones y los cerrojos de las puertas, de modo que los Especiales perdieron sus agradables rasgos carcelarios que los distinguían de los ITL. (¡Con lo de las rejas, desde luego se precipitaron! ¡Pero tampoco se podía tardar, corrían unos tiempos que había que

desligarse!). Fue una gran lástima, pero el BUR de piedra de Ekibastuz, que había resistido a los amotinados, ahora fue derribado oficialísimamente[13]… Y qué vamos a decir, si de pronto liberaron sin más de los Campos Especiales a los austríacos, húngaros, polacos, rumanos, sin consideración alguna a sus negros crímenes, a sus condenas de 15 y 25 años, minando así a ojos de los reclusos toda la seriedad de las condenas. Y se levantaron las limitaciones de correspondencia, sólo gracias a las cuales los moradores de los Especiales se sentían realmente muertos en vida. ¡E incluso autorizaron visitas!, ¡qué horror, visitas…! (E incluso en el amotinado Kenguir construyeron para ellas unas casitas especiales). El liberalismo desbocado inundó hasta tal punto lo que habían sido Campos Especiales, que se permitió a los reclusos llevar peinados (y las cacerolas de aluminio de la cocina empezaron a desaparecer para convertirse en peines de aluminio). Y en lugar de las cuentas personales y de los bonos de campo, se autorizó a los indígenas a tener en sus manos dinero normal y pagar con él, como si de personas corrientes se tratara.

¡Despreocupada, imprevisoramente destruían el sistema del que ellos mismos comían, el sistema que habían ido tejiendo, atando y atornillando durante decenios!

Y esos empedernidos criminales, ¿al menos agradecieron en algo tantas ventajas? ¡No! ¡Al contrario! Poniendo de manifiesto su malicia e ingratitud, adoptaron el profundamente inexacto, ofensivo y absurdo término de «berianos», y ahora cada vez que algo no les agradaba, se lo lanzaban a la cara tanto a sus concienzudos escoltas, como a sus pacientes celadores, como a sus solícitos tutores, los directivos de los campos. Eso era no sólo mortificante para los corazones de los Funcionarios Prácticos, sino que inmediatamente tras la caída de Beria, era hasta peligroso, porque podía ser tomado como punto de partida de una acusación.

Y por eso el jefe de uno de los *lagpunkts* de Kenguir (ya purificado de amotinados y completado con procedentes de Ekibastuz) se vio obligado a dirigirse desde la tribuna en estos términos: «¡Muchachos! (en estos breves años, entre el 54 y el 56, encontraron posible llamar a los detenidos “muchachos”). ¡Ofendéis al personal de vigilancia con vuestros gritos de “berianos”! Yo os ruego que dejéis de hacerlo». A lo que el pequeño V. G. Vlásov tomó la palabra y contestó: «Ustedes ahora se han ofendido por unos meses. En cambio yo llevo 18 años sin oír de su personal otra cosa que “fascista”. ¿Es que a nosotros no nos ofende?». Y prometió el mayor que cortaría el apelativo de «fascistas». Tanto por tanto.

Después de todas estas malhadadas reformas destructivas, puede considerarse que la historia separada de los Campos Especiales se cierra en 1954, y a partir de entonces no distinguirlos de los ITL.

Con todo el Archipiélago patas arriba, entre 1954 y 1956 fue una época privilegiada, una era de inaudita indulgencia, tal vez la época más libre del Archipiélago, si no se cuentan los *domzaks* para delitos comunes de los años veinte.

Un reglamento tras otro, un inspector tras otro se desvelaban por extender aún más generosamente el liberalismo en los campos. ¡A las mujeres les suprimieron la

tala de árboles! —Sí, se descubrió que la tala era pretendidamente demasiado dura para mujeres (aunque treinta años seguidos habían demostrado sobradamente que no era dura en absoluto)—. Restablecieron la libertad condicional para los que hubiesen cumplido dos tercios de su condena. En todos los campos comenzaron a pagar dinero, y los reclusos se precipitaron a las cantinas, y no tenían razonables limitaciones disciplinarias estas cantinas, y con la amplitud de las dispensas de escolta, ¿qué limitaciones podían tener? Si con este dinero el preso podía hasta ir de compras al poblado. En todos los barracones instalaron la radio, los saturaron de periódicos, de diarios murales, nombraron propagandistas para cada equipo. Llegaban camaradas conferenciantes (¡coroneles!) y les hablaban a los presos de diversos temas —incluso de la deformación de la Historia por parte de Alexis Tolstoi— pero no era tan sencillo para las autoridades reunir un auditorio, a palos no se podía, eran precisos métodos indirectos, de sugestión y persuasión. Y los reunidos charlaban de sus cosas y no escuchaban a los conferenciantes. Autorizaron a los presos a suscribir empréstitos, pero salvo los biempensantes, nadie apreció este detalle, y los educadores tenían literalmente que tirar a cada uno del brazo hacia la hoja de firmas, para sacarle a duras penas diez rublillos (de los de Kruschev, uno). Los domingos fueron organizando veladas conjuntas de las zonas de hombres y mujeres, ahí sí que se iba de buena gana, hasta se compraban corbatas en las cantinas.

Resucitaron muchas cosas del libro de oro del Archipiélago, como esa abnegación y autoiniciativa de que hacía gala en los tiempos de los Grandes Canales. Se crearon «Soviets de Activistas», con secciones de formación y producción, de cultura de masas, de bienestar, igual que un comité municipal del Partido, y con el cometido principal de luchar por la productividad del trabajo y por la disciplina. Volvieron a crear «tribunales de camaradas», con derecho a votar represiones públicas, a imponer multas y a solicitar el paso a un régimen más severo, o la no aplicación de los *dos tercios*.

Estas medidas, en su día, le habían dado buen resultado a la Superioridad, pero aquello fue en campos que no habían pasado por la escuela de las puñaladas y motines de los Campos Especiales. En cambio ahora, todo fue muy simple: al primer presidente de Soviet (Kenguir) lo acuchillaron, al segundo lo tundieron, y nadie quería ir al Soviet de Activistas. (El capitán de fragata Burkovski trabajaba entonces en el Soviet de Activistas, trabajaba concienzudamente y por principio, pero con gran prudencia, recibiendo a cada momento amenazas de puñaladas, e iba a las asambleas de un equipo de benderistas a oír la crítica a sus actividades).

Pero los despiadados golpes del liberalismo seguían zapando y minando el sistema de los campos de concentración. Se crearon «*lagpunkts* de régimen atenuado» (¡hubo uno hasta en Kenguir!): en sustancia, se reducía a dormir en la zona, porque al trabajo se iba sin escolta, por cualquier recorrido y a cualquier hora (con lo cual todos procuraban salir cuanto antes y volver lo más tarde posible). Los

domingos, un tercio de los presos tenía permiso para ir a la ciudad por la mañana, otro tercio por la tarde, y sólo al tercio restante no le tocaba paseo[14].

Que se coloque el lector en el lugar de los jefazos de los campos, y que diga si en estas condiciones se podía *trabajar*, y qué éxitos cabía esperar.

Un oficial del MVD, con el que coincidimos en un tren por Siberia en 1962, toda esta época concentracionaria hasta 1954 la describió así: «¡Puro libertinaje! El que no quería, ni siquiera iba al trabajo. Con su dinero se compraban televisores[15]». Le habían quedado recuerdos muy negros de aquel breve y desdichado período.

¡Porque no puede salir nada bueno, cuando el educador le ha de pedir favores al preso, sin tener ni látigo, ni BUR, ni una escala de hambre que lo respalde!

Pero por si todo esto aún fuera poco, le arrearon al Archipiélago el testarazo de la *residencia sin zona*: los detenidos salen, así por las buenas, de la zona, pueden tener su casa y su familia, se les paga su salario como a libres, por entero (ya no se les retiene para zona, escolta, autoridades concentracionarias), y con el campo el único vínculo que les queda es venir aquí a fichar cada dos semanas.

¡Eso ya era el fin…! ¡El fin del mundo o el fin del Archipiélago, o ambas cosas juntas! ¡Y encima, los órganos jurídicos ensalzando esta residencia sin zona como el último y humanitarísimo descubrimiento del régimen comunista[16]!

Tras estos golpes, sólo quedaba ya, por lo visto, suprimir los campos de concentración, y ¡hale! ¡Desmantelar el magno Archipiélago, arruinar, dispersar y desalentar a cientos de miles de *funcionarios prácticos* con sus esposas, hijos y ganado doméstico, dejar en nada sus años de antigüedad, su graduación, sus irreprochables servicios!

Y hasta parecía haber comenzado: fueron llegando a los campos unas «Comisiones del Tribunal Supremo», o más simplemente «de descarga», y, apartando a las autoridades del lugar, se reunían en el barracón de mando y expedían órdenes de liberación con tanta facilidad e irresponsabilidad, que parecía tratarse de órdenes de detención.

Sobre toda la grey de los Funcionarios Prácticos planeaba una mortal amenaza. ¡Había que hacer algo! ¡Era preciso *luchar*!

A todo acontecimiento social importante en la URSS le espera uno de dos: o lo silenciarán, o lo tergiversarán. No logro recordar ni un suceso señalado que haya escapado de esta disyuntiva.

Así fue con la propia existencia del Archipiélago: la mayor parte del tiempo fue silenciado, y cuando se escribía algo sobre él, se mentía: sea en la época de los Grandes Canales, sea sobre las comisiones de descarga de 1956.

Bueno, y a propósito de estas comisiones, incluso sin el bombo en los periódicos, sin necesidad externa, colaboramos nosotros mismos a colar alguna mentirijilla sentimental. Es que, ¿cómo no enternecernos? Estamos acostumbrados a que hasta el abogado defensor esté contra nosotros, pues aquí viene un fiscal ¡y está a favor!

Languidecemos por la *libertad*, sentimos que allí fuera está empezando una nueva vida, lo vemos incluso por los cambios en los campos, ¡y de pronto una milagrosa y omnipotente comisión, tras charlar con uno cinco o diez minutos, le hace entrega de un billete de ferrocarril y de un pasaporte (a alguno, hasta con permiso de residencia en Moscú)! Pues ¿qué otra cosa que alabanza puede salir de nuestros hundidos, eternamente resfriados, roncos pechos de detenidos?

Pero si nos elevamos un poquitín por encima de nuestra desbordante alegría, la que corre a atiborrar la bolsa de viaje con los cuatro trapos, ¿es así como debían acabar los crímenes de Stalin? ¿No hubiera tenido esta comisión que salir ante las filas, quitarse los sombreros y decir?:

—¡Hermanos! Nos ha enviado el Soviet Supremo a pediros perdón. Durante años y decenios vosotros habéis estado penando aquí sin culpa alguna, mientras que nosotros nos reuníamos en solemnes salones bajo arañas de cristal y no os recordamos ni una vez. Hemos aprobado sumisamente todos los inhumanos decretos del Caníbal, somos cómplices de sus asesinatos. Aceptad, pues, nuestro tardío arrepentimiento, si podéis. El portal está abierto, sois libres. Allí, en aquel terreno, están aterrizando aviones con medicinas, alimentos y ropa de abrigo para vosotros. En los aviones vienen médicos.

En ambos casos es liberación, pero no servida igual, ni con el mismo sentido. La comisión de descarga es un diligente barrendero que va por las vomitaras de Stalin y las limpia cuidadosamente, nada más. No es colocar nuevos cimientos morales a la vida social.

Cito a continuación la opinión de A. Skrípnikova, con la que estoy totalmente de acuerdo. Los presos, uno por uno (¡otra vez aislados!) son convocados por la comisión al despacho. Unas cuantas preguntas sobre el fondo de su *causa* judicial. En tono benévolo, con toda amabilidad, pero se inclinan a que el recluso *confiese su culpa* (¡no el Soviet Supremo, sino otra vez el desdichado recluso!). ¡Ha de callar, ha de inclinar la cabeza, ha de adoptar la actitud de *perdonado*, no de perdonante! O sea que con el señuelo de la libertad le están sacando ahora lo que antes no pudieron arrancarle con torturas. ¿Para qué se hace esto? Pues es muy importante: ¡ha de volver en libertad con miedo en el cuerpo! Y de camino, las actas de la comisión revelarán a la Historia que en los campos de concentración había, fundamentalmente, culpables, que no se hicieron animaladas tan gordas como cuentan. (Quizá también hubiera un cálculo financiero: si no hay rehabilitación, tampoco habrá indemnización[17]. *Esta* interpretación de la puesta en libertad no reventaba tampoco el propio sistema de los campos de concentración, no obstaculizaba las *nuevas altas* (que no se interrumpieron ni en 1956-57), no resultaba en ningún compromiso de liberarlas a ellas también.

¿Y aquéllos que ante la comisión, por un incomprensible orgullo, se negaron a confesarse culpables? Pues a éstos *los dejaban en chirona*. Y no fueron tan pocos. (A

las mujeres que no habían confesado en el Dubrovlag en 1956, las reunieron y enviaron a los campos de Kemerovo).

Skrípnikova cuenta el caso siguiente. Una ucraniana occidental tenía 10 años por su marido guerrillero, y ahora le exigían reconocer que estaba encarcelada por su marido *bandido*. «No, no lo diré». «¡Dilo, y saldrás en libertad!». «No, no lo diré. No es ningún bandido, es de la OUN». «Bueno, si no quieres, ¡sigue ahí!» (presidía la comisión Soloviov). Pasan sólo unos días, y pasa a visitarla su marido, al volver del Norte. Tenía 25 años, se confesó fácilmente bandido y fue indultado. No apreció la firmeza de su mujer, sino que se le echó encima con reproches: «Haber dicho que soy el mismo diablo, que me has visto los cuernos y el rabo. ¿Qué hago yo ahora con la casa y los niños?».

Recordemos que Skrípnikova también se negó a confesarse culpable, y se quedó tres años de más.

De modo que hasta la era de la libertad llegó al Archipiélago con toga de fiscal.

Pero a pesar de todo, no era vano el pánico de los Funcionarios Prácticos: en 1955-56 hubo en los cielos del Archipiélago una conjunción de astros sin precedentes. ¡Fueron sus años fatales y pudieron ser sus últimos años!

Si los hombres revestidos de la autoridad suprema y abrumados con la información completa de su país, hubieran además estado penetrados e impregnados aunque fuera de su propia Doctrina, pero sin reserva, sin «sector privado», desinteresadamente, ¿cuándo, si no en estos años, habían de hacer balance, y horrorizarse, y echarse a llorar? ¿Quién los va a dejar entrar en el «reino del comunismo» con este saco sangriento a la espalda? ¡Si rezuma, si mancha toda la espalda de rojo! Han soltado a los políticos, vale, pero ¿quién ha fabricado millones de *comunes*? ¿No serán las relaciones de producción? ¿No será *la sociedad*? ¿No seremos nosotros mismos…? ¿No seréis *vosotros*?

¡Pues había que mandar a hacer gárgaras el programa espacial! ¡Dejar para mejor ocasión la flota de guerra de Sukarno y la guardia de Kwame Nkrumah! Aunque fuera sentarse y rascarse el cogote: ¿qué hacer? ¿Por qué nuestras leyes, las mejores del mundo, las incumplen millones de nuestros ciudadanos? ¿Qué les hace meterse en ese mortal garlito, y cuanto más insoportable el garlito, más se meten? ¿Y cómo hacer que este torrente se seque? ¿O quizá nuestras leyes no son las precisas? (Y aquí sería bueno acordarse de la *escuela* derrengada, del *campo* abandonado, y de muchas cosas que se llaman *injusticia* a secas, sin lo de «social»). Y a aquéllos que ya han caído, ¿cómo devolverlos a la vida? No con la munificencia barata de la amnistía Vorochilov, sino con la revisión humanitaria de cada caso, tanto de su *causa* como de su personalidad.

Bueno, y *acabar* con el Archipiélago, ¿es preciso o no? ¿O es *para siempre*? Lleva cuarenta años pudriéndose en nuestro cuerpo, ¿no basta?

¡Pues resulta que no! ¡No, no basta! Estrujar las volutas cerebrales da pereza, y en el alma ya no queda nada que suene. ¡Que se quede el Archipiélago otros cuarenta

años, que nosotros nos ocuparemos de la presa de Asuán y de la reunificación de los árabes!

Los historiadores, al estudiar los 10 años de reinado de Nikita Kruschev, cuando de pronto dejaron de funcionar las leyes físicas a que estábamos acostumbrados, cuando los objetos comenzaron por maravilla a desplazarse contra las fuerzas del campo y contra las fuerzas de la gravedad, no podrán menos de asombrarse de cuántas posibilidades en tan corto tiempo se concentraron en estas manos, y de cómo estas posibilidades sólo se utilizaban como jugando, en plan de broma, y luego se abandonaban despreocupadamente. Revestido del mayor poder de nuestra historia después del de Stalin —ya debilitado, pero aún inmenso— lo usaba como aquel oso de Krylov en el claro del bosque, dándole vueltas a un tronco sin objeto ni provecho. Tuvo la ocasión de llevar dos, y cinco veces más lejos y más firmemente la liberación del país, pero él la abandonó como una diversión, sin comprender su misión, la abandonó por el espacio, por el maíz, por los cohetes de Cuba, los ultimátums de Berlín, por la persecución a la Iglesia, por desdoblar los comités provinciales**[kh]**, por luchar contra los pintores abstractos.

¡Nunca llevó nada hasta el fin, y menos que todo, la causa de la libertad! ¿Que había que azuzarlo contra los intelectuales? Nada más sencillo. ¿Que con sus manos —que habían arrasado los campos estalinianos— había ahora que fortalecer esos mismos campos? ¡Se consiguió con facilidad! Y *¿cuándo?*

¡Ya en 1956 —el año del XX Congreso— fueron promulgadas las primeras disposiciones restrictivas sobre el régimen concentracionario! Continuaron en 1957, el año del acceso de Kruschev a la plenitud del poder indiviso.

Pero el estamento de los Funcionarios Prácticos aún no estaba satisfecho. Y, presintiendo la victoria, contraatacaba: ¡así no se puede vivir! El sistema concentracionario es el apoyo del régimen soviético, ¡y se viene abajo!

Su acción principal, naturalmente, se desarrollaba entre bastidores, allí a una mesa de banquete, en el salón de un reactor y en un paseo en barca en palacio, pero estas maniobras a veces también trascendían al exterior: sea el discurso de B. I. Samsónov en el Pleno del Soviet Supremo (diciembre de 1958): los detenidos —dijo — viven *demasiado bien*, están satisfechos (!) con la alimentación (se supone que han de estar permanentemente insatisfechos)…, los tratan *demasiado bien*. (Y en el parlamento que no había confesado su culpa anterior, nadie, por supuesto, le paró los pies a Samsónov). Lea el artículo *Un hombre entre rejas* (1960).

Y cediendo a esta presión, sin examinar nada, sin pararse a pensar que no podía haber aumentado la criminalidad en esos cinco años (y de haber aumentado, había que buscar las causas en el sistema político); sin cotejar estas nuevas medidas con su propia fe en el advenimiento triunfal del comunismo; sin estudiar el asunto a fondo, sin verlo con sus ojos, este zar, que pasó «toda su vida en camino», firmó fácilmente el encargo de los clavos con que rápidamente se montó el cadalso en su forma y solidez anteriores.

Y todo esto ocurrió *aquel mismo* año 1961, en que Nikita hizo otro último esfuerzo del cisne por remontar el carro de la libertad hacia el cielo. Justamente en 1961 —el año del XXII Congreso— fue promulgado el decreto sobre la pena de muerte en los campos de concentración «por terror contra los enmendados (léase, contra los soplones) y contra el personal de vigilancia» (¡que jamás había habido!), y fueron aprobados por un pleno del Tribunal Supremo (junio de 1961) cuatro regímenes concentracionarios, ya no estalinianos, sino kruschevianos.

Al subir a la tribuna del congreso para un nuevo ataque a la tiranía carcelaria de Stalin, Nikita acababa de dejar montar su propio sistemita, que no tenía nada que envidiarle. ¡Y todo esto le parecía sinceramente oportuno y compatible…!

Los campos de concentración de hoy son los campos tal como los ha aprobado el Partido en vísperas del XXII Congreso. Desde entonces siguen igual.

No es por su régimen que se distinguen de los campos estalinianos, sino sólo por la composición de los reclusos: falta el multimillonario Cincuenta y Ocho. Pero sigue habiendo millones de presos, y muchos de ellos siguen siendo víctimas impotentes de jueces inicuos: barridos hacia acá sólo con tal de que subsista y se alimente el sistema.

Los gobernantes cambian, el Archipiélago permanece.

Permanece porque *este* régimen político no puede pasarse sin él. Desmantelando el Archipiélago, él mismo dejaría de *ser*.

No existen historias inacabables. Toda historia hay que cortarla en algún punto. En la medida de nuestras modestas e insuficientes posibilidades hemos trazado la historia del Archipiélago desde los encarnados rayos de su amanecer hasta la rosada neblina de la rehabilitación. Con ese glorioso período de blandura y desbandada, en vísperas del nuevo endurecimiento kruscheviana de los campos y en vísperas de un nuevo código penal, pongamos fin a nuestra historia. Aparecerán otros historiadores, que para su desgracia conozcan mejor que nosotros los campos kruschevianos y postkruschevianos.

Bueno, y ya han aparecido: son S. Karavanski**[18]** y Anatoli Marchenko**[19]**. Y han de salir multitudes más, pues ¡pronto, muy pronto llegará en Rusia la época de la publicidad**[ki]**!

Por ejemplo, el libro de Marchenko encoge de dolor y horror hasta el sufrido corazón de un antiguo preso. Y en su descripción del sistema carcelario actual, nos presenta una prisión aún más de Nuevo Tipo que aquella que nos cuentan nuestros testigos. Nos enteramos de que el Cuerno, el segundo cuerno del régimen carcelario (cfr. I parte, cap. 12) se ha levantado aún más derecho, se ha hincado en el cuello del detenido aún más agudamente. Con la comparación entre los dos edificios de la catedral de Vladimir, el zarista y el soviético, Marchenko nos explica tangiblemente dónde se corta la analogía con el período zarista de la historia de Rusia: el edificio de los zares es seco y caliente, el soviético húmedo y frío (¡*en la celda se hielan las*

orejas! y jamás se quitan los chaquetones), las ventanas zaristas han sido reducidas por ladrillos soviéticos *a la cuarta parte*, ¡y no olviden los bozales!

Sin embargo, Marchenko describe sólo el Dubrovlag, donde ahora se ha concentrado a los políticos de todo el país. A mis manos, en cambio, han venido a parar materiales sobre los campos comunes, desde varios lugares, y ante los autores de estas cartas estoy en deuda, no debo callar. Y estoy en deuda, en general, ante los comunes: les he dedicado poco espacio en este libro que se cierra.

De modo que trataré de exponer lo principal que conozco sobre la situación en los campos actuales.

Bueno, ¿qué «campos»? ¡Ya no hay *campos*, en eso estriba la importantísima novedad de los años kruschevianos! ¡De esta atroz herencia estaliniana ya nos hemos liberado! Al gato le pusieron liebre, y en lugar de campos de concentración, ahora tenemos… *colonias* (metrópoli-colonias, los indígenas viven en las colonias, bueno, así ha de ser, ¿no?). Y, por consiguiente, ya no hay GULAG, sino GUITK (por cierto, el lector recordará que ya hubo un tiempo en que se llamaba así, nada nuevo bajo el sol). Si añadimos que ahora tampoco tenemos MVD, sino MOP, hemos de reconocer que están firmemente asentadas las bases de la legalidad y no hay razón alguna para escandalizar[20].

Pues los regímenes introducidos desde el verano de 1961 son los siguientes: *general-reforzado-severo-especial* (sin «especial» no podemos desde el año 1922)… La elección de régimen la hace el tribunal que dicta la condena «habida cuenta del carácter y gravedad del delito, así como (¡créetelo!) de la personalidad del delincuente». Pero más breve y simplemente, los plenos de los tribunales supremos de cada República han elaborado listas de artículos de los códigos penales, por las cuales se ve en seguida dónde hay que meter a cada cual. Eso para el futuro, para las nuevas condenas. Pero ¿y la población viva del Archipiélago, que la reforma kruscheviana de vísperas del Congreso sorprendió en el Archipiélago, en «residencia sin zona», dispensados de escolta y en régimen atenuado? A ésos los «estudiaron» los tribunales populares locales conforme a las listas de artículos (bueno, y quizá también a las gestiones de los comisarios del lugar), y los repartieron por los cuatro regímenes[21].

¡Esos zigzags son tan fáciles y divertidos en el puente de mando! ¡Timón a babor noventa grados! ¡Timón a estribor noventa grados! Pero ¿qué tal sientan a las cajas torácicas en la muda y oscura bodega? Hacía 3-4 años habían dicho: ¡fundad familias, haceos casas, creced y multiplicaos, que ya os está alumbrando el amanecer del comunismo! Desde entonces no habéis hecho nada malo, y de pronto, ladridos de perros, hoscos cordones de guardias, pase de lista por expedientes, y vuestra familia se queda en la casa a medio acabar, mientras a vosotros se os llevan tras alguna nueva alambrada. «Ciudadano jefe, ¿y la buena conducta…? Ciudadano jefe, ¿y el trabajo

eficiente…?». ¡Al cuerno vuestra buena conducta! ¡Al cuerno vuestro trabajo eficiente…!

¿Qué, qué otra administración responsable en la tierra se permite tales bandazos y saltos de carpa? Todo lo más, algún naciente Estado africano…

¿Qué idea presidía la reforma de 1961 —real, no para la galería (para la galería, era «lograr una mejor enmienda»)? Yo creo que la siguiente: privar al recluso de independencia material y personal, insoportable para los Funcionarios Prácticos, colocarlo en una situación en que repercuta en su estómago el que mueva un solo dedo el Funcionario Práctico, es decir, hacer al preso plenamente controlado y sometido. Para ello había que: abolir la masiva dispensa de escolta (¡la vida más natural para personas que colonizan tierras salvajes!), enjaular a todos en la zona, hacer insuficiente la alimentación básica, cortar sus fuentes auxiliares: el salario y los paquetes.

Y el *paquete*, en un campo de concentración, no es sólo comida. Es un alborozo moral, es alegría desbordante, tiemblan las manos: ¡no te han olvidado, no estás solo, piensan en ti! Nosotros en nuestros Campos-presidios Especiales podíamos recibir paquetes en cantidad ilimitada (su peso, 8 kilos, era una limitación general de Correos). Aunque no los recibían todos, ni muchísimo menos, y con irregularidad, ello elevaba forzosamente el nivel *general* de alimentación en el campo, no había esta lucha a muerte. Ahora se ha impuesto una limitación de peso a los paquetes —5 kilos —, y una rígida escala: ¡al año no más de seis-cuatro-tres-dos paquetes, según el régimen! O sea que en el más favorable régimen general, uno puede recibir cada dos meses cinco kilos, en los que entran el embalaje y, quizás, algo de ropa, o sea, ¡menos de 2 kilos al mes de *toda* clase de alimentos! Y en régimen especial, 600 gramos al mes…

¡Y si al menos los dieran…! Pero incluso esta miseria de paquetes sólo se permite a quien haya cumplido *más de la mitad de su condena*. Y que no tenga «faltas» (¡que agrade al comisario, y al educador, y al celador, y al gato del celador!). ¡Y no menos del 100 % del plan de producción! Y que no deje de participar en la «vida social» de la colonia (en aquellos escuálidos conciertos que describe Marchenko; en aquellas forzosas espartaquiadas, en que los atletas caen de debilidad; o, peor, de auxiliar del personal de vigilancia).

¡Se te atragantará ese paquete! Por esa cajita, recogida por tus propios familiares, ¡encima exigen tu alma!

¡Lector, despierta! La *historia* la hemos terminado, la historia la hemos cerrado. Esto pasa *ahora, hoy*, cuando rebosan nuestras tiendas de comestibles (al menos en la capital), cuando contestamos sinceramente a los extranjeros que el pueblo ya no pasa hambre. Pues a nuestros compatriotas que han dado un mal paso (o que a menudo *no son culpables de nada*, ¡ya se habrá convencido el lector de lo que es capaz nuestra administración de justicia!), ¡los *reeducan por hambre* de esta forma! ¡En sueños, ven pan!

(Notemos además que la arbitrariedad de los amos concentracionarios no tiene límites, no tiene control. Unos ingenuos familiares envían impresos o muestras —con periódicos, o medicamentos—. ¡Pues los contabilizan como paquete postal! Se da con mucha frecuencia, me lo escriben de varios lugares. El jefe de régimen funciona como un robot con ojo electrónico: ¡uno! Y el paquete que llega a continuación, lo devuelven al remitente).

¡También se vigila atentamente que al zeko no se le pase ni un gramo de comida en las visitas! Los celadores ponen su pundonor y su experiencia en no tolerarlo. Para ello, a las *mujeres libres* que llegan, *las registran, las palpan antes de la visita!* (¡La Constitución no lo prohíbe, ¿verdad?! Bueno, si no quiere, que se vaya, sin verse).

Aún más sólidamente está vedado el paso a la colonia de *ingresos monetarios*: por mucho que giren los parientes, todo ello se apunta en la cuenta personal «hasta la puesta en libertad» (o sea que el Estado se lo toma al zeko prestado sin interés por 10 y 25 años). Y *por mucho que gane el preso*, tampoco llegará a ver ese dinero.

La *autofinanciación* funciona como sigue: el trabajo del recluso se valora en un 70 % del sueldo correspondiente de un libre (¿y por qué? ¿Es que su producción huele distinto? Si ocurriera en Occidente, se llamaría explotación y discriminación). De lo que queda, se descuenta el 50 % en beneficio de la colonia (para manutención de la zona, Funcionarios Prácticos y perros). Del resto, se descuenta para alimentación y ropa de uniforme (podemos imaginarnos a cuánto va la balanda de cabezas de pescado). Y el último remanente se apunta en la cuenta personal «hasta la puesta en libertad». En cuanto a gastar en la *cantina* del campo, se autoriza al mes, según el régimen: 10-7-5-3 rublos. (Pero desde Kalikatki, prov. de Riazán, se quejan de que con todos los descuentos, a la gente no le quedan ni estos 5 rublos, para la cantina no llega). Y esto son datos del diario gubernamental *Izvestia* (todavía de la buena época, marzo de 1960, y con rublos aún baratos, de los de Stalin): la joven de Leningrado Irma Pápina, que se llagó todos los dedos a fuerza de descepar terrenos, arrastrar pedruscos, descargar vagones, talar árboles, ganaba… 10 rublos al mes.

Pero luego viene la «formalización disciplinaria» de la cantina, que se combina con la indiferencia de los vendedores. Por esa propiedad de darle la vuelta a todo que tiene el régimen *colonial* (¿será ahora lo correcto en lugar de «concentracionario»? Lingüísticas, ¿sí o no, si las propias islas se han rebautizado *colonias.*…?), la cantina-beneficio se transforma en cantina-castigo, en el punto débil del preso, donde le dan. Casi en cada carta, de las colonias de Siberia o de Arjánguelsk, lo escriben: ¡con la cantina se castiga! Se priva de cantina por la más nimia falta. Uno, por retrasarse tres minutos en levantarse de cama se ha visto privado de cantina por tres meses (los zekos lo llaman «golpe a la barriga»). Otro no había terminado de escribir una carta para la ronda de la noche, un mes sin cantina. Allí privan de cantina «por tener la lengua larga». Y desde la colonia de régimen severo de Ust-Vym escriben: «Día que pasa, sale una serie de órdenes de privación de cantina, por un mes, por dos, por tres. De cada cuatro, uno tiene faltas. O si no, en administración se han olvidado de

apuntarte para este mes, te han saltado en la lista, pues eso ya está perdido». (Otra cosa si no te meten en el calabozo el mismo día: eso nunca se perderá).

A un viejo zeko quizá no le impresione tanto: habituales rasgos de despotismo.

También escriben: «Se te pueden asignar al mes dos rublos complementarios por *éxitos laborales*. Pero para conseguirlos, hay que haber hecho una heroicidad en la producción».

Piensen qué alto se valora el trabajo en nuestro país: por señalados éxitos laborales, ¡dos rublos al mes!

Y también recuerdan una historia de Norilsk, cierto que de 1957, aún bajo el bendito respiro: unos desconocidos zekos se comieron al perro preferido del habilitado Voronin, y en castigo, todo el campo estuvo siete meses (!) «sin sueldo».

Muy propio, muy de aquí.

Contestará el Historiador Marxista: es un caso anecdótico, ¿para qué mencionarlo? Pero faltas, usted mismo lo ha dicho, sólo tiene uno de cada cuatro. Luego compórtate ejemplarmente, e incluso a régimen severo tienes asegurado tres rublos al mes, ¡casi un kilo de mantequilla!

¡Ojalá! Eso es que este Historiador ha tenido suerte con su «lotería[kj]» (bueno, y escribía articulitos muy a tono), y no ha estado en un campo. Menos mal si en la cantina hay pan, caramelos baratos y margarina. Porque si no, pan habrá 2-3 veces al mes. Y caramelos, sólo caros. ¡Qué mantequilla, qué azúcar! Si el vendedor es diligente (pero no lo será), siempre está la Superioridad para *indicarle*. Polvo de dientes, pasta, cepillos, jabón, sobres (y no en todas partes, y ya papel de carta, nunca, ¡en él escriben recursos!), cigarrillos caros, tal es el surtido de la cantina. Y no olvide, querido lector, que no es como esas cantinas ordinarias, que cada mañana abren su mostrador, y donde puede comprar hoy por 20 copecs y mañana por 20 copecs, ¡no! Aquí es así: se abre esta cantina dos días al mes, tú estate en cola tres horas, y al entrar (tus compañeros en el pasillo te meten prisa), coge de una vez por todos tus rublos, porque no los tienes en mano esos rublos, sino que tanto tienes apuntado en la lista, tanto te quedas de una vez: ¡coge diez paquetes de cigarrillos, coge cuatro tubitos de pasta!

Y le queda al pobre zeko la *norma*, su norma colonial de indígena (y la colonia puede estar en el Círculo Polar): pan, 700 g, azúcar, 13, grasas, 19, carne, 50, pescado, 85. (¡Pero eso sólo son cifras! Tanto la carne como el pescado llegarán en tal estado, que de entrada cortarán la mitad y la tirarán). Son cifras, pero en la olla no pueden estar, no están nunca. Describen su balanda en Ust-Nera así: «un bodrio que no lo querrían ni los cerdos de un koljós». En Norilsk: «La magara y el salvado siguen reinando hasta hoy». Y además está la mesa de los disciplinarios: 400 g de pan y una vez al día un plato caliente.

Ciertamente, en el Norte para los «ocupados en trabajos especialmente duros» libran una cierta alimentación suplementaria. Pero conociendo ya las islas, ya sabemos que en esa lista aún hay que entrar (no todo lo duro es «especialmente

duro»), y que mata la «ración grande»… El caso de Pichuguin: «Mientras servía, lavaba mis 40 kg de oro por temporada, transportaba a mis espaldas en un día 700 u 800 traviesas, pero en mi décimotercer año de reclusión quedé inválido, y me pasaron a una norma de alimentación *reducida*». ¿Acaso, pregunta, a un hombre como él se le han reducido las dimensiones del estómago?

Pero nosotros preguntaremos otra cosa: este Pichuguin, él solo, con sus cuarenta kilos de oro, ¿a cuántos diplomáticos mantenía? ¡Al menos la Embajada en Nepal enterita! Y ellos allí ¿a que no tienen norma *reducida*?

De varios lugares escriben: hambre general, siempre mal comidos. «Muchos tienen úlceras de estómago, tuberculosis». (Prov. de Irkutsk): «La juventud sufre tuberculosis, úlceras gástricas». (Prov. de Riazán): «Muchos tuberculosos».

Y desde luego, se prohíbe terminantemente guisarse o asarse algo propio, como nos lo permitían en los Campos Especiales. Bueno, y guisar *¿qué…?*

Tal es el antiguo expediente —el Hambre— gracias al cual se ha logrado hacer absolutamente gobernables a los indígenas actuales.

Y además de todo, el *trabajo*, con normas aumentadas: es que desde entonces *la productividad* (de los músculos humanos) *ha aumentado*. Es verdad que la jornada es de 8 horas. Los mismos equipos: el zeko azuza al zeko. Bueno, allí en Ust-Nera no tienen nada que hacer: «20 hombres van a edificar el koljós “Amistad”, aporrean la tierra helada, y los restantes 280 están parados». En Kalikatki es al revés: persuadieron al 2.º Grupo de inválidos que salieran al trabajo, prometiéndoles que les aplicarían a cambio la liberación «de dos tercios»; y mancos y cojos se precipitaron a ocupar los puestos del 3.er grupo de inválidos, a los que mandaron a los generales**[kk]**.

Pero si no hay bastante trabajo para todos, pero si es corta la jornada, pero si, por desgracia, están libres los domingos, si el *trabajo-mago* no logra reeducamos a esos desechos, siempre nos queda en reserva otro Mago, ¡el *régimen*!

Escriben desde Oymiakon y desde Norilsk, desde el régimen especial y desde el reforzado: todos los jerséis, chalecos, gorros propios, y no digamos ya abrigos, ¡se confiscan! (¡Eso en 1963! ¡El 46.º año de la era de Octubre!) «no entregan ropa de abrigo y no dejan ponerse nada abrigado bajo pena de calabozo» (Kraslag, Reshoty). «Nos lo han quitado todo, menos la ropa interior. Nos han entregado: una camiseta de algodón, una zamarra, un chaquetón, un gorro-stalin sin piel. Eso en el Indiguirka, distrito de Oymiakon, donde un día se da de baja con 51° bajo cero».

Es verdad, ¿cómo olvidarlo? Después del Hambre, ¿qué es lo que mejor puede gobernar a un ser vivo? Pues el Frío, claro. El Frío.

Particularmente educativo es el *espe*, el régimen especial, allí donde hay «OORes y mayores», como reza el nuevo refrán en los campos (OOR, *Osobo-Opasny Recidivist*, Recidivista Especialmente Peligroso, es una etiqueta que pone el tribunal local**[22]**. Ante todo, han introducido harapos rayados: un gorrito «de casita», y chaquetillas y pantaloncillos a rayas anchas, azules y blancas, como de tela de colchón. Eso lo han inventado nuestros pensadores penitenciarios, los juristas de la

Nueva Sociedad, ¡lo han inventado en el quinto decenio de octubre! ¡A los dos tercios del siglo XX! ¡En el umbral del comunismo! ¡Vestir a sus delincuentes de payasos! (En todas las cartas se nota que estas rayas, más incluso que el hambre, el frío y el resto del régimen, han mortificado y herido a los veinticincoañeros de hoy).

Más cosas sobre el régimen *especial*: barracones enrejados y cerrados con candado; barracones que se pudren, en cambio se construye un amplio BUR de ladrillo (aunque, salvo el *chifir*[kl] en el campo no quedan ni faltas: no hay ni voces, ni peleas, ni siquiera cartas). Por la zona, los desplazamientos son filas, y que estén impecables, si no, no dejan entrar, no dejan salir. Si un celador descubre en filas a uno fumando, se lanza con su obesa figura sobre la víctima, la derriba, le arranca la colilla, le arrastra al calabozo. Si no os han sacado al trabajo, no se te ocurra tumbarte a descansar: contempla tu camastro como una pieza de museo, y no la toques hasta la retreta. En junio de 1963 salió la orden de escardar toda la hierba alrededor de los barracones, para que no se tumben ni allí. Y donde aún queda hierba, ponen una tablilla con el aviso: prohibido tumbarse (provincia de Irkutsk).

¡Dios mío, qué conocido me suena! ¿Dónde lo hemos leído? ¿Dónde acabamos de oír hablar de campos como éstos? ¿No serán los Campos Especiales de Beria? *Espe, Espe*…

Régimen especial cerca de Solikamsk: «Al menor ruido meten por la mirilla el cañón de una metralleta».

Y por supuesto, en todas partes cabe cualquier arbitrariedad con los calabozos SHIZO. Le encargaron a I. que cargara un camión de losas (cada una, de 128 kg) él solo. Se negó. Le dieron 7 días.

En un campo de Mordovia, en 1964, un joven preso se enteró de que por lo visto en Ginebra y por lo visto en 1955 se había firmado un convenio prohibiendo el trabajo forzado en los lugares de reclusión, ¡y se negó a trabajar! Por su arrebato recibió 6 meses de solitaria.

Todo esto es *genocidio*, escribe Karavanski.

Y los laboristas de izquierdas, ¿le darán otro nombre? (¡Cielo santo, no se meta usted con los laboristas de izquierdas! ¡Si les disgusta en algo, adiós su reputación…!).

¿Pero para qué todo tintas negras y negras? Para compensar, oigamos enjuiciar el régimen a un joven Funcionario Práctico, recién salido de la Academia del MVD de Tavda (1962): «Antes (de 1961) en las conferencias había hasta diez celadores, y no conseguían poner orden. Ahora se oye volar una mosca, se hacen callar unos a otros. Tienen miedo de que los pasen a un régimen más severo. Se ha hecho mucho más fácil *trabajar*, sobre todo desde el Decreto (de fusilamiento). Ya se lo hemos *aplicado* a un par de ellos. Porque si no, te venían al puesto de guardia con un cuchillito: cójanme, he matado a un cerdo… No había forma de trabajar».

Claro, se ha purificado la atmósfera. También lo confirma la maestra de la escuela colonial: «Por una risita en clase de formación política te privan de libertad

condicional. Pero si eres *activista*, ya puedes ser todo lo grosero que quieras: con tal de que cuides de que otro no tire una colilla, se quite el gorro, tendrás un trabajo más fácil, y un informe mejor, y te ayudarán después con el permiso de residencia».

El Soviet del Colectivo, la Sección de Orden Interno son algo así como milicianos, llevan brazalete rojo: ¡no pases de largo ante una falta! ¡*Ayuda a los celadores*! Y el Soviet tiene derecho a *¡solicitar castigos!* Los que tienen *artículo de tercio* (que le son aplicables los dos tercios) o *de mitad*, tienen necesariamente que ir a ayudar a la SOI, si no, no te darán libertad condicional. Los que tienen *artículo ciego* no van, no lo necesitan. I. A. Alexéyev escribe: «La gran masa prefiere la muerte lenta, pero a esos soviets y secciones no se apunta».

En cambio, nosotros empezamos a sentir la atmósfera, ¿verdad? ¡*Actividades sociales* en un campo de concentración! ¡Con los buenos sentimientos que desarrollan (cobismo, chivatería, rechazo del vecino)! ¡Hela aquí, la luminosa escala que sube al cielo de la libertad! ¡Pero qué resbaladiza puede ser también!

Oigan cómo del ITK-2 de Tiraspol se queja Ólujov (comunista, director del almacén, detenido por malversación): pronunció un discurso en un mitin de productores ejemplares, estuvo denunciando a alguien, «hizo a los hijos perdidos de la Patria un llamamiento al trabajador honrado», la sala contestó con atronadores aplausos. Pero cuando se sentó en su banco, se le acercó un zeko y le dijo: «si tú, hijo de p…, hubieras hablado así hace 10 años, te habría clavado un cuchillo en la misma tribuna. Pero ahora no me dejan las leyes, por ti, gorrino, me darán fusilamiento».

¿Siente el lector cómo todo está dialécticamente relacionado, la unidad de las contradicciones, una cosa deviene otra? ¿Por un lado florecientes actividades sociales, por otro se apoyan en el Decreto del fusilamiento? (¿Y siente el lector el *tiempo*? «Hace 10 años», y el hombre sigue allí. Pasó una época, llegó otra época, y él sigue allí)…

Ese mismo Ólujov también cuenta del recluso Isáyev, exmayor (Moldavia, ITK-4). Isáyev era «intolerante con los violadores del régimen, atacaba en el Soviet del Colectivo a reclusos concretos», es decir, exigía que los castigaran y les suprimieran los privilegios. ¿Y qué? «A la noche siguiente le desapareció una bota militar de piel fina, una del par. Se puso zapatos, pero a la noche siguiente también le desapareció un zapato». ¡Esas bajas formas de lucha adopta el enemigo de clase en nuestros días…!

Claro que la vida social es un fenómeno delicado que hay que saber encauzar debidamente. Porque se dan casos que corrompen totalmente a los reclusos, como por ejemplo el de Vania Alexéyev: convocaron asamblea general del campo para las 20 horas. Pero hasta las 22 horas estuvo tocando la orquesta, y la asamblea no empezaba, y eso que estaban los oficiales sentados en el escenario. Alexéyev pidió a la orquesta que «descansara», y a la superioridad, que dijera cuándo sería la asamblea. Respuesta: no habrá. Alexéyev: en tal caso nosotros, los detenidos, haremos asamblea por nuestra cuenta, sobre el tema *LA VIDA Y LOS TIEMPOS*. Los detenidos

runrunearon que sí, los oficiales escaparon del escenario. Alexéyev subió a la tribuna con una libreta y la tomó con el culto a la personalidad. Pero varios oficiales se le echaron encima, reconquistaron la tribuna, desenroscaron las bombillas y echaron abajo a los reclusos que habían logrado subir allí. Los celadores tenían orden de detener a Alexéyev, pero éste dijo: «Ciudadanos celadores, ¿no sois del konsomol? Habéis oído que yo decía la verdad, pues ¿contra quién levantáis la mano?, ¿contra la conciencia de la idea leninista?». También habrían detenido a la conciencia de la idea, pero los zekos caucasianos se llevaron a Alexéyev a su barracón y así por una noche lo salvaron del arresto. Luego estuvo en el calabozo, y después del calabozo calificaron su discurso de antisoviético. El Soviet del Colectivo solicitó de la administración que procediera al aislamiento de Alexéyev por propaganda antisoviética. En base a esta solicitud la administración se dirigió al tribunal popular, y dieron a Alexéyev 3 años de *cárcel cerrada*.

Para una correcta orientación de las mentes, son muy importantes las clases semanales de *formación política*, establecidas en las actuales colonias. Las dan los jefes de destacamento (200-250 hombres), oficiales. Se elige cada vez un tema, vaya, por ejemplo, el humanismo de nuestro régimen, la superioridad de nuestro sistema, los éxitos de Cuba socialista, el despertar del África colonial. Estas cuestiones apasionan a los indígenas y les ayudan a respetar más el régimen colonial y a trabajar mejor. (Claro que a veces surgen malentendidos. Desde Irkutsk: «En un campo hambriento nos hablan de la abundancia de alimentos en el país. Nos hablan de la mecanización en todas partes, en cambio en la producción sólo vemos pico, pala, angarillas y lo hacemos todo a mano**[23]**»).

También es muy importante la *radio*, si se la sabe emplear (no la música, ni las novelas de amor, sino las emisiones educativas). Todo está dosificado por regímenes, pues igual la radio: de 2-3 horas para el régimen especial hasta el día entero de emisión para el régimen general**[24]**.

Y también hay *escuelas* (¡hombre, claro! ¡Si los preparamos para su reinserción en la sociedad!). Sólo que «todo está montado en puro formalismo, es por hacer ver… Asisten los muchachos por miedo, las ganas de estudiar se las quitan a base de BUR»; también «pasan apuro ante las maestras libres, porque van vestidos de pingos».

Claro, ver a una mujer viva, es un acontecimiento demasiado importante para un detenido.

Ni que decir tiene que una adecuada educación y enmienda, especialmente de personas mayores, y especialmente si dura decenios, ha de basarse necesariamente en la *división de sexos* introducida por Stalin y Beria después de la guerra, y adoptada en el Archipiélago como principio inmutable. La mutua influencia de los sexos, igual que el impulso hacia la mejora y el desarrollo, común a toda la Humanidad, no puede ser aceptada en el Archipiélago, porque entonces la vida de los indígenas «parecería un balneario». Y cuanto más nos acercamos a la radiante aurora del comunismo, que

ilumina ya medio cielo, tanto más insistentemente hay que separar a los delincuentes de las delincuentes y sólo a través de este aislamiento atormentarlos y enmendarlos como Dios manda[25].

Todo el armonioso sistema de reeducación colonial, en nuestra época de publicidad y derechos del hombre, está sometido al control de la sociedad, sí, no faltaría más, las *comisiones de observación*, (espero que el lector no las haya olvidado). Nadie las ha suprimido.

Las componen «las entidades locales». Pero prácticamente, allí, en lugares salvajes, en aquellos poblados libres ¿quién se meterá y será admitido en estas comisiones, salvo las esposas de la administración? Es simplemente un comité de amas de casa, que cumple todo lo que dicen los maridos.

Sin embargo, en las grandes ciudades el sistema puede algunas veces dar resultados inesperados. A la comunista Galina Petrovna Filíppova, el comité de distrito le encargó formar parte de la comisión de observación de la cárcel de Odessa. Ella coleó: «¿Yo qué tengo que ver con los criminales?», y sólo por disciplina de partido la obligaron a ir. Pero allí, ¡se apasionó! Allí vio personas, y entre ellas, ¡tantas inocentes!, y entre ellas, ¡tantas arrepentidas! En seguida estableció el sistema de hablar con los reclusos en ausencia de la administración (a lo que la administración se resistió muchísimo). Algunos zekos estuvieron meses mirándola con ojos rabiosos, luego se ablandaban. Se puso a ir a la cárcel dos, y tres, y cuatro veces a la semana, se quedaba en la cárcel hasta la retreta, renunciaba a sus vacaciones, ya estaban arrepentidos los que la habían mandado allí. Se lanzó por los *organismos* a hablar de los veinticincoañeros (en el código esta condena ya está abolida, pero la gente la sigue cumpliendo), de colocaciones para los liberados, de colonias. Arriba encontraba o total asombro (el jefe de la Dirección de Lugares de Reclusión de la RSFSR, un general, le aseguraba en 1963 que los veinticincoañeros *ya no existían* en el país, ¡y lo más gracioso es que por lo visto, realmente *no lo sabía*!), o plena información, y entonces feroz resistencia. Empezaron a ensañarse con ella y a hacerle la vida imposible en el ministerio ucraniano y en el partido. También disolvieron a toda su comisión por sus instancias escritas.

¡Pues que no estorben a los amos del Archipiélago! ¡Que no estorben a los Funcionarios Prácticos! ¿Recuerdan? Por ellos mismos acabamos de enterarnos: «*las mismas personas* que trabajaban entonces siguen trabajando ahora, quizá se haya sumado un diez por cien».

Bien, pero ¿no habrán cambiado de sentimientos? ¿No se habrán penetrado de amor hacia sus desgraciados pupilos? Todos los periódicos y todas las revistan afirman que sí, que se han penetrado. Yo ya no he seleccionado especialmente, pero oigamos a la *Literatúrnaya Gazeta*[26] dar la palabra a su jefe de colonia:

«A los educadores es fácil insultarlos, pero es mucho más difícil ayudarles, y ya es dificilísimo encontrarlos: hombres dinámicos, instruidos, intelectuales (caramba, han de ser intelectuales), entregados y capaces… Hay que crearles buenas

condiciones de vida y de trabajo… Yo sé lo modesto que es su sueldo, lo inabarcable que es su jornada laboral»…

¡Lo bien que iría terminar ahí, poner punto final! Se podría vivir más tranquilamente, entregarse al arte, o, más seguro todavía, a la ciencia, pero ¡esas cartas malditas, arrugadas, sobadas, enviadas «de matute» desde los campos! Y ¿qué es lo que escriben, los muy desagradecidos, de los que se dejan la salud por ellos en una inabarcable jornada laboral?

I.: «Hablas con un educador de tu problema y ves que tus palabras rebotan contra la tela gris del capote. Involuntariamente te dan ganas de preguntar: "Perdone, ¿cómo está su vaquita?", en cuyo establo pasa más rato que con sus pupilos». (Kraslag, Reshoty).

L.: «Los mismos mentecatos de celadores, el jefe de régimen, un típico Volkovoi. Con un celador no se puede discutir, en seguida calabozo».

K-n.: «Los jefes de destacamento nos hablan en jerga, sólo oyes: carroña, maricón, hijoputa». (Estación Iértsevo).

K-v.: «El jefe de régimen, hermano gemelo de aquel Volkovoi, sólo que no pega latigazos, sino puñetazos, con una mirada lobuna… El jefe de destacamento es un excomisario, que tenía a su servicio un ladrón chivato y le pagaba cada denuncia en narcóticos… Todos los que pegaban, torturaban y ejecutaban se han simplemente trasladado a otros campos y ocupan cargos ligeramente distintos». (Prov. de Irkutsk).

I. G. P.: «Los jefes de colonias, nada más que subjefes directos, tienen seis. En todas las obras van echando a los inútiles, pues se vienen corriendo aquí… Todos los negados de antes… siguen trabajando ahora, van completando los años para la jubilación, y tampoco se van después. No han adelgazado. A los reclusos ni los tenían, ni los tienen por personas».

V. I. D.: «En Norilsk, apartado 288, no hay ni uno "nuevo": todos los mismos berianos. A los que se jubilan, los sustituyen ellos mismos (los que echaron en 1956) … Los años de servicio les cuentan doble, tienen sueldos elevados, vacaciones largas, buena alimentación. Un año les vale por dos, y llegan a jubilarse a los 35 años»…

P.: «Tenemos en la sección a 12 o 13 mozarrones forzudos, vestidos con abrigos de piel casi hasta el suelo, gorros de pelo, botas de fieltro del ejército. ¿Por qué no pueden ir a la mina, a la fábrica, a las tierras vírgenes, y aquí dejar el puesto a más mayores? Qué va, allí no irán ni arrastrados con una maroma de barco. Seguro que esos zánganos han informado a los órganos superiores de que los z/k son incorregibles, porque si un día hay menos z/k, reducirán su plantilla».

E igual que antes, los presos plantan patatas en los huertos de las autoridades, se los riegan, les cuidan el ganado, fabrican muebles para sus casas.

Pero ¿quién dice la verdad? ¿A quién creer?, exclama azorado el lector impreparado.

¡Claro que a los periódicos! Crea a los periódicos, lector. Créase siempre a nuestros periódicos.

Los enekauvedistas son una fuerza. Y jamás cederán de buen grado. Si se han mantenido hasta en 1956, seguirán resistiendo, ya lo creo.

No se trata sólo de los órganos de reeducación por el trabajo. Y no sólo del Ministerio de Orden Público. Ya hemos visto de cuán buena gana los apoyan la Prensa y los diputados.

Porque son el esqueleto. El esqueleto de muchas cosas.

Pero no sólo tienen fuerza, también tienen argumentos. No es tan fácil discutir con ellos.

Yo lo he intentado.

Mejor dicho, yo jamás me lo había propuesto. Pero me impulsaron esas cartas, cartas de los indígenas actuales que no me esperaba en absoluto. Me pedían los indígenas con esperanza: ¡que dijera!, ¡que defendiera!, ¡que humanizara!

Y yo, ¿a quién se lo digo? Sin contar ya que no querrán ni escucharme… Si hubiera una Prensa libre, publicaba todo el montón, y ya está dicho, hale, ¡a deliberar!

En cambio ahora (enero de 1964), como secreto y humilde peticionario recorro pasillos de instituciones, me inclino ante ventanillas de despacho de pases, siento sobre mí las miradas desaprobadoras y suspicaces de los militares de guardia. ¡Como un honor y una condescendencia ha de solicitar un escritor-publicista que los ocupadísimos hombres de Estado le presten su oído media horita!

Pero aún no es ésta la principal dificultad. La principal dificultad para mí, como entonces en la reunión de jefes de equipo en Ekibastuz, es ¿*de qué* les hablo?, ¿*en qué* lenguaje?

Todo lo que pienso realmente, tal como está expuesto en este libro, es peligroso decirlo, y además, totalmente inútil.

Significa sólo dejarme la cabeza en el silencio de un despacho interior, sin que me oiga la sociedad, sin que se enteren los sedientos y sin haber movido la cosa de sitio ni un milímetro.

Y entonces, ¿cómo hablar? Al cruzar sus umbrales de mármol brillante como espejos, al subir por sus cariñosas alfombras, he de sujetarme a unas trabas iniciales, a unos hilos de seda que me atraviesan la lengua, los oídos, los párpados, y luego todo eso está cosido a los hombros, a la piel de la espalda y a la piel del vientre. Debo aceptar como mínimo:

1. ¡Gloria al Partido por todo el pasado, el presente y el futuro! (Y por tanto, no puede estar equivocada la política punitiva general. ¡Que no me atreva a dudar de la absoluta necesidad del Archipiélago en sí! Y tampoco puedo afirmar que «la mayoría está allí por nada»).

2. Los altos funcionarios con los que voy a hablar se entregan a sus cargos con abnegación, velan por los reclusos. No se los puede acusar de insinceridad, de frialdad, de falta de información (si sirven a una causa con toda su alma, ¿cómo pueden desconocerla?).

Mucho más sospechosos son los motivos de *mi* intervención: yo, ¿qué soy? ¿Por qué yo, si no tengo obligación por mi cargo? ¿No tendré algún impuro propósito interesado…? ¿Para qué meterme, si el Partido ya lo ve todo sin mí y lo hará todo bien sin mí?

Para pisar un poquitín más fuerte, elijo un mes en que propondrán candidatos al Premio Lenin, y así me muevo como un peón pasado: ¿quién sabe si aún hará dama?

Soviet Supremo de la URSS. Comisión de propuestas legislativas. Resulta que lleva ya más de un año dedicada a la redacción de un nuevo Código de Reeducación por el Trabajo, es decir, del código de toda la vida futura del Archipiélago, en lugar del código de 1933, vigente, pero que jamás ha estado en vigor, como si nunca se hubiera escrito. Y ahora me arreglan una entrevista, para que yo, regresado del Archipiélago, pueda apreciar su sabiduría y presentarles el oropel de mis ocurrencias.

Son ocho. Cuatro asombran por su juventud: menos mal si esos mozalbetes han terminado la Facultad, que a lo mejor no. ¡Qué rápido ascienden al poder! ¡Qué libremente se comportan en este palacio de mármoles y *parquets*, donde me han dejado entrar con tantísimas precauciones! El presidente de la comisión, Iván Andréyevich Badújin, de edad madura, es una especie de bonachón integral. Parece que si por él fuera, mañana mismo liquidaría el Archipiélago. Pero su papel es el siguiente: durante toda nuestra entrevista se queda sentado a un lado y no dice nada. En cambio los más mordaces son ¡dos viejecitos! Dos viejecitos sacados de Griboyédov, esos mismos

De la batalla de Ochakov
De la conquista de Crimea,

esos mismos, clavados, estancados en lo aprendido un día, y estoy seguro que desde el 5 de marzo de 1953 ni siquiera han echado una mirada a los periódicos, ¡hasta tal punto ya no podía ocurrir nada que modificase sus opiniones! Uno de ellos lleva una americana azul, y me parece algún uniforme cortesano del tiempo de Catalina, y hasta distingo la huella de haberse quitado una estrella de plata de medio pecho, como se estilaban entonces. Los dos viejecitos, de entrada, me desaprueban absolutamente a mí y a mi visita, pero han decidido armarse de paciencia.

Cuando cuesta hablar es cuando se tiene demasiado que decir. Y aquí, además, estoy cosido, y a cada movimiento lo noto.

Pero a pesar de todo tengo preparada una perorata principal, y parece que no ha de haber ningún tirón. Les digo lo siguiente: ¿De dónde ha salido el temor (no admito que sea de ellos) de que el campo peligre en convertirse en un BALNEARIO, de que si no dominan el campo el hambre y el frío, reinaría la beatitud? Les ruego que pese a la insuficiencia de su experiencia personal se imaginen la sucesión de privaciones y

castigos que constituyen propiamente la reclusión: la persona está privada de su lugar de origen; vive con quien no quiere; no vive con quien quiere (familia, amigos); no ve crecer a sus hijos; está desarraigada de su ambiente habitual, de su casa, de sus cosas, hasta del reloj en la muñeca; está perdido y deshonrado su nombre; está privada de libertad de movimiento; está privada habitualmente también de trabajo en su especialidad; está constantemente sometida a la presión de personas extrañas, cuando no hostiles: de los demás detenidos, con otra experiencia vital, opiniones, costumbres; está privada de la influencia suavizadora del sexo opuesto (no hablemos ya de fisiología); e incluso los cuidados médicos que recibe son incomparablemente inferiores. ¿En qué recuerda eso a un balneario en el mar Negro? ¿Por qué temerle tanto al «balneario»?

No, esta idea no les da en la frente. No se han tambaleado en sus sillas.

Pues más ampliamente: ¿*queremos* devolver a estos hombres a la sociedad? Entonces, ¿por qué los forzamos a vivir en pecado? ¿Por qué entonces el contenido de los regímenes está en humillar sistemáticamente a los detenidos y en agotarlos físicamente? ¿Qué sentido tiene para el Estado hacer de ellos inválidos?

Ya he desembuchado. Y me explican mi error: me imagino mal el *contingente* actual, juzgo por impresiones pasadas, he quedado anticuado. (Es mi punto vulnerable: efectivamente, no *veo* quién está ahora allí metido). Para esos recidivistas aislados todo lo que acabo de enumerar no es ningún menoscabo. Lo único que les puede hacer entrar en razón son justamente los regímenes actuales. (Tira, tira, es competencia de ellos, ellos saben mejor *quién hay*). ¿Y devolver a la sociedad…? Sí, claro, sí, claro, dicen acartonadamente los viejecitos, y oyes: no, claro, que la diñen allí, menos problemas para nosotros y para usted.

¿Y los regímenes? Uno de los viejecitos-batallistas es fiscal, aquél de azul, con la estrella en el pecho, y el pelo blanco en escasos mechones, hasta recuerda un poco a Suvórov.

—Ya hemos empezado a obtener *resultados* de la introducción de regímenes severos. En lugar de *dos mil asesinatos al año* (aquí esto se puede decir**[km]**), sólo dos decenas.

Una cifra importante, la apunto sin ser visto. Por lo que veo, será éste el principal fruto de la visita.

¡*Quién está*! ¡Claro que para discutir de los regímenes, hay que saber quién está! Para eso se necesitan decenas de psicólogos y juristas, que vayan, que hablen libremente con los presos, y luego ya se puede discutir. En cambio, mis corresponsales de los campos, es justamente lo que no escriben, por qué están allí, y por qué sus compañeros**[27]**. La parte general de la entrevista está acabada, pasamos a la especial. Bueno, para la comisión ya está todo claro de todos modos, lo tienen todo decidido ya, no me necesitan para nada, lo único, la curiosidad de verme de cerca.

¿Paquetes? Sólo 5 kilos y la escala que rige actualmente. Les propongo al menos doblar la escala, y hacer llegar los propios paquetes a ocho kilos, «¡si pasan hambre!

¡¿quién reeduca por hambre?!».

«¿Cómo que pasan hambre? —se indigna unánimemente la comisión—. *¡Hemos estado*, y hemos visto que *los restos de pan se sacan del campo a camiones!*». (O sea, ¿para los cerdos de los celadores…?).

¿Qué hago? ¿Exclamo: «¡Mienten! ¡Eso no puede ser!»? Huy, qué daño en la lengua, cosida por encima del hombro al trasero. He de jugar el juego: ellos están informados, son sinceros y solícitos. ¿Enseñarles las cartas de mis zekos? No tienen valor para ellos, y los papeluchos desgastados y arrugados sobre el mantel de terciopelo rojo se verán ridículos e insignificantes.

—¡Pero si el Estado no pierde absolutamente nada si hay más paquetes!

—¿Y *quién* se beneficiará de los paquetes? —me objetan—. Fundamentalmente las familias ricas (aquí sí se usa esta palabra, «ricas», es necesaria para reflexiones políticas realistas). Los que hayan robado y lo hayan guardado fuera. ¡Por tanto, con un aumento de los paquetes colocaremos en situación desfavorable a las *familias trabajadoras*!

¡Cómo me cortan, cómo me rasgan los hilos! Es una condición básica: los intereses de las capas trabajadoras están por encima de todo. Si sólo están aquí sentados para las capas trabajadoras.

¡Pues sí que soy poco ocurrente! No encuentro nada que contestarles. ¿Decir: «¡No, no me han convencido!»? Bueno, pues a ellos plin, ¿qué soy, su jefe, o qué?

—¡La cantina! —¡contraataco!—. ¿Dónde está el principio socialista de la retribución? ¡Si te lo has ganado, tómalo!

—¡Hay que acumular un fondo de liberación! —paran el golpe—. Si no, al ser puesto en libertad quedaría a cargo del Estado.

Los intereses del Estado son lo supremo, eso está cosido, ahí no puedo dar tirones. Y no puedo plantear un aumento del sueldo de los reclusos *a expensas del Estado*.

—¡Pero que todos los domingos sin falta los tengan libres!

—Eso está previsto, así lo dice.

—Pero hay decenas de formas de estropear un domingo dentro de la zona. ¡Especifiquen que no lo hagan!

—No podemos reglamentar tan al detalle en un Código.

La jornada laboral es de 8 horas. Sin mucha convicción, musito algo de 7, pero interiormente a mí mismo me parece descaro: no son 12, no son 10, ¿qué más quiero?

—¡La correspondencia significa la inserción del detenido en la sociedad socialista (qué argumentos he aprendido a sacar, ¿eh?)! No la limiten.

Pero no pueden volver a revisarlo. Ya tienen la escala establecida, no tan rígida como las que tuvimos nosotros… Me enseñan también la escala de visitas, entre ellas «personales», de tres días; en cambio nosotros durante años no tuvimos ninguna, eso parece soportable. Su escala hasta me parece suave, apenas me retengo de alabarla.

Estoy cansado. Todo lo tengo cosido, no hay forma de mover nada. Aquí estoy de más. Hay que marchar.

Y en general, desde esta luminosa, festiva habitación, desde estos sillones, oyendo susurrar sus discursos, los campos ya no se ven horribles, hasta parecen razonables. Mire, sacan pan por camiones… Vaya, ¿no querré soltar a esos atroces individuos contra la sociedad? Me acuerdo de una serie de *pajanes* de ladrones… Al llevar diez años fuera, ¿cómo adivinar *quién está* ahora allí? Nuestra grey, los políticos, parece que ya estamos fuera. Las naciones están fuera…

El otro antipático viejecito quiere saber mi opinión acerca de las huelgas de hambre: ¿no voy a dejar de aprobar la alimentación por manguera, si es una ración más rica que la balanda**[28]**?

Me levanto sobre mis patas traseras y les rujo algo del derecho del zeko no sólo a la huelga de hambre —su único medio de defensa— sino incluso a la muerte por inanición. Mis argumentos les parecen una salvajada. Pero yo lo tengo todo cosido: no puedo hablar de la vinculación de la huelga de hambre con la opinión pública del país.

Me voy cansado y derrotado: incluso quedo con alguna duda, pero ellos, en absoluto. Lo harán todo según previsto, y el Soviet Supremo lo aprobará por unanimidad.

Ministro de Orden Público Vadim Stepánovich Tíkunov. ¿Un cuento de hadas? ¿Yo, el miserable presidiario S-232, voy a enseñarle al ministro del Interior cómo mantener el Archipiélago…?

Ya en los aledaños del ministro, todos los coroneles tienen la cabeza redonda, un cuidado cutis blanco, pero son muy movedizos. A partir de la puerta del secretario general, ya no hay ninguna puerta más. Pero hay una inmensa vitrina con cortinas fruncidas de seda detrás de los cristales, por los que caben dos jinetes de frente, y resulta que por ahí se pasa al despacho del ministro. Y en el despacho, caben holgadamente doscientas personas.

El propio ministro es enfermizamente gordo, la mandíbula prominente, su cara es un trapecio que se ensancha hacia el mentón. Durante toda la conversación está estrictamente oficial, me escucha sin ningún interés, por obligación.

Y yo le suelto aquel mismo monólogo sobre el «balneario». Y otra vez aquellas cuestiones generales: ¿verdad que se plantea ante nosotros (¡él y yo!) el común problema de *enmendar* al preso? (Lo que pienso de la «enmienda» se ha quedado en la IV parte). ¿Y para qué fue el bandazo de 1961? ¿Para qué estos cuatro regímenes? Y le repito cosas aburridas, todo lo que está escrito en este capítulo, de la alimentación, de la cantina, de los paquetes, de la ropa, del trabajo, de la arbitrariedad, del rostro de los Funcionarios Prácticos. (Las propias cartas ni siquiera me he atrevido a traerlas, no sea que aquí me las apanden, sino que he copiado

pasajes, sin mención de autores). Le hablo cuarenta minutos o una hora, muchísimo rato, y me asombro yo mismo de que me esté escuchando.

Me va interrumpiendo, pero para mostrarse en seguida de acuerdo o en desacuerdo. No me hace objeciones devastadoras. Yo esperaba un muro de orgullo, pero es mucho más dúctil. ¡Está de acuerdo con muchas cosas! Está de acuerdo en que hay que aumentar el dinero para la cantina y en que ha de haber más paquetes, y en que no hay que reglamentar el contenido de los paquetes, como hace la Comisión de Propuestas (pero esto no depende de él, todo esto no lo decidirá el Ministerio, sino el nuevo Código de Reeducación por el Trabajo); está de acuerdo en que guisen-asen alimentos propios (sólo que no los hay); en que la correspondencia y los impresos no se limiten (pero esto es una gran carga para la censura del campo); también es contrario a las exageraciones estilo prusiano con *filas* todo el rato (pero sería una falta de tacto meterse con esos detalles: la disciplina es fácil de destruir, difícil de establecer); está de acuerdo con que la hierba en la zona no hay por qué sacharla (otra cosa es que en el Dubrovlag, cerca de los talleres mecánicos, habrase visto, se habían hecho huertecitos, y los torneros se afanaban en ellos a cada alto, cada uno tenía dos o tres metros cuadrados de tomates o pepinos, pues el ministro ordenó que en el acto lo labraran y arrasaran, ¡y está orgulloso de ello! Yo: «La unión del hombre con la tierra tiene un significado ético». Él: «Los huertos individuales desarrollan el instinto de la propiedad privada»). El ministro incluso se estremece de lo horrible que fue: desde la residencia «sin zona» devolvían al campo tras las alambradas. (Me da apuro preguntar qué cargo ocupaba él entonces y qué hizo por evitarlo). ¡Más todavía: el ministro confiesa que la *condición de los presos es ahora más dura* que en tiempos de Iván Denísovich!

¡Pues entonces ya no tengo que convencerlo de nada! Ya no hay nada más qué hablar. (Y él no tiene por qué apuntar las propuestas de una persona que no ocupa ningún cargo).

¿Qué propongo? ¿Que suelte todo el Archipiélago a residencia sin escolta? Ni me atrevo, utopía pura. Bueno, y ninguna cuestión importante depende de nadie en particular, serpentea por entre muchas instituciones y no pertenece a ninguna.

Por el contrario, el ministro insiste con seguridad: el uniforme a rayas para los recidivistas es necesario («¡si supiera usted qué clase de gente es!»). Y de mis reproches al personal de vigilancia y de escolta, hasta se ofende: «Está usted confundido, o tiene una visión particular por el hecho de su biografía». Me asegura que no hay quien quiera ir a trabajar de guardián, porque *se han acabado las ventajas*. («¡Pues es una sana reacción popular, el que no quieran ir!», quisiera exclamar, pero de las orejas, de los párpados, de la lengua me tiran los hilos de advertencia. Por cierto, no caigo en el momento: *no van* sólo de sargentos y cabos, que de oficiales hay todos los que se quiera). No hay más remedio que emplear a chicos de la mili. El ministro, al contrario, me indica que los groseros son los detenidos, mientras el personal les habla con exquisita corrección.

Cuando divergen así unas cartas de insignificantes zekos y las palabras de todo un ministro, ¿a quién prestar crédito? Está clarísimo que los reclusos mienten.

Si hasta me cita sus propias impresiones, él sí va a los campos, y yo no. ¿No quiero darme una vuelta? Kriúkovo, el Dubrovlag. (Ya por el sólo hecho de que nombre estos dos de tan buena gana, está claro que son aldeas Potemkin. Y ¿*de qué* iría? ¿De inspector del Ministerio? Entonces no me atrevería ni a mirar a los presos… Rehuso)…

El ministro, por el contrario, asegura que los presos son insensibles y no responden a los cuidados. Llegas a una colonia de Magnitogorsk, preguntas: «¿Qué quejas tienen del personal?», y con el jefe del *lagpunkt* delante gritan a coro: «¡Ninguna!».

Y en lo siguiente ve el señor ministro «las facetas admirables de la enmienda penitenciaria»:

- el orgullo del tornero al recibir una alabanza del jefe del *lagpunkt*;
- el orgullo de los reclusos de que el fruto de su trabajo (calentadores) sea para la heroica Cuba;
- el informe y las elecciones del «Soviet de Orden Interno» del campo;
- la abundancia de flores (del Estado) en el Dubrovlag.

La principal dirección de sus desvelos es crearle una base industrial a cada campo. El ministro estima que con el desarrollo de trabajos interesantes, cesarán las evasiones[29]. (Mi objeción sobre «la sed de libertad del hombre» ni siquiera la entendió).

Marché con el cansado convencimiento de que *no hay cabos*. De que no he movido nada ni un pelo, y seguirán como antes los escardillos escardillando la hierba. Marché anonadado, por la diferencia de comprensión entre los hombres. Ni un zeko puede entender a un ministro hasta que él mismo no se haya entronizado en este despacho, ni un ministro puede entender a un zeko hasta que él mismo no se encuentre tras las alambradas, y no le pisoteen el huertecito y a cambio de la libertad le propongan aprender de tornero.

Instituto de Estudios de las Causas de la Criminalidad. Fue una conversación interesante con dos subdirectores intelectuales y varios colaboradores científicos. Personas vivas, cada una con su opinión, discuten entre sí. Luego uno de los subdirectores, V. N. Kudriávtsev, al acompañarme por el pasillo, me reprochó: «No, usted es que no considera todos los puntos de vista. Tolstoi sí lo hubiera hecho»… Y de pronto, por sorpresa, me desvía: «Entremos a que conozca a nuestro director. Igor Ivánovich Kárpets».

¡Esta visita no estaba programada! Ya lo hemos hablado todo, ¿para qué? Bueno, entro a saludar. ¡Qué va! ¡A ti te van a saludar aquí! Parece increíble que estos subdirectores y jefes de sección trabajen con *este* jefe, que *él* dirija aquí toda la

actividad científica. (Y de lo principal no me enteré: Kárpets es vicepresidente de la Asociación Internacional de *Juristas Democráticos!*).

Se levantó a mi encuentro con hostilidad y desprecio (quiero recordar que toda nuestra conversación de cinco minutos transcurrió de pie), como yo si hubiera insistido día y noche en verle, por fin lo hubiera conseguido, está bien. En su rostro: ahíto bienestar; firmeza; y repugnancia (eso, hacia mí). En el pecho, sin importarle el traje bueno, tiene atornillada una gran insignia, como una condecoración: una espada vertical y allá abajo, algo que atraviesa, con una inscripción: MVD. (Se ve que es una insignia muy importante. Indica que su portador lleva una especial antigüedad con «manos limpias, corazón ardiente, cabeza fría**[kn]**»).

—Pues ¿qué pasa allí, qué? —arruga la nariz.

Yo no lo quiero para nada, pero ahora ya por cortesía le repito alguna cosa.

—A-ah, —parece llegarle la onda al jurista democrático—, ¿liberalización? ¡¿*Arrumacos* al z/k?!

Y recibo inesperada e inmediatamente las respuestas completas que había inútilmente ido a buscar entre mármoles y lunas:

¿Elevar el nivel de vida de los reclusos? ¡*Imposible*! Porque los libres alrededor de los campos vivirían *peor* que los z/k, lo cual es inadmisible.

¿Recibir paquetes con frecuencia y grandes? ¡*Imposible*! Porque tendría un efecto desmoralizador sobre los celadores, que no reciben productos de la capital.

¿Regañar, educar al personal de vigilancia? ¡*Imposible! ¡Se nos iría*! Nadie quiere hacer este trabajo, y no podemos pagar mucho, han quitado las ventajas.

¿Privamos a los detenidos del principio socialista de la retribución? ¡Pues se han puesto ellos mismos al margen de la sociedad socialista!

¡¿Pero no queremos devolverlos a la vida…?!

¿¿¿Devolver??? —se asombra la espada—. El campo no es para eso. ¡El campo es un *escarmiento*!

¡*Escarmiento*! —llena toda la habitación—. ¡¡*Escarmiento*!! ¡¡¡*Escarmiento*!!!

Se yergue la espada vertical, hiere, atraviesa ¡no se arranca!

¡¡Es-car-mien-to!!

¡El Archipiélago estaba, el Archipiélago está, el Archipiélago estará!

Porque si no, ¿a quién se le van a cargar los fallos de la Doctrina de Vanguardia? ¿El que los hombres crezcan distintos de lo planeado?

III
La ley hoy

Como ya ha visto el lector a lo largo de todo este libro, en nuestro país, empezando por los más temprano años de Stalin, no ha habido *presos políticos*. Todas las multitudes que han desfilado ante sus ojos, todos los millones de Cincuenta y Ochos, eran simples *criminales*.

Y con más motivo, el alegre y dicharachero Nikita Serguéyevich, ¿desde qué tribuna no perjuró: ¿*políticos*? ¡¡No!! ¿*Nosotros*?, ¡no-o!?

Y lo que son las cosas, lo que se llega a olvidar la desgracia, lo fácil que es de rodear aquel monte, lo rápido que cicatriza nuestra piel: ¡casi no lo creíamos! Incluso zekos viejos. Habían visiblemente soltado a millones de presos, luego parecía que no quedaban más políticos, ¿no? Es que nosotros habíamos vuelto, y a casa nuestra habían vuelto, y los nuestros habían vuelto. Nuestro circulo mental ciudadano parecía haberse completado y cerrado. Duermes toda la noche, te despiertas y no se han llevado a nadie de casa, y te llaman los amigos, todos están enteros. No es que nos lo creyéramos del todo, pero llegábamos a admitir: presos políticos hoy, bueno, en lo fundamental, no los hay. Sí, claro, a algunos bálticos ni siquiera ahora (1968) los dejan regresar a sus repúblicas. Bueno, también a los tártaros de Crimea aún no les han levantado la maldición, pero eso ya no puede tardar… Por fuera, como siempre (como también bajo Stalin), todo liso, limpio, no se ve.

Y Nikita sin bajarse de la tribuna: «Tales fenómenos y actos no se repetirán ni en el partido, ni en el país» (22 de mayo de 1959, todavía antes de Novocherkassk). «Ahora en nuestro país todos respiran libremente… están tranquilos por su presente y su futuro» (8 de marzo de 1963, ya después de Novocherkassk).

—¡Novocherkassk! Una de las ciudades aciagas de Rusia. Como si fueran pocas las cicatrices de la guerra civil, tuvo que meterse otra vez bajo el sable.

¡Novocherkassk! ¡Una ciudad entera, el levantamiento de una ciudad entera, tan limpiamente escamoteado y escondido! Tan espesa quedó la bruma de la ignorancia general incluso bajo Kruschev, que no sólo no se enteraron de Novocherkassk, sino que hasta las noticias orales fueron detenidas en las cercanías, no se difundieron, y la mayoría de nuestros conciudadanos no conocen este acontecimiento ni por su nombre: Novocherkassk, 2 de junio de 1962.

Pues expondremos aquí todo lo que hemos logrado reunir.

No es exagerado decir que aquí se ató un nudo importante de la novísima historia de Rusia. Quitando la gran huelga (pero acabada pacíficamente) de los obreros textiles de Ivanovo, a comienzos de los años treinta, el estallido de Novocherkassk fue en cuarenta y un años (desde Kronstadt y Tambov) la primera manifestación popular —ni preparada por nadie, ni encabezada por nadie, ni inventada por nadie—, ¡el grito del alma, de que así no se puede seguir!

El viernes 1 de junio fue hecho público en toda la Unión uno de esos decretos que Kruschev gustaba de elucubrar, sobre subida de la carne y de la mantequilla. Y según otro plan económico, independiente del primero, el mismo día en la gran fábrica de locomotoras eléctricas de Novocherkassk (NEVZ), rebajaron simultáneamente las tarifas obreras, en cerca de un treinta por cien. Desde por la mañana los obreros de dos talleres (forja y fundición), pese a toda su obediencia, costumbre, fatalismo, no pudieron obligarse a trabajar, ¡mucho apretaban por ambos lados! Sus indignadas conversaciones en alta voz se transformaron en un mitin espontáneo. Un acontecimiento corriente en Occidente, extraordinario aquí. Ni los ingenieros, ni el ingeniero-jefe lograron apaciguar a los obreros. Vino el director de la fábrica Kúrochkin. A la pregunta de los obreros, que de qué iban a vivir ahora, ese ahíto gordinflón contestó: «¡Comíais empanada de carne, la comeréis de mermelada!». A duras penas escaparon del linchamiento él y su séquito. (Tal vez, de contestar de otra forma, la cosa se hubiera calmado).

Al mediodía, la huelga ya abarcaba toda la inmensa NEVZ (enviaron enlaces a otras fábricas, allí estuvieron que si sí, que si no, al final no apoyaron). Cerca de la fábrica pasa la línea de ferrocarrril Moscú-Rostov. Fuera para que Moscú se enterara antes de lo sucedido, fuera para impedir el transporte de tropas y tanques, el caso es que las mujeres se sentaron en multitud en las vías para detener los trenes; inmediatamente los hombres se pusieron a desmontar las vías y a hacer barricadas. Las dimensiones de la huelga eran insólitas en toda la historia del movimiento obrero ruso. En el edificio de la fábrica aparecieron letreros: «Fuera Kruschev», «Kruschev para salchichas».

Hacia la fábrica (está, justo con sus viviendas obreras, a 3-4 kilómetros de la ciudad, pasado el río Túzlov) convergieron inmediatamente tropas y Policía. Salieron al puente sobre el Túzlov y tomaron posiciones unos tanques. Desde la tarde y hasta la mañana, en la ciudad y por el puente prohibieron cualquier movimiento. Las viviendas obreras no se calmaron ni de noche. Durante la noche fueron detenidos y conducidos a la jefatura local de Policía unos 30 obreros, «iniciadores».

Por la mañana del 2 de junio se declararon en huelga también otras empresas de la ciudad (aunque no todas, ni mucho menos). En la NEVZ, mitin general espontáneo, se decide ir en manifestación a la ciudad y reclamar la libertad de los obreros detenidos. La marcha (por cierto, al principio sólo de unas trescientas personas, ¡es que da mucho miedo!), con mujeres y niños, con retratos de Lenin y letreros pacíficos, pasó el puente por delante de los tanques, sin encontrar impedimento, y

subió a la ciudad. Allí creció rápidamente con curiosos, gente aislada de otras empresas y chiquillería. Aquí y allá por la ciudad la gente paraba camiones y desde lo alto discurseaba. Toda la ciudad estaba en ebullición. La manifestación de la NEVZ tomó por la calle que salía al monumento a Lenin[30], y, por dos laterales intentaron forzarles las puertas cerradas de la jefatura de Policía, donde suponían que estaban sus detenidos. Desde dentro les respondieron con fuego de pistola. Más allá, la calle salía al monumento a Lenin, y, por dos laterales más estrechos a cada lado del jardín, llevaba al comité urbano del partido (el antiguo palacio de los atamanes, donde se acabó Kaledin[ok]). Todas las calles estaban abarrotadas de gente, y aquí, en la plaza, estaba la mayor concentración. Muchos chiquillos se encaramaron a los árboles del parquecito, para ver mejor.

Pero resultó que el comité urbano del partido estaba vacío, las autoridades locales habían huido a Rostov[31]. Dentro, cristales rotos, papeles tirados por los suelos, como cuando las retiradas en la guerra civil. Un par de decenas de obreros, tras recorrer el palacio, salieron a su largo balcón y se dirigieron a la multitud con discursos incoherentes.

Eran cerca de las 11 de la mañana. La Policía, en la ciudad, ya había desaparecido del todo, pero había cada vez más tropas. (Es curioso cómo al primer sustillo las autoridades civiles se escudaron tras el ejército). Los soldados ocuparon Correos, la emisora, el Banco. Para entonces todo Novocherkassk ya estaba rodeado de tropas, y cortado todo acceso a la ciudad o salida al exterior. (A esta misión sacaron también a las academias militares de Rostov, dejando parte de ellas para patrullar por Rostov). Por la calle Moskóvskaya, siguiendo el mismo camino que la manifestación, al mismo sitio, al comité urbano, se encaminaron lentamente los tanques. Se empezaron a subir en ellos chiquillos, y a taparles las mirillas. Los tanques dispararon cañonazos de fogueo, y a lo largo de la calle resonaron los cristales rotos de escaparates y ventanas. Los chiquillos se dispersaron, los tanques siguieron adelante.

¿Y los estudiantes? ¡Si Novocherkassk es ciudad universitaria! ¿Dónde estaban los estudiantes…? Los estudiantes del Politécnico y de las demás facultades, y de varias escuelas técnicas, *fueron encerrados* desde la mañana en sus residencias y en los edificios académicos. ¡Unos rectores muy sagaces! Pero digámoslo también: unos estudiantes no muy cívicos. Probablemente se alegraron ellos mismos del pretexto que les daban. A los actuales estudiantes revoltosos de Occidente (o a los nuestros, rusos, de antes) quizá con un cerrojo no los hubieran retenido.

En el interior del comité urbano pareció haber una pelea, a los oradores los fueron gradualmente retirando hacia dentro, y al balcón fueron saliendo militares, y cada vez más. (¿No es así, desde el balcón de la dirección del Steplag, que observaban el motín de Kenguir?). Partiendo de la placita delante mismo del palacio, un cordón de soldados con metralletas comenzó a empujar a la multitud hacia atrás, hacia la reja del parque. (Distintos testigos dicen unánimemente que *esos* soldados eran minorías nacionales, caucasianos, recién traídos del otro extremo de la región militar, y con

ellos habían relevado al cordón, que había anteriormente, de la guarnición local. Pero los testimonios discrepan sobre si el cordón anterior había recibido orden de disparar, y si es cierto que la orden no fue cumplida porque el capitán que la recibió no dio la voz de mando a los soldados, sino que se suicidó ante las filas[32]. El suicidio del oficial no ofrece dudas, pero no están claros los relatos sobre sus circunstancias, ni sabe nadie el apellido de este héroe de la conciencia). La multitud retrocedía, pero nadie esperaba nada malo. No se sabe quién dio la orden[33], pero *estos* soldados levantaron las metralletas y soltaron una primera ráfaga por encima de las cabezas.

Tal vez el general *Pliyev* no tuviera intención de disparar directamente a la multitud, pero los acontecimientos se desarrollaron por sí mismos: la ráfaga disparada por encima de las cabezas dio a los árboles del parque y a los chiquillos, que empezaron a caer de ellos. Por lo visto, la multitud dio un aullido, y entonces los soldados —sea obedeciendo órdenes, sea alocados por la sangre o asustados— abrieron un fuego nutrido ya contra la multitud, y *además con balas explosivas*[34]. (¿Recuerdan Kenguir? ¿A los dieciséis en el puesto de guardia?). La multitud huyó presa de pánico, apretujándose en los pasajes laterales al parque, pero *dispararon a las espaldas de los fugitivos*. Dispararon hasta que quedó vacía toda la gran plaza al otro lado del parque, pasado el monumento a Lenin, el antiguo paseo Plátovski y hasta la calle Moskóvskaya. (Dice un testigo presencial: la impresión era que todo estaba cubierto de cadáveres. Pero claro, entre ellos también había muchos heridos. Según distintas fuentes, hay bastante acuerdo en que los muertos fueron 70 u 80[35]. Los soldados comenzaron a buscar y detener camiones, autobuses, a cargar en ellos muertos y heridos y enviarlos al hospital militar, tras un alto muro. (Luego estuvieron esos autobuses circulando un día o dos con los asientos ensangrentados).

Lo mismo que en Kenguir, se utilizó aquel día la cine-fotografía de los amotinados por las calles.

Cesaron los disparos, se pasó el susto, la multitud volvió a invadir la plaza, y *le volvieron a disparar*.

Eso fue entre las doce y la una del mediodía.

He aquí lo que vio un testigo observador a las dos de la tarde: En la plaza ante el comité urbano hay unos ocho tanques de distintos tipos. Delante de ellos, un cordón de tropas. La plaza está casi vacía, sólo hay unos grupitos, preferentemente de jóvenes, les van gritando algo a los soldados. En la plaza, en los baches del asfalto, hay charcos de sangre, no exagero, hasta entonces jamás había sospechado que tanta sangre pudiera siquiera existir. Los bancos del parque están sucios de sangre, hay manchas de sangre en los caminos de grava del parque, en los troncos blanqueados de los árboles. Toda la plaza está surcada por las orugas de los tanques. En la pared del comité urbano está apoyada una bandera roja que llevaban los manifestantes, y de su asta, arriba, está colgada una gorra de plato gris, salpicada de sangre parda. A lo largo de la fachada del comité corre una tira de tela colorada, que lleva ya muchos días colgada: «¡El partido y el pueblo están unidos!».

La gente se acerca más a los soldados, los avergüenza y los maldice: «¡¿Cómo habéis podido?!». «¿A quién disparabais?». «¡Disparabais al pueblo!». Ellos se justifican: «¡Si no hemos sido nosotros! A nosotros nos acaban de traer y de colocar. No sabíamos nada».

Hay que ver la diligencia de nuestros asesinos (y luego dicen que son unos burócratas ineptos): a *aquellos* soldados ya han tenido tiempo de retirarlos, y colocar a unos asombrados rusos. Ya sabe su oficio el general Pliyev…

Gradualmente, hacia las cinco-las seis, la plaza se volvió a llenar de gente. (¡Valientes gentes de Novocherkassk! Por la radio local todo el rato: «Ciudadanos, ¡no caigan en la provocación, váyanse a sus casas!». Aquí hay soldados con metralletas, y no se ha lavado la sangre, pero ellos vuelven a la carga). Gritos, luego más, y de nuevo un mitin espontáneo. Ya se sabe que han venido en avión a la ciudad (por lo visto, ¿a tiempo para los primeros disparos?) seis miembros prominentes del Comité Central, entre ellos, naturalmente, Mikoyan (especialista en situaciones tipo Budapest), Frol Kozlov (a los demás los identifican erróneamente). Se han encerrado, como en una fortaleza, en el edificio del KUKKS, la antigua escuela militar. Y una delegación de jóvenes obreros de la NEVZ es enviada a contarles lo sucedido. En la multitud zumban: «¡Que venga Mykoyan aquí! ¡Que vea él mismo esta sangre!». No, Mikoyan no vendrá. Pero un helicóptero de observación sobrevuela bajísimo la plaza cerca de las seis, va examinando. El helicóptero se aleja.

Pronto vuelve del KUKKS la delegación de obreros. Eso está convenido: el cordón de soldados deja pasar a los delegados, y acompañados por oficiales, los sacan al balcón del comité. Silencio. Los delegados cuentan a la multitud que han estado viendo a los miembros del CC, les han contado este «sábado sangriento», y *Kozlov lloró* cuando oyó cómo con la primera ráfaga empezaron a caer niños de los árboles. (¿Quién conoce a Frol Kozlov, cabecilla de los ladrones comunistas de Leningrado y acérrimo estalinista? ¡Él iba a llorar…!). Los miembros del CC les han prometido que investigarán estos sucesos y que castigarán severamente a los culpables (igual nos prometían en los Campos Especiales), pero ahora es preciso que todos se vayan a sus casas, para no organizar disturbios en la ciudad.

¡Pero el mitin no se dispersó! Al anochecer, incluso iba creciendo. ¡Qué valerosos! (Hay un rumor de que la brigadilla del Politburó, aquella noche, tomó la decisión de *¡deportar a toda la población de la ciudad por entero!* Me lo creo, no tendría nada de extraño después de la deportación de los pueblos. ¿No era el mismo Mikoyan entonces el lugarteniente de Stalin?).

Cerca de las 9 de la noche intentaron dispersar al pueblo con los tanques del palacio. Pero apenas los tanquistas pusieron los motores en marcha, la gente los rodeó, les cerró las escotillas, las mirillas. Los tanques callaron. Los soldados se quedaron quietos, sin intentar ayudar a los tanquistas.

Tras una hora más, aparecieron tanques y vehículos blindados por el otro lado de la plaza, y encaramados en sus corazas, tropas de infantería. (¡Qué experiencia bélica

tenemos! ¡Si hemos vencido a los fascistas!). Marchando a gran velocidad (bajo los silbidos de la juventud en las aceras, los estudiantes para la noche se habían liberado), despejaron la calzada de la calle Moskóvskaya y del antiguo Plátovski.

Sólo cerca de la medianoche los soldados empezaron a disparar al aire con balas trazadoras, y la multitud empezó a disgregarse.

(¡La fuerza de la agitación popular! ¡Qué pronto cambias la situación política! La víspera, toque de queda y qué miedo, ahora toda la ciudad en la calle y silbando. ¿Será posible que bajo la corteza del medio siglo eso esté tan cerca, un pueblo totalmente distinto, una atmósfera totalmente distinta?).

El 3 de junio la radio local transmitió discursos de Mikoyan y Kozlov. Kozlov no lloró. Tampoco prometieron ya buscar a los culpables (con mando en plaza). Dijeron que *los acontecimientos han sido provocados por enemigos y los enemigos serán severamente castigados*. (Es que en la plaza el gentío ya se había dispersado). También dijo Mikoyan que *las balas explosivas no entran en el armamento del ejército soviético, luego las han empleado los enemigos*. (Pero ¿*quiénes* son esos enemigos…? ¿En qué paracaídas han bajado? ¿Dónde se han metido? ¡Que al menos veamos uno! ¡Oh, qué acostumbrados estamos a que nos enreden! «Enemigos», y como si se hubiera explicado algo… Como el diablo para la Edad Media**[36]**)…

Rápidamente aparecieron en las tiendas mantequilla, embutidos y muchas otras cosas que llevaban años sin verse, y que sólo hay en las capitales**[kp]**.

Todos los heridos desaparecieron sin dejar rastro, no regresó ni uno. Al revés, *las familias* de los heridos y muertos (¡claro, buscaban a los suyos…!) fueron *deportadas a Siberia*. También muchos implicados, identificados, fotografiados. Comenzó una serie de procesos a puerta cerrada contra los participantes en la manifestación. También hubo dos procesos «públicos» (con entradas numeradas para los comités de empresa y los funcionarios del comité urbano). En uno condenaron a nueve hombres (a fusilamiento) y a dos mujeres (a quince años).

La composición del comité urbano quedó igual.

El sábado siguiente al «sangriento», la radio declaró: «Los obreros de la fábrica de locomotoras eléctricas han contraído el compromiso de adelantarse al cumplimiento del plan septenal».

… Si el zar no hubiera sido un blandengue, también se le hubiera ocurrido a él el 9 de enero, en Petersburgo, ir cazando obreros con gonfalones y colgarles *bandidismo*. Y todo el «movimiento revolucionario» se habría desvanecido como por ensalmo.

Del mismo modo en Alexándrov, en 1961, un año antes de Novocherkassk, la Policía mató a palos a un arrestado y luego impidió llevarlo al cementerio por delante de su cuartelillo. La multitud se enfureció, y prendió fuego al cuartelillo de Policía. Inmediatamente hubo detenciones. (Una historia parecida, y en fecha próxima, tuvo lugar en Múrom). ¿Cómo considerar ahora a los detenidos? Bajo Stalin le daban el 58 hasta a un sastre que clavaba su aguja en un periódico. En cambio, ahora tuvieron una

idea mejor: el saqueo del cuartelillo, no considerarlo acto político. Es bandidismo corriente. En este sentido fueron *bajadas instrucciones*: los «desórdenes masivos», no considerarlos política. (¿Y qué es entonces política?).

Así es como dejó de haber *políticos*.

Pero sigue también fluyendo el río que jamás se ha secado en la URSS. Esos delincuentes a los que no afectó en absoluto «la ola benéfica, provocada por»…, etc. Un torrente continuo en todos estos decenios, tanto cuando «se vulneraban las normas leninistas» como cuando se observaban, y bajo Kruschev, con un nuevo ensañamiento.

Son los creyentes. Los que se opusieron a la nueva y cruel oleada de cierres de iglesias. Monjes que echaban de los monasterios (ahí da muchos detalles Krasnov-Levitin). Obstinados miembros de sectas, sobre todo los que se negaban al servicio militar (bueno, eso ya es un caso clarísimo, ayuda directa al imperialismo, por la suavidad de estos tiempos que corren la primera vez sólo son cinco años).

Pero ésos sí que no son políticos, son «religiosos», lo que hay que hacer es *educarlos*: despedirlos de su trabajo *sólo por su fe*; enviar konsomoles a romperles los cristales; obligar administrativamente a creyentes a presenciar conferencias antirreligiosas; aserrar con autógena las puertas de las iglesias, derribar las cúpulas con cables atados a tractores, dispersar a las viejas con mangas de incendios. (¿Es esto el *diálogo*, camaradas comunistas franceses?). Como les declararon a los monjes de Pocháyev en el Soviet de Diputados Obreros: «*Si hemos de observar las leyes soviéticas, el comunismo lo podemos esperar sentados*». Y sólo en casos extremos, cuando la *educación* no da resultado, no hay más remedio que acudir a la *ley*.

Pero aquí sí que podemos presumir de la nobleza adamantina de nuestra Ley de hoy: no juzgamos a puerta cerrada, como bajo Stalin, no juzgamos en ausencia del acusado, sino que incluso tenemos procesos semipúblicos (en presencia de semipúblico).

Tengo en mis manos unos apuntes: un proceso de baptistas en la ciudad de Nikítovka, Donbass, enero de 1964.

Transcurre como sigue. A los baptistas que han venido a presenciarlo, con el pretexto de comprobar su identidad los retienen tres días en la cárcel (mientras pase el proceso y para asustar). Uno que ha tirado flores a los acusados (¡un ciudadano libre!) recibe diez días. Lo mismo le dan a un baptista que tomaba apuntes del proceso, le quitan los apuntes (se han salvado otros). Dejan entrar por una puerta lateral a un paquete de komsomoles escogidos antes que al resto del público, para que ocupen las primeras filas. Durante el proceso del público salen gritos: «¡A todos hay que rociarlos con gasolina y prender fuego!». El tribunal no reprime esta justa cólera. Procedimientos característicos del tribunal: deposiciones de vecinos hostiles; declaraciones de menores asustados: traen ante el tribunal a niñitas de 9 y 11 años (lo que cuenta es que salga el proceso ahora; lo que será de estas niñas después, importa un bledo). Sus cuadernos con textos sagrados figuran como pruebas materiales.

Uno de los acusados es Bazbéi, padre de *nueve* hijos, minero, que jamás ha recibido del comité de mina ningún subsidio, precisamente por ser baptista. Pero a su hija Nina, de octavo de básica, la han enredado, comprado (50 rublos del comité de mina), le han prometido, cuando llegue el momento, admitirla en la Facultad, y ha firmado en la instrucción unas declaraciones amañadas contra su padre: que intentó envenenarla con gaseosa agria; que cuando los creyentes se escondían en el bosque para sus asambleas de oración (en el poblado los perseguían), allí tenían «una emisora de radio, un árbol alto todo rodeado de alambre». Desde entonces a Nina la atormenta su falso testimonio, ha enfermado de la cabeza y la han colocado en la sala de furiosos del hospital psiquiátrico. Con todo, la sacan al juicio con la esperanza de su declaración. ¡Pero ella lo niega todo! «El juez de instrucción me dictaba él mismo lo que debía decir». Es igual, el desvergonzado juez se seca el salivazo y declara la última deposición de Nina inauténtica, y la previa, auténtica. (En general, cuando los testimonios favorables a la acusación se vienen abajo, es un recurso típico y constante del tribunal: despreciar la declaración hecha en juicio, apoyarse sobre la fabricada anterior: «A ver, ¿cómo es esto…? En sus declaraciones consta… Durante la instrucción declaró que… ¿Qué derecho tiene a volverse atrás…? ¡Por esto también se procesa!»).

El juez no oye ningún *fondo* del asunto, ninguna verdad. Estos baptistas son perseguidos porque no reconocen al predicador que les manda un ateo, el encargado del Estado[kq], sino que quieren a los suyos (según la regla de los baptistas, predicador puede ser cualquier hermano de entre ellos). Hay una decisión del comité provincial del partido: condenarlos y arrancarles a sus hijos. Pues bien, esto se va a cumplir, aunque con la mano izquierda el Presidium del Soviet Supremo acabe de firmar (2 de julio de 1962) una convención internacional «sobre la lucha contra la discriminación en materia de educación[37]». En ella se dice que «los padres deben tener la posibilidad de asegurar la educación religiosa y moral de sus hijos de acuerdo con sus propias convicciones». ¡Pero esto es precisamente lo que aquí no podemos tolerar! A todo el que interviene en el juicio sobre el fondo del asunto, aclarando la cosa, invariablemente el juez lo priva de la palabra, lo corta, lo embrolla. El nivel de su polémica: «¿y *cuándo* será el fin del mundo, si nosotros nos proponemos edificar el comunismo?».

De la última declaración de la joven Zhenia Jlopónina: «En lugar de ir al cine o a bailar, yo leía la Biblia y rezaba, sólo por esto me priváis de libertad. Sí, estar en libertad es una gran suerte, pero estar libre del pecado lo es aún mayor. Lenin decía: sólo en Turquía y en Rusia se conservan hechos tan bochornosos como la persecución por motivos religiosos. En Turquía no he estado, no lo sé, pero en Rusia, ya lo están viendo». La cortan.

Sentencia: dos, a cinco años de campo, otros dos, a cuatro, el padre de familia numerosa Bazbéi, a tres. Los acusados acogen la sentencia *con alegría* y rezan. Los

«representantes de los productores» gritan: «¡Es poco! ¡Dadles más!» (rociarlos con gasolina)…

Los pacientes baptistas han contado y calculado, y han creado un tal «consejo de familiares de presos», que se ha puesto a editar estadillos manuscritos de todas las persecuciones. Por ellos nos enteramos de que entre 1961 y junio de 1964 han condenado a 197 baptistas[38], entre ellos 15 mujeres. (Vienen listas de todos, con nombres y apellidos. También se han calculado las personas a cargo de los presos, que ahora han quedado sin medios de subsistencia: son 442, de los cuales 341 en edad preescolar). A la mayoría les dan 5 años de confinamiento, pero a algunos, 5 años de campo en régimen *severo* (¡poco falta para el pellejo a rayas!), a completar con 3-5 años de confinamiento. B. M. Zdorovets, de Olshán, prov. de Jarkov, recibió por la fe 7 años de régimen severo. Enchiqueraron a I. V. Arend, de 76 años, y a los Lozovói, la familia entera (padre, madre, hijo). Ievgueni M. Sirojin, inválido total de la Guerra Patria, *ciego de ambos ojos*, fue condenado en la aldea Sókolovo, del distrito de Zmíyev, prov. de Jarkov, a 3 años de campos de concentración por educar cristianamente a sus hijas Liuba, Nadia y Raya, que le fueron quitadas por decisión judicial.

El tribunal que juzga al baptista M. I. Brodovski (ciudad de Nicoláyev, 6-10-66) no vacila en utilizar documentos groseramente falsificados. El acusado protesta: «¡Eso está mal hecho!». Le rugen en respuesta: «¡La *ley* os arrollará, os aplastará y os aniquilará!».

La *Ley*. Eso no es la «liquidación extrajudicial» de aquellos años en que aún «se observaban las normas».

Hace poco ha circulado la aterradora *Instancia* de S. Karavanski, pasada fuera desde el campo de concentración. El autor tenía 25 años, cumplió 16 (1944-60), fue puesto en libertad (por lo visto, por los «dos tercios»), se casó, entró en la Universidad; ¡pues no! En 1965 volvieron a por él: ¡recoge!, te faltan 9 años.

¿Dónde más es posible tal cosa, bajo qué otra Ley terrena aparte de la nuestra? Colgaban *cinco duros* cual colleras de hierro, final de la condena ¡en los años setenta! De pronto, sale un nuevo código (1961): pena máxima, 15 años. ¡Hasta un estudiante de primero de derecho comprende que por tanto, se anulan aquellas condenas de 25 años! Pues aquí, no se anulan. Ya puedes dar voces, darte de cabeza contra los muros, que no se anulan. Aquí, incluso, ¡haga el favor de volver para acabarlos!

Personas de éstas hay bastantes. Nuestros abandonados compañeros de equipo, de celda, conocidos de las cárceles de tránsito, que no entraron en la epidemia de liberaciones kruschevianas. Nosotros hace tiempo que los hemos olvidado en nuestra vida reconstruida, pero ellos siguen igual de perdidos y hoscos, caminando obtusamente siempre por los mismos metros de tierra batida, siempre entre los mismos miradores y alambradas. Cambian los retratos en la Prensa, cambian los discursos en las tribunas, se lucha contra el *culto*, luego se deja de luchar, pero los veinticincoañeros, los ahijados de Stalin, siguen en el chiquero…

Las estremecedoras biografías carcelarias de algunos, las relata Karavanski.

¡Oh, pensadores occidentales «de izquierdas», enamorados de la libertad! ¡Oh, laboristas de izquierda! ¡Oh, estudiantes progresistas americanos, alemanes, franceses! Para vosotros, todo eso es poco. Para vosotros, incluso todo este libro mío quedará en nada. Sólo lo entenderéis todo de golpe cuando, «¡Manos atrás!», se os lleven *a vosotros* a nuestro Archipiélago.

Pero ciertamente, presos políticos hay ahora incomparablemente menos que en tiempos de Stalin: ya no se cuentan por millones, ni por cientos de miles.

¿Por qué ha mejorado la *ley*?

No, sólo ha variado (de momento) el rumbo de la nave. Igual que antes, siguen estallando *epidemias jurídicas* que facilitan el proceso mental de los administradores de justicia, e incluso apuntan los periódicos a quien los sabe leer: se escribe mucho sobre gamberros, luego están enchiquerando a troche y moche por gamberrismo; se escribe sobre robos al Estado, luego están enchiquerando malversadores.

Reiteran con desaliento los zekos desde sus colonias:

«Encontrar justicia es inútil. En la Prensa es una cosa, en la vida es otra».

(V. I. D).

«Estoy harto de ser un paria de mi país y de mi pueblo. Pero ¿dónde encontrar justicia? Al juez de instrucción se le cree más que a mí. ¿Y qué puede saber y entender ella, una niñata de 23 años, es que puede imaginarse a qué condenan a un hombre?».

(V. K).

«Por eso mismo no revisan las causas, porque entonces les tocaría *a ellos reducir plantilla*».

(L).

«Los métodos estalinistas de instrucción y administración de justicia simplemente han pasado de la esfera política a la de derecho común, nada más».

(G. S).

Resumamos lo que dicen estos hombres que sufren:

1) la revisión de las causas es imposible (porque se hundiría el estamento judicial);

2) *igual* que antes se arramblaba por el 58, *así* se arrambla ahora por artículos de derecho común (porque, si no, ¿de qué comerían?, y ¿qué pasaría con el Archipiélago?).

En una palabra: un ciudadano quiere quitar de en medio a otro ciudadano que le molesta (pero, claro, no directamente de una puñalada, sino *legalmente*). ¿Cómo hacerlo que no falle? Antes, había que escribir una denuncia por el 58-10. En cambio, ahora, hay que aconsejarse previamente con *funcionarios* (fiscales, policiales, judiciales, pero *esta* clase de ciudadano, amiguetes de *esta* especie, los tiene siempre): ¿qué es lo que está de moda este año?, ¿para qué articulo está echada la red?, ¿por cuál se exigen cifras de producción a los jueces? Pues dale a ése, en lugar de puñal.

Estuvo mucho tiempo haciendo furor, por ejemplo, el artículo *Violación*: un día de arrebato, Nikita ordenó que menos de 12 años no se diera. ¡Pues miles de martillos empezaron en todas partes a forjar docenas, para que los herreros no quedaran sin trabajo! Y ése es un artículo delicado, íntimo, fíjense en cómo recuerda algo el 58-10**[kr]**: ¡aquél a solas, y éste a solas! Allí imposible comprobar, y aquí imposible de comprobar, evitan a los testigos, que es justamente lo que el tribunal precisa.

Por ejemplo, convocan al cuartelillo a dos mujeres de Leningrado (caso S).:

—¿Estuvisteis con hombres en una *velada*?

—Sí.

—Relaciones sexuales, ¿hubo?

(Sobre esto hay una denuncia fidedigna, está establecido).

—S-sí.

—Pues una de dos: o las relaciones sexuales fueron voluntarias, o fueron involuntarias. Si fueron voluntarias, os consideramos prostitutas, entregad los pasaportes con el permiso de residencia, y en 48 horas, ¡fuera de Leningrado! Si no fueron voluntarias, ¡escribir una denuncia como víctimas en una causa por violación!

¡Las mujeres no tienen ningunas ganas de irse de Leningrado! De modo que los hombres reciben 12 años cada uno.

La obstusa, sorda máquina judicial vive del hecho de ser infalible. Esa mole saca sus fuerzas, saca su seguridad, de que jamás revisa sus decisiones, de que cada juez puede tallar y cortar a su antojo, que nadie nunca le enmendará la plana. Para eso existe un acuerdo tácito: todo recurso, por muy a Remoscú que se envíe, será reexpedido para su resolución precisamente al organismo contra el que reclama. Y ningún funcionario judicial (juez de instrucción, fiscal) recibirá jamás el menor reproche por haber abusado, o dado libre curso a su irritación, o a su venganza personal, o haberse equivocado, o haberlo hecho mal: ¡le echaremos tierra!, ¡taparemos!, ¡cubriremos! Porque para eso somos la Ley.

¿Cómo es eso de incoar un sumario que no acabe en acusación? ¿O sea, que el juez de instrucción ha trabajado de balde? ¿Cómo es eso de que el tribunal popular incoe un proceso que no acabe en condena? ¿O sea, dejar en mal lugar al juez de

instrucción, y que el tribunal haya trabajado en vano? ¿Cómo es eso de que la audiencia provincial revise una sentencia de un tribunal popular? ¡O sea, aumentar el porcentaje de deficiencias en su provincia! Y simplemente, disgustos a los colegas judiciales, ¿para qué? *Una vez empezado* un *sumario*, pongamos, por una denuncia, tiene necesariamente que acabar en *condena*, que será *imposible de revisar*. ¡Y ahí ya no es cosa de dejar a otro en mal lugar! Ni de dejar en mal lugar al comité de distrito: haz lo que ellos te digan. A cambio, también ellos te cubrirán a ti.

Y otra cosa muy importante de los tribunales actuales: no hay magnetófono, no hay taquígrafa, sino que una lentísima secretaria, a la velocidad de una escolar de hace dos siglos, va caligrafiando algo en las hojas de actas. Esta acta no se lee públicamente, nadie puede verla hasta que no la repase y la apruebe el juez. Sólo lo que el juez haya aprobado, será el proceso, habrá ocurrido en el proceso. Y lo que hayamos oído con nuestros propios oídos, ¡eso es humo, eso no ha existido!

El rostro de bakelita negra de la verdad siempre está mentalmente presente ante la mirada del juez: es el teléfono de la sala de deliberaciones. Este oráculo siempre te cubrirá, pero tú, ojo, haz lo que él te diga.

¡Vive y prospera, estamento judicial! ¡Nosotros somos para ti, no tú para nosotros! Que te haga la justicia de muelle alfombrita. ¡Mientras tú vivas bien!

Esta comprobada firmeza de las sentencias judiciales le facilita mucho las cosas a la Policía: le permite emplear con toda tranquilidad el principio del *enganche*, o «Saco de delitos». Es el siguiente: por desidia, por torpeza, por falta de luces de la Policía local, toda una serie de delitos comunes quedan por aclarar. Pero para los informes a la Superioridad, tienen forzosamente que ser esclarecidos (o sea, archivados). Así que esperan la ocasión oportuna. Y cuando un día aparece en el cuartelillo algún infeliz, alguien, timorato, un poco tonto, pues a él le cargan todos esos delitos por aclarar: ¡es *él* quien los ha cometido durante el año, el misterioso bandolero! A base de puños y hambre lo hacen *confesar* todas las fechorías, firmar, recibir una larga condena por concurrencia de delitos, y lavar la mancha del distrito.

El que no quede crimen sin castigo hace mucho más sana la vida de la sociedad. Y a los comisarios de Policía los premian.

Aún se saneó más la sociedad y aún se robusteció más la administración de justicia el día en que se dio la voz de capturar, juzgar y deportar a los *parásitos*. Este decreto también remplazó en cierta medida al elástico 58-10 perdido: la acusación también resultó evasiva, inconcreta, y por tanto, irrefutable. (¡Hasta consiguieron aplicársela al poeta I. Brodski!).

Esta palabra —parásito— fue hábilmente tergiversada al primer contacto. Precisamente los parásitos —holgazanes con altos sueldos— se sentaron a las mesas judiciales o administrativas, y llovieron condenas a indigentes operarios y menestrales, que después de su jornada se afanaban por ganarse unas perras más**[ks]**. ¡Y con qué rabia —¡la eterna rabia de los saciados contra los hambrientos!— se lanzaron contra estos «parásitos»! Dos desvergonzados periodistas de Adzhubei**[39]**

tuvieron el descaro de declarar: ¡a los parásitos no los deportan bastante lejos de Moscú! ¡Les permiten recibir paquetes y giros de sus familiares!, ¡no los mantienen con suficiente severidad!, ¡«no los obligan a trabajar de sol a sol», así, textualmente, lo escriben *de sol a sol*! ¿Al alba de qué comunismo, y según qué constitución, se precisa de semejante feudalismo?

Hemos enumerado algunas importantes *riadas*, gracias a las cuales (y al robo al Estado, que eso nunca se acaba) se renueva constantemente el Archipiélago.

Bueno, y algo hacen paseando por las calles y sentados en sus cuartelillos, y rompiendo dientes a los detenidos, las «milicias populares», esos bandoleros y filibusteros nombrados por la Policía, no mencionados en la constitución y que no responden ante la ley.

Los refuerzos al Archipiélago van marchando. Y aunque ya hace tiempo que tenemos la sociedad sin clases, aunque medio cielo lo ilumina el amanecer del comunismo, nos hemos acabado acostumbrando a que la delincuencia no se acabe, no disminuya, y hasta han dejado de prometérnoslo. En los años treinta prometían seguro: ¡sólo unos añitos más! Pero ahora, ni prometen.

Nuestra *ley* es poderosa, retorcida, no se parece a nada que en la Tierra se llame «ley».

Han inventado los tontos de los romanos: «la ley no tiene efectos retroactivos». Pues aquí, ¡los tiene! Canturrea el viejo refrán reaccionario: «Santa Rita, Santa Rita, lo que se da no se quita». Pues aquí, ¡se quita! Si ha salido un nuevo Decreto de última moda y le entran ganas a la Ley de aplicárselo a los que ya estén detenidos de antes, pues ¡por qué no, adelante! Así pasó con los traficantes de divisas y los cohechados: enviaron desde provincias, por ejemplo desde Kiev, listas a Moscú: que señalaran los apellidos a quienes aplicar el *efecto retroactivo* (aumentar el *carrete* o formalizar para *nueve gramos*[kt]. Y se lo aplicaron.

Y también nuestra Ley *lee el futuro*. Uno diría que *antes* del juicio, no se sabe cómo transcurrirían las sesiones y cuál será la sentencia. Pues mira por donde, la revista *Sotsiallistícheskaya Zakonnost* («Legalidad Socialista») va y publica todo esto *con anterioridad a la* vista. ¿Cómo lo ha adivinado? Pregúnteselo[40]…

Y también nuestra Ley *no menciona* en absoluto el pecado de *falso testimonio*, ¡no lo tiene siquiera por delito! Una *legión* de falsos testigos prosperan entre nosotros, caminan hacia una venerable vejez, se regalan en el dorado crepúsculo de sus vidas. ¡Sólo es nuestro país el único en toda la Historia y en todo el mundo en mimar a los falsos testigos!

Y también nuestra Ley no castiga a los *jueces-asesinos* y a los *fiscales-asesinos*. Todos siguen respetados y en activo, ejercen largos años y pasan a un honroso retiro.

Y también nuestra Ley tiene sus *vaivenes*, sus bandazos, tan propios de todo inquieto pensamiento creador. Un día la Ley da un tumbo: ¡en un año disminuir drásticamente la criminalidad!, ¡detener menos!, ¡condenar menos!, ¡a los

condenados, liberarlos *bajo aval*[ku]! Luego da otro tumbo: ¡todo está lleno de malhechores! ¡Basta de «avales»!, ¡más severo el régimen!, ¡más largas las condenas!, ¡muerte a los malandrines!

Pero, pese a todos los embates de la tempestad, avanza serena y majestuosamente la nave de la Ley. Los Magistrados Supremos y los Fiscales Generales son gente ducha, y esos zarandeos son para ellos pan comido. Celebrarán sus Plenos, enviarán sus Instrucciones, y cada nuevo e insensato rumbo será presentado como largamente deseado, como preparado por todo nuestro desarrollo histórico, como predicho por la Doctrina Única-Verdadera.

A todos los vaivenes está dispuesta la nave de nuestra Ley. Y si mañana mandan otra vez enchiquerar millones de personas por su manera de pensar, o deportar a pueblos enteros (los mismos u otros), o ciudades amotinadas, y volver a colgar cuatro números, su poderoso casco apenas se estremecerá, su estrave no se alterará.

Y queda el verso de Derzhavin, que sólo le llega al corazón a quien lo haya experimentado sobre sí mismo:

El juez inicuo es peor que el bandolero

Eso sí queda. Queda igual que bajo Stalin, igual que todos estos años, descritos en este libro. Se han promulgado y publicado muchas Leyes de Bases, Decretos, Códigos, contradictorios o concordantes, pero no vive conforme a ellos el país, no es conforme a ellos que detienen, demuestran, condenan. Sólo en los escasos (¿quizás un 15 por cien?) casos en que el objeto de la instrucción del proceso no afecta ni a los intereses del Estado, ni a la ideología dominante, ni a los intereses personales o la tranquilidad de algún pez gordo, sólo en estos casos los juzgadores pueden disfrutar del privilegio de no telefonear a nadie, de no recibir *indicaciones* de nadie, sino juzgar en cuanto al fondo, a conciencia. En cambio, en todos los demás casos, en su inmensa mayoría, sean civiles, sean criminales —en eso no hay diferencia— no pueden dejar de entrar en liza importantes intereses del director del koljós, del soviet municipal, del jefe de taller, del director de la fábrica, del delegado de la vivienda, de un guardia, del delegado o jefe de la Policía, del médico-jefe, de jefes de direcciones y organismos, secciones especiales y secciones de personal, secretarios de comités comarcales y provinciales, ¡y más, y más alto! Y en todos estos casos, de un tranquilo despacho a otro telefonean y telefonean voces pausadas, serenas, y en tono amistoso *aconsejan*, corrigen, dirigen, *cómo* hay que fallar la causa de un hombre-hormiguita, sobre el que se han entrecruzado incomprensibles, para él desconocidos, propósitos de personalidades colocadas por encima de él. Y el pequeño y confiado lector de periódicos entra en la sala de audiencia con la razón latiendo en su pecho, con argumentos razonables preparados, y, nerviosamente, los va exponiendo ante las máscaras soñolientas de los jueces, sin sospechar que su condena ya está escrita, y *no*

hay tribunales de apelación, y *no hay* plazos ni vías para enmendar la malvada, venal sentencia, que quema el pecho con su injusticia.

Lo que hay es un *muro*. Y sus ladrillos están cimentados con argamasa de mentira.

Este capítulo lo hemos titulado «La ley hoy». Más exacto hubiera sido titularlo: *No hay ley*.

Siempre el mismo cobarde disimulo, siempre la misma niebla de sinrazón sigue flotando en nuestra atmósfera, flota en nuestras ciudades más que el humo de las chimeneas.

Lleva más de medio siglo alzándose un inmenso Estado, sujeto con flejes de acero, y flejes tiene, pero ley, *no tiene*.

EPÍLOGO

Este libro no era para escribirlo yo solo, sino para repartir los capítulos a personas enteradas, y luego en una mesa de redacción, ayudándonos unos a otros, hacerlo cuadrar todo.

Pero a esto no le ha llegado la hora. Y a quien he propuesto encargarse de diversos capítulos, no han querido, sino que lo han sustituido por relatos, orales o escritos, a mi disposición. A Varlam Shalámov le propuse escribir todo el libro en colaboración, pero también se excusó.

Y lo que hacía falta era toda una oficina. Sus anuncios en la Prensa, por radio («¡contestad!»), su correspondencia abierta: como se hizo para la fortaleza de Brest.

Pero no sólo no pude trabajar a esta escala, sino que tanto mi intención, como mis cartas, como mis materiales tuve que disimularlos, trocearlos y hacerlo todo en profundo secreto. E incluso el tiempo que ocupaba en él, había de hacer ver que trabajaba en otras cosas.

La de veces que empecé este libro, la de veces que lo dejé. No acababa de entender: ¿era preciso o no que escribiera un libro como éste yo solo? Pero cuando a lo que ya tenía recogido, se sumaron muchas cartas de detenidos de todo el país, comprendí que ya que todo esto me había sido dado a mí, a mí me tocaba hacerlo.

He de explicarlo: ¡*ni una sola* vez todo este libro, todas sus Partes juntas, han estado en la misma mesa! En pleno trabajo sobre el *Archipiélago*, en Septiembre de 1965, me sorprendió el saqueo de mi archivo y el arresto de mi novela. Entonces las Partes escritas de *Archipiélago* y los materiales para las Partes restantes salieron cada cual en una dirección y ya no volvieron a reunirse juntas: no quería arriesgarme, y además con todos los nombres propios. Iba apuntando para memoria lo que había que comprobar, lo que había que suprimir, y con estas hojitas viajaba de un sitio a otro. Qué se le va a hacer, justamente esta febrilidad y fragmentariedad son signos seguros de nuestra literatura perseguida. Acepten, pues, el libro como viene.

No es que haya terminado el trabajo por estimar el libro acabado, sino porque no me queda ya más vida para él.

No sólo pido condescendencia, sino que quisiera gritar: cuando llegue la hora, la posibilidad, reuníos, amigos supervivientes, bien enterados, y añadidle a este libro un comentario: lo que haya que corregir, corregidlo, lo que haya que añadir, añadidlo (pero sin amontonar, lo parecido no hay que repetirlo). Entonces sí que el libro será definitivo, que Dios os ayude.

Yo me asombro de que incluso como está, lo haya terminado sano y salvo: varias veces ya pensaba que no me iban a dejar.

Lo acabo en un año señalado, dos veces jubilar (y los jubileos hasta vinculados entre sí): a los 50 años de la revolución que creó el Archipiélago, y a los 100 años de la invención del alambre de espino (1867).

Este último centenario, a que no lo celebran…

Y aun después

Me apresuraba entonces, esperando que en el estallido de mi carta al congreso de escritores, si es que no perecía, al menos perdería la libertad de escribir y el acceso a mis manuscritos. Pero lo de la carta tomó un giro tal, que no sólo no me detuvieron, sino que parecí afianzarme sobre granito. Y entonces entendí que tenía la obligación y la posibilidad de darle un pulido y una corrección a este libro.

Ahora lo han leído unos pocos amigos. Me han ayudado a ver graves defectos. A comprobarlo sobre un círculo más amplio no me he atrevido, y si algún día tengo esta posibilidad, para mí ya será tarde.

En este año, lo que he podido, lo he hecho, lo he conseguido. De incompleto que no me acusen: la materia es inacabable, y todo el que haya tenido el menor contacto o haya reflexionado sobre ella siempre añadirá algo, e incluso algo inapreciable. Pero existen leyes de la extensión. Aquí la extensión ya está al límite, y si intentamos hacer entrar un puñado más de estos granitos, estallará toda la roca.

En cambio el que me haya expresado mal, me haya repetido o haya redactado sin gracia, eso ruego que me lo perdonen. Es que un año tranquilo, sigo sin haberlo tenido, y los últimos meses estuvo otra vez ardiendo la tierra bajo mis pies y la mesa en que escribía. E incluso durante esta última redacción, de nuevo no he visto *ni una vez* todo el libro junto, no lo tuve en la misma mesa.

La lista completa de aquéllos sin los cuales este libro no se habría escrito, transmitido, conservado, no ha llegado la hora de confiarla al papel. Lo saben ellos. Ante ellos me inclino.

Rozhd estvd-en-el-Istia
Mayo de 1968



ALEKSANDR ISÁYEVICH SOLZHENITSYN (Kislovodsk, Rusia, 11 de diciembre de 1918 – Moscú, Rusia, 3 de agosto de 2008) fue un escritor e historiador ruso, Premio Nobel de Literatura en 1970.

Estudió Matemáticas y Física en la Universidad de Rostov e hizo cursos por correspondencia de Filosofía, Letras e Historia. Durante la Segunda Guerra Mundial, combatió en diferentes frentes, siendo condecorado. En 1945, fue detenido por comentarios antiestalinistas y condenado a ocho años en campos de trabajo, tras los cuales, sufrió exilio interno dedicándose a la escritura. Liberado del exilio en 1956, trabajó como profesor de matemáticas y publicó diversas obras con gran éxito; sin embargo, la KGB comenzó a investigarle y perseguirle, siendo expulsado de la Asociación de Escritores Soviéticos, y en 1974, desposeído de la nacionalidad soviética y deportado a Alemania. Tras un periodo en Suiza, fue invitado por la Universidad de Stanford para residir en Estados Unidos. Tras veinte años en este país, y habiendo recuperado la nacionalidad soviética, en 1994, regresó a Rusia. En el año 1970, le fue concedido el Premio Nobel de Literatura, que no recogió hasta 1974, tras la deportación.

Notas parte I

[1] Cuando, en 1937, allanaron el Instituto del doctor Kazakov, la «comisión» rompió los recipientes con los «*lisatos*» de su invención, pese a que los inválidos, tanto curados como en proceso de curación, saltaban alrededor y suplicaban que no destruyeran la milagrosa medicina. (Según la versión oficial, los «*lisatos*» eran un veneno. Entonces, ¿por qué no los conservaron como prueba pericial?). <<

[2] En una palabra, «vivimos en un maldito ambiente, en el que un hombre puede desaparecer sin dejar rastro, y sus seres más allegados, la esposa y la madre, pasar años sin saber qué ha sido de él». ¿Es justo? ¿No? Esto lo escribió Lenin, en 1910, en la necrología de Babushkin. Pero nosotros podemos decir sin embages: Babushkin llevaba un tren de armas para la insurrección, y lo fusilaron allí mismo. Sabía a lo que se exponía. De nosotros, conejos, no se puede decir lo mismo. <<

[3] Hay, además, toda una Ciencia del Registro (tuve ocasión de leer un folleto para los que, en Alma-Ata, estudian leyes a distancia). El folleto elogia mucho a los juristas que, en un registro, no se mostraron remisos y removieron dos toneladas de estiércol, seis metros cúbicos de leña, dos carros de hierba, quitaron la nieve de una huerta, sacaron los ladrillos de un horno, limpiaron pozos negros, examinaron las tazas de un retrete, buscaron en casetas de perro, en gallineros, en nidos de estorninos, pincharon colchones, arrancaron de los cuerpos esparadrapos y hasta sacaron coronas de muelas, en busca de documentos microfilmados. A los estudiantes se les recomienda insistentemente comenzar con un cacheo y finalizar con otro cacheo (por si la persona esconde algo de lo que se busca), y retornar al mismo sitio, pero a otra hora del día, para hacer otro registro. <<

[4] Después, ya en el campo de concentración, quemaba la idea: ¿y si cada agente que iba de noche a arrestar, no hubiese estado seguro de regresar con vida y se hubiera despedido de su familia? ¿Y si en la época de los *encarcelamientos* masivos, como por ejemplo, en Leningrado, cuando se llevaron a la cuarta parte de la ciudad, la gente no se hubiera refugiado en sus madrigueras, pasmada de miedo al oír los portazos en la entrada y los pasos en la escalera y hubiera comprendido que ya no les quedaba nada que perder, y en los vestíbulos les hubieran tendido una emboscada varias personas provistas de hachas, martillos, atizadores y cuanto hubiesen tenido a mano? Como ya sabe uno que esas aves nocturnas, tocadas con gorra, no vienen con buenas intenciones, no te equivocarás si les atizas un trancazo. O aquel furgón celular, que quedó en la calle, sólo con el chófer, ¿por qué no te lo llevaste o pinchaste las ruedas? Así, los *Órganos* no habrían tardado en hallarse escasos de personal y de material móvil y, pese a todos los deseos de Stalin, habría tenido que parar la maldita máquina.

Si cada… si en… Carecíamos de amor a la libertad y, ante todo, de una visión real de la situación. Nos agotamos en el despegue de 1917, para después APRESURARNOS a someternos, lo cual hicimos incluso GUSTOSAMENTE. (Arthur Ranson describe un mitin obrero celebrado en Yaroslavl en 1921. Miembros del Comité Central de Moscú, fueron a comunicar a los obreros el debate sobre los sindicatos. Yu Larin, representante de la oposición, explicó a los obreros que el sindicato tenía que protegerlos de la Administración, que ellos habían conquistado unos derechos contra los que nadie podía atentar. Los obreros se mostraron indiferentes, por completo, NO COMPRENDÍAN de quién tenían que protegerse y para qué necesitaban los derechos. Habló el representante de la línea general, quien echó en cara a los obreros su relajamiento y pereza, pidió sacrificios, horas extraordinarias no remunerables, limitaciones en la comida y subordinación militar a la administración de la fábrica, con lo que desencadenó el entusiasmo y los aplausos de la asamblea). En fin, todo lo que ocurrió después nos lo HEMOS MERECIDO. <<

[5] Lo asombroso es que sí se PUEDE ser hombre. A Travkin no le pasó nada. Hace poco nos vimos con alegría y nos conocimos por primera vez. Es general, jubilado e inspector en la sociedad de cazadores. <<

[6] *Vestnik NKVD*, 1917, N.º 1, pág. 4. <<

[7] Lenin. Obras. 5.ª ed. rusa, v. 35, pág. 68. <<

[8] *Ídem*, pág. 204. <<

[9] *Ídem*, pág. 204. <<

[10] *Ídem*, pág. 203. <<

[11] *Vestnik NKVD*, 1918, N.º 21-22, pág. 1. <<

[12] *Dekrety sovetskoi viasti*, v. 4, Moscú, 1968, pág. 627. <<

[13] M. J. Lacis, *2 goda borby na Vnutrememem fronte*. Resumen de la labor de la Checa. —Moscú, GIZ, 1920, pág. 61. <<

[14] *Ídem*, pág. 20. <<

[15] Lenin, 5.ª ed., v. 51, pág. 47, 48. <<

[16] *Ídem*, pág. 48. <<

[17] *Ídem*, pág. 49. <<

[18] «Positivamente, la parte más hacendosa del pueblo era exterminada». Korolenko en una carta a Gorki del 10-VIII-21. <<

[19] En la revista *Voina y revoliutsiia*, 1926, núms. 7-8, Tujachevski. *La lucha contra la insurrección contrarrevolucionaria*. <<

[20] Korolenko escribió a Gorki (29-VI-21): «La Historia dirá que para castigar a los revolucionarios y socialistas sinceros, la revolución bolchevique utilizó idénticos métodos a los del régimen zarista». <<

[21] A veces un suelto en el periódico te llama la atención hasta provocar movimientos de cabeza. *Izvestia*, 24-V-1959: Al año de subir Hitler al poder, Maximilian Huake fue arrestado por pertenecer… no a un partido cualquiera, sino al comunista. ¿Lo exterminaron? No, lo condenaron a *dos* años. Después le prolongaron la condena, ¿verdad? Nada de eso: lo dejaron en libertad. ¿Habrá quien lo entienda? Después vivió sin que nadie lo molestara, organizando la lucha clandestina, que es lo que relata el artículo. <<

[22] Al parecer, aquel monárquico se vengó personalmente de Voikov, el cual, siendo Comisario de Abastecimientos de los Urales, en julio de 1918, se encargó de borrar las huellas de la matanza de la familia imperial (cortando y serrando los cadáveres, quemándolos y esparciendo sus cenizas). <<

[23] A. F. Velichko, ingeniero militar, exprofesor de la Academia de Estado Mayor y teniente general, fue Jefe de Transmisiones del Ministerio de la Guerra en tiempo del Zar. Fue fusilado. ¡Con la falta que hubiera hecho en 1941! <<

[24] Se dice que Ordzhonikidze, antes de ponerse a hablar con los viejos ingenieros, colocaba una pistola a cada lado de la mesa. <<

[25] El mismo Sujanov, en cuya casa de Petrogrado, a orillas del río Karpovka, con su conocimiento (los guías de excursiones ahora mienten, pues aseguran que fue *sin su conocimiento*) el 10 de octubre de 1917 se reunió el Comité Central bolchevique y acordó iniciar la insurrección armada. <<

[26] Probablemente hubiera sido mejor que quienes después ocuparon ese cargo durante cuarenta años. ¡Lo que es el destino! Doyarenko era por principio apolítico. Cuando su hija traía a casa a estudiantes que expresaban opiniones supuestamente eseristas, él los echaba de casa. <<

[27] Kondratiev, condenado al aislamiento en la cárcel, enfermó psíquicamente y allí murió. También murió Yurovski. Chayanov permaneció cinco años aislado y fue deportado a Alma-Ata; en 1948 fue encarcelado de nuevo. <<

[28] Este tipo de campesino y su suerte quedaron inmortalizados en la figura de Stepan Chausov de la novela de S. Zalyguin. <<

[29] Recuerdo bien que, en la adolescencia, esta palabra nos parecía totalmente lógica. Completamente clara. <<

[30] Esa riada eficiente arrastraba a quien fuere y en el instante señalado. Pero, para los intelectuales de renombre en los años 30, a veces se consideraba más elegante pergeñar algún artículo deshonesto (como pederastia; o que el doctor Pletniov, a solas con una paciente, la mordía el pecho. Lo escribió un periódico central. ¡Anda, refútalo!). <<

[31] «De la cárcel al centro educacional» —Selección del Instituto de la Política Judicial—. Bajo la redacción de Vichinski. Moscú, *Sovietskoie zakonodatelstvo*, 1934, pág. 36. <<

[32] La espiomanía quizá fue algo más que una pasión obtusa de Stalin. Cayó bien a todos los que gozaban de privilegios. Se convirtió en una justificación natural de esa atmósfera de secreto que ya aparecía por todas partes, de la prohibición de la información, de las puertas cerradas, del sistema de pases, de los chalets vallados y de las tiendas cerradas al público. A través del blindaje protector de la espiomanía, el pueblo no podía penetrar y ver cómo la burocracia alterna, haraganea, desbarra, cómo se nutre y cómo se divierte. <<

[33] Lenin, 5.ª ed., v. 45, pág. 190. <<

[34] Alguien podría pensar que nos estamos pasando, que es una farsa, pero no hemos sido nosotros los autores de esa farsa. Esa gente ha estado presa con nosotros. <<

[35] Hay fundamentos psicológicos para sospechar que J. Stalin tenía que ser juzgado también según ese punto del artículo 58. Fueron muchos los documentos relacionados con ese tipo de servicio que no sobrevivieron a febrero de 1917 y no llegaron al público. Poco antes de morir en Kolyma, V. F. Dzhunkovski, exdirector del Departamento de Policía, afirmaba que la apresurada quema de los archivos policiales en los primeros días de la Revolución de febrero, fue un arrebato unánime de algunos revolucionarios interesados. <<

[36] Tampoco fue casual que la Casa Grande de Leningrado se terminara en 1934, justo para el asesinato de Kirov. <<

[37] La condena de 25 años apareció en el trigésimo aniversario de Octubre, en 1947. <<

[38] Ahora, tras la revolución cultural china (también a los 17 años del triunfo definitivo); empezamos a sospechar que existe aquí una lógica histórica. Ante ello, el propio Stalin se nos antoja tan sólo una fuerza ejecutora ciega y superficial. <<

[39] Contado por N. G-ko. <<

[40] De ellos, cinco fueron atormentados en los interrogatorios y murieron antes del juicio, veinticuatro murieron en los campos. Él número treinta, Iván Aristaulovich Punich, retornó y fue rehabilitado. (De haberse muerto él, nos habríamos saltado a treinta, igual que nos saltamos a millones). Los muchos «testigos» de su juicio viven en Sverdlovsk, y prosperan. Son altos cargos, están jubilados. La selección darviniana. <<

[41] ¿Quién las recuerda? Diariamente durante horas, de una igualdad atontadora. Probablemente las recuerde bien el locutor Levitan: las leía con voz engolada, poniendo sentimiento. <<

[42] *De las cárceles*…, pág. 63. <<

[43] Yo estuve a punto de ser juzgado en virtud de ese Decreto: me puse en la cola del pan, y un miliciano me cogió y me llevó, a fin de completar el cupo. Así que, a no ser por una feliz intercesión, poco me faltó para ir al GULAG en vez de a la guerra. <<

[44] Juzgaban de la sangre por el apellido, y el ingeniero-diseñador Vasili Okorokov[t], que por considerar feo firmar los proyectos así —aunque en los años treinta aún se podía hacer— eligió el nombre de Robert Stecker —¡qué bonito!— y elaboró una firma adecuada, no pudo ahora demostrar nada, y lo engancharon como alemán. —«¿Es ése su verdadero nombre? ¿Qué misiones recibió del espionaje fascista?»—. También fue éste el caso de un tal Kaverznev[u], que en 1918 cambió su malsonante apellido por el de Kolbe (¿cuándo compartió la suerte de Okorokov?). <<

[45] Eso no se puso de relieve hasta más tarde, y en 1943 había aún corrientes despistadas, sin parecido con nadie, como la de los «africanos», como se los llamó durante mucho tiempo en los campos de Vorkuta. Eran prisioneros rusos que los americanos cogieron con el ejército de Rommel en África (los *hiwi*), y en 1948 repatriaron en camiones «Studebacker» a través de Egipto, Irak e Irán. En una bahía desierta del mar Caspio los metieron inmediatamente tras una alambrada de púas, les arrancaron los distintivos militares, los aligeraron de los objetos que les hablan regalado los americanos (en beneficio de los *funcionarios*, por supuesto, no del Estado) y los mandaron a Vorkuta hasta nueva orden sin señalarles, por falta de experiencia, ni el número de años, ni el artículo. Estos «africanos» vivían en Vorkuta entremedias: desescoltados, pero no podían dar un paso por Vorkuta sin salvoconducto, y carecían de ese salvoconducto: les pagaban como a contratados, pero disponían de ellos como de presos. Y la nueva orden no llegaba. Se habían olvidado de ellos… <<

[46] Posteriormente, con este grupo ocurrió una anécdota. En el campo ya se guardaban de hablar de Suecia, por temor a que les prolongaran la condena. Pero en Suecia, no sé cómo, supieron de su destino, y la Prensa publicó una noticia calumniosa. Para entonces los muchachos estaban ya desperdigados por campos cercanos y lejanos. Inesperadamente, por una disposición especial, los concentraron a todos en el campo Kresty, de Leningrado, y durante dos meses estuvieron cebándoles y dejando que les creciera el pelo. Después, los vistieron con sobria elegancia, ensayaron lo que debía decir cada uno, les advirtieron que el canalla que se inventara alguna morcilla recibiría «nueve gramos» en la nuca, y los presentaron en una conferencia de Prensa ante periodistas extranjeros y gente que les conocía bien de Suecia. Los exinternados estuvieron animados, explicaron dónde vivían, estudiaban o trabajaban, expresaron su indignación por las patrañas burguesas que hacía poco habían leído en la Prensa occidental (que en la Unión Soviética se vende en todos los quioscos), y por carta se dieron cita en Leningrado (ninguno de ellos escatimó gastos para el viaje). Su aspecto lozano y brillante era el mejor mentís a la especie periodística. Los periodistas, muy corridos, se dirigieron a redactar las disculpas. La imaginación occidental era incapaz de concebir de otra forma los hechos. En la realidad, los culpables de la entrevista fueron enviados inmediatamente al baño, rapados, vestidos con los andrajos de antes y devueltos a los mismos campos de concentración. En vista de que habían interpretado su papel con dignidad, no les aumentaron la pena. <<

[47] No conozco detalles, pero estoy seguro que la mayoría de estos japoneses no podían ser juzgados legalmente. Era un acto de venganza y una forma de retener por más tiempo la mano de obra. <<

[48] Asombra que, en Occidente, donde es imposible ocultar por mucho tiempo un secreto político, ya que inevitablemente trasciende a la Prensa y se divulga, haya sido celosamente guardado por los Gobiernos británicos y norteamericano el secreto de esta traición, probablemente el último secreto de la Segunda Guerra Mundial, o uno de los últimos. Encontré a muchos de ellos en las cárceles y campos, y durante un cuarto de siglo me resistí a creer que la opinión pública de Occidente no supiera *nada* de esta gigantesca —por su envergadura— extradición, por medio de la cual los Gobiernos occidentales entregaban gentes sencillas de Rusia al ensañamiento y a la muerte. Sólo en 1973 (*Sunday Oklahoman*, 21 de enero) se deslizó un artículo de Iulius Epshtein, al que desde aquí me aventuro a darle las gracias en nombre de una masa de muertos y de unos pocos vivos. Han sido publicados breves documentos sueltos de un voluminoso sumario, oculto hasta hoy, sobre la repatriación forzosa a la Unión Soviética. «Después de haber vivido dos años en poder de las autoridades británicas con una seguridad engañosa, los rusos fueron cogidos por sorpresa, y ni siquiera llegaron a comprender por qué los repatriaban… Eran, en su mayoría, simples campesinos, personalmente muy dolidos con los bolcheviques». Pero las autoridades inglesas los trataron como «a criminales de guerra»: contra su voluntad fueron entregados a aquéllos de los que no cabía esperar un juicio justo. Todos ellos fueron enviados al Archipiélago, para hacerlos desaparecer. <<

[49] En el sumario constaba que eran «doscientos metros de tela». Les dio vergüenza escribir «un carrete de hilo». <<

[50] En cuanto a la pena capital, sólo sirvió para echarse provisionalmente un velo sobre la cara, para arrancarlo, enseñando los dientes, dos años y medio después (enero de 1950). <<

[51] En este país nunca se sabe nada a ciencia cierta, ni ahora ni mucho después. Pero, según los bulos de Moscú, Stalin tenía el siguiente plan: a principios de marzo serían ahorcados, en la Plaza Roja, los «médicos-asesinos». Los patriotas, excitados de forma espontánea (bajo la dirección de instructores), organizarían un pogrom judío. Entonces, el Gobierno (se ve el carácter de Stalin, ¿verdad?), para salvar generosamente a los judíos de la ira popular, esa misma noche los mandaría de Moscú a Siberia y el Extremo Oriente (donde ya estaban preparando los barracones). <<

[52] El doctor S., según testimonio de A. P. K-v. <<

[53] A J. S. T-e. <<

[54] Parte I, cap. 8. <<

[55] Anna Ajmatova me expresaba su plena convicción de que así era. Hasta citó el nombre del chequista que inventó el asunto (creo que fue A. Agranov). <<

[56] El artículo 93 del Código de procedimiento penal rezaba asimismo: «una denuncia anónima puede dar lugar a la incoación de un proceso criminal» (¡!) (no asombre la palabra «criminal»: todos los políticos eran considerados criminales). <<

[57] N. V. Krylenko, *En cinco años*, Moscú-Petrogrado, GIZ, 1923, pág. 401. <<

[58] E. Guinzburg escribe que el permiso para «aplicar métodos coercitivos» fue dado en abril de 1938. V. Shalamov estima: las torturas fueron permitidas a mediados del año 38. M-ch, un preso veterano, afirma que hubo una «orden sobre el interrogatorio simplificado y la sustitución de los métodos psíquicos por los físicos». Ivanov-Razumnik señala «mediados del año 1938 como la época más cruel de los interrogatorios». <<

[59] Probablemente Vichinski estaba entonces no menos necesitado que sus oyentes de ese consuelo dialéctico. Cuando gritaba desde su escaño de fiscal: «¡Fusilad a todos ésos como perros rabiosos!», él, perverso e inteligente, sabía que los acusados eran inocentes. Con tanta más pasión quizá él y Bujarin, un puntal de la dialéctica marxista, se dedicaban a describir volutas dialécticas en torno a la mentira judicial: para Bujarin, morir del todo inocente era una forma demasiado estúpida e impotente de morir (¡él NECESITABA hallar su culpa!) y a Vichinski le agradaba más aparecer como logista que como canalla. <<

[60] Compárese la enmienda 5.ª a la Constitución de los Estados Unidos: «se prohíbe hacer declaraciones contra uno mismo». ¡SE PROHIBE…! (Lo mismo en la Declaración de derechos del siglo XVIII). <<

[61] Según los rumores, en crueldad de las torturas destacaban Rostov del Don y Krasnodar, pero no está demostrado. <<

[62] Según las crueles leyes del Imperio ruso, los parientes más próximos podían negarse a declarar. Y si hacían declaraciones durante la instrucción del sumario, por voluntad propia podían retirarlas; antes del juicio. Asombrosamente, conocer al delincuente o ser pariente de él, entonces no se consideraba prueba… <<

[63] Ahora ella dice: «Once años después, al rehabilitarme, me dieron a leer las declaraciones, y sentí náuseas morales. ¿De qué me vanagloriaba…?». —Yo, cuando me rehabilitaron, tuve esa misma sensación al escuchar párrafos de mis declaraciones antiguas. Me arrastraron por el suelo y quedé como nuevo. Y ahora no me reconozco: ¿Cómo pude firmar aquello y además considerar que no había salido malparado…? <<

[64] Al parecer, se trata de un motivo mongol. La revista *Niva*, 1914, 15 de marzo, pág. 218, describe, en una crónica, una cárcel mongola: cada preso está encerrado en su arca, con un pequeño agujero para la cabeza y para comer. Entre las arcas se pasea el carcelero. <<

[65] Algunos habrán empezado así de jóvenes, de centinelas junto a un hombre arrodillado. Y ahora, probablemente, ostentan un alto grado y tienen hijos mayores… <<

[66] Imagínese en este estado de turbación a un extranjero que no sepa el ruso y al que le den algo a firmar. El bávaro Jup Ashenbrenner, en semejantes circunstancias, firmó que había trabajado en un furgón con cámara de gases. Sólo en el campo, en 1954, pudo demostrar que en aquellas fechas estudiaba en Múnich para soldador eléctrico. <<

[67] G. M-ch. <<

[68] La inspección era imposible, no se efectuaba JAMAS; hasta tal punto era así que cuando, en 1953, en la celda del ahora preso ministro de la Seguridad del Estado, Abakumov, entraron a efectuar una inspección, éste estalló en carcajadas: creía que era una burla. <<

[69] A. G. Kuprianov, secretario del Comité regional de Carelia, encarcelado en 1949, tenía algunos dientes sencillos (ésos no se cuentan) y también de oro. Al principio le dieron un recibo de que había entregado los de oro para que se los guardasen. Después se dieron cuenta y le quitaron el recibo. <<

[70] En 1918, el tribunal revolucionario de Moscú juzgó a Bondar, que había sido guardián en una cárcel zarista. Como su MAYOR crueldad, en la acusación figuraba que «en *una* ocasión pegó a un preso político con tanta fuerza, que le rompió un tímpano». (Krylenko, *En cinco años*, pág. 16). <<

[71] N. K. G. <<

[72] Los que conozcan nuestra atmósfera de desconfianza comprenderán por qué no se puede pedir el código en el Juzgado o en el Soviet del distrito. Vuestro interés por el código sería un fenómeno excepcional: o preparas un crimen, o estás borrando las huellas. <<

[73] La instrucción del sumario les duraba de ocho a diez meses. «Probablemente Klim estuvo solo en este calabozo», decían los chicos. (Pero ¿estuvo?). <<

[74] Aquel año en la Butyrki, los recién arrestados (que ya habían pasado por el baño y la cámara) permanecían días enteros sentados en las escaleras en espera de la salida de las etapas, cuando quedarían libres las celdas. T-v, que estuvo preso en Butyrki en 1931 dice: hasta debajo de las literas, todo estaba atiborrado, nos tumbábamos en el suelo de asfalto. Yo estuve preso siete años después, en 1945, y era igual. Pero hace poco, de M. K. B-ch recibí un valioso testimonio personal sobre el hacinamiento de la Butyrki en el año 1918: en octubre de aquel año (segundo mes del terror rojo) estaba tan abarrotada que del lavadero hicieron una celda femenina para setenta personas. ¿Cuándo estuvo la Butyrki vacía? <<

[75] Eso no es tanto: en 1948, en la delegación del Ministerio del Interior en Vladimir, en una celda de tres metros por tres, había 30 personas siempre de pie (S. Potapov). <<

[76] El libro de Ivanov-Razumnik tiene muchas cosas superficiales, personales, chistes de una monotonía agotadora. Pero describe muy bien la vida en la celda en los años 1937-1938. <<

[77] En realidad, marchaba al *frente* de una brigada durante el desfile y no la dirigió contra el palco del Gobierno. Pero eso no se tiene en cuenta. No obstante, después de sus torturas universales le echaron… 10 años, basándose en la CES. Los propios gendarmes no tenían fe en sus éxitos. <<

[78] Los motivos son en parte iguales a los de Bujarin, posteriormente: Los que los interrogaban eran sus hermanos de clase. Se comprende perfectamente su deseo de EXPLICARLO todo. <<

[79] *Novyi mir*, 1962, N.º 4. —R. Peresvetov. <<

[80] S. P. Melgunov. *Memorias y diarios*, v. 1, París, 1964, página 139. <<

[81] Andreiushkin, miembro del grupo, escribió a un amigo de Jarkov esta sincera carta: «Estoy firmemente convencido de que en nuestro país habrá un terror más implacable…, y en un futuro muy inmediato. El terror rojo es mi fuerte… Me preocupa mi destinatario [no era la primera carta que escribía. —A. S.]…; si a él… *eso*, a mí también me pueden *eso*, lo cual no es deseable, porque arrastraría a mucha gente que vale». Cinco días duró la búsqueda sin prisas, a través de Jarkov, para saber quién había escrito esta carta en San Petersburgo. El nombre de Andreiushkin quedó establecido sólo el 28 de febrero, y el 1.º de marzo, los terroristas, ya con las bombas, fueron atrapados en la avenida Nevski, poco antes del atentado. <<

[82] Un tercer condiscípulo estuvo también a punto de caer entonces por mi culpa. ¡Qué alivio sentí al enterarme de que estaba en libertad! Veintidós años después, me escribe: «De tus obras publicadas se saca la conclusión de que enfocas la realidad de una manera unilateral… Objetivamente te conviertes en bandera de la reacción fasciciszante occidental, como, por ejemplo, en la República Federal Alemana y en Estados Unidos… Lenin, al que estoy seguro sigues respetando y queriendo, así como los viejos Marx y Engels, te censurarían de la forma más severa. ¡Piensa en eso!». Y pienso: ¡lástima que no te hubieran encarcelado entonces! ¡Lo que te has perdido! <<

[83] Actividades contrarrevolucionarias. <<

[84] Nadie podrá evitar esta comparación: coinciden demasiado los años y los métodos. Con mayor conocimiento de causa establecían esta comparación los que pasaron por la Gestapo y la MGB, como Alexei Ivanovich Divnich, emigrado y predicador ortodoxo. La Gestapo lo acusó de actividades comunistas entre los obreros rusos en Alemania, y la MGB le acusó de tener contactos con la burguesía mundial. La comparación hecha por Divnich resultaba desfavorable para la MGB: torturaban aquí y allí, pero la Gestapo buscaba la verdad, y cuando fue retirada la acusación, lo pusieron en libertad. La MGB no buscaba la verdad, y cuando cogía a uno, no tenía intención de soltarlo de sus garras. <<

[85] Eufemismo por TORTURAR. <<

[86] 1931, Ilin. <<

[87] Volkopialov, feroz instructor de Yaroslavl y luego delegado para asuntos de la Iglesia en Moldavia. <<

[88] Otro Ilin, Victor Nikolaievich, exteniente general de la Seguridad del Estado. <<

[89] «¿Quién eres?», preguntó el general Serov, en Berlín, a Timofeev-Ressovski, biólogo de fama mundial. «Y tú, ¿quién eres?», respondióle Timofeev Ressovski con aquellos arrestos cosacos que le venían de herencia. «¿Es usted un científico?», se corrigió Serov. <<

[90] Esto dijo a G. G-v el juez de instrucción de Leningrado, Shitov. <<

[91] De Vasiliev habla Ivanov-Razumnik. <<

[92] Esfir R., año 1947. <<

[93] Pojilko, juez instructor de la GB en Kemerovo. <<

[94] El escolar Misha B. <<

[95] Hace tiempo que tengo un argumento para un relato: *La esposa estropeada*. Por lo visto no llegaré a escribirlo; aquí está: En una unidad de aviación del Lejano Oriente, antes de la guerra de Corea, un teniente coronel que regresaba de un viaje se enteró de que su mujer estaba en el hospital. Por lo que fuera, los médicos no le ocultaron la verdad: su mujer tenía dañados los órganos genitales, debido a un «trato patológico». El teniente coronel le sacó a su mujer que había sido un teniente mayor de la sección especial de la unidad (aunque, al parecer, contaba con el beneplácito de ella). Fuera de sí, el teniente coronel irrumpió en el despacho del teniente mayor, sacó la pistola y lo amenazó con matarle. Pero pronto el teniente mayor le hizo agachar la cabeza y salir de allí como perro apaleado: lo amenazó con encerrarlo de por vida en un campo tan terrible, que rezaría para morir sin padecimiento. Le ORDENÓ que aceptara a la esposa tal como estaba (algo había sido alterado sin remedio), que viviese con ella y que no se atreviera a divorciarse ni a quejarse: ése era el precio de la libertad. Y el teniente coronel lo cumplió todo. (Me lo contó el chófer del teniente de la Sección Especial).

Sin duda se dieron muchos casos como éste. Es una esfera en la que, sobre todo, seduce el empleo del poder. Un miembro de la Seguridad del Estado (1944) obligó a la hija de un general del Ejército a casarse con él. La chica tenía novio, mas para salvar al padre se casó con el de la KGB. Durante su breve unión llevó un Diario, que entregó al que ella amaba, y luego se suicidó. <<

[96] En 1954, esta mujer, enérgica e inflexible —el marido lo había perdonado todo, hasta la condena a pena de muerte, y le decía: «Déjalo»—, fue testigo en el juicio contra Kruzhkov. Este había protagonizado más de un caso de esta índole, lo cual perjudicaba los intereses de los *Órganos*. Kruzhkov fue condenado a veinticinco arios de prisión. ¿Por cuánto tiempo…? <<

[97] Roman Gul, *Dzerzhinski*. <<

[98] Otro argumento. ¡Cuántos hay aquí! A lo mejor le sirven a alguien. <<

[99] Guardia Militarizada. <<

[100] En *El primer círculo*. <<

[101] Es cierto. D. Terejov es un hombre con una voluntad y un valor fuera de serie (eran precisos en el juicio contra importantes estalinistas en una situación vacilante) y, además, una mente lúcida. Si las reformas de Kruschov hubieran sido más consecuentes, Terejov habría destacado en ellas. Así es como no llegan a perfilarse en nuestro país los personajes históricos. <<

[102] Otra de sus costumbres de gran señor: se vestía de paisano con Kuznetsov, el jefe de su escolta, y andaba a pie por Moscú, repartiendo limosnas a cuenta del presupuesto para operaciones de la Checa. ¿No huele a la vieja Rusia, la limosna como alivio del alma? <<

[103] Durante la guerra, en Riazán, un aviador de Leningrado, al salir del hospital suplicaba en el dispensario de tuberculosos: «¡Encuéntrenme algo! ¡Quieren meterme en los *órganos*!». Los radiólogos le inventaron un infiltrado tuberculoso y los cagebistas renunciaron inmediatamente a él. <<

[104] Un episodio con Terejov. Mientras me demostraba lo acertado del sistema judicial de Kruschov, descargaba la mano sobre el cristal que cubría la mesa y se cortó la muñeca con el borde del cristal. Llamó, el personal se cuadró, el oficial de guardia le trajo yodo y agua oxigenada. Mientras seguía hablando, permaneció una hora entera impotente con un algodón empapado sobre el corte: me dijo que se le coagulaba mal la sangre. De esa manera tan clara, dijo, le demostraba las limitaciones del hombre. Y él condenaba e imponía penas de muerte a otros… <<

[105] Hasta cuando hablaban de *Iván Denísovich*, los jubilados azules objetaban: ¿Para qué hurgar en las viejas heridas de los *que estuvieron en los campos*? ¡Tenemos que CUIDARLOS! <<

[106] Pero en la Oriental no se oye, por lo visto se han *reeducado*, se aprecia su servicio al Estado. <<

[107] En la prevención no se cumple condena, sino que mantienen en prisión preventiva. <<

[108] Alexandr Dolzhin. <<

[109] Más exactamente: 156 cm por 209 cm. ¿Cómo se sabe? Es el triunfo de un cálculo de ingeniería y de un espíritu fuerte que Sujanovka no doblegó: eso lo calculó Al-dr D. Él no accedía a enloquecer ni a amilanarse, por eso procuraba hacer el mayor número de cálculos. En Lefortovo contaba los pasos, los transformaba en kilómetros, por el mapa recordaba los kilómetros que había de Moscú a la frontera, después a través de toda Europa, cuántos a través del Atlántico: Su estimulo era: regresar mentalmente a casa, a América; y en un año de calabozo en Lefortovo bajó al fondo del Atlántico, y lo llevaron a Sujanovka. Aquí, comprendiendo que pocos serían los que contasen algo de esta cárcel (nuestro relato procede íntegramente de él), inventó cómo medir la celda. En el fondo de un plato de la cárcel vio un quebrado 10/22 y comprendió que el «10» indicaba el diámetro del fondo y «22» el diámetro del borde. Después sacó de la toalla un hilito, hizo un metro y así lo midió todo. Después se puso a inventar la forma de dormir *de pie*, apoyando las rodillas en la silla y que al guardián le pareciera que tenías los ojos abiertos. Lo inventó y sólo por eso no enloqueció. (Riumin hizo todo lo posible para mantenerlo un mes sin dormir). <<

[110] Si era en la Casa Grande, durante el bloqueo de Leningrado, a lo mejor con antropófagos: con los que comían carne humana o vendían hígado humano de la sala de disección. No sé por qué, en la MGB los mantenían juntos con los políticos. <<

[111] En las cárceles interiores de la GPU-NKVD-KGB fueron inventadas distintas medidas coercitivas, como complemento de las viejas. Los que estuvieron aquí presos en los años veinte no conocieron esa medida y la luz se apagaba, como entre las personas. Pero empezaron a dejar la luz encendida por una razón lógica: para ver a los presos a cualquier minuto de la noche (de modo que cuando la encendían para la inspección, era aún peor). Había orden de mantener las manos por encima de la manta, para que el preso no se estrangulara bajo la manta, escapando así al justo sumario. Experimentalmente quedó demostrado que en invierno siempre dan ganas de esconder las manos, para calentarlas, y por eso la medida fue aprobada definitivamente. <<

[112] Sus *Memorias sobre Blok*. <<

[113] Me da miedo decirlo, pero en vísperas de los años 70 de este siglo, esta gente parece emerger de nuevo. Es asombroso. En eso ya casi no se podía confiar. <<

[114] La cárcel interior es, precisamente eso, la KGB. <<

[115] ¿Quién de nosotros del manual de historia escolar y del *Compendio de historia del Partido* no se aprendió de memoria que aquel manifiesto «provocador y vil» era un escarnio contra la libertad, que el zar había dispuesto: libertad a «los muertos, y a los vivos el arresto»? Pero el epigrama mentía. El manifiesto permitía, ni más ni menos, TODOS los partidos políticos, se convocaba la Duma, y se concedía una amnistía honesta y de una amplitud ilimitada. Sólo los comunes siguieron en la cárcel. Sin embargo, la amnistía de Stalin del 7 de julio de 1945 (cierto, no era forzada) hizo justamente lo contrario: dejó en la cárcel a todos los políticos. <<

[116] Después de la amnistía de Stalin, como veremos más adelante, a los amnistiados les retenían dos y tres meses, lo obligaban a *currar* igual, y aquello a nadie le parecía una injusticia. <<

[117] Poco después que Fastenko, regresó a la patria un conocido suyo del Canadá, un exmarinero del acorazado *Potiomkin*, convertido en un próspero granjero. El marinero vendió su granja y el ganado y con el dinero y un tractor flamante regresó a su región natal a ayudar en la construcción del anhelado socialismo. Se apuntó a una de las primeras comunas y entregó el tractor. Manejaba el tractor todo el que le venía en gana y de cualquier manera y muy pronto lo estropearon. Y el marinero del *Potiomkin* empezó a ver las cosas de manera muy distinta a como se las había imaginado durante veinte años. Mandaba gente que no debería tener derecho a mandar y ordenaban hacer cosas que al hacendoso granjero se le antojaban una aberración. Además, se quedó en el chasis, la ropa se le desgastó y le quedaban pocos de los dólares canadienses, transformados en rublos de papel. Imploró que le dejaran marchar con la familia, franqueó la frontera no más rico que cuando escapó del *Potiomkin*, cruzó el océano de marinero, como entonces (no le quedaba dinero para el pasaje) para en el Canadá volver a empezar la vida otra vez de bracero. <<

[118] Plejanov —«Carta abierta a los obreros petrogradenses» (Periódico *Edinstvo* 28-X-17). <<

[119] Era la cantilena favorita de Stalin: a cada miembro del partido (o a un exrevolucionario cualquiera) arrestado le atribuía el servicio en la Ojrana del zar. ¿Era una insoportable sospecha? ¿O… acaso un sentimiento interno…? ¿Por analogía…? <<

[120] Es una trampilla en la puerta, que al caer forma una especie de mesita. A través de ella hablan, reparten la comida e introducen los documentos que haya que firmar. <<

[121] En ruso *vertujai*, «el que da vuelta a la llave». <<

[122] ¿Acaso no se hacía en todas partes así? Era nuestra escasez de comida de muchos años. En el Ejército todos los repartos se hacían así. Los alemanes, de tanto oírlo, desde sus trincheras, se mofaban: «¿Esto para quién?». «¡Para el comisario!». <<

[123] Pronto traerían aquí, de Berlín, al biólogo Timofeiev-Ressovski, al que ya hemos mencionado. Creo que nada le ofendió tanto en la Lubianka como esa forma de derramar el agua por el suelo. En ello descubrirá una prueba sensacional de la falta de interés profesional de los propios carceleros. Multiplicará 27 años de existencia de la Lubianka por 730 veces al año y por 111 celdas, y pasará mucho tiempo indignándose de que habría resultado más fácil derramar el agua caliente dos millones ochenta y ocho mil veces y otras tantas coger un trapo y limpiar el suelo, que hacer unas cubos con pitorro. <<

[124] A esa sociedad le tocó un trocito de tierra moscovita nada indiferente a la sangre: cruzando el callejón Furkasovski, cerca de la casa de Rostopchin, en 1812 fue linchado el inocente Vereschagin, y en la otra parte de la Bolshaya Lubianka vivía y asesinaba a los siervos la criminal Saltychija (*Por Moscú*, red. por N. A. Gueinike y otros. Moscú, Sabashnikov, 1917, p. 231). <<

[125] Posteriormente Suzi dirá de mí: una rara mezcla de marxista y demócrata. Sí, en mí se juntaba eso bastante salvajemente. <<

[126] Sólo en 1955 reconocimos esta Convención. Pero ya en su Diario de 1915, Melgunov anota los RUMORES de que Rusia no deja pasar la ayuda a sus prisioneros en Alemania, y ellos viven allí peor que todos los demás aliados; para que no surjan RUMORES sobre la buena vida de los prisioneros y no se rindan de buena gana. Hay una cierta sucesión de ideas en esto. (S. P. Melgunov, *Memorias y diarios*, v. 1, Paris, 1964, págs. 199 y 203). <<

[127] Nuestra investigación, por supuesto, no admitía tales razones: ¿Qué derecho tenían a querer vivir cuando las familias con racionamiento especial en la retaguardia soviética vivían bien sin ellos? A aquellos muchachos no les reconocían el haber rechazado la carabina alemana. Por haber jugado a los espías, les indilgaban el tremendísimo 58-6, además de sabotaje con premeditación. Eso significaba: tenerlos encerrados hasta que la diñen. <<

[128] Contaba que el obeso Scherbakov cuando iba a su Buró de Información no quería ver a nadie y de las habitaciones por las que tenía que pasar desalojaban a todos los funcionarios. Gimiendo de la gordura se agachaba y doblaba la esquina de la alfombra. ¡Ay de todo el Buró de Información si descubría polvo allí! <<

[129] Salvo el pequeño error de que confundió al chófer con el viajero, el profético anciano casi no se equivocó. <<

[130] En 1962, cuando me presentaron a Kruschov sentí muchas ganas de decirle: «Nikita Sergueievich: usted y yo tenemos un conocido común». Pero le dije otra frase, más necesaria, en nombre de todos los que habían sido arrestados. <<

[131] Los supervivientes del campo de Buchenwald POR ESO MISMO ERAN CONFINADOS EN NUESTROS CAMPOS: ¿Cómo pudiste sobrevivir en un campo de exterminio? ¡Aquí hay gato encerrado! <<

[132] Ahora, veintisiete años después, ha aparecido la primera obra honrada sobre eso. (P. G. Grigorenko: Carta a la revista *Problemas de historia del PCUS*, Samizdat, 1968), y más adelante se multiplicarían: no todos los testigos han muerto y pronto nadie conocerá al Gobierno de Stalin con otro nombre que no sea el de Gobierno de la demencia y de la traición. <<

[133] Uno de los principales criminales de guerra, el general coronel Golikov, exjefe de la Dirección de Inteligencia del Ejército Rojo, ahora dirigía la operación de engatusar y echar el guante a los repatriados. <<

[134] De esto, en una forma más general, escribe Vitkovski (sobre los años treinta): es asombroso que los falsos saboteadores, sabiendo que no eran saboteadores, opinaban que a los militares y a los sacerdotes si los *enjaulaban* sería por algo. Los militares, que sabían que no estaban al servicio del espionaje extranjero y no se dedicaban a minar el Ejército Rojo, creían de buen grado que los ingenieros eran saboteadores y que se debía acabar con los sacerdotes. El hombre soviético en la cárcel razonaba así: yo personalmente no soy culpable, pero con ésos, con los enemigos, todos los métodos son buenos. La lección del sumario y la lección de la celda no les iluminaban; condenados seguían conservando la ceguera de la LIBERTAD: la creencia de que por todas partes había confabulaciones, envenenamientos, sabotajes y espionajes. <<

[135] En nuestra crítica literaria ha quedado establecido que Sholojov en su inmortal relato *El destino de un hombre* expresó la «verdad amarga» sobre «ese aspecto de nuestra vida», «descubrió» un problema. Nos vemos obligados a decir que en este relato, muy malo en general, donde son pálidas y poco convincentes las páginas de la guerra (por lo visto, el autor no conoce la última guerra), donde los alemanes aparecen estandarizados como en las estampas populares (y el único personaje logrado es la esposa del protagonista, aunque sea una pura cristiana de Dostoievski), en este relato sobre el destino de un prisionero de guerra EL PROBLEMA VERDADERO DEL CAUTIVERIO HA SIDO ESCAMOTEADO O TERGIVERSADO:

1. Ha sido elegido el caso menos perseguible de la rendición: con el conocimiento perdido, para hacerlo «indudable», brillar todo lo escabroso de la cuestión. (Y si te rendiste con conocimiento, como ocurrió a la mayoría, ¿qué y cómo?).

2. El problema fundamental del cautiverio según el relato, no está en que la patria nos abandonó, detestó, maldijo (Sholojov de ello no dice una palabra) y precisamente es *esto* lo que crea un estado de angustia, sino en que allí entre los nuestros surgen traidores. (Entonces, si eso es lo principal, profundiza y explica: ¿de dónde salieron un cuarto de siglo después de la revolución, apoyada por todo el pueblo?).

3. Inventó una evasión de novela policial con un montón de cosas traídas por los pelos para que no surgiera el obligatorio e ineludible proceso de recepción del que llega del cautiverio: el SMERSH, el campo de comprobación y filtración. A Sokolov, además de que no lo encierran tras las espinas, como la instrucción manda, ¡anecdótico: recibe del coronel un mes de permiso! (o sea, ¿libertad para cumplir la *misión* del espionaje alemán? ¡Pues el propio coronel hubiera ido detrás de él!). <<

[136] José Broz Tito escapó por milagro de esa suerte. Popov y Tanev, compañeros de Dmitrov en el proceso de Leipzig, fueron condenados. Al propio Dmitrov, Stalin le preparaba otro destino. <<

[137] Aunque cuando los prisioneros lo *sabían*, con frecuencia obraban igual. Vasili Alexandrov cayó prisionero en Finlandia. Allí dio con él un comerciante del viejo Petersburgo, reconoció su nombre y apellido y le dijo: «Desde 1917 debo a su padre de usted una cuantiosa suma, que no tuve ocasión de pagarle. Haga el favor de cobrármela». Una vieja deuda por haberlo encontrado. Alexandrov después de la guerra fue aceptado entre los emigrados rusos, allí conoció a una chica y se hizo novio de ella, y no fue al tuntún. Y el futuro suegro, para educarlo, le dio a leer una colección del periódico *Pravda*, entera desde 1918 hasta 1941, sin limaduras ni enmiendas. Al mismo tiempo le contó la historia de las *riadas*, más o menos como en el capítulo 2. Y, no obstante… Alexandrov abandonó novia y bienes, regresó a la URSS y recibió, como es fácil colegir, *diez y cinco sin derechos*. En 1953 en un Campo Especial se alegró mucho cuando pudo *agarrarse* al cargo de jefe de cuadrilla… <<

[138] Según se puede establecer ahora, Andrei Andreievich Vlasov, a causa de la Revolución no terminó sus estudios en el seminario eclesiástico de Nizhni Novgorod. Fue movilizado por el Ejército Rojo en 1919 y combatió como soldado raso. En el frente sur contra Denikin y Vrangel ascendió a jefe de pelotón y después de compañía. En los años veinte se graduó en los cursillos «Vystrel»; en 1930, ingresó en el Partido Comunista; en 1936, con el grado de jefe de regimiento, fue enviado como asesor militar a China. Quizá por no estar relacionado con las altas esferas militares y políticas, apareció naturalmente en aquel «segundo escalón» estaliniano, que fue promocionado para sustituir a los jefes de Ejército, de Cuerpo y de División apiolados. En 1938 recibió el mando de una división y en 1940, cuando concedieron los «nuevos» (los viejos) grados recibió el de mayor general. De lo posterior se puede concluir que dentro de los generales de la nueva hornada, entre los que había obtusos y faltos de experiencia, Vlasov era de los más capacitados. Su 99 división de tiradores, que venía formando y preparando desde el verano de 1940, no fue cogida por sorpresa por el ataque hitleriano; al contrario, cuando nuestro retroceso hacia el Este se hizo general, la división avanzó hacia Occidente, recuperó Peremyshl y lo mantuvo durante seis días. Después de pasar rápidamente por el cargo de jefe de cuerpo de Ejército, el teniente general Vlasov, en 1941, mandaba ya en Kiev el 37 Ejército. Pudo salir de la enorme bolsa de Kiev y, en diciembre de 1941, en los accesos a Moscú mandaba el 20 Ejército, la lograda contraofensiva del cual para proteger a la capital (la toma de Solnechnogorsk) fue destacada en el parte del Informburó del 12 de diciembre (la lista de generales es ésta: Zhukov, Leliushenko, Kuznetsov, Vlasov, Rokossovski, Govorov)… Con la celeridad de aquellos meses le dio tiempo a convertirse en subjefe del Frente del Voljov (de Meretskov), a recibir el mando del Segundo Ejército de choque y al frente de él, el 7 de enero de 1942, emprender un intento de ruptura del cerco en torno a Leningrado: la ofensiva a través del río Voljov en dirección Noroeste. La operación había sido planeada como combinada, desde varios sitios, desde Leningrado también, y en ella participarían, además en los plazos acordados, los Ejércitos 54, 4 y 52. Pero aquellos Ejércitos no avanzaron a tiempo por falta de preparación o se detuvieron rápidamente (nuestro Ejército aún no sabía planear operaciones tan complejas, y lo principal, pertrecharlas). ¡Pero el Ejército de choque avanzó con éxito y en febrero de 1942 se había adentrado 75 km en las líneas alemanas! Y, desde este momento, ni siquiera para él el Cuartel General aventurero de Stalin halló refuerzos humanos ni municiones. (¡Y con tales reservas iniciaron la ofensiva!). Así quedó, para ir muriendo, Leningrado bloqueado, sin haberse enterado de lo de Novgorod. En marzo aún se mantenían los caminos de invierno, pero en abril se desheló toda aquella zona pantanosa y no quedaron vías de suministro y no se recibía ayuda desde el aire. El

Ejército quedó SIN VÍVERES y en esa circunstancia a Vlasov ¡LE NEGARON EL PERMISO PARA RETIRARSE! Tras dos meses de hambre y de agonía del Ejército (los soldados me contaban después en las celdas de la Butyrki que raspaban los cascos de los caballos muertos, en descomposición, cocían aquella viruta y se la comían), comenzó el 14 de mayo la ofensiva concéntrica alemana sobre el Ejército rodeado (¡en el aire, por supuesto, sólo había aviones alemanes!) y sólo entonces (como burla) recibieron el permiso de retroceder a la otra orilla del Voljov… ¡Además hicieron intentos infructuosos de romper el cerco! Hasta comienzos de julio. Así (como si se repitiera la suerte del Segundo Ejército ruso de Samsonov [en agosto de 1914 en Prusia Oriental. —*N. del T.*]), frívolamente atrapado en una bolsa, pereció el Segundo Ejército de Choque de Vlasov.

¡Esto, claro, fue una traición a la patria! ¡Esto, claro, fue una traición cruel e interesada a la Patria! Pero del propio Stalin. La traición no siempre es por dinero. La ignorancia y la negligencia en la preparación de la guerra, el desconcierto y la cobardía del comienzo, los sacrificios sin sentido de Ejércitos y de Cuerpos, sólo para seguir luciendo el uniforme de mariscal: ¿acaso puede haber traición más amarga para un Comandante en Jefe?

A diferencia de Samsonov, Vlasov no se suicidó. Perdido el Ejército, deambuló por bosques y pantanos y se rindió el 6 de julio en la zona de Siverskaya. Fue trasladado al Cuartel General alemán en Lotzen (Prusia Oriental), donde estaban reunidos varios generales prisioneros y el comisario de brigada G. N. Zhilenkov (anteriormente un próspero funcionario del partido, secretario de un comité de distrito de Moscú). Ellos ya habían expresado su disconformidad en la política del gobierno estaliniano. Pero faltaba una figura de verdad. Esta fue Vlasov. <<

[139] En realidad no hubo tal ERL (Ejército Ruso de Liberación. —*N. del T.*) y no lo hubo hasta casi finalizada la guerra. El nombre y los distintivos en la manga fueron ideados por un alemán de procedencia rusa, el capitán Strik-Strikfeld en el Ostpropagandabtailuug. (Con grado insignificante, tenía, sin embargo, influencia, e intentó convencer a las altas esferas hitlerianas de la necesidad de una alianza germano-rusa y de atraer a los rusos para la colaboración con Alemania. Fue una idea vana por ambas partes. Cada una de ellos sólo buscaba la forma de aprovecharse de la otra y de engañarse mutuamente. Pero los alemanes tenían sus posiciones en lo alto, mientras que los oficiales de Vlasov tenían su fantasía en el fondo del barranco). No había Ejército, pero ya en los primeros meses de la guerra fueron creadas unidades anti-soviéticas de recientes ciudadanos soviéticos. Los primeros que apoyaron a los alemanes fueron los lituanos (¡tantas faenas les hicimos en un año!); después se formó, con ucranianos, el ejército voluntario SS - Galitzia; con posterioridad, los destacamentos estonianos; en el otoño de 1941 aparecieron como compañía de vigilancia en Bielorrusia; en Crimea, un batallón tártaro. (Todo esto lo sembramos nosotros mismos. Por ejemplo, en Crimea, con nuestra obtusa persecución durante los decenios de las mezquitas, cerrándolas y destruyéndolas, mientras que Catalina II *la conquistadora*, con mucha visión, asignó dinero del Estado para construir y ampliar las mezquitas de Crimea. A los hitlerianos, cuando llegaron, también se les ocurrió protegerlas). Más tarde aparecieron, del lado alemán, destacamentos caucasianos y tropas cosacas (más de un Cuerpo de Ejército de caballería). En el primer invierno de guerra empezaron a formar pelotones y compañías de voluntarios rusos; pero el mando alemán, que desconfiaba mucho de las unidades rusas, ponía al frente de ellas a brigadas y tenientes alemanes (sólo los suboficiales podían ser rusos); también las voces de mando eran alemanas («Achtung!», «Halt!», etc.). Más considerables, y ya en su totalidad rusas, fueron las formadas en Lokot, región de Briansk, en noviembre de 1941 (K. P. Volskoboinikov, profesor local de mecánica, encabezó el «partido nacional-trabajador de Rusia», lanzó un manifiesto a los ciudadanos del país y estableció la bandera de San Jorge), una formación del pueblo de Osintorf, cerca de Orsha, a comienzos de 1942, bajo el mando de emigrados rusos (sólo un pequeño chorrito de emigrados rusos se incorporó a este movimiento, aunque tampoco éstos ocultaban sus ánimos antigermánicos, permitían muchas deserciones al lado de los soviéticos y hasta el paso de un batallón entero, tras lo cual los alemanes retiraron a los emigrados); y la de Guil, cerca de Lublin, el verano de 1942. (V. V. Guil, miembro del Partido Comunista, y hasta parece que judío, no sólo conservó la vida en el cautiverio, sino que con el apoyo de otros prisioneros se convirtió en responsable de un campo próximo a Suwalki y propuso a los alemanes una «alianza combativa de nacionalistas rusos»). No obstante, en todo eso aún no había ningún ERL ni ningún

Vlasov. Las compañías bajo mando alemán fueron llevadas, como experimento, al frente ruso, y las unidades mayores rusas, lanzadas contra los guerrilleros de Briansk y Orsha y contra los polacos. <<

[140] Con las siglas cada vez más famosas —aunque el Ejército seguía sin formarse—, todas las unidades fueron diseminadas, sustraídas al mando único, mientras los generales de Vlasov jugaban a las cartas en Dademdorf, cerca de Berlín. La brigada de Voskoboinikov, después de la muerte de Kaminski, a mediados de 1942, tenía cinco regimientos de infantería, de 2500 a 3000 hombres cada uno, con piezas de artillería agregadas, un batallón de tanques con dos docenas de tanques soviéticos y un grupo de artillería con tres docenas de piezas. (Los mandos eran oficiales prisioneros, y la tropa, en parte considerable, de voluntarios locales de Briansk). A esta brigada le encomendaron vigilar la zona de los guerrilleros… Con ese mismo fin, en el verano de 1942 la brigada de Guil-Blazhevich fue desplazada de Polonia (donde destacó por sus crueldades contra los polacos y judíos) a Moguiliov. A comienzos de 1943, su mando se negó a subordinarse a Vlasov, echándole en cara que en su programa no figurara la «lucha contra el judaísmo mundial y contra los comisarios judaizantes»; también ellos, precisamente esa brigada (los «rodionistas», Guil adoptó el apellido de Rodionov), en agosto de 1943, cuando empezó a perfilarse la derrota de Hitler, cambiaron su bandera negra, con una calavera plateada, por la roja, y anunciaron la creación de un amplio Territorio Guerrillero y la implantación del poder soviético en el rincón nororiental de Bielorrusia. (De aquel Territorio Guerrillero, sin detallar cómo había surgido, empezaron a escribir nuestros periódicos. Más tarde, a todos los rodionistas que quedaron con vida los metieron en la cárcel). ¿Y a quién lanzaron los alemanes contra los de «Rodionov»? ¡A la brigada de Kaminski! (En mayo de 1944 enviaron a 13 divisiones propias, para despejar el «Territorio Guerrillero»). Así entendían los alemanes las escarapelas tricolor, a San Jorge y el campo de San Andrés. Los idiomas ruso y alemán eran mutuamente intraducibles, ininterpretables, incoincidibles. Peor aún: en octubre de 1944, los alemanes lanzaron la brigada de Kaminski (junto con las unidades musulmanas) para aplastar a la insurrecta Varsovia.

Mientras unos rusos traicioneramente dormitaban en la otra orilla del Vístula, observando con sus gemelos la muerte de Varsovia, otros rusos ahogaban la insurrección. Por si fuera poco el daño hecho por los rusos a los polacos en el siglo XIX, los cuchillos curvos del XX fueron a clavarse en el mismo sitio (¿todos?, ¿los últimos?). Más recta, por lo visto, fue la trayectoria del batallón de Osintorf, lanzado a Pskov. Había en él unos 600 soldados y 200 oficiales, el mando era emigrado (I. K. Sajarov, Lamsdorf), el uniforme ruso, la bandera blanca-azul-roja. El batallón fue aumentado hasta un regimiento y estaba preparado para un desembarco aéreo en la línea Vologda-Arjanguelsk, con miras al racimo de campos de concentración en esa zona. Durante todo el año 1943, Igor Zajarov pudo evitar que su

unidad fuera lanzada contra los guerrilleros. Por eso fue destituido, el batallón desarmado, recluido en un campo de concentración y, después, enviado al Frente Occidental. Los alemanes perdieron, olvidaron, no necesitaban recordar la idea inicial y, en el otoño de 1943, decidieron llevar la carne de cañón rusa… a la Muralla Atlántica y contra la Resistencia francesa e italiana. Los vlasovistas que aún conservaban algún sentido o esperanza política, la perdieron. <<

[141] La 1.ª (en base de la «brigada de Kaminski» de S. K. Buniachenko), la 2.ª de Zverev (que fue comandante militar de Jarkov), la mitad de la 3.ª, los inicios de la 4.ª y el destacamento aéreo de Maltsev. No se permitían más de cuatro divisiones. <<

[142] La propia entrega fue artera, en el espíritu de la tradicional diplomacia inglesa. Aquellos cosacos estaban dispuestos a luchar hasta la muerte o a cruzar el océano, irse al Paraguay, a la Indochina, a donde fuera, pero no entregarse vivos. Por eso los ingleses propusieron primero a los cosacos entregar las armas alegando que era para unificarlas. Después a los oficiales, sin los soldados, los llamaron a la ciudad de Judemburg, en la zona inglesa de ocupación, con el pretexto de que debían tratar de los futuros destinos del Ejército, pero la noche anterior los ingleses, en secreto, cedieron la ciudad a los soviéticos. Cuarenta autobuses con los oficiales, desde los jefes de compañía hasta el general Krasnov, cruzaron un viaducto elevado y bajaron directamente a un semicírculo de furgones celulares, cerca de los cuales estaba la guardia con las listas. El camino de retroceso les fue cerrado por tanques soviéticos. Ni siquiera tenían con qué suicidarse: les habían quitado todas las armas. Desde el viaducto se arrojaban contra las piedras de la calzada. Después también con astucias los ingleses entregaban a los rusos, en trenes (con el pretexto de que los llevaban a reunirse con su jefe para recibir armas).

En sus países, Roosevelt y Churchill están considerados modelos de sabiduría estatal. Pero nosotros, en nuestras discusiones rusas en la cárcel, con una claridad asombrosa nos percatábamos de su miopía sistemática y hasta de su necedad. ¿Cómo pudieron ellos, cuando se deslizaban del año 1941 al 1945, no garantizar de ninguna forma la independencia de Europa Oriental? ¿Cómo pudieron, por ese juguete ridículo del Berlín cuatrizonal (su futuro talón de Aquiles), entregar las extensas regiones de Sajonia y Turingia? ¿Y qué sentido militar y político tenía para ellos entregar a la muerte a manos de Stalin a varios centenares de miles de ciudadanos soviéticos armados, que decididamente no querían rendirse? ¡Dicen que con eso aseguraban la participación de Stalin en la guerra japonesa! ¡Con la bomba atómica en la mano pagaban a Stalin para que no renunciara a ocupar Manchuria, a entronizar en China a Mao Tsé-tung, y en una mitad de Corea a Kim II Sun…! ¿No es un pobre cálculo político? Cuando después desplazaban a Mikolaicik, morían Benes y Masarik, quedaba bloqueado Berlín, ardía y ensordecía Budapest, humeaba Corea y los conservadores ponían pies en polvorosa de Suez, ¿los de más larga memoria entre ellos recordaron, por lo menos, este episodio con los cosacos? <<

[143] Ese era el número de ciudadanos soviéticos en la Wehrmacht, en las formaciones prevlasovistas, en las de Vlasov, en las cosacas, musulmanas, unidades y destacamentos bálticos. <<

[144] Así las cosas, ningún presidente africano está garantizado de que dentro de diez años no promulguemos una ley por la cual los juzguemos por lo de hoy. ¡Los mismos chinos la promulgarán! ¡Que los dejen llegar! <<

[145] Estos sueños de los presos con el Altai, ¿no son la prolongación de una vieja ilusión campesina sobre lo mismo? En el Altai estaban las llamadas tierras del Gabinete de Su Majestad; por eso durante mucho tiempo estuvo más cerrada a la colonización que el resto de Siberia, pero precisamente era allí donde más aspiraban a instalarse los campesinos (y se instalaban).

¿No procede de entonces esa leyenda tan arraigada? <<

[146] *De las cárceles a los centros educacionales* da esta cifra (pág. 396): en la amnistía de 1927 fue puesto en libertad el 7,3 de los presos. Se puede creer. Poca cosa para un decenio. De los políticos liberaban a las mujeres con niños y a los que les quedaban pocos meses. En el aislador de Verjne-Uralsk, de los doscientos presos liberaron a una docena. Pero se arrepintieron sobre la marcha y empezaron a *obstruir* aquella roñosa amnistía: retuvieron a unos y a otros; en lugar de una amnistía plena, les dieron «menos». <<

[147] Es probable que en el siglo XX, de hacer caso a lo que dicen, su hartura reposada les produjera pirosis moral. <<

[148] Aquellos canallas se equivocaron tan sólo en una raya, Más detalladamente sobre la gran amnistía estaliniana del 7 de julio de 1945, v. Parte III, cap. 6. <<

[149] Un jardincillo parecido, de menor tamaño, pero más acogedor, lo vi muchos años después durante una excursión al bastión Trubetskoi de la fortaleza de Pedro y Pablo. Los visitantes quedaban impresionados de los lúgubres pasillos y celdas, pero yo pensé que los presos de la fortaleza, con *este* jardincillo para pasear, no eran hombres perdidos. A nosotros sólo nos sacaban a unos pozos muertos de ladrillo. <<

[150] Conferencia Especial adjunta a la GPU-NKVD. <<

[151] Deliberaron el mismo día de la amnistía. El trabajo apremia. <<

[152] *De las cárceles a los centros educacionales*. Selección de artículos. <<

[153] El grupo de Ch-n. <<

[154] Ese mismo libro *De las cárceles*… nos aporta datos: resulta que la predeterminación de las sentencias es cosa vieja, que en los años 1924-1929 las sentencias de los tribunales obedecían únicamente a razones administrativas y económicas. Que desde 1924, debido al *desempleo* existente entonces en el país, los tribunales redujeron las condenas a trabajos correccionales a domicilio y aumentaron las penas menores de cárcel (se trata de autores de delitos menores, claro). Debido a esto, las cárceles quedaron repletas de condenados a menos de seis meses, que eran poco utilizados en trabajos de las colonias. A principios de 1929, el comisariado de Justicia, de acuerdo con la circular N.º 5, CRITICÓ las penas menores, y el 6 de noviembre de 1929 (la víspera del duodécimo aniversario de Octubre y fecha en que se inició la construcción del socialismo) por Decreto del Comité Ejecutivo de la URSS y del Sovnarkom se prohibió a los tribunales dictar sentencias que implicaran condenas a menos de un año. <<

[155] En la República Sudafricana, el terror de estos últimos años llegó a tal extremo, que al negro sospechoso (ESP) se le puede condenar sin formación de causa a tres *meses*. En seguida se ve que no tienen talla: ¿por qué no de tres a diez? <<

[156] Eso no lo sabíamos: nos lo contó el periódico *Izvestia* en julio de 1957. <<

[157] Babaev, en común, les gritó: «Aunque me deis trescientos años de pérdida de derechos. ¡Hasta la muerte misma no votaré por vosotros, bienhechores!». <<

[158] Así, un legítimo espía (Schulz, Berlín, 1948) pudo recibir diez años y Günter Vashkau, que jamás fue espía, veinticinco. Porque cayó en la oleada de 1949. <<

[159] *Izvestia*, 10 de Septiembre de 1958. <<

[160] Ahora Lozovski es doctor en Medicina, vive en Moscú y todo le va bien. Chulpeniov es conductor de trolebús. <<

[161] Victor Andreievich Serioguin vive en Moscú, trabaja en un taller de servicios a la población. Vive bien. <<

[162] (*Izvestia*, 9-6-64). Lo interesante de esto es la opinión sobre la defensa judicial. En 1918, Lenin exigía que los jueces que aplicaban penas demasiado suaves fueran expulsados del partido. <<

[163] Trotski ha prestado calor a este polluelo, de pico cada vez más duro: «La intimidación constituye un poderoso medio de la política, habría que ser un hipócrita para no admitirlo». Y Zinoviev escribía alborozadamente, bien ajeno al fin que le aguardaba: «Tanto las letras GPU como las VCHK (de las que procede la palabra Checa) disfrutan de una popularidad máxima a escala mundial». <<

[164] M. N. Latsis (Sudrabs): *Dos años de lucha en el frente interior*, GIZ, Moscú, 1920. <<

[165] Pág. 74. <<

[166] Pág. 75. <<

[167] Latsis, pág. 76. <<

[168] Redacción de Gernet, 2.ª edición. <<

[169] Págs. 385-423. <<

[170] En la revista *Byloie*, núm. 2/14, febrero de 1907. <<

[171] Véase 3.ª parte, cap. 1.º. <<

[172] Latsis, pág. 75. <<

[173] Latsis, pág. 70. <<

[174] Unidades de Misiones Especiales. <<

[175] Pág. 74. <<

[176] N. V. Krylenko, *Za piat'let* («Durante cinco años [1918 a 1922]. Discursos acusatorios de los procesos más importantes vistos por el Tribunal Revolucionario de Moscú y el Tribunal Revolucionario Supremo»). GIZ, Moscú-Petrogrado, 1923. Tirada: 7000 ejemplares. <<

[177] Lenin, 5 ª ed., tomo 36, pág. 210. <<

[178] Pág. 4. <<

[179] Págs. 4-5. <<

[180] Krylenko, *Za piat'let*, pág. 7. <<

[181] Pág. 44. <<

[182] Latsis, *Dos años*…, pág. 46. <<

[183] Krylenko, pág. 13. <<

[184] Pág. 14. <<

[185] Pág. 3. <<

[186] Pág. 408. <<

[187] Pág. 22. Lo subrayado es mío. <<

[188] Pág. 505. <<

[189] Pág. 318. <<

[190] Pág. 73. <<

[191] Pág. 83. <<

[192] Krylenko, pág. 79. <<

[193] Pág. 81. <<

[194] pág. 524. <<

[195] Pág. 82. <<

[196] Pág. 296. <<

[197] Krylenko, pág. 500. <<

[198] Pág. 507. <<

[199] Krylenko, pág. 513. Lo subrayado es mío. <<

[200] Pág. 507. <<

[201] Para apaciguar al enojado lector: Este Yakulov, esta serpiente ávida de sangre, se encontraba ya detenido mientras se Celebraba el proceso contra Kossyrev. Se le formó *causa*. Entre guardias fue Conducido a declarar y, como era de esperar, fusilado poco después. (Y hoy nos preguntarnos asombrados: ¿Cómo se llegó a tal arbitrariedad? ¿Por qué no luchó nadie?). <<

[202] Krylenko, pág. 14. <<

[203] ¡Oh, qué cantidad de argumentos! ¡Oh, Shakespeare!, ¿dónde estás? Soloviov atravesó las paredes; la celda en débil penumbra, y Godelyuk se desdice con mano que va debilitándose…, mientras a nosotros nos presentan en el teatro y en el cine los años de la Revolución simplemente con el canto callejero *Vijrei vrazhdebry (De las embestidas enemigas)*… <<

[204] Krylenko, pág. 522. <<

[205] Krylenko, pág. 337. <<

[206] Pág. 509. <<

[207] Págs. 509-510. Lo subrayado es mío. <<

[208] Pág. 511. <<

[209] Krylenko, pág. 14. <<

[210] Pero el acusador piensa: Samarin o Rasputín, ¿qué más da? <<

[211] Krylenko, pág. 61. <<

[212] Krylenko, pág. 81. <<

[213] Firguv, antiguo jinete de la Guardia, que «a causa de una súbita transformación espiritual repartió todas sus propiedades a los pobres y se metió en un monasterio… Ciertamente no puedo confirmar que se llevara realmente a efecto tal distribución». Y si se admiten las transformaciones espirituales, ¿qué quedará de la teoría de clases? <<

[214] ¿Quién no recuerda tales escenas? La primera impresión de toda mi vida —tendría yo probablemente tres o cuatros años— la experimenté cuando los de *cabeza en punta* (los chequistas con «gorras Budionni») penetraron en la iglesia de Kislovodsk, se abrieron paso entre la multitud orante, muda de estupefacción y, cubiertos con el casco, interrumpiendo el servicio divino, fueron directamente al altar. <<

[215] Krylenko, pág. 61. <<

[216] El patriarca cita a Kliutchevski: «Sólo cuando hayamos consumido hasta el último resto el patrimonio espiritual y moral que nos legaron nuestros grandes arquitectos del país ruso, como el venerable Sergio, sólo entonces se cerrarán las puertas de su monasterio, sólo entonces se extinguirán las luces que arden sobre sus sepulcros». (Kliutchevski no imaginaba que la liquidación total tendría lugar casi durante su vida).

El patriarca pidió audiencia al presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, para persuadirle de que se respetasen el monasterio y las reliquias, porque, después de todo, la Iglesia está separada del Estado.

Se le respondió diciendo que el presidente estaba ocupado en asuntos muy importantes y que no podría conceder audiencia al patriarca en los próximos días. Ni tampoco en los subsiguientes. <<

[217] Krylenko, pág. 34. <<

[218] Lenin, 5.ª ed., vol. 51, pág. 48. <<

[219] V. I. Lenin y A. M. Gorki, Edit. AN, Moscú, 1961, pág. 263. <<

[220] Lenin, 4.ª ed., vol. 26, pág. 373. <<

[221] Krylenko, pág. 54. <<

[222] Pág. 38. <<

[223] Krylenko, pág. 17. <<

[224] Pág. 39. <<

[225] Krylenko, pág. 8. <<

[226] Krylenko, pág. 381. <<

[227] Krylenko, págs. 382-383. <<

[228] Krylenko, pág. 439. Lo subrayado es mío. <<

[229] Krylenko, pág. 433. <<

[230] *Id.*, pág. 434. <<

[231] Krylenko, pág. 435. <<

[232] *Id.*, pág. 438. <<

[233] Krylenko, pág. 458. <<

[234] En las provincias se habían visto ya procesos contra los socialrevolucionarios: por ejemplo, en Saratov, 1919. <<

[235] París, 1922 y Samisdat, 1967. <<

[236] Artículos *Iglesia y hambre, Cómo serán confiscados los bienes de la Iglesia*. <<

[237] Datos que he tomado de los *Apuntes a la historia de los desórdenes en la Iglesia*, de Anatoli Levitin, Parte 1.ª, Samisdat 1962, y de las actas del interrogatorio del patriarca Tijon, tomo 5 del sumario. <<

[238] Es decir, como en el manifiesto de Viborg, por el cual sus autores fueron condenados por el Gobierno zarista a tres meses de cárcel. <<

[239] Lenin, *Obras completas*, 5.ª ed., vol. 45, pág. 189. <<

[240] *Id.*, vol. 39, págs. 404-405. <<

[241] Lenin, *Obras completas*, 5.ª ed., tomo 45, pág. 190. <<

[242] En otro punto se hace constar que, al hacerlo, vacilaban, dudaban y renunciaban, lo cual no atenúa su *culpa*. <<

[243] Era un fracaso, sí, aun cuando no se reconoció de inmediato. <<

[244] Por la misma razón eran también ilegítimos los Gobiernos provisionales y de las regiones fronterizas, tanto en Arjanguelsk como en Samara, Ufa, Omsk, Ucrania, Kubán, el Ural o Transcaucasia, por cuanto se habían erigido en Gobiernos *después* del Sovnarkom. <<

[245] Le habían restituido esta denominación. <<

[246] Krylenko, pág. 183. <<

[247] ¿Y qué no habrán dicho en toda su vida estos parlanchines? <<

[248] Krylenko, pág. 236. <<

[249] Por lo visto, los otros rehenes podían eliminarlos… <<

[250] Krylenko, pág. 251. <<

[251] *Id.*, pág. 253. <<

[252] *Id.*, pág. 258. <<

[253] Krylenko, pág. 305. <<

[254] Pág. 185. <<

[255] Krylenko, pág. 103. <<

[256] Krylenko, pág. 325. <<

[257] *Id.*, pág. 238. <<

[258] *Id.*, pág. 322. <<

[259] Krylenko, pág. 326. <<

[260] *Id.*, pág. 319. <<

[261] *Id.*, pág. 407. <<

[262] *Id.*, pág. 409. <<

[263] Sobre este regreso se han hecho muchas conjeturas. Hasta que, hace poco, en la revista *Neva* (1967, XI), un tal Ardamatski (que por lo visto tenía acceso a los archivos de la KGB y relación con sus miembros), refirió con estilo hinchado, lleno de nimios detalles de presuntuosa literatura, una historia que probablemente se acerca bastante a la verdad. La GPU, después de haber inducido a la traición a varios agentes de Savinkov y haber engañado a otros, puso, con su ayuda, un cebo seguro: aquí en Rusia existe una gran organización clandestina que languidece a falta de cerebro rector. Imposible imaginar cebo más apetitoso. Además, Savinkov no podía terminar apaciblemente en Niza su turbulenta vida. Tenía que volver a la lucha, regresar a Rusia, él mismo, a su perdición. <<

[264] Y nosotros, necios, los detenidos tardíos de Lubianka, repetíamos confiadamente como papagayos, que el enrejado del hueco de la escalera había sido colocado después de que hubieran arrojado allí a Savinkov. A tal punto nos subyugaba la bella leyenda, que llegábamos a olvidar que la práctica carcelaria es internacional. Y redes de ésas las había ya en los presidios norteamericanos a principios de siglo. ¿Cómo iba a quedarse atrás la técnica soviética?

En 1937, el antiguo chequista Artur Strubel reveló a un compañero, poco antes de morir en un campo de trabajo de Kolyma, que él fue uno de los cuatro hombres que arrojaron a Savinkov al patio de la Lubianka desde una ventana del quinto piso. (Lo cual no se contradice con el reciente relato de Ardamaski: era una ventana con el alféizar muy bajo; propiamente no era una ventana, sino más bien un balcón. ¡La habitación ideal! Sólo que, según Ardamaski, el hecho se debió a una distracción de los ángeles guardianes y, según Priubel, a un salto impetuoso).

Y el segundo misterio, el de la inusitadamente benigna sentencia, queda aclarado por el tercero, ya más burdo.

El rumor era sordo, pero llegó hasta mí; yo, a mi vez, en 1967 se lo comuniqué a M. N. Iakubovich, quien exclamó con aquel brío juvenil que conservaba intacto y los ojos brillantes: «¡Lo creo! ¡Coincide! ¡Y yo que creí que Bliumkin se pavoneaba cuando me lo dijo!». Entonces me contó que, hacia finales de los años veinte, Bliumkin le había dicho en secreto que fue él quien, por encargo de la GPU, escribió la carta de despedida de Savinkov. Según ha podido averiguarse después, estaba encarcelado y Bliumkin tenía libre acceso permanente a la celda de aquél, «distrayéndole» por las tardes. ¿Presentía Savinkov que era la muerte la que le frecuentaba, una muerte zalamera y amistosa, en cuya figura no cabe imaginar ningún género de perdición? De este modo Bliumkin pudo penetrar en la forma de expresión y en el pensamiento de Savinkov, hasta sus últimos alcances.

Se preguntará la gente: ¿Por qué por la ventana? ¿No habría sido más práctico un veneno? Seguramente, a alguien enseñarían el cadáver o se propondrían mostrarlo.

¿Dónde, sino aquí, contar el final de la historia de Bliumkin, aquel Bliumkin que en el cenit de su gloria en la Checa, fue intrépidamente derribado por Mandelstam? Ehrenburg había comenzado a escribir sobre Bliumkin, pero abandonó de pronto la empresa, avergonzado. Con todo, hay algo que contar. Después del aplastamiento de la Izquierda Social-revolucionaria, en 1918, el asesino de Mirbaj no sólo no fue castigado, no sólo no participó de la suerte de sus correligionarios, sino que fue protegido por Dzrakinski (igual que se pensaba hacer con Kossirev) convertido, aparentemente, al bolchevismo. Sin duda se le reservaba para asuntos turbios y de

responsabilidad. Una vez, a principios de los años treinta, hizo un viaje a París en secreto, para asesinar a Bashenov (exmiembro de la Secretaría de Stalin, que había desertado) y al que consiguió arrojar del tren en plena noche. Luego, movido por su espíritu aventurero, acaso por admiración hacia Trotski, se fue a las islas del Príncipe para preguntar al doctor de la Ley, si tenía algún encargo para la URSS. Trotski le dio un paquete para Radek. Bliumkin se lo llevó, lo entregó, y el episodio de la visita a Trotski no se habría descubierto de no ser porque el brillante Radek actuaba ya de soplón. Bliumkin fue delatado por Radek y desapareció en las fauces del monstruo que él mismo había alimentado con sus primeras papillas de sangre. <<

[265] Lenin, 5.ª ed., t. 54, págs. 265-266. <<

[266] Krylenko, pág. 437. <<

[267] Eran miembros del Tribunal los antiguos revolucionarios Vasiliev-Yuschin y Antonov-Saratovski. Ya predisponía en su favor el mero sonido popular de sus apellidos. Es fácil de retener. Y de pronto lee uno en 1962, en *Izvestia*, unas necrologías sobre las víctimas de las represiones… ¿Firmadas por quién? ¡Por el longevo Antonov-Saratovski! <<

[268] *Pravda*, 24 de mayo de 1928, pág. 3. <<

[269] *Izvestia*, 24 de mayo de 1929. <<

[270] Es Muy posible que este fracaso suyo quedase grabado con trazos malévolos en la memoria del Padrecito y determinase la muerte simbólica del exfiscal bajo la misma guillotina. <<

[271] *Protsess Prompartii (El proceso del Partido de la Industria)*, Ed. *Sovietskoie zakonodatelstvo*, Moscú, 1931. <<

[272] *El proceso del Partido de la Industria*, pág. 453. <<

[273] *El proceso del Partido de la Industria*, pág. 488. <<

[274] *El proceso del Partido de la Industria*, pág. 325. <<

[275] *El proceso del Partido de la Industria*, pág. 365. <<

[276] Pág. 204. <<

[277] Pág. 202. <<

[278] Pág. 425. <<

[279] Pág. 356. <<

[280] ¿Quién dibujó esta flecha para Krylenko sobre la caja de cigarrillos? ¿Acaso el mismo que ideó nuestra defensa por el año 1941? <<

[281] *El proceso del Partido de la Industria*, pág. 356; está dicho muy en serio. <<

[282] Pág. 409. <<

[283] *El proceso del Partido de la Industria*, del discurso de Krylenko, pág. 437. <<

[284] *El proceso del Partido de la Industria*, pág. 228. <<

[285] *El proceso del Partido de la Industria*, pág. 354. <<

[286] Pág. 358. <<

[287] *Ibíd*., pág. 452. <<

[288] Pág. 454. <<

[289] Ivanov-Razumnik, *Tyurmy isslyki* (*Cárceles y destierro*), «ed. Chejov». <<

[290] Ramzin ha sido inmerecidamente olvidado por los rusos. Considero que merecía perfectamente convertirse en el prototipo del traidor cínico y obcecado. Fue la bengala de la traición. De haber vivido en esta época, estaría en el candelero. <<

[291] *El proceso del Partido de la Industria*, pág. 504. Así se hablaba *entre nosotros* en 1930, cuando Mao aún era joven. <<

[292] *El proceso del Partido de la Industria*, pág. 510. <<

[293] Pág. 49. <<

[294] Pág. 508. <<

[295] Pág. 509. Y siempre, no se sabe por qué, lo importante en el proletariado es la intuición. Es todo olfato. <<

[296] La rehabilitación fue rechazada: Pues estando grabado su proceso sobre tablas de oro en nuestra historia, no puede quitarse ni una sola piedra; so pena de que todo se derrumbe. M. P. Y. sigue con sus antecedentes penales, mas en compensación se le ha asignado una pensión *a título personal* por su actividad revolucionaria. ¡Qué monstruosidades no se dan entre nosotros! <<

[297] Uno de ellos era Kuzma A. Gvozdev, hombre de destino adverso; aquel mismo Gvozdev, presidente del grupo de obreros del Comité de la Industria de Guerra, a quien el Gobierno zarista, en el colmo de la estulticia, encarceló en 1916, y al que la Revolución de Febrero hizo ministro de Trabajo. Gvozdev participó del martirio de un largo cautiverio en el GULAG. Ignoro cuánto tiempo había cumplido de su condena antes de 1930, pero desde 1930 su prisión no registró solución de continuidad, y mis amigos lo encontraron todavía en 1952 en el campo de concentración de Spasski (Kazajstán). <<

[298] No hay que confundirlo con el coronel de estado mayor Yakubovich, que en la misma época y en las mismas sesiones representaba al Ministerio de la Guerra. <<

[299] Todos los datos referentes a esta cuestión se han tomado del Diccionario Enciclopédico *Granat*, t. 41, que incluye los resúmenes autobiográficos o biográficos fidedignos de militantes del Partido Comunista Ruso. <<

[300] Solamente sostuvo a Yefim Tseitlin, y aun no por mucho tiempo. <<

[301] Por respeto a la venerable ancianidad de Molotov, prescindimos de declaraciones sumamente sustanciosas. <<

[302] Como tampoco al «futuro Comité Central». <<

[303] «¡Pronto, pronto correrá la tuya!». Kliugin será atraído por la organización hebista de Yezhovo y morirá asesinado en el campo de concentración por el agente Gubaidulin. <<

[304] Bien mirado, sólo se equivocó en esto. <<

[305] Merece la pena dedicar una breve nota a la niña Sonia Vlasova, de ocho años de edad. Amaba a su padre apasionadamente. Pronto ya no pudo ir a la escuela. Los niños la zaherían: «¡Tu padre es un bicho dañino!», pero ella se revolvía contra todos: «¡Mi papá es bueno!». Después del proceso, ya sólo vivió un año (anteriormente nunca había estado enferma); durante el cual, siempre cabizbaja, *no rio ni una sola vez*. Predecían las ancianas: «Mira al suelo, no durará mucho». Murió de meningitis, y hasta el último momento no hacía más que gritar: «¿Dónde está mi papá? ¡Dadme mi papa!».

Cuando contamos los millones que perecieron en los campos de concentración, nos olvidamos de multiplicar por dos, por tres… <<

[306] N. S. Tagantsev, *Smertnaia kazñ (La pena de muerte)*. San Petersburgo, 1913. <<

[307] En Schlüsselburg fueron ajusticiadas 13 personas desde 1884 hasta 1906, inclusive. Una cifra terrorífica… para Suiza. <<

[308] Resumen ya citado: *Dos años de lucha*…, 1920, pág. 75. <<

[309] Ya puesto a efectuar comparaciones, aquí va una más: Durante los ochenta años culminantes de la Inquisición (1420-1498), fueron condenados a la hoguera en toda España 10 000 personas. O sea, unas 10 por mes. <<

[310] Testimonio de B., que distribuía la comida en las celdas de los condenados a muerte. <<

[311] Sólo en las escuelas se ignora que la Saltychija fue condenada por un Tribunal de Justicia (de clases) a causa de sus atrocidades, y cumplió once años en las prisiones subterráneas del monasterio de Ivanovo, en Moscú. (Prugavin: *Monastyrskie tiurmy [Prisiones monásticas]*, ed. Posrednik, pág. 39). <<

[312] *Vedomosti Verjovnovo Soveta* SSSR, 1959 («Boletín del Soviet Supremo de la URSS»), núm. 1. —Bases del Derecho penal de la URSS, pág. 22. <<

[313] Editorial «Chejov». <<

[314] Strajovich tiene completos estos cuadernos escritos en la prisión. Pero su «carrera científica» entre rejas no había hecho sino comenzar. Le estaba reservado dirigir uno de los primeros proyectos de turborreactor de la Unión Soviética. <<

[315] Sus relatos sobre cooperativismo son dignos de estimación y merecedores de exposición aparte. <<

[316] TIURemnoie ZAKLiuchenie [reclusión penitenciaria] (denominación oficial). <<

[317] TON: Tiurna Osobogo Naznachenya: Prisión con Destino Especial. <<

[318] V. Figner, *Zapechatlenny trud* [Impronta de una obra]. <<

[319] Según cálculos de M. Novorusski, en la fortaleza de Schlüsselburg desde 1884 hasta 1906 inclusive, tres reclusos se suicidaron y cinco se volvieron locos. <<

[320] P. A. Krasikov (el mismo que condenaría a muerte al metropolitano Veniamin) lee *El Capital* en la fortaleza de Pedro y Pablo (por cierto, que al cabo de un año, poco más o menos, le pondrían en libertad). <<

[321] Recopilación *Ot tiurem*… [De las cárceles…]. <<

[322] Desde 1918 se encierra sin contemplaciones a las socialistas revolucionarias, aunque estén embarazadas. <<

[323] Nótense las coincidencias con Eichmann. <<

[324] En 1925 se dio la vuelta a la piedra y la inscripción quedó enterrada. Si alguien se aventura por las islas Solovki, que la busque y contemple, puede comprobarlo. <<

[325] Entre los eseristas del retiro del Venerable Sabas se encontraba Yuri Podbelski, quien había recopilado datos médicos sobre la matanza para publicarlos algún día. Al cabo de un año, un registro practicado en la cárcel de tránsito de Sverdlovsk puso al descubierto el doble fondo de su maleta, y el escondite fue vaciado. Un tropiezo más en la historia rusa… <<

[326] Gernet, *Istoria tsarskij tiurem (Historia de las cárceles zaristas)*, Moscú, 1963, tomo 5, capítulo 8. <<

[327] Gernet. <<

[328] En cambio, ellos para todo exigían el apoyo de los SR y SD. En la etapa de Karaganda a Kolyma, el año 1936, los trosquistas tachaban de traidores y provocadores a quienes rehusaban suscribir su telegrama de protesta a Kalinin «contra el envío de la *Vanguardia de la Revolución* (se entiende, ellos, los trosquistas) a Kolyma». (Relato de Makotinsk). <<

[329] No me gusta eso de «derecha» e «izquierda», son convencionalismos intercambiables, que soslayan lo esencial. <<

[330] Valga la frasecita. Es un color que participa del celeste y del reflejado por el agua pantanosa. <<

[1] Se dice esto para satisfacer a quienes les parezca censurable e inexplicable la *falta de espíritu combativo*. <<

[2] Sin embargo, en Moscú, con arreglo a las leyes del país de las maravillas, varios *oficiales* sacaron en brazos a Timofeiev-Ressovski y le condujeron en un automóvil de turismo, ¡el hombre había hecho el viaje para contribuir al progreso de la Ciencia! <<

[3] P. F. Yakubovich informa (*En el mundo de los proscritos*, Moscú, 1964, tomo I) sobre los años noventa del pasado siglo, y dice que los desterrados a Siberia percibían, en aquellos espantosos tiempos, 10 copecs para comer; pero los precios estaban entonces a este tenor: una hogaza de pan candeal (3 kilos más o menos), 5 copecs, y una jarra de leche (2 litros más o menos), 3 copecs. «Los presos viven en la abundancia», escribe Yakubovich. Sin embargo, los precios son más altos en el Gobierno de Irkutsk, pues, por ejemplo, una libra de carne cuesta 10 copecs, y los «presos padecen horribles penurias». Una libra de carne por día y persona…, nada de arenques compartidos… <<

[4] ¿Es esto lo que se denomina «culto estaliniano a la personalidad»? <<

[5] Por todo ello, la *shpanka* (la chusma de delincuentes) llamaba «aristócratas sarnosos» a los revolucionarios profesionales. <<

[6] Se me han referido muy pocos casos como el de aquellos tres hombres (jóvenes y robustos) que, unidos, se enfrentaron con unos maleantes, mas no en defensa de la justicia común, ni de los demás (expoliados inclusive), sino sólo de sus propias personas, sosteniendo con las armas su neutralidad. <<

[7] A V. I. Ivanov (ahora desde Ujta) se le aplicó nueve veces el artículo 162 (latrocinio), y cinco veces el 82 (evasión): en suma, 37 años de reclusión… que «cumplió» en el espacio de 5 a 6 años. <<

[8] Un *fraier* no es *un ladrón*, no es el «Hombre» (con mayúsculas). En una palabra: los *fraier* son la Humanidad que resta una vez descartados los ladrones. <<

[9] En su obra *Banderas sobre los torreones*. <<

[10] *Castores* son los opulentos: portadores de múltiples *cachivaques y bacilos*, es decir, grasas. <<

[11] Así cae la cizaña en la cosecha de la gloria. ¿Es cizaña realmente? No hay ningún campo de concentración de Pushkin, Gogol o Tolstoi…, pero sí los hay de Gorki… ¡y en profusión! Además, una mina reservada para trabajos forzados, la «Máximo Gorki» (a cuarenta kilómetros de Elgen). Sí, Alexei Mazimich, «con tu corazón y tu nombre, camarada»… Si el enemigo no capitula… Di una palabra imprudente cualquiera, mira en derredor y… ya te ves fuera de la literatura… <<

[12] Le esperaba una larga condena de campamento (veinticinco años), y hasta 1957 no fue liberado de su cautiverio en Ozerlag. <<

[13] Cuerpo de guardia. <<

[14] *Istoriia moego sovremennika*, Moscú, 1965, vol. 7.º, pág. 166. <<

[15] Sociedad de Cooperación con la Defensa, Aviación e Industria Química. <<

[16] USVITL: Administración de los Campos de Trabajo Correccionales del Noroeste, es decir, de los existentes a orillas del Kolyma. <<

[17] ¿Sabe de esto el «Tribunal de Crímenes de Guerra» de Bertrand Russell? ¿Por qué no esto como argumentación? ¿O es que no le conviene? <<

[18] Esta cárcel de tránsito, que ostenta un glorioso nombre de la Revolución, apenas es conocida por los habitantes de Moscú. No se va a ella de excursión. Excursiones allí —lo que se dice excursiones— no hay… salvo cuando FUNCIONA. Si se quiere contemplarla de cerca, prescíndase del automóvil… Desde la carretera de Novojoroshevsk está a dos pasos por el ferrocarril de circunvalación. <<

[19] Más que cualquier otro, el campo de tránsito de Karabas merecería haber sido convertido en museo. Sin embargo, ¡qué lástima!, ya no existe: en el lugar se levanta hoy una fábrica de productos de cemento armado. <<

[20] ¡Galina Serebriakova! ¡Boris Diakov! ¡Aldan-Semionov! ¿No hubisteis de sorber vosotros con los demás, de diez en diez, la comida en una bañera? Y en aquellos instantes, ¿acaso no descendisteis al nivel de la «necesidades animales» de un Iván Denísovich? Apelotonados en torno a la tina de baño, ¿os acordabais de vuestro amado partido? <<

[21] El original ruso emplea la locución «*Spontom*», que el propio autor explica, en nota a pie de página, como equivalente a «con muy afectada gravedad». <<

[22] KVCH es sigla de *Kulturno-Vospitatelnaya Chast* [Departamento de Cultura y Educación], una sección de la Administración de Campos de prisioneros. <<

[23] Día llegará en que este episodio enigmático y casi olvidado de nuestro Archipiélago se perpetúe en un monumento. A mi fantasía se ofrece invariablemente éste: En algún paraje elevado, a orillas del río Kolyma, álzase una descomunal estatua de Stalin, todo lo enorme que él soñara; sus bigotes miden varios metros; los labios dibujan el rictus característico del jefe de campo de concentración; en una mano empuña unas riendas, y con la otra blande amenazadoramente el látigo sobre las cabezas de un atelaje constituido por centenares de seres humanos que, enganchados de cinco en cinco, van tirando de los arreos. Se convendrá en que sería más que visible… (Había ya escrito estas líneas cuando leí *Bajorrelieve en la roca*, obra que me persuade de que mi idea no era del todo huera. Cuéntase que en el monte Mogutovo, de la cadena de Zhiguli, a orillas del Volga, y a cosa de un kilómetro de nuestro campo, habían pintado al óleo sobre la roca una gigantesca efigie de Stalin, visible desde los vapores que navegan por el río). <<

[24] Desde entonces he preguntado a todos mis conocidos suecos o a quienes viajaban a Suecia si podrían averiguar dónde encontrar a esta familia, si habían oído alguna vez hablar de aquel desaparecido. Y la respuesta era siempre una sonrisa: un Andersen en Suecia equivale a un Ivanov en Rusia, y no había tal multimillonario. Ha sido ahora, después de veintidós años, al releer por última vez este libro, cuando he caído súbitamente en la cuenta: ¡Pues claro! ¡Es natural que le prohibiesen dar sus verdaderos nombre de pila y apellidos; se explica que Abakumov le conminase con la muerte en caso de quebrantar el incógnito! Y así anduvo de una *peresylka* a otra como un Ivanov sueco y sólo gracias a los datos secundarios de su biografía, que no le prohibieron descubrir, pudo quedar huella de su destrozada existencia en la memoria de los interlocutores que le deparara el azar. Bien mirado, no había perdido en modo alguno la esperanza de salvar la vida, como cualquier persona, como los millones de conejillos que figuran en este libro: sufriré cautiverio una temporada, pero Occidente, indignado, me liberará. No comprendía la fuerza del Este. Tampoco comprendía que jamás sería puesto en libertad un testigo *así*, un hombre con *tal* firmeza, nunca supuesta en aquel Occidente muelle. Con todo, ¿quién sabe?, quizá continúa viviendo todavía. —*Nota de 1972*. <<

[25] Ración que garantiza el GULAG en los períodos de inactividad de los trabajadores. <<

[26] *Polutsvietny* [como si dijéramos «medias tintas»]. El que por su mentalidad pertenece al mundo del latrocinio, al cual trata de asimilarse, aun cuando todavía no se halla bajo el imperio de sus normas de conducta. <<

[27] Por lo demás, y según informa P. Yakubovich, la venta de plazos de condena data del siglo pasado. Es una vieja martingala de las prisiones. <<

[28] Su carta dirigida a mí y publicada en *Literaturnaya Gazeta* (29-XI-1962). <<

[29] OLP = Otdielyny Lagerny Punkt, o sea, Puesto Avanzado del Campo de Concentración. <<

[30] P. Yakubovich, *loc. cit*. <<

[31] En 1897, V. I. Lenin se embarcó en el *Sviatoi Nikolai* en el puerto de pasajeros, como hombre libre. <<

[32] Véase la detallada descripción de Shalamo *en Esbozos del bajo mundo*. <<

[33] Desde entonces han transcurrido varias décadas y, a despecho de los acontecimientos registrados en los mares del mundo, por los cuales parece que ya no navegan *zekos*, los ciudadanos soviéticos pasan calamidades. ¡Y pensar que a causa de este mismo *retraimiento*, en consorcio con el orgullo nacional, rehusamos toda ayuda! Aunque se nos coman los tiburones, no aceptaremos la mano que se nos tiende. El RETRAIMIENTO es nuestro cáncer. <<

[34] Según informes de los socialdemócratas Nikolaievski y Dalin, la población penitenciaria en los campamentos oscila entre los quince y veinte millones. <<

[35] No tengo noticias de Kostia Kiula. Ha desaparecido como por encanto, y temo que ya no viva. <<

[36] A la Cuarta Sección Especial de la MVD le corresponde el estudio de problemas científicos por parte de los prisioneros. <<

[37] Durante los años que precedieron a la prisión y en el curso de esta, yo mantuve también mucho tiempo la opinión de que Stalin había dado una orientación funesta al Estado soviético. Stalin murió calladamente; pero ¿acaso ha variado sensiblemente el rumbo? El sello que su personalidad imprimió en los acontecimientos fue embrutecimiento desconsolador, rígido despotismo y engreimiento. En lo demás no hizo sino seguir exactamente una senda ya trazada. <<

[1] Lenin, *Obras completas*, 5.ª edición, t. 36, pág. 217. <<

[2] *Ibíd*., t. 35, pág. 176. <<

[3] *Ibíd*., t. 33, pág. 90. <<

[4] *Ibid*., t. 54, pág. 391. <<

[5] *Ibid*., t. 50, pág. 70. <<

[6] Compendio *La justicia soviética*, Moscú, 1919, pág. 20. <<

[7] En el lenguaje acartonado-grandilocuente de Vichinski, «el único proceso existente en el mundo con un auténtico valor histórico universal, susceptible de erigir sobre las ruinas del sistema de las cárceles burguesas, esas “casas de los muertos” construidas por los explotadores para los obreros, unos establecimientos nuevos con un contenido social». Compendio *De las cárceles a los establecimientos educativos*, Editorial «Legislación soviética», Moscú, 1934, prólogo. <<

[8] *Ibíd*., pág. 10. <<

[9] *Ibíd*., pág. 103. <<

[10] Después de la paz de Brest-Litovsk, los socialrevolucionarios de izquierda se salieron del Gobierno, y el Comisariado de Justicia pasó a manos de los bolcheviques. <<

[11] Permaneció vigente durante toda la guerra civil hasta noviembre de 1920. <<

[12] Informe del Comisariado del Pueblo para la Justicia al VII Congreso Pansoviético, pág. 9. <<

[13] *Documentos del Comisariado del Pueblo para la Justicia*, fasc. VII, pág. 137. <<

[14] *Compendio de Actos Legislativos de la RSFSR*, año 1919, n.º 12, pág. 124 y n.º 20, pág. 235. <<

[15] *Documentos del Comisariado del Pueblo para la Justicia*, año 1920, fasc. VII. <<

[16] A esa mujer, hoy olvidada, le fue confiado en aquella época (como delegada del Comité Central y de la Checa) el destino de toda la provincia de Penza. <<

[17] Lenin, *Obras completas*, 5.ª edición, t. 50, págs. 143-144. <<

[18] *Compendio de Actos Legislativos de la RSFSR*, año 1918, n.º 65, pág. 710. <<

[19] Compendio *De las cárceles*… <<

[20] Revista *Islas Solovki*, 1930, n.º 2-3, pág. 55. Del informe del jefe del USLON al camarada Nogtiev, en Kemi. Cuando hoy a los turistas se les muestra en la desembocadura del Dvina el así llamado «campo del Gobierno de Chaikovski» hay que saber que se trata de uno de los primeros campos de «desino especial» del Norte. <<

[21] Archivo Estatal Central de la Revolución de Octubre y Edificación del Socialismo, fondo 393, inventario 13, legajo 1 c. f. 111. <<

[22] *Ibíd*., f. 112. <<

[23] *Ibíd*., inventario 39, legajo 49, ff. 13 y 14. <<

[24] A. A. Gerzensohn, *La lucha con el delito en la RSFSR*, Moscú, «Ediciones jurídicas», 1928, pág. 103. <<

[25] Compendio *De las cárceles*…, pág. 431. <<

[26] I. L. Averbach, *Del delito al trabajo*, bajo la dirección de Vichinski, Editorial «Legislación soviética», 1936. <<

[27] Igual que hoy, en los años sesenta. <<

[28] Revista *El poder soviético* 1923, n.º 1-2, pág. 57. <<

[29] *Ibíd*., 1919, n.º 11, págs. 6-7. <<

[30] Archivo Estatal Central de la Revolución de Octubre y Edificación del Socialismo, fondo 393, inventario 47, legajo 89, folio 11. <<

[31] *Ibíd*., inventario 53, legajo 141, ff. 1, 3 y 4. <<

[32] Sólo los monjes le habían parecido demasiado pecadores para las Solovki. Estábamos en 1908 y las concepciones de aquella época prohibían referirse al clero en términos favorables. Pero nosotros, que pasamos por el Archipiélago, veríamos probablemente a esos mismos monjes como verdaderos ángeles. A pesar de que les estaba permitido comer cuanto quisieran, en el cenobio del Gólgota-Crucifixión sólo probaban el pescado los días de gran fiesta, a pesar de que era comida de vigilia. Pudiendo dormir todo el tiempo que quisieran, se pasaban las noches en vela, y (en el mismo cenobio) leían todas las horas del día, todos los días del año, sin interrupción en absoluto, el salterio con mención de todos los cristianos ortodoxos vivos y difuntos. <<

[33] Los especialistas en la historia de la técnica aseguran que Filip Kolychev (que había osado levantar la voz contra Iván *el Terrible*) implantó en el siglo XVI en las Solovki unas técnicas agrícolas que no hubiera dado vergüenza enseñar ni a los tres siglos. <<

[34] Y el monasterio tuvo que hacer frente a los ingleses en 1808, y más tarde, en 1854, logrando resistir sus embates; en 1667 contra los nikonianos la fortaleza había sido entregada al boyardo del Zar por el monje Teoctisto, que había descubierto una entrada secreta. <<

[35] ¡Cuántas fes se han quebrado por esa conjunción de cárcel con monasterio! <<

[36] Desde 1718 existía en Solovki una cárcel estatal. A fines del siglo XIX, el gran duque Vladimir Alexandrovich, comandante de la región militar de San Petersburgo, visitó las Solovki y consideró superflua la presencia en aquellos lugares de una comandancia militar, por lo cual *hizo retirar a todos los soldados del archipiélago de las Solovki*. La cárcel de las Solovki dejó de existir a partir de 1903. A. S. Prugavin *Las cárceles de los monasterios*, Editorial Posrednik, págs. 78 y 81. <<

[37] El mismo incendio sirvió a nuestro «bacilo de la antirreligion» para explicar las grandes dificultades con que tropezaba actualmente para hallar rastros de los antiguos instrumentos de tortura. <<

[38] Hacia 1930 los echaron de las Solovki, y a partir de entonces cesaron las capturas: nadie más supo encontrar en el mar aquellos famosos arenques, como si hubieran desaparecido para siempre. <<

[39] En finlandés, ese lugar se llama Veguerashka, es decir, «la vivienda de las brujas». <<

[40] Llamado así en honor del presidente de la terna moscovita del OGPU, un joven que había abandonado los estudios:

Era estudiante de ingeniería,

pero de exámenes iba muy mal.

(de un *Epigrama amistoso* aparecido en la revista *Islas Solovki*, 1929, n.º 1, y que la estúpida censura dejó pasar). <<

[41] 1930, n.º 1. <<

[42] Con los años todos los valores se trastruecan, y aquello que en los campos de destino especial de los años veinte tenía carácter de privilegio, como vestir ropa entregada por la administración, en los años cuarenta resultará insoportable: en efecto, entre nosotros el privilegio consistía en *no vestir* ropa del campo, sino en tener por lo menos algo exclusivamente de uno, aunque sólo era el gorro. Ello se debe no sólo a causas económicas, sino también a las corrientes de la época: un decenio ve su ideal en el hecho e integrarse a una comunidad, el decenio siguiente ve su ideal en el hecho de individualizarse de ella. <<

[43] Habían transportado hasta ahí los rieles de la vía férrea Staraia Rusa-Novgórod. <<

[44] No confundir con su homónimo, el jefe militar del archipiélago de las Solovki. <<

[45] ¡Y ahí mismo terminó! El régimen estaba demostrando que la hora de las bromas había pasado y que era necesario tomar las cosas con más seriedad. Pero en 1929, después de los importantes acontecimientos que tuvieron lugar en las Solovki y como consecuencia del espíritu de reeducación que comenzaba a reinar en lós campos, la revista resucitó y siguió apareciendo hasta 1932. <<

[46] Y hoy, sobre esas mismas piedras donde antaño arrastraban así los cuerpos, en ese lugar del patio protegido del viento de las Solovki, los felices turistas que han venido a visitar esa isla famosa, juegan durante horas al balón-volea. No saben. Bueno, ¿y si supieran? Pues seguirían jugando exactamente igual. <<

[47] Una costumbre de las Solovki que, cosa extraña, encontramos repetida en los cadáveres de Katyn… ¿Alguien habrá recordado una vieja tradición?, ¿o tal vez sus propias experiencias personales? <<

[48] Aquí algunos de los solovkianos cuyos nombres perduraron en la memoria de los sobrevivientes: Shirinskaia-Shajmatova, Sheremeteva, Shajovskaia, Fitstum, I. S. Delvig, Bagratuni, Assotsiani-Erisov, Hocheron de la Fosse, Sivers, G. M. Osorguin, Klodt, N. N. Bajrushin, Aksakov, Komarovski, P. M. Voieikov, Vadbolski, Bonliarliarski, V. Levashov, O. V. Volkov, V. Lozino-Lozinski, D. Gudovich, Taube, V. S. Muromtsev. El antiguo líder de los constitucional-demócratas Nekrasov (¿pero sería realmente él?). El hacendista prof. Ozerov. El jurisconsulto prof. A. B. Borodin. El psicólogo prof. A. P. Sujanov. Los filósofos profesores A. A. Meyer, S. A. Askoldov, I. N. Danzas, y el teósofo Moebus. Los historiadores N. P. Antsiferov, M. D. Priselkov, G. O. Gordon, A. I. Zaozerski, P. G. Vasienko. Los críticos literarios D. S. Lijachov y Zeitlin, El filólogo I. E. Anichkov. La orientalista N. V. Pigulevskaia. El ornitólogo G. Poliakov. Los pintores Braz, P. F. Smotritski. Los actores I. D. Kaluguin (del teatro «Alexandra»), B. Glubokovski, V. I. Korolenko (el sobrino del escritor). En los años treinta, casi a fines de las Solovki, también estuvo preso allí el padre Pablo A. Florenski. <<

[49] ¿Cómo le va? <<

[50] Es interesante observar cómo ya en los albores del Archipiélago se empezaba por aquello a lo que volveríamos nosotros en los tardíos Campos Especiales: la lucha contra los *soplones*. <<

[51] El nombre de la montaña y del cenobio es poco frecuente, no lo encontramos en ninguna otra parte. Según la tradición (manuscrito del siglo XVIII, Biblioteca Pública, Patericon de las Solovki) el 18 de junio de 1712, en esta montaña al monje Job, mientras se hallaba en oración nocturna, se le apareció la Santísima Virgen «en gloria celestial» y dijo: «Esta montaña en adelante llamaráse Gólgota, y en ella será edificada una iglesia y el cenobio de la Crucifixión. Y será purificada con sufrimientos innumerables». Así la llamaron y así construyeron, pero durante más de doscientos años la predicción pareció no tener sentido, y no se preveía que algún día se cumpliera. Después del campo de Solovki ya no se puede decir lo mismo. <<

[52] Compendio *De las cárceles*…, pág. 115. <<

[53] *Islas Solovki*, 1930, n.º 2-3, págs. 56-57. <<

[54] *Ibíd*., pág. 57. <<

[55] G. Friedman, Una *historia fantástica*, revista *Islas Solovki*, 1930, n.º 4, págs. 43-44. <<

[56] ¡Oh, Bertrand Russell! ¡Oh, Hewlet Johnson! ¡Oh, ¿dónde estaba ENTONCES vuestra ardiente conciencia?! <<

[57] Entre nosotros es siempre MAS QUE NUNCA, jamás puede ser menos. <<

[58] *Islas Solovki*, 1930, n.º 2-3, pág. 60. <<

[59] ¿Y ese libro tampoco lo leyó usted, *sir* Bertrand Russell? <<

[60] La *guepeútiana* que acompañaba a Gorki tenía también veleidades de escritora, y eso es lo que anotó: «Entramos en contacto con la vida del campo de las Solovki. Voy al museo… Nos dirigimos todos al monte Sekir. Desde allí se descubre un panorama sorprendente. Vemos el lago, cuyas aguas son de un frío color azul oscuro; alrededor está el bosque; parece encantado, la iluminación cambiando, parecen prenderse las cimas de los pinos y el espejo del lago se transforma en fuego. Todo es apacible y sorprendentemente hermoso. Al regresar pasamos por las explotaciones de turba. Por la noche nos ofrecen un concierto. Nos convidaron con los arenques del lugar; son pequeños, pero exquisitos y muy tiernos; se deshacen en la boca». *M. Gorki y su hijo*, Editorial Naúka, Moscú, 1971, pág. 276 (nota de 1972). <<

[61] *Islas Solovki*, 1929, n.º 1, pág. 3. (En las Obras completas de Gorki este escrito no sale). <<

[62] Atribuía la lamentable conducta de Gorki, después de su regreso de Italia y hasta su muerte, a engaño y falta de luces. Pero su correspondencia de los años veinte, publicada recientemente, incita a buscar una explicación todavía más baja: la codicia. Instalado en Sorrento, Gorki, con gran sorpresa suya, no halló alrededor de sí ni fama ni dinero (y vivía rodeado de una verdadera corte de servidores). Era evidente que para obtener dinero y reanimar su gloria se hacía imprescindible volver a la Unión Soviética y aceptar todas sus condiciones. Así se convirtió en prisionero voluntario de lagoda. Y en vano lo mató Stalin, por exceso de prudencia: ¡habría celebrado incluso el año 1937! <<

[63] En una de esas tandas fue fusilado también Kurilko. <<

[64] I. L. Averbach, *Del delito al trabajo*, bajo la dirección de Vichinski, Editorial «Legislación soviética», 1936. <<

[65] Ese eslogan, perfectamente maduro, era digno, me parece, de ser difundido por toda la Unión Soviética. <<

[66] Me reprochan que no escriba *tufta*, que es lo correcto en la jerga de los ladrones, mientras que *tujta* es una deformación campesina, como «teléfono». Pero eso es lo que me atrae: *tujta* aún tiene como un parentesco con la lengua rusa, mientras que *tufta* le es totalmente extraño. Trajeron la palabra los ladrones, y se la enseñaron a todo el pueblo ruso; pues que sea *tujta (N. del Autor)*. En cuanto a significado, el término abarca todas las variadísimas formas de engañar al Estado, respecto a la cantidad y calidad del trabajo realizado, mercancías producidas, servicios prestados, etc., etc. Véase capítulo V. —*N. del T.* <<

[67] Archivo Estatal Central de la Revolución de Octubre y Edificación del Socialismo, fondo 393, inventario 79, legajo 65, ff. 369-372. <<

[68] Se trata de la fecha oficial; de hecho, a partir de 1930. Pero ocultaron el período de organización para obtener un lapso más reducido y así embellecer la historia… También aquí hubo *tujta*. <<

[69] Rogamos al lector tenga en cuenta que todos esos datos han sido conseguidos mediante preguntas y averiguaciones, y muy bien puede habérsenos escapado algún error u omisión. <<

[70] Compendio *De las cárceles*…, pág. 429. <<

[71] *Ibíd*., págs. 136-137. <<

[72] Boletín Oficial de la URSS, 1929, n.º 72. <<

[73] Compendio *De las cárceles*…, pág. 384. <<

[74] Pero, en términos generales, el presidio ruso del siglo XIX conoció una evolución en sentido inverso; el trabajo se volvía allí cada vez menos obligatorio; iba declinando. Incluso el presidio de Kara, a principios de los años noventa, se había transformado en un lugar de reclusión común, y ya no se trabajaba. Por la misma época, también en Akatui, se habían dulcificado notablemente las exigencias en materia de trabajo. El reclutamiento de presidiarios para los trabajos en el lago Baikal fue más bien por una necesidad del momento. ¿No se trata aquí nuevamente el fenómeno de los «dos cuernos», o de la parábola, como sucede con las cárceles de larga condena (1.ª parte, capítulo IX): dulcificación por un lado, exacerbación de la crueldad por el otro? <<

[75] Tengo al respecto una hipótesis personal que formularé en otro lugar. <<

[76] *Canal Stalin Báltico-mar Blanco*. Historia de una construcción, cap. 8. <<

[77] Devorado por la ambición de ser autor, escribió él mismo su propio folleto sobre el Belomorcanal. <<

[78] Habían decidido llamarlos así para levantarles la moral (¿o tal vez en honor del malogrado ejército del trabajo?). <<

[79] Por lo demás, Rappoport se equivocó en lo que concierne al valor del coseno. BBK, pág. 107. <<

[80] M. Bermann, M. Bormann… nuevamente la diferencia es una sola letra, como con Eichmans y Eichmann. <<

[81] I. U. Kuzemko, *Esclusa n.º* 3, ed. Sección Educativo-cultural del Dmitlag, 1935. «No difundir fuera de los límites del campo». Debido a los escasísimos ejemplares de esta edición, se puede recomendar otra combinación: «Kaganovich, Iagoda y Kruschev inspeccionan los campos del Belomorcanal». D. D. Runes *Despotism, NY*, 1963, pág. 262. <<

[82] *Canal Báltico-mar Blanco*, pág. 82. <<

[83] Es decir, una de las primeras *sharashki*, una de las primeras islas del Paraíso. También hacen referencia a otra similar, una Oficina de Proyectistas Especial en una fábrica de Idjora, donde se construyó el primer gran *blooming*. <<

[84] Además de varios meses *enjuagados* durante el periodo de organización que no constan en ningún lado. <<

[85] *Canal Báltico-mar Blanco*, pág. 112. <<

[86] *Ibíd*., pág. 113. <<

[87] *Ibíd*., pág. 356. <<

[88] *Ibíd*., pág. 153. <<

[89] IU. Kuzemko, *Esclusa n.º 3*. <<

[90] *Canal Báltico-mar Blanco*, pág. 302. <<

[91] Me someto a la «F» sólo porque cito. <<

[92] En la asamblea de agosto de los soldados del canal, Lazar Kogan declaró: «No está lejos la asamblea, que será la última en el sistema de los campos. No están lejos el año, el mes y el día en que ya no sean necesarios los campos de trabajo correctivo». ¡Como lo más probable es que lo hayan fusilado, nunca sabrá hasta qué punto se había equivocado! ¿O, tal vez, ni él mismo creía en sus palabras…? <<

[93] Recuerda también Skripnikova que llegaban refugiados de Ucrania huyendo del hambre y se instalaban cerca del campo en Medviejegorsk en busca de trabajo. Los reclusos los llamaban y les daban de comer *¡de sus propias raciones!* Muy probable. Sólo que no todos lograban escapar de Ucrania. <<

[94] D. Vitovski, *Media vida*. <<

[95] Y entre ellos también Alexis N. Tolstoi, quien después de haber recorrido el canal en construcción (de algún modo tenía que pagar la alta posición que ocupaba) «contaba con pasión y en tono inspirado todo lo que había visto, pintaba las seductoras, casi fantásticas y al mismo tiempo tan reales… perspectivas de desarrollo de la región poniendo en sus palabras todo el fuego de su inspiración creadora y de su imaginación de escritor. Y con voz literalmente entrecortada por la emoción nos hablaba de la construcción del canal, de lo *adelantado de la técnica* (la cursiva es nuestra, A. S.)»… <<

[96] I. L. Averbach, *Del delito al trabajo*. <<

[97] Prólogo de Vichinski al compendio *De las cárceles*… <<

[98] Prólogo de Vichinski al libro de Averbach. <<

[99] *Ibíd*. <<

[100] Las bandas se emplearon también en otros campos. Las instalaban junto a la orilla, y los músicos tocaban sin cesar varios días y noches seguidos, mientras los detenidos, sin relevo y sin descanso, descargaban madera de las barcazas. I. D. T., que tocó en una banda en el Belomorcanal, recuerda que su presencia irritaba sobremanera a los trabajadores (los músicos estaban dispensados de los trabajos comunes, tenían camastros individuales y vestían uniforme militar). Les gritaban: «¡Holgazanes! ¡Parásitos! ¡Venid aquí a trabajar!». <<

[101] Hay que notar que los intelectuales que habían logrado *deslizarse* a los puestos directivos del canal sabían utilizar con suma inteligencia esas seis condiciones: si dicen «recurrir ampliamente a los especialistas», entonces saquen ustedes de los trabajos comunes al mayor número posible de ingenieros; si dicen «no permitir la fluidez de la mano de obra», entonces prohíban ustedes los traslados. <<

[102] I. U. Kuzemko, *Esclusa n.º 3*, Dmitlag, 1935. <<

[103] Folleto *La soldado del Canal*. Dmitlag 1935. (¡No sacar fuera de los límites del campo!). <<

[104] *Ibíd*. <<

[105] Todas estas fotos han sido extraídas del libro de Averbach. Este último nos advierte: no encontrarán ninguna fotografía de *kulaks* ni de saboteadores (es decir, los más nobles rostros campesinos e intelectuales), pues, explica Averbach, «todavía no les ha llegado la hora». Desgraciadamente, esa hora nunca llegó para ellos. Los muertos no resucitan. <<

[106] En su vida privada, Averbach comienza, por lo visto, directamente por el segundo paso. <<

[107] I. L. Averbach, *Del delito al trabajo*, pág. 164. <<

[108] Entre nosotros todo se hace al revés, a veces incluso las recompensas resultan contraproducentes. En uno de los campos donde estuvo internado en la región de Arjanguelsk, al herrero Paramonov le rebajaron dos años sobre su condena de diez, con lo cual sus ocho años terminaron justo en época de guerra. Como era un Cincuenta y Ocho no lo liberaron, sino que lo dejaron en el campo «hasta resolución especial» (¡nuevamente esa palabrita, «especial»!). Una vez terminada la guerra, los que habían sido procesados junto con Paramonov terminaron sus diez años, y los dejaron en libertad. Él se quedó todavía un año más. El fiscal tomó conocimiento de su recurso, pero no pudo hacer nada: la «resolución especial» seguía en vigor en todo el territorio del Archipiélago. <<

[109] Bueno, no en vano el V Congreso de los trabajadores de la Justicia había condenado en 1931 todo ese pisto: «La amplia e injustificada aplicación de la liberación condicional antes de término y del abono de días de trabajo… sólo contribuye a hacer *irreales* las sentencias judiciales, *a socavar la represión del delito* y a desviar *la línea de clase*». <<

[110] Pawel, Ernst, *The Triumph of Survival*.—*The Nation*, 1963, 2 de febrero. <<

[111] En este capítulo todas las citas cuya fuente no se especifica expresamente están extraídas del libro de Averbach. Pero a veces sinteticé varias de sus frases en una sola; a veces también pasé por alto su insoportable verbosidad. Él necesitaba mucha paja para su tesis, y, en cambio, a nosotros nos falta. Pero en ningún lugar tergiversé el sentido. <<

[112] *Cancioneros del Dmitlag*, 1935. La música se llamaba «música del ejército del canal», y el jurado del certamen estaba constituido por compositores libres: Shostakovich, Kabalevski, Schechter… <<

[113] Compendio *De las cárceles*…, prólogo. <<

[114] *Ibíd*., pág. 449. Uno de sus autores, Apeter, es el nuevo jefe del GULAG. <<

[115] No encontraré otro lugar en este libro para explicar de qué se trata, de modo que habrá una larga nota para aquellos a quienes les interese.

La hipócrita sociedad burguesa se había imaginado que tenía que controlar el estado de los lugares de detención y la forma en que se desarrollaba la enmienda de los presos. En la Rusia zarista se conocían «sociedades de asistencia carcelaria» para «mejorar las condiciones físicas y morales de los presos», y cerca de las cárceles se movían constantemente comités de beneficencia y patronatos. En cuanto a las cárceles americanas, las comisiones de observación formadas por miembros de organizaciones públicas gozan de amplios derechos desde los años veinte y treinta: disponen hasta del derecho de liberar antes de término (no simplemente de solicitarlo, sino directamente de liberar, sin pasar por un Tribunal). Pero como muy bien objetan nuestros leguleyos dialécticos: «No hay que olvidar *qué clases* forman esas comisiones: deciden de acuerdo con sus propios intereses de clase».

Entre nosotros es otro cantar. El primer «Reglamento provisional» de 23 de julio de 1918, que creó los primeros campos, ya preveía la constitución de *Comisiones de Distribución* adscritas a las Secciones Punitivas provinciales. Esas comisiones tenían por objeto distribuir a todos los condenados entre las SIETE clases de privación de libertad establecidas en la RSFSR de los primeros años. Ese trabajo (que en cierto modo remplazaba al de los Tribunales) era tan importante que el Comisariado del Pueblo para la Justicia, en su informe del año 1920, llegó a calificar la actividad de las Comisiones de Distribución como «nervio del trabajo punitivo». La composición de las mismas era muy democrática; por ejemplo, en 1922 la constituía una *troika*: el jefe de la Dirección provincial de la NKVD, un miembro del *presidium* del Tribunal provincial y el director de los lugares de detención de la provincia. Más adelante se agregó un representante de la Inspección Obrero-Campesina provincial y otro del Consejo Provincial de Sindicatos. Pero a partir de 1929 comenzaron a mostrarse muy descontentos con ellas: practicaban la liberación antes de término y otorgaban privilegios a elementos socialmente extraños. «Era una práctica derechista y oportunista llevada a cabo por la dirección de la NKVD». Con lo cual, ese mismo año del Gran Cambio, las Comisiones de Distribución fueron suprimidas, y en su lugar se crearon Comisiones de *Observación*, presididas por jueces y cuyos miembros eran el jefe del campo, el fiscal y un representante de las *organizaciones públicas*: uno por los trabajadores del *personal de vigilancia*, uno por la *Policía*, uno para el Comité Ejecutivo regional y uno para el Komsomol. Como muy bien objetan nuestros juristas, no hay que olvidar qué clases… ¡Ay!, perdón, eso ya lo he puesto antes… Las Comisiones de Observación estaban encargadas por la NKVD de decidir las cuestiones de abonos y libertad condicional, y por el VZIK (es decir, por el

Parlamento) de comprobar, de camino, el cumplimiento del *plan financiero e industrial*. Pues estas Comisiones fueron las que disolvieron a principios del segundo plan quinquenal. Para ser sinceros, ningún recluso lloró esa pérdida.

Y ya que hablamos de clases, una de las autoras de ese mismo *Compendio*, Shestakova, basándose en documentación de los años veinte y primeros de los treinta, «llega a la curiosa conclusión de que existe una analogía en la composición social de las cárceles burguesas y nuestra»: con gran sorpresa suya comprobó que tanto en las cárceles de allá como en las de acá hay… trabajadores. Bueno, claro que para eso debe existir alguna explicación dialéctica, sólo que ella no la encontró. Agreguemos por nuestro lado que esa «curiosa analogía» sufrió un desequilibrio en los años 1937-1938, cuando comenzaron a afluir a los campos altos cargos del Estado. Pero la proporción se restableció muy pronto. Todas las riadas de la guerra y de la posguerra, con sus numerosos millones, fueron únicamente riadas de *trabajadores*. <<

[116] En 1954 descubrieron en la Serpantinka unas reservas industriales de oro (cuya existencia hasta entonces se desconocía). Hubo que extraerlas en medio de la osamenta humana: el oro es más valioso. <<

[117] ¿A qué se debe esa profusión, mientras que memorias de fuera de Kolyma apenas hay? ¿Será porque en Kolyma se dio cita la flor del mundo penitenciario? ¿O porque, por extraño que parezca, en los campos «cercanos» morían con más entusiasmo? <<

[118] De la mina Zolotisky liberaron a 186 polacos (de los dos mil cien que habían traído allí un año antes). Fueron a parar al ejército de Sikorski en Occidente, y allí, por lo visto, contaron bastantes cosas de esa Zolotisky. En junio de 1942 fue definitivamente clausurada. <<

[119] Esto exige una explicación bastante compleja, como lo exige, por lo demás, la guerra germano-soviética en su totalidad. Porque los decenios se suceden. No terminamos de comprendernos a nosotros mismos en un lapso determinado, cuando ya el siguiente viene a cubrirnos con su capa de ceniza. Ningún decenio ha conocido libertad ni pureza de información, y entre golpe y golpe, la gente no lograba ver claro ni dentro de sí, ni dentro de los demás, ni en los acontecimientos. <<

[120] Vichinski, *Prólogo* al libro de Averbach *Del delito al trabajo*, pág. VI. <<

[121] *Ibíd*., pág. VII. <<

[122] En esos mismos términos se habla de los koljosianos y de los Obreros, pero creo que es mejor detenerse ahí. <<

[123] *Cartas* a *un viejo camarada*, edición de la Academia, t. XX, pág. 585. <<

[124] Todos los siglos han dejado semejantes testimonios. En el siglo XVII, Iuri Kridjanich escribía que los campesinos y los artesanos de Moscovia vivían en mayor abundancia que los de Occidente, que incluso los habitantes más pobres de Rusia comían plan blanco, pescado, carne. Incluso en el «tiempo de los disturbios», del siglo XVII, «los graneros no estaban vacíos, los campos se veían cubiertos de hacinas, las eras estaban repletas de mieses, había allí alimento para muchos años» (Abraham Palitsyn). En el siglo XVIII, Von-Wiesin compara el bienestar de los campesinos rusos con el de los franceses del Languedoc y de la Provenza, y concluye que «si he de juzgar con imparcialidad, el estado de los nuestros es incomparablemente más afortunado». En el siglo XIX, Pushkin describe un poblado de siervos con las siguientes palabras: «Por todos lados se respira trabajo y bienestar». <<

[125] Se dio también en grandes equipos no especializados, pero únicamente en los campos de presidiarios y en condiciones especiales. Hablaremos de eso en la parte V. <<

[126] De ese modo la *tujta*, al igual que muchos otros problemas del Archipiélago, no se circunscribe al mismo, sino que se da a escala nacional. <<

[127] Otra vez «la gente»; es un detalle, ¿no? <<

[128] Cuando discuten las conferencias de desarme universal, siempre hay un detalle que me preocupa: en la lista de armas prohibidas nadie menciona a los perros policía. Y, sin embargo, a las personas les amargan la vida mucho más que los misiles. <<

[129] ¡No, *cómo* escribir, eso aún no lo sabía! Según relato de Arcadi Belinkov, Ingal, tras su traslado a otro campo, siguió escribiendo todo el tiempo así, atrincherado en su tarima. Los otros prisioneros empezaron pidiendo; luego exigieron que les enseñara lo escrito (¿y si eran denuncias…?). Ingal, no viendo en eso más que un nuevo atentado a su inspiración, solo que esta vez proveniente del lado opuesto, se negó. ¡Y lo molieron a palos!

He citado algunos extractos de sus cartas para que su tumba esté marcada por lo menos por esa minúscula indicación. <<

[130] Esa novela jamás pudo concluirla Ingal, porque nunca supo cómo había terminado *El Campesino. El Campesino* sobrevivió a su biógrafo. Oí decir que durante el terremoto de Ashjabad condujo a un grupo de reclusos fuera del campo semidestruido y todos juntos cruzaron las montañas y se refugiaron en Irán (los guardias fronterizos también estaban asustados). <<

[131] Esa amnistía liberaba a los Cincuenta y Ochos de hasta *tres* años, que no daban a casi nadie, no creo que llegara ni al medio por ciento de los condenados en virtud del artículo de marras. ¡Pero incluso en ese medio por ciento de casos, el espíritu intolerante de la amnistía privaba sobre la suavidad de su letra! Conocí a un muchacho, creo que Matiúshin (era pintor en el campo de Kaluga), al que habían endilgado el 58-1 b por caer prisionero en fecha muy temprana, quizás a finales del 41, cuando aún no se había decidido cómo enjuiciar eso ni cuántos días. A Matiúshin, por caer prisionero del enemigo, le dieron sólo tres años, caso inaudito. Una vez concluida su condena, por supuesto que no lo liberaron, sino que lo aplazaron hasta la Resolución Especial. ¡Pero se presentó la amnistía! Matiúshin comenzó a solicitar (aquí no se trata de exigir) su liberación. Durante casi cinco meses los asustados funcionarios de Administración se la estuvieron negando, hasta que, finalmente, en diciembre de 1945, lo dejaron volver a su provincia natal de Kursk. Corrió el rumor (y lo contrario ya resultaría demasiado increíble) que al poco lo volvieron a agarrar y le completaron hasta *cinco duros*. ¡Es que no está bien aprovecharse del despiste del primer Tribunal! <<

[132] Quizá también hubo ahí cierta justicia histórica: se pagaba una vieja deuda a la deserción del frente (deserciones en masa del año 1917, *N. del T.*), sin la cual habría cambiado todo el curso de nuestra historia. <<

[133] En 1958, el Ministerio Público Militar Central de la URSS les respondió: «la culpa está probada; no ha lugar la revisión del caso». Sólo veinte años más tarde, en 1962, se canceló su caso en virtud de los artículos 58-10 (ánimo antisoviético) y 58-11 («organización» de dos miembros, marido y mujer). En cambio, en virtud del artículo 193-17-7 d (complicidad en la deserción), les impusieron una pena de cinco años, a la cual se aplicó (¡veinticinco años después!) la amnistía estaliniana. En 1962 escribieron a los dos viejos, ya definitivamente destrozados: «¡A AMBOS SE LOS CONSIDERA LIBERADOS a partir del 7 de julio de 1945 con exención de condena!». <<

[134] En el invierno de ese mismo año, Boris Gammerov murió de agotamiento, y tuberculosis, en el hospital. Celebro en él a un poeta al que no dieron ocasión de proferir siquiera un suspiro. Su personalidad espiritual era sublime, y en aquella época sus versos también me parecían extraordinarios. Pero no he logrado recordar ni uno solo, y en ninguna parte puedo encontrarlos ahora, para poder depositar por lo menos esos guijarros sobre su tumba. <<

[135] Cartas de I. A. Gruzdev a Gorki. Archivo de Gorki, t. XI, Moscú, 1966, pág. 157. <<

[136] Los que aumentan las normas de trabajo industrial pueden todavía hacerse la ilusión de que ello corresponde a los progresos de la tecnología de la producción. ¡Pero los que aumentan las normas de trabajo *físico*, ésos son los peores verdugos! ¡No pueden creer, ¡caramba!, que bajo el régimen socialista el hombre haya crecido el doble y duplicado el grosor de sus músculos! ¡Esa es la gente que habría que juzgar! ¡Esa es la gente que habría que mandar a cumplir sus propias normas! <<

[137] La situación en numerosos campos justifica los reproches que me hacía Shalamov: «¿Qué significa en su relato ese *gato* del hospital que pasea impunemente? ¿Cómo es que todavía no se lo han comido…? ¿Y para qué necesita Iván Denísovich una *cuchara*, cuando es sabido que todo lo que se guisa en el campo es tan líquido que puede beberse fácilmente de la misma escudilla, como si fuera una taza?». <<

[138] De acuerdo con la enciclopedia *Rusia-URSS*, llegó a haber en el GULAG hasta quince millones de presos al mismo tiempo. Esa cifra concuerda con la que calculábamos nosotros, los detenidos, desde el interior. Cuando publiquen cifras más demostradas, las aceptaremos. <<

[139] En Akatui entregaban pellizas a los prisioneros. <<

[140] Ni Dostoievski, ni Chéjov, ni Iakubovich nos dicen qué llevaban los presidiarios en los pies. Algo decente calzarían, que de lo contrarió sí lo habrían escrito. <<

[141] Véase capitulo XXII. <<

[142] Biriukov, *Conversaciones con Tolstoi*, t. 3-4, pág. 48. <<

[143] Los médicos burlaban esos reglamentos como podían. En el *lagpunkt* de Symsk practicaban la *semihospitalización*: los acercosos yacían sobre sus propios chaquetones, los mandaban a barrer la nieve, pero tenían derecho a la olla del hospital. El director de Sección Sanitaria A. M. Statnikov, ciudadano libre, burlaba el porcentaje rígido establecido para el grupo «C» de la siguiente manera: reducía las enfermerías en las zonas de trabajo, pero en cambio ampliaba los *lagpunkts* hospitales, es decir, constituidos únicamente por enfermos. En los documentos oficiales del GULAG se llegaba incluso a hablar de «mejorar el *perfil físico de los reclusos*», pero nunca se proporcionaron los medios para hacerlo. Toda la complejidad de esos subterfugios imaginados por médicos honestos demuestran precisamente que a la sección sanitaria no se le había dado poder para detener el proceso mortal. <<

[144] Dostoievski entraba en el hospital sin la menor dificultad. Y la sección sanitaria era la misma para detenidos y escolta. ¡Subdesarrollo! <<

[145] En el relato de O. Volkov titulado *Los abuelos*, a los ancianos «dados de baja» los echan del campo, pero no tienen adónde ir; se instalan, pues, allí mismo, cerca del campo, para morir, privados de pan y de techo. <<

[146] En tiempos de Dostoievski se podía abandonar la fila para recoger limosnas. En las filas se hablaba y se cantaba. <<

[147] No sé por qué en el presidio de Dostoievski «no se observaba amistad entre los reclusos»; ¡nunca comían dos en la misma escudilla! <<

[148] Compendio *De las cárceles*…, pág. 358. <<

[149] En mi obra de teatro la presenté con el nombre de Grania Zybin, pero le atribuí una suerte mejor que la que en realidad tuvo. <<

[150] Eso es acerca del problema del número total de reclusos en el Archipiélago. ¿Quién conocía ese «punto 29»? ¿Le seguían más aún en el Karlag? ¿Y cuántas personas había en los demás *puntos*? ¡Quien tenga tiempo, que haga la multiplicación! ¿Y quién conoce, por ejemplo, el 5.º sector de construcción del complejo hidroeléctrico de Rybinsk? Sin embargo, allí hay más de diez barracones, y estando máximamente holgados, a quinientas personas por barracón, da la bonita cifra de seis mil más o menos; de acuerdo con los recuerdos de Loschin, eran más de diez mil. <<

[151] ¿Quién podrá recordar hoy su nombre? ¿Y quién sabe dónde estará él mismo a estas horas? E incluso si alguien le dijera algo, se quedaría sorprendido: ¿y él qué culpa tiene? ¡Se lo habían ordenado! ¡Después de todo, no tenían por qué ir a buscar hombres, las muy perras…! <<

[152] Muchas de las iniciativas del Corifeo ya no se consideran hoy tan perfectas, e incluso han sido abolidas, pero la separación de sexos en el Archipiélago se mantiene hasta nuestros días. Ello se debe a que sus fundamentos son profundamente morales. <<

[153] Marx y Engels, t. IV, pág. 427. <<

[154] *Iván Denísovich, sus amigos y enemigos, Novyi mir* (Nuevo mundo), 1964, n.º 1. <<

[155] Por lo demás, ese problema trasciende los límites del Archipiélago, y engloba toda nuestra sociedad. Todas las capas instruidas de nuestra población, tanto los técnicos como los humanistas, ¿acaso no fueron también durante todos esos decenios eslabones de esta misma cadena? ¿Acaso no fueron ellos también enchufados en el sentido general? Entre los que han sobrevivido y prosperado, aun los más honrados, ¿llegarán a indicarnos a un solo científico, o compositor, o historiador que se haya entregado a la mejora de la vida pública, a riesgo de la suya propia? <<

[156] El auténtico contenido de este caso, por lo visto, se diferencia muy mucho de lo expuesto por Fadeiev, incluso en su primera versión; pero no vamos a hacernos eco de simples cotilleos de campo… <<

[157] Respecto a ese destino asombroso (o demasiado común) véase parte IV, capítulo IV. <<

[158] Célebre abogado soviético. <<

[159] Dicho en otros términos, el abogado repite lo que dice el fiscal. <<

[160] La explicación de esta expresión está en el capitulo XIX. <<

[161] De vez en cuando aprovecho ahora esa posibilidad, tan rara para un exrecluso: ¡ir a visitar *su* campo! Y cada vez siento la misma emoción. Para medir las dimensiones de la vida, ¡es tan sano volver a hundirse en un pasado sin salida, volver a sentirse *como entonces*! Donde estaban el comedor, el escenario y la Sección Educativo-Cultural, se levanta ahora la tienda «Spartak». Aquí, junto a la parada del trolebús, siempre en el mismo lugar, estaba el puesto de guardia exterior. Aquella ventana en el segundo piso era nuestra cueva de los monstruos. Aquí se hacían las concentraciones. Aquí funcionaba la grúa mecánica de Napolnaia. Aquí fue donde M. se deslizó hacia el depósito de Berschader. Por el patio asfaltado la gente viene, va, pasea, conversa de bagatelas: no saben que están pisando cadáveres, recuerdos que nos pertenecen… No pueden imaginarse que este patio pudo no ser una parte de Moscú, a veinte minutos del centro en trolebús, sino un islote del salvaje Archipiélago, mucho más vinculado a Norilsk y a Kolyma que a Moscú. Pero ya no puedo subir ahora al techo donde entonces paseábamos con pleno derecho, no puedo penetrar en las habitaciones cuyas puertas pinté y cuyos pisos clavé. Pongo las «manos atrás» como entonces, y camino por el patio imaginándome que no tengo salida, sólo de aquí a allá, y que no sé adónde me mandarán mañana. Y los mismos árboles del parque Neskuchni, que hoy ya no están separados de mí por la zona, testimonian que se acuerdan de todo, que se acuerdan de mí, que efectivamente todo sucedió así. Camino por el patio, voy y vengo, el paseo obligatorio del preso, con la media vuelta a cada extremo, y poco a poco todas las dificultades de la vida actual comienzan a desaparecer, se funden como cera…

No lo puedo resistir, cometo una gamberrada: subo por la escalera y, en el blanco alféizar de la ventana a medio escalón del despacho del director del campo, escribo en negro: «Sección del campo 121».

Pasarán, lo leerán. Tal vez reflexionen. <<

[162] En el campo corrió el rumor de que Hessel estaba preso «por leer el porvenir», y los enchufados le traían pan y tabaco para que también a ellos les dijera la buenaventura. <<

[163] No obstante, a ese saboteador empedernido lo llevaban desde Kresty a las fábricas militares en calidad de experto. <<

[164] Las Memorias de Ehrenburg no contienen la menor alusión a acontecimientos tan triviales. Claro, podía no saber que su interlocutor fue arrestado más adelante. Él se había limitado a responderle en el momento según las directrices del Partido, y lo olvidó después. Ehrenburg escribe que él mismo «se salvó porque tuvo suerte en la lotería». Sí, claro, sólo que la lotería venía ya con los números marcados. ¡Cuando alguno de tus amigos era cogido, había que dejar de telefonearle en el acto! ¡Cuando el timón daba la vuelta, había que girar con él! El odio de Ehrenburg hacia los alemanes era tan histérico que el propio Stalin terminó llamándole al orden. Cuando, en el ocaso de la vida, comprende uno que ha ayudado a implantar la mentira, no basta tratar de justificarse con Memorias: hay que sacrificar valientemente el hoy. <<

[165] Marx y Engels, Obras, t. I, pág. 233, ed. 1928. <<

[166] Los ejemplos están extraídos del libro de Plejanov *Historia del pensamiento social ruso*. <<

[167] Por ejemplo, un joven americano casado con una soviética y detenido la primera noche, que pasó fuera de la Embajada de los Estados Unidos (Morris Gershman). O el exguerrillero siberiano Muraviov, famoso por sus represalias contra los blancos (para vengar a su hermano): desde 1930 no había salido de las garras de la GPU (empezó por el oro), donde había dejado su salud, sus dientes, su sano juicio y hasta su apellido (se había convertido en Fox). O bien un intendente militar soviético, culpable de haber malversado unos fondos; para salvarse del artículo de Derecho común había huido a la zona occidental de Austria, donde, ¡suprema ironía!, no halló en qué aplicar sus talentos. Burócrata obtuso, quería conseguir allí también una posición elevada, pero ¿cómo obtenerla en una sociedad donde rivalizan los talentos? Decidió, pues, volver a su patria. Se le impusieron veinticinco años en total, por robo y sospecha de espionaje. Y aún estaba contento: ¡aquí sí que se sentía libre! Ejemplos así son innumerables. <<

[168] Compendio *De las cárceles*…, pág. 384. <<

[169] I. Averbach, *Del delito al trabajo*, pág. 35. <<

[170] *Nieguería*: «me niego» a todas las exigencias de las autoridades, a la disciplina y al trabajo. Por lo general, son el núcleo más fuerte de los malhechores. <<

[171] Cuando hoy los estudiantes de Medicina preguntan acerca de su biografía les contestan: «sobre él no existe ninguna bibliografía». <<

[172] Carta a Kropotkin del 20-II-1913, TSGAOR (legajo 1129, *inventario* 2, edición 1936). <<

[173] *Informaciones de la Bolsa*, 3.VIII.17 y 2.IX.17. <<

[174] *Pravda de Petrogrado*, 6-IX-1918, n.º 193. <<

[175] TSGAOR, legajo 3348, expediente 167, f. 32. <<

[176] Ha sido rehabilitado en lo que se refiere a la primera condena. De modo que, de no haber sido por la segunda… <<

[177] Los muchachos fueron vendidos por Fiodor Polotnianchikov. El país debe conocer el nombre de sus soplones. <<

[178] El juez, un tal Pushkin, fue detenido poco después, acusado de cohecho. <<

[179] Eso pasa en 1937, y en el equipo no sólo hay trotskistas «puros», sino también ortodoxos «puros» metidos como trotskistas; esos ya han enviado peticiones al Comité Central a nombre del camarada Stalin, a la NKVD a nombre del camarada lezhov, al Comité Ejecutivo Central a nombre del camarada Kalinin, a la Fiscalía del Tribunal Supremo, y ahora no les conviene estar en malas relaciones con las autoridades del campo, pues de éstas dependen los informes que se adjuntarán a sus peticiones. <<

[180] ¿Incluirían entre estos «presos políticos» al resto de los Cincuenta y Ochos, además de sí mismos? Lo más probable es que no: ¿cómo podían considerarse hermanos de los *contrarrevolucionarios*, si habían rechazado incluso a los socialistas? <<

[181] Eso, desde luego que sólo para ellos. <<

[182] Parte V, capítulo IV. <<

[183] Por lo que pueda ser, aclaro que la cursiva es mía. <<

[184] En vista de esas asombrosas explicaciones, resulta psicológicamente muy posible esa otra que atribuye a sus personajes Narokov (Marchenko). «Grandezas imaginarias»: todos esos arrestos son un simple espectáculo, una manera de comprobar quiénes son los estalinianos fieles. Hay que hacer todo lo que le exijan a uno, y el que lo haya firmado todo sin amargarse, ése luego será muy ascendido. <<

[185] Bueno, tal vez la «Oficina de la unión menchevique» se les había anticipado, pero, de todos modos, por sus ideas eran prácticamente bolcheviques. <<

[186] E. Guinsburg relata una escena totalmente inversa. Le pregunta una enfermera carcelaria: «¿Es cierto que os habéis puesto de parte de los pobres, que estáis aquí por defender a los koljosianos?». Una pregunta casi increíble. Tal vez la enfermera de la cárcel no ve nada detrás de sus barrotes, lo que explica una pregunta tan estúpida. Pero los kotjosianos y la gente sencilla en los campos tienen ojos para ver y reconocen en seguida en esas personas a las mismas que llevaron a cabo esa monstruosa «colectivización». <<

[187] *Octubre*, 1964, n.º 7. <<

[188] De hecho, habrá que esperar todavía bastante tiempo antes de que Kruschev reconozca públicamente que en 1952 cosechamos menos trigo que en 1913. <<

[189] En 1957, la encargada de la Sección de Personal en la Delegación de Educación de Riazán me preguntó: «¿Por qué lo detuvieron en 1945?». «Por manifestaciones contrarias al culto a la personalidad», le contesté yo. «¿Cómo es posible? —exclamó ella muy extrañada—. ¿Es que *entonces* había culto a la personalidad?». (Pensaba, con toda candidez, que el culto a la personalidad había sido proclamado en 1956, luego ¿cómo iba a existir en 1945?). <<

[190] 8-XII-1962. <<

[191] Nos objetarán que los principios son los principios, pero hay ocasiones en la vida en que es necesario mostrarse flexible. ¿O es que no hubo un período en que Ulbricht y Dimitrov daban a sus partidos comunistas instrucciones de someterse a los nazis, e incluso de sostenerlos? Bueno, ante eso ya no tengo respuesta: ¡con la dialéctica hemos topado! <<

[192] *Bandera*, 1964, n.º 9. <<

[193] *El obrero del Transbaikal*, 27-VIII-64. <<

[194] *Estrella*, 1963, n.º 3. <<

[195] *Nuevo mundo*, 1964, n.º 1, Lakshin, *op. cit*. <<

[196] De acuerdo: se daban casos en que las relaciones de fuerza eran distintas. Durante muchos años cierto fiscal, metido en el Unzhlag tuvo que fingir que estaba loco; sólo de esa manera pudo salvarse de las represalias (estaba preso en compañía de algunos de sus «ahijados»). <<

[197] Victor Viatkin, *El hombre nace dos veces*, 2.ª parte, Magadán, 1964. <<

[198] Recuerda Ivanov-Razumnik: en su celda de la Butyrki desenmascararon a tres soplones, y los tres resultaron ser comunistas. <<

[199] Estas líneas fueron escritas a principios de 1966, y a finales del mismo año leí en la revista *Octubre*, n.º 9, un artículo de K. Bukovski. Lo dicho: ¡ya se enorgullecen abiertamente! <<

[200] Ahora también podemos agregar el nombre de Gustav Husak. (Nota de 1972). <<

[201] No volverá a presentarse la oportunidad de contar la historia de su arresto. Movilizaron al muchacho para el Ejército pero lo enviaron a servir en las tropas del MVD. Al principio, a luchar contra los banderistas; cuando se enteraban (por soplones, claro) de que los guerrilleros iban a salir del bosque para asistir a misa, rodeaban la iglesia y los atrapaban a la salida (por las fotos). Tenían que escoltar también (vestidos de paisano) a los diputados del pueblo en Lituania, cuando se dirigían a las reuniones electorales. («¡Había uno que era muy valiente, nunca aceptaba la escolta!»). O, si no, les tocaba vigilar un puente en la provincia de Gorki. Cuando empezaron a darles mal de comer, en el seno mismo de las tropas se produjo una protesta, y entonces, como castigo, los mandaron a vigilar la frontera turca. Pero, en esa época, a Stepovoi ya lo habían arrestado. Le gustaba dibujar y lo llenaba todo de garabatos, incluso las tapas de sus cuadernos de instrucción política. Un día en que acababa de dibujar un cerdo, alguien le preguntó: «Y a Stalin, ¿podrías?». «Puedo». Y dibujó a Stalin. Tras lo cual, entregó su cuaderno para que le corrigieran los deberes. Fue más que suficiente para que lo arrestaran, pero como durante los ejercicios de tiro en presencia del general hizo siete blancos de siete a 400 metros, se le concedió un permiso. De regreso a su unidad contó que donde había estado ya no quedaban árboles, que los mismos campesinos habían cortado todos los frutales debido al impuesto de Zverev. Fue a parar al Tribunal Militar de Gorki. Incluso allí armó el escándalo: «¡Banda de canallas! Si soy un enemigo del pueblo, ¿por qué no me juzgáis en presencia del pueblo? ¿Por qué os escondéis?». Después de eso, por supuesto, Burepolom y Krasnaia Glinka (un campo de régimen especial, con trabajos subterráneos, únicamente para 58). <<

[202] La palabra «compadre», según el diccionario de Dahl, significa: «el que tiene parentesco *espiritual*, nacido con el *bautismo*». O sea que su transferencia al comisario del campo es muy aguda, muy en el espíritu de la lengua. Sólo que con la ironía habitual de los reclusos. <<

[203] ¡Pero el maestro, el obrero de fábrica, el conductor de tranvía, todo aquel que vive de su trabajo, ayuda al enemigo! ¡Los únicos que no ayudan son el estraperlista en la plaza y el guerrillero en el bosque! El tono exagerado de esas insensatas emisiones indujo a varios cientos de miles de personas a refugiarse en Escandinavia en 1944. <<

[204] Y a la sección operacional terminará gustándole tanto eso de administrar nuevas condenas, tanto sentido dará a su existencia, que cuando la guerra haya terminado y ya no se puedan invocar conspiraciones ni sentimientos derrotistas, empezará a distribuir penas por delitos de comunes. En 1947, en el campo agrícola de Dolinka, todos los domingos había sesión pública del Tribunal. Juzgaban a la gente porque mientras recogían patatas asaban un puñado de ellas bajo la ceniza o porque al arrancar zanahorias o nabos, se los comían crudos (¡¿qué habrían dicho los antiguos siervos de la gleba de asistir a un juicio así?!), y por tan horrendos delitos daban cinco u ocho años en virtud del gran Decreto de los «cuatro sextos», recién salido. Un antiguo «kulak» ya estaba terminando sus «dos duros». Trabajaba con un joven toro, propiedad del campo, y no podía soportar verlo desfallecer de hambre. Arrancó un poco de remolacha para darle de comer al animal (¡no para comerla él!), y le dieron ocho años. ¡Claro, un *socialmente-allegado* jamás le habría dado de comer al toro! Así es como, decenio tras decenio, se va seleccionando entre nosotros a quienes han de vivir y a quienes han de morir. <<

[205] Centralistas democráticos. <<

[206] Se dan los nombres de Roitman, Istniuk, Modell (director de las Ediciones Literarias del Estado), Aliev. Entre los delincuentes, el de Tadik Nikolaievski. No podemos decir con certeza por qué cada uno de ellos fue indultado, pero resulta difícil imaginar otra razón. <<

[207] Esos informes me los suministraron dos reclusos con quienes estuve durante mi cautiverio. Uno de ellos había estado *allí*, y lo maniataron. El otro, un hombre de espíritu investigador y deseoso ya entonces de escribir la historia de todo aquello, logró examinar los lugares antes de que transcurriera mucho tiempo e interrogar a quien pudo. <<

[208] Archivo Central de la Revolución de Octubre y Construcción del Socialismo, legajo 393, inv. 84, exp. 4, f. 68. <<

[209] Y ahora trata cándidamente (para obtener la pensión) de hacer reconocer su enfermedad como *profesional*. ¡Profesional ya lo creo que lo es, tanto por parte del prisionero como de la escolta! Y, sin embargo, no se la quieren reconocer… <<

[210] Y cada vez va tomando mayor prioridad, ya en nuestra era kruschoviana. Ver *Mi testimonio*, de Anatoliy Marchenko. <<

[211] La cosa se descubrió de la siguiente manera: su camarada de evasión volvió a caer por otro asunto. Gracias a las huellas digitales descubrieron su verdadera identidad. Entonces se dieron cuenta de que los dos fugitivos no habían muerto, como pensaron, y se pusieron a buscar al segundo, Kuzikov. Para eso montaron toda una investigación en su provincia de origen, sometieron a vigilancia a sus parientes y, por una cadena de familiares, llegaron hasta él. ¡Y para todo eso no escatimaron fuerzas ni tiempo a los diecisiete años de la fuga! <<

[212] Todo sucedió tal cual lo cuenta, sólo que su nombre no ha llegado hasta nosotros. <<

[213] ¡Hasta a un ateo puede serle útil la religión! He afirmado que los comunistas ortodoxos no se evadían, y Chebotariov no lo era. Pero algo de materialismo también había: los *kazajos*, creo yo, aún guardarían un vivo recuerdo de la represión de Budionny en 1930, y eso explica su actitud. En 1950 ya será de otra forma. <<

[214] Pero poco después fue lugar de confinamiento para los coreanos, luego también para los alemanes, después para todo el mundo. Diecisiete años más tarde, yo mismo fui a parar allí. <<

[215] Y ahora hace tiempo que el viejo no me escribe. Temo que haya muerto. <<

[216] ¿Qué otro Gobierno en la historia del mundo las puso jamás en el mismo plano? ¿Quién hay que ser para confundirlas…? <<

[217] En la tesonera lucha contra la individualidad del hombre, comenzaron por privarle de un primer amigo, el caballo, prometiéndole en su lugar un tractor. (¡Como si el caballo sólo sirviera para arrastrar un carro y no fuera un auténtico amigo, un amigo en la alegría y en el dolor, un miembro de la familia, una parte del alma!). Poco después comenzaron a perseguir tenazmente a un segundo amigo, el perro. Los anotaban en un registro, los arrastraban al desolladero, o lo más frecuente, comandos especiales organizados por los soviets locales mataban a todos los que encontraban a su paso. Y semejante conducta no se debía a consideraciones sanitarias o avaricia económica, sino que las razones eran más profundas: hay que comprender que un perro no escucha la radio, no lee los periódicos, es algo así como un ciudadano no controlado por el Estado, y un ciudadano que posee fuerza física, fuerza que no sirve a los intereses del Estado, sino exclusivamente a la defensa de su amo como *individuo*, independientemente de la actitud que hacia él adopte el soviet local e incluso del tipo de orden de detención con el cual vengan a buscarlo de noche. ¡En Bulgaria, en 1960 se propuso muy en serio a los ciudadanos que en lugar de perros criaran… cerdos! El cerdo no tiene principios, engorda para cualquiera que tenga un cuchillo.

Por lo demás, las persecuciones contra los perros jamás se hicieron extensivas a los mastines de interés público, utilizados en la captura y vigilancia de presos. <<

[218] Como el fiscal Golushko, *Izvestia*, 27-II-64. <<

[219] *Ibíd*., 11-XII-59 y abril del 60. <<

[220] *Ibíd*., 30-I-60. <<

[221] Significa romper con el medio, con el consentimiento del mismo, y volver a una vida de trabajo. <<

[222] 29 de noviembre de 1962. <<

[223] Esa costumbre de vivir del *cubicaje* ajeno la conserva el ladrón incluso después de su liberación, por más que a primera vista ello no encaje en su integración en el socialismo. En 1951, en Oi-Miakon (Ust-Nera), el ladrón Krojaliov fue liberado y entró a trabajar de picador en la misma mina. El pico ni lo tocaba, pero el capataz le acreditaba una producción récord a costa de los detenidos, Krojaliov ganaba de ocho a nueve mil rublos al mes, y traía comida por valor de mil a los reclusos, que ya con eso estaban contentísimos y callaban. En 1953, el jefe del equipo de reclusos, Miliuchijin trató de volver las cosas a la normalidad; los ladrones libres le dieron una paliza, lo acusaron de robo, fue juzgado y renovó sus 20 años.

No se interprete esta nota como revisión de la tesis marxista de que *el lumpen* no es un propietario. ¡Claro que no lo es! Krojaliov jamás pensó en utilizar sus ocho mil rublos para construirse una casa: los perdía a las cartas, se los bebía y los gastaba con mujeres. <<

[224] Personas instruidas, de las que nunca se toparon con hampones en una callejuela, protestan contra esta despiadada apreciación del mundo de los ladrones: ¿no será que quienes tanto despotrican contra los ladrones lo hacen por un secreto amor a la propiedad? Insisto en mi expresión: vampiros que chupan la sangre. Ensucian todo aquello que para nosotros constituye el círculo natural de la Humanidad. Pero ¿es realmente tan desesperado? ¡No les vendrá de nacimiento! ¿Dónde está el lado bueno de su alma? Lo ignoro. Sin duda ahogado, aplastado por la *ley* de ese medio delictivo para el cual nosotros, todos los demás, no somos seres humanos. Ya hemos tenido ocasión de referirnos antes a un umbral de la iniquidad. Se ve que al asimilar la ley del hampa, el delincuente traspasa irreversiblemente cierto umbral moral. También podrán objetarme que sólo conocí la morralla del hampa, que los verdaderos gánsteres, los importantes, los cabecillas del mundo delictivo, fueron todos fusilados en 1937. En efecto, no vi gánsteres de los años veinte. Pero no tengo suficiente imaginación para representármelos como personas provistas de una moral. <<

[225] *Shirmach*: carterista. <<

[226] Compendio *De las cárceles*…, pág. 333. <<

[227] En marzo de 1972, toda Inglaterra se estremeció al enterarse de que en Turquía un adolescente inglés de catorce años había sido condenado a seis años de cárcel por tráfico de drogas *en gran escala*. ¡Que cómo es posible, que qué atrocidad…! Pero ¿dónde tenían los corazones, dónde tenían los ojos vuestros líderes de izquierda cuando leían las leyes estalinianas sobre menores de edad? (Nota de 1972). <<

[228] ¿De verdad que nunca-nunca, ningún día lograremos sacar a la luz a un solo topo de esos que sancionaban la detención de un escolar por un versito? ¿A ver cómo tiene la frente? ¿Cómo tiene las orejas? <<

[229] Compendio *De las cárceles*…, págs. 431, 429, 438. <<

[230] De la época de Iagoda. <<

[231] El material utilizado hasta aquí en el presente capítulo está extraído del compendio *De las cárceles*… y de Averbach. <<

[232] Todos los que se «aferran» demasiado a la vida, por lo general no se aferran excesivamente al espíritu. <<

[233] Pronto encontraron pretexto para fabricarle a Volodia un nuevo caso en el campo, y lo mandaron para la instrucción a la Butyrki. Nunca volvió a su campo y, naturalmente, no le devolvieron su piano. Y él mismo, ¿habrá sobrevivido? No lo sé, no tengo noticias de él. <<

[234] Trataré de explicar esta idea en su forma más general. Desde que el mundo es mundo, siempre han existido dos capas de la sociedad que no se pueden fusionar: la superior y la inferior, la dirigente y la dirigida. División tosca, como todas las divisiones, pero si incluimos en la capa superior a los más elevados, no sólo en poder, fortuna o nobleza, sino también en instrucción (obtenida gracias al esfuerzo de toda una familia o del individuo solo), en fin, a todos aquellos que no tengan necesidad de trabajar con sus manos, la división será casi tajante.

En ese caso, podremos contar con la existencia de cuatro esferas en la literatura mundial (y en el arte en general, y en el pensamiento en general). Primera esfera: los superiores describen (representan, teorizan) a los superiores, es decir, a sí mismos, a los de su mundo. Segunda esfera: los superiores representan, teorizan a los inferiores, a sus *hermanos menores*. Tercera esfera: los inferiores representan a los superiores. Cuarta esfera: los inferiores a los inferiores, a sí mismos.

Los superiores siempre han contado con tiempo libre, con medios, muchos o pocos, con instrucción, con educación. Los que lo desearon pudieron siempre adquirir el dominio de la técnica artística o de la disciplina intelectual. Pero existe una ley fundamental de la vida: la satisfacción mata las inquietudes espirituales del hombre. Por tanto, la esfera n.º 1 siempre contó en su seno con muchas satisfechas perversiones del arte, con muchas «escuelas» enfermizas y orgullosas que no pasaban de frutos secos. Y sólo cuando en esa esfera ingresaban individuos profundamente desdichados en lo personal o con una gran carga natural de inquietud espiritual, nacía la gran literatura.

La esfera n.º 4 es todo el folklore mundial. Aquí el tiempo libre no era común, lo conseguían individuos particulares sólo por diferenciales. Y del mismo modo eran diferenciales las aportaciones anónimas, impremeditadas, imágenes o expresiones surgidas en un feliz momento de inspiración. Los creadores eran muchos, muchísimos, y casi siempre se trataba de gente sufrida, insatisfecha. El caudal artístico pasaba luego cien mil veces por un proceso de selección, de lavado y de pulido, de boca en boca y año tras año. Y así hemos recibido el precipitado áureo del folklore. El folklore nunca está vacío o sin alma, porque ni uno solo de sus autores pasó por la vida sin sufrir. La producción escrita que corresponde a la esfera n.º 4 (literatura «proletaria», «campesina»), siempre está en germen, es inexperta y torpe, porque el saber de uno solo siempre resulta insuficiente.

La misma falta de experiencia marca la producción escrita de la esfera n.º 3 («de abajo arriba»), pero con el agravante de que la envenenaban la envidia y el odio, sentimientos estériles que no crean arte. Cometía el mismo error que los

revolucionarios: atribuir los vicios de la clase superior a ella, y no a la condición humana, sin imaginar con qué éxito heredarán ellos mismos esos vicios el día de mañana. O si no, la estropeaba el servilismo.

Desde el punto de vista moral, la esfera que prometía ser más fecunda era la segunda («de arriba abajo»). Era obra de hombres cuya bondad, ansia de verdad y sentido de la justicia eran más fuertes que su soñoliento bienestar y cuya capacidad artística era amplia y estaba madura. Pero esa esfera también tenía su vicio: ¡la *incapacidad de comprender realmente*! Esos autores se apiadaban, lloraban, se indignaban, pero justamente por eso no podían *comprender exactamente*. Siempre miraban desde fuera y desde arriba, sin haber estado en el pellejo de los inferiores, y el que ponía un pie del otro lado de la verja era incapaz de poner también el segundo.

Por lo visto, la naturaleza humana es así de egoísta, que tal transmigración sólo la puede conseguir, por desgracia, una violencia exterior. Así se formaron Cervantes en la prisión y Dostoievski en el presidio. Pero en el Archipiélago GULAG esa experiencia se hizo con millones de cabezas y de corazones al mismo tiempo. <<

[235] La solicitud con que se rodea en nuestro país toda actividad artística de aficionados, que consume cantidades de dinero bastante considerables, oculta, naturalmente, alguna intención, pero ¿cuál? Es difícil de decir a primera vista. Tal vez se trate simplemente de la fuerza de la inercia, de un resabio de los años veinte. Tal vez sea como el deporte, una válvula de escape para la energía y los intereses del pueblo. ¿O habrá alguien que piense que esas cancioncitas y comedias contribuyen a crear los sentimientos que las autoridades preconizan? <<

[236] Las autoridades políticas, tanto civiles como militares, están convencidas hasta la superstición de que precisamente el *coro* tiene un significado educativo primordial. Que se hundan las demás actividades de aficionados, no importa, con tal de que haya un coro. Una colectividad que cante. Las canciones pueden vigilarse fácilmente, son todas *nuestras*: Y lo que cantas, eso crees. <<

[237] Ese es un recuerdo de él en el campo. Casualmente obtuve más datos por otro conducto: L. K. Chukovskaia conoció a Kolia Davidenkov en las colas a las puertas de las cárceles de Leningrado, en 1939; el joven había sido absuelto por un Tribunal ordinario, con la caída de Yezhov, en tanto que su coinculpado, L. Gumiliov, permanecía preso. En la Facultad se negaron a readmitirlo, tuvo que irse a la mili. En 1941 lo hicieron prisionero cerca de Minsk. Se evadió y pasó a Inglaterra, donde publicó, con un seudónimo (para proteger a su familia), un libro sobre su cautiverio en los calabozos de Leningrado en 1938. (Se ve que el amor del lector británico hacia su aliado soviético le impidió apreciar entonces ese libro. Después se olvidó). Pero *los nuestros* no habían olvidado. Combatió en el frente occidental en la Brigada internacional antifascista. Después de la guerra fue raptado y transportado a la URSS, donde lo condenaron a muerte, pero la pena le fue luego conmutada por veinticinco años. Por lo visto su segundo caso en el campo le valió la pena de muerte, esta vez no conmutada (pues había vuelto a entrar en vigor en nuestro país en el Decreto de enero de 1950). En mayo de 1950 Davidenko encontró la manera de mandar su última carta desde la cárcel del campo. He extraído algunas frases: «Es imposible describir lo que ha sido mi vida en estos últimos años… Ahora persigo otro fin: en diez años algo logré hacer. La prosa, naturalmente, se ha perdido toda, pero los versos han quedado. Todavía no se los he recitado a casi nadie, no tengo a quién. Al recordar nuestras veladas en Cinco Esquinas… pensé que esos versos deben ir a parar a sus expertas e inteligentes manos… Léalos, y si es posible, consérvelos. Ni una palabra del pasado, ni una palabra del futuro, todo ha terminado». Y los versos han permanecido intactos en manos de Lidia Korneievna Chukovskaia. ¡Qué familiares me resultan esos garabatos (yo también los escribía así), unas treinta poesías en una doble hoja de cuaderno…, en tan poco espacio hay tanto que decir! ¡Hay que imaginarse esa angustia al final de la vida, la espera de la muerte en la cárcel del campo! Y Davidenkov confía al correo «de la mano izquierda» su último grito de desesperación:

¡No necesito ropa limpia,

podéis no abrir la puerta!

¡Terminaré creyendo realmente

que soy sólo una bestia!

Decidme cómo he de trataros

y cómo os debo celebrar:

¿Ladrar cual perro, piar cual ave,

barritar, gruñir, aullar…? <<

[238] ¡También ese pánico con las Milicias populares, vaya un timbre de gloria! ¡Mandar a los intelectuales con escopetas del siglo pasado contra tanques modernos! Durante veinte años, estuvieron gritando a los cuatro vientos que estamos «listos», que somos fuertes, pero en su terror animal ante el avance de los alemanes, tuvieron que protegerse en los campos de sabios y artistas, sólo para poder conservar algunos días más su propia nulidad directiva. <<

[239] No puede decirse otro tanto de los réprobos en los países occidentales. Allí, o bien languidecen en reclusión solitaria y no trabajan en absoluto, o bien forman escasos grupos de presidiarios cuyo trabajo no incide en absoluto en la economía del país. <<

[240] Tal vez justamente el eslabón perdido que le falta a la teoría de la evolución. <<

[241] Lo económico que resulta este modo de comunicación nos invita a pensar si no contendrá el germen de la Lengua del Futuro. <<

[242] El viejo solovkiano D. S. L. asegura haber oído, en 1931, a un soldado de la escolta preguntarle a un indígena: «¿Tú qué eres? ¿Un *zeko*?». <<

[243] V. Dahl, *Refranes del pueblo ruso*, Moscú 1957, pág. 257. <<

[244] Paradójicamente, el pueblo ruso posee refranes análogos:

—*Caminando comeremos, de pie dormiremos*,

—*Donde hay rendija hay yacija*. <<

[245] Dicen los rusos: «Con la delantera, saludo, con el costado observo, con el trasero palpo». <<

[246] Compárese con el ruso: «Antes doblarme que romperme». <<

[247] Fenómeno insular de escasa importancia que juzgamos innecesario incluir en el presente tratado. <<

[248] Las islas disponen de un servicio de correos, pero los indígenas prefieren no utilizarlo. <<

[249] Compárese con el ruso: «¿Encontraste? A callar. ¿Perdiste? A callar». A decir verdad, la similitud de esas reglas de conducta nos resulta inexplicable. <<

[250] Carta a Repnina. <<

[251] Los *incendios*, en el sentido literal de la palabra, no conmueve a los *zekos*, que no tienen apego a sus viviendas, y ni siquiera tratan de salvar los edificios en llamas, convencidos de que siempre los repondrán. *Arder*, entre ellos, sólo se emplea referido al destino personal. <<

[252] Hace poco, el camarada Malkov, comandante del Kremlin, desmintió oficialmente esos rumores y contó cómo había fusilado a Kaplan entonces mismo. Y además el fusilamiento lo había presenciado el poeta Damián Bedniy. ¡Y además, la ausencia de Kaplan como testigo en el proceso de los SR en 1922 habría tenido que bastar para convencer a los *zekos*! Pero ellos ni siquiera recuerdan ese proceso. Suponemos que los rumores referentes a la condena a cadena perpetua de F. Kaplan tuvieron su origen en la condena de Berta Gandal a la misma pena. Esa mujer, que no sospechaba absolutamente nada, había llegado de Riga a Moscú el día del atentado, cuando sus hermanos (que habían estado esperando a F. Kaplan en un automóvil) acababan de ser fusilados. Eso fue lo que le valió a B. Gandal la cadena perpetua. <<

[253] Es que tanto amor propio tiene un viejo zapatero remendón medio sordo o un aprendiz de albañil que un celebrado director de teatro, no lo olvidemos. <<

[254] Sólo recientemente cierta Sra. Stalevskaia, del pueblo de Dolgodierevénskoie, provincia de Cheliabinsk, halló la manera:

«¿Por qué no lucharon por la pureza del idioma? ¿Por qué no se dirigieron *organizadamente al educador para solicitar su ayuda*?». Esta excelente idea, lamentablemente, no se nos había ocurrido cuando estábamos en el Archipiélago; de lo contrario, la habríamos sugerido a los *zekos*. <<

[255] *Refranes del pueblo ruso*, Moscú, 1957, pág. 357. <<

[256] Todo lo referente a los perros procede de la novela de Metter, *Murat (Nuevo mundo*, 1960, n.º 6). <<

[257] *Nuevo mundo*, 1964, n.º 8. <<

[258] Que el 1.º de octubre de 1923 ya sumaba en la RSFSR 12 000 hombres, y el 1.º de enero de 1925, 15 000 (Archivo Estatal Central de la Revolución de Octubre, legajo 393, inventario 39, expediente 48, ff. 4 y 13; inventario 54, expediente 141, f. 4). <<

[259] Compendio *De las cárceles*…, pág. 421. <<

[260] Que no siempre se gobierna desde arriba, la Historia la entenderá: es muy frecuente que la capa intermedia de funcionarios determine el NO-desarrollo del Estado, debido a su inercia. <<

[261] Pero eso no extrañaba a nadie: ¿hay algo en nuestro país que no se duplique, empezando por el mismo poder de los soviets? <<

[262] Cuando cayó Beria, en 1953, Mamulov también saltó, pero no por mucho tiempo, ya que al fin y al cabo, pertenecía a la élite dirigente. Volvió a la superficie y se convirtió en uno de los jefes del «Mosstroi», Construcciones Estatales de Moscú. Luego volvieron a hundirlo por tráfico ilegal de pisos. Aún reapareció otra vez. Bueno, y ya va siendo hora de que se retire con una buena jubilación. <<

[263] 6-IX-64. <<

[264] Al decir «escolta» empleamos la palabra común en el Archipiélago: también se decía (y con mayor frecuencia en los ITL) *Vojra* o simplemente *Ojra*. El nombre erudito es «Guardia armada militarizada de la MVD», (Voienizirovannaia Strelkovaia Ojrana MVD), y el servicio de escolta no era más que uno de los tantos de la Vojra, junto con los servicios de «centinela», «de zona», «de cordón» y «divisionario». <<

[265] El soldado Samshel lo sabía, pero la élite de nuestros literatos ¡NO LO SABÍA…! <<

[266] Compendio *De las cárceles*…, pág. 141. <<

[267] Terminó la era estaliniana, soplaron vientos cálidos y gélidos, pero muchos antiguos *zekos* siguen todavía en el mundo concentracionario; no quisieron abandonar sus madrigueras, e hicieron bien. Allí por lo menos son hombres a medias; aquí no serían ni eso. Permanecerán allí hasta su muerte, y sus hijos se aclimatarán como habitantes autóctonos. <<

[268] Si en el puesto de guardia los descubrían, incluso ahí tampoco se daba parte: los guardianes-komsomoles preferían beberse la vodka confiscada. <<

[269] Las grandes ventajas que deparaba trabajar en el mundo concentracionario se notaban también en los *volniashkas* de los campos moscovitas. En 1946 teníamos en la Puerta de Kaluga a dos albañiles libres, un yesero, y un pintor de paredes. Figuraban en la plantilla, pero trabajar, apenas trabajaban, porque la empresa no podía facturarles gran cosa: no había pluses, y cada operación se pagaba por tarifa: enyesar un metro cuadrado valía 32 copecs, y era totalmente imposible valorar el metro en rublo y medio o apuntar tres veces más metros de los que tenía la habitación. Pero nuestros *volniashkas*, en primer lugar, robaban en el campo cemento, aceite de linaza, pintura y vidrio, y en segundo lugar *descansaban* bien durante su jornada de 8 horas, y por la noche y los domingos se dedicaban a su trabajo real, clandestino, por encargos particulares, donde sí cobraban lo debido. Por aquel mismo metro cuadrado de pared, aquel mismo yesero le cobraba a un cliente particular no ya 32 copecs, sino ¡diez rublos, y en una sola noche ganaban doscientos rublos!

Ya lo había dicho Projorov: «El dinero es *de dos pisos*». ¿Qué occidental puede comprender esa noción del «dinero de dos pisos»? Durante la guerra, un tornero ganaba, con los descuentos, 800 rublos al mes, en tanto que en el mercado se pagaba el pan a 140 rublos. Dicho en otros términos, en UN MES no le alcanzaba para SEIS KILOS de pan, o sea, ¡no podía traer para toda su familia ni doscientos gramos diarios! Sin embargo, vivía… Con abierta impudicia, se pagaba a los obreros un salario ficticio, dejándoles que se busquen un «segundo piso». Y los que le pagaban a nuestro yesero una suma fabulosa por una noche, también se conseguían en algún lado «su segundo piso». Con lo cual el sistema socialista triunfaba únicamente en el papel. En realidad, el antiguo sistema seguía bien vivo, y ni los discursos inflamados, ni las persecuciones de los fiscales habían logrado matarlo. <<

[270] Cuando paseen en lancha por el canal, tengan un recuerdo para quienes quedaron allí en el fondo. <<

[271] *Gaceta literaria*, noviembre 1963. <<

[272] *Izvestia*, 14-VII-64. <<

[273] *Nuevo mundo*, 1964, n.º 8, págs. 152-154. <<

[274] Compendio *De las cárceles*…, pág. 437. <<

[275] Averbach, *Del delito al trabajo*, pág. 23. <<

[276] Campos a orillas del río Kudma, en la isla Iagry, en el pueblo de Rikasija. <<

[277] Durante la construcción de esa vía férrea, los detenidos exentos de escolta habían recibido la orden de decir a los mongoles que eran komsomoles voluntarios. Los mongoles los escuchaban y respondían: «¡Llevaos vuestro ferrocarril y devolvednos nuestros carneros!». <<

[1] Su arma fue un pedacito de esmalte que había hecho saltar de una pileta. Lo había escondido en un zapato que estaba colocado al lado de la cama. Kelly dejó caer la manta sobre el zapato, se apoderó del pedacito de esmalte y bajo la manta se cortó la vena de la muñeca. <<

[2] S. Pellico, *Mis prisiones*, 1836. <<

[3] Ibsen, *Un enemigo del pueblo*. <<

[4] *Nuevo mundo, 1964*, n.º 4. <<

[5] Con excepción del desdichado período del Belomorcanal y del Volgocanal. <<

[6] Los revolucionarios de antaño dejaron exhaustiva constancia de ese estado de ánimo. En uno de sus relatos, Serafimovich describe así a los desterrados. El bolchevique Olminski escribe: «Amargura e irritación, son sentimientos tan familiares al detenido, tan propios de su espíritu»… Desahogaba su cólera reprimida sobre los que iban a visitarlo. Escribe que había perdido todo amor al trabajo. Ahora bien, en su mayoría, los revolucionarios rusos no conocieron ni purgaron *auténticas* (largas) condenas. <<

[7] También estima Shalamov como signo de opresión y depravación el que «durante largos años el hombre viva en el campo dominado por una voluntad y una mente que no son las suyas». Pero yo, ese signo lo bajo a nota: en primer lugar, porque lo mismo se puede decir de numerosas personas en libertad (si hacemos abstracción de la posibilidad de tomar opciones de poca monta, que también tienen los reclusos), y en segundo lugar, porque el temperamento obligadamente fatalista que desarrolla en el indígena del Archipiélago la ignorancia de su futuro y la imposibilidad de influir en él, más bien lo ennoblece, lo libera de la vana agitación. <<

[8] ¡Qué interesante puede llegar a hacerse un hombre en la cárcel! Conozco a personas aburridas y tristonas desde que las soltaron en libertad mientras que en la cárcel no se cansaba uno de oírlas hablar. <<

[9] P. Iakubovich: «Casi todos los presidiarios se odian mutuamente». Y eso que entonces no había lucha por la supervivencia. <<

[10] Desgraciadamente, decidió no desmentirla… Como por tozudez, reanudó esta discusión… El 23 de febrero de 1972, en la *Gaceta literaria*, se retractó de su obra (me pregunto por qué, cuando ya habían pasado todas las amenazas): «Los problemas planteados en los *Relatos de Kolyma*, hace tiempo que no son ya de actualidad». Esa retractación estaba encuadrada en negro, y así nos enteramos todos de que había muerto Shalamov (nota de 1972).

(También circula el insistente rumor de que este artículo, que Shalamov siempre se había negado a firmar en vida, *lo firmaron por él* después de muerto y ¡que reclame desde el otro barrio! —*Nota del traductor*). <<

[11] Por lo demás, a los Cincuenta y Ochos, tampoco intentaron nunca enmendarlos, es decir, para no volverlos a encerrar. Ya tuvimos ocasión de citar declaraciones de nuestros criminólogos en que esto quedaba bien patente. A los Cincuenta y Ochos se pretendía exterminarlos por el trabajo. Y el que sobreviviéramos ya era iniciativa nuestra. <<

[12] Y otras formas menos conocidas, como la exclusión del partido, el despido y el envío a un campo como trabajador libre. Así fue desterrado, en 1938, Stepan Grigorievich Onchul. Naturalmente, esa gente era considerada poco segura. Durante la guerra, Onchul fue movilizado a un batallón de trabajo, donde murió. <<

[13] Carta del 16-VIII-29, Departamento de manuscritos de la Biblioteca Lenin, legajo 410, colección 5, documento 24. <<

[14] Tenemos testimonio de un heroico caso de firmeza colectiva, pero necesitaría ser corroborado: en el año treinta, varios centenares de cadetes de una academia militar de Ucrania llegaron a las Solovki en formación (no aceptaron escolta) por haberse negado a aplastar unos disturbios campesinos. <<

[15] Y cuando, veinte años más tarde, Markin fue rehabilitado, Soloviev se negó a cederle aunque sólo fuera *la mitad* de sus emolumentos, *Izvestia*, 15-XI-63. <<

[16] *Pravda*, 20-V-38. <<

[17] ¡Y en el momento en que ese presidio existía! ¡El libro era sobre el presidio *actual*, y no el que «jamás habrá de repetirse»! <<

[18] Una historia idéntica cuenta V. I. Zhukov, de la ciudad de Kovrov: lo echaron su mujer («¡fuera de aquí, o te hago meter en la cárcel otra vez!») y su nuera («¡fuera, presidiario!»). <<

[19] A veces algunos campos sin derecho a correspondencia existieron realmente: no sólo las fábricas atómicas de los años 1945-1949, sino que, por ejemplo, el *lagpunkt* n.º 29 del Kraslag, a partir de 1938 no tuvo correspondencia durante dieciocho meses. <<

[20] Ni siquiera tuvo valor para proteger a Langovoy, su ayudante más próximo, del arresto y la tortura. <<

[21] *Gaceta literaria*, 27-VIII-63. <<

[22] ¿Y si en la actualidad se le ocurriera a una alumna discutir así en la clase de fundamentos de marxismo? <<

[23] No hay aquí nada nuevo para quien haya leído los discursos de Krylenko, 1.ª parte, capítulo VIII. <<

[24] En cuanto a Losev, fue fusilado en Crimea en 1920 por pillaje y violaciones. <<

[25] No, al terminarlo un año después. <<

[1] El presidio zarista, según testimonio de Chéjov, era mucho menos ingenioso. En la cárcel de Alexándrovsk (Sajalín), los presidiarios no sólo podían salir a cualquier hora al patio y al retrete (zambullos, allí, ni siquiera tenían), sino todo el día ¡a la ciudad! De modo que el sentido auténtico del término «presidio» —que los galeotes estuvieran encadenados a los remos— lo entendió sólo Stalin. <<

[2] En tiempos de Chéjov, en todo Sajalín, entre todos sus grandes presidios, los presidiarios eran —¿cuántos se figura usted?— 5905 personas, bastaban seis letras. Casi tan grande era nuestro Ekibastuz, y Spassk muchísimo mayor. Sólo el nombra ya da miedo —«Sajalín»—, pero en realidad, ¡sólo es una sección de *lager*! Solamente en el Steplag había doce como ésta, y como el Steplag, diez campos. Cuenten cuántos Sajalines. <<

[3] En Sajalín, *trabajos* forzados para mujeres simplemente no había (Chéjov). <<

[4] Para ser justos, no olvidemos que a partir de 1946, a éstos a veces les revisaban la condena, y les cambiaban 20 años de KTR (trabajos forzados en presidio) por 10 de ITL (Campos de Reeducación por el Trabajo, es decir, campos de concentración ordinarios). <<

[5] No habían pasado con nosotros los años Treinta, y desde lejos, desde Europa, les fue fácil entusiasmarse con «la magna hazaña patriótica del pueblo ruso» y pasar por alto veinte años de genocidio interno. <<

[6] Krylenko, *En cinco años*, pág. 337. <<

[7] Precisamente desde los años treinta la clase obrera se volvió el grueso de nuestra pequeña burguesía, se incluyó en ella por entero. <<

[8] Compárese con 1921: Campos de Destino Especial. <<

[9] URCH: Sección de Administración y Contabilidad. <<

[10] Organización de Nacionalistas Ucranianos. <<

[11] El que en las distintas regiones de Ucrania sea distinta la proporción de los que se sienten rusos, o ucranianos, o ni una cosa ni otra, originará muchas complicaciones. Tal vez para cada provincia se necesite un plebiscito aparte, y luego auxilios y facilidades a todos los que deseen trasladarse. No toda Ucrania en sus actuales fronteras formales soviéticas es realmente Ucrania. Algunas regiones de la orilla izquierda del Dniéper tienden indiscutiblemente hacia Rusia. <<

[12] Dicen que la estadística francesa ha mostrado que entre la I y II guerras mundiales, la criminalidad más baja entre los grupos nacionales la tuvieron los emigrados rusos. Al contrario, después de la Segunda Guerra Mundial, la criminalidad más alta entre los grupos nacionales la tuvieron otra vez los rusos: ciudadanos soviéticos venidos a parar a Francia. <<

[13] La seguiré llamando BUR, como decíamos entonces, por costumbre de los ITL, aunque aquí ya no fuera del todo cierto: era precisamente una cárcel dentro del campo. <<

[14] Todo Ekibastuz me lo pasé bajo el número U-232, pero en los ultiméis meses me mandaron cambiarlo por U-262. Estos números los saqué secretamente de Ekibastuz, los sigo conservando hoy. <<

[15] Doroshévich *se asombró* en Sajalín de que los detenidos se quitasen el gorro ante el jefe de la prisión. En cambio nosotros estábamos obligados a quitárnoslo al encontrarnos con cada guardián raso. <<

[16] En Spassk en 1949, sin embargo, algo crujió. Llamaron a los jefes de equipo al «puesto de mando» y les ordenaron entregar las estacas. Se les propuso que en adelante se las arreglaran sin ellas. <<

[17] Este doctor Kolésnikov era de los «expertos» que poco antes habían firmado las mendaces conclusiones de la comisión de Katyn (o sea, que a los oficiales polacos no los matamos nosotros). Por lo que fue enchiquerado aquí por la vengadora Providencia. ¿Y por qué por el poder? Para que no se fuera de la lengua. El moro ya se había vuelto inútil. <<

[18] Según la ley de 1886, los trabajos perjudiciales para la salud no se autorizaban *siquiera por elección* de los propios detenidos. <<

[19] Preveo la inquietud del lector y me apresuro a asegurarle: todos estos Chéchev, y Mishin, y Vorobiov, y el celador Nóvgorodov, viven bien; Chéchev, en Karaganda, de general retirado. Nadie de ellos ha sido procesado ni lo será. ¿Y por qué procesarlos? Si *sólo cumplían órdenes*. ¿Cómo vamos a compararlos con los nazis, que sólo cumplían órdenes? Y si algo hacían *de más* de las órdenes, ¿no ven que era por pureza ideológica, con toda buena fe, simplemente por ignorar que Beria, «fiel compañero de armas del gran Stalin», era también un agente del imperialismo internacional? <<

[20] Por cierto, Karakózov tenía un hermano. ¡Hermano del que disparó contra el zar!, imagínenselo en nuestras condiciones. Lo castigaron así: «le fue ordenado llamarse en adelante Vladímirov». Y no experimentó la menor limitación ni en sus bienes, ni en su residencia. <<

[21] *León Tolstoi en las memorias de sus contemporáneos*, 1955, t. 1, pág. 180. <<

[22] Por cierto, durante la instrucción de la causa se averiguó que Ana Uliánova había recibido de Vilno un telegrama en clave: «hermana gravemente enferma», lo cual quería decir «han salido las armas». Ana no se asombró, aunque en Vilno no tenía ninguna hermana, sino por lo que fuera entregó este telegrama a Alejandro. Está claro que es cómplice, aquí le clavarían cuando menos *dos duros*. Pero Ana ¡ni siquiera fue acusada! En la misma causa quedó establecido que otra Ana (Serdiukova), maestra en Ekaterinodar, sabía a ciencia cierta del atentado contra el zar que se preparaba, y calló. ¿Qué le habrían hecho aquí? ¡Fusilarla! ¿Y le dieron? Dos años… <<

[23] Por cierto, políticos en Sajalín sí hubo. Pero ¿cómo es que no estuvo allí ni un bolchevique mínimamente notorio (ni menchevique tampoco)? <<

[24] A ver, figúreselo: ¡la Gran Enciclopedia Soviética publica un artículo de un emigrado sobre Berdiaeff! <<

[25] La liberó del presidio la revolución de Febrero. En cambio a partir de 1918 M. Spiridónova fue detenida por la Checa varias veces. Pasó durante muchos años el Gran Solitario de los socialistas, estuvo confinada en Samarcanda, Tashkent, Ufá. Luego se le pierde la pista en alguno de los aisladores políticos, en algún sitio fue fusilada. <<

[26] Cito por el libro de V. L. Andréyev *Infancia*. <<

[27] Aquí y en adelante cito por su autobiografía en la enciclopedia *Granat*, t. 41, 18 parte, págs. 237-245. <<

[28] *Camarada gobernador, Noviy Mir*, 1966, n.º 2. <<

[29] Traigo este ejemplo a colación por lo de los familiares inocentes. El propio Tujachevski está entrando ahora aquí en un nuevo culto, que no pienso apoyar. Recogió lo que había sembrado, al dirigir la represión de Kronstadt y del levantamiento campesino de Tambov. <<

[30] *Tolstoi en las memorias de sus contemporáneos*, 1955, t. 2, pág. 232. <<

[31] Revista *Byloie*, n.º 2/14, febrero de 1907. <<

[32] Aquel mismo artículo de *Byloie*, pág. 45, no niega estos hechos. <<

[33] *Byloie*, 2/14, pág. 82. <<

[34] También declaró con toda certeza que en cuanto a expediciones punitivas sin tribunales (represión de los campesinos en 1918-19, Tambov 1921, Kubán y Kazajstán 1930), nuestra época superó con mucho la envergadura y la técnica de las represiones zaristas. <<

[35] Respuesta de V. Iermílov a I. Ehrenburg. <<

[36] Por cierto, puntualizaciones significativas (E. N. Koválskaya, *Presidio de mujeres*, biblioteca histórico-revolucionaria, Gosisdat, 1920, págs. 8-9; G. P. Osmolovski, *La tragedia de Kariysk*, Moscú, 1920): Segueda había golpeado y escupido al oficial completamente sin motivo, por «el ambiente clínico-nervioso» que reinaba entre los presidiarios. Tras ello el oficial de gendarmes (Masiúkov) *solicitó a un presidiario político* (Osmolovski) *que lo sometiera a encuesta*. El director del presidio (Bobrovski) ¡*murió arrepentido*, sin aceptar siquiera los auxilios de un sacerdote! (Carceleros tan escrupulosos, ¡ya los querríamos para nosotros!). A Segueda la azotaron vestida, y a Koválskaya la cambiaron de ropa mujeres, y no en presencia de hombres, como había corrido el rumor. <<

[37] Revista *Byloie*, n.º 2/24, 1917, carta de L. A. Ratáyev a N. P. Zúyev. Sigue hablando de las condiciones en Rusia, *en libertad*: «Agentes secretos y detectives profesionales no existían en ningún sitio (salvo las capitales. —A. S.), la observación era efectuada, en último caso, por suboficiales de gendarmes disfrazados, los cuales, al vestirse de paisano, a veces olvidaban quitarse las espuelas… En estas condiciones, le bastaba a un revolucionario con trasladar sus actividades fuera de las capitales para que… (sus actos) constituyeran para el departamento de Policía un impenetrable secreto. De tal modo se formaban auténticos nidos revolucionarios y semilleros de propagandistas y agitadores»…

Nuestros lectores entenderán fácilmente cuánto se diferenciaba esta del régimen soviético. Iegor Sazónov, disfrazado de cochero, se pasó un día entero *ante el portal del departamento de Policía* (!!), esperando matar al ministro Plehve, ¡y nadie se fijó en él, nadie le preguntó nada! Kaliáyev, todavía inexperto, tenso, se pasó *un día* ante la casa de Plehve en la Fontanka, seguro de que la detendrían, ¡y no lo tocaron…! ¡Ay, qué tiempos aquellos…! *Así* una revolución la hace cualquiera. <<

[38] ¡Todo es según el cristal! Escriben, por ejemplo, de Vasili Kúrochkin, que 9 años de su vida, tras el cierre de la revista *Iskra*, fueron para él «años de auténtica agonía»: ¡se había quedado SIN ÓRGANO DE PRENSA PROPIO! En cambio nosotros, que en un órgano de Prensa PROPIO no nos atrevíamos ni a soñar, nos asombramos hasta el pasmo: si tenía una habitación, silencio, una mesa, tinta, papel, y no había registros, y nadie le quitaba lo escrito, ¿por qué tanta agonía? <<

[39] Un caso de semejante labor «literaria» nos lo describe Diákov: Dmitrievski y Chetveríkov exponen a la superioridad el tema de la novela que han pensado y reciben su aprobación. ¡El comisario cuida de que no los manden a los *generales*! Luego los sacan de la zona *en secreto* («para que no los hagan pedazos los benderistas»), allí continúan. También es poesía bajo una losa. ¿Y dónde está hoy aquella novela? <<

[40] *El banquete de los vencedores*. <<

[41] Su persecución en tiempos de Kruschev remitió sólo en cuanto a duración de las condenas, no en su esencia (cfr. parte VII). <<

[42] Por cierto, pronto morirá como un simple mortal de un simple ataque al corazón. <<

[43] Desde entonces han pasado muchos años, Rappoport ha abandonado su tratado y utilizo su permiso. <<

[44] Y ¿que no es peligroso leer en los Campos Especiales? Alexandr Slótik, economista en la sección de Dzhezkazgán, leía a hurtadillas por las noches una adaptación de *Los tábanos*. Con todo, lo denunciaron. Vino al registro el propio jefe de la sección con una jauría de oficiales: «¿Estás esperando a los americanos?». Lo obligaron a leer en inglés en voz alta. «¿Cuántos años de condena te quedan?». «Dos años». «¡Serán veinte!». Además le encontraron versos: «¿Te interesa el amor…? ¡Metedlo en un sitio que se le olvide hasta el ruso, no sólo el inglés!». (Los enchufados-esclavos, encima, reconvenían a Slótik: «¡Nos complicas a nosotros también! ¡A que nos echan a todos!»). <<

[45] Y cuando después de la muerte de Stalin Janos fue rehabilitado, parece ser que le tentaba la curiosidad de pedir una copia de la sentencia en húngaro, a ver *por qué* estuvo 9 años preso. Pero no se atrevió: «Aún pensarán ¿para qué lo necesito? Y yo realmente tampoco ya lo necesito mucho»… Entendió *nuestra* mentalidad: y ciertamente, ¿para qué quería saber ahora…? <<

[46] Que me expliquen: esta conducta, ¿en qué ideología encaja? (Compárese con la enfermería comunista según Diákov: «¿Qué, te duelen los dientecitos, cara de benderista?»). <<

[47] Oí decir más de una vez a los extranjeros que entre todos los poetas rusos, preferían a Lérmontov. A pesar de todo Pushkin, decían, pudo escribir *A los calumniadores de Rusia*. En cambio Lérmontov no sirvió a la autocracia ni con un dedo. <<

[48] A todos los húngaros los soltaron a casa tras la muerte de Stalin, y Janos se libró del destino de Mtsyri, al cual estaba ya plenamente dispuesto.

Han pasado doce años, entre ellos el 1956. Janos es administrativo en la pequeña ciudad de Nagykanizsa, donde nadie sabe ruso ni lee libros rusos. ¿Y qué me escribe ahora?

«Ya después de todos los acontecimientos afirmo sinceramente que no devolvería el pasado mío. He sabido cruelmente lo que para otros es escondido… Al liberarme prometí a los compañeros quedantes que el pueblo ruso no lo olvidaría nunca, y no por los sufrimientos padecientes, pero por el buen corazón… ¿Por qué en los periódicos sigo con interés las noticias de mi antigua "patria"…? Obras de los clásicos rusos hay un estante lleno en mi biblioteca y en ruso cuarenta y un tomos, en ucraniano cuatro (Shevchenko)… Otros leen de los rusos como de los ingleses, de los alemanes, pero yo leo los rusos de otro modo. Para mí Tolstoi está más cerca que Thomas Mann, y Lérmontov mucho más que Goethe».

»Tú no adivinarás cómo añoro mudamente muchas cosas. A veces me preguntan: ¡qué extravagante eres! ¿Tú qué has visto allí de bueno, por qué te atraen tanto los rusos…? Cómo explicar que allí pasó toda mi juventud, y la vida es un eterno despedirse de los días que escapan… Cómo pues apartarme como chiquillo ofendido, si nueve años mi suerte coincidió con los vuestros. ¿Cómo explicar por qué se estremece mi corazón, cuando oigo por radio una canción popular rusa? Cantaré yo mismo a media voz *Corre la troika briosa*… y entran tantas ganas de llorar, que seguir cantando no tengo fuerza. Y los niños piden enseñarles ruso. Esperad niños, ¿para quién guardo yo libros rusos…?». <<

[49] ¡Libertad! —¡Lograrlo o morir! <<

[50] En noviembre de 1951 Vorobiov escapa otra vez del objetivo de trabajo en un camión volquete, 6 personas. Unos días después, los atrapan. Parece ser que en 1953 Vorobiov fue uno de los *amotinados* centrales cuando el alzamiento de Norilsk, luego fue encerrado en la «central» de Alexandrovsk.

Probablemente, la vida de este hombre excepcional, empezando por su juventud antes de la guerra y sus hazañas como partisano, nos haría entender muchas cosas sobre su época. <<

[51] ¡Una casualidad! ¡Una casualidad, como aquel furgón celular que se cruzó! ¡Una casualidad imposible de prever! A cada paso nos acechan en la vida casualidades favorables y adversas. Pero sólo en una evasión, pero sólo en la cresta del riesgo nos percatamos plenamente de su peso. Por pura *casualidad* a los tres o cuatro minutos de salir Tenno y Zhdanok hay un apagón en la zona, y sólo por eso desde los miradores empiezan a echar cohetes, que aquel año aún había en cantidad en Ekibastuz. Si los fugitivos hubieran tardado cinco minutos más, los centinelas alertados habrían podido notarlos y matarlos. Si los fugitivos hubiesen podido, bajo el cielo iluminado de brillantes colores, calmarse, examinar tranquilamente la zona y ver que se habían apagado los faroles y reflectores de la zona, se habrían tranquilamente encaminado por el camión, y toda su fuga hubiera tomado un cariz muy distinto. Pero en su situación —acabados de pasar y de pronto cohetes sobre la zona— no podía ni dudarse de que era por ellos, por sus cabezas.

Un corto fallo en la red de alumbrado, y toda su fuga resultó trastocada y estropeada. <<

[52] En realidad pasó lo siguiente: a la mañana unos operarios se encontraron dos zamarras frías, que obviamente habían pasado ahí la noche. Les arrancaron los números y se las *apañaron* para ellos: una zamarra ¡vale mucho! De modo que los guardianes ni llegaron a verlas. Y los alambres cortados sólo los descubrieron el lunes por la noche. Y justamente por el fichero estuvieron todo el día intentando averiguar quién se había fugado. ¡Incluso esa mañana podrían los fugitivos caminar o parar un camión abiertamente! Todo por no haberse fijado por qué eran los cohetes.

En cambio cuando en el campo se fue aclarando gradualmente el cuadro de la fuga del domingo por la noche, recordamos que se había apagado la luz y exclamábamos: «¡Qué fieras! ¡Qué espabilados! ¿Corto se las habrán hecho para apagar las luces?». Y todos estarán mucho tiempo convencidos de que el apagón les ayudó. <<

[53] Hay muchos por el Kazajstán desde los años 30 a 33. Primero pasó por aquí Budionny con su caballería (hasta hoy en todo el Kazajstán no hay ni un solo koljós que lleve su nombre, ni un solo retrato suyo), luego el hambre. <<

[54] ¿No es así como nuestros opresores, al destruirnos, encima nos odian? <<

[55] Y a todo esto, Tenno es hemofílico. Afrontó todos los riesgos de una fuga cuando un solo rasguño podía costarle la vida. <<

[56] Antes de que el lector tuviera este libro en las manos, Gueorgui Pávlovich Tenno, atleta e incluso teórico del atletismo, murió el 22 de octubre de 1967 de un cáncer repentino. Su vida en cama apenas le dio para leer estos capítulos y con dedos ya torpes corregirlos. ¡No era así como prometía a sus amigos su muerte! Como entonces, planeando una fuga, se encendía con la idea de morir matando. Decía que al morir, se tenía que *llevar por delante* a una docena de asesinos, el primero a *Vidchik Dentudo (Molotov)*, y además también a Jvat (juez de instrucción en el caso Vavílov). No es matar, es ejecutar, ya que la ley estatal protege a los asesinos. «Después de tus primeros disparos tu vida ya está pagada —dice Tenno— y vas dando alegremente *de propina*». Pero lo alcanzó la enfermedad repentinamente, sin darle tiempo a buscar un arma y quitándole instantáneamente las fuerzas. Ya enfermo, Tenno estuvo llevando mis cartas al congreso de escritores para tirarlas en distintos buzones de Moscú. Quiso ser enterrado en Estonia. El pastor también era un exdetenido, de los campos hitlerianos y estalinianos.

En cambio Molotov se quedó plácidamente a hojear periódicos viejos y a escribir sus memorias de verdugo, y Jvat, a gastarse tranquilamente su pensión en la casa número 41 de la calle Gorki. <<

[57] Mi compañero de sala en el sanatorio oncológico de Tashkent, un uzbeko de las tropas de escolta, me contaba esta evasión, por el contrario, como realizada con éxito, admirándose involuntariamente. <<

[58] Cfr. capítulo 10. <<

[59] Lo cual no quiere decir que vayan a procesarlos. Es importante comprobar si están contentos con sus retiros y chalés. <<

[60] A propósito, ¿nos percatamos plenamente de ese siniestro silbido «ss» en nuestra vida, ora en unos siglos, ora en otros, empezando por KPSS (PCUS)? Ahora resulta que también el reglamento era «ss» (como todo lo muy secreto también es «ss», *soverskenno seksetno*). O sea, que por tanto sus redactores entendían perfectamente su bajeza —entendían y redactaban— ¡y en qué año: recién rechazados los alemanes de Stalingrado! Otro fruto de la victoria del pueblo. <<

[61] Aunque ya hace tiempo que estamos curados de espanto, con todo a veces se asombra uno: han detenido al segundo marido de tu esposa abandonada, ¿y por eso has de renegar de tu hijo de cuatro años? Y eso ¿para un comandante de brigada de la Checa? <<

[62] No insisto en haber expuesto estos levantamientos con exactitud. Estaré reconocido a quien me corrija. <<

[63] No escondo su apellido, lo he olvidado. <<

[64] Aquí hay que hacer una salvedad. No todo era tan limpio y tan hermoso como parece ahora, al trazar las líneas maestras del movimiento. Había grupos rivales, de «moderados» y «extremistas». Se metieron, por supuesto, también simpatías y antipatías personales, y el juego de vanidades en los aspirantes a «caudillos». Los jóvenes toritos «comandos» distaban mucho de tener una amplia perspectiva política, algunos tendían a reclamar por su «trabajo» una alimentación extra; con tal fin podían amenazar directamente al cocinero de la enfermería, es decir, exigir que les dieran de más por cuenta de la ración de los enfermos, y al negarse el cocinero, matarlo sin ningún tribunal de honor: la costumbre ya está tomada, las máscaras y los cuchillos están aquí a mano. En una palabra, el núcleo sano también empezó enseguida a agusanarse, servidumbre eterna, consabida, inevitable de todos los movimientos revolucionarios.

Otra vez fue simplemente un error: un astuto soplón convenció a un ingenuo operario de que cambiaran de tarima, y al obrero lo mataron al amanecer.

Pero a pesar de estas desviaciones, la dirección de conjunto se mantuvo muy neta, no había error. El efecto que se obtuvo fue justo el que se pretendía. <<

[65] La «guerra de perras» sería merecedora de un capítulo aparte en este libro, pero para ello tendría que buscar muchos materiales más. Remitamos al lector a la investigación de Varlám Shalámov, *Estudios del mundo del hampa*, aunque también es incompleta.

En pocas palabras. La «guerra de perras» estalló aproximadamente por 1949 (sin contar constantes casos aislados de ajustes de cuentas entre ladrones —*«de ley», que sólo reconocían la ley del hampa [N. del T]*).— y «perras» —*criminales que aceptaban colaborar con las autoridades penitenciarias (N. del T).*—. En 1951, 1952, estaba en su apogeo. El mundo del hampa se había escindido en numerosas obediencias: aparte de los propiamente ladrones y perras, había también los ilimitados («ladrones sin límite»); los «majnovistas»; los «cabezones»; los pivovarovistas; los «caperucita roja»; los «pelotudos»; los doblapicos, y aún me faltan.

Para aquel momento la Superioridad del GULAG, de vuelta ya de las infalibles teorías sobre la reeducación de los hampones, decidió, por lo visto, librarse de esta carga jugando con sus divisiones, apoyando ora uno, ora a otro de sus clanes, y gracias a sus cuchillos, desangrando a los demás. Las matanzas transcurrían abierta, masivamente.

Luego los asesinos del hampa se adaptaron: o no mataban ello en persona, o habiendo matado ellos, obligaban a cargar con la culpa a otro. Así, jóvenes comunes o exsoldados y oficiales, bajo amenaza de ser muertos a su vez, se confesaban culpables de un asesinato cometido por otro, recibían 25 años por el artículo 59-3 (bandidismo) y siguen presos hasta hoy. En cambio los gangsters-jefes de banda salieron limpitos con la amnistía «Vorochilov» de 1953 (pero no perdamos la esperanza: desde entonces regresaron a chirona más de una vez).

Cuando en nuestros periódicos volvió la moda sentimentaloide de los relatos de delincuentes *reformados*, se abrió camino hasta las columnas de la Prensa alguna información —naturalmente, de lo más falso y confuso— sobre matanzas en los campos de concentración, y al hacerlo se confundió adrede (para sustraerla a la mirada de la historia) a la «guerra de perras» con la «rajaduría» de los Campos Especiales y con asesinatos de cualquier especie indeterminada. El tema de los campos de concentración interesa a todo el pueblo, los artículos de esa clase se leen con avidez, pero en ellos no hay forma de entender nada (para eso se escriben). Por ejemplo, un tal periodista Gálich ha publicado en julio de 1959 en *Izvestia*, una sospechosa novela «documental» sobre cierto Kosyj, quien, según se nos cuenta, enterneció al Soviet Supremo con una carta de 80 páginas mecanografiadas (1. ¿De

dónde había sacado la máquina? ¿Prestada por el comisario? 2. A ver quién se iba a leer 80 páginas, allí tras una ya están bostezando). Este Kosyj tenía 25 años, segunda condena por crimen en el campo. ¿Qué clase de crimen? En eso Gálich —rasgo característico del periodista soviético— enseguida pierde la claridad e inteligibilidad de la palabra. Imposible entender si Kosyj ha cometido un asesinato «de perra» o el asesinato político de un delator. Pero esto es justamente lo característico, que ahora, en una perspectiva histórica, todo se echa al mismo saco y se intitula bandidismo. Ésta es la explicación científica que le da nuestra Prensa central: «Los sicarios de Beria (¡cárgaselo todo al muerto, el muerto arrambla con todo!) actuaban entonces (¿y *antes*? ¿y *ahora*?) en los campos de concentración. La severidad de la ley era entonces adulterada por actos ilegales (¿cómo? ¿A pesar del reglamento unitario? ¿Quién se habría atrevido?) de los propios encargados de hacerla cumplir. *Fomentaban por todos los medios* (el subrayado es mío. Eso sí es verdad. —A. S). entre distintos grupos de reclusos. (El usar soplones también cabe en esta fórmula)… Un odio salvaje, despiadado, artificialmente atizado».

Detener los asesinatos en los campos con sentencias de 25 años, que los culpables ya tenían de antes, resultó, naturalmente, imposible. Y en 1961 salió un decreto con la pena de fusilamiento por homicidio en los campos de concentración —entre otros por el asesinato de un delator, claro está—. Este decreto de Kruschev fue lo que les faltó a los Campos Especiales de Stalin. <<

[66] Al final lo acabaron abriendo en canal, pero ya no fuimos nosotros sino los criminales, que nos relevaron en Ekibastuz en 1954. Era fiero, pero también valiente, eso no se le puede quitar. <<

[67] Por cierto, casi desde aquellos años los calendarios dejaron de señalar el domingo sangriento, como un caso, en el fondo, de lo más corriente, sin nada digno de ser recordado. <<

[68] Entre los que siguen el camino de la violencia, probablemente, es inevitable. Pienso que los salteadores de Kamo, al entregar el dinero robado de los Bancos a la caja del partido, no se dejarían sus propios bolsillos vacíos. ¿Y que su cabecilla Koba —apodo que utilizaba Stalin en la época zarista *(N. del T).*— se quedara sin dinero para vino? Cuando en la época del comunismo de guerra —entre 1917 y 1921 *(N. del T).*— en toda la Rusia Soviética se prohibió el consumo de vino, bien tuvo él en el Kremlin una bodega para sí, sin mucho apurarse. <<

[69] Como ha notado Kliuchevski, *al día siguiente* de la liberación de la nobleza (Decreto de privilegios de 18 de febrero de 1762 —*que la eximía del servicio obligatorio al Zar [N. del T]).*— liberaron también a los campesinos (19 de febrero de 1861), ¡sólo que 99 años después! <<

[70] Según otros relatos, asimismo lo colgaron en un letrero: «¡A nosotros, libertad, a la Patria, carbón!». Es que «a nosotros, libertad» ya es sedicioso, se apresuran a añadir excusándose: «a la patria, carbón». <<

[71] Por lo visto, la administración concentracionaria también precipitó así los acontecimientos en otros sitios, por ejemplo en Norilsk. <<

[72] La palabra «bartola» se incorporó sólidamente al vocabulario oficial a raíz de los acontecimientos de Berlín en junio de 1953. Si la gente sencilla en alguna Bélgica lucha por un aumento de sueldo, se lo llama «legítima ira popular», y si la gente sencilla de aquí lucha por pan negro, es «bartola». <<

[73] El coronel Chéchev, por ejemplo, no resistió esos problemazos. Tras los sucesos de febrero se retiró, luego le perdemos el rastro hasta encontrarlo con una pensión personal —*es decir, no «laboral», sino otorgada como recompensa «a título personal», como también se otorgan coches, chalets, etc. (N. del T).*— en Karaganda. No sabemos lo que tardó en dejar el Ozerlag su jefe, el coronel Ievstigñéyev. «Magnífico jefe… compañero modesto», lo hicieron subdirector de la Central Hidroeléctrica de Bratsk (en Ievtuchenko no sale) —*esta central se considera «magna realización del socialismo», y el conocido poeta Ievtuchenko le dedicó un poema superoficialista*, La Central de Bratsk *al que se alude aquí; es como si en su día hubieran obligado a Vicente Aleixandre a componer una oda al Plan Badajoz. (N. del T).* <<

[74] Lo anota Makéyev, hostil al levantamiento. <<

[75] Después del motín, los amos tuvieron la desvergüenza de hacerles un examen médico a todas las mujeres. Y al descubrir a muchas vírgenes, se asombraron: ¿cómo? ¿Y qué hacíais? ¡Tantos días juntos!

Enjuiciaban lo ocurrido según su propio nivel. <<

[76] Cuando ya había terminado todo, y condujeron a la columna de mujeres al trabajo cruzando el poblado, se reunieron mujeres rusas casadas a lo largo de la calle y les gritaban: «¡Zorronas! ¡P… tas! ¿Conque queríais…?» y cosas más expresivas todavía. Al día siguiente se repitió la escena, pero las zekas habían salido de la zona con piedras y ahora tiraron una lluvia de ellas en respuesta a los insultos. La escolta reía a carcajadas. <<

[77] III parte, capítulo 22. <<

[78] Los ucranianos de Kenguir declararon esta fecha día de luto. <<

[79] Dicen que la idea de las brechas vino a Norilsk: allí también las abrieron para que salieran los que flaqueasen, para hacer entrar por ellas a los criminales y por ellas también lanzar a las tropas bajo pretexto de poner orden. <<

[80] Estas fotos deben estar aún hoy pegadas en algún informe policial. Y tal vez a alguien le falte la eficiencia de destruirlas de cara al futuro… <<

[81] Incluso diez años después de tanta vergüenza, que en sus memorias, probablemente acometidas para justificarse más que por otra cosa, escribe que casualmente se asomó detrás del puesto de guardia, y allí se le echaron encima y le ataron las manos… <<

[82] ¿O quizás había llegado realmente? ¿No sería *él* quien dio la orden? <<

[83] Sólo se escondieron de la Historia. ¿Quiénes eran esos invictos caudillos? ¿Por qué el país no aclamó su gloriosa victoria de Kenguir? <<

[84] En uno de los tanques iba, borracha, Naguibina, médico del campo. No para prestar auxilio, sino por curiosidad, para verlo mejor. <<

[85] ¡Eh, «Tribunal de Crímenes de Guerra» de Bertrand Russell y Jean-Paul Sartre! ¡Eh, filósofos! ¡Mirad qué ocasión! ¿Por qué no os reunís? Nada, no me oyen… <<

[86] El nueve de enero de 1905 hubo cerca de 100 muertos. En 1912, en el célebre tiroteo de las minas de oro del Lena, que conmovió a toda Rusia, hubo 270 muertos, 250 heridos. <<

[1] Todos estos datos están tomados del tomo XVI (*Siberia Oriental*) de la célebre obra *Rusia* de Semiónov-Tian-Shanski. No sólo el propio famoso geógrafo, sino también sus hermanos fueron perseverantes y abnegados liberales, que contribuyeron mucho al despertar de la idea de libertad en nuestro país. Con la revolución toda su familia fue aniquilada, uno de los hermanos fue fusilado en su acogedora casa de campo en el río Ránov, ella misma fue quemada, su gran parque saqueado, sus calles de tilos y álamos derribadas. <<

[2] P. F. lakubovich, *En el mundo de los proscritos*. <<

[3] Tahn-Bogoraz, V. I. Jochelson, L. I. Sternberg. <<

[4] Por su ingenuidad jurídica, o mejor dicho, por el espíritu de aquel tiempo, Chejov no se proveyó para ir a Sajalín de ninguna comisión de servicios, de ningún papel oficial. ¡Sin embargo se le dejó realizar su idea de una estadística de desterrados-presidiarios e incluso tuvo acceso a los documentos de la cárcel! (¡Compárese con aquí! ¡Váyase a revisar un nido de campos de concentración sin una orden del NKVD! Únicamente no lo dejaron entrevistarse con los políticos. <<

[5] Félix Cohn, *En cincuenta años*, tomo 2, *La Colonia*. <<

[6] Este revolucionario, cuyo nombre se dio a las calles del Correo de muchas ciudades rusas, carecía, por lo visto, hasta tal punto del hábito de *trabajar*, que en su primer «sábado comunista» se le formó un callo, del que… murió. <<

[7] Tujachevski, *La lucha con las rebeliones contrarrevolucionarias*, revista *Voyná y revoliutsia* («La guerra y la revolución»), 1926, n.º 7-8, pág. 10. <<

[8] *SU RSFSR* («Boletín Oficial de la RSFSR»), 1922, n.º 65, página 844. <<

[9] F. Cohn, loc. cit. <<

[10] Lepeshinski, *Años de crisis*. <<

[11] Archivo Estatal Central de la Revolución de Octubre y Edificación del Socialismo, fondo 4042, inventario 38, legajo 8, folios 34-35. <<

[12] *Ibíd*., f. 393, i. 84, 1. 4, f. 97. <<

[13] Aquellos socialistas occidentales que sólo en 1967 estimaron «deshonroso ser socialistas *junto con* la Unión Soviética» tal vez se hubieran podido percatar de ello unos 40-45 años antes. Pues ya entonces los comunistas rusos exterminaban de raíz a los socialistas rusos. Pero en boca ajena no duele el diente. <<

[14] A primera vista, un empeño tan natural y noble de los sionistas, el de restablecer la tierra de sus antepasados, reafirmar la fe de sus antepasados y reunirse allí tras tres mil años de diáspora, hubiera debido suscitar el unánime apoyo y auxilio al menos de los pueblos europeos. Ciertamente, Crimea en lugar de Palestina ya no era aquella idea sionista pura, y ¿no sería una burla de Stalin el proponer a este pueblo mediterráneo que se eligiera como segunda Palestina el Birobidzhan, al borde de la taiga? Maestro en disimular largo tiempo su pensamiento, ¿tal vez con esa amable invitación hacia el primer ensayo del destierro que les ideara para 1953? <<

[15] 1926, Siberia. Testimonio de Vitkovski. <<

[16] Se sale de nuestro tema, pero para comprender la época. Con el tiempo también en Arjánguelsk Timoféi encontró trabajo en una fábrica de embutidos *cerrada*, también de dos maestros, pero con un encargado sobre ellos. La suya propia fue cerrada como perjudicial para los trabajadores, ésta era *cerrada* para que no se enteraran de ella los trabajadores. Fabricaban embutidos de clases caras para el abastecimiento personal de los gobernantes de esta región norteña. Más de una vez al propio Timoféi se le envió a llevar productos a la torre, rodeada de una alta valla, del secretario del Comité Provincial, camarada Austrin (calle Liebknecht, esquina Chumbarov-Lunchinski) y al jefe del NKVD provincial, camarada Sheiron. <<

[17] Sus hombres, si es que los confinaban, no iban con ellas: había un reglamento de que a los miembros de familias condenadas se los destinara a lugares diferentes. Así, si al abogado de Kishiniov I. J. Gornik lo desterraban por sionismo a la región de Krasnoiarsk, a su familia, a Salejard. <<

[18] Claro, él no tenía obligación, y los detenidos posibilidad, de conocer las leyes del país de los Soviets, bueno, aunque fuera el Código Penal, su artículo 35: «los confinados serán dotados de una parcela de tierra, o bien se les suministrará un trabajo retribuido». <<

[19] V parte, cap. 5. <<

[20] Stalin, *Obras*, Moscú, 1951, t. 13, pág. 258. <<

[21] En los años sesenta del siglo XIX, los terratenientes y la administración de la provincia de Tauride instaron el destierro total de los tártaros de Crimea a Turquía; Alejandro II lo denegó. En 1943 instó lo mismo el Qauleiter de Crimea. Hitler lo denegó. <<

[22] Claro que todas las vueltas que da la vida no puede preverlas ni el Sabio Timonel. En 1929 echaron de Crimea a los príncipes tártaros y gente principal. Lo hicieron más suavemente que en Rusia: no los detenían, se iban ellos mismos al Asia Central. Ahí, entre una población musulmana afín, gradualmente se instalaron, prosperaron. ¡Y ahora, 15 años después, trajeron allí mismo a todos los trabajadores tártaros hasta el último! Los antiguos conocidos se saludaron. Sólo que las clases laboriosas eran traidoras y confinadas, mientras que los exprínceipes ocupaban sólidos cargos en el funcionariado soviético, muchos en el partido. <<

[23] Estos hombres de escolta, ¿cómo y qué entendían de sus actos? A María Sumberg la desterró un soldado siberiano del r. Chulym. Al poco tiempo fue desmovilizado, volvió a casa, allí la vio y le sonrió con una sincera alegría: «¡Tía! ¿No me recuerda…?». <<

[24] Semiónov Tian-Shanski, *Rusia*, tomo XVI. <<

[25] Para finales de 1917, Vasíliev prácticamente encabezó el departamento de ordenación territorial. <<

[26] Pavel Veselev (Estocolmo), que se ocupa en la actualidad de otros raptos de ciudadanos suecos por las autoridades soviéticas, tras analizar los relatos de E. A. Andersen sobre sí mismo, aventura una suposición: que tanto por su aspecto externo como por la forma del apellido que da, E. A. es más bien *noruego*, pero por alguna razón ha preferido hacerse pasar por sueco. Los noruegos, tras huir de su país a partir de 1940, también sirvieron en el Ejército inglés en muchísimo mayor número que, tal vez, algún sueco aislado. E. A. pudo tener parentesco en Inglaterra con algún Robertson, pero con el *general* Robertson, inventárselo, para darse más valor ante los ojos del MGB. No cabe excluir que en Berlín Occidental, después de la guerra, estuviera en los servicios de información militar de los aliados, lo cual lo hizo interesante para el MGB. Probablemente fue a Moscú asimismo en el seno de alguna delegación británica o noruega, no sueca (que por lo visto, ni siquiera existió), pero siendo en ella una figura menor. Quizá el MGB le propuso ser agente doble, y como castigo a su negativa recibió sus 20 años. El padre de Erik pudo ser un hombre de negocios, pero no de este calibre. Sin embargo, Erik exageraba, e incluso el que su padre conociera a Gromyko (por lo que los kagebistas lo apodaron Gromyko), para interesar al MGB en un rescate y así dar noticias suyas a Occidente. <<

[27] Muchos años después, me haré con el Código Penal de la *RSFSR* y me daré el gusto de leer, en su artículo 35, que el confinamiento se señalará por un tiempo de tres a *diez* años, y en concepto de pena complementaria sólo podrá ser *hasta cinco* años. (Esto es motivo de orgullo de los juristas soviéticos: que empezando ya con el código penal de 1922, en el *derecho* soviético no existen privaciones de derechos a perpetuidad, ni en general penas perpetuas, salvo la más terrible de todas: la expulsión a perpetuidad de las fronteras de la URSS. Y en ello está «una importante diferencia de principios entre el derecho soviético y el burgués» [Colección *De las cárceles*…]). Sí, desde luego, pero por ahorrarle trabajo al MGB, escribir *a perpetuidad* quizá resulta más sencillo: no hay que andar al tanto de los finales de las condenas ni molestarse en renovarlas.

Y además, dice el artículo 35 que el confinamiento se da sólo por resolución especial del *tribunal*. Bueno, ¿al menos del OSO? Pues ni el OSO siquiera, sino el teniente de guardia nos iba despachando confinamiento a perpetuidad. <<

[28] Claro que seis meses más tarde nos devolverán el KGB, con la plantilla de antes. <<

[29] Apud Plejánov, *Historia del pensamiento social ruso*, Moscú, 1919, t. I, 2.ª parte, cap. 9. <<

[30] Hoy día con los comunes pasa lo mismo. A A. I. Burlake, en el comité del partido del distrito de Ananiev le contestaron: «Esto no es una oficina de colocación», en fiscalía: «No nos ocupamos de esto», en el Soviet municipal: «Espere». Estuvo sin trabajo 5 meses (1964). A P. K. Iegórov, en Novorossiisk (1965), lo primero que hicieron fue hacerle firmar un compromiso de salir de la ciudad en 24 horas. Él enseñó en el Comité Ejecutivo municipal un diploma del campo «por excelente trabajo», se le rieron a las barbas. Entonces fue, sobornó a un funcionario y se quedó en Novorossiisk. <<

[31] La joven Ch. le pidió a una ingenua secretaria que le enseñara los cuarenta papeles que había en la pila. ¡En los cuarenta, estaba apuntada con la misma letra la misma enfermedad hepática…! O si no, así: «Su marido (Alexandr Petróvich Maliavko-Vysotski) ha fallecido *antes* de la instrucción del sumario de su causa, por lo que no puede ser rehabilitado». <<

[32] Y así se precipitaron al año 1956: como de un viejo baúl, trajeron el olor de los años treinta, y querían reanudar con el mismo día en que los detuvieron. <<

[33] III parte, cap. 19. <<

[34] Para ser exacto, añadiré más tarde: se ha ido de Kolyma, ha hecho un matrimonio desgraciado, y ha perdido su elevación de alma, no sabe cómo sacar el cuello. <<

[35] De él se ha dicho muy bien que si antes, los de Voluntad del Pueblo se volvían afamados lingüistas gracias al destierro judicial, Kreinóvich lo siguió siendo a pesar del campo estaliniano: incluso en el Kolyma intentó estudiar el yukaguiro. <<

[36] El mismo que llevará el proceso de Galánskov-Guinsburg. <<

[1] Este retirado, ¿no será aquel Uspenski que mató a su padre sacerdote, y gracias a ello hizo carrera en los campos? <<

[2] Sí, claro, simples no-comunistas prisioneros de guerra. <<

[3] ¡Vaya si había…! ¡Más que de los *vuestros*! <<

[4] ¡Qué profundidad intelectual! Por cierto, no tan silenciosamente: con continuos arrepentimientos y peticiones de gracia. <<

[5] Zhelezniak hasta me *recuerda* a mí: «llegó con un traslado esposado, se distinguía por su carácter revoltoso; luego fue enviado a Dzhezkazgán donde estuvo junto con Kuzñetsov a la cabeza de un levantamiento»… <<

[6] ¿Nosotros? «Sólo cumplíamos órdenes», «no sabíamos». <<

[7] ¡Testimonio muy importante! <<

[8] Es verdad, lo de legión, ya lo creo. Sólo que con las prisas no comprobaron la cita en el Evangelio. Es que la legión es de DEMONIOS… <<

[9] Por si acaso también se esconde: ¡vete a saber las vueltas que da el mundo…! <<

[10] Kasiúkov y Monchánskaya, *Un hombre entre rejas, Soviétskaya Rossiya* («Rusia Soviética»), 27-VIII-l960. Artículo inspirado por círculos gubernamentales, que puso fin a la breve (1955-1960) suavidad en el Archipiélago. Los autores estiman que en los campos reinan «condiciones de beneficencia», en ellos «se olvidan del castigo»; que «los z/k no quieren saber nada de sus obligaciones», «*la administración tiene muchísimos menos derechos que los reclusos*» (?). Aseguran que los campos son «un hotel gratuito» (resulta que no se cobra por las mudas de ropa, la barbería, las habitaciones, las visitas). Se indignan de que en los campos la semana es sólo de 40 horas, y de que incluso parece ser que «para los reclusos el trabajo no es obligatorio» (??). Proponen «condiciones severas y duras», para que el criminal *tema* a la cárcel (trabajo pesado, camastros duros sin colchones, prohibición de la ropa de paisano, «nada de cantinas con caramelitos», etc.), supresión de la libertad condicional («y si vulneras el régimen, *¡sigue en chirona!*»). Y además, que «tras cumplir su condena, el recluso no cuente con ninguna misericordia». <<

[11] ¿En qué acabó la historia?, no lo he llegado a saber. <<

[12] admite «procesar», esta palabra, ni pronunciarla. <<

[13] Y se nos privó de la posibilidad de abrir en él un museo en los años ochenta. <<

[14] Eso no quiere decir que las suavizaciones fueran absolutamente generales. Bien se conservaban *lagpunkts* disciplinarios, tipo del «correccional de la URSS», Andzioba, cerca de Bratsk, siempre con el mismo sangriento capitán Mishyn del Ozerlag. En verano de 1955 allí había cerca de 400 disciplinarios (entre ellos Tenno). Pero incluso allí se hicieron los amos de la zona no los guardianes, sino los reclusos. <<

[15] Si no trabajaban, ¿de dónde sacaban el dinero? Si era en el Norte, y encima en 1955, ¿de dónde salían los televisores? Bueno, pero yo no le interrumpía, bien contento estaba de oírle. <<

[16] Por lo demás (al igual que la «redención de pena» y la «libertad condicional») descrito ya por Chejov en su *Sajalín*: los presidiarios en proceso de enmienda tenían derecho a construirse casas y a contraer matrimonio. <<

[17] Por cierto, a comienzos de 1955 hubo el proyecto de indemnizar por *todos* los años pasados en reclusión, lo que hubiera sido muy natural y se iba haciendo en Europa Oriental. ¡Pero no tanta gente ni por tantos años! Sacaron la cuenta, se horrorizaron: «¡que arruinamos al Estado!». Y pasaron a indemnizar por dos meses. <<

[18] S. Karavanski, *Istancia*, Samizdat, 1966. <<

[19] A. Marchenko, *Mi testimonio*, Samizdat, 1967 (trad. española, Acervo, Barcelona, 1970). <<

[20] Es curioso cómo pese a las invariables alabanzas oficiales a la actividad de esta institución, cierta búsqueda interna siempre le impide quedarse mucho tiempo en la piel de un mismo nombre, algo la molesta, constantemente ha de mudar de piel. Así hemos recibido el MOP. Parece muy novedoso, ¿verdad?, suena muy moderno al oído. Pero el irónico lenguaje siempre engaña y traiciona. Resulta que en el nuevo Ministerio entra la palabra *Ojrana*, como la policía política zarista. ¡La maldición de los nombres! ¿Para escapar de ellos? <<

[21] Y ¿cómo se midió al hacerlo el grado de «enmienda» de cada delincuente? Pues de ninguna forma, ¿qué somos, cerebros electrónicos, o qué? ¡No podemos calcularlo todo! <<

[22] Otra abreviatura de años anteriores, que nunca llegaba la ocasión de mencionar: ¡¿qué es el OLZHYR?! *Osoby Lager ZHon Yzménnikov Ródiny*, Campo Especial para Esposas de Traidores a la Patria (también los hubo). <<

[23] En una clase de formación política, aún antes de aquello, Vania tuvo la humorada siguiente. Pidió la palabra y dijo: «Ustedes son oficiales del MVD, y nosotros, los detenidos, somos delincuentes de la época del culto a la personalidad; luego ustedes y nosotros somos enemigos del pueblo, y ahora debemos con nuestro abnegado trabajo hacernos merecedores del perdón del pueblo soviético. ¡Y le propongo seriamente, ciudadano mayor, que ponga rumbo hacia el comunismo!». Apuntaron en su expediente: «malsanas ideas antisoviéticas».

La carta de este Alexéyev, de Ust-Vym, es extensa, el papel está gastado y los renglones desteñidos, estuve 6 horas descifrándola. Y ¡qué no contiene! Entre otras cosas, la siguiente apreciación general: «¿Quién ocupa ahora las colonias, *chamizales de esclavos*? La capa más turbulenta e intransigente del pueblo… El *bloque de burócratas* ha marginado de la vida a la juventud rebelde que era peligroso armar con la teoría de las relaciones justas». «Los zekos son hijos desahuciados del proletariado, propiedad de los ITL». <<

[24] ¡Casi hay para escapar al *especial*, al pellejo a rayas…! <<

[25] El propio Ministro *de Ojrana*, Tíkunov, me contó (ahora vendrán detalles de nuestra entrevista) el caso siguiente: en una visita individual (es decir, en local cerrado, tres días), una madre que llegó a ver a su hijo *le hizo de mujer*. El tema es clásico, también hubo una hija que amamantó a su padre. Pero el señor ministro, al torcer el gesto ante la abyección de esos salvajes, no pensaba lo más mínimo en cómo le podía sentar a un mozo soltero el no ver a una mujer en 25 años. <<

[26] Del 3 de marzo de 1964. <<

[27] Vaya, ¡cómo imaginarse a todos esos variados *recidivistas*! Por ejemplo, en la colonia de Tavda hay un viejo de 87 años, exoficial zarista, y probablemente también blanco. En 1962 había cumplido 18 años de sus *segundos cuatro duros*. Tupida barba, contable en la producción de manoplas. La pregunta es: por sus ideas de juventud, cuarenta años de cárcel, ¿no será un poco mucho? ¡Y cuántos destinos de éstos hallamos, tan diferentes unos de otros! Pues hay que conocer *cada uno*, para opinar sobre un régimen *para todos*. <<

[28] Sólo por Marchenko nos enteramos de su último procedimiento: la echan hirviendo, para lesionar el estómago. <<

[29] Máxime que, como sabemos ahora por Marchenko, ya no capturan, sino que sólo matan. <<

[30] En el lugar del monumento al atamán Platónov, obra de Klodt, mandado fundir. <<

[31] El primer secretario del comité provincial de Rostov, Básov, cuyo nombre, junto con el de Plíyev, comandante de la Región Militar del Cáucaso Norte, habrá de ser escrito algún día sobre el lugar del tiroteo, en estas horas había venido a Novocherkassk, y ya había huido, asustado (dicen que hasta saltó del balcón de un segundo piso), había regresado a Rostov. Inmediatamente tras los acontecimientos de Novocherkassk, fue de delegado a la heroica Cuba. <<

[32] Según esta versión, los soldados que se negaron a disparar a la multitud fueron desterrados a Iakutia. <<

[33] Lo saben los que estaban cerca, pero fueron muertos o eliminados. <<

[34] 7 muertos *sólo por balas explosivas* constan fehacientemente. <<

[35] Unos pocos menos que ante el Palacio de Invierno *(el «domingo sangriento», en 1905 —N. del T.)*, pero el 9 de enero lo celebró todos los años Rusia indignada, mientras que el 2 de junio, ¿cuándo comenzaron a celebrarlo? <<

[36] Como contaba autoritariamente en el tren una maestra (!) de Novocherkassk, en 1968: «Los militares no han disparado. Una sola vez dispararon al aire, como aviso. Los que disparaban eran saboteadores, con balas explosivas. ¿Que de dónde las habían sacado? Los saboteadores tienen de todo. Las dispararon a los militares y a los obreros… Entonces los obreros se pusieron como locos, se tiraron sobre los soldados, les pegaron, pero ¿ellos qué tenían que ver? Luego Mikoyan anduvo por las calles, entraba a ver cómo vive la gente. Las mujeres le ofrecían fresas»…

Pues *eso* es lo que de momento queda para la Historia. <<

[37] ¡Bueno, la hemos firmado por los negros americanos, porque si no, ¿para qué?! <<

[38] Por cierto, hace cien años el proceso de los populistas fue «de los 193». ¡Cuánto ruido, Cielo santo, cuántas emociones! Entró en los manuales. <<

[39] *Izvestia*, 23-VI-1964. (*Entonces su director era Adzhubei, el yerno de Kruschev. —N. del T*). <<

[40] *Sotsiallistícheskaya Zakonnost* (órgano de la fiscalía de la URSS), enero de 1962, n.º 1. Enviado a imprenta el 27 de diciembre de 1961. En las páginas 73-74, un artículo de Grigóriev (Gruzd), *Verdugos fascistas*. Se trata de un reportaje del proceso de unos criminales de guerra estonios en Tartu. El corresponsal describe el interrogatorio de los testigos, las pruebas materiales expuestas en la mesa del tribunal, el interrogatorio de un acusado («contestó cínicamente el asesino»), la reacción del auditorio, el discurso del fiscal. Y comunica la sentencia de muerte. Y todo transcurrió *exactamente así*, sólo que el 16 de enero de 1962 (cfr. el *Pravda* del 17 de enero), cuando la revista ya *había salido y estaba a la venta*. (Habían aplazado la vista, pero no habían avisado a la revista. El periodista recibió un año de trabajos correccionales). <<

Notas del traductor

[a] *Zakliuchonny* = preso. <<

[b] *Glavnoye Upravlenie Laguerei* = Dirección General de Campos de Concentración. <<

[c] Canal que une los mares Blanco y Báltico. <<

[d] Ministerio del Interior. <<

[e] El ruso *operativnik* —que podría traducirse por «operativo»— designa al policía secreto —ya sea de la GPU, NKVD o GB— que efectúa registros domiciliarios, detenciones y servicios de contraespionaje. <<

[f] Es el nombre vulgar de la KGB, enclavado en la plaza Lubianka, hoy plaza Dzerzhinshaya. <<

[g] Miembros del Partido Constitucional-demócrata de Rusia. <<

[h] Certificado de recusación. <<

[i] VIKZHEL: Comité Ejecutivo del Sindicato Ferroviario (1917-1918). <<

[j] Pertenecientes al Partido socialrevolucionario. <<

[k] Hermano mayor de Lenin, ejecutado en 1887 por atentar contra el Zar. <<

[1] Vladimir Korolenko (1853-1921), notable escritor, destacado también como defensor de la justicia social. <<

[m] Esposa legítima de Gorki. <<

[n] Piotr Voikov fue asesinado, el 7 de junio de 1927, por un tal Kaverda. <<

[o] El poeta Pushkin estudió en el liceo de Tsarskoie Selo (1811-1817). <<

[p] Comisario de Industria Pesada. <<

[q] Felix Dzerjuiski, chequista. <<

[r] En 1925, Zamenev y Zinoviev, rivales de Stalin, reunieron a sus partidarios en Leningrado. <<

[s] Ferrocarril Oriental Chino. Atraviesa Manchuria. Hasta 1935 fue explotado conjuntamente por la URSS y China. <<

[t] De *Okorok*, jamón. <<

[u] De *Kaverza*, intriga. <<

[v] Stalin era considerado como un gran teórico del problema nacional. <<

[w] Lagos, cerca de los cuales en 1938 y 1939 se produjeron choques entre las tropas soviéticas y japonesas. <<

[x] Contra Napoleón en 1812. <<

[y] El listero anotaba con una raya (un palote) el número de jornadas trabajadas por cada koljosiano. <<

[z] Grupos guerrilleros de nacionalistas ucranianos. <<

[aa] Nikolai Gumiliov, poeta, marido de Ajmatova, fusilado como contrarrevolucionario. <<

[ab] Conferencia Especial de la GPU-NKVD. <<

[ac] La familia de la esposa de Stalin. <<

[ad] Articulo que Stalin escribió en 1930, criticando los abusos en la colectivización del campo. <<

[ae] Un campesino que quitaba las tuercas de las vías para utilizarlas como plomos en la red de pescar, se justifica ante el juez: «Yo lo hacía con cabeza: desenroscaba una sí y otra no». <<

[af] Alexandr Radischev (1749-1802), autor del *Viaje de San Petersburgo a Moscú*, una crítica del régimen de servidumbre. Desterrado a Siberia por Catalina II. <<

[ag] Oficiales de la nobleza amotinados en diciembre de 1825. *La verdad rusa* era su programa. <<

[ah] Policía indígena en los territorios ocupados por los alemanes. <<

[ai] Los miembros pertenecientes a los Órganos de la Seguridad del Estado llevan, como distintivo, ribetes azules en el uniforme, y galones del mismo color. <<

[aj] Formado por Malenkov tras la muerte de Stalin en 1953. <<

[ak] El poeta Lermontov (1814-1841), desterrado al Cáucaso, se despide con un verso de la sucia Rusia, país de esclavos, de señores y de uniformes azules (los gendarmes). <<

[al] Jefe de la «oprichnina», fuerza represiva de Iván *el Terrible*; es sinónimo de «verdugo». <<

[am] Soplón, «búho» en la jerga carcelaria. <<

[an] Mortero alemán. <<

[ao] Ilich es también el patronímico de Lenin. <<

[ap] Mijail Lomonosov (1711-1756), notable escritor y químico. Era hijo de un pescador. <<

[aq] Confundía a León Tolstoi con el escritor soviético Alexei Tolstoi. <<

[ar] Jefe del servicio médico de las cárceles de Moscú, filántropo. <<

[as] Antiparra, impide mirar por la ventana; la luz penetra por arriba. <<

[at] Nombre despectivo aplicado a estonios y finlandeses. <<

[au] Así llamaba Roosevelt a Stalin en su ausencia. <<

[av] Los soviéticos celebraban con salvas la toma de las ciudades. <<

[aw] A más de 700 kilómetros de Moscú, al sudeste de la capital. <<

[ax] Hijo y heredero de Iván *el Terrible*, hombre débil de cuerpo y mente. <<

[ay] Terminada la campaña contra Napoleón I. <<

[az] Lugar de fuertes combates en el *avance* de 1941 hacia Moscú. <<

[ba] En 1933. <<

[bb] De Pedro I sobre Carlos XII de Suecia, en 1709. <<

[bc] Administración local de la Rusia zarista. <<

[bd] Algo así como *Tribsup*. <<

[be] Algo así como «parasitidad», en el sentido de perjuicio causado por un parásito. <<

[bf] Enemigo de la liberación de los siervos. <<

[bg] *Sutky*. Podría verterse al español por el vocablo injurioso «perra». <<

[bh] Talleres de construcción de maquinaria, en Sverdlovsk. <<

[bi] En los primeros días de la Revolución, el crucero *Aurora* se plegó a los bolcheviques y disparó sus cañones contra el Palacio de Invierno, sede del Gobierno provisional. <<

[bj] Sección político-social de la Policía imperial. <<

[bk] Comités ejecutivos centrales. <<

[bl] Soviet de Comisarios del Pueblo. <<

[bm] Subotnik comunista, o «sábado comunista»; así se llamaba el trabajo colectivo voluntario que los obreros realizaban gratuitamente a beneficio del Estado, por lo general, los sábados. <<

[bn] Reconocida como fuente del derecho en defecto de ley escrita. <<

[bo] República Socialista Federada Soviética Rusa. <<

[bp] La célebre Cheka: Comisión Extraordinaria para la lucha con la contrarrevolución, la especulación y el cohecho. <<

[bq] Otra sigla famosa: Comisariado del pueblo para Asuntos Interiores. <<

[br] Comisariado del pueblo para la justicia. <<

[bs] DECEMBRISTAS: grupo de aristócratas liberales que en diciembre de 1825 promovieron una rebelión contra el zar Nicolás I. <<

[bt] Malhechores. <<

[bu] *Slon*, en ruso, significa «elefante». <<

[bv] Nueva Política Económica. <<

[bw] *Kunst*, en alemán, quiere decir «arte». <<

[bx] *Iagoda*, en ruso, significa «baya». <<

[by] En francés en el original. <<

[bz] *Nepmen*, comerciantes enriquecidos durante la NEP. <<

[ca] *Balanda*: Así llaman los reclusos a la sopa que constituye su menú cotidiano independientemente de su contenido (pescado, grano, verduras, remolacha, ortigas, forraje, lo que haya en cada campo). Recibe un nombre especial (*Coltushka*) sólo cuando consta exclusivamente de harina y agua. <<

[cb] Participantes en el alzamiento antisoviético de Asia Central (Ibrahim-Bek). <<

[cc] *Kaers, KR*, contrarrevolucionarios. <<

[cd] *Bandera Roja*, órgano del Partido comunista alemán en los años veinte. <<

[ce] Y DESCENDIÓ A LA TUMBA BENDICIENDO…: famoso verso de *Eugenio Oneguin*, de Pushkin. <<

[cf] Artículo del Código Penal relativo a delitos políticos. <<

[cg] *Seljoz*, campo de trabajos agrícolas. <<

[ch] *Torgsin*: Nombre que se daba en los años veinte a las tiendas que aceptaban exclusivamente oro y divisas. <<

[ci] Importante arteria comercial de Moscú. <<

[cj] *Vagonka*: Especie de litera de tablas para cuatro personas, en uso en los campos. <<

[ck] *Trudartel*: especie de cooperativa de trabajo. <<

[cl] Llamada «de operaciones», encargada de la represión de «delitos» y vigilancia interna. <<

[cm] *Sovnarkom*: Consejo de Comisarios del Pueblo. <<

[cn] *Narkomato*: Comisariado del Pueblo. <<

[co] *Tsesarevich*: príncipe heredero en la Rusia zarista. <<

[cp] *Svobodny* significa, en ruso, «libre». <<

[cq] *Sharashka*: Así llamaban a los lugares de reclusión privilegiados para ingenieros y sabios, donde los dedicaban a investigaciones y proyectos de ciencia aplicada. Véase el primer círculo, del mismo autor. <<

[cr] De *El umbral*, poema de Turgueniev. <<

[cs] A principios del siglo XIX, Arakcheiev instituyó unas colonias donde se combinaban las labores agrícolas y el servicio militar. Las condiciones de vida eran muy duras y se producían frecuentes rebeliones. <<

[ct] Emperador Miguel: Ver tomo I, págs. 196 a 201. <<

[cu] VKP(b): Partido Comunista (bolchevique) de la Unión Soviética. <<

[cv] *Konsomol*: Unión de Juventudes Comunistas. <<

[cw] *Pioneros*: organización infantil comunista. <<

[cx] Según estadísticas oficiales, la mitad aproximadamente de todo cuanto se imprime en la URSS regresa a las fábricas de papel como «invendido». <<

[cy] Véase t. I, págs. 360-370 y 386-392. <<

[cz] Gosplán: Comisión Planificadora Estatal. <<

[da] Tanta cantidad de troncos iba a parar cada año, por incuria o impericia, al mar Blanco, que en Noruega se constituyó una sociedad para su repesca en aguas internacionales y posterior venta. Parece que funciona aún hoy. <<

[db] *Amonal*: explosivo. <<

[dc] *Fráier*: en el lenguaje de los ladrones, persona aburguesada y cumplidora de la ley. <<

[dd] Versos de Boris Pasternak. <<

[de] El Pabellón del Cáncer. <<

[df] No es lo mismo. Los criminales (ngolóvniki) son criminales, pero los «comunes» (bytovikí) son los culpables de «delitos» económicos fomentados, o provocados, por el propio régimen: son el koljosiano que se ha llevado un cubo de patatas, el administrativo que ha «inflado» las cifras que informan del cumplimiento del plan, el jefe de compras que ha «conseguido» fuel en el mercado negro (porque el previsto en el Plan no llegaba, y sin él tampoco su fábrica cumpliría el plan, pero no importa, es ilegal), el encargado del almacén donde las ratas se han comido todo el queso (porque el raticida encargado no ha llegado, pero no importa, responde él), etc., etc. Tan clara es la diferencia en Rusia, que incluso ha hecho surgir dos nombres distintos, uno peyorativo («criminal»), otro compasivamente neutro («común»), como dando a entender que en condiciones normales unos sí estarían en la cárcel, pero los otros no tienen por qué. <<

[dg] Personaje de *Las tres hermanas*, de Chéjov. <<

[dh] «Sagradas Escrituras», los textos de los ideólogos del comunismo: Lenin, Marx, Engels. <<

[di] Metros cúbicos. <<

[dj] *Pud*: medida de peso rusa, equivalente a unos 16 kg <<

[dk] Gorro en punta con orejeras, utilizado por los rojos durante la guerra civil. <<

[dl] La expresión nació en los campos de los años treinta. —Para expresar que alguien estaba ya muy en las últimas, se decía: «ése ya se está acercando al socialismo». <<

[dm] *Mostyrka*: lesión aparente o real que se hacen los reclusos para librarse del trabajo. <<

[dn] *Compadre*: así llamaban los reclusos al encargado de la 3.ª sección, que hacía las veces de juez de instrucción en el campo. <<

[do] La ropa que entregaba el Estado tenía «plazos de servicio»: primero (nueva) y segundo (usada). La que pasaba de ambos la llamaban ya los reclusos «de tercer plazo». <<

[dp] «*La joven guardia*», grupo de jóvenes que intentaron montar una organización antialemana durante la Segunda Guerra Mundial, cuya historia fue «relatada» por Fadeiev en la novela del mismo nombre. <<

[dq] Miembro del Ministerio del Interior. <<

[dr] Personaje de *Almas muertas*, de Gogol. <<

[ds] De *pravda*, que quiere decir «verdad». <<

[dt] El término utilizado por el autor, *intelligent* (miembro de *la intelligentsia*) es de los más empleados y más difíciles de definir a lo largo de todo el pensamiento ruso del XIX. Es sinónimo de «intelectual», pero *simultáneamente* también de «ilustrado». <<

[du] Ley del *siete* del *ocho* de 1932 «Sobre protección de los bienes de las empresas estables, koljoses y cooperativas y afianzamiento de la propiedad colectiva socialista». Por atentar contra esa propiedad, establecía como pena *única* la muerte, autorizando a sustituirla por *no menos* de diez años de reclusión «caso de apreciar circunstancias atenuantes». <<

[dv] *Spetz*: «especialistas» formados bajo el antiguo régimen <<

[dw] *Los tres colores del tiempo* es una biografía novelada de Stendhal, cuyo autor es Vinogradov. <<

[dx] *Riada*. Ver tomo I, cap. II. <<

[dy] En ruso suenan parecido *konnv-militsioner* (miliciano a caballo) *y contrevolutsioner* (contrarrevolucionario). <<

[dz] Pueblo que habita en la Unión Soviética, a orillas del Volga. <<

[ea] El «carrete largo» eran veinticinco. <<

[eb] En la URSS se es o «Miembro del Partido Comunista desde tal fecha», o «sin partido». <<

[ec] Corresponde, aproximadamente, al 5.º año de estudios secundarios. <<

[ed] En sustitución de la «institución burguesa del jurado», ya era obligatoria (y lo sigue siendo) la presencia (totalmente «pasiva») de «asesores populares» en los Tribunales. Los eligen (a dedo) entre obreros o campesinos de la localidad, y tienen, en teoría, una función meramente consultiva (en la práctica, ni eso: suelen ser figuras decorativas). <<

[ee] Publicaron sendas obras «ideológicamente correctas» sobre los campos de concentración después de *Un día de la vida de Iván Denísovich*, se ve que, para centralizar su efecto, por encargo de las autoridades. <<

[ef] Cf. Primera parte, cap. II. <<

[eg] Una de cuyas tesis básicas es que «la existencia determina la conciencia». <<

[eh] Personajes de *Un día de la vida de Iván Denísovich*. <<

[ei] Primer jefe de la *Checa*. <<

[ej] Vagón celular. Véase tomo I. <<

[ek] *Manual de Historia del Partido comunista de la Unión Soviética (bolchevique)*, redactado bajo la dirección de J. V. Stalin. <<

[el] Niño campesino que había delatado a su padre por oponerse a la «colectivización». Sus indignados convecinos decidieron ahorcarlo, y lo convirtieron así en héroe y mártir para toda la Prensa oficial. <<

[em] En tiempos de Stalin se conoció el confinamiento por el mero hecho de pertenecer a una determinada minoría étnica (alemanes, chechenos, tártaros, etc). <<

[en] Babich. Véase cap. 10, t. II. <<

[eo] Ver cap. 10, t. II. <<

[ep] *Moroz*. En ruso, «helada». <<

[eq] En la URSS, en el cometido del ministerio fiscal entra no sólo la acusación pública, sino también el «control de la legalidad» de las sentencias, por lo cual actúa a la vez como parte y como tribunal de instancia. <<

[er] Guerrilleros del Ejército Popular de Ucrania (OUN), que después de la Segunda Guerra Mundial continuaron la lucha hasta bien entrados los años 50. <<

[es] En la URSS *todo* el que intenta suicidarse es internado en un manicomio, pues no es posible que una persona en su sano juicio prefiera la muerte a vivir bajo un régimen socialista. <<

[et] Entre los hampones (*URKI*), se distinguen los perras (*SUKI*), y los «ladrones de ley». Los primeros aceptan colaborar con las autoridades (en puestos más o menos enchufados), los segundos lo consideran traición. Las relaciones entre ambos grupos son de abierta enemistad. <<

[eu] Personaje de un relato de Gorki. <<

[ev] Personaje de *Cuentos de Odesa*, de Babel. <<

[ew] Se llaman «propiedad personal (*personalnaya*) las casas, automóviles, pensiones, etc., que concede el Estado “a título personal” a sus altos funcionarios en el momento de su jubilación. Está claro que no tiene nada que ver con la “propiedad privada”». <<

[ex] Y también en el actual: «Art. 105. El que matare a otro al sobrepasar el límite de la legítima defensa será castigado con privación de libertad por tiempo máximo de dos años o con trabajos correccionales por tiempo máximo de un año». Al menos se ha rebajado la pena. <<

[ey] *Paján*: jefe de banda entre los criminales encarcelados. <<

[ez] Para evitar tales dudas en lo sucesivo, la reforma de 1960 creó la figura (delictiva) de «apropiación de propiedad socialista hallada o casualmente llegada a poder del culpable» (art. 97 del Código actual), sin prever nada parecido respecto de bienes de propiedad particular. <<

[fa] De un poema de Maiakovski. <<

[fb] CALENDARIO ROJO: Se trataba de representar, mediante *sketches*, fechas y personajes históricos de la Revolución. <<

[fc] Fecha del asesinato de Kírov e inicio de las subsiguientes purgas. <<

[fd] En alemán en el original. «¡A la patria!». <<

[fe] En alemán en el original. «Prohibido». <<

[ff] RAIA: *Raspad Atomovo YAdra*. <<

[fg] CHATSKI, personaje central de la obra en verso *Los Pesares del Ingenio* de Griboiedov un clásico de la literatura rusa. El monólogo pertenece al acto II. <<

[fh] *ZEKOS*, nombre que se les da a los recluidos en el Archipiélago. Salvo en este capítulo, el traductor ha preferido, por lo general, utilizar el término «recluso». <<

[fi] SAVELICH, FIRS, personajes de fieles servidores en las obras *La hija del capitán*, de Pushkin, y *El jardín de los cerezos* de Chejov, respectivamente. <<

[fj] En inglés en el original: «Lucha por la vida». <<

[fk] En inglés en el original: «Mi hogar es mi castillo». <<

[fl] Es decir, el aniversario de la Revolución de Octubre y la Fiesta del Trabajo. <<

[fm] Cárcel de tránsito. <<

[fn] Famoso fabulista del siglo pasado. <<

[fo] EL DUELO DE PUSHKIN: el gran poeta ruso fue mortalmente herido en duelo, provocado por un jocoso nombramiento de «Gran Maestre de la orden de los Corníferos». <<

[fp] Actividad severamente penada en la URSS. <<

[fq] Con ocasión del levantamiento anticomunista, las tropas locales, del Ejército o de la Policía, tendieron a pasarse al pueblo, a veces tras el suicidio de sus oficiales. En cambio, los mongoles dispararon cuanto se les ordenó. <<

[fr] Etimológicamente, de «fiera» y «lucio». <<

[fs] En la URSS, se prohíbe alegar «razones objetivas» para justificar incumplimiento del Plan. El Plan se considera Ley, luego su incumplimiento se considera siempre doloso («sabotaje»), o culposo («negligencia»). <<

[ft] Todo buen ciudadano socialista ha de estar «comprometido» en beneficio de su amado Estado: a duplicar la producción, a mejorar la calidad, a trabajar más horas, etc., etc. <<

[fu] Manera socialista de llamar un piso compartido por varias familias. <<

[fv] Ortodoxos cismáticos. <<

[fw] *Los*, en ruso, «alce». *Lis*, en ruso, «zorro». <<

[fx] «Pena» que consiste en que el reo siga con su trabajo habitual, pero descontándole parte del sueldo. <<

[fy] Especie de litera de cuatro plazas, formada por cuatro tableros sostenidos por cuatro tablas en cruz. <<

[fz] El artículo 58 del código penal castigaba los «delitos» políticos. Cfr. 1.ª parte, cap. 3. <<

[ga] Comisariado del Pueblo del Interior. Uno de los sucesivos nombres de la policía política: Checa, GPU, NKVD, MVD, NKGB, MGB, actualmente KGB. <<

[gb] Organización de juventudes comunistas. <<

[gc] Terrateniente de comienzos del siglo pasado, célebre por el puritanismo que hacía reinar —a la fuerza— entre sus siervos. <<

[gd] *Octubre*. Revista literaria soviética, extremadamente «dogmática» y reaccionaria. <<

[ge] Los evacuados eran en su gran mayoría privilegiados del régimen: altos cargos, funcionarios, directivos. <<

[gf] Dirigente social-revolucionario. <<

[gg] Campesinos con más de una vaca. Fueron deportados en masa, en número de unos 15 millones, a la tundra o a la taiga. Cfr. 6.ª parte, cap. 2. <<

[gh] Tradicional signo de hospitalidad en Rusia. <<

[gi] Emilián Pugachov: célebre jefe de bandoleros, que en época de Catalina *la Grande* se hizo pasar por el anterior zar Pedro III, y llegó a acaudillar un importante ejército de campesinos y cosacos. <<

[gj] Vagón especial para el transporte de reclusos. Cfr. 2.ª parte, capítulo 1 <<

[gk] Equivale a nuestros «Bisontes». Los reclusos ordinarios, si fumaban algo, era picadura <<

[gl] «Perras». Criminales colaboracionistas que aceptaban cargos subalternos en la administración penitenciaria. Solían estar en guerra con los criminales «de ley». <<

[gm] Comisario. <<

[gn] De Novocherkassk a Ekaterinodar, en febrero-marzo de 1918. Marcó el principio del Ejército Blanco y de la guerra Civil de 1918-20. <<

[go] Barracón de Régimen Reforzado, especie de cárcel interior. Cfa. 3.ª parte, cap. 15 <<

[gp] Maloy, en ruso antiguo, significa «pequeño». <<

[gq] *Zemskiye Sobory*, especie de Cortes medievales. <<

[gr] Forma de autogobierno municipal, con propiedad colectiva de las tierras, análoga a la administración de los bienes comunales en España. <<

[gs] «Ssylno-katorzhnyi», confinado a presidio. <<

[gt] Se llama «decembristas» a los participantes en una intentona liberal (análoga al pronunciamiento de Riego) ocurrida el 14 de diciembre de 1825, a la muerte, sin descendencia, del zar Alejandro I. Su hermano Constantino, llamado a la sucesión, había renunciado y subió al trono su otro hermano Nicolás. Algunos oficiales liberales intentaron derrocarlo y sustituirlo por Constantino. Sacaron a la plaza del Senado, en Petersburgo, a dos regimientos de la Guardia, engañando a la tropa (que gritaba «¡Viva el zar Constantino y su esposa Constitución!»). Varios oficiales fieles (en particular el general Milorádovich) que intentaron deshacer el equívoco fueron muertos. Hubo que sacar una batería artillera, y los amotinados se dispersaron. Cinco cabecillas fueron ejecutados, otros desterrados a Siberia, pero por supuesto, ninguno de los soldados sufrió castigo alguno. <<

[gu] Así se hacían llamar los marxistas rusos. Se dividían en bolcheviques y mencheviques. <<

[gv] Ciudad del sur de Rusia, que en 1962 se alzó pacíficamente y por reivindicaciones laborales, pero la manifestación fue disuelta con tanques y fuego de armas automáticas. Hubo cientos de muertos y miles de fusilados posteriormente. El silencio de la Prensa soviética fue total, y la interrupción de comunicaciones tan eficaz, que las primeras noticias de lo ocurrido tardaron tres meses en llegar a la resistencia rusa, y seis a la Prensa americana. <<

[gw] Lugar de veraneo de la familia imperial. <<

[gx] Famoso general soviético. Se distinguió en la guerra civil y en la represión de levantamientos campesinos. Llegó prácticamente a comandante en jefe de las Fuerzas Armadas de la URSS. Fue fusilado en 1937 bajo la acusación —parece ser que cierta — de preparar un golpe militar contra Stalin. <<

[gy] Hacienda de Tolstoi, donde pasó sus últimos años. <<

[gz] Parlamento de la época zarista, creado en 1905. <<

[ha] *Slogan* que lanzó Stalin por todos los medios de comunicación social a comienzos de los años 30, cuando el país aún sufría los efectos del gran hambre de 1930-33. <<

[hb] Autor de un famoso diccionario ideológico de la lengua rusa, de finales del siglo XIX. <<

[hc] Zarista. <<

[hd] Poema de Tvardovski, muy popular entre los combatientes rusos de la II Guerra Mundial. <<

[he] Muchos años después, fue Tvardovski, como director de la revista literaria *Noviy Mir*, quien logró publicar la primera obra de Solzhenitsin que salió a la luz, *Un día de la vida de Iván Denísovich*, Cf. a. Solzhenitsin, *Memorias*, «Argos-Vergara», Barcelona, 1977. <<

[hf] Sopa que dan a diario a los detenidos. Cfr. parte III, cap. 7. <<

[hg] Literalmente «autoeditorial». Se trata de obras *que se editan a sí mismas*. El lector se preguntará cómo es posible. Pues es muy sencillo: el autor da su manuscrito a un amigo, éste coge su máquina, saca cuatro copias, se las da a otros cuatro amigos, los cuales cogen su máquina… etcétera.

Pues bien, por este sistema circula en Rusia toda una literatura, incluyendo obras tan voluminosas como *El doctor Jivago, El primer círculo* o la presente. <<

[hh] Así se llama en Rusia a los cristianos de la Iglesia Evangélica. <<

[hi] «Al socialismo». Es decir, al umbral de la muerte por inanición. <<

[hj] Personaje de un poema de Lérmontov: un niño georgiano, recogido y educado en un monasterio ruso, que muere de nostalgia por su patria. <<

[hk] Los sacerdotes ortodoxos llevan pelo largo y barba por razones rituales. <<

[hl] Iván *el Tonto* es el que deja atrás a sus hermanos «listos», rescata a la hija del rey, se casa con ella, etcétera. <<

[hm] Antigua medida de peso rusa, equivalente a 16,38 kg. Para hacer más impresionantes las estadísticas agrícolas soviéticas, Stalin ordenó en 1939 que las cosechas de cereales se contabilizaran en *puds*. <<

[hn] De 1905, fecha en que la policía zarista disparó a una manifestación obrera. <<

[ho] Nueva Política Económica, decretada por Lenin en 1921, que significó una vuelta parcial y temporal a la libre iniciativa privada. <<

[hp] Pequeñas celdas para los recién detenidos. Cfr. Parte I, capítulo 3. <<

[hq] O «Stolypin». Vagones especiales para el transporte de los detenidos. Cfr. Parte II, cap. I. <<

[hr] Es decir, que llenará un tren especial de vagones rojos. Cfr. Parte II, cap. 3. <<

[hs] Comisarios del campo de concentración. <<

[ht] Sin una mención y una fotografía de uno, o de un grupo de ellos, no puede salir ni un solo número de ningún periódico soviético. Ya es un tópico, y los periodistas lo llaman «la foto del distinguido tornero-panadero camarada Pupkin». <<

[hu] Té muy fuerte, de propiedades casi estupefacientes. <<

[hv] Demonio. <<

[hw] Tienda que usan los nómadas en Asia Central. <<

[hx] Especie de mijo asiático, del que se pueden hacer gachas. <<

[hy] Bebida fermentada, ligeramente alcohólica, hecha con leche de yegua. <<

[hz] En la URSS se usa como documento de identidad un pasaporte, distinto del exigido para viajar al extranjero, y en cuyas páginas se estampillan los sucesivos permisos de residencia precisos para vivir y trasladarse de localidad. <<

[ia] Las autoridades recompensaban a quien capturaba a un fugitivo con un surtido de mercancías de primera necesidad, pero, no obstante, escasas. Cfr. Parte 3, cap. 14. <<

[ib] Organización de Nacionalistas Ucranianos, movimiento guerrillero de liberación que mantuvo la resistencia armada al régimen soviético hasta bien entrados los años cincuenta. <<

[ic] Fecha de la revolución bolchevique, día festivo en la URSS. En los campos, se aprovecha, igual que el 1 de mayo, para efectuar registros particularmente meticulosos. <<

[id] Cfr. cap. 5, nota 67. <<

[ie] Se suele llamar «vieja guardia» a los bolcheviques de tiempos de Lenin. En cambio «vanguardia del proletario» es todo el PC. <<

[if] Nueva Política Económica (1921). Fue una vuelta parcial a la libre empresa, que solucionó buena parte de los problemas económicos originados por el joven régimen soviético. En cuanto lo hubo hecho, naturalmente, se suprimió. <<

[ig] No es lo mismo «comunes» (*bytoviki*) que «criminales» (*ugolóvniki*). Estos son culpables de crímenes que lo son a ojos de todo el mundo (robos, asesinatos, etc.), mientras que aquéllos, de «delitos» que sólo considera tales el Estado, no el pueblo (defraudación, hurto al Estado, comercio o artesanía privados, etc.). <<

[ih] Apodos despectivos que se dan en los campos de concentración a los intelectuales inútiles. <<

[ii] Cabecillas de los ladrones, que gozan sobre ellos del poder de vida o muerte, y a los que entregan religiosamente el producto de sus rapiñas. <<

[ij] Figuras particularmente odiosas, pues eran los campesinos encargados de confiscarles la cosecha a los demás campesinos. <<

[ik] Bebida fermentada, refrescante y ligeramente alcohólica. <<

[il] Escritores ultraortodoxos, totalmente al servicio del régimen. <<

[im] Compilación legislativa rusa, análoga a la *Nueva Recopilación* castellana de 1567. <<

[in] «Voluntad del Pueblo», partido terrorista de últimos del XIX. <<

[io] Filósofo ruso (1749-1802), principal representante de la Ilustración en Rusia. <<

[ip] Pensador «eslavófilo» (1817-1860). <<

[iq] Riquísimo aristócrata, uno de los principales implicados en la conjuración «decembrista» (cfr. V parte, cap. 4, nota 4). <<

[ir] Revolucionario y socialista utópico ruso (1812-1870). <<

[is] Es como decir de Gerona a Lérida. <<

[it] *Politos* («políticos») eran los que conservaban este nombre del régimen zarista (fundamentalmente, socialistas de las distintas variedades existentes); *kaerres* («contrarrevolucionarios») eran todos los demás: oficiales blancos, nobles, sacerdotes, empresarios, campesinos, intelectuales, incluso obreros por hacer huelga. Con frecuencia merecían mucho más el nombre de «presos políticos» los segundos que los primeros. Cfr. I parte, cap. 12. <<

[iu] Esta palabra adquirió el sentido de «campesino». <<

[iv] Se trata de empréstitos estatales, que era obligatorio suscribir «voluntariamente». <<

[iw] Stalin había declarado que «nuestro más preciado capital es el hombre». <<

[ix] El objetivo oficial de la campaña era justamente la «colectivización» total de las tierras, que se suponían aportadas «voluntariamente» al ingresar en el *koljós* (granja colectiva). <<

[iy] Organización infantil comunista, a la que con frecuencia se encargan cometidos económicos con carácter «voluntario». <<

[iz] Hasta principios de este siglo, las tierras campesinas eran propiedad comunal, y se repartían cada año según el número de «bocas» de cada casa. <<

[ja] Hacienda confiscada después de la revolución y transformada en «casa de reposo gubernamental», donde murió Lenin. <<

[jb] Se llamaban «individuales» los campesinos que aún no habían ingresado en el koljós, y seguían cultivando sus tierras «individualmente» (posteriormente han desaparecido). En teoría, no tenían nada que ver con el koljós, ni las autoridades koljosianas, poder alguno sobre ellos. Pero… <<

[jc] El jefe de equipo, en la novela *Un día de la vida de Iván Denísovich* («Plaza & Janés», Esplugas de Llobregat). <<

[jd] Cristianos separados de la Iglesia Ortodoxa a raíz de la reforma eclesiástica de 1666, que se negaron a aceptar. En épocas posteriores fueron frecuentemente tratados como criminales de Estado. <<

[je] Famosa consigna de Stalin. <<

[jf] Documento de identidad, necesario para cualquier desplazamiento y en cuyas hojas se estampa el permiso de residencia que necesita todo ruso para habitar en su domicilio. Estar privado de pasaporte equivale, por tanto, a no poder ejercitar *ningún* derecho político o civil, desde entablar un pleito hasta simplemente tomar el tren. <<

[jg] El 1 de abril es lo que en España el día de los Inocentes. <<

[jh] El propio nombre del pueblo, *Jandaly*, es una deformación de «grilletes», *kandaly*. <<

[ji] Un koljós es oficialmente una cooperativa de producción, cuyos socios sólo reciben lo que han producido (aun cuando lo que haya de producir, en qué cantidad, cuánto haya de entregar al Estado y a qué precios, le venga planificado de «arriba»). En cambio un *sovjós* es una empresa agrícola estatal, cuyos empleados cobran un sueldo independientemente de la producción. <<

[jj] Kruschev llevó a cabo una reforma monetaria, según la cual un rublo nuevo pasó a valer 10 Antiguos. El rublo de Stalin equivalía aproximadamente a unas 10 pesetas de 1978. <<

[jk] Alusión a un poema de Alexandr Blok sobre veintiséis comisarios rojos, fusilados en Bakú durante la guerra civil. <<

[jl] Que en la URSS figura en todos los pasaportes y documentos de identidad. <<

[jm] Pena que prevé el Código Penal soviético, consistente en descontar durante un cierto tiempo (de 3 meses a un año) un determinado porcentaje del sueldo (habitualmente el 25 %), con prohibición de cambiar de trabajo o abandonarlo durante el tiempo de la pena. <<

[jn] Irónico. En todo lo que lleva durando el régimen soviético, *todas* las «elecciones» han sido *siempre* de candidato único. <<

[jo] Los alemanes residían en Rusia desde que Catalina *la Grande*, en el siglo XVIII, pobló con ellos extensas regiones del Volga. Esto hace especialmente verosímil el acusarlos en bloque de simpatías pronazis… <<

[jp] *Trabajo*, el diario de Sindicatos. <<

[jq] Comprendía entonces diez años, al acabar los cuales ya se pasaba, previa prueba de ingreso, a la Universidad. El ciclo básico sólo comprendía siete. <<

[jr] «Miembro de la Familia» de un condenado. Ya por sí solo era constitutivo de «delito». Cfr. I parte, cap. 7. <<

[js] Se trata de *El primer círculo*, confiscado en su día por la KGB. Cfr. *Memorias*, op. cit. <<

[jt] Pushkin murió a los seis años de casarse (el 27 de enero de 1837), aún joven, en duelo, por un asunto de «cuernos». <<

[ju] Que marcó oficialmente el principio de la «desestalinización». <<

[jv] Mayakovski, en un poema de 1929 en loor del pasaporte soviético. <<

[jw] Autor de inverosímiles noveluchas de «espías americanos» y «nobles chequistas». <<

[jx] Cinco años más tarde, el amigo le echó la culpa a su mujer: lo había emborronado ella. Y tras diez más (1961), fue la mujer en persona a ver a Avenir al comité comarcal de sindicatos: quería una excursión a Sochi. Él se la dio. Ella se deshizo en recuerdos de su pasada amistad. <<

[jy] Engaño deliberado al Estado, gracias al cual sobrevivían los reclusos. El término ya ha pasado al ruso «normal». Cfr. III parte, cap. 5. <<

[jz] La milicia popular (*naródnava druzhyna*) es una creación de Kruschev Se compone de paisanos voluntarios que prestan determinados servicios en auxilio de la Policía (patrullas, recogida de borrachos, etc.). En muchas ciudades, el hampa la utiliza como «tapadera». <<

[ka] «UI», semiconsonante por la que no puede empezar una palabra. <<

[kb] Charlatán que hizo carrera como biólogo a base de denunciar a sus colegas al NKVD. Entre sus víctimas se cuenta el gran sabio Vavílov. <<

[kc] Cfr. I parte, cap. 3. <<

[kd] Teniente, jefe de régimen en la novela *Un día de la vida de Iván Denísovich*. <<

[ke] Iván Denísovich Shújov es el protagonista de *Un día*… <<

[kf] La novela *Un día de la vida de Iván Denísovich* apareció en la revista literaria *Noviy Miz*. <<

[kg] Novelón ultraortodoxo. <<

[kh] «Reforma» adoptada en 1962 (y abolida ya en 1964) que consistió en desdoblar cada organismo del partido en uno para cuestiones agropecuarias y otro para cuestiones industriales. <<

[ki] El texto original utiliza una expresión que más tarde se hizo conocida en todo el mundo: «glasnost». *(Nota del editor digital)*. <<

[kj] Así explica en sus memorias el poeta oficialista I. Ehrenburg el haber escapado a los campos de concentración: «era una lotería». <<

[kk] En la URSS los inválidos se dividen en 3 grupos: 1.º (totales, necesitados de cuidados permanentes), 2.º (totales) y 3.º (parciales). <<

[kl] Narcótico preparado a base de té. <<

[km] En la URSS, las cifras de criminalidad (y de población reclusa) son rigurosamente secretas. <<

[kn] Así definió a los chequistas su primer jefe, Dzerzhinski. <<

[ko] General zarista, líder de una insurrección cosaca (1917-1918), que se suicidó al verse abandonado por los suyos. <<

[kp] En la URSS, aprovechando que el comercio es estatal, las capitales son abastecidas en prioridad, y a provincias sólo va lo sobrante; después, en cada provincia se repite el proceso entre su propia capital y las restantes ciudades y pueblos. <<

[kq] Encargado de asuntos eclesiásticos: funcionario estatal, forzosamente «ateo militante» y vinculado a la KGB, que tiene por misión dirigir la vida de las distintas comunidades religiosas toleradas, incluyendo nombramiento y destitución de ministros y «consejos parroquiales», y administración de sus fondos. Las comunidades que rehúsan plegarse a este régimen, se ven reducidas a la clandestinidad, y sus miembros se exponen a largas condenas. <<

[kr] Propaganda antisoviética. <<

[ks] Claro: si alguien cobra no del Estado, sino directamente de particulares, «vive a expensas de los demás», luego es un «parásito». Luego a los obreros que después del trabajo, se dedican a apañar grifos o a componer cerraduras, hay que deportarlos a Siberia. Lógico… <<

[kt] El peso de una bala de revólver. Ya después de Stalin, se ha ido implantando la pena de muerte para toda una serie de delitos contra la propiedad *estatal* (defraudación, tráfico de divisas, etc.), según el principio: «tú nos has privado de unos ingresos, luego nosotros te matamos». <<

[ku] De su «colectivo laboral» o «vecinal», otro invento de los años sesenta. <<